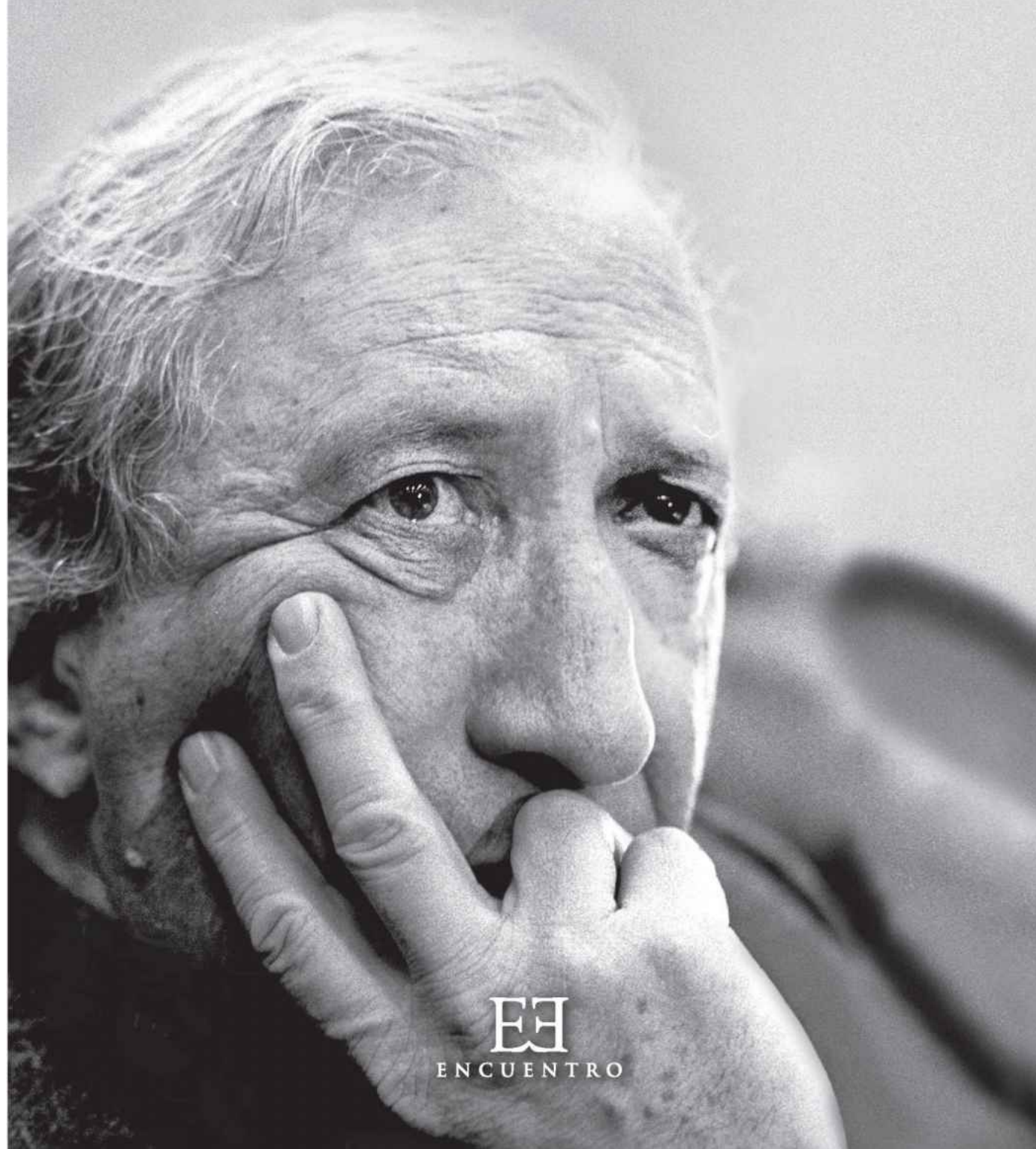


ALBERTO SAVORANA
LUIGI GIUSSANI
SU VIDA



EE
ENCUENTRO

Ensayos
561

ALBERTO SAVORANA

Luigi Giussani: su vida

Traducción de José Miguel Oriol
Revisión de Belén de la Vega

ISBN EPUB: 978-84-9055-321-3



Título original
Vita di don Giussani

© 2013
Fraternità di Comunione e Liberazione

© 2015
Ediciones Encuentro, S.A., Madrid

Diseño de la cubierta: o3, s.l. - www.o3com.com

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro
Ramírez de Arellano, 17-10.^a - 28043 Madrid
Tel. 915322607
www.ediciones-encuentro.es

*A Julián Carrón,
Francesca, Pietro,
Giovanni, Maddalena
y Caterina*

Índice

- [Introducción](#)

[PRIMERA PARTE](#)

[1922-1964](#)

- [1. El nacimiento y la infancia \(1922-1933\)](#)
- [2. El seminario \(1933-1945\)](#)
- [3. Los maestros de la «Escuela de Venegono»](#)
- [4. El *Studium Christi* y la ordenación sacerdotal](#)
- [5. Los primeros años de sacerdocio y la enfermedad \(1945-1950\)](#)
- [6. Del confesionario a consiliario de *Gioventù Studentesca* \(1950 -1954\)](#)
- [7. El comienzo de la enseñanza en el liceo Berchet \(1954\)](#)
- [8. Montini, la Misión ciudadana y *El sentido religioso* \(1957-1958\)](#)
- [9. La experiencia de GS. Cómo se impuso un método \(1958-1962\)](#)
- [10. El Grupo adulto, los antecedentes y los comienzos. *Excursus* histórico \(1958-1975\)](#)
- [11. El comienzo de la misión en Brasil \(1960-1964\)](#)
- [12. Montini, la experiencia, el Concilio y Giovanni Colombo](#)

[SEGUNDA PARTE](#)

[1964-1986](#)

- [13. Desde el viaje a Norteamérica al comienzo de la crisis \(1965-1967\)](#)
- [14. El 68](#)
- [15. El nacimiento de CL y los primeros años setenta](#)
- [16. La amistad con los universitarios \(1970-1976\)](#)
- [17. España. *Excursus* histórico \(1974-1985\)](#)
- [18. El Domingo de Ramos con Pablo VI \(1975\)](#)
- [19. La segunda mitad de los años setenta](#)
- [20. El año de los tres Papas \(1978\)](#)
- [21. El nacimiento de la Fraternidad de CL y el reconocimiento pontificio \(1980-1982\)](#)
- [22. El atentado contra Juan Pablo II y los primeros años ochenta](#)
- [23. El trigésimo aniversario de CL y el mandato misionero del Papa \(1984\)](#)

- [24. La segunda mitad de los años ochenta](#)

[TERCERA PARTE](#)

[1986-2005](#)

- [25. Los viajes a Tierra Santa, Japón y Grecia \(1986-1987\)](#)
- [26. El Sínodo sobre los laicos y los diez años de Juan Pablo II \(1987-1988\)](#)
- [27. El reconocimiento pontificio de los *Memores Domini* y la Fraternidad de San José \(1988-1990\)](#)
- [28. La guerra de Irak y la peregrinación a Lourdes \(1991-1992\)](#)
- [29. Los «libros del espíritu cristiano», la justicia y la historicidad de los Evangelios \(1993-1994\)](#)
- [30. Los cuarenta años del movimiento y los universitarios \(1994\)](#)
- [31. La responsabilidad y una Italia en peligro \(1995-1996\)](#)
- [32. La enfermedad y «Dios todo en todo» \(1996-1997\)](#)
- [33. *Spirto Gentil*, el sentido religioso en la ONU y el racionalismo moderno \(1997-1998\)](#)
- [34. El 30 de mayo con Juan Pablo II y el trabajo \(1998-1999\)](#)
- [35. La «pretensión cristiana» y el jubileo del 2000 \(1999-2001\)](#)
- [36. La Zona Cero y su octogésimo cumpleaños \(2001-2002\)](#)
- [37. El Shuttle y Nassiriya \(2003\)](#)
- [38. La última carta al Papa y los 50 años de CL \(2004\)](#)
- [39. La muerte y el funeral \(2005\)](#)
- [Epílogo](#)
- [Notas](#)
- [Nota biográfica](#)
- [*Cronología de las principales obras de Luigi Giussani*](#)
- [Imágenes](#)

Introducción

«En la sencillez de mi corazón
te he dado todo con alegría»¹

«La mayor alegría en la vida del hombre es sentir a Jesucristo vivo y palpitante en la carne de nuestro pensamiento y de nuestro corazón. Lo demás es ilusión vana o basura» (p. 71). Toda la existencia de don Giussani podría resumirse en estas palabras, escritas a los veinticuatro años de edad, justo al comienzo de su vida sacerdotal, que recuerdan lo que debió de experimentar san Pablo cuando afirmaba: «Todo lo considero pérdida comparado con la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor. Por él lo perdí todo, y todo lo considero basura con tal de ganar a Cristo y ser hallado en él» (Flp 3,8-9).

El tiempo posterior, los años de la madurez y de la ancianidad, serán para don Giussani una renovación continua de esta experiencia inicial y totalizadora. «Según pasan los años —diría en 1989— y la edad avanza, percibo cada vez con mayor claridad que lo que me entusiasmaba cuando tenía quince años, esto es, que el único objetivo por el que vale la pena existir, y por tanto el único cemento que mantiene unidas las cosas, es lo que el Evangelio llama la ‘gloria de Cristo’» (p. 725). Y precisamente el madurar de esta convicción le hará decir hacia el final de su vida: «Cristo, este es el nombre que indica y define la realidad que he conocido en mi vida. [...] A la vez que Cristo se ha metido en mi vida, mi vida se ha metido en Cristo, justamente para que yo aprendiese a comprender que Él es el punto neurálgico de todo, de toda mi vida. *Cristo es la vida de mi vida*. En Él se resume todo lo que yo quisiera, todo lo que busco, todo lo que sacrifico, todo lo que se desarrolla en mí por amor a las personas que me ha puesto al lado»². Y en una de sus últimas cartas escribirá: «Nos levantamos por la mañana para ir a misa, para que nos cuiden, para ir al trabajo, por los hijos... ¡nos levantamos por un desbordamiento en nosotros mismos del hecho de Cristo!» (p. 1165). Lo dice un hombre de edad avanzada y probado por la enfermedad, que se entusiasma por un verso de Giosuè Carducci en el que percibe una evocación inconsciente de Cristo: «Solo Tú —pensando— oh ideal, eres verdadero». Ideal real, concreto, presente, «¡porque Cristo ‘palpitó’ por primera vez en el útero de una mujer!» (p. 1204).

Y dirá al ofrecer su testimonio ante el papa Juan Pablo II el 30 de mayo de 1998 en la plaza de San Pedro: «¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo si luego se pierde a sí mismo? O, ¿qué podrá dar el hombre a cambio de sí?». ¡Nadie me ha planteado jamás ninguna otra pregunta que me dejara tan cortada la respiración como esta de Cristo! [...] Solamente Cristo se toma toda mi humanidad en serio. Es lo que llenaba de estupor a Dionisio el Areopagita (siglo V): ‘¿Quién podrá hablarnos del amor singular

que tiene Cristo al hombre, desbordante de paz?'. ¡Me repito estas palabras desde hace más de cincuenta años!» (p. 1069). Don Giussani era bien consciente de que toda su vida se apoyaba en esta única certeza.

Yo no tenía ni idea de qué quería decir escribir una biografía. ¿Por dónde empezar? Desde el comienzo me ha guiado una mirada amigable y constante hacia un hombre conquistado por Cristo, al que tuve la fortuna de conocer a finales de los años setenta y de frecuentar asiduamente a partir de 1985. Los factores de mi vida —intereses, profesión, familia— están estrechamente vinculados a él. En la relación de trabajo y de amistad con don Giussani me encontré dentro de un flujo existencial e histórico —«una fiebre de vida», como le gustaba decir a él— que nunca se ha interrumpido. Y que me ha seguido acompañando también después de su desaparición cuando recibí la invitación, completamente impensable para mí, a escribir estas páginas. Sin embargo, en este libro el lector no encontrará mis «recuerdos». He preferido confiarme a las fuentes accesibles a día de hoy, a los testigos que he encontrado a lo largo del camino, y sobre todo al mismo don Giussani, a todo lo que ha dicho y escrito en el curso de su larga existencia, tal como explicaré enseguida.

Así pues, me he sumergido en la historia de un hombre que ha atravesado casi todo el siglo XX y el comienzo del nuevo milenio. En el trabajo de estos años me ha ayudado y acompañado constantemente escuchar a Julián Carrón, elegido por don Giussani para sucederle en la guía de CL: cada vez que intervenía en público, viendo cómo hacía «hablar» a los textos, cómo adquirían las palabras de don Giussani —muchas de las cuales yo ya conocía— un espesor y una profundidad que antes desconocía, se me aclaraba cuál era la única perspectiva fecunda: por decirlo con don Giussani, un «deseo de revivir la *experiencia* de la persona que te ha provocado y te provoca con su presencia [...] por medio de la cual te ha llegado algo del Otro» (p. 586). Han sido para mí cinco años de comparación constante, de un aprendizaje cotidiano y una corrección igualmente frecuente.

He tratado de dejarme llevar de la mano por don Giussani, recorriendo el camino que él hizo, convirtiéndome en espectador de lo que ocurría entre las paredes de su casa en Desio, en los grandes espacios del seminario de Venegono o en las aulas del liceo Berchet y de la Universidad Católica. En este intento, que quiere ser el comienzo de un trabajo para dar a conocer a don Giussani, soy bien consciente de haber omitido una infinidad de episodios, que muchos de quienes le han conocido conservan vivamente en su memoria. Y estoy seguro de que otros podrán añadir cosas, aportar y donde sea necesario corregir, colmando las inevitables lagunas de este libro.

He leído miles de páginas inéditas, cuadernos de apuntes y correspondencia con amigos, obispos y pontífices, he podido ver decenas de cartas escritas de su puño y letra —la primera es una tarjeta postal de 1935, cuando Gigetto (como le llamaban en su familia) tenía apenas doce años— y conservadas celosamente por sus familiares; he releído sus libros, llenos de referencias a los sucesos de su vida; he hablado con testigos oculares que me han ayudado a reconstruir momentos importantes de don Giussani, algunos desconocidos hasta ahora o cuyo perfil estaba desenfocado.

¡Cuántas veces me han sorprendido los rasgos inconfundibles de la personalidad de don Giussani!: «Cuando conocí a Cristo me descubrí hombre» (Cayo Mario Victorino, p. 229); y también: «Creo que ya no podría vivir si no volviera a escucharle hablar» (J. A. Möhler, p. 1213). En segundo lugar, la vida ofrecida como «acto de amor, por las muchas almas de mis hermanos los hombres, por cuya felicidad murió el Señor Jesús, por cuya eterna felicidad el Señor Jesús me llamó consigo a dar mi vida... [...] Desde hace años no lloro más que por dos motivos: el pensamiento de la infelicidad eterna de mis hermanos los hombres y el pensamiento de la infelicidad terrena de los hombres, símbolo de la eterna. Jesús nos ha elegido para proclamar en el mundo su amor y la felicidad de los hombres: la felicidad grande e inenarrable que nos espera» (p. 124). Y, finalmente, la pasión educativa, animado por la conciencia que tenía del contexto histórico en que le tocó vivir: «En un mundo donde todo, *todo*, decía y dice lo contrario, [...] mostrar la pertinencia de la fe a las exigencias de la vida y, por consiguiente —este ‘por consiguiente’ es importante para mí—, demostrar la racionalidad de la fe, [...] que la fe corresponde a las exigencias fundamentales y originales del corazón de todos los hombres» (p. 184).

Para describir esa «pertinencia», don Giussani ponía en juego su experiencia personal educada con un gran bagaje teológico e intelectual, comunicando lo que se producía en él cuando Cristo le alcanzaba a través de un encuentro, dentro de las circunstancias ordinarias de la vida. He podido sorprender a don Giussani mientras vivía las cosas que le sucedían, desde las más íntimas, como las relaciones familiares y con amigos, a las más clamorosas, como sus encuentros con los pontífices o los acontecimientos históricos. Se podría escribir su vida casi ateniéndose únicamente a sus relatos, cargados de detalles que se habían fijado en su memoria, en un continuo aprender de lo que le sucedía. «Había chavales de tercero de secundaria que hacían observaciones en el radio que te dejaban con la boca abierta. En el momento en que yo escuchaba a aquel chaval, o a aquel joven, yo era discípulo suyo y tomaba notas. Él era mi autoridad, porque el Espíritu le sugería en aquel momento a él un testimonio de la verdad» (p. 244).

Don Giussani releía continuamente los hechos que le habían sucedido, los juzgaba y los ofrecía como sugerencias para el camino que cada uno debe recorrer. Como dijo con apenas diecisiete años a su hermana, tres años más joven que él, invitándola a escribirle «cuando te sientas extraña y desanimada», porque «también yo he experimentado y vivido tiempos como los que ahora estás viviendo» (p. 73). Le decía: «Para mí la historia lo es todo; yo he aprendido de la historia» (5 junio 1988); y también: «El tiempo es precioso como instrumento de Dios»³. Por esto «es tan significativa la historia de don Giussani, porque ha vivido nuestras mismas circunstancias, y ha tenido que afrontar los mismos retos y los mismos riesgos, ha tenido que hacer él mismo el camino que describe en muchos pasajes de sus obras»⁴. Las situaciones que vivió y las personas que conoció fueron decisivas para que se perfilara la vocación de don Giussani: sus padres, los profesores y compañeros del seminario, sus lecturas, el sacerdocio, los primeros jóvenes que conoció en el confesionario o el tren, la enseñanza, las incomprensiones y los reconocimientos, la enfermedad.

Sin este conjunto de circunstancias, Cristo habría permanecido en última instancia como alguien ajeno a su vida, habría sido un Jesús desencarnado. En don Giussani domina el sentido de la encarnación, el reconocimiento de la presencia de Cristo aquí y ahora, de su contemporaneidad: «Él está aquí, como el primer día», repetía haciéndose eco de las palabras de Charles Péguy. Pero «¿cómo somos contemporáneos del Cristo que resucita, del Cristo que asciende al cielo, del Espíritu que desciende de Él para penetrar en los que son llamados?», se preguntaba don Giussani. «Para comunicarse al hombre y al mundo el misterio del Padre eligió hacerse presente a través de una realidad integralmente humana, esto es, Cristo. Cristo elige el mismo método: se hace presente, contemporáneo, a través de una realidad humana, integralmente humana [...]: la realidad de la Iglesia. Una exigua compañía de hombres hace dos mil años, una gran compañía de hombres ahora, pero precisa en sus confines. Precisa en sus confines: ‘Todos los bautizados en Cristo os habéis revestido de Cristo: ya no hay ni judío ni griego, ni esclavo ni libre, ni hombre ni mujer, ya que todos vosotros sois uno en Cristo Jesús [...]’ (Ga 3,27-28)»⁵. Cristo no es un «devoto recuerdo», un nombre o un objeto de piedad: es un acontecimiento igual que hace dos mil años, es una presencia hoy, que se puede encontrar a través de la humanidad de aquellos a los que Él elige y que le reconocen. Don Giussani tuvo ocasión de recordarlo, ante todo por lo que le sucedió a él mismo: «Si yo no hubiera conocido a monseñor Gaetano Corti en tercero de secundaria, si no hubiera escuchado las [...] lecciones de italiano de monseñor Giovanni Colombo, [...] si yo no me hubiera encontrado a chicos que frente a aquello que yo sentía abrían los ojos de par en par como frente a una sorpresa tan inconcebible cuanto de agradecer, si yo no hubiera empezado a reunirme con ellos, si yo no hubiera conocido cada vez a más gente que se implicaba conmigo, si yo no hubiera tenido esta compañía, [...] Cristo [...] habría sido una palabra objeto de frases teológicas, o bien, en el mejor de los casos, un reclamo a un afecto ‘piadoso’, genérico y confuso»⁶.

Me parece que aquí se sitúa la raíz de la contribución de don Giussani a la vida de la Iglesia. Frente a una fe popular que en muchos casos sobrevivía como mera tradición, cada vez menos enraizada de forma profunda en la existencia real de la gente y expuesta a los vientos de una mentalidad secularizada hostil o al menos distante de la vida cristiana, él se dio cuenta de que la debilidad de la experiencia cristiana respondía a un único motivo: la fe se vuelve incomprensible si no se toman en serio las necesidades del hombre. Al dar por descontado qué es lo que se agita en el corazón humano, o al mirar sus expectativas de manera superficial, ya no se comprende cuál es la utilidad de la fe para la vida del hombre de hoy.

Ante la progresiva desaparición de la fe del horizonte de las cosas terrenas, característica de la época moderna, don Giussani comprometió su humanidad y, siendo todavía un joven seminarista, percibió una gran correspondencia en su encuentro con Giacomo Leopardi, no porque fuera un exponente de la cultura católica, sino por su profunda comprensión del corazón humano, en cuya espera infinita Giussani descubría la expresión de una profunda religiosidad. «A los trece años estudié de memoria toda la producción poética de Leopardi, porque la problemática que suscitaba me parecía que

eclipsaba a todas las demás. Durante un mes entero estudié solamente a Leopardi, [...] el compañero más sugerente de mi itinerario religioso» (p. 63). No lo fue solo en la fase juvenil de su existencia. En efecto, él hará del llamamiento a mantener despierta nuestra humanidad un factor decisivo de la vida del hombre a cualquier edad («Creo haber sido siempre fiel al propósito juvenil de repetirme alguna poesía suya todos los días, pues las había aprendido todas de memoria en segundo de secundaria, entre los doce y los trece años de edad» [p. 62]), una condición esencial de una fe conscientemente vivida.

Para don Giussani, en efecto, el hombre se aleja de Cristo al olvidar su propia humanidad: no advierte su necesidad, no la reconoce, por tanto no le busca y no le encuentra. Por eso repetía con frecuencia la frase de Reinhold Niebuhr, el gran teólogo protestante ampliamente estudiado por él: «No hay nada más absurdo que la respuesta a una pregunta que no se ha planteado» (p. 165). Don Giussani reconocía, en efecto: «En el clima moderno, nosotros los cristianos nos hemos separado no de las fórmulas cristianas directamente, no de los ritos cristianos directamente, no directamente de los Diez Mandamientos. Nos hemos separado del fundamento humano, del sentido religioso. Tenemos una fe que ya no es religiosidad. Vivimos una fe que ya no responde como debería al sentimiento religioso; tenemos por tanto una fe no consciente, una fe que ya no tiene inteligencia de sí misma. [...] Cristo es la respuesta al problema, a la sed y al hambre que el hombre tiene de la verdad, de la felicidad, de la belleza y del amor, de la justicia, del significado último. Si esto no está despierto en nosotros, si esta exigencia no es educada en nosotros, ¿qué puede hacer Cristo? Es decir, ¿para qué sirven la misa, la confesión, las oraciones, la catequesis, la Iglesia, los curas, el Papa? Son tratados todavía con un cierto respeto dependiendo de las zonas del planeta, se conservan durante un cierto periodo de tiempo por la inercia, pero ya no son respuestas a una pregunta, y por tanto no sobrevivirán mucho»⁷.

En esta percepción aguda del drama, don Giussani encontró un compañero fundamental de camino en el entonces cardenal Joseph Ratzinger, quien afirmaba: «La crisis de la predicación cristiana, que experimentamos desde hace un siglo de manera creciente, depende en no poca medida del hecho de que las respuestas cristianas olvidan los interrogantes del hombre; esas respuestas eran justas y lo seguían siendo; pero no tenían influencia porque no partían del problema y no se desarrollaron en el interior de este»⁸.

Por eso don Giussani podía decir: «Cristo se plantea como respuesta a lo que ‘yo’ soy [...] y solo una toma de conciencia atenta, y también tierna y apasionada de mí mismo puede abrirme de par en par y disponerme a reconocer, admirar, agradecer y vivir a Cristo. Sin esta conciencia incluso Jesucristo se convierte en un mero nombre» (p. 809).

Toda la historia que se narra en este libro tiene su fuente en el «día espléndido», que vivió don Giussani cuando su profesor de tercero de secundaria, don Gaetano Corti, leyó y comentó el prólogo del Evangelio de Juan: «Y el Verbo se hizo carne...». «Desde entonces —decía don Giussani—, el instante dejó de ser banal para mí» (p. 67). Y el instante comprende cada flexión de la vida. Por eso escribía en 1965, en medio de una

circunstancia comprometida para él: «Mido los pensamientos y las acciones, los estados de ánimo y las reacciones, los días y las noches. Pero es otra presencia la compañía profunda y el testigo completo. Este es el largo viaje que tenemos que realizar juntos, esta es la aventura real: el descubrimiento de esa presencia en nuestra carne y nuestros huesos, el sumergirse de nuestro ser en esa presencia —es decir, la santidad—» (p. 391).

La experiencia continua de ese descubrimiento le permitió entrar en relación con todo y con todos, con una tensión llena de curiosidad y de apertura capaz de valorar toda la amplia gama de la expresividad humana, religiosa, artística y cultural. Con un punto de partida positivo, sin sombra de reactividad: «Nosotros no hemos nacido para responder a las emergencias; hemos nacido para decir que Cristo ha venido. Pensaba en esto yendo al Berchet aquella primera mañana», en el lejano 1954 (30 noviembre 1994). Con este fin, no eludió ningún reto desde el primer día de clase, sino que dio razón de su fe a aquellos jóvenes estudiantes, introduciéndoles en una experiencia que les liberaba de las trampas del racionalismo y del dualismo fe-vida. Y lo hizo con su misma vida, convirtiéndose en el primer testigo de lo que anunciaba.

Esto es precisamente lo que le permitió dar vida a la realidad de Comunión y Liberación, no como un proyecto concebido en su cabeza, sino como dilatación progresiva de su vida y comunicación de su experiencia a todo aquel que conocía: «Comencé a sentir así el movimiento cuando empecé a hablar a otros: no era algo difícil, era imponente» (p. 1022). Y también: «He visto así cómo se formaba un pueblo en el nombre de Cristo. Todo se ha vuelto verdaderamente más religioso en mí, hasta tener la conciencia dispuesta a descubrir que ‘Dios es todo en todo’. [...] Lo que a lo sumo podía haber parecido una experiencia singular, se convertía en protagonista de la historia, y por ello en instrumento de la misión del único Pueblo de Dios» (p. 1070). Y, finalmente, en una carta de 2004 a Juan Pablo II, escribía, casi como balance de toda una existencia: «No solo no pretendí nunca ‘fundar’ nada, sino que creo que el genio del movimiento que he visto nacer consiste en haber sentido la urgencia de proclamar la necesidad de volver a los aspectos elementales del cristianismo, es decir, la pasión por el hecho cristiano como tal, en sus elementos originales y nada más» (p. 1182).

«Yo no quiero vivir inútilmente: es mi obsesión», le confiaba a un amigo en 1945, recién ordenado sacerdote. Y fue escuchado. La existencia de don Giussani ha sido rica y plena, vivida sin descanso a partir del descubrimiento del amigo que le revolucionó la vida entera: «Él [Cristo, *nda*] me ha empapado de este convencimiento dulcísimo: que para amar es necesario hacerse semejantes, idénticos. Él está en la cruz: el ideal supremo de nuestra vida es el ansia, la obsesión casi, de subir también nosotros, para poder ‘ser una sola cosa con Él’. Es el gozo más sereno de la vida, el mayor acto de caballerosidad hacia Él, que es el infinito y único amor personal: ‘Oh Jesús, esperanza mía, sumérgeme en el abismo de tu amor’, clamaba Jacopone. Amigo personal, en carne humana como la nuestra, que se puede besar y abrazar» (p. 121).

Y esta es la intención con la que celebró su primera misa: «En mi primera misa rogué al Señor una sola cosa para mí: que me mantuviese en la cruz con Él. Porque la amistad es de tal naturaleza que nos inquieta pensar que somos distintos del amigo: es preciso ser

uno lo más posible, ser idénticos: unidos y asimilados el uno al otro, ligados el uno al otro como la luz lo está a los contornos de las cosas; y si Él está en la cruz, todo mi orgullo debe ser identificarme con Él» (p. 122). Esto lo escribía al comienzo de 1946; y al final de su vida confiará a las personas que le cuidaban, después de una jornada marcada por el sufrimiento a causa de la enfermedad: «¡Qué día más duro! Pero si vivo este día con la tensión por atravesar estas circunstancias, viviendo las ocasiones que permite el Misterio, estoy seguro de caminar mejor y más deprisa hacia el destino que veré un día, mucho mejor que si fuera conforme a mis proyectos para vivir este día. Por eso este día es bello, porque es verdadero» (p. 1190). Y cuando repita tres veces a su hermana Livia, pocos días antes de morir: «Recuerda que he obedecido, que siempre he obedecido» (p. 1212), dirá lo que era más obvio para él, conforme a la evidencia que documentan muchos de los datos que he podido recoger. Estaba seguro de que las riendas de su existencia las tenía Dios: «Yo no he hecho nada, soy un cero. Todo lo hace el Infinito, y nosotros no haríamos nada si no se nos concediera» (p. 1150).

A quien tenga la paciencia de recorrer las páginas de este libro no le sonará extraño leer en una de sus últimas entrevistas —la que mantuvo al cumplir los ochenta años— esta afirmación de don Giussani: «Todo se ha desarrollado para mí en la más absoluta normalidad, y solo las cosas que sucedían, mientras sucedían, me suscitaban asombro, ya que era Dios quien las obraba haciendo de ellas la trama de una historia que acontecía, y acontece, ante mis ojos» (pp. 1149-1150). No se trataba de una simple frase. Él estaba hasta tal punto convencido de que su vida estaba en las manos de Otro que podía afirmar con toda tranquilidad: «Lo último que pensábamos era que pudiéramos seguir viviendo a la semana siguiente, que existiéramos todavía. Nacimos con esta, no digo humildad, sino con este sentido realista de nuestra poquedad» (p. 1034). Y admitía: «Cuando empecé con aquellos cuatro chavales» del liceo Berchet, «mi último pensamiento era que aquella relación nuestra se extendería por todo el mundo. Eso depende de Dios» (p. 735).

Don Giussani se entregó sin reservas para testimoniar que Cristo es el Señor de la vida y de la historia, que es su iniciativa lo que produce esa realidad nueva dentro del mundo que se llama Iglesia. «Cuando olvidamos que Cristo es la clave de todo», dirá en vísperas de la revolución del 68, «reducimos el cristianismo a cero» (p. 409). Por eso luchó siempre contra la reducción intelectualista, asociacionista y moralista de la experiencia cristiana —ante todo de la misma realidad del movimiento, GS primero y CL después— a una forma cristalizada y estática, a un conjunto de definiciones abstractas y a un producto del esfuerzo humano. Por eso afirmaba: «De toda mi experiencia creo poder testimoniar delante del Señor que lo único puro ha sido el inicio, y el inicio continuo, cada día, de lo que el Señor me ha sugerido que hiciera. Y lo que el Señor me sugería hacer es un intento y una humilde interpretación, contento solamente de poder dar gloria al Señor, de todo lo que se ha hecho y de lo que ha sucedido». (cf. p. 1014) Y también: «La mayor alegría y, a la vez, la mayor dificultad en la guía de un pueblo está en pedir sincera y continuamente a Dios, y por tanto al Espíritu y a la Virgen, luz para la propia inteligencia y fuego ardiente para la propia caridad frente a todos los problemas que surgen en el corazón de cada hombre, ante los acontecimientos

que el Misterio de Dios permite que sucedan, problemas que se imponen al corazón y al trabajo de cada uno en el lugar en que se encuentra» (p. 1150).

No es intención mía «encerrar» la vida de don Giussani en las páginas de este libro; más bien deseo poder suscitar en quien lo lea o al menos lo hojee el deseo de conocerle más, a través de lo que él mismo nos ha entregado a todos como herencia suya: «Los textos que dejo y la continuidad ininterrumpida —si Dios quiere— de las personas indicadas como punto de referencia, como interpretación verdadera de lo que ha sucedido en mí» (pp. 1240-1241).

Debo a Julián Carrón la oportunidad de escribir esta biografía de don Giussani. Desde aquella tarde de febrero de 2008, cuando me habló de ello por primera vez, he experimentado humillación por la conciencia de mis límites y, al mismo tiempo, entusiasmo por la perspectiva que se abría ante mí. Ahora, concluido el trabajo, quiero expresarle toda la gratitud de mi corazón por el camino que me ha permitido hacer, siguiendo las huellas de don Giussani. Con él doy las gracias a todos —y son muchísimos— los que me han brindado de diversas formas su ayuda, me han ofrecido contribuciones, sugerencias y correcciones preciosas con una caridad que me asombra siempre.

La noche del Jueves Santo de 2013 recibí un correo electrónico. Quien escribía era Lilia, una amiga médico y madre de familia, a la que había conocido al comienzo del año. Su marido me había escuchado contar algo de mi trabajo sobre la vida de don Giussani y al hablar de ello en casa, su mujer había dicho: «Yo no tengo tiempo para esperar a que salga el libro. Pero si Alberto viniera a cenar...». Esto es lo que me ha escrito dos meses después de aquella noche en familia: «Queridísimo Alberto, estoy aquí en mi ‘celda’ terminando el segundo ciclo de quimioterapia, estoy cansada y sufro a menudo, pero con las indicaciones de don Giuss que me han llegado a través de ti, he obedecido, solo he obedecido y por ahora sigo haciéndolo. Este viático para la enfermedad sigue siendo preciosísimo, y me parece el único camino, junto con la compañía que nos ama, que nos permite vivir el sufrimiento como hombres. Te deseo una feliz Pascua». En la mañana del Domingo de Resurrección se reunió con don Giussani y ahora conoce hasta el fondo el «libro» de su vida. Estas páginas son como una invitación a cenar, como si dijeran: «Lo mejor está por llegar», un ‘mejor’ que don Giussani empezó a escribir con su vida y que todavía no se ha interrumpido.

Notas bibliográficas

¹ Oración del ofertorio de la antigua liturgia de la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, en el *Messale Ambrosiano. Dalla Pasqua all'Avvento*, Milán 1942, p. 225; Cf. 1 Cro 29,17.

² L. Giussani, *L'uomo e il suo destino. In cammino*, Marietti 1820, Génova 1999, p. 57 (cf. ed. esp.: Id., *El hombre y su destino. En camino*, Encuentro, Madrid 2003, p. 55).

³ L. Giussani, *Cristo è tutto in tutti*, supl. *Tracce-Litterae communionis*, n. 7 (1999), p. 34 (cf. ‘Cristo es todo en todos’, supl. *Huellas*, 7, 1999, p. 36).

⁴ J. Carrón, «Non vivo più io, ma Cristo vive in me», supl. *Tracce-Litterae communionis*, n. 5 (2012), p. 20 (cf. ed. esp. ‘Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí’, supl. *Huellas*, 6, 2012, p. 21).

⁵ L. Giussani, *La familiarità con Cristo*, San Paolo, Cinisello Balsamo, Milán 2008, pp. 107-108 (cf. ed. esp.: Id.,

La familiaridad con Cristo, Encuentro, Madrid 2014, p. 103).

⁶ L. Giussani, *Qui e ora*, 1984-1985, BUR, Milán 2009, pp. 209-210 (ed. esp. en preparación).

⁷ L. Giussani, *La coscienza religiosa nell' uomo moderno*, Chieti 1986, *pro manuscripto*, p. 15.

⁸ J. Ratzinger, *Dogma e predicazione*, Queriniana, Brescia 2005, p. 75.

Para la redacción de este libro he podido utilizar numerosas fuentes editadas e inéditas, estas últimas conservadas principalmente en los archivos propiedad de la Fraternidad de Comunión y Liberación (FCL): el *Archivio storico del Movimento di Comunione e Liberazione* (AMCL), el *Archivio storico don Luigi Giussani* (ALG), el patrimonio de grabaciones que se conservan en el fondo *Documentación audiovisual* y la *Colección documentos don Giussani*, que desde hace años cuida la Fraternidad para completar la documentación en posesión suya. Una fuente importante han sido también las entrevistas personales realizadas para la redacción de los tres volúmenes sobre la historia del movimiento de CL dirigida por monseñor Massimo Camisasca, hoy custodiadas también por la Fraternidad.

Entre los textos citados hay numerosos *pro manuscripto*: se trata de publicaciones para uso interno o difusión local, a menudo difícilmente accesibles, que he podido consultar gracias al trabajo de recopilación que ha llevado a cabo la Fraternidad en el curso de los años.

Otros archivos, pertenecientes a entidades diversas o a privados, han proporcionado un material precioso para la reconstrucción biográfica; relaciono a continuación la lista anteponiendo a su forma extensa, para comodidad del lector, la sigla de cada archivo que aparecerá en las notas, cada vez que se utilice:

ACAM	ARCHIVO DE LA CURIA ARZOBISPAL DE MILÁN, Milán
ACPP	ARCHIVO DE LA COMUNIDAD DE LOS SS. PEDRO Y PABLO, La Cascinazza, Buccinasco (Milán)
ADM	ARCHIVO HISTÓRICO DIOCESANO DE MILÁN, Milán
	ARCHIVO DE LA FUNDACIÓN MEETING POR LA AMISTAD ENTRE LOS PUEBLOS, Rimini (no ordenado)
AFSJ	ARCHIVO DE LA FRATERNIDAD DE SAN JOSÉ, Milán (ordenado cronológicamente)
ALCB	ARCHIVO DEL LICEO CLÁSICO ESTATAL «GIOVANNI BERCHET», Milán
AMCLE	ARCHIVO DEL MOVIMIENTO DE COMUNIÓN Y LIBERACIÓN EN ESPAÑA, Madrid (no ordenado)
AN	ARCHIVO DE NOMADELFIA, Nomadelfia (ordenado cronológicamente)
HAEMD	ARCHIVO HISTÓRICO DE LA ASOCIACIÓN ECLESIAL MEMORES DOMINI, Milán (ordenado cronológicamente)
ASCA	ARCHIVO GENERAL DE LAS HERMANAS DE CARIDAD DE

	LA ASUNCIÓN, Milán (ordenado cronológicamente)
AEEG	ARCHIVO DE LAS ESCUELAS ELEMENTALES «GIULIO GAVAZZI», Desio (Brianza)
AHSV	ARCHIVO HISTÓRICO DEL SEMINARIO DE VENEGONO, Venegono Inferior (Varese)
AUC	ARCHIVO HISTÓRICO DE LA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL SACRO CUORE, Milán
AWCF	ARCHIVO DE LA WILLIAM CONGDON FOUNDATION, Buccinasco (Milán)
CBG	CARTAS BRUNILDE GIUSSANI, Desio (Brianza) CARTAS ELENA TAGLIABUE, Carugo (Como)
CGF	CARTAS GIORGIO FELICIANI, Milán
CLIG	CARTAS LIVIA GIUSSANI, Desio (Brianza)
CLS	CARTAS LUCIA SQUELLERIO, Milán
CARTAS	LUIGI TARDINI, Milán
CARTAS	LUIGI ZAGRA, Milán
CARTAS	MADDALENA KEMENY, Milán
CARTAS	MARINA VALMAGGI, Rímini
CPM	CARTAS PAOLO MANGINI, Buccinasco (Milán)
	CARTAS STEFANO ALBERTO, Milán

Por lo que se refiere a las citas de fuentes escritas, tanto inéditas como publicadas, he conservado los criterios redaccionales propios, no uniformándolos a los criterios generales del libro.

Para las transcripciones de grabaciones de voz he mantenido la frescura del tono coloquial del discurso, con intervenciones mínimas para adaptar lo hablado a la forma escrita.

Los entrecomillados que no se refieren a ninguna nota deben considerarse entrevistas y coloquios realizados por el autor expresamente para este volumen.

PRIMERA PARTE
1922-1964

Capítulo 1
«Un padre y una madre dan la vida por su hijo»
El nacimiento y la infancia
(1922-1933)

Una foto de 1930 muestra al pequeño Giussani —«Gigi» o «Gigetto» para sus familiares— con sandalias, pantalones cortos y camisa blanca, de la mano de su hermanita Livia en un patio. La casa natal existe todavía en la calle General Cantore esquina con el corso Italia (entonces corso Umberto I). Los Giussani vivían en la primera planta, en un piso de tres habitaciones.

La infancia de Luigi Giussani transcurrió en Desio, cerca de Milán, repartiendo su tiempo cada día entre la escuela elemental (que en esa época tenía clases de cincuenta alumnos o más) y las tardes en el gran patio interior de la manzana, con su zona de sombra, y el campo de juego adyacente.

Livia, tres años más joven que él, lo recordará como un niño vivacísimo («No se estaba quieto ni un momento»), que pasaba sus días jugando con las canicas o bien con los soldaditos de plomo que su padre le traía de la cercana Milán, mientras que algunos años más tarde se aficionaría también al juego de las damas.

De su infancia en Desio Livia recuerda un episodio curioso, que solo el paso del tiempo cargará de un profundo significado: su hermano estaba parado delante del portón de su casa con las manos detrás de la espalda y su panza hacia adelante. Pasó un fraile que iba pidiendo limosna y le dijo: «¡O misionero, o millonario!».

Las noches en familia —en una época que distaba años luz de la sociedad del espectáculo— estaban marcadas por el rezo del rosario, el relato de episodios del Evangelio y la lectura. Entre sus libros preferidos, había una pequeña obra de 1883, con sus páginas ya amarillas: *Un viaggetto di Gigino*, de Eliseo Battaglia, adquirido por su padre o su madre, quizá por el título, que recordaba mucho al diminutivo con el que llamaban a su hijo.

El pequeño Giussani se veía reflejado, pues, en este homónimo suyo cuyo relato escuchaba. El Gigino de la narración tenía también una hermana, Ernestina, y con ella iba a descubrir golondrinas y otros pájaros migratorios. El texto —como sucede en toda la literatura infantil de la época— es en realidad un escrito cargado de contenidos antropológicos y de enseñanzas morales. Y de este modo, entre un relato y otro, el joven Giussani escuchaba frases como esta: «En el hombre la inteligencia domina sobre el instinto», además de conceptos menos genéricos como el siguiente: «Aunque lo que les

guía no es la luz divina de la razón en todo su esplendor, es sin embargo cierto que Dios les ha dado a todos estos *hermanos nuestros inferiores* [los animales, *nda*], como les llama un gran escritor francés, Michelet, alguna chispa de ella que les guía en sus actividades»¹.

En el capítulo que narra un viaje en tren desde Turín a Pisa, el pequeño Giussani oye leer que «Gigino no paraba quieto; corría de una ventanilla a otra [...]. Ernestina y él no paraban ni un momento; pregonaban continuamente a los cuatro vientos: ¿Cómo se llama aquel pueblecito de allí medio oculto entre los olivos? ¿Qué monte es aquel? ¿Qué hace ese? Dirigían a su padre, a su madre, al abuelo, un sinfín de preguntas [...], a decir verdad aquellos dos chiquillos no hacían preguntas tontas, como hacen ciertos niños. Sus preguntas eran siempre sensatas, mostraban el deseo que tenían de aprender, [...] en Gigino eso extrañaba un poco, porque apenas tenía seis años, y estaba siempre inquieto y con una gran vivacidad»².

La lectura del libro, que hacía su madre, no carecerá de consecuencias. Y así una noche, en un capítulo que contaba que la familia de Gigino estaba pasando el invierno en Pisa, el pequeño Giussani oyó hablar por primera vez de un cierto «Dante Alighieri, el mayor poeta italiano, nacido en Florencia en 1265, [que] inmortalizó en versos divinos el justo, pero tremendo, suplicio del traidor a su patria [el conde Ugolino, *nda*], reprochando no obstante y con razón a Pisa, a la que llamó *oprobio de las gentes*, por haber castigado a muerte tan atroz, junto al culpable, a sus hijos y nietos totalmente inocentes»³. Descubierto en tan tierna edad, Dante se convertirá con el tiempo en uno de los autores más queridos para Giussani.

Su padre, Beniamino, estaba obviamente orgulloso de su primogénito. Amante de la justicia y de la libertad, nunca dejaba de recomendarle algo antes de dormirse. El domingo por la tarde, cuando el tiempo lo permitía, llevaba a su familia a tomar un helado en el salón de baile del pueblo. «Para nosotros era algo grande», recuerda Livia, «si se piensa que entonces no había otra cosa». Y Beniamino también amaba la música, la ópera lírica.

Por la noche, su madre hacía también alguna sugerencia a su hijo mientras le arropaba en la cama: «Pensemos en los pobres... pensemos en lo que ha sucedido en Japón, piensa en la guerra que hay en China»⁴.

Al recordar muchos años después aquellos episodios de su infancia, Giussani comentará: «Mi pobre madre, que siempre vivió en casa, sirviendo a todos, tenía sentido de lo que sucedía en el mundo, tenía un interés por el eco de lo que sucedía que le venía inevitablemente de su fe»⁵. Y esto, dirá, «es el sentido del mundo que tenía mi madre conforme a su vocación, conforme a su lugar»⁶.

El nacimiento

Luigi Giovanni Giussani nació el 15 de octubre de 1922 en Desio, municipio de la comarca de Brianza que tenía entonces poco más de cinco mil habitantes (solo en 1925

recibiría el título de «ciudad», al haber obtenido los requisitos necesarios, entre los cuales estaban tener agua potable, gas, baños públicos y calles «derechas»). Muchas veces habló Giussani de su tierra natal: «El presente de un hombre es el cumplimiento de una historia, que con el tiempo conserva lo que vale y abandona lo que no le sirve para su camino. Y así todos mis años en Desio están conmigo, como una gran dote con la que el Señor quiso lanzarme a la aventura de la vida»⁷.

Su hermana Livia conserva todavía el número de la *Domenica del Corriere* correspondiente al 15 de octubre de 1922, que compró el padre como recuerdo del nacimiento de su primer hijo. En esa época, Beniamino Giussani era delineante y tallista, mientras que su madre, Angelina Gelosa, era obrera. Su matrimonio se celebró el 20 de octubre de 1921. Los Giussani tendrán cinco hijos, dos varones y tres mujeres: además de Luigi, Livia, nacida en 1925; Brunilde, nacida en 1929, pero muerta al primer año de vida por causa de la difteria; otra hermana que nació en 1932 y que, siguiendo una costumbre de la época, será bautizada a su vez como Brunilde; y finalmente Gaetano, en 1939.

El 19 de octubre de 1922 Giussani recibió el bautismo en la parroquia de los Santos Siro y Materno de manos de don Amedeo Pagani, figura significativa para Desio, del que Giussani recordará su intensa acción de apostolado, haciendo de él casi un precursor de la idea de «movimiento».

Pocos meses antes Desio había dado un Papa a la Iglesia: el 6 de febrero de ese mismo año había sido elegido pontífice Pío XI, en el siglo Achille Ratti (1857-1939), arzobispo de Milán desde septiembre de 1921. La relación entre Pío XI y su ciudad natal fue plenamente reconocida por él, hasta el punto de llamar a Desio «la dulce tierra, donde por gracia infinita de Dios, él [Pío XI] había abierto los ojos un día, no tanto a la luz del sol cuanto a la luz de la fe. [...] La fe y la piedad de sus padres son para Desio una herencia gloriosa, no solamente conservada con cuidado, sino también firme y eficazmente vivida»⁸.

Semejante visión de la ciudad era más significativa por lo mucho que subrayaba el Pontífice el valor público de la fe: «La religión no es un cajón reservado en el casillero de la vida, [...] a la cual piensan algunos que solo se puede recurrir útilmente en determinadas ocasiones, en determinados días y horas. Por el contrario, la religión ha de abrazar al hombre entero»⁹.

La tierra natal

En torno a la segunda mitad del siglo XIX la población de Desio se dedicaba mayoritariamente a la agricultura, con algunos grandes terratenientes y muchos modestos campesinos. Pero el escenario cambió de improviso cuando, a partir de 1869, una familia del lugar, los Gavazzi, implantó una industria textil, introduciendo por primera vez en Italia los telares mecánicos y una máquina de quinientos caballos, inaugurada en 1895 en presencia del rey Humberto I y de la reina Margarita. Los Gavazzi se convirtieron pronto en los primeros productores de seda en Italia, los

segundos de Europa y los terceros del mundo.

Esto condujo a profundos cambios en la cultura ciudadana, tal como afirma Massimo Brioschi (estudioso local y responsable del archivo histórico de Desio): «La mano de obra que se empleaba sobre todo era casi exclusivamente femenina y de menores: personas que hasta ayer no llevaban a casa una lira ahora estaban en condiciones de ganar algo». Pero ¿en qué condiciones? Había quien pasaba «diez horas en el devanador, lo que quiere decir tener las manos mojadas diez horas en agua muy caliente para devanar los capullos de seda. Niños de ocho a diez años terminan trabajando en la fábrica como si fueran adultos: cuestan menos, están menos cualificados, pero el trabajo en la fábrica no requiere gran experiencia». En segundo lugar, «Desio vino a caracterizarse enseguida por su gran industria, y es la cosa más específicamente desiana en todo el contexto del periodo. Si miramos a sus alrededores, al pensar en Brianza viene enseguida a la mente el artesano en su taller, que hace muebles o cosas de ese género, el pequeño comerciante o la pequeña empresa artesanal; en cambio, en Desio esto no ha sucedido nunca. En Desio tenemos miles de obreros»¹⁰. Brioschi no duda en definir a la Desio de comienzos del siglo XX como «una ciudad-taller».

En aquellos años el salario para once horas de trabajo era de una lira y cincuenta, una cifra mísera incluso para esa época dado que, por establecer una comparación, un kilo de pan costaba cincuenta céntimos.

En semejante contexto la propaganda socialista no dejaba de encontrar consensos. Los militantes que llegaban a Desio desde Milán y Monza entablaron una fuerte polémica especialmente con los Gavazzi, vinculados a la Iglesia local (financiaron, entre otras cosas, la construcción de la gran cúpula de la basílica, donde la madre de Giussani iba a misa por la mañana temprano). Gran parte de la clase obrera y trabajadora se adhirió al socialismo, y entre aquellos que compartían sus aspiraciones figuraba también Beniamino, más que sensible a la exigencia de justicia social -como recordó Giussani en muchas ocasiones hablando de su padre-, «que extraía continuamente de su apasionado, juvenil pero persistente seguimiento de la ‘humanidad nueva’ de los Turati y de las Kulischioff, un acento de humanidad conmovedora y -según parecía- más persuasiva»¹¹.

Eran los años de la contraposición entre socialistas y católicos. Estos últimos se movían bajo la guía del coadjutor de la parroquia don Erminio Rovagnati y del histórico párroco don Cesare Mossolini, apoyado por los Gavazzi, y en particular por Egidio, alcalde desde 1883 a 1910¹². Los boletines parroquiales de la época hablaban de los socialistas como de hombres sin Dios, no creyentes. En las elecciones políticas de 1919 estos últimos obtuvieron la mayoría de los sufragios con 1.267 votos, mientras que los populares alcanzaron 890, los liberales 198 y los combatientes 64. En aquella ocasión el periódico local escribió: «Desio puede llamarse en adelante tierra roja»¹³.

Sin embargo en la pequeña ciudad la disputa nunca degeneró. Brioschi observa que «en la zona de Desio jamás se produjeron enfrentamientos o persecuciones, ni por una parte ni por la otra. Más aún, había muchísimos que votaban socialista y acudían a la iglesia, iban a misa y participaban en la vida eclesial del pueblo sin demasiados

problemas»¹⁴.

El pueblo conservaba una religiosidad católica, y todavía a comienzos del siglo XX «solo doscientas personas dejaban de observar el precepto pascual»¹⁵.

En la época del nacimiento de Giussani Italia estaba en el punto álgido del conflicto social que, a través del «bienio rojo» y los choques entre fascistas y socialistas, culminará con el ascenso al poder de Benito Mussolini. El verano de 1922 vio la entrada en Desio de los fascistas, como refiere el semanario socialista de la ciudad, *Brianza*: «Hacia las

22, a pesar de que la subprefectura había dado orden de cerrar las carreteras de acceso a los automóviles que llevaran fascistas, empezaron a entrar automóviles provenientes de Milán cargados de fascistas. Incendio en los talleres Gavazzi. [...] Mientras tanto, los fascistas asaltaron la casa del pueblo pero fueron rechazados»¹⁶. No obstante, tal como sucedía con las relaciones entre socialistas y católicos, tampoco en las relaciones con el fascismo pagó Brianza un precio demasiado alto en términos de violencia por su oposición a la penetración fascista: «Se nos ahorró, pero solo por circunstancias afortunadas. Era una zona difícil y de importancia secundaria respecto a Milán, donde los jefes de los camisas negras podían contar con escasísimas simpatías y pocas fuerzas locales»¹⁷.

La diócesis ambrosiana acababa de salir del largo episcopado del cardenal Andrea Carlo Ferrari (1894-1921), fallecido un año antes del nacimiento de Luigi Giussani. También esta personalidad religiosa la recuerda Giussani como testimonio ejemplar de una pastoral activa y eficaz. Como dirá el papa Juan Pablo II, el cardenal Ferrari «supo ver los problemas pastorales que planteaban las circunstancias históricas con el ojo del Buen Pastor, indicando el modo de afrontarlos y resolverlos. Él es por tanto un ejemplo de gran actualidad. Consciente de que la ignorancia de los principios esenciales de la fe y de la vida moral exponía a los fieles a la propaganda atea y materialista, organizó una forma de catequesis moderna e incisiva. También renovó el estilo pastoral: inspirándose en el «Buen Pastor», repetía con fuerza que no se debía esperar pasivamente a que los fieles se acercaran a la Iglesia, sino que era indispensable volver a recorrer, como Jesús, las calles y las plazas para salir a su encuentro, hablando su lenguaje. [...] Mérito insigne del cardenal Ferrari fue precisamente el percibir con intuición feliz la urgencia de implicar a los laicos en la vida de la comunidad eclesial, organizando sus fuerzas para una presencia cristiana influyente en la sociedad»¹⁸.

Los padres

Las figuras de sus padres marcaron toda la vida de Giussani: «El Señor nos ha dado, a través de nuestros queridísimos padres, una riqueza incomparable, sobreabundante de sentimiento, de finura interior, de apertura de alma, de fuerza para el sacrificio, de sensibilidad profunda por todo lo que sabe a bueno, a gentil»¹⁹.

«Somos afortunados, me doy cuenta de ello al conocer a otras familias. Y pienso que

verdaderamente no cambiaría la mía por ninguna otra. Porque de nuestra madre hemos recibido la bondad interior (a pesar de que podamos cometer más errores que los demás). Y de papá un poco de inteligencia»²⁰.

Giussani volvía una y otra vez a esta relación constitutiva para explicar, por ejemplo, que la «comunidad» es ante todo una dimensión de la persona. Vale la pena citar por entero el siguiente episodio: «Cuando iba a clase de pequeño, el pensamiento de mi padre y de mi madre lo llenaba todo. Si una tarea iba bien, o si no iba bien, el pensamiento no era la nota insuficiente sino papá y mamá. Me acuerdo de aquella vez que había robado: estaba yendo a la escuela y había un tenderete de castañas delante de la frutería; y yo, empujado por un compañero mío, alargué la mano y me llevé tres. ¡Pero me acuerdo de cómo llegué a la escuela pensando en papá y mamá! Mi padre iba a trabajar a Milán; aquella noche, cuando llegó del trabajo, me llamó enseguida y me dijo: ‘¿Qué has hecho hoy?’. Lo sabía, se ve que el frutero se lo había dicho. Mi padre y mi madre no estaban siempre delante: [su presencia] era como una dimensión del corazón»²¹. Y en otra ocasión precisó: aquella conciencia, «porque había realizado ese gesto, era más viva de lo habitual. Lo que me dominaba también en el pupitre de la escuela era el pensamiento de mi padre y mi madre. Incluso cuando (por ejemplo) respondía a los puñetazos de un compañero que me desafiaba en el rellano de la escuela. Y lo que me remordía la conciencia no era otra cosa sino aquel pensamiento»²².

Angelina, su madre, pertenecía a la numerosa familia de los Gelosa llamados «Viurit», que provenían del barrio de San Bernardo de Nova Milanese, tres kilómetros al sur de Desio. La sexta de doce hermanos, tras haber concluido la «sexta clase», se empleó como obrera textil en la fábrica Gavazzi. Mientras tanto continuó frecuentando la escuela nocturna. Algunas hermanas eran empleadas, algunos hermanos trabajaban en las fundiciones Falck, en Sesto San Giovanni, y otros eran artesanos.

Desde el día de su boda Angelina dejó el trabajo para dedicarse totalmente a la familia: «Mi pobre madre no hizo cosas grandísimas, pero hizo *una* realmente grande: cuidó de mi vida y de la de mis hermanas»²³.

Beniamino, su padre —último de ocho hermanos—, provenía en cambio de una familia de condiciones sociales más acomodadas: en efecto, su padre tenía un taller de forja, y su madre era hija de un maestro de obras. «Los Giussani eran [...] patricios en Desio desde la Edad Media, y la tumba familiar, junto a la de otros nobles locales, encontró en su momento cabida en el convento de San Francisco (año 1639). [...] Beniamino [...] era el menor de una casa donde, gracias al trabajo paterno de herrero y a algunos bienes de la fortuna recibida en dote de su madre, no faltaba de nada»²⁴. Tras servir como cabo en el Piave durante la Primera Guerra Mundial, a su vuelta del frente ya no encontrará a su madre, ni a su hermana ni a un hermano, los tres muertos de gripe española (la fiebre gripal que entre 1918 y 1919 causó la muerte de cincuenta millones de personas en todo el mundo).

Inscrito en el Partido Socialista, fue su secretario local hasta el día de su boda, y quizá

a causa de este cargo entró en relación con Anna Kulischioff (1855-1925): joven médico de familia judía, anarquista y revolucionaria rusa, pero sobre todo miembro fundador del Partido Socialista italiano, compañera de Andrea Costa²⁵ y posteriormente de Filippo Turati²⁶. De la unión con Costa nació en 1881 Andreina, que se casaría con uno de los Gavazzi y se convertiría con tal motivo al catolicismo.

Anna Kulischioff

Pero ¿quiénes eran exactamente Anna y Andreina? Descubrirlo reviste un significado particular para comprender una de las raíces culturales que influirán en Giussani.

El 8 de enero de 1899 Anna Kulischioff enviaba a su hija un libro publicado en Milán hacía pocos años con esta dedicatoria: «A mi querida Ninina, leído en la cárcel pensando en ella y con el deseo de que las imitaciones de Cristo le sirvan de consuelo. Mamá». El texto era, claro está, la *Imitación de Cristo*, en el que había subrayado una frase con lápiz azul: «Si alguno quiere seguirme niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame»²⁷. Al día siguiente, 9 de enero, escribía a su hija: «Recuerda siempre que las incomodidades, las privaciones y las dificultades son para hacernos más fuertes y resistentes en la vida y en los momentos difíciles de nuestra existencia. Diré como los creyentes: Dios nos las manda para ponernos a prueba. Todo consiste en saber y en poder salir triunfantes de esta prueba».

El 27 de marzo de 1904, poco antes de la boda de Andreina, Anna Kulischioff escribía a Andrea Costa una larga carta para apoyar la conversión de su hija al catolicismo. Este documento revela también el clima cultural de la época: «Mi querido Andreino, sí, tienes razón, produce gran melancolía tener que convencerse de que nosotros no somos nuestros hijos, y de que ellos quieren hacer su vida. [...] Ella nunca fue socialista ni increyente; en el 98 hizo votos a la Virgen para que yo no fuera condenada [...]. Un pensamiento la atormentaba porque me quiere mucho: que yo hubiera podido sufrir si celebraba una boda religiosa. [...] Pues bien, una tarde hablamos de ello [...] y yo [...] le dije que por mi parte odiaba todas las formalidades del matrimonio, pero que en verdad me repugnaba más el acto comercial del matrimonio civil, porque en el matrimonio religioso, por un momento al menos, se tiene la sensación poética de la fusión de las almas. [...] Por otra parte, como socialistas buenos y convencidos, debemos respetar también la voluntad y la individualidad de nuestros hijos, [...] así como me parece sectario, y me parece primitivo, el sentimiento de los padres que quieren ejercer presión sobre el ánimo de sus hijos. [...] Debemos obrar por su felicidad, aunque sea bendecida también por el sacerdote; estoy igualmente contenta por ello. Te abrazo de corazón. No me quieras mal, soy menos mala de lo que crees»²⁸.

Y en otra ocasión (9 de julio de 1907) Anna Kulischioff confiaba a Costa: «Desde que Ninetta [...] ha encontrado el afecto de un joven [Luigi Gavazzi, *nda*] bueno, afectuoso, trabajador, y está rodeada de una familia, particularmente modelo, que la quiere como a una hija propia, te aseguro que mi alma se ha serenado. No deseo y no espero ya nada en mi vida, moriré serena en la esperanza de que la vida de nuestra hija transcurra plena y

alegre. [...] Y yo, que creo en el más allá, quizá en el fondo asista de lejos a todos vuestros asuntos»²⁹.

A partir de la boda de su hija, Anna Kulischioff iba de vez en cuando a Desio para pasar algunos días con ella y luego a Sanremo, cuando su yerno se trasladó a Liguria para curarse de una nefritis que le llevará a morir. Poco tiempo después del fallecimiento de su marido, Luigi Gavazzi, Andreina escribía así a su madre, en respuesta a la admiración que esta experimentaba por el hecho de que a su alma hubiera descendido «una luz que calienta y conforta»: «Querida, querida mamaíta, me preguntas cómo ha brotado la luz interior que me ilumina. Nada nuevo, no es otra cosa que el camino de la fe, lo que la fe hace en un alma que ha tenido la gracia inconmensurable de verse tocada por ella, no superficialmente sino profundamente. ¡No hay otra cosa! [...] No hace falta indagar en la voluntad suprema; aceptar, aceptar con grandeza de ánimo, y la ayuda viene. Jesús no nos quita los dolores, no se los quitó ni siquiera a sí mismo y podía hacerlo, Él nos da la fuerza para soportarlos... Oh, cómo querría poder contagiar a todos esta fe mía tan segura, todos serían felices, en cualquier contingencia. [...] Y otra gran aspiración que tengo, pero es demasiado grande, ¿la adivinas? Que tengas tú también un día la gracia de esta luz mía, como la llamas tú [...] Querida, querida mamaíta mía, no sé cómo encuentro el coraje para decirte estas cosas»³⁰. Y el 15 de julio de 1917, el día después de la muerte de su marido, anotaba en su diario que la conversión de su madre sería para ella «un milagro más grande que la resurrección de Lázaro. Estoy convencida de que mi madre es en su alma más cristiana que muchos que van a la iglesia y rezan, pero me parece imposible que pueda abandonar todos sus antiguos ideales para seguir uno nuevo, aunque sea el único, verdadero y santo»³¹.

De la muerte de su madre, el 29 de diciembre de 1925, Andreina relataba «el gemido que la había sacudido, el ‘Dios, Dios, Dios’ que murmuraron los labios de la agonizante»³².

Y cuando Filippo Turati, su padrastro, murió en el exilio de París, el 30 de marzo de 1932, Andreina escribía a su hijo Egidio (que era novicio benedictino en Parma) que ella había llegado cuando ya había fallecido: «Todas nuestras esperanzas de poder llegar a hacer algo por su alma se han esfumado, pero nos queda la certeza de que el Señor ve y pesa todo y con su infinita misericordia juzgará a este querido nuestro que ha gastado toda su vida por los demás»³³.

Anna Kulischioff y su hija Andreina ejercieron cierta influencia en la familia Giussani, y suscitaron respectivamente la admiración de Beniamino Giussani y el afecto de Angelina Gelosa. De la hija de Anna Kulischioff recordaba Giussani: «Conocía a mi madre, y cuando yo era pequeño me quería mucho»³⁴. El intermediario del encuentro de Andreina con los

Giussani fue con toda probabilidad el párroco de Desio, que debió de hablarle de aquel joven que prometía en sus estudios, pero que necesitaba ayuda material.

Y así, el futuro de Giussani es deudor de un «enlace matrimonial de lo más singular, el de Luigi Gavazzi, hijo de patronos, de ‘*sciuri*’ catolicísimos, y de Andreina, hija de

revolucionarios. [...] Años y años después, será Andreina Gavazzi Costa Kulischioff quien ‘preste ayuda a don Luigi Giussani para los estudios en el seminario’»³⁵. En efecto, ella será la que contribuya al pago de la mensualidad en el seminario, en un momento de grave dificultad económica para la familia.

La historia de las relaciones entre Giussani y la familia de Anna Kulischioff no termina aquí. Mucho tiempo después, en torno a la mitad de los años sesenta, Egidio Gavazzi se convirtió en abad del monasterio benedictino de Subiaco (1964-1974) y allí conoció a Giussani (cuando un amigo de este último, Paolo Mangini, y el pintor americano William Congdon restauraron, justamente en ese monte de San Benito, un pequeño eremitorio abandonado, el Beato Lorenzo, para hacer de él un lugar de reunión del movimiento).

Dos temperamentos muy distintos

Giussani hablaba continuamente de sus padres: indicaba los hechos de su vida y hasta los detalles de su carácter como ejemplos de humanidad y de fe de los que se sentirá deudor hasta el último momento.

La centralidad de sus padres puede reconocerse con inmediatez también en los otros hermanos. Livia, la segunda, hablaba de su padre como de un delineante formidable y un hábil carpintero. Él trabajaba en Milán en la empresa Mase de la calle Piave, donde era muy apreciado porque tenía manos de oro: «En pocos minutos hacía los bocetos y enseguida realizaba a mano sus obras». Y también recuerda cómo le apasionaba la música: «Los domingos, cuando era posible, hacía que viniera alguien a casa para cantar».

Beniamino Giussani conocía las óperas líricas de memoria y también las canciones de la Gran Guerra. «Cuando surgía en la familia algún altercado y alguno de nosotros, los hijos, armaba un lío, entraba en escena con un aria apropiada a la situación, por ejemplo: ‘*Ah! Il tuo vecchio genitor - tu non sai quanto soffrì*’ [G. Verdi, *La Traviata*, *nda*]; o bien se dirigía a mamá con un: ‘*Caro nome che il mio cor festi primo palpitar*’ [G. Verdi, *Rigoletto*, *nda*]».

También Giussani contó cosas de estos cuadros familiares que tenían por protagonista a su padre y sus cantatas: «La figura de mi padre domina mi vida. Como cuando resolvía en dos minutos todos los problemas de casa —esos repentinos que hacen que el hombre se enfade con su mujer, los padres con los hijos, los hijos con los padres— cantando un aria de ópera: ‘*La donna è mobile qual piuma al vento*’, ‘*Donne, donne, eterni dèi*’, etc. Él cantaba y todo se resolvía. No por encanto. Por virtud. Porque era algo programado, era buscado»³⁶.

Desde el punto de vista del temperamento y de la personalidad, el padre y la madre de Giussani eran en realidad muy distintos. Livia indicaba así los rasgos de los padres que veía reflejados en su hermano mayor: «La inteligencia y la sensibilidad ‘ultra’ son de mi padre. La fe grande y las ganas de trabajar son de mi madre».

La otra hermana de Giussani, Brunilde, recuerda a su madre como «una mujer

virtuosa, pero también ‘biónica’ [hiperactiva, *nda*] por naturaleza». Y recuerda un episodio que vale la pena contar con el lenguaje espontáneo con el que le fue narrado: «Cuando tenía los dos niños pequeños, fue invitada a Milán por otra tía, hermana de mi padre, que le dijo: ‘Angelina, ¿vas a estar aquí dos días y solo has traído un vestidito para estos niños?’ Y mi madre respondió: ‘No tengo otro’. Entonces la tía le dijo: ‘Cuando vayas a casa se los haces’. Ella estuvo despierta toda la noche y, por la mañana, presentó a la niña con el vestido nuevo hecho a mano. Era una trabajadora muy decidida».

Brunilde cuenta también que, durante la Gran Guerra, su padre estaba en el Isonzo en el cuerpo de pontoneros: «Y me decía que conocía todos los museos de Venecia, y llevaba siempre lápiz y papel para hacer bocetos y copiar los capiteles. Iba a la Fenice porque los militares podían entrar gratis».

Gaetano, el último de los Giussani, nacido siete años después de su hermano, que había dejado la casa por el seminario, recoge el testimonio materno: «Mi madre me decía que era un muchacho inteligente desde pequeño. También en la escuela era superior a la media de sus compañeros. Era emprendedor, obsequioso y obediente al máximo». De su padre recuerda que había vuelto de la guerra de 1914-1918 con una tuberculosis renal: «Le costó un poco encontrar trabajo. Su actividad original era la carpintería, que, entonces, era un trabajo artesanal bastante corriente. Luego, en 1945, logró entrar en la Caja de Ahorros de las Provincias Lombardas, donde fue contratado como recadero y donde trabajó hasta 1957, cuando tuvo un infarto y murió».

Gaetano recuerda que la vida de la familia Giussani estuvo marcada por grandes dificultades económicas ya que en 1938, el padre, a causa de una enfermedad, tuvo que dejar su trabajo en Milán y la madre debió retornar a la fábrica textil. De su madre, que volvía de trabajar a las cinco y media de la tarde y se ponía a ordenar la casa, cita un detalle: «Mi madre almorzaba a mediodía en el comedor de la empresa, y como vivíamos relativamente cerca, comía el primer plato y después corría a casa para llevarme el segundo». En la segunda mitad de los años treinta, las cosas no iban bien: «Cuando mi padre tuvo dificultades con el trabajo, Brunilde estudiaba y yo era pequeño». Livia, aunque muy joven, encontró trabajo en el Banco de Desio, propiedad de la familia Gavazzi, «y esto fue para nosotros una buena ayuda, porque era un salario más que entraba en casa, además de la paga mínima de mi madre y de algún trabajito que hacía mi padre. Livia se casó en 1951 y se marchó de casa. Después Brunilde se empleó en una sociedad de Seregno y también se casó, por lo que yo me quedé en casa solo». Cuando murió su padre, Gaetano, que estaba en quinto año de bachillerato, se hallaba en un sanatorio porque había enfermado seriamente, pero pronto tuvo que volver a casa. Terminó el último curso y comenzó a trabajar.

Muchas veces a lo largo de su existencia Giussani subrayó la gratitud hacia sus padres por la educación recibida durante su infancia, asignándoles con insistencia un papel ejemplar: «Un padre y una madre dan la vida, un padre da la vida por su hijo. [...] Evidentemente, si con el paso de los años mi vida adquiere estima y devoción, memoria conmovida y gratitud cada vez mayor por mi pobre padre y mi pobre madre, es porque,

cuanto más pasa el tiempo, más cuenta me doy de lo que fue mi pobre padre y de lo que fue mi madre: descubro riquezas en ellos, en sus palabras y en sus actitudes, en las que ciertamente no me había fijado, ni antes ni después, durante mucho tiempo»³⁷.

La madre: «¡Qué bello es el mundo y qué grande es Dios!»

Por encima de todos los demás, hay un episodio al que Giussani vinculaba la memoria de su madre y que estará destinado a tener un papel central en su visión educativa de la propuesta cristiana: «Yo era un joven seminarista. A veces lloraba todavía por estar lejos de mi casa. Había vuelto a casa por Pascua (tres días, incluidas la ida y la vuelta). Un día íbamos a las cinco de la mañana hacia la parroquia; había un cielo precioso y un aire límpido y terso -hacia mucho viento-, y solo quedaba en el cielo la última estrella, el lucero del alba, y mi madre pronunció estas palabras: ‘¡Qué bello es el mundo y qué grande es Dios!’; pero así como se dice: ‘La polenta con leche es algo bueno».

Y añade: «Entre cómo lo pronunció mi madre y cómo se puede repetir esta frase, quizá haya un abismo, millones de kilómetros. Estos millones de kilómetros se pueden reducir a una sola cosa: que lo que dijo mi madre es verdad, ¡es verdaderamente humano!, y quien no lo dice así no es humano. Lo que hacía a mi madre tan sensible no era que tuviera un cerebro excepcional o un corazón especialmente ‘henchido’: era un don del Espíritu»³⁸.

Y en otra ocasión indicaría precisamente este suceso como «uno de esos momentos que encierran la clave de toda la vida: ‘¡Qué bello es el mundo y qué grande es Dios!’’. ‘Qué bello es el mundo’ quiere decir: ‘No es inútil vivir, no es inútil obrar, trabajar, sufrir; no es negativo morir, porque hay un Destino’. ‘¡Qué grande es Dios!’: lo grande es aquello hacia lo que todo fluye, el Destino»³⁹. Giussani asociaba a menudo a este relato el verso de una poesía de Barbara Tosatti que le gustaba mucho y que habla de una mañana de primavera «fría y ardiente»⁴⁰.

Un segundo episodio procede de las memorias de su primera infancia y revela suficientemente un auténtico tejido de ternura que a don Giussani, ya adulto, le gustaba recordar y testimoniar: «Mi madre era una persona devota, y en vacaciones me llevaba siempre a la parroquia a rezar las vísperas [...]. Un día [...] yo estaba debajo del púlpito junto a mi madre, el cura gesticulaba. Yo estaba ahí, muy atento, con la boca abierta, y él pronunció solemnemente esta frase: ‘Aunque vuestra madre os abandone, yo no os abandonaré’. Me acuerdo como si fuese hoy: miré a mi madre con terror al escuchar esa frase. Mi madre se agachó y me sonrió, y yo me sentí aliviado enseguida»⁴¹.

«Su madre era una mujer muy piadosa, muy sabia, muy recogida, discreta». Así la recuerda don Bruno De Biasio, que estaba en la parroquia de Desio desde 1949⁴². Angelina Gelosa era una de las penitentes del ya citado don Amedeo (una figura destinada a ser vista como ejemplo para la obra futura que Giussani iba a edificar). De pequeño, Giussani escuchaba a su madre comentar a menudo ante los problemas que surgían: «El pobre don Amedeo diría esto o aquello». Lo repetía continuamente: «El

pobre don Amedeo diría...». Don Amedeo era el coadjutor del oratorio femenino, pero por la incompreensión del párroco se vio obligado a dejarlo; se le «relegó» al confesionario, por medio del cual llegó a crear una realidad de un centenar de mujeres, conocidas en todo el pueblo.

Don Giussani recordaba con pasión a este sacerdote y su obra: «Cuando había que ayudar a un niño (entonces no existían todavía todas esas organizaciones para los niños abandonados) se dirigía siempre a ellas: el ‘pobre don Amedeo’ iba a ver a una de esas familias y les pedía dinero, ayuda. Cien mujeres: si hubieran sido cien mil, el *Corriere della Sera* habría hablado de ellas. [...] Aquel sacerdote, desde el confesionario, creó un movimiento en su pueblo, un movimiento que tuvo el espacio que Dios le concedió, pero fue un espacio luminoso, y yo, gracias a Dios, llevo todavía conmigo sus consecuencias»⁴³. Don Amedeo murió en 1933.

Incluso los gestos más fugaces de la vida familiar permanecieron vivos en la memoria de Giussani: «Tengo el recuerdo de mi madre fregando los platos. Me acuerdo de que, en un determinado momento, dejaba de fregar: todavía quedaban muchos platos por fregar, pero se paraba. Después comprendí que se paraba para rezar durante un instante. Ni siquiera los más grandes filósofos, Sócrates o Platón (¡los filósofos contemporáneos no son tan grandes!), podían imaginar algo de este tipo: que un gesto tan inmanente desde el punto de vista natural pudiese florecer en la relación con el infinito, como sucede cuando se ofrece a Dios un acto que se está realizando»⁴⁴.

Y de las tardes invernales recordaba: «Estaba sentado junto a las piernas de mi madre escuchando relatar las parábolas del Evangelio, que ella alternaba con los cuentos de De Amicis, como ‘De los Apeninos a los Andes’. Y yo, que era niño, comprendía que estaba hablando de cosas que habían sucedido, que habían acontecido»⁴⁵. Y también: «‘Te damos gracias, Señor, porque eres grande’. Es la expresión con la que mi madre, siendo yo pequeño, hizo que se sobresaltara mi corazón»⁴⁶.

«Y mi madre me lo dijo a mí»

Una cantidad tal de recuerdos no tiene aquí un valor meramente afectivo, sino que entra en realidad en lo que podría considerarse un testimonio ejemplar. Para Giussani, su madre le había pasado el testigo de la fe católica, una fe que se comunica siempre a través de encuentros directos y personales. He aquí cómo reconstruía el proceso de transmisión de la fe: «Aquellos dos, Juan y Andrés, y aquellos doce, Simón y los demás, se lo dijeron a sus mujeres, y algunas de esas mujeres se fueron con ellos. Llegó un momento en que muchas se fueron con ellos para seguirle: abandonaban sus casas y se iban con ellos. También se lo dijeron a otros amigos, que no abandonaban necesariamente sus casas, pero que compartían su simpatía hacia aquel hombre, que compartían su actitud positiva de asombro y de fe en Él. Y esos amigos se lo dijeron a otros amigos, y luego a otros amigos, y más tarde a nuevos amigos aún. Así pasó el primer siglo, y estos amigos invadieron con su fe el siglo segundo al tiempo que también invadían geográficamente el mundo. Llegaron hasta España al final del siglo primero y hasta la India en el siglo segundo. Y luego los del siglo segundo se lo dijeron a otros que vivieron después de ellos, y estos a otros, como una gran corriente que se fue

agrandando, como un gran río que crecía, hasta que llegaron a decírselo a mi madre, ¡a mi madre! Y mi madre me lo dijo a mí cuando era pequeño»⁴⁷.

El papel de su madre es central, y los episodios que recordar se multiplican sin medida. En las ocasiones en que Giussani estaba de vacaciones y caminaba por el campo con su madre, esta solía repetirle: «¡Piensa qué misterio! ¿De dónde nace el pan, de dónde nace la comida? De la tierra, donde se echa el estiércol». Y él explicará así el significado de esas palabras: «No era un ejemplo banal, era una observación que ninguno de nosotros hace: el estiércol es el sacrificio, la vida que ya no parece vida»⁴⁸. Y cuando le ocurría que estaba un poco desganado y no quería saber nada de tener que hacer sus deberes, ella le animaba: «Te pido que estudies, hijo mío; la hora que tenía un poco libre para dormir por la tarde la voy a sacrificar para hacer los deberes contigo»⁴⁹. Además, cuando él montaba algún lío, se lo reprochaba con palabras de este tipo: «‘Te has equivocado’; y luego ‘Tienes que volver a empezar’»⁵⁰.

Giussani no dejaba de subrayar con insistencia el hecho de haber asimilado los principios de la fe en el ambiente familiar: «Para comunicarme la fe, mi madre me hacía afirmaciones pertinentes para la vida

—‘Jesús te ve. Hazlo por Jesús. Dale un besito a la Virgen María’—».

Y para un niño de tres años, estas palabras y estas referencias eran concretas, como decir ‘La tía que está en Turín’. Era como decir: ‘Vamos a ver a la tía que está en Turín [...]: se ha sentido mal y ha ido al hospital’; el niño se imaginaba la escena: el suceso era obvio en sus detalles. Pero no solo esto: para comunicar el contenido de la fe mi madre recordaba hechos pasados. Esta es la primera cuestión que debe implicar la educación cristiana para que su expresión sea verdadera: el pasado, *la valoración del pasado*. La educación cristiana no puede dejar de partir del pasado. El cristianismo se plantea como un acontecimiento que ha ocurrido, que llega hasta aquí, hasta el día en el que yo vivo»⁵¹.

Giussani nunca dejó de asombrarse al recordar la figura de su madre: «Pero ¿cómo hacía mi madre para comunicarme el sentido religioso que ella misma había recibido? ¿Cómo podía tener aquel modo de leer el Evangelio, que me hacía quedarme pegado a la mesa —llegaba apenas muy justito al borde de la mesa y la miraba leer cosas que no comprendía bien, la miraba leer—? ¿Cómo es que leía de aquel modo, que recuerdo ahora —ahora debo decir cuán devoto era, cuán humildemente estaba dispuesto a preguntar, cuán conmovido y asombrado estaba—?»⁵².

Y cuando se hizo adulto, siendo ya sacerdote, su asombro continuó: «¡Qué impresión me da cada vez que vuelvo a mi casa! En las conversaciones, los juicios que hace mi madre sobre mí y sobre mi comportamiento están dictados por la fe». Al escucharla hablar, le llamaba la atención «cierto modo de elegir y fundamentar sus recomendaciones»⁵³.

Pero la síntesis de los sentimientos que tenía Giussani respecto a su madre está contenida en la homilía que pronunció con ocasión de su funeral. He aquí algunas de las palabras que resonarán en la iglesia de los Santos Pedro y Pablo en Desio, el 15 de mayo

de 1984: «¡Qué grande es el Señor! Toda la verdad del hombre y de la vida se reduce a esto: que el Señor es todo. ¡Pero qué grande es también la criatura cuando se convierte en signo del Señor! ¡Qué signo de Dios has sido para nosotros, mamá! Y no ante todo y sobre todo por tu gran bondad. [...] Una bondad que te empujaba a ser siempre servicial, sin cansarte nunca. Una bondad que te vinculaba tan admirablemente, tan afectuosamente, a tus hermanas, a tus hermanos, a tus sobrinos, a tus parientes, porque este es un gran signo de humanidad. No era ante todo y sobre todo por esta gran humanidad tuya (¡cuántas veces lo he escuchado estos dos días!) por la que cuando uno hablaba de ti, o cuando uno habla ahora de ti me dice: ‘¡Qué buena era, qué buena era!’ Sino que eras signo de Dios por tu fe. Porque este es el signo más grande de Dios: el hombre que en su actitud normal vive la fe. Y esto se puede decir de ti, madre, sin sombra alguna ni límite alguno»⁵⁴.

De hecho, el vínculo afectivo no es mas que la introducción a una valoración más profunda, en la que la madre es vista no solamente como ejemplo de una modalidad específica de educar y de ser cristianos, sino también de una trayectoria de vida que, con los hechos, se vuelve visible y perceptible para los demás. La fe, en otros términos, se convierte en una fuerza que transforma a la persona.

El padre: «Date razón de todo»

La figura de su padre fue igualmente significativa para Giussani. También habló de él en numerosas ocasiones, evocando recuerdos que describían su personalidad y su carácter. Empezando por un episodio que siempre reconoció como decisivo para la formación de su mentalidad: «Mi padre [...] a partir de un momento dado [...] (yo estaba quizá empezando la secundaria), me decía todas las noches cuando volvía a casa por vacaciones: ‘Date las razones de todo’. Antes de irme a la cama me hablaba así, yo le daba las buenas noches y él me decía: ‘Date razón de todo’, ‘Estate atento a las razones de todo’»⁵⁵.

Bastaba una mirada para hacer entender a su hijo que algo no iba bien: «Como mi padre (que en esto era un artista) cuando volvía a casa por la noche: intercambiaba unas palabras con mi madre... ¡y ya sabía cómo había ido el día! Entonces empezaba a mirarme de cierta manera, y yo rompía a llorar, en silencio. Luego, después de haber empezado a llorar, ya no me decía nada más; quizá me ponía la mano sobre la cabeza y me alborotaba el pelo, pero el niño seguía llorando. Y él se marchaba —justamente—, se cambiaba de ropa, se ponía a leer el periódico, y el niño seguía, lloraba cada vez menos, pero lloraba. Entonces decía: ‘Por favor, acércame los zapatos’, ‘Tráeme las zapatillas’, ‘¿Has visto por ahí mis gafas?’. Y aquel niño corría. Y se pacificaba, pero se pacificaba de una manera que tenía una intensidad no prevista. Se pacificaba como el sol de *La mia sera* de Pascoli: ‘El día estuvo lleno de relámpagos; pero ahora vendrán las estrellas, las silenciosas estrellas. En los campos se oye un breve *croac croac* de ranas’. Es como un sol que conserva todavía toda la humedad de la lluvia caída, de la tempestad desatada; como un sol que domina finalmente, pero que conserva todavía la pena de la primera

mirada»⁵⁶.

Y también contaba cómo le había enseñado Beniamino el sentido de los demás con un sencillo gesto: «Si mi padre no me hubiera estrechado la mano mil veces para hacerme decir ‘Buenos días’, yo no hubiera aprendido a decirle ‘Buenos días’ a la gente»⁵⁷.

Quién sabe cómo se debía de sentir su padre, tallista y óptimo delineante, cuando sorprendía al joven Luigi haciendo sus intentos aproximativos: «Mi pobre padre, cuando yo hacía mis primeros dibujos, que nunca me salían muy bien [...], cuando él volvía a casa del trabajo, se ponía allí, de pie detrás de mí, y me miraba dibujar... su primer sentimiento era seguramente este: ‘Tiene que conseguir hacerlo, porque si le han dicho que debe hacer esto, lo tiene que lograr’. Entonces yo dibujo, borro, dibujo, borro, borro, borro... Si mi padre me quiere, pensará: ‘¡Pobrecillo!’’. Y entonces entrará en acción y dirá: ‘Esta línea trázala así, no así’ [...]. Entra cuando siente compasión, mientras que su primera actitud era un juicio: ‘Tiene que hacerlo’»⁵⁸. Y estos eran los sentimientos que ese recuerdo suscitaba en Giussani: «Era evidente ante los ojos de mi padre la figura de su niño, [...] era evidente quién era su niño, pero ese niño era misterio, era un misterio que existiese. Se le podía tocar la cabeza, pero ¿qué relación tenía aquella cabeza que tocaba con todos los pensamientos y los sentimientos que nacían dentro de ella (¡y ya nacían dentro, aunque tenía cinco años!)?»⁵⁹

Su padre Beniamino asumió con los años un valor imponente en la vida de Giussani, no menor al de su madre: «Si mientras mi padre vivía yo hubiera pensado en el día de su muerte, me hubiera muerto de miedo. En cambio, cuando él murió, todo comenzó a ordenarse en paz. Experimenté una coincidencia mucho mayor. [...] Le conocía más, le percibía más, le sentía más»⁶⁰.

Giussani percibía a su padre como fuente de una manera de educar, pero esta, a su vez, era reflejo de una persona ejemplar, también ella transformada de algún modo por su sensibilidad interior. Sensibilidad que, decenios más tarde, Giussani definirá con el término de «sentido religioso». En efecto, junto a la lección sobre la necesidad de darse razón de todo, Giussani reconocerá que debía a su padre también la primera percepción del «sentido religioso», que será el título de su libro más conocido: «El sentido religioso hace del hombre exigencia del Espíritu, súplica del Espíritu. Mi pobre padre no iba casi nunca a la iglesia, hasta una fecha determinada [cuando su hijo entró en el seminario, *nda*], y sin embargo me decía siempre que rezara al Espíritu Santo. Era el instinto religioso, aunque sin una fe clara»⁶¹. Y también: «Una vez yo tenía paperas de pequeño y mi padre, que [...] era un socialista acérrimo, me echó allí en su cama junto a sí —me acuerdo, guardo un retazo en mi memoria—, y empezó a contarme la parábola del rico Epulón (¡que es justamente de socialista!). Y yo me acuerdo de que estaba allí escuchando la historia del rico Epulón y la oreja ya no me dolía, ¡no sentía ya dolor en la oreja! Y en cuanto terminó: ‘¡Ue! ¡Ue! ¡Ue!’»⁶².

Un domingo soleado Giussani estaba yendo a misa con su padre. Por el otro lado de la calle pasó un señor y le preguntó: «¿También tú vas a la iglesia?». Sabía, en efecto, que Beniamino era socialista. «Y mi pobre padre respondió (conmigo a la derecha y mi

hermanita a la izquierda): ‘Tengo hijos’». Y Giussani recordará también: «‘¿Has ido la iglesia?’, me preguntaba mi padre, socialista. Cuando me fui al seminario, le dije en un momento dado: ‘Pero papá, eres incongruente, eres contradictorio, porque me decías que yo fuera a la iglesia y tú no ibas’. ¡Pero no es verdad que fuera una incongruencia! Es el instinto paternal y maternal que desea la felicidad de su hijo, [son los padres] quienes saben cuál es el camino hacia esa felicidad; y si por una historia personal, por pereza o por vínculos de partido o de amistad decae en ellos la coherencia, para los hijos quieren, justamente, que lo que ha decaído no decaiga también en ellos»⁶³.

La figura paterna es aquí objeto de una reinterpretación por medio de la cual Giussani revela uno de los aspectos decisivos de su perspectiva existencial: captar lo esencial más allá de las actitudes exteriores aparentemente contradictorias. Después de la entrada de su hijo en el seminario, en 1933, el padre se acercará progresivamente a la Iglesia, hasta llegar a ser uno de los responsables de la Acción Católica en Desio.

El tango de las currucas

Beniamino amaba la música. «Mi padre cantaba siempre el *Tango de las currucas* cuando volvía a casa por la noche. Se quitaba los zapatos cantando [...], yo era muy pequeño, e iba allí a robarle los zapatos»⁶⁴. Livia recuerda que su madre arrugaba bondadosamente la nariz en cuanto resonaban las primeras palabras: «A medianoche empieza la ronda del placer...».

Una de las canciones que cantaban los dos niños junto a su padre era la del «Deshollinador». El texto, muy conocido en la cultura popular de los años treinta, era en realidad una joya de la sensibilidad y de la *pietas* que animaban la cultura religiosa familiar de la época: «Como golondrina voy, sin nido ni rayo de sol, por desconocido destino mi nombre es deshollinador. No tengo las caricias tiernas y ligeras de mi madre, de sus besos no sé: mi única madre es la nieve. Es Navidad, no te preocupes, deshollinador, cada niño tiene un hogar, y un juguete muy cerca. Yo me acerco para jugar cuando un niño me da un empujón y me dice ‘no toques’, ve a deshollar la chimenea. Tú me rechazas, lo sé, porque no tengo el rostro blanco, pero el deshollinador tiene un corazón, como cualquier otro niño»⁶⁵. Al escuchar esas palabras «se escapaba alguna que otra lágrima», decía su hermana.

Giussani debía también a su padre el descubrimiento del canto coral religioso: los domingos por la mañana «mi pobre padre [...] me llevaba a oír las misas solemnes, cantadas por coros parroquiales en uno u otro pueblo lombardo»⁶⁶.

Luego le hizo conocer a Chopin; una composición, en particular, conquistó a Giussani: el *Preludio n. 15*, que está recorrido por la repetición de una nota y por eso es conocido también como *La gota de agua*. Aquí aparece otro detalle vital en la representación que Giussani se hacía del recorrido del hombre, entrando así de lleno en su concepción antropológica: «Había escuchado decenas y decenas de veces *La gota* de Chopin, porque le gustaba mucho a mi padre. Y también a mí, a medida que crecía —nueve años, diez años...—, empezó a gustarme, porque la melodía que se oye en primer plano es fácil, es

muy agradable de escuchar. En una primera audición de ese fragmento se imponía lo sugestiva que era la música que estaba en primer plano. Pero después de escucharlo decenas y decenas de veces, una vez, mientras estaba sentado en el salón, mi padre puso de nuevo ese preludio: de repente caí en la cuenta de que no había entendido nada de lo que era *La gota*».

Giussani percibió que el verdadero tema no era la música que estaba en primer plano, esa melodía inmediata, tierna y sugerente: «No era la escucha instintiva del preludio lo que hacía que apareciera su verdad: su significado verdadero era algo aparentemente monótono, tan monótono que se reducía a una sola nota que se repite continuamente, con alguna ligera variación, desde el principio hasta el final. Pero cuando un hombre advierte esa nota, es como si lo demás quedase al margen, como si fuera solo el marco de un cuadro: el cuadro está todo él hecho solamente de esta nota que se convierte como en una idea fija, y el yo, de principio a fin, está atravesado continuamente por ese sentimiento dominante».

Dirá Giussani: «Aquel día comprendí, sin poder articularlo como un discurso, intuí de qué se trataba. Me dije a mí mismo: ‘¡Así es la vida!’». El pasaje de Chopin es bellísimo porque es un símbolo de la vida. En la vida el hombre está dominado por las cosas que le enternecen y atraen más instintivamente, que le gustan, que le resultan cómodas, a su gusto. En resumen, domina lo instintivo, lo inmediato, lo fácil, lo que arrastra. Y sin embargo la vida está más allá de la música que está en primer plano: es una sola nota desde el principio al fin, desde que se es joven hasta que uno llega a anciano. ¡Una sola nota!». Para Giussani, cuando uno cae en la cuenta de esa nota «no la pierde más, no puede ya perderla: permanece como una idea fija, pero es la fijación que tiene el sabio, el sapiente, el inteligente. Es la idea fija que tiene el hombre: el deseo de felicidad»⁶⁷. Y en otro lugar explica: «¡Después de entender esto, me parecía que sucedía lo mismo en todas las composiciones musicales!»⁶⁸.

Cuando, al comienzo de los años treinta, llegó a Europa la gran recesión económica americana y golpeó a Italia, los Giussani sufrieron estrecheces, como todos. He aquí cómo subrayaba la auténtica «voluntad radical» por parte de su padre con respecto a una dimensión de la existencia que no era en absoluto puro entretenimiento: «Los domingos por la tarde mi padre hacía venir siempre a un cuarteto (tenía esa manía) y allí se escuchaba a Mozart, se escuchaba a Liszt, o a Strauss, y me llevaba siempre a rastras a escuchar las óperas (porque yo era reacio), pero, mientras que a las óperas yo les tenía mucha ojeriza (no comprendía por qué tenían que vocalizar tanto para decir determinadas palabras), me produjo mucha impresión y me dejó una profunda estima (quién sabe por qué) el hecho de que mi padre hiciera sacrificios (porque lo decía: ‘Esto no podemos comprarlo, porque en caso contrario no podríamos hacer que vinieran...’) para hacer venir al cuarteto de cuerda a nuestra casa el domingo por la tarde». Giussani recordará con gratitud este momento de su infancia: «El sentido de la belleza como parte necesaria del gusto por la verdad y por la búsqueda de la verdad indudablemente me fue inculcado desde niño por mi padre (que lo poseía verdaderamente a lo grande)»⁶⁹.

A este detalle de los primeros años de Giussani se refirió también el cardenal Joseph

Ratzinger, revelando su profundo alcance: «Don Giussani creció en una casa [...] pobre de pan, pero rica de música, y así desde el comienzo fue tocado, más aún, herido, por el deseo de la belleza»⁷⁰.

Y con la música, el teatro. Su hermana Livia recuerda un simpático episodio de la infancia con su hermano: en Desio había un teatro del oratorio masculino; a las mujeres les estaba prohibida la entrada, «entonces mi padre nos tomó a Gigetto y a mí y, con aquel espíritu transgresor, me recogió las trenzas dentro de la boina y me dijo: ‘Haz lo que yo te diga’. Compró las entradas y fuimos arriba, a la tribuna, en una esquina. Gigetto y yo delante y él detrás, porque era alto»⁷¹.

Volviendo a su experiencia de hijo, Giussani sacará de ella un criterio de valor universal: «El Ser es tan padre de lo que crea que entra en una relación familiar con lo que crea. Y la relación familiar con mi padre no era un discurso que leía en la puerta cada vez que llegaba, era un gesto»⁷².

Y también: «El padre [...] es el signo inmediato del Misterio que nos ha hecho, el signo inmediato de Dios, da igual qué tipo de hombre haya sido —digno o indigno, no importa, es el hecho de ser signo lo que importa—. Esta es la fuerza que hace que alguno haya descubierto a su padre a medida que pasaba el tiempo después de su muerte; y entonces deja que se introduzca esta figura dentro de sí, y renacen en él recuerdos que jamás había tenido, detalles que nunca había destacado. Y, si hablara a todo el mundo, diría: ‘Mi padre... Mi padre...’ (lo digo porque lo experimento)»⁷³.

Don Bruno De Biasio (que estará a la cabecera de Beniamino en el momento de su muerte) conservaba el recuerdo de un episodio de la vida del padre de Giussani que refleja su delicada sensibilidad: durante el robo en un banco resultó muerto un cierto Solaro, un buen cristiano que siempre se sentaba en el mismo sitio en la iglesia, y «al día siguiente de su muerte el padre de don Giussani puso un ramo de flores blancas sobre el banco donde aquel hombre se sentaba todos los días a rezar. [...] Fue un gesto muy conmovedor, que denota qué tipo de hombre era su padre»⁷⁴. He aquí cómo recordará un periódico local la figura de Beniamino cuando murió en 1977: «Hablar del amigo Beniamino Giussani como una persona muerta nos resulta extraño e inverosímil, especialmente porque hasta la noche del martes participó con su calor habitual en nuestras preocupaciones, discutiendo de programas de trabajo y compartiendo algunos minutos de justa distracción. Por desgracia la muerte se lo ha llevado de improviso [...]. Pero su muerte fue igualmente serena, porque se mantenía siempre preparado para la llamada suprema con una frecuencia asidua a los santos sacramentos, y especialmente a la devoción de los primeros viernes de mes, que desde hace muchos años practicaba sin interrupción. [...] La jovialidad de su carácter llevaba espontáneamente a la amistad con él. Y en la amistad encontraba siempre la manera de decir una buena palabra, de dar una orientación justa a todos, incluso a aquellos que podían estar lejos de sus ideales y de su fe. No obstante, él practicaba su fe con franqueza y con convicción y por esta fe suya jamás cedería a compromisos. Ha contribuido a la Acción Católica, desempeñando muchos años en nuestra asociación el cargo de delegado de eventos; pero él estaba

siempre dispuesto a ofrecer su estrecha colaboración en todos los encargos. Aprovechando las posibilidades que ofrecía su profesión, visitaba con frecuencia a los socios y amigos enfermos, llevando su palabra de ánimo y de afectuosa alegría, que hacía siempre agradable su visita. Se acercaba gustoso a los inmigrantes y bastantes de estos entraron en la Asociación, entablando con ellos una buena amistad. Su actividad llegaba también a otros campos, como las ACLI (Acción Católica de los Trabajadores de Italia, *ndt*) y el Partido de la D.C. (Democracia Cristiana, *ndt*), la Asociación de Combatientes, participando siempre en las manifestaciones y los trabajos de esas entidades. En la vida, que no siempre le favoreció generosamente, tuvo dos grandes consuelos: una familia modelo y un hijo sacerdote. Estaba orgulloso especialmente de su hijo sacerdote, ¡y no ocultaba su íntima alegría y su inmensa satisfacción cuando se hablaba de su don Luigi! En los breves momentos de su agonía, el mayor sacrificio haya sido quizá no poderle ver y despedirse por última vez en el umbral de la eternidad»⁷⁵.

Un documento del afecto que tenía Giussani a su padre es la carta que le escribió desde el seminario de Venegono el 31 de marzo de 1940, acusándose de un olvido: «Queridísimo papá, no sé decirte cuánto dolor, cuánta humillación, cuánta desdicha experimenté ayer por la noche cuando, justo después de llegar, ¡me acordé de que hoy era tu santo! Tanto que a las tres, en la sacristía, me dije: ‘¡Ahora mismo voy a casa a felicitarle!’». Ha sido un descubrimiento realmente lleno de amargura para mí. No obstante espero que aceptes de todas formas mi felicitación y perdones el grave olvido y descuido. Y que esta felicitación sea una prueba del amor indefectible que no disminuye y que tengo a mis padres, amor que se temple y se agranda, volviéndose más sentido en la lejanía que debemos tener para que yo pueda servir a Dios en la preparación para mi sacerdocio. Os deseo paz y serenidad: y también alegría en las largas pruebas que Dios envía»⁷⁶.

También en este caso la figura del padre aparece como una fuente inagotable no solo de recuerdos y anécdotas, sino como testimonio de vida cristiana visible, que cambia a las personas desde dentro, poniéndolas en un estado de sensibilidad constante frente a las personas y las cosas.

En los cursos de enseñanza elemental

Giussani recibió la confirmación el 29 de octubre de 1928, al comienzo del primer año de primaria (en la escuela Giulio Gavazzi de Desio, que frecuentará desde 1928 a 1933).

Las clases eran muy numerosas: en la clase de primero de Giussani había cuarenta y siete alumnos entre chicos y chicas. En el registro de clase, la maestra Clotilde Viganò, que llevaba 27 años enseñando, anotó: «‘Giussani Gippetto’ [...] inscrito el 1 de septiembre de 1928, residente en la calle Generale Cantore, no ayudado por el patronato, ninguna ayuda. Calificación anual de aprovechamiento propuesta por el maestro: Conducta: Notable. [...] Religión: Notable. Ortografía: Notable. Lecturas y ejercicios escritos: Notable. Aritmética y contabilidad escrita y oral: Notable»⁷⁷.

Giussani describía así a su maestra de primero: «Era bajita, con moño, en una clase en

donde había una estufa en invierno [...] Es ciertamente el recuerdo más impresionante de relación humana que haya tenido en mi vida»⁷⁸.

Su hermana Livia tenía este recuerdo de la maestra de su hermano: «Enseguida, ya en primero de primaria, comprendió que él no era ‘normal’. Mi madre le miraba. Por la tarde jugaba, sudaba, con los dos únicos chicos que vivían en nuestra ‘corrala’. Entonces mi madre fue a hablar con la maestra, para saber qué tal. ‘Quisiera saber cómo se comporta’. ‘Señora —entonces había más de cuarenta niños por clase— no me entero de que está en clase. Es bueno, es inteligente, es educado’. Mi madre volvió casa encantada»⁷⁹.

He aquí otro episodio, que con el paso de los años adquirió un valor universal a los ojos de Giussani: «La maestra venía siempre con una bolsa en la que llevaba el material para la clase. Un buen día dijo: ‘Niños, hoy aprenderemos a sumar’ y enseguida metió la mano en la bolsa, tomó una manzana y preguntó: ‘Niños, ¿qué es esto?’, y nosotros: ‘Una manzana’. Volvió a meter la mano en la bolsa y, con gran desilusión por nuestra parte, sacó otra manzana. ‘Una manzana más otra manzana ¿cuántas manzanas hacen?’. ‘Dos’. ‘Muy bien. ¿Lo veis? Uno más uno igual a dos’. Descubrí más tarde que aquel era uno de los fundamentos de la pedagogía: el paso de lo implícito concreto a lo explícito abstracto»⁸⁰. En uno de sus libros más importantes, a propósito de la pedagogía utilizada por Cristo para revelarse a sus discípulos, Giussani usaría casi las mismas palabras: «Jesús [...] siguió una línea educativa en la que primero tradujo en expresiones implícitas y concretas la idea que al final tenía que expresar abiertamente. La concreción —la idea que se encarna— y lo implícito —hacer comprender sin definir abstractamente— sigue siendo la línea educativa más natural y eficaz»⁸¹.

En segundo de primaria los alumnos eran cincuenta y cinco, todos varones, y la maestra Irene Triulzi, que enseñaba desde hacía treinta y cuatro años, propondrá como valoración final del pequeño Giussani: Sobresaliente en todas las asignaturas, salvo tres Bienes⁸². En tercero los estudiantes fueron confiados a la maestra Saveria Pignatelli, que el hermano de Giussani, Gaetano, recuerda haber conocido varios años después, cuando, a su vez, asistía a la escuela primaria: «Enseñaba todavía, aunque ya anciana, y decía que Giussani era su alumno predilecto, el más inteligente». Aparece un Bien como nota de conducta propuesto para Luigi⁸³, que volverá a obtener un Sobresaliente en las notas finales⁸⁴.

Durante tercero de primaria, el 10 de mayo de 1931, Giussani recibió la primera comunión. Sus padres hicieron un recordatorio con la imagen de un niño que recibe la forma consagrada de manos de Jesús, bajo la mirada de su ángel custodio. En el reverso se lee: «Luigi Gigetto Giussani en el fausto día de su primera sagrada comunión recuerda a Jesús eucarístico a sus parientes y conocidos»⁸⁵.

En cuarto y quinto de primaria Giussani tuvo dos maestros distintos, Cesare Medaglia y Salvatore Fossataro, respectivamente. En las distintas materias alternó Sobresalientes y Notables⁸⁶.

En cuarto de primaria el joven Giussani fue de vacaciones a Val Formazza, a los pies

del Monte Giove; había una especie de pequeño prado, «y observé que había un trozo que no tenía hierba, era tierra fresca que encima tenía un centímetro de agua. Me acerqué... y era un manantial, una fuente, y me quedé muy impresionado por haber visto una fuente: se veía que el agua hacía ‘pluff’. Y recuerdo que metí dentro la cara para beber aquella agua fresquísima...». Muchos años después contó aquella experiencia, observando que, análogamente, «Cristo es un manantial»⁸⁷ del que brota todo para la vida del hombre. Giussani consideraba y analizaba la experiencia de los años juveniles, más que como una simple recopilación de anécdotas y hechos singulares, como una cantera de experiencias destinadas a ser pensadas y organizadas nuevamente en una síntesis coherente ya en los años de la madurez.

El informe del examen de Estado (equivalente en España al examen de ingreso de entonces, *ndt*) fue emitido por la escuela pública Zucchi en Monza, el 23 de agosto de 1933. El profesor Giovanni Negri escribe, en nombre del director: «Se atestigua que Giussani Luigi, hijo de Beniamino y Gelosa Angela, nacido en Desio el día 15 de octubre de 1922, ha realizado en esta escuela durante la sesión estival 1933-XI los exámenes de admisión para primero de Enseñanza Media, resultando admitido»⁸⁸.

Lo esencial reside en la importancia que dicho examen de admisión tenía en una sociedad como la de los años treinta, marcada íntimamente tanto por la precariedad de recursos como por la convicción profunda y extendida de que estos se podían adquirir a través del compromiso y la dedicación.

El maestro Fossataro

«Mira, tú eres inteligente. Si vas al seminario ¡te harán cardenal!». Son las palabras que aquel muchacho de diez años, sentado en el primer banco, escuchó que le decía un día de comienzos de mayo de 1933 el maestro de quinto de primaria, el centurión de la milicia fascista Fossataro, que le quería porque era el primero de la clase. A ese episodio vinculaba de algún modo la memoria de Giussani el origen de su vocación sacerdotal.

La reconstrucción años después del episodio revela el carácter sencillo y, en ciertos aspectos, ordinario y por consiguiente paradójico de lo que podría haber sido una elección que presentar de manera más enfática: «La palabra ‘cardenal’ desapareció enseguida de mi mente: no me interesó, no sabía lo que quería decir. Sacerdote, no; sacerdote sí que lo sabía. Fui a casa y dije por primera vez en mi vida: ‘¡Quiero entrar en el seminario!’. Mi padre, que era socialista, dijo: ‘¡Bah!’. Mi madre, en cambio, se alegró mucho porque era piadosa y tenía mucha devoción por la Virgen. Y lo mismo le ocurrió a su hermana, la tía solterona que me regalaba siempre como una ‘alhaja’ angelitos para poner en el altar, velitas para hacer el altar, y un pequeño cáliz para jugar a decir misa. Y os aseguro que nunca he tenido la más mínima tentación de hacerlo, siempre los dejé en una esquina, no accedí nunca a esa hipótesis, no me decía nada. En todo caso, pocos meses después, el 2 de octubre de 1933, entraba en el seminario»⁸⁹.

Livia recuerda que supo después que su padre Beniamino había ido a ver al maestro y este le había respondido que si su hijo decidía otra cosa, prefiriendo ir a estudiar a Milán,

él se encargaría personalmente de los gastos relativos al tranvía y a los libros de texto.

«Me interesa mucho contaros este hecho», diría Giussani sesenta años después, hablando a un grupo de jóvenes que querían comenzar un camino de virginidad y, por consiguiente, estaban interesados en discernir los signos de su posible vocación, «porque aquel profesor que me vino a decir ‘¿por qué no vas al seminario?’, es *el* signo. ¡Quién habría pensado que era *una semilla* que daría lugar a un arbusto que llegaría hasta Paraguay, Uganda, etc.! ¿Quién podía saberlo?»⁹⁰.

En su libro-entrevista con Teresio Bosco, Giussani explicitó las razones que le hicieron estar tan inmediatamente disponible a las palabras de Fossataro. Porque estas no fueron un rayo repentino en el cielo azul, sino más bien la chispa que encendió algo que estaba incubándose bajo la ceniza: «El *humus* era ciertamente el aprecio que mi familia me había inculcado siempre por la figura del sacerdote. Incluso mi pobre padre, que por aquel entonces no frecuentaba mucho la iglesia (pero era agudamente religioso) tenía un juicio lleno de aprecio por la figura del sacerdote. Quizá porque, gracias a Dios, en la parroquia de Desio, mi pueblo, había habido figuras de sacerdotes excelentes. Reflexionando sobre el modo en que entré en el seminario, y luego llegué a ser sacerdote, experimento el asombro de una gracia que es como una semilla, de la que no se tiene conciencia en absoluto. Recuerdo, no obstante, que lo quería profundamente, y no superficialmente. En mí no entraban en juego motivos extrínsecos. Era como un apego a algo grande que todavía no comprendía bien. Fue una decisión, de niño si se quiere, pero una verdadera decisión porque mi pobre padre, por ejemplo, no me dio enseguida su aprobación. Esa decisión inicial fue precisamente como una semilla que se desarrolló lenta pero inexorablemente. Nunca tuve momentos de vuelta atrás, de deseo de volver atrás. Era como un niño (lo pienso a menudo cuando leo la frase de san Pablo ‘de luz en luz’) con los ojos abiertos de par en par, que aprende cada vez más»⁹¹.

De semejante relato, aparentemente simple, Giussani extraía el primer factor de la vocación, entendida como desarrollo de un principio que, de algún modo, aparece como un don que viene de fuera y que por tanto no se puede reducir únicamente a las condiciones ambientales y afectivas.

El 12 de agosto de 1933 el párroco de Desio, Erminio Rovagnati, dirigía una carta al rector del seminario de San Pedro Mártir, en Seveso, carta que es todo un documento del estilo eclesial de la época: «Un jovencito de Desio bastante bien preparado, un cierto Giussani Luigi, hijo de Beniamino, aspira a entrar como seminarista en S. Pedro M. Tiene once años, ha hecho el examen de Estado y ha sacado buenas notas. En este momento la familia tiene dificultades para pagar toda la mensualidad, ya que el padre, que es tallista de madera, no encuentra trabajo desde hace un año. ¿No podría facilitarle alguna beca de las que ha dejado en su legado testamentario el llorado párroco Missaglia en favor de los seminaristas de Desio, o bien alguna de su santidad Pío XI? Por lo que me aseguran, la familia del mencionado jovencito Giussani Luigi podría más adelante hacer frente a la mensualidad con el trabajo de su padre. No pudiendo obtener el informe del examen de Estado, adjunto a esta carta el de quinto de primaria. Con la ilusión de obtener una respuesta favorable, le saludo con toda mi más profunda deferencia, Sac.

Erminio Rovagnati Prep»⁹².

Y es el mismo párroco quien afirmará, el 23 agosto del mismo año, que «Giussani Luigi de Beniamino ha frecuentado siempre el oratorio local, los santos sacramentos, y ha dado muestras de una verdadera vocación eclesiástica»⁹³. Giussani había recibido hacía poco el carnet de socio aspirante de la juventud de Acción Católica Italiana correspondiente al año 1933.

El archivo histórico del seminario de Venegono conserva el «supplicatorio» con el que Luigi pedía al cardenal Ildefonso Schuster ser admitido en el seminario. Son dos páginas cuidadísimas, compuestas en un estilo elegante y conforme a un esquema fijo. La primera está toda ella ocupada por el encabezamiento: «A su eminencia Ilma. y Revdma. cardenal A. Ildefonso Schuster, arzobispo de Milán. Súplica de Giussani Luigi para ser aceptado en el seminario de S. Pedro M. con el fin de realizar el primer curso de enseñanza media». En la segunda escribía: «El humilde firmante, deseando realizar la carrera eclesiástica, presenta a vuestra eminencia Ilma. y Revdma. una ferviente petición para que se digne aceptarle en el seminario de S. Pedro M. con el fin de iniciar el primer curso de enseñanza secundaria. Con la grata ilusión de ser escuchado presento a vuestra eminencia Ilma. y Revdma. mi agradecimiento por anticipado, y postrado para besar la sagrada púrpura, con la más profunda deferencia se despide de vuestra eminencia Ilma. y Revdma. devotísimo hijo de Cristo. Giussani Luigi. Desio, 23 agosto 1933»⁹⁴.

Capítulo 2

El «día espléndido»

El seminario

(1933-1945)

Una tarjeta enviada a los Giussani por el rector del seminario de Seveso, que lleva fecha del 11 de septiembre de 1933, comunicaba que «el rev. clérigo sr. Giussani Luigi ha sido admitido en primero de secundaria en el seminario arzobispal de San Pedro Mártir. El ingreso está fijado para el día 2 de octubre de 1933. N.B. El seminario no asume gastos de ninguna especie para los libros y demás complementos, ni para el transporte del equipaje»¹. Pocos días antes Giussani había realizado el examen de admisión a primero de secundaria.

El seminario menor diocesano de San Pedro Mártir, en Seveso, se levanta en un lugar de larga historia que se remonta a 1252, cuando el dominico Pedro de Verona (luego canonizado) fue asesinado por algunos herejes. Aquí se erigió en el mismo periodo una capilla, transformada en convento en el siglo XVII y utilizada como seminario para la enseñanza media por la diócesis ambrosiana desde 1819. En el momento de la entrada de Giussani los estudiantes eran cuatrocientos cincuenta.

La mensualidad para el año 1933-1934 era de 550 liras. En los momentos de dificultad económica fue Andreina Gavazzi, como hemos visto, quien asumiera el coste de los estudios. Además Giussani pudo contar con una beca, como recuerda su hermana Livia: «Mi madre iba a ver a monseñor Rovagnati, el párroco de Desio, con las notas y él exclamaba: ‘¡Gigetto es un as!’». Y le asignaba la beca llamada ‘de la Colombina’»².

Giussani estuvo en Seveso desde 1933 a 1937, y allí cursó los primeros cuatro años de enseñanza secundaria. Bernardo Citterio (1908-2002, profesor de Lengua, Latín, Historia y Geografía, más tarde rector del seminario de Venegono y luego obispo auxiliar de Milán) era el superior que recibió al joven clérigo y que fue su profesor en primero, segundo y tercero de secundaria: «Era un muchacho espontáneo, exuberante, extravertido, inteligentísimo y queridísimo por su actitud abierta y agradable. Tengo también como recuerdo ante mis ojos su letra, que revelaba a un chico muy despierto, que destacó enseguida entre su grupo por inteligencia, atención y ganas de saber»³.

«¡También vosotros dependéis de aquella manta!»

Así es como Giussani evocaba el comienzo de aquella aventura, hablando a un grupo

de jóvenes sesenta años después. El recuerdo sirvió para alimentar una consideración de fondo muy frecuente en las reflexiones y las enseñanzas de su madurez: «El 2 de octubre de aquel año de 1933 (pensad en qué rincón del corazón de Dios estabais vosotros) hice el baúl y las maletas y me marché al seminario con mi pobre madre. Pero ¡quién hubiera pensado que aquella tarde, en aquel inmenso dormitorio donde estábamos ciento cincuenta, iban a discutir mi madre y la madre de mi vecino sobre si era mejor poner la manta gruesa o la manta ligera! ‘Al principio de octubre hace todavía calor’, dijo la otra; y mi madre: ‘No, en mi opinión (¡y mi madre tenía razón!), pienso que ya hace fresco’. Y entonces me puso la manta: ¡menos mal que me puso la gruesa! Luego, por la noche, nos reunimos todos y a mí me empezaron a entrar ganas de llorar, ya no recuerdo realmente si lloré o no lloré. [...] Y pensar en lo que se ha derivado de aquel día, en todo lo que se ha desarrollado...». Y entonces exclamó: «¡También vosotros dependéis de aquella manta!». Y comentó: «Realmente la vida no es una cosa nuestra. No, [...] la vida es algo nuestro, pero su consistencia, su desarrollo no es nuestro, aquello de lo que está hecha nuestra vida no es nuestro»⁴.

El ambiente del seminario narrado por Giussani revela una existencia que, en su sencillez, estaba atravesada por deseos y aspiraciones que constituían su verdadera referencia de sentido. La primera mañana empezó al sonido de la campana: eran las seis. «Yo estaba acostumbrado a levantarme un poco más tarde [...]; vi que todos se arreglaban y arreglaban sus cosas, y también yo lo hice». En el desayuno, «yo solía tomar té con galletas, allí había café con leche con un vil *Brot* [pan, *nda*] medio alemán». Con el estómago lleno salíamos para jugar una media hora; entonces el jefe de grupo imponía silencio y subíamos a una sala para estudiar. «Dado que estábamos a principio de curso, no sabía qué estudiar. [...] Yo tenía allí mis novelitas; Salgari lo había leído entero durante el verano, [...] entonces saqué a Verne y me puse a leer». De la primera hora de clase Giussani recordaba a un profesor serio y severo, que escribía en la pizarra jeroglíficos en otra lengua; y explicaba: «Esto se lee así. Aquello se lee así. *Ae* se lee e»⁵.

Giulio Giacometti (más tarde párroco en Milán) conoció a Giussani en Seveso: «Él estaba en segundo y yo en primero. Los superiores me asignaron como ayudante suyo en segundo, tercero y cuarto, en las tareas de sacristán, ceremoniero, y prefecto de sacristía». Don Giacometti recuerda un episodio de aquellos años: «Un concurso de verbos latinos que organizó don Bernardo Citterio. [...] Al ganador se le regalaría un pequeño misal. Como solía ocurrir, le tocó a Giussani el premio; al ser de familia pobre no tenía dinero para comprarlo. [...] Sentado en el banco a mi lado, lo volvía y revolvía entre sus manos y besaba las páginas, y lo mostraba como el trofeo más ambicionado de los que había ganado»⁶.

El equilibrio sustancial entre estudio, juego y tiempo personal que dedicar a los intereses de cada uno, el tejido cotidiano compuesto de silencio, oración y alegría, contribuyó a edificar un estilo de vida que el futuro don Giussani tuvo siempre presente. No es casual que él recordara no haber pasado nunca un periodo de vida tan feliz, y definía aquel periodo de un modo absolutamente singular: «¡Lleno de razones! En todas

las cosas brillaba la razón que las inspiraba. Estaba seguro de todo, porque obedecía a un orden más grande vinculado directamente al Misterio». Se dio cuenta de ello cuando volvió a casa para las vacaciones de Navidad y su padre le dijo: «Bueno, te encuentro bien». Y no porque hubiera engordado, pues en esa época era y siguió siendo delgadillo. «Quería decir —como me explicó mi madre después— que me había encontrado más sereno, sincero y afable de lo que él me había enseñado nunca». Descubrió, además, que esa amabilidad podía aplicarse también a los compañeros «que roncan por la noche en las camas vecinas. Es el descubrimiento de que se puede perdonar»⁷. En la práctica, estar bien corresponde a un equilibrio interior, a una sinceridad que se posee de forma estable.

En primero los alumnos eran cerca de ciento veinte, distribuidos en tres secciones; en este periodo fue cuando se produjeron los primeros encuentros significativos. Camillo Giori⁸ fue compañero de seminario de Giussani desde el primer día de clase; estaban en la sección B junto a unos cuarenta chicos de la misma edad. Enseguida se hicieron amigos: «Nada más empezar las clases, Giussani entendía todo enseguida; pero lo bonito era que si alguien no comprendía o hacía preguntas él respondía tranquilamente, te ayudaba, no era la típica persona más capacitada que se guarda las cosas para sí. Estaba contento de poder transmitir lo que sabía»⁹.

Otro amigo de la primera hora fue Giuseppe Elli (luego misionero oblato), que compartió con Giussani todo el itinerario de estudios hasta la ordenación sacerdotal, «participes ambos de los mismos ideales; uno sobre todo: [...] la ‘centralidad de Cristo’ en la vida del hombre. [...] Giussani siempre ha vivido [...] que Cristo es verdaderamente todo en la vida del hombre y por consiguiente la única razón para vivir y para morir»¹⁰.

La tarde posterior a la entrada de Giussani en el seminario comenzaron los Ejercicios espirituales. Eran tres días de silencio absoluto. El sacerdote predicaba durante media hora, después cada uno se iba al dormitorio y escribía lo que había escuchado. «No se escribía mientras hablaba el sacerdote, sino después y, por eso, nos veíamos obligados ante todo a memorizar, a repetirnos lo que habíamos escuchado. Yo aprendí esto a los diez años de edad, y durante doce años lo respeté siempre. Esto explica por qué, a pesar de todo, Dios no me ha abandonado todavía». Luego, siguiendo la sugerencia del padre espiritual, cada uno estaba llamado a reflexionar sobre la razón de las cosas que había escuchado. «Para mí suponía una confrontación conmigo mismo; así que anotaba estas razones en una libreta: escribía el reflejo que producían en mí, la observación razonable que nacía en mí». Por consiguiente, era necesario verificar si tu vida observaba aquellas palabras, si las respetaba. «Aquí afloraba el propio mal, los propios pecados, la propia ineptitud, la propia incapacidad y, por ello, la exigencia de pedir a Dios. Pedir a Dios la gracia que me permitiera hacer las cosas que escuchaba. Con paciencia», comentará Giussani. Quizá haya que buscar aquí precisamente el origen de su insistencia en la petición —convertida en principio fundamental de su modo de concebir al hombre y su relación con Dios y con las cosas— como actitud de la persona razonable. Y se ve el fruto de escuchar al padre espiritual: «Siguiendo este método, aparecía con claridad la pretensión que tenían las cosas que había dicho, la evidencia de su carácter racional al confrontarlas con las exigencias originales; y aparecía de tal modo la disyuntiva de la

vida que uno terminaba aprendiendo ese sentido de la humildad que vosotros no tenéis». Esta será una constante de su vida, como dirá a finales de los años ochenta: «La gente que reúno cinco veces al año para los retiros espirituales debe hacer también lo que yo hacía a los diez años de edad. Tienen que ver las palabras, confrontarlas con su naturaleza, ver si son verdaderas o no, y comparar su propia naturaleza con ellas»¹¹.

En el seminario de San Pedro Mártir hay un gran patio central, muy bello, con columnas en sus laterales, y un patio más pequeño; durante aquellos primeros Ejercicios espirituales Giussani estaba ahí hacia el anochecer, apoyado en un árbol, con un pequeño libro del cardenal Pecci (el que fuera el papa León XIII) sobre la humildad. «Recuerdo que estaba allí intentando leer cosas que ciertamente no comprendía. Pero estaba allí leyendo con seriedad, e hice bien en hacerlo porque las cosas que no comprendía, al leerlas entonces seriamente de niño, las he comprendido a su debido tiempo. Las he comprendido porque había aceptado y aprendido el método [...] que consistía en seguir. Dios me hacía aprender ese método que consiste en seguir, del cual han brotado flores y frutos a su debido tiempo»¹².

«Método» es una palabra clave que recorre todo el itinerario humano de Giussani, y que él descubrió precisamente en sus primeros años de seminarista: «Cuando sonaba la campana había que hacer silencio, había que tratarse bien, dejar pasar primero al compañero; yo comprendía que estas cosas eran inteligentes, racionales, humanas: ¡eran humanas! Y puedo decir que viví doce años en el seminario —¡doce años: de los diez a los veintidós!— sin haber transgredido jamás de forma consciente una sola regla; porque la regla era para mí como el cauce del camino hacia el destino»¹³.

Entre los muchos episodios de aquel primer año de clase, uno era particularmente querido para Giussani: «Una fría mañana de invierno, nuestro profesor entró en clase con su abrigo, todo agitado y con un enorme libro que era el anuario de una famosa revista alemana, donde Deissmann (entonces uno de los más célebres estudiosos del Nuevo Testamento)¹⁴ había escrito un artículo que empezaba así: ‘Un fragmento de Juan de la época de Trajano’. Se trataba del Papiro 52, que se conserva en la John Library de Manchester. ‘Un fragmento de Juan de la época de Trajano’: recuerdo esta repetición. No podía creerlo, pero era un dato demasiado evidente: Deissmann no podía dejar de anunciarlo, y lo hizo. Habían encontrado, entre las ruinas de Oxirrínco (una ciudad del centro de Egipto), un fragmento del primer capítulo de san Juan. Del autor neotestamentario al que todos, todos (incluida la conciencia católica) consideraban tranquilamente como el escritor más tardío de la vida de Jesús, precisamente de él, se había encontrado el fragmento más antiguo conocido hasta entonces. El fragmento era del año 120 mientras que muchos databan el evangelio de san Juan en el siglo tercero, como pronto, de modo que el Jesús que aparecía en él era el más mitificado de todos».

La reacción de la clase fue entusiasta: «Para todos nosotros, niños de primero de secundaria, aquel día fue como una fiesta; y repetíamos en el recreo: ‘¡Deissmann, Deissmann!’». Y agitábamos los pañuelos que se usaban para jugar [...]. El rector y el vicerrector se preguntaban: ‘Pero ¿quién es ese Deissmann?’»¹⁵.

Giussani recordará siempre el orgullo que sintió ante aquel asunto: «Era la evidencia de que el Evangelio era histórico»¹⁶. Se trató realmente de un momento crucial en la formación del joven. De allí en adelante brotará de él constantemente la categoría del «hecho» como afirmación de la encarnación en cuanto acontecimiento histórico, como algo acontecido de forma concreta.

«Queridísimo papá...»

A fin de aclarar el contexto de la vida cotidiana en el seminario de Seveso, en el que se iban afirmando las formas de relación y de sensibilidad del joven Giussani, han sido útiles los testimonios de algunos protagonistas de la época: un profesor, Bernardo Citterio, y un estudiante, Camillo Giori.

Después de levantarse a las seis, los jóvenes clérigos iban a la capilla a las seis y media para las oraciones de la mañana y para escuchar una meditación; luego estaba la misa; un pequeño desayuno (eran años difíciles para la alimentación); después había un momento en el que cada uno atendía a sus cosas y hacía su cama. A las nueve empezaban las clases, que proseguían hasta las doce; por la tarde se reanudaban las clases, tiempo durante el cual había también un momento de visita al Santísimo Sacramento en la capilla; terminadas las lecciones de la tarde, el recreo; después de ello los seminaristas se reunían de nuevo en la capilla para rezar las vísperas con un pequeño oficio de la Virgen, seguidas de un momento de estudio hasta las siete. Todas las tardes, excepto el sábado, había que hacer una tarea que se entregaba esa misma noche: dos veces a la semana había traducciones del italiano al latín y una del latín al italiano. Estaba también la tarea de matemáticas, con asistencia del profesor. Sobre todo en invierno, la última hora de la tarde representaba un momento de vida comunitaria muy intenso. Se le llamaba «retiro», un recreo con los de la propia sección; monseñor Citterio recuerda que «el profesor estaba allí [...]: jugaba a las cartas o cualquier otro juego de mesa, cada vez con un grupo diferente. Todo ello ayudaba no solo a extirpar lo que entonces podía parecer un excesivo sentido del respeto, sino también a conocer a los alumnos fuera de clase»¹⁷. Y don Giori añade: «Ya que después de cenar había oscurecido y no se podía salir al patio, nos quedábamos en la sala, donde teníamos nuestro pupitre con nuestros libros, y estábamos allí jugando a las cartas o a las damas, o bien uno podía sentarse en su pupitre a leer; lo importante era que estuviera ocupado; don Citterio paseaba por nuestra sala y pasaba de un grupillo a otro, intercambiando algunas palabras»¹⁸.

De su profesor de primero Giussani recordaba las primeras frases que le hizo traducir del latín: «Antes de Navidad [...] entró en clase y escribió: *Perditum non redit tempus*»¹⁹, el tiempo perdido no vuelve. Y don Citterio «escribía siempre en la pizarra, cuando ya llevábamos dos meses estudiando latín: *Age quod agis*, y ninguno de nosotros logró traducirlo, ¡está claro! Pero quería decir: ‘haz lo que estás haciendo, haz lo que haces’. Indudablemente es la norma suprema del obrar, no hay otra norma, cómo decir, más despóticamente inevitable que esta: haz lo que estás haciendo. Pero esta es la

fórmula del instante; un instante que sea verdadero y vivo debe tener esta fórmula»²⁰. Se trata de consideraciones que, más allá de su aparente sencillez, terminaron por estructurar profundamente el método educativo del movimiento de Comunión y Liberación.

La primera carta que Giussani escribió a su casa, de la que se tiene noticia, lleva la fecha del 17 de junio de 1935 y está enviada desde Seveso, cuando tenía todavía doce años de edad. Estaba en segundo curso y le comunicaba a su padre una experiencia que acababa de tener, como para asegurarle de nuevo que el camino que había emprendido era el justo: «Queridísimo papá, hoy ha dicho aquí su primera santa misa un nuevo sacerdote. Te puedes imaginar con qué entusiasmo he seguido la S.M, y pensaba en ese día... y me entraban ganas de llorar: pero cuando el nuevo sacerdote alzó la hostia blanca e inmaculada entre sus cándidas e inmaculadas manos, lloré de verdad... De salud estoy muy bien y lo mismo espero de ti y de todos vosotros. Rezad mucho, mucho, por mí. Los exámenes se acercan a pasos agigantados y con la ayuda divina haré todo lo posible por hacerlos bien. Espero que tu salud mejore: hasta que vuelva a casa, trata de meterte en la cama como hiciste el año pasado... Mientras te escribo estas líneas, mi mente vuelve una y otra vez a la santa misa que he escuchado esta mañana y me entran ganas de hablarte de ello otra vez. ¡Qué momentos tan intensos! Yo observaba casi con ansiedad al sacerdote como para comprender mejor su gran dignidad y pensaba en un día... Rezad mucho y Dios os escuchará»²¹.

El sentido de la belleza, como parte necesaria del gusto y de la búsqueda de la verdad, que había recibido precisamente de su padre, sorprendía al seminarista Giussani también en la liturgia: «La liturgia, es decir, la expresión ritual de la Iglesia (como contenido de palabra, como sobriedad expresiva y, al mismo tiempo, como capacidad comunicativa, como armonía de factores) me ha llamado la atención desde que era niño, con simpatía». Pero en el seminario, mediante la liturgia cotidiana, descubrió algo más profundo aún: «La fe como incremento de la experiencia de la belleza (no esteticismo, sino experiencia de la belleza como parte de la experiencia de lo verdadero)». Y el problema de la fe es este: «Aquello de lo que está hecho todo se ha convertido en uno de nosotros. De modo que uno que se encuentra con Él debería dar la vuelta al mundo proclamándolo a todos. Pero uno puede dar la vuelta al mundo gritándolo a todos manteniéndose en el lugar en que Cristo le ha colocado. Todo esto lo tenía claro desde el seminario»²².

El traslado a Venegono

En 1937 Giussani se trasladó al seminario de Venegono Inferior, cerca de Varese, para estudiar el último curso de secundaria (1937-1938), y seguir los tres años de bachillerato (1938-1941) y los seis de teología (1941-1947). Permaneció allí hasta mediados de los años cincuenta.

El seminario mayor de la diócesis ambrosiana destaca por su grandiosidad, situado junto al gran bosque de Tradate. Con trescientos veinte metros de largo y ciento ochenta de ancho, el conjunto ocupa una superficie de trescientos mil metros cuadrados. En la

época del ingreso de Giussani los seminaristas de teología, de bachillerato y de quinto de secundaria eran quinientos diecinueve (la población total era de quinientas noventa y cinco personas). ¿Parecen muchos? En realidad, en los años treinta era el número mínimo para cubrir las necesidades de la vasta diócesis ambrosiana.

El cardenal Giacomo Biffi, algún año más joven que Giussani y como él formado en Venegono, describe así aquel lugar aislado del mundo: «Parecía tender a una vitalidad autónoma, y en muchos aspectos la llevaba a cabo efectivamente con sus cuidadas liturgias, celebradas siguiendo el típico rito ambrosiano, con la seriedad de sus estudios y la amplitud de su investigación, con la ordenada convivencia de un numeroso grupo de jóvenes dotados de una motivación fuerte y concorde. [...] Ni la desolación por un compromiso bélico no comprendido ni compartido, ni la atmósfera opaca de la dictadura, animaban ciertamente a prestar oídos a lo que sucedía fuera de los ‘sagrados recintos’: de ese modo se volvía más fuerte y apasionante para nosotros la voz de los altos ideales»²³.

Cuando llegó allí el joven Luigi Giussani, el seminario de Venegono era ya resultado de un trabajo de reordenación no solo constructiva, sino también teológica, determinado por la reacción a la crisis modernista de los comienzos del siglo XX. En 1907, en efecto, después de que Pío X publicara la encíclica *Pascendi* que condenaba el modernismo²⁴, el cardenal de Milán Andrea Carlo Ferrari había puesto en marcha una reforma de los estudios teológicos en los seminarios ambrosianos. Quería responder así al modernismo, que también en tierra milanese había hecho prosélitos. Precisamente por eso el seminario preexistente de Milán había sido objeto de tres visitas apostólicas, en 1905, 1908 y 1911. En 1926 el Vaticano envió al abad del monasterio benedictino de San Pablo Extramuros, en Roma, Ildefonso Schuster (que será arzobispo de Milán desde 1929 a 1954).

El examen de la situación indujo a Pío XI a sustituir al rector mayor del seminario teológico de Milán por monseñor Francesco Petazzi y al del seminario de San Pedro Mártir en Seveso por don Umberto Oriani. Entraron también algunos profesores nuevos, entre los cuales estaba incluso un futuro arzobispo de Milán, Giovanni Colombo, en esa época todavía joven sacerdote. Schuster encargó a dos profesores, don Adriano Bernareggi (más tarde obispo de Bérgamo) y don Carlo Figini, reformar la configuración de los estudios. Poco después se aprobaba el proyecto de Figini, que afectaba sobre todo a la Teología dogmática especial²⁵.

A fines de 1926, Schuster se dedicó a la cuestión de un nuevo seminario, que el cardenal Ferrari quería construir en Affori, en la periferia de Milán. Pero descartó esta hipótesis; el nuevo seminario debería ser una especie de abadía benedictina, siguiendo el modelo de Montecassino, confiada al cuidado de los oblatos que deberían ser, por así decir, sus monjes. Se localizó en el «belvedere» de Venegono Inferior el lugar ideal. Una vez puesta la primera piedra por el cardenal Eugenio Tosi el 6 de febrero de 1928²⁶, los trabajos de construcción, que emplearon a más de quinientos obreros, se llevaron a término en tiempo récord, en apenas dos años y medio: el 7 de agosto de 1930 Schuster, que desde 1929 era ya arzobispo de Milán, daba el anuncio a la diócesis: «Nuestros jóvenes clérigos, que ya están volviendo de las vacaciones de verano, serán acogidos por

nosotros en las colinas de Venegono, en el nuevo seminario Pío XI edificado para ellos»²⁷.

En realidad se trataba de dos seminarios, perfectamente simétricos, separados por una gran iglesia central: el seminario para los estudios del bachillerato de letras, con sus tres cursos y una sección para la secundaria, y el seminario teológico. Funcionaban independientemente el uno del otro, con reglas y horarios propios.

Desde 1933 Figini fue decano de la Facultad teológica y director de *La Scuola Cattolica*, la revista oficial del seminario. Con esta función llevó a cabo una renovación de la facultad, de acuerdo con el rector Petazzi, que en 1938 encargó a Carlo Colombo la enseñanza de la Dogmática especial y a Giovanni Colombo la Teología espiritual.

La renovación no fue cosa menor. Para el que fue prefecto de la Congregación para la doctrina de la fe, el cardenal Joseph Ratzinger, la teología de Venegono había realizado una transformación sustancial: «La escuela de Venegono había superado la teología escolástica de las formulaciones sistemáticas abstractas que, estructurada sustancialmente como comentario a los axiomas, hacía que la fe cristiana apareciera como un sistema de pensamiento; ahora, en cambio, la base de la reflexión la sustentaban las categorías de acontecimiento y de encuentro. La fe cristiana no tiene su origen en evidencias teoréticas, sino en un acontecimiento: la historia de Jesucristo. Este acontecimiento se hace encuentro, y en ese encuentro se despliega la verdad. Por un lado, resulta aquí central la categoría de historia y con ella la idea de persona, y por otro la racionalidad, comprendida en un sentido totalmente distinto respecto al racionalismo, se convierte de forma novedosa en una de las determinaciones esenciales de la fe»²⁸.

Y el historiador de la diócesis ambrosiana Ennio Apeciti añade que «este anhelo de la ‘razonabilidad de la fe’ era una de las expresiones más altas de lo que se llamaba la ‘Escuela de Venegono’, aquel *pool* de teólogos de fama internacional que hicieron del seminario un punto de referencia para la cultura teológica italiana, por lo menos a partir de la mitad del siglo XX»²⁹.

El itinerario formativo del joven clérigo Giussani

Dos folios que se conservan en el archivo de Venegono sintetizan en breves notas el recorrido formativo de Giussani, desde su ingreso en el año 1933, hasta el último curso de bachillerato, en 1941. Son frases escuetas, pero preciosas para captar los rasgos de la evolución de la personalidad del joven seminarista.

Se debe a don Umberto Dell’Orto³⁰, historiador del seminario arzobispal de Milán, la posibilidad de acceder a fuentes preciosas para sacar a la luz momentos y aspectos de la formación de Giussani, hasta ahora desconocidos o conocidos solamente gracias a testimonios del mismo Giussani y de sus compañeros de estudio.

Al término de primero de secundaria (1934) se dice de Giussani: «Muy bien en todo y delicado de salud». En segundo se habla de él como de un chico «a veces un poco irreflexivo», pero se añade: «Bien de piedad y estudio... ordenado». En tercero es indicado como «un poco peculiar en su piedad exterior. Cierta dificultad para recibir

correcciones. Estudioso»³¹.

De aquel tercero Giussani conservaba un recuerdo particular: como se ha visto, su madre era amiga de la hija de Anna Kulischioff, Andreina Gavazzi, que había tomado cariño al joven y estaba entusiasmada por el desarrollo que la formación del seminario producía en él. Un día se encontró a Giussani y le dijo: «Pregunta a tus superiores un buen libro para leer en estas vacaciones. Te lo regalo». «Yo reuní al rector, al padre espiritual y a los profesores más interesantes. El profesor más interesante me recomendó *Santa Catalina de Siena* de Jorgensen [el gran converso danés; el libro se había publicado en Italia el año anterior, 1934, *nda*]. Y fui a verla, triunfante: *Santa Catalina de Siena*, de Jorgensen. Y ella: ‘¡Qué extraño que te hayan recomendado un libro tan romántico a tu edad! Hay que leer otros libros antes’»³².

El texto de Jorgensen contiene al menos dos elementos que revelan la tensión cultural que animaba ya a la escuela de Venegono: por un lado, la percepción de una Iglesia en condiciones de hacer frente al espíritu de la modernidad por medio de la capacidad de atraer y de provocar nuevas conversiones (Jorgensen se había convertido del protestantismo al catolicismo); y por otro, la unión íntima entre el cristianismo y los deseos de justicia (Jorgensen provenía de la militancia socialista) y de belleza, reconocida en la naturaleza y en la creación.

Otro descubrimiento marcó ese periodo inicial en el seminario. Giussani lo contaba recordando cuando su padre le llevaba a escuchar canto polifónico: «Y yo, que era pequeño, estaba harto; ¡todas aquellas voces me parecían un gran barullo! El barullo del mercado tenía por lo menos puntos de referencia, allí en cambio no había ningún punto de referencia». Pero «de repente, a los trece años, cuando los contraltos del bellissimo coro de nuestro seminario empezaron a atacar el *Caligaverunt*, en el momento en que entra la segunda voz, comprendí: ¡comprendí lo que era la polifonía! Aquel momento quedará grabado para siempre en mi vida»³³.

Incluso la polifonía, es decir, la capacidad de las voces individuales de unirse en una armonía solemne, terminó siendo una experiencia concreta de esa aspiración a la belleza que reside en el corazón del hombre y que llega a expresarse en cumbres imprevistas y sorprendentes.

Giussani situaba exactamente en este periodo un breve momento de «fuga»³⁴, como lo llamó siempre, unido a un descubrimiento arrollador para él: Giacomo Leopardi.

Leopardi como amigo

Leopardi fue una de las grandes pasiones de Giussani, a la que permanecerá fiel toda su vida. Se topó con el poeta en segundo de secundaria, al leer sus *Cantos*. Uno, en particular, el himno *A su dama*, le dejó tan impresionado que lo recitará como oración de acción de gracias después de la comunión. «No era un himno a una de sus ‘amantes’, sino al descubrimiento que había hecho de repente [...] de que lo que buscaba en la mujer amada era ‘algo’ más allá de ella, que se manifestaba, se comunicaba, a través de ella,

pero que estaba más allá de ella»³⁵.

Giussani estableció con Leopardi un vínculo de amistad tan íntimo que superará la barrera del tiempo, hasta llegar a hacerse contemporáneo uno del otro. No podrían explicarse de otro modo sus palabras cuando fue invitado a Recanati, el 29 de septiembre de 1982, para dar una conferencia sobre «La conciencia religiosa frente a la poesía de Leopardi». En el Aula Magna del ayuntamiento de la ciudad de las Marcas, abrió su intervención así: «Hace muchos años me hubiera parecido un sueño hablar de Giacomo Leopardi en Recanati; ahora en cambio me resulta humillante. [...] Los compromisos de la vida [...] nunca me han apartado de una relación familiar con su obra, y creo haber sido siempre fiel al propósito juvenil de repetirme alguna poesía suya todos los días, pues las había aprendido todas de memoria en segundo de secundaria, entre los doce y los trece años de edad». Pero más elocuentes todavía fueron las palabras con las que se despidió de la platea de Recanati: «Cuando vea a Leopardi nada más entrar en el paraíso, le diré: ‘Querido Leopardi, tu concepto de razón era errado. Tu concepto de razón quedó destruido porque estaba encogido’. Una vez vi a un hombre fulminado en una central eléctrica, había quedado empequeñecido a causa del rayo, [...] era un tercio de su cuerpo: pues bien, la razón de la época moderna, del hombre moderno, es una razón fulminada por una corriente eléctrica de altísima tensión, está encogida porque [...] ha identificado la razón con la medida de lo real. Pero lo real existe antes de que el hombre razone, y por ello la realidad es, por naturaleza, más grande que la medida de la razón»³⁶.

Leopardi, testigo sin igual del deseo de absoluto, fue también la primera víctima del racionalismo moderno, que termina por chocar con el deseo mismo, privándolo de cualquier credibilidad.

Coincidiendo con el periodo de ‘fuga’, pueden verse en los registros escolares las huellas de una fase crítica en el desarrollo de Giussani. En primero y segundo de secundaria tiene 10- en conducta. «El pequeño signo ‘menos’, en las valoraciones de conducta de entonces, indicaba una cierta crisis»³⁷. En tercero, el nuevo rector, don Luigi Pagani, «al tiempo que apreciaba la disponibilidad de fondo, las dotes intelectuales, el compromiso cotidiano del joven clérigo, continuaba señalando algunos límites en su carácter y su forma de relacionarse: ‘Bueno. Nervioso y charlatán. Fácil tendencia para los altercados con los compañeros’»³⁸. En otros términos, el joven seminarista terminaba mostrando una naturaleza entusiasta y al mismo tiempo hipersensible a los problemas y a la búsqueda de soluciones que no los pusieran entre paréntesis.

Aquel muchacho de trece-catorce años descubrió una extraña afinidad con las preguntas y las inquietudes del Leopardi que, a los trece años, escribía tragedias, y a los catorce había redactado ya un catálogo de sus composiciones italianas y latinas. En él pareció haber identificado a un interlocutor adecuado a lo que él sentía en su corazón y que quizá no había encontrado todavía entre los muros de San Pedro Mártir, en Seveso. Leopardi se convirtió en su compañero de camino, el referente invisible al que Giussani quería replicar, acogiendo sus interrogantes y presentándoles una alternativa radical.

En el poeta de Recanati el joven seminarista veía una aguda percepción de su

humanidad, esa «sublimidad del sentir» que, a todos los efectos, es una premisa de toda auténtica oración: «A los trece años estudié de memoria toda la producción poética de Leopardi, porque la problemática que suscitaba me parecía que eclipsaba a todas las demás. Durante un mes entero estudié solamente a Leopardi, y después, a los dieciséis años, descubrí una clave de lectura de su obra poética que ha hecho de él el compañero más sugerente de mi itinerario religioso»³⁹.

Dieciséis años tenía en cuarto de secundaria (1938-1939), cuando tuvo como profesor de Literatura italiana a Giovanni Colombo. Este acababa de publicar un artículo en la revista del seminario que trataba sobre el significado del itinerario de Leopardi: «Como todos los espíritus verdaderamente grandes, fue de aquellos para los que lo poco o la mitad no vale: o todo o nada; o la plenitud de la felicidad o ninguna felicidad es posible ya. Era un ansia y una exigencia, por desgracia siempre decepcionada, de amar y ser amado plenamente, es decir, infinitamente [...]. Igual que antes en la gloria, también ahora en el amor humano sentía una insuficiencia intrínseca para satisfacer el deseo de una felicidad infinita que ardía en su espíritu. La meta última hacia la que se transportaba su corazón no era la mujer: relucía en ella tanto que parecía estar presente ahí, pero estaba más allá de ella. Él pensaba que el fondo último de la belleza, en cualquier lugar donde apareciese, en la mujer, en la naturaleza o en el arte, era una realidad infinita y viva, o sea, inteligente y libre». No obstante, «la vida, escrutada por él con mentalidad sensista, le resultaba una cosa mísera, bien distinta de como la exigía irreductiblemente su corazón. Por dicha escisión, el hombre individual le parecía como un deseo sin esperanza, un impulso hacia lo imposible, una sobreabundancia de vida interior que queriendo abrazarlo todo y verse siempre colmada, resultaba decepcionada ineluctablemente por todas las cosas, porque son más pequeñas que su capacidad». Y he aquí que «en esta imposibilidad de aquiescencia ante lo pequeño radica la grandeza del alma leopardiana, aquel mismo ‘amargo deseo de felicidad’ que fue el sentimiento más sufrido por ese hombre, y lo que dio alas al canto del poeta. [...] Desde ese grano de arena perdido en el universo lanza su himno a la felicidad suprema derramando lágrimas: ‘De aquí, donde la vida es breve y desdichada, ven, / recibe de este ignoto amante la canción’»⁴⁰.

Giussani escuchó probablemente de viva voz en el aula del liceo estas mismas cosas pronunciadas desde su mesa por el nuevo profesor de Literatura.

Algunos años después, Giussani encontraba una confirmación de su modo de entender a Leopardi en la interpretación de un gran crítico literario, Giulio Augusto Levi: «Preparando la reválida del bachillerato de letras, leí su obra crítica acerca de la vida y la figura de Leopardi y encontré allí lo que indicaré como factor último, que ya había intuido yo en primero de bachillerato. Levi, en efecto, identifica desde el punto de vista crítico como culmen, como corazón, como momento crucial de todo el itinerario espiritual del poeta la poesía que me había ofrecido la clave de lectura de la obra de Leopardi. El primer factor de la experiencia humana de Leopardi es la ‘sublimidad del sentir’. Se trata de una densidad de emociones, de una congoja y de un profundo temor causado en su historia personal por la experiencia de la desproporción, de la

desproporción trágica entre lo que siente el hombre y la realidad de la que puede gozar. El hombre siente con una exigencia, con una urgencia tal, que la realidad no le corresponde. [...] La sublimidad del sentir es el gran interrogante que nace del contraste entre el impulso de los deseos infinitos y las visiones excelsas, que encuentran en el corazón del hombre su propio terreno, y esta destrucción repentina, este aniquilamiento súbito que produce cualquier banalidad».

Pero Leopardi grita de modo tan potente el anhelo de deseos infinitos, el interrogante que constituye el corazón, es decir, la razón del hombre, «que todas sus respuestas negativas [...] se perciben ‘como remiendos’. Él extrae estas respuestas de la filosofía dominante, que era sobre todo la filosofía sensista para la cual la realidad se reduce a la materia que se toca y se siente. [...] El ‘no’ de Leopardi deja indemne el interrogante que hace que el hombre se levante cada mañana, porque cada mañana nos levantamos llevando dentro ese ‘aguijón casi clavado, así que nunca he estado tan lejos de hallar paz o espacio’»⁴¹. Y también: «Por ello, al intuir en la experiencia no solo el rostro bello de la mujer, sino también que esta no sería tan bella si no existiese la Belleza, [Leopardi] se pregunta: ‘Si este rostro es bello, ¿cómo será *la* Belleza?’. Esta pregunta está *dentro* de la experiencia. [...] Es un interrogante que señala la existencia del misterio, de una realidad distinta que no podemos comprender»⁴².

El asunto de la preferencia de Giussani por el poeta de Recanati debió de circular entre los seminaristas, según lo que recuerda él mismo: «Una vez, en el seminario, había una fiesta. Estaban todos sentados comiendo y yo llegué a la mitad. Estaba entre los más jóvenes. ‘Querido Lattanzio, ¡la vida es triste!’, le dije a un amigo [Giuseppe Lattanzio, más tarde monseñor, *nda*], ‘Pero es mejor que sea triste, porque en caso contrario sería desesperada’. Todos a coro empezaron a decirme: ‘¡Pájaro de mal agüero, Leopardi, Leopardi!’. Y después de un mes todos repetían aquella frase». Para el jovencísimo clérigo, en efecto, «la tristeza es la capacidad del hombre que aspira al infinito. La ausencia de tristeza es la banalidad de una *mens* casi ‘loca’, despojada de pensamiento y de dignidad»⁴³.

«Por primera vez comprendí que Dios existía»

Giussani vinculó además el recuerdo de sus quince años a otra experiencia inolvidable para él: «Recuerdo todavía el instante y el estremecimiento, la intensidad del instante en que la existencia de Dios se convirtió en una evidencia cargada de significado en mi vida». Primer año de bachillerato: durante la clase de canto, en el primer cuarto de hora, el profesor solía explicar historia de la música haciéndoles escuchar algunos discos. «Aquel día el disco de 78 revoluciones empezó a girar y, de repente, el canto de un tenor que entonces era famosísimo rompió el silencio de la clase. Con una voz potente y llena de vibraciones, Tito Schipa empezó a cantar un aria del cuarto acto de *La Favorita* de Donizetti: ‘*Spirto gentil, ne’ sogni miei, brillasti un dì, ma ti perdei. Fuggi dal cuor mentita speme, larve d’amor fuggite insieme*’. [...] Al vibrar la primerísima nota intuí con intensidad que lo que se llama ‘Dios’ -es decir, el Destino inevitable para el que

nace un hombre-, es el término de la exigencia de felicidad, es esa felicidad de la que el corazón es exigencia insuprimible». En aquel preciso instante, «comprendí por primera vez que Dios existía, y, por consiguiente, que no podía haber nada si no existía su significado; que no podía existir el corazón, si no existía la meta del corazón: la felicidad».

En el timbre de aquella voz Giussani percibió una evidencia decisiva para él: «El estremecimiento por algo que le faltaba, no al canto bellissimo de la romanza de Donizetti, sino a mi vida: había algo que faltaba y que no podía encontrar apoyo, cumplimiento, respuesta, satisfacción, en ninguna parte. Y sin embargo el corazón exige una respuesta, vive solo para ella. [...] No puedo decir que en aquella clase de música en primero de bachillerato comprendiera exhaustivamente el núcleo de la cuestión, pero lo presentí: como cuando se tiene una semilla en la mano y se pre-siente que puede crecer hasta llegar a convertirse en un gran árbol»⁴⁴.

«Desde entonces, el instante dejó de ser banal para mí»

Se comprende, entonces, por qué en la vida de Giussani el encuentro con Leopardi estuvo íntimamente conectado con un episodio que ocurrió poco después: el «día espléndido»⁴⁵, como él llamará a una determinada clase de su profesor Gaetano Corti. «Para mí todo sucedió como la sorpresa de un ‘espléndido día’, cuando un profesor de primero de bachillerato —yo tenía 15 años— leyó y explicó la primera página del Evangelio de san Juan. Entonces era obligatorio leer esta página al final de cada misa; por tanto la había escuchado miles de veces». Pero llegó el «día espléndido» cuando Corti explicó: «El Verbo de Dios, o sea, aquello en lo que todo consiste, se ha hecho carne», por tanto «la belleza se ha hecho carne, la bondad se ha hecho carne, la justicia se ha hecho carne, el amor, la vida, la verdad se han hecho carne: el ser no está en un mundo de las ideas platónico, sino que se ha hecho carne, es uno de nosotros». En aquel momento Giussani se acordó del himno *A su dama* de Leopardi: «En aquel instante pensé que Leopardi era, mil ochocientos años después, un mendigo de ese acontecimiento que ya había tenido lugar, y que san Juan anunciaba: ‘El Verbo se ha hecho carne’»⁴⁶.

Volviendo a aquel momento, Giussani dirá sesenta años después: «Yo era un joven seminarista, un joven obediente, ejemplar, hasta que un día sucedió algo que cambió radicalmente mi vida». El episodio es el que acabamos de citar del profesor que leyó el evangelio de Juan. «Mi vida se vio literalmente aferrada por aquello: ya fuera como memoria que golpeaba persistentemente mi pensamiento, ya fuera como estímulo para valorar de nuevo la banalidad cotidiana. Desde entonces, el instante dejó de ser banal para mí. Todo lo que existía y, por tanto, todo lo que era bello, verdadero, atrayente, fascinante, aunque fuera como posibilidad, encontraba en aquel mensaje su razón de ser, como certeza de una presencia que encerraba la esperanza de abrazarlo todo. Lo que me diferenciaba de los que me rodeaban eran las ganas y el deseo de comprender. Este es el terreno en el que nace nuestra devoción a la razón»⁴⁷.

Ese descubrimiento ya no abandonará nunca a Giussani: «La grandeza de la fe cristiana, sin comparación posible con ninguna otra postura, es esta: Cristo ha respondido a la pregunta del hombre. Por ello tienen un destino común los que aceptan y viven la fe y los que, sin tener fe, se ahogan dentro de la pregunta, se desesperan en ella, sufren con la pregunta»⁴⁸.

Esta doble experiencia —el encuentro con Leopardi y la lectura del Prólogo de Juan— la sintetizará el cardenal Ratzinger con estas palabras: Giussani «desde el inicio, se sintió tocado, más aún, herido por el deseo de la belleza; no se contentaba con una belleza cualquiera, con una belleza banal. Buscaba la Belleza misma, la Belleza infinita. Así encontró a Cristo, y en Cristo la verdadera belleza, el camino de la vida, la auténtica alegría»⁴⁹.

En el curso escolar 1936-1937 los superiores escribían de Giussani: «Carácter bueno. Muy comprometido con sus obligaciones». Y el año siguiente lo señalaban como «bueno, aunque no del todo claro. Bastante comprometido con todo y de piedad sentida»⁵⁰.

Precisamente a la segunda mitad de los años treinta se remonta su encuentro con don Luigi Villa (1910-2009, desde 1949 colaborador del padre Agostino Gemelli en la Universidad Católica, y luego párroco de Santa Maria Segreta en Milán). Se conocieron en la casa de montaña de los seminaristas ambrosianos (en el paso del Pertús), un regalo del rector mayor Petazzi. Giussani «acababa de completar brillantemente con un estupendo examen de Estado el cuarto curso de secundaria. Era una tarde serena y soleada de aquel verano tan bueno, tan alegre sobre las montañas bergamascas. Era un joven lleno de entusiasmo, un entusiasmo que casi parecía preocupar a algún superior de cortas miras. Yo, por el contrario, le animé a tener un entusiasmo cada vez mayor. El jovencísimo Luigi Giussani ya vivía en la atmósfera de Cristo, su amor, y, aunque era joven, revelaba no solo una inteligencia excepcional, sino también una espiritualidad profunda, nada común en los jóvenes de su edad». Hasta el punto de que dos profesores, que se alojaban con ellos en la casa de montaña, le decían: «Giussani es una gran promesa. Giussani tiene una gran cabeza». Villa recuerda además que monseñor Ceriani, insigne profesor de Teología, en aquellos años de sufrimiento y cansancio, en vísperas de desatarse la Segunda Guerra Mundial, le dijo: «Giussani es un alma elegida y me recuerda a la figura del padre Sertillanges», dominico. Y Villa: «Sí, es verdad, nos enseña de memoria la oración a la Virgen del padre Grandmaison [jesuita, *nda*], ‘Santa María, madre de Dios, consérvame un corazón de niño, puro y limpio como agua de manantial’».

«Hoy me llega el Gemoll»

De su paso al primer curso de bachillerato, al comienzo de 1938, Giussani conservará un recuerdo singular a causa de un hecho que le sucedió, y que citará para describir el fenómeno del milagro en la vida de un hombre: «Después de las vacaciones de verano, volví al seminario de Venegono y pasé el primer mes, el mes de octubre, lleno de

melancolía. En el fondo era porque había vuelto a dejar mi casa, pero, cuando se está tan lleno de tristeza, se busca siempre, y se encuentra, un pretexto, una coartada para no echar la culpa a nuestra propia debilidad; y la coartada era que no me llegaba el diccionario de griego de Gemoll. Mi madre me lo había enviado a comienzos de octubre, pero los días pasaban y el Gemoll no llegaba. Y era un fastidio, porque para hacer los ejercicios en clase tenía que pedir siempre el diccionario a un compañero, lo cual era muy molesto para mi amigo y también para mí». Pero el último miércoles de octubre, el padre Motta, su padre espiritual, dijo que aquel día de la semana estaba dedicado a la devoción a san José: «Nos dijo que nos dirigiéramos a él con confianza, ante todo porque era el protector de la buena muerte y, en segundo lugar, porque hacía milagros. En aquel instante, a las siete de la mañana, me dije: ‘Hoy llega el Gemoll’. Y recuerdo que en el desayuno y en el recreo posterior todos mis compañeros me preguntaban: ‘Pero ¿qué te ha pasado?’, porque me había cambiado la cara, era distinto del que habían conocido aquel mes, había recuperado mi buen humor. Y cada vez que me lo preguntaban, respondía: ‘Hoy me llega el Gemoll’»

Era 1938 y en esa época el correo llegaba una vez al día: «En el seminario el correo se repartía a mediodía: venía el Vicerrector al gran refectorio (donde cabíamos trescientos para comer) con un gran ‘paquetón’ y distribuía el correo a todos [...]. Yo estaba tranquilísimo: ‘Hoy me llega el Gemoll’, pero mi Gemoll no estaba. No obstante, yo estaba seguro de que me iba a llegar. En aquella época alguna rara vez el correo llegaba también por la tarde, y el Vicerrector, en tal caso, repetía por la noche el reparto en la cena. Y aquella noche ocurrió. Pero mi Gemoll no estaba. Eran las ocho de la noche, después de la cena había una hora de juego, de recreo, y después, desde las 9:30 a las 10:30 una hora de estudio; a las 10:30 sonaba la última campana, se rezaban las oraciones de la noche y nos íbamos a la cama. Estudiábamos en un aula grande, y estábamos allí unos ochenta, cada uno en su mesa. A las 10:30 suena la campana del final del día y en aquel instante entra uno desde el fondo del aula y se acerca al prefecto con un paquete. Yo les dije con fuerza a mis compañeros: ‘Es mi Gemoll’. ¡Era mi Gemoll!»⁵¹.

Detrás del acto de confianza en la intervención divina, solo en apariencia infantil, se percibe una seguridad radical de que esta confianza siempre es devuelta, aun, y sobre todo, cuando la ciega casualidad parece mofarse de ella.

El ingreso en el seminario mayor de Venegono, en primer curso de bachillerato, más que un simple recuerdo, es en realidad un archivo de reflexiones y de constante y atento examen de cada suceso de su existencia: «A primera hora de la mañana se celebraba la santa misa, obligatoria, y yo estaba en el fondo. Decía misa un viejo sacerdote. Detrás de mí había otro sacerdote anciano que era el padre espiritual (todo calvo y jorobado). Entonces el comienzo de la misa era distinto, con un salmo que dice: ¡‘Subiré al altar de Dios, al Dios de mi juventud’, ‘Entraré en el altar de Dios, del Dios que alegra mi juventud’! Y yo, que estaba allí un poco triste porque me había marchado otra vez de casa, y por ello un poco hipersensible, escuché a este anciano sacerdote, arrodillado cerca de mí, decir: ‘Al Dios que alegra mi juventud’, y pensé: fíjate, yo tengo quince

años, soy joven, pero él, con toda su cabeza calva y la coronilla blanca, jorobado (tendría setenta años), o dice estas palabras como una mentira, una impostura —¿y entonces la Iglesia nos hace decir una impostura?— o debajo de esas palabras hay algo más»⁵².

El comienzo de los estudios en Venegono era recordado también por la familia en la distancia, en Desio. Esta, de hecho, no dejaba nunca de enterever en los asuntos del primogénito un itinerario excepcional y precioso para todos. De aquel comienzo en Venegono recuerda su hermana Brunilde una noche de finales de noviembre de 1938, cuando el padre volvió del seminario e hizo un resumen del día: «Estábamos en casa cerca de la estufa. Entró mi padre con el abrigo oscuro y la maleta y empezó: ‘Todos los padres estaban dispuestos en círculo en un gran salón’. Entró don Giovanni Colombo, futuro cardenal de Milán. Intercambiaba con los padres sus juicios sobre los jóvenes clérigos. Llegó delante de mi padre y tras escuchar el nombre, le dijo: ‘Su hijo tiene todos los dones del Espíritu Santo’, y se fue. ¡Nos pusimos todos a llorar! Entonces rezamos mucho por él».

Los superiores describían al bachiller Giussani con palabras que, junto a las apreciaciones positivas, no dejaban de subrayar su carácter crítico: «Activo y entusiasta en las iniciativas. Buenas cualidades de mente y de corazón (alegría, vivos deseos de bien), aunque no siempre caritativo y no del todo claro en sus relaciones con el superior»⁵³.

No obstante, eran precisamente su entusiasmo, su voluntad y su capacidad para motivarse y ponerse en juego lo que marcaba la diferencia, eliminando toda perplejidad. El juicio de segundo curso añade otros detalles sobre la personalidad de Giussani: «Piedad convencida. Estudio serio y continuo. Fidelidad a las reglas con deseos de dar buen ejemplo, de elevar el nivel espiritual de la clase. Siempre exuberante de sentimiento y de entusiasmo ante todo buen ideal; generoso y activo; fogoso en las discusiones y en el juego. Acepta con buena disposición las observaciones; se esfuerza sinceramente por ponerlas en práctica. En conjunto promete mucho»⁵⁴.

Y, siempre en segundo curso, una nota subraya su «piedad muy sentida. Se da a los estudios con asiduo vigor: memoria pronta y fácil. Joven de un entusiasmo continuo, y por ello casi siempre efervescente. En cualquier iniciativa pone ardor, espíritu de sacrificio, y logra despertar y arrastrar también a algunos mediocres. El predominio del sentimiento hará de él un excelente promotor de bien, además de un hombre de gobierno»⁵⁵.

El juicio sobre el año 1940-1941, el de tercero de bachillerato, revela la estima que Giussani se había ganado entre los profesores: «Óptimo en todo. Piedad muy sentida y vivida; inteligente y aplicadísimo en el estudio: ha conseguido pasar la reválida... De naturaleza rica, exuberante, generosa: ama y vive el apostolado mostrando entusiasmo por toda buena iniciativa, siempre dispuesto a ayudar aun con mucho sacrificio, siempre dócil y respetuoso con los superiores». Se anota también que «tuvo en el pasado algunos deseos (o veleidades) de hacerse misionero», para concluir: «Es un joven de buen juicio, bien dotado, de buenas perspectivas»⁵⁶.

Un amigo queridísimo desde los tiempos del seminario, Enrico Manfredini⁵⁷, lo recuerda así: un joven «muy fogoso», pero que «dominaba su temperamento con la obediencia; yo en cambio era un calavera. El tiempo me ha moderado y, en cambio, ha vuelto más trepidante e impaciente a Gius. Ahora me toca a mí recordarle la disciplina, pero él obedece enseguida. Obedece siempre. Tira inmediatamente de las riendas»⁵⁸.

La vivacidad del joven seminarista se comunicaba también cuando volvía a casa, de vez en cuando, como recuerda Giuseppe Rusnigo, vecino de Desio, diez años más joven que Giussani: «¡Cuando volvía del seminario se hacía notar! En mi opinión, ¡no había chaval de Desio que no conociera al Gigi! Un seminarista siempre dispuesto a ocuparse de los chicos... ¡Era un prodigio de la naturaleza!»⁵⁹.

El juicio que daba Giussani sobre los años de su bachillerato aparece de modo transparente en dos cartas dirigidas a su amigo Angelo Majo⁶⁰; cuando escribía, Giussani era ya sacerdote, mientras que Majo era todavía seminarista en Venegono: «‘No olvidéis jamás los ideales de vuestra juventud’, le decía el marqués de Puena [en realidad era el marqués de Posa, *nda*] a Carlos V cuando era adolescente. Te aseguro que la juventud se halla en la infinitud de los deseos y de los sueños que ahora agitan tu magnífica alma. Te aseguro que Él nos concede la posibilidad de realizarlos: y que nuestra juventud no cesa *jamás*. Durante el bachillerato me decían: ‘fuego propio de la adolescencia’; entonces ¿cómo es que ha crecido?»⁶¹.

En esta frase se percibe el corazón de la sensibilidad educativa de Giussani. En la adolescencia y en la juventud él no veía —ni verá nunca en adelante— una serie de fugas hacia lo irreal sino más bien el núcleo fundamental del deseo del hombre, el que lo estructura y lo acompaña secretamente a lo largo de toda su vida.

En la segunda carta Giussani deseaba al amigo que tuviera su misma experiencia: «Estoy convencido de que el bachillerato dejará también en ti esa profunda e ilusionante fascinación, que es la fuente de todo un mundo de ideas, de ‘descubrimientos’, de sentimientos: te deseo que Jesús se encarne en estas experiencias tuyas, con ese carácter inexorable y definitivo con el que se encarnó en el seno de María la Virgen. Porque el mayor gozo de la vida de un hombre es sentir a Jesucristo vivo y palpitante en la carne de nuestro pensamiento y de nuestro corazón. El resto es ilusión efímera o estiércol»⁶².

Cuando Italia, aliada de la Alemania nazi, declaró la guerra a Inglaterra y a Francia, el 10 de junio de 1940, Giussani estaba terminando segundo de bachillerato. Milán sufrió el primer bombardeo por parte de la aviación inglesa en la noche del 15 al 16 de junio de 1940. Los ataques proseguirán hasta 1945, concentrándose primero en los edificios civiles de la ciudad, y después en las fábricas. Muy pronto la capital lombarda fue identificada por los ingleses como un objetivo estratégico de primera importancia: en ese momento era la ciudad italiana más desarrollada y uno de los principales enclaves ferroviarios.

Aunque en Venegono había un aeropuerto utilizado como base por los cazas de la Dirección Aeronáutica, la zona no llegó a ser escenario de guerra. Solo en febrero de 1945 pareció acercarse el conflicto al territorio del seminario —sin llegar a alcanzarlo—

lo que le permitió vivir en una situación de relativa tranquilidad. Debe decirse, no obstante, que la llamada a las armas impidió a numerosos jóvenes, deseosos de hacerse sacerdotes, entrar en el seminario durante aquellos años. Como escribe monseñor Antonio Rimoldi, «a pesar de la Segunda Guerra Mundial (1940-1945) y de la presencia de hospitales milaneses ‘desplazados’ a los seminarios de Venegono y de San Pedro Mártir en Seveso, no solo pudieron continuar estos seminarios desarrollando regularmente su actividad durante todo el periodo de la guerra, sino que incluso se pudo abrir, en 1941-1942, un seminario menor en Masnago (Varese)»⁶³. El mérito fue de toda la iglesia ambrosiana, que, «con el cardenal Schuster comprometido en primera persona en defender de las represalias del periodo bélico a la ciudad, a su población y sus recursos económicos, y con centenares de sacerdotes que idearon innumerables iniciativas de socorro y de movilización, incluso en las filas de la resistencia, contribuyó de manera significativa a tutelar espacios de convivencia no fascistas y a salvaguardar las razones de la piedad y de la moderación, en los años terribles de la guerra civil»⁶⁴.

Las cartas a la familia

A la época del bachillerato se remonta una larga carta dirigida a Livia, enteramente dedicada al tema de la «vocación». Es del 23 de mayo de 1940, cuando Giussani tiene diecisiete años y su hermana catorce: «La elección de nuestro estado es el paso más importante de toda nuestra vida, del que depende en gran parte nuestra felicidad ahora y en la eternidad. [...] Dios, en su providencia, ha establecido para cada hombre una vocación, es decir, el estado en el que le llama a vivir: y también los medios necesarios para vivir bien en este camino que le asigna. Pues bien, si uno no toma el camino que le ha asignado Dios, no puede tener ya todas las gracias suficientes para vivir bien, y así puede acabar mal. Mira, pues, qué terrible responsabilidad asume uno cuando escoge un camino distinto del que le ha asignado Dios».

Giussani continúa observando que «son dos los caminos fundamentales que Dios ha trazado para los hombres: 1) el de quien quiere consagrarse enteramente a él (sacerdotes, monjas) y 2) el de quien quiere permanecer en el mundo para formar una familia. Un hombre no puede elegir a su capricho uno de los dos, sino que debe mirar cuál es el que Dios le indica. Ambos caminos son nobilísimos y santísimos: porque ambos están instituidos por Dios».

Y anticipaba la previsible pregunta de Livia: «‘Y yo ¿qué debo hacer’, me dirás, ‘para elegir el camino que me permita saber lo que quiere Dios de mí?’». Esto es lo que le respondía: «Ante todo, es necesario que mires tus inclinaciones, tus aspiraciones; es especialmente necesario que reflexiones sobre ti misma, sin prejuicios, es decir, sin escuchar la voz de personas que no conocen tu alma y que quieren empujarte en esta o aquella dirección: debes actuar independientemente de ellas. Pero como eres joven, puedes muy bien equivocarte al estudiar tus sentimientos: es peligrosísimo que abordes esto sola». Por eso, y es la segunda sugerencia, «necesitas una persona prudente que te aconseje. [...] Si obedeces a tu confesor, estarás segura de no equivocarte. [...] Elige al

que más confianza te inspire y al que tú veas más devoto (pero no tengas miedo si el aspecto externo te cohibe). [...] Sea cual sea el camino que elijas, recuerda que —además de tu director espiritual del que podrás recibir siempre y solo palabras de consuelo— el único y verdadero gran consolador es Jesús, el Señor: porque solo él, que ha plasmado y construido nuestro corazón, sabe cuáles son nuestras necesidades, sabe a qué se deben las lágrimas silenciosas que ningún hombre puede ver jamás; solo él sabe comprender nuestros dolores, nuestro llanto... y nuestras pequeñas y queridas alegrías».

La carta proseguía con estas palabras: «Y sobre todo, cuando te sientas sola y desconsolada, o cuando el mundo, el demonio y la carne desaten sus asaltos, recuerda que a tus espaldas, sobre tu alma y tu corazón, aletean blanquísimas las alas de tu ángel, y su mirada te dará luz y fuerza». Invitaba a su hermana a escribirle, «cuando te sientas extraña y deprimida» porque «también yo he experimentado y vivido tiempos como los que ahora estás viviendo. Dios me dictará, y yo se lo pido, palabras de afecto y de consuelo»⁶⁵.

Y en otra carta, expedida desde Venegono el 6 de diciembre de 1940, saca de su experiencia en el seminario una indicación para su hermana Livia, que está atravesando un momento de dificultad: «Aquí en el seminario nos dicen una cosa buena y grande, al tratar de ese aparente abandono de Dios que a veces —y a menudo— puede suceder: ‘No busquemos el consuelo de Dios, sino al Dios del consuelo’⁶⁶. Piensa en ello y te hará bien. [...] Nuestra vida aquí abajo está llena de lágrimas, y es así a la fuerza, debido al pecado (¡y a nuestro pecado!)». Pero esto no debía debilitar la esperanza; al contrario, «lo que te temple son las pruebas, los combates y las luchas: en ellas puedes formar tu carácter. Si luchas bien ahora, conseguirás una vida feliz. La alegría de tu vida futura depende del modo en que sostengas ahora estas pruebas: no debes desanimarte nunca, y, si otros te ponen dificultades, reacciona con energía, casi con obstinación: no como venganza, sino para superarlas con tenacidad, con la mejora de ti misma [...]. Y luego, mira, siempre se encuentra un camino: ten confianza ilimitada en Dios, y ánimo contigo misma»⁶⁷.

Otro documento que refleja los sentimientos que atravesaban el ánimo de Giussani en el bachillerato es este recuerdo suyo: «‘Tú, Señor, eres mi único bien’; cuando estaba en bachillerato me aterrorizaban estas frases, porque decía: ‘Entonces no puedo querer a este, no puedo querer a aquel, ¡no puedo querer a nadie!, porque ‘Tú, Señor, eres mi único bien’; tengo que tratar bien a todos ¡pero sin amar a nadie!’». Más tarde descubrirá que la afirmación de que el Señor es el único bien significa «un modo de amar a cada persona y a cada cosa, y una forma interna de la relación, no una alternativa a la relación»⁶⁸.

El gusto por la belleza, alentado incluso en las circunstancias más efímeras, fue una constante que acompañó la vida de Giussani en el seminario: «Una noche bajábamos al refectorio en fila, y en el corredor vi un trozo de papel. Lo tomé y me lo metí en el bolsillo. Detrás de mí estaba Gaetano Corti, yo no lo sabía: ‘¡Bravo! ¿Por qué lo has recogido?’. Y yo le dije: ‘Por la belleza de Cristo’. Estaba en segundo de bachillerato»⁶⁹.

Y también: «Cuando estaba en bachillerato, hubo un mes en que lloraba todas las noches porque nunca iba a ser como Beethoven, y luego me vino de repente la idea de que obedecer la regla del seminario, cumplir con integridad y atención cada gesto que se solicitaba —el estudio, los compañeros, el silencio- podía tener, desde el punto de vista cósmico, una armonía más poderosa que ‘la apasionada’ de Beethoven, y entonces me tranquilicé»⁷⁰.

En otros términos, la belleza no es solo la cumbre del coro polifónico, del paisaje alpino o del pasaje de música sinfónica: se encuentra en las cosas bien hechas, en la atención a la vida cotidiana donde nada es banal, donde todo es digno de recibir atención. Respetar toda la realidad, sin ensuciar el orden que le da belleza, quiere decir respetar el rostro de Cristo, principio y sustancia de toda belleza, que ha labrado en el corazón del hombre este deseo que la hace posible.

En 1941 Giussani escribía a sus padres con ocasión del vigésimo aniversario de su matrimonio. La carta está expedida desde Venegono el 14 de octubre, el día antes de cumplir diecinueve años:

«Viva Jesús. Mis queridísimos y amadísimos padres, además de la gratitud infinita por toda la solicitud atenta y amorosa que me habéis demostrado durante estas vacaciones y por la bondad con que habéis soportado el exceso de trabajo que tenía —y os pido justamente perdón con algo de pesar por el tiempo relativamente breve que estuve ‘a vuestra disposición’—, una fecha extraordinaria hace palpar de conmoción y afecto mi corazón de hijo, que os aporta un bien inmenso.

Hace veinte años que el Señor unió indisolublemente vuestras almas, de las que brotó la mía: con vuestras vidas, convertidas en ‘una’, caminé mi vida.

Así pues, desde la altura a la que han llegado mis años, miro vuestra vida, en la que se originó la mía; y el primerísimo sentimiento que tengo es el de un agradecimiento infinito.

Agradecimiento grandísimo a Dios, que en su sabiduría y su bondad, ha querido darme como padres míos a vosotros, y os ha adornado de muchas y buenas virtudes y dotes, de modo que las gracias copiosas que han bajado del cielo sobre vosotros han podido acrecentar indirectamente la felicidad y el bienestar de mi vida. Cuántas, cuántas son las bendiciones que la bondad infinita de Jesucristo ha dispensado a mi existencia: y todas, lo puedo reconocer, han descendido a mí por medio de vosotros. El mayor de los dones que Él me ha dado, el de la vocación al sacerdocio, no lo habría tenido sin vosotros.

Agradecimiento, por consiguiente, también a vosotros: un agradecimiento inmenso que os hago llegar, y pido a Jesús que os permita constatarlo directamente con la ejemplaridad de mi conducta. Gracias, queridos padres, que siempre, siempre, habéis cargado gustosamente con todos los sacrificios que conllevaba mi educación, física, moral e intelectual: es precisamente el grado al que he llegado en esta educación —gracias a vosotros— lo que me permite comprender y valorar el beneficio que me habéis aportado en estos veinte años, antes incluso de que existiera: lo comprendo y lo valoro plenamente, y estoy por ello asombrado, admirado y conmovido.

Os doy las gracias, y al mismo tiempo me permito deciros: seguid siempre así. Porque

vuestros hijos os necesitan... necesitan vuestros dolores... sí, pues nada nace sin dolor: y así, si en la vida de vuestros hijos nace una flor o madura un fruto, será por su dolor, y por el vuestro. Amad, pues, vuestros sacrificios, como siempre los habéis amado y los amáis. Y ahora en este largo camino terrenal, y por siempre en la felicidad que viene de Dios, con la alabanza al gran Señor del universo y Padre bueno de todas las criaturas, los corazones de vuestros hijos no cesarán jamás de colmar vuestras almas de toda bendición.

Deseándoos que vuestro amor sea perenne —aun en el sacrificio— vuestro afmo. ch. Luigi Giussani»⁷¹.

El tono de la carta, la ausencia de cualquier retórica, el entusiasmo que aparece en ella, revelan que incluso el aniversario de boda de sus padres constituía un evento no solo para recordar, sino sobre todo para meditar, porque se situaba en la raíz de su propia persona.

«En un momento determinado, el fondo de la cuestión queda clarísimo»

Giussani vivió el comienzo de la teología (en el curso escolar 1941-1942) como el paso a una claridad mayor con respecto al carácter unitario de los estudios: «En el bachillerato tenía como profesor de Filosofía escolástica y de Historia de la filosofía a monseñor Guzzetti, que era clarísimo además de agudo, como todo el mundo sabe, y que, de forma muy inteligente, al explicarnos la historia de la filosofía, con cada autor nuevo que nos ponía delante realizaba el esfuerzo de identificarse con el punto de vista recto, de valor auténtico, que había formado el alma del sistema o de la visión de aquel autor». Pero mientras el profesor describía el sistema que había construido ese autor sobre una intuición justa, Giussani advertía en ella una inconsistencia última, una creciente oscuridad.

El paso a la teología provocó en él la experiencia opuesta: «A clase de teología uno va, especialmente cuando debe ligarse a ella en cuerpo y alma para toda la vida, con cierta prevención en el ánimo, por no decir escepticismo: ‘Veamos un poco cómo tratan ahora estas cosas aquí’. Uno se encuentra como delante de un gran rompecabezas sin saber por dónde empezar», desde la Inquisición a la virginidad de María, desde la Inmaculada Concepción al infierno, desde el problema de la libertad a cómo Dios se hizo hombre, desde el misterio de la Trinidad a la existencia de los ángeles. Pero, «con una impresión muy clara, a medida que uno es conducido hacia adelante por la mano experta del profesor, ve casi visualmente cómo se retira todo ese gran rompecabezas, todo ese gran cuadro oscuro, de forma lenta o a veces rápida, como si la sombra se encogiera, se volviera cada vez más pequeña, de modo que, en un momento determinado, inevitablemente, con suprema evidencia, uno comprende que el fondo de la cuestión queda clarísimo, aunque no llegue hasta él, aunque no haya llegado todavía hasta él»⁷².

Así es como reconstruye don Dell’Orto una semana-tipo en Venegono (se refiere al invierno 1944-1945), en los años en que Giussani estudiaba teología: «El horario general invernal, válido para la mayor parte del año, o sea hasta la mitad de abril, prescribía

levantarse a las 6.15 los días de clase y los domingos, mientras que los jueves nos levantábamos 15 minutos más tarde. Después de arreglarnos, todos los días permanecíamos en la capilla durante poco más de una hora, para la oración personal y la santa misa. Después del desayuno y un poco de recreo, a las 8.30 comenzaba en los días de clase un estudio de 45 minutos; a continuación las clases, con tres lecciones de 50 minutos cada una. El jueves, en cambio, había paseo o gimnasia a las 8.30 y estudio desde las 11 en adelante. Tanto los días de clase como los jueves, la comida era a las 12.10, seguida de recreo. [...] Después, los días de clase había otras dos horas de clase (14.15-16.15); el jueves, en cambio, había estudio, con quince minutos de recreo en medio. Después de las clases o el estudio y después de otros 45 minutos de descanso, desde las 17.00 a las 19.30, oración personal en la capilla, rezo del rosario y santa bendición; y seguía de nuevo el estudio. De lunes a sábado la jornada concluía con la cena (19.30), la lectura espiritual y las oraciones de la noche (21.15)»⁷³.

En un artículo de *La Fiaccola* de 1949 se lee un resumen de las horas en las que no había ni estudio ni oración: «Las horas de recreo están a menudo ocupadas por actividades diversas y optativas, como el estudio de la música (piano y órgano), la pintura, el cultivo de flores, la filatelia, la ordenación de las bibliotecas, el teatro, y también alguna que otra actividad material, como el remiendo de zapatos, la encuadernación de libros, etc. [...] Quien llegue a visitar el seminario con el viejo prejuicio de encontrar allí una vida tétrica y sofocadora de la juventud, se encontrará completamente desilusionado. [...] Más de uno se queda conmovido por el cambio repentino de tono que asume espontáneamente la vida de los jóvenes clérigos; al simple son de una campanilla se calma repentinamente el jaleo más encendido y desenfrenado de un partido de fútbol para dar lugar al silencio absoluto que dispone a la oración, o al recogimiento que predispone al estudio. Sin quejas se abandona el juego igual que sin aburrimiento o desprecio se termina el estudio o la clase. [...] El seminario dispone de una biblioteca general y de dos pequeñas bibliotecas para los alumnos, de un laboratorio de física bien equipado y de un buen museo de historia natural, de un observatorio meteorológico y de un observatorio microsismográfico, y finalmente de una interesante colección numismática»⁷⁴.

El diario

Hay un diario que se remonta a la época de primero de teología. Se trata de un cuaderno en el que Giussani anotaba pensamientos propios y frases de autores varios, que había escuchado en clase o que había leído en libros. Hay numerosas citas, en algunos casos acompañadas por breves comentarios. Vale la pena recorrerlo para descubrir más elementos de su personalidad en formación.

A la vuelta de la cubierta, abajo, se leen estas palabras de Giussani: «Memento sacrificii tui [acuérdate de tu sacrificio, *nda*], anno 1941, mense Decembri, tan sublime, tan grande, tan digno de garantizar toda la vida de un hombre, que lo sentirás valorar cada acto tuyo y dar unidad poderosa a tu vida, fieramente dispuesta»⁷⁵.

En la primera página legible (las anteriores parecen arrancadas), después de haber anotado la fecha del 27 de octubre de 1941 —Giussani acababa de cumplir diecinueve años—, se refiere a un momento de estudio y transcribe las reflexiones surgidas en él después de una clase: «Estudio nocturno: tengo delante el Zamboni⁷⁶, ‘Introducción a la Hist. de la gnoseología’. En clase de Dogmática se me ha hablado de la amplia tendencia a sentir la religión como un puro fenómeno de la conciencia, una vaga intuición del infinito. Ah, qué verdad es que, bajo la agitación que pesa en el fondo quebradizo del corazón humano y que gravita pesadamente sobre un arcano indefinido concebido como un inmenso sueño, [la conciencia] tiene detrás de sí, y antes de sí, sosteniéndola y despertando su llama, el recuerdo subterráneo de un bien que fue y que necesita ser de nuevo: v. el aliento de Platón, v. Pascal y su teoría de la ‘nostalgia del rey’. ¡Qué buen día hace hoy! ¡Qué sol y qué cielo tan transparente!... Pero ¿qué sucede? Una oscura melancolía penetra en mi alma a través de la carne...: casi de improviso el sol se ha ocultado detrás de la lejana cadena azul de los montes. Jesús, tú eres el sol que nos calienta sin que pensemos en ello, y sin caer en la cuenta, el mundo se da cuenta de ti cuando te ocultas tras una nube y te eclipsas por el pecado de la pobre y errabunda infelicidad humana...».

Un poco más adelante, en el borde superior de una página escribía la hora y la fecha precisas durante otro momento de estudio: «¡Dios mío, te agradezco que me hayas creado! 26-11-41, hora 19.17, después de leer el capítulo tercero del Adam ‘Jesús el Cristo’»⁷⁷. Justo debajo transcribe simplemente la frase conclusiva de ese capítulo: «El Cristo de los Evangelios se presenta a nuestro siglo como una figura inquietante, como un *tremendum mysterium*, como un enigma que requiere solución, como una pregunta que exige respuesta. Está ante nosotros como nuestro destino. Verdaderamente Jesús es nuestro destino, nuestra crisis, nuestro juicio»⁷⁸.

En el n. 50 de su diario Giussani anotaba: «Tu deseo, tus inquietudes, tu tensión y tu esfuerzo deben tender —por amor de Cristo— a contribuir con toda tu pobre humanidad (bondad de Cristo y de Dios) a la dilatación actual de la Iglesia, del Cristo místico que camina en el tiempo hacia la futura gloria eterna: y así debes tender, animosamente, alegremente, en el sacrificio y en el no-reconocimiento de las cosas creadas -medio y gloria eterna del Cristo-, a Él, a su gloria en ti y en los demás».

E inmediatamente después (n. 51): «¡Qué bello es pensar así, pues, [v. las palabras del número anterior] la historia y el mundo! Así puedes sentir —bajo el impulso cristiano de la gracia que hace inmensamente más profunda y atenta la capacidad perceptiva de tu alma— y reconocer ‘en su sentido profundo, las fuerzas que actúan en la historia’. [...] La historia y el universo son un grandioso y larguísimo suspiro —doloroso—, un respirar ansiosamente contenido, que explotará en la felicidad y la alegría de la revelación de Cristo, el cual ahora va, de hora en hora, de alma en alma [grandeza del hombre, que es el actor con Cristo de esta enorme tragedia divina, a la que asiste cada cosa creada, los ángeles, el Padre: ¡Dios!] desarrollándose místicamente y casi generándose —río arrollador que debe (W Cristo Rey) arrastrar en su vorágine divina a todos los hombres (¡todos para tu gloria, oh Cristo! ¡Dame la fuerza de servirte!)— en

medio de las dificultades y asperezas que suscita el ‘antiguo adversario’, pero aclarándose y acercándose cada vez más al final de los tiempos, en la Iglesia -que es la ‘Humanidad’, la parte creada, la historia en devenir, del Cristo total, que es hombre verdadero y Dios verdadero».

A continuación enhebraba una serie de pensamientos dispersos. Sobre el sufrimiento: «Ante el dolor, ante la cruz, se siente ‘un vacío que solo puede ser colmado por las posibilidades que tiene Dios’. Entonces es cuando el hombre siente el ‘fluido’ de lo eterno, el contacto con lo ultramundano» (n. 53). Sobre el final de la existencia: «‘In fine non est mensura’ (Aristóteles): entonces Cristo Jesús, Cristo Rey es tu final; in fine non est mensura: la medida de amarle es amarle sin medida» (n. 76). Y sobre el sentido de la historia: «La vida es bella, la historia es amable solo porque es el desarrollo oculto, pero fecundo y verdadero, de Cristo, de Cristo Rey, que se revelará en la parusía final» (n. 78). Entre otros, transcribe también un pequeño pasaje de Tácito: «Muchos sabían que en las escrituras antiguas de los sacerdotes estaba escrito —y aquel era el tiempo indicado— que el Oriente tenía que ganar fuerza, y que gente venida de Galilea tenía que adueñarse de todo (Tácito, Hist. 5,13)» (n. 79).

Sobre la realidad como signo de Dios escribe: «Un asno moviendo su pata no puede escribir un poema: el viento, moviendo la paja, no puede ordenarla, ‘embalarla’ en distintos paquetes: el mundo ordenado así —ergo— exige una mente, Dios» (n. 80).

Más adelante (n. 95) copia del francés un ‘pensamiento’ de Pascal: «Este juez soberano del mundo» —aquí Giussani anota entre corchetes: «véase ahora a Hitler, y tipos afines»— «no es tan independiente que pueda escapar a verse turbado por el primer alboroto que se forme en torno a él... No os maravilléis si no razona bien en este momento: una mosca le zumba en la oreja. Si queréis que pueda encontrar la verdad, cazad ese animal que tiene en jaque a su razón y turba esa potente inteligencia que gobierna las ciudades y los reinos. ¡Espléndido este dios! ¡Oh ridículísimo héroe!». E inmediatamente Giussani escribe: «La imaginación —tiránica señal de la debilidad humana— engrandece enormemente a un mísero ser (v. un hombre —Hitler— a Dios) mortal, y baja a Dios a su nivel. ¡¡Así reduce la eternidad a la nada, e iguala el instante presente a la eternidad!!». Y en el pensamiento siguiente (n. 96), cambiando de tema, se abandona a una reflexión sobre el hecho de que «es grandísima en el hombre la fuerza de la ‘costumbre’, del hábito, de las circunstancias: la ‘costumbre’ es una segunda naturaleza»⁷⁹.

A cuadernos como este se referirá el mismo Giussani: «Cuando yo era prefecto en el seminario, me ponía en un banco delante de la clase y la vigilaba; en ella había dos chicos a los que estimaba muchísimo —tenía preferencia por ellos— y escribía cuadernos enteros sobre estas cosas. Que la ley del yo es amar quiere decir que no existe el yo, que no se realiza el yo, sino en el amor. Y, en efecto, si no se realiza en el amor, como amor, el yo está insatisfecho, rabioso consigo mismo, es hostil a los demás, incapaz de beber y de asimilar la belleza de la realidad, aburrido, fácilmente irritado, etc.»⁸⁰.

A juzgar por las notas que obtuvo en todos los años de seminario, Giussani resultó ser un estudiante excelente. Los primeros cuatro años de secundaria era siempre el primero de su sección, la B. Sus notas van desde el ‘8 menos’ al ‘10’, a excepción de la expresión escrita, en donde no supera nunca el ‘6’: «Pero ir más allá de este nivel era empresa ardua para cualquier seminarista⁸¹», escribe Dell’Orto.

Cuando Giussani estaba en secundaria, en el boletín de las notas (primero distribuido cada dos meses y luego cada tres) quedaba reflejado el llamado ‘puesto de mérito’, que identifica al primero, al segundo, al tercero, al cuarto y al último de la clase: «Mientras fui profesor, Giussani fue siempre el primero porque, dentro de su sencillez, tenía una media alta»⁸², declara monseñor Citterio. Ya en Venegono la marcha de las notas no cambió, si bien el ‘puesto de mérito’ que ocupaba desde quinto de secundaria a tercero de bachillerato era el segundo.

En el examen de reválida, que realizó en 1941 en el liceo de Varese, Giussani aprobó con 68, resultante de la suma de las notas obtenidas en las diversas materias: 8 en Filosofía, Italiano, Griego, Historia política e Historia natural, Arqueología, Arte; 7 en Latín y en Matemáticas y Física; 6 en Educación física.

Don Giacometti recuerda: «En la ceremonia de entrega de premios de secundaria y bachillerato había siempre una terna permanente: ‘Giussani Luigi, Elli Giuseppe, Gaffuri Luigi’. Un año yo estaba en la fila con él, que siempre era el primer clasificado en la entrega de premios que se hacía en presencia del arzobispo [I. Schuster, *nda*]. Mientras el prefecto de estudios pronunciaba el nombre de Giussani y monseñor Petazzi [rector mayor, *nda*] le pasaba la medalla al cardenal, este, volviéndose al rector mayor, le preguntó ‘¿Otra vez Giussani?’»⁸³.

En los cuatro años de teología que fueron desde 1941 a 1945, las notas situaron de nuevo a Giussani a la cabeza de su curso.

El 8 de junio de 1943, al término del segundo año de teología, superó el examen de bachiller en teología con una calificación final de 9/10, «magna cum laude probatus»⁸⁴. Entre los profesores que firman el informe de ese examen figuran monseñor Figini y monseñor Carlo Colombo. En el currículum de los estudios de las facultades teológicas eclesiales el título de bachiller es el primer título de estudios superiores que se obtiene, al que siguen la licenciatura y el doctorado.

El 29 de enero de 1945 se produjo una confirmación de la marcha positiva de los estudios de Giussani cuando el cardenal Schuster se reunió con los seminaristas que de allí a pocos meses serían ordenados sacerdotes, presidiendo la ceremonia anual de entrega de premios a los mejores estudiantes: el joven clérigo figuraba entre los premiados.

Capítulo 3
«Si yo no hubiera conocido a Gaetano Corti,
a Giovanni Colombo...»
Los maestros de la «Escuela de Venegono»

El seminario de Venegono era en primer lugar una escuela de formación teológica, pero nunca se podía separar de una educación de la persona considerada en su integridad. Los profesores de Venegono desarrollaron por lo tanto un papel fundamental en hacer que el joven seminarista de Desio se realizara, a su vez, como maestro y personalidad de referencia. Al recordar sus años en Venegono, a Giussani le resultaba muy evidente su deuda de reconocimiento: «Todo se debe a la fidelidad a una enseñanza recibida de verdaderos maestros, que supieron hacerme asimilar una sólida tradición cristiana», dirá recordando sus años en Venegono. «La teología se forjaba sobre el sólido cimiento de un tomismo pasado a través de la robusta disciplina de la tradición eclesial ambrosiana. No puedo dejar de recordar, entre otras, a tres personalidades que, en los años de mis estudios en el seminario, despertaron en mí la fascinación por una percepción ‘centrada’ de la realidad cristiana: hablo de monseñor Gaetano Corti, del futuro cardenal de Milán, Giovanni Colombo, y de monseñor Carlo Colombo»¹.

A las figuras apenas citadas hay que añadir otras tres: Carlo Figini, Enrico Galbiati y el rector Francesco Petazzi. No se trataba de personalidades autónomas y desvinculadas unas de otras. El cardenal Biffi subraya que «sus exposiciones se integraban y se iluminaban recíprocamente hasta ofrecer, a quien sabía captarla, una visión del designio de Dios (y, por tanto, también de toda la realidad) orgánica, coherente, abierta tanto al misterio trascendente como a las interpelaciones esenciales de la criatura». Así, «sus múltiples voces terminaban por ofrecer una propuesta concorde de vida cristiana (y por ello de vida plenamente humana); era un magisterio variado y homogéneo, una natural consonancia de pensamientos distintos, dentro de la determinación común de preparar de la mejor manera posible a los candidatos al sacerdocio, que percibíamos como fruto de la atención sabia y materna que tenían hacia nosotros la Iglesia de san Ambrosio y san Carlos»².

Biffi recuerda que el contexto de Venegono estaba estructurado a fin de que, «bajo la guía de excelentes maestros en la ‘doctrina sagrada’ nosotros percibiéramos la alegría y el entusiasmo por la belleza omnicomprensiva de Cristo y por una realidad eclesial percibida como síntesis y valoración de todo lo humano auténticamente positivo». Y reconoce que en Giussani, «antes y más que en todos nosotros, esta experiencia de luz y

de vida se vio acompañada enseguida por la urgente determinación de hacer participar a toda criatura en esta fortuna con la que él se sentía agraciado. Para él era insoportable que los demás no se vieran alcanzados por la misma alegría, por el mismo entusiasmo, por la misma fortuna. Precisamente esta inquietud —siempre idéntica en sus impulsos y en sus contenidos— le empujará a hacerse repetidamente promotor de asociaciones y de grupos entre los seminaristas»³.

Algunos datos sintéticos dejan entrever los rasgos característicos de los maestros de aquella ‘escuela’ de teología y de vida cristiana. Muchos de estos elementos llegarán a formar parte del pensamiento y del método educativo de Giussani, pero sobre todo serán releídos y oportunamente valorados por él en una síntesis nueva.

Giovanni Colombo. La pasión por la literatura

Giovanni Colombo (1902-1992), sacerdote desde 1926, estuvo en Venegono como profesor de Italiano desde 1931 y de Teología espiritual desde 1938; desde 1937 enseñó también Lengua y Literatura italianas en la Universidad Católica del Sacro Cuore, mientras que desde 1939 fue rector del seminario menor y desde 1953 rector mayor de los seminarios milaneses. En 1963 Pablo VI le llamará para sucederle a la cabeza de la diócesis ambrosiana, donde permanecerá hasta 1979.

Colombo fue un exponente destacado del grupo de Venegono, «artífice de un ‘observatorio’ dinámico y abierto a todos los aspectos de la realidad de su tiempo, entre ellos, la literatura. El interés teológico por esta última, que se evidenciaría en los años cincuenta y sesenta con las figuras de Moeller, de Von Balthasar, de Guardini y el redescubrimiento de Newman, ya se producía en el ámbito milanés desde el ventenio anterior»⁴.

La originalidad con la que afrontaba Colombo la relación entre literatura y catequesis puede sintetizarse así: «Todo lo que es verdadero es, de algún modo, reflejo de Cristo; de esto se sigue que la experiencia humana, cuando emerge auténticamente, es profecía suya y encuentra en Él su punto de vista y de resolución último»⁵. Esta postura quedará ampliamente documentada en su obra *Letteratura e Cristianesimo*»⁶.

En octubre y noviembre de 1933 Colombo publicó dos artículos en *La Scuola Cattolica*, la revista del seminario, sobre la utilización de la literatura en la enseñanza de la religión en bachillerato. Él observaba que la literatura podía ser de gran ayuda para un profesor de religión al menos por cuatro motivos: primero, «porque la religión no es un problema cerrado en sí mismo, sino luz difundida e infundida en cada problema de la vida»; segundo, «porque el objetivo de la enseñanza religiosa es también dar sabor con la sal evangélica a los elementos culturales sobre los que los jóvenes se aprestan a construir su vida»; tercero, «porque también entre las almas se experimenta una ley semejante a la que los físicos llaman de los vasos comunicantes. [...] Que el alumno sienta que los caminos por los que camina ahora, él [el profesor, *nda*] ya los ha recorrido antes, y que las metas hacia las que se dirige ahora ya las ha alcanzado el profesor y las posee a la luz de Cristo redentor [...]; en caso contrario las palabras caerán

desautorizadas como flores estériles»; y cuarto, «no se olvide finalmente que las circulares del Ministerio insisten en que la enseñanza religiosa no sea ajena a la civilización de nuestro pueblo»⁷. En la práctica, si la religión responde a las preguntas de la existencia, el lugar en el que alcanzan estas últimas su máxima visibilidad se puede encontrar en la literatura y el arte.

En el segundo artículo, del noviembre siguiente, Colombo ponía el acento en el hecho de que en los colegios de bachillerato el profesor de religión «no puede ignorar las posiciones de las estéticas modernas y de las historias literarias modernas; necesita mirar de frente las objeciones que surgen de allí contra su apologética, si no le gusta dejar que algún alumno inteligente le pille desprevenido y si le gusta adquirir un decoro y un prestigio, muy necesarios, ante sus colegas de enseñanza». Aquí se detenía en la teoría de Benedetto Croce, subrayando «algunas consecuencias desastrosas que podrían llegar al campo catequístico. ¿Qué relación legítima puede instituir el catequista entre arte y religión, cuando la religión es inconcebible no solo en el momento estético, sino en todo el sistema? La religión, afirma Croce, ‘es un fenómeno, un hecho histórico y transitorio, un estadio psíquico superable’ y de hecho superado, tanto que él no comprende qué utilidad puede tener todavía para los hombres. ‘Asunto de hospital, cuando no es asunto de políticos’»⁸. Colombo se ocupaba además de la *Storia della letteratura* de Francesco de Sanctis, que «es todavía la madre de los manuales escolares; y sería un gran libro si no tuviese un vicio en su corazón: está construida por entero sobre un esquema preconcebido. De Sanctis concibió su Historia como un desarrollo progresivo de la civilización italiana desde la infancia del pensamiento, en la barbarie mística del Medioevo, hasta su plena madurez en el racionalismo y el inmanentismo modernos». Según De Sanctis, el arte debía juzgarse exclusivamente por su perfección expresiva, prescindiendo de su contenido alto o bajo. En este contexto se entiende que, al comienzo de los años treinta, un profesor de seminario advirtiera la urgencia de proporcionar a los profesores de religión algunos instrumentos para sostener su relación con los alumnos y los colegas sin complejos de inferioridad⁹.

Colombo concluía con dos recomendaciones: «Ya que la enseñanza religiosa en los colegios de enseñanza secundaria es cosa ardua, puesto que no basta con encerrarse en la torre teológica sino que hay que abrir ventanas a cada aspecto de la vida, atravesemos de vez en cuando los campos literarios», como «aquel padre de familia evangélico que sacaba de su tesoro cosas nuevas y cosas antiguas». En segundo lugar, «al recorrer los manuales literarios, será necesario adaptarlos a la estatura intelectual de nuestros alumnos; se necesitará indagar su psicología, sus gustos, sus lecturas, para adaptarse a ellos»¹⁰.

Es esta escuela la que introducirá en Giussani la pasión por la literatura y por profundizar en su primer encuentro con Leopardi, como se ha visto. Y cuando Giussani entró en el liceo Berchet de Milán para enseñar religión, a mediados de los años cincuenta, se iba a mostrar como un digno y fiel alumno de su maestro.

En cuanto a la otra materia que enseñaba, Teología espiritual, Colombo negaba que se pudiera construir exclusivamente de modo deductivo, razonando abstractamente sobre

los principios revelados y sobre el magisterio de la Iglesia, «sino que es necesario que eso se complete por vías inductivas con las enseñanzas que provienen de los hechos históricos y de las experiencias personales y colectivas». Por eso veía como algo necesario «establecer la certeza histórica de los hechos, [...] ofrecer una [...] recopilación de experiencias seguras, vividas por personas de toda clase, de todo tiempo, de todo lugar, de las que se puedan obtener métodos que seguir y modelos que imitar [...], presentar [...] testigos y testimonios»¹¹.

En esta perspectiva, tanto la literatura como la teología no solamente tenían que ver con la existencia, sino que únicamente al confrontarse con esta lograban realmente manifestarse tal cual son: una reflexión sobre los interrogantes que emergen de la vida real y no un ejercicio estetizante o intelectualista.

Gaetano Corti. Un amante de la razón

El segundo maestro de Giussani fue Gaetano Corti (1910 -1990). Terminados sus estudios teológicos en la Pontificia Universidad Gregoriana en 1932, Corti empezó a enseñar en la Facultad teológica de Venegono en 1934. Daba cursos de Patrología, Teología moral fundamental y Dogmática. Fue también profesor encargado de Exposición de la doctrina moral y católica en la Universidad Católica del Sacro Cuore y desde 1966 enseñó Historia del cristianismo en la Universidad de Trieste.

Ya hemos recordado el episodio que Giussani identificaba como el momento en el que descubrió la naturaleza del cristianismo: la explicación del prólogo del evangelio de Juan, ofrecida precisamente por Corti; en aquella lección se contenía todo su método de enseñanza. En un estudio crítico sobre él, Giuseppe Zaffaroni afirma que «repetía con insistencia que su objetivo no era comunicar un pensamiento o un punto de vista suyos, sino dar a conocer el pensamiento de Cristo, es decir, presentar y hacer comprender lo mejor posible lo que Cristo enseñó en torno a la fe anunciada por él. Este querer permanecer como portavoz, como intermediario y ocasión de encuentro con Otro, fue una de las notas más características de nuestro teólogo. No es casual, pues, que el punto de partida privilegiado del discurso teológico de G. Corti fuera *el hecho*, el dato histórico y experimental»¹².

Para Corti, en el corazón del cristianismo y de su anuncio no había una teoría filosófica, quizá incluso sublime, sino una realidad carnal: «El contenido de la catequesis cristiana no es, al menos primaria y propiamente, un conjunto de nociones y de principios abstractos, especulativos o prácticos, más o menos rígidamente organizados en un sistema, sino una persona: la persona del mismo Jesucristo». El contenido original de la predicación cristiana es una realidad histórica: «Predicar el cristianismo es por propia esencia dar testimonio de los hechos que tienen por protagonista al mismo Dios». El objetivo que perseguía Corti era dar a conocer a sus alumnos «la persona de Cristo no solo de manera general y confusa, sino de modo concreto y detallado». Para que un hombre pueda creer en Cristo es necesario que le conozca y «para conocerle en su concreta personalidad histórica tiene en cierto modo que frecuentarle, como le

frecuentaron los apóstoles y los primeros discípulos, que extrajeron de esta experiencia directa su fe en Él. Del mismo modo, para que un hombre pueda creer en Cristo hoy, tiene que repetir en cierto modo y medida la experiencia de sus primeros discípulos; debe, como ellos, escucharle hablar, verle actuar, obrar milagros, llorar, sufrir, morir, resucitar, subir al cielo. De ese modo penetrará poco a poco en el alma de ese hombre que se llama Jesús, entrará en el mundo íntimo de sus pensamientos y de sus sentimientos»¹³.

Y para aclarar que esta invitación a identificarse con la vida de Jesús no era una pretensión absurda, dada la distancia que nos separa de la época en que vivió, Corti afirmaba que Cristo eligió a algunas personas para darse a conocer: «Habría podido elegir otros medios, pero de hecho eligió este medio»¹⁴. La centralidad de Cristo, entendida como Misterio encarnado, que está radicada en la historia y con la que es necesario convivir, frecuentando a las personas que Él ha elegido, constituirá una referencia esencial y en muchos aspectos decisiva para la obra futura de Giussani.

Estas afirmaciones, que el seminarista Giussani escuchaba en su primer año de teología, así como esa otra según la cual la Iglesia es la «prolongación, en el tiempo y en el espacio» de los poderes de Cristo, «el intermediario ordinario y obligatorio a través del cual la humanidad de cada tiempo y lugar se pone en contacto con su persona»¹⁵, se convertirán en un elemento estructural de su pensamiento. Una Iglesia a la que Gaetano Corti describía como definida por dos factores íntimamente conectados entre sí: «Jesús quiso que la realidad histórica de su Iglesia se compusiera, como la suya, de dos elementos: el elemento humano y el elemento divino; quiso que la fuerza de la Iglesia fuera la unión indisoluble de la fuerza, o mejor, de la debilidad del hombre y de la fuerza omnipotente de Dios»¹⁶.

No había nada de reducción pietista, espiritualista o fideísta en su modo de presentar el cristianismo. Durante las lecciones de Corti los hechos y los dichos de Cristo tomaban cuerpo y revivían en las grandes aulas de Venegono. Al escucharle, Giussani y sus compañeros se sentían transportados a los lugares de la vida de Jesús, confundidos entre la multitud en la colina de las bienaventuranzas o a orillas del lago de Tiberíades junto a los discípulos, para los que Jesús acababa de asar unos pescados al alba, después de una noche de pesca. En las palabras del profesor, los relatos evangélicos describían algo real, concreto¹⁷.

Corti era un amante de la razón, de una razón abierta, no entendida de modo racionalista, en la que dominaba la necesidad de una «fidelidad de la inteligencia al ser», expresada en la concepción de la verdad como *adaequatio rei et intellectus*¹⁸ de santo Tomás de Aquino. Sus enseñanzas en Venegono quedaron plasmadas, entre otras cosas, en un libro titulado: *Le basi razionali della fede cattolica*. Ahí insiste en esa estructura original de la conciencia de todo hombre a la que llama «el sentido religioso». «El hombre se presenta siempre y en todas partes dotado de sentido religioso. La universalidad y la constancia del fenómeno religioso lo demuestran». Por eso, Corti sostenía que el intento de extinguir el sentido religioso «revela siempre, con su fracaso

inevitable, su carácter de violencia contra la voz insuprimible de la conciencia humana. Todo esto demuestra que la persuasión de la posibilidad de una revelación divina sobrenatural es una verdadera voz de la naturaleza humana; pero cada voz de la naturaleza humana es un eco fiel de la verdad»¹⁹.

Se trataba de consideraciones y reflexiones que Giussani asimiló hasta el punto de reconocer en Corti la fuente de muchos elementos de su modo de usar la razón y de su experiencia de la fe. Habló de ello explícitamente en 1990, cuando murió su maestro, recordando que no había alumno de Corti que pudiera olvidar su explicación del primer capítulo de Juan y su comentario del tercero, sobre Nicodemo, sobre el ‘nacer de nuevo’. En resumen, según Giussani se podían sorprender dos movimientos en la enseñanza de Corti: el primero «corresponde a la afirmación según la cual la verdad se manifiesta como belleza. Su fascinación conmueve y conduce a reconocerla en su correspondencia con uno mismo, es decir, como algo verdadero». El segundo movimiento consistía en que «la verdad objetiva que se traduce en presencia de lo bello es un hombre. Es necesario nacer de nuevo. Y estas lecciones tuyas dejaban en nosotros como un rastro dentro del corazón. Se prolongaban convenciéndonos para que nos pusiéramos en actitud de súplica y espera de que el Misterio se hiciera carne para nosotros; es decir, que fuera experiencia también en nuestra vida para reconocer a Cristo y ser conformados por él hasta la última fibra: belleza, justicia, bondad, verdad...».

Al recordar a su antiguo profesor, Giussani dibujaba algunos aspectos de su personalidad: los conceptos que comunicaba «se introducían como un clavo firme en nosotros». Cada lección suya «era esperada como un espectáculo. No por la mímica, o por alguna ocurrencia dialéctica: el hecho es que en su clase se comprendía el significado de la frase de santo Tomás que [...] repetía muy frecuentemente: *Pulchrum splendor veri*, la belleza es la fascinación de la verdad. Y sus clases eran un espectáculo de la verdad». Giussani concluía recordando que el atractivo de su enseñanza radicaba por entero «en la exaltación del corazón de la verdad cristiana. Una exaltación a la que dedicaba toda su persona: intelecto, sentimiento y voluntad. De aquí la claridad, la sencillez, y el vigoroso afecto de su enseñanza».

En resumen, «no podíamos evitar quedarnos impresionados por su persona. Era uno de los poquísimos que por entonces vestía el clergyman, llevando como único signo eclesiástico el cuello blanco. Este detalle es una señal mínima de la gran libertad de espíritu que percibía todo el que se acercaba a él. En él la impronta de una fidelidad profunda a la verdad y a la tradición católica se percibía unida sin rebabas a una agilidad de formas que documentaba esa fidelidad».

Tal era su deuda con Corti, que Giussani llegó a confesar: «Comunión y Liberación [...] nació como impulso, deseo y voluntad de introducir en el campo abierto de un instituto [...] el mensaje de los capítulos primero y tercero del Evangelio de Juan. [...] Gaetano Corti está por tanto en nuestro origen». El propio Corti seguirá siempre con afecto las vicisitudes de Giussani. Y cada vez que se encuentre con él en la Universidad Católica de Milán le dirá: «¡Ánimo! ¿Te acuerdas de que nos lo decíamos?». Y Giussani: «Claro que me acordaba, y me acuerdo todavía. Nos llevaba (hablo de mí, del que

llegaría a ser arzobispo Manfredini y de otros compañeros) a su habitación y nos preconizaba lo que iba a suceder. Y una vez más en aquellos años repetía: ‘¡Ánimo!’»²⁰. Y así, cuando se cruzaba con él en la entrada de la Universidad Católica le saludaba en voz alta con estas palabras, parafraseando a Dante Alighieri: «¡He aquí a mi maestro y mi autor!». Y Corti: «¡Ssst, *tas lì, tas lì!* [¡Silencio, calla, calla!])»²¹.

Hay otro episodio que se fijó de modo imborrable en la mente de Giussani: al poco de ser ordenado sacerdote, recibió el encargo de celebrar la misa de los días festivos y oír confesiones en una parroquia milanesa. «Cuando me ordené sacerdote, los domingos salía con la bicicleta: era el año del final de la guerra. [...] Y volvía los domingos a casa hacia las nueve, nueve y media o diez de la noche. Y a las diez en punto estaba esperándome este queridísimo profesor y amigo mío en la sala de profesores, donde había un estupendo piano. Y cada domingo por la noche [...] me tocaba la quinta sonata de Beethoven. [...] Pero ¿comprendéis lo que quiere decir que alguien que llega a casa a las diez de la noche del domingo cansadísimo se encuentre cada vez a otro que le espera para tocar la quinta sonata de Beethoven?»²². Giussani lo citará como un *unicum* en su historia: «El mayor gesto de amistad que yo recuerde en mi vida»²³.

Giori, compañero de seminario de Giussani, cuenta que Corti, para mostrar la armonía de la filosofía, llevó a clase un piano y ejecutó una sonata de Beethoven: «Giussani captaba de esto mucho más de lo que pudiera captar yo»²⁴, favorecido por el gusto musical que había respirado en su casa durante la infancia.

Cuando, a mediados de los años cincuenta, empezó a enseñar en el liceo clásico Berchet de Milán, el pensamiento de Giussani corrió a Gaetano Corti; en efecto, se dijo a sí mismo: «‘¿Para qué entro aquí? Para llevar a esta gente, a estos chicos, lo que a mí se me dio, lo que alguien despertó en mí cuando yo era como ellos’ (porque a mí se me dio o se volvió a despertar en mí [...] precisamente cuando estaba en primero de bachillerato). ‘Yo he venido aquí para traer lo que un profesor mío [...] me dio en aquellas clases de primero de bachillerato’. ¿Y qué era? Que Jesucristo es la clave de bóveda de una visión de la vida y del mundo»²⁵.

Carlo Colombo. Una fe razonable

Un tercer maestro de Giussani fue Carlo Colombo (1909-1991), durante treinta años profesor en Venegono, obispo auxiliar de Milán y ‘teólogo’ de Pablo VI. Se formó en la escuela de Teología dogmática de monseñor Carlo Figini, en el seminario de la diócesis ambrosiana: «Él conservará del tomismo la estima por la *razón* y el realismo cognoscitivo, mientras que de las nuevas instancias aprovechará sobre todo lo que concierne al valor de la *historia* y al valor de la *vida* dentro del edificio teológico»²⁶.

Uno de los rasgos de la enseñanza de Carlo Colombo en Venegono era la reflexión en torno a la fe y a su motivación racional. Para él el acto de fe venía dado por el concurso de tres factores: la inteligencia, la voluntad y la gracia. Por ello la fe «no es una confianza ciega o inmotivada: es un principio de inteligencia, un acto del intelecto»²⁷.

Como escribía el mismo Colombo, «el que tiene verdaderamente fe ve que, al crecer en la fe, va hacia la luz»²⁸. Así la filosofía cristiana, observa Francesco Bertoldi, aparece como «fruto de la compenetración entre acontecimiento cristiano y razón filosófica. [...] De hecho, el teólogo milanés recuerda que son dos las condiciones para realizar dicha filosofía. Por un lado, la *experiencia vivida*: el filósofo cristiano ‘no podría *intuir* el valor sumamente racional de la vida cristiana [...] si no tuviera ya de algún modo en sí mismo dicha vida’. Por otro, la *conceptualización*: en efecto, es necesario reconocer el pleno valor del pensamiento, de la obra de la razón reflexiva, que fundamenta racionalmente el valor de lo que se ha intuido y experimentado»²⁹.

En cuanto a la teología de la época, Carlo Colombo partía de la consideración de la ‘Nouvelle Théologie’ como intento de dialogar con la cultura contemporánea. Le guiaba una preocupación fundamental respecto al contenido propio del mensaje cristiano: la revelación divina «no consistió solo en palabras, sino también en acciones, en gestos, en actitudes; es un hecho. En este sentido, para los apóstoles, toda la vida de Jesucristo, y no solamente sus palabras, fue la suprema revelación de Dios»³⁰. Y también: «La teología no es una serie de verdades abstractas vinculadas lógicamente entre sí a partir de algunos postulados revelados —una especie de geometría del mundo sobrenatural—, sino un pensamiento vivo, resultado del encuentro entre la fe de los cristianos y de la Iglesia, y la cultura del propio tiempo. La teología es verdaderamente la fe en busca de inteligencia: ‘fides quaerens intellectum’; por otra parte [...] la fe que trata de penetrar en su propio contenido no es una fe abstracta; es la vida de fe de un alma viva o, mejor aún, de una comunidad viva, la cual [...] trata de adquirir una visión integral del cristianismo y de toda la realidad bajo la luz cristiana»³¹. Por eso, continuaba Colombo, «la vida religiosa de la comunidad se muestra [...] como un elemento fundamental en la formación de la teología [...]. La verdadera fuerza creadora de cualquier progreso teológico es la intuición viva de la fe que vive un alma o una comunidad cristiana»³².

El objetivo de las reflexiones de Colombo era favorecer un anuncio cristiano renovado, en una época histórica que volvía cada vez más la espalda a la Iglesia, en la que «la fe y los valores cristianos, hoy en día propios solamente de una minoría, son objeto de una contestación radical. Por eso es necesario que el teólogo no se preocupe mucho ni solamente de la científicidad abstracta, sino que trate de desarrollar una *pedagogía* de la fe, de la vida cristiana»³³. Una teología entendida así debía «desarrollar los gérmenes de la esperanza y de la caridad que son realmente inmanentes al acto de fe: es decir, debe presentar las realidades sobrenaturales, manifestadas por la revelación y aceptadas por la fe, de un modo que resulten deseables y amables».

La fe «se nos presenta en las fuentes de la revelación como adhesión a una persona. Se cree en Cristo como Hijo de Dios, o enviado por Dios, y en consecuencia se acepta su enseñanza, la verdad revelada por Él»³⁴. Esta será una de las contribuciones más significativas del teólogo Carlo Colombo a los trabajos del Concilio Vaticano II, en particular por lo que se refiere a la redacción de la constitución *Dei Verbum*, precisamente en donde se subraya la concepción personalista de la revelación³⁵.

En Colombo la fe es el principio interpretativo de la realidad, como participación en el hecho de Cristo, en el que todo consiste. No un Cristo entendido de forma abstracta, sino en la concreción de su humanidad, que se prolonga en la historia a través de la serie ininterrumpida de sus testigos. Esto era más necesario todavía en una época, como afirmaba Colombo, en la que «una verdad que no esté encarnada en una persona viva parece una abstracción irreal e irrealizable»³⁶.

Carlo Figini. Un método de enseñanza

Otra figura central en el panorama de la que Giussani llamará la ‘Escuela de Venegono’ es el ya citado Carlo Figini (1883-1967). Sacerdote desde 1905, filósofo del Instituto Angelicum de Roma y teólogo de la Pontificia Universidad Gregoriana, se trasladó en 1930 a Venegono, donde enseñó Teología dogmática fundamental y especial y dirigió la revista del seminario *La Scuola Cattolica*. Siendo decano de la Facultad teológica, Juan XXIII le invitó a participar en la comisión preparatoria del Concilio Vaticano II.

En Venegono Figini fue el punto de referencia, entre otros, de Carlo Colombo, de Gaetano Corti y de Giovanni Colombo. Este último recordaba que, durante las clases, Figini tenía delante un cuaderno «donde había esbozado con fea caligrafía pero con nitidez y rigor lógico el hilo de los pensamientos que había buscado diligentemente en sus autores preferidos, antiguos y nuevos, y que larga y pacientemente, había sopesado, criticado y elaborado dentro de sí». No leía nunca, sino que «con unos ojillos que a veces parecían brillar de astucia cordial, espiaba en las caras de los estudiantes la reacción interior de sus espíritus. Se comprendía que al hablar no se escuchaba a sí mismo, sino a los alumnos, que callaban, y los temas de su clase, más que propuestas, parecían respuestas a preguntas que él iba despertando en las mentes de sus discípulos». Y además «tenía [...] tal respeto por la clase y por los estudiantes que jamás habría osado atravesar el umbral del aula sin una preparación competente; y cuando pensaba que no había logrado procurársela, sentía tal desaliento que le producía dolor de cabeza, le subía la fiebre y le obligaba a meterse en cama algunas horas»³⁷.

En cuanto a la amplitud de su cultura, Giovanni Colombo escribió que «leía por el deseo innato de escuchar las voces más significativas de su tiempo, pues estaba abierto a la cultura y la vida modernas. Simpatizaba por instinto con las ideas nuevas, valorando sus aspectos más válidos, y en las disputas se situaba a gusto entre los jóvenes porque sabía que el porvenir era suyo. Los años de su juventud coincidieron con el surgimiento del modernismo y el declive del positivismo. Pocos como él sintieron y sufrieron el ahogo de aquel sistema que, partiendo de una exigencia de concreción científica, ignoraba los valores del espíritu. [...] Del positivismo él conservó siempre el amor por el documento. [...] Se persuadió de que hacía falta renovar el método de enseñanza, y sin olvidar la especulación de la teología escolástica, dio a su escuela una orientación histórico-positiva»³⁸.

En sus años de formación romana, Figini se había encontrado con el modernismo;

había conocido, en efecto, a don Ernesto Buonaiuti³⁹, una de las figuras principales del modernismo italiano e internacional, empeñado en el intento de establecer un diálogo con la modernidad, y que había terminado cayendo en una postura inmanentista, y por eso había sido condenado por la Iglesia.

Aunque siguió estudiándolo también en Venegono, Figini no cedió nunca a la tentación modernista. Le sostenía la certeza de que «para protegerse del modernismo y superarlo se necesitaba un conocimiento más preciso de los hechos y los textos de la revelación. [...] Parecía decir: ‘Ahora, razón humana, arrodíllate delante de la palabra de Dios, porque dejar de hacerlo ya no es razonable’»⁴⁰.

Figini tenía en la máxima consideración la razón del hombre: «‘¡Amad la razón y haced buen uso de ella! Se puede hablar mal de ella, pero siempre será lo mejor que tiene la naturaleza humana’. Monseñor Figini amó mucho la razón, porque siempre percibió su valor y su función insustituibles para la apologética cristiana»⁴¹, dirá de él el arzobispo Colombo. Así pues, una sólida doctrina y una gran apertura eran los rasgos distintivos de Figini. Giussani recordará: «Cuando canté misa, mi queridísimo rector de la Facultad teológica de Venegono me dio este consejo: lee el periódico todos los días»⁴².

Figini tenía una especial habilidad para identificar a los mejores estudiantes de Venegono, gracias también a un examen atento de los primeros ensayos de sus alumnos: «Después de leerlos, redactaba un juicio en un cuadernillo que tenía [cuando dejó la enseñanza, Figini destruyó todos los cuadernos que contenían esos juicios sobre sus alumnos, *nda*], y junto a ese primer juicio escribía otros juicios, un examen tras otro, año a año, que iba alineando, de tal modo que al término de los cursos de teología estaba en condiciones de obtener de esa serie de informes una exacta fisonomía intelectual (¡y no solo intelectual!) de cada uno de sus alumnos». Tenía necesidad de conocerles uno a uno, «no para juzgarles sino para comprenderles y ayudarles, es decir, para amarles». En cada curso identificaba a algunos muy buenos «y a veces, a su juicio, más capaces que él mismo. No era extraño que apreciara a ciertos alumnos más que a sí mismo. Eran los que después, en cuanto le era posible, trataba de encaminar a los estudios superiores»⁴³.

Durante cuarenta años fue el alma intelectual del seminario de Milán, «formó una multitud de doctos sacerdotes ambrosianos, de los cuales algunos verdaderamente de ilustre fama [...]. Creó un método y una escuela teológica donde la apertura al pensamiento moderno estaba unida a la más sincera fidelidad a la Iglesia»⁴⁴. Quizá por esto llegará a ser el censor eclesiástico —‘revisor’ y ‘consultor’— de la diócesis ambrosiana. Todas las publicaciones de la Universidad Católica, todas las ediciones de *Vita e Pensiero* y de otras casas editoriales católicas pasarán bajo sus ojos durante al menos treinta años. A partir de finales de los años cincuenta, el mismo Giussani someterá sus textos a su maestro⁴⁵.

Enrico Galbiati. El gramófono y el ruso

Otro profesor al que Giussani se vinculó profundamente fue Enrico Galbiati (1914-2004), profesor de Sagrada Escritura, y después también de Teología oriental, en particular Teología de los ortodoxos, y finalmente prefecto de la Biblioteca Ambrosiana de Milán. Giussani conservaba de él —entre otros muchos— el recuerdo de aquella tarde bellísima en la que, desde la terraza del seminario de Venegono, frente al espectáculo de los Alpes, desde el Monviso hasta el Monte Rosa, le oyó decir: «¿Ves?, todo esto es mío. Por ahora lo dejaré ahí». Giussani comentará que quien hablaba así tenía el alma sencilla de un niño: «Todo el que ha conocido a monseñor Galbiati sabe que es como un niño», y extraía una lección fundamental de lo que podía parecer una broma: «Si tú eres el Señor y por tanto todo es tuyo, cuando yo reconozco esto, todo se vuelve mío: ¡te sigo y todo se vuelve mío!»⁴⁶.

Giussani recurrirá a Galbiati para documentar las afirmaciones sobre la Eucaristía que contiene uno de sus libros más importantes, *Por qué la Iglesia*. Galbiati escribía de los primeros cristianos que «el signo más destacado y el coeficiente más eficaz de su unión comunitaria era *la fracción del pan*, que ellos celebraban en sus casas privadas. [...] Hay indicios suficientes para convalidar la opinión de que el rito eucarístico tenía lugar al final de una comida en común o en todo caso en conexión con ella. [...] Era natural que a los primeros cristianos les gustase imitar la ‘cena del Señor’ [...] incluyendo la circunstancia de que esta había tenido lugar en el contexto de un convite nocturno»⁴⁷.

Seguirán en contacto cuando se conviertan en colegas, tal como recuerda Galbiati: los superiores, «animados por monseñor Figini, que era el decano, habían puesto en una salita del seminario un gramófono para el estudio de las lenguas, pues decían que era importante estudiar lenguas, y allí estudiaban alemán e inglés. Yo, personalmente, tenía los discos de ruso, y don Giussani venía siempre a seguir este curso de ruso»⁴⁸.

La amplitud de los estudios

Ocho cuadernos de apuntes (los únicos que se han conservado, junto al diario citado anteriormente), cuidadosamente compilados por Giussani entre 1941 y 1950, son testimonio directo de lo amplios que eran los intereses y los estudios que los profesores de Venegono suscitaron y sugirieron al seminarista Giussani.

Una panorámica de los estudios que emprendió en aquel periodo el joven seminarista constituye una fuente preciosa para reconstruir la articulación de su pensamiento, pero también para descubrir los elementos que le vincularon a la cultura de la primera mitad del siglo XX.

Tres de los ocho cuadernos están dedicados a algunos libros de John Henry Newman, el gran converso inglés beatificado por Benedicto XVI en 2010: desde la *Gramática del asentimiento* a la *Apología pro vita sua*, leídos y resumidos en inglés, señal de un buen dominio de la lengua, que Giussani estudió en el seminario quizá precisamente para poder acceder a las obras de Newman. Otro cuaderno contiene recensiones, esta vez redactadas en francés, de obras de J. A. Möhler y de Lebreton. Además está Karl Adam, con su *Jesucristo*. Y también Pascal y sus *Pensamientos*⁴⁹.

La lista de lecturas y enseñanzas que recibió Giussani la trazará él mismo en el curso de un seminario de estudios sobre la ‘Escuela de Venegono’ que tuvo lugar a mediados de los años ochenta. Ante todo, Giussani identificó sus elementos de fondo: «El acontecimiento cristiano, no obstante la idea un poco abstracta de gracia, recuperaba su función de signo por medio de la eclesiología. Y así el acontecimiento era reconsiderado en su sentido patrístico: la Iglesia como acontecimiento cristiano que se prolonga en el tiempo es precisamente una idea patrística». Y también: «La idea de que Cristo es el centro de todo, que abre a todo, es la idea fundamental».

Luego pasó revista a algunos de sus profesores (citados en las páginas anteriores), apuntando sus rasgos más sobresalientes: «Todos estudiaban a los Padres, desde monseñor Figini a monseñor Carlo Colombo, aunque no había un patrólogo. La expresión que me parecía más genial era la de Gaetano Corti. El cardenal Giovanni Colombo influyó en mí con la idea de la fe que salva al hombre, con el nexo entre fe y cultura, con la concepción de la experiencia humana como profecía de Cristo, como experiencia que encuentra en Cristo su mejor punto de vista explicativo. La enseñanza bíblica no era directa, pero la dogmática siempre se explicaba partiendo de la Biblia, de los Padres y del Magisterio de la Iglesia. No había ninguna introducción a la espiritualidad de la Biblia, que sin embargo percibí intuitivamente a partir de los rasgos englobados en la explicación dogmática. La Escuela de Venegono se caracterizaba precisamente por la unidad de todo esto, era una realidad viva que se desplegaba con el tiempo».

En Venegono la enseñanza filosófica se basaba en la tradición escolástica, pero eran importantes también «las implicaciones filosóficas explicitadas en la Teología dogmática de Gaetano Corti y de Carlo Colombo. Don Carlo Colombo me hizo leer a Przywara, lo que supuso para mí una apertura grande». Y también el existencialismo de los años cuarenta y cincuenta: del de Blondel se valoraba «la idea de la naturaleza histórica del hombre abierta como tal a lo sobrenatural».

Había además una apertura a todo lo que se movía en el ámbito ecuménico. Ante todo el protestantismo: «Estudié sobre todo el congregacionalismo y el puritanismo; [...] yo lo enfoqué en la tradición protestante americana. Un segundo filón protestante de particular interés fue para mí el protestantismo liberal [...]. Un tercer filón fue [...] el anglicanismo. Newman y Eliot nacieron de él. [...] Leí algo de Barth, pero no lo estudié. El tema de la alteridad de Dios, del Totalmente Otro, lo percibí en la repercusión que Barth ha tenido sobre todo el protestantismo. En esta línea del protestantismo, por ejemplo en Ebeling, el concepto de evento está cercano al católico. Aquí la palabra de Dios como acontecimiento implica una seriedad mayor que en la concepción intelectualista con la que a menudo se habla de ello hoy, incluso entre católicos». De Niebuhr y Tillich, como la consecuencia más seria del protestantismo liberal, aprendió la seriedad del problema existencial. «No he leído a Bultman, pero [...] puede verse ‘in *actu exercito*’ en Niebuhr o en Tillich».

Muchos años después de estos hechos, don Stefano Alberto (profesor de Introducción a la teología en la Universidad Católica del Sacro Cuore de Milán) recogerá este

testimonio de Giussani: a la pregunta de si alguien le había sugerido estudiar la teología protestante americana, respondió: «Nadie. A los dieciséis años empecé a pensar por mi cuenta en el seminario, en la posibilidad misma, en la novedad de una posible unidad. Por eso estudié Teología ortodoxa, y por eso estudié la Teología protestante americana». Esto sucedía cuando Giussani seguía el bachillerato de letras, observa don Stefano Alberto, en la época en que «en su vida de joven seminarista el encuentro con monseñor Corti le abrió al descubrimiento de Cristo como revelación de la belleza, la justicia, la bondad y la verdad. Estamos en los comienzos de los años cuarenta; pensad, en plena guerra, qué clima de libertad, de apertura, qué tensión, qué curiosidad por todos los aspectos de la realidad y qué pasión por la unidad de la Iglesia se debía de vivir en Venegono. Es un clima que anticipa en decenios a lo que hoy es conocido como la gran apertura conciliar, radicada en la tradición, radicada en la fe del pueblo»⁵⁰.

Junto a los autores citados deben mencionarse las lecturas fundamentales de la época, en las que Giussani recordaba haberse formado: «En bachillerato leí a Pascal, y mucha literatura. Además, de G. K. Chesterton leí *Ortodoxia*, de G. Colombo, *Gli aspetti religiosi della letteratura contemporanea*, de A. Gratry, *Les sources*, la *Autobiografía* y el *Comentario al Evangelio de S. Mateo*. En el primer año de teología leí *La unidad de la Iglesia* y la *Simbólica* de J. A. Möhler. Ambos por iniciativa mía. [...] Además leí *Los misterios del cristianismo* de J. Scheeben y la *Apología pro vita sua*, la *Gramática del asentimiento* y *El desarrollo del dogma* de J. H. Newman. De teología leí poco, pero he leído cosas fundamentales. Leí varios textos sobre los esclavófilos en *Analecta Orientalia*; de H. de Lubac, *Catolicismo*; de Guardini, *El Señor*, [...] *La esencia del cristianismo*, *La figura de Cristo en el Nuevo Testamento* y *El sentido de la Iglesia*. De K. Adam, *Jesús el Cristo* y *La esencia del catolicismo*. [...] De J. Mouroux, *Yo creo en ti*, un pequeño libro, pero que permite entender lo que es la fe».

A pesar de que este último escribiera un texto con el título *La experiencia cristiana*, Giussani no tomó de Mouroux la categoría de «experiencia»: «La categoría de experiencia creo que es totalmente autóctona, [...] tanto es así que había tomado el libro de Mouroux [...], pero había leído solo algunas páginas de él».

Giussani leyó, además, *La vida de Cristo* de Lagrange y los dos volúmenes del padre Grandmaison. De J. Holzner, *El apóstol Pablo*. «Un libro fundamental para mí, como génesis poética para la idea de Cristo, fue el de V. Fornari, *La vida de Cristo*. [...] Había leído de él también *L'arte del dire*». Otras lecturas en los años de teología fueron Teilhard de Chardin, *El fenómeno humano*, primer volumen: «Me había interesado porque está muy conectado con una visión unitaria»; y también el texto *Los ojos de la fe*, del padre Rousselot, «que usó en algunas lecciones Carlo Colombo. Sobre Fessard hice un estudio, un seminario».

Las lecturas espirituales provenían también en gran parte de la tradición francesa: «He leído a Olier, discípulo de Bérulle; a C. Marmion, *Cristo vida del alma*, que no me gustó mucho, mientras que, del mismo autor, *Cristo, ideal del monje*, me gustó más. Considero la escuela de Bérulle como un punto firme: la idea de que Cristo se prolonga en la historia y que cada persona está llamada a vivir un estado de la figura de Cristo, un

momento del temperamento de Cristo, es lo que he sacado de ella. Brémond explica muy bien esta realidad. Von Balthasar no era entonces ni siquiera citado; a Daniélou lo leí después de ordenarme sacerdote. De él he leído *El misterio del adviento*, *El signo del templo*. El libro suyo que más me ha aportado es uno pequeño sobre la existencia de Dios: *Dios y nosotros*; además he leído también *Ensayo sobre el misterio de la historia*; en cambio, no he leído *Cristo y nosotros*. Creo que *El sentido religioso* debe mucho a *Dios y nosotros*, porque me iluminó sobre el concepto de las religiones como todas justas en cuanto esfuerzo del hombre de ir hacia Dios, mientras que el cristianismo es Dios que entra en la historia del hombre».

Giussani recordaba que todas estas lecturas le resultaron fáciles por una gran hipótesis de trabajo: «Cristo es el centro de todo. Gaetano Corti y Giovanni Colombo, y teológicamente también Carlo Colombo, estaban muy centrados en esto. Figini está en la raíz».

Por lo que se refiere a la liturgia, Giussani citaba *Los santos signos* y *El espíritu de la liturgia* de Guardini. «El concepto de comunión me ha sido particularmente iluminado por J. Hamer, *La Iglesia es una comunión*. Para mí, de modo más profundo, la idea de ‘communio’ tenía como trasfondo el concepto de comunión de los escritores rusos. [...] Leí una infinidad de números de *Analecta Orientalia*, que traían obras de estos autores». Y finalmente Soloviev, por ejemplo, *Rusia y la Iglesia universal*, y «un poco de Chestov y de Berdiaev». El Este no entraba en el horizonte de la Escuela de Venegono «excepto para monseñor Galbiati»⁵¹.

Giussani reconocía, además, haber recibido a la vez la influencia de santo Tomás y de san Agustín: «El aspecto existencial, afectivo, que es predominante en la visión agustiniana, lo declinaba y lo declino conforme a las exigencias de racionalidad —y por tanto de comprensión y coherencia— que son características del método tomista. Pero, en resumen, si tuviera que dar una respuesta unívoca, diría que nuestro movimiento es tomista (he dicho tomista, no neotomista). Esa definición de verdad que da santo Tomás [*adaequatio rei et intellectus*, *nda*], [...] uno de los pilares en los que se fundamenta toda nuestra experiencia, es pura existencialidad: contiene ya lo que se podría encontrar específicamente en Agustín. Además de estos grandes clásicos, creo poder decir que he recibido la influencia de la eclesiología de Möhler y sobre todo del pensamiento de Newman: estas eran mis lecturas preferidas en los primeros años de Teología». Lo documentan, como ya hemos mencionado, algunos cuadernos de aquellos años. Giussani continuaba con la lista de sus lecturas: «Entre los más modernos citaría sobre todo al filósofo alemán Przywara, a Romano Guardini, a De Lubac. Luego, en particular, la literatura de los grandes conversos franceses de la época contemporánea, como Charles Péguy, Claudel, Bernanos; y también el existencialismo de Gabriel Marcel»⁵².

Un pensamiento original

Giussani no fue solamente un simple difusor del pensamiento teológico y más genéricamente espiritual que se pueda adscribir de manera completa y total a los

maestros de Venegono, por un lado, y a la literatura espiritual de la época, por otro. En realidad las conexiones conceptuales y las tradiciones de pensamiento constituyeron la raíz en la que se insertará un pensamiento nuevo y, en muchos aspectos, inédito.

Al ser preguntados a propósito de esto, dos maestros suyos reconocían que este patrimonio de enseñanzas y de lecturas influyó enormemente en la formación de Giussani, por un lado; por otro, el seminario era una larga preparación para que surgiera algo nuevo, y no tenía por objetivo producir simples divulgadores.

En particular, Carlo Colombo subrayaba: «De suyo, don Giussani ha añadido a nuestras enseñanzas teológicas la reflexión sobre el sentido religioso. Lo ha extraído vitalmente de sí mismo, lo ha visto obrando entre sus compañeros de seminario y en sus maestros, pero la profundización teológica es suya. En él todos esos factores [...] (inteligencia, libertad, fidelidad) eran un magma en ebullición»⁵³.

Galbiati fijaba su atención en otro rasgo original que descubría en el compromiso de Giussani con los estudiantes de bachillerato en los años cincuenta, concretamente, en un «modo de presentar el dogma que se apoya en elementos fascinantes para los jóvenes. Esto es, [Giussani] ha puesto de relieve esto, y esto es genialidad personal, no es que él lo adquiriera aquí», en el seminario. Y añade que «sí, ha tenido algo que ver con el profesor Figini, pero es elaboración suya, también mediante su experiencia y su sensibilidad particular»⁵⁴.

A las declaraciones de estos dos maestros deben añadirse las consideraciones del cardenal Angelo Scola (obispo de Grosseto, rector de la Pontificia Universidad Lateranense, patriarca de Venecia y actualmente arzobispo de Milán). Este reconoce cuánto era deudor Giussani de la sólida escuela teológica de Venegono: en los años de la formación de su pensamiento (1933-1954) Giussani estuvo en condiciones de recibir «una visión tan amplia y crítica del saber que le permitió integrar poesía, arte, literatura, filosofía y teología, con particular referencia a la teología protestante americana y a la ortodoxa»⁵⁵. Pero Scola concuerda con Colombo y Galbiati en el hecho de que encontrarse con Giussani significa tenérselas que ver con algo nuevo. El cardenal lo llama un «pensamiento original», un «número primo».

Con la expresión «pensamiento original» Scola quiere poner de relieve «su capacidad de mostrar, de manera articulada, la experiencia elemental del ser humano, tal como la capta nuestro autor en el surco de la *traditio catholica*». Y atribuye esto al genio del educador, «que se expresa por medio de una notable profundidad filosófico-teológica». En ese sentido, el pensamiento de Giussani «no puede considerarse como la desembocadura de un río, cuyas aguas son el resultado de los afluentes que se han ido incorporando, sino que, en cuanto original, su pensamiento debe valorarse en su origen, en la fuente y por sí mismo». Por eso el cardenal propone leer su obra en la óptica de lo que el gran teólogo Hans Urs von Balthasar llama un «estilo» de pensamiento. El de Giussani es, pues, «un pensamiento auténticamente cristiano y por lo tanto dramáticamente abierto —como el de la gran tradición católica— a la libertad humana ¡y a sus poliédricas e históricamente situadas expresiones culturales!». Esta es la convicción de Scola, que concluye: «El pensamiento original es como un número primo:

no se puede descomponer. Las deudas y las aportaciones que confluyen en él no pueden explicar su forma profunda: pues esta no es una mera síntesis de reflexiones y estudios de otros, sino que, por un carisma singular, nace de la directa y original penetración en la experiencia misma»⁵⁶.

Francesco Petazzi.

«Nuestro queridísimo seminario convertido en persona»

Un capítulo igualmente importante en la formación de Giussani es el que se refiere a sus padres espirituales. Él recordará que en Venegono la vida concreta «transcurría sin solución de continuidad con la enseñanza teológica. Los padres espirituales remitían en sus contenidos a los profesores de dogmática».

También el cardenal Biffi subrayaba esta continuidad y este carácter unitario: «Ninguno de ellos se abandonaba jamás desde la cátedra a divagaciones edificantes ni a exhortaciones devotas. Y sin embargo sus múltiples voces terminaban ofreciendo un magisterio admirablemente concorde de vida cristiana (y por ello también de vida plenamente humana)»⁵⁷.

El afecto que Giussani profesará siempre por su seminario lo confirma un testimonio de don Giacomo Tantardini⁵⁸: «Sabía que me ponía muy contento cuando decía ‘mi seminario’, porque sabía bien que era también mi seminario. Y que aquella enseñanza recibida, por la que precisamente la tradición de la fe católica podía compartir con simpatía la aspiración moderna del sujeto, es decir, la libertad, era la hipótesis positiva para mirar al mundo de hoy»⁵⁹.

Del rector mayor Francesco Petazzi (1877-1956) Giussani llegó a decir que era «el sacerdote más grande que haya conocido jamás en mi vida, el mayor educador»⁶⁰.

Licenciado en Sagrada teología y en Derecho canónico por la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma, rector de los seminarios milaneses desde 1926 a 1953, Petazzi se presentaba como un señor de alta estatura y rostro noble: «Al comienzo se nos presentaba con toda su autoridad y severidad, que no obstante dejaba enseguida paso a una autoridad traducida, y manifestada con evidencia, en paternidad»⁶¹. Era de familia rica, pero vivía muy pobremente, viajaba en tercera clase, siempre en tren, cuando podía. «Ayudaba mucho a quien tenía necesidad sin que se supiera nada de él ni de sus buenas obras. Iba a ver a cada seminarista, a cada alumno enfermo, aunque viviera lejos. Gracias a una donación suya, el seminario de Milán fue el primero en tener una casa propia en la montaña y otra en el mar», recuerda monseñor Citterio⁶².

No se le escapaba nada de la vida material y moral del seminario; le llamaban ‘la presencia de Dios’: «Cuando menos pensabas te lo encontrabas en las esquinas más recónditas, en los sótanos, en los dormitorios, en los pasillos; pero no era el policía desconfiado e indagador, sino el solícito ‘pater familias’ que vigila todo y quiere conocerlo todo por el bien de la institución». Petazzi fue sobre todo un educador de futuros sacerdotes. «Su método educativo estaba hecho de intuición y de sagacidad

personal, más que de estudios realizados sobre tratados de pedagogía; quizá no había leído jamás semejantes libros, porque además no tenía tiempo. No hablaba mucho en público a los jóvenes clérigos. Sus discursos de un año se podían contar con los dedos de una mano; parecía incluso cohibido cuando tenía que pronunciarlos. Porque él enseñaba sobre todo con el ejemplo». Su tarea educativa se explicitaba en diálogos personales con los alumnos en su despacho: de ellos «llegaba a conocer con un olfato casi infalible las tendencias, el carácter, las capacidades y dotes requeridas para ascender al sacerdocio; y casi nunca se equivocaba»⁶³.

Petazzi abrió el seminario a experiencias y contactos con el mundo exterior, evitando así el riesgo de aislamiento y distanciamiento de la situación concreta del hombre de su tiempo, promoviendo «iniciativas o experiencias que [...] eran impensables en el ambiente de los seminarios. Él las aceptaba en cuanto veía en ellas alguna utilidad para la preparación de los futuros sacerdotes»⁶⁴.

La intensidad del vínculo entre el seminarista Giussani y su rector lo documenta una carta que envió a Petazzi desde Desio el 25 de septiembre de 1943, pocas semanas después del armisticio y con Italia dividida entre aliados y alemanes. Escribe: «Para todos nosotros usted no es sino nuestro queridísimo seminario convertido en persona. En estos momentos tan tremendos» —porque fuera la guerra enloquecía— «siento que debo rezar sobre todo por el seminario, y que es todo lo que puedo hacer por él ahora. Porque yo casi lo siento más cercano a mí que mi misma querida familia: en efecto, después de ella, en él se han concretado para mí las santísimas personas mismas de Dios y de la Iglesia; se me han hecho presentes y sensibles con su amor y su obra educadora. Perdone, monseñor, que me haya permitido insistir en este pensamiento, pero siento que cada vez que lo digo me hace bien. Por lo demás, sirva esto además para mostrarle con cuán devoto ánimo le envío mi filial felicitación»⁶⁵.

En otra carta, con la que le enviaba la estampa de recuerdo de su subdiaconado, Giussani escribía al rector el 7 de julio de 1944: «El recuerdo del acto —ansiado y bendito— que me ha hecho *unum* para siempre —incluso jurídicamente— con mi Señor Jesús, nunca podrá separarse del pensamiento de su figura de padre venerado». Fueron algunas palabras de Petazzi, de algunas semanas antes, las que habían dictado el contenido de la carta. El joven, en efecto, confiaba a su rector que eran un «estímulo potente» y que se habían fijado «con claridad y vigor en el alma», hasta el punto de ponerlas como ratificación de sus propósitos en los Ejercicios espirituales: «Recuerda: ¡nada de medias tintas!». La invitación de monseñor Petazzi «es la gracia que cada día pido y pediré a Jesús Sacramentado y a la Virgen María. Que se conviertan en un programa eterno para mí»⁶⁶, escribe Giussani.

Como conclusión de su estudio sobre el joven clérigo Giussani, don Dell'Orto sostiene que precisamente esta expresión —«¡Nada de medias tintas!»— es la que «mejor describe el estilo de la personalidad, de la propuesta educativa, de las palabras y de las decisiones de don Giussani. Él permaneció fiel al propósito que se hizo cuando tenía 22 años, casi al término de su periodo de formación en el seminario [...], dimensión que

acompañó permanentemente a don Luigi Giussani»⁶⁷.

Su hermana Brunilde tiene también un recuerdo de monseñor Petazzi. Cuando era pequeña, Giussani le decía: «Brunilde, ¡tienes que aprender a obedecer!». Una vez ella le respondió que cuando se hiciera mayor ya no tendría necesidad de hacerlo, y él le replicó: «Te equivocas, monseñor Petazzi nos enseña que en la vida siempre es necesario obedecer».

Capítulo 4
«Una cosa del otro mundo, en este mundo»
El Studium Christi y la ordenación sacerdotal
(1939-1945)

En el clima humano de Venegono nació una comunidad denominada *Studium Christi*. El grupo estaba formado por algunos estudiantes de bachillerato, los primeros de todos De Ponti, Manfredini y Giussani.

El hecho que precedió al *Studium Christi* fue una pregunta lanzada por uno de los tres amigos en primero de bachillerato. «Había un compañero mío que murió nueve meses antes de decir misa, cuando su madre y su padre, que eran latifundistas de las tierras bajas de Milán, ya habían sembrado el trigo, hileras de trigo para hacer las hostias de su primera misa, y ya habían puesto el cordón a la viña de la que querían extraer el vino para su primera misa». Se llamaba Guido De Ponti. Una tarde de invierno, Giussani estaba paseando por los pasillos del seminario; De Ponti se le acercó y le preguntó: «Oye, perdona, pero si Jesucristo es la verdad, ¿qué tiene que ver con las matemáticas?».

Muchos años después Giussani dirá: «Todo lo que ahora trato de decir a los demás y trato de vivir, surgió en mí en ese momento. Esta es en el fondo la cuestión clave: si el cristianismo debe afectar a todo y hacer que todo, ¡todo!, sea más vibrante, más gustoso, más verdadero, incluso las matemáticas. Desde entonces me entró el gusto por su estudio, porque decía que la perfección, la armonía, la exactitud eran un reflejo lejanísimo y microscópico de esa realidad que me formaba también a mí, el misterio de Dios, el misterio de Jesucristo. Él recapitula todo en sí: no hay una nota musical, no hay un acorde armónico, no hay un pasaje de Deledda, no hay una chispa de atractivo que no esté en Él, que no parta de Él»¹.

A propósito de ello, al conmemorar a su amigo Manfredini en el décimo aniversario de su muerte, Giussani explicará en 1993: «Aquella tarde era como si el hecho cristiano hubiera brotado para nosotros. ¡Qué seriedad provocaban tales pensamientos en la vida cotidiana, en clase, en el tiempo libre, en los diálogos entre nosotros! Crearon una amistad duradera que nos acompañó siempre. [...] Aquella pregunta transfiguró, en el sentido literal de la palabra, toda la intensidad del pensamiento y del sentimiento que me unía a las cosas que hacía, a los compañeros, a la regla, a los contenidos del estudio. [...] El contenido de las conversaciones entre nosotros tres estaba todo él dictado por el fervor que aquella pregunta había hecho nacer»².

En esa época los tres amigos no habían cumplido todavía dieciséis años. Pocos días

antes habían escuchado al fundador del *Studium Christi* de Asís, como recuerda don Camillo Giori. Era don Giovanni Rossi³, que formaba parte de la Fundación Cardenal Ferrari junto a don Giovanni Battista Penco. Don Penco y don Rossi habían sido secretarios del cardenal Ferrari y habían creado la institución que lleva su nombre; luego don Rossi, una vez que dejó Milán a la vez que Asís, fundó la Pro Civitate Christiana: «Era un enamorado de la persona de Cristo, del conocimiento de Cristo, y nos trazó el perfil de aquel *Studium Christi*; Giussani tomó inmediatamente la idea y se convirtió en el promotor en medio de nosotros, los seminaristas, del *Studium Christi*»⁴.

Don Carlo Costamagna, uno de los primeros en formar parte de aquel grupito junto a Giussani, Manfredini, Giori y otros, confirma el episodio citado: «Había venido [a Venegono] don Giovanni Rossi y nos constituimos tras su estela»⁵.

Los detalles de aquel comienzo reviven como fotogramas de un film en el relato de Giussani. Hablando en tercera persona, dirá: «Lo primero de todo un puente, de la línea Como-Milán, cerca de un pueblo que se llama Meda, en los límites de Brianza. Un grupo de seminaristas que está yendo a pasear un jueves. Hay tres que siempre están juntos: uno se llama De Ponti, otro se llama Manfredini y el otro se llama Giussani... estaban siempre juntos. [...] Nada más pasar el puente del ferrocarril, el chico que estaba a la izquierda —se llamaba De Ponti— [...] dice: ‘¿Os acordáis de uno de los secuaces de don Juan?’. [...] Vino este don Rossi a hablarnos del *Studium Christi* a los seminaristas. Fue lo primero que movió las aguas; nadie podía imaginar en qué sentido las movía. Pero, en aquel preciso momento, De Ponti dijo: ‘Pero... ¡yo llamaría a nuestra amistad *Studium Christi*!’. Giussani comentará el hecho con asombro: «Decidme si puede imaginarse una casualidad más casualidad, más casual que esta»⁶.

Sobre la base del material documental que se conserva en el archivo de Venegono, don Dell’Orto confirma el papel decisivo que tuvo De Ponti, apoyándose en un juicio de conducta redactado por el rector Giovanni Colombo al final de tercero de bachillerato (1939-1940): «Sueña grandes cosas, amplias y nuevas formas de apostolado; en la sala común funda un círculo, ‘Christus’, para el estudio y la imitación de la persona del Redentor»⁷.

Semejante intensidad de vida hará decir a Giussani cincuenta años después: «Si yo tuviera que volver a entrar en el seminario [...], no solo lo aceptaría de nuevo, sino que lo aceptaría con alegría, no cambiaría nada de lo que hice. [...] Y puedo decir, ingenuamente, pero delante del Señor, que entre lo que imaginábamos de nuestro futuro y la realidad del futuro tal como ha sucedido no logro ver diferencia alguna». Por ejemplo, entre ellos se decían: «Es necesario que la Iglesia reviva, es necesario que la realidad cristiana sea más consciente (estábamos en tercero de secundaria, pero la pregunta pudo nacer porque nuestra amistad tenía ya una cierta profundidad); es necesario que la Iglesia, para revivir, cree comunidades; muchas comunidades, que, vinculadas unas a otras, transformen la vida social, la forma de la vida social, den un nuevo orden a la vida común, hagan más humano el camino del hombre en esta tierra»⁸.

Muchos años después, con ocasión de los funerales de don Giussani, será el cardenal

Joseph Ratzinger quien recuerde en su homilía el nacimiento del *Studium Christi*: «Su programa consistía en no hablar de otra cosa que no fuera Cristo, porque todo lo demás les parecía pérdida de tiempo. Naturalmente supo después superar esa unilateralidad, pero conservó siempre lo fundamental. Solamente Cristo da sentido a todo en nuestra vida; don Giussani siempre tuvo fija la mirada de su vida y de su corazón en Cristo. Comprendió de este modo que el cristianismo no es un sistema intelectual, un conjunto de dogmas, un moralismo, sino que el cristianismo es un encuentro, una historia de amor, un acontecimiento»⁹.

Monseñor Citterio proporciona algunos detalles sobre el nacimiento del grupo: en bachillerato «oí hablar de ese *Studium Christi*, que habían fundado Giussani, Manfredini y el primero que murió de la clase, un tal De Ponti»¹⁰. «El *Studium Christi* nació por diversas exigencias, no expresadas por los fundadores, pero clarísimas. Ante todo, a su vivacidad no le bastaba el ritmo, aunque fuera muy fuerte, de los estudios de bachillerato, no les bastaba ni siquiera aprender en la clase de religión en el seminario, que estaba muy bien impartida, sino que sentían además la necesidad, anticipaban por así decir la exigencia de estar también activos, exigencia que mostraban los mismos alumnos y luego interpretaban los educadores. Y finalmente, la tercera exigencia, que a mí me pareció realmente bellísima, porque era verdaderamente providencial y muy profunda, era un planteamiento distinto de la vida de piedad, la exigencia de pasar de la fidelidad a la práctica de piedad al encuentro con la persona de Cristo. Puede parecer que es lo mismo, y en cambio hay un abismo, porque las prácticas de piedad pueden ser y deben ser el vehículo, el camino, la vía para llegar a Cristo, para llegar a Dios, pero también pueden ser un muro, un muro que frena»¹¹.

Manfredini y sus amigos suscribieron esta especie de pacto: «Todo por Cristo».

El Christus

El *Christus*, un pequeño periódico nacido de aquella pasión juvenil, enteramente escrito a mano, era expuesto en la entrada de la clase de modo que todos pudieran leerlo. Con el tiempo se hicieron más ejemplares y se vendía. En la primera página del número de marzo de 1941 aparece una declaración de intenciones de aquella compañía: «El *Studium Christi* es el esfuerzo organizado y solidario de la totalidad de nuestras inteligencias y de nuestros corazones por unir al ‘Gloria’ eterno de Dios la voz de nuestro espíritu, que quiere amar y hacer amar a Cristo en toda forma humana —belleza que todo lo ha creado—, y en todo acto de su vida quiere glorificar a Cristo —amor que nos ha redimido —»¹².

A propósito de esta iniciativa, conmemorando muchos años después a Enrico Manfredini en el trigésimo aniversario de su muerte, el cardenal Giovanni Colombo dirá: «Lo que no podía referirse a Cristo no debía de tener sabor para ellos, llamados al sacerdocio mismo de Cristo. Quizá se expresaba con ingenuidad juvenil, pero el objetivo era justo»¹³.

Cuando hojeó el primer número del pequeño periódico, Corti convocó a Giussani, Manfredini, De Ponti y Pietro Ferrari, y les dijo: «Toda la Iglesia se verá atravesada por la vibración de estas cosas»¹⁴.

El grupo no tendrá una vida fácil. Monseñor Giovanni Colombo, rector del bachillerato, después de haberles dejado obrar durante algún tiempo, «intervino y nos paró, porque sostenía que dividíamos a la clase. [...] Esto dejó en nosotros amargura». En este punto, Giussani le dijo a su amigo, citando *La Anunciación a María* de Paul Claudel: «Es tan sencillo obedecer»; y Manfredini, de rebote: «¡Sencillo, pero qué doloroso!». Evocando de nuevo aquella reacción de Giussani, Manfredini observará muchos años después: «Para mí siempre ha sido difícilísimo. No para él [...], nunca habría concebido un instante de desobediencia. [...] Gius era enormemente disciplinado, no toleraba en ningún caso una ruptura, aunque fuera imperceptible, de las reglas. ‘Por lealtad’, decía. Me rebatía continuamente. Y yo le tomaba el pelo»¹⁵.

He aquí cómo contó Giussani el epílogo del *Studium Christi* y del *Christus*: «Otro grupo de compañeros ironizaba con nuestra iniciativa; este grupo se unió y tomó como título *Studium Diaboli*. En libertad todo es posible». Pero pasado algún tiempo, como se ha visto, el rector, Giovanni Colombo, llamó a Giussani y le dijo: «Lo vuestro es una cosa bellísima, pero divide a la clase y no debéis seguir haciéndolo»¹⁶.

El cardenal Biffi confirma que oyó contar el episodio al mismo Colombo, quien realmente apreciaba mucho el *Christus* «porque lo consideraba en la línea de las ideas que él proponía, pero al tiempo que Giussani lo proponía con rigor y coherencia, esto separaba a la clase, porque estaban los que eran entusiastas (su grupo) y los demás que no le podían ni ver. Entonces él, como rector, para salvar la armonía de la clase, disolvió el grupo». Eran los años de la guerra, había oscurecimiento también en el seminario. Un día una marea de seminaristas y profesores fue al refectorio; también el rector salió de su despacho y se mezcló con el grupo. «Giovanni Colombo me dijo, siendo ya un viejo cardenal, que [en aquella ocasión] había escuchado a Giussani con sus dos seguidores, que probablemente eran Manfredini y De Ponti, decir: ‘¿Habéis oído la noticia? El rector ha matado al Cristo’»¹⁷.

Acontecimientos de aquel alcance e intensidad revelan una actitud espiritual que no podía detenerse y que estaba destinada a desarrollarse en el futuro. En efecto, reconocía Giussani, «esa semilla que he descrito animó nuestra amistad durante el tiempo del seminario, nos empujó a leer a ciertos autores, se convirtió en el motivo de nuestra preferencia por ciertos autores [...] y volvió animoso nuestro estudio de la teología, que no se quedó ciertamente en doctrina cristalizada»¹⁸.

Don Dell’Orto observa que para Giussani «la presencia de don Galbiati resulta todavía más significativa. El profesor de Ciencias bíblicas fue capaz de comprender el estado íntimo que estaba atravesando aquel alumno suyo de teología: ‘Tú estás ahora en la vida, no en el estudio’»¹⁹.

Vale la pena hojear un número del *Christus*. El número 5, año II, del 31 de agosto de 1941, dirigido por Guido De Ponti, publicado con el *imprimatur* de Gaetano Corti y a la

venta por 50 céntimos entre los jóvenes clérigos²⁰, se abre con un editorial del mismo Corti, dedicado a la ordenación sacerdotal y a los estudios necesarios para conseguirla. El editorial se titula «En Cristo». Escribía el profesor: «Después de haber curado milagrosamente al paralítico que mendigaba a la puerta del templo, san Pedro declaró ante el Sanedrín: *‘Quede bien claro a todos vosotros y a todo Israel que ha sido el nombre de Jesucristo el Nazareno, a quien vosotros crucificasteis y a quien Dios resucitó de entre los muertos; por este nombre, se presenta este sano ante vosotros. Él es la piedra que desechasteis vosotros, los arquitectos, y que se ha convertido en piedra angular; no hay salvación en ningún otro, pues bajo el cielo no se ha dado a los hombres otro nombre por el que debemos salvarnos’* (Hch 4,10-12). Cuando san Pedro decía estas palabras el mundo estaba al borde de profundos cambios: aplastado bajo el peso de su mismo poder, el imperio romano sentía una necesidad profunda e insuprimible de salvación. Virgilio lo había intuido y expresado. También hoy todos lo sienten y lo dicen: la humanidad entera está atravesando una crisis que la reduce al estado de mendigo paralítico. Y los sucesores de san Pedro repiten una y otra vez al mundo entero: ‘Ningún orden, ninguna paz, ningún bienestar es posible sin Cristo’. [...] ‘Razón’, ‘Libertad’, ‘Igualdad’, ‘Orden nuevo’: estas y otras grandes palabras semejantes, detrás de las cuales ha corrido la Europa moderna sintiendo el suave yugo de Cristo, han demostrado que están vacías, que son un espejismo seductor. El nombre que las resume todas y les da consistencia es ‘Cristo’, que por boca de la Iglesia repite a todos y cada uno: *‘Venid a mí todos los que estáis angustiados bajo el peso de vuestra miseria y yo os aliviaré, y encontraréis finalmente la paz que desea vuestro corazón’*».

Corti continuaba con su razonamiento: «Pero este absorbimiento total de vuestro ‘yo’ en el ‘Yo’ de Cristo no se improvisa en un instante. La Iglesia lo sabe y por eso quiere anteponer a la sagrada ordenación un largo periodo preparatorio de vida en el seminario que tiene por finalidad preparar esa íntima compenetración de vuestro espíritu con el de Cristo [...]. Los estudios, tanto profanos como sagrados, no son otra cosa que la identificación de vuestra inteligencia con la de Cristo, un coloquio con Aquel que es la sabiduría arquitectónica del mundo, la luz de los espíritus, la verdad en persona [...]. ‘Cristo’, por tanto, resume y expresa también el programa de vuestra vida en el seminario. En san Pablo aparece a menudo la frase: *‘Dies Domini nostri Jesu Christi’*, y no significa un espacio de 24 horas, sino todo el tiempo y la eternidad presentados en Cristo, por medio del cual todo ha sido hecho y hacia el que todo converge: *‘omnia per ipsum et in ipsum’*. Que vuestra *‘Jornada del Christus’* simbolice y refuerce un estado de ánimo, una mentalidad firmemente polarizada en Cristo, de modo que podáis decir con san Pablo: *‘Mihi vivere Christus est’*».

«Cristo Jesús y nuestra juventud en los años de bachillerato»

En ese número, entre otros, hay un artículo firmado «G.L.» con el título: «Cristo Jesús y nuestra juventud en los años de bachillerato». La caligrafía es de Giussani. Están ya bien presentes algunas temáticas que profundizará a lo largo de toda su vida, sobre todo

el deseo de lo verdadero como connatural al yo, y la centralidad de Cristo, que es el cumplimiento infinito de ese deseo. Era agosto de 1941, Giussani tenía dieciocho años y escribía: «¡Qué magnífico es el universo —exterior e interior— que puede descubrir el alma joven del seminarista gracias a su bachillerato! De modo que la luz y la claridad que crecían de hora en hora en él, le dejaban al principio casi aterrorizado y lleno de estupor, y luego siempre dominado por un profundo sentido —más o menos advertido— de asombro. Cada ciencia le conducía de su mano por los senderos ásperos que había excavado, para mostrarle sus tesoros admirables, para descubrirle los secretos ocultos que la naturaleza infinita ha guardado celosamente durante tanto y tanto tiempo en su seno, y para indicarle los largos y fatigosos caminos que con enorme esfuerzo se había construido el ingenio humano por lo misterioso y lo desconocido. Cuántas y cuántas alegrías ocultas reserva el estudio, aunque laborioso, del bachillerato: porque descubre partículas de verdad, y la verdad es belleza y la belleza es gozo. Entretanto, con la multiplicación incesante de los estímulos externos, un fermento irresistible de nuevas e intensas energías, un rebosar de sentimientos y sensaciones, un movimiento continuo de todas las potencias del Espíritu: ya que cada conocimiento nuevo y más agudo despierta un deseo nuevo y más agudo».

Continuaba el joven Giussani: «Pero... cuanto más se avanzaba, más se acentuaba, aun dentro de un entusiasmo nada superficial, un cierto malestar. Y este malestar era doble. Es decir, era de orden intelectual y sobrenatural al mismo tiempo. Ante todo intelectual: las grandes revelaciones del estudio proporcionaban la certidumbre de un mundo de verdades infinitamente más grande del que las ciencias lentamente descubrían ante los ojos atónitos del bachiller: y entonces el alma se sentía ahogada por la inmensidad de esa verdad desconocida que instilaba en el corazón el ansia por ella misma, aun con la imposibilidad de alcanzarla. [...] Solo un poco de reflexión podía hacer notar que el malestar provenía también de otro hecho, precisamente de la multiplicidad enorme de las diversas disciplinas, sin nexo alguno que obligara a concentrar esa aparente diversidad, o incluso antítesis, en una unidad armoniosa y profunda: y de esta había necesidad viva y humana. En efecto, el espíritu del hombre es uno, el universo es uno: tenía pues que existir esa unidad sintética de todo el saber humano. El malestar espiritual lo daba, además, la aparente inutilidad y casi contraste que tenía lugar entre los ideales puros y sobrenaturales del seminarista y los ideales humanos y circunscritos que presentaban las ciencias del bachillerato, los cuales podían producir también una peligrosa desorganización de la conciencia moral».

Había, pues, «necesidad de algo que aportase una satisfacción sin par a todas las necesidades. Y ante el corazón y la mente del joven que indagaba, apareció, como de repente, la figura divina de Jesús. En Cristo Jesús, Verbo de Dios hecho hombre, y en su infinita plenitud, cada ciencia humana, fragmento de la verdad, encontraba su cumplimiento infinito, encontraba su lugar, su nota armoniosa, en la unidad. Todas las cosas, nacidas del Verbo, son casi una propagación finita de Él. Y si todo debe centrarse en Cristo, ¿por qué no debe servir todo para la formación en nosotros del perfecto amor a Cristo?». Así, concluía Giussani, «todos los ideales humanos y sobrenaturales se

confunden poco a poco en la unidad del amor a Cristo. Y para la joven alma, conquistada por la visión de Dios hecho hombre para hacer accesible al hombre la infinita belleza, bondad y caridad unidas a la verdad, también las cosas humanas perdían su aparente sabor. Porque es en Cristo en quien todo se resuelve, y todo deseo se ve satisfecho en Él».

Los dos artículos de Giussani y de Corti, publicados en el mismo número del *Christus*, documentan el nivel de identificación que se había producido entre el alumno y su maestro.

«El mensaje mejor, más humano, más lleno de promesa y esperanza que el hombre pueda escuchar»

Las conversaciones entre los compañeros del *Studium Christi* se fijaron en la mente de cada uno de manera imborrable, tanto que Giussani las recordó en muchas ocasiones: «Me acuerdo de una vez en la escalera [del seminario, *nda*], mientras estábamos bajando a la capilla en silencio, y por tanto transgrediendo la regla, cuando Manfredini me dijo: ‘Pero, pensar que Dios se ha hecho un hombre como nosotros...’. Interrumpió la frase, que quedó impresa en mí, y por eso os la digo de nuevo: ‘¡Que Dios se haya hecho hombre es una cosa del otro mundo!’’. Y yo añadí: ‘¡Es una cosa del otro mundo que vive en este mundo!’’, por la cual este mundo se vuelve diferente, más soportable. Se hace más bello. De hecho, lo que siguió inmediatamente en Manfredini a la pasión por Cristo, como consumiendo el terreno sobre el que florecía, fue la pasión por los hombres, la pasión por el destino de los hombres, la pasión por el sentido de la vida que los hombres no conocen, en el que los hombres no piensan. ‘¡Quién sabe —decía, no digo llorando, pero casi— qué será de estos jóvenes que pasan por las parroquias, qué será de la gente que va a la iglesia, si no comprenden y hacen suyo que lo que reverencian, lo que rezan, lo que piensan, representa el significado de lo que viven, de la jornada a la que abren cada día sus ojos! Si no piensan en esto, ¿qué vida llevan? Cuando surja la objeción o cuando la alternativa a la sed de felicidad y de placer se afirme, ¿cómo podrán vivir? ¿Cómo pueden vivir?’»²¹.

Al recordar el episodio de Manfredini que le dijo aquellas palabras agarrándolo por un brazo, muchos años después observará Giussani: «El corazón de aquel compañero mío estaba lleno de emoción por el anuncio más grande que jamás haya resonado en este mundo». En efecto, continuaba Giussani, «atravesando oídos atentos y oídos desatentos, corazones que se adhieren y corazones irritados ‘en contra’, atravesando siglos de historia, este mensaje es, objetivamente, en sí mismo, si lo repetimos y lo miramos bien, el mensaje mejor, más humano, más lleno de promesa y esperanza [...] que el hombre pueda escuchar». Y preguntaba: «¿Podemos imaginar otra frase que exprese un mensaje mejor que este, más lleno de esperanza que este?». Su respuesta era: «¡No! Manfredini, mi compañero, lo sentía en el corazón, yo lo sentí en la mano que me apretaba el brazo, así, de repente, en la escalera»²².

La inquietud por el futuro de los jóvenes asumía un tono grave en una carta que

Giussani envió a su hermana Livia el 22 de febrero de 1942: «‘Queremos que reine nuestro Rey divino en todos los corazones de la juventud, que va por un falso e inútil camino’: canta y vive con pasión estas sagradas palabras. Hay un esfuerzo infernal por arrancar a Jesús del corazón de los jóvenes: no, no, no debe ser así; ¡qué infelices serían! Pues bien, nuestra oración, nuestro sacrificio, nuestro esfuerzo por ser mejores (aun cuando nos cueste; por ejemplo el ser humildes, obedientes, reflexivos), que sea por este objetivo. [...] Reza mucho para que yo pueda siempre contentar a Jesús: Livia, es el regalo más bonito que me puedes hacer»²³.

El 11 de noviembre de 1943 le dirigía una carta en la que daba voz a una de las convicciones más arraigadas en él: toda la realidad es signo de algo diferente, de un Misterio que la hace: «Había comenzado esta carta con la intención de escribirte despacio: con calma, con gusto. Y en cambio, tira de aquí, tira de allá, las cosas se alargan; y yo el tiempo de estudio lo defiendo ‘con uñas y dientes’. [...] El motivo para escribirte me lo dieron tus pocas palabras. Mientras las leía caían constantemente las hojas a mi alrededor, y en el aire había un perfume seco y árido, pero fino y lleno de melancólica simpatía. Es realmente verdad que entre nosotros y la naturaleza hay una solidaridad, una ‘amistad’, un vínculo estrecho y ligado, como nosotros raras veces nos paramos a contemplar. La naturaleza es un ‘símbolo’ de lo que sucede en nuestra vida, en nuestro corazón de hombres: que vivimos solos en el universo silencioso. ¿‘Solos’? Trata de pensarlo. El universo que nos rodea no habla: y sin embargo el alma se nos rebela si dijéramos que nosotros no estamos en comunicación de pensamiento y afecto con él. Seguro: en la naturaleza, en los seres que nos rodean hay algo que vive. Escucha: no sé si tienes alguna cosa, algún objeto al que quieres, como un pedacito de corazón, porque te recuerda a una persona, a algo queridísimo. Pues bien, cuando lo tocas y lo miras, ese objeto ‘mudo’, ¿no te ‘habla’ quizás? Igual ocurre con lo que nos rodea: hay algo que en ello y por medio de ello nos toca, nos habla: es el Señor; es el Verbo de Dios, que lo ha hecho todo con el molde de su rostro. Por eso nos habla la naturaleza, como símbolo de una bondad viva. Y nos advierte con su variada vida. En otoño, es verdad, nos recuerda que nosotros ‘pasamos’, como las hojas. Pero no es un pensamiento que deba ponernos melancólicos. Nuestra vida consiste toda en una palabra: donarse. Se dona la madre, se dona el padre; se dona quien trabaja; se dona el que sabe divertir... se dona quien acumula riquezas para su casa, como se dona el que no se guarda nada para darlo todo. Se dona el sacerdote, sobre todo, se dona el apóstol. Estamos aquí para donarnos: para servir a los demás. Es la ley de nuestra vida: ‘amar’, es decir, ‘hacer el bien’, de cualquier género y especie, material, moral y físico: basta que sea ‘bien’. ‘Amar’, es decir, ‘hacer el bien’ a los demás, que no son otra cosa que Jesucristo; que están todos unidos con nosotros en el sufrimiento, que es la pena del pecado. Pero que el Señor ha convertido en una pena razonable, querida, más aún, amorosa: porque también Él ha cargado con ella. ¿Qué importa que tengan defectos? ¿Qué importa que nosotros tengamos defectos? ‘Oh, hermano, ayudémonos a llevar la cruz y a volvernos buenos, para no ser un peso en el corazón de los demás’».

Y, casi excusándose, Giussani concluía: «Me he expresado mal. Tengo prisa; y,

además, hoy me siento un poco obtuso. Bah, no obstante, tratad de quererlos; otra cosa sería un delito. Y para quererlos hay que sacrificar algo. Adiós, sé valiente, muchos saludos a papá y mamá [...]: díles que lo más importante es ‘donarse hasta el fondo’. Y a Brunilde dale de mi parte una palmadita de ánimo. Cuidad la educación de Gaetano». Debajo de la firma añadía: «Es necesario rezar siempre: lo que equivale a tratar de ver en todos al Señor: resucitado y en cruz»²⁴.

Algunos meses después escribía a su hermana Brunilde. Era el 10 de febrero de 1944 y se congratulaba con ella por sus buenas notas del primer trimestre: «Es cierto que, en estas cosas, lo mejor no está tanto en comenzar cuanto en continuar: hay que durar, mantenerse firme; más aún, hay que mejorar; quien no mejora retrocede. [...] Estudiar es una gran cosa: ¡qué bello es saber muchas cosas, conocer lo que te rodea! Es un gran don de Dios, que no solo sirve para ser útiles, sino también para una mayor felicidad de nuestra vida. Yo quiero verte valiente, Brunilde: porque ser valiente es otro don del Señor. [...] Y estudiarás y trabajarás con más gusto, rezarás con más ánimo y más entusiasmo: y todas las noches, al acostarte, te sentirás con el corazón en paz, lleno de alegría —aunque esté cansado—, como un pajarillo que canta y vuela bajo el sol cálido de la primavera»²⁵.

En junio de 1944 Giussani recibió el subdiaconado. A ello se refiere en una carta a su prima sor Umbertina²⁶, que junto a algunas hermanas estaba preparando la vestidura que se iba a poner durante la ceremonia: «Vuestro mismo trabajo será una oración, de cuya eficacia pienso que el Esposo Divino tendrá bastantes celos. [...] Vuestro hábito y el mío deben ser un símbolo: porque la realidad debe ser toda mi persona, alma y cuerpo, trabajada desde hace años por muchas manos vírgenes y sabias, para que la obra comparezca perfecta en el altar. Yo he recibido demasiadas gracias en mi vida: lo verás, cuando aparezca hasta lo que no se ve, un día, delante de Él: ¡ay de mí, si, por miedo, me guardo algo!». Al informarla de que en junio hará la ‘profesión’ perpetua en el subdiaconado, le escribía: «Me encomiendo a ti, sor Umbertina: me acojo a tu experiencia, al temor sagrado y ardiente que sentiste tú también, antes de tu primera profesión. ‘Para siempre’, ‘todo’, ‘de Dios’: no es el ‘siempre’ lo que me hace pensar, sino el temor de no dar ‘todo, todo’ para siempre»²⁷.

El padre espiritual: «Sé misionero aquí en Italia»

En los años de Venegono toma forma en Giussani ese ímpetu misionero que no le abandonará jamás, hasta hacer que la misión se convierta en una de las palabras claves de su propuesta educativa.

¿Cuál es el origen de esta pasión? «Podría decir que la aprendí en los pupitres de la Facultad teológica de Venegono. Pero podría incluso identificar el pasaje bíblico que fue mi *leit-motiv* en aquellos años: el capítulo quinto de la *Segunda carta a los Corintios*: ‘Porque nos apremia el amor de Cristo al considerar que, si uno murió por todos, todos murieron. Y Cristo murió por todos, para que los que viven ya no vivan para sí, sino para

el que murió y resucitó por ellos'»²⁸.

El cardenal Biffi subrayaba la particular sensibilidad de Venegono por la dimensión misionera de la vida cristiana: «Había una preocupación muy viva por el anuncio del Evangelio a los no cristianos; y no era insólito en aquellos años que algún seminarista se marchase a uno u otro de los diversos Institutos misioneros. También en mi clase hubo tres de estas ‘vocaciones’, que nos exaltaban y emocionaban»²⁹.

Para Giussani «la pasión misionera era una necesidad, no un sentimiento del carácter expansivo característico de los jóvenes; no era una cosa juvenil, era algo sustancial». Es a lo que aspiraba, como recuerda, cuando todavía estaba en bachillerato: «Había escrito al cardenal Schuster para que me dejara ir a los padres Combonianos y él me escribió: «Deus te sospitet» [Dios te ayude, *nda*] Y me denegó el permiso. Después mi padre enfermó y luego, poco a poco, el camino fue otro»³⁰.

Giussani contará más: «En cuarto de secundaria [1937-1938, *nda*] yo había hecho ya una petición para entrar en los Combonianos»³¹. Lo atestigua el padre comboniano Giovanni Marengo, compañero de estudios de Giussani durante cuatro años en San Pedro Mártir y un año en Venegono (posteriormente misionero en Kenia): «Don Giussani quería hacerse misionero conmigo. Pero un día habló con su padre y su madre y después de aquella reunión vino a verme y me dijo: «No puedo hacerme misionero, ¡el padre espiritual me ha dicho que debo ser misionero aquí por la situación de mis padres!». Esto es muy importante: ¡Quería hacerse misionero! Después de ver a sus padres, habló con el padre espiritual y este le dijo: ‘Sé misionero aquí en Italia’»³².

Su hermana Brunilde confirma que Giussani, «obediente hasta la muerte, renunció a su ideal de hacerse misionero porque sus superiores se lo impidieron. En su lugar fue un cierto Giorgio Frezzini³³, conquistado por su entusiasmo; vocación tardía, murió joven en la Amazonia, y fue llorado por todos».

Pero su ímpetu no se frenará. Lo confirma una valoración del rector Giovanni Colombo, al finalizar el año 1942-1943: «Alma bella y entusiasta. Toda buena idea le inflama, y cuando la realidad práctica echa algún cubo de agua fría en su fuego, no se abate; a cada llama que se apaga, se enciende con fuerza otra mayor [...]; corazón abierto y sincerísimo, muy deferente hacia los superiores»³⁴, como documenta el citado episodio del padre espiritual.

Junto al ardor por la misión crecía en Giussani la pasión ecuménica, que le llevó a presidir, en los años de teología, el grupo «San Josafat pro unidad de las Iglesias». Unas actas de octubre de 1944 sintetizan así el contenido de la primera reunión: «A invitación del presidente, don Luigi Giussani, se reúnen los encargados del grupo en la sala de juntas. Se decide desarrollar una intensa actividad, sobre todo interior, en este año en que se recuerdan los centenarios de san Cirilo de Alejandría, de la apertura del concilio de Trento, y de la conversión de J. H. Newman. Para que la idea arraigue en los corazones, un óptimo medio es hacer que se rece por ella: todos los jóvenes clérigos están invitados a ofrecer por dicha causa una hora del breviario. El grupo (a diferencia del Círculo Misionero, demasiado cerrado para la mayoría) estará abierto a todos aquellos que

quieran dedicarse con seriedad a esta gran idea, que tomará como objeto de estudio todas las encíclicas que tratan de la cuestión de la unidad (a partir de la última sobre san Cirilo de Alejandría, y remontándonos hacia atrás)»³⁵.

El acta de la segunda reunión (del 12 de noviembre) incluye una síntesis de la intervención de Giussani: «Por la noche, reunión: el número ha crecido notablemente con relación a la reunión anterior. Habla el presidente [Giussani, *nda*]: a) para nosotros, a quienes el Señor ha dado la gracia de comprender este problema, el más delicado del cristianismo (cf. IV Evangelio): a nosotros Él nos pide la oblación interior ‘ut unum sint’; b) para el grupo: se confirma el programa de estudios y se invita a todos a colaborar; particularmente fecundo resultará estudiar la palabra del Papa, que guiado por el Espíritu está siempre en vanguardia (así como León XIII insistía en la cuestión social y Pío XI en la Acción Católica, Pío XII vuelve siempre [...] sobre el problema de la unidad: señal de que los tiempos maduran); c) para todos: se confirma el programa de hacer rezar para que quien rece se convenza —y se deciden otras cuestiones técnicas de menor importancia—».

El acta continúa y registra como particularmente significativa la discusión posterior, de la que brotaron estas afirmaciones: «1) el problema de la unidad es el primer problema misionero; 2) desde el punto de vista subjetivo es un problema de inteligencia y de corazón, que enriquece el espíritu, conformándolo con el alma de Cristo; 3) parece providencial el hecho de que en el seminario, dadas las contingencias actuales, la actividad del Círculo Misionero se estanque (por confesión del mismo secretario del Círculo); 4) las almas de vanguardia, tanto de jóvenes clérigos como sacerdotales, ya han abrazado la idea; 5) no se ve por qué el Círculo Misionero, rompiendo posibles esquemas antiguos y prejuicios, no abraza el problema de la unidad hasta hacer de él su principal (no único) objeto; 6) en ese caso los socios y el mismo grupo de San Josafat serían felices de perder su propia individualidad con tal de que triunfe el único Cristo»³⁶.

A Giussani le había fascinado el mundo oriental «inicialmente por interés cultural». En realidad, «no se trataba solo de esto. Lo que me movía, en el fondo, era la pasión por la unidad de los cristianos. Me parecía ya desde entonces que carecía de justificaciones verdaderas y adecuadas la fractura entre ortodoxia y catolicismo». Un episodio relativo a los años cuarenta está vinculado precisamente a esa pasión ecuménica suya: «Una vez se abrió una carta mía [...] en la que sostenía con énfasis la idea de la unidad y de la colaboración con los cristianos rusos. La cosa fue interpretada evidentemente en sentido político. [...] El hecho es que los fascistas vinieron al seminario para detenerme. Recuerdo que me escapé en bicicleta»³⁷.

La homilía de Pentecostés

El 28 de mayo de 1944 estaban reunidos en la gran basílica del seminario todos los seminaristas, los profesores y los superiores para celebrar la solemnidad de Pentecostés. Después de la lectura del pasaje evangélico que narra la venida del Espíritu Santo sobre los apóstoles reunidos en el cenáculo junto a María, se adelantó Giussani. En ese

momento tenía veintiún años y estaba en su tercer año de teología. Recibirá el diaconado el noviembre siguiente. Se le había confiado la tarea de pronunciar la homilía.

Franco Bignami, algún año más joven que Giussani, estaba allí escuchando. A él se debe la posibilidad de leer un texto que ha permanecido desconocido durante más de sesenta años. Muchos años después, monseñor Bignami recordará el asombro de todos los presentes. He aquí un pasaje de la homilía de Pentecostés: «Igual que el amor natural que todos y cada uno nos tenemos a nosotros mismos es lo que, al ofrecernos la experiencia más concreta de nosotros mismos, domina y estimula la avidez de la inteligencia y del corazón; igual que el amor a nosotros mismos es lo que vivifica toda nuestra experiencia humana, así también del amor de Dios presente en nosotros nos hace cantar la Iglesia: *Credo in Spiritum Sanctum et vivificantem*».

El joven clérigo observaba que «Dios nos habría podido crear solamente hombres: y ciertamente nos habríamos acercado y gustado de Él, pero solo desde fuera, por así decirlo, habríamos percibido la fascinación de una persona que se deja contemplar [...]. En lugar de ello la infinita bondad de Dios nos ha llamado a participar de su vida íntima, a experimentar lo que él experimenta. [...] Por consiguiente, para hacernos partícipes de su vida íntima, Dios ha tenido que darnos su espíritu. Pero su Espíritu es una persona [...]. Así pues: en nosotros hay uno, soberano dominador de nuestra vida de hijos de Dios. Todo contacto de pensamiento y de amor con Dios lo realiza el Espíritu presente en nosotros [...]. La vida que brota por todos los poros de los seres en primavera y que la atmósfera suave de mayo cuida con un aliento cálido y amoroso no es otra cosa que un símbolo, como los pétalos de las rosas que ahora mismo han caído sobre el altar, de este rebosar de lo divino en el mundo que nosotros cantamos en Pentecostés».

Giussani proseguía desde el púlpito su primera homilía: «Me parece que ninguna otra nota caracteriza mejor la acción vivificante del Espíritu Santo como su fuerza unificadora. La unidad es una nota esencial de toda vida. La tendencia disgregadora que sentimos en nosotros y en las cosas es el recuerdo sintomático de la nada de la que fuimos sacados. El instinto que nos lleva a reaccionar a esta disgregación es la experiencia sensible de la fuerza conservadora de Dios que nos dio la vida. [...] Por eso la unidad incluso exterior de la Iglesia es la pasión de Jesús: ‘Ut fiet unum’ hasta la paradoja ‘sicut Tu Pater in me et ego in Te’. [...] Es el Espíritu de Jesús el que nos insta a sufrir porque el nombre del Verbo encarnado está roto entre muchas confesiones distintas. Es Él quien no nos deja en paz y nos hace rezar, mortificarnos, trabajar, para que la pasión de nuestro divino amigo se vea satisfecha. [...] La unidad de la Iglesia no es una unidad estática, sino que tiende a una inefable unidad final. Nosotros somos gente en trémula espera, deseamos verlo, deseamos poseerlo [...]. Pero en nosotros hay una persona, el Espíritu de Jesús, que nos da esta orientación hacia Él; [...] que fermenta nuestra alma y la mantiene elevada con el ansia de alentar la aspiración secreta, la satisfacción de abrazarle a Él tal cual es»³⁸.

«Suplico a mi Señor Jesús que haga de mí un sacerdote privado de todo»

En octubre de 1944 el curso empezó bajo la presión de la guerra: «¿Será la última?», se leía en el *Diario del campanaro* (por turno, los seminaristas encargados de tocar la campana a las horas establecidas cumplían también la tarea de mantener al día el diario de la vida en Venegono). «El hospital, que había vuelto a Milán en el junio anterior, mantenía todavía en el seminario un ‘destacamento’ y seguían a su disposición casi todas las habitaciones que había ocupado; por lo que también ese año los teólogos tuvieron que adaptarse al mínimo espacio. Sin embargo, pudimos utilizar la capilla más que el año pasado, todas las pequeñas habitaciones, y la pequeña escuela junto al estudio de monseñor, transformada en dormitorio para los de tercero de teología»³⁹. Las actividades continuaron, en todo caso, con el calendario tradicional. El redactor del *Diario* anotaba, con fecha del 7 de octubre de 1944, que Giussani era subprefecto de su clase, participaba en el coro y era presidente del citado grupo «San Josafat pro unidad de las Iglesias».

Los temores por la guerra eran tales que el 12 de octubre la comunidad de teología se reunió ante la estatua de san José, para consagrarse a aquel «que hasta ahora, tras más de cuatro años de guerra, nos ha protegido visiblemente. ‘¡Cuanto más graves sean los peligros, mayor es la confianza en Él!’», dijo el padre Mauri [era el padre espiritual de los teólogos, *nda*]]⁴⁰. El arzobispo Schuster inauguró el curso escolar el 13 de octubre.

Dos días después Giussani escribió a su madre: «Queridísima ‘mamaíta’, a menudo me acuerdo cuando decías estas vacaciones ‘¡El me bagai!’ [mi chico, en dialecto milanés, *nda*], pensando con alegría en la vocación que el Señor me ha dado. Seguro que es una gran gracia: y seremos cada vez más conscientes cuando el 1 de noviembre, fiesta de Todos los Santos, reciba el sagrado diaconado. Así pues, ves que el Señor nos prefiere. Y que tus sacrificios, tus privaciones, tienen un objetivo grande». La carta prosigue con una serie de recomendaciones y con una invitación a no preocuparse demasiado por su régimen alimenticio: «Te pido que no estés demasiado tiempo levantada, y que duermas. No dejes de comer; y de dar de comer, especialmente a papá y a Livia: digo a ellos dos, porque Brunilde y Gaetano, claro, ¡ay de ellos si no comen! Y no penséis en mí, aquí estoy estupendamente. Por lo demás, si existiese el peligro de morir de hambre, os lo haría saber... Pero estad seguros de que casi me sobra. Pienso a menudo en cómo haréis para tener siempre lo necesario, especialmente para la calefacción: pero luego pienso también que el Señor nos ha protegido siempre, así que... Y sé que vosotros rezáis mucho. Os pido que recéis mucho. Y no os olvidéis de san José. [...] Tampoco —os insisto— necesito cosas de comer; en todo caso, ya sabéis lo que prefiero: un pedazo de pan amarillo. Os pido realmente que no me traigáis nada. No tengáis más preocupación por mí que rezar». Concluye la carta diciendo a su madre: «De vez en cuando poco me pongo a cantar: ‘Corazón de madre’, etc., etc. ‘Mamá, soy tan feliz cuando estoy contigo, etc.’»⁴¹.

Cerca ya del diaconado, el 26 de octubre de 1944, Giussani escribía a su padre. Deseaba tranquilizarle también a él, esta vez refiriéndose indirectamente a las amenazas que representaba la guerra: «Queridísimo papá, hoy te esperaba, aunque fuera solo para tranquilizarte. Pero haber ‘renunciado al viaje’ espero que signifique también que estáis tranquilos. De hecho, ya habéis visto que no sucedió nada, gracias a Dios. Entretanto

vosotros pedid siempre, especialmente en el santo rosario y a san José, para que el Señor nos proteja siempre como lo ha hecho hasta ahora, y nos dé la gracia de poder ser cada vez más dignos del honor que nos hace». Le daba después algunas informaciones sobre la inminente ceremonia: «Nos hemos puesto de acuerdo con respecto al lugar (Catedral) y al horario (como la otra vez: antes de las 7). [...] Traedme también a Milán, por favor, el par de guantes que llevé a casa: me hacen falta para la bicicleta. Y además el silbato de Livia. [...] No me llevéis la estola a Milán: aquí tenemos una por cabeza, todas iguales: la mía —verdaderamente preciosa— la estrenaré en Navidad, en las vacaciones largas»⁴².

El 1 de noviembre de 1944, «13 candidatos al subdiaconado y 10 al diaconado fueron con el primer tren a Milán, donde recibieron sus órdenes respectivas en la cripta de la Catedral. En la cena fueron festejados por sus compañeros quienes, por la tarde, junto a la comunidad de bachillerato, habían escuchado la conferencia del profesor Carlo Carretto, vicepresidente de la Acción Católica, sobre el tema ‘Apostolado en el ambiente moderno’. Los días transcurrían con tal intensidad que, el 19 de noviembre, los candidatos a sacerdotes, o sea, la clase de Luigi Giussani, pidieron tener más tiempo para estudiar»⁴³.

Del sentimiento con el que Giussani vivió estos últimos meses de preparación al sacerdocio existe un testimonio directo, que lleva la fecha ‘noviembre de 1944’. Escribía a su amigo Majo, que tenía un hermanito en el hospital: «Este es uno de los casos en que siento honda pena de no haber padecido jamás crudos sufrimientos, para poder tener el derecho de hablar con eficacia a quienes los han experimentado. *Suplico* ardientemente a mi Señor Jesús que haga de mí un sacerdote privado de todo, para poder decir a quien esté privado de todo: ‘¡Créeme, hermano!’». Per Crucem ad lucem / per aspera ad astra [‘Por medio de la cruz a la luz, por medio de las asperezas a la inmortalidad’, *nda*]]»⁴⁴.

Se habían conocido el verano anterior, justamente en Venegono. Majo estudiaba el bachillerato en el colegio de la Catedral, pero durante las vacaciones veraniegas los seminaristas de la Catedral se unían a sus compañeros de Venegono: «Como prefecto, encargado de seguir a sus hermanos menores de bachillerato, teníamos a Giussani, que era todavía estudiante de teología y tenía cuatro años más que yo. Yo me encontraba fuera de lugar en aquel ambiente, habituado a la familiaridad del seminario, donde éramos una treintena de personas. Frente a eso, Venegono —entonces tenía más de un millar de estudiantes— me parecía un cuartel, un cuartel algo anónimo y frío». Y así, el joven se movía con melancolía por aquellos espacios. Hasta que un día, después de misa, mientras paseaba por el pinar, Giussani le vio, se acercó a él y le preguntó: «¿Cómo estás? ¿No te encuentras bien aquí?».

Majo recordará: «Desde aquel momento, cada día, cuando salíamos de la capilla, venía a buscarme, y cuando supo que en casa me llamaban familiarmente Lino empezó también él a llamarme de ese modo». Un día, hablándole del estudio, Majo le confió a Giussani que su autor preferido era Leopardi: «Lo dije tímidamente, temeroso de la respuesta.

Y él, penetrándome con la mirada: ‘¡Pero si es también el mío!’». [...] Leopardi se

convirtió en nuestro tema de conversación preferido, no nos cansábamos nunca de hablar de él». Majó tenía un compañero que tocaba el piano: «Con Giussani, en cuanto era posible, corríamos a escucharle tocar pasajes de Beethoven y Chopin»⁴⁵.

La homilía de san Esteban

El 26 de diciembre de 1944, durante la misa de san Esteban, el diácono Giussani —que estaba en casa por las vacaciones de Navidad—, subió al púlpito de la basílica de Desio: delante de sus familiares y convecinos pronunció la homilía. El texto ocupa ocho páginas de un cuaderno. Arriba a la derecha, Giussani escribe: «Veni S. S. [Sancte Spiritus, *nda*] veni per Mariam»⁴⁶. Es la primera vez que aparece la jaculatoria que siempre recomendará rezar⁴⁷.

Giussani se había aprendido de memoria la homilía; comenzó a hablar a los desianos con estas palabras: «Las vestiduras sagradas que los ministros llevan hoy en el altar no tienen ya el candor de ayer. Son rojas: símbolo de la sangre. Junto a la dulcísima contemplación de un Dios niño calentado por el amor de su madre, ¡qué contraste la visión de Esteban, que muere entre una lluvia de piedras, cubierto de sangre! ¡Con qué espanto nuestro pensamiento pasa del canto de los ángeles y de los rostros afectuosos de los pastores a las figuras de los lapidadores de Esteban, que gritan y tiemblan de odio! [...] El Niño que contemplamos estos días con todo el afecto y el reconocimiento de hombres creyentes lleva impreso en su frente, como programa de toda su vida y advertencia a nuestra alma pensativa: ‘Yo he nacido para morir por ti’». Invitaba entonces a centrarse en una constatación: «Lo Infinito de Dios se ha encerrado en un minúsculo cuerpo de niño. Él, que ha creado todo lo que existe, se ha humillado para nacer como un mezquino hijo de hombre. Él, el Eterno, Bellísimo, Incorruptible, se ha revestido de nuestra carne, que nos pesa con todas sus exigencias, sus enfermedades, su condena a morir y a disolverse. Él, a cuya señal todas las criaturas se mueven como un canto inmenso en su honor, ha vivido en medio de hombres pequeños, tratado con la misma indiferencia con la que nosotros miramos a las personas desconocidas que pasan a nuestro lado».

Para Giussani, «la historia del niño de Nazaret es una historia de dolor, y es como un gran camino por el que todos los hombres, sin distinción, tienen que caminar: pero hay quien lo recorre blasfemando; hay quien lo recorre sacudiendo la cabeza incrédulo y sin persuasión; hay quien lo recorre como un largo lamento, atontado, sin comprender su meta divina; finalmente hay quien lo recorre con religiosa resignación: verdadero mártir, es decir, testigo de Jesucristo —como Esteban—, es aquel que se esfuerza al menos por recorrerlo con amor. [...] Pero es necesario ‘creerle’. Y creer no es solo dar fe a sus palabras, sino adherirse a su persona, sentir siempre presente su persona, dominadora de todas las actividades de la vida, de cada relación social, incluso de cada forma de pensamiento y sentimiento interior». Concluyó la homilía con una especie de oración a Dios: «A nosotros, que tenemos que sufrir y no queremos sufrir, a nosotros, que debemos llorar y que derramamos con amargura impotente nuestras lágrimas; a nosotros,

que nos vemos despojados y martirizados, y nos rebelamos con instinto de fieras heridas a los golpes duros; a nosotros, que tenemos que morir y querríamos huir de la muerte con espanto y horror, se nos conceda sufrir en paz; llorar en paz, sentirnos martirizados en paz; morir en paz»⁴⁸.

El voto por la salvación del seminario

El tono de la homilía revela el sentimiento con que Giussani estaba viviendo los dramáticos momentos de la guerra, que interpretaba como marcados por la experiencia de la cruz. La gravedad de la situación está documentada también por el hecho de que, al volver de las vacaciones navideñas, Giussani y todos sus compañeros fueron convocados en la capilla del seminario «para emitir el voto preparado por los superiores a fin de salvar al seminario, a los superiores, a los jóvenes clérigos y a los oblatos de los peligros de la guerra que se acerca cada vez más a nuestras comarcas»⁴⁹.

Para agravar la percepción de la situación se añadían en Giussani algunos problemas de salud, tal como se lee en una carta a su padre, desde Venegono, del 29 de enero de 1945: «Queridísimo papá, [...] he tenido que hacer un poco de dieta: seré sincero — también porque es algo que tú, papá, me decías muchas veces que es una característica mía—: la causa del malestar ha sido un pequeño problema de hígado, un poco de colecistitis. Naturalmente tendré que cuidarme del frío y estar algo atento a la comida durante algún tiempo. Espero que seáis lo suficientemente inteligentes como para no alarmaros por un malestar tan leve. [...] P.S. 1) necesito sábanas y una colcha blanca, 2) si encontráis Watermans (tinta) traédmela, a cualquier precio, para un compañero mío»⁵⁰.

Y escribía de nuevo en febrero: «Queridísimo papá, creo que Livia te ha informado. No me gusta que me haya encontrado en cama; pero me levantaba algunas horas al día; los reumatismos fuertes exigen mucho reposo. [...] El rector opina absolutamente que tengo que cambiar un poco de aires para recuperarme bien. Os aseguro que es uno de los mayores disgustos de mis doce años de seminario. Si voy a casa (¿el sábado? ¿el miércoles próximo?) trataré de quedarme los menos días posibles: tenéis que entenderme, son los últimos tres meses. [...] Siento haberos dado este disgusto. Ofreced también esto con paciencia al Señor. Recemos mucho y bien: en pocos días empieza el mes de san José»⁵¹.

El 6 de marzo de 1945 escribía a sus padres, que estaban preocupados por su destino una vez ordenado sacerdote: «Lo que debemos pensar no es qué haré, ni adónde iré, etc., sino más bien que consiga ser un cura como debe ser, que llegue a ser un buen cura: esto es lo único que hace falta pedir, lo único por lo que interesarse. De lo demás no me preocupo: y no quiero que vosotros os preocupéis». Para Giussani «la mayor gracia para uno que se hace sacerdote es sentirse libre a disposición de Dios, sin importarle el lugar: porque en cualquier lugar encontrará de qué ocuparse, en qué trabajar y cómo hacer buenos cristianos al servicio de la Iglesia». De hecho, «puede haber lugares aparentemente más útiles y más bonitos en los que mi espíritu, si no hubiera sido

mandado libremente por los superiores, sufriría: y también el cuerpo sufriría».

En aquellas semanas el rector Petazzi estaba examinando la situación de los clérigos que en mayo iban a ser ordenados sacerdotes, valorando qué encargo confiar a cada uno. Por eso Giussani escribió a su padre: «Yo dejo obrar plenamente a mis superiores: no digo nada, al menos yo no pretendo hacer eso. Ellos me conocen bien, conocen mi carácter, mis posibilidades. Me pondrán en el lugar que vean. Rogad al Señor para que les guíe, y para que yo mantenga estos sentimientos»⁵².

Una semana después, el 15 de marzo de 1945, Petazzi convocó a los candidatos en su despacho para definir sus futuros destinos. Entre los que designó para enseñar teología en el seminario estaba Giussani. Recibida la noticia, informó a sus padres: «Con las aptitudes intelectuales que tengo, no podré dejar los estudios en toda mi vida: no me lo permitirían: además de sentirme también yo fuera de lugar». Añadía, después, algunas reflexiones sobre sí mismo y sobre cómo imaginaba su propio futuro: «El apostolado, ya que no como cura de almas, será para mí un campo mucho más libre, y no limitado a una parroquia [...], una vida tan cerrada y estrecha como la de un don Italo, don Carlo, etc. no corresponde a mi deseo: mirad la libertad que tiene don Rimoldi». Además, «doy seguridad, solvencia y confianza al obispo y a mis superiores, y sirvo más al seminario, al que debo todo —después de a vosotros—». Concluía con una advertencia: «Os ruego que no arruinéis, quién sabe con qué tipo de pensamientos o temores, los días radiantes que me esperan, que nos esperan»⁵³.

La fecha de la ordenación se acercaba. Giussani se refería a ello en una carta del 16 de abril de 1945 a su prima sor Umbertina, que estaba a punto de hacer la profesión perpetua, recordándole que se trataba del día más grande de la vida: «Es el día en que nuestra persona de pequeños hombres, delante del cielo y de la tierra, se ‘funde’ —casi— con la persona adorable de nuestro Señor Jesús en una unidad radical. Más grande que semejante día solo hay otro: y es el de la muerte...». Agradecía, después, a la madre superiora y a sus hermanas el regalo de la vestidura para la consagración sacerdotal: «El significado que tiene el don es tan bello como el mismo don: al hacerlo, ¡quién sabe cuántas oraciones se habrán cosido dentro de él!»⁵⁴.

Sus padres también participaron en el evento de la ordenación con un regalo, que Giussani agradeció: «Queridísimo papá, os confieso que era difícil pensar en una sorpresa más grata que la que me habéis dado. El simbolismo del cáliz es lo más conforme a mis gustos que hubiera podido imaginar: en resumen, ha tenido parte en ello —como suele hacerlo— la Providencia y la bondad de la Virgen. Entre otras cosas ha sido una extrañísima y graciosa casualidad que me la hayáis enviado tan deprisa: fijaos, mañana —8 c.m., martes— viene su eminencia para una grandiosa Fiesta de las Flores aquí en Venegono, y consagrará nuestros nuevos cálices. Pero ¡quién sabe cuánto os habéis gastado!...». Luego informaba de que iba a estar en casa durante los días siguientes: «Pediré prestada una bici»; más tarde confesaba que estaba «un poco cansado del trabajo. El día está lleno de cosas: sobre todo por mi examen de ‘moralona’ que, si el Señor no nos echa una mano... Una vez que haya terminado eso (el lunes próximo por la tarde)... seré libre»⁵⁵.

Giussani siguió la última lección del curso el 25 de abril. «Aquel día, a partir de las 20.15, don Celestino Melzi ‘explicaría en el aula grande el último mensaje de Navidad del santo padre Pío XII’. A la salida ‘se comunicó la noticia de que la guerra había terminado en

Italia’. En todo caso, ya desde el jueves 26 abril ‘la Tricolor y la bandera blanca’ se izaron ‘en el campanario de Venegono y en la balconada del seminario’»⁵⁶. Monseñor Franco Bonfanti, que pocos días más tarde será ordenado sacerdote junto a Giussani, recuerda la fiesta que se improvisó en los pasillos del seminario, con los jóvenes clérigos agitando como pequeñas banderas las velitas utilizadas normalmente para los servicios litúrgicos.

En los días inmediatamente posteriores a la Liberación, Giussani fue testigo de un episodio en la línea ferroviaria Turín-Milán, «todos amontonados, unos encima de otros». En la estación de Novara un grupo de partisanos de la Brigada Moscatelli (por el nombre de su comandante, Cino Moscatelli, exponente del Partido Comunista; esa formación partisana había operado en Piamonte) quiso subir a cualquier precio al tren: «¡Ellos habían combatido por la libertad de la persona! Entraron en medio de un frenético blasfemar. Yo estaba allí agachado en una esquina todo encogido y no veía nada. El tren se movió... y vieron que había tres monjas. ‘¡Os arrancaremos el velo!’». Esto es lo mejor que dijeron. En un momento dado, tras un instante de pausa, se escuchó una voz femenina, clara, que decía: ‘En el fondo soy yo más comunista que vosotros, porque mi padre era marqués de Monferrato, y yo he vendido todas mis cosas para dárselas a los pobres y me he hecho monja’. Se produjeron tres minutos de absoluto silencio»⁵⁷.

La víspera de la ordenación sacerdotal, Giussani escribía desde Desio a su amigo Majo: «Él [Cristo, *nda*] me ha empapado de este convencimiento dulcísimo: que para amar es necesario hacerse semejantes, idénticos. Él está en la cruz: el ideal supremo de nuestra vida es el ansia, la obsesión casi, de subir también nosotros, para poder ‘ser una sola cosa con Él’. Es el gozo más sereno de la vida, el mayor acto de caballerosidad hacia Él, que es el infinito y único amor personal: ‘Oh Jesús, esperanza mía, sumérgeme en el abismo de tu amor’, clamaba Jacopone. Amigo personal, en carne humana como la nuestra, que se puede besar y abrazar. [...] Dentro de algunas semanas seré sacerdote. Tu mejor regalo será que reces algunas Avemarías para que [las palabras de Jacopone, *nda*] sean toda mi vida»⁵⁸.

La ordenación sacerdotal

Giussani fue ordenado sacerdote el 26 de mayo de 1945 en la catedral de Milán. La crónica de aquel día se publicó en el *Diario del campanaro*: el programa preveía que los jóvenes teólogos bajasen a Milán en bicicleta, mientras que los que iban a ordenarse usarían la Littorina, puesta a su disposición por los Ferrocarriles del Norte. El *campanaro* relata que «dado el mal tiempo, sin embargo, después de haber recibido órdenes del p. Vicerrector, no sonó el despertador a las 3.15 como se había fijado»⁵⁹.

Durante las horas siguientes reinó una gran confusión: los candidatos se levantaron a las 4.30, poniéndose enseguida a buscar desesperadamente sus abrigos. Algunos seminaristas se unieron a ellos y juntos salieron a las 5.38. Eran cerca de unas ochenta personas. Llegaron al arzobispado a las 7.00. La ceremonia de las ordenaciones se retrasó hasta las 11.30. Mientras tanto, la comunidad de Venegono continuaba libremente su jornada. Por la tarde volvieron los superiores, dos nuevos sacerdotes, y algunos jóvenes clérigos que habían bajado para el servicio litúrgico. A las 21.00, todos participaron en la ceremonia del Mes de mayo.

Al día siguiente, solemnidad de la Santísima Trinidad, don Giussani celebró su primera misa en la basílica del seminario, con asistencia del rector. La misa solemne fue celebrada por don Brivio, con asistencia del rector «y con una predicación vibrante y sentida de don L. Giussani», como relata siempre el *Diario del campanaro*⁶⁰. Para toda la comunidad del seminario era un signo elocuente de la preferencia de los superiores por el nuevo sacerdote.

Giussani comunicó a Majo la intención con la que había celebrado esa primera misa: «Rogué al Señor una sola cosa para mí: que me mantuviese en la cruz con Él. Porque la amistad es de tal naturaleza que nos inquieta pensar que somos distintos del amigo: es preciso ser uno lo más posible, ser idénticos: unidos y asimilados el uno al otro, ligados el uno al otro como la luz lo está a los contornos de las cosas; y si Él está en la cruz, todo mi orgullo debe ser identificarme con Él»⁶¹.

En esa ocasión el decano de la facultad le regaló un libro titulado *Sacerdote y hostia*⁶²: «Describía la enfermedad de un diácono, una enfermedad que duró veinticinco años», y él «día tras día intentaba vivir su enfermedad ofreciéndosela a Dios por la remisión por el mundo»⁶³.

Su hermano Gaetano, que entonces tenía seis años, refiriéndose a la primera misa celebrada por Giussani en Desio, el 31 de mayo de 1945, recuerda «la majestuosidad de la ceremonia y el afecto de la gente que estaba alrededor, por la calle, como si fuera un acontecimiento extraordinario». En aquella circunstancia Giussani recibió también un regalo de los reclutas de su generación: una bicicleta, que resultará fundamental para sus desplazamientos.

El recordatorio de aquel acontecimiento lleva, por un lado, un óvalo con el rostro de un Cristo crucificado de Guido Reni y un versículo del Evangelio de Lucas bajo el escrito ‘Crucifixus’: «*Pater dimitte illis; non enim sciunt quid faciunt*. Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen (san Lucas)»; en el otro lado una frase del libro de Malaquías: «*Labia sacerdotis custodiunt scientiam - et legem requirent ex ore eius*»⁶⁴, que significa: «La boca del sacerdote atesora conocimiento, y a él se va en busca de instrucción». Hay además una invocación escrita por Giussani: «Dios grande y bueno / que me has creado, que me has redimido / que me has consagrado / Acoge el primer sacrificio / que te ofrezco / por tu Iglesia, por mi patria / por todos mis hermanos los hombres. / Bendice / a parientes, superiores, benefactores, amigos / Protege / a la gente entre la que he crecido / Convierte / a ti a quien no te quiere servir»⁶⁵.

«La vida por la felicidad de los hombres, por la amistad de Jesús»

En julio de 1945 Giussani revelaba el *animus* con que comenzaba su nueva vida sacerdotal: «Toda la actividad y la alegría, la felicidad, el trabajo, el ansia de nuestra vida, no tienen que ser más que el esfuerzo apasionado por comprender, por sentir y por querer cada vez más este vínculo personal con el Amor Infinito. Y nuestra melancolía es no poderle ver, sentir y tocar, como las cosas de aquí abajo, de modo que demasiadas veces los símbolos intentan prevalecer, y diluir en la niebla terrena la tensión del abrazo apasionado hacia Él. Una vez que se llega a ser sacerdote, esta melancolía se vuelve agudísima, porque entonces se percibe que se es *unum*, una sola cosa con Él; que ya no hay nada, ni siquiera la divinidad, que sea solamente suyo: en la consagración, en la confesión, ¿no realiza el sacerdote actos divinos? ¡Qué gozo! En el pasado, por la noche, antes de dormirme, sacaba la cabeza fuera de las mantas para enviar un beso al sagrario donde se encontraba la hostia que recibiría en la comunión a la mañana siguiente. Ahora, ya no lo lanzo a una iglesia; el beso lo lanzo al cielo, pues el amigo viene directamente de allí»⁶⁶.

Para Giussani fueron meses de estudio intensísimo, como escribía a su amigo Majo en otra carta de finales de agosto de 1945, que documenta el temperamento y el ansia de Giussani: «Desde marzo hasta hoy, excepto el breve paréntesis de la primera santa misa, estoy aplicándome al estudio, con una intensidad extrema, en todo semejante a la de la reválida de letras, tan exigente. [...] Esta limitación, esta soledad, esta renuncia silenciosa y fatigosa al ímpetu desbordante que brota de mi corazón, es verdaderamente un gran sacrificio. Lo haría durante toda mi vida. Precisamente porque es puro sacrificio, agudísimo sacrificio, silencioso e ignorado sacrificio».

Después Giussani confiesa: «Lo único que da la felicidad a los hombres es la cruz, nuestra cruz, y solo ella, yo no quiero ser otro *trompeur* [tramposo, *nda*], como decía Balzac, con mis pobres hermanos los hombres. Y lo sería cada vez que renunciara a la intensidad del sacrificio y de la cruz. Yo no quiero vivir inútilmente. Es mi obsesión. Y además, entre dos amigos profundos, ¿qué se desea? La aspiración de la amistad es la unión, es identificarse, llegar a ser una sola cosa, llegar a ser la misma persona, tener la misma fisonomía del amigo. Pero Jesús está en la cruz; el mayor gozo de nuestra vida es el que descubrimos en cada sufrimiento pequeño o grande: ‘Mira, ahora eres más semejante’, eres más ‘una sola cosa con Él’. La vida por la felicidad de los hombres, por la amistad de Jesús. Querido amigo, ¿una bendición? Mira, abro los brazos y te la mando con toda la pasión del corazón, solo para que te sirva para concederte una única preocupación en la vida: la amistad de Jesucristo, la felicidad de los hombres. Y lo demás, vanitas vanitatum»⁶⁷.

La vida gastada por la felicidad de los hombres era una ‘nota dominante’ en el ánimo de Giussani en aquel comienzo de su sacerdocio: la vida ofrecida como «acto de amor, por las muchas almas de mis hermanos los hombres, por cuya felicidad murió el Señor Jesús, por cuya eterna felicidad el Señor Jesús me llamó consigo a entregar mi vida... [...] Desde hace años no lloro más que por dos motivos: el pensamiento de la infelicidad

eterna de mis hermanos los hombres y el pensamiento de la infelicidad terrena de los hombres, símbolo de la eterna. Jesús nos ha elegido para proclamar en el mundo su amor y la felicidad de los hombres: la felicidad grande e inenarrable que nos espera»⁶⁸.

Capítulo 5

«Las circunstancias, signos de la tarea que Dios confía a nuestra vida»

Los primeros años de sacerdocio y la enfermedad

(1945 -1950)

El 18 de septiembre de 1945, al término del cuarto año de teología, Giussani obtuvo la licenciatura con una nota 8/10 «cum laude probatus»¹. Había pasado su examen el 15 de septiembre: le examinaron Figini, Corti y Carlo Colombo. En el ejercicio, Giussani obtuvo una nota de 9/10.

Al comienzo del año escolar 1945-1946, se dedicó a la enseñanza en el seminario, conforme a las disposiciones del rector mayor. En esos años se especializó en el estudio de la teología oriental (especialmente los eslavófilos, un movimiento intelectual que surgió en la Rusia del siglo XIX), de la teología protestante americana y en la profundización de la motivación racional para la adhesión a la fe y a la Iglesia.

En octubre de 1945 Giussani entró a formar parte de la comunidad de profesores de San Pedro Mártir, en Seveso, el seminario de sus primeros años de secundaria, compuesto por cerca de treinta sacerdotes. Aquí enseñará filosofía a los «prefectos», los estudiantes de teología que cumplían tareas disciplinarias en las clases de enseñanza secundaria. Comía y cenaba con los sacerdotes en el gran refectorio del piso bajo; por alojamiento tenía una habitación con cama, escritorio, alguna silla, el armario, el lavabo, pero ni ducha ni WC, que eran de uso común y estaban en el gran pasillo del primer piso. En el centro de la habitación había una pequeña estufa para calentar con leña, carbón, papel y cerillas, de las que debía proveerse él mismo.

Monseñor Giorgio Colombo, seminarista en Venegono desde octubre de 1940 y sacerdote desde 1944, compartió con Giussani los últimos meses de 1945 en Seveso (como profesor de Letras para los seminaristas de primero de secundaria). Como iba mucho con él, recuerda que la habitación de Giussani «era la peor de todas», y su hermana Livia confirma este juicio.

Este es el ánimo con que Giussani se trasladó a Seveso: «El amor se encierra solo en el acto que estamos realizando; cualquier acto, y cuanto más silencioso y limitado respecto al deseo desbordante y expansivo del corazón, más ‘amor’. Son las cosas que me digo a mí mismo, que voy a S. Pedro M. Es el gozo de sentirse más ‘crucificado’»².

Era costumbre que los superiores destinasen a los profesores jóvenes del seminario, desde la tarde del sábado al anochecer del domingo, a prestar un servicio sacerdotal en alguna parroquia de la ciudad de Milán o de la diócesis, para ayudar a los párrocos y a

fin de que hicieran un poco de práctica pastoral, confesando y celebrando misa.

Así, desde julio de 1945, Giussani empezó a frecuentar la parroquia de los Santos Nazario y Celso en el barrio popular de la Barona, en la periferia sur de Milán. La noche del sábado se quedaba en la vivienda parroquial (en la calle Bonaventura Zumbini 19). El confesionario de madera oscura es todavía hoy el mismo en el que Giussani pasaba todo el sábado por la tarde. Su hermana Livia recuerda: «Cuando iba a la Barona conocí a una buena cantidad de gente en el confesionario; cada vez la fila se hacía más larga; el párroco, desde el otro confesionario, decía: ‘¡Venid unos pocos aquí!’». Pero la gente no se movía, estaban allí todos en fila esperando al Gius. La criada del párroco le llevaba un braserillo para meter debajo de los pies, porque se helaba. Él se llevaba una capa. Me lo han contado algunas señoras que iban a la Iglesia».

Con apenas veintitrés años, Giussani tenía que confesar también a personas mucho mayores que él y no podía evitar cierto embarazo: «Me asustaban cuando me decían: ‘Padre, perdóneme porque he pecado’». Pronto comprenderá no obstante la razón de esa confianza: «Mi pasión por su destino les volvía como niños. Si no se vive esto, ¡no se ama a la mujer, no se ama a los amigos, no se ama a los hijos! ¡No se ama a nadie! Es decir, se usa a la gente. El amor al hombre es el amor a su destino. Esto es la gratuidad. Tu destino es lo que me interesa»³.

La experiencia del confesionario será para él buena ocasión para hacer consideraciones y reflexiones. Este es uno de sus primeros recuerdos como joven sacerdote dedicado a confesar: «Cuando hacía poco que me había ordenado, venía a confesarse una señora que vivía una situación familiar terrible. El marido la trataba muy mal, iba a casa cuando quería y ella volcaba todo su afecto en los tres hijos que tenía. Pero cuando los hijos crecieron, se volvieron iguales que su padre. La maltrataban, estaban en casa cuando querían, todo eran exigencias y ella se sentía sola y desesperada entre esos cuatro extraños. Entonces, durante la confesión, le dije: ‘Señora, ¿por qué no les acepta? ¿Por qué no acepta a sus hijos tal como son ahora? No dejan de ser su marido y sus hijos. Ellos también son unos pobrecillos. Debe abrazarles, aunque sean como extraños. Sírvalos, sin ninguna pretensión, tal como son, ámeles’. Recuerdo que vino un mes después a confesarse. La primera cosa que me dijo fue: ‘Padre, ¿sabe que ya no estoy sola?’». La lección que Giussani extraía de aquel episodio era esta: «La ley de la vida es amar, no ser recompensados. Es un dolor no recibir recompensa pero esto no destruye la compañía ni la unidad. Todo nace dentro de nosotros. ¡Todo!»⁴.

Con ocasión del santo de su hermana Brunilde, el 6 de octubre de 1945 le mandó una nota donde resuena algo de aquellas primeras experiencias en contacto con las personas de la Barona: «‘Dios ve la bondad más de lo que ve el rostro’, cantaba el aria de una bella opereta. Dios; pero también los hombres. [...] Y la bondad es siempre sacrificarse para servir a los demás y a sus gustos, antes que a nuestros caprichos y nuestra comodidad. Pidamos al Señor, a la Virgen y a tu santo patrono, que fue un santo valiente y lleno de energía, la fuerza para ser buenos a cualquier precio»⁵.

En aquellos primeros meses otoñales la niebla envolvía la periferia llenándola de humedad. La parroquia era vieja. Giussani pasaba horas y horas en el confesionario, con

mucho frío. A esto se añadían las molestias de los desplazamientos. Para llegar a la parroquia, Giussani tenía que tomar el tren de los Ferrocarriles del Norte desde Seveso a la estación de Cadorna en Milán, y luego el transporte público. Lo mismo para volver. No faltan sin embargo testimonios que permiten imaginar que prevalecía el entusiasmo sobre las dificultades. Monseñor Giorgio Colombo recuerda su temple de ‘misionero’ y un celo incontenible: «No deseaba otra cosa que comunicar a las personas el amor de Cristo, y lo hacía a lo largo de intensos y profundos diálogos». Una persona que se hubiera encontrado en la parada del autobús el domingo por la tarde habría conocido fácilmente a aquel pequeño sacerdote con sotana totalmente dispuesto a hablar con este o con aquel.

El contexto de la época estaba todavía marcado por las consecuencias del reciente conflicto. A pocos meses del final de la guerra, la periferia estaba poblada por comunistas, «orgullosos de la capitulación del fascismo y persuadidos de que los partisanos ‘rojos’ habían sido los verdaderos protagonistas —aunque no los únicos— de la lucha por la liberación; además, muchas personas habían abandonado la Iglesia y por eso los comportamientos anticlericales eran frecuentes», subraya monseñor Colombo. La lectura que hacía Giussani de aquel periodo refleja de manera directa toda la distancia que un clero diocesano, crecido dentro de una cultura profundamente católica, podía experimentar frente a la afirmación del comunismo, entendido como una auténtica alternativa social y cultural. He aquí una confirmación de esto en una experiencia vivida por Giussani en aquellos meses: «Llevo más de dos horas escuchando pasar los tranvías y camiones llenos de hombres y mujeres que han acudido a los bosques de Mariano [Mariano Comense es una localidad poco distante de Desio, *nda*] para la ‘Fiesta de la Unidad’ [una iniciativa promovida por los comunistas de Brianza, *nda*]. Y lloro, lloro como un niño. El Señor Jesús nos ha traído al mundo para ser felices, ¿por qué tanta gente se fabrica una ilusión efímera que les llevará a la infelicidad eterna?»⁶.

Semejante interpretación no hizo sino incrementar su compromiso: Giussani, como refieren los testigos de la época, se paraba a discutir con las personas en cualquier lado, incluido el transporte público y las paradas. Así, en lugar de llegar a Seveso los domingos por la tarde, llegaba al anochecer. Esto no dejó de tener consecuencias: con el invierno a las puertas, el frío era ya intenso, especialmente en las viejas estancias del seminario. Faltaba la calefacción general y, como recuerda monseñor Colombo, «cada sacerdote tenía que ocuparse de encender la estufa de carbón y leña de su propia habitación. Muchas veces el resultado era más humo que fuego. Cuando don Giussani volvía del domingo que había pasado en la Barona estaba tan exhausto que no pensaba ciertamente en calentar su habitación. Con el cuerpo caliente y el corazón encendido por los encuentros que había tenido en el confesionario, en la parroquia o en la calle, se dormía en medio del frío, sin tener en cuenta el riesgo que suponía para su salud».

Los problemas pulmonares que sufría, con fiebre de hasta 40 grados, eran con toda probabilidad la consecuencia natural de aquellas idas y venidas, según lo que afirma siempre monseñor Colombo: «La bronquitis degeneró en pleuritis. Y don Giussani se vio obligado a suspender su servicio en la parroquia de la Barona, y, en consecuencia, el tan

deseado apostolado entre la gente de aquel barrio. Desde entonces sus problemas pulmonares le acompañaron durante toda su vida, las dificultades respiratorias fueron su cruz».

La enfermedad se manifestó a principios de noviembre, y fue tratada inicialmente en el seminario, pero a raíz de un empeoramiento Giussani se vio obligado a ingresar en el hospital de Desio: el funcionamiento de un pulmón quedará comprometido de manera permanente.

La primera noche en el hospital

Para una personalidad atenta a la reflexión y por consiguiente a la valoración de cada episodio de la vida cotidiana, también la primera noche que transcurrió en el hospital se convirtió para Giussani en ocasión para hacer unas consideraciones de fondo: «Llevaba ya fastidiado cuatro meses. Venía a Milán, a la Barona [...] para ejercer un poco el ministerio pastoral; entretanto estudiaba para la tesis de licenciatura y en el seminario me habían dado una habitación gélida —¡hasta en agosto estaba helada!— así que agarré una pleuritis terrible: estuve enfermo tres años. La primera noche en el hospital oí sollozar a unos padres que llevaban a su niña con un crup, y se estaba ahogando (gracias a Dios, a la mañana siguiente lograron dilatarle la tráquea, abrirle un agujero y hacerla respirar). Me hice amigo de ellos; y la madre, algunos días después, me enseñó unas fotografías suyas: una mujer bellísima, desfigurada totalmente por un *lupus* que posteriormente había superado (lentamente se había recuperado de él, y, en efecto, era todavía una bellísima mujer). Pero cuando me lo contaba, me decía: ‘¡Cómo cambia el trato hacia ti! Ya no eres nada. Hasta dos días antes estaba muy solicitada (decenas y decenas de llamadas de teléfono por la noche), pero luego ya no eres nada, después del brote del mal ya no eres nada’. Y añadió: ‘¡Pero yo era todavía yo! ¡Yo era yo! A pesar de todo el efecto de la enfermedad en la piel, el trastorno del orden y, por tanto, de la belleza que provocó el *lupus*, yo era todavía yo, era tal cual. Y sin embargo ya no me buscaba nadie’»⁷.

A partir de ese momento y durante algunos años don Giussani será enviado a pasar largos periodos de convalecencia —él hablará irónicamente de «exilio»— en diversas localidades, generalmente en centros gestionados por órdenes religiosas o ligados a la diócesis de Milán, principalmente en Varigotti (en la costa ligur), en la Casa de San Francisco.

La enfermedad y las largas ausencias complicaron la prosecución normal de sus estudios, en particular los de los últimos años de teología. Describía su situación en una carta a la familia del 5 de diciembre de 1945: «Queridísimo papá, recibo ahora mismo la maleta. Muchas gracias, sobre todo por la muda de ropa de cama. La mermelada no sé cómo agradecerósla; pero por ahora no me la mandéis más: usadla vosotros que tenéis más necesidad que yo, especialmente Gaetano. En lo que se refiere a mi salud [...] es una colecistitis con molestias hepáticas (= hígado). Hace diez días tuve un pico de fiebre alta que duró 2 días. Naturalmente, después ya no hubo nada. [...] Por la noche, a veces, la

fiebre marca una, dos o tres rayas».

Preocupado por no alarmar a sus padres, añadía: «Lo único que hasta ahora me mantiene a veces fuera del horario de la comunidad es que estudio y duermo caliente, en la enfermería. [...] Recemos y seamos buenos para que no tenga más necesidad de ninguna atención particular, que es la cosa que más me fastidia (mientras que, si estuviésemos aquí vosotros, diríais: ‘bobo, ¡trata de alargar esa vida allí lo más que puedas!’). Pero, no lo dudéis, que hasta que no esté completamente curado, no la dejaré: las molestias que he tenido derivan de un poco de descuido con el frío y con la forma de comer)»⁸.

Del brote de su enfermedad hablará don Giussani también en dos cartas a Majo, que acababa de recibir el subdiaconado. Además de atestiguar su incierto estado de salud, esas cartas constituyen también un documento de su capacidad de reflexionar sobre la enfermedad dentro de una dimensión existencial.

La primera misiva está fechada en «Desio, diciembre de 1945»: «Querido amigo, creo que tu bondad agradecerá igualmente el pensamiento de quien quiere ser tu mejor amigo, aunque lo escriba con la mano temblorosa por la fiebre que no me deja desde hace 50 días con sus inexorables 38° y más. [...] Y mientras paso la Navidad guardando cama en mi habitación en el hospital de Desio, pediré al amor que nace niño que conserve siempre en ti la pasión de este primer beso con su rostro infinito»⁹.

La segunda es del 3 de enero de 1946, escrita también desde Desio: «Mi querido amigo, la primera vez que he llorado de melancolía y dolor durante los 65 días de enfermedad ha sido antes de ayer cuando leí tu carta. [...] Siento sobre mí el peso de la tentación de tristeza y de soledad que te envolverá la noche de tu vuelta al seminario. Yo tomo tus manos, miro tu rostro bueno y te digo de todo corazón como hermano: ‘Tú sabes cuánto desearía arrancarte del corazón la angustia que te oprime, quitártela y apropiármela’. [...] P.S. 1) El día de Navidad —qué extraña casualidad— fue precisamente el día en que empecé de repente a estar mejor»¹⁰.

Desde entonces, en fases alternas, la enfermedad le acompañará durante toda su vida¹¹.

Giussani, una persona activa, se vio así condenado a meses de imposibilidad de hacer nada, excepto curarse. La convalecencia se prolongó más allá de lo previsto y, en efecto, el 20 de febrero de 1946 le confiaba a Majo: «Hace muchísimo tiempo que no siento ya en torno a mi cara el sabor áspero, pero tan familiar, de los bosques de Venegono [...]. Voy mejorando. Y mi mayor sacrificio es la humillación de estar enfermo»¹². Y de nuevo desde Varigotti, el 11 de abril de 1946, escribía: «Porque yo sé que cada instante que transcurre en esta inactividad forzosa, en este penoso cuidado de mí mismo, puede ser un inmenso acto de amor que sirva para la felicidad de mis hermanos los hombres y para la gloria de mi Amigo Divino, mucho más de lo que habría podido hacer con mi ardor exterior»¹³.

De hecho, estas expresiones atestiguan que la enfermedad era percibida por Giussani como un hecho que tenía su sentido dentro del designio divino general, más de cuanto pudiera tenerlo su activismo. Todo era abrazado con una mirada positiva.

«Eres realmente como este mar: inmenso y arcano»

En esos meses de «inactividad forzosa» las cartas que Giussani intercambió con sus familiares y con su amigo Majo se convierten en la única fuente de información sobre su modo de vivir la enfermedad y el alejamiento obligado. El 16 de mayo de 1946 escribía a su hermana Livia: «Me he vuelto extrañamente perezoso también yo: qué quieres, trato de estar quieto lo más posible (cuando lo consigo), para ver si pasan definitivamente esas rayas de fiebre que a menudo están ahí todavía: porque, a pesar de que esté estupendamente aquí, sin embargo... ‘¡vuelve a tu pueblecillo, que es tan bello!’ No sé cuándo podré ir a casa: depende de monseñor Petazzi. ‘Regordete’ ciertamente no me verás [...] ‘bronceado’ tampoco [...] ‘sonriente’, eso sí, no hay peligro de lo contrario. En conjunto estoy bastante, digo ‘bastante’, mejorado»¹⁴.

A sus padres se dirigía el 13 de septiembre de 1946, mientras estaba todavía en Varigotti: «Aquí estoy verdaderamente bien: hambre y buen tiempo me ayudan. Aunque la fiebre del día antes de partir se haya mantenido en 37-37.1 (pero ya [desde] hace algunos días no tengo)». Les confiaba también un motivo de inquietud: «No obstante, ahora espero algo de Mons. Petazzi: estoy preocupadísimo por cómo pagar aquí: la mensualidad tiene que haber aumentado algo. Veremos. Si veis a la señora Andreina [Gavazzi, *nda*] dadle, especialmente tú, mamá, noticias mías. [...] Espero estar de vuelta para el comienzo del curso escolar, así eventualmente podría ayudar en sus estudios a Brunilde»¹⁵.

Giussani proseguía con sus meditaciones. A su alrededor, en aquel rincón de Liguria al que le obligaba su enfermedad, todo se convertía en una ocasión que suscitaba en él sorprendentes analogías: como el 24 de septiembre de 1946. El jardín de la Casa de San Francisco en Varigotti, que está situada algo por encima del pequeño pueblo a espaldas de la playa, domina el mar, más allá del golfo; debajo están las casas del burgo y la playa con el pequeño puerto. Arriba, la antigua torre y más lejos la pequeña iglesia medieval de San Lorenzo, casi encima del mar. Probablemente Giussani estaba sentado precisamente en ese jardín, en una esquina —donde hay una pequeña estatua de la Virgen—, cuando tomó papel y pluma: «Eres realmente como este mar: inmenso y arcano», escribe a su amigo Majo, «al que siempre escuchas decir su pensamiento misterioso y profundo, que comprendes, aunque no seas capaz de repetírtelo con palabras comprensibles y exactas; este mar, que ahora está en calma y al que casi no oyes besar la orilla, y que parece soñar, mientras que dentro de unas horas estará todo alborotado, ansioso y apasionado, y no sabes por qué... pero en calma o agitado, silencioso o embravecido, el mar tiene todos los días y en cada instante un mínimo común denominador, un significado base único e inexorable, que es su grandeza: el sentido arrollador de una enorme aspiración al infinito, al misterio infinito. [...] Así es tu vida, en las vicisitudes angustiosas o serenas que se suceden aparentemente sin motivo: hay una voz, una pasión, una agonía que está en la base de todo, y es la voz, la pasión, el ansia por Él, felicidad, belleza, bondad suprema»¹⁶.

Y el 12 de diciembre de 1946 informaba de nuevo a su amigo de que no había estado

bien y que todavía no se había recuperado: incapaz, escribía, «en esta tarde ventosa y oscura, atrio del invierno, de responder al estado de ánimo particular con el que me escribiste. Estoy demasiado cansado». Pero después hablaba enseguida del sentimiento que le dominaba: «La esencia de la vida, de las aspiraciones, de la felicidad, es el amor. Un amor infinito, inmenso, que se ha inclinado sobre mi nada y ha creado de ella un ser humano, un grano de polvo en cuanto al cuerpo, pero sin límites en la apertura ávida de verdad y de amor que constituye su inteligencia y su corazón. Un amor infinito, enorme, que ha realizado el disparate de hacerme infinito como Él, a mí que, como ser creado, soy polvo finito. [...] Amigo personal del Infinito; eres polvo, pero eres mar»¹⁷.

El 21 de diciembre de 1946 hablaba de sí mismo en Varigotti como en una condición de «verdadero ‘exilio’» y añadía: la Navidad «me obliga con gusto a salir de la indolencia, y con la felicitación te envío toda la fuerza de mi amistad»¹⁸. Giussani ya se ha familiarizado con una condición de precariedad que le hace escribir algunos días después: «Yo estoy bien, y solo deseo poder volver [a Venegono, *nda*]. La fiebre no me abandona. Pero entretanto hago alguna cosa»¹⁹.

Giussani continuaba tranquilizando a los suyos, por ejemplo escribiendo a Livia: «Voy de nuevo a que me vean en Pietra Ligure», en el hospital Santa Corona (en esa época perteneciente a los Institutos clínicos de especialización de Milán). «Estoy realmente bien: como y duermo; a pesar del frío que ha sido excepcional también aquí, y que dura todavía. [...] Solo la fiebre permanece invariable». Después dirigía casi un reproche a sus familiares: «Espero que se os haya pasado la locura de venir aquí. Porque habría sido realmente algo fuera de lugar. 1.000 liras no son nada y son muchísimo: en vez de eso, comed algo bueno, que servirá todo ello de ganancia, especialmente para los más pequeños. [...] Estos son tiempos excepcionales, es necesario renunciar también excepcionalmente a muchas cosas que sin duda serían convenientes»²⁰.

Refiriéndose a la noticia de la muerte de un estudiante de primer año de teología, Cesare Prada, al dirigirse a Majo se abandonaba a una consideración: «¿Acaso no podría pasarme lo mismo dentro de unos meses? Y no lo digo porque ahora haya ‘síntomas’ que lo insinúen, sino porque nadie sabe el plan que Dios tiene sobre lo que cada uno de nosotros va a ser. Y, en cambio, esto es lo único para lo que estamos en el mundo. Y esta es la máxima felicidad, y el mayor gozo, porque si el valor y la belleza de la vida residieran en otra cosa, ¡qué inmensa melancolía nos invadiría a los que, desdichados, no podemos tener absolutamente nada, porque las vicisitudes de la vida nos han privado de todos los sueños, de los ideales y de las posibilidades, y lo han hecho justamente cuando todo el ímpetu de la vida que florecía nos lanzaba a ella, hacia la meta soñada». No obstante, añadía enseguida, «sigo estando sereno, precisamente porque esta enfermedad y esta negación aparente de vida me ha dado la convicción *«inébranlable»* [que no puede derrumbarse, *nda*] de que lo único que importa es la voluntad de Dios: es decir, que lo único que importa es el amor. Y he aprendido que el único grito que debemos elevar es: O Unitas, o Charitas. Unidos con Jesús, nuestro Dios hermano; caridad por Jesús, nuestro Dios verdadero. Sigo estando sereno», repetía, «aunque a veces la melancolía me asalta espantosamente: solo 10 segundos cada vez, impetuosa, hace incluso que grite:

después, en un momento, vuelvo a ser dueño de mí mismo»²¹.

Desde Varigotti, durante el mes de mayo, escribía a su hermana Brunilde: «¿Te gusta el color del papel? Es del color del mar. Pero no es el de estos días, que está furioso y removido como el alma en un acceso de rabia: lleva todo el día rompiendo con fragor sobre la playa con olas tan altas como nuestra casa. Siento que haya manchas de aceite en la carta...: hay muchos gatos aquí». Luego la invitaba a encomendarse «a la Virgen María —que es el mes de mayo: haz florecillas—, y a san José: reza todos los días un Gloria a san José, y verás cómo te ayuda; yo lo hacía siempre y san José no deja nunca de ayudar». Giussani estaba pensando en la estatua de madera de san José que había en la galería porticada del ala de teología en Venegono y a la devoción hacia él que recomendaba a los seminaristas el director espiritual, padre Mauri. Pero, sobre todo, continuaba Giussani, «promete al Señor y a la Virgen que serás una mujercita como se debe. ¿Ves? Hay algunas cosas que existen, como existe este cielo infinito, como existe la belleza de las cosas creadas, como existe la belleza de esta miríada de flores, unas distintas de otras, y su perfume que envuelve a toda la persona con un efluvio temeroso y dulce; pero hay una cosa que es más bella, más fina, más gentil, más esplendorosa, más inmensa, más duradera, que todas estas efímeras cosas exteriores: y es la virginidad del corazón y la bondad del alma; que no se ven, pero que existen; que no se tocan, pero que existen. Existen y permanecen, mientras que lo demás está ahora ahí, pero mañana se marchita. Y lo que le importa al hombre es lo que permanece; lo que permanece acompañándole en su camino; lo que permanece como testimonio en su corazón y en su conciencia. Acompañándole y dando testimonio de él delante de Uno que espera»²².

El 15 de agosto de 1947, desde Ponte di Legno, en Val Camonica, alojado en Villa Luzzago (una casa alpina en esa época propiedad de la diócesis de Brescia), Giussani escribía a Majo, que acababa de perder a su padre, obrero de Sesto San Giovanni y excelente católico: «Todos los hombres están cerca de nosotros, porque comparten nuestra misma estructura de aspiraciones y de sufrimientos. Basta con pensar que todos pueden sentir el mismo dolor que tú padeces. Sobre todo, los hombres nos resultan cercanos porque cada cual representa y encarna para nosotros algo de Él. [...] Aquel que, con tu madre, más te lo representaba, codo con codo, con un ansia y una pasión que ninguno de nosotros podía tener, te ha sido arrebatado. ¡Cuánto dolor! Pero no te habrá extrañado. Te habrá dolido, al menos por fuera, pero no te habrá extrañado. Los símbolos no caen más que para hacernos percibir y ver más la realidad. Y cuanto mayores son los símbolos que caen, tanto más se nos acerca la realidad, imponente. Mírala a la cara, la realidad, es Él: el Señor Jesús. ¡Solo Él es, verdadera y terriblemente! Pero mírale a la cara como nunca le has mirado hasta ahora. Jamás su mirada fue así, tan fija, tan escrutadora, tan exigente. En el fondo, no te ha ‘quitado’, te ha ‘dado’».

Majo no olvidará nunca esas palabras, y sobre todo las últimas que Giussani le escribió en aquella ocasión: «Te hablo como si tuviera mi cabeza apoyada en tu hombro»²³, casi por analogía con el episodio evangélico de Juan con Jesús en la Última cena. «¿Existe una voz, un amor, un rostro de amigo más verdadero, más grande que este?» se preguntaba Majo. Desde aquel momento, «don Giussani se convirtió en alguien de mi

familia. Como uno más de casa, tan grande era el afecto, compartiendo nuestros dolores y alegrías. Además, tenía por mi madre una especial y profunda devoción»²⁴. Mujer de carácter fuerte y decidido, cuando se quedó viuda se dedicó a la vida parroquial, hasta llegar a ocuparse de la gestión de la casa que la parroquia tenía en la montaña, en Vione, bajo el Adamello, de la cual será huésped también Giussani.

«El término último, escondido pero presente, de toda aspiración»

El 7 de noviembre de 1947 Giussani estaba en Riccione, desde donde mandó de nuevo una carta a su hermana más pequeña, preocupado por lo que ella le había escrito: «La última palabra de tu carta, Brunilde, es precisamente contraria a la primera palabra del Santo Evangelio: ‘Por esto temo mucho, don Luigi’, escribes. ‘No temas’, le dijo el ángel a Zacarías en el templo. [...] ¿Qué es lo que temes, Brunilde?». Pero precisaba a continuación: «Verdaderamente sí que hay que temer una cosa: el miedo a ser generosa. Pero el Señor quita este miedo a quien recurre y se fía plenamente de Él. [...] Dios no manda ni exige cosas complejas: Él es absolutamente sencillo. Tú debes vivir lo más generosamente posible estos años tuyos. No hagas como el asno de Buridán que no sabiendo si comer paja o heno ante dos montones de forraje, murió exhausto de hambre, sin hacer nada».

Y respondiendo probablemente a la inquietud de su hermana por el futuro, Giussani continuaba: «Ante todo tómate las cosas con prudente calma y serenidad: no es obligatorio ni justo pretender decidir ahora, así, sobre la marcha: ¡tienes poco más de 15 años! Entretanto tienes ya grandes tareas que cumplir: vive este momento de tu vida, porque en él está la voluntad actual de Dios: esta es una de las leyes más grandiosas y fundamentales de la vida del universo y de nuestra vida de hombres, que es otro universo». ¿Cuáles son las tareas que Giussani le invitaba a reconocer? «Ante todo sirve a tu familia, ayudando así a crecer a Gaetano. Es algo que consideramos y sentimos como poca cosa, pero es ya una gran tarea». Y además el estudio, para prepararse «a lo que será tu mañana», y en todo caso «sea cual sea tu vida futura podrás dedicarte al apostolado»; y si el tiempo no lo permite, «suplirlo interesándote, preguntando, insistiendo, de modo que mantengas el corazón ‘vibrante’». Recomendaba a su hermana también que leyera, «para ponerte en contacto con quienes han ‘vivido’ su vida antes que tú: y siempre encontrarás luces nuevas y experiencias impensadas». Por último le recuerda que rece: «La oración no es la eflorescencia de un estado sentimental o de sensibilidad, es el fruto —esfuerzo de voluntad— que nace de la convicción de Dios y de su necesidad. Reza mucho a la Virgen, reza muchos rosarios. [...] Piensa a menudo en nuestro Señor Jesús que es el término último, escondido pero presente —aunque demasiadas veces ignorado— de toda aspiración humana»²⁵.

Desde Loano, el 9 de diciembre de 1947, Giussani se abandonaba a algunas reflexiones sobre el valor que tiene la vida de un hombre, que supera en belleza a todo lo que le rodea: «Queridísima Livia, [...] las circunstancias en las que poco a poco nos encontramos en nuestra vida, muchas veces tan independientes y contrarias a nuestra

voluntad y a nuestros deseos, constituyen los signos de la tarea que Dios confía a nuestra existencia, momentáneamente o a largo plazo. Y el valor de nuestra vida y de nuestro ser humano consiste en cumplir esta tarea nuestra. Nosotros apreciamos el genio poético, nos quedamos fascinados por la creación artística, nos dejamos invadir de emoción ante la belleza de la naturaleza, veneramos la grandeza de la majestad con autoridad: y sobre todos estos elementos de impresión nuestra alma construye instintivamente sus deseos y el criterio de sus aspiraciones. Pero nunca nos damos cuenta, y no queremos convencernos de que todo esto es perfectamente secundario y exterior; y que cada uno de nosotros, al esforzarse por cumplir lo que debe cumplir, hace algo bastante más perfecto que cualquier obra de arte y cualquier perfección natural. Con esta concepción la visión de nuestra vida se serena y aclara en un horizonte impensado y amplio: aprendemos a estimar, a ser entusiastas de nuestra vida, sea como sea, porque es una inmensa obra maestra: por ahora invisible, pero más verdadera que todo lo demás, que pasará»²⁶.

Desde Celle Ligure, el 27 de enero de 1948, se excusaba con Brunilde por haber dejado pasar el día de su cumpleaños —«aunque lo esperaba desde hacía mucho»— sin haberle escrito. Y pensando en su futuro, le decía: «Sea cual sea la vida que abracés, hay una cosa que debes hacer, Brunilde [...]: servir al Señor Jesús. Pero no servirle como cada hombre le debe servir y le sirve de hecho con una vida *a peu près* cristiana; servirle desde la vanguardia, servirle como gente dedicada, y que, más que por cualquier otra cosa, vive para combatir por su Reino. [...] Yo siempre he soñado esto para ti, Brunilde: verte doblemente hermana, verdadera hermana, ‘ayuda’ y ‘compañera’ en lo que yo hago con toda mi pasión». Le hablaba también de «un nuevo modo de apostolado misionero», es decir, de «profesionales laicos que marchan al servicio de las misiones en la India, África, etc.». A ese propósito, le informa, «acordé en Ponte di Legno con una decena de jóvenes universitarios y licenciados que organizaríamos una expedición general, cuando se hubieran casado, para marcharse todos a Japón a ejercer su profesión, pero al mismo tiempo para servir al apostolado misionero: hablábamos de esto riendo, se entiende; pero, aun riéndonos, hablábamos de una idea seria».

El apunte de Giussani es muy importante: Villa Luzzago, en Ponte di Legno, hospedaba a estudiantes y familias: «Aunque pasaba allí una temporada de convalecencia», recuerda monseñor Giorgio Colombo, «atraía y conquistaba a los jóvenes estudiantes, pero también a los universitarios y licenciados que se alojaban allí. Y quién sabe cuántas bonitas conversaciones suscitaría en aquella agradable Villa Luzzago, donde había también una amplia capilla para las funciones litúrgicas».

La carta de Giussani terminaba con una invitación a su hermana: «Y aprende a ofrecer al Señor por la mañana todo el día, con la intención de ofrecerlo todo, por ejemplo, por el Papa, por la victoria democristiana, por las misiones, por Rusia, etcétera. Y durante el día esfuérzate por habituarte —antes de cumplir tu deber, de ponerte a estudiar, de ir a clase, de trabajar, ante una tarea, un revés, etc.— a ofrecer todo de nuevo, como por la mañana, a renovar mentalmente tu ofrecimiento. Este esfuerzo de acostumbrarse es la mejor oración. Te asombrarás de los efectos que producirá en tu corazón»²⁷.

Y escribiendo a su hermana Livia, Giussani volvía sobre el tema del Reino de Dios:

«Cuando está lo esencial, todo lo esencial, ¿por qué no acoger con gran alegría el don que Dios nos hace para nuestra vida, que a la postre es un viaje provisional, y en el que todo lo que vive junto a nosotros no es otra cosa que símbolo pasajero de quien nos espera para siempre? Es necesario, sobre todo, obrar: hacer el bien, ser útiles al mundo, contribuir en la lucha por el Reino de Dios. Este es el valor y la satisfacción esencial de la vida»²⁸.

«El puente que forma la Vía Láctea sobre el mar»

De sus largas estancias en Varigotti, Giussani conservaba un sinfín de recuerdos. Como están vivos en su memoria, los citará a menudo a lo largo de los años siguientes. Por ejemplo este, del que hablará durante una reunión con un grupo de trabajadores precisamente en la pequeña ciudad ligur: «Había aquí en Varigotti un profesor al que habían jubilado porque sufría una esquizofrenia terrible. Cuando yo estaba enfermo, hace ya veinte años (estuve aquí tres años), me lo encontré una vez... y no sé cómo empecé a hablar. A él le evitaban todos porque era esquizofrénico. Entonces se pegó a mí: yo tenía que perder tres o cuatro horas al día escuchando aquellas peroratas llenas de observaciones fantásticas sin sentido. Y una de las cosas que me decía es que tenía un pequeño huerto... había vendido todo, pero había mantenido un pequeño huerto, aquí arriba, en medio de los olivos, adonde iba a cavar todos los días: ‘porque al menos allí hablo con la tierra’. Recuerdo precisamente esta expresión: ‘Yo hablo con la tierra’... Y además otras cosas que ahora no recuerdo. Porque el trabajo es la expresión de la persona: aquel pobre hombre tan enfermo, tan desquiciado, se reencontraba a sí mismo en el trabajo manual, porque allí lo conseguía»²⁹.

He aquí otra experiencia que tuvo en aquel rincón de la tierra ligur: «Durante el invierno venían colonias de niños. Una vez, lo recuerdo como si fuera ahora, la fila de los niños estaba caminando por la carretera que va de Varazze a Celle, por la izquierda, porque había coches, de dos en dos; delante caminaba la señorita, una robusta señorita, que sujetaba a una niña con un dedo —una niña pequeña, que se llamaba María, con el pelo trenzado—, y a lo largo del camino había tamarindos en flor, que tenían sus ‘cabellos’ largos; por eso, apenas soplabá un poco de viento, los tamarindos eran los primeros en vibrar, como las hojas de los álamos. Yo estaba detrás de la señorita, porque tenía que decirle una cosa, y escuché a la niña que decía: «Señorita, ¡están rezando!». Entonces pensé que esta niña se había quedado con las homilías que yo decía en misa los domingos; los mayores no se quedan con ellas, porque se siguen a sí mismos»³⁰.

Episodios aparentemente banales daban también ocasión a Giussani para observaciones de orden general. En Varigotti, en el jardín de la Casa de San Francisco, había muchos gatos. Una vez vio morir a un gatito al caerse de un balcón: «Allí, a dos palmos, estaba otro gatito de su misma camada: se quedó allí un instante mirándolo y luego se marchó lentamente». Giussani comentará: «Las relaciones entre los hombres son así. Solo Dios traspasa esa extrañeza y se entrega a su criatura, sacándola de la nada por piedad y reconstituyéndola una y otra vez, conmovido, en una inocencia en la que

asoma la alegría»³¹.

Un día en Celle Ligure ocurrió un hecho del que Giussani extrajo una lección sobre el valor y el origen de la atención: «Iba todas las tardes desde Celle Ligure a Varazze y luego volvía. Allí la costa forma una pequeña ensenada, hace un giro. Hay un murete bajo, y después están la playa y el mar. En las tardes de primavera el murete se llenaba de parejitas, y yo pasaba muchas veces y me decía: ‘Bueno, quién sabe de qué viven estos pobres, estos pobrecillos que viven sin saber por qué viven, y por eso viven del instinto (aunque toda la gente es así)’. Una noche no había luna, pero el cielo estaba absolutamente limpio, lleno de estrellas. Justamente a la vuelta del camino vi, como ninguno de nosotros ha visto jamás, [...] el puente que forma la Vía Láctea sobre el mar. Entonces pensé: ‘Es verdad que existe el ciento por uno aquí. ¿Quién sabe observar el mar de este modo? ¿Quién sabe observar las cosas hasta este punto?’»³².

Giussani pasaba también algunos periodos de reposo en la montaña; desde Ponte di Legno, en julio de 1947, escribía a Majo: «Yo me quedaré aquí hasta finales de agosto. [...] Sigo todavía con fiebre, pero me parece que se puede amar al Señor igualmente. ¿Acaso no es lo único que hay que hacer?»³³.

Las elecciones políticas de 1948

Al término de la Segunda Guerra Mundial, Italia era un país destruido —los daños humanos y materiales eran enormes—, que tenía que poner en marcha un ingente esfuerzo de reconstrucción. Tras el referéndum del 2 de junio de 1946, que sancionó el paso de la Monarquía a la República, los trabajos de la Asamblea Constituyente marcaron un punto de convergencia —aún dentro de una fuerte dialéctica— entre las diversas componentes culturales e ideológicas (católicos, comunistas, socialistas, liberales, republicanos y accionistas). El resultado fue la Constitución de enero de 1948, cuyo texto se aprobó casi por unanimidad.

El 18 de abril de 1948 los italianos fueron llamados a las urnas para elegir el parlamento de la república. En vísperas de las elecciones, el resultado no podía darse en absoluto por descontado. Las elecciones políticas, en efecto, veían contraponerse de forma durísima, hasta llegar al enfrentamiento físico, al Frente popular (PCI, PSI y otras formaciones menores) y la Democracia Cristiana.

Algunos pronunciamientos pontificios atestiguan cuál era la percepción que tenía la Iglesia de aquellos años posbélicos y del clima que había creado. Con motivo del referéndum Monarquía-República y de las elecciones para la Asamblea Constituyente del 2 de junio de 1946, Pío XII se dirigió a los jóvenes de la Acción Católica subrayando la necesidad de «iluminar a los católicos acerca de los intereses religiosos que están actualmente en serio peligro». Las palabras del Pontífice eran inequívocas: «El objeto contra el que dirige hoy día su asalto el adversario, de forma abierta o engañosa, ya no es, como ocurría ordinariamente en el pasado, uno u otro punto particular de doctrina o de disciplina, sino todo el conjunto de la fe y de la moral cristiana hasta sus últimas consecuencias. Se trata, en otros términos, de un asalto total; de un pleno sí o de un

pleno no. En este estado de cosas, el verdadero católico debe permanecer mucho más firme y anclado en el terreno de su fe y demostrarla con hechos. En el calor de la lucha, un cristianismo meramente exterior y formal se funde como la cera al sol»³⁴.

Al año siguiente, hablando ante cien mil hombres de Acción Católica reunidos en la plaza de San Pedro (7 de septiembre de 1947), el Papa invitó a todos a movilizar sus fuerzas: «No hay tiempo que perder. El tiempo de la reflexión y de los proyectos ha pasado; es la hora de la acción. ¿Estáis preparados? Los frentes contrarios, en el campo religioso y moral, se van delineando claramente cada vez más: es la hora de la prueba». Y para hacer todavía más explícitas sus palabras evocó una figura muy querida para todos los italianos, que subió a los honores de las crónicas precisamente en aquellos años: «Mirad a vuestro Gino Bartali, miembro de la Acción Católica; él ha ganado muchas veces la ambicionada ‘maglia’. Corred también vosotros en este campeonato ideal, de modo que conquistéis una palma bastante más noble»³⁵.

La circunstancia se percibía como decisiva para la libertad de la Iglesia, hasta el punto de que en un encuentro con el clero de la diócesis de Roma, el 10 de marzo de 1948, Pío XII habló de los «deberes que os impelen y os obligan en esta hora tan grave, y nos mismo [...] repetiremos con los apóstoles: No podemos callar: *Non possumus non loqui*». Resumió a continuación algunos principios fundamentales. Los sacerdotes debían llamar la atención de los fieles «sobre la importancia extraordinaria que tienen las próximas elecciones y sobre la responsabilidad moral que deriva de ello para todos aquellos que tienen derecho al voto». Y daba dos directrices: en primer lugar, «es de estricta obligación para cuantos tienen derecho, hombres y mujeres, participar en las elecciones. Quien se abstenga, especialmente por indolencia o vileza, comete en sí un pecado grave, una culpa mortal»; en segundo lugar, «cada uno debe votar según el dictado de su propia conciencia. Ahora bien, es evidente que la voz de la conciencia impone a todo sincero católico dar su voto a aquellos candidatos, o aquellas listas de candidatos, que ofrecen garantías verdaderamente suficientes para la tutela de los derechos de Dios y de las almas, para el verdadero bien de los individuos, de las familias y de la sociedad»³⁶. Esto lo afirmaba hablando de la «noche oscura» que pesaba sobre el mundo.

Pío XII apostó y se apoyó en la Acción Católica de Luigi Gedda³⁷ y en sus Comités cívicos, instrumentos capilares de movilización popular.

Una semana antes de las elecciones, el 12 de abril de 1948, Giussani escribía a los que tenía más próximos a él: sus compañeros de reemplazo (es decir, los nacidos en su mismo año) y los parroquianos de Desio. Su hermana Brunilde, que tenía entonces dieciséis años, recuerda que fue de casa en casa para entregar las cartas de su hermano.

A los de su reemplazo se dirigía con estas palabras: «Mi querido amigo, quizá te parezca extraño recibir esta carta mía, y a primera vista te parecerá todavía más inconveniente su contenido. Pero tu sentido común sabrá comprenderme y la amistad que nos une me sabrá perdonar si, tratando de asumir un preciso deber mío de conciencia, hiero quizá tu susceptibilidad. Hace unos quince años tú me llamabas ‘Gigetto’ o ‘Gigi’ y vivíamos en compañía. Ahora me llamas con el ‘Don’ y no nos vemos más que en raras ocasiones. Tú has tomado tu camino, y yo he tomado el mío. Tú

tienes tus ideas, y yo las mías. Pero espero que, además de la amistad por compartir la misma edad, continuemos teniendo todavía una gran cosa en común: el respeto a la tradición cristiana que nos han dejado nuestros mayores, la fe en la Iglesia de Dios».

Y Giussani llegaba al meollo: «Nos estamos acercando a un día que es decisivo para la vida de nuestra religión. Tú has comprendido ya, y quizá empieces a rebelarte ante lo que digo. Ya te han persuadido de que la Iglesia y la religión no tienen nada que ver con el 18 de abril. Ya te han convencido de que es todo un montaje de los curas ‘que hacen política’. Ya te han persuadido de que se puede ser comunista y seguir siendo cristiano». Por eso advierte de que «jueces y responsables del cristianismo no son los jefes de partido o los propagandistas que dominan la situación en las fábricas. Los jueces y los responsables de su cristianismo los ha creado Jesucristo en el Evangelio, y son el Papa y los obispos». Por eso, continuaba sin demasiados rodeos, «esto significa que quien no obedece al Papa y los obispos ya no es cristiano. También los zulúes de África son de algún modo religiosos. Pero si nosotros queremos ser cristianos hay que seguir a la Iglesia y a los ministros de Dios. Lee el discurso del Papa y dime si un cristiano puede hacer caso omiso y dar en cambio la razón a los que dicen lo contrario».

Con la confianza del amigo añadía: «Recuerda que es una ilusión esperar el bienestar económico de movimientos contrarios —aunque no estés persuadido de ello— a las leyes de Dios y de la Iglesia. No se puede servir a dos señores (Evangelio). No se puede pretender que la Iglesia bendiga tu matrimonio o tu muerte, porque así te resulta cómodo, y luego apoyar a los que hablan mal de ella y la calumnian. A Dios no hay que tomárselo a broma. Créeme, y te lo pido con mi acostumbrado afecto sincero: no actúes por incalificable aversión hacia la idea cristiana, no escuches a quien te llena la cabeza de antipatía y desconfianza hacia el signo de la cruz, que es el signo de la fe de tus padres [...]. Créeme: no soy un impostor, tú me conoces»³⁸.

La carta a los parroquianos retomaba muchos pasajes de la que envía a sus compañeros de reemplazo. Al dirigirse a personas adultas, concluía así su llamamiento: «No os fijéis en los hombres que sostenemos esta idea y este signo, no os fijéis en nuestras debilidades y en nuestras faltas personales: fijaos en vuestra Iglesia y en vuestro Señor. Y perdonadme»³⁹.

También en una carta (sin fecha) a su hermana Livia se refería al momento electoral: «Ofrezcamos al Señor el dolor que tenemos, y esto será más útil para las elecciones que nuestra obra y que el mal de los desgraciados y los malvados»⁴⁰.

Las elecciones de 1948 dieron el triunfo a la DC, que obtuvo el 48,5 por ciento de los votos contra el 31 del Frente, rozando la mayoría absoluta. Los democristianos obtuvieron 305 escaños sobre 574 mientras que 183 fueron al bloque social-comunista.

«Volveré a trabajar: esto sí que es algo más bello que las cumbres más altas»

Pasada la jornada electoral, Giussani —que todavía no había recuperado completamente su salud— se hallaba en Piancavallo (Verbania), desde donde escribía una carta a su amigo Majó, en junio de 1948, abandonándose a algunos recuerdos del

seminario y de sus años de teología: «Te recordé en los días del bachillerato, en los paseos por las tardes, en la mesita de estudio justo delante de mí. Todos mis temores de entonces, mi angustia, mis ansias —siempre he sido ingenuo—. Y la alegría brotaba en mí a raudales, porque te quiero de verdad, porque le quiero a Él: entusiasmado por verle maravillosamente capaz de tomar para sí a los que quiere».

Durante años Giussani estuvo animado por el pensamiento de que los hombres podían ser felices, pero ahora tomaba cuerpo en él otra evidencia: «Durante los estudios de teología yo sentía el ansia del apostolado, casi exclusivamente motivada —en mi sentimiento— por la obsesión de la ‘felicidad’ de los hombres. No me parecía que pudiera haber un porqué más concreto, más experimentable, más apasionado que ese. Y en cambio hay uno, todavía más experimentable, más apasionado, porque es más universal incluso que todos los hombres juntos y, al mismo tiempo más encarnado en nuestra personal individualidad. Universal porque es más grande que el universo, encarnado porque es amor personal, y, por tanto, completamente característico de nuestro ser individual. Y es el amor por Él, por su gloria. Por Él». Giussani alzaba la mirada y enseguida volvía a escribir: «¡Si vieses qué maravilla, aquí arriba! Decenas de cadenas montañosas, hasta el imponente Monte Rosa, que cierra el horizonte en escorzo; se ve perfectamente todo el Lago Mayor desde Suiza hasta Arona, con el reflejo estático de la lejanía. Y yo, con los ojos abiertos de par en par miro y pienso: tu amigo es todas estas cosas. Pero luego pienso que Él es también la arquitectura encantada de todos los rostros humanos bellos y la finura inaferrable de todos los corazones humanos más vivos; y después pienso que es incluso inmensamente más majestuoso, más perfecto, más sutil, y al mismo tiempo personalmente suyo, es decir, tuyo, más que cualquier criatura que pueda conocerte y amarte por los caminos de su vida, y entonces siento que mi alma se sumerge en un escalofrío de felicidad temblorosa»⁴¹.

El 18 de diciembre de 1948, desde Venegono, acusando una persistente situación de dificultad, no podía dejar de comunicar el efecto que provocaba en él la luz del atardecer: «¡Qué maravillosa es esta vida que de repente, desde el gris de sus monotonías —que parece interminable—, despliega un encanto de luz, una ‘fiesta’ que inunda con sus reflejos todo nuestro cielo, como esta tarde»⁴².

El cumpleaños de sus jóvenes hermanas siempre era para Giussani una buena ocasión para recordarles el ideal y la tarea de la vida. El 25 de enero de 1949, por ejemplo, escribía a Brunilde: para ella, como para cada persona, el día del cumpleaños «es el más feliz y grande del año. Porque contiene la memoria del instante en que se encendió también tu llamita en el inmenso mundo; llamita por decirlo de alguna manera, porque para cada uno de nosotros la llama de su espíritu es realmente más necesaria y grande que el universo entero. Llamita por así decirlo, porque cada uno de nosotros tiene ante sí tal posibilidad de bien que supera de lejos el valor estático del mundo físico». Por esto le deseaba «precisamente ese sentimiento profundo e incansable de la vida como posibilidad de bien. Aunque —especialmente dentro de nosotros mismos— crear bien puede pesar tanto como un verdadero morir»⁴³.

Y pocos meses después, el 21 de mayo de 1949, de nuevo a Brunilde, que debía de

haberle confiado alguna dificultad, Giussani le respondía desde el Centro Auxológico de Piancavallo, donde se alojaban enfermos convalecientes por el clima saludable que tienen los montes que están encima del Lago Mayor: «La debilidad y la inestabilidad son, más o menos, características de todos los hombres, especialmente en la edad en que tú te encuentras. No hace falta en absoluto considerarlas con el terror del esclavo que mira a su amo o con la sumisión del hipnotizado. Son males de nuestra naturaleza que se encienden sobre todo en las almas más sensibles, porque estas tienen más conciencia de ello y ven más su discordancia». Pero precisamente por esta imposibilidad de realizar todo el bien y el deber necesarios, «por nuestra radical debilidad e inestabilidad», indicaba a su hermana dos directrices: ante todo, «la oración humilde y asidua, especialmente con los sacramentos y el rosario»; en segundo lugar, «la gran regla: el valor de nuestro corazón no consiste en no equivocarse y hacerlo todo bien, sino en saber recomenzar siempre, en ser incansables, [...] porque lo único que haremos en la vida es precisamente reanudar incansablemente (después de cada circunstancia, cada vez que seamos conscientes de un error o una infidelidad) la carrera hacia Él».

Por lo demás, continuaba Giussani, «otra cosa importantísima: es justo y necesario que, cuando brille un ideal de belleza y de bondad, nos lo propongamos para la vida. Pero es necesario no tender nunca a él con ansiedad y terror, de modo que, si no lo alcanzamos en un tiempo determinado o en las circunstancias que nosotros queremos, toda nuestra existencia se convierta en algo inútil y sin esperanza». Y volvía sobre el tema del principio: «Tender a ello, sí, incansablemente, reanudando la vida después de cada fallo (y por consiguiente, al final de cada día): esto es lo que depende de nosotros y se requiere de nosotros, con serenidad y con confianza en Jesús». Porque el verdadero ideal es «lo que el Señor ha prefijado para nuestra vida: nosotros tenemos el derecho y el deber de considerar como el ideal de Dios lo que nos sonríe; pero cuántas veces, si nosotros perseguimos con sinceridad este ideal, en un momento dado nos encontramos, contentos, en los brazos de otra situación, la que Dios había preparado para nosotros, distinta de la que nos parecía». En todo caso, concluye, hay una sola cosa que debe ser «para todos, y en todos los ideales: la gloria de Dios, el reino de Jesús, la Iglesia, el apostolado: la A.C.»⁴⁴.

A lo largo de 1949, Giussani recuperó lentamente el vigor físico y también retomó su trabajo, que continuó sin descanso, como escribía a Majo. Estamos en el mes de julio: «No tendré ningún momento libre antes del día 8 por la tarde. Y el día 8 parto para Arma di Taggia. Tenemos que terminar una traducción para don De Ambroggi el día 7, es decir, antes del 7. Trabajo nueve o diez horas al día. [...] Perdóname la prisa con la que te escribo; pero te he dedicado un cuarto de hora que no puedo dar a nadie más estos días»⁴⁵. Don Pietro De Ambroggi era profesor de Sagrada Escritura en los cursos de teología y con frecuencia pedía a sus alumnos y a los jóvenes sacerdotes que le ayudaran en estudios personales.

Refiriéndose a un viaje que Livia debía hacer a Roma para el comienzo del Año Santo de 1950, Giussani le deseaba que, al caer en la cuenta de que «el mundo y la fe son algo inmensamente más grande que el lugar donde vives o la casa donde transcurre con

paciencia tu vida», se persuadiera de que «el valor de nuestra vida no se detiene ante el límite en el que nos sentimos ahogados, sino que forma parte de un gran todo al que nos unimos en el Señor. [...] Te pido que reces algún gloria a san Pedro y san Pablo, y algún Avemaría, para que yo pueda hacer un poco de bien al mundo»⁴⁶.

En los primeros meses de 1950 las actividades de Giussani se multiplicaron: por orden del rector empezó un ciclo de clases suplementarias a los alumnos del seminario que debían prepararse para los exámenes: «Al principio pensé no darlas, pero luego... de golpe me pareció casi que no tenía en cuenta a Jesús (¡un deber!) como debía... e inmediatamente decidí quedarme»⁴⁷.

El cardenal Dionigi Tettamanzi, seminarista desde 1945, aunque no tuvo a Giussani como profesor, le recordaba todavía «cuando atravesaba los pasillos con paso decidido y cuando salía del aula escolar casi siempre prosiguiendo su clase, infatigablemente dispuesto a afirmar, discutir y explicar con ardor los problemas más diversos a partir de la ‘pretensión cristiana’ y con referencia a ella». En efecto, Cristo «no es un simple nombre, no es un personaje del pasado: es lo más concreto, lo más real y vital que existe; es una persona viva que posee una ‘singularidad’ única e irreducible. [...] Unicamente sobre él se funda y se alimenta esa ‘identidad cristiana’, que es [...] uno de los aspectos más relevantes y que mejor califican a don Giussani, diría que a la escuela teológica del seminario milanés de Venegono, donde el joven sacerdote enseñó»⁴⁸.

El 25 de enero de 1950 Giussani confiaba a Brunilde que «a pesar de todas sus vicisitudes y sus alternativas, la vida sigue siendo siempre algo misterioso que se desarrolla bajo una apariencia monótona que la esconde»⁴⁹, aludiendo ciertamente al tiempo de su convalecencia.

Y en el corazón del verano de 1950, mientras estaba de vacaciones en Piancavallo, Giussani confesó a Majo cuánto le costaba «dejar estas alturas solitarias, ¡en las que el silencio habla continuamente a los ojos, a los oídos, al corazón...!»). Pero enseguida le aseguraba: «Volveré a trabajar; esto sí que es algo más bello todavía que las cumbres más altas»⁵⁰.

Eran tiempos de nuevas experiencias para Giussani, que descubría cada vez más que la única serenidad posible consistía en donarse: «Por eso me apiado de mí mismo, mientras que la tentación sería sentir solamente repulsión. Pero la serenidad llegará hasta aquí, porque Dios es bueno. Hasta ahora jamás había comprendido qué bueno es Dios, puesto que creó a la Virgen María»⁵¹. Y al enviar su felicitación a Majo, le explicaba por qué era bueno festejar el cumpleaños: «Se siente físicamente el amor de Dios que nos ha hecho, pudiendo no hacernos: *‘prior dilexit nos’*, nos sentimos ‘hechos’, con asombro. Es el día en que adoramos a nuestro padre y nuestra madre: ellos son su instrumento sensible»⁵².

El 4 de octubre siguiente, dirigiéndose a su hermana más pequeña, Giussani describía el estado de ánimo en que fácilmente caemos, y este conocimiento estaba ligado a la experiencia sacerdotal que desde hacía cinco años le ponía en contacto con la gente: «La vida nos cierra con frecuencia el paso —por no decir casi siempre— a las situaciones

mejores; ciertamente para que no olvidemos que solo una es ‘la situación mejor’ (status optimus), para que no dejemos de tender y de aspirar, que es la riqueza dinámica de la vida». Para él esta era «una constatación tremenda: cuando uno logra una situación cómoda, satisfecha; cuando uno logra ‘arreglárselas’, en el 99 por ciento de los casos repentinamente se encoge, se limita. Incluso gente viva, ardiente, altruista, se limita y se encierra». Este es precisamente «el ‘mal’ de este mundo: el bien, la satisfacción, en lugar de acrecentar y multiplicar la tensión del alma, la silencian, la debilitan. El bien, la satisfacción alcanzada, a menudo, en vez de completar al hombre, lo desintegran, lo vacían: porque el hombre es mucho más hombre cuanto más tiende, actúa, se derrama, se dona, se sacrifica». Giussani insistía: «El hombre y la vida consisten en la dinámica de su donación, en sacrificarse»⁵³.

E igual que hacía con su otra hermana en los años del seminario (ver aquí, pp. 72-74), también a Brunilde le daba alguna sugerencia sobre el tema de la vocación. El 6 de abril de 1951 le escribía, en efecto: «Quiero sin embargo que sientas, muy claramente y ante todo, que el elemento esencial de toda vida humana es la gloria de Dios, el ser instrumentos de su reino: y que este elemento es lo esencial de cualquier camino. La gran injusticia del mundo es que nadie piensa en ello». Ahora bien, que este elemento esencial de cualquier camino «se convierta en la profesión exclusiva de la propia vida, separándose de la situación normal de la mayoría», como lo era para Giussani sacerdote, «es privilegio de pocos», en dos sentidos: «1º) que Dios escoge, y 2º) que el corazón sea tan ardiente como para donarse así. Pero es necesario que no sea un replegarse o resignarse» por no haber abrazado el camino de todos: «Tiene que ser un ‘¡me doy!’». Y le decía a su hermana: «Yo ‘tiemblo’ al pensar que la nobleza, la grandeza y el amor de servir al único bien del hombre y de la humanidad, el Reino de Dios, no encuentra una reacción generosa en las dotes que, sin embargo, muchos tienen. Yo pienso que si muchos jóvenes lograran ‘comprender’, todos los inteligentes y los ‘vivos’ correrían. Y la necesidad es extrema»⁵⁴.

A finales de agosto de 1951, escribiendo a Majo, volvía sobre una preocupación que había madurado en él desde los comienzos del sacerdocio: «El ansia que no me deja tregua es que no todos saben. De modo que nuestra paz se convierte en una urgencia irresistible de acción. El consumarse de un don febrilmente continuo»⁵⁵.

Un alumno de Giussani en los primeros años cincuenta fue Enrico Cantù, más tarde sacerdote de la diócesis de Milán: «Yo entré en el seminario de Venegono en octubre de 1951. Don Giussani enseñaba Filosofía en bachillerato. Durante años tuvo una relación cordial con mi familia, que a través de él me mandaba paquetes con mensajes; el 9 de noviembre de 1951, día de mi cumpleaños, vino a felicitarme entregándome un paquete de dulces recibido de mi madre. En don Giussani veía una cordialidad grande y sencilla».

Cantù conservaba un recuerdo de su profesor en Venegono: «Un momento afortunado para mí fue cuando los superiores enviaron a mi clase al joven retoño don Giussani para explicar un tratado (debía de ser el *De Christo Redentore*)», contrariamente a la costumbre que requería que los tratados de teología fueran expuestos por ilustres y

experimentados docentes (como Carlo Colombo, Giovanni Battista Guzzetti, Giulio y Costantino Oggioni, Enrico Galbiati). «Normalmente, en clase, nosotros, los estudiantes, teníamos que tomar apuntes, pues de hecho no había textos, sino solo textos-base a los cuales los profesores hacían poca referencia. Con don Giussani era fantástico escuchar, yo asimilaba enseguida lo que decía, porque arrastraba y estaba seguro de lo que nos comunicaba», recordaba siempre monseñor Cantù.

Quizá fue la única vez en toda su carrera como estudiante en la que un curso, que duró cerca de un semestre, no le obligó a Cantù a un estudio intenso, porque «para aprender con don Giussani era importante escuchar. Lo que llamaba mi atención era su modo de dar clase, y sobre todo su entusiasmo por la figura de Cristo».

Este entusiasmo era una experiencia profundamente vivida por Giussani, junto a la inquietud porque «no todos saben», y se hizo evidente pocos meses antes de los hechos que contaba monseñor Cantù, precisamente en vísperas del verano de 1951, en el encuentro imprevisto con un joven destinado a revolucionar la vida del sacerdote de Desio.

Capítulo 6
«Mi queridísimo primer amigo de Milán»
Del confesionario a consiliario de Gioventù Studentesca
(1950 -1954)

Una vez recuperado de las graves molestias pulmonares que desde diciembre de 1945 le obligaron a largos periodos de ausencia del seminario, en 1950 don Giussani tiene la posibilidad de volver a desempeñar un servicio parroquial durante el fin de semana. Ya no será la gélida y húmeda Barona, sino la iglesia parroquial de los santos Martín y Silvestre, en Milán, en el número 19 del viale Lazio.

En el origen de este destino estuvo de nuevo monseñor Giorgio Colombo, por una circunstancia providencial que contaba él mismo. Siendo todavía un joven profesor en el seminario de Seveso, se enteró de que el cardenal Schuster había decidido abrir un colegio arzobispal en Varese. El arzobispo le dijo: «Hay colegios arzobispaes en Monza, Tradate, Saronno y Lecco, pero no en Varese». Y así es como comenzó el curso escolar en el convictorio arzobispal De Filippi de Varese con 16 «colegiales». Se necesitaban dos sacerdotes, que debían escogerse entre los de los seminarios y colegios arzobispaes. Pero ninguno de los interpelados respondió positivamente.

Entonces don Colombo dio un paso al frente con el rector: «Al cabo de pocos días fui destinado al convictorio de Varese». Era septiembre de 1950. Colombo se inscribió al mismo tiempo en quinto de teología en Venegono, adonde iba un día a la semana para seguir sus clases; después de comer iba a ver a Giussani a su habitación, que servía también de estudio: era una ocasión para tener algún momento de reposo, acomodado en la butaca del profesor, y para contarse mutuamente las experiencias de aquellos meses. «Había tristeza en él. La persistencia de sus problemas de salud le impedía ya desde hacía años retomar el servicio sacerdotal fuera del seminario».

Durante una de aquellas conversaciones, Colombo le preguntó a Giussani si le gustaría ocupar su puesto en la parroquia del viale Lazio, adonde iba cada fin de semana para ayudar al párroco. La reacción que se dibujó en el rostro de Giussani fue más que previsible: «Frente a semejante oportunidad se le iluminaron repentinamente los ojos». Pero había un obstáculo que superar: el rector Petazzi. Colombo le comunicó, pues, su idea, y le dijo también que el párroco de la iglesia del viale Lazio, don Filippo Bruschi, se había mostrado contrariado por haber sido privado de repente del llamado «sacerdote dominical». «Apenas dije el nombre de don Giussani, monseñor Petazzi frunció el ceño, preocupado por su salud. Pero después de que le aseguré que en el fondo se trataba solo

de confesar, consintió».

Colombo no podía imaginar que aquella circunstancia fortuita y absolutamente imprevista, que llevará a Giussani desde Venegono a una parroquia del centro de Milán, iba a ser como la chispa de un itinerario pastoral inédito. Según monseñor Colombo, no hay duda alguna de que aquel trabajo hizo que madurara de manera definitiva la voluntad de Giussani de implicarse en el mundo juvenil: «Bien pronto tomó cuerpo en don Giussani la intención de dedicarse de manera estable y directa a la atención de los estudiantes de bachillerato en su propio ambiente, donde vivían hombro con hombro con coetáneos de orientaciones ideológicas distintas y donde, sobre todo, era fuerte la influencia de profesores indiferentes cuando no abiertamente hostiles a la religión».

Fue fundamentalmente en el confesionario, los sábados y domingos, donde Giussani conoció a algunos estudiantes, parroquianos de la iglesia de los Santos Martín y Silvestre: «Fueron precisamente esos contactos frecuentes los que dieron cuerpo al ‘carisma profético’ de don Giussani y a su compromiso posterior, destinado a revelarse como una revolución del espíritu, primero en la diócesis ambrosiana y después en la Iglesia universal».

Monseñor Enrico Cantù, citado anteriormente, confirma esta reconstrucción de los hechos. Hacia fines de los años cuarenta, Enrico Cantù era un joven de la parroquia milanesa del viale Lazio, erigida por el cardenal Schuster justo antes de la guerra y duramente bombardeada durante el conflicto. El párroco se las estaba ingeniando para hacer de ella nuevamente un lugar de encuentro y por eso solicitó y obtuvo la ayuda temporal de un sacerdote externo. Cantù recordaba que Giussani «pasaba en el confesionario el sábado por la tarde y buena parte del domingo. Al recibir también, entre los muchos fieles de la parroquia, a muchos jóvenes, don Giussani daba a la confesión el sello de una dirección espiritual». La gente estaba contenta por ello: «Era un sacerdote de algún modo ‘avanzado’ respecto a su tiempo; su fortísima simpatía y su sonrisa eran fuente de atractivo para muchos».

Quizá estuviera pensando precisamente en estas nuevas experiencias en la parroquia del viale Lazio, cuando, en la carta que Giussani escribió a su hermana Brunilde en 1951, le deseaba «que tu vida pueda hacer el bien», y añadía: «Es magnífico, Brunilde, que se pueda hacer el bien en cualquier circunstancia que te imponga la vida»¹. También confesando.

En esa época Gabriele Ferrari (luego párroco del santuario de Saronno y de la Iglesia de San Vincenzo in Prato de Milán) era un niño de la parroquia del viale Lazio, donde fue bautizado en tiempos de guerra, hizo la primera comunión, la confirmación y donde surgirá su vocación sacerdotal (en particular, por su relación con don Fernando Tagliabue, gran amigo de Giussani): «Conocí a don Giussani en la época en que yo hacía de monaguillo, y conservo una imagen en la memoria: ¡su confesionario en la iglesia de los SS. Silvestre y Martín asediado por los penitentes! Una imagen que llevo en el corazón y en la mente. En efecto, soy bien consciente del valor que tiene el sacramento de la confesión para mí personalmente y, como sacerdote, para el crecimiento en el camino de fe de las personas que el Señor me ha confiado».

Siendo párroco del santuario de Saronno, don Ferrari tendrá la alegría de conocer la figura de don Luigi Monza (1898-1954), ahora beato: «Le habían destinado al santuario de Saronno después de haber estado encarcelado en San Vittore por actividades contra el régimen fascista: en el santuario, el confesionario fue también para él instrumento para que surgieran vocaciones y para la creación del Instituto Secular de las Pequeñas Apóstoles de la Caridad. Don Giussani y don Luigi Monza: dos sacerdotes en un momento de búsqueda en su vida, y el confesionario como signo para indicar un camino futuro».

Giussani, pues, empezó a «frecuentar» desde el confesionario a algunos bachilleres, entre los cuales algunos que estudiaban en el liceo Berchet (situado a pocas manzanas de la parroquia) y de otros colegios de la ciudad, captando su malestar por lo que escuchaban decir en clase contra la Iglesia y la fe católica. Bien pronto se dio cuenta del clima cultural que empezaba a crearse en los colegios públicos.

Tras los primeros contactos en el confesionario, Colombo siguió recogiendo las preocupaciones de Giussani. Este le preguntó cómo se comportaba con los jóvenes y Colombo respondió que no poseía sus capacidades y su amplia cultura, y por ello se contentaba con alguna exhortación. Entonces Giussani replicó: «¡No, un consejo no puede bastar! Los chicos están dentro de los colegios y nosotros fuera. Es imposible obtener nada así. Tendremos que estar en clase con ellos, cada día, para poderles ayudar». Pero al no tener esa oportunidad, Giussani utilizó el único instrumento que tenía a su disposición —el confesionario— para ayudar de algún modo a los jóvenes. En poco tiempo lo transformó en una especie de «farmacia», como recuerda siempre monseñor Colombo: «Después de haber confesado a un estudiante, don Giussani sacaba de una bolsa que llevaba consigo un libro y se lo entregaba a cada penitente»². Pasadas algunas semanas, en la confesión siguiente, «don Giussani comprobaba si el joven había hecho su ‘tarea’ y le entregaba otro libro según las dificultades y las problemáticas que el estudiante, de este o aquel colegio público, le contaba que surgían en la relación con los profesores que hacían propaganda contra la Iglesia y la religión en su clase».

Monseñor Cantù tiene un recuerdo análogo: «Sugería leer ciertos libros -en el confesionario había siempre un pequeño montón-, escogiendo para cada joven el título que consideraba más adecuado. Una vez terminado de leer el libro, los chicos se lo devolvían y él les entregaba otro». En realidad, los chicos no siempre le devolvían los libros, recordará Giussani, y por eso no volverá a ver más algunos libros de su biblioteca personal.

De aquellos años Iolanda Rizzi recuerda: «Don Giussani era mi confesor, muy apreciado por todos nosotros, los jóvenes que frecuentábamos la Schola Cantorum de nuestra iglesia y estábamos inscritos en las ACLI. Don Giussani me prestaba buenos libros para leer, aunque le decía que para mí eran difíciles, como también sus homilías: eran muy bellas, pero un poco difíciles»³.

Después de pasar el sábado confesando, los domingos Giussani celebraba la misa de las 12.00, normalmente la más llena de gente. Poco después se le asignó la función de las 8.00 de la mañana, que pronto se convirtió en la más concurrida.

A aquellos primeros tiempos en Milán se remonta un episodio que Colombo recuerda muy bien: la amistad con un estudiante del Beccaria (uno de los más conocidos liceos clásicos de Milán), que vivía en la calle Spartaco, a dos pasos de la parroquia del viale Lazio. A pesar de que su casa pertenecía al territorio de la parroquia del Suffragio, la madre del joven frecuentaba habitualmente la iglesia de San Martín. «Mi madre era una mujer de gran fe», recuerda su hija Lucia, y por eso se confesaba frecuentemente. «Un día conoció a un joven sacerdote, ‘desaliñado’, pero que le sorprendió mucho; y habló de él en casa».

En vísperas de salir para las vacaciones de verano, la señora Squellerio le dijo a su hijo Luigi: «¡Vete a confesar con el joven sacerdote!». Él fue y volvió a casa trastornado, como cuenta su hermana: «En poco tiempo le vimos muy cambiado, empezó a ir a misa casi todas las mañanas». Tanto que un día le preguntó provocadoramente: «¿No pensarás hacerte cura?!».

Luigi era el único hijo varón de los Squellerio. Don Giussani lo recordará como «mi queridísimo primer amigo de Milán, Luigi, de la calle Spartaco, que vino a confesarse en junio»⁴. Era «un joven guapo: rubio y alto, ‘de aspecto gentil’, realmente uno de los jóvenes mejor plantados que he visto nunca en mi vida y de los más inteligentes»⁵.

Giussani atribuirá a aquel episodio el valor de un nuevo inicio, destinado a cambiar profundamente el curso de su vida. Sus recuerdos confirman y enriquecen los de la hermana del joven. Un domingo de junio por la mañana, Luigi entró en la iglesia, y con él su madre. Aunque había crecido en un ambiente católico, el joven estaba atravesando un momento de crisis. Por eso se apoyó en la portezuela del confesionario y dijo: «Mire, yo estoy aquí, pero no tengo ningunas ganas de confesarme, porque no creo». Giussani, de rebote: «Bueno, entonces tampoco puedo darte la absolución». «Pero aquí detrás está mi madre, que me está empujando, porque tengo que pasar la reválida de Letras y quiere que reciba la comunión»⁶. Entonces entablaron una conversación. En un momento determinado, ante la avalancha de razonamientos de Giussani, el joven le dijo riendo: «Mire, todo lo que con tanto esfuerzo me está exponiendo usted no vale lo que le voy a decir. Usted no puede negar que la verdadera estatura del hombre es la del Capaneo de Dante, ese gigante encadenado por Dios en el infierno, pero que le grita a Dios: ‘Yo no puedo librarme de estas cadenas porque me tienes aprisionado aquí. Pero no me puedes impedir que te maldiga, y yo te maldigo’. Esta es la verdadera estatura del hombre». Tras algunos segundos de embarazo, Giussani le dijo con calma: «Pero ¿no es más grande aún amar el infinito?». El muchacho se fue, pero «después de cuatro meses volvió para decirme que desde hacía dos semanas frecuentaba los sacramentos, porque se había visto ‘roído como por la carcoma’ durante todo el verano por aquella frase mía»⁷.

El tiempo documentará hasta qué punto ese episodio está destinado a marcar profundamente la vida de Giussani, que llegará a decir: aquel es «el primer recuerdo que tengo de lo que llaman mi movimiento»⁸. Y todavía no había nada organizado. Giussani se encaminaba hacia la carrera teológica y la enseñanza en el seminario; pero

evidentemente —para él— el llamado «movimiento» (que iba a nacer solo algunos años después, a mitad de los años cincuenta) había comenzado a dar sus primeros pasos en aquella breve amistad.

En la mesa de su despacho Giussani conservaba un regalo de aquel joven: un marco amarillo grueso con una flor, una estrella de plata sobre una fotografía: «Era la estrella de plata que él me dio, la había encontrado subiendo una montaña»².

Cantù —compañero de clase hasta quinto de primaria y muy amigo de aquel chico— es testigo de esta historia: Luigi Squellerio fue a hablar con Giussani, surgió una simpatía por él y en poco tiempo la relación se volvió muy intensa. «Muy inteligente, Luigi era bueno en Filosofía, porque atendía mucho y era hábil en el uso de la razón. Imagino que sus conversaciones fueron intensas y fuertes, aunque no debieron de ser muy numerosas».

Después de la reválida, Cantù decidió entrar en el seminario, pero no habló de ello a su amigo. No podía: al no haber definido todavía todos los términos con su confesor, no se lo había dicho ni siquiera a sus padres. «En septiembre, cuando le comuniqué que iba a entrar en el seminario, me respondió casi desesperado, estaba ‘fuera de sí’. No recuerdo si lloré por aquella carta en la que me escribía: ‘Dime que es una broma, dime que has querido tomarme el pelo... ¡Precisamente ahora que empieza el momento más bello de la vida! Íbamos a entrar juntos en la universidad...’. Vino a verme con su moto durante mis primeros días de seminario. Me resultó evidente que Luigi había encontrado en don Giussani un punto de referencia fundamental».

La amistad entre los dos era muy fuerte: Luigi trataba de tú a Giussani (en esa época se consideraba inconveniente dirigirse de ese modo a un sacerdote). Hablaban mucho entre ellos y se escribían, a veces incluso en lengua griega, como recuerda monseñor Colombo: «Tengo todavía ante mis ojos una carta enteramente escrita en griego. Por otra parte, no hay que maravillarse, puesto que en el liceo Beccaria Luigi destacaba en griego y en el seminario Giussani era un amante de la lengua griega».

En el examen de reválida de 1951 Luigi obtuvo la nota máxima —recibiendo por ello la medalla de oro, que se asignaba a los mejores estudiantes de Milán— y por eso insistió a sus padres para que le regalaran la motocicleta que deseaba, pero que le había negado hasta entonces la familia porque la consideraba peligrosa. No obstante, aquella vez sus padres cedieron ante su insistencia. Colombo recuerda haberse topado con el joven delante de la entrada del seminario, una tarde de aquel verano: con su pequeña Guzzi de color rojo llegaba a Venegono para reunirse con Giussani.

Poco después, el joven fue víctima de un grave accidente cerca de su casa: estando parado con la moto en un semáforo, el espejo retrovisor de una furgoneta le golpeó en la nuca. Nada más saber lo sucedido, su madre le dijo a Lucia: «¡Corre donde el cura de Luigi!» -así tenían la costumbre de llamar a Giussani en casa de los Squellerio-. Este se dirigió corriendo al hospital. El joven morirá pocas horas después, el 3 de noviembre de 1951. Tenía diecinueve años y estaba matriculado en primero de Ingeniería.

Giussani habló de ello enseguida con Cantù, en el seminario: «Me habló del dolor de la madre, del clima que encontró en la familia, y quizá por esto me sugirió que insistiera a

los superiores para obtener permiso para ir al funeral, explicándoles que no era un amigo cualquiera el que había muerto. Pero las reglas del seminario eran férreas. Después supe por don Giussani que mi ausencia en el funeral la había notado sobre todo su madre, para la que habría sido un consuelo mi presencia en la iglesia».

Con motivo de las exequias, Giussani preparó un recordatorio en dos versiones. En ambas eran iguales la frase inicial —«Guárdale, oh Señor, como a las niñas de tus ojos»— y la final —«Te pidió vida, Señor, y se la has concedido (Sal 20,5)—». En el interior, junto al retrato de Luigi, dos frases distintas. La primera: «‘Agradó a Dios, y Dios se apresuró a arrebatarlo de la maldad del mundo’ (Sb 4,10). Has sido sencillo como un niño, pensativo como un hombre. Los que te han conocido llevan inolvidablemente en el corazón tu afecto tierno y fiel, y en el recuerdo la ardiente exuberancia de tu juventud. Ayuda desde el cielo a tu adorada madre, a tu padre adoptivo, a tu querida hermana, a parientes, amigos y compañeros, a los que tan repentinamente has abandonado»¹⁰. La segunda: «‘En su voluntad está nuestra paz’ (Dante, *Paraíso*, c. III v. 85). Dios ha hecho eterna la apasionada exuberancia de su vida. Su alma dulce y ardiente espera a todos aquellos a los que ha amado, y que ama. Su rostro no es recuerdo sino viva voz que llama y señala»¹¹.

«Queridísimos padres, vuestros hijitos...»

De este doloroso episodio existe un testimonio escrito: la carta que Giussani envió a los padres de Luigi (firmada junto a Lucia, la hermana del joven), con ocasión de la primera Navidad después de la muerte del joven, de la que había pasado poco más de un mes: «Queridísimos padres, vuestros hijitos...». En una nota a pie de página Giussani aclara el sentido de ese insólito inicio: «Luigi ha querido actuar provisionalmente a través de una especie de procurador. Como era imposible encontrar una persona que reprodujera —ni siquiera de forma aproximada— la gama maravillosa de las dotes que tiene, ha preferido elegir un ser que se le asemejara —de lejos, por fuerza— en el corazón, que, como sabéis, es la parte esencial. Os pide que soportéis la torpeza, y añade que vuestra profunda y paciente bondad para soportar la falta de compensación os hará más dignos de él, y de Él».

He aquí el texto íntegro de la carta:

«Queridísimos padres, vuestros hijitos quieren que el ímpetu de su felicitación navideña os envuelva tan estrecha y dulcemente que no deje fuera ni siquiera un latido de vuestro corazón, un movimiento, un suspiro. Querrían que su felicitación pudiera revestirse con belleza de oro: ¡pero vosotros sabéis que sus posibilidades son curiosamente desproporcionadas a sus deseos! ¡Su felicitación se encarna por esto en un don pequeño por fuerza! ¡Qué alegría pensar que también las cosas pequeñas pueden ser un símbolo! Os aseguran, no obstante, que sus corazones custodian una riqueza, una riqueza estupenda y grande, grande. Y la llamada misteriosa y profunda que el Señor nos ha hecho en noviembre ha impreso en esta riqueza una especie de trepidación, una impaciencia extraña: casi un despertar del sueño y una necesidad prepotente de moverse,

de realizarse. La riqueza grande que hay en el corazón de vuestros hijitos es una capacidad especial para donarse: el afecto profundísimo a vosotros es una flor que florece sin fin. Luigi solía daros la sorpresa con una poesía suya. Esta vez os hace escuchar una que han escrito otros: no importa —él os advierte—. Hay una sola Voz que grita en el fondo de nuestros corazones. Sintamos cómo nos fundimos en ella. Amados padres, adorada mamá, querido papá, ¡felicidades sin término! Vuestros hijitos Lucia Luigi S. Navidad 1951»¹².

Giussani transcribía y adjuntaba una poesía en francés de Sully Prudhomme, «Les yeux»¹³. Esta es la traducción española: «Azules o negros, todos amados, bellos todos, / ojos incontables vieron la aurora; / ahora duermen en el fondo de las tumbas / y el sol sale todavía. // Las noches, más dulces que los días, / maravillaron a los ojos incontables; / las estrellas continúan brillando / y esos ojos se llenaron ya de sombra. // ¡No, no es posible / que hayan perdido su mirada! / Se dirigieron a algún lugar / hacia eso que llamamos lo invisible. // Y como los astros suspendidos / nos abandonan, pero siguen en el cielo, / las pupilas tienen su ocaso, / pero no es verdad que mueran. // Azules o negros, todos amados, bellos todos, / abiertos a alguna aurora inmensa, / del otro lado de las tumbas / los ojos que cerramos ven todavía».

A causa de aquella muerte repentina, la madre de Luigi Squellerio cayó en una profunda depresión, y por eso «Giussani empezó a venir a verla, estaba mucho con ella», recuerda Lucia. Tanta fue la familiaridad que se estableció entre ellos que Giussani aceptó la hospitalidad que le ofrecieron, como recuerda monseñor Colombo: «¡La habitación de mi hijo ahora es suya!», exclamó un día la madre de Luigi. Gracias a esto, don Giussani pudo ir a Milán más frecuentemente, y comenzó así a dedicarse más establemente a los bachilleres».

Con el paso del tiempo, el teléfono de casa Squellerio sonaba cada vez con mayor frecuencia: al otro lado había siempre alguien que preguntaba por Giussani. Algún joven, además, tocaba el timbre y subía al piso. Pero ese ir y venir no era bien visto en el edificio. «Así fue», dice Lucia, «como mi madre ayudó a Giussani a buscar un pequeño apartamento». Lo encontrará en la calle Maffei, justo delante de la parroquia.

Las condiciones de vida de su nuevo alojamiento eran precarias, por lo que recuerda su hermana Brunilde. «Pasaba hambre. Venía a casa y le decía a mamá: ‘Necesito una medicina porque tengo la tensión alta’. Pobreza absoluta. Una mañana fui a la calle Maffei y lo que había en la mesa era una escudilla con vinagre y un trozo de pan. Cuando llegó don Luigi, después de misa, le pregunté: ‘¿Por qué hay vinagre aquí?’. Me respondió que había dejado una nota a la mujer que le llevaba de comer: «Hoy no tengo necesidad de nada, excepto un poco de pan [en italiano, *eccetto*, muy parecido a *aceto*, vinagre, *ndt*]»; ¡y la señora había entendido vinagre y pan! Cuando venía a casa lo primero que hacía era lavarse y cambiarse; los zapatos estaban a menudo rotos y mi madre se los cambiaba».

En los meses siguientes a la muerte de Luigi, Giussani empezó a conocer a algunos compañeros del joven, pero la cosa no surtía ningún efecto, como recuerda Lucia: «Estaban atentos a sus palabras, pero no hasta el punto de implicarse con su propuesta».

Como testimonio de esto queda una nota escrita a mano y entregada a Lucia, en la que Giussani sintetiza algunas consideraciones sobre la «insulsez» en la que puede caer la vida de un joven: «Insulsez significa ‘sin sentido’, sin coherencia, sin objetivo, sin significado: es nuestra alma lo que puede dar unidad y significado al discurrir cambiante de la vida material y física. Una de las sorpresas más dolorosas a la que mi ingenuidad debe someterse es constatar cómo nos adaptamos hoy muy fácilmente a dejarnos... agarrar y cambiar: es la negación del sentido nostálgico, porque la nostalgia es fidelidad y coherencia. Ya comprendo, la satisfacción que se tenía con X se vuelve a encontrar con Y, en Milán o en Florencia. Pero entonces quiere decir que se buscaba —quizá inconscientemente— la satisfacción, el placer. No se buscaba a X; no se busca a Y. [...] Se busca un elemento. De repente el sentido de la vida se embota; y el círculo se cierra, fríamente, en torno a nosotros: egoísmo... Ya no se busca a la persona, por la cual solamente el alma se rompe y se abre: se dona. Se sacrifica... La Magdalena rompió el vaso de alabastro: ‘desperdió’ el perfume, lo donó. Todo don es pérdida. Amar verdaderamente a una persona parece como un desperdicio de nosotros mismos, de energías, de tiempo, de cálculo, de cuentas, de gustos. Los demás, ante el gesto de la Magdalena, menearon la cabeza: ‘¡Loca! ¡Sin criterio! ¡Sin interés!’ Pero en aquella sala solo ella ‘vivía’, porque solo se vive si se ama [...]. Ese abrirse a los demás: a los demás, a todos los demás, a través de la cáscara rota del propio yo, normalmente hay un rostro que tiene la función de romper la corteza de nuestro egoísmo, de mantener abierta esta maravillosa herida, ese rostro que es el que suscita y estimula nuestro amor; nuestro espíritu siente florecer su generosidad al contacto con él, y a través de ese rostro se dona, en oleadas, a los demás, a todos los demás, al universo. Ese rostro es el reflejo humano de Él. Si ese rostro está lejos, su nostalgia no entorpece la actividad. La verdadera nostalgia de él es el hechizo más dinámico, es el reclamo más potente a nuestra energía, para que cumplamos nuestro deber, de modo que nos volvamos más dignos de quien amamos. Sufrir por esto»¹⁴.

«Esa vibración inefable y total de mi ser»

Este profundo sentimiento de apertura a los demás, camino para la relación con Cristo, aparece de manera evidente en la breve carta que Giussani escribió desde Venegono a su amigo Majo el 22 de septiembre de 1952, una de las más significativas de su intercambio epistolar: «Hace algunas tardes, pensando, he descubierto que tú eres mi único amigo; no por exclusivismo estéril. Esa vibración inefable y total de mi ser ante las ‘cosas’ o las ‘personas’ no la sorprende más que en tu modo de reaccionar». Sin embargo no dejaba de señalar una diferencia entre ellos: «Pero tú eres una vibración armoniosa. Yo, violenta»¹⁵.

La afirmación que hacía Giussani —«no por exclusivismo estéril»— permite comprender la percepción que tenía del valor de la amistad, a la que dedicará centenares de intervenciones y de páginas, indicándola como una virtud. No había nada de personalismo o de meramente sentimental en Giussani: para él la amistad es algo

objetivo. Las palabras que dirigía a su amigo Majo dejan entender, en efecto, que Giussani no lo «eligió» como amigo, sino que lo «reconoció» como tal, por esa «vibración inefable y total» que encontró correspondencia en él mismo. En otras palabras: Giussani estaba convencido de que un hombre, en última instancia, no elige a sus amigos, sino que los descubre y los sigue. Y cuando tenga que hablar del encuentro de Juan y Andrés con Jesús, en el río Jordán, subrayará que se produce la misma vibración que les hizo presentir a ellos que habían encontrado algo grande, plenamente correspondiente a las expectativas de su corazón. Y por eso le siguieron hasta su casa.

Giussani identificaba la posición original del hombre frente a las personas y las cosas en la sencillez de corazón. Esta concepción no le abandonará en toda su vida. En 2003, anciano y probado por la enfermedad, en una de sus entonces ya raras cartas hablará de una «tensión extrema de la conciencia del hombre ante la presencia de la ‘realidad’, que no se hace a sí misma, sino que está hecha de un *focus* inefable: en efecto, la realidad es creada»¹⁶.

Giussani distinguía, pues, en la apertura del amigo a las personas y a las cosas, el indicio más precioso de una verdadera amistad, por esa incansable tensión hacia los demás en cuanto creados por Dios, de la que él mismo ya había tenido experiencia con Luigi Squellerio y que se renovará en los tiempos venideros.

Para Giussani el encuentro con el otro, que la amistad reconoce y eleva a relación permanente, es la forma a través de la que se realiza también el encuentro con Cristo, el Otro por excelencia. La vibración que se produce por el encuentro con una persona querida se potencia y exalta ante el descubrimiento de Aquel que da el ser a todas las cosas, hasta experimentar una intensidad de relación incomparable.

El confesionario y los novios

La experiencia en la parroquia del viale Lazio hará más consciente a Giussani de los factores que constituyen la problemática humana y cristiana en relación con la realidad. Entre otros muchos episodios, uno está ligado al encuentro ocasional que tuvo con una pareja de novios en el viale Lazio, circunstancia a la que Giussani vinculará uno de los descubrimientos más decisivos de su vida. Una noche salía a toda prisa de la parroquia en bicicleta con la sotana y el sombrero puesto: «El viale Lazio estaba lleno de tilos, tan lleno que todo estaba oscuro. El alumbrado municipal estaba encendido, pero aun así estaba siempre oscuro por los muchos y florecientes tilos. Por eso era un buen refugio —¿me entendéis?—, más aún, era un refugio lleno hasta arriba; hasta tal punto que los habitantes del barrio habían presentado en un momento dado una petición al ayuntamiento para que rastreara un poco aquella zona porque estaba llena de parejitas. Yo salía osadamente del patio de la parroquia, con mi sotana —hace cuarenta años era habitual llevar sotana—, y, como iba deprisa, la sotana golpeaba en la bicicleta y advertía a los más cercanos de que me acercaba». De hecho, dos enamorados que estaban abrazados, apoyados contra el muro, «se separaron de golpe de forma violenta. Entonces yo frené, me volví atrás y dije: ‘Perdonad, pero si no estabais haciendo nada

malo, ¡deberíais continuar!’». Giussani recordaba la risa forzada de la mujer y algún epíteto que lanzó el hombre. «Yo estaba a punto de darme la vuelta para seguir mi camino, apoyado todavía en el pie que estaba girando, y se me ocurrió la idea más bella de mi vida: era una noche de verano llena de estrellas, no había luna y, por consiguiente, el cielo lleno de estrellas estaba dominado por la luz de la Vía Láctea, que te hiere el corazón como ninguna otra luz clamorosa. Me di otra vez la vuelta hacia ellos, que ya estaban abrazándose de nuevo —¡pobrecillos!— y les dije: ‘Perdonad un momento, pero lo que estáis haciendo, ¿qué tiene que ver con las estrellas?’». Después de estas palabras Giussani retomó su camino contento: «Había descubierto qué era la moralidad, cuál era la dignidad del hombre, cuál era el valor que tiene el acto más pequeño. [...] ¡No puede haber un instante humano que esté vacío! Cada instante es como los detalles de un gran dibujo; sin cada detalle el gran dibujo tendría un agujero, tendría un vacío. Nosotros no realizamos ningún gesto que no esté en el interior, dentro de una conexión universal. La moralidad es realizar un gesto en función de la totalidad. [...] Aquella noche en el viale Lazio me marché contento, porque había descubierto cuál era la ley moral: el nexo entre la banalidad del instante y la totalidad de los factores que constituyen el universo, el orden del universo [...] El modo en que se comportan entre ellos un chico y una chica, o va en contra del bien de todo o es conforme al bien de todo; o les educa para crecer y abrazar al mundo, para tener piedad por todas las necesidades, para tener la imaginación admirable de educar a un niño, o la relación que están empezando o concretando en algo contrario a esto es un acto de egoísmo, un *raptus* de animal más que algo consciente». Así explicaba Giussani la razón por la que se marchó contento aquella noche: «Es como si les hubiera dicho a aquellos dos: ‘No es un delito estar juntos, sino estar juntos mal, es decir, estar juntos sin tener conciencia del universo, de la propia tarea en el universo. Si Dios os ha juntado, si ha hecho que os quisierais, es para que crezcáis en este amor, para que juntos os pongáis a servir al mundo’»¹⁷.

Otro episodio que recordaba Giussani tuvo lugar durante una confesión, siempre en la iglesia del viale Lazio. «Abrí la portezuela del confesionario y una señora —muy digna por el modo en que hablaba—, tras un momento de silencio, me dijo: ‘Padre, yo blasfemo’. Yo, que era un joven sacerdote, dije algunas palabras genéricas de exhortación al bien. Ella dijo: ‘No puedo dejar de blasfemar’. Bueno, aquí ya no era necesario ser un viejo sacerdote; bastaba ser un hombre joven para decir: ‘No, ahora exagera’. ‘Mi marido murió hace dos años. Yo tenía dos hijos. Uno enloqueció por la muerte de su padre y, enloquecido, mató a su hermano. Ahora está en el manicomio judicial de Bolonia. Por eso me he encontrado de repente sola’». Tras un momento de embarazo, porque no sabía realmente qué decirle, Giussani le dirigió una invitación: «Escuche, [...] ahora levántese, siéntese ahí delante y mire a aquel crucifijo: si tiene algo que decir, dígaselo a Él». La mujer no se marchaba, y él no sabía qué hacer hasta que, en un momento dado, ella le dijo: «Tiene razón»¹⁸.

El tren de las seis en los «vagones de los ferrocarriles del Norte»

La implicación en la parroquia del vialé Lazio obligó a Giussani a ir y venir con frecuencia entre Venegono y Milán. Los viajes en los trenes de los Ferrocarriles del Norte fueron ocasión para retomar y continuar los encuentros-desencuentros que habían caracterizado el breve periodo de servicio en la Barona, en 1945. Puesto que vivía y daba clase en el seminario, tomaba el tren en la estación de Venegono —que dista veinte minutos a pie— hasta Milán, y después iba a donde tenía que ir: «A veces estaba citado con uno o dos —¡y a veces ni siquiera estaban!—. [...] De cualquier modo... por la mañana tomaba siempre el tren de las seis, con aquellos vagones de los Ferrocarriles del Norte todos sucios, de madera, ¡casi ‘metafísicos’! Yo me ponía siempre en una esquina y desde allí hablaba con todos porque estábamos [...] a pocos años de la guerra y tenía que responder a los ataques de los comunistas y de todos. ¡Llegaba a Milán casi agotado!». Pero una mañana no tenía ganas de hablar, estaba arrinconado en su esquina y trataba de leer el breviario a la débil luz de una lamparita. Todos le lanzaban las provocaciones acostumbradas. Giussani no respondía. En un momento dado, uno, desde el fondo, dijo: «Los curas son como todos los demás, solo que son más listos: porque también ellos reciben dinero, pero no trabajan, y ellos también tienen mujeres pero no se dejan ver, es decir, no las toman a su cargo». Tras cerrar de golpe el breviario, Giussani atravesó corriendo todo el vagón señalando con el dedo, lo metió bajo el rostro del que había hablado, y le reprendió con estas palabras: «Es natural que digas esto, porque si yo te digo: ‘Ponme un clavo aquí’, tú me lo pones; y si luego te digo: ‘Ponme también este otro’ sin haberte dado una propina por el primero, el segundo no me lo pones [...] Tú no entiendes qué quiere decir hacer las cosas gratuitamente, no sabes lo que quiere decir. Y como tú tratas siempre a las mujeres de cierta manera, no puedes ni siquiera imaginar que se pueda tratar a la mujer de un modo distinto»¹⁹.

Otra vez, siempre en el tren, se topó con cuatro profesores de Física del Politécnico. La discusión con él, sacerdote, vestido con sotana y tocado con un gran sombrero, acabó por centrarse en el tema de la búsqueda de la felicidad. Hasta tal punto que, al final, les preguntó: «En resumen, si vosotros lográrais encontrar con la ciencia el elixir para alargar la vida, de modo que todos los hombres, bebiendo un poco de él, pudieran vivir para siempre, ¿habríais demostrado vuestro argumento: que la ciencia, esta medida de los fenómenos y de las leyes en manos del hombre, es el dios, aquel que en la Edad Media llamaban el Señor, del que se esperaban la felicidad y el paraíso?». Los cuatro respondieron que sí. Y Giussani: «Os quería en este punto. De ese modo, vosotros en primer lugar renegáis de vuestra madre, negáis el hecho de que el hombre no se ha creado por sí solo, que ningún hombre se ha creado por sí mismo, que nadie se ha dado lo que tiene: que le ha sido dado». En segundo lugar, «vosotros, para imaginar una felicidad de ese tipo para el género humano, tenéis que [...] olvidar a miles de millones de personas que han muerto en la angustia, en el horror, en las tinieblas de la muerte; tenéis que renegar de todos, borrarlos a todos. Pero yo, para ser feliz, debo comprenderlo todo, y debo también comprender y salvar al hombre que murió hace dos mil años para defender sus poblados de Dalmacia de los romanos que les amenazaban, o el dolor de Andrómaca cuando Héctor murió. Y no se puede ser humano de forma inteligente, no se

puede ser humano, si el precio de la felicidad es tener que olvidar algo»²⁰.

Ya fueran estudiantes, antiguos partisanos o profesores universitarios, cualquiera que tuviera delante, esa era la circunstancia a través de la cual Giussani movía sus pasos en una dirección que no conocía de antemano. Nada estaba predeterminado, todo era imprevisto. El suyo era un «vivir siempre intensamente lo real», conforme a una expresión que fijará en su libro más conocido, *El sentido religioso*²¹. Toda su historia se verá marcada por esto, ya se trate de un encuentro prometedor para el futuro o de una situación desfavorable, de sufrir una incomprensión o una enfermedad. Él obedecerá a esto, siguiendo ese algo más que sabía discernir en cada cosa y en cada rostro, más allá de las apariencias.

Los primeros escritos. El ecumenismo y la figura de María

Al comienzo de los años cincuenta Giussani publicó una serie de artículos de carácter científico²²: «Actitudes protestantes y ortodoxas ante el dogma de la Asunción» (1951); «La Eucaristía en los orientales» (1953); «La Eucaristía en la Iglesia Anglicana» (1953); «De Ámsterdam a Evanston. Crónica Ecuménica» (1954); «El problema de la ‘Intercomuni  n’ en el protestantismo actual» (1954); «María en el oriente cristiano» (1954).

Estos primeros escritos de Giussani se remontan al periodo de estudio y de enseñanza en la Facultad teológica de Venegono, desde 1949 a 1954. Dos artículos se publicaron en el periódico de la Facultad teológica, dirigido por Carlo Figini, *La Scuola Cattolica*, y cuatro en *Ambrosius*, revista ambrosiana de pastoral. En la nota introductoria a un volumen que recoge esos primeros escritos de Giussani, Elisa Buzzi observa que se trata de «artículos especializados, incluso eruditos, y sin embargo en ellos se manifiesta un interés por el mundo no católico que no es puramente académico». El periodo en que Giussani se ocupa de estos temas se anticipa a la época en la que estos asuntos estarán en el centro de la atención general. En efecto, Buzzi observa que normalmente «el máximo impulso que ha dado la Iglesia Católica al movimiento ecuménico se suele situar en el pontificado de Juan XXIII, en los años del Concilio Vaticano II o inmediatamente anteriores». El hecho de que Giussani publicara esos artículos sobre el protestantismo y sobre la ortodoxia en revistas oficiales de la diócesis de Milán a comienzos de los años cincuenta «le sitúa ciertamente entre los pioneros del ecumenismo católico. Y el joven estudioso se encontraba en esta posición sin ambigüedades ni concesiones acríticas»²³.

De los trabajos preparatorios para aquella fase de publicaciones sobre el ecumenismo existe un testimonio valiosísimo e inédito: un cuaderno en el que Giussani reseña los editoriales y los artículos de *The Ecumenical Review* (la revista publicada por el Consejo Ecuménico de las Iglesias, CEC, el organismo que reúne a las diferentes confesiones cristianas del mundo, instituido en 1948, en el que la Iglesia Católica no participa). En las primeras líneas, Giussani sintetiza el editorial del primer número, que salió en otoño de 1948; todas las reseñas de Giussani est  n escritas en lengua inglesa (aquí traducidas por comodidad): «La revista no tiene su finalidad en ella misma. Su   nico objetivo es

ayudar a la creación de una amistad entre las Iglesias». Y también: «La revista reflejará la debilidad del movimiento ecuménico», pero «también su verdadera fuerza, que reside en el hecho de que es esencialmente un movimiento humilde de los que tienden sus manos para recibir de Dios un conocimiento completo de su verdad y una manifestación más plena de su Iglesia»²⁴.

El profesor Galbiati confirmaba que, una vez ordenado sacerdote, Giussani «era, entre los profesores, el que más se interesaba por recibir y ordenar la revistas ecuménicas. Ponía las cosas al día, en resumen, era el que se ocupaba directamente de las cuestiones ecuménicas»²⁵.

Entre las personas implicadas en esta pasión ecuménica, en particular por la Rusia cristiana, estaba también Giacomo Biffi, el futuro arzobispo de Bolonia. Giussani recordará: «Él y yo huíamos de los lugares tradicionales de reunión de los clérigos y nos ‘refugiábamos’ en la habitación de monseñor Galbiati para estudiar ruso»²⁶.

Biffi lo confirmaba: en su último año de seminario (1949-1950), «don Enrico Galbiati, don Luigi Giussani (que era sacerdote desde hacía pocos años y enseñaba en los cursos de la sección “Vocaciones adultas”) y yo nos reuníamos para escuchar los discos de *Linguaphone* con la intención de adquirir un poco de la pronunciación eslava correcta». Y añadía con ironía que «con esto no se vio demasiado aumentada nuestra pericia lingüística, pero ciertamente se aprovechó de ello nuestra amistad»²⁷.

En opinión de Giussani, el cardenal debió posiblemente a este episodio su primer encargo de profesor. Un día fueron sorprendidos por el rector Petazzi: «Con su andar algo pesado el rector pasó por delante de la habitación mientras el gramófono graznaba la lección de ruso, se interesó por el asunto y exclamó: ‘¡Anda! ¡Estudias ruso!’». Biffi atribuía a esto el haber obtenido como tarea en el seminario enseñar francés. «Si sabes ruso —pensó monseñor Petazzi [en el artículo erróneamente llamado Betazzi, *nda*]— quiere decir que sabrás también el resto de las lenguas»²⁸.

Cincuenta años después, Giussani hablará de la primera poesía que tradujo del ruso: «Era una poesía de Pushkin, cuatro líneas (hace tiempo me las sabía de memoria, ahora ya no me las sé). Hablaba de la *izba*, aislada en la gran extensión blanca de la llanura, totalmente aislada: en las ventanas empezaba el golpeteo de la densa tormenta de nieve, y era como si alguien hubiera venido hasta los cristales para hacer *toc toc toc*, para hacer *pss, pss, pss*. En cuatro líneas habría unas doce palabras: era preciosa»²⁹.

Giussani llamaba «el sueño de mi juventud» a la recomposición en la unidad de la Iglesia católica y la ortodoxa, sueño que cultivaría toda su vida. En el curso de una larga entrevista de los años noventa contará cómo nació en él su interés por el Este europeo y en particular por la tradición cultural del cristianismo oriental: «Ya en los años de bachillerato me atrajo la figura de Soloviev y me sorprendieron algunos escritos de los eslavófilos de fines del siglo XIX, en particular Khomyakov. En los años siguientes, durante los estudios de teología en el seminario de Venegono, convertí en sistemático este tipo de interés cultural, acudiendo directamente a las fuentes rusas. Finalmente obtuve la cátedra de Teología oriental en el mismo seminario. Utilizaba para el curso el

texto en cinco volúmenes de Jugie y prestaba mucha atención a los textos de los eslavófilos publicados en ‘Orientalia Christiana’ y ‘Orientalia Christiana Analecta’».

En uno de los ensayos científicos citados al comienzo de este epígrafe, Giussani dice ser consciente de que «el cristianismo no se realiza jamás en la historia como un conjunto fijo de posiciones que defender, que se relacionan con lo nuevo como pura antítesis; el cristianismo es principio de redención, que asume lo nuevo, salvándolo». Y pregunta si existe «un punto de vista tan alto y tan fuerte en el que los contrastes puedan ser trascendidos y su influencia disgregadora neutralizada». Para él este punto de vista superior puede lograrse en la «fidelidad a la voluntad de Cristo sobre cualquier cosa. Las Iglesias no logran aclarar todavía cómo pueda realizarse esta unidad querida por Él. [...] Y bien, en muchos hermanos separados este amor por la voluntad de Cristo es manifiesto; [...] ‘Someter nuestra vida a la palabra de Cristo implica una revolución radical en nuestra forma de actuar y de pensar, y quizá en la estructura misma de nuestras Iglesias —tuvo el coraje de decir Suzanne de Diétrich, una dirigente central del movimiento [ecuménico, *nda*]—. ¿Estamos preparados nosotros para llevar a cabo esta revolución? ¿Estamos dispuestos a dejar que nuestras vidas y la vida de nuestras Iglesias, y la vida de todo el movimiento ecuménico, se vean modeladas de nuevo por la palabra viva de Dios? ¿Estamos dispuestos a escuchar todo lo que el Espíritu diga a las Iglesias?’»³⁰.

En opinión de Giussani, un ejemplo de esta lealtad es el modo con que el Consejo Ecuménico afrontó, durante la reunión del Consejo central, celebrada en Toronto, Canadá, del 8 al 15 de julio de 1950, el tema del testimonio cristiano común: «En el mundo actual, se constató, todo está lleno de falsas esperanzas o de desesperación: para el problema del mundo de hoy, es decir, cuál es el valor y el sentido de la vida, Cristo es la respuesta. Esta es, por tanto, la expresión del testimonio común: ‘Jesucristo, Señor, única esperanza de la Iglesia y del mundo’».

El tema es extremadamente actual, continuaba Giussani, «y está hoy también en el centro de la problemática católica: [...] frente al corrosivo mesianismo terrenal del comunismo y del científicismo humanista, el mensaje cristiano ¿tiene posibilidad de una concreción actual que suponga una alternativa a ellos, o su palabra se refiere solo al otro mundo?»³¹.

El primero de sus artículos sobre la problemática ecuménica, de 1951, está dedicado a las reacciones de los protestantes y de los ortodoxos ante el dogma de la Asunción de María (anunciado el 14 de agosto de 1950 y proclamado por Pío XII el 1 de noviembre del mismo año). Giussani escribía: «Todas las reacciones protestantes a la proclamación del dogma de la Asunción han revelado [...] la [...] clara persuasión [...] de que la proclamación del dogma constituye un nuevo obstáculo en el camino de la unidad entre los cristianos» introduciendo un punto más sobre el que hará falta ponerse de acuerdo antes de la reunificación, y pudiendo ser leído como un acto de desafío por parte de la Iglesia católica, como si esta no tuviera «ningún interés en facilitar a los otros acercarse a ella». Pero sobre todo las acusaciones por parte protestante eran para Giussani la señal de que «el problema ecuménico es hoy *el gran problema* de los protestantes; con

intuición exacta muchos de ellos comprenden que este puede constituir para ellos la única fuente de energías renovadas y de testimonio eficaz de Cristo en un mundo sin Cristo. Sin embargo, ellos no quieren comprender que también la definición de un dogma puede ser requerida, para la conciencia católica, por la misma necesidad precisa de testimonio leal de Cristo».

Por lo que se refiere a la Iglesia ortodoxa, Giussani escribía que esta no aceptaba la Asunción como dogma «porque ‘dogma es, según la Iglesia ortodoxa, un dato revelado, formulado por los Concilios y aceptado por la Iglesia, cosa que no se puede decir de la Asunción de la Santa Virgen, la cual no se fundamenta en un dato revelado, ni en un texto de la Escritura’»³².

En sus escritos de los primeros años cincuenta Giussani profundizaba, pues, en la pasión ecuménica que surgió dentro de él en Venegono y que no le abandonará jamás. A finales de los años noventa, en efecto, indicará con la palabra «ecumenismo» la naturaleza de la mirada cristiana sobre todas las cosas y la clave del desarrollo cultural que nace del acontecimiento de Cristo cuando se reconoce: «El ecumenismo no es por tanto una tolerancia genérica que permita seguir considerando todavía al otro como un extraño, sino que es un amor a la verdad que está presente en cualquiera, aunque sea de forma fragmentaria. Cada vez que el cristiano conoce una nueva realidad la aborda positivamente, porque tiene algún reflejo de Cristo, algún reflejo de la verdad». Para Giussani, la certeza de la propia experiencia es lo que fundamenta la apertura a todo lo que nos encontramos: «Porque la persuasión de que la verdad está en mí, está conmigo, me vuelve extremadamente positivo frente a todo: no equívoco, sino positivo. Si hay una milésima de verdad en una cosa, la afirmo»³³.

Un producto maduro de los largos años de estudio del protestantismo será su doctorado en teología, conseguido por Giussani el 23 junio 1954, con nota de 70/70, *magna cum laude*, con la defensa de una tesis sobre *El sentido cristiano del hombre según Reinhold Niebuhr*. Su amplia bibliografía comprende las obras de Niebuhr y un largo repertorio de textos críticos sobre ese autor y sobre el protestantismo americano.

Monseñor Antonio Rimoldi, algo mayor que Giussani, profesor de Historia de la Iglesia en la Facultad teológica de Venegono, señalaba que «tras la recomposición de la facultad conforme a la norma de la *Deus scientiarum Dominus*, solamente tres personas obtuvieron la nota máxima», uno de los cuales fue precisamente «Giussani con su tesis sobre Niebuhr»³⁴.

Es uno de los frutos más significativos de la preparación que Giussani recibió de la «Escuela de Venegono», como recuerda monseñor Luigi Villa: «Me dijeron que fue la más bonita y la mejor premiada de las tesis realizadas hasta entonces en el ámbito de la facultad teológica de Milán».

Tras un breve encuadre del contexto teológico en el que trabaja el teólogo estadounidense, Giussani describe los aspectos principales de la reflexión de Niebuhr, centrando la atención en el problema humano, en el análisis y la resolución cristiana de este, para terminar con una mirada crítica sobre el protestantismo de Niebuhr, subrayando en él los aspectos positivos y los negativos a la luz de la posición católica.

La tesis intenta ofrecer un cuadro sintético del sentido del hombre en la concepción del teólogo estadounidense, «‘sentido’ del hombre, entendido estáticamente como antropología, y dinámicamente como teleología», escribía Giussani en la introducción. La naturaleza del hombre, su existencia y su desarrollo como historia, son los tres elementos a través de los cuales Giussani se acerca a las reflexiones de Niebuhr: «Todos los problemas que plantean la naturaleza, la existencia y la historia humanas se ven confirmados y resueltos a la luz de los conceptos fundamentales de la revelación bíblico-cristiana. Podemos por ello hablar sin duda de ‘sentido cristiano del hombre según Niebuhr’».

Escribe Giussani: «El espíritu humano no podrá quietarse y pararse en ninguna situación histórica. La tensión necesidad-libertad, realidad-ideal, existe a cualquier nivel. No hay punto de la historia humana en el que el espíritu humano se vea libre de la necesidad natural. Pero tampoco hay ningún punto en el que la mente no pueda trascender las circunstancias dadas para pensar en una posibilidad ulterior. Así... el hombre mira a una realidad donde los conflictos resultan superados en un reino de orden y paz universal» (II,2)». Giussani comentaba la frase de Niebuhr apenas citada: «La libertad, como conciencia del límite y de la contingencia que tiene cualquier punto de vista humano, es por ello mismo la experiencia de una exigencia insatisfecha. [...] ‘La vida humana tiende a algo que está más allá de sí misma’ (I,158): el espíritu humano capta la existencia como un haz de indicios convergentes hacia un punto, aunque dicho espíritu no encuentra este punto en su propia existencia limitada»³⁵.

Del largo trabajo en torno a la tesis sobre Niebuhr, Giussani conservaba un recuerdo particular: «Aquella noche estaba cansado y me fui a dormir. [...] Por la mañana, como tenía que entregar una parte de la tesis esa tarde, me lancé enseguida sobre el texto *Naturaleza y destino*, la obra más grande de Reinhold Niebuhr, el mayor pensador de la América de los años treinta y cuarenta. Abrí el libro, por el capítulo que fuera, y empecé a leer: ‘No hay nada más absurdo que la respuesta a una pregunta que no se ha planteado’³⁶. [...] ‘¡Que dos más dos son cuatro no es tan evidente!’. Esto es más evidente, porque es más humano y por ello es más interesante, arrastra tras de sí mucha más parte de nosotros mismos. [...] Cristo es la respuesta al hombre que se pone conscientemente frente a esa pregunta inmensa, imperecedera, inagotable, que es el corazón. En la medida en que uno siente su corazón, en que comprende su corazón, en que tiene presente su corazón, en que tiene ante sus ojos su corazón, en que tiene en el fondo del horizonte su corazón, en que tiene dentro del rostro de la mujer amada su corazón, en que tiene dentro del rostro de sus logaritmos y sus juegos matemáticos su corazón, en que tiene dentro del rostro de sus niños su corazón, en que tiene dentro del rostro de la multitud su corazón: en esa medida uno puede decir: ‘¿Qué respuesta hay? A esta exigencia mía, ¿qué respuesta hay?’. Pero en esa medida eres tú, que te sientes a ti mismo, quien puede comprender cuánto más importante que lo que eres es la respuesta a lo que eres, ¡porque si no hay respuesta a lo que eres, eres un desgraciado!»³⁷.

«Los encontré espantosamente ignorantes»

En el curso escolar 1951-1952, Giussani empezó a enseñar religión en uno de los institutos privados milaneses más antiguos, la escuela de contabilidad Cavalli y Conti³⁸. De esta primera experiencia recordaba que de vez en cuando tres estudiantes católicos se dirigen a él para lamentarse del hecho de que no logran crecer en número. Giussani les preguntó repetidamente: «¿Se puede vivir el cristianismo por separado? No. ¿Estáis persuadidos de que sois cristianos? ¿Sí? Entonces debéis juntaros, [...] porque no se puede vivir el cristianismo más que expresándolo comunitariamente. El quinto año llegaron de repente a ser treinta».

De este hecho Giussani sacó una enseñanza: «El Señor tiene sus tiempos, y puede hacerme trabajar angustiosamente durante treinta años y después de esos treinta darme la gracia de la perfección, de *perficere*, de realizar, de cumplir. Dios no se escandaliza como hacemos nosotros»³⁹.

Entretanto Giussani continuaba enseñando Griego y Teología dogmática en los cursos del seminario y Teología oriental en los de la facultad de Venegono. Ocupado a causa de sus numerosas tareas, el 23 de agosto de 1953 escribía desde Venegono a su amigo Majo que no podía reunirse con él en Vione para descansar algunos días, cosa que desearía: «Tengo clase todos los días. [...] los exámenes en cuanto acaben las clases. Esta contrariedad es una pincelada más del designio un poco melancólico que probablemente me reserva el próximo curso». Y confesaba: «Lo ideal sería ser cura en un pueblecito de montaña»⁴⁰.

Sin embargo, poco tiempo después su vida cambiará de rumbo, como consecuencia de lo que había empezado a moverse dentro de él en 1951 a causa de su encuentro con Luigi Squellerio.

Una vez que viajaba a Rímini, Giussani se encontró con un grupo de estudiantes de bachillerato y entabló con ellos una conversación sobre el cristianismo. «Me sorprendió enseguida su enorme, cósmica y espantosa ignorancia». Se encontró con otros cuatro o cinco estudiantes de bachillerato yendo hacia Ancona: al retomar la conversación sobre los temas del primer encuentro, «llegué a la misma observación. Los dos grupos de jóvenes provenían de dos regiones distintas de Italia, étnicamente muy distintas entre ellas». Provocado por aquellos hechos, y decidido seriamente a comprobar la hipótesis que había surgido en él, Giussani continuó su indagación entre los estudiantes que tomaban el mismo tren que él, cuando viajaba de Milán a Venegono. «Mi impresión fue análoga». Entonces le resultó evidente que «muchos jóvenes son ignorantes en cuanto a la religión; muchos otros, aun sabiendo algo, no están convencidos».

La conclusión era casi obligada para Giussani: «Era necesario anteponer al paraíso de la Teología el purgatorio del trabajo en esta vida. Sentí esto verdaderamente como un deber. ¿Cómo me podía quedar quieto contemplando el ser y la esencia, cosas estupendamente bellas si la gente estuviera tranquila, cuando mis hermanos cristianos seguían permaneciendo en la ignorancia y en la indiferencia?»⁴¹.

El sociólogo Salvatore Abbruzzese, examinando atentamente la experiencia y el

pensamiento de Giussani, considera este episodio como un documento ejemplar de su vida y de su método: «Así pues, si al hablar de su decisión de animar el ambiente estudiantil, don Giussani insiste en un episodio específico no es por simple escrúpulo biográfico, sino para restituir el primer lugar a una categoría fundamental para él: la categoría de la *experiencia*. [...] Don Giussani descubre su misión a consecuencia de una experiencia concreta: este itinerario será presentado como el camino abierto para todo creyente. [...] El carácter central que don Giussani reconoce a la experiencia humana [...] se convierte en el punto de partida de un método de acción»⁴².

Dirigiéndose muchos años después a miles de estudiantes de bachillerato reunidos en Cervia, Giussani contó que la primera vez que nació la idea de «‘hacer algo’ (ciertamente no tenía en la cabeza el movimiento) fue precisamente haciendo el mismo camino que he hecho hoy. Iba en el tren». A continuación narró el episodio ya citado y dijo de aquellos chicos: «Su escepticismo, su actitud despreciativa, su increencia, no daba rabia, sino pena, porque nacía evidentemente de la ignorancia. Fue el contacto con esos chicos lo que produjo en mí el ‘deseo ardiente’ de que conocieran, de que supieran más, de que fueran más los que conocieran lo que a mí se me había dado. El comienzo de todo lo que ha nacido —no podía en absoluto imaginarme, hace treinta y cinco años, que nos íbamos a reunir tantos como hoy— fue el deseo de que la gente entendiera». ¿El qué? «¿Mi opinión? ¿Lo que dice mi partido? ¡No! Que la gente entienda aquello para lo que está hecho el corazón; que la gente entienda un poco más el destino para el que está hecha»⁴³.

Giussani hablaba a su hermana Brunilde de esta voluntad de hacer algo en una carta de junio de 1953: «Entre nuestros hermanos, en casa, tenemos la grandísima suerte de estar extremadamente de acuerdo en el campo ideal. Los demás acuerdos son ficticios en la proporción exacta en que no lo son idealmente. Es la acción lo que une, es luchar por una misma cosa lo que elimina cualquier lejanía. [...] Pero es también cierto que hay un soporte, personal y frágil, para el valor ideal que se ama. Ese soporte es nuestro temperamento, las circunstancias que nos rodean. Necesitamos vernos apoyados, necesitamos encontrar, hablar, recibir también humanamente. [...] La imagen de la vida que siempre me ha gustado más es la del camino. Lo mejor es sentir que caminamos juntos. Nosotros caminamos del brazo, Brunilde. El trabajo y el tiempo que pasa me han vuelto bastante esencial, dinámico, ‘actor’». Le confesaba, no obstante, que «lo más difícil y penoso para mí es pasar una hora de conversación. A menos que tenga un objetivo; esto es, que sea un caminar a lo largo del camino». Y añade que el trabajo y el tiempo que pasaba le persuadían cada vez más de que entre las circunstancias de la vida «no hay ni siquiera una que sea más esencial que las otras. Solo una cosa es esencial: obrar, caminar»⁴⁴.

Algún tiempo después Giussani respondía a su hermana, que debía de haberle hecho alguna observación sobre el género de vida que estaba llevando: «Yo no me siento en absoluto ‘solo’, y nada me gustaría más que hacer ahora de mendigo para testimoniar el Reino. [...] Me siento más lleno que nunca: que siempre tenga algo que comunicar»⁴⁵.

1953: El Consejo de Gioventù Studentesca (GS)

El asunto de Luigi Squellerio —«el primer joven que conocí en la historia del movimiento»⁴⁶, como dirá Giussani—, los jóvenes que había conocido a través del confesionario y aquellos encuentros casuales en el tren hicieron que madurase en él, como se ha visto, el deseo de tomar la iniciativa en relación con los estudiantes de bachillerato. Esto explica su compromiso inicial con las estructuras de la Acción Católica milanese que se ocupaban de la pastoral juvenil.

En octubre de 1953, Giussani empezó a participar en la Consulta (Consejo, *ndt*) de Gioventù Studentesca (GS, Juventud Estudiantil, *ndt*) con permiso de sus superiores.

Para comprender de qué se trataba necesitamos dar un paso atrás. GS había sido fundada al final de la guerra por Giancarlo Brasca⁴⁷: él atribuía la idea a Luigi Gedda (en esa época cabeza de la GIAC, Juventud Italiana de Acción Católica) que, en la primera reunión en la que la AC del norte se unió al Centro nacional, lanzó el proyecto de crear una realidad que no se limitase a la pura educación religiosa de los jóvenes, sino que extendiera su acción «a todos los aspectos de la vida del estudiante, a la educación cultural, física, moral y social»⁴⁸.

En la intención de Brasca el instrumento principal de esta nueva forma de apostolado era el «radio»: el conjunto de los jóvenes de Acción Católica que, puesto que pasaban la mayor parte del día en el mismo ambiente —el colegio—, «se organizan espontáneamente para poder aportar una ayuda concreta a las almas de sus compañeros». La iniciativa nació al constatar que los grupos interparroquiales existían solo sobre el papel, puesto que los estudiantes no se conocían entre sí y no tenían nada en común. El radio parecía ofrecer mayores posibilidades de éxito: «Aquí, al tratarse de estudiantes de un mismo colegio, el ambiente es por lo menos homogéneo y por consiguiente la especialización puede impulsarse al máximo». Los radios habían nacido en los años treinta en Roma por iniciativa de Gedda. En Milán se habían fundado en 1937. Con el inminente fin de la guerra se intentó relanzar la experiencia de los radios. Un documento de la presidencia de la GIAC milanese, fechado en la «fiesta de la Asunción de 1944», precisa que la iniciativa «no pretende torpedear los grupos parroquiales que han sido y son todavía la ‘vía maestra’ de la especialización estudiantil. Solo se quiere decir esto: cuando las condiciones externas o internas de la Asociación no permiten proporcionar formación especializada a los estudiantes, confíese esa formación al radio».

El objetivo era triple: «a) ampliación de la formación general (para algunos); b) formación especializada (para la mayoría); c) coordinación de la acción apostólica (para todos)». En cada radio desempeñaba una función central el consiliario, normalmente un sacerdote, al que se pedían algunos requisitos: «Que tenga tiempo libre; que sea un hombre de buena y amplia cultura (sobre todo moderna) porque debe ocuparse de la formación cultural de los miembros del radio; que conozca los problemas estudiantiles; que sepa ganarse el alma de los estudiantes». En este programa los seglares debían ocupar una posición de «preparación, subordinación y apoyo al apostolado sacerdotal. El seglar es ante todo un precursor del sacerdote [...] debe poco a poco retirarse para dejar

campo libre a la acción del sacerdote, salvo para reenganchar al alma cuando esta se separa del sacerdote»⁴⁹.

A los primeros años cincuenta se remonta la implicación en las estructuras de la GIAC de Piero Canevini, que desde 1953 a 1955 será el delegado de los estudiantes en Milán (llegaría a ser médico). Él recuerda que la Acción Católica milanese, recién salida de la guerra, se preocupaba por reorganizar sus sectores de actividad, «identificando categorías sociales a las que dirigir su atención y su compromiso». Junto a las categorías definidas por la edad, la AC decidió nuevas formas de presencia en ambientes homogéneos como los jóvenes trabajadores y los estudiantes.

En el acta de la primera reunión general del 9 de octubre de 1952, durante la cual se pusieron las bases del movimiento de los estudiantes de Milán, aparecía con claridad el carácter problemático que tenía la situación. Estaban presentes en total 65 estudiantes. En la mesa de los dirigentes, el presidente local de la GIAC, Eddo Magnani, y Canevini. Magnani habló pocos minutos, diciendo que la GIAC no existía en los colegios, o que quizá existía, pero nadie la había visto jamás: «Hay que tener en cuenta que los estudiantes de hoy serán los dirigentes de mañana y harán que la sociedad camine en la dirección de sus convicciones. Es necesario por tanto influir positivamente en la masa de los estudiantes. Para lograr esto hay que desarrollar un apostolado de ambiente provechoso». Canevini ilustró el programa de los radios estudiantiles, subrayando que el fin que se buscaba alcanzar el primer año era conocerse y organizarse: «Estas dos directrices apuntan a formar un bloque compacto y seguro de todos los estudiantes de AC». De la discusión posterior el acta relata sin piedad que las intervenciones no fueron muchas y que la mayor parte de los presentes «no sabía sobre qué se debía discutir».

En la reunión del 14 de octubre de 1952 se hallaban presentes 90 personas y en la del 15 noviembre, 80 ⁵⁰. La crítica más común que se escuchó a los participantes fue la siguiente: «¿Para qué nos reunimos? ¿Qué es lo que se hace en el radio?». Este es, por ejemplo, el informe del jefe de radio del liceo Berchet: «En nuestro campo, como, por lo demás, en muchas otras partes de la AC, reina la indolencia, y lo que falta no son las ideas, sino personas que tengan ganas de ponerlas en práctica. ¿Se piensa que la Acción Católica consiste solamente en enseñar el catecismo los domingos en los oratorios (actividades y locales adjuntos a las parroquias, *ndt*)! Muy pocos comprenden que la Acción Católica debe manifestarse en el ambiente en que vivimos; y es justamente con estos poquísimos, que, no obstante, existen por gracia de Dios, con los que cuento para poder convencer también a los demás de su deber como cristianos. Nosotros, por ahora, hemos decidido reunirnos todos los miércoles por la mañana antes del comienzo de las clases, pero el tiempo del que disponemos es demasiado poco, haría falta encontrarse mucho más tiempo para poder orientar bien a todos en su trabajo cotidiano»⁵¹.

Y esto es lo que un estudiante del radio del Cattaneo (otro colegio de Milán) escribía a Canevini el 10 de marzo de 1953: «Quería hacerte caer en la cuenta de algo [...] olvidamos con injustificada voluntad el factor sobrenatural en nuestro trabajo y en relación con los demás, que son también estudiantes. Se habla de enlaces, de mentalidad, de trabajo mediante las asociaciones, estupendo todo ello, pero cuando nosotros mismos

no tenemos la convicción, la responsabilidad, no nos sacrificamos por crear conciencias, no confiamos en la vida interior, fallamos»⁵².

En un documento de 1953 se expresaba la crítica más fuerte a GS: que la participación en los radios era solamente un «acto de obediencia, sin ningún interés, porque no existe una actividad que pueda llamarse verdaderamente tal»⁵³.

A finales de 1951, terminado su bachillerato en el Parini y tras matricularse en Medicina, Canevini había entrado en la FUCI (Federación Universitaria Católica Italiana, *ndt*). Pero en 1953 el presidente de la GIAC, Germano Quadrelli, y el consiliario, don Aldo Mauri (más tarde vicario episcopal de la diócesis de Milán), le confiaron el cargo de delegado estudiantil con la tarea de relanzar GS, que languidecía poco a poco. El 27 de diciembre de 1953 tuvo lugar un encuentro entre la GIAC y la GF (Juventud Femenina), con Quadrelli y don Mauri, Canevini, la doctora Ezia Fiorentino, presidente diocesana de GF, Maria Tironi, delegada de los estudiantes de GF, y Milena Diomede, colaboradora de GF y más tarde vicepresidenta de GS: el objetivo era poner en marcha de nuevo, recuerda Canevini, «un movimiento de estudiantes con el nombre de Gioventù Studentesca, común a ambas ramas de la Acción Católica Juvenil».

En aquel 1953 Giussani hacía su aparición en una GIAC que estaba tratando de reorganizar su presencia en los colegios milaneses⁵⁴. Una referencia a la implicación inicial con Quadrelli se contiene en esta carta que Giussani escribió a su hermana Brunilde: «Hubiera querido verte ayer por la noche; pero Quadrelli me convocó con urgencia por el tema de los estudiantes»⁵⁵.

Al entrar a formar parte de Gioventù Studentesca, Giussani asumió un papel importante en la vida del movimiento. Los cuadros dirigentes estaban constituidos «por don Giussani como consiliario [...], por mí como presidente y director del periódico mensual y por Milena Diomede como vicepresidenta; Lazzati era la figura de referencia para la formación», recuerda Canevini. De la personalidad de Giussani le quedó grabada «su capacidad de síntesis y de identificación de la esencia de la enseñanza evangélica». «Me abrió las puertas de la Sagrada Escritura, una experiencia desconocida para mí en la Acción Católica», declara Milena Diomede.

En el Consejo del 28 de noviembre de 1953 estaba presente Giussani. El acta registra algunas palabras suyas, las primeras que aparecen en un documento de la GIAC: «Queremos que la idea cristiana sea un factor en el ambiente escolar. Actualmente no lo es. Esta situación de hecho puede tener dos orígenes: a) la idea cristiana no puede influir en la vida. Esto es lo que piensan todos. Los factores decisivos: profesión, estudio, vínculos afectivos, diversiones, etc., etc. b) puede estar determinado por el hecho de que la idea es el hombre: por consiguiente, los hombres que tienen la idea cristiana no la transmiten bien, ya sea porque no están persuadidos de ella (ambigüedad de convicciones) o porque el individuo no ha pensado nunca en el significado de la idea que lleva consigo. Carencia de conciencia cristiana. Algunos de nosotros ¿dudan acaso de que la idea cristiana [...] tenga amplitud, [...] tenga valor? No. Entonces somos nosotros los que carecemos de conciencia cristiana. El hombre es la idea (característica suya). El hombre vale en la medida en que siente la idea y la aplica. Cuando se oye hablar a una

persona convencida se la admira. Cada uno de nosotros puede tener cualquier otra idea; pero debemos profundizar en nuestro cristianismo. (Budismo es un conjunto de preceptos, un género de vida. Cristianismo es una persona = Cristo). Ningún fundador de religiones se ha declarado Dios»⁵⁶.

En esta acta escueta se ve una de las preocupaciones fundamentales de Giussani: la urgencia de que todos y cada uno profundizaran en su conciencia cristiana; desde los primeros años cincuenta, en efecto, tenía muy claro que si el cristianismo, recibido de la tradición familiar o parroquial, no se convertía en convicción personal de cada uno, la fe no tenía posibilidad alguna de traducirse en un factor que influyera en el ambiente cotidiano.

Con la entrada de Giussani «la atmósfera sufrió un notable cambio: la decisión y el entusiasmo del consiliario se transmitieron en parte a los demás. [...] El hecho, por ejemplo, de que exigiera a todos los que colaboraban en la delegación de los estudiantes que le hablaran de ‘tú’, el hecho de que usara un lenguaje espontáneo y abierto, sin rodeos, [...] hizo que la colaboración se basara absolutamente en un plano de amistad»⁵⁷.

Algunos puntos fundamentales propuestos por Giussani se aceptaron y transmitieron a las bases; en particular, cuatro: «1º) Potenciar los radios, al ser estos la base de cualquier actividad que haya que lanzar a la masa estudiantil. Los radios, según la expresión de don Giussani, son los pilares sobre los que se sostiene el movimiento. 2º) Abrir la adhesión a los radios no solo a los pertenecientes a la AC, sino a todos los católicos militantes, inscritos o no en asociaciones u organizaciones católicas. 3º) Crear una organización ágil y oportuna, basada en una división precisa de tareas y funciones para cada colaborador de la delegación de estudiantes. 4º) Lanzar algunas actividades desligadas, al menos formalmente, del movimiento, como el periódico, manifestaciones culturales, etc.»⁵⁸.

Marco Barbetta (más tarde párroco en Milán) vio por primera vez a Giussani en 1953, durante un encuentro con los jóvenes de su parroquia, en la periferia de Milán; y de nuevo, en un debate con padres sobre la educación: «Yo convencí al párroco para que invitara a don Giussani, que empezaba a ser conocido en Milán»⁵⁹. Giussani vivía «una implicación total en la vida de la diócesis», en el ámbito del intento por parte de la Acción Católica milanese de retomar una presencia entre los estudiantes: «Era una persona con la que contaban» para «revitalizar y dar un nuevo impulso» a Gioventù Studentesca. Don Barbetta subraya que la nueva GS «no se diferenció durante algunos años desde el punto de vista estructural, institucional; era tan solo una realidad más despierta. La diferencia estaba en el modo de encontrar y proponer que tenía él personalmente». Como recuerda don Barbetta, para los que se acercaban a Giussani la novedad era que GS «era el lugar donde se ponía en juego la relación con él o con su planteamiento, vinculado a los dos términos *experiencia* y *verificación* que implican una cierta percepción de la razón y de la fe a través de algo que sucede, no a través de un discurso»⁶⁰.

Giussani fue nombrado inicialmente consiliario diocesano de la Gioventù Studentesca Femminile de AC. Para él, el punto culminante que reveló lo que estaba sucediendo se produjo cuando, tras haber reunido a cuarenta chicas de los colegios de Milán, el consiliario diocesano, monseñor Enrico Assi (más tarde obispo de Cremona), comentó: «Solo cuarenta». Y Giussani le espetó: «¡Pero si antes eran cuatro!». Y el otro: «Pero tú, cuando hablas a los estudiantes, ¿a qué les invitas? ¿A qué invitas a las estudiantes?». «¡A Jesucristo!». «¡No!», replicó el monseñor. «¡Oh!», exclamó Giussani con curiosidad. «¡A la Acción Católica!», escuchó responder a monseñor Assi.

Otros consideraron bueno el resultado que había obtenido y lo leyeron como un dato novedoso por el que apostar. En efecto, «la Acción Católica masculina se despertó, y don Aldo Mauri y el doctor Quadrelli, presidente, me dijeron: ‘Encárgate también de la Acción Católica masculina’. ¡Ese fue el momento en que se originó ‘lo mixto’!»⁶¹.

Las anotaciones de Canevini confirman esa evolución: Giussani «había sido en un primer momento consiliario del movimiento femenino. Ya que nos había parecido útil, tanto a nosotros como a las dirigentes del movimiento femenino, establecer una colaboración más estrecha entre los dos movimientos, pareció igualmente útil, con ese fin, unificar la tarea de don Giussani, haciendo que se le nombrase consiliario del movimiento estudiantil diocesano»⁶².

Y así GS resultó ser el primer movimiento católico italiano en el que no se practicó ya la separación entre sexos característica de la Acción Católica y de otras organizaciones. Y por eso el asunto no dejó de suscitar reservas y polémicas en los ambientes tradicionales. «En efecto —dirá Giussani— nosotros, desde el comienzo, implicamos en la misma experiencia y en los mismos gestos a chicos y chicas no por un fin propagandístico, como un ardid para poder atraer a más personas al movimiento, sino por una cuestión de principio». Los chicos y las chicas vivían juntos en clase y en su tiempo libre; por eso —según Giussani— «era necesario que la experiencia cristiana demostrase su capacidad educativa también respecto a esa particular situación [...]. Para nosotros prevalecía la preocupación por la unidad de todos en el misterio de la Iglesia [...] sobre la sensibilidad hacia las diferencias psicológicas entre los dos sexos»⁶³.

En la primera mitad de los años cincuenta, escribe el historiador de la Iglesia Joseph Lortz: «la sociedad moderna por entero está continuamente expuesta al peligro de contagio de la incredulidad» y por eso «el individuo cristiano [...] se encuentra así intensa y continuamente en la necesidad de decidirse por el reino de Dios» en un contexto de «secularización radical», en el que se han venido formando «nuevas estratificaciones y nuevos ambientes»⁶⁴.

Agostino Giovagnoli, historiador de la Universidad Católica, observa que el método de Giussani estaba «elaborado en relación directa con las consecuencias de la secularización»; en efecto, no nacía «de una actitud de conservación de la tradición imposible, sino más bien del intento de medirse con la secularización». Por eso Giussani «empezó pronto a transformar la experiencia de los ‘radios’ típica de GS, comunicando

ante todo una fuerte carga humana, que parecía inseparable de su propuesta y del éxito que logró dicha propuesta»⁶⁵.

El historiador de la Universidad de La Sapienza de Roma, Andrea Riccardi, escribe que Giussani se proponía «hacer renacer en los ambientes, especialmente estudiantiles, la comunidad cristiana, considerándola así como tal, aunque estuviera compuesta por jóvenes, como sujeto de cultura y de presencia»⁶⁶. A tal propósito, es interesante un acta del Consejo de GS, que refiere esta observación de Giussani: «Nuestra acción es más sencilla que el agua; pero lo que cuenta es el resultado, que debe ser acción divina. Nosotros tenemos que dedicarnos a nuestro trabajo con certeza y constancia, que no derivan del hecho de que las cosas vayan bien, sino sobre todo de que estamos dispuestos a hacer cualquier cosa, aunque nos encontráramos eventualmente afrontando la situación solos»⁶⁷.

La decisión de entrar en la enseñanza

Estas primeras experiencias en la Acción Católica, unidas a los encuentros citados con algunos estudiantes de bachillerato, crearon las condiciones para que Giussani decidiera pedir a los superiores de Venegono permiso para entrar en la enseñanza estatal como profesor de religión, después de su implicación inicial en la escuela no estatal. Giussani «no tenía en absoluto la convicción de iniciar algo inaudito en el multiforme concierto eclesial. Quería simplemente dar a conocer el cristianismo de manera más eficaz, más coherente y más persuasiva a los adolescentes que se le presentaban concretamente en aquel momento crucial de la historia»⁶⁸.

Desde el primer encuentro con Luigi Squellerio —y con otros chicos de la parroquia del viale Lazio— había ido creciendo de algún modo en Giussani la percepción del desafío que planteaba la escuela pública a la posibilidad de que la fe encontrara espacio en la vida cotidiana de los jóvenes de los años cincuenta.

Giussani percibía con agudeza este clima. Lo documenta un esquema mecanografiado de media página, con añadidos a mano de Giussani (aquí en cursiva). Desde el comienzo de su compromiso en la GIAC habían surgido algunos factores que a su modo de ver describían el contexto en el que se encontraba. Estos eran, en una lista sintética: «1° La situación del mundo estudiantil y del trabajo: ineficacia de la presencia cristiana (sentimentalismo, carácter abstracto, moralismo, acción elitista). *Categorías: desde dentro de la situación.* 2° Toma de conciencia por parte de la estructura oficial (en este caso de la GIAC y GS) de la gravedad de la situación: (insuficiencia de las líneas metodológicas). *Desde dentro de la estructura eclesial.* 3° Cristo centro de la cultura. Intuición nueva todavía no traducida adecuadamente a nivel metodológico. Semejante idea tiene en todo caso capacidad de ruptura con respecto al contexto normal. *Cristo centro de la vida y de la historia.* 4° Llamamiento a la persona y a su carácter comunitario. *Primeros valores que se deducen: persona y ‘estar juntos por Él’*»⁶⁹.

Como confirmación de las preocupaciones de Giussani vale la pena recorrer algunos

números de *Direttive*, el periódico de la Acción Católica milanesa, correspondientes a aquellos años. Por ejemplo, en el n. 2 de febrero de 1954 puede leerse: «Estar en el mundo para nosotros, cristianos de acción, significa un preciso deber: ser los primeros, ser los mejores, ser los más preparados y los más organizados, ser los que más progreseemos en el uso de las cosas del mundo, las más bellas, las más útiles, las más modernas, para que sirvan en el mundo verdaderamente para glorificar al Creador: ay de aquellos católicos que rechazasen usar cualquier medio para realizar buenas obras»⁷⁰.

Giussani atribuirá a consideraciones de este tipo el resorte que le empujó a intentar algo nuevo: «Empezamos porque percibíamos que se promovían esos valores de una manera equivocada. Digámoslo con claridad: de una manera menos auténtica. Sentíamos con urgencia la necesidad de un modo más auténtico»⁷¹. En efecto, tenía claro que la recuperación no podía llegar mecánicamente por una estrategia organizativa más sofisticada.

En un artículo que Giussani escribió en aquellos tiempos y del que hablará años después, se contiene un juicio sobre la situación en la que se encontraba el asociacionismo católico juvenil milanés, e indica también las condiciones de una propuesta adecuada: «¡Primero, amigo mío, es necesario ser cristianos! Y tu ser cristiano no es solamente que tu persona ocupe determinados centímetros cúbicos de espacio. ¿Se puede decir que en el ámbito de los colegios de enseñanza media nuestros estudiantes generan una verdadera presencia cristiana, que constituyen un testimonio decidido (porque el cristianismo no es un ‘ahora te veo, ahora no te veo’), activo (porque el cristianismo no es un terreno para burgueses cómodos), influyente y determinante (porque el cristianismo que se hace presente de forma genuina no puede pasar como pasa el agua)? ¿Se puede decir que es así? ¡No! En los liceos de letras —por ejemplo en el Beccaria—¿quien conoce a los de la Acción Católica? En la sección C de cualquier otro liceo, ¿acaso manifiesta el cristianismo una milésima de la influencia que tiene la idea socialista o comunista en clase? Haría falta añadir otra pregunta: ¿cuál es la causa de semejante situación? Quiero decir: ¿cuál es su causa profunda?».

Desde los comienzos de su entrada en GS, Giussani se persuadió de un hecho: «El misterio de Cristo y de la Iglesia se daba por descontado»; en segundo lugar, toda la atención se ponía en «una insistencia eficientista, moralista y sentimental». Ciertamente la presencia se hacía en nombre de Cristo y de la Iglesia, conforme a «una intención decidida y generosa», pero esa intención no se convertía en «criterio de juicio, fuente que determinara el sentimiento, e indicación de la forma de comportarse y de la acción». El modo de juzgar, de sentir y de comportarse, «acababa cayendo en una actitud puramente naturalista, aunque henchida de entusiasmo por la Iglesia y por Cristo»⁷².

La historiadora Maria Bocci observa que la tentativa de Giussani comenzó «con la toma de conciencia de la pérdida de vitalidad que sufrían las viejas formas del activismo católico y con el interrogante acerca de la capacidad de los católicos para confrontarse con los cambios en curso, un interrogante potenciado en Giussani, entonces profesor del seminario de Venegono, a partir del diálogo con jóvenes que manifestaban una ignorancia preocupante sobre el cristianismo. Giussani estaba atento a los puntos débiles

del asociacionismo católico, comenzando por esa especie de mito de la organización muy perceptible en la Acción Católica y por los muchos ‘quehaceres’ que la comprometían en especializaciones articuladas en cada nivel de la vida social. Él pensaba que la comunicación de la buena nueva implicaba una intuición pedagógica renovada»⁷³.

«Empecé desde dentro de la Acción Católica»

Giussani empezó su tentativa desde dentro de la realidad diocesana milanese, comenzando por los radios: «Utilizamos este término porque yo empecé desde dentro de la Acción Católica»⁷⁴.

Como hemos visto, la misma categoría de «movimiento» estaba tomada de la terminología de la Acción Católica; aunque, ciertamente, Giussani profundizará y ampliará con el tiempo su significado profundo.

No inventó, pues, nuevas siglas o realidades asociativas, sino, como confirmaba el cardenal Biffi, «asumió como propias las que ya existían en la práctica», como Gioventù Studentesca, «iniciativa que a decir verdad [...] no había dado todos los frutos esperados»⁷⁵.

Giussani utilizó los instrumentos del asociacionismo ambrosiano, sin escándalo y sin polemizar. «No dijimos una sola palabra de contestación; dijimos: ‘Es muy justo todo este énfasis y este llamamiento lleno de energía, pero necesitamos un método’». En efecto, recordaba que les dijo a don Mauri y a Quadrelli: «Quiero daros las gracias porque he escuchado de vosotros lo importante que es para la vida (no en sentido moralista, para no ir al infierno) la idea de gracia sobrenatural o de gracia santificante (que es el hecho de Cristo en nosotros, la estructura nueva en nosotros), pero necesitamos encontrar un método para decirlo, porque de otro modo no se entiende». Y si la Acción Católica le decía: «¡Bravo, ánimo!», entonces nacía el movimiento de Gioventù Studentesca. Porque al menos durante una decena de años, en Milán fue así, fue apoyado así: la Acción Católica sintió que revivía con ello»⁷⁶.

A partir de 1954, Giussani publicó una serie de trabajos vinculados a su experiencia inicial con los jóvenes, editados por la presidencia diocesana de la Acción Católica milanese: en particular, *Conquistas fundamentales para la vida y la presencia cristiana en el mundo* (1954), escrito junto con don Costantino Oggioni (profesor de Teología dogmática y desde 1953 director espiritual en el seminario teológico de Venegono). Ahí se lee, entre otras cosas: «Podemos [...] decir que toda vocación es una llamada a la persona para instaurar el reino final de Cristo sobre los hombres y las cosas. El reino final de Cristo se construye a partir de cada persona: 1) participando como miembro vivo del cuerpo místico de Cristo, la Iglesia. La persona de Cristo tiene un poder tal que, por así decirlo, asimila en sí a los hombres creyentes en Él, de modo que se forma una unidad inefable y suprema que lleva su nombre personal. [...] 2) colaborando con toda la humanidad para transformar la realidad conforme al plan de Dios. Es el ideal que sublima todo trabajo humano, por el que ese orden que imprimirá definitivamente Dios a

las cosas del mundo encuentra su inicio en la actividad del hombre [...]. Este segundo aspecto, transformar todas las cosas y las criaturas infrahumanas conforme al designio de Dios para la gloria final de Cristo, es específico de la vocación seglar de manera particular»⁷⁷.

A 1954 se remonta el encuentro de Giussani con un fraile capuchino, el padre Emmanuel Braghini (1928-2012), que había celebrado su primera misa en marzo. Vivía en el convento de Musocco, frente al Cementerio Mayor de Milán. Una mañana de septiembre estaban en el convento solamente él y el hermano portero. Este vino a decirle: «Hay un sacerdote que quiere confesarse». Le respondió que los «padrinos» (así se llama a los frailes recién ordenados y así le llamará Giussani durante toda su vida: «Padrín») no confesaban a los sacerdotes. «Lo sé» respondió el otro, «pero no hay nadie más», y le acusó de rechazar un gesto de caridad, comentando que, entonces, no había valido la pena que estudiara tanto. En este punto, el padre Emmanuel se resignó y obró como le había sido ordenado. «El hecho es que entré en el confesionario, le confesé y salí. Ni siquiera nos miramos a la cara. Él, no obstante, debió de captar en las dos palabras que le dije una sintonía repentina». Después de salir del confesionario, el «padrino» fue a su celda, cogió su cartera para ir a la calle, subió al tranvía y vio que se le acercaba el cura al que acababa de confesar y que se presentó como don Luigi Giussani. Este le habló de la iniciativa que estaba a punto de comenzar en el ámbito escolar, porque se había dado cuenta de que el cristianismo casi no existía ya entre los estudiantes. «Ya no nos separamos nunca más. Enseguida me sorprendió la pasión que tenía don Giussani por el misterio de la Iglesia y por la encarnación, que siempre ha sido el factor más incisivo»⁷⁸.

Sin embargo, sería reductivo circunscribir el compromiso de Giussani con los jóvenes solamente a un impulso interior, determinado por su sensibilidad pastoral y eclesial. Además de responder a una exigencia que derivaba de su experiencia directa con los jóvenes, Giussani estaba respondiendo también a una directriz del cardenal Schuster, que el 3 de abril de 1954 escribía en una carta a los sacerdotes que daban catequesis en los colegios públicos de la diócesis de Milán: «Es verdad que el ideal católico sería llevar a cada uno a su parroquia respectiva. En la práctica, sin embargo, varias causas se interponen para la consecución de esa unidad parroquial». Desde este punto de vista, continuaba el arzobispo, «mejor que dejar dispersa y abandonada a tanta juventud, es necesario alcanzarla allí donde se encuentra. Ahora bien, a clase van todos, como observaba Pío XI, y la escuela es interparroquial». Schuster concluía con un deseo: «Igual que ya existen capellanes de los obreros, que haya también ‘capellanes de los estudiantes’. A la gente —decía el buen cardenal Saliège— hay que buscarla y alcanzarla allí donde está, ¡y no donde no está!»⁷⁹.

En Gressoney con Giuseppe Lazzati. «La montaña de Ulises cada vez es más precisa ante mi mirada»

A partir de su implicación directa con la GIAC, Giussani profundizó en su intuición

fundamental: «Cristo es el centro explicativo, el criterio que lo explica todo. Digámoslo así: Cristo es el centro de toda la experiencia cultural», donde por cultura entendía «un fenómeno que no podría existir mas que como teorización, como toma de conciencia de una experiencia de vida. Por tanto, no una cultura separada de la vida, sino una cultura que solo se hace posible con la vida. La cultura no es otra cosa que la conciencia crítica y sistemática de la vida que se vive»⁸⁰.

Esta intuición era muy clara y, a juicio de Giussani, encontró su confirmación durante la Semana de dirigentes de la GIAC con el profesor Giuseppe Lazzati⁸¹ que tuvo lugar en Gressoney, Valle de Aosta, en agosto de 1954. «Siento que no hayamos podido conseguirlos todavía, recuperarlos, porque habría sido bonito leer algunos pasajes de los apuntes que yo tomé en la primera reunión de Tres días que hicimos y que dirigió el profesor Lazzati»⁸².

Lo mucho que esperaba Giussani la cita de Gressoney lo revela una carta que escribe a su amigo don Majò en vísperas de la salida: «La montaña de Ulises cada vez es más precisa ante mis ojos. Y, gracias a Él, sé que no es un ‘vuelo loco’. Hablar de ‘vuelo’ sería una pretensión grotesca, si no se tratase conscientemente de una metáfora. ‘Vuelo’ a saltos, como la gallina o el pavo, eso no me importa. Lo que importa es el anhelo en la justa dirección. Mañana me voy a Gressoney con 45 estudiantes para una semana de estudio (y de gran responsabilidad para mí)»⁸³.

De la intervención de Lazzati quedan algunos apuntes: «a) Cristo respuesta al problema de la persona individual, problema del yo y problema del amor (amor natural-amor sobrenatural); b) Cristo respuesta al problema de la persona que ‘considera’ el mundo, problema de la cultura (problema del significado de Cristo en relación con la literatura y la filosofía que se estudia en clase y que supone la primera profundización del estudiante en la experiencia humana); c) Cristo como respuesta al problema de la persona que actúa en el mundo y crea relaciones (problema de la comunidad-problema social)»⁸⁴.

Giussani sostendrá que aquel momento —planteado sobre Cristo como centro de la vida y de la cultura— fue determinante para toda la historia posterior de GS: «Aquel tono y aquella centralidad retomaban una idea que a mí ya se me había metido en el corazón en primero de bachillerato, fundamentalmente gracias a monseñor Gaetano Corti»⁸⁵.

Y más aún: «Lazzati desarrolló temas que él consideraba fundamentales para el inicio de una comunicación de la fe a los jóvenes estudiantes: la centralidad de Cristo en todo el saber humano; una cultura cristiana y la perspectiva de una dignidad humana, de una dignidad moral. Fueron temas que heredé como una intuición providencial para mi acción, conformes además con mi experiencia de joven y de hombre»⁸⁶.

Aquel primer gesto común preludiaba la fundación de un nuevo movimiento: «Yo insistía en que fuera un movimiento en torno al *Corriere 4 Studentesco*, un pequeño periódico que funcionaba en algunos colegios de Milán. En cambio, un sacerdote, que luego murió por desgracia en un accidente, y se llamaba don Gaffuri⁸⁷, luchaba conmigo

porque me decía: ‘Tú debes fundar un movimiento, no un movimiento en torno a un periódico sino un movimiento en toda regla’. [...] Ganó su línea, y así empezamos en los colegios en octubre. Aquellos tres días fueron fundamentales para mí»⁸⁸.

L'azione giovanile, periódico de la GIAC, contiene en su número de agosto-septiembre de 1954 algunos artículos sobre aquella semana de dirigentes. He aquí lo que escribía Guido Caprio, jefe del radio del liceo Berchet: «Semana de los dirigentes estudiantiles: llego el domingo por la noche. Después de cenar primera toma de contacto con el pueblo, pero más todavía con don Giussani. ¡Qué sacerdote! ¡Cuánta pimienta tiene en el cuerpo! Canta, quiere parar a los coches por las carreteras, bromea con la gente que pasea tranquilamente, y nos pone a jugar en círculo en la plaza de Gressoney. Pero todo va bien, es él, don Giussani, nos meterá a todos una carga de energía atómica en el cuerpo, gritará, reirá, cantará, se enfadará, le dolerá la garganta, predicará, tocará música: es el alma de los jóvenes. Primera lección de Lazzati. [...] Lazzati fascina, encanta y entusiasma. Lazzati arrastra enseguida a todos a una nueva atmósfera. Son planteamientos nuevos»⁸⁹. Otro artículo se refiere a ello: «El tema, la idea fundamental, que luego fue desarrollada y demostrada como válida por el profesor Lazzati, puede resumirse en una única palabra que apareció en la tercera lección, la central: *metanoite* [...] ‘cambiad vuestra mente’. Simplemente: cambiad el modo de valorar, de razonar, de comportaros, y que sea un cambio total, radical, integral». Como consecuencia, al observar que la población estudiantil estaba a un nivel «incluso puramente humano [...] espantosamente mediocre», refiere que Giussani, «en una de sus fogosas intervenciones», dijo que «es imposible hablar del cuerpo místico a personas que no saben lo que es, por ejemplo, el espíritu comunitario»⁹⁰, para subrayar la necesidad de una educación gradual accesible a todos.

En la misma página que contiene estos artículos hay también un *box* con una fotografía en la que aparece un Giussani sonriente, y debajo un pie de foto en negrita: «Dos valen por tres. Sí, porque Caprio y don Giussani son los dos tercios del movimiento estudiantil. [...] Lo más bonito es que estos señores —don Giussani a la cabeza— no se han conformado con Venegono y han puesto a tus pies una semana para estudiantes estupendos en Gressoney. [...] Don Giussani, al que le hemos pedido algún pronóstico sobre el movimiento, nos ha dicho: el que viva verá. Solo hace falta vivir»⁹¹.

Giovagnoli subraya que en aquellos años Lazzati «había desarrollado una reflexión sobre la Iglesia en Italia en la que percibía una reducción de la vida cristiana a la práctica religiosa, mientras que quedaba fuera la existencia cotidiana, por culpa también de un clero más preocupado por llamar a la práctica que por hacer pensar a los creyentes. [...] Con Lazzati, además del contexto común, Giussani compartió también una consonancia inicial de preocupaciones y orientaciones», lo que documenta la ya citada semana estival de GS en Gressoney, en el curso de la cual a Giussani «le sorprendió la centralidad de la relación con Cristo en la experiencia cristiana que subrayaba Lazzati, contrario a una reducción intimista de la fe cristiana que la privaba de incidencia concreta». Giovagnoli añade que en aquellos mismos años «también Giussani se planteaba el problema de

hacer que los jóvenes superaran un enfoque moralista y sentimental de la fe»⁹². Y el historiador Alessandro Parola confirma que fue precisamente «la centralidad del tema cristológico» lo que puso a Lazzati en condiciones de «reconocer la experiencia de GS, aunque fuera solamente en su época inicial»⁹³.

Capítulo 7
Subiendo aquellos escalones...
El comienzo de la enseñanza en el liceo Berchet
(1954)

«¡Pero ¿qué hago yo aquí enseñando teología?!»¹ se preguntaba Giussani desde sus primeros encuentros con jóvenes a los que descubría profundamente ignorantes de la Iglesia y el cristianismo. Por eso pidió y obtuvo de sus superiores permiso para enseñar Religión católica en un instituto público de bachillerato de Milán. Como se ha visto, no era el primer cargo que asumía, pero sin duda era el más consistente en términos de intensidad de compromiso. Empezó a enseñar en el liceo clásico Berchet de Milán en el curso escolar 1954-1955 con un cargo temporal, que se hará definitivo al año siguiente².

Pier Luigi Bernareggi (conocido por el sobrenombre de ‘Pigi’; desde los años sesenta sacerdote en Belo Horizonte, Brasil) remite a 1954 su primer encuentro con Giussani³, recién comenzado su primer año de bachillerato en la sección E (instituida precisamente en 1954, tal como anota el director Colombo en el acta de la reunión inicial de octubre de aquel año⁴). Añade que participó en su primer radio de GS durante el primer semestre de 1955, invitado por un compañero de clase, Dino Quartana⁵ (más tarde dominico).

Giussani enseñaba en las secciones A, D, E, a las que se añadirán con el tiempo la F y la C. Su cátedra pasó de las ocho horas iniciales a las diecisiete de 1958, cubriendo todas las clases del centro, como documenta el «Estado de personal» del liceo Berchet⁶. En 1963 Giussani alcanzará un máximo de veintiuna horas de clase⁷.

A la cátedra de religión en el liceo Berchet se añadirán con el tiempo otros compromisos docentes: en el instituto de magisterio público Virgilio, en el instituto Vittoria Colonna y en el liceo artístico de las Ursulinas de San Carlos en la vía Lanzzone.

El Milán de la mitad de los años cincuenta era el corazón industrial de Italia, y estaba en continua expansión. Solamente en la provincia milanese —la primera en renta per cápita— se concentraba el 12,5 por ciento de la renta nacional. Casi un tercio de la industria manufacturera nacional estaba localizada en Lombardía⁸. En su capital se catalizaban, además, las tensiones políticas de la posguerra. Fue una de las primeras ciudades en tener ayuntamientos de izquierda en la primavera de 1946. Las tensiones, a veces violentas, de la guerra de liberación no se habían sosegado del todo.

El mismo mundo católico estaba fermentando. Como escribe la historiadora Maria Bocci, «el catolicismo ambrosiano había tenido que ajustar cuentas con las veloces

transformaciones de esa adelantada italiana de la modernidad que era la capital lombarda. [...] Sus raíces ambrosianas se enfrentaban por tanto a una situación verdaderamente inédita desde muchos puntos de vista, que requería y en ciertos aspectos imponía nuevos caminos y nuevas formas para que fructificara el patrimonio de la fe en una sociedad que estaba en rápida transformación. [...] Nuevas sugerencias y nuevas incógnitas [...] acompañaban al Milán católico de la segunda mitad del siglo XX, donde algunos ámbitos de agregación como la GIAC, gracias en parte a hombres como Giancarlo Brasca, parecían conferir cierta capacidad de mantener las antiguas fórmulas con las que se había declinado la presencia católica en la sociedad civil. Pasados unos pocos años, sin embargo, esos mismos ámbitos iban a mostrar una indudable fragilidad, demostrándose inadecuados para hacer frente a una situación que no se podía comparar con los ritmos y costumbres del pasado»⁹.

El año en que Giussani comenzó a enseñar en el Berchet es también el de la crisis de la GIAC, con la dimisión de su presidente nacional, Mario Rossi, y el éxodo de sus dirigentes locales. Abbruzzese escribe que «hasta aquel momento la movilización de los católicos se había subordinado a un proyecto de presencia política en la sociedad italiana. Pero ahora se volvía urgente buscar una inserción social más que un reconocimiento institucional de la primacía moral de la Iglesia». La tentativa de Giussani «se inscribía, pues, en el corazón de una realidad social, religiosa y política en profunda transformación»¹⁰.

«Con el corazón lleno del pensamiento de que Cristo es todo para la vida del hombre»

«Lo recuerdo como si fuera hoy: liceo clásico Berchet, nueve de la mañana, primer día de clase, octubre de 1954. Recuerdo el sentimiento que tenía mientras subía los pocos escalones que hay a la entrada del liceo: era un entusiasmo ingenuo, un atrevimiento, que me había hecho dejar el camino, muy querido para mí, de la enseñanza de la teología en el seminario diocesano de Venegono, para poder ayudar a los jóvenes a redescubrir los términos de una fe real».

Giussani se veía en aquel momento, «con el corazón totalmente lleno del pensamiento de que Cristo es todo para la vida del hombre, es el corazón de la vida del hombre»: esta noticia tenía que alcanzar a aquellos jóvenes, para su felicidad.

En sus recuerdos Giussani resumía su recorrido y hacía de su inicio en el Berchet el punto de llegada de un camino que, de hecho, le había implicado durante toda su adolescencia y sus años juveniles: «Estos eran los sentimientos y los pensamientos que me asaltaban uno tras otro en aquel momento, en larga coherencia con una historia que había comenzado en los tiempos de mi juventud, en primero de bachillerato, en el seminario de Venegono»¹¹.

Decía de su entrada en el Berchet: «Recuerdo perfectamente la primera vez que entré en el colegio en el que empezó el movimiento. Todos estaban divididos, eran como extraños, y a pesar de eso yo les quería. Amar quiere decir tener pasión por el destino de la gente»¹².

Animado por este afecto, desde su primera hora de clase Giussani declaró sus intenciones, como dirá muchos años después: «No estoy aquí para que consideréis como vuestras las ideas que os voy a dar, sino para enseñaros un verdadero método para juzgar las cosas que os voy a decir. Y las cosas que os voy a decir son una experiencia que es resultado de un largo pasado: dos mil años». El respeto por este método caracterizó desde el comienzo su compromiso educativo, indicando con claridad su finalidad, como atestiguará muchos años después: «Mostrar la pertinencia de la fe a las exigencias de la vida. Por mi formación en la familia y en el seminario antes, y por propia meditación después, me había persuadido profundamente de que una fe que no pudiera ser percibida y encontrada en la experiencia presente, y confirmada por ella, que no fuera útil para responder a sus exigencias, no podía ser una fe capaz de resistir en un mundo donde todo, *todo*, decía y dice lo contrario». Mostrar la pertinencia de la fe a las exigencias de la vida «y, por consiguiente —este ‘por consiguiente’ es importante para mí—, demostrar la racionalidad de la fe, implica un concepto preciso de racionalidad. Decir que la fe exalta la racionalidad quiere decir que la fe corresponde a las exigencias fundamentales y originales del corazón de todos los hombres»¹³.

Giussani recordará como emblemático del clima que se vivía en el colegio de la vía Commenda un hecho que le sucedió en primero E, al comienzo del curso escolar 1955-1956. Estaba a punto de subir a la tarima y en el fondo, a la izquierda, en el último pupitre, se alzó una mano. Giussani pensó: «¡Ay Dios, ya hay una dificultad antes de empezar!». Se dirigió a aquel estudiante —«más tarde vería en la lista de la clase que aquel chico se llamaba Pavesi: ¡me acuerdo muy bien, después de 40 años!»—, y le invitó a hablar: «Profesor, es inútil que venga usted aquí a hablar de religión, porque para hablar hace falta razonar, se tiene que usar la razón; y usar la razón ante la fe es inútil porque son dos rectas paralelas, no se encuentran jamás: la razón puede decir una cosa y la fe otra. ¡Son dos mundos distintos!». Sacudido por una objeción que ciertamente no se esperaba, Giussani entabló un diálogo con el muchacho: «‘Perdone ¿me puede decir qué es la fe?’. Él miró alrededor; los compañeros se reían torpemente. Entonces pregunté vigorosamente a toda la clase: ‘¿Quién de vosotros sabe qué es la fe?’. [...] Todos se pusieron serios y nadie respondió. Me sentí fuerte y dije con voz más tonante: ‘Dígame, por favor, ¿qué es la razón?!’. La misma escena. Entonces, dirigiéndome a toda la clase: ‘¿Qué es la razón?!’. Nadie respondió. Entonces yo tomé la iniciativa [...] y dije: ‘Pero ¿cómo es posible? ¿Habláis de la fe y de la razón sin saber el significado de las palabras que usáis? ¡Esto es una vergüenza, no es digno de vosotros! Sois jóvenes, tenéis que entrar en la vida con claridad, con sinceridad; de lo que no sabéis debéis decir: ‘No sé’, pero no habléis de ello, ¡no juzguéis!’»¹⁴.

Después de los primeros días de clase el entusiasmo de Giussani se encontraba, él mismo lo admite, un poco «desconcertado». Tenía la impresión de que en aquel liceo el cristianismo era igual a cero: y no obstante «había sacerdotes que daban clase de Religión, y estaban todos bautizados; de 1.200 alumnos, ciertamente más de 1.000 estaban bautizados». Se preguntaba: «¿Dónde está esa vida distinta, esa vida nueva que el Señor ha asegurado a nuestro cuerpo y a nuestro corazón por medio del gesto

misterioso con el que nos ha aferrado, es decir, el gesto del bautismo?»¹⁵.

Y sin embargo la situación aparente de la Italia de los años cincuenta parecía «óptima para la transmisión de un contenido católico teórico y ético —parroquias eficientes con oferta de catequesis ‘para todas las edades’—; clase de religión obligatoria en todas las etapas escolares hasta el final de la secundaria; tradición al menos formalmente bien salvaguardada en los criterios transmitidos familiarmente; cierto pudor, del que no se había renegado todavía, frente a toda crítica indiscriminada o información irreligiosa; un buen porcentaje de asistencia a la misa dominical». Y sin embargo, el primer contacto con los estudiantes dentro del colegio hizo que aparecieran de manera más evidente a los ojos de Giussani tres factores, que él constataba ya desde hacía algunos años: ante todo, «una falta de motivación última de la fe»; en segundo lugar, una «falta de incidencia de la fe en el comportamiento social en general, y en el ámbito escolar en particular»; y en tercer lugar, «un clima que decididamente generaba escepticismo y que dejaba campo libre al ataque a la religión por parte de determinados profesores»¹⁶.

Un encuentro agravará la percepción que Giussani tenía del problema: «Poco tiempo después de empezar como profesor de religión en el Berchet, había notado que durante el descanso, en uno de los rellanos de las escaleras del liceo, se reunía un grupo de chicos, que hablaban entre sí en tono muy acorde y enfervorizado, todos los días los mismos. Su constante amistad me había impresionado positivamente». Entonces preguntó quiénes eran. Le respondieron: «Son los comunistas». La cosa le impactó mucho, y esto le hizo preguntarse: «¿Cómo es que los cristianos no son al menos igualmente capaces de vivir esa unidad que Cristo indica como la característica más inmediata y visible de los que creen en Él?»¹⁷.

Y así le pareció natural preguntar a quemarropa a los pocos chicos que exhibían el distintivo de la Acción Católica, de los Scouts o de las Congregaciones marianas: «Pero, en tu opinión, ¿el cristianismo está aquí presente o no?». Todos le miraban con ojos algo sorprendidos, porque la pregunta era bastante inusitada para ellos. Hasta que un día, volviendo a casa —«con un poco de melancolía y también algo rabioso, iba por la calle (se llamaba vía Lamarmora)»— se encontró a «cuatro chicos por la acera, que volvían a casa sin prisa». Giussani iba a adelantarles, pero se paró provocándoles con una pregunta a quemarropa: «¿Vosotros sois cristianos?». Giussani recordaba: «Era mediodía, y se quedaron parados con cierto embarazo, y uno —luego supe que se llamaba Franco Ghiringhelli (que ya ha muerto, pobre, padre de cuatro hijos)— me dijo: ‘¡Sí, somos cristianos!’». Entonces desfogué con ellos toda mi rabia: ‘Pero no entiendo, sois cristianos y en vuestro colegio, en el que también estoy yo —aunque ellos estaban en secundaria y yo enseñaba en bachillerato—, ¿dónde están los cristianos? En las asambleas del colegio están presentes los comunistas, están los monárquico-fascistas, pero los cristianos ¿dónde están?’»¹⁸.

Reflexionando sobre la situación, era evidente para él que en aquel colegio el cristianismo no tenía una presencia significativa, aunque hubiera clase de religión y los crucifijos colgaran de las paredes de las aulas. Esto llevó a Giussani a los interrogantes fundamentales: «¿Qué es de hecho el cristianismo? ¿Es quizá una doctrina que se puede

repetir en clase de religión? ¿Quizá una serie de leyes morales? ¿O quizá un cierto conjunto de ritos? Todo eso es secundario, viene después. *El cristianismo es un hecho, un acontecimiento*»¹⁹.

Todo esto sucedía a mediados de los años cincuenta, cuando según la opinión común, la Iglesia era todavía una presencia sólida en la sociedad italiana. Y en efecto lo era, «pero solo como resultado de un pasado no descompuesto todavía por el ataque que a todas luces ya se estaba preparando activamente en esas forjas de hombres nuevos y de sociedad nueva que son los colegios y la universidad. Me pareció entonces claro», observaba Giussani, «que una tradición, o, en general, una experiencia humana, no puede desafiar a la historia, no puede subsistir con el fluir del tiempo, sino en la medida en que logre expresarse y comunicarse con formas que tengan una dignidad cultural». En aquellos años, en efecto, todo se reducía al compromiso de «incrementar el número de inscritos en las asociaciones católicas oficiales. El contenido de la vida de aquellas asociaciones se reducía además (fuera de algunos momentos de entusiasmo) al más puro moralismo»: la experiencia cristiana quedaba reducida «a la observancia preceptiva de unos pocos mandamientos (en la práctica, ni siquiera todo el decálogo se recordaba con igual determinación)»²⁰.

Provocado por esa situación, Giussani desfogó su malestar con aquellos cuatro estudiantes que se encontró en la vía Lamarmora: les dijo que «los cristianos son un solo cuerpo, y por eso están unidos. Y además el cristiano es uno que vive la fe, y la fe es un juicio sobre la vida, sobre todas las cosas, sobre el comer y el beber, sobre el velar y el dormir, sobre el vivir y el morir, y con mayor motivo también sobre la política escolar, sobre lo que sucede en el colegio, sobre el periódico de clase»²¹.

Tras estas palabras, Giussani retomó su camino. Se dirigió a casa preocupado por sí mismo, y se preguntó con qué responsabilidad, con qué autoconciencia, con qué implicación por su parte iba a responder y corresponder a lo que había intuido hablando con aquellos estudiantes. «Comprendí que no podía volver a verles al día siguiente sin tomar postura frente a este nuevo planteamiento de la cuestión: yo pertenecía a aquellos tres chicos; pertenecía no a ellos, sino a la unidad con ellos. Había sucedido algo»²². Este «algo» se les escapaba probablemente a los mismos chicos, pero que había sucedido algo resultó claro una semana después. El jueves había una asamblea con dos mociones: una de los comunistas y otra de los monárquico-fascistas, como solía ocurrir. Pero ese día «por primera vez en la historia se levantó ese chiquillo —que se llamaba, como dije, Franco Ghiringhelli (que además era algo pequeño...)— y dijo: ‘Nosotros, los católicos’... eran cuatro»²³.

Abbruzzese sostiene que este episodio relatado por Giussani «explica su voluntad de dar al mundo laico la posibilidad de una confrontación con la experiencia concreta de una comunidad cristiana, confrontación por medio de la cual resulta posible el *encuentro* con Cristo. [...] En ese sentido la comunidad religiosa no puede dejar de ser también espacio de vida social, lugar de encuentros reales, portadora de una perspectiva capaz de integrar todos los aspectos de la experiencia de los individuos. [...] Por eso la adhesión a

Gioventù Studentesca, desde el comienzo [...] no define tanto la pertenencia a una organización como el aceptar una forma de experiencia religiosa que transforma la existencia y la orienta hacia un nuevo centro de gravedad: Cristo, como portador de una nueva visión del mundo»²⁴.

Aquel acontecimiento representó para Giussani un punto sin vuelta atrás: desde entonces «durante doce años (lo constaté yo porque estuve allí esos doce años) no existió un problema más discutido, una palabra tan utilizada como las palabras Cristo e Iglesia»²⁵. La presentación de una tercera moción por parte de aquel grupito de estudiantes cristianos fue como una sacudida que sirvió como preludio a un terremoto en el colegio. El día después, Giussani descubrió que era «odiado por quienes hasta entonces habían dominado la escena». Más aún, «me expresaban un odio visceral: me llamó el director, porque ya habían ido a decirle que yo hacía política en clase, pidiéndole que me echara del colegio». Precisamente en aquel momento se dio cuenta de lo que había hecho y del ejemplo que le daban aquellos chicos: «Habían aplicado el principio de la implicación y de la inmanencia de la totalidad de su persona a lo que yo les había dicho, y en lo más difícil, pero también lo más sugerente y atractivo para ellos»²⁶.

«Irrumpimos de golpe»

Para Giussani aquel episodio marcó el inicio del movimiento y fue para él «extremadamente significativo», porque «para comprender una historia hay que fijarse siempre en su origen». Dirá, pues: «En 1954, irrumpimos de golpe en la escuela estatal, que no era todavía marxista, aunque los marxistas determinaban ya el aire que se respiraba en muchos ambientes; la enseñanza estatal era sustancialmente liberal y, por tanto, laica y anticristiana, al igual que la de corte marxista que fue su consecuencia directa.

Nuestra presencia en la escuela estatal no empezó buscando un proyecto alternativo; entramos en la escuela *con la conciencia de llevar lo que salva al hombre incluso en ese ámbito*, lo que permite que su vida sea verdaderamente humana y su búsqueda de la verdad auténtica; es decir, entramos en la enseñanza con la conciencia de llevar a *Cristo en nuestra unidad*. Movidos por esta pasión realizamos también una interpretación nueva (que entonces llamábamos ‘revisión cultural’) de los contenidos de la historia, la filosofía, la ciencia, la literatura, que representaba para aquellos alumnos de bachillerato una verdadera alternativa a la hegemonía cultural de corte liberal marxista: realizamos un proyecto alternativo sin planteárnoslo como objetivo. Nuestro objetivo era la presencia»²⁷.

Resulta interesante conocer aquí el comportamiento concreto de Giussani. Él mismo contaba un episodio entre otros muchos: «Había puesto un examen de religión en un tercero de bachillerato de letras y, mientras los estudiantes escribían, yo paseaba entre los pupitres. Al volver a la primera fila, tomé el primer libro que tenía a mano y me puse a hojearlo para pasar el tiempo. Era el *Disegno storico della letteratura italiana* de

Natalino Sapegno. Al abrirlo, la casualidad quiso que la página en que se posaran mis ojos fuera la vida de Leopardi. Entonces empecé a leerla con interés, pero después de medio minuto, dije: ‘Chicos, interrumpid el examen. ¿Así que vosotros, con toda vuestra presunción, con toda vuestra voluntad de autonomía, leéis estas cosas y las aceptáis sin rechistar, como quien bebe un vaso de agua?’»²⁸. Giussani leyó en voz alta un pasaje de Sapegno: «Las preguntas en las que se condensa la confusa e indiscriminada veleidad reflexiva de los adolescentes, su primitiva y sumaria filosofía (¿Qué es la vida? ¿Para qué sirve? ¿Cuál es el fin del universo? Y ¿por qué el dolor?), esas preguntas que el filósofo verdadero y adulto aleja de sí como absurdas y carentes de auténtico valor especulativo y que no comportan respuesta alguna ni posibilidad de desarrollo, precisamente esas son las que se convirtieron en la obsesión de Leopardi, en el contenido exclusivo de su filosofía»²⁹. Cerró el libro y exclamó: «¡Ah, he entendido! [...] Homero, Sófocles, Virgilio, Dante, Dostoievski o Beethoven serían adolescentes porque toda su expresividad está determinada por esas preguntas, grita esas exigencias. [...] Me alegro mucho de estar en compañía de estos, ¡porque un hombre que anula la cuestión no es un hombre ‘humano’!»³⁰.

Los alumnos de entonces, testigos privilegiados de esta forma impetuosa e imprevisible de dar clase, eran los jóvenes retoños de la burguesía milanesa, destinados a abrirse camino y a asumir papeles de responsabilidad en el mundo académico, económico, político e incluso en el ámbito eclesiástico. Entre ellos había futuros abogados, periodistas, obispos, profesores universitarios, alcaldes y empresarios.

Los relatos de su encuentro con Giussani abarcan un periodo que va desde 1954 hasta los primeros años sesenta. Entre los testimonios recogidos aquí, hay también algunos de estudiantes de bachillerato que le conocieron aunque no lo tuvieran como profesor.

«Dentro de un horizonte de vida absolutamente nuevo»

Uno de los que vivió la entrada de Giussani en el Berchet fue el ya citado Bernareggi. Su clase, masculina, estaba muy compenetrada tras dos años de secundaria juntos. Todos los profesores eran nuevos y los alumnos les esperaban con curiosidad y espíritu crítico, como convenía a esa edad. Había profesores de materias fundamentales como Griego e Historia de la filosofía que imponían cierto respeto. Menos respeto imponían los de materias menores, especialmente la que no implicaba nota, como Religión. En secundaria, Bernareggi había tenido como profesora de religión a la profesora Adele Bonolis³¹, a la que los estudiantes le habían dado muchos quebraderos de cabeza: «Indisciplina, bromas pesadas, ausencias masivas... Efectivamente la religión no gozaba de gran estima entre nosotros, los de primero E. Ninguno de nosotros —aunque quizá hubiera ido de pequeño— iba ya a misa ni al oratorio parroquial, y nos reíamos de quien se mostrara cristiano, aunque fuera de lejos. Recibimos por ello con cinismo y suficiencia a aquel sacerdote al que —¡pobrecillo!— le habían confiado la Religión en primero E».

El primer impacto con Giussani fue duro: «Queríamos hacerle comprender que su

persona no nos resultaba en absoluto simpática y que entre nosotros y la religión había un muro de indiferencia». Giussani no se arredró y, «con la misma fogosidad con la que había entrado en clase, empezó a ‘disparar a dar’ sobre los alumnos: las palabras ‘deslealtad’ y ‘desafío’ fueron el centro de aquella primera lección». La discusión envolvió a toda la clase y prosiguió en el pasillo durante el cambio de clase. Bernareggi recuerda: «Como un huracán había entrado en nuestra vida; y ya estábamos esperando la siguiente clase».

En aquel primer momento se enfrentaron dos mundos. Fue una cuestión de instantes y de breves intervenciones y respuestas entre Giussani y la clase, durante los cuales «se montó el desafío dramático del que íbamos a vivir durante años, pues nos había puesto ante la elección ‘pro o contra Cristo’. Nos vimos lanzados de improviso dentro de un horizonte vital absolutamente nuevo e inédito, independientemente del resultado hacia el que después nos íbamos a encaminar. Después de aquel encuentro, todos nosotros, los de primero E, ya no seríamos los mismos»³².

Giussani recordará: «Los primeros días en que enseñaba estaba muy entusiasmado porque veía que en las clases empezaban a estar atentos», pero el clima era, «en el mejor de los casos, agnóstico», la religión no interesaba en absoluto. «Por eso yo, profesor de Religión, por la sensibilidad que tenía, me sentía a disgusto al entrar, porque era como entrar en una casa ajena donde no te desean ni te han llamado, es decir, me sentía tolerado como se tolera a un extraño. Era como si cada vez que entraba en clase fuera al ataque con la bayoneta, como si tuviera que abatir un muro que después de media hora de clase tenía un agujero; pero la semana siguiente el agujero ya se había rellenado y había que volver a empezar de cero»³³.

La clase era alérgica a las «cosas» de la religión. Pero con Giussani sucedió algo nuevo, ya que él hablaba de la religiosidad como «plenitud de lo humano», como respuesta a las exigencias del hombre, y por tanto como implicación última de la vida con toda su riqueza. «Nos invitaba a probar la experiencia de la fe», subraya Bernareggi, «más allá de registrar intelectualmente sus contenidos. Nos pedía un uso nuevo de la razón y de la inteligencia, no aplicada ya a formular esquemas y a catalogar nociones (como casi siempre exigían los profesores, cada uno en su propia materia), sino abierta a descubrir el misterio del ser, a la transparencia del sentido último de la experiencia humana: el Ulises de Dante».

La enseñanza de Giussani, además, estaba sembrada de citas: las experiencias más geniales del hombre de todas las épocas eran parte de un itinerario del conocimiento hacia el horizonte del significado último que tienen todas las cosas. La religión, hasta entonces sinónimo de oscurantismo y santurronería, empezó a mostrarse como lugar de apertura a todo. Entre otras cosas, las clases eran un continuo desenmascarar los prejuicios y el fanatismo de la cultura atea y anticlerical. En la sección E, Giussani se encontró con el que Bernareggi definía como «el exponente quizá más fuerte del radicalismo laicista anticlerical y ateo entre los profesores del Berchet»: el profesor de Historia de la filosofía Mario Miccinesi. Exalumno de un colegio católico, este profesor tenía ascendiente sobre los estudiantes por su brillante cultura, su facilidad para

relacionarse con las personas y su capacidad de penetrar en el mundo adolescente. Tenía además un humor muy fino, y por esto con su sarcasmo sabía golpear duramente a cualquiera que se le opusiera. El encuentro-desencuentro con Giussani era inevitable. Recuerda Bernareggi: «Empezó una durísima confrontación: entre la ‘cultura’ como enciclopedismo universal, que llevaba directamente al escepticismo relativista y problematista entonces dominante (Miccinesi), y la ‘cultura’ como descubrimiento del sentido último de las cosas y de la vida, la verdad (don Giussani). ‘La verdad no existe, es lo que cada uno piensa’ (Miccinesi) - ‘La verdad se ha hecho carne y habita entre nosotros’ (don Giussani)». Imaginemos a los estudiantes, en medio de los dos, tratando de descubrir quién tenía razón... «Empezamos a dividirnos entre nosotros: la mayoría prefería seguir a Miccinesi». Pocos, entre ellos Bernareggi, estaban más fascinados por la posición de Giussani. «Conmigo estaban también otros, como Dino Quartana, mi compañero de pupitre y amigo, y Achille Lega, el promotor del europeísmo en el Berchet»³⁴.

«¡América existe!»

Como era de prever, entre Miccinesi y Giussani saltaban chispas en los pasillos y en la sala de profesores del Berchet. Del enfrentamiento más memorable hablará el mismo Giussani muchas veces en el curso de los años, a partir del episodio ya citado de la mano alzada de Pavesi: «Entraba y estaban todos llenos de curiosidad: todos eran contrarios, todos». Frente a las objeciones, Giussani pensaba para sus adentros: «Es el profesor de Filosofía quien les modela a su gusto». Y en efecto, terminada la clase, se dispuso a salir y apareció en la puerta la figura del profesor Miccinesi. Le paró y le dijo: «Profesor, estos chicos son unos atrevidos: hablan de cosas cuyo contenido desconocen por completo». «¿Qué, qué?», dijo él. Y Giussani: «Hablan de fe y de razón, dicen que la fe va contra la razón...». Él no le dejó terminar de hablar y dijo: «¡Ah, pero eso también lo dice la Iglesia!». «¿La Iglesia? Yo he enseñado teología muchos años, y sin embargo jamás he enseñado que la fe fuese contra la razón, al contrario, me parece un principio fundamental del cristianismo no solamente que la fe no está en contra la razón, sino que la fe ayuda a la razón a ir más allá de donde puede llegar ella sola». Miccinesi objetó que el Concilio Arausicano II también afirmó que la razón y la fe eran contrarias la una a la otra. «Usted enseña también historia», replicó Giussani, «por tanto debería enseñarme usted a mí que las frases y las definiciones deben entenderse conforme al contexto histórico en el que se pronuncian. La Iglesia quería decir que la fe puede decir verdades que la razón no puede demostrar: que existe el misterio es algo que demuestra la razón, pero que el misterio sea Padre, Hijo y Espíritu Santo, que sea trinitario, que el tejido del ser sea comunitario, es algo sobre lo que la razón calla».

La discusión continuó durante un rato. Giussani tenía que ir a dar clase a otra aula, pero, como toda la clase se había reunido fuera de la puerta en torno a los dos, no podía marcharse sin que los alumnos hubieran entendido antes cuál era el problema; y lo hizo desafiando al profesor: «Escuche, profesor, yo estoy seguro, segurísimo, de que usted

está delante de mí [...]; pues bien, le juro que América, que yo no he visto jamás, existe igual que usted está aquí delante de mí [...]. ¿Esto es razonable o no?». Para ser coherente con sus principios, Miccinesi fue contra la evidencia y dijo: «No, no es razonable». Giussani dijo entonces: «Muchachos, el verdadero problema que hay entre vuestro profesor y yo no es ‘la razón y la fe’, sino el *concepto de razón* [...]. Para él la razón es un factor del hombre cuya dinámica funciona de determinada manera, de modo que si no tocas algo no puedes estar seguro de ello. Para mí, en cambio, que existe América está demostrado con certeza por todo un conjunto de indicios —toda la gente que ha estado allí y ha vuelto, toda la gente que va y que vuelve—: esto se llama *certeza moral*, una certeza que deriva del comportamiento de los hombres»³⁵.

Intercambios dialécticos de este género eran frecuentes en las aulas y los pasillos del Berchet. Al término de una clase en segundo D, durante la cual había sostenido que para la Iglesia católica el criterio último de la moral es la coherencia con la propia conciencia, haciendo discutir mucho a los estudiantes, Giussani salió un poco cansado y se apoyó en la ventana de la galería del segundo piso. Entonces vio que se acercaba el profesor de Historia y Filosofía Andrea Daziano, comunista fervoroso, y enseguida le expresó su «pesar por la clase que acababa de tener, por el debate y la ignorancia de los cristianos, porque no se resignaban a comprender que para la Iglesia católica la medida última de la moral es la coherencia con la conciencia». Ante aquellas palabras de Giussani, Daziano dio un salto atrás y exclamó: «¡Esto es una herejía, esto lo digo yo, pero no lo podéis afirmar vosotros!». Entonces Giussani le dijo que aquello le asombraba porque el profesor hablaba siempre en clase del cristianismo y no conocía ni siquiera sus datos más elementales: «De hecho le dije que el manual de teología tenía como primer principio moral la coherencia del sujeto con su propia conciencia. Como él continuaba sorprendido, yo seguí insistiendo en el mismo punto, y sostuve que esta estructura de los manuales de teología —difundidos en todos los seminarios del mundo— se remontaba al siglo XVII»³⁶.

Aunque la actitud decidida de Giussani le valía las críticas o por lo menos la indiferencia de cierta parte del cuerpo docente, también le hacía ganarse la amistad de otros profesores, que animados por su ejemplo recuperaron el coraje. Empezando por el profesor de Griego de la sección A, Piero Scazzoso, que daba testimonio de su fe desde la cátedra y en la amistad con sus alumnos, obteniendo grandes resultados incluso en este ambiente tan difícil. Bernareggi recuerda todavía de él un curso, abierto también a los de la E, sobre Dionisio el Areopagita, y otro sobre el canto gregoriano³⁷.

Giussani recordará: «El segundo libro que imprimimos, después de tres o cuatro años, fue un texto en griego con su traducción italiana, una antología de Dionisio el Areopagita» que contenía una frase que a Giussani le gustaba mucho: «¿Quién podrá hablarnos del amor singular que tiene Cristo al hombre, desbordante de paz?»³⁸. Ese libro lo realizó el profesor Scazzoso, «al que conocí en los comienzos del intento de nuestro movimiento en el liceo Berchet, un profesor al que los chicos estimaban como alguien grande, y con motivo», comentará Giussani. «Había tenido un itinerario espiritual extremadamente interesante. [...] Era totalmente ateo, marxista encarnizado,

pero se entretenía con estudios de magia, a la que identificaba con el fenómeno religioso. Así, del interés por los estudios de magia, incluido el estudio de los misterios paganos, [...] pasó a la lectura de la Biblia, con la curiosidad de estar afrontando una nueva especie de misterio pagano, de forma mágica». «Pero a medida que leía sobre el cristianismo descubría que mantenía todas las dotes fascinantes de los misterios paganos y que no tenía sus límites, sus defectos», contará Scazzoso, que justamente a través de esta constatación llegó a la fe. A fines de los años cincuenta, dirá Giussani, «en nuestras conversaciones vespertinas, que entonces teníamos la posibilidad de concedernos, uno de los temas principales era Dionisio el Areopagita»; por eso Scazzoso «empezó a estudiarlo a fondo y compuso una antología que leyeron ávidamente también estudiantes del área técnica, de contabilidad, y no solo los del bachillerato de letras»³⁹.

Giussani conservará colgada en una pared de su estudio, en la sede de Comunión y Liberación (CL), la reproducción de una carta de Cesare Pavese que Rosa Calzecchi Onesti —colega suya en el Berchet— recibió a finales de los años cuarenta. Mientras estaba trabajando en la traducción de la *Iliada*, la profesora leyó *Prima che il gallo canti* (de Cesare Pavese, *ndt*), descubriendo en ese texto cierto tormento religioso, y por esto escribió a Pavese deseándole que lo superara. Este le respondió: «En cuanto a la solución que me desea que encuentre, yo creo que difícilmente iré más allá del capítulo xv del *Gallo*. En todo caso, no se ha equivocado usted al sentir que ahí está la cuestión candente, el *locus* de toda mi conciencia»⁴⁰.

Las clases y lo que venía después

Ante semejante estilo educativo es interesante comprender cómo estaban organizadas las clases de religión de Giussani. La enseñanza era esencial y lineal, de modo que estaba repartida a lo largo de los tres años de bachillerato: Dios, Jesucristo, la Iglesia⁴¹. De nuevo es Bernareggi quien cuenta: «Empezaba siempre la lección anunciando su tesis, ilustrándola con algunos textos y hechos culturales notables (citando a Claudel, Dante, Pascoli, Kierkegaard, Soloviev, música rusa, Manzoni, Leopardi, Newman, Péguy... la lista era riquísima, casi siempre sorprendente y desconcertante. Nos decía que había aprendido a hacer este acercamiento de sus maestros en el seminario, don Carlo [Colombo] y don Giovanni Colombo)». Después venían las preguntas o las intervenciones de los alumnos: «El debate era con frecuencia encendido, y casi siempre durísimo, dada la retaguardia del ala de Miccinesi que estaba siempre en la brecha». Al final de cada clase tenía lugar una especie de «armisticio» y «durante cinco minutos don Giussani obligaba a todos a escribir bajo dictado el concepto ‘básico’ que se había expuesto en clase, en un cuaderno que debía servir más tarde de referencia para cualquier discusión, divergencia o replanteamiento del tema en otro lugar o con otros profesores». En aquellos instantes en los que Giussani dictaba y los estudiantes escribían —cosa que Bernareggi reconoce como un hecho absolutamente inédito—, «se nos ponía frente a la objetividad precisa e ineludible del cristianismo, ante el pensamiento del ‘maestro’, sin poderlo someter a nuestras interpretaciones torcidas, fuera cual fuera el juicio que

pudiéramos tener de él»⁴².

Una fotografía desenfocada, tomada quien sabe cómo y por quién, refleja un instante de clase: en el centro, un joven y delgadísimo Giussani con sotana, que indica la pizarra en la que se entrevé el dibujo de una flecha que desde abajo apunta hacia arriba, hacia una X. El dibujo es una estilización que Giussani utilizaba para describir la tentativa humana (la flecha) de descubrir la relación que se da entre la propia realidad contingente y el sentido último de ella, es decir, Dios (la X).

Maddalena Kemeny (más tarde periodista), alumna de Giussani desde 1961 a 1964, en la sección E, recuerda que «no admitía más que la escucha atenta y luego el dictado». Durante la lección no se permitía tomar apuntes. Solo al final los estudiantes se veían invitados a escribir la síntesis bajo dictado. Los jóvenes escuchaban y anotaban palabras que sonaban casi siempre como nuevas, y se encontraban así invitados a confrontarse con la naturaleza del cristianismo al menos una vez en la vida. Ante el cristianismo y la Iglesia tal como aparecían en la clase de religión del teólogo ‘prestado’ al colegio, todos se veían obligados a tomar postura.

A menudo la lección sobrepasaba los límites de la hora establecida, invadía los pasillos y continuaba hasta los escalones de entrada del Berchet. Y si alguien deseaba saber más, don Giussani le invitaba a su casa después de clase. «Yo mismo fui a verle varias veces en aquellos tres años de bachillerato», recuerda Bernareggi, «primero a su pequeño apartamento ante la iglesia del viale Lazio, de la que era coadjutor, y luego en el viale Brenta, cerca del piazzale Corvetto. Fueron siempre momentos inolvidables, en los que toda la capacidad de acogida, de comprensión y de agudeza educativa de don Gius encontraron el modo de abrimme de par en par con gran claridad el horizonte verdadero de la fe cristiana, dentro de una bellísima relación personal, hecha sobre todo de discreción y de verdad». Al final de aquellos diálogos, además, «me hacía escuchar con el tocadiscos la belleza de la música coral rusa, o una pieza de Palestrina... me hizo perder enseguida todo el prejuicio acumulado contra los curas, conforme a la cultura dominante; y descubrir la alegría de ser discípulo de un verdadero ‘maestro’»⁴³.

A propósito de aquellas tardes, Giussani recordará cuántas veces se encontraba con los alumnos durante la semana «para discutir una página de filosofía, o un pasaje de literatura (¡con un gusto cultural grandísimo!) y para rebuscar» en las obras de grandes autores.

Giussani empezó a compartir sobre todo dos cosas con aquellos primeros estudiantes que le buscaban después de clase. La primera, que Cristo es el centro de la vida, y por consiguiente no solo «el centro de las oraciones en la iglesia, sino el centro de la vida. Y ¿qué se entiende por vida? Todo. Que Cristo es el centro de todo. La idea de que Cristo, por ejemplo, es la raíz de una visión nueva de uno mismo y del mundo, es decir, de una cultura nueva, tal como lo percibían entonces. Y era precioso cómo vivían la clase, cómo estaban siempre allí todos los días diciendo: ‘Profesor, usted ha dicho esto, pero el cristianismo dice otra cosa’; ‘Mire lo que dice este poeta, parece un pasaje del Evangelio’. Decir que Cristo es el centro de la vida quiere decir que Cristo es el liberador de la vida. Quiere decir que le permite ser ella misma». Por eso, concluía Giussani,

«todo está incluido». En segundo lugar, era evidente que «no se podía seguir a Cristo, comprender a Cristo y ser fieles a Cristo más que juntos. No estaba clara todavía la idea de que somos una sola cosa porque somos, desde dentro, una cosa sola, no somos extraños desde dentro por el bautismo. Era más bien la idea de la Iglesia, de que la Iglesia es el estar juntos de las personas, es la unidad entre la gente». Y comentaba: «Son las dos ideas fundamentales de la vida de todo nuestro movimiento entonces, ahora, y esperemos que mientras exista»⁴⁴. Giussani decía esto también para delimitar el valor y la función de su persona: «Se trataba además de una realidad no elitista sino de masa, incluso desde un punto de vista numérico. De hecho, GS se convirtió bien pronto en la mayor agrupación estudiantil no solo de Milán sino también de casi todas las otras ciudades donde estaba presente, y en las cuales su éxito no podía ser despreciativamente atribuido, como en el caso milanés, a ese famoso magnetismo mío sobre la gente con el que muchos críticos de GS me adulaban con tal de no recurrir a motivos más serios para explicar el rápido desarrollo del movimiento»⁴⁵.

La entrada de Giussani en el Berchet contagió también a los estudiantes de otros colegios. Marco Martini, alumno de bachillerato de ciencias en el Leonardo da Vinci (luego profesor universitario, fallecido en 2002), le conoció en 1958. Durante una conversación, Martini le preguntó cómo se podía creer que Cristo era Dios. Si Dios es inconmensurable, ¿cómo puede ser un hombre como nosotros? Giussani le respondió: «Es justo plantearse la cuestión», pero hay que afrontarla «con el método adecuado. Debes pedir a Cristo que Él te dé el método, ya que no puedes imponerlo tú: de hecho ¡tú no sabes ni qué es Cristo ni qué es el hombre!». ¿Cuál es, pues, este método? «Vivir, seguir a Cristo». ¿Y cómo es posible seguirle? En el ambiente en el que se vive. «La cuestión era comprometerse a vivir con la hipótesis de que Cristo fuera lo que decía ser, y verificarla en el colegio». Y así, en clase, al cabo de pocos días, Martini tomó la palabra: «Conté lo que había escuchado: ante todo, que el cristianismo es una hipótesis fascinante a verificar. Quince chicos participaron en el radio». En el colegio, además, se volvía habitual «el compromiso de estudiar todas las materias revisándolas desde el punto de vista cristiano. No teníamos que dejar pasar nada, debíamos verificar si la hipótesis cristiana se veía confirmada o no». Martini, como otros amigos suyos, tenía un cuaderno donde escribía las frases pronunciadas por los profesores con relación al hecho cristiano, las favorables y las contrarias: «Luego íbamos a ver a Giussani y discutíamos de ello largamente: se me abrió un mundo. Un año después preparamos una revisión crítica de Maquiavelo, subrayando su sensibilidad agustiniana y por tanto cristiana, aunque desenraizada de la sociedad y de la mentalidad cristiana. ¡El colegio se convertía en algo estupendo!»⁴⁶.

«Nunca le fastidiaba una pregunta»

Con el paso del tiempo, muchos alumnos de Giussani volverán con el recuerdo a su primer encuentro con él. Sus palabras sirven para revivir, de algún modo, el clima de la «escuela de religión», como solían llamar a su clase. En estas páginas solamente

podemos hablar de algunos alumnos de Giussani, que fueron numerosísimos.

Un lugar particular corresponde al ya mencionado Claudio Pavesi, estudiante en el Berchet desde 1955, en la sección E. Aquella mano alzada en señal de desafío, con la subsiguiente cuestión sobre la inconciliabilidad entre fe y razón, fue signo de una «polémica preparada en cierto sentido por el profesor de Filosofía, Miccinesi. Más allá de este impacto, [...] él te envolvía hasta tal punto, estaba tan seguro de su fe y de lo que enseñaba que, a veces, para ponerle en un brete [...] me informaba antes sobre lo que iba a dar, y tenía la posibilidad (al ser protestante la familia de mi madre) de documentarme de modo que le pudiera rebatir. No obstante, siempre tuve la sensación de que frente a él mis armas estaban completamente romas, porque don Giussani tenía una riqueza y una capacidad de abrazo que hacía que ciertas cosas se volvieran contra mí. Además don Giussani te implicaba [...] sobre todo desde un punto de vista humano. En su sencillez. Era [...] simpático»⁴⁷.

Aquel profesor le suscitaba muchas preguntas. A veces, por la tarde, Pavesi iba con algunos compañeros a ver a Giussani para continuar la discusión. Recuerda: «Ni una sola vez dejó de tomar en serio mis cuestiones, nunca le fastidiaba una pregunta. [...] Era sencillo y fascinante, transmitía una pasión que arrastraba, un entusiasmo contagioso. Te hacía partícipe de lo que decía y cada pregunta era motivo para profundizar». Pavesi no se implicará en GS porque «con respecto a las cuestiones religiosas, yo era agnóstico. Pero la relación con don Giussani permaneció»⁴⁸.

En aquellos años la sección E del liceo no era la única que vivía la experiencia de la contraposición entre la enseñanza de Giussani y la de otros profesores. En la D, por ejemplo, enteramente femenina, Giussani tenía en el polo opuesto al profesor de Lengua, Pietro Lazzaro (1912-1969, también ensayista y novelista). Y allí también saltaban chispas, pero las personas que tomaron postura a favor de Giussani fueron más numerosas que el pequeño grupito de la E. Entre ellas estaba Eugenia Scabini (luego profesora universitaria), que recuerda así su encuentro con él en primero de bachillerato, en 1955, cuando Giussani «todavía no era tan conocido como para estar precedido por su fama: era el profesor de Religión» y punto. Nada más entrar, en presencia de todas aquellas estudiantes que tenían los ojos fijos en él, empezó con una broma: «Dicen que soy el cura más feo de la diócesis, pero en realidad no soy el más feo, ¡porque el más feo es don Moiola!». La clase estaba conquistada, Giussani había captado inmediatamente que aquellas chicas le miraban a hurtadillas para ver qué tipo de persona tenían delante, observa Scabini. «Había empezado a presentarnos el hecho cristiano de manera sistemática. Lo que más nos sorprendía era que su presentación se veía constantemente enriquecida por comparaciones con las otras materias, entre la posición cristiana y la posición de los diversos autores, fueran de tipo literario o de tipo filosófico». En aquellos años, la postura antirreligiosa por excelencia, además del marxismo, e incluso más extendida que este, era la del laicismo liberal, de modo que «aun enseñando un número pequeño de horas, se convertía de hecho en el punto dialécticamente más vivo también para las demás asignaturas». Al final de su clase se creaba siempre un corrillo también fuera de primero D: «Esperaba al otro profesor que entraba, en particular al profesor

Lazzaro, que enseñaba Lengua, y al profesor de Filosofía Marzano, un declarado marxista. Marzano era muy rígido y no le seguía mucha gente en la clase. El profesor de Letras Lazzaro había tenido una influencia muy grande sobre nosotros; era existencialista, entre romántico y nihilista, una postura muy fascinante, con algunos puntos de contacto con la postura religiosa y otros de distancia». Así pues, al profesor de la hora siguiente «‘le lanzaba’ algunas frases, este le respondía y las clases se veían así enlazadas entre ellas; había un enlace dialéctico, en parte polémico y en parte bondadoso; era una relación muy personal la que había entre don Giussani, el profesor Lazzaro y el profesor Marzano. Giussani era la demostración viviente, con hechos, de que la postura religiosa era fecunda, porque, de hecho, dialogaba con los profesores, con las posturas existentes entonces, haciendo ver los aspectos positivos y los aspectos de incompreensión, de límite, que había en otras posturas existenciales, acerca del sentido del hombre y del sentido de la vida. Era un testimonio constantemente vivo».

Eugenia Scabini se sentía muy provocada: «Este hombre me sorprendía, en cierta medida me irritaba también; yo era a veces bastante polémica, porque no daba tregua. Advertía el carácter arriesgado que tenía esta aventura»⁴⁹.

El concierto de Beethoven en primero C

Milene Di Gioia (después profesora) empezó la secundaria en el Berchet en el curso escolar 1953-1954, en la sección C, y a partir del bachillerato tuvo a Giussani como profesor. Le resulta difícil circunscribir a un episodio su encuentro con él: «La primera impresión fue como si nos conociéramos desde siempre, era como si me hablara de algo que teníamos en común». ¿Qué es lo que más le sorprendió? «Por una parte, su energía dirigida a la acción y al mundo; por otra, la amabilidad generosa, la ternura sin sentimentalismo ni rebaba que movía su modo de actuar».

Por su parte, Giussani recordará que el primer encuentro con Di Gioia tuvo como intermediario un tocadiscos: «Cuando enseñaba en primero de bachillerato, para demostrar la existencia de Dios, iba desde mi casa al Berchet con un tocadiscos bajo el brazo [...] les hacía escuchar a Chopin, Beethoven... De lo primero que les hice escuchar fue este concierto de Beethoven». Es el *Concierto para violín y orquesta en re mayor*, op. 61 en la interpretación de David Oistrakh: «Hice escuchar este concierto [...], donde hay un *refrain* que yo he llamado ‘de la comunidad’, cuando entra toda la orquesta y mantiene siempre la misma melodía; luego por tres veces el violín, que representa la singularidad, emprende la fuga y se va por su cuenta, hasta que, cansado, es aferrado por el tema melódico interpretado por toda la orquesta (con el que termina también el pasaje)... Cuando terminó el pasaje que hemos escuchado, en el aula [...] donde había un absoluto silencio, una chica que estaba en el primer pupitre, a mi derecha, que se llamaba Milene Di Gioia —todavía me acuerdo de ella—, rompió a llorar de repente, y no conseguía parar. La dejé que siguiera un poco y luego dije: ‘Se comprende muy bien la diferencia que hay entre alma y alma, entre sensibilidad y sensibilidad, entre *còre* y *còre*’; ciertamente las demás no habrían llorado. Desde entonces este pasaje se ha vuelto

particularmente significativo para mí. La conmoción, el anhelo que produce el tema fundamental —un anhelo capaz de hacer prorrumpir en llanto a una sensibilidad como la de Milene—, este anhelo es un emblema de la espera de Dios que tiene el hombre»⁵⁰.

Luigi Negri (actualmente arzobispo de Ferrara-Comacchio) entró en el Berchet en octubre de 1957, inscrito en primero de bachillerato en la sección E. La primera mañana tenía clase de Lengua, Filosofía, Griego, Latín y Matemáticas: el profesor de Letras era un socialista que había sido sacerdote; el de Filosofía un marxista ortodoxo; el de Griego y Latín un laico utópico; la profesora de Matemáticas era una católica tradicionalista para quien la fe se identificaba con la coherencia moral. No se necesita mucho para comprender que la clase era un campo de batalla entre diversas ideologías. «Pensé que para mi vida era más útil la experiencia que vivía en el oratorio». Hasta que entró en la clase el profesor de Religión: «A diferencia de otros profesores, para él la enseñanza no era un paréntesis en su vida, sino la parte más viva». Negri añade: «Desvelaba nuestra persona ante nosotros mismos, aclarándonos que cada hombre, por su propia naturaleza, está constituido por los interrogantes de sentido que pueden encontrarse en las obras de los grandes autores [...]. Dante, Platón, Manzoni y además [...] los contemporáneos: Sartre, Camus, Pavese. [...] Luego, cuando afrontabas las otras clases, brotaban esos criterios, esos parámetros de juicio».

Fue precisamente durante las clases de Religión donde maduró la idea de ‘revisión’ de las materias de estudio: «Tratábamos de revisar desde el punto de vista cristiano los acontecimientos más importantes, los debates». La cosa seguirá funcionando durante años. Negri tiene todavía bien presente el *Galileo* de Bertolt Brecht, puesto en escena por el Piccolo Teatro de Milán [el 22 de abril de 1963, *nda*] y utilizado para una campaña de criminalización de la Iglesia: «Imprimimos un cuadernillo [...] sobre el caso de Galileo que intentaba decir: primero, mirad que no está tan confirmado que se pudiera entonces demostrar científicamente que tuviera razón; segundo, la forma en que la Iglesia intervino puso a salvo valores y preocupaciones». El cuadernillo suscitó un vivo debate en la ciudad, con reacciones de los profesores marxistas. La cosa llegó a oídos del cardenal Montini, que convocó a los jóvenes junto a don Giussani: «Nos dijo [...] que [...] había comprendido el valor que tenía nuestra tentativa gracias al valiente testimonio cultural que habíamos dado en los colegios con ocasión de la cuestión de Galileo»⁵¹.

Negri recuerda también los enfados de Giussani cuando la gente de su clase no aceptaba la confrontación, ni ponerse en cuestión: «Atención: no cuando no estaba de acuerdo. [...] No soportaba la indiferencia ni la presunción. [...] En resumen, no soportaba a los que no ponían en juego su libertad [...]. En un momento en el que el concepto de libertad estaba ya en crisis desde el punto de vista filosófico [...], Giussani la reconducía a su cauce verdadero: la experiencia».

A propósito de libertad, Giussani nunca le dijo a Negri que tenía que participar en la vida de GS: «¡Realmente nunca me invitó a nada! Fue un compañero mío [el que lo hizo]. Era a finales de marzo de 1958. En el radio había unas cincuenta personas. Cuando entré, Giussani, sonriendo, me dijo: ‘¡Por fin has venido tú también!’»⁵².

No faltaban, naturalmente, los estudiantes que se desinteresaban de la «escuela de

religión» o los que eran críticos frente al sacerdote. Massimo Fini (periodista y escritor), por ejemplo, fecha en 1960 su primer contacto con Giussani, en la sección B: «Era el cura más cura que he conocido jamás. Cuando predicaba, es decir, siempre, su cuerpo delgado, pero compacto, nervioso, como ardiendo por una violenta pasión interior, le bailaba dentro de su amplia sotana negra». De sus años en clase de Religión, Fini recuerda todavía que Giussani «estaba armado de una pasión intensa y al mismo tiempo de una lógica sutil, férrea, invencible, que no daba tregua»⁵³.

Fini añade: «Instintivamente no me gustaba esta retórica, [...] pero era verdaderamente atractivo»⁵⁴; y reconoce que su mensaje era antiguo, muy respetable, tanto que le gustaba incluso a un laico como él.

«Nos apreciaba, no tenía complejos»

Claudio Risé (psicoanalista y escritor), uno de los primeros alumnos de Giussani, estudiaba en 1956 segundo de bachillerato en la sección A. No tuvo dificultad en admitir que el profesor de religión «quería algo de nosotros y de algún modo entraba de una manera invasiva no solo en clase, sino en nuestras vidas, porque buscaba nuestro corazón. Esto estaba muy claro. Es verdad que además había toda una confrontación crítica, intelectual, pero él buscaba nuestro corazón. Por ese motivo usaba a Leopardi. Si no hubiera tenido nuestro corazón, no habría podido darnos nada». Esto es lo que más le sorprende: «Giussani —y esto era algo que perturbaba a muchos— daba la impresión de haber conocido a Jesucristo, más aún, decía que le había conocido y que llevaba consigo su testimonio; y garantizaba que todos podían encontrar la fe, la gracia y a Jesucristo. Entonces, en nuestras conciencias de los dieciséis, diecisiete o dieciocho años de edad, esto fue y sigue siendo una experiencia desconcertante, no porque nos hayamos arrepentido después, sino porque ninguno de nosotros sueña con abandonar las mejores cosas que ha tenido en su vida, incluido don Giussani»⁵⁵.

Risé describe así la entrada de aquel curita: «Aquel hombre, al entrar primera vez en nuestra clase, se adelantó con paso veloz, como uno que no tiene un minuto que perder. [...] Aquel hombre con su sotana [...] nos miraba sonriendo, se comprendía que nos apreciaba, pero no tenía complejos». Al principio, sus compañeros, los chicos forjados por la *intelligentsia* milanesa, le miraban con suficiencia: «Aquel hombre de Desio [...] tenía (también en el contacto físico, lleno de empujones, apretones y pescozones) una especie de espontaneidad selvática, excepcionalmente vital y arcaica, en un ambiente en el que las neurosis de la hipercivilización se cortaban ya con cuchillo, impregnando las aulas, las clases, los descansos, las amistades y los amores». Recuerda su llegada como una especie de ‘ciclón’: «Nada fue ya como antes en el colegio, ni para los demás ni para mí. Él se daba por completo, sin ahorrarse nada, para que nuestro corazón palpitase, un corazón que presentaba ya ligeros estratos de petrificación. Pero su interés no tenía nada de maternal, no le preocupaba tranquilizarnos, obtener nuestro consenso. Era más bien, con toda evidencia, un joven padre exigente, que nos provocaba hasta el espasmo [...]: ‘Sacad lo que tenéis dentro’ [...]. El cristianismo, insistía, no es una moral, un discurso,

una filosofía, un sistema de pensamiento. [...] El cristianismo, apremiaba, consiste por entero en un hecho, un encuentro. El encuentro con Jesucristo. Un hombre que decía ser Dios». Llegado a este punto, Giussani presionaba más todavía, no estaba dispuesto a soltar su presa: «¿Qué pensáis de ello? ¿Le habéis conocido? ¿Queréis conocerle o no? ¿Era verdaderamente Dios? ¿Era un impostor, un loco?»⁵⁶. Y sostenía que toda su vida dependería de la respuesta que dieran a esas preguntas.

Risé no se implicará nunca con la GS de Giussani, más aún, durante cierto periodo dirigió el pequeño periódico del colegio que no era precisamente tierno con los *giesinos*, pero esto no le impidió estrechar una relación personal con él. Y cuando faltó a clase algunos días a causa de la gripe, Giussani pasaba por su casa al acabar las clases para ver cómo estaba. Será precisamente este vínculo el que le haga presentar su dimisión como director cuando la redacción del periódico del Berchet se vuelva más crítica con relación a los jóvenes de Giussani. La estima que había madurado por él —no por GS, quiere precisar— le impidió dar un disgusto a su profesor.

Lorenzo Strik Lievers (más tarde político de larga militancia en el Partido Radical) fue desde el comienzo protagonista de aquellos ‘choques’, como adversario de Giussani y de GS. Estudiaba en la sección E del Berchet desde 1960. «Verdaderamente existían dos mundos separados e incommunicables, el secularizante [...] y el clerical, que era el pegamento untuoso de la época: porque es verdad que la secularización ya estaba avanzada, pero existía también el conformismo clerical». Para Strik Lievers no hay ninguna duda: aquel era un profesor extraordinario. «Si eras honesto no podías eludir el desafío que te planteaba su postura. Pero era también el jefe del partido adversario»⁵⁷.

Strik Lievers reconoce que las clases de Giussani eran una ‘provocación’, porque tenía «la capacidad de suscitar una reacción, de ponerte en juego. En clase, la confrontación se producía en torno al modo con el que los pensamientos y las tradiciones diferentes debían confrontarse. Lo que más trastornaba, turbaba y fascinaba de él, al mismo tiempo, era precisamente que a través de su visión del cristianismo, que era antigua, conseguía que percibiéramos la propuesta cristiana como algo que nos ponía en juego personalmente a cualquiera, ya fuera para estar de acuerdo, para aceptarla o para rechazarla. Esta era la fuerza de Giussani, de la que luego nacían convergencias y desencuentros apasionantes»⁵⁸.

«Entró con la sotana revoloteando, casi corriendo»

En esa época Giussani vestía con la sotana de sacerdote ambrosiano: «Entró en clase con la sotana revoloteando, casi corriendo, parecía no querer perder ni un instante». Es el primer recuerdo de otro alumno del Berchet, Giuseppe Zola (luego abogado). Al comienzo del bachillerato, en el curso escolar 1955-1956, la clase de primero E estaba inmersa en un clima de burla hacia la religión. Zola y sus compañeros esperaban la lección habitual, pero desde el primer minuto comprendieron que había algo distinto, sobre todo cuando Giussani les mandó: «¡Escribid!». Silencio: «Nos miramos cortados, porque escribir durante la clase de religión era una absoluta novedad; y sin embargo nos

pusimos a escribir porque en clase tenía tal autoridad moral que no podíamos escapar. Dictaba durante una decena de minutos cosas insólitas, al menos para mí que ya me había alejado de la Iglesia». Zola recuerda el desafío de Giussani a la clase, un día en que los estudiantes se reían burlonamente de los sacerdotes: «Si tuviera que volver atrás volvería a hacerme sacerdote, ¡y os garantizo que estoy mejor que todos vosotros!». Giussani entraba en las cuestiones, las afrontaba, siempre como profesor, sin salirse nunca de su función.

Algunos episodios han quedado grabados en la memoria de Zola. Uno de ellos sucedió en segundo de bachillerato y fue la circunstancia que le acercó a Giussani: «Se me había ocurrido la estrambótica idea de organizar un torneo de fútbol para los de secundaria y no sabía bien a quién dirigirme. Como sabía que los curas tenían acceso a campos de fútbol, le pregunté a Giussani, y él me dijo: ‘Ven y hablamos. Podemos quedar en la plaza de la Scala, donde está la parada de la línea O’. Mientras subíamos al autobús me dijo: ‘¿Te da vergüenza ir con un cura?’. Yo dije: ‘No’, pero ¡claro que me daba vergüenza! Dije que no por cortesía». El autobús se dirigió a la vía Statuto, «y así fui por primera vez a GS. Después de aquello me dijo que hablara con el Centro Schuster, y esto me permitió organizar el torneo». Esta es la convicción que adquirió Zola: «La grandeza de la presencia de Giussani consistía en la decisión con la que anunciaba el cristianismo y su historia; pero sorprendía también su extremada atención hacia las personas: cuando comprendía que había una necesidad, la compartía. Fuera cual fuera la petición que se le hiciera, no se retraía nunca».

En el Milán de finales de los años cincuenta el Berchet era uno de los colegios a los que aspiraba la sociedad milanese más influyente. Y así el joven vástago de una de las grandes familias de la ciudad se encontró asistiendo a la clase de Religión de Giussani. Angelo Rizzoli, nieto del fundador del grupo editorial Rizzoli, lo tuvo como profesor de bachillerato a partir de 1959: «Era un personaje extraordinario, con una personalidad fortísima. [...] Había una parte laicista y radical que le contestaba profundamente. Le llamaban ‘el ataúd volante’, debido a que circulaba en bicicleta. Contestaban su lenguaje mucho más ‘agresivo’, mucho más directo que el de los demás profesores; en cambio, Giussani hablaba de otras cosas y lo hacía con garra».

Rizzoli se vio enseguida fascinado por su entusiasmo. «Con él se produjo una revolución porque [...] se hablaba de todo. Para chicos que eran todavía menores de edad esto era un descubrimiento. Con él se daba en clase un diálogo sobre la vida, sobre las cosas ‘vivas’, [...] no se hablaba solo de textos sagrados y oraciones, como ocurría habitualmente en los demás colegios. Él hablaba de filosofía. Citaba de memoria a Maritain, Teilhard de Chardin, Mounier y Rilke. Se hablaba de filosofía para hablar de la vida, de cómo deberíamos ponernos cada uno de nosotros ante la vida, ante nosotros mismos y ante los demás».

Muchos años después, Rizzoli utilizará una imagen fuerte para describir el impacto que tuvo Giussani sobre él: «Antes de conocerle, estábamos en clase como presos que solo tenían que estar callados, ser buenos y estar tranquilos. Con don Giussani en cambio podíamos hablar, preguntar. Él mismo nos hacía preguntas, nos hablaba del mundo.

Nosotros le planteábamos preguntas que ingenuamente creíamos que le iban a poner en dificultad, pero no lo lográbamos. Este era el ‘desafío’, [...] nos enseñó lo que era la libertad»⁵⁹.

Un hombre que usa la razón

Para Carlo Wolfsgruber (más tarde presidente de la Asociación seglar *Memores Domini*), 1957 fue el año en que cursó primero de bachillerato en el Berchet, en la sección E. Sus amigos eran judíos, protestantes, ateos; por lo que a él se refiere, ya no era católico practicante. Pero como no era costumbre solicitar la exoneración de la asignatura de Religión, se encontraba en clase durante la primera lección de Giussani. No sabía casi nada del cristianismo, sabía —eso sí— que existían los curas. Se decía a sí mismo: «El problema de Dios le interesa a quien le interesa; por otro lado, para un hombre es poco digno interesarse por el problema de Dios: ¡es un problema del sentimiento!», y admite: «Yo era tranquilamente ateo».

A pesar de ello, después de la primera clase de Religión... estaba esperando ya la siguiente: «Después de la segunda empecé a poner un poco en duda mis certezas». Pensó: «¡Este sí que cree!». Pero ¿quién era «este»? «¡Yo no había visto jamás un hombre así! Un hombre que usase así la razón. Esto es lo que más me sorprendió. Porque, sin saber identificarlo bien, experimentaba cierto malestar desde hacía algunos años, en el que no pensaba nunca en términos explícitos. Me parecía que la gente no decía: ‘Esto es blanco y esto negro’, sino que se ponía de acuerdo sobre el hecho de que esto era blanco y aquello negro, es decir, que no había en la comunicación una dependencia real de la realidad, sino que lo que había eran impresiones que encontraban su fuerza en la connivencia: en resumen, que se ponían de acuerdo. Pero este hombre no era así, llamaba blanco a lo que era blanco y negro a lo que era negro: dependía de la realidad». Hasta tal punto que tuve la impresión «ya desde el final de la primera clase, y más fuerte aún al comienzo de la segunda de que por menos de eso no se podía ser hombre».

Al terminar la tercera clase, Wolfsgruber le esperó fuera y le dijo: «Escuche, si usted tiene razón tengo que hacerme sacerdote». Y Giussani: «¡¿Cómo, sacerdote?! ¿Por qué?». «Si usted tiene razón, Dios existe, y si Dios existe, Dios es todo; y entonces yo tengo que darle todo». Giussani, de golpe: «¡No, hombre! Si Dios existe, Dios es todo, entonces tú tienes que hacer la voluntad de Dios». Wolfsgruber recuerda que ante sus ojos de adolescente tomaron forma dos palabras: «No solo la razón, sino [también] la libertad». ¿Por qué —se preguntaba— no quería Giussani convencerle, si tenía cantidad de razones? Al seguir las clases de religión, le escuchó una vez decir que «la verdad lleva en sí misma la evidencia de sus propias razones». Enseguida Wolfsgruber pensó: «¡Por eso no pretende convencernos! No hay nada de lo que convencerse; hay que caer en la cuenta. Mi corazón es capaz de reconocer la verdad; no hay ninguna necesidad de que alguien me convenza de ella»⁶⁰.

Pero a algunos de los estudiantes católicos no les gustaba la insistencia de Giussani en

utilizar la razón durante las clases de religión, como recordará él mismo: «En bachillerato, cuando dictaba [...] tenía en clase a un hijo de Manzù [Pio, hijo del gran escultor Giacomo, *nda*], que conocía a un cura con el que hablaba asiduamente. Este sacerdote le instigaba contra lo que leía en mis apuntes y le decía: «¿Lo ves?, esto complica, mientras que la religión es sencilla». Que es como decir que «las razones complican» —¡cuántos estarían de acuerdo!—, «la búsqueda de las razones complica». ¡Sin embargo, lo que hace es iluminar!». Giussani observará que «debido a ese planteamiento, Cristo ya no es una autoridad sino un objeto sentimental, y Dios es un espantapájaros y no un amigo». Y por esto «la fe se convierte en algo árido y difícil, porque se vuelve un peso y un condicionamiento en lugar de un camino por el que correr». Para él, en cambio, «la fe es la fiesta de la razón»⁶¹.

Mimmi Cassola (después escritora) era una de las muchas bachilleras del Berchet a las que el cristianismo ya no les decía nada. Así es como recuerda el encuentro con Giussani: «Después de haber ido en primaria a un colegio de monjas, para la secundaria fui al Berchet. Le conocí en bachillerato, en el 57», en la sección E. Ya hacía años que no iba a la iglesia. Y así, «cuando vi entrar en clase a un cura, me levanté del primer pupitre y me trasladé al último. Nos tocaba una clase de Religión (o ‘escuela’, como decía él) cada semana, y por lo tanto, aparte del cambio de sitio, no me fastidiaba demasiado». A la tercera clase Giussani le preguntó: «Usted, allá atrás, ¿cómo se llama?». Mimmi recuerda que «trataba siempre de usted a quien no le agradaba. Me puse en pie, grité nombre y apellido, y me senté de nuevo. Así continué durante algún tiempo», pero, casi sin que se diera cuenta, «aquella voz cálida y un poco ronca se volvió familiar para mí, y empecé a escucharle».

En el descanso entre clases cantidad de bachilleres se precipitaban a buscar a Giussani. Mimmi todavía no, pero un día se acercó a él y le dio un sobre. Contenía una carta, en la que le hablaba de ella misma, y de la tristeza en la que vivía últimamente. En la siguiente clase fue él quien le entregó un sobre. Lo abrió en casa, y esto es lo que encontró escrito: «Yo no sé si tú has descubierto alguna vez que pedir ayuda (y aceptarla) sería la manera más sencilla de hacerle un regalo a alguien: y cuando se da algo, para agradar a alguien, desaparece ese vacío inenarrable [Mimmi recuerda que estas últimas palabras estaban en su carta, *nda*]. Podrá quedar tristeza, como quien en el crepúsculo de la tarde piensa en la noche en que deberá esperar (la espera, ¡qué tristeza!, pero no vacío) el nacer del día. [...] Porque mi vida no está vacía. Triste, sí, a menudo. Como cuando veo tu soledad buscada».

Después de esta carta, Mimmi Cassola empezó a frecuentar GS, iba con frecuencia a la vía Statuto 2, donde estaba la sede del movimiento, y enseguida alguien le dijo: «¿Quieres hablar con don Giussani?». Y así, casi sin darse cuenta, se encontró sentada en el lado corto de una mesa rectangular, a cierta distancia de Giussani, que estaba en el lado largo. «Una vez me dijo: ‘No me gusta ser feo, porque esto me aleja de los jóvenes’ —¡cuánto se equivocaba!—, ‘pero mi nariz no la he hecho yo’». Recuerda también que un día Giussani reunió a un grupo de *giesinos* y les dijo: «‘Parece que el obispo quiere eliminar nuestra comunidad. Si tuviera que suceder, no haremos GS en las catacumbas,

no nos veremos más. Obedeceremos. Esto es una orden que os doy'. Luego el obispo abandonó la idea: había comprendido que el Gius no había dicho jamás una palabra que fuera en contra de la Iglesia. ¡Todo lo contrario!».

La historia del encuentro de Mimmi Cassola con Giussani está narrada en las páginas de una de sus primeras novelas⁶². La protagonista, Giovanna, es una alumna del colegio de la vía Commenda: «Hacia el final del curso escolar Giovanna hizo amistad con el profesor de Religión, un sacerdote joven y sensible, muy inteligente y profundo, que había dejado su cátedra en el seminario para ocuparse solamente del problema de los jóvenes. Invitó a Giovanna a su casa, y ella fue con Luisa. Don Luigi puso discos en el gramófono: antiguas canciones religiosas (era el Laudario 91 de Cortona) y otras del padre Duval. No intentó convertir a las dos muchachas. Giovanna se lo agradeció y volvió a hablar con él. Le habló de sus dudas, de sus miedos y de su angustia»⁶³. La novela está dedicada 'a don Gius', como muestra de gratitud de su antigua alumna, a la que aquella tarde que pasó escuchando música sacra arrancó de una actitud agnóstica hasta el punto de volver a convertirse al catolicismo. En la época en que se publicó, don Angelo Scola le habló a Giussani de la novela que acababa de leer: «Me ha sorprendido la descripción de la primera conversación contigo, cuando tú le hiciste escuchar música. Ese primer momento dejó en ella una huella, sin que tú hablaras de Jesucristo. El encuentro consiste verdaderamente en la humanidad transformada que Cristo produce en nosotros»⁶⁴.

Paolo De Carli (más tarde notario y profesor universitario) estudiaba en 1957 en el Berchet, en la sección A. Y también él se quedó asombrado ante el tipo humano que era Giussani: «Hacía muchas afirmaciones que trastornaban mis criterios y los criterios comunes, pero no lograba comprender de dónde sacaba los suyos. Me sorprendía su seguridad, la unidad de su persona, su estar esculpido en roca, su capacidad de juzgar nuestras actitudes (en este sentido era un gran profesor de 'moral'), su lejanía de la actualidad periodística, como un hombre de otro tiempo, y al mismo tiempo capaz de juzgar radicalmente esa misma actualidad. En segundo de bachillerato, Paolo Favole (que era el primero de la clase en su tercero de bachillerato) venía en el descanso a presionarme hablándome de GS». Empezó entonces a frecuentar el radio del sábado en la vía Statuto. Se quedó sorprendido por esa compañía tan libre y afectuosa. Era como si hubieran estado siempre juntos «y también yo hubiera estado siempre junto a ellos. Yo era un tipo intelectual y me fascinaba la elaboración cultural que se hacía bajo la guía de don Giussani. Era un continuo descubrimiento de otra cultura, de otros autores, de otra música, de otro teatro. Recuerdo una excursión en la que visitamos junto a don Gius algunos ejemplos del románico en el Piamonte». De Carli conserva todavía una definición del derecho que le escuchó a Giussani: «Espada de la libertad y salvaguardia de los valores».

En los años 1957-1958, Guglielmo Spotorno tenía diecisiete años y estudiaba en el Berchet, en la sección E. Recuerda que el «profesor de Religión siempre era visto como el último de la fila; el penúltimo era el profesor de Gimnasia. Giussani tenía la última hora del sábado, la peor», porque los alumnos solo pensaban en marcharse a casa.

Cuando llegó no encontró un ambiente fácil sino una «clase anticlerical, individualista, transgresora, empeñada en poner en dificultad al prójimo y con mayor razón al profesor de Religión». Y precisamente en ese contexto, observa Spotorno, Giussani —que habría podido elegir un cargo en otra parte, él que venía de la Escuela de Venegono—, «empezó a afilar los medios con los que penetrar en el mundo de los jóvenes y de los jóvenes más hostiles, no de los que eran más fáciles». ¿Y cuáles eran estos medios? Primero, «era atractivo, se enfadaba, se ponía rojo, nunca estaba quieto; nunca rechazó la confrontación, sino que nos invitaba a ella». El segundo era este: «Empezaba con el planteamiento religioso de forma inmediata. Probablemente él se preguntó: ‘¿Quién es la figura que puede llamar más la atención de un chico o una chica? Jesús’, porque Jesús es joven, Jesús es la persona más cercana a nosotros. Jesucristo se convirtió un poco en la ‘ganzúa’ para entrar en las clases, en el corazón de aquellos jóvenes». Cuando se llegó a la cuestión, Giussani salió con esta frase, por lo que se refiere a Spotorno: «‘En la medida en que seas leal, tienes que admitir, no puedes confundirte, debes atenderme y escuchar’. ‘En la medida en que seas leal’ se convirtió incluso casi en una broma que nos repetíamos, un *ritornello* que se repetía en clase»⁶⁵.

Paolo Sciumè (después abogado) llegó al Berchet (el colegio al que ya iba su hermana) al comienzo de los años sesenta, después de haber pasado del Carducci al Manzoni y de estar en un colegio de Lodi. De modo que tuvo a Giussani como profesor. Recuerda lo más interesante para él: «Cada uno tenía su propia historia y la historia de cada uno era exaltada; y no solo eso, sino que la historia de cada uno se convertía en una experiencia a la luz de aquel encuentro, y el encuentro no era una ‘asistencia espiritual’. Si yo hubiera hablado quince veces en su despacho, en aquella última puerta de la derecha en la sede de la vía Statuto, tendría valor ‘uno’ respecto al valor que tenía el impacto de su clase o del radio». No había solución de continuidad entre el radio y la clase de Religión, «su clase era un momento de vida exactamente como el radio, pero el radio era el momento en el que se identificaba con los que le seguían»⁶⁶.

En el Vittoria Colonna

En la segunda mitad de los años cincuenta, Giussani asumió también algunas horas de enseñanza en el instituto Vittoria Colonna de Milán, donde Jola Majocchi le conoció en primero de bachillerato de letras en 1957: «El día en que hizo su entrada en clase me pareció que en aquel ambiente oscuro entraba de golpe el sol». Poco tiempo después la joven fue a la vía Statuto, sede de GS, donde Giussani le presentó al secretario Cesare Grampa. En clase y en la sede de vía Statuto, Majocchi recuerda así a su profesor de Religión: «Un hombre lleno de vitalidad, siempre comprometido con las personas. En aquellos años, entre 1957 y 1959, en las horas libres de clase yo estaba siempre en vía Statuto, tanto que a veces Giussani me echaba con un: ‘¡Vete a estudiar un poco!’». Majocchi le veía entrar en la sede, saludar a todos, uno por uno, y meterse en su despacho, donde recibía: «Recuerdo que siempre había cola. Y al que no podía ver en la sede, Giussani le iba a ver a su casa o le invitaba a comer». En 1960 Giussani propuso a

Majocchi colaborar con la secretaría de vía Statuto durante algunas horas por la tarde, ya que la secretaria, Luisa Airoidi (una viuda que vivía en la zona del viale Lazio y había conocido Giussani en la parroquia), había enfermado y tenía que operarse.

La sede de vía Statuto formaba parte de un antiguo edificio nobiliario en el centro de la ciudad: había un gran atrio, un despacho de secretaría, salas de reuniones y el estudio de Giussani al fondo del pasillo. Majocchi recuerda que «los radios tenían lugar normalmente los jueves, viernes y sábados por la tarde, sin solución de continuidad entre una reunión y otra. Giussani tenía una memoria muy buena, y recordaba a todos los que conocía. Cuidaba de cada una de las personas y tenía una especial agudeza para comprender de qué pasta estaban hechas». Majocchi comprenderá con los años que Giussani «apostaba por la libertad de las personas, porque estaba profundamente seguro de que el ser humano es relación con el Misterio».

En el Vittoria Colonna estudiaba también Adriana Mascagni, de diecisiete años, que lo había intentado todo para no volver más a ese colegio de religiosas. Ella quería tener nuevas experiencias, ir al Parini, donde sabía que había jóvenes muy vivaces y activos en el ambiente estudiantil. Pero sus padres no transigieron y por ello volvió al Vittoria Colonna con una actitud muy negativa. Allí conoció al nuevo profesor de Religión, Giussani. Con él, «el primer impacto fue duro, porque yo no quería saber nada de religión. Duro y al mismo tiempo novísimo; era algo nuevo si lo comparaba con cómo había vivido yo la religiosidad hasta entonces». Su lenguaje «era muy nuevo, muy inteligente, agudo, algo a lo que yo no estaba acostumbrada. Y además tenía una actitud tan seria que no daba lugar a un genérico y vago diálogo religioso; era un profesor auténtico que nos obligaba a escribir y que después quería un debate».

La Religión era a primera hora. «Como yo era rebelde, llegaba siempre al menos media hora tarde, porque estaba enfadada con todos; pero con el tiempo empecé a llegar antes, aunque estaba siempre con la mano levantada para discutir. Pero aquello era signo de las preguntas que tenía».

Adriana Mascagni había nacido en una familia de artistas. Recuerda cuando Giussani llevó a clase un disco del padre Duval —algo extrañísimo entonces—, sacando a la luz los aspectos que documentan la vida como relación con Dios: «Como yo tenía sensibilidad musical, enseguida me ‘picó’ y me conmovió». Durante las vacaciones de GS, Giussani le hizo cantar las canciones que él mismo enseñaba a los chicos. La joven comprendió que no podía componer cancioncillas de fantasía; y así escribió su primera canción: *Mio Dio, mi cercavi, che volevi da me?* Luego llegará el turno de *Povera voce*, con música suya sobre un texto de Maretta Campi⁶⁷.

Adriana Mascagni no recuerda que Giussani se refiriera nunca a GS durante sus clases: «Cuando una chica de tercero, Jola Majocchi, vino en un descanso a invitarme a GS, le pregunté qué era. Y ella: ‘Ven y verás’. Como yo tenía una gran curiosidad, fui. Cuando llegué, descubrí con gran sorpresa que estaba Giussani, que me preguntó: ‘Pero ¿qué haces tú aquí?’. Y yo: ‘Pero ¿qué hace usted aquí?’».

«Tenía una palabra para todos y cada uno»

Como Adriana Mascagni, eran muchos los bachilleres provenientes de otros colegios milaneses que conocieron a Giussani. Entre ellos, Giorgio Feliciani (más tarde profesor universitario), que le escuchó hablar en 1957, con ocasión de la Misión de Milán, la gran iniciativa pública promovida por el arzobispo Giovanni Batista Montini (ver aquí, pp. 238-239). Feliciani estaba terminando el bachillerato de letras en los salesianos. Giussani, por mandato de la curia, se ocupaba de las iniciativas diocesanas para los estudiantes. Los salesianos enviaron a Feliciani a una reunión preparatoria, a la que se invitaba a un representante por cada instituto de enseñanza religioso. En aquella circunstancia escuchó a Giussani. «Me quedé impresionado. Pero la cosa no me convenció de momento y lo dejé pasar». Después de la reválida y en vísperas del comienzo de la universidad, Feliciani tenía ganas de realizar alguna iniciativa cristiana con otros. Su profesor de Lengua había sido don Germano Proverbio, quien, terminado el bachillerato, se convirtió en su punto de referencia. «No conocía a don Giussani, pero me dijo: ‘Recuerdo que cuando te envié a aquella reunión te quedaste impresionado por don Giussani. ¿Por qué no vas a hablar con él y le expones tu problema?’». Un día que pasaba por la vía Statuto, subió. «Solicité hablar con don Giussani, que me recibió enseguida. Era septiembre de 1958. Me dijo que si quería entrar en la secretaría de GS y como primer encargo me pidió que organizara algo para el Adviento de 1958». A Feliciani le interesa subrayar que el suyo no fue un caso aislado: en efecto, Giussani, «a cualquier persona que encontrara y manifestase algún interés por algo que estaba iniciando, no solo la acogía, sino que la valoraba, le daba espacio, sin poner particulares condiciones».

La implicación de Feliciani en la secretaría de GS le llevaba a la sede de la vía Statuto los sábados por la tarde, durante los radios: «Giussani se ponía en la puerta y tenía una palabra para todo el que entraba y salía, recordaba los nombres de todos, les preguntaba». Y cuando tuvo ocasión de comer con Giussani —lo que luego sucedería con frecuencia—, se sintió provocado personalmente con un «debes tomarte en serio tus exigencias». Recuerda: «Yo había estudiado con los salesianos, provenía de una familia católica, frecuentaba a los frailes menores, había pensado en hacerme fraile, pero nadie me había dicho nunca una cosa semejante»⁶⁸.

Otro joven que conoció a Giussani fuera de las aulas del Berchet fue Giacomo B. Contri (después psicoanalista). Le conoció en 1956, con quince años de edad. Estudiaba secundaria en el liceo Parini de Milán: «De la Acción Católica desde muy joven, estaba sorprendido por una novedad y una diferencia que saltaban a la vista: ya no se me llamaba al deber —el esquema ‘deber’— de ser cristiano, sino a la cuestión de la conveniencia de serlo». Recuerda que Giussani era un «hombre sin ‘esquemas’ clericales, cristianos o mundanos, de derecha o izquierda. Entre otras cosas estaba excluido de su perspectiva el papel o esquema del cura que se ocupa de la ‘juventud’: lo que él promovía era ya un movimiento, no una organización juvenil. [...] Ni ‘la juventud’, ni ‘los jóvenes’, y menos aún ‘los adolescentes’». Para Giussani «las dimensiones de la experiencia no sufrían pasos cronológicos. Varios años después iba a hablar de la juventud como una conquista de la madurez».

Contri descubrió en Giussani a alguien que, «dijera lo que dijera, lo decía como yo, en primera persona gramatical. En una época de egocidio cultural, y por desgracia también ampliamente psicoanalítico, se hizo defensor del ‘yo’». Reconoce que él le introdujo en la idea de que «la vida de los hombres es una vida cotidiana, y la vida cotidiana no son las ‘pequeñas cosas’. Yo aprendí así a no distinguir ‘macro’ y ‘micro’, vida privada y pública, interioridad y política». En el camino que marcaba Giussani, Contri se convirtió en uno de los protagonistas de la GS de aquellos años, de la cual será presidente, luego vicepresidente de la GIAC de la diócesis de Milán, y director de *Milano Studenti* (el quincenal de GS). Al haber podido vivir la fase de desarrollo inicial del nuevo movimiento, Contri reconoce que «con su labor Giussani se adelantaba [...] respecto a la historia del cristianismo, no caía en esquemas preconstituidos, ortodoxos o heterodoxos», y también: «Nos entusiasmaba, no nos deprimía, precisamente por el hecho de no ser ni *clergy* ni *clerc* universitario (cura o no cura)»⁶⁹.

El conde de Castelseprio

En 1955 Fabio Baroncini (más tarde párroco en Milán) tenía catorce años, habitaba en Lecco y participaba en la Acción Católica. Su párroco le dijo: «En el colegio ve a buscar a los otros de la AC, porque ahora hay un sacerdote en Milán que está encargado de seguir a los estudiantes». Le invitaron a un retiro donde vio a Giussani por primera vez. «Tuve la sensación clara de que hasta entonces mi ser cristiano había limitado mi humanidad, porque el que se tomaba menos en serio el cristianismo me parecía que era más hombre. Conocer a don Giussani coincidió con una experiencia de plenitud de humanidad. Mi yo realizaba por fin su humanidad».

La fuerza de la razón se ponía en juego frente a todas las cosas. Este fue el factor que le sacudió cuando escuchó a Giussani contar la historia del conde de Castelseprio, inventada por él, «que quiso hacer las paces con el señor de Venegono Superior. Llamó al siervo de la gleba y le metió en su cesta los donativos para la paz. El siervo fue, pero como era agosto y hacía calor se cansó. Entonces se detuvo bajo un árbol y, ¿qué hizo? Puso delante de sí la cesta llena de regalos, metió la mano y sacó los objetos uno por uno: el que era útil se lo quedaba y el que era inútil lo tiraba». Al final del cuento Giussani dijo: «Vuestra vida es esta cesta que lleváis en los hombros. Ha llegado el momento de ponerla delante de los ojos, meter la mano en ella y sacar lo que hay dentro. Debéis ‘criticar’». Para Baroncini era la primera vez que alguien implicaba su razón, invitando a ejercerla sobre la realidad, «por eso dijo la frase: *Panta dokimazete, to kalon katechete* (1Ts 5,21), valoradlo todo y quedaos con lo que vale»⁷⁰.

Baroncini estuvo en el origen del primer encuentro de Angelo Scola, también él proveniente de Lecco (más concretamente de Malgrate) con Giussani. Para Scola el impacto con el liceo coincidió con una pérdida de interés por el oratorio: «Sin manifestaciones contestatarias, empecé desde cuarto o quinto de secundaria a yuxtaponer dos mundos: el mundo del sábado y el domingo, de los amigos de mi pueblo, que coincidía además con el mundo de la parroquia, y el mundo del colegio, donde entraba

en cambio en otra lógica». Scola estaba empezando a llevar a cabo ese tipo de operación práctica que caracterizó a muchas personas de su generación, es decir, «dejar atrás como una vaga inspiración el hecho cristiano» para lanzarse a «lo que parecía más concreto en la vida, el compromiso social y político».

Scola tenía que trabajar para poder seguir estudiando. Su padre era un camionero que hacía grandes esfuerzos para que él y su hermano pudieran estudiar. Y durante el verano Scola daba clases: «Una vez, en julio, mientras estaba descansando después de comer, entre la una y las dos, antes de reanudar las clases, oí que llamaban a la puerta: era Fabio Baroncini, que le preguntaba a mi madre si podía hablar con su hijo, sin saber bien cuál de los dos era. Fabio le explicó que se trataba del pelirrojo, que nos habíamos conocido en el monte». Baroncini le invitó a participar en un campamento escolar en el Passo del Falzarego. «Me dijo que era gratis y que podríamos ir mucho a la montaña, y fuimos»⁷¹. En un momento dado llegaron de Penia de Canazei algunos estudiantes de Milán para hablar de GS.

Scola vio a Giussani por primera vez durante la Semana Santa de 1958, en Lecco: «La Gioventù Studentesca, todavía vinculada a la Acción Católica de Roma, invitó a los jóvenes bachilleres a algunos encuentros de preparación para la Pascua. Recuerdo que fui por la gran insistencia de un compañero mío de clase». Giussani expuso una lección sobre la «juventud como tensión». «Por primera vez percibí un acento distinto en el modo de considerar la relación entre Cristo y mi vida. [...] Tuve un escalofrío, y empecé a mirar a Cristo de manera diferente. [...] Mi vida cambió en aquel momento»⁷².

De aquella lección, Scola recuerda «el famoso ejemplo de la radio, del ponerse ‘en sintonía’; la tensión juvenil implica entrar en sintonía con el Misterio». Notó inmediatamente «una diferencia radical con respecto a la figura normal del sacerdote», una novedad que consistía en el modo de proponer a Cristo y el cristianismo: «Una propuesta que movilizaba enseguida la libertad, que lanzaba a la vida y, por consiguiente, apasionaba, daba la vuelta completamente a lo que normalmente se escuchaba con cansancio y con aburrimiento, como expresión de un esfuerzo ético, o estético». Y además Giussani «movilizaba el deseo, hacía que te entraran ganas y gusto por profundizar. Nosotros antes teníamos pudor a la hora de decir la palabra Jesucristo, pero después íbamos por la calle parando a la gente y a nuestros amigos para decirles: ‘Yo he encontrado a Cristo; ¡vente con nosotros!’ y la gente nos miraba como si estuviésemos locos».

A los ojos de Scola, el impacto con Giussani se presentaba con esta característica: «Una posibilidad de que todos los factores que constituían mi juventud y todos los intereses culturales, sociales y políticos redescubrieran en Jesucristo, presentado como alguien concreto y real, el verdadero motor de la vida». La fractura entre la fe y la vida, que se había abierto en la adolescencia de Scola, encontró el camino para recomponerse: «La figura de Cristo y de la comunidad cristiana adquirían de nuevo interés y se convertían en el punto a través del cual juzgarlo todo».

El primer encuentro personal con Giussani tuvo lugar a las puertas del Berchet entre 1961 y 1962: «Se produjo un *qui pro quo*. Habíamos quedado, pero se confundió de día

y había fijado una cita para comer con Manfredini, que era el jefe de la AC; tomamos un tranvía juntos, porque él tenía que ir en efecto a comer con Manfredini, y hablamos diez minutos en el tranvía, sin tener posibilidad de profundizar. Volví otra vez y la relación, por así decirlo, se personalizó»⁷³.

Robi Ronza (posteriormente periodista y escritor) conoció a Giussani cuando estudiaba quinto de secundaria en Varese, en 1956, durante uno de los encuentros periódicos de GS en la ciudad. Nacido en una familia de la burguesía ‘laica’ de cultura postilustrada con gran tradición de compromiso civil, había en su educación una fuerte llamada a tomarse la vida en serio, «pero sin que el hecho cristiano y la Iglesia fueran mínimamente tenidos en cuenta. Simplemente estaban fuera de nuestro horizonte», según el postulado de que para ser cristianos había que renunciar en todo caso a un poco de la propia humanidad. Con el trasfondo de semejante experiencia, el encuentro con don Giussani fue para Ronza «una sorpresa fulgurante. Aunque rigurosamente vestido con sotana, como era obligatorio para los sacerdotes en Italia, aquel hombre no tenía por un lado nada de clerical, pero por otro no dudaba en sostener explícitamente algo que era impensable para la cultura dominante de la edad moderna, o sea, que Cristo, centro del mundo y de la historia, era la respuesta a las exigencias existenciales del hombre, a su necesidad de ser feliz». Ronza recuerda que lo que sorprendía enseguida de él era, «además de una cultura amplísima y original, la pasión por la vida y la capacidad inagotable de instaurar inmediatamente con cada interlocutor suyo, incluso en un breve encuentro, una profunda relación personal»⁷⁴. Así, «si se ponía a hablar con uno al que le interesaba la montaña, se apasionaba por la montaña; si se ponía a hablar con un ingeniero de caminos, se apasionaba por las carreteras. Pero no de manera formal, porque en esto se veía una pasión por lo humano», es decir, entraba en relación contigo «tal como eras tú, con las cosas que te interesaban. Por ejemplo, yo ya me interesaba entonces por la escritura y el periodismo, y me puse a hacer a instancias suyas un periódico estudiantil, el *Michelaccio*»⁷⁵.

El encuentro de Giovanna Rossi (luego profesora universitaria) con Giussani se remonta al final de los años cincuenta. En el curso escolar 1960-1961 estaba inscrita en primero de bachillerato, sección B, del Berchet, en una clase enteramente femenina. Ante sus ojos, la figura de Giussani destacaba con respecto a la de los demás profesores «por su absoluta esencialidad, por el carácter razonable de su propuesta —todas las motivaciones ligadas al discurso religioso estaban muy argumentadas— y por la capacidad de respeto que era capaz de suscitar en los estudiantes». De hecho, cuando estaba en clase nadie hablaba, «no solo porque él lo requería, sino también porque se vivía como un momento fundamental. Incluso mis compañeras de clase que no conocieron la experiencia de GS, en esa época estaban siempre muy atentas. La presencia de don Giussani convertía cada momento de la vida escolar en algo muy rico; podía ser un autor griego, un filósofo, como también una parte de la literatura: no había momento que no recibiera luz [a partir] de su propuesta».

Rossi recuerda otro aspecto de la actitud de Giussani en clase, relacionado con la distinción que invitaba a practicar entre la clase de religión y la experiencia de GS: «La

clase de religión era para todos, tenía un *quid* posible para todos; la experiencia de GS era para los que optaban por ella. Además, la exigencia con relación a nosotros, era que comprendiéramos sobre todo lo que decía en la clase de Religión». Con los estudiantes que decidían incorporarse a GS, Giussani establecía un tipo de relación «siempre muy respetuoso, unido a la autoridad de su presencia». Él implicaba a todos y se implicaba personalmente hasta el punto de corregir los órdenes del día que los *giesinos* escribían para invitar a sus amigos al radio: «¡Decía siempre que no conocíamos las reglas de puntuación!». Giussani estaba muy atento a que la participación en GS no pusiera en dificultad a los chicos, puesto que «había profesores que marcaban a los que iban a misa porque les veían salir de la iglesia»⁷⁶.

«Se dirigía a los intereses de los jóvenes»

Un joven que hizo el recorrido inverso —primero el encuentro con Giussani en GS y luego en el colegio— fue Massimo Camisasca (más tarde superior general de la Fraternidad sacerdotal de los misioneros de San Carlos Borromeo, autor de tres volúmenes sobre la historia de CL y actualmente obispo de Reggio Emilia-Guastalla). En 1960 tenía catorce años y empezaba cuarto de secundaria en el Berchet, en la sección F. Conoció a Giussani en un encuentro de GS. Posteriormente lo tuvo como profesor en los años de bachillerato, a partir de 1962. El largo trabajo para escribir la historia del movimiento le hizo revivir aquellos años suyos: «Pude comprender así cosas que entonces no podía comprender», admite⁷⁷. Se recordó de nuevo junto a Giussani mientras hablaba, movilizado por una propuesta de vida que sabía «dirigirse a los intereses reales y comunes de los jóvenes», hasta el punto de «llevar estos mismos intereses a encontrarse con la realidad viviente de la tradición cristiana, intérprete y expresión de las cosas más bellas y más grandes que el hombre de siempre haya sabido crear». De este modo, Giussani apareció cada vez más ante sus ojos como «el canal colector de una gran historia, rica de cantos, de música, de pintura, de poesía, de textos literarios, de oraciones, que nos era presentada con toda la fuerza de su actualidad, palabras de tiempos distintos, lejanos y cercanos, para el hombre de hoy».

Entre los recuerdos más intensos de sus comienzos, Camisasca conserva la imagen de aquellos jóvenes de los primeros años sesenta que, cuando se reunían, extraían de su bolsa o del bolsillo posterior de los pantalones «un librito descosido» y empezaban a leer, «en coros alternos, con una entonación particular», lo que luego descubrirá que se llama ‘tono recto’. «Eran textos poéticos extraordinarios: los salmos. Así Giussani, sin decirlo, insertaba nuestro instante presente en una historia real», la historia cristiana, que ahonda sus raíces en la historia del pueblo hebreo. «Al frecuentar esos textos poéticos, esas oraciones, nos convertíamos cada día en contemporáneos de David, de Salomón, de los deportados de Babilonia y de los liberados del rey de Egipto y del rey de Asiria, partícipes de los sentimientos de masas inmensas y de individuos aislados, fieles de Yahvé desamparados que imploraban su ayuda. Aprendíamos a conocernos a nosotros mismos, aprendíamos una sabiduría nacida casi tres mil años antes, que se nos

presentaba con toda su actualidad y capacidad de leer nuestros pensamientos más ocultos y más verdaderos»⁷⁸.

En este sentido, para Giussani, «los Salmos son la forma de diálogo definida por el mismo Dios para su relación con el pueblo que Él escogió. El que los reza hoy asume un clima hebreo, totalmente definido por esa espera de cumplimiento suscitada en la historia humana de un modo que no se encuentra en ninguna otra forma de religiosidad. Una vez, el rabino jefe de Roma dijo que los cristianos quieren llevar al hombre al cielo, y los judíos quieren llevar a Dios a la tierra»⁷⁹. Precisamente por esta actitud suya los sentimos como hermanos, hasta tal punto que hemos escrito que frente a la historia judía no hay conciencia humana que vibre con más sintonía, que sea más humilde y más pacífica —casi pidiendo excusas a quienes han llevado *pondus diei et aestus*, es decir, que han llevado todo el peso de la historia precedente— que la que afirma que el cumplimiento de la profecía para todo el universo ha acontecido en el judío Jesús de Nazaret, muerto y resucitado». Era una característica de la propuesta de Giussani favorecer esta identificación, a la que atribuía un valor pedagógico sin igual, como explicaba él mismo: «Difícilmente puede comprender la experiencia cristiana el que no está dispuesto a revivir de algún modo la historia del pueblo de Israel, con todos sus acentos y todos sus dramas. [...] Por medio del pueblo hebreo la pedagogía divina quiere enseñar al hombre que Dios es único y creador, y que Él realiza su designio misterioso eligiendo un punto en el tiempo y en el espacio, un pequeño grupo; escoge a un pueblo, todo lo efímero y frágil que se quiera, pero no obstante seguro de la alianza del Señor y por eso seguro más allá de todo el límite humano que deriva del pecado original»⁸⁰.

La segunda mitad de los años cincuenta representó un momento de crisis para Alberto Cremona, que estudiaba el bachillerato de letras en el liceo Beccaria: eran muchas las preguntas para las que no sabía encontrar respuesta. Una mañana le invitó un amigo a la reunión semanal de GS, el radio, y él fue a la vía Statuto pensando: «¿Qué puedo perder? Probemos». Y allí se topó con aquel sacerdote «tan poco ‘curil’, sin discursos formales, pero con la propuesta clara de un cristianismo vivo, bello, que abrazaba todos los aspectos de la vida». Implicado muy pronto en aquella compañía, Cremona se dedicó a la realización y la impresión de octavillas, manifiestos y otro material de GS en una tipografía de Saronno, y así descubrió el gusto por la comunicación y la gráfica. «Hablé de ello con Giussani, que puso a mi disposición un pequeño despacho en la vía Bagutta; con algunos amigos pusimos en marcha una pequeña agencia publicitaria». Seguramente no imaginaba que sería el comienzo de un itinerario profesional que le llevará a la cabeza de una de las más importantes agencias publicitarias de Italia, que lleva su nombre.

En los primeros años sesenta, Cremona estudiará Derecho en la Universidad Estatal de Milán. Al ser uno de los pocos que tenía coche, un Giulietta blanco, entrará a formar parte del llamado ‘grupito del turismo’ de GS (será uno de los conductores preferidos por Giussani, confiesa con orgullo): «Iba con algunos amigos a buscar lugares bonitos para organizar excursiones y vacaciones para la comunidad. Y a menudo acompañaba a don Giussani por ahí». Durante uno de esos viajes, Giussani le dijo: «Mira, Alberto, [...] no te olvides de los ideales de tus veinte años. Eres como un pájaro que puede volar alto,

pero tienes un hilo atado a tus patas; cada vez que tratas de levantar el vuelo, ese hilo tira de ti hacia abajo. Tienes que darle un golpe con el pico y romperlo»⁸¹.

«Conquistó nuestros corazones»

Francesco Botturi (luego profesor universitario), en el Berchet desde 1962, sección A, se vio sorprendido por el hecho de que en Giussani había una sinergia de inteligencia y deseo: «Esta era la gran novedad (a través de su capacidad de persuasión, de seducción). Pensemos en la cultura de los años cincuenta y sesenta, fuertemente intelectualista; eran los años previos al 68 y todo el mundo de los sentimientos, incluso en el ámbito juvenil, se había dejado de lado». Que en este contexto llegara un hombre que «hacía comprender que la profundidad de la inteligencia coincide con el objeto del deseo fue muy provocador. Este es el concepto de sentido religioso que tiene don Giussani, y si no se comprende esto, tampoco se comprende la figura de Cristo que él presenta. Por esto desencadenaba en unos enamoramiento y en otros resistencia»⁸².

Son centenares los estudiantes que tenían como profesor a Giussani. El colegio de la vía Commenda era una forja de profesionales, intelectuales y políticos: a los nombres citados baste añadir el futuro alcalde de Milán Paolo Pillitteri (en el Berchet desde 1956, sección D), según el cual el concepto de fe de Giussani era «muy distinto del que habíamos aprendido, del que nos habíamos imaginado y del que nos habían contado». Entre otras cosas, Giussani afirmaba en clase que «la gracia no debes buscarla, la gracia se encuentra. Esta es su intuición más grande, me parece que es el núcleo central de su pensamiento». La conocida estilista Miuccia Prada (en el Berchet desde 1959, tendrá a Giussani como profesor desde 1960, en la sección E) recuerda: «Nunca he sido religiosa, pero su inteligencia era monstruosa, nos fascinaba a los estudiantes con su habilidad dialéctica, y narraba con una energía fantástica»⁸³.

También el filósofo Giulio Giorello pasó por el Berchet (1961, sección A) y declara: «Yo no encontré tan seductora como decían la actitud de Giussani. Era un formidable polemista, una persona muy inteligente a la hora de usar por ejemplo al ateo Leopardi — recordemos que Leopardi era un poeta ateo, ilustrado—, plegando las palabras a su objetivo; no hay nada de malo en eso». Carlo Fontana (más tarde superintendente del Teatro de la Scala) fue uno de los últimos que tuvo a Giussani como profesor de religión (1964, sección F): «Este cura que de algún modo quería sorprenderte, desconcertarte, me daba la sensación de querer penetrar en ti, de apoderarse de algo tuyo y esto me llevaba a rechazarle». Y finalmente, Tiziana Maiolo (1957, sección C) (luego concejala del Ayuntamiento de Milán) admite: en clase, Giussani «hablaba del deseo como chispa, como motor que debía moverlo todo para llegar a la felicidad. Había algo en su discurso que conquistó nuestros corazones, y, a continuación, también nuestras mentes»⁸⁴.

«Una enseñanza extraordinariamente original»

Giuliano Longo (después periodista) conoció a Giussani en 1960, cuando estudiaba

primero de bachillerato en la sección D del Berchet: «Solamente los sacrificios de mi padre sastre y de mi madre me permitieron lograr el ambicioso objetivo de estudiar el bachillerato de letras. Fermentos de renovación se advertían ya por todas partes. Los estudios de letras, antaño rigurosamente formalistas, se convertían en objeto de discusión, de profundización crítica. Se estudiaba Historia con el Saitta, Literatura italiana con el Sapegno y Filosofía con el Geymonat». Longo recuerda que en aquellos años el mundo del Berchet estaba lleno de sugerencias, impulsos y rigor: «Y la presencia del Gius, este cura moderno, lejos de la imagen tradicional del profesor de Religión, cuadraba perfectamente en este clima, más aún, lo enriquecía con aquella enseñanza que a mí me parecía extraordinariamente original respecto a lo que se aprendía en una parroquia de la periferia». A partir de los quince años, Longo se alejó de la Iglesia para dirigirse primero hacia grupos anarquistas y luego socialistas. «De esto el Gius era bien consciente, tanto como de mi particular relación con el profesor de filosofía, Daziano. Decir que había una competición entre los dos por la conquista de las almas o de los intelectos sería una tontería. Tanto Daziano como el Gius producían cultura con un rigor impresionante y no hacían proselitismo para causas abstractas. Ambos formaban y enseñaban sobre todo a pensar para vivir. Además, estoy convencido de ello, había entre los dos una profunda relación de estima recíproca». En esa época no era fácil ser de izquierdas en un colegio burgués; los que levantaban la bandera roja eran todavía unos raros. Pero había agitación, la exigencia de romper con los esquemas corría de clase en clase, hacía prosélitos y reunía simpatías en un clima de libertad garantizado por el director judío. «El Gius chapoteaba a gusto en esas aguas», recuerda Longo. «La relación era amigable, suelta. Mi oposición al Gius era muy simple, diría casi primitiva, y consistía en la identificación de la Iglesia con las clases dominantes». En el liceo, el joven se acercó a los primeros escritos de Marx. «Lo que más me sorprendió era que este cura conocía al dedillo la literatura marxista y, como tuve ocasión de descubrir algunos años después, conocía todo lo bueno que estaba madurando entonces en la cultura europea». Longo recuerda: «Seguramente apreciaba mi autenticidad y probablemente también había captado el sentido de rebeldía que había en mí, ese querer ser distinto, adolescente y transgresor. Había una simpatía manifiesta y recíproca de capirotaos y pescozones en la nuca al terminar la clase».

El único desacuerdo verdadero era sobre el gran tema de la libertad, que el comunismo, en sus formas de esa época, no podía garantizar. «Un día fui invitado a la vía Statuto, y presentado por don Giussani a muchos coetáneos que querían escuchar mi experiencia. Un joven anarco-comunista en la sede de GS podía parecer un golpe de efecto, quizá para animar la discusión o para presentar al ateo simbólico. No fue así. A mi alrededor todo era silencio y atención». Longo frecuentó GS durante algún tiempo, y luego se alejó definitivamente. «Encontré en aquella experiencia algo que era inútil con respecto a las grandes tareas que imponía la revolución a sus ingenuos seguidores. Era la ilusión que nos hacíamos entonces. La relación con el Gius permaneció siempre como algo inmensamente rico y humano».

La clase de Religión era distinta de todas las demás para Enrica Cresta, alumna del Berchet desde 1960, en la sección E, «siempre muy animada por debates, nunca plana o banal, nunca una lección en el sentido tradicional del término». Giussani le parecía ante todo una persona «entusiasta, atractiva, que te obligaba a pensar». Recuerda: «Nos ponía a cada uno de nosotros ante las opciones y ante la responsabilidad de decidir. ‘Cristo ha venido y no puedes dejar de tenerlo en cuenta’: estas eran las palabras centrales de su enseñanza [...]. Nos proponía pasajes de autores antiguos y modernos, escritores, poetas, filósofos, que eran cristianos o que al menos habían experimentado la exigencia de plantearse las preguntas fundamentales, a veces sin encontrar respuestas en la fe». En clase Enrica estaba entre los que, llamándose marxistas, consideraban la religión como el ‘opio del pueblo’ y estaban siempre en polémica abierta: «Nuestra utopía de la sociedad nueva y justa, que teníamos que realizar cambiando el mundo, estaba en el fondo muy lejana y no nos concernía directamente; pensábamos que éramos concretos, pero en realidad hablábamos solamente (y por fortuna) de revolución, para después continuar viviendo nuestra tranquila vida de estudiantes burgueses».

En este clima, Giussani «quería hacernos una propuesta concreta, quería despertar algo en nosotros, sacudir nuestra conciencia, hacernos responsables de nuestras decisiones. Muchos le siguieron desde el comienzo, al comprender la importancia y la fortuna de vivir aquel encuentro. Por desgracia no estuve entre ellos. No obstante, pienso que sí, en un momento dado de mi vida, conseguí afrontar de nuevo el problema, fue también porque algunas palabras de don Giussani habían quedado en mi corazón y habían dado su fruto»⁸⁵.

Giuliano Pisapia (más tarde alcalde de Milán) conoció a Giussani en 1964, en la sección A del Berchet. El profesor entró en clase mientras todos hablaban entre sí y nadie le prestaba atención. Entonces partió lanza en ristre con una provocación, preguntando a todos: «¿Consideráis justo que una familia católica dé una educación católica a sus propios hijos?». Pisapia recuerda: «Enseguida se produjo la reacción de algunos de nosotros que le plantearon una pregunta análoga: ‘Pero usted, profesor, ¿considera justo que una familia comunista dé una educación comunista a sus propios hijos?’». Giussani exclamó: «¡Sí! Y ahora os explicaré por qué». Pisapia observa: «Debo decir la verdad: en aquel momento nos conquistó. Uno podía compartir o no lo que decía, pero seguramente sus clases de Religión eran horas en las que estábamos con la boca abierta escuchando», porque «decía cosas que otros curas no decían en aquellos tiempos».

En clase Giussani no intentaba convencer a nadie, recuerda Pisapia: «Planteaba problemas y se discutía sobre lo contingente —podía hablar de Leopardi o de lo que había sucedido el día anterior—, lo que nos ayudaba a abrir la mente y a razonar con él». Otro elemento al que apuntan las valoraciones de Pisapia es lo que llama «el aspecto paralelo», es decir, el hecho de que al mismo tiempo, por medio de Gioventù Studentesca, «atraía a los estudiantes con instrumentos completamente distintos, por

ejemplo las excursiones de montaña, para luego pasar a cosas más serias como ir a la Bassa (zona agrícola deprimida al sur de Milán, *ndt*), que para mí fue muy útil aunque solo fui dos veces allí: a mí personalmente me hizo comprender la pobreza, me hizo experimentar la solidaridad que después he llevado, dejando la fe, a otra parte»⁸⁶.

Queda el recuerdo de un profesor «inolvidable» que en las clases de Religión «enseñó a muchos el método laico para afrontar los temas de la fe. Nos fascinaba su capacidad de respetar las ideas y las opiniones de todos, de extenderse a los campos más diversos, de aceptar las críticas y nuestras dudas. Muchos padres estaban llenos de curiosidad, si no preocupados. Entre estos estaban también mis padres, porque dos de mis hermanos participaban activamente en las iniciativas de GS». Como otros, ellos también temían que ese compromiso incidiera negativamente en el estudio. Los padres de Pisapia querían comprender por qué Giussani atraía a los jóvenes: «Con frecuencia le invitaban a comer o cenar a nuestra casa, junto a don Vanni [Giovanni Padovani, *nda*], colaborador suyo y profesor en el Beccaria. Gracias a su presencia, variaba el menú habitual y alrededor de una gran mesa se hablaba de todo: de Dios, ciertamente; pero sobre todo del mundo y del papel que cada uno de nosotros podría tener»⁸⁷.

«¡Tú de judaismo no sabes nada! Ponte a prueba a ti misma»

Manuela Cantoni entró en el Berchet en 1963, para estudiar los dos últimos años de secundaria en la sección C. También sus padres habían estudiado en el colegio de la vía Commenda: su madre era Mirella Ascoli, y su padre Marcello Cantoni, ilustre pediatra. La joven procedía del colegio judío, al que sus padres habían confiado la tarea de instruirla desde el punto de vista religioso. La presencia del director judío Yoseph Colombo debió de orientar la elección del colegio para su hija. Manuela Cantoni recuerda las primeras palabras de aquel joven sacerdote, profesor de religión: «¡La verdad es una!». Manuela intervino: «Perdone, no estoy de acuerdo. Usted tiene la suya, y yo la mía. Cada uno, una».

Pasaron algunas semanas y Giussani preguntó en clase: «Si yo me pongo en cuestión con el credo de otro, ¿qué estoy haciendo?». Manuela: «Una confrontación». Y él: «No, una verificación». ¿Verificación de qué? Aquella pregunta marcó el comienzo de un diálogo que proseguirá durante todo el año. Y aunque ella no frecuentaba asiduamente la clase de Religión, aquel sacerdote le interesaba, «era de una simpatía indescriptible». Y así llegó la Navidad de 1964. Los *giesinos* expusieron un cartel que invitaba a todos a una excursión a Sicilia. ¿Por qué no ir? El 27 de diciembre, Manuela partía en tren junto a una veintena de personas: además de algunos estudiantes del Berchet, había una pareja casada, una chica scout y un universitario. Guiaba el grupo el padre Emmanuel Braghini. «A posteriori supe que don Giussani había recomendado que estuvieran atentos a lo que se decía porque había una judía. En el momento no me lo tomé bien, me parecía una censura; después comprendí lo que quería decir: ‘Atentos a no herirla, es necesario un mínimo de autocontrol por respeto al otro’». En los meses siguientes, Manuela no perdió el contacto: iba algunas veces a la iglesia de San Esteban para escuchar a los *giesinos*

que cantaban en la misa del domingo por la mañana. En Pascua estuvo con ellos en Asís, donde vio que Giussani la presentaba así a los doscientos cincuenta bachilleres presentes: «Esta chica es judía. Debemos estar muy agradecidos a sus padres por su generosidad». Manuela recuerda que no comprendía de qué generosidad hablaba, «no veía nada extraño en ello. Y sin embargo su mensaje era claro: es como un papel de calco, no le han dado una identidad con la que medirse, puntos de referencia. Viene a una realidad como esta, donde la fascinación es fuerte; podría incluso decidir permanecer. Y sin embargo los suyos han tenido una apertura mental notable al decirle: ve». Como tenía una voz bonita, Giussani la invitó a enseñar a todos el canto judío *Hinei ma tov* (versión musical del *Salmo 132*).

Sus conversaciones a lo largo de los pasillos del Berchet continuaron, hasta que una mañana Giussani la reprendió con estas palabras: «¡Tú de judaísmo no sabes nada! No se puede ser judío solo porque lo son los padres. Ponte a estudiar. Ponte a prueba a ti misma». Es la última cosa que hubiera imaginado de un sacerdote. Muchos años después, la exalumna observa: «Él era así. Una amiga mía católica me refirió un día esta frase que le había dicho un sacerdote: ‘Mujer que pasa, no te pares’»; Giussani «daba una advertencia, soltaba una frase que provocaba, removía toda certeza monolítica y después... se iba. En el sentido de que no se quedaba allí mucho para convencer. Pero estaba con nosotros, y lo hacía de manera simpática. La frase, el chiste, la continua dialéctica lo hacían fascinante: era un continuo cambio». Manuela volvió al colegio judío, donde encontró finalmente un punto de referencia del que partir, pero esto sucedió «únicamente gracias a la apertura, a la verificación que me había enseñado Giussani. Todo por aquel encuentro en el Berchet». Por todo lo que siente que le debe a Giussani, «me hubiera gustado volverle a cantar *Hinei ma tov* en su funeral, pero quizá las lágrimas no me lo habrían permitido»⁸⁸.

«Para que seáis felices»

En 2004 el director del Berchet, Innocente Pessina, entrevistará a Giussani para la sección ‘antiguos profesores’ del sitio web del colegio. Fue una de sus últimas entrevistas y tiene un valor muy especial debido al entrevistador y al contexto en que se publicó. Pessina preguntaba cuáles habían sido los presupuestos ideales e ideológicos que le habían inducido a promover Gioventù Studentesca en el ámbito de un liceo con una tradición marcadamente laica como el Berchet: «Los presupuestos ideales, que sugieren toda la convivencia que tuve con los alumnos —y los profesores— del liceo Berchet de Milán, fueron la pasión por una existencia más feliz, que amara la verdad, y por una voluntad que se interesara más libre y ardientemente por la historia patria y las vicisitudes de la gente del pueblo».

El director preguntaba si encontró por parte de los colegas y del entonces director Colombo una postura abierta o más bien de polémica adversa. Giussani respondía que se topó con una actitud muy singular: por una parte, «el ardor por defender la razón y el pensamiento, tal como los tiempos de la época moderna exigían que se hiciera». Por otra

parte, «el pensamiento filosófico y los sentimientos populares, al haber abandonado más o menos los esquemas tradicionales, abrían camino a una dialéctica viva a la que los jóvenes no estaban habituados, aunque estaban estimulados por la presencia de nuevos profesores»⁸⁹.

Como se ha visto, la historia de Giussani en el Berchet fue un largo repertorio de encuentros —de persona a persona—, que explica por qué él, al pensar de nuevo en sus primeros pasos subiendo los escalones del colegio, se volvía a ver «con el corazón henchido totalmente por el pensamiento de que Cristo es todo para la vida del hombre, es el corazón de la vida del hombre: esto es lo que [...] tenían que empezar a escuchar y aprender aquellos jóvenes, por su felicidad». Hasta el punto de tener que admitir que este era «el único motivo, el único objetivo y la única raíz de la que nació nuestro movimiento»⁹⁰.

En los años en que los jóvenes que le seguían empezaban a cantar *Povera voce*⁹¹, Giussani se topó con una frase de Cesare Pavese: «Tú eres como una tierra / que nadie ha pronunciado jamás»⁹². Esta constatación amarga despertó en él una profunda conmoción: «Precisamente en esa época lo que hacíamos nosotros era la respuesta a esas palabras desesperadas, porque no hay alternativa; la opción, la decisión a tomar, revela inmediatamente dónde está lo razonable. También por eso una característica conocida de nuestro discurrir es el gusto por mostrar la racionalidad de la fe, la correspondencia de la fe a nuestra exigencia humana, y, en un sentido verdadero, la aplicación, el verificar con la fe el criterio de verdad que daba santo Tomás de Aquino: la correspondencia con la propuesta de lo que uno es»⁹³.

Resulta clarificador, al llegar a este punto del relato de la vida de Giussani, citar una reflexión global que hizo el entonces cardenal Ratzinger en la homilía que pronunció durante el funeral del 24 de febrero de 2005: «Don Giussani no quería realmente vivir para sí mismo, sino que dio su vida y, justamente por eso, encontró la vida no solo para sí, sino para muchos otros. [...] No quería ser el amo, quería servir; era un fiel ‘servidor del Evangelio’, repartió toda la riqueza de su corazón, repartió la riqueza divina del Evangelio, de la que estaba penetrado, y, sirviendo así, dando la vida, su vida dio un hermoso fruto [...] se convirtió realmente en padre de muchos y, precisamente por haber guiado a las personas no hacia sí mismo sino hacia Cristo, se ganó los corazones, ayudó a mejorar el mundo, a abrir las puertas del mundo para el cielo»⁹⁴.

Capítulo 8

«La vida, algo de inmenso valor puesto que Cristo la abrazó» *Montini, la Misión ciudadana y El sentido religioso* (1957-1958)

Volviendo a los pupitres del Berchet, un mes después de que Giussani comenzara a enseñar, la diócesis ambrosiana tenía un nuevo arzobispo, que sucedió al cardenal Schuster (fallecido el 30 de agosto de 1954): el 3 de noviembre de ese mismo año, Pío XII destinaba a Milán al bresciano Giovanni Battista Montini, desde 1952 prosecretario de Estado para los asuntos ordinarios de la Iglesia. Consagrado en San Pedro el 12 de diciembre, Montini tomó posesión de la diócesis ambrosiana el 6 de enero de 1955.

Durante su discurso de toma de posesión subrayó lo que percibía como un problema capital, y que se convertiría «casi en programa» de su ministerio: «Tenemos necesidad de un cristianismo verdadero, adecuado al tiempo moderno. [...] Ha llegado una hora nueva en tu historia, oh Iglesia milanesa; una hora en la que tu inmenso y floreciente patrimonio espiritual reclama de tu sabiduría y de tu celo un doble deber: defenderse y renovarse», frente a un mundo amenazante que estrechaba su asedio a la Iglesia para «sustraerle con las barreras del laicismo su benéfica irradiación»¹ en la vida social.

Por eso su primera carta pastoral para la Cuaresma de 1955 era una especie de himno a Cristo, frente a las «necesidades espirituales de tanta población carente de suficiente asistencia religiosa, amenazada por la incredulidad y el paganismo. ¿Y qué os diré en esta primera carta pastoral, que quiere precisamente establecer sobre un pensamiento común vuestros sentimientos filiales y los míos paternales, en orden a nuestra vida religiosa? Os diré algo que todos conocemos ya, pero que nunca meditamos lo bastante en su importancia fundamental y en su fecundidad inagotable; y es esto: que Jesucristo es necesario para nosotros. Sí, Jesucristo, Nuestro Señor, es necesario para nosotros. Que no se diga que es un tema consabido; es siempre nuevo; que no se diga que ya es conocido; es inagotable»². Y retomando una expresión de san Ambrosio, que daba su título a la carta —«Todo lo tenemos en Cristo, Cristo es todo para nosotros»—³, el nuevo arzobispo proclamaba: «Tú nos eres necesario, oh único verdadero Maestro de las verdades recónditas e indispensables de la vida, para conocer nuestro ser y nuestro destino, y el camino para alcanzarlo. Tú nos eres necesario, oh Redentor nuestro, para descubrir nuestra miseria moral y para curarla [...]. Tú nos eres necesario [...] para liberarnos de la desesperación y de la negación y para tener la certeza que no traiciona nunca»⁴.

En el primer año de su episcopado, el arzobispo recibió a Giussani varias veces: el 22 de julio, el 16 de septiembre, el 20 de diciembre de 1955 y el 6 de junio de 1956⁵. Y esto les permitió un intercambio de experiencias y valoraciones sobre la situación juvenil en la diócesis.

El cuchitril de la vía Statuto

El 7 de febrero de 1955 Montini visitaba la sede de los movimientos de Acción Católica, en la vía Statuto 2: «El inmueble de la vía del Statuto era una herencia de la señora Alice de Montel; fue reestructurado durante los primeros años del episcopado de Montini gracias a una contribución financiera de la Secretaría de Estado de su Santidad. El arzobispo lo destinó a sede de GS, de los maestros y de los licenciados de la AC diocesana, reservando una parte para vivienda de los consiliarios eclesiales»⁶.

La presencia de Gioventù Studentesca en los colegios milaneses se había incrementado, las relaciones y los encuentros se habían multiplicado, el número de jóvenes miembros había aumentado, y por esto la sede se trasladó al segundo piso del inmueble de la vía Statuto. Aquí las actividades de GS encontraron una mejor ubicación; la nueva sede favorecía una acción más sistemática en los colegios y un mayor compromiso de Giussani. Este se instaló en un pequeño apartamento de la escalera de servicio desde 1956. Las hermanas y el hermano de Giussani recuerdan bien su vivienda de la vía Statuto. Livia iba allí con su madre Angelina. Gaetano, el hermano menor, recuerda haberla acompañado en coche: «Llevaba a mi madre a casa de mi hermano, le entregábamos la ropa blanca limpia y nos llevábamos la que había que lavar. Él no se atrevía a pedir ayuda a nadie para arreglar la casa».

Otras veces era Brunilde la que iba a la vía Statuto, hacía la limpieza y cambiaba las sábanas. «Un día el anciano [de la portería, *nda*] me dijo: ‘¿Sabe lo que ha hecho su hermano? Ayer por la noche cerré pronto y me fui a la cama. Esta mañana voy a abrir y ahí estaba durmiendo en una silla. ¡Para no despertarme ha dormido sentado!’».

En cuanto a la precariedad de la vida que Giussani llevaba en Milán, hay un episodio que cuenta su hermana Livia. Un día estaba sentado en los escalones de la catedral comiendo castañas asadas; y pasó por allí un alumno suyo que le dijo: «¡Buenos días, profesor! ¿Pero qué hace aquí?». Y Giussani: «¡Es mi cena, tonto!». «A nosotros jamás nos pidió dinero. Aunque yo casi no podía, le regalaba ropa, porque no tenía nada»⁷, recuerda Livia.

El apartamento de la vía Statuto era un lugar angosto, conforme a la descripción que hará de él el mismo Giussani: «Un cuartito en el que no lograba moverme porque tocaba las paredes por todas partes»⁸. Pero esto no impidió a un sacerdote de Como, don Giuseppe Veronelli, pedir a su obispo —que se dirigió para ello a Montini— convivir con Giussani, para poder seguir con mayor compromiso sus estudios teológicos⁹. Los dos se habían conocido en 1946 en Varigotti, en la Casa de San Francisco, procedentes de caminos distintos, pero «ambos necesitados de mar», recuerda don Veronelli, «para

‘cuidarnos la piel’, él sacerdote ordenado hacía poco y yo bachiller. De ahí nació una hermandad y poco a poco una implicación recíproca en diversos asuntos, que se mantuvo hasta el final. La frase que me dijo un día: ‘Pepín, nosotros podríamos estar años sin vernos, pero luego, cuando nos encontramos, es como si nos hubiéramos dejado ayer’, me parece que expresa eficazmente el sentir común».

El 26 de octubre de 1956 don Luigi Oldani (de la curia de Milán, anteriormente profesor de Moral en Venegono y más tarde obispo auxiliar) escribía al arzobispo que no era posible satisfacer la petición de don Veronelli: Giussani «es un sujeto estupendo, pero ¿cómo puede hospedar a un sacerdote [él] que a duras penas ha encontrado un agujero para sí mismo? (¡Creo que dispone de dos habitaciones y de una cocinita!). ¿Cómo le puede mantener?». Oldani añadía: «Don Giussani está muy ocupado de la mañana a la noche. [...] Por el momento está bien, pero no tiene una salud de hierro y ha tenido ya sus enfermedades»¹⁰.

Como confirmación de estas últimas palabras hay un hecho que está precisamente vinculado a aquel «cuchitril», y que dejará en Giussani una de las impresiones más grandes que tuvo en su vida, aun en su aparente banalidad. Una de las veces en que enfermó, en plena vida de GS, desde la cama en la que yacía se dijo a sí mismo: «Bien, si ya no saliera de aquí, si no pudiera ya salir de aquí y toda la realidad se redujera por ello para mí a esta habitación (nuestros poetas han llamado habitación al mundo, al mundo entero); por mucho que pensara en dilatar el ámbito de esta habitación, ensanchándola, empujando un poco las paredes a lo ancho, empujando, empujando, empujando indefinidamente, de tal modo que una pared tocara la última galaxia por la derecha y la otra tocara la última galaxia por la izquierda, siempre sería lo mismo: cerrada, finita, habitación mortal, tumba o prisión, lo mismo da tumba que prisión». No obstante el pensamiento de Giussani corrió enseguida a la aventura que había empezado con los chicos del Berchet, por lo que observó que «la compañía es ese gran inconveniente que rompe estos límites, rompe estas paredes, rompe esta medida, la rompe, la derrumba y permite entrever, y da al corazón el comienzo de la alegría que supone amar, y convierte el tiempo no en una medida sino en una apertura que se ensancha sin fin, no puedes imaginártelo, en este punto no puedes imaginarte el final, porque no existe. Cuanto más empujas, mejor comprendes que no hay final. Lo que tenía que ser el símbolo de la muerte, porque la muerte es el símbolo de esta medida, se convierte en el símbolo de la vida, en el signo de la vida, ese repique de campanas estupendo cuyo eco no tiene fin, una música sin fin»¹¹.

Y de la sede de la vía Statuto Giussani recordará un detalle revelador de la novedad de vida que se había introducido allí: «Todo el que comenzó entonces a frecuentar la sede de Gioventù Studentesca de Milán, en vía Statuto 2, recordará que en una de las salas se había puesto una mesa de ping-pong; solo había una, pero estaba ahí. Pues bien, al cabo del primer año, aquella mesa, totalmente inutilizada, se había recogido y apoyado en una pared. En efecto, resultaba mucho más atractivo el encuentro semanal (mi propuesta había sido hacerlo quincenal, pero los chicos, después de algunas veces, quisieron que fuera semanal) que la posibilidad de jugar al ping-pong o a otros juegos semejantes»¹².

El padre Piero Gheddo, misionero del PIME (Pontificio Istituto Missioni Estere), que había echado horas en aquella mesa, confirma el hecho: «Ya no era necesaria; don Giussani hablaba de Jesucristo de un modo que, incluso a mí, sacerdote y misionero, me parecía nuevo y fascinante. Todo lo demás venía después: excursiones, actividades caritativas, debates culturales; en el centro estaba el amor y la pasión por Jesucristo»¹³.

«Cuando conocí a Cristo me descubrí hombre» (Cayo Mario Victorino)

En marzo de 1955, *Direttive*, el periódico de la AC milanesa, publicaba la crónica de una reunión en Triuggio, animada por Lazzati y Giussani (como había sucedido en Gressoney el año anterior): «La preocupación especial en esta reunión de Tres Días ha sido el estudio de los problemas apostólicos en el ambiente escolar y de trabajo. El profesor Lazzati, hablando sobre el tema ‘Los jóvenes y la cultura’ ha mostrado el enorme aumento actual de la cultura, en el sentido del número de conocimientos, mientras que hay una efectiva disminución, a veces incluso ni existe, de cultura ‘sapiencial’, es decir, de esa posesión segura de algunos conocimientos fundamentales que iluminan toda la realidad; extendiéndose así sobre el problema de la unidad de la cultura. Don Giussani ha resumido con palabras incisivas principios y experiencias concretas en el apostolado del ámbito escolar. Es necesario que el cristianismo aparezca en los colegios tal como es verdaderamente, principio adecuado de cultura y principio de acción. La acción se presenta en el ámbito escolar como un deber de apostolado. De aquí surgen los ‘radios’: en ellos se busca: a) una integración cultural, que lleve al nexo entre la cultura y Cristo, y, b) se estudia la acción a desarrollar en los colegios. Además del radio está también el problema colectivo en general de la clase estudiantil: de ahí entonces las iniciativas de orden general. En Milán se han realizado en esta línea: el periódico, el círculo cinematográfico y los cursos de cultura»¹⁴.

Después de Triuggio, Giussani empezará a citar —y lo hará durante toda su vida— una frase que escuchó a Lazzati, cuando contaba que Cayo Mario Victorino, el último gran rétor en la historia de la literatura latina, primeramente defensor acérrimo de Juliano el Apóstata, había anunciado su conversión al cristianismo con una oración pública que comenzaba con estas palabras: «Cuando conocí a Cristo me descubrí hombre»¹⁵. Giussani observará: «Decidme si todo nuestro planteamiento no está incluido aquí. El ciento por uno aquí, la verificación, ¿no está incluido aquí?». Recordará también otra frase pronunciada por Lazzati —que le había entusiasmado inmediatamente— para subrayar que era necesario tener conciencia de uno mismo y ser uno mismo para poder convertirse en actores, en factores influyentes en el mundo: «*Pour se poser, il s’oppose* (para plantarse, hay que oponerse)»¹⁶.

Giussani estaba profundamente convencido de que si el joven no maduraba en la conciencia de sí mismo, su presencia en el mundo carecería de influencia, y el tiempo privilegiado para educar en esta conciencia era la fase del bachillerato. Escribía sobre ello en *L’azione giovanile* de agosto de 1955: «En estos años deben ser alcanzados por las provocaciones ideales, que son las únicas que pueden hacerles descubrir a los

‘demás’ y al ‘mundo’, así como el Señor al que servir y su propia persona, que debe realizarse. [...] En los últimos años de secundaria nuestros estudiantes deben ser ayudados a descubrir la belleza del compromiso, porque si entre los 14 y los 18 años solo conocen la categoría del ‘quién me obliga a hacerlo’, hará falta un verdadero milagro de conversión para romper su muy cómodo sistema de vida»¹⁷.

Algunos meses después, en *Le nostre battaglie*, el periódico de la Juventud Femenina de Acción Católica, de diciembre de 1955, se preguntaba cómo era posible que en muchos colegios faltase una presencia católica: «En esos colegios la levadura no es más que polvo. Polvo sin consistencia; polvo sin fisonomía. Polvo que es arrollado por el viento impetuoso y caprichoso de los pareceres de las compañeras o de las voces descaradas de las más ‘emancipadas’. Polvo que se queda por las esquinas. O polvo que se deja pisar». Poco inclinado al lamento fácil, Giussani declaraba sus intenciones: «El movimiento de Gioventù Studentesca no quiere quedarse en paz con respecto a esto. [...] Quiere gritar sin tregua contra la ilusión de sentirse cómodamente cristianos».

Lo que Giussani emprendía era un desafío educativo cuya finalidad era formar adultos en la fe: «Una educación es verdadera si consigue educar seres capaces de afirmarse en el mundo, capaces de afrontar los compromisos y las dificultades con los que se encuentran en la sociedad». Por eso la educación cristiana «debe tender a crear seres capaces de afirmarse como cristianos en su propio ambiente (es decir, en su propio ‘mundo’), capaces de comprometerse y de influir en él». A la luz de estas preocupaciones, Giussani discutía la idea, entonces muy extendida, de que «basta con dar buen ejemplo» individual, porque «el cristiano aislado, o termina por retirarse en orden porque siente su poquedad frente al mal que lo inunda todo y a la ligereza general [...], o bien a la larga absorbe el veneno del ambiente, casi sin darse cuenta».

Bien distinto era el camino que Giussani invitaba a recorrer a las jóvenes de Acción Católica de las cuales era consiliario diocesano: estar «unidas», conforme a lo que enseñó Jesús: «Te ruego, Padre, que sean una cosa sola, a fin de que el mundo crea que tú me has enviado». Al hacer esto, escribía Giussani, «todas juntas formarán ese frente de ataque que es parte de la guerra que Cristo ha venido a traer al mundo». Y la guerra tiene esta primera característica: las jóvenes «se habituarán así a vivir con sus compañeras no solo según el metro de la antipatía, de la simpatía o del compañerismo, sino con la preocupación profunda de conocer sus ideas, amar sus almas, y su destino. Que es la preocupación de Cristo»¹⁸.

«Una afirmación integral y positiva de la vida»

Estas preocupaciones se reflejaban en un pequeño libro que Giussani escribió en 1955 con el título *Risposte cristiane ai problemi dei giovani*, publicado por la Presidencia diocesana de la GIAC (que en el prefacio expresa su «reconocimiento al rev. prof. don Luigi Giussani, por la claridad con la que ha expuesto y recogido estas ideas»). El *nihil obstat* era de monseñor Figini. En un apéndice, Giussani hizo publicar el discurso que el arzobispo había dirigido a los presidentes, a los delegados juniors y a los encargados de

los círculos juveniles reunidos en Venegono (11 de agosto de 1955). En él Montini lanzaba un llamamiento: «Es necesario aumentar la capacidad de los jóvenes para el apostolado, afirmando en ellos la confianza en nuestra fe y nuestra doctrina». ¿Y cómo podía suceder esto? «Estando unidos a Cristo, a su Evangelio, a su gracia, a su Iglesia; y también amando, trabajando y sufriendo»¹⁹.

El texto representa una síntesis inicial de las reflexiones que maduraron en Giussani en el curso de sus diálogos con los jóvenes y tiene en cuenta las preocupaciones que expresó el arzobispo desde los primeros meses de su mandato pastoral. También aquí, en efecto, tal como en la carta pastoral de Montini, la figura de Cristo ocupaba la posición central. Comparecían en él los temas que serán objeto de muchas profundizaciones posteriores: «La vida, esta suma de problemas —de planes, esfuerzos, dolores y alegrías— es algo de inmenso valor, puesto que Cristo la abrazó. *La primera respuesta cristiana a nuestros problemas es por consiguiente una afirmación integral y positiva de la vida*, una valoración decidida de la vida entera, sin renegar de nada de lo que está vivo y es real». Si el hombre no tuviera capacidad para realizar ideales, no podría ni siquiera ser «persona». «Pues bien, en nosotros hay esta *capacidad para realizar ideales* y tiene un nombre característico: *libertad*. He aquí, pues, la cuestión clave de todo problema: usar bien la libertad. Esta es la segunda respuesta cristiana a los problemas de la vida». Pero «es una persona la que nos debe salvar, no una doctrina, [...] no una organización, ni una revolución. [...] *Solo un hombre* es nuestro maestro: ‘y en ningún otro hay salvación’. [...] Esta es por tanto la tercera respuesta cristiana a los problemas de la vida: *el buen uso de la libertad y por consiguiente la solución de los problemas, depende de nuestra adhesión a Cristo*».

Después Giussani afrontaba una extendida objeción: «Hace dos mil años que Él vino, y el mundo está tan lleno de mal como antes; hace dos mil años que la Iglesia lo anuncia al mundo, y los hombres gimen todavía bajo esos problemas irresueltos. Parecería pues más que lícita la desconfianza en Él, la acusación que lanzan los comunistas contra la Iglesia, y la búsqueda de otra salvación». Pero semejante objeción no hacía sino repetir la actitud de los discípulos de Emaús: «Nosotros esperábamos que Él iba a salvar a Israel; pero ya hace tres días desde que ha sucedido»²⁰. Giussani observaba: «Tres días y dos mil años: la desilusión de la que se acusa a Cristo es idéntica». Y respondía a partir de un episodio del Evangelio: «Un día se presentó a Jesús un hombre pidiéndole que comprometiese su autoridad ante su hermano que no quería compartir con él la herencia. Era una verdadera cuestión de justicia: todo el mundo lo ve, pues la justicia es un valor moral. Jesús respondió: ‘¿Quién me ha constituido juez entre tú y tu hermano?’. [...] Jesús no ha venido para aportar la solución mecánicamente completa de los problemas humanos; Jesús ha traído el *principio profundo* de la solución, que se aplica y se afirma a través de la libertad humana. Si aquel hermano hubiera tenido la caridad predicada por Cristo, no habría intentado quedarse injustamente con la parte del otro», y el problema se habría resuelto en su raíz. Así, concluía, «*es tarea propia de cada cristiano hacer —por así decirlo— la aplicación técnica de ese principio resolutivo, que es Cristo, a cada uno de los problemas y casos concretos*. Esta aplicación tiene lugar a medida que el ideal

puro de Cristo cobra vida en sus fieles». Giussani insistía en el hecho de que «*cuanto más se sigue a Cristo y más se toman en serio como norma sus valores ideales, mejor se resuelve el problema humano*». Por eso la tarea del cristiano es «*comprender con agudeza solícita y con extrema lealtad, amar las exigencias nuevas de su tiempo, para poder encarnar los valores ideales de Cristo [...] en los intentos de respuesta que se trate de dar a esas exigencias*». De este modo el cristiano, frente a los problemas que se ponen de manifiesto en el ambiente en el que vive, «aporta a la laboriosa tarea de resolverlos las orientaciones ideales de Cristo y de la Iglesia»²¹.

La mudanza definitiva a Milán

En el otoño de 1955 Giussani terminó su periodo de enseñanza de Teología dogmática en el seminario de Venegono, como confirma el cardenal Biffi: «En septiembre [1955, *nda*] fui informado de que el próximo año académico iba a suceder en la docencia teológica a don Luigi Giussani, quien había decidido dedicarse a tiempo completo a la enseñanza de la Religión en el liceo «Berchet» y a la reanimación de ‘Gioventù Studentesca’»²².

Adriano Caprioli (luego obispo de Reggio Emilia) recordaba que empezó a estudiar teología en Venegono precisamente «después de este paso de la cátedra de don Giussani a don Biffi, como profesor de Cristología y de Moral fundamental» y que en el seminario «corría la voz de que don Biffi y don Giussani con otros amigos se gloriaban de formar parte de una nueva compañía de Jesús, que no temía llamarse ‘La compañía de los locos de Cristo’, en inglés *foolish*, en el sentido literal de la palabra, ‘hombres que no tienen en sí mismos la plenitud y la grandeza’, como la ‘luna loca’, cuando no está llena y no refleja en sí plenamente la luz del sol. Era un modo de llamarse verdaderamente hombres y sacerdotes solo cuando se refleja la plenitud y la grandeza del sol que es Cristo»²³.

Se trataba de «una pequeña sociedad —subrayaba Biffi— que hacía rabiar a todos los que enseñaban en el seminario, que era ‘La compañía de los locos de Cristo’», a imitación de san Pablo, de la cual «Giussani era reconocido por todos como ‘convocator princeps’»²⁴. Disuelto por el rector Giovanni Colombo años antes, el *Studium Christi* parecía renacer con otras formas, pero ahora sus protagonistas eran sacerdotes y profesores.

En 1956 Giussani dejó definitivamente Venegono. La enseñanza y GS le absorbían ya totalmente y él no conseguía conciliar sus compromisos milaneses con los del seminario. Hasta entonces iba y venía entre Venegono y Milán, y alguna vez, decía monseñor Enrico Galbiati, le sucedía tener que «ir y volver dos veces en el mismo día». Aun siendo un profesor muy estimado, en un momento dado intervino el rector, Giovanni Colombo, a quien le parecía que estas continuas ausencias perjudicaban su enseñanza en el seminario. «En realidad no faltaba nunca a clase, y además la daba bien»²⁵ reconocía Galbiati.

Monseñor Citterio recuerda que esos primeros años de enseñanza dislocaron el ritmo

de la vida de Giussani, hasta hacerle tomar la decisión de dejar Venegono: «Frecuentaba la facultad, y luego comenzó su actividad en Milán, la clase de Religión, y me llegaba el eco de la fascinación que ejercía, porque era grande su personalidad, el calor que se veía en él, con el que hablaba, y que atraía a los estudiantes. La fascinación venía de su persona más que de las cosas que decía. Su persona daba a lo que decía mayor interés, lo que quiere decir mucho». Pero esto le obligaba a vivir «ritmos imposibles. Hasta que en un momento determinado dejó el seminario, con serena armonía»²⁶.

También monseñor Majó recordará que en la época en que Giussani dejó Venegono «no había ya para él noche ni día. Vivía totalmente para sus chicos. Un espíritu de entrega que no tenía igual. [...] Aquella intuición que había experimentado de la humanidad viva de Jesucristo, que había sido el punto de partida de un flujo incontenible de encuentros, ahora se había convertido ya en un río en crecida»²⁷.

Por tanto, si bien en un primer momento Giussani intentó conciliar sus compromisos en Venegono con las exigencias de su nueva tarea, bien pronto las dos actividades se revelaron incompatibles. «Los superiores, preocupados por sus cada vez más frecuentes viajes a Milán para sostener las iniciativas apostólicas de la Acción Católica dirigidas a los jóvenes en general, y a los estudiantes en especial, le pusieron consiguientemente frente a la necesidad de tomar una decisión radical»²⁸. Y Giussani escogió Milán. El rector Colombo aceptó la decisión «no sin profundo pesar, como él mismo pudo confiarme varios años después», escribe Giorgio Feliciani; «pues reconocía en el sacerdote de Desio a uno de los profesores más prometedores de la facultad teológica»²⁹.

Para Giussani la decisión de dejar Venegono y sus estudios no fue fácil, como recordará él mismo: «Para poderme dedicar más cordialmente a aquel ámbito de apostolado, dejé con dolor mis estudios de teología. Y cuando me afeitó por las mañanas en mi cuarto y veo ahí todos los libros, especialmente los que más me gustaban, [...] recuerdo todas las mañanas el sacrificio que hice para seguir aquello a lo que me pareció que me llamaba el Señor». No obstante, Giussani no tenía la impresión de ir a hacer algo distinto cuando dejó el seminario, «porque en el fondo, lo único que había que decir es que el Señor se ha hecho hombre y está entre nosotros»³⁰.

El faro de Portofino

En septiembre de 1956 Giussani llevó a un grupo de estudiantes de bachillerato a Rapallo para pasar juntos algunos días. Se refiere a ello en una carta a su hermana Livia: «Estoy preparando la convivencia de cuatro días con los jóvenes, pero estoy desesperado porque no me sale nada [...]; de nuevo me ha desaparecido casi completamente la voz; tengo angustia por mi organización personal en Milán y por la incógnita de mi porvenir; en resumen, tengo el ánimo tan débil que [...] dejo aquí los folios todavía en blanco, y te escribo. [...] Todas las personas viven —y en esto el confesionario es una experiencia enorme— [...] situaciones o aspectos particulares de la vida en que la fe en Dios y el objetivo último de la existencia se deben mostrar como algo real, y no simples palabras.

El problema es, en efecto, que no vivimos para nosotros, sino para un designio que no es nuestro, sino de Dios; el problema es cumplir la función que Él quiere. Y basta. Y esto es serenidad, es justicia, es bien, es bueno»³¹. Animado por estos sentimientos, Giussani se aventuró con el grupo de bachilleres a la semana de Rapallo.

Entre ellos estaba Paolo Favole (más tarde arquitecto), estudiante del Berchet, que recuerda de aquellos días, entre otras cosas, el camino de Rapallo a Portofino. La primera parada se produjo cerca de un terreno escarpado donde había unos pinos muy inclinados que daban sombra. Giussani comentó: «No están inclinados así porque el terreno sea escarpado, sino porque se vuelven hacia el sol». Una vez retomada la marcha, la segunda parada se hizo en un olivar y Giussani, sentado en un pequeño muro, tras un largo silencio dijo: «En un lugar como este empezó la pasión de Jesús». La lección que sacó de ello Favole es que hace falta «mirar el mundo con corazón sencillo, con la capacidad de asombrarse por su belleza o, en el fondo, por su misma existencia, por el hecho de que es creado, no de una vez por todas, sino en cada momento».

Llegados a Portofino, como estaban en una colina después de haber estado subiendo un rato, Giussani puso una comparación con el pueblo que siguió a Jesús subiendo la montaña y con el discurso de las bienaventuranzas tal como lo describe Mauriac en su *Vida de Jesús*³². Habló del lisiado que le seguía y que llegó el último, que estaba detrás de la masa de gente y de lejos escuchaba solamente el eco de una palabra que se repetía: «Bienaventurados..., bienaventurados..., bienaventurados...». Giussani dijo a ese grupito de chicos que le había seguido: «Él, el lisiado, en el fondo podría odiar a los demás por su diferencia, pero le llegó el mensaje como una esperanza, ‘también tú eres bienaventurado’. Todos estamos un poco lisiados, un poco retrasados, pero tenemos una posibilidad de redención, de ser bienaventurados (ya que hemos tenido la paciencia de seguir y subir a la montaña)». Luego, continúa Favole, volvió «la contemplación del paisaje, como asombro por la creación, y la poesía de Leopardi con la lectura de *Infinito*»³³.

De aquella excursión queda una foto en blanco y negro, que será una de las que más le guste a Giussani: siete chicos (entre los cuales Favole) a sus espaldas, algunos de los cuales miran al objetivo de la máquina fotográfica mientras él escruta la profundidad del horizonte desde arriba del faro de Portofino, apoyado en el parapeto³⁴.

Y esto es lo que escribía de aquellas jornadas Nino Statella, uno de los participantes: «Hospedados en ‘Villa Fiorenza’, cerca de 50 de los ‘mejores de G.S.’ se han reunido desde el 24 al 30 de septiembre en Rapallo para una ‘semana de estudio’. Estudiantes de casi todos los colegios de secundaria y bachillerato de Milán y algunos de Busto, Como, Lecco, Somma Lombardo y Varese». De las lecciones de Giussani escribía: «Su entusiasmo, además de su natural agresividad, su vibrar al unísono con las palabras que dice, no permiten distraerse. Nos quedamos enteramente atrapados por lo que dice; y los folios en blanco de las ‘notas’ pronto se quedan pequeños: se habla de comunidad, de las relaciones del individuo con ella, de la imposibilidad del cristiano de concebirse solo, de que el cristianismo es esencialmente apertura a los demás, caridad; se diagnostica la situación de los jóvenes de hoy, se busca su origen, se indican sus posibles desarrollos».

La lección central es sobre los ‘principios’ de Gioventù Studentesca. Durante aquellos días se escucha música de Beethoven y de Bach, se discurre, por la tarde se pasea por las calles de Rapallo, «guiados por el dinámico e inagotable *don Gius*, y además se hacen bromas»³⁵.

La centralidad del yo en Giussani y Montini

Con ocasión de la Cuaresma de 1957 el arzobispo Montini escribió una carta pastoral con el título *Sul senso religioso*. En diciembre del mismo año se publicaba un pequeño libro de Giussani: *Il senso religioso*.

Massimo Borghesi, que ha preparado una edición conjunta de los dos textos, observa que la decisión de Montini era insólita, de lo cual era bien consciente el arzobispo, «por el tema, entonces bajo sospecha de modernismo, e insólita también en el marco pastoral entonces vigente, centrado, en el mejor de los casos, en cuestiones de índole moral». Subraya además que la decisión de concentrarse en el tema del sentido religioso revela «una lectura original de la condición en que se hallaba la fe en la Italia de los años cincuenta». Para el sucesor de san Ambrosio, en efecto, «el hombre moderno va perdiendo el sentido religioso», factor esencial para la fe si no se quiere reducir a obediencia pasiva, soportada por tradición, la cual, observa también Borghesi, «no se sostiene ante las dos formas de crítica dominantes: el laicismo burgués y el ateísmo marxista».

Montini afirmaba que el sentido religioso era la «síntesis del espíritu» que, «al recibir la palabra divina, implica, junto con la mente, a las demás facultades, y realiza una preciosa aportación, esa resonancia que nosotros llamamos el corazón, [...] que hace que la palabra divina no sea recibida solo pasivamente, sino mediante un cálido acto vital»³⁶.

Como se ha visto, la enseñanza de Giussani en el Berchet se articulaba de acuerdo con el esquema Dios-Cristo-Iglesia. En particular, el primer año prevalecía la temática del sentido religioso, como herencia de sus estudios revivida a la luz del impacto con los jóvenes de Milán desde comienzos de los años cincuenta.

Apoyado en esta doble experiencia —los estudios realizados en Venegono y sus primeros años de enseñanza en Milán—, y provocado por la carta pastoral de Montini, Giussani escribió *Il senso religioso* por mandato de la presidencia diocesana milanese de la GIAC (el *imprimatur*, del 16 de diciembre de 1957, es de monseñor Giuseppe Schiavini, vicario general de la diócesis ambrosiana). Se envió a todos los socios de la Juventud de Acción Católica milanese «para que este tema, que es fundamental para la vida de cualquier hombre, sea objeto de reflexión», se lee en el texto introductorio que termina con estas palabras: «La redacción clara y vivaz de este escrito es del profesor don Luigi Giussani, al que sentimos el deber de expresar nuestra más profunda gratitud, seguros de estar interpretando también los sentimientos de cuantos podrán apreciar, con su lectura, su profundidad de pensamiento y riqueza doctrinal»³⁷.

Giussani ponía en el centro de su reflexión al sujeto de la experiencia religiosa, y, como Montini, estaba preocupado de que la propuesta cristiana se dirigiera ante todo a la

educación del sentido religioso que hay en todas las personas, antes que a definir formas y reglas de comportamiento moral a seguir.

En este sentido se puede leer la afinidad que hay entre el texto de Montini y los primeros cinco capítulos del pequeño volumen de Giussani. He aquí una ejemplificación resumida.

Montini escribía: «El sentido religioso es una disposición natural del ser humano a percibir de alguna manera nuestra relación con la divinidad». Y Giussani: «Precisamente esta capacidad de entrar en relación con Dios es el *sentido religioso*. Esta es por consiguiente una dote característica de nuestra naturaleza», se nos da con nuestra misma existencia.

Además, el arzobispo afirmaba: «Lo llamaremos sentimiento religioso cuando esta aptitud se ejerce [...]; la percepción indefinida, que brilla intuitivamente en su conciencia, del propio ser dependiente». Giussani: «Nosotros, los hombres, somos seres *dependientes*: no solo en el origen, [...] sino también para poder realizar cualquier acto. [Y] la llamada que pone en movimiento el sentido religioso [...] viene de Dios *a través de la realidad creada*».

Montini observaba: «Es necesaria [...] una rehabilitación racional del sentido religioso. [...] Bien consciente de las dos formas principales del ataque que recibe [...] una es el laicismo; la otra [...] es el ateísmo». Giussani insiste: «Hoy podemos constatar amargamente que cunde la duda y que el ateísmo, que durante siglos había sido la excepción, está ampliamente extendido»³⁸.

El texto de Giussani prosigue con dos capítulos dedicados a la figura de Cristo y otros dos que tratan del fenómeno Iglesia³⁹.

La edición de 1957 tiene un capítulo final (que no aparecerá ya en las posteriores) dedicado a la necesidad urgente de testimonio cristiano —eco evidente de las preocupaciones de Montini por una recuperación de la presencia misionera en la ciudad—. Se lee en él que «la mayor parte de los hombres están completamente *determinados* por la sociedad en la que viven. Si esa sociedad es cristiana, sabrán permanecer cristianos también ellos; si la sociedad no es cristiana, se dejarán arrastrar como piedras en un torrente impetuoso. La mentalidad dominante es *laicista*; para ella Dios y la religión deben separarse completamente de la existencia concreta, y relegarse todo lo más al fondo subjetivo e incommunicable de la conciencia individual. Este Dios confinado fuera de las experiencias que se viven es una abstracción racionalista —es un Dios nebuloso y árido—, es un Dios destinado a desaparecer. *La mentalidad dominante deseduca el sentido religioso*. El laicismo es *el* enemigo de la Iglesia, que emplea a fondo toda su función y todo su propio significado en el esfuerzo por educar el sentido religioso»⁴⁰.

Giussani tenía bien claro que solo un itinerario sistemático de educación puede hacer del cristianismo una autoconciencia segura, en un contexto de progresiva contestación y abandono de la fe tradicional. Por eso en febrero de 1957 nació la «Escuela de dirigentes», presentada así en un boletín ciclostilado que lleva por título *Cose nostre/G.S., 2 enero '57*: «Un movimiento como Gioventù Studentesca no puede vivir sin

un alma, sin un centro que unifique sus actividades y renueve poco a poco su vitalidad. Justamente porque no somos un organismo cerrado rígidamente en esquemas vinculantes, sino un movimiento dinámico que ‘se hace’ al ritmo de exigencias particulares, es necesaria una energía íntima que aflore, animándolo, en nuestras iniciativas. Para esto nace la Escuela de dirigentes de GS, que se celebrará a partir del próximo 3 de febrero a las 10.00 en vía Statuto 2, con periodicidad quincenal, durante seis domingos. Intervendrán en ella los miembros del consejo, los jefes de radio, los responsables de las iniciativas y los mejores estudiantes de los radios [...]; está claro en efecto que Gioventù Studentesca no puede prescindir de los radios, porque solamente desde los radios se pone en práctica».

El boletín se abría con una frase de Giussani que advertía a los jóvenes de un problema con el que tendrían que ajustar cuentas: «Igual que los Magos en su viaje, también nosotros podemos sentirnos solitarios en nuestro mundo. El valor con el que afrontamos nuestra soledad es el precio para crear la comunidad»⁴¹.

La Misión ciudadana

Durante la celebración de Pentecostés de 1957 (el 9 de junio), el arzobispo de Milán exclamó: «¡Fieles, es vuestra hora! ¡Laicos, es vuestra hora!», deseando «que el laicado se implique en una colaboración más vigorosa y articulada con el apostolado jerárquico»⁴².

Movido por esta preocupación pastoral, Montini promovió una ‘Misión de Milán’ en el otoño de 1957 con la intención de implicar a toda la diócesis ambrosiana. En su biografía de Montini, Andrea Tornielli observa que desde su discurso de toma de posesión fue evidente «la inquietud evangelizadora del nuevo arzobispo, su intención de llegar a los alejados, de llevar el anuncio cristiano a los ambientes que ya entonces parecían impermeables, ‘perdidos’ para la Iglesia. [...] ‘¿La conciencia moral? ¡Aparecerá, vendrá! Tiene que reaparecer... [...] Pero ante todo queremos que se sepa que el problema religioso es indeclinable’. [...] No se puede hablar [...] de las consecuencias cuando faltan los fundamentos: ‘El hombre moderno’, dirá el arzobispo, ‘está fuera de órbita, porque ha perdido su orientación verdadera’. [...] Montini veía que la secularización avanzaba: ‘No nos ilusionemos con fórmulas hechas: que todos son buenos, que todos son católicos, que —después de todo— el Señor salva a todos. [...] Si nosotros lográramos dar al pueblo este concepto —que Dios es bueno, que es necesario, que llegamos a Él mediante Cristo—, todo estaría ganado, y todo admitido: la Iglesia, los sacramentos, los preceptos, la necesidad de confesarse bien y de comulgar vendrían por sí solos, como por un feliz terremoto’»⁴³.

La Misión tuvo lugar del 5 al 24 de noviembre de 1957, preparada por una serie de intervenciones del arzobispo dirigidas a incitar a todo el pueblo cristiano —en particular a los laicos— a participar en el ambicioso proyecto: la Iglesia, que «ha sido para nosotros una tradición [...] debe convertirse en una conciencia y una fuerza»⁴⁴.

Interpelado por estas preocupaciones de su arzobispo, Giussani —«nombrado

responsable para la misión en el mundo estudiantil»⁴⁵ — implicó a toda GS en la Misión ciudadana. Más tarde reconocerá que esa misión fue una gran ocasión: «Se nos pidió que proporcionáramos los nombres más válidos, y los ofrecimos; el ámbito que resultó más eficiente y más eficaz fue el de los estudiantes. Llenamos cuatro de las iglesias más grandes de Milán. Recuerdo el comienzo en San Carlo al Corso»⁴⁶.

En el planteamiento de la Misión ciudadana, al arzobispo le animaba una preocupación con respecto a la presencia de la Iglesia en una ciudad como Milán, que iba secularizándose cada vez más. Lo documenta esta reflexión de Montini: «¡Cuántas veces, al pasar por la ciudad, absorta y tensa en su incesante y apresurado trabajo, hemos pensado con inquietud en el corazón en cómo hacer llegar una palabra amiga a toda la gente, que nos parece tan extraña y alejada del tesoro vital de nuestra verdad, y al mismo tiempo tan estrechamente ligada a nosotros por vínculos de civil simpatía y de cristiana hermandad! ¡Cuántas veces, mirando las casas, viejas y nuevas, de la inmensa ciudad, colmenas humanas a las que no llegan nuestros pasos, nos hemos preguntado si podríamos hacer, y cómo hacerlo, que fueran penetrables a un soplo del Espíritu vivificante del Evangelio!»⁴⁷.

En este nivel se situaban la iniciativa de Montini y la de Giussani. A propósito de esto, Salvatore Abbruzzese observa que para Montini «no se trata de imponerse, sino de llegar a los hombres. [...] Al principio de la iniciativa de don Giussani está, igualmente, la constatación de una sociedad laica en la que el hecho cristiano ya no forma parte integrante del *habitus* del individuo. Pero esta secularización creciente en el corazón de la metrópoli no se interpreta como resultado de la industrialización, sino de la marginación de la cultura cristiana»⁴⁸.

Una lectura análoga del significado de la Misión ciudadana ofrece la historiadora de la Universidad Católica Maria Bocci, según la cual Montini y Giussani «valoraban con lucidez el debilitamiento de las raíces del viejo ‘país católico’ y estaban convencidos de la infecundidad que tenía una fe formalista, reducida a una costumbre que se iba desvaneciendo». A través de su obra, Milán se mostró como una diócesis «atenta a los procesos de secularización»⁴⁹.

Montini tenía una óptima impresión del compromiso que derrochaba GS. «Y así partimos con el viento de popa a nuestro favor», recordará Giussani. Pero pocos meses después le llamó el arzobispo y le dijo que los párrocos de Milán se quejaban de él y de GS porque juntaba a chicos y chicas, y también porque sacaba a los chicos de las parroquias. Por lo que se refiere a esta segunda observación, «le respondí enseguida, inmediatamente: ‘Eminencia, hemos hecho un censo hace algunos meses: el 97% no iba nunca a la iglesia regularmente’». En cuanto a la primera objeción, Giussani le dijo a Montini: «Yo he estudiado en Teología moral que es necesario distinguir entre peligro próximo y peligro remoto. El peligro remoto lo ha hecho Dios al crear el hombre y la mujer. El peligro próximo, en cambio, es el tono que se tiene en una excursión: vaya usted a las ACLI, vaya a la Acción Católica cuando hacen una excursión, y luego... le apuesto a que los párrocos tendrán miedo de lo que sucede. ¡Por eso no van nunca! Y me

respondió con la famosa frase [porque Giussani la citará muchas veces a lo largo de los años, *nda*]: ‘No comprendo sus ideas ni sus métodos, pero veo los frutos y le digo: siga adelante así’»⁵⁰.

Don Marco Barbetta, que de joven estudiante trabajó en la secretaría de la Misión de Milán, sostiene que aquella fue «la primera vez que el arzobispo reconoció la realidad de Gioventù Studentesca. Era el resultado evidente de que la misión entre los estudiantes se había visto fuertemente favorecida por la presencia de Gioventù Studentesca, donde decir Gioventù Studentesca era decir los jóvenes de don Giussani»⁵¹.

Ennio Apeciti escribe que eran los años en que empezaban a manifestarse «los primeros signos del alejamiento de las masas con respecto a la Iglesia, signos que supieron entrever solamente los espíritus profundos y previsores. Los señaló el arzobispo Giovanni Battista Montini, poco después de llegar a Milán, cuando propuso la experiencia extraordinaria de la ‘Misión de Milán’. Los intuyó un profesor del seminario, don Luigi Giussani, que prefirió meterse entre los jóvenes del liceo ‘Berchet’ de Milán, para ‘mostrarles el carácter razonable que tiene la fe’ y para dar vida desde allí a la experiencia de ‘Comunión y Liberación’, que ha marcado la historia de la diócesis ambrosiana y, ahora ya, la de todo el catolicismo»⁵².

*«Lo último que pensábamos es si estaríamos vivos
la semana siguiente»*

Constatado el resultado absolutamente imprevisto de la Misión ciudadana, a Giussani se le planteó un problema: ¿quién podía ayudarle a hacer frente a la multiplicación de chicos y de radios en los colegios de Milán? Fue en este momento cuando hizo su entrada en el mundo de GS un joven sacerdote, don Giovanni Padovani (al que todos llamarán «don Vanni»). Así es como Giussani evocaba su encuentro. «Al año siguiente de la misión de Milán pedí a Pignedoli [Sergio Pignedoli, obispo auxiliar de Milán, *nda*] que solicitara a Montini una ayuda. Y Montini me dio enseguida a don Vanni Padovani, que era el que yo quería». Este, durante las vacaciones, había invitado a Giussani a hablar en el oratorio de su parroquia: «Descubrí que él hacía cada quince días una reunión con los jóvenes de su parroquia y ponía como tema: ‘Cómo habéis estado en el ambiente, cómo habéis vivido la fe en el ambiente’. Con el resultado de que había más estudiantes suyos en los radios y más trabajadores suyos en los radios de trabajadores. Era un contenido tan concreto que él tenía más gente en la parroquia y nosotros teníamos más en los radios. Y esto fue un punto de partida buenísimo, justísimo»⁵³.

Giussani formuló su petición a Montini el 19 de mayo de 1959 en una larga carta. Vale la pena publicarla por entero, ya que da una idea de las dimensiones del fenómeno GS que se había creado en torno a él:

«Eminencia reverendísima, es por deber de conciencia que me permito presentar esta humilde petición para que al movimiento de los estudiantes de secundaria superior se les conceda un segundo sacerdote que colabore asumiendo una tarea de apostolado que se ha convertido ya en demasiado exigente y amplia para uno solo. La correspondencia de

los estudiantes, copiosa más allá de las previsiones, si bien documenta la validez concreta del método, crea el problema urgente de hacer estable la obra de asistencia, para que los jóvenes puedan ser seguidos al menos allí donde convergen gustosamente.

Semanalmente en los ‘radios’ (unos 40 colegios) se reúnen para encuentros formativos más de 1.500 estudiantes entre los 15 y los 19 años: esto exige una vigilancia siempre presente.

También exigen una cuidadosa atención algunas de las múltiples iniciativas que desarrollan el interés cristiano de los participantes en estos radios y de los muchos otros compañeros de colegio en los que influyen: cursos de dirigentes, reuniones de estudio, retiros, ejercicios, la actividad misionera, o la obra de la ‘Bassa’, que este año apoya la mayor parte de nuestros estudiantes de secundaria.

Ya han surgido grupos de estudiantes decididamente orientados a la vida religiosa, lo que requiere una atención múltiple y sin descanso.

También requiere un fatigoso gasto de tiempo el intento, que empezó con la misión de Milán, dirigido a establecer una unidad de intenciones y un mínimo de convergencia entre todas las asociaciones católicas de estudiantes y colegios masculinos y femeninos.

Las principales ciudades de la diócesis participan ya —y algunas intensamente— en el movimiento, y requieren contactos asiduos.

Debe notarse que en su casi totalidad los jóvenes participantes son ajenos a las organizaciones católicas y a las influencias parroquiales.

Algunos sacerdotes colaboran en el estrecho margen de tiempo que les dejan sus deberes. Pero solo una disponibilidad total para el movimiento de algún otro sacerdote puede dar, por una parte, una consistencia sistemática a la obra de otro modo fragmentaria de aquellos, y, por otra parte, un carácter concluyente a la acción necesariamente demasiado forzada del único sacerdote que hasta ahora está dedicado directamente al problema.

Entre todos los sacerdotes que trabajan con jóvenes, don Giovanni Padovani, actualmente coadjutor en la parroquia de los Santos Nereo y Aquiles, sería el más adecuado particularmente por su profunda influencia formativa sobre los chicos y por su sensibilidad a los problemas del movimiento. Me permito por eso insistir a vuestra eminencia que asegure a Gioventù Studentesca incremento y continuidad con la aportación de este valiosísimo joven sacerdote».

En la primera página de la carta a Montini, hay un apunte a mano con las siglas GBM: «julio de 1959: con la destinación de un nuevo coadjutor a los SS. Nereo y Aquiles, don Padovani podrá atender a Gioventù Studentesca»⁵⁴.

Jola Majocchi recuerda la reunión durante la cual don Vanni hizo su entrada en GS: «Giussani le presentó con entusiasmo como el colaborador que había pedido a Montini para GS». Añade que Giussani y don Vanni «fueron a vivir juntos en una casita que se hallaba precisamente a espaldas de la sede, y luego se trasladaron a la que en origen debía de ser la vivienda de los sirvientes del palacio de la vía Statuto». Será una amistad destinada a marcar durante años la historia de GS.

«Alto, fuerte, deportivo, animador de los cantos, espíritu libre como don Giussani, fue

encargado por él de seguir la mitad de los ‘radios’»⁵⁵. Se debe a don Vanni, entre otras cosas, el nacimiento del auténtico primer coro de GS, que dirigió junto a Adriana Mascagni.

A propósito de esto es muy valioso el testimonio de monseñor Raimondo Riva (antiguo profesor de Exégesis bíblica en la Pontificia Universidad Gregoriana). Diez años más joven que Giussani, formado en Venegono y luego alumno del Pontificio Instituto Bíblico de Roma, desde octubre de 1957 enseñaba en el liceo de ciencias Vittorio Veneto de Milán. Durante algunos años, casi todas las semanas, tuvo ocasión de cenar con Giussani y con don Vanni Padovani. Se reunían en alguna *trattoria* de Milán para intercambiar opiniones sobre la enseñanza de la religión y sobre la presencia del sacerdote en los colegios de enseñanza media. ¿Cuál era el tema dominante de aquellas conversaciones? «A Giussani solo le interesaba una presencia testimonial, apoyada en la certeza de que el cristianismo es una realidad histórica. Percibía el cristianismo como encarnación, como la única religión de la historia. Esto era lo que más les interesaba a los jóvenes».

Riva identifica el motivo de este interés en el clima particular que se comenzaba a respirar en los colegios: «Justo en aquellos años empezaba la ‘dictadura’ de la *intelligentsia* italiana, de matriz marxista. Y esto es importante para valorar lo que sucedió después. Yo lo veía en Città Studi (donde había comenzado a reunir a estudiantes universitarios de ambos sexos). En aquellos tiempos se percibía en los colegios la ausencia del cristianismo como encarnación».

Monseñor Riva recuerda que durante sus cenas Giussani insistía en el hecho de que «el cristianismo no es la catequesis o la clase de religión, sino una historia: y por consiguiente había siempre una tensión entre la fidelidad al origen y la atención al presente (cuestión hermenéutica). En aquellos años un interés por la historia que prescindiera de la religiosidad y de la fe tenía raíz hegeliana o marxista (como derivación del idealismo): una teología que se trocaba en filosofía. En el origen del cristianismo, decía Giussani, hay un Libro, que sin embargo es una persona: Jesucristo. Si se atenúa esta conciencia, se cae casi inevitablemente en el inmanentismo».

La iniciativa de Giussani entre los estudiantes de bachillerato fue acogida de modo ambivalente en la diócesis ambrosiana. Giorgio Feliciani describe la situación que se creó en Milán tras la entrada «de golpe» —según la expresión que utilizaba Giussani— de aquel joven sacerdote en los colegios: si bien la iniciativa no carecía de «apoyos autorizados como el de monseñor Sergio Pignedoli, entonces obispo auxiliar de Milán y después cardenal», encontraba también «no pocas hostilidades e incomprensiones no solo por parte de cuantos eran contrarios a un renacer de la presencia cristiana en el ámbito escolar, sino también en aquellos ambientes eclesiásticos que, acriticamente satisfechos de la influencia de las tradicionales estructuras pastorales y asociativas, miraban con sospecha cualquier ‘novedad’ que pudiera perturbar, cualquiera que fuera el modo, la tranquilidad de la iglesia ambrosiana».

Como se ha visto, el movimiento se presentó como una realidad absolutamente nueva en el panorama eclesial de la época; lo subraya Feliciani, que fue uno de los primeros

secretarios generales de aquella realidad: «No tenía ninguna forma de inscripción, daba vida a comunidades de ambiente y no a grupos parroquiales, y, hecho casi escandaloso para la mentalidad eclesiástica de entonces, a diferencia de cuanto sucedía en la Acción Católica, reunía a chicos y chicas en un único movimiento. Añádase que demostraba una capacidad excepcional de agregar y promovía múltiples y vivaces iniciativas en los campos cultural, caritativo y misionero». Por lo demás el movimiento había nacido «de la nada» y crecía «sin ningún programa, sin ningún proyecto y sin ninguna pretensión». La única preocupación consistía en «utilizar todas las posibilidades de presencia cristiana que ofrecían las circunstancias, comprometiéndose en responder a las exigencias que se iban planteando día a día, preocupándose de valorar la libertad y la creatividad de las personas que se iban conociendo»⁵⁶.

Al pensar de nuevo en aquellos inicios —absolutamente imprevisibles por los resultados que iba a producir—, Giussani observará: «Lo último que pensábamos es si estaríamos vivos la semana siguiente, si existiríamos todavía»⁵⁷. Y Feliciani, que tuvo la fortuna de estar junto a él desde aquellos años, atestigua que «cuando los adversarios hacían llegar insistentemente sus críticas a la autoridad eclesiástica, esa supervivencia no resultaba en absoluto obvia. No se llegó a la disolución de Gioventù Studentesca únicamente por la excepcional apertura de ánimo y sensibilidad pastoral del cardenal Montini»⁵⁸.

Un radio en la sede de la vía Statuto

Giussani recordará que cuando celebraba los radios, los primeros años de GS, se quedaba impresionado: «Había chavales de tercero de secundaria que hacían observaciones en el radio que te dejaban con la boca abierta. En el momento en que yo escuchaba a aquel chaval, o a aquel joven, yo era discípulo suyo y tomaba notas. Él era mi autoridad, porque el Espíritu le sugería en aquel momento a él un testimonio de la verdad»⁵⁹.

Aquí se puede ver ya el método de vida perseguido por Giussani sin descanso ni interrupciones: dispuesto a aprender de cualquiera, se hacía discípulo de todo aquel que conocía y con el que establecía inmediatamente un diálogo. La relación con sus interlocutores era para él una fuente continua de descubrimientos, y las experiencias particulares de cada uno se llenaban ante sus ojos de significados universales, que comunicaba luego a todos con su palabra y sus escritos.

A propósito de esto, el cardenal Scola subraya que Giussani «fue un gran educador». Recuerda «las primeras reuniones del radio, al final de los años cincuenta, cuando en cada intervención, bien preparada por un orden del día que incluía preguntas incisivas, él estaba pendiente de que frente a cualquier afirmación uno no escondiera su persona»⁶⁰.

Anna Ferrari estudiaba en el liceo Berchet a finales de los años cincuenta, y se implicó en la vida de GS. Conserva todavía los cuadernos en los que anotaba el desarrollo de los radios semanales guiados por Giussani. Esta es la crónica de uno de ellos, durante el año

escolar 1957-1958. El orden del día —una hoja ciclostilada que los *giesinos* preparaban y distribuían a sus compañeros de clase— se basa en el pasaje del Evangelio de Juan sobre el milagro del ciego de nacimiento al que Jesús devuelve la vista, suscitando el escándalo de los fariseos⁶¹. Realidad, experiencia y razón son las tres valoraciones que hace la fe de lo humano: estas son las preocupaciones que brotan del diálogo con Giussani aquella tarde, en la sala de la vía Statuto 2. La única persona que no aparece entre los que intervienen, evidentemente, es Anna.

Comienza Franco, observando: «También a nosotros Cristo nos abre los ojos a través de las cosas o personas habituales, tanto que nos parece que no tienen nada nuevo que decirnos». Por lo que, interviene Mirella, «delante de esta experiencia fulgurante, escandalosa, los fariseos la borran como hacen todos los que se encuentran ante algo nuevo que molesta: no lo admiten, diciendo que no ha pasado nada».

Alda dice que dar testimonio es algo «difícil para uno, no solo por la hostilidad del ambiente, sino por uno mismo». Luisa distingue: «La actitud del ciego es toda una pregunta; en cambio los fariseos tratan de transformar el hecho conforme a su posibilidad de comprensión». El ciego, en efecto, añade Gianluigi, «está sorprendido por haber recibido algo que le ha completado, que le ha explicado, tanto que, aunque no ha comprendido, dice: ‘Existe’». Pero esto tiene como condición, añade Riccardo, el hecho de que «el ideal es algo distinto de él y que él debe adherirse a ese ideal en cuanto que lo supera, debe abandonarse a él. Es decir, tiene que comprometerse». Para Pasquale el hecho es también «escandaloso para mí, fulgurante para mí».

Maddalena constata que «el ciego cree ahora porque ha visto, pero no es justo que los demás tengan dudas». De hecho, aclara Mirella, la duda «es justo que uno se empeñe en resolverla. Los fariseos querían negar el hecho y eliminar la duda sin comprometerse». Y siempre en torno a la duda Luisa dice que es «un juicio que bloquea, mientras que el problema implica un compromiso para resolverlo». La duda siempre puede subsistir, añade Barbara, pero «aunque no se entienda, si uno percibe una realidad, debe adherirse a ella y seguirla».

Massimo vuelve sobre la figura del ciego, el cual «pone freno a sus preguntas. Se para porque ahora ve. El hombre debe ser humilde con los hechos, que son más grandes que él. En cambio los fariseos quieren manipular la realidad. El ciego no había comprendido que aquel era hijo de Dios. Pero reconoció un hecho; y el suyo fue un acto de sencillez, y por este motivo después nace la fe, porque el cristianismo son ‘hechos’». Y sin embargo precisamente aquí está el problema para Stefania: «Las reacciones de la gente son más por superficialidad que por mala fe. Antes de lanzarse, de negar, de ignorar, hace falta ver, buscar, comprometerse».

Observando que el ciego no pedía, sino que es Cristo quien le propone la luz y le deja libre de aceptar, Paolo observa: «Así obra Cristo también con nosotros. Además ahora el ciego es una realidad distinta, siente la necesidad de dar testimonio aunque no sepa de quién da testimonio. Y no le interesa que haya pecado porque Jesús le haya curado milagrosamente en sábado; a él le interesa el hecho, se compromete con el hecho, empuja a los demás a comprometerse con el hecho». Y sin embargo, cuando uno

testimonia ese hecho, «a menudo es expulsado por los demás. Él atestigua quién le ha curado y se encuentra enfrente a los demás porque son distintos, porque no comprenden. Y no obstante tiene necesidad igualmente de comunicar».

Massimo añade: «El choque de la experiencia es con las opiniones de los demás, no contra ellos. Cuanto más nos comprometemos con la experiencia, reconociéndola, menos sabemos cada vez. Y muchos tienen miedo de comprometerse con la experiencia de otros, porque nos damos cuenta de que creer a quien sea no agota la razón. Es decir, los hechos siempre son más grandes que las opiniones que nos habíamos formado sobre ellos». Y Gianluigi: experimentar este hecho «nos da idea de nuestra madurez religiosa». En efecto, observa Franco, el choque subsiste «cuando caemos en la cuenta de la mentalidad distinta en la que estamos metidos. A nosotros se nos plantea un hecho que nos esforzamos por aceptar, que ha cambiado totalmente las cosas». Y este hecho, según Mirella, necesitamos comunicarlo «si lo sentimos como verdadero, porque es lo mejor que podemos dar a los demás. Misión es dar a los demás lo que se ha experimentado como bueno para uno mismo; de este modo se les toma verdaderamente en serio».

Para Grazia el ciego consideró natural comunicar lo que le había sucedido, y cualquiera, «si es serio frente a esta luz, siente esta necesidad».

Guido introduce otro elemento: «La ceguera es el pecado». De hecho, «Cristo curó al ciego porque comprendía que le faltaba algo. Se dirigió a él porque era pobre. Si uno no es pobre, si no reconoce que carece de algo, Jesús no se le da».

Para Mimmo comprometerse quiere decir también «buscar con todas las fuerzas aunque no lleguemos a comprender, a aceptar la experiencia; sin embargo no la negamos». Y entonces, añade Paolo, «uno [...] se siente tan solo que se hace cristiano; la impotencia empuja al ‘yo creo’». No opina lo mismo Mario: «Es más bien el ‘hecho’ fulgurante lo que nos empuja a comprometernos».

Barbara concluye la ronda de intervenciones diciendo que en el pasaje de Juan los fariseos preguntan: «¿También nosotros somos ciegos?» Y comenta: «No, porque ven. Nadie se basta a sí mismo; es contrario a la humanidad decir: ‘Yo veo, yo me basto’».

Al final la palabra pasó a Giussani —normalmente no intervenía durante el radio; se limitaba a dar la palabra a los chicos y a tomar apuntes—, quien elaboró su síntesis sobre las experiencias que había escuchado: «Punto de partida: el ciego creyó porque experimentó. Solo a través de la experiencia se comprende (¡no es cuestión de matemáticas!). Si tú no pruebas, no comprendes. Entonces ¿es justa la duda de los que no han experimentado y por consiguiente no creen? No, porque mi experiencia no es solamente lo que me sucede directamente a mí, sino también lo que me comunican otros. No existe solo la atención al hecho, sino al cambio de conciencia que el otro testimonia. Si yo me comprometo, si estoy dispuesto a aceptarlo, el milagro puede convertirse en parte de mi experiencia. Y así, si yo me uno a ti, tu experiencia es también mía. Dudar porque no se ha experimentado directamente es solamente odio y hostilidad hacia el hombre. El estado de ánimo que se necesita para poder descubrir como propia la experiencia de otros es la humildad: la pregunta es la actitud del que depende. En efecto, busca de verdad el que pone en acción el mecanismo de la razón —sin conciencia de la

dependencia no hay pregunta—. Pregunta el que es pobre, el que no pretende poner remedio a todo por sí solo. No se debe empezar con la duda, que sería como juzgar de partida. La duda no puede subsistir siempre, porque Dios te responde. ¿De qué modo? En la vida es necesario afrontar con lealtad y sinceridad las cosas: el Ser, los hechos, son siempre más grandes que nosotros y nosotros somos pobres; por eso preguntamos. No somos nosotros quienes debemos responder, la respuesta viene de ‘algo distinto de nosotros’. El problema, por tanto, es la pregunta, el saber preguntar y no pretender la respuesta. Ir contra los demás significa ir contra nosotros mismos. Cambiar, mudar de postura después de descubrir a Cristo, quiere decir perfeccionarse, quiere decir descubrir un sentido a las cosas. La dificultad —mi problema— es el escándalo por mí mismo, es mi fracaso, es el ‘fastidio’ por mí. Ante este problema todos tendemos a decir: ‘No lo consigo, no entiendo, y por consiguiente todo son historias, ilusiones’. ¡Pero esto es comodidad! Lo único que debemos odiar es a nosotros mismos, cuando intentamos borrar los hechos, eliminar el ‘fastidio’ que son las cosas. Apenas uno empieza a descubrir el cristianismo, se siente extraño, más aún, siente que los demás —el mundo— le consideran un extraño. De hecho, cuanto más te comprometes más comprendes que los demás te dejan fuera. Y más los amas, paradójicamente. Al comprometerse con ese hecho uno descubre finalmente su humanidad. Esta experiencia no ocurre de manera grandiosa, sino en la vida corriente. Si se quiere experimentar la propuesta cristiana, es necesario comprometerse con coraje también ante las incomprensiones de los demás»⁶².

Como puede verse, Giussani retomaba en la síntesis los contenidos de todas las intervenciones, pero ordenadas de manera que se mostrase el paso que se había dado durante el radio y la perspectiva del camino. Era un aspecto típico de su método educativo invitar a las personas a juzgar lo que habían vivido o experimentado, indicando siempre el camino para avanzar en la experiencia, es decir, para crecer en la vida.

Las vacaciones

Desde el comienzo de su implicación con los jóvenes de AC, Giussani prestó una atención especial al tema de las vacaciones. Así es como hablaba de ello en un breve artículo titulado «¡¡Estudiante!!», que publicó en *Le nostre battaglie* de agosto de 1954: «Evidentemente no hay vacaciones para los vínculos ideales. *G.S. continúa*. En todo lo que hacen los seres humanos, lo que permite continuar es una virtud tan bella como difícil, que se llama *fidelidad*. [...] Las vacaciones no implican que la persona se quite de encima las reglas del buen vivir, que durante el año fueron motivo de lucha y esfuerzo. El segundo modo para continuar *G.S.* es no frenar el camino de la virtud. [...] El tercer modo para continuar *G.S.* es aprovechar las ocasiones para hablar de ella a los nuevos conocidos, recoger direcciones, difundir sus ideas, intervenir con vivacidad en las conversaciones para resolver problemas o discusiones a la luz de las indicaciones recibidas. Sé fiel: *G.S. continúa*»⁶³.

Esta última indicación explica la primera difusión del movimiento fuera de los límites

de Milán, inicialmente en la zona de las playas de la costa adriática, donde algunos de los *giesinos* pasaban las vacaciones con sus familias y empezaban a hablar de lo que habían comenzado a vivir en los colegios de Milán.

En 1959 Francesco Ventorino (conocido como ‘don Ciccio’) era un joven sacerdote siciliano que había terminado sus estudios en Roma obteniendo el doctorado en Filosofía por la Universidad Gregoriana. Los superiores, seguros de su preparación cultural, le confiaron el cargo de consiliario de la FUCI y la clase de Religión en un colegio de bachillerato de letras en Catania. En su intento de evangelizar a los bachilleres y los universitarios advirtió una dificultad: «Si bien por una parte yo estaba convencido de la verdad del cristianismo, por otra no conseguía hacer que resultara interesante para la vida de mis chicos y de mis amigos». El anuncio cristiano se quedaba, en el mejor de los casos, como objeto de investigación intelectual o de dialéctica. «No sabía ni siquiera a quién plantear estas cuestiones en un contexto eclesial que, por lo general, vivía satisfecho de la masiva presencia de los cristianos en la vida del país». Un día tres alumnos suyos le pidieron el salón de la FUCI para tener una reunión con una chica que había venido de Milán, la cual, en su opinión, «‘daba religión’ mejor que yo. Les di gustoso las llaves para que lo utilizaran cuando quisieran. Pero una vez me picó la curiosidad y fui a ver. Me encontré la sala llena de jóvenes que hacían lo que después supe que era el ‘radio’ con esta chica [Adriana Olessina, *nda*] que presidía, daba la palabra a cada uno ordenadamente y al final realizaba una síntesis. Era una jovencita rubia y esbelta, de solo quince años de edad».

Al escucharla, don Ventorino se dio cuenta de que había encontrado lo que había estado buscando en vano: un método de vida cristiana. «Después de la reunión le pregunté de quién había aprendido las cosas que había dicho y ella empezó a hablarme de un tal don Giussani, a quien había tenido como profesor de religión en Milán solamente un año [...], después de lo cual se había visto obligada a venir a Catania con su familia por motivo del trabajo de su padre». En ese momento le preguntó cómo podía conocer a Giussani. El encuentro con él tuvo lugar en el verano de 1960 en el Passo di Costalunga, en los Dolomitas, durante unas vacaciones de GS. «Recuerdo que participé solamente un día [...], pero me confirmó en la intuición que había tenido: aquel hombre tenía *el secreto* que yo buscaba. [...] A todos y cada uno se les [...] proponía rehacer la experiencia de los primeros discípulos, tal como estaba descrita en el librito que me entregó al despedirme». Se trataba del borrador de *Tracce d’esperienza cristiana* (ed. esp.: *Huellas de experiencia cristiana*, Encuentro, Madrid 1978-2012⁵), que iba a publicarse poco tiempo después. La mirada de don Ventorino se fijó en esta frase: «Cristo era el único en cuyas palabras se sentía comprendida toda su experiencia humana, sus necesidades se veían tomadas en serio y clarificadas cuando estaban inconscientes y confusas [...]. Sus experiencias, sus necesidades y sus exigencias eran ellos mismos, aquellos hombres concretos, su humanidad misma»⁶⁴.

En los primeros años sesenta Gelsomina Angrisano y Silvana Levi (que luego se harán monjas) eran compañeras de pupitre en el liceo Berchet, alumnas de don Giussani. La fascinación que brotaba de aquel hombre durante las clases las llevó a estrechar amistad

con los chicos que le seguían y, en el verano de 1961, aceptaron la propuesta de pasar una semana en la montaña. «Fuimos al Passo di Costalunga, en el Trentino», cuenta sor Gelsomina. «Un grupo, entre los cuales estaba yo, se alojaba más abajo, en Vallonga, porque no cabíamos todos en el hotel. Lo que caracterizaba la relación con Gius era que tanto en casa como en vacaciones se nos pedía que lo diéramos todo». Y ¿cómo podían darlo todo chavales de quince o dieciséis años? «No había un minuto vacío de significado», continúa sor Gelsomina. «Se empezaba por la mañana temprano con el rezo de la hora Prima, y luego la misa. Un día sí y otro no, hacíamos una excursión. Los primeros días, caminatas más fáciles, luego más difíciles. En la excursión caminábamos en fila india, manteniendo todos el mismo paso, en un silencio lleno de relación entre nosotros y lo que teníamos alrededor: ‘La belleza de las montañas es signo —decía don Giussani—, toda la realidad es signo. Por eso caminamos en silencio’».

Había «una atención, una compañía que llegaba hasta los detalles», añade sor Silvana. «Como aquella vez en que, durante una excursión invernal a la nieve, uno rompió los esquís que había alquilado. No tenía dinero para pagarlos. Los pagó don Giussani, con su dinero, ¡no con el del fondo común!».

Marchas, grandes juegos y por la noche, después de cenar, los ‘*Frizzi e lacci*’ (parodias, con significado, de hechos y dichos sucedidos durante los días de convivencia, *ndt*) o bien la presentación de libros. Continúa sor Silvana: «El año anterior, en Alba di Canazei, don Giussani nos había leído toda *La Anunciación a María* (drama de Paul Claudel, *ndt*), cada noche un trozo: a través de aquellas páginas nos explicaba nuestra vida»⁶⁵.

Lo de los ‘*Frizzi e lacci*’ es un asunto característico de la forma que tenía Giussani de relacionarse con los jóvenes. Habla de ello uno de los que lo idearon en la época en que era estudiante de bachillerato, Marco Martini: «Siempre me había fascinado mucho el hecho de que cualquier interés humano pudiera ser visto a la luz del encuentro con Cristo. A mí por ejemplo me gustaba mucho actuar, una pasión compartida además con otros; así nació el grupo ‘*Frizzi e lacci*’. Junto a mí estaban también Zola, Clericetti, Peregrini (el ‘Señor No’ de los programas de Mike Bongiorno), Mascagni, Monti, Fantini... era como un grupo de intervención rápida: aprovechábamos todas las ocasiones para representar nuestras parodias, que a veces eran bastante largas»⁶⁶.

Y Guido Clericetti (luego dibujante y autor televisivo) añade: «Éramos un poco extravertidos; por eso empezamos a hacer pequeños espectáculos y nacieron los ‘frizzi’, valorados por Giussani hasta convertirse en una cita fija durante las vacaciones. «Por la noche, normalmente, incluso cuando estaba previsto el radio o la audición de buena música, el momento era introducido siempre por un cuarto de hora de ‘frizzi’; algunas noches en cambio solo había espectáculo. Estos ‘frizzi’ eran siempre una especie de revisión de lo que había sucedido durante la jornada»⁶⁷, una relectura de los hechos llena de ironía.

Después de la velada, a cierta hora, el silencio, que era sagrado: «Don Giussani no toleraba que estropeáramos una experiencia de belleza», explica sor Gelsomina.

Así eran las vacaciones comunitarias, pero al final de aquellos días, la cosa no

terminaba: «Había una lista de libros que se aconsejaba para las vacaciones», recuerda sor Gelsomina. Y entre estos, cada año, uno en particular, sobre el que había que hacer una reseña para mandarla a la sede. Recuerdo *Sabiduría griega y paradoja cristiana* de Moeller, y *La lectura cristiana de la Biblia* de Celestino Charlier». Y sor Silvana añade que Giussani sugería escribir a los amigos y a los compañeros «para mantener las relaciones y no perder la experiencia vivida durante el año. Para mí era un esfuerzo enorme, pero lo hacía; ¡incluso me había hecho el propósito de escribir una carta cada día!»⁶⁸.

Giussani contará un episodio de unas vacaciones que, en su opinión, eran las más bonitas que había pasado, las primeras, en Alba di Canazei, con ciento veinte estudiantes: «Estaba con nosotros un seminarista que se había licenciado en Derecho algunos años antes y había entrado en el seminario. Y después de las vacaciones me dijo que le había mandado apostá con nosotros monseñor Giovanni Colombo» (desde diciembre de 1960 obispo auxiliar de Milán), porque la idea de llevar de vacaciones a chicos y chicas juntos no le dejaba tranquilo. Aquel seminarista volvió de las vacaciones y le dijo: ‘¡Peor que unos ejercicios espirituales! Piense que rezaban laudes... puntuales y según la regla. Excelencia, ¡si el seminario fuera así, funcionaría mucho mejor!’». Giussani añadía que el hecho se lo había contado el mismo seminarista: «Me lo contó él, [es decir] monseñor Nicora»⁶⁹.

En la organización de GS las vacaciones y, más general, el valor educativo del tiempo libre, cumplían un papel relevante: «Desde los comienzos de Gioventù Studentesca tuvimos siempre un concepto claro y sencillo: el tiempo libre es un tiempo en el que no tenemos obligaciones, no estamos obligados a determinadas tareas: el tiempo libre es tiempo ‘libre’. A menudo discutíamos con los padres y con los profesores acerca de si GS ocupaba demasiado el tiempo libre a los chavales. Ellos defendían que deberían estar estudiando o ayudando en casa; sin embargo, yo les decía: ‘¡Pero los chicos tienen que tener tiempo libre!’. Y objetaban: ‘Bueno, pero a un joven o a una persona adulta se le juzga por su trabajo, por la seriedad en su trabajo, por la tenacidad y la fidelidad al mismo’. ‘No’, respondía yo, ‘¡en absoluto! A un chaval se le juzga por cómo usa su tiempo libre’. Y claro, todos se escandalizaban. Y, sin embargo..., [...] lo que de verdad quiere una persona, sea joven o adulta, se comprende no por cómo trabaja o estudia — que es lo que está obligado a hacer—, no cuando se mueve determinado por conveniencias o deberes sociales, sino por cómo usa su tiempo libre. Si un chico o una persona madura desperdicia su tiempo libre, no ama la vida: es un necio. [...] Las vacaciones son el tiempo más noble del año, porque constituyen el momento en que uno se compromete como quiere con el valor que reconoce más relevante en su vida; o bien no se compromete con nada, pero entonces es un necio. [...] Si las vacaciones no te hacen recordar lo que más quisieras recordar, si no te hacen ser mejor con los demás, sino que te hacen más instintivo; si no te enseñan a mirar la naturaleza en su profundidad; si no te hacen vivir un sacrificio con alegría, el tiempo de descanso no alcanza su objetivo»⁷⁰.

Como se ha visto, Giussani introdujo en la vida del Berchet un terremoto, benéfico para algunos, preocupante para otros, que en 1957 llegaron incluso a elaborar un documento contra él con el apoyo de la asociación de estudiantes del instituto. Y al año siguiente publicaron un libro, que incluyó aquella moción, dando voz a la acusación de «injerencia indebida» del profesor de Religión. Giussani recordaba así el hecho: «Los adversarios, sintiéndose atacados por el grupo católico, hicieron furtivamente una moción contra mí, que más tarde imprimieron, porque el cura de Religión se interesaba por la política en clase. Podéis leer en [...] *Curas en la cátedra*, de [...] Rodelli⁷¹, del colegio Leonardo da Vinci, aquella moción»⁷². Y comentaba: «Yo no había intervenido en absoluto: mi única intervención había sido con aquellos cuatro chicos a mediodía en la acera de la vía Lamarmora»⁷³.

El que recordaba bien a Rodelli era Marco Martini, en esa época estudiante de bachillerato de ciencias en el colegio Leonardo da Vinci: «Yo era director del periódico del instituto, un compañero mío estaba metido en las asociaciones de instituto y escribíamos muchos artículos provocando reacción en los profesores laicistas. El profesor Rodelli, que enseñaba letras en la sección C, y era uno de los más activos contra nosotros y contra Giussani, nos desafió invitándonos a hablar en las clases. La cosa fue muy interesante y algunos chicos de la sección C empezaron a venir a los radios»⁷⁴.

Curas en la cátedra —publicado en 1958— se convirtió en una bandera del laicismo de impronta radical, que veía en la permanencia de la tradición católica un obstáculo para el desarrollo democrático del país⁷⁵.

La obra recorría el itinerario de los estudios del sistema escolar italiano, desde primaria al bachillerato superior, ofreciendo un repertorio de situaciones —no muchas en verdad, aunque presentadas con énfasis y dando a entender que describían una realidad generalizada—, en las que se veía documentado el poder excesivo de los profesores de Religión. La parte relativa a los colegios de bachillerato afectaba directamente al asunto Giussani, visto que Rodelli sacaba precisamente al Berchet como ejemplo para sostener sus tesis: «La elección de los libros de texto compete a los profesores que se van a servir de ellos: ellos deben poder elegir libremente los libros que mejor respondan a la orientación y al método de su propia enseñanza. [...] Si entre los libros designados por ellos hay alguno que la curia episcopal quiere prohibir, entonces se pone en marcha la máquina de la imposición. El primer paso lo da normalmente el profesor de Religión, quien se enfrenta directamente, o mediante una tercera persona que puede incluso ser el director, con el profesor que ha elegido o va a elegir el libro incriminado. Si dicho profesor es tímido o condescendiente, cede a las presiones del cura o del director en lugar aparte y elige otro libro antes de presentarse a la sesión plenaria del claustro de profesores»⁷⁶.

Y añade: «Donde hay un profesor de gran valor —y los hay por fortuna— sus clases elevan el tono de los estudios y, alguna vez, como se ha observado, de todo el instituto. Si se trata de un espíritu independiente y laico, [...] y se inspira en una concepción

filosófica que no concuerda con la doctrina de la Iglesia [...], entonces choca con el cura, el cual deja el catecismo durante la clase de Religión y se atreve a dar (¡con los argumentos aprendidos en el seminario!) la contralección del profesor de Literatura, de Filosofía o de Historia»⁷⁷.

Rodelli no perdonaba a nadie, incluidos los directores: «La prepotencia de los curas es muy frecuentemente favorecida por el miedo, la ineptitud o el mismo autoritarismo de los directores. Muchos de ellos obtuvieron ese cargo en el Ventenio (el periodo del fascismo en Italia, *ndt*) por su docilidad al régimen, o incluso por méritos fascistas particulares». Pero habría además una tercera línea de penetración, además de la de los curas, la de los directores y profesores conformistas: «La recentísima organización de los llamados ‘radios’. Se trata de estudiantes, elegidos en las clases con criterios de oportunidad por los profesores de religión. Tienen la misión de enfervorizar a sus condiscípulos [...] al calor de la ‘verdadera verdad’. Se muestran unas veces persuasivos, y otras arrogantes. En cualquier circunstancia se ponen del lado del cura»⁷⁸.

En este punto comenzaba a hablar del liceo Berchet, donde sabía muy bien que enseñaba Giussani, olvidando no obstante decir que ese colegio no respondía ni en todo ni en parte a la imagen que acababa de describir: el director (judío) y los profesores (predominantemente de extracción laica) no eran ciertamente santurrones, sumisos al poderío del cura. Sin embargo el texto daba a entender lo contrario: Giussani —nunca nombrado más que como «el profesor de Religión»— sería la prueba de las tesis expuestas.

El autor informaba de que la asociación de estudiantes del Berchet proponía la abolición de la clase de Religión y había aprobado una moción «contra el profesor de Religión por su injerencia indebida dentro de la asociación estudiantil del instituto»⁷⁹.

En cuanto a los estudiantes de GS, el profesor Rodelli los describía así: «Tienen [...] un gran miedo de lanzarse al agua para aprender a nadar, temen naufragar en el mar de las opiniones y de las palabras ¡cuyo ‘verdadero’ alcance no conocen! [...] Sucede que si aprendieran en clase el significado y alcance de las palabras, discutiendo entre sí y con los profesores, ‘se autoformarían con autonomía total’. Pero, ¡ay! Llegarían a creerse capaces de resolver solos todos sus problemas; ¡tontitos! ¿Cómo podrían entonces dejarse guiar por los curas, quienes, para poderles guiar sin aire de imponer, quieren que los jóvenes se acostumbren a preguntar siempre el parecer del ‘sacerdote’ y su juicio sobre el ‘verdadero alcance’ de las palabras?»⁸⁰.

Giussani comentará las acusaciones de Rodelli con palabras que alternan ironía y desconcierto: «Pero, perdonad, vosotros tenéis ahí al compañero radical-socialista de pupitre, por la mañana llegáis a las ocho y cuarto, le miráis de frente y —fijando vuestros ojos en los suyos— le imponéis el verbo divino... ¿Hacéis esto vosotros? ¿Comprendéis qué clase de afirmaciones ridículas son estas? ¿Decir con claridad aquello de lo que estoy persuadido es imponer autoritariamente? ¡Esta sí que es buena! [...] La claridad y la certeza de las afirmaciones no es una imposición autoritaria, porque yo no obligo a nadie, más aún: cuanto más te afirmo cosas precisas, más ayudo a tu libertad, porque tú sabes con más claridad aquello a lo que decir sí, o a lo que decir no. En

cambio, si yo hablo con palabras melifluas, tranquilas, ponderadas, sabias (como ciertos profesores que no preguntan en clase, que no ponen notas y pasan de curso a todos, en el Beccaria por ejemplo), equilibradas, abiertas, comprensivas... y equívocas, yo tiendo a llevarte a una parte determinada haciéndote creer que vas a otra. Me burlo de ti». Por el contrario, «el que habla con claridad no es enemigo, sino amigo de tu libertad, y el cristiano llama pan al pan y vino al vino frente al adversario, no para imponerle lo que dice, sino para que pueda con toda conciencia elegir, e incluso contradecirme». Y por lo que se refería al diálogo democrático, Giussani invitaba a estar atentos a otro equívoco, porque «para ellos el diálogo es democrático cuando uno no está seguro de lo que dice. Si nosotros somos cinco: un radical, un socialista, un liberal, un marxista y yo, católico, y el católico dice: ‘Dios es uno y trino’, entonces el socialista, el liberal y el radical dicen: ‘Tú eres como un marxista, eres un dictador, porque afirmas con carácter absoluto una cosa’. Entonces yo salto: ‘Vosotros tres sois verdaderamente dictadores, porque para vosotros uno es libre de afirmar todo lo que quiera, con tal de que coincida con lo que vosotros decís. Sois relativistas, para vosotros no existe la verdad, sino solamente el parecer de cada uno, tantas verdades cuantas conciencias hay, no existe una verdad absoluta. Yo digo que existe la verdad absoluta’. Pero no puedo decir que existe la verdad, porque si digo que existe la verdad absoluta, soy fascista. En cambio, son ellos, los demócratas, quienes pretenden que yo tenga su parecer»⁸¹.

Al término de su requisitoria, Rodelli describía el ideal de la escuela pública que tenía en la cabeza y que estaba bien representado por algunas palabras del historiador Gaetano Salvemini⁸²: «La escuela laica debe educar a los alumnos en la máxima independencia posible de cualquier concepto previo no demostrado. Esa independencia debe sustituir en los alumnos [...] el hábito dogmático [...] por el hábito crítico, y la intolerancia sectaria por el respeto de todas las opiniones sinceramente profesadas. La escuela laica [...] no debe imponer a los alumnos creencias religiosas, filosóficas o políticas, en nombre de autoridades sustraídas a la sujeción a la razón. Por el contrario, debe poner a los alumnos en condiciones de poder formarse por sí solos, con plena libertad y conciencia, sus propias convicciones políticas, filosóficas y religiosas. Es laica, en resumen, la escuela en la que nada se enseña que no sea fruto de investigación crítica y racional, en la que todos los estudios se conducen con método crítico racional, en la que todos los profesores tienden a educar y reforzar en los alumnos las actitudes críticas y racionales»⁸³.

A la luz de este pensamiento de Salvemini, se podían releer las primeras palabras que Giussani dirigió a los estudiantes su primer día de clase en el Berchet: «No estoy aquí para que vosotros consideréis como vuestras las ideas que yo os doy, sino para enseñaros un método verdadero con el que juzgar las cosas que os voy a decir»⁸⁴. ¿Y cuál era el método? «Cuanto más vive uno, cuanto más agudo y vivo es, cuanta más inteligencia y sensibilidad tiene, más tejida está su vida de encuentros y relaciones, y cada encuentro es la propuesta de una afirmación, de una cosa, de una persona o un acontecimiento. En este inmenso coro de propuestas que constituye la trama de nuestra existencia, el hombre se siente impulsado por naturaleza a comparar [...] cada propuesta con ese conjunto de

evidencias, exigencias y estructuras originales que constituyen su ser»⁸⁵.

Quizá Giussani habría afirmado las palabras de Salvemini, al ser como él reactivo a la imposición de una verdad afirmada dogmáticamente, y estar convencido de que nadie puede sustraerse a la «sujeción a la razón». Por otro lado, si le hubiese conocido, Salvemini habría podido apuntar en la lista de los espíritus auténticamente laicos a aquel sacerdote que enseñaba a los jóvenes que la verdadera educación debía ser «una *educación en la crítica*», que «tenía que [...] convertir en *problema* lo que nos han dicho. Porque si no se convierte en problema, no madurará nunca y se abandonará o se mantendrá irracionalmente». Y que llegaba incluso a confesar públicamente: «Verdaderamente, hemos tenido demasiado miedo de esta crítica»⁸⁶.

Con el correr de los años se volverán cada vez más claros y evidentes los términos del desafío con el que Giussani tuvo que ajustar cuentas, tal como reconoce monseñor Camisasca: «El adversario fundamental contra el que arrecian las críticas de Giussani y de los demás responsables de GS es la concepción laicista del hombre y de la enseñanza. [...] La escuela laicista es la escuela de la discusión: esta era la fórmula que había usado Guido Calogero [1925-1986, filósofo, *nda*], el principal exponente de esta concepción de la educación». A esta postura Giussani y GS oponían la tesis central del movimiento: la «discusión» como criterio guía de la educación escolar, escribe siempre monseñor Camisasca, «lleva a los contendientes a la defensa rígida de sus propios juicios, a hacerse esclavos de sus puntos de vista y a olvidar la necesidad de pasar las ideas y las convicciones propias por la criba de la experiencia de la vida. Falta la confianza en la posibilidad de comprobar seriamente la verdad de una hipótesis»⁸⁷.

Como intento de respuesta al avance de esta mentalidad, GS organizó un congreso ciudadano el 29 de enero de 1961, en el Conservatorio de Milán, sobre «La educación en el mundo». La intención era mostrar la razonabilidad y la bondad, también desde el punto de vista natural, de la educación católica. Precisamente por eso se escogió como relator principal al profesor Giuseppe Lazzati, una de las figuras más conocidas y autorizadas del catolicismo ambrosiano.

El 29 de enero la sala del Conservatorio estaba completamente llena de estudiantes, profesores y directores. Preparado por una serie de reuniones y de radios en las semanas anteriores, el Congreso se abrió con las intervenciones de tres estudiantes sobre el concepto de educación a) en la cultura laicista, confiada a Giorgio Feliciani, b) en la marxista, desarrollada por Pier Luigi Bernareggi, y c) en la del Extremo Oriente, leída por Luigi Negri.

Llegó entonces el turno del profesor Lazzati, al que correspondía exponer la concepción católica de la educación a un público de católicos, laicos y marxistas: «La concepción cristiana del hombre ve al hombre [...] destinado a Dios, según el modo concebido por Dios creador, de manera que para dicha concepción el hombre vale en la medida en que alcanza a Dios en la forma que Él ha querido, es decir, participando en la vida de Dios». Habló también de «acción de la vida sobrenatural, que es todo lo que hemos referido al cuerpo y al alma, en cuanto que nace del principio operativo de la vida divina que es la caridad»⁸⁸.

La revista *Fede e Civiltà*, que publicó las actas del congreso de GS, incluyó también el texto de una conferencia sobre el tema «La educación ecuménica», en la cual «el profesor don Luigi Giussani, animador del movimiento Gioventù Studentesca, [...] ha planteado los problemas y las líneas programáticas del Congreso estudiantil sobre la educación en el mundo que ha tenido lugar en Milán a finales de enero». La revista registraba esta afirmación de Giussani: «El fenómeno de la educación es el punto típico en el que se puede ver y analizar hasta el fondo cuál es la concepción y el planteamiento de la vida que tiene una civilización, una sociedad. La primera característica de la educación debería ser *educere*, es decir, dar libertad, dar espacio a esos elementos que la naturaleza, como en una semilla, pone dentro del ser que viene al mundo para realizar su propia personalidad. Es, en el fondo, una fórmula que comparten todos, desde los católicos a los laicistas, desde los radicales a los comunistas: sacar a la luz esos elementos. Pero entonces lo primero que importa en una educación, la primera preocupación que hace falta tener, es precisamente el respeto, la atención, la fidelidad a esos elementos originales que la naturaleza encierra en el seno humano. De otra manera se crean monstruosidades, parcialidades; o bien se crean desarrollos provisionales a los que sigue irremediablemente la muerte»⁸⁹.

Capítulo 9
«Un movimiento, no una asociación»
La experiencia de GS. Cómo se impuso un método
(1958-1962)

Desde el comienzo de su implicación en las estructuras juveniles de la Acción Católica milanesa, Giussani se convenció de que todo intento de presencia debía disponer de un método adecuado, capaz de hacer que resultara convincente y razonable ser cristianos en una época que estaba volviendo la espalda progresivamente a la tradición de la Iglesia. Su tentativa entre los estudiantes de Milán, como se ha visto, tenía que hacer cuentas con el avance de una mentalidad laicista que declara irrazonable la religiosidad, excluyendo cualquier influencia significativa de esta en la vida social y política, y reduciéndola a pretexto instrumental para la injerencia de la Iglesia en la vida del Estado. Es una postura que se iba afirmando a través de la *intelligentsia* cultural presente en los colegios e institutos, y desde estos se extendía hasta convertirse en lugar común.

Por eso al final de los años cincuenta Giussani insistió de nuevo en la importancia del método. En *L'azione giovanile* (periódico de la rama masculina de la GIAC) del 21 de diciembre de 1958 aparecía una síntesis de la intervención que tuvo Giussani en la reunión de consiliarios de Tres días en Motta di Campodolcino el 12 de noviembre de 1958. Él formuló algunas notas, «dictadas por una cierta experiencia, por una cierta acción y por ciertas dificultades surgidas de ella». Si las cosas no van bien, argumentaba Giussani, hay dos posibles causas: «O aquello por lo que actuamos ('el ideal') no es válido, o bien nuestro modo de llevarlo a cabo ('el método') está equivocado. Excluyamos evidentemente la primera hipótesis de una insuficiencia del ideal cristiano; analicemos en cambio la segunda, es decir, tratemos de concentrarnos en las condiciones para la eficacia de nuestro método». Giussani formulaba en estos términos el primer factor: «Educación en la presencia (educar para estar presentes y, consecuentemente, para ser testigos). [...] El ambiente en el que deben estar presentes nuestros jóvenes es sobre todo el [...] más arrollador para su edad: los ambientes de estudio y de trabajo. [...] Presencia no significa hacer mecánicamente cosas, sino vivir de forma cristiana en todas partes; no solo en el oratorio sino en todas partes». Giussani continuaba: «Para comprender la gracia es necesario haber experimentado su necesidad», pero con frecuencia «nuestros jóvenes no han sentido esa necesidad porque no participan en la vida de su ambiente y no 'comprenden' su desierto espiritual y la dificultad para hacer vivir en él a Cristo. La presencia exige coraje, pero despierta también interés. Una

reunión a la que se lleva la problemática del ambiente deja de ser aburrida, precisamente porque se inserta en los intereses vivos de los jóvenes»¹.

En 1958 Giussani resumía en tres páginas mecanografiadas la naturaleza de la realidad que guiaba: en primer lugar, GS no es una asociación, sino un «movimiento». En segundo lugar, el deber del *testimonio* en el propio ambiente escolar es una evidencia incontrovertible, y es «expresión de la cantidad de cristianismo (convicción y vida) que hay en un individuo». En tercer lugar, el testimonio se practica en su integridad, «como decía Jesús, ‘frente al mundo’ [...]. El testimonio cristiano es esencialmente *comunitario* [...] como la unidad de todos los que afirman a Cristo».

Son indicaciones que Giussani sacaba de la observación de la realidad juvenil, en la que se ponía de manifiesto que hasta los trece o catorce años «el chaval acoge el fenómeno religioso por tradición: por eso las fuentes de su religiosidad son familia y parroquia». Pero después de esa edad «se abre a la realidad de manera impresionante, y espera de la nueva realidad en la que se introduce (del ‘ambiente’) el verbo de la verdad». Por eso, si en el ambiente escolar encuentra lo opuesto de lo que había recibido, o simplemente no lo ve confirmado, entonces la tradición «pierde la estima del chaval y se convierte para él en algo abstracto y lejano». Esto aclara por qué, con frecuencia, «chicos estupendamente educados en casa o en una asociación, decaen de forma inexplicable y más o menos rápidamente, y quizá —con asombro doloroso de consiliarios y progenitores— se alejan de los sacramentos o, al menos, no se muestran ya decididos y convencidos».

Para Giussani es necesario que el estudiante de bachillerato «encuentre a Cristo presente *dentro* de su ambiente escolar», como «principio capaz de iluminar las conciencias y los problemas [...], como algo que le ayude a actuar y a afirmarse a sí mismo, como algo que no sea tan extraño que no pueda hablar de ello o tan olvidado que tenga que avergonzarse de ello»².

A su modo de ver, la actitud que había que tener ante los profesores (en esa época GS estaba compuesta exclusivamente de estudiantes) y los compañeros debía ser respetuosa, dispuesta a valorar a todos, pero sin compromisos. Por lo que se refiere a los profesores, «mirarles o pensar en ellos [...] con hostilidad y resentimiento no es caridad, no es comprensión, es vulgar presunción. Pero tampoco es tener caridad ni comprensión olvidar sus eventuales errores ideológicos, los límites o las posturas morales con las que ahogan y humillan nuestra concepción de la vida». El esfuerzo de valorar lo positivo que hay en ellos «debe ser realista, sin necedad. Una expresión, después de haber sido formulada por una persona, es un hecho objetivo que está fuera de ella, y es justa o equivocada, y nuestro deber es evaluarla inexorablemente, sin gustos o simpatías fuera de lugar; no es lícito juzgar a la persona, pero es un deber evaluar sus expresiones. La caridad solo se ejerce ante la persona. Caridad no es compromiso ideológico».

En relación con los compañeros, además, era necesario recordar que «simpatía y antipatía no son criterio en absoluto», porque «la única fuente de relaciones humanas es la caridad, que no elige a ningún simpático ni excluye a ningún antipático. La caridad frente a ellos debe implicar ante todo claridad al documentar nuestra concepción». La

caridad implica, por tanto, «un explicarse ante el otro; se necesitará quizá un énfasis diferente, una actitud distinta, pero nunca banalidad, aproximación o incluso conformismo».

La experiencia en el Berchet le demostraba a Giussani que con frecuencia profesores y compañeros formaban un aura colectiva, hecha de actitudes y de mentalidad dominante. Por eso frente al ambiente «no hay que dormirse»; él llegaba incluso a hablar de «guerra abierta»: «Ante todo contra nosotros mismos: es necesario que nos decidamos a tomar una postura clara ante el cristianismo, y a mantenerla decididamente frente a los demás». La guerra, precisaba, no es levantar «mucho la voz», sino asumir una actitud, una forma distinta de ser: «Jesús entró en el mundo en polémica con el ‘mundo’»³.

Giussani era consciente de que el anuncio cristiano no llegaba directamente a las conciencias de los jóvenes, puesto que «se topa con una ‘mentalidad’ que tiene que perforar para alcanzar el yo, la conciencia de la persona». En efecto, «el peso del ambiente recae sobre todos [...]. En el origen de este hecho está la naturaleza (la constitución psíquica) del hombre y la exasperación de la influencia ambiental de hoy (cf. por ejemplo los modernísimos medios para penetrar en la persona con la propaganda, etc.)». Ahora bien, «pretender resistir o neutralizar esta influencia en los jóvenes cuando ellos vienen a misa, o al oratorio, [...] es una ingenuidad. Si la propuesta no les alcanza en su ambiente, es ineficaz»⁴.

Para Giussani fijar la atención sobre el problema del método es decisivo para recuperar una presencia cristiana entre los jóvenes de Milán. Y el método tiene para él una característica fundamental: la de dirigirse a la persona concreta, nunca a la masa indistinta. Dicha perspectiva aparecía, por ejemplo, el 25 de enero de 1959, durante la Escuela de dirigentes de GS: «La llamada personal es la norma más profunda para comunicar a los demás la experiencia cristiana de G.S.». Giussani estaba profundamente convencido de que «la persona está más allá de todo lo que siente, de todo lo que hace, de su misma fisonomía, de sus mismas ideas». De hecho, continuaba, «la persona está totalmente ‘más allá’ de lo que vemos en ella. Por eso yo puedo incluso —y debo— amar también al que me mata, porque su valor personal está más allá de su maldad». Insistía: «En las relaciones que interesan a nuestro ‘yo’ se debe mirar solo a la persona. Hemos sido creados para esta relación. Nosotros no podemos ser ‘fieles’ a las cosas, a las manifestaciones o a los sentimientos: somos demasiado libres, y más grandes que ellos. Nuestra fidelidad solo puede ser [...] [al] otro»⁵.

El 25 de enero, a la misma hora en que Giussani estaba hablando a los *giesinos* de Milán, en la basílica de San Pablo Extramuros de Roma, Juan XXIII —elegido hacía tres meses— proclamaba un anuncio histórico: «¡Venerables hermanos y dilectísimos hijos nuestros! Pronunciamos ante vosotros, ciertamente temblando con un poco de emoción, pero al mismo tiempo, con propósito resuelto y humilde, el nombre y la propuesta de una doble celebración: un Sínodo diocesano para la urbe, y un Concilio ecuménico para la Iglesia universal»⁶.

La indicación de Giussani sobre el valor de la persona era afín a la preocupación que tenía Juan XXIII en relación con el hombre contemporáneo: la necesidad de distinguir el

pecado del pecador, conforme a la enseñanza de Cristo, tal como escribirá el Pontífice en su encíclica *Pacem in terris*: «No se deberá [...] confundir jamás el error con el que yerra. [...] El que yerra es siempre y ante todo un ser humano y conserva siempre su dignidad de persona; y se le debe considerar y tratar siempre como conviene a tal dignidad. Además en ningún ser humano desaparece la capacidad de superar el error y de buscar el camino de la verdad. Y la acción de Dios en él nunca desaparece»⁷.

En una intervención del 8 de febrero de 1959, Giussani volvía sobre el tema de la persona: «Una cosa tan grandiosa que en ese aspecto suyo inaferrable e invisible se refleja todo el universo. Pensad en lo pequeño que soy, y no obstante, todas las cosas se reflejan dentro de mí: las estrellas, el trabajo, el pensamiento, los demás»; no hay gesto alguno «sobre el que no pese la responsabilidad del universo»⁸.

Reflexiones sobre una experiencia

En la ya citada carta del 19 de mayo de 1959, Giussani comunicaba al arzobispo Montini su propósito de hacerle llegar un escrito «sobre la metodología del movimiento» en el que estaba trabajando⁹. De allí a pocos meses iba a publicar *Gioventù Studentesca. Riflessioni sopra un'esperienza* (trad. esp. en *El camino a la verdad es una experiencia*, pp. 17-63). Nacido de algunos diálogos con jóvenes comprometidos en GS, y conocido como el ‘librito verde’, el texto proponía una primera reflexión sobre la experiencia que se había vivido a partir de 1954. Confluían en él, entre otras cosas, los contenidos de las lecciones que Giussani impartía los domingos por la mañana en la vía Sant’Antonio 5, sede de la Acción Católica en Milán. En su primera página subrayaba la deuda de gratitud hacia «su eminencia el cardenal Montini, su excelencia monseñor Pignedoli y la Acción Católica diocesana, que no solo permiten sino que apoyan nuestra búsqueda»¹⁰. El *nihil obstat* para la publicación, del 3 de septiembre de 1959, llevaba la firma de Carlo Figini, censor eclesiástico de la diócesis ambrosiana. Se trata del primer intento de Giussani por comunicar lo que en él se había convertido ya en una persuasión: había entrevisto «un camino exacto» para que la propuesta cristiana llegara a todos de un modo existencialmente nuevo. «En efecto, se presentaba como algo nuevo el modo de proseguir lo que habíamos visto en la Escritura, en la enseñanza y en el testimonio de algunos maestros»¹¹.

En setenta páginas se condensaron las líneas metodológicas que estaban acompañando el surgimiento de nuevas comunidades de ambiente en los colegios milaneses. Cuarenta años después, Giussani observará: los descubrimientos y las preocupaciones educativas de ese primer escrito «han tenido un desarrollo coherente en todas nuestras expresiones posteriores, y particularmente en las más recientes»¹². Se trataba de reflexiones que nacían de una experiencia. Precisamente en esos años Giussani sugería a los jóvenes la lectura de un libro del cual se sentía deudor: *Nuevo arte de pensar*, de Jean Guittou. En particular señalaba una frase: «‘Razonable’ es aquel que somete su razón a la experiencia»¹³.

Giussani formulaba cuatro normas metodológicas del anuncio cristiano: «decidido como gesto», «elemental en la comunicación», «integral en sus dimensiones» y «comunitario en su realización». Sintéticamente, «GS se propone *exclusivamente* como anuncio del hecho cristiano». Por eso «no es el lugar donde se aclara todo: GS quiere ayudar al estudiante a aclararse él mismo. Para aclararse uno mismo no es necesario resolver inmediatamente todos los problemas que se plantea: aclararse a sí mismo quiere decir ponerse cada uno en su lugar frente a la realidad, vivir la ley fundamental, que es la apertura y la caridad. Si uno tiene esto, todo se aclara».

El desarrollo de la experiencia de GS consistía en «caminar dentro de la experiencia de Cristo como el que aclara todas las cosas». Hace falta, en efecto, que el joven «experimente el criterio cristiano como clarificador de todo lo que atrae, compromete o influye en su inteligencia»¹⁴.

El punto de llegada del intento de GS era «la creación de un *ámbito nuevo*, precisamente dentro de la situación estudiantil. El ideal cristiano, percibido como única respuesta a la experiencia integral de la vida, debe dominar en él. La *libre correspondencia* es, en todo momento, la única condición para participar en él». Y como ya había hecho anteriormente, Giussani insistía en que GS «es un movimiento, no una asociación»¹⁵.

En la introducción a la nueva edición de *Gioventù Studentesca. Riflessioni sopra un'esperienza* (contenida en *El camino a la verdad...* pp. 11-16), Giussani escribirá en 1995: «Empezamos así: hablando de Cristo». Y esto porque estaba convencido de que «el hecho de Cristo es catalizador de los valores humanos y comienzo seguro de un camino moral, de otro modo impensable en cuanto a pureza y posibilidad continua de recuperación». En efecto, «ya desde entonces teníamos muy claro, aunque de modo implícito, que la única aportación verdaderamente específica de los cristianos al esfuerzo humano por mejorar su propia condición en la sociedad es testimoniar que la postura religiosa es la más completa desde el punto de vista humano para afrontar los problemas de orden moral, social y político que se encuentran en la convivencia»¹⁶.

Gioventù Studentesca: el esfuerzo de una realización práctica

En el escrito de 1959 se comenzaba a establecer la riqueza de una experiencia ya ampliamente descrita. Lo que sorprende de estas primeras reflexiones es que en ellas se encuentran perfectamente entrelazados el proponer nuevamente la naturaleza original del cristianismo y la formulación concreta de una propuesta. No se favorece un aspecto en detrimento del otro. En Giussani no había sombra de abstracción, puesto que la trama de esa «realización práctica» que GS quería proponer brotaba de la naturaleza misma de la experiencia cristiana.

¿Cómo vivir la llamada que se ha percibido en un encuentro, al escuchar a un compañero o a un sacerdote? Escribía Giussani: «La libertad de los hombres frente al anuncio cristiano comienza a actuar cuando estos dedican tiempo al cristianismo, y empieza a construir algo cuando acepta la comunidad con los demás». ¿Cómo se

realizaba esto? Ante todo, por medio del radio. «La primera formación de GS viene dada por aquellos que *dedican tiempo a juntarse por el ideal cristiano* [...]. Así surge el *radio*. Este es el tiempo y el espacio de referencia mínimo: es la primera formulación física de GS. Ya la sola presencia en él es una participación inicial, pero verdadera, en GS»¹⁷.

El tejido que conformaba el radio, que había caracterizado la forma de encuentro de los primeros años de GS, era el «diálogo», bien lejos de una «dialéctica» concebida como «enfrentamiento de ideas». En el radio «no se ponía el acento en las ideas, sino en la persona como tal, en la libertad»; por eso el diálogo era «comunicar la propia vida personal a otras vidas personales». Y ya que «el diálogo es vida», observaba Giussani, no se puede dejar de reconocer que «nosotros somos estudiantes, vivimos en una situación ‘escolar’: por eso el diálogo del radio debe nacer de la situación estudiantil». De hecho, el colegio es para un joven el ambiente en el que «su libertad está más provocada y decididamente impresionada». Para apegarnos a la vida de la persona, y no ser abstractos, «el radio tiene que centrarse en la situación precisa, debe ser el radio de un determinado colegio. Por eso el acontecimiento-base de GS era el radio-colegio»¹⁸.

Ahora bien, puesto que «es en los hechos particulares y prácticos donde el espíritu del hombre intuye vivamente y aprende los ideales que gobiernan la estructura y la conducta de su existencia», si GS quería ser un lugar educativo, tenía que estimular la «*actividad inductiva*». Por esta razón, «en la vida de los radios, precisamente para educar las dimensiones fundamentales de la experiencia cristiana en un desarrollo sin ambigüedades, GS pone en marcha algunas *formas concretas de actividad, que propone como indispensables*»¹⁹.

Pero ¿cuáles son las dimensiones esenciales de la experiencia cristiana, y por eso mismo —como subrayaba Giussani— de cualquier gesto plenamente humano? Fundamentalmente tres: cultura, caridad y misión. Se necesitan, pues, formas concretas, es decir, iniciativas, para educarse en estas tres dimensiones fundamentales.

«Cultura es tener experiencia de una realidad que lo explica todo. Cristo es esa realidad para el hombre». Es decisivo «caminar dentro de la experiencia de Cristo como aquello que aclara todas las cosas: este es para el joven el aspecto más agudo y sugestivo de su crecimiento hacia una personalidad plena, es decir, convencida y responsable. Ayudar a realizar este camino es la tarea más fascinante de GS, la que apasiona con más facilidad». ¿Cómo hacerlo? «Hace falta que el joven experimente el criterio cristiano como clarificador de todo lo que atrae, compromete o influye en su inteligencia. Este es el concepto de *revisión* de la cultura en su multiplicidad». Las ideas y los hechos con los que se topaban en el colegio y en el mundo debían por esto someterse a una revisión crítica, es decir, tenían que afrontarse con el «criterio de valoración cristiano», de modo que se pudiera verificar su capacidad de clarificación. «*Revisión del estudio y revisión de la actualidad* representan los dos polos de educación en la cultura cristiana de GS». Surgió de ello una riquísima y articulada puesta en marcha de iniciativas culturales: las llamadas «fichas de revisión», el estudio conjunto, con la presencia de licenciados o universitarios de cursos más avanzados, la organización de conferencias o lecciones, la propuesta de un «libro del mes»²⁰, la difusión de juicios sobre los acontecimientos en

todo el ambiente estudiantil por medio de prensa, debates, reuniones, etcétera.

¿Y para educarse en la caridad? «La vida debería ser un compartir total, pero la distracción, el miedo, la comodidad, los impedimentos del ambiente y la maldad vacían la vida del valor de la caridad. Para entrenarse en llenar cada vez más este vacío, para crear una mentalidad de caridad, el medio más humilde y eficaz es comenzar a vivir parte del tiempo libre expresa y voluntariamente, como un compartir la vida de otros». De aquí la propuesta de la «acción caritativa», que no ha de entenderse *«como contribución para reformar situaciones sociales o personales desfavorecidas, sino para compartirlas»*, a fin de que se realizara por lo menos «algo de ese deber supremo que consiste en poner en común el propio ser y compartirlo, hasta morir por ello, tal *como hizo Jesucristo* y como hace la Iglesia»²¹. Y así nació la imponente iniciativa de la «Bassa» (de la que hablaremos en breve), a la que se añadirán otras poco a poco.

Pero *«la caridad es una ley sin límites, universal: católica»*. No se puede limitar al ámbito del compartir. «Tenemos que vivir para el universo, para la humanidad entera». El sentido misionero es el sentido del Reino de Dios: darse uno mismo para compartir «la necesidad más universal, descubrir y seguir a Cristo y a la Iglesia». Esto es la misión, como dimensión de todo gesto humano. El ideal, por tanto, «sería hacer que naciera en la mentalidad de los estudiantes la necesidad de una perspectiva nueva en el estudio, en la elección de la profesión, en la concepción del camino de la vida: una perspectiva que supere los límites de la conveniencia, del gusto, de la carrera, y que desemboque apasionadamente en la conciencia de ser útil al mundo y a la historia»²².

¿Cómo educarse en el sentido misionero? El medio más sencillo es el de los «diezmos»: «No recibir nada de dinero sin que aparten una cantidad, mayor o menor según las circunstancias o la generosidad de cada uno, como testimonio concreto de su preocupación por el mundo entero y por su felicidad, que coincide con la difusión en él del reino de Dios». El culmen de la dimensión misionera, además, «está constituido por algunos que deciden entregarse sin cálculo del tiempo al servicio de la Iglesia en el mundo misionero. En GS se mira a estas personas como la punta más avanzada de toda la comunidad, que se expresa en ellas. Su función educativa para GS es insustituible»²³.

El radio —que muchos años después se ‘transformará’ en la «Escuela de comunidad», la catequesis permanente del movimiento, sin perder nunca su esencia—, el constante juicio sobre los hechos y las ideas testimoniado en el ambiente, la caritativa, los ‘diezmos’ y la pasión misionera representarán el andamiaje estable del camino educativo propuesto continuamente por Giussani a todos los participantes en el movimiento.

El sentido de la caritativa

Entre el final de 1957 y el comienzo de 1958 chicos y chicas de Gioventù Studentesca de Milán empezaron a ir todas las semanas a la «Bassa», una extensa área rural en la zona sur de Milán. Era un gesto imponente que cada domingo implicaba a centenares de bachilleres. Durante algunas horas acompañaban a los niños de las granjas esparcidas por el campo, habitadas por familias que vivían en condiciones de pobreza y necesidad.

De acuerdo con los párrocos de la zona, alternaban momentos de juego, pequeños cursos de alfabetización y catequesis.

Lo que Giussani definió con el término «caritativa» se convertirá en una de las iniciativas recurrentes y significativas —es decir, de los ‘gestos’— más importantes dentro del itinerario educativo del movimiento. Giussani la propondrá continuamente a los jóvenes y a los adultos. Desde entonces, miles de personas, en Italia y en todo el mundo, se educan en ella para aprender que la ley de la existencia es la gratuidad, a imitación de Cristo. Durante una Escuela de dirigentes de 1958-1959 Giussani afirmaba: «La actividad más importante de GS es la caritativa»²⁴.

Esta misma preocupación surgía en la siguiente Escuela de dirigentes: «Es necesario convivir con todos, compartir la vida de todos, ponerla en común con cualquiera. Es una ley sin límites, universal: es la ley de la catolicidad. En esta ley, medir o delimitar coincidiría con truncar la misma ley: ponerle un límite no es limitarla, es cambiarla sustancialmente». Y continuaba: «El primer pecado del cristiano es la mezquindad, es sustituir con un criterio propio el criterio sin límites que es la participación de la infinitud de Dios en nuestra libertad. La falta de universalidad es el signo de nuestro egoísmo. Es verdad que la actividad del yo egoísta crea sociedad; pero, si se mira bien, esa sociedad no es una verdadera comunidad, un verdadero compartir. Se queda en una proyección de nosotros mismos, de nuestras estrechas visiones, de nuestros intereses o mecanismos propios. Y esto es más cierto cuanto más universal pretende ser dicha sociedad. No hay ninguna afirmación más satánica de orgullo que ciertas ‘internacionales’. La primera ‘internacional’ fue la torre de Babel. La verdadera universalidad es la aceptación total de todos los ‘tús’ de todos los tiempos»²⁵.

No se trataba en absoluto de una reflexión marginal ni desligada de algún modo del espíritu eclesial de la época. En esos mismos años Pío XII escribía en su encíclica *Fidei donum* (1957): «Las perspectivas universales de la Iglesia deben ser las perspectivas normales de la vida cristiana»²⁶. Giussani lo asumió como norma y dijo: «Para que todo sea humano, tenemos que vivir todo el universo. Cuanto más amas este sentido universal, más espectacularmente fiel eres a lo particular [...]. Solo con este ideal se pueden realizar los mayores trabajos y se pueden cumplir los más humildes servicios. En caso contrario, tenerse que adaptar a los aspectos particulares (oración, pobreza, deber, etc.) nos cansa, nos ahoga, es represión de uno mismo y nada más»²⁷.

Marco Martini era uno de los jóvenes a los que Giussani propuso ir los domingos a los caseríos de la Bassa. «Había una situación real de dificultad y de miseria, y ni siquiera la Iglesia lograba afrontar adecuadamente ese problema. La idea fundamental era compartir». A propósito de esto, hubo un episodio que quedó grabado en su memoria: durante una reunión, un chico contó que había dado dinero a una mujer muy pobre y que se había quedado negativamente sorprendido por el hecho de que aquella mujer lo había usado para comprarse un pintalabios «Giussani le respondió que no había comprendido nada de lo que significaba compartir, porque no aceptaba la necesidad del otro, sino que quería imponer su propio esquema moralista: no comprendía que, en aquel momento,

para aquella mujer podía ser una necesidad real sentirse más arreglada, más guapa»²⁸.

Alda Vanoni llegó al Berchet en octubre de 1956, procedente de otro liceo de Milán, el Parini. Estaba en la sección B, en la que solo había chicas. Las lecciones de Giussani, recuerda, «me retrataban, él me explicaba quién era yo y qué es lo que quería. Nos hablaba de la vida como una tensión». Durante una reunión con Giussani en Varigotti, a la que fue invitada, oyó hablar de la caritativa. Picada en su curiosidad, se implicó enseguida y se convirtió en responsable de la caritativa en Cesano Boscone.

Al final de los años cincuenta las actividades caritativas de GS en Milán implicaban de manera estable, principalmente los domingos, a muchos grupos de chicos y chicas en la Bassa milanese, en Cesano Boscone y en las periferias más pobres, con poliomielíticos, ciegos, hijos de presos y familias necesitadas.

He aquí cómo recordaba Giussani el comienzo de aquel gesto y el momento en que tomó conciencia del valor educativo que tenía la caritativa: «La consecuencia inmediata de la caridad es compartir lo que yo tengo con lo que le falta al otro, y lo que le falta al otro es sobre todo la fe y el pan. Por eso se daba catequesis y se iba a ayudar a las familias pobres... Durante uno o dos años iban a la Bassa cada domingo más de mil chavales». Ante esas cifras imponentes, hacia finales de 1959 Giussani dijo: «Hace falta que caigamos en la cuenta de por qué hacemos la caritativa muchos de nosotros, muchos centenares». Con este motivo promovió una reunión en el Aula Ferrari, en la sede de la Acción Católica. El encuentro tuvo lugar el 20 de diciembre de 1959 con este orden del día: «Examen de los motivos y de las aplicaciones prácticas de la iniciativa»²⁹. La variedad de las intervenciones fue representativa de los colegios implicados: en efecto, hablaron estudiantes del Berchet, del Parini, del Vittorio Veneto, del Feltrinelli, del Radiotécnico, del colegio de los Barnabitas, del Verri, del Carducci, del Tenca y del Cattaneo. Intervinieron también algunos universitarios de Medicina y de Economía. Giussani recordaba: «Discutimos durante una hora u hora y media. La síntesis, literalmente una síntesis, es el cuadernillo que ha salido. Ese cuadernillo es la síntesis de un radio»³⁰.

Estos son algunos de sus pasajes: «Todos habéis reiterado que el objetivo por el que nosotros obramos solo nos convence al hacerlo. ¿Cuál es este objetivo?». Fueron varias las respuestas que se dieron, y Giussani las resumía así: «Una *exigencia pre-consciente*, no clara, de interesarse por los demás; haciendo esto experimentamos cierto gusto; no podemos quedarnos tranquilos pensando en el que sufre (puede ser todavía la búsqueda de un *gusto*)». Otras respuestas fueron estas: «Nos completamos a nosotros mismos, *nos educamos*; es un *deber*. Pero ¿cuál es *el* deber, sino educarse, completarse?». Giussani precisaba: «*Vivir es compartir*, la ley de la vida es la caridad. Esto es en lo que queremos educarnos»; en efecto, socorrer las necesidades de otros «es todavía algo incompleto, porque ¿cuál es la necesidad de los demás? Este planteamiento es ambiguo, depende de lo que creamos que es la necesidad de los demás. ¿Y si lo que yo les llevo no es realmente lo que necesitan? Lo que necesitan no lo sé yo, no lo mido yo, no lo tengo yo. Es una medida que no poseo, que está en Dios, que es el Ser, y que pasa la eternidad compartiendo, poniendo en común su propia vida [...] y solamente Cristo nos lo ha dicho

con seguridad y decisión, metafísicamente». Esta es, pues, la razón de ir a la caritativa: «Porque la ley de *mi* ser es la caridad, si la quiero aceptar, si quiero ser yo. [...] Y quien se entrega a los demás en nombre de la ‘justicia’, una justicia quizá ‘social’, sin saber que el sentido de las personas es eterno, sin creer en Dios, termina actuando políticamente, como rabioso agitador, o como maníaco».

Giussani despejaba el terreno del riesgo del sentimentalismo: «Hacer algo por los demás es algo desnudo y carente de entusiasmo; puede perfectamente no darse ningún resultado ‘concreto’, como se suele decir. Pero estamos hartos de los que llaman ‘concreta’ a cualquier cosa distinta de la persona, del valor puro y simple que tiene el yo. Las leyes y las ‘justicias’ oprimen cuando olvidan y pretenden sustituir lo único ‘concreto’ que existe: la persona y el amor a la persona». Según Giussani, era equivocado también «fundar nuestra acción en la amistad, porque esto puede entrañar una ambigüedad. La ley de la que hemos hablado es ley del ser, y está antes de cualquier simpatía y de cualquier ‘emoción’».

El criterio de la vida es «compartir *todo, en cada instante*. Pero para educarnos en esta suprema madurez, vernos obligados por las circunstancias sirve de poco. Es el pequeño *tiempo libre*, que es solo mío, el que da la medida exacta de mi disponibilidad hacia los demás. [...] Así se forma en nosotros una *mentalidad*, un modo casi instintivo de concebir la vida entera como un compartir. De modo que el pequeño tiempo libre redime lo demás. Y uno comprende más al compañero de pupitre, al padre y a la madre yendo a la Bassa».

Ir a la caritativa permitía descubrir que «precisamente porque les amamos, justamente porque compartimos con ellos, *no somos nosotros* los que les hacemos felices; y que ni siquiera la sociedad más perfecta, el organismo más sólido legalmente, la riqueza más ingente, la salud más férrea, la belleza más pura, la civilización más ‘educada’, podrá hacerles felices. Es Cristo quien les hace felices, porque es la razón de todo, el que lo ha hecho todo, porque es Dios». Al hacer esto «descubro que Cristo es el sentido de la vida. Son las bellísimas palabras de G. [Granata, uno de los presentes, *nda*]: espero que mi sufrimiento y el suyo tengan un sentido. *La esperanza está en Cristo*; todo tiene un sentido: Cristo. Esto es lo que descubro, finalmente, en la Bassa».

Retomaba después «el cierre bellissimo de Della P. [Giuliano Della Pergola, *nda*]: sigo yendo allí porque estáis vosotros, que sois la Iglesia, que es Cristo, tal como Él lo quiso, presente ahora. Tenía razón don V. [Vanni, *nda*] en la misa de hoy en San Gottardo, cuando decía que Cristo no es alguien que ‘vivió’, que ‘nació’, sino que ‘está’, que ‘nace’. Y es la Iglesia. La esperanza que nos sostiene, el mismo Dios, está entre nosotros; ahora Dios está aquí, está entre nosotros, y esto nos hace seguir adelante con la Bassa, con Cesano, etc. Y mañana con la fábrica, en la ciudad, en Europa o en el mundo, que es tan grande y que espera al Señor».

En este punto, Giussani introdujo un criterio pedagógico: «Para comprender no basta con ‘saber’, sino que se necesita ‘obrar’ con coraje. Y reflexionar, si es posible juntos, sobre lo que se hace, pidiendo ayuda y consejo. Hasta que no lleguemos a saber bien con claridad y sencillez el porqué último, el objetivo de nuestro obrar, no podremos

quedarnos quietos. [...] El objetivo es extraer de lo que hacemos el sentido, la razón que nos permitirá ser fieles incluso cuando dejemos de tener entusiasmo o de sentir satisfacción».

Concluyó indicando dos reglas que seguir: hacer una referencia continua a GS y obrar con orden: «Es nuestro tiempo libre el que tenemos que comprometer (¡hasta el fondo!)», con atención a «no perjudicar el *estudio* y no faltar al *sentido común en la familia*. [...] No nos interesa cuántas veces vamos o cuántas actividades desarrollamos, sino que se afirme en nuestra vida, con *algún* hecho, el principio del compartir»³¹.

Giovanni Battista Montini: «Es un trabajo magnífico»

El 20 de abril de 1959 Montini recibió en audiencia a «un grupo de estudiantes de GS que desarrollan una obra de apostolado y voluntariado en la Bassa»³². Y en 1960 comentaba así la iniciativa promovida por Giussani: «Es un trabajo magnífico: la educación en la caridad, el testimonio personal y concreto de un cristianismo vivido e inserto en la realidad social que le es más cercana por su necesidad y su disposición receptiva, a menudo lejana por olvido y por aversión. Es un fenómeno que revela las capacidades operativas que tiene la juventud de hoy; es un experimento que abre esperanzas tanto para nuestra pedagogía del sacrificio y el amor, como para la recuperación de la esperanza y de las costumbres cristianas de poblaciones a las que no ha beneficiado todavía el desarrollo civil de la sociedad moderna»³³.

Con una carta del 18 de abril de 1961, Giussani y don Vanni informaban a los chicos de que «S. eminencia el cardenal ha expresado el deseo de encontrarse personalmente con todos los que, durante el año, han participado en la iniciativa de la Bassa»³⁴. El encuentro tuvo lugar el 1 de mayo, durante una salida a Viboldone.

En 1963, el cardenal Montini inaugurará una exposición fotográfica de GS sobre la Bassa realizada por Elio Ciol (un fotógrafo que pronto iba a ser conocido en todo el mundo) y que estuvo expuesta en el Ambrosianeum del 2 al 16 de junio. Las fotos de aquel evento muestran a Giussani y Montini el día de la inauguración. Junto a ellos están también el padre Emmanuel Braghini, don Vanni Padovani y el padre David Maria Turolfo³⁵. Para Giussani será la última ocasión de ver a su arzobispo, que dos semanas más tarde volará a Roma para el cónclave del que saldrá elegido Papa (ver aquí, p. 318).

A lo largo de los años siguientes Giussani volverá a menudo con su memoria a la Bassa: «En 1954, al comienzo del movimiento, nuestra presencia se distinguió por un interés verdadero por los compañeros de instituto; y a partir de esa experiencia de amistad, fuimos creando una considerable red de acción caritativa: cada domingo mil personas iban a una zona al sur de Milán, llamada ‘la Bassa’, con notables sacrificios, no por un proyecto político, sino para compartir las necesidades de familias que vivían en condiciones muy pobres. Luchar por algo que no existe aún es una ilusión terrible y, por tanto, causa de inevitable decepción en la vida. Porque el hombre no es creador, sencillamente colabora en manifestar lo que Dios ya ha hecho, como una semilla que se

despliega primero en planta, luego en flor y finalmente en fruto. *Lo importante, entonces, es plantar la semilla, es decir, la presencia*³⁶.

El poeta y el boxeador

Franco Loi, poeta milanés, entró en contacto con Giussani por motivos de trabajo: en otoño de 1960, junto a Ferruccio Parazzoli, realizó una serie de encuestas entre exponentes de las organizaciones comunistas, socialistas y católicas. Fundó la revista *Ciclostile*, con el fin de presentar los resultados de su trabajo. Y precisamente como consecuencia de esta iniciativa Loi conoció a Giussani, «gracias a la amistad de dos dirigentes de Gioventù Studentesca, Cecilia d'Antonio y Paolo Mocarelli». La primera vez que le vio fue en la vía Sant'Antonio, donde Giussani pronunciaba una conferencia sobre la presencia de Cristo en la vida de cada hombre. «Naturalmente no compartía todas sus ideas, encontraba demasiado enfático el modo de exponer la religión y, en general, su pensamiento». Pero esto no le impidió acusar el golpe: «Desde la primera vez que le vi me sorprendió su carisma: emanaba una energía que podías tocar con la mano. Nunca he experimentado con nadie esa extraña sensación de que el cuerpo vibre a la vez que la voz. Había escuchado a muchos oradores extraordinarios —por ejemplo, Togliatti o Terracini, Vittorini o Fortini—, pero ninguno de ellos podía compararse con Giussani». ¿Y por qué? Porque «te invitaba dentro de sí y te hacía vibrar a su vez. Era un verdadero hijo de la Brianza: la voz ronca, una tenacidad testaruda en sostener sus propias convicciones y una absoluta fidelidad a la Iglesia».

En vísperas de la Navidad de 1961 Giussani fue a casa de Loi, acompañado por d'Antonio y por Mocarelli. Sentados a una larga mesa conoció también a Giulio Trasanna (1905-1962, antaño boxeador, poeta y escritor) y a Eugenio Tomiolo (1911-2003, pintor). «Discutimos sobre diversas cuestiones: la propiedad privada, la virginidad de María, el 'Hijo unigénito', y la postura de la Iglesia respecto a la palabra cristiana». Loi y Trasanna reaccionaron contra Giussani: «Aquella noche Tomiolo me hizo rabiar porque parecía tomar partido por Giussani. Solo más tarde comprendí muchas de sus objeciones a mis convicciones marxistas».

Loi precisaba que «a pesar de la gran fascinación que tenía la forma de hablar de don Gius, había en ella, especialmente cuando hablaba a los chicos, algo de aproximativo, de poco convincente y de superficial. Como si apuntase a los problemas sin la lógica necesaria. O quizá era mi excesiva educación filosófica racionalista la que se quedaba desilusionada con sus razonamientos». Por otra parte, reconoce que creció «también gracias a él y a sus amorosas regañinas»³⁷.

Aunque Loi no era católico —en 1954 había dimitido del PCI (era responsable de una sección juvenil en Milán)—, la relación entre ellos se volvió cada vez más intensa. Y fue Giussani quien le insistió para que fuera a conocer a don Lorenzo Milani³⁸, el párroco de Barbiana: «Ciertamente había comprendido mi psicología y mi ateísmo ingenuo, pero también había comprendido mi pasión social, y don Milani le parecía el sacerdote adecuado para mí»³⁹.

Loi recuerda un episodio que se refiere a Trasanna, que en esa época se profesaba ateo. Al comienzo de 1962 descubrió que tenía cáncer y terminó en el hospital. «Naturalmente estuve muy cerca de él en ese periodo. [...] Una vez fui con don Giussani. [...] Sé que después Giussani fue a verle otras veces y que hablaron de religión y espiritualidad. Probablemente a Giulio le impresionaron mucho los razonamientos de don Gius»⁴⁰.

Después de una de estas conversaciones, Trasanna le confió a Loi: «¿Sabes?, estaba equivocado sobre la religión y sobre la fe». «Se había convertido» observaba Loi, y continuaba: «Giussani tenía la capacidad de poner al hombre frente a sus propias responsabilidades, de tomar su mano y conducirlo frente a las cosas últimas, a lo que cuenta de verdad en la vida». De él le sorprendía el acento que ponía en la conciencia que el hombre estaba llamado a tener de sí mismo: «Decía ya entonces, y siempre ha repetido después, que no se comprende a Dios si no se comprende hasta el fondo lo que es el hombre. [...] Parece una cosa obvia, y no obstante es el punto crucial, porque la cultura dominante siempre se ha acercado al hombre tratando de dismantelar en él la conciencia de sí mismo».

Loi era poeta. ¿Y Giussani? «Poeta [...] lo era íntimamente. La palabra era fundamental en él: usaba la palabra de manera poética, no intelectual. En lugar de usar términos difíciles y decir cosas que son producto de la lectura de libros, Giussani hacía que brotara lo que decía de sí mismo y de su experiencia de vida. *Poiein*, en griego, es hacer. El hacer de Giussani era poético porque era un obrar espiritual [...]. Educaba a los jóvenes en la libertad. Por esto faltó a veces una sintonía en cuanto al método, entre él y la Iglesia de su tiempo»⁴¹.

Los universitarios de GS y la FUCI

Al final de los años cincuenta los primeros *giesinos* crecidos con Giussani terminaban la enseñanza media superior y se inscribían en la universidad. Su deseo era continuar el camino emprendido, pero en las facultades se metieron en el asociacionismo católico oficial, la FUCI (Federación de Universitarios Católicos Italianos), cuyos métodos divergían del planteamiento que Giussani daba a GS. Aquí dio comienzo una historia que, con vicisitudes alternas, tendrá consecuencias en los años sesenta. Monseñor Camisasca recuerda los primeros intentos de colaboración, que empezaron en noviembre de 1959 cuando se reunió en la vía Sant'Antonio 5, en la sede de la GIAC, un grupo de universitarios de la FUCI, de la GIAC y de GS: «La reunión estuvo presidida por Alberto Antoniazzi⁴² que hizo algunas propuestas para un trabajo común en el ámbito universitario. Consistían esencialmente en prever la creación de 'grupos de facultad' que agruparan en el ambiente universitario a todos los estudiantes de los diversos movimientos católicos o que, en cualquier caso, quisieran adherirse a la iniciativa. No se precisaba un papel especial de la FUCI en la dirección de esos grupos y se dejaba su creación más bien a la iniciativa desde la base. [...] Durante el curso académico 1959-1960 surgió una decena de 'grupos de facultad', por iniciativa tanto de elementos de la FUCI como de GS y, en un caso, de la GIAC. Al término del curso académico, en mayo,

la FUCI celebró una asamblea de ‘balance final’ a la que invitó también a los demás estudiantes católicos. El ‘diálogo’ degeneró en un debate más bien agrio» precisamente acerca de la cuestión del método con el que llevar a cabo la presencia en la universidad. «La colaboración, discretamente puesta en marcha en los cuatro o cinco meses anteriores, tocaba a su fin. [...] La diferencia de concepción y de método [...] seguía siendo considerable. La FUCI, en particular, reprodujo dentro de aquellos grupos la separación entre ‘lo religioso, lo cultural y lo social’ que GS había querido superar en favor de una educación unitaria de la persona»⁴³.

Esta situación quedó reflejada en una carta que el 10 de agosto de 1961 escribió Giussani desde el Passo di Costalunga al que había sido compañero suyo de seminario, Enrico Manfredini, que era ya delegado arzobispal para la Acción Católica milanesa: «O hay una voluntad seria de crear algo verdaderamente nuevo a lo que puedan adherirse todos sin verse obligados a contradecir la educación fundamental de la que provienen, o es mejor dejar a los universitarios que se adhieran libremente a lo que sientan como más adecuado para ellos»⁴⁴. Y pocos días después, el 17 de agosto, el presidente de la GIAC, Antoniazzi, repetía a Manfredini las preocupaciones de Giussani, convencido de que «hay que hacer algo nuevo entre los universitarios; y por ello no me siento capaz de comprometer ni a la GIAC ni a mí personalmente en un trabajo que reproduzca en la práctica la norma seguida hasta ahora y que incluso ciertos dirigentes de la FUCI (especialmente Bassanini⁴⁵), reconocen ya como totalmente insuficiente». Antoniazzi deseaba que «esta persistente resistencia de la FUCI a una abierta colaboración con los demás movimientos católicos en el ámbito universitario no debilite la voluntad de muchos que ya están dispuestos a implicarse y a sacrificarse con seriedad»⁴⁶. Camisasca observa que justamente por ese motivo el año siguiente «GS retiró sustancialmente su adhesión a los grupos de facultad»⁴⁷.

Huellas de experiencia cristiana

Preocupado por profundizar en las líneas metodológicas de un movimiento que estaba asumiendo dimensiones numéricas cada vez más relevantes, hacia fines de 1960 Giussani publicaba *Tracce d’esperienza cristiana* (ed. esp.: *Huellas de experiencia cristiana*, Encuentro, Madrid 1978-2006⁵). El ‘librito rojo’ —como lo llamaron los *giesinos* por el color de su cubierta— fue editado por la Presidencia Diocesana de la Gioventù Italiana di Azione Cattolica (GIAC) y de Gioventù Studentesca, y también esta vez el *nihil obstat* eclesiástico (el 29 de agosto de 1960) estaba firmado por monseñor Figini. Lo recuerda Carlo Colombo: «Le di a leer a monseñor Figini el manuscrito de *Tracce [d’esperienza cristiana]*. Figini dijo que teológicamente era correcto, y don Giussani procedió»⁴⁸.

El libro comienza con estas palabras: «Después de una larga convivencia con Jesús, después del desastre del calvario y del misterio de la Pascua, los apóstoles todavía habían comprendido muy poco sobre Él. En efecto, aún le preguntan que cuándo

establecería el reino de Israel, tal y como lo entendían todos entonces, un reino de supremacía terrena y política; ¡y faltaban pocas horas para su ascensión a los cielos! Si aún no le habían entendido, ¿por qué le seguían? Pues había entre ellos personas que habían dejado mujer, hijos, casa, barcas y redes, oficios, negocios. ¿Por qué le seguían? Porque Cristo se había convertido en su centro afectivo». ¿Cómo ocurrió eso? Cristo era «*el único* en cuyas palabras se sentía comprendida toda su experiencia, sus necesidades se veían tomadas en serio y sacadas a la luz ahí donde estaban inconscientes y confusas». Este es el mensaje cristiano, según Giussani: Cristo, en efecto, «llega justamente aquí, a mi condición de hombre, de alguien, por tanto, que espera algo porque siente que le falta todo; se ha puesto a mi lado, se ha presentado como respuesta a mi necesidad original». Después indica el camino para encontrar a Cristo: «Debemos ante todo plantearnos seriamente nuestro problema humano», es decir, «abrirnos a nosotros mismos», y por consiguiente «darnos cuenta vivamente de nuestras experiencias, mirar con simpatía lo humano que hay en nosotros. Debemos tomar en consideración lo que somos verdaderamente. Considerar significa tomar en serio lo que sentimos, *todo*, descubrir *todos* sus aspectos, buscar *todo* su significado»⁴⁹.

La preocupación por identificar el camino para vivir el cristianismo se reflejó de nuevo en una serie de artículos que publicó Giussani entre 1960 y 1964, coincidiendo con el desarrollo de GS⁵⁰. Por ejemplo, en marzo de 1960 la revista *Fede e civiltà* publicaba una intervención suya titulada «Cristianismo abierto» en la que Giussani aclaraba que el reclamo cristiano debía consistir «lo más neta, clara y decididamente posible, en las dimensiones últimas. Pío XII dijo que las perspectivas universales de la Iglesia son las orientaciones normales del cristiano». Ahora bien, ¿cuáles «son los horizontes en los que debe confluir todo»? Son «el Cristo total y la Iglesia, que es la prolongación del Cristo total en sus perspectivas universales». Estos horizontes están siempre presentes en el cristiano «incluso cuando se equivoca, cuando no consigue mantenerse en la pureza. Más aún, precisamente al recordar estos horizontes, al comprender estos horizontes, el joven podrá conseguir resolver todos sus problemas. Si para limpiar un curso de agua lleno de residuos adoptamos el sistema de sacar esos residuos uno a uno, de sacar las pajas una a una, nos dará una tortícolis, nos dará lumbalgia, además de no conseguir acabar nunca. En cambio, si dejamos correr el río hacia su desembocadura, si miramos a la desembocadura, veremos cómo los residuos se depositan poco a poco en las orillas»⁵¹.

En Giussani la insistencia en la educación era una constante. En efecto, pocos meses después intervenía en la decimoprimer Semana de espiritualidad (2-7 de mayo de 1960) promovida por la Universidad Católica del Sacro Cuore, con una intervención titulada «Crisis y posibilidades de la juventud estudiantil». Reflexionando sobre su experiencia de profesor, observaba que jamás ha tenido a su disposición el ambiente, entendido como mentalidad y modo de vida, tales «instrumentos como ahora para invadir despóticamente las conciencias. [...] El educador, o bien el ‘deseducador’ soberano, es el ambiente, con todas sus formas expresivas». Luego indicaba lo que él había experimentado como una grave carencia de la enseñanza moderna: «Al joven no se le ayuda suficientemente a comprobar en su experiencia la correspondencia que hay entre

lo real y su conciencia, entre la realidad y él mismo; al joven no se le ayuda suficientemente a tener experiencia de la verdad ('Adequatio rei et intellectus')». Para Giussani la enseñanza no se preocupaba de ofrecer ayuda para descubrir una «hipótesis explicativa unitaria. El carácter predominantemente analítico de los programas deja solo al estudiante frente a una heterogeneidad de cosas y de soluciones contradictorias que le producen, en la medida de su sensibilidad, desconcierto y abatimiento a causa de la incertidumbre». Recordaba la afirmación de un estudiante durante un radio: «Nos hacen estudiar una infinidad de cosas y no nos ayudan en absoluto a comprender el sentido que tienen esas cosas. ¿Por qué nos las hacen estudiar?». Giussani se movía a partir del deseo de que fuera el joven quien experimentase el valor universal que tenía la propuesta que recibía; esto representaba para él «el riesgo y el coraje de la libertad»⁵² que el profesor tenía que cultivar sin temor.

Al final del curso dio una conferencia, «De la esperanza a la plenitud del gozo», en el XV Congreso juvenil para universitarios, organizado por Pro Civitate Christiana de Asís (27-31 de diciembre de 1960), que tenía como lema: «La Iglesia de Cristo ¿está ya superada?»⁵³. Don Giovanni Rossi, fundador de Pro Civitate Christiana, escribía en *Rocca*, la revista que dirigía: «Esperadísima fue la lección del prof. Giussani, un alma volcánica de sacerdote milanés, colmado de ideas y de sentimientos. [...] Lo del prof. Giussani fue, más que una lección, una especie de *summa teológica* de la esperanza»⁵⁴. Giussani era de algún modo deudor de Rossi por el nacimiento del *Studium Christi* en los años de Venegono (ver aquí pp. 101 y ss). Y aquella conferencia era para él un gesto de gratitud. Habló del hombre como «impulso irrefrenable hacia la realización de sí mismo»; y citando a Foscolo —una «fuerza laboriosa nos mueve paso a paso»— y a Leopardi —«un punzón casi nos hiere»—, identificó en el deseo el impulso original contenido en cada gesto humano. Pero añadía que «si la vida empieza continuamente con la promesa del deseo, su desarrollo está extrañamente lleno de objeciones [...]. El dolor y la muerte resumen estas contradicciones extrañas y tremendas de la vida. 'Es duro sufrir y no saber por qué', dice Claudel en *La Anunciación a María*». Para esto surgió el cristianismo: «Un acontecimiento, un hecho nuevo cambia profundamente los términos del problema. Dios se ha insertado personalmente en esta dramática situación del hombre; se ha insertado por medio de Cristo» ¿Y cuál es el primer resultado de esta entrada de Dios en la historia? Ante todo, «Cristo revela la amplitud insospechada del destino humano»⁵⁵. Este, concluía Giussani, es el origen de la esperanza cristiana que libera.

«Educar es un acto de amor hacia el ser humano»

La atención de Giussani estaba constantemente centrada en los problemas de la educación y del método subsiguiente: al final de enero de 1961 habló de ello a los seminaristas javerianos que estudiaban teología en Parma. Durante la conferencia sacó de su cartera el semanario *Epoca*, y fue a la columna de Ricciardetto (seudónimo de Augusto Guerriero), al que un señor, gravemente enfermo de tuberculosis, le escribía:

«El mal progresa, y yo siento que me está arrastrando hacia el final. De día me distraigo, tratando de vivir intensamente. Pero de noche no consigo dormir, y el pensamiento de que dentro de poco ya no estaré, me produce un sudor frío. A veces me parece enloquecer. Si tuviera el consuelo de la fe, podría refugiarme en ella y, con ella, encontraría la necesaria resignación. Pero, por desgracia, he perdido la fe hace tiempo. [...] Me he quedado, en definitiva, desnudo e inerme... y por esto me dirijo a usted. Admiro su serenidad... estoy seguro de que una carta suya me resultaría de gran alivio y me haría más fuerte». Ricciardetto le responde: «Dígame: ¿qué puedo hacer por usted? ¿Escribirle una carta? ¿Y para qué puede servirle una carta mía? Yo solo escribo de política, ¿y para qué le serviría que le escribiese de política? A usted habría que hablarle de otras cosas, y yo no escribo nunca de esas otras cosas, más aún, no pienso en ellas, y, precisamente para no pensar en ellas escribo de política y de negocios, lo que, en el fondo, no me importa nada. Así logro olvidarme de mí mismo y de mi miseria. Y este es el problema: encontrar el modo de olvidarnos de nosotros mismos y de nuestra miseria».

Giussani partió de ese episodio para decir que estos son «los que guían y educan la conciencia del pueblo»; Ricciardetto «podría fotografiarse en un grupo con la mayoría de nuestros profesores de universidad, con la mayoría de los excelentes columnistas que se pelean con la censura en nombre de la libertad y con la mayoría de nuestros políticos: gente que vive, que se agita por una esperanza, ya que, en caso contrario, psicológicamente no podría moverse. Pero gente que no tiene el fundamento, que no conoce la razón de esta esperanza». Por el contrario, educar quiere decir «hacer que florezca la humanidad que nace en otro ser. Educar, por consiguiente, es un acto de amor hacia el ser humano»⁵⁶.

En 1961 participó en el congreso «Universitarios y testimonio cristiano», que organizó la FUCI en Ivrea del 3 al 6 de abril. Entre otros, intervenían monseñor Carlo Colombo y don Franco Costa⁵⁷, junto al profesor Lazzati⁵⁸. Giussani habló del cristianismo como anuncio de salvación y de la Iglesia como instrumento de la salvación, añadiendo que «no es mi capacidad lo que me salva. No es una *élite* lo que como tal salva al mundo, sino un don que se ofrece a todos». Precisó, además, que el anuncio cristiano debía hacerse a todo el mundo, cualquiera que fuese la condición de tiempo y espacio en que se encontrase la gente, y cualquiera que fuese su condición moral, porque «en cualquier condición puede encontrar el hombre la gracia de la conversión. El cristianismo es ante todo anuncio; la *metanoia* [cambio, *nda*] viene después». Y sugería con realismo «mirar las posibilidades mínimas que tiene cada uno, y no imponer *onera graviora*» (deberes más pesados) y para esto ser «esenciales y elementales en el anuncio». El contenido y la finalidad de la propuesta cristiana es, en efecto, «reclamar al hombre a su destino»⁵⁹.

En una Escuela de responsables de 1962, Giussani manifestaba su preocupación por que toda la riqueza de iniciativas y de instrumentos de los que se había ido dotando y enriqueciendo poco a poco GS sirviera a la persona, para ayudarla a crecer en su vida y en su autoconciencia. Así es como señalaba el riesgo de reducir GS a discurso o a organización: «Se puede llegar a ser muy fieles en el uso de un método como fórmula, y repetirlo, aceptarlo, sin que ese método llegue a inspirar un desarrollo: el método que no

desarrolla una vida es un método sepulcral, es petrificación», y por eso los cargos responsables piensan en su responsabilidad como «extrínseca» y no como «método de vida para ellos mismos, ante todo. Así se convierte en desgaste y peso». Un signo claro de esto es cuando «el cargo se realiza en detrimento del deber. Si es expresión de una vida vivida, no puede ser así. Y si ocurre esto, es un signo del mecanicismo, de la exterioridad, de la inadecuación con la que vivís el planteamiento de vuestro cargo».

Esta fue una preocupación constante de Giussani desde los años en que GS se afianzó en Milán y en muchos otros lugares de Italia, y todo parecía marchar muy bien: iniciativas, congresos públicos, publicaciones, etc. Ya en 1962 él percibía —y no dejó de manifestarlo— que «es como si se hubiera fosilizado la experiencia original que nos hizo adherirnos, como si se hubiera cristalizado». ¿Qué podía desbloquearla? «En los orígenes algo actuó para vosotros, en vosotros, sobre vosotros; fue una reacción de sencillez a este don lo que os trajo con nosotros. Pero esta gracia del inicio cambia, ya no tiene la intensidad del inicio. Es como si escucharas recitar bien una bellísima poesía y luego quisieras aprenderla tú; al deshacerse su unidad originaria, el esfuerzo que haces para recordarla es muy distinto de la fascinación que tenía la poesía que escuchaste entonces: implica un trabajo». Para Giussani se trataba de verificar «que el valor sea adecuado para tu momento existencial, para lo que tú eres como hombre; no podéis olvidar vuestra carne y vuestros huesos, porque estáis encarnados».

Giussani advertía de que el efecto del formalismo con el que se podía vivir GS es «el estancamiento de la novedad». Por el contrario, «la capacidad de cambiar es una libertad de espíritu», mientras que «somos muy limitados a la hora de encontrar una correspondencia siempre nueva: las cosas no se están quietas ni un instante». En efecto, «la novedad se enriquece con los que vienen por primera vez, con los que no tienen nuestras ideas»; su llegada «nos obliga a una meditación nueva, incluso de lo que hay ya en nosotros, para plantear las cosas para ellos. En cambio [...] lo planteamos todo como si todos estuvieran ya con nosotros (es decir, con nuestras ideas), olvidándonos de ellos». Y de nuevo: «Nuestro método necesita de hombres auténticos, comprometidos con nuestra humanidad, y este es nuestro defecto». Y concluía con una invitación: «Meteos dentro de la experiencia con la hipótesis de G.S.: Dios se ha encarnado: tenía ojos, huesos, músculos...»⁶⁰.

La Semana Santa en Varigotti

Un testimonio de la intensa vida que transcurría en torno a Giussani y a GS nos lo ofrece el entonces párroco de Varese, monseñor Francesco Rossi. El 26 de septiembre de 1962 enviaba un informe al cardenal Montini después de haber ido a Varigotti y de haber celebrado misa ante quinientos *giesinos*, durante la tradicional Semana de estudiantes guiada por Giussani, «el alma del movimiento». El sacerdote informaba al arzobispo de que su impresión «ha sido verdaderamente buena por la seriedad espontánea del comportamiento, con chicos y chicas presentes (estas en porcentaje menor), y sobre todo por el compromiso en el estudio de los problemas que espiritual, religiosa y

culturalmente interesan hoy a los jóvenes». El sacerdote añadía que «se percibía una organización respetuosa, bien articulada, dirigida por buenos estudiantes colaboradores de Giussani, incluso universitarios, con doce sacerdotes. Una piedad litúrgica exquisita, vivida por este conjunto de 500 jóvenes, que constituyen una comunidad, una verdadera comunidad cristiana, como si tuvieran la misma proveniencia. Un segundo turno, también de cerca de quinientos estudiantes, todos de Milán, espera estos días el mismo programa, siempre en Varigotti». Informaba, además, de que los jóvenes provenían de toda Lombardía y del resto de Italia (desde Bolonia a Reggio Calabria, desde Cesena a Roma, desde Forlì a Verona, desde Ancona a Florencia y Nicastro). Al término de aquella semana, el 29 de septiembre de 1962 Giussani le enviaba un telegrama a Montini: «Desde Varigotti mil estudiantes Milán diócesis agradecen con entusiasmo y clara conciencia su gran responsabilidad»⁶¹.

Las fotos que muestran a Giussani con sus primeros chicos en Varigotti, durante el radio en la torre o cuando subían hacia la antigua iglesia de San Lorenzo, que cae a plomo sobre el mar, son de las más evocadoras de los comienzos del movimiento.

Varigotti no era solamente la meta de la Semana de los estudiantes, sino que lo era también de un gesto destinado a acompañar toda la historia del movimiento, bastante más allá del límite geográfico de la pequeña ciudad ligure: la Semana Santa, que cada año, a partir del final de los años cincuenta, reunía a centenares de estudiantes de bachillerato que revivían los misterios de la pasión, muerte y resurrección de Cristo bajo la guía de Giussani.

La casa de la señora Libera, de Varigotti, está situada justamente al comienzo de la callecita que conduce a la iglesia de San Lorenzo, donde se celebraba la misa del Jueves Santo. Cada año, puntualmente, veía desfilar a aquellos jóvenes por debajo de su ventana: «Tengo un recuerdo preciso, como una imagen fotográfica impresa en los ojos y en el corazón. Veo a aquellos chicos que se encaminan hacia San Lorenzo. [...] Cuando volvían había un silencio absoluto. Esos jóvenes parecían como llenos... de significado. A mí me parecían transformados». ¿Y Giussani? «Veo todavía a aquel ‘joven’ ir de un lado para otro, dando órdenes a este y aquel, [...] a cada uno tenía algo que decirle. Tenía azogue en el cuerpo. [...] No consigo olvidar la mirada que tenía hacia sus chicos»⁶².

Entre los testigos de aquel gesto están Serenella Carmo y Giorgio Feliciani (más tarde marido y mujer).

La Semana Santa constituía en la vida de GS, junto con la Semana de los estudiantes de septiembre, uno de los dos eventos que estructuraban el año (además de los Ejercicios espirituales, que se celebraban de forma separada para chicos y chicas). «Su planteamiento nació directamente del genio y del carisma de don Giussani», observa Feliciani, «como reinterpretación de la devoción y de los ritos tradicionales desde una experiencia comunitaria de belleza y de verdad hecha de escucha y de silencio, de lecturas y de cantos, de obediencia a las reglas de la compañía y de gestos exigentes incluso físicamente».

Serenella Carmo recuerda: «Salíamos en tren de Milán, un tren especial que paraba en la pequeña estación de Varigotti. El número de jóvenes podía ser, desde que yo fui, en

1961, alrededor de 450, como máximo 500, porque en el salón no cabían más. En 1961 las cosas se desarrollaban ya conforme a un modelo consolidado, con un gran trabajo de secretaría, porque don Giussani había creado una Semana Santa muy original en sus formas». Muchos de aquellos jóvenes no habían participado nunca en los ritos tradicionales, de modo que «todo era propuesto de tal manera que implicara a las personas en el acontecimiento de la Pasión, y punto».

Nada más bajar del tren, se formaban los grupos destinados a los hoteles: «Giussani seguía hasta tal punto la preparación que, ya en el tren, disponía personalmente la organización de las habitaciones», subraya Serenella Carmo.

El miércoles por la noche se congregaban todos en el ‘salón’, que en realidad era la antigua iglesia de una cofradía que por aquel entonces estaba vacía, en la Vía Aurelia, justo delante del mar, para la introducción al gesto. «En la lección del Jueves Santo don Giussani proponía una identificación con los hechos de la Pasión a partir de las profecías del Antiguo Testamento, ayudando con la gigantografía de una obra de arte (*Los discípulos corriendo al sepulcro*, de Burnand, y otras), con un cuadernillo de textos para meditar (siempre estaba Péguy), y con intervenciones del coro (además de las laudas medievales, muchos de nosotros descubrimos a Victoria). La gran genialidad de don Gius se veía en esta implicación global, en el silencio y en la belleza. A esto contribuía el esplendor del mar con el sol de primavera, y los senderos perfumados con la típica vegetación mediterránea, por los que nos encaminábamos ya por la tarde a la pequeña iglesia de San Lorenzo para la misa *In coena Domini*», subraya Serenella, que no obstante precisa: «No había esteticismo alguno, porque todo lo dominaba la dramaticidad de la persona de Cristo. Durante la misa varios lectores leían la Pasión, conforme al uso ambrosiano».

El viernes por la mañana tenía lugar la segunda lección. Poco antes de las tres de la tarde los jóvenes se dirigían en silencio y en fila india hacia San Lorenzo, desde donde salía el Vía Crucis, que duraba al menos tres horas. Caminábamos detrás de la cruz, que llevaban por turnos los chicos, por en medio del bosque y de las rocas, hasta el faro. Desde allí recorría todo el camino de las Manie hasta Isasco, y luego descendía por la otra punta de Varigotti. Durante el camino, el esplendor de la naturaleza acompañaba a la dramaticidad del relato, en una unidad profunda y todavía más sugerente. Serenella Carmo añade algunos detalles: «Había algunas paradas en las que Giussani proponía una breve meditación. La misma expresión de su rostro era tan seria, tan concentrada, como la veíamos normalmente en la iglesia. Era un gesto duro, dramático, que te arrastraba muchísimo. Al Gius le interesaba tanto aquel gesto, que cuando ocurría que amenazaba mal tiempo, nos hacía rezar a san José, y en todo caso nunca sucedió que no se celebrara el Vía Crucis».

La Semana Santa de GS concluía la mañana del Sábado Santo, siempre en San Lorenzo, con una paraliturgia de la resurrección, con el canto en latín del *Exultet* ejecutado por un solista. «El recuerdo más sugerente para mí de aquellas semanas era el canto del *Exultet*, con la voz de don Giovanni Padovani. Que Dios le recompense por ello», dice Feliciani. Después la asamblea entonaba *O fili et filiae*, que recuerda a las

santas mujeres en el sepulcro, y al final *Cristo risusciti in tutti i cuori*. Serenella Carmo recuerda que después de terminar «volvíamos a los hoteles y luego nos marchábamos, en un clima en el que el recogimiento se mezclaba con la alegría. El Gius conocía bien aquellos senderos solitarios, los lugares de la torre y de San Lorenzo, desde que pasó un periodo en Varigotti inmediatamente después de ordenarse sacerdote, y nos implicaba a nosotros, jóvenes, en su experiencia de la belleza». Y Giorgio Feliciani añade: «No era otra cosa que su forma de vivir la Semana Santa junto a quienes le seguían. Lo vi en 1959, cuando participé en ella por primera vez, y después siempre en los años siguientes. Los actuales triduos pascuales de los universitarios de CL no son otra cosa que el desarrollo del modelo que Giussani había inventado en 1959 y quizá incluso antes».

Feliciani precisa que Giussani fue el inventor y el realizador de aquel gesto «no solo en sus grandes líneas, sino también hasta en los detalles más pequeños: desde las meditaciones a las estaciones del Vía Crucis, desde la elección de las imágenes, de los cantos y de las lecturas, hasta la de los cantores y los lectores». Era proverbial la atención de Giussani por los detalles de cada gesto.

A propósito de esto, vale la pena referir algunos de los avisos que escuchaban los *giesinos* de don Giussani durante aquellas jornadas. El miércoles, por ejemplo, al comienzo de la velada en el salón, recomendaba: «Solicitos aquí y atentos a los demás: una distracción tuya impide a tu compañero sentarse, por ejemplo. Imaginad que uno se sienta ahí y obliga a otro a pasar por encima de él, y este quizá no es un atleta. Atención, porque estas reuniones —además de una mayor convicción religiosa— procuran también una educación en la atención a los demás, una educación en la caridad (porque la caridad está hecha de estas cosas). En segundo lugar, atención al responsable de hotel, precisión en el horario, ninguna iniciativa particular sin advertirlo al responsable de hotel; en tercer lugar, la salud (si hay algo que no va bien, decirlo enseguida), y en particular atención a taparse bien por la noche. Y si hay algo más me lo decís... Ah, la carretera: no os olvidéis de caminar por la acera; si esta se estrecha, tenéis que ir de uno en uno y no cruzar más que por los pasos de cebra».

El viernes, además, después de la lección de la mañana y del canto *De la cruel muerte del Cristo*, Giussani daba indicaciones para el resto del día: «Ahora, pues, volved a vuestros hoteles. Que el responsable de hotel procure entre las doce menos cuarto y las doce hacer una reunión para los que quieran. Os ruego además, amigos, que no os distraigáis y no os disipéis, porque es el día más serio de todo el año, el día en que más nos reencontramos con nosotros mismos de todo el año. Por eso, también después de comer, cosa que haréis en todos los hoteles a las doce y media, yo os rogaría que permanecierais recogidos, por ejemplo yendo a descansar: id a descansar, porque así estaréis más frescos de espíritu para el Vía Crucis, que empezaremos hoy por la tarde a las tres menos cuarto. Para ello nos reuniremos de nuevo entre las dos y media y las tres menos cuarto en la plaza que hay delante de la casa del párroco y desde allí saldremos. Ruego a los que, por cualquier motivo, no sean capaces, o no tengan suficientes fuerzas (o no se sientan bien) para hacer las tres horas y media o cuatro del Vía Crucis por los montes, que tengan la humildad de aceptar esto como una cruz, quizá incluso mejor que

la que llevaremos nosotros andando, y que den su nombre al responsable de hotel. Os ruego que estéis recogidos después de comer: no andéis por ahí, por ejemplo, y si podéis, descansad, porque así estaremos más frescos y vuestra frescura redundará en bien para los demás»⁶³.

Los padres de los giesinos

A pesar de los resultados positivos entre los jóvenes, Giussani tenía que soportar las quejas de algunos padres, porque sus hijos «antes estaban siempre en casa y desde que me habían conocido empezaban a salir fuera de casa»⁶⁴.

El 1 de septiembre de 1961 una carta firmada por «un grupo de madres» pidió al cardenal Montini que «en la próxima temporada no se produzca el hecho de que chicas de 14, 15 o 16 años que forman parte de Gioventù Studentesca, sean enviadas los domingos por la tarde a los campos de la ‘Bassa’ para cuidar y asistir a los niños de aquellos caseríos. Se da el caso de que todos los domingos esas chicas, solas o acompañadas por sus coetáneos, están fuera de casa entre las 13.00 y las 19.00 o 20.00 horas. Por mucho que la finalidad sea más que loable, nos parece que para esta forma de propaganda son más adecuadas chicas más maduras y sobre todo mayores. [...] Don Giussani, que organiza con mucha desenvoltura estas expediciones, ¿no se da cuenta de los peligros que comportan? [...] Estamos seguras de que con la palabra autorizada de V.E. no dejará de recordar la realidad de las cosas a estos organizadores tan emprendedores»⁶⁵.

Y en una carta del 25 de noviembre de 1962 dirigida a Giussani, con copia a Montini, una madre se quejaba de que «aunque antes consideraba que haber permitido a mis hijos pequeños frecuentar GS había sido una ayuda para su educación, ahora me doy cuenta de que, por el contrario, ellos se alejan cada día más de la familia para dedicarse a tareas o estudios que no tienen nada que ver con la vida práctica y cotidiana. [...] ¿No sería mejor que en lugar de tener a los jóvenes ocupados todos los domingos por la mañana, estos se quedaran en casa y así fueran quizás a misa con sus padres y sus hermanos? ¿No sería mejor que ayudaran algo en las tareas de la casa (de manera particular las chicas) [...]? Sus teorías podrán ser buenas, pero el modo en que las explica hace pensar más en una forma de propaganda política que en una educación cristiana. [...] Es ante todo un deber inculcar en ellos el respeto por la familia, que es la primera comunidad querida por Dios. Dicho esto, intente dar a GS una orientación más humana, que la vida no está hecha solamente de contemplación, y si hoy las familias pagan con grandes sacrificios los estudios de sus hijos y les permiten participar en GS, no es justo que precisamente GS les distancie de su afecto»⁶⁶.

A las madres que le interpelaban con estos argumentos, Giussani les explicaba: «Querida señora, vea usted, imagínese que tiene a su niño de siete años atado con una cuerda de un metro de largo. Si a los diecisiete años su niño está todavía cerca de usted con un metro de cuerda, quiere decir que es un mojigato. Si es un ser vivo, romperá la cuerda y se irá. Por eso conviene que usted también, señora, ¡suelte cuerda! En lugar de

un metro, deje siete metros, así ‘mantendrá’ a su hijo de diecisiete años, todavía lo tendrá, pero él será más libre, porque a los diecisiete ya no es como cuando tenía siete años»⁶⁷.

Esta fue una de las respuestas de Giussani. Como cuando se presentó en la sede de la vía Statuto la madre de Bernareggi: «Entró, se sentó —yo no la había visto nunca, excepto en el colegio, cuando venía a preguntar cómo iban sus hijos en la clase de Religión— y me dijo: ‘Mire, he venido ahora porque si hubiera venido antes quién sabe lo que le habría dicho. Porque mis hijos, especialmente mi Pigi [que era su predilecto] antes venía detrás de mí’», pero desde que había conocido a Giussani y GS estaba desesperada. «Pero ahora he comprendido», le dijo la señora: «Hasta ahora el Pigi venía detrás de mí, ahora soy yo la que debe ir detrás del Pigi». Según Giussani aquella «fue la primera madre que vino a CL (pero entonces se llamaba GS)».

En aquellos tiempos alguna madre le decía a Giussani: «Pero es que mi hija va todos los domingos a la Bassa: en vez de ir allí, ¡podía lavarme los platos en casa los domingos, porque yo estoy cansada!». Y él: «Señora, ¿antes se los lavaba?». «¡No!». «¿Y entonces? Mire, le aseguro que después de un poco de esta ‘cura’ le lavará también los platos en casa. Porque para aprender un deber, para vivir un ideal, hay que tomarlo por su aspecto más fácil, el más seductor, ¿no? Porque su hija no tiene todavía cuarenta y cinco años como usted: su hija tiene quince».

Giussani insistía: Gioventù Studentesca «no convoca a los chicos a conferencias [...], sino a compartir la vida entera. Ante esto, la mayor objeción que plantean los padres es que las actividades de los chicos se centran ahora en GS, que no ven otra cosa que GS como centro de su vida: para ellos esto, y comprendo en qué sentido, constituye una objeción. Les comprendo: es fruto de una cierta amargura, ver que los chavales se alejan de ellos, lo cual, en última instancia, depende de un solo hecho: que ellos, como padres estupendos, muy cristianos, no han sido educados en concebir el cristianismo por lo que es verdaderamente, es decir, como toda una vida en comunidad, una comunión vivida. Los padres que lo entienden, de hecho, se ponen a seguir a sus hijos. Pienso en una madre que tiene ahora un hijo en Brasil; [...] porque ¡todo, todo tiene que ver con nuestro ser cristianos! Si el cristianismo es verdadero, no puede haber un solo interés que quede al margen o que la fe no sea capaz de valorar y de avivar. [...] En resumen, el chaval se ve implicado de lunes a domingo, desde la mañana a la noche y todo sucede sin forzar nada. Nunca hemos dicho ‘haced esto o aquello’, y todos hacen sus oraciones, rezan las Horas (imprimimos en dos años más de 5.000 libros de las Horas). No sucede solo con la oración, sino con todo; también el famoso problema de la convivencia entre chicos y chicas, que no hemos buscado aposta (este es un problema que dejó a los psicólogos y a los moralistas), sino siguiendo el criterio que hemos dicho antes: si están juntos en clase, el cristianismo no sería verdad si no demuestra también que es capaz de *valorar* —esta es la palabra— lo que hay. [...] En este sentido la relación de convivencia se alimenta y sostiene mediante un clima bien preciso»⁶⁸.

Capítulo 10
«Mi vida está constituida por esa llamada»
El Grupo adulto, los antecedentes y los comienzos.
Excursus *histórico*
(1958-1975)

A finales de los años cincuenta dio sus primeros pasos un fenómeno que marcará profundamente la aventura humana y eclesial de Giussani y la historia de todo el movimiento: el nacimiento de lo que a mitad de los años sesenta será el «Grupo adulto», más tarde *Memores Domini*, una asociación eclesial erigida canónicamente por el obispo de Piacenza, Enrico Manfredini, en 1981, y reconocida por la Santa Sede con un decreto de 1988 como asociación eclesial privada universal dotada de personalidad jurídica. Se trata de hombres y mujeres que viven la entrega a Cristo y a la Iglesia practicando los consejos evangélicos (obediencia, pobreza, virginidad), comprometiéndose en la misión y viviendo el trabajo como lugar de la memoria de Cristo, con el objetivo de llevar la fe a la vida de los hombres.

Todo comenzó en la época en que los primeros alumnos de Giussani terminaban sus estudios de bachillerato.

Entre el final de 1957 y el comienzo de 1958, obtenida la reválida de bachillerato en el Berchet, Pier Luigi Bernareggi se interrogaba sobre su propio futuro: de acuerdo con sus padres, no se matriculó en ninguna facultad y se dedicó a conocer la empresa de su padre, un conocido comerciante de aceros especiales, y a atender a GS. Era muy amigo de Eugenia Scabini, de tercero D en el Berchet. «Un día [Eugenia] me habló de un grupito en el que participaba y que se reunía los lunes por la tarde con don Gius con la perspectiva de una consagración total a Dios en la forma de la virginidad. La cosa me sorprendió mucho porque respondía a una exigencia que yo también sentía, de forma confusa, sobre todo entonces que estaba buscando mi vocación. Le pedí que hablara de ello a don Gius, para ver si era posible que también yo pudiera unirme al grupito». La respuesta de Giussani no se hizo esperar: «Me llamó y me explicó de lo que se trataba; desde el lunes siguiente entré en el grupito, el ‘Grupo de los lunes’ como lo llamábamos entonces»¹. Bernareggi se sorprendió de encontrar allí a algunos amigos.

En aquel mismo año, 1958, Giussani escribía un artículo titulado «La vida como vocación» para *Ora et labora*, la revista del monasterio benedictino femenino de la vía Bellotti en Milán: «Dios llama: la luz, la tierra, las cosas todas están, por así decirlo, constituidas por la llamada de esa voz potente que rompe el silencio infinito de la nada.

[...] Dios *me* ha llamado de la nada. Entre miles de millones de seres posibles, Él ha elegido, y me ha llamado a mí. Mi vida está *constituida* por esa llamada. [...] Mi vida es una Voz que me llama. [...] Esta es, pues, la idea-fuerza que anima la concepción cristiana de la vida: *la vida es vocación*»².

Desde los primeros años de enseñanza y de GS, el impacto con la manera en que Giussani hablaba de Cristo —un acontecimiento presente que es la consistencia de toda la realidad— hizo que naciera en muchos el deseo de entregarse totalmente a Cristo. Adriano Rusconi, uno de los primeros implicados en el ‘Grupo de los lunes’, recuerda lo que le decía Giussani al que se dirigía a él: «Por el hecho mismo de que el Señor te la haya puesto en la cabeza, es necesario ayudar a que madure esta hipótesis, porque aunque tú después comprendieras que tu camino es el matrimonio, vivirás el matrimonio de una manera mucho más profunda».

En los primeros momentos las reuniones tenían lugar en casa de Giussani, en el viale Brenta. Pero, puesto que el número de participantes aumentaba continuamente —de hecho, comenzaron a implicarse también jóvenes provenientes de fuera de Milán—, las reuniones se desplazaron a una casa de la vía Martinengo, cerca de la plaza Corvetto, donde las Hermanitas de la Asunción (una congregación religiosa fundada en Francia en el siglo XIX por el padre Pernet, que se dedica a la caridad y a la asistencia a personas con dificultades) ponían a su disposición cada lunes toda la planta baja y la capilla de su convento.

Poco a poco el grupo irá incluyendo a personas ya licenciadas o insertas en el mundo del trabajo. Giussani invitaba a los participantes a la discreción, para evitar que se encontraran por así decirlo ‘etiquetados’ por el resto de la comunidad mientras estaban todavía verificando su vocación.

El ‘Grupo de los lunes’

La estructura de la reunión de los lunes era sencilla: se trataba en esencia de una meditación comunitaria sobre la liturgia con una síntesis final de Giussani. Esta iba precedida por un momento de oración personal en silencio en la capilla y por el rezo comunitario de la Liturgia de las Horas.

Bernareggi cuenta: «El gran tema, considerado una y otra vez en todas sus posibles variaciones y nexos por la genialidad educadora de don Gius, era naturalmente ‘la vocación a la virginidad’. La disponibilidad total a la virginidad se abría de par en par a cualquier posible concreción a su debido tiempo: vida seglar, vida religiosa, vida sacerdotal... toda forma posible [...] era ampliamente descrita, valorada y presentada ante nuestros ojos con claridad».

También los retos, las dificultades, las implicaciones en la vida cotidiana de aquellos jóvenes se ponían encima de la mesa y se juzgaban. «Era un espacio de verdadera libertad», recuerda Bernareggi, «que ayudaba también a personas que luego llegaban a la conclusión de que su camino no era la virginidad consagrada, sino el matrimonio». Algunos amigos y amigas suyos del comienzo, en efecto, escogerán después este último

camino, pero «con una conciencia y una profundidad que no se veía en ningún otro sitio, porque la virginidad cristiana —explicaba don Gius— es un paradigma también para el matrimonio»³. Muchos de aquellos primeros entrarán después en los seminarios y en diversos institutos religiosos como hermanos, monjes y monjas.

Rusconi empezó a frecuentar el ‘Grupo de los lunes’ en 1960, en la vía Martinengo, y recuerda las reuniones como un alternarse de lecciones y asambleas, durante las cuales Giussani explicaba qué significa «vivir la entrega total a Cristo verificándola como hipótesis en todas las circunstancias que uno vive». La característica más importante, dice Rusconi, era «la extrema atención que don Giussani y la madre Ignazia Marguerite Saby —la superiora del convento que albergaba las reuniones— prestaban a tu vocación y a tu libertad, atentos a discernir lo que el Señor quería de ti, sin ningún proyecto preconcebido».

Una atención, una disponibilidad y una libertad a la que todos estamos llamados, ya que, como escribía Giussani en *Huellas de experiencia cristiana*, en 1960, «lo que debo hacer, lo que debo ser, mi vocación, no se me presentan normalmente como una orden precisa, sino más bien como una sugerencia, como una invitación. La vocación, que es el significado de mi vida, se me presenta más como una posibilidad que intuyo que como algo inequívoco e ineluctable. Más aún, esto es más cierto cuanto más fundamental e importante es la tarea a realizar. La conciencia, en su aspecto más puro y sugerente, es la que aconseja más discretamente: se trata de la inspiración. De este modo, mi estatura personal la decido yo al adherirme positivamente a posibilidades delicadísimas»⁴.

Al rememorar aquel comienzo algunas décadas más tarde, Bernareggi reconocía que en aquellos primeros encuentros la imagen de la virginidad emergía «en el contexto de la comunidad cristiana ‘en cuanto tal’, sin ningún otro adjetivo o estructura, y por ello como algo verdaderamente universal, absolutamente libre, como algo que generaba claramente a la comunidad misma: ‘Virgo Mater’». La referencia a la figura de María, en efecto, era constante durante aquellas reuniones con Giussani, que terminaban con el pensamiento dirigido a ella. «Comprometidos como estábamos en la construcción de la Iglesia ambrosiana en el ambiente, descubríamos cada vez más el valor real que tenía nuestra consagración a la virginidad a fin de que esa construcción pudiera existir y resistir»⁵.

El ‘Grupo de los lunes’ —que luego se llamaría «Grupo de la verificación» (es la traducción correcta al español, aunque se utiliza corrientemente el italiano ‘verifica’, *ndt*) — será una constante en toda la historia del movimiento y un elemento esencial del compromiso personal de Giussani, que seguirá atentamente las formas de entrega total y de consagración virginales.

Octubre de 1964 marcó la fecha de comienzo de una experiencia inédita para algunas personas del grupo. Un día fueron a ver a don Giussani y le dijeron: «Nosotros hemos decidido entregarnos definitivamente a Dios, aunque no sabemos todavía bajo qué forma. Así que pedimos vivir la virginidad de manera definitiva tomando como forma el movimiento», recuerda Rusconi, y añade: «Don Giussani nos dijo que no estaba muy convencido, pero aceptó, y para distinguirlo del grupo de la verificación lo llamó ‘Grupo

adulto'. Nos reuníamos los sábados por la tarde».

Giussani confirmará la dinámica de aquel inicio: «El Grupo adulto no lo inventé yo: dos o tres personas lo pensaron, e insistieron para que empezase»⁶. Giulietta Loreti recuerda una conversación en el despacho de Giussani en vía Statuto, la sede de GS: «Se había invitado a aquellas personas que no querían hacerse sacerdotes ni querían meterse monjas; era algo que estaba totalmente por hacer, empezamos sin ninguna idea. Éramos diez»⁷. En enero de 1965 los primeros de lo que se llamará Grupo adulto, y más tarde *Memores Domini*, empezaron a reunirse en la vía Ariosto, y posteriormente en la vía Bagutta⁸.

El mismo Giussani lo recuerda: «La propuesta me admiró pero no me complació inmediatamente. Tanto que, al comienzo, no participé muy apasionadamente en sus encuentros quincenales de oración» y solamente después de dos o tres años «caí en la cuenta con evidencia de que aquella podía ser una provocación para una realización particular, pero significativa, de la experiencia cristiana que habíamos empezado años atrás. [...] Mi incertidumbre, entonces, se manifestaba también en la denominación bastante genérica, 'Grupo adulto', [...] para indicar los núcleos que lentamente se iban multiplicando». Giussani insistía: «No nacía de mí la idea de esta forma de entrega total: obedecí a las circunstancias que contenían una propuesta que me dirigieron a mí los mismos jóvenes». Y añadía que, por lo que se refería a su persona, él «sentía terror por una responsabilidad añadida bastante más seria»⁹.

«Una disponibilidad hasta la virginidad»

Puede ser útil recorrer algunos apuntes de las primerísimas reuniones que tuvo Giussani con las personas que decidieron comenzar este nuevo camino. Se trata de poco más que trazas de un itinerario¹⁰. La primera documentación de una lección suya es del 23 de enero de 1965: Giussani empezaba reconociendo que «el valor de la vida como entrega total a Dios consiste únicamente en la imitación de Cristo». Y precisaba: «Usemos la palabra 'imitación' y no todavía 'amor' porque el amor es un término último, cuyo significado hay que alcanzar, y porque queremos limpiar la palabra 'amor' de todo equívoco y de todo sentimentalismo». Esta imitación, además, se traduce en la existencia vivida como seguimiento de la forma con la que Cristo se encarna, esto es, «el misterio de la comunidad cristiana». Giussani identificaba esta comunidad «con sus puntos dogmáticos, con sus funciones más seguras, con sus expresiones seguramente más completas, con sus gestos cardinales que son los sacramentos. Ellos son como los fundamentos de un discurso continuo que hace la comunidad de la Iglesia y que se conoce con el nombre de liturgia». Sacramentos y liturgia son «el camino para profundizar en nuestro conocimiento de Cristo, de lo que Cristo es para nosotros y de lo que nosotros somos en Cristo».

Giussani enunciaba a continuación los tres puntos principales de la meditación que iba a desarrollar: «1. Problema existencial: la imitación de Cristo como motivo de la entrega

total de la vida a Él. La vocación es la forma con la que el Misterio que nos ha creado nos llama a través de todo lo que somos para seguir a Jesucristo, y si para todos vale la fórmula ‘imitar a Jesucristo’, la vocación de la entrega total a Dios realiza este motivo ‘sine glossa’. 2. Problema cultural: el desarrollo de la conciencia de lo que esto implica tiene como camino, como enseñanza, como lección, la escuela de la vida sacramental y litúrgica de la Iglesia [...]. 3. Problema ético: la impresión psicológica de una vida que imita a Cristo es la pobreza, la desnudez fuera y dentro de sí: es el *exinanivit* [es decir, la definición que da san Pablo (Flp 2,7) de la encarnación de Cristo: se anonadó, se despojó a sí mismo, *nda*]».

El texto termina con una nota bene: «Comprender y sentir estas palabras es el fruto de la obra de Dios en nosotros que empezamos a seguir [...]. Por consiguiente, no se trata de un esfuerzo artificioso por sentir de un modo o superar la repugnancia de otro, que solo sería presunción o impaciencia, se trata solo de mirar de frente estas palabras».

En la reunión del 8 de febrero de 1960 Giussani aclaraba que la imitación de Cristo significa «obediencia»; y el 22 de marzo de 1965 explicaba que la ley de la imitación de Cristo es la caridad, que «comprende qué es la persona en su verdad en la medida en que se sumerge íntimamente en su verdadero origen: su carácter de creatura, el hecho de ser querida, de ser amada por Dios. La persona es objeto de la caridad por el origen que tiene, antes incluso que por ser hombre como nosotros. Precisamente porque es ‘libre’ de las contingencias [...] la caridad es universal». Lo opuesto a esto y el signo de la inexistencia de la caridad, especificaba, «es la ‘selección’ (no la ‘diferencia’), la ‘parcialidad’. [...] Nosotros, como tentación, nos acercamos siempre a la persona reduciéndola, y esta reducción coincide con una voluntad de posesión»; esto sucede al discriminar a las personas «basándonos en nuestro criterio de convivencia» o «basándonos en una correspondencia que no coincide con la obediencia a la realidad y a Dios». Por eso la caridad «tiene como objeto formal el hecho de que la persona es amada por Dios, y como objeto material a la persona en toda su existencia, en toda su forma de ser, en su concreción», lo que impone una atención a las personas «lo más centrada posible en su destino, atenta a su tarea y en su tarea».

El 4 de abril hablaba de una palabra que está conectada con la caridad: la pureza, que es «ese clima, esa atmósfera en la que, en la relación con algo, con el ser, ese algo reluce, está presente tal cual es (y no menos ni más). La pureza es la transparencia de la verdad». En este contexto el peligro mayor está «en disolver el compromiso: frente a Dios como tentación de autonomía; frente al otro y frente a uno mismo con el equívoco del ‘querer’ [...] cuando el querer usa a otro o algo de uno mismo sin integrarlo, es decir, arrancando al otro de su vocación o bien arrancando algo nuestro del contexto en el que lo sitúa nuestra vocación».

El 25 de abril de 1965 hablaba de la humildad, que es «la verdad de la actitud, la verdad del estado de ánimo, del modo en que obramos, en que nos realizamos, en que asumimos el impulso de la motivación y vamos hacia el objeto»; es «conciencia de que hemos sido dados, conciencia de que no consistimos por nosotros mismos, de nuestra nada originaria» y «conciencia de uno mismo como pecador».

El 27 de mayo de 1965 Giussani citaba la frase de la liturgia ambrosiana: *In simplicitate cordis mei laetus obtuli universa* (En la sencillez de mi corazón te he dado todo con alegría) y observaba que precisamente de la sencillez dependía «la influencia creativa sobre el pueblo cristiano». En caso contrario, «todo se vuelve pesado, artificioso, precario, es decir, dependiente del estado de ánimo. La sencillez de corazón es la cosa más fácil de sentir y de comprender. Lo difícil es mantenerla».

El 6 de junio de 1965 reconocía lo que a su modo de ver era ya una evidencia: «Lo que hemos empezado a hacer es algo nuevo, no por pretensión o presunción, sino porque las características del estado de ánimo que lo ha sugerido no encuentran solución en otras estructuras». Y añadía: «En nosotros (esta es nuestra vocación) hay una disponibilidad hasta la virginidad: una infinita posibilidad de gozar de lo que es el otro [...]. Para vivir, para realizarnos, nos basta la realidad tal cual es, las cosas y los hombres tal como son: libres de cualquier cálculo, exceptuando el de su verdadero destino». Y aquí definía uno de los pilares del grupo: «Nuestra vida, nuestra iniciativa, está más inmersa en la comunidad; y precisamente en la acción de vivir la vida común de todos, sin nada que sea necesariamente distinto, es donde se establece con el tiempo la vocación de Dios conforme a su gracia. En este sentido se aclaran las palabras que decíamos al comienzo del año: libertad = vida del bautismo, de la confirmación, de la comunión, de la obediencia a la autoridad. [...] Será Dios quien defina todo: la definitividad es suya y los ritmos no son nuestros. Fuera de esta postura es más fácil el fariseísmo, la solidaridad no pura, el escándalo». Y por este camino, añadía, «llegaremos a una definición que será también formal».

A finales de junio Giussani se vio obligado a suspender durante algunos meses aquel programa de ‘desarrollo’: un viaje a Estados Unidos, en efecto, le mantendría lejos de Milán hasta el comienzo de septiembre de 1965 (ver aquí, p. 386). A su vuelta se reanudaron las reuniones, que continuarán hasta el verano siguiente.

Al analizar uno por uno los encuentros de ese segundo año de vida del Grupo adulto, resulta evidente y prioritaria la preocupación que tenía Giussani por el valor de la fidelidad. El 12 de septiembre de 1965 daba las «orientaciones para el futuro»¹¹, centradas en esencia precisamente en el tema de la fidelidad. El 16 de octubre su exhortación se centró en torno a los temas de la comunión, la autoridad y la oración¹².

El 2 de noviembre subrayaba: «Nuestra fidelidad comienza por la fidelidad de Dios». Recuerda que fidelidad no significa «permanecer apegados a algo que ha sucedido en el pasado» y concluye que la fidelidad implica buscar cuál pueda ser «nuestro servicio»¹³ en el presente. El 20 de noviembre, Giussani habló de la fe, «necesaria como inspiración de la fidelidad al camino en el que nos hemos metido». Y, al definir las obligaciones que imponía el nuevo camino, habló de «fidelidad a la oración, dependencia, comunión». El Grupo adulto tenía una estructura absolutamente elemental: «Aquello por lo que trabajamos es algo que todavía debe acontecer, es objeto de esperanza»¹⁴.

Pero el 14 de mayo de 1966 indicaba un elemento que resultará decisivo para la definición de la imagen del Grupo adulto: «Nuestra vocación es auténtica en la medida en que la vivimos en nuestro obrar, en el trabajo que hacemos. La diferencia de las

vocaciones debe ponerse de manifiesto en la dimensión del trabajo»¹⁵. A propósito de esto es preciosa la respuesta que Giussani daba a quienes le preguntaban el porqué de una realidad como el Grupo adulto, distinta de las tradicionales formas de vida consagrada: «Yo pienso que las realidades asociativas determinadas totalmente por la fe están vivas en la medida en que responden a los ‘signos de los tiempos’, como diría Juan XXIII. Pues bien, es un signo de los tiempos que hoy día Dios y Cristo (y tendencialmente la concepción de la realidad de la Iglesia) no son negados, pero quedan relegados, en el mejor de los casos, a un lado de la vida, fuera de la vida con su trama de necesidades concretas. Es necesario por tanto que se dé testimonio de Cristo dentro de la realidad mundana, en su dinámica cotidiana, en el trabajo». En efecto, para Giussani «el trabajo es el fenómeno que expresa el apego a la vida por parte del hombre». Y justamente las personas del Grupo adulto son las que «viven la memoria del Señor en el trabajo», en un mundo que ha deificado el trabajo, y lo hacen ofreciendo «el testimonio de un gusto más potente, de una alegría indestructible, de un nuevo sentido de la belleza, de una verdadera intensidad afectiva y amorosa»¹⁶.

Prosiguiendo con el elenco de puntos sacados de las reuniones del Grupo adulto, el 18 de junio de 1966 Giussani indicaba los dos valores fundamentales de la vocación tal como habían empezado a delinearse. Ante todo, «la vocación como problema de la relación con Dios. Es la estatura de la propia persona lo que se pone delante de Dios». Observada desde este punto de vista, la vocación «no es el ámbito, no es la pertenencia a este grupo», igual que «no es una forma». Esto hace pensar que dentro del grupo había alguna presión por llegar a identificar formas estables y definidas que dar al mismo grupo. El segundo valor que indicaba Giussani era el de la «virginidad», entendida como «expresión suprema de la libertad»¹⁷.

En el verano de 1966 tuvieron lugar los primeros Ejercicios espirituales del Grupo adulto. Se celebraron en Subiaco, en el Beato Lorenzo, una edificación benedictina con una hospedería que podía albergar a unas treinta personas. El edificio estaba encajado en una pared rocosa que asomaba por encima de la cabeza del que se alojaba allí. El lugar mostraba una pobreza monástica del todo coherente con la estrechez que todavía se podía encontrar en las zonas más pobres del Lazio meridional. El eremitorio estaba compuesto, en efecto por algunas «pequeñas celdas, sin agua y sobre todo sin luz. Para llegar allí», recuerda Giulietta Loreti, «había que subir con la maleta a pie, porque solo había senderos. Giussani iba con su Baygon en el bolsillo, porque era alérgico a todos los bichos. Escuchábamos sus lecciones al aire libre, en torno a una mesa donde también comíamos. Había también una capillita»¹⁸. Hay algunas fotografías que documentan aquellas primeras reuniones bajo el espolón de roca, en las que aparece Giussani sentado a la mesa junto a algunos amigos durante un momento de conversación.

El comienzo de una nueva etapa

Subiaco marcó el comienzo de una nueva etapa en la aventura de Giussani con el Grupo adulto, como recordará él mismo: «Después hubo una tercera época que empezó

una tarde en Subiaco cuando dijimos: ‘O nos ponemos delante de Dios’...»¹⁹.

En aquellos primeros Ejercicios espirituales, en efecto, habló de la vocación en estos términos: «Relación entre mi persona y Dios. [...] Cualquier otro modo de concebir la vocación termina por ser, en mayor o menor medida, una alienación». Y añadía: «La virginidad es la condición del redentor del mundo. Después de la resurrección, Cristo se ha convertido en dueño de la realidad, ha hecho del espacio y del tiempo un instrumento totalmente expresivo (que ha dejado de limitar). Nosotros estamos llamados a una posesión semejante». Después de haber descrito la amistad como «una dimensión constitutiva de la propia personalidad», indicaba los cuatro factores de la realidad del Grupo adulto: «La vida como oración, la vida como comunión, la vida como trabajo, la vida como comunidad», y explicaba que la fisonomía de la entrega total a Dios es «vivir la oración en el trabajo».

Giussani definía también el papel de las personas del Grupo adulto dentro del movimiento: «El que se entrega totalmente a Dios dentro de la comunidad cristiana está llamado a ser el alma, el apoyo, pero no ciertamente en sentido jerárquico o directivo. La vocación, en cuanto tal, no da ningún poder particular que no sea el del carisma». Por eso, el que se entrega totalmente a Dios «vive una actitud de supremo servicio hacia todos, preocupado por garantizar en la comunidad —en este sentido es su alma— la orientación justa de la sensibilidad religiosa. [...] Es el que vive verdaderamente el hecho de que Dios es todo y por consiguiente no necesita nada más». Una figura semejante no es la de un «hombre abstracto, alejado de la realidad», sino, al contrario, es «el hombre radicado en la fecundidad de la existencia y de todas sus relaciones».

Los Ejercicios de Subiaco del verano de 1967 tenían como objetivo «llevar a cabo una revisión crítica de los aspectos de la pertenencia al Grupo adulto que parecen peligrar más». Giussani dijo, como premisa, que la condición más característica de la existencia humana es el dolor. Y subrayó que había dos formas de escapar de esta evidencia: la primera se expresaba en la «superficialidad del olvido. Es un abandonarse al tiempo que vuelve árida la conciencia». La segunda se escondía detrás de «la esperanza del trabajo. El hombre puede llegar a esperar que la redención del mal y del dolor venga de su actividad». Advertía que para los presentes era, quizá, más fácil caer en esta actitud que en la primera: «Porque es una tentación que surge precisamente cuando existe un serio compromiso con la existencia. [...] Esta confianza en el trabajo propio comporta el extravío del sentido de lo humano; puede que llevemos adelante un razonamiento sociológico, pero perdemos el verdadero sentido de la situación personal».

El 2 de diciembre de 1967 Giussani se daba cuenta de que en el Grupo adulto seguía dándose una dificultad: «Lo repito: la primera cosa fundamental es ponerse delante de Dios». E insistía: «El primer factor no es la estructura, [...] el primer factor es una decisión religiosa radical. [...] Este es el punto fundamental, que nunca queda resuelto hasta que uno muere; a este nivel cualquier vida, en cualquier momento, está siempre en el punto de partida». Por eso «esta aproximación inevitable en la decisión acerca de nuestro camino es otro modo, si no el más agudo, con el que Dios nos hace comprender que el ideal es solo Él. Una se casa con este o con aquel, otra se mete monja, otro se

queda como seglar en el mundo por amor a Dios, por Dios; no por una forma determinada». Continuamente movido por una preocupación educativa, Giussani sugería un test que cada miembro del Grupo adulto podía hacer para verificar su propia postura personal: «Qué difícil es rezar no porque estemos juntos, porque está el grupo, sino rezar porque está Dios; parece algo extraño, y sin embargo es muy cierto que no es verdad que recemos porque está Dios, rezamos porque está el grupo». Y para hacerse entender contaba de sí mismo en aquellos meses: «Nunca he bendecido tanto a la santa madre Iglesia como en estos últimos tiempos, cuando [...] me pongo todos los días a rezar el breviario; cuando llego, a veces es medianoche, tengo todavía que rezarlo y estoy muy cansado, y sin embargo comprendo cuánto tengo que bendecirla porque, quizá en media hora, en esos pocos minutos, la conciencia se exalta, se retoma el hilo y la autenticidad vuelve a aflorar»²⁰.

En la primera parte de 1968 se veía a don Giussani concentrado en algunas preocupaciones de fondo con respecto a la naturaleza del Grupo adulto (y esto hay que ponerlo en paralelo con la situación del movimiento en su conjunto, que estaba atravesando una crisis profunda en el marco de la contestación juvenil, acompañada por numerosos abandonos, como se verá más adelante). Su búsqueda se centró sobre todo en torno a la palabra «comunión», propuesta de nuevo por Giussani en su valor fundamental. Como explicaba el 20 de enero de 1968: el estar unidos «tiene su razón de ser en un motivo, un factor que precede a cualquier momento nuestro. [...] El motivo concluyente es algo que nos precede y es la voluntad de Dios, que ha hecho que nos uniésemos». Dijo que había pensado esto durante la semana, mientras daba clase a los estudiantes del segundo curso de Ciencias políticas de la Universidad Católica: «Al tener en cuenta ciertos pasajes del Antiguo Testamento y analizar un poco la postura que reflejan los Hechos de los apóstoles y san Pablo, resultaba verdaderamente impresionante que la comunidad de la Iglesia, la primitiva comunidad, tenía una conciencia totalmente transparente de que era Dios quien les había elegido, quien les había aferrado. [...] Es el misterio de la Iglesia lo que llega hasta mí y me agarra, y como a la vez que a mí también le aferra a él, estoy por fuerza con él». Aquí se manifiesta con claridad la razón profunda del estar unidos: «Por consiguiente, esta unidad entre él y yo es una unidad ontológica, es una unidad de ser, no determinada por nuestro pensamiento o por nuestra acción, por una empresa nuestra, sino que es una unidad que nos precede y que se manifiesta ante nosotros»²¹.

El camino que estaba recorriendo el Grupo adulto, repetidamente valorado por Giussani como positivo aunque todavía en sus inicios, llevó al umbral de un paso importante, que se producirá durante los Ejercicios estivales de 1968, en Subiaco (ver aquí, pp. 430ss).

En el otoño de 1968 nacía la primera «casa» del Grupo adulto, en Gudo Gambaredo, un barrio perteneciente al municipio de Buccinasco, en la Bassa milanese, en la zona de las primeras caritativas de los *giesinos*. Los que se establecieron allí daban noticia de ello con una carta del 1 de noviembre de 1968²².

La casa de Gudo era una granja propiedad de la Biblioteca Ambrosiana, restaurada por

Paolo Mangini, quien se estableció allí en diciembre de 1968 con otros tres amigos: Adriano Rusconi, Vincenzo Moretti y Angelo Di Chiano²³.

En un libro publicado por Jaca Book, Marettia Campi describía así el nacimiento de la casa de Gudo: «Antes de restaurarla era una vieja granja destinada a ser demolida»; ahora, en cambio, «la casa está en perfectas condiciones, está habitada por un grupo de jóvenes que ya forman parte del barrio de Gudo Gambaredo. [...] Casi todos tuvieron en común en su primera juventud la participación en comunidades cristianas juveniles existentes en Milán en el ambiente estudiantil, animadas y guiadas por la palabra y la entrega de un sacerdote», Giussani. Los componentes de la comunidad de Gudo «se reúnen junto a otros bajo la guía del sacerdote para reconocer que han sido llamados por Dios a una vocación religiosa destinada a encontrar en comunidades cristianas establecidas en la vida cotidiana su estructura y el significado de su función»²⁴.

Así es como Adriano Rusconi se refiere al comienzo de Gudo: «Cuatro del Grupo adulto decidimos ir a vivir juntos y tratarnos entre nosotros conforme a la regla del Grupo adulto. Se lo pedimos a don Giussani y él consintió», con una sola condición: «Que hubiera también una habitación para él, a fin de que pudiese venir de vez en cuando a ver cómo iban las cosas entre nosotros».

Pensando quizá en la milenaria historia de la zona en la que surge, el 22 de diciembre de 1968 Giussani hablaba en estos términos de la casa de Gudo: «El signo de los tiempos es que la vocación del cristiano es vocación a la inmanencia en el mundo. [...] Es el tiempo del monasterio benedictino, cuando los monjes vivían en medio de los bárbaros y les ayudaban a cultivar las tierras. [...] Si Gudo tiene un significado, es que debe ser inmanente a este mundo»²⁵.

El paso a la madurez de la fe

La fisonomía actual del Grupo adulto tomó cuerpo entre 1970 y 1975, durante los retiros periódicos guiados por Giussani. Los ejercicios estivales de agosto de 1970, en Subiaco, representaron un hito, como dirá el mismo: «Ha terminado una cierta fase de nuestra historia; ahora tenemos que dar un paso. Si no lo hacemos, seremos como los árboles que ya no tienen tierra ni roca donde echar raíces: árboles de mentira, como los de Navidad. Se trata del paso hacia la madurez de la fe, que es una cosa personal. Este paso tiene siempre lugar a través de un cataclismo; en este paso nos sentimos débiles y tendemos a apoyarnos en la comunidad. Pero esto es equívoco pues, de hecho, terminamos por pretender de la comunidad y en consecuencia acabamos quejándonos».

El contenido de este paso consistirá en «fijar los ojos en Cristo, es la memoria del hecho que ha entrado en nuestra existencia»²⁶.

Los ejercicios estivales de agosto de 1971 se celebraron por primera vez en Pianazze, en una casa de la diócesis de Piacenza, gobernada por monseñor Enrico Manfredini, compañero de estudios de Giussani en Venegono, quien tendrá un papel decisivo para el futuro del Grupo adulto.

Aquí Giussani observó: «La salvación no viene de nuestras obras y por consiguiente

no viene de las estructuras que hacemos nosotros, viene de Dios, y es una historia». No obstante, subrayó, «precisamente percibir nuestra incapacidad nos debe empujar a objetivar nuestra buena voluntad, creando y aceptando las estructuras; entonces el Señor toma las estructuras y las convierte en sacramento»²⁷.

A medida que avanzaba la experiencia del Grupo adulto y crecía numéricamente, Giussani especificaba la forma en que se debían vivir los consejos evangélicos —obediencia, pobreza y virginidad— y la regla de las casas. He aquí algunos ejemplos.

La centralidad del Ángelus: «Yo pido que en cada casa y cada individuo, sea cual sea la forma de la casa, se establezca como obligatorio el rezo del Ángelus al mediodía —para quien esté—, pero también por la mañana cuando nos levantamos, por ejemplo antes de Laudes; si la casa tiene una cierta estabilidad —aunque ahora en las ciudades no se escuche ya el Ángelus— también a la hora en que el día declina»²⁸.

El valor del silencio: «En las casas falta clima de silencio. El silencio no es callar con los labios, sino callar con los labios de tal manera que emerja ante la memoria el contenido profundo de la vida que es Cristo. Sin este silencio, que es de la persona, no se puede sostener el camino de la virginidad». Por esto ofrecía dos indicaciones operativas, como factores-límite: «Gobierno de sí en el tono con el que se habla en casa; debe ser como para el canto, un hablar lleno de memoria; atención a no invitar sin criterio a casa». En segundo lugar, hablaba del afecto: «La afectividad indica la integridad de la vida; [...] vivir una cosa con afecto quiere decir vivirla sin separación del resto de nuestra personalidad. El centro y la fuente de la afectividad es Cristo. [...] Precisamente porque Cristo no está todavía en el centro del afecto, se tiende a construir una esfera de afecto paralela». En cambio, el síntoma de que Cristo está en el centro es «la libertad en el afecto», que Giussani explica así: «Aunque ya no estuviera una persona, aunque no estuviera ya este o ese otro, yo estoy perfectamente igual, libre, a gusto, me mantengo derecho, en pie, nada me será quitado. Esto no es identificar la relación con la indiferencia, sino reconocer que lo único necesario es Cristo y, teniendo a Cristo, esto ya no lo pierdo, ya no pierdo nada»²⁹.

La naturaleza que tienen los miembros del Grupo adulto de ser laicos en el mundo es «lo que más corre el riesgo de ser considerado de manera superficial, mientras que es lo más difícil de vivir porque es lo menos protegido»³⁰. Giussani consideró también el tema de los ‘votos’, respondiendo quizá a algunos interrogantes que habrían surgido en torno al estado de vida de las personas del Grupo adulto: «El sacramento de la iniciación cristiana [el bautismo, *nda*] basta por sí solo para establecer una consagración total a Dios. Tanto es así que la idea de la virginidad, que engloba pobreza, obediencia y pureza, es la cumbre única de cualquier vocación cristiana. Por eso el problema es el carácter definitivo que tiene el sacramento, con su capacidad totalizadora de la vida». Giussani era categórico: «El bautismo lo es todo», así que «no queda otra cosa que la especificación de esta vocación en una vocación a ser para todos paradigma del rostro completo, y esto es la vocación a la virginidad. Mientras que los votos se pueden concebir y vivir solos, esta vocación a ser paradigma no se puede vivir en solitario, sino que solamente puede sostenerse como referencia comunitaria. Se necesitan seglares en el

mundo»³¹.

Giussani subrayará continuamente este principio: «A nosotros nos parece que el bautismo y la confirmación pueden ser suficientes para fundamentar una entrega total a Cristo y a la Iglesia; sin tener que recurrir a la característica formal de la vida religiosa que se expresa, justamente, en los votos. Mi imagen es la de un laico que vive libremente una existencia totalmente inmersa en el mundo, con total responsabilidad personal. Por ejemplo, si es empresario es totalmente dueño y corresponsable con los otros eventuales socios de su empresa. No se trata de pretender una mayor libertad, sino de documentar la estima y la confianza total en la responsabilidad personal del laico cristiano»³².

Capítulo 11

El barco hacia Macapá

El comienzo de la misión en Brasil

(1960-1964)

Desde los años cuarenta, Giussani desarrolló la pasión por una de las dimensiones que constituyen la vida del cristiano, la misión, animando el grupo «San Josafat pro unidad de las Iglesias», y dedicándose a los estudios ecuménicos, con particular interés por la ortodoxia y el protestantismo americano. Por eso era una consecuencia natural de aquellas experiencias invitar a los primeros jóvenes de GS a «vivir para el universo, para la humanidad entera». Giussani lo decía para llamar la atención sobre el hecho de que «quien trabaja sin este ideal podrá ser tremendamente honesto, lleno de ascetismo, incluso heroico, pero no es un verdadero *cristiano*»¹.

Provocados por estas preocupaciones, los *giesinos* organizaron el primer gran congreso público de su historia, con el lema «Vivir las dimensiones del mundo», programado para el 31 de enero de 1960.

Un largo informe, enviado por don Vanni y por Giussani al cardenal Montini, aclaraba los motivos del gesto: «Recordar a los chicos de G.S. y proponer a los estudiantes milaneses en general el valor educativo que tiene una apertura consciente y cordial a los valores de todas las culturas y a las necesidades de la humanidad». En segundo lugar, «proponer a la atención de los educadores, y en particular de la autoridad escolar, los deseos de los jóvenes de un espíritu más abierto y de programas más atentos a los valores universales»². El congreso

lo prepararon cuidadosamente los chicos con reuniones de radio, con la distribución en los colegios de cinco mil ejemplares del periódico especial del congreso y con el reparto de carteles del programa en las entradas de los colegios y de las parroquias de la ciudad.

El domingo 31 de enero se reunieron en el salón del instituto Gonzaga cerca de dos mil estudiantes de Milán y de Lombardía: «Hubo que rechazar a algunos centenares por la imposibilidad absoluta de caber en el salón». Estaban presentes, entre otros, monseñor Aristide Pirovano, misionero del PIME (Pontificio Instituto de Misiones Extranjeras, *ndt*) y obispo de Macapá, el director del liceo Carducci (Italo Testa) en representación del director de estudios, misioneros, y periodistas de la *Ansa*, del *Giornale Radio*, del *Corriere d'Informazione*, de *Il Giorno* y de *Il Popolo*.

A las 9.40 el presidente de GS, Paolo Mocarelli abrió los trabajos con un breve saludo. En primera fila, el empresario Marcello Candia escuchaba y asentía. Candia (1916-1983;

está en curso su proceso de canonización) era un conocido empresario lombardo que desde el comienzo de los años cincuenta se dedicó a ayudar a las misiones en Brasil y que en 1961, con el dinero obtenido por la venta de su propia empresa, iniciará la construcción de un hospital en Macapá.

Presidía los trabajos el profesor Lazzati, que con palabras nada formales agradeció a Gioventù Studentesca el haberle llamado a un congreso que, no dudó en decirlo, «representa para todo Milán un gran honor [...], señal de una nueva era, en la que el sentido misionero se convierta en el sentido más profundo y vivo de todo cristiano».

Después tomó la palabra Giorgio La Pira³. Su testimonio fue sencillo y convincente: «Hay una lógica en el movimiento de los pueblos: todos ellos, conscientemente o no, cumplen un preciso designio; cada miembro de ese organismo que es la humanidad tiene una función y una finalidad propias. La clave de la historia universal, de este movimiento de todos los pueblos, de cada pueblo y de cada persona reside totalmente en la respuesta a la pregunta de Cristo: ‘¿Quién dicen los hombres que soy yo?’. Si Cristo es el Hijo del Dios vivo (y su resurrección es la prueba de ello), la historia es historia de una persona: la suya, y la Iglesia es la prolongación en el tiempo y en el espacio de una persona: Él. [...] La historia vive y los siglos se extienden para que Cristo pueda extenderse: este es el gran misterio de la historia universal. [...]. Es necesario interpretar todo el mundo a la luz de Él [...], hay que creer en lo imposible, porque nada es imposible para Dios».

Intervino a continuación Giorgio Feliciani, quien describió el compromiso de los chicos de GS de vivir las dimensiones del mundo: «En concreto nosotros, los estudiantes de GS, asumimos el compromiso de cambiar la mentalidad de desinterés o de discriminación que está todavía demasiado extendida». Siguió la intervención de un joven médico chino y las de algunos *giesinos*, el primero de todos Pigi Bernareggi: «Concretamente, ¿conseguimos vivir nosotros las dimensiones del mundo [...]? El examen de nuestra mentalidad nos hace concluir sin duda que no. [...] Ahora bien, ¿cómo educarnos en estas grandes perspectivas de modo que la universalidad se convierta en directriz de nuestra vida? La experiencia educativa nos aconseja que pongamos a disposición nuestro tiempo y nuestro espacio, [...] para educarnos [...] para vivir las dimensiones del mundo».

Al término del evento los presentes aprobaron con un largo aplauso una moción, en la que afirmaban que «la llamada a las responsabilidades universales de toda existencia constituye el motivo más sugerente y enérgico para hacerles salir de esa indiferencia de la que se les acusa con frecuencia y para decidirles a ese compromiso cristiano del que todavía se les considera incapaces». Se comprometían a «hacer revivir en sus preocupaciones y en sus intereses esa dimensión de catolicidad que frecuentemente no perciben viva en quienes les educan»; finalmente deseaban que la enseñanza «facilite una apertura a la historia y a las exigencias del mundo entero, con respeto profundo por la humanidad que hay en toda experiencia y en toda cultura»⁴.

La prensa dio un juicio positivo del evento. *Missioni Cattoliche*, *Il Regno* de Bolonia y *Fede e Civiltà* de Parma le dedicaron amplios servicios, señal de interés por parte de los

Institutos Misioneros, que consideraron el congreso como la prueba de que estaba surgiendo una conciencia misionera nueva y más aguda entre los estudiantes católicos, premisa de futuros compromisos.

El 2 de marzo de 1960 el arzobispo Montini se felicitaba con Giussani por la iniciativa: «Querido y rev. D. Giussani. Después de los ecos llegaron los documentos del reciente congreso estudiantil. Le agradezco que me los haya enviado, tan abundantes y tan interesantes. Veo que su trabajo prosigue y da resultados; y usted puede pensar con cuánta complacencia mía, con cuánta esperanza por mi parte. Le sigo con gran interés, con gran afecto, rezando mucho, temblando un poco, confiado siempre en que usted, y sus colaboradores y amigos, sabrán ser guías excelentes y seguros de nuestros crecientes y queridísimos grupos de estudiantes. Estaré atento a recibir otras noticias; y Dios quiera que sean siempre de mutua satisfacción, dignas de mi aplauso paterno y de mi bendición pastoral»⁵.

Tal como se había anticipado, la revista *Fede e Civiltà* dedicó su número de marzo al congreso, incluyendo también una contribución de Giussani titulada: «Cristianismo abierto. Eficacia de una educación en la catolicidad». En ella escribía que «es preciso pensar en el mundo entero, preocuparse por el cristianismo en África y en Asia y no atarearse únicamente en torno a las desobediencias y las carencias de cada día». Para Giussani «solo lo grande, solo lo total, solo lo sintético permite que el hombre no se resigne a la humillación del análisis y de lo particular. Si uno lleva dentro el sentido del mundo, entonces puede conseguir estar en una celda durante toda su vida con la grandiosa serenidad que tiene la monja de clausura. Pero si uno no lleva dentro de sí ese espacio que exige la naturaleza humana, entonces abordar sus tareas cotidianas en nombre de la energía que debería tener se convierte en un trabajo ímprobo y agotador»⁶.

«Deseo poderme dedicar a una Iglesia más necesitada que la milanese»

Las primeras actividades misioneras de GS estuvieron ligadas a la amistad de Giussani con monseñor Pirovano; será precisamente este último quien le haga entrever un camino para el futuro. Se habían encontrado por primera vez en Milán en diciembre de 1959. Y de nuevo al comienzo de 1960.

En una reciente biografía del obispo Pirovano se lee: «En 1960 el padre Aristide vuelve a Italia, donde se reúne con don Luigi Giussani [...]. El sacerdote le pregunta a monseñor Pirovano cómo emplear a sus jóvenes en una experiencia misionera en Brasil. Entonces el obispo le presenta a Candia a Giussani. Al no poder dejar Italia personalmente por el momento, el industrial está feliz de poder ayudar a otras personas a realizar su ideal misionero. De estos contactos nacen las expediciones que tres grupos de GS efectuarán a Brasil (a Macapá, Sao Paulo y Belo Horizonte) entre 1962 y 1964. Entre esos jóvenes está el aparejador milanés Fulvio Giuliano, quien proyecta en Macapá varias iglesias y casas para los misioneros, participando además en la construcción del hospital de Candia: en 1971 será ordenado sacerdote y en 1980 entrará en el PIME»⁷.

Candia recordará así sus primeras conversaciones con Giussani: «Al tercer minuto, si

no al segundo, y a medida que aumentaba la confianza, al primero, según me encontraba con él, después de los buenos días (luego ya ni siquiera nos saludábamos), yo hablaba del hospital de Macapá. Hasta el punto de que Giussani me llamaba ‘Macapá’, es decir, él vio que yo era un tipo con una idea fija: poder ayudar. En el fondo también los tipos obstinados pueden tener su misión. Y me ayudó en lo que yo deseaba». Y la ayuda más preciosa fue esta: «Aun siendo sensible a las ayudas materiales, lo que más he apreciado siempre de GS ha sido la comunión de ideales. En efecto, creíamos sincera y profundamente en las mismas cosas, y creíamos, además de en los principios, en el deseo de hacer algo concreto. Y recuerdo el jaleo que se montaba cuando venía a casa don Giussani con los amigos de GS,... rompían el protocolo y el servicio se quedaba sin saber qué hacer»⁸.

«Pirovano le pidió a Giussani que le mandara algunos de sus chicos de GS [...] como voluntarios seculares bien formados cristiana y profesionalmente», escribe el padre Gheddo; este, junto a otro sacerdote del PIME, el padre Giacomo Girardi, supo directamente por Giussani que quería responder positivamente a la petición, enviando «algunos jóvenes suyos a la misión con monseñor Pirovano y con la ayuda financiera del industrial Marcello Candia».

Gheddo (junto a Girardi) tomó la costumbre de ir a escuchar a Giussani a las reuniones de GS en la vía Statuto, en Milán: «Sus catequesis semanales tenían un seguimiento notable de jóvenes y yo mismo me vi conquistado por él». Giussani, en efecto, hablaba de Jesucristo «no tanto y no solo como un personaje que estudiar o analizar, o para conocer qué decían de él estudiosos de las diversas ciencias teológicas, antropológicas y hermenéuticas; hablaba de él como el salvador del hombre y de la humanidad, el Hijo de Dios hecho hombre, al que amar de modo apasionado». Al hablar de Cristo «y contar su experiencia de amor a Cristo, Giussani se conmovía y decía siempre: ‘Tenemos que enamorarnos de Cristo’». Era la primera vez que Gheddo escuchaba decir y repetir estos conceptos «de manera tan clara y apasionada»⁹.

El 9 de marzo de 1960 Giussani escribió al obispo de Belo Horizonte¹⁰ (no se indica el destinatario, pero Giorgio Feliciani —citado al comienzo de la carta— confirma que era él el obispo al que conocía) para plantearle una petición que se refería a un grupo de *giesinos* que estaba preparándose desde hacía años para marcharse de misión. Le recordaba que había oído hablar de él a uno de sus chicos, Feliciani, que le conoció cuando estuvo en Italia en casa del obispo auxiliar de Milán, monseñor Pignedoli. Hacía una breve referencia a la realidad de Gioventù Studentesca, en la cual «una de las directrices básicas es que para formar verdaderos cristianos es necesario presentar la experiencia cristiana con todas sus dimensiones, sin límites ni miedos; por eso la apertura misionera es indispensable para llegar a ser cristianos también en Europa». A continuación informaba al obispo de que en muy pocos años la experiencia educativa había dado ya sus primeros frutos: «Un florecimiento de sólidas vocaciones. Desde hace dos años nos hacemos cargo de un grupo escogido de unos treinta chicos y chicas (entre los 18 y los 20 años) que se preparan para entregarse totalmente al servicio de la Iglesia» (se refería al ‘Grupo de los lunes’; ver aquí, p. 285). Giussani estaba buscando un lugar

donde hubiera necesidad de una aportación semejante. Recordaba que había hablado recientemente con el obispo de Macapá, monseñor Pirovano, pero que se orientaba hacia otro posible destino: «Después de haber conversado largamente con la Madre General de las Ursulinas de San Carlo, nos parece que el sitio más adecuado, especialmente para empezar, sería justamente su diócesis». Informaba al obispo de que «algunos del grupo quieren hacerse sacerdotes, los otros (y las otras) querrían dedicarse a un servicio seglar (muchos tendrán dentro de dos años la licenciatura en Filosofía y letras, otros hacen Medicina, algunos Ingeniería). Dos de los que quisieran hacerse sacerdotes podrían seguramente obtener el permiso de sus padres dentro de este año; los demás deberían esperar a cumplir 21 años (por consiguiente, el año próximo o dentro de dos años)».

En este punto Giussani empezaba a hablar de sí mismo: «Desde hace muchos años también yo deseo poderme dedicar a una Iglesia más necesitada que la milanese: tengo 38 años, he enseñado Dogmática en el seminario de Venegono y Teología oriental en la facultad de teología erigida allí, y todavía enseño Apologética a los sacerdotes de ‘quinto curso’. Si vuestra excelencia no me rechazase, yo querría proponer a su eminencia el card. Montini esta solución concreta, después de peticiones insistentes aunque genéricas ya formuladas con anterioridad. Su excelencia mons. Pignedoli me ha dicho ya que, si vuestra excelencia me aceptase, él me apoyaría. Me permito preguntar a vuestra excelencia si será posible para mí y para mis jóvenes realizar precisamente con usted este proyecto para el que, desde hace tantos años ya, nos estamos preparando. Le pido perdón por el atrevimiento, pero con la mayor esperanza espero una primera palabra suya»¹¹.

Nadie, ni siquiera los amigos más íntimos de Giussani, había tenido nunca noticia de esta intención suya, ni entonces ni posteriormente, hasta que ha salido a la luz este documento. Por eso esta carta adquiere un valor excepcional: justamente en los años en que GS estaba creciendo en términos numéricos en los colegios milaneses y comenzaba a extenderse por Italia, cuando todas las energías de Giussani estaban volcadas en la enseñanza y en la guía del movimiento, él se mostró disponible —y con cuánta determinación— para marcharse a su vez a Brasil. La dimensión misionera estaba hasta tal punto en el centro de su vida que le disponía a dejarlo todo para poderse «dedicar a una Iglesia más necesitada que la milanese».

No era la primera vez que Giussani tenía estos pensamientos; baste recordar la nota del entonces rector de Venegono, que en 1940-1941 escribía de él: «Tuvo en el pasado algún deseo (o veleidad) de hacerse misionero» (ver aquí, pp. 70, 111).

No se tiene noticia de que hubiera respuesta a la carta por parte del obispo de Belo Horizonte. Ciertamente algo debió de llegar a oídos de Montini, porque en un apunte del 6 de mayo de 1960, titulado *Circa la G.S.*, escribió: «Animar —y ayudar a la obra de D. Giussani—. [...] La empresa es de tal responsabilidad que no debe permitirse sin examen previo de todas las circunstancias». Arriba, el arzobispo apunta a mano: «Hablado con D. Giussani y D. Padovani. 16.V.60»¹².

El 21 de junio de 1960 Giussani escribía al cardenal Montini: «Su excelencia monseñor Pirovano, que me honra con su confianza y amistad, me ha invitado a ver su

misión de Macapá en Brasil, y para esto me ofrece incluso la posibilidad de viajar completamente gratis. Me permito por ello pedir a vuestra eminencia permiso para realizar esta experiencia tan significativa, cuyas fechas coincidirían con el mes de agosto. Su excelencia monseñor Pignedoli ya conoce los términos de esta petición mía. Me atrevo a permanecer a la espera, naturalmente viva y confiada». En la carta de Giussani, arriba a la derecha, hay una nota a mano, fechada 1.VII.60 y firmada «+JB card. Montini», con un: «Se concede, *servatis servandi*»¹³.

Dos semanas después del visto bueno de Montini, precisamente el 14 julio de 1960, una carta de Roma de la Sagrada congregación consistorial (a la que correspondía vigilar sobre todo lo que se refería en general al gobierno de las diócesis) autorizaba el viaje a Brasil. En la parte inferior de la carta, el procanciller de la diócesis de Milán, monseñor Giuseppe Ponzini, anotaba el 15 de agosto de 1960 que «el doctor Marcello Candia, de Milán, se ha comprometido a pagar el viaje de vuelta para don L. Giussani»¹⁴.

Giussani escribió acerca del inminente viaje a su amigo Majo, en dos cartas sucesivas. La primera es del 6 de julio de 1960: «Para Brasil. Pignedoli me ha escrito diciéndome que el permiso está dado, pero que ahora necesito llevar a cabo los ‘procedimientos habituales’ en la Curia. ¿No podrías informarte de en qué consisten, de modo que yo pueda saber si debo hacer una escapada antes a Milán, o son suficientes los días del 25 al 30 de julio, cuando vuelva?». La segunda es del 6 de agosto de 1960: «Probablemente no parta el martes 9, sino el jueves 11, porque el barco se ha retrasado en su viaje de vuelta. Me quedaré hasta el 11 o 12 [septiembre] en Macapá, y después monseñor Pirovano me acompañará a las cuatro ciudades principales de Brasil, para ver las diferentes posibilidades. Cuento con volver el 23 o 24 de septiembre. Por desgracia no puedo hacerlo de otro modo, porque el doctor Candia no puede venir antes de una cierta fecha, y por consiguiente debo plegarme a sus planes». Confesaba que estaba «un poco atontado y somnoliento» y añadía: «Esperemos que la experiencia brasileña me vuelva un poco más ágil. [...] Di [*sic*] alguna Avemaría para que sea capaz de ver adecuadamente las posibilidades de acción, y para que pueda cerrar algo. ¡Me parece realmente extraño que deba ser yo quien vaya a cerrar resultados!»¹⁵.

A través del océano en el Delphic Eagle

Y así, el 11 de agosto, coincidiendo con las vacaciones de verano, Giussani se embarcó con monseñor Pirovano en un gran mercante, el *Delphic Eagle*, que iba a Brasil a cargar manganeso. Habían transcurrido ocho meses desde su primer encuentro. La hermana de Giussani, Livia, conserva una pequeña foto deteriorada por el tiempo, que nos muestra a un Giussani sonriente, de perfil —pantalones beis, camisa blanca y gorra de marinero—, junto a un señor de baja estatura —con toda probabilidad el comandante—, en el puente del enorme barco. El viaje duró dos semanas.

El 23 de agosto de 1960, mientras estaba todavía a bordo de la nave, escribió a casa: «Último día de navegación (¡finalmente!). Queridísimos, ¡estoy a punto llegar! Excepto el primer día, en que me sentí muy mal, luego he estado bien —así que estad muy

tranquilos—. Os envió esta carta por medio de uno de los marineros que dentro de cuatro días la echará al buzón en Santa Trinidad, y así quizá la recibáis cuatro o cinco días antes». Después de dos semanas de convivencia con los marineros del *Delphic Eagle*, observaba: «Este viaje me ha enseñado muchas cosas acerca de las dificultades con las que la gente tiene que vivir»¹⁶.

Solo a su vuelta, Livia supo por su hermano que había realizado la larga travesía del océano en condiciones precarias. Y se lamentó bastante por ello, pero Giussani la interrumpió: «Piensa, Livia, que durante todo el viaje me han hecho compañía... ¡los delfines!».

Giussani recordará los centenares de personas que fueron a despedirle en su partida: «Han venido aquí a Génova [...] yo iba a Brasil para ver dónde iban a poder desembarcar [los primeros jóvenes] y situar su tentativa. En resumen, un hecho como aquel no era una cosa bella entre otras muchas, que algunos sentían de forma especial y ya está. Era realmente todo el movimiento el que participaba en la idea»¹⁷.

Desde Macapá, en el norte del país, Giussani prosiguió su viaje visitando Belém, Brasilia, Río de Janeiro, Sao Paulo y el Paraná, descubriendo poco a poco oportunidades de colaboración entre GS y los movimientos juveniles locales. Comenzaban a dibujarse los primeros proyectos para un intercambio de estudiantes.

Durante ese viaje, Giussani conoció a un grupito de misioneros del PIME en Santana, una pequeña ciudad fluvial en el Amazonas (a veinte kilómetros de Macapá), y uno de ellos, el padre Angelo Biraghi, «grande y gordo, me dijo una tarde: ‘Acompáñame a un tramo de *desobriga*’ [visita pastoral a las comunidades del interior, *nda*], y vi que lo decía con un aire poco socarrón, un poco irónico, pero yo dije que sí. Fui con él y en un momento dado, después de algunas horas de coche, se acababa la carretera y el coche tenía que volver atrás, porque empezaba allí un pantano que se tardaba ocho horas en atravesar, y ya se hacía de noche (había una nube de mosquitos que te hinchaba la cara)». En ese momento el padre Biraghi le dijo: «Mira, estaba bromeando, vuélvete». Entonces el padre misionero «se puso unas botas que le llegaban hasta la cintura, y comprendí enseguida por qué me había hablado así: empezó a entrar en aquel fango hasta las caderas, en el que se tardaba un minuto en avanzar un metro. Yo estaba allí viendo cómo se alejaba y él se volvía hacia atrás, me saludaba, sonreía con la sonrisa socarrona del primer día. Era tarde, allí el sol se pone en un cuarto de hora, así que ya oscurecía y le veía un poco lejos, rodeado justamente por la nube (de insectos, se entiende). Su primera meta, después de ocho horas, era un *seringueiro* que trabajaba en aquella zona de la selva extrayendo goma de los árboles». Giussani no lo olvidará en toda su vida: «Cuento siempre a mis amigos este detalle [...]; habré estado allí al menos media hora sin moverme pensando: ‘¡Pero mira lo que es el cristianismo! Es este hombre que arriesga su piel por uno (¡uno!), por ir a ver a uno al que no conocía antes y al que posiblemente no iba a ver más en su vida, para llevarle una palabra y mostrarle un gesto de amistad!’. En resumen, yo vinculo con aquel momento, con aquel instante, la percepción viva de que el cristianismo nace precisamente como amor al hombre»¹⁸.

Giussani realizó una segunda travesía por el Atlántico el año siguiente, 1961; esta vez

se dirigió a Belo Horizonte, tal como resulta de una carta de la Sagrada congregación consistorial del 18 de julio de 1961 al vicario general de Milán, monseñor Giuseppe Schiavini, en la que se autoriza a Giussani a permanecer en la diócesis brasileña durante un mes y se le invita a ponerse en contacto, nada más llegar a Brasil, con el obispo del lugar para solicitar el debido consentimiento¹⁹. Y así, cuando un barco cargado con hierro, cemento y maquinaria para comenzar la construcción del hospital de Macapá zarpó desde Génova, junto a Candia iba también Giussani²⁰.

El segundo viaje coincidió con la participación de una delegación de GS en un congreso juvenil. En enero los *giesinos* habían conocido en Milán al joven líder de la Unión de Estudiantes Católicos (UEC) de Belo Horizonte, Marco Aurelio Velloso. El motivo de la visita era informarse acerca de la finalidad y los métodos de GS. Algunos meses después llegó desde Brasil la invitación a participar en el Congreso general de la UEC que iba a celebrarse en Belo Horizonte en julio de 1961, con una ponencia sobre el tema del congreso: «La educación en una sociedad en desarrollo». La benevolencia de Montini, y el apoyo financiero de algunos padres y de Candia, hicieron posible que se concretara esta posibilidad. Y la mañana del 17 de julio aterrizaban en el aeropuerto de Río de Janeiro Alberto Antoniazzi, presidente de la GIAC diocesana, Eugenia Scabini, presidenta de GS, Giorgio Feliciani, secretario general de GS, Gianni Bernareggi (hermano de Pier Luigi), estudiante de tercero de Derecho en la Universidad pública de Milán, Anna Grazia Bolla, en segundo de Lenguas en la Bocconi, y Matilde Visconti, en primero de bachillerato de letras en el Parini.

Pocos días más tarde se reunía con ellos don Giussani, que se encontraba en Macapá. Una foto nos lo muestra —con sotana y boina en la cabeza— de pie al lado de un furgón que acababa de pinchar: una parada forzosa durante el viaje de Cassia a Ribeirão Preto, en una pista de tierra. A su vuelta, los *giesinos* reunirán las memorias de ese viaje en un librito titulado *Gioventù Studentesca in Brasile*²¹.

En ese mismo periodo, Giussani escribió «Para una educación en el espíritu católico», en el suplemento de *La missione*, revista dirigida por Marcello Candia²².

Mientras tanto llegaba desde Belo Horizonte una invitación y un llamamiento para que se desplazase allí algún joven, al menos por un año, para colaborar en la vida de un colegio y compartir la experiencia de los estudiantes de la UEC. De allí a un mes cuatro *giesinos* interrumpieron sus estudios y empezaron a estudiar portugués. Y en los primeros días de enero de 1962 se embarcaban en un DC8 con dirección a Brasil. Eran Italo Quillico (primero de Económicas), Giancarlo Conci (tercero de Derecho), Franca Ferrari (asistente social) y Lidia Acerboni (segundo de Filosofía y vicepresidenta de GS). Destino: el colegio dirigido por la madre Raffaella, de la Congregación del Espíritu Santo de Lucca²³.

Cuenta Franca Ferrari (más tarde hermana de la Caridad de la Asunción): «Don Giussani me hizo la propuesta de ir a Brasil porque percibió en mi disponibilidad y en la de mis padres un signo de la posibilidad que Dios nos abría para cumplir su designio sobre GS». La religiosa recuerda: «Actuaba siempre así, tendiendo a leer los

acontecimientos como signo, como sugerencia de un camino que se abría; y yo nunca me he sentido como un instrumento en sus manos, como si fuera un pretexto para que a través de mí pudiera realizar un proyecto, aunque fuera el proyecto de Dios, sino que me he sentido partícipe de una grandeza que no era mía, donde todo es gratuito, todo es dado y todo es tuyo porque tú eres de Otro. Me llamaba a crear con él esa realidad nueva que el Espíritu estaba suscitando a través de su persona».

Las cartas a los jóvenes amigos que estaban en Brasil

Testimonio de aquel inicio de presencia misionera —la primera enteramente promovida y sostenida por jóvenes seculares— son algunas cartas que Giussani escribirá al grupito del Brasil²⁴.

La primera es del 12 de febrero de 1962:

«Lo de este año es un experimento para vosotros: un experimento largo, dirá alguno; pero, en el fondo, diez meses no es mucho. Es un experimento para nosotros, porque estos son solo los comienzos de algo más grande. Os ruego, amigos, que penséis siempre en cuántas cosas dependen de vosotros, en cuántas cosas del porvenir de todos nosotros.

No es importante lo que consigáis hacer: es decisivo lo que logréis ser. Nosotros solo queremos el reino de Dios: para el reino de Dios —desde Cristo en adelante— lo único importante es lo que uno es, no lo que logra hacer.

Este resultado árido, este contacto superficial, esta dificultad de comunicar lo que más sentís dentro de vosotros, hará ciertamente que vuestra empresa sea más ardua. Os dará una sensación de soledad y de dureza que a las chicas quizá les parezca menor. Os hará sentir más fácilmente nostalgia de un ambiente más feliz y familiar con vuestros sentimientos. Os ruego encarecidamente que no os asombréis de estas dificultades, que las tratéis como obvias y que las superéis tranquilamente.

Lo importante no es lo que vosotras, las chicas, conseguís hacer con la decena de chicas que os siguen. Lo importante es el amor esencial en el que os educáis. Y cuanto más privado de respuesta esté vuestro esfuerzo, más constituirá un camino para vuestra personalidad cristiana». Les recordaba, además, las dos grandes reglas que iban a construir «vuestra obra, que es el comienzo de nuestra obra: 1) El abandono a Dios —la oración—, la familiaridad confiada con Aquel que ha hecho mar, cielo, tierra, pasado y futuro. 2) La familiaridad sencilla entre vosotros, la comunidad vivida entre vosotros: cuidad la expresión de esta armonía entre vosotros. No tengáis otra preocupación que volver a casa más ‘grandes’, más como el Señor, aunque os pidiera imitar su soledad».

La segunda carta es de apenas dos días después, el 14 febrero 1962. Giussani respondía a una misiva de Lidia Acerboni «recibida hace media hora». Le informa de que acababa de telegrafiar a Italo Quillico: «Me había gustado bastante su última carta: y es el más... pequeño». Giussani repetía preocupaciones que ya había expresado: «Atención al objetivo fundamental que hay que alcanzar: que vuestra estatura cristiana sea más verdadera [...]. Mis chicos, no importa nada lo que consigáis o no hacer: Dios hace que nos convirtamos en jefes del pueblo como Moisés, o en solitarios como Cristo en la cruz.

[...] El padre Beduschi, uno de los primeros misioneros en África, permaneció allí tres años y realizó solo un bautismo, y murió de peste negra. Amigos míos, recordemos que Dios es verdadero, y que la realidad consiste en amarle. Y nada más. En conclusión, todas las dificultades, toda la falta de respuesta, toda la amargura que experimentáis por no poder obrar, toda la mortificación por un error, no es otra cosa que una llamada a lo esencial, a Dios y a su Cristo».

A continuación indicaba dos instrumentos «para el crecimiento de vuestra persona, de vuestra personalidad cristiana»: el primero es «la comunidad, es decir, vuestra comunidad como partícula de nuestra comunidad de origen»; el segundo instrumento es «el trabajo de colaboración con la madre Raffaella. [...] No obstante os ruego que no dirijáis vosotros, que seáis lentísimos a la hora de introducir nuestros métodos como forma».

El 28 de febrero de 1962 Giussani insistía: «No pretendáis nada, no juzguéis mal nada. Estad enamorados del Señor, que os ha elegido para empezar una cosa que podrá dar grandes frutos para su reino: y no os importe nada excepto estar allí, obedientes y disponibles».

La Milán-Sanremo, conocida carrera ciclista, ofreció ocasión a Giussani para escribir de nuevo a sus cuatro amigos, el 20 de marzo de 1962: «Ayer se disputó la ‘Sanremo’ y me vino a la mente la comparación de san Pablo: ‘Ellos se fatigan mucho por una cosa que se acaba... también yo corro, también yo me esfuerzo y tiendo hacia adelante, pero no por una corona corruptible’. Y me acordé de vosotros, que estáis también corriendo, y no olvidáis por qué». Les recuerda que «esa somnolencia que viene de nuestro vínculo original con la nada nos haría acostumbrarnos a cualquier cosa, vaciando incluso las empresas más nobles: no os habituéis a lo que habéis creado en vuestro camino. Abrid continuamente la herida», que es «herida de la conciencia de que el misterio de Cristo y de la Iglesia (y de la felicidad humana) es ignorado o contradicho. [...] Y no olvidéis para qué estáis corriendo: no sustituyáis el amor a la cruz de Cristo, es decir, el amor al reino de Dios, por el espejismo de afirmar vuestra personalidad, vuestra ‘obra’, vuestro resultado, vuestra satisfacción, vuestro punto de vista, vuestro pundonor. No sustituyáis el Misterio por vuestra pequeña medida. Por consiguiente, por lo que se refiere a vuestra convivencia allí, obedeced, no pretendáis nada y obedeced. Tenéis que volver aquí como ‘gigantes para correr el camino’: porque os necesitamos así. Brasil será la educación que más facilite la grandeza de espíritu».

Y el 31 de mayo de 1962 les recordaba a los cuatro que ellos estaban haciendo posible «algo grande, un gran sueño. Justamente porque es algo grande, implica un sacrificio. Y el sacrificio es la adaptación y la obediencia. Jesús empezó a salvar al mundo dependiendo de María y de José, que ciertamente no tenían idea del reino tal como la tenían Él y su divino Padre». Les aseguraba que la experiencia brasileña era solo un aprendizaje: «Vosotros no habéis ido allí para cambiar Brasil. Habéis ido allí para empezar un servicio. Sed profundamente comprensivos y magnánimos con los demás».

El 5 de julio de 1962 subrayaba «la necesidad de que os adaptéis al ambiente —en la forma o en la cantidad de cosas a presentar—. El Señor se hizo hombre y durante treinta

años estuvo en silencio. Y cuando habló comenzó por las necesidades que la mayoría podía comprender».

Hacia noviembre terminó la estancia en Brasil y los cuatro jóvenes volvieron a Italia. Al mismo tiempo, en noviembre de 1962, Maria Rita Morreale y Nicoletta Padovani (hermana de don Vanni) partían para Belo Horizonte con una perspectiva más estable. Cuatro días antes del viaje, Nicoletta respondía a las preguntas que le hicieron los estudiantes de un radio. A propósito de la elección de Brasil, dijo: «No hemos tenido necesidad de pensar, de divagar, de construir nada». Entonces ¿por qué lo habían elegido? «No porque queramos más a Brasil, porque el clima sea mejor o porque los pobres de Brasil sean más pobres que los de África, sino solamente porque Brasil ha entrado antes en nuestra historia, ha entrado de modo significativo; [...] cuando don Giussani estaba buscando, llegó un chico brasileño [el ya citado Velloso, *nda*] que nos hizo establecer inmediatamente un contacto muy concreto; y cuando yo estaba buscando de qué modo vivir esta dimensión [misionera] me encontré a don Giussani, que me propuso ir a Brasil». Nicoletta Padovani recuerda que el descubrimiento mayor que hizo en la comunidad fue este: «Finalmente, cualquier camino que se nos indique, cualquier tarea particular ya no es un límite: antes sentía siempre la limitación de tener que elegir algo; [...] uno es médico, aquel otro es profesor». Conoció a Giussani precisamente cuando iba a comunicarle su intención de dejar la facultad de Medicina, «porque había descubierto que la enseñanza, por ejemplo, era algo más bonito». ¿Y cómo reaccionó Giussani? «Con su propuesta de Brasil, me quitó de encima la Medicina, y ya no siento en absoluto el límite de tener una función personal»²⁵.

El año siguiente, 1963, Alberto Antoniazzi se hizo seminarista en Belo Horizonte. El 24 de enero de 1964 llegaron otros tres aspirantes al sacerdocio: Pier Luigi Bernareggi, Paolo Padovani (hermano de don Vanni y de Nicoletta) y Luciano Di Pietro. La salida para Brasil se festejó durante un encuentro público con Giussani, los tres jóvenes, Emilio Brughera (que irá después a Macapá como perito electrónico), monseñor Pirovano y el rector del seminario de Belo Horizonte.

El encuentro se abrió con las intervenciones de los tres futuros seminaristas. Di Pietro confesó: «En estos días pasados yo me preguntaba: antes buscabas muchos amigos, con el tiempo has conocido a miles, ¿y ahora te alejas de ellos? Esto me ha hecho pensar que entre nosotros había algo más. [...] Si hubiera estado unido a vosotros solo por gusto, por placer, no me habría marchado. Hay algo más que me da verdaderamente la fuerza para marcharme y la seguridad de que no me marchó, la seguridad de que permanezco siempre vivo en vosotros y todos vosotros en mí». Padovani se preguntaba si existía un tipo de convivencia, un tipo de relación humana más bello y más lleno de gusto que el que se le había concedido vivir: «Es tan bello y tan lleno de gusto justamente porque todo esconde dentro de sí una perspectiva tan rica y tan intensa que no sabes adónde te lleva, que no sabes dónde va a terminar». Bernareggi declaraba: «Lo que me asombra ahora, cuando me marchó, es precisamente que nada es más cierto que lo que estamos haciendo, nada es más verdadero y responde más a la verdad que lo que hemos tejido, que lo que estamos tejiendo y seguiremos tejiendo. [...] Antes creía obtusamente que la

verdad era lo que yo conseguía comprender. [...] Lo que tengo que agradecer es la fortuna de haberme hecho comprender el camino de la verdad, la idea justa que procede de nuestro estar juntos y que hace que estas cosas no tengan fin».

Giussani informó de que también Brughera acababa de decidir marcharse a Macapá con Fulvio Giuliano, en la diócesis de monseñor Pirovano: «Una misión difícil, [...] que está casi en el río Amazonas, e irá a poner en práctica su trabajo. Es una misión que tiene una extrema necesidad de su trabajo técnico». A continuación introdujo entre los aplausos al obispo de Macapá y subrayó: «Hacéis bien en aclamarle porque no habríamos podido empezar sin su comprensión absolutamente desinteresada. Hemos podido empezar porque él nos ha ayudado al principio, porque ha tenido confianza en nosotros desde el principio».

Y estas fueron las palabras del obispo del Amazonas: «Don Giussani ha dicho que ha sido una ocasión ocasional, pero es el Señor quien hace las cosas, y me ha hecho conocer aquí en Milán una fuerza verdaderamente viva como sois vosotros, esta juventud que vibra. [...] Antes, nosotros, los sacerdotes misioneros, pensábamos con un poco de egoísmo que los héroes éramos solamente nosotros, elegidos previamente por el Señor para servirle en ciertas regiones del mundo; en cambio el Señor lo quiere todo en el mismo plano. El Señor desea también de vosotros los seglares el apostolado misionero». Y confesó: mientras «os oía cantar *Minha Saudade* [*Mi nostalgia, nda*] y escuchaba las palmas frenéticas, os relacioné con esos cuatro ingleses que cantan [los Beatles, *nda*] — los he visto en la televisión— y con los demás que se vuelven locos escuchándoles. Pues mira, también los nuestros de GS se menean, pensaba, así que esta alegría puede ser dirigida hacia el bien, puede ser una fuerza». En este punto Giussani dio la palabra al rector del seminario al que iban los tres jóvenes de GS: «Aquí se ve que la Iglesia es verdaderamente una sola. [...] Me llevo a estos chicos a Brasil. Serán tres hermanos para hacer de Brasil lo que la Iglesia espera: un Brasil cristiano. Que pueda dar frutos para todos vosotros».

Al final Giussani invitó a custodiar las palabras de monseñor Pirovano: «Esto es algo grande y es el Señor quien lo hace. Nosotros estamos asombrados de que lo haga dentro de nosotros y entre nosotros. Ciertamente Dios usa de nosotros y para esto no hay pensamiento más adecuado en este momento que reconocer a los primeros artífices de esta grandeza, que son los padres de estos tres amigos nuestros»²⁶.

El cortejo de automóviles que acompañaba a Linate a Bernareggi, Padovani y Di Pietro recorrerá el viale Forlanini entre dos filas ininterrumpidas de *giesinos* de fiesta.

En los Ejercicios de Pascua de GS, que se celebraron en Varigotti entre el 25 y el 28 de marzo 1964, Giussani leyó y comentó algunos pasajes de una carta recién llegada de los amigos que estaban en Brasil: «Una carta de los nuevos patriarcas, esta es la línea que ya no se rompe... después de cinco mil años de historia real, constatada, documentada, ya no se rompe»²⁷. Estas eran las palabras enviadas desde Brasil: «Esto quiere ser un testimonio para vosotros de la alegría profunda que el Señor ha introducido dentro de nosotros, de todas las maravillas que Él ha obrado en nosotros. Estamos aquí por algo que ha sucedido, por un acontecimiento que Dios empezó en el mundo hace mucho

tiempo y que, prosiguiendo un comportamiento misterioso, ha llegado hasta nosotros, hoy. Sin este acontecimiento las cosas eran para nosotros como un designio sin vida, como palabras sin diálogo, nos producían un sutil aburrimiento. Este gesto de Dios nos ha hecho experimentar algo nuevo, nos ha hecho vivir una vida nueva, un nuevo dolor, un nuevo amor, una nueva resurrección. Toda nuestra vida se ha convertido en la participación en este gesto que salva al mundo, este gesto que da sentido a la historia y nos da felicidad a cada uno de nosotros».

Los jóvenes que estaban en Belo Horizonte, Sao Paulo y Macapá añadían otras consideraciones sobre la aventura iniciada: «Este gesto de Dios no ha sido una locura momentánea, no ha pasado como un soplo de viento, sino que se ha quedado en medio de nosotros como una fuente inagotable, que llega a ser exasperante si intentamos ponerle una barrera, pero que se vuelve fuente de plenitud indecible si nos dejamos inundar por ella. Lo que alimenta nuestra espera no es algo que todavía deba llegar, es algo que ya está aquí; no es solamente una promesa, es una experiencia de inteligencia de las cosas, de gusto por la vida. Y por eso sabemos que existe, que ha resucitado, que está con nosotros definitivamente, que no conseguiremos —a pesar de toda nuestra maldad— arrancarlo de nuestros pies. Desde Belo Horizonte, Nicoletta Padovani, Alberto Antoniazzi, Pigi Bernareggi, Luciano Di Pietro, Paolo Padovani. Desde Sao Paulo, María Rita Morreale, Franca Sessa, Laura Stoppa. Desde Macapá, Fulvio Giuliano, Emilio Brughera»²⁸.

Nada más terminar de leer los nombres de los firmantes, Giussani exclamó: «¡La fuente no se agota! Parece un pasaje de la Biblia, como cuando Abraham salió de su tienda y se puso en marcha, como cuando Jacob luchó en aquel lugar aquella noche, como cuando Josué venció y cuando dijo sus últimas palabras, como cuando David hizo su testamento, como cuando Isaías, que debía haber sido asesinado, estaba lleno de alegría, traspasado por el gozo, como cuando Jeremías dijo: ‘Cuando Tú me dijiste tus palabras, yo las devoré’».

Solo había que respetar una condición para que no se perdiera ese comienzo prometedor, y Giussani no dejó de señalarla: si todo es dado, es necesario «aceptar, es decir, adherirse, o sea, obedecer». Eran testimonio de ello los jóvenes que se habían marchado a Brasil: «Todos estos patriarcas y estos profetas, estos nuevos patriarcas y estos nuevos profetas, ¿qué otra cosa han hecho y hacen sino aceptar, es decir, adherirse, o sea, obedecer, ocurra lo que ocurra, aunque uno tuviera que verse partido en dos?». Giussani concluía: la vida es, pues, «una gran trama de obediencia» y «no importa lo que sucederá mañana». Insistió: «Os juro que no me importa lo que me sucederá mañana, porque será la obediencia a lo que Dios nos comunique por medio de los acontecimientos»²⁹.

Capítulo 12

«El misterio de la Iglesia, un hecho vivido»

Montini, la experiencia, el Concilio y Giovanni Colombo
(1963-1964)

Este largo capítulo pretende documentar la riqueza y la complejidad de las relaciones que vivió Giussani con los dos arzobispos que vieron nacer y crecer a Gioventù Studentesca, Giovanni Battista Montini y Giovanni Colombo. Dentro de este periodo se sitúa el Concilio Ecuménico Vaticano II; también de él se va a hablar en estas páginas, tratando de mostrar cómo vivió Giussani el gran evento de la Iglesia universal.

Montini estaba en Roma para los trabajos preparatorios del Concilio y el 11 de noviembre de 1962 escribía una carta de seis páginas (más una de apuntes) a Giussani, que le había enviado documentación de las recientes actividades y publicaciones de GS: «Vosotros sabéis que cuanto hacéis y cuanto me enviáis me interesa vivamente, y despierta en mí, además del deseo, la esperanza de que vuestro trabajo pueda obtener cada vez mayores resultados y afirmarse como un hecho significativo y duradero en el campo del apostolado estudiantil. Os confirmo por tanto mi complacencia y mi ánimo para los propósitos que inspiran y guían vuestra acción; tengo confianza en vosotros, en la bondad de los principios y los objetivos que informan vuestras intenciones, en la fidelidad que profesáis a la Iglesia, a sus autoridades y a sus instituciones».

El arzobispo proseguía expresando su «elogio por los resultados, verdaderamente notables y consoladores, que ya habéis conseguido»; pedía al Señor «que los conserve y acreciente», y añadía: «Como veis, comparto de corazón vuestro experimento, y no deseo otra cosa sino que pueda obtener resultados positivos cada vez mejores».

Llegado a este punto, daba algunas recomendaciones, «que no contradicen la valoración anterior», escribía. Montini deseaba ante todo «que vuestro trabajo no dañe el de otras instituciones oficialmente reconocidas y recomendadas, las cuales operan, bajo otros aspectos y con otros métodos, en el campo juvenil estudiantil. Ciertamente esto está en vuestras intenciones». Y aclaraba: «Aludo principalmente, en efecto, a las parroquias y a la Acción Católica, a las que también vosotros queréis. A estas quiere hoy la Iglesia que se dé con preferencia impulso y protección». Pero, para no ser malentendido, precisaba enseguida: «No debéis juzgar el interés preferente que yo debo dar a estas formas de ministerio y apostolado como escasa valoración de vuestra obra. [...] A este propósito, os animo en vuestro intento de educar a los estudiantes en el 'sentido comunitario'. Es una idea luminosa [...] que tiene verdaderamente ese horizonte

universal que solamente la ‘Ecclesia’ presenta a la vocación ecuménica del hombre que es discípulo de la verdad. Sé que esta es vuestra visión; vuestra perspectiva misionera lo demuestra. Y que no rehúye por molestia o por crítica el realismo de las relaciones sociales, en las que de hecho se realiza: la familia, la amistad, la escuela, la sociedad, la parroquia..., el prójimo vivo y presente, en una palabra. Muy bien: educadores que se plantean objetivos tan concretos, humanos y cristianos, están en la vía maestra de la vida».

La carta de Montini contenía también algunas observaciones críticas: «Vosotros sabéis que yo mantengo una reserva explícita en materia de relaciones sociales; y es la promiscuidad de los chicos y las chicas. Conocéis mi pensamiento reservado y negativo a este respecto, y no voy a repetirlo, pero deseo que lo tengáis en cuenta, para que no se diga que el arzobispo de Milán, al animar también a Gioventù Studentesca, autoriza la institución de asociaciones mixtas de estudiantes varones y mujeres, de jóvenes y señoritas, y que aprueba actividades y diversiones juveniles promiscuas. Tendría que rectificar, desmentir y desaprobar».

El arzobispo dirigía también una recomendación respecto a GL o Gioventù Lavoratrice (Juventud Trabajadora, *ndt*), el intento de ofrecer una respuesta a los *giesinos* que, una vez terminados sus estudios, entraban en el mundo del trabajo. Giussani no se comprometerá directamente nunca con la GL, que desarrolló sus actividades como instrumento de apostolado de ambiente bajo la guía de don Luigi Olgiati, en esa época consiliario de la GIAC. Con la sensibilidad del pastor declaraba: «No siento que deba prohibir lo que ya existe para no crear preocupación en quienes participan de ello»; pero añadía: «No puedo aprobar que se afirme como la fórmula normal y preferida de apostolado de ambiente o de asociación juvenil en el campo del trabajo. Hay otras fórmulas que por diversos motivos tienen prioridad sobre esta, y merecen respeto y apoyo»¹. Pensaba en las ACLI, la asociación que representa a los trabajadores católicos, que se habían quejado ante Montini² por una especie de invasión de terreno por parte de GL.

De hecho, el cardenal Montini reflejaba lo que una parte del clero milanés, de la dirección de la Acción Católica y de la FUCI exigían desde hacía tiempo, esto es, que Giussani circunscribiera el ámbito de su acción al mundo de la enseñanza secundaria: «Me parece que vuestra actividad debe limitarse a su campo específico, la escuela secundaria; es un campo inmenso con innumerables necesidades, con recursos inagotables, donde vuestra capacidad y vuestro celo pueden encontrar un lugar providencial, acercando a las generaciones siempre nuevas de jóvenes estudiantes, creando para ellos una pedagogía cristiana más completa y moderna, y ofreciéndoles formas nuevas y variadas de asistencia, capaces de absorber el don generoso de todas nuestras energías». Pero debía constatar «con preocupación» que esto no sucedía: «Vosotros sobrepasáis los límites de vuestra competencia, y temo que el querer hacer demasiado no favorezca la profundidad y estabilidad de vuestro trabajo y le imponga un límite intrínseco no previsto: hacer de él al final una obra cerrada, más útil para sí misma que para el conjunto social al que quería servir». No obstante, concluía reconociendo la

lealtad de Giussani y don Padovani a la hora de perseguir sus objetivos educativos: «Vuestro deseo de bien os preservará de toda disipación y de toda pretensión de suficiencia, y os conservará y perfeccionará en vuestro ejemplar y humilde coraje como apóstoles de nuestra Gioventù Studentesca»³.

Maria Bocci observa que el arzobispo de Milán, Montini, captaba a su modo la originalidad del ‘experimento’ y se decía «consolado porque de ese modo una ‘pedagogía cristiana más completa y moderna’ [11 de noviembre de 1962, *nda*] guiaba la presencia de los cristianos en los colegios»⁴.

Por mucho que Giussani tratara de seguir las indicaciones de su obispo, la naturaleza misma del fenómeno GS no podía contenerse dentro de un cauce tan circunscrito como el mundo de la enseñanza: en efecto, los antiguos *giesinos* de los liceos milaneses, una vez que entraban en la universidad y en el mundo del trabajo, no querían abandonar la realidad y el método que les había abierto de par en par la posibilidad de ser cristianos sin complejos en cualquier lugar. La rígida división de la pastoral de sector (escuela, universidad, trabajo, etc.), característica del asociacionismo tradicional, les iba estrecha, y en todo caso GS había asumido ya una dimensión que desbordaba los límites de Milán y suscitaba curiosidad también en otras partes.

Giovanni Battista Montini:

«Sé de vuestra actitud valiente y coherente con el ideal»

En 1962 se publicó un libro titulado *Canti della resistenza spagnola* editado por Einaudi. La recopilación contenía citas sacrílegas y obscenas hacia Cristo y la Iglesia. Las autoridades españolas lo declararon por eso «indeseable». El Consejo estudiantil interfacultades de Milán aprobó una moción de solidaridad con el editor Giulio Einaudi, «sometido a medidas restrictivas de su libertad», y criticó a «las autoridades españolas culpables de este atentado a la libertad y a la cultura italiana». Votaron a favor los representantes de la FUCI, y en contra los de GS. El 30 de enero de 1963 monseñor Manfredini escribía al cardenal Montini que «desde las manifestaciones antifranquistas al comicio de Parri, desde los hechos de Cuba, a los debates internos contra la policía, desde la elección de representantes de facultad notoriamente comunistas, a la reciente moción por Einaudi, hay toda una serie continua de episodios alarmantes». Manfredini observaba: «Pienso que debemos ser indulgentes con los jóvenes que se equivocan; pero no con una mentalidad que deriva pavorosamente hacia posturas imprecisas o erradas en el plano doctrinal. (Vea, por favor, la carta que se me ha enviado)». En esa carta la FUCI reivindicaba su autonomía de método y de instrumentos respecto a otras fuerzas católicas y a la autoridad eclesiástica, sosteniendo que las opciones políticas propias de la FUCI —programas y personas— tenían que tomarse dentro de la misma organización, conforme a sus propias valoraciones⁵.

En relación con este asunto, el 23 de enero de 1963 Giussani escribía a Manfredini. De entrada le decía que, obedeciendo a las directrices recibidas, los universitarios encargados en GS se habían comprometido a fondo a favor de la Intesa, el movimiento

de política universitaria de inspiración cristiana, donde prevalecía la FUCI, y en el que participaban también universitarios procedentes de Gioventù Studentesca. En esa época las organizaciones universitarias con representación eran la UNURI (de izquierda), INTESA y FUAN (de derecha). Alrededor de treinta de los setenta candidatos en las listas electorales eran de GS, y seis fueron además elegidos: «Esto lo hemos hecho con gravísimo sacrificio porque todo el enorme trabajo de G.S. se mantiene en pie por la dedicación de ellos, teniendo en cuenta que solo somos dos sacerdotes». Luego Giussani expresaba a Manfredini su contrariedad por cómo se había desarrollado el asunto Einaudi: «Con gran dolor [...] debemos hacer que usted conozca [...] la hostilidad con que los miembros de la FUCI se han comportado hacia nosotros sobre todo en estos días, continuando, entre otras cosas, con una actitud ideológica que nos deja perplejos. [...] Ya en demasiadas ocasiones nos ha parecido evidente sobre todo la ausencia de inspiración religiosa. Hemos visto siempre a esas personas en colusión con los comunistas, los socialistas y los radicales, haciendo mociones contra Franco, contra Salazar o la policía italiana, en defensa de la libertad de anarquistas o de prensa incluso blasfema (v. *Canti della nuova resistenza spagnola*); y nunca les hemos visto preocuparse por las dificultades, por ejemplo, por las que pasa la libertad de conciencia y la educación cristiana de nuestra juventud»⁶.

Manfredini envió a Montini un ejemplar del libro de Einaudi, rogando a don Pasquale Macchi⁷ que se lo entregase: «Me lo ha prestado el vicepresidente de la F.U.C.I., Bepi Tomai, a quien debo devolvérselo. En la cubierta interior del libro está la firma del propietario, con la fecha 1962: quizá esto pueda demostrar que al menos alguien en la F.U.C.I. conocía su contenido, antes de los artículos del *Osservatore romano* y de *Italia*, y antes del secuestro que ordenó la Magistratura»⁸.

Recibido el paquete, el 2 de febrero de 1963 el arzobispo se dirigió a Giussani con estas palabras: «Querido y rev. D. Giussani, sé de la actitud valiente y coherente con el ideal mantenida en los recientes episodios escolares y académicos por seguidores de Gioventù Studentesca. Agradeceré tener alguna noticia más completa de ello. Entretanto no quiero callar la complacencia y consuelo que semejante rectitud espiritual y moral lleva a mi ánimo, y al de nuestro campo católico. Le doy las gracias a usted y a los valientes estudiantes; y corroboro estos buenos sentimientos y propósitos con una afectuosa bendición»⁹.

En esas fechas, Giussani hizo llegar a Montini una moción de Gioventù Studentesca (de la que se difundieron quince mil ejemplares en todos los colegios milaneses) en referencia a los episodios de violencia ocurridos en el liceo Carducci y a algunas actividades del Piccolo Teatro en los colegios de Milán¹⁰. A la sensibilidad de Giussani, desde hacía años comprometido con el mundo estudiantil, le parecía cada vez más grave el intento que se estaba realizando de ofender la fe de los jóvenes, impidiendo que se realizase una formación cultural cristiana adecuada a los tiempos.

Giussani envió también toda la documentación recogida sobre los acontecimientos que habían provocado la intervención y las aclaraciones de GS. Montini examinó el material

recibido (en el margen, el cardenal anotaba: «dar buena respuesta»)¹¹ y el 2 de febrero de 1963 contestó, confiando a Giussani que había seguido «con el corazón temblando y con paterno interés los hechos que ha publicado la prensa»; y añadía: «He rezado para que la animosa intervención de G.S. pudiera tener el éxito esperado. [...] Ahora me siento en el deber de agradecerle este laborioso informe, en el que he tenido el gusto de percibir la claridad de la profesión católica en G.S., su valiente y devota inclinación a los principios cristianos y su fervorosa voluntad de contribuir, incluso con sacrificio, a dar buen testimonio de ellos»¹².

El padre Emmanuel Braghini recordaba que un día el arzobispo Montini, al verse con él, le preguntó cuál era la situación de GS. «‘Mire, eminencia, usted sabe que yo soy el único que confiesa a los chicos. ¿Sabe de qué vienen a acusarse? De algo que usted nunca habrá escuchado en la confesión de nadie: piden perdón porque, por ejemplo, en lugar de ir a comer a una mesa donde quizá había una persona que tenía más necesidad, que estaba más triste, un poco más sola, a la que todavía no conocían, se habían sentido tentados de ir a la mesa con una persona con la que tenían más facilidad de relación. Uno que se acusa de esto comprende que debería ir de forma misionera a comer con aquel o con aquella, hasta el punto de que no hacerlo lo considera como un pecado...’. El cardenal me escuchaba e intuía que debajo había algo, estaba contento». El padre Giannantonio, un fraile capuchino que estuvo en los campos de concentración durante la Segunda Guerra Mundial, sugirió a dos sobrinos suyos que participasen en la vida de GS; y un día le dijo al padre Emmanuel: «‘La gente normalmente va a muchas tiendas, pero cuando empieza a acudir en masa a una determinada, quiere decir que allí hay algo que vale más’. También el cardenal Montini se había ‘olido’ esto»¹³.

«Los mosqueteros de la fe»

GS había adquirido ya un rostro público y esto empezaba a despertar interés en los medios de comunicación nacionales. Uno de los primeros que decidió ocuparse del tema fue el semanario *Gente*, que se acercó a ellos con una petición. Giussani escribía sobre ello en una carta a don Pasquale Macchi, secretario particular del cardenal Montini, el 23 de febrero de 1963: «El doctor Del Mare¹⁴, periodista y padre de una chica que participa en G.S., quiere escribir desde hace algún tiempo un artículo en ‘Gente’ describiendo nuestro movimiento. Hasta hace pocos días hemos tratado de disuadirle de todas las maneras posibles: nosotros no tenemos ninguna necesidad de publicidad, etc., pero él insiste y está reuniendo material. Puesto que ha afirmado que le conocen tanto su eminencia como usted, si usted considera que nos podemos fiar, bien; en caso contrario, ¿no podría decirle algo?»¹⁵.

Junto con la carta, que se conserva en el archivo de la diócesis de Milán, se halla grapada una hoja firmada por el cardenal que contiene esta disposición impartida al secretario Macchi: «responder acerca de Del Mare que es con seguridad óptima persona. S. Em. no tiene nada en contra siempre que se haga en términos no publicitarios»¹⁶.

Y así Annibale Del Mare pudo escribir su artículo. El periodista envió un ejemplar a Montini con una carta de acompañamiento fechada el 14 de marzo: «Tengo el honor de hacer llegar a S.E. uno de los primerísimos ejemplares (recién salido de la tipografía) del semanario ‘Gente’ —muy difundido en toda Italia— en el que he publicado un artículo sobre el benemérito movimiento ‘G.S.’, Gioventù Studentesca. Yo mismo he querido ocuparme de este tema por dos motivos principales: 1º) porque tengo una hija de 17 años que pertenece a él desde hace dos, y que, aunque ya bien encaminada en la vida por índole y —considero— por ambiente familiar, se ha transformado, ganando muchísimo en su formación espiritual y moral (por ejemplo, la ‘Bassa’ de los domingos es para ella la ilusión de la semana); 2º) porque me ha parecido que era bueno dar a conocer ampliamente a la opinión pública nacional un movimiento de jóvenes tan prometedor, del que yo —como padre y como ciudadano— soy entusiasta. Finalmente no oculto a S.E. Rvdma. que este artículo me ha costado no poco esfuerzo, por cierta benévola reticencia y casi contrariedad por parte del estupendo rev. don Giussani y de otros, que no querían darme elementos para un artículo que se iba a publicar en un periódico de tan amplia resonancia. Pero nosotros los periodistas no somos fáciles de desarmar en nuestros propósitos»¹⁷.

La respuesta de Montini lleva la misma fecha, el 14 marzo: «Le agradezco lo que me escribe y lo que me da a leer. Esperemos de verdad que un movimiento tan relevante y tan prometedor abra para nuestra juventud un camino seguro hacia la vida cristiana»¹⁸.

Recibida la carta, Del Mare respondió: «Me alegro de poder atestiguar a S.E. Rvdma. que el artículo ha sido gozosamente acogido tanto por los jóvenes de ‘G.S.’ como por sus familias»¹⁹.

Y esto es lo que escribía Del Mare en el número de *Gente* del 22 de marzo de 1963. El artículo se titulaba «Los mosqueteros de la fe»: «Hace unos diez años, [...] un joven sacerdote, don Luigi Giussani, [...] profesor de Teología dogmática en el seminario de Venegono, [...] viajaba en una ocasión hacia Loreto, adonde había decidido ir al término de una larga enfermedad. Se detuvo durante una tarde en Rimini entreteniéndose a hablar, en el hotel, con algunos jóvenes huéspedes, y comprendió que era el momento de actuar a fondo. Aquellos chicos ignoraban los valores del cristianismo: a ellos, y a todos los que eran como ellos, ‘Gioventù Studentesca’ iba a abrirles nuevos horizontes». Y por eso, escribía Del Mare, Giussani decidió ir a dar clase de religión a un colegio público: «Al principio, pocos estudiantes, cinco o seis, se unieron a él para los ‘radios’, es decir para los vivaces debates que se convirtieron luego en el motivo de mayor interés del movimiento. Después los miembros que se adherían aumentaron poco a poco: centenares, millares».

Del Mare proseguía observando que «gracias a su espíritu abierto y libre, ‘Gioventù Studentesca’ se ha ido desarrollando un poco por todas partes» y que el movimiento «camina cada día con más decisión; se ramifica en progresión constante, sin que nadie lo sostenga con un plan preestablecido, y parece difundirse por germinación espontánea. Los mismos jóvenes son los verdaderos protagonistas de esta acción y son ellos quienes ejercen todos los cargos, porque los sacerdotes desarrollan solamente una acción de

asistencia espiritual. No meterse en ‘G.S.’, para quienes la han conocido, es como tener que renunciar a la experiencia más esperada y deseada de su juventud. No hay campo que no les interese o que ellos excluyan, y sus temas de discusión, de examen, de debate abierto, tienen por objeto aspectos concretos de la vida, valores humanos, acontecimientos sensacionales del día: así, por ejemplo, el concepto de libertad, de educación, las relaciones con la familia, los sentimientos afectivos, el famoso ‘proceso de Lieja por infanticidio’ o las huelgas de los estudiantes por razones de inspiración política, o tantos otros hechos de la crónica de actualidad»²⁰.

En el número de *Gente* del 29 de marzo de 1963 se publicó una carta al director escrita por tres *giesinos*: «Distinguido Doctor Rusconi, ha sido para nosotros, jóvenes de ‘Gioventù Studentesca’, un don, además de una alegre sorpresa, la lectura del artículo del periodista Annibale Del Mare titulado ‘Los mosqueteros de la fe’, que ha aparecido en el número 12 de *Gente*. También a nuestras familias les ha gustado. Dada la gran difusión nacional de su revista, que no descuida nunca los temas constructivos, nuestro movimiento ‘Gioventù Studentesca’ (que tiene como animadores suyos a apasionados sacerdotes) obtendrá grandes frutos de ello. Estamos seguros de que la lectura del artículo en muchas localidades de Italia contribuirá a que resurjan grandes esperanzas en la reanimación cristiana de los jóvenes. Pigi Galignani, Marina Molino, Eugenio Monti».

El director respondía a la carta con unas líneas en cursiva: «Quiero deciros, jóvenes lectores, que me siento feliz cuando puedo ilustrar sobre movimientos como el vuestro, y hablar de jóvenes como vosotros: el mundo será como lo hagan los jóvenes; y los que se comprometen alegremente en nombre de Dios y con Dios trabajan para hacerlo mejor, merecen por eso la amistad de todos»²¹.

Dorothy Day

En la primavera de 1963, durante un viaje a Italia, Dorothy Day, periodista americana líder del Catholic Worker Movement²², se reunía en Milán con Giussani y el pintor William Congdon (1912-1998). Ofrecemos a continuación algunos pasajes sacados de su diario, publicados originalmente en *The Catholic Worker*, revista del movimiento fundado por ella: «En mayo pasado, mientras me encontraba en Milán, hablé a los estudiantes universitarios mientras Bill Congdon traducía mis palabras. El encuentro tuvo lugar después de la misa dominical matutina en la iglesia de San Antonio; la iglesia estaba llena hasta los topes de estudiantes, y la celebración había comenzado con el rezo de Laudes. Fue emocionante escuchar los antiguos himnos latinos. La misa se celebró con el rito ambrosiano y los estudiantes cantaron los salmos de Gelineau. A continuación hubo una reunión en el colegio Cardenal Schuster, en el claustro, que estaba cubierto y transformado en una gran sala de conferencias. [...] La reunión se prolongó a lo largo de la mañana y me quedé de nuevo asombrada por la paciencia que tienen los italianos, que ya había experimentado sobre todo en los trenes, que van siempre sobrecargados de gente (aunque viajan en hora). Los estudiantes estuvieron atentos y disciplinados durante todo el largo encuentro. Don Luigi Giussani es el inspirador de esta obra entre los

jóvenes de Milán. Estos reciben la mejor guía intelectual y espiritual y don Giussani no teme pedirles su tiempo, plantearles preguntas, exigiendo que busquen, que indaguen, exigiendo más reuniones, más preparación para ese momento, para esa oportunidad, para esa decisión que condicionará toda su vida. [...] Entretanto, mientras hablaba don Giussani, Bill me transcribía la traducción. Bill Congdon había hablado a los estudiantes en algunas reuniones precedentes —habla italiano correctamente y ellos reaccionan a su calor, a eso que Jacques Maritain llamaba su ‘dulzura sorprendentemente profunda, su candor indefenso, su vulnerabilidad a cualquier dardo espiritual, bien sea el dardo del sufrimiento de este mundo como el de la belleza que hiere los sentidos, o los dardos de las orillas ultramundanas’—. El hecho de haber sido presentada y traducida por él ha provocado que fuera acogida con calor»²³.

16 de junio de 1963. La última carta del arzobispo Montini al partir para el cónclave

El 3 de junio de 1963 moría Juan XXIII. El 5 de junio Giussani hizo que los *giesinos* distribuyeran en Milán una octavilla, de la que se habían impreso quince mil ejemplares, para expresar la «turbación por la desaparición de Juan XXIII», para subrayar «su fe en la perennidad histórica de la Iglesia» y para llamar a todos «a meditar sobre el ejemplo de caridad y de apertura a todos los valores humanos —fuera cual fuera su origen— que la gran figura del Papa ha sabido dar frente al mundo entero». Por todo ello invitaba «a todos los estudiantes de tradición cristiana a recordar como testamento suyo a los jóvenes lo que escribió en las últimas páginas de su encíclica ‘Pacem in Terris’: ‘Es indispensable que en los seres humanos que están en formación, la educación cristiana sea integral e ininterrumpida’»²⁴.

El 14 de junio de 1963 Giussani escribía al arzobispo de Milán para pedirle permiso para viajar a Belo Horizonte, Brasil, a partir del 10 de agosto, durante quince días, apenas hubieran terminado los turnos de vacaciones de los bachilleres que habían hecho la reválida. Los motivos que aducía eran dos: «Este año se han marchado para un trabajo estable de apostolado dos jóvenes licenciadas, además de Alberto Antoniazzi (ver aquí, pp. 308-309). Las noticias —semanales— son óptimas, pero siento el deber de controlar la situación logística y económica, además de la espiritual»; en segundo lugar, «cinco estudiantes van a ir allí para vivir una experiencia de uno o dos meses durante las vacaciones. Espero poder completar pronto las noticias que ya le he dado en otras ocasiones, para que vuestra eminencia, conociendo cada vez más esta iniciativa, pueda favorecerla con su protección y su bendición, que es lo que más deseamos nosotros»²⁵.

El 16 de junio de 1963 el cardenal Montini salía para el cónclave que le iba a elegir Papa, y esa misma mañana, antes de despedirse de sus familiares en Brescia, encontró tiempo para responder a Giussani. Será su última carta escrita como arzobispo. En ella el futuro Pablo VI confiaba sus pensamientos sobre Gioventù Studentesca: los «consuelos» que le daba, pero también algún que otro motivo de «desasosiego», vinculado especialmente al tema de la «experiencia». He aquí lo que escribía:

«¡Querido Don Giussani! Siempre tenemos razonamientos y comentarios que hacer,

reconocimientos, estímulos, bendiciones que dar; pero el tiempo me ha sido, también en estas circunstancias, más avaro de lo que se pueda decir. Tengo aquí un buen montón de documentación sobre ‘Gioventù Studentesca’, que me da mucho consuelo, usted se lo puede imaginar; y algún desasosiego, que ya le confié a usted, especialmente por lo que otros deducen, más allá de los buenos límites que usted quiere mantener, y que seguramente va más allá del sentido de sus intenciones: aludo especialmente a la experiencia cristiana como fuente de la verdad cristiana. Como método pedagógico puede incluso ir bien, si lo guía un maestro y además sabe poner en su lugar, incluso en la mente de los jóvenes, la escala objetiva de las verdades y de los valores: pero esa primacía de la experiencia, teorizada como absoluta, no es admisible; y seguidores inexpertos del método pueden dar una expresión doctrinal inexacta de él. Usted lo sabe y lo comprende todo; por el amor que tiene a su obra, y más por aquello que lleva tan fuertemente en el corazón ¡sea bueno y vigilante, por nuestro Señor! Igualmente con esa bendita promiscuidad de acción entre chicos y chicas: sé que usted es exigente y finamente educado; pero es fácil que en otros centros, imitadores del método, se decaiga en su aplicación y se empiece a teorizar la coeducación, con tantas peligrosas y deplorables flexiones. También en esto, ¡vigilancia! No permita que se atribuyan a G.S. y a usted interpretaciones extensivas que no se pueden aprobar. ¿Y el viaje a Brasil? Por mi parte, nada en contra: entiéndase con quien trata estas cosas aquí en la Curia. Pero también a este respecto le digo mis temores paternos y responsables, que no mezquinos ni incomprensivos: ¿No es una empresa demasiado arriesgada? ¿Está suficientemente asistida y dirigida? ¿La garantizan y la aprueban los obispos locales?».

Montini se despedía de Giussani con estas palabras: «Espero verle pronto, y no ya para continuar la predicación, sino para transmitirle mi confianza y mi afecto y para darle mi bendición»²⁶.

El 21 de junio de 1963 el cardenal de Milán fue elegido Papa (Pablo VI y Giussani no volverán a verse durante años, hasta una lluviosa mañana de 1975 en la plaza de San Pedro).

Pocas semanas después Giussani recibía los saludos del Pontífice: monseñor Cesare Pagani, delegado arzobispal de la Acción Católica de Milán, era recibido en audiencia por Pablo VI. Al volver de Roma, escribía a Giussani: «Ante todo te transmito el paternal saludo y la bendición apostólica de Pablo VI [...]: me ha hablado de ti con mucho afecto y con una atención muy delicada»²⁷.

A Montini le sucedió monseñor Giovanni Colombo, que fue nombrado arzobispo de Milán el 10 de agosto de 1963 y que regirá la diócesis ambrosiana hasta 1979.

La experiencia

Recibida la carta del cardenal, Giussani no dejó pasar el tiempo: quería responder a los motivos de desasosiego de Montini, con mayor razón ahora que era Papa. Por eso, en el verano de 1963 redactó siete hojas sobre el tema. A continuación contactó con el que había sido profesor suyo en el seminario, monseñor Figini, el censor eclesiástico de la

diócesis ambrosiana, que había aprobado las primeras publicaciones de GS. Este, recibidas las páginas, «no cambió ni siquiera una coma»; y cuando Giussani le pidió el *nihil obstat*, Figini se lo concedió. Giussani atribuyó siempre un gran valor a ese pequeño texto, que se publicó con el título de *La experiencia*, y que «marca históricamente el centro de nuestra posición que los años han profundizado, pero no cambiado sustancialmente»²⁸.

Pero ¿qué escribía Giussani? «*Concretamente, experiencia es vivir lo que me hace crecer*». Especificaba que «lo que caracteriza a la experiencia es entender una cosa, descubrir su *sentido*. La experiencia implica, por consiguiente, la inteligencia del sentido de las cosas. Y el sentido de una cosa se descubre en su conexión con el resto; por eso la experiencia significa descubrir para qué sirve una determinada cosa al mundo».

Giussani definía la experiencia cristiana y eclesial como una «unidad de acto vital» resultante de un triple factor: «a) *El encuentro* con un hecho objetivo, originalmente independiente de la persona que vive la experiencia; hecho cuya realidad existencial es una comunidad que se expresa sensiblemente [...]. No existe versión de la experiencia cristiana, por interior que sea, que no implique al menos en última instancia este encuentro con la comunidad y esta referencia a la autoridad. b) El poder de percibir adecuadamente el significado de ese encuentro. El valor que tiene el hecho con el que nos topamos trasciende la fuerza de penetración de la conciencia humana y requiere por consiguiente un gesto de Dios para su comprensión adecuada. En efecto, el mismo gesto con el que Dios se hace presente al hombre en el acontecimiento cristiano exalta también la capacidad cognoscitiva de su conciencia, adecuando la agudeza de la mirada humana a la realidad excepcional que la provoca. Es lo que se llama la *gracia de la fe*. c) La *conciencia de la correspondencia* que hay entre el significado del hecho con el que nos topamos y el significado de nuestra existencia, entre la realidad cristiana y eclesial y nuestra persona».

Según Giussani, también en la experiencia cristiana, «es más, de modo máximo en ella», están implicadas «la autoconciencia y la capacidad crítica del hombre», por lo que una auténtica experiencia está muy lejos «de identificarse con una impresión que se ha tenido o de reducirse a una repercusión sentimental»²⁹.

Durante una Escuela de responsables celebrada en Varigotti el 6 de septiembre de 1963, Giussani volvía sobre la necesidad de que cada joven que participaba en GS personalizara dicha experiencia: «Aunque estemos muy dedicados a la actividad de GS», el movimiento «no consiste en realizar algunas iniciativas, en ir a una asociación que hace algunas reuniones», sino que es la vida misma, por lo que «nada queda fuera». Giussani apremiaba a los *giesinos*: «Por eso, cada vez que nosotros sentimos dentro de nosotros mismos este derecho —ahora voy a GS, pero ahora tengo derecho a usar mi libertad, vamos a esquiar, luego iremos al cine...— es decir, el sentir lo que se hace en GS como un límite, como una barrera» es señal de que uno no comprende todavía que se trata de una concepción nueva de la vida³⁰.

Un factor decisivo para que se defina una experiencia auténtica es la lealtad frente a la propia humanidad. Pero la situación histórica y el contexto cultural en que se vive tratan

de obstaculizar de todos los modos posibles el ejercicio de esta lealtad. Giussani lo aclara durante la décima Semana de los estudiantes de GS, de nuevo en Varigotti, del 26 al 29 de septiembre de 1963, en vísperas del comienzo de un nuevo curso escolar: al igual que nacemos de nuestra madre como «seres humanos con una estructura física que representa el tipo humano, así también nacemos con una estructura interior cuya característica fundamental es esta exigencia inexorable de realización completa, de perfección (la palabra vale sobre todo para los que saben latín), es decir, de felicidad». Pero el hombre contemporáneo es «boicoteado», como sucede con masas inmensas en el mundo, tanto al Este como al Oeste, por un planteamiento de la sociedad que trata de sofocar y de reprimir la exigencia, el impulso y la orientación con los que nace el hombre. Por esto Giussani recordaba a sus jóvenes amigos que lo más necesario era reconocer que «el hombre es algo serio, que la vida es algo serio, y que tiene un destino serio. Nosotros empezamos a buscar solo por esta seriedad, solo por esta sinceridad con nosotros mismos». Todas las demás posturas tienen que renegar de algo y se convierten en «destrucción sistemática desde las cátedras de los colegios estatales de hoy, ante la indiferencia general, también de las personas religiosas, cristianas, católicas, incluso cultas». Sus palabras asumían el tono de la súplica: «Os ruego que os pongáis frente a la necesidad de esta seriedad, porque en caso contrario no nos entenderemos, en caso contrario no es una postura humana, y yo pretendo hablar solo al que es hombre». Giussani confesaba su malestar: «Si estuviera aquí un hombre de hace mil años, o de hace dos mil años, o de hace tres mil años, o de cualquier otra época de la historia, estaría un poco extrañado de escuchar una insistencia sobre algo tan obvio. De hecho, vivimos en una época en que se niega lo obvio, lo evidente» y «se destruye con rabia»: es la época que ha empezado «con la voluntad del superhombre empeñado con todas sus fuerzas en destruir a Dios, y cuando el hombre se empeña en destruir a Dios se destruye a sí mismo, porque Dios es lo que le constituye»³¹.

El llamamiento de Pablo VI

Frente a este clima culturalmente invasivo, que había penetrado también en la vida de los cristianos, Giussani no se abandonó al fácil lamento sobre la maldad de los tiempos, sino que invitó a responder al llamamiento lanzado por el Pontífice recién elegido, Pablo VI, en el curso de la audiencia general del 17 de julio de 1963: «Recomponer de nuevo toda comunidad cristiana, rehacer el sentido de la *plebs Dei*»³², es decir, del pueblo de Dios. Y al citar estas palabras comentó: «Ha sido muy exaltante para nosotros leer una frase de este tipo, que parece un resumen de todo nuestro esfuerzo, de toda nuestra concepción, de todo nuestro planteamiento. Esto lo sentimos nosotros hasta el tuétano, esta es la tarea urgente [...] por consiguiente no se trata únicamente de una opinión provisional nuestra»³³, es decir, el compromiso de recomponer la comunidad cristiana, cuya presencia en la sociedad el Papa juzgaba que estaba debilitada.

En aquella audiencia Pablo VI dijo también: «Se diría que, en algunas partes, la comunidad cristiana ya no existe o está agotada por el desgaste del tiempo, o bien no ha

resistido a las nuevas costumbres, mientras que la fascinante voz del mundo, con sus halagos exteriores, ha distraído fuertemente a las almas». Por eso «muchas gente se ha dispersado»; tanto que una parte de los fieles «se ve inducida por fuerzas anticristianas a alejarse, a no escucharnos, incluso quizás ¡a militar contra nosotros!». Además «aquí y allá se nota, en nuestros grupos, una deficiencia en el entramado, una escasa cohesión, o carencia de aquella plenitud de vitalidad que alimenta en el fiel el gozo de ser cristiano»³⁴.

Precisamente para secundar esta preocupación del Pontífice, Giussani asignó a la citada semana de Varigotti el tema: «¿Cómo edificar la Iglesia?». Su convicción era clara: «Nuestros oídos todavía se despiertan por la mañana con las campanas», pero estas ya no nos dicen nada «a la mayoría de los que estamos aquí, y quizá tampoco a mí mismo, hasta tal punto se ha debilitado el empuje de esta presencia: no porque esta se haya debilitado, sino porque el nexo entre su fuerza, su esencia y nuestra conciencia, ese nexo se ha abierto, se ha roto, hemos huido, nos hemos centrifugado, se nos ha lanzado cada vez más lejos de la esencia de esta realidad, que es nuestra verdadera madre, la santa madre Iglesia».

Giussani pronunciaba estas palabras en un momento de la vida de GS marcado por serias dificultades en la diócesis de Milán: los dirigentes de la FUCI insistían también ante el nuevo arzobispo en que el movimiento sobrepasaba el ámbito pastoral asignado (el mundo de la enseñanza media) para invadir el ámbito universitario, de estricta competencia suya; como antes con Montini, una parte de los párrocos se quejaba también ante Giovanni Colombo porque el movimiento estaría sacando a los jóvenes de las parroquias, y consideraba peligroso el reunir a chicos y chicas.

Y justo debido a estas acusaciones renovadas, Giussani se sometió al juicio del que había sido su maestro en Venegono y ahora se sentaba en la cátedra de san Ambrosio. E invitó a todos los jóvenes reunidos en Varigotti a hacer lo mismo, reconociendo que era una característica fundamental de la realidad de GS el vínculo con el obispo y la obediencia a sus directrices: «De aquí la necesidad de una aprobación explícitamente entendida por nosotros y explícita o implícitamente dada por el obispo». Y llevando esta convicción a sus extremas consecuencias, declaró: «Si el obispo no diese esta aprobación explícita o al menos implícita, yo no haría GS ni una hora, ni una hora más, porque nosotros no queremos hacer una asociación nuestra, ya que estamos demasiado persuadidos de la desproporción infinita que hay entre nuestras fuerzas, nuestra inteligencia y nuestra voluntad, nuestra virtud, y el objetivo que queremos alcanzar, el fin que queremos realizar, que es el acontecer del Misterio que salva a los hombres. No somos nosotros, es un don de Dios, y el don de Dios pasa por el misterio de la Iglesia, a través del obispo. Para eso está la aprobación de la autoridad auténtica de la Iglesia, y la autoridad auténtica en la Iglesia es solamente el obispo... en cuanto unido al Papa». Y añadió: precisamente esta actitud de obediencia «nos hace extremadamente libres, de un día para otro, incluso para suprimir todas nuestras formas». A continuación respondía a algunas objeciones que circulaban en la diócesis a propósito de la relación entre GS y la Acción Católica: para Giussani «el movimiento comunitario de la Iglesia en torno al

obispo es único; una comunidad, por ejemplo, de un centro escolar, que solo se tuviese en cuenta a sí misma, sería ‘provinciana’, y no sería una comunidad cristiana». Todo el conflicto entre un movimiento como GS y la Acción Católica o la parroquia nacían de una ignorancia «de lo que queremos, de lo que pensamos, de lo que sentimos». Y justamente para expresar cada vez más dicha unidad, hizo un anuncio, entre los aplausos de los presentes: «Este año vamos a realizar incluso un intercambio de hombres — seguramente con gran sacrificio para nosotros y para ellos—, porque nosotros vamos a ceder a la Acción Católica el trabajo de Giorgio Feliciani (nuestro grandísimo secretario generalísimo) y la Acción Católica nos va a dar, como nuevo presidente de GS, a Giacomo Contri».

Tomó entonces la palabra don Luigi Olgiati (consiliario general de la GIAC): «Veis, pues, que no se plantean como alternativa Acción Católica y GS, y nosotros estamos contentos de que esto se produzca, porque es una señal de vida. Un árbol que no pudiera expresarse en ramas, estaría muerto».

En este punto Giussani volvió sobre el tema con el que había abierto la semana de Varigotti: todo depende de la persona. De hecho, «¿con qué medios demuestra y comunica GS la riqueza de sus valores en una clase? Con las dotes de inteligencia, de sensibilidad y de voluntad de uno que pertenece a GS y está en esa clase. Si no hubiéramos tenido ciertos tipos humanos, no habríamos podido demostrar la capacidad organizativa, la traducción física de un orden de conceptos y de ánimo, tal como lo tenemos en GS, y supera a cualquiera. Si no hubiéramos tenido, no sé, a nuestro queridísimo Guido, a nuestro queridísimo Eugenio, a nuestra queridísima Adriana, a nuestro queridísimo Robi Ronza, a nuestros amigos del grupo artístico, GS no habría podido expresar esa capacidad que tiene de traducir su riqueza en términos de canto, de armonía, de imaginación, de poesía». Por eso lo más importante, «todo nuestro esfuerzo fascinante, aunque a veces resulte duro», es «impregnar todos nuestros intereses humanos, sin excluir ninguno, incluso el comer y el beber, nuestras exigencias naturales, nuestros intereses genuinos, con el criterio, con el espíritu, con la sensibilidad y con la fuerza de la comunidad cristiana». Y la comunidad tiene necesidad «de tus necesidades humanas, necesita tus exigencias, tus intereses, tus dotes, tus capacidades»³⁵.

La Ecclesiam suam

En agosto de 1964 Pablo VI publicó su primera encíclica, la *Ecclesiam suam*. La palabra «experiencia» —que en su última carta como arzobispo, el 16 de junio de 1963, le había indicado a Giussani como motivo de preocupación— entraba con pleno derecho en el texto doctrinal: «El misterio de la Iglesia no es un simple objeto de conocimiento teológico, tiene que ser un hecho vivido, del cual, incluso antes de alcanzar una clara noción suya, el alma fiel puede tener casi una experiencia connatural; y la comunidad de los creyentes puede hallar la certeza íntima en su participación en el cuerpo místico de Cristo». El Papa continuaba observando: «Si logramos despertar en nosotros mismos y educar en los fieles, con profunda y vigilante pedagogía, este fortificante *sentido de la*

Iglesia, muchas antinomias que hoy fatigan el pensamiento de los estudiosos de la eclesiología —como, por ejemplo, que la Iglesia es al mismo tiempo visible y espiritual, que es libre y al mismo tiempo disciplinada, que es comunitaria y jerárquica, que es ya santa y está siempre en vías de santificación, que es contemplativa y activa, etc.— serán prácticamente superadas y resueltas en la experiencia, iluminada por la doctrina, de la realidad viviente de la Iglesia misma»³⁶.

En su historia de CL, monseñor Camisasca señala que «los chicos que se reunieron en Varigotti para el comienzo del nuevo curso a finales de septiembre tendrían en sus manos el texto de la encíclica, impreso a toda prisa por una eficaz organización»³⁷.

Pasado un mes, Giussani publicaba un nuevo libro, *Apuntes de método cristiano*, conocido como el ‘librito marrón’ (hoy incluido en *El camino a la verdad*, op. cit., pp. 99-156, *ndt*). Al igual que los dos anteriores, también este pequeño volumen se publicaba con el *nihil obstat* (19 de septiembre de 1964) de monseñor Figini. A este escrito Giussani le atribuirá un valor fundacional y metodológico de toda su propuesta, indicándolo como uno de los tres textos fundamentales de los comienzos de GS que habían dado forma orgánica a la experiencia del movimiento, estableciendo de manera sintética las intuiciones y los juicios que nacían de ella. Toda la historia posterior dejará inalterado el valor metodológico de estos textos (que en 1996 serán publicados en un volumen único titulado *El camino a la verdad es una experiencia* (Encuentro, Madrid 1997, 2007²). Estaba dedicado significativamente «al Papa de la ‘Ecclesiam suam’ como expresión del intento meditado y fiel de sus estudiantes de Milán». Se trataba de una nueva etapa de diálogo a distancia, construido por entero en torno a la profundización de la indicación recibida el 16 de junio de 1963. En el libro, Giussani proponía de nuevo la parte central del texto de 1963 sobre la estructura de la experiencia. Condensaba en él lo que los años del seminario, primeramente, y los de GS, después, habían depositado en él sobre un tema decisivo: el cristianismo como experiencia y no como doctrina cristalizada³⁸.

«No se puede descargar el camino de la santidad en una estructura»

Eran preocupaciones que Giussani extendía también a los jóvenes que, acabados sus estudios, habían entrado en el mundo laboral y habían comenzado a construir una familia. Valían también para ellos las preocupaciones de método sobre la naturaleza de la experiencia cristiana, tal como había nacido y se había desarrollado en GS. En el centro se encuentra la persona, que no puede descargar su seguridad sobre ninguna estructura ni organización.

A propósito de esto Giussani contará un hecho que sucedió en los años sesenta, casi como una advertencia para las generaciones futuras a fin de que no cometan de nuevo un cierto error de método: «Cuando los primeros adultos, los primeros jovencitos, empezaron a casarse, [...] dijeron: ‘Tenemos que vivir la comunión, la comunidad entre nosotros, y entonces, para vivir la comunión entre nosotros, nos casamos todos juntos, por la misma época, y compramos juntos un edificio, una casa para ir a vivir todos

juntos'». Giussani recordaba que aquellas jóvenes parejas fueron a verle una noche para hacerle una propuesta. «Habían encontrado y comprado ya la casa, en Turro [Milán, *nda*], y yo les dije: 'No estoy en absoluto de acuerdo, porque no podéis pensar que será más fácil la comunión entre vosotros, la comunidad entre vosotros porque descarguéis el peso en una forma logística. Sucede lo mismo entre un chico y una chica: antes de casarse, todo es brillante y fascinante, pero luego, cuando se juntan, aparecen todos los rollos que tiene el otro, los defectos que tiene el otro. Cada uno de los dos cae en la cuenta de los límites que tiene el otro: ante todo físicos, y también afectivos y espirituales. Ahí empieza el verdadero trabajo, donde la fe, la esperanza y la caridad tienen que sustituir aquello en lo que disminuye o falta el atractivo. Por consiguiente, si vivís cerca unos de otros, aparecerán todos los límites que tenéis, y empezaréis a pelear unas familias contra otras'. Así ocurrió. Eran 20 familias. Después de un año empezaron a desfilar, a tratar de marcharse». Giussani no negaba que aquellas jóvenes familias tuvieran «una voluntad ideal abstracta y sentimentalmente justa», pero subrayaba que había también «un método de búsqueda, para traducir existencialmente ese ideal, que no era justo: descargar en una estructura la respuesta a una exigencia moral o espiritual»³⁹.

Muchos años después, Giussani pondrá en guardia a los universitarios del movimiento sobre el riesgo de esta «descarga», y lo hará contándoles precisamente la historia de Turro: «Yo no pertenezco a la compañía de los amigos como un ladrillo al muro. ¿Qué es lo que me distingue? ¿La cercanía?».

Para Giussani el episodio revelaba un factor esencial de la vida cristiana: «Pertener a una amistad no equivale a tener cercanía. La cercanía es algo humano: cercanía de intereses comunes, cercanía de dinero en común, etc. La pertenencia es la conciencia de mi origen, la conciencia de tu origen, la conciencia de mi destino, la conciencia de tu destino, que son iguales: somos una cosa sola. Todo lo demás puede separarnos —el tiempo, el espacio, el trabajo, la mujer, la vocación—, todo lo demás puede estar separado, pero este origen y este destino son comunes». Subrayaba que, efectivamente, esto es lo único que une: «La conciencia de lo que se es, de lo que tú eres y de lo que yo soy»⁴⁰.

El concilio ecuménico Vaticano II

El 11 de octubre de 1962 comenzaron los trabajos del concilio Vaticano II, la asamblea más participada de la historia de la Iglesia: más de dos mil quinientos padres provenientes de todo el mundo. Preparado durante cuatro años de trabajo, se prolongará hasta 1965, produciendo dieciséis documentos. Conforme a las intenciones de Juan XXIII, debía transmitir pura e íntegra la doctrina, sin atenuaciones ni desfiguraciones, con esta advertencia: «Para que la doctrina alcance los múltiples campos de la actividad humana, que conciernen a las personas individualmente, a las familias y a la vida social, es necesario ante todo que la Iglesia no distraiga nunca su mirada del sacro patrimonio de la verdad recibido de los antepasados; y al mismo tiempo necesita mirar también al presente, que ha comportado nuevas situaciones y nuevos modos de vivir, y ha abierto

nuevas vías al apostolado católico».

Para ello «es necesario que esta doctrina cierta e inmutable, a la que debemos prestar un asentimiento fiel, sea profundizada y expuesta conforme a lo que requieren nuestros tiempos. Una cosa es, en efecto, el depósito de la fe, es decir, las verdades que contiene nuestra venerada doctrina, y otra distinta es el modo en el que estas se deben anunciar, siempre, no obstante, en el mismo sentido y con la misma acepción. Debe darse gran importancia a este método»⁴¹.

Giussani se hacía eco de la misma preocupación: el acontecimiento del Concilio «ha marcado profundamente nuestra historia y nuestra sensibilidad», dirá. Por un lado, «algunos elementos no secundarios de la experiencia de ‘GS’ —como la responsabilidad del fiel en la Iglesia, su derecho a asociarse libremente para un fin apostólico, la idea de la Iglesia como comunión, y por consiguiente de comunidad— anticiparon en cierto modo algunas de las líneas eclesiológicas clarificadas con autoridad por el Vaticano II». Por otra parte, «del Concilio quisimos asumir hasta el fondo su indicación central: una recuperación de la conciencia de la misión de la Iglesia, dirigida a cada hombre y a todos los hombres. La voluntad, pues, de una presencia eclesial renovada dentro del mundo. Siempre hemos luchado por la libertad de esta presencia»⁴².

Giussani recordará: «Los trabajos del concilio coincidieron con una vivacidad cada vez mayor de la presencia de Gioventù Studentesca, en cuya revista *Milano Studenti* se publicaron amplios resúmenes de los trabajos y entrevistas a los padres conciliares sobre cuestiones significativas. Vivimos por tanto el Concilio sin ninguna retórica celebrativa, con gran esperanza y como una confirmación autorizada de algunas intuiciones que ya tomaban cuerpo también en nuestra experiencia»⁴³. En aquellos años resultaba frecuente leer en la revista de GS de Milán, de la que se imprimían y distribuían miles de ejemplares, una entrevista al teólogo y perito conciliar Yves Congar o la crónica de una conferencia de Jean Daniélou en el Centro San Fedele de Milán, a invitación de GS. O también las intervenciones de representantes de la Iglesia evangélica alemana, como Edmund Schlink, y de la Iglesia ortodoxa, como el metropolitano Jacobos.

Giussani subrayará en muchas ocasiones la razón de la profunda sintonía que vivía con las problemáticas conciliares que poco a poco iban emergiendo: «Muchísimos temas eclesiológicos que el Concilio explicitó y puso de relieve formaban parte de nuestra temática y daban forma a nuestra actividad ya varios años antes de que fuera inaugurado». Y de nuevo: «Nosotros [...] —aun con todos nuestros límites— casi lo ‘habíamos vivido previamente’ en muchos aspectos»⁴⁴.

Esto explica «el entusiasmo que experimentamos al encontrar desarrolladas orgánicamente en los documentos del Concilio, a medida que estos salían, temáticas que constituían el contenido más profundo de nuestra sensibilidad intelectual, de nuestro compromiso y de nuestra praxis de vida». Giussani agradecía sobre todo ver expresado de nuevo «más completamente y con mayor profundidad, con ‘autoridad’, el porqué concluyente» de lo que estaba viviendo: «Recuerdo, por ejemplo, la fiesta que celebramos cuando salió la *Lumen gentium*, que pone tan magníficamente el acento, particularmente en su párrafo octavo, en la Iglesia como comunidad visible,

experimentable, encontrable: el alma de nuestra tentativa»⁴⁵.

La Lumen gentium

Por eso Giussani concibió bajo la impronta de la constitución dogmática sobre la Iglesia, o sea, la *Lumen gentium*, la decimosegunda Semana de los estudiantes de GS, programada en Cattolica (población del Adriático, *ndt*) del 26 al 30 de septiembre de 1965. Las tres lecciones que expuso sobre la comunión con Dios, sobre la comunión con los hombres y sobre el diálogo, fueron acompañadas de un cuadernillo —impreso para esa ocasión—, que proponía pasajes de la *Lumen gentium*. A menos de un año de su promulgación (en noviembre de 1964) formaba ya parte integrante de las reflexiones de Giussani y de GS.

La lección sobre la comunión con Dios estuvo introducida por este pasaje del texto conciliar: «Cristo, para cumplir la voluntad del Padre, inauguró en la tierra el reino de los cielos, nos reveló su misterio, y con su obediencia realizó la redención. La Iglesia o reino de Dios presente actualmente en misterio, crece visiblemente en el mundo por el poder de Dios. Este comienzo y este crecimiento están simbolizados en la sangre y el agua, que manaron del costado abierto de Jesús crucificado (cf. Jn 19,34). [...] Y al mismo tiempo, la unidad de los fieles que constituyen un solo cuerpo en Cristo está representada y se realiza por el sacramento del pan eucarístico (cf. 1 Cor 10,17). Todos los hombres están llamados a esta unión con Cristo, luz del mundo, de quien procedemos, por quien vivimos y hacia quien caminamos. Consumada la obra que el Padre había encomendado al Hijo realizar sobre la tierra (cf. Jn 17,4), el día de Pentecostés fue enviado el Espíritu Santo a fin de santificar indefinidamente a la Iglesia y para que de este modo los creyentes tengan acceso al Padre por medio de Cristo en un mismo Espíritu (cf. Ef 2,18). [...] Él guía a la Iglesia a la plenitud de la verdad (cf. Jn 16,13), la unifica en la comunión y en el ministerio, la provee y gobierna con diversos dones jerárquicos y carismáticos y la embellece con sus frutos (cf. Ef 4,11-12; 1 Cor 12,4; Ga 5,22). Con la fuerza del Evangelio rejuvenece a la Iglesia, la renueva incesantemente y la conduce a la unión consumada con su Esposo»⁴⁶.

El segundo día de la Semana de los estudiantes, dedicado por Giussani a la comunión con el ser humano, los chicos encontraron esta sugerencia, sacada también de la *Lumen gentium*: «La restauración prometida que esperamos ya ha comenzado en Cristo; es impulsada con el envío del Espíritu Santo, y por Él continúa en la Iglesia, en la cual por la fe somos instruidos también acerca del sentido de nuestra vida temporal, mientras que con la esperanza de los bienes futuros llevamos a cabo la obra que el Padre nos encomendó en el mundo y labramos nuestra salvación (cf. Flp 2,12). La plenitud de los tiempos ha llegado, pues, a nosotros (cf. 1 Cor 10,11), y la renovación del mundo está irrevocablemente decretada y en cierta manera se anticipa realmente en este siglo, pues la Iglesia, ya aquí en la tierra, está adornada de verdadera santidad, aunque todavía imperfecta. Pero mientras no lleguen los cielos nuevos y la tierra nueva, donde mora la justicia (cf. 2 P 3,13), la Iglesia peregrina lleva en sus sacramentos e instituciones,

pertenecientes a este tiempo, la imagen de este siglo que pasa, y ella misma vive entre las criaturas, que gimen con dolores de parto en espera de la manifestación de los hijos de Dios (cf. Rm 8,19-22)»⁴⁷.

Después de la lección de Giussani, monseñor Enrico Manfredini, auditor del Concilio, ofreció un testimonio sobre los trabajos de la asamblea, en el que subrayó que «la vida de la Iglesia se especifica en un presente que le da Dios, y debe realizarse aquí, ahora, en la historia. He aquí por qué es necesariamente el Concilio de la Comunión con el ser humano. [...] A quien hay que salvar es al hombre, y la Iglesia no pierde nunca de vista la grandeza de la vocación humana»⁴⁸.

El tercer día, sobre el tema del diálogo, estuvo marcado por esta expresión del texto conciliar: «Este pueblo mesiánico, por consiguiente, aunque no incluya a todos los hombres actualmente y con frecuencia parezca una grey pequeña, es, sin embargo, para todo el género humano, un germen segurísimo de unidad, de esperanza y de salvación. Cristo, que lo instituyó para ser comunión de vida, de caridad y de verdad, se sirve también de él como instrumento de la redención universal y lo envía a todo el universo como luz del mundo y sal de la tierra (cf. Mt 5,13-16)»⁴⁹.

Años después, Giussani volverá a hablar de la Constitución dogmática sobre la Iglesia promulgada por Pablo VI: «La *Lumen gentium* habla, precisamente en su primer capítulo, de un ‘libérrimo y arcano designio de sabiduría y de bondad’, y por ello de valoración de todo, de salvación, de liberación». Este designio, «que ha tenido como una sombra de anticipación, como símbolo, como signo anticipador, el modo en que Dios trató al pueblo hebreo, tiene un rostro en el sentido literal del término, y tiene un nombre: Jesucristo».

Siguiendo el itinerario del documento conciliar, Giussani se preguntaba: si la morada de Dios entre nosotros es este hombre, nacido de una mujer, ¿dónde puede encontrarse hoy? «Así comienza la *Lumen gentium*, con esta bellísima expresión: Cristo luz de todas las gentes ‘resplandece en el rostro de la Iglesia’; en el rostro de la Iglesia su rostro me busca en mi deambular, en mi errar, y me llena de sí, frena mi paso equivocado, me llama y me sostiene»⁵⁰.

Giussani subrayará que el texto utiliza muy a menudo, al hablar de la Iglesia y de Cristo, la palabra «Misterio», y contará lo siguiente: «En uno de los encuentros internacionales de filosofía que se celebró, me parece, en Ginebra, había también pensadores cristianos, protestantes y católicos; por los católicos habló un dominico francés muy conocido, al menos entonces, el padre Maydieu⁵¹. Se levantó y empezó con esta frase: ‘La Iglesia es ante todo misterio’. Estaba allí cerca el más grande espíritu protestante, o al menos el mayor pensador protestante de todos los tiempos, muerto hace algunos años [en 1968, *nda*], que se llamaba Karl Barth; este se puso en pie de un salto y abrazó conmovido al padre Maydieu; un espíritu religioso profundo no podía sino reaccionar así».

Otra expresión que entusiasmó a Giussani de la *Lumen gentium* es la que recuerda «muy enérgicamente» que «Cristo es una realidad dinámica, llena de energía, llena de

una fuerza y un poder por el que atraerá hacia sí, por el que está atrayendo hacia sí a todo el universo y toda la historia, conforme a una trayectoria que ha establecido el Padre».

En la *Lumen gentium* aparece claramente que el pueblo cristiano «no está reunido por motivos humanos o por una presión realizada por hombres, aunque sean sacerdotes, predicadores o misioneros, sino que está congregado por el Espíritu, por el poder con el que Cristo nos ha aferrado a mí, a ti, y al aferrarnos ha cambiado nuestro ser por dentro, ha hecho que nos convirtamos en criaturas nuevas. Recordad el desconcierto de Nicodemo: ¿cómo pueden suceder estas cosas?».

Aquí Giussani introducía una valoración sobre el reto que el contexto cultural y social planteaba a este pueblo que es la Iglesia: «El mayor problema frente al mundo es nuestra identidad, es la conciencia clara de lo que somos; en efecto, no se trata, como se formula a menudo, de un genérico pueblo de Dios que abraza a todos los hombres de buena voluntad. No confundamos las cosas que dice la *Lumen gentium* en su bellísimo segundo capítulo: ‘El pueblo de Dios es idéntico a la Iglesia de Cristo y está formado por todos los que profesan íntegramente la fe y conservan la unidad de comunión con el sucesor de Pedro’». Por eso, observaba Giussani, «las fronteras de la Iglesia son muy claras, no son las fronteras de la acción misteriosa con la que Cristo obra en la historia, son las fronteras de este signo, o de este ‘sacramento’, como dice la *Lumen gentium*, de este signo suyo, de este lugar donde el hombre le puede ver y conocer, donde el hombre puede ser llamado por Él de un modo persuasivo y completo».

De toda la *Lumen gentium* Giussani recomendaba retener sobre todo el llamamiento que contiene: «Ha llegado el momento en que no debemos identificar el deber supremo de la vida con una cosa u otra, como si tomáramos la túnica sin costuras de Cristo, la hiciéramos pedazos y tomáramos los que más nos gustaran, esta ley moral o aquella ley moral, un trozo de decálogo u otro, según lo que a nosotros nos cuadre o nos guste». No, «ha llegado el momento en que nuestro deber supremo, por el que nos levantamos por la mañana, es incrementar, realizar, edificar el signo de la Iglesia allí donde vivimos, en casa, entre los vecinos, en la parroquia, en la escuela, en la universidad, en el mundo del trabajo, realizar la Iglesia que es el signo de Cristo por medio del cual la gente puede comprender todavía quién es Cristo y volverse a convertir o convertirse». Y concluía: «La caridad que debemos al mundo y a la historia es demostrar cómo en nombre de Cristo, en la fe, la esperanza y la caridad, las relaciones entre los hombres pueden empezar ya, como dice la *Lumen gentium*, a ser un anticipo del paraíso, un amor»⁵².

Giussani recordaba la alegría y la conmoción de encontrar en los textos del Concilio «la idea de la Iglesia como comunión y la afirmación de la centralidad de Cristo, de su advenimiento (véase a propósito de esto el primer capítulo de la *Dei Verbum*) como respuesta concluyente y definitiva para la vida del hombre». Y consideraba una gracia la insistencia del Concilio en que la tarea misionera de la Iglesia era «vocación de todos los cristianos y por ello también de los fieles laicos». Giussani estaba profundamente persuadido de esta evidencia, que se volverá cada vez más clara con el paso de los años: «Haber superado la dicotomía laico-clérigo, tal como exige el bautismo, me parece una novedad que debemos al Vaticano II»⁵³.

Cristo y la Iglesia, pilares de la *Lumen gentium*, eran también los puntos cardinales de la propuesta educativa de Giussani desde el comienzo de GS, tal como hemos visto en los capítulos anteriores y como subraya el cardenal Scola: «En cada una de las obras publicadas por Giussani [...] que desde 1959 acompañan diariamente el camino de los miembros» del movimiento, «la estructura está constituida por dos afirmaciones planteadas como principio y exigidas como contenido de la vida común de fe: Cristo centro de la persona y de la historia y la Iglesia como forma normalmente inevitable de encontrar a Cristo hoy»⁵⁴.

En un texto de 1964, Giussani escribía que «Gioventù Studentesca no es ante todo una asociación: G.S. es un movimiento» animado por el «deber de dar *testimonio* en el propio ambiente escolar», un testimonio que es «esencialmente *comunitario*», de modo que en el colegio un chico pueda «conocer a Cristo como principio capaz de iluminar las conciencias y los problemas»⁵⁵. Es evidente la afinidad con las primeras palabras de la *Lumen gentium*: «Cristo es la luz de las gentes. Por ello, este santo Concilio, congregado en el Espíritu Santo, desea pues ardientemente, al anunciar el Evangelio a toda criatura (cf. Mc 16,15), iluminar a todos los hombres con la luz de Cristo que resplandece en el rostro de la Iglesia»⁵⁶.

El Concilio, GS y la liturgia

Monseñor Camisasca, que vivió los años del Vaticano II como *giesino* y el periodo inmediatamente posterior a su conclusión como presidente de la GIAC de Milán, escribe que «en la concepción de la Iglesia como comunión, de la misión como rostro esencial del cristiano, de la tradición como realidad viviente y sobre todo en la experiencia litúrgica»⁵⁷, propias de GS, ya estaban presentes dimensiones que iban a encontrar un reflejo sistemático en el Concilio.

Lo subraya también la historiadora Maria Bocci, que en un estudio sobre la recepción del Concilio por parte de Giussani y del movimiento muestra cómo «la comunión, que los *giesinos* estaban precisamente llamados a experimentar a nivel existencial y psicológico, iba a percibirse en su dimensión ontológica y eclesiológica, no quedándose confinada así en los escollos del subjetivismo y el sentimentalismo». Los grupos de GS se distinguían por la intensidad de su participación en la liturgia, que se expresaba con el oficio divino y el rezo comunitario de los salmos en italiano, con las misas semanales (cuyas lecturas, ya antes del Concilio, se leían en italiano), con la misa y la comunión incluso diarias, con la atención al canto gregoriano y a la polifonía y con los ejercicios espirituales que se celebraban coincidiendo con los momentos más relevantes del año litúrgico»⁵⁸.

Durante años, Giussani, entre otras muchas, celebraba también una misa para los estudiantes del Berchet los viernes por la mañana, antes del comienzo de las clases, en un instituto de religiosas de la vía Orti, en las cercanías del colegio. Camisasca recuerda: «No había ninguna insistencia en aquel gesto. No se quería que la compañía de GS fuera

percibida como un grupo de ‘espirituales’, de enfermizos de la oración y de los sacramentos, de amantes de los ritos», también porque antes de su encuentro con la realidad de GS muchos estudiantes no iban a la iglesia desde hacía años, o incluso no habían ido nunca.

Para poder captar el significado de la liturgia católica Giussani invitaba a partir de una constatación: «El hecho que nos pone en común a todos en cuanto pueblo de Dios es la pertenencia al misterio de la Iglesia. Ella es la fuente de nuestra personalidad». Por eso la meditación del cristiano «no debe hacer otra cosa que seguir el momento típico de la vida de la Iglesia: el de la palabra litúrgica», que tiene un valor educativo como ayuda para captar «la palabra que la Iglesia nos quiere decir en ese particular momento del año. Por eso, si es cierto que podemos quedarnos sorprendidos ante una frase u otra del texto litúrgico, debemos estar atentos a no reducir la riqueza de esta meditación a una selección escogida de frases». Y esto, observaba de nuevo Giussani, ha sucedido demasiadas veces, por desgracia: «Esto es, se ha tratado la Biblia, que es la historia del misterio de Dios en el mundo, como una fuente de frases bellas —justas y profundas—, pero se han dejado fuera de contexto, es decir, del verdadero discurso de Dios. Así hemos reducido la Biblia a sostén de nuestros ideales morales»⁵⁹.

Cuando celebraba misa, continúa monseñor Camisasca, en Giussani «no hay ni una sola fantasía indebida que le lleve a inventar frases y oraciones dando al celebrante un protagonismo teatral, ni pasión por el rito como fin en sí mismo, sino que todo lo vive con gran sencillez y atención. [...] Las palabras de siempre adquieren una vitalidad nueva. Él parece sopesar las palabras. Cada una tiene su valor, su matiz propio»⁶⁰.

Ya en un escrito de 1961 Giussani hacía referencia a la necesidad de respetar este método: «Presentar el Evangelio por lo que es. El Evangelio, en su fortaleza y su sencillez. No el Evangelio interpretado, sino el Evangelio lo menos interpretado posible, o mejor aún, el Evangelio reducido lo menos posible a paráfrasis, el Evangelio ofrecido lo menos posible como sugerencia y lo más posible como Evangelio». Para hacer más claro su juicio, Giussani contaba un hecho que le había sucedido durante una celebración: «Hace dos semanas, tocaba el Evangelio que narra cuando Jesús se pierde en el templo. En la misa dominical de los estudiantes, la respuesta de Jesucristo a su madre y a su padre pareció un tanto ‘libre’. Yo traté de hacer notar que esa respuesta quería indicar el destino personal que tenía Jesús, su misión personal, su futuro, porque todo el sentido de una persona, sus gustos y su ímpetu educativo deben tender por entero al futuro. El sentido del presente radica en el futuro, y por eso Jesús, a los doce años, ya percibía claramente y proponía con su independencia este futuro, en resumen, su vocación». Recordaba que había dicho esto, añadiendo que «su madre no comprendía lo que Él decía (lo dice el Evangelio). Pero su madre era su madre y tenía la humildad necesaria para tratar de reconsiderarlo». ¡Qué asombro por el profundo respeto que la Virgen debió de tener frente a su hijo! «Pues bien, hubo tres padres que se quejaron porque, según ellos, no era bueno decir a los chicos tales cosas. Tuve que responder que, si habían venido a escucharme otras veces, habrían oído hablar también de la obediencia a los padres, recordaba Giussani. Y sirviéndose de una analogía, observó que «hacer

meditar un poco más sobre estas cosas, y un poco menos sobre libros de ascética sistemática, quería decir no solo explicar la historia del arte, sino también hacer ver sus cuadros. Insistir en la meditación en ese sentido es, a mi juicio, el instrumento metodológico más importante»⁶¹.

La participación en la liturgia de la Iglesia no era un pretexto para seguir el flujo de los propios pensamientos y de las propias imaginaciones sobre Dios, porque «la liturgia es el libro de los pobres de espíritu, de los que no inventan palabras. La liturgia es lo que el pueblo cristiano fiel sigue, repite y responde. Por eso es el ámbito de la obediencia. No hay ningún camino sencillo para la conversión que no sea la obediencia del corazón»⁶². Giussani insistía en que la liturgia es ante todo «escucha», porque es «el lugar donde se espera la venida del Señor. En efecto, cuando una persona reza o lee, come o trabaja, ¿qué es lo que hace en realidad, si es cristiano, si tiene su corazón convertido? Espera la venida del Señor y nada más. Y en la medida en que vive esta espera cambia todo lo que tiene entre manos, y esa venida comienza ya». Como puede verse, en Giussani la liturgia no es algo aparte, sino la esencia de la vida, que educa en el significado de toda la existencia; tanto es así que «si en esta gracia no incluimos todo, separamos a Cristo del mundo. [...] Fuera de ella, tengamos la energía que tengamos, sea cual sea la personalidad que creemos que tenemos, estamos divididos. Divididos: Cristo-mundo, comunidad-mundo, persona y actividad en el mundo»⁶³.

Son preocupaciones que están contenidas en la Constitución dogmática sobre la revelación divina *Dei Verbum*, promulgada por Pablo VI en 1965: «La Iglesia [...] se esfuerza en acercarse a la más profunda inteligencia de las Sagradas Escrituras», pero los exégetas católicos deben hacerlo «conforme al sentido de la Iglesia»⁶⁴. Del mismo modo, los fieles tienen que recordar que «la lectura de la Sagrada Escritura debe acompañarse de la oración, ya que ‘cuando rezamos, hablamos con él; cuando leemos los oráculos divinos le escuchamos a él’ (san Ambrosio, *De officiis ministrorum*, I, 20, 88: PL 16, 50)»⁶⁵.

A propósito de esto, Maria Bocci escribe que «GS ponía en práctica dicha enseñanza, o mejor, ya la vivía en los años cincuenta»⁶⁶.

El cardenal Angelo Scola, en esa época universitario *giesino* y desde 1965 en la presidencia de la FUCI milanesa, recuerda el eco que tuvo la *Dei Verbum* en la vida del movimiento, advertida por él particularmente gracias al método de comunicación de la tradición característico de Giussani, en sintonía con la constitución dogmática cuando esta afirma: «Con esta revelación, de hecho, movido por su gran amor, Dios invisible (cf. Col 1,15; 1 Tim 1,17) habla a los hombres como amigos (cf. Ex 33,11; Jn 15,14-15) y mora con ellos (cf. Ba 3,38) para invitarles a la comunión consigo y admitirles en su compañía. Este plan de la revelación se realiza con hechos y palabras íntimamente relacionados, de modo que las obras realizadas por Dios en la historia de la salvación, manifiestan y confirman la doctrina y los hechos significados por las palabras, mientras que las palabras, por su parte, proclaman las obras y esclarecen el misterio contenido en ellas»⁶⁷. Scola subrayaba: en la propuesta de Giussani y en el magisterio de la *Dei*

Verbum, «la Palabra de Dios es una presencia en medio de nosotros, es Cristo; Cristo sigue estando presente entre los hombres a través de la predicación del Evangelio, que no es un mero anuncio verbal, sino hecho y testimonio de una vida nueva en el mundo»⁶⁸.

La Gaudium et spes

De otro documento conciliar, la Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo contemporáneo *Gaudium et spes*, Giussani apreció desde el principio «el interés, la pasión por el mundo, la estima por las tentativas humanas, aun en la percepción de su tristeza última [...] por el carácter incompleto del ser humano, de modo que solo en la experiencia de Cristo encuentra cumplimiento la esperanza». Tampoco desde este punto de vista, «se puede decir con verdad que nosotros no nos hayamos encontrado en sintonía con el Concilio»; por lo demás, «los teólogos, los libros en los que nos hemos formado, ¿no son quizá los precursores y los expertos del Concilio?»⁶⁹.

Por otra parte, «temas centrales como la relación entre historia y revelación o entre dogma, escritura y tradición, la dimensión social y comunitaria del pueblo de Dios, el valor de la persona y la tarea misionera»⁷⁰, son temas con los que Giussani se había familiarizado durante los años de Venegono.

Estaba profundamente convencido de que el punto de partida al que remitía el Vaticano II era «la imitación de la estructura mental, del método, que Cristo había utilizado en su vida: [...] encontrarse con el deseo de verdad que anima a los hombres»⁷¹.

La *Gaudium et spes* cita entre los errores más graves de nuestro tiempo «la disociación, que se constata en muchos, entre la fe que profesan y la vida cotidiana»⁷². A la luz de este juicio, Giussani observaba que «una fe que no tenga nada que ver con la vida y con todas sus exigencias más significativas, con la concepción y el sentimiento de lo real, con la necesidad de juzgar y de darse razones de todo lo que enriquece al hombre y le hace llegar a ser más hombre, una fe que no le permita construir su personalidad como centro de nuevas relaciones, primero resulta inútil y luego, con el tiempo, desaparece». Y concluía que «la Iglesia [...] acontece y crece continuamente en el corazón de los hombres y en la vida de los ambientes y de las situaciones sociales en el encuentro con la presencia viva de Jesucristo, al enriquecerse existencialmente la certeza de este encuentro, al experimentar su capacidad real de salvar al ser humano en toda su dramaticidad y cotidianidad»⁷³, en una época que progresivamente había vuelto la espalda a Cristo.

No obstante, como escribe Camisasca, Giussani «no estuvo obsesionado por el problema de la modernidad. [...] Sentía la época moderna como un tiempo que estaba terminando, sobre el que no era necesario pararse demasiado. Se necesitaba en cambio pensar en términos nuevos las cuestiones de siempre, que la modernidad, a su modo, había vuelto impensables. Era necesario, en cierto sentido, volver a empezar desde el principio, reconstruir las palabras fundamentales, observar al hombre en acción para

captar sus dinamismos más profundos, sus expectativas más radicales»⁷⁴.

A propósito de esto Maria Bocci observa que en la antropología elaborada por Giussani «el deseo humano de plenitud y la propuesta cristiana no pueden en ningún caso separarse, y esta sinergia, suficientemente valorada, prevalece sobre una acogida indirecta del Concilio, sobre todo en los términos de la relación con el mundo secularizado, que no comporta censuras preventivas —por ejemplo, de tipo moralizante— [...], sino que estimula la libertad humana, valorada como premisa necesaria para descubrir la correspondencia que hay entre el Evangelio y las aspiraciones de los hombres». En ese sentido, concluye la Bocci, «el horizonte teológico y pastoral en el que se sitúa semejante perspectiva recuerda algunos pasajes de la *Gaudium et spes*»⁷⁵.

El posconcilio

Maria Bocci resume así algunos elementos distintivos de la GS guiada por Giussani que se pueden encontrar también en los documentos del Concilio: «Piénsese en la insistencia sobre la ‘historicidad’ de la revelación, ese ‘hablar de Dios como evento de comunicación de sí, como la decisión y el hecho de hablar [...] a los hombres como amigos’, bien presente en la *Dei Verbum*, [...] que recuerda uno de los puntos fuertes de la enseñanza giussaniana. [...] Están además los conceptos de ‘comunidad’, de ‘comunión’ y, posteriormente, de ‘pueblo de Dios’. Se debe subrayar también la intensidad de la vida litúrgica, el impulso misionero claramente evidente en la vida de GS, pero no menos vigoroso en muchos documentos conciliares, y la relevancia indirecta atribuida al compromiso de los laicos».

En los años sesenta, observa siempre Maria Bocci, todos los factores de consonancia entre Giussani y el Concilio aparecían como «no obvios»; más aún, la propuesta de Giussani se percibía, «en cada uno de ellos, como una novedad digna de atención», que sorprendía, atraía o era rechazada «por las preocupaciones y los modos inusuales de plantearse». Como se ha visto, a mitad de los años sesenta, GS publicaba cuadernillos con antologías de pasajes del Vaticano II para acompañar la meditación durante las Semanas de los estudiantes. Después del que se imprimió en 1965, el cuadernillo de la Semana que se celebró en Milano Marittima del 26 al 30 de septiembre de 1966, titulado *Nuestro encuentro con la Iglesia*, se abrió con el «Mensaje del Concilio a los jóvenes».

En los años del posconcilio, frente a las múltiples lecturas que se daban de él, dentro y fuera de la Iglesia, Giussani aclaró ante todo cuál era el punto de vista que debía mover a un cristiano que pretendiera confrontarse lealmente con el Vaticano II: «El punto verdadero es: ¿quién interpreta el Concilio? La verdadera interpretación se encuentra en la ‘clave sinodal del magisterio pontificio’ [según una expresión de Juan Pablo II de 1982, *nda*]»⁷⁶.

Giussani intervendrá muchas veces mostrando otro aspecto positivo del Concilio: la «llamada profunda de atención sobre el carácter misterioso de Dios y de la relación del hombre con Dios», pero advirtiendo que la afirmación de que la vida del hombre depende del Misterio «no puede asentarse en esta postura que es devotamente confusa,

casi extraviada, sino que debe posar inmediatamente sus ojos en aquel hombre que dijo ‘el Padre y yo somos una sola cosa’». Por eso subrayaba el valor central que tenía la *Lumen Gentium*, a partir de la cual se deben «interpretar y leer todos los demás documentos del Concilio». Dicha centralidad, observaba Giussani, hay que encontrarla en esta constatación: «El Concilio nos ha vuelto a decir con vigor, con fuerza, con claridad, que Cristo es todo, todo para los hombres, es *Lumen gentium*, la luz, lo que contiene el significado de todos, lo que lleva el peso de todos y lo que lleva la salvación de todos. [...] Cristo, Dios hecho hombre»⁷⁷, y que Cristo, luz de todas las gentes, «resplandece en el rostro de la Iglesia»⁷⁸.

En el hecho de no haber recibido este acento nuevo situará Giussani «la sombra más grave» que cayó sobre el posconcilio, de la que habló Pablo VI en 1972: «Tengo la sensación de que ha entrado por alguna grieta el humo de Satanás en el templo de Dios. Hay duda, incertidumbre, problematicidad, inquietud, insatisfacción, enfrentamiento, ya no se confía en la Iglesia. Nos fiamos del primer profeta profano que viene a hablarnos desde cualquier periódico o desde cualquier movimiento social para correr tras él y preguntarle si tiene la fórmula verdadera de la vida. [...] Y no advertimos en cambio que nosotros somos ya dueños y maestros de ella; ha entrado la duda en las conciencias, y ha entrado por ventanas que por el contrario debían estar abiertas a la luz; en la Iglesia reina este estado de incertidumbre. Se creía que después del Concilio vendría un día de sol para la historia de la Iglesia. En cambio ha llegado un día de nubes, de tempestad, de oscuridad, de búsqueda, de incertidumbre». ¿Cómo había podido suceder esto? El Papa estaba convencido de que había habido intervención de un poder contrario, el diablo, «algo preternatural que ha venido al mundo precisamente para perturbar, para ahogar los frutos del Concilio ecuménico, y para impedir que la Iglesia prorrumiese en un himno de alegría por haber recuperado en plenitud la conciencia de sí misma. Nosotros queremos comunicaros este carisma de la certeza que el Señor da a quien le representa aunque sea indignamente en esta tierra»⁷⁹.

Confortado por este juicio del Pontífice, dirá Giussani en 1986: «Esta es la sombra más grave: [...] se ha promovido y enseñado, a veces desde el púlpito, que la incertidumbre es una virtud, y que la certeza es una violencia. Como si Dios se hubiera hecho hombre, hubiera venido en medio de nosotros para aumentar nuestras incertidumbres; ¡¡nosotros solos éramos ya capaces de inquietudes y confusiones!! Él vino diciendo: ‘Yo soy la luz del mundo’, e incluso dijo: ‘El que crea en mí no verá la muerte’, la muerte, la muerte humana, la disolución del significado. La recuperación de esta certeza es la obra que el Concilio espera de quien lo medita y le obedece con corazón fiel»⁸⁰.

A continuación fijaba su atención en el instrumento con el que Cristo llega hasta nosotros: la Iglesia, tal como hablaba de ella Pablo VI: «¿Dónde está el ‘Pueblo de Dios’, del que tanto se ha hablado y todavía se habla? Esa entidad étnica *sui generis* que se distingue y se cualifica por su carácter religioso y mesiánico, [...] que todo lo hace converger hacia Cristo, como su centro focal, y que todo lo deriva de Cristo, ¿dónde está? ¿Cómo se ordena? ¿Cómo se caracteriza? ¿Cómo se organiza? ¿Cómo ejerce su misión ideal y tonificante en la sociedad en la que está inmerso? Bien sabemos que el

pueblo de Dios tiene ahora, históricamente, un nombre que a todos nos resulta familiar: es la Iglesia»⁸¹. A juicio de Giussani «este es el programa de la vida cristiana», hacer converger todo hacia Cristo y que todo derive de Cristo. Por eso «el Concilio ha focalizado toda su preocupación en el misterio de la Iglesia. [...] Por eso Pablo VI dijo que el Concilio había sido un gran momento porque la Iglesia ha tomado autoconciencia, ha tomado conciencia de sí misma, porque la Iglesia es en la historia como un niño que crece, una persona que crece y al crecer [...] toma cada vez más conciencia de sí misma».

A la sombra denunciada por Pablo VI, Giussani añadía otra, consecuencia del intento que lleva a cabo «el enemigo del pueblo de Dios, que se sirve de la presunción de la razón, [...] del orgullo de la razón para introducir [...] una atenuación, un desenfoque, un vaciamiento del factor principal que sostiene toda la realidad del pueblo cristiano, que es la figura del Papa, el nexo con el obispo de Roma, [...] que es [...] la garantía última de verdad en el discurso cristiano»⁸².

Giussani recordaba que poco después de la clausura del Concilio una parte de la Iglesia, también en Italia, se había visto atravesada como por un movimiento de reacción a las novedades introducidas por la gran asamblea ecuménica. Algunos se refieren a retales del Concilio, «solamente a una parte de los motivos inspiradores de la *Gaudium et spes*, olvidando la temática de fondo del Concilio mismo, que tiene su ‘magna charta’ en la eclesiología de la *Lumen gentium*». En efecto, para Giussani, quienes no afrontaban por entero toda la problemática conciliar, «buscando en ella el punto de vista hermenéutico del conjunto», y en cambio se paraban solamente en la *Gaudium et spes*, «corren el riesgo de perder de vista el mensaje. De hecho, la *Gaudium et spes* se presta en algunas de sus partes a una interpretación dualista por lo que se refiere a las relaciones entre la fe y el mundo. En otros párrafos, no obstante, este mismo documento tiene una coherencia perfecta con lo que la *Lumen gentium* plantea como factores fundamentales de una concepción cristiana de la vida social»⁸³.

En cuanto a la necesidad de no fragmentar el carácter unitario del Vaticano II, de nuevo Maria Bocci escribe que «Giussani reprochaba a los que dividían en partes la herencia del Concilio, a veces contraponiendo dialécticamente unas con otras. [...] Se trataba por tanto de una recepción que se apoyaba en la orientación global de la enseñanza del Concilio y quería construir sobre ella, desarrollando [...] la dirección de fondo que la caracterizaba, comenzando por la urgencia de poner en común el ‘mensaje de salvación que proponer a todos’ con el que, precisamente, se abría la *Gaudium et spes*»⁸⁴.

A propósito del modo en que Giussani vivió la etapa del Concilio, el cardenal Ratzinger declarará: «Los contextos culturales eran muy distintos antes del Concilio, durante el Concilio y después del Concilio; [...] en un contexto que cambió varias veces, Giussani supo encontrar la continuidad, la identidad de su intención, que es la identidad de la fe católica, es decir, la identidad del encuentro con Jesucristo. Pero precisamente esta es una identidad dinámica, que le permitió contextualizar esta realidad suya en formas adecuadas a los cambios de los tiempos». Al entonces prefecto de la Congregación para la doctrina de la fe le parecía que «lo esencial para Giussani es que el

cristianismo no es una doctrina, sino un acontecimiento, el encuentro con una persona, y que de este acontecimiento del encuentro nace un amor, nace una amistad, nace una cultura, una reacción y una acción en distintos contextos». El cardenal reconocía que las discusiones sobre cómo realizar el cristianismo y cómo interpretar y realizar el Vaticano II habían llevado también a «polémicas y choques: pero algo que no choca contra nada es simplemente nada, ¿no? Precisamente las polémicas demuestran que [en Giussani, *nda*] estaba realmente presente una postura que valía la pena defender y vivir. Yo hablaría de una eclesialidad abierta y viva, fuera de las organizaciones y de las estructuras habituales, pero totalmente asentada en las verdaderas raíces de la Iglesia»⁸⁵.

Giussani resumirá con estas palabras la tarea que el Concilio confió en herencia a los bautizados: «Ante todo la capacidad de admiración, de estima y de hospitalidad, de diálogo y colaboración entre los cristianos. Este es el primer síntoma de la verdad de nuestra adhesión a Cristo, de que el Espíritu está en nosotros, sea cual sea la asociación, el movimiento o parroquia, la congregación, la solidaridad a la que pertenecemos. [...] La unidad, la colaboración, el diálogo y la ayuda, porque no es posible que tú tengas una necesidad que yo no trate de algún modo de compartir, de poner en común (porque por esto reconocerán los demás que Dios está entre nosotros, por nuestra unidad)». En segundo lugar, Giussani subrayaba la «pasión por el diálogo, la comprensión y el acercamiento cada vez mayor» entre todos los cristianos. Y semejante impulso ecuménico se daba a la par que la «pasión por el mundo»⁸⁶, es decir, con la urgencia por comunicar a los demás lo que se había recibido; la misión, pues, como elemento característico del Concilio.

«Mi Padre». El largo diálogo con el arzobispo Giovanni Colombo

Comienza aquí un *excursus* histórico que abarca quince años de relaciones entre Giussani y el arzobispo de Milán Giovanni Colombo, que había sido su profesor de Literatura en el seminario de Venegono. El diálogo entre el alumno y el maestro de Venegono está reconstruido por medio del denso intercambio epistolar que se produjo entre 1964 y 1979. Se ha elegido esta forma para evidenciar la continuidad de una relación estrechamente entrelazada con la vida del movimiento y de la Iglesia, aun tratándose de una cuestión muy compleja que estas páginas no pretenden agotar. La diócesis de Milán se verá profundamente marcada por el episcopado de Giovanni Colombo. Estas fueron algunas de sus realizaciones: puesta en práctica del Concilio en Milán, reorganización de la diócesis en zonas pastorales y decanatos, reforma del rito ambrosiano, institución del Consejo presbiteral diocesano y del Consejo pastoral diocesano. Serán extraordinariamente importantes sus cartas pastorales anuales y sus discursos a la ciudad.

Como se ha visto, al comienzo de los años sesenta se extendieron las críticas con relación a GS. En particular, la FUCI no veía con buenos ojos que la experiencia que guiaba Giussani sobrepasase el ámbito del bachillerato para entrar en el mundo universitario, configurando una especie de pastoral paralela que compitiese con las

formas tradicionales del asociacionismo católico. La FUCI era sobre todo hostil al planteamiento no dualista entre formación y compromiso característico de GS. En una carta del 1 de febrero de 1964 a su amigo Majo, Giussani se refirió a las dificultades que estaba encontrando su tentativa: «Nuestro peor enemigo (y creo que de todos aquellos que quieren ‘hacer’) es la suma de discursos y de juicios que tiene el tiempo y la valentía de hacer toda una gente que no nos conoce y, sin embargo, nos teme, o toda esa gente que nos critica sin discutir con nosotros»⁸⁷.

Por eso, ese mismo año, hablando de Gioventù Studentesca en Reggio Emilia, Giussani dio a entender que las dificultades no se debían solo a adversarios externos —el mundo laicista y radical—, sino que dependían también del interior, especialmente de quienes no comprendían que el objetivo era común, ya se tratase de GS, de oratorios parroquiales o de asociaciones tradicionales. Mientras hablaba, Giussani revivía el comienzo de su aventura entre los estudiantes de bachillerato: «Los chicos van a la escuela y allí son introducidos en el conocimiento, toman conciencia del contexto de su vida de una forma mucho más profunda que en casa, en la parroquia o en las asociaciones. Muy bien, entonces la Iglesia, el obispo, manda un vicario parroquial, no ya a llevar el viático a casa del enfermo, sino a dar religión en la escuela. Es el mismo gesto, es un único gesto. Es interés tuyo, párroco, que se pueda llegar al chico de forma cristianamente adecuada en el ambiente que mayor influencia tiene sobre él y que ahí pueda conocer el cristianismo. ¡Es el mismo gesto!». Con esto Giussani no reivindicaba la exclusiva de la pastoral juvenil, ni pretendía que su camino fuera el único para educar cristianamente a los jóvenes: «Si hay un chico que asiste a mi clase de religión, pero no me escucha porque le resulto antipático, se tapa los oídos o estudia latín (y yo no puedo hacer nada, porque, supongamos, me enemistaría con él del todo, y entonces, discretamente, trato de no hacer caso), y sin embargo le cae simpático el cura de su parroquia, va a su parroquia, asiste a misa en su parroquia, participa en la asociación de su parroquia y no se adhiere al movimiento cristiano que aliento en mi instituto, yo diré: ‘Menos mal que va allí’. ¡Es lo mismo!»⁸⁸.

De nuevo en 1964 subrayaba lo decisiva que era para GS la autoridad del obispo: «GS no es tanto un movimiento particular o una sigla particular, sino esa estructura, ese movimiento al que la autoridad le pide, le confía, la tarea de hacer que surja la comunidad cristiana y de guiarla en el ámbito estudiantil». Desde este punto de vista, «GS obtiene su fuerza —exclusivamente, ¡eh!— en la medida en que está indicada por el obispo, en la medida en que el obispo le pide esta tarea». Giussani decía estas cosas desde siempre: «Sin embargo, siempre nos encontramos con que los demás nos llaman cerrados porque tenemos nuestras convicciones, y no toleran que otros tengan convicciones distintas de las suyas, mientras que lo único que nosotros no toleramos es que pueda haber un cristianismo que no tienda a traducirse en comunidad bajo la autoridad dada por el obispo». Es lo que sucedía en Milán: «Hemos podido vivir porque la autoridad máxima, ella sola, nos ha querido, ha permitido nuestra existencia y nos ha querido [...]; esto lo hemos afirmado siempre abierta y claramente, de muchas maneras, tanto es así que la hostilidad general no ha podido negarlo, y nosotros somos parte

integrante, vivimos inmanentes al movimiento de los laicos católicos de la diócesis de Milán; somos considerados los benjamines del arzobispo, y de ahí las iras». Pero no había crítica que pudiera atenuar esta convicción de Giussani: «El verdadero valor de una actividad cristiana reside en la unión con el obispo, en la autoridad moral que da el obispo. Y esta nadie la puede tocar»⁸⁹.

Como confirmación de este convencimiento acerca del valor de la obediencia en la vida cristiana vale la pena citar el relato que hará Giussani mismo de un coloquio que sostuvo con el arzobispo de Milán hacia la mitad de los años sesenta: «Cuando el cardenal Giovanni Colombo me llamó y me explicó: ‘Todo el mundo está inquieto con Gioventù Studentesca, sobre todo los párrocos, pero también tus superiores. Tus superiores te sugieren que lo dejes’, yo le contesté: ‘Mire, señor cardenal, si mis superiores asumen la responsabilidad de pedirme que lo deje, si asume usted esta responsabilidad y me ordena que no haga nada más, entonces dejaré de hacerlo; pero si deposita en mis manos la decisión y me concede una posibilidad aunque sea mínima de obrar, lo haré’»⁹⁰.

Giussani llevaba hasta este nivel extremo su sentimiento de la obediencia, dispuesto a aceptar cualquier decisión de la autoridad, más decisiva para él que sus mismas ideas y realizaciones; y esto explica su búsqueda continua de confrontarse con monseñor Colombo, como se verá, incluso en los momentos más difíciles; sobre todo cuando las relaciones parecerán más tensas, Giussani no renunciará jamás al diálogo con su obispo.

Su salud precaria y las preocupaciones del arzobispo

Este periodo fue particularmente difícil para Giussani, también por las condiciones físicas que se vio obligado a soportar y de las cuales el arzobispo estaba al corriente. Lo confirman dos cartas del doctor Renato Riva escritas en febrero y en mayo de 1964 a una «Excelencia reverendísima», o sea Giovanni Colombo. En la primera, el médico informaba de que el estado de salud de Giussani se estaba agravando desde hacía más de un año; había descubierto una hipertensión arterial además de una cefalea recurrente e insomnio, síntomas debidos a sus graves problemas de tensión; consideraba no obstante que, tras haber procedido a hacer los exámenes adecuados, tales manifestaciones no eran hechos orgánicos, sino una somatización debida al cansancio. Por eso recomendaba un periodo de reposo, que tenía que ser inmediato⁹¹. El médico estaba vinculado a Giussani por una profunda estima y amistad, y por tanto no es aventurado considerar que el sacerdote estaba informado de los pasos que el doctor Riva había dado ante el arzobispo Colombo.

Y así el 31 de marzo Giussani pidió al director del Berchet que le exonerase del trabajo escolar desde el 1 al 30 de abril, alegando la declaración médica del doctor Riva, el cual certificaba que Giussani «está afectado de [*sic*!] hipertensión esencial y sintomatología dispéptica, expresiones de somatización de cansancio neuropsíquico» (certificado del 24 de marzo de 1964)⁹². La oficina de catequesis de la curia de Milán designó a don Egidio Villani y don Bruno De Biasio para que le sustituyeran, respectivamente, para seis y

dieciséis horas de clase⁹³.

La sugerencia del médico había tenido, pues, buen fin; lo confirma una carta que Giussani escribió a Majo desde Varigotti, el 12 de abril de 1964, en la que justificaba así la imposibilidad de encontrarse con él: «No creía realmente que tendría que sustituir con un melancólico saludo —aunque sea provisional— una conversación que deseaba desde hacía mucho tiempo. Pero de hecho estoy ‘suspendido *a laboribus*’ hasta el final de abril»⁹⁴.

El 4 de mayo de 1964, el doctor Riva escribía de nuevo al arzobispo, contándole que había visto recientemente a Giussani, «sin observar mejorías dignas de mención» y que por esto hacía una doble recomendación: ante todo, reposo, «que corresponda a todo el periodo de las vacaciones, porque los problemas del final del curso escolar me parece que impiden alcanzar la tranquilidad necesaria para la eficacia del mismo reposo»; en segundo lugar, «una situación de trabajo que le dé posibilidad a don Giussani de disponer más libremente, más tranquilamente y con mayor eficacia de sus energías»⁹⁵. Ese mismo 4 de mayo Giussani escribía al arzobispo Colombo: «Mayor que la confusión ante su paternal benevolencia, es la gratitud que aumenta mi entrega. [...] Ciertamente usted tendrá que perdonarme que el hecho de ver encarnarse los valores de hace veinticinco años [en la época en que era alumno suyo en Venegono, *nda*] [...] sea el punto de partida de mi inevitable dinamismo»⁹⁶. Y el 13 de septiembre de 1964 deseaba tranquilizar al arzobispo: «Nunca he tenido la pretensión de que se suprimiera la FUCI, sino la exigencia de un camino gradual que asegurase a los chicos una coherencia educativa, y desarrollase una comprensión tan discreta como —me parecía— la que necesitan jóvenes que desde hace siete años se han visto más combatidos y obstaculizados por la FUCI que por ningún otro. La sorpresa ante ciertos juicios que he escuchado de vuestra excelencia me produce tal desconcierto que ciertamente se convierte en penitencia por la preocupación que eventualmente haya despertado en usted»⁹⁷.

Giovanni Colombo no parecía resignarse a la situación de dificultad que se había creado entre la FUCI y GS desde los primeros años sesenta y por esto hizo algunos intentos para favorecer una recuperación de la colaboración entre las dos realidades: en el verano de 1964 nombró consiliario de la FUCI a don Sandro Maggiolini⁹⁸, que ya en noviembre siguiente será invitado por Giussani a hablar en la Escuela de responsables de GS. Y en 1965 llamó a la presidencia de la FUCI a Angelo Scola y Eugenia Scabini, vinculados a Giussani, junto con dos representantes de la FUCI.

De este modo el arzobispo esperaba que se volviera menos traumático el paso de los *giesinos* del bachillerato al mundo universitario y «se asegurara una continuidad pedagógica»⁹⁹. Eugenia Scabini recuerda que fue llamada personalmente por Colombo, que quería «esa fusión, porque tenía interés en que se pusiera en práctica en la universidad una presencia viva y numéricamente más consistente. Era seguramente el intento de no perder el patrimonio de este nuevo movimiento»¹⁰⁰, es decir, GS.

En 1996 el entonces monseñor Scola recordará: «En el mes de abril-mayo de 1965,

vista la propuesta del cardenal Colombo de fusionar la FUCI con GS [en la universidad, *nda*], don Giussani me llamó para comer en una *trattoria* al final de la vía Statuto y me dijo: ‘El cardenal quiere esto, tú deberías aceptar formar parte de la FUCI con Eugenia Scabini’»¹⁰¹.

Este énfasis en el vínculo con la autoridad eclesiástica era un tema recurrente en las intervenciones de Giussani. En el ya citado *Apuntes de método cristiano*, de 1964, Giussani repetía que la norma suprema del método cristiano es «*el nexa con la autoridad*, es decir, con el obispo: ‘Unidos al obispo como a Cristo’ (cf. san Ignacio de Antioquía)». Evidentemente, en esta situación dificultosa de la vida de Giussani y de GS era Colombo el primer destinatario de sus palabras. «Todo debe estar interna y genéticamente subordinado a esa referencia, y debe ser eventualmente sacrificado por ella. Es a través de la autoridad como brota la energía del Misterio; esa energía no nace de la sagacidad de nuestras concepciones psicológicas y pedagógicas, ni de nuestras tentativas sociales»¹⁰².

En esos mismos meses de 1965 se le propuso a Giussani la posibilidad de una estancia en Estados Unidos para conocer métodos y formas de la enseñanza catequética en algunas diócesis norteamericanas (ver aquí, pp. 386ss).

El viaje se llevará a cabo efectivamente desde finales de junio a finales de agosto. Tras adelantar su vuelta algunas semanas por problemas de salud, retomó la enseñanza en la Universidad Católica en el otoño de 1965. Como se verá más adelante, ya no estaba al frente de Gioventù Studentesca, y volvió con gran sacrificio a enseñar en el Berchet.

Sus condiciones físicas continuaron siendo precarias también en los meses posteriores y durante todo 1966. Hay traza de ello en una carta de felicitación que escribió el 24 junio de 1966 al cardenal Colombo: «Su onomástica hace que vuelva a primer plano el agradecimiento que le debo. Perdóneme si aprovecho esta ocasión para exponerle un aspecto de mi problema, tal como hubiera querido hacer desde mediados de mayo, sin atreverme. Al retomar la clase de Religión después de la convalecencia, me he dado cuenta de que han disminuido mis fuerzas, y eso me bloquea el resto del día, de manera que aunque he conseguido estudiar durante los meses de la convalecencia, he embarrancado nada más retomar las clases». A propósito de esto Giussani adelantaba una petición: «Quisiera pedirle que recordara a su excelencia mons. Colombo [Carlo, *nda*] si va a ser posible para mí ampliar la enseñanza de Moral en la Católica [se refiere a la Universidad Católica del Sacro Cuore, *ndt*] [donde Giussani enseñaba desde noviembre de 1964, *nda*] —tal como se me había propuesto varias veces estos años—. A juicio de Giussani no sería solamente una manera de resolver «un problema económico, tras abandonar el liceo»; sobre todo sería la ocasión para poder dar «un contenido expresivo a mi posición, más allá de algunos momentos ‘clandestinos’ en el Centro Péguy, y para resolver mi penosa disponibilidad con respecto a toda la gente que confía en mí. En efecto, me he alejado de GS sin asumir ninguna otra tarea: alguna hora más en la universidad —además de corresponder a mi temperamento— haría que me resultaran más fáciles las terribles respuestas que debo dar continuamente a quienes me preguntan». Informaba de que el final de las clases en el colegio le permitía estudiar para

la especialización académica de un modo finalmente sistemático: «Como pretendo hacer también marchándome a Varigotti con las hermanas durante algunas semanas de julio y después a una clínica suiza, en agosto, para sustituir a un capellán». Concluía expresando una doble esperanza: «En el Señor, que ha usado de mí —tal como yo era, entonces— para suscitar tanta vida» y «en usted, eminencia, de quien soy hijo devoto»¹⁰³.

El 10 de julio de 1966 Colombo le respondió a Giussani que iba a tratar sin duda de «apoyar ante su excelencia mons. Carlo Colombo» su petición relativa a la enseñanza: «Me parece justificada por varios motivos válidos». Probablemente el arzobispo no se había resignado nunca al hecho de que Giussani hubiera renunciado a la carrera teológica en Venegono para dedicarse a los estudiantes de bachillerato; la petición de Giussani quizá reabrió en Colombo la esperanza de que su alumno más prometedor pudiera adquirir una cátedra estable en la Universidad Católica. Pero Giussani tenía que someterse a una orden: «Dosificar con mucha contención tu trabajo externo y tus encuentros, no solo para no abatir del todo tu salud ya incierta, sino para reservar tus energías para la especialización científica». Y concluía: «Está entre mis deseos más vivos el que tú puedas conseguir pronto la libre docencia»¹⁰⁴.

Cuando en julio de 1969 Giussani envió al arzobispo su obra sobre el protestantismo americano, recién publicada en la colección de estudios teológicos y religiosos Hildephonsiana del seminario de Milán, Colombo le responderá el 30 de julio de ese año con estas palabras: «Queridísimo don Giussani, te agradezco mucho el regalo de tu obra; he quedado admirado de su valor científico [...]. No soy un juez competente, pero me parece que esta obra puede ser una piedra fundamental en la que apoyar tu próxima libre docencia»¹⁰⁵.

Entretanto GS continuaba siendo motivo de preocupación para el arzobispo. La situación se agravó por una carta que recibió de Lazzati en mayo de 1966 —en esa época presidente diocesano de la Acción Católica— y que no tenía precedentes en la historia de las relaciones entre el profesor y Giussani.

En su carta al cardenal Colombo, el 12 de mayo de 1966, Lazzati escribía que GS, «en la mente de quien la ha suscitado con esta forma [...], totalmente fuera del auténtico control de la GIAC [...], más aún, al llevar a sus posturas a la misma GIAC a la que proporciona todos sus dirigentes, se ha insertado en el cuerpo de la cristiandad milanese no tanto como un ‘movimiento de ambiente’ (enseñanza media) en el sentido que generalmente se da a esta expresión, sino como concepción y movimiento total de vida cristiana que busca plantearse como el *único válido* [...] y penetrar en todos los niveles (universitarios-licenciados-uniones profesionales). Cualquier observador imparcial juzgará sus manifestaciones más típicas como una forma de verdadero ‘integrista’»¹⁰⁶.

Contra toda previsión, el cardenal nombró a dos nuevos presidentes de la GIAC que provenían precisamente de GS: Romeo Astorri para la diócesis y Massimo Camisasca para la ciudad de Milán.

«Suspiro por el tiempo en que no tendré ya la humillación de darle preocupaciones»

Pero el gesto del arzobispo no bastará para atenuar las dificultades. El 28 de octubre de 1967 Giussani escribía de nuevo a Colombo: «Me permito hacerle presente, antes de la conversación, algunas cosas que la presión angustiosa que llevo dentro no me permitirían quizá decir claramente, o llanamente. Para finales de febrero [1968, *nda*] terminaré el libro sobre Niebuhr; y para junio terminaré también una ‘historia de la teología americana’: mons. Colombo me la había pedido ‘para utilizarte el año próximo en la facultad’. El profesor Italo Mancini me ha hecho saber que para la docencia es necesario haber publicado también estudios sobre autores clásicos, y por eso me ha encargado un trabajo sobre el inglés Berkeley, que también he comenzado ya. El estado de estos trabajos se vería comprometido por un eventual viaje mío. Después de terminarlos, yo mismo había tomado la iniciativa de pedir a monseñor Colombo tres o cuatro meses en Boston para recoger material sobre cierta escuela filosófica de allí, para otra obra que podría escribir». Aquí el tono se hacía confidencial: «Le pido que me perdone por mi situación psíquica, que me provoca también físicamente tensión y disfunciones propias de un anciano de 70 años, pero creo que no sería fácil para nadie, ni a los 45, proseguir con una situación de inestabilidad y precariedad como la mía. Perdóneme, eminencia, porque también suspiro por el tiempo en que no tendré ya la humillación de darle preocupaciones»¹⁰⁷. Para Giussani eran también momentos de dificultad económica, apretado por el coste de la vida: «Ciertamente no podría pagar todo de manera adecuada [...] con 32.000 liras al mes»¹⁰⁸.

La situación en que se encontraba Giussani en la diócesis de Milán alternaba altos y bajos. La participación del obispo Enea Selis, consiliario general eclesiástico de la Universidad Católica del Sacro Cuore, en los Ejercicios del Centro Péguy que se celebraron en Riccione, del 1 al 4 de noviembre de 1969, supuso un motivo de consuelo. Monseñor Selis se dirigió a los presentes con estas palabras: «El sentido de mi presencia entre vosotros quiere ser ante todo un testimonio de afecto, de estima y de gratitud a don Giussani». El obispo insistía: «Si esta presencia mía puede de algún modo valer para recompensarle, querido don Giussani, por todos los sacrificios, todas las incomprensiones, todas las fatigas, todo el trabajo que usted ha realizado, pues bien, acepte esta presencia mía aquí como testimonio de afecto, de estima y de confianza, y junto a esto también el deseo, queridos jóvenes, de encontrarme entre vosotros, y expresar mi emoción, mi admiración por todo lo que hacéis, también por lo que he escuchado esta noche en los distintos grupos que he visitado, para deciros cuán verdaderamente nosotros los obispos (creo que lo puedo decir interpretando el pensamiento, las inquietudes, esperanzas, expectativas y temores de los obispos), cuán necesario es verdaderamente este reunirse de jóvenes en torno a un sacerdote que permanece fiel al mensaje cristiano, que trata de interpretar auténticamente el Evangelio y la Iglesia, cuán necesario es hoy para la Iglesia, cuánto representa esto para nosotros un motivo de confianza y de consuelo en medio de todas las defecciones, cuánto contribuye verdaderamente a hacer que la Iglesia crezca vuestro sentirnos unidos en el deseo de profundizar en los temas que habéis estudiado hoy, los temas de la relación tan compleja, pero también tan bella y apasionante, entre Iglesia y mundo». Y continúa: «Os

necesitamos, queridos jóvenes, vosotros representáis el impulso que la Iglesia necesita hoy, vosotros interpretáis de la manera más auténtica las exigencias que tiene la Iglesia hoy, vosotros tenéis un carisma profético. Ciertamente, nosotros estamos a la escucha, creedme, creedme, estamos a la escucha de lo que decís, de lo que sentís, de lo que expresáis, porque sabemos que en vosotros habla el Espíritu Santo, porque en vosotros, cuando hay pureza, cuando hay deseo de servir a la Iglesia, cuando hay rectitud de intención como ciertamente las hay en vosotros, entonces verdaderamente captamos en vosotros una virtud profética y estamos atentos a vuestras expresiones, a vuestras exigencias, a vuestras aspiraciones». Y concluía: «Si vosotros permanecéis fieles a vuestra vocación profética, yo os aseguro que no os faltará nunca la bendición, la protección y la gracia del Señor».

A continuación tomó la palabra Giussani para subrayar el carácter excepcional de la presencia del obispo y el hecho de que se hubiera puesto frente a la realidad del Péguy «sin ninguna reserva». Y se lo agradeció en nombre de todos: «Sin ser profeta como vosotros, pero me siento seguro de que esto es el inicio».

Recordó que había informado al cardenal Colombo de esta reunión de Tres días, pidiéndole una oración y una bendición: «Aunque siendo realistas no podemos atrevernos a pedirlo en público, no obstante, por el apego que tenemos al pastor de la diócesis, esperamos que llegue pronto el momento en que esto pueda suceder en público». Por esto, «la presencia de don Enea nos permite comenzar enseguida esta relación explícita, y con texto propuesto por el mismo don Enea, enviaremos este telegrama: ‘Eminencia cardenal Colombo Milán. 700 jóvenes reunidos jornadas oración estudio problemas Iglesia mundo envían deferentes saludos pastor diócesis Milán, reafirman su fidelidad mensaje Concilio, aseguran disponibilidad exigencias Iglesia local. Selis, Giussani, Ejecutivo, y todo Péguy’»¹⁰⁹.

Pero la benevolencia manifestada por monseñor Selis no parece disipar las preocupaciones de Giussani respecto a la nueva realidad universitaria, y por eso, el 27 de mayo de 1970 confesaba a Colombo su disgusto: «Me permito rogarle encarecidamente que el compromiso y la vitalidad de muchos grupos de jóvenes pueda encontrar en las personas elegidas por la autoridad como referencia para ellos una guía que los valore verdaderamente. A este momento, propicio de hecho para una reanudación misionera en todos los sectores, le está correspondiendo una situación de energías demasiado puestas a prueba por la dureza de las resistencias que se han sufrido». A propósito de ello, Giussani le aseguraba a su obispo: «El cansancio por la larga tensión, comprometida en salvar lo salvable y en movilizar lo movilizable, me parece que ha hecho que resulte indiferente mi persona para su tarea formal. Si la decisión de escribirle ha sido indiscreta, le ruego que me perdone por mi buena y afligida intención»¹¹⁰.

El 2 de junio de 1970 Colombo le respondía que «no puede ser nunca indiscreto el consejo que un sacerdote del presbiterio cree, en conciencia, que debe dar a su obispo. Te lo agradezco mucho. Me propongo tener pronto una conversación contigo para aclarar juntos algunos puntos»¹¹¹. No hay traza de que se produjera esa conversación entre los dos. Lo cierto es que, en una carta del 10 de octubre de 1970, las palabras que

Giussani le dirigió a Colombo expresaban una mayor alarma: «Permítame decirle que nunca he pretendido hacer iglesia dentro de la Iglesia, ni he intentado organizar estructuras en ese sentido. Solamente comprendo que mi postura está vitalmente llena de valores: y allí donde se comunica, suscita de hecho una vida. Este carácter inevitable — para pararlo haría falta sofocar algo— se entiende políticamente como alternativa o impedimento para ciertas formas constituidas. Por el contrario, yo he insistido siempre a todos en la necesidad de entrar en las instituciones para enriquecerlas y rejuvenecerlas con esta nueva contribución. [...] Siempre he vivido con la certeza de que usted tiene una verdadera intuición sobre esta situación, y me he apoyado en su benevolencia implícita. [...] Le suplico que tenga presente el hecho grande de miles de jóvenes, universitarios y trabajadores, que atribuyen sus motivos y sus concepciones a una determinada educación, jóvenes que se cuentan ya entre los más conscientes y devotos que tiene usted en la diócesis. Me permito rogarle que la experiencia que viven tenga libertad de iniciativa, bajo el control de una autoridad paterna, comprensiva y capaz de valorarla [...], porque creo que solo aquí radica la solución de todo el malestar que, con mucha humillación, mi fe —tal cual, no obstante todo— siente que le procura»¹¹².

Con ocasión de la Pascua siguiente, el 19 de abril de 1971 retomaba el tema de una carta anterior: «Nunca he querido hacer una ‘cosa’ mía, sino dar vida e incidencia a las ideas de la fe que se me dieron en el seminario y a las directrices autorizadas». Por estas razones la intención que siempre expresó Giussani era esta: «Vivificar las estructuras oficiales desde dentro, porque siempre he estado convencido de que en la obediencia directa al obispo radica la fecundidad más segura desde el punto de vista del reino de Dios»¹¹³.

«Siempre he deseado estar unido y depender»

El 12 de junio de 1971 Giussani mostraba cuán vital era para él este nexo con su obispo: «Me permito escribirle porque yo no quiero en absoluto ser extraño a una pastoral de mi obispo, que recibe de Dios la misión de comprender y valorar todo el bien que suscita su gracia. Y siempre he deseado estar unido y depender, más allá de mis errores. Los errores brotan a borbotones, especialmente cuando los jóvenes no pueden ser atendidos amorosamente. Pero el gran deseo de ser reclamados y corregidos da fruto siempre con la paciencia del tiempo; especialmente si una voluntad tan amplia y generosa de servir a la Iglesia —fenómeno que ha sorprendido, hasta el punto de que ahora son amigos nuestros, a von Balthasar y a Ratzinger— puede finalmente verse ayudada por una mayor comprensión y apertura de ánimo en los que representan al obispo»¹¹⁴.

Sante Bagnoli (ver aquí p. 401) —que conoce bien la situación de aquellos años porque mantenía relaciones personales con el cardenal Colombo— señala que «las cartas de Giussani siempre eran ponderadas»; e incluso cuando Giussani, a veces, «provocaba» con ciertas frases suyas, «era solo para que el obispo tomase postura oficial, pues para él era decisivo el nexo con la autoridad para su futuro y el futuro del movimiento».

El cardenal Scola confirma esta valoración: en Giussani «la obediencia a la autoridad era un dato inquebrantable que aprendió en las rodillas de su madre y en su parroquia, que corroboró en la formidable aventura vivida en el seminario de Venegono, y consolidó en muchísimas pruebas. La suya era una obediencia libre: hablaba claro, mantenía con la autoridad eclesiástica una relación testimonial y no política. Por esto muchas veces no fue comprendido y sufrió por ello»¹¹⁵. Scola atestigua que Giussani «no les ahorró nunca a los obispos, e incluso a los papas que conoció, el testimonio de la verdad que él sentía, incansablemente, pagando incluso por ello con su persona, a veces de forma grave». Y sin embargo «jamás se apartó ni una sola coma del deseo de obedecer»¹¹⁶.

El 8 de julio de 1971 Giussani escribía a Colombo en relación con una objeción que le habían contado como salida de labios del arzobispo: «Que yo llevaría a cabo supuestamente una pastoral ‘mía’ al margen de la del obispo. Le ruego por ello que me ayude a comprender lo que debo hacer, porque es un dolor demasiado fuerte vivir amistades basadas en valores innegables, en las que la propia fe se sostiene y alimenta, y que tan difícilmente se perciban con un acento tan claro y convincente en otras partes». A menos que estemos «condenados por una hostilidad previa, favorecida por un conocimiento parcial o una interpretación maligna». Añadía que no le era difícil admitir «cordialmente todas las sugerencias que un impulso creativo pueda dar a observaciones y correcciones exactas», pero en conciencia pedía al arzobispo que le reconociera una cosa: «Mi confianza profunda y última en usted y en su capacidad humana de comprender la magnitud de la salvación que ha supuesto para mí cierta acción expresiva de la fe y de la pasión por la Iglesia»¹¹⁷.

Colombo le respondía el 26 de julio de 1971: «Deseo aclarar enseguida que la dirección pastoral que tú sigues diverge de las orientaciones que yo pretendo imprimir a las asociaciones oficiales de la Acción Católica y de la parroquia. Esto no quita que los grupos que reciben su inspiración religiosa y apostólica de ti sean portadores de óptimos valores cristianos». Se refería a la difusión en la diócesis de las primeras comunidades de «Comunión y Liberación», la sigla que había aparecido en la Universidad Estatal de Milán a finales de 1969 por iniciativa de algunos estudiantes universitarios vinculados a Giussani y procedentes de GS. La expresión del cardenal Colombo era muy importante, porque anticipaba privadamente su pronunciamiento oficial de meses posteriores (ver aquí, pp. 355ss). Y el cardenal precisaba: «Pero sobre todo esto, como ya te había dicho otra vez, siento necesaria una clarificación que tendremos que hacer juntos. [...] En espera de ello, mantengámonos unidos en la oración y en el recíproco recuerdo afectuoso»¹¹⁸.

Giussani le replicaba el 21 de agosto: «Le confieso que no logro comprender por qué un fenómeno ‘portador de óptimos valores cristianos’ no puede ser acogido y valorado en una pastoral general». Su desaliento era grande, y le hacía notar al arzobispo que «mientras que un determinado llamamiento suscita tomas de conciencia y decisiones de fe, y grandes teólogos como von Balthasar, Ratzinger, de Regensburg, Olegario González, de Salamanca, piden una experiencia semejante para sus grupos y sedes

universitarias, nos sentimos casi rechazados en nuestra propia casa, sin que esa hostilidad enconada se haya preocupado una sola vez de comprender la consistencia cristiana de nuestro planteamiento. [...] Vuelvo a expresarle toda mi confianza y, al pedirle perdón por un malestar que quizá solo la eliminación de mi existencia podría anular, le expreso mi devoción»¹¹⁹.

Giovanni Colombo: «Libre y legítimo movimiento de apostolado»

Al cabo de algunos meses sucedió un hecho imprevisto —apenas apuntado por Colombo en una de sus cartas a Giussani, como se ha visto—, que abrió camino a la solución del problema. Lo recordaba el cardenal Biffi: «Se dio un paso adelante en el Consejo presbiteral de octubre de 1971, con esta declaración del arzobispo: ‘Los grupos de Comunión y Liberación no son una alternativa a la AC, sino solamente un libre y legítimo movimiento de apostolado, y, allí donde estén, el pastor de almas tendrá en cuenta su buena contribución, armonizándola con otras aportaciones para el crecimiento de la única Iglesia’». Con este pronunciamiento, Colombo trataba de mantener el principio de no reconocer ninguna realidad en «competencia» con la Acción Católica. Y al mismo tiempo invitaba a levantar acta de la existencia de una nueva realidad eclesial. Desde este punto de vista, Biffi observa que, una vez definido como un libre y legítimo movimiento de apostolado, Comunión y Liberación «pudo proseguir su historia y su actividad en el contexto milanés»¹²⁰.

Las etapas de la afirmación de Colombo fueron dos. El 21 de octubre de 1971, al recibir a la presidencia diocesana de la AC, el arzobispo de Milán dijo en un momento dado que «los grupos de Comunión y Liberación representan un libre movimiento de apostolado»¹²¹. Y el 26 de octubre, durante el Consejo presbiteral, añadió el término ‘legítimo’: «Los grupos de Comunión y Liberación [...] son [...] un libre y legítimo movimiento de apostolado»¹²².

La reunión de los responsables milaneses de CL del 29 de noviembre de 1971 se dedicó a debatir el documento. Giussani contó que le había llamado el cardenal Colombo «dos días antes de la publicación del documento (‘por cortesía’, subrayó [el arzobispo])» para darle noticia de él. A continuación lo comentó: ante todo, «el documento habla de libre movimiento de apostolado. Me parece que esta es la fórmula que indica más claramente el lugar que paradójicamente, con ese documento, se nos reconoce con autoridad. Y es la primera vez que el rostro de nuestra iniciativa ha sido definido por la autoridad de nuestra diócesis: ‘libre movimiento de apostolado’. Movimiento de apostolado, y por ello reconocido como experiencia que pretende —y de hecho ejerce— una lealtad, una fidelidad a la Iglesia, una voluntad de colaboración con la Iglesia». Desde este punto de vista, observaba Giussani, «paradójicamente, dada la génesis histórica de dicho documento, provocado por reacciones adversas y contradictorias con relación a nosotros, debemos dar gracias a Dios y tomar conciencia de la misión que —ya que se nos reconoce— nos queda por desarrollar». En segundo lugar, «tal experiencia se perfila claramente como distinta de la estructura apostólica de la Acción Católica: la

Acción Católica tiene, desde el punto de vista formal, una posición privilegiada. Esa distinción, en todo caso, deja intacto el valor que subraya la primera observación».

El documento del cardenal «reconoce nuestra vida como libre y legítima» decía Giussani. A continuación se preguntaba qué es lo que había hecho posible semejante pronunciamiento: «Nuestra presencia imponente en la diócesis». Esa presencia llamaba a una «presencia más extendida [...] —reconocida o no— en toda Italia». Y la respuesta a cómo había sido posible fue esta: «Ante todo por [...] los que han sido fieles. Y por tanto [por] la vitalidad cristiana del compromiso, del esfuerzo, de la experiencia que se ha vivido. *De minimis non curat praetor*, dice un proverbio latino: ‘Si se tratase de una pequeñez, no se molestaría la autoridad’». Para Giussani, por consiguiente, el documento era fruto de la fidelidad a una experiencia de vida: «¡Cuánto compromiso, cuánto sacrificio de tiempo, de dinero y también —he de decir— de salud, de energía; cuánto sacrificio de nosotros mismos ha hecho falta! Desde este punto de vista, [...] es sobre todo una seria invitación por parte de Dios para que prosiga esta fidelidad hasta el fin».

Pero había un segundo aspecto que Giussani invitaba a considerar: «El documento lo han hecho posible nuestros defectos. ¿Quién no sabe que el niño se cae para aprender a caminar? Pero [...] nosotros no somos niños, en el sentido de que somos conscientes, de modo que al niño que se cae mientras aprende a caminar no se le puede pedir contrición, pero a nosotros sí. Por ello, el segundo aspecto de la nota nos invita a perfilar los contenidos de una contrición». Traduciendo esto con términos que utilizaba normalmente al dirigirse al movimiento, Giussani hablaba de «una rigidez, y por ello una actitud infantil, adolescente (sentimental), o intelectualista (formal): infantil, en el sentido de un seguimiento automático, mecánico; adolescente, en el sentido de sentimental; e intelectualista, en el sentido de un adulto sin madurez, de una afirmación sin verdadera madurez, de una autonomía sin verdadera madurez»¹²³.

El 19 de enero de 1972 Giussani volvía sobre el tema de su presunto situarse ‘fuera’ de la pastoral del arzobispo y le escribía: «El esfuerzo que realizamos consiste en llegar a la gente dentro de las situaciones que la determinan, dentro de las estructuras de la sociedad: consiste en que se conciba la Iglesia dentro de los pliegues mismos y de los intereses de la vida, eliminando metódicamente una extrañeza que se está volviendo terrible y que, desde los ambientes de trabajo, de clase, de la universidad, se extiende incluso dentro de la vida familiar. Al acercarse a la gente da miedo percibir la aridez, la pérdida del sentido de la fe o la hostilidad hacia la Iglesia»¹²⁴.

No obstante el pronunciamiento del arzobispo, durante todo 1972 la situación no pareció mejorar, tanto es así que el 18 de septiembre Giussani escribía sobre el «sufrimiento» que provocaba la «cruel marginación» por parte de cierto clero diocesano. Y añadía: «Nuestra cerrazón consiste solamente en tener un rostro propio, una ‘personalidad’ nuestra; y nuestra rigidez es la propia de una juventud viva, provisional y educable. Lo único que me impide expresarle mi voluntad de abandonar toda la empresa es una dolorosa compasión por toda esta gente. Pero, puesto que puedo engañarme acerca de mi utilidad en tal sentido, le ruego que me considere tranquilamente a su disposición»¹²⁵.

Giussani tenía claros los límites de una experiencia eclesial que estaba dando sus primeros pasos y que precisamente por eso debía madurar, y de igual modo era consciente de que tener un rostro era una característica fundamental de una comunidad cristiana y no estaba dispuesto a renunciar a ello. La convicción acerca de su identidad hacía que Giussani estuviera disponible para cualquier corrección que aclarase más dicha conciencia a los ojos de todos.

En la carta que había recibido del cardenal iba adjunta una hoja con apuntes a mano del mismo Colombo, como memorándum para una conversación que quería tener: «No es un juicio, sino una constatación: tu persona y tu obra, que no obstante presenta aspectos válidos, se ha convertido ya en un signo de división y no de comunión. [...] En el plano nacional (incluso entre obispos) la división se extiende. La CEI (Conferencia Episcopal Italiana, *ndt*) empieza a preocuparse. ¿Amas más a la Iglesia de Jesucristo, o a ti mismo y a tu Iglesia?». El arzobispo le planteaba a Giussani una doble posibilidad: «Llevar a cabo una conciliación» o bien «ponerte en manos del Santo Padre»¹²⁶.

Entretanto, el 24 de diciembre de 1972, junto a la felicitación de Navidad, Giussani le escribía a Colombo, y con la confianza que sentía que podía tener con él confesaba: «A veces me siento como un hijo que ama mucho su casa, pero que cuando actúa ‘perturba’ o ‘divide’, y sin embargo, por naturaleza, no puede dejar de actuar. Con dolorosa y fiel devoción»¹²⁷.

Al responder «con afecto antiguo y nuevo, siempre grande y sincero» a la felicitación que le «ha dado vivo placer», en la nota fechada ‘S. Navidad 1972’ Colombo no dejaba de expresar nuevamente algún motivo de preocupación: «Me parece que tu carta (¿o me equivoco?) emana un sentido de extrema seguridad»¹²⁸.

«No se puede construir sino sobre certezas»

El 13 de enero de 1973 Giussani replicaba resumiendo al arzobispo sus razones: «Certeza no significa —por cómo yo la vivo— falta de disponibilidad o incluso imposibilidad de cambiar». Al contrario, continuaba, «el misterio de Dios no tiene necesidad de los caminos y de los modos que uso aunque estén indicados como necesarios o útiles por mis certezas, y estoy profundamente persuadido de que puede utilizar su autoridad para mortificarlos como crea. Por otra parte —también la moral que me han enseñado y la psicología lo proclaman—, no se puede construir mas que sobre certezas». Llegado a este punto resumía los que le parecía que eran los elementos de su seguridad, «dispuesto a escuchar y disponible hasta el fondo para dialogar sobre ellos: 1) los factores del Misterio cristiano tal como me han sido enseñados, y las indicaciones de método que se derivan de ellos; 2) los frutos conmovedores, duraderos, y cada vez más expandidos, de fe, de vida sacramental, de meditación, de reconocimiento de la autoridad (y por consiguiente de superación continua de la tentación de oposición), de pasión misionera». Después informaba al cardenal de que había ido a ver al patriarca de Venecia, Albino Luciani, por consejo de monseñor Carlo Colombo y de monseñor Enrico Bartoletti¹²⁹: «Me han tratado con mucha caridad. En una reunión en Cagliari he

podido acercarme también al cardenal Baggio. Le ruego, eminencia, que me sienta sinceramente devoto de sus decisiones»¹³⁰.

El 26 de enero señalaba al arzobispo una iniciativa que estaba a punto de emprender, siguiendo la sugerencia recibida: «En nombre de algunos sacerdotes y laicos de los grupos de Comunión y Liberación, presento hoy solicitud de audiencia a su Santidad». La invitación del cardenal para ponerse en manos del Papa había sido plenamente acogida por Giussani, como le recordaba él mismo: «La penúltima vez que usted me recibió me formuló una hipótesis en este sentido»¹³¹.

Colombo le respondió el 2 de febrero. El tono es familiar: «Tus cartas me gustan y me consuelan»; y decía estar «contentísimo» por la «buena noticia» de su próxima audiencia con Pablo VI¹³².

El 24 de enero de 1973 Giussani escribía a Pablo VI: «Beatísimo padre, me dirijo a vuestra Santidad, también en nombre de otros sacerdotes de algún modo responsables de grupos del movimiento ‘Comunión y Liberación’, que ha desarrollado en el mundo universitario y adulto la inspiración metodológica de la Gioventù Studentesca de Milán: Gioventù Studentesca debe a la magnanimidad de vuestro corazón la posibilidad misma de su nacimiento y de su desarrollo. El movimiento, que ahora ya se ha extendido a muchas diócesis italianas y encuentra consensos y reconocimientos en diversas situaciones eclesiales europeas y del Tercer Mundo, quisiera ser un instrumento dentro de la Iglesia para su misión liberadora en el contexto de las aspiraciones y de las tensiones del mundo de hoy. Deseando vivamente desde hace mucho tiempo presentar nuestro trabajo a vuestra Santidad, a la que miramos como única directriz segura, presento humildemente, para mí y para algunos otros sacerdotes y laicos que trabajan en ‘Comunión y Liberación’, petición de una audiencia privada»¹³³.

Por desgracia, la alegría del cardenal por la noticia de una inminente audiencia pontificia se verá pronto truncada: el 15 de marzo de 1973 Colombo recibía una carta del secretario de Estado, el cardenal Jean-Marie Villot. Se refería, precisamente, a la petición que había acogido el arzobispo de Milán «con mucha alegría». Escribía Villot: «Como es bien conocido por vuestra eminencia, la obra de dicha asociación [Comunión y Liberación, *nda*] y del movimiento ‘Gioventù Studentesca’ ha creado, no solo en Milán, sino en muchos otros lugares, diversas dificultades a causa de ciertos planteamientos de acción y de método, por los cuales la Comisión Episcopal para el Laicado de la C.E.I. ha tenido ya que expresar también precisas reservas, en las sesiones de marzo y de mayo de 1972. Ambos movimientos no parece que hayan tenido hasta el presente ningún reconocimiento explícito y responsable, como, por lo demás, no consta que haya recibido ningún encargo específico quien lo dirige. Me dirijo, por tanto, a la cortesía de vuestra eminencia, para que tenga a bien hacer saber, con la bondad que le es acostumbrada, al rev. don Giussani, de la manera que considere oportuna, que el Santo Padre (que no obstante conserva de don Giussani buen recuerdo y conoce sus talentos singulares, no sin reserva sobre sus métodos pedagógicos y organizativos), no podrá conceder el encuentro deseado, hasta que su obra sea abiertamente aprobada por vuestra eminencia como arzobispo de Milán, y sea reconocida por la Conferencia Episcopal

Italiana. De hecho, un encuentro así sería interpretado como una aprobación o un aval para una iniciativa que no ha sido todavía debidamente aprobada por el episcopado, ni comprobada por una feliz experiencia»¹³⁴.

El 23 de marzo de 1973 Colombo le refería que había comunicado a Giussani las razones de la respuesta negativa a su petición: «Se sintió muy apesadumbrado por ello»¹³⁵.

El 18 de abril de 1973 Giussani le envió a Colombo su felicitación pascual «con ánimo triste» que, nacido en el último encuentro con el arzobispo, «ha madurado convirtiéndose en amargura». Después explicaba el motivo ayudándose con un ejemplo: «El otro día, dos antiguos alumnos míos, casados y con un niño, supieron que esperaban una segunda criatura. Se mostraron muy preocupados porque necesitaban encontrar un piso de tres habitaciones, en lugar del de dos que ocupan ahora, para asegurarse un espacio más acogedor. Entonces me pregunté con algo de desazón: ¿por qué no puede ser la Iglesia así con nosotros?». Y continuaba con esta anotación: «Jugársela en una presencia comprometida y continua dentro de las violentas realidades mundanas de hoy, teniendo a las espaldas un vacío de atención y amor, es algo que yo personalmente merezco, pero que ciertamente no merece el sacrificio cotidiano de sí mismos que tanta, tanta gente entre nosotros asume por amor a la Iglesia. El peso de su acusación a nosotros como provocadores de división es demasiado grave»¹³⁶.

A estas palabras, Colombo respondía el 25 de abril: «‘Comunión y Liberación’ no pide solo un piso más amplio, sino que quiere todos los pisos del edificio de la Iglesia. [...] La Acción Católica, que existía previamente a ‘Comunión y Liberación’, que tiene el reconocimiento oficial del Papa y de los obispos italianos, tiene derecho de preferencia para los espacios que le competen por norma de los estatutos aprobados por las autoridades superiores. Sin una previa delimitación de los ámbitos específicos de ‘Comunión y Liberación’ no veo posibilidad de convivencia pacífica y de colaboración fructífera. Me explicaré recurriendo a mi vez a una analogía. ¿Te parece posible que dos orquestas que ejecutan distintos conciertos puedan tocar simultáneamente en la misma sala con feliz armonía?»¹³⁷.

El 7 de mayo de 1973 Colombo enviará dos cartas —para conocimiento— al cardenal Antonio Poma, presidente de la CEI, proporcionándole algunas explicaciones: «El carteo es numeroso, pero considero que basta este ejemplar para que se haga una idea suficiente de las relaciones que se dan entre mí y este querido sacerdote mío. Evidentemente la idea de Iglesia que subyace, no en palabras, pero sí en la realidad del movimiento ‘Comunión y Liberación’, me deja perplejo». A pesar de esta perplejidad, algunos hechos recientes le hacían admitir: «Comienzo a dudar de estar en lo justo y en lo verdadero [...]. Me encuentro con sacerdotes y obispos persuadidos de que ‘Comunión y Liberación’ es la única Acción Católica del futuro». Por otra parte, escribía a Poma, «la autoridad episcopal italiana no se pronuncia. [...] Lo que quiere decir que a cada obispo se le deja libertad para elegir [...]. No obstante, no hace falta mucho espíritu profético para prever que de ese modo la Acción Católica, ya tan reducida, anémica y descuidada, está destinada a desaparecer del todo en poco tiempo». Concluye Colombo: «No me

preocupa: sé que la Acción Católica es una forma histórica y, como tal, su función puede haber terminado»¹³⁸.

Pocas semanas después, Pablo VI, hablando al Colegio cardenalicio, dirá: en la obra de evangelización de la Iglesia en el mundo «queremos estar en primer lugar al lado de nuestros hermanos en el episcopado, para facilitar su ministerio»; hablaba de «un campo enorme, para cultivar el cual todas las fuerzas válidas deben extenderse con incansable generosidad y comprensión vigilante de los signos de los tiempos». A propósito de ello, indicaba adónde se dirigía su atención: «Nos dirigimos con gran esperanza al laicado católico y sobre todo a los jóvenes, a los que van nuestras simpatías más vivas y nuestro afecto paternal», a los que «tal vez buscan caminos nuevos de compromiso personal [...]. Su sed de absoluto no puede aplacarse con los sucedáneos de ideologías o de experiencias prácticas aberrantes. No, los jóvenes tienen en sí mismos la capacidad, el ingenio, la inventiva, la imaginación, la fuerza, el espíritu de entrega y de sacrificio que les capacita para ofrecer su contribución a la salvación de los hermanos. [...] El concilio Vaticano II ha llamado al laicado y a la juventud a la obra de la evangelización (cf. *Ad Gentes*, 15,21; *Apostolicam Actuositatem*, 12,22). Nos alegramos de ver que un número creciente de comunidades pone en práctica estas directrices»¹³⁹.

A ese llamamiento Giussani respondía con un telegrama el 9 de julio de 1973: «Grupos Comunión y Liberación han escuchado con viva emoción la voz del padre común reclamar a toda la Iglesia, en plena fidelidad al concilio Vaticano II, el compromiso con una reforma que nace de la fidelidad a la tradición. Sus responsables [...] aceptan como entrega de toda su vida la misión de llevar al hombre moderno el mensaje cristiano, el único en el que puede encontrar la respuesta a sus interrogantes y la fuerza para su compromiso de solidaridad humana. Conmovidos por la paternal comprensión demostrada frente a las expectativas y las posibilidades de los jóvenes, acogen la invitación para ponerse incondicionalmente ‘al servicio de la salvación de los hermanos’ y de todo el mundo de hoy»¹⁴⁰.

«Usted es el signo y el instrumento del Señor para la vocación de mi vida»

El 14 de agosto de 1973 Giussani escribía a Colombo al cumplirse diez años de su nombramiento como arzobispo de Milán: «Desde hace diez años usted es el signo y el instrumento del Señor para la vocación de mi vida». A continuación dirigía al arzobispo una petición en absoluto formal: «Con todo mi corazón le digo: ¿Cuándo podrán alegrar a mi padre este rostro mío y esta historia mía? Es la súplica que elevo a la Virgen en este día dominado por la emoción de hace diez años, cuando le vi entrar en la catedral. Le pido, eminencia, la bendición que convierte»¹⁴¹.

El 26 de agosto de 1973 Colombo le daba las gracias, confiándole que tenía necesidad sobre todo de la «indulgencia divina» por sus diez años de servicio, deseando que «tu ferviente oración contribuya a obtenérmela»¹⁴².

En 1973 y en 1974 hubo más cartas en las que Giussani continuaba señalando

situaciones de dificultad en la diócesis milanesa: «Hay un modo de exigir de hecho el privilegio de la A.C. que es percibido por los párrocos y los sacerdotes [...] como exclusión de C.L. del espacio vivo de la comunidad eclesial»¹⁴³. Colombo respondía que «el obispo no tiene la más mínima intención de marginar lo que él mismo ha declarado libre (en oposición a obligatorio) y legítimo (en oposición a cualquier juicio de marginación o, peor, de exclusión). [...] El planteamiento es distinto cuando se llega a la parroquia. Aquí C.L. se plantea como una comunidad de intenciones globales y con una línea pastoral que no siempre coincide con la del párroco [...] con la pastoral diocesana»¹⁴⁴. Giussani replicaba que «C.L. tiene intenciones ‘globales’ en el sentido educativo del término: es una consideración de método inevitable para cualquier pedagogía que quiera ser viva y eficaz. Y dicha globalidad, lejos de ser excluyente, abre completamente a todas las relaciones»¹⁴⁵.

A comienzos de enero de 1974, Giussani le escribía de nuevo refiriéndose a una conversación que había mantenido con el cardenal tres semanas antes. En particular, «por lo que se refiere a la acusación de integrismo, tal como la ha formulado usted, me parece que debo preguntar si es posible que una propuesta de vida no afecte a todas las expresiones de la persona [...]. En efecto, me parece, eminencia, que el problema central hoy en día es la claridad y la eficiencia de los auténticos factores eclesiales: en nombre de esto pondremos en cuestión cualquier forma nuestra. Entretanto los miles de estudiantes, universitarios y también trabajadores, que están en nuestros grupos, necesitan ser ayudados cada vez más en la dura batalla frente a sí mismos y frente al mundo violento y perseguidor»¹⁴⁶.

En una carta posterior, Giussani le pedía a Colombo que «se deje a algunos sacerdotes atender a los miles de jóvenes de Comunión y Liberación». Sin su aportación, en efecto, «yo mismo no me sentiría ya con la capacidad psicológica y cultural necesaria para sostener directamente la enorme actividad de G.S.»¹⁴⁷. Colombo le escribió que estaba a punto de partir para África, y le aseguraba que a la vuelta, «lo más pronto posible me comprometo a una conversación contigo para discutir juntos los problemas que expones en tu carta del 6 de octubre»¹⁴⁸.

«La esperanza en la caridad de aquel que es maestro»

El 24 de marzo de 1975 Giussani escribía al arzobispo para comunicarle que el día anterior se había encontrado por fin con Pablo VI: «No puedo dejar de manifestarle mi asombro y alegría por el gesto de paternal benevolencia que su Santidad ha querido hacerme el Domingo de Ramos, inmediatamente después del rito delante de San Pedro. De hecho Él me ha animado a continuar el camino ‘con sus jóvenes’: yo me he quedado conmovido y sin palabras, así como sacudido por un sentido de responsabilidad casi como si lo hubiera escuchado por primera vez».

Don Giussani sentía que debía agradecerle esto al cardenal Colombo: «Ante todo le debemos ciertamente a usted este signo de misericordia que nos ha tocado»¹⁴⁹. Por eso

el 27 de agosto de 1975 escribía de nuevo al arzobispo: «Eminencia, ¡ayúdenos para que nuestra pasión por el testimonio y nuestra voluntad eclesial de obrar no se conviertan en exasperación, peligrosa para la pureza de las intenciones y para la fe dentro del esfuerzo!».

Giussani estaba disponible para cualquier solución con tal de ver que evolucionase positivamente la situación en que se encontraba la gente del movimiento, y para ello estaba dispuesto incluso a dar un paso atrás: «Le ruego que no tenga ningún reparo en apartarme: el mismo cansancio ya me lo hace desear con frecuencia y no secretamente»¹⁵⁰. No hemos encontrado ninguna traza de respuesta a esta carta.

El 20 de febrero de 1976 Giussani escribía a Colombo enviándole fotocopia de una carta recibida de monseñor Bartoletti, secretario de la CEI, al día siguiente de algunos actos de intimidación y violencia contra miembros de CL (después de que algunos diarios hubieran difundido la noticia, que luego resultó falsa, de presuntas financiaciones de la CIA a Comunión y Liberación; ver aquí, p. 569): «Con el corazón lleno de gratitud pido a Dios que nos haga más dignos de la esperanza que la autoridad de la Iglesia deposita en nuestro comportamiento. Pero quiero expresar mi reconocimiento a vuestra eminencia, porque este momento de esperanza para nosotros no ha sido posible sin su misericordia»¹⁵¹.

El 3 y el 4 de diciembre de 1976 los periódicos milaneses daban noticia de un intento de incendio de una sede de CL y de la editorial Jaca Book. Giussani habló de estos hechos en una carta a Colombo del 4 de diciembre: «Estoy dolido de no haber podido ir ayer, porque me llamó el ministro del Interior, el señor Cossiga. El señor ministro me ha afirmado que está convencido de que se trata de algo con grave significado político: el comportamiento hacia nosotros revelaría las verdaderas intenciones del PCI en el país, porque nosotros seríamos ‘el único factor’ que se opone con eficacia a cierta aquiescencia, al menos entre la juventud. Ha añadido que hablará de esto ‘con el partido y también con la Iglesia’. Es mi deseo poderle hablar más detalladamente de esto, con algún detalle gravísimo que he conocido hoy mismo»¹⁵².

A esta situación dramática en su conjunto —que se añadió a las dificultades internas en el mundo eclesial— se refiere Giussani en la carta que escribió a Colombo el 19 de diciembre de 1976 para agradecerle su discurso de San Ambrosio del 7 de diciembre: «La claridad y la seguridad de su palabra son todavía para mí el único consuelo y apoyo en mi intento de servir a la santa Iglesia: le agradezco la enseñanza de San Ambrosio también en nombre de todos mis amigos»¹⁵³. Colombo había centrado toda su intervención en el tema de la libertad, observando que esta «no es un privilegio para nadie, sino un derecho de todos», para luego hablar de la necesidad de que «el Estado afirme su sana laicidad» y que para ello debía hacer posible «el principio de subsidiariedad en base al cual el Estado reconoce que existe para servir a la sociedad y no para servirse de ella». Después habló de la escuela, reivindicando la libertad de educación y de enseñanza y concluyendo que «los primeros y más sutiles atentados a la libertad se dirigen contra la razón. [...] El creyente será más libre cuanto más sepa comparar lo que se le intenta hacer asumir como verdad con el Evangelio auténtico de

Cristo. [...] La comparación le pondrá en condiciones de discernir lo que es verdadero de lo que es falso. [...] No os atemorice el alboroto y la arrogancia de los que quisieran haceros callar. [...] No os desanime el hecho de aparecer a veces como una ‘pequeña grey’»¹⁵⁴.

Precisamente a la luz de estas palabras, Giussani le confesaba a Colombo: «Cada vez se vuelve más insoportable en mí —y más dolorosa— la pregunta de por qué nosotros, que amamos activamente ese planteamiento, por encima de nuestra comodidad y de nuestra misma incolumidad, no tenemos todavía una ‘morada’ en nuestra casa [...]. La soledad en nuestra propia casa y la indiferencia de nuestro propio contexto en circunstancias cargadas de peligro —suscitado por nuestra misma fidelidad— no puede constituir una condición para madurar. Lo único que hace que no interrumamos esta resistencia extenuante es la responsabilidad frente a las conciencias reavivadas de demasiadas personas. Y la esperanza. La esperanza en la caridad de aquel que es maestro»¹⁵⁵.

Colombo: «Suscita y prepara entre tus jóvenes muchas vocaciones al periodismo»

El 27 de diciembre de 1977, Colombo le dirigió a Giussani una invitación que sonaba como un llamamiento: «Querido don Giussani, hace más de diez años recuerdo haberte exhortado a suscitar y a preparar entre tus jóvenes muchas vocaciones para la enseñanza. Lo has hecho: en nombre de la Iglesia y mío personal te lo agradezco con viva satisfacción. Ahora he confiado a S. E. mons. Biffi un segundo mensaje para ti [añadido a mano, *nda*] y me he propuesto dirigírtelo también personalmente: suscita y prepara entre tus jóvenes muchas vocaciones valientes y capacitadas para el periodismo. Comprendo que este camino es más arduo y lleno de insidias que el de la enseñanza; sé que los hijos de las tinieblas nos han precedido y que con arte engañoso combatirán los pasos de los hijos de la luz, pero nada es imposible para el poder del Espíritu Santo»¹⁵⁶.

Seis meses después dará sus primeros pasos un nuevo semanario: *Il Sabato*, promovido por algunos *cielinos* junto a Vittorio Citterich, conocido periodista del telediario de la RAI (ver aquí p. 592). Y será la ‘escuela’ de una nueva generación de periodistas, muchos de los cuales encontrarán empleo posteriormente en las redacciones de periódicos, radios y televisiones, asumiendo a veces cargos de responsabilidad.

El 22 de septiembre de 1978 Giussani le escribía a Colombo: «Al volver a Milán el otro día, tras dos meses fuera por los cursos y los ejercicios estivales, he encontrado la tarjeta que me ha enviado usted desde el cónclave [...]. Usted sabe, eminencia, que una tarjeta suya [...] basta para volver a darme la energía de la fe»¹⁵⁷.

Durante el tradicional discurso a la ciudad, pronunciado en la basílica de San Ambrosio el 8 de diciembre de 1978, el cardenal habló de la identidad cultural cristiana, observando que, cuando con la palabra «cultura» se indica «una concepción de la realidad que es criterio y medida de las cosas y de los acontecimientos y se arroga la misión de guía del hombre, entonces nuestro deber de creyentes es afirmar sin equívocos la identidad cultural cristiana. En efecto, las otras culturas —como la cultura liberal-

burguesa, la cultura marxista, la cultura radical—, en cuanto pretenden ser una interpretación concluyente y totalitaria de la historia humana y de toda la realidad, se plantean como alternativa a la cultura cristiana y son incompatibles con ella». Por eso, «en esta hora histórica en la que un viento impetuoso de barbarie parece que quiere degradar al ser humano al nivel de las cosas que se pueden instrumentalizar con fines socioeconómicos, san Ambrosio, con la voz de su último y más pequeño sucesor, confía a sus hijos este mensaje: ‘Salvemos al hombre’». Después de haber constatado que «una cultura sin raíces en Cristo no aguanta la tempestad y no logra mantenerse inflexible contra la arrogancia del poder en la rectitud», invitaba a los creyentes a sentir «el deber de ofrecer [...] la palabra y la gracia del Evangelio de Cristo»¹⁵⁸.

Esas palabras ofrecieron a Giussani motivo para escribir al arzobispo el 23 de diciembre de 1978: «Quisiéramos ser más capaces de afirmar sus juicios y sus directrices dentro de la realidad social». Y añadía: «El deseo de retirarme de tanta frenética responsabilidad es grande»; pero enseguida precisaba: «Lo que hemos hecho o provocado continúa, condiciona y se convierte en sacrificio. Comprendo que debo mendigar que se acoja esta voluntad impetuosa de servir a la Iglesia aun dentro de nuestra miseria, pero más todavía dentro de esta ardiente percepción que tenemos de un signo de los tiempos tan favorable». El signo de los tiempos era para Giussani la elección de Juan Pablo II (el cardenal de Cracovia Karol Wojtyła), que tuvo lugar el 16 de octubre de 1978. Al pie de la carta a Colombo, de hecho, transcribía el texto de la petición de audiencia al Pontífice recién elegido, entregada a la secretaría de Estado: «Beatísimo padre, me permito solicitarle humildemente la posibilidad de una audiencia. Me sostiene en esta petición la seguridad que vuestra Santidad sabe despertar en la voluntad de fe y en el ímpetu misionero que anima al movimiento de Comunión y Liberación, del que soy responsable»¹⁵⁹. La respuesta será inmediata y en la segunda mitad de enero de 1979 Giussani será recibido en audiencia (ver aquí, p. 607).

Unos meses después, el 20 de marzo de 1979, escribía a Colombo informándole de que el sábado 31 de marzo siete mil universitarios de CL iban a ser recibidos por el Papa en el Aula Pablo VI del Vaticano: «Estas son ocasiones en las que siento con mayor fuerza la gratitud hacia usted: porque en cualquier caso esta vida no hubiera sido posible para muchos jóvenes si usted no la hubiera querido»¹⁶⁰.

El 31 de marzo de 1979, al recibir a los universitarios de CL, Juan Pablo II dirá entre otras cosas: «Vuestra propuesta ha recogido consensos, aunque a veces entre contrastes y oposiciones, y sé que también habéis sufrido. [...] Habéis [...] podido tocar con la mano cuánta necesidad tiene nuestro mundo de Cristo. Es importante que continuéis anunciando con humilde valentía su palabra salvadora. [...] Al concluir este encuentro deseo dejaros una consigna: id confiadamente con la Iglesia al encuentro del hombre»¹⁶¹.

El 5 de abril de 1979 Giussani escribió a Colombo para informarle de lo acontecido en el encuentro: «La conmoción por la audiencia concedida por el Papa a nuestros universitarios, y sobre todo la emoción al escuchar confirmado en los términos habituales para nosotros el ideal de fe por el que vivimos, me han hecho pensar en usted

con más insistencia de lo habitual, porque la raíz de dichos términos se halla en sus enseñanzas, y gracias a su magnanimidad, por encima de todos, tengo la posibilidad de existir». Y concluía así: «Ahora el grave aumento de responsabilidad tras las palabras de su Santidad me empujan a mendigar de usted una ayuda»¹⁶².

«Sin su actitud permisiva de hecho no hubiéramos podido existir»

El 13 de mayo de 1979 el cardenal Colombo sufrió un ictus. Una vez recuperado, dejó la guía de la diócesis de Milán al alcanzar el límite de edad el 29 de diciembre de 1979. Morirá el 20 de mayo de 1992.

De toda la larga y compleja historia de las relaciones entre Giussani y su arzobispo, que comenzó en las aulas de Venegono y terminó en Milán, el cardenal Biffi iba a hacer este juicio, basado en el estrecho vínculo personal que había mantenido con ambos: Colombo «de primeras se reconocía [en Giussani, *nda*], estaba contento, y luego, cuando prevalecía en él la función directiva, le mortificaba ‘para salvarle’. Y esto duró toda la vida». Hasta que «se jubiló, entonces no tuvo más reticencias y en los últimos años estuvo muy cordial. Cuando yo era obispo auxiliar suyo, le decía muchas veces, bromeando: ‘Usted es como esos padres que tienen hijos por todas partes y a los que les gusta tener muchos hijos, pero luego cuando los ven, no les gustan. Usted tiene los principios, eso se lo toma en serio, y luego se preocupa’»¹⁶³.

Don Francantonio Bernasconi acompañó a Colombo en los años de su jubilación. Al vivir con él desde 1980 a 1992, pudo escuchar su relato de los episodios y los juicios relativos a su relación con Giussani: «Prestó atención a la crisis de la Acción Católica; deseó su reestructuración. [...] Pero se encontró también que debía seguir el nacimiento de Gioventù Studentesca primero y luego el de Comunión y Liberación». Bernasconi observa que se trataba de un nacimiento que «le fastidió en muchos aspectos», pero que «por coherencia, por los principios que les animaban y por los hechos con los que se manifestaban, no podía dejar de quererles. Y bien podía haber dicho una frase que quizá no haya pronunciado nunca, pero que interpretaría bien su actitud: ‘Tengo en la mente a la Acción Católica, pero luego en el corazón me encuentro con Comunión y Liberación’»¹⁶⁴. Recuerdo también que el cardenal decía de vez en cuando: «Si no estuviera C.L. en la enseñanza, no sé quién podría llevar adelante el testimonio de la Iglesia entre los estudiantes»¹⁶⁵.

He aquí cómo releerá Giussani la nada fácil historia de su relación con el arzobispo: «Me encontré en una situación extrañísima, porque su objeción fundamental era: vosotros perturbáis allí donde llegáis, entendiendo por ‘perturbación’ el malestar causado a la tranquila hegemonía de la Acción Católica». Le concedía el mérito al arzobispo, no obstante, de una cosa decisiva: «Sin su actitud permisiva de hecho, no hubiéramos podido existir. El cardenal Giovanni Colombo reconocía sobre todo que nuestra experiencia no era sino la aplicación de lo que yo había aprendido de él como profesor de Teología en el seminario de Venegono». Tanto era así que Giacomo Biffi «solía decirle al cardenal Colombo que el único que aplicaba la teología tal como se le

había enseñado en el seminario era aquel a quien él, oficialmente, más había hostigado»¹⁶⁶.

El cardenal Biffi leía así la historia de Giussani en los años del episcopado de Colombo: «El largo y lastimoso trabajo de encontrar un espacio seguro y reconocido dentro de la vida eclesial provocó en el movimiento y en el corazón de don Giussani una angustia más aguda que las violencias exteriores y un malestar más doloroso que los daños sufridos públicamente. [...] El cardenal Giovanni Colombo seguía tenazmente su esquema de estructuración de la pastoral diocesana. [...] El desacuerdo —aunque siempre doloroso entre dos hombres vinculados por muchos recuerdos preciosos, que seguían estimándose y queriéndose— no concernía tanto a las ideas de fondo y a las inspiraciones principales, cuanto a la atribución de las tareas de evangelización y de apostolado que consideraba como la más oportuna y sobre todo la menos arriesgada para los equilibrios generales»¹⁶⁷.

Valen como juicio conclusivo sobre el largo episcopado de Colombo las palabras que Giussani pronunció en 1986, a propósito de la posición de CL en la diócesis ambrosiana: «Pienso que el movimiento es un fruto típico de la tradición ambrosiana. Esto se vio claramente en los años más tremendos, los ‘años de plomo’, a mediados de los setenta. En sus famosos discursos de San Ambrosio, el entonces arzobispo de Milán, el cardenal Giovanni Colombo, que ha sido uno de los más sensibles y vigorosos sostenedores de dicha tradición, afirmó con fuerza y con claridad ese nexo entre fe y cultura que hace que la Iglesia sea rica en obras sociales, como también esa primacía del juicio de la fe, incluso sobre la acción política, que, al ser rasgos característicos del pensamiento y el testimonio de Ambrosio, afirmamos y practicamos también nosotros lo más posible». Giussani declaraba su deuda de gratitud hacia el arzobispo: «En años muy difíciles, y difíciles no solo para el movimiento, aquellos discursos fueron como la proyección autorizada de la actividad concreta en la que estaba implicada Comunión y Liberación, y de principios a los cuales en la práctica solamente Comunión y Liberación se refería de forma efectiva». Y si bien Colombo, como se ha visto en estas páginas, «mantuvo cierta distancia con respecto al movimiento, la proximidad cultural y doctrinal de este último con la tradición ambrosiana, que él afirmaba con vivacidad, hacía que se diera de forma concreta un entendimiento sustancial entre CL y el obispo de la Iglesia ambrosiana, más allá de esa distancia»¹⁶⁸.

A la luz de este intenso diálogo con el arzobispo de Milán, que duró quince años, siempre vivido dentro del cauce de una actitud filial y bajo el signo de la obediencia, resulta precioso releer las palabras que pronunciará el cardenal Ratzinger en la homilía del funeral de Giussani: «Monseñor Giussani, con la fuerza de la fe, atravesó impertérrito estos valles oscuros y, como es natural, dada la novedad que llevaba consigo, tuvo también dificultades para encontrar su lugar en el seno de la Iglesia. Cuando el Espíritu Santo, conforme a las necesidades de los tiempos, crea algo nuevo, que en realidad es un regreso a los orígenes, puede ser difícil orientarse y encontrar paz en la gran comunión de la Iglesia universal. El amor de don Giussani por Cristo era también amor por la Iglesia, y así siempre permaneció como fiel servidor, fiel al Santo

padre y fiel a sus obispos»¹⁶⁹.

También los momentos dramáticos se comprenden dentro de una positividad última, según los tiempos y las formas de cada uno. Ante los insondables y siempre nuevos caminos del Espíritu, en la tensión común por obedecer a este Misterio, Giussani y Giovanni Colombo se dieron testimonio recíproco.

SEGUNDA PARTE
1964-1986

Capítulo 13
«Cuando nos olvidamos de Cristo, reducimos el cristianismo a cero»
Desde el viaje a Norteamérica al comienzo de la crisis
(1965-1967)

Como hemos visto anteriormente, en 1964 su estado de salud obligó a Giussani a interrumpir temporalmente la enseñanza en el liceo Berchet y a reducir sus compromisos. Pero, apenas su situación se lo permitía, participaba en algunos momentos comunitarios. Y así, desde el 1 al 3 de mayo estuvo presente en los Ejercicios espirituales de un grupo de trabajadores en Varigotti. Habló teniendo bien presente su propia situación personal: si estamos aquí, explicaba, no es para «retirarnos de las cosas, de una vida que nos escuece todos los días con su trabajo, con sus inconvenientes, con sus desilusiones, con sus incertidumbres, con sus ‘quién sabe’, con sus ‘peros’, con sus rebeldías y con sus abandonos, con sus soledades y con sus persecuciones». Por el contrario, «estamos aquí para encontrar una nueva forma de vida, pero de vida cotidiana». Continuaba Giussani: «Si estamos aquí para esto, comprenderemos por qué no estamos con los demás», refiriéndose a «la mentalidad que el materialismo y el marxismo han extendido ya a todo el mundo». Y explicaba también las razones de la diferencia: «Si no somos marxistas, ni somos materialistas, es justamente porque esa forma de esperanza que tratan de suscitar en nosotros, esa promesa de renovación que intentan darnos, que quisieran que aceptáramos, nosotros percibimos que no es plena, que no es completa, que en el fondo encierra un equívoco, una mentira, que es como hacer trampas».

Contó, entonces, que en el mes de reposo que acababa de pasar precisamente en el mismo lugar de los ejercicios, Varigotti, había leído durante horas y horas un libro sobre el pensamiento de Karl Marx: «Y continuamente me chirriaba por dentro pero no lograba dejar el libro», fascinado, no tanto por el libro en sí, cuanto por la evidencia que esa lectura producía en él: «Nosotros somos la única alternativa verdadera, podemos ser la única verdadera alternativa a la mentalidad que ha trastornado el mundo y lo domina». Confío al grupo de trabajadores que leyendo ese libro había pensado: «Pero ¡qué nivel de abstracción!». Y sin embargo, «pensad en vuestras fábricas, en vuestros compañeros, pensad en vosotros mismos, cuántos de sus eslóganes os golpean o qué tentación habéis sentido quizá también vosotros en ese sentido». Y para subrayar el peso de esa alternativa, observaba que cuando se dice: «Los curas a la iglesia», o mejor aún, más precisamente: «Los curas a la sacristía», es para decir: «La religión a la iglesia». «¡No!»,

exclamaba Giussani, «¡la religión dentro de todo, dentro de la vida!». Volvía con estas palabras a uno de los temas de su propuesta, la religiosidad, indicada como el primer factor de cualquier actividad humana: «La religiosidad, en cualquier trabajo (¡cualquiera!), en cualquier condición (¡cualquiera!), también en la del esclavo más negro» hace percibir, «presentir el ideal, el destino para el que sirven mi obra, mi vida y mi muerte, y por eso hace que todo viva: todo se vuelve vivo». En efecto, «sin religiosidad, sin destino, sin ideal, todas las cosas languidecen. ¿En qué radica la fuerza del marxismo, del ateísmo militante? En que crean la ilusión de otro ideal». Según Giussani, este es el objetivo por el que Cristo vino al mundo, es decir, para decir a todos: «Es justo que vosotros los hombres paséis de la esclavitud a la servidumbre de la gleba, de siervos de la gleba al corporativismo medieval, luego al liberalismo, después al socialismo y luego a lo que queráis... muy bien, debéis esforzaros... pero debéis prestar atención al problema que se da antes (¡antes!, ¡antes!) que todo esto. Si no resolvéis este problema, todos vuestros esfuerzos para que la situación humana evolucione no llevarán a una vida más humana, sino cada vez más inhumana»¹.

La vocación y el atractivo

Durante la primera mitad de los años sesenta Gioventù Studentesca se había extendido progresivamente por la diócesis de Milán y también por algunas ciudades italianas. Giussani trató de que no faltara su presencia en la vida del movimiento, si bien en la primavera de 1964 era ya menos asidua por sus problemas de salud, pero no por eso menos significativa.

Después de los meses de reposo impuestos por el médico, durante las vacaciones de verano de 1964 participó en Campitello di Fassa en la Semana destinada a los *maturati*, los estudiantes de GS que acababan de terminar el bachillerato y debían hacer cuentas con su futuro. Giussani desarrolló dos lecciones: la primera estuvo dedicada a «La vocación», y la segunda a «El atractivo».

Entre los presentes estaba Pier Alberto Bertazzi, un *giesino* del liceo G. Parini de Milán (más tarde médico y profesor universitario). Recuerda que aquel fue el último evento estival de GS de este género que guio Giussani: «Participaron en él principalmente los bachilleres que iban a entrar en la universidad, pero también los que iban a encaminarse ya al mundo laboral. Éramos unas doscientas cincuenta o trescientas personas».

En la primera lección, el 28 de julio, Giussani partió de una pregunta, «¿Para qué sirve mi vida?», aclarando que el problema era encontrar «el criterio conforme al cual el hombre hace de sí mismo alguien útil para el mundo, de modo que pueda caminar cada vez más hacia su personalidad, hacia su felicidad, y no hacia su extravío». ¿Cómo utilizar los dones recibidos de Dios? «Por ejemplo, hay un cierto tipo de inteligencia que parece estúpido cuando se aplica a las matemáticas, pero que es genial cuando se trata de construir un relato: es un genio literario que en matemáticas parece estúpido. Si le fuerzan a ir al Politécnico, le impedirán que rinda en beneficio de la humanidad. Hay,

por ejemplo, un tipo que es genial en el arte musical; si a este tipo se le obligara a hacer Derecho público o privado, ciertamente disminuiría el rendimiento en favor de la humanidad de ese individuo, y en consecuencia se volvería más pesado su camino [...]. ¿Cómo se llama el fenómeno que saca a la luz las dotes, las capacidades naturales? Se llama ‘inclinación’. La naturaleza nos encamina a los ideales, pero siempre a través de un gusto o de una inclinación, de un placer o de una necesidad». Pero hay un segundo factor: «La circunstancia inevitable es al mil por mil, con seguridad absoluta, indicio del camino que se debe recorrer. Por eso no hay nada que sea más favorable, que esté más a nuestro favor, que la circunstancia inevitable».

En la lección del 30 de julio, Giussani se preocupó por aclarar que «el fenómeno del atractivo indica el ámbito de todo ese movimiento, de todo ese dinamismo por el que las cosas se relacionan unas con otras creando un orden, formando un cosmos», y que esto sucede a todos los niveles, «a nivel físico, a nivel biológico, a nivel psíquico y a nivel espiritual». El atractivo, además, está definido por un doble elemento: «Un factor de pura toma de conciencia que registra el atractivo, y una energía que nos hace adherirnos a ese atractivo. Una realidad no está completa más que cuando tiene lugar también la reacción que el atractivo está llamado a suscitar».

El primer atractivo fundamental, dice Giussani, «es el del ser, con su extraordinario y grandioso carácter genérico». El segundo «es el apego a uno mismo». En efecto, «las carencias más graves de amor son el odio a la naturaleza y el odio a nosotros mismos»: afirmar que «el mundo es malo y despreciarse a uno mismo» son «los pecados más graves contra el amor». Giussani prosiguió observando que los niveles del amor se pueden reducir a tres: primero, «seguir el atractivo de las cosas como tales: se llama ‘trabajo’»; segundo, la colaboración en la que «el ser invita a crear hombres. Este es el atractivo propio de la mujer sobre el hombre y del hombre sobre la mujer. La naturaleza ejerce este atractivo a través de la duplicidad del tipo humano». Y se explicita como «disposición para hacer que nazca para la felicidad un nuevo ser». Por ello «hacer nacer no es un gesto que tenga fecha de caducidad, sino que abarca toda la vida».

El tercer nivel de provocación que la naturaleza suscita en hombre es la invitación a la «misión ideal». Don Giussani decía: «¿Para qué serviría traer al mundo un individuo — con toda la buena voluntad posible e imaginable— si no existieran las orientaciones ideales que llevan a ese individuo que ha nacido a su felicidad?». Y ¿por qué medio llama la naturaleza al hombre a realizar su misión ideal? «Por medio de la belleza. Santo Tomás decía que la belleza es el resplandor de la verdad. ¿Sabéis cuál es el punto esencial desde el que atrae la verdad? El otro, lo distinto de uno mismo», tanto es así que «lo otro distinto de nosotros, lo verdaderamente otro con respecto a nosotros, lo que no es ‘yo’, es Dios». Si una persona debe amar a su prójimo, «al otro, es porque es persona, porque es él, es otro. Es el mismo motivo por el que debes amarte a ti mismo: tú debes amarte porque eres una persona, te han hecho persona, estás hecho así». En este tercer nivel, la relación entre hombre y mujer «es una ayuda para la perfección, implica reclamarse mutuamente a los valores ideales».

Pero hay otra forma de amor que «nace siempre como atractivo, como sacudida, como

placer», pero «no está ligado en absoluto ni al atractivo, ni al placer, ni al gusto. Nace del atractivo, pero no coincide con el atractivo».

Giussani describía así esta forma de amor: «Uno puede estar tan sacudido por el atractivo de lo otro, puede estar tan impactado por el atractivo de la amistad, de la gente que está mal, que llega tan fácilmente a esa universalidad, llega tan fácilmente al sentido último de la persona, que ya no tiene necesidad de tener delante al individuo que está mal o a la mujer para poder verse ayudado en ese paso, ya no tiene necesidad de cierto tipo de convivencia. No es un eunuco, no es alguien que eluda la influencia de las realidades que sacuden a todos. Más aún, es alguien que está tan intensamente tocado por ellas, que no tiene ya necesidad de ellas según una determinada forma». Este es el estado de «virginidad», que es el estado propio «no de quien no se casa, sino de quien se entrega totalmente al valor como tal», es decir, el que abraza «una vida que tiene como tarea particular y exhaustiva hacer que se descubran los valores ideales y ayudar a cualquiera a vivirlos»².

Una vez retomadas las actividades después de la pausa estival, el 1 de noviembre de 1964, durante una reunión de dirigentes locales de GS, GL y GIAC para preparar el congreso programado para el febrero siguiente sobre el tema «Situación cultural de Milán», Giussani habló de presencia en el ambiente y de educación. Antes de él intervino don Luigi Olgiati, consiliario de la GIAC, que hizo suyas las preocupaciones expresadas por Pablo VI en la *Ecclesiam Suam*, donde afirmaba: «Si la Iglesia adquiere una conciencia cada vez más clara de sí, [...] se distingue profundamente del ambiente humano en el que no obstante vive, y al cual se aproxima. [...] El Evangelio es luz, es novedad, es energía, es renacer, es salvación. Por eso genera y distingue una forma de vida nueva»³. Olgiati introdujo después a Giussani, que «ha estado implicado en la ciudad de Milán de manera particular en el ambiente de la enseñanza para atender al movimiento».

En este punto empezó a hablar Giussani. Retomando él también a Pablo VI, subrayó que la educación se da a través de la experiencia de la comunidad cristiana: «No se puede educar cristianamente a una persona haciéndole estudiar libros o escuchando sermones únicamente, sino que se trata de toda una vida»⁴. En ese sentido citaba también un pasaje de otra encíclica, la *Pacem in Terris*, en la que Juan XXIII afirma que la «fractura en los creyentes entre la creencia religiosa y la acción de contenido temporal, es resultado en gran parte, si no del todo, de una insuficiente formación cristiana. [...] Por eso es indispensable que [...] la educación sea integral y constante»⁵. Pero ¿cómo responder a este llamamiento del Pontífice? Haciendo que surja la comunidad cristiana dentro de la vida escolar: «Este es el instrumento que la GIAC ha creado hace unos diez años, [...] que es el movimiento de GS. No por nada nuestros adversarios políticos nos dejarían hacer de todo en cualquier campo, pero no en este, y nosotros queremos precisamente este»⁶.

En los años sesenta Luciano Pazzaglia (luego profesor de la Universidad Católica del Sacro Cuore, una de las voces más conocidas de la pedagogía italiana) fue durante

algunos meses suplente de Filosofía en el liceo Berchet y por eso pudo ver a Giussani en acción y «comprobar, de forma directa, la influencia que [...] tenía en los jóvenes, entre los que dominaba la tendencia a considerar la fe como un problema que, en la mejor de las hipótesis, cada uno debería afrontar y resolver por su propia cuenta y en su fuero interno [la conciencia, *nda*]». Lo que le sorprendía de Giussani era «su caridad sacerdotal, su entrega absoluta al servicio educativo que se le había encomendado y el testimonio de una fidelidad al Evangelio con una total coherencia de vida».

A Giussani había que reconocerle el mérito, dirá muchos años después el profesor, de «haber planteado con fuerza la necesidad de hacer que circulara la visión cristiana en la cotidianidad de nuestras experiencias personales y colectivas, y de haber tratado de mostrar la perfecta correspondencia de esa visión con las expectativas y necesidades que atraviesan el alma del hombre». Pazzaglia observaba que precisamente en aquellos años «el problema iba a [...] resonar [...] en los debates de la gran asamblea conciliar, cuyos documentos conclusivos, al asumir la necesidad de un apostolado más creativo e incisivo, se iban a preocupar de recomendar una práctica educativa no centrada en la controversia, sino dialogante, paciente y generosa».

En cuanto a la actualidad de la propuesta que floreció entre los pupitres del Berchet, Pazzaglia reconoce que «una de las contribuciones más relevantes que don Giussani, como educador, puede ofrecer todavía a la hora de poner a punto una acción pastoral educativa es precisamente recordar que, para hacer accesible a los jóvenes la realidad cristiana, hacen falta educadores que la hayan experimentado y estén en condiciones de transmitir su riqueza y su fascinación ante todo mediante el testimonio de su implicación personal»⁷.

En la Universidad Católica del Sacro Cuore. Excursus histórico 1964-1992

Hacía años que Giussani veía entrar en la Universidad Católica a decenas y decenas de jóvenes suyos. Y precisamente por ello, como hemos dicho, le pidió al arzobispo Colombo poder seguir a esos estudiantes universitarios, «para ayudarles a continuar en el nuevo ambiente [...] la experiencia eclesial que han empezado en los colegios de enseñanza media superior»⁸.

Así, desde el curso académico 1964-1965, de forma simultánea a la enseñanza en el liceo Berchet, Giussani comenzó su actividad en la Católica [como se designa popularmente a la Universidad Católica del Sacro Cuore, *ndt*]: daba dos cursos nocturnos sobre Exposición de la doctrina y de la moral católica en la Facultad de Economía y Comercio⁹. Esto le permitió, entre otras cosas, retomar sus estudios. El compromiso académico universitario de Giussani proseguirá hasta el comienzo de los años noventa¹⁰.

En 1965 Giussani «desearía vivamente proseguir los estudios para obtener una libre docencia [el título que habilitaba entonces para la enseñanza universitaria, abolido en 1970, *nda*] en Filosofía de la religión»¹¹. En el curso 1965-1966 fue nombrado asistente

voluntario en la cátedra de Filosofía de la religión en la Facultad de Filosofía y Letras, confiada primero al profesor Italo Mancini y luego al profesor Giuseppe Cristaldi. Dicho nombramiento le será renovado hasta 1972-1973. En su calidad de asistente participaba en la actividad didáctica del Instituto de filosofía y en las comisiones examinadoras. Además, ayudaba a los estudiantes en la preparación de sus tesis de licenciatura.

A partir de 1966-1967 se le confiaron también dos cursos en la Facultad de Ciencias Políticas. Una nota del 26 de septiembre de 1966 de don Guido Aceti, dirigida al colega Giussani, informa de que el encargo en primero y segundo de Ciencias Políticas se le había dado «por voluntad de su excelencia monseñor Carlo Colombo»¹², que desde 1964 era presidente del Instituto Giuseppe Toniolo de estudios superiores, el ente fundador de la Universidad Católica que Colombo presidirá hasta 1974.

El 2 de octubre de 1967 monseñor Colombo escribía al rector Ezio Franceschini, pidiéndole que confiara a Giussani las prácticas en su curso de Historia de la Teología: «Temo que también el próximo año, al tener que trabajar para la Comisión revisora del Código de Derecho Canónico, tendré un año difícil»¹³.

El 16 de octubre de 1967 Giussani le agradecía a Colombo la propuesta y su interés por ayudarlo a «identificar bien» su camino. En cambio, estaba «un poco abatido porque no se habían sustituido las cuatro horas nocturnas por otras tantas en otro curso». Por causa de esto, en efecto, Giussani vio que se le reducía su estipendio mensual a menos de 40.000 liras: «Creo que vuestra excelencia comprenderá fácilmente la imposibilidad de vivir con semejante cifra, especialmente en mis condiciones [de salud, *nda*]». Con tales estrecheces, presentó la petición de una asignación de estudio, sobre la que tenía que deliberar la Católica el 23 de octubre siguiente, y precisamente por esto se dirigió a Colombo pidiéndole un favor: «Insistir al profesor Lazzati, decano de la Facultad de Filosofía y Letras, sobre la importancia que tendría para mí dicha asignación, para la misma posibilidad de estudiar». Si esto no sucedía, tendría que volver a enseñar Religión en la enseñanza media superior, «y repetir por consiguiente la situación de antes de enero, cuando no era posible una concentración sistemática». De hecho, Giussani había dejado el Berchet en febrero de 1967 por motivos de salud. Esperaba que Colombo le ayudase a salir «del comprensible [...] malestar»¹⁴ en que se encontraba.

Fueron años en los que Giussani intensificó sus estudios sobre el protestantismo americano. En efecto, tenía que publicar un libro para conseguir la libre docencia. Y así, en 1967 publicaba un estudio sobre «La recuperación de los valores religiosos en el personalismo americano y la filosofía de Edgar Sheffield Brightman» en la revista *Filosofia e vita*¹⁵. La *Rivista di Filosofia neo-scolastica* publicó en ese periodo un escrito suyo sobre «Aspectos de la concepción de la historia en Reinhold Niebuhr»¹⁶. Y escribió también «Reinhold Niebuhr y los fundamentos de su ética», para la revista de Venegono *La Scuola Cattolica*¹⁷.

Desde el curso académico 1968-1969 impartió una asignatura en la facultad de Magisterio. Era el año de la contestación estudiantil, que se desató en Italia precisamente a partir del largo Gemelli (la Universidad Católica, sita en ese lugar de Milán, *ndt*) en

noviembre de 1967. Remitiendo a un capítulo posterior (ver p. 416) el relato de esa historia, es útil recordar aquí la actitud que mantuvo Giussani desde el momento en que los estudiantes ocuparon la universidad para protestar contra la repentina subida de las tasas universitarias, «a la que por otra parte se había visto obligada la administración presionada por el aumento en los costes, a los que no correspondía en absoluto un aumento paralelo de la contribución estatal». Giussani recordará: «Las consignas con las cuales se organizó la ocupación mostraron enseguida que eran expresión de una línea política incompatible con nuestras convicciones de fondo». En particular, «los líderes de la ocupación protestaban contra la subida de las tasas dejando totalmente de lado un aspecto decisivo del problema, como era que la Universidad Católica, al no ser estatal, y a pesar de su manifiesta función pública, era objeto (igual que todos los colegios no estatales de otro orden y grado) de una grave discriminación de orden económico: en efecto, recibía fondos irrisorios en comparación con los que se entregaban a instituciones estatales análogas, y justamente por entonces empezaba a no lograr ya colmar la diferencia con las rentas de su patrimonio. Pues bien, ese problema jamás lo plantearon los líderes de la protesta»¹⁸.

En 1969 vio finalmente la luz el texto científico en el que trabajaba Giussani desde hacía años y que completaba sus investigaciones empezadas en Venegono: *Teología protestante americana*¹⁹. Precisamente en relación con esta publicación, el 13 de julio de 1969 Giussani recibió una nota del profesor Lazzati (desde 1968 rector de la Universidad Católica), quien le agradecía «de corazón el regalo de su estudio», que prometía leer «con interés en algún momento de reposo»²⁰.

En ese mismo año publicó un ensayo breve, *Reinhold Niebuhr*²¹, el autor al que había dedicado su tesis de licenciatura en 1954.

A partir de 1969-1970 su asignatura asumió la denominación de Introducción a la Teología Dogmática. Giussani daba clase en Magisterio y en Economía y Comercio, «sección A».

El 9 de agosto de 1970 don Pietro Zerbi (profesor de Historia Medieval en la Católica, donde será también decano de la Facultad de Filosofía y Letras y prorector) escribía a Lazzati a propósito de la participación de Giussani en los exámenes nacionales de habilitación para la libre docencia: «Se me ha dicho que se trata de un deseo de su eminencia [Giovanni Colombo, *nda*] y monseñor Selis [consiliario eclesiástico general de la Universidad Católica, *nda*] se ha hecho portavoz de ello ante mí». Giussani se tenía que haber presentado ya, «pero cuando me envió los títulos para que los viera, [...] le sugerí que sería necesario hacer otra cosa, en cualquier otra dirección: Historia de la Iglesia, del cristianismo o de la teología». Le informaba de que Giussani le había asegurado que estaba trabajando en otras publicaciones, tanto en el campo de la historia de la Iglesia más reciente como también de corrientes protestantes²².

Lazzati le respondió que por lo que se refería a la libre docencia de Giussani «el título de la disciplina, que se deduce de las enseñanzas comprendidas en la tabla del D.P.R. 31/10/68 n.1189 para la reforma de las Facultades de Ciencias Políticas es: 'Historia

moderna y contemporánea de la Iglesia y de las otras confesiones cristianas’»²³. A causa de la abolición justo entonces de los exámenes de habilitación para la libre docencia, Giussani abandonaría la perspectiva de la carrera universitaria.

La urgencia de la enseñanza

En 1971-1972 se diversificaron los temas de los cursos: con los estudiantes de primero tenía que tratar el tema «La experiencia religiosa», y con los de segundo, «Problemas de la Iglesia de hoy». En los cursos siguientes se le asignaron los mismos cometidos. Desde 1973-1974 el curso se llamará Introducción a la Teología, denominación todavía en vigor en la Católica.

El 8 de diciembre de 1978 Juan Pablo II —elegido Pontífice el octubre anterior— dirigía su primera alocución a la Universidad Católica: «Si es verdad que «l’homme passe infiniment l’homme» [el hombre sobrepasa infinitamente al hombre, *nda*] como intuyó Pascal (cf. Pascal, *Pensées*, 434), entonces hay que decir que la persona humana no encuentra la plena realización de sí misma sino en referencia a Aquel que constituye la razón fundante de todos nuestros juicios sobre el ser, sobre el bien, sobre la verdad y sobre la belleza. Y ya que la infinita trascendencia de Dios [...] se ha acercado a nosotros en Cristo Jesús, que se ha hecho carne para ser totalmente partícipe de nuestra historia, es necesario entonces concluir que la fe cristiana nos habilita a los creyentes para interpretar, mejor que cualquier otro, las aspiraciones más profundas del ser humano y para indicar con serena y tranquila seguridad los caminos y los medios para su plena satisfacción»²⁴.

Giussani comentará así estas palabras del Papa: «Llenos de asombro por la gracia de Dios y agradecidos a Él, compartimos la pasión de Cristo por el mundo; una pasión activa y laboriosa. [...] ¡Que nos abramos de par en par al don de la gracia! ¡Que podamos llegar a ser cada vez más adecuados para servir al mundo, a fin de que se vuelva más humano, es decir, más verdadero!»²⁵.

En la línea de las preocupaciones expresadas por Juan Pablo II en la exhortación apostólica *Catechesi tradendae*, de 1979, al comienzo de los años ochenta Giussani se cuestionó sobre el curso de Introducción a la Teología en la Católica. En su opinión, el documento pontificio indicaba el contenido, el método y la urgencia de un trabajo de catequesis, que debía tomarse también en consideración para la enseñanza universitaria. En particular, los cursos deberían realizar una aproximación crítica y global al cristianismo, conforme a una articulación que con los años permitiera afrontar —aunque fuera en términos generales— todo el patrimonio dogmático de la Iglesia y sus implicaciones de tipo moral. Giussani justificaba esta hipótesis con una observación que sacó de su experiencia de profesor en contacto cotidiano con los alumnos: la mayoría de los jóvenes que se inscribían en la Católica denotaba una ignorancia casi total de los contenidos fundamentales de la fe católica, signo de una crisis de la catequesis parroquial y de una sustancial falta de incidencia de la enseñanza religiosa en los colegios sobre la mentalidad de los estudiantes.

Por eso Giussani estaba profundamente convencido de que la preocupación principal del curso universitario de Introducción a la Teología tenía que consistir en mostrar la razonabilidad de la fe y ayudar al joven a juzgar, a partir de la fe, el contexto ideológico y cultural en el que estaba inmerso. Giussani trató de realizar este objetivo utilizando el esquema —para él sustancialmente válido todavía— definido por el departamento de Ciencias Religiosas, que preveía, en el primer año, una introducción general al cristianismo; en el segundo, la exposición de las verdades del cristianismo; y en el tercero, la presentación de la moral cristiana. Además consideraba que se debía tender a ilustrar de manera sistemática y esencial el patrimonio dogmático de la Iglesia. Y en base a sus muchos años de enseñanza —que habían confirmado las primeras intuiciones que tuvo en el Berchet, a mediados de los años cincuenta— subrayó la importancia de la Introducción general al cristianismo que había que desarrollar en el primer año, para ayudar al estudiante de la Católica a una confrontación viva con su propia dimensión religiosa, que en la mayor parte de los casos había quedado sin educar.

Siempre en continuidad con las indicaciones que contenía la *Catechesi tradendae*, según la cual el trabajo catequético implicaba la preocupación pastoral de la Iglesia, Giussani estaba convencido de que, evidentemente, al tratarse de catequesis a nivel universitario, tenía que exigirse de los docentes una competencia a nivel académico, que debía realizarse también por medio de una oportuna y continua profundización.

En julio de 1982 Giussani recibía del rector Lazzati la confirmación de la enseñanza de Introducción a la Teología (primer cometido) para el año académico 1982-1983, en la sede de Milán. El tema que le confiaba el departamento de Ciencias Religiosas era «La experiencia religiosa», tres horas semanales para los estudiantes de primero de las facultades diurnas.

Lazzati le confió además, a título gratuito, la enseñanza de Introducción a la Teología (segundo cometido) para el mismo año académico. El tema del curso sería «Problemas de la Iglesia actual». En un artículo publicado en el diario *Avvenire*, puede verse lo decisiva que consideraba Giussani una realidad como la Universidad Católica: «La expectativa fundamental que tiene la comunidad eclesial italiana respecto a la Universidad Católica creo que puede resumirse así: que la Universidad Católica sea siempre un instrumento privilegiado en el horizonte de esa reevangelización fundamental del país que Juan Pablo II ha indicado a toda la comunidad eclesial italiana» (ver aquí, p. 701). El artículo continuaba: «Si la comunidad eclesial italiana ha corrido el riesgo de automarginarse de la vida del país, casi evadiéndose de sus dialécticas y de sus laceraciones, ha sido ciertamente también por lo que Pablo VI llamó muchas veces una especie de ‘complejo de inferioridad’ provocado por la separación entre una fe vivida prevalentemente de manera ritualista, moralista o intimista y una visión cultural y social derivada en esencia de las ideologías predominantes en el país». Para Giussani el magisterio del Papa y de los obispos era «un punto de referencia cultural y pastoral para superar esta fractura». A la luz de esto, subrayaba que «la Universidad Católica es el instrumento principal para la formación de esa capacidad de juicio, de criterios para una intervención activa», y consideraba que había hecho bien el Ateneo al decidir reflexionar

sobre el nexo entre experiencia y cultura, una cuestión que «va bastante más allá del ámbito de los creyentes solamente»²⁶.

En su último periodo de actividad en la Católica fue constante en Giussani la atención a la formación de los estudiantes, en consideración también a su escaso nivel de preparación al entrar. De forma simultánea, percibió un mayor interés por la materia por parte de los alumnos, signo para él de una apertura que había que valorar. Así, frente a la alternativa entre adaptar los contenidos de los cursos a ese nivel o cambiar su planteamiento general, Giussani confirmó el camino que siempre había tratado de seguir en veinticinco años de enseñanza en la Universidad Católica: el curso de Introducción a la Teología tenía que caracterizarse por su científicidad, lo que se refería sobre todo al método. En otras palabras, todo el compromiso del profesor debería consistir en el esfuerzo de presentar los contenidos de la fe dando razón de ellos y comparándolos con hipótesis explicativas de la realidad distintas de la respuesta cristiana.

Aparecía aquí de nuevo una de las preocupaciones fundamentales de Giussani, la misma que le había hecho decidirse por la enseñanza en los colegios.

El curso académico 1990-1991 fue para Giussani el último año de enseñanza en la Católica.

A partir del 1 de noviembre de 1992 se jubilará por haber alcanzado el límite de edad.

Las clases y la relación con los estudiantes

La participación de Giussani en la vida académica fue intensa. Don Stefano Alberto, que sustituyó en 1991 a Giussani en la cátedra de Introducción a la Teología, recuerda «el eco en los pasillos de la universidad [...] de la relación que establecía con todas las personas, desde los profesores a los bedeles, a los que regalaba por Navidad o Pascua un ‘panettone’ o una ‘colomba’ (bizcochos típicos de ambos periodos festivos, *ndt*). Hay todavía un par de jubilados —dirá en 2010— que vienen a saludarme por gratitud hacia Giussani».

Giussani dedicaba mucho tiempo a la preparación de los cursos: «Nunca daba nada por descontado». En segundo lugar, continúa don Alberto, el compromiso universitario «le hacía prestar especial atención a que cada frase fuera comprendida, a proporcionar las razones de los más mínimos detalles. Su continua preparación tenía lugar además en constante diálogo con los estudiantes, pues construía sobre sus preguntas, siempre admitidas y a veces incluso exigidas».

En clase Giussani no admitía distracciones: «En un aula magna llena hasta los topes, con más de seiscientas personas, era capaz de entablar conversación con uno que estuviera distraído o hablando con el compañero de al lado». Era conocida la disponibilidad de Giussani para continuar las conversaciones después de las clases: «A veces no lograba salir físicamente del aula por la cantidad de personas que se arremolinaban a su alrededor». Y remitía para otro momento la cita con aquellos con los que no lograba hablar los jueves por la mañana, que dedicaba a recibir a los estudiantes²⁷.

Laura Cioni, alumna de Giussani a partir del curso académico 1970-1971 (después profesora), subraya la novedad que introducía la didáctica de Giussani: «Desde la cátedra éramos constantemente interpelados no solo para confrontarnos con nuestra propia experiencia, sino también para intervenir con preguntas y observaciones, cosa entonces muy rara en los cursos universitarios. En una de las tres horas, don Giussani había organizado una serie de seminarios y el aula magna se dividía en pequeños grupos de estudiantes, que debatían bajo la guía de expertos los más diversos problemas concernientes a la exégesis, la literatura, la Iglesia en el este europeo o la educación». Giussani vigilaba e intervenía cuando alguno necesitaba aclaraciones. «Con el paso del tiempo, el aula magna se llenó poco a poco porque se había corrido la voz entre los estudiantes, admirados por aquella enseñanza tan antigua y tan actual», recuerda siempre Laura Cioni.

A pesar de sus numerosos compromisos, Giussani será siempre fiel a su cometido académico. Nunca llegaba tarde a clase. Onorato Grassi, alumno suyo y luego profesor de Filosofía medieval, recuerda: «Se anticipaba algunos minutos al sonido de la campana que señalaba el final del cuarto de hora académico y el comienzo de la clase. Conseguía mantenerse sentado detrás de la mesa —raramente daba clase en pie—, superando no obstante la distancia que se creaba así con los estudiantes».

Cada clase estaba organizada con cuidado, subraya siempre Grassi: «Seguía esquemas que se había preparado como fruto de sus años de enseñanza, y que ‘crecían’ cada año, tanto en la articulación del planteamiento, como en la profundización de puntos específicos, o en la documentación sacada de lecturas que él hacía o que los estudiantes le proporcionaban, relacionando lo que escuchaban en sus clases con lo que estudiaban».

Durante la clase, Giussani estaba continuamente preocupado de que los estudiantes comprendieran lo que decía, como recuerda Grassi: «No pretendía que estuvieran de acuerdo, pero sí quería que tuvieran los elementos para juzgar. Recuerdo a un estudiante de ‘Lotta continua’ que, buscando la polémica, le había pedido un ‘18’ político (un ‘aprobado político’, *ndt*), puesto que rechazaba estudiar temas ‘religiosos’ que consideraba absurdos e inútiles. Giussani realizó casi una investigación sobre ‘marxismo y cristianismo’, preguntando a expertos y sugiriendo lecturas, para poderle implicar en la clase».

La atención a las categorías usuales de los estudiantes era una constante en la enseñanza de Giussani; él estaba convencido de que era necesario hacer cuentas con la masa de concepciones previas y de prejuicios que constituían un obstáculo para el conocimiento, y en consecuencia para el aprendizaje. Esto explica la creciente atención y el tiempo cada vez mayor que dedicó con el paso de los años a las premisas de método, al comienzo de su curso sobre «El sentido religioso». En contacto con centenares de estudiantes cada año, Giussani se volvía cada vez más consciente de los cambios que tenían lugar en la mentalidad de los jóvenes y del peso cada vez más invasivo de la opinión pública, sobre todo a través de los medios de comunicación.

La exigencia de argumentar y de entrar en una relación viva con las dificultades y las objeciones de los jóvenes le resultaba familiar desde los tiempos del Berchet, cuando lo

que dominaba en clase era un clima racionalista centrado por entero en la dialéctica más que en la documentación de las razones.

Las clases en la universidad eran también una ocasión para poner a prueba sus estudios y sus investigaciones. Como puntualiza Grassi, «su pensamiento creció —también en sistematización— al tiempo que enseñaba. No es casual que los tres volúmenes de su ‘PerCorso’ (en la edición española ‘Curso básico de Cristianismo’, *El sentido religioso, Los orígenes de la pretensión cristiana y Por qué la Iglesia*, ndt) sean una reelaboración, al estilo de los autores medievales y de los anglosajones, de los cursos que dio durante dos decenios en la Católica».

Este era un rasgo del carisma educativo de Giussani, el no ser jamás ideológico, el no imponer como formas cristalizadas las verdades adquiridas, aunque fueran justas. Toda convicción debía ser continuamente verificada a la luz del cambio de las situaciones y de los interlocutores. Así, la afirmación de lo verdadero, lo justo y lo bueno era un proceso vital que Giussani no interrumpió nunca, como lo prueba su vida.

Esta es la razón de que sus cursos y sus libros, que son fruto de toda la experiencia que adquirió, transmitan un pensamiento vivo, incandescente, en absoluto inclinado a la retórica discursiva de los manuales universitarios ordinarios, con un estilo original, irreducible a los cánones tradicionales, que une el rigor del texto escrito a la frescura de la enseñanza oral cuando esta última se torna apasionada, atendiendo a los motivos y las inquietudes de quien la recibe. En los libros del «PerCorso» se advierte esta feliz combinación de los dos registros.

Al leer las páginas de Giussani se siente el eco de una comunicación viva, pero también dramática. Esto es lo que había en la raíz de un fenómeno singular: la afluencia a sus cursos universitarios aumentó con el paso del tiempo. La gente no se cansaba de escucharle hablar, muchos volvían durante varios años, aunque no lo requirieran sus *curricula*.

«Sus estudios», sostiene Grassi, «le habían abierto horizontes que ponían en primer plano aspectos de la cultura, incluida la cultura católica, normalmente ignorados o descuidados. Llevó la crítica al racionalismo —interlocutor constante de su reflexión— al interior del racionalismo mismo, para conquistar una idea de razón más amplia y verdadera; no contrapuso simplemente una concepción a la otra, sino que supo hacerlas interactuar, para obtener una solución que, conforme a sus principios, tenía que ser más adecuada a la realidad. Era grande la estima que tenía por el mundo anglo-americano y por el mundo ruso —él que ya en los años del seminario de Venegono estudiaba la tradición protestante y ortodoxa— e hizo conocer a sus estudiantes los autores y las ideas de esas culturas».

Norteamérica coast to coast

Retomando el hilo del relato histórico que hemos interrumpido a mitad de los años sesenta, el comienzo del verano de 1965 registró un acontecimiento importante en la vida de Giussani.

Hay una fotografía que nos muestra a un hermano capuchino mientras escruta con unos anteojos las pistas del aeropuerto de Malpensa. Es el 21 de junio de 1965. En la pista, un Boeing 707 de la compañía aérea estadounidense TWA está preparado para despegar. Algunos pasajeros se encaminan hacia el avión. Destino: Estados Unidos. Entre ellos está Giussani; el capuchino es el padre Emmanuel Braghini.

En el origen de aquel viaje se halla una conversación que había tenido con el arzobispo Colombo. Hablará de ello el mismo Giussani, recordando: «Cuando tomé conciencia de que nuestros universitarios eran más de quinientos y que no había nadie que les siguiera, fui a ver a Giovanni Colombo y le dije: ‘Déjeme hacer de consiliario en la universidad’, [...] Giovanni Colombo no me lo concedió: ‘Ahí está la FUCI, deja que la FUCI actúe’. Ante la insistencia de mi petición, me hizo una contrapropuesta: ir a Estados Unidos a estudiar el método de enseñanza del catecismo en las parroquias estadounidenses».

A Giussani no le hacía gracia moverse. «Tenía pendiente una operación de hígado y de vesícula», recordará, y durante dos meses aplazará la respuesta, hasta que un día, saliendo del seminario de Venegono, se topó a última hora de la tarde con monseñor Carlo Colombo, que llegaba de la estación y que le dijo: «Escucha, el obispo de San Antonio [de Texas, *nda*] insiste para que le dé una respuesta: así que responde en pocos días, o bien renuncia»²⁸. Entonces Giussani dijo que sí.

Este viaje podía favorecer —en la intención del arzobispo— la «normalización» de GS dentro de las estructuras oficiales de la diócesis milanesa (ver aquí, pp. 399-400); podía aliviar un poco la situación de cansancio excesivo, que —como hemos visto— había inducido al doctor Riva a sugerir a Giussani la interrupción de todo compromiso; y podía secundar el deseo del cardenal Colombo y de monseñor Carlo Colombo de que Giussani retomara sus estudios con vistas a la libre docencia en la Universidad Católica.

A propósito de esto, el padre Romano Scalfi recuerda: «Poco antes de que Giussani se marchara a América, habíamos tenido los ejercicios de los sacerdotes, y el cardenal Colombo había venido a hablarnos. Él me llamó aparte y me dijo: ‘Siento una gran estima por don Giussani; debería especializarse más y permanecer en América, porque lo veo como profesor definitivo de la Católica, y allí podría hacer un gran bien. Tener a Giussani como profesor no simplemente de Introducción a la Teología, sino ya como profesor numerario, sería un gran bien. Haga usted todo lo posible para convencer a Giussani de que se quede dos o tres años en Estados Unidos para especializarse, de modo que luego pueda optar a una cátedra en la Católica’». Scalfi admite que hizo poco por convencerlo: «Se lo dije y punto. Después no sé cómo se pusieron de acuerdo; recuerdo que no estaba muy entusiasmado con la propuesta. Habría obedecido si se lo hubieran impuesto, pero tampoco el cardenal quería imponérselo, aunque deseaba que él comprendiera que lo suyo debía ser una carrera universitaria»²⁹.

La razón formal del viaje al otro lado del océano siguió en todo caso siendo la que recordaba Giussani: conocer el método de la catequesis en las parroquias americanas.

Algunas fotografías de aquel 21 de junio de 1965 nos muestran a Giussani en Malpensa, tocado con sombrero, junto a su amigo fraile. Tras la máquina fotográfica estaba Paolo Mangini³⁰. Precisamente gracias a este último ha sido posible reconstruir

las etapas de aquel viaje americano. La viuda de Mangini, Sarina, ha conservado once cartas que Giussani escribió durante aquel verano: la primera es del mismo día de llegada a San Antonio³¹.

Hay, además, otras cartas, escritas por Mangini a su amigo el pintor William Congdon, que proporcionan informaciones añadidas sobre los preparativos del viaje. La primera es del 29 de mayo de 1965 y revela que Giussani «ha tenido una fuerte molestia en el hígado, y se encuentra bastante mal»; no obstante tiene que salir antes de lo previsto, hacia el 12 de junio, «y hay que organizarlo todo»³².

El 31 de mayo informaba a Congdon de que «por desgracia don Gius sigue estando regular, tiene una fuerte molestia en el hígado y precisamente hoy pasará por la clínica para una visita médica general y para hacerse análisis más específicos»³³. El 3 de junio advertía a su amigo de que Giussani estaba en observación en una clínica de Milán durante cinco o seis días y que su marcha no tendría lugar antes del 19 de junio. En el margen izquierdo de la primera página, en vertical, está escrito: «De don Gius no se sabe por ahora nada —esperemos que esté bien—; hay que rezar»³⁴.

Pocos días después, el 14 de junio, Giussani escribía a su obispo, Giovanni Colombo: «Eminencia Reverendísima, me permito poner en su conocimiento que he salido de la clínica y que por tanto el domingo 20 saldré de viaje. Estoy ciertamente un poco preocupado por los ataques de hígado que se repiten, pero el médico me ha dicho que es una situación crónica que tendré que llevar conmigo como un fardo probablemente durante mucho tiempo: por ello estaré atento a la dieta y me llevaré las medicinas necesarias. No sé si debo atreverme a pedirle poder despedirme personalmente de usted, más aún porque quisiera preguntarle si a mi vuelta puedo pasar dos o tres días en Brasil ya que a la utilidad de mi visita anual habría que añadir la posibilidad de ahorrar la mitad en el coste del viaje». Giussani tenía en programa asistir a la ordenación sacerdotal de Alberto Antoniazzi, que estaba en el seminario de Belo Horizonte (ver aquí, p. 309).

Arriba, en el margen derecho de la carta de Giussani, hay un apunte a mano del cardenal: «Dispuesto de palabra: a) acerca del viaje a América se deja la responsabilidad al médico; b) para todo lo demás, a su vuelta se dispondrá»³⁵.

Conforme a los usos de la época, una carta de la Santa Sede con fecha del 2 de junio de 1965 autorizaba a Giussani a estar en Norteamérica por un periodo de tres meses³⁶.

El 17 de junio Congdon le escribía a Mangini para sugerirle «ir a la T.W.A. y pedir que en el vuelo 843 [en el que se embarcará Giussani, *nda*] del domingo 20 se haga provisión de 1. Leche, 2. Bistec a la plancha (que habrá sin duda), 3. Fruta preferiblemente manzana asada para don Giuss. Las líneas aéreas presumen de ofrecer [...] esos servicios personales especiales, y es importante que se haga todo [lo] posible para que don Giuss llegue a [un] país extranjero en las mejores condiciones», excusándose con su amigo: «Tendría que haberlo hecho yo la otra mañana»³⁷.

El 18 de junio Mangini le informaba a Congdon de que estaba yendo a comprar un disco del Laudario de Cortona para llevarlo a Norteamérica «como regalo de don Gius al obispo que le va a hospedar»³⁸.

Giussani voló a Estados Unidos el 21 de junio de 1965. De nuevo es Mangini quien proporciona los detalles de la partida: «Querido Bill, acabo de volver del aeropuerto —despegue normal— todo bien». Informaba al pintor además de que Giussani «estaba muy contento con su equipo —en particular ha tenido mucho éxito el sombrero y también el impermeable—. En resumen, todo bien salvo el hígado, que parece que ha dado problemas durante los últimos días»³⁹.

Hasta el 25 de julio Giussani estuvo en San Antonio, primera meta de su viaje. El párroco de esa época, Michael McManus, que vive en una residencia para sacerdotes jubilados, no recuerda el nombre de Giussani, pero sí recuerda que dos sacerdotes italianos estuvieron hospedados en su parroquia durante aquel verano. «El arzobispo de entonces, Corneliu Lucey, había puesto en pie un programa para permitir a los chicos que no iban a los colegios católicos prepararse para recibir los sacramentos. El programa lo llevaban adelante sacerdotes que se hospedaban en las parroquias durante un cierto periodo, solo para garantizar la catequesis a estos chicos», decía monseñor Lorenzo Albacete⁴⁰. El padre McManus dice que los dos sacerdotes pasaban parte de su tiempo en las oficinas de la archidiócesis para conocer el método que se usaba para la instrucción religiosa en San Antonio. Albacete lo recordaba como «un programa bastante conocido y quizá por esto había llegado noticia de él también a Milán, y se le había ofrecido como posibilidad a Giussani».

Desde el 25 julio al 2 agosto, Giussani estuvo en Long Beach, Los Ángeles (California). Durante los siguientes ocho días debía trasladarse a San Francisco y a continuación otros ocho a Chicago, según lo que escribió a Mangini⁴¹, pero se saltó esas dos etapas para volar directamente a Nueva York, adonde llegó el 3 de agosto.

A primeros de septiembre quería ir a Brasil directamente desde Nueva York para la ordenación sacerdotal de Alberto Antoniazzi y para ver a los amigos que estaban allí de misión. En el momento de la salida Giussani pensaba también en una posible visita a la Universidad de Notre Dame, en Indiana, conocida institución académica católica de Norteamérica. Monseñor Carlo Colombo, que había prometido concertarle alguna cita, no logró cerrar nada. Por eso quien organizó esa visita fue Mangini, como sabemos por el diario de Congdon, que registra también la fecha de la visita: 19-29 de agosto de 1965⁴². No se sabe a qué profesores conoció. Aquella tendría que haber sido quizás una de las metas del viaje americano de Giussani con vistas a su especialización académica.

Desde San Antonio, Giussani escribió a su amigo Majó: «Tu recuerdo, entre los más queridos, me acompaña en esta útil y extraña experiencia»⁴³. Envío también una tarjeta a su hermana Livia, el 1 de julio: «Estoy bien, y creo que es una óptima experiencia, os saludo y abrazo con mucho afecto»⁴⁴. Giussani envió también algunas tarjetas postales a Giorgio Feliciani. En una de ellas, el 28 de junio de 1965, escribía: «Te saludo con gran corazón —y ruego contigo al Señor para que cumpla siempre en nosotros el milagro de tener un corazón grande—. Saluda de mi parte a Serenella [su futura mujer, *nda*], con idéntica medida. P.S. Ánimo, aunque tu trabajo sea pesado»⁴⁵. Otra es del 6 de julio de 1965: «Te escribo de nuevo para manifestarte en la lejanía la magnitud de mi afecto —y

para que sea signo de un camino—»⁴⁶. El mismo día mandó a sus pequeñas sobrinas Cecilia y Margherita (hijas de su hermana Livia) una tarjeta postal desde Victoria, Texas, en la que aparecían dos ciervos en un parque: «Si sois buenas, de mayores veréis también vosotras estas cosas bonitas»⁴⁷. A su hermana Livia le escribía: «Por aquí, bien. El 25 de julio parto para Los Ángeles, así que es la última postal desde Texas. [...] Cuidaos bien y descansad»⁴⁸.

Giussani escribió al cardenal Colombo el 9 de julio. El tono es distinto al de las postales enviadas a casa: «Permítame que le envíe desde casi 12.000 km de distancia un saludo, devotísimo, aunque siempre inquieto entre la gratitud y el desconcierto, [...] en todo caso estoy seguro de que esto se convierte en instrumento o factor de esa fuente de vida y ardor en la acción, que nada ha conseguido jamás inhibir definitivamente, o volver superficial. Rezo mucho a Dios para que me permita recuperar el tiempo. Y espero que la experiencia que estoy haciendo sea realmente útil mañana: me parece que puede serlo»⁴⁹.

Colombo le respondió el 20 de julio de 1965: estaba preparando sus maletas para un viaje a Kariba (Zimbabwe), pero antes de partir deseaba devolverle el saludo. «Pienso en ti con tus energías renovadas, te deseo estudios y experiencias fructíferas, te recomiendo mucha serenidad de espíritu. Abandonándote a las siempre amorosas disposiciones de Dios con respecto a tu porvenir y a tus futuras actividades. Nuestra paz más profunda se encuentra siempre en el cauce de su voluntad. Que te llegue mi afectuoso recuerdo y mi paternal bendición. Con muchísimo afecto»⁵⁰.

En San Antonio, Texas

A continuación, las cartas que escribió Giussani a Mangini y las que envió al padre Emmanuel. Las fechas y los timbres postales documentan sus desplazamientos de costa a costa, en el arco de dos meses y medio. El primer día de permanencia en San Antonio (22 junio), en la parroquia de St. Patrick, escribía a Mangini: «La gente de aquí es cordial, y muy organizada. Será interesante ver las reacciones que me producirán con el tiempo». Después confía la sorpresa que tuvo al visitar la curia: «En un momento determinado me puse a gritar ‘¡Bill!’, de tal modo que impresioné a todos: ¡en un despacho había una gran reproducción de la Natividad de Bill! ¡Qué alegría!»⁵¹.

El 27 de junio le confiaba al padre Emmanuel: «Le pido a Dios con facilidad que me conduzca por el camino de la santidad —a mí y a quienes llevo en mi corazón— y que salve a todos»⁵².

En una carta de algunos días después, siempre desde San Antonio, renueva al padre Emmanuel sus sentimientos: «Estoy profundamente tranquilo, aunque con un cansancio tremendo, [...] el Señor me hace comprender cada vez más qué es lo que vale y qué lo que no vale. En resumen, tú eres el único que comprende que yo aspiro a la santidad en mi situación»⁵³.

El 9 de julio escribía a Mangini: «Mido los pensamientos y las acciones, los estados de

ánimo y las reacciones, los días y las noches. Pero es otra presencia la compañía profunda y el testigo completo. Este es el largo viaje que tenemos que realizar juntos, esta es la aventura real: el descubrimiento de esa presencia en nuestra carne y nuestros huesos, el sumergirse de nuestro ser en esa presencia —es decir, la santidad—. Que es la verdadera empresa social, además. Por eso, Paolo, es necesario seguir con valor y con fidelidad los indicios que nos ofrece el conjunto de condiciones en las que nos encontramos: no necesitamos nada más». Tras preguntarle cuándo llegarían él y Congdon, le informaba de que se quedaría en San Antonio hasta el 25 de julio, luego iría ocho días a Los Ángeles, ocho a San Francisco y ocho a Chicago. Después de lo cual debería trasladarse a Notre Dame, pero estaba todavía esperando respuesta. A continuación añadía: «La salud me hace sufrir cada tres días, más o menos: pero lo supero. Reza». A los pies de la carta hay algunas líneas para Congdon: «Queridísimo Bill, te saludo junto a Paolo porque sois una sola cosa: es la vocación de Dios, a través de las circunstancias, lo que crea la unidad entre nosotros y los demás, conforme a la intensidad que Él considera, para las diversas funciones en su misterio. También yo me siento unido a ti con admiración y gratitud profundas»⁵⁴.

En la mañana del 19 de julio, la carta que escribió a Mangini comenzaba con un: «Saludos a Sante [Bagnoli, *nda*], voy a escribirle enseguida también a él», y continuaba: «Escúchame, Paolo, ‘ánimo’, porque [...] lo que hacemos tendrá un futuro de bendición cuanto más actuemos por el misterio de Dios, y no agotándonos en la imaginación llena de cálculo sobre lo que hacemos». Y le recomendaba: «No calcules. Por eso te encuentras mejor con Sante y Laura, porque [...] se abandonan al misterio con sencillez, y por eso tú también te sientes con ellos más a gusto (por eso, gente con la que instintivamente cuentas mucho no te pacifica: porque tienen el cálculo del poder, a pesar de todo; y, viceversa, gente que te parece menos adecuada, está más cerca de ti, porque tiene más sentido del Misterio, a pesar de todos sus defectos)».

Giussani proporcionaba a Mangini su nueva dirección, hasta el 2 de agosto: St. Athanasius’ parish, 5390 Linden Avenue, Long Beach, California. Y añadía: «Yo creía poder ir a Notre Dame el 14 de agosto (porque termina entonces mi programa de viaje); pero la persona a la que he escrito me ha dicho que no hay nadie. Por eso os espero en Nueva York, y me instalaré en un hotel (si no me recomiendas ninguno, iré al hotel International) hasta que lleguéis: después, naturalmente, iré con vosotros. Desde Brasil me escriben diciéndome que me quieren allí el 5 o 6 de septiembre, porque Alberto Antoniazzi será quizá consagrado sacerdote en ese momento. Haz tú los cálculos»⁵⁵.

En Long Beach, California

Desde la parroquia de St. Athanasius, Giussani le escribió a Mangini para comunicarle un problema: «Desde el 14 de agosto por la noche hasta que vosotros lleguéis yo, al estar libre, os esperaré en Nueva York [...]. Iré seguro con vosotros a Notre Dame: puedo alojarme con vosotros o en un hotel cualquiera. Tengo que hablar con alguien allí por lo que se refiere a la universidad, pero mons. Carlo Colombo no ha concertado nada, por lo

que tengo que arreglármelas solo». A Congdon, además, le escribía: «Estoy impaciente por ver tus cuadros como si fueran hermanos, porque tú nos re-creas el espíritu con el don que te ha sido dado. Dentro de esta fecundidad está la alegría, más allá de la pasión, ¡porque tu vida produce en la cruz! Sin cruz no hay salvación. Dios es bueno. Y también tú, Paolo, y todos los que participáis de Dios»⁵⁶.

Su salud era inestable y por ello Giussani se dirigía de nuevo a Mangini el 25 de julio: «Puesto que no estoy demasiado bien (¡aquí es imposible que le curen a uno!), te pregunto si sería posible volver para curarme, unos quince días, y luego volver a América con vosotros (el problema, claro, sería el dinero añadido del viaje). [...] Me voy corriendo al avión»⁵⁷.

Dos días después informaba a su amigo de que probablemente iría a Nueva York desde San Francisco, «porque estoy bastante mejor. En todo caso, me guiaré por mi criterio. No sé darte la dirección, porque la de San Francisco no la tenemos todavía. Estaremos aquí [en Long Beach, *nda*] hasta el 2 a las seis de la tarde»⁵⁸. Las etapas posteriores del viaje serán anuladas; los problemas de salud continuaron, y por esto decidió dirigirse directamente a Nueva York, donde había un sacerdote que se iba a hacer cargo de él: «Hoy estoy mucho mejor; creo que solo necesito realmente tener libertad para descansar y hacer dieta. Entretanto, en Nueva York haré todo el trabajo de biblioteca que necesito [...]. Pero haría falta que después de Notre Dame pudiera bajar enseguida a Brasil, para ganar un poco de tiempo de reposo en Milán». Y al pie, algunas líneas dirigidas a Congdon: «Es milagrosa la coincidencia entre tu inspiración y la necesidad de dar un contenido de caridad a todo, tal como lo siento estos últimos tiempos. No temas las horas oscuras de Satanás en ti, porque Dios te hace profeta y te llama a la caridad»⁵⁹.

El 1 de agosto le enviaba al padre Emmanuel esta carta: «He pasado los ocho días físicamente peores (y por consiguiente, también un poco malos moralmente) en no sé cuántos años: ocho días en los que el dolor de hígado no se me ha pasado nunca. Hoy es el primer día que estoy bastante bien; y mañana salgo para Nueva York (me salto San Francisco)». Y concluía: «A veces es realmente fatigoso creer en el bien que brota de todo, al menos cuando se pasan momentos de muerte como yo ahora»⁶⁰.

En Nueva York y en Notre Dame

El 3 de agosto llegaba Giussani a Nueva York, desde donde escribió a Mangini para comunicarle su nueva dirección: le hospedaba el padre Peter Jacobs⁶¹, en Houston Street, Little Italy, en la zona sur de Manhattan: «Siento haberos alarmado y complicado vuestros programas, pero ha sido realmente un momento muy malo para mí. Tampoco ahora estoy instalado muy a gusto, pero el Padre Jacobs es muy amigo, y estaré sin duda mejor que en Texas»⁶².

Mangini y Congdon tenían programado un viaje a la Universidad de Notre Dame (en el estado de Indiana), porque el pintor había sido invitado allí para dar un curso. Pasarían por Nueva York y junto a Giussani viajarían a Notre Dame.

El 4 de agosto, Giussani escribía al padre Emmanuel: «Estos días sigo estando regular, y estoy sufriendo la pesadez de nuevas pruebas

radiológicas en el hospital. Reza un poco a Dios, cuando te acuerdes, para que todo sirva para mi redención, la de mis amigos y la de todos»⁶³.

También en la carta que envió a Mangini el 9 de agosto hablaba Giussani de su salud: «Espero que no me odies por la alarma que he transmitido en un momento verdaderamente duro para mí. Ahora hace ocho días que estoy bien: desde que he llegado a Nueva York, y he podido comer como debía». Entretanto el padre Jacobs, con el que vivía «aunque sea ‘acampado’ (os espero también... ¡para darme una ducha!)», estaba haciendo que un buen médico controlara su salud. Giussani concluía: «Espero la indicación definitiva de vuestra llegada, y entretanto... ¡estudio en la biblioteca!». Se refería a la Public Library de Manhattan, que disponía de los materiales necesarios para profundizar en sus estudios sobre el protestantismo americano.

A continuación confiaba a Congdon sus sentimientos sobre EE UU, contándole que un anciano sacerdote le había dicho por la mañana, en la sacristía, que en América todo era hipocresía: «A mi modo de ver no es cierto; porque América es poderosa, y por eso representa vivamente el ‘mundo’. No obstante, el ánimo americano está más disponible que otros. Te deseo que saques siempre a la luz esta disponibilidad: como los colores en tus manos para los mejores cuadros»⁶⁴.

La estancia en Norteamérica fue un *tour de force* que no mejoró la salud ya por entonces precaria de Giussani. Los problemas que continuaron debilitándole se reflejan en un telegrama de Nicoletta Padovani a Mangini. Escribía desde Belo Horizonte, el 11 de agosto de 1965: «Pregunta donde hospitalizaste Giussani resultados pruebas y opiniones médicas en caso de ser necesario orientar médicos americanos de hecho han continuado cólicos»⁶⁵. El 13 de agosto, Giussani escribía que esperaba con ansia el día de la llegada a Nueva York de Mangini y de Congdon, seguro de que el viaje a Notre Dame «será el inicio de conocimientos útiles, si Dios quiere». Pero había también una razón más material que le hacía desear la llegada de los amigos: la posibilidad de tener «algunos días de instalación un poco... cómoda». Escribía, de hecho: «Hasta ahora he tenido que adaptarme como fuera: si no hubiera sido por la salud, habría sido mucho más fácil». No era un buen momento para Giussani, como confiaba a su amigo: «Quería, aquí en Nueva York, ir a un hotel (en el Hilton Hotel hay espléndidas habitaciones a... 15 dólares al día), pero el dinero se ha terminado, y —obviamente— no he accedido a tu cortés propuesta de enviarme un check [sic!]. Por eso espero pasar con vosotros algunos días mejores. [...] Que todo sirva para hacer más profunda nuestra adhesión al misterio de Dios, en quien está el verdadero sentido de lo que queremos, imaginamos y hacemos»⁶⁶.

La salud iba un poco mejor y Giussani informaba de ello al padre Emmanuel el 20 de agosto: «Mi situación es estable, es decir, en 20 días

solo he tenido un ataque el otro día. Por tanto estoy bien. Solo que comprendo que quizá no podré evitar una operación: es una situación precaria, en la que debo estar muy

atento, porque estoy débil (he perdido cinco kilos)»⁶⁷.

A mediados de agosto, Mangini y Congdon se reunían con Giussani en Nueva York; los tres amigos se alojaron juntos en el hotel New Weston, en Madison Avenue. Luego se trasladaron a Notre Dame, tal como anotó Congdon en su diario⁶⁸. Y como recordará muchos años después Mangini: «Yo estuve en Estados Unidos con Bill y con don Gius, viajamos, estuvimos en Notre Dame, donde, entre otras cosas, tenían que operarle de la vesícula, pero al final no quiso, porque allí no le habrían operado en cuarenta y ocho horas. En Nueva York y en otros lugares pasaba mi tiempo en las cocinas de los diversos hoteles para controlar que le hicieran el filete sin una gota de grasa, porque don Gius tenía problemas; y además las manzanas asadas, las recuerdo como si fuera ahora»⁶⁹.

Giussani volvió a Milán con Mangini en un vuelo que salió de Nueva York el 30 de agosto de 1965, anulando su deseado viaje a Brasil y anticipándose en algunas semanas al regreso acordado con la curia de Milán. Es de nuevo el diario de Congdon el que registra la noticia⁷⁰. Y una carta de Mangini informaba a este último de que «el viaje ha sido bueno y sobre todo breve —la noche más breve que jamás hayamos tenido— el Gius no ha tenido su filete pero le habían preparado pechuga de pollo asada que le iba muy bien —en Malpensa Sante puntual— todo normal. Por la tarde Sante le ha acompañado a Desio a casa de su madre [...] ahora lee el breviario y escucha... el disco de Cortona— irá recibiendo poco a poco a algunas personas, hoy a Luigi Negri—. También ha ido a ver a sus médicos, que consideran que habría sido un error operarse, cosa que al menos por ahora excluyen sin duda —lo que no significa que todo vaya bien —, pero por ahora deberá mantenerse todavía en observación»⁷¹.

Nada más llegar a Milán, el 2 de septiembre, Giussani le escribía al cardenal Colombo: «Muy triste por haber tenido que reducir algunas semanas mi permanencia en América, pero obligado por el parecer de los médicos y por mi estado de salud»⁷². El domingo 5 de septiembre Giussani ingresaba en el hospital para un periodo de exámenes y de pruebas⁷³. El 6 de septiembre los médicos excluían la hipótesis de una operación de vesícula⁷⁴. En una carta del 6 de octubre Mangini escribía a Congdon: «Don Gius discretamente»⁷⁵; y el 21 de octubre: «Los médicos han encontrado al Gius sensiblemente mejorado y barajan la hipótesis de otro mes de tratamiento en una segunda fase, posponiendo y quizás alejando para siempre la operación»⁷⁶.

En la vía Martinengo con el padre Scalfi

En esos meses Giussani se trasladó a un pequeño piso de la vía Martinengo 16, en Milán, que pusieron a su disposición las Hermanitas de la Asunción (a dos pasos de la vía Val Maggia 6, donde había vivido a finales de los años cincuenta); aquí residían ya el padre Romano Scalfi y el padre Pietro Modesto.

En este punto es útil dar un pequeño paso atrás. Al final del año

1957 el padre Scalfi había dado vida en Milán al Centro Rusia Cristiana: «Había terminado mis estudios en el Russicum de Roma», una fundación que quiso Pío XI para

preparar sacerdotes para la misión en Rusia; sin embargo, aunque estábamos muy preparados, «los sacerdotes del Russicum no éramos comprendidos por gran parte de la Iglesia»⁷⁷. Decidió así trasladarse a Milán en los primeros días de octubre de 1957: «Yo sabía que había personas que se interesaban de algún modo por Rusia», en particular monseñor Galbiati, «a quien ya conocía por su fama como persona conocedora del Oriente y especialista en los problemas ecuménicos», y él «me indicó que había un tal don Giussani que se ocupaba de los jóvenes y al que podría hablarle de Rusia. Me reuní con él y enseguida me di cuenta de que tenía un gran amor por Rusia y una gran estima por el pensamiento ruso. De hecho había enseñado en Venegono [...] Teología oriental» y había sido alumno de Galbiati⁷⁸.

Scalfi continúa: «Me acogió con una cordialidad que todavía hoy permanece viva en mí, no tenía ningún perjuicio por nuestro trabajo y me acogió y ayudó en mi tarea»⁷⁹. En un informe que envió al final de 1958 al secretario de la Congregación para la Iglesia Oriental, el cardenal Eugenio Tisserant, Scalfi escribía que «la actividad en Milán puede desarrollarse en condiciones favorables gracias a la comprensión y el apoyo encendido de muchos sacerdotes, entre ellos nos parece que debemos nombrar al doctor Luigi Giussani»⁸⁰. Desde finales de los años cincuenta los *giesinos* que frecuentaban la sede de la vía Statuto tuvieron oportunidad de participar en las reuniones semanales sobre Rusia que mantenían el padre Scalfi y el padre Modesto.

Al no estar ya disponibles por más tiempo los locales de la vía Statuto, Giussani se estableció en la vía Martinengo. Así tuvo lugar el cambio: «En los primeros años sesenta, [Giussani] vino de la vía Statuto donde vivía, si no me equivoco, a vivir a una calle cercana a la vía Martinengo. Nos atendía [al padre Scalfi y al padre Modesto, *nda*] una mujer rusa, una amazona que había trabajado en el circo, que nos hacía la comida, y esta señora se marchó, de modo que nos dejó libre el piso de abajo, donde vivía ella. Entonces invité a don Giussani para que viniera a vivir con nosotros, y se trasladó»⁸¹. Giussani estaba en el piso de abajo, mientras que Scalfi se alojaba en el primero; por este detalle Giussani llamará bromeando durante toda su vida al padre Scalfi su ‘superior’.

Con frecuencia se juntaban para tomar el té por la tarde: «Recuerdo que estaba con nosotros otro sacerdote», continuaba el padre Scalfi, «que no apreciaba la obra de Gioventù Studentesca, digamos que era bastante contrario y no dejaba nunca de expresar su desacuerdo. Pues bien, don Giussani le escuchaba, estando como estaban en dos posturas muy distintas y, sin embargo, había respeto en la escucha y en el diálogo. Me sorprendió mucho cuando después de algunos años ese sacerdote se marchó y don Giussani lloró como si hubiera perdido a un hermano». En el té de las cinco de la tarde el padre Scalfi y Giussani hablaban de muchas cosas, «tenía una apertura mental extremadamente interesante. Los pilares de su método, cultura, misión y caridad, se encontraban en algunos aspectos de la cultura teológica rusa de la segunda mitad del siglo XIX». Scalfi percibía una consonancia de Giussani con la teología rusa, por ejemplo con la de Vladimir Soloviev —al que Giussani había estudiado—, en el cual, según Scalfi, «el conocimiento integral consiste en comprender al hombre no solo desde

la razón, sino en un marco más completo que abarca la afectividad, la experiencia y la comunión»⁸².

Giovanna Parravicini, una de las principales colaboradoras del padre Scalfi en Rusia Cristiana, escribe que ninguno de los dos «entendía la misión como una intervención sobre los otros programada en un despacho, sino solamente como un puente de intercambios entre comunidades vivas, entre experiencias que tienden a la misma belleza. Y todo podía transformarse en material de construcción de este puente: los cantos de la tradición bizantina, el pensamiento de los filósofos religiosos rusos, las cartas de los prisioneros desde los campos de concentración, que se cruzaban con [...] las poesías de Eliot o *La Anunciación a María* de Claudel traducidas al ruso e introducidas en la otra punta del continente europeo. Sí, porque no debe olvidarse que los contactos con la Rusia cristiana, en los que ya nadie creía en aquella época aparte del padre Scalfi y don Giussani (para todos la URSS era el país del socialismo realizado, la patria del llamado *homo sovieticus*), tenían lugar a través de los canales más impensables y arriesgados, confiados a la buena voluntad y a la caradura de estudiantes, turistas o diplomáticos»⁸³.

El Centro cultural Charles Péguy

Al volver de Estados Unidos, Giussani empezó a participar en las reuniones del Centro cultural Charles Péguy de Milán, que se había constituido ante notario el 30 de octubre de 1964 (había sido concebido en junio de ese mismo año)⁸⁴. Estaba presidido por el profesor Orio Giacchi, profesor de Derecho canónico en la Universidad Católica. Giorgio Feliciani, asistente suyo en la universidad, fue quien medió para su implicación, y era el secretario general del Centro. Miembros del Consejo directivo eran Eugenia Scabini, Gian Enrico Rusconi, Serenella Carmo, Luigi Negri, Claudio Scarpati y Laura Brambilla.

Escriben Gian Enrico Rusconi y Chiara Saraceno: «La presencia cada vez más numerosa de personas en el umbral de la licenciatura, y por consiguiente a punto de dejar de ser estudiantes, plantea en aquellos años el problema de una continuidad de la experiencia emprendida». Es entonces cuando nació el Péguy, «primero como centro de cultura, que tenía sus dos puntos de referencia cultural-profesional en la enseñanza por una parte y en las profesiones liberales (médicos, arquitectos, etc.) por otra. [...] Queríamos verificar el ‘descubrimiento del cristianismo’ que había tenido lugar en los años de la adolescencia en la nueva dimensión adulta de la experiencia del trabajo. [...] Se sucedieron [...] diversos intentos de estructuración del grupo, derivados de la búsqueda de una identidad precisa. Incluso la dimensión ‘cultural’ del Centro perdió cada vez más todo carácter y contenido específicos. [...] Cultura es un ‘cierto significado del mundo’», es decir, «referir todo a un criterio unitario de interpretación, Cristo»⁸⁵.

Las intenciones de los fundadores se establecieron en un Memorándum de 1965: «Esta iniciativa, que ha nacido de un grupo de jóvenes que preparan la licenciatura, de licenciados y de profesores asistentes universitarios, se propone crear un centro capaz de

generar auténtica cultura. Nos comprometemos, más específicamente, a promover un diálogo entre las diversas fuerzas ideológicas para la identificación y puesta en práctica de los valores esenciales de la persona humana. [...] Por diálogo se entiende ese método de convivencia que plantea con toda precisión la *Ecclesiam suam*. Para dialogar es necesario tener una conciencia precisa de sí y de la propia ideología. [...] El Centro, rigurosamente independiente de toda institución o partido, está presidido por el profesor Orio Giacchi de la Universidad Católica, invitado a los trabajos del Concilio por sus méritos en el campo de las actividades católicas y por su competencia en las disciplinas eclesiológicas»⁸⁶. Otra figura comprometida en apoyar las actividades era el profesor Mario Apollonio⁸⁷. En la base del planteamiento los fundadores pusieron dos condiciones, tal como las expresa una frase de Charles Péguy: «Una total fidelidad en una total libertad»⁸⁸.

El Centro cultural —recuerda Feliciani— representó para un grupo de antiguos *giesinos* la posibilidad de continuar viviendo la experiencia que había comenzado en años anteriores. El Centro Péguy atravesó dos fases: en la primera, inmediatamente posterior a su fundación, «se ocupó preferentemente de actividades culturales». En la segunda, «en torno a la realidad del centro empezó a gravitar, de hecho, todo el movimiento» y de simple centro cultural el Péguy se convirtió en punto de relación de los adultos, en lugar habitual para una profundización de la fe.

Como confirmación de esta tendencia, el acta del consejo del Péguy, celebrado el 10 de octubre de 1965, incluye estas palabras de Giussani: «Es nuestra convicción de método que no puede existir un compromiso cultural que no sea también compromiso de vida. Por las contingencias en las que nos encontramos, el Centro Péguy es la única forma de realizar el fenómeno comunitario a cierto nivel y en un cierto ámbito»⁸⁹. Lo repetirá durante el Ejecutivo del Péguy en mayo de 1967: «El Péguy es comunión de vida, no convergencia de personalidades distintas, [...] para afirmarse en sus diferencias»⁹⁰.

Giussani reconocía que en aquel momento de dificultad el nacimiento del Péguy representó una afirmación de esa libertad de conciencia «que es un rasgo característico de cualquier experiencia eclesial auténtica», y añadía que, al principio, «mientras parecía que el Centro Charles Péguy no era nada nuevo y distinto de los centros culturales habituales, la cosa no suscitó asombro ni hostilidad». Pero cuando empezó a convertirse «en el punto de referencia de toda una trama de vida que se expresaba cada vez más y demostraba su voluntad y también su capacidad efectiva de influencia, entonces empezó a no ser mirado con simpatía». Sin embargo, «y esto es admirable en la Iglesia de Dios», no obstante el juicio negativo del asociacionismo oficial, «nuestra libertad no fue nunca verdaderamente amenazada, más aún, siempre fue reconocida»⁹¹ por la autoridad eclesiológica milanesa, observaba Giussani.

La última Semana de los estudiantes con Giussani

Al final de septiembre de 1965 Giussani estaba en Cattolica (una ciudad de la costa adriática, *ndt*) para la decimosegunda Semana de los estudiantes, programada en la ciudad romana del 26 al 30. Para muchos, que le creían todavía en EE UU, fue una auténtica sorpresa verle subir al palco. Durante los Tres días, junto a él se alternaron en la mesa de los ponentes don Vanni Padovani, el rector de la Universidad Católica Ezio Franceschini⁹² y el profesor Apollonio (para la crónica de aquella semana ver aquí, p. 331s).

En las semanas siguientes el arzobispo oficializaba Gioventù Studentesca y le asignaba como consiliario a don Vanni Padovani. «Inserta de derecho, como movimiento de ambiente de la AC, en el número de las realidades reconocidas por la Iglesia milanese, GS tuvo como consiliario a don Vanni Padovani y como viceconsiliario a don Piero Re»⁹³. Como presidentes se nombró a Luigi Negri y Giulietta Loreti.

Giussani pagó de algún modo con su sustitución el precio del reconocimiento oficial de GS. Desde aquel momento ya no participó en las reuniones estudiantiles y no tuvo ninguna responsabilidad en la guía del movimiento.

El documento del cardenal que sancionaba la oficialización, titulado *Scopi e quadri organizzativi dei rami e movimenti di Azione Cattolica*, se dio a conocer al comienzo del curso escolar 1965-1966: «G.S. debe ser considerada, en el territorio de la archidiócesis ambrosiana, como el movimiento misionero de ambiente en la enseñanza media superior. Este movimiento pertenece a las dos ramas juveniles de la A.C. [...] G.S. es el único movimiento de ambiente que depende de la Autoridad diocesana y está oficialmente reconocido por ella en su ámbito propio, que es la enseñanza media superior. Los estudiantes de G.S. deben estar preparados, cuando lleguen a la universidad, para entrar en la FUCI. La FUCI es el único movimiento que depende de la autoridad diocesana y está reconocido por ella en el ámbito de la universidad. Los miembros de la FUCI deben prepararse para entrar, una vez obtenida la licenciatura, en la Asociación de licenciados católicos»⁹⁴.

Coincidiendo con la oficialización de GS, en octubre de 1965 Giussani retomaba la enseñanza en el Berchet, aunque su salud seguía siendo precaria. El director Yoseph Colombo le asignó doce horas en las clases de bachillerato de las secciones A, C, D, y F. Pero ya el 29 de noviembre pidió que le exonerasen del servicio del 2 al 23 de diciembre «por cólico de vesícula que requerirá además una intervención quirúrgica»⁹⁵. El 9 de diciembre le operaban de la vesícula en la clínica San José, de los hermanos de San Juan de Dios, en Milán, y esto le obligó a un mes de reposo y de cuidados, debido al brote, además, de una angiolocolitis. La situación no mejoró y así el 31 de diciembre de 1965 escribía desde Varigotti de nuevo al director: «La operación que he sufrido me obliga, según el parecer médico, a prolongar todavía mi ausencia del colegio durante el mes próximo», es decir, enero de 1966. Y al enviarle la felicitación por el Año Nuevo, se reconoce «muy agradecido por el valor que tiene el encuentro humano que usted representa en la vida de quien le conoce»⁹⁶. Escribió otra vez el 17 de enero de 1966 para informar de que iba a faltar también todo el mes siguiente⁹⁷; y el 28 de febrero la

petición fue «que se prolongue todavía otro mes mi ausencia del colegio, a causa de mi salud»⁹⁸.

La historia se repitió de nuevo al comienzo del año escolar siguiente: el 9 de noviembre de 1966, en efecto, Giussani pidió un mes de suspensión de las clases por motivos de salud⁹⁹. El certificado médico hablaba de «insuficiencia hepática postoperatoria con manifestaciones de angiocolitis»¹⁰⁰. El 10 de diciembre le comunicaba al director: «Las condiciones de salud no me permiten todavía retomar las clases en el liceo»¹⁰¹; de hecho, el médico le había prescrito otros dos meses de reposo y cuidados. Hasta que Giussani se vio obligado a dejar definitivamente el liceo Berchet: «Desde el 30/1/67 ha sido cesado del servicio por agotamiento del periodo máximo de ausencia de 200 días». En efecto, «en el curso escolar 1965/66 ha estado ausente por enfermedad desde el 2/12/65 hasta el 30/3/66 durante 119 días» y «en el curso escolar 1966/67 el prof. Giussani ha estado ausente desde el 9/1/66 ininterrumpidamente»¹⁰² hasta el 30 de enero de 1967, y por esto dejó la enseñanza en el Berchet.

El nacimiento de Jaca Book

Estrechamente vinculado a la experiencia del Centro Péguy estuvo el comienzo de una iniciativa editorial. En 1966 algunos jóvenes licenciados universitarios, crecidos en la amistad con Giussani e implicados en el Centro cultural Charles Péguy, dieron vida a Jaca Book, la casa editorial que hasta el comienzo de los años noventa publicará sus libros. En el origen de todo estaban Sante Bagnoli, que entonces se acababa de licenciar en ciencias políticas, Maretti Campi, Laura Geronazzo, Paolo Mangini y un pequeño grupo de jóvenes amigos. La iniciativa pudo arrancar también gracias a la ayuda de William Congdon, el pintor americano para el que Mangini había abierto un taller en la vía Bagutta, en pleno centro de Milán, que albergará a la nueva editorial hasta 1969.

Los promotores recuerdan que el nombre nació la noche anterior de presentarse en el notario, con la voluntad de que no tuviera ninguna denominación vinculada a personas. «Se buscaba una planta, y encontramos la Jaca, una especie de árbol del pan, y añadimos el inglés Book porque queríamos trabajar con el extranjero, y el resultado fue una especie de libro del árbol del pan»¹⁰³. En cuanto a los motivos del nacimiento de la Jaca Book, sus iniciadores subrayan que «el cristianismo no podía reducirse a un tema, sino que debía penetrar en la totalidad de lo real: era necesario hacer una casa editorial capaz de anunciar el hecho cristiano y de abarcar toda la aspiración de verdad que llenaba la sociedad»¹⁰⁴.

Uno de los primerísimos libros, publicados precisamente en 1966, fue *El sentido religioso* de Giussani, una pequeña obra de un centenar de páginas fruto de su enseñanza en las aulas del liceo Berchet.

El vínculo entre Bagnoli, Campi y los otros responsables de la Jaca Book con Giussani era fuerte; sin embargo, la editorial no se convertirá nunca en un órgano del movimiento. «Aun compartiendo los motivos de nuestro trabajo editorial y de nuestras decisiones,

muchas veces otros amigos del movimiento [...] no compartían aspectos parciales de nuestro trabajo y determinadas tomas de posición. Esto, antes que romper una comunidad de juicio, la hizo madurar de forma útil para todos»¹⁰⁵, escriben los responsables de Jaca Book en su *Autobiografía de un trabajo editorial*.

La presentación de la nueva colección «Cronache alla prova: Chiesa e Società», durante las vacaciones estivales del Centro Péguy en Spotorno (Savona), el 25 de agosto de 1967, nos ofrece una descripción del comienzo de esta relación. En la conversación participaba también Giussani. Era la primera vez que tenía que lidiar con una iniciativa empresarial promovida por personas pertenecientes al movimiento. Por esto tenía ante todo necesidad de comprender, como reconocía él mismo: «Tenemos que esforzarnos por comprender cómo ha nacido todo esto, porque no tenemos muchos otros ejemplos además de este para comprender cómo desde nuestro movimiento, desde lo que se nos ha metido dentro, pueden surgir cosas, obras»¹⁰⁶.

La primera explicación que se dio Giussani fue que «ante todo, del movimiento surgen cosas solo en la medida en que uno o algunos toman la iniciativa, porque el movimiento no es como un gran cuerpo que se mueve más o menos como se mueve GS, por mandato desde arriba, porque GS es la etapa educativa, mientras que después todas las personas deberían ser adultas. En el mundo adulto las cosas solo pueden nacer de la iniciativa personal; iniciativa personal que, por lo tanto, implica una responsabilidad completamente personal». Pensando en la Jaca Book, Giussani observaba que en este caso «la cosa es más admirable en cuanto que la gente implicada ha arriesgado mucho en ello, mucho, una buena cantidad de millones (no uno, ni cinco, ni siete, ni diez, ni veinte, sino bastante más) que son suyos personalmente; en lugar de arriesgarlos o de usarlos de un modo más seguro, los han arriesgado para dar comienzo a una iniciativa que, si tuviera éxito, sería de más utilidad para nuestras ideas que ninguna otra, desde el punto de vista social».

El primer factor era, pues, una «iniciativa y responsabilidad personal. Como ocurre generalmente, como siempre le ocurre a quien toma una iniciativa, nunca lo hace solo, sino que congrega instintivamente en torno a sí a personas, implica o envuelve a quien está más cerca de él. Y así, es un grupito el que ha iniciado la cuestión, y es un grupito el que con responsabilidad inmanente lleva adelante la cuestión».

Pero había un segundo factor y Giussani lo introdujo con una pregunta: «¿Cuál es su nexo con el movimiento?». Se trata de un doble nexo: por una parte, es «inmanente al modo mismo en que las personas que han tomado la iniciativa llevan adelante la iniciativa, es decir, que esas personas han pensado todo esto no como una cuestión para ganar dinero ellos, no por un gusto extraño o en todo caso aislado de su contexto, sino que han asumido esa posibilidad precisamente como su forma de servir al planteamiento del movimiento. Sante Bagnoli, por ejemplo, que podría tomar una infinidad de caminos distintos, ha tomado este precisamente como su camino, vincula a él su porvenir profesional además de una cierta parte de su capital. Así pues, el criterio de la decisión es llevar nuestro planteamiento al interior de la materia viva de la problemática que apremia en la sociedad de hoy».

Giussani elogiaba el sentido de la oportunidad que habían tenido aquellos jóvenes al asumir una responsabilidad personal tan gravosa: «Fijaos, por favor, en que no podrá nacer nada de nosotros si no es a través de tu personalidad, de tu responsabilidad». Para él el asunto Jaca Book valía para todos: «Si en lugar de la Jaca Book ponéis el crear una familia, cosa que muchos de entre nosotros ya han comenzado a hacer, la forma con la que han pensado, decidido y comenzado la familia, se puede trasladar a ellos este planteamiento, porque esa es, por así decir, otra de las iniciativas que expresan el movimiento».

Por consiguiente, el primer modo de establecer la relación con el movimiento era «intencional, y por ello inmanente en aquellos que hacen la cosa. Así como [para] los que se han casado, es la intencionalidad lo que fundamentalmente [les] liga al movimiento. No será en absoluto el movimiento el que diga: ‘Cásate con este o con aquel’; tampoco será el movimiento el que diga: ‘Te imponemos hacer esto o aquello; nosotros no pensábamos en eso, pero ahora que estáis ahí, si queréis nuestro apoyo haced lo que os digamos nosotros’: es ridículo».

El segundo modo de conexión entre la iniciativa de las personas y el movimiento «no es ya intencional, sino que es un nexo operativo». ¿Cómo se produce esto? Giussani declaraba que dicho nexo «tiene lugar, y no se produce mas que a través de un diálogo que está formado por dos atenciones: la atención de los que hacen la Jaca Book a la gente del movimiento; una atención que les hará preguntarse, que les hará fijarse en los problemas que tienen, para ver si esos problemas pueden encontrar expresión en los libros. Pero el otro factor del diálogo es la atención que la gente del movimiento preste a los de la Jaca Book que llevan a cabo esa iniciativa, a los que se ponen en marcha, arriesgando por las palabras que han escuchado».

Con todas estas observaciones Giussani anticipaba problemáticas y preocupaciones que emergerían en los años por venir de manera evidente. Pero a él le bastó esta primera obra para identificar los factores metodológicos que debían guiar cualquier iniciativa adulta en la sociedad y para advertir de los riesgos inherentes a ellas.

Jaca Book era también lugar de encuentro de movimientos políticos milaneses y pisanos. La amistad entre Giussani, Campi y Bagnoli produjo entre ellos la conciencia de un compromiso cultural y político de amplios horizontes. Bagnoli invitó a cantar en el Péguy a Ivan della Mea, personaje incómodo para el mismo Partido Comunista de la época, del que era miembro. Giussani siempre estuvo al corriente de los viajes que Bagnoli y Campi hacían por todo el mundo.

Al término de aquella conversación, Giussani identificó en qué consistía, según él, la originalidad de la tentativa de Bagnoli y de Campi, subrayando lo que había que entender con el adjetivo «católico» que cualificaba a la nueva casa editorial. No había nada reductivo en este término; por el contrario, «la pasión cristiana hace que nos interese por todo. Por ello, vivimos en nuestro mundo, en ese campo tan importante que es la antropología, el estudio del hombre, el estudio de sus expresiones; nosotros nos interesamos por los problemas; vamos en busca de una profundización, de una mayor verdad en esos problemas. Por eso nos interesamos por ver, por ser acompañados cada

vez más profundamente dentro de las cosas». La atención y el cuidado de la persona precede a todo.

Giussani concluía deseando a todos que la Jaca Book supiese hacer que surgieran muchas cosas, pero no dejó de señalar dos factores que debían presidir el trabajo editorial: «Uno elemental, bueno, por el que nos queremos como hermanos, por el que tenemos que escuchar, y que es como comer la papilla; y luego está toda la cuestión *operativa*, y ahí tenéis vuestra responsabilidad, y nosotros los viejos seremos alimentados y confirmados por vuestras obras en lo que el Señor nos ha concedido profetizar»¹⁰⁷.

Los primeros signos de la crisis

Como hemos visto, desde el otoño de 1965 Giussani no guio ya directamente Gioventù Studentesca. Los motivos de las dificultades con cierta parte del ámbito eclesial y con los dirigentes de la Acción Católica se debían sobre todo a la extensión de la presencia de los *giesinos* en las universidades y en el mundo adulto, que «ponía en crisis aquella rígida subdivisión de ámbitos de competencia en la que se basaba la estructura de la Acción Católica, compuesta —como es sabido— por asociaciones especializadas según las diversas edades y los diversos sectores». Por eso, recordará Giussani, se volvió necesario asegurar a los universitarios y a los adultos algún punto de referencia: «En efecto, nos parecía inaceptable que —basándose en preocupaciones de orden sustancialmente formal— se les tuviera que impedir continuar viviendo la Iglesia en el ámbito de la realidad de base en el que habían sido generados a la fe. Por otra parte, ellos no aceptaban para nada semejante perspectiva, y acababan al final gravitando sobre Gioventù Studentesca aunque ya no fuesen estudiantes de enseñanza media»¹⁰⁸.

Tras el alejamiento de Giussani, durante cerca de un año todo parecía proceder como antes en GS. Muchos jóvenes universitarios de los primeros cursos continuaron ejerciendo su tarea de «encargados» en los radios de los colegios de bachillerato. Pier Alberto Bertazzi, en esa época estudiante de la Universidad Estatal de Milán, era uno de ellos, y recuerda: «Mientras tanto había comenzado la participación en la FUCI de algunos antiguos *giesinos* (entre los que figuraban Eugenia Scabini y Angelo Scola) en respuesta a una solicitud explícita de la autoridad eclesial [el cardenal Colombo, *nda*] que quería garantizar la unidad asociativa de los estudiantes católicos en la universidad y evitar que naciera un grupo universitario de GS». Después de un periodo de difícil convivencia, el núcleo histórico de los *fucini* milaneses abandonó el reto, como dice de nuevo Bertazzi: «Los desacuerdos en los planteamientos parecían insalvables; y el grupo FUCI de Milán llegó a estar con el tiempo cada vez más constituido por universitarios procedentes de GS. El líder reconocido era Angelo Scola, que llegó a ser su presidente».

Bertazzi recuerda que, a partir de aquel 1965 y a lo largo de todo 1966, entre los responsables de GS de Milán empezó a consolidarse (para después extenderse rápidamente) el planteamiento que consideraba un cierto compromiso político como el

único modo de hacer incidente de forma histórica una experiencia que, según decía, se habría quedado en caso contrario como algo abstracto e irrelevante: «Los universitarios que estaban todavía en GS se vieron así orientados casi insensiblemente hacia la ‘revolución’ que comenzaba a agitarse entre los jóvenes (de modo todavía no bien definido en cuanto proyecto y organización); o bien se vieron atraídos por el grupo de universitarios de la FUCI que guiaba Scola, ciertamente no por razones asociativas, sino porque, de hecho, representaba la posibilidad de continuar en la universidad la experiencia que había comenzado en el bachillerato».

Giussani no seguía formalmente al grupo *fucino* que guiaban Scola y Scabini. Sin embargo la relación personal con él era viva y para muchos pasaba a través del Centro Péguy: «Los universitarios tenían sus momentos propios como comunidad ‘FUCI’ (liturgia, reuniones, excursiones, vacaciones), pero algunos de ellos participaban en las reuniones del Centro como ayuda para su propia experiencia personal frente a las eventualidades cada vez más dramáticas de la sociedad y de la vida», recuerda siempre Bertazzi.

A pesar de su precaria salud, desde el 30 de octubre al 1 de noviembre 1966 Giussani logró predicar los Ejercicios de los universitarios suizos. Acababa de recibir una revista rusa y leyó un pasaje de la rúbrica «Notas del extranjero»: «Con particular fervor la Iglesia insiste en la pretensión de guiar moralmente a las jóvenes generaciones. ¿Pero qué puede ofrecerles? ¿Una reedición de la regla de los franciscanos con su correspondiente voto de pobreza?». El artículo citaba a la escritora italiana Grazia Livi¹⁰⁹, la cual describía cómo «capaces y honestos jóvenes italianos de ambos sexos absorben ávidamente la elocuencia del predicador milanés don Giussani. Ellos advierten confusamente el profundo malestar en la sociedad que les rodea y esperan con pasión que el padre les muestre el camino para realizar sus ideales. [...] Pero la crisis de su conciencia será más aguda y dramática el día en que se convenzan de que lo que puede dar la felicidad al hombre no es una beneficencia, aunque se practique por los motivos más fraternales, sino solo una reorganización radical de la sociedad»¹¹⁰. No leyó el pasaje, explicaba Giussani, para «darse incienso», sino por esta última frase, y añadió: «Estoy perfectamente de acuerdo con este texto comunista». Entonces, «¿nos ponemos también nosotros a hacer de revolucionarios?», preguntó Giussani. No, porque esta reorganización la trajo ya Jesucristo, «y en los primeros tiempos de la Iglesia brilló como ejemplo; y en la historia de la Iglesia nunca ha faltado aquí y allá». Pero ¿en qué consistía esa reorganización radical? «Abandonarlo todo, ir por ahí descalzos, es algo que nace de un impulso particular, no hay necesidad del cristianismo para hacer esas cosas. No es ese el problema: está mucho más al fondo. Es una revolución de toda nuestra persona, es una reorganización que parte —también el marxismo parte de esto— de una concepción diferente del hombre». Por esto, precisaba, el marxismo percibe a la Iglesia como la única gran alternativa.

El cristianismo no es ante todo «una teología o una ley moral: eso no es cristianismo. El cristianismo es una revolución: un cambio de la vida. Perdonad, no soy yo quien lo dice». En efecto, comentando el relato evangélico de Nicodemo sobre la necesidad de

nacer de nuevo, afirmaba: «Para esta nueva vida no hace falta haber cambiado antes; es esta nueva vida la que nos cambia»¹¹¹.

Desde mediados de los años sesenta, Giussani empezó a percibir los signos de una crisis que en 1968 dividirá al movimiento, tanto en el ámbito universitario como en el nivel de los colegios de bachillerato de Milán. Su percepción de que algo no funcionaba aparece en una serie de encuentros que tuvieron lugar entre 1966 y 1967.

«En lugar de madurar, solamente envejecemos»

A pesar de que su salud le obligara, como hemos visto, a largas ausencias de la vida activa, Giussani conseguía en todo caso estar presente en algunos momentos del Centro Péguy, con ocasión de la Pascua y de la Navidad y durante las vacaciones de verano. Entre marzo y diciembre de 1966 se celebraron algunas reuniones del Centro en diversas localidades del norte de Italia (Giussani hará que se recojan los apuntes de los Tres días de Pascua de 1967 en un cuaderno ciclostilado de más de sesenta páginas, como instrumento de trabajo para el grupo de amigos que seguía reuniéndose en torno a él). Desde Gravedona a Salice d'Ulzio, desde la Sacra di San Michele a Spotorno, desde Varigotti a Belgirate, era constante la preocupación de Giussani. Esos lugares no son solo indicaciones geográficas, sino señales para la memoria.

En Gravedona, el 6 de marzo de 1966, dijo que el comienzo de todo es un acontecimiento, «la hipótesis suficiente para empezar es dar crédito al acontecimiento que nos sucedió hace años: el encuentro que está en el origen de nuestra historia común». Por tanto el problema es «ayudarnos mutuamente a hacer que penetre el significado antiguo en la nueva realidad humana de nuestro trabajo: esta es la mayor verificación del significado mismo; es lo que origina la convicción madura». El cristianismo «no es ante todo una teoría sino una situación o una realidad contingente que encarna, que transmite un valor absoluto».

En Salice d'Ulzio, con ocasión de la Pascua de 1966, Giussani observaba: «No tiene sentido el 'hacer' si no está plenamente basado en el lugar donde yo vivo mi destino y crezco: sería activismo, hasta transformar una historia en algo de lo que se pierde su origen, la mano inteligente que la ha formulado». No ofreceríamos ninguna aportación al mundo «alejándonos del pueblo: llevamos en nosotros un hecho histórico que no podemos borrar. O permanecemos con él o desaparecemos de la circulación. Por eso tenemos que tener fidelidad al origen, reconocernos como su pueblo».

Por ello, en la Sacra di San Michele, el 19 de mayo de 1966, ponía en guardia con respecto a la posibilidad de vivir cierto dualismo: «Entre el trabajo que uno hace y nuestras reuniones» hay un sutil «desesperar de la comunión, tanto es así que el espacio para nuestros proyectos privados se vuelve cada vez mayor». Por eso el riesgo es que, «en lugar de madurar, solamente envejecemos». Y en Spotorno, en las vacaciones estivales de 1966, subrayó: la novedad del cristianismo «no puede estar fuera de nuestro 'yo' en cuanto que está inserto en el mundo [...]. La conversión cristiana coincide con un modo de vivir en el mundo, porque nosotros somos la riqueza de las relaciones con el

mundo que nos constituyen».

En Varigotti, en septiembre de 1966, aclaraba más su pensamiento: desde el momento en que Dios se ha convertido en «factor de nuestra historia, ha entrado en nuestra convivencia como uno de nosotros», no hay ya necesidad de «subir a ningún monte para encontrarle, de levantarnos a cierta altura de pensamiento; uno se lo encuentra ahí continuamente. Este evento dura y permanece en la historia». Se llama «Iglesia». En ese sentido el Centro Péguy era comunidad cristiana: en cuanto que implicaba participar en la Iglesia total «con un modo de expresión propio». A propósito de eso, Giussani subrayaba: «La unidad con el obispo es inmanente a nuestra existencia cristiana [...], y nadie puede quitarnos el derecho y el deber de vivirla», exceptuando dos situaciones: «Si rechazo la verdad: entonces soy hereje; o si rechazo abiertamente la autoridad del obispo: entonces soy cismático». Esto exigía que la actividad del Péguy se mantuviera en diálogo consciente con el resto de la comunidad cristiana, sin condicionales y sin adversativas, de modo que «si no me comprenden y me persiguen, será mi cruz».

Giussani no quería dejar espacio a los equívocos y llevó su razonamiento hasta el fondo: «Lo que nos une no es la decisión de obrar juntos, sino el hecho de que estamos juntos». El origen es, pues, que «ya estamos unidos, es un ‘dato interior’, no sociológico y exterior». Dicha comunión es anterior a cualquier división y alternativa: «Desaparece la enemistad, y cualquier divergencia se convierte entonces en un momento dialéctico que vivir humildemente en función de la unidad que subyace y que se manifestará (por lo menos al final del mundo)».

Finalmente, en la reunión de Belgirate de diciembre de 1966, señalaba un peligro, que no estaba tanto en desconocer la fe y la comunidad, «cuanto en reducirla a teoría o a solidaridad sociológica». Para Giussani, en efecto, la conversión de la que habla el Evangelio no es un fenómeno intelectual, sino «el surgir imprevisto de un hecho que coincide con el cambio de actitud de una persona. Es un acontecimiento sin contexto que tiene como único protagonista al hombre en su encuentro con Dios. ‘Al pasar vio Jesús a un hombre llamado Mateo sentado en la mesa de los impuestos, y le dijo: ven conmigo. Y él se levantó y lo siguió’ (Mt 9,1-13). Lo siguió sin contexto, sin nada; el único sujeto de este acontecimiento es ese hombre, ese hombre y su encuentro»¹¹².

Un síntoma de las dificultades por las que atravesaban se le hizo evidente a Giussani al comienzo de 1967, durante una reunión de la Sociedad de Amigos de Brasil (SAB), nacida para sostener la presencia de los *giesinos* que se habían marchado años antes a América Latina. A la pregunta: «¿De quién son los que están en Brasil?», Giussani respondió: «Seríamos todos un poco mentirosos si dijéramos: ‘¡Son nuestros!’». Pensad que la reunión que debía servir para retomar las cosas este año, se ha hecho ¡tres meses después del inicio del año! Y a esa reunión asistieron 69 personas». Y profundizando en su juicio exclamó: «Lo que tenemos que hacer hoy, amigos, no es una recuperación de la Sociedad de Brasil, ¡sino una recuperación de nosotros mismos! La SAB, o es una proyección de tu nombre y apellido, esto es, de ti mismo, o bien es otra pieza de las damas o del ajedrez con los que juegas un poco hasta que estés cansado, ¡como hemos hecho este año casi todos!». Estaba describiendo algo muy concreto: «Basta que tenga

un dolor de espalda Fulvio Giuliano [un laico que colaboraba con Candia en Macapá y que luego entrará en el PIME, *nda*] y tendremos que mandar al hospital cuatrocientas mil liras. Daos cuenta, amigos, de que vosotros tenéis seguros, de que vuestra mujer puede curarse porque por ir a trabajar tenéis un seguro, y también para vuestros hijos; y además aquí, a la postre, si no hay otra cosa ¡está la San Vincenzo! Pero allí, donde no hay nada y donde los peligros son mil trescientas noventa y siete veces mayores, eso sin ir a Macapá, porque entonces llegan a diez mil... ¡Ellos no han nacido allí, es distinto el tipo que ha nacido allí del tipo que va allí! Por eso hace falta un largo acostumbrarse en el que la comida no puede ser demasiado distinta de la que se come aquí, y esto cuesta». Y continúa: «Pero sostenerles económicamente no quiere decir en absoluto sostener nada más su comida cotidiana, quiere decir apoyarles en su obra porque su obra y ellos son los mismos brazos y las mismas piernas, son la misma persona. Ellos mueren si la obra no vive».

Nos encontramos ante una concreción absoluta, hasta el detalle. Y recordaba, por ejemplo, que «no se les puede dejar allí y basta, hace falta ir a verles, porque no tienen un punto de referencia allí». Y luego observaba que había que facilitar «que vengan a casa, porque esto es una medida de prudencia absoluta, al menos después de tres años». ¿Y el futuro? «Porque el tiempo pasa también para ellos, ¡y tampoco tienen pensión allí! Es magnífico que tengamos que pensar en ellos y en su vejez antes de pensar en la nuestra, más que si pensáramos en la nuestra, porque en la nuestra piensa el Estado». Concluía con una advertencia: «Recordad que con los de Brasil Dios nos llama a todos quizás a la primera forma de paternidad y maternidad real, antes de que empecéis a tener hijos; luego se convertirá en la segunda»¹¹³.

El 1 de febrero de 1967 Giussani acusó una inercia y una consecuente reducción de la experiencia cristiana que vivían los amigos del Péguy: «Jesucristo se convierte en el instrumento con el que arreglar las cosas, la comunidad se convierte en un grupo sociológicamente compacto, y el reino de Dios se convierte en una obra nuestra». Giussani se preguntaba por qué se producía esta alteración de la experiencia original: «Cuando olvidamos que Cristo es la clave de todo, reducimos el cristianismo a cero. [...] La mentalidad mundana se mete en nosotros por nuestro miedo a estar en minoría, a no ser considerados como gente que está al día». Y sin embargo, observaba, en los primeros tiempos del cristianismo la comunidad cristiana era vista como «una nueva entidad étnica, junto a aquellas de las que se consideraba constituido el mundo. Abraham y los Reyes Magos no tuvieron miedo de la impopularidad»¹¹⁴.

Y en el curso de un debate el 26 de febrero de 1967, durante una excursión del Péguy a Vezzolano (Asti), repitió que «la verdadera tentación es el terror de vernos excluidos, de algún modo, de la estima social, de la convivencia social, es asegurarnos el derecho de poder vivir como los demás con los demás; es huir del miedo que nos produce ser marginados»¹¹⁵ por la sociedad.

«Hay algo previo»

Este itinerario de reflexión sobre la experiencia vivida culminó en el triduo pascual del Péguy en marzo de 1967, en Cadenabbia. El Viernes Santo, antes del *Vía Crucis*, Giussani dijo: «El tiempo de la gestación y de la lactancia ha terminado. Ha llegado la hora de tu madurez. [...] San Pablo nos lo sugería ayer por la noche: ‘Que cada uno se pruebe a sí mismo antes de participar en esta comunión’. Que cada uno se mire bien a sí mismo antes de participar», de modo que «si alguien se siente hostil de algún modo, que se vaya». Y después de hablar de la figura de Judas, observó que la raíz de la traición es «fiarse de uno mismo», pero también «creer que la comunión es fruto de nuestras manos. La comunión no es el omega de nuestra acción, si la acción que lo construye no nace de un alfa, de un *primum*, de algo anterior. Hay algo previo».

Para Giussani se había llegado a un momento dramático: «Debemos tener un miedo inevitable a la destrucción de Jerusalén. La destrucción de nuestra comunidad solo puede venir de nosotros mismos. Debemos temer irremediabilmente, como si estuviésemos a una hora de la muerte, la corrupción de nuestros actos, como hemos escuchado en los impresionantes pasajes de los profetas»¹¹⁶. Eran palabras dramáticas, casi un presagio de lo que iba a suceder de allí a pocos meses con el comienzo de la contestación estudiantil en las universidades.

En septiembre de 1967, hablando en Varigotti al grupo del Péguy, Giussani advertía: «Si se pierde la trayectoria de nuestro movimiento, este se corrompe, no se entiende ya, y es como haber estado siempre fuera de él. Nuestro planteamiento no parte de una pretendida sabiduría», sino de un encuentro. Desde este punto de vista hacía notar que el momento histórico era más que favorable, pues se trataba de «una época que (como época laica) es mucho más sana que enteras épocas laicas anteriores: la nuestra manifiesta una atención a la necesidad humana, haciendo de ella la categoría fundamental de la cultura, de la técnica y de la capacidad constructiva y siendo colectivista como punto de partida, motivación y reclamo: por eso se habla de ‘clase obrera’, ‘hambre en la India’, ‘negros’ o ‘países subdesarrollados’. Es una gran cruzada secular en la que también el individuo encuentra más comodidad, más instrumentos de servicio, más utilidad. Sin embargo, no recibe más atención». ¿Por qué sería entonces más favorable el momento actual? Porque el cristianismo es una respuesta que se sitúa precisamente a este nivel; el cristianismo es «ante todo una revolución en la concepción: el punto de partida es la palabra de Cristo en la necesidad humana (encarnación)». Y sin embargo «todos nosotros estamos llenos de una concepción de fondo burguesa, y hablamos de revolución» de las estructuras, en lugar de comprender que el cambio tiene que suceder a un nivel bastante más profundo.

A pocas semanas de la primera ocupación de la Universidad Católica (en noviembre de 1967), Giussani tenía bien claro que «ningún cambio de estructura puede cambiar el rostro de los muertos en las cámaras de gas en Auschwitz. ¿Quién redime el pasado? Todos los ‘ismos’ miran al futuro». Y aunque es verdad que el presente está hecho de límites que revelan toda su inadecuación, «para el que está convertido el presente es siempre la situación concreta de la que hay que partir»; no hay que olvidar nada para vivir, a diferencia de los programas revolucionarios que «se fijan en unos aspectos

obviando otros y hacen la guerra a las estructuras. Para nosotros no es necesario eliminar las estructuras. En la medida en que no es posible cambiarlas, actuamos dentro de ellas»¹¹⁷.

En 1967 tuvo lugar en La Verna una reunión con Giussani de un pequeño grupo de sacerdotes (menos de veinte) provenientes de diversas ciudades italianas. En su intervención fue más al fondo del contexto histórico y cultural, ofreciendo una descripción de los dos siglos anteriores. El punto de partida, dijo, es «nuestra situación humana, situación eminentemente deficitaria», en el sentido de que «el hombre no tiene en sí mismo los motivos concluyentes de su ser». Esto aparecía con claridad después de que la modernidad «se hubiera ilusionado de manera triunfalista creyendo poder arreglarlo todo: fue el optimismo liberal de la segunda mitad del siglo XIX y los primeros años del XX; pero la Primera Guerra Mundial y toda la gran crisis económica del final de los años veinte [...]; y después la aparición del nazismo y la Segunda Guerra Mundial destruyeron aquel optimismo liberal, [...] triunfalista». Pero después de la Segunda Guerra Mundial «ha reaparecido ese optimismo no ya conforme a la versión triunfalista, ingenua y abstracta liberal, sino mucho más radicalmente refinada. [...] Lo que está apareciendo es la concepción de un nuevo tipo de hombre [...], un hombre socializado».

A continuación, Giussani ponía en guardia a sus amigos sacerdotes con respecto al hecho de que «también en el ámbito de la vida cristiana que vivimos, incluso de forma cordial, esa mentalidad se está abriendo camino sin que nos demos cuenta: la confianza en nuestros propios medios o la confianza en los medios humanos para realizar la comunidad cristiana». En segundo lugar distinguía el avance de una reducción del concepto de pecado, «empobrecido de su realidad ontológica» e identificado de forma moralista con ir contra las leyes. Esto tenía consecuencias gravísimas, concluía Giussani: en efecto, lo positivo se percibe como «abstracto» y «la negatividad toma incluso mucho más cuerpo en nosotros que la razón positiva». De este dualismo solo se puede salir recuperando la conciencia de la vida del hombre como «exigencia que reclama su satisfacción, frase que es una traducción existencial de la observación metafísica de que el hombre es contingente. Una contingencia que se vuelve consciente se convierte toda ella en grito sediento de la dependencia que nos constituye». Esta es la verdadera naturaleza de la experiencia religiosa, que se produce en la medida en que «se capta la cuestión, se capta el problema», y por ello en proporción directa a «la seriedad con la que se percibe, se considera, se siente y se vive la propia humanidad [...] porque Dios ha venido como respuesta a nuestra humanidad»¹¹⁸.

Capítulo 14

«Una revolución en nosotros mismos»

El 68

A partir de la segunda mitad de los años sesenta, se fue produciendo en la sociedad un giro radical. Benedicto XVI hablará de él como de una «ruptura» de la historia: «Crecer siempre implica sufrir, porque es salir de un estado y pasar a otro. En concreto, debemos constatar que durante el posconcilio se produjeron dos grandes rupturas históricas. La ruptura de 1968, es decir, el inicio o —me atrevería a decir— la explosión de la gran crisis cultural de Occidente. Había desaparecido la generación del periodo posterior a la guerra, una generación que, después de todas las destrucciones y viendo el horror de la guerra, del combatirse unos a otros, y constatando el drama de las grandes ideologías que realmente habían llevado a la gente al abismo de la guerra, había redescubierto las raíces cristianas de Europa y había comenzado a reconstruirla con estas grandes inspiraciones. Al desaparecer esa generación, se veían también todos los fracasos, las lagunas de esa reconstrucción, la gran miseria que había en el mundo. Así comienza, explota la crisis de la cultura occidental: una revolución cultural que quiere cambiarlo todo radicalmente. Afirma: en dos mil años de cristianismo no hemos creado el mundo mejor. Por tanto, debemos volver a comenzar de cero, de un modo totalmente nuevo. El marxismo parece la receta científica para crear por fin el mundo nuevo»¹.

Fueron los años de la contestación intraeclesial, que invitaba a romper con el pasado en nombre de la renovación que requerían los tiempos y que llegó también a expresarse en formas explosivas: desde la interrupción de la celebración cuaresmal en la catedral de Trento o la ocupación de la catedral de Parma, hasta el párroco del Isolotto que desobedecía públicamente al arzobispo de Florencia. Entre el final de los años sesenta y el comienzo de los setenta, Raniero La Valle dimitió como director del diario católico boloñés *Avvenire d'Italia* y se convirtió en diputado de la Izquierda independiente (1967); el padre Ernesto Balducci, promotor del diálogo con los comunistas, hizo de la revista *Testimonianze* un amplificador de sus posturas de disenso con la Iglesia institucional; las ACLI aprobaron la opción socialista que indujo a la CEI a retirar los consiliarios eclesiásticos de esa organización católica (1970). Grupos de teólogos difundían públicamente tomas de posición contra el magisterio de Pablo VI. Y el propio Pontífice valorará el fenómeno con estas palabras: «Si se explora en la psicología de estos contestatarios para ver cuál sería la forma tolerable de dicho ejercicio [el de la autoridad, *nda*], parece que esta sería doble: 1) que la autoridad esté callada [...]; 2) que

se pronuncie en conformidad con quienes la contestan»².

Escribe el sociólogo Abbruzzese: «En un mundo que se desembaraza de sus interrogantes sobre la existencia no queda más que una alternativa clara entre una opción religiosa, totalmente orientada a la vida interior de los individuos, y el compromiso con las causas de los marginados por la modernidad, en las periferias de las metrópolis industriales, en los barrios-gueto, o también, en los márgenes de Occidente, en la periferia del tercer mundo»³.

Monseñor Camisasca, que vivió aquella tempestad que era a la vez eclesial y social, escribe que «había entrado en crisis ante todo el valor de la autoridad como punto de transmisión de la tradición y de ayuda para una verificación crítica de ella en el presente. Eran los tiempos del ‘Dios ha muerto’, del ‘ni padre, ni patrón’, los tiempos de los *beatniks* [los seguidores de la *beat generation*, el movimiento artístico y literario que nació en Norteamérica en los años cincuenta, *nda*] que afirmaban el valor que tenía viajar lejos de casa, los tiempos de la espontaneidad y el espontaneísmo, de los grupos que nacían y morían rápidamente. Época de un subjetivismo exasperado, que llegaba a exaltar los sentimientos, separándolos de cualquier vínculo con la objetividad de la razón y de la historia»⁴.

Giussani leía esta situación como una progresiva «reducción de la influencia de la fe y de la Iglesia en la propia acción sociopolítica a un impulso extrínseco, a una mera inspiración». Por ejemplo, había quien decía que el Evangelio empujaba a interesarse por los pobres. Esto era cierto, observaba Giussani, y enseguida añadía: «Pero si uno se para aquí, entonces el Evangelio tiende a ser solamente un impulso ético, moralizante. En cambio el Evangelio tiene también algo que decir sobre la forma, sobre la estructura del juicio y del comportamiento con los que uno afronta el problema de la pobreza»⁵.

Giussani contaba un episodio que revelaba esta tendencia. Se refería a don Franzoni⁶, ponente en una reunión que tuvo lugar en Busto Arsizio (Varese): «En cierta ciudad se celebró una conferencia con el título: ‘El cristiano y el marxista’. ¿Quién es el verdadero cristiano? El que quiere hacer justicia a los pobres. ¿Quién es el marxista? El que quiere hacer justicia a los pobres. Por lo tanto hoy el cristiano debe ser marxista. Ese fue el esquema que se desarrolló, como era corriente para muchos en aquellos años. Una viejecilla que asistía a la conferencia levantó la mano y preguntó tímidamente: ‘Pero entonces ¿cuál es la diferencia?’’. El conferenciante, tras quedarse perplejo durante un instante, respondió: ‘El cristiano ve en el pobre a Cristo, el marxista no’. Entonces se levantó un amigo que estaba presente en el salón y dijo: ‘Entonces yo podría decir que el cristiano es un visionario’»⁷.

Giussani invitará a reflexionar sobre este diálogo, porque la respuesta que se dio le parecía muy significativa. En efecto, «si Cristo no modifica la manera que tenemos de afrontar los problemas humanos, Cristo es una fantasía. Por eso el dualismo, que divide al hombre en hombre religioso o cristiano por una parte, y hombre civil o político por la otra, es, a mi juicio, uno de los mayores errores de hoy». Para los que asumían esta postura dualista, «el cristiano es ‘cristiano’ en determinados momentos, para

determinadas actividades, fundamentalmente religiosas, pero su fe se limita, en el resto del tiempo, en la mejor de las hipótesis, a un vago impulso ético. Para las demás actividades el cristiano es ‘un hombre como los demás’».

Por el contrario, para Giussani la fe «llena toda la vida, crea un sujeto distinto, una nueva ‘criatura’. Y la globalidad de las actividades de este hombre, su juicio sobre las cosas, su visión del hombre y de la historia, sus relaciones y sus comportamientos, no pueden dejar de estar determinadas y cualificadas por esta fe. La fe llena la vida entera, y es una propuesta para la vida de todos los días»⁸.

La crisis de GS se insertó en este terremoto general y explotó en el culmen de una trayectoria que había empezado a mitad de los años sesenta, como reconocerá el mismo Giussani: «Hacia el final de 1965 ya estaba [...] en marcha». Él constataba, en efecto, que se había debilitado, «precisamente en el ámbito del grupo que dirigía el movimiento, aquella unidad de visión respecto a la esencia del cristianismo que había existido hasta entonces». Identificaba el detonador de la crisis en una obra del español José María González Ruiz: *El cristianismo no es un humanismo*⁹: «Cierta grupo de líderes de GS se reconoció en las tesis expresadas en ese libro que, a mi juicio, aun conteniendo algunos puntos buenos e interesantes, presentaba una limitación fundamental: perdía de vista la ontología misma del hecho cristiano, es decir, su naturaleza de acontecimiento con el que entró en la historia un factor ‘distinto’, divino: Cristo y la Iglesia, lo único que permite al hombre la esperanza de una liberación»¹⁰.

Según Giussani, los que iban a dejar después GS ponían el acento en una concepción en la que el cristianismo, en la práctica, se entendía reductivamente como una forma de compromiso moral y social. A su juicio, en aquellas personas dicha actitud «no era consciente todavía, ni se teorizaba críticamente, pero en la práctica inspiraba su vida cotidiana»¹¹. Se produjo en consecuencia un conflicto que Giussani resumía así: «Yo pienso, con otros, que la realidad que salva al hombre y al mundo es Cristo y su Iglesia, cuya expresión suprema y signo en la historia es la unidad de los creyentes (entre ellos y con la autoridad)». El otro grupo, en cambio, «al poner el acento sobre todo en el compromiso práctico y organizativo y en un modo de afrontar los problemas sociales inspirado prioritariamente en exigencias de orden moral, ponía precisamente su esperanza en la capacidad que tiene el hombre de emprender iniciativas y en su capacidad de acción»¹².

La ocupación de la Universidad Católica en Milán

En la segunda mitad de los años sesenta la universidad vino a ser el epicentro de una revuelta social profunda. Pier Alberto Bertazzi recuerda: «En las asambleas estudiantiles intervenían todos, también los del FUAN (los jóvenes fascistas), y el fenómeno parecía representar verdaderamente la revuelta de toda una generación que caía en la cuenta, de repente, de que no tenía lo que deseaba».

El punto de partida se produjo el 17 de noviembre de 1967, cuando la subida de las

tasas en la Universidad Católica de Milán provocó una protesta generalizada entre los estudiantes, tanto entre aquellos que formaban parte de las formaciones políticas estudiantiles ya existentes (INTESA, de orientación católico-democrristiana de izquierda, UGI social-comunista, GLUI liberal y FUAN) como entre los numerosos universitarios dominados por un fuerte malestar y tendentes a un ideal no perfilado de justicia y libertad.

En un hermoso día de sol de finales de noviembre se desarrolló una manifestación delante de la Católica (ocupada anteriormente contra la subida de las tasas y luego desocupada), en la que participó una masa de estudiantes, tendencialmente pacíficos, en la plaza de San Ambrosio, con algunas filas de policías que bloqueaban la entrada principal de la universidad. Bertazzi, presente con otros de GS y de la FUCI, porque todavía era la fase del «compartir las necesidades de los estudiantes», recuerda: «En un momento dado, desde detrás de las primeras filas se lanzaron algunos tacos de madera contra los policías que, sorprendidos por el gesto, reaccionaron con una ‘carga’ improvisada y desorganizada. Todos huyeron rápidamente porque la mayoría de los presentes no tenía ninguna intención de hacer que aquella manifestación desembocara en violencia».

De entrada, aquella circunstancia parecía un acontecimiento totalmente inusual y aislado, pero muy pronto se convertirá en la primera y menos violenta de una serie de manifestaciones y de dramáticas guerrillas urbanas que iban a marcar periódicamente durante largos años la vida de la ciudad. «Al término de la manifestación alguien propuso organizarse mejor contra la opresión de la autoridad, de cualquier tipo que fuera, porque impedía la expresión de la libertad; hay quien se retiró desilusionado; y quien se encontró confirmado en su deseo de libertad, pero también con la evidencia de que aquella no era la forma a la que recurrir para realizarlo», dice Bertazzi.

Desde los primeros momentos muchos universitarios *giesinos* de la Católica se metieron en el follón. Entre ellos estaba Renata Livraghi, en GS desde 1965 (luego profesora universitaria), que recuerda el desagrado de Giussani cuando, junto con una amiga, fue a verle a su despacho en la Universidad Católica para informarle de que se había adherido a la ocupación. No esconde que se quedó contrariada: ella que pensaba haber interpretado de la mejor manera la invitación a estar presente en la realidad universitaria. Pasarán cuarenta años antes de que Renata Livraghi caiga en la cuenta de la verdad de la actitud que asumió Giussani en aquella ocasión.

El 19 de noviembre de 1967, apenas dos días después de los hechos de la Católica, Giussani hablaba en el retiro de Adviento del Grupo adulto: «Los años pasados nos han educado —un poco a latigazos, un poco sintiendo el dolor de las ramas rotas continuamente—, nos han despertado y obligado a comprender que, o tomamos en serio la esencia de nuestra vocación o todos acabaremos como los árboles, con las ramas secas». Sus palabras eran apremiantes: «Si no se responde a la palabra de Dios —lo que me parece que es una constatación tremenda de mi experiencia de muchos años, personal y de contacto con muchas personas—, esa palabra se retira; no hay que dejar escapar los tiempos de Dios, el tiempo de la misericordia, el tiempo de su iniciativa».

En este punto entró de golpe el eco de la ocupación de la Católica: «Y por eso también nos ha faltado la inteligencia de la situación y de las cosas que hay que hacer —que es una inteligencia distinta, más aguda, porque es la inteligencia dictada por el punto de vista de Dios—, porque [a Dios] no le esperamos día y noche». En efecto, «si le hubiéramos esperado día y noche, la actitud de los nuestros en la convivencia en la Universidad Católica habría sido distinta; ha sido muy generosa, pero ¿en qué medida verdadera?». Giussani se refería a aquellos de entre los universitarios que habían compartido la iniciativa: «La verdad de un gesto no nace de la sagacidad política»; si fuera así, «nuestro planteamiento se confundiría con el de los demás y se convertiría en un instrumento del planteamiento de otros. Podemos hacer nuestras cosas y asumir como paradigma, sin que nos demos cuenta, el de todos, el paradigma que ofrecen todos los demás. Nuestro planteamiento y nuestras acciones se distinguen porque le esperamos a Él día y noche».

Pero si es dolorosa una «defección entre nosotros», continuaba Giussani, es «infinitamente más equívoca, y por tanto más dolorosa, una presencia llena de compromiso, una presencia no verdadera». No había derrotismo en estas palabras, puesto que «Dios sabe recuperar cualquier cosa, porque Dios es más poderoso que nuestra maldad. Pero lo que, al menos como fenómeno, es una defección, deriva decididamente de que no se le ha esperado día y noche; es una falta de espera, es una falta de deseo». Falta de deseo quiere decir que «se desea otra cosa antes que esto. Quizá no se diga explícitamente, pero se desea algo distinto antes que esto».

Y entonces, Giussani era perentorio, «no servimos al movimiento, sustraemos al movimiento, robamos al movimiento, aunque lleguemos a ser asistentes universitarios y quizá catedráticos universitarios y hagamos una nueva teoría sobre el marxismo. Aunque vayamos a conquistar el mundo, se convierte en una obra nuestra, se convierte en la espera de nuestro reino si todo lo que esperamos no se cumple totalmente en lo que nos ha sido dado, en el hecho que se nos ha dado». Se abandonaba, después, a un recuerdo personal: «El cardenal [Giovanni Colombo, *nda*], en la primera clase de italiano que nos dio, en primero de bachillerato, hizo una introducción de la *Divina Comedia*: ‘En medio del camino de nuestra vida...’. Hizo una larga exposición de una media hora para decir: imaginaos a dos personas que van por el desierto y que llevan una dirección; si empiezan a separarse un milímetro de esa dirección, y luego se separan otro milímetro y otro, al final, en un momento dado, habrán perdido el camino completamente. Yo me acuerdo de este ejemplo, que se me quedó grabado, porque entonces me di cuenta por primera vez con claridad de lo imperceptible que es la evolución de nuestra situación. De manera que es siempre una presencia de espíritu, como conciencia y como dominio de uno mismo, lo que nos debe recuperar continuamente de las meteduras de pata y de las desviaciones que ocurren de forma instintiva y natural». Advertía, de hecho, que, en un cierto punto, «uno se encuentra muy lejos de los otros y cree que él se ha construido su personalidad, mientras que lo que ha hecho es traicionar algo, abandonar algo. Cree que su camino es otro, mientras que lo que ha hecho es abandonar el camino».

Luego volvía sobre la ocupación de la Católica, indicando la enseñanza que había que

sacar de ello: «Verdaderamente estamos en condiciones de ser la vanguardia, los primeros de ese cambio profundo, de esa revolución profunda que no consistirá jamás — digo: jamás— en lo que pretendemos que suceda exteriormente, como realidad social»; en efecto, «no se dará jamás en la cultura o en la vida de la sociedad, si no se da antes [...] en nosotros. [...] Si no empieza entre nosotros ese sacrificio de nosotros mismos... No es un óbolo que tengamos que dar, sino [...] una revolución en nosotros mismos, en la forma de concebírnos a nosotros mismos [...] sin perjuicios, sin poner a salvo algo previamente»¹³.

Giussani recuerda que muchos universitarios de GS presentes en la Católica, en la oleada de los primeros entusiasmos, se lanzaron con ímpetu y de modo incondicional a seguir al grupito de ideólogos que estaban hegemonizando el movimiento de los estudiantes. El hecho tuvo un reflejo inmediato en los grupos que había en los colegios de enseñanza media superior en Milán y en las ciudades cercanas, porque esos universitarios eran a menudo los «encargados», es decir, los responsables, como reconocerá Giussani: «Así es como obtuvo el ‘sello’ de la autoridad moral la decisión de pasarse al carro dirigido por Mario Capanna y otros que junto a él iban a hegemonizar más tarde la historia del 68 de forma sólida [...]. En esas circunstancias, el ‘centro’ de GS no hizo otra cosa que seguir las decisiones tomadas o justificadas por muchos responsables de la Acción Católica y de la FUCI en toda Italia, incluidos varios capellanes de colegios y de la Universidad Católica»¹⁴.

«La irreligiosidad que ahora nos tienta a todos de forma extrema en el movimiento»

Durante una reunión del Grupo adulto del 13 de enero de 1968, Giussani se refirió de nuevo a los hechos en la Católica: «Jesucristo es algo que se da antes, que no nace de nuestras operaciones. En nuestra historia, la Iglesia es algo que está antes». Por eso «la irreligiosidad de la que estamos tentados extremadamente ahora todos en el movimiento» coincide con pensar «que primero viene la acción»; pero si viene primero la acción, «¿cuál es el criterio de la acción? Yo». La referencia a los que se habían lanzado a los motines estudiantiles se volvía explícita: «Podemos lanzarnos de cabeza al mundo, podemos lanzarnos de cabeza a los problemas de hoy, podemos lanzarnos de cabeza al problema de la Universidad Católica con esta irreligiosidad tremenda, aunque sea inconsciente»¹⁵.

Y el 20 de enero, hablando siempre al Grupo adulto, Giussani observaba: «En lugar de que tenga la primacía algo distinto de mí, ponemos la primacía en lo que hago yo: estoy profundamente convencido de que en esta diferencia se juega todo lo que hemos hecho durante estos quince años, y el tiempo lo demostrará. Si el *primum* está en mi acción, no es posible que el valor no sea algo mío, que tenga origen en mí. En la acción —si el *primum* es la acción— lo que se plantea como criterio es una expresión mía». Añadía una segunda observación: «En la actitud que estoy describiendo, la amistad, la compañía, la convivencia, están determinadas por un juicio mío, no por algo que hace Otro. El voluntarismo que nace de nosotros es frágil, como es frágil nuestra naturaleza

desde el pecado original. Es necesario que haya algo previo, permanente, ontológico, que es lo que permite que ya no pueda separarte de mí mismo y de mi existencia».

Después hacía referencia a una pregunta que le dirigió el día anterior una asistente de la Católica: «¿Cómo concibe usted el cristianismo?». A lo que respondió: «El cristianismo, si no es solo una palabra, cualifica la acción». La cualifica, continuaba Giussani, «pero esta cualificación no es automática, no tenemos una ciencia infusa que cualifique automáticamente la acción. Es la humildad de la educación: *erunt omnes docibiles Dei*, siempre tendrán que educarse. Este nivel educativo —ante Dios y ante la Iglesia— es lo que constituye la esencia de la religiosidad. Porque, ¿quién es el Papa, quien es el santo Tomás de Aquino que pueda decir: ‘ya me he educado, ahora no tengo ya necesidad de educarme’? Es una dialéctica permanente del hombre cristiano; quitar esta dialéctica es eliminar al hombre cristiano, al hombre religioso»¹⁶.

La ocupación de la universidad milanesa se anticipó en seis meses al Mayo francés. Al comienzo de 1968, en efecto, la contestación contagiaba a media Europa: «Tanto en París como en Milán, Roma o Berlín, se leía a Mao, miles de jóvenes abandonaron sus familias, se hablaba de revolución proletaria, se gritaba en las plazas, [...] estallaron en la universidad los primeros tumultos violentos. En muchas ocasiones empezaron a aparecer llaves inglesas, barras y cócteles molotov. Roma, Milán y Pisa estaban en el centro de esos acontecimientos»¹⁷.

El que entraba en la Universidad Católica en aquellos meses se topaba fácilmente con aulas abarrotadas de estudiantes y llenas de humo de cigarrillos, con chicas que llevaban pantalones, cosa inaudita entonces para un ateneo católico. Todo expresaba una voluntad de transgresión y se cargaba de significados simbólicos, como por ejemplo el hecho de que chicos y chicas durmieran juntos en la mítica Aula Gemelli.

Se calcula que cerca de quinientos universitarios *giesinos* presentes en las cuatro universidades milanesas dejaron el movimiento en aquellos meses. «Como rebote se hundieron [...] todas las estructuras de GS propiamente dichas [...]. Gioventù Studentesca contaba entonces en Milán con cerca de dos mil miembros, y en el culmen de la crisis se encontró con que había perdido la mitad»¹⁸, dirá Giussani, reconociendo que el 68 fue el momento en que «la experiencia del movimiento sufrió la sacudida más grande». Pero fue una sacudida providencial, no una desgracia, como observará algunos años más tarde volviendo a aquel momento crucial: «Jamás permite Dios que suceda algo que no sea para nuestra maduración, para el madurar de aquellos a los que Él ha llamado. [...] Este es, podríamos decir, el síntoma de la verdad, de la autenticidad o no de nuestra fe: si en primer plano está verdaderamente la fe o en primer plano hay otro tipo de preocupación, si verdaderamente lo esperamos todo del hecho de Cristo, o bien si del hecho de Cristo esperamos lo que hemos decidido esperar, convirtiéndolo en última instancia en punto de partida y pretexto para nuestros proyectos o programas».

La distinción entre quien busca a Cristo o, por el contrario, la afirmación de sí mismo «sale a la luz en el momento exacto de la prueba y de la dificultad: cuando dejamos de vernos o cuando ya no nos gusta lo que hacemos. Ese es, entonces, el instante en que la fascinación mundana, y por tanto lo diabólico, la mentira, bajo su máscara atrayente, se

pone delante de nosotros y crea alternativas: ‘Es mejor hacer otra cosa, es más justo lo otro’ y, como dice la canción de Claudio Chieffo sobre Judas¹⁹, sentimos que nos ha traicionado aquello por lo que nos hemos sacrificado. Cuando en realidad no nos habíamos sacrificado por aquello, sino por nosotros mismos, por amor propio. En todo caso, solo esta apreciación arroja una luz que nos permite leer con exactitud lo que sucedió»²⁰.

«Se produjo un desconcierto general»

¿Cuáles eran, pues, los términos que describían lo que había sucedido? Giussani, formulando un balance, evidenciaba luces y sombras, identificando dos factores.

El primero era positivo: «El nacimiento del fenómeno contestatario en el ámbito estudiantil nos provocó, ante todo, por su aspiración fundamental a una autenticidad en el planteamiento de las cosas en general. El primer factor que nos llamó la atención fue la aspiración fundamental a una mayor autenticidad de vida, de la vida pública. [...] Porque la insatisfacción humana brota siempre de una necesidad de autenticidad; en cambio el malestar y el desequilibrio nacen siempre de una mentira que anida de algún modo en las actitudes que se están viviendo»²¹.

Durante la audiencia general del 25 de septiembre de 1968, Pablo VI usaba palabras semejantes: «¿No es verdad, quizá, que hoy la juventud tiene una pasión de verdad, de sinceridad, de ‘autenticidad’ (como ahora se dice)? ¿Y no constituye esto un título de superioridad? ¿No hay en su inquietud quizás una rebeldía contra las hipocresías convencionales, que atravesaban a menudo la sociedad de ayer? Y la reacción, que le parece inexplicable a la mayoría, que están desencadenando los jóvenes contra el bienestar, contra el orden burocrático y tecnológico, contra una sociedad sin ideales superiores y verdaderamente humanos, ¿no expresa quizá una intolerancia hacia la mediocridad psicológica, moral y espiritual, hacia la insuficiencia sentimental, artística y religiosa, hacia la uniformidad impersonal de nuestro ambiente tal como la civilización moderna lo va formando?»²².

Giussani ponía el acento también en un segundo factor problemático que la actitud de los contestatarios ponía de manifiesto: «Para afirmar la autenticidad en lugar del equívoco, de la mentira, de la máscara con la que se vivía, la propuesta que se planteaba, fundamental y globalmente, era la necesidad de suprimir el pasado, de enemistarse con el pasado, de hostilidad contra el pasado, de negación del pasado, o por lo menos, aunque es lo mismo, como necesidad de olvido y desinterés por él».

Semejante actitud, a su juicio, era simplista y, en última instancia, ingenua: «Es la ingenuidad fundamental de Adán, cuando creyó que comiendo del fruto prohibido podía llegar al conocimiento del bien y del mal. En definitiva, es la ingenuidad del yo como ‘medida de todas las cosas’, la ingenuidad del hombre que dice: ‘Ahora voy yo a poner en orden las cosas’».

Esta ingenuidad debilitó en todo caso la genuina aspiración de autenticidad que se registraba al inicio, redujo su potencialidad y la condenó a una reducción de los diversos

proyectos de cambio social que tenderán a caracterizar a muchos dentro del movimiento. Giussani comentaba: «¡Qué melancolía experimentamos enseguida ante esa voluntad de cambio de la sociedad! Muchos de los que no compartieron inmediatamente la cuestión, al menos entre nosotros, la experimentaron».

Si tales eran los factores que emergieron en esta situación, ¿cómo acusó el golpe el movimiento? Se produjo «el desconcierto característico de quien, haciendo su camino y viviendo una experiencia fundamental, se ve sorprendido por acontecimientos que requieren una flexión, una traducción, una interpretación y una decisión que la propia experiencia no ha alcanzado todavía. [...] Es como si una ciudad asediada se estuviera preparando para la guerra, disponiendo la defensa, las murallas, etc., y el enemigo se presentase tres días antes de lo previsto. Es imposible que —salvo que las ideas estén clarísimas, la estrategia madura y los generales a la altura de las circunstancias— no cunda el pánico en la ciudad». Giussani insistía: «Se produjo un desconcierto: esta es la palabra que pretende explicar benévolamente lo que sucedió; un desconcierto general. El desconcierto no afectó solo a una parte, sino a todos».

Por un lado, «el desconcierto se superó enérgicamente, dejándose atrapar y entusiasmar por el aspecto justo de la protesta». Por otra parte, «el desconcierto supuso una paralización». ¿Por qué? Porque llevó a cabo «una reducción o una banalización del espesor histórico del hecho cristiano», con una «minimización [...] del peso actual del hecho cristiano», que «lleva inevitablemente a un dualismo último en la forma de estar presentes en el mundo», que reduce el cristianismo a «un aspecto sobrenatural que incumbe sobre el presente, pero sin incidencia en el presente, sin poder dar un juicio sobre el presente histórico, [...] sin que ayude al presente más que en un sentido puramente moralista como inspiración de la acción». Además, observaba Giussani al continuar leyendo la historia de 1968, «están la consistencia y la imponencia de las exigencias mundanas, que se afrontan según tu instinto, tu sangre, tu modo de ver, tu modo de sentir, según tu análisis, tu teoría, y según la violencia de tu praxis».

Giussani veía al menos tres consecuencias en la actitud que asumió gran parte del movimiento: «‘Una concepción efficientista del compromiso cristiano, con tintes de moralismo’. ¡Algo más que tintes: una completa reducción a moralismo! ¿Por qué había que seguir siendo cristianos? Porque el cristianismo te empuja a la acción, te empuja al compromiso, ¡y nada más!». Giussani contaba de un exresponsable *giesino*, con el que se encontró a la salida de la Católica: «Le había tomado un poco en broma [...] a menudo nos veíamos en la Católica, y siempre nos intercambiábamos bromas, en el fondo serias, pero riendo». Pero esa vez el joven no reía y le dijo: «Mire, me estoy preguntando por qué tengo que seguir siendo cristiano». «No me extraña —repliqué yo—, ¡si ser cristiano quiere decir hacer lo que haces! Lo que haces te lo han enseñado otros porque son más hábiles que nosotros; siendo así, no comprendo por qué no deberías identificarte con ellos».

Pero la segunda consecuencia —que para Giussani fue la más grave— se refería a «la incapacidad de [...] madurar la propia experiencia cristiana hasta que esta se convierta en un juicio sistemático y crítico, y por consiguiente, en sugerencia de formas de acción. La

capacidad propia de la experiencia cristiana de incidir sobre el mundo permanecerá bloqueada, porque una experiencia incide en el mundo solo en la medida en que alcanza una expresión cultural».

La tercera consecuencia fue «la infravaloración teórica y práctica de la experiencia [...] de la autoridad». Giussani era categórico: «¡Daos cuenta de que no existe [...] pensamiento sistemático y acción sistemática que no nos lleve a ser discípulos de un maestro! Se pueden dar dos casos: o reconoces la autoridad como algo dado, ofrecido, o la eliges tú; o la autoridad es una gracia en tu historia, una gracia de Dios dentro de tu historia, o bien eliges tú tu propia autoridad. Los nombres de los cabecillas de entonces [...] eran utilizados igual que se utilizaba antes el nombre de un cura u otro para avalar lo que se hacía»²³.

En todos aquellos que se dejaron arrastrar, el impulso para seguir la aspiración de autenticidad presente en la contestación se redujo en la práctica al compromiso militante, y perdió de vista la especificidad del hecho cristiano: este no era ya criterio para juzgar la realidad. Los modelos con los que se analizaba venían del exterior, de las ideologías y de la sociología militante de la época. De igual modo, el mismo rechazo de la autoridad no reproducía más que el núcleo decisivo del pensamiento secular que estaba en auge: la autonomía respecto a cualquier autoridad que fuera testigo del pasado. Cuando solo prevalece el futuro, el mando pasa del testigo al líder, es decir, al guía que conduce y dirige hacia la realización del proyecto de un mundo mejor.

La dificultad de «abordar los problemas desde el punto de vista de Cristo»

Para Giussani la dificultad de los primeros tres o cuatro meses, hasta febrero de 1968, fue «abordar el problema desde el punto de vista de Cristo». En efecto, el cristiano parte «ya revolucionado de principio» en sus acciones. No arranca de un proyecto, sino «de una revolución que ha sucedido dentro de él y que anima y sugiere sus proyectos»²⁴. Esto medía la distancia respecto a los *giesinos* que se habían lanzado a la aventura en el 68 adhiriéndose al movimiento estudiantil.

Rusconi y Saraceno escriben que «la ruptura no solo se produjo en Milán sino también con el grupo de personas que hacía algunos años se habían marchado a un país de América Latina [Brasil, *nda*]. [...] Ellos expresaban el modelo ideal de expansión de las relaciones comunitarias ‘hasta los confines del mundo’. Pero frente a la dura realidad latinoamericana, todos excepto uno [Pier Luigi Bernareggi, *nda*], ya sacerdote y muy vinculado personalmente al sacerdote líder [...], hicieron el brutal descubrimiento de la existencia y de la necesidad —prioritaria— de la ‘acción política’»²⁵.

El 15 de mayo de 1968 Giussani advertía de que todo el malestar se reducía al problema de cómo identificar exactamente en qué consistía la originalidad de los cristianos en el modo de afrontar las cosas. «Como cristiano pediré a la luz de mi razón una prueba que me confirme aquello de lo que ya estoy seguro, y esta será la bonita aventura de mi pensamiento como hombre, esta será la bonita aventura de mi trabajo humano, que día a día, hora a hora, confirmen admirablemente, documenten la profunda

correspondencia que tiene la palabra de Cristo con mi auténtica humanidad en acción». Ciertas cosas no se pueden aprender «leyendo a Sartre o a Heidegger o bien a los teólogos de la muerte de Dios», porque «solo podemos aprenderlas de la tradición cristiana auténtica, cuyo texto es la Sagrada Escritura. ¿Qué quiere decir, si no, vivir conforme a la fe? A menos que la fe esté dispuesta en un ataúd perfumado y relegado al cielo del desván»²⁶.

Precisamente con relación a este tipo de denuncia, el 12 de junio de 1968, Giussani observaba: «Nuestra misión no es preguntarnos qué hemos hecho para cambiar las estructuras del mundo, sino en qué punto está nuestra conversión». Y respondiendo a una objeción —según la cual la comunidad cristiana «no puede ser una sociedad nueva en su interior si está condicionada por ciertas estructuras que, bien o mal, le impiden ser una sociedad nueva»—, replicaba: «La vida cristiana es un método para cambiar también las estructuras», pero «es una ilusión pretender cambiar las estructuras sin que haya sucedido algo gratuito en nosotros», es decir, una «conversión»²⁷.

Giussani volvía sobre estas preocupaciones en la ejecutiva del Centro Péguy del 26 de junio de 1968. Refiriéndose, evidentemente, a los que —al dejar GS— habían emprendido otro camino, dijo que «ha llegado ciertamente el momento en que la distinta índole, el modo diferente de desarrollo o las diversas ocasiones en que se ha realizado el desarrollo, define diferencias, acentos distintos... y que cada uno vaya a donde quiera. ¡Así de simple!». Después aclaraba que la amistad en el movimiento «no es en absoluto una estructura, una organización», porque las reuniones siguen la lógica del encuentro de persona a persona, conforme al método que él utilizaba desde hacía quince años. Y la vida del movimiento «tiende a multiplicar lo más posible» los encuentros con cualquiera. Es precisamente afirmando esta peculiaridad, «este rostro nuestro, como podemos colaborar con cualquier sociedad civil o eclesiástica». A condición, no obstante, de reconocer que este modo de ser «nos es dado, proviene de algo que nos precede: no puede ser producido, como tal, por nuestros programas»²⁸.

Cuatro días después, el 30 de junio de 1968, Pablo VI pronunciaba el *Credo del pueblo de Dios* en la plaza de San Pedro, con ocasión de la clausura del Año de la fe y del XIX centenario del martirio de los apóstoles Pedro y Pablo. Lo presentó con estas palabras: «Somos conscientes de la inquietud que agita a algunos ambientes modernos en relación con la fe. Esos ambientes no se sustraen a la influencia de un mundo en profunda transformación, en el cual un número muy grande de certezas se someten a la contestación o se ponen en cuestión. Vemos también a católicos que se dejan arrastrar por una especie de pasión por los cambios y las novedades»²⁹. Estas palabras reflejaban también la condición de los *giesinos* que no se habían sustraído a la influencia que describía el Papa.

Hablando en una reunión del Péguy, el 23 de julio de 1968, Giussani renovó su juicio: no es cierto en absoluto que ser cristianos quiera decir «hacer un camino con todos». «Esta impopularidad que nos aparta puede ser la cruz de Cristo». Giussani estaba hablando a algunos amigos, justamente cuando muchos dejaban GS. Esto explica, incluso psicológicamente, el sentido que tenía una frase que pronunció inmediatamente

después: «Cuando cesan todos los demás sentimientos permanece solo el de la fidelidad. Solo la fidelidad hace que el juicio se convierta también en sentimiento. Un sentimiento que sin embargo es pleno, de modo que uno ya no se volvería nunca atrás»³⁰.

En aquellos mismos meses de 1968 Joseph Ratzinger, profesor de la Universidad de Tubinga, publicaba un libro destinado a convertirse en uno de sus textos más conocidos e importantes: *Introducción al Cristianismo*. El prólogo, del verano de ese año, empieza así: «El problema del auténtico contenido y sentido de la fe cristiana está hoy, mucho más que en tiempos pasados, rodeado de incertidumbre [...] Ahora bien, no se podrá ciertamente superar esta situación obstinándose solamente en permanecer apegados al noble metal de las fórmulas establecidas del pasado»³¹. Y un poco más adelante aclara esta afirmación observando que «para las constelaciones espirituales del pasado el concepto de ‘tradición’ constituía un programa incisivo; aparecía como una sólida estructura protectora, en la que el hombre podía confiar sin dudas; él podía creer con certeza y a paso seguro, en cuanto que podía remitirse a la tradición. Hoy, en cambio, [...] el hombre no se siente en su casa dentro del ámbito de la tradición [...] una fe que se le presenta con la etiqueta de la ‘tradición’ tiene que parecerle algo superado, que no puede constituir el lugar de su existencia»³².

En esa situación el profesor Ratzinger se preguntaba de dónde podía partir de nuevo el cristianismo y qué era propiamente la fe: «Es la forma [...] con la que el hombre capta de manera estable la totalidad de lo real, es lo que da el sentido sin el cual la totalidad del hombre se quedaría en utopía, un sentido que precede al cálculo y a la acción del hombre». No obstante, escribe Ratzinger, la fe es «algo más que una opción por un fundamento espiritual del mundo». ¿Qué es, entonces? La fe es «el encuentro con el hombre-Jesús», es encontrarse con «un ‘tú’ que me sostiene, [...] el rostro del hombre Jesús de Nazaret»³³.

En ámbitos incluso geográficamente lejanos, Giussani fijaba su atención en esta misma preocupación, a partir de una reunión que tuvo lugar cerca de Rímini en julio de 1968.

Los Dos días de Torello

Después de la euforia de los meses precedentes, muchos estudiantes de Milán restablecieron sus contactos con GS. Al mismo tiempo, recuerda Giussani, «volvió a unirse a nosotros la mayor parte de los adultos, en su mayoría parejas jóvenes casadas desde hacía uno o dos años y ya metidas en el mundo del trabajo. En otras ciudades los efectos de la crisis fueron bastante menos graves, exceptuando Rímini, donde la crisis tuvo consecuencias más ruinosas, y la mayor parte de los *giesinos* abandonó definitivamente el movimiento»³⁴.

En el verano de 1968, en efecto, de los centenares de jóvenes que constituían la GS riminesa quedaba solo una veintena. Signos de impaciencia por parte de los universitarios habían aparecido ya en febrero de ese año, en Bolonia, durante una asamblea con Giussani. Después de no mucho tiempo, Marina Valmaggi, *giesina* de

Rimini, recibió la visita imprevista de un amigo, expresidente de GS y en esa época líder del círculo Amistad y Libertad (que representaba en Rimini el momento post-GS, y estaba constituido por universitarios). El joven le pidió que cortara las relaciones con Giussani con estas palabras textuales: «Es un viejo que saca siempre del saco las mismas cosas. Ya no tiene nada que decir a la sociedad de hoy».

El final se consumó, terminadas las clases universitarias, en Cesena, durante una reunión de los responsables de la FUCI de Romagna (el nivel institucional de los *giesinos/fucinos* universitarios del área romañola), al término de la cual se reunieron algunos en el bar del Palazzo Ghini (durante años sede de muchas reuniones) y decretaron el final del experimento «regional», más aún, el final de la experiencia *giesina* como tal. Marina Valmaggi observó: «No podemos no decírselo a Giussani», y propuso ir a hablar con él. Pero no la escucharon. A pesar de esto, le telefoneó describiendo la situación. «El dio enseguida su disponibilidad para venir a reunirse con nosotros, incondicionalmente. No hacía falta organizar nada: solo quería encontrarse con nosotros, y ver cómo estábamos».

Salvatore Fratti, universitario de un grupo parroquial que junto a don Luigi Scappini se había unido recientemente a los *giesinos*, tenía una pequeña casa en Torello, un pueblecito a media colina por encima de la Val Marecchia, a veinticinco kilómetros de Rimini. Y la puso a disposición para la reunión con Giussani. La cocina-comedor se convirtió en sala de reuniones y las habitaciones en dos «dormitorios comunes», mientras que Giussani y don Giancarlo Ugolini (responsable del grupo riminés) se alojaron en la parroquia.

Un pequeño paréntesis. Don Ugolini y Valmaggi habían conocido a Giussani en mayo de 1963, como recordaba el sacerdote riminés: «Fui a encontrarme con él, a la salida del Berchet, y le llevamos en coche hasta la estación, porque tenía que ir a no sé dónde. Estaba rodeado por una masa de chavales, mientras bajaba los escalones... era difícil acercarse a él; después le metimos en el coche, y era difícil llevárselo...». Había nacido una profunda amistad. Giussani participó en una reunión de tres días en junio de 1963, y en torno a don Giancarlo había ya más de 120 personas. Pero durante el 68 se disparó la «simpatía» por la contestación, el grupo se redujo a los poquísimos de Torello, y en aquel punto fue cuando a Giussani «le asaltó la intuición de que entonces ya no podíamos referirnos solo a la tradición, porque la tradición había desaparecido, también en el mundo católico. Hacía falta decir la palabra ‘presencia’. Giussani lo recuerda a menudo. Ante todo fue la intuición de la presencia como una humanidad distinta, una humanidad cambiada, de la que después deriva todo lo demás. Salió a la luz esta intuición y comenzamos a recuperarnos»³⁵.

Giussani llegó a Torello el 23 de julio a bordo de un Fiat 124 de color marfil conducido por Paolo Volpara, que preparaba la licenciatura en Derecho (Volpara era uno de los responsables de la secretaría de Milán, que le permaneció fiel hasta el punto de acompañarle durante todo ese año aquí y allá por toda Italia: «Un año maravilloso para mí», dirá más tarde a Marina Valmaggi). Le esperaban, además de Valmaggi, Rori Mingucci, Emilia Guarnieri, Antonio Smurro, Salvatore Fratti, Angela Savini, don

Ugolini y don Scappini. Valmaggi recuerda: «El primer punto firme de nuestras reuniones fue la oración (las Horas y la misa). Luego conversábamos a partir de sus preguntas y de las nuestras».

En la comida y en la cena Giussani llevó el diálogo de manera directa a cada uno de los presentes: «Éramos la mayoría universitarios que habíamos llegado al final de nuestros estudios: nos preguntaba no solo qué estábamos haciendo, sino sobre todo qué deseábamos para nuestra vida y por qué».

Marina Valmaggi conserva los apuntes de las palabras de Giussani: «Solo se puede salvar el mundo expresando socialmente una comunión que existe de antemano; lo contrario no puede suceder. ¡Grupos ya ‘salvados’ pueden hacerlo!». Y también: «La situación cristiana no se define por la pertenencia a un organismo histórico [del pasado, *nda*]. Hoy, además, el teórico y el historiador ya no son aceptados, o al menos ya no son una fuente de seguridad en absoluto. Lo que interesa es el anuncio de algo nuevo», algo «que está por encima, algo superior, que no puede ser efecto de una experiencia en el sentido corriente del término, sino que es un hecho que genera una organización de vida nueva. Que crea en torno a sí movimiento, cuyo origen es una comunión, una participación profunda en el ser: en el Padre, a través de la naturaleza de Cristo. En este mundo estamos ontológicamente vinculados entre nosotros, en comunión entre nosotros. Por eso mi yo (mi nombre más verdadero, la expresión más profunda de mi humanidad) es el nosotros, el Cristo total en el que todo se une». Giussani prosiguió: «Ahora bien, el modo en que esto entra en nuestra vida, en que contacta con ella, es el anuncio (que es una persona, es Cristo, somos nosotros). Y no se trata —en la persona— de la coherencia, sino precisamente de la palabra, del testimonio que ofrece. Para que no se trate de mi virtud, sino del poder de Dios...». Giussani ponía en guardia a aquel grupo de amigos con respecto a querer cambiar el mundo con sus fuerzas y añadía que «cambiar el mundo con nuestra voluntad produce una gran melancolía, porque no se puede lograr»³⁶.

Para Marina Valmaggi fue extraordinario constatar que Giussani no estaba preocupado ni de planificar estrategias ni de llevar a cabo una restauración del pasado: y «si Giussani escuchaba las quejas o la exposición de las acusaciones que nos habían hecho los antiguos amigos era manifiestamente para comprender cuánto nos afectaban y nos influían en el fondo, y para ayudarnos a salir de ellas: por nosotros mismos, no para convencer a los demás».

La vuelta a Rímini de aquel pequeño grupo de amigos fue alegre, llena de esperanza y de ganas de experimentar lo que habían vivido en aquellos días: «Habíamos salido de esos Dos días fortalecidos con una nueva certeza: nada ‘había terminado’ sino que todo continuaba, o recomenzaba. Era como si don Giussani nos hubiera preguntado: ‘¿Queréis marcharos también vosotros?’. Y nosotros hubiéramos respondido no solamente que queríamos ‘permanecer’, sino que queríamos volver a caminar de nuevo detrás de Jesús. Al mismo tiempo nos había hecho comprender que, aunque nos hubiéramos marchado, él habría recomenzado desde el principio, incluso con un solo amigo», son las palabras de Valmaggi.

Don Giancarlo recordaba: «A partir de allí empezamos a recuperarnos, volvimos a partir de la palabra Jesús y de la palabra comunión, y nada más»³⁷.

Había una singular coincidencia entre las reflexiones de Giussani y los acentos del entonces profesor Ratzinger sobre el tema de la tradición y del encuentro con Cristo. Eran preocupaciones en torno a las cuales giraron las principales reuniones del verano y el otoño de 1968: los Ejercicios espirituales del Grupo adulto, el encuentro de los sacerdotes del movimiento, ambos en Subiaco, y las jornadas del Centro Péguy en Varigotti. En todos volvía la misma observación, repetida a los que no habían sido absorbidos por el ciclón de la contestación: «Tradición y teoría, tradición y discurso no pueden mover ya al hombre de hoy. El modo en que comenzó el cristianismo fue un acontecimiento debido a una presencia, fue [un] encuentro»³⁸.

Estos términos —«tradición» y «encuentro»— aparecen también en el texto de la audiencia general de Pablo VI del 19 de junio de 1968. El Papa confesaba: «Es doloroso [...] percibir que en general le falta a nuestra gente un conocimiento, aunque sea modesto, pero claro y coherente [de la fe]; la catequesis parroquial es casi generalmente una disertación: por desgracia no siempre la enseñanza religiosa en las escuelas alcanza sus objetivos, el primero de todos infundir en los alumnos la convicción razonada de que la religión es la ciencia fundamental de la vida». Se preguntaba a continuación: «¿Qué haremos para tener una fe viva?». Para responder hacía dos observaciones: con la primera advertía de que «la fe tiene que ser para nosotros un hecho personal, un hecho consciente, querido, profundo; este elemento subjetivo de la fe es hoy importantísimo». Semejante acto consciente siempre había sido necesario, subrayaba, porque forma parte del mismo acto de fe, «pero con frecuencia era y es sustituido por la tradición, por el clima histórico, por la costumbre colectiva». Esa adhesión pasiva, por así decirlo, ya no bastaba. En realidad, «cada uno debe expresar en sí mismo con gran conciencia y gran energía su propia fe». En segundo lugar recordaba que «la fe tiene su punto focal en Jesucristo [...]; es un encuentro, podríamos decir, personal con Él. Él es el maestro. Él es el vértice de la revelación. Él es el centro que reúne en sí y que irradia desde sí las verdades religiosas necesarias para nuestra salvación»³⁹.

«El cristianismo es un acontecimiento»

De las jornadas transcurridas en las colinas riminesas Giussani habló poco después, durante los Ejercicios espirituales del Grupo adulto en Subiaco, del 29 de julio al 3 de agosto de 1968. Le escuchaba una treintena de personas, entre las cuales estaban Angelo Scola, Luigi Negri, don Antonio Villa y William Congdon: «Hay una premisa de la que me he dado cuenta hablando con un grupito de Rimini la semana pasada. Al tener que hablar dos días con ellos y no sabiendo la primera mañana por dónde empezar, me impresionó repentinamente esta constatación: me parece un signo de los tiempos que lo que fundamenta o puede fundamentar el llamamiento y la adhesión al hecho cristiano ya no es el planteamiento de la tradición, ya no es la historia». Desde este punto de vista, precisaba Giussani, «necesitamos revisar en su raíz todo el planteamiento que hemos

hecho siempre durante la experiencia de los diez últimos años y que todavía repetimos. Me parece que ya no es este —digo *ahora, ahora*— el motivo que impulse a la gente, que pueda empujarles, que pueda hacerles decidir adherirse al cristianismo, adherirse al hecho cristiano». Recordó que al comienzo él decía a los chicos: «Hemos nacido en una tradición cristiana, por consiguiente debemos ante todo comprometernos con ella».

El valor teórico de la observación no había disminuido, pero sí «su valor existencial. En efecto, el nuestro es un tiempo que ha perdido, que ya no tiene, que no tiene en absoluto sentido de la historia. Por eso es un tiempo extremadamente pobre».

La onda del 68 le había permitido descubrir a Giussani que «ni la tradición, ni una teoría, ni una concepción, ni una demostración teórica; ni la filosofía cristiana, ni la teología cristiana, ni la concepción del universo que tiene el cristianismo pueden ser motivo para adherirse al cristianismo. Al menos mirando a los jóvenes esto parece evidente».

¿Qué era, entonces, lo que podía persuadir? «Lo único que creo que ahora mismo puede constituir un motivo de adhesión es el encuentro con un anuncio, es el cristianismo como anuncio, no como teoría. Un anuncio, es decir, cierto tipo de presencia, cierta presencia cargada de mensaje». Y aquí Giussani apelaba al Evangelio: «No era por los debates que mantenía, no era por las explicaciones que ofrecía, no era por las referencias que hacía al Antiguo Testamento; era porque constituía una presencia cargada de mensaje; esto es lo que hacía que la gente fuera detrás de Cristo». Tanto es así que quienes le siguieron seriamente fueron aquellas personas que, «quizá conmovidas, atraídas por un milagro o por un discurso impresionante, se habían apegado no obstante al fondo del fenómeno, es decir, se habían pegado al borde de aquella personalidad, de aquella persona, como un hecho cargado de significado, como una presencia cargada de mensaje». En efecto, le decían: «Si nos alejamos de ti, ¿adónde iremos? Solo tú tienes palabras que explican la existencia». Evidentemente, «el mensaje no es un discurso: es una presencia, una persona. Es una forma de presencia de una persona o de personas».

De hecho, Giussani no estaba invitando a abandonar la tradición en favor de un presente sin historia y por consiguiente irracional o sentimental en última instancia. Así como tampoco era su intención contraponer «discurso y doctrina» a «vida y presencia». Sus preocupaciones eran de método. Se trataba de identificar el camino más adecuado que había que emprender para volver actual y contemporáneo el cristianismo en su naturaleza original, el que había conocido en su familia, el que había profundizado en el seminario y el que había podido revivir con los bachilleres del Berchet a partir de la mitad de los años cincuenta. Y a fin de que sus palabras no fueran malentendidas, dijo al Grupo adulto: «Es bastante fácil observar cómo el anuncio recupera tanto la tradición como la demostración teórica. Recordad a los dos de Emaús, una de las páginas más bellas del Evangelio: ‘Mientras el extraño peregrino nos explicaba los profetas, nuestro corazón ardía’. ‘Explicaba los profetas’: era una teoría nueva y la recuperación de la historia. Cristo era el cumplimiento de los profetas».

Así pues, el anuncio cristiano era, sí, «un discurso», pero «a través de la presencia,

vinculado a la presencia de una persona». El contenido del anuncio cristiano «es su misma persona», Cristo, «una nueva estructura de hombre; un ‘nuevo ser ha aparecido en el mundo’»⁴⁰.

A esa época se remonta uno de los primeros recuerdos que tenía de Giussani don Giacomo Tantardini: «Finales de los años sesenta, una asamblea en el Centro Péguy de Milán. Giussani pregunta: ‘¿Qué es lo que nos pone en relación con Cristo?’. [...] Al final la respuesta de Giussani a la pregunta repetida de nuevo: ‘¿Qué es lo que nos pone en relación con Cristo? El hecho de que ha resucitado’»⁴¹, y por consiguiente, sigue presente en la historia.

Francesco Botturi recuerda un hecho que sucedió precisamente en agosto de 1968. Un grupito de universitarios vinculados a GS y supervivientes de la hemorragia de la contestación decidieron darse cita en una casa propiedad de la familia Botturi en el Mottarello (al norte de Varese). El encuentro lo favoreció el hecho de que aquel era un grupo de personas «muy atento al fenómeno de la universidad de entonces», observa Botturi. Y continúa: «El clima entre nosotros no consistía en llorarnos unos a otros, en analizar lo que había sucedido, sino en comprender la universidad. Nosotros teníamos interés en comprender lo que había sucedido en aquellos meses, porque estábamos a poca distancia del mayo parisino de 1968». En la reunión participó una decena de personas: «Hizo de pivote fijo, desde el comienzo hasta el final, Angelo Scola»⁴². Hubo también un momento de encuentro con Giussani, dedicado al tema del hombre nuevo.

Hablando a un pequeño grupo de sacerdotes en Subiaco, en el mes de septiembre, Giussani subrayó de nuevo que no se podía esperar atraer a las personas proponiendo el cristianismo como un planteamiento o una teoría mejor que las demás, porque esto les dejaría indiferentes. Observó, además, que normalmente la propuesta cristiana se hacía de manera fideísta: «Si la realidad cristiana no tiene nexos con la realidad mundana cultural y social es puro fideísmo». En lugar de ello había que tomar un camino distinto, marcado por las dos promesas que contenía el anuncio cristiano: primero, «que se realiza una revolución en nosotros, revolución de nuestra carne y de nuestros huesos: ‘Somos miembros de sus miembros’, dice san Pablo, para que el cosmos pueda convertirse verdaderamente en tal y pueda recuperar el designio original con sobreabundancia»; y segundo, «que esta nueva sociedad puede comenzar ya entre quienes aceptan el anuncio»⁴³.

El 22 de septiembre de 1968 se celebró la Jornada de apertura de curso del Centro Péguy en Oreno. Ninguno de los presentes, dijo de entrada Giussani, «puede negar que ha tenido un momento, [...], una intuición, un presentimiento. [...] El que se aleja lo hace porque no da crédito, no porque no sea verdadero» lo que ha conocido, sino porque «cede. El crédito se da a la convocatoria de Dios, no a mi respuesta, porque fundamentar el crédito sobre mi respuesta es cálculo. Jesucristo nos ha llamado a ser cristianos. ¿Para qué? En última instancia ciertamente para colaborar en la salvación del mundo. Pero cualquier hombre es llamado al ser, a la vida, para colaborar. ¿Cuál es el carácter específico de nuestro ser cristianos? Hacer la Iglesia, esta es nuestra respuesta. La comunión cristiana no es un empíreo o un anillo alrededor de Saturno». El objetivo, «el

contenido más inmediato de nuestra vocación es construir la realidad cristiana, salvar al mundo únicamente a través de la realidad cristiana».

Para Giussani la comunión es «una estructura nueva del yo». Esta es precisamente la cuestión: «Esta estructura nueva del yo no es tanto un conjunto de fórmulas, de dogmas, de concepciones abstractas, de ideas»; es ante todo «una realidad física, la pertenencia a Cristo, pero Cristo no es el Cristo de hace dos mil años, Cristo es una realidad que se cumple, que se hace presente en su cuerpo místico, en la Iglesia. Por eso es a través de la Iglesia, con Pablo VI, como voy al mundo»⁴⁴.

Una vez más el vínculo entre las palabras de Giussani y las del magisterio eclesial fue más que evidente. Tres días después, el 25 de septiembre de 1968, dirá el Pontífice: «La relación entre juventud e Iglesia [consiste] en un encuentro prodigioso y estupendo, el encuentro con Alguien, el cual está entre la Iglesia que lo introduce y la juventud que lo descubre, más aún, que descubre ahí a su único amigo verdadero, al único maestro verdadero, al único verdadero y sumo héroe, al único prototipo verdadero de hombre, que merece la pena buscar e integrar para siempre en la propia vida; vosotros sabéis quién es: es Cristo, Dios hecho hombre. Es el secreto, el don de la Iglesia. ¡Esto es lo que ofrece a la juventud!»⁴⁵.

«Lo que buscamos es la fe»

Las reflexiones de los meses anteriores, que Giussani había puesto a prueba, verificado y profundizado en sus diálogos con el Grupo adulto y con los sacerdotes, se retomaron y sintetizaron a primeros de noviembre durante los Ejercicios espirituales del Centro Péguy. Aquí, no obstante, empezó a hablar acusando un malestar personal: «En quince años no me había sentido tan cohibido, no había tenido tanto temor a hablar desde este lugar como ahora». Para Giussani se había llegado al extremo de una trayectoria: «Es como si tocáramos el fondo de aquello que empezamos aquí hace quince años», precisamente en Varigotti, y «el temor o el reparo es por la parte que todavía ha de tener mi voz, amigos, pero todos albergamos la esperanza de que estas jornadas nos digan algo». Y sin embargo había una diferencia profunda con las otras veces: «La esperanza ya no está en lo que se os podría dar, sino en vosotros; ya no es una esperanza en lo que una voz o determinadas circunstancias os puedan dar estos días; es, por el contrario, una esperanza que cada uno debe poner, no en sí mismo, en el sentido autónomo de la palabra, sino en algo que está dentro de vosotros».

A continuación introdujo el objetivo de la reunión: «Lo que buscamos es la fe, aquello en lo que queremos adentrarnos es la fe; es la fe lo que queremos vivir. Parece que todo colabora alrededor nuestro, que todo es cómplice de una fuerza laboriosa que trata de eliminar la fe, o desenraizarla, o vaciarla o reducirla a categorías puramente racionales, a categorías naturalistas, fuera y dentro del mundo cristiano, ahora más dentro que fuera». Y añadió: «Lo que debe ocurrir estos días es un acontecimiento dentro de nosotros, porque lo que queremos hacer no es en absoluto una asociación, prescindiendo de todo el organismo en el que la amistad busca camino y se afirma... sino que es una claridad, una

determinada claridad de fe. Porque entonces tu persona, transformada por dentro, vaya donde vaya, haga lo que haga, establezca la relación que establezca, creará parte de ese organismo del que nosotros somos partícipes tan sensibles: el organismo de Cristo en el mundo». Por eso el problema no es «ponernos de acuerdo para hacer lo que sea; no es una estructura que tengamos que pensar o que salvar, sino un acontecimiento en nosotros mismos, porque el hombre adulto creará después la estructura como obra de sus manos».

Haciéndose eco de los temas de los meses anteriores, como indicación del reto que la contestación estudiantil ponía de manifiesto ante sus ojos, Giussani planteó de nuevo la pregunta: ¿Qué es el cristianismo? «Es ‘eso’ que hace que la tradición y el pasado se conviertan en realidad viva, que hace que el pensamiento, la idea y el valor sean una realidad viva. ¡Pero lo que vive es algo que está presente! Metodológicamente no podemos hacer otra cosa, si no queremos confundirnos, que retornar al origen, y ver cómo surgió, cómo comenzó. Fue un acontecimiento. El cristianismo es un acontecimiento» que suelda el pasado con el presente.

¿De qué tipo es este acontecimiento? «No creyeron porque Cristo hablara diciendo aquellas cosas, no creyeron porque Cristo hiciera aquellos milagros, no creyeron porque Cristo citara a los profetas, no creyeron porque Cristo resucitara a los muertos. Cuánta gente (la inmensa mayoría) le escuchó hablar así, le oyó decir aquellas palabras, le vio hacer aquellos milagros, y el acontecimiento no tuvo lugar para ellos». Pero, entonces, ¿por qué creyeron los primeros discípulos? «Por aquella presencia, no por esto o aquello de lo que hizo o dijo. Creyeron por una presencia. Una presencia que no era lisa ni obtusa, una presencia que no carecía de rostro: era una presencia con un rostro bien preciso, una presencia rica de palabra, es decir, llena de propuesta, de significado».

No toda persona o realidad es presencia, continuó Giussani; lo es «solo en cuanto tiene algo de imprevisto o imprevisible, es decir, cuando lleva consigo una novedad radical», cuando tiene dentro «algo que no se puede reducir al pasado, esto es, al presente nuestro que nace del pasado». Lo que indica este fenómeno es la palabra «anuncio»; en efecto, «el cristianismo nació como anuncio: la experiencia de una novedad irreductible». Giussani señalaba que había un término afín en la historia del movimiento: «Encuentro».

Esta es, pues, la propuesta desde la que volver a empezar para responder a los signos de los tiempos: «Una persona comprometida plenamente con el significado del mundo y de la vida. Esto fue Cristo para quien le escuchó [...] con pobreza de espíritu».

Para Giussani el cristianismo es algo imprevisto, «no existía y está aquí, podría no existir y existe, podría no estar aquí y está presente. Una novedad absoluta», que alcanza al hombre por medio de las personas implicadas con ella: «Dios eligió para un determinado anuncio a un adúltero [Oseas, *nda*], Dios escoge para este anuncio a pecadores, porque todo reside en el poder que hace que las cosas salgan a la luz». Frente a los que se habían marchado de GS, Giussani dijo a los ‘supervivientes’ del Péguy: «Todo encuentra su consistencia en ese acontecimiento, no en lo que somos, [o] podamos ser como valor moral. Es algo que está fuera de nosotros y que se propone al fondo de nuestra persona, pero desde fuera de nosotros: exactamente como una borrasca en el mar»⁴⁶.

Refiriéndose a esta etapa de la vida de Giussani, el cardenal Ratzinger dirá: «Esta centralidad de Cristo en su vida le dio también el don del discernimiento, para descifrar correctamente los signos de los tiempos en una época difícil, llena de tentaciones y errores, como sabemos. Pensemos en el año 68 y los siguientes. [...] La tentación más grande era decir: [...] hemos de comenzar por cambiar las estructuras, las cosas externas; debemos primero mejorar la tierra, después podremos recuperar también el cielo. Era la gran tentación del momento: transformar el cristianismo en un moralismo, el moralismo en una política, y sustituir el creer por el hacer. [...] Y al final no se construye, sino que se divide. Monseñor Giussani, con su fe impertérrita e indefectible, supo que, incluso en esta situación, Cristo y el encuentro con Él sigue siendo central, porque quien no da a Dios, da demasiado poco; y quien no da a Dios, quien no ayuda a encontrar a Dios en el rostro de Cristo, no construye, sino que destruye, porque hace que la acción humana se pierda en dogmatismos ideológicos y falsos»⁴⁷.

Y el teólogo protestante Rainer Riesner, profesor de Nuevo Testamento en la Universidad de Dortmund, declarará que uno de los aspectos que le fascinaba de Giussani era el modo en que afrontó la crisis del 68: «Para quien, como yo, los vivió en primera persona, fueron años de profundos trastornos en el campo de la cultura y de las costumbres. Al mismo tiempo, su característica más destacada [...] fue la instauración de un clima de profunda incertidumbre antropológica, cuyas deletéreas consecuencias son bien visibles todavía hoy». También en el ámbito cristiano «nos encontramos a menudo preguntándonos si, en último análisis, el aspecto humanamente decisivo no era la cuestión social, o incluso la revolución social. En su parcialidad, este planteamiento habría llevado inevitablemente a la supresión de otras preguntas, la primera de las cuales era la pregunta sobre Dios». En este contexto, observará Riesner, «la contribución histórica de Giussani fue permanecer firme a la hora de testimoniar que, sean cuales sean las condiciones en que vive el ser humano, nada es para él más importante que la pregunta sobre la identidad de Jesucristo». El cristianismo, continuaba el teólogo alemán, «es antes que cualquier otra cosa —consecuencias morales incluidas— el vínculo de nuestra persona humana con la persona divina de Jesucristo»⁴⁸.

La crisis, momento de madurez

A la luz de este recorrido y del contexto descrito se puede intuir más fácilmente a qué clase de «conversión» ulterior se sintió llamado Giussani por la crisis del 68. Del mismo modo se puede imaginar qué amplitud de ánimo necesitó para valorar críticamente la tradición recibida sin ceder a la doble tentación de rechazarla o de entumecerse en formas y esquemas del pasado ya entonces inutilizables.

A esta exigencia, Giussani le dedicó también las primeras clases de religión de octubre y noviembre de 1968, en el liceo artístico de las hermanas Ursulinas de la vía Lanzzone, en Milán, donde enseñará hasta 1980. Una alumna de la época, Elena Tagliabue, escribía en su cuaderno de clase que el 26 de octubre de 1968 el profesor habló del niño que «por naturaleza vive de lo que se le da; la naturaleza del niño consiste en recibir». Pero «a

cierta edad es como si de repente la naturaleza diese un impulso para rebuscar por dentro y tirar lo que según él no es bueno. El niño crece por tradición, pero en cierto momento [...] la tradición debe convertirse en objeto de crítica. Lo humano no consiste en encontrar los defectos [del pasado], está en encontrar su valor». Y de la lección del 5 noviembre Tagliabue anotaba que «la religión debe convertirse en un problema», provocando «un trabajo de investigación», a la manera de san Pablo: «Valoradlo todo y retened lo bello, retened para vosotros lo que consideréis justo»⁴⁹.

En su continuo compromiso de reflexión sobre la historia del 68, Giussani reconocerá como algo positivo la necesidad de aquel paso crítico: «Es propio de la capacidad que tiene cada uno de nosotros y cada realidad eclesial (familia, comunidad, parroquia, Iglesia en general) valorar como camino de maduración lo que parece objeción, persecución, o en todo caso dificultad; la verdad de la fe se demuestra en la capacidad de convertir todo esto en instrumento y ocasión para madurar. [...] Por lo demás, se impone otra imitación de Cristo, porque solo a través de la muerte, a través de su agonía y de su muerte, se vio que Cristo era verdaderamente el Hijo del Padre»⁵⁰.

En aquellos meses caóticos el reclamo concluyente de Giussani se centró en la fidelidad al acontecimiento de Dios en la historia: la Iglesia. Una fidelidad que en gran parte del mundo católico estaba perdiendo el carácter de virtud. Justamente sobre ello habló Pablo VI en aquellas semanas, al recibir en audiencia a los miembros del Pontificio Seminario Lombardo. Refiriéndose a la contestación que había abierto brecha también dentro de la Iglesia, preguntó a los presentes qué veían en el Papa y respondió: «Un signo de contestación. La Iglesia atraviesa hoy un momento de inquietud. Algunos se ejercitan en la autocrítica, se diría incluso que en la autodemolición. Es como una mutación interior aguda y compleja, que nadie habría esperado después del Concilio. Se pensaba en un florecimiento, en una expansión serena de los conceptos que habían madurado en la gran asamblea conciliar. [...] La Iglesia es golpeada incluso por quienes forman parte de ella: así que os dejaremos leer hasta el fondo de nuestro ánimo para entrever los dos sentimientos que hay en nuestro corazón frente a este tumulto que afecta a la Iglesia y que, como es lógico, repercute sobre todo en el Papa. Un sentimiento de alegría, porque se nos hace dignos de sufrir por el nombre de Jesús. [...] Y un sentimiento de gran confianza y franqueza. Muchos esperan del Papa gestos clamorosos, intervenciones enérgicas y decisivas». Y en cambio Pablo VI devolvía a todos al punto esencial sobre el que poner la esperanza. Dijo, en efecto, que él no consideraba que debiera seguir otra línea «que no sea la de la confianza en Jesucristo [...]. Será Él quien calme la tempestad. Cuántas veces el Maestro repitió: ‘*¡Confidite in Deum. Creditis in Deum, et in me credite!*’. El Papa será el primero en cumplir este mandato del Señor y en abandonarse, sin angustia o inoportuna ansiedad, al juego misterioso de la invisible pero ciertísima asistencia de Jesús a su Iglesia»⁵¹.

Un episodio significativo confirma la situación eclesial que describía el Pontífice: durante la reunión del Grupo adulto del 11 de enero de 1969 Giussani preguntó si era cierto que una de las presentes había ido a Florencia a visitar la comunidad de base del Isolotto de don Enzo Mazzi⁵², que daba voz desde el púlpito a la contestación contra la

Iglesia existente y su autoridad, auspiciando una Iglesia pobre y libre del autoritarismo y del poder. Tras obtener una respuesta afirmativa, Giussani concluía: «Era solamente para invitaros a no ir más [...] al Isolotto»⁵³. Era una clara toma de distancia con respecto al disenso intraeclesial que nació en el posconcilio y que en aquellos años atravesaba la vida de la Iglesia en Italia (y en todo el mundo, *ndt*). Hasta el punto de que, en julio de 1968, Pablo VI había sentido la necesidad de proclamar el ya citado «Credo del pueblo de Dios».

También en la reunión del Grupo adulto del 15 de febrero de 1969 hubo una referencia a la situación de contestación eclesial, de la que Giussani siempre se disoció: «El contestatario no es que quiera en absoluto la disolución del cristianismo, sino que el factor que predomina en él es la modulación del cristianismo conforme a las categorías mundanas, hasta reducir el cristianismo a esas categorías mundanas. En definitiva, el factor que predomina es el mundano; en nombre de la concreción, en nombre de los pobres, en nombre de la seriedad, en nombre del compromiso, en nombre de todo lo que queráis, se produce una reaparición del hecho mundano, del factor mundano como lo predominante». Pero, al hacer esto, el cristianismo se convierte en «sucedáneo de esto primero, debe servir primero a esto, tiene que ser modulado y declinado primero conforme a eso. Antes lo llamaban modernismo». Giussani se movía en una perspectiva completamente distinta: «Nuestra postura es que está claro que el cristianismo es el anuncio de lo eterno en el mundo. Lo eterno no es en absoluto algo que domina por encima del mundo; es el significado que hay dentro del mundo, del tiempo y del espacio. Es el anuncio de algo que es permanente. ¿Pero qué es permanente? No lo es la flexión social, ni la flexión cultural, porque estas cambian de generación en generación; lo permanente está en la persona como acontecimiento, y nada más»⁵⁴.

«Las fuerzas que mueven la historia son las mismas que hacen feliz al hombre»

Giussani recordaba que un día de 1969, mientras caminaba por los pasillos de la Católica, «donde dominaba la revolución», se topó con «un chico de Varese (se llamaba Fagioli) que decía enérgicamente (se había pasado evidentemente a la revolución): ‘¡Si no encontramos las fuerzas que construyen la historia, estamos perdidos!’». Comentaba Giussani: «No quiero adentrarme en la descripción de la ingenuidad última —como le ocurre a toda ideología que pretenda la universalidad— que tenía esta frase. Quiero simplemente decir lo que me vino como un contragolpe dentro del corazón al escuchar lo que aquel chico afirmaba: que las fuerzas que mueven la historia son las mismas que hacen feliz al hombre». En efecto, «la fuerza que construye la historia es un hombre que puso su morada entre nosotros, Cristo. Redescubrir esto impide nuestra destrucción como hombres, reconocer esto introduce nuestra vida en el acento de la felicidad, aunque esté llena de temor y de una reticencia inevitable».

Giussani subrayaba que «al profundizar en estas cosas uno empieza a tocarse por la mañana los hombros y a sentir su propio cuerpo más consistente, empieza a mirarse al espejo y a sentir su propio rostro más consistente, empieza a sentir su propio yo más

consistente y su propio camino entre la gente más consistente; ya no depende de la mirada de otros, sino que es libre, ya no es dependiente de las reacciones de otros, sino libre, ya no es víctima de la lógica de poder de los otros, sino que es libre»⁵⁵.

En la asamblea del 3 de mayo de 1969 Giussani declaraba: «Nuestros antiguos amigos que escriben en una gran pancarta fuera de la Católica ‘La política por encima de todo. Mao Tse-Tung’ —ayer se podía ver— invierten la frase del Evangelio: ‘Buscad ante todo el reino de Dios y lo demás se os dará por añadidura’»⁵⁶.

Giussani hizo una observación análoga en la reunión del 18 de mayo, volviendo sobre la diferencia que había entre su postura y la de los contestatarios: «Nuestro planteamiento dice con respecto a la relación con el mundo y con las necesidades del mundo —sociales, políticas y lo que sea—: ‘Al construir la comunidad cristiana respondemos a las exigencias’» del hombre⁵⁷. La atención a las necesidades del mundo, la sensibilidad y la generosidad para con ellas derivan de vivir la comunidad cristiana.

Y de nuevo, en los Ejercicios estivales de agosto de 1969 en Subiaco, hubo un apunte sobre la situación eclesial, en particular sobre lo que consideraba como la forma más grande de mistificación del cristianismo: «Esa que oscurece la novedad del cristianismo, la alteridad cristiana, la muerte y la resurrección, esa que oscurece el misterio cristiano, que resta importancia a la mortificación, la que resta importancia —esta es la palabra— a la conversión»⁵⁸. Afirmaba en efecto que, desde este punto de vista, tanto los contestatarios como los tradicionalistas eliminaban el factor de la conversión, que deriva ontológicamente de la fe, reduciendo la cuestión a un nivel sentimental.

El cardenal Ratzinger, precisamente releendo la actitud de Giussani en medio de la sacudida del 68, escribirá: «Este es el significado permanente de aquel momento, que fue como un relámpago deslumbrante que ilumina las raíces de la existencia cristiana, separando lo esencial de lo que no lo es». Ratzinger subrayará que «la distinción radical estaba entre una concepción del cristianismo como compromiso moral y social, entre un cristianismo comprendido esencialmente como una moral, y un cristianismo en el que Cristo —y en él Dios— es el centro. Giussani pone en nuestras manos dos criterios fundamentales. El primero: la esperanza se orienta a la acción y a la organización [...], o a algo ‘gratuito’, al don libre que viene de Dios; o se cree solamente en lo que está en nuestro poder, o se cree en Dios, se podría decir. [...] Si se reduce el cristianismo a moral, a acción, se pierde la ‘ontología misma del hecho cristiano’». En este sentido, Ratzinger observaba: «Encuentro sorprendente y grande que la palabra ‘ontología’ aparezca aquí como signo diferenciador y que esto venga precisamente de Giussani, un hombre que había renunciado a la metafísica abstracta para poner en su lugar el acontecimiento. Aquí se ve que este acontecimiento no significa en absoluto algo extrínseco, puramente factual, sino que en él —como entrada de Dios en nuestra historia— se encuentra el fundamento mismo de todo ser y de toda vida. La historia nos abre un camino al ser, al que nosotros, sin ella —como ha mostrado Kant— no podríamos encontrar. Aquí se restituyen a la ontología sus derechos, pero esto sucede de modo absolutamente nuevo gracias al nexo que se establece con el acontecimiento; esto es, de un modo genuinamente cristiano se llega a abrir una brecha hacia el Ser, hacia el

fundamento que nos sostiene»⁵⁹.

Para Giussani estaba claro que la crisis del 68 tenía que marcar un giro —una «divisoria de aguas», precisamente— en la vida de quienes le habían seguido desde el comienzo: «Es necesario que termine un periodo y que comience otro: el definitivo, el maduro, el que puede aguantar el desgaste del tiempo, más aún, el desgaste de toda la historia, porque ese anuncio que empezó a sorprender a dos personas (primer capítulo de san Juan), Juan y Andrés, hace dos mil años, ese anuncio, esa persona, es tal cual el fenómeno que nos ha traído hasta aquí y es el fenómeno que nos puede hacer permanecer en la Iglesia de Dios». Pero ahora no se puede aceptar pasivamente, los tiempos no lo permiten ya, porque «no podemos ser fieles a la Iglesia, ser de Dios en la lucha del mundo, si no es por un anuncio que vivimos continuamente»⁶⁰.

Capítulo 15

«Por qué la comunión es liberación»

El nacimiento de CL y los primeros años setenta

Como se ha visto, después del estallido de la «contestación global» (como la llamaba el cardenal Colombo) de 1967, GS se vio pronto privada de sus líderes y muchos de sus miembros se dispersaron. Muchos abandonaron también el Centro Péguy. Algunos más jóvenes permanecieron en torno a la estructura asociativa de GS. Otros se apoyaron en sacerdotes que se mantuvieron fieles a la experiencia del movimiento y estaban en algunas parroquias de Milán. En este contexto, recuerda Bertazzi, «para el grupo de universitarios que estaba formalmente en la FUCI, decidir continuar la experiencia que cada uno había encontrado y reconocido como determinante para su propia vida era una cosa ‘obvia’». ¿Pero cómo hacerlo?

Para aquellos jóvenes universitarios la ayuda más importante fue, además de la realidad del Centro Péguy, que se mantuvo viva a pesar de los abandonos, la compañía de algunos responsables del movimiento que, aunque en el otoño de 1967 habían entrado en el seminario, permanecieron de algún modo presentes y accesibles, y también la editorial Jaca Book con su director, Sante Bagnoli.

Tras la expulsión de la Católica (16 de diciembre de 1967) del «triunvirato» líder de la protesta y de la ocupación, formado por Mario Capanna, Luciano Pero y Michelangelo Spada, el núcleo de la contestación estudiantil, cada vez más politizado e ideologizado, se trasladó a la Universidad Estatal. Lo describe muy bien Bertazzi: «Desaparecieron las organizaciones políticas de los universitarios y se formaron grupos inspirados cada vez más explícitamente en variantes de la ideología marxista-leninista y en formas representativas de ellas». Durante varios años la Estatal estuvo prácticamente ocupada por el Movimento Studentesco (MS) que, en un momento dado, empezó a inspirarse explícitamente en Stalin. Vanguardia Obrera (de tendencia trotskista) estará particularmente presente en la facultad de Ciencias, mientras que el grupo de Lotta Comunista (abiertamente leninista) militaba en el Politécnico. Otras formaciones estaban más activas a nivel popular, como, por ejemplo, la Unión de los comunistas italianos (marxistas-leninistas), más conocida a través de la revista *Servire il popolo* (de tendencia maoísta), y otras en los lugares de trabajo. Lotta Continua- surgirá, más tarde, como el grupo más capaz de conjugar esquemas ideológicos y lenguaje político de toda la izquierda extraparlamentaria, con una importante red de presencia entre los jóvenes.

En esta situación, el grupo de universitarios que permanecían unidos a la inspiración originaria de GS continuó reuniéndose reconociendo como propia «el ansia de verdad

que parece atravesar a todos», pero con la seguridad de vivir una experiencia que la colmaba: «Los demás estudiantes piensan que necesitamos liberarnos de todo vínculo para ser libres; nosotros tenemos algo a lo que necesitamos permanecer apegados para ser libres». Así se expresa Bertazzi, que con sus amigos —un grupito de estudiantes de varias universidades milanesas— se comprometió como pudo para revitalizar los gestos de la experiencia que habían vivido en la enseñanza media y en sus primeros años de universidad.

En 1999 el entonces obispo Scola recordará que cuando se produjo la gran crisis del 68, algunas personas de GS permanecieron vinculadas entre sí: «Este núcleo estaba sobre todo en torno a Bertazzi y lo llamamos ‘Mottarello’; tratamos de mantener la amistad y la unidad entre nosotros». Reconoce que en conexión con esta realidad se producirá más tarde «la novedad de Comunión y Liberación», pero enseguida precisa: «Esta novedad debe ciertamente atribuirse, en sí misma y por sí misma, a la experiencia originaria del carisma de don Giussani y a la reanudación de su relación con nosotros tras el comienzo de la contestación en la Católica»¹.

A propósito de esto, Bertazzi puntualiza: «Scola, en especial, siguió siendo un punto autorizado de referencia para nosotros en la universidad; íbamos de tanto en tanto al seminario y él conseguía venir a veces a nuestras reuniones. Éramos lo que quedaba del grupito de universitarios que había estado en la FUCI *giesina*».

En esos jóvenes estaba muy viva la voluntad de comunicar su experiencia, hasta el punto de estar decididos a hacerlo incluso en aquel contexto que se había vuelto (según el lenguaje militante de la época) ‘políticamente impracticable’ para cualquiera que no se reconociese en una de las formaciones de izquierda que dominaban entonces. «Buscábamos instrumentos para hacerlo», dice Bertazzi, «pensamos que para tener alguna oportunidad de hacernos escuchar podría ser útil comunicar experiencias en las que fuese evidente que vivir la fe daba cuerpo a una forma de vida más plena (aunque luego muchas de estas experiencias revelaron todo su carácter equívoco)».

¿Qué nombre dar a los panfletos ciclostilados que debían comunicar aquellas experiencias? «El primero que utilizamos fue *Discurso a Diogneto del siglo XX*, para retomar un texto de la antigua tradición cristiana que ilustra esta condición del cristiano como ‘en el mundo, pero no del mundo’». Con este nombre los jóvenes universitarios querían decir: «Nosotros estamos aquí, no somos extraños a lo que el mundo vive, pero lo vivimos de otro modo, para nosotros más verdadero». Esto es lo que pretendían reflejar. Bertazzi recuerda: «Teníamos incluso una sede, una pequeña habitación en el patio que hay entre la iglesia de San Esteban y las ACLI, en la vía della Signora, al lado de la Estatal. Conseguimos también conquistar algún espacio gracias al hecho de que algunos de nosotros, sobre todo en Medicina, habían estado entre los líderes del inicial ‘movimiento de los estudiantes’ y eran conocidos».

Y así, en marzo de 1969, después de haberlo anunciado con un manifiesto, algunos universitarios se presentaron en la entrada de la Estatal por la tarde. Pero en la vía Festa del Perdono se encontraron desplegado a casi todo el estado mayor del Movimento Studentesco que les impedía la entrada. Empezó una discusión bastante sosegada

(porque las partes se conocían desde hacía tiempo), al término de la cual los jóvenes de la *Carta a Diogneto* concluyeron que les daba igual dónde reunirse. Y así la reunión se celebró sin obstáculos debajo de un sauce, en un prado dentro de la Estatal.

Durante una reunión en Cesena con un grupo de sacerdotes, el 3 de marzo de 1969, Giussani habló de aquella iniciativa para él excepcional: «En la universidad [...] un grupito de unos diez amigos ha sacado un manifiesto finalmente, por primera vez en año y medio, junto a todos los manifiestos del Movimento Studentesco y del rector». Giussani resumía su contenido: «Nuestro objetivo no es contestar, una contestación rebelde», sino «simplemente una voluntad de colaborar en la construcción de la Iglesia. Esta noche todos estarán allí, con esos pocos diez, pero suficientemente apoyados»; y comentó que esos pocos universitarios «son un solo corazón y una sola alma», porque para ellos «primero está Cristo, y después viene la acción». Estaba seguro de que «después de lo primero que hagan esta noche se sentirán mucho más compenetrados»².

Volviendo a pensar en aquel momento delicado y en la fuga de tantos *giesinos*, Bertazzi se explica así el hecho de haber permanecido, de no haber tomado el camino del Movimento Studentesco: «En el 68, permanecer fue una pura cuestión de afecto», no de sentimiento, basado en una evidencia potente —afectiva y racionalmente—, «porque había algo que nos había precedido y que también en aquel momento era más determinante que cualquier estímulo, más fascinante que cualquier proyecto y más consolador que cualquier compañía que se nos propusiera como alternativa». Por eso, comentará Giussani, decidir permanecer, en lugar de pasar a la contestación, «era afirmar la racionalidad profunda de esa permanencia, pues la racionalidad no consiste en una dialéctica. Porque en la experiencia emerge lo real», mientras que la razón dialéctica puede reducirse a «un *flatus vocis*, una cadena de aforismos o un choque continuado de creaciones, de generaciones abstractas»³.

Concuerda con este juicio don Francesco Ventorino, responsable de Gioventù Studentesca en Catania desde los primeros años sesenta: «No nos salvó una inteligencia mayor de la cuestión, sino el afecto más grande que teníamos hacia ti», dirá dirigiéndose a Giussani, y recordando que en 1968 tenía en la cabeza «una gran confusión como todos», pero también una certeza: «No podía seguir a nadie más que a ti». Y también: «Ese afecto se basaba en la experiencia, estaba fundado racionalmente, aunque no se tradujera inmediatamente en una claridad de juicio sobre el presente de aquel momento»⁴.

En noviembre de 1969 comenzó a circular por la Universidad Estatal de Milán un panfleto ciclostilado con una cabecera extraña: «Comunión y Liberación» y un titular igualmente inusual: «Construir la Iglesia es liberar al hombre».

Bertazzi, uno de los protagonistas de aquel inicio, recuerda: «La cosa parecía funcionar, al menos para nosotros. Nos sentíamos como si continuara la experiencia del movimiento que habíamos comenzado en el colegio». Los universitarios decidieron, entonces, pasar del ciclostil a unas «cuartillas» impresas. Pero el nombre tenía que ser más directo. «Me vino a la mente que queríamos hablar de dos cosas: la liberación, o sea, la aspiración que compartíamos con todos; y la comunión, o sea, lo que según

nuestra experiencia podía realizar esa liberación. Comunión/liberación, las dos cosas que sostener». Bertazzi se preguntó si no podía ser aquel el nombre, pero a la mayoría le pareció una fórmula demasiado fuerte para un boletín universitario. Una tarde del otoño de 1969, en la vía Bagutta, sede de la Jaca Book, discutió de ello con Sante Bagnoli, responsable de la casa editorial y uno de los más estrechos colaboradores de Giussani. «Al final él también dijo que podía ir bien. Y él era editor de oficio, así que se aprobó el nombre».

Después de algunos meses se imprimieron tres números de aquellos folletos, uno rojo y dos azules. De nuevo cuenta Bertazzi: «Había grupillos de amigos nuestros en muchas facultades y todos empezaron a usar aquel título junto al símbolo (protocristiano) estilizado del pez (ἰχθύς) también para los manifiestos, avisos, etcétera». Sin haberlo programado, Comunión y Liberación empezó a convertirse en un signo de reconocimiento. «De hecho, fueron los demás los primeros en empezar a llamarnos los de los grupos de ‘Comunión y Liberación’, refiriéndose a nuestros impresos», subraya Bertazzi.

Pocas semanas después de la difusión del primer folleto en la Estatal, aquella extraña fórmula apareció también en la Universidad Católica. Es el cardenal Giacomo Biffi quien cuenta el hecho. En 1969 era párroco en Milán; preocupado por la situación intraeclesial, se dijo a sí mismo: «¿Será posible que el Espíritu Santo haya abandonado a su Iglesia?». Recuerda que «todo se deshacía, no surgía nada». En aquellos meses Biffi escribió un pequeño libro, *Alla destra del Padre*; y tuvo dificultades para encontrar editor, hasta que Vita e Pensiero (la casa editorial de la Universidad Católica) lo aceptó: y así, al entrar en el edificio de la universidad en diciembre de 1969, Biffi vio expuesto un dazibao titulado «Comunión y Liberación», con algunos principios y la invitación a reunirse para quien estuviese interesado. Para Biffi fue una sorpresa: «Como un rayo de sol después de un cielo absolutamente plúmbeo. No sabía que detrás estuviera Giussani, lo supe después. Creo que fue ese precisamente el día en que nació, de las cenizas de la vieja GS, este nuevo movimiento llamado ‘Comunión y Liberación’»⁵.

Aquel grupito de universitarios tenía un punto de apoyo en la sede del Centro Péguy, en la vía Ariosto 16. Alguno de ellos pegó por fuera del local en el que se reunían el cartel firmado «Comunión y Liberación». Y un día -Bertazzi lo recuerda perfectamente- durante una reunión en el Péguy, los ojos de Giussani se fijaron en aquel papel: «Esto es, nosotros somos el nombre que se han dado los universitarios» exclamó mirándolo. Y continuó: «Porque la comunión es liberación»⁶.

La sorpresa ante algo nuevo

Queda por preguntarse cómo fue posible que, en medio de la turbación que afectó a todos durante los hechos del 68, empezara a tomar cuerpo una respuesta. A todos los jóvenes con los que se encontraba en la Católica y que le preguntaban: «¿Qué respondemos?», «¿Qué debemos hacer?», Giussani les decía un poco provocadoramente: «Pero vosotros, ¿sentís que amáis menos que vuestros compañeros contestatarios la

libertad del hombre, la liberación de la vida, sentís menos que ellos el deseo de una justicia auténtica?». Y ellos respondían que no, pero que precisamente por eso estaban en crisis.

En aquella situación los universitarios y Giussani se decían: «También nosotros queremos la liberación del hombre y de la sociedad, más que ellos probablemente, porque nosotros anunciamos al mundo a Cristo, que ha venido a liberar realmente al hombre». Para Giussani la respuesta que había que dar a los demás era esta: «Cuanto más edifiquemos la Iglesia, más contribuiremos a la verdadera liberación del mundo, corrigiendo continuamente la utopía general». Y para no dejar espacio a ningún malentendido con respecto a sus intenciones, subrayaba que la respuesta a la provocación de la contestación era: «Multiplicar [...] la comunidad cristiana», porque «esta es nuestra aportación a nuestros hermanos los hombres, abiertos a valorar incluso cualquier acento infinitesimal que la intuición de otros nos muestre, dispuestos a colaborar con cualquier hecho que, a la luz de la fe, nos parezca justo»⁷.

El 9 de noviembre de 1969 Giussani participó en una reunión estudiantil. Título del encuentro: «Grupos de estudio de universitarios y bachilleres». Daba noticia de ello un folleto ciclostilado de cinco páginas. En un momento determinado, intervino y precisó: «El grupo de estudio, en cuanto que analiza la situación, no puede aislarse del fenómeno comunidad cristiana del ambiente considerado enteramente».

Giussani aclaraba que «una teoría sobre la situación, [...] una verdadera lectura de las necesidades solo puede nacer de compartirlas, [...] en caso contrario se trata de una lectura apriorística», dictada «por las teorías de moda». Para Giussani el único a priori teórico y práctico es la comunión cristiana: «Compartir las necesidades es la única forma de leerlas, pero la lectura sería una realidad mundana si no parte de la tradición cristiana. [...] El inicio de la presencia en el ambiente no es el ambiente, sino algo previo. [...] El anuncio no viene de nuestra inteligencia a la hora de dirimir las cuestiones; está antes, es algo que nos es dado y dentro de lo cual nos encontramos, algo de lo que partimos continuamente»⁸. Algo que está antes: este es el contenido del reto que lanzaba Giussani. Sabía que iba a contracorriente respecto a la tendencia general, que quería primero el análisis y que subrayaba la urgencia de actuar.

Para Giancarlo Cesana, en esa época estudiante de medicina en la Universidad Estatal de Milán (luego profesor universitario), Giussani volvía a proponer en aquella borrascosa encrucijada el cristianismo en su naturaleza y fuerza originales, con un «planteamiento experimental» que afrontaba a cara descubierta objeciones y resistencias.

Cesana provenía de una experiencia de izquierda. Un motivo personal hizo que se removiera todo en él: «Me había enamorado, pero ella no me correspondía. Entonces me dije: ¿cómo es posible? Estoy haciendo la revolución para cambiar el mundo y lo único que quiero no lo tengo. ¿Dónde está la justicia?»⁹. En ese preciso momento se topó con Giussani, de una manera extraña: «Había ido a ver a un amigo que estaba de vacaciones con los jóvenes de su parroquia; [...] después de haber viajado toda la noche, me encontraba en una gran carpa que servía de comedor [...]. Estaba muy cansado, sentado de forma distraída a una mesa donde había una grabadora y, no sabiendo qué hacer,

apreté un botón». De aquella grabadora empezó a salir la voz ronca de alguien que decía: «¿Cuáles son las primeras palabras con las que Jesús empezó su misión?» Silencio. El tipo de la voz ronca repitió la pregunta; y una voz respondió: ‘Dijo: Amaos’. [...] ‘No, porque no le habrían comprendido. Para explicaros qué es lo que dijo Jesús cuando empezó su misión, [...] me remito a una experiencia de ayer por la noche. Anoche bebí un vino estupendo, un Barolo. ¿Qué se hace para comprender si un vino es bueno?’ Respuesta inmediata del grupo: ‘¡Hay que beberlo!’’. ‘Eso es, [...] Jesús empezó así. A los que le preguntaban: Pero ¿tú quién eres?, no les respondió: Yo soy el Hijo de Dios, mi madre me ha concebido virginalmente’». Cesana cita el sentido de las palabras que había escuchado, «‘No respondió esas cosas, no habrían comprendido, sino que les dijo: Venid y veréis. Y ellos fueron y estuvieron con él toda la tarde hasta la noche, y experimentaron y vieron que aquello era bueno para ellos. Así es como empezó Jesús».

Escuchar aquellas palabras, toparse con este «planteamiento experimental de la experiencia cristiana, fue como la caída de un velo [...] el disiparse de una niebla». Recuerda: «Inmediatamente me informé de quién era el señor que hablaba, y me dijeron que era don Giussani»¹⁰.

Aquel encuentro introdujo en la vida de Cesana una transformación radical: «Con él nos vimos obligados a repensarlo todo. El modo de juzgar, de intervenir, el lenguaje... Desde este punto de vista ha sido una experiencia riquísima»¹¹.

«La persona es el punto sobre el que baja el rayo divino»

Era una revolución de la que Giussani habló a los adultos del Centro Péguy el 26 de noviembre de 1969: «El punto en el que presenta batalla de forma radical el planteamiento cristiano a cualquier ideología es la persona». Y esto porque «la resolución definitiva del problema del mundo pasa a través de la relación Dios-individuo, es decir, pasa a través del fenómeno de la persona. La persona es el punto sobre el que baja el rayo divino para desbaratar o para poner en orden el terremoto del mundo». Por eso «el futuro más justo y más sano se realiza en el cambio de la persona. Es el concepto cristiano de conversión». Y señalaba dos factores que no había que perder de vista: la oración y la amistad.

De la oración Giussani decía que es «el tiempo en el que la persona toma conciencia, reconoce, acepta y grita a ese aguijón divino que penetra en su existencia, y por eso solo de ella puede derivarse una acción real, indomable, inagotable, aunque nadie te comprenda, aunque las cosas no vayan como habías pensado. Nadie te puede parar. Te hace estar seguro frente al universo, seguro de Otro».

En cuanto a la amistad, la novedad que precisamente en aquellas semanas estaba dando sus primeros pasos, le permitió a Giussani lanzar una advertencia: «No boicoteemos este término, como normalmente hacemos, alterando su valor auténtico», porque la amistad es «la relación que te recuerda la presencia que ha entrado dentro de ti, como si se hubiera desatado toda la energía atómica del universo».

Y concluía con cierta amargura: «Nosotros, amigos míos, después de tanta compañía

tenemos que reconocer que estos son los dos factores que no tenemos. Tenemos de todo, pero no estos dos factores, porque el primero es personal y el segundo es absolutamente personal». Y sin embargo solo «desde esta personalidad que no podemos quitarnos de encima ni confiar a otro, puede nacer toda acción verdadera que cambia la sociedad, la historia y el mundo», una acción que «no llega a convertirse en presunción», sino que está «llena de un optimismo enérgico que los demás llaman sueño, locura o ilusión; pero desde hace exactamente dos mil años hay gente que vive, construye y comprende cada vez más que esta que algunos llaman ilusión, es realmente el factor que domina desde dentro, impertérrito, la historia»¹².

Al final de una reunión del 17 de diciembre de 1969 se dio por primera vez el siguiente aviso: «El grupo de Comunión y Liberación invita a todos los universitarios a reunirse inmediatamente después aquí delante de la sala». Esto indica claramente que el grupo de los universitarios seguía a la realidad del Centro Péguy y que el movimiento se estaba reconstruyendo en torno a Giussani. Enseguida añadió el propio Giussani: «Os ruego que leáis el manifiesto que ha hecho el grupo de universitarios de Comunión y Liberación con motivo de la Navidad»¹³. A sus ojos, CL era ya una realidad identificable.

En mayo de 1970, dirigiéndose a los estudiantes de la Universidad Católica, Giussani subrayó cuál debía ser la posición de partida de Comunión y Liberación: «Darte crédito no porque me gustes o te estimes; darte crédito es sentirme una sola cosa contigo, es buscar la unidad de vida y de pensamiento contigo; la unidad contigo es origen de los criterios y de los juicios de sentimiento y de valoración, de acción, de programa, porque también tú has sido aferrado por este anuncio, has sido aferrado y lo recibes, lo acoges también tú». Y añadía que tenía delante a gente a la que hasta hace unos minutos no conocía: «Y ahora la siento más que a mí mismo». Por eso era necesario favorecer por encima de todo, «antes que nada, esta amistad: es necesario, pues, crear un hecho, un hecho nuevo dentro de la universidad, un ‘hecho de Iglesia’»¹⁴.

Pero el 20 de mayo, hablando a los universitarios de la facultad de Ciencias de Milán, constataba: «Parece casi que [...] no logramos captar el nuevo contenido». Ante la tarea de cambiar el mundo es necesario que «empecemos a cambiar nosotros», porque el cristianismo es una realidad humana nueva: y en cambio «parece que vivimos entre nosotros casi sin vernos, no logramos captar el contenido nuevo que brota entre nosotros porque no sabemos escucharnos»¹⁵.

El 4 de octubre, durante la reunión que marcaba el comienzo de curso de los adultos del Centro Péguy, describió la situación que tenía delante: «Ayer precisamente pensaba con sorpresa, un poco asustado, en la distancia, en toda la distancia que se produce de año en año entre los que permanecen dentro del flujo de nuestra vida y los que se marchan. Si uno se ha marchado hace un año —no por maldad, no porque se haya pasado a Satanás—, ya no nos comprende». Observó que «este es el aspecto más amargo del delito —hablando objetivamente— que han cometido los que se han marchado de entre nosotros. Porque ellos habrían podido ser nuestra vanguardia del cambio y de la acción». A continuación habló del nombre que se habían dado los universitarios: «Las palabras ‘Comunión y Liberación’ son realmente la fórmula definitiva de nuestra

presencia en el mundo». El movimiento, concluía, no obtendrá resultados del favor de las circunstancias, «ni de nuestras estructuras, sino de la verdad de vuestras personas»¹⁶.

Dos luchadores por Cristo

Durante todo el año 1970, Giussani insistió en estos temas. El 8 de abril, durante un debate en el Centro Péguy, se detenía de nuevo sobre la liberación y la comunión: «Nuestra amistad consiste en ayudarnos en la fe y nada más. Porque esta posición es la que nos ayuda a comprender que se nos ha hecho capaces de un compartir radical, de asumir nuestra contradicción, todas las contradicciones hasta el fondo, sin sentir escándalo por ellas». Y esto, continuaba, es «el reflejo del sacramento que somos en nuestra amistad, este es el valor que tiene la relación con tu mujer, el valor de mi relación contigo, amigo, y nada más». CL acababa de nacer, pero Giussani no ponía su atención en cuestiones organizativas, sino en la liberación que Cristo introducía en la vida del hombre hasta el punto de ponerle en condiciones de vivir una comunión con los demás, de modo que así «se pasa inmediatamente a primera línea, ¡inmediatamente!».

Para hacerse comprender contó lo que le había dicho el domingo anterior don Zeno Saltini¹⁷, el fundador de la comunidad de Nomadelfia, durante una larga conversación: «Suponed que un autobús va por una carretera junto a un canal. En un momento dado se ve a una persona que se cae al canal. El autobús se para, y todos se acercan al borde para decir: ‘Maldito gobierno que no ha puesto una valla protectora, que no ha puesto aquí policía, ¡hay que cambiar las estructuras de este gobierno!’». Uno, que está allí sin decir nada, se tira al agua y trata de agarrar el cuerpo de ese pobrecillo. ¿Quién está con el pueblo? ¿Quién está más con el pueblo? ¿El que está abajo o los que hablan en el borde del canal?». Giussani comentó que lo que había hecho el que se tiró al agua «es la opción cristiana»¹⁸.

El primer encuentro de don Zeno con Giussani tuvo lugar a mediados de los años sesenta. Tres páginas mecanografiadas del 9 de marzo de 1965 relatan una conferencia de don Saltini sobre «Nomadelfia: tentativa de comunidad cristiana». El sacerdote de Módena contaba: «Hace algunos meses tuve ocasión de hablar con don Giussani y le dije que en la Iglesia estamos demasiado divididos, demasiadas obras distintas para un fin último que es Cristo. [...] Pío XII dijo que en este siglo tenemos que pasar de lo salvaje a lo humano y de lo humano a lo divino. Sois vosotros los jóvenes quienes podéis salvar a la Iglesia, que está en grave peligro. Hay que empezar a hacer cuentas. Que se pueda decir todavía de vosotros que sois la estirpe elegida, que antes erais no-pueblo y ahora sois pueblo de Dios»¹⁹.

Pero fue sobre todo en el otoño-invierno de 1970 cuando los encuentros entre los dos se intensificaron. En febrero, don Zeno habló de la experiencia de Nomadelfia en el Centro Péguy de Milán, narrando cómo empezó todo: «Yo celebré mi primera misa en la catedral de Carpi —fue en el 31— con la condición de que pusieran entre las autoridades a un joven de 18 años que había salido de la cárcel en aquellos días, vestido elegantemente. Me dijeron: ‘¿Qué haces con él?’. ‘Lo voy a tomar como hijo mío. Un

chico abandonado no necesita asistencia, necesita un padre'». Comenzó así a recoger a chicos en dificultad: «Desde 1931 hasta hoy hemos sacado adelante a cerca de cuatro mil ochocientos chicos»²⁰.

El 10 y el 11 de octubre de 1970 Giussani y don Zeno organizaron en Milán, en la sede de los padres del PIME (Pontificio Instituto de Misiones Extranjeras), un Congreso de los *nomadelfios* (como se les llamaba a los miembros de la obra del sacerdote de Módena) y de los grupos milaneses de CL (que estaban dando sus primeros pasos en la ciudad). Al introducir las sesiones, Giussani dijo que el origen de la reunión había que buscarlo «en la estima profunda y en la 'nostalgia' que todos nosotros, los de Milán, teníamos y tenemos por Nomadelfia, a la que sentimos como un paradigma, es decir, como algo que debemos tratar de imitar [...]. Reconocer en otros unos criterios justos significa poseer esos mismos criterios, o [...] ese mismo discurso». Una palabra, esta última, que en ese periodo Giussani utilizaba frecuentemente, con toda la profundidad de su significado. «Sentíamos dentro de nosotros ese planteamiento justo, y nos resultaba al mismo tiempo evidente la debilidad y la fragilidad de nuestros pasos. Somos pobre gente, pero quisiéramos de verdad hacer más; quisiéramos amar más el planteamiento que Dios nos ha puesto en el corazón; quisiéramos realizar más esos criterios que Dios nos ha dado por gracia». Por eso Giussani confesaba: «Estamos llenos de gozo ante un ejemplo auténtico como el de Nomadelfia y nos sentimos provocados por él conforme a los tiempos que Dios pida a nuestra historia y a nuestra vocación. La estima que nosotros desde Milán hemos sentido siempre hacia Nomadelfia ha desembocado este año en una toma de conciencia imprevista».

Algo análogo le debió de ocurrir a don Zeno, según lo que contaba Giussani: «Don Zeno ha dicho que no ha encontrado nunca, en todos los lugares de Italia que conoce, a gente tan 'correspondiente' y tan capaz de comprender y de reaccionar bien ante su propuesta como los grupos [...] de nuestro movimiento. Por eso dijo en abril: 'Tenemos que juntarnos para dar espacio, para dar lugar a un acontecimiento común'». Giussani indicó también el objetivo de reunirse con ellos: «Es necesario que nos esforcemos por realizar la fe, y no se trata de ese ideal de humanidad que puede haber en cualquier hombre, incluso en un pagano, como diría el Evangelio; se trata por el contrario de un mundo nuevo»²¹.

Tomó la palabra don Zeno: «Este encuentro no ha sido un encuentro humano, pienso yo, es el Señor quien provee estas cosas. Y yo no he conocido nunca una cosa que me interesara tanto enseguida, en cuanto me acerqué a ella, como vuestra organización de Gioventù Studentesca». «¿Por qué nos hemos encontrado? Ciertamente el Señor lo sabe mejor que nosotros. ¡Yo digo que esto es un acto de Dios! Y se ve, los signos se ven. Pero ¿qué hacemos nosotros en la Iglesia? Hacer de contestatarios es un pasatiempo para gente que tiene tiempo para perder y para dañar a la Iglesia. Y porque nos sentimos elegidos, para nosotros todo lo que no marcha en la Iglesia es motivo de llanto, no de crítica. Nunca podréis concebir la vida cristiana, católica, sin el *unum*. Este *unum* quiere decir precisamente ser solo uno, y presentarnos al pueblo no para decir: '¡Nosotros somos los santos, somos los hijos libres de Dios!'. Dirían: 'Bueno, veamos'. Es

necesario que sea el pueblo, el mundo quien diga: ‘¡Estos son los hijos libres de Dios!, como decía el pueblo pagano cuando veía a los cristianos: ‘¡Se aman entre sí como si fueran hermanos!’».

Don Zeno describió así la misión de Nomadelfia: «Queremos fundar una nueva civilización, simplemente porque estamos seguros de esto: que solamente se puede crear una civilización sobre la fe, y que fuera de ella habrá siempre caos, porque la fe es algo preciso e influye en la naturaleza del hombre».

Nada más terminar don Zeno su larga intervención, tomó la palabra Giussani: «Escuchar a don Zeno quiere decir sentirse llamados desde las raíces de nuestra alma al deber de realizar la fe, quiere decir cambiar la vida y por consiguiente empezar a cambiar el mundo». Y también: «El contenido de esta fe implica una estructura precisa de cosas, indica valores precisos, objetivos, los que nacen del hecho de Cristo. Porque se trata de realizar la fe, no de un ideal de humanidad tal como puede salir, con toda su buena intención, del espíritu de todos los hombres, también de los paganos, que diría el Evangelio, sino de un mundo nuevo por medio de la fe, porque es la fe lo que influye en la naturaleza, como ha dicho ahora don Zeno»²².

Algunos días después, el 14 de octubre de 1970, el Centro Péguy organizaba un encuentro para retomar el Congreso con los *nomadelfios*. Giussani estaba presente y observó: «El paradigma y el ejemplo de Nomadelfia no consisten en las formas de Nomadelfia, sino en algo distinto. El ser hijos de Dios tiene lugar en la materia y por consiguiente en toda la realidad como una unión global. Es precisamente esta totalidad lo que constituye el centro de nuestro planteamiento, y esta totalidad es la gran palabra de Nomadelfia». Giussani concluyó: «Es como si el encuentro con ellos nos agarrara del pescuezo y nos dijera: ‘¡Vive esta conciencia!’». Esta sorprendente identidad de concepción y de sentimiento último del hecho cristiano que hay entre don Zeno y nosotros debe ser una premisa para dejarnos tocar profundamente»²³.

El 4 de diciembre don Zeno estaba de nuevo en el Centro Péguy, y Giussani subrayó que la invitación de don Zeno era «eminentemente misionera», y por ello se trataba de «decírselo a los demás con todo el amor y el respeto a la libertad de su conciencia, de su historia, de su vocación personal, y por ello con discreción»²⁴.

Respondiendo a estas preocupaciones de Giussani, durante una reunión del 11 de febrero de 1971 en el Péguy, don Zeno subrayó que «el mundo [...] tiene necesidad de vosotros y de todos. [...] Tened confianza en vosotros, no digáis: ‘Soy un pobre pecador’ [...], todos somos pecadores, dices una gran novedad, ¡ya comprenderás! [...] ‘¿Sabe, reverendo, soy un pecador?’. ‘Mira, démonos la mano, somos iguales los dos. Dime alguna novedad [...], dime algo que sea distinto’»²⁵.

Y al recordar su personalidad, dirá Giussani más tarde: «Las palabras ‘don Zeno’ me recuerdan inmediatamente, como primera cosa, un abrazo, en el que me sumerjo asombrado [...]. El mismo don Zeno, con toda su persona, era un abrazo a la humanidad: no a la humanidad de los filósofos, sino a la humanidad de la gente, de las personas, pequeñas y grandes». Y también: «¡Qué remordimientos me han atenazado el alma ante la noticia de su muerte! Al pensar lo que podría haber hecho con él, por él, por sus hijos,

por este pueblo nuevo suyo, que —por muy limitado que sea— permanece como un símbolo de reclamo para todos: símbolo de compartirlo todo, de libertad con respecto a las cosas»²⁶.

Hans Urs von Balthasar

En enero de 1971, Giussani participaba en los Ejercicios espirituales de los grupos de CL de las universidades de Friburgo, Berna y Zúrich, que se celebraron en Einsiedeln, sede de una histórica abadía benedictina. Expusieron las meditaciones él mismo y Hans Urs von Balthasar, el teólogo suizo al que había conocido poco antes. El contenido de aquellas lecciones confluirá en un pequeño libro, editado en junio del mismo año por la Jaca Book con el título *L'impegno del cristiano nel mondo*. Por pudor frente al gran teólogo, Giussani hizo que se imprimiera su nombre en la portada con caracteres muy pequeños, y sus propias meditaciones como «resumen, redactado por un grupo de ‘Comunión y Liberación’»²⁷.

Claudio Mésoniat, en aquella época estudiante universitario, afirma: «Fue Scola quien decidió invitar a Von Balthasar a Einsiedeln, el centro de la Suiza católica»²⁸. Una fotografía nos muestra a don Scola (ordenado sacerdote hacía pocos meses), Giussani y Von Balthasar en la mesa durante aquellos Ejercicios.

El libro se abre con estas palabras de Von Balthasar: «Dedico estas dos conferencias pronunciadas para los grupos de ‘Comunión y Liberación’ a don Luigi Giussani, en señal de amistad y de profunda admiración».

El efecto de aquellos Ejercicios en Giussani fue tal que el 22 de marzo Von Balthasar era invitado a Milán para dar una conferencia organizada por el Centro cultural San Babila²⁹. El tema era de nuevo «El compromiso del cristiano en el mundo»³⁰. El 24 de marzo, Giussani participaba en un encuentro para retomar la conferencia, durante el cual la comentó punto por punto, pero antes dijo: «Queremos que la lección que pronunció Von Balthasar la otra noche se convierta en instrumento de trabajo, más aún, en ‘el’ instrumento de trabajo más importante para nuestra meditación de estos meses, porque fue verdaderamente un testimonio excepcional». Giussani subrayaba que se vio sacudido por la afirmación de que el hombre tiende a algo que le supera: «El hombre —explicó muy oportunamente— es un ser en espera, todo él en tensión hacia adelante, por tanto, sin saber qué es lo que espera; es un ser en espera de algo que está más allá de su esfuerzo imaginativo, como también del esfuerzo preventivo de su inteligencia». El hombre es un ser en espera, y «solo cuando la cosa se le presenta comprende entonces qué es eso que esperaba».

Dado el título de la conferencia, el primer punto de su desarrollo parecía eludir el tema, porque el teólogo empezaba hablando del compromiso de Dios con el mundo. Pero Giussani aclaró que se podía comprender enseguida la lógica de esta elección: «El cristiano es alguien que sigue a Dios, que imita»; por eso antes de hablar del compromiso del cristiano en el mundo Von Balthasar afronta la cuestión de Dios. «El presupuesto de la Iglesia», había dicho textualmente, «es el compromiso de Dios con el

mundo». En efecto, el mundo espera algo «que no puede construir por sí solo ya que está más allá de la medida de su inteligencia, más allá de la medida con la que puede plantearse hipótesis, con la que puede generar proyectos, y más allá de su imaginación». Y la respuesta de Dios es Cristo, «el hombre Cristo», que es «el amor de Dios por nosotros». Entonces, ¿qué es el cristiano en el mundo? «Alguien que lleva al mundo lo que el mundo espera sin saberlo: Cristo».

Giussani retomaba dos observaciones prácticas de Von Balthasar: la primera, que «la Iglesia, es decir, la realidad cristiana en el mundo, no es ante todo la jerarquía eclesiástica. La jerarquía eclesiástica —decía— es como la estructura, el esqueleto, que tiene la función de mantenernos de pie, pero uno no se acerca a otro para atraerlo hacia sí como esqueleto, porque ese otro tendría miedo, huiría». La segunda, que «una Iglesia contestataria, ¿qué signo de salvación puede ser?». Giussani concordaba con Von Balthasar en que «el deber que nace para el cristiano, para la presencia del cristiano en el mundo, es realizar la comunión». Esta, añadía, «es ‘la’ ley del cristiano, y nada más». Y pensando en el movimiento, dijo: «Nosotros estamos unidos porque Cristo ha muerto y resucitado»; por eso, «todas tus objeciones a los que no hacen nada, o a los que siempre gobiernan las cosas, haga buen o mal tiempo, o a los que no te corresponden o te dejan solo; todas tus objeciones, esas por las que te mantienes a un lado o al margen de la vida de la comunidad, ¿de dónde nacen? De que para ti no es todavía verdad que estemos unidos porque Cristo ha muerto y resucitado, porque aunque hubieras matado a mi madre yo debería aceptarte en comunión, aunque tú me matases a mí yo debería aceptarte en comunión, porque aunque me matases no podrías borrar el hecho de que Cristo ha muerto y resucitado para nuestra unidad». Recordó que ya decía estas mismas cosas en las clases de religión en el Berchet: «Si tú vienes a matarme, ¿qué quiere decir que te perdono? Que yo te acepto tal como eres, que eres una sola cosa conmigo, porque lo que me hace una cosa sola contigo es más profundo de lo que tú eres y haces: es Cristo muerto y resucitado, es este hecho objetivo que toda tu maldad no me puede quitar porque tú eres yo y yo te acepto. Si comprendiera esto ese que está ahí dispuesto a acuchillarme, explotaría de rabia, ¡porque mientras está a punto de matarme comprende que no puede huir de mí, que yo le abrazo, ¿comprendéis?!»

Giussani retomaba también una recomendación de Von Balthasar: hay que ser conscientes de que «no somos nosotros quienes construimos la unidad de la Iglesia, la unidad es Cristo muerto y resucitado. Por eso, para mantener la unidad, debemos continuamente *dépasser*, superar todas nuestras experiencias». Giussani estaba de acuerdo «porque el cumplimiento es algo que nos sobrepasa, que sobrepasa nuestras experiencias; lo que cumple nuestra vida es la muerte y la resurrección de Cristo. Y de hecho comienza a realizar lo absurdo, es decir, la unidad entre nosotros, imposible de otro modo». He aquí, pues, una fórmula que lo resumía bien: «No son nuestras experiencias las que construyen la unidad, sino que es esa unidad la que fundamenta nuestras experiencias. Primero hay un dato, un hecho que se plantea: aunque yo sea un delincuente... este hecho se me plantea igualmente. Dios se implica... me tropiezo con él de igual modo, ¡viene conmigo!».

En este punto recordó una «nota bene» importante: lo primero que hay que hacer para comprometerse con el mundo «no es obrar o construir, sino aceptar esta implicación de Dios con nosotros», según la norma bíblica: «No era la gente capaz la que construía, la que emprendía proyectos y aventuras, empresas; era la obediencia a la palabra de Yahveh».

En cuanto a la segunda parte de la conferencia de Von Balthasar, dedicada al compromiso del cristiano, Giussani partía de una gran premisa: Cristo trae «la respuesta a la espera del hombre, esta respuesta tan esperada cuanto imposible de prever, de presentir, de imaginar, porque es una respuesta que viene de más allá del hombre; y la trama más verdadera de las relaciones humanas es un símbolo, un signo de esto». A propósito de esto recordaba que Von Balthasar había puesto el ejemplo de la Creación de Miguel Ángel, en la Capilla Sixtina: «El hombre, la humanidad es como esa mano o ese dedo que busca su objeto, y su objeto es otra mano. La esperanza humana no puede apaciguarse por sí misma. Dentro de la historia no hay una figura humana capaz de satisfacer nuestra esperanza».

La tarea del cristiano se perfila en esta condición incompleta: «Dirigir la esperanza hacia el objeto de su satisfacción, que está entre nosotros. El hecho de Dios entre nosotros —Cristo— que se manifiesta, más o menos velada o lúcidamente, en la de otro modo imposible experiencia de unidad entre hombres, la comunión eclesial». Pero una unidad que «transfigura las estructuras, las estructuras limitadas, cambiantes, que las transfigura desde dentro por medio del amor divino. Solo a través de la Iglesia adquieren estas una luz, una transparencia inimaginable para el hombre», porque esta es la paradoja del cristianismo: «Que realiza ya como experiencia, al menos un poco, lo inimaginable; que convierte en experiencia lo inimaginable».

Precisamente por esto, según Giussani, el cristiano tendrá necesariamente que ser «signo de contradicción cuando quiera conducir al mundo más allá de los fines previstos por sus políticas y sus filosofías. Por eso la figura de la acción cristiana en el mundo es el testimonio». Concluía con una referencia explícita a Von Balthasar: «Conocer a un hombre así ha despertado en nosotros una enorme gratitud a Dios. También porque da realmente gusto escuchar que un extraño, que eso uno de los mayores teólogos actuales, confirma casi literalmente (incluso en las frases) lo que llevamos diciéndonos desde hace tantos años»³¹.

Joseph Ratzinger

Von Balthasar estuvo en el origen del encuentro de Giussani y de CL con el profesor Joseph Ratzinger, en la época en que este enseñaba en Ratisbona, Alemania. En los primerísimos años setenta, un grupo de teólogos se animó a fundar una nueva revista teológica, según lo que recordará el mismo cardenal Ratzinger: «Balthasar, que no había sido llamado al Concilio y enjuiciaba con gran agudeza la situación que se había creado, buscaba nuevas soluciones que sacaran a la teología de las formas partidistas a las que tendía cada vez más. Su preocupación era la de reunir a todos los que no pretendían

hacer teología sobre la base de las finalidades y posturas preconstituidas de política eclesial, sino que estaban coherentemente decididos a trabajar a partir de sus fuentes y de sus métodos. Nació así la idea de una revista internacional que debía operar a partir de la *communio* en los sacramentos y en la fe, y que se proponía introducirse en ella. Hablamos de ello frecuentemente con De Lubac, Bouyer, Le Guillou y Medina. Al principio parecía que el proyecto debía llevarse a cabo en Alemania y Francia», pero «mientras tanto Balthasar había conocido en Milán al fundador del movimiento de Comunión y Liberación, Luigi Giussani, y a sus prometedores jóvenes»³². De modo que «nos reunimos con ellos y pasamos juntos un día. Para mí fue un descubrimiento interesante, no había oído hablar de ese grupo hasta aquel momento. Y veía jóvenes llenos de fervor por la fe, nada que ver con un catolicismo esclerotizado y cansado, ni tampoco con esa idea contestataria que considera todo lo que había antes del Concilio como algo totalmente superado; sino una fe fresca, profunda, abierta, y con la alegría de ser creyentes, de haberse encontrado con Jesucristo y con su Iglesia. Ahí comprendí que había un nuevo inicio, una fe renovada que abría puertas al futuro»³³.

El cardenal Scola recuerda que el encuentro con Von Balthasar y Ratzinger, y el posterior nacimiento de la revista teológica (*Communio*) se produjeron gracias a don Eugenio Corecco (ver aquí, p. 1093), en esa época profesor de Derecho canónico en Friburgo y perteneciente al movimiento de CL: «Sin la acción enérgica de Corecco y sin la genialidad editorial de Bagnoli, el gran proyecto de Von Balthasar, de De Lubac y de Ratzinger quizá no habría visto la luz. Von Balthasar lo ha reconocido muchas veces. La revista se llamó *Communio* a propuesta de Corecco y de Bagnoli, a lo que todos nos adherimos con entusiasmo»³⁴.

Al conmemorar los veinte años de la revista teológica, el cardenal Ratzinger añadirá otros detalles: «Ya no sé exactamente cuándo se tomó en consideración el nombre de *Communio* por primera vez. Pero presumo que ocurriría por el contacto con el movimiento ‘Comunión y Liberación’. El término *Communio* se configuró de improviso como una iluminación» en la habitación en la que se estaba discutiendo el proyecto. «Podía expresar el conjunto de lo que queríamos». En todo caso, «debimos no obstante reconocer enseguida que una comunidad no puede construirse por medio de una revista, sino que la comunidad debe precederla y hacerla necesaria, como ocurría con ‘Comunión y Liberación’»³⁵.

Giussani comentaría estas palabras del cardenal con asombro: «Asombro por este crédito que Dios nos da a través de la Iglesia. Que Ratzinger pronuncie el discurso inaugural de la fiesta por los veinte años de *Communio* y diga que la idea se puso en práctica cuando Von Balthasar conoció a Comunión y Liberación, es algo que pertenece al misterio de Dios, que no escoge a los grandes y los fuertes, sino a mí que soy más débil y pecador»³⁶.

Hay una traza del comienzo de esta relación con Von Balthasar y Ratzinger en una carta que Giussani escribió en el verano de 1971 a su arzobispo, Giovanni Colombo (ver aquí, p. 355)³⁷.

El trabajo y la 'Escuela de religión' de los enfermeros

En 1971, Giussani extendió el tema de la novedad de la presencia cristiana —que había introducido en sus conversaciones con los universitarios— al mundo del trabajo y a la vida de toda la sociedad: si Cristo es el comienzo de una vida nueva, entonces toda la existencia queda implicada: «Todos conocemos los primeros capítulos de los Hechos de los Apóstoles que describen la primera comunidad cristiana [...]. ¿Se retiraron quizás a una montaña para hacerse un pequeño estado? No, estaban profundamente insertos en la situación social: san Pablo era un trabajador típico de entonces, ganaba su pan trabajando todos los días, estaba dentro de la sociedad de entonces. Pero dentro de la sociedad se constituía, en la medida de la fe, en tanto en cuanto se tomaban en serio el anuncio que habían recibido, una trama de relaciones estable y orgánica, llena de funcionalidad. Una sociedad es todo esto; es realmente dentro de la sociedad como nacia esta realidad social precisa, cada vez más fuerte, cada vez más precisa»; por eso, «si tú y yo tenemos en común lo que es nuestra vida, si tenemos en común el sentido de nuestra vida (que es Cristo), con mayor razón lo tenemos todo en común, todo lo demás»³⁸.

El 17 de mayo de 1971, hablando en Lecco, desmontaba toda la preocupación asociativa que podría apoderarse de los *cielinos* presentes en el mundo del trabajo: «Tu compañero de trabajo es tuyo, no de la comunidad: es de la comunidad a través de ti. [...] Eres tú quien debe imaginarse el modo, eres tú quien debe tomar la iniciativa, inventar las palabras que decir, la atención que prestar, el amor que tener... [...] La puesta en juego personal no puede descargarse sobre nadie. En cambio, somos esquemáticos». Indicaba también un síntoma de esto: «Nuestra presencia cristiana reducida a reuniones, reuniones, reuniones... No estoy en contra de las reuniones, sino en contra del esquema abstracto por el cual somos cristianos solamente en la reunión»³⁹.

El mismo año, hablando en un congreso nacional de CL que reunió a los que estaban implicados en el mundo del trabajo, Giussani subrayó la urgencia de que se ejerciera una presencia personal: «Todas las ideologías toman en consideración solamente una u otra de nuestras necesidades, y así nos reducen a segmentos [...]. En resumen, se subrayan muchas verdades, pero todas están en función de una gran mentira: el aplastamiento de la persona»⁴⁰.

En 1971 Giovanna Tagliabue y Antonella Moglia asistían a la escuela de los Institutos Clínicos de Especialización de Milán. La comunidad de CL en la clínica Mangiagalli estaba dando sus primeros pasos. Sor Agostina Fumagalli, que dirigía la escuela, estaba interesada en la figura de Giussani y pidió a las dos jóvenes que comprobasen su disponibilidad para dar un curso de religión en su clase. «Se lo propusimos, y dijo que sí. La clase de religión, de primeras, reunió a una treintena de alumnas de primero. Después, también los amigos de la comunidad de la Mangiagalli quisieron participar en ella. Y así la clase de religión se cambió al turno de tarde, y tenía lugar en el aula magna de la Clínica del Trabajo. De este modo todos podían asistir: enfermeras del hospital, estudiantes de medicina y médicos. En total unas cincuenta personas»⁴¹.

Con su grabadora, la directora se sentaba en primera fila. He aquí un fragmento de una

clase de 1972: «No se puede prestar servicio al mundo más que viviendo y actuando en función de su orden, y por ello, solo haciendo la voluntad de Dios, porque el orden del mundo es el designio de Dios». En caso contrario, todo el ímpetu de la buena voluntad y toda la generosidad de las buenas intenciones no eliminarían el hecho de que la acción «serviría a nuestro modo de concebir las cosas, que no es el de la realidad, que no es el verdadero. Como una madre que, dado que su niño está mal, y creyendo que hace lo correcto, le hace tragarse un purgante y le manda al otro mundo por una peritonitis: ella creía obrar bien, creyó obrar bien». En este punto, Giussani introducía el tema del deber que cada uno está llamado a cumplir: «Plegar, modelar, utilizar nuestra instintividad, nuestra situación, en función de su utilidad para el designio de Dios, es decir, para el servicio al mundo —que es lo mismo—». A continuación ponía un ejemplo de la vida de un hospital: «Hay un enfermo que se tiene que levantar, se apoya en los codos pero no lo consigue. Pero si va allí su madre, o su mujer, o una enfermera, o el médico, o un amigo, y lo toma por debajo del brazo, entonces logra caminar, más o menos, pero puede conseguir caminar. Esta es la imagen del hombre que camina conforme al pensamiento cristiano: el hombre solo puede caminar abrazado, sostenido por Jesucristo. Dios ha venido al mundo exactamente para tomarnos y hacernos caminar»⁴².

Del 8 al 10 de abril de 1971, en los Tres días de Pascua que se celebraron en Valverde di Cesenatico, Giussani invitó a mirar de frente la situación de cada uno: «El hecho de que esta vida no nos satisfaga o que nos deje, en el fondo, con la boca amarga, que nos haga llegar al final del día con una sensación de vacío, solo puede ser útil en la medida en que se convierta en deseo (al menos) de recuperación, de que vuelva a empezar la novedad, [...] de que dirija su rostro de nuevo a nosotros, de que esa palabra recupere su transparencia, de que esta bagatela que llamamos vida vuelva a ser, en nuestras manos, una cosa seria».

Giussani aclaraba qué tenía que ver la pasión de Cristo con lo que estaba diciendo: «Cuando estás en el máximo de la exasperación, en el desprecio de ti mismo y el rechazo de la vida, dices, acusándote: ‘Soy un gusano que se arrastra’; ¿y a quién te encuentras en tu nivel, en tu nivel bajo? Te encuentras a Dios, a Jesucristo, que ha descendido voluntariamente contigo a tu nivel. Los pies llegan hasta tierra, hasta la superficie de la tierra, y ahí está Dios, agachado para lavártelos y besarlos. [...] Cada vez que lo cotidiano te escandaliza, que lo normal, el dolor o la alegría, las cosas, la materialidad de tu situación te escandaliza, marca ese momento como un comparecer de Dios que te guiña el ojo, de ese Amigo que te hace una señal: ‘Mírame, estoy aquí. ¿Qué estás husmeando? ¿No estás un poco bizco? Reconóceme, estoy aquí’. Está aquí, en las cosas; está aquí, en los hechos»⁴³.

El monasterio de la Cascinazza

El 17 de mayo de 1971, a mediodía, Giussani se encontraba en Gudo Gambaredo, donde estaba a punto de nacer un monasterio benedictino. Era la comunidad monástica de los Santos Pedro y Pablo en la ‘Cascinazza’⁴⁴, que será instituida de allí a pocas

semanas, el 29 de junio, como intento de renovar la experiencia benedictina a la luz del Concilio Vaticano II y de las indicaciones de Pablo VI⁴⁵.

Giussani definió así esa fundación: «Un gran don que Dios nos hace, un milagro». Contó que se había reunido con el abad presidente de la congregación benedictina subiacense, el padre Gabriel M. Brasò, quien le había dicho que «san Benito se retiró al campo porque en el desorden de Roma no conseguía vivir bien el cristianismo: tomó algunos caseríos en el campo y se puso allí a vivir con otros el cristianismo; en efecto, entonces no existía [todavía] el concepto de irse a un convento. Y aquella casita [...] era una casa, su casa, la casa de gente que no había nacido de la carne y de la sangre sino de Dios, y que se había juntado por aquello». Además, según el abad, el monasterio debe ser una casa que se convierte en monasterio: «Así es el monasterio, así es para nosotros. Si en una casa hay cinco locos, es un manicomio: no se ha construido como manicomio, pero de hecho lo es. Aplicad esto a todo: una casa con un hombre, con una mujer y con hijos es completamente distinta si sus habitantes son cristianos, se convierte realmente en Iglesia [...] (es decir, *ecclesia Dei*, comunidad de Dios)»⁴⁶.

Giussani se reunió con el abad Brasò en el Beato Lorenzo, el eremitorio en las cercanías de Subiaco que albergaba las reuniones del Grupo adulto y de los sacerdotes vinculados a Giussani: durante el verano, con ocasión de los retiros espirituales en ese lugar, el padre Brasò participaba en las reuniones nocturnas en torno a la hoguera y cantaba con los allí presentes. Se quedó asombrado porque nunca había conocido nada igual⁴⁷.

Los primeros que entraron en el nuevo monasterio, siete u ocho en total, recuerdan bien aquel 17 de mayo de 1971. Giussani les indicó la misión que les esperaba: «Frente al hecho al que vais a dar comienzo, frente a la acción de la Providencia, hay que quedarse maravillados como frente a un milagro. El milagro no está en una contradicción con la dinámica de los acontecimientos, con el rostro de lo que sucede; es una convergencia grande de indicios, de acontecimientos, llena de significado, y que da origen a algo que no es nuestro. Pero el milagro no es para sí mismo, sino para construir una historia, y es señal de que se está en el camino de Dios. De hecho es la historia la que conduce todas las cosas al significado de Cristo. El hecho al que vais a dar comienzo es una posibilidad de renovación de la experiencia benedictina. Es algo grande, que no se puede decir con ligereza». Por consiguiente, «si el primer factor que hay que tener en cuenta es la experiencia de recuperación de los valores originarios, el segundo factor [...] es la fidelidad al movimiento»; y explicaba, para evitar ser malentendido: «Fidelidad al movimiento no significa fidelidad a grupos, personas, sino [...] fidelidad al hecho de Dios en mi vida, conforme a la forma en que Dios me ha aferrado. La unidad no es estar juntos para hacer lo mismo, o para hablar; es la soldadura que se produce en la medida en que nos comprometemos a vivir el hecho de Dios en nuestra vida»⁴⁸.

Sergio Massalongo entró en 1975 en la Cascinazza (donde llegaría más tarde a ser prior) y recuerda unos comienzos marcado por «una pobreza grandísima —[...] no había ni siquiera maestro de novicios, el abad estaba siempre fuera debido a sus compromisos, y el trabajo de la mañana a la noche ocupaba casi todo el tiempo—» y por «una

obediencia verdaderamente cordial al Misterio, totalmente a merced de la voluntad de Dios». Hasta que un día, como consecuencia de una decisión de la comunidad, junto a otros pocos se encontró «como en una balsa en medio del mar, sin saber adónde ir; no solo, sino también con una buena agitación a bordo». Y entonces, ¿qué hizo? «Pedimos ayuda a todos, pero solo don Giussani nos ayudó, y sin el salvavidas que él nos lanzó yo no sé si estaría aquí. Le debo verdaderamente la vida»⁴⁹. Un salvavidas hecho de amistad, de sugerencias para la vocación y de ayudas materiales. Como sucedió el 11 de marzo de 1972. Al término de una reunión con un grupo de adultos de Milán, Giussani daba el siguiente aviso: «Para hacer frente a los gastos del monasterio de la Cascinazza, el monasterio benedictino que esperamos que el Señor, a pesar de nuestros pecados, nos conserve, y de la explotación agrícola en la que trabajan los monjes y con la que se sostienen, el pintor Bill Congdon ha donado algunos de sus cuadros que están a la venta en Gudo Gambaredo»⁵⁰.

Para subrayar el vínculo que se establecía entre la Cascinazza y CL, Giussani dijo que «el monje es en la comunidad cristiana un indicativo de la conciencia del hombre. De modo que el monasterio es en la vida de la Iglesia el ejemplo de un modo nuevo de ordenar la vida, en torno a la certeza de que solo Cristo salva». El monasterio de la Cascinazza es «un ejemplo de vida nueva, de humanidad nueva: un pedazo del Cuerpo de Cristo», en el que «la unidad entre los hermanos, es decir, la verdadera *amistad de Cristo* hecha presencia, es el milagro al que nosotros miramos, y que siempre buscaremos»⁵¹.

Los encuentros periódicos en la Cascinazza fueron para Giussani ocasión de una progresiva toma de conciencia del significado que tenía esa realidad surgida casi de forma simultánea al nacimiento de CL. Al dirigirse a los primeros monjes, les invitó a reconocer que «la misión en el mundo actual es exactamente la misma que en los primeros tiempos del movimiento benedictino, porque este surgió como grupos de hombres, como realidad de humanidad nueva, como una compañía humana nueva en nombre de Cristo [...]. ¡Qué grande es el movimiento benedictino, que 1.500 años antes del Concilio Vaticano II reconoció como valor del cristiano el bautismo!». El comienzo de san Benito fue «el testimonio de gente que no vivía la vida como un caos, que vivía las cosas con un orden. Es el testimonio de una convivencia distinta. Ahora ha llegado el tiempo, el mismo tiempo, porque no se puede estar más en ruinas de lo que lo estamos ahora»⁵².

Para Giussani «la Cascinazza es como el Nazaret del movimiento», es como «la semilla, esa nada que es la semilla dentro de la tierra, una nada que se marchita, ¡y qué gran árbol está destinado a ser esa semilla!». El monasterio, continuaba, «es como la figura de la Virgen: literalmente la matriz, la gestación de la nueva criatura en el mundo»⁵³.

A aquel pequeño grupo de jóvenes monjes Giussani les recordaba que «la fe genera nuevas formas de vida; genera una cooperativa, genera la comunidad de ambiente en la enseñanza, ¡genera un monasterio! Y este es el culmen, el culmen desde el punto de vista

pedagógico, desde el punto de vista eclesial, como realidad pedagógica del pueblo de Dios». Y subrayaba: «Vosotros debéis vivir esta conciencia de ser paradigma: aunque no esté toda la gente mirándoos como en un teatro, están los ángeles de Dios, y son ellos los que hacen que redunde todo en el pueblo»⁵⁴. En efecto, la Cascinazza nació por «el acontecimiento en el mundo de una unidad de hombres que, por la visión y el amor a Cristo, se consumen por el mundo. Se consumen para edificar la Iglesia: en vez de edificarla como catedral, como podían hacer en la Edad Media, ahora es la reedificación de la Iglesia como persona»⁵⁵.

Y durante una conversación, confió a los monjes: «Si yo me viniera aquí (a la Cascinazza), lo que desearía, lo que trataría de hacer, no sería: ‘Hagamos esto, o hagamos aquello’. Lo que querría buscar es el abandono al seguimiento del contexto de la compañía vocacional y de la guía: no importa que no esté san Bernardo o que no esté san Romualdo, no importa. Porque está el Señor, es el Señor quien guía a través de las circunstancias». Por esto —continuaba— «vendría aquí, para vivir esa dependencia que hiere el amor propio, que consume un poco la propia sensibilidad, pero que al final hace que surja y se exprese, como el ave fénix de fabulesca memoria, el pájaro que resurgía de sus propias cenizas». De este modo, según Giussani, se vivía la experiencia de que «el monasterio es como la vida del hombre en el umbral de la eternidad», y de que la vocación «es realmente como el surgir del sol en el mundo y como la estrella de la mañana que se alza en el corazón frente a la mirada de los hombres; es decir, es el momento en que la humanidad empieza a ser ella misma, porque se vuelve consciente de su origen, de su consistencia y de su destino, de su finalidad»⁵⁶.

Observando la Cascinazza, Giussani expresaba un deseo: «¡Esperemos que nazcan vocaciones!». Y con una imagen subrayaba el valor que tenía el monasterio que se levanta en la Bassa milanese: «Igual que en el paisaje medieval el castillo era el punto de referencia de todo el panorama, la clausura [...] es el castillo medieval en el panorama de la vida de la comunidad eclesial. Cuanto más tristes eran los tiempos, más importante era el castillo, crecía en importancia el punto de referencia»⁵⁷.

«Los límites de la experiencia de la fe son los límites de la vida»

Del 3 al 5 de diciembre de 1971, en los Ejercicios espirituales para trabajadores celebrados en Varigotti, Giussani explicó la misa con todas sus partes⁵⁸. Y explicó su decisión con estas palabras: «¡Cuántos gestos privilegiados e importantes hacemos con la cabeza metida en el saco! Por ejemplo, ¿cuál es la acción, el gesto más importante de toda la vida del mundo? ¿Cuál es? Que Dios se haya hecho hombre, que haya muerto y resucitado: es la muerte y la resurrección de Cristo. Pero en nuestra vida, este gesto de la muerte y resurrección de Cristo, ¿qué es? Es el sacrificio de la misa. ¡Cómo debería estar, este gesto, en el centro de nuestra jornada! ¡Cómo debería estar en el centro de nuestra semana!». Y añadió: «No es el momento más relajado y reposado de la semana porque nos levantemos a las diez o las once y media». Debería ser un gesto privilegiado

que influyera en el día y en la semana.

Para Giussani era imposible que un gesto importante no costara algo: «Tratad de pensar en un gesto que decide sobre vuestro trabajo, o también, más banalmente, que decide sobre las vacaciones: a veces hacen falta meses de discusiones entre marido y mujer, se toma un pliego de... una montaña entera de folletos de propaganda de montañas o de mar... ¡y cómo se piensa en estas cosas!». Insistió en que un gesto que influyera en la vida debía por fuerza costar. Y «costar» significa que es a su vez un trabajo, «implica energías, implica atención y energías. En caso contrario, ¿qué importancia tendría ese gesto?».

Giussani se preguntó, después, cuáles eran los límites de la experiencia de la fe: «Los límites de la experiencia de la fe son los límites de la vida». ¿Cómo se comportó Dios con su hijo? «En lugar de enviarlo a Roma o a Atenas, donde habría trastornado el mundo de entonces, le envió a un pequeño pueblecito de Galilea y a duras penas le hizo salir de allí en sus últimos tiempos, sus ultimísimos tiempos... y en todo caso le bloqueó dentro [...] de Israel. Y quién sabe cuántas veces pensaría Jesucristo (porque era un hombre y sentía todo el ardor y la potencia de su personalidad), quién sabe cuántas veces diría: ‘¿Por qué no puedo marcharme?’».

A la luz de esto se podía comprender también el significado que tenía ese otro límite que es el error humano: «Dios permite el error, Dios permite la oscuridad, Él manda la niebla y manda el sol, Él manda la lluvia y manda el día soleado para nuestra educación (...). Pero de vez en cuando, para que nuestras fuerzas no disminuyan, disipa las tinieblas con la luz: hace que descubramos algo. Y uno experimenta con claridad, pre-siente algo con inmediatez»⁵⁹.

«Un momento muy grave para nuestro movimiento»

El 16 de enero de 1972, en la ya citada Escuela de cuadros de los responsables de CL (en la que releyó el asunto del 68; ver aquí, pp. 413ss), Giussani dio la voz de alarma: «Ha llegado un momento muy grave para nuestro movimiento: es un momento en el que nuestro movimiento no puede tolerar ni un minuto más el planteamiento asociacionista, asociativista». Insistió: «Ha llegado el momento en que no podemos subsistir ya —en el sentido de que ya no podemos tolerarnos— si las cosas no nacen de la vida, es decir, de abajo (pero no de abajo conforme a un carácter democrático más o menos socialista u otra cosa, o ‘comunitarista’ [...]), desde abajo como una vida cambiada».

Giussani estaba convencido de que «el ‘patatrac’ de la contestación se ha producido únicamente porque no se había disparado todavía el valor que tiene la autoconciencia, y solo se han salvado los que tenían en el fondo la ingenuidad de la Samaritana o de Zaqueo»⁶⁰. Y el mundo adulto del movimiento tenía que encontrar de nuevo esa sencillez.

Volvió de nuevo sobre el tema el 28 de agosto de 1972, en la Escuela de cuadros programada en Asís, añadiendo que «si la liberación del hombre fuese fruto de la política o de la ascesis, el pobre, el frágil, el débil, para salvarse, tendrían que ser deudores de

otros hombres, tendrían que ser esclavos de otros, nada de verse liberados por ellos. En cambio hay algo más sencillo, hay un método más simple, que sirve para cualquiera, en cualquier condición: estar dentro de una compañía». Para Giussani este era también el método con el que la naturaleza «obtiene el hombre nuevo, lo introduce en el seno, en los brazos y en las relaciones de un padre y de una madre»⁶¹.

El 13 de septiembre de 1973 en Milán, en la diaconía (así se llama el ámbito que reúne a los responsables del movimiento) diocesana de CL se refirió de nuevo al riesgo de una reducción asociacionista de la experiencia de CL —riesgo del que había hablado durante todo el año anterior— y observó: «Para la inmensa mayoría de la gente del movimiento la comunión se identifica con la suma de iniciativas y con la suma de relaciones. No es esto la comunión. La comunión es una nueva naturaleza de mi persona, una naturaleza nueva, una realidad nueva que ha entrado en el mundo y que me da una nueva naturaleza, y por eso la relación contigo debe nacer de forma diferente».

La característica peculiar del movimiento, continuaba, era «el prevalecer del hecho sobre la dialéctica, y por tanto de la experiencia sobre el discurso». Las palabras de Giussani se endurecieron: «Si el movimiento no acoge esta indicación, el año que viene estaremos destruidos, el año que viene habremos fracasado. Porque la cosa es de una urgencia atroz: el florecimiento de las iniciativas, la misma potencia de los compromisos que hemos asumido, todo colapsará». Lo decía mientras se multiplicaban las actividades de CL: «Precisamente en este momento Dios nuestro Señor nos hace comprender que eso no es la conversión; ni tampoco decir: ‘Hay que ser coherentes moralmente’, porque ser coherentes moralmente saca su fuerza y su misma posibilidad de una mentalidad nueva, de una autoconciencia nueva».

Giussani lo subrayaba con una imagen del Evangelio: «El anuncio cristiano es la Magdalena llorando a los pies de Cristo; y el dejar de ir con hombres es una consecuencia» de ese amor a Jesús. Por eso, «el dinero no tiene ya el valor que tenía, las mujeres y los hombres no tienen ya el valor que tenían, la carrera no tiene ya el valor que tenía, y por eso el tiempo no tiene ya el valor que tiene para los demás, tiene otro valor»⁶².

La misma preocupación le animaba durante el Consejo nacional de enero de 1974, en el que Giussani percibió dos riesgos que estaba corriendo el movimiento, es decir, el parroquialismo y el intelectualismo: «Con el parroquialismo yo voy a reuniones, vivo relaciones, y [...] lo que encuentro [...] lo pliego a mi modo de ver las cosas». El segundo riesgo se refería «al prevalecer del discurso». Eran meses de gran preocupación para Giussani, que no se reservó sus juicios, aunque fueran fuertes: «Hay muchísima gente que está con nosotros, pero que no es nuestra. Esperemos que llegue a ser nuestra, porque si se vuelve a producir un 68 esta gente se va con los otros»⁶³.

Vitorchiano. «La conciencia de uno mismo traspasada por el hecho de Cristo»

El 4 de junio de 1972, por invitación de su abadesa, la madre Cristiana Piccardo, Giussani visitaba el monasterio de Vitorchiano, que se alza a unos quince kilómetros de

Viterbo, entre frutales y viñas en medio del campo. Albergaba a una comunidad femenina de la orden cisterciense de estricta observancia (conocida como orden trapense) que floreció del tronco del monacato benedictino. Giussani reconocerá siempre el valor que tiene una experiencia semejante: «Uno entra en un convento de clausura para ayudar a los que están en el mundo. Como me ha dicho una novicia del Grupo adulto, que ha estado en el monasterio de Vitorchiano y ha vuelto a casa conmovida por esto: ‘Ellas están dentro de mí, para sostener mi presencia en el mundo, y yo soy su presencia en el mundo’»⁶⁴.

Para explicar el comienzo de esa relación hay que volver a 1959, a la clase de primero E del liceo Berchet, en Milán: entre los alumnos de Giussani estaba Germana Strola (1943-2009). La joven —que participaba en Gioventù Studentesca— implicó en el movimiento a algunas compañeras de clase, entre las cuales estaba Gelsomina Angrisano (estaban juntas desde cuarto de primaria), quien recuerda: «Germana era una persona excepcional y sublime, aunque su temperamento podía irritar a algunos. Siempre sacaba un diez en todo, incluso traducía versiones del griego al latín. Giussani tenía una particular predilección por ella. Marcada por situaciones familiares muy dolorosas, Germana había madurado bien pronto su decisión de entrar en un convento al terminar el bachillerato, en 1962, cuando tenía apenas dieciocho años. Después de un periodo de noviciado con las Hermanitas de la Asunción, en Francia, siguiendo una sugerencia de Giussani en 1966 llegó a Vitorchiano» (donde tomó el nombre de sor Emmanuela). En su viaje hacia la trapa la acompañó don Fernando Tagliabue⁶⁵, cuyo papel sería decisivo para que se estabilizara el vínculo entre Giussani y Vitorchiano.

Justamente a través de Germana Strola y don Tagliabue, Giussani entró en contacto con la madre Cristiana, abadesa del monasterio desde 1964 hasta 1988 (y posteriormente abadesa en Humocaró, Venezuela). Entre los primeros que visitaron Vitorchiano estaban los que habían iniciado el Grupo adulto en Milán: «Gente jovencísima, en los albores de una experiencia fascinante: Carlone, Adriano, Angelo, Antonella. [...] Venían a veces por el monasterio para pasar una jornada de retiro y producía un asombro infinito reconocernos en una identidad de visión y de lenguaje», recuerda la madre Cristiana. ¿Giussani? «Un día vino también él. [...] Nos habló de ‘mendigar’»: aquel encuentro «fue, al menos para mí, definitivo para asumir el mendigar como dimensión verdadera y fecunda de toda mi vida»⁶⁶.

La profunda sintonía entre el pensamiento de Giussani y el estilo del monasterio queda atestiguada, entre otras cosas, en un libro de la madre Cristiana, *Pedagogía viva*, lleno de referencias al fundador de CL y de citas suyas. En él escribe la abadesa: «El concepto de autoridad que ha marcado el rostro de nuestra casa, intrínseco a nuestra pedagogía, ha sido siempre concebir la autoridad como maternidad gestante: la abadesa es la madre que te engendra a Cristo, y con ella tu vida se verifica y se plasma»⁶⁷. En esto la madre Cristiana admitía que era deudora de Giussani, «una gran figura profética de nuestro tiempo», cuando decía: «Obedecer no es aprender ideas y criterios y aplicarlos, sino que es una mirada continua hacia quien te está generando a la vida. El discípulo puede ser también el que aprende un discurso y lo repite y, si es presuntuoso, lo interpreta a su

modo; el hijo es aquel que recibe continuamente del padre lo que vive y, a su vez, lo transmite»⁶⁸. Escribe también la madre Cristiana: «Nosotras solo podemos vivir si descubrimos dentro de nosotras la voz del Espíritu que nos hace repetir: ‘Sí, Padre, tú me has querido’. En este ‘sí’ queda envuelta toda nuestra persona, se recupera el corazón de nuestro nacimiento, el centro de nuestro misterio existencial, nuestra verdadera identidad»⁶⁹. Y el pasaje de don Giussani que cita para apoyar semejante juicio es este: «Es como si la juventud contemporánea no tuviera presente su nacimiento [...], es como si los jóvenes no hubieran alcanzado todavía la conciencia de esta dependencia, es decir, de haber sido queridos. Porque el sentimiento supremo es el de ser queridos»⁷⁰.

A la luz de esta consonancia ideal, bajo la guía de la madre Cristiana, Vitorchiano se abrió para acoger a numerosas jóvenes provenientes del movimiento; posteriormente algunas entrarían también en Valserena (Pisa), su primera fundación en Italia: «El 2 de febrero de 1967, de la desbordante comunidad de 90 monjas, nacía Valserena, la primera de las numerosas casas filiales [...], nacía de la exuberancia de Vitorchiano como fruto espontáneo de la juventud»⁷¹. Vendrá, después, el turno de Argentina, en 1973: «Después de la gestación con el trabajo y la oración de todas, con el lento fundirse a nivel dialógico del grupo de las voluntarias, el desgarró de la partida quitaba a Vitorchiano 10 valiosas hermanas»⁷². Nuevas fundaciones surgirán después en Chile y Venezuela, Indonesia, Filipinas y la República Checa.

En 1970 entró en Vitorchiano Monica della Volpe (que en 1995 se convertirá en abadesa del monasterio de Valserena). Como Germana Strola, también su historia tiene sus raíces en la GS milanesa.

Es 1962 Monica tenía dieciocho años y estudiaba el bachillerato en Bolonia. Un compañero de clase la invitó a un retiro espiritual, programado en Varigotti para el mes de septiembre, con un grupo que él conocía, Gioventù Studentesca. El chico insistió durante todo el verano: extenuada, Monica se apuntó y con algunos bachilleres de Bolonia partió para la costa ligur: «Los demás se vieron implicados enseguida: las marchas silenciosas de ascenso a la montaña, el silencio —experiencia que no habían tenido nunca de ese modo—, cantos bellísimos. La palabra de Giussani. Yo era la única que me resistía».

La monja recuerda: «Odiaba a aquel cura, su voz ronca que con pocos golpes bien asestados barría las pocas certezas que yo estaba adquiriendo», después de una infancia transcurrida en la fe, una adolescencia oscilante entre la fe de su madre y la militancia marxista de su padre, «cuando finalmente resultaba claro, entre debates en el liceo y visitas a la Feltrinelli [la librería, *nda*] que los espíritus abiertos no podían ser más que progresistas. Amaba el teatro, Ionesco, Kafka, recitaba a Pirandello». Y ahora, ese cura ponía todo en cuestión: «Si hubiera podido, me habría marchado enseguida; pero tenía el billete de vuelta con el grupo, y no tenía dinero para sacarme otro».

El penúltimo día de Varigotti hubo una reunión en la torre, con un espléndido claro sobre el mar. Giussani habló. «Cuando terminó, me levanté e intervine, solo para criticar. No me respondió, entre un murmullo de desconcertada desaprobación». Cuando empezó

la misa, a la caída del sol, «se desplegó en el aire la voz bellísima, conmovedora, de don Vanni Padovani cantando el salmo 135: ‘Sta in eterno il suo amor’ (‘es eterna su misericordia’, *ndt*). Bajé de allí completamente transformada».

Monica no tenía valor para acercarse a Giussani, pero la mañana siguiente, en el exterior de la capilla románica de Varigotti, se confesó y recibió la comunión, entre la alegría exultante de sus amigos. Así empezó, con aquel grupito, la aventura de la GS boloñesa. «Naturalmente no todo es tan fácil, y poco a poco el corazón vuelve a endurecerse como antes. Soñaba con recuperar a los amigos de antes, volver a ver al grupo de teatro, marcharme libre de todo». El amigo que la había invitado a Varigotti, preocupado, la llevó consigo a Milán. Monica della Volpe recuerda: «No sé cómo, pero consiguió infiltrarnos en una comida de los jefecillos con el Gius, en un restaurante. Yo les veía a todos allí: mezquinos, ansiosos por arrebatarse una palabra, una mirada del jefe. Insoportables. Después veía a Giussani, que había pedido una alcachofa cruda, con una salsita. Cuando se la trajeron empezó a separar las hojas una a una, las comía y exclamaba: ‘¡Ah, qué buena es esta alcachofa! ¡Qué buena está esta alcachofa!’». Qué distinto de los curas que conocía en Bolonia.

Entretanto Giussani «miraba a los demás, les lanzaba bromas, zarpazos entre lo irónico y lo afectuoso, les tomaba el pelo... y de repente comprendí: ¡les ama a todos! Les conocía perfectamente, les veía perfectamente, tan pequeños como los veía yo e incluso más, pero él les amaba a todos y cada uno, apasionadamente, como un padre. De vez en cuando se volvía hacia mí y decía en voz baja, preocupado: ‘Vaya, esa chica está realmente mal. Está realmente mal’». Nada más. La comida termina, y en el tren para Bolonia Monica piensa: «Ese es un hombre de verdad, el único que conozco. Aquí no solo he conocido a Dios, sino a este hombre verdadero, que es capaz de gozar de la vida, de conocer la vida, de conocer los corazones, de amar a todos, incluso a mí».

Pasado cierto tiempo, la joven se encontraba ya en el Grupo de la ‘verifica’ (ver aquí, p. 287; en español prueba, o verificación, de la vocación específica, *ndt*), yendo y viniendo entre Bolonia y Milán. Empezaba a vivir con una amiga la gran aventura: «Comenzar a vivir basándose en la palabra del Gius y solamente en ella, bebiéndola, repitiéndola en el viaje de vuelta hasta memorizarla. Empezamos a vivir de la meditación de la liturgia, que se convirtió en el esqueleto de nuestras jornadas de jóvenes llenas de ganas de vivir y también de transgredir, pero ya hijas suyas para siempre».

En cuanto a la vocación, su amiga pensaba en el Grupo adulto, y Monica della Volpe en las hermanas de la vía Martinengo. Un día se le ocurrió a su amiga la idea de la clausura; fueron a ver a Giussani, que exclamó: «¿Clausura? Pero ¿estáis locas?». Para nada perturbadas, las dos jóvenes respondieron: «Sí, danos la dirección. Ya lo hemos decidido». Monica della Volpe recuerda que, en aquel momento, Giussani «empezó a reír, con los ojos llorando y riendo al mismo tiempo» y les dijo: «Vitorchiano, Viterbo».

Desde aquel día, cada vez que hablaba con él, Giussani le preguntaba: «‘Monica, pero ¿por qué quieres hacerlo? ¿Sabes que esto solamente se puede hacer por Jesucristo? ¿Es por Jesucristo y nada más?’. Yo reflexionaba un momento y respondía: ‘Sí, Jesucristo y nada más’. Esto fue suficiente para entrar en Vitorchiano». Al atravesar el umbral del

monasterio «y echarme en brazos de la madre Cristiana estaba segura de que pasaba de los brazos de mi padre a los de mi madre». Después de algunos días Giussani fue a verla, acompañado por Carlo Wolfsgruber. «El primer impacto había sido durísimo para mí. Recuerdo con qué ojos me miraba Giussani, como si el sufrimiento fuera más suyo que mío». Giussani le preguntó: «¿Está... está muy fría la cama? ¿Hay suficientes mantas?». Son las únicas palabras que recuerda de aquella conversación.

Si tiene que resumir la relación entre Giussani y su vocación, la madre Monica subraya tres elementos. El primero: «La transparencia y la integralidad de su propuesta de fe era una preparación natural para quien tuviera el carisma de abrirse a una vocación de consagración exclusiva a Dios, aunque él luego no hablara mucho de esto». El segundo: «El respeto total de don Giussani por la libertad de la persona. Era un aspecto que quizá se podría desconocer a causa de lo decidido de sus formas; pero resaltaba espléndidamente en la relación espiritual, en el coloquio personal para el discernimiento de la vocación». A propósito de eso, la abadesa de Valserena recuerda: «Él no estaba convencido de mi primera opción (vida religiosa activa), pero dudaba si decírmelo o no. Me hacía otras propuestas, pero cuando yo me adhería prontamente con espíritu de obediencia, estaba después tan preocupado por haber forzado de este modo mi libertad que ya no tenía paz, y continuaba preguntándome para comprobarlo. Cuando finalmente me decidí por lo que él no había pensado nunca, al verme firme y sostenida por la gracia, su consenso fue inmediato y sin vuelta atrás. Sorprendía, junto al respeto total por la libertad, su profunda implicación afectiva con nuestra vida, casi más profunda que la nuestra, como de alguien que te ama más de lo que tú te amas a ti misma». El tercer elemento que surgió en la relación con Giussani fue este: «Lo más importante que me enseñó en el tiempo de la ‘verifica’ fue la *lectio* divina (él decía: ‘meditación’) sobre la liturgia del día, que se convertiría en una manera de aprender teología mediante el año litúrgico». La madre Monica reconoce que ese fue el fundamento, a partir de entonces, de toda su formación en el monasterio: «Yo ignoraba entonces que este fundamento coincidía con la *lectio* monástica de nuestros Padres; iba a descubrirlo poco a poco. Al entrar estaba completamente falta de preparación para este género de vida, no sabía rezar, ni callar, ni trabajar; me costaba mucho. Pienso que lo que me hizo literalmente vivir fue el estar ya iniciada, de aquel modo, en la *lectio*».

Poco después de la entrada en el monasterio, Giussani recibió una carta de Monica della Volpe⁷³, que leyó y comentó durante los Ejercicios espirituales de los sacerdotes de CL en junio de 1971. La joven escribía: «Se ha hablado de vocación a la soledad y puesto que la palabra me repugna [imaginad, en el convento de clausura] he tratado de pensar qué puede querer decir. Soledad para mí es sinónimo de esa especie de condena que experimentaba antes de convertirme, cuando estaba sola, sola ontológicamente, separada en el fondo y radicalmente de todo y de todos. Y en esta soledad había como un clamor enorme y vano, un intento de apoderarme de todo. Después Dios me engendró de nuevo. Ahora yo soy ‘con’, estoy unida, mi ser es comunión con Otro, y yo vivo de la vida que me da este Otro, una compañía y una presencia radicales, ontológicas. Ha tendido un puente entre la creación y yo, puedo acercarme a las cosas con esperanza

[¡qué discreta es!] de pureza, siento una potencialidad generativa [la virginidad como posesión] en relación con las personas, el amor que nutro por ellas es una posibilidad real de ser fecunda. La coexistencia con Dios es el aspecto más impresionante de mi experiencia aquí, por otra parte muy desnuda, y que ciertamente podría ser en gran parte un reflejo psicológico. ¿Qué tiene que ver entonces la soledad con esta experiencia mía? Oseas dice: la llevaré al desierto y en la soledad hablaré a su corazón. Sor Isabel de la Trinidad llama a Dios soledad infinita. Creo que para mí esto quiere decir ahora sencillamente que yo, la nueva criatura que soy, pertenece por entero a la experiencia creadora que la ha engendrado. Todo en mí es de ese hecho creador, excepto el pecado: mi historia, los amores, las presencias, los hijos de mi vida; y Él puede, si quiere, quitarme las presencias sensibles que me ha dado y también el sentido de las presencias, en el grado en que le guste, hasta el sentido último de mi plenitud, hasta el sentido último de su presencia [véase santa Teresita], pero yo sé [este es el juicio que está en el origen de la personalidad humana] que no anulará jamás su historia en mí. En este periodo oigo hablar mucho de experiencia de miseria y de anonadamiento, y sin embargo yo sigo constatando y repitiendo con asombro que yo existo, ¡que soy! Muchos santos dicen: yo no soy, tú eres. A mí me gusta decir: yo soy, existo porque Tú me haces, y este descubrimiento está lleno de gratitud, es el sentido de mi libertad, como posibilidad inmensa de la criatura. Quiero vivir esta posibilidad diciendo que sí a quien me crea».

Giussani observó que «raramente se puede leer en los libros de teología y de psicología testimonios tan claros de una persona que vive por fin el hecho de Cristo como consistencia última de su persona y como libertad», y subrayaba que «es un ejemplo totalmente transparente de una mortificación que es amor, que nace de una conciencia de sí totalmente traspasada por el hecho de Cristo: mi yo eres tú»⁷⁴.

Giussani leerá también la carta de Monica della Volpe el 28 de septiembre de 1971, durante la decimoctava Semana de los estudiantes en Pésaro, y dirá: «¿Por qué [Dios] nos ha engendrado así, por qué nos ha aferrado a nosotros, sin pedirnos nuestro parecer o nuestro permiso, casi arrebatándonos del seno de nuestra madre, como dice el profeta Jeremías? ¿Para qué? ¿Para qué nos ha llamado a ti y a mí y no a otros? Para los hombres, para el mundo», a la manera de Cristo. «Toda su conciencia transparentaba su misión para con los hombres: ‘Esta es la vida eterna: que te conozcan a Ti, único Dios verdadero, y a aquel a quien has enviado, Cristo’. El mundo espera algo nuevo, el mundo, mi vida, la tuya y la de todos los hombres, pero lo nuevo solo puede venir desde fuera de nosotros, de otro, como para una muchacha de quince o dieciséis años, o para un chico de diecisiete, dieciocho años, la verdadera novedad, la experiencia verdadera de novedad aparece cuando caen en la cuenta de que son amados o de que aman al otro. Porque lo único que trae una novedad es el misterio de otra persona. Solo de Cristo puede venirnos algo nuevo. Pero una vez que nos viene de Cristo, nosotros hacemos que fluya en nuestras relaciones, en nuestras miradas, en nuestras manos que tocan, en nuestro cerebro que actúa con curiosidad, en nuestro corazón que quiere y que crea con su energía»⁷⁵.

Cincuenta años después de su primer encuentro con Giussani en Varigotti, la abadesa

de Valserena repite la deuda de reconocimiento que tiene con relación a él: «Fue el padre de mi alma, de la nuestra, en una época en que se nos había robado el alma. Esto daba a su paternidad tal profundidad humana, de afecto, de inteligencia, de pedagogía, que recuperaba en sí toda nuestra vida, las briznas de verdad, de bien y de inocencia que se nos habían dado. Y la madre Cristiana, nacida en la Acción Católica de los primeros años, hija del cardenal Montini y del papa Pacelli, es como él».

Otra joven proveniente del movimiento, y que entró en Vitorchiano en 1973, será llamada a suceder como abadesa precisamente a la madre Cristiana en 1988 (cuando esta se transfiriera a Humocarò): Rosaria Spreafico, de Lecco. «Había aprendido a conocer Vitorchiano a través de don Giussani, que nos hacía cantar los himnos de las trapenses y que junto a don Scola nos comunicaba su admiración por aquel monasterio».

La madre Rosaria recuerda la visita de Giussani, el 1 de septiembre de 1989, al volver de Collevaleza: «Habíamos preparado todo para que se quedara a cenar y a pasar la noche, pero no fue posible porque estaba demasiado cansado y ya eran evidentes los primeros signos de su enfermedad. En cualquier caso, quiso reunirse con nosotras igualmente en capítulo y nos habló de la fe, con un tono casi doliente, subrayando lo difícil que era encontrar comunidades, incluso monasterios, donde la fe fuera el reconocimiento de Cristo presente y se viviera como comunión; en este sentido hablaba de una ‘protestantización de la fe’».

«Obedecer a las personas, a las piedras donde Dios nos ha colocado»

Aunque en los años setenta las visitas de Giussani al monasterio fueron raras, su palabra era particularmente incisiva, como documentan los apuntes del citado encuentro del 4 de junio de 1972. Giussani llegó a Vitorchiano para hablar sobre el tema de la misericordia. A las monjas reunidas en el capítulo les dijo: «Dios es amor. Hace falta percibir esto conforme a nuestra naturaleza de criaturas y conforme a nuestra existencia de pecadores». «Misericordia» es la palabra que define del modo más claro posible «el rostro de Dios en nuestras vidas». A la luz de esta convicción Giussani advertía: «Navegamos en la oscuridad más absoluta sobre nosotros mismos, sobre nuestro origen y nuestro destino, si no anclamos la conciencia de nosotros mismos dentro del mar de esta palabra en su aspecto primero, el que sugieren otras palabras de la Biblia: ‘Te he amado con amor eterno, por ello te he atraído hacia mí y he tenido piedad de tu nada’».

Para esto, continuaba Giussani, vino Cristo, Él «lleva sobre sí nuestra nada, nuestra confusión, la oscuridad del camino, nuestros extravíos, nuestra mezquindad, nuestra incapacidad de medirnos con el significado de cada hora y cada gesto, nuestra verdadera miseria». La misericordia es una «ternura que se identifica con la situación de nuestra nada, de nuestra resistencia y de nuestra inconsistencia». Pero es también fuerza, «la fuerza con la que la ternura vence y conduce, guía, sostiene y completa nuestra miseria». Sin esta ternura, que es también fuerza, «solo una palabra podría indicar nuestro presente, un instante que llega a ser insensato: la soledad, pero no la del que está en camino, que está en la oscuridad pero conoce la presencia, sino la soledad de la piedra,

sin latido, sin relación».

En este punto Giussani introdujo un segundo tema, el perdón. «¡Qué clase de resultado, qué experiencia debe darse en nosotros! Como si Dios, al tener piedad de nuestra nada, de nuestro desvalimiento, [...] tuviera que perdonar continuamente nuestra nada, nuestra mirada efímera, él que es fuerte, él que es la luz». He aquí, pues, el gran descubrimiento a partir de la experiencia de nuestro pecado: «El perdón es el fondo de ojo de la misericordia, donde se percibe el latido de la sangre que nos constituye, que corre por nuestras venas, donde se conoce la verdad de nuestra manera de vivir».

En el curso de su intervención, Giussani afrontó un tercer tema: «No existe nada que documente mejor nuestra pobreza como el hecho de que la única riqueza —también ella donada— es el deseo. [...] La esencia de la oración es el deseo que se traduce en petición, en clamor, el clamor de la nada. Del que no sabe qué decir, de quien reniega u olvida. El clamor, que es el aspecto más fuerte de nuestra presencia ante el Ser, ante la vida, ante nosotros mismos, ante los demás, ante el misterio de nuestra muerte».

Para Giussani el síntoma de que la existencia —frágil por causa del pecado— acoge la misericordia es «la alegría», pues «aunque todo el aire sea oscuro», ella «se mantiene como un hilo en la punta extrema del espíritu, imperceptible para el ojo normal, solo perceptible como grito. Alegría dominante, determinada, y que determina, que proporciona una despreocupación en la que vive el sentido de nuestro carácter creatural. Porque estamos hechos y poseídos por la ternura y la fuerza». Y entonces una persona «no piensa en lo que hará después, en qué comerá y beberá mañana: una despreocupación que permite poseer el presente con la intensidad del juego, como el niño». Por el contrario, para el mundo es imposible la alegría, «porque el pecado, nuestra soberbia, no acepta estar totalmente suspendida del cielo de la misericordia».

Durante la homilía de la misa Giussani continuó la reflexión que había desarrollado durante la reunión. Una hermana transcribió sus palabras: «La belleza es la verdad que se nos comunica por medio de un atractivo; en nuestra alma surgen profundas reflexiones y profundas experiencias de vida y puede ser que nosotros tendamos a pararnos en esto, a vivir la palabra de Dios solo estéticamente. En cambio, seguir la sabiduría nueva coincide con una muerte, la muerte de nuestros pensamientos, de nuestros sentimientos, de nuestro modo de obrar: implica una ruptura, una contrición de nuestra persona, porque ‘sus pensamientos no son nuestros pensamientos’. [...] Obedecer a su voluntad es el instrumento con el que Él quiere hacer que nos adhiramos totalmente a Dios, conforme a la Iglesia, en la circunstancia efímera, banal, en la que nos ha llamado. Solo por medio de la fe y la adhesión a este hecho con que Dios nos guía, reflexionando y amando, adhiriéndonos voluntariamente a los momentos ordenados de la regla cotidiana, llegamos a ser cuerpo y sangre de la voluntad del Padre. Nunca podremos adherirnos más a la misericordia de Dios que obedeciendo a las personas, a las piedras donde Dios nos ha colocado».

Con el correr de los años, Giussani visitará algunos monasterios levantados en el mundo por iniciativa de Vitorchiano. En 1973, la primera meta de un viaje a América Latina fue Hinojo, en la Pampa argentina, unos 400 km al sur de Buenos Aires, adonde

se había trasladado sor Emmanuela (Germana Strola). El monasterio de la Madre de Cristo se había inaugurado recientemente y Giussani habló de esa nueva fundación el 19 de marzo de 1973, expresando toda la conmoción que había suscitado en él un hecho vinculado a ese inicio: «El grupito de trapenses amigas nuestras, antes de irse a Argentina, fueron convocadas por el Papa [Pablo VI, *nda*] (que por iniciativa suya quiso despedirlas y bendecirlas), y al final, después de hablar, les preguntó una a una si querían una bendición especial para alguien. Cuando le tocó a Germana Strola, que se había marchado al monasterio cuando el movimiento estaba en sus comienzos y apenas balbucía, se arrodilló y dijo: ‘Beatísimo Padre, yo soy de Comunión y Liberación, y le pido una bendición para Comunión y Liberación’. Y así hemos llegado allí donde todo lo demás no permite que lleguemos...».

Giussani invitaba a sacar una lección de la iniciativa de sor Emmanuela, que había dado testimonio de lo que quiere decir ser de Comunión y Liberación: «Es una dimensión de tu persona, que otros no pueden sustituir, no se puede descargar una dimensión personal sobre formas y esquemas»⁷⁶.

Giussani se refirió a la visita a Hinojo en la Jornada de apertura de curso de CL en Milán, el 16 de septiembre de 1973: «Nuestro viaje tuvo como primera meta el único monasterio trapense que hay en América Latina. Y realmente ha sido un espectáculo edificante, conmovedor y apasionante, esta decena de hermanas que se reconocen, más que en cualquier otra cosa, dentro de la expresión de nuestra experiencia, en las palabras que usamos y en los sentimientos con los que vivimos. Sor Emmanuela, Germana Strola, me dijo: ‘¡La primera vez que les vea, salude a todos de nuestra parte!’»⁷⁷.

La visita de Giussani a Hinojo se repitió el año siguiente, del 28 al 30 de agosto de 1974. Al comienzo de la primera de las tres reuniones que tuvo con las trapenses, Giussani les dijo: «Hemos venido aquí porque reconocemos en la clausura el corazón de nuestra experiencia de la Iglesia. No creo que haya muchos lugares [...] que reconozcan el carisma de la vida de clausura de un modo que no sea sentimental, como algo que no va en contra de la atención vivida de forma cotidiana». A continuación invitó a considerar que el factor esencial del método cristiano es un acontecimiento que ha tenido lugar: «Este acontecimiento es Jesucristo, [...] una presencia que tiene delimitaciones históricas, de tiempo y espacio, hasta las consecuencias más banales, que no dependen de su interpretación, ni de la cultura de una época concreta». Para Giussani esta era la genialidad del cristianismo: que empezó a partir de un niño, el hijo de María, «que tenía un año, dos...». Por eso adherirse a Cristo significa «hacer que nuestra vida, como concepción, sensibilidad, imaginación, decisión y operatividad, dependa de las circunstancias concretas en las que Él ha entrado en juego». Esto es lo único que nos pone a resguardo de una reducción moralista del cristianismo, para la cual «Cristo es alguien que se dedicó a los pobres, alguien que murió por la humanidad: así que esforcémonos hoy por dedicarnos a los pobres y morir por los demás [...]; esto es la imitación moral, [...] el esfuerzo [...] de copiar la figura y el ejemplo de Cristo». Pero ante todo, y por encima de eso, «el anuncio cristiano es el anuncio de que Dios se ha hecho presente. Este es el punto central de la fe».

Giussani insistía en este punto: «Hace dos mil años a la gente la conmovía el modo de hablar de Cristo, todos acusaban el impacto, pero solamente cuatro de cada cien se ponían a seguirle, los que estaban con la boca abierta y los ojos abiertos de par en par mirándole y escuchándole [...]. Tomar conciencia de esto es previo a todo, porque es [...] el inicio de una autoconciencia nueva: los discípulos siguieron a Cristo porque el suyo era un acento lleno de promesa, y el hombre sigue siempre o solamente a una promesa, está en su naturaleza».

A las monjas que le estaban escuchando, Giussani les dijo: «La frescura de la fe viene precisamente de la mentalidad nueva [...] que tenemos en nosotros sin que sea nuestra, y que por eso nos hace muy libres de las situaciones internas y externas». Por esto, «cuanto más significativa es la forma de la vida cristiana, más evidente se vuelve el cumplimiento del significado que tiene nuestro tiempo en la misión. La forma más alta de la misión debería ser precisamente la clausura». En efecto, continuaba Giussani, «si uno que está en clausura no vive a Cristo como la totalidad de su vida, está acabado», tanto es así que «el cristianismo se desnaturaliza si no se encarna en espacio y tiempo, si no hace del mundo un convento, y el convento es un pedazo de mundo que ya es de Dios». Por eso Giussani comparaba el convento de clausura con un ‘faro’, «el signo extremo de una vida en la que Cristo es todo, en la forma de comer, en el horario, en las relaciones».

Parece contradictorio que Giussani hablara de misión a un grupo de mujeres que vivían separadas del mundo. Y sin embargo estaba totalmente convencido de esto. «La misión es Cristo, que cambia el mundo cambiándose a mí; me cambia a mí, y a través de mí cambia las cosas allí donde estoy»⁷⁸. Por eso el monasterio era para Giussani el comienzo y el signo para todos los hombres de un trozo de realidad cambiado por Cristo.

«Al alba naciente del día...»

La madre Cristiana resume con estas palabras la larga historia de amistad con Giussani: «Sabía transmitir su convicción de un Cristo que está presente hoy. Para mí en particular el encuentro con él supuso descubrir una continuidad con mi experiencia, con ese impulso vital que había vivido en la primerísima Acción Católica, inmediatamente después de la guerra, y que después se había debilitado en parte». Y también: «Tengo grabadas en mi corazón su humanidad desbordante, su capacidad de amistad. Él sabía expresar con una novedad y una pasión maravillosa lo que encerraba nuestra experiencia. Esta pasión se ha prolongado en sus ‘hijas’, pienso en Germana, en Monica, que además de todo han enriquecido nuestro repertorio con textos y músicas nuevas».

Una de las peculiaridades de Vitorchiano son los himnos, compuestos por las trapenses y que se cantan al comienzo del rezo de las Horas, los momentos de oración que jalonan los días en la clausura. Entre las autoras de los himnos más recientes, que han renovado y enriquecido el repertorio de Vitorchiano, figuran sor Germana Strola, la madre Monica della Volpe y la madre Giovanna Garbelli (más tarde superiora de Matutum, en las Filipinas).

La madre Rosaria recuerda lo mucho que valoraba Giussani esos himnos tan sumamente poéticos: «Creo que fueron para él un verdadero encuentro con la experiencia de fe y de oración que también nosotras, las primeras que entramos del movimiento, descubrimos».

Don Giussani estimaba hasta tal punto las composiciones de las monjas de Vitorchiano que en la edición de 1975 del *Libro de las Horas*, a cargo de don Piero Re, que todavía se usa en todas las comunidades de CL en Italia y en el mundo, hizo que se incluyeran numerosos himnos suyos, para educar a las personas en la relación con Dios a lo largo de las horas del día. No hay nada mecánico en la oración cotidiana del cristiano; de hecho, para Giussani la repetición de los himnos y de los salmos era un continuo caer en la cuenta de las razones de la propia fe, un gesto que debía renovarse cada vez que se realiza. Como se puede leer en el texto que introduce la edición de 2006 del *Libro de las Horas*, «si la difusión de este libro ha sido importante y ha llegado a tanta gente, se debe ante todo a Luigi Giussani, que en su contacto con los jóvenes proponía la lectura de las Horas como [...] una ayuda para percibir la vida como compañía de Cristo»; por eso el rezo de las Horas representa «la petición del hombre, del cristiano»⁷⁹. En este sentido, Giussani consideraba los himnos de Vitorchiano como un instrumento privilegiado para introducirse cada día con fidelidad y dentro de los límites de las propias posibilidades, de la mañana a la noche, en el flujo de vida de la Iglesia.

Giussani estaba convencido hasta tal punto de ello que utilizará estas palabras para definir la oración del cristiano: «La oración es la posición más verdadera del hombre frente Dios; es el gesto, el acto más realista, más completo, más verdadero del hombre. [...] Oración es pues la iniciativa que parte de la conciencia de Él, la conciencia de Él como iniciativa, la conciencia de su presencia como voluntad mía, como espera mía, como palabra mía. [...] No nos levantamos por la mañana sino para esto, y dentro de la soledad del mundo, dentro de la plaga de soledad del mundo, nosotros somos los consolados si vivimos la conciencia como iniciativa; incluso todo nuestro mal es borrado continuamente, ¡mil veces al día es borrado por esta conciencia, por esta iniciativa! Sería una vergüenza nuestra vida, aunque llevase a cabo todo el trabajo posible e imaginable, si no cumpliera la labor de esta iniciativa; ¡lo demás es basura! Todo se corrompe. Lo que tenemos entre manos, incluso la gloria de nuestros nombres en los periódicos, ¡no sería mas que vanidad! Todo es corrupción, si no es expresión de la palabra-oración que se pronuncia mucho más profundamente. Tomar conciencia de su presencia es la iniciativa a la que estamos llamados cada mañana, ante la cual, como las olas que rompen contra la roca impertérrita e inamovible, se deben romper todos nuestros resentimientos, carencias, pecados, todo lo que nos falta o parece faltarnos, todo aquello de lo que murmura el mundo y se lamenta el mundo, es decir, nosotros, cuando nuestra vida no está animada e impulsada por la iniciativa de esta conciencia»⁸⁰.

Por eso Giussani comentará en muchas ocasiones los himnos de Vitorchiano⁸¹, subrayando su significado profundo y su utilidad para cualquiera que pretenda asumir una actitud verdadera ante la realidad. Con frecuencia se refería precisamente al ejemplo de las monjas de Vitorchiano, que entonan algunos de ellos en el corazón de la noche.

De uno de esos, que reza «Al alba naciente del día [...] las cosas desvelan su rostro igual que al principio del mundo. Nosotros, que en vela esperamos», dirá: «Esto es literalmente cierto para las monjas de clausura de Vitorchiano que han compuesto este himno y que se levantan a mitad de la noche para cantarlo. Pero también es cierto para las madres que tienen que levantarse por los niños, para el que no logra dormir por las preocupaciones de la familia o del trabajo, para el que no consigue dormir porque está un poco deprimido o un poco agotado. Pero en su significado más profundo y simbólico estas palabras pueden ser dichas también por nosotros, todas las mañanas»⁸².

En otra ocasión Giussani observaba del mismo himno: el pasaje «puede parecer un poco irónico, porque nosotros no nos levantamos ciertamente a las dos de la noche como las monjas de Vitorchiano [...]. Pero velar en la noche es velar en la torpeza que hay en el rostro de todos —¡de todos!— y que accidentalmente descubrimos nosotros también en nuestro rostro: la noche es esa torpeza, esa oscuridad. No es que en la oscuridad las cosas no se conozcan, pero se conocen de un modo infinitamente distinto y reducido. Uno descubre las cosas a tientas. [...] Y así, toda la gente vagabundea, vaga por el mundo. [...] Hasta que [...], de improviso, he aquí que nace el sol»⁸³.

Al introducir el rezo de este o aquel himno, Giussani solía invitar a las personas a pensar en las monjas trapenses: «Imaginemos a nuestras amigas de Vitorchiano cantando este himno (ellas de manera realista, nosotros simbólica, pero es lo mismo): *La noche ya está terminando, envuelve el silencio las cosas, cantándote a Ti madrugamos y a Ti vigilantes pedimos*. La noche es cuando no se comprende nada, cuando se pierden el valor y los contornos de las cosas, que por consiguiente no se pueden utilizar, y por ello es más conveniente dormir. [...] *Cantándote a Ti madrugamos*: se necesita una ruptura, se necesita una espada; es la espada de la palabra de Dios, [...] porque la palabra de Dios rompe las tinieblas y el silencio. [...] *Madrugamos* [...] ¡entendéis qué tipo de impulso! [...] *Son estas las horas pesadas*: el momento más pesado es el que sigue al instante en que has decidido, en que has levantado la espada y has roto el silencio y la noche, es decir, la distracción y la insensatez. [...] *Encuentre el dolor su esperanza*: aunque esta pesadez te haga sangrar un poco o te desconcierte, encuentras esperanza: seguridad en el futuro. [...] La seguridad de que hay futuro puede ser una flor que nace en medio del cieno de nuestro mal»⁸⁴.

De otro himno, que empieza con estas palabras: «*Antes que rompa el alba velamos en la espera, lo creado calla y canta en el silencio el Misterio*», Giussani decía que lleva a quien lo entona «al momento arquetípico que ha vivido el hombre de todos los tiempos en la primera percepción del mundo que le rodea, y que contiene la respuesta cristiana. El alba es la primera forma de las cosas: gracias a ella empieza el alma a componerse. Antes de hacerse consciente de sí de una manera estable, el hombre vive en la espera de algo a lo que clama, para que se satisfagan sus exigencias naturales. [...] Es como si la respuesta fuese emergiendo poco a poco. A medida que la recibe, el hombre natural calla. [...] El deseo, del que verdaderamente está hecho el hombre, se convierte en asombro ante la realidad, en presencia inexplicable [...] reacción original de los ojos del niño ante lo real. [...] Brota la positividad»⁸⁵.

Desde Humocaró, en Venezuela, la madre Cristiana rinde un último homenaje a Giussani: «Ellas, hijas hasta el fondo de don Giussani, han abrazado el carisma monástico con una integridad, una fidelidad y una obediencia que siempre me han llenado de asombro y de agradecimiento. Hoy sigue siendo así. Esto me conmueve. Puedo decir que nosotras hemos vivido de él»⁸⁶.

La carta a Pablo VI. «Amor apasionado a la Iglesia de Dios»

Desde el momento de su nacimiento en el ámbito universitario milanés, al final de 1969, CL se había extendido rápidamente por toda Italia, implicando a un número creciente de personas, jóvenes y adultos. En 1973 eran ya varios miles los miembros del movimiento.

Y así, el 31 de julio de 1973 Giussani informaba de ello a Pablo VI con una larga carta memorándum, que describía la situación de la nueva realidad eclesial:

«Me anima profundamente a escribirle el recuerdo siempre grato y devoto de la paternidad y longanimidad que permitió nuestra experiencia inicial. Comunión y Liberación ha nacido de hecho como desarrollo a nivel universitario y adulto de la Gioventù Studentesca milanese: un proceso educativo, si tiene un ideal auténtico y una consistencia metodológica, no puede dejar de invitar a una coherencia ascética, cultural y social madura, que lleve a cabo, con fidelidad a la tradición, un intento de respuesta a las exigencias de la Iglesia y de la sociedad en la que vive. La nueva fórmula, ‘Comunión y Liberación’, quiere recordar precisamente que todo intento de liberación del hombre, en cualquier situación que sea, saca su paradigma y su aliento de la presencia de una comunión eclesial vivida. Reconocemos la realización de esta comunión eclesial en todos los lugares como el deber fundamental del cristiano y la condición de su compromiso leal en el mundo.

Esa intención anima a los grupos presentes en las facultades universitarias de 30 ciudades italianas y 4 extranjeras (Friburgo, Berna, Zúrich y París). Desde los grupos más pequeños, porque acaban de nacer, se llega hasta la presencia de cerca de seiscientos universitarios comprometidos en Bolonia o a los mil quinientos de Milán: en conjunto el número de universitarios que siguen fielmente a Comunión y Liberación es de cerca de cuatro mil, en torno a los cuales gravita un número al menos igual de compañeros (en el primer congreso público del 31 de marzo hubo seis mil ochocientos asistentes).

El compromiso universitario ha generado estos últimos años en algunas ciudades un movimiento de profesores activos tanto en los colegios de enseñanza media inferior (hasta ahora cerca de trescientos) como superior (cerca de doscientos). La presencia de este grupo de profesores influye en Gioventù Studentesca, que le debe, además de a los ciento veinte sacerdotes profesores de religión, su incremento actual. Está presente en cincuenta diócesis italianas. La participación activa normal de más de seis mil estudiantes anima un movimiento de proporciones más amplias (el órgano de prensa *Undicesima Ora* tiene una difusión mensual de veintiún mil ejemplares). Desde hace tres años una conciencia misionera formada ha producido también en el mundo del trabajo

grupos que desde Milán se han extendido ya a 50 ciudades italianas. El experimento está todavía en sus comienzos, pero parece poseer claridad ideológica y consistencia práctica (a diferencia del intento de la Gioventù Lavoratrice milanese de hace diez años): en el primer congreso nacional celebrado en Pesaro en junio de 1972 los participantes fueron cerca de dos mil quinientos.

Un detalle significativo es el comienzo de la acción misionera que llevan a cabo médicos, enfermeros y personal auxiliar en los hospitales, hasta ahora en una decena de ciudades (la última asamblea de responsables ha reunido en Piacenza a trescientos cuarenta médicos y enfermeros).

La preocupación por sostener con un discurso teológico y cultural adecuado el intento de presencia misionera nos ha impulsado a crear el Instituto de Estudios para la Transición (ISTRA), un centro de investigación, de elaboración crítica y de enseñanza. Es notable el aliento que aporta a este trabajo la amistad e incluso la colaboración de hombres como Barthélemy y Von Balthasar, cordialmente favorables a nuestro tipo de experiencia.

A la iniciativa directamente misionera que se llevó a cabo en Brasil desde los primeros años de GS —que continúa a pesar de las serias dificultades sufridas— se han añadido otras iniciativas serias en Kitgum (Uganda) y en Kiringye (Congo). Subrayo que el fuerte peso económico de todas las iniciativas está enteramente sostenido por la libre generosidad de nuestros miembros.

El mayor consuelo de todos estos años siguen siendo en todo caso las siempre numerosas vocaciones religiosas adultas de los tipos más variados (en los últimos dos años doce de nuestras amigas han entrado en las clausuras de Vitorchiano, Valserena, Viboldone, las Benedictinas de Piacenza y el Carmelo de Milán).

Desde hace algunos años cientos de jóvenes parejas, crecidas en el clima de Comunión y Liberación, se han planteado el problema de una presencia cristianamente adecuada en el ambiente cercano a su vivienda (barrios o pueblos). Siempre hemos concebido dicha presencia en función de la vida eclesial local, esto es, de la parroquia: se busca continuamente la relación de dependencia con respecto al párroco, como también se busca cordialmente la colaboración con las demás fuerzas cristianas. Las dificultades, en este punto, tienen su origen en la inmadurez de algunas iniciativas nuestras: el deseo de ser ayudados a madurar nos parece sincero por la pasión misma por el misterio de la Iglesia que nos anima.

Pero las dificultades mismas llegan a volverse graves cuando nuestra presencia no es acogida como uno de los factores de la acción pastoral o cuando, como condición para la colaboración, se pide que perdamos nuestra identidad, casi como una invitación a anular nuestra historia. Desde el punto de vista estadístico, creemos que estos casos están bastante delimitados. Uno de los puntos clave del método es que las comunidades o los grupos son responsables frente a su obispo y a su diócesis. De hecho, la gran mayoría de los obispos que han podido conocer realmente nuestra vida, por lo que me consta, están fundamentalmente contentos de ella.

Me ha conmovido, por citar el último en el orden temporal, el encuentro de nuestro

grupo de Roma con su eminencia el cardenal Poletti. Pero me permito añadir una larga serie de nombres: su eminencia el cardenal Baggio, el cardenal Siri, sus excelencias mons. Carlo Colombo y mons. Enrico Manfredini, los obispos de Alessandria, Bérgamo, Cremona, Verona, Trento, Padua, Gorizia, Rovigo, Chioggia, Rávena, Rímini, Cesena, Forlì, Faenza, Parma, Reggio Emilia, Fidenza, Pésaro, Fermo, Camerino, Téramo, Cosenza, Catania, Bari, mientras que muchos otros permiten nuestra experiencia.

El único lugar en el que la preocupación me parece objetivamente fundada es Milán: de hecho, en Milán el fenómeno es macroscópico (además de la presencia en el mundo de la enseñanza, de la universidad y del trabajo, existen 160 comunidades en las parroquias de la diócesis y 48 en las de la ciudad), y por consiguiente se plantea el problema grave de su armonización en una pastoral de conjunto efectiva. A su eminencia el cardenal mío le he expuesto muchas veces la plena disponibilidad nuestra para esa armonización, más allá de mis culpas o de los límites de nuestros esfuerzos, y vuelvo a expresar dicha disponibilidad a vuestra Santidad».

Giussani continuaba informando a Pablo VI de que «un texto de la pasada Comisión para el apostolado seglar de la CEI, con preguntas planteadas a los presidentes de las conferencias episcopales regionales sobre Comunión y Liberación, me fue enviado para mi conocimiento un año después: en él se reflejan dudas que podrían reducirse al temor de encontrar en nuestro método sentimentalismo, integrismo y pretensión de autonomía en la Iglesia. Al tiempo que tratamos de estar vigilantes sobre tales peligros, en conciencia me parece que se debe rechazar que Comunión y Liberación se muestre condescendiente con ellos».

El memorándum termina con estas palabras llenas de confianza y de respeto: «Santidad, todo lo que desde hace diecisiete años mis más estrechos colaboradores y yo, más allá de nuestros defectos, hemos intentado hacer, lo hemos hecho por amor apasionado a la Iglesia de Dios tal como esta es, y por el gran deseo de que ella vuelva a movilizar las energías juveniles, precisamente conforme a la conmovedora directriz que dio vuestra Santidad en el discurso del decenio»⁸⁷.

«Uno debe estar perfectamente seguro en conciencia»

El 22 y 23 de diciembre de 1973 se reunía el Consejo de CL. Debido a las dimensiones alcanzadas por el movimiento y a los interrogantes suscitados por la CEI (a los que se refería la carta al Pontífice), Giussani se planteó de manera profunda por primera vez el tema del estatuto teológico de CL y la eventualidad de su reconocimiento institucional por parte de la Iglesia. Y esto confiere un valor totalmente especial a las 19 páginas escritas a máquina que se conservan como acta de aquella reunión. De su lectura emerge la percepción que tenía Giussani de la naturaleza del movimiento, al responder a las observaciones de los presentes.

Giussani planteó la cuestión de la unidad del movimiento, unidad no formal sino vital; lo hizo, decía, presionado por la «situación política y eclesiástica» y en consideración al hecho de que «la figura del adulto, desde el punto de vista eclesiástico, solo puede nacer

de una experiencia de unidad eclesial real». Alguien llevó el problema al nivel teológico: deseaba que se aclarase el significado que tenía la unidad del movimiento para situar con exactitud al movimiento desde el punto de vista eclesial, con el fin de evitar la impresión de que se sustituía el horizonte de la Iglesia por el horizonte del movimiento y proporcionar así a la CEI los elementos para situar al movimiento desde un punto de vista teológico y eclesiológico.

Giussani intervino enseguida para hacer una aclaración: «Por lo que se refiere a la concepción eclesial del movimiento, la unidad de la Iglesia, desde el punto de vista estructural, la hace Dios, al instituir obispos y sacramentos, de tal modo que estamos dentro de la trama: esa trama, desde el punto de vista ontológico, la crea Dios». Pero «la realidad eclesial, en cuanto vida de esta estructura ontológica, comienza en su pleno sentido cuando uno adquiere una conciencia adulta del significado de lo que le ha sucedido». Ahora bien, caer en la cuenta de esto, «en una época tan árida como la nuestra, puede ser ocasionado por distintos encuentros. Estos encuentros establecen una familiaridad de vida que en el ámbito general de la Iglesia produce un movimiento, esto es, una amistad que, si es inteligente, se hace orgánica». Semejante amistad, además, es bien consciente de su carácter contingente: «El valor que tiene su rostro es inevitablemente contingente: tanto es así que donde quiera que se encuentren personas que tienen el mismo acento, se sienten enseguida abrazadas como una sola cosa». Así, decía Giussani, «la Iglesia de Dios está hecha de la comunión entre todos estos, comunión que se reconoce como una cuestión de principio, que se busca expresando obediencia al obispo y a los párrocos y tratando de afrontar la vida social y política conforme a ese índice de caridad operativa que consigue comunicar». Desde este punto de vista, Giussani no veía nada «impreciso» en este modo de entender el fenómeno de un movimiento.

A Giussani le parecía claro que la posición de CL dentro de la Iglesia era «análoga a la de la persona individual en su obligación de participar en los sacramentos y la caridad, es decir, en el reconocerse como una sola cosa, y en la medida en que es capaz de plantearse una vida de comunión».

En este punto, a Giussani se le invitó a clarificar qué era la autoridad, y él observó: «Si el movimiento es una convicción que crea relaciones y crea un ámbito, un lugar donde es finalmente más fácil, claro y atractivo vivir la Iglesia, si por tanto es eminentemente carismático su comienzo, [...] entonces la autoridad del movimiento está de hecho allí donde [...] se percibe dicho acento y dicha función vinculante».

Otro tomó la palabra para poner en guardia con respecto al riesgo de la difusión dañina del intelectualismo dentro del crecimiento y de la vida del movimiento. La consecuencia sería una alteración del método que siempre se había seguido, que es dar espacio a lo que suscita el Espíritu. En cuanto al tema del estatuto de CL, y por consiguiente de su posición, se destacaba que, gracias al temperamento y al sentido de la Iglesia que tenía Giussani, la Iglesia italiana se encontraba ante un movimiento, el único que no era de disenso, a cuya regulación canónica se podría llegar siguiendo un método empírico: puesto que en aquellos años no existía un modelo teórico capaz de regular la situación de

CL (que no era el de la Iglesia particular, el de una orden religiosa, o una congregación), la forma nacería con el tiempo, con la historia, dentro del cuerpo de la Iglesia.

En un determinado momento del debate, alguien señaló que sin la autenticación de la autoridad eclesiástica no podían estar seguros del carisma de CL y del crecimiento que se estaba produciendo. «No estoy de acuerdo», observó Giussani, «porque uno debe estar perfectamente seguro en conciencia, aunque la Iglesia no se haya pronunciado todavía. Porque cuando la Iglesia se pronuncia sobre algo... obedezco. Y ahí termina mi carisma».

Al término de la conversación, Giussani sacó algunas conclusiones sobre la naturaleza de CL: «El movimiento es realmente una unidad carismática que no pretende estructurarse a sí misma, sino que querría identificarse con las instituciones, que fuera reconocida su inmanencia e identidad con las instituciones». En cuanto a su estructura orgánica, «depende del hecho de que tiene un sentido fuerte y claro del uso completo de las dimensiones humanas». Y establecía así el valor que tenía la autoridad en el movimiento: «Es eminentemente existencial e histórica» y está ligada a la maduración de la experiencia cristiana de cada uno: «Si muere esta capacidad de incremento, yo también me muero»⁸⁸.

A partir de ese momento, en más de una ocasión, Giussani iba a encontrar la forma de subrayar su pensamiento al respecto: «CL es un movimiento de gente que quiere vivir la Iglesia, y nada más: cualquier otra especificación es indeseable y superflua. Me urge además subrayar que Comunión y Liberación no pretende ciertamente plantearse como alternativa a la actual articulación de la Iglesia en diócesis territoriales con sus circunscripciones históricas. [...] Lo que nos interesa no es CL, sino la Iglesia. Para aclararlo, me expresaré con una utopía: si toda la vida de la Iglesia en Italia [...] se apoyase y desarrollase la forma de su presencia educativa y misionera sobre las categorías que nosotros percibimos como fundamentales de la experiencia cristiana, extrayendo de ahí todas sus consecuencias de orden metodológico, creo que ya no seríamos útiles, y por consiguiente haríamos bien en disolvernó [...]. El movimiento se ha propuesto desde el principio como un factor de revitalización de la vida cristiana en general, y todavía hoy continúa proponiéndose en estos términos».

En este sentido, proseguía Giussani, CL «solamente espera ser acogida como cualquier otro intento de vida eclesial auténtica; y ser acogidos significa ser valorados, porque una madre acoge a su hijo cuando lo valora. [...] Comunión y Liberación quisiera ofrecer a la Iglesia una experiencia educativa de recuperación y desarrollo de la fe en sus aspectos elementales y esenciales. [...] En esa perspectiva, insisto en que nuestro ideal sería desaparecer como nombre y como organización. [...] Aunque sin presunción ni impaciencia, nos parece que podemos desear semejante asimilación en el tejido de la vida normal del pueblo cristiano. Y en efecto, precisamente porque pretendemos buscar y afirmar los aspectos elementales, las categorías originarias (casi diría, primitivas) de la experiencia cristiana y —aun respetándolas— no pedimos desarrollos asociativos y organizativos especiales, precisamente por esto encontramos cada vez más aprobación por parte de personas de la masa católica: hombres y mujeres no tan jóvenes, incluso de

modesta instrucción, que siempre han vivido su fidelidad a la Iglesia a través de la misa dominical y de la participación en alguna asociación, y que ahora ya no se reconocen en el tipo de discurso que a veces se escucha desde el púlpito, o en la reducción de la experiencia eclesial a puro compromiso social que perciben con frecuencia en las asociaciones a las que pertenecen»⁸⁹.

Precisamente a partir de esta conciencia empezarán los primeros contactos con la autoridad eclesiástica, que continuarán durante todos los años setenta. El 17 de febrero de 1976 Giussani recibirá una carta de S.E. monseñor Enrico Bartoletti. El secretario de la CEI escribía: «Me resulta grato decirle, en esta circunstancia, que en la reciente sesión del Consejo Permanente se ha hablado con general aprecio, no excluida alguna petición de clarificación, de las actividades e iniciativas de Comunión y Liberación; y se ha propuesto incluso un encuentro de sus dirigentes con la misma presidencia de la CEI. A este propósito, es mi deber y mi gustoso cometido empezar a organizar ese encuentro, de cuya fecha espero darle comunicación lo antes posible»⁹⁰.

Massimo Camisasca, testigo directo de aquellos hechos, recuerda que «el 27 de enero de 1976 se presentó a monseñor Bartoletti una nueva redacción del documento de CL relativo a su propia estructura destinada a los miembros de la presidencia de la CEI, en previsión de su reunión del 2 febrero. El 15 febrero Bartoletti anota: ‘Respuestas a CL, encuentro CL con presidencia CEI’. El 17 febrero el obispo secretario acusaba la recepción del documento con una carta de sustancial aprobación para el movimiento y de ánimo por su función en la sociedad»⁹¹.

Giorgio Feliciani recuerda bien el asunto: «Habíamos tenido una reunión con Bartoletti en la que participé personalmente junto a don Scola y don Ricci. Bartoletti nos pidió que presentáramos a la CEI una petición de reconocimiento y a tal fin nos pidió que empezáramos a mandarle el estatuto». Feliciani le respondió que CL no tenía estatuto. «Bartoletti me pidió entonces que le ilustrara sobre nuestra estructura y después de mi exposición observó: ‘Vosotros no tendréis un estatuto escrito, pero un estatuto sí que lo tenéis, tratad de escribirlo’. Se llegó así al texto al que alude Camisasca en su historia de CL. El episodio me parece importante, puesto que se trata del primer paso en el proceso de institucionalización del movimiento, ocurrido a petición de la autoridad eclesiástica».

El referéndum sobre el divorcio

En un contexto eclesial y social de grandes alteraciones, Gabrio Lombardi (1913-1994, jurista y profesor universitario) —apoyado por el secretario de la Democracia Cristiana, el senador Amintore Fanfani— promovió un referéndum para abrogar la ley que había introducido en Italia el divorcio: la ley Fortuna-Baslini de 1970. Considerando aquel suceso más de diez años después, Giussani dirá que «la iniciativa se situaba en un momento muy amargo para la Iglesia institucional». Sacudidas con fuerza desde el comienzo del decenio por la influencia del 68, todas las organizaciones seculares directamente conectadas con el episcopado habían quedado, desde su base hasta sus vértices, subordinadas a esa cultura «laica» cuya última y más fascinante eclosión había

sido precisamente el 68. En esta situación, «los obispos no podían contar en absoluto con el asociacionismo católico oficial [...]. La Democracia Cristiana, por su parte, se desinteresó del asunto, salvo el compromiso de una parte de ella, *in primis* del senador Fanfani, más a título personal, no obstante, que en cuanto secretario político del partido»⁹².

Expresaron su solidaridad con el promotor del referéndum algunos intelectuales católicos, desde Augusto del Noce a Giorgio La Pira, desde Sergio Cotta a Enrico Medi, pero fue sobre todo un «Llamamiento de los católicos democráticos por el ‘no’ en el referéndum», difundido el 17 de febrero de 1974, el que obtuvo eco en la opinión pública: lo firmaban casi cien personalidades de relieve del catolicismo italiano, entre los que figuraban Pietro Scoppola, Francesco Traniello, Luigi Pedrazzi, Raniero La Valle y Giuseppe Alberigo. Los firmantes se oponían al frente del ‘sí’, sosteniendo que el principio moral y religioso del matrimonio indisoluble «puede y debe ser custodiado y reforzado como valor, pero no puede ser asumido de manera intransigente por la ley civil»⁹³.

En medio de la tempestad del referéndum, el 3 de marzo de 1974 el diario católico *Avvenire* publicaba una entrevista al profesor Lazzati, en la que este sostenía que «aun permaneciendo intacta la postura contraria de los católicos al divorcio, ellos no pueden imponer a quien no cree una ley que solamente la fe hace posible». Lazzati afirmaba, además, que, «en determinadas circunstancias, los católicos, aun permaneciendo decididamente en contra del divorcio considerado *per se*, deben restringir su acción a obrar de tal modo que una eventual ley para introducir el divorcio se haga de manera que garantice el menor mal posible»⁹⁴.

L'Unità (el diario del Partido Comunista de Italia, PCI, *ndt*) del 5 de marzo de 1974⁹⁵ retomó la entrevista del *Avvenire*, interpretándola como aval de la posición divorcista y diciendo que, antes de la entrevista, Lazzati se habría reunido con Pablo VI; el *Corriere della Sera* del 6 de marzo de 1974⁹⁶ se refirió al artículo de *L'Unità* y al desmentido que Lazzati iba a publicar el día después (7 de marzo de 1974) en el *Avvenire*: nunca se habría reunido con el Papa y no pedía a nadie votar por la ley Fortuna-Baslini (mantenimiento del divorcio) en nombre de la libertad de conciencia.

A la vista del llamamiento de los católicos democráticos, monseñor Enrico Bartoletti se dirigió directamente a Comunión y Liberación, «o sea, a la única presencia eclesial en la sociedad de nuestro país que en aquel momento parecía todavía ser consciente del carácter específico de la postura cristiana y ser capaz todavía de darle voz con una cierta organicidad», recordaría más tarde Giussani. Con una precisión: la invitación del secretario de los obispos italianos «fue acogida por nosotros» con «un apoyo en el cual nos comprometimos —nótese— por obediencia a la autoridad eclesiástica. De hecho, por su parte, CL no estaba plenamente de acuerdo sobre la utilidad de una iniciativa semejante en aquellas circunstancias»⁹⁷. Y las circunstancias eran estas, como escribe Robi Ronza: se trataba de «una batalla perdida de antemano antes de empezar»; estaba claro, en efecto, que «la postura divorcista —desde hacía ya bastantes años, la única que

se expresaba con eficacia en los periódicos, en el cine, en la prensa popular y en la femenina—» había ganado ya «el consenso de la mayor parte de la gente»⁹⁸.

Alceste Santini, vaticanista de *l'Unità*, escribía: «Se está imponiendo ante la atención de la misma Iglesia jerárquica, que desconfiaba inicialmente, el movimiento Comunión y Liberación. [...] Este movimiento se ha declarado por el 'sí' en la campaña del referéndum»⁹⁹.

El 12 y 13 de mayo de 1974 el frente divorcista venció, consiguiendo el 59,1 por ciento de los votos.

Al día siguiente de la votación, Giussani enviaba una carta a los responsables de todas las comunidades del movimiento de CL, que era un primer comentario en caliente: «El resultado del referéndum se presenta como la victoria del espíritu laico y moderno sobre el espíritu cristiano. Pocas veces como esta, en los últimos cien años, la tradición del pueblo cristiano ha demostrado estar tan corrompida por el largo ataque laicista». La raíz última de aquel resultado se identificaba en una doble crisis: ante todo «la vida cristiana no ha producido una expresión cultural adecuada y por ello no ha podido resistir frente al ataque del poder mundano»; en segundo lugar, «las carencias y los errores de la educación cristiana han hecho que el pueblo sea demasiado vulnerable frente a la invasión de la propaganda e incapaz para un juicio y una opción de fe. En muchas personas la fe no ha sugerido ni siquiera el gesto seguro y esencial de la obediencia a la indicación autorizada» de los obispos italianos. «En cuanto a nosotros», concluía la carta, «hemos seguido en cambio este criterio»¹⁰⁰.

Más de diez años después de aquellos acontecimientos, Giussani reconocerá: el referéndum «puso de manifiesto una situación que hasta entonces no todos percibían claramente; y sobre todo se percibía poco dentro de la Iglesia institucional, donde a menudo se seguía pensando a pesar de todo que Italia era un país todavía incontestablemente católico en su mayoría. [...] Al valorar la cuestión *a posteriori* pienso que se puede concluir que una toma de conciencia de la situación tan clara e inequívoca, aunque brutal, fue mejor para la Iglesia que lo que en caso contrario habría podido suceder: que el declinar de la presencia católica en la sociedad italiana continuase de manera callada, e inadvertida por mucha parte de la Iglesia institucional». En particular, por lo que se refería al CL, sostendrá que aquel gesto de obediencia «contribuyó fuertemente a madurar la conciencia de nuestra identidad cristiana. [...] Y el Episcopado pudo darse cuenta de cuáles eran en la Iglesia las fuerzas disponibles de verdad, incluso en condiciones difíciles y con perspectivas nada favorables, para comprometerse en apoyo de una movilización social y política en la que se había puesto en juego directamente la credibilidad de una indicación de los obispos, y por tanto de la Iglesia *tout court*»¹⁰¹.

«Farolillos de cola de los trenes de otros»

En julio de 1974 Giussani repetía que la mentalidad laicista y anticristiana había corrompido profundamente la tradición secular del pueblo; en los cristianos había

disminuido, de hecho, la conciencia de su fe; si no hubiera sido así, habrían estado presentes «con más lucha y más batalla» en las circunstancias del referéndum. En efecto, «cuando existe ese fundamento, aunque nos quedáramos solos gritando en el desierto, ni siquiera tendríamos la tentación del miedo, de la soledad, del espanto. [...] Todo lo demás hace que seamos como los farolillos de cola de los trenes de otros, nos convierte en gente despreciada, que secunda a otros y está alienada por ellos. Porque esta es nuestra fisonomía, esta es nuestra personalidad. La mentalidad democraticista de hoy lo llamará presunción. [...] Sabemos bien que lo nuestro no es presunción, sino exactamente lo opuesto [...]. Pero los demás no pueden comprender y por eso nos quitarán de en medio como alternativa a su poder y tendrán además una ventaja: que nuestra incoherencia da muchos motivos para que se interprete así»¹⁰².

El 15 de septiembre de 1974, durante la Jornada de apertura de curso de CL en Milán, insistió en que los tiempos exigían madurez en la realidad adulta de CL. En esos meses, Giussani insistía una y otra vez llamando a la dimensión personal de la experiencia cristiana, invitando a evitar un error capital: «Privilegiar el activismo sobre la conciencia personal, cotidiana, capilar, de la conversión y por consiguiente identificar la comunidad, o el movimiento, como la suma de las actividades que se llevan a cabo».

Giussani tenía bien claro que CL «es una vida, y no la defensa de una asociación», y que «la vida y la voluntad de comunicarla a los demás es devolver la consistencia al hecho cristiano en la Iglesia y en la sociedad». Pero esto, insistía, no se podía comprender si no se tenía en cuenta la situación social y eclesial, «situación de confusión también en la Iglesia— como ha dicho el Papa el miércoles pasado»¹⁰³. Efectivamente, en la audiencia general del miércoles 11 de septiembre de 1974, Pablo VI había dicho: «Sí, la Iglesia tiene dificultades. Se han marchado incluso algunos de sus hijos, que le habían jurado amor y fidelidad; no pocos seminarios están casi desiertos, hay familias religiosas que encuentran con dificultad nuevos seguidores; y fieles que ya no temen ser infieles. La lista de estas desdichas que afligen hoy, a pesar del Concilio, a la Iglesia de Dios, podría continuar hasta descubrir que gran parte de ellas no asaltan a la Iglesia desde fuera, sino que la afligen, la debilitan y la enervan desde dentro. El corazón se llena de amargura y de afecto más tierno y más fuerte». Si la realidad era esta, el Papa se preguntaba qué remedios podían imaginarse: «¡Oh! Por fortuna hoy la sensibilidad y la conciencia de la Iglesia fiel (y esta es la parte más vigilante y más numerosa) han sufrido una sacudida, y la urgencia de reparar la situación se transforma no solo en sabias terapias, sino en nuevos y positivos testimonios de vitalidad confiada y llena de valentía. Dichosos los que lo han intuito, y comprometen con ello su obra y su corazón. Quizá los jóvenes estarán también esta vez en la vanguardia: ¡benditos ellos!». A continuación indicaba la primera condición para superar las dificultades presentes: «No es suficiente, subjetivamente, con una fe vaga, débil e incierta, una fe puramente sentimental, rutinaria, hecha de hipótesis, de opiniones, de dudas, de reservas; tampoco es suficiente, objetivamente, con una fe que acepta lo que le parece, o que trata de eludir las dificultades rechazando el asentimiento a verdades misteriosas y difíciles. Tenemos que sabernos seguros de que la fe no humilla a la razón, sino que la conforta en la certeza y

la comprensión, al menos parcial, pero luminosa y feliz, de verdades superiores y vitales»¹⁰⁴.

Acogiendo las preocupaciones de Pablo VI, Giussani subrayaba: «La ausencia de este acontecimiento de la fe» es lo que ha permitido precisamente «a la cultura laicista, mundana, masónica, marxista, en todo caso anti-Iglesia, destruir, como se ha visto el 12 de mayo» en el referéndum sobre el divorcio, «la unidad de la tradición popular que desde hace siglos y siglos, desde hace mil ochocientos años estaba vigente en nuestro suelo italiano». Y esa unidad —Giussani no tenía duda— se había visto destruida «por la ausencia de una posibilidad de educación»¹⁰⁵.

Capítulo 16
«De la utopía a la presencia»
La amistad con los universitarios
(1970-1976)

Como se ha visto al comienzo del capítulo anterior, en noviembre de 1969 apareció, primero en la Universidad Estatal de Milán y luego en la Universidad Católica, la nueva sigla «Comunión y Liberación». Giussani miraba con curiosidad ese fenómeno que había nacido espontáneamente a partir de un grupo de jóvenes.

En 1970 Laura Cioni acababa de matricularse en la facultad de Letras de la Católica. Había conocido a Giussani el año anterior: se lo había presentado Marco Bona Castellotti (más tarde historiador del arte y profesor universitario), durante una conferencia sobre la Navidad, en el aula Trifoglio del Politécnico de Milán.

Al principio de los años setenta, Cioni solía pasar algunas mañanas por el despacho de Giussani, en la vía Martinengo, una pequeña habitación en la planta baja donde recibía a personas y respondía a las llamadas de teléfono. En el piso primero vivía el padre Scalfi (ver aquí, p. 396), que a media mañana ofrecía el *chai*, el té al estilo ruso: «Era bonito ver cómo estos dos hombres, unidos por el mismo ideal de servicio a la Iglesia, gozaban de su recíproca compañía en el breve tiempo de un té. Se saludaban por las escaleras dando voces vigorosas. Fuera, el jardín de las ‘suorine’ [las Hermanitas de la Asunción, *nda*] estaba lleno de rosales, y una glicinia trepaba por el muro del antiguo convento [...]. Era precioso verla florecer todos los años. En el suelo había siempre un polvillo blanco a lo largo de las paredes de la habitación: don Giussani tenía terror a los insectos y los mantenía a raya así»¹.

Giussani daba seis horas de clase a la semana, tres horas en primero y tres en segundo: «En sus clases había pocas personas del movimiento, también porque la comunidad era pequeña» dice Laura Cioni. «Después de clase recibía a los estudiantes. No figuraba en absoluto entre los responsables de la comunidad. Estaba en la Católica como profesor». Es verdad que «si veía a alguno de nosotros repartir un panfleto le gustaba, pero no intervenía en la guía. En esa época seguía sobre todo a los adultos del Centro Péguy».

No obstante, siete páginas mecanografiadas de mayo de aquel año nos restituyen algunos apuntes de su intervención en un momento de trabajo de CL en la Católica, señal de cierto vínculo con los universitarios. Aquellas palabras de Giussani no tienen la sistematicidad de una lección, pero sí la vivacidad del testimonio. Camisasca indica aquella circunstancia como «el auténtico momento de cambio de aquel periodo»². He

aquí algún pasaje: «Hemos sido golpeados, heridos inevitablemente por el mal en su versión más clamorosa, la social [...] que seguramente nos muerde más, nos golpea más, nos mantiene despiertos frente a la realidad de la vida».

En este punto, ¿qué es lo que se pensaba que había que hacer? «Análisis de la situación, de las estructuras, acción sobre las mismas; y nos unimos porque solos hacemos bien poco. Y lo que no consigamos hacer juntos, lo harán la historia y nuestros descendientes (expresión que está a un pelo de ser desesperada)». Si el problema se mantenía a este nivel, observaba Giussani, se comprende que «uno no pueda limitar la violencia de su propia intervención, porque no se puede tolerar el mal si afecta a las estructuras de la vida». Pero advertía: «Al proyectar y realizar una acción [...] todas las posiciones que asume el hombre con la voluntad de eliminar el mal en el mundo, partiendo del presupuesto de que el mal está en las estructuras, son unilaterales: es decir, para afirmarse se ven obligadas a olvidar o negar algo [...]. Por eso todos los análisis, todos los manejos de las cosas [...] que haga con mis manos son ambiguos».

Exactamente a este nivel, continuaba Giussani, se sitúa la novedad del cristianismo: «¿Qué hace un ímpetu humano, sano, vivo, frente a las necesidades, a las injusticias? Interviene. *‘Etiam ethnici hoc faciunt’*, también los paganos hacen esto, y lo hacen mejor que nosotros, me parece; en todo caso esto no es el cristianismo, es una actitud natural». ¿En qué consiste, entonces, la diferencia del cristiano? «Mi actitud en el mundo es muy distinta, porque estoy marcado en el origen de mi persona por el anuncio [...] de que Dios se ha hecho hombre, que ha muerto por los hombres y ha resucitado». Y a aquellos que, tras haber salido del movimiento y confluir en el Movimiento Studentesco, echaban en cara a los *ciellini* que no hacían nada para resolver las contradicciones sociales, Giussani les respondía: también «yo me ocupo de los problemas de la justicia social, de los casos que esta indica, [...] pero el origen de mi actitud es distinto [...]. Por ello nacen dos métodos, dos actitudes metodológicas distintas». En el primer caso, «el tiempo no cuenta o es tendencialmente enemigo»; en el segundo, «el tiempo puede formar parte de un designio misterioso. En el primer caso la paciencia es un horror, [...] en el segundo la paciencia es una condición indispensable, [...] una conciencia enérgica y clara de la finalidad de las cosas y del poder último al que obedecer, a la hora de llevar adelante las cosas, y toda la propia energía tiende por entero a esta obediencia, y el síntoma de esta obediencia es que uno no puede perseguir un valor olvidando o renegando de otros. [...] Mi paciencia es dramática, mucho más dramática que esa violencia»³.

A continuación citaba una frase cortante de Nietzsche —«Yo creería más en vuestro Salvador si vosotros tuvierais cara de salvados»—⁴ para indicar los términos del problema. Por esto invitaba a favorecer por encima de todo, antes que nada, la amistad: «Necesitamos, pues, crear un hecho, un hecho nuevo dentro de la universidad, un ‘hecho de Iglesia’. Necesitamos que en la universidad empiece a hacerse presente un grupo de gente que viva la comunión cristiana, con todas sus implicaciones»⁵.

El otoño de 1970 registró un significativo afluir a la Universidad Católica de nuevos matriculados procedentes de GS: «Queríamos construir la Iglesia en la universidad, no teníamos pretensiones sobre la didáctica ni sobre la institución. Nos interesaba vivir una amistad cristiana y ayudarnos en la fe y en el estudio», recuerda Laura Cioni. Ella y sus compañeros afrontaban con entusiasmo el comienzo de aquella aventura, se sentían parte de algo más grande que ellos. «Teníamos nuestros problemas, la búsqueda de nuestro propio camino, el estudio que no siempre iba bien, la identidad de una universidad que cada vez se iba extraviando más, el debilitarse de la voz de los maestros, los últimos coletazos del Movimiento Studentesco, al que [al menos hasta 1973, *nda*] no sabíamos cómo contrarrestar». Giussani les acompañaba con discreción, en el aula magna, donde enseñaba qué eran el sentido religioso, Cristo y la Iglesia, y en el pequeño despacho donde recibía a los estudiantes: «No lo percibíamos como el jefe de un movimiento, sino como un hombre [...] atento a toda nuestra vida»⁶. Cuántas veces Cioni le oyó repetir que primero estaba la presencia, y luego, basándose en ella, el análisis. «Él sostenía con fuerza que lo específico del cristiano era hacer presente a Cristo en el mundo y no cambiar inmediatamente sus estructuras. Como había sucedido en el curso de la historia de la Iglesia, la afirmación de la fe llevaría con los siglos al nacimiento de una cultura nueva».

Giussani veía a personas que eran amigas, y esto le empujaba a implicarse cada vez más en aquella tentativa: esta será la razón del ‘éxito’ del CLU (siglas que identifican a los universitarios de CL) en los años siguientes.

En diciembre de 1970, Giussani celebró en Riccione los Ejercicios espirituales del Centro Péguy, al que hacían referencia —como se ha visto— los universitarios de la recién nacida CL. La Universidad Católica era la otra fuente que, gracias a la cercanía de Giussani, hacía crecer la presencia del movimiento. Fue un momento en el que una experiencia transportaba a la otra: señal de que, en medio de las borrascas del 68, alguien continuó navegando y lanzó como un ancla el nombre de ‘Comunión y Liberación’.

Es interesante ver la conciencia que tenía Giussani de la situación posterior al 68 y del único punto original en el que podía encontrar consistencia el movimiento: «La justicia me es dada, me invade, igual que Dios ha invadido el mundo sin pedir su parecer a nadie, escogiendo el punto más débil, un punto frágil, porque a Dios le gusta escoger las cosas más frágiles y débiles del mundo para demostrar a las inteligentes y poderosas que no tiene necesidad de ellas». Esto explica por qué «no es el activismo, como tampoco el moralismo (es un *pendant* perfecto), lo que crea situaciones verdaderas». ¿Qué es, entonces? «Mi conversión». ¿Y en qué consiste? En «reconocer lo que Él ha puesto en la raíz de mi ser, en reconocer que soy una criatura nueva, que yo soy Tú». En este punto Giussani se dirigía directamente a ese Tú, casi en oración: «Muéstrate un poco, ven a mí, sal a la luz, reviste mis miembros, mis brazos y mis manos, mi cabeza, mis pensamientos, mis sentimientos, mis ojos, mi boca. Revísteme, porque Tú eres fermento y mi masa es muy densa, comprendo que hace falta toda la vida para que se realice misteriosamente esta acción»⁷.

Durante una asamblea de 1971 Giussani quiso que brotara la conciencia del desafío

que representaba el momento que Comunión y Liberación estaba atravesando en la universidad: «Cada uno de nosotros debe tener conciencia clara de lo que ha sucedido en él, de la estructura nueva que hay en él, de su participación en la estructura de Cristo en la historia». La nueva realidad de CL acababa de nacer, pero Giussani identificaba ya dónde anidaba el peligro: si esta conciencia nueva no se produce, «existirá Comunión y Liberación como asociación, como esquema en el que confluimos, pero eso no es lo que somos nosotros. O Comunión y Liberación eres tú mismo, es decir, la estructura de tu ser, o bien es el enésimo esquema en el que te alienas y que al final te deja seco». En efecto, «Comunión y Liberación es una fórmula que define tu personalidad, tu presencia en el mundo, no una asociación».

Giussani percibía, pues, un riesgo en la vida de los primeros universitarios *cielinos*: «Nos sabemos estupendamente el discurso, pero falta el ímpetu personal: fijaos en cuando estáis en los pupitres, con los demás; cuando estáis entre amigos, o con quienes piensan de manera distinta, o con vuestros profesores: [...] falta hacer un juicio personal sobre la realidad con la que nos encontramos». E insistía: «Frente al profesor, en medio de un grupo de contestatarios, en tu casa, o con los amigos, Comunión y Liberación eres tú»⁸.

Desde los primeros años, la vida de CL en la Universidad Católica tuvo que hacer frente a algunas dificultades: el rector Lazzati no miraba con simpatía la creciente presencia de los universitarios que se reconocían en la experiencia de CL, y grupos de contestatarios trataban de impedir incluso violentamente su acción. Laura Cioni veía cómo afrontaba Giussani las cuestiones que surgían: «Interviniendo con mucha discreción desde fuera, trataba de hacernos comprender lo bella que era la experiencia cristiana y nos hacía ver que esto era lo primero que teníamos que comunicar, antes que rebatir puntillosamente los juicios ajenos». Recuerda todavía la vez en que sugirió corregir un periódico mural, colocado fuera de la Católica, convenciendo a sus redactores de que pusieran como frase de apertura no su reacción a la ideología, sino la experiencia positiva que estaban viviendo. «Esta fue, a mi parecer, la primera vez que el cambio de rumbo empezó a influir sobre nuestro modo de razonar», comenta Laura Cioni.

La escalera F de la Universidad Católica, donde se encontraba el pequeño despacho reservado para los profesores de Introducción a la Teología, era un ir y venir de estudiantes en el horario que tenía Giussani para recibir a los alumnos: «¡Cuántas decisiones importantes, incluso definitivas», recuerda Cioni, «se tomaron en aquel pequeño despacho!»⁹.

Palalido 1973

Giussani recordará la situación de aquellos primeros años setenta con estas palabras: «Tanto para el ámbito eclesiástico, como para el ámbito social y político, nosotros no éramos nada. No éramos unas siglas de las normalmente reconocidas, no teníamos ninguna incidencia, y por ello (no sé si fue una tentación: yo no considero que fuera una

tentación, sino que era algo justo) nosotros quisimos demostrar que vivir la vida, plantear la vida desde la fe en Cristo hace que nos volvamos más inteligentes y más activos también en las cosas de este mundo». Por eso «nos lanzamos a la lucha en la universidad, a los problemas que entonces se agitaban (en el 71, 72 y 73), demostrando que también nosotros teníamos una palabra que decir y que era más equilibrada que la de los demás».

La culminación de ese esfuerzo se produjo en 1973, «cuando celebramos un famoso encuentro en el Palalido de Milán», con miles de universitarios de toda Italia. «Y la prensa se quedó atónita. Vino incluso Aldo Moro¹⁰, y no porque le hubiéramos invitado (porque no habíamos invitado a nadie), sino porque lo había escuchado de un grupo de estudiantes suyos en la Universidad de Roma»¹¹.

El 19 de marzo de 1973, al terminar una reunión de adultos del movimiento, Giussani dio el siguiente aviso: «El sábado 31 de marzo, a las 10 de la mañana, dará comienzo el Congreso Nacional de Comunión y Liberación Universitarios (el CLU, *ndt*) en el Palalido de Milán, en la plaza Stuparich: es un momento de crecimiento para todo el movimiento, y también un gesto misionero al que invitar a todos». Subrayó que «es un riesgo que corremos delante de todos (del mundo eclesiástico y del mundo civil, político y cultural), un riesgo en el que estamos todos implicados»¹².

Onorato Grassi, por aquel entonces entre los responsables de los universitarios de CL, recuerda que el 31 de marzo de 1973 «se reunieron en el templo del baloncesto milanés, conocido como Palalido, más de cinco mil estudiantes universitarios, para discutir un tema que hoy puede resultarnos extraño, pero que entonces producía su efecto: ‘En las universidades por la liberación’. Desde ese día, la opinión pública supo que en las universidades italianas no vivían y operaban solo los grupos de la izquierda extraparlamentaria, sino también unos grupos de católicos, que se llamaban ‘comunidades cristianas’ o grupos de ‘comunión y liberación’, según el título que se había dado cuatro años antes a un manifiesto distribuido en algunas facultades milanesas. En esos cuatro años los grupos habían crecido y se habían difundido por distintas universidades italianas, dando de nuevo vida y vigor a un movimiento que hundía sus raíces en la Gioventù Studentesca de los años sesenta». El Congreso era expresión de aquel intento y pretendía «diseñar el ‘proyecto’ de una nueva situación y condición de la universidad, donde la identidad cristiana fuese reconocida por la contribución que podía ofrecer para la superación de las dificultades y de las contradicciones de todos, a través de lo que entonces se llamaba ‘el trabajo cultural’ y ‘el trabajo político’». Esta perspectiva se ampliaría después desde la universidad a toda la sociedad, «desafiando la doble hegemonía ‘burguesa’ y ‘revolucionaria’, y constituyendo una alternativa a ambas en los campos de la cultura, la educación, la economía y la política»¹³.

Entre el gentío que se aglomeraba en el Palalido —como se ha apuntado— estaba también el diputado Aldo Moro. Le habían invitado Saverio Allevato y Lucio Brunelli, alumnos suyos en la Universidad La Sapienza de Roma. Allevato recuerda: «Siguió con vivo interés todo el Congreso, sentado entre los jóvenes en la pista» y después de esta

experiencia, «que juzgó muy interesante, orientó a uno de sus estudiantes más queridos, Franco Tritto [...], para que apoyara a nuestra lista en las elecciones universitarias. Después de aquello, siguió en contacto con nosotros, llamándonos a conversar con él, o participando en la misa dominical que celebrábamos entonces, no más de treinta o cuarenta personas, en una especie de sótano». Y pocos meses después del Palalido «le dijo al diputado Francesco Cossiga que llamara a CL en Milán y estableciera contacto con ellos»¹⁴.

Mario Calabresi, actual director de *La Stampa* (cuando se redactaba este texto, *ndt*), recuerda el relato de Luigi La Spina, antiguo codirector de ese periódico, «cuando vio a Aldo Moro en el Palalido de Milán al comienzo de los años setenta. Estaba sentado aparte, con una libreta en la mano, y tomaba apuntes sobre la primera gran aparición pública de Comunión y Liberación. Había ido a ver quiénes eran aquellos jóvenes del movimiento de don Giussani, y no se le pasó ni siquiera por la cabeza intervenir o hacerse notar; estaba allí solamente para comprender qué era lo que estaba moviéndose en aquella sociedad»¹⁵.

Aquel día Giussani no fue al Palalido más que hacia la hora de comer: «Por la mañana estuve en la Cascinazza para rezar el rosario, por terror a que se produjera algún alboroto o algún gesto rebelde por parte de los demás [grupos] —la cosa, en cambio, salió bien, fue un gesto persuasivo—; yo, que había pasado la mañana rezando el rosario, fui allí a la una con ánimo trepidante para ver, y todavía estaban hablando». Se topó con un periodista que le dijo: «Habéis conseguido crear el nuevo movimiento estudiantil»¹⁶.

«Una huida hacia adelante»

Pasaron algunos días, y el 4 de abril Giussani juzgaba críticamente el, sin embargo, logradísimo Congreso del Palalido: para él se había tratado de una «huida hacia adelante de un grupito líder», por lo que la tarea ahora era «recuperar un reconocimiento teórico [por parte] del movimiento» en su conjunto¹⁷.

Y el 20 de mayo de 1973 señalaba un error en el que se había incurrido en su organización: poner la esperanza «en las ideas políticas propias o ajenas». Y esto había marcado negativamente las sesiones: «Lo más horrendo del Congreso tan admirablemente exitoso del 31 de marzo, pero en todo caso enormemente significativo como instrumento que Dios nos da para nuestra contrición», era que «los aplausos más largos en un congreso de testimonio ante el mundo, por primera vez de forma tan grande, se han dirigido a la afirmación de que nosotros no vamos con ningún partido o [contra las] detenciones de la policía». Para Giussani era una vergüenza: «Quería desaparecer cuando escuché esto». Y este era el origen de su desaprobación: «Lo que hemos privilegiado en nosotros no es a Cristo, no es el hecho nuevo: amigos, no creemos todavía. La ideología nos invade hasta tal punto, que aquello que no podría ser mas que secundario con respecto a la comunión —porque tú puedes tener una opinión diferente de la mía, esto es natural— se convierte en lo que prevalece operativamente en el juicio que se da y en la acción que se sigue de ese juicio», hasta el punto de que «la comunión

ya no tiene espesor». Y la vida del movimiento se empobrece, reduciéndose a una serie de palabras: «La proyección mecánica del discurso, creer que estamos presentes en la Universidad Católica, creer que se hace misión porque se repite el discurso, no es algo raro. O creer que se está presente en el mundo de la enseñanza porque se celebra la asamblea de Comunión y Liberación es algo muy fácil de encontrar en la mayoría de nosotros»¹⁸.

De hecho el Congreso de 1973 marcó para una generación de *cielinos* el comienzo de una larga etapa de exposición pública, que les acarrearía incomprendimientos, hostilidad e incluso violencia física. Lo observa Grassi al releer la historia de aquellos años: «Desde entonces, aquellos jóvenes, muchos de los cuales tenían poco más de veinte años de edad, se encontraron haciendo cuentas con los principales problemas de la sociedad italiana, dentro y fuera de la universidad. En 1974 el Ministro de Instrucción Pública convocó elecciones de representantes estudiantiles para los órganos de gobierno de la universidad; para algunos, se trataba del intento de los partidos de marginar a los grupos de extrema izquierda, desde el Movimento Studentesco a Lotta Continua, que reaccionaron duramente contra lo que consideraron una provocación». Los *cielinos* se presentaron a las elecciones universitarias y después a todas las convocatorias electorales siguientes, «dando lugar siempre a polémicas vehementes y oponiendo una firme resistencia contra los que veían peligrar su presunto dominio. No faltaron los heridos, causados por grupúsculos violentos de la izquierda, pero también de la derecha, como sucedió en Roma, cuando fueron agredidos unos estudiantes que pegaban carteles para las elecciones estudiantiles»¹⁹. Se trataba de Gianni Gianninoto y de Lucio Brunelli, que fueron agredidos por un escuadrón fascista en la noche entre el 2 y el 3 de febrero de 1975. El herido más grave fue Brunelli, «golpeado con una brutal determinación, presenta fractura de numerosas costillas, los brazos rotos, órganos internos lesionados y múltiples heridas de arma corta: durante algunos días se teme por su vida»²⁰. El Secretario de Estado Vaticano envió al cardenal Ugo Poletti (vicario del Papa para la diócesis de Roma) un telegrama en nombre de Pablo VI, en el que expresaba «su vivísimo pesar y su profundo rechazo por la traicionera agresión llevada a cabo contra algunos estudiantes del movimiento ‘Comunión y Liberación’», asegurando «a los dos jóvenes heridos una particular y consoladora Bendición apostólica»²¹.

Similares actos de violencia tuvieron lugar pocos días después en Bolonia: «En la noche entre el 11 y el 12 de febrero, otros tres estudiantes universitarios de CL, Francesco Bernardi, Eugenio Babini y Paolo Vestrucci, candidatos a las elecciones estudiantiles en la Universidad de Bolonia, resultaron agredidos y golpeados por un grupo de extraparlamentarios de izquierda. Los tres tuvieron que ser hospitalizados»²².

Este era, pues, el clima en que vivían los universitarios de CL. Grassi añade que «luego vino la batalla del divorcio... y una nueva cita electoral... En todas esas circunstancias aquellos jóvenes estudiantes trataron siempre de mantener viva su fidelidad a una identidad, la identidad cristiana, que habían reconocido como verdadera para su vida, y de ponerla en juego dentro de los asuntos cotidianos, rebatiendo golpe a

golpe y rechazando mantenerse al margen, como algunos sugerían y muchos otros practicaban, a la espera de que los tiempos fueran mejores para poderse comprometer con mayor facilidad. [...] No solo pesaban el esfuerzo y el cansancio; crecía también la lejanía progresiva del motivo por el que se hacía todo, con gran dispendio de energía y de tiempo»²³.

Este es el juicio que dará Giussani sobre aquella etapa: «Nosotros caminamos durante algunos años como sobre la ola de aquel esfuerzo. Inmediatamente después, dos años después, se planteó el problema del divorcio, el problema de las elecciones escolares, el problema de las elecciones universitarias, el problema de las elecciones administrativas y el problema de las elecciones políticas; en tres años tuvimos siete elecciones». Giussani recordaba desconsolado: «Nadie, ningún grupo se había organizado para estas elecciones. Ninguno, salvo nosotros, por orden —y esto hay que decirlo—, por una llamada de teléfono de la secretaria de la CEI», del entonces monseñor Enrico Bartoletti, «el cual nos invitó a trabajar también para las elecciones administrativas y políticas. Yo no quería, porque decía: ‘Nosotros queremos educar en la fe y no...’. Y en cambio se nos pidió que nos comprometiéramos. Así pasamos todos aquellos años, hasta el 76, dentro de esa enorme actividad y esa enorme tensión: una ‘lucha continua’ en el sentido literal del término»²⁴.

Grassi recuerda que los que se cruzaban con Giussani en los pasillos y en las aulas de la Universidad Católica, mientras ocurrían todos estos hechos, no podían disimular un cierto malestar, «ni tampoco una pregunta implícita, pero subyacente, sobre la meta hacia la que iban, una pregunta sobre cómo se podía vivir de otra manera para hacer que los días que pasaban, el estudio y los deseos fuesen más verdaderos, y, sobre todo, para que se volviera verdadero para uno mismo ese encuentro con el cristianismo que había marcado profundamente su vida». Respondiendo a esta situación, Giussani «comenzó a vincularse a los universitarios, empezando por los de la Católica, más próximos a él; respondiendo a su invitación, comenzó a asistir a algunos de sus encuentros»²⁵.

«Si te haces amiga de cinco, podrás llegar a cincuenta más»

Un día de 1975 Laura Cioni se encontró con Giussani en el primer claustro de la Católica. Este le acababa de proponer que asumiera la responsabilidad de los universitarios de CL en la universidad del largo Gemelli. La comunidad contaba casi con quinientas personas, y la joven le preguntó a Giussani qué hacer para asumir una tarea tan comprometedora: «Si te haces amiga de cinco, podrás llegar a cincuenta más» recibió como respuesta. Esos cinco los tenía a su alrededor: eran Antonio Simone, Luigi Amicone, Antonio Intiglietta, Emanuele Banterle y Roberto Fontolan: «Empecé a leer con ellos el *Miguel Mañara* y *La Anunciación a María*. Nos hicimos amigos para toda la vida»²⁶.

Giancarlo Cesana reconoce que aquellos universitarios no tenían la caracterización ideológica de su generación, tenían de hecho casi diez años menos que él y eran expresión de «una generación destruida por el 68 que tenía una exigencia humana más

elemental. Por eso se pegaron a Giussani, arrastrándome consigo sin dudarlos»²⁷.

Giorgio Vittadini (luego profesor universitario) se inscribió en la Universidad Católica en 1974 y recuerda el clima confuso de movilización permanente que había ahí, favorecido por el hecho de que «los otros, que eran fuertes y estaban presentes, tenían la hegemonía por todas partes en Milán; los periódicos solo hablaban de esto. La izquierda extraparlamentaria mandaba totalmente dentro de las universidades». En un contexto de fuerte contraposición, las iniciativas de la comunidad de CL corrían fácilmente el riesgo de ser ‘reactivas’, es decir, preocupadas por responder continuamente a las iniciativas de los demás. ¿Y la relación con Giussani? «Íbamos a sus clases, pero nuestra atención estaba dirigida a otra cosa, no ciertamente a su persona y a sus enseñanzas como guía; tanto es así que posteriormente supe que él repetía: ‘A vosotros os importan un comino mis clases’. Estábamos polarizados por una presencia concebida como compromiso político».

Vittadini recuerda su primer año de universidad: «Participamos en las elecciones universitarias, apoyamos a los estudiantes de enseñanza media en las elecciones para los órganos colegiales suyos, nos movilizamos para las elecciones municipales». Y sin embargo todo esto no parecía recompensar en términos de satisfacción personal: «Al final de un curso en el que nos habíamos comprometido seriamente con todo esto y también con el estudio, estábamos agotados y, en última instancia, extrañamente tristes».

En este contexto, Vittadini conoció a los que habían empezado a implicarse con Giussani y reconoció en Laura Cioni «el punto determinante de aquel primer grupo, porque fue el punto de agregación espiritual de la cuestión y de la relación directa con Giussani, una relación aguda; ella era como el catalizador de la intuición».

Lo que le llamó inmediatamente la atención fue «el interés que tenían ellos por la enseñanza de Giussani», y el hecho de que él «había empezado a verles con frecuencia». Giussani entró «de puntillas» en la comunidad de la Católica, sin ningún clamor: «Empezó a seguir a este grupo, y el grupo empezó a tomarse en serio [el curso sobre] el sentido religioso»²⁸, a retomarlo con él, preguntándole a él. Y esto movilizó, recuerda siempre Vittadini, un interés por todo, brotó «una amistad —extraña y excepcional— capaz de espolearnos para hacernos cargo de las necesidades más verdaderas, materiales y espirituales, capaz de despertar un impulso misionero inaudito, una pasión nueva por el estudio y por las exigencias más verdaderas de los que estaban a nuestro alrededor (véase el nacimiento, precisamente entonces, de la CUSL, Cooperativa Universitaria Studio e Lavoro), una pasión política, en sentido amplio y no desviada, deseosa de tener un juicio nuevo sobre todo lo que estaba sucediendo, dramático y trágico, en toda la sociedad».

También Onorato Grassi tiene muchos recuerdos de aquellos años setenta con Giussani: «Encontrarse con él en la Católica era una fortuna, a veces buscada. Fuera de clase y en los claustros bastaban pocas palabras, a veces solo gestos, para despertar en nosotros la dimensión humana de la vida. Además, cuando se formaba el corro —a menudo en el bar, antes de las clases de los miércoles y jueves— sus preguntas habituales eran: ‘¿Qué dicen los periódicos hoy?’; e inmediatamente después: ‘Y

vosotros, ¿qué decís?’. Nuestras respuestas, después de elaboraciones nada fáciles, se escribían en *dazibaos* [término que se tomó entonces de la revolución china, un detalle de la influencia ‘maoísta’, *ndt*] que se exponían en las puertas de la universidad (nosotros teníamos el lado izquierdo y Lotta Continua el derecho)». Y cuando no había carteles en las puertas, recuerda siempre Grassi, era inevitable que Giussani llamara, incluso por teléfono a casa, «para preguntarnos si estábamos muertos o dormíamos. Para él ser capaces de juzgar era señal de vida, una pasión que transmitió a muchos».

Grassi reconoce que durante sus clases Giussani no era menos apremiante, de modo que los cursos eran un desafío continuo para quien los frecuentaba: «Nos enseñó a vivir la universidad, a tener gusto por la investigación, atención escrupulosa a las palabras y a su uso, estima por el razonamiento, dedicación al trabajo, pero, sobre todo, amor a la verdad, desinteresadamente y sin prejuicios».

A mediados de los años setenta se remontan los primeros encuentros con Giussani de Monica Zappa, entonces inscrita en la facultad de Filosofía (más tarde profesora universitaria de Ciencias culturales). Recuerda que él daba dos cursos de Introducción a la Teología I y II los miércoles por la tarde y los jueves por la mañana: «Llegaba siempre en coche acompañado por alguna persona que quería hablar con él. Porque, de hecho, esa era una ocasión privilegiada para estar en su compañía. A decir verdad, el viaje no era de los más relajantes, porque él siempre estaba preocupado por las condiciones del tráfico, y por consiguiente repetía continuamente: ‘¡cuidado, cuidado!’». No había una vez que don Giussani no diera alguna moneda al mendigo apostado en el semáforo, y no eran cifras irrisorias; lo mismo cuando pedía alguna información a lo largo del camino, jamás dejaba de dar una propina». Una vez llegado a la Católica, «a lo largo del trayecto entre el portón de entrada y el bar, luego en el aula magna, y también en las pausas de las clases, o a lo largo de los claustros hasta su pequeño despacho, en la entreplanta de la escalera F, no pasaba inadvertido, rodeado como estaba por un enjambre de personas que trataban de pararle de algún modo, para proseguir la conversación sobre los temas del curso o incluso solo para decirle un reverente ‘Buenos días’». «También los bedeles notaban su presencia», como discretos testigos del ímpetu familiar con el que generaciones de estudiantes demostraron a lo largo de los años su afecto por Giussani. «Pero la masa más numerosa», recuerda Monica Zappa, «estaba en fila en la escalera F, los jueves por la mañana después de clase, durante el tiempo de atención a los estudiantes. No sé cuántos estábamos allí cada vez, cuántas amistades nacieron en los escalones de aquella escalera esperando nuestro turno. Y cada uno, de manera única e irrepetible, salía siempre marcado, reanimado, recuperado con decisión, renacido, fielmente acompañado».

Si la historia de aquellos universitarios tomó un sesgo distinto respecto a la masa estudiantil, subraya Laura Cioni, fue precisamente por mérito de Giussani: «Nosotros éramos niños. En la Católica, gracias a él, nunca desapareció una mirada religiosa sobre el otro. Tengo en mi mente ‘fotografías’ de mis amigos, que luego se han abierto camino en muchas profesiones: frente a él eran como niños. Las clases de Moral se habían convertido en un hecho de pueblo. La presencia de don Giussani agregaba cada vez a

más gente, también gracias a nosotros, que nos habíamos vuelto hijos suyos, más que amigos»²⁹.

Una noche, Laura Cioni y una treintena de estudiantes de la Católica invitaron a Giussani a una fiesta en Trezzano sul Naviglio. El ambiente era familiar. En un momento dado se empezó a bailar. «Era verdaderamente bonito estar juntos así», son palabras de Laura Cioni, «se respiraba la amistad de los mejores momentos». Hasta que Giussani pidió un momento de atención. Cioni recuerda sus palabras: «Es muy bonito veros tan familiarizados y contentos esta noche. Pero cuando dentro de la alegría del baile descubráis una nota de tristeza, caeréis en la cuenta de que hay una belleza todavía mayor. Os deseo que ese momento llegue pronto»³⁰.

Muchos años después también Giussani narrará el mismo episodio: «Después de cenar los chicos se pusieron a bailar. Yo estaba sentado en mi sitio mirándoles. En un momento dado me puse de pie y les dije: ‘¡Parad!’’. Ellos se pararon un poco extrañados, y entonces les dije: ‘Hay una diferencia entre vosotros y yo: vosotros, con este bellissimo juego, con este agradable movimiento, con esta relación llena de afecto, tenéis una distracción última y terrible y no os dais cuenta de la semilla que está dentro de vuestro juego, una semilla de tristeza. Cuando hayáis terminado volveréis a casa y os diréis ‘hasta mañana’, subiréis a vuestra habitación y os meteréis en la cama. Entonces esa semilla —en aquellos de vosotros que conserven un mínimo de sensibilidad humana—, esa semilla de tristeza os picará, os urgirá: como si estuvierais tumbados teniendo debajo de la espalda una piedra. Esta semilla, de la que no os dais cuenta —que está en el origen del gusto por vuestro baile y de la tristeza que brotará en vosotros, apenas esbozada y pronto alejada por el sueño, cuando os vayáis a la cama—, es una semilla de melancolía; la melancolía característica de algo que no está completo todavía»³¹.

«Y yo, ¿qué tengo que ver con el movimiento?»

En el contexto de esta presencia renovada en las universidades, en enero de 1975 aparecían unas nuevas siglas: Católicos Populares. «Nacieron en la vía Nirone, sede de la DC», cuenta Cesana, «con Baiocchi, Donato y Ballarin, que eran de la corriente de base de la DC. Después de una negociación extenuante en la que ellos querían que nos llamáramos ‘Católicos Democráticos’, apareció, propuesto por Baiocchi [Giuseppe, en esa época asistente del profesor Giorgio Rumi en la Universidad Estatal de Milán, más tarde periodista del *Corriere della Sera*, nda], el nombre ‘Católicos Populares’»³².

Cesana recuerda que en aquella época los líderes de los universitarios de CL eran más bien aguerridos: «Detrás había una realidad que intentaba resistir obstinadamente al ataque exterior y a su propio complejo de inferioridad frente al mundo de la izquierda. Y lo hacía de forma desesperada, tremebunda, es decir, sin vigor, sin la certeza de ser una presencia, ligada a la ansiedad por tener que producir algo que en el fondo nos permitiera también a nosotros encontrar el lugar al sol que tenían los demás».

Y Bertazzi añade que Giussani «seguía el desarrollo del asunto con discreción y prudencia, tanto es así que no ‘quería’ —no programaba— hacer el movimiento. Si

nacía, nacía».

Algunos responsables de los universitarios de CL se solían reunir en casa de Giorgio Feliciani, como recuerda Cesana: «Tanto Feliciani como Baroncini insistían en que yo fuera a hablar con don Giussani. Le conocía, por así decirlo, de vista: le había escuchado al participar en varios Centros del movimiento, pero nunca había tenido una conversación personal con él. Por eso, debido a la insistencia de ellos dos, un día decidí pedirle una cita: estamos en 1974 o quizá en 1975. Recuerdo que fui a recogerle con mi Fiat Cinquecento». Cesana le confió todo su malestar, «y él se mostró completamente de acuerdo». La cosa le sorprendió mucho, recuerda Cesana: «Fue el primero en expresarme esta coincidencia de juicio sobre el que los demás, en cambio, dudaban».

Terminado aquel primer encuentro, Giussani invitó a Cesana a la Católica para retomar la conversación: «Llegué por la mañana un día de lluvia, él estaba de espaldas, en un lugar de la Católica, quizás un despacho, no recuerdo». Apenas le vio, Giussani le dijo: «¿Qué quieres?». Y Cesana: «Estoy aquí para hablar del movimiento». «Y yo, ¿qué tengo que ver con el movimiento?», replicó él. «Ante esta respuesta me quedé de piedra, no dije nada. Él comprendió que lo que había dicho era más bien fuerte y entonces nos pusimos a hablar. Él escuchó mucho las cosas que yo le decía, y le invité a unas vacaciones que organizaba el CLU»³³.

Las vacaciones tuvieron lugar en Campitello di Fassa, en septiembre de 1975. Participaron en ellas estudiantes de varias universidades italianas, para discutir sobre la situación universitaria. En realidad, el objetivo de la reunión era bien distinto: «Se trataba de afrontar un malestar que todos advertían, pero que no estaba bien identificado y del que no se veían posibles soluciones», recuerda Grassi³⁴.

En aquella ocasión, precisamente el 6 de septiembre, Giussani describió la situación de CL en la universidad tal como había observado que venía evolucionando en los últimos años: «He visto entre vosotros a mucha gente de buena voluntad, pero afectada por un cansancio último que llega en algunos casos a la parálisis. [...] Si el cansancio nos paraliza, quiere decir que somos todavía inmaduros a la hora de percibir el sentido de nuestra vida y de todo lo que hacemos». A continuación invitó a todos a reconocer: «El problema no es la comunidad, no es el CLU, sino que soy yo»; en efecto, «lo que se está cuestionando es la vocación de mi vida: que mi vida tenga una identidad consciente y estable».

Indicó después el método para poner en práctica esa identidad estable: «La unidad de uno mismo y la unidad con los demás. La unidad de nosotros mismos la encontramos en la unidad con Cristo [...] y la unidad con los demás es una consecuencia de esto, una pura consecuencia de esto. Pero la unidad con Cristo *está condicionada* por la expresión sensible de esta presencia, es decir, por el cuerpo en el que se revela, esto es, por la vida de la comunidad que nace del misterio de Cristo». Por eso la amistad es el gran vehículo de la fe: «Seguir a la comunidad es el método con el que se incrementa la relación con Cristo, y con ello, la propia identidad y la unidad con los demás». Esto tiene dos aspectos prácticos, especificaba Giussani: ante todo, «la autoridad moral, que se concreta en la función de la autoridad»; y además, «el valor que tienen las iniciativas de la

comunidad en cuanto tal, y por ello, ante todo, la Escuela de comunidad» (la catequesis permanente del movimiento de CL).

Giussani concretó también los tres factores que definían la manera nueva de afrontar la realidad que nace de la fe: ante todo «se parte de una identidad consciente»; después «se entra en la realidad, se interviene en ella provocando una reacción, y esto se llama juicio y praxis nueva»; y, finalmente, «el método del juicio parte de la unidad de mi persona y, por ello, el juicio es creativo y operativo». Por tanto, concluía Giussani, «es necesario salvar la propia pertenencia a la comunidad en todo lo que hacemos. Para el intelectual, el principal problema es la interpretación; para el sabio es, en cambio, salvar su pertenencia al pueblo». Solamente esta identidad nueva «crea un sujeto nuevo que actúa en el mundo, no por las iniciativas que lleváis a cabo, sino por lo que sois: sois factores de unidad si sois conscientes de lo que sois»³⁵.

Fueron meses en los que Giussani no podía evitar señalar una deriva que ya tomaba el movimiento, tal como reconoce Laura Cioni: «Éramos unos jóvenes grandes, estupendos, pero también una asociación de activistas». Durante una conversación la joven utilizó esta imagen que Giussani se apropiará para describir la situación: «Un árbol frondoso cuyas raíces se han secado». Giussani intuía que los universitarios vivían de reacciones, y no de forma creativa: «Se daba cuenta de que esto nos desinflaba lentamente: lo veía en mí y lo captaba también por las frecuentes conversaciones que tenía con algunos de nosotros. Ya no veía el ímpetu original, sino la organización de la comunidad. Pero nos dejaba hacer», recuerda siempre Cioni.

Pasaron un par de meses y los universitarios del movimiento se reunieron en Novegro (Milán) para la apertura de curso, el 30 de octubre de 1975. Para Giussani fue la ocasión de comunicar a todos el juicio que había dado a unos pocos en Campitello: «Cuando empezó nuestra presencia en la universidad hubo un momento —o varios momentos— en los que nos animaba el anhelo, el deseo o incluso la pasión por vivir algo nuevo, por crear una realidad nueva. Ahora vivimos la universidad habiendo perdido este gusto, el gusto por una vida nueva». Insistía observando: «El acontecimiento nuevo no son nuestras iniciativas políticas, culturales y sociales, o las ‘unidades de trabajo’; no son nuestros seminarios, grupos de estudio, cursos, porque eso lo hacen también los paganos».

¿En qué consistía, entonces, la novedad? «Que la gente que nos rodea, en nuestras facultades, en los cursos, no vea solo, como lo ve ahora, nuestra pertenencia a Comunión y Liberación como una serie de iniciativas, de reuniones, de instrumentos a usar, sino que descubra el acontecimiento de Comunión y Liberación en mí y entre nosotros, que caiga en la cuenta de este cambio que se ha producido en mí, que perciba esta unidad que podrán tal vez atacar con rabia, pero de la que en última instancia sienten nostalgia: una roca contra la que no prevalecerá el poder de los infiernos, como dijo Cristo a Pedro». En caso contrario, «Comunión y Liberación se convertirá realmente en un partido político y nada más, se convertirá en una asociación llena de iniciativas, pero tan agotadora que resultará difícil amarla más allá de un determinado número de meses».

Giussani estaba diciendo palabras duras, pero no acusaba a nadie; solo pretendía

referirse a hechos que venían sucediendo: «La lucha que habéis tenido que afrontar en estos años ha sido dura, incesante y pesada, y nos ha arrebatado la posesión de lo que somos, la lucha ha centrifugado la conciencia de lo que somos». Había un síntoma amargo de esta dispersión en una miríada de actividades públicas: «Nuestras comunidades están marcadas por una gravísima deficiencia en su capacidad de *misión*. [...] Si no proponéis a través de vuestra amistad lo que os hace libres, quiere decir ante todo que no os importa demasiado; en segundo lugar quiere decir que no sois amigos de nadie, porque es propio de la amistad dar al otro lo que nos hace libres. Ni uno solo de vuestros compañeros de clase, de facultad o de universidad, debería verse privado de esa mirada que, a través de la amistad, demuestra un rostro distinto; a nadie se le debería negar la posibilidad de ver una humanidad distinta, de escuchar el anuncio que llevamos»³⁶.

«Presencia» y «utopía»

A lo largo de 1976 Giussani señaló los factores necesarios para recuperar la experiencia en la universidad. Lo hizo, en particular, durante la asamblea de responsables del CLU o *Equipe*³⁷, que se celebró en Riccione del 30 de septiembre al 2 de octubre de 1976.

De aquella reunión, Cesana recuerda esta extraña situación: «Estábamos en un cine, muy oscuro, era por la tarde, a la hora de la siesta, y a pesar de ello estábamos celebrando una asamblea, pero todos dormían. [...] Yo tuve una intervención en la que dije que, en resumen, había que intervenir, teníamos que hacer ver que existíamos, y él [Giussani, *nda*] dijo: ‘No’; y yo me quedé sorprendido [...]: ‘¿Cómo que no? ¡Es lo que estamos haciendo desde hace cinco años!’ Y él dijo: ‘Las cosas pueden ir mucho peor incluso de lo que van ahora; si nos viéramos reducidos a las catacumbas, ¿dónde estaría nuestra consistencia? Porque el problema radica en la libertad del hombre frente al ser, que es lo que se decide un instante antes de todo y que es la verdadera razón de lo que somos’».

«En toda la historia del CLU no hemos sufrido ninguna pausa ni hemos puesto entre paréntesis la idea de Cristo», porque «nuestra misión es dar testimonio de Cristo», recordó Giussani. Desde este punto de vista, aquella reunión —que será recordada como «Riccione 76»— fue «uno de los pasos fundamentales, si no ‘el’ paso fundamental después del comienzo del movimiento». Precisamente en aquel momento, dirá Giussani, «desde una concepción del movimiento que, tomando en serio la vida de la fe, de la Iglesia y el planteamiento cristiano, intentaba erigir una cultura que demostrara [...] ser mejor que la que hacía el mundo», se volvió de repente «al núcleo sencillo y pobre del cristianismo: que el cristianismo es el testimonio del hecho de Cristo»³⁸.

Cesana se quedó impresionado por el intercambio de frases que tuvo con Giussani en Riccione: «Discutí de ello largamente con los demás, probablemente hacía falta empezar de nuevo desde otro punto de vista». Muchos años después sería el mismo Giussani quien aclararía algunos detalles para comprender en qué contexto había tenido lugar la

encrucijada de Riccione: «Frente al ataque ideológico, revolucionario, marxista, en última instancia marxista, nosotros, muy poco preparados, nos decíamos: ¿y ahora qué respondemos? ¿Cómo queda aquí el cristianismo? Si todo depende del proyecto revolucionario, utópico, ¿qué importa Cristo? El único recurso es retirarse a algún agujero de alguna iglesia semiderruida para rezar, *in abscondito*, para pedir escondidos a la Virgen que salve nuestra alma». Pero no fue así, porque «el hecho de que no tuviéramos ninguna capacidad de oponernos, con sus métodos y con sus fuerzas, incluso económicas, a la mentalidad que dominaba a los jóvenes de entonces y en consecuencia a la sociedad entonces, nos obligó a recuperar aquello en lo que consiste el cristianismo». En efecto, el cristianismo «no es un mensaje de victoria política, de bienestar social o de perfección moral asegurada, no es esto. El cristianismo no es una ideología, sino personas que se han encontrado con Cristo»³⁹.

En esa difícil encrucijada Giussani recordaba que una presencia en la sociedad es original cuando está fundada en la conciencia de su propia identidad, antes que en el intento de sacar consecuencias de orden cultural, social o político. Y la identidad cristiana se define únicamente por la relación con Cristo y se manifiesta como una experiencia distinta, nueva, entre las personas que se reconocen cristianas. Porque los cristianos viven como todos en el mundo, son de por sí una presencia visible y encontrable, igual que cualquier otra realidad social. Así fue desde el comienzo, cuando los primeros seguidores de Cristo eran identificados como los que se reunían bajo el pórtico de Salomón, en Jerusalén.

Reflexionando sobre esta historia, Cesana subrayará en 1996 la consecuencia imprevista que tuvo la vuelta al origen llevada a cabo por Giussani en Riccione: «Paradójicamente, a partir de allí, de la recuperación de esta conciencia, nació una experiencia incomparablemente más fuerte que la de antes (que estaba preocupada por la presencia social)»⁴⁰, más influyente históricamente hablando.

En Riccione, Laura Cioni escuchó de Giussani esta frase: «La novedad no es la vanguardia, sino el Resto de Israel»⁴¹, para indicar que el camino no podía ser el que imaginase una élite, sino el que marcaran los que permanecieran fieles: «Quizá nosotros estábamos cojos para ponerla en práctica, incluso metodológicamente, porque quizá la comunidad estuviera dividida, pero nosotros teníamos la orientación correcta. Y todo el CLU de Italia la recibió en Riccione, debido también a lo que había empezado en la Católica»⁴². La presencia de Giussani en la guía de los universitarios contribuyó a reforzar una amistad entre los principales responsables a nivel nacional, lo que fue «el secreto de la eficacia de la presencia del CLU en aquellos años», reconoce Cioni.

Viene a confirmar esto el hecho de que Giussani planteó aquel *Equipe* de Riccione a partir de la contribución que había mandado la comunidad universitaria de Roma, guiada por don Giacomo Tantardini (ordenado sacerdote en Venegono y enviado por el arzobispo Colombo a Roma para estudiar Derecho canónico en la Pontificia Universidad Gregoriana) y que tenía entre sus responsables a Lucio Brunelli. Él leyó la intervención en nombre de los romanos. De aquel *Equipe* Brunelli recuerda «la percepción general de una fuerte sacudida en el movimiento, como una revolución, una santa sacudida». Todos

los presentes advirtieron los síntomas de una postura humana que ya no era sostenible: «Un intelectualismo exasperado, un activismo ansioso, un esquema que prevalecía sobre la experiencia de la vida». Pero de ahí a comprender y a experimentar «la liberadora novedad a la que nos llamaba don Giussani había un buen trecho. También para nosotros, los de Roma, que no obstante, éramos con frecuencia valorados por Giussani en aquel periodo crucial. Había una simpatía afectuosa hacia nosotros. Quizás el hecho de que veníamos por lo general de ambientes populares nos exponía menos a cierta tendencia a la abstracción». En Giussani había entusiasmo, sintonía, gratitud genuina por lo que habían encontrado los romanos: «De hecho, ya antes de Riccione, Giussani retomaba y valoraba nuestras intervenciones con frecuencia», incluidas las de Brunelli (lo hizo también en Riccione durante la homilía de la misa: «¡Hubiera querido que me tragara la tierra!» recuerda): «No creo que se nos subiera demasiado a la cabeza. El sentido de nuestra inadecuación era tan fuerte...». Para el entonces joven universitario de Roma la mirada de Giussani fue decisiva: «Su afecto, su simpatía, el misterio al que remitía su humanidad, eran algo tan bello, lo más bello para mí, que esto de por sí era suficiente, más allá de la conciencia que yo tenía de las cosas que él decía».

Y así se llegó a la reflexión de Riccione, el 2 de octubre de 1976, como recuerda siempre Brunelli: «Manifiesto del cambio al que nos invitaba don Giussani. Pocos lo recuerdan, pero su intervención fue un comentario, punto por punto, a la contribución que habíamos enviado los de la comunidad de Roma». Con mucha honestidad, Brunelli admite: expresaba «sobre todo la conciencia de nuestro responsable y ‘padre’ en la fe don Giacomo Tantardini (el primero que se sintió puesto en cuestión por las afirmaciones de Giussani)», pero reflejaba también la experiencia de aquellos jóvenes entre los veinte y los veinticuatro años de edad, «por lo menos como deseo o exigencia». Don Tantardini explicará así la razón de su asombro ante las palabras de Giussani: «Era algo completamente distinto, distinto de mí; yo no lo podía aplicar, solo podía pedir seguir a quien me lo testimoniaba»⁴³.

En la contribución de Roma que don Giussani valoró se puede leer este pasaje: «Podemos considerar los años del CLU como una etapa necesaria para entender las consecuencias profesionales, culturales, sociales y políticas de la fe; en nuestra opinión, esto revela una respuesta equívoca a la pregunta: ¿qué es la fe? [...] La fe, en efecto, no es un punto de partida al que añadir algo. La fe es el reconocimiento de la comunión con el Señor como estructura de nuestro propio ser; por lo tanto, es un origen que sucede de nuevo en cada instante, y que, en la medida en que tomamos conciencia de ello, transfigura lo que hacemos, transfigura toda la existencia según los tiempos del Señor».

Algunos de los motivos que llevarán a Giussani a atribuir a la reunión de 1976 un valor de refundación para toda la vida de CL se ven al recorrer el índice de los temas que tocó en Riccione. Su intervención quiso ser «un comentario crítico y un desarrollo sistemático de la intuición que ha expresado la comunidad de Roma», que indicaba como primera necesidad la urgencia de tener «una claridad sobre lo que somos y por qué existimos como CL dentro de la universidad»⁴⁴.

Saverio Allevato —uno de los responsables de Roma presentes en Riccione—

recuerda aquellos años en la capital italiana, muy comprometidos social, cultural y políticamente, y añade: «El compromiso, el esfuerzo, el valor [...] estaban dando óptimos resultados en términos de agregación, de consenso, de representación, y por consiguiente también en términos de poder. Precisamente por esto crecía el orgullo: cuando esto sucede, uno acaba pensando y creyendo que el cambio de la sociedad y de la vida personal depende de las propias fuerzas y capacidades. En resumen, con esta dinámica lo esencial pasa progresivamente a un segundo plano, y la fe corre el riesgo de convertirse en un corolario, una simple ‘inspiración’ carente de influencia». Precisamente en aquel momento, recuerda Allevato, llegó la palabra clarificadora de Giussani: «Nos llamó de nuevo con fuerza a lo esencial»⁴⁵.

Para Giussani el problema que tenían delante las comunidades de los universitarios podía formularse así: «Es necesario que lleguemos a comprender la oposición que existe entre dos palabras —‘presencia’ y ‘utopía’— y la elección que hacemos de la primera. El destino de nuestra comunidad y su eficacia dentro de la universidad y en la sociedad dependen de la primacía de la *presencia* frente a la tentación de la *utopía*». Y respondiendo precisamente a los amigos de Roma, dijo que «una presencia es original cuando brota y encuentra su consistencia en una identidad consciente y en el afecto a ella»⁴⁶. Y la identidad es la que definía san Pablo: «Y no hay judío ni griego, ni esclavo ni libre, ni hombre ni mujer, ya que todos sois uno en Cristo Jesús»⁴⁷. Giussani comentó: «*Esta es nuestra identidad*. [...] No existe nada culturalmente más revolucionario que esta concepción de la persona»⁴⁸.

Por contraste, el término ‘utopía’ identificaba una forma de expresión que se apoyaba en el razonamiento discursivo, «el proyecto y la búsqueda ansiosa de instrumentos y de formas organizativas. [...] No se construye una realidad nueva a base de discursos o de proyectos alternativos, sino viviendo gestos de humanidad nueva en el presente». En resumen, «si cedemos a la tentación de la utopía hacemos la competencia a los demás a su mismo nivel y, en última instancia, con sus mismos métodos». No valía para atenuar este juicio la constatación de que «con el tiempo, hemos adquirido una agudeza cultural, social y política que se ha puesto de manifiesto sobre todo en estos últimos años, y que hace que en Italia se nos considere incluso una fuerza política», porque «nuestra fuerza no es un proyecto, sino la conciencia del Misterio que somos». Y, quizá leyendo cierto interrogante en los rostros de los universitarios, explicó que lo que estaba describiendo no era un camino nuevo, sino el que se había recorrido desde hacía dos mil años: «Es lo mismo que le pasó a la primitiva cristiandad: entró en el mundo no para cambiar la filosofía, sino para hacer presente lo que ella era, para hacer presente a Cristo compartiendo la vida de todos, incluso la filosofía. Y así, a lo largo de los siglos, en los monasterios, en las escuelas y en las universidades nacieron una filosofía y una cultura nuevas»⁴⁹.

Giussani estaba hablando a un grupo de responsables que desde hacía años hacía un enorme esfuerzo por estar presente en las facultades universitarias, y precisamente por esto observó: ha llegado el momento en que «ya no podremos resistir si no madura ese

acento inicial; si no madura, no podremos sobrellevar como cristianos la enorme cantidad de trabajo, de responsabilidades y de esfuerzos a los que estamos llamados. No se congrega a la gente mediante iniciativas; lo que congrega es el acento verdadero de una presencia que procede de la realidad que está entre nosotros y en nosotros: Cristo y su misterio, que se hace visible en nuestra unidad»⁵⁰.

Giussani concluyó aquellas jornadas lanzando a los universitarios a una nueva aventura, «un nuevo inicio», como lo llamará años después: «Lo que debe suceder, ante todo, no es una ‘presencia de nuestra comunidad’ en la universidad, sino ‘un corazón nuevo en cada uno de nosotros’, tu madurez, hermano; la eclosión o el albor de tu madurez cristiana, de una fe y una pasión nuevas en ti. La incidencia en la universidad y en la sociedad o la aportación a la Iglesia, son consecuencias que Dios establece según su voluntad al igual que establece los tiempos de la historia». Y a continuación concretó también la razón del impulso para vivir la vida con los compañeros de la universidad: «Ninguno estaría en paz si uno solo entre nosotros no llegase a ver este escenario nuevo, en donde el panorama del mundo, de uno mismo, de la banalidad cotidiana, del compañero y del amigo es completamente distinto. Lo presentimos todos aunque sea fragmentariamente: cuando nace el sol, empieza un día nuevo en este mundo, no en el otro. Este presentimiento debe convertirse en una lucha siempre renovada que nunca termina, porque la resistencia que encontramos en la universidad es la objetivación imponente de la misma resistencia que encontramos en nosotros»⁵¹.

Por eso durante el *Equipe* Giussani repitió: «La presencia, en cambio, se expresa en una amistad operativa, mediante gestos que ponen de manifiesto un sujeto distinto, que lo afronta todo de manera diferente (las clases y el estudio, la reforma de los planes de estudio y la concepción de la universidad), gestos que en primer lugar son verdaderamente humanos, es decir, gestos de caridad. [...] Si lo que prima es la presencia, ¿en qué sentido intervenimos en los problemas y en las necesidades de todos, ya sean privadas o públicas?». Giussani lo aclaraba recordando cómo empezó todo: «En 1954, al comienzo del movimiento, nuestra presencia se distinguió por un interés verdadero por los compañeros de instituto; y a partir de esa experiencia de amistad, fuimos creando una considerable red de acción caritativa (ver aquí, pp. 265ss) [...], no por un proyecto político, sino para compartir las necesidades [...]. Luchar por algo que no existe aún es una ilusión terrible y, por tanto, causa de inevitable decepción en la vida; porque el hombre no es creador, sencillamente colabora en manifestar lo que Dios ya ha hecho, como una semilla que se despliega primero en planta, luego en flor y finalmente en fruto. *Lo importante, entonces, es plantar la semilla, es decir, la presencia.* Solo lo que ya existe de forma embrionaria puede desarrollarse con el tiempo; el plan completo se encierra en la semilla, el proyecto está dentro de lo que ya existe, dentro del Misterio que somos y que, coherentemente, saldrá a la luz a su debido tiempo».

Giussani invitaba a los universitarios a ser realistas y a no cultivar sueños de triunfo: «¿Necesitará nuestra fe siete, ocho, nueve siglos para que todo el mundo universitario esté nuevamente impregnado de la presencia cristiana? No son estos cálculos que

podamos hacer. Además, nos interesa vivir en la universidad para crecer como sujeto personal y comunitario, no para decir ‘hemos ganado’. Este sujeto es a la vez yo mismo y la unidad con vosotros, es decir, la persona y la unidad en Cristo. El sujeto -como lo describe el capítulo 37 del libro de Ezequiel- es el Espíritu creador que sopla sobre los huesos esparcidos en el campo; esos huesos se mueven, se articulan entre sí. Sobre las articulaciones toma forma el cuerpo y en el cuerpo entra el alma. *Cada uno es creado de nuevo y al mismo tiempo se crea un pueblo*, en un mismo e idéntico gesto»⁵².

Los primeros frutos de este nuevo impulso que Giussani lanzó a los estudiantes universitarios no tardarían en manifestarse. En el tercer volumen de su historia de CL, monseñor Camisasca habla de una «presencia amistosa», que mostraba estar «interesada por todos los aspectos de la vida, cosa que los *cielinos* aprendían cotidianamente de don Giussani. Muchos estudiantes conseguían a duras penas pagarse los gastos: entre tasas, comedor, alquiler y libros corrían un serio peligro de no poder permitirse los estudios. [...] Los CP [Católicos Populares, *nda*] tuvieron la idea de crear una cooperativa. Así nació en 1977, en Milán, la CUSL (Cooperativa Universitaria de Estudio y Trabajo, *ndt*)»⁵³.

LC y CL

Un mes después de la reunión universitaria de Riccione se consumaba en Rímini la disolución final de una realidad antagonista de CL en los colegios y en las universidades, Lotta Continua, la formación extraparlamentaria de izquierda liderada por Adriano Sofri. El mismo Sofri recuerda que en aquella época LC «conseguía pocos votos pero era una cosa amplia, hablo de decenas y decenas de miles de jóvenes. Para mí, el hecho decisivo ocurrió en diciembre de 1975. Hubo una manifestación de mujeres y una parte del servicio de orden de Lotta Continua, el romano, cargó contra la marcha porque no soportaba que solo hubiera mujeres desfilando. En definitiva, fue el signo de que el camino inicial de liberación había derivado en un culto a la fuerza y a la organización. Desde entonces hasta el Congreso de Rímini de noviembre de 1976, en el que disolví Lotta Continua, pasó casi un año. Este año no me lo he perdonado nunca, porque es como el intervalo entre el final de un amor y la certificación de su fin, un pecado mortal. Cierto que se puede permanecer juntos aún, sin amarse ya y sin amar tampoco al mundo con el que estás luchando».

Luigi Amicone recuerda la irrupción de don Giussani en la vida de los universitarios: «Nos puso delante de la disyuntiva entre ‘presencia y utopía’». En el mismo otoño en que se disolvió Lotta Continua, dice siempre Amicone, «nos encontramos [...] partiendo de nuevo únicamente de la presencia, y por eso retornamos a los colegios y las universidades [...]. Dejamos atrás los proyectos ideológicos y políticos, aunque fueran cristianos, y volvimos a empezar de golpe fundando nuestra presencia en el ambiente en el anuncio de Cristo presente en la compañía histórica de la Iglesia, que nos había alcanzado por medio del movimiento, es decir, a través de la persona de don Giussani».

A la luz de estas consideraciones, Sofri identifica hoy las razones de la recuperación —

que tuvo lugar en CL— de la que él y sus compañeros no fueron capaces: una fe sólida, una identidad común y al mismo tiempo personal; y atribuye esto al hecho de que CL creció «sobre don Giussani como maestro dinámico, no como maestro de una palabra escrita que había que consultar, como el libro rojo de Mao». Esto es, continúa, «lo más característico que encuentro en don Giussani, una extrema fluidez y disposición para captar cualquier ocasión para decir cosas que nunca eran preconfeccionadas, ni dogmáticas, cosas que resultaban imposibles de transmitir en una escuela de partido, y lo hacía poniendo en primer lugar el encuentro»⁵⁴.

Francesco Alberoni, que en esos años enseñaba en la facultad de Sociología de Trento, intuyó enseguida que CL era «mucho más fuerte que todas las demás fórmulas [...] como los diversos trabajadores por el socialismo, partidos proletarios, grupúsculos a la izquierda del PCI y ‘autonomías’ varias. La más sólida de aquellas formaciones, que era Lotta Continua, en la práctica se había destruido ya en 1976 en el congreso de Rímini; los demás fueron arrastrados por el obrerismo, por el otoño sindical». CL, en cambio, «siguió su camino con su líder. Un gran líder, que de algún modo fue fundador de... una orden, diría yo. De hecho CL es una orden. No en el sentido canónico, evidentemente, sino que desde mi punto de vista, que veo las cosas con la mirada del sociólogo, corresponde a una orden. Un poco como los franciscanos y los dominicos cuando nacieron»⁵⁵.

En 1976 Paolo Mieli (más tarde director del *Corriere della Sera* y presidente de la RCS Libri) era un joven militante de la izquierda extraparlamentaria. Casi treinta años después pronunciará estas palabras durante la presentación de un libro sobre la historia de CL relativo precisamente a esa época y escrito por monseñor Massimo Camisasca: «He venido aquí, obviamente a título personal, a pedir perdón a las personas que entonces estaban allí. Y no quiero limitarme a excusas formales, sino que quiero dar las gracias a esas personas, porque hicieron crecer algo que ha sido importante para la historia de Italia en esta posguerra, un movimiento fundamental. Si no hubiera existido este movimiento, la historia de Italia de la posguerra habría sido distinta, y por ello vengo a pedir excusas y a agradecerles que resistieran a aquellas tensiones provocadas por mi parte, con frecuencia muy violentas»⁵⁶.

Treinta años después de los días de Riccione, a pocos kilómetros de distancia, delante de miles de personas reunidas en el auditorio de la Feria de Rímini para la presentación del libro publicado por Rizzoli que recoge la transcripción de aquel *Equipe* (titulado *De la utopía a la presencia. 1975-1978*), Pierluigi Bersani (político, ministro y luego secretario general del Partido Democrático) se manifestó sorprendido ante todo por la voluntad de Giussani, en aquel histórico *Equipe*, «de ir al fondo, superando dificultades y también resistencias». En segundo lugar, por la «increíble determinación» de Giussani de mantenerse fuera del clima general. Finalmente, Bersani estaba admirado por la fuerza con la que Giussani «recondujo a lo esencial este tema de la presencia. Hay algo que viene antes [...] de la iniciativa, pero que la produce. Hay una presencia que no es un aislamiento, es una presencia expresiva». Bersani consideraba que precisamente este reclamo de Giussani a la naturaleza original de la presencia cristiana, que no es ante todo

un hacer, era «la razón profunda —que todos tienen que reconocer— de que, de todos los movimientos, asociaciones y organizaciones que nacieron en aquel contexto, CL es la única que ha mantenido su nombre»⁵⁷ sin desaparecer de la escena pública.

Después de Bersani tomó la palabra Cesana. Lo suyo fue una confesión pública: «Un instante antes de todo está Cristo, pero a vosotros eso no os importa nada. Con esta frase [...] don Giussani cambió la percepción de la propuesta del movimiento, y la percepción de mí mismo». Y hablando de sí mismo en aquellos años setenta, reconoce: «Estábamos totalmente dominados por la necesidad de demostrar a los demás que también nosotros éramos capaces de llevar a cabo la liberación. Eso nos mataba». Cesana recordó que precisamente en ese punto llegó el reclamo de Giussani al hecho de que la fe era reconocer la presencia de la liberación de la vida, de la salvación de todo, es decir, de Cristo ante todo; y añadió: «Esta presencia tenía hace dos mil años el rostro de aquel hombre, Jesucristo, hoy tiene el rostro de nuestra unidad, que es nuestro Sinaí, la sorpresa ante la revelación de Dios». Y Cesana recordaba también que en 1976 el factor que originó todo el dinamismo de CL fue «el impacto con una realidad humana distinta, la humanidad de don Giussani, y con aquellos que él indicaba y con los que él mismo se identificaba»⁵⁸.

Pensando de nuevo en ese periodo algunos años después de los hechos descritos, Giussani reconocerá que la chispa la encendieron sus conversaciones con dos universitarios: «Giancarlo Cesana ha dado en estos tres o cuatro años cuerpo y voz a mi inquietud; si yo he movido las aguas hace cuatro años, quien ha retomado ese movimiento y lo ha hecho sistemático es un joven, pero, antes incluso que él, una chica que muchos de vosotros conocéis: Laura Cioni, de la Universidad Católica». Continuaba el recuerdo de Giussani: «Cuando hace tres o cuatro años hablé por primera vez bajo los pórticos de la Católica con esta chica, que estaba llena de ímpetu contra el modo en que vivía la comunidad universitaria, aunque era grande (eran trescientos o cuatrocientos entonces), ese ímpetu me impactó, me despertó, yo me desperté —¿cómo decir?— por el diálogo con esta chica».

Giussani aprovecha este relato para hacer una observación sobre el concepto de autoridad: «Yo lo puedo encontrar más en un joven que en mí mismo»; así que «yo soy autoridad en la medida en que valoro esto y no trato de plegar y encoger esta vida para mi dominio clerical. Nosotros no somos una institución eclesiástica, somos un movimiento educativo, y por ello una cuestión de vida; en caso contrario es inútil que exista. La educación es un fenómeno vital, es como un fenómeno artístico, una genialidad vital»⁵⁹.

«Ha llegado el tiempo de la persona»

A comienzos de 1975, hablando en el Consejo nacional italiano del movimiento, Giussani señalaba ya en estos términos una situación de dificultad que veía: «La mayor preocupación que tengo yo, personalmente desde hace veinte años, mucho más que [el] malestar [en el] 65 y el desastre del 68, porque entonces éramos niños, es el rumbo

dualista que está tomando a mi juicio el rostro del movimiento», hasta el punto de sentirse «marginado», y confiaba: «A medida que pasa el tiempo, que se encamina hacia su [de Cristo, *nda*] segunda venida, mi deseo es empezar a quitarme de en medio»⁶⁰. Desde entonces y durante algunos años insistió sobre este punto: el problema del adulto, y lo hacía preguntándose si el movimiento conseguía generar personas maduras y no simplemente miembros de una asociación, porque esto último no le interesaba.

Así, en enero de 1976 insistía en que el movimiento es «un acontecimiento que hay que crear, no una organización que pensar [...] estás en juego tú». Giussani era drástico: «La esencia de la cuestión no implica que tengamos que ser cincuenta, bastan dos»⁶¹. Y en septiembre de 1976, hablando a los responsables de CL reunidos en Collevallenza, les decía que el problema más grave era «lo que cuesta que surja el adulto» y se preguntaba a qué era debido: «El motivo de esta situación viene dado por una gravísima decadencia del método: del método queda solo una jaula de palabras y de fórmulas, pero falta el genio. Es como si se hubiera secado el genio del método». Pero al obrar así, aclaraba sin medias tintas, «el movimiento se reduce a algo tremendo: en lugar de movilizar la vida y convertirla, se reduce a un montón de condicionamientos». Para Giussani, por el contrario, se trata de «identificarse con una experiencia, con una realidad, con una persona viva. [...] Lo demás es sentimentalismo e intimismo»⁶².

Giussani tendrá ocasión de repetir estas preocupaciones suyas el 12 de septiembre de 1976, hablando a los adultos de CL de Milán, reunidos en la iglesia de San Lorenzo para la apertura de curso: «Hablábamos de decadencia del método. Pues bien, la decadencia del método puede formularse así: nosotros, que entramos en la palestra eclesial y social como personas que afirmaban el cristianismo como experiencia, ahora privilegiamos el intelectualismo sobre la experiencia, y al intelectualismo le acompaña un exasperado activismo. Y esto es gravísimo. Cada uno de nosotros puede decir ahora: el movimiento no es mi vida, o mejor, mi vida no es el movimiento; el movimiento es una serie de condicionamientos a mi vida, que ya no se ve provocada por él». Las palabras de Giussani describían una situación que se había vuelto insostenible para él: «Se actúa mucho, se proponen muchas iniciativas, pero no se busca la verificación en la vida cotidiana. Y sin embargo la vida cotidiana, con su humildad que constriñe, con su sufrimiento inevitable, con su responsabilidad concreta e imposible de eliminar, nos haría más equilibrados, más concretos y menos evanescentes, más efectivamente fieles». Una vez más, lo suyo no era un reproche, sino una invitación afligida a recuperar el movimiento, que para Giussani solo podía tener lugar en la persona. En efecto, continuó su intervención, «el Señor permite nuestros errores y nuestros pecados como un modo extraño, pero el más dramáticamente operativo, el más eficaz pedagógicamente hablando, para ahondar en el sentido de nuestra relación con Él. Somos tan tenaces en el amor propio que, sin la experiencia de nuestro límite, no diríamos con autenticidad ‘Dios, tú eres todo’ y ‘yo no soy nada’. Sin embargo, estas son las únicas verdades de la vida. Dios es todo y lo demás no es nada, o mejor, lo demás es algo, en la medida en que reconoce la relación con Dios. Si no crece en nosotros esta experiencia de vida, si no cambiamos un poco nuestra actitud y no revisamos la manera de caminar personal y

colectiva, no crecerá el adulto, y prevalecerá ese rostro asociacionista que nada tiene que ver con una realidad vital»⁶³.

Giussani dedicó precisamente a este tema buena parte de los Ejercicios espirituales de los universitarios de CL, que se celebraron entre el 6 y el 8 de diciembre de 1976 en Riva del Garda. De ellos quedan algunas páginas de apuntes recogidos por Laura Cioni. A pesar de ser un resumen nos restituyen todo el peso de la profundización que hizo Giussani, que el 7 de diciembre partió de la novedad que la asamblea de Riccione había introducido en la vida del movimiento: «El acento nuevo al que se nos ha reclamado este año tiende a ponernos en juego a cada uno de nosotros: hasta que esto no suceda, se advierte un malestar inquieto y lleno de desilusión callada o de pretensión descorazonada que hace que apliquemos ese reclamo según una versión más cómoda, como si se tratara de interrumpir la vida y sus responsabilidades». Y en cambio, continúa Giussani, los tiempos exigen un cambio personal: «En efecto, cuando se estrecha a nuestro alrededor el cerco de una sociedad adversa hasta amenazar la vivacidad de nuestra presencia, y cuando una hegemonía cultural y social tiende a penetrar en nuestro corazón y agrava nuestras habituales vacilaciones, entonces es que *ha llegado el tiempo de la persona*»⁶⁴.

Pero decir «persona» no es pronunciar una palabra genérica o un concepto abstracto. En el vocabulario de Giussani, «en una situación en donde todo es arrancado del tronco y reducido a un montón de hojas secas, lo que urge para que la persona sea es la *autoconciencia*, una percepción de sí clara y amorosa, llena de la conciencia de su propio destino y, por tanto, capaz de afecto verdadero a uno mismo, liberada de la obtusa instintividad del amor propio».

Continuando con su razonamiento, Giussani describió la ley de la autoconciencia tal como podía reconocerse en la experiencia psicológica de todos los hombres: «La propia identidad se reconoce y se ama reconociendo y amando a otro. [...] La fuente de la capacidad afectiva es una persona que reconocemos de tal modo que la acogemos y hospedamos en nosotros mismos. Para el niño esta presencia es la de su madre, tanto es así que, si esta falta, se seca la fuente del afecto. Pero, en un momento dado, ya no basta ese signo natural, porque el sujeto ha evolucionado hacia su juventud, que se complica y pone de manifiesto ciertas características, propias de la falta de afectividad: en la juventud confusa, insegura, descompuesta y pretenciosa, ha llegado el momento del Otro, otro que sea verdadero, permanente, que nos constituye, el momento de la presencia inexorable y sin rostro, inefable. La juventud es el tiempo del Tú en el que el corazón se sumerge sin poder, como en un abismo; es el tiempo de Dios».

En la vida del hombre que crece «esta es la presencia que debe ser reconocida, acogida y amada; en caso contrario la identidad desaparece, la expectativa de la juventud se convierte en la edad adulta en pretensión incontrolada y violenta». Es precisamente el surgimiento de esta conciencia lo que vuelve dramática la existencia: «La dramaticidad de la vida consiste en la lucha entre la pretendida afirmación de uno mismo como criterio de la vida y el reconocimiento de esta presencia misteriosa y penetrante».

Pero ¿cómo se realiza este reconocimiento? «El fenómeno que le permite a la personalidad expresarse es la iniciativa; esa iniciativa que documenta el comienzo de una

verdadera identidad cristiana es el deseo de la memoria de Cristo, el deseo de tomar conciencia de Él, de su presencia. Tener la valentía de afirmar que nuestro problema fundamental es que llegue a ser habitual en nosotros el deseo de su recuerdo, la conciencia de su presencia, no puede dejar de sonar a nuestros oídos como una pretensión de algo abstracto, añadido o superpuesto a problemas que advertimos como más apremiantes y concretos». Pero en quien lo pensara así el resultado sería una traición a la naturaleza del movimiento.

El tema de la persona y de su conversión, que Giussani libera de cualquier reducción subjetivista e individualista, retornaba así de forma manifiesta. El cambio no se podía llevar a cabo solos, ni aplicando un automatismo; hacía falta tiempo y se necesitaba seguir a alguien: «El deseo de recordar a Cristo madura en nosotros mediante una historia, no crece automáticamente, sino que crece siguiendo a alguien, como cualquier otra capacidad. Y de la misma manera que el proyecto de nuestra madurez no está en nuestras manos, así tampoco podemos elegir el maestro a nuestro antojo: solo tenemos que reconocerlo. El maestro al que seguir nos lo ha dado el Señor, nos lo ha puesto el Señor en el camino que nos ha trazado. Elegir nosotros un maestro significaría elegir a alguien que nos resulte cómodo, que responda a nuestro gusto, al deseo de ver secundado nuestro proyecto. Seguir quiere decir identificarse con los criterios del maestro, con sus valores, con lo que nos comunica, y no vincularse a la persona que, en sí misma, es efímera».

Para Giussani el tema del maestro al que seguir —o autoridad— era decisivo dentro de un camino de educación cristiana fiel a la tradición de la Iglesia. En efecto, concluía, «en este seguimiento se oculta y vive el seguimiento de Cristo. La razón del seguimiento entre nosotros no es el apego a la persona, sino el seguimiento de Cristo. A esta dimensión magisterial debe tender la amistad entre nosotros, porque verdadero amigo es aquel que, con discreción y respeto, ayuda al otro en el camino hacia su destino»⁶⁵.

Al día siguiente, 8 de diciembre, Giussani describió la naturaleza de la comunidad cristiana en la que vive la persona. Y conforme a una preocupación que le animaba desde los tiempos de Gioventù Studentesca, subrayó que el término «comunidad» tenía que despojarse de toda reducción asociacionista: «La comunidad, en su aspecto contingente, en aquello que te toca de ella, no es una mediación entre tú y el Señor, porque la relación que Cristo ha instaurado contigo es constitutiva de tu persona; *la comunidad es más bien la medida total de tu persona*, lo que eres en lo profundo de ti, lo que llevas siempre contigo y determina tu mirada y tu acción. Sentir todo en función de la comunidad, no como organización, sino como ese ser nuevo del que formo parte y que es parte de mí, manifestación frágil pero verdadera del misterio de la nueva humanidad que se ha insertado en la historia con la resurrección de Cristo, es lo único que elimina el individualismo, porque desciende hasta lo profundo del ser y no se yuxtapone a él sin más, como hacen todas las ideologías»⁶⁶.

Después del «nuevo inicio» de Riccione, durante una reunión de responsables del movimiento, el 11 de diciembre de 1976, Cesana subrayó el riesgo de «dualismo» entre el anuncio que uno escucha y la realidad cotidiana que vive. Al responderle, Giussani

aclaró que «esta es la lucha entre Cristo y el mundo», y que la solución de los problemas que la vida plantea cada día «no se produce afrontando directamente los problemas, sino profundizando en la naturaleza del sujeto que los afronta». En otros términos, «lo particular se resuelve profundizando en lo esencial».

Aquí predominaba la preocupación educativa. Giussani quería que todos los responsables fueran conscientes como él de la gravedad del momento: «Es muy fácil que el anuncio no exista ya realmente. Entonces ya no brota la persona y no brota tampoco una trama de relaciones distinta, esto es, el comienzo de la sociedad, de una sociedad nueva». Si un miembro del movimiento «no vive y por ello no es ayudado continuamente a vivir la vida en su totalidad, en su globalidad nueva, tampoco tendrá una idea exacta, ni siquiera ganas de interesarse» por los asuntos del mundo. Muchos adultos de CL, insistía Giussani, eran así «porque no viven en la comunidad una humanidad nueva y por tanto una convivencia humana completa que implique todos los aspectos de su vida, incluido, por ejemplo, el dinero. Nuestros adultos usan el dinero como cualquier burgués, todos, en un 99,9%. Si gastan un poco más de dinero por el movimiento es porque están dentro de una cierta corriente, pero no por una concepción distinta del dinero y de sí mismos. La mujer es tratada, concebida, la relación con la mujer es concebida como un asunto meramente privado, como cualquier burgués». Que esto vuelva a suceder «depende de lo completa y madura que sea la educación cristiana».

Prosiguiendo en la línea de estas últimas reflexiones, durante la reunión del 11 de diciembre de 1976 don Scola subrayó que quien no era educado en vivir la totalidad de la vida cristiana realizaba una «opción religiosa, [...] que te lleva a estar como en zapatillas de la mañana a la noche». Giussani recomendó que se prestara atención a esta observación, que encontraba extremadamente triste, recordando que en sus primeros años el movimiento despertaba «una concepción del hombre que ahora ya no despierta». Muchos buscan hoy «en CL una intimidad religiosa, un consuelo religioso, todo lo más discuten amigablemente con otros o bien están a remojo en el propio caldo».

Por eso recordó a todos los presentes —responsables nacionales de CL, laicos y sacerdotes— que la finalidad del movimiento «es la educación, es volver a estimular — más aún, ahora haría falta decir ‘estimular’ por primera vez— y desarrollar la fe de forma educativa en su verdad, es decir, la fe eclesial auténtica»⁶⁷.

Tampoco en este momento renunció Giussani a llamar la atención de los suyos sobre un peligro bastante más insidioso que la contestación externa, una amenaza que anidaba en el interior mismo de CL por la falta de maduración de personalidades adultas. Lo documenta la reunión de los responsables de CL del 14 de diciembre de 1976, durante la cual don Scola describía con estas palabras el origen de los problemas: un «fracaso a la hora de profundizar en una metodología adecuada de la educación en la fe adulta que nosotros habríamos tenido que hacer en estos años y que por el contrario no hemos hecho». De rebote, Giussani observó: esto «perdura desde hace demasiados años ¡y nosotros mismos tenemos una enorme dificultad para comprenderlo!». Y para que se comprendiera la gravedad de la cuestión educativa, relató un hecho que le habían contado ese mismo día: «Dos chicos de una gran diaconía de una importante facultad

universitaria, entre los más representativos y más capaces que hay, plantean el problema de la existencia de Dios y de la fe religiosa». Era la señal dramática de que «el tipo de educación que han tenido en bachillerato, [y la que han tenido] en los primeros dos años de universidad, no ha provocado en ellos una apertura religiosa». Y esto, concluyó Giussani, «en los primeros diez años [de Gioventù Studentesca, *nda*] era impensable, ¡porque lo primero que se comunicaba era esa apertura!»⁶⁸.

Capítulo 17
«Nosotros somos lo mismo que vosotros»
España. Excursus histórico
(1974-1985)

A mediados de los años setenta, mientras Giussani estrechaba un vínculo cada vez más fuerte con los universitarios y advertía el riesgo de un dualismo entre la fe y la vida de los adultos del movimiento en Italia, empezaba a dar sus primeros pasos otra historia, destinada a tener un desarrollo imprevisible. Y también en este caso comenzó por un encuentro casual.

22 de diciembre de 1974. En un restaurante de la vía Ariosto, en Milán, Giussani estaba sentado a la mesa con José Miguel Oriol, joven hijo de una familia española acomodada, el cual, gracias a una hermana suya que vivía en Bilbao, había entrado en contacto con un grupo de la Hermandad Obrera de Acción Católica (HOAC). El grupo tenía una casa editorial, ZYX, cuya estructura legal ofrecía la cobertura necesaria para un movimiento privado de laicos, en otro caso imposible en la época franquista. La HOAC era el ámbito a través del cual numerosos militantes católicos españoles se habían acercado al Partido Comunista, y a otros pequeños grupos comunistas, socialistas y anarquistas. Precisamente junto a estas realidades había nacido ZYX, que tendía a representar lo mejor de la tradición de la HOAC, pero de forma privada, esto es, sin el carácter eclesiástico oficial vinculado al episcopado español, aunque ZYX era ampliamente estimada por muchos obispos. Debe decirse que desde mediados de los años sesenta, tras el final del Concilio, la Acción Católica española atravesaba una gran crisis.

El padre Fidel González, historiador de la Iglesia, explica que en esa época «diversos grupos de católicos militan en áreas políticas y sindicales de izquierda y algunos están atraídos por aspectos del marxismo o del anarquismo ibérico. De hecho esa atracción se prolongará durante largos años (desde comienzos de los años sesenta hasta los años ochenta y más allá)».

Bajo la presión del régimen, los obispos habían descabezado la dirección de la AC porque estaba demasiado comprometida en la acción social y política de impronta antifranquista. En aquellos años era ilegal cualquier tipo de oposición; para reunirse con más de 12 personas, no solo por la calle, sino incluso en una vivienda privada, había que pedir autorización a la policía. No existía el derecho de asociación ni el de organizarse en sindicatos.

El encuentro de Oriol con los responsables de ZYX se produjo en el curso de una huelga muy significativa, porque estuvo guiada por militantes obreros católicos (y duró desde noviembre de 1966 a la primavera de 1967).

Entretanto, uno que pronto sería amigo de Oriol, Jesús Carrascosa (conocido como ‘Carras’ y de ahora en adelante indicado siempre así) —que se había formado en la Compañía de Jesús—, junto a otros jesuitas de la Misión Obrera, habían conocido a algunos cristianos de extracción obrera que provenían del socialismo, del comunismo y del anarquismo español, ilegales desde la guerra civil, gente que se había bautizado siendo adulta. Oriol y Carras se conocieron precisamente en la sede de la editorial ZYX, donde se valoraba de manera muy idealista la tradición anarquista y socialista obrera española.

En octubre de 1970, Oriol fue enviado a la Feria del libro de Fráncfort por cuenta de ZYX. Se alojará en la vivienda de un dirigente de la Unión Sindical Obrera, uno de los primeros sindicatos clandestinos que se constituyeron bajo el franquismo. Todos los días iba a la Feria: en un pabellón especial los organizadores de la feria habían reunido a todo el mundo de las pequeñas casas editoriales nacidas al calor del 68. Había de todo: estalinistas y antiestalinistas, trotskistas y consejistas, católicos de todo tipo. En un momento dado, Oriol se topó con el stand de la editorial Jaca Book: «Recuerdo muy bien aquel stand amarillo con las letras en rojo. Aquella editorial publicaba textos de autores anarquistas, comunistas, socialistas y, al mismo tiempo, de grandes autores católicos: tenía un alma de Iglesia». Oriol se dio cuenta de que había encontrado un posible interlocutor. Inmediatamente brotó una simpatía, una sintonía, un interés.

Los encuentros en Fráncfort se repitieron los años siguientes, mientras crecía la amistad con Sante Bagnoli —el editor de la Jaca Book— y otros colaboradores suyos. Nació también el interés por el movimiento de CL, porque Oriol se planteó enseguida la pregunta: ¿qué hay detrás de esta editorial?

Mientras tanto se iba insinuando una división dentro de ZYX. En 1974, Oriol, de nuevo en la feria del libro de Fráncfort, recibió una invitación de los amigos de la Jaca Book: «¿Por qué no vienes a Milán?». Oriol llegaba a la capital lombarda en el mes de diciembre siguiente, acogido por Bagnoli, quien le dijo tras pasar diez días conociendo muchas realidades del movimiento: «Vamos a cenar con el viejo». El ‘viejo’ era Giussani, que tenía solo cincuenta y dos años, pero sus amigos —todos mucho más jóvenes que él— le llaman así en broma. Era la noche del 22 de diciembre.

Mientras iban por la calle de camino al restaurante, Giussani le planteó algunas preguntas a Oriol. «Se interesaba por todo, a diferencia de tanta gente que habíamos conocido a lo largo de los años». Más tarde, tras dos horas preguntando por la historia y la vida de la HOAC y de ZYX, Oriol explicó en un momento dado que el grupo vivía «una doble fidelidad: a Cristo y a los pobres». Giussani le interrumpió bruscamente: «¡No! ¡Un segundo antes, Cristo!». Oriol, sorprendido, preguntó: «¿Cómo un segundo antes Cristo? ¿Debemos ser fieles un segundo antes a Cristo y luego a los pobres? ¿Es una cuestión de deber o de cronología?». Y Giussani: «No, no, nada de eso. Un instante antes de todo lo que me has contado, de todas las decisiones que has tomado, de las más

justas y las más equivocadas, en tu vida siempre ha estado presente Cristo; justo un instante antes él estaba a tu lado, estaba asomado a tu vida constantemente; tú quizá no lo hayas captado, pero era Él».

Aquella conversación fue el signo de algo nuevo; de hecho, Oriol se dijo a sí mismo: «Aquí se habla de Cristo como de una presencia real». Las palabras de Giussani le reconciliaron con toda su historia anterior, con la ruptura que había tenido lugar años antes con su familia, con el compromiso con los pobres, con la lucha política. «Desde aquel momento me convertí en hijo de Giussani». La cena de Milán terminó con grandes abrazos de despedida. Oriol no durmió durante dos noches, tenía la impresión de que en su vida se había hecho finalmente la luz: «Comprendí la cuestión del misterio de la Iglesia. Él, hablando de la Iglesia, había liquidado la idea inicial que yo tenía de la Iglesia como lugar de la lucha de clases; en lugar de eso Giussani hablaba de la Iglesia como Cristo prolongado», es decir, como la continuidad de Cristo en la historia.

Oriol volvió a Madrid la tarde del 24 de diciembre, le estaban esperando en el aeropuerto su hermana Carmen y su cuñado Pedro, responsables de ZYX en Bilbao. Les dijo: «Tengo que contaros enseguida lo que me ha sucedido».

Al poco tiempo, la realidad que militaba en ZYX tomará el nombre de «Liberación». Oriol se había inspirado en CL, pero omitió el término «Comunión»: «Muchos de los que estaban con nosotros no habrían comprendido el significado de aquel emparejamiento de palabras».

Oriol habló también de su encuentro con Giussani a un anciano sacerdote madrileño, Tomás Malagón, uno de los consiliarios más importantes que había tenido la HOAC, en esa época profesor de religión en un colegio de Madrid. Desde las primeras palabras este intuyó que Oriol había encontrado algo verdaderamente nuevo en el ámbito católico.

Dos meses después, en febrero de 1975, una ranchera Renault atravesaba España y Francia, y llegaba a Milán desde Madrid: en ella iban Oriol y su mujer Carmina, José Antonio Garbayo y su mujer Teresa, y Carras. Este estaba en crisis por el hundimiento de la ideología en la que creía y fue su mujer, Juana Echarri (conocida por su nombre en vasco «Jone» y de ahora en adelante indicada siempre así) quien le empujó a la fuerza dentro del coche. «Nos marchamos todos juntos para pasar tres días con Giussani» dice Oriol. Al final de esos tres días asistieron a una gran reunión fuera de Milán. Giussani anunció al micrófono: «Y ahora nuestros amigos españoles de izquierda nos cantarán sus canciones revolucionarias». Muy cohibidos, tanto porque en esa época para un español de izquierda era peligroso exponerse en público, incluso en el extranjero, como porque no sabían qué cantar, entonaron *Asturias, patria querida*. «Por las risas de los asistentes comprendí que debía de parecerse más a *Romagna mia* que a la Internacional», recuerda Oriol¹.

Un primer fruto de aquel viaje fue que algunas semanas después Carras y Jone se trasladaron a Milán para un par de años (desde mayo de 1975 a septiembre de 1977). Carras trabajaba en la limpieza de la sede del ISTRÁ (ver aquí, p. 480). Y su mujer trabajaba en una asociación de enfermeras extranjeras, ocupándose de enfermos terminales.

Las cosas irán de forma muy distinta para Oriol: gracias a la grabación de una reunión con Giussani en Milán, en abril de 1976, conocemos sus vicisitudes. En un momento dado, uno de los presentes informó de que los amigos españoles invitados no iban a estar presentes: Oriol y Arcadio Sánchez, «dos líderes del movimiento político que hoy se está convirtiendo en un movimiento eclesial, absolutamente análogo al nuestro, están en la cárcel. Con ellos otros nueve miembros del movimiento ‘Liberación’, que es la marca política de un gran movimiento eclesial que se está constituyendo; están en la cárcel acusados con motivo de la fuga de la cárcel de Segovia» de algunos militantes. La policía había encontrado material utilizado para la evasión en un apartamento que resultó ser propiedad de una amiga de Oriol. «Tenían que venir para el planteamiento del movimiento eclesial, porque ya consideran totalmente que también para obrar una liberación política se necesita un movimiento análogo al nuestro en España»².

Oriol necesitó algunos meses para demostrar que era ajeno al asunto: «Fue duro, con dos meses y medio de cárcel. Bagnoli estaba en contacto con Andreotti para denunciar el asunto al Ministerio de Asuntos Exteriores español. Por otra parte, la cárcel fue un periodo precioso para mí; en vez de salir al patio, ¡me quedaba en mi celda traduciendo a Giussani!».

Los primeros viajes a España y los encuentros de Las Rozas

El primer viaje a España de Giussani se remonta a diciembre de 1976. Carras recuerda que le invitaron a unos Ejercicios espirituales promovidos por Oriol para la componente explícitamente cristiana de ZYX: tenía que hacer una intervención conclusiva sobre la experiencia de CL como ejemplo de realización del Concilio Vaticano II. En una casa de ejercicios cercana a Madrid se habían reunido algunos responsables de ZYX de toda España, unos cincuenta, y varios sacerdotes obreros: «Nuestro movimiento estaba extendido por toda España, podía llegar a unas tres mil personas». El retiro empezó conforme al planteamiento clásico de los Ejercicios de san Ignacio; Giussani llegó cuando ya se iba hacia la tercera parte, que trata de Cristo y de la Iglesia. Pero cuando llegó el turno de su intervención, dice Oriol, «se sintió en el deber de volver a empezar desde el principio, es decir, desde el sentido religioso, a partir del planteamiento del problema humano». Mientras hablaba, todos estaban entusiasmados y sentían gran fascinación al oír hablar de exigencias, de preguntas humanas. Pero cuando Giussani introdujo el segundo punto, y dijo que Cristo está presente en la Iglesia, estalló la guerra. Todos objetaban. Carras estaba sentado junto a Giussani, el cual, viendo el ambiente que había, le dijo: «Si sigo adelante, te quedas solo; si insisto, os quedáis solos». Para Carras no era un problema: «Le dije que ya estábamos solos. Y entonces él empezó a responder». Terminado el debate, Carras siguió discutiendo con algunos de los opositores más aguerridos, hasta que cortó para ir al comedor: «Y entonces fue cuando vi a don Giussani sentado solo en una mesa. Y fui a sentarme con él; después hice notar a los demás que uno que había venido a vernos y se había pagado de su bolsillo el billete de avión tenía que ser tratado al menos con respeto, con educación, con un mínimo de

apertura. Creo que aquel fue uno de los encuentros más revueltos que Giussani tuvo jamás».

Mientras Carras estaba todavía en Italia, en España la situación dentro de ZYX se volvió cada vez más difícil; el grupo específicamente cristiano continuó organizando sus reuniones y esto creó tensiones crecientes con los que eran abiertamente no cristianos. Y se llegó a abril de 1977, época del segundo gobierno predemocrático, coincidiendo con la legalización del Partido Comunista: el Sábado Santo de ese año sancionaba el paso definitivo a la democracia. Las primeras elecciones se celebrarían en junio. Después de una última asamblea, para él, del movimiento 'Liberación', Oriol mantuvo todavía la responsabilidad de la editorial ZYX. Carras volverá a Madrid el siguiente mes de septiembre, recuperando su antiguo puesto de trabajo en ZYX. Hasta que en abril de 1978 la situación se hizo insostenible y ambos amigos abandonaron ZYX para fundar Ediciones Encuentro.

A partir de 1977, después de un encuentro con Giussani en Las Rozas, a 15 km de Madrid, el padre Fidel González entró a formar parte del pequeño grupo de amigos que se reunía en torno a los Oriol y a los Carrascosa. Además de Tomás Malagón, el grupo contaba con algunos sacerdotes que habían conocido el movimiento en Friburgo durante sus estudios, y algún joven trabajador que más adelante se hará sacerdote (Bernabé Sanz). Comenzaron las reuniones de Escuela de comunidad semanales en las viviendas de Madrid o con amigos sacerdotes que vivían fuera de la capital y en Ávila.

Desde 1978 se volvió habitual para Giussani viajar a España. Se alojaba en casa de los Oriol. Fue un año fundamental en la historia de sus relaciones con los amigos españoles. Estas páginas van a tratar de documentar el desarrollo de esa historia por medio de la narración de algunas de las etapas que sus protagonistas consideran más significativas.

En los meses de marzo, junio, octubre y noviembre de 1978, Giussani participó en una serie de encuentros con los primeros miembros españoles de CL. De aquel marzo de 1978 se conserva un centenar de páginas mecanografiadas en español, que contienen la transcripción de las conversaciones. En la reunión estaban presentes, entre otros, Tomás Malagón y Vicente Traver (un amigo de ZYX). Oriol era el encargado de traducir.

Los títulos de aquellas reuniones y algunos pasajes de conversación permiten entrever las preocupaciones de aquel comienzo: 'Comunión y Liberación, un movimiento para una educación eclesial', 'Acontecimiento, racionalismo y comunión eclesial', 'El problema práctico de la evangelización'. Giussani empezó a hablar describiendo el contexto histórico en el que había nacido CL: «Fue durante la revolución cultural que se intentó en el año 1968 [...] una revolución intentada, pero no realizada. La situación de partida era una exigencia real de autenticidad humana, y por lo tanto de promoción humana. Nuestro interés como punto de partida venía también de una pasión por este mundo. Pero no podíamos estar de acuerdo con la fórmula radical-marxista que se proponía», una ideología como fenómeno intelectual que perseguía el poder. El hombre, en efecto, es incapaz de realizar lo que desea con sus solas fuerzas; por eso tenemos necesidad de Otro: Cristo. En este punto arrancó una ristra de preguntas, la mayor parte de las cuales se refería a la política, a la posibilidad para un cristiano de ser marxista o

liberal, a la legitimidad de un partido cristiano, o a cómo evitar el riesgo de hacer de la fe una ideología.

A la pregunta de Malagón acerca de si, y en qué sentido, podían los cristianos dar una respuesta que no fuera sectaria, parcial, sino objetiva, reflejo de la realidad, orgánica, Giussani respondió: «La condición para que la fe resista en un mundo que trata de eliminarla es que cada uno de nosotros, unido a los demás, (porque solos no podemos) verifique y experimente de qué modo la fe responde a todos los problemas. El error de la educación eclesial durante mucho tiempo ha consistido precisamente en esto: ha roto la relación entre fe y vida, y por tanto el cristianismo, y la vida de la Iglesia, se han convertido en algo abstracto, como una nube en el cielo». Por eso, los cristianos, «ante los problemas de la vida, ‘hacen de liberales’ o ‘hacen de marxistas’». En todo caso, la Iglesia [solo] puede ocuparse de los problemas éticos generales», pero no es así, precisaba Giussani: de hecho, «la fe demuestra su verdad en la capacidad que tiene para valorar la experiencia humana de un modo nuevo y más completo. No obstante, por favor, no me acuséis de lo que me han acusado estúpidamente en algunas ocasiones: yo no digo en absoluto que la fe resuelva automáticamente el problema económico, el afectivo, el de la salud, etc., etc. Por lo que se refiere al problema económico habrá que utilizar un método y una mediación, para el problema de la salud otro... si cambia el objeto, el análisis y el método son diferentes. Nosotros estamos dispuestos a colaborar con quienes pretenden resolver cualquier problema. Pero no somos ni liberales ni marxistas ni capitalistas; somos cristianos».

Intervino Vicente Traver, que preguntó si se podía, al menos individualmente, ser militante marxista o militante liberal. Giussani respondió: «Sabemos lo que significa ser militante de un partido. Creo que si uno es liberal, no es cristiano; y si uno es marxista, no es cristiano. Sin embargo, un cristiano puede utilizar algunos instrumentos marxistas o algunos instrumentos liberales. El sujeto es uno y la ideología es por su propia naturaleza global. Por eso, creo que no se puede ser cristiano y, al mismo tiempo, tener una ideología». Continuó aclarando que el marxista tenía una cierta concepción del mundo y de la historia que no es cristiana; y del mismo modo el liberal. No obstante, por parte de los cristianos «se puede colaborar con cualquiera sin entregarse a ninguna ideología». La comunidad eclesial, de hecho, está presente en la sociedad y en la historia con «un rostro que no puede confundirse con otros rostros o ideologías»³.

Una intervención posterior de Giussani, sobre el tema «Acontecimiento, racionalismo y comunión eclesial», empezó con estas palabras: «El cristianismo no es una filosofía, no es una ideología. Es un ‘acontecimiento’: la existencia de un hombre extraordinario, nacido de una mujer, en un lugar concreto, en una época determinada, que con su vida ‘hizo nuevas todas las cosas’. Jesucristo es el centro del cosmos, y con este ‘acontecimiento’ (su vida, muerte y resurrección), Dios ha tomado parte en la historia de la humanidad». Pero un día después de la marcha de Cristo, un mes, un año, cien años después o mil novecientos sesenta y ocho años después, «¿cómo puede entrar un hombre en relación con ese acontecimiento del pasado, de tal modo que pueda dar un juicio, de forma crítica y razonable, seguro de poder armonizar su dignidad humana y su fe? Más

concretamente: ¿cómo puedo yo entrar en relación con el acontecimiento de Cristo, y tener un juicio verdadero? Este es el problema. Me parece que existencialmente, y por tanto históricamente, solo pueden asumirse tres actitudes para afrontar el hecho cristiano»: racionalista, protestante o católica. Esta última actitud es la que corresponde a la naturaleza original del cristianismo, porque «Cristo ha elegido como forma de reconocer su presencia un método coherente con su mismo acontecimiento, una realidad objetiva que se puede encontrar por la calle»⁴. Eran temas que Giussani trataba regularmente en sus clases en la Universidad Católica de Milán.

«La fe llena toda la vida»

Entretanto se consumó la ruptura definitiva de Oriol y Carras con el grupo de ZYX. Y el 5 de abril de 1978, delante de una jarra de cerveza, decidían hacer algo nuevo. Tras un viaje a Milán en los primeros días de mayo para hablar con Bagnoli, el 30 de mayo nacía la firma Ediciones Encuentro. La fundaron Oriol y su mujer Carmina, Carras, Tomás Malagón y una amiga de este último (una aristócrata que puso a su disposición el capital inicial).

Inmediatamente después del debut de Encuentro, Giussani bendijo la pequeña casa que albergaba la editorial, y se quedó con los amigos españoles un día. «Al comienzo Giussani no nos empujaba a hacer CL», recuerda Oriol, «lo único que quería era vernos a nosotros, a los que habíamos conocido el movimiento desde hacía tres o cuatro años, por amistad con nosotros; nos veía como ovejas sin pastor y por eso venía, se quedaba en mi casa a dormir».

Pasó menos de un mes y Giussani estaba de nuevo en Las Rozas de Madrid, el 23 y 24 de junio de 1978. Esta vez estaba preocupado por identificar el contenido de la experiencia cristiana: para empezar hizo un elenco de los factores esenciales y de sus opuestos. Primer punto: «Una fe sin vida resulta inútil y se pierde. Del mismo modo una vida sin fe es una vida árida y sin objetivo, sin una finalidad total. Y la fe es reconocer que Jesucristo es la salvación presente en la historia y la existencia. La salvación, la liberación y la redención son tres palabras idénticas: Cristo». Lo opuesto es «buscar la salvación en algo definido por nosotros mismos, en una medida establecida por el hombre».

Segundo punto: «Esta presencia que es la realidad de Cristo se sitúa, radica, en la unidad de los creyentes, y por tanto de la Iglesia. La Iglesia exactamente como Cristo la creó: con la autoridad, los obispos y el gesto misterioso de los sacramentos». Lo opuesto es «reducir la relación con Cristo a la relación con la imagen que nos hemos hecho de Él. Una relación individualista con una imagen abstracta, cuya única concreción sería solamente la palabra del Evangelio, interpretada por cada uno».

Tercer punto: «La conciencia de lo que es la fe, y por tanto de quién es Cristo, de qué es la Iglesia, no es fruto de un razonamiento y tampoco del estudio: nunca lo es. Es fruto de un encuentro: el acontecimiento de la relación con una persona o con una realidad comunitaria, que tiene un acento tan auténtico para nosotros que nos sentimos sacudidos

y llamados a una vida distinta y verdadera. Un encuentro hasta tal punto existencial que provoca una respuesta total de nuestra persona. Puede decirse que el cristianismo no es una religión, sino una vida. Relaciones ‘nuevas’, que nacen de un ‘encuentro’ con una humanidad ‘nueva’». Lo opuesto es «identificar nuestras relaciones con Cristo y con la Iglesia solamente con algunos gestos. [...] Como si Cristo y la Iglesia fueran extraños a determinados intereses y exigencias de la vida». Para Giussani, Cristo y la Iglesia eran esto: «La inspiración profunda que influye en la estructura de mi acción, en todas las cosas que hago».

Cuarto punto: «Esta influencia tiende a crear un tejido de relaciones humanas distinto con todas las personas de la comunidad. La caridad significa que en esas relaciones la dinámica tiende a afirmar a los otros, no a nosotros mismos. Este es nuestro principio: que el mundo, la sociedad, cambian por medio de las relaciones humanas que ya han cambiado». Lo opuesto era el moralismo, es decir, «pensar que podemos ser justos aplicando leyes de comportamiento».

Quinto punto: «El signo de que una comunidad cristiana está viva es que afronta todos los problemas de la sociedad desde la conciencia de su fe en Cristo y de su pertenencia a la Iglesia». Lo opuesto tiene un doble aspecto: «Por una parte, concebir la vida cristiana cerrada en sí misma, sin incidencia en los problemas sociales, sin referencia al contexto en el que vive. Por otra parte, reducir la influencia de la fe y de la Iglesia a nuestra propia acción sociopolítica; reducir esta influencia a un impulso exterior, a una inspiración moralista. [...] Pero sin [...] entrar en la estructura de los análisis y del modo de afrontar los problemas». Pero entonces «Cristo es una fantasía». Por eso, concluye Giussani, «el ‘dualismo’, que consiste en la división del cristiano en dos partes [...] es uno de los mayores errores» en el modo de vivir el cristianismo. Por el contrario, la fe auténtica, «sostenida por una verdadera experiencia de vida comunitaria, llena toda la vida, crea un sujeto distinto, una nueva ‘criatura’»⁵.

Pasaron cuatro meses, y en octubre de 1978 Giussani volaba de nuevo a Madrid para hablar de la vida, de la fe y de la radicación eclesial de CL. Y volvía de nuevo el 3 y 4 de noviembre. Esta vez fue Carras quien resumió la preocupación que movía a los participantes: al introducir el diálogo, le preguntó a Giussani cómo difundir en el contexto español los valores eclesiales que propugnaba CL. Giussani no secundó lo que le parecía una preocupación organizativa: «No hay que crear una necesidad artificial que la gente no tiene. Lo importante es que la base viva un hecho nuevo de fe». Por eso «no se debe privilegiar el espíritu asociativista sobre la vida que se vive. Esto es lo importante. Debido a la pasión que tenemos por cierto acento de la presencia cristiana, nacemos como una forma de vivir la fe, y esto es un problema estrictamente personal. Una historia nace de la solidaridad que implican las exigencias de una vida viva: si yo vivo una vida y tú vives un acento idéntico de vida, nos encontraremos, y nos sentiremos unidos. Esto es un movimiento».

Algunos de los presentes, no obstante, insistían: querían de Giussani la ‘receta’ para implantar CL en España, como una adaptación de la teoría del movimiento al contexto español. Estaban entusiasmados con los planteamientos que habían escuchado durante

los repetidos encuentros con Giussani: ahora querían comprender qué hacer a fin de que arraigasen también en su tierra. Pero Malagón (que iba a ceder a Carras su puesto de profesor de religión cuando se jubilara) intervino de manera decidida: no se trataba de inventar nada nuevo, sino de «seguir las huellas marcadas». Era una alusión a uno de los primeros libros de Giussani (*Tracce d'esperienza cristiana*) que acababa de publicar Encuentro en español, *Huellas de experiencia cristiana*, y que durante la reunión Oriol había indicado como instrumento de la catequesis de CL en Italia. Malagón sugirió adoptar ese libro también en Madrid: «Podríamos inventarnos de todo, pero supondría mucho trabajo, y en cambio aquí tenemos una experiencia preciosa, la italiana».

Giussani estaba de acuerdo con el sacerdote español: «El hecho elemental es vivir, pedir vivir la fe. La idea es que la salvación del hombre viene de Dios, del reconocimiento recíproco de que Cristo está presente en nuestra unidad y de que esta unidad se debe traducir entre nosotros como voluntad y como programa. Esto es compartir la vida. Y esto es lo mismo para los italianos, los españoles, los americanos o los japoneses. El aspecto original de CL es posible para todos los grupos. El comienzo es el mismo. Solo desde el interior de un hecho de vida distinta se puede comprender y reconocer a Cristo». Luego comunicó una impresión: «Me parece que la realidad del movimiento entre vosotros ya es un hecho. Esta voluntad de fe, que es el deseo de que el hecho cristiano viva entre vosotros, es como una dimensión permanente del corazón, aunque uno se encontrara lejos de los demás»⁶.

Además de estas primeras reuniones con el grupo de CL, Giussani participó también en algunos encuentros públicos, uno de los cuales se celebró a finales de ese año en El Escorial, en la provincia de Madrid. A invitación de un filósofo jesuita, Carlos Valverde, habló sobre el tema «Un movimiento cristiano contra el materialismo», en el ámbito de un ciclo de conferencias titulado: «La tentación del cristiano hoy»⁷. Al salir de esa conferencia, un gran escritor rumano exiliado, Vintila Horia, le dijo a Oriol: «¡Hacía décadas que no escuchaba a un sacerdote que me diera esperanza!».

En aquellos años la prensa laica empezó a registrar la presencia del fenómeno CL en España. Una referencia a la existencia del movimiento aparecía en el diario *El País* en los primeros meses de 1979, inmediatamente después de la publicación de la encíclica de Juan Pablo II, *Laborem exercens*. El editorialista (¿Reyes Mate?) escribió que en España nadie comprendía al Pontífice recientemente elegido, salvo un «pequeño grupito». «Éramos nosotros», recuerda Oriol, «nos conocía porque había leído el libro entrevista de Robi Ronza con Giussani, publicado en aquellos años por la Jaca Book».

Otro encuentro tuvo lugar en Segovia, donde Giussani fue invitado a una reunión nacional de estudiantes, en el lugar donde está sepultado san Juan de la Cruz, por los discípulos de un padre jesuita, Tomás Morales, ahora Siervo de Dios en proceso de canonización.

Y en abril de 1979 Giussani habló en el seminario de Madrid de «Identidad y cultura»⁸.

En aquellos años un joven seminarista de CL, Mauro Vandelli, estaba estudiando teología en Salamanca (España), en el ámbito de un programa de intercambio de

estudiantes acordado por dos grandes amigos: don Eugenio Corecco (entonces canonista y teólogo de Friburgo, en Suiza) y el vicerrector de la Universidad Pontificia de Salamanca, Antonio María Rouco Varela (canonista, más tarde cardenal arzobispo de Madrid). Este había enviado a Suiza a una decena de seminaristas, mientras que don Corecco solo había enviado a España a Vandelli. Fue Bagnoli quien señalará a Oriol la presencia de esta persona, que tendrá un papel decisivo para el comienzo y el primer desarrollo del movimiento en las universidades españolas, junto a otros jóvenes italianos que al comienzo de los años ochenta fueron enviados a España por Giussani para participar en los momentos de vacaciones de los estudiantes que habían empezado a reunirse en torno a su profesor, Carras. Entre los primeros que fueron estaban Diego Giordani y Carmen Giussani. Esta última recuerda el día en que Giussani, mientras estaba dedicada a su trabajo de lavandería en la casa del Grupo adulto en Gudo, le preguntó «¿Irás a la peregrinación de los universitarios del CLU en España? Se necesita a alguien que les guíe»⁹. Tras organizar un grupo de universitarios de la Católica de Milán, Carmen y algunos amigos salieron para Madrid con el fin de participar en una peregrinación a Santiago de Compostela, sesenta en autobús y cinco en coche: además de ella estaban Giordani, don Franco Follo y otros dos (al cabo de algún tiempo, Carmen se establecerá definitivamente en Madrid y Giordani en Barcelona).

Pero la historia no termina aquí; una circunstancia fortuita iba a abrir el camino para un paso nuevo.

El encuentro con un grupo de sacerdotes de Madrid

Como se ha dicho, en la primavera de 1978, nada más dejar ZYX, Oriol y sus amigos fundaron una nueva editorial. Y precisamente este hecho estuvo en el origen de la segunda fase de la historia de las relaciones de Giussani con España, de consecuencias imprevistas. Todo sucedió por casualidad. Para dar razón de ello es oportuno algún apunte sobre el contexto en que vivía la España de la mitad de los años setenta, un periodo de grandes transformaciones tanto a nivel político como eclesial.

1975, el año de la muerte del general Francisco Franco, marcó el comienzo del paso a un sistema democrático. En esa fase de transición brotaron signos de un cambio cultural que venía erosionando la tradición del catolicismo español. Varios factores convergían en esa crisis: las dificultades para recibir los contenidos del Concilio Vaticano II, una vertiginosa crisis de vocaciones y la tendencia masiva de tradiciones específicas de pensamiento teológico a acercar sus posturas y actitudes a una visión progresista del mundo más que a la tradición.

En esta situación empezó a trabajar en algunas parroquias de Madrid un grupo de sacerdotes recién ordenados (en el curso de los años al menos cinco de ellos serán obispos). Habían crecido en el seminario de Madrid en la escuela de Monseñor Francisco Golfín (director espiritual, luego obispo de Getafe; del que se quiere abrir la causa de beatificación) y del padre Mariano Herranz (biblista, profesor de Sagrada Escritura), de los cuales habían recibido una sólida formación teológica.

Uno de aquellos jóvenes sacerdotes, Julián Carrón, dirá de ellos: «Nos dieron unas referencias que nos permitieron no perdernos en aquella situación, en la que tantos compañeros nuestros se perdieron. Nos acercaron a autores como Guardini o von Balthasar, De Lubac o Ratzinger, que nos dieron las coordenadas para situarnos en la realidad»¹⁰.

Monseñor Javier Martínez (más tarde obispo de Córdoba y luego arzobispo de Granada), que en esa época formaba parte de aquel grupo de sacerdotes, recuerda así a sus dos maestros: «Francisco Golfín era el director espiritual. Él representó para mí el descubrimiento de que la redención y la vida de la Iglesia tenían la forma humana de una amistad. Además a través de él tuve la experiencia de que la presencia de Cristo, al contrario de lo que pasaba con las formas y las reglas, hacía crecer la libertad». Y del padre Herranz dice: «Tenía una pasión inmensa por la persona de Jesucristo, por su acontecimiento histórico y por la dignidad cultural de la predicación de los Evangelios, y dedicó su vida a formar discípulos. En aquellos atormentados años sesenta, entre tantos maestros de la sospecha, fue el único que hizo crecer en nosotros la certeza de la fe». Monseñor Martínez recuerda la fidelidad admirable con la que Golfín y Herranz les acompañaron a él y a sus amigos: «Cuando fui a estudiar a Estados Unidos, durante siete años, cada quince días recibía una carta de don Mariano, con la fidelidad precisa de un reloj»¹¹.

Aquellos jóvenes sacerdotes empezaron, pues, a compartir su experiencia en las parroquias a las que fueron destinados. Deseaban seguir siendo amigos y ayudarse unos a otros, sobre todo en el trabajo con niños y adolescentes. De su preocupación nacieron retiros espirituales, vacaciones de verano y un curso de teología para los jóvenes, que se desarrollaba en Ávila en verano. Su intención no era crear una asociación, sencillamente deseaban completar su compromiso pastoral en las parroquias con momentos que ensanchasen el horizonte. Pronto su experiencia educativa y pastoral cobró importancia en Madrid, extendiéndose también fuera de la capital.

Con el tiempo, algunos jóvenes envueltos en aquellas iniciativas comenzaron a pedir algo más de sus sacerdotes, entre los que figuraban el citado Martínez, Javier Calavia, Julián Carrón y José Miguel García. Se planteó el problema de la configuración institucional: ¿se trataba de dar forma a una sencilla asociación parroquial, a un grupo interparroquial, a una asociación nacional o a un movimiento? Precisamente en ese momento tuvo lugar su primer contacto con CL.

En octubre de 1978, Oriol imprimió un pequeño folleto publicitario con el programa editorial de Encuentro, que llegó a manos de Carmen Silió, una joven perteneciente al movimiento eclesial de los Cursillos de Cristiandad. Esta se lo mostró a un amigo suyo sacerdote, Julián Carrón, quien se lo dio a Javier Martínez. Pero este es el relato de Carrón: «Martínez había tenido noticia de CL cuando estaba en Alemania, a través de un compañero de estudios de la Universidad de Fráncfort [Karl Langerdelf, jesuita, *nda*], quien a su vez había conocido CL por medio de un estudiante suizo. El jesuita, oyéndole hablar de los jóvenes que se reunían en Madrid, y de la vida que hacían, sintió curiosidad y le habló de este grupo que se había constituido en Suiza. Cuando Javier [Martínez]

contó esto, la persona que había leído el catálogo de Encuentro dijo: ‘La gente de ese movimiento ha llegado a España, y está dando vida a esta editorial’. Inmediatamente nos entraron ganas de ponernos en contacto con ellos, y de conocer los primeros pasos que estaban dando en España. [...] El deseo era simplemente abrirnos a esta posibilidad de relación, que era una incógnita. Era el presentimiento de algo que no podíamos perder, una intuición que cobró forma en nuestro horizonte, y que queríamos verificar»¹².

Cuando vieron el programa, Martínez y Carrón se quedaron sorprendidos por la lista de publicaciones prevista y se preguntaron inmediatamente: ¿Quiénes son estos de Encuentro? También su grupo tenía en la mente un proyecto editorial: publicar en España a autores como Péguy, Bernanos, Claudel, Von Balthasar, De Lubac, Guardini. Y esos mismos escritores y teólogos aparecían en el programa de la editorial. Una llamada de teléfono inmediata permitió concertar un primer encuentro, que tuvo lugar en enero de 1979 en la vivienda de Carras, de treinta y dos metros cuadrados, en el barrio obrero de Vallecas. Los contactos prosiguieron hasta junio, con una cena que será importante para todos: «Empezamos a las nueve de la noche y continuamos hablando hasta las tres de la madrugada, comiendo sardinas», recuerda Carras, «al día siguiente Martínez salía para Estados Unidos, ¡pero se estaba tan bien que nadie tenía intención de irse a dormir!».

Javier Prades (luego sacerdote, teólogo y rector de la Universidad San Dámaso de Madrid) era uno de los participantes, tenía diecinueve años y estudiaba Derecho: «Era hacia el fin de junio y Martínez me dijo: ‘Esta noche no hagas planes, porque quiero que conozcas a una gente que he conocido’. No me dijo nada más, la impresión era que se trataba de algo muy importante e interesante. Me monté, pues, en su coche, junto a otros dos amigos; Carrón nos seguía en otro coche. Llegamos a una zona de chabolas, un barrio pobre de la periferia de Madrid. Cuando entramos en la casa, nos quedamos sorprendidos por el orden, la belleza, el sentido de la vida y la alegría que llenaban el ambiente circunstante. Así conocimos a Carras y a Jone». Al final de la tertulia Prades tenía una clara impresión: «Una correspondencia inesperada de nuestra sensibilidad y expectativa de fe con personas que vivían en condiciones muy diferentes a las nuestras. No notábamos ninguna extrañeza, como nos había pasado alguna vez con grupos del posconcilio». Prades se quedó enseguida fascinado por el horizonte de fe y de humanidad de aquellas personas: expresaban la misma pertenencia a la Iglesia, pero evidentemente en ellos había algo distinto y nuevo.

Así empezó una historia que no se ha interrumpido todavía. Una vez que Martínez ya estaba en América —sin dejar de seguir de lejos la evolución de las relaciones—, permanecieron a la cabeza de aquellos Javier Calavia y Julián Carrón. La relación con los Oriol y los Carras se intensificó.

Estos organizaron un primer encuentro de Giussani con un buen grupo de sacerdotes amigos en la casa de los Misioneros Combonianos. Entre ellos se encontraba Calavia que, a partir de entonces, mantendrá un frecuente contacto del que surgirán los primeros gestos compartidos por los jóvenes de ambas experiencias. En su parroquia comenzó la primera Escuela de comunidad con el cuaderno, ya traducido en español, de *La vida*

como vocación. Será la primera referencia para Rafa Andreo, José Luis y Javier Restán, Guadalupe Arbona, Prades y muchos otros.

Las visitas de Giussani a España continuaron en 1980, como recuerda Javier Prades: «Junto a Javier Restán íbamos con nuestra moto por calles polvorientas a casa de Carras o a los Combonianos, donde vimos a Giussani por primera vez. Advertimos enseguida la misma novedad que habíamos visto en casa de Carras y Jone, como ante algo que tenía un horizonte nuevo, distinto y sin embargo correspondiente».

En esos años algunos sacerdotes de aquella realidad interparroquial estaban en el extranjero, comprometidos en especializarse en exégesis bíblica o en el estudio de lenguas orientales: como se ha dicho, Martínez estuvo en Washington durante seis años, y, en momentos distintos, Carrón y García estuvieron en la École Biblique de Jerusalén, y este último en Roma, donde tuvo la oportunidad de participar en alguna Escuela de comunidad con don Angelo Scola y otros sacerdotes de CL.

Entretanto, durante los primeros años ochenta, entre los jóvenes ligados a los sacerdotes de Madrid se abrió camino la conciencia de una amistad cada vez más estable, y de forma simultánea se produjeron algunos contactos con el creciente número de jóvenes, muchos de ellos alumnos de Carras, que componían la naciente comunidad de CL en Madrid. Los más curiosos de entre los primeros asistieron invitados a diferentes encuentros para escuchar a Giussani en Madrid, el vínculo con los Carras y los Oriol se hizo más intenso, empezó una colaboración con el Centro cultural Miguel Mañara (promovido en Madrid por estos últimos), algunos visitaron y volvían entusiastas del Meeting de Rímíni, la manifestación que organizaba un grupo de *cielinos* rimineses en agosto desde 1980 (ver aquí, p. 630). Fue un largo proceso de seis años de búsqueda, conversaciones, reuniones y algunas iniciativas comunes.

¿Y qué dice Carrón de los primeros contactos con Giussani? «Teníamos la intuición, pero no la experiencia que había acumulado el movimiento desde que Giussani había empezado su obra en Italia. Por eso, cuanto más conocíamos el movimiento, cuanto más nos acercábamos a sus expresiones, a los gestos, a los documentos, más se alimentaba esa pasión, el deseo de compartir más las relaciones, la verificación de esta modalidad fascinante de vivir la fe que habíamos encontrado».

Carrón continúa relatando: «Don Giussani nos sorprendió con una paternidad que nos era desconocida. Después la veríamos confirmada en la relación con él. Desde el primer momento, al darnos cuenta de que no estaba ahí para medirnos, que no se quedaba en los defectos de los que en aquel momento no éramos conscientes, [...] nos dimos cuenta del privilegio que era que Giussani viniera a España a dedicarnos tres o cuatro días; caímos en la cuenta de su preferencia. Cuanto más nos abrazaba Giussani, y cuanto más tiempo nos dedicaba, demostrando la estima que tenía por nosotros, más crecía en nosotros el deseo y la gratitud». Al final esto «contagió a todos, dilató la paternidad de todos y el deseo de acoger la diferencia que había entre las dos historias»¹³, la de CL y la del grupo interparroquial de Madrid.

En 1982 se produjo un primer intento de realizar un gesto en común: una peregrinación a Ávila, con ocasión de la primera visita de Juan Pablo II a España. «Fue un fracaso», recuerda Prades: «Eran demasiadas las diferencias. Y a lo largo del camino no faltaron los choques verbales».

A pesar de esto, algunos de los sacerdotes continuaron manteniendo la relación con los amigos de CL, pero durante algunos años habrá muy pocas iniciativas comunes. «Fue sobre todo la fidelidad de nuestros sacerdotes, junto a algunos intentos personales», lo que permitió no romper el hilo de la historia, recuerda siempre Javier Prades. Este destaca un rasgo peculiar: «Nosotros, jóvenes de 19-20 años, siempre nos sentimos protagonistas. Siempre aprecié la transparencia con la que se nos guiaba; en las asambleas con Calavia, Carrón, García, interveníamos a igual título. Alguno de nosotros tomó directamente contacto con alguna realidad italiana de CL». De aquellos primeros encuentros Prades recuerda los cantos (se decía: «no tienen ni siquiera un canto que sea feo, o banal», en comparación con España, donde muchos cantos eran superficiales). El primer texto de CL que Prades se encontró entre sus manos, como se ha dicho, fue un cuaderno titulado *La vida como vocación*: «La intuición de que la vida misma es vocación fue para mí una revolución». Otro hecho que le sorprendió fue la expresión pública del movimiento: «Era fascinante ver cómo se podía juzgar todo lo que acontecía».

Llegado un cierto momento, algunos jóvenes de la interparroquial insistieron en la necesidad de asociarse para tener una presencia visible en el ambiente universitario, al modo de los estudiantes de CL con quienes se veían en la universidad junto a Mauro Vandelli, y a finales de 1984 constituyeron a tal fin la asociación Nueva Tierra. Al mismo tiempo algunos insistían cada vez más en adherirse a CL. Entre el amplio grupo de sacerdotes de la interparroquial, solamente Calavia, García y Carrón veían como natural consecuencia esta solución, otros se resistían por razones de prudencia y pedían todavía tiempo. El debate entre ellos duró hasta marzo de 1985, mientras el cardenal Ángel Suquía, arzobispo de Madrid, seguía con simpatía la vida de la recién nacida asociación y su contacto con CL. En ese mismo momento fue nombrado obispo auxiliar de Madrid Javier Martínez, que regresaba de Estados Unidos.

Una noche de enero de 1985, Oriol vio en la recién abierta sede de Nueva Tierra un manifiesto fijado en el tablón de avisos, y vio que era tan semejante a los de Comunión y Liberación, que no había ninguna diferencia. Lo había escrito Fernando de Haro, un joven de Córdoba que desde 1980 participaba desde lejos en la experiencia de los grupos parroquiales creados por los sacerdotes de Madrid. Después de un campamento de verano, De Haro propuso a sus amigos del colegio el cristianismo tal como lo había conocido. Seguía lo que estaba sucediendo en Madrid y compartía el deseo de muchos de sus amigos de ir más allá: «Me contaban de las cenas en casa de Carras, de Oriol. Participaba activamente en los cursos de verano de Ávila, discutíamos a fondo con monseñor Martínez cómo vivir la fe de un modo que no la relegase a la sacristía». Y por eso estuvo entre los impulsores de Nueva Tierra: «Me di cuenta de que esto comportaba ‘hacerme presente’ en la universidad».

De Haro tenía veinte años, estaba en tercero de Derecho; escribió el manifiesto utilizando materiales de la revista *Litterae Communionis* de CL y lo firmó junto a dos amigos: «Habíamos leído algunos textos de don Giussani, que circulaban entre nosotros como un tesoro». El manifiesto se titulaba «Una propuesta»: aquellos jóvenes escribieron que tenían la «pretensión de ser una manera de hacer presente una propuesta de vida cristiana en los ambientes donde vive el hombre» y que «lo cristiano no es una superposición a lo humano, es su plenitud y profundidad definitiva. Jesús no es solo la definición de Dios, sino también del mundo y del hombre. La salvación se nos ha dado gratuitamente en Cristo». El joven pegó aquel manifiesto en la facultad de Derecho y envió una copia a Madrid: «Mi novia me contó que Oriol lo había leído y había dicho que aquello parecía un manifiesto de CL; la cosa me llenó de orgullo».

Durante una cena, refiriéndose a ese manifiesto, Oriol le dijo a Calavia: «Mira, si decimos las mismas cosas, exactamente iguales, si empezamos a ver exactamente las mismas cosas, tenemos la responsabilidad de presentarnos con el mismo rostro en la Iglesia y en la sociedad».

Poco después, en la primavera de 1985, Carrón y García volvían de Jerusalén; Martínez acababa de ser consagrado obispo auxiliar de Madrid. Las reuniones se intensificaron. Giussani viajará de nuevo a Cobacha para tener una convivencia de dos días específicamente organizada por Carras y Oriol para el grupo de sacerdotes. A finales de mayo unas cincuenta personas pertenecientes a las dos realidades se reunían en casa de Oriol, y se decidió hacer una propuesta única a los jóvenes de CL y a los de Nueva Tierra: ¿por qué no aprovechar la ocasión del curso de verano, programado para julio de aquel año? Para ello se invitó a Giussani, quien desde el 22 al 24 julio de 1985 participó en el ‘IX Encuentro de Ávila’, en el aula magna del seminario diocesano llena hasta arriba de gente¹⁴. Carrón y Prades no participaron en esas jornadas, porque estaban en Alemania estudiando alemán.

Las reuniones de Ávila consistían en dos semanas de convivencia entre estudio, oración, cultura y fiesta. Los cursos incluían Sagrada Escritura, Cristología, Ecclesiológia, Historia de la Iglesia, Arte y Doctrina social. Recuerda José Luis Restán, en esa época uno de los jóvenes de Nueva Tierra: «Habían empezado como espacio de formación para la gente de las parroquias, pero poco a poco se habían transformado en el elemento aglutinador de una amistad que desbordaba el ámbito parroquial y se proyectaba a lo largo de todo el año. Allí se concretaban iniciativas, se pensaba en el futuro, se tomaba conciencia de nuestro protagonismo en aquel momento crucial de la vida española y de la Iglesia. Cada año se buscaba a alguna persona que se hubiera distinguido por el valor de su testimonio o de su magisterio».

Giussani concluyó su intervención en Ávila con estas palabras: «Nosotros somos lo mismo que sois vosotros: nuestra historia y la vuestra tienen las mismas raíces, los mismos principios e idéntico fin. Porque lo que hoy día más necesita la vida de la Iglesia es precisamente esto: que surja un movimiento según la historia de cada uno; un gran movimiento de amigos comprometidos según las circunstancias de su vida. Un gran movimiento en el que la fe vuelva a ser lo que fue en los primeros siglos: el

descubrimiento de una humanidad más humana. El hombre no puede ser hombre por sí solo. Solo con Cristo puede el hombre ser un hombre. [...] Vosotros lo llamáis Nueva Tierra. ¿Qué quiere decir Nueva Tierra? Nueva humanidad. ¿Qué quiere decir que Cristo es redentor? Que sin él, el hombre no es hombre»¹⁵. Giussani trataba de documentar cómo había entendido CL y convertido en experiencia el título de la reunión de Ávila, «Verdad de Dios, Verdad del hombre». El tema fue elegido para expresar lo que dice un pasaje de la *Gaudium et spes*: «Solamente en el misterio del Verbo encarnado encuentra su verdadera luz el misterio del hombre»¹⁶.

Pensando de nuevo en aquellos tiempos, Carrón reconoce el papel decisivo que tuvo Giussani: tenía muy claro que «el objetivo último de la fe es precisamente engendrar una nueva tierra, pero también que el camino para llegar a ese fin exige un método y una sabiduría de la naturaleza del cristianismo que CL tenía con mayor claridad de la que nosotros por aquel entonces deseábamos». Carrón se dará cuenta plenamente cuando empiece a participar en la vida del movimiento: «La experiencia de CL había dado fruto por la genialidad de don Giussani y por la gracia recibida del Espíritu Santo. Había llegado a un punto al que nosotros no habríamos podido llegar solos, si no hubiese sido por la compañía con la que él nos acogió y que nos donó en todo el recorrido». Justamente esto será decisivo en la vida de Carrón, como subraya él mismo: «Yo le decía siempre a don Giussani: ‘Te estaré siempre agradecido porque al darme a conocer el movimiento me has permitido hacer un camino humano’. Un camino que me ha permitido percibir la naturaleza del cristianismo y comprenderme a mí mismo. Sin la compañía de don Giussani, nosotros no habiéramos llegado a comprender lo que significa vivir la experiencia humana y la fe, la nueva tierra que deseábamos»¹⁷.

He aquí, a continuación, un resumen de las palabras de Giussani en Ávila en aquel final de julio de 1985: «Me siento profundamente conmovido por dos motivos fundamentales. En primer lugar, por vuestra bondad y por vuestra humildad, y, en segundo lugar, por las palabras que están escritas detrás de mí: ‘Verdad de Dios, verdad del hombre’. Porque esta frase es la expresión sintética de cómo, desde los comienzos de nuestro movimiento, hemos entendido siempre la vida y la acción»¹⁸.

Después desarrolló un recorrido que, partiendo de la situación del hombre contemporáneo, sintetizaba en qué consistía la propuesta de CL y cómo trataba él de traducirla en la acción: «El cristianismo es un hecho que acontece. Es aquel hombre que caminaba por los caminos de Nazaret y que sigue presente, en el curso de la historia, en la unidad de los creyentes. La unidad de los cristianos, la comunión de los creyentes, es un signo tangible, podríamos decir ‘su cuerpo’. Esta realidad nos toca, llega hasta nosotros, nos conmueve a través del conjunto de las circunstancias concretas de la vida, que, con una palabra bellísima por su etimología, se llama ‘movimiento’»¹⁹.

Por tanto, la norma pedagógica fundamental es «seguir aquello que nos hemos encontrado»; y esto «cimienta la experiencia de una gran amistad, porque la verdadera amistad es una compañía guiada hacia el destino. [...] Siguiendo a esta compañía se aprende a conocer a Cristo y, con el tiempo, Cristo se convierte en una presencia familiar

para nosotros». La consecuencia de todo esto es que «nuestra vida adquiere una unidad profunda, cuyo aliento es la oración [...] para que Cristo se manifieste por medio de nosotros en todo lo que nos rodea. Este es el comienzo del nuevo mundo»²⁰.

El manifiesto de Córdoba

En Ávila, Fernando de Haro —autor del manifiesto de Córdoba— se encontró sentado junto a Giussani durante una cena: «Le conté que era de Córdoba, y que había pegado el manifiesto en la universidad, y él me preguntó si lo tenía conmigo y si podía leerlo». El joven corrió a su cuarto para buscar el texto. Giussani lo leyó mientras comía y dijo: «Son las mismas cosas que decimos nosotros». La conversación prosiguió y De Haro se lamentó del hecho de que en Córdoba eran todavía pocos. Giussani le interrumpió: «¡Eso no importa! Lo que importa es la vida entre vosotros. También nosotros éramos pocos al comienzo; ¡llegaréis a ser muchos!». Aquella noche, tumbados en un prado de Ávila, muchos de aquellos jóvenes se repitieron las frases pronunciadas por Giussani durante su intervención.

En la intervención del día siguiente, Giussani citó el documento de Fernando, llamándolo el ‘manifiesto de Córdoba’: «Lo hizo para explicar que CL había desarrollado una presencia en el ambiente semejante a la de Nueva Tierra. La comparación era absolutamente desproporcionada, pero me impulsó a plantear una pregunta en la asamblea que resumía muchas conversaciones que habíamos tenido entre nosotros: ‘¿Cómo se construye concretamente la compañía para que toque el corazón de las personas y lo oriente hacia la unidad? ¿En qué se concreta el seguimiento?’. Yo esperaba que nos dijera que nos uniéramos a Comunión y Liberación, o algo semejante», recuerda Fernando de Haro. Por el contrario, su respuesta fue discretísima: «Es más sencillo seguir en lo concreto a la compañía que responder a estas preguntas. Si yo estoy a la espera de algo y escucho el ‘acento’, la voz que estoy esperando, voy detrás de ella, me uno a esas personas. Ciertamente no comeré, no viviré día y noche con ellos... estoy unido a ellos como referencia para mí mismo. Si el acento de la voz que espero es de un sacerdote, estaré con él. Si el acento de esta voz me viene de dos o tres amigos, me uno a ellos. Si el acento de esta voz me viene de la lectura de un cartel pegado en la Universidad de Córdoba, voy a buscar a quien ha colgado ese cartel... ¿Qué podemos hacer juntos? Todo lo que quieras; o todo lo que se pueda».

Giussani revivió en Ávila, de algún modo, sus comienzos en el liceo Berchet de hacía treinta años y la recuperación del movimiento después de la tormenta del 68. Al recorrer el contenido de aquel documento, en efecto, se detuvo, entre otras, en estas afirmaciones: «La Asociación Cultural Nueva Tierra ha nacido con la pretensión de ser un cauce para hacer presente una propuesta de vida cristiana en los ambientes donde está el hombre. Pensamos que el hombre de nuestro tiempo sufre, y que ignora la verdad de su condición. Pensamos que uno de los factores determinantes de esta situación es la ausencia de propuestas auténticamente cristianas, despojadas de adherencias de ideología y de complejos de inferioridad». Y también: «Cristo tiene una relevancia cósmica y los

valores nunca pueden convertirse en una cuestión meramente privada. No es que dudemos de la autonomía de lo temporal, sino que afirmamos que lo cristiano no es una superposición a lo humano, sino que es su plenitud y profundidad definitiva. [...] Y por ello no estamos dispuestos a ser decapitados y a relegar nuestra fe al terreno de lo íntimo para luego enfrentarnos a nuestra vida universitaria adoptando formas de convivencia, orientaciones de nuestro estudio, perspectivas profesionales, comprensión de la institución... según criterios distintos, cuando no opuestos a nuestra fe». Y finalmente: «Queremos [...] promover formas de relación y de vida más auténticamente humanas y comprometernos en la construcción de un mundo a la medida del hombre que Dios ha manifestado en Jesucristo»²¹.

Refiriéndose precisamente a la parte conclusiva del manifiesto de Córdoba, dijo Giussani: «No amo a Cristo si no deseo que los hombres vivan mejor. Pero los hombres viven mejor si Cristo es amado: *Comunión es Liberación*. Comunión es la compañía que nace de Cristo. Cuanto más crece esta comunión, más libre se siente uno como hombre, y el ambiente en el que uno se encuentra se vuelve más humano. Esta fue la respuesta que dimos en el 68 a la contestación juvenil»²².

Recuerda José Luis Restán: «La venida de don Giussani hizo que un numeroso grupo de jóvenes españoles de CL (a los que llamábamos afectuosamente los ‘históricos’) participase en aquellas jornadas de Ávila. Se organizaron numerosos encuentros, debates y discusiones. Estábamos juntos tranquilamente, alegremente: había convergencias evidentes, pero también resultaban claras al mismo tiempo nuestras distintas culturas precedentes, nuestros distintos estilos (en el canto, en el estudio o en el modo de expresar nuestra fe). Todo esto era objeto de interminables conversaciones desde hacía meses (si no años), pero la presencia de don Giussani fue para nosotros como un despertar».

Giussani habló largamente con los asistentes y conoció a los responsables de aquellas jornadas, los sacerdotes. Cuenta de nuevo Restán: «Entre nosotros podía haber diferencias y desconfianzas, pero escuchando a don Giussani hablar del cristianismo y describir la experiencia de CL, a muchos de nosotros nos pareció que el camino se estaba allanando y aclarando. Pensar en hacer algo ‘por nuestra cuenta’, cuando teníamos delante de nuestros ojos un carisma en el que nos reconocíamos de manera tan sencilla y apasionada, habría sido absurdo. Simplemente, reconocíamos ya en él a un padre».

Una noche de septiembre de 1985 la vivienda de Carras hospedó una cena en la que participaron algunos responsables de CL y de Nueva Tierra. Durante la conversación intervino Oriol, que renovó la pregunta de meses atrás sobre por qué se debía continuar con dos movimientos distintos, y si no había llegado el momento de hacer de los dos una sola cosa, siguiendo el carisma de don Giussani. «Discutimos durante toda la noche»²³, recuerda Carrón.

Una paternidad vencedora

Pasaron algunas semanas y el 28 de septiembre de 1985 —durante una reunión en La

Moraleja, en los alrededores de Madrid— una asamblea de los miembros de Nueva Tierra decidió por mayoría adherirse a CL. Aunque su historia era reciente, tenía ya — como cualquier historia humana— una sensibilidad propia: por esto, recuerda siempre Carrón, era necesaria una acogida por parte de los que pertenecían al movimiento: «Este paso fue acompañado por don Giussani; sin su paternidad el camino habría sido mucho más fatigoso. Con él estuvimos en condiciones de afrontar las dificultades y las diferencias de cualquier camino humano». Y esto al final es lo que ganará: «Su paternidad venció todas las dificultades y objeciones que surgieron a lo largo del camino»²⁴.

En el número cero de *Nueva Tierra, revista de Comunión y Liberación*, de septiembre de 1985, primer signo de la unidad reconocida, escribía Javier Calavia: «Para mí el reto es vivir el movimiento, y esto implica la aceptación de los otros tal como son. El mayor problema lo representa el amor propio, la falta de respeto hacia las diferencias, los juicios apresurados, los esquematismos, la vanidad, el ansia de protagonismo. Estos son los obstáculos. Las diferencias no son un problema, se superan inmediatamente. Hay cosas que hemos empleado años para comprender, y ahora se comprenden en cinco minutos»²⁵.

Oriol no estaba presente en la reunión del 28 de septiembre. En esos días se encontraba en Roma porque el cardenal Ratzinger y el ISTRÁ (Instituto de estudios para la transición, promovido y animado por miembros de CL) habían decidido ofrecer un homenaje *sui generis* al gran teólogo Von Balthasar, que cumplía ochenta años de edad: un congreso sobre su discípula Adrienne von Speyr (el 27 y 28 de septiembre de 1985, concluido con un discurso de Juan Pablo II que recibió en audiencia a los participantes), la gran ‘mística’ de la que Von Balthasar se declaraba discípulo a su vez. El sábado por la tarde se ofreció una fiesta en el Castel Sant’Angelo, en la que se interpretaron piezas de Mozart al piano. Von Balthasar estaba conmovido, y en las galerías exteriores de la planta superior se sirvió un buffet. Entrando en Castel Sant’Angelo, Oriol tomó por el brazo a Giussani y le dijo: «Reza, porque en este momento se está celebrando la unidad con Nueva Tierra en España».

De aquella unión hablaron periódicos y televisiones: un artículo en el *Ya* del 17 de octubre, con el título ‘Integración de Nueva Tierra en Comunión y Liberación’, ilustraba las características de los dos grupos y anunciaba una visita de Giussani. Una *troupe* de la primera red televisiva española (TVE) estaba en el aeropuerto a finales de octubre para su llegada: el hecho fue presentado como el ‘desembarco’ oficial de CL en Madrid. La noticia se transmitió el 31 de octubre de 1985.

En esa ocasión se celebraron unos Ejercicios espirituales del 1 al 3 de noviembre en Alcobendas (Madrid). Después de las meditaciones de Giussani, Calavia habló de los orígenes de Nueva Tierra²⁶. El 12 de octubre de 1985 aparecía un artículo en el periódico español *Nuevo Diario*, con el título ‘Nace Comunión y Liberación’, dedicado a la «reciente fundación del movimiento socio-religioso»²⁷ que habría tenido lugar en La Moraleja de Madrid. Y el 5 de noviembre, Juan Arias, vaticanista de *El País*, firmaba un artículo en el que hablaba de «ciertos movimientos integristas católicos como Comunión

y Liberación, hoy muy activos en torno al Pontífice»^{[28](#)}.

Capítulo 18
«Ánimo, a usted y a sus jóvenes,
porque este es el buen camino»
El Domingo de Ramos con Pablo VI
(1975)

En febrero de 1975 Giussani anunciaba a los responsables de CL que en el mes de marzo todo el movimiento participaría en una peregrinación a Roma, con motivo del Domingo de Ramos: «En septiembre habíamos preguntado a Macchi [secretario particular de Pablo VI, *nda*], a través de un tercero, si una peregrinación nacional de Comunión y Liberación con al menos diez mil personas podría ser percibida como una prueba de fuerza por parte de la autoridad eclesiástica. Se nos respondió que sería mejor que prestáramos nuestra colaboración para la organización de la Jornada Mundial de la Juventud del Año Santo, el 23 de marzo, Domingo de Ramos. Tras varias vicisitudes (la respuesta no llegó hasta diciembre), pasó otro mes antes de que supiéramos a quién dirigirnos para prestar esa colaboración. Finalmente fuimos a ver a monseñor Noè¹, quien nos dijo que, a diferencia de la cifra que nos había dicho esa tercera persona — más de cien mil jóvenes de todas las partes del mundo— existía el temor de que no acudieran más de cuatrocientos, quinientos o seiscientos jóvenes. Por eso ellos contaban con una presencia masiva de Comunión y Liberación como núcleo seguro para aquella jornada». Por este motivo, concluía Giussani, «el domingo 23 de marzo nuestras comunidades se reunirán en Roma»².

No se equivocaban quienes habían lanzado en el Vaticano una alarma sobre la asistencia esperada: el 23 de marzo de 1975, en una mañana lluviosa, había pocos más asistentes aparte de los diecisiete mil de Comunión y Liberación, como refieren las crónicas y como registra el libro conmemorativo del Jubileo³.

En su homilía, Pablo VI habló a los jóvenes con tono afligido: «Escuchadnos ahora, vosotros jóvenes especialmente. Se trata, ante todo, de tomar conciencia, primero, de lo que sois vosotros, de vuestra identidad, como se dice hoy. [...] Estáis aquí como típicos representantes de nuestro tiempo, como protagonistas de vuestra generación; no tanto como espectadores, invitados y asistentes pasivos, sino como actores y factores del fenómeno característico de vuestra juventud, el fenómeno de la novedad». A continuación les dirigió un llamamiento: «Quisiéramos que la fe y la alegría de la juventud, que cantó himnos al Señor Jesús, reconocido como el verdadero Cristo, centro de la historia y de la esperanza de aquel pueblo, fueran hoy y fueran para siempre las

vuestras: fe y alegría. [...] Nos damos cuenta: ¡Nuestra invitación es provocadora! ¡Como una invitación de amor! [...] ¿Queréis también vosotros, jóvenes de este crítico momento histórico y espiritual, [...] reconocer a Jesús como el Mesías, como Cristo el Señor, centro y gozne de vuestra vida? ¿Queréis ponerlo verdaderamente en el vértice de vuestra fe y de vuestra alegría? Se trata de salir de este estado de duda, de incertidumbre, de ambigüedad, en la que se encuentra y se agita con frecuencia mucha parte de la juventud contemporánea. [...] ¿Y no descubrimos nosotros a menudo, en el fondo del alma juvenil, una extraña tristeza, que acusa un vacío interior en ella?».

Después de esta amarga constatación el Pontífice invitó a los jóvenes a acoger a Cristo: «Un Cristo al que se puede encontrar en la adhesión exultante a su palabra y a su misteriosa presencia eclesial y sacramental. [...] Un Cristo, velado y transparente en cada rostro humano del compañero, del hermano necesitado de justicia, de ayuda, de amistad y de amor. Un Cristo vivo. [...] Es Cristo para vosotros. ¡Cristo con vosotros! Hoy y mañana: Cristo para siempre»⁴.

«Don Giussani, el Papa quiere verle»

Apenas terminada la misa, poco después del mediodía, Giussani estaba en el atrio de la basílica vaticana cuando oyó que le llamaban: ‘Don Giussani, el Papa quiere verle’. Tenía todavía en sus manos un copón con formas consagradas, trató de entregárselo a un alabardero que se retrajo, hasta que vio a don Negri y se lo confió. Corrió hacia el Papa: «Me arrodillé, estaba muy confuso». Pablo VI le dirigió algunas palabras: «Ánimo, este es el camino»⁵, invitándole a seguir adelante.

El *Osservatore Romano* del 24 de marzo de 1975 se hacía eco del episodio: «El Papa, después de la Bendición Apostólica conclusiva de la misa, se dirigió procesionalmente a la Basílica Vaticana, parándose para saludar al cardenal vicario Poletti y a don Luigi Giussani, guía de los jóvenes del movimiento ‘Comunión y Liberación’, que constituían el grupo más numeroso de los participantes en el rito de los Ramos»⁶.

El hecho encontró una confirmación algunas semanas después, durante la audiencia que el Pontífice concedió a monseñor Enrico Manfredini, obispo de Piacenza y presidente del Comité episcopal para la Universidad Católica. Durante la conversación —que tenía por objeto las preocupaciones de Pablo VI respecto a la identidad de ese ateneo católico—, «se habló de pasada de Comunión y Liberación y [Pablo VI] se conmovió diciéndome que había abrazado a don Giussani el Domingo de Ramos en señal de afecto y de ánimo. Luego se serenó», escribía Manfredini⁷.

Es fácil imaginar los sentimientos que debieron de agolparse en el corazón de Giussani y cómo debió de pasar por delante de sus ojos toda la historia anterior. Aquella frase del Papa fue para él como una recapitulación. Prueba de ello son las primeras palabras que, la tarde de aquel 23 de marzo, dirigía Giussani a los *cielinos* reunidos en el Aula Nervi, concedida de modo excepcional por Pablo VI: «Ningún signo, después de la Eucaristía que hemos celebrado juntos con el Santo Padre, [...] es para nosotros más alto y profundo que ese consuelo, que las palabras que su Santidad me ha dicho para que

podría repetíroslo a vosotros: ‘Ánimo, ánimo —no recuerdo todas sus palabras porque estaba demasiado conmovido; os digo solo aquello de lo que me acuerdo con seguridad —, ánimo, ánimo, a usted y a sus jóvenes, porque este es el buen camino’. Y después el regidor de los palacios pontificios me ha llamado y me ha dicho que os explicara a vosotros que su Santidad no podía, a pesar de su deseo, venir con nosotros esta tarde aquí, refiriéndose también al cansancio excepcional de esta mañana».

Giussani invitó a todos los presentes a estar agradecidos a Dios: «Sabemos bien que, por su misericordia, el misterio de Dios, en su grandeza infinita, se concreta para convertirse en signo entre nosotros, [...] en experiencia de vida [...] por medio del signo de esta bondad, de esta benevolencia, de este ánimo que el padre común nos da». Después leyó el telegrama que iba a enviar al Papa: «Felices por haber respondido invitación paterna, agradecidos por muchos signos benevolencia y ánimo, confirmamos existencia en muchos jóvenes cristianos de nuevos caminos en la fe y en la alegría para la sociedad de hoy. Volvemos a decir vuestra Santidad nuestro único deseo Cristo vivo»⁸.

Enseguida, después de que la asamblea entonara dos cantos de Claudio Chieffo (*La nuova Auschwitz y L'opera*)⁹, Giussani se refirió a la Exhortación apostólica del 8 de diciembre de 1974, en la que Pablo VI escribía: «La reconciliación que ha llevado a cabo Dios en Cristo crucificado se inscribe en la historia del mundo, que cuenta desde entonces entre sus componentes irreversibles el evento de Dios, que se hizo hombre y murió para salvarlo»¹⁰. Giussani comentó: «El evento de Dios que se hizo hombre y murió para salvar al mundo es una componente irreversible de la historia del mundo, no del más allá, y esto es el sostén de nuestra concepción de la fe, es la fuerza de nuestro corazón y de nuestras actividades»¹¹.

Después siguió leyendo el texto del Papa: «El evento de Dios que se hizo hombre y murió para salvar al mundo [...] encuentra su permanente expresión histórica en el cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, en la que el hijo de Dios convoca ‘a sus hermanos de entre todas las gentes’ y, en tanto que cabeza suya, es su principio de autoridad y de acción, esa Iglesia a la que constituye sobre la tierra como ‘mundo reconciliado’»¹².

Giussani subrayó que las palabras del Pontífice constituían un llamamiento a la responsabilidad: una invitación a «llevar en nuestra carne y en nuestro corazón, en nuestra alma, el inicio de la reconciliación del mundo. El mundo reconciliado, el mundo por tanto verdadero, el mundo liberado, ya está dentro de nosotros y toca a nuestra libertad dejar que el poder del Espíritu lo manifieste». Pero justamente a la luz de esa inmensa tarea, no lograba refrenar un sentimiento de dolor: «Estamos todavía rígidos, impedimos demasiado que este poder del Espíritu ponga de manifiesto lo que ya ha realizado en nosotros y entre nosotros: el misterio de la liberación del mundo ya está entre nosotros». Reconocía, no obstante, que los veinte años de historia del movimiento «si bien juzga cada vez más nuestros pecados, confirma sin embargo nuestras certidumbres, las confirma día tras día. Los que han vivido unos pocos años de esta historia con humildad, a pesar de todo, con fidelidad, a pesar de todo, ¡cómo lo pueden

decir hoy! Porque los que nos han abandonado no han encontrado nada mejor, y con mucha facilidad han perdido incluso aquello que ya había pasado por sus manos».

Consciente de esto, Giussani pronunciaba palabras con las que parecía abrazar toda su vida: «A medida que vamos madurando nos convertimos en espectáculo para nosotros mismos y, Dios lo quiera, también para los demás. Espectáculo de límite y de traición, y por eso de humillación, y al mismo tiempo de confianza inagotable en la gracia que se nos da y renueva cada mañana. De aquí procede ese atrevimiento ingenuo que nos caracteriza, que hace que concibamos cada jornada de nuestra vida como un ofrecimiento a Dios, para que la Iglesia exista en nuestros cuerpos y en nuestras almas a través de la materialidad de nuestra existencia». *L'Osservatore Romano* del 25 de marzo de 1975 publicaba un resumen en un artículo dedicado a ese encuentro.

En su intervención en el Aula Nervi, Giussani recordó para qué existía CL: para ayudarnos, dijo, «en este camino de fe y de alegría, como nos ha dicho su Santidad esta mañana, y quisiéramos que esta fe y esta alegría se comuniquen a todos aquellos que nos tocan, a todos los que viven junto a nosotros, a esos hombres que el amor que tiene el Papa a Cristo vivo nos hace aprender a amar como si hubiéramos nacido de la misma madre»¹³.

El *Corriere della Sera* daba noticia de la jornada con un artículo titulado «El Papa ha acogido a los jóvenes de ‘Comunión y Liberación’: ¿Quiénes son?»: «El Papa les concede para un encuentro el aula de las audiencias, en el Vaticano, y admite a una conversación privada a su líder, don Giussani. [...] ¿Quiénes son estos cuarenta o cincuenta mil jóvenes (y desde hace algún tiempo también adultos) de ‘Comunión y Liberación’, a quienes los fascistas golpean hasta hacerles sangrar, a quienes las izquierdas parlamentarias rechazan, a quienes los católicos del disenso y los ‘Cristianos por el socialismo’ llaman integristas y reaccionarios, a quienes los extraparlamentarios de izquierda insultan como ‘siervos de los patronos’? ¿Qué papel asumirán mañana en la Iglesia y en la sociedad civil italiana? [...] Ahora la hospitalidad vaticana ha confirmado sus excelentes relaciones con la jerarquía, aunque sería un error interpretar la presencia de los quince mil [de] C.L. en el aula de Nervi como un reconocimiento oficial de ‘Comunión y Liberación’ por parte del Papa, con todos los beneplácitos de los que gozan los movimientos tradicionales del laicado católico. [...] Que el Papa les haya recibido en el Vaticano es signo de un gran favor»¹⁴.

Esta es la crónica de aquella tarde en el Aula Nervi, tal como la relataba *L'Osservatore Romano*: «La imagen que ofrecía en la tarde de ayer el Aula de las audiencias en el Vaticano era insólita, ciertamente no por el número de los asistentes, aunque excepcional y al límite de su misma capacidad de espacio, cerca de quince mil personas, cuanto por la composición homogénea de la asamblea: jóvenes desde los quince a los veinticinco años. [...] Los jóvenes ocupaban cualquier espacio útil, tapizando literalmente todo el espacio libre. Una imagen de desordenada compostura, absolutamente nueva para ese lugar, pero no imposible o contraria, en cuanto que rigurosamente comprendida en la atmósfera religiosa que lo caracteriza. [...] Don Luigi Giussani, después de haber hablado a los jóvenes presentes en el aula del encuentro personal que tuvo con el Santo Padre por

la mañana, recordó a los jóvenes las formas y los términos de su testimonio. Los criterios del mundo —dijo el orador— son poder y comodidad y nosotros hemos vivido hasta hoy la fe haciendo uso de estos criterios; buscando una afirmación personal o del propio grupo, de las propias opiniones, sin aceptar la condición de la cruz, de la que nace la verdadera afirmación de nosotros mismos. «Queda en nosotros —dijo textualmente don Giussani— una inspiración cristiana continuamente reducida por una razonabilidad carnal, por un sentido común naturalista, en lugar de estar íntimamente regenerada por la obediencia razonable a esa fe que es locura y escándalo para la prudencia instintiva y el límite moralista que tiene todo programa humano. Por esto nuestra vida de comunión es demasiado personal, no es todavía verdadera, es el resultado de una comunión insuficiente entre nosotros que genera particularismos y cerrazones en el modo de concebir la fraternidad o los objetivos de la misma comunidad. Todo esto significa falta de conciencia de la unidad, a cualquier nivel, como signo del misterio que está entre nosotros»¹⁵.

Según admitiría el mismo Giussani, el encuentro con Pablo VI marcó la culminación de veinte años de historia, atravesada también por incomprendiones y dificultades en la diócesis ambrosiana, pero constantemente vivida bajo el signo de esa pasión por Cristo y de esa obediencia a la autoridad de la Iglesia que le animaban antes todavía de que el movimiento viera la luz, desde que, junto a sus compañeros del seminario, ‘estudiaba’ a Cristo en todas las cosas y deseaba que todos conocieran lo que entusiasmaba a su juventud. Con aquel breve saludo al término de la misa el anciano Pontífice reconoció a Giussani el mérito de haber sido el origen de una experiencia útil para vivir la fe, casi con las mismas palabras que le dijo muchos años antes siendo arzobispo de Milán: «No comprendo sus métodos, pero veo sus frutos y le digo: siga adelante así. Este es el camino» (ver aquí, p. 240).

Aunque el gesto de Pablo VI fuera «totalmente inesperado», esto no significó que Giussani considerase las palabras del Papa como «improvisadas»: «La prueba de ello la recibí de viva voz del cardenal [Giovanni] Benelli [en esa época sustituto de la secretaría de Estado, *nda*]. Sentado a su mesa me dijo —faltaban pocos meses para la muerte prematura de quien fue el más estrecho colaborador jerárquico de Pablo VI [que ocurrió en 1982, *nda*]—, que, en los últimos años de su pontificado, el papa Montini le preguntaba en cada visita por Comunión y Liberación. Y le decía: «Eminencia, ese es el camino». Benelli me comentó: «Si hubiera vivido todavía un año más, le aseguro que todos sus problemas eclesiales ya estarían resueltos»¹⁶.

Nada más volver de Roma, el 24 de marzo de 1975, Giussani escribió inmediatamente al cardenal Colombo, dominado, decía, «por un sentido de responsabilidad casi como si lo hubiera sentido por primera vez»¹⁷.

En esa época, monseñor Girolamo Grillo (más tarde obispo de Civitavecchia) trabajaba en la secretaría de Estado y por esto tenía trato frecuente con Pablo VI. Recuerda un apunte que recibió de Pablo VI: «Preguntaba expresamente si nos podíamos fiar por lo menos de CL. El Papa conocía bien, por otra parte, a don Giussani, y cuando tuvo por nuestra parte la seguridad de que nos podíamos fiar de este movimiento no dudó en obrar

de modo que se facilitara el famoso encuentro del Domingo de Ramos de 1975 con los numerosísimos jóvenes del movimiento, lo que volvía a dar impulso y vigor a un catolicismo italiano, que en muchos aspectos se había debilitado». Monseñor Grillo dice además de Pablo VI: «Hablé con él de don Giussani precisamente en esa última circunstancia, y fue entonces cuando, al final de la conversación, quiso decirme casi con verdadera alegría: ‘Veo que usted no conoce personalmente a don Giussani, quizá tenga forma de conocerle. Verá, ese hombre emana una fascinación particular que hará que crezca su estima por él’. Y fue justamente así, Pablo VI no se equivocaba, más aún, fue de una intuición verdaderamente única»¹⁸.

La invectiva del padre Turolto

Algunos días después del evento romano, el 29 de marzo de 1975, el *Corriere della Sera* publicó una larga intervención del padre David Maria Turolto¹⁹, con el título: «Los 99 justos», una auténtica acta de acusación contra Comunión y Liberación y su fundador, que abrió camino a una serie de artículos y entrevistas a lo largo de todo el verano.

Turolto ya se había lanzado contra CL hablando en la Universidad Católica el 5 de febrero de ese mismo año²⁰. El artículo empezaba con una serie de interrogantes: «¿Ya estamos otra vez? ¿De nuevo ‘se organiza’ la fe? Entiéndase bien el sentido de este ‘organizarse’; y para estar más enterados mírese a la estructura de ‘Comunión y Liberación’: con su jefe carismático, con su rigor extremadamente verticalista; hasta el punto de que no se admite ninguna crítica al movimiento; si puede darse una crisis, esta debe juzgarse como algo personal, jamás del ‘sistema’». Así pues, se preguntaba, «¿retorno a las viejas tentaciones integristas? ¿Nueva exhumación del asociacionismo católico? Piénsese en los hechos de la crónica de estos días, uno en Milán y el otro en Roma». Aquí juntaba a Giovanni Colombo con Giussani, pues Turolto se refería a dos noticias. La primera: «Misa del cardenal en el Vigorelli [famoso velódromo de Milán, *ndt*] para 15.000 jóvenes de confirmación [...] el Domingo de Ramos. El cardenal Colombo entró en el Vigorelli a bordo de un jeep y recorrió todo el anillo de la pista acogido por las ovaciones de los confirmandos que agitaban ramas de olivo’ (*Corriere della Sera*, 24 de marzo)». La segunda: «Encuentro de ‘Comunión y Liberación’ en el Vaticano (*Corriere della Sera*, 25 de marzo)». Turolto comentaba que «acuden en formación por todas partes para llenar la plaza de San Pedro» indicando que «este es tiempo de ‘Comunión y Liberación’. El Papa quizá haya advertido una ocasión de alivio en medio de tanta escualidez espiritual [...], habrá gozado de una plaza rebosante de juventud, frente a iglesias llenas por el contrario solamente de ancianos y ancianas [...]. La cita se prolongó hasta la noche: novedad para el Vaticano, para el que especialmente el domingo por la tarde se distingue por un sueño sagrado, por un aire cargado de silencio y de ausencia, quizá por una especie de espera de nada [...]. Quince mil jóvenes cantaron una ‘serie coral de cantos’, y escucharon un discurso de don Giussani. Ya por la mañana había sido la misa del Papa, con una particular homilía ‘sobre la fe que puede curar las crisis interiores de los jóvenes’. ‘Se trata de salir —ha dicho el Papa— de ese

estado de duda, de incertidumbre, de ambigüedad en la que se encuentra y se agita con frecuencia mucha parte de la juventud contemporánea; se trata de superar la fase de crisis espiritual, característica de la adolescencia que pasa a la juventud, y después de la juventud a la madurez; crisis de ideas, crisis de orientación moral, crisis de seguridad acerca del significado y del valor de la vida'. [...] Un discurso que para 'Comunión y Liberación' era miel en los labios».

En este punto Turoldo rozaba el sarcasmo: 'Los *cielinos* son los únicos jóvenes que, al menos en Italia, no tienen crisis. [...] Para 'Comunión y liberación' todo ha acontecido ya: ellos son la verdad misma. Y están sobre todo 'separados' [...]. Ellos son 'los noventa y nueve justos que no tienen necesidad de penitencia'. Y nadie les puede juzgar, porque para juzgarles hace falta primero hacerse *cielino* [...]. Y la fe para ellos son ellos mismos: Jesucristo es más pequeño que 'Comunión y liberación'; [...] de modo que no hay otro cristianismo más que el suyo». A continuación se preguntaba: «¿Qué utilidad verdadera tienen para la Iglesia? ¿Para qué Iglesia? No ciertamente para la del Evangelio: esa Iglesia hecha de ovejas perdidas, de adúlteras restituidas a su dignidad; de samaritanas, de meretrices que nos precederán en el Reino; de publicanos y de pecadores; de pobres, ¡sobre todo de pobres! ¡Y de víctimas! He aquí por qué no son de esa Iglesia. (Y aquí no se trata del Papa, no tiene nada que ver)»²¹.

Y en cambio parecía lo contrario, a juzgar por las palabras con las que pocos meses después el anciano Pontífice habló de la tan vituperada Iglesia, dirigiéndose a los fieles reunidos para la audiencia general, el 23 de julio de 1975: «¿Dónde está el 'pueblo de Dios', del que tanto se ha hablado, y todavía se habla? ¿Dónde está? ¿Dónde está esa entidad étnica *sui generis*, que se distingue y se califica por su carácter religioso y mesiánico, sacerdotal y profético, si queréis, que confluye totalmente hacia Cristo, como su centro focal, y que hace derivar todo de Cristo. ¿Cómo está ordenado? ¿Cómo se caracteriza? ¿Cómo está organizado? ¿Cómo ejerce su misión ideal y tonificante en la sociedad en la que está inmerso? [...] Bien sabemos que el Pueblo de Dios tiene ahora, históricamente, un nombre que a todos nos resulta familiar; es la Iglesia; la Iglesia amada, hasta la sangre, por Cristo. [...] Los que poseen ese *sensus ecclesiae*, es decir, esa conciencia de pertenecer a una sociedad especial [...] Esto no es teología esotérica, inaccesible para la mentalidad común del pueblo fiel; es la verdad, altísima sí, pero abierta a todo creyente [...]. Debe crecer en nosotros el sentido de la comunidad, de la caridad, de la unidad, esto es, de la Iglesia una y católica, o sea, universal. Debe afirmarse en nosotros la conciencia de ser no solo una población con ciertos caracteres comunes, sino un pueblo, un verdadero pueblo de Dios»²².

A Turoldo le respondió desde las columnas del diario *Avvenire* el padre Gheddo, del PIME (Pontificio Instituto de Misiones Extranjeras, *ndt*), observando que con su condena alimentaba «una polémica que, inevitablemente, terminará por dañar el camino del movimiento entre los jóvenes, [...] que se presenta con una clara identidad cristiana». Y añadía: «Tú dices, en resumen, que CL es 'integrísta' (¡la palabra mágica!), que los *cielinos* se creen 'la' Iglesia y esto, naturalmente, es según tú la señal más clara de que han perdido el camino. [...] ¿No es un gran mérito, querido Turoldo, partir siempre de la

fe y de la experiencia concreta, sin apriorismos ideológicos? [...] A menos que se quiera decir que CL es integrista porque obedece al Papa, a los obispos, y porque no critica a la Iglesia». El padre Gheddo preguntaba: «¿No debería ser este un tiempo de pluralismo en la Iglesia, en el que haya sitio para todos, sin querer destruir a los que entienden la vida cristiana de manera distinta de la nuestra? [...] Todos conocemos las enormes dificultades que hay que afrontar para dar vida hoy a un movimiento juvenil que vaya más allá del pequeño grupo: ¿o acaso queremos solo el pequeño grupo [...]? Pero entonces, ¿es esta todavía una Iglesia de los pobres, de los sencillos, de las masas, o bien es una Iglesia de élite? [...] ¿Sabes, Turolto, que, al menos en Milán, CL tiene numerosos grupos en los barrios populares, que desarrolla un trabajo entre los marginados y la gente procedente del sur, que ha alcanzado mediante su animación eclesial y espiritual a los jóvenes obreros de las fábricas? Y entonces: ¿cuál es la Iglesia de los pobres? Tú vienes a Milán, das una conferencia estupenda muy elogiada [...] y te vuelves a Sotto il Monte. No tengo nada que decir, pero ¿quién ha devuelto a centenares de jóvenes de toda clase el gusto por la oración? ¿Quién ha llevado un testimonio de vida cristiana a los colegios, a las fábricas y a los barrios marginales?»²³.

Sofía Vanni Rovighi, profesora de la Universidad Católica, dirigió al *Corriere* una breve carta de respuesta a Turolto, donde escribía, entre otras cosas: «Muchas de las cosas que disgustan al padre David Turolto [...] no me gustan tampoco a mí. Pero son cosas que tiene en común ‘Comunión y Liberación’ con ‘Lotta continua’ y con otros movimientos afines. No me consta que el padre David haya expresado una condena igualmente severa de ‘Lotta continua’. Lo que ‘Comunión y Liberación’ no tiene en común con ‘Lotta continua’ es que no da palizas, a veces con cadenas de hierro, y no escupe a sus adversarios políticos, sino que, en todo caso, recibe golpes y salivazos. Y sorprende que también esto le disguste a un cristiano como el padre David»²⁴.

A Turolto le respondió de manera articulada don Giuseppe Lattanzio (compañero de seminario de Giussani), párroco de San Vittore al Corpo de Milán, en la sección ‘Tribuna abierta’ del *Corriere*. Habló de un ataque llevado a cabo con muy poca misericordia: «Desde hace años en Italia una pequeña cuadrilla de hombres se ha adjudicado la tarea —a veces quizá no sin cierta vanidad— de hacer de vanguardia en la marcha del pueblo de Dios»; el padre Turolto «parece considerar una grave culpa, e incluso una aberración en la fe, la convicción por parte de los cristianos de poseer certezas. El verdadero estado del creyente, para él, es el de la duda, la crisis, el extravío». Don Lattanzio era de una opinión muy diferente: «Jesús no vino para acrecentar las dudas de la humanidad, vino para dar respuestas. [...] Por consiguiente, si el ‘mundo’ es el lugar de las dudas, la Iglesia es por fuerza el lugar de las seguridades. De dudar y de perderme soy muy capaz yo solo. [...] Hacer de la duda un ideal de vida y casi un título de nobleza es un lujo para personas saciadas, que viven una vida egoísta y decadente. Los pobres y los sencillos no se ven ni siquiera tentados por esta elegantísima actitud del espíritu». Para el sacerdote, Turolto «se indigna frente a la convicción de los jóvenes de que el reino de Dios ha venido ya. [...] Que el reino es una realidad ya presente —aunque sea bajo los signos sacramentales de la Iglesia— no es un descubrimiento de ‘Comunión

y liberación’: es un pensamiento de Cristo, recientemente recordado también por el Concilio Vaticano II. [...] Parece que el Espíritu de Dios está conduciendo hoy, con gran asombro nuestro, a decenas de miles de jóvenes —¿y por qué no también a los de ‘Comunión y liberación’, a pesar de alguna comprensible rigidez suya?—, sin tener en cuenta en absoluto las previsiones y las preferencias de las vanguardias posconciliares, porque el espíritu es imaginativo y no puede ser encerrado»²⁵.

En *Rinascita* (publicación mensual del PCI) Fabio Mussi, en esa época redactor de la revista, publicaba una larga intervención sobre el integrismo de CL: «Comunión y Liberación ha recibido [...] la bendición pascual de Pablo VI. [...] Comunión y Liberación se asemeja un poco a una comunidad cristiana primitiva. [...] Una secta a medias entre la fascinación por las cosas arcaicas y la eficiencia de una organización moderna. [...] El activismo eclesiástico de don Giussani pasó por el embudo de 1968 transformándose en un movimiento ideológico. [...] El eje de la ideología es el integrismo. [...] Pablo VI, no se sabe con cuánto cálculo, le ha proporcionado un apoyo altamente autorizado, destinado, quizás, a remover las desconfianzas radicadas en las parroquias y entre los obispos hacia la ‘diócesis en la sombra’ de don Giussani. [...] Se trata de ver hasta dónde llegará el integrismo y el furor confesional de este grupo, que, en el horizonte del mundo católico, representa un fenómeno nuevo y, puesto que regresivo, preocupante»²⁶.

*«Nos acusan de integrismo, pero esto es un gran honor:
¡es la integridad de la fe!»*

El 4 de junio de 1975 invitaron a Giussani a un congreso de los padres pasionistas: expuso una ponencia y participó en un debate sobre Comunión y Liberación, durante el cual respondió también a algunas objeciones referidas al artículo del padre Turolfo. Ante todo citó el discurso del arzobispo de Milán para la fiesta de san Ambrosio: «‘El hombre que cree, necesariamente busca —y al final debe encontrar de algún modo— un criterio diferente para juzgar, un estilo característico de asociarse, de trabajar, de amar, de luchar, de educar, de sufrir y de morir: si uno está en Cristo, es una nueva creación’». Exactamente por esta razón, dijo Giussani, «nos acusan de integrismo, pero esto es un gran honor: ¡es la integridad de la fe!»²⁷. En su discurso a la ciudad, el cardenal Colombo decía también que «el cristiano no puede presentarse aislado, sostenido solamente por su religiosidad personal, sino que debe apuntar a la convergencia con sus hermanos en la búsqueda de los fines a los que tender y los medios más adecuados para ello. [...] No es necesario que los cristianos sean mayoría, pero sí es necesario que su acción común sea luz, sal y fermento, no ciertamente en vista del poder sino más bien en orden al servicio de toda la comunidad»²⁸.

Giussani retomó su intervención afirmando que «¡no es posible que el hecho cristiano ya no diga nada! Entonces, o ya no vale nada el hecho cristiano, o bien hay que volver a la esencia del hecho cristiano. La esencia del hecho cristiano no es el anuncio de los pobres, de los obreros, de los deberes de la justicia social». El cristianismo es ante todo

«el anuncio que Dios ha dado a todos los hombres: ¡que finalmente podemos llegar a ser hombres! Siempre que lo sigamos fielmente, aunque seamos pobres pecadores, hasta el final». Y añadió que la «presencia (de Dios) se prolonga en la historia como Iglesia, porque la Iglesia es el rostro de Cristo en la historia. ¡Y la Iglesia es institucional! A ella pertenece la gente que ha sido llamada por Dios, ¡no cualquiera! ¡No es un derecho, sino una función que Dios asigna con el bautismo!».

Siguió un debate vivaz, en el que los pasionistas le dirigieron a Giussani preguntas y objeciones sobre CL. Un padre se refirió a la acusación de integrismo lanzada por Turoldo. Giussani respondió: «Nos llaman ‘integristas’ realmente con rabia, con racismo ideológico, porque están dispuestos a amar a cualquier persona, a cualquier idea, [...] ¡pero están muy dispuestos a odiar a sus hermanos cristianos que no piensan como ellos! En nombre del pluralismo, ¡odian a quienes no piensan como ellos! Nos llaman integristas precisamente ¡porque invitamos a la fe! Ellos objetan: ‘Pero la fe no busca el poder... ¡de modo que si estamos perseguidos es mejor!’». ¿Cómo que ‘si estamos perseguidos es mejor’? ¡Es una frase de intelectuales! Porque en la persecución, ¡los que se dejan la piel son los más débiles, los más pobres! Si Dios nos manda a las catacumbas, invocaremos al Espíritu, ¡pero meternos en ellas sin tratar de defendernos es de idiotas!».

Otro pasionista intervino sobre el tema de la unidad y de la obediencia a la autoridad y objetó: «Es distinto obedecer a la palabra de Dios que obedecer a la jerarquía. [...] Si yo tengo a un Carretto que escucha la palabra de Dios en mi comunidad, tú, jerarquía, ¿por qué tienes tú sola el monopolio de la palabra de Dios, para aceptarle o rechazarle? [...] Él se siente con la conciencia de ser cristiano, como Turoldo y otros, y Turoldo le dice al obispo de Bérgamo: ‘¡En esta Iglesia estoy yo también [...]!’». Una Iglesia que amplíe un poco el concepto de obediencia y de autoridad acepta también a esta gente; en el primer caso, si es tan exigente en cuanto a la obediencia, si está tan jerarquizada, esta gente no existirá ya. Y me parece que esta es la crisis de la Iglesia de hoy». Fue una larga intervención, que Giussani escuchó con atención y a la que respondió decidido: «La crisis de la Iglesia de hoy es la crisis de la verdad, del misterio, del sentimiento del misterio, de la conciencia del misterio que se ha hecho realidad objetiva. Por tanto, esto no está en absoluto en contradicción con la gracia de Dios que puede llevar consigo un alma ¡mucho mejor y mucho más que todos los superiores del mundo! Pero esta verdad, que siente el alma, con claridad... no es verdadera si no se mueve dentro de la obediencia a la autoridad, porque el camino de Pedro, el camino de la Iglesia, del ‘signo de Dios’, no pasa, no se establece por medio de nuestras inteligentísimas opiniones, sino que pasa a través de la autoridad».

En este punto Giussani preguntó al público de los pasionistas: «¿Es un derecho afirmar la propia opinión fuera de la unidad, donde la unidad se convierte simplemente en una forma, a merced del propio parecer? ¡No! ¡No! ¡No! ¡Eso va contra la fe!».

Un pasionista quiso que se volviera sobre la acusación de integrismo y Giussani observó: «Muchos no sabrían definir qué es lo que entienden por ‘integrismo’; y cuando se les obliga a definirlo, lo traducen en acusaciones muy estúpidas y nos suponen muy

idiotas». ¿Alguien piensa que CL pretende sacar del Evangelio incluso las reglas de la vida sindical y política? Giussani objetaba: en realidad, el Evangelio «nos enseña que de la relación del hombre con Cristo nace un nuevo ser, un nuevo sujeto, ¡no una nueva fórmula que aprender! [...] Por tanto lo que se renueva es el sujeto, y por eso se originan de forma nueva todos sus actos, y aumenta el interés por valorar todo lo que hay de bueno por todas partes». De nuevo, un padre pasionista deseaba una aclaración respecto al tema pluralismo/unidad en la Iglesia. Giussani respondió: «¡Pero nosotros venimos de una única cepa! Por eso, armonía, más que pluralismo. Pero el concepto de armonía indica la funcionalidad [...] de todas las experiencias», y así se realiza un «pluralismo de hecho»²⁹.

La virtud de la obediencia

El 6 de junio de 1975 Giussani estaba en Turín para dar un retiro a los seminaristas dominicos que estudiaban Filosofía; y aprovechó para volver sobre su idea de la unidad, obediencia y autoridad en la Iglesia: «Si la comunión eclesial es parte de la definición de mí mismo, ‘ya no soy yo quien vive sino que es Cristo quien vive en mí’, [...] tiene también una estructura propia, porque no hay nada que exista en el tiempo y en el espacio que no tenga su estructura propia, [...] sus engranajes, [...] sus núcleos vitales». Y el núcleo vital de una estructura eclesial es la autoridad: «La autoridad no es el mejor de entre nosotros. Cristo nunca dijo: ‘¡Yo os daré como pastores, como obispos, a los mejores hombres de cada época!’». Pero el designio del misterio de Dios, el designio de la historia de Cristo pasa a través de esos signos. Toda nuestra sabiduría no vale nada frente a la eficacia objetiva de la obediencia a esos signos».

Obedecer no implica «decir negro cuando se ve blanco», sino más bien «adherirse aunque la directiva sea blanca cuando yo veo negro, y seguir adhiriéndose con humildad, con valor, con constancia, aun al precio de no hacer carrera, aun al precio de verse un poco apartado. Seguir con constancia y humildad. No existe ningún síntoma mejor, ningún test del contenido de fe que se vive, como la obediencia a la autoridad, ¡que es exactamente lo contrario de vender el cerebro!». En efecto, continuaba Giussani, para obedecer a la autoridad «se necesita vigilancia y una lucidez de autoconciencia cristiana, además de valor (*virtus*) y una energía infinitamente mayor que la que haría falta para reaccionar y afirmar la propia opinión o el propio sentimiento»³⁰.

El *Europeo* del 11 de julio publicó dos entrevistas a Turolto y a Gheddo en las que se reafirmaban en sus posturas. Turolto lamentaba haber recogido «muchas adhesiones, pero también muchísimos linchamientos morales, públicos y privados». Después de haber desencadenado un alboroto de polémicas y acusaciones, decía: «Además, yo no he atacado personalmente a nadie, ni a los líderes ni a los militantes de ‘Comunión y Liberación’. [...] Estamos plenamente de acuerdo a la hora de reconocer la honestidad, la sinceridad, y el espíritu de oración de los muchachos de ‘Comunión y Liberación’. Pero este no es el problema. [...] Conozco a muchos de los de ‘Comunión y Liberación’ desde hace muchos años, les estimo, les quiero y me quieren». Pero enseguida añadía: «Lo que

me produce asombro es el hecho de que precisamente gente tan estupenda esté dentro de ‘Comunión y Liberación’. [...] Son demasiado intimistas. [...] Todo un Cristo intimista, arrancado de la realidad de la historia y de lo que sucede, hibernado. Se olvidan de Vietnam, de Chile; se olvidan de las bombas, del terrorismo fascista. No se habla de sindicatos, de problemas obreros, de luchas de trabajo. Se ignora el contexto histórico». Y proseguía: «En mi artículo yo no he hablado mal de la asociación en sí misma sino del espíritu que la anima. La fe de ‘Comunión y Liberación’ no me parece una fe que rompa, arriesgue, trascienda. [...] Es un refugio, no una tensión; una seguridad, no una certeza». También la jerarquía eclesiástica se veía envuelta en los juicios del padre Turollo: «Algunos obispos pueden incluso pensar que ‘Comunión y Liberación’ podría ser un sustituto de la Acción Católica. [...] Pero en su mayoría se mantienen cautos y prudentes. [...] En sí mismo siempre es bonito que los jóvenes estén cerca de sus obispos. Pero hay que preguntarse también si tales obispos son efectivamente signo de una Iglesia ‘en la encrucijada de los caminos’, [...] o de una Iglesia que se encierra en sí misma, en un recinto cerrado o en una ‘torre de marfil’. Necesitamos saber si es una Iglesia que está con el ‘hijo pródigo’ o prefiere al ‘hijo mayor’. Nadie en ‘Comunión y Liberación’ parece considerarse ‘hijo pródigo’. En realidad es ‘Comunión y Liberación’ la verdadera Iglesia: una Iglesia sin pecado, sin historia, inmóvil y absoluta; una Iglesia en sí misma, como una herejía. Tanto es así que cuanto más frecuentes ‘Comunión y Liberación’ más nostalgia sientes de aquella destartada parroquia que te hizo enfadar tantas veces, pero que era un signo de tu condición de pecador».

El padre Gheddo respondía lacónicamente que «si uno tuviera que dar por bueno todo lo que Turollo ha escrito, debería concluir: es mejor que ‘Comunión y Liberación’ desaparezca. [...] Conozco a los que vienen aquí, a nuestra capilla de la vía Mosè Bianchi [la sede milanese del PIME, *nda*] dos o tres veces por semana, a meditar y rezar, y a discutir. Anoche eran un millar. Son familias enteras; sobre todo jóvenes. Grupos de estudiantes de la zona vienen aquí a rezar vísperas y laudes. Conociendo a mucha de esta gente, y también a algunos de sus jefes, considero insostenible avistar en hombres que rezan y viven con tanta coherencia su fe un peligro para la Iglesia, o, peor aún, gente sedienta de poder. [...] Lo que hace que me resulten simpáticos es sobre todo el hecho de que están recibiendo golpes de la derecha y de la izquierda³¹.

Raniero La Valle —entre los más conocidos exponentes del disenso católico (desde 1976 será parlamentario de la Izquierda Independiente)— escribió en *Il Tempo* que «Comunión y Liberación, a diferencia de los clerico-moderados, no pone entre paréntesis la fe, sino que vive una real ‘experiencia de fe católica’, de la que hace derivar ‘inmediatamente’ una praxis política. Globalmente, significa una casi radical interpretación falsa de la lección del Nuevo Testamento: el grano de mostaza, en lugar de morir, toma el poder; la levadura no fermenta sino que produce metástasis; las comunidades cristianas en el exilio, ‘lejos del Señor’, en vez de anunciarle y esperarle, se alían y conquistan el país; el reino es de este mundo; la Iglesia ya no es el nuevo Israel, sino el nuevo Estado de Israel»³².

Siempre en *Il Tempo* el escritor Diego Fabbri asumía la defensa de CL: «Ya en su

mismo nombre, Comunión y Liberación, hay un signo de personalidad, y no importa si algunos han sentido en él alguna resonancia de sabor protestante. [...] Es una vuelta a ciertas formas del asociacionismo cristiano de los orígenes y al mismo tiempo un compromiso a la hora de vivir la modernidad de forma plena y valiente, no para dejarse condicionar y tragar por ella, sino para fermentarla desde dentro por medio de valores cristianos y populares»³³.

Dialogando con Giorgio Bocca y con Massimo Fini

Giussani intervino en medio de las polémicas provocadas por el artículo de Turolto para aclarar y puntualizar. Lo hizo aceptando dos entrevistas con Giorgio Bocca, ya entonces conocidísimo cronista del diario *Il Giorno*, y con su exalumno del Berchet Massimo Fini, escritor y periodista del semanario *L'Europeo*.

Al reunirse con Giussani, Bocca introdujo enseguida una primera precisión: «El sacerdote que dio vida hace veinte años a 'Gioventù Studentesca' niega ser el padre de 'Comunión y Liberación': 'Son mis discípulos los que la han hecho, ahora yo soy discípulo de mis discípulos'. Pero podemos estar seguros de que Giussani cuenta mucho en el movimiento católico juvenil que, con cinco mil miembros en Milán y veinte mil en Italia, se presenta hoy como el más vivo y de más empuje».

Bocca decía que había escuchado hablar a los jóvenes de CL, percibiendo que usaban un lenguaje difícil. Y Giussani: «Sería más justo decir lenguaje en desuso dentro de la cultura laica. Nosotros presentamos el discurso religioso sobre la presencia y sobre el misterio de Cristo, anunciamos, en cierto sentido, la novedad que ya ha sucedido. [...] La fórmula puede ser una prisión, una cáscara vacía, como puede ser un cofre para la defensa de ideas incómodas, distintas». El periodista invitaba a Giussani explicar a un hombre poco versado en qué consistía un cristianismo presente en la sociedad: «Le diría: ¿pero cómo crees que podrás luchar contra el patrón, contra la explotación, si tú mismo eres un patrón, si no tienes amigos, si tratas a tu mujer y a tus hijos como si fueran siervos?».

Bocca observó que los *cielinos* utilizaban un lenguaje de izquierdas y Giussani respondió contándole un episodio de los tiempos de Gioventù Studentesca: «En el colegio Rinascita daba clase el profesor [Luciano] Raimondi, un comunista que nos tomaba a broma. Propuse un debate, Raimondi lo aceptó y yo expliqué que la tradición cristiana, el modo de vivir cristiano, no debía entenderse como un dogma sino como una hipótesis de trabajo, que tenía que medirse y comprobarse en la realidad actual. 'No vale' —decía Raimondi—. 'Usted usa nuestra lógica, nuestro método'. ¿Y por qué no debería usarlos? Si el análisis marxista me sirve para ilustrar mis ideas, yo lo uso».

Bocca le preguntó su opinión sobre los católicos contestatarios. Giussani reconocía a las experiencias de contestación católica «una auténtica sinceridad religiosa», pero se dolía mucho de «no poder compartir su postura frente a la Iglesia». La razón era clara: «Para nosotros la Iglesia sigue siendo la intérprete de Cristo». Y sobre la acusación de proselitismo, ¿qué tenía que decir Giussani? «Cristo tenía una precisa metodología

propia. Decía: ‘Ven y sígueme’. Nosotros decimos: prueba, mira quiénes somos».

Bocca contaba a los lectores de *Il Giorno* que le había dicho a Giussani: «Me resulta casi imposible comprenderos, tenemos dos culturas distintas, hablamos dos lenguajes distintos. No sé cómo podéis juntar la vuelta al Pío IX del ‘liberalismo impío’ con la apertura a todos, también a los laicos, sobre los temas de la vida contemporánea; cómo podéis ser neocristianos contestatarios y al mismo tiempo obedientes hijos de la Iglesia jerárquica». Después de escuchar estas palabras Giussani sonrió y le dijo al despedirse: «Le agradezco la humanidad de este encuentro».

¿Qué conclusiones sacó Bocca al término de la conversación? «Hay aspectos de ‘Comunión y liberación’ que no se comprenden si no se comprende la dimensión religiosa. [...] A pesar de lo que asegura don Giussani, yo diría que la izquierda laica puede tranquilamente considerarlo un adversario peligroso, pero que tiene el deber de informarse, no puede liquidarlo inventando fábulas sobre la CIA e imaginando ritos de sociedad secreta. Nosotros, los laicos, somos tipos curiosos: después de veinte siglos de *ecclesia* y treinta años de gobierno democristiano, de vez en cuando descubrimos que los católicos existen»³⁴.

Luego le tocó el turno a Massimo Fini, quien sometió a Giussani a una batería de preguntas para el semanario *L'Europeo*: «El padre David Turoldo, en un violentísimo artículo publicado en el *Corriere della Sera*, ha dicho de vosotros, de Comunión y Liberación, que dais pasos atrás incluso respecto a la línea de las jerarquías eclesiásticas, en resumen, que no seguís el Concilio, que ha admitido la posibilidad, para los católicos, de comprometerse en partidos distintos de la Democracia Cristiana». Apoyado en la confianza ante su exalumno, Giussani afrontó la cuestión de frente: «Esto es una calumnia. Nosotros no dejamos de seguir nada en absoluto. Nosotros, los de Comunión y Liberación, no echamos pestes si hay quien piensa en el mundo católico que debe tomar caminos distintos al de la Democracia Cristiana; tenemos más bien un respeto doloroso y doliente por quienes intentan otros caminos. Pero pretendemos que no se echen pestes de nosotros, si creemos que la tensión a la unidad, incluso política, deriva naturalmente del hecho cristiano que se vive o, por decirlo con nuestras palabras, si esta tensión es un ‘signo’ de la realidad del pueblo cristiano. Esto, creo yo, es una posibilidad que nos deja el Concilio. ¿O no?».

Fini le objetó a Giussani que de este modo se avalaban «todos los males que comete la Democracia Cristiana aunque formalmente la critiquéis. Usted mismo, don Giussani, en una entrevista de hace no más de seis meses, después de haber echado pestes de la DC, afirmó textualmente: ‘En todo caso debe quedar bien claro que yo voto y votaré todavía DC’». «Es verdad, nosotros criticamos a la DC —respondió— y, que quede constancia, incluso duramente, durísimamente. Pero yo no veo realmente ninguna contradicción entre la crítica y el voto. Yo creo que el deber de un cristiano es ante todo colaborar con otros cristianos, antes que con cualquier otra fuerza. Porque con ellos yo tendré un punto de vista, antropológico o, si se quiere, histórico, más cercano, ‘a priori’. No veo pues los motivos de escándalo». Y recordó a Fini que el mismo filósofo Althusser, antes de las últimas elecciones políticas francesas, criticaba ferozmente al Partido Comunista francés,

pero luego invitaba a votarlo. «Y a sus alumnos que decían: ‘Te contradices’ les respondía: ‘En absoluto. Los comunistas siguen siendo en todo caso los más cercanos a mí por su concepción antropológica de la historia’». En consecuencia, Giussani le preguntó a su exalumno: «¿Por qué lo que se le concede a Althusser se nos debe negar a nosotros?».

Fini, entonces, le hizo notar que había un numeroso grupo de católicos del disenso que «dice que no a esta DC y dice también que no a este tipo de Iglesia». Giussani partió de una constatación: «El llamado ‘disenso católico’ ha nacido de una observación justa, de un clamor contra ciertas formas despóticas de la Iglesia, de una oposición, en esencia, a una vida no eclesial de la Iglesia». No obstante, para Giussani el error consistía en el hecho de que «para lanzar este grito, el ‘disenso’ se sitúa, psicológica y metodológicamente, fuera de la Iglesia. Y acusa. Y, por lo que se refiere a lo temporal, toma prestado su saber de otras ideologías distantes de la sabiduría cristiana». Para Giussani, en cambio, «todo dualismo es mortal para la fe. La gran enseñanza de Cristo en la cruz es que ‘muriendo dentro de la Iglesia’ se pueden cambiar las cosas, y no desde fuera».

También la prohibición de la píldora anticonceptiva —«en un mundo que tiene su mayor peligro y enemigo en la superpoblación», glosaba Fini— era un tema para provocar a Giussani con una observación a tal efecto: «Todo niño que nace por ignorancia y que, por ignorancia, vive una vida de penuria y de miseria es un delito del que vosotros los católicos sois responsables». Giussani le corrigió: «Un momento. La Iglesia solo dice: ‘Chicos, no seáis niños, estudiad el problema seriamente’». Y añadió: «Hay sociólogos de altísimo nivel que son claramente contrarios a la postura burguesa (que hoy es dominante) de cierto tipo de control de la natalidad. Es una solución, la de la píldora, demasiado automática, demasiado inhumana. Si para remediar el problema de la superpoblación se va en contra de otra ley fundamental, de la naturaleza, se crea una humanidad peor, se está peor después». En este punto Giussani pareció perder la paciencia: «Ya es hora de acabar con esta patraña del despotismo de la Iglesia. La Iglesia ha sido tan despótica que ha dejado que su pueblo fuera maleducado por la mentalidad laicista. Hace siglos ya que la Iglesia, más o menos lentamente, deja escapar a todos. ¡Pero vamos! ¡Seamos serios! Es el poder laico, ilustrado, el que desde hace dos siglos domina el mundo, dos siglos, dicho sea de paso, de ignorancia bestial». E insistió: «¿Nos reprocháis las excomuniones? Pero no hay excomunión más total, más violenta, más racista en el sentido más completo de la palabra, que la que nos viene, a nosotros católicos, del mundo radical-burgués de hoy».

Fini cambió de tema, preguntando qué era para Giussani la fe: «O la fe abraza toda la personalidad humana o bien se queda en una yuxtaposición intelectualista o, todo lo más, en una intrusión sentimental». Una fe reducida de este modo es «una pieza de museo. Como es una pieza de museo el culto que se ‘permite’ en los países socialistas». Precisamente era esta concepción de «totalidad» de la fe lo que le había granjeado a CL la acusación de integrismo, de maniqueísmo fideísta, de intransigencia, le hizo notar Fini. Y Giussani: «Despótico, integrista y maniqueo es el que nos dirige esta acusación.

Es precisamente el ‘signo’ de una falta de ‘simpatía’ metodológica, una simpatía sin la cual ninguna crítica es aceptable y seria. Yo no puedo comprender el marxismo si no me abro ‘simpáticamente’ a él». Esta vez era Giussani quien le preguntaba a Fini: «¿Somos integristas porque nos presentamos con una clara identidad inserta orgánicamente en todo lo que hacemos? ¿Porque tenemos un horizonte global de nuestra acción interior y exterior?». Y le dijo al periodista: «Esto [...] no es integrismo, sino unidad de la personalidad. Es claridad»³⁵.

También en este momento problemático de la historia del movimiento, a Giussani le preocupaba la vida de la persona, es decir, que pudiera descubrir lo que la movía en lo íntimo y la convertía en protagonista. Como se ve, en estas entrevistas Giussani subrayaba lo que, según él, era la naturaleza del cristianismo. Y durante una reunión con los universitarios de CL, el 30 de octubre de 1975, Giussani invitó a reconocer la urgencia ante la que se encontraba CL: estar presente en la sociedad con su rostro original. «La fe es el reconocimiento de tu presencia, oh Cristo. Este es el hombre cristiano que llega a ser adulto. Y el abrazo mediante el cual Cristo toma lentamente posesión del universo, del tiempo y del espacio, debe poderse ver objetivamente entre nosotros. [...] El acontecimiento nuevo es la unidad que se da entre nosotros, ideal imposible para el hombre, que Dios ha convertido en un *hecho* entre nosotros y que estamos llamados a manifestar personalmente y en nuestra convivencia»³⁶.

Capítulo 19

«Una distancia crítica irrevocable»

La segunda mitad de los años setenta

Mientras arreciaba en la prensa la polémica intraeclesial desencadenada por la intervención del padre Turollo, también en la vertiente social y política surgían dificultades para CL.

1 de mayo de 1975. En Milán estaba programada la tradicional manifestación de los sindicatos para celebrar la Fiesta de los Trabajadores. «Nosotros, los de Comunión y Liberación [...] decidimos [...] participar con nuestras pancartas en la marcha del 1 mayo. Informamos de ello a los sindicatos, que nos asignaron un puesto en el desfile [...]. Éramos cerca de dos mil quinientos aquella mañana». El que habla es Roberto Formigoni¹, en esa época uno de los responsables de la redacción cultural del movimiento, que desde Lecco se había trasladado a Milán. En un momento dado, «los grupos de Lotta Comunista, entre los cuales estaban los famosos ‘katanga’, gente peligrosa con uniforme verde y botas paramilitares, a menudo provistos de diversos objetos a modo de armas [...] se plantaron exactamente delante de nosotros, impidiéndonos pasar. [...] Y para obtener su objetivo estaban dispuestos incluso a agredirnos físicamente». Frente a la amenaza de un choque violento, «lentamente, volviéndonos hacia atrás, invitamos a nuestros amigos a dispersarse. [...] Desilusión por la injusticia sufrida, rabia por la violencia de aquel gesto».

Mientras volvía a casa al final de aquella mañana, Formigoni se encontró con Giussani por casualidad, y le soltó sus sentimientos de aquellas horas. Este le dijo: «Roberto, no puedes sorprenderte de que estas cosas sucedan, y no puedes desilusionarte; podrán volver a suceder otras parecidas. No debes poner tu esperanza, tu serenidad, en esperar que estas cosas vayan por el rumbo justo, en caso contrario te destruirás en pocos meses»².

Para CL fueron años de fuerte exposición pública. En 1974 había tenido lugar el referéndum sobre el divorcio con una lacerante división de los católicos; posteriormente habían comenzado las agresiones verbales y también las agresiones físicas. 1975 se abrió con la batalla en la universidad por el derecho a votar; de nuevo es Formigoni quien habla: «En aquella ocasión presentamos las primeras listas de los Católicos Populares y nos encontramos al lado de los comunistas en defensa de la democracia en la universidad. El 12 de febrero nuestros adultos (después de ir a misa) defendieron físicamente junto a los obreros comunistas, en la Estatal de Milán sobre todo, el derecho

a votar, mientras que el Movimento Studentesco de Capanna, que era hegemónico, se oponía a ello con todos los medios. Para votar, los estudiantes tenían que llegar a la Estatal entre dos filas de extraparlamentarios enfurecidos, superar escupitajos, blasfemias y amenazas; al final venció la posibilidad de votar y ganaron los Católicos Populares». El 15 de junio de 1975 se celebraron las elecciones administrativas (locales, provinciales y regionales, *ndt*). CL no había recibido todavía ningún reconocimiento oficial, pero «la jerarquía eclesiástica pidió a CL un compromiso excepcional para defender el sujeto cristiano en un momento de diáspora generalizada, de desbandada de los católicos. Nos dedicamos a la tarea totalmente». Con motivo de esta entrada en el campo político se asistió a una escalada de episodios de violencia contra miembros de CL; *Iustitia*, la revista de la Unión de Juristas Católicos Italianos, publicará en 1977 una reseña de prensa relativa a los numerosos atentados y agresiones sufridos en aquellos años³. Las elecciones políticas de 1976, anunciadas como las del famoso adelanto de la DC por parte del PCI, registrarán una victoria de la DC y el comienzo de los gobiernos de Andreotti.

«El movimiento había tenido que exponerse más allá de toda medida», subraya Formigoni. «Estaba, por un lado, la necesidad de no abandonar el compromiso para ofrecer al mundo católico un punto de referencia de resistencia y recuperación. Por otro, estaba la necesidad de permitir a la realidad de CL tomar decisiones basadas en su naturaleza de movimiento de educación eclesial. De estas dos exigencias nació la propuesta de dar vida al Movimento Popolare. Primero se llamó Movimento Cattolico Popolare, luego Movimento di Unità Popolare, y, finalmente, Movimento Popolare. El 21 de diciembre de 1975 nació el MP en el Teatro Nuovo de Milán⁴. Formigoni era su líder. Pero a caballo entre 1975 y 1976 enfermó durante algunos meses, de modo que el debut oficial del MP tuvo lugar al final de la primavera de 1976.

Entretanto, entre septiembre y diciembre de 1975 Giussani habló de estos temas con Robi Ronza, en el curso de una serie de conversaciones que la editorial Jaca Book recogerá y publicará en un libro-entrevista, en febrero de 1976⁵. Ronza observó que el movimiento había saltado a la primera página de la atención de la opinión pública gracias a sus éxitos electorales y que precisamente en esos meses estaba empezando a moverse el Movimento Popolare. Por eso le pidió una aclaración sobre los límites y las características que debía tener la militancia política desde el punto de vista de CL.

Giussani partió de dos consideraciones: «El primer nivel de incidencia política de una comunidad cristiana viva es su misma existencia, pues esta implica un espacio y unas posibilidades de expresión», y ella, «por su propia naturaleza, no pide la libertad para vivir y para expresarse como un privilegio solitario, sino más bien el reconocimiento para todos del derecho a esa libertad. Por consiguiente, por el solo hecho de existir, si son auténticas, las comunidades cristianas son precisamente garantes y promotoras de democracia sustancial». Desde ese punto de vista, «la multiplicación y el crecimiento de comunidades cristianas vitales y auténticas no puede dejar de producir el nacimiento y desarrollo de un movimiento cuya influencia en la sociedad civil tiende inevitablemente a tener una relevancia cada vez mayor; la experiencia cristiana se convierte así en uno de

los protagonistas de la vida civil, en constante diálogo y confrontación con el resto de fuerzas y las otras realidades de las que se compone esta última».

Había, además, un segundo nivel de la cuestión: «Una comunidad cristiana auténtica vive en constante relación con el resto de los hombres, cuyas necesidades comparte totalmente y junto a los cuales participa de los mismos problemas. Por la profunda experiencia fraternal que se desarrolla en ella, la comunidad cristiana tiende necesariamente a tener sus propias ideas y su propio método para afrontar los problemas comunes, tanto prácticos como teóricos, y ofrecerlos como su colaboración específica al resto de la sociedad en la que se vive».

¿Qué decía Giussani con respecto al paso de una fase de invitación y de animación político-cultural a una militancia política propiamente dicha? En ese caso «no es ya la comunidad en cuanto tal la que debe comprometerse, sino las personas que, bajo su responsabilidad, aunque bien formadas por la vida concreta de la misma comunidad, se comprometen en la búsqueda de instrumentos adicionales de incidencia política tanto teóricos como prácticos». Por eso, continuaba, «no es en absoluto correcta ni leal la costumbre, que ha arraigado en muchos periódicos, de llamar ‘candidatos de CL’, ‘concejales de CL’, a los militantes de nuestro movimiento que se han comprometido directamente en las campañas electorales y en general en la militancia política, como tampoco —sobre todo— es correcto llamar ‘líderes de CL’ a los dirigentes de los grupos constituidos por ellos». La razón es que «los militantes de CL directamente comprometidos en la vida política se mueven actualmente dentro de un partido, que es la Democracia Cristiana, y se implican para promover el desarrollo del ya citado Movimento Popolare». ¿Con qué criterio mirará CL sus iniciativas? «Ciertamente con la simpatía que caracteriza a quienes no pueden dejar de compartir su inspiración», pero reconociendo, continuaba Giussani, que «la militancia política de las personas adheridas a CL, y todas y cada una de las decisiones que se derivan de ello, son fruto de un juicio y de una responsabilidad eminentemente personales».

Por eso, continuaba Giussani, «Comunión y Liberación no ha dado ningún mandato a aquellos militantes suyos que están comprometidos en la vida política». Y refiriéndose a un momento pasado de la historia política de los católicos, añadió: «Ay de nosotros si repitiéramos el error que se cometió en 1948, cuando en la práctica se delegó irrevocablemente en la Democracia Cristiana la gestión de la presencia política de los católicos, poniendo así la premisa de una de las principales causas de su posterior declive y desmoronamiento político y moral»⁶.

Esto es un claro ejemplo de que Giussani estaba dispuesto a revisar continuamente valoraciones y decisiones, hasta llegar a una auténtica conversión del juicio; él no tenía dificultad para reconocer los límites de un mandato que había identificado la presencia de los católicos con la política de partido. Precisamente por eso, reivindicaba ante todo el derecho para la comunidad cristiana de tener un juicio y una acción pública no en términos partidistas sino de testimonio ante las necesidades y las exigencias de los tiempos. En efecto, Giussani estaba convencido de que la fe tenía que ver con todo, y por consiguiente también con la política. En segundo lugar, él apostaba porque el

movimiento de CL fuera capaz de educar a personas que supieran asumir una responsabilidad libre y personal en la sociedad.

A la luz de estas observaciones, Giussani describía la relación CL-MP con una expresión sintética: «Entre todos nosotros en cuanto CL, y nuestros amigos comprometidos en el Movimento Popolare y en la DC, hay una irrevocable *distancia crítica*. Para verse reconocidos, para ser objeto de la simpatía activa a la que me he referido antes, y para verse más fácilmente seguidos por los miembros de nuestras comunidades, ellos deben participar en ella y aceptar continuamente que sus decisiones sean sometidas al juicio común que brota de la vida de la comunidad, de sus necesidades y de los criterios que en ella se afirman y encuentran su verificación». Y subrayaba: «Jamás renunciaremos a esta distancia crítica».

En este punto, Giussani amplió su observación, aplicándola también a las diferentes obras culturales y sociales realizadas por personas de CL. Por lo demás, «si no fuera así, es decir, si cualquier realización, por el solo hecho de haber sido promovida por personas de CL —aunque sean conocidas y representativas— se volviera mecánicamente ‘del movimiento’, la experiencia eclesial terminaría por verse instrumentalizada, y las comunidades se transformarían en soporte y cobertura de decisiones y riesgos que no pueden en cambio más que ser personales».

Por otra parte, insistía Giussani, «el *liderazgo* de CL —lo afirmo con pleno conocimiento de causa— no solamente no tiene ningún derecho, sino tampoco ninguna posibilidad de intervención direccional sobre el Movimento Popolare. Se puede ser miembro del MP y no ser de CL. Más aún, nosotros esperamos que el Movimento Popolare esté cada vez más animado, sostenido y dirigido por militantes de otras experiencias eclesiales como también de matrices ideológicas distintas de la cristiana. Vale también la hipótesis contraria: esto es, ¿se puede ser de CL y no adherirse al MP, no reconocerse en su proyecto político o en parte de él? Ciertamente. La distancia crítica a la que me refería puede llegar hasta esta consecuencia».

Giussani concluía recalcando cuál es la naturaleza del movimiento: «CL es una tentativa de evocación y educación en la fe cristiana [...]; tiene por ello su patrimonio de ideales, de criterios, de valores, desarrollados conforme a un determinado método pedagógico que no tiene otro objetivo que el de llevarlos a la práctica y concretarlos»⁷.

Pero esta claridad respecto a la naturaleza eclesial del movimiento, con la consecuente ‘distancia crítica’ del compromiso partidario, no impedía a Giussani reconocer que en determinadas circunstancias históricas la autoridad de la Iglesia interviniera, invitando a los fieles a una acción directa alineándose políticamente. Había sucedido con el ya citado referéndum sobre el divorcio y se produjo de nuevo en vísperas de las elecciones administrativas del 15 de junio de 1975: Giussani recibió de las autoridades de la Iglesia italiana una invitación para implicar al movimiento.

Por eso, un año después del referéndum, «Comunión y Liberación, nuevamente a invitación de la secretaría de la Conferencia Episcopal Italiana (CEI), se implicó apoyando el voto a la Democracia Cristiana, en difíciles y solitarias campañas locales»⁸.

Pero la movilización en favor de la DC «no podía obviamente evitar repercusiones

negativas», y Giussani tomará conciencia de ello con el paso de los años. A la luz de los acontecimientos posteriores, en 1986 expresará con estas palabras la conciencia alcanzada: en primer lugar, el compromiso electoral «indujo al gran público a identificar al movimiento como una fuerza política y no, en cambio, como lo que es, como una experiencia eclesial, un lugar de educación y de práctica de la fe». En segundo lugar, «atrajo sobre sí la reacción contraria de ese conjunto de fuerzas variadas, aunque concordes a este respecto, que estaban impulsando un proceso de marginación de la identidad católica en la sociedad italiana: un frente que iba desde la influyente prensa de inspiración socialista-radical, que hacía objeto a CL de una continua campaña denigratoria, pasando por los militantes de ultraizquierda que bajo la influencia de dicha campaña negaban a los miembros de CL la simple ‘posibilidad de acción política’ en las universidades, hasta los grupos que llevaban a cabo agresiones y destrucciones físicas, dañando a personas y organismos relacionados de diversos modos con CL». «Solo en el espacio de cuatro meses, entre noviembre de 1975 y febrero de 1976, se registraron en toda Italia más de 120 atentados a sedes del movimiento»⁹.

El encuentro fallido con Pasolini

La mañana del 3 de noviembre de 1975, en su estudio de la vía Martinengo, Giussani se enteró por el *Corriere della Sera*¹⁰ del asesinato de Pier Paolo Pasolini¹¹. Estaba con él Laura Cioni, que descubrió sobre su escritorio una carta dirigida al escritor, que nunca sería terminada: «Expresaba una consonancia total con las posturas que sostenía Pasolini en muchos de sus artículos en el *Corriere della Sera*», recuerda Laura Cioni¹².

Lucio Brunelli recuerda un episodio de 1974. Durante una pausa en unos Ejercicios espirituales, se topó con Giussani, sentado en una silla, que intentaba leer el *Corriere della Sera*. «Me ve pasar y bailando literalmente sobre la silla me llama: ‘Ven Lucio, lee aquí, es el único intelectual católico, el único...’». Se refería a un editorial de Pasolini (que había comenzado hacía poco a escribir en el diario de Milán) del 24 de junio de 1974. El artículo que le había entusiasmado se titulaba ‘El poder sin rostro’. Pasolini escribía: «Conozco también —porque las veo y las vivo— algunas características de este nuevo poder que todavía no tiene rostro»; por ejemplo, puntualizaba, «su decisión de abandonar la Iglesia, su determinación (coronada con éxito) de transformar a campesinos y subproletarios en pequeños burgueses, y sobre todo su manía, por así decirlo cósmica, de llevar a la práctica hasta el fondo el ‘desarrollo’: producir y consumir». Pasolini terminaba el artículo observando que la finalidad del nuevo poder era «la homologación brutalmente totalitaria del mundo»¹³.

Desde entonces Giussani se referirá más de una vez a este juicio¹⁴. Era precisamente esta idea central de Pasolini la que hacía que le resultara interesante, es decir, «el horror hacia lo que él llamaba ‘homologación’, la nivelación de todas las cabezas, de todos los corazones y de todos los métodos de vida, es decir, el asesinato de un pueblo, porque un pueblo está formado por personas, y no hay una persona igual a otra en su pensamiento,

en su corazón y en su acción. Un pueblo construye; gente homologada —aunque sea cien o mil veces superior en número— no crea nada: repite, peor aún, repite devaluando»¹⁵.

En su última entrevista, grabada por Furio Colombo el 1 de noviembre y publicada póstumamente el 8 de noviembre de 1975, Pasolini decía: «La tragedia es que ya no hay seres humanos, hay extrañas máquinas que chocan unas contra otras. [...] El poder es un sistema de educación [...] que nos forma a todos, desde las llamadas clases dirigentes hasta llegar abajo, a los pobres. He aquí por qué todos quieren las mismas cosas y se comportan del mismo modo. [...] ¿Has visto alguna vez esas marionetas que hacen reír tanto a los niños porque tienen el cuerpo girado hacia una parte y la cabeza hacia otra? [...] Pues yo veo así a las tropas de intelectuales, sociólogos, expertos, periodistas con las más nobles intenciones. Las cosas suceden aquí y la cabeza mira para allá. [...] Estad atentos. El infierno está subiendo hacia vosotros. Es verdad que viene con máscaras y banderas distintas. Es verdad que sueña con su uniforme y su justificación. Pero es también verdad que sus ganas, su necesidad de dar coces, de agredir, de matar, es fuerte y es general. No permanecerá por mucho tiempo la experiencia privada y arriesgada de quienes, por decirlo así, han tocado la ‘vida violenta’. No os engañéis. Porque vosotros estáis con la escuela, la televisión, el sosiego de vuestros periódicos, vosotros sois los grandes conservadores de este orden horrendo que se basa en la idea de poseer y en la idea de destruir»¹⁶. El día después de la grabación de la entrevista, domingo 2 de noviembre de 1975, el cuerpo sin vida de Pasolini fue encontrado en el litoral de Ostia.

Giussani contará con pesar el episodio de su fallido encuentro con Pasolini: «Aquella noche no pude reunirme con él —esperaba el último avión que salía de Milán hacia Roma—, ¡me distrajo monseñor Pisoni!»¹⁷. Si Pasolini hubiera estado en dos reuniones nuestras nos habría llenado de invectivas, ¡pero se habría convertido en uno de nuestros jefes!»¹⁸. Precisamente sobre el tema educativo, tan decisivo para ambos, citará con frecuencia una frase de Pasolini: «En cambio, si alguien te hubiera educado, no habría podido hacerlo más que con su ser, no con su hablar»¹⁹.

Giussani tomará a Pasolini como ejemplo para describir la evolución de muchos de sus coetáneos (ambos habían nacido en 1922), hijos de la tradición católica recibida de sus madres y alejados de ella por una carencia de educación posterior: «En un pueblo del Triveneto (región que reúne tres provincias en torno a Venecia, *ndt*), de ambiente muy católico, había un chico que, desobedeciendo a su madre, se fue a una taberna de un pueblo cercano para encontrarse con un grupo de tres o cuatro jóvenes exaltados que le gustaban. [...] Con el tiempo, esto le había disuadido de ir a la iglesia los domingos, y de escuchar siempre a su madre. [...] Ese chico se convirtió en Pasolini. Él había recibido la tradición cristiana genuina, pues la mamó del seno de su madre, y tenía que vivirla, estaba obligado a vivirla, aunque lo interpretara todo de manera distinta: conforme a la mentalidad del grupo. Así pues, se convirtió en Pasolini, uno de los mayores escritores italianos. [...] Pasolini conoció a un grupo de personas que se situaban contra la sociedad de entonces, contra la cultura de entonces, como innovadores. [...] Buscó un camino

equivocado: dijo que la verdad no existe —o mejor, que no se sabía qué era la verdad— [...]. Pero lentamente, a lo largo de su vida, fue escuchando el eco de lo que decía su madre acerca de la vida, de la verdad y del camino que se debe recorrer. Si hubiera conocido a alguien con nuestra pasión, si hubiera venido a un gesto de nuestra comunidad, sobre todo en ciertos momentos, Pasolini habría llorado»²⁰.

A esta fractura, de la que fue testigo Pasolini, Giussani se había referido el 12 de octubre de 1975, dos semanas antes de que el escritor fuera asesinado: «El delito de nuestro tiempo es haber provocado, y luego teorizado y, por consiguiente, haber hecho sistemática, la ruptura entre la conciencia religiosa del pueblo, que miles de años habían construido, y la situación humana que tiene que vivir el pueblo. Porque la ruptura entre estas dos cosas divide al hombre, le rompe, porque el hombre vive del problema del pan y del compañaje, vive del problema de los hijos y de la dificultad de un matrimonio humano, vive con estos problemas, vive con el problema de una sociedad en la que haya libertad para expresar los sentimientos naturales. Pues bien, la sociedad de hoy pretende afrontar estos problemas prescindiendo, abstrayéndose, arrancándolos de ese sentimiento del corazón que constituye el lugar de la unidad de todo». Giussani insistía: «Una conciencia religiosa que no se muestre incisiva, capaz de decir una palabra, capaz de movilizar más fácilmente para buscar la solución de los problemas, es una fe o un sentimiento religioso que se siente cada vez más como algo que no tiene que ver con la vida. Cuanto más fuertes son los problemas, más se aleja esa fe, huyendo como una nubecilla que solamente cierto sentimentalismo puede mantener con respeto, pero que no vale para [justificar] ningún sacrificio». Por otra parte, los problemas humanos «se afrontan de manera impostora, se afrontan de modo mentiroso. Porque el lugar de la verdad del hombre, precisamente en el sentido más sencillo de la palabra, es el corazón religioso»²¹.

Las presuntas financiaciones de la CIA

En una situación social marcada por peligros y amenazas incluso físicas, como se ha dicho, CL fue atacada con una acusación que durante meses manchará su imagen y que solo después de largo tiempo será desmentida públicamente: el 14 de febrero de 1976 los diarios *La Stampa* e *Il Manifesto* daban noticia de una organización creada en Italia por la CIA, identificándola con Comunión y Liberación. Harán falta años para que la noticia sea desmentida como carente de cualquier fundamento. Pero entretanto era nueva gasolina sobre el fuego del odio que desde hacía meses había puesto en su punto de mira a Giussani y su movimiento. «El 5 de marzo de 1976 se produjo la destrucción de las oficinas de la Jaca Book con cócteles molotov»²².

En su libro *Nel nome del niente*, Luigi Amicone escribe que 1976 «fue quizá el año más triste de la historia de este movimiento [CL, *nda*], pero también fue el año más penoso y triste de mucha ‘prensa’ e ‘intelligentsia’ italianas que, con sus escritos e intervenciones, se vio armando objetivamente o situándose del lado de grupos de provocadores y terroristas frente a CL y a muchos otros católicos»²³.

En los muros de las ciudades y de las universidades de toda Italia era fácil leer pintadas con escritos como: «C.L. y la C.I.A., ¡pero qué buena compañía!»; «Comunión y Corrupción»; «Comunión y Liberación, mucho dinero para la escalada al poder». Desde ese momento se multiplicaron los actos de violencia contra personas y sedes del movimiento o de realidades vinculadas a él.

Ese mismo 14 de febrero Giussani envió un telegrama al secretario de la CEI, monseñor Enrico Bartoletti, para informarle de lo sucedido. El 17 de febrero Giussani recibía una carta de monseñor Bartoletti: «Revdo. don Giussani, me apremia asegurarle que la presidencia de la CEI no se ha quedado indiferente ante sus llamamientos afligidos en nombre de Comunión y Liberación, tan duramente hostigada y golpeada. El valiente y claro testimonio cristiano que sus miembros ofrecen cotidianamente en el ámbito de la vida civil es motivo para nosotros de atenta consideración, de apoyo debido y de segura esperanza. Transmita, por tanto, a todos los que están comprometidos en el movimiento de Comunión y Liberación nuestras palabras de consuelo, de ánimo y de aprecio, que quieren ser solamente un signo de la ayuda indefectible del Señor para cuantos viven y sufren, con alegría, por la llegada de su reino»²⁴.

En la Escuela de responsables de finales de febrero de 1976 Giussani pedía noticias del asunto: se le informó de que después de los comunicados de prensa de desmentido se había presentado una querrella contra *La Stampa*, que había proporcionado a otros diarios la noticia falsa; se habló también de una petición popular para pedir al gobierno italiano que diera todos los pasos necesarios a fin de que Washington revelase la identidad de la fuerza juvenil que financiaba²⁵.

En relación con el informe Pike, el 26 de febrero Giulio Andreotti (1919-2013) escribió a Graham Martin (funcionario del Departamento de Estado norteamericano), quien había indicado precisamente al político italiano como uno de los principales destinatarios de los fondos americanos para la DC: «Puesto que la prensa ha publicado, no sé si exactamente o no, sus declaraciones al Comité Pike acerca de las contribuciones entregadas en Italia a personajes y candidatos políticos, me parece que usted personalmente debería facilitar, independientemente de las aclaraciones oficiales que espero proporcionen la Casa Blanca y el Congreso, precisas indicaciones a la opinión pública italiana»²⁶. Nunca obtendrá respuesta²⁷.

Giussani habló del asunto en el curso de una entrevista el 5 de abril de 1976 con Arturo Capasso, del semanario *Gente*. En el marco de la acusación de financiación por parte de la CIA, durante el mes de marzo se desencadenó en la Universidad Estatal de Milán una ‘caza al *cielino*’ con agresiones y violencias; la editorial Jaca Book y Radio Supermilano (realidades vinculadas al movimiento) fueron tomadas al asalto por grupos de extrema izquierda, y en Bolonia fue incendiada la librería Terra Promessa, gestionada por estudiantes de CL. Capasso preguntó, pues, a Giussani qué efecto producía en la base del movimiento esa violencia repetida: «El desdén de todos los militantes, antes aún que dirigirse hacia los ejecutores materiales de estos actos de vandalismo, todos chicos jovencísimos, se ha dirigido contra esa gran parte de la prensa que ha orquestado calumniosamente la campaña denigratoria contra CL en base a la presunta financiación

de la CIA. Es esta campaña de prensa, en efecto, la que en último término ha armado la mano de los que atentan».

El periodista preguntó quién tendría interés en desacreditar a CL: «Evidentemente solo puedo responder en términos generales. Tienen interés en denigrar y calumniar a Comunión y Liberación tanto el movimiento laico-radical al completo como todas esas corrientes marxistas que temen una presencia cristiana vivaz en el mundo cultural, social y político». Y, preguntado por la opinión de los partidos con relación a CL: «Solo expreso una impresión. Los partidos laicos, desde el liberalismo al socialismo, creo que nos detestan (no se me ocurre otra palabra). Nos detestan porque representamos, y esto a mi parecer justamente, la antítesis de la visión laicista y por ello esencialmente dualista y agnóstica del mundo y de la vida. Mientras que creo que el PCI, al menos hasta ahora, ha reconocido con su actitud la seriedad de nuestra visión y la pertinencia de nuestra postura en la base popular cristiana». ¿Y la DC? «Está formada por almas diferentes; ciertamente siente en su alma laica la misma antipatía que tienen los partidos laicos hacia nosotros, mientras que su alma religiosa siente profunda simpatía, sintonía y colaboración».

Volviendo al tema de la violencia contra CL, Capasso le comentó a Giussani que «en algunos ambientes religiosos se dice que no sería malo, en último análisis, un retorno a la Iglesia de las catacumbas, para reencontrar el espíritu evangélico y llegar ‘per crucem ad lucem’». Giussani objetó que le parecía «una gravísima ingenuidad e irresponsabilidad, porque solo le corresponde a Dios ponernos a prueba; no podemos proyectar nosotros una situación de sufrimiento grave como fue la de las catacumbas. En todo caso, no solo es una ingenuidad y una irresponsabilidad, sino también una presunción incomparable. Es una ausencia total de atención a los pobres, a los jóvenes, a los débiles: es decir, a la mayoría»²⁸.

En abril de 1976 Renzo di Rienzo entrevistaba a Giussani para el semanario *L'Espresso*: «La conversación se desarrolló en el estudio de Giussani [en la vía Martinengo de Milán, *nda*], en una habitación amueblada con un pequeño frigorífico amarillento, una mesa cubierta con hule a cuadros, y muchos libros en las paredes. Para ser la vivienda del jefe espiritual de una organización como Comunión y Liberación (60.000 miembros, más de 300 sedes en toda Italia), acusada de haber recibido masivas financiaciones de la CIA, tiene un aire de modestia incluso demasiado vistoso».

A la pregunta sobre las recientes acusaciones que se dirigían al movimiento, Giussani respondió: «Calumnias, todo calumnias. Forman parte del juego de ataque y desacreditación, cuya responsabilidad principal recae en la prensa laico-burguesa. ¿Pero usted cree de verdad que podríamos haber recibido dinero de la CIA?». Di Rienzo preguntó quién podía haber tenido interés en calumniar al movimiento: «La noticia ha sido inventada de repente por la ‘Stampa’ de Turín. En el documento Pike hay una referencia muy vaga a una financiación entregada entre el 69 y el 72 a una organización italiana. En aquellos años nosotros no habíamos crecido todavía»²⁹.

Solamente el 17 de junio de 1979, al final de un largo proceso, los diarios *La Stampa* e *Il Manifesto* se retractarán de las acusaciones contra CL, que resultaron infundadas. En

particular, *La Stampa* informará a sus lectores con un artículo de pocas líneas: «Habían suscitado a su tiempo bastante clamor las noticias llegadas de Estados Unidos sobre las investigaciones efectuadas por dos comisiones parlamentarias denominadas, por los nombres de sus presidentes, Church y Pike, acerca de presuntas financiaciones secretas de la CIA a favor de partidos y organizaciones políticas italianas en general. Nuestro periódico se hizo eco también de tales noticias y en particular, en un artículo de Franco Mimmi aparecido en el número del 14.2.76, se hablaba de voces que indicaban al movimiento Comunión y Liberación como uno de los beneficiarios de las financiaciones CIA. Naturalmente se trataba de noticias que, por su misma fuente, no podían en ese momento ser objeto de un control especial. Por ello nos alegramos ahora de poder levantar acta de que el movimiento de Comunión y Liberación, así como a sus dirigentes y miembros todos, no han recibido nunca subvención alguna de la CIA»³⁰.

En noviembre de 1976 se le dio a Giussani la oportunidad de escribir en las páginas de *L'Osservatore Romano*. Entre el 8 y el 11 de ese mes el diario de la Santa Sede publicó tres intervenciones suyas sobre las ideas-fuerza de CL, en respuesta a la imagen que en esos mismos meses estaba circulando en la prensa italiana. El primer artículo, del 8 noviembre, empezaba con estas palabras: «‘Esperábamos encontrarnos con una construcción de cristal o un lugar fortificado; es un viejo seminario que se descubre oculto entre frutales. Numerosos militantes armados de cepillos y escobas trabajan en el segundo piso de este edificio en el que Comunión y Liberación ha instalado recientemente su nuevo cuartel general. La comunión aquí no es una palabra vacía’. Robert Solé, corresponsal de *Le Monde* en Roma, abrió así el 17 de marzo en las páginas de su diario un largo artículo dedicado a Comunión y Liberación». Giussani observaba que, sin renunciar a un enfoque crítico, «a Solé no se le ha escapado, sin embargo, el punto esencial de la ‘cuestión CL’: una vida de comunión de base y de unidad que desconcierta a quienes se acercan con el esquema del prejuicio. Así pues —y es crónica de todos los días ya—, la vida en común puede convertirse para esos observadores en un ‘ghetto’; la pasión y el entusiasmo por el testimonio en un ‘fanatismo de otros tiempos’; el compromiso por construir una sociabilidad nueva en ‘un designio político reaccionario’; el carácter orgánico de una amistad que sabe dotarse de los instrumentos necesarios para vivir y expresarse en esta sociedad en una ‘máquina organizativa a sueldo de las fuerzas subversivas’». Aquí era evidente la alusión a la financiación extranjera.

En el diario vaticano Giussani respondía también al interrogante (que para muchos equivalía a la acusación de fuentes ilegales): ¿quién financia CL? Y lo hacía citando los números: «Se han derrochado columnas de plomo sobre este tema, porque hoy día es cada vez más difícil imaginar que existan experiencias no contaminadas por la lógica del mercado y del beneficio. Desde su nacimiento, CL ha vivido sostenida únicamente por los sacrificios económicos de sus miembros, tanto es así que no puede permitirse cabeceras cotidianas como las que tiene, por ejemplo, la izquierda extraparlamentaria. Cada comunidad de CL constituye un ‘fondo común’ para sostener sus propios gastos. Para las estructuras centrales (secretaría, oficina de prensa, misiones, etc.) hay un fondo

común nacional al que cada miembro envía el importe de un paquete de cigarrillos al mes (igual a cerca de seis mil liras al año). Un ejemplo: en 1975 ha habido doce mil miembros que han enviado esta contribución, por un total de 72 millones de liras»³¹.

En el artículo del 10 de noviembre Giussani respondía a la acusación de falta de apertura al diálogo: «La prensa (en nombre de otros) ha acusado frecuentemente a CL de hermetismo y de estar cerrada. Son actitudes extrañas al espíritu de la experiencia del movimiento, que tiene actualmente relaciones con muchas realidades, cristianas y no cristianas, no solamente en Italia sino también fuera de nuestro país, desde la gran amistad con los ‘oasis’ polacos [movimiento eclesial surgido en 1954 por iniciativa del padre Franciszek Blachnicki; ver aquí, p. 1310, nota 7, *nda*], al apasionado debate con el movimiento obrero de izquierda católica español ‘ZYG’ (ver aquí, pp. 520ss.)»³².

En el último artículo de los tres, el 11 de noviembre, Giussani reivindicaba como característica de CL «el trabajo para salvaguardar el derecho de la Iglesia y de los cristianos a su presencia pública» y observaba que precisamente por eso «son conocidas las agresiones y las palizas a las que se han visto sometidos estos años algunos edificios y hombres de CL, precisamente por su compromiso. El movimiento no ha reivindicado nunca, en estas ocasiones, el mero derecho a su supervivencia, sino el derecho a la libre y plena expresión de toda la Iglesia. El trabajo activo por la defensa de la libertad de todos, a todos los niveles y en todos los campos de la vida social»³³.

Como se ve, Giussani no se retiraba, sino que respondía públicamente a las acusaciones, haciendo hincapié en las razones de su postura.

Frente a la exigencia cultural, social y política

A partir de la segunda mitad de los años setenta la exposición pública de CL y el comienzo de las actividades del MP llamaron la atención pública sobre la realidad del movimiento. Las entrevistas citadas son un ejemplo de ello. Y documentan los malentendidos y las confusiones que ya entonces se producían. Por eso al comienzo de 1977, hablando a los responsables del movimiento, Giussani dedicó una larga intervención a precisar de nuevo la naturaleza y los objetivos de CL, subrayando que eran bien distintos de los del Movimento Popolare. Debía mantenerse bien la distinción entre ambos: el primero era un ámbito educativo, el segundo una libre iniciativa de adultos. Dirá también que el MP era un test de la educación de CL, es decir, la prueba de si el movimiento podía formar individuos capaces de asumir una responsabilidad personal en la sociedad.

Empezó con una constatación: «Al tener que hacer ya muchos sacrificios, sería demasiado poco inteligente que estos sacrificios no fueran por la verdad [...] conforme a la historia que el Señor nos ha hecho vivir». El ideal del movimiento, decía, es lo más lejano que pueda haber «de una reducción intimista», y está «inmensamente cercano a la exigencia de autenticidad personal en la vida de la fe».

La verdad del movimiento estaba hasta tal punto en el centro de las preocupaciones de Giussani que llegó a decir: «Realmente —no como manera de hablar, no

intencionalmente, sino realmente—, si nos redujéramos a diez en vez de todos los que somos ahora, esta voluntad de verdad del movimiento nos dejaría dolorosamente intactos, dolorosamente en paz y dolorosamente vivos para recomenzar desde cero, para volver a empezar continuamente». ¿Qué es lo que quería decir Giussani con este ejemplo extremo? Que «nuestra postura no puede estar determinada por la euforia o el abatimiento, por la exaltación o el aburrimiento, o la desilusión, debidos al resultado de las cosas, al resultado social de las cosas».

Giussani reconocía que estas afirmaciones suyas eran duras: en efecto, «al decir estas cosas es como si uno tuviera que hacer un reproche fraternal a los demás, no porque les juzgue, sino porque no se siente ayudado por ellos en esta purificación de sí mismo, en esta verdad de sí a la que se siente tan reacio».

Esto es mucho más urgente, insistió, porque CL estaba viviendo un momento particular de su historia: «Es como al final del invierno, cuando ya hay yemas que brotan, y ahora tienen que salir las ramas nuevas». ¿Y en qué debía consistir este florecer? Giussani no tenía dudas al respecto: «Es privilegiar la experiencia eclesial de CL frente a la exigencia cultural, social y política del Movimento Popolare. Fijaos, por favor, en que esta distinción o, mejor, separación —porque es una separación real, a mi juicio—, debemos percibirla bien nosotros, porque, en caso contrario, ¿qué sucede? Que la gente no la hace o, como está ocurriendo a gran escala, también un poco bajo nuestro patrocinio, la gente abandona el compromiso». Giussani insistió: «Esta distinción y separación es importantísima y decisiva, es uno de los aspectos más decisivos de este momento primaveral, de este umbral de una nueva primavera de nuestro movimiento, aunque esa primavera tuviera que reducirse a un huerto más pequeño, lo cual no nos importaría».

Definido así el ámbito y el horizonte de CL, Giussani pasó a describir lo que debería ser el Movimento Popolare: «Nace como responsabilidad de la imaginación y la práctica de gente adulta, puede nacer o no nacer —¡puede nacer o no nacer!—. Si no nace quiere decir que hay gente que, o bien tiene otra vocación, una vocación particular, no sé, a hacerse benedictino, o bien que hay una porción de ‘mens’ y de ‘cor’ que debemos pedir a Dios que cambie un poco más deprisa». Dicho esto, precisó: «Sobre el Movimento Popolare nosotros no tenemos ningún derecho; tenemos el deber de conversar, de dialogar, de consejo, pero no tenemos ningún derecho».

Giussani volvió a hablar del movimiento. Deseaba que se comprendieran sus intenciones profundas, quería aclarar sobre todo por qué existía una realidad como Comunión y Liberación, cuya finalidad era «educar en una madurez cristiana» y esto, «como consecuencia, crea un ámbito de humanidad distinta». Por eso, si al comienzo de 1977 «CL asumiera la responsabilidad de lanzar iniciativas propias del MP, se vaciaría de hecho su capacidad educativa y la autenticidad de su experiencia». Los tiempos empujaban a todo el movimiento a una purificación, y Giussani estaba profundamente convencido de ello.

Había dos pruebas, concluía, para verificar si CL educaba personas maduras: primero, «si educa a gente con un sentido fuerte de la vida como vocación y por consiguiente

como tarea»; y segundo, «si genera personas capaces de hacerse cargo de sus responsabilidades junto con otros hombres, creando estructuras planteadas conforme a sus propios valores, en colaboración con quienes los reconocen, dentro de la vida social»³⁴.

El 11 de marzo de 1977 en Bolonia

A lo largo de 1977 el tono de las polémicas y de los ataques contra CL se hizo todavía más áspero. La situación se volvió trágica el 11 de marzo de 1977 en Bolonia. Durante los choques con la policía por las calles de la ciudad —debidos a la irrupción de un grupo de extraparlamentarios en una asamblea de universitarios de CL en un aula de la facultad de Medicina—, murió el estudiante Francesco Lorusso, de la extrema izquierda, alcanzado por un proyectil disparado a su misma altura. Al dar la noticia, la emisora local de la extrema izquierda Radio Alice desencadenó una movilización contra los *cielinos*: el movimiento se convirtió en el objetivo principal de una nueva oleada de ataques, que desde la capital de Emilia Romagna se extendió a otras universidades italianas. Durante al menos dos años, a los universitarios de CL en Bolonia se les impedirá cualquier posibilidad de presencia pública, y cuando algunos lleven a cabo algunas iniciativas tímidas, por ejemplo, en favor de los estudiantes nuevos en la universidad, grupos de feministas y de ultraizquierda estarán preparados para intervenir e impedirlo.

El 12 de marzo de 1977, en Roma, tuvo lugar una manifestación de protesta contra los hechos de Bolonia, en la que participaron cincuenta mil jóvenes, con los consiguientes asaltos a comisarías y comercios de la ciudad; y un policía gravemente herido a punto de morir³⁵.

El 13 de marzo de 1977, apenas dos días después de aquel trágico viernes, Giussani escribía un artículo para el diario de Bolonia *Il Resto del Carlino*: explicaba que la asamblea de Bolonia había sido un momento de confrontación y debate acerca de la condición juvenil y los problemas de las facultades universitarias, «en el que CL trataba de ofrecer una contribución siguiendo su propia persuasión de que la fe, cuando es una experiencia de vida capaz de influir en el modo de afrontar los problemas, resulta pertinente para la existencia concreta». Y recordaba a continuación: «Nosotros jamás hemos rechazado el diálogo con nadie y siempre hemos estado disponibles para colaborar con cualquier proyecto que nos parezca formulado en términos correctos. Hemos trabajado con el Tribunal Russell [fundado por los filósofos Bertrand Russell y Jean-Paul Sartre para vigilar los crímenes de guerra y las violaciones del derecho internacional, *nda*] igual que colaboramos ahora con los comités para la liberación de los perseguidos soviéticos. En las elecciones universitarias hemos desarrollado una acción orgánica junto a los del PCI».

Giussani reconocía que había un único enemigo: «El sectarismo violento. No tenemos defensa contra la calumnia de gran parte de la información y de la prensa, que tiende a crear una imagen falsa de nosotros *ad usum delphini*». Del mismo modo, «no tenemos

defensa contra los ataques físicos que tienden a eliminar nuestra presencia como cristianos en el ámbito público (nuestra conciencia cristiana nos desaconseja profundamente responder con violencia)», pero enseguida se corrigió: «Verdaderamente, tenemos una posibilidad de defensa: el llamamiento a una convivencia civil, el llamamiento a una verdad democrática. Nuestros grupos surgieron hace veinte años luchando por el pluralismo en el mundo de la enseñanza: por nuestra identidad y por la identidad de cualquier otro es imposible que no prosigamos en ese compromiso en favor de un pluralismo real en toda la sociedad. Por coherencia de una humanidad cristiana»³⁶.

El 31 de marzo de 1977 el franciscano Nazareno Fabbretti³⁷ entrevistó a Giussani para *Alba*, la revista de los paulinos: «Comunión y Liberación está de nuevo en el ojo del huracán. En los conflictos estudiantiles de las pasadas semanas, en Bolonia, Milán, Roma, Varese y otros lugares, le han tocado al ‘movimiento’ [...] los golpes más brutales. Dicen de usted, es decir, de CL, todo lo peor que se puede decir. Dicen que es ‘el nuevo integrista’, ‘la carcoma del Evangelio’, una ‘secta’ [...]. Dicen que son falsos progresistas, falsos creyentes, falsos pluralistas, falsos ecuménicos. Y muchas otras cosas, más graves incluso».

Fabbretti parecía compartir esta serie de lugares comunes sobre el movimiento: «Yo mismo, lo confieso, he tenido más de una reserva respecto a ellos, y no todas se han disuelto, ni siquiera después de la conversación con don Giussani que relato aquí». Con estas premisas empezó preguntando por qué CL era tan detestada, también por parte de muchos católicos, y tan combatida y vituperada por los laicos, y si era cierto que cultivaba una obsesión por el martirio: «No es cierto nada de eso, no hay ninguna obsesión con el martirio», respondió Giussani, y añadió secamente: «Tenemos otras cosas que hacer antes que mendigar aureolas. Los golpes son una realidad, y las crónicas, de ayer y de hoy, hablan claro: siempre hemos sido nosotros, los de CL, los que los hemos recibido. Reto a cualquiera a demostrar que los hemos dado nosotros. En Bolonia, en Milán, en Roma, en Turín, en Varese, los que hemos sido agredidos somos nosotros, no los que nos acusan de intolerancia y de violencia».

El tono del franciscano se volvió más moderado; preguntó a Giussani qué era lo específico que CL quería ofrecer a la sociedad: «Ante todo un modo más humano, unitario, coordinado y global de creer. Tanto un cristiano como un no cristiano, si ve a gente que vive el Evangelio de un modo más humano, no puede dejar de ver enriquecida su esperanza. En segundo lugar, quisiéramos ofrecer fórmulas culturales y sociales, asociativas y operativas, consecuentes con este compromiso de fe. Fórmulas ciertamente imperfectas, quizás equivocadas, pero siempre corregibles, para animar y transformar dinámicamente la realidad».

A propósito de esto precisamente, Fabbretti invitaba a Giussani a disipar muchos temores y otras tantas acusaciones: «¿Es verdad que queréis sustituir, antes o después, a algunos y algunas cosas, tanto en la Iglesia como en la sociedad política?». Esta fue la respuesta: «Nosotros, los de CL, quisiéramos ser todo excepto convertirnos en un particular movimiento político, y mucho menos en un partido. Solamente queremos vivir la Iglesia conforme a los valores que la tradición cristiana nos ha transmitido. No nos

interesa, ni estará nunca en nuestros programas, sustituir a nadie ni a nada. Estamos por el pluralismo, y si algo nos preocupa es que esto no se viva ni respete lo suficiente».

Con una pregunta que parecía querer poner en dificultades al entrevistado, Fabbretti quiso entender en qué postura se encontraba CL, política e ideológicamente, con relación al Partido Comunista. La respuesta fue esta: «Pedimos a los comunistas lo que les pedimos a todos: un espacio de libertad individual y de grupo, en el respeto recíproco. Dicho esto, afirmamos que el diálogo y la colaboración con cualquiera —sin ninguna concesión o confusión de principios— y por consiguiente también con los comunistas, son un compromiso inevitable en una verdadera democracia».

La entrevista concluyó con la pregunta que desde hacía un año pesaba sobre el movimiento como una losa: «Dicen que estáis cargados de millones. Tenéis una editorial, una revista mensual, gastos de organización. ¿De dónde sacáis el dinero necesario?». Giussani respondió: «Nos subvencionamos por nosotros mismos. Parece increíble, pero es la verdad. [...] Para el ‘sostenimiento responsable’ cada adulto en condiciones financieras de hacerlo, contribuye con 10 mil liras al mes. La editorial Jaca Book no es nuestra. Si uno de los nuestros crea una fábrica de salchichón, ¿no creo que los salchichones sean de CL!»³⁸.

De un tono diferente fue la larga entrevista que realizó el laico Roberto Gervaso, una de las firmas más conocidas del periodismo italiano, para *Il Resto del Carlino* del 30 de abril de 1977: «De don Luigi Giussani y del movimiento fundado por él, Comunión y Liberación, se ha dicho todo lo malo y todo lo bueno (más lo malo que lo bueno). [...] Comoquiera que se les juzgue, saben, no obstante, lo que quieren, y por qué lo quieren». Gervaso le preguntaba a Giussani quién le creaba más problemas: «Por una parte los extraparlamentarios y Lotta Continua»; por otra, «ciertos párrocos, ciertos obispos, ciertas asociaciones católicas con su resistencia pasiva». ¿Y los católicos del disenso? «No hablemos de ellos». Pero Gervaso insistió: «¿Quién tiene más razón? ¿Lefebvre o Franzoni?». Y Giussani: «Ninguno de los dos. Por razones opuestas ambos están fuera de la Iglesia. Yo estoy por la obediencia a la jerarquía».

Gervaso preguntó si Giussani leía más a menudo el Antiguo o el Nuevo Testamento: «El Nuevo: san Juan, san Pablo». ¿Y los padres de la Iglesia? «Mucho a san Ambrosio». ¿Qué era la religiosidad? «La esencia de la razón». ¿Y qué pregunta se hace más a menudo? «Me hago muchas». ¿Puede citarme al menos una? «Dios ha dado a los católicos la inteligencia ¿para usarla o para sacrificarla?»³⁹.

El peligro de alejarse de la situación concreta

En esos días de la entrevista con Gervaso, Giussani estaba en Bolonia (Idice di San Lazzaro), donde estaba teniendo lugar el *Equipe* de los universitarios de CL (29-30 de abril de 1977). Recuerda Grassi: «Una de las consecuencias que tuvieron las amenazas sufridas fue la anulación del Triduo de Pascua, que hasta entonces siempre se había celebrado para todas las comunidades [de los universitarios, *nda*] en Rímini».

Las comunidades de Milán y del norte de Italia se reunieron, para el Jueves Santo y el

Vía Crucis, en la Cartuja de Pavía y en el Santuario de Caravaggio, dando inicio así a una tradición que todavía perdura. Las dificultades y los problemas de la vida de las comunidades se abordaron en el *Equipe* que se celebró en Bolonia en abril de aquel año, y fueron especificados en la síntesis de la reunión que hizo don Giussani»⁴⁰.

En un momento dado, Giussani señaló un error que habían cometido las comunidades universitarias justamente en relación con el momento dramático que CL estaba atravesando: el alejarse de la situación concreta. Y recomendó, por ello, estudiar de memoria las palabras que contenía la intervención de los amigos de Perugia, cuando decían: «Es como si habitualmente cada uno viviese en una especie de *tran tran*, y se despertase de sopetón agobiado cuando suceden hechos clamorosos, como los de Roma o Bolonia. Entonces, un tanto desconcertados, nos preocupamos por saber cuál es el discurso del movimiento sobre lo sucedido, para poder repetirlo». Por eso, observaba Giussani, el riesgo es vivir la comunidad como «lugar de refugio o de acomodo», tanto que «la mayoría de nuestra gente, incluidas las diaconías, corre el riesgo de vivir la comunidad como solución a su necesidad de relaciones o convivencia social». Invitaba, pues, a no retirarse del compromiso con la realidad, aunque fuera una realidad difícil y en muchos aspectos hostil: «Si no abrazáis las situaciones en las que Dios os llama, tampoco abrazaréis de verdad a vuestra mujer, porque estar presentes ante una situación es exactamente el *modo*, el camino concreto con el que el Padre os educa para que, en su momento, sepáis abrazar a vuestra mujer, a vuestros hijos, a las demás personas que os rodearán. Identificarse con lo que acabo de decir no es automático, no sucede como un *deus ex machina*; hay que educarse en ello, porque todo lo que es verdaderamente humano es fruto de una educación»⁴¹.

La serie de entrevistas a las que se sometió Giussani para aclarar ante la opinión pública la naturaleza y los objetivos del movimiento terminó el 14 de junio de 1977 con una entrevista concedida al *Corriere della Sera*. La realizó uno de los corresponsales más destacados del diario de la vía Solferino, Giovanni Russo. El encuentro tuvo lugar «en un piso de la periferia de Milán que don Giussani comparte con otro sacerdote que se ocupa de la revista *Russia Cristiana*. [...] Nos sentamos uno frente a otro ante una mesa cubierta con un hule rojo, en un comedor pequeño, con un armario, un montón de libros y un tocadiscos». El enviado se abandonó también a una descripción de Giussani, que se sentaba frente a él: «Mientras hablamos observo debajo de su boca, sobre el mentón, una gran verruga, y un rostro ancho. Se comprende por qué algún que otro periodista, con ganas de ‘dar color’, le ha llamado el Mao Tse-tung del catolicismo. Su larga marcha a través de la Iglesia y la sociedad italiana ha tenido derrotas, retiradas y avanzadas notables. [...] Don Giussani afirma que no esperaba el éxito de CL ‘pues de otro modo no habría empezado, porque amo la vida tranquila de estudio y en cambio ahora vivo en medio de una barahúnda’».

La conversación arrancó de la imagen de CL como un movimiento integrista católico, orientado políticamente a la derecha. Escribía Russo: «Son dos los conceptos de fondo que hay en el planteamiento de don Giussani: 1) la convicción de que el cristianismo ‘vivido como regla de vida, dentro del presente y de la visión de la Iglesia’ es todavía un

factor formidable de agregación (los hechos le están dando bastante la razón); 2) la búsqueda de una ‘identidad’ de la cultura católica que contraponer al enemigo de siempre, la cultura laica y liberal, cuya heredera sería hoy, según don Giussani, la cultura radical-marxista».

Russo preguntó si era cierto que el movimiento estaba a favor de una sociedad preindustrial, y Giussani saltó: «¿Será posible [...] que haga falta considerar siempre como estúpidos a los adversarios a los que se quiere combatir? ¿Quién puede soñar ya una sociedad preindustrial? El cristianismo significa influir humanamente, y por tanto seguir la historia»⁴².

Como si esto no bastara, en esos mismos meses se registraron nuevas dificultades intraeclesiales, en particular con la Acción Católica. Lo documenta una carta que Giussani escribió al consiliario general de la asociación, monseñor Marco Ce (más tarde patriarca de Venecia), el 17 de marzo de 1977: «Permítanos albergar la esperanza de que pueda vencerse con un amor activo la extrañeza con frecuencia hostil con la que nos vemos tratados por todas partes. No queremos vivir para nosotros mismos, sino para la Iglesia de Dios. [...] ¿Por qué no deberíamos encontrar precisamente en la Acción Católica la ayuda más comprensiva y amigable?»⁴³. Todavía más afligida es la carta que Giussani escribió ese mismo día al sustituto de la secretaria de Estado, monseñor Giovanni Benelli. En ella la inquietud por la situación social se añadía a la que tenía por la vida eclesial: «En esta hora dramática para la misma supervivencia física de CL, permítame expresarle la necesidad de que se supere el aislamiento en el que nos encontramos dentro de la C.E.I. y del asociacionismo oficial. Consideramos que es para nosotros una necesidad no solo espiritual, sino también política: seguramente no habríamos sido tan atacados y marginados si los adversarios hubieran podido vernos dentro de la unidad o la solidaridad eclesial. La única ayuda verdadera nos ha venido del *Osservatore Romano*: y por esto aprovecho la ocasión para expresarle toda nuestra gratitud»⁴⁴.

En abril de ese mismo año, con ocasión de la Semana Santa, Giussani se dirigió a todos los miembros del movimiento: «Cuando ‘los tiempos son malos’ —como escribía san Pablo a su discípulo Timoteo—, entonces significa que ha llegado el momento de la conversión del corazón y de la madurez de la fe. [...] Vale la pena vivir la vida para edificar la gloria de Dios, esto es, para construir la humanidad nueva en la Iglesia. Pues bien, en la historia del cristianismo la condición para construir es el sacrificio, es decir, la cruz. Nosotros estamos participando ahora en la cruz de Cristo. Todas nuestras comunidades —unas más, otras menos— sufren la maldad del mundo: mentira, violencia, impedimento de la libertad para expresarse y reunirse. [...]. Pero es de la mortificación de donde surge la resurrección. La madurez de nuestra fe: esta es la resurrección. Cada uno de nosotros tiene que llegar a ser personalmente consciente de que Cristo es el valor supremo de la vida. [...] En esta hora dramática para nuestro país, para nuestro movimiento y por consiguiente para cada uno de nosotros, la caridad nos debe hacer vivir más apasionadamente y más capilarmente la responsabilidad hacia los compañeros, los vecinos, los amigos, sin que nos limitemos solamente a asistir a

reuniones o a participar en iniciativas»⁴⁵.

«*A merced de las arenas movedizas de la libertad*»

Giussani sabía que esta madurez para vivir la fe dentro del mundo no se realizaba mágicamente, de forma casi automática, sino que era fruto de una educación. Por eso, en abril de 1977 publicaba un libro que estará destinado a convertirse en una de sus obras más conocidas: *Il rischio educativo*⁴⁶. Recogía en él, reelaborándolos, escritos de los años sesenta, con excepción de una conversación final, grabada en el mismo año de su publicación. La fecha de publicación es significativa; eran los tiempos en que a Giussani le dominaba un pensamiento: si CL no lograba desarrollar toda su fuerza educativa — haciendo que creciera una generación de adultos responsables y creativos —, estaba destinada inevitablemente a fracasar en su objetivo, y por consiguiente a condenarse a la falta de incidencia histórica.

Giussani situaba sus reflexiones en ese libro a nivel metodológico, indicando las dos condiciones básicas que toda propuesta educativa sana debe tener en cuenta: «La primera es de naturaleza teórica: los contenidos de la fe tienen necesidad de ser abrazados razonablemente. Esto es, debe exponerse su capacidad de mejorar, iluminar y exaltar los auténticos valores humanos».

La segunda subraya que la presentación de los contenidos de la fe «debe verificarse en la acción, es decir, su evidencia racional puede iluminarse hasta convertirse en convicción solo cuando se vive la experiencia de afrontar una necesidad humana desde dentro de la participación en el hecho cristiano».

Aquí se sitúa la persuasión de Giussani de que semejante método implica siempre un riesgo, porque «no puede pretender ser una demostración matemática o en todo caso apodíctica. El riesgo se admite cuando se dice que solo de la experiencia puede brotar la convicción: en efecto, no se trata de evocar un *feeling*, de suscitar una emoción pietista, sino de un compromiso que no puede hacer trampas; por consiguiente, se está a merced de las arenas movedizas de la libertad»⁴⁷.

Era una respuesta a las acusaciones de integrismo que se venían haciendo al movimiento desde los años sesenta. La educación (giussaniana, *ndt*) en efecto, no tiene nada de deductivo ni de mecánico; se confía a la libertad de una verificación que debe llevar a cabo el joven.

Para Giussani el objetivo del fenómeno educativo es sustancialmente este: «Introducción en la realidad, esto es la educación. La palabra ‘realidad’ es para la palabra ‘educación’ como la meta para el camino. La meta entraña el significado de todo el caminar humano: no está solamente en el momento en que la empresa se cumple y se termina, sino también en cada paso del camino. De modo que la *realidad* determina íntegramente el movimiento educativo paso a paso, y es su cumplimiento». Insiste (en el libro, *ndt*) en que la educación es una «introducción en la totalidad de lo real» — conforme a una definición que toma de J. A. Jungmann⁴⁸ — e invita a prestar atención al «doble valor que tiene ese carácter ‘total’, ya que la educación significará el desarrollo

de todas las estructuras de un individuo hasta su realización integral, y al mismo tiempo, la afirmación de todas las posibilidades de conexión activa que tienen esas estructuras con toda la realidad»⁴⁹.

Giussani introduce a continuación el tema de la tradición, entendida como «ese dato originario, con toda su estructura de valores y de significados», que es «una especie de *hipótesis explicativa de la realidad* [...] sin la cual nada se mueve, nada se conquista». Por desgracia la mentalidad laicista —Giussani observaba que esto era evidente en la enseñanza— «no se preocupa de ofrecer ninguna ayuda para la toma de conciencia efectiva de una hipótesis explicativa unitaria. El carácter predominantemente analítico de los programas abandona al estudiante ante tal heterogeneidad de cosas y tal cúmulo contradictorio de soluciones que le dejan, en la medida de su sensibilidad, desconcertado y abatido por la incertidumbre». En consecuencia, el joven «carece, normalmente, de una guía que le ayude a descubrir ese sentido unitario de las cosas sin el cual lo que vive es una disociación»⁵⁰. Esta constatación empuja precisamente a Giussani a introducirse en el concepto de autoridad: «La experiencia de la autoridad surge en nosotros al encontrarnos con una persona llena de conciencia de la realidad, de modo que se nos impone como alguien revelador que produce en nosotros novedad, asombro y respeto. Esa persona tiene un atractivo inevitable, y suscita en nosotros una inevitable adhesión». Para Giussani la autoridad es «la expresión concreta de la hipótesis de trabajo», y más aún, «la autoridad es en cierto modo mi ‘yo’ más verdadero. Hoy, por el contrario, la autoridad se propone y es sentida con frecuencia como algo extraño, que ‘se añade’ al individuo. La autoridad queda fuera de la conciencia, aun en el caso de que sea un límite devotamente aceptado»⁵¹.

Dentro del itinerario educativo, la figura de la autoridad es central a fin de que se lleve a cabo la verificación de la propuesta que viene de la tradición, «y esto solo puede hacerse *por iniciativa del joven* y por nadie más que él. [...] Aquí se pone de manifiesto que el educador actual peca por lo general de superficialidad y abstracción; educar significa con demasiada frecuencia simplemente aclarar ideas. Pero una vez que las razones están delante de los ojos, queda todavía mucho por hacer, porque esas razones son abstractas, extrañas; son todavía sonidos y palabras. Es necesario que intervenga la energía de la libertad»⁵².

Giussani escribía que la finalidad de la educación es «formar un hombre nuevo» y que el método consiste en «guiar al adolescente a un encuentro personal y cada vez más autónomo con toda la realidad que le rodea. [...] La experiencia tiene que hacerla el joven mismo, porque esto representa la realización de su libertad». Giussani estaba tan seguro de esto que para él «este amor a la libertad hasta el riesgo es sobre todo una norma que la educación debe tener presente». He aquí cómo resume en pocas líneas la dinámica a la que invitaba a los jóvenes desde hacía más de veinte años: «Cuanto más vive uno, cuanto más agudo y vivaz es, cuanta más inteligencia y sensibilidad tiene, más tejida está su vida de encuentros, y cada encuentro es la propuesta de una afirmación, de una cosa, una persona o un acontecimiento. En este inmenso coro de propuestas que constituye la trama de nuestra existencia, el hombre se siente impulsado, por su propia

naturaleza, a ‘comparar’ cada una de esas propuestas con el conjunto de evidencias, exigencias y estructuras originales que constituyen su ser. Al hacer esta comparación, la propuesta que he recibido aparece como algo que despierta mis exigencias auténticas, que valora mis posibilidades; y es entonces cuando siento inmediatamente una simpatía hacia ella y la apruebo»⁵³.

En la conversación con la que concluye *Educación es un riesgo*, a la pregunta de si se consideraba un educador, Giussani respondía: «Quisiera serlo con todas mis fuerzas, porque no considero que valga la pena una relación humana que no sea comunicación de ese poco o mucho de verdad que en nuestra vida se ha convertido ya en experiencia. No valdría la pena», en caso contrario, ponerse a ello⁵⁴.

Esta era para Giussani la razón de ser de CL. Y el libro recién publicado quería indicar el camino que había que recorrer para que el movimiento pudiera educar a las personas en una experiencia cristiana madura. Lo repitió durante una conversación con un grupo de adultos, siempre en 1977: «El movimiento no es otra cosa que el lugar del inicio maduro y sugerente, el lugar de la educación y del desarrollo de una fisonomía distinta», solo esto; «si el movimiento no es esto, no es nada, es un peso digno de escribir y fariseos». A continuación volvía sobre el tema del adulto, aclarando que no lo era necesariamente «el que repite el discurso o el que proclama el método, ni siquiera el que es responsable de iniciativas o dice lo que hay que hacer», porque esto no es lo que le define. Adulto es, más bien, «el que tiende a vivir sus relaciones, como decía san Pablo, *en Cristo*, y así asume la fisonomía de quien ha atravesado el umbral de la madurez de la fe (¡y es el momento en que se siente más pequeño!): una fisonomía llena de victoria y de arrojo, porque Cristo ha resucitado»⁵⁵.

A Giussani le preocupaba aclarar que la figura adulta del cristiano tenía que poder verse «en *cualquier sitio*, esto es, dentro de todas las formas concretas que asume en la sociedad, dentro de los condicionamientos de la vida social, en el sentido más estricto, familiar, y en el sentido más amplio, político». Y todavía más «en particular dentro del corazón de este mundo, dentro del templo del poder humano, es decir, *dentro del trabajo*».

A Giussani la situación de entonces le recordaba otro momento de la historia, hace 1.500 años, en la época de san Benito: «Los desórdenes, las invasiones bárbaras, impedían cualquier estabilidad y posibilidad de construir, y Benito vivió su fe poniéndose a trabajar: trabajaba rezando y rezaba trabajando. ‘Ora et labora’ es una frase latina que alude a un único concepto: alude a esa oración que es vida y esa vida que es oración». Y como entonces, también hoy ser cristianos significaba vivir «una *resistencia frente al mundo* y frente a la mentalidad común». Pero Giussani aclaró enseguida que esa resistencia no se producía «afanándose o haciendo quien sabe qué cosas». Se trataba, más bien, de llevar «dentro del mundo, es decir, dentro del ambiente, una mirada y una actitud nuevas, un juicio y un afecto a las cosas y a las personas que lleguen a explicitar el motivo de la alegría que hay en nosotros, la conciencia de nuestra fe»⁵⁶.

Las preocupaciones de Giussani respecto a la cuestión educativa se pusieron nuevamente de manifiesto en Viterbo, durante una reunión nacional de profesores en agosto de 1977. En años posteriores Giussani indicará este encuentro como uno de los momentos más importantes de la historia del movimiento así como de los más olvidados.

Desde sus primeras palabras subrayó la gravedad de la situación: «La preocupación que requiere de nosotros nueva atención y por consiguiente una experiencia nueva es cierta infecundidad común, señal de una aridez personal que empieza a desvelarse, como les ocurre a ciertos árboles enfermos cuya corteza empieza a caerse, sus hojas amarillean y sus frutos se secan. Podríamos traducir e indicar ese síntoma de aridez e infecundidad creciente con esta pregunta: ¿qué fuerza de agregación conserva nuestra comunidad, nuestro movimiento?». Giussani no pretendía plantear con esto una cuestión en términos cuantitativos, sino más bien personales: «Cada uno de nosotros tiene que responderse a sí mismo: lo que no te implica a ti y no te toca a ti no es de nadie; solo puede ser cosa de la comunidad o del movimiento lo que rebrota en ti, lo que penetra en ti y te implica desde el fondo».

Una vez liberado de lo que podría parecer un equívoco organizativo o asociativo, Giussani invitaba a derrotar un peligro que ya veía en la práctica: «Reducir nuestro compromiso a la teorización de un método sociopedagógico, al consecuente activismo y a la defensa política de este, en lugar de reafirmar y proponer a nuestros hermanos los hombres un hecho de vida». Es algo profundamente existencial, que compete a cada uno. Por eso, a la pregunta acerca de dónde estaba la vida, Giussani respondía: «La vida eres tú». Para muchos de los presentes, «que la salvación sea Jesucristo y que la liberación de la vida y del hombre, aquí y en el más allá, esté ligada continuamente al encuentro con Él, se ha convertido en un reclamo ‘espiritual’», es decir, algo abstracto, mientras que «lo concreto sería otra cosa: el compromiso sindical, hacer valer ciertos derechos, la organización [...] y por tanto las reuniones, pero no como expresiones de una exigencia de vida, sino más bien como mortificación de la vida, como peso y peaje que pagar a una pertenencia que todavía nos mantiene inexplicablemente en sus filas».

En este punto Giussani invitó a tomar de nuevo conciencia de cómo había empezado todo: «*El inicio es una presencia que se impone*. El inicio es una provocación, pero no al ‘cerebro’ [...] sino *una provocación a nuestra vida*; lo que no es provocación para la vida nos hace perder tiempo y energía, y nos impide la verdadera alegría. La provocación a la vida es siempre una *promesa*». Recordó que el mismo Señor «vino para traer una vida, no una organización, aunque, justamente por ser vida, se torna orgánica a la situación y se traduce en un cuerpo»⁵⁷.

Por eso, observaba Giussani, para definir el movimiento «no se debe añadir nada a esta fórmula: *una provocación para la vida que debemos secundar*». A continuación ofreció una descripción de ese seguimiento que quedará para siempre como una piedra miliar de su método educativo: «El seguimiento es el deseo de revivir la *experiencia* de la persona que te ha provocado y te provoca con su presencia en la vida de la comunidad, es la

tensión para llegar a ser, no como esa persona en su concreción, llena de límites, sino como esa persona por el valor al que se entrega, y que en el fondo redime también su rostro de pobre hombre; es el deseo de participar en la vida de esa persona por medio de la cual te ha llegado algo del Otro, y es ese Otro distinto a lo que eres devoto, a lo que aspiras, a lo que quieres adherirte, dentro de este camino». Y añadió: «La finalidad que tiene todo lo que hacemos [...] es el *crecimiento de la persona*, y el movimiento existe para esto». Finalmente hizo una amarga constatación: «Puede darse el caso chicos que viven como adultos, y de adultos que viven como si fueran chavales»⁵⁸.

Giussani había convocado en Viterbo a los profesores del movimiento precisamente para profundizar en el tema de la educación. Y a la luz de las premisas expuestas, formuló esta definición: «La educación es la comunicación de uno mismo, esto es, del propio modo de relacionarse con lo real». Aclaró que este modo se convierte en una '*hipótesis explicativa de la realidad*' que se ofrece a la libertad del joven; por eso «la acción educativa es arriesgada, porque está sometida a una libertad frágil; y aquí uno comprende el límite que tiene su propia persona y el carácter insondable del misterio del otro»⁵⁹.

El año 1977 estuvo jalonado de intervenciones en las que Giussani volvió continuamente sobre la cuestión educativa. Las dificultades de los tiempos le habían convencido de la urgencia que tenía esta insistencia. Un hecho imprevisto, que sucederá a finales del año, persuadirá todavía más a Giussani de ello.

Pablo VI y los estudiantes florentinos de CL

El 28 de diciembre de 1977 un grupo de ciento cincuenta estudiantes florentinos de CL participaba en la audiencia general con Pablo VI, que inesperadamente se dirigió a ellos con estas palabras: «Estamos muy atentos a la afirmación del programa que estáis difundiendo, de vuestro estilo de vida, de la adhesión juvenil y nueva, renovada y renovadora, a los ideales cristianos y sociales que os ofrece el ámbito católico en Italia. Os bendecimos y con vosotros bendecimos y saludamos a vuestro fundador, don Giussani». Prosiguió el Papa: «Os agradecemos los testimonios valerosos, fuertes y fieles que dais en este momento particularmente agitado, un poco turbados por ciertas vejaciones e incomprensiones que os rodean». Y las palabras conclusivas sonaron como una consigna: «Estad alegres, sed fieles, sed fuertes y estad contentos de extender en torno a vosotros el testimonio de que la fe cristiana es fuerte, alegre, bella, y capaz de transformar de verdad en el amor y con el amor la sociedad en la que está inserta. ¡Mis mejores deseos y muchas bendiciones!»⁶⁰.

La prensa se hizo eco de este hecho al día siguiente: «Fidelidad valerosa», titulaba el *Avvenire* del 29 de diciembre de 1987; y *La Stampa*: «Vaticano: el Papa da las gracias a 'C.L.'», Mientras que para *Il Giorno* «Pablo VI elogia el trabajo de Comunión y Liberación». E incluso *Il Manifesto* escribió que «Pablo VI elogia a Comunión y Liberación y la consuela por 'las incomprensiones que la rodean'». «La bendición de Pablo VI para los 'cielinos'» era el título del *Paese Sera* y «Elogio del Pontífice a

Comunión y Liberación» el de *Il Tempo*.

Giussani dedicó gran parte de la reunión con los sacerdotes del movimiento que se celebró en Bolonia el 23 de enero de 1978 a lo que había sucedido en el Aula Nervi con Pablo VI, por el contenido de sus palabras y «por la —¿cómo decir?, nadie se lo esperaba— gratuidad, por lo imprevisible de estas palabras», acogidas como una gracia. Llamó la atención sobre el triple valor que tenía el hecho: el primero era «la sensibilidad y la atención con la que demuestra el Papa que sigue nuestra situación, porque la describe con una preocupación muy concreta cuando habla de los testimonios valerosos, fieles y firmes, cuando habla de vejaciones, cuando habla de las incomprendiones que nos rodean». En segundo lugar, «cuando habla de estilo de vida (es una expresión muy querida en el lenguaje de Pablo VI), da de lleno en nuestro ideal educativo. ‘Estilo de vida’ quiere decir reconocer que el centro de nuestra preocupación es una renovación de la vida entera, que lo que nos urge es la totalidad de la vida, que lo que nos apremia es la fisonomía entera de la vida». Como corolario de este segundo punto, Giussani hacía notar que Pablo VI deseaba que esta renovación fuera capaz de «transformar la sociedad actual». En otras palabras, «los dos factores por los que se nos llama integristas se ven aquí exaltados: un estilo de vida y una capacidad de transformar la sociedad actual». El tercer elemento de valor que Giussani destacaba en el saludo del Pontífice era este: «El ideal que, al confirmarlo de nuevo, nos vuelve a ofrecer, vuelve a proponer ante nosotros el ideal educativo, el programa educativo: ‘Difundid la convicción de que la fe cristiana es fuerte, alegre y bella’, captando con ello de modo perfecto el aspecto preponderante que el movimiento siempre ha puesto de relieve por encima de todo», es decir, «la razonabilidad de la fe», que puede explicarse con el hecho de que «el compromiso con la fe genera una experiencia de vida mejor que cualquier otra»⁶¹.

El secuestro y asesinato de Aldo Moro

El 16 de marzo de 1978 las Brigadas Rojas (BR) —organización terrorista de matriz marxista-leninista fundada en 1970— secuestraban en Roma al diputado Aldo Moro, presidente de la Democracia Cristiana. En ese momento estaba trabajando en la formación de un nuevo gobierno, abierto a la contribución del Partido Comunista. En la emboscada murieron los cinco escoltas. La historia tendrá un trágico epílogo el 9 de mayo de 1978, cuando aparezca el cuerpo sin vida del estadista en el maletero de un coche en la vía Caetani, en el centro de la capital.

La actitud que asumieron los intelectuales varió según los casos. El escritor Italo Calvino declaró: «Lo que ha sucedido está más allá de las palabras. Hemos agotado cualquier capacidad de comentario. ¿Qué se puede decir? Estoy muy preocupado por el futuro de nuestras libertades democráticas». El crítico literario y poeta Franco Fortini afirmó que no había sentido ninguna necesidad de intervenir porque «desde hace meses se discute en los diarios sobre el terrorismo y no hay nada nuevo que añadir»⁶². Pero fue el novelista Alberto Moravia el que escribió las palabras más desconcertantes, en el *Corriere della Sera* del 20 de marzo: «El sentimiento que experimento frente a los

acontecimientos históricos de estos días es doble: primero está el sentimiento de extrañeza y luego el de lo ‘ya visto’. A un intelectual, concluía, no «se le puede pedir que se sienta implicado y participe a la manera de los demás ciudadanos, ni tampoco que se engañe y engañe a otros pensando que lo que está sucediendo sucede por primera vez. No creo que esta situación sea envidiable, pero tampoco es deplorable. Es la que es»⁶³.

El mismo día publicó el *Corriere* un editorial de Giovanni Testori, de tono completamente opuesto a la indiferente suficiencia de Moravia: leyendo los periódicos y viendo la televisión, «lo que más nos ha angustiado es que [...] no se nos ha concedido toparnos con una sola pregunta que albergara la necesidad desesperada de una posible explicación total y, por lo tanto, religiosa, del punto al que ha llegado la vida [...]. El hombre y su sociedad están muriendo por exceso de realidad; pero de una realidad privada de su sentido y de su nombre: esto es, privada de Dios. Por consiguiente, de una realidad irreal»⁶⁴.

Giussani comentará el trágico final del diputado Moro el 29 de mayo de 1978, hablando de un «acontecimiento grave que domina y dominará durante mucho tiempo nuestro escenario civil»⁶⁵. Después citaba el manifiesto de CL del 10 de mayo de 1978, del que se habían impreso y distribuido decenas de miles de ejemplares, titulado «Y nosotros ¿qué esperanza tenemos?».

En él se resumían las preocupaciones con las que Giussani había vivido el asunto: «A Moro le han matado en nombre de la ideología, de un análisis político y de un consiguiente programa de acción que encierran una inevitable seguridad de que pueden cambiar la sociedad. ¿De dónde ha venido esta certeza infalible que se ha vuelto violenta? De la abstracción. [...] Una nueva esperanza no se basa en síntesis de ideas, sino en certezas de vida. En hechos que han entrado en nuestra vida, empezando a liberarla poco a poco y regalándole la alegría inesperada de una conciencia nueva de sí, de la relación con los demás y con las cosas. [...] Esto es cuanto nos sugiere el cristianismo. Este es el motivo de nuestra solidaridad con el dolor profundo de la familia del honorable Moro y de la humillación que está viviendo todo el pueblo italiano. [...] Preguntémonos a nosotros mismos y a todos qué esperanza tenemos, de qué vida y sociabilidad somos portadores. Para quien es capaz de poner en común lo que es, sin prejuicios pero con conciencia de sí, para quien es capaz de reconducir las ideas al servicio de la vida, para quienes son capaces de construir la unidad como tensión ideal de identidades distintas, Moro no ha muerto en vano. La violencia no puede frenar la vida auténtica»⁶⁶.

Giussani observó que el manifiesto «ha tenido eco sobre todo en los ambientes del mundo del trabajo, en las grandes fábricas, porque es un juicio. [...] y, como decía justamente Angelo [Scola, *nda*] ayer en el Consejo, no se reduce a repetir la queja, el lamento general, sin motivaciones adecuadas y sobre todo, sin que de todo ello se derive un juicio que introduzca una postura operativa». Invitó, a continuación, a quienes todavía no habían utilizado ese documento, a tomar la iniciativa promoviendo asambleas, porque «el problema de Moro no es un problema de un día, es el problema de esta época. Es un manifiesto cuya estructura debemos estudiar y del que debemos

aprender el origen de los juicios que ofrece»⁶⁷.

Hay un episodio poco conocido que liga a Giussani con el momento del asesinato de Moro: la dimisión del honorable Francesco Cossiga⁶⁸ como ministro del Interior al día siguiente del descubrimiento del cuerpo del presidente de la DC. Será el mismo político democristiano quien lo revele muchos años después: «Don Giussani fue quien me convenció, después de dimitir como ministro del Interior, para que siguiera haciendo política»⁶⁹.

Giovanni Testori

A mediados de abril de 1978 Giussani conoció a Giovanni Testori. El origen del encuentro entre los dos lombardos fue precisamente el artículo del escritor sobre el secuestro de Moro: «Aquella noche [el 20 de marzo de 1978, *nda*], como muchas otras, Luigi Amicone y yo habíamos sido invitados a cenar a un piso de estudiantes de la Universidad Estatal de Milán por nuestro amigo Riccardo Bonacina», recuerda Antonio Intiglietta. «Nada más entrar, Riccardo se dirigió a nosotros y nos hizo leer un estupendo artículo de Testori que hablaba del sentido de la vida». Los tres vieron que correspondía con la experiencia que tenían ellos, reconocieron en él una profundidad, una dramaticidad, una claridad para leer el corazón del hombre tal como experimentaban cada vez que se reunían con Giussani. Lo que les parecía totalmente increíble era que el artículo llevaba la firma de una personalidad que era expresión de un mundo muy distinto del suyo. Continúa Intiglietta: «Decidimos ir a conocerle para darle las gracias y comunicarle que también nosotros estábamos viviendo una experiencia dramática y bella, el encuentro con la experiencia cristiana por medio de la humanidad de don Giussani». Y así, a la mañana siguiente, desde la cabina telefónica del segundo claustro de la Universidad Católica, Intiglietta llamó a Testori: «Asombrado, nos dio enseguida una cita».

Amicone recuerda: «Llamamos a su puerta en la vía Brera. Nada más entrar, él se menospreció porque pensaba que no resultaba interesante. Lo que más le sorprendía era que desde un mundo tan lejano jóvenes católicos vinieran a buscarle»⁷⁰.

En aquella ocasión nació la idea de organizar una comida con don Giussani, en un restaurante de la plaza Aquileia. Al presentarse en su oficina para acompañarle a la cita, Intiglietta encontró a Testori titubeante y tenso: «No se sentía ‘digno’ de esa oportunidad». Entraron en el restaurante, y sentado a una mesa al fondo de la sala estaba Giussani, que le esperaba en compañía de algunos amigos: «Apenas le vio, se levantó para ir hacia él. Giovanni estaba totalmente conmovido, hasta las lágrimas. Don Giussani, conmovido él también, le abrazó. Testori, llorando, seguía diciendo que él — que había renegado y blasfemado de Dios— no era digno de estar delante de don Giussani. Y luego explicó que se había pasado la vida tratando de quitarse de la frente la cruz que le habían impreso en el bautismo. Y que cuanto más se esforzaba por eliminarla con más potencia se manifestaba, hasta que la muerte de su madre le había regenerado a la vida. Dijo que era como si su madre, al morir, le hubiera parido de nuevo». Entretanto

Giussani, «profundamente impresionado por la humanidad de Giovanni, continuaba agradeciéndole el haberle conocido, recordándole que lo que él llamaba blasfemias eran como una oración desesperada que ahora encontraba su respuesta».

Durante una reunión del Consejo de CL, Giussani relató que, mientras comían juntos, el escritor decía: «Bien, esperemos que no nos abandonéis a la deriva. Porque somos como piedras, ahora ya desgajadas de la hegemonía radical-marxista, de la que yo también me he separado». Y esto, cuenta Giussani, había sucedido «por la ‘mecha’ de la muerte de su madre, de la enfermedad de su madre que le trastornó. Y hablaba también de otros nombres, el único que escuché bien yo, porque lo conocía, era Carlo Bo, que hacía poco tiempo se desahogaba con él y decía: ‘¿Adónde iremos? En pocas palabras, si mantenemos una postura de valoración de la cultura radical-marxista, entonces podremos seguir adelante tranquilos. Pero si queremos retomar la lealtad con nuestra conciencia, ¿adónde iremos?’». Giussani constató que ellos no tenían «puntos de referencia», es decir, gente «a la que dirigir de vez en cuando una palabra»⁷¹.

Desde aquel momento empezaron a verse semanalmente Testori y aquel grupo de jóvenes, como recuerda Amicone: «Salíamos a comer juntos. Testori quiso conocer más el movimiento: él y don Giussani tuvieron un diálogo conjunto con los universitarios», durante el cual Testori dijo: «Hay momentos en que el destino personal y el social se encuentran. Es como si la muerte de mi madre y la tragedia de Moro me hubieran empujado a reconocer esto»⁷².

En una reunión con sacerdotes del 29 de mayo de 1978, Giussani invitó a prestar la máxima atención a lo que escribía Testori: «Como uno de los primerísimos exponentes de la mentalidad radical italiana, artista de gran nombre, crítico de arte, si no el primero en Italia, casi», tras la muerte de su madre «se ha convertido de nuevo». Contó que acababa de leer en el *Corriere* un infamante artículo de Moravia contra Testori, que resumió con estas palabras: «¡Vive de cierta manera, ¿cómo puede escribir así?!». Por el contrario, para Giussani los artículos del gran escritor lombardo eran «una revolución en la prensa italiana, porque la prensa italiana está dominada por el tipo de cultura que depende de Moravia y algunos más»⁷³.

Vittorio Citterich y el nacimiento del semanario Il Sabato

Pocos días después del descubrimiento del cuerpo sin vida del diputado Moro y en vísperas de las elecciones políticas anticipadas, el 27 de mayo de 1978 aparecía en los quioscos el primer número de un nuevo semanario: *Il Sabato*.

Fiorenzo Tagliabue fue el promotor de la nueva iniciativa periodística. Recuerda una reunión con Giussani a comienzos de 1978, en la que él decía: «Estamos aquí no para decidir hacer un semanario, sino para dar un consejo, un parecer a algunos amigos que quieren hacer un semanario». Tagliabue añade: «Nadie me ordenó hacerlo, Giussani siempre fue muy respetuoso con la libertad. No había sombra de equívoco alguno».

Incluso después de la publicación de los primeros números, dice siempre Tagliabue, con Giussani «hablaba sobre todo lo que la vida llevaba consigo, y este era el modo en

que él me apoyaba, dejándome toda la responsabilidad del asunto, pero dándome todo el apoyo y la ayuda que podía darme en el plano personal. Esto obviamente nos obligaba, a mí en particular, a ser cada vez más responsables frente al desarrollo de esta historia, que con el paso del tiempo iba creciendo cada vez más, y hacía también que el movimiento fuese más libre para expresar su propio juicio sobre las cosas, para bien y para mal, sin escándalo para nadie»⁷⁴. Quien vivió los meses de incubación de *Il Sabato* fue, entre otros, Angela Buttiglione. Hermana de Rocco Buttiglione, en esa época uno de los responsables de CL, trabajaba en el Telediario 1 de la RAI (Radiotelevisión Italiana, *ndt*). «En un día sin precisar de 1977 recibí una llamada de teléfono de mi hermano Rocco que me anunciaba la visita de dos amigos suyos que querían hablarme de un proyecto. Se llamaban Roberto Formigoni y Fiorenzo Tagliabue, y el proyecto consistía en un nuevo semanario. En efecto, en el 77 *Espresso* y *Panorama* dominaban el mercado y eran los protagonistas de la formación de la opinión pública». A Angela Buttiglione se le pidió que hablara de la idea con algunos colegas. Las reuniones se hicieron en su casa de Roma. «Antes de que resonara en la plaza de San Pedro el ‘No tengáis miedo’ de Karol Wojtyla, don Giussani había [...] comprendido que para no tener miedo era necesario tener medios adecuados a una realidad, la de los años setenta, que precisamente estaba haciendo del miedo un arma para hacer callar la libre expresión del pensamiento». Angela Buttiglione recuerda que, precisamente para alcanzar el objetivo, «se trataba de conocer a periodistas expertos. El primero fue Vittorio Citterich, que acababa de volver de Moscú donde durante años había sido corresponsal de la RAI. Originario de Florencia, un ‘joven’ educado por Giorgio La Pira, había seguido el Concilio, tenía curiosidad intelectual y disponibilidad humana. Fue el primer eslabón de la cadena de amistad que se fue construyendo y que permitió la salida del semanario»⁷⁵.

De su implicación en el nacimiento de *Il Sabato* Citterich recuerda: «Naturalmente, había oído hablar de los jóvenes de ‘Comunión y Liberación’, de don Giussani, que había vuelto a proponer ‘la identidad cristiana’ en la educación, de los jóvenes ‘cielinos’ que habían llamado la atención de Aldo Moro, de don Francesco Ricci, que con el Centro de Estudios sobre la Europa del Este, y la revista *CSEO*, había ofrecido un instrumento de trabajo indispensable para conocer la verdadera situación del este europeo. En los primeros meses de 1977 vinieron a mi casa de Roma, en la vía Monte Bianco, algunos de estos jóvenes de CL. Estaban Roberto Formigoni, Rocco Buttiglione y otros. Y estaba, especialmente, Fiorenzo Tagliabue, cuyo talento editorial y simpatía humana servirán de soporte para una iniciativa que, a primera vista, parecía imposible: hacer un semanario a contracorriente, un semanario de ‘identidad cristiana’ que sirviera de instrumento de recomposición de las diásporas católicas que prevalecían entonces. Durante meses y meses estrechamos ante todo una amistad cristiana. Provenientes de experiencias distintas, distintos también por generación, por edad, discutimos durante más de un año la empresa común. Recuerdo, con particular afecto y gratitud, los raros pero intensos encuentros con Giussani, sus recomendaciones de ‘no hacer un semanario de CL’, y de ampliar el círculo de los participantes. En las cosas necesarias unidad, en las cosas dudosas libertad, y en todas las cosas caridad, por repetir una clásica indicación

eclesial. Fui también a pedir su opinión a La Pira, mi profesor predilecto, que aunque en aquellos meses había caído enfermo, no había perdido su lucidez y su benevolencia. Morirá, como es sabido, el sábado 5 de noviembre de 1977. Me dijo entonces La Pira, en una de las últimas reuniones que tuvimos, que siguiera adelante con ‘esos chicos frescos, inteligentes y un poco obstinados’ que tenían necesidad, en su opinión, de una experiencia periodística más hábil, tranquila y bien orientada. ‘Buscad una cabecera que tenga sabor bíblico’, me dijo, ‘por ejemplo, el último día’. Repliqué que me parecía más bien exagerado. ‘¿‘Sabato’ iría bien, profesor?’ ‘Probad’. Y probamos. Fue ‘Il Sabato’»⁷⁶.

Ante la inminente salida del primer número, Giussani habló de ello con Citterich el 15 de abril de 1978. El periodista declaró: «Se trata de un momento dramático, porque realmente lo es, para volver a encontrar, aunque solo sea eso, el gusto de ser cristianos y de experimentar al menos una tensión unitaria. Creo que el semanario es un instrumento idóneo para este esfuerzo, pues compromete solo a las personas que están implicadas en él. Si es lícito comparar cosas pequeñas con las cosas grandes, diría que el estado de ánimo con el que nos apresuramos a empezar esta empresa es un poco lo que dijo La Pira cuando le invitaron por primera vez a Moscú, y escribió a Pío XII: ‘Beatísimo Padre, me han invitado a Moscú, me doy cuenta de que no es una cosa sencilla. Voy a mi costa y asumiendo el riesgo: si la cosa va mal será culpa mía, si la cosa va bien será mérito de todos y de la Iglesia de Dios’».

Mientras le escuchaba hablar, Giussani pensó: «Qué gran provocación es y será para nosotros, para una apertura cien veces mayor, para despertar en nuestros chicos el valor para dialogar e implicarse con sus otros compañeros. Porque para descender a la profundidad del corazón de los jóvenes de ahora es necesario tocar los puntos que tenemos en común con todos. Nosotros insistimos en que el instrumento para llegar ahí verdaderamente es la identidad cristiana vivida, de modo que no solamente no están desconectadas ambas cosas; este semanario —puesto que precisamente tenemos que colaborar no como si fuera un instrumento nuestro (en el sentido de hecho por nosotros) — deberá conseguir finalmente la ruptura de todas nuestras cerrazones y nuestros callejones sin salida. Entonces descubriremos, con mucho más entusiasmo, que la identidad cristiana es omnicomprensiva, que abraza y se abre a todo».

Giussani reconoció también que podía ser muy valiosa «la provocación que supone escuchar pareceres ciertamente distintos de personas diversas, a veces quizá opuestos a nuestras posturas consolidadas, a nuestros juicios consolidados. El ánimo, la provocación a la hora de cambiar juicios, de completarlos; o bien la provocación para ir mucho más al fondo de la conciencia crítica de nuestra postura. A mi juicio es verdaderamente una ocasión histórica para la educación del movimiento en la madurez»⁷⁷.

Giussani habló otra vez del semanario el 17 de abril de 1978, durante una reunión de sacerdotes del movimiento: «Citterich y un grupo de periodistas cansados de que un juicio cultural católico no consiga encontrar un espacio sistemático en ninguna parte, van a publicar a partir de mediados de mayo, asumiendo completamente el riesgo, un

semanario de batalla que sea campo expresivo para todos los católicos comprometidos que creen todavía en la Iglesia».

Precisó, y quería que todos fueran bien conscientes de ello: «No es algo nuestro, pero es precisamente aquello para lo que nosotros queremos vivir, que es la unidad de los cristianos en cualquier lugar, porque la unidad está también en las diferencias más enconadas si se reconocen ciertas cosas como más importantes y previas que las opiniones personales, las cuales, además, encuentran en la unidad el verdadero terreno para expresarse. Y una presencia de lucha en este mundo donde la experiencia cristiana existe únicamente en la palabra del Papa, gracias a Dios». Giussani insistía: «Es algo que no es nuestro, que de verdad no es nuestro, porque podremos encontrar incluso artículos feroces contra nosotros, pero es una cosa no nuestra que tenemos que apoyar más que las nuestras. Citterich me decía que en treinta años de catolicismo de posguerra nunca ha habido un gesto de este tipo. En todo caso, cuando se lo dijo a La Pira, La Pira le dijo que estaba muy unido a nosotros, a CL, ¡porque son frescos, inteligentes y un poco obstinados!». Y concluyó: «Un instrumento de este género nos obligará ciertamente a estar mucho más vigilantes, a ser mucho más claros en nuestra identidad, mucho más críticos en el sentido de conscientes de nuestros motivos, porque podremos —insisto— sentirnos atacados ¡también aquí! Pero aquí podremos también responder tranquilamente»⁷⁸.

El mismo día, 17 de mayo de 1978, Giussani hablaba también de la iniciativa que habían tomado Tagliabue y Citterich a los responsables de CL de la diócesis de Milán, señalando el reto que un instrumento de ese tipo podía representar para la gente del movimiento: «Acostumbrados a leer y a ver solamente nuestras cosas, y a apoyar solamente nuestras cosas, y lo demás escucharlo y considerarlo de manera dualista, este semanario podrá incluso hablar mal, publicar un artículo contra nosotros, como también podrá convertirse, especialmente entre los adultos, entre los universitarios, en un instrumento dialéctico que obligue a profundizar nuestra postura con relación a los demás. Porque si son gente católica y tan católica como para querer un compromiso unitario, que es el gran signo del catolicismo, no podemos percibirlos como extraños. Así que la diversidad provocará una profundización de nuestra identidad y una aventura dialéctica, y así nuestro ánimo se ensanchará. Yo os ruego, os pido, que consideréis este acontecimiento como algo de excepcional importancia».

Contó que los promotores habían consultado a todas las asociaciones católicas: «Es un signo del amor a ese valor que nos interesa, repito, más que nada, que es la unidad entre los católicos, y, por consiguiente, debería ser como el lugar de la dialéctica entre todos los católicos de todas las extracciones. ¿Esperamos nosotros más en nuestras ideas, esas que nos especifican, o en la unidad entre los cristianos? ¿En qué esperamos más? En esto segundo, porque nuestra idea más específica consiste en haber afirmado siempre la unidad a ultranza»⁷⁹.

El primer número de *Il Sabato* salió, como se ha dicho, el 27 de mayo de 1978⁸⁰. La idea de fondo quedó resumida en el primer editorial de Citterich, titulado ‘Instrumento abierto’: «‘Il Sabato’ no tiene un programa confeccionado en laboratorio. Nace, de modo

espontáneo, dentro del ‘movimiento católico’, entendiendo con esta expresión aproximativa una realidad ideal y social bastante variada, en sus momentos personales y comunitarios, en sus instrumentos asociativos, dentro de la comunión fundamental en la fe cristiana y de la pertenencia plena a la Iglesia Católica. Desde este punto de vista se trata de dar a luz un instrumento abierto, ajeno a cualquier cerrazón infecunda de grupo o de parte, alejado de cualquier remota intención de formar alguna otra ‘facción’ o ‘conventículo’. El semanario [...] parte de una hipótesis de trabajo: que está en curso, en lo profundo de la sociedad italiana, una llamada a redescubrir la ‘identidad cristiana’ que no se agota en la interioridad esencial del acto de fe personal, en la unidad determinante de los creyentes en torno al altar de la comunión, sino que se proyecta —de modo inseparable— en el compromiso cultural, social y político [...], dentro de la distinción de las responsabilidades y los instrumentos operativos»⁸¹.

«En el CLU se está dando ahora un renacimiento de la experiencia tal como yo la siento»

La profundización de la posición histórica, junto a los acontecimientos políticos y sociales, estaba entre las prioridades de Giussani que, de hecho, en el *Equipe* de los universitarios de enero de 1978 en Idice di San Lazzaro, habló de la concreción del ideal cristiano: Jesucristo está en la raíz de la experiencia de CL. «Esta presencia es lo que te mueve, y tú la reconoces como una promesa para tu vida, como lo que despierta en ti la esperanza. ¡La vida, la vida!»⁸². Y el 5 de abril de 1978, dirigiéndose a los adultos de Milán, decía que se había puesto ya «el hacha en la raíz del árbol». Porque el movimiento estaba ante una encrucijada: «O volvemos realmente a la exigencia y a la autenticidad con la que nació el movimiento o bien sobreviviremos como un residuo asociativo. Podríamos incluso estar contentos por el número de gente que tenemos alrededor, o porque tenemos nuestro grupito, pero no influiremos en la realidad de la Iglesia de manera edificante, no ofreceremos una contribución nueva a esta sociedad que se muere». Y recalaba: el movimiento «es mi persona, es mi humanidad, que se siente llamada y provocada en su esperanza, exaltada en la esperanza por un anuncio; el movimiento nació así, durante años ha vivido así. Ahora no».

Las palabras de Giussani no parecen poderse archivar como reproche sino más bien como una ayuda para reconocer sin ambigüedad el camino de purificación que todos estaban llamados a recorrer: «La vida, al igual que el año, tiene la aridez del invierno, la intemperie de marzo y después los frutos de la primavera tardía y del verano; así también nuestra vida tiene su camino, como la vida de un movimiento vivo»⁸³.

Estos temas aparecen en un pequeño libro que vio la luz justamente en esos mismos meses de 1978, *Decisione per l'esistenza*; lo publicó Jaca Book (en español, Encuentro, ver nota 84, *ndt*).

Giussani escribe ahí que «la perfección no es normalmente un resultado automático. El bienestar humano, la felicidad, no son frutos mecánicos. [...] Es necesario ciertamente que el acto de repetir los principios sea verdadero. Hace falta que ese acto mismo no se

convierta en mentira, es decir, que no se vuelva un formalismo. [...] No hay nada más realista que la afirmación del principio justo, con afán y fidelidad. Y el tiempo producirá el cambio». Concluye evocando el método que desde siempre había animado su intención educativa: «El camino del Señor es sencillo, como el de Juan y Andrés, Simón y Felipe, que comenzaron a ir detrás de Cristo por curiosidad y deseo. No hay otro camino, en el fondo, fuera de esta curiosidad deseosa que se suscita por el presentimiento de lo verdadero»⁸⁴.

El 1 de junio de 1978, durante una reunión de responsables de CL, Giussani subrayaba la actualidad de esa frase, observando que la realidad a la que tenían que seguir todos era la de los estudiantes universitarios: «En el CLU... no el CLU, sino en el CLU se está dando ahora, *hic et nunc*, en este momento histórico, el centro, el lugar geométrico, un renacimiento de experiencia tal como yo la siento, como yo la entiendo», hasta el punto de que es como «la emoción, para mí, de volver a hace treinta años, porque yo, desde hace quince años, ya no sentía esta emoción por ninguna parte». Giussani desafiaba a los presentes: no estaba hablando, decía, «porque haya tomado partido, porque tenga la manía del CLU. Lo que tenéis que aprender de mí es una sola cosa: cómo se aprende. Porque yo, en el CLU, he aprendido»⁸⁵.

El 20 de junio de 1978, durante una reunión de licenciados que habían decidido continuar unidos entre ellos y que darán el nombre de ‘confraternidad’ (la traducción correcta en español, y no solo etimológicamente, sería ‘cofradía’, pero dadas sus connotaciones actuales, dejamos esa palabra, *ndt*) a su reunión periódica, Giussani aclaraba que esa agregación espontánea «no es una nueva estructura del movimiento. Y es profundamente libre»; y justificaba así la razón de su existencia: «Nosotros hemos surgido en la Iglesia de Dios, en el ámbito de las asociaciones, como un movimiento, sin poner en cuestión a ninguna asociación y ninguna estructura. Nosotros no estamos hechos para la estructura del movimiento; es el movimiento el que está hecho para nuestra maduración». He aquí cómo iluminaba Giussani la utilidad de ese intento, que hundía sus raíces en los años vividos por aquellos jóvenes junto a él en la universidad: «El reclamo de la confraternidad consiste en que nos despertemos del gran sueño en el que hemos vivido estos cuatro u ocho años de movimiento, haciendo de él una organización, viviendo una asociación, pero no juntos: profundamente extraños los unos a los otros, salvo en algunos retazos y en destellos sentimentales». Giussani no formuló ningún programa para aquel grupo, pero sí les dirigió una sencilla invitación: «Ahora custodiad estas cosas. Este es el valor que tiene la compañía, libre, totalmente libre»⁸⁶.

En Regensburg con los jóvenes evangélicos

Una documentación más de la libertad que tenía Giussani en las relaciones humanas, que situaba en el centro a la persona y no a las estructuras, la proporciona el pastor de la comunidad evangélica de Regensburg, en Alemania, el doctor Wolfhart Schlichting. Él recuerda: «El inesperado encuentro con don Francesco Ventorino en el restaurante ‘Haxn-Wirt’ de Regensburg, en uno de mis primeros semestres como párroco de la

comunidad universitaria evangélica (1975-1986), significó para mí una nueva orientación. Durante los siguientes años, cada vez que volvía de los retiros de CL en Sicilia, los estudiantes de mi grupo bíblico percibían mis interpretaciones como más luminosas y más claras, como si se hubiera recargado una batería». El pastor evangélico subraya que, de hecho, «las afirmaciones tradicionales de la fe, que estaban un poco lejanas de nuestra realidad vital, resonaban en el lenguaje de CL frescas y estimulantes. Empecé entonces a leer también los textos del fundador, don Luigi Giussani. En comparación con el mensaje cristiano influenciado por el marxismo que predominaba hacia finales de los años setenta del siglo pasado, nosotros encontrábamos en sus textos inspiración y valor para testimoniar la palabra de Dios como fuerza de vida».

Fue así, recuerda el doctor Schlichting, como «en una serie de universidades alemanas se constituyeron comunidades estudiantiles evangélicas de amigos (*Befreundete Evangelische Studentengemeinden*»), no ya solo en Regensburg sino también en Tübinga, Marburgo, Hannover y Bayreuth. Para la primera reunión, la más significativa de todas ellas, invitamos en 1978 a Regensburg a don Giussani». Muchos años después, todavía tiene delante de sus ojos la escena: «Sentado en mi salón, don Giussani valoraba la fe de los jóvenes estudiantes evangélicos y decía: ‘Saben rezar’».

Giussani hablaba en italiano, y por eso su intervención tenía que ser traducida: «Yo observaba que una parte de la revitalización que me arrastraba al escucharle en su lengua se perdía en la traducción alemana. Quizá las inspiraciones que contienen deben primeramente generar una vida para poder encontrar después su propio lenguaje»⁸⁷.

«¡El cristianismo es solo eso! Un hecho»

Algo del clima que se creó entre Giussani y los universitarios se respira recorriendo las páginas que proponen la transcripción del *Equipe* que tuvo lugar en Chiesa Valmalenco, en particular la larga asamblea del 31 de agosto de 1978. Esta ofrece el ejemplo de un diálogo con Giussani en el que él no anticipaba las respuestas, sino que apremiaba a sus interlocutores mostrando la parcialidad y la falta de pertinencia de sus intervenciones. Son veintisiete páginas de intervenciones y respuestas sin descanso, provocadoras como sabía serlo Giussani. Desde sus primeras frases anunció que quería llegar a una cierta meta. A la primera intervención que introdujo los trabajos —«El tema de la asamblea es la situación del movimiento, la vida del movimiento»—, replicó: «Se ha dado un título genérico para que se pueda plantear cualquier punto. [...] ¿No podríamos cambiar el tema?». Una vez constatado que el movimiento era «una forma contingente que nos introduce en el hecho cristiano de forma más madura y gustosa», preguntó a quemarropa: «¿Qué es para nosotros el cristianismo?».

En este punto comenzaron las intervenciones. Ninguna satisfacía completamente a Giussani; a cada una le replicaba que se trataba de consecuencias y no del núcleo de la cuestión: «No hay polémica en mí; todas vuestras respuestas son justísimas —entendámonos—, pero es para ir más al fondo de la cuestión». Había quien declaraba que el cristianismo era una forma distinta de vivir las cosas del mundo. Y Giussani:

«Una ética». Y quien sostenía que era un camino hacia la realidad de las cosas. Giussani: «Un método». Un tercero añadía que era un método para vivir, y Giussani: «Una sabiduría, igual que existe la sabiduría budista». Después de una serie de intervenciones tomó la palabra Luigi Amicone: «Yo pienso que el cristianismo es el acontecimiento de Dios que se ha hecho hombre, y este hombre ha dicho ser Dios y ha elegido...». Giussani le interrumpió y exclamó: «¡Basta, ya hemos llegado! ¡Porque el cristianismo es eso! [...] Un hecho». Y añadió: «Si yo le doy a este un puñetazo y le rompo las gafas, es un hecho que le he roto las gafas. De igual modo ha sucedido en el cristianismo: un hombre que ha dicho ser Dios [...] No es una cuestión de gusto, de claridad intelectual o de poner las cosas en su sitio: es un dato, es la condición fundamental de todo pensamiento y comportamiento cristiano. La categoría de ‘hecho’ es la categoría fundamental para el camino cristiano». Pero ese hecho no es un fenómeno confinado en el pasado, sino «un acontecimiento que se prolonga en el tiempo, como un estruendo que empieza y que aumenta, como un trueno que retumba y que, en lugar de disminuir como hacen todos los truenos, disminuir y desaparecer, comenzó en un momento dado y continúa creciendo. Continúa. Este continuar se llama Iglesia». Por lo tanto, concluyó Giussani, «nuestro ser cristianos es ante todo un hecho que ya no os podéis sacudir de encima, porque con el bautismo Cristo os ha aferrado; es un gesto que os ha aferrado y os ha insertado en el hecho»⁸⁸.

Un hecho, por tanto, nada intimista o sentimental, sino algo que define la figura del bautizado en la concreción cotidiana del vivir. De este tema habló Giussani con Francesco Dante, quien le entrevistó para la revista de la Comunidad de San Egidio, *La nostra assemblea*, y que le presentó así: «Don Giussani fue el fundador de GS en 1954, más tarde convertida en CL. Su mensaje sigue siendo, en el fondo, el mismo de entonces: una presencia cristiana explícita en todos los ambientes sociales. En este imperativo se resume la fe y la política, la espiritualidad y el compromiso del militante de CL».

A la pregunta sobre la relación fe-política, Giussani respondió con una triple insistencia: «Ante todo la realidad de la fe impregna al hombre en todas las dimensiones de su realidad personal. No en el sentido de que la fe dicte lo que se deba hacer en lo contingente frente a cada determinado problema, sino en el sentido de que impregna la totalidad de la persona, por consiguiente cambia al sujeto, y por eso no puede dejar de cualificar la acción que realiza después ese sujeto». En segundo lugar, «la fe vivida, y por eso una comunionalidad eclesial [...] vivida en el propio ambiente, produce una presencia que, si es real, es decir, una presencia vivida, no puede dejar de percibirse, sentirse y quererse como inmersa en los problemas que constituyen el tejido de la vida del ambiente». Y en ese sentido, declaraba Giussani, «hay una influencia política inevitable que produce la pura presencia de un hecho cristiano, o también de una persona cristiana», porque «la comunionalidad es una dimensión de la persona, no necesariamente una agregación *hic et nunc* de individuos». Por eso, ya que la comunionalidad es una dimensión de la persona, «es esencial para la presencia cristiana en cualquier lugar donde esté la persona; por tanto, si la persona está sola vivirá esta

conciencia como aspecto y contexto del modo en que se percibe a sí misma y su propia responsabilidad; si hay otras personas explicitará esta comunionalidad en la unidad fraternal con ellas».

Existía, finalmente, un tercer nivel de la relación fe-política: «En su acepción más estricta, política, es el intento de imaginar y realizar estructuras sociales, estructuras de convivencia, más justas, que expresen más lo humano, que den más libertad y más fraternidad». Pero en este sentido específico, subrayaba Giussani, «todo el aspecto operativo de imaginar estas cosas y realizarlas [...] no es misión nuestra: nuestra tarea es formar en la fe a las personas, a través de una vida de comunionalidad vivida que en consecuencia [...] se compromete: si hay una vida de comunión vivida no puede dejar de comprometerse también en los problemas del ambiente. Cuando esto atañe al nivel político en sentido estricto, es decir, estructural, entonces nosotros concebimos que es el individuo, formado según nuestro método, quien con responsabilidad personal se asocia con otros, junto a otros, y con ellos y con su responsabilidad arriesga tentativas nuevas».

Giussani concluía: «Los primeros dos niveles son inmanentes a nuestro movimiento como intento de pedagogía. [...] El tercero, en cambio, no», porque, al crecer, la persona «asume con su responsabilidad personal el riesgo de intentar junto a otros, que así lo quieran, el juego político, es decir, la lucha por conseguir unas estructuras distintas»⁸⁹.

Volvía aquí el tema de la ‘irrevocable distancia crítica’ entre la experiencia del movimiento y el compromiso político de partido de sus miembros, que había introducido Giussani a finales de 1975, señal de que permanecía un equívoco al respecto en la opinión pública, pero también dentro del CL.

El sentido religioso en el PIME

Durante el curso académico 1978-1979, Giussani dio un ciclo de clases sobre *El sentido religioso* en la sede del PIME de Milán, todos los miércoles de 14.30 a 15.30, para los universitarios que no estaban inscritos en la Católica. A invitación de algunos compañeros que había conocido en la Universidad Estatal de Milán, participó también en el ciclo Carmine Di Martino, estudiante de primero de Filosofía. Durante todo el curso el auditorio estuvo lleno hasta arriba: «A menudo, como muchos otros, me sentaba por el suelo», recuerda Di Martino, «pero tomaba apuntes sin parar (llené dos cuadernos gordos)». Asistir a las primeras clases fue para él una experiencia sorprendente, y pensó: «Este hombre responde, dice cosas que se sostienen, que resisten a la crítica, que se oponen a la dialéctica filosófica y científica, que no obligan a olvidar la razón».

El estudiante de primero de la Estatal se encontraba con la convicción heredada de que para ser cristianos había que mantener separados el discurso racional (filosófico o científico) y el credo religioso, y que el cristiano empezaba allí donde el laico (el hombre consciente, el filósofo, o el hombre de ciencia) terminaba: más allá de la razón comenzaba el ámbito de los problemas de la fe. Pero escuchando a Giussani asistió finalmente a un trastoque de los frentes: «Cada palabra suya estaba atravesada de pasión por la racionalidad; todo el planteamiento de su discurso tendía a documentar que no

había que temer a la razón ni domesticarla, sino utilizarla hasta el fondo, conforme a todo su alcance, con la máxima lealtad». El problema era, más bien, poner en cuestión una imagen reducida de la razón, no ciertamente renunciar a ella: «Giussani era una respuesta a la sed racional de muchos jóvenes que, como yo, habían recibido una versión fideísta-sentimental del cristianismo, que ya no se sostenía y con la cual no sabían qué hacer, o bien que venían de familias o situaciones en las que ya no quedaba nada del cristianismo excepto alguna consecuencia moral».

La participación en aquellas clases resultará decisiva para una generación entera de estudiantes milaneses. Pero ¿qué significó participar en aquellos cursos tan abarrotados? «Era una especie de revolución, hay que imaginarse un tornado desde el punto de vista humano, unido a una postura de vanguardia desde el punto de vista intelectual. Giussani estaba dotado de una extraordinaria sensibilidad filosófica que se reflejaba en el planteamiento de su discurso». Por eso fueron muchos los estudiantes que frecuentaron asiduamente las clases de Giussani, aun siendo de extracción laica o laicista: «Don Giussani no exhortaba a creer, sino que obligaba a usar la razón. Se trataba, bien entendido, de una razón no huérfana de la vida, que rehuía los formalismos y los artificios, no separada del afecto, sino concebida en su raíz exigencial, de hambre y de sed». Di Martino recuerda que los que seguían el curso del PIME junto con él, «empezaban a respirar; y si ya se era católico, se ganaba el uso de la razón como se recupera el uso de un miembro del cuerpo inmovilizado después de un grave accidente».

A los ojos de aquellos centenares de jóvenes, el Giussani «profesor» suscitaba una atención y un interés ni siquiera lejanamente comparables a los de los cursos universitarios más exitosos: «No es fácil imaginar la intensidad de su invitación a la racionalidad, a la crítica, a la creatividad y, proporcionalmente a la capacidad de certidumbre que venía de don Giussani. Se podría decir que era, estructuralmente, un padre: no quería convencer, sino poner en condiciones de tomar postura. El curso sobre el ‘sentido religioso’ empezaba más o menos con estas palabras: ‘No estoy aquí para decir las cosas en las que debéis estar de acuerdo, sino para daros un método para juzgarlo todo, empezando por las mismas cosas que os voy a decir’». Casi la misma expresión que había utilizado Giussani al comienzo de su enseñanza en el Liceo Berchet.

Aquellos cursos del PIME tendrán un papel notable en la ‘dilatación’ de la experiencia del CLU más allá de los confines de la Universidad Católica. En efecto, los externos (había también un grupo que venía establemente de Turín), una vez a la semana y a lo largo de un curso académico, tuvieron la posibilidad de conocer a Giussani, de escucharle y de participar en su modo de concebir y de afrontar las cosas. Di Martino lo recuerda bien: «Para muchísimos se convirtió en un punto fijo de la semana, una ocasión única y muy personal de relación con él, que se hubiera querido idealmente prolongar hasta el infinito. Don Giussani nos quería de modo especial; se veía por la fidelidad y la intensidad de su presencia. La apertura que derivó de aquello fue palpable».

El 12 de noviembre de 1979, durante su reunión habitual con un grupo de sacerdotes, Giussani contó que algunos días antes Testori le dijo que había conocido a algunos jóvenes de Giulianova y de Lecce: «Estaba conmovido, exaltando la frescura inteligente

de aquellos chicos». Por eso suplicó encarecidamente a aquellos sacerdotes —muchos de los cuales tenían funciones de responsabilidad en CL— que prestaran mucha atención a lo que les iba a decir: «El Espíritu sopla donde quiere. Si hay un punto donde esta vida y esta propuesta renacen, el resto de la comunidad y del movimiento debe seguir ese punto. Es lo que ha sucedido en un núcleo de universitarios de Milán». Giussani confesaba que se había encontrado delante a aquellos jóvenes que hablaban de tal modo que incluso personas educadas en otra perspectiva cultural, a la izquierda, se quedaban sorprendidas ante la verdad de lo que vivían y por cómo enfocaban la cuestión humana en términos de absoluta actualidad. «Muy bien, entonces, ¿qué he hecho yo?». Dijo Giussani: «Es necesario que este método, que el método de vida de este grupito, se generalice, es lo que he propuesto». ¿Por qué? Porque «el hombre se encuentra de nuevo a sí mismo cuando conoce una realidad humana que ya está en marcha, como siempre hemos hecho nosotros»⁹⁰.

Y justamente pensando en la novedad que veía crecer entre los universitarios, al dirigirse de nuevo a algunos sacerdotes que guiaban las comunidades de CL en numerosas ciudades italianas el 7 de enero de 1980, subrayó que ser responsables significa «valorar los polos vivos». El hecho de estar vivos «es un don del Espíritu, no una programación nuestra. La dignidad de la autoridad, la grandeza de un padre, consiste en valorar, identificar, reconocer, acoger y valorar estos polos vivientes». Y recalcó que el polo más ejemplar, donde todo lo que estaba diciendo «se ha vuelto consciente en personas vivas, que han dado la vuelta a muchas situaciones», es «el grupito que está a la cabeza del CLU. ¡No porque sea el CLU! Sino porque, si yo deseo [ciertas] cosas, Dios me las hace aprender de quien las vive, de quien ya las vive». Y concluyó: «La vida se aprende siguiendo a quienes viven: ¡no porque sean mejores que tú! ¡Pueden ser mil veces peores que tú! Pero como método, como actitud de vida, como comportamiento..., como actitud a aplicar son un ejemplo. Se sigue un ejemplo, no se sigue un discurso»⁹¹.

Capítulo 20
«Una voluntad de servir a ese hombre
con todas mis fuerzas»
El año de los tres Papas
(1978)

El año 1978 representa una circunstancia excepcional en la historia de la Iglesia: fue, en efecto, el año de los tres Papas. El largo pontificado de Pablo VI concluyó el 6 de agosto. El 26 de agosto los cardenales eligieron a Juan Pablo I, que murió repentinamente el 28 de septiembre. Y el 16 de octubre le sucedía Juan Pablo II.

Cuando se cumplían diez años de aquellos hechos, Giussani renovará su recuerdo de esas tres figuras. Del pontificado de Pablo VI, que como arzobispo había visto nacer su iniciativa de presencia entre los estudiantes de Milán, dijo que «¡ha sido uno de los papados más grandes! Demostró en la primera parte de su vida una sensibilidad extrema —que nadie le podrá negar jamás— hacia la problemática de la angustiosa situación del hombre y de la sociedad actuales. ¡Y encontró una respuesta! La dio en sus últimos diez años. El papado de Pablo VI fue un fracaso solo para quienes no le siguieron hasta el fondo». Y sobre el Papa que había concluido el Concilio Vaticano II dijo también que «habría que hacer la historia de todas las intervenciones suyas que con coraje e impopularidad frenaron la falsa democracia y la dogmática equívoca que muchos padres conciliares intentaron introducir con falsas pretensiones democratizadoras». Reconoció, a continuación, que frente a la progresiva disolución del pueblo católico y al desconcierto de muchos, el método de Pablo VI fue el del «Credo», es decir, «la proclamación auténtica del dogma, *sine glossa*, con claridad, y la presencia de la Iglesia en el mundo», tal como se vio, por ejemplo, en la audiencia general del miércoles 23 de julio de 1975 sobre la naturaleza del pueblo cristiano, definido como una «entidad étnica *sui generis*»¹.

Y en otra ocasión admitirá: «Me conmueve ante todo pensar en su gran lealtad humana delante de hechos buenos». En segundo lugar, Giussani estaba convencido de que lo que le objetaban algunos a Pablo VI como «titubeo» era, en cambio, «una búsqueda tan apasionada de la verdad que le volvía atentísimo a todos los aspectos del camino de lo verdadero». En tercer lugar, a Giussani le asombraba este hecho: «Cuando la evidencia del camino a recorrer le pareció [clara], dio una admirable ejemplo de decisión» incluso «ante el riesgo de incomprensión»².

Según Giussani, los diez últimos años del pontificado de Pablo VI «estuvieron llenos

de dolor por la Iglesia de Dios, puesta a prueba por mil peligros». Recordando la publicación de la *Humanae Vitae* (el 25 de julio de 1968), imaginaba «el dolor que debió de experimentar Pablo VI por la imprevista oleada de hostilidad que suscitó su encíclica». Aquella circunstancia «marcó un giro radical entre la primera y la segunda fase del pontificado». Giussani estaba asombrado de que el Pontífice advirtiera «la presencia operante del Maligno en lucha con la realidad histórica de la Iglesia, llegando casi a aplastarla en ciertos momentos o lugares». Pero precisamente esta percepción «renovó en él la certeza purísima de la fuerza mayor que tiene la acción del Señor operante en una ‘pequeña grey’ fiel a Él: la comunidad cristiana, nacida por la energía del Espíritu de Cristo resucitado y unida en torno a Pedro y a los sucesores de los apóstoles»³.

Ante la muerte de Pablo VI Giussani deseaba que le pudiera suceder un hombre que continuase «la intuición de la tragedia» en que se encontraba la Iglesia. Y, sobre todo, «del único remedio, que es la vuelta a la fe en lo sobrenatural como determinante de la vida de la Iglesia, la vuelta a la tradición auténtica». En resumen, recordaba Giussani, «yo esperaba un Papa que continuase el camino que Pablo VI había indicado clamorosamente en sus últimos años».

El 26 de agosto de 1978 los cardenales elegían al patriarca de Venecia, Albino Luciani, que tomó el nombre de Juan Pablo I: «Le había visto una vez, cuando era patriarca de Venecia, y concordaba totalmente con el análisis y con el tratamiento que yo proponía para la situación», dirá Giussani. De ese brevísimo pontificado —que duró apenas treinta y tres días— recordaba la impresión que tuvo al oírle hablar en televisión recién elegido: «Dijo algo así como: ‘Estaba fuera de mis previsiones ser elegido, así que pedí consejo mis amigos. Ellos me dijeron que aceptara y he aceptado’. Fue precioso».

De su muerte repentina Giussani habló en relación con su sucesor: «Dios ha querido —yo creo— el sacrificio de este hombre (¡porque ha sido un sacrificio real! ¡Y quizá solamente al fin del mundo sabremos hasta qué punto ha sido un martirio! Dios ha querido esto con el fin de preparar a la Iglesia para la llegada de Juan Pablo II. Un Papa extranjero que es la encarnación de lo que en sus últimos diez años Pablo VI había intuido y expresado», es decir: «la clara certeza de lo que significa el contenido del mensaje cristiano también para la historia de este mundo. Esto es, la fe en el Dios hecho hombre, con el consiguiente entusiasmo hacia este hombre, en el que es posible volver a poner toda la esperanza de cada uno de los hombres y del mundo entero». Por eso la historia es «el lugar en el que se pone en juego la gloria de Cristo». Y, por otra parte, «¡la presencia! La Iglesia como presencia en el mundo, en todo caso y en cualquier lugar»⁴.

El 14 de octubre de 1978 se había abierto el cónclave del que dos días después saldría un Papa extranjero, el polaco Karol Wojtyła. Para la mayoría en Italia se trataba de un desconocido, pero no para Giussani ni para CL. Vittorio Citterich, en esa época vaticanista del telediario de la RAI, cuenta que tuvo que dirigirse a don Francesco Ricci, uno de los principales colaboradores de Giussani y gran conocedor de la Europa del Este, para escribir el perfil del nuevo elegido⁵.

Giussani había visto por primera vez al arzobispo de Cracovia en Krościenko en 1973, pero también anteriormente algunos *giesinos* italianos habían tenido ocasión de conocerle. Entre ellos, Carlo Buora (más tarde ingeniero) fue el primero en conocer a Wojtyła: «En diciembre del 65, Ricci, durante las vacaciones de Navidad, fue por primera vez a Polonia, a Cracovia, y conoció a algunos exponentes de las redacciones de los periódicos católicos, unos encuentros que nos había relatado a los del grupo de Milán que nos interesábamos por el Este Europeo».

Buora, que estudiaba segundo curso en la Politécnica, había visto un día en los tablones de anuncios algunos avisos de prácticas en el exterior. Una de ellas era en Polonia, en la central eléctrica de Jaworzno (a unos cincuenta km de Cracovia, en los confines de Silesia). «Entraba más o menos en mis intereses estudiantiles (el estudio de la energía nuclear) y estaban pagadas». Obtenida la beca, a primeros de julio de 1966 el joven se había marchado: «Don Giussani me había recomendado que fuera a Czestochowa a rezar a la Virgen, y Ricci me había dado nombres de personas a las que visitar». Después de las primeras semanas de ambientación, Buora había ido a Cracovia, a la redacción del periódico *Tygodnik Powszechny*, que se le había indicado: «En el momento de entrar me dio terror pensar que podía meterme en problemas de alguna manera. En medio de la incertidumbre y del temor me vino a la mente que la jerarquía eclesiástica de Polonia era en todo caso fiel, y que podría dirigirme a ella para asegurarme. El arzobispado estaba a pocos pasos de la redacción, entré y pedí ver al obispo [...] Wojtyła, nombrado hacía poco en Cracovia. Wojtyła hablaba italiano: le expliqué que existía en Milán un movimiento en los colegios de enseñanza media superior del que yo formaba parte, y que había venido a Polonia a conocer la Iglesia. [...] Le dije entonces que quería conocer a dos personas [del periódico, *nda*] y que quería saber de él si podía fiarme. Wojtyła respondió: ‘Fíese de ellos como de mí mismo’». Recuerda siempre Buora que le habló de esos encuentros «a don Giussani, a don Ricci y en una intervención en el [Centro] Péguy. Se entabló entonces una relación estable con Polonia basada en viajes durante Navidad, Pascua y también en verano»⁶.

El 11 de junio de 1973 Giussani había participado en Kroscienko (Polonia) en la ceremonia de consagración del movimiento Luz y Vida a la Virgen, en presencia del cardenal Wojtyła. La historia de Luz y Vida tenía particulares consonancias con la de CL⁷.

Después de que el arzobispo pronunciara el acto de consagración a María y tras el canto *Era silenciosa y bella como la primavera...*, entonado por el mismo Wojtyła, había tomado la palabra Giussani: «Me siento aquí como en mi casa, porque todos formamos parte del mismo cuerpo del Señor, y veo que esta idea, este valor, está en la base de vuestra experiencia y de vuestra fraternidad. También nuestro movimiento, al igual que el vuestro, tiene como única finalidad volver a proponer a los jóvenes —especialmente— una fe viva, y la Providencia ha querido que los lemas, las palabras programáticas de nuestro movimiento coincidan literalmente con las palabras programáticas de vuestro movimiento: nueva vida, hombre nuevo y nueva cultura». Añadía, no obstante, que «el mundo que [nos] rodea no acepta fácilmente esta obra del Espíritu, esta verdadera

novedad de vida». Por eso «igual que vosotros tenéis que trabajar en condiciones fatigosas y adversas, preocupantes, también nosotros, por circunstancias distintas, tenemos que soportar nuestras fatigas y nuestra persecución»⁸.

La primera audiencia con Juan Pablo II

Fue por tanto a partir de estos precedentes como, poco después de la elección de Juan Pablo II, Giussani envió una petición de audiencia privada. Le fue concedida el 18 de enero de 1979, y se le avisó tan solo con dos días de antelación. Al volver del encuentro, el 21 de enero, Giussani escribió al Papa expresándole su gratitud inmensa y su alegría por todo lo que había podido escuchar, recibir y comunicar: «También nosotros queremos participar del tipo humano que la fe ha podido plasmar en usted. Por esto su persona está ahora en el centro de nuestra vida»⁹.

Después dirigió una carta a los grupos de Comunión y Liberación: «Como probablemente habréis sabido, he tenido el gran don de poder hablar largamente con el Papa sobre nuestra vida y sobre lo que quisiéramos ser en esta amada Iglesia nuestra y en esta amada tierra nuestra». Mientras estaba delante de Juan Pablo II se preguntaba: «¿Qué razón ofrece mi vida a los ojos del Papa para que Él me conceda todo esto? La razón es vuestra vida, la vida de todos vosotros, amigos y compañeros míos de camino, toda vuestra fe, vuestro compromiso activo, vuestra generosidad, vuestra capacidad de sacrificio. Este es el verdadero motivo por el que he sido recibido, y estaba lleno de estupor, de vergüenza de mí mismo, de gratitud al Papa y a vosotros».

Giussani resumía después el mensaje que había resonado en las preocupaciones y la actitud del Pontífice: ante todo, «Jesucristo es la verdad de todo el hombre, y la fe constituye la forma de toda la vida y de su actividad». Por eso no está «por una parte la fe y por otra los intereses, los compromisos de la vida, el trabajo. No. La fe es la fuente del criterio para afrontar todos los problemas de la existencia, y es en la fe donde debe radicar nuestro comportamiento en los ambientes, que es como el terreno en el que se desarrollan todos los problemas». En tercer lugar, «es necesario que la fe se exprese como cultura. En efecto, es la cultura lo que determina el rostro de un pueblo, expresando su historia. Nuestra fe no debe tener ‘complejos de inferioridad’ frente a la cultura dominante».

Giussani proseguía su propia reflexión escribiendo: «Como veis, es la confirmación de lo que él dice continuamente a la muchedumbre los miércoles y los domingos». Y refiriéndose al método propio del movimiento, conforme al cual, para verificar y madurar la fe, es necesario implicarse con un acontecimiento en el que esta vive, escribía además: «Este Papa es el acontecimiento que Dios ha suscitado, encarnando en él y exaltando ante nuestros ojos la historia de fe y de martirio del pueblo polaco. La figura humana de este Papa es el hecho concreto en el que implicarnos para mirarle a Él, escucharle e identificarse con su mentalidad, para seguirle».

Giussani contaba además que, cuando salió de la audiencia, había experimentado un sentido de gran responsabilidad: «Una voluntad de servir a ese hombre con todas mis

fuerzas y con toda mi vida. Quisiera que esta responsabilidad nos invadiera a todos». La carta terminaba con un llamamiento: «Amigos míos, en un mundo en el que la fe está tan perdida y la injusticia es tan grande, sacudámonos nuestra inercia, alejemos nuestro egoísmo, arrastrando con él nuestro aburguesamiento. Amigos míos, sirvamos a este hombre, sirvamos a Cristo en este gran hombre con toda nuestra existencia»¹⁰.

«Me ha recibido porque existís vosotros»

Giussani relató aquel encuentro hablando a los estudiantes de GS en Milán, el 22 de febrero de 1979: «El Papa no me ha recibido por mi cara bonita». Y se explicaba: «Si me ha recibido, me ha recibido porque existís vosotros, por este fenómeno que surgió aquel mediodía en aquella acera de la calle Lamarmora en Milán» (ver aquí, p. 186). Por eso, añadió, había pedido audiencia al Papa. Giussani recordó a continuación los dos días anteriores, transcurridos en una espera llena de emoción. Pero esos sentimientos «se disolvieron de repente nada más entrar en su biblioteca, porque te hace sentirte a gusto enseguida».

En cuanto se encontró ante el Pontífice, Giussani se arrodilló: «Y él me agarró por la muñeca y me levantó, haciéndome daño: aprieta de un modo terrible... Me levantó y me dijo: ‘Nosotros nos conocemos’. Porque yo le había visto en Kroscienko, cerca de Cracovia, hacía unos pocos años». Después le dijo Juan Pablo II: «Además conozco también a Comunión y Liberación porque venís a Polonia». «Sí, Santidad, vamos a Polonia desde hace diez años», replicó Giussani. «Y también a Czestochowa», precisó el Papa. «Sí, este año éramos quinientos», añadió Giussani. El Papa exclamó: «¡Muchos!». Giussani: «Este año seremos muchos más».

Giussani se había hecho una lista de las cosas que quería decirle deprisa, pensando que la audiencia duraría como mucho un cuarto de hora: «Me tuvo dentro treinta y cinco minutos, aparte del posado para las fotografías. Así pues arranqué a toda velocidad para decirle lo que tenía pensado decirle... solo logré decirle un tercio, aunque algo le dije». Para empezar se dirigió al Papa con estas palabras: «Nosotros solo queremos una cosa: la fe, queremos vivir la fe. Y para nosotros vivir la fe quiere decir que la fe debe impregnar, debe ser algo interesante para toda la vida, para todos los sentimientos de la vida». Ante estas palabras, Juan Pablo II empezó a mover la cabeza. «Tiene una cabeza que parece la de un león, lo juro, un león, porque tiene dos grandes pómulos, en las fotografías no se ve mucho, pero de cerca es un león en el sentido literal de la palabra: solo le falta la melena, vaya...», comentaba jocosamente Giussani.

Prosiguiendo la conversación, le dijo al Papa que concebía la fe como una forma de vida que abraza y penetra en todo, y que encuentra expresión en la frase del Evangelio sobre el ciento por uno; era una expresión que Giussani citaba frecuentemente y que significaba que «querrás cien veces más a tu chica, serás cien veces más capaz de amistad, te apasionará la justicia en la convivencia social cien veces más, comprenderás a tus padres cien veces más; tendrás una curiosidad por la verdad cien veces mayor; entenderás qué es este brotar misterioso del ser tan lleno de palpitación y qué es la

naturaleza, cien veces más; disfrutarás de la música cien veces más». Al oír estas palabras, contó Giussani, Juan Pablo II «empezó a mover su cabezota así, a decir que sí, pero a veces enérgicamente: Jesucristo es el corazón de la vida». Después Giussani subrayó que la educación cristiana tenía que ayudar a los jóvenes a afrontar todos los problemas de la vida desde el punto de vista de la fe, dentro del colegio, de la universidad o en el mundo del trabajo. Sin esto la fe no lograría madurar. «Y él asentía cordialmente».

El clima de familiaridad que se estableció en aquellos pocos minutos indujo a Giussani a formular dos observaciones críticas: «Santidad, por estas cosas a nosotros se nos acusa de integrismo, porque decimos que Jesucristo es la clave de todo». Al escuchar esas palabras, el Pontífice, «haciendo un gesto como irónico, dijo: ‘¡Ah! ¡Ah!’... Es así: ‘¡Ah! ¡Ah! Integrismo, integrismo’... porque también se lo dicen a él». De nuevo Giussani, dirigiéndose al Papa: «‘Y en segundo lugar, dicen que nosotros vamos contra la parroquia porque insistimos en el ambiente, cuando es una ayuda para madurar, y por eso es también una ayuda para la acción parroquial’. Y ahí también asentía».

La tercera cosa que logró decirle a Juan Pablo II fue que los chicos no debían estar solos, porque «la fuerza de Cristo en la historia por medio del misterio del bautismo nos ha convertido en una sola cosa»; por tanto, «la comunidad es la expresión de una ‘realidad ontológica’, del ser profundo, de una verdad real», no es un «apretujarse unos con otros. La comunidad es una dimensión de mi persona».

Una vez dichas al Pontífice estas tres cosas, «le encontré asintiendo tan impetuosamente que en cierto momento la discusión se convirtió realmente en un diálogo intenso e inmediato», hasta el punto de que «me descubrí apoyado en la mesa del Papa hablando con arrebató. Cuando me di cuenta, me retiré con las manos al borde de la mesa, humillado, y él esbozó una ligera sonrisa».

Giussani logró añadir que su único ideal era «favorecer la unidad de los cristianos donde sea y como sea, porque la fuerza de Cristo en la historia obra por medio del signo de nuestra unidad». La respuesta de Juan Pablo II, tal como la recordaba Giussani, fue esta: «Sí, sí, lo que es importante es que todo esto ‘alcance’ en la conciencia un nivel tal que influya en la cultura, porque aquí estáis llenos de complejo de inferioridad frente a la cultura dominante». Giussani quería haberle dicho que estábamos llenos de complejos frente a esa cultura simplemente porque nuestra fe estaba debilitada, pero no lo consiguió.

El Papa le recomendó que la fe estuviera tan llena de conciencia que lograra influir también a nivel cultural. Giussani le dijo cuál era su definición de la cultura: «Conciencia crítica y sistemática de una experiencia de vida». Recordaba que esta afirmación «le dejó un instante parado, y después comenzó de nuevo a hacer así», asintiendo «con su noble cabeza».

Wojtyla le preguntó qué deseaba, y Giussani respondió: «Que las asociaciones católicas, especialmente las oficiales, favorezcan la unidad y no la impidan»; en segundo lugar, le adelantó una petición de audiencia privada para los universitarios del movimiento.

Al final de la conversación Giussani recordaba la siguiente escena: «‘Bien, ¡ahora vamos a hacernos la foto!’», me agarró otra vez por el mismo brazo... ¡y me tiró!... Me tiró hacia abajo y me dijo: ‘Ahora le bendigo’».

Relatando a los chicos de Gioventù Studentesca la audiencia, les dijo que, mientras miraba a Juan Pablo II, pensaba: «Dios no nos ha dado solamente un gran maestro, ¡sino a un hombre! ¡Un hombre! ¡Un temperamento humano realmente impregnado, traspasado por la fe!».

Giussani consideraba que este era exactamente el genio del cristianismo: la pedagogía para volver a Dios no pasa a través de «discursos, elucubraciones y discusiones. ¡No! Consiste en seguir a una realidad viva que está entre nosotros, a un tipo humano». ¿Qué es el cristianismo sino esto? El acontecimiento representado por «un hombre que empezó a andar por los caminos; algunos le escucharon hablar y se pararon, unos le siguieron y toda la gente sintió curiosidad, iban allí, trataban de servirse de él, estaban sorprendidos por dentro. Pero la gente es superficial y tiende a sus propios intereses inmediatos, y por eso solo algunos se quedaron con él».

Giussani se despidió de los estudiantes dejándoles una misión: «Prestad atención a este hombre que camina delante de nosotros: esta es la gran regla para que nuestra fe madure, es decir, que llegue a ser una fe que venza al mundo»¹¹.

Juan Pablo II: «Id confiadamente con la Iglesia hacia el hombre»

El 22 de febrero de 1979 Giussani escribía a los universitarios del movimiento que Juan Pablo II les iba a recibir en audiencia el 31 de marzo, conforme a lo que le había pedido en la audiencia de enero. Y también a ellos les recomendaba dedicar la máxima atención a su testimonio: «La figura humana de este Papa es el acontecimiento concreto, suscitado por Dios, para que nuestra fe madure más y nuestra voluntad de servir a Cristo y a la Iglesia se haga más activa. [...] Quiero ofreceros de nuevo este propósito a cada uno como el significado y la razón de la peregrinación que haremos el 31 de marzo: un gesto que expresará nuestro reconocimiento y nuestra voluntad de responsabilidad cristiana»¹².

La tarde del 31 marzo, antes de la llegada del Pontífice, Giussani no lograba contener su entusiasmo y por eso les dijo a los universitarios que llenaban hasta los topes el Aula Nervi: «Lo que estamos realizando hoy es el gesto más significativo de nuestra historia». A continuación invitó a todos a rezar la Hora Intermedia con esta intención: «Queremos pedir al Señor que nos cambie con su gracia. El mundo solo cambiará si cambiamos nosotros. Es lo que hemos aprendido en estos meses pasados siguiendo las palabras de los discursos del Papa»¹³.

A la llegada de Juan Pablo II, Giancarlo Cesana le dirigió un breve saludo en nombre de todos los presentes: «El gesto que se nos ha concedido realizar [...] nos permite expresar todo nuestro entusiasmo por usted, por el testimonio de claridad y fuerza que nos da. Y pedir su juicio y su ánimo para este camino que sentimos a veces solitario y cargado de responsabilidad».

Después de esas palabras intervino Juan Pablo II: «Es una gran alegría para mí vuestra presencia hoy. Y no puedo decir que nos veamos por primera vez; no sé cuántas veces nos hemos encontrado ya antes. Yo recuerdo todos aquellos encuentros en Polonia. Y debo decir que aquellos encuentros han dado sus frutos, porque hoy no sabía al entrar quién estaba en esta aula; ¿es juventud italiana o polaca?, me preguntaba. Muchos encuentros: recuerdo bien los que tuvimos en Kroscienko, y una vez también en Cracovia».

Wojtyła se refirió a su país: «Siempre he pensado que soy un peregrino bastante fiel, fiel a Czestochowa y a Jasna Gora, pero he conocido aquí a personas que han hecho la peregrinación desde Varsovia a Czestochowa dos veces a pie. En cambio yo la he hecho solamente una vez, y no desde Varsovia, sino desde Cracovia, que es un camino más corto. Así pues, vosotros habéis ido muchas veces como peregrinos a Polonia. [...] El último año el número de participantes italianos era el más elevado y pienso que de aquellos peregrinos el número mayor estaba constituido por jóvenes de vuestro movimiento. Una vez [...], después de la peregrinación Varsovia-Czestochowa, vino un grupo italiano [...] a mi capilla de Cracovia, dentro de la casa arzobispal, y cantaron en polaco. Yo no conseguía distinguir: ¿son los de Comunión y Liberación o son los de nuestro Movimiento por una Iglesia viva?».

A continuación observó que «vosotros os habéis propuesto llevar el mensaje renovador de la fe a todos los ambientes en los que la Providencia os ha puesto para vivir, para servir y para amar, porque estáis convencidos de que es posible encontrar en el Evangelio la respuesta satisfactoria para todos los interrogantes que asaltan al hombre». Y añadió: «Vuestra propuesta ha reunido consensos, aunque en medio de contrastes y oposiciones, y sé que incluso habéis sufrido. Pero entre contrastes y oposiciones habéis visto converger en torno a vosotros y unirse a vosotros a otros jóvenes, a quienes vuestro ejemplo ha abierto nuevos horizontes de donación, de autorrealización, de alegría. Por eso habéis podido tocar con las manos cuánta necesidad de Cristo tiene nuestro mundo. Es importante que continuéis anunciando con valentía humilde su palabra salvadora».

El Pontífice se detenía, después, en el nombre del movimiento: «Debo decir que me gusta mucho este nombre, me gusta por muchos motivos: por un motivo teológico y por un motivo que llamaría eclesiológico. Está enormemente unido ese nombre a la eclesiología del Vaticano II. Además me gusta por la perspectiva que nos abre: la perspectiva personal, interior, y la perspectiva social: ‘Comunión y Liberación’. Por su actualidad, esta es la tarea de la Iglesia hoy: una tarea que se expresa precisamente en el nombre ‘Comunión y Liberación’». Con este nombre, decía el Papa, «habéis mostrado que sois bien conscientes de las expectativas más profundas del hombre moderno. La liberación que anhela el mundo —habéis razonado— es Cristo; Cristo vive en la Iglesia; por consiguiente, la verdadera liberación del hombre se realiza en la experiencia de la comunión eclesial; edificar esta comunión es por ello la aportación esencial que pueden hacer los cristianos a la liberación de todos».

Juan Pablo II insistía en que el nombre del movimiento «abre una perspectiva interior y al mismo tiempo social» y dirigió a Giussani y a los miles de jóvenes que estaban en el

Aula Nervi estas palabras: «Quiero dejaros una consigna: id confiadamente con la Iglesia hacia el hombre. En la Encíclica [*Redemptor hominis*, publicada el 4 de marzo de 1979, *nda*] he señalado precisamente al hombre como el principal camino por el que debe caminar la Iglesia [...]. Que vuestro testimonio cristiano se alimente de esa certeza y obtenga de ella cada día nuevo impulso y nueva frescura»¹⁴.

Después del rezo del padrenuestro y la bendición final, antes de concluir su encuentro con Giussani y los universitarios, el Papa tuvo tiempo para algunas palabras improvisadas: «Me han venido a la mente durante la oración. Primera palabra: quiero agradeceros el hecho de que me hayáis acompañado en el comienzo mismo del Pontificado: el primer día vinisteis trayendo incluso una inscripción en polaco. Pero yo pensé enseguida: no son polacos los que la llevan, porque —os explico por qué no— tenía una falta, un error ortográfico. Es la primera palabra que me ha venido durante la oración. La segunda: entonces, si las cosas están como están, tenemos que cantar ahora ‘*Oto jest dzien*’. Tenemos que cantar juntos, porque es verdad lo que expresa ese canto». Las palabras del cántico, que los *cielinos* sabían que le gustaba mucho a Wojtyła, dicen: «Este es el día que ha hecho / el Señor, alegrémonos / y exultemos en él»¹⁵. El Papa acompañó el canto dando palmas vigorosamente con las manos en alto por encima de la cabeza.

A su vuelta de Roma, Giussani escribió a todo el movimiento. Para él aquella audiencia representó un punto sin retorno: «¡Qué sorpresa sentir el ideal de nuestra vida confirmado en los mismos términos habituales para nosotros y explicado con una claridad y eficacia nada frecuentes!». Por eso, subrayaba, el 31 de marzo ha sido «el acontecimiento más ‘acontecimiento’ de toda nuestra historia: se nos ha invitado a una *responsabilidad* de la que no podemos volvernos atrás. A mí me produjo como un escalofrío cuando dijo: ‘Quiero dejaros una consigna: id confiadamente con la Iglesia hacia el hombre’. Nuestra vida será juzgada por esta responsabilidad», conscientes de que el cristianismo es para todos los tiempos y para cada hora de la historia, y por consiguiente tendrá que determinar «también la hora que estamos viviendo, la circunstancia histórica confusa y amarga que pide no obstante nuestro compromiso tenaz para que se delimite el caos social». Eran, en efecto, los «años de plomo», en los que el terrorismo sembraba el terror y provocaba víctimas por todas partes en Italia.

Después confiaba un sentimiento que había experimentado en aquellas horas: «Cuando os miraba en esa inmensa aula, pensaba: ‘Mira: la gran mayoría de estos jóvenes amigos míos no podrá estrechar la mano del Papa o hablarle, solo le verán de lejos. Pero este gesto humanísimo y grandioso lo ha hecho cada uno de ellos’». Tanto es así que sin la presencia de cada uno de aquellos universitarios, aun oculto en la masa, «no se le habría dicho al Papa esa gran palabra de fe y de amor; CL no se habría dado a conocer. ¡Cómo hubiera querido ser uno de vosotros, hundido entre la masa, lleno de conciencia y de amor a este ‘cuerpo único’ que somos! Os doy las gracias uno a uno, conmovido y sorprendido como delante de ese hombre que nos guía, porque cada uno de nosotros es un ‘acontecimiento’ para mí y para todos»¹⁶.

Mientras formulaba estos juicios, Giussani tenía presentes algunos hechos que

representaban para él el camino del futuro y que tenían precisamente en los universitarios del movimiento a sus protagonistas. Uno de esos hechos lo cuenta Monica Zappa y se remonta a los comienzos de 1979: «El arzobispo de Friburgo en Brisgovia, Oskar Saier, a través de don Eugenio Corecco, que había sido compañero suyo de estudios de Derecho canónico en Múnich, contactó con don Giussani para pedirle que algún estudiante de Comunión y Liberación pudiera ir a Alemania, a su diócesis, para estar presente en los ambientes universitarios; estaba dispuesto a poner a su disposición cuatro becas». Este iba a ser precisamente el comienzo de una forma concreta de invitar a CL que empezó a multiplicarse también en otros países.

«De modo que un día», continúa Monica Zappa, «durante una de las conversaciones de los jueves por la mañana, don Giussani me preguntó si había ‘contraindicaciones’ para que me marchara a Alemania, y si creía que podría proseguir allí mis estudios. La pregunta se me planteó del modo más sencillo y normal que pudiera imaginarse, así que con la misma sencillez y normalidad le dije que sí. No había en él el más mínimo énfasis respecto a la misión, no me preguntó si me gustaba o si tenía quién sabe qué espíritu misionero, no había ningún proyecto respecto a CL en el extranjero: se trataba de decir que sí a la realidad, en mi caso a la invitación del obispo alemán; de lo demás se ocuparía Dios». Cuando algunos meses después la joven partió junto a tres amigos (Lorenza, Guido y Massimo), recuerda que le oyó decir a Giussani solamente dos cosas muy sencillas: «Haced bien vuestro trabajo y vuestro estudio, y estad unidos entre vosotros». Pensando de nuevo en aquel episodio casi cuarenta años después, Monica Zappa declara: «Ahora comprendo mejor que este era el mismo método que él mismo había vivido con toda la vida del movimiento. En efecto, no podíamos ni siquiera imaginar el ciento por uno que desde aquel momento iba a producirse, y todavía se produce, en mi vida personal y en la de los amigos que iba a conocer». Sobre todo no puede olvidar un hecho decisivo para ella y para los otros tres amigos: «Nunca nos dejó solos: vino algunas veces a la Selva Negra para vernos y predicar los Ejercicios espirituales, y a Friburgo para una comida con el arzobispo, una comida alegre y divertida: dos sacerdotes que, hablando ítaló-alemán en modo infinitivo, disputaban una carrera de recíprocas confidencias y cumplidos».

En mayo de 1979 se publicaba en *Il Sabato* el resumen de una entrevista de Giorgio Sarco (seudónimo de Rocco Buttiglione) con Giussani, titulada ‘Da quale vita nasce Comunione e Liberazione’ (traducida y publicada repetidas veces en español: ‘De qué vida nace Comunión y Liberación’, *ndt*). El texto íntegro será publicado dos meses después como suplemento a *Litterae communionis*. Giussani hablaba del Papa y de su primera encíclica, la *Redemptor hominis*, recién publicada: «‘El Verbo se hizo carne’. Recuerdo cómo mi profesor en el seminario, don Gaetano Corti, [...], nos explicaba este pasaje a sus alumnos, diciendo que la clave de la realidad y el centro de la vida de la persona y del mundo se había hecho una *presencia encontrable* para cada uno de nosotros en Cristo. [...] Desde entonces, la primera vez que he oído repetir, con sobresalto, la intuición originaria aclarada por las experiencias de aquellos años, y con el mismo acento, ha sido en la encíclica de Juan Pablo II». En efecto, la *Redemptor hominis*

empieza con estas palabras: «El redentor del hombre, Jesucristo, es el centro del cosmos y de la historia». Giussani comentaba que esa era la certeza que albergaba durante su vida en el seminario; la misma certeza que constituyó el motivo por el que se marchó a enseñar religión a los colegios: «Precisamente para comunicar a los jóvenes esa verdad que me había impactado y la necesidad de cambiar la vida a la luz de ella».

Por eso invitaba a «centrar todavía más clara e intensamente, crítica, cordial y generosamente todo en torno a la palabra del Papa», identificándose «con el tipo humano que guía hoy a la Iglesia, [...] con la certeza humana llena de fe que vive el Papa con la urgencia de hacer que Cristo se convierta en la clave de la mirada que se dirige al hombre y al mundo. Este Papa nos enseña una apertura absoluta a lo humano en su concreción original, lo que es totalmente diferente de esa apertura a interpretaciones de lo humano que poco a poco lo van invadiendo todo, y que termina en una actitud servil hacia los intelectuales de turno. Si se pierde ese punto de referencia original se acaba traicionando al hombre y corriendo tras el propio pensamiento orgulloso»¹⁷.

El 17 de mayo de 1979 el Papa se reunía con dos mil universitarios de CL de Roma en los jardines vaticanos, delante de la reproducción de la gruta de Lourdes. Era la víspera de su cumpleaños: «Esto no tiene que ser un cumpleaños, sino un cumpleaños», dijo al saludarles¹⁸. Desde ese día la escena se repetirá durante algunos años: cada mes grupos de *cielinos* iban a saludar a Juan Pablo II, a veces acompañados por el mismo Giussani; el Papa daba las gracias y saludaba a los presentes.

Un testigo privilegiado de aquellos ‘cumplemeses’ es monseñor Camisasca, quien recuerda, entre otras muchas, la cita del 15 de julio de 1979, de nuevo en la gruta de Lourdes, por la mañana: «Una concelebración de seis sacerdotes de CL con el Papa, ante un millar de universitarios. Luego, al final, de nuevo cantos y diálogo: ‘¿Por qué no habéis venido en junio? Os quiero todos los meses’, dijo más o menos el Papa. ‘No sé si habéis oído hablar de un cierto castillo’, dijo, aludiendo a Castel Gandolfo. ‘Eso, en agosto os quiero allí. Me gustaría hacer una excursión con vosotros, pero ¿me lo permitirían los guardias suizos?». Desde aquella mañana los que estaban presentes recuerdan a un Papa que se lanzaba entre los jóvenes a estrechar manos, a preguntar, a responder. Giussani había desayunado con el Papa a las nueve.

A partir de entonces los encuentros se multiplicaron, como recuerda siempre monseñor Camisasca: «Juan Pablo II escuchaba mucho, hablaba poco y sobre todo hacía preguntas. Había un punto al que volvía con frecuencia en las conversaciones: la necesidad de que la fe se convirtiera en cultura y la urgencia que tenía la Iglesia de buscar una relación directa con el pueblo, sin delegar esa conexión en nadie, ni siquiera en un partido político»¹⁹.

*Juan Pablo II: «Vuestro modo de afrontar los problemas
es semejante al mío; o mejor, es el mismo»*

El 4 de noviembre de 1979, día de san Carlos Borromeo, Giussani festejó la onomástica del Papa con un grupo de jóvenes del movimiento en el patio de San Dámaso

del Vaticano. Después de los cantos se dirigió a Juan Pablo II: «Santidad, a pesar de su cansancio, esperamos su palabra, porque en la lucha de todos los días, ya sea grande o pequeña, su palabra hace que no sintamos miedo, salvo el que sentimos por nosotros mismos. Pero para esto nos confiamos a la Virgen».

Estas fueron las palabras improvisadas por el Papa, en transcripción literal: «Debo decir que para mí es un gran placer la posibilidad de cantar junto con los jóvenes. Fue siempre durante muchos años un placer y cuando puedo cantar con los jóvenes en el día de mi onomástica, el día de san Carlos, es ciertamente un regalo. Os agradezco este regalo. Y además, si tengo presente que nos encontramos aquí en el patio de San Dámaso, cantando el ‘*Góralu czy ci nie zal*’ [*Montañero, no te disgusta, nda*], es realmente algo surrealista. Pienso que para todos mis predecesores, aquí, en este palacio, sería algo inimaginable. Pero el Señor nos ha dado también la imaginación para hacer cosas inimaginables. Así pues: os agradezco que me ayudéis a hacer cosas inimaginables. Puede ser [que] después de este encuentro el patio de San Dámaso conserve todavía su título, y no cambie por el de patio de CL. Pero poco a poco podrá cambiarse. [...] Enhorabuena, enhorabuena a todos los jóvenes. A vuestro monseñor. [...] ¡Dónde están aquellos buenos tiempos cuando se cantaba hasta medianoche y todavía más hasta la una, las dos, las tres, [...] y... después se dormía! Buenas noches»²⁰.

Los encuentros con Juan Pablo II eran realmente reuniones *sui generis*: en su crónica del encuentro del 26 de enero de 1980, en Radio Vaticana, el padre Francesco Farusi utilizó la misma expresión del Papa, «una tarde surrealista», para describir aquel momento. Después de presentarse en el habitual patio de San Dámaso en una fría noche invernal, los jóvenes fueron introducidos en la Sala Regia del Vaticano. Al recibirles, el Papa se preguntó: «¿Qué han hecho estos jóvenes para llegar hasta aquí? Y además me pregunto —y hay aquí un testigo ocular, el doctor Griegel, de Cracovia—¿cómo habríamos podido imaginar hace apenas un año una vigilia como esta, en la que estudiantes italianos cantan con el Papa? Ciertamente es algo irreal. Pero junto al término ‘irreal’ hay otra palabra, al mismo tiempo muy semejante y totalmente diferente, y es el término ‘sobrenatural’. Este no es un vocablo irreal, al contrario, es plenamente real. Y yo veo que vosotros vivís plenamente dentro de la realidad. Esto me da alegría, como todos nuestros encuentros, comenzando por este, el primero del año».

A continuación siguió diciendo que «el camino que habéis elegido es plenamente adecuado para la situación del hombre de hoy, porque la nuestra es una época en la que el hombre tiene gran poder, pero al mismo tiempo se siente erradicado de sí mismo. [...] Me parece que la teoría y la práctica de vuestro movimiento están dirigidas a encontrarse con el hombre —lo que significa encontrarse a uno mismo— en su cultura, en sus raíces culturales; es suficiente pasar media hora escuchando vuestros cantos para darse cuenta de ello».

Y concluyó con unas palabras que Giussani citará con frecuencia a partir de aquel día: «Este breve encuentro me ha dado la oportunidad de constatar que vuestro modo de afrontar los problemas es semejante al mío; o mejor, es el mismo. Os agradezco esta comprobación. [...] Dios os bendiga en este año que acaba de empezar. [...] y espero que

volváis de nuevo, ahora que habéis aprendido el camino...»²¹.

Comentando estas palabras, Giussani dirá: «No sé qué institución católica haya podido tener hasta ahora una aprobación tan definitiva y tan bella como esta. Porque realmente es grande este reconocimiento». Frente a semejantes afirmaciones, la reacción que le vino a la mente fue esta: «Lo que define nuestro valor como movimiento dentro de la vida de la Iglesia no es una capacidad organizativa, sino la autenticidad de este modo de afrontar las cosas que el Papa llama suyos»²².

La multiplicación de estas citas cementó la relación con el Papa venido del Este; la voluntad de Giussani de seguir y de servir al vicario de Cristo en la tierra se transparentó aquí por entero, hasta implicar a todo el movimiento en la dinámica de aquella amistad con Juan Pablo II.

Un año con la Redemptor hominis

En diciembre de 1979, Giussani hizo que se imprimiera una edición de la *Redemptor hominis* «comentada» a pie de página con pasajes del magisterio de Juan Pablo II: quería que todos los miembros de CL comprendieran su alcance histórico y por eso hizo de ella el texto de referencia para la Escuela de comunidad, la catequesis semanal de todos los grupos del movimiento.

En el texto introductorio de la obra se lee que la encíclica había propuesto de nuevo a todos los hombres la certeza cristiana: que solo en Cristo se encuentra la liberación auténtica y la posibilidad de que el hombre se conozca en su libertad, su dignidad y su capacidad de influir en la historia. «‘Cristo centro del cosmos y de la historia’: esta expresión sintetiza precisamente la intuición y la intención con la que comenzó hace 25 años nuestro camino, nuestra tentativa de educación cristiana»²³.

El 11 de marzo de 1980 Giussani introducía a los universitarios de Milán en el trabajo sobre el contenido de la *Redemptor hominis*, aclarando enseguida que el punto de partida era el anuncio de que el Señor ha venido como salvador del mundo y subrayando que «si el punto de partida no es la certeza, tampoco se puede construir nada humanamente hablando». Dicha certeza, en efecto, «fundamenta cada momento de mi vida, no es una certeza que se quede en el índice de un texto teórico mío».

Por consiguiente, explicaba, Cristo centro del mundo y de la historia se pone en juego «en la personalidad individual, dentro de la circunstancia singular en la que esta se ve provocada». El segundo capítulo está dedicado a la tradición de la Iglesia «en cuanto que te ha tocado (la historia del movimiento). Pero esta tradición es una historia dentro de la historia del mundo, es una historia nueva dentro de la vieja historia del hombre. Esta tradición es el fruto del Espíritu. Este es, pues, el segundo factor, la raíz de todo: el Espíritu. En la obediencia». El tercer capítulo describe el efecto que produce esta vida nueva: «Toda esta vida tiene como tarea el universo, la totalidad, es una vida católica. Apertura universal», lo que para Giussani significaba «el comer y el beber, el velar y el dormir, el libro que tomas en tus manos, el curso al que asistes, las chicas, la relación con tu novia, la relación con tus padres, la relación con las elecciones administrativas, la

relación con la música, la relación con el cielo y la tierra, con todo, con todos los acontecimientos»²⁴.

El 18 de septiembre de 1980 Giussani presentaba a los universitarios otra parte de la *Redemptor hominis* («El hombre redimido y su situación en el mundo contemporáneo»): «El título de la tercera parte establece el nexo profundo que existe entre la fe y la condición existencial en la que vive el hombre. Una fe sin este nexo no es todavía una fe cristiana. Amigos, daos cuenta de que tampoco entre nosotros ha llegado todavía esta fe cristiana», tanto es así que «esta mañana se ha celebrado en la Católica una asamblea sobre Polonia y al comienzo ha habido un terrible silencio»²⁵. La asamblea a la que se refería Giussani fue convocada para debatir sobre un hecho clamoroso, sucedido pocas semanas antes en el país natal de Juan Pablo II.

Dánzig 1980. Solidarność

En agosto de 1980, en los astilleros de Dánzig, en Polonia, comenzó una oleada de huelgas que pronto se extendió a las fábricas de casi toda Polonia. «Solidarność» (solidaridad) fue el término que identificó desde el primer momento a los protagonistas de una lucha que, de mera reivindicación sindical se convirtió en un movimiento de pueblo que implicó a obreros, trabajadores en general, jóvenes e intelectuales. Entre los líderes de aquel primer levantamiento en el corazón de un país del bloque comunista estaba Lech Wałęsa, un trabajador de los astilleros de Dánzig.

En la reunión del 18 de septiembre Giussani exclamó, dirigiéndose a los universitarios: «Pero ¿cómo podéis, después de todo un año de lucha cultural, ir a una asamblea donde se va a hablar del hecho humano más grande que ha sucedido en Europa en los últimos treinta años, y quedaros en silencio? Eso quiere decir que ese hecho no ha provocado nada en vosotros». Por la estima que sentía hacia los universitarios no les ahorró esta corrección y sacó una conclusión desconsolada: «Podemos quedarnos tranquilos en la vida de nuestras comunidades», y justamente por eso, la falta de reacción a la noticia de los hechos de Dánzig es «un juicio que es como un hachazo que nos corta por la mitad».

Relacionó el asunto polaco con la *Redemptor hominis*: «Si Dios se ha hecho hombre, eso es algo que tiene que ver con la vida de todos y cada uno de los hombres, pero no del hombre abstracto». Cristo, en efecto, tiene que ver con el problema concreto, «del hombre que se levanta por la mañana y que siente sobre sí el peso de su familia porque está enferma, o que siente el peso de su deber de estudiar, de las circunstancias de su vida que son dolorosas, o bien que se levanta por la mañana sin que nada le mueva, con la misma superficialidad y neutralidad con la que muchos se levantan». De hecho, «si Cristo es el destino del hombre que se ha hecho carne, es decir, que se ha hecho uno de nosotros, eso significa que el destino hecho hombre —Cristo— perturba, tiene que perturbar tu vida de hombre hoy, ¡hoy! Y no el hoy de tus pensamientos, sino el hoy del juicio con el que de hecho te acercas a todas las cosas».

Giussani no legitimaba ninguna justificación de la inercia; era profundamente crítico: «No existe ningún juicio más grave que revele, que desvele nuestra cobardía, nuestra

pusilanimidad, que equivale a decir un ánimo pequeño, y nuestra resistencia a la novedad que ha explotado en el mundo con Cristo, que el modo en que todos habéis tratado, habéis sentido y habéis mirado los hechos de Polonia».

Finalmente invitó a prestar atención a una frase del Papa, pronunciada durante la audiencia general del 14 de noviembre de 1979: «Esto tiene que convertirse en nuestro eslogan: ‘Anunciar a Cristo significa hacer que el hombre crea, es decir, que se vea a sí mismo en Cristo’. Cuando digo ‘mí mismo’ no digo una abstracción: digo el dolor de barriga que tengo, digo el cólico que me ha entrado mientras hablo, digo el asombro que experimento cuando veo un paisaje, digo la reacción que tengo al escuchar una noticia o leer el periódico, digo el apego que siento hacia esa chica o ese chico, digo la preocupación que tengo porque estoy en el último curso de universidad y después ya no habrá CLU. Creer, vernos a nosotros mismos en Cristo, pero uno mismo es una trama de necesidades y de exigencias, de pensamientos y de sentimientos, aunque de forma misteriosa»²⁶.

El sentido de nacer

Una larga conversación que grabó en aquel mismo 1980 con Giovanni Testori evidencia, hasta los detalles más concretos, lo central que era en Giussani la atención a la persona. El escritor extrajo de ella un libro que publicó la editorial Rizzoli²⁷. Antes de empezar la conversación Testori le explicó a Giussani que el texto iba a ser el primero de una nueva colección, y por esto se preguntaba qué nombre darle: «Podría ser *los libros del nacimiento* [...], *los libros de la cuna* [...]; *los libros de la cruz* [...], *los libros de la esperanza*». Giussani no tenía duda: «Yo elegiría *los libros de la esperanza*, porque la palabra esperanza remite a una espera primordial; y llama de tal manera la atención sobre ella que también abre el camino hacia una respuesta»²⁸.

Una vez definido el título de la colección, comenzaron a grabar. Testori observó: «Giussani, tú compartes desde hace décadas la historia de las generaciones jóvenes. Tú las has visto pasar; mejor dicho, ellas han pasado por dentro de ti; para muchos de esos jóvenes tú has sido, de alguna manera, un padre, un hermano...». Giussani dijo que los jóvenes, especialmente las últimas generaciones, eran «el nuevo lugar viviente en el que el dolor y la esperanza se solapan, vienen a coincidir. De hecho, es como si en ellos hubiera un gemido; gimen como cuando a los niños les pasa algo. [...] Es aquí donde normalmente se equivocan los padres de estas desgraciadas generaciones; [...] está claro que han querido a sus hijos», pero es «la alegría de tener un destino lo que los padres no han comunicado a sus hijos». Y Testori: «No han comunicado a sus hijos la alegría de ser ellos mismos hijos». Esto había sucedido, según Giussani, porque «los padres y las madres han pretendido ser ellos padres y madres de sus hijos y han desatendido el signo más importante: que ellos mismos eran hijos»; para Testori «han dejado de acordarse de ese momento de abandono a otra medida...». Giussani le interrumpió: «¡Esto es! No se han percatado nunca de ese abandono a Otro. ¡Han dejado de escrutar el abismo que les arrastraba en el gesto que les unía! Lo que significa que han olvidado. Era como si el

gesto que les unía y el fruto que engendraban fuera una cosa suya, que nacía de ellos. [...] Sus hijos han nacido como si no hubieran sido queridos». Testori lo decía con otras palabras: «Efectivamente, han nacido ‘separados’. Se ha abierto una brecha, un vacío; más aún, un precipicio inmenso hacia el vacío. [...] Así hemos llegado forzosamente a una cultura abstracta, una cultura que dice ocuparse del hombre porque es la única coartada que tiene, pero que en realidad avanza en contra del hombre y en contra de sí misma. [...] Es un engranaje espantoso que actúa al margen del hombre, en contra del hombre, en vista de la destrucción del hombre».

Y sin embargo, precisamente en este contexto dramático, que parecería ahuyentar la esperanza, Giussani entreveía una posibilidad extrema de recuperación: que, «paradójicamente, el pequeño David de la persona libre se yerga libre en contra del Goliath del Estado, que es el instrumento poderoso de este engranaje destructor del hombre. Para mí este es el signo de los tiempos para los cristianos. [...] Es sobre esta fragilidad, sobre esta debilidad última de la verdad donde se inserta la potencia de Dios con su promesa». Según Giussani, «este es el tiempo en el que es necesario rescatar la conciencia de la persona. Es como si ya no pudiéramos hacer cruzadas o campañas sociales... Cruzadas programadas, grupos organizados. Un ‘movimiento’ nace exactamente con el despertar de la persona. [...] Precisamente la persona, que, ante un engranaje como el que tú has descrito, es lo más insignificante que existe, lo más ridículo, lo más desproporcionado y sin viso alguno de tener éxito, precisamente la persona es el punto de rescate. Y así, en mi opinión, nace el concepto de ‘movimiento’, [...] el ideal de que nazca un ‘movimiento’, lo cual parece algo sin orden ni concierto y nadie sabe cómo puede acontecer. En efecto, su lugar de nacimiento es la partícula más inerte y desarmada que existe: es decir, la persona. [...] Yo no logro encontrar otro motivo de esperanza que no sea el multiplicarse de estas personas que sean una presencia. [...] Es el ejemplo de una vida que empieza a romper el hielo y a devolver el calor a un cuerpo, a un cuerpo congelado. Y esto debe llegar a multiplicarse mediante el reconocimiento mutuo y la compañía recíproca hasta convertirse en un fenómeno socialmente relevante. Es el mismo dinamismo que instituyó Cristo»²⁹.

Testori le recordó a Giussani una frase de Novalis: «La filosofía es propiamente nostalgia: el deseo de volver a casa»³⁰, y le preguntó cuál era su grado de esperanza en los jóvenes; Giussani le respondió que era grande: «Me parece que ha llegado el momento en que si el Señor quiere salvar su obra, debe renovar a las personas; debe llamar a la existencia a aquellas personas, a aquellas compañías de las que hemos hablado, debe crear aquellos movimientos a los que aludimos antes. Ha llegado el momento. Es el signo de los tiempos. Por tanto, paradójicamente, este momento en que la crisis toca su fondo es el momento de mayor esperanza»³¹.

Era evidente que Giussani no se paraba en la apariencia de las cosas, y que por consiguiente no se dejaba arrastrar por el desánimo o los discursos polémicos; cuanto más difíciles se volvían los tiempos, más volvía a poner su esperanza en la renovación de la persona por obra del Señor. Y en ese duro momento, provocado por las preguntas de Testori, Giussani no formulaba proyectos o estrategias de reconquista católica, sino que

continuaba apostando por la libertad de la persona como factor de presencia entre la gente.

Capítulo 21
«La mayor gracia en toda la historia del movimiento»
El nacimiento de la Fraternidad de CL
y el reconocimiento pontificio
(1980-1982)

Un domingo de finales de los años setenta, Giussani se hallaba reunido con un grupo de responsables del movimiento en la Domus pacis et vitae de Leggiuno (Varese). Estaban con él alrededor de doscientas cincuenta personas. Al mirarlas, pensó: «Son mayores, son maduros, son adultos, son responsables de comercios, de fábricas, de iniciativas de trabajo, de oficinas, y sobre todo son responsables de su familia, que es la empresa más importante por naturaleza. ¿No deberían ser también responsables, no deberían sentir una responsabilidad madura por su santidad?». Sois responsables, les dijo Giussani, «y por eso ya no se os cuida como a niños, no se os organiza como a chicos ni se os pone en marcha como a universitarios. ¡Tenéis que vivir vuestro camino humano hacia el destino, que se llama camino de santidad, tenéis que daros cuenta de ello vosotros mismos y asumirlo como responsabilidad vuestra!».

La segunda idea que le vino a la mente fue esta: «El movimiento nos ha acostumbrado a percibir la metodología cristiana en cada ocasión de compromiso y de realización de la persona. Ahora bien, el método cristiano del acontecer de la persona es el método de la comunionalidad: su esfuerzo puede ser sostenido únicamente si la persona se ‘traduce’, se traduce ella misma en una comunión vivida y, por tanto, en una comunidad». Por eso sugirió una directriz con la que plantearse la vida: «Que os juntéis libremente formando un grupo [...], cuyo origen puede ser de cualquier tipo: amistad, relaciones, preferencias, cercanía de trabajo, proximidad ocasional, local, parroquial». Giussani descendía a los detalles: «El grupo no puede ser enorme: veinte o veinticinco personas; tiene que ser algo libre y espontáneo». El contenido de vuestras reuniones, además, debe estar definido por la necesidad «de ayudaros para que vuestra fe camine. Por eso el valor real del grupo debe consistir en la estima y el amor que cada uno debe sentir por el incremento de la fe de los demás». La multiplicación de estos grupos marcará de este modo «el enraizamiento del movimiento en la sociedad»¹.

A finales de los años setenta algunas reuniones periódicas de adultos del movimiento tomaron el nombre de «confraternidades» [cofradías, ver nota, *ndt*]. Giussani describía así su origen en el Consejo nacional de CL del 20 de enero de 1979: «La confraternidad es una realidad de amistad y de comunión que generan los adultos». La palabra «subraya

la responsabilidad total del adulto». Cosa que repetía de nuevo en el Consejo posterior de marzo de 1979: «La confraternidad es un movimiento de adultos —[...] bajo la total responsabilidad de la gente que lo crea— y se caracteriza por la pasión por Cristo: Cristo centro del cosmos, de la historia, de la vida»².

La insistencia de Giussani en el tema del adulto era continua. Durante el Consejo nacional de CL de agosto de 1979 dijo: «El movimiento de las confraternidades es el ideal [...] de todo nuestro movimiento, que quiere ser un movimiento de adultos, es decir, de personas que crean con total responsabilidad»³.

Durante los Ejercicios espirituales de los sacerdotes, del 10 al 13 de septiembre de 1979, Giussani describía la imagen de vida de los adultos: «Todo lo que hacen, el trabajo, la mujer, los hijos, el dinero, todo es ‘para’, para construir nuestra comunidad y, por medio de ella, la comunidad de la Iglesia». Recordó que, justamente a partir de esta preocupación, «en los siglos XVI y XVII nacieron cofradías pequeñas y grandiosas, que luego se unieron entre sí formando archicofradías». Él esperaba que reviviera aquella tradición, pero sin ningún artificio: «Se puede muy bien llegar a ser santos en la Iglesia de Dios, se puede muy bien ser estupendos también en nuestro movimiento, sin que nazcan esas estructuras. Son estructuras que no dependen del centro del movimiento, de la organización del movimiento, sino que dependen total y absolutamente de la noble responsabilidad del adulto, de aquellos que se reconocen unidos entre sí»⁴.

Y durante la Jornada de apertura de curso de CL en Milán, siempre en septiembre de 1979, subrayó que, siguiendo esta lógica, se comenzaba desde un aspecto particular y se terminaba creando una humanidad nueva: «También la Iglesia empezó con once pescadores asustados y un fariseo que odiaba a Jesús». Giussani estaba tan preocupado de que nacieran personalidades adultas y, por consiguiente, responsables en la sociedad, que llegó a decir en enero de 1981 que si esto no sucedía, «el movimiento se quedará en un juego para niños»⁵.

Un testigo de esta nueva etapa es Giancarlo Cesana, que recuerda muy bien la inquietud de Giussani y el comienzo de las confraternidades: «Me hallaba completamente inmerso en el contexto de la amistad que había nacido en la universidad con don Giussani, y que no podía ciertamente terminarse al acabar los estudios. Y, en efecto, se prolongó más allá de la universidad hasta constituir un grupo estable. Nos reuníamos cada quince días en la vía Mosè Bianchi, en la sede de los misioneros del PIME, que en esa época acogían a CL». Durante aquellas primeras reuniones lo que Giussani subrayaba —en palabras de Cesana— era la libertad, esto es, que cada uno «reconociera que la amistad que había empezado en la universidad tenía un valor definitivo para toda la vida». Un día Giussani se dirigió así a uno de ellos, que venía desde Pésaro cada vez que se reunían, pues había vuelto allí al terminar sus estudios en Milán: «¡Así que tú subes hasta aquí para nada!». Al recordar aquel episodio, Cesana explica que lo que quería decir era que aquel joven «venía solamente por un intercambio gratuito de amistad, sin ningún objetivo de naturaleza organizativa u operativa».

La acogida de la invitación de Giussani no estaba clara, como reconoce siempre Cesana: «Nosotros, al menos yo, reaccionamos inicialmente a aquella propuesta con

interrogantes, sin comprender por qué insistía él tanto en la necesidad de aquellas reuniones nuestras. Tras los primeros encuentros, además, se volvió todavía más insistente», tanto que, en un momento dado, al constatar la vacilación de los presentes —unas pocas decenas de personas—, fue rápidamente al grano. Cesana recuerda así las palabras de Giussani: «Es mejor que vengáis aquí, porque si no vinierais, os perderíais todos, uno a uno». Entonces el grupo empezó a llamar en broma a aquella reunión periódica la «confraternidad del salvavidas». Pero Giussani era contagioso, y así, «aún sin comprender hasta el fondo su preocupación, nos vimos cada vez más implicados en un protagonismo que él reclamaba explícitamente. Y así no solo continuamos con nuestro grupillo, sino que empezamos a viajar promoviendo otros», concluye Cesana⁶.

Pero justamente la singularidad y la espontaneidad en el modo de nacer las confraternidades planteó un problema, como recuerda Giorgio Feliciani: «En efecto, se trataba de una realidad de hecho en sentido estricto, es decir, carente de estructuras formalmente definidas y de cualquier reconocimiento jurídico por parte de la autoridad eclesiástica o civil. Una situación decididamente inadecuada para las perspectivas de una compañía de adultos, que, bajo su total responsabilidad, se proponían como una presencia activa en la Iglesia y en la sociedad». No fue fácil resolver el problema: «Exigía, ante todo, la redacción de unos Estatutos escritos, articulados en disposiciones precisas, que, además de reflejar fielmente la originalidad de la experiencia que se vivía y de favorecer eficazmente su desarrollo, presentaran todos los requisitos necesarios para obtener un reconocimiento de naturaleza jurídica». En segundo lugar, se necesitaba encontrar una autoridad eclesiástica dispuesta a conceder su aprobación; desde este punto de vista las dificultades parecían todavía mayores, «a causa de las reservas e incluso de la oposición al movimiento que habían manifestado algunos exponentes autorizados del episcopado italiano, preocupados por tutelar el monopolio de las asociaciones católicas oficiales»⁷.

Monseñor Camisasca señala que el reconocimiento por parte de la Iglesia fue «fruto de dos itinerarios convergentes que ocuparon por completo los años setenta y el comienzo de la siguiente década». El primero fue el relativo a los contactos entre CL y la CEI, «que había pedido un estatuto en el que se precisaran las finalidades y los ámbitos de acción del movimiento. [...] Con monseñor Bartoletti pareció que CL llegaba a la meta por la que tanto suspiraba. Pero la muerte repentina del secretario de la CEI dejó todo lejos de resolverse. Se presentó una última redacción a la presidencia de los obispos italianos en junio de 1979, cuando ya era papa Karol Wojtyła»⁸.

El otro itinerario está ligado a un imprevisto que tuvo lugar en 1979: el dossier relativo a la solicitud de reconocimiento enviada por Giussani terminó en el despacho de monseñor Mariano De Nicolò (riminés, primo de don Giancarlo Ugolini, y más tarde obispo de Rímini), que prestaba servicio en la Comisión Pontificia para la revisión del Código de derecho canónico, en el Vaticano. Cuando leyó los papeles, llamó a un sacerdote de Forlì, don Francesco Ricci —vinculado desde hacía veinte años a Giussani—, sugiriéndole que contactara con monseñor Giuseppe Lobina (1924-1983), conocido canonista. Como relata Feliciani, el consejo fue acogido enseguida, y pocos meses

después monseñor Lobina, una vez recabados los datos necesarios tras reunirse con algunos responsables de CL y con el mismo Giussani, redactó una nueva versión de los estatutos, que se envió a la Conferencia episcopal italiana. En enero de 1980 se reunía el Consejo Nacional de CL: Giussani, recuerda siempre Feliciani, «esperaba que los obispos italianos pudieran mirar con benevolencia el nuevo borrador redactado con monseñor Lobina. Y justamente en los primeros meses de 1980 se produjo el cambio. El 19 de marzo Juan Pablo II había escrito al abad de Montecassino. Dos meses después se iba a inaugurar oficialmente en todo el mundo el decimoquinto centenario del nacimiento de san Benito. [...] Dada la afinidad, constantemente subrayada por don Giussani, entre el espíritu benedictino y el del movimiento, monseñor Lobina lanzó la idea de que fuese el abad de Montecassino quien reconociera a CL»⁹.

Bajo el signo de san Benito

En mayo-junio de 1980 algunos adultos del movimiento de Roma se reunieron con el abad de Montecassino, monseñor Martino Matronola. Giussani contará que, siguiendo la propuesta de monseñor Lobina, aquel grupo de amigos, «hablando del decimoquinto centenario de san Benito, tuvo la idea, junto al abad, de hacer una ‘Asociación laical’ con sede en Montecassino [...] que es la forma de derecho más amplia que haya (pueden entrar en ella sacerdotes, monjas, casados, no casados)». De este modo, continúa, «nos ‘atreveremos’ a que pueda nacer un nuevo movimiento de adultos, con una posible relevancia en la vida social italiana, que crecerá con el tiempo. ¡Y es bonito que la inspiración haya venido del decimoquinto centenario de san Benito!»¹⁰.

El 11 de julio de 1980 el abad de Montecassino —que tiene sobre el territorio adyacente los mismos poderes que un obispo diocesano— reconocía a la Fraternidad de Comunión y Liberación. Giorgio Feliciani recuerda que todo sucedió de la forma más discreta posible. En la solemnidad de san Benito Patrono de Europa, en el decimoquinto centenario de su nacimiento, once personas¹¹ se presentaban junto a don Giussani ante el abad para constituirse en asociación canónica. Un decreto de monseñor Matronola atribuía el carácter de sujeto jurídico en la Iglesia a la Fraternidad de Comunión y Liberación y aprobaba sus estatutos y sus obras de apostolado y de formación individual y social, poniéndola bajo la «protección de la Virgen Inmaculada y de nuestro patrono san Benito»¹².

Al cabo de un año se sumarán casi dos mil personas a los socios fundadores, sin que se hubiera hecho ninguna acción de propaganda organizada, precisa Feliciani¹³.

En la primavera de 1981, hablando del reciente reconocimiento por parte del abad de Montecassino, dijo Giussani: «Desde que existe el cristianismo, lo que fermenta la masa es una presencia viva: estos grupos serán el fermento. Si son adultos, tendrán la agilidad y la libertad de moverse como quieran; pero no pueden evitar la inmanencia en la Iglesia en la que están, el servicio a la parroquia y a la diócesis en las que viven»¹⁴. Giussani pretendía subrayar la necesidad de este testimonio, en un momento problemático y

dramático de la vida de la Iglesia y del mundo. Lo hizo refiriéndose a dos recientes intervenciones de Juan Pablo II. De su discurso del 6 de febrero leyó el siguiente pasaje: «Es necesario admitir con realismo y con profunda y atormentada sensibilidad que los cristianos se sienten hoy en buena medida extraviados, confusos, perplejos e incluso desilusionados; se han esparcido a manos llenas ideas que contrastan con la verdad revelada y enseñada desde siempre; se han propagado auténticas herejías en el campo dogmático y moral, creando dudas, confusiones y rebeldías, se ha manipulado incluso la liturgia. Inmersos en el ‘relativismo’ intelectual y moral y por ello en el permisivismo, los cristianos se ven tentados por el ateísmo, el agnosticismo y el iluminismo vagamente moralista, por un cristianismo sociológico, sin dogmas definidos y sin moral objetiva. Es necesario conocer al hombre de hoy para poderlo comprender, escuchar y amar, tal como es, no para excusar el mal, sino para descubrir sus raíces, bien convencidos de que para todos hay salvación y misericordia, siempre que no se rechacen consciente y obstinadamente»¹⁵.

Nada más terminar la lectura, Giussani observó que «al escuchar al Papa uno puede comprender que lo que dice es un drama que ha vivido y que vive él. Es una cosa suya, que ha tocado su vida. Es algo en lo que pone en juego su persona»¹⁶. De igual manera tendría que ponerse en juego cada persona que se adhiriera a la Fraternidad.

Y de otro discurso del Papa del 16 de enero de 1981 citó estas palabras, invitando a sustituir el término ‘estudiar’ por la palabra ‘trabajar’. Decía Juan Pablo II: «Mientras estudiáis, vivís también en el ambiente escolar y universitario [...]. Es ahí donde estáis llamados a formaros, a motivar vuestras decisiones, y a llevar el testimonio de vuestra fe en el Señor Jesucristo, que nos da [...] la verdad del hombre indisolublemente relacionada con la verdad de Dios»¹⁷. Giussani subrayaba de estas palabras su claridad en cuanto método educativo y añadía: «¡Debemos reconocer que nos llena de gozo escuchar en las palabras y en el planteamiento del Papa el idéntico acento que nos ha hecho sufrir durante treinta años!»¹⁸.

Luego siguió citando al Papa: «Una de las tareas que os competen es superar con el pensamiento y con la acción la dicotomía que establecen las diversas corrientes de pensamiento, tanto antiguas como contemporáneas, entre Dios y el hombre. [...] Con esta fidelidad a la verdad entera os pondréis a cubierto de las tentaciones de la pura ideología y de sus efervescencias, de los eslóganes simplistas y de las consignas de la violencia que destruyen y no construyen nada»¹⁹. Este discurso, dijo Giussani, «nos propone de nuevo la integralidad con la que debe la fe abordar la vida. [...] No educamos en la madurez de la fe si no educamos a la gente para ‘formarse en el ambiente’. No influimos en nuestra gente si no la educamos para formarse en el ambiente, donde muchas veces está sola. Este es el carácter providencial que tiene una amistad como la nuestra, un movimiento como el nuestro»²⁰.

El 16 de noviembre de 1981 los nuevos inscritos en la Fraternidad recibían una carta que contenía el resumen de la síntesis que había hecho Giussani durante la primera reunión de la Diaconía central de la Fraternidad, celebrada en Montecassino. En ella

explicaba que la Fraternidad de CL quería ser «una expresión consciente y comprometida, es decir, madura, de la historia del movimiento de CL». Añadía que tenía la finalidad de «asegurar el futuro de la experiencia del movimiento y su utilidad para la Iglesia y para la sociedad, mediante la continuidad en la educación y en la construcción de obras, como resultado de esa educación».

Inmediatamente después, Giussani subrayaba que la adhesión a la Fraternidad tenía que ser fruto de una decisión eminentemente individual: «Nace como necesidad personal para nuestra fe y para que se realice nuestra propia fisonomía cristiana»²¹. Este es el único motivo para inscribirse.

Junto al gesto de la inscripción, Giussani indicaba otros tres elementos como expresión de la voluntad personal de adhesión a la Fraternidad: la oración comunitaria, la obediencia a las indicaciones del movimiento, permaneciendo en el cauce de la vida de CL, y la entrega de una cuota libremente establecida para el fondo común, con el fin de aprender el desapego de las cosas terrenas o pobreza²². Giussani practicó ese desapego durante toda su vida. En efecto, además de una pobreza personal, vivida por otra parte sin ninguna ostentación, solía destinar los donativos que recibía a quien sabía que se encontraba en situaciones de grave dificultad económica, ya se tratara de un individuo o de una joven pareja con niños todavía pequeños. Lo mismo hacía, por ejemplo, cuando se enteraba de que algún monasterio carecía de lo necesario para vivir. Durante toda su vida recordó la dimensión de la caridad cristiana con las palabras y con el ejemplo. La atención de Giussani se dirigía constantemente a la persona en su condición concreta, fuera quien fuera. Por ejemplo, los que le acompañaban en coche por las calles de Milán eran fácilmente reprendidos si no daban al mendigo que se encontraban en un semáforo un donativo adecuado en vez de la consabida monedita; más de una vez se le vio extraer de su cartera un billete o incluso entablar diálogo con un señor que hacía las veces de aparcacoches improvisado a la salida de este o aquel restaurante: preguntaba quién era, como es que no tenía trabajo y si se había interesado en buscar alguno, y a continuación invitaba al que estaba con él a dejar un teléfono para ayudarle en ese sentido.

En Giussani la profundización continua de los factores esenciales de la experiencia cristiana estuvo siempre acompañada del ejercicio cotidiano de la caridad —material y espiritual— hacia un número muy grande de personas, desde los amigos más cercanos hasta los extraños, a los que conocía por casualidad y que enseguida consideraba como compañeros de camino con los que compartir algo de sí mismo.

De una confraternidad, el Meeting de Rimini

Una de las diversas confraternidades que empezaron a surgir en muchos puntos de Italia, de norte a sur, nació en Rimini. Formaban parte de ella, entre otros, los cónyuges Emilia y Antonio Smurro, María Vittoria y Nicola Sanese, Nadia y Domenico Pirozzi, don Giancarlo Ugolini, Bruno Sacchini y Maurizio Bellucci. Significativamente, casi todos habían participado años antes, en el verano de 1968, en la reunión de Dos días de Torello (ver aquí, p. 426), y estaban entre los pocos que habían sobrevivido a la diáspora

de GS de la época.

El 13 de julio de 1979 llegó una carta a la casa de los Smurro. Quien escribía era Domenico (Mimmo) Pirozzi: «Percibo en mí con mucha urgencia la necesidad de una comunión cada vez más absoluta y concreta, la necesidad de que Cristo, la Iglesia, el movimiento, sean el horizonte real en el que nos movemos. [...] Pido (¡¡¡demasiado poco!!!) al Señor que nos conceda el don de una hermandad como la que Cristo vivió con los apóstoles, como la que Wojtyła ha vivido con Wyszyński [Stefan Wyszyński (1901-1981), en esa época cardenal primado de Polonia, *nda*] o como la que don Gi [Giancarlo Ugolini, *nda*] vive con don Giussani. [...] No sé si lo que don Giussani llama confraternidad es todo esto o mucho más o algo completamente distinto». Decía estar disponible «para empezar enseguida con quien esté de acuerdo esta amistad fraternal hecha de carne, este compartir sin límites, este amor sin fronteras, esta comunión sin condiciones»²³.

En esos mismos meses aquel grupo de amigos concebía una iniciativa sin precedentes. Todo empezó en la mesa de un restaurante de Rímini, 'Da Marco', en el barrio de San Giuliano. Alver Metalli, oriundo de la vecina Riccione y corresponsal del semanario *Il Sabato*, acababa de volver de Nicaragua, de la revolución sandinista. Según Paolo Biondi, que durante años será portavoz del Meeting, fue precisamente Metalli quien sugirió: «Tenemos que hacer un *happening* en verano. Y tenemos que hacerlo nosotros por dos motivos: porque es la vocación de Rímini y porque Rímini es el lugar en el que se reúne la gente. Y, como siempre, don Giancarlo se *entusiasmó* con la idea». Era el sacerdote quien reconocía: «Aquí el hecho cristiano estaba relegado al invierno. Lo máximo que se hacía en verano eran las misas en alemán para los turistas»²⁴. Durante una reunión, don Giancarlo le comentó la hipótesis a Giussani; la cosa le gustó y dijo: «Sí, merece la pena probar, luego veremos. Si algo no funciona corregiremos la idea, pero merece la pena»²⁵.

Y así, en medio del veraneo playero y disipado, se celebró del 23 al 30 de agosto de 1980 el primer «Meeting por la amistad entre los pueblos», que tuvo como título «La paz y los derechos de los pueblos». Nadie podía imaginar que aquella iniciativa estaba destinada a convertirse en una de las manifestaciones culturales más importantes y concurridas a nivel internacional.

Su origen le pareció a Giussani un ejemplo de esa responsabilidad de los adultos que indicaba desde hacía años como camino para el futuro. Él mismo fue quien habló de ello durante un encuentro de sacerdotes en Bolonia, el 1 de diciembre de 1980. Habían pasado apenas tres meses desde la conclusión del primer Meeting. En el curso de la reunión intervino don Ugolini para contar cómo había nacido. Mientras le estaba escuchando, Giussani anotó en un papel algunas palabras. Al final de la intervención estableció en pocas frases lo que, a su parecer, eran la génesis y la finalidad del Meeting: «Me gustaría que sacáramos a la luz los factores que establecen el rostro adulto del fenómeno que ha dado origen a la manifestación más grande que hemos hecho en treinta años: el Meeting de Rímini; más grande no solo cuantitativamente, sino también desde el punto de vista de la incidencia en la opinión pública». Giussani enumeraba tres: ante

todo, se trata de gente «apasionada por la vida del movimiento. ¿Qué quiere decir apasionada por la vida? Un adulto no puede dejar de estar apasionado por la vida; en caso contrario, o bien es un viejo, o es un niño. El adulto es serio con la vida: la seriedad con la vida es tener pasión por el significado. El adulto es una persona para la que el movimiento es un vehículo, o un lugar de encuentro, con el significado de su propia existencia, de su persona». En segundo lugar, son «amigos entre sí por circunstancias que lo han permitido. Así pues, una pasión por la vida que capacita para la amistad. Y la amistad es afrontar ‘juntos’ las necesidades».

Para Giussani las personas que habían dado vida al Meeting presentaban un acento particular que revelaba su madurez. Esto lo daba el hecho de que, «al vivir en una determinada situación (la del Rímini estival), han observado la absoluta y total falta de presencia de los cristianos. ¿Cuántos años hace que Rímini es un centro vacacional de ese tipo? Es bellissimo y trágico que haya gente que se haya sentido provocada en un momento dado, de improviso o finalmente por el hecho de que no exista ninguna presencia cristiana». Por eso, en tercer lugar, «el ideal de vida que llevan dentro de sí, que se ha convertido en algo orgánico gracias a la amistad y, que es valiente gracias también a la amistad, ese ideal se compromete, cambia. No existe una verdadera percepción ideal si no se traduce en energía de cambio, esto es, en afecto, en energía que mueve el tiempo y el espacio, la realidad, en función del ideal. Así pues, se han puesto en marcha para realizar esa presencia».

Para Giussani, lo que había sucedido en Rímini, totalmente imprevisto, era una descripción de la historia del adulto en cuanto tal: «Serio con la vida, que reconoce el ideal, y por eso eminentemente social como temperamento, como fisonomía. Este es el ideal que es capaz de unir: lo que une a la gente, lo que crea la sociedad es la respuesta a las necesidades del vivir. La amistad: compañía guiada hacia el destino, como yo la defino siempre delante de los chicos. Percepción de una la situación en la que está ausente el propio ideal, y por consiguiente compromiso para que se dé, para que acontezca la presencia del ideal».

Así, insistía Giussani, «empieza el acontecimiento nuevo, comienza la generación del adulto, y el adulto a su vez genera». Los rimineses «han creado un lugar donde se podía encontrar un sujeto. La presencia es esto: un lugar. La generación del adulto, que hace presente su propia vida fuera de sí mismo y a su alrededor, es un lugar donde se puede encontrar a un sujeto. Un sujeto, una persona, una humanidad que tiene algo que decir; una humanidad que contiene un mensaje. ¡Este es el verdadero hijo! Un padre no es padre porque permita a la mujer dar a luz un feto. Es verdaderamente padre si crea una persona a la que se puede encontrar como lugar de un mensaje, cuando crea una persona que encierra en sí un mensaje».

Giussani observaba que después de hacer estas cosas «se puede hacer de todo: se puede limpiar la iglesia, barrerla, quitar el polvo de los bancos, se puede servir, cubrir todos los niveles de la catequesis, se puede organizar a los acólitos, se puede organizar la conferencia de San Vicente y todo lo demás: pero después. Porque si no es expresión de esto, ¡entonces estamos acabados, aunque hagamos muchas cosas! Si hacemos muchas

cosas producimos todo lo más resistencia, ponemos un dique de resistencia a la ola de la marea, una resistencia que se verá inevitablemente arrasada»²⁶.

Aquí se ve la capacidad que tenía Giussani de leer en profundidad los acontecimientos, descubriendo en ellos significados que sus mismos protagonistas podían no percibir. En efecto, estaba hablando de un evento que solo en los años posteriores iba a mostrar todo su alcance, debido también a las dimensiones que alcanzaría. Pero él ya señalaba los rasgos fundamentales del Meeting, simplemente reflexionando sobre lo que había podido saber de aquella primerísima edición. No son los grandes números o el éxito mediático lo que cuenta, sino una diferencia cualitativa. Y Giussani no dejaba de señalarlo delante de todos.

Un cristianismo que no tiene miedo a la vida

La misma preocupación se ponía de manifiesto el 12 de enero de 1981, durante una reunión de los sacerdotes del norte de Italia. Giussani hizo que se leyera un pasaje del teólogo ortodoxo Olivier Clément, sacado de *La révolte de l'esprit*: «La tragedia de la historia europea consiste en que el socialismo, en lo que tiene de mejor, no ha conocido realmente la parte mejor del cristianismo. El socialismo, este ‘cristianismo de lo externo’, como decía Péguy, ha encontrado siempre y exclusivamente ante sí un pietismo asustado de la vida, carente de cualquier dinamismo de transfiguración. Es verdad que estaban Péguy y Berdiaev y su convergencia en el personalismo francés, visto que Mounier, a comienzos de los años treinta, fundaba el movimiento *Esprit* inspirándose en Péguy y con la colaboración de Berdiaev. Pero estos hombres, estos grupos, estaban demasiado aislados, las corrientes totalitarias eran demasiado poderosas, las convulsiones históricas demasiado desmesuradas, para que el personalismo pudiera producir fruto en lo inmediato (hoy en día parece que algo empieza a tomar forma en este sentido con Comunión y Liberación en Italia y con el desarrollo de las tendencias personalistas en la *intelligentsia* cristiana del Este)»²⁷.

Sin ahorrarles nada a sus sacerdotes, Giussani explicaba que el pasaje le había impactado seriamente por el sentido de enorme responsabilidad que había despertado en él. Sobre todo había una frase, en lo que acababa de leer, que definía por contraste el tipo de impulso con el que había nacido el movimiento treinta años antes: «Nuestra experiencia se levantó realmente sin ninguna pretensión, como necesidad personal, contra, frente a y en medio de un cristianismo que aquí se describe como ‘pietismo que tiene miedo a la vida’. ¡La descripción más perfecta de aquello contra lo que sentimos que teníamos que objetar! Y contra lo que me temo que ahora, después de veinticinco años, solamente objetamos desde el punto de vista intelectual porque luego, en la práctica, ¡cuán fácilmente están nuestras comunidades gobernadas por un ‘pietismo que tiene miedo a la vida’!»²⁸.

A continuación retomó una poesía de Karol Wojtyła: «La redención buscaba tu forma para entrar en la inquietud de cada uno de los hombres»²⁹. El problema, subrayaba Giussani, es que «la redención entre en mi forma, en mi carne y en mis huesos, en mi

actitud, en mi manera de pensar, en mi corazón. El problema es que Cristo sea todo para mí»³⁰. Así podría suceder lo que deseaba Juan Pablo II: «Hacer de nuevo que la fe se haga cultura en los diversos espacios culturales de nuestro tiempo»³¹. Y con un salto atrás de quince siglos, Giussani citaba como ejemplo a un hombre que, viviendo esto, cambió Europa: Benito. «Esa gente no quiso hacer frailes y monjas, quiso vivir el cristianismo y ayudar a los demás a vivirlo. [...] La fe se convirtió en cultura, es decir, la totalidad, el ideal último, impregnó todos los aspectos particulares y los cambió; y de este modo la vida cambió»³².

11 de febrero de 1982

Igual que la confraternidad que dio vida al Meeting de Rímini, al cabo de un año surgieron grupos análogos de fraternidad en toda Italia. En esta situación el reconocimiento que había concedido el abad de Montecassino ya no era suficiente para garantizar a la Fraternidad una forma jurídica que correspondiera a su realidad efectiva. Se volvió necesaria, entonces, la aprobación de una autoridad más alta, la Santa Sede, en particular el Pontificio Consejo para los Laicos, el dicasterio que creó Pablo VI para tratar las cuestiones relativas a la participación de los laicos en la vida y misión de la Iglesia. Por eso el 7 de abril de 1981 Giussani se dirigió al cardenal Opilio Rossi, presidente de ese dicasterio vaticano³³, para obtener el reconocimiento pontificio de la Fraternidad.

Feliciani, uno de los que siguieron de manera directa el proceso, describe su itinerario: «Mientras el Consejo Pontificio sometía el relativo dossier al examen de expertos de su confianza (los llamados ‘consultores’), por un lado los exponentes de la Conferencia Episcopal Italiana más críticos con el movimiento se aferraban a sus posturas, pero, por otro, numerosos obispos y cardenales, no solo italianos, sino también de otros países y continentes, se pronunciaban a favor de la Fraternidad»³⁴. La intervención del Papa será resolutive, tal como se lee en el decreto del 11 de febrero de 1982, fiesta de la Virgen de Lourdes, firmado por el cardenal Rossi y por el vicepresidente, monseñor Paul Josef Cordes: «El Santo Padre Juan Pablo II, previamente informado del procedimiento en curso, en audiencia concedida a los abajo firmantes el 16 de enero de 1982, se ha complacido benévolamente encarecer al Pontificio Consejo para los Laicos para que proceda a su aprobación»³⁵.

El acto de la Santa Sede «erige y confirma en persona jurídica para la Iglesia universal la asociación laical denominada ‘Fraternidad de Comunión y Liberación’, declarándola a todos los efectos Asociación de Derecho Pontificio y estableciendo que sea reconocida por todos como tal»³⁶.

El texto del decreto estaba acompañado por una carta, dirigida a don Giussani por el cardenal Rossi, en la que el purpurado escribía, entre otras cosas, que «la aprobación comporta, evidentemente, el compromiso de una fidelidad, responsabilidad y dedicación eclesial cada vez mayores»³⁷.

El cardenal subrayaba que «parece de singular interés y urgencia pastoral la contribución que la Fraternidad puede aportar a la Iglesia cooperando en el crecimiento de una sensibilidad y experiencia cristiana, comunitaria y evangelizadora, en los ámbitos —con frecuencia secularizados y ‘lejanos’— de la creación y difusión de la cultura y de la edificación de la sociedad. Una presencia misionera en esos ambientes parece hoy más necesaria que nunca para dar testimonio de Cristo, como Iglesia, cuando están en juego principios fundamentales de la vida del hombre y de la convivencia social»³⁸.

La carta proseguía con la lista de algunas «recomendaciones»: la afirmación coherente del carisma propio debe evitar «tentaciones de autosuficiencia»; el reconocimiento de la naturaleza eclesial de la Fraternidad implica «su plena disponibilidad y comunión con los obispos y con el Pastor Supremo de la Iglesia a su cabeza»; los sacerdotes del movimiento tenían como misión fundamental estar «al servicio de la unidad»; el número de sus miembros no debía impedir que «la fe mantenga toda su fuerza de irradiación en la vida, y que la búsqueda del cumplimiento de la voluntad de Dios y el anuncio de su reino permanezcan como el objetivo principal de la Asociación»; la Fraternidad debe insertar «su acción en el marco de las orientaciones pastorales de las Conferencias episcopales» de los países en los que está presente y colaborar con las otras asociaciones y movimientos eclesiales; finalmente, dada su vocación católica y misionera, debe «adaptar con flexibilidad su identidad y su contribución a los diversísimos desafíos y expectativas que se viven en los múltiples contextos eclesiales»³⁹.

Giussani recordará que le había dicho al cardenal Rossi, cuando este le leía la carta, que la quería publicar, y que le oyó responder al purpurado: «¡No, no la publiquéis! Porque los malevolentes podrían interpretar mal las recomendaciones escritas en ella». Por el contrario, para Giussani la carta era «precisamente un ejemplo de la maternidad con la que la Iglesia consigue», cuando había pastores como el cardenal, «seguir a sus hijos»⁴⁰. En ese punto, el cardenal consintió su publicación.

En marzo de 1982 Giussani escribía a todos los miembros de la Fraternidad para comunicarles que el acontecimiento del 11 de febrero era «la mayor gracia en toda la historia del movimiento». Y proseguía con esta observación: «La certeza del valor que tiene nuestra experiencia y que está implícito en este acontecimiento nos empuja con mayor tranquilidad y generosidad de corazón a la obediencia a los obispos y a la colaboración con su pastoral, sin las cuales se vuelve incierta la edificación del pueblo de Dios». No dejó de subrayar que dos circunstancias hacían que fuera todavía más significativo el don recibido: la primera consistía en el hecho de que «el mismo Santo Padre, como se recuerda en el Decreto, haya tomado la iniciativa para animar la decisión del *Consilium pro Laicis*». La segunda venía dada «por la coincidencia de la emisión del Decreto con la fiesta de la aparición de la Virgen María en Lourdes». Por esto concluía invitando a todos a rezar: «Que el abandono de nosotros mismos a la maternidad de María y el apasionado servicio al proyecto eclesial del Papa caractericen la vida de la Fraternidad»⁴¹.

Giussani habló del hecho el 1 de marzo de 1982 a los sacerdotes del movimiento, subrayando las razones por las que la Fraternidad indicaba el ideal en el que se debía

inspirar todo CL: «Nuestro movimiento, o bien es una amistad para vivir la relación con Cristo y construir la Iglesia, o es inútil que exista. Nuestro movimiento es una amistad, no una organización. Y si es fuerte como organización lo es precisamente porque gracias a Dios hay mucha amistad». Recordó que era precisamente esto lo que «impresionó la primera vez [que Giussani se reunió con él, *nda*] al pobre monseñor Bartoletti», quien objetaba: «Vosotros no tenéis estatutos, no tenéis reglas». Con el tiempo Bartoletti se convencerá, hasta el punto de sostener: «Vuestra unidad es más que una regla, es más que un estatuto». Y en otra ocasión Giussani dirá del secretario de la CEI: «Estaba asombrado por la amistad que había entre nosotros y comprendía que una amistad así podía mantener fuertemente unida a la gente incluso cuando todas las asociaciones se deshacían»⁴².

El 7 de marzo de 1982 tuvo lugar en Milán una reunión de la Fraternidad. Estaba presente también monseñor Lobina, al que Giussani introdujo señalándole como el artífice de todo el trabajo que había llevado al reconocimiento pontificio: «Sin él ni siquiera habríamos tenido la idea, menos aún la esperanza y todavía menos la capacidad de hacer el camino que gracias a Dios se ha hecho, y poder tener por consiguiente lo que resulta ciertamente desde el punto de vista eclesial, como comentaremos después, la gracia más grande que se pueda recibir de la santa madre Iglesia».

Tomó a continuación la palabra monseñor Lobina y recordó que, mientras completaba los procedimientos para el reconocimiento pontificio, le había dicho a Giussani: «Tú no te das cuenta del explosivo que tienes entre las manos. Por eso sería suficiente con que lanzaras este explosivo para destruir muchas cosas que no van bien». Continuaba monseñor Lobina: «Así que yo esta noche le dejo a él este explosivo para la diócesis de Milán y alrededores, con la esperanza de que podáis progresar de verdad». Lobina invitó después a los presentes a caer en la cuenta de la benevolencia de Juan Pablo II: «Ha sido también él, y sobre todo él, quien ha animado, ayudado, apoyado y sancionado de manera particular nuestra organización; porque también yo formo parte de CL, aunque no como miembro inscrito, precisamente por razones normativas, pero sí al menos como persona espiritualmente cercana».

Explicó, después, la razón de su implicación a lo largo del camino para el reconocimiento pontificio: «Todas las cosas que son buenas deben ser ayudadas, deben ser estimuladas, deben ser apoyadas, aun a costa de tener que renunciar a viejas ideas, a antiguas incrustaciones, a esquemas del pasado, ya que vosotros sois un poco un movimiento de los tiempos presentes». Lobina concluyó exhortando a «mantener[os] en la fidelidad a las jerarquías, en todo lo que sea posible; de modo que la Iglesia pueda servirse de vosotros siempre y en cualquier lugar que se necesite».

En su intervención, Giussani recordó que la noche anterior, conversando con monseñor Lobina y Feliciani, les había confiado un descubrimiento vinculado precisamente al reconocimiento de la Fraternidad: «El derecho canónico, el derecho en el sentido estricto del término, es la salvaguardia de la libertad. Siempre he tenido la tentación de sentirlo y mirarlo como todos lo sienten y lo miran, es decir, como una formalidad. Por el contrario, es el arma de la libertad, de la libertad de los valores, es el instrumento para

salvar los valores»⁴³.

El 19 de abril de 1982 Giussani volvía sobre el acto que había realizado la Santa Sede, señalando que surgía un problema: «Ahora, después del documento, sentimos malestar frente a nuestra experiencia: es ante nuestra experiencia —ante la verdad de nuestra experiencia, ante la sinceridad de nuestra experiencia, ante la coherencia hacia nuestra experiencia— ante lo que percibimos una carencia. [...] Y es que no la vivimos en serio, y tenemos ganas de vivirla más en serio»⁴⁴. Y ¿cuál es la esencia de CL, su característica fundamental? «La fe como respuesta al interrogante humano»⁴⁵. Volvería sobre ello dos semanas después.

«Existe posiblemente una lejanía con respecto a Cristo»

En Rímini, el 8 de mayo de 1982, mil ochocientas personas se congregaban en uno de los pabellones de la Feria para participar en los primeros Ejercicios espirituales de la Fraternidad tras el reconocimiento pontificio. Es inimaginable el clima de satisfacción con el que llegaban a la ciudad costera de la Romagna. Imprevisiblemente, Giussani rompió todas las expectativas y empezó con una especie de confesión pública, que desplazó la atención de todos: «Me siento un tanto cohibido y casi apurado al empezar, porque me vienen insistentemente a la cabeza los nombres de mis primeros alumnos»⁴⁶. Pero antes de revelar el origen de su malestar, recordó lo que tenía en común con los que estaban presentes; lo hizo citando una frase de Juan Pablo II: «No habrá fidelidad [...] si no existe en el corazón del hombre una pregunta para la cual solo Dios tiene respuesta, o mejor dicho, para la cual solo Dios es la respuesta»⁴⁷, comentándola después así: «Desde aquellos pupitres de clase donde nos conocimos hasta la compañía de hoy [...] es la seriedad de esta pregunta humana lo que me sorprende esta mañana por toda su exigencia, por toda su fuerza y por toda la precariedad que tiene en la vida de un hombre».

Se comprendía así la razón de su temor: «Lo que me hace temblar, esta mañana, es realmente la sorpresa de que es posible que exista una gran lejanía con respecto a uno mismo, porque mi persona es aquello que debe llegar a ser: el hombre es un proyecto, su definición viene del cumplimiento de este proyecto. El pensamiento de esta mañana hace que me sorprenda: ¡normalmente estoy lejano de lo que, sin embargo, retomo insistente e intencionalmente, vuelvo a meditar y propongo a otros meditar!». A continuación dirigió a los presentes la consideración que había hecho sobre sí mismo: «Os habéis hecho adultos: mientras que demostráis vuestra capacidad en vuestra profesión, existe, posiblemente, una lejanía con respecto a Cristo [...], nuestro corazón está como incomunicado, o, mejor, Cristo permanece como aislado del corazón, salvo en los momentos de ciertas obras (un rato de oración o de compromiso, cuando se celebra un encuentro comunitario o hay que llevar una Escuela de comunidad, etc.)». Esta lejanía, además, produce otra, «que se manifiesta como un obstáculo insalvable entre nosotros —incluso entre marido y mujer—, como un mutuo obstáculo último», que «hace que uno

sienta el fondo último de su corazón lejano del fondo del corazón del otro, excepto en las cosas que hacen juntos (hay que sacar adelante la casa, atender a los hijos, ir de vacaciones, etc.)».

En ese momento Giussani invitaba a prestar atención: «El corazón es lo único en lo que estamos ‘solos’, es como si no hubiera socios [...]. Si uno está en un equipo en el que cada uno tiene un papel, uno tira del otro, y así sucede también en la vida del movimiento, en las iniciativas del movimiento. ¡Pero aquí no! Por este motivo, la nuestra debería ser una compañía ‘extraña’: es como una compañía en la que no se puede descargar nada». Insistió: «Es como si tuviera que soplar un viento que nos arranque de todo lo que nos tiene atados; y entonces el corazón recobra soltura, o, mejor, se hace libre: sigue viviendo en la carne, es decir, se equivoca como antes [...], pero es como si hubiera entrado en el mundo otra cosa»⁴⁸. Lo volvió a decir con las palabras que contenía el Mensaje *Urbi et Orbi* de Juan Pablo II el domingo de Pascua, 11 de abril de 1982: «Cristo ha abierto una gran esperanza [...] aunque en la historia del hombre [...] el mal se hubiese desarrollado desproporcionadamente, ofuscando el horizonte del bien, ¡nunca te superará! [...] El misterio pascual de la reconciliación permanece en la profundidad del mundo humano. ¡Y de ahí no lo arrancará nadie!»⁴⁹.

Giussani invitó a hacer de este mensaje papal un programa de vida: «Por una parte tiene que incrementarse una conciencia vívida de nuestro pecado; [...] por otra parte, debe crecer la certeza y la seguridad de que todo este mal que hay en mí es vencido — ¡vencido! — por una presencia»⁵⁰.

Y esta presencia, dijo Giussani durante un retiro de la Fraternidad en Cassano Magnago (Varese), el 9 de octubre de 1982, es lo que define el rostro del hombre. A eso quiere tender la Fraternidad: «Que exista en nuestra vida no solo un trabajo que nos proyecta hacia fuera, sino un trabajo [...] sobre la posición que adopto ante mi destino, es decir, ante Dios. La posición que yo tengo ante Dios es lo que da consistencia a mi humanidad: porque en caso contrario buscamos y ponemos nuestra consistencia en todo lo que nosotros hacemos». En efecto, aunque «la mayor parte de lo que hacemos, lo hacemos en su nombre», concluía, «es como si esto afectara a todo, pero no consiguiera hacer mella en el corazón, es decir, en la mentalidad, o lo que es lo mismo, esa semilla de la que brotan los criterios para valorar todo, y por ello los criterios para la esperanza, el gusto, el placer y los criterios para la acción»⁵¹.

Capítulo 22

«Seguros de algunas cosas grandes»

El atentado contra Juan Pablo II y los primeros años ochenta

La madurez que se alcanzaría dentro de la Fraternidad de CL estuvo marcada por hitos históricos y eclesiales. A finales de septiembre de 1980, Giussani, el padre Franciszek Blachnicki, fundador del movimiento polaco Luz y Vida, y algunos responsables de sus respectivos grupos se reunieron en Podkowa Lésna, en las cercanías de Varsovia. El empujón había venido de las palabras que Juan Pablo II había pronunciado en Francia algunos meses antes, el 31 de mayo de 1980: «Cada movimiento persigue sus objetivos con métodos propios, en su sector o ambiente; no obstante es importante tomar conciencia de vuestra complementariedad y establecer vínculos entre los movimientos: [...] ante los mismos problemas que afrontan la sociedad y la Iglesia [...] estáis llamados a ser testigos de la buena noticia de la salvación en Jesucristo, a contribuir a la conversión de la conciencia personal y colectiva de los hombres. [...] Esta misión apasionante y exigente requiere que los miembros de vuestros movimientos refuercen incesantemente su identidad cristiana y católica, sin la cual no podrán ser esos testigos de los que hemos hablado»¹.

Al final de la reunión (que se desarrolló del 25 al 28 de septiembre), Giussani y el padre Blachnicki constataron que había entre ellos una profunda unidad e hicieron partícipe de ello al Pontífice: en una carta expedida desde Polonia el 28 de septiembre de 1980, los dos fundadores le comunicaban su convicción de que «el único camino hacia la madurez de la fe es el encuentro con la persona viva de Cristo» y que la conciencia de esta fe madura «nos capacita para tener un juicio crítico sobre la realidad que nos rodea, a la luz del valor último de la persona, que se realiza en la comunión con Cristo y con los demás». Añadían que la persona, liberada de ese modo, se volvía protagonista de una actividad creativa en la vida social y cultural. De esa manera, continuaban los dos, los movimientos se convertían en una forma de «autorrealización de la Iglesia».

En su carta, Giussani y el padre Blachnicki informaban al Papa de que el año siguiente iban a organizar en Roma un congreso implicando a un número más amplio de movimientos «con el objetivo de ampliar y profundizar en las reflexiones comenzadas en el Simposio de Podkowa Lésna», deseando ser «en las manos de vuestra Santidad uno de los instrumentos para la renovación de la Iglesia»². Pero iba a suceder algo que estaba absolutamente fuera de cualquier previsión.

«Como una herida en nuestro corazón»

A las 17.19 horas del 13 de mayo de 1981, pocos minutos antes de la audiencia general, Juan Pablo II fue herido gravemente, mientras estaba dando la vuelta habitual por la plaza de San Pedro a bordo de una furgoneta blanca. Estaba saludando a los fieles cuando un joven turco, de nombre Alí Agca, disparó contra él dos tiros con una pistola. Wojtyła, que perdonará inmediatamente al que atentó contra él, atribuirá a la Virgen de Fátima el haber salvado la vida.

Nada más difundirse la noticia, dos mil *cielinos* se congregaron en Milán ante el arzobispado, donde rezaron junto al arzobispo Carlo Maria Martini (1927-2012), quien media hora después del atentado había subido al altar de la catedral, interrumpiendo la celebración de la misa con estas palabras: «Este hecho increíble ha sucedido mientras nuestro Santo Padre ofrecía su mano al igual que Jesús, que se mostraba cercano con los que iban a verle. [...] Todo esto es más doloroso todavía porque ha ocurrido precisamente en un periodo en el que muchas críticas injustas se habían levantado contra él. Leamos el Evangelio de Juan: ‘Si el mundo os odia, sabed que antes me ha odiado a mí. Un siervo no es más grande que su señor’. El Papa vive dolorosamente en su carne, en su cuerpo, este seguimiento de Cristo, y lo ha llevado hasta el final»³.

A continuación, los dos mil miembros de CL se trasladaron a la catedral para asistir a una misa de reparación celebrada por el arzobispo. A la caída de la noche, Giussani le confió a Renato Farina su estado de ánimo: «Después de una sensación de vacío repentino, como quien está delante de un [hecho] imposible, he empezado a entrever el carácter inevitable que tenía lo que ha sucedido. El que defiende al hombre —lo sabemos por Jesucristo— tiene que pasar por el riesgo de su propia vida, hasta el extremo»⁴. El periodista le preguntó si se había hecho una idea de quién habría armado la mano del que atentó, y Giussani respondió: «Sea cual sea la motivación que haya movido ese brazo, se trata del poder. Es el poder instrumentalizante y alienante que domina esta llamada civilización de hoy, esencialmente atea. Ese poder ve en el Papa al único adversario verdadero, al único enemigo. Lo ve así porque la única forma de liberar al hombre de las mallas del poder es afirmar su relación con Dios». El arzobispo de Milán había invitado a todos a preguntarse por las raíces de la violencia: Giussani las veía en la afirmación del instinto de posesión presente en todos los hombres, que «en una sociedad atea se desata totalmente». Reconocía que con el atentado «se ha vuelto más transparente, más lúcidamente racional que el sentido de la vida radica únicamente en el compromiso de testimoniar el verdadero valor del hombre por el que el Papa arriesga su vida». Y el que no es creyente, ¿también él tiene algo que aprender? «Tiene que sentir un escalofrío en su espalda. Debe sentir atacada por la violencia esa humanidad común que permite vivir y construir; que permite vivir juntos con un mínimo de amor y de paz. De hecho, la ayuda que el Papa ofrece con su testimonio a cualquier hombre es la defensa ardiente de esa humanidad»⁵.

Giussani declaraba que haber «sentido el atentado al Papa como una herida en nuestro corazón es un test de la pertenencia al movimiento vivo de la Iglesia»⁶. El hecho tenía un

significado que debía interpelar la vida de todos. Por esto, en una carta a los amigos del movimiento, escribió: «El Señor nos llama a vivir un momento grave en la historia de la Iglesia y del mundo: el atentado al Papa es su signo más tremendo y misterioso». Y añadía: «Nosotros no podemos seguir mirando a la figura de aquel que nos guía prescindiendo del signo del martirio que Cristo le ha dado. Os pido que sintáis intensamente la responsabilidad que se requiere de nosotros en un momento así»⁷.

El referéndum sobre el aborto

En los días posteriores al atentado, mientras el pueblo católico vivía con inquietud por la salud del Papa, la Iglesia italiana se enfrentó a una durísima campaña refrendaria. En efecto, el 17 y 18 de mayo de 1981 estaba programado un referéndum sobre el aborto. Los italianos estaban llamados a pronunciarse sobre una petición de abrogación de la ley 194 (del 22 de mayo de 1978), que permitía el aborto voluntario y gratuito dentro de los primeros noventa días desde la concepción. Eran dos las preguntas: una la proponía el Movimento per la Vita (que quería abrogar algunas partes de la ley, para hacer el aborto menos practicable), la otra era del Partido Radical (que quería cancelar otros aspectos de la ley en una dirección más permisiva, aboliendo la condena a tres años de reclusión para quien abortara o hiciera abortar después de los noventa días de embarazo y eliminando la prohibición de abortar para las menores de edad).

Desde hacía tiempo CL consideraba inadecuado el instrumento del referéndum abrogatorio en materias tan delicadas, pero indicó como criterio para el compromiso de los católicos la obediencia a las directrices de la Conferencia Episcopal Italiana. Razón por la cual el movimiento se declaró dispuesto «a sacrificar su opinión»⁸. Había sido el mismo Juan Pablo II, durante el Ángelus del 22 de marzo de 1981, quien había retomado el mensaje del Consejo permanente de la CEI de los días anteriores: «‘Nadie puede tener actitudes de condescendencia, o en todo caso pasivas, frente a la realidad del aborto’. [...] Es un mensaje dictado por el sentido de responsabilidad pastoral, pero también humana y cívica. Cristo, que está a la puerta de las conciencias humanas y llama, habla mediante aquellos que son los sucesores de los apóstoles y los servidores de la salvación de todos los hombres. Hago mía su solicitud pastoral por cada hombre y por toda la sociedad. Y comparto con mis hermanos en el episcopado su solicitud»⁹. Basándose en estos pronunciamientos, Giussani invitó a todo CL a comprometerse públicamente, a sabiendas de que se producirían insultos y críticas.

Con gran disponibilidad, junto a los adultos se movilizaron también muchos estudiantes universitarios. Fue una batalla cultural llevada con esfuerzo, pero también con alegría, y por eso se convirtió también en ocasión de muchas relaciones inesperadas.

La consulta concluyó con la victoria del frente abortista. La petición de los radicales obtuvo el 88% de los votos. El apoyo en favor del referéndum propuesto por el Movimento per la Vita se quedó en el 32%. *Il Sabato* publicó un titular de portada que sonaba así: «Se vuelve a empezar desde 32»¹⁰.

Pocas semanas después, durante un *Equipe* de los universitarios del movimiento,

Giussani corregirá indirectamente aquel título, poniendo de manifiesto lo que a su juicio era el significado profundo de lo que había sucedido. Para él no se trataba de atrincherarse en una cantidad determinada de apoyos obtenida por los católicos, en una postura defensiva respecto a la mentalidad dominante. En efecto, «este es un momento en el que sería bonito ser solo doce en todo el mundo». Es decir, «se trata precisamente de un momento para volver a empezar desde el principio, porque nunca como ahora se ha demostrado que la mentalidad ya no es cristiana». Según Giussani, era ya evidente que «el cristianismo, como presencia estable, [...] ahora ya no existe: tiene que renacer. Tiene que renacer como estímulo ante la problemática cotidiana, es decir, ante la vida cotidiana»¹¹.

Massimo Borghesi observa que la respuesta del referéndum le pareció a Giussani «resultado de esa mutación antropológica, lúcidamente diagnosticada por Pasolini en sus *Scritti Corsari*, por la cual el catolicismo aparecía ya como una realidad ‘residual’ y no ya como una presencia viva. En consecuencia, cualquier movilización hipotética parecía más una ‘reacción de supervivencia’ que el resultado del impulso original característico de un movimiento nuevo dentro de la sociedad»¹².

Precisamente por eso Giussani pronunció las palabras apenas citadas en el curso de una larga síntesis en la que retomó las numerosas intervenciones de una asamblea, expuestas bajo el peso del compromiso que se había extendido en las universidades y en la sociedad para apoyar el referéndum antiabortista. En particular, señaló la urgencia de responder a un interrogante que planteó un universitario, suscitado precisamente por el último mes y medio de la campaña refrendaria: «¿Estamos obligados a darnos cuenta de cuál es nuestro papel en la sociedad solamente cuando la contradicción se vuelve demasiado fuerte?». Y Giussani: «No podemos estar en la sociedad reaccionando solo cuando la contradicción es demasiado fuerte. Es precisamente a lo que se ha resignado gran parte de la cristiandad italiana, que está presente en la sociedad o trata de estar presente en la sociedad solo cuando se convocan elecciones (cada cinco años)».

Pero reaccionar solo cuando la situación es demasiado contradictoria es reductivo: «Significaría que la afirmación que hacemos no nace de la vida, no es expresión de la vida, no es la presencia de una vida, sino una reacción para sobrevivir. [...] Cuando el contragolpe es muy contradictorio y grave, entonces se reacciona bien, como hemos hecho para el referéndum»¹³. Giussani tenía claro, en efecto, que la vida no se puede interrumpir, no está hecha de paréntesis que se abren y se cierran; la existencia es un camino continuo, una construcción que no se detiene nunca, asimilando y utilizando todo lo que se encuentra a lo largo del camino; en caso contrario, no es vida, sino una pura reacción momentánea al choque de las circunstancias.

La fe, «estar seguros de algunas cosas grandes»

Giussani se estaba dirigiendo a jóvenes que en las semanas anteriores, como se ha visto, se habían lanzado con gran generosidad al compromiso civil. Pero esto no le impedía observar que las comunidades universitarias de CL estaban viviendo en una

especie de «tira y afloja», en un *suspense* entre actividades públicas y «una vida cotidiana, una vida personal, que está muy cansada por la ausencia de motivos que haga que adquieran dignidad, gusto y humanidad los asuntos, las empresas en las que nos metemos todos los días, los intereses cotidianos». Durante la asamblea intervino don Primo Soldi, consiliario espiritual de los universitarios de Turín, y dijo: «Es necesario que nos volvamos más pobres»; Giussani subrayó que el sacerdote había usado esas palabras de manera verdaderamente cristiana, acertando con su significado auténtico, cuando afirmó que ser más pobres significaba «estar seguros de algunas cosas grandes». El cristiano, dijo Giussani, está seguro de unas pocas cosas grandes, y por eso «construye una catedral y vive en casuchas, siendo cien mil veces más hombre que los que tienen como horizonte último un piso totalmente confortable y después, si les cuadra, dan también una limosna para la Iglesia»¹⁴. Frente a la constatación del debilitamiento del catolicismo como trama y mentalidad del pueblo italiano —tal como había puesto de manifiesto ante todos el referéndum—, Giussani invitaba a los universitarios a fijar su atención en lo esencial: estar seguros de algunas cosas grandes «es la ‘fe’». Y ponía un ejemplo: «La gente que construyó la iglesia de San Ambrosio de Milán era pobre porque estaba segura de unas pocas cosas grandes, más grandes incluso que la bellísima construcción que habían sido capaces de levantar; algo que, precisamente porque era más grande, confería la capacidad para construir grandes cosas».

Durante la asamblea, un universitario volvió sobre el asunto del referéndum, observando que había supuesto un reto histórico para la fe de cada uno. Es verdad, respondió Giussani, «que nuestra fe se ha visto provocada a arriesgarse, a compararse, a confrontarse, y por eso se ha provocado esta lucha». Pero recalcó que cada circunstancia era un reto para el cristiano: «Cuando te levantas por la mañana y no tienes ganas de ir a clase o de ir a trabajar, cuando vas a ver a tu novia y te la encuentras de morros, son hechos que plantean un reto histórico a tu fe; igual que por la mañana, cuando te despiertas y no tienes ganas de estar con tu mujer (o viceversa), o cuando sientes sobre tu espalda el peso del ambiente de trabajo». Por eso la indicación a extraer es clara: «El mecanismo que se ha disparado gracias al referéndum debe llegar a ser cotidiano. [...] No tenemos que esperar a que nos arrastren a las cárceles de nuestras ciudades para despertarnos».

Son dos las «grandes cosas» a las que Giussani recomendaba prestar atención: la primera es «la presencia entre nosotros del Misterio que hace todas las cosas, bajo forma humana: se ha hecho hombre, y esta realidad está entre nosotros [...] y nada podrá jamás extirpar esta presencia de la carne de la historia, de la carne del tiempo y el espacio, ni siquiera la traición o el olvido que todos nosotros pudiéramos llevar a cabo». La segunda es «nuestra compañía». En efecto, si Cristo es el ideal, es necesario que no lo sea simplemente a nivel psicológico. La verdadera tragedia, explicaba, es que Cristo se quede reducido a una idea, cuando es una presencia: «Y la puedo ver, esto es, debo reconocerla en nuestra compañía, [...] aunque fuésemos solo doce en todo el mundo: nuestra compañía, este hecho viviente cuyo significado supera su forma y su

consistencia». Cristo, insistía Giussani, es la seguridad de la vida: «Aunque fuéramos mil veces más mezquinos de lo que somos, nuestra compañía es algo sagrado, grande, porque es como el envoltorio, como el signo de ese algo grande que es la riqueza de nuestra pobreza»¹⁵.

Manfredini y el reconocimiento de los Memores Domini

A consecuencia de la petición presentada por Giussani, el 14 de junio de 1981, fiesta de la Santísima Trinidad, monseñor Enrico Manfredini, obispo de Piacenza, firmó el decreto de reconocimiento de los *Memores Domini* (la asociación eclesial conocida también como «Grupo adulto», que había nacido en 1964, y a la que se adhieren hombres y mujeres que viven la entrega total a Cristo y a la Iglesia siguiendo los consejos evangélicos; ver aquí, pp. 284ss). De este modo, el Grupo adulto adquirió personalidad jurídica como «Asociación eclesial privada universal». El 3 de octubre de 1981 el obispo de Piacenza intervenía en un retiro del Grupo adulto, presentado por Giussani: «Su excelencia, al haber venido aquí para iniciar oficialmente nuestra pertenencia institucional a la Iglesia, en la que se ha implicado activamente con gran benevolencia, nos hablará hoy de las reflexiones que considera oportuno comunicarnos al respecto, refiriéndose a la historia de este acontecimiento y subrayando el valor de servicio a la Iglesia que tiene nuestra vocación».

Entonces tomó la palabra el obispo y realizó una larga intervención: «El servicio al que Dios me ha llamado no me pide otra cosa que estar atento a los dones del Espíritu para discernirlos y darles espacio, a fin de que florezcan y se expresen de acuerdo con las exigencias del Espíritu. Un obispo no puede tener proyectos personales fuera de aquellos que le hacen ser conforme al sentido que da Jesús a la actividad del pastor de la Iglesia, al servicio de la comunión y el florecer de las múltiples entonaciones y expresiones de la comunión».

Monseñor Manfredini recorrió los pasos que había dado para llegar al decreto: «Entonces yo, siervo de la Iglesia para la *communio*, debiendo hacer justicia a un grupo que siente precisamente como su vocación innata el misterio de la Iglesia, para vivirlo y hacer que se viva como *communio*; yo no podía proceder rompiendo, tenía que proceder buscando la unidad. Y entonces empecé una serie de conversaciones, una veintena de conversaciones o quizá más; las he transcrito todas, las he refrendado».

Había hablado, por tanto, con algunos cardenales y obispos¹⁶ que tenían en su territorio al menos una casa del Grupo adulto: «Fui a decir lo que estaba haciendo y por qué lo estaba haciendo. El cardenal Giovanni Colombo me dijo: ‘Era mi deseo hacerlo antes de terminar mi servicio en Milán; por desgracia no lo he podido hacer’».

El obispo Manfredini relató también la conversación que había tenido con el arzobispo de Milán: «Monseñor Martini ha reconocido la oportunidad de hacerlo, la necesidad de hacerlo; me ha dado razones por las que consideraba más oportuno que fuera yo quien lo hiciera. Pero entretanto lo importante es saber que el arzobispo emérito de Milán y el actual arzobispo de Milán —que son los responsables de la diócesis donde todo nació y

donde está el mayor número de casas— han reconocido que yo ejercía en paz con ellos, en buena armonía con ellos, un derecho-deber mío para hacer justicia a personas que tenían derecho a pedir a la Iglesia su reconocimiento. Y todos los demás se han expresado de manera positiva».

El obispo de Piacenza vio cumplirse así una historia que había empezado entre los muros del seminario de Venegono: «El Señor ha estado grande con nosotros; ¡con él [Giussani, *nda*] especialmente! Porque ciertos proyectos de la adolescencia, ciertos planteamientos, ciertas veleidades de los años en los que estábamos juntos en el seminario y paseábamos, [...] nosotros imaginábamos cosas, discutíamos de cosas que a mí mismo entonces me parecían genéricas, como inalcanzables, pero el corazón sentía la necesidad de sacarlas a la luz, de expresarlas, de razonar juntos sobre ellas. Y creo que es muy saludable para los jóvenes tener perspectivas amplísimas, cuando estas perspectivas no están marcadas por una ambición personal o un interés, sino por el amor a Cristo y el servicio a Cristo. Pues bien, aquellos grandes proyectos que nosotros entonces no teníamos obviamente la posibilidad de definir con mucha concreción han encontrado cumplimiento más allá de toda imaginación. Sí, estoy agradecido al Señor porque los proyectos de la adolescencia se han realizado más allá de cualquier expectativa. Y estoy agradecido al Señor porque ha usado a mi amigo para hacer grandes cosas. No me olvido del cántico de la bienaventurada Virgen María: ‘El poderoso ha hecho obras grandes por mí, su nombre es santo’».

Reaccionando a estas palabras del obispo, Giussani dijo: «En este completarse de nuestra posición en la Iglesia se completa también —insisto en ello— el peso de nuestra responsabilidad. [...] Tenemos una tarea, un puesto del que no nos es lícito desertar, porque este puesto no lo hemos elegido nosotros sino que se nos ha dado. Y yo digo siempre que la vocación nos la da Dios, que hace que la descubramos en nosotros, no la elegimos nosotros»¹⁷. Aquí Giussani estaba citando implícitamente un pasaje de la Carta a Diogneto (VI, 10), de los primeros siglos cristianos: «Dios les ha puesto en un lugar que a ellos no les es lícito abandonar».

El sentido de responsabilidad frente a la Iglesia se identificaba en Giussani con la dependencia de quien era su jefe supremo. Este principio encontraba confirmación a comienzos de septiembre, cuando fue recibido por Juan Pablo II, todavía convaleciente después del atentado, en la residencia de Castel Gandolfo. A su vuelta, hablaba a los adultos del movimiento: «Cuando, la semana pasada, don Massimo y yo tuvimos el honor de comer con su santidad Juan Pablo II, lo primero que dijo al sentarse fue esto: ‘¡Pero qué bien lo habéis hecho en eso que llamáis Meeting: lo he seguido todo’. Lo primero que nos dijo fue una alabanza cordial»¹⁸.

Entre los trabajadores de Turín

El 19 de septiembre de 1981 Giussani se reunió con los jóvenes trabajadores de CL del Piamonte en Castiglione Torinese. Se habían reunido allí personas provenientes sobre todo de la capital, que en los meses anteriores habían vivido un periodo de luchas

sindicales relacionadas con la FIAT¹⁹.

Durante el viaje por la autopista, Giussani adelantó a una fila de autobuses que llevaban a los militantes del PCI desde Milán y Varese a Turín para participar en la Fiesta de la Unidad. A la vista de aquella columna, Giussani se sorprendió al constatar que él estaba yendo a encontrarse con un puñado de personas: «Pensaba, sin embargo, que representan un comienzo para todo el Piamonte, y pensaba también que todo ha empezado siempre a partir de unos pocos». Era natural, para él, la analogía con el comienzo de GS en Milán: «La inevitable pequeñez del inicio no debe ser objeción, porque si está claro [...] el objetivo y si está claro el camino, entonces, aunque fuéramos solo dos los que empezáramos, iríamos adelante igualmente y quien quiera, que se venga con nosotros —o mejor, quien Dios quiera que venga— porque lo bonito de la vida es gustar de la verdad de las cosas, ser justos frente a lo que es verdadero». Por desgracia, observaba Giussani, «pocos reconocen la verdad, mientras que la mentira domina a todos». Pero esto «no es una objeción, es simplemente reconocer de forma clara que para hacer nuestro camino se necesita una razón fuerte y un sentimiento fuerte, una energía llena de afecto».

Él estaba hablando a personas que vivían el impacto de la contestación sindical, de las manifestaciones y las ocupaciones de fábricas, de la violencia del terrorismo, que también en Turín se había cobrado víctimas. No añadía análisis a los análisis; iba al corazón del desafío que la situación social representaba para aquel grupo de cristianos comprometidos en el mundo del trabajo: la necesidad de que madurase la fe de cada uno. «Imaginaos que de ahora en adelante los niños dejaran de desarrollarse; podrían vivir cien años, pero su desarrollo biológico y psicológico se pararía al llegar al año y medio de edad: sería el fin del mundo, porque ya no sería posible transmitir la vida, ni la física, ni la intelectual ni la espiritual». Para Giussani el cristianismo de los últimos treinta o cuarenta años había sido así: «Muchos fieles, pero como si fueran niños, tanto es así que no han producido nada y por ello también han perdido progresivamente lo que se les había dado». Por eso, «igual que un niño no puede crecer y convertirse en hombre si permanece siempre apegado a su madre, tampoco la fe crece si no afronta el ambiente», es decir, el lugar en el que «toda la maraña [...] de sentimientos, de reacciones, de aspiraciones, de ideas, de deseos y de miedos [...] explota libremente». De hecho, solo dentro de la realidad cotidiana la fe «se comprende a sí misma, se da las razones de su propio ser, y por eso se vuelve inteligente y, en consecuencia, más convincente».

Para Giussani la presencia cristiana no es otra cosa que este ser nosotros mismos en el ambiente: «Por esto se trata de un corazón, antes que de actividades. Uno puede hacer actividades que no quieran decir nada, mientras que uno puede estar impedido para hacer nada, pero, si hay un corazón, entonces hay una presencia. La presencia es como un halo de luz, una fuente de claridad que está en nosotros, es el modo en que yo soy. [...] La presencia es un corazón, es decir, un rostro». Un corazón y un rostro distintos, explicaba Giussani, que por su propia naturaleza se oponen a la mentalidad dominante: «Mirad lo que estaba escrito en el metro de Milán un día: ‘A esta sociedad que me hace tanto daño que me dan ganas de llorar, y que quiere matar al niño que quiero engendrar: Tú no eres

nada. Pero yo he nacido aquí. ¡Qué lástima!’. Este nihilismo, esta destrucción es el emblema de la sociedad en que vivimos; el mundo vive así, en esta soledad absoluta».

Y para expresar con más claridad sus preocupaciones acerca de la mentalidad que se estaba convirtiendo en un hábito extendido, Giussani citó como ejemplo «de oprobio total, de inhumanidad absoluta»²⁰, la «Oración por un niño», compuesta por Marcello Bernardi (1922-2001, pediatra y pedagogo) para el año internacional del niño promovido por la ONU en 1979. En esa carta escribía Bernardi: «Haz que sea distinto de nosotros. / Haz que no tenga padres ni hijos ni familia ni maestros ni discípulos ni casa ni refugio. / Haz que no conozca conquistadores ni generales ni tampoco santos. / Haz que no conozca ley ni orden ni patria ni religión. / Haz que no tenga riqueza ni pobreza ni éxito y que no experimente jamás la amargura de la victoria ni el rencor de la derrota y tampoco la ilusión de la paz. / Haz que todos los hombres sean para él padre y madre e hijo, que la mente sea su maestro y él mismo su discípulo. / Haz que el cielo y la tierra sean para él casa y patria e iglesia. / Haz que su orden sea la firmeza y la benevolencia su ley. / Haz que la imaginación y el coraje sean su riqueza y su poder. / Haz que no deje caer jamás su espada y que la lucha sea para él victoria y derrota. / Haz que el gozo del instante presente sea para él vida y muerte. / Haz, oh Señor, que él no sea como nosotros y que pueda creer, al menos él, que tú existes»²¹.

Giussani comentaba: precisamente para este mundo, «penetrado enteramente por un sentido de extravío y de destrucción solitaria —por el cual el burgués escribe en un periódico esa oración para un niño, y el metalúrgico escribe la frase que he citado antes en el metro mientras va a trabajar—, la salvación es Cristo, es decir, nuestra presencia; Cristo que se convierte en corazón para nosotros y, a través de nosotros, para el mundo»²².

El 14 de septiembre de 1981 Juan Pablo II firmaba su primera encíclica social, la *Laborem exercens*, que se abre con estas palabras: «Con su trabajo el hombre ha de procurarse el pan cotidiano, contribuir al continuo progreso de las ciencias y la técnica, y sobre todo a la incesante elevación cultural y moral de la sociedad en la que vive en comunidad con sus hermanos. [...] Hecho a imagen y semejanza de Dios en el mundo visible y puesto en él para que dominase la tierra, el hombre está por ello, desde el principio, *llamado al trabajo. El trabajo es una de las características que distinguen al hombre del resto de las criaturas*»²³.

Pocas semanas después, un grupo de responsables de CL participaba en el congreso promovido por la CEI con motivo del nonagésimo aniversario de la encíclica de León XIII *Rerum novarum*. Al final del Congreso, en el Ángelus del 18 de octubre, Juan Pablo II se dirigió a ellos con estas palabras: «Deseo además dirigir un saludo particular a los miembros de ‘Comunión y Liberación’ que ayer y hoy han participado en Roma en un congreso de estudio por el nonagésimo aniversario de la encíclica *Rerum Novarum*. ¡Queridísimos jóvenes! Habéis meditado juntos sobre la identidad cristiana y sobre el compromiso en favor del hombre en la sociedad contemporánea, a la luz de la Palabra de Dios y del Magisterio de la Iglesia. Podréis dar una aportación eficaz a la promoción y a la elevación del hombre de hoy cuanto más descubráis y realicéis vuestro ‘ser cristianos’,

con alegría, audacia y compromiso. Dad siempre ese testimonio cristiano en el mundo de la enseñanza, del trabajo, de la cultura... ¡para que la sociedad actual sepa que Cristo es portador de un mensaje de auténtica y total liberación!»²⁴.

Escuchar estas palabras impulsó a Giussani a escribir una carta a todo el movimiento para subrayar el valor excepcional que tenía el saludo papal, como reconocimiento y como responsabilidad: «Juan Pablo II tiene el poder de captar la verdad profunda de nuestra experiencia y de entendernos en el corazón de nuestra libertad; nos mueve a una evidencia tan clara que ya no podemos permanecer parados donde estamos; introduce en nosotros una inquietud noble y activa». En particular, insistió en el hecho de que el Papa invitaba a descubrir y realizar el propio ser cristianos con alegría, audacia y compromiso: «Alegría, es decir, certeza sencilla en el abandono; audacia, esto es, nobleza como conciencia de la grandeza a la que pertenecemos; y tenacidad en la fidelidad; compromiso, es decir, impulso para compartir las dramáticas necesidades humanas, devoción y sacrificio para ‘liberarlas’». Giussani confesó que siempre se quedaba sin palabras cuando pensaba que el Papa ponía «visiblemente tanta esperanza» en el movimiento: «Entonces, me digo a mí mismo: si no vivimos nuestra compañía como espíritu y ayuda para este compromiso, ¿en qué se quedaría? Sería tan solo una fuente de pretensión o un indolente asociarse amistoso»²⁵. Y terminó pidiendo ser intensamente conscientes de la responsabilidad que implicaban las palabras de Juan Pablo II.

Para expresar en persona su gratitud al Pontífice, el 4 de noviembre de 1981 Giussani fue a Roma con un grupo de jóvenes trabajadores. Dio noticia de ello *L'Osservatore Romano*: «Más de quinientos jóvenes de Comunión y Liberación se reunieron en la tarde de ayer, miércoles 4 de noviembre, en el patio de San Dámaso, para presentar al Papa en el día de su onomástica los mejores deseos de parte de todo el movimiento»²⁶.

Juan Pablo II: «La misma Iglesia es ‘un movimiento’»

Tal como se ha apuntado antes, del 23 al 27 de septiembre de 1981 se celebraba el primer Congreso internacional de los movimientos eclesiales (ver aquí, pp. 639-640)²⁷, conforme a lo que habían ideado el año anterior Giussani y el padre Blachnicki. El pensamiento inicial se dirigió enseguida a Juan Pablo II y al atentado del que había sido víctima pocos meses antes: Giussani y los responsables de los movimientos reconocían que «el 13 de mayo de 1981 ha sido un acontecimiento histórico, no una anécdota menor. Cuando hirieron a la persona del Papa, alcanzaron a todo el cuerpo de la Iglesia»²⁸.

Participaron más de veinte realidades eclesiales, entre movimientos y nuevas comunidades, la mayor parte nacidos en la segunda mitad del siglo XX: además de los fundadores citados de CL y de Luz y Vida, estaban los responsables del Arca, de los Focolares, de la Renovación Carismática Católica, de los Cursillos de Cristiandad, de la Obra de Schoenstatt, del Sodalitium Christianae Vitae y otros.

En la mesa de los relatores se alternaron el filósofo Stanislaw Grygiel, los teólogos

Georges Chantaine y Eugenio Corecco, el arzobispo Lucas Moreira Neves, el canonista Giuseppe Lobina, el padre Blachnicki y Giussani.

Intervino también el obispo Paul Josef Cordes, vicepresidente del Pontificio Consejo para los Laicos, quien reveló que Juan Pablo II, «en el curso de una conversación de carácter más bien privado, ha subrayado la gran importancia que para él tienen los movimientos de espiritualidad para la renovación de la Iglesia de nuestros días». Informó de que, precisamente para corresponder a esta valoración del Papa, el Dicasterio para los laicos deseaba «dar a conocer oficialmente a toda la Iglesia los movimientos más recientes en los que se manifiesta la acción del Espíritu Santo»²⁹.

El congreso se reveló como una ocasión privilegiada para el conocimiento recíproco y el comienzo de una reflexión sistemática en torno al fenómeno de los movimientos: se habló de los carismas en la Iglesia, de los aspectos que caracterizan a un movimiento eclesial, de sus perfiles institucionales y de las temáticas jurídico-pastorales ligadas a todo ello.

Las conclusiones se confiaron a Giussani. Sus palabras se hicieron eco de los temas fundamentales que habían surgido durante los trabajos. Resumiendo las numerosas contribuciones, Giussani reconoció que «toda esta experiencia contiene una utilidad para mundo, una utilidad para los hermanos. Esta es la misión inherente a la experiencia que dicta el Espíritu: liberar al hombre del miedo, decía el padre Blachnicki. [...] Muerte y esclavitud del poder son ciertamente palabras que han resonado en el ánimo de todos cuando ha utilizado esa fórmula». Recordó después que el fundador de Luz y Vida había definido el fenómeno de los movimientos como «‘autorrealización de la Iglesia’ (reflejando un pensamiento en este sentido del entonces cardenal Wojtyła, en su comentario al Concilio Vaticano II)».

Giussani comentaba: «¿Qué es un movimiento en el misterio de Dios, en el cosmos, en la historia, en la Iglesia entera? Un detalle; pero es en este aspecto particular donde se concreta la riqueza del Todo, donde se existencializa. Dice san Pablo que el Señor no anduvo dudando entre el sí y el no, lo suyo fue un sí. Pues bien, nuestro sí es un movimiento»³⁰.

Al recibir en Castel Gandolfo a los participantes, el 27 de septiembre de 1981, Juan Pablo II celebró una misa, durante la cual dijo: «Como bien sabéis, la misma Iglesia es ‘un movimiento’. Y, sobre todo, es un misterio: el misterio del ‘amor’ eterno del Padre, de su corazón paterno, del que parten la misión del Hijo y la misión del Espíritu Santo. La Iglesia, que ha nacido de esta misión, se encuentra ‘in statu missionis’. Ella es un ‘movimiento’ que penetra en los corazones y en las conciencias. Es un ‘movimiento’ que se inscribe en la historia del hombre-persona y de las comunidades humanas».

A continuación el Pontífice observó que «los ‘movimientos’ expresan en el seno de la Iglesia-pueblo de Dios ese múltiple movimiento, que es la respuesta del hombre a la revelación, al Evangelio: el movimiento hacia el mismo Dios vivo, que tanto se ha acercado al hombre; el movimiento hacia la propia intimidad, hacia la propia conciencia y hacia el propio corazón, el cual desvela en el encuentro con Dios la profundidad que le es propia; el movimiento hacia los hombres, nuestros hermanos y hermanas, que Cristo

pone en el camino de nuestra vida; el movimiento hacia el mundo, que espera incesantemente en sí ‘la revelación de los hijos de Dios’ (Rm 8,19)»³¹.

Giussani hablará del congreso en una carta que escribió a todo el movimiento de CL: «Dos cosas me han impresionado: la unidad inmediata, el afecto sincero entre todos y la identidad última de objetivos y de prácticas. [...] En la vida rica y activa de estas experiencias se documenta la perenne vitalidad que tiene la Iglesia en la libertad y la obediencia. Y esta vida quiere contribuir a la renovación de toda la Iglesia, con sus instituciones concretas, diócesis, parroquias y obras; y quiere hacer posible la presencia de la Iglesia fuera de las instituciones, en el mundo, como nos decía el Papa en el Ángelus» del 18 de octubre de 1981³².

Recogiendo la invitación al testimonio y pensando en el congreso del septiembre anterior, Giussani escribía: «No estamos solos para ese testimonio: vivimos la misma fe y el mismo impulso que tienen los hermanos que el Señor ha congregado en los otros movimientos eclesiales. Vivimos esta Iglesia una y santa en las relaciones y en los deberes de cada hora»³³.

Al comienzo de 1982 Giussani insistía en lo que para él es un movimiento: «Originalmente, es la forma con la que la fe de la Iglesia aferró mi vida en el seminario. [...] Dentro de lo que llamamos movimiento encontramos el acento que nos persuadió de jóvenes, que nos entusiasmó en el seminario, o en ciertos momentos»³⁴. Para confirmar su juicio, recordaba lo que Juan Pablo II les decía a los obispos del Piamonte dos días antes: «Necesitamos educar a los bautizados y a las comunidades en una fe incisiva, es decir, en una fe que no se reduzca a un hecho intimista, sino que sea capaz de expresar también un humanismo nuevo y concreto. Es urgente, por tanto, recuperar la conciencia del valor que tiene el ambiente (escuela, universidad, fábrica, hospital, etc.) como el lugar en que la vida del hombre se forma y se manifiesta, pero en el cual también la fe está llamada a influir constructivamente»³⁵. Giussani declaraba: «Yo personalmente no lograría comprender cómo podría seguir siendo cristiano, no ya sacerdote, si no percibiera la fe como un ‘nuevo y concreto humanismo’. ¡Me lo enseñaron así en el seminario!»³⁶.

El golpe de Estado en Polonia

A las seis de la mañana del 13 de diciembre de 1981, desde los micrófonos de la radio de Varsovia, el general Wojciech Jaruzelski —jefe del gobierno y primer secretario del Partido Comunista polaco— proclamaba el estado de sitio y el toque de queda en Polonia. Era el comienzo del golpe de Estado que sometió a una prueba durísima a Solidarność, el movimiento que había surgido en los astilleros de Dánzig en 1980.

Ese mismo día todas las comunidades de CL se movilizaron, llevando a la calle la solidaridad con el pueblo polaco. Se organizaron vigilias de oración, concentraciones, colectas para recoger fondos. En Milán, la plaza del Duomo permaneció tomada hasta altas horas de la noche (en Madrid se organizó, por iniciativa del entonces pequeño

grupo de CL en España, una misa celebrada por el cardenal arzobispo a la que asistieron multitud de personas, en la que se leyeron textos del Papa y de Solidarność, *ndt*). Y el lunes 14, cuando llegaron las primeras noticias sobre la violenta represión que estaba teniendo lugar en Polonia, más de diez mil católicos desfilaron por las calles de la ciudad ambrosiana, mientras que en Roma CL invitaba a toda la ciudad a recogerse en oración: por la noche, en la plaza de San Pedro, el cardenal Ugo Poletti guio el rezo del rosario, al que se unió también el Papa, asomándose a la ventana de su estudio. Al final dirigió un saludo a los miles de personas presentes: «Quiero agradeceros vuestra presencia y vuestra oración. [...] Esta solidaridad con el pueblo polaco sirve también para confirmar algunos valores y algunos principios inalienables como los derechos del hombre y los derechos del pueblo. [...] Percibo el sentido profundo de vuestra reunión aquí, de vuestra oración, por la que os estoy verdaderamente agradecido»³⁷.

Al dar la noticia de las manifestaciones de protesta, el 16 de diciembre el diario *Lotta Continua* escribía que «los católicos de Comunión y Liberación y del Movimento Popolare se han solidarizado el lunes con Solidarność. Lo han hecho más que todos los demás. [...] Se unen para rezar. Las manifestaciones convocadas por ellos han sido las más numerosas. Y las únicas en las que todos estaban de acuerdo»³⁸.

Lo que estaba sucediendo en Polonia era para Giussani el evento más significativo para la vida del movimiento en aquel momento: «Nuestras comunidades, casi en su totalidad, se han movido en este tema con una generosidad enorme, especialmente en las grandes ciudades. Han expresado el nexo instintivo que hay entre la experiencia de nuestro movimiento y la vida del pueblo polaco». Por desgracia, continuaba Giussani, «después de un mes de gran actividad [...] somos nosotros los que tendremos que mantener despierta la atención hacia este problema, de importancia capital para la vida de Europa y, por consiguiente, para la vida del mundo, bastante más allá de los límites estrechos en los que pretenden circunscribirlo y marginarlo la cultura y la política occidentales»³⁹.

En la segunda mitad del mes de diciembre de 1981 se instaló en la plaza del Duomo, en Milán, una estructura permanente con una pancarta: «Polonia no ha muerto mientras nosotros vivamos». Se trataba de una gran carpa que reunía material fotográfico y escritos con tomas de postura sobre los hechos de Polonia: era un signo, una manera de mantener viva la atención y la conciencia de todos. La iniciativa, que provocó cierto ruido en la ciudad, fue llevada adelante por los universitarios de CL, que hicieron turnos para mantenerla abierta y encontrarse con todos los visitantes. Pronto, instalaciones análogas se multiplicaron en otras ciudades italianas.

En Seregno con Claudia Mori

Nueve de marzo de 1982. Don Armando Cattaneo, párroco del pequeño pueblo de la Brianza, organizaba desde hacía algunos años en el teatro San Rocco de Seregno un encuentro con motivo de la cuaresma. Ante un público numerosísimo de jóvenes y adultos anunció: «Esta tarde estará con nosotros don Luigi Giussani, y vendrá también

Claudia Mori. Tanto don Luigi como Claudia han aceptado venir únicamente con una condición: que sea una experiencia religiosa. Claudia Mori no quería venir, pero ha aceptado venir y ha dicho: ‘¡Ah! ¿Habláis de Jesucristo? ¿Tengo que dar mi testimonio sobre Jesucristo? Entonces ok, voy’»⁴⁰.

Se introdujo el encuentro con la lectura de un pasaje del escritor siciliano Elio Vittorini. Este había escrito en las páginas del *Politecnico*, inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial, que «Cristo puede ser muy importante aunque sea solo como cultura»⁴¹. Carlo Bo, crítico y ensayista católico, se había rebelado rechazando esta reducción de Cristo a la mera figura humana de un gran personaje de la historia. El pasaje que se leyó en Seregno era la respuesta que le dio Vittorini a Bo: «Vosotros, los católicos, deberíais tener en cuenta también a los que ‘no creen’; y ver en Cristo no solamente aquello que puede ser para vosotros, sino también lo que puede ser para los que ‘no creen’; [...] [Cristo] puede ser muy importante solo como cultura. [...] Tú me respondes que Cristo no es cultura. [...] Ves, yo uso las mayúsculas cuando escribo sobre Él, como si yo también creyera en Su divinidad además de en Su humanidad. En mi infancia, de hecho, también yo creí en Su divinidad, iba a misa, me confesaba, comulgaba. Tenía veinte años la última vez que me confesé y comulgué. Luego dejé de creer en Su divinidad, pero para empezar a creer en Su humanidad. Ahora creo que Él es el Hombre más grande que haya existido hasta ahora sobre la tierra, y que nada de cuanto han dicho los hombres, incluso lo más nuevo y concreto, o incluso más útil, después de él, se ha dicho en contraste con Él [...]. Siento que Cristo no ha perdido importancia, dentro de mí, desde que dejé de creer en Su divinidad; es más, creo que la ha ganado. Él se ha vuelto más importante para mí como cultura de lo que antes fue, para mí también, como *camino hacia la otra vida*»⁴².

Giussani tomó inmediatamente la palabra y dijo que Vittorini «conmueve por su corazón de hombre, pero Cristo es un hombre que dijo ser Dios». Los términos del problema, y de la infinita discusión que ha marcado toda la modernidad, no podían plantearse de manera más perentoria: si Cristo es solamente un gran genio de la humanidad, o bien si es lo que él dijo de sí mismo, es decir, Dios. Toda la intervención de Giussani fue el intento de documentar la verdad de la afirmación según la cual Cristo es hombre y Dios: «Nosotros, distraídos por los asuntos cotidianos y por la superficialidad con la que vivimos, no percibimos la desproporción ilimitada, la infinita lejanía que separa al hombre de Dios. Sin embargo, un hombre profundamente religioso, un genio religioso es aquel que advierte esta desproporción como algo enorme y la enseña a todos los demás: es decir, que solo Dios es Dios. Así han hecho todos los grandes nombres de la historia de las religiones, como Buda, o como Mahoma. Moisés tenía un sentido tan grande de su pequeñez frente a Dios que pidió que encomendara a otra persona la misión que le había encomendado a él».

Giussani explicaba que Cristo es el único caso en el mundo en que un hombre ha dicho ser Dios. En un instante transportó al público de Seregno dos mil años hacia atrás: «Los que veían a diario cosas tan grandes, el pequeño grupo de amigos, hombres y mujeres que le siguen, advierten en ellos una pregunta inevitable: ¿quién es este? Saben de dónde

viene, conocen a su madre y a sus parientes, lo saben todo de Él, y sin embargo es tan desproporcionado el poder que demuestra ese hombre, es tan grande y tiene una personalidad tan diferente que incluso la pregunta tiene un sentido distinto: ¿quién puede ser este?». Era la misma pregunta que le dirigirán, exasperados, sus enemigos: «¿Hasta cuándo nos vas a mantener en vilo? ¡Dinos de dónde vienes y quién eres!»⁴³. Giussani comentó que todos conocían sus datos por el empadronamiento, pero no conseguían darse una respuesta satisfactoria. Jesús dirigirá la misma pregunta a los apóstoles: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?»⁴⁴; y Giussani, mirando a la platea de Seregno, les dijo: «Ninguna otra pregunta que el hombre pueda imaginar es más importante, más grande y más decisiva que esta; todo el valor de nuestra vida depende de la respuesta a esta pregunta: o Él existió como un hombre cualquiera, o Él existe como hombre-Dios».

Mientras estaba pronunciando estas palabras, Giussani pareció leer un interrogante en los rostros de los que le estaban escuchando, y trató de explicitarlo: «¿Cómo podemos responder a esta pregunta nosotros, que no estuvimos en las bodas de Caná, que no vimos al paralítico curado, que no participamos en el entierro de Naín, que no le seguimos durante tres días por el desierto, olvidándonos incluso de comer?».

El camino existe, respondió, y está al alcance de cada uno, porque «la compañía que ha nacido de Cristo ha invadido la historia: es la Iglesia, su cuerpo, la forma que tiene hoy su presencia». De aquí puede surgir «la evidencia racional, plenamente razonable, que nos permite repetir con seguridad lo que Él, el único en la historia de la humanidad, dijo de sí mismo: Yo soy el camino, la verdad y la vida».

Después de Giussani intervino Claudia Mori, que contó esto: «Tanto Adriano como yo [Celentano, su marido, cantautor, director y actor, *nda*] siempre hemos vivido la religión de un modo muy sencillo, la vida misma nos lleva a encontrarnos con Él en cada momento, y por tanto los hijos, viviendo junto a sus padres, se encuentran con Él en cada momento del día. Yo pienso que Jesús no se impone nunca. Yo provengo de una familia tradicionalmente creyente, así que hasta cierta edad, hacia los catorce o quince años, la fe era un hecho automático, adquirido, sin pensar demasiado en lo que podría ser en realidad. Mi fe actual la he alcanzado de una manera dificultosa, a través de una experiencia dolorosa: cuando murió mi padre, yo me encontré por primera vez frente a la muerte, una cosa traumática para mí (porque además tenía diecisiete años). Durante un par de años dejé de creer. Ya había conocido a Adriano, y después de un año nos casamos... quería saber si debía seguir adelante viviendo con la fe o sin fe. Y en esto me ha ayudado mucho Adriano, en el sentido de que también él se planteó este problema, él de una manera distinta y mucho más bonita porque, en el máximo de su notoriedad, se preguntó a quién debía dar las gracias; y esto me parece muy anómalo, porque cuando uno es famoso, y lo tiene todo, no se pregunta nunca a quién debe agradecersele».

Claudia Mori concordaba con Giussani sobre que el problema fundamental era «¿quién es Él»; y que a la respuesta no se podía llegar «solamente a través de la doctrina (no porque esta no sirva, sino porque en un momento dado la doctrina tiene que profundizarse y personalizarse)». Y esto, continuaba Claudia Mori, era difícilísimo: «Yo no lo hago a menudo, más aún, raramente, pero no porque no lo quiera hacer, sino

porque por desgracia el mundo de hoy te lleva un poco a desviarte, y por eso reuniones como esta se deberían de hacer más a menudo».

En este punto, alguien del público le dirigió una pregunta a Giussani: «Me ha sorprendido, durante su meditación, cuando nos ha recordado que los apóstoles no comprendían todo, y sin embargo estuvieron con Él. Pues bien, nosotros tenemos el mismo problema: no lo entendemos todo, entonces, ¿cómo estar con Él?». Respondió Giussani: «Me parece que es justamente la diferencia que había entre los fariseos, los escribas y el pueblo que les seguía, y el núcleo de los pobres de espíritu que en cambio le seguían a Él. Aquí está la diferencia profunda: si miramos la vida y las cosas con la pretensión de que confirmen una medida preestablecida por nosotros, o por el contrario si vamos hacia las cosas, entramos en las cosas, con una apertura humilde, porque si hay algo evidente es que la realidad es más grande que nosotros».

Giussani volvió después sobre la intervención de Claudia Mori: «Me marchó esta noche con algo precioso, porque es un testimonio precioso el que ha dado esta señora antes, al decir que su marido ha tenido como camino hacia Dios la respuesta a la pregunta ‘a quién agradecerse’. Porque un hombre que se pone ante la vida preguntándose ‘a quién dar gracias’ es un gran hombre, esto es, es un gran pequeño hombre, es un pobre de espíritu, como dice el Evangelio, ve la verdad». Le preguntaron a Giussani si esto estaba al alcance de cualquiera, no solamente de alguien como Celentano, y él respondió: «De cualquiera, porque en esto consiste realmente el juego de nuestra libertad. Porque nuestra libertad no se ejerce sobre todo en las grandes decisiones; nuestra libertad se juega, se decide como en el claroscuro de una actitud ante la vida: ante la madre, el padre, la mujer, el marido, los niños, el cielo, la tierra, el sol, la lluvia...: es el modo con el que uno mira las cosas. Pues bien, la libertad decide ahí si abrirse de par en par o ponerse el brazo delante para tapar el rostro (como les digo a los chicos). La libertad es una opción a nivel, digamos, crepuscular, a un nivel de penumbra... no digo del subconsciente; porque la libertad, al ser un fenómeno extremadamente discreto en nuestros movimientos, se decide precisamente casi sin que uno se dé cuenta, y la decisión, o es apertura hacia la realidad, o bien es cerrazón ante la realidad; o es pretensión de juzgar la realidad desde la plataforma de nuestras medidas, o es asombro humilde, aunque sea sufrido, aunque sea doloroso, frente a lo que hay, que no es nuestro, que se convierte en nuestro si lo abrazamos».

Desde el público intervino una persona que se decía no creyente y se dirigió a Claudia Mori: «Su fe me parece un poco demasiado superficial. Quisiera saber por qué cree en Dios». Giussani se entrometió: «Ya había respondido...». Claudia Mori rebatió: «Tú me has preguntado por qué creo en Dios. Yo te pregunto: ¿pero por qué no debería creer en Dios?». Impetuosamente, Giussani exclamó: «¡Perfecto!»⁴⁵.

Cristo, la compañía de Dios al hombre

Una síntesis amplia de la intervención de Giussani en Seregno se publicará el domingo siguiente, 14 de marzo, en el diario *Avvenire* con el título: «Cristo, la compañía de Dios

al hombre»⁴⁶. Esa página cayó en manos de algunos universitarios, a los que les impactó un texto que comunicaba «de manera convincente, incluso estilística y estéticamente, la figura de Cristo y su centralidad para el hombre», como recuerda Onorato Grassi. «Se propuso, en primer lugar, fotocopiarlo para darlo a conocer; luego hacer de él un panfleto (‘volantino’ en italiano, *ndt*) para distribuirlo en las universidades. Pero como no era posible meter todo el discurso en una octavilla de dimensiones normales, se decidió hacer uno ‘grande’ que incluyese todo el texto. Se imprimieron miles de copias»⁴⁷. Así nació el manifiesto (‘volantone’ en italiano, *ndt*), el primero de una serie que todavía no se ha interrumpido y que acompaña anualmente la vida de las comunidades de CL en el mundo (ahora ya en forma de cartel de Navidad y de Pascua, *ndt*).

A Giussani le sorprendió el revuelo que se había creado en torno a aquel texto. Y al comienzo del *Equipe* de los universitarios, en mayo de 1982, en Riva del Garda, reaccionó entre incrédulo y perplejo: «Estoy un poco confundido por el hecho de que, en un Centro del CLU, se haya levantado tanto revuelo con ese texto, que era la redacción de una pequeña intervención que tuve en una parroquia en Seregno, y todavía me he asombrado aún más por la novedad que ha representado. Es la gran confirmación de que se da por descontado el motivo por el que nos movemos: es decir, que se da por descontado el motivo por el que surgió el movimiento»⁴⁸.

Recuerda Michele Faldi, en esa época secretario del CLU y responsable de los universitarios de CL en la Católica (más tarde director de Didáctica, Formación de Posgrado y Servicios a los Estudiantes de la Universidad Católica): «Yo —que había estado presente en el encuentro de Seregno— me quedé cortado por la sorpresa de don Giussani. Lo comprendí poco después: Giussani se convenció, de hecho, de que el tema de aquella breve intervención de unos veinte minutos, en la que había resumido los contenidos de los cursos de Introducción a la teología que daba en la Universidad Católica, era casi desconocido para los universitarios de otras facultades. Desde aquel momento empezó a ceder a la insistencia de los que, en el resto de las universidades, deseaban escuchar —aunque fuera de manera reducida— lo que él enseñaba semanalmente en la Católica. Fue este el sentido de las lecciones que dio en el PIME para todo el CLU (como había sucedido ya una primera vez a finales de 1978), excluida la comunidad de la Católica (que ya tenía la posibilidad de escucharle). Y en esto era tan estricto que pedía a la secretaría y al servicio de orden que no dejaran entrar a los alumnos de esa universidad que se presentaran».

Aquel manifiesto ofreció una ocasión a Giussani para contar más a fondo su historia personal como reclamo a los universitarios que le estaban escuchando: «El motivo por el que entré en aquella escuela [el liceo Berchet, *nda*], por el que estaba en aquella aula enardecido por la discusión, [...] por el que nacían todas las intuiciones, la exigencia de valores, es que Cristo está, es que Dios se ha hecho hombre y recorre la historia, y la recorre dentro de mí mismo, dentro de mis miembros, dentro de mi conciencia y de mi corazón, dentro de mi persona. Y es un acontecimiento tal que tenía que penetrar también en la gente que tenía delante»⁴⁹. A continuación aclaró cuál era el efecto

colateral de lo que había sucedido con la difusión del manifiesto: «Nunca podremos olvidar que Cristo es una respuesta al hombre, y que una respuesta se comprende solo en la medida en que uno percibe dentro de sí la pregunta. Y si Cristo es el redentor, es porque yo soy un pobrecillo, un pobre. [...] Os deseo que custodiéis realmente, que [...] tratéis de experimentar y de custodiar [...] la percepción de su presencia como respuesta al vacío que tenemos dentro, a lo que no somos todavía» ⁵⁰.

Aquí se ve el método de don Giussani en acto. En los *Equipos* se volvía perceptible el modo en que ‘guiaba’ el movimiento. Su acción estaba dominada por la primacía del acontecimiento: Giussani dejaba que lo que sucedía dictara la modulación del paso que iba a dar, movido por una sensibilidad y por una atención implacable al impacto que venía de lo real y de los otros, a los desafíos de la historia, al entresijo de las circunstancias culturales, sociales y políticas.

En los meses anteriores al *Equipe*, los universitarios expusieron el manifiesto y lo propusieron a sus compañeros, organizando además encuentros públicos: en pocas semanas se produjo una movilización sin precedentes en todas o casi todas las universidades italianas. En la asamblea del *Equipe*, las intervenciones señalaron la reacción que había provocado el manifiesto de Pascua: la necesidad de un retorno al origen de la experiencia del movimiento.

Al término de su intervención Giussani interrumpió la asamblea, estableciendo una pausa de media hora, bajó de la mesa, fue hacia Di Martino, le tomó por el brazo, le llevó al bar y le preguntó en qué punto estaba con sus estudios, invitándole a preparar lo mejor posible su tesis de licenciatura: «Dima [el sobrenombre con que se le conoce normalmente, *nda*], sería estupendo que te quedases en la universidad a hacer investigación y que pudieras acompañar la vida del CLU». En septiembre de ese mismo año se convirtió en responsable de los universitarios.

Giussani seguía con atención cada una de las intervenciones, anotando ciertas expresiones (que utilizaba luego en sus síntesis), reaccionando, preguntando, invitando a escribir algunas frases, a no divagar, a no separarse de la experiencia, invitando a los presentes a no ‘tragar’ distraídamente lo que decía cada uno. «Confiaba mucho en lo que pudiera venir de las intervenciones y todos advertían que él las ‘esperaba’». Había en él una gran apertura, y daba el máximo crédito a la experiencia, para progresar en el conocimiento y en la identificación del camino a recorrer. «Lo que brotaba en la experiencia de las personas era fuente de sugerencia para las cosas que decía, para el modo en que desarrollaba su discurso, su propuesta, con el acento original que le distinguía», subraya Di Martino.

Esta postura estaba en el origen del cuidado con el que Giussani preparaba siempre los *Equipos*, como subrayó él mismo: «Los *Equipos* del CLU, desde el 75-76 en adelante, tuvieron lugar de forma sistemática, preparados con debates e informes escritos. Si no hay trabajo, solo hay presunción por el rol que se ejerce, y en cualquier caso se justifican tranquilamente todas las ocurrencias». Como diría Giussani, «el que está aquí sin haberse preparado la pregunta, está aquí en vano, incluso molestando» ⁵¹. Así pues, observa Di Martino, Giussani «quería que se respondiese a lo que estaba sucediendo, que

se tomara una postura basada en la propia experiencia. Lo que él hacía debíamos hacerlo también nosotros». Los pasajes del discurso de Giussani «captaban, como un sismógrafo fino, el momento vital, las circunstancias personales y sociales, las aspiraciones y los peligros que acechaban en un determinado contexto, y se ponían al servicio de una experiencia efectiva dentro de cada preciso condicionamiento histórico. Lo suyo no era nunca un volver a proponer de forma abstracta contenidos doctrinales dirigidos a un ‘lector’, sino una palabra dirigida a un hombre vitalmente inserto en un horizonte concreto de problemas y exigencias urgentes». Por eso, al señalar el camino a recorrer, las síntesis de los *Equipes* representaban también un extraordinario juicio histórico y cultural sobre la situación del mundo y de la Iglesia⁵².

Aquel primer manifiesto de 1982 supuso, pues, una novedad para todos, empezando por Giussani, que a partir de entonces lo indicaría todos los años como uno de los instrumentos para seguir el paso de la vida de CL.

La comida de los martes con los universitarios

Giussani quería estar con los universitarios, juzgar las cosas y compartir su vida con ellos. Uno de los momentos en que todo esto se expresaba más libremente era la comida en el convento de las Hermanas de la Caridad de la Asunción, en Milán, una cita que Giussani mantendrá con fidelidad hasta 1996. Cada martes, Giussani comía con una quincena de responsables de los universitarios (no solo de Milán). Y aunque sus compromisos aumentaran o cuando, posteriormente, sus energías físicas disminuyeron, ese momento de convivencia compartida permaneció como un punto firme (además, naturalmente, de las reuniones para todos: Ejercicios espirituales, *Equipes*, Centros nacionales, Triduo pascual). «Esta regularidad marcó nuestra vida. En la comida se veía a un don Giussani a 360 grados y esto hacía de ese momento una ocasión única», recuerda Di Martino. No había un orden del día en sentido estricto, «el tema era sencillamente todo. Don Giussani tenía curiosidad por lo que sucedía en la vida de cada uno, por los descubrimientos y los problemas que surgían en las comunidades, preguntaba y formulaba juicios acerca de hechos sobresalientes, profundizaba en cuestiones que afectaban a todo el movimiento, era sensible a lo que ocurría en el mundo».

El clima era siempre muy familiar, lo que no significa sin embargo relajación o imprecisión: ‘Martinengo’ (es el nombre de la calle en la que se situaba el convento, *ndt*), como se bautizaría la comida de los martes, «era una de las circunstancias en las que mejor se comprendía que con don Giussani se podía discutir de todo, entretenerse de manera amable y bromear (era casi imbatible con las bromas), pero jamás se podía hablar sin ton ni son o censurar el drama de la vida, ni siquiera mientras comíamos», recuerda Di Martino.

La relación de Giussani con los responsables de los universitarios era emblemática desde muchos puntos de vista. «Lo que saltaba a la vista era la total ausencia de clericalismo y de paternalismo», prosigue Di Martino. «Don Giussani tenía una auténtica

estima por nuestra libertad, nuestra inteligencia y responsabilidad, por nuestros intentos, por nuestra expresión, por nuestra construcción. No le frenaban nuestros errores, nuestras inmadureces o intemperancias, nuestros límites, ni los utilizaba para marcar una diferencia o establecer una superioridad». El punto de vista de Giussani sobre la realidad universitaria de CL era otro: «Nosotros participábamos con él de la misma aventura cristiana, respondíamos de ella con él, y delante de él».

Además Giussani no era condescendiente con los universitarios ni los adulaba: apostaba por ellos, se fiaba de su contribución. En su compañía uno no se ‘preparaba’ para vivir; sino que vivía y afrontaba todo a partir del encuentro con Cristo. Precisamente por esto, Giussani era siempre extremadamente exigente y crítico, en el sentido peculiar que él atribuía a la palabra ‘crítica’: «Valoradlo todo y quedaos con lo bueno» (conforme a la formulación de san Pablo). E invitaba a hacer lo mismo. «¡Ay si alguien simplemente se alineaba con lo que había dicho otro!», precisa Di Martino, «o se limitaba a hacer un comentario barato, para no arriesgar. No había lugar para el halago. Nada se sustraía a esa ‘valoración’: la marcha de un gesto como los Ejercicios, el modo en que se cantaban los cantos iniciales de una reunión, los contenidos de un cartel o de un panfleto, una determinada toma de postura pública, el modo de concebir las vacaciones de la comunidad o el tiempo libre, etcétera».

Al frecuentar a Giussani, los responsables de los universitarios veían que predominaba en él una exigencia implacable de juzgar, y por eso la corrección y la valoración positiva eran algo cotidiano, como los dos lados de un mismo deseo de verdad: «No dejaba pasar nada: corregía con precisión (hasta el detalle: ‘Habéis cantado *La guerra* igual que se canta *Il mio sonno*’) y resaltaba el valor con igual precisión, subrayando intuiciones, hechos, ejemplos que sucedían, con los respectivos nombres y apellidos, indicándolos como camino para todos». Durante las comidas en la vía Martinengo, Giussani se sentía, en cierto sentido, más libre para llamar ‘al pan pan y al vino vino’, como un padre con sus hijos, recuerda siempre Di Martino: «Y nosotros lo tomábamos como un gran privilegio, una preferencia. Y a su vez nos sentíamos libres: ante Giussani era más fácil ser verdaderos, porque teníamos la seguridad de ser estimados, queridos».

«Durante aquellos encuentros», recuerda Michele Faldi, «planteábamos los temas y profundizábamos en algunos de los contenidos que daban forma expresiva a la vida del CLU: las vacaciones, los *Happenings* de los jóvenes, la CUSL, las convocatorias culturales del Centro Cultural San Carlo, entonces dirigido por jóvenes universitarios y por recién licenciados». Y también: «En aquellas comidas salían los libros que había leído o las películas que había visto don Giussani, y desde allí se convertían en patrimonio de todas las comunidades: *Crimen y castigo* de Dostoievski, *Balance de la historia* de Grousset, *Vida y destino* de Grossman, el *Relato del Anticristo* de Soloviev, *El dueño del mundo* de Benson, los disidentes de los países del este de Europa como Belohradski, el debate sobre la historicidad de los Evangelios, o las películas de Dreyer».

A veces, cuando los universitarios llegaban a la vía Martinengo, se encontraban con que Giussani no estaba solo: «Nos sorprendía presentándonos a comensales desconocidos que iban a convertirse en amigos de camino: en aquellos años conocimos

al padre Romano Scalfi, a don Francesco Ricci, a los monjes del monte Koya y al padre Aldo Trento que, recuerdo, nos fue enviado por Giussani como capellán a las vacaciones del CLU de la Católica, un año en el que no teníamos sacerdotes». La comida de los martes, concluye Faldi, «era para nosotros el punto central de toda la semana: todo convergía allí y de allí se extraían consecuencias para la vida de la persona, de manera particular, y para la vida de las comunidades de las que éramos responsables. Eran tan intensas que algunos, bromeando, decían que a partir del miércoles... ¡empezaba el fin de semana!».

Una experiencia análoga se repetirá a partir de mediados de los ochenta con algunos adultos responsables del movimiento: los lunes Giussani comía con ellos en el restaurante ‘Al Laghett’, cerca de la abadía de Chiaravalle, no muy distante de la casa de vía Martinengo. Y también en este caso se hablaba de todo; Giussani quería que los participantes se sintieran libres de preocupaciones estrictamente organizativas.

En esa época eran muchísimos los universitarios que tenían una relación directa y continua con Giussani, a pesar de la cantidad ingente de compromisos que tenía. Para quienes estaban implicados en la responsabilidad del CLU, obviamente las ocasiones se multiplicaban. Para un número enorme de universitarios los años ochenta fueron la ocasión para vivir la paternidad de Giussani: «Compartía nuestra vida —deseos, aspiraciones, inquietudes, dificultades— con sorprendente concreción. Encontraba infinitas maneras de estar cerca del otro, para sostenerle, para salir al encuentro de su necesidad con discreción, bien se tratase del estudio, de la familia, de la salud, del dinero (y a este fin movilizaba a quienquiera que estuviese en condiciones de aportar algo: ‘Mira que Fulano tiene necesidad de esto o de aquello...’)». Giussani siempre tuvo pasión por la felicidad del individuo. Cuando hablaba en público, no era raro escucharle pronunciar frases de este tipo: «Amigo, no te conozco, pero daría mi piel por ti. Somos una sola cosa porque hemos sido aferrados por el mismo acontecimiento». Su actitud frente a cualquiera no era nunca genérica: conocía a miles de personas y recordaba sus nombres. «Nunca he visto a nadie que supiera más nombres que él. Una vez le pregunté: ‘Don Gius, ¿cómo consigues saber tantos nombres?’. Y él: ‘Decir el nombre es el primer modo de afirmar el ser del otro. Igual que el saludo: no saludar es ya negar al otro’», recuerda Di Martino.

Juan Pablo II: «Vosotros no tenéis patria»

El 18 de agosto de 1982, mientras se celebraba el Consejo nacional de CL en Colfosco, Giussani fue convocado a Roma: Juan Pablo II deseaba verle. Abandonó los Dolomitas y se dirigió enseguida a la capital, donde le recibió el Papa para desayunar. De allí a pocos días el Pontífice tenía que ir a Rímmini para participar en el Meeting por la amistad entre los pueblos.

Entre los invitados al Consejo estaba también un joven alemán, Bernhard Scholz, recién licenciado en la Universidad de Friburgo, (más tarde presidente de la Compagnia delle Opere [en el mundo hispano, Compañía de las Obras, *ndt*]), el cual recuerda:

durante el viaje hacia Colfosco «escribí para mí algunas preguntas que quería plantearle a don Giussani, porque tenía mucha curiosidad y quería estar bien preparado para esa gran ocasión. Solo que, cuando llegué al hotel, no estaban ni don Giussani, ni Angelo Scola, ni Giancarlo Cesana, ni Jesús Carrascosa, es decir, las cuatro personas que conocía. [...] Se habían marchado a Roma para una audiencia con el Papa. Después me contaron que hubo además algunos problemas para encontrar la vestimenta adecuada para presentarse ante el Papa, dado que la invitación había llegado con muy poca antelación»⁵³. Scholz y los demás responsables esperaron su vuelta, preguntándose qué les iba a decir Giussani de aquella audiencia.

Nada más volver de Roma, Giussani se refirió inmediatamente al contenido de la audiencia, en particular a una frase que el Papa había dicho al término de la conversación: «Vosotros no tenéis patria en esta sociedad»⁵⁴.

Pero fue sobre todo al comienzo del *Equipe* de los universitarios de la semana siguiente, siempre en Colfosco, cuando Giussani sometió a la atención de todos las palabras del Pontífice por su significado histórico. El juicio sintético que había expresado Juan Pablo II, dijo, «lleva la cuestión de manera sugestivamente dramática a un nivel que nosotros hemos sufrido, sobre todo desde el 68 en adelante, especialmente durante ciertos años, aunque sin tomar conciencia de ello». Giussani contó: «Aparte del interés que el Papa tenía por el Meeting, sobre el que quería de nosotros alguna aportación o alguna observación, lo más impresionante de esa conversación, que ha durado una hora y media, ha sido descubrir en el Papa, como una persuasión obvia, como una actitud adquirida, lo que al menos otras dos veces había explicitado con palabras que para nosotros han sido enseguida valiosas, que han despertado nuestro entusiasmo, pero que es como si no las hubiéramos acogido según la seriedad definitiva con la que el Papa las había pronunciado [...]: ‘Vuestro modo de afrontar los problemas humanos es muy similar al mío, más aún, diría que es el mismo’» (ver aquí, p. 617s). Aquella fue precisamente la audiencia que hizo percibir a Giussani «con temor y temblor» esta evidencia: «Nuestra experiencia ha llegado a un momento decisivo del que no hay vuelta atrás, en el sentido de que quien no la siga es como si se saliera en la carrera del carril, como si fuera expulsado. En dos o tres ocasiones por lo menos, el Papa ha repetido esta identificación —por así decirlo— del destino de su figura con el destino de nuestra experiencia».

Cesana, presente en la audiencia, cuenta el intercambio de frases que tuvieron con el Papa mientras bajaban para el desayuno: «Después de recibirnos, preguntó a don Giussani: ‘¿Cómo va CL?’. Tras escuchar la respuesta, añadió: ‘¡Eh, sí! CL tiene muchos enemigos: los mismos que el Papa’». La asamblea de los universitarios se rio. La reacción de Giussani fue inmediata: «Uno solo puede reírse si es superficial, porque, por el contrario, se trata de una sorpresa casi trágica». Y explicó el motivo de ello mientras proseguía contando la conversación: «Hablando después de que la desgracia de la Iglesia había sido asumir en el posconcilio categorías de la mentalidad laica dominante, por ejemplo, las categorías de ‘integrista’ y de ‘aperturista’, donde solo el aperturista tendría derecho a existir en la sociedad de hoy, [el Papa] dijo: ‘Lo mismo que

dicen de mí, lo dicen exactamente igual de vosotros; os definen a vosotros de la misma manera en que me definen a mí'. Y más aún: 'Allí donde acogen al Papa, también os acogen a vosotros'».

Pero eran sobre todo las ultimísimas frases del diálogo las que impresionaron a Giussani: «Mientras estaba todavía sentado, a punto de girarse sobre la silla para levantarse, dijo: 'Vosotros no tenéis patria, porque no sois asimilables a esta sociedad'. Después permaneció callado un momento y, casi mientras se levantaba de la silla, repitió esas palabras: 'Vosotros no tenéis patria', en las que se hacía visible de forma conmovedora la proyección de su misma situación sobre nosotros».

Para Giussani era algo sorprendente, «que raramente ha ocurrido en la historia, que un Papa identifique su experiencia de fe, la que propone a toda la Iglesia, y encuentre — cómo decirlo— una correspondencia, una identificación en una determinada experiencia, en la experiencia determinada de un grupo». Y enseguida comentó: «Pero al mismo tiempo, implica una terrible responsabilidad».

Luego comunicó la impresión que tuvo en esa hora y media: «Era como alguien que encuentra por fin unos amigos con los que se siente en sintonía, porque él es alguien que no tiene patria, es decir, que no es acogido en absoluto».

Según Giussani, comprender bien lo que significaba la observación del Papa sobre la experiencia de CL quería decir empezar a cruzar el umbral de la madurez: «Alguien que no tiene patria carece continuamente de seguridades humanas, de protecciones, de descanso, siempre de algún modo atravesando, y por ello 'en contra', pero en contra en el sentido de atravesando. En el fondo, si ponéis juntas estas palabras, representan la descripción o la definición de lo antiburgués, de lo que no es burgués, de lo que no está consolidado socialmente, de lo que no está *established*».

A continuación relejó diez años de historia del movimiento: «Mirad, en el fondo en el fondo, toda nuestra actividad, desde que nació Comunión y Liberación, desde el 70, especialmente desde el 73, cuando hicimos el famoso encuentro en el Palalido con seis mil universitarios, pero también toda la actividad de la CUSL [Cooperativa universitaria estudio y trabajo, *nda*], toda la actividad de los CP [Católicos Populares, *nda*], todos los Meetings de este mundo, todas las cooperativas, toda la lucha por los comedores [universitarios], todo lo que hacemos [...], es para tener una patria en este mundo. No digo que no sea justo, digo que lo hacemos para tener una patria, y que esta patria no la tendremos»⁵⁵.

Después de hablar en las reuniones de Colfosco, Giussani transmitió a todo el movimiento la audiencia que había tenido lugar con Juan Pablo II, afirmando que experimentaba un doble sentimiento frente a las palabras del Papa: por una parte, la sensación de «una gran fragilidad»; por otra, la conciencia de «un indomable abandono a la misericordia de Aquel que nos ha llamado a semejante tarea, por amor a todos los hombres que nos rodean. En la estela [...] del gran hombre que guía hoy a la Iglesia de Cristo»⁵⁶.

Giussani había invitado a Testori a ese mismo *Equipe* de agosto de 1982 para mantener un diálogo con los universitarios de CL, y le presentó así: «En nuestra situación actual,

en nuestro horizonte actual, Giovanni Testori es como la avanzadilla de nuestra batalla, y tenemos un poco de remordimiento porque con demasiada facilidad, frente al impulso de su vanguardia, nosotros nos quedamos muchas veces protegidos en la trinchera».

Giussani reconocía que el escritor, a partir de una experiencia de mal, había reconquistado una postura de fe «a través del único método conocido por el cristianismo para la resurrección de la vida, para que la vida se vuelva verdadera, que es el sufrimiento. *Conversazione con la morte, Interrogatorio a María, Factum est* [las primeras obras teatrales escritas por Testori después de su vuelta al catolicismo y después de conocer a Giussani, *nda*] confirman hasta qué punto, a través del sufrimiento y de la muerte, lo que triunfa no es el gusto por el sufrimiento y la muerte sino el gusto por la vida».

Testori empezó agradeciendo a Giussani lo que acababa de decir: «Desde hace tres años, desde que nos conocimos, el movimiento —bajo la guía de Giussani, que es más que una guía, es un continuo nacer maternal y paternal— se ha hecho adulto y ha tenido la gracia merecida, como fruto, de convertirse en un acontecimiento dentro de este pobre y desesperado país. Quisiera invitaros a estar más vinculados entre vosotros, más unidos, sin renunciar a nada de la verdad, a nada de la caridad, a nada del amor, a nada de la justicia, a nada de la esperanza, a estar más unidos con el desastre de nuestro tiempo, porque una compañía como la nuestra es para todos».

Intervino Giussani: «En esto consiste el genio del cristianismo», el ideal cristiano. Testori añadió: «Lo que tú llamas ‘ideal’ se ve y aparece cuando le das forma cotidianamente, en lo concreto de cada día, de cada trabajo, de cada acto, de cada oración, de cada gesto. Pero esta forma no puede pegarse con la saliva; es mejor que nazca con sacrificio, pequeña, pero que a través de ella pasen los ojos de Cristo».

Giussani invitó a los universitarios a admitir que «escuchar a un hombre así sacude la pequeña lógica con la que normalmente [se] mide todo»⁵⁷.

Juan Pablo II en el Meeting de Rímini

Al término del *Equipe*, el 28 de agosto de 1982 los universitarios se trasladaron a Rímini, adonde estaba a punto de llegar como visitante el Pontífice. Giussani llegó a medianoche. El 29 de agosto, «en el salón, cuando pasó el Papa, Giussani estaba en primera fila. Se arrodilló, y Wojtyła se paró. Hay una foto preciosa en blanco y negro en la que se están hablando, con las cabezas juntas», recuerda Emma Neri (una de las personas que en aquella época organizaba el Meeting)⁵⁸. A primera hora de la tarde, Juan Pablo II habló en el gran auditorio y respondió a algunas preguntas: «Me gusta que esta iniciativa sea expresión de la vitalidad del laicado católico en Italia, [...] deseoso de expresar con la libertad de sus iniciativas la belleza y la humanidad de lo que ha conocido. Esta es la bella realidad de este *encuentro*».

Después, el Papa comentó el título del Meeting 1982: «Los recursos del hombre». Y dijo: «El mayor ‘recurso’ del hombre es Cristo. [...] En él se descubren los rasgos del hombre nuevo [...]. Es necesario dirigir la mirada ‘al autor de nuestra salvación’ para

engendrar una civilización que nazca de la verdad y del amor. [...] Para no agonizar, para no apagarse en el egoísmo desenfrenado, en la insensibilidad ciega ante el dolor de los demás. Hermanos y hermanas, ¡construid, sin cansaros nunca, esta civilización! Es la consigna que hoy os dejo: ¡trabajad por esto, rezad por esto, sufrid por esto!»⁵⁹.

Al empezar septiembre, Giussani enviaba a todas las comunidades de CL el discurso y las respuestas del Papa en Rímini: «Tenemos que aprenderlas, solos y en grupo, palabra por palabra, para que, por una parte, se vea juzgada la mezquindad con la que concebimos los pasos de nuestro movimiento (es decir, de nuestra vida), y por otra parte, una vez marcado el camino y definido su significado, se haga más intensa nuestra voluntad de cambio, de resurrección: todos los ‘recursos’ de nuestra experiencia de fe deben prorrumper y tomar forma en una construcción, la construcción de una ‘civilización que nazca de la verdad y del amor’». Y terminaba diciendo que ya no se podían borrar de la memoria las palabras conclusivas del Papa: «‘Es la consigna que hoy os dejo. ¡Trabajad por esto, rezad por esto, sufrid por esto’. [...] Nosotros, todos juntos, no podemos eludir la alegría de este sufrimiento»⁶⁰.

En las vacaciones internacionales de CL de septiembre de 1982 Giussani volvía sobre el mensaje de Juan Pablo II en el Meeting. A la pregunta de si el Meeting era útil a su juicio, el Papa respondía: «Antes se pensaba en la Iglesia de una manera estática, como algo ya hecho. Esto es verdad, pero el Vaticano II nos ha mostrado a la Iglesia como algo que camina, como algo que se mueve para una misión: la misión de lo verdadero, del bien, de la verdad, de la caridad. Esta misión se ha convertido en la esencia de nuestra visión de la Iglesia. Yo pienso que vosotros, que sois un movimiento y que ofrecéis una expresión de vuestro movimiento en el Meeting, tratáis de expresar precisamente este carácter misionero de la Iglesia. La Iglesia, en efecto, es histórica, es de nuestro tiempo. Con vuestro Meeting vosotros pretendéis encarnar la obra de la salvación, hacerla presente entre los hombres».

Giussani observó que —justamente a la luz de esta respuesta del Papa— el significado de CL en la Iglesia consistía en «indicar un camino para que el anuncio cristiano, el hecho cristiano, incida en las realidades humanas»: en la escuela, en la universidad, en la familia, en la relación entre chico y chica, en el modo de vivir una compañía, en el modo de concebir por qué se vive, para qué se trabaja, en la concepción de la política, del servicio a la sociedad.

Pero Giussani subrayaba sobre todo el alcance de las palabras de Juan Pablo II para la vida de CL: «Creo que nadie como el Papa ha identificado nunca el valor que tiene nuestro movimiento en la Iglesia de hoy. Porque lo que caracteriza nuestra experiencia (por lo que nos llaman integristas) es precisamente nuestro valor. Puesto que la fe es reconocer a Cristo como el punto de vista cultural (es decir, que penetra en el modo de concebirlo todo)», el Meeting de Rímini «abrazaba todo un horizonte de necesidades y exigencias humanas, ejemplificando, dando ejemplo de cómo se pueden afrontar con la fe. [...] Nosotros comprendemos que existe el paraíso porque, al seguir a Jesucristo, la tierra se vuelve mejor»⁶¹.

La intervención de Juan Pablo II en el Meeting hizo más aguda en Giussani la urgencia

de que el hecho cristiano incidiera en las realidades humanas, y precisamente por eso habló de ello en la primera ocasión pública que tuvo, el encuentro con los adultos de CL de la diócesis de Milán en Varese, el 18 de septiembre de 1982: «Este año tenemos que revisar continuamente el modo de tratarnos entre nosotros, revisar si en nuestras relaciones el hecho del Señor es algo más que un mero tema verbal de palabras, un pretexto de palabras, es decir, un motivo ideológico». Invitaba a ser leal con uno mismo, llevando a cabo un reconocimiento: «Tenemos tal sagacidad que somos perfectamente capaces de hacer un año entero Escuela de comunidad sin que Cristo incida realmente en nuestra vida, y por eso no hacemos otra cosa que acumular palabras». Esto, según Giussani, era un punto a revisar: «No como comunidad, sino ante todo como examen de conciencia personal, porque frente a mis amigos yo soy responsable de lo que me ha sucedido»⁶².

El reclamo de Giussani al compromiso personal se repitió también durante la reunión de Dos días de los universitarios de primero, procedentes de toda Italia y congregados en Rímíni diez días después (del 28 al 30 de septiembre de 1982): «En la vida es importante construir. Por eso, por favor, atravesad el momento en el que estáis, aunque os parezca un poco desfavorable como circunstancia, aunque os parezca algo penoso. ¡Atravesadlo! Recordad este aforismo: no hay que naufragar en las circunstancias, sino navegar en las circunstancias». Y explicó que navegar era «poner proa hacia el destino», mientras que naufragar era «poner proa hacia los abismos de la oscuridad».

Sabiendo que hablaba a jóvenes que se asomaban al futuro con cierta inquietud, Giussani les hizo algunas recomendaciones: «Es imposible que no se debilite el deseo de caminar, excepto en el caso excepcional de algunos temperamentos afortunados. Lo importante no es que el deseo no se debilite en ti, sino que sigas caminando incluso cuando el deseo disminuye, porque así serás una persona humana». En efecto, el hombre «es ese dinamismo de la naturaleza que sigue y persigue un juicio; no sigue lo que siente. Porque seguir lo que se siente es algo que también hace el perro». Aclaró a continuación que el juicio era «ese acto del hombre que le permite reconocer lo que está presente: ‘Lo que dijo ayer Cesana, tan brevemente, es justísimo. Entonces, voy detrás de él’. Pero mañana por la mañana, después de pasar una noche horrible, te levantas y no tienes ganas», y sin embargo debes seguir igualmente. «Esta es la fidelidad que construye. Ser fiel a lo que se ha intuido una vez como justo es lo más inteligente de la vida, aunque muchas veces para ser fieles haya que atravesar una situación llena de circunstancias pesadas o adversas».

Giussani ponía en guardia a los chicos con respecto a un peligro que acechaba: el escepticismo, que nace de la falta de compromiso con las cosas: «Como no te comprometes con las cosas, dices entonces: ‘Quién sabe si estas cosas valen’, y así las cosas valen para ti todavía menos, es decir, te desvinculas todavía más». Por eso «hay que truncar el escepticismo, cortarlo con una espada, entrando decididamente dentro de las cosas con compromiso. Entonces el escepticismo se desvanece y uno experimenta, es decir, prueba, comprueba, verifica». Para Giussani comprobar, verificar, significaba «comparar el ideal, la propuesta ideal, con la realidad en la que estás comprometido».

Sus palabras finales sonaron como un llamamiento: «Debéis esperar un camino, no un milagro que eluda vuestras responsabilidades, que evite vuestro esfuerzo, que vuelva mecánica vuestra libertad. ¡No! No esperéis esto. Existe una diferencia profunda con respecto a lo de antes, al camino que habéis recorrido hasta ahora: la diferencia profunda es que no podrás seguirme, no podrás seguirnos, si no tratas de comprender». E insistió: «Hasta ahora has podido seguir incluso sin comprender, incluso sin tender a comprender; ahora ya no podrás seguirnos si no es tratando de comprender. Y hasta ahora has podido seguir sin amar nada; ahora tendrás que empezar a amar realmente la vida y su destino. En caso contrario, si no tratas de comprender y si no tratas de amar la vida y su destino, entonces nos dejarás: solamente en ese caso»⁶³.

Giussani no soportaba que las personas le siguieran servilmente, tontamente, como se va detrás de alguien que arrastra a las masas. Para él era decisivo que el que aceptaba implicarse con su propuesta lo hiciera comprometiendo toda su inteligencia y su libertad. La vida cristiana, en efecto, tiene sus propias razones, que él invitaba a descubrir para no permanecer eternamente inmaduros.

Una fe que no afecte a la vida es inútil

El 29 de septiembre de 1982 Giussani pronunció una conferencia en Recanati sobre «La conciencia religiosa frente a la poesía de Leopardi» (ver aquí, p. 62). Fue una ocasión para renovar el recuerdo conmovido del poeta que había inflamado su juventud: «Si lo que voy a decir esta noche ante vosotros no es un engaño, es solamente porque, cediendo a la insistencia de los amigos que me honro de tener en Recanati, no quiere ser otra cosa que un testimonio: un testimonio del drama de Leopardi, que yo reconozco también. En efecto, esta noche no hablaré de Giacomo Leopardi, sino que me gustaría hablar con Giacomo Leopardi»⁶⁴.

En la obra poética de Leopardi, que había estudiado de memoria siendo jovencísimo (ver aquí, pp. 62-65), Giussani descubría la evidencia que debe guiar a todo hombre: «Si el límite no es lo que define en última instancia al hombre, la dinámica de la razón implica la invocación de una presencia, la afirmación de Otro. A pesar de toda su negación, en el momento más agudo de su vida Leopardi lo afirmó [...] con una de las poesías más sorprendentes que se puedan leer este mundo», el himno *A su dama*, que leyó y comentó línea por línea hasta la última estrofa: «Es como una de las oraciones más bellas que se pueden leer en nuestra literatura. [...] Puedo decir que esta fue la estrofa que trastocó mi vida». Giussani declamó: «Si de las eternas ideas / Una eres tú, que de forma sensible / del saber eterno desdeñas ser vestida, / y entre caducos despojos / probar los afanes de funérea vida; / o si otra tierra en sus soberbios giros / entre esos mundos innumerables te acoge, / y más vaga que el Sol próxima estrella / te irradia, y más benigno éter respiras; / de aquí donde los años son breves e infaustos, / de ignoto amante este himno recibe»⁶⁵ (traducción nuestra, *ndt*).

Según Giussani esta era «una profecía pura, porque el genio es siempre profeta de Cristo. [...] Esta es la profecía de un ateo; es el grito, mil ochocientos años después de

que hubiera sucedido, la súplica, desde el fondo del hombre, de la encarnación de Cristo». Es esto precisamente lo que conquistó a Giussani ya desde que estaba en el seminario: «El verdadero planteamiento que anima todas las palabras que escribió el gran sufriente Giacomo Leopardi es que el hombre no es nada y que toda su grandeza consiste en la relación con el infinito. Todo el universo, como también la cosa más pequeña, son un signo que le llama al infinito», de modo que «cada momento es una novedad, es una riqueza, cada momento es amor. Si la razón fuera la medida de las cosas, cada momento sería en cambio tumba, sepulcro. Nos han encerrado vivos en los sepulcros de la cultura posrenacentista, ilustrada y racionalista moderna». Y Leopardi, por desgracia, «fue víctima de ella». Justamente en este punto aparecía el límite en el que terminó el poeta: «Leopardi no tuvo un encuentro amigo que le hiciera fácil o más fácil esta observación que —perdonad— es obvia. Y así, como diría san Agustín, Leopardi fue siempre, ‘Fugitivus cordis sui’, siempre huyó lejos de su corazón, de ese corazón que es la razón. Quizá, por decirlo realmente todo, a Leopardi, que tenía un sentido ético fortísimo en ciertos campos, le faltó una dosis última de ánimo, y precisamente ahí se reveló frágil, incluso éticamente. [...] Posiblemente Leopardi no encontró una amistad suficiente que le confortase hasta ese punto»⁶⁶.

Giussani retomó de algún modo las reflexiones que le había suscitado la lectura de Leopardi en un artículo que se publicó en *L'Osservatore Romano* el 29 de octubre de 1982: allí escribía, en efecto, que a la luz del drama del hombre «la fe en Jesucristo, esto es, en el misterio de Dios que se revela y se comunica históricamente, no aparece como un factor extrínseco y en última instancia superfluo, sino como la respuesta absolutamente gratuita a la que aspira toda la estructura íntima del hombre y su condición histórica»⁶⁷. Y citaba a propósito de esto un pasaje de la *Gaudium et spes*: «En realidad el misterio del hombre solo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. Cristo, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación»⁶⁸. A juicio de Giussani esta afirmación del Concilio Vaticano II «condena esa visión del cristianismo como un conjunto abstracto de preceptos y de prácticas rituales completamente yuxtapuestas a la búsqueda de significado y de felicidad que tiene el hombre. Esta requiere de una comprobación atenta a lo largo de toda la existencia para mostrar su profunda razonabilidad y densidad existencial». En razón de estas preocupaciones, se comprendía por qué el Concilio «incluye entre los más graves errores de nuestro tiempo la separación que se constata en muchos fieles entre la fe que profesan y su vida cotidiana»⁶⁹. Por esto, continuaba Giussani en *L'Osservatore Romano*, «una fe que no tenga nada que ver con la vida y con todas sus exigencias más significativas, [...] en primer lugar resulta inútil y además, con el tiempo, termina desapareciendo»⁷⁰.

De hecho, Giussani estaba convencido de que «la certeza de la fe ‘se enriquece en sentido subjetivo, humano, existencial’ (Karol Wojtyła) justamente si se compara con ella el flujo de la propia vida y por ello la trama de nuestras necesidades, exigencias, problemas y situaciones. En una palabra, si se convierte en cultura cristiana». Lo que

seguía a continuación en el artículo parecía un juicio sobre la historia reciente de la Iglesia: «En estos años del posconcilio, progresistas e integristas, de manera no muy distinta entre ellos, han considerado la fe como un dato adquirido. En el fondo han dado por descontado que existe la Iglesia, olvidando que de ella, de su misterio, se tiene que hacer una cierta experiencia. La Iglesia, por el contrario, acontece y crece continuamente en el corazón de los hombres y en lo vivo de los ambientes y de las situaciones sociales mediante el encuentro con la presencia viva de Jesucristo, en el enriquecimiento existencial de la certeza de ese encuentro, en la experiencia de su capacidad real de salvar lo humano con toda su dramaticidad y cotidianidad»⁷¹.

Giussani veía documentado en la experiencia de los jóvenes que esta postura había penetrado en la vida de muchos cristianos; y habló de ello en la Jornada de apertura de curso de los universitarios de CL, en Varese, el 5 de noviembre de 1982: «Amigos míos, la dificultad que tenéis para creer deriva del aire que respiráis, no es vuestra. Es igual que la famosa joven de la sinfonía pastoral de Gide, que era como un pequeño animal, al haber nacido ciega y no haber recibido ningún estímulo», porque era huérfana. Lo mismo sucede, dijo Giussani, con «la relación con el Destino que constituye vuestra alma, vuestro corazón: ha quedado sepultada bajo un montón de harapos por la sociedad actual, [...] sin tener ni siquiera el carácter sugerente de lo dramático, porque lo dramático tiene lugar cuando de algún modo el cielo está rasgado, cuando lo oscuro, la oscuridad, está desgarrada por un presentimiento —¿comprendéis?—, por un presentimiento ideal. Todo está delimitado, planificado, dictado por el poder». Pero bajo las escorias algo resiste: «Puedes ser indiferente con relación a ti mismo, pero no tanto como para eliminar de tu vida la posibilidad del miedo; pero más todavía, antes todavía, más agudamente todavía que el miedo, el deseo de la belleza y del destino»⁷².

Son palabras con las que Giussani pretendía reabrir la partida de la vida: la situación más desfavorable que se pueda pensar no logra borrar del todo el impulso que tiene el corazón hacia algo bello y verdadero, por indefinido que sea. E invitaba a apostar por esto, con sencillez.

Francis, el primer mártir de CL

En aquellos mismos días se consumaba la tragedia de un joven que, en un contexto completamente distinto —la Uganda de los conflictos tribales y políticos— no se dejó vencer por el miedo. Giussani mismo contaba lo sucedido: «En este país de África oriental la implicación de nuestros médicos, profesores, técnicos y sacerdotes con la Iglesia y las poblaciones locales, que empezó en 1969 a partir de algunos distritos del norte, ha desembocado en la formación de una trama de vida cristiana conforme a la inspiración típica de CL, que alcanza ya a muy diversos ambientes sociales, a las etnias más diferentes y opuestas entre sí, y a las regiones más distintas. En Uganda, el movimiento, que por exigencias locales ha asumido el nombre de ‘Christ is Communion and Life’ (CCL) [Cristo Comunión y Vida, *nda*], puede considerarse hoy, como en Italia, un fenómeno de relevancia nacional. En este país, sacudido desde hace años por una

crisis política gravísima que lo ha llevado al colapso económico y a una profunda inseguridad e inestabilidad social, el movimiento ha tenido lo que bien puede considerarse su primer mártir, que lo es también de toda la Iglesia. El 22 de noviembre de 1982, en un poblado de las cercanías de Kampala, Francis [Bakanibona, *nda*], un joven profesor y catequista, amenazado ya repetidamente de muerte por soldados del gobierno de Obote si no suspendía las reuniones de oración y meditación que promovía como responsable local de CCL, fue finalmente asesinado a mazazos y cuchilladas por no haberse plegado a esa pretensión»⁷³.

La mañana del 22 de noviembre, Francis, que acababa de terminar de trabajar en el campo con su padre, estaba sentado junto a él en el patio de su casa, cuando llegó «un grupo de soldados que algunas semanas antes le habían amenazado repetidamente. No querían que Francis fuera a la Iglesia y que se reuniera con sus amigos para meditar la palabra de Dios»⁷⁴, escribía el periodista de la RAI Enrico Castelli, que había reconstruido el asunto. «Los soldados arrastraron a Francis junto a otros jóvenes, uno de los cuales era un amigo suyo de la infancia y que proporcionó este testimonio: empezaron a golpearle con patadas y puñetazos. ‘Así que eres uno de los que enseñan a los guerrilleros’, le dijeron mientras continuaban golpeándole. ‘Yo enseño a los niños, no a los guerrilleros, que no sé en absoluto dónde están’. Toda respuesta fue inútil. Apenas le dio tiempo a decir: ‘Virgen María, madre mía, [...] muero inocente’, cuando un soldado le golpeó en la espina dorsal con una patada. Francis cayó al suelo, se levantó con gran esfuerzo, dio algunos pasos y cayó por segunda vez. Los soldados agarraron un bate y le golpearon con fuerza en la espalda. El amigo recordaba: ‘Le pusieron cabeza abajo, continuaron golpeándole y le acuchillaron. En ese momento ya no pude seguir mirando. Solo podía escuchar que seguían pegándole’. Escuché sus palabras: ‘Señor, perdónales. Yo muero sin motivo. No sé nada. Señor, perdónales. A Jesús le trataron del mismo modo’»⁷⁵. Cuando se dio la vuelta, vio a Francis tirado en el suelo, muerto.

Habían transcurrido apenas tres meses desde que Francis encontrara el movimiento, escribía Castelli, «pero su vida estaba ya modelada por entero por las palabras con las que el padre Norberto, un misionero [comboniano, *nda*], le había incorporado a CCL. En una zona donde la guerrilla se había extendido y donde, por consiguiente, la represión del ejército era particularmente feroz, Francis seguía afirmando que la única esperanza era Cristo». El joven vivía en Kassala, en esa época terreno de lucha entre los rebeldes de Yoweri Museveni (futuro presidente de la República) y las tropas gubernamentales de Milton Obote.

He aquí lo que escribía Francis al misionero pocas semanas antes de morir: «Queridísimo padre, hace ya mucho tiempo que nos has dejado y hemos seguido unidos espiritualmente. Ahora te quiero contar nuestra vida de CCL. La primera experiencia ha sido con los otros maestros. Algunos de ellos han cambiado verdaderamente. De hecho, hablando con nosotros han descubierto que el amor y la comunión crean una unidad verdadera. Pero esa comunión ¿está centrada en Cristo? Esto es lo que nos preguntamos continuamente cada día. [...] La gente nos dice: ‘Vosotros sois completamente distintos de los demás, tanto en el hablar como en la manera de comportaros’. Y así, los que

descubren nuestro modo de actuar se unen a nosotros y están contentos cuando les hablamos de CCL. [...] Reza por nosotros y reza por nuestra gente para que comprenda que solo por medio de Cristo podremos tener paz y libertad»⁷⁶.

Será el padre Pietro Tiboni, también él comboniano y que estuvo en el origen de CL en Uganda, quien subraye el valor que tuvo el sacrificio de Francis para toda la comunidad ugandesa en un librito escrito en lengua local: «Si somos discípulos de Cristo, se nos puede pedir a veces que demos testimonio con nuestra vida: a esto se le llama martirio. [...] El testimonio de fe debe darse en el lugar en el que vivimos y trabajamos»⁷⁷.

Giussani subrayó además el valor ejemplar que tenía este martirio, consumado en lo escondido de un pequeño país africano, pero no por ello insignificante, porque había tenido lugar ante los ojos de Dios: «En las manos de Dios tu ‘tic-tac’ resulta útil para el universo. ¿Quién conocía a Jesús? No hablaron de él los periódicos de la época: no los había, pero en cualquier caso ¡no habrían hablado de él! Y a nuestro Francis, muerto por él cerca de Kampala, asesinado por los militares de Amín porque hacía Escuela de comunidad, delante de su padre, ¿quién le conoce? Es un acto heroico, pero ¿quién lo sabe? Nadie». Para explicarse mejor, Giussani introdujo una comparación sorprendente: «¿Qué es mejor, un hombre pequeño o un mosquito? Un hombre pequeño en los bosques de Uganda o un mosquito en tu nariz mientras estás estudiando ante la catedral de Milán: ¿tiene quizá más valor el segundo que el primero? Para inventar cosas con las que quitar el mosquito de tu nariz, trabajan denodadamente en cientos de farmacias (sobre todo de industrias farmacéuticas); para salvar la vida de Francis, la libertad de Francis, nadie se mueve. No lo sabe nadie, lo sabéis vosotros ahora porque yo estoy entre los pocos, tres o cuatro, que lo repiten. Si un instante, un solo instante, una sola intersección del tiempo y del espacio fuera inútil —¿un instante? Ni siquiera un instante: una diezmillonésima de un instante— si fuera inútil, no habría Dios, no existiría Dios, ¡no existiría el mundo!»⁷⁸. Justamente por motivo de este testimonio suyo —hasta el derramamiento de su sangre —, Francis «puede perfectamente ser beatificado»⁷⁹.

*«Si el movimiento no es una aventura para uno mismo,
entonces se convierte en un partido»*

El 24 de enero de 1983 Giussani participaba en una reunión de sacerdotes del movimiento en Idice San Lazzaro. Fue la primera de una serie de reuniones en las que se expresó de varias maneras la percepción que tenía de la situación y de la responsabilidad que esta requería: «Nuestro único motivo de inquietud e interés es la verdad de nuestra persona, es la verdad de aquellos a los que amamos y que nos siguen, porque tenemos responsabilidad sobre ellos, y somos sus padres. Esta es nuestra pasión, aunque fueran solo tres jovencitas». A continuación recordó que «los primeros encuentros de Cristo fueron con la pobreza de la gente. [...] La primera característica del encuentro fue el impacto entre el anuncio del Dios convertido en presencia humana normal y la humanidad con sus necesidades». Y refiriéndose a sí mismo, se preguntó: «En este impacto con el drama humano de la gente, ¿quién me ha ayudado? Me ha educado más

en esto la gente cuya amistad ha sido [...] un reclamo a mi necesidad humana. No puedo ser solidario con el drama humano de la gente si mi necesidad humana no ha sido provocada a confrontarse con Cristo». Y aquí señalaba una especie de ‘déficit de humanidad’ en cierta manera de reunirse los grupos de CL: «En nuestras comunidades, la Escuela de comunidad, las asambleas, las iniciativas que se hacen ya no suponen un motivo de un encuentro. Lo son, en cambio, si para la persona que las concibe y vive su fe es una mirada sobre todas las cosas; entonces de esa reunión ciertamente uno sale impactado»⁸⁰.

La insistencia de Giussani se debía al hecho de que quería limpiar el terreno del peligro de una deriva organizativa y activista de CL. Habló explícitamente de ello durante el *Equipe* de los universitarios, que se celebró del 11 al 13 de febrero de 1983 en Verona, como recuerda Onorato Grassi: «Centrar la experiencia sobre Jesucristo representaba un nuevo fundamento para las comunidades universitarias y para todo el movimiento de Comunión y Liberación. [...] Lo que se nos abría por delante era un camino y, como para cualquier camino, era importante comprender los pasos que habría que dar, cuáles venían antes y cuáles después»⁸¹.

De aquí procedía la pregunta que Giussani dirigió a los universitarios sobre cuál era el paso que se requería. He aquí su respuesta, que concluyó el largo diálogo de aquellos días: «Hemos reconocido esta mañana, y lo hemos visto también en los ejemplos, que el movimiento, al menos estadísticamente, en su generalidad, nunca ha estado tan activo, nunca han estado las comunidades tan implicadas en actividades y —usemos la palabra más grande— tan presentes. ¡El proyecto del movimiento marcha! [...] Así pues, el momento que estamos atravesando nos obliga a despejar nuestras expectativas o pretensiones de toda implicación proyectual. De este *Equipe* no sale un proyecto». Y también subrayó que no se trataba de hablar de «cosas que hacer», sino de «una actitud que ahora ya exige la historia». Si no es un proyecto de cosas que hacer, sino una actitud que asumir, ¿a qué alude Giussani? «Si el movimiento no es una aventura para cada uno y no es el fenómeno del ensancharse del corazón, entonces se convierte en un partido [...], que puede estar cargado de proyectos, pero donde la persona está destinada a permanecer cada vez más sola y definida trágicamente por el individualismo»⁸².

«Aquel que está entre nosotros»

Durante las tareas de ese *Equipe*, Giussani recordó una frase que había pronunciado algunas semanas antes un estudiante de la Universidad Católica, durante una reunión en Milán: «Aquellos a lo que pertenecemos es, de hecho, un hombre que está entre nosotros: ‘Aquel que está entre nosotros’»⁸³.

Las cosas fueron así. El 21 de enero de 1983 se convocó una reunión de los universitarios de la Católica. El tema partía de la frase ya citada de Juan Pablo II en el Meeting de Rímini sobre la necesidad de construir la civilización de la verdad y del amor⁸⁴ y se formuló a modo de interrogante: ¿cómo construirla?

En el escenario del PIME, Mauro Grimoldi, en esa época responsable de los universitarios de CL en la Católica (más tarde profesor), estaba sentado al lado de Giussani, que le dijo: «Vamos, vamos, puedo estar aquí quince o veinte minutos». Durante las intervenciones todos hablaron de Cristo, «pero yo tuve la clara impresión de que él se resistía a todo eso. Era como si pensase que se trataba de una palabra extrínseca»⁸⁵, recuerda Grimoldi. Hasta que intervino Alfredo Fecondo, estudiante de cuarto curso de filosofía (luego sacerdote de la Fraternidad sacerdotal de los misioneros de San Carlos Borromeo): invitó a todos los presentes a cerrar los ojos. Un murmullo y risas contenidas atravesó la asamblea: era la época en la que el mago Giucas Casella, durante sus actuaciones televisivas, invitaba al público a cerrar los ojos y a no volverlos a abrir hasta que él lo dijera. Fecondo no lo sabía, él quería simplemente simular un pasaje del capítulo décimo de *El sentido religioso*, en el que Giussani se pregunta cuál sería la reacción del hombre que abriera por primera vez sus ojos a la realidad, si saliera del vientre de su madre a los veinte años de edad⁸⁶. Por eso dijo tranquilamente: «Necesito vuestra ayuda, cerrad los ojos». Después invitó a volverlos a abrir, diciendo: «Lo que vemos no es obra nuestra, sino de Aquel que está entre nosotros». Terminada su intervención, se dirigió a su sitio. Giussani rompió su silencio diciéndole: «Gracias, Fecondo, ¡porque nos has comunicado algo de lo inexpresable!». El joven, como para defenderse (debido a aquel ‘gracias’ no dormirá durante algunas noches), replicó con un juego de palabras: «Mi padre es ‘Fecundo’ (en italiano nombre y adjetivo coinciden, *ndt*), ¡pero tú le has superado!». Se armó un gran alborozo, y la asamblea aplaudió. Giussani, recuerda Grimoldi, «casi se había puesto a llorar, estaba conmovido; y además no quería marcharse, tanto es así que le dije: ‘Después de esta intervención solo otra más’, y Giussani: ‘Sigamos adelante’. Se había dado cuenta de que la cosa no era la repetición extrínseca de una fórmula sino que nacía dentro de una intensa experiencia personal».

A partir de entonces, Giussani empezará a repetir por todas partes aquella frase que marcó para él una especie de divisoria de aguas: «Se convirtió en un ‘leit motiv’. ‘Aquel que está entre nosotros’ asumió en mí una centralidad total; don Giussani no estaba negando la compañía que vivíamos, pero ponía el acento en ese ‘Aquel’ que era su raíz y que nosotros teníamos que descubrir», recuerda Giorgio Vittadini, en esa época estudiante de doctorado.

Que Giussani comenzara inmediatamente a utilizar aquella expresión —‘Aquel que está entre nosotros’— a cualquiera con el que se encontrara, lo confirma Grimoldi. Al final de la asamblea volvió a su casa entre emocionado y entusiasta. Afectado por una gripe, durante algunos días no pudo ir a la universidad, pero enseguida «llegaron las llamadas de teléfono: ‘¿Pero qué habéis hecho?’. Recuerdo la noche en que a las nueve telefoneó a casa Piccinini [Enzo, cirujano y responsable de los universitarios de CL en Bolonia, *nda*] y me preguntó qué había sucedido. Giussani lo contaba por todas partes. Te llamaba por teléfono gente a la que no conocías y te preguntaba por ello»⁸⁷.

Y así es como el mismo Giussani recordará muchos años después aquel hecho, añadiendo un detalle que se le quedó grabado en la memoria: «Empezó exactamente así:

‘Aquel que está entre nosotros...’, y luego se quedó cortado, y esa respiración de más que tuvo que hacer fue providencial, porque en ese momento se hizo más profundo el silencio que ya había, porque era evidente que Aquel estaba entre nosotros»⁸⁸. Y en otra ocasión dirá: «En un silencio general atento [...], ‘Aquel que está entre nosotros...’ [...] se dijo de una manera tal» que es «el recuerdo que más me conmovió en treinta años». Y declaraba lleno de asombro: «Porque el que Cristo haya pasado a través de nuestras manos de jóvenes [...], que Cristo pase al corazón de jóvenes y hombres a través de nuestras manos y nuestras palabras, y de este modo, es realmente algo extremadamente conmovedor. [...] Por Ti que estás entre nosotros, por Ti como y bebo, velo y duermo, vivo y muero»⁸⁹.

Y citando de nuevo aquella frase, dirá: «Esto es la fe, este es el motivo por el que vivimos, y este es el motivo en el que nos apoyamos; me lo dio mi madre y me lo han confirmado personas, las personas que más estimo. Nosotros creemos en esta presencia, que es la única que puede cambiar y cambia, de tal modo que después de un año, después de cinco años mirando a nuestra compañía, uno puede decir: ¡pero mira cómo he cambiado! Yo hace tres años jamás soñaba poder decir estas cosas; si me lo hubieran dicho me habría reído. Y sin embargo es cierto, pero no porque uno se sienta mejor, es más, es mucho más sensible, mucho más agudo y realista a la hora de percibir todos sus límites, pero es como si su persona estuviera más aferrada por algo diferente que es más grande que él. Es algo distinto lo que hay en mí y entre nosotros, más grande que yo y que nosotros, y es ese algo distinto lo que es la fuente de nuestra esperanza y lo que, a pesar de reconocer nuestros límites, continuamente nos vuelve a poner en camino»⁹⁰.

A esta exigencia de respetar la naturaleza de la experiencia cristiana se refirió Giussani también durante la reunión con un grupo de sacerdotes el 28 de febrero de 1983, pocos días después de aquel hecho: «Yo creo que el problema de la encrucijada que vive la Iglesia hoy, a la que guía el Papa (y el Papa es una autoridad que tira hacia delante), es realmente que la fe sea una vida, o que el cristianismo sea el anuncio de un acontecimiento que transforma el mundo. Que lo transforma como signo eficaz, y por ello ‘por los frutos se conozca al árbol’, porque en caso contrario no podríamos reconocerlo excepto en sentido protestante [...], donde la vida cristiana, el acontecimiento cristiano está como asignado a cierta parte de la vida del individuo, y de la sociedad, como a una reserva india»⁹¹.

Eran meses en los que Giussani insistía a todos los niveles sobre la necesidad de entender el movimiento como vida de la persona. Por esto, con ocasión de los Ejercicios espirituales de la Fraternidad de CL, que se celebraron del 4 al 6 de marzo de 1983, repitió que «la experiencia del movimiento no es la organización de CL, sino algo mucho más profundo y más libre [...]: la organización de CL es el instrumento complejo de ayuda para que puedan continuar el reclamo, el apoyo y la corrección». Pero la experiencia de CL «¡afecta a toda la persona!». Y si la fe aferra tu vida y la cambia, «tu presencia se vuelve distinta en todas partes, es decir, se convierte en una ‘presencia’. [...] Cuando digo: ‘¡Qué presencia ha sido hoy esa persona!’, es porque [...] me ha sorprendido con algo, con un mensaje que de algún modo ha tocado mi vida. Entonces

esa persona ha sido una presencia: a lo mejor era incluso una mujer anciana en el tren, que me ha dicho ciertas cosas y me ha dado ciertos juicios que me han dejado con la boca abierta»⁹².

El 6 de abril de 1983 Giussani era recibido a desayunar por Juan Pablo II. Y pocos días después le escribía al Papa una carta⁹³ para agradecerle la benevolencia que tenía hacia él: «Sabemos bien que para usted la Semana Santa no termina nunca. Pero dentro de la oscuridad de una tristeza cósmica, que usted lleva encima con la agonía de Cristo, nosotros somos los primeros en sentir el gozo que, con la valentía de su persona y la evidencia arrolladora de su palabra, prolonga en nuestro tiempo la victoria pascual. En nombre de todos mis amigos, en nombre de todos los hombres, me arrodillo ante usted, devotamente, con gratitud».

Durante un encuentro con los sacerdotes del movimiento, el 11 de abril de 1983, Giussani habló de la conversación que habían tenido: dijo que el Pontífice asentía mientras le hablaba del riesgo de que Cristo pudiera verse reducido a «símbolo de un aspecto de la vida cuyos intereses se desarrollan prescindiendo de Cristo. Este es el dualismo que mina la fecundidad y especialmente el impulso misionero de la cristiandad (europea y no europea): ‘una antropología sin Cristo’». Recordó también que le había dicho a Juan Pablo II: «Para nosotros el cristianismo es un acontecimiento que aferra al hombre dondequiera y comoquiera que actúe. No sustituye a ningún trabajo, no descarga de la obligación de ninguna búsqueda, no crea alternativas a ninguna de las exigencias que implican los objetos que hay que estudiar o las cosas que hay que hacer, sino que cambia al hombre, cambia su corazón»⁹⁴.

A los sacerdotes, Giussani les habló también de la Escuela de comunidad, dirigiéndose en particular a los que, en diversas situaciones, sobre todo en los ámbitos de los estudiantes de secundaria y de los adultos, la guiaban: «La Escuela de comunidad (¡y todo debería ser así!) no es una lección que damos a los demás, sino ante todo [...] un impacto que debemos acusar nosotros [...]. Porque no podemos [...] transmitir a los demás más que lo que antes nos hiere a nosotros». Porque, continuó, «solo lo que nos hiere a nosotros despierta esa imaginación y esa sensibilidad» —necesarias para captar las situaciones concretas y los problemas con que vive la gente— «y esa agudeza en la respuesta que hace falta para que la Escuela de comunidad esté viva»⁹⁵.

Continuando con estas preocupaciones, y dirigiéndose a los responsables de los universitarios de CL, reunidos en Riva del Garda los últimos días de mayo de 1983, dirá Giussani: «Lo que anunciamos es lo que hemos descubierto como la verdad y la consistencia de nosotros mismos. [...] Lo que se anuncia no es algo que se ha pensado —ideología, idea—, no es la propuesta de una acción o de un proyecto, aunque sea global, no es la propuesta de algo que yo creo; [...] es la propuesta a los demás de algo que soy yo mismo, en lo que me he reconocido yo mismo, en lo que me reconozco a mí mismo». Esto significa, continuaba Giussani, que el cristianismo es «el anuncio de lo que tú eres en última instancia: [...] Cristo es el sentido último de ti mismo, es decir, es la consistencia última de ti». Es anuncio «de aquello a lo que perteneces, de lo que estás hecho. Que tú pertenezcas a Cristo [...] significa que tú eres, que obtienes tu consistencia

de Él», en todo. Decía esto a los universitarios, como dirigiéndose a cada uno de ellos: «lo que buscas cuando buscas la mano de una chica, o cuando tratas de satisfacer tu curiosidad en una investigación, o cuando buscas la paz que da terminar un trabajo, o cuando miras al mañana con los ojos llenos de interrogantes, o cuando piensas en el futuro, o cuando sientes la nostalgia indefinida que despierta una música bella, lo que estás buscando es una realidad. Lo que tú exiges y buscas es una realidad que tiene un nombre»⁹⁶.

Del cristianismo como un hecho que penetra en la persona y de la consiguiente necesidad de anunciarlo, Giussani habló también a los periodistas de la revista mensual internacional *30Giorni*⁹⁷, Alver Metalli y Tommaso Ricci, en una entrevista de junio de 1983. A la pregunta de si Italia podía considerarse tierra de misión, Giussani respondió que sí: «Ahora ya concuerdo en esto con el parecer de muchos. Con la diferencia de que yo no presumo de ser minoría, como escucho decir tantas veces en nuestros ambientes eclesiales. O mejor, no considero un ideal llegar a ser minoría».

Entonces, si Italia es tierra de misión, insistieron los periodistas, ¿cuál es la misión de CL? Para Giussani la respuesta era simple: «Colaborar para que se renueve la conciencia de que la esencia del cristianismo es un hecho nuevo, físicamente presente en el mundo, que empezó Cristo y que se prolonga en el signo sacramental de su cuerpo, que es la Iglesia». Desde este punto de vista, la evangelización es el anuncio de esto en todos los ambientes en los que se desarrolla la vida. Citó a este propósito a Pablo VI, que en la *Evangelii nuntiandi* afirmaba: «Para la Iglesia no se trata solamente de predicar el Evangelio en zonas geográficas cada vez más amplias o a poblaciones cada vez más extensas, sino de alcanzar y transformar con la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad»⁹⁸. Sintéticamente, Giussani declaraba que «la misión de CL en el catolicismo italiano es hacerse eco continuamente del mensaje de Juan Pablo II, intentando ejemplificarlo, cuando dice que la necesidad más urgente es que la fe se traduzca en cultura», es decir en un juicio nuevo sobre todas las cosas.

La entrevista terminaba con una pregunta personal: «En 1975 usted habló de su deseo de dejar a otros la dirección de Comunión y Liberación. Ahora bien, esto no solo no ha ocurrido en Italia, sino que su presencia en los grupos de CL fuera de Italia continúa siendo asidua. ¿Por qué esta reconsideración?». Giussani confirmaba que «el cumplimiento de aquel deseo hubiera sido sin duda la solución más cómoda», pero añadió que «este esfuerzo es también un modo de prepararse para morir»⁹⁹.

El tema de la fe que determina el rostro del cristiano dentro de las circunstancias de la vida fue también un punto central en el *Equipe* de los universitarios, convocado del 19 al 24 de agosto de 1983 en Colfosco. Giussani continuó insistiendo en la centralidad de la referencia a la persona dentro de la propuesta de CL: «Lo más serio del mundo y de la vida eres tú, es tu persona, porque todo lo demás procede de ahí». Y, sin embargo, «la sociedad en que vivimos es terrible, porque ahoga este sentimiento de sí, la seriedad del afecto por sí misma que tiene la persona». Precisamente en este contexto, continuaba

Giussani, el movimiento se presenta así: «Ante todo [...] como algo que se interesa por ti, que se interesa por mí. Y esto representa el comienzo del asombro en el que te introduces poco a poco, y así te encuentras dentro de esta compañía»¹⁰⁰. En efecto, «cuando se ha sentido esta mirada, este interés por nosotros, hay algo distinto. [...] Y dices: ‘¿Qué hace este para ser así?’ [...] Es extraño, porque todo permanece igual y sin embargo hay algo distinto, un cambio. Pero el cambio, lo distinto, es fruto de otra cosa, por tanto, hay Otra cosa que está presente. Lo que actúa es una presencia, es otro diferente. Entonces se ilumina la historia, porque esto fue proclamado hace dos mil años, fue profetizado hace miles de años, dicho y aclamado, realizado y construido en dos mil años, hasta que te ha alcanzado a ti: la presencia de Cristo»¹⁰¹.

Como se ve, desde el día en que aquel joven de la Católica habló de «Aquel que está entre nosotros», Giussani retomó continuamente esa expresión que iba a constituir un ‘leit motiv’ de todo su camino: el tema de la presencia de Cristo como el factor más poderoso en la vida de la persona.

«Yo estimo mi libertad»

El 26 de agosto de 1983, el salón de la Feria de Rímíni donde se celebraba el Meeting por la amistad entre los pueblos se vio desbordado por la gran cantidad de personas que querían participar en el encuentro entre Giussani y Olivier Clément, el gran teólogo ortodoxo francés que, siendo ateo, proveniente de una familia socialista del Languedoc, se había convertido a los veintisiete años de edad a la religión ortodoxa. Más de diez mil asistentes tendrán que conformarse y escuchar sus intervenciones sobre el tema «La libertad de Dios» desde fuera, en la plaza que había delante del auditorio.

Durante su intervención, Clément dirigió a los presentes lo que consideraba la pregunta fundamental que cada uno debía de plantearse «al final de este siglo trágico, y al comienzo de un nuevo milenio: ¿quién es el hombre?». Y respondía: «‘Nosotros pertenecemos a la época post-Hiroshima’ en la que la muerte ya no marca solamente el destino del individuo, sino también el de la humanidad. [...] El hombre corre el riesgo de convertirse en un fantoche que soporta manipulaciones psicológicas y biológicas, en un objeto pasivo del conformismo social, de las modas culturales, del poder y del beneficio, y dejar de ser un sujeto animado por la libertad. Algunos sin embargo, más aún, diría que muchos, han rechazado y rechazan rendirse».

Semejante contexto representaba un desafío histórico para los cristianos: «Un cristianismo post-ideológico debe afirmarlo con fuerza: Dios es la libertad del hombre. Si Dios no existiera, el hombre sería solamente un pequeño elemento irrisorio de la sociedad y del universo, y la fatalidad de la tragedia griega, el triunfo de la muerte, la ley de bronce de la derrota, del desastre, reinarían sobre nosotros sin permitir ninguna esperanza. Si Dios existiese, pero como un déspota celeste que dispusiera soberanamente de nosotros, el hombre sería solamente un esclavo sin otra posibilidad que no fuera la rebeldía. Pero el Dios que se nos revela en Jesucristo es el amor crucificado y secretamente liberador. Dostoievski, como verdadero profeta, ha mostrado, en la

‘Leyenda del Gran Inquisidor’, que Cristo nos llama a la libertad»¹⁰².

Llegó el turno de Giussani, que recogió las últimas palabras del teólogo ortodoxo y propuso sus reflexiones: «Yo estimo mi libertad; la libertad es algo irrenunciable: no existe persona, no existe un ‘yo’ mas que en la libertad. Cuando el hombre es capaz de valorar y juzgar lo que hace a la luz de lo que de algún modo reconoce como ideal, este modo de juzgar es libertad. Si el hombre no fuera capaz de esto, si se viera reducido a la condición de que todo le fuera impuesto y por tanto de no ser responsable del juicio que da, ¿qué hombre sería? Para ser persona, el hombre tiene que ser también capaz de adherirse con su energía, capaz de manifestar afecto a lo que identifica con su juicio. La libertad es capacidad de juicio y es capacidad de responsabilidad».

Para Giussani el hombre tiene dentro de sí algo que «no depende de sus antecedentes, que no se lo dan su padre y su madre: antes no estaba, antes de ser concebido en el seno de su madre no estaba, no existía; pero él no deriva total y exclusivamente de su padre y de su madre, porque en él hay algo que es relación directa con el Misterio que hace todas las cosas». Por eso «el hombre no puede reducirse por entero a su instintividad, no es un simio de algún modo evolucionado, ni puede reducirse a un robot por muy avanzado que sea, es decir, a un mecanismo determinado por el poder».

Continuó Giussani: «La libertad de Dios obliga al hombre a la libertad, obliga al hombre a tomar postura. [...] Es la opción frente al Ser: es como si uno pudiera colocarse frente a la vida, a la realidad, con los ojos abiertos de par en par, con la boca abierta del niño (es una comparación evangélica), o bien, por el contrario, con el brazo delante de la cara para protegerse, como también hace el niño cuando le grita su madre, cuando tiene un peligro delante». Así pues, la alternativa es clara: la rebeldía o la aceptación. «Aceptar este dato, aceptar este don que soy yo; entonces, es como si, en cualquier momento, un nivel semejante de conciencia de sí, de autoconciencia, fuera capaz de hacer que volviese a uno ese asombro original que tiene algo de los ojos con los que Adán y Eva tuvieron que ver el mundo la primera vez [...]. La libertad es la capacidad de afirmar el ser, la capacidad de afirmar lo real. Por eso la aceptación de lo que Dios ha hecho, de lo que Dios, el Misterio, ha creado —el Misterio que se nos ha revelado, que ha dicho ‘yo’, ‘yo soy el camino, la verdad y la vida’—, aceptar lo que ha sido creado en Cristo, en esto consiste la libertad del hombre. ¡Afirmar el ser!»¹⁰³.

En la primera fila del salón de actos estaba sentado, entre otros, el presidente de los obispos de América Latina, Antonio Quarracino, quien declarará que había captado en la exposición un aspecto característico de Giussani: «Su palabra parecía ‘amalgamada’; es decir, daba la sensación de que en cada frase se fundieran ideas, calor, fuerza, sangre, vida, ímpetu... todo ello reflejaba una densidad interior que no se perdía en oropeles literarios, ni en exagerados refinamientos estilísticos. Parecía que la palabra profunda y sosegada de Giussani tendiera solamente a hacer pensar y estimular, y muy seriamente»¹⁰⁴.

Muchos años después, Clément recordará así el encuentro con Giussani: «Reunía en sí fuerza y bondad. Mostraba un sentido prodigioso del misterio cristiano como misterio de vida, una vida verdaderamente sin límites». Y esta fue su reacción al escuchar las

palabras de Giussani: «Me sentí sumergido por la fuerza de su lenguaje, una fuerza al mismo tiempo vital y espiritual. Disponía de cerca de media hora. Habló durante una hora y media sin que nadie cayera en la cuenta del paso del tiempo. Centenares de jóvenes permanecieron fascinados por este discurso llameante, en gran parte improvisado, que saltaba de la anécdota familiar a la teología más pura. De hecho no se trataba de teología, sino de poesía, porque a don Giussani le gustaba citar largamente a los grandes poetas»¹⁰⁵.

Continúa el recuerdo de Clément: «Poco a poco nos hicimos amigos. Me invitó bastantes veces a su casa. Me contó su aventura: cómo había interrumpido su carrera [...] después de haberse encontrado en un tren, si recuerdo bien, a jóvenes que [...] no sabían nada del cristianismo. [...] Fue entonces cuando se le impuso a don Giussani su verdadera vocación: hacerles comprender lo que significa ser cristianos, hacerles descubrir el Evangelio, conocer a Cristo. Detestaba los miedos, las prohibiciones, así como los rechazos paralizantes. Hay que intensificar la vida, decía». Durante una conversación, Giussani le explicó a Clément también el porqué del nombre «Comunión y Liberación», y el teólogo lo recordaba así: «En el gran pensamiento ruso, en Khomyakov precisamente, había descubierto que la Iglesia o es comunión, o no es nada. En cuanto comunión, ella libera al hombre de su soledad infeliz, de su triste individualismo. Me hablaba además de sus proyectos, que se han realizado casi todos. [...] No a través del miedo, sino a través del fuego, decía don Giussani. Es como si hubiera presentado, preparado, la llegada providencial de Juan Pablo II»¹⁰⁶.

Un documento del vínculo que se estableció con Juan Pablo II fue la bula Pontificia del 9 de diciembre de 1983, que atribuyó a Giussani el título honorífico de prelado doméstico de Su Santidad (denominación que se cambiará después en prelado de honor de Su Santidad), lo que comportaba la adquisición del título de monseñor.

La ceremonia oficial de investidura tuvo lugar el 10 de febrero de 1984, en la iglesia romana de las Cappellete, en presencia del cardenal Carlo Maria Martini, arzobispo de Milán, del cardenal Opilio Rossi y del obispo Paul Josef Cordes, respectivamente presidente y secretario del Pontificio Consejo para los Laicos. En la crónica de ese día, el diario *Avvenire* relató que Giussani, después de haber rezado la fórmula del Credo, expresó «su gratitud a Juan Pablo II, interpretando su nombramiento como un reconocimiento de la verdad de vida que sostiene la obra de Comunión y Liberación»¹⁰⁷.

Capítulo 23

«Tenemos que vaciar la bota (en referencia a Italia, *ndt*)»

*El trigésimo aniversario de CL
y el mandato misionero del Papa
(1984)*

Durante una reunión con los universitarios de la Universidad Bocconi, el 4 de abril de 1984, Giussani pidió permiso para leer, «como ejemplo de la cosa más divina que Cristo ha traído la tierra, una carta que me he hecho el propósito de leer en todas partes: es una carta escrita por una chica ugandesa de diecisiete años [Rose Busingye, que había conocido al padre Tiboni, *nda*]¹, una joven que está tan cargada de complejos ancestrales que se muestra muy tímida incluso con los amigos. Escuchad lo que escribe algunos meses después de haber conocido cierto movimiento cristiano de Uganda [Christ Communion and Life, *nda*], que la ha hecho renacer. ¡Es otro mundo! Es un mundo distinto vivido en este mundo». La carta estaba dirigida a una amiga de Foggia: «Durante las vacaciones me fui a casa, porque me habían escrito diciéndome que a mi hermana la había matado su marido, que quería casarse con una jovencita protestante. Dicen que los católicos son guerrilleros, y por eso han matado a mi hermana en casa, cortándola a golpes de azada. Cuando supe esto me quedé atontada, mi corazón estaba lleno de miedo, pero recé con autoridad, a través de María, para poder superar y vencer todo aquello. Cuando llegué a casa encontré a todos llenos de miedo y de odio. Recé por ellos. Cuando entré, algunos de ellos estaban pensando en la venganza. Pregunté a mi madre: ‘¿Por qué no empiezas a amar enseguida? Dios existe, Dios nos ama, nosotros tenemos que comunicar este amor a los demás, igual que Él entrega a su hijo por nosotros. Nosotros queremos invadir todo el mundo solo con este amor. Debemos comenzar ahora, juntas, porque nadie ama, nadie reza por los que odian y nadie les ama a cada uno de ellos. Dios es el que hace justicia, tú debes perdonar y rezar. Dios da y quita, todo lo que sucede es suyo. La voluntad de Dios tiene que cumplirse’. Inmediatamente mi madre se arrodilló, pidió perdón a Dios por lo que había pensado y estuvo feliz durante mi estancia allí».

Continuaba Rose: «La gente era extraña, estaba llena de odio, y veía que yo, en cambio, tenía el corazón lleno de perdón; y les invitaba también a ellos a unirse a mi oración por aquel hombre que había matado a mi hermana, de modo que pudiera cambiar y arrepentirse de lo que había hecho. Les invité a unirse a todos nosotros, de manera que juntos pudiéramos llevar esta vida de amor y de unidad, pero pensaban que yo estaba

simplemente hablando por hablar, y no me creyeron. Solo mi madre me tomó en serio y me creyó. Me dijo: ‘Quiero que sigas y crezcas en esta fe, para que puedas venir a recordarnos lo que tenemos que hacer, porque estas palabras no son tuyas, sino un mensaje de Dios, que ha hecho que me sienta nueva, como si saliera de una pesadilla’». Y concluía: «Cuando amamos, Dios está aquí, aquí y ahora, en medio de nosotros. Si esta es la medida del amor y de la vida de cada uno, no tengamos miedo de anunciar que sin Cristo tampoco el mundo de hoy, con todos sus magníficos y extraordinarios descubrimientos, puede vivir, que está agonizando, que está muriendo. Solo Cristo es la vida. Y así el mundo comprenderá por qué Dios quiere estar en comunión»².

El eco de las palabras de Rose se percibió varios días después: Giussani estaba en Roma, donde se preparaba el Jubileo de la juventud con ocasión del Año Santo de la Redención, declarado por Juan Pablo II para conmemorar los 1.950 años de la Resurrección de Cristo. A él, como a otros fundadores y responsables de movimientos eclesiales, se le habían confiado momentos de catequesis en las grandes basílicas romanas. El 13 de abril de 1984, en la basílica de Santa María la Mayor, Giussani intervenía sobre el tema de «La libertad»: «En uno de sus dramas Ibsen pone al protagonista en medio de la escena; un alud está a punto de precipitarse y de arrastrarle, y él grita en medio de la escena: ‘Responde, oh Dios, en la hora en que la muerte me arrastra. ¿Puede toda la voluntad del hombre obtener un solo gesto perfecto?’. El hombre no es capaz de realizar su ley y su ideal», pero con Dios esto resulta posible: «La ayuda que Dios proporciona al hombre se llama gracia; por ella el hombre consigue ser más humano, más él mismo, y esta gracia es algo dado, como dice Jesús: ‘Sin mí no podéis hacer nada’».

Alguien podría objetar: «Pero sobre nosotros se cierne la sombra de nuestro mal, nos equivocamos, nos olvidamos, cometemos muchos pecados». Y así la vida se ve invadida por la tristeza. Pues bien, exclamaba Giussani, «Cristo rompe esta tristeza y crea una experiencia extrema de libertad». Y casi en forma de oración, dijo: «Oh Cristo, es tu presencia lo que me libra continuamente de las cadenas que yo me pongo alrededor». Concluyó deseando a todos los jóvenes presentes que pudieran gritar, «con la prudencia de Dionisio el Areopagita: ‘¡Cristo mío -si es que puedo llamarlo así-!’ Así ya no nos sentimos criaturas finitas, sino libres»³.

A propósito de libertad y del compromiso con ella, Giussani respondía así en junio de 1984 a un periodista que le estaba entrevistando y que le preguntaba de dónde sacaba la energía para hacer frente a la gran cantidad de compromisos que llenaban todo su tiempo desde siempre: «Cuando se ama un ideal, parece que nunca se está cansado. Decía Aristóteles: *In fine non est mensura*, no hay medida para el objetivo bueno que se quiere alcanzar». El entrevistador le preguntó si era feliz y él respondió: «Feliz es una palabra muy grande que corresponde solo al destino para el que Dios nos ha hecho. Pero cuando uno tiene la seguridad de que el camino es justo, porque pasa a través de la obediencia al Magisterio de la Iglesia; y cuando se siente invadido por la misericordia que Dios tiene con sus errores, entonces no está feliz, pero sí contento. A mí me parece realmente que estoy contento». Y si Giussani pudiera volver atrás, ¿haría otra vez el mismo camino?

«Volvería a hacer el mismo camino un millón de veces, pidiendo a la Virgen María que me permitiera equivocarme un poco menos»⁴.

La audiencia con Juan Pablo II

El Año Santo coincidía con el trigésimo aniversario del nacimiento del movimiento. Y por eso Giussani solicitó a Juan Pablo II una audiencia para todo Comunión y Liberación. En mayo de 1984 explicó a los responsables del movimiento la intención que le había impulsado a presentar esta solicitud: «No lo hacemos tanto para celebrar el aniversario del movimiento, porque cualquiera se quedaría muy a gusto durmiendo ese día (al menos yo, por ejemplo)», sino porque es «una ocasión, no ya rara, sino única, para que nuestra gente tome una conciencia más profunda de la naturaleza y de la historia de nuestro movimiento, de los objetivos ya cumplidos y de los que nos quedan por desarrollar»⁵.

El 5 de septiembre de 1984 Juan Pablo II recibía en audiencia privada a Giussani, con vistas al encuentro con todo el movimiento que el Papa había fijado para el 29 de septiembre en el Aula Pablo VI, en el Vaticano. Para esa ocasión Giussani escribió un artículo en *L'Osservatore Romano*: en él explicaba que al comienzo de la historia de CL hubo «una intuición dramática, que quemaba como un latigazo en el rostro, de que para una generación entera de jóvenes italianos el cristianismo ya no era una aventura extraordinaria capaz de dar gusto a toda la vida, sino un conjunto de modelos de comportamiento, de instituciones, de códigos morales, ciertamente respetables, pero que no contenían el secreto de la más auténtica y radical felicidad humana».

Adherirse a Cristo «no es algo de tipo intelectualista, basado en nuestra imaginación y nuestros buenos sentimientos, sino algo objetivo: participar en la vida de la Iglesia».

A lo largo del extenso artículo, Giussani recordaba que lo que salva «no es el éxito de una acción ni tampoco el triunfo de los valores cristianos en la sociedad, sino solo la presencia de Cristo. [...] Importa poco ganar o perder. Lo que importa es ser verdaderos y llegar a ser cada vez más verdaderos en lo que se hace». En este punto introducía un juicio dramático sobre el mundo contemporáneo: «Lo que percibíamos desde hacía tiempo, en los años de este pontificado se ha vuelto más claro y se ha radicalizado. Nos hallamos ante el enfrentamiento cada vez más áspero entre dos antropologías, que puede incluso llegar hasta la sangre. Que la sangre del sucesor de Pedro se haya derramado sobre el suelo de la plaza que lleva su nombre es, desde este punto de vista, un hecho emblemático».

Es sin embargo cierto, continuaba Giussani, que una vez, «al principio de la Iglesia, esto no habría sido en absoluto excepcional. Ahora, como en los primeros siglos, el cristianismo es una piedra de tropiezo, sobre la cual nos dividimos. El anuncio de que Cristo es el centro del cosmos y de la historia de nuestro tiempo no puede ser aceptado con indiferencia. Suscita amores apasionados y hostilidades igualmente convencidas». Para una de estas dos posiciones antropológicas la experiencia de la pertenencia al destino no determina ya la existencia, y por ello el individuo termina perteneciendo al

poder.

Giussani no admitía excepciones; para él la única alternativa es la otra posición antropológica, es decir, la que encarna una autenticidad cristiana, por la que «el hombre que está en vías de disolución se reconstituye y vuelve a encontrar su centro cuando el encuentro con Cristo, a través de la comunidad de la Iglesia, le restituye una verdad evidente a la que pertenecer»⁶.

«Entrevistar a don Giussani implica un gran esfuerzo. Se trata de una persona exigente. Busca las palabras como una excavadora las piedras enterradas. Tiene una cara simpática, jovial, de párroco ambrosiano. Pero detrás se advierte una dureza o una fuerza que pueden incluso dar miedo. Como cuando desde los visillos de flores de ciertas casas parroquiales se entrevé el muro de una iglesia románica». Así se expresaba Luigi Accattoli, vaticanista del *Corriere della Sera*, en la entrevista a Giussani que se publicó el 29 de septiembre de 1984, día de la audiencia.

El periodista le recordaba que le había oído hablar del cansancio y de la responsabilidad de guiar el movimiento también como «un modo de prepararse para morir». Giussani observó que lo único que le interesaba era la experiencia cristiana tal como le había sido comunicada: «Todo lo demás es el engranaje organizativo en el que necesariamente se traduce el intento de hacer orgánica la comunicación a otros de lo que uno ama. Créame, es algo difícil y pesado». Accattoli le preguntaba: «Si tuviera que formular una oración en diez palabras, las últimas antes de que la nave se hunda, ¿cuáles escogería?». «Que Cristo se manifieste lo más posible en la vida del mundo»⁷.

Giussani añadió que lo que identificaba su postura era, por una parte, una pasión por el hombre y el deseo de que esté mejor precisamente como hombre; y por otra, una pasión por Cristo, reconocido como el factor ideal de un humanismo mejor.

Juan Pablo II: «Nosotros creemos en Cristo presente aquí y ahora, el único que puede cambiar y cambia al hombre y al mundo»

Y finalmente llegó la hora del encuentro con Juan Pablo II. En el aula Pablo VI, llena hasta arriba de gente del movimiento llegada de todas partes, Giussani dirigió un saludo al Pontífice: «Quisiéramos obedecer a su palabra tanto como para poder desear que todo el mundo cristiano haga lo mismo. Pero toda nuestra debilidad no podrá desilusionarnos o frenarnos: en la misericordia que se revela en la cruz está la fuente inagotable de esa fuerza luminosa y persuasiva que nos hará siempre ser indómitos para retomar las cosas, ‘esperando contra toda esperanza’ (Rm 4,18)». Luego, dirigiéndose de nuevo al Papa, dijo: «Cristo ha eliminado de nuestra fragilidad cualquier posibilidad de equívoco, porque Él permanece en la vida de la Iglesia con la fuerza de la gracia y la guía del magisterio. [...] Somos por ello del antiguo parecer de Dante: ‘Tenéis el pastor de la Iglesia que os guía, esto os baste para vuestra salvación’ (Par., V, 77-78)». Las palabras se hicieron más confidenciales y Giussani declaró delante de todos que se sentía llamado a una misión educativa: «No solo por vuestro magisterio, sino también por lo que vuestra persona es y vive humanamente, amor a Cristo presente y por tanto amor al mundo»⁸.

Nada más tomar la palabra, Juan Pablo II dio ante todo las gracias a Giussani, y luego recomendó: «Proseguir con empeño por este camino a fin de que, a través de vosotros también, la Iglesia sea cada vez más el ámbito de la existencia redimida del hombre [...] donde cada hombre encuentre la respuesta al interrogante del significado de su vida: Cristo, centro del cosmos y de la historia, [...] principio interpretativo del hombre y de su historia. Afirmar humildemente, pero con igual tenacidad, a Cristo como principio y motivo inspirador del vivir y del obrar, de la conciencia y de la acción, significa adherirse a Él, para hacer presente de manera adecuada su victoria sobre el mundo». Continuaba el Papa: «En esto consiste la riqueza de vuestra participación en la vida eclesial: un método de educación en la fe para que incida en la vida del hombre y en la historia. [...] La experiencia cristiana, comprendida y vivida así, genera una presencia que sitúa en cada una de las circunstancias humanas a la Iglesia como lugar donde el *evento* de Cristo [...] vive como horizonte pleno de verdad para el hombre. Nosotros creemos en Cristo muerto y resucitado, en Cristo presente aquí y ahora, el único que puede cambiar y de hecho cambia, transfigurándonos, al hombre y al mundo».

Juan Pablo II reconocía que la presencia de CL, «cada vez más consistente y significativa en la vida de la Iglesia en Italia como en las diversas naciones donde vuestra experiencia comienza a difundirse, se debe a esta certeza, que debéis profundizar y comunicar, porque es esa certeza lo que causa impacto en el hombre. En este sentido, es significativo, y es preciso subrayarlo, que el Espíritu Santo, para continuar con el hombre de hoy el diálogo que Dios comenzó mediante Cristo y ha proseguido a lo largo de toda la historia cristiana, ha suscitado en la Iglesia contemporánea múltiples movimientos eclesiales. Estos son un signo de la libertad de formas en la que se realiza la única Iglesia, y representan una novedad segura, que todavía espera ser adecuadamente comprendida en toda su positiva eficacia para el reino de Dios y su obra en la historia actual».

En este punto Juan Pablo II hacía suyas las palabras que había dirigido a un grupo de CL y había pronunciado en esa misma aula su predecesor, Pablo VI, el 28 de diciembre de 1977: «Os damos las gracias también por las muestras de valentía, fidelidad y firmeza que habéis dado en este periodo, algo turbado por ciertas incomprensiones que os rodean. Estad contentos, sed fieles, sed fuertes y alegraos de llevar a vuestro entorno el testimonio de que la vida cristiana es bella, fuerte, serena, y verdaderamente capaz de transformar la sociedad en la que se inserta». Juan Pablo II observaba que, obrando así, se contribuye a «generar esa cultura de la verdad y del amor que es capaz de reconciliar a la persona consigo misma y con su destino»⁹.

A continuación el pontífice pronunció palabras que tenían todo el peso de un mandato: «‘Id por todo el mundo’ (Mt 28,19) es lo que Cristo les dijo a sus discípulos. Y yo os lo repito a vosotros: ‘Id por todo el mundo a llevar la verdad, la belleza y la paz que se encuentran en Cristo redentor’. [...] Sé que habéis echado raíces ya en dieciocho naciones del mundo: en Europa, en África, en América, y sé también la insistencia con la que en otros países se solicita vuestra presencia. Hacedos cargo de esta necesidad eclesial: esta es la consigna que os dejo hoy»¹⁰.

«El Papa nos envía a todo el mundo»

Al volver de Roma, Giussani escribió una carta a todo el movimiento. Su emoción había sido grande al sentir el eco de la gran consigna de ir a todo el mundo: «El Papa en primera persona nos abre los horizontes de la misma misión de la Iglesia. El Papa de la ‘nueva evangelización’ nos envía a todo el mundo para anunciar ese evento, Cristo, del que él, justamente en el mundo de hoy, es el custodio último y el garante inequívoco». Frente al mensaje del Papa brotaba todo «el sentimiento de nuestra inadecuación, no solamente porque sorprendemos continuamente nuestros límites, sino también porque nos sentimos terriblemente incoherentes». Por esto dirigía a todos una invitación: «Rogad por mí, hermanos, para que pueda ser el primero en vivir estas cosas de modo que haga menos difícil vuestro gran seguimiento. Y todos juntos, confiemos a Dios nuestras vidas para que un tiempo nuevo de verdad y de paz florezca en las manos de este gran siervo de Cristo que es Juan Pablo II»¹¹.

El 19 de noviembre, Giussani volvía sobre la audiencia y comentaba el discurso del Papa, hablando también de los obispos de todo el mundo que solicitaban la presencia del movimiento en sus diócesis. Al reunirse con un grupo de sacerdotes, les dirigió casi una orden: «Hay que llevar este discurso en el bolsillo, siempre, para ponerlo bajo las narices de todos y principalmente bajo nuestras narices. Hemos ido a ver a los obispos de Washington, de Boston y de Nueva York, los cuales están muy deseosos de que comience una presencia nuestra también allí [...] en Dallas [...] ya hay [...] una pequeña comunidad nuestra». Añadió que en Madrid había «un grupo de parroquias con las que cuenta el cardenal [Ángel Suquía Goicoechea, *nda*], que están continuamente en contacto con los nuestros para aprender su método» (ver aquí, p. 531). Además «en Irlanda hay un buen grupo, en Londres se han reunido veinticinco el otro día para la Escuela de comunidad; [...] en Alemania el movimiento se extiende; siguiendo la invitación de un jesuita, dos personas irán a Bélgica». Y en Polonia, continuaba, «he dado los primeros Ejercicios espirituales para todos los miembros polacos de Comunión y Liberación, y eran ciento ochenta, con una decena de sacerdotes estupendos». Terminaba haciendo notar que la consigna del Papa no debía de quedarse en una simple intención: «Ahora se convierte en obediencia por nuestra parte»¹².

El 8 de noviembre de 1984, durante una reunión en Polonia, Giussani leyó y comentó de nuevo los pasajes más destacados del discurso de Juan Pablo II: «‘Nosotros creemos en Cristo muerto y resucitado, en Cristo presente aquí y ahora, el único que puede cambiar y de hecho cambia, transfigurándonos, al hombre y al mundo’. [...] Transformándonos: no eliminando, por tanto, al hombre y al mundo; no superponiendo algo distinto, sino cambiándonos desde dentro, convirtiéndolos en una realidad nueva».

Y proseguía: «‘El Espíritu Santo, para continuar con el hombre de hoy el diálogo que Dios comenzó mediante Cristo y que ha proseguido a lo largo de toda la historia cristiana, ha suscitado en la Iglesia contemporánea múltiples movimientos eclesiales’. [...] Es el hecho cristiano lo que se manifiesta como movimiento: no simplemente con palabras abstractas, ritos que cumplir y leyes que aplicar, sino como acontecimiento que

sostiene la vida; igual que el niño, que sigue las grandes reglas que le permiten llegar a ser hombre, no porque sus padres le enseñen unas teorías que tiene que aprender de memoria, sino porque está aferrado y es impulsado por el acontecimiento familiar»¹³.

Son meses en los que se volvió habitual una expresión que había acuñado Giussani dirigiéndose a los *cielinos* italianos: «Vaciar la bota». Se refería a la necesidad de que el movimiento secundase de todos los modos posibles la consigna recibida del Papa: «Vaciamos la bota; si en el sentido literal de la palabra tuviera que reducirse Italia [el movimiento, *nda*] a una décima o centésima parte de lo que es, yo personalmente estaría tranquilísimo, porque se trata de una finalidad misionera, es la naturaleza de nuestra experiencia»¹⁴. Y de nuevo: «Tenemos que vaciar la bota, tenemos que volcar Italia y hacer que salgan todos para ir a todo el mundo»¹⁵. Renovará la misma invitación a los sacerdotes del movimiento, reunidos para los Ejercicios espirituales en septiembre de 1985.

Hans Urs von Balthasar: «Un testimonio extraordinario por su profundidad y claridad»

En coincidencia con el trigésimo aniversario del movimiento, la Jaca Book publicaba un nuevo libro de Giussani, *Alla ricerca del volto umano* (ed. esp., *En busca del rostro humano*, Encuentro, Madrid 1985, *ndt*). La introducción era de Hans Urs von Balthasar: «El padre y fundador del gran movimiento cristiano Comunión y Liberación ofrece en esta obra a sus hijos e hijas, y también a todos los católicos, un testimonio, extraordinario por profundidad y claridad, de su meditación y de su experiencia madura con el movimiento. Se hacía necesaria esta toma de posición, dado el crecimiento de su fundación, la diversificación de sus actividades y, ciertamente, también el incremento de su autoconciencia». El gran teólogo suizo identificaba en ello el punto maduro del discurso de Giussani: «El hombre ha sido creado en razón de Cristo, [...] pues únicamente en él, su yo, su persona, su libertad encuentran cumplimiento. [...] Si falta esta trascendencia, la única que garantiza la ‘liberación’, el hombre se queda encerrado en sí mismo y se ahoga en el moralismo y el fariseísmo». Para Balthasar, Giussani no podría enraizar más profundamente su reflexión sobre el hombre y esto era «la garantía de su autenticidad y su fecundidad». Por tanto le deseaba que pudiera «¡ser escuchado, comprendido y seguido! Solo en este caso el movimiento, según es su intención, podrá llegar a ser un modelo de catolicidad en todo»¹⁶.

A propósito de la centralidad de Cristo, evocada por Balthasar, Giussani escribía en el libro: «La esperanza es una certeza con respecto al futuro basada en algo presente. Por eso es la presencia de Cristo, conocida por la memoria, lo que nos hace estar seguros del futuro. Y entonces resulta posible un camino sin descanso, una tensión sin límites, a partir de la certeza de que Él me posee y se manifestará en mí»¹⁷.

En ese libro, Giussani resumía también el significado profundo que tiene el movimiento de CL en la Iglesia y en el mundo, que es solo uno: el llamamiento a hacer memoria de Cristo. Para él, en efecto, cualquier expresión de una realidad como CL, «si

no hace nacer de lo íntimo de los asuntos concretos que uno vive el reclamo a la memoria de la presencia de Cristo, no sirve para nada. Más aún, empeora la situación del ser humano, porque favorece el formalismo y el moralismo», como reconocía también Balthasar. Al final del libro, Giussani resumía en tres puntos el carisma de CL: «una insistencia en la memoria de Cristo como afirmación de los factores originarios de la experiencia cristiana, en cuanto que originan la verdadera imagen del hombre»; en segundo lugar, «una insistencia en el hecho de que la memoria de Cristo no puede generarse mas que en la inmanencia en una comunionalidad vivida»; y finalmente, «una insistencia en el hecho de que la memoria de Cristo inevitablemente tiende a generar una comunionalidad visible y propositiva en la sociedad».

Y en esto consiste un movimiento: «El camino que Dios elige para llegar a cada uno de nosotros, cualquiera que sea, no es nunca una entidad abstracta. Se traduce en un conjunto infinitamente concreto de provocaciones, motivos, ocasiones, casi guiños y codazos. Y ‘la obediencia de la fe’, como la llama san Pablo en su primera carta a los cristianos de Corinto, es obediencia a esta personalísima historia, a este particularísimo camino, según se traduzca para cada uno de nosotros»¹⁸.

«¿Es la humanidad la que ha fallado a la Iglesia?» (T. S. Eliot)

Durante los meses que precedieron a la audiencia con el Papa por el trigésimo aniversario del movimiento, Giussani comenzó a recorrer Italia de norte a sur, además de para visitar a grupos y comunidades de CL, para dar una serie de conferencias que desde la primavera de 1984 proseguirá hasta 1986. Reggio Emilia, Ancona, Pesaro, Colfosco, Macerata, Biella, Milán, Florencia. En julio de 1985 estuvo también en Buenos Aires. Y luego, de nuevo, en Chieti, Bari y otras localidades. El tema era la situación religiosa del hombre contemporáneo.

Nacidas como «testimonio» de su experiencia personal de la religiosidad y de la respuesta que proporciona el cristianismo, las reflexiones de Giussani asumieron en julio de 1985 la forma de un libro que publicó la editorial Jaca Book con el título *La coscienza religiosa nell'uomo moderno* (ed. esp., *La conciencia religiosa en el hombre moderno*, Encuentro, Madrid 1986)¹⁹.

A propósito del hecho religioso y del cristianismo, «todos creemos ya saber de qué se trata» dice en ese libro Giussani; sin embargo, encuentra que «la conciencia del hombre está mucho más disponible para ese sentido religioso con el que coincide la búsqueda del destino»; una disponibilidad, observaba, «que hace años no se notaba. [...] Pero, a mi juicio, se habla de ello de una manera que no favorece esa disponibilidad». Por eso sus conferencias pretendían ofrecer una contribución que hiciera más claro y positivo el camino hacia el redescubrimiento de una verdadera religiosidad²⁰, identificando los factores que hacían que el hombre se encontrase ante una gran dificultad: en primer lugar el contexto social, que obstaculizaba una conciencia religiosa auténtica, y, en segundo lugar, la situación del cristianismo como tal. Toda la intervención de Giussani era un intento de responder al doble interrogante que Eliot formula en el VII de sus *Coros de*

‘La Piedra’: «¿Ha fallado la Iglesia a la humanidad?»; o «¿La humanidad ha fallado a la Iglesia?»²¹. El texto de Giussani es una representación del itinerario de la modernidad, desde la fractura de la unidad medieval hasta el extravío del hombre contemporáneo.

A lo largo de sus conferencias en Italia y el extranjero, Giussani dividió en dos partes la intervención —enriqueciéndola de vez en cuando con citas y juicios, pero conservando siempre su planteamiento original—, una para cada uno de los dos interrogantes de Eliot. Empezaba preguntando: «¿Es la humanidad la que ha fallado a la Iglesia?». Él partía de la consideración de que la situación humana actual es resultado de una herencia, en la que pueden identificarse algunos puntos de referencia históricos. Y así recorría en grandes líneas la parábola que va desde el final de la Edad Media al siglo XX, pasando por la modernidad, por la época racionalista del hombre entendido como medida de todas las cosas. La confianza en una razón que, por medio de la ciencia y de la técnica, «iba a poder resolver todos los problemas humanos sin Dios, quedó frustrada por la tragedia de la Primera Guerra Mundial», mientras que la Segunda Guerra Mundial «completó la obra. La alta cultura se precipitó en un profundo extravío, porque, por una parte, Dios ya se había desvanecido en el horizonte humano y, por otra, el hombre, nuevo dios, se había destronado con sus propias manos»²².

En este punto, Giussani cuenta en el libro un episodio que tuvo como protagonista a Winston Churchill, uno de los vencedores de la Segunda Guerra Mundial: «Terminado el conflicto mundial, fue a Estados Unidos para una visita en la que se le rindieron todos los honores por su contribución a la victoria que se consideraba había salvado la civilización. Se encontraba en una recepción del Massachusetts Institute of Technology de Boston —uno de los más conocidos centros científicos del mundo—, cuyo rector [...], tras haber apuntado todo lo que la civilización debía a Churchill por su aportación a la superación del peligro nazi, se dedicó a describir el carácter posbélico de tal civilización, cuyo principal atributo era, a su modo de ver, el hecho de haber tomado posesión, mediante la ciencia y la técnica, de todos los aspectos del ser humano. Solo un pequeño paso separaba a la humanidad de la obtención de un completo dominio sobre el pensamiento, el afecto y el sentimiento del hombre hasta en sus raíces, de manera que, en adelante, ya no podría surgir ningún Hitler, y el mundo podría ser pronto una sociedad perfecta, como un gran taller planteado siguiendo un buen proyecto. Cuando escuchó esto, Churchill se levantó y, tras agradecer al rector la acogida y sus palabras de alabanza, dijo con respecto al mundo feliz apenas descrito por este último que ‘esperaba ardientemente estar ya muerto antes de que tal cosa ocurriese’. Siempre me ha gustado recordar la actitud llena de humor del estadista inglés ante ese último rebrote grotesco de ese optimismo radicado en la cultura anterior a la guerra...»²³.

Giussani dibujaba a continuación en su texto los rasgos del extravío cultural del hombre moderno: hablaba de angustia frente al carácter enigmático del significado de la existencia y de desesperación ética. Citaba para ello un pasaje de Malraux: «No existe ideal al que podamos sacrificarnos, porque conocemos las mentiras de todos, nosotros que no sabemos qué es la verdad»²⁴. Enumeraba además de las consecuencias antropológicas de este extravío: la pérdida del gusto de vivir, por la cual se busca refugio

«en ideologías en las que no se vea implicado lo que él es como hombre, como ‘yo’, como libertad». Y además, la destrucción de la utilidad del tiempo con su consiguiente soledad²⁵. A propósito de esto citaba a uno de sus autores preferidos, Cesare Pavese: «A uno que escribe todos le buscan, todos le quieren hablar, todos quieren poder decirle mañana ‘sé cómo estás hecho’, y servirse de él, pero nadie le confía una jornada de simpatía total, de hombre a hombre»²⁶.

Otra consecuencia es la imposibilidad de tener relación con la realidad, conforme a la imagen de Sartre a la que Giussani recurría para mostrar el carácter trágico de la situación contemporánea: «Mis manos, ¿qué son mis manos? La distancia inconmensurable que me separa del mundo de los objetos y me aleja de ellos para siempre»²⁷. Giussani observaba que «las manos pueden aferrar las cosas, acariciar un rostro amado, estrechar otras manos, pero no hay relación. El hombre es como una luz que resbala sobre la superficie de las piedras y del agua, que es inseparable de ellas, pero también extraña. El hombre, condenado a una cierta concepción de la libertad, cae en la cuenta de que esa libertad es extrañeza. Y entonces es libre para nada. Cada apretón con la mano aleja del objeto, que se retira haciéndose de este modo cada vez más inalcanzable: una soledad abismal».

El único remedio para la disolución, dice Giussani en el libro, parece ser un compromiso voluntarista como intento extremo de reaccionar. Él constataba que «el único dique realista que la humanidad de hoy sabe oponer a su propia disolución es el Estado; el Estado como fuente de todo. Es el señorío del hombre realizado, ¡pero con cuánta ironía! La salvación última estaría asegurada por la alienación en una imagen ideológica de la sociedad, en la esclavitud enmascarada de todo el pueblo respecto de un *poder*, es decir, de los pocos ‘afortunados’ que detentan la fuerza»²⁸, según las amargas palabras del Premio Nobel Milosz: «Se ha logrado hacer comprender al hombre que, si vive, es únicamente por gracia de los poderosos. Piensa, pues, en beber tu café y en cazar mariposas. A quien ame la *res publica* se le cortarán las manos»²⁹.

Giussani terminaba la primera parte de su conferencia proponiendo un pasaje de Nietzsche, el más trágico de los pensadores modernos: «Un día, el caminante cerró la puerta tras de sí y lloró. Después se dijo: este ardiente deseo de lo auténtico, de lo real, de lo no aparente, de lo cierto, ¡cómo lo odio...!»³⁰. A los ojos de Giussani esta es la opción que ha tomado el hombre contemporáneo: «Cerrar la puerta a la esperanza, al impulso ideal que aletea en él, agazapado en el fondo de su corazón, que le ha transmitido su madre y todo lo que le precede en la historia: este evidente deseo de lo verdadero, de lo real, de lo cierto. El hombre moderno se siente como perseguido por un déspota ‘ansioso y atormentado’, pues admite estar constituido por el deseo de la verdad, y al mismo tiempo se rebela contra la naturaleza del propio corazón que es profecía de Dios»³¹.

En el prefacio al libro de Giussani que recoge los contenidos de la conferencia, reeditado en los años noventa (ver nota 19, *ndt*) el cardenal Ratzinger escribirá: «Se advierte por todas partes en la *intelligentsia* occidental una especie de extravío. De algún

modo, la ideología marxista había llegado a convertirse en un punto de referencia que más o menos permitía orientarse; representaba una *Weltanschauung* en sintonía con la ciencia y al mismo tiempo revelaba verdades que la ciencia no era capaz de proporcionar y que son por otra parte indispensables para el hombre. Y así el marxismo aparecía en la práctica como la única alternativa disponible frente al nihilismo. Pero después de la caída de los muros el mismo marxismo se ha revelado en verdad como otra forma de nihilismo. Así que el nihilismo parece hoy casi inevitable, penetra cada vez más, en la práctica a nivel máximo, incluso en capas sociales que de por sí no se plantean preguntas filosóficas. Lo demuestra la difusión de la droga, pero también y sobre todo una cultura nihilista del placer cada vez más extendida y con rasgos cada vez más manifiestos de antirreligión»³².

O «¿ha fallado la Iglesia a la humanidad?» (T. S. Eliot)

En la segunda parte de la conferencia propuesta en aquellos años, Giussani pasaba al otro interrogante de Eliot: «¿Ha fallado la Iglesia a la humanidad?»³³. También en este caso su respuesta era afirmativa. Giussani declaraba que «el cristianismo ha entrado en el mundo para impugnar esa destrucción del hombre que se produce cuando este pierde el nexo con Dios. Es el anuncio del Dios hecho hombre, y debería constituir la oposición más determinante al ostracismo actual que sufre la relación con el infinito con respecto a las vicisitudes de la vida». Y sin embargo en el curso de la época moderna el cristianismo aparecía profundamente reducido: «No es esa presencia en lucha contra la ruina del hombre que debería ser», porque se ha visto «angustiado, debilitado y entorpecido por una influencia que podríamos llamar ‘protestante’. [...] Esto que voy a decir no es ciertamente una crítica dirigida al mundo protestante, sino a la realidad católica».

En este punto Giussani indicaba las tres «caídas» producidas por dicha protestantización, que reducen el catolicismo, «que lo desmantelan desde dentro y debilitan en él su lucha contra una mentalidad para la cual ‘Dios no tiene que ver con la vida’». Estas son «el subjetivismo frente al destino, como concepción y como praxis; un moralismo acentuado ante los valores que exalta la cultura dominante; y el debilitamiento de la unidad viva del pueblo de Dios con su tradición y en torno a su cabeza garante, que es el obispo de Roma»³⁴.

A continuación pasaba en su texto a la *pars costruens*: si el cristianismo quiere presentarse de nuevo al hombre contemporáneo de una forma no reducida, tiene que proponerse como «el anuncio de un hecho, un hecho bueno para el hombre, un Evangelio: Cristo nacido, muerto y resucitado. No es una definición abstracta, un pensamiento interpretable. La Palabra de Dios —el Verbo— es un hecho que tomó cuerpo en el seno de una mujer, que se hizo niño, se convirtió en un hombre que habló en las plazas, que comió y bebió en la mesa con otros, que fue condenado a muerte y que murió». Así fue al comienzo, hace dos mil años. ¿Pero hoy? Giussani insiste con firmeza y claridad: «El rostro de aquel hombre es hoy el conjunto de los creyentes, que son su

signo en el mundo o —como dice san Pablo— son su Cuerpo, un Cuerpo misterioso, también llamado ‘pueblo de Dios’, guiado como garante por una persona viva, el obispo de Roma. Si el hecho cristiano no es reconocido y mostrado en esta originalidad suya, solo sirve para ser una sugerencia rica en interpretaciones, en ideas, y quizá también en obras, pero yuxtapuestas o, más a menudo, subordinadas con respecto a todas las insinuaciones de que se sirve la vida»³⁵.

Un cristianismo retomado en su naturaleza original, concluía Giussani, tiene dos características fundamentales: es un hecho totalizante, lo que significa que la fe «aferra por completo al sujeto y, al cambiarlo, tiende a cambiar toda su existencia, hasta en los detalles». En segundo lugar, la fe se traduce en cultura: «La cultura puede definirse como conciencia crítica y sistemática de la experiencia humana en desarrollo. Ahora bien, la experiencia es el impacto del sujeto con la realidad, una realidad que en tanto que presencia le invita y le interroga (‘le problematiza’). El drama humano consiste en la respuesta a esta problematización (‘responsabilidad’), y la respuesta se genera, evidentemente, en el sujeto. La fuerza del sujeto radica en la intensidad de su autoconciencia, es decir, de la percepción que tiene de los valores que definen su personalidad. Ahora bien, estos valores fluyen en el ‘yo’ desde la historia vivida a la que ese mismo ‘yo’ pertenece. La genialidad radical de un sujeto reside en la fuerza que tiene su conciencia de pertenencia. Por eso el pueblo de Dios se convierte en un nuevo horizonte cultural para cada sujeto que pertenece a él»³⁶.

De nuevo el cardenal Ratzinger observará: «En este libro Cristo nos sale al encuentro desde un lado completamente distinto, desde donde no nos lo esperábamos. Él se nos manifiesta no desde ‘ayer’, sino que viene a nuestro encuentro en el hoy, proviniendo, por así decirlo, del mañana. Sale a nuestro encuentro en medio de nuestros intereses cotidianos. Con este pequeño libro he comprendido una vez más y de manera nueva por qué monseñor Giussani ha podido convertirse en maestro de una generación entera y en padre de un vivaz movimiento». Precisamente por ello, concluye, «el libro debería ser leído no solo por quienes ya le conocen y le estiman, sino precisamente también por quienes acogen con escepticismo el anuncio de la fe cristiana»³⁷.

El 22 de marzo de 1985, en la casa que alberga a la Fundación Konrad Adenauer, en Cadenabbia, junto al lago de Como, se celebraba una jornada de trabajo entre un grupo de CL y otro del MCL (Movimento Cristiano Lavoratori), cuyo presidente, Lucio Toth, había promovido el encuentro³⁸. El tema era la situación de la Iglesia y los movimientos eclesiales. Durante su intervención, Giussani propuso de nuevo el itinerario de *La conciencia religiosa en el hombre moderno*, pero desarrolló un tema que en el libro está apenas apuntado en sus últimas líneas: la realidad de los movimientos eclesiales es la concreción histórica por medio de la cual Cristo llega al hombre en el presente. Giussani habló de ello refiriéndose a algunas intervenciones recientes de Juan Pablo II y del cardenal Ratzinger.

Del Papa retomó el discurso en el trigésimo aniversario de CL, cuando decía: «Nosotros creemos en Cristo muerto y resucitado, en Cristo presente aquí y ahora, el único que puede cambiar y de hecho cambia, transfigurándonos, al hombre y al mundo».

Este es el camino para superar la protestantización de la fe y para recuperar la influencia social de la Iglesia, observa Giussani. El cristianismo, de hecho, se documenta como capacidad de cambiar al hombre y al mundo. Y citó otro pasaje de aquel discurso papal: «El Espíritu Santo, para continuar con el hombre de hoy el diálogo comenzado por Dios, ha suscitado en la Iglesia contemporánea múltiples movimientos eclesiales»³⁹, observando que en la historia de la Iglesia siempre ha sido así.

Giussani se refirió después a una intervención del cardenal Ratzinger del 28 de enero de 1985, en Bari, según la cual los movimientos son «instrumento» de la Iglesia universal, que hacen «fecunda e íntegra la pastoral de la Iglesia local [...] y reaniman la pastoral territorial». Dichos movimientos, proseguía Ratzinger, «no pueden verse reducidos al principio episcopal, sino que se apoyan más bien, tanto a nivel teológico como práctico, en el primado [del Papa, *nda*], el cual sigue siendo así, de nuevo, factor de un pluralismo vital y fructuoso en la Iglesia, precisamente por el hecho de que permite encuadrar la unidad de ellos en una realidad concreta»⁴⁰. La existencia cristiana vivida de este modo genera una presencia, un ímpetu testimonial, que secunda el llamamiento misionero de Juan Pablo II a ir a todo el mundo.

Una semana después de la reunión de Cadenabbia, Giussani hablaba en la Universidad de Florencia, y lo hacía al día siguiente del asesinato del profesor Ezio Tarantelli (en Roma, el 27 de marzo de 1985, a manos de las Brigadas Rojas). En su saludo introductorio, el rector Franco Scaramuzzi dijo: «Esta reunión adquiere un particular significado en las circunstancias actuales, especialmente hoy, ante el tremendo asesinato de un profesor universitario colega nuestro, Ezio Tarantelli, que ha sido durante muchos años y hasta época reciente profesor en esta universidad. [...] También en este trágico caso la universidad se encuentra en el centro de la agitación de nuestra sociedad, y por eso estoy convencido de que la atención y la pasión con la que monseñor Giussani ha trabajado para proponer a los jóvenes un objetivo y un ideal de vida son fundamentales, y su compromiso para educar a las nuevas generaciones es motivo de gran esperanza»⁴¹.

Sorprendido por las palabras del rector, Giussani dejó a un lado los folios que había preparado para el encuentro y recitó de memoria la poesía de un poeta español, Juan Ramón Jiménez: «Es verdad ya. Mas fue tan mentira, que sigue siendo imposible»⁴². Luego dijo: «Hay un momento en que se intuye una visión clara, más aún, una experiencia vivida de lo que es la humanidad, de lo que puede ser la humanidad. Es como si ese momento de gracia chocase con la tristeza y la tragedia que cada día nos documentan los periódicos, y entonces nos asalta este pensamiento: la humanidad se ha vivido siempre de un modo tan equivocado y tan contradictorio que lo que pienso que es tan inmediata y luminosamente posible y lo que experimento al actuar es imposible que pueda continuar». Al contrario, «yo creo que la experiencia cristiana infunde ante todo un optimismo a *ultranza* sobre la utilidad que tiene toda reanudación en cualquier condición que sea; la tragedia que hemos conmemorado, y que hoy angustia nuestro corazón, no es la última palabra, ni siquiera sobre la actualidad»⁴³.

«Se necesita una implantatio ecclesiae también en Italia»

El 11 de abril de 1985 Juan Pablo II hablaba en Loreto, donde estaban reunidos los «estados generales» de la Iglesia italiana, obispos y responsables del laicado católico (asociaciones y movimientos)⁴⁴. La reunión tenía como tema «Reconciliación cristiana y comunidad de los hombres».

En su discurso, el Papa invitó a reconocer «los efectos profundos del proceso de descristianización que está teniendo lugar: de hecho, cuando disminuye la fe en el Dios hecho hombre» y «cuando la persona se ve tendencialmente reducida a una partícula de la naturaleza o a un elemento anónimo de la sociedad, no es de extrañar que cambien los parámetros fundamentales en los que se apoya la convivencia humana». Por eso Juan Pablo II llegó a decir que «es urgente poner manos a la obra para una casi nueva ‘implantatio evangelica’ incluso en un país como Italia».

Ahora bien, para favorecer la comunión eclesial y la presencia de la Iglesia, el Papa consideraba «muy significativa y prometedora *la gran variedad y vivacidad de agregaciones y movimientos, sobre todo seglares*, que caracteriza al actual periodo posconciliar. Para que la riqueza de los carismas que nos dona el Señor ofrezca su plena contribución a la edificación de la casa común, es necesario ante todo la referencia constante a su propio obispo, [...] en el contexto de la indispensable comunión con la Iglesia universal, que tiene en el sucesor de Pedro el centro perpetuo y visible de su propia unidad». Según Juan Pablo II, «asociaciones y movimientos constituyen, en efecto, un canal privilegiado para la formación y la promoción de un laicado activo y consciente de su papel en la Iglesia y en el mundo, conforme a la enseñanza genuina del Concilio».

El Pontífice estaba convencido de que, «también, y particularmente, en una sociedad pluralista y parcialmente descristianizada, la Iglesia está llamada a obrar, con humilde coraje y plena confianza en el Señor, a fin de que la fe cristiana tenga, o recupere, un papel-guía y una eficacia que arrastre, en un camino hacia el futuro [...] que alcance y transforme [...] los criterios de juicio, los valores determinantes, las líneas de pensamiento y los modelos de vida»⁴⁵.

De ese discurso del Papa en Loreto, Giussani hablará en una reunión de adultos del movimiento, en Varese, apenas tres días después, el 14 de abril de 1985: «El cristianismo es un acontecimiento presente; lo que ha sucedido es algo que moviliza, que cambia el mundo ahora. Es Dios que se ha hecho presente y por eso lo que debe emerger es un mundo nuevo, como ha dicho el Papa en su discurso en Loreto: ‘En concreto, la Iglesia, que constituye en la tierra el inicio y el germen del reino de Dios, tiene la misión de instaurar en el mundo ese reino de justicia y de paz’». La experiencia del movimiento, subrayaba Giussani, «siempre ha percibido de manera imponente y fascinante esta categoría suprema del hecho cristiano, del misterio de Dios hecho hombre, la Presencia, el presente, el cambio del presente, del mundo»⁴⁶.

Pero fue sobre todo durante una reunión de sacerdotes, el 20 de mayo de 1985, cuando Giussani puso encima de la mesa el discurso de Loreto, subrayando que el momento

histórico exigía que la vida cristiana retornara a su fuente, a su origen: «Sorpresa por un acontecimiento nuevo, y por consiguiente conciencia de un sujeto nuevo que ha entrado en el mundo». Las palabras del Papa le hacían pensar de nuevo en el comienzo del movimiento y en su actualidad: «Nuestra experiencia nació como voluntad de vivir el acontecimiento cristiano en su pura originalidad, tanto es así que uno de los principios fundamentales que proclamábamos los primeros días es que debíamos difundir de nuevo el cristianismo, pues había desaparecido en gran medida, excepto como rito y como realidad administrativa, incluso de nuestra población». Después de treinta años, «Italia es una tierra de misión, es necesaria la *implantatio ecclesiae* también en Italia... así lo ha dicho [el Papa] en Loreto». Insistía: «El contenido de nuestra experiencia es la pasión por la Iglesia como acontecimiento de Cristo que prosigue en la historia, y nada más, porque no se trata de ser de CL, sino de ser cristianos».

Prosiguiendo su comentario del discurso pontificio, Giussani repitió que «ya no se concibe el cristianismo como vida, ya no existe una concepción en sentido maternal; puede que todavía sigan adelante las parroquias, puede que todavía continúen las comunidades asociativas, los movimientos, incluido el de CL, pero si no nos despertamos del sueño ya no sabremos quién es, no ya el Cristo teórico, sino el Cristo vivo, porque no existe Cristo si no está vivo ahora». El contenido de la experiencia de CL, en efecto, es «el hambre y la sed de encontrar, para saber y para adherirse al hecho cristiano, al cristianismo en su origen, en su valor original, que es un hecho nuevo en el mundo, un hecho nuevo que se encuentra por la calle —‘se encuentra’ tal como se encuentra a un amigo, como se encuentra a un grupo de gente— y que hace que la propia persona se convierta en algo nuevo: Nicodemo. Cuando celebramos el bautismo», dijo a los sacerdotes, «¡debe arder nuestra alma!».

Reflexionando sobre las palabras del Papa en Loreto, Giussani subrayaba que «hay algo que está antes que la Iglesia: la muerte y la resurrección de Cristo». Muerte y resurrección de Cristo, que «obtienen para la historia la presencia del Espíritu», y esto «genera ‘un movimiento sacramental e histórico’, son palabras del Papa, ‘que convoca a la Iglesia’, es decir, que edifica la Iglesia, que la construye». Giussani confesó que nunca se había dado cuenta tan claramente del valor que tenía la categoría de «movimiento» como «modalidad con la que el Espíritu, al desarrollar el don del bautismo en una persona, la hace moverse, y esta es la forma con la que el Espíritu crea, con la que edifica la Iglesia»⁴⁷.

Giussani retomaba aquí el contenido de un artículo de Joseph Ratzinger, publicado en el semanario *Il Sabato*, en el que el cardenal escribía: «Un movimiento es el don de sí mismo que el Espíritu hace a la Iglesia»⁴⁸. Por lo tanto, comentaba Giussani, «un movimiento tiende a poner en movimiento a toda la Iglesia. Yo no logro comprender una Iglesia vivida al margen de estos acentos». Y precisamente por ello recordaba que siempre había dicho: «El ideal para nosotros sería que CL desapareciera, que su existencia resultara inútil al vivir toda la Iglesia sus acentos. No los de CL, sino los acentos cristianos fundamentales que CL empezó a subrayar hace treinta años»⁴⁹.

Giussani volvía sobre el tema durante el *Equipe* de los universitarios celebrado del 1 al

3 de junio de 1985, preguntando cuál era la finalidad de CL, y adelantando una serie de hipótesis: «¿Es crear gente que, no sé, emplea bien su tiempo libre? ¿Es suplir las deficiencias de la educación social y por consiguiente llenar los vacíos, responsables de los declives psíquicos y las insatisfacciones patentes? ¿Es crear universidades o una vida universitaria más bella, más justa? [...] ¿Es quizá generar estudiantes ejemplares? [...] ¿Es generar profesionales estupendos? Ese es también el objetivo de la asociación de los industriales».

Para Giussani el objetivo era otro: «Ha sucedido algo en el mundo que ya no podemos ignorar. Esto que ha sucedido, este hecho que ha acontecido, es algo que impregna el cielo y la tierra, el alma y el cuerpo, el individuo y la sociedad: lo impregna todo. Si no fuera todo, no nos interesaría». Y este hecho, Cristo, «convierte nuestra personalidad en agente creativo de una cultura nueva en el mundo. [...] Como dijo Pablo VI en su famoso discurso del 23 de julio de 1975, ‘es un pueblo nuevo lo que crece en el mundo’: es un pueblo nuevo, una ‘entidad étnica *sui generis*’, lo que se establece en el mundo»⁵⁰.

El milagro de la hospitalidad

Un signo y un ejemplo de este pueblo nuevo eran para Giussani las Familias para la acogida, una realidad que nació en 1982 por impulso de algunas familias que, por la educación recibida en CL, vivían ya, aunque de forma individual, experiencias de acogida, abriendo sus casas a personas en situaciones de necesidad. Giuseppe Zola, en esa época concejal de Milán, les pidió una opinión técnica respecto al acogimiento familiar, y esto fue la chispa que permitió entrever un nuevo camino: convertir en iniciativa estable la valoración y el apoyo, incluso mediante momentos de formación, de la acogida de menores y de adultos en dificultad. Al cabo de pocos años el fenómeno se extendía ya por toda Italia y por eso se le pidió a Giussani una ayuda para profundizar en las razones del gesto de acogida, fuera este cual fuera. Las principales etapas de la compañía de Giussani a las Familias para la acogida están recogidas en un libro, *Il miracolo dell'ospitalità* (ed. esp., *El milagro de la hospitalidad*, Encuentro, Madrid 2006²).

El 8 de junio de 1985, Giussani participaba en el primer Congreso Nacional organizado por la Asociación Familias para la acogida. Allí partía de una evidencia elemental: «No podemos compartir, es decir, no podemos abrir nuestra presencia a la presencia de otro, no podemos acoger la presencia de otro, si antes no nos sentimos nosotros mismos acogidos, si no nos sentimos amados. Entonces se entiende que afrontar el problema sin Dios es afrontarlo sin una hipótesis adecuada. [...] Lo que define nuestro comportamiento es la limitación. [...] Yo lo intuyo por mi experiencia. Porque, si un hijo es verdaderamente amado por sus padres sabe lo que es amar, crece sabiéndolo, aunque no sea consciente de ello».

A continuación definía la naturaleza de la acogida: «El perdón de la diferencia»; y explicaba así esta extraña expresión: «Si un hombre acoge a una mujer siendo consciente de esta diferencia y la abraza con esta conciencia, la acogerá de una forma completa». Y

contaba un episodio que le había sucedido en sus primeros años de sacerdote: «Una señora que venía a confesarse conmigo todas las semanas estuvo sin venir durante un tiempo. Pasados algunos meses volvió: había tenido su segunda hija. Me dijo: ‘¡Si usted supiera! El primer sentimiento que tuve apenas nació no fue la curiosidad de saber si era niño o niña, si estaba bien o mal, sino: ‘Mira, ¡ya empieza a marcharse!’». Aceptar esta separación es la sublime gratuidad, y esta es precisamente la semilla inicial que normalmente todos los padres tienen que afrontar cuando se trata de la vocación de sus hijos. ‘Empieza a marcharse’ significa que el que nace, nace para su destino, que no lo fija él, porque la vocación la da Dios y nadie más».

Por eso la acogida es una identificación: «Tú eres yo, yo soy tú. La hospitalidad es grande si la persona comprende y siente que cada relación es hospitalidad, es la acogida de otro». No existe acto más grande que la hospitalidad, «desde la hospitalidad radical de adopción hasta la hospitalidad para dar de comer u ofrecer un techo a una persona que pasa por Milán aunque sea una sola vez. Una de las cosas más bonitas que he visto realizarse entre mis amigos es esta trama de familias dispuestas a hospedar a cualquiera»⁵¹.

Citando un versículo de la *Carta a los Hebreos* —«No os olvidéis de la hospitalidad: por ella algunos, sin saberlo, hospedaron a ángeles»⁵²—, Giussani subrayaba que las personas que viven el acogimiento familiar «no es que sean ángeles: ¡son más que ángeles! Son hijos de Dios, forman parte del misterio de la persona de Cristo»⁵³.

Luego explicaba con estas palabras el significado profundo que tienen la paternidad y la maternidad: «¿Ser padre y madre quiere decir dar a luz a un hijo? ¡No! Si tú acoges a un hijo concebido y gestado por otra mujer cuando tiene dos meses, cuatro meses o cinco meses, y lo educas, la madre eres tú, ¡en el sentido fisiológico y ontológico del término! Y si tú haces esto incluso sin tener a ese niño contigo —porque tu marido no quiere, porque tienes miedo o porque no te ves capaz, aunque lo pidas a Dios—, si cuando conoces a un pobre niño que vive mal, maltratado por una familia que no es la suya, ofreces todas las mañanas al comenzar tu jornada diciendo: ‘Señor, te ofrezco este día para que ayudes a ese niño’, estás viviendo una maternidad todavía más verdadera, más ‘genética’ que cualquier otra maternidad. De hecho nuestras madres, que han sido madres cristianas, a nosotros, sus hijos, ¡nos miraban así!»⁵⁴.

Para Giussani la realidad de Familias para la acogida no era una de las muchas iniciativas nacidas de gente de CL; para él ocupaba un lugar totalmente particular, ejemplar. Más aún, es «el latido de la vida del movimiento. No podríamos reconocer nuestro movimiento si no existierais vosotros. No vosotros en el sentido de fulano o mengano, sino si no existiera lo que vosotros, fulano o mengano, hacéis, tengáis la conciencia que tengáis. Que tengáis mayor conciencia de ello es lo que yo os deseo, ¡porque, si tenéis mayor conciencia, lo que hacéis resplandecerá más! Es como alguien que va por la noche con algo fluorescente. La gente se siente consolada, la gente se siente consolada viendo o leyendo lo que vivís»⁵⁵.

En junio de 1985 la revista mensual de la editorial San Paolo, *Jesus*, publicaba una larga entrevista a Giussani. Su autor era Vittorio Messori, conocido escritor católico. Era la primera vez que se encontraban los dos. Messori escribía: «Para muchos es un maestro; para otros es el adversario al que batir, el inventor y el tenaz realizador de un ‘camino hacia el cristianismo’ falaz y dañino. Un auténtico signo de contradicción, este hombre. En todo caso, el nombre de Luigi Giussani [...] entrará ciertamente en las futuras historias de la Iglesia». Continuaba Messori: «Reunirse con él de tú a tú no es fácil. Y no porque se mantenga encerrado en su torre de marfil o se haya dedicado solo a la oración, a la vida contemplativa. El hecho es que entre los compromisos apremiantes con su movimiento y una cierta y justificada desconfianza hacia los periodistas, don Giussani rechaza casi todas las peticiones de entrevista. Finalmente, heme aquí sentado a la mesa con él»⁵⁶.

Afirmando que Giussani no tenía dudas respecto al hecho de que los católicos estaban llamados a batirse por el mismo futuro del cristianismo, Messori le pidió un juicio sobre el congreso de la Iglesia italiana celebrado en Loreto el mes de abril anterior: «Dice que ‘es demasiado pronto para juzgar un hecho que dará sus frutos con el tiempo’. Luego, al final, lo despacha con lo que parece una broma pero no lo es en absoluto: ‘Algunos días después, muchos comentaristas decían en la prensa que en Loreto se acababa CL. Se acababa, añadían, a menos que el Papa viniera a trastocar todo. El Papa vino, y lo trastocó todo...’. Subrayando, naturalmente, la debida obediencia a los obispos en cada diócesis»⁵⁷. Como ya se ha dicho, en el discurso conclusivo de Loreto Juan Pablo II había reafirmado una vez más la importancia de los movimientos como canal privilegiado para la educación de un laicado consciente de su propio papel en la Iglesia.

Messori preguntó a continuación sobre la Acción Católica y sobre las relaciones con ella. «Pero si nosotros venimos de ahí», observó Giussani, «nacimos con el entusiasmo de la Acción Católica de los años cincuenta». Entonces, rebatía el escritor, ¿por qué «tanta aversión —cuando no es auténtico odio— contra vosotros, tanto fuera como dentro de la misma Iglesia»? Y Giussani: «Sí, con frecuencia es verdadero odio, y el peor de todos: el odio teológico. Se nos odia no solo por nuestros defectos, por nuestras imperfecciones, por nuestros errores; sino también, y quizá sobre todo, por nuestra cultura, que es la misma del Papa, también él objeto de una campaña de difamación».

Messori cambió de tema: «No es un misterio la estima (explícitamente recíproca) que tiene don Giussani y CL en general por el cardenal Joseph Ratzinger, ya sea como teólogo o como Prefecto de la Congregación para la [doctrina de la] fe. Ahora bien, es hasta demasiado conocido el juicio negativo sobre estos veinte años de posconcilio que ha confirmado en estas mismas columnas (*Jesus*, 11/84) el cardenal Ratzinger». Giussani se explicaba así la razón de ello: «El Concilio fue un acto profético en las manos de Dios. Creo que dará sus mejores frutos con el paso del tiempo. Ha sido como cuando se trasiega el vino bueno: al comienzo parece turbio. Pero luego las impurezas se depositan y se puede degustar su calidad».

Finalmente Messori le preguntaba a Giussani si nunca le había atravesado la duda de que pudieran tener razón esos creyentes que tenían una manera de pensar y de vivir la fe distinta de la suya. Giussani le respondía que no: «No he tenido ese tipo de dudas. Y no porque me fíe de mí mismo, sino porque me fío de los que me enseñaron a ser cristiano, de mis maestros del seminario milanés de Venegono en los años cuarenta y cincuenta. Mi visión de la fe es la suya: yo solo he tratado de establecer un método, una pedagogía». Algunos hablaban de una bajada cuantitativa del movimiento, después de años de crecimiento ininterrumpido; Messori le preguntó por ello a Giussani, y este explicó que el movimiento no tenía carnets y no hacía estadísticas: «No me interesa si nos reducimos o nos expandimos: lo que sé es que un joven tocado por la experiencia de Cristo tal como tratamos de vivirla en nuestro movimiento queda marcado para siempre por ella»⁵⁸.

*«Tenemos que volver necesariamente al comienzo,
cuando le veían por la calle»*

Giussani encarnaba un método educativo que desarrolló con el tiempo, y que le permitió descubrir la verdad que tenían las enseñanzas del seminario, como les dijo a los universitarios al final del *Equipe* de agosto de 1985, celebrado en Corvara (Bolzano): «¡Qué exagerado!», me decía a mí mismo cuando leía en el seminario lo que escribe san Pablo en su primera Carta a los Corintios: ‘He venido a vosotros y no he conocido otra cosa sino a Cristo, y Cristo crucificado’; o bien, en la Carta a los Filipenses, cuando dice que él sabía muchas cosas, que era muy capaz, era uno de los primeros entre los judíos, pero que había ‘estimado todas estas cosas como basura frente al conocimiento de Cristo’. Me parecía exagerado». Pero ahora, continuaba Giussani, «quisiera que los largos años que he necesitado para comprender que no es exageración, los largos decenios que me han hecho falta, se abrevien para vosotros, porque esta es la lógica de la tradición: el que viene después da el paso antes, se mueve más deprisa, porque luego debe dar otro, ya que todo debe crecer».

Y este es el primer factor del método: «Dios se ha hecho uno de nosotros». Para comprender lo que eso significa, «tenemos que volver necesariamente al comienzo, cuando le veían por la calle: para Pedro, para Zaqueo o para la Magdalena, hubo una tarde, un día en que aconteció algo que era toda su vida, que fue toda su vida. Es igual para nosotros». Para cuánta gente, continuaba Giussani, también en la época de Jesús, «el encuentro inicial, ‘el’ momento no fue, no sugirió inmediatamente de modo clamoroso todas sus implicaciones; en realidad, para nadie fue así. Alguien podía incluso tener contacto con Él sin darse cuenta de lo que estaba sucediendo. De lo que uno se daba cuenta era: ‘¡Este sí que habla con autoridad!’». Escuchar a Jesús cuando hablaba a la gente producía un presentimiento de vida.

La misma dinámica tiene lugar en el presente, como decía Giussani a los universitarios: «Puede haber sido un instante brevísimo, sutil, el presentimiento de una promesa para la vida lo que nos haya traído hasta aquí, sin una autoconciencia

clamorosa, sin crítica clamorosa. Pero hay un día en vuestra vida en el que tuvo lugar un encuentro que contenía todo el significado, todo el valor, todo lo deseable, todo lo justo, todo lo bello y todo lo amable».

Dios se ha hecho hombre, continuaba Giussani, «y llega hasta ti con sus manos, con sus ojos, con su boca, con la realidad física de una humanidad. Porque —pongámonos en los tiempos de entonces—, Jesucristo no era especialmente conocido, no era un nombre que se hubiera vuelto habitual: ¡lo que veían era un hombre!». Y esta presencia «llega a ser tan penetrante [...] que te levantas por la mañana tranquilo, porque en la profundidad de la perspectiva con la que ves las cosas, desde las personas hasta el alimento que comes, ves su presencia». Y la debilidad y la fragilidad que tiene cualquiera dejan «intacta esta relación; para romperla, se necesita que uno la niegue, se necesita que uno no la quiera, se necesita que diga: ‘¡No!’, es necesario rechazarla. La perfección consiste en esa relación» y no en una coherencia moral de la que el hombre es incapaz: «Es verdad que, cuando Zaqueo sintió que penetraba en él aquella mirada y aquella invitación, dijo: ‘Doy la mitad de mis bienes y cuatro veces todo lo que haya robado’, pero dos días después, siete días después a lo mejor se enfadó con su mujer, con sus hijos, y aquel horizonte que se había despertado, definido por aquel rostro y aquella voz que le había llamado, por aquel hombre que había ido a su casa, hizo que sintiera un dolor agudo por haber tratado mal a su mujer. Y al día siguiente, pongamos, le pidió perdón o no le dijo nada. Pero al día siguiente, dos horas después del primer día, se volvió a enfadar». Para Giussani, en efecto, «la coherencia es una gracia [...], es la renovación del asombro por el encuentro con algo que es más que tú, sin lo cual no serías tú mismo».

Por eso es central la figura del publicano que conoció a Jesús: «Para Zaqueo aquel hombre se había convertido en el horizonte de todo, porque todo lo que pensaba, lo que juzgaba, era expresión y estaba en función de aquel horizonte. Aquel rostro [...], aquella mirada de abajo arriba, y aquella palabra, y él corriendo hacia su casa: aquello fue el horizonte de todo en su vida, porque en su vida todo lo juzgaba, lo pensaba y lo ponía en práctica de forma ideal, partiendo, sacando su motivo de ese horizonte y en función de él»⁵⁹.

Era una gran lección la que Giussani acababa de exponer en el salón del hotel Arlara, en Corvara. Zaqueo, el publicano, el incoherente, había sido elegido por Giussani como emblema de aquellos universitarios reunidos en los Dolomitas, hijos de la cultura de la época, frágiles e incoherentes, de tradición cada vez menos religiosa; en resumen, ejemplares significativos de hombre contemporáneo. Precisamente por eso Giussani se servía de ello para despejar el terreno de cualquier equívoco: la historia del publicano «permitía entrar enseguida en el carácter de acontecimiento que tiene el cristianismo. Es un encuentro que no espera a que el hombre cambie, que no requiere condiciones previas (culturales o ‘religiosas’), sino que acontece, irrumpe, y vuelve a poner a nuestra humanidad en condiciones de responder, de tomar postura», reconoce Di Martino.

Con el cardenal Joseph Ratzinger en Bressanone

Pasado el 15 de agosto de 1985, Giussani le pidió una mañana a Graziano Debellini, que gestionaba el hotel en que se albergaba, que le acompañase en automóvil a Bressanone para una reunión con el cardenal Ratzinger, quien estaba de vacaciones en el seminario de esa misma ciudad. «Llegamos a Bressanone en torno al mediodía», recuerda Debellini, «nos encontramos con el cardenal Ratzinger en la puerta del seminario y nos dirigimos enseguida hacia el lugar donde íbamos a comer. Con gran sorpresa mía, don Giussani me pidió que me quedara a comer, en la sala de los Doce apóstoles del restaurante Elephant, adonde el cardenal solía ir de vez en cuando con su hermano Georg».

El almuerzo duró al menos dos horas. «Así que resulté espectador de un diálogo extraordinario. Don Giussani, como un torrente en crecida, pedía de una manera humildísima al cardenal un juicio, una profundización, una corrección o una aclaración sobre palabras, expresiones y juicios con los que él comunicaba a los jóvenes y a todos su propuesta de vida cristiana». Debellini recuerda que, entre otras cosas, «Giussani le preguntó a Ratzinger qué pensaba del uso que se hacía en el movimiento de CL de las palabras acontecimiento, encuentro y experiencia. Y muchas veces le escuché dirigirse al cardenal con la palabra ‘maestro’». Pero lo que más le sorprendió al acompañante de Giussani, lo que más grabado se le quedó fue esto: «El espectáculo de una amistad y con ella de una familiaridad y de una cordialidad extraordinarias. No podía imaginar que el cardenal Ratzinger conociera de manera tan profunda y yo diría tan afectuosa la persona, la vida, la historia, el pensamiento y los escritos de don Giussani. Al final de la comida se produjo un gran abrazo entre los dos queridos amigos».

No era la primera vez ni tampoco la última que se encontraban ambos. Igual que en esta circunstancia, en otras ocasiones Giussani sometía al prefecto de la Congregación para la doctrina de la fe frases y expresiones que pretendía utilizar y sobre las que quería tener una total tranquilidad.

El mismo Giussani contará algo de esas conversaciones. En 1995 dirá: «Expuse a Ratzinger este epifonema [máxima, expresión sintética, *nda*]: si una realidad no tuviera que ver de algún modo con el presente, no existiría. No digo que ‘no sería verdad’, sino que no estaría, ¡no existiría! No puede existir algo que de algún modo no tenga que ver con mi presente»⁶⁰. Según Giussani, en efecto, «todo lo que hay, existe de algún modo si se hace presente en la experiencia. [...] Lo que no se hace presente en la experiencia no existe»⁶¹.

Esto vale para todo. Por eso, delante de los universitarios, refiriéndose a Cristo, afirmaba: «Él ‘*existe*’, *porque está presente*. Lo que no está en nuestra experiencia presente, lo que no esté de ningún modo en nuestra experiencia presente, lo que de algún modo no estuviese en nuestra experiencia presente, no existe, no existiría»⁶². Y en una entrevista de octubre de 1994 repetía la fórmula ‘aplicada’ a Cristo: «Este acontecimiento [de Cristo, *nda*] no está presente porque existe, sino que ante todo *existe porque está presente*. Es un acontecimiento *en el presente histórico*»⁶³. Y el mismo día de la entrevista, hablando a un grupo de responsables de CL, subrayaba: «‘Existe porque está presente’. Esta es una frase que penetra en la profundidad del Misterio desde su

expresión contingente, desde su documentarse en el tiempo y el espacio, y es esto lo que le hace presente. Existe porque está presente: esta es nuestra pura formulación católica»⁶⁴.

En otra circunstancia, en mayo de 1995, Giussani hablará de nuevo de sus encuentros con Ratzinger: «Dos o tres de estas frases, que siempre he tenido miedo de que sonaran un poco heréticas, se las sometí a Ratzinger la última vez que comí con él, y él dijo que estaba totalmente de acuerdo (¡induje por consiguiente que también las otras eran justas!))».

Una de las frases en cuestión era la siguiente: «Si el Verbo se ha hecho carne, es *en una carne* igualmente donde nos lo encontramos»⁶⁵. Giussani contará que había comido con el cardenal y le había sometido, entre otras, la afirmación apenas citada: «Ha estado de acuerdo inmediata y cordialmente. Me ha respondido que si Dios se ha hecho carne es por medio de la carne como se va a Dios, carne de una experiencia humana»⁶⁶. Y también: «Si Dios se ha hecho hombre, esta es la gran premisa, la experiencia de lo eterno comienza en la carne, en una experiencia de carne, como ha dicho el Papa en un discurso hace dos meses. Le he enseñado esa frase a Ratzinger; debería ser también para vosotros impresionante escuchar a alguien que dice que la experiencia de lo eterno empieza en el tiempo, en la historia. No está necesariamente destinada a triunfar en la historia; puede ser que deba triunfar en ciertos momentos de la historia, como triunfó en el Medievo de los grandes conventos. Pero la experiencia de lo eterno se percibe en la evidencia que ofrece cierta experiencia de este mundo. Porque no se puede decir: Jesús, te amo... esto carece de contenido si no refleja, si no se refiere a aspectos de contenido de la experiencia humana que he vivido y que vivo»⁶⁷. Por tanto, «si Dios se ha hecho carne, si se ha hecho hombre, es a través de una realidad *humana* como yo debo comprenderlo; de otra forma, habría sido inútil que se hiciese hombre, ¿no?»⁶⁸.

Este pensamiento estaba en singular consonancia con una afirmación del mismo cardenal Ratzinger, pronunciada en 1994: «Con la encarnación el Logos eterno se ha vinculado de tal modo a Jesús que [...] el Logos ya no puede pensarse independientemente de su conexión con el hombre Jesús. [...] Todo el que entra en contacto con el Logos toca a Jesús de Nazaret. Jesús es más que el sacramento del Logos. Él es el mismo Logos, que en el hombre Jesús es un sujeto histórico. Ciertamente Dios toca al hombre también de muchas maneras fuera de los sacramentos. Pero Él le toca siempre a través del hombre Jesús, que es su automediación en la historia y nuestra mediación en la eternidad. Cristo no es una simple teofanía, una manifestación de Dios, sino que, más bien, en Él el mismo ser de Dios entra en unidad con el ser del hombre»⁶⁹.

En perfecta continuidad se encontraba otra fase que Giussani someterá a Ratzinger en 1995: «Misterio y signo coinciden»⁷⁰. Para recalcar de hecho que, si el Verbo se había hecho carne, «es *en una carne* igualmente donde nos lo encontramos [...] otra vez le dije que el misterio se identifica con el signo»⁷¹.

Un día Giussani le oyó decir a un joven profesor que cierta persona se había ido del movimiento de CL porque Giussani sería herético precisamente a causa de su afirmación

de que «Misterio y signo coinciden». Giussani reconocía que la frase «dejó un poco inquietos a todos, a decir verdad; y me hizo temblar a mí al volverlo a decir [...]»; por ello lo he incluido entre los epifonemas que sometí al examen de Ratzinger». Luego le dijo a quien le había contado el asunto: «Mira, piensa en esto: el Misterio se hizo carne, luego se hizo pan y vino para nosotros, se nos da a comer y ‘si uno no come mi carne y no bebe mi sangre no será...’. ¿No es la Eucaristía *el* signo supremo del Misterio? ¡El misterio que tú piensas es un misterio abstracto! El misterio que no coincide con el signo es lo que tú piensas: el objeto de tus pensamientos, de tus fantasías, de tus búsquedas feuerbachianas o hegelianas. [...] En cambio el Misterio coincide con el signo en la Eucaristía en el sentido literal del término. ¿Por qué? Porque el Misterio se hizo signo y el signo era aquel hombre nacido de las entrañas de la Virgen María, que luego caminaba por las calles, y dejaba a todos con la boca abierta; y tres días después gritaron: ‘¡Mátalo!’. ¡Y lo mataron! ¡El Misterio coincide literalmente con el signo!»⁷².

Jesús es por ello «el signo de todos los signos», es «el signo de algo que ya está dentro de Él, cosa que no les sucedía a los otros signos, y no les sucede. Aquel hombre era Dios presente entre los hombres»⁷³. Y del mismo modo en los sacramentos, creados por Él, «creados por Cristo, por el hombre Dios, por Dios hecho hombre, Jesús de Nazaret (Él los inventó, Él los sugirió), el signo alcanza la plena identidad con el Misterio. Como en la Eucaristía. Pero en todos los sacramentos encontramos esta referencia totalizadora: el signo coincide con el Misterio en sentido propio»⁷⁴.

Giussani insistirá en varias ocasiones, hasta sus reflexiones últimas, en el «método sacramental», entendido en toda su profundidad y extensión. «El método con el que Dios comunica su existencia, dona su ser, hace que las cosas participen de su ser, es la sacramentalidad: la comunicación del Misterio implica un método sacramental. Todo es signo de Él, y la expresión última de este método, según una analogía entre las cosas, entre los significados de las cosas, es el sacramento de su presencia en el mundo, porque cada sacramento es la presencia en el mundo de Cristo muerto y resucitado. Se llama Iglesia, cuerpo místico de Cristo, lo que resulta generado y cambiado bajo el impulso, la luz y la ternura del bautismo y de los demás sacramentos»⁷⁵.

Giussani volvía en otro lugar sobre el epifonema en cuestión, mostrando que lo consideraba como un rasgo peculiar del carisma: «El corazón de nuestro carisma lo formulo con la frase que le cité al cardenal Ratzinger y sobre la que tenía alguna perplejidad, algo de miedo»; cuando se las leyó al purpurado, sus palabras —recordaba Giussani— «obtuvieron su consenso... que el Misterio y el signo no están separados, son la misma cosa. Y por ello adoramos la santa cruz, que es un signo. Y por ello el hombre puede adorar a la mujer, porque es signo, si es signo, con tal de que sea signo»⁷⁶.

Observaba, en efecto, que no eres verdadero si, al mirar a tu niño, a tu amigo, al hombre por el que gastas tu vida, «no entrevés, no empiezas a entrever, no aceptas entrever, no aceptas comenzar a entrever en su semblante la presencia de algo distinto, la presencia de Otro, la presencia del Misterio, el Misterio que se hizo carne y tenía un rostro, un bonito rostro, que era un joven bello, un hombre. Un hombre fascinante; Juan

y Andrés nos lo dijeron enseguida y san Pedro al final lo confirmó: era objeto de una simpatía absoluta»⁷⁷.

En otra ocasión, Giussani afirmará que hay frases en todo su planteamiento que le han producido más temor y temblor que consuelo inmediato. Por ejemplo esta, que sometió al cardenal Ratzinger antes de pronunciarla en público: existencialmente, «el carisma viene antes que el dogma». Recordaba que el prefecto de la Congregación para la doctrina de la fe «estaba totalmente de acuerdo. ¿Cómo se produce la intervención de Dios en el mundo? A través de la fuerza del Espíritu, el Espíritu es la energía con la que Dios crea, plasma y fija el devenir del mundo. El carisma es un don del Espíritu que está en función del designio total de Dios, es decir, en función de la misión de Cristo, en función, por ello, de la misión de la Iglesia, en función por tanto de la difusión de la Iglesia. Por eso el carisma es lo que permite comprender qué es la institución, lo que permite conocer a Cristo»⁷⁸.

A propósito de la asidua relación que tenía Giussani con el cardenal Ratzinger (y con Juan Pablo II), el cardenal Scola recuerda: «Tuve la ocasión de asistir a muchos encuentros de don Giussani con estas grandes personalidades: siempre me sorprendió la gran libertad y la extraordinaria humildad con la que formulaba preguntas, escuchaba respuestas, planteaba objeciones, pedía indicaciones y exponía soluciones atrevidas»⁷⁹.

Convertido ya en Papa, a comienzos de 2013 Benedicto XVI hablará en estos términos de Giussani: «Conocí su fe, su alegría, su fuerza y la riqueza de sus ideas, la creatividad de su fe. Entre nosotros creció una verdadera amistad»⁸⁰. Y quizá sea esta precisamente la palabra clave de la larga historia que unió a Giussani con el cardenal Ratzinger: la amistad, que el fundador de CL siempre consideró la gran virtud de un cristiano. Una amistad al mismo tiempo humana y cristiana, que marcó más de treinta años de sus vidas y que estaba destinada a dejar señal en la misma vida de la Iglesia.

Capítulo 24

«Os deseo, y me lo deseo también a mí mismo,
que nunca os quedéis tranquilos»

La segunda mitad de los años ochenta

«Al igual que en el 83, don Luigi Giussani [...] era reacio a la idea de intervenir en el Meeting. ‘Valoradlo bien’, decía, ‘porque soy alguien que no es capaz de hablar’. Nuestra insistencia ha prevalecido y los resultados han sido óptimos»¹. Estas palabras corresponden al entonces presidente de la manifestación riminesa, Antonio Smurro. Ese año el Meeting tenía como tema «La bestia, Parsifal & Superman». En los pabellones de la feria de Rímini confluían el bailarín Kazuo Ohno y la historiadora Régine Pernoud, el cardenal de Nueva York Joseph O’Connor y Giorgio Gaber (famoso cantautor italiano, *ndt*), la representante de la disidencia rusa en París, Irina Alberti, y Giulio Andreotti, el genetista Jérôme Lejeune, el obispo de Bolonia Giacomo Biffi y el director de cine ruso Andrei Tarkovski.

Giussani hablaba por la tarde del 28 de agosto de 1985 sobre el tema «Dios tiene necesidad de los hombres». Emilia Guarnieri recuerda su agitación durante las horas anteriores en casa de don Giancarlo Ugolini, a pocas decenas de metros del pabellón de la Feria donde tenía que hablar: «Sus manos rebuscaban entre decenas de folios citas y apuntes que había preparado para aquella ocasión. Estaba obsesionado con el pensamiento de no lograr hacerse entender. Preocupado por hacer quedar mal a nuestro Meeting».

Al largo aplauso que le acogió al entrar en el salón, Giussani respondió: «Hacéis bien en aplaudir, porque yo creo en lo que digo». Enseguida habló de Jesús, que «se hace a un lado del camino porque está pasando el cortejo de un funeral. Una mujer solloza detrás del féretro y Él pregunta: ‘¿Qué sucede?’’. ‘Es una viuda. Se le ha muerto su único hijo’. Da un paso adelante y dice: ‘Mujer, no llores’». Giussani comentó que el cristianismo «no nació para fundar una religión, nació como pasión por el hombre. [...] El hombre, nacido de una mujer, el hombre concreto, tal como siempre insiste Juan Pablo II, no el hombre a lo Feuerbach o a lo Marx, sino yo, tú, el hombre que es hijo de su madre y de su padre: y el amor al hombre, la veneración por el hombre, la ternura por el hombre, la pasión por el hombre, la estima absoluta por el hombre». Y enseguida precisó que el hombre es grande porque está en relación con el infinito, con ese «‘misterio insondable’, como decía Einstein, [...] ‘que subyace en toda investigación’, ‘sombra que no se puede despegar de nosotros’ lo llamaba Whitehead, esa implicación última de la razón,

entendida como conciencia de la realidad en la totalidad de sus factores»².

Pocas horas antes, en Roma, Juan Pablo II hablaba durante la audiencia general del carácter insondable que tiene el misterio de Dios: «La posibilidad de conocer a Dios a través de sus criaturas no quita su esencial ‘carácter incomprensible’. Dios es ‘incomprensible’, como proclamó el Concilio Vaticano I. El intelecto humano, por mucho que posea una cierta idea de Dios, [...] no puede comprender a Dios de manera adecuada y exhaustiva. Él permanece como algo inefable e inescrutable para la mente creada. [...] Aunque Dios se haya hecho todavía más cercano al hombre con la encarnación, Él sigue siendo, en esencia, [...] un *misterio*»³.

En su conferencia, Giussani se refirió al título del filme de Delannoy, *Dios necesita hombres*⁴; esa frase, decía, «es ciertamente una paradoja, pero es verdad: Dios está necesitado del hombre por el modo en que ha actuado. Nosotros no podemos expresarnos más que con estas fórmulas: tener necesidad sin que hubiera necesidad se llama amor. El amor en su pureza. [...] Dios está necesitado del hombre porque lo ha creado libre» y, en segundo lugar, «¡porque se ha hecho hombre, se ha hecho historia!». Por eso la gran alternativa frente a la que se encuentra la libertad humana es esta: «Aceptar o no aceptar el Ser. Esto es una opción que se nos plantea de nuevo todos los días, porque nosotros nos levantamos cada mañana y nos ponemos ante la realidad con la mirada abierta de par en par, con la mirada abierta e ingenua del niño». La alternativa es empezar la jornada «tapándonos la cara con el brazo, circunspectos, para defendernos de la realidad»⁵, hasta el punto de asumir la postura que describe el poeta Paul Valéry: «No os fieis del amor». Giussani hacía notar que en el lado opuesto de esta experiencia humana están las palabras del Evangelio de san Juan: «Nosotros hemos conocido el amor y hemos creído en él»⁶. Y citó un pasaje de los *Cuadernos* de Simone Weil: «Sé bien que [Dios] no me ama. ¿Cómo podría amarme? Y sin embargo algo en el fondo de mí, algo dentro de mí, no puede dejar de pensar, temblando de miedo, que quizá, a pesar de todo, me ama»⁷. Esta, decía Giussani, es la actitud «en la que no puede dejar de afirmarse nuestra humanidad, por poca pureza que mantenga».

Y concluyó su intervención poniendo en guardia a los miles de personas que le estaban escuchando con respecto al único delito verdadero: «El olvido del Dios que ha tenido necesidad de nosotros, que tiene necesidad de nosotros. ‘Siento que mi nave —dice un buen poeta español, Juan Ramón Jiménez— ha chocado allí en el fondo con algo grande’. Nuestra nave, que está navegando por el océano de la vida, ha tocado ahí, en el fondo, con algo grande: Dios presente. Y nada sucede. Nada, quietud, olas. Todo es como antes, todo ha sucedido ya, ¿y estamos tranquilos, [...] estamos ya resignados?». Por eso lanzó un llamamiento a sí mismo y al público del Meeting: «Os deseo, y me lo deseo también a mí mismo, que nunca os quedéis tranquilos, que ya nunca estéis tranquilos»⁸.

Smurro recuerda que la conferencia de Giussani fue querida como una ocasión para dar a conocer a todos cuál era el terreno ideal del que sacaba su linfa el Meeting. En el auditorio estaba también presente Carlo Caracciolo, el principal editor del semanario

L'Espresso y del diario *La Repubblica*. Precisamente esa circunstancia sería el comienzo de una relación a distancia entre los dos, no declarada pero sí alimentada constantemente por el intercambio de felicitaciones de Navidad y de palabras de saludo confiadas a amigos comunes. Alguno de los presentes en aquel Meeting recuerda que oyó a Caracciolo, al final de la conferencia, dirigirse en voz alta a sí mismo una pregunta que sonaba así: «¿Soy quizá yo el último de los hombres de los que ha hablado Giussani y de los que Dios tendría necesidad?». Y el enviado del diario *Avvenire* recoge este comentario suyo en caliente: «He venido para ver y conocer el Meeting [...], el discurso de don Giussani ha sido extraño y bello»⁹. El cronista de *Il Giornale* le oyó decir: «Extraño. Extraño y bello»¹⁰. Giussani hablará del editor pocas semanas después: «Si yo veo a Caracciolo, el dueño de *L'Espresso*, de qué forma se afana, busca el camino, siento un respeto que nace justamente de la certeza que tengo; porque uno que está seguro, si ve a otro que está inseguro, siente por él una piedad sin límites y dice: ‘Dios mío, ¿qué he hecho yo para ser distinto de él?’»¹¹.

Silvia Giacomoni era la enviada de *la Repubblica*. El día después de la conferencia escribía que «la oratoria de don Giussani procede mediante imágenes fuertes. [...] Pero no es una oratoria literaria, alta, la suya; toma a los grandes de la cultura como ocasión para un planteamiento de una sencillez extraordinaria». Relataba que su intervención estaba sembrada de citas de «Teilhard de Chardin, el Evangelio, Feuerbach, Marx, Einstein, Dostoievski, Ungaretti, Rilke, Péguy, Althusser, Montale, Moravia, Oriana Fallaci, el polaco Tischner, Claudel, Sartre, el profeta Jeremías, Milosz, Ibsen, Graham Greene, Santo Tomás, Eliot, Kierkegaard, san Agustín, Ada Negri, Victor Hugo, Simone Weil y el poeta español Jiménez»¹².

Smurro anotaba en el diario de aquel día estas palabras: cuando estaba a punto de marcharse, Giussani «está contento y se despide de nosotros apresuradamente, lo que me hace sospechar. Quién sabe si no volverá a Rímini...». Y en efecto, al día siguiente habló por teléfono con Emilia Guarnieri, una de las organizadoras de la manifestación y mujer de Smurro, y le dijo que iba a volver el domingo siguiente para celebrar una misa con todos los voluntarios que habían hecho posible el Meeting; y esto, escribía el presidente, «es la mayor sorpresa que nos podía dar»¹³.

Durante la homilía, dirigiéndose a los centenares de voluntarios —jóvenes y adultos— que se habían pasado la noche desmantelando los stands y las estructuras del Meeting, Giussani les dijo: «‘Él ha hecho maravillas’, hemos cantado. Y la maravilla más grande del Meeting [...] sois vosotros». Luego reveló: «Todos aquellos invitados y personalidades con las que he podido hablar me han confirmado que lo que más les había impresionado era el voluntariado que hace posible el desarrollo del Meeting, y por tanto sois vosotros en la medida de vuestra colaboración, grande o pequeña».

A continuación Giussani subrayó lo que había hecho grande esa colaboración: la gratuidad, es decir, «el único valor característico del hombre, todo lo demás lo pueden hacer las máquinas, las bestias y los supermanes, pero la gratuidad no. Solamente el hombre», porque la gratuidad «es la única forma en la que el hombre imita a Dios, [...]

todas las reglas morales que se observan sin que nazcan de la gratuidad implican plegarse a leyes de hombres; no valen, no bastan. En cambio, la gratuidad es lo que nos hace ser nosotros mismos, más nosotros mismos, esto es, nos hace más dignos del Señor».

De esto habían dado testimonio los voluntarios del Meeting, y Giussani se lo reconocía: «Vosotros habéis trabajado mucho, en el fondo en el fondo, por esto, más allá de toda conveniencia. Y este hecho carece de razones desde el punto de vista del cálculo humano».

Giussani quería que la experiencia vivida en el Meeting no se quedase en un paréntesis, en algo que conservar en el cajón de los buenos recuerdos. Por esto, concluía, «os deseo que esta gratuidad se manifieste siempre, todos los días, con vuestra mujer y con vuestros hijos, con vuestro marido y vuestros hijos, con los amigos de la comunidad, aunque algunas veces no comprendáis por qué os tratan así, y con aquellos con los que vais a trabajar, esos compañeros tan extraños, y con todos los extraños que andan por los caminos de Rímini y del mundo»¹⁴.

*Juan Pablo II: «Renovad continuamente el descubrimiento
del carisma que os ha fascinado».*

El 12 de septiembre de 1985 Giussani acompañaba a los sacerdotes que acababan de participar en los Ejercicios espirituales de CL a una audiencia con Juan Pablo II en Castel Gandolfo. El encuentro tuvo lugar en el patio de la residencia pontificia y se abrió con algunos cantos: el primero italiano, *Camminerò*, el segundo brasileño, *Sou feliz Senhor*, que el Papa acompañó tocando las palmas al ritmo de la música; otro francés, *Oh doux pays de Chanaan*; y el último polaco, *Czarna Madonno*, que él conocía bien y que cantó con toda la asamblea.

Después Giussani se acercó al micrófono y se dirigió al Papa, que estaba sentado frente a él: «Santidad, estamos todos muy conmovidos por esta ocasión excepcional que nos da ánimos, porque nos confirma en nuestro camino que no siempre es fácil. Hemos cantado hace poco ese canto francés que dice: ‘¡Oh, doux pays de Chanaan, qu’il est long le chemin vers toi!’ [¡Oh dulce país de Canaán, qué largo es el camino que lleva a ti!, *nda*]. Esto lo experimentamos todos los días, y nuestra compañía y amistad nos sostiene en ello. Venimos de Collevalenza donde hemos tenido algunos días de meditación y de oración bajo la guía del teólogo carmelita padre Sicari».

Giussani informó al Pontífice de que estas reuniones de sacerdotes habían empezado dieciocho años antes en La Verna: «Éramos una docena, diez u once, y ahora en cambio estamos aquí casi quinientos, jovencísimos, jóvenes, viejos, viejísimo quizá ninguno». Pues bien, «los quinientos, Santidad, queremos ayudarnos entre nosotros y ayudar a todos los jóvenes y ya no tan jóvenes que nos siguen, a todo el pueblo que nos sigue — porque es un pueblo el que nos sigue — a llevar al mundo la verdad, la belleza y la paz que nacen de la experiencia de Cristo, tal como vuestra Santidad nos dijo en aquel memorable discurso que nos dirigió el 29 de septiembre (1984; ver aquí, p. 689), y que

se ha convertido en nuestra *charta magna*».

Y precisamente por amor a la humanidad, al hombre, «queremos también obedecer a lo que vuestra Santidad dijo en Loreto, es decir, que la Iglesia vuelva a tener un papel capaz de tirar de la sociedad. Y cuando dijo además en Loreto que se necesita una reevangelización también en Italia, porque es una necesidad de todo el mundo, nos sentimos dramáticamente conmovidos y renovados en nuestro deseo lleno de celo, como la flor más bella y más vistosa que la fe produce en nosotros y en nuestra vida».

Agradecido al Papa también por el mensaje que había dirigido al Meeting, añadió: «Será objeto de meditación para nosotros y para nuestras comunidades a lo largo de todo este año. Por eso ahora, esperando su palabra y su bendición, deseamos que un poco del ideal de Parsifal —el ideal antiguo, no el de los diarios de hoy, conforme al apunte que hizo vuestra Santidad [en el mensaje, *nda*]— reviva dentro de nosotros, para que podamos arrastrar con nosotros a todos los hombres jóvenes y mayores que el Señor nos permita conocer. Pero ahora, Santidad, discúlpeme, uno de nosotros ha escrito un canto en Rímini sobre Parsifal, y puesto que dura un minuto, quizá podría cantarlo»¹⁵.

El cantautor Claudio Chieffo había compuesto precisamente para el Meeting de 1985, que tenía como título «La bestia, Parsifal & Superman», la *Canzone dell'ideale*, que empieza con estas palabras: «Parsifal, Parsifal, non ti fermare / e lascia sempre che sia / la voce única dell'ideale / ad indicarti la via. / Sarò con te, io ti ho messo una mano sul cuore / sempre con te, come un fuoco che dentro non muore»¹⁶.

Al terminar el canto fue un Papa sonriente el que tomó la palabra: «Quiero dar las gracias a monseñor Giussani por sus palabras, quiero agradecerlos también este canto, así por lo menos un pedacito del Meeting ha llegado también a esta casa, a este patio. Quizás es demasiado poco, pero siempre es algo; sobre todo cuando tenemos delante todas las interpretaciones que ha hecho la prensa, hace realmente falta un poco del Parsifal auténtico. ¡Gracias a Dios el Papa no es tan fácil de convertir por medio de la prensa!». A cada una de estas frases los aplausos eran más ruidosos, acompañados por las risas de Giussani y de los quinientos sacerdotes.

Las palabras del Pontífice pretendían subrayar el valor que tiene el movimiento en la Iglesia: «Cuando un movimiento es reconocido por la Iglesia, se convierte en un instrumento privilegiado para la adhesión personal y siempre nueva al misterio de Cristo». Precisamente por eso Juan Pablo II invitaba a permanecer fieles a la naturaleza original de la experiencia que había comenzado con Giussani: «¡No permitáis jamás que en vuestra participación anide la carcoma de la costumbre, de la rutina, de la vejez!».

El Papa dejó a un lado el texto que había preparado e improvisando, con la sonrisa en los labios, exclamó: «¡Esto es una amenaza! ¡Esto es una amenaza! Como decía monseñor Giussani, aquí hay algunos jóvenes, y algunos menos jóvenes. ¡El más viejo sería el Papa! Pero también él, como todos los más ancianos, es anciano conforme a la expresión de san Pedro, de modo que también él trata de ser joven, joven de espíritu». Ante estas palabras, el aplauso de Giussani, que se sentaba en primera fila, fue incontenible, aplaudía al doble de velocidad que los demás. El Papa volvió a leer la intervención que había preparado: «¡Renovad continuamente el descubrimiento del

carisma que os ha fascinado y él os llevará más poderosamente a haceros servidores de esa única potestad que es Cristo Señor!». Después subrayó cuál es el puesto que ocupa un carisma dentro del cuerpo de la Iglesia: «Los carismas del Espíritu crean siempre afinidades destinadas a dar a cada uno el apoyo necesario para su tarea objetiva en la Iglesia. Un auténtico movimiento es por tanto como un alma vivificante dentro de la institución. No es una estructura alternativa a la misma. Muy al contrario, es fuente de una presencia que continuamente regenera su autenticidad existencial e histórica».

Terminado el discurso, antes de la bendición, Juan Pablo II añadió otras palabras improvisadas, que se referían al saludo inicial de Giussani: «Creo que esto que he podido decir ha sido también, al menos parcialmente, una respuesta a la preocupación por ese camino difícil, por el camino lleno de obstáculos hacia Canaán. ¡Esperemos! Nosotros tenemos que hacer todo lo que esté en nuestras manos para llevar a todo el mundo el Evangelio como un nuevo desafío, desafío del Evangelio, para llevar a Italia el desafío del Evangelio. Creo que esta es, más o menos, la fuerza, la fuerza de vuestro movimiento, esto es Comunión y Liberación»¹⁷.

Servir al pueblo

Un ejemplo del desafío que el Papa había lanzado y que Giussani recogió fue un hecho que tuvo lugar dos meses después de la audiencia pontificia. El 15 de noviembre de 1985 Giussani invitaba a Aldo Brandirali a hablar en Varese, con ocasión de la Jornada de apertura de curso de los universitarios de CL de Milán. Se habían conocido en 1982 en el círculo Franz Fanon de Milán, en la vía Torino, junto a diez jóvenes de CL y siete compañeros de Brandirali. Este había fundado en 1968 un movimiento de inspiración maoísta, que publicaba una revista semanal titulada *servire il popolo*, que identificó a su grupo hasta la mitad de los años setenta, cuando se disolvió: Brandirali se dio cuenta de que la teoría marxista-leninista ya no era adecuada para leer la realidad y que la opción extraparlamentaria exacerbaba hasta tal punto el sentido de la acción que corría el riesgo de pasar a la violencia (como harán otros grupos).

¿Cómo se produjo el primer encuentro? «Me pidió a mí y a mis amigos que mantuviéramos nuestro entusiasmo por el compromiso político. ¡Y yo que había pedido la reunión con Giussani porque la política había sido hasta entonces una suma de fracasos que iba a motivar un desencanto y una pérdida de entusiasmo, peor aún, una tendencia a derivar en el cinismo de una visión negativa de los tiempos contemporáneos! En la vida del hombre contemporáneo hay una absolutización del relativismo, o sea la convicción de que ‘no importa que los gatos sean negros o grises, basta que atrapen ratones’» (frase de Deng Xiaoping que cerró la era de la ideología maoísta en China). Por eso, en aquel encuentro con Giussani «el asombro me invadió justamente ante la salvaguardia de lo que se agitaba en mi corazón». Observa Brandirali: «Me di cuenta de que había encontrado a alguien que me conocía más de lo que yo me conocía, y que estaba atento a mi deseo de encontrar un sentido para la vida». Y no logró contener la emoción ante aquella invitación absolutamente imprevisible, tanto más cuanto que se la

dirigía no el jefe de un partido, sino un sacerdote.

El 27 de octubre de 1985 Brandirali le dijo a Giussani: «¿Dónde has estado hasta ahora? Te he buscado siempre». Quería decir esto: «Hasta entonces yo no había conocido maestros. El 68 se explica precisamente como un hecho generacional conflictivo, mientras que Giussani rompe también el choque generacional, da razón de la palabra maestro. También quería decir que la Iglesia que había conocido en mi juventud no me había ofrecido nunca el encuentro con un testigo»¹⁸.

Algunos días después hablaba delante de miles de estudiantes universitarios reunidos en Varese. Poco antes de subir a la mesa, Giussani le dijo: «Escucha, no te hemos llamado para instrumentalizarte, sino para que nos ayudes, porque también nosotros tenemos cierta desesperación. La desesperación que nos hace buscar ayuda, si se puede decir así, que es una desesperación como forma de hablar, aunque en el fondo, psicológicamente, es una cierta desesperación. La única ventaja que descubrimos en nosotros es que deseamos verdaderamente que cambie algo en el mundo, pero antes en nosotros».

Al presentarle, preguntó a Brandirali qué es lo que esperaba, él que era rabiosamente laico, de los universitarios católicos que estaban sentados allí. «Antes que nada espero que logremos comprendernos. Mirad, aquí hay un comunista, que desde su origen obrero, de familia obrera, ha leído las necesidades de una parte de la sociedad y luego ha estudiado y buscado un pensamiento que diera la posibilidad de rescatar a esa parte de la sociedad; aquí hay un comunista que fue hasta el fondo en el 68 poniéndose de parte de los chinos, marxistas-leninistas, de Mao Tse-Tung. Y todo el difícil itinerario posterior de superación de aquella crisis atenazadora, es un recorrido en el que los elementos de amor han jugado un papel fundamental. El encuentro es un encuentro entre hombres, antes que nada. Es un encuentro de hombres que saben que hay algo más profundo en cada uno de nosotros y que no consiste en la ideología. Así pues, el encuentro es también lo que yo, aquí, espero de vosotros. Lo sé, lo siento, y le he dado las gracias a Giussani precisamente por esto. Por mi parte, no busco el encuentro en concreto para que me dé un resultado vencedor, busco el encuentro por la verdad y no por el resultado. Vengo con mis huesos rotos, viviendo una situación de miedo, de inseguridad, de dificultad, provocada por las reflexiones autocríticas, por las relecturas que he tenido que hacer, pero vengo porque yo me recompongo y me descubro delante de alguien que sea diferente de mí. Pero estas cosas que son, repito e insisto, la tarea y el deber, estas reflexiones sobre el hombre —y que en la izquierda os dirían: ‘Son religiosas y por consiguiente no nos afecta a las izquierdas, porque nosotros no hacemos reflexiones sobre el hombre, hacemos ciencia y análisis social’— son un desafío que os pido que recojáis: mostrar que estas reflexiones sobre el hombre no son simplemente una devoción religiosa, sino una participación plena en la vida y en la existencia de la comunidad».

Giussani tomó la palabra al término de la larga intervención y le dijo a Brandirali: «El testimonio que has dado es religioso, si por religiosidad se entiende el nexo que tenemos con una condición original que no nos podemos arrancar y a la que llamamos hombre, a

la que llamamos humanidad. No la humanidad predefinida, en el sentido de Feuerbach, Marx o Hegel, sino la humanidad que vive en nuestras vísceras; esa humanidad a la que te has referido cuando has dicho, de forma verdaderamente conmovedora, que se necesita una superación de todos los análisis, superación en la cual los elementos de amor tienen un papel fundamental». Pero el amor «no es una construcción nuestra, todo lo que construimos nosotros está al servicio de un amor. El amor es reconocer, afirmar algo que está presente, y que no somos nosotros, porque la mujer, los hijos, el trabajo como trama de relaciones con los amigos, con los compañeros, todo esto es, usemos una palabra árida, un dato, algo dado, es decir, que tiene un origen. Y el amor es afirmar algo que originalmente no has pensado tú».

Por el contrario, decía Giussani, esto es precisamente «lo demoníaco de la pretensión demiúrgica que tiene el hombre moderno», es decir, «la pretensión de la ideología, la pretensión del emperador, la pretensión del poder que consiste en haber sabido crear, o poder hacerlo, una ideología que sustituya el origen». Durante una discusión con Brandirali y compañeros, recordó, se había sentido «herido por la intervención de Carlo, un comunista de los viejos, que estaba descolocado por un discurso que había hecho en Ferrara uno del Consejo nacional del PCI, en el que proponía una imagen de la mutación radical que estaría ocurriendo irreversiblemente en el mundo, el cambio de la naturaleza y del hombre. Pero sabemos de sobra que este es el contenido de toda la ideología progresista, con una seguridad menos romántica y menos poética que antes: en el futuro se creará un tipo humano distinto, no como afirmación abierta, florecida, cargada de fruto de la simiente antigua, del dato, de un amor, sino como violencia que disuelve lo que somos para crear al hombre en una probeta. Pero el hombre creado en una probeta no es una objeción, en mi opinión, para nuestro sentimiento del origen, porque también ese hombre está hecho de ‘dato’».

Por todas estas consideraciones, Giussani sostenía que «la gran mentira es la eliminación de la originalidad del hombre, de lo que tú eres, de tu corazón. Todo el esfuerzo de la ideología dominante se centra en la destrucción del sentido del yo, es este ablandamiento, esta disolución, esta reducción a emociones de la fuerza de la individualidad, de la fuerza de la persona, porque la persona es el límite del poder. El enemigo del poder es todo lo que incita y ayuda al desarrollo de la persona»¹⁹.

En el *Europeo* de noviembre de 1985 Brandirali declaraba: «Cuando conocí a don Giussani la primera vez, le miré a los ojos, y comprendí que él quería las mismas cosas que quiero yo»²⁰.

En diciembre de 1985 el semanario *Panorama* entrevistaba a Giussani: el motivo era precisamente su relación con el antiguo líder de *servire il popolo*. El periodista preguntaba: «Toda la culpa, según usted, sería de los veteranos del 68. Y sin embargo hace no más de un mes usted ha participado precisamente en un encuentro público con líderes de aquel movimiento. Y entre ellos estaba un personaje de los más fanáticos, ese Aldo Brandirali, [...] al que entonces llamaban el ‘sacerdote rojo’. ¿No le parece todo esto contradictorio?». En absoluto incomodado, Giussani respondía: «Nuestro constante deseo es establecer un diálogo con todos los que tienen una pasión real por el hombre, y

muchos líderes del 68 hicieron lo que hicieron precisamente intentando recuperar la humanidad concreta. Este amor al hombre nos une y en esto toda prevaricación ideológica se supera y se vence. Aquel día Brandirali me dijo: ‘Don Giussani, te he buscado’. También yo le he buscado a él, porque si hago lo que hago, si creo en lo que creo, es precisamente porque busco una respuesta al problema humano. Una respuesta que no puede remitirse a los tiempos escatológicos sino que debe incidir enseguida. Desde ya»²¹.

La relación que Giussani estableció con él le sorprendió a Brandirali cada día más, si es verdad lo que recuerda: hacia finales de 1987 «empecé a preguntarme por qué seguía la compañía de Giussani aunque yo no era católico». Y durante una reunión de CL, siempre en 1987, dirigiéndose a Giussani, le dijo: «¿Quién eres tú, que me desnudas cada vez, y solo después de llorar me das un vestido que no es nuevo, que es el mismo, pero limpio, planchado y fresco? ¡Te ruego que me digas tu nombre!». Con estas palabras pretendía decir que la conversión es un largo camino de cambio de mentalidad, una cosa que para él era particularmente fatigosa.

Giussani recordará con conmoción el día en que Brandirali, durante una asamblea con un grupo de familias, en 1991, hizo esta declaración con relación a él: «Yo me encuentro como una planta, quizá seca, pero plantada dentro de la roca, tengo mi raíz dentro de la roca y te lo debo a ti. En el 68 yo era como un niño que rompía cristales, puertas, todo, para dar a entender que existía, para llamar la atención sobre mí. Tú me has acogido así, tal como era, y ahora estoy en paz»²².

Hasta que en 1992 (Brandirali lo recordará como el día más bello de su vida) «me arrodillé en la Iglesia, el Misterio había mostrado su rostro, y tenía un nombre: Cristo. El constructor del carácter positivo que tiene la realidad». Pocos meses después se reunía con Giussani y no creyó a sus oídos cuando le oyó esta petición: «Aldo, explícame qué es la santidad, porque a mí me está costando mucho entender esta cuestión». Se quedó pálido: «Me hicieron falta años para comprender lo que me había dicho. Todavía no había aprendido a decir ‘yo’, buscaba todavía juicios y respuestas para la comunidad humana, pero no para mí personalmente. En cambio, la reflexión sobre la santidad me hizo volver la mirada sobre mí mismo, diciéndome que en la estructura del yo, movido por Cristo, está todo lo que necesitamos para dar sentido a la vida. Cuando esto aflora totalmente, puede verse al santo».

La amistad con Brandirali no se interrumpirá nunca y en ella, en un momento dado de la historia, quedó implicada también la que era su compañera desde los años de *servire il popolo*, hasta el punto de que en mayo de 1994 Aldo y Teresa Degrada se casarán por la Iglesia: «Después de veinticinco años de convivencia conforme al vínculo que nos daba un ideal común, Teresa se fío de mí y decidió respetar mi conversión, aceptando el matrimonio mixto entre creyentes y no creyentes». Poco después Giussani invitó a comer a la pareja, ella le explicó que no estaba convertida y él le dijo: «Siéntete libre, sé tú misma». Le revolvió de arriba abajo, recuerda Brandirali. «Y entonces sucedió que mi mujer se convirtió, porque descubrió que por primera vez era ella la que se veía tomada plenamente en consideración». La última comida de Aldo y Teresa con Giussani fue a

finales de diciembre de 2003. Apenas les vio, les soltó un: «¡Vosotros ‘uno’!». Era el descubrimiento, dirá el antiguo líder maoísta, del «milagro más verdadero de mi experiencia, mi mujer y yo éramos una sola cosa», lo que habían soñado en sus luchas juveniles.

«Ser hombres verdaderos». La Fraternidad sacerdotal de los misioneros de San Carlos Borromeo

«Una pasión insomne, vigilante, que no está motivada por el hecho de que seamos buenos, de que seamos capaces, de que no nos equivoquemos. [...] Por una parte, Dios me ha elegido a mí, pecador, y, por otra, ha puesto en mí, pecador, una pasión que otros no tienen [...] Por eso puedes olvidarte de ti mismo, traicionarte a ti mismo, pero siempre tendrás el hecho de que Cristo te ha llamado. Esto ya no puedes quitártelo de encima»²³. Era el 30 de enero de 1986 cuando Giussani pronunciaba estas palabras dirigiéndose a un grupito de jóvenes reunidos en las Cappellette de San Luis, justamente al lado de la basílica de Santa María la Mayor, en Roma. El lugar albergaba a la Fraternidad sacerdotal de los misioneros de San Carlos Borromeo, un instituto fundado pocos meses antes por monseñor Massimo Camisasca, de acuerdo con Giussani.

La conciencia que Giussani tenía de ese nacimiento quedó expresada en estas observaciones suyas: «Esta Fraternidad sacerdotal es uno de los frutos no previstos que Dios ha hecho surgir en la historia de nuestro movimiento». Estas eran las razones que adujo: ante todo «este seminario —tal como está escrito en sus estatutos— tiene el objetivo de formar sacerdotes que lleven a todo el mundo los contenidos de la experiencia de Comunión y Liberación». En segundo lugar, «es la obra más importante, porque la persona llamada a participar en el misterio del sacerdocio de Cristo representa la versión más aguda del testimonio de una experiencia de Iglesia auténtica, hasta el punto de que el sacerdote debería ser *forma gregis*. Aunque esto se dice de forma intensiva del obispo, no solo es posible la analogía, sino que es debida». Para Giussani esta Fraternidad sacerdotal era «una obra que el Espíritu ha querido para que el carisma de Comunión y Liberación pueda ‘invadir’ el mundo también por medio de una energía misionera sacerdotal». Continuando con sus reflexiones, Giussani subrayaba que la Fraternidad de San Carlos y el Grupo adulto son para el movimiento «las dos formas de testimonio misionero, las dos formas supremas del testimonio del que debe continuamente nacer la comunidad, una comunidad humana nueva»²⁴.

Dos discursos de Juan Pablo II fueron decisivos para marcar el camino de esta nueva realidad: el primero, durante la ya citada audiencia por el trigésimo aniversario del CL, con la invitación de ir a todo el mundo a llevar «la verdad, la belleza y la paz que se encuentran en Cristo redentor» (29 de septiembre de 1984). El segundo, pronunciado el 12 de septiembre de 1985, precisamente en la víspera del acto constituyente de la Fraternidad sacerdotal: «¡Renovad continuamente el descubrimiento del carisma que os ha fascinado y eso os conducirá más fuertemente a haceros servidores de la única potestad que es Cristo Señor! [...] ¡Sois los primeros testigos del impulso misionero que

he dado como consigna a vuestro movimiento!»²⁵.

Giussani comentó las palabras del Papa, destacando su valor para la vida sacerdotal. Empezaba observando que «hay un crecimiento impresionante de la aridez de la fe (y de su contenido) en el pueblo cristiano». En el mensaje de Juan Pablo II encontraba la confirmación de que «hay que vivir el carisma hasta el fondo para vivir la experiencia de la Iglesia y abrirse a su misión». Esa propuesta del Pontífice, continuaba Giussani, es un reto histórico. Está en juego «la existencia o no del cristianismo como hecho irreductible en la historia, destinado a entrar como algo provocador en la condición del hombre que lleva en sí la herida del pecado». Por eso, era su recomendación, se trataba literalmente de estudiar las palabras del Pontífice.

Frente a la dificultad constatada de entrar en diálogo con el hombre contemporáneo, y en respuesta a ella, Giussani declaraba que la fe «debe dar siempre razón de sí misma como algo capaz de responder a nuestra humanidad». Esta exigencia urgente deriva de que hoy «la fe, cuando se afirma, es fideísta o bien está degradada al nivel racionalista (como protestantismo liberal)», mientras que «Cristo no es el término venerado y apasionado de la búsqueda de nuestro pensamiento; es una presencia aquí y ahora, que tiene como consecuencia la unidad de los hombres, que es fruto de esa presencia y no fruto del compromiso que trata de borrar todas las diferencias ideales»²⁶.

El 14 de septiembre de 1985 es la fecha de fundación de la Fraternidad de San Carlos: eran seis los primeros seminaristas, cuyo número crecerá de año en año. El reconocimiento como Sociedad de vida apostólica por parte de la diócesis de Roma llegará en 1989 y el reconocimiento pontificio en 1999. En las nuevas Constituciones, aprobadas en 1999, se lee que esa Sociedad, fundada por monseñor Massimo Camisasca, «tiene su origen en el carisma de monseñor Luigi Giussani» y que «pone en práctica su finalidad por medio de una difusión de ese carisma, del que saca su inspiración y el método de su apostolado, con una específica obra misionera sacerdotal»²⁷.

En el curso de los años no faltaron ocasiones de encuentro y de diálogo. Con frecuencia, Giussani tomaba de su experiencia de seminarista las palabras con las que se dirigía a los que habían emprendido su mismo camino: «Según pasan los años y la edad avanza, percibo cada vez con mayor claridad que lo que me entusiasmaba cuando tenía quince años, esto es, que el único objetivo por el que vale la pena existir, y por tanto el único cemento que mantiene unidas las cosas, es lo que el Evangelio llama la ‘gloria de Cristo’»²⁸, y que para él se expresaba como disponibilidad para la misión.

En la misa para celebrar los diez años del seminario, el 19 de marzo de 1995, Giussani dirá que esa fiesta le recordaba «la figura más bella de la historia del mundo después de María: José, más aún que san Pablo y san Pedro, más que todos», porque es ejemplo de las dos virtudes que definen la vocación sacerdotal, virginidad y obediencia. José «amó a aquella mujer, se casó con ella, la amó. ¿Y por qué la amaba, sacrificando la posesión, tendencialmente ciega y obtusa, por la veneración?». José vivió «la virginidad como virtud del pueblo nuevo, [...] que el amor de Cristo sitúa junto a la obediencia», como «flor suprema de la obediencia», que representa para el mundo «el primer milagro», frente al cual «nadie puede eximirse de pensar en Dios —aun blasfemando, quizá incluso

negándole—, en el misterio de Dios que se ha hecho hombre, Cristo»²⁹.

Giussani invitaba a los seminaristas de la Fraternidad de San Carlos a reconocer un dato evidente para él: «La vocación no es una elección nuestra: la vocación es haber sido elegidos» y este es el único punto de vista que deja «paz y esperanza de recuperación continua, y por ello seguridad de la misericordia», porque «la voluntad de Dios es permanente». Esta es la razón de la «indomabilidad» que Giussani recomendaba a los seminaristas: «Soy indomable frente a mi fragilidad, a mi mezquindad, porque Dios me toma como soy y yo sigo siendo el que soy. El cambio lo hace acontecer Dios con el tiempo, conforme a un designio suyo. Pero, en segundo lugar, si uno es indomable consigo mismo, entonces es como si sonriera frente al desierto que tiene alrededor, como si sonriera con el corazón lleno de dolor»³⁰.

Pensando en la figura del sacerdote, Giussani se preguntaba cuál es la primera condición para llevar a Cristo a los demás: «Es ser hombres verdaderos. Llevar a Cristo a los demás implica dar testimonio de que Él responde experimentalmente a mi humanidad: Cristo es la respuesta a la exigencia de nuestra humanidad»³¹.

A aquellos jóvenes que se estaban preparando para convertirse en sacerdotes para la misión les confiaba una recomendación: «Sed listos, inteligentes y buenos. Es decir: retornad siempre al estado natural, que es la curiosidad»³².

Entre los primeros que entraron en el seminario, apenas un mes después del nacimiento de la Fraternidad de San Carlos, estaba Paolo Pezzi (de Russi, en la provincia de Rávena; desde 2007 arzobispo de la Madre de Dios en Moscú), que cuenta cómo precisamente Giussani estuvo en el origen de su vocación: «Un día, al entrar en la sede de CL en Rávena, vi conversar a los sacerdotes que guiaban la comunidad. Su forma de estar juntos me llamó tanto la atención que pensé: ‘Me gustaría ser sacerdote y vivir una comunión así’. Luego, en 1984, tuvo lugar el bellissimo encuentro con Juan Pablo II con motivo del trigésimo aniversario de CL. Cuando escuché sus palabras: ‘Id por todo el mundo a llevar la verdad, la belleza y la paz que se encuentran en Cristo redentor’, escribí a don Giussani —al que no había visto nunca— diciéndole que mi único deseo era ir a donde el movimiento me pidiera».

Al año siguiente, 1985, fue a ver a Giussani; era la primera vez que se reunía con él: «Me preguntó por qué quería ir precisamente allí», a la Fraternidad de San Carlos, «cuando podía entrar en un seminario diocesano. Contesté que quería responder con una adhesión total a lo que él había empezado. Paró la conversación, en la que estaban presentes también otros sacerdotes, y dijo: ‘Basta, me parece claro. Adelante, no tengas miedo. Pídele a la Virgen poder seguir siendo como Dios te ha hecho’».

Una vez ordenado sacerdote, en 1993 don Pezzi marchará a Novosibirsk, en Siberia. Tal como hemos visto, desde sus años del seminario a Giussani le había interesado la tradición ortodoxa: «Ya en los años del bachillerato me atrajo la figura de Soloviev y me sorprendieron algunos escritos de los eslavófilos [...]. En los años siguientes, durante los estudios de teología en el Seminario de Venegono, hice de este tipo de interés cultural algo sistemático, investigando directamente en las fuentes rusas. [...] Lo que me movía, en el fondo, era la pasión por la unidad de los cristianos. Me parecía ya entonces carente

de verdaderas y adecuadas justificaciones la fractura entre ortodoxia y catolicismo» (ver aquí, pp. 95-96, 160ss)³³.

A propósito de esto, don Pezzi subraya las dos cosas que el encuentro con Giussani le hizo descubrir de esa historia milenaria y que luego ha podido comprobar en Rusia: «La primera es la pasión por la belleza. La tradición oriental, y en esto la ortodoxia es maestra para nosotros, tiene [...] una conciencia viva de que el acontecimiento de Cristo transforma la realidad. Lo cual se expresa muy bien en la idea de ‘transfiguración’: la realidad está llamada a ser transfigurada en Cristo. Recuerdo las palabras de Juan Pablo II en 1984 con motivo del aniversario del movimiento: ‘Nosotros creemos en Cristo muerto y resucitado, en Cristo presente aquí y ahora, el único que puede cambiar y de hecho cambia, transfigurándolos, al hombre y al mundo’. La segunda es una idea apasionada de ‘comunidad’. No conocemos la realidad, y por tanto no profundizamos en el misterio de Dios, por una genialidad individual, sino por una comunidad. La comunidad implica una concepción de la propia persona como relación; es una concepción eclesial del ‘yo’. ¡Cuántas veces nos repitió don Giussani las palabras de san Pablo: en Cristo somos ‘uno’ y miembros los unos de los otros!».

Monseñor Pezzi escogerá como lema episcopal una frase dicha por Giussani, muchos años antes, a los seminaristas y a los sacerdotes de la Fraternidad de San Carlos: «Tened pasión por la gloria de Cristo». El arzobispo recuerda: «Cuando la escuché me dije a mí mismo: ‘Esto es lo que yo quiero para mi vida’. Y así mi lema episcopal es ‘Pasión por la gloria de Cristo’. Ciertamente, nunca habría imaginado que el Señor me conduciría hasta aquí»³⁴.

«La carencia más grave es que no sentimos lo humano»

En la primavera de 1986 se publicaba una nueva edición, revisada y muy ampliada, de *El sentido religioso* (publicada inmediatamente en español ese mismo año por Ed. Encuentro, actualmente en su décima edición, con una traducción totalmente revisada, *ndt*), seguramente el libro más conocido de Giussani. Él mismo lo anunciaría en febrero de aquel mismo año: «El libro saldrá en marzo, habría debido esperar todavía algún otro mes, tendría que haberlo limado, en el sentido de descartar... se repiten muchas cosas. Pero ‘repetita possunt iuvare’»³⁵.

La obra es un *unicum*, sobre todo por su desarrollo en continua evolución en torno a un núcleo central —como escribe el filósofo Massimo Borghesi—, una especie de «*work in progress*» que ocupará al autor durante toda su vida, con pocas analogías en el panorama teológico y filosófico italiano. En efecto, a la edición de 1957 le siguieron otras dos ediciones significativas del texto, no simples reimpresiones sino auténticas reelaboraciones»³⁶, con añadidos y novedades relevantes.

En la edición de 1986, Giussani añadió los primeros cuatro capítulos, que contienen tres premisas de método (sobre el realismo, la razonabilidad y la moralidad en el conocimiento) y uno sobre la necesidad de descubrir el sentido religioso en la dinámica del yo en acción. Son también nuevos los capítulos en los que Giussani pone al

descubierto las actitudes irrazonables frente al interrogante último sobre el significado de la existencia y reflexiona sobre el prejuicio, la ideología y la racionalidad. La parte conclusiva de las ediciones anteriores quedó eliminada porque la iba a exponer mucho más ampliamente en tres libros posteriores sobre Cristo y la Iglesia. El conjunto de estos textos constituirá el llamado «PerCorso» (al no tener sentido una traducción literal española, se optó por *Curso básico de Cristianismo* para denominar el conjunto del ‘recorrido’ o ‘itinerario’ giussaniano, *ndt*), que la Jaca Book publicará entre 1986 y 1992 (y de nuevo Rizzoli entre 1997 y 2003; Encuentro publicará la primera edición española siguiendo el ritmo de la Jaca Book entre 1986 y 1993, *ndt*) y que representará el principal contenido de referencia para la catequesis permanente de CL, la llamada Escuela de comunidad.

En una Nota de la primera edición el editor Sante Bagnoli declaraba que el PerCorso nació, «en su planteamiento inicial y sus primeros desarrollos, como base de las clases de religión que daba el autor en un liceo clásico de Milán, y posteriormente ha sido elaborado por él para la enseñanza de Introducción a la Teología en la Universidad Católica». Bagnoli añadía en ese texto que «por voluntad del autor y adhesión convencida del editor esta nueva edición ha mantenido el tono coloquial y el método ligados a la intención específicamente didáctica, y más ampliamente educativa, sugerida por las circunstancias en que nacieron estas clases». Y concluye que «la vida vivida verdaderamente, y no como un vestido que te pones o te quitas según una provocación esporádica, es un trabajo riguroso y apasionante que sale por los poros de este libro, y que interesa a todos, especialmente a los que ya están convencidos de estarlo llevando a cabo»³⁷.

Giussani había hablado extensamente del libro —en el que estaba trabajando desde hacía tiempo— el 21 de octubre de 1985, durante una reunión de sacerdotes del movimiento en Bolonia, explicando que *El sentido religioso* iba a ser una documentación de la «naturaleza de la razón, es decir, de la conciencia, o sea, del corazón humano».

La exigencia que le había movido a escribir *El sentido religioso* no era nueva, pero sí más radical por la experiencia que había madurado con el paso del tiempo: «Es algo que decía desde los primerísimos años [de Gioventù Studentesca, *nda*]: percibir de manera intensa, o mejor, de manera viva y sincera el problema antropológico», esto es, el problema humano con sus preguntas últimas acerca del significado de la existencia. Sin esto, de hecho, el cristianismo resultaría incomprensible y sería imposible llevar al hombre el anuncio evangélico, porque «Cristo es la respuesta de Dios al malestar y a la desesperación del hombre, a la situación del hombre». Esto aclara la insistencia que hacía Giussani a los sacerdotes, cotidianamente comprometidos en una miríada de relaciones con jóvenes y adultos: «Lo primero de lo que tenemos que darnos cuenta es que el hombre solo no puede ser hombre. Por eso, si no lo sufrimos en nosotros mismos, cualquier razonamiento que hagamos sobre la Iglesia o sobre el cristianismo resulta ideológico». De hecho, ser cristianos no es vivir un pietismo ni tampoco suplir de forma voluntarista las carencias de la sociedad, sino que es «la presencia de algo que abraza mi

persona», la cual «frente a esta presencia se da cuenta todavía mejor y definitivamente de su miseria, es decir, de su incapacidad para ser ella misma».

Para Giussani se trataba de captar esa evidencia: «Ese malestar, esa desesperación, ese extravío, esa humillación, están en el hombre como tal, casi diría que prescindiendo del encuentro con Cristo desde el punto de vista cronológico». Desde los tiempos de la entrada en el liceo Berchet a mediados de los años cincuenta, «empezamos nuestro camino proclamando nuestra ‘connivencia’, nuestra implicación con la desazón que manifestaban los autores de la literatura italiana. Nunca [jamás] empezamos con el catecismo, sino que lo hicimos proclamando la necesidad humana que se reflejaba en toda producción digna del genio humano».

El verdadero problema, continuaba Giussani, es «si Cristo es necesario para que el hombre pueda ser él mismo». Por ello solamente «esta pasión por lo humano, esta piedad hacia el ser humano, que nace de una mirada sincera sobre nosotros mismos y de la mirada con la que se ve a la gente, permite llevar la palabra, el mensaje de la salvación, el anuncio de la presencia de Cristo, de Cristo presente, de una forma menos inadecuada». Por otra parte, sería imposible, subrayaba, «tener una mirada de piedad y de compasión sobre nuestra miseria, sobre nuestra invencible miseria, sin haber conocido, sin haberse topado con Cristo». En efecto, «Juan, Andrés, Zaqueo, la Samaritana, la Magdalena, descubrieron quiénes eran verdaderamente cuando vieron o escucharon a Cristo».

Giussani concluyó su discurso a los sacerdotes subrayando su juicio sobre una situación existencial muy extendida: «La carencia más grave, desde el punto de vista cristiano, es que no sentimos lo humano, mientras que Cristo es la respuesta a esa exigencia. Si no sentimos la pregunta, ¿cómo podremos comprender la respuesta?»³⁸.

En el libro, Giussani escribe que «el factor religioso representa la naturaleza de nuestro yo en cuanto se expresa en ciertas preguntas: ‘¿Cuál es el significado último de la existencia?’, ‘¿Por qué existe el dolor, o la muerte?’, ‘¿Por qué vale la pena realmente vivir?’. O, desde otro punto de vista: ‘¿De qué y para qué está hecha la realidad?’. El sentido religioso se sitúa, pues, dentro de la realidad de nuestro yo, al nivel de estas preguntas: *coincide con ese compromiso radical con la vida de nuestro yo que se manifiesta en esas preguntas*». Y para describir cómo se despiertan esas preguntas —es decir, para definir el itinerario del sentido religioso— Giussani provoca en el capítulo décimo la imaginación de sus lectores: «Suponed que nacéis, que salís del seno de vuestra madre, con la edad que tenéis en este momento, con el desarrollo y la conciencia que tenéis ahora. ¿Cuál sería el primer sentimiento que tendríais, el primero en absoluto, es decir, el primer factor de vuestra reacción ante la realidad? Si yo abriera de par en par los ojos por primera vez en este instante, al salir del seno de mi madre, me vería dominado por la maravilla y el asombro que provocarían en mí las cosas debido a su simple ‘presencia’. Me invadiría por entero una reacción de asombro por esa presencia que expresamos en el vocabulario corriente con la palabra ‘cosa’. ¡Las cosas! ¡Qué cosa! Lo que es una versión concreta y, si queréis, banal, de la palabra ‘ser’. El *ser*, no como entidad abstracta, sino como algo presente, como una presencia que no hago yo, que me

encuentro ahí, una presencia que se me impone»³⁹.

Giussani invita a reconocer esta evidencia: «En este momento yo, si estoy atento, es decir, si soy una persona madura, no puedo negar que la evidencia mayor y más profunda que percibo es que yo *no me hago a mí mismo* [...]. Hay otra cosa que es más que yo, y que me hace. Si el chorro de una fuente pudiera pensar, percibiría en el fondo de su fresco brotar un origen que no sabe qué es, que es otra cosa distinta de él. Se trata de la intuición, que en todo momento de la historia han tenido siempre los espíritus humanos más agudos, de esa misteriosa presencia que es la que permite que el instante —el yo— tenga consistencia. Yo soy ‘tú-que-me-haces’». La tradición religiosa lo llama ‘Dios’: «Aquello que es más que yo, que es más yo que yo mismo, aquello por lo que yo soy»⁴⁰.

Justamente porque es la realidad la que pone en marcha en el hombre el mecanismo del sentido religioso, Giussani subraya que «la única condición para ser siempre y verdaderamente religiosos es vivir intensamente lo real. La fórmula del itinerario que conduce hacia el significado de la realidad es vivir lo real sin cerrazón, es decir, sin renegar de nada ni olvidar nada. Pues, en efecto, no es humano, o sea, no es razonable, considerar la experiencia limitándose a su superficie, a la cresta de la ola, sin descender a lo profundo de su movimiento». Observa, no obstante, precisamente a este respecto, que «el positivismo que domina la mentalidad del hombre moderno excluye la invitación a buscar el significado que nos viene de la relación original con las cosas». Para Giussani, en efecto, «lo que bloquea el desarrollo de la dimensión religiosa auténtica [...] es una falta de seriedad con lo real, cuyo ejemplo más claro es el prejuicio», prejuicio que impide reconocer que todas las cosas remiten a algo distinto, más allá de sí mismas. Por el contrario, «la vida racional del hombre debería estar pendiente del instante, pendiente en todo momento de esos signos tan aparentemente volubles, tan casuales, como son las circunstancias a través de las cuales me arrastra ese desconocido ‘señor’ y me convoca a su designio. Y tendría que decir ‘sí’ a cada instante sin ver nada, simplemente obedeciendo a la presión de las ocasiones»⁴¹.

El capítulo final de *El sentido religioso* lleva a sus extremas consecuencias este itinerario de la razón: «Nuestra naturaleza exige la verdad y su plena realización, es decir, la felicidad. Todo movimiento del hombre, haga lo que haga, está dictado por esta urgencia que lo constituye. Pero el hombre, cuando llega al borde extremo de su propia experiencia de vida, no encuentra todavía lo que ha estado buscando; en la frontera de su territorio vital no ha encontrado todavía respuesta a esa exigencia. Y el aparente muro que supone la muerte pone bien de manifiesto la realidad de esta observación. Es aquí donde se dispara la cuestión. Porque es precisamente por su misma naturaleza, para no suprimir su propia naturaleza, por lo que, al llegar a ese punto, nuestra razón, nuestra humanidad, intuye la respuesta que lleva implícita en su propio dinamismo, una respuesta que existe por el mismo hecho de existir la exigencia de ella. Sería necesario decidirse por una irracionalidad total, por una innaturalidad total, para poder suprimir la determinación con que nuestra naturaleza intuye [...] ese significado último [...].

La existencia de esta incógnita suprema de la que todo depende en la historia y en el

mundo es la culminación y al mismo tiempo el vértigo de la razón. [...] En el límite de la experiencia de la vida, cuando la conciencia sufrida y apasionada de la existencia llega a su límite, a pesar del hombre mismo, se libera ese grito de la humanidad más verdadera, que es como una súplica, como un gesto de mendicidad. Se abre la gran hipótesis», es decir, «‘hacer la travesía sobre un transporte más sólido, con ayuda de la palabra revelada de un dios’ [Platón, *nda*]. Hablando con propiedad, puede decirse que esta es la hipótesis de la *revelación*».

Pero precisamente en este punto se establece lo que Giussani llamaba «el dogma fundamental del pensamiento de la Ilustración»: la imposibilidad de la revelación, «el tabú que ha predicado toda la filosofía liberal y sus herederos materialistas. La afirmación de esta imposibilidad es el intento extremo que la razón puede llevar a cabo para dictar ella misma la medida de la realidad y, por consiguiente, la medida de lo que es posible y lo que es imposible en la realidad». A pesar de esto, escribía Giussani, «la hipótesis de la revelación no puede ser destruida por ningún prejuicio ni por ninguna opción que se pueda tomar. Porque plantea una cuestión de hecho, a la que la naturaleza de nuestro corazón está abierta originalmente. Es necesario, para que la vida alcance su objetivo, que esta apertura permanezca como algo determinante. El destino que tenga nuestro ‘sentido religioso’ está totalmente ligado a ella». Más aún, para él, «esta es la frontera de la dignidad humana: ‘Aunque la salvación no llegue, quiero ser digno de ella en todo momento’ [Kafka, *nda*]]»⁴².

Desde el mismo día de su publicación, *El sentido religioso* se convirtió en un punto de referencia y un instrumento permanente de trabajo y de formación para todo el movimiento. Pero para los universitarios lo fue de manera completamente especial, como recuerda Di Martino: «Don Giussani lo recordaba cada vez que hablaba en público a las comunidades del CLU. Yo he comprendido cada vez más, a medida que pasaban los años, las razones de esa insistencia. *El sentido religioso* contiene, desplegada sistemáticamente y expresada sugestivamente, la forma de concebir al hombre y la realidad característica de don Giussani: en él se encuentran todas las categorías fundamentales de su pensamiento (en el que se recogía y se proponía de nuevo la extraordinaria riqueza de la tradición), los descubrimientos y las definiciones originalmente puestos a punto durante años de reflexión, de enseñanza, de encuentros». Se trata de un libro decisivo, que en poco más de doscientas páginas sintetiza un material enorme. No había ocasión en la que don Giussani no insistiese: «Como dice *El sentido religioso...*», «como explica *El sentido religioso...*», «no estoy haciendo otra cosa que retomar *El sentido religioso...*»; y una y otra vez tomaba como tema el corazón, la razón, la moralidad, la experiencia, el conocimiento, la naturaleza del yo, la libertad, el asombro original, la realidad como signo, la existencia del misterio, etc. Dice de nuevo Di Martino: «Nos invitaba no tanto a leer el libro, sino a estudiarlo, mucho más que el texto para un examen. ‘Como espero que hayáis estudiado en *El sentido religioso...*’, ‘Como deberíais haber estudiado en *El sentido religioso...*’, ‘Veo que tenéis que estudiar *El sentido religioso* desde el principio’. Era como un estribillo. Una vez llegó incluso a decir: ‘Esto es hasta macabro: tener que lamentarme de que no os hayáis estudiado casi

de memoria *El sentido religioso*»⁴³.

Pero ¿por qué le daba tanto valor? Había cosas que Giussani repetía cada vez que podía, tendencialmente siempre. Era parte de su genio educativo. Por ejemplo: «No hay nada más evidente, en este instante, que yo no me hago a mí mismo, que no me estoy haciendo yo». «Le habré escuchado cientos y cientos de veces decir esa frase», recuerda Di Martino; «don Giussani sabía que esas ‘evidencias’, que pertenecían a una concepción de lo humano y de lo real de la que él quería hacernos partícipes, eran los puntos más ‘atacados’ por una cierta cultura, los más distantes de la mentalidad común, que también penetraba en nosotros». Por eso los repetía en cada ocasión, obligaba a poner la atención en ellos, a llevar a cabo una confrontación incesante entre esas evidencias y la propia experiencia. Esa insistencia era un entrenamiento continuo para un uso de la razón aplicado a la realidad de la vida, precisamente ahí donde el pensamiento de todos, incluidos los de CL, se volvía perezoso y permeable a los prejuicios. «Y nos remitía a un texto», concluye Di Martino, «*El sentido religioso*, precisamente, que todos podíamos usar, como si quisiera ofrecernos a cada uno el arma adecuada para afrontar el camino, para desarrollar el itinerario de la razón, de modo que floreciese en nosotros una concepción más acabada de nosotros mismos y de las cosas; en resumen, repetía y ofrecía un instrumento».

En ese reclamo incansable siempre tuvo un lugar muy particular el capítulo décimo del libro apenas citado. Giussani llegará incluso a decir: «Si leyerais este capítulo una vez al mes durante tres años, me daríais las gracias; comprenderíais una infinidad de cosas, mientras que la primera vez que lo leáis puede que no comprendáis nada»⁴⁴. Y en otro lugar: «Es el capítulo más importante, a mi juicio, de todo lo que he dicho, de todo lo que nos hemos dicho»⁴⁵. Y de nuevo: «Es el capítulo más importante de los cuatro volúmenes del PerCorso desde el punto de vista de la religiosidad»⁴⁶. Y finalmente, casi en forma de súplica: «Os lo ruego, os ruego a todos que releáis al menos el capítulo décimo de *El sentido religioso*, por lo menos el comienzo»⁴⁷. Como repetirá a menudo, en él se contiene la clave de toda su concepción, plenamente racional, es decir, religiosa, de lo real y de uno mismo.

Al cabo de pocos meses, *El sentido religioso* terminará en las manos de muchas personas, bastante más allá del círculo del movimiento. El 24 de agosto de 1987, durante una asamblea en Corvara (Dolomitas, *ndt*), en el curso del *Equipe* de los universitarios que se celebraba allí, intervino Tonino Romano, de Nápoles, quien contó: «Cuando volví a casa de las vacaciones del CLU, tras dieciocho horas de viaje, cansadísimo, recibí una llamada de teléfono: ‘Soy un amigo, un preso que está de permiso [...], me han dado tu número, me encuentro cerca de tu zona, ¿puedo ir a tu casa?’. ‘Perdona, lo hacemos en otro momento, sabes, ahora estoy muy cansado...’, ‘No hombre, mira, estoy debajo de tu casa. ¿Puedo subir?’, ‘Venga, vale, sube’. Según entró en mi casa, empezó a hablar. Descubrí que había leído todo *El sentido religioso*, hasta la última página. Después de un rato me dice: ‘Mira, yo no logro entender por qué don Giussani debe molestar a Dios. Estoy de acuerdo con todo lo que él escribe en el libro, pero no logro comprender por

qué debe molestar a Dios para justificar el misterio. Basta tener una inteligencia normal para comprender que el hombre es relación con el infinito, con el misterio'».

Romano le preguntó a Giussani qué diferencia había entre la postura de aquel amigo y la que se describe en *El sentido religioso*: «La diferencia entre nosotros y él es que vamos juntos a lo largo de todo el camino. Pero al final él se para ante una entidad que no tiene el coraje de afrontar con su humanidad. Si llega a decir: 'misterio', esta palabra o tiene un significado o no lo tiene. Si tiene significado, tengo que afrontarla con toda mi humanidad. Ese misterio es una realidad de la que depende todo, es una 'cosa', una cosa como el átomo, como la escoba, como la tierra, como las estrellas. Humanamente hablando, la única forma, la forma más digna que tengo de entrar en relación con esto último [...] es decir: 'Tú'». En resumen, «la diferencia entre nosotros y él es que usamos dos palabras distintas para decir lo mismo. Pero si nosotros usamos otra palabra es porque comprendemos humanamente, porque afrontamos humanamente, de modo humano, lo que él en cambio afronta solo hasta cierto punto. [...] Si no se comprende esto, y en la medida en que no se comprenda, no podemos llegar a Cristo»⁴⁸.

«La batalla para redescubrir la dependencia que tiene el hombre de Dios»

El 8 de marzo de 1986 Giussani iba a Nueva York para visitar a la pequeña comunidad de CL. La cita era en el Large Meeting Room de la catedral de San Patricio⁴⁹.

El encuentro con personas que no sabían casi nada de la historia de CL le ofreció una ocasión para recorrer las etapas de la vida del movimiento. Él identificó tres: los comienzos, la crisis del 68 y 1976. Giussani partió de una pregunta de Dostoievski: «¿Puede un hombre culto del siglo XX creer todavía en la divinidad del Hijo de Dios, Jesucristo?»⁵⁰, observando que esa pregunta «resume el problema crucial en el que encuentra su origen la experiencia de CL, y del que esta toma sus métodos y sus contenidos».

A la conferencia le siguió un debate, durante el cual Giussani quiso despejar el terreno de dos riesgos que entreveía en los comienzos de CL en América: por una parte, «ser superficiales en la toma de conciencia de los valores que se os han propuesto y entregado»; y por otra, «identificar la finalidad de vuestro compromiso con un resultado, con un logro que os obtenga la estima de los demás». Para Giussani el compromiso del movimiento tenía un solo objetivo: «Reconocer con profundo asombro quién es Cristo. [...] Por esto curas, frailes, monjas y gentes de otros movimientos se reconocen en nuestro acento, se descubren, por así decirlo, como amigos de nuestro acento. Nosotros no queremos otra cosa que lo que deberíamos tener en común con todos, y nuestra acción, nuestra misión, es recordar a todos estos factores originales necesarios para todos».

Y con una frase provocadora observó: «Nuestra amistad empieza a ser verdadera cuando no está motivada por nada». Pero enseguida aclaró: «Por nada en apariencia», porque en realidad está motivada «por el destino común. Esto es lo que une a una hija con su madre y a un hombre con el hombre más ajeno que pueda haber a él. Yo no

conocía a Bárbara [una joven americana de la comunidad de Nueva York, *nda*] antes de venir aquí. Por eso esta mañana os decía que, igual que el establo de Belén era un agujero perdido que nadie conocía, lo que nos interesa a nosotros no es un resultado cuantitativo: lo que importa es que *nosotros estamos* aquí. Cuando empecé con aquellos cuatro chavales [del liceo Berchet, *nda*] mi último pensamiento era que aquella relación nuestra se extendería por todo el mundo. Eso depende de Dios».

Respondiendo a una pregunta, Giussani explicaba en qué consistía la originalidad de la tradición occidental; lo hacía dirigiéndose a personas que vivían en un país que se concibe como la expresión más lograda de occidente: «Creo que, ante todo, la cultura occidental posee unos valores tales por los que se ha impuesto a todo el mundo como cultura, también de forma operativa y social». Pero inmediatamente hacía notar que todos estos valores Occidente «los ha heredado del cristianismo: el valor de la *persona*, absolutamente inconcebible en toda la literatura del mundo; el valor del *trabajo*, que en toda la cultura mundial, tanto en la antigua como para Engels y Marx, se concibe como esclavitud, mientras que Cristo define el trabajo como la actividad del Padre, de Dios; el valor de la *materia*, es decir, la abolición del dualismo entre un aspecto noble y un aspecto innoble de la vida de la naturaleza; el valor del *progreso*, del tiempo como algo cargado de significado, porque el concepto de historia requiere la idea de un designio inteligente». Y añadió: «No he citado otro, porque está implícito en el concepto de persona: la *libertad*. El hombre no puede concebirse libre en sentido absoluto: puesto que antes no existía y ahora existe, depende. A la fuerza. La alternativa es muy simple: o depende de Aquello que hace la realidad, es decir, de Dios, o depende de la casualidad del movimiento de la realidad, es decir, del poder». Por eso, «el error terrible de la civilización occidental es haber olvidado y haber renegado de esto. Y así, en nombre de su autonomía, el hombre occidental se ha vuelto esclavo de todo poder. Y el desarrollo sagaz de los instrumentos de la civilización aumenta esta esclavitud».

¿Existe una vía de salida para esta situación que el hombre occidental se ha buscado? Giussani no tenía dudas: «No es una batalla para frenar la sagacidad de la civilización, sino la batalla por redescubrir, por dar testimonio de la dependencia que tiene el hombre de Dios». En esto Giussani hacía suya una preocupación constante de Juan Pablo II, que él resumía así: «El peligro más grave de hoy no es ni siquiera la destrucción de los pueblos, la muerte violenta, el asesinato, sino el intento por parte del poder de destruir lo *humano*. Y la esencia del ser humano es la libertad, esto es, su relación con el infinito. Por eso, es sobre todo en Occidente donde debe combatirse la gran batalla por parte del hombre que se siente hombre: la batalla entre la religiosidad auténtica y el poder. El límite del poder es la religiosidad verdadera, el límite de cualquier poder: civil, político y eclesiástico».

A las pocas personas de Nueva York que le estaban escuchando, Giussani les ofrecía la sugerencia de un camino: «Si lo pensáis un poco, seguro que en el noventa y nueve por ciento de los casos consideraréis como extrañas, como lejanas, a todas las personas con las que os encontráis, incluidos vuestros amigos. En cambio, cuando las conoces y eres bueno de corazón, aunque no les dirijas la palabra, sientes que tiendes hacia ellas, no

eres extraño para nadie, hay realmente una humanidad nueva entre vosotros, mejor aún, entre tú y ellos. Lo que ha empezado entre vosotros es una humanidad nueva, que os deja con todos los vacíos, con todos los defectos del hombre, pero que os da una perspectiva. Y la perspectiva es que existe Otro, que entre Renzo y yo hay otro, porque si no fuera así no me habría tratado con la longanimidad y la bondad con las que me ha tratado estos días»⁵¹.

El diálogo con la comunidad continuó en el curso de otra asamblea, en la que subrayó que una verdadera experiencia de fe nacía de un encuentro y de la fidelidad a él. Por eso, «con las personas con las que he tenido un encuentro, que me han hecho comprender el valor que tiene lo que me había dicho mi madre, o el sacerdote, con aquellos jóvenes que me dijeron: ‘Queremos caminar contigo’, con esas familias que me dicen de vez en cuando: ‘Dinos cómo debemos obrar’, con esos jóvenes y con estas familias que siempre me hacen comprender más de lo que yo les hago comprender a ellos —yo por ellos lo daría todo—, la fraternidad es mucho mayor que si fuéramos hermanos nacidos del mismo padre y de la misma madre».

A continuación indicaba sintéticamente cinco puntos de método a fin de que el encuentro inicial se desarrollase hasta convertirse en amistad: «Mantened las relaciones entre vosotros todo lo que haga falta. No es necesario cien veces al día, puede ser suficiente con veros una vez al mes»; «que la conciencia de la presencia de los amigos esté dentro de vuestro corazón todos los días, lo más posible»; «dejaos ayudar de todos los modos posibles por los escritos, los debates, dejaos educar para poder juzgarlo todo; así crece una fe que se traduce en cultura»; «que no haya uno de estos amigos al que no tratemos de ayudar si tiene una necesidad, dentro de nuestras posibilidades»; «haced algo juntos por los demás hombres». Y añadía que «todos estos puntos los podéis descubrir en la relación que había entre Cristo y sus discípulos». Y confesaba que «cuando voy en avión o voy por la calle, a veces casi me paro y pienso: ¡esta gente no sabe que Dios está entre nosotros! Este es el trabajo más grande del mundo y de la historia: dar a conocer a Dios, es decir dar testimonio de Él»⁵².

Una persona le hizo observar que para todo esto hacía falta la catequesis, porque a los jóvenes les faltaban los instrumentos básicos para la educación. Giussani fue perentorio: «Lo más necesario en primer lugar es anunciar, no tanto catequizar». De hecho, continuaba, «Cristo no persuadió porque catequizara sino porque se mostró delante de todos. Mira, entre nosotros, al estar juntos, se desarrolla también la catequesis, pero después. Puedo aprender analíticamente las verdades cristianas si estoy fascinado por el hecho cristiano». E invitaba a pensar en cómo miró Cristo a Zaqueo: «Zaqueo no comprendió nada de aquella mirada, ¡pero lo comprendió todo! Después, siguiendo a Jesús, iba a comprender muchas cosas, pero lo importante es que aquella mirada le impactó. Todos nosotros, los que estamos aquí, hemos percibido un acento de verdad, y la verdad es algo que corresponde a nuestra vida y a su destino; la fidelidad a ese acento inicial será la gran prueba de vuestra vida»⁵³.

El efecto Chernóbil

En la noche del 26 de abril de 1986 un reactor de la central nuclear de Chernóbil, en Ucrania (URSS), explotó durante una operación de mantenimiento. Debido a la explosión y a la grave irradiación, en el curso de los trabajos de descontaminación murieron algunas decenas de obreros. El alto nivel de radiación obligó a los habitantes de la ciudad a abandonarla. La televisión ofreció una imagen espectral: en torno al reactor todo se mantenía como antes, pero vacío; una ciudad en pie, aparentemente intacta, pero deshabitada.

La nube radiactiva contaminó miles de kilómetros cuadrados en torno a la instalación y, empujada por los vientos, alcanzó Europa hasta rozar la parte nororiental de Italia, produciendo miedo y desconcierto.

Al mes siguiente del desastre, Giussani estaba en Trieste, en el noreste del país, para dar una conferencia en la universidad. Tenía que hablar de ‘Sentido religioso, racionalidad y poder’ y comenzó leyendo un editorial de *Il Manifesto* del 1 de mayo, en el que la periodista Rina Gagliardi «ha tenido la valentía de decir, como ningún otro periódico ha dicho», palabras decisivas: en Chernóbil «se ha hecho pedazos la clásica tríada, progreso científico - dominio de la naturaleza - liberación del hombre. Somos todavía aprendices de brujo [...], estamos en el límite del mito del rey Midas: el oro produce muerte, con un salto cualitativo con respecto a la cultura [...] del movimiento obrero. Esta forma de producir no amenaza ya la vida de muchos, sino la vida de todos»⁵⁴.

Según Giussani, este juicio era la confirmación de que «la eliminación del sentido de nuestra dependencia fundamental [...] es el factor que caracteriza a la humanidad de estos últimos siglos»⁵⁵.

Giussani solía presentar un suceso de actualidad elevándolo a ejemplo de valor universal, bastante más allá de su significado contingente. Así, durante la Jornada de fin de curso de los adultos de CL en Varese, citaba el asunto de Chernóbil para identificar la alternativa ante la que se encontraba el cristiano: «La finalidad del mundo es que todos le conozcan [a Cristo, *nda*]; ¡la finalidad del mundo! En caso contrario, la finalidad del mundo sería siempre Chernóbil»⁵⁶.

Pero fue sobre todo en el curso del *Equipe* de los universitarios de enero de 1987 cuando la imagen de la ciudad desierta tras el desastre nuclear fue evocada como metáfora de la situación existencial de los jóvenes: «Quisiera empezar haciendo una observación acerca de la diferencia que encuentro entre los jóvenes actuales y los que conocí hace treinta años. Me parece que la diferencia está en que ahora es más débil la conciencia que se tiene; una debilidad que no es ética, sino de la energía de la conciencia. [...] Es como si todos los jóvenes de hoy sufrieran el impacto [...] de las radiaciones de Chernóbil: el organismo, estructuralmente, sigue siendo el de antes, pero desde el punto de vista dinámico ya no es el mismo. Hay como un plagio fisiológico operado por la mentalidad dominante». Giussani insistía: «Lo que nos rodea, la mentalidad dominante, la cultura invasiva, el poder, produce una extrañeza con respecto

a nosotros mismos: es como si ya no hubiera ninguna evidencia real más que la moda, porque la moda es un proyecto del poder».

Durante la asamblea, Giussani aclaraba que no había dicho estas cosas porque estuviera obsesionado con el poder. ¿De qué tenía miedo entonces? «De la gente que duerme y, con ello, permite al poder que haga con ellos lo que quiera. Digo que el poder hace que todos estén lo más adormecidos posible. Su gran sistema, su gran método es adormecer, anestesiar, o, mejor aún, atrofiar [...] el corazón del hombre, las exigencias del hombre, sus deseos, imponer una imagen del deseo o de la exigencia distinta del ímpetu sin fronteras que tiene el corazón. Y el resultado es gente limitada, encerrada en sí misma, prisionera, ya medio cadáver, es decir, impotente».

Por consiguiente, si todos somos de algún modo víctimas de un «efecto Chernóbil» que atrofia el yo, Giussani se preguntaba cómo podemos hacer que se recupere nuestra persona. «La persona se halla a sí misma en un encuentro vivo, es decir, mediante el encuentro con una presencia que nos impacta y, suscitando un atractivo, nos provoca a reconocer que nuestro corazón, con las exigencias que lo constituyen, existe. Esa presencia te dice: ‘Existe aquello de lo que está hecho tu corazón; mira, por ejemplo, en mí existe’». Semejante encuentro representa «la superación, la ruptura de la soledad. Normalmente, en cambio, dentro de la realidad común, el ‘yo’, como hombre, vive en soledad, y por ello trata de huir con la imaginación. Esta presencia es lo contrario de la imaginación»⁵⁷.

El vino de Álcamo y las «obras»

El 11 de octubre de 1986 Giussani fue a Sicilia; algunos amigos, a los que conocía desde hacía algunos años, le habían invitado a festejar con ellos los diez años de presencia del movimiento de CL en Álcamo. Era una ocasión para reunirse con las comunidades de la Sicilia occidental, desde Agrigento a Palermo, Castellamare del Golfo, Camporeale, etc. A las diez de la mañana el salón de la parroquia de Santa Maria estaba lleno hasta arriba de gente. Domenico Zappatè, uno de los presentes, recuerda que «aquella mañana había el mismo barullo que se produce cuando una familia debe festejar algo importante, como cuando se casa un familiar; iba a suceder algo que trastocaba aquel día. En realidad, lo que sucedió no trastocó solamente aquel día, sino toda la vida».

Al saludo introductorio de Sebastiano Benenati, a quien había conocido en la época en que estudiaba en la Universidad Católica, Giussani respondió: «El deseo de venir a Álcamo me lo ha dictado la admiración y la estima por el espíritu de iniciativa, por el fervor [...], que había notado en aquellos a los que conocía, especialmente en Sebastiano, al que, gracias a la divina providencia, puedo ver más frecuentemente».

Giussani se refería a algunos proyectos sociales, como la cooperativa Terra Nuova de Álcamo, nacida en 1982 por decisión de algunas personas del movimiento, para la producción de vino, tomates, melones, trigo, habas y aceitunas. Tenía bien presente que en Sicilia el trabajo es además una mercancía rara y por eso observó: «Mientras cantábamos antes *Il popolo canta la sua liberazione* (una canción de Claudio Chieffo;

ver *Cancionero*, *ndt*) me decía para mis adentros: ‘Bueno, el pueblo canta su liberación y cada uno de nosotros carga con la preocupación por sí mismo, por su familia, por sus parientes, por sus amigos, carga con las preocupaciones económicas, de trabajo, preocupaciones por la salud’, y entonces pensaba: ‘Pero, Señor, ¿dónde está la liberación? ¿Dónde está esa liberación?’. Y luego me han venido a la mente tantos y tantos casos», en los cuales «el esfuerzo humano desde el punto de vista económico, desde el punto de vista de la salud, desde el punto de vista de las relaciones, del trabajo, ese esfuerzo humano también puede llevarse a hombros con un rostro alegre, con un rostro sereno, si la fe es lo que lo mueve, lo que determina y mueve la vida, si la fe se siente de una manera viva. En resumen, me decía para mí: la liberación es justamente la fe en Cristo. La fe no es una fuga o un olvido de nuestros pesos humanos, sino que influye también en la capacidad que tenemos de mirar a la cara el esfuerzo que debemos realizar, en la capacidad de abrazarlo y llevarlo con alegría».

En aquellos mismos meses una treintena de jóvenes del movimiento estaban buscando su primera ocupación, y por eso Benenati le dirigió a Giussani una pregunta precisamente sobre la cuestión del trabajo; recordándole que habían nacido por este motivo algunas cooperativas, le preguntó cuáles eran los criterios a seguir, a fin de que la actividad no les aplastara y ellos pudieran «santificarse», ellos que eran la obra más importante de Dios. Giussani reconoció que era exactamente lo que le había sorprendido de ellos: la conexión que intuían entre la fe y la vida concreta. A continuación recordó que «el trabajo es la expresión de la vida. La necesidad es lo que provoca la vida, es a través del estímulo de la necesidad como la vida se conoce a sí misma y trata de realizarse, de cumplirse». Dios, proseguía, «nos ha dado una naturaleza que está llamada a imitarle; Dios es el eterno trabajador, porque si Dios no trabajase en cada instante, las cosas dejarían de existir de golpe». Y explicaba después: «Esto es lo que he visto en aquellos de vosotros a los que he conocido. El gusto por el trabajo que he visto en vosotros, y también la valentía ante el riesgo que he visto en vuestras iniciativas, es una expresión de la vida como servicio a un designio más grande, que se desarrolla en los tiempos en los que tenemos que construir. Debemos construir nuestra pequeña gran parcela»⁵⁸.

Después del encuentro unas cuarenta personas se trasladaron al restaurante «La Funtanazza», en el monte Bonifato, para una comida con Giussani. Luigi Culmone recuerda su alegría: «Creo que Giussani tuvo la intuición de que Álcamo podía servir de ejemplo para toda la realidad del sur, porque llevaba a una revalorización del trabajo en el campo. ¡Cuánto se rio cuando le contamos que una vez los funcionarios del servicio forestal se habían quedado boquiabiertos cuando supieron que habíamos quitado las malas hierbas que infestaban el bosque para impedir que los eventuales incendios se propagaran, y que lo habíamos hecho hasta un nivel de la montaña al que ningún funcionario habría llegado nunca para controlar, y sobre todo que parte de la ganancia estaba destinada a realizar una gran empresa agrícola!». Giussani se quedó impactado por aquellas noticias, y esto se refleja, entre otras cosas, en el prefacio que escribirá algún año después para el libro dedicado a un sacerdote que había vivido en Álcamo a

caballo entre los siglos XIX y XX: «La figura y la obra de don [Giuseppe] Rizzo tiene una enseñanza válida también para los cristianos de hoy: la pasión por el hombre, el anhelo de que pueda encontrar a Cristo, y la oposición impávida a cualquier poder que quiera limitar al hombre. [...] Pidamos a Dios que nos haga capaces de dar testimonio de él en nuestros tiempos, con la misma energía con que lo dio, en los suyos, este gran sacerdote»⁵⁹.

De aquella jornada Benenati recuerda sobre todo esto: Giussani «no vino a repetir conceptos. Era como un niño que tiene cosas que aprender y nosotros nos sentíamos importantes por ello, era como si él tuviera confianza en nuestras personas, y por eso no te sentías aplastado por su personalidad, sino estimulado. Y además veíamos cómo degustaba cada plato, con una atención y un asombro... y cuando le contamos que transportábamos a lomos de mulo hasta la cima de la montaña las plantitas, él estaba allí con nosotros y se implicaba con nuestro destino». Y también: «Aquel hombre abrazó y dio significado al sudor de nuestro trabajo y por esto se merecía que le siguiéramos». Y no puede olvidar que poco tiempo antes Giussani le había dicho a Giorgio Vittadini que era inútil hacer programas para salvar al tercer mundo, si no se ayudaba a los amigos de Álcamo a existir, es decir, a vender el vino que producen.

El viaje de vuelta a Milán lo hizo Giussani en compañía de Benenati, que al día siguiente tenía que participar en un encuentro con él: «Estábamos en la sala de espera del aeropuerto, y en ese momento privado no era distinto de cuando estábamos doscientos en el salón. Me resultó evidente cuando me dijo: ‘Ahora recemos’, en medio de centenares de personas». Después, en el avión, Benenati le habló de las dificultades para comprar la empresa y Giussani: «Si tenéis claro el objetivo para el que Dios ha hecho que os encontrarais con esta historia, sabed que los problemas técnicos se resolverán y saldréis adelante con laboriosidad y con trabajo». Benenati recuerda: «Y me aconsejaba también que fuéramos prudentes, que no fuéramos bonachones: éramos principiantes y cometimos muchos errores económicos que nos costaron dinero. Su esperanza no se basaba en nuestro éxito técnico, y nosotros teníamos un solo deseo: permanecer vinculados a lo que había barrido la nada de nuestras vidas, porque Cristo había llegado también a Álcamo a través de él».

El día después, 12 de octubre de 1986, Benenati participaba en una reunión con Giussani y recuerda todavía un gesto que interpreta como un signo más de preferencia por él y por sus amigos: «Éramos unas cien personas, y Giussani aludió al hecho de que había estado en Álcamo; dijo que había probado un vino que merecía mucho la pena. Uno de los presentes le contestó diciendo que quizá no había probado otros vinos mejores que ese y añadió: ‘Yo lo he probado, y en el fondo, el vino de Álcamo no es precisamente de lo mejor’». Giussani le calló: «¡Eso es porque no lo has bebido a la temperatura adecuada!».

Esta y otras reuniones de aquellos meses con grupos de *cielinos*, comprometidos en diversas obras sociales, hicieron más evidente para Giussani el juicio sobre la experiencia de décadas del Movimento Popolare (ver aquí, p. 563). Habló de ello en 1986 con Robi Ronza. Respondiendo a las preguntas del periodista, el fundador de CL

recorría la historia del MP, entre luces y sombras.

Ante todo, cuando nació (1975), «el Movimento Popolare se había concebido y se propuso como un posible ámbito de convergencia para los católicos de cualquier matriz, orientado sobre todo a la creación de una trama de obras sociales». La intuición cultural que marcó su comienzo era esta: «La fe no es algo individualista e intimista, sin posibilidad alguna de incidir legítimamente en la historia, sino, por el contrario, la experiencia de la fe es por su propia naturaleza creativa, tanto en el plano social como en el plano político»⁶⁰.

Pero entre la intuición y su puesta en práctica se introdujo un factor que alteró su desarrollo: «La urgencia de la situación política italiana a mediados de los años 70 [...] requirió que las energías de quienes actuaban en el Movimento Popolare tuvieran que concentrarse en objetivos de tipo político, o más en concreto de tipo electoral. Así perdimos muchos años». No obstante, Giussani estaba convencido de que ahora, «gracias también al cambio que se ha producido, aquella clarividencia y amplitud de miras originaria vuelve a prevalecer», es decir, «el compromiso para crear una trama de obras sociales libremente vinculadas entre sí, con el objetivo de iluminarse y apoyarse reciprocamente»⁶¹, de modo que pueda darse una gradual «traducción del MP en una asamblea o ‘federación’ de obras, y no ya en una mera corriente política, a pesar de no haberlo querido así»⁶².

Ronza le recordaba a Giussani que «cuando se fundó el Movimento Popolare, a todos los miembros de CL se les pidió que apoyaran cordialmente dicha iniciativa, dando crédito, por así decirlo, a los que estaban poniéndolo en marcha, de modo que el MP pudiera asomarse rápidamente a la vida pública del país y con una consistencia que tuviera suficiente alcance». Pero diez años después de aquella indicación, según Giussani, esto ya no valía: «Hoy, ese crédito *a priori* —sin el cual, quiero subrayarlo, el MP no habría podido nacer y crecer con la rapidez que requería la urgencia del momento — tiene que transformarse progresivamente en un consenso cada vez más motivado»⁶³.

Giussani aclaraba también lo que esperaba de las personas comprometidas en el Movimento Popolare: «Más que movilizar a la gente con grandes debates sobre las formas para realizar el cambio, una realidad como el MP tiene que contribuir activamente a crear las condiciones que hagan posible el cambio. Cuando provienen de un sujeto social influyente, las movilizaciones culturales terminan por suscitar alarma y provocar reacciones en el orden establecido, que a menudo son bastante más fuertes que la toma de conciencia y el gusto por obrar. [...] Por lo tanto, a efectos del cambio, terminan por ser contraproducentes». Así pues, prudencia y realismo.

Al tener que indicar las prioridades operativas más que los principios teóricos, Giussani identificaba principalmente dos: «Pienso ante todo en actuaciones en el campo educativo, que lleven concretamente a la práctica ese bastión fundamental de la libertad que es la autonomía educativa». E inmediatamente después de la libertad educativa, «tiene el mismo grado de urgencia la libertad para trabajar, o sea, la lucha contra el paro. No podemos rendirnos tranquilamente ante el hecho de que la reorganización de la economía se produzca hoy a costa del empleo. Es necesario actuar y estudiar

incansablemente para encontrar una vía de salida a este estado de cosas, que es humanamente insoportable». Giussani se sentía apoyado en este compromiso por la reciente encíclica de Juan Pablo II, la *Laborem exercens*, que empujaba en la dirección de «una concepción del ‘yo’ y de la sociedad (totalmente distinta de la que predomina hoy). [...] Si no cambia algo a este nivel, resultan inevitables ciertas consecuencias. Por ejemplo, resulta inevitable que se trate a un gran número de obreros como si fueran maquinaria obsoleta»⁶⁴. La historia mostrará cuán verdadera era esta previsión de Giussani. Educación y trabajo, por lo tanto.

«Un cristianismo vivo produce un fermento operativo sin límites»

Giussani estaba convencido de que «una fe comunional, como tratamos de vivirla en CL, produce un fervor creativo que tiende a dar a las necesidades humanas con las que se encuentra respuestas estables y estructuradas: en definitiva, obras»⁶⁵.

Estas preocupaciones ideales estaban en la base de la asociación Compagnia delle Opere (CDO, en España, Compañía de las Obras, constituida en los años noventa, *ndt*)⁶⁶, una realidad que arrancó en aquel mismo año, 1986, pero cuya génesis venía de lejos. Tal como recuerda Giorgio Vittadini, que fue su promotor, la CDO nació para «valorar lo que nacía continuamente de la creatividad de muchos ‘yos’ comprometidos en dar respuestas orgánicas a distintas necesidades sociales. Era la recuperación del concepto de ‘obra’ que ya estaba presente en la tradición del movimiento católico y en la doctrina social de la Iglesia», bajo el signo de la libertad y de la responsabilidad. Recuerda, en efecto, que desde el comienzo le guiaba esta convicción: «No es CL como organización la que debe proyectar y construir las obras; en el centro sigue estando la iniciativa de quienes realizan las obras», es decir, de las personas, ya se trate de empresas económicas, o de realidades sin ánimo de lucro, educativas o de caridad.

Las raíces de la CDO arrancaban de la experiencia de un grupo de estudiantes universitarios de CL vinculados a Giussani, que a mediados de los años setenta habían dado vida a los Cattolici Popolari (ver aquí, pp. 502, 563) para intentar afrontar necesidades como el alojamiento, el derecho al estudio, los apuntes y los libros de texto o los comedores. Entre ellos estaban también Benenati y Giorgio Vittadini, y este recuerda que «se empezaban a percibir todos los límites de las mediaciones ideológicas con las que hasta entonces se había tratado de juzgar la sociedad. En la base de aquella nueva iniciativa, animada por Giussani, estaba la idea de que la experiencia cristiana vivida era suficiente para fundamentar una novedad en cualquier acción económica, política o social».

De la colaboración entre antiguos universitarios de los Cattolici Popolari y personas del Movimento Popolare surgió algo nuevo. Hacia finales de 1985 Giussani empezó a dialogar con aquel grupito de jóvenes, algunos de los cuales habían creado pequeñas obras sociales, y otros hacía poco que estaban comprometidos en el MP. Vittadini recuerda que un día Giussani expresó así sus preocupaciones: «¿Para qué sirven todos los análisis y los planteamientos del MP, si después nadie ayuda a nuestros amigos de

Álcamo a vender el vino que producen? Es necesario ponerse a disposición de lo que ya existe para ayudar a que siga viviendo». La sugerencia que Giussani lanzó a aquellos jóvenes licenciados no era reunirse para dar vida a una organización. Les dijo más bien que mirasen y ayudasen a lo que ya había, de manera que todo pudiera existir. Vittadini subraya que la invitación a estar disponibles frente a los que estaban construyendo algo a nivel social era particularmente relevante «en un momento en que el trasfondo cultural sugería como principal expresión de la fe el ‘cultivo de los valores’ y el proyecto político se consideraba como el punto crucial del compromiso católico».

El 25 de octubre de 1986 Giussani se encontraba en Tarcento, con ocasión del décimo aniversario del terremoto de Friuli, invitado por don Antonio Villa, un sacerdote del movimiento totalmente dedicado a la causa de la reconstrucción. Y allí fijó el significado de toda acción social en la palabra «caridad», liberándola de cualquier reducción sentimental y voluntarista: «La caridad añade a la solidaridad la conciencia de estar imitando al Misterio del ser, que es ley para el hombre, de tal modo que le dispone a actuar con todas sus fuerzas, con toda la inteligencia y el afecto de los que es capaz. Así pues la caridad es una obra, hace de la solidaridad una obra, en cuanto que crea un sujeto nuevo. [...] Sujeto equivale a creador. El hombre se vuelve creador, es decir, alguien que imagina y realiza obras. La obra requiere un sujeto»⁶⁷.

Establecido así el horizonte de la acción social, creció la exigencia de diálogo y de ayuda recíproca. Después de dos intentos fallidos —«La compañía de los talentos» y «Las obras y los días»—, el 11 de julio de 1986 se fundaba la Compañía de las Obras, con la intención de retomar la gran tradición del movimiento católico y de la doctrina social de la Iglesia. Libertad y responsabilidad personal eran las palabras que marcaban el perímetro de la nueva tentativa económico-social. No era CL la que ideaba y realizaba obras, igual que no era Giussani quien guiaba la organización, porque en el centro estaba la iniciativa libre y responsable del que asumía su tarea ante toda la sociedad, respondiendo en primera persona como cualquier ciudadano italiano. Giussani, que a partir del año siguiente de la fundación será invitado a hablar en las asambleas nacionales anuales, acompañará la historia de la CDO recordando las razones ideales del compromiso en la sociedad. Lo hizo ya en su primera intervención, el 5 de diciembre de 1987, dedicada al trabajo y la obra: «El trabajo es la expresión de nuestro ser. Esta conciencia da un horizonte verdadero al obrero que durante ocho horas pone su esfuerzo en el banco de trabajo, así como al emprendedor que está decidido a desarrollar su empresa». Para él no había obra, «desde la más humilde del ama de casa a la más genial del arquitecto, que pueda sustraerse [...] a la búsqueda de una satisfacción plena, de la realización humana: sed de verdad, que parte de la curiosidad para adentrarse en el enigma misterioso de la investigación; sed de felicidad que parte de la instintividad y se dilata en esa dignidad concreta que es lo único que salva al instinto de corromperse en un momento falso y efímero. Este corazón es lo que impulsa a todos, sea cual sea la empresa que realicen. [...] Llamamos ‘sentido religioso’ al ‘corazón’ del hombre: la sed de verdad y de felicidad se dirige al bien último, al significado total, que sobrepasa nuestras posibilidades de imaginación y de definición. Y que sin embargo es la razón de

toda acción»⁶⁸.

Pero ¿cómo puede mantener el hombre este corazón frente a la sociedad? La respuesta de Giussani es que «solo no se puede, pero sí implicando consigo a otros. Estableciendo una amistad operativa (convivencia, compañía o movimiento), es decir, una asociación más amplia de energías basada en el reconocimiento mutuo. Esa compañía será más consistente cuanto más permanente y estable sea el motivo por el que nace». Pero enseguida precisaba que una amistad que naciera «de un interés económico compartido tiene la duración que tenga el juicio acerca de su utilidad». En cambio, «la que surge de la intuición de que el objetivo de la empresa excede a los términos de la empresa misma, y que ella es un intento de responder a algo mucho más grande [...] establece una ‘pertenencia’»⁶⁹. Después recordaba un pasaje del discurso de Juan Pablo II al Meeting de Rimini (29 de agosto de 1982), en el que decía que el objetivo de los cristianos es construir una civilización de la verdad y del amor⁷⁰. Giussani observaba que se trataba, pues, de «un objetivo terreno, porque es a partir de la constatación de una humanidad mejor en el tiempo, en la historia, como se capta la presencia de un factor que la supera». Para él «la Compañía de las Obras es la expresión de uno de estos ámbitos. La exigencia original del hombre tiende a un reconocimiento social. No es casual que la *Mater et magistra* de Juan XXIII sitúe entre los derechos fundamentales del hombre el derecho a la libertad de asociación». Por eso, «tanto en el ámbito del Estado como en el de la Iglesia, cualquier tentativa de limitar la libertad asociativa es un síntoma de despotismo»⁷¹.

Giussani sostenía que «un cristianismo vivo produce un fermento operativo sin límites: tiende a abrazar todo el horizonte de la espera humana», y por eso concluía observando que «la libertad de iniciativa para imaginar y obrar es una cuestión de vida o muerte para la civilización, y lo es también para la democracia. Por la libertad que se conceda a este espacio para el trabajo que nace del corazón y que se sostiene asociativamente se mide el nivel de democracia que tiene cualquier poder»⁷².

En aquellos mismos meses Giussani retomaba el tema del trabajo en el libro entrevista con Robi Ronza, aclarando que la libertad de trabajar tenía el mismo grado de urgencia que la libertad de educar. Y si bien el problema había asumido dimensiones mundiales, Giussani subrayaba que «cada uno debe hacer su parte. [...] Sin esperar a que cambie el mundo, podemos empezar a cambiar algo juntos». Pensando en los tiempos futuros, insistió en el hecho de que «toda la sociedad, o al menos toda la comunidad eclesial, debería hacerse cargo en todos los sentidos de este problema, como la mayor y más grave necesidad no resuelta de nuestro tiempo». Precisamente mientras los grandes de la tierra estaban diciendo que «el desempleo de masa es un precio inevitable de nuestro desarrollo», Giussani no estaba de acuerdo con este diagnóstico; y decía de hecho: «Lo primero que debemos hacer es no dejarnos convencer de esa pretendida inevitabilidad»⁷³.

Giussani habló de nuevo a la Asamblea Nacional de la Compañía de las Obras en 1989 e ininterrumpidamente desde 1991 hasta 1996, delante de plateas de miles de asociados, revelando las preocupaciones que le asaltaban en aquellos años, proponiendo siempre un juicio extraordinariamente lúcido sobre el presente histórico. Los mismos títulos de las intervenciones eran altamente significativos.

En 1989, interviniendo sobre el tema «Las obras: realismo y creatividad de la fe», Giussani llamaba la atención sobre el hecho de que «el acontecimiento cristiano produce realismo y una verdadera capacidad para responder a las necesidades de todos». En efecto, la experiencia cristiana hace que seamos «hipersensibles, de modo realista, a las necesidades: siempre y ante cualquier necesidad». Y en la medida en que el hombre es consciente «de este dinamismo que le comunica la experiencia cristiana, advierte la exigencia de juntarse con otros [...]. Y nace una compañía», que no se define como proyecto o como posicionamiento, sino como «acontecimiento que influye en la sociedad, un ejemplo para todos de que puede producirse un cambio, de que dentro de la actividad normal puede haber una dimensión extraña, nueva: la gratuidad»⁷⁴.

En la asamblea de 1991, con el título «Verdaderamente útiles para la compañía humana», Giussani se esforzó por aclarar la finalidad que tenía cualquier actividad humana: obtener la felicidad para el hombre; para esto ha dado el Señor la vida a cada uno. Entonces, «la tarea que os llama a realizar cada día, la obra en la que os ha invitado a comprometeros, es para que vuestra vida sea más feliz». Ahora bien, «la ley original para la que se nos ha dado la vida es que tratemos de imitar al Creador, siendo nosotros también creativos». Giussani describía a continuación la dinámica de esta imitación: «Las cosas nos salen al encuentro, una emoción asalta nuestro corazón, una imagen se abre en nuestra mente, y brota en nosotros una voluntad de tomar estas cosas y colocarlas dentro de un plan, y hacer de ellas materia para hacer algo nuevo: de este modo, cada uno se encuentra en el camino de la creatividad». Pero esta acción no es una improvisación fácil, y por eso Giussani deseaba a los socios de la CDO que no tuvieran miedo del esfuerzo necesario para realizar su trabajo: «Desde que Dios se hizo uno de nosotros para asumir todas las condiciones de nuestro camino, el esfuerzo y la fatiga empezaron a llevar un nombre que define por completo su carácter razonable: *cruz*». Respetando este método, la creatividad obtiene «una utilidad en favor de los hombres que Dios ha querido que existieran en el mundo y que viven en nuestra misma época [...], en función del carácter orgánico de la realidad tal y como Dios la ha hecho». Se produce de este modo una imitación de la gratuidad de Dios. Porque la gratuidad es «ir más allá de la simple conveniencia de las cosas que tenemos que hacer, [...] en donde la generosidad se convierte en amor», y el amor no tiene límites.

Giussani concluía con una invitación: «Levantémonos cada mañana por amor, es decir, para amar a Cristo a través de todo lo que vayamos a hacer. Tú, oh Cristo, me harás capaz de abrir más y más los brazos, de modo que puedan entrar en mi abrazo todos los hombres. Instante tras instante, a lo largo de este día, te *ofrezco* mi trabajo, oh Cristo, por todo el mundo, igual que Tú ofreciste tu vida por todo el mundo»⁷⁵.

La asamblea de 1992 tuvo como tema «Las obras nacen solamente cuando uno tiene el

coraje de decir ‘yo’». Y Giussani señalaba cuál es, en su opinión, la originalidad de la CDO dentro del contexto social: «Vosotros habéis tenido el coraje de decir ‘yo’ y de alguna manera, conforme a circunstancias muy variadas, os habéis arriesgado. [...] Habéis dado espacio a la iniciativa de vuestra libertad. Esta es la palabra más sagrada que la Iglesia y la educación cristiana nos han habituado a apreciar y a venerar. Es la palabra que viene inmediatamente después de la palabra Dios».

El intento de responder a las necesidades no podía existir como tentativa solitaria; de hecho, «del mismo modo que no podemos nacer solos ni podemos vivir solos, tampoco podemos responder a las necesidades [...] si no es dentro de una compañía». Por eso el trabajo es «la síntesis última de la relación que tiene el yo con la realidad que le provoca, empujándole hacia el misterio, hacia el destino». Al hacer esto, concluía Giussani, «con el tiempo llegamos a ser verdaderamente grandes, maduros y sabios; es justamente lo opuesto del cinismo árido, de la presunción acusadora, del despotismo sin posibilidad de réplica que domina el ambiente en que vivimos»⁷⁶.

El tema de la asamblea de la CDO de 1993 era «Crear una casa más habitable para el hombre». La reunión se desarrolló bajo la presión de los acontecimientos judiciales que estaban cambiando el rostro político-social de Italia (ver aquí, pp. 927ss). Pero Giussani no se detuvo en análisis o acusaciones; quería más bien poner de manifiesto la contribución que las obras ofrecían para la recuperación del país: «Vuestra compañía tiende a crear una casa más habitable para el hombre. Y lo logra, no importa si mucho o poco, pero lo está logrando. [...] Porque la pasión que os mueve es el hombre en su concreción evidente. Es decir: el hombre que pasa necesidad. [...] Y la necesidad se produce hoy». Introducía después una comparación con los comienzos del cristianismo: «Preguntémonos por qué Jesús suscitaba tanta curiosidad y asombro en quienes se encontraban con él. Porque [...] todo el que le veía obrar y le escuchaba hablar, percibía una cosa, sobre todo una cosa: no ya la Trinidad, el Infierno o el Paraíso, sino una pasión por el hombre, ante todo una pasión por la necesidad del hombre [...]. Se llama caridad», esto es, «ayudar gratuitamente a nuestro prójimo, es decir, a un hombre, a resolver y a responder a la necesidad que tiene, sea de la naturaleza que sea». Para Giussani «lo más conveniente para la vida, de hecho, es que dejemos que la gratuidad penetre en los intersticios de nuestros cálculos»⁷⁷.

En 1994 Giussani intervenía sobre el tema «Si el hombre no construye, ¿cómo puede vivir?», subrayando que «solo si vivimos con responsabilidad frente a Dios podremos vivir verdaderamente, con seriedad y atención, la responsabilidad para con nuestros hermanos, con nuestros compañeros de viaje, con los demás hombres». Y añadía: «Tratemos de participar en el esfuerzo que todos los hombres y todos los pueblos hacen para construir y, en consecuencia, para poder vivir». La utilidad de la fe se demuestra en este nivel, y por eso Giussani expresaba este deseo a los empresarios y responsables de obras de caridad y educativas que estaban allí presentes: «Que la fe —en la que soy compañero vuestro— os haga cada vez más generosos, fieles e inteligentes para colaborar con todos los hombres en la construcción de esa casa del hombre en la que la humanidad pueda vivir de manera más humana»⁷⁸.

En 1995 Giussani dedicaba su intervención al tema «Educación en la libertad», no la que se refiere exclusivamente a los jóvenes, sino la educación que necesita cualquier hombre adulto para ser protagonista en la realidad: «Educar es ayudar a comprender los factores de la realidad en su multiplicarse fecundo hacia una *totalidad* que permanece siempre como el *verdadero horizonte* de nuestra acción». Es un «instinto creador» lo que califica la libertad: «Una sociedad se construye cuando se impone esta creatividad de la que es capaz la libertad del hombre [...]. ‘Más sociedad, menos Estado’ [...]: más individuos, más creación desde abajo». Giussani pasaba después a exponer algunos puntos, como verificación del ‘más sociedad menos Estado’: ante todo, la «estima sincera por el trabajo, [...] la intolerancia frente al desempleo», porque «un hombre parado sufre un atentado grave a la conciencia de sí mismo». En segundo lugar, «la libertad encuentra su primera expresión en la posibilidad de educar. [...] ¡Qué deseable es, frente a quienes se ama, la libertad de educación, en la educación, para ayudarles a entrar en toda la realidad!». El tercer punto se refería a la justicia: «Que exista, en la vida social, una justicia aplicada con seriedad y lealtad que respete ante todo los derechos del individuo, de la persona, que han caracterizado la historia de la jurisprudencia en la civilización». Pero para que la justicia sea más justa «se necesita ante todo que el juez sea humilde, que sea consciente de sus límites». En cuarto lugar, Giussani recomendaba «una vida política guiada por un criterio ideal. [...] Una política que no se preocupe de tener una posición ideal, sino de ‘tener éxito’ por medio del poder conquistado, es una política maligna»⁷⁹.

La última intervención de Giussani en una asamblea nacional de la CDO fue en 1996 («Frente a la necesidad, una hipótesis positiva», Milán, 25 de mayo), y estuvo dedicada al tema del trabajo: «Yo estoy profundamente convencido, como cristiano —más aún, sigo siendo cristiano solamente por esto—, de que la *fe cristiana no puede concebirse como algo separado* (en la forma que sea) *del esfuerzo que hace el hombre* para vivir dignamente, es decir, para vivir con su trabajo». Y continuaba observando que «una fe sin obras sería falsa, como nos dice el apóstol Santiago. Pero siempre he pensado: ‘¡qué falsas serían también las obras sin la fe!’». Y dirigiéndose a la platea de empresarios de la CDO les dijo: «Puede ser que aquí haya algunos entre nosotros que tengan obras y no tengan fe. Hermano, yo te digo, eres maestro para mí en lo que haces, y yo soy amigo para ti en lo que te sugiero, no como juicio, sino como una invitación afectuosa: mira que si tu obra se ve iluminada también por la fe, es como si se volviese más fresca, es como los huesos de los muertos que, después de tanto esfuerzo, ‘florecen como un prado’, como dice un pasaje de la Biblia»⁸⁰.

Para Giussani la fe permite estar en condiciones de «intervenir con mayor amplitud, con más concreción, comprensión, ecuanimidad y equilibrio». E insistía: «La fe hace que nos conmovamos tanto frente a la necesidad de los otros que esta se convierte en necesidad *mía*. [...] Al ver, por ejemplo, a alguien que se ha quedado sin trabajo (por citar la plaga más terrible de nuestros tiempos, la más grave socialmente), al ver a un parado, si tengo fe, no puedo quedarme quieto». ¿Y cómo nos ayuda la fe a afrontar la necesidad? Ante todo, «frente a cualquier necesidad [...], nos hace *partir de una*

hipótesis positiva». En segundo lugar, «la fe hace nos empuja a afrontar la necesidad obligándonos, incitándonos, reclamándonos, ‘obligándonos’ [...] a juntarnos: [...] aúna la libertad de las personas». Giussani era bien consciente del valor último que tiene toda laboriosidad social: «La estatura de una conciencia que se compromete, del sacrificio que se realiza y del servicio que se presta, no reside en la fama que produce, sino en que está delante de Dios, delante del Infinito»⁸¹.

El 4 de octubre de 1996 Giussani se reunía en Milán con un grupo de responsables de la Compañía de las Obras. Giorgio Vittadini, que era su presidente, estaba preocupado por cómo orientarse en medio del mar de necesidades con las que él y sus amigos se encontraban cotidianamente. Para Giussani, el criterio primero e inmediato es «la urgencia cronológica: si uno se cae ahora mismo al suelo y se rompe un fémur, lo primero que hay que hacer es llevarle al hospital. No se le puede soltar un discurso». Así pues, la primera respuesta estaba ligada a «la necesidad que más urgente te parece, que más te reclama en ese momento». Después recordó delante de todos lo que le pasó un día, al comienzo de los años cincuenta, después de una misa en la parroquia del viale Lazio, cuando se le presentó una señora pálida y llorosa, con una niña en sus brazos: «‘Mi marido se ha marchado de casa esta mañana, me ha dejado’. ‘¿Por qué? ¿Qué ha pasado?’ ‘Se ha enamorado de su secretaria’. Yo tuve que interesarme por aquel caso, con el tipo de necesidades que planteaba. No pude decirle: ‘No importa’». Para Giussani, en efecto, «la urgencia es un modo con el que emerge la realidad. [...] Responder a la emergencia forma parte de un solo proyecto: responder a Dios»⁸². He aquí, pues, el otro criterio que el cristiano está llamado a respetar en todas sus iniciativas.

Años después, Vittadini declara: «Es sorprendente leer una detrás de otra las intervenciones de don Giussani a la Compañía de las Obras. Y me sorprende la actualidad de sus preocupaciones con respecto al compromiso de un adulto en el contexto social y económico. Sin entrometerse jamás en la iniciativa y la libertad de los que obran, siempre intervino a partir de una preocupación educativa. En años en los que la sociedad estaba sacudida por mil turbulencias, Giussani no se detuvo nunca en analizar la situación o en lamentarse por lo que no funcionaba, sino que fue capaz de ver y de valorar lo bueno que había en nuestros intentos, corrigiendo e indicando un camino para poder seguir adelante».

Después de 1996 los contactos de Giussani con la realidad de la Compañía de las Obras continuaron a través de encuentros y diálogos con personas o pequeños grupos, a la luz de las preocupaciones ideales que siempre animaron sus intervenciones públicas sobre las diferentes cuestiones sociales.

También entonces Giussani proponía la subsidiariedad y la caridad como el corazón del compromiso público. Más que la búsqueda de espacios de poder, deseaba que la CDO estuviera cada vez más al servicio de la gente, sobre todo a partir del intento de descubrir o de crear *ex novo* oportunidades de trabajo. «Cuántas veces le escuché recomendar a quienes estaban implicados en las obras, fueran estas de naturaleza empresarial o sin ánimo de lucro», recuerda Vittadini, «el compromiso incesante a fin de que las personas pudieran tener un empleo, porque en ello se jugaba su dignidad

humana. Para don Giussani las obras, en esta perspectiva, podían ser una ocasión privilegiada para dar una respuesta tendencialmente orgánica y estable a esta necesidad, de la que depende la conformación ordenada y pacífica de todo el cuerpo social».

«No una obra de caridad, sino de comunión»

En 1986 Maria Grazia Figini, que pertenecía a CL, invitó a sus hermanos Erasmo e Innocente a un encuentro del movimiento, en el que escucharon por primera vez a Giussani. Poco después, Erasmo, que por su trabajo tenía relación con Susanna Pagani, una *Memor Domini* —ambos eran diseñadores en el sector textil—, tuvo la oportunidad de conocer a Giussani personalmente. Estaba atravesando un periodo de gran dolor, y le preguntó por el significado que tenía. Él le respondió: «El dolor es la sabiduría del corazón. [...] En la objetividad de la pregunta está la respuesta de Cristo»⁸³. Sorprendido por aquel sacerdote y por sus palabras, Erasmo preguntó si podía verle de nuevo junto a su hermano Innocente. Los dos recuerdan: Giussani «captó el deseo de comunión que había en nuestros corazones y nos invitó a ir hasta el fondo de ese deseo diciéndonos: ‘Id a vivir juntos’, para realizar ‘no una obra de caridad, sino de comunión’, con una recomendación: ‘Mantened decididamente vuestra profesión’». Erasmo era diseñador mientras que Innocente era oculista. Era como la prueba del encargo que habían recibido de su padre en 1981 cuando, a punto de morir, les había hecho una recomendación: «Os dejo mi fe. [...] Vivid en comunión»⁸⁴.

Erasmo recibió un día una propuesta de un sacerdote amigo: acoger a un niño enfermo de sida. Los dos hermanos, junto a sus mujeres, Serena y Marina, decidieron acogerle. El día de Navidad de 1990 un viejo amigo de la familia les ofreció venderles una vieja granja en Como. Las dos familias se trasladaron allí en 1992. Así nacerá «Cometa», un lugar de belleza singular, una experiencia de acogida y educación de niños, jóvenes y familias que se realiza compartiendo la vida cotidiana: desde aquel momento las peticiones de acogida por parte de personas en dificultad se multiplicarán. La primera vendrá de las Hermanas de la Caridad de la Asunción de Milán, y otras directamente de Giussani.

Desde su primer encuentro, los hermanos Figini tomaron la costumbre de anotar algunas frases que Giussani les decía, por ejemplo esta: «Es justamente la experiencia lo que nos hace libres, porque hace que explote el grito de la verdad que llevamos dentro». Y otra: «La comunión es verdad, juicio, unidad. No nace de temperamentos semejantes, sino de la unidad de los corazones. [...] Sed constructores de comunión verdadera en vuestras familias y, al desarrollar vuestra existencia en este don verdadero, experimentaréis el ciento por uno real, y no el que sugiere artificiosamente el mundo, en esa falsa bondad de la donación al mundo. [...] La comunión es lo único que mantiene despierto el objetivo en las decisiones». A propósito de eso, los Figini recuerdan que en aquellos años Giussani, además de acompañar su iniciativa, «nos dio a nosotros, a nuestras mujeres y a otros amigos la oportunidad de hacer con él Escuela de comunidad» (la catequesis permanente del movimiento de CL), «dándonos tiempo para educar

nuestras personas en la confrontación continua».

Las conversaciones con Giussani siguieron marcando sus pasos comunes: «Vivid en comunión con humildad y pobreza de corazón. Sed testigos de paz y de amor en el mundo. Acoged a los hijos de la cruz y vivid en la compañía de Cristo, que es el único camino de salvación y redención. [...] Abrid vuestras puertas y acoged a los hijos de Dios, no os ahorréis ningún gesto, porque la energía está en el amor a Jesús. Que los chicos que acogéis sean vuestra verdad. [...] El método de comunión: fiarse de que la verdad se presenta de improviso en toda comparación precisa y deseada. La unidad es un don de Su presencia».

En el año 2000 nacerá la Asociación Cometa, que en el 2001 se constituirá en Fundación. Entretanto las familias ya eran cuatro, cada una de ellas tenía a niños acogidos que vivían junto a sus hijos naturales, y en total eran unos cuarenta. Ante los problemas y las dificultades que surgían, Giussani les recomendaba: «No midáis el esfuerzo, afirmad la alegría de esta comunión. [...] La vida es tortuosa y está llena de pruebas, pero quien ha conocido a Jesús sabe que con Él es posible cada paso, que la comunión es la verdadera liberación. [...] La comunión fraterna es roca firme contra cualquier adversidad». Sus palabras dejaban entrever también un camino para el futuro: «Confiad cada espacio y energía en las manos de Dios, para que estéis siempre dispuestos a la aventura de la acogida, que es la fecundidad del amor de Cristo. Ampliad vuestros espacios, uníos en las familias y entre las familias para que se dilate la ciudad en la ciudad [...], un lugar donde haya escuela, talleres artesanos, familias, iglesia, para que la promesa de bien que habéis encontrado pueda alcanzar a todos». Giussani describía cómo podría ser esa ‘ciudad en la ciudad’: «Un lugar sin fronteras donde la vida sea seguimiento sencillo en la construcción común, para que la realidad se llene de Su presencia, un lugar en donde el encuentro entre los hombres testimonie la certeza del bien común». Deseaba que «la ciudad en la ciudad sea signo visible en el mundo, caridad amorosa, que pueda resistir el impacto del mundo, que sea precisa, que esté bien organizada, porque en Cristo el corazón es orden y paz».

Cuando algunos padres pidieron a Cometa que abriera una escuela profesional, Erasmo e Innocente hablaron de ello con Giussani durante uno de sus últimos encuentros: «Ante nuestra perplejidad y nuestra incertidumbre, Giussani dio con energía un puñetazo sobre la mesa y dijo con firmeza y decisión: ‘¡Adelante! [...] La aventura de la vida es pasión por cada hombre, y la educación pasa por lo cotidiano, por la toma de conciencia de la presencia del Misterio en todo lo que sucede, instante tras instante».

Al grupo de Cometa se añadirá establemente Alessandro Mele, de los *Memores Domini*, que desde hacía tiempo colaboraba con ellos de forma gratuita. Al visitar Cometa por última vez, Giussani dirá: «Muchos hablan mucho, vosotros habéis hecho mucho». Y ese hacer dará cuerpo a la preocupación educativa que Giussani les había comunicado a los Figini, tal como se lee en sus cuadernos de apuntes: «La educación consiste en comunicar el sentido de la vida, que no es una palabra, sino una experiencia. Es un hombre que se mueve cuando le ven y cuando no le ven. Este es el sentido de la vida que respira el otro, porque las palabras no sirven, lo que sirve es este significado

[...], significado que debe ser educado porque hace falta precisamente arrancar de raíz el pensamiento moderno que sofoca el deseo del corazón».

Al pensar de nuevo en todo lo que nació de aquel primer encuentro, Erasmo e Innocente Figini reconocen que se está realizando la promesa que Giussani les había hecho muchos años antes: «La fidelidad al encuentro consiste en dejarse cambiar en el presente: en esto consiste la eterna juventud del corazón»⁸⁵.

TERCERA PARTE
1986-2005

Capítulo 25
Tras las huellas de Cristo
Los viajes a Tierra Santa, Japón y Grecia
(1986-1987)

«Un día caluroso de finales de verano, un pequeño grupo de unos cuarenta italianos desciende de un vuelo de la compañía El Al. Hemos llegado a Israel para hacer una peregrinación por los lugares en los que vivió Jesús»¹. El que habla es Luigi Amicone que, con algunos amigos, iba a Tierra Santa «tras las huellas de Cristo, como decía Giussani, guía y referencia del grupo. El viaje se desarrolló entre el 14 y el 21 de septiembre de 1986. Ideado por don Giorgio Pontiggia y por el doctor Angiolino Bigoni, incluyó entre las visitas Cesarea, Megido, el Monte Carmelo, Nazaret, Caná, Tiberíades, Cafarnaúm, el Monte de las Bienaventuranzas, el Monte Tabor, Siquén, Belén, Emaús, Jerusalén, Jericó, Masada, Qumrán y Betania. Fue un auténtico *tour de force* que dio la oportunidad a Giussani para releer los pasajes del Evangelio que hablan de esos lugares, permitiendo así revivir los episodios de los que aquellas piedras —a menudo reducidas a ruinas— fueron testigos silenciosos. En cada etapa don Pontiggia leía el pasaje correspondiente del Nuevo Testamento y Giussani lo comentaba.

El itinerario comenzó en Cesarea de Filipo, centro político del Imperio romano y residencia de Poncio Pilato, de la que hablan los Hechos de los Apóstoles. Giussani observó: «Pablo, Esteban, el centurión y Pedro, son personas que pasaron por aquí. Y ¿qué les dominaba? ¿En qué pensaban? Sentían dentro de sí que había un nuevo movimiento en el mundo, [...] algo que pasaba a través de ellos. Y lo más sorprendente es que eran tres o cuatro gatos, en el sentido literal del término», y sin embargo, «lo suyo era una seguridad, una profecía que desafiaba al tiempo, tanto es así que nosotros estamos cumpliendo hoy su profecía»².

Después la comitiva se trasladó al lugar en el que «el ángel del Señor llevó el anuncio a María», es decir, a Nazaret. Sobre el mármol del pequeño altar de la gruta de la Anunciación se puede leer la inscripción *Verbum caro hic factum est*: «Aquí se hizo carne el Verbo». Pensando en la Virgen, Giussani observó que la grandeza de María no consistió en convertirse en la madre del Señor, «porque esta es la grandeza de Dios», sino sencillamente «en haber dicho ‘sí’ al gran encuentro que le tocó el corazón. Ninguno de nosotros puede imaginar cómo fue aquel encuentro». Y, parándose delante de la sinagoga en la que Jesús dijo ser el «enviado» del Padre y fue expulsado por ello, subrayó que «lo que sucede no sigue nuestras previsiones, sino que es gracia, es

gratuidad, tiene una forma gratuita, nueva, imprevista» y precisamente por eso los hombres de su tiempo «no le reconocieron, porque la respuesta a lo que esperaban [...] fue distinta de la que imaginaban»³.

Llegados a Caná, donde Jesús transformó el agua en vino durante un banquete de bodas, Giussani señaló que la cosa más impresionante de todas es que «el encuentro que hace de la fe algo vivo sucede dentro de las circunstancias corrientes de la vida». ¿Hay algo más corriente que una comida? Pues bien, este es precisamente «el milagro que acerca a Cristo a los hombres, dentro de su vida concreta. Sin vino no se puede celebrar una boda. Es algo necesario dentro de la vida normal»⁴.

Durante una noche en la terraza del hotel de Tiberíades que albergaba al grupo de peregrinos, Giussani confió a sus amigos lo que más le sorprendía: «Todo nació de estos ‘agujeros’, tan tremendamente pobres», y añadió que «por su propia naturaleza el cristianismo empieza siempre así. La vitalidad de la fe empieza siempre en estos términos, no necesita periódicos, revistas ni grandes estructuras». Para Giussani «la fe es ver esa gruta de Nazaret como el significado último del enorme desarrollo de la ciudad»⁵.

A poca distancia de Tiberíades, el grupo visitó la iglesia del Primado, en el lugar donde Jesús le preguntó tres veces a Pedro: «¿Me amas?», y le oyó responder que sí: «Estamos en el punto en que surgió dentro de la compañía, en la amistad, en el movimiento humano del que hemos hablado, repentinamente —repentinamente porque Jesús era un hombre como todos los demás, y por eso las ideas le venían de las circunstancias— la idea de una construcción histórica. [...] La idea se le ocurrió cuando, al recorrer este sendero que bordea el lago, se topó con esa roca grande. Es como si hubiera dicho: ‘Sobre ella construiré un movimiento destinado a abrazar todo el mundo. Que ningún hombre se vea aislado, que a ningún hombre se le deje solo en este abrazo [...]’». Y añadió que el itinerario del movimiento humano que había empezado en torno a Jesús «está hecho de piedras miliars, de piedras como las que usaban los romanos para construir sus carreteras. Y la piedra miliar por excelencia es Pedro, el punto de referencia vivo que es el Papa. Por encima de las mareas de la historia emerge este promontorio que custodia e indica el camino hacia el destino»⁶.

Llegados a Cafarnaúm, la ciudad de Pedro, de Jairo —a cuya hija resucitó Jesús— y del evangelista Mateo, Giussani invitó a leer el episodio del paralítico al que había curado Jesús; y luego dijo: «Aquella compañía que se había creado en torno a Jesús [...] experimentó por primera vez en esa ocasión el escalofrío de un poder inconcebible. Desde aquel momento se expandió la fama de Jesús. [...] Tratemos de imaginar la reacción de los amigos de Jesús al ver a este compañero suyo lleno de autoridad demostrar un poder que ellos no podían haber imaginado jamás»⁷.

Cambia la escena y el grupo se encuentra a bordo de una embarcación en el lago de Tiberíades. Durante la travesía en barca por la noche, se desata una tempestad, y los discípulos se llenan de temor, mientras Jesús duerme en popa. Tras escuchar el pasaje del Evangelio que relata precisamente cómo en aquel lugar Cristo aplacó las aguas y los

discípulos, una vez superado su gran temor, se decían unos a otros: «¿Quién es este, que incluso el viento y el mar le obedecen?», Giussani observó que, a la pregunta de quién era Jesús, «desde el punto de vista administrativo y del padrón, podían responder con precisión». Y sin embargo «aquel hombre tenía tal poder, tan desproporcionado para la imaginación del hombre, que se vieron obligados a plantearse aquella pregunta»⁸.

Recorriendo la orilla oriental del lago de Tiberíades, los peregrinos llegaron hasta el lugar donde Juan bautizó a Jesús, en el Jordán, un pequeño remanso de agua rodeado de vegetación. Al visitar aquellos lugares, Giussani se sorprendía por el hecho de que «la verdadera novedad sucede a través de las circunstancias ordinarias. [...] Jesús vino aquí como el resto de los judíos que seguían al profeta, como vinieron Juan y Andrés. Y en esta adhesión humilde [de Jesús] al comportamiento de todos brotó la gran circunstancia, es decir, el acontecimiento de la salvación».

En Samaria, en Siquén, Giussani visitó el pozo de Jacob, donde la samaritana le escuchó decir a Cristo todo lo que había hecho, y comentó el episodio evangélico: «No hay milagro mayor que sentirse mirados y percibidos [...] en lo profundo de nuestra persona, mirados y percibidos como exigencia, como sed, y también como límite, como mal que impide la satisfacción verdadera de las exigencias, de nuestra sed»⁹.

Finalmente, el grupo llegó a Belén. En la basílica de la Natividad, Giussani hizo leer el pasaje al que estaba vinculada su memoria de joven seminarista, es decir, el prólogo del Evangelio de Juan: «En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y el Verbo era Dios. [...] Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros». Giussani había comentado un número infinito de veces ese pasaje, pero aquí, donde Cristo nació, sus palabras no dejaron de adquirir un peso específico particular: «Yo creo que el impacto más inmediato ante este mensaje, en el que se fundamenta el significado mismo de la vida, es esta pregunta: ¿Pero cómo es posible que Dios pudiera convertirse en una presencia humana, un hombre entre nosotros, y los suyos, tanto aquellos que eran más conscientes como los que navegaban en la angustia de las tinieblas, no le reconocieran?».

También allí se confirmaba la impresión que el viaje, en cada etapa, estaba haciendo crecer en él: «Todo ocurrió sin ningún revuelo humano. Todo el pueblo hebreo y el gran Juan Bautista [...] esperaban al Mesías como algo clamoroso. Como algo excepcional que iba a llevar a cabo la justicia en el mundo». Y sin embargo ocurrió como «una semilla viva que prorrumpe en la tierra sin contar con el paso de las estaciones. Y al principio parece algo que puede perfectamente no ser tenido en cuenta. Tal como hicieron todos los analistas del siglo I, incluidos los escritores romanos que, como Tácito y Suetonio, hablan de aquella ‘secta cuyo fundador Cristo fue sometido a suplicio bajo el imperio de Tiberio’. Esta semilla irrumpe al principio de un modo aparentemente imperceptible, pero después, pasados dos mil años, nos ha alcanzado de forma humana, razonable y afectiva».

Belén y Nazaret, el método de Dios

Belén era para Giussani la documentación del método que Dios utiliza para darse a conocer: «San Agustín decía que el mundo podría haber sido creado como un pequeño punto en el que estuvieran contenidas las *rationes seminales*, es decir, las semillas de todos los desarrollos posteriores (¡mil quinientos años antes de Darwin una concepción evolutiva del mundo que nadie cita nunca!). Pero es precisamente el método que usó Dios al venir al mundo, haciéndose una realidad absolutamente imperceptible». ¿Y cómo es que el Señor usaba este método? «Para demostrar que la potencia no es nuestra, que no radica en nuestra inteligencia, ni en nuestra fuerza, sino en su poder. Lo ha sacado todo de la nada». Y delante de la gruta de los Santos Inocentes, Giussani recordaba que esa semilla se había desarrollado como testimonio, «tanto en la vida como en la muerte: vida y muerte no tendrían ningún significado si no existiese Cristo»¹⁰.

Dijo también Giussani: «Cuando se piensa en que la salvación viene de esta aldea desconocida de Nazaret, uno piensa casi instintivamente: ‘¿De aquí?’. Y cuando se visita la casa de José uno se dice: ‘¿De aquí?’. Y cuando se piensa en aquella docena de personas perdidas e ignorantes que le seguían, en todo caso sin ningún poder, te dan ganas de decir: ‘¿De allí?’» Esto le hacía concluir que «es otro factor el que actúa en un momento dado. Y no al lado o por encima de lo humano, sino a través de la carne, los huesos, el bolsillo y todo lo que coincide con la vida del hombre»¹¹.

Nada más llegar a Jerusalén, Giussani leyó y explicó el pasaje de san Lucas que narra la visita de María a su prima Isabel, en un pueblo a pocos kilómetros de la ciudad. Se refirió a ello como una de las cosas humanamente más conmovedoras del cristianismo: «Después del anuncio se despierta en ella un impulso de disponibilidad absoluta, total. Pensemos en los más de ciento cincuenta kilómetros de camino que recorrió para llegar hasta aquí, no de forma distraída, sino, como dice el Evangelio, ‘caminando deprisa por el camino’, apremiada por su objetivo». Y añadía: «Lo que maravilló a Isabel nos maravilla también a nosotros: ‘¿A qué debo que la madre de mi Señor venga hasta mí?’. Es la exclamación de asombro por la gratuidad absoluta, ¡porque ningún pariente habría recorrido tanto camino para venir a ayudarla!». Esto significa que «la fe permite vivir lo humano y suelda de nuevo sus nexos, hace que seamos una sola cosa»¹².

Etapa obligada de la visita a Jerusalén era el Muro de las Lamentaciones, lo que queda del antiguo templo destruido por los romanos en el año 70 d.C., meta de una continua peregrinación para los judíos, desde hace dos mil años centro espiritual del judaísmo. Esto ofreció ocasión a Giussani, por una parte, para subrayar el significado que debía tener para todos la historia de Israel: «Dios eligió a este pueblo, lo eligió con un fin mesiánico, y ahora los judíos rezan para que su pueblo pueda permanecer y pueda reconstruir el templo que es su símbolo. Rezan porque el sentido de la vida de cada judío está ligado a las vicisitudes de su propio pueblo. El Muro de las Lamentaciones es una de las cosas humanamente más conmovedoras y dramáticas que existen [...]. Al recitar los Salmos o los Profetas o el Éxodo, el que va al Muro de las Lamentaciones pide al Señor que su pueblo permanezca, porque es el único testimonio del Dios vivo en el mundo». Por otra parte, al observar la procesión de fieles que se paraban balanceándose delante del muro, a Giussani le parecía que «a pesar de la gran conciencia de pueblo que

tienen, cada judío recita sus salmos ante el Muro de las Lamentaciones en una soledad tremenda, como si el dolor de la situación fuera tal, y la emoción por la condición en la que se encuentra su pueblo fuera tan profunda, que no puede expresarse en formas comunitarias». Y concluía que «quizá la mayor alternativa en la historia de las religiones está precisamente bajo este Muro: si la espera del cumplimiento de la promesa ha sido satisfecha o no»¹³.

Los peregrinos recorrieron en silencio la Vía Dolorosa, esto es, el camino que hizo Jesús hacia el Calvario entre las callejuelas de Jerusalén; escucharon el evangelio de la Pasión y las meditaciones de Giussani: «La vida de cada uno tiene un destino de *Vía Crucis* [...]. En aquel tiempo, todos esperaban al redentor. Pero el redentor tiene un rostro, es decir, está condicionado, de modo que a nosotros, como a los hebreos de entonces, no nos agrada, porque es distinto de lo que esperamos». El *Vía Crucis* está determinado por esta ‘rebeldía’¹⁴ ante el rostro con el que Cristo se presenta en el escenario del mundo.

La etapa de Jerusalén concluyó volviendo con la memoria a la noche de Pascua y a aquellos dos hombres en el camino de Emaús, cuando se puso a caminar junto a ellos un extraño, que solo al cenar iban a reconocer como el Señor resucitado. Giussani invitaba a identificarse con la escena que describe el evangelista Lucas: al igual que los discípulos de Emaús, también «nosotros caminamos como cristianos tristes. La tristeza no proviene de la prueba y del dolor, la tristeza viene siempre de la ausencia de significado o de la fragilidad de la razón. La tristeza es siempre un interrogante sobre el ‘¿merece la pena?’, ‘¿merece realmente la pena?’, ‘¿será realmente así?’. En el fondo la tristeza nace de un escepticismo último. [...] Pero el Señor [...] no nos abandona en esta tristeza», porque, recordaba Giussani, «si nosotros, como los discípulos de Emaús, mantenemos en el corazón la sed [...] de felicidad, el Señor, aunque no lo reconozcamos, nos acompaña en los pasos de nuestro camino. Y a cada uno de nosotros le llega ese momento, ese signo, ese acontecimiento en el que todo se vuelve claro»¹⁵.

La peregrinación prosiguió por el desierto de Judá, Jericó, el Mar Muerto, Masada, Qumrán y Betania. En Jericó Giussani revivió el momento capital del encuentro decisivo para la vida de Zaqueo: «Hemos visto [...] uno de los sicomoros a los que tuvo que subirse Zaqueo para ver mejor a Jesús que pasaba por allí. Si pensamos que Zaqueo era como el jefe de la mafia de Jericó y alrededores, que era uno de aquellos recaudadores a los que se consideraba enemigos del pueblo y pecadores públicos, de los que había que mantenerse alejados diez metros para no contaminarse, puede imaginarse lo que debió de significar para él el encuentro con Jesús. [...] Solo por aquella parada, por aquellas palabras que le dirigió Cristo, aquel hombre miró en adelante las cosas de una manera distinta». Y en Betania recordaba que «así le sucedió también a Lázaro, aunque en esa ocasión el Señor le demostró su amor por medio de un signo todavía más clamoroso»¹⁶, resucitándolo de la muerte.

En el vuelo de vuelta, Amicone recogió las primeras sensaciones de Giussani: «Ante todo he experimentado la confirmación de la naturaleza del cristianismo. Dios se hizo presente al hombre a través de una realidad humana circunscrita a un ambiente

determinado, leal con todas las condiciones del hombre y del momento histórico en el que eligió manifestarse. He sentido cómo se renovaba el concepto de encarnación [...]. En este sentido la gruta de la Anunciación y la casa de san José en Nazaret son los dos lugares que más me han impresionado». Confesaba que «al ver esos lugares donde solamente una humanidad viva, aunque de forma tan embrionaria y seminal, pudo arraigar y tener la fuerza de resistir, de comunicarse y de trastornar el mundo, resulta claro que lo que cuenta en la vida de la Iglesia de hoy es la vivacidad de una fe renovada y no el poder que deriva de una historia, de una institución que se ha afirmado o de un orden intelectual teológico. Lo que cuenta es realmente que la vida que empezó en María y José, en Juan y Andrés se encienda de nuevo en el corazón de la gente y se ayude a las personas a tener un encuentro que influya en su vida, tal como sucedió en los orígenes del cristianismo».

Giussani pensaba en el Calvario: «El lugar donde se plantó la cruz, el lugar en el que Cristo murió, donde Cristo agonizó. Viendo ese lugar, imaginando la incompreensión y la falta de reconocimiento por parte de la muchedumbre que estaba mirando, se comprende que el mal del mundo debe de ser algo terrible y grande si Dios aceptó un sacrificio así, una muerte semejante». Y subrayaba que «lo que uno se lleva de aquellos lugares es el deseo, el apremio de que la gente caiga en la cuenta de lo que sucedió allí. Pues, por el contrario, parece que hoy es posible borrar lo que ha sucedido como se borra con el pie una letra sobre la arena, una letra sobre la arena del mundo. Pero esto ocurre precisamente porque lo que sucedió es una propuesta a la libertad del hombre y para que quede claro que el poder es de Dios. Hoy parece más grande y más importante todo lo demás —la política, la economía...— y no este acontecimiento tan fácilmente y de forma tan barata identificable con una fábula. Pero la concreción de aquel acontecimiento es tan humana viendo esos lugares, que no se puede volver de Palestina con la duda de que el cristianismo sea una fábula. Ponerse en las condiciones naturales, logísticas, en las que Cristo se encontró, el paisaje que él vio, las piedras que pisó, las distancias que caminó: todo colabora y obliga a comprender la verdad de lo que sucedió»¹⁷.

La impresión por lo que había visto acompañó a Giussani durante días, tanto que el 4 de octubre de 1986 dedicaba buena parte de su meditación en el retiro de los *Memores Domini* a recordar el viaje a Tierra Santa: «Lo que más me ha sorprendido y me ha dejado como inmóvil el espíritu —inmóvil en el sentido de lleno de asombro— ha sido cuando vi, en lo que queda de la pequeña casa-gruta en la que vivía la Virgen, un letrero en el que nadie repara y en el que se lee: *Verbum caro hic factum est*, el Verbo se hizo carne aquí. Me quedé como petrificado por la evidencia repentina del método del gran Dios, que tomó la nada, creó todo de la nada, realmente de la nada».

Giussani continuó: «Ver la casa donde trabajaba san José, [...] ¡y pensar que Jesús trabajaba en aquella casa! En resumen, la impresión dominante que he tenido durante toda la semana en Tierra Santa —porque lo demás es como secundario o derivado de esto— es que el Señor obra a partir de la nada».

La insistencia se repetía: «Todos los grandes asuntos de los que hablan los periódicos son vanidad, son efímeros —efímero quiere decir que dura un día—, como la hierba del

prado de la que habla la Biblia muchas veces, en Isaías, Jeremías, en los salmos. Y he comprendido en Tierra Santa lo que quiere decir; porque un día, hablando con los beduinos que estaban en una cabaña en el desierto de Judea, algunos amigos nuestros les preguntaron: ‘¿Cómo podéis, si todo es tan árido, absolutamente árido, sin un hilo de hierba, mantener el ganado?’. Y ellos respondieron que salen todas las mañanas a las cuatro, y como de noche hay rocío, inmediatamente se levanta la hierba uno o dos centímetros, y, por eso, hasta que sale el sol —porque apenas llega el sol todo se seca— el ganado come, come esa pequeñísima hierbecita que el rocío hace crecer. Por esto la Biblia habla de hierba que se seca, que apenas nacida se seca. Así que todo lo que hay en el mundo, todo aquello de lo que hablan los periódicos, lo que es más ‘gordo’, es como esta hierba que crece gracias al rocío; pero enseguida se seca, porque no es algo salvado todavía. Pero ¿dónde están las cosas salvadas? ¿Dónde está lo que, en vez de hierba que enseguida florece y se seca, puede llegar a convertirse en árbol colmado de frutos? Es nuestra vida: dichosos vosotros que habéis sido llamados a comprender el misterio del reino de Dios, a otros no se les ha concedido. Amigos míos, ¡qué tarea, que responsabilidad! Porque el resto del mundo depende de nuestra vida. ¡Qué terrible responsabilidad! ¿Serías tú capaz? Solo Dios, que te ha llamado, es capaz. Y no cubras tu presunción con la falsa denuncia de tu debilidad; porque ‘nada hay imposible para Dios’»¹⁸.

El Papa en Asís

El 27 de octubre de 1986 Juan Pablo II participaba en Asís en una Jornada mundial de oración junto a representantes de las diversas Iglesias cristianas y de distintas religiones del mundo. Giussani habló de ello más de un mes antes, el 13 de septiembre, introduciendo el trabajo de la Escuela de comunidad para los grupos de CL sobre el texto *El sentido religioso*: «Se puede vivir la fe sin conocer su raíz. La raíz de la fe es el sentido religioso. Es decir, el sentido del misterio, del que depende nuestra vida, porque en ese misterio todos los hombres son como hermanos». En este contexto, el gran encuentro de las diversas religiones con el Papa era «ciertamente algo excepcional».

A continuación se preguntaba qué iba a hacer el Papa para llevar a cabo este gesto «sin velar de algún modo su identidad de jefe de la Iglesia. ¿En nombre de qué puede llamar a exponentes de todas las religiones a rezar juntos en Asís? Mirad: si uno comprende que la naturaleza del hombre, el corazón del hombre, es el sentido religioso, es precisamente en ese sentido religioso donde todos los hombres encuentran una igualdad y una identidad. La aspiración más profunda del corazón humano es el sentimiento religioso. Si queremos usar un término justo, el sentido religioso es el único sentido verdaderamente católico, es decir, adecuado para todos, que es de todos». En este punto se descubría cuál es la gran ventaja de la fe, «porque este sentimiento religioso, que debería ser como la luz que ilumina a los hombres en el camino de la vida, es muy confuso, es muy contradictorio, en cuanto que está a merced de la interpretación del individuo, de modo que la concreción inexorable de la vida cotidiana hace que se olvide

fácilmente». Por esto hizo falta que viniera Cristo: «Cristo vino al mundo para restituir el hombre a sí mismo, y es en Él donde el sentido religioso ha adquirido su significado puro, se ha vuelto lúcido, límpido, sin posibilidad de equívoco. Por eso, el reclamo a cada corazón humano encuentra su acento preciso e inconfundible en la fe cristiana. Es decir, la fe desarrolla y afirma la catolicidad del sentido religioso». Y, refiriéndose a la catequesis del movimiento que estaba a punto de empezar, subrayó: «Si nosotros hacemos la Escuela de comunidad sobre el sentido religioso es porque hemos sido iluminados por el Evangelio, pues en caso contrario no sabríamos decir estas cosas, no sabríamos quién es Dios y tampoco sabríamos cuánta es nuestra dependencia. Pero sobre todo no se convertiría esta dependencia de Dios en algo familiar y normal, como el sentimiento que se tiene hacia el padre y la madre»¹⁹.

Giussani habló otra vez de Asís el 6 de octubre (durante una reunión en Cesena): «El significado más profundo de ese gesto está claro: [...] el hombre solo puede ser constructor de relaciones pacíficas, constructor de paz, si es considerado en su esencia, esto es, en la esencia de su corazón, que es el sentido religioso». Tanto es así que «solo se puede hacer una valoración profunda de la sustancia del corazón del hombre, una valoración admirable y lúcida de su naturaleza, desde la conciencia que Cristo despierta, desde la conciencia cristiana». Por eso, señalaba Giussani, se podría añadir que para salvaguardar la paz, condición fundamental para un camino más humano, es necesaria una lucha: «Luchar contra el ateísmo de la vida. Puede existir un ateísmo teórico, que está cada vez más contra las cuerdas; pero existe un ateísmo práctico, que reduce la vida concreta a hedonismo, [...] que avanza cada vez más y que, como ha dicho Juan Pablo II en su discurso sobre *Evangelización y ateísmo* [10 de octubre de 1980, *nda*], afecta a todas las Iglesias. La lucha contra esta falsa satisfacción nos hace hermanos de todas las personas con las que nos encontramos». El ateísmo práctico, el de todos los días, es «un egoísmo que nos encierra progresivamente en una soledad espantosa». Para Giussani, se trataba de una tarea «desmedida, tremenda, grande, potente, pero tierna», esto es, «hacer presente a Cristo» para «liberar al hombre de la esclavitud del poder, [...] la abolición en nuestra vida del ateísmo militante práctico»²⁰.

Con estos sentimientos, Giussani siguió en la distancia el gesto de Asís el 27 de octubre. Ya desde su primer discurso Juan Pablo II clarificó su objetivo: «El hecho de que nosotros hayamos venido aquí no implica intención alguna de buscar un consenso religioso entre nosotros o de negociar nuestras convicciones de fe. [...] Ni tampoco es una concesión a un relativismo en las creencias religiosas»²¹.

Durante el encuentro con los representantes de las religiones mundiales el Pontífice ofrecía su propio testimonio: «Profeso de nuevo mi convicción, compartida por todos los cristianos, de que en Jesucristo, como salvador de todos, debe buscarse la verdadera paz [...]. La paz depende fundamentalmente de ese poder al que llamamos Dios [...]. Esperemos que esta peregrinación a Asís nos haya enseñado de nuevo a ser conscientes de nuestro origen común y nuestro destino común»²².

Comentando precisamente estas últimas palabras de Juan Pablo II, Giussani dijo que delante de la basílica de San Francisco eran «todos iguales, pero había un punto que era

más consciente, más claramente consciente»²³: el Papa.

«He visto a un rey» (Dario Fo y Enzo Jannacci)

El 14 de noviembre de 1986 se celebraba en Milán la Jornada de apertura de curso de los universitarios de CL. Como era costumbre, la reunión comenzó con algunos cantos. Primero se cantó la *Ballata dell'uomo vecchio*²⁴ de Claudio Chieffo. A Giovanni Maspes, uno de los jóvenes que en aquellos años tenía la tarea de acompañar con la guitarra los cantos durante las reuniones de los universitarios, se le pidió que tocara *Ho visto un re*²⁵, la conocidísima canción de Dario Fo y Enzo Jannacci. Recuerda Maspes: «Pasé los momentos anteriores al encuentro tratando de convencer a Dima [Carmine Di Martino], con la casete en la mano, de que don Giussani no podía haber escuchado aquella canción, evidentemente inadecuada para un momento de meditación». Años después, Di Martino confirma que fue precisamente Giussani quien pidió aquella canción (se la había escuchado cantar a algunos universitarios de la Católica), porque quería dedicar la jornada de inicio de curso al tema de la relación entre el yo y el poder.

Después de la *Ballata dell'uomo vecchio* (que empieza con: «La tristezza che c'è in me, l'amore che non c'è, hanno mille secoli...»), Giussani introdujo la canción de Jannacci con estas palabras: «Esta tristeza es el aspecto original de una riqueza que se nos quita por todos los medios. La realidad que nos rodea nos quiere evitar ese malestar que es el principio de toda búsqueda, de todo movimiento, de toda recuperación, de toda imagen de mejora, de lo más grande, de lo más sensato». En consecuencia, «más allá de la seriedad y de la eficiencia como punto de vista del trabajo, de la profesión, más allá del consumismo posible y más allá del egoísmo afectivo erigido en sistema, ¿qué más queréis? Ay de quien se lamente». Por eso, continuaba Giussani, «pienso en la canción de Jannacci: 'He visto a un rey'. El rey es el símbolo del poder de esta sociedad que odia esta tristeza nuestra, que es, en el fondo, la carne viviente de las exigencias que constituyen el corazón del hombre. Es el primer signo del hombre, de lo humano. Más aún, ¡cantémosla enseguida!». Giussani anticipaba algunas de sus palabras: «Nuestro llanto hace daño al rey, [...] y hay que estar siempre alegres. [...] Se ponen tristes»; y las comentó: «Los que tienen el poder se ponen tristes si te ven llorar».

Entonces Maspes cantó. Y Giussani dijo: «El carácter incisivo de esta conocida canción de Jannacci es en cualquier caso de gran actualidad, porque cada uno de nosotros puede ceder frente a un modo de dirigir la sociedad en el que resultan obvios el límite y el ahogamiento dentro del que nuestra humanidad cae cada vez más prisionera, y está cada vez más enterrada. Porque la humanidad radica en el corazón y es desde el corazón desde donde debe abrirse espacio, y es desde el corazón desde donde debe explotar. La clave de una sociedad como la nuestra no es distinta de la que produjo Auschwitz»²⁶.

Maspes recordará de aquel momento «el embarazo que experimentó el auditorio, que no sabía cómo reaccionar ante la vivacidad del canto; pensó en ello el mismo don Giussani dando inicio a un fragoroso aplauso».

La Cobacha

Entretanto, la historia de CL en España había crecido también gracias a una serie de convivencias con Giussani que tenían lugar cada fin de año, a partir de 1980, en Cobacha: es el nombre de una extensa finca propiedad de la familia Oriol, en Extremadura, casi en la frontera con Portugal. Para Giussani aquellos días entre Navidad y Año Nuevo eran sobre todo días de descanso, rodeado de aquellos espacios verdes. Sin embargo no eludía las preguntas de los amigos, que aprovechaban esa oportunidad. Oriol recuerda aquellas vacaciones, «relajadísimas, estupendas, en las que paseaban viendo los cerdos de raza ibérica que comían al aire libre, los corderos...; por las mañanas teníamos largas reuniones con él, él hablaba y nosotros le hacíamos una infinidad de preguntas».

Carras recuerda aquellos días como marcados por la gran capacidad de Giussani de valorar a cada uno y por el deseo de conocer a todos. He aquí una descripción de uno de aquellos momentos de fin de año en Extremadura, después de que se alcanzara la unidad de Nueva Tierra con CL.

Del 27 al 30 de diciembre de 1986 se reunía en Cobacha la Fraternidad de CL de España. Estaban presentes, entre otros, el obispo Martínez y los sacerdotes Calavia, Carrón y García, además de los matrimonios Carras y Oriol. Durante el diálogo salieron juicios sobre la Iglesia del posconcilio y sobre el valor de CL, a partir de una conversación entre Jean Guitton y Pablo VI —de 1977, pero hecha pública en aquellos meses—, en la que el Pontífice afirmaba: «Hay un gran problema en este momento en el mundo y en la Iglesia, y lo que está en juego es la fe. [...] Lo que me impresiona cuando considero el mundo católico es que en el seno del catolicismo parece ir ganando terreno a veces un pensamiento de tipo no católico, y puede ser que ese pensamiento no católico en el seno del catolicismo sea el más fuerte el día de mañana»²⁷. Giussani observaba que, frente a esa realidad mundana que penetraba en ella, «la Iglesia sufre un abandono de la propuesta de su propia identidad, y por ello de su misión».

Por eso sostenía que «la mayor necesidad de este momento es la recuperación de la conciencia del cristianismo como hecho presente en cada momento de la historia, cuya identidad —cuanto más salvaguardada y hecha presente [...]— sigue siendo el punto de valoración más eficaz de lo humano, y también de salvación de la historia. [...] El hecho cristiano es Cristo presente, conforme al designio del Padre en la historia, dentro de su cuerpo misterioso que es la Iglesia». Por eso, revivir el hecho cristiano significa «tomar conciencia de la tradición auténtica (a través del magisterio del Papa) y procurar afrontar el mundo lo más posible a través del signo de la unidad»²⁸.

Assago 1987

«El recuerdo más intenso que llevo conmigo de don Giussani se remonta precisamente a aquel 6 de febrero de 1987, el día en que a invitación mía tomó parte en la asamblea regional de la DC de Lombardía». Lo afirma Bruno Tabacci, en esa época secretario de la sección lombarda de la Democracia Cristiana. «Eran años fecundos, pero también

años en los que, aunque fuera todavía de forma incipiente, empezaba a manifestarse la separación entre la política y los ciudadanos. Pronto todos íbamos a pagar las consecuencias. Pues bien, de aquel día recuerdo justamente el llamamiento que dirigió don Giussani a la política para no encerrarse en sí misma»²⁹.

Al introducir la intervención de Giussani y dirigirse a los estados generales de la DC lombarda reunidos en el Centro de Congresos de Assago (Milán), Tabacci dijo: «A nuestro partido le interesa reforzar esta red de obras sociales, de solidaridad concreta. Las obras son, en el fondo, el espejo de la sensibilidad religiosa de nuestro pueblo. Yo creo que hoy nos dará testimonio de ello, y por esto le doy las gracias, monseñor Giussani. Tenemos que ser conscientes de nuestra identidad, debemos saber decir con fuerza quiénes somos y qué es lo que queremos. La política no debe invadir todos los campos, sino plantearse como instrumento de garantía de los derechos de la persona»³⁰.

Después tomó la palabra Giussani: «Soy yo quien tiene que agradecer el honor que se me hace. Pero hay un sentimiento que prevalece en mí y que me lleva a pedir perdón por haberme dejado traer a esta asamblea, porque se podría decir: ‘Sutor, ne ultra crepidam’ [Zapatero, a tus zapatos, *nda*]. Pero lo he hecho precisamente por amistad, y por tanto, quizá sea más fácilmente perdonable. Así que procuraré no hacer un discurso, sino responder puntualmente al tema que se me ha propuesto. Y confieso que ahora estoy más tranquilo que antes, porque, a medida que el doctor Tabacci exponía su introducción, me he sentido profundamente de acuerdo con él, especialmente cuando ha citado a nuestro pueblo, cuyas obras son el reflejo de una sensibilidad religiosa»³¹.

«Assago 1987», como a partir de entonces se llamará a esta intervención de Giussani, constituye una de las síntesis más claras de su postura respecto a la dimensión social y política. La lógica de su intervención fue aplastante; cada palabra estaba sopesada, teniendo en cuenta a las personas a las que se dirigía Giussani, el momento histórico que estaba atravesando el país y el compromiso social y político de los católicos italianos. Empezó observando que «la política, en cuanto forma más acabada de cultura, no puede dejar de tener como preocupación fundamental al hombre», pero enseguida se preguntaba qué era lo que determinaba, lo que daba forma a este último. Él identificaba en el sentido religioso «ese elemento dinámico que a través de las preguntas, de las exigencias fundamentales en las que se expresa, guía la expresión personal y social del hombre».

El sentido religioso aparecía, así, como «la raíz de la que brotan los valores. Un valor, en última instancia, es la perspectiva de la relación que hay entre algo contingente y la totalidad, lo absoluto. La responsabilidad del hombre, a través de todas las solicitudes que provienen del impacto con lo real, se pone en juego en la respuesta que da a esas preguntas que el sentido religioso —o ‘corazón’, según el lenguaje de la Biblia— expresa». En el juego de esta responsabilidad frente a los valores, el hombre tiene que vérselas con el poder: «Entiendo por poder lo que en su libro —titulado así— Romano Guardini definía como descripción del objetivo común y organización de las cosas para alcanzarlo». Ahora bien, continuaba Giussani, «o el poder está determinado por la voluntad de servir [...] al hombre, a la cultura y a la praxis que deriva de ahí, o bien

tiende a reducir la realidad humana a sus propios objetivos; y así, un Estado que se considere fuente de todos los derechos reduce al hombre a ‘pedazo de materia o ciudadano anónimo de la ciudad terrena’, por usar los términos que emplea la *Gaudium et spes*».

Pero, si el poder mira solamente por sus objetivos, «tiene que tratar de gobernar los deseos del hombre. De hecho, el deseo es el emblema de la libertad, porque abre al horizonte de la categoría de lo posible; mientras que el problema del poder, entendido como he apuntado antes, es asegurarse el máximo de consenso por parte de una masa cuyas exigencias están cada vez más condicionadas. De este modo, los deseos del hombre, y por consiguiente los valores, se ven esencialmente reducidos». Pero si sucede esto, observaba Giussani, el panorama social se vuelve «cada vez más uniforme, más gris (pensemos en la ‘gran homologación’ de la que hablaba Pasolini), [...] porque entonces el poder se convertiría en prepotencia frente a una impotencia buscada, precisamente, con la reducción sistemática de los deseos, de las exigencias y de los valores».

Giussani decía estar convencido de que justamente «en el aplastamiento del deseo tiene su origen la confusión de los jóvenes y el cinismo de los adultos; y ante la astenia general ¿cuál es la alternativa? Un voluntarismo asfixiante y sin horizonte, sin genialidad ni amplitud, y un moralismo de apoyo al Estado como fuente última de la vida y la actividad humana». Por esto hablaba de una «cultura de la responsabilidad» que debe mantener vivo el deseo original del hombre. Ese punto de partida, además, empuja a los hombres a asociarse «no en lo provisional de un resultado, sino sustancialmente a juntarse en la sociedad según una entereza y una libertad sorprendentes (la Iglesia es el mejor ejemplo de ello), de modo que el surgimiento de movimientos es señal de vivacidad, de responsabilidad y de cultura, que dinamizan toda la organización social», porque esos movimientos son incapaces de quedarse en lo abstracto; por el contrario, tienden a afrontar las necesidades «imaginando y creando esas estructuras operativas capilares y oportunas que llamamos ‘obras’, ‘formas de vida nueva para el hombre’, tal como dijo Juan Pablo II en el Meeting de Rimini en 1982, proponiendo nuevamente la Doctrina social de la Iglesia».

Esta es la raíz de la primacía de la sociedad frente al Estado, por lo que «un partido que ahogase, que no favoreciese o no defendiese esta rica creatividad social, contribuiría a crear o a mantener un Estado prepotente sobre la sociedad». Giussani estaba de acuerdo con Pasolini cuando este «decía amargamente que un Estado de poder, como el que tantas veces tenemos hoy, es inamovible; como mucho, deja espacio a la utopía porque esta no dura, o a la nostalgia individual, porque es impotente». Por el contrario, una política verdadera —según Giussani— es la que «defiende una novedad de vida en el presente, capaz de modificar también la organización del poder».

Y lanzando casi un llamamiento a los dirigentes lombardos del principal partido que en aquel momento gobernaba Italia, concluía: «Así pues, la política debe decidir si favorecer a la sociedad exclusivamente como un instrumento suyo, como una manipulación del Estado y de su poder, o bien impulsar un Estado que sea

verdaderamente laico, es decir, que esté al servicio de la vida social según el concepto tomista de ‘bien común’, retomado vigorosamente por el magisterio grande, aunque olvidado, de León XIII». Pero enseguida aclaraba que había hecho esta última observación, aunque fuera obvia para todos, para recordar que era «un camino nada fácil, sino duro, como lo es, por otro lado, el camino de toda verdad en la vida. Pero no hay que tener miedo, tampoco en este caso, de lo que decía el santo Evangelio: ‘Quien se aferre a sus cosas, a su vida, la perderá, y el que entregue su vida en nombre de Cristo, la ganará’»³².

Cuando tomó la palabra el padre Angelo Macchi, jesuita y director de la revista *Aggiornamenti Sociali*, Giussani ya había dejado el salón de congresos y no pudo escuchar sus palabras, altamente significativas: «Estoy muy contento de que don Giussani haya venido hoy, porque, finalmente, tras quince años, la Iglesia lombarda e italiana reconocen en él el mérito de haber unido a los jóvenes en nombre de la fe, y de haberles capacitado para un compromiso social y político»³³.

De un tenor totalmente distinto —y también en este caso iluminadores— fueron los juicios del secretario de la DC Ciriaco De Mita, quien, interviniendo a la mañana siguiente, el 7 de febrero de 1987, declaraba: «El riesgo que puede leerse también en el discurso de don Giussani, si no se interpreta correctamente, es saltarse el paso de la política para buscar las razones más altas que explican al hombre sobre la tierra», o, en otros términos, saltarse «el valor de la mediación de la política para traducir en lo concreto los grandes ideales y las tensiones morales de las que somos portadores». También sobre la libre expresividad social, de la que había hablado Giussani, De Mita planteaba una objeción: «Fuera del Estado vencen siempre los intereses más fuertes sobre las esperanzas. Hace falta más Estado, no menos Estado»³⁴. Y *la Repubblica* del 8 de febrero de 1987 confirmaba: «Ayer, sobre este punto, De Mita corrigió a Giussani: es la política la que debe primar sobre los movimientos, so pena de un cortocircuito social»³⁵. Al día siguiente, hablando en Abano Terme, el secretario democristiano repetía que «frente a la inadecuación de las instituciones algunos proponen la presencia libre de movimientos católicos en la sociedad. Es la respuesta equivocada, porque el movimientismo es denuncia, no implicación»³⁶.

Será el mismo Giussani quien responda a estas objeciones algún tiempo después, aclarando que a su modo de ver el motivo del debate era la concepción de la relación Estado-sociedad: «Yo digo: no más Estado y menos sociedad, sino más sociedad y menos Estado, más creatividad capaz de actuar con orden gracias a una educación social adecuada, y menos planificación del poder». Invitado a profundizar el tema de la relación entre Estado y comunidades intermedias, entre instituciones y movimientos, Giussani explicaba: «El verdadero problema consiste en lo que la Doctrina social de la Iglesia llama el principio de subsidiariedad. Un Estado es el ámbito desde el que un poder trata de servir, tal como sugiere el Evangelio, a la realidad viva de un pueblo. Servir, esto es, sostener, valorar, dar equilibrio a la realidad viva de un pueblo».

El que teme que las cosas se generen desde abajo, «el que teme la libertad, teme no

tener las riendas de la situación». Pero el que surjan movimientos, «precisamente porque no se reducen a denunciar ni remiten a un futuro la lucha por superar las contradicciones del presente, constituye un fenómeno que actúa interviniendo de forma apasionada y concreta y que, por tanto, influye en las circunstancias históricas actuales»³⁷.

El 30 de abril de 1987, Giussani participaba en el Centro cultural San Carlos de Milán en una conversación con algunos exponentes políticos católicos. El tema era de nuevo el discurso de Assago. Giussani respondía así a quien consideraba que su intervención se había percibido como algo insólito e inusual para una reunión política: «Hablé conforme a lo que la razón me dicta todos los días, conforme al tipo de educación que he recibido y conforme al tipo de preocupación que vivo normalmente en la relación con los demás. [...] Yo creo que el problema actual es provocar una recuperación del cristiano que le permita aplicar los parámetros de la fe, de la esperanza y de la caridad en la vida cotidiana: hace falta una reconquista, porque el ímpetu de la novedad cristina ha quedado en gran parte sofocado, un ímpetu que afecta al ser, porque es una forma distinta de ser hombres».

Uno de los asistentes afirmaba que con frecuencia el poder se pone en juego en contradicción con el deseo, que Giussani situaba en el origen de sus reflexiones sobre la política. A esta intervención, Giussani respondió: «El poder tiene que ver con los hombres. Y el hombre es más complejo que la lista analítica de necesidades que el sociólogo o el psicólogo de turno establecen. Por ejemplo, el hombre tiene necesidad absoluta de crear, de algún modo, su propia realidad: para comprender bien esto pensad qué sucedería si el Estado os impusiera la mujer y la familia, os dijera cuántos hijos tener, dónde vivir, etcétera. ¡Sería un infierno!». Esto explica la sabiduría que tiene la Doctrina social de la Iglesia, la cual «invita al poder a solicitar, apoyar y por tanto a valorar la iniciativa del hombre y el protagonismo de la gente».

En esta dialéctica el poder, «que está hecho para servir (principio de subsidiariedad), puede convertirse muy fácilmente —por la propia naturaleza del hombre— en tirano o déspota, aun sin llegar al extremo de crear las cámaras de gas de Auschwitz o los *lagers* soviéticos». Esto no significa que Giussani mirase a priori con sospecha el poder, porque este es ante todo servicio. ¿Vale esto también para los cristianos comprometidos en la política? «Un cristiano debe tener presente en sus decisiones y opciones, a cualquier nivel (y por consiguiente también en la política), las indicaciones del magisterio de la Iglesia. Porque o bien yo no creo en esta unidad, o bien, si formo parte de esta unidad, confronto mi criterio con ella y escucho al órgano que expresa con fuerza el sentido del destino y del camino. Porque esto es el magisterio eclesial».

El último que intervino preguntó si un cristiano podía tener como deseo conseguir el poder, y Giussani le contestó con rapidez: «Usted invita al cristiano a desear el poder... ¡Por supuesto! Estoy totalmente de acuerdo». Pero se trata de «desear el poder para servir», porque «no hay nada más cercano al poder que la palabra amor». Por eso dirigía una invitación a los políticos presentes: «Que se multiplique vuestro compromiso: sea cual sea el partido al que pertenezcáis. Basta con que tengáis presentes estas cosas»³⁸.

En vísperas de las elecciones políticas del 14 de junio de 1987, en la entrevista ya

mencionada que concedió a Alessandro Banfi para el semanario *Il Sabato*, Giussani hablaba de los católicos, de la relación con la DC, de la libertad para existir y para construir. En cuanto a la relación entre CL y la política, Giussani la veía como animada constantemente por la «fidelidad a la concepción del hombre y de la sociedad que está implícita en la experiencia cristiana y en la praxis de la Iglesia [...]». Tal como dijo el Papa en Loreto [en 1985, ver aquí, pp. 700ss), es necesaria la unidad de los católicos, que no deriva solamente de la conveniencia política o de una convergencia sentimental de quienes comparten el mismo título de cristianos, sino que nace de un hecho. El hecho es que la comunión bautismal vincula de tal modo al individuo con toda la realidad eclesial que la confrontación en última instancia obediente con la expresión autorizada de esta realidad se convierte en la forma del criterio del individuo. Así pues, estamos por la unidad de los católicos y por la postura política que, al menos teóricamente, quiere ser fiel a la tradición cristiana», es decir, la Democracia Cristiana.

De esto ya había hablado Giussani en 1986, subrayando el carácter razonable que tenía una común tensión hacia la unidad por parte de los católicos: «Idealmente nosotros debemos tender a la unidad también en la política, porque los cristianos deben tender a la unidad en todo, dado que son un solo cuerpo. Por eso no tener el mismo parecer supone ante todo un gran dolor, y por ello no es algo que haya que exigir como un derecho proclamado a la ligera. Aunque muchas es veces inevitable, la diferencia es dolorosa, y todos debemos intentar descubrir por qué el hermano piensa de manera distinta, y comunicarle del mejor modo posible los motivos de nuestra convicción, buscando la unidad»³⁹.

Volviendo a la entrevista para *Il Sabato*, Banfi le refería que la prensa había subrayado que, al aceptar hablar en Assago a una asamblea oficial de la DC por primera vez, Giussani se habría identificado de alguna manera con el partido. «¿Lo volvería a hacer?», le preguntaba Banfi. «Lo volvería a hacer porque estoy convencido de que siempre se puede dar testimonio de aquello en lo que se cree, de las implicaciones admirables y las consecuencias humanamente útiles que tiene la fe; un cristiano debe tratar de hacerlo. Por eso, igual que he dado testimonio en un encuentro público organizado por la DC, habría dado testimonio en un congreso del PSI, en una reunión del PCI o de cualquier otro. Salvando siempre, claro está, la obediencia a mis superiores»⁴⁰.

La última pregunta que le planteó Banfi se refería a la campaña electoral que estaba desarrollándose: «Al constatar cuántos llamamientos ‘católicos’ se están haciendo, parece que la fe, llegados a este punto, solo tiene que ver con el voto...»⁴¹.

Para comprender a qué se refería el entrevistador, merece la pena abrir un breve paréntesis. En relación con el agravamiento de una crisis política que había provocado una vez más la convocatoria de elecciones anticipadas, y ante la inminencia de la jornada electoral, la Conferencia Episcopal Italiana había difundido un documento titulado *Sobre el momento actual de la vida del país*. Refiriéndose al Concilio Vaticano II, los obispos habían escrito: «Consideramos que debemos expresarnos oportuna y serenamente. Somos bien conscientes de que la misión de la Iglesia es de orden religioso y como tal no se confunde con los intereses de ninguna parte política (cf. GS 42), pero estamos

igualmente convencidos de que esto no puede significar silencio o neutralidad en las cuestiones en las que están en juego el bien común, los derechos y los deberes de la persona humana, los valores morales y religiosos (cf. *GS* 76). [...] Sabemos bien que en principio de la única fe no derivan necesariamente idénticas opciones políticas. Pero en concreto no todas las opciones son compatibles con la fe y con la visión del hombre y de la sociedad que brota de la fe. [...] Por tanto, nos parece que la tradición unitaria del compromiso de los católicos italianos está hoy profundamente motivada (cf. *AcL* 8 y *CiPP* 37)»⁴².

Por tanto, se entiende perfectamente que Giussani no encontrara nada escandaloso en este llamamiento, dictado por la urgencia de las cuestiones que estaban en juego: le parecía, en efecto, que la cita electoral podía representar «un modo providencial con el que el Espíritu de Dios logra sacar de la distracción extrema y de la incoherencia casi total, por lo menos una vez cada cierto tiempo, a muchos que solo son cristianos de nombre»⁴³.

También en esta circunstancia Giussani aplicaba, por tanto, el criterio de obediencia a la autoridad de la Iglesia como la razón suprema para un cristiano: por eso, frente a encrucijadas decisivas para la vida social y política, tal como había sucedido ya a mediados de los años setenta (con ocasión del referéndum sobre el divorcio), seguir las indicaciones del magisterio era para él preferible a la afirmación de las opiniones propias, fueran justas o equivocadas.

En Nagoya, Japón

En la segunda mitad de los años ochenta una joven italiana, Angela Volpe, que se hallaba en Japón realizando un intercambio cultural, conoció a una joven, Wakako Saito, quien a su vez le presentó a algunos monjes del monte Koya, donde se levanta uno de los más antiguos templos budistas. A la vuelta de aquel viaje, Angela habló de su experiencia con Giovanni Riva⁴⁴, en aquella época uno de los responsables de CL, y este le informó a Giussani, con el que le unía una larga amistad. Después de algún tiempo, el Centro internacional del municipio de Nagoya —que había organizado una «Semana italiana» y con el que Angela Volpe colaboraba— invitó a Giussani a dar una conferencia sobre el sentido religioso.

Angela Volpe recuerda bien cómo se gestó aquel viaje: «En esa época, con la alergia que desde la posguerra hasta hoy ha habido en Japón frente a las religiones, poder llamar a un sacerdote católico a dar una conferencia pública en un centro perteneciente al municipio de Nagoya no fue empresa fácil. Al final logré convencer a mis superiores. La cosa se debió solamente a la insistencia ante mi jefe, el doctor Enokida, persona abierta y servicial. Asumir una responsabilidad así podía hacer que perdiera mi puesto de trabajo, si las cosas hubieran ido mal de alguna manera. Pero esta testarudez se debió solamente al gran amor y a la confianza que tenía y tengo en Giovanni Riva. Yo amaba también a las personas a las que él amaba».

Y así, a finales de junio de 1987, Giussani volaba a Japón junto a Riva y a Roberto

Fontolan, enviado por el semanario *Il Sabato*.

Giussani, en chaqueta y corbata por respeto a sus interlocutores, hablará el 27 de junio delante de quinientas personas. Fue todo un evento, cuenta Fontolan, «un éxito increíble», recogido por los diarios locales, que hablaban por primera vez de un tal Giussani, «gran educador italiano».

La primera mañana de la estancia en Japón se celebró una reunión privada, durante la cual cinco jóvenes le dirigieron a Giussani preguntas sobre los jóvenes en Europa, sobre el estudio, sobre el temor a entrar en la sociedad, sobre la indiferencia, sobre cómo alcanzar la felicidad y la paz, sobre cuál era el objetivo de una auténtica educación. Giussani observaba: «Estoy convencido de que los jóvenes desean tener un sentido claro del destino que les haga responsables frente a la historia». Pero enseguida, leyendo la situación existencial de aquellos chicos, les dijo: «Temo que la gran seriedad humana que os caracteriza esté acompañada por la soledad»⁴⁵.

Al término de la jornada, uno de ellos, Tomohiro, confesará: «Envidia a quienes pueden vivir con esta energía. Aquí no existe. No nos dicen nunca cómo deberíamos vivir. He oído decir hoy que se puede vivir conforme al propio corazón, por nosotros mismos; que cada uno lo puede hacer, sin condiciones. Jamás había pensado en ello. Estoy impresionado porque comprendo que es algo fácil, pero por otra parte difícilísimo, porque hace falta alguien que te lo recuerde siempre»⁴⁶. Por la tarde Giussani daba su conferencia. Su intervención estuvo precedida por la escucha de la canción *Povera voce*, entonada por un coro japonés, a modo de homenaje al huésped venido de lejos. «Me siento muy honrado por estar entre vosotros, que representáis a uno de los pueblos más grandes, más activos y más gentiles del mundo»; Giussani se excusaba por haber aceptado la invitación «sin saber hablar todavía el japonés»⁴⁷.

A continuación agradeció la sorpresa del coro, «porque lo que acaban de cantar es la primera canción que crearon mis amigos del movimiento hace más de treinta años; esa canción resume toda la pasión de nuestra actividad: ayudar a todos los hombres con los que nos encontramos a tener una vida positiva, a tener sentido de la vida. Nuestra voz canta con un porqué, nuestra vida tiene sentido». Por eso aclaró enseguida que pretendía «dar testimonio de esto, no hacer un discurso»; en efecto, «por extraños que sean nuestros orígenes desde el punto de vista geográfico y también histórico, ninguna lejanía, ninguna diferencia puede producir entre nosotros una extrañeza total, porque todos somos hombres. [...] Así que me voy a permitir no leer, y decir directamente lo que siento en el corazón, porque estoy muy conmovido por vuestra humanidad. La primera cosa, mirando al cielo, a la tierra y a todo, lo primero que sorprende, es que ningún hombre está aislado. [...] Por lo poco que sé de vuestra historia cultural, esto me parece un valor muy sentido. Estoy hablando de esa armonía total, de esa unidad entre todas las cosas [...]. Es uno de los aspectos más agudos de la sensibilidad de vuestra estirpe. Como en esta poesía de Bashō[uno de los más importantes poetas japoneses, *nda*]. Es una sensibilidad que no encontramos en ningún otro lugar: ‘La fragancia de un árbol en flor desconocido llena mi alma’. [...] Pero esta armonía grande y total, esta unidad entre todas las cosas tiene un sentido misterioso para mi vida. [...] Todo hombre nacido del

vientre de una mujer tiene el mismo rostro, la misma estructura interior. [...] La voz del universo, de ese todo del cual nosotros somos una parte pequeña, infinitesimal, esta voz es el corazón del hombre. Al mirar las estrellas o el mar, al enamorarse de una mujer, al mirar con ternura a los hijos, al buscar esforzadamente conocer la naturaleza y usarla, el hombre de todos los tiempos, de todas las razas, busca la felicidad: busca lo que es verdadero, lo que es justo, lo que es bello. Nuestros filósofos antiguos decían: ‘Busca el ser’. Todo lo que el hombre ve en el universo, en la realidad, suscita en él el deseo de la belleza, de la bondad, de la justicia, de la felicidad. Esta es la voz que el universo, que la totalidad produce: se llama ‘corazón’ del hombre»⁴⁸.

Como consecuencia de ello, la alternativa resultaba más que evidente para Giussani, tanto desde el punto de vista cultural como desde el punto de vista existencial: «O esta voz carece de sentido, de realidad y el corazón del hombre no existe, o todo tiene sentido para el corazón del hombre. Nuestra voz canta por un por qué, y nuestra lucha, sí puede decirse así, es para despertar y sostener en los hombres el sentido del carácter en última instancia positivo que tienen la vida y el corazón. El hombre vive para esta relación última, para este destino último de felicidad, sea consciente o no. [...] Sin esta hipótesis sería injusto traer hijos al mundo»⁴⁹.

Giussani citaba después a otro escritor japonés: «Si debo permanecer todavía en este mundo atormentado, que solo la luna sea mi amiga, la que resplandece sobre mi tristeza cuando todos los amigos se han marchado», para comentarlo con estas palabras: «Pero si todo se marcha, no basta decir: ‘Es así’, porque el corazón del hombre exige que no sea así. La razón es conciencia de la realidad con todos los matices de la realidad; y si es realidad la muerte de los amigos y de uno mismo, es también realidad en nosotros la exigencia de felicidad y de permanencia. [...] No puede identificarse la razón con una depresión del alma que dice: ‘Ah, ya no hay nada’. Esto es psicosis, esto es patología. Ciertamente, se necesita valor para afirmar toda la naturaleza tal como se manifiesta en el corazón». Según Giussani, «para quien haya sentido por un solo instante el deseo de la alegría, es un delito decir que el mundo es negativo. El instante de alegría es como una fuente de petición al infinito»⁵⁰.

Después de haber ensalzado el espíritu y la religiosidad orientales, Giussani introducía un último elemento, y lo hacía casi de puntillas, con palabras medidas: «Les pido disculpas, pero en mi tradición, desde mi pasado, me ha alcanzado la noticia de que esa voz del universo, de toda la realidad que he dicho que aparece y se deja sentir en el corazón del hombre, esa voz se ha hecho hombre, de modo que existe una presencia que es compañera del corazón. Que la totalidad, que el misterio de la totalidad se haya convertido en alguien como yo y me acompañe, y que el corazón se apoye en él, debo admitir, debo reconocer que es algo conmovedor y grandioso»⁵¹.

Y a continuación, el debate: ante todo le preguntaron a Giussani cómo enseñar a los hijos a preguntar. «Dando ejemplo, mostrándolo nosotros los adultos», respondía. «Tenemos que darnos cuenta de que se está extendiendo un analfabetismo humano, de que en los jóvenes todo está atrofiado. Pero tenemos que ser conscientes también de que todo se desarrolla en una relación, de que sin provocación no habrá respuesta». Las

preguntas prosiguieron tocando todos los puntos clave de la relación educativa. ¿Cómo ser padre y madre? «Con la conciencia de que a través de vosotros pasa el destino [...] de vuestros hijos». Si la tradición no parece ofrecer recursos suficientes para poder vivir hoy, esto no significa para Giussani que «haya que tirar el pasado, sino que el hombre debe trabajar más, debe ser más consciente de sí mismo, y esto no ocurre más que siendo conscientes de las propias raíces». Aunque los jóvenes son víctimas de una cierta educación, no existe todavía «ningún colegio que prohíba preguntar o buscar amigos con los que compartir la sed de infinito». ¿Y cómo se expresa esa sed? Como deseo de «conocer el carácter positivo de la vida, de nuestra propia vida. De hecho existo yo, tú, tu hijo. Si la humanidad no llega hasta aquí, a este punto de la conciencia, no existe», fue la respuesta de Giussani⁵².

Fontolan anotó en el diario de aquella jornada que, al terminar, los asistentes a la conferencia «rellenaban diligentemente 500 fichas, con direcciones y teléfonos, en donde tenían que proporcionar un comentario telegráfico de la conferencia. Wakako y Angela, [...] que están en el origen del Giussani-day de Nagoya, han contado más de 450 peticiones para que se invite nuevamente al ‘sensei italiano’»⁵³.

Entre los monjes budistas del monte Koya

A la mañana siguiente, Giussani se dirigía primero en tren y luego en teleférico al monte Koya (al sur de Osaka), centro del budismo Shingon Mykkyo, cuya fundación se remonta al siglo IX por obra de Kōbō-Daishi. Con él iban Fontolan, Wakako y sus padres, Angela Volpe y Riva. «Abres la puerta», recuerda Fontolan, «y estás en el siglo XVII. Precioso. Todo de madera, reservados de papel pintado, bambú, vasijas para lavarse en una especie de baño común. Un gran jardín cuidadísimo y, más allá, una colina cubierta de bosques». Y continúa: «Don Giussani estaba sorprendido por la apertura mental de los monjes, estaba interesado por su curiosidad por el cristianismo, que era humana antes que intelectual. Subrayaba esta disponibilidad sin prejuicios que tenían en su modo de acercarse a las cosas, la ausencia de ideología. También él tenía con ellos esa total libertad de relación, esa capacidad de identificación»⁵⁴.

El profesor Shodo Habukawa, maestro de novicios, declara: «Jamás olvidaré aquel día extraordinario, el 28 de junio de 1987, a la una del mediodía, cuando monseñor Luigi Giussani apareció ante mis ojos envuelto en la luz clara e intensa de comienzos del verano. Permanecimos abrazados en silencio durante un instante, sin necesidad de palabra alguna. La profunda emoción de aquel primer encuentro sigue siendo inolvidable para mí». Tras una breve pausa, el bonzo acompañó al huésped italiano a visitar el museo Reihokan (‘sala de los tesoros’), donde, entre las numerosas obras expuestas, «le llamó la atención un detalle de la imagen del *bodhisattva* Kannon de mil brazos. Mientras le explicaba el significado de esos mil brazos del *bodhisattva* Kannon —las innumerables formas de liberar a los seres de sus sufrimientos—, supe que monseñor Giussani conservaba una imagen de este *bodhisattva* que alguien le había regalado». El profesor Habukawa recuerda que por la tarde de ese mismo día fueron a la Universidad

de Koyasan —donde él enseñaba— y allí se reunieron para dialogar con el entonces rector Takagi Shingen, el antiguo rector Matsunaga Yukei, el profesor Riva y Fontolan.

Habukawa recuerda que se quedó impresionado porque Giussani conocía «muy bien» los hechos históricos relativos a la transmisión de la enseñanza esotérica budista por parte de Kukai Kōbō-Daishi; el budismo Shingon Mykkyo nació en la India y fue llevado a Japón por Kukai, quien lo había aprendido en China: «Monseñor Giussani sabía también que Kukai había fundado una universidad pública para las artes y las ciencias hacía unos mil doscientos años». En la visión particularmente abierta de Kōbō-Daishi los estudiantes tenían que estudiar textos nacionales y extranjeros. Y mientras que la Universidad Nacional estaba reservada para la formación de los funcionarios, la escuela religiosa de Kōbō-Daishi ofrecía a la gente común la posibilidad de recibir una formación: «Este fue el tema que se abordó durante aquella primera reunión, gracias al cual creció entre nosotros una sensibilidad común; yo tenía la impresión de estar con amigos de toda la vida, olvidándonos del tiempo que pasaba»⁵⁵.

El encuentro comenzó con el diálogo entre Giussani, Takagi y Matsunaga. Este último observó que la tradición japonesa estaba muy ligada al sentido religioso, «aunque en estos tiempos se ha debilitado mucho» y preguntó si existía todavía esa conciencia religiosa en el pueblo italiano. Giussani respondió que «con el hundimiento de todos los ideales políticos y económicos, el sentido religioso se ha despertado nuevamente en el pueblo», pero el problema era que quien debería retomar en sus manos la tradición y profundizar en ella la había abandonado por una interpretación de la historia cristiana determinada «por las categorías de la filosofía dominante». Por ello, en algunos se convertía por un lado en «intelectualismo, ineficiente, ineficaz, un ideologismo vaciado del contenido del mensaje histórico»; y, por otro lado, en las personas más activas, se identificaba con «una toma de postura política y [...] mucha parte de la teología llamada de la liberación identifica el cristianismo con el marxismo».

Giussani añadía que de estos peligros se libraba el fenómeno de los movimientos, «que no nacen de la estructura oficial aunque están muy apoyados por el Papa, justamente porque los movimientos se esfuerzan por retomar la tradición como respuesta, intelectual y práctica, a los problemas presentes. Por ejemplo, los movimientos son profundamente ecuménicos, se interesan mucho por la raíz religiosa auténtica que hay en todas las formas religiosas y todos combaten el ateísmo práctico».

Takagi coincidía en la importancia que tiene la dimensión ecuménica, tanto que lo primero que decía a sus estudiantes era que debían abrirse a las otras culturas, intentar comprender las otras formas de pensamiento, y que esto era uno de los fundamentos de la educación que se impartía en la Universidad del monte Koya. Respondiendo a esta afirmación, Giussani declaraba que estaba profundamente interesado en comprender cuál era la esencia del budismo «porque ciertamente nos obliga a profundizar en nuestra idea original y, eventualmente, a cambiar su expresión para obtener una fraternidad mayor».

Los monjes le explicaron a Giussani que en la enseñanza de Kōbō-Daishi la verdadera educación no tenía nada que ver con la nobleza, con la riqueza o con la pobreza; era algo que concernía a todos y que consistía en hacer que emergiera la dignidad que cada

hombre tiene dentro de su corazón. Giussani encontraba que esta idea de la educación era «fundamental y apasionante», y por esto, al despedirse de sus nuevos amigos, les dirigió una invitación: «Nosotros celebramos un gran festival anual en Rímini, que se llama Meeting, y cada año tiene un tema; el año próximo tendrá como tema ‘el sentido religioso’. Me gustaría que alguno de ustedes hablase de esta idea de Kōbō-Daishi»⁵⁶.

A propósito de esto el profesor Habukawa recuerda que «el 19 de septiembre [1987, *nda*] llegó una carta que contenía la invitación para participar en el Meeting de Rímini», en la edición del año siguiente, porque Giussani «quería dar la oportunidad de estudiar culturas distintas para ayudar a la evolución personal y conseguir un mejor conocimiento de las diferencias culturales, con el fin de favorecer y desarrollar la amistad entre los pueblos»⁵⁷.

En las vacaciones internacionales de CL, que se celebraron en Corvara del 25 al 30 agosto de 1987, durante la asamblea del 27 agosto Giussani daba la palabra a una muchacha japonesa, Tomoe, «que había llegado a Italia hablando solamente japonés. Llegó a la estación con un cartel en el que ponía ‘Don Giussani’, ‘Giovanni Riva’ y ‘Povera voce’». Los universitarios aplaudieron entusiasmados. La joven dijo: «Don Giussani ha dicho que nos hagamos amigos de las personas con las que sentimos que tenemos el mismo corazón. Pero hay amigos que no son iguales que yo (son distintas la religión, la manera de pensar, el modo de vivir); entonces, ¿qué puedo hacer yo con estas personas?». Giussani le respondió que la amistad es «caminar juntos hacia el destino y por tanto hacia la verdad», que no se podía ser amigos «si se olvidaba o se renegaba de algo. Por tanto, si yo soy amigo tuyo, me interesa mucho lo que piensas, lo que sientes, aquello de lo que tienes necesidad. Comoquiera que tú lo concibas o que yo lo conciba, sabemos que el destino es común, que es lo mismo que decir que la verdad es una. Que tenemos un destino común lo comprendemos porque tenemos el mismo corazón, que tiene la misma sed de verdad, de justicia, de amor y de felicidad. Entonces, cuanto más atento está uno a su propio corazón, cuanto más verdaderamente se ama uno a sí mismo, cuanto más apasionado está uno por esto que no ha hecho él y que es él mismo, más abierto está a cualquier hombre que conozca». Y continuaba: «Es tan igual el corazón, es tan único el destino, que las diferencias están destinadas a ser destruidas, aunque el diálogo doloroso en la diferencia dure toda la vida. Tomoe, hay solo uno, solo un hombre que ha dicho que tenemos el mismo e idéntico destino y que tenemos el mismo corazón, y es Cristo, y por eso yo soy cristiano»⁵⁸.

«Tienes que estar delante de él, no insistirle»

En el ya citado *Equipe* de Corvara de agosto de 1987, Giussani acompañaba a los universitarios a dar un nuevo paso en la toma de conciencia de su vida. Onorato Grassi recuerda que «las comunidades habían ampliado sus fronteras hasta donde llegaba su presencia, es decir, cada persona. Se advertía ‘la tarea cultural, histórica y política inmanente a nuestra experiencia’, como se lee en la invitación al *Equipe* estival, y se descubrían las dimensiones de un cristianismo que abraza integralmente lo humano [...].

Se pasaba, con las debidas distinciones, de la oración a la política, de la meditación a la cultura sin solución de continuidad, en un abrazo que no olvidaba nada de lo que afectaba a la vida»⁵⁹.

Durante la asamblea Giussani observó que la fe tiene que ser razonable. En efecto, nadie podía decir en nombre de la fe, «‘Es así’, obteniendo sin más tu asentimiento. ¡No!». La fe no puede hacer trampas, «porque está ligada de algún modo a tu experiencia: en el fondo es como si ella tuviera que comparecer ante el tribunal donde tú eres juez por medio de tu experiencia». Por otra parte, continuaba Giussani, «tampoco tú puedes hacer trampas, porque para poder juzgar la fe tienes que usarla, tienes que vivirla en serio para poder ver si transforma la vida; y no una fe como la interpretas tú, sino la fe tal como te ha sido transmitida, la fe auténtica. Por eso nuestro concepto de fe tiene un nexo inmediato con cada hora del día, con la práctica cotidiana de nuestra vida, con la vida como proyecto, con la vida como trabajo, con la vida como relaciones sociales, como interés por la *res publica*»⁶⁰.

Y el que aceptara llevar a cabo esta verificación, decía Giussani, descubriría que «la lectura de las necesidades se transforma, la lectura que hace de las necesidades vence la sugestión de la sociedad, vence la sugestión del poder, de lo que el poder te inculca». En ese punto sucede algo extraño: uno «comienza a entender, a comprender que antes no entendía, que los demás no entienden, y siente compasión por todos. Es como si uno hubiera vivido en una alcantarilla, hubiera nacido y vivido allí, creyendo que el mundo era la alcantarilla, y de repente saliera fuera: ‘¡Dios mío, esto es otro mundo!’».

Un universitario tomó el micrófono y preguntó: «¿Y si, en la lógica de esta presencia fuerte y de abrazo a la necesidad, me dirijo a otro, a un compañero de la universidad, y él me dice en un momento dado: ‘Mira, esto es una necesidad tuya pero yo no tengo esa necesidad’?». La respuesta de Giussani partía de la constatación de que «la mentalidad común, creada por los medios de comunicación y por toda la trama de instrumentos que tiene el poder, [...] altera el sentido de nosotros mismos, el sentimiento de nosotros mismos; más precisamente, atrofia el sentido religioso, atrofia el corazón, o mejor aún, lo anestesia totalmente».

Y aquí Giussani retomó un tema que desde siempre dominaba su preocupación educativa: «¿Cuál es el criterio para comprender la verdad sobre el hombre? [...] Es la reflexión sobre nosotros mismos en acción. No hay otro. [...] Y tú comprendes que el otro no comprende lo que tú comprendes porque está bloqueado, está anquilosado, está paralizado, tiene el corazón paralizado». Frente a una persona en estas condiciones, ¿qué se puede hacer, cómo hacer fructífero el abrazo de la necesidad del otro? Giussani ofrecía dos sugerencias: primero, «pedir al Espíritu Creador que renueve la faz de la tierra de aquel hombre en concreto, ¡porque no podemos hacerlo nosotros!»; segundo, «poner continuamente delante de él tu testimonio; no el discurso, sino cómo cambia tu vida tu corazón despierto». Solo así «el otro, al ver cómo vives tú la relación con la mujer, la relación con el deber, la relación con tu pasado o con tu futuro, más o menos lentamente, cuando Dios quiera, cuando su libertad lo acepte, en el tiempo de Dios, se verá tocado». Y en el testimonio se expresa «una manera de vivir la existencia y las

relaciones de la existencia que es incomparablemente más completa, más cumplida en todos sus factores, o mejor, que está abierta a la totalidad, y que resulta posible únicamente por la hipótesis de trabajo que se llama Cristo, por la devoción, por la fe en Cristo»⁶¹.

En este punto de la reflexión, Giussani ponía en guardia con respecto a los errores en los que es fácil caer: el primero consiste en «escandalizarse del otro; que el otro sea así se convierte en una objeción para ti». El segundo es «creer que podemos convertirle con nuestra insistencia». En realidad, a su juicio, todo testimonio, para ser auténtico, requiere una profunda movilización personal: «Tienes que estar delante de él, no insistirle, y tener la paciencia que Dios tiene con el hombre y con el mundo. El tiempo no es nuestro, no lo establecemos nosotros. Pero la verdad la captamos nosotros, la verdad la abrazamos nosotros, la asimilamos nosotros, nos cambia a nosotros»⁶². Una presencia que desafía al otro, esto es el testimonio tal como lo entiende Giussani. Y esta es la raíz de la auténtica amistad.

Lobkowicz. La virtud de la amistad

Giussani volverá sobre estos temas con ocasión de las vacaciones internacionales de CL, siempre en Corvara; vacaciones que empezaron inmediatamente después de la reunión del *Equipe* universitario, del 25 al 30 de agosto de 1987, y que iban a suscitar el interés del profesor Nikolaus Lobkowicz⁶³, presidente de la Universidad Católica de Eichstätt (Alemania), invitado por algunos estudiantes suyos.

Lobkowicz había conocido a algunos estudiantes universitarios italianos durante un congreso en Dallas, en Estados Unidos. Después había entrado en contacto con Giussani en 1984, dirigiéndose a él para que le enviase algunos estudiantes del movimiento. «Solo en estos últimos años», dirá en 1996, «he comprendido verdaderamente que esto fue lo más importante que hice por la identidad de la Universidad Católica de Eichstätt, entre otras cosas porque de sus filas salieron también algunos de mis mejores colaboradores»⁶⁴. Durante una conversación en las vacaciones internacionales, Lobkowicz hizo una afirmación sintética sobre el movimiento destinada a hacerse notoria. Estas fueron sus palabras: «Cuando yo era joven, teníamos el sentimiento de que cualquier persona a la que no convirtiéramos se perdería. En cambio vosotros no vais por el mundo con el sentimiento desesperado de tener que salvar a nadie, sino que anunciáis una bella noticia; entonces ya no es el sentimiento desesperado de que si yo no hago lo bastante, si no trabajo lo bastante, el mundo se cae, sino el sentimiento de que, si yo no doy testimonio, la belleza y la profundidad de la alegría que he recibido no se convierte en presencia para los demás. [...] No somos nosotros quienes salvamos al mundo, es Cristo quien salva al mundo. Pienso que es una cosa que tenemos que recordarnos siempre, y que ha sido subrayada también por Giussani».

A esta afirmación, Giussani replicaba el día después, durante la asamblea, recordando un episodio de la vida de don Gnocchi, narrado también en una página de *Pedagogia del dolore innocente* (el libro testamento espiritual del beato, *ndt*): «En Italia hay una obra

que se llama ‘Los pequeños mutilados de don Gnocchi’; es una gran obra que este capellán de la división italiana Julia había creado para todos los niños mutilados por la guerra, por las bombas. Esta idea se le ocurrió una noche cuando volvió de Rusia. Una vez había entrado en un pequeño hospital de campaña y allí había un niño al que le habían hecho ya siete intervenciones quirúrgicas y tenía el rostro marcado por el dolor. Entonces él se inclinó sobre este niño y le dijo repentinamente: ‘Cuando sufres, ¿en quién piensas?’ Y aquel niño, un poco confundido por la pregunta, olvidando por una fracción de segundo su dolor, dijo: ‘¡En nadie!’’. ‘Y entonces —dijo don Gnocchi— se me oprimió el corazón porque aquel niño no sabía, nadie se lo había dicho, que su dolor era parte de ese dolor que le salva a él y al mundo entero’. En todo caso este es el valor que tiene nuestra vida: la participación en la realidad de Cristo»⁶⁵.

El profesor alemán hablará de aquellas vacaciones internacionales de CL en los Dolomitas como uno de los momentos más importantes de su vida: «Allí pude observar cómo contaba don Giussani a jóvenes de todos los países cosas que, por mi educación, me resultaban en el fondo evidentes, y no obstante las contaba de tal modo que sonaban totalmente nuevas, como si no las hubiera escuchado nunca». Y ¿qué cosas era estas? «Cristo como amigo que te ayuda cuanto peor estás espiritualmente; la Iglesia como comunión creadora de los que están con Él, la amistad que es en sí misma una virtud y no debe desviarse hacia otro objetivo; la fe como respuesta a lo que se ha buscado durante toda la vida; el recuerdo de lo que es el destino para nosotros, los hombres, y el orientarse hacia él». Lobkowicz observaba que son temas con los cuales había crecido, pero que «no he sabido articular como lo ha hecho don Giussani». Y además, le sorprendía y le fascinaba el interés por «actuar ‘culturalmente’, en el sentido más amplio del término, con una apertura a todo lo que el mundo actual puede ofrecer y sin embargo con una clara facultad de discernimiento. Los fieles católicos tienden a estar mustios; don Giussani les educa para que sean magnánimos, para que estén fascinados por la realidad y para que no desprecien a los demás porque sean distintos y piensen de manera distinta. Comunión y Liberación es para mí uno de los raros ejemplos de esa afirmación tan frecuentemente malentendida de que la verdad, es decir, en última instancia Jesucristo, nos hace libres»⁶⁶.

Atenas, un viaje ecuménico

El domingo 26 de septiembre de 1987, en Atenas, el metropolitano Timoteo estaba celebrando la liturgia ortodoxa. En la homilía habló de una reunión que se había celebrado en los días anteriores: «La Iglesia ortodoxa está feliz, feliz, esperando los frutos del trabajo que se ha hecho durante el Meeting del Mediterráneo». Se refería a la iniciativa promovida por un grupo de miembros de CL de Catania, guiados por don Francesco Ventorino, que después de tres ediciones en Sicilia habían decidido trasladarla a Grecia, gracias a su relación con los padres jesuitas del Centro cultural Keo de Atenas.

El tema era la respuesta que el cristiano debe dar al desafío que supone la cultura de la modernidad⁶⁷. Era evidente, en efecto que las grandes tradiciones religiosas del

Mediterráneo estaban en crisis, provocadas por la situación del mundo contemporáneo. El invitado de honor era Giussani, que intervino el 25 de septiembre, en el auditorio ‘Dionisio el Areopagita’. Había sido invitado por Joannis Chadjiaphotis, responsable de la oficina de prensa del Santo Sínodo de la Iglesia ortodoxa de Grecia, por Savas Freris, superior de los padres jesuitas de Atenas, y por Dimitri Salachas, sacerdote de la iglesia católica de rito bizantino (más adelante, ordenado obispo). Giussani habló durante una hora y cuarto, retomando las principales preocupaciones que desde hacía dos años estaba comunicando en el ciclo de conferencias sobre la conciencia religiosa en el hombre moderno (ver aquí, p. 660). Al empezar confesó que estaba «muy conmovido por poder hablar en Atenas»⁶⁸, y que esto se explicaba a la luz de su educación clásica pero sobre todo por la presencia de personas de tradición ortodoxa.

Silvia Giacomoni, enviada por el diario *La Repubblica*, viajó con Giussani en el vuelo de Alitalia a Atenas, y el día después de la conferencia escribía: «‘Hay un milagro con el que se realiza la salvación de la soledad, de la desesperación moral, de la angustia: y es la unidad de los creyentes’. En el pequeño auditorio de San Dionisio don Giussani ha terminado su discurso sobre la ‘conciencia religiosa del hombre moderno’. Le aplauden el nuncio apostólico Mariani, el arzobispo de Atenas, el exarca armenio católico, las hermanitas vestidas de gris, el jefe de la sala de prensa del Sínodo de los obispos ortodoxos Chatzifotis [¡sic!]. Le aplauden el embajador, los diputados Formigoni y Larussa, el vicealcalde de Milán Zola y los ‘cielinos’ de Catania que, al organizar en Atenas la edición de 1987 del Meeting del Mediterráneo, han posibilitado el testimonio del cura de Desio»⁶⁹.

Pero ¿por qué en Atenas? A esta pregunta de Giacomoni Giussani respondía: «Siempre hemos tenido una preocupación ecuménica. El movimiento acababa de nacer [...] y al poco invitamos a La Pira a hablar sobre cómo ‘vivir las dimensiones del mundo’. Aquí he venido por invitación de nuestra gente de Catania». Giuseppe Di Fazio, uno de los jóvenes cataneses, explicaba a la periodista que el empujón para organizar un Meeting en el que dar participación a judíos, cristianos y musulmanes se remontaba al año 82; aquellos jóvenes, escribía Giacomoni, advertían la necesidad de «vivir como protagonistas en su tierra, y por consiguiente, de dialogar también con los estudiantes griegos que se inscriben en sus universidades, y con los trabajadores tunecinos y marroquíes que se han establecido en la isla»⁷⁰.

En el auditorio, por la tarde, frente a las autoridades y al público, «don Giussani afirmó que solamente quería dar un testimonio, que no quería hacer un discurso para ofrecer una demostración operativa. Pero por la mañana se había reunido solo con los ‘cielinos’ en el Keo, el Centro cultural de los jesuitas, para escuchar una exposición sobre la situación actual de las iglesias ortodoxa y católica de Grecia, hecha por Chatzifotis [¡sic!] y el padre jesuita Psaltis: un cuadro sombrío»⁷¹.

El Meeting del Mediterráneo preveía también un seminario de estudios sobre «Tradiciones religiosas y tiempo presente»; Giussani tomaba la palabra después de las dos ponencias de Joannis Chadjiaphotis y del padre Savas Freris. Dijo que estaba sorprendido por la resistencia en el tiempo de la tradición ortodoxa: «Esta tradición, me

daba cuenta mientras hablaba el señor Chadji photis, es un sujeto capaz de resistir. Y de hecho ha resistido durante toda la dominación turca, y mantiene un tejido de fe que raramente se encuentra en otras partes». Del mismo modo, durante la intervención del padre Freris «ha producido cierta emoción en mi ánimo la fidelidad de estos católicos. La fidelidad es siempre la virtud más grande. Pero una vez más me permito expresar el miedo, humanamente hablando», por la fuerza persuasiva de la cultura del poder, porque «tiene una fuerza de penetración de la que quizá seamos todavía poco conscientes».

Y aquí comenzó el testimonio que ofreció Giussani: «Nosotros envidiamos el carácter orgánico que tiene la tradición ortodoxa y la fidelidad histórica de los católicos griegos, pero quizá la forma en que nosotros hemos tenido que afrontar la cuestión moderna puede ser de utilidad también para nuestros hermanos ortodoxos y nuestros hermanos católicos. Cristo ha creado un pueblo nuevo», es decir, la Iglesia con su tradición, pero «a través de los siglos esta tradición orgánica ha sido derruida, ha sido destruida por nosotros. [...] A nosotros nos toca reconstruir este pueblo. Ciertamente no partiendo de cero, porque muchos factores de la tradición están todavía vigentes, vivos».

Giussani concluía identificando por qué se había sentido provocado por la situación religiosa del hombre contemporáneo: «Una fe que no impregne operativa y positivamente, con eficacia experimentable, la vida del hombre en sus necesidades originales y auténticas, no puede a la larga, con el tiempo, [...] no convertirse en algo así como una nubecilla en el cielo»⁷².

Capítulo 26
Laico, es decir, cristiano
El Sínodo sobre los laicos y los diez años de Juan Pablo II
(1987-1988)

El 1 de octubre de 1987 se abría en el Vaticano el Sínodo sobre «Vocación y misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo». Durante todo el mes de octubre más de doscientos padres sinodales se preguntaron sobre la naturaleza y el papel de los fieles laicos en la Iglesia. Entre ellos estaba también Giussani, como miembro de nombramiento pontificio.

En vísperas de la reunión sinodal, el mensual internacional *30Giorni* realizaba un servicio de portada titulado «Laico o no laico... ¿es este el dilema?». La parte fuerte del número era una entrevista a Giussani que había realizado Angelo Scola en verano, y que contenía unas cien preguntas¹. Cuando se realizó la entrevista, Giussani no sabía todavía que el Papa le iba a invitar al Sínodo. La larga conversación se publicaba con el título: «El ‘poder’ del laico, es decir, del cristiano»; ese texto iba a constituir un punto de referencia para el debate en los años siguientes y será propuesto en repetidas ocasiones por la claridad de las respuestas y por su novedad en el plano eclesial.

A la primera pregunta sobre el papel de los laicos en la Iglesia, Giussani respondía: «La cuestión eminente en la realidad cristiana no es ‘laico o no laico’, sino el acontecer de la ‘criatura nueva’ de la que habla san Pablo. [...] A ese hombre nuevo se le pueden confiar tareas y funciones diversas, pero esto, en el fondo, es un problema secundario». Scola le preguntaba a Giussani por qué había insistido tanto en los últimos años en el desafío que la modernidad representaba para un cristiano que quisiera vivir su identidad. «Porque es un desafío radical —sin precedentes— en cuanto que afecta frontalmente a la misma *posibilidad de concebir* la existencia cristiana». Y citando a Juan Pablo II, que había hablado del hombre contemporáneo reducido a «pedazo de materia o ciudadano anónimo de la ciudad terrena», observaba que el cristiano se veía teniendo que «combatir ante todo para reivindicar su derecho a la existencia y para afirmar la ‘utilidad’ histórica de su presencia, en una realidad que considera su pretensión absolutamente irrelevante, insignificante»².

Scola le preguntaba entonces si su propuesta educativa se apoyaba sobre el sentido religioso del hombre, a lo que Giussani respondía: «El corazón de nuestra propuesta es más bien el anuncio de un acontecimiento, que sorprende a los hombres del mismo modo en que, hace dos mil años, el anuncio de los ángeles en Belén sorprendió a los pobres

pastores. Un acontecimiento que ocurre, antes de cualquier otra consideración, y que afecta tanto al hombre religioso como al no religioso. Es la percepción de este acontecimiento lo que resucita o potencia el sentido elemental de dependencia y el núcleo de evidencias originarias al que damos el nombre de ‘sentido religioso’».

El entrevistador le planteaba después la pregunta central: ¿Por qué el enunciado de los dogmas cristianos y de los misterios de la vida de Cristo, de los que todos hablan en la Iglesia, parece no incidir ya en la vida? Según Giussani esto sucedía porque «lo que falta en la Iglesia no es tanto la repetición literal del anuncio, sino la experiencia de un encuentro. [...] Uno se encuentra con el hecho cristiano topándose con personas que ya han tenido dicho encuentro y cuya vida, de algún modo, ha sido ya cambiada por él»³. La causa de la falta de respuesta no recae por tanto en las carencias de su destinatario, sino, en todo caso, en la inadecuación de quien lo propone, y esto implica un problema de método.

Scola le preguntaba a Giussani cómo describiría la cultura dominante y su influencia en la vida cristiana. «Es el *carpe diem*: sacar el mayor placer posible de una realidad cuya dimensión material se concibe prácticamente como la única existente. Con una contradicción, no obstante, que se documenta dramáticamente en la soledad, el lamento y el suicidio que caracterizan la condición de tantos hombres hoy día». En la práctica, se trata de un mundo encerrado en su propio presente, irremediabilmente desilusionado de cualquier esperanza. En semejante contexto el cristianismo corre el riesgo de sobrevivir solamente como «esquema»: «Igual que en las casas de ciertos países de Oriente hay una esquina para los antepasados, ahora ya carente de significado operativo, de forma análoga sobrevive entre nosotros una estructura organizada de devoción religiosa que, tolerada como respuesta para quien siente una ‘exigencia religiosa’, no puede sino expresarse como algo carente esencialmente de incidencia en la vida de los hombres. Hasta el punto de que, como escribió Feuerbach, los testigos del cristianismo moderno aparecen como ‘testigos de una carencia’, porque ese cristianismo parece vivir ‘de las limosnas de siglos que ya han transcurrido’»⁴.

La mención de un rasgo dominante característico de la cultura moderna empujó a Scola a preguntarle sobre el poder en cuanto tal. Giussani respondió: «El poder, no en su ontología y por consiguiente en su dimensión ética estructural, sino en su realidad histórico-política actual, demuestra una enemistad radical hacia el sentido religioso. Es esta enemistad lo que yo pretendo criticar. [...] También la democracia, cuando rechaza la referencia religiosa, se convierte en una moralidad ilusoria»⁵.

Scola preguntaba entonces si no tenían quizá razón los críticos de Giussani cuando le acusaban de no desear otra cosa que un Estado confesional: «Yo digo que la excepción a esta visión pesimista mía sería un gobierno guiado por hombres que hicieran de la religiosidad su camino ascético, poniendo en ella más estima, atención crítica y esperanza que la que ponen en el poder mismo. No pienso por consiguiente en el ‘estado confesional’ como ideal político, sino en un estado guiado por hombres tan religiosos que, en el límite, podrían incluso no ser cristianos. Si por ejemplo un Gandhi hubiera llegado al poder, habría guiado a su nación de un modo que ni siquiera muchos cristianos

de hoy son capaces de llevar a cabo».

Para Giussani el cristiano no tiene miedo alguno del poder: «Más aún, a mi juicio debería desearlo, para poder facilitar más el camino que emprende cada hombre para realizar su destino. El cristiano debería ser el más dispuesto a comprender que no se puede guiar una convivencia civil si no es mortificando y sacrificando algo de sí mismo por el bien común». Pero justamente el cristiano, frente a cualquier poder, será siempre «el luchador por la libertad de la persona y por una sociedad que esté creada lo más posible gracias a las libertades personales y a las agregaciones que surgen espontáneamente en su seno. Una verdadera sociedad —en efecto— es un flujo de movimientos que nacen de la persona y desde abajo»⁶.

La Iglesia no está en absoluto fuera de semejante dinámica; todo lo contrario. También en ella el poder, «si no se concibe y sostiene por el contenido único de la fe —el misterio de Cristo que se dilata en la historia— se reduce a un papel de dominio». Giussani recordaba a ese propósito que ya san Pablo ponía en guardia a los pastores de la comunidad primitiva con respecto a la tentación de «señorear» sobre el pueblo. Para Giussani «la verdadera libertad en la Iglesia sigue esencialmente una dialéctica en la que el primer momento, fundamental, es la posibilidad que se da a la conciencia del hombre de seguir la sugerencia del Espíritu. Lo que significa reconocer al fiel el derecho gozoso de asociarse conforme a las afinidades» que establece el modo que el Espíritu elige para alcanzarle persuasivamente: «De hecho, ¿por qué no debería valer para la Iglesia un derecho, el de asociación, que las encíclicas sociales de los Papas consideran inalienable en la vida de la sociedad?»⁷.

Scola pasaba a continuación a una serie de preguntas sobre el movimiento de CL. A la pregunta de si Giussani no se sentía portador de un carisma fundacional, la respuesta era neta: «¡No! Me siento portador de un ímpetu de vida y, por consiguiente, justamente, de un carisma. [...] Lo que suscita todo esto es un asombro todavía mayor que en los comienzos». Si las cosas están así, ¿cuál es, entonces, la originalidad de CL? «Creo que es la intuición vivida del hecho cristiano como realidad presente *aquí y ahora* que, por usar las palabras del Papa, ‘es lo único que puede cambiar y de hecho cambia al hombre y al mundo’». Desde este punto de vista, Giussani era categórico, «si no fuese para afirmar a Cristo sería inútil que hiciéramos tantos esfuerzos»⁸.

La última pregunta de Scola tenía forma hipotética: «Si Juan Pablo II le invitase al Sínodo y tuviera que tomar la palabra [...] ¿qué le interesaría decir?». Giussani diría que «la esencia de la Iglesia es la misión y que los movimientos constituyen hoy el lugar más vivo de la acción misionera». Añadiría solamente que «la institución, con los sacramentos, la autoridad y la palabra del Evangelio, constituye la morada donde todo esto se alimenta continuamente»⁹.

Pasaron algunas semanas y la hipótesis se convertía en realidad: Giussani era convocado al Sínodo. Él mismo comunicó la noticia durante el *Equipe* de los universitarios que tuvo lugar en Corvara del 20 al 24 de agosto de 1987: «Un acontecimiento demasiado significativo para nuestro movimiento como para callarlo». Lo que es «verdaderamente conmovedor», subrayaba, es que el Papa tiene «un amor

particular a esta compañía nuestra; particular en el sentido más estricto de la palabra».

«Si la fe está escindida de la vida, ya no es razonable»

Don Giussani estaba tan sorprendido por la noticia que no evitó contar el hecho en todos sus detalles: «Hace tres días [el Papa] nos ha recibido (dos días antes había llegado la noticia de que quería hablar conmigo). Empezamos por ir a la misa de las siete y media de la mañana en Castel Gandolfo; éramos ciento cincuenta». La misa, recordaba, fue «un momento bellissimo, porque ver rezar al Papa te deja sin palabras; ver a un hombre que cree verdaderamente te deja sin palabras, un hombre que cree verdaderamente en la verdad, porque lo que da vida a una personalidad es la fuerza inherente de la verdad».

Al término de la función religiosa, el Papa se había entretenido con los asistentes: «Estábamos dispuestos en ‘L’, pero pasó por todos uno a uno. Luego hubo una breve conversación, delante de todos, entre él y yo». Juan Pablo II había preguntado: «¿Qué pedís, qué debo pedir al Señor para vosotros?». Giussani le respondió en nombre de todos: «Que podamos ser más adecuados a los deseos del Papa sobre nosotros, que podamos corresponder más a sus deseos». Y él: «Está bien, y yo, ¿qué debo hacer para corresponder más a vuestros deseos?». «Y yo le respondí, con otras palabras, que sería estupendo verse más, de modo que le pudiéramos decir lo que deseamos de él»¹⁰.

Pero no fue esto lo más impresionante, añadía Giussani, sino lo que pasó después, cuando siguió al Pontífice y habló con él más de una hora: «Mientras subíamos (él había comentado en público recientemente sobre ‘Comunión y Liberación’ diciendo por qué le gustaba; había dicho también en otra ocasión que le gustaba precisamente el nombre de ‘Comunión y Liberación’, porque es objetivamente la síntesis del catolicismo, del cristianismo tal como lo siente él) le dije: ‘Santidad, la comunión es un misterio en el que participamos, pero los jóvenes [...] no pueden adherirse a este misterio si no experimentan la liberación’. [...] Quiero decir que, cuando uno vive la comunión, la forma de la vida, las estructuras de la vida y las flexiones de la vida se vuelven más humanas. Uno cae en la cuenta de que [...] su vida se hace más humana (es el ciento por uno aquí); ama más, siente más, resiste más, se recupera más, nunca se bloquea, se equivoca mil veces, y mil veces se levanta, en resumen, es más humano».

Y recordó que le había dicho también esto: «Si la fe está escindida de la vida, ya no es razonable adherirse a ella, uno se adhiere por sentimiento. Es irracional. Nosotros nos adherimos a la fe racionalmente, razonablemente, precisamente porque, si la fe se vive —la compañía de la fe—, se traduce en obras: la obra es una estructura humana construida para responder a una necesidad del hombre. Y así, para nosotros, la política es una estructura que debe servir para ayudar a que se realice lo que desea el corazón del hombre, lo que el hombre intenta hacer para responder a sus necesidades. Por eso decimos: ‘Más sociedad y menos Estado’, porque la sociedad está hecha de gente, de hombres que buscan la respuesta a su necesidad y que, para hacer esto, crean una familia, crean una cooperativa, crean una casa, etcétera».

Mientras le hablaba de todas estas cosas, observaba Giussani, el Papa estaba «profunda y cordialmente de acuerdo». Incluso «dijo —justamente como lo decimos nosotros siempre, pero lo dijo él—: ‘En caso contrario la fe [eran realmente las palabras que nosotros usamos siempre] se reduce a un aspecto cultural, al culto, o [y esto no me lo esperaba] a un voluntarismo asistencialista’»¹¹.

Giussani continuó contando a los universitarios que el Papa le había dicho también otras cosas: «Pero lo más grande que hizo fue llamarme a participar en el Sínodo de los obispos, que es la expresión más alta de la Iglesia después del Concilio Ecuménico, [...] con los mismos derechos que los doscientos cincuenta obispos, por tanto con derecho a intervenir y a votar». Y para evitar que los universitarios interpretaran en términos personalistas el gesto papal, aclaraba inmediatamente: «No me ha elegido a mí, ha elegido a ‘Comunión y Liberación’ para ir a defender la figura del laico»¹².

Al final de la jornada se distribuyó a los universitarios del *Equipe* el texto de la entrevista a *30Giorni*. El domingo siguiente estaba programada una asamblea sobre ella.

El contenido se discutió por grupos durante toda la mañana anterior a la asamblea, con curiosidad y disponibilidad. Por la marcha de los diversos grupos de trabajo se comprendía, no obstante, que nos encontrábamos como delante de una gran cuesta: se trataba de un texto muy exigente. «No tanto porque fuera difícil el lenguaje —para algunos también lo era—», recuerda Di Martino, «sino por la distancia que se manifestaba entre nuestra conciencia y la que se percibía en las respuestas de don Giussani. La entrevista tenía un gran horizonte, abarcaba una gran cantidad de problemas. Fue quizá una de las primeras veces en que caí en la cuenta del camino que había que hacer, pero sin pesadumbre, más aún, con el deseo de recorrerlo». Di Martino expresaba así sus sentimientos al introducir la asamblea de la tarde con Giussani, extraordinariamente larga y rica, caracterizada por una batería de preguntas sobre los diversos puntos de la entrevista.

A ese *Equipe* estaba invitado también Václav Belohradsky¹³, filósofo checoslovaco, profesor de Sociología en la Universidad de Génova, y autor de la frase que se había elegido para el Cartel (o manifiesto, *ndt*) de Pascua de aquel año, centrada en la relación entre la persona y el poder, sobre la que don Giussani estaba insistiendo en ese periodo. La última intervención la realizó precisamente Belohradsky: «¿Qué es una existencia religiosa, en el sentido que don Giussani ha desarrollado, por ejemplo, en su libro *El sentido religioso*? Significa sobre todo vivir distinguiendo entre la realidad y la imagen. [...] Yo creo que don Giussani ha captado verdaderamente un aspecto grande de la existencia cristiana, religiosa, cuando explica lo que quiere decir vivir todo como signo. ¿Y qué quiere decir signo? Que toda experiencia auténtica abre de nuevo esta diferencia entre la realidad y la imagen. [...] Estamos entrando en una época en que la imagen crea la realidad, en que vivir siendo conscientes de esta diferencia ofende y escandaliza»¹⁴.

«Un protagonista nuevo en la escena del mundo»

El 1 de octubre de 1987 Juan Pablo II abría la VII Asamblea general ordinaria del

Sínodo de los obispos sobre el tema: «La vocación y la misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo». Las sesiones de trabajo ocuparán todo el mes. Giussani intervino en el aula sinodal el 9 de octubre. Su reticencia a tomar la palabra, confesará, se veía atenuada solamente por la conciencia de que el tema del Sínodo se refería sobre todo a algo que como cristiano compartía con los laicos presentes, es decir, el bautismo. De hecho, «¿qué es el cristianismo sino el acontecimiento de un hombre nuevo que por su propia naturaleza se convierte en un nuevo protagonista en la escena del mundo?».

En el curso de su intervención, Giussani expuso de forma realista la situación del hombre contemporáneo: «Dotado de posibilidades inusitadas a la hora de obrar, tiene gran dificultad para percibir a Cristo como respuesta clara y cierta al significado de su mismo ingenio». Ahora bien, frente a esta situación existencial, ¿cómo puede responder la Iglesia? «Lo que falta no es tanto la repetición verbal o cultural del anuncio. El hombre de hoy espera, quizá inconscientemente, la experiencia del encuentro con personas para las cuales el hecho de Cristo es una realidad tan presente que cambia su vida. Lo que puede sacudir al hombre de hoy es un impacto humano: un acontecimiento que sea eco del acontecimiento inicial, cuando Jesús levantó la vista y dijo: ‘Zaqueo, baja enseguida, voy a tu casa’»¹⁵.

Igual que el bautismo es una gracia del Espíritu, también «toda realización del bautismo es un don del Espíritu que se encarna en el temperamento y en la historia de cada uno. Este don del Espíritu puede comunicarse con una fuerza particularmente persuasiva, pedagógica y operativa de tal modo que suscite la implicación de otras personas, un ámbito de afinidades y de relaciones [...]. Así han surgido los movimientos eclesiales». A fin de que este movimiento del Espíritu realice concretamente su gran misión hacen falta dos factores que Giussani describía así: el primero es «la apertura total del carisma a la institución eclesial y, por consiguiente, ante todo, la obediencia al obispo de la Iglesia particular en la que opera, incluso cuando ello exige una profunda mortificación»; el segundo es «un amor a la libertad del Espíritu por la cual el obispo, más allá de sus propias opiniones y expectativas, sepa respetar paternalmente la identidad del carisma, de modo que acoja la concreción de formas que el carisma mismo va asumiendo en su diócesis, como factor constructivo, incluso en el plan pastoral»¹⁶.

Las últimas palabras de su intervención fueron para el Papa: «El orden de la gran disciplina eclesial, cauce de la libertad operativa del Espíritu, florece en la comunión viva con el sucesor de Pedro, lugar de la paz última para todo fiel»¹⁷.

El 30 de octubre de 1987, al término de los trabajos sinodales, Juan Pablo II afirmaba que «el Sínodo ha descrito al fiel laico con su protagonismo cristiano en el mundo», un protagonismo que nace del hecho de que «ha sido sepultado con Cristo en el bautismo y que desde entonces para él [...] vivir es Cristo, ya que en Cristo recupera en plenitud todos los valores humanos»¹⁸.

Al final del Sínodo, el 31 de octubre, el Canal 5 emitió un reportaje especial dedicado a Comunión y Liberación, realizado por Chiara Beria di Argentine y transmitido dentro del programa ‘TV Tivù’ de Arrigo Levi. Entrevistado por la periodista, Giussani subrayaba las razones que le habían hecho hablar del cristiano como de un protagonista

nuevo en la escena del mundo, que ninguna circunstancia —ni siquiera la más desfavorable— podía bloquear, porque era don del espíritu de Cristo y no fruto de capacidades humanas: «La fe abraza todo el horizonte de la vida, por eso no censura y no margina nada de lo que afecta a la vida. [...] Si algo me parece verdadero, si una postura me parece justa y verdadera, aunque me quedara solo... —se lo digo siempre a los chicos: ‘Si os marcharais todos, ¿qué haría yo? Empezaría de nuevo’»¹⁹.

El 26 de noviembre de 1987 Giussani hablaba del Sínodo en la iglesia de San Alejandro de Milán, subrayando el desafío que debía representar para todos los cristianos: «El bautismo marca entre los hombres a aquellos que Dios escoge para que conozcan su presencia en el mundo [...] dentro de esta realidad que es la Iglesia». Pero, desde el comienzo, en la vida de la Iglesia «la alternativa a la fe siempre ha jugado un papel dramático, trágico. En nuestros días [...] la alternativa a la fe es [...] la reducción del mensaje cristiano a la luz de los criterios de la razón humana tal como los formula la cultura de este tiempo. Es decir, ya no es el acontecimiento cristiano lo que desafía a la razón, sino que es la razón la que asalta al hecho cristiano y lo deprime [...]. Hace dos mil años esto se llamaba gnosticismo, ahora se puede llamar con muchos nombres: racionalismo, pensamiento ilustrado, progresismo, secularismo. Puede llamarse con muchos nombres, pero en toda época es una especie de neognosticismo: lo que es verdadero es lo que yo considero verdadero de lo que se me dice».

Se trata de una postura que tiende a reducir la figura de Cristo: «Ya no es realmente Dios-hombre, sino que Cristo es un hombre que sintió a Dios más que los demás, como decía en el siglo XIX Renan, por ejemplo; o bien, Cristo es una palabra, una palabra grande». Todo lo que Giussani llamaba gnosticismo, «desde los primeros días hasta hoy, tiene un denominador común, y puede desembocar en el materialismo o en el espiritualismo del mismo modo, idénticamente. No obstante, en el cauce de la historia cristiana desemboca sobre todo en el espiritualismo, es decir, en un concepto intimista del Espíritu, de Dios». En cambio el Espíritu, conforme a la tradición cristiana, «revela el poder con el que Dios es capaz de plasmar tiempo y espacio, [...] de realizar en la historia una existencia distinta, una obra distinta, no simplemente en términos de piedad, sino una presencia transformadora: [...] cambia el modo de ver las cosas, cambia la inteligencia, el modo de aficionarnos a las cosas, el amor, y el modo de trabajar, es decir, de plasmar las cosas, genera una vida distinta. [...] Es el Espíritu invisible lo que se documenta continuamente, no en una emoción efímera y subjetiva, sino en un cambio de este mundo. [...] El contenido del testimonio que damos de Cristo, por el que se nos ha dado el bautismo, consiste en la demostración de que la fe es útil para el presente, para un cambio presente»²⁰.

Giussani volverá sobre las preocupaciones que habían surgido durante el Sínodo —en particular las relativas a la reducción del cristianismo a palabra abstracta, y a su naturaleza de acontecimiento en la historia— hablando con el padre Antonio Sicari (carmelita, teólogo, biblista y escritor), que le entrevistó para la revista teológica *Communio*: «Hay algo sobre lo que he reflexionado estos días, precisamente durante y después del Sínodo sobre los laicos. Y me ha hecho comprender, más todavía que antes,

hasta qué punto el protestantismo ha entrado tranquila pero peligrosamente en el catolicismo, como dijo el mismo Pablo VI en aquella entrevista concedida a J. Guitton²¹. [...] Toda esta ruina nace de haber rechazado o manipulado la idea cristiana del Espíritu. Cristianamente, el Espíritu es aquel que plasma la materia, es el dueño del tiempo y del espacio, creador del acontecimiento, precisamente porque él es el creador del cuerpo de Cristo, del cuerpo de Dios. En cambio existe la pretensión de separarlo continuamente de la materia, de hacerle huir del cuerpo»²².

Con don Giuseppe Dossetti en Monte Sole

Apenas iniciado el Sínodo, durante una pausa de las sesiones de trabajo, el 2 de octubre de 1987 Giussani fue a Bolonia, donde se estaba celebrando un Congreso eucarístico diocesano, invitado por el cardenal Biffi. El arzobispo explicó al presentarle: «Con mucha dificultad y con mucho sacrificio monseñor Giussani ha conseguido regalarnos esta contribución, a pesar de sus grandes compromisos en el sínodo de los obispos»²³. El tema que le habían asignado era «Para que el hombre viva». Su intervención seguía a la de don Giuseppe Dossetti, que había hablado el día anterior sobre el tema: «Para la vida de la ciudad».

El cardenal recuerda: «Sus voces eran de las que más resonaban en la cristiandad de aquellas décadas, pero los dos protagonistas no se habían hablado nunca: indudablemente era muy distintos entre sí, y la opinión corriente les ponía a veces, de forma estéril, en franca contraposición. [...] La iniciativa era, pues, inesperada, pero solamente el hecho de haberles implicado juntos en nuestra multiforme experiencia congresual fue un signo positivo y una enseñanza provechosa de apertura eclesial»²⁴.

Sería el mismo Biffi quien valoraría aquella decisión suya, una vez terminado el Congreso: «Para mí fue verdaderamente un gran día cuando acompañé a don Giussani a ver a don Dossetti» a Monte Sole (Bolonia), en la comunidad monástica de la «Piccola Famiglia dell'Annunziata», fundada por don Dossetti en los años cincuenta tras su retiro de la vida política activa. El cardenal Biffi aclaraba: «No les yuxtapuse solamente por estrategia, no; primero les hice encontrarse, visto que todos decían que estaban en las antípodas. Yo, que soy amigo de los dos, me dije: probemos a ver qué sucede». El arzobispo les dijo a ambos: «No deseo que la Iglesia de Bolonia sea ni *dossettiana* ni *cielina*, pero en un momento como el del Congreso eucarístico experiencias tan intensas, tan auténticas, tan personalmente profundizadas y vividas, pueden ser un gran don para nuestra Iglesia. Yo aspiro a que ofrezcáis este gran don, poniéndoos de acuerdo en la medida de lo posible». Después de estas palabras, recordaba, «les dejé solos tres horas. Después vi a don Giussani salir conmovido, porque en la lista de las intenciones de la oración de la comunidad de don Dossetti había escuchado también una intención por su movimiento»²⁵.

Las palabras con las que el cardenal introdujo la conferencia de Giussani fueron las del amigo de siempre, educado por los mismos maestros, entusiasmado por los mismos

libros y fascinado por los mismos ideales. Con pocas frases dibujó la figura de Giussani, marcada por algunas convicciones profundas: la centralidad y la belleza de Cristo, la comunidad cristiana como acontecimiento decisivo y experiencia totalizadora y necesaria para el encuentro con Cristo, la grandeza y la sencillez del destino del hombre. De ahí brotaba, decía Biffi, «su incontenible vocación de fundar movimientos. [...] Los fundó incluso en sus años de estudios teológicos y antes, durante el bachillerato». Y con su proverbial ironía añadía: «No sé qué hizo en la escuela elemental y en la guardería, pero tengo la suposición plausible de que algo fundaría allí también»²⁶.

A estas palabras Giussani reaccionó apelando a Kierkegaard, que en su *Diario* decía que «lo importante en la vida es haber visto algo alguna vez, haber sentido una cosa tan grande y magnífica que cualquier otra se anula en comparación con ella, y aunque se olvidara todo, esa no se olvida nunca». Aquí, explicaba Giussani, puede estar «el origen del entusiasmo por nuestra fe, que genera el ímpetu de la experiencia creativa» a la que se había referido Biffi en la presentación; «¡cuántos de nosotros pueden haber vivido, o pueden vivir, ese instante incipiente en el que la oscura capa de nubes que envuelve la vida queda rota por un presentimiento, abierta por una visión, como avivada por algo que apenas parece rozarla!... Ese instante, ese momento o esa encrucijada ya no se puede olvidar»²⁷.

Giussani se excusaba con los asistentes: «Espero no poner una mancha negra, aunque sea pequeña, en esta iniciativa preciosa que es vuestro Congreso eucarístico». En segundo lugar, declaraba que estaba «muy emocionado» por poder hablar después de «un maestro como don Dossetti —a quien he conocido personalmente no hace mucho, gracias a la intervención de su eminencia el cardenal Biffi—, hacia el que tengo una devoción llena de esperanza».

Y comenzaba su conferencia a partir de la pregunta de Pilato —¿*Quid est veritas?*—, a la que respondía san Agustín: *Vir qui adest* («Un hombre presente»). Giussani explicaba: «La eucaristía es este hombre presente. [...] Jesús es el misterio hecho hombre de la carne de María»²⁸.

La conciencia de pertenecer a este Misterio encarnado, proseguía Giussani, es la fuente de la certeza, y «yo creo que precisamente en esta seguridad radica el origen de lo que irrita a las personas a mi alrededor». De hecho, una persona que está segura se ve con frecuencia marginada: «En la sociedad actual esta marginación, este desprecio sutil o proclamado hacia quien está seguro es, a mi juicio, una patología», que provoca fácilmente, no solo extrañeza, sino «enemistad por una diferencia casi insoportable». Pero toda la marginación y la hostilidad del mundo no pueden impedir que suceda esta novedad, novedad que ni siquiera la incoherencia y el límite de un hombre pueden frenar: «Por eso el amor a Cristo [...] puede sucederle a alguien como yo, a alguien como tú, no hace falta ser santos con aureola, no hay nadie que no esté llamado a ello; por eso —y es lo más asombroso de este mundo— no es necesario ser infalibles», más aún, «con frecuencia el que más se equivoca se vuelve más capaz de amor»²⁹. Por otra parte, hacía observar Giussani, ya lo había dicho Juan Pablo II en una poesía escrita mucho antes de convertirse en Papa, dedicada a la figura de la Verónica: «No era nada, era una mujer

como todas las demás que seguía a Jesús dentro de la multitud. Pero cuando fue sacudida por aquel rostro y se abrió paso con los codos, con los hombros —imaginémosla, toda la gente la miraba—, ‘nació tu nombre entre la gente, que fue la primera en ver por dónde te abríais paso; tu nombre nació de aquello a lo que mirabas. [...] La redención [...] buscaba tu forma para entrar en la inquietud de cada hombre’»³⁰. Para Giussani cada uno de los asistentes estaba llamado a ser como Verónica: «Nuestro nombre nace de aquí: el nombre que tienes para tu mujer, el nombre que tienes para tu hijo, el nombre que tienes entre la gente con la que trabajas, el nombre que tienes en público o en secreto, el nombre que tienes para ti mismo». En caso contrario, «nuestra mirada está perdida, e incluso la inclinación por la mujer, por el hombre, por los niños, por los padres, por las cosas bellas, por la música, por el dinero, y por todo es como una inclinación de imbécil»³¹.

Nos podemos preguntar legítimamente cómo es que Giussani decía estas cosas en un Congreso eucarístico. La respuesta la daba él mismo: porque «el punto que atrae nuestra mirada, la señal de este punto fijo en el que converge toda construcción humana, esta raíz y este culmen —*fons et culmen*— es la Eucaristía». Giussani recordaba cuántas veces, en los tiempos del seminario, había escrito en una hoja una frase de la *Imitación de Cristo*: *Ex uno verbo omnia et unum loquuntur omnia et hoc est principium quod et loquitur in vobis* («De una sola palabra todo, y todo proclama una sola palabra, y esta es el principio que habla en vosotros»). «He descubierto más tarde la forma poética de esa frase en el verso de Jacopone: ‘Amor, amor, todas las cosas proclaman’. El Amor da su nombre a todas las cosas [...] y gritando su nombre las reúne a todas»³².

«Amigos míos, ¡estamos ante una emergencia: el hombre!»

En diciembre de 1987 Giussani se hallaba de nuevo en Cobacha, en España; allí estaban también monseñor Martínez y los sacerdotes Carrón, García y Calavia. Giussani acababa de participar en el Sínodo de los obispos sobre los laicos y habló de ello brevemente, refiriéndose a la figura del fiel laico y a la necesidad de una fe personalizada: «El origen de la fuerza es la memoria de Cristo, que no es un recuerdo mental, sino una presencia real y una familiaridad real. [...] El origen es el misterio de la comunicación de la persona de Cristo a la persona del hombre, a la persona». Por esto sostenía que «ha llegado el momento de la personalización». Pero personalización ¿de qué? «Del acontecimiento nuevo que ha nacido en el mundo, del factor de protagonismo nuevo de la historia, que es Cristo, en la comunión con aquellos que el Padre le ha dado». Giussani subrayaba que era un problema de experiencia: «Lo primero en lo que debemos ayudarnos es en confirmar que el principio de todo es la experiencia [...]. El concepto de experiencia equivale a probar algo juzgándolo».

Intervino Carrón: «Como dice un pasaje de san Agustín en las *Confesiones*, ‘la realidad es muda si no se la confronta con el corazón’». Giussani concordaba con él: «La realidad que impacta en ti y que por lo tanto te provoca [...] lleva a un serio problema. Tienes que responder. [...] ¿Y en qué te basas para responder? Te basas en la reacción,

pero juzgada [...] por el corazón». Intervino de nuevo el sacerdote español: «Cada uno de nosotros recibe una cultura de su padre y de su madre: entonces, en muchas ocasiones juzgamos el impacto con la realidad a partir de esta cultura y no a partir del corazón»³³.

El 17 de enero de 1988 Giussani se encontraba en Ímola, con ocasión de la partida para Manaos, en Brasil, de Pierpaolo Pasini, sacerdote del movimiento. «Me decía antes Su Excelencia [Luigi Dardani, obispo de Ímola, *nda*], describiéndome la alteración de la mentalidad de la gente en la historia de nuestros pueblos, aun siendo profundamente cristiana, que Andrea Costa [el fundador del Partido Socialista italiano, natural de ese lugar; ver aquí, p. 31, *nda*] esperaba a la gente a la salida de la iglesia, se subía a una silla y decía: ‘Habéis estado en la iglesia, habéis hecho bien, ahora hablemos de las cosas que afectan a la vida de todos los días. Hablemos del dinero que debemos recibir, de la tierra que tenemos que trabajar’». Y Giussani comentaba así el relato del obispo: «Faltó entonces la relación [...] entre el altar y aquella silla, porque forma parte del hombre no solamente el problema de la salvación, sino también el problema del pan cotidiano». Y citando una frase pronunciada por Juan Pablo II en el Meeting de 1982 —«La misión propia de la Iglesia, aunque divina, aunque trascendente, es una misión histórica»—, Giussani explicaba que la salvación del hombre «implica el más acá y el más allá. La misión de la Iglesia es hacer que se viva también mejor el más acá. [...] La misión de la Iglesia está dictada por una conciencia tan fuerte del destino del hombre, [...] por su destino de verdad y de felicidad, [...] que se convierte también en el punto de mayor defensa del hombre en camino».

«La primera vez que vine a Ímola -recordaba Giussani ante la gente reunida en el palacio de los deportes- fue en el 61 o el 62, en una jornada de niebla y llovizna, invitado por el queridísimo y muy amigo don Carlo Dalpane y por sus estudiantes. Yo no sabía dónde estaban y les vi por casualidad salir de la Catedral; eran treinta o cuarenta, y desde entonces se han convertido en muchos más». El movimiento había crecido así en todas partes, por comunicación espontánea; después del mandato misionero del Papa, en 1984 (ver aquí, p. 690), recordaba que dijo: «‘Tenemos que vaciar la bota, tenemos que darle la vuelta a Italia y hacer que salgan todos para ir a todo el mundo’. Y así, en tres años, hemos creado grupos de amigos en veintiocho naciones. Esto ha servido para multiplicar la intensidad de la vida aquí». Y refiriéndose al sacerdote que estaba a punto de marcharse, observaba: «Pensad si estos muchachos que hacen el sacrificio de cinco años de servicio lejos, no trabajarán por la vida de la Iglesia, cuando vuelvan, cien veces más que antes»³⁴.

Hacía tiempo que don Pasini estaba en relación con Giussani. Entre los muchos episodios de su amistad recordaba un hecho que le había sucedido al comienzo de los años ochenta: pidió ver a Giussani para hablarle de algunas cuestiones referentes al movimiento en Ímola. La cita se fijó para las 10.30 del 15 de agosto, en la vía Martinengo 16 de Milán. El joven sacerdote le pidió a su padre, agricultor jubilado, que le acompañara. Giussani recibió a don Pasini y la conversación fue intensa: «No recuerdo bien lo que me dijo, pero recuerdo perfectamente la última parte de aquel encuentro. Un instante antes de despedirme me dijo: ‘¡Viva Ímola!’». Luego, después de

una breve pausa, preguntó: ‘¿Pero has venido solo?’ Respondí: ‘No, me ha acompañado mi padre’». Jamás lo hubiera dicho: «En ese momento cambiaron la expresión de su cara y el tono de voz. Con la forma expresiva propia de quien hace un reproche severo, casi gritando, me dijo: ‘¿Pero cómo? ¿Por qué no me lo has dicho enseguida?’. Y apartándose enérgicamente, se precipitó a la sala de espera excusándose con mi padre por la falta de atención prestada, sin dejar de regañarme delante de él por no habérselo presentado antes».

Don Pasini recordaba: «Desde aquel momento la conversación se desarrolló entre dos: Giussani y mi padre. ¡Yo me había convertido casi en algo ‘incómodo’! ‘Señor Marino, ¿a qué se dedica usted?’ ‘Estoy jubilado, pero trabajaba en el campo, producía vino’ ‘¡Ah, estupendo. A mí me gusta el Barolo!’ ‘No, yo producía Albana y Sangiovese...’. Yo les seguía, escuchando divertido la conversación que se prolongó casi media hora». A don Pasini le impresionó el interés de Giussani por su padre, «al que no había visto ni conocido antes, pero como si fuera un viejo amigo, cuyo valor se lo daba no el ‘conocimiento cuantitativo’, sino el hecho de estar allí. Y además ¡qué capacidad de reconocer como valor lo bueno y lo bello y de valorar a cualquiera, incluso a un simple campesino como mi padre, que había gozado y continuaba gozando de la bondad y la belleza del vino!». La conversación prosiguió en el bar vecino: «Giussani pidió dos aperitivos precediendo a mi padre que quería ser él quien invitara. Luego mi padre pidió otros dos, obviamente pagando él. A pesar de que a mí no me habían invitado a nada, les miraba conmovido por encontrarme delante de un hombre que me hacía ver de mi padre lo que hasta aquel momento yo no había intuido mas que nebulosamente. Alegre y conmovido, les miraba hablar».

Pocos días después de su intervención en Ímola, Giussani se encontraba en Rímini para el *Equipe* de los universitarios, programado del 29 al 30 de enero de 1988. Durante la asamblea de la mañana Davide Rondoni, entonces estudiante en Bolonia (más tarde poeta y escritor), retomó la expresión «anorexia de lo humano», que Giussani había utilizado algún mes antes para describir la situación juvenil. Sorprendido por aquella imagen, Giussani volvía sobre ello por la tarde, identificando el punto de partida de esa disminución de las ganas de vivir en una «reducción del hombre, de la naturaleza del hombre, a los términos de un esquema que le disloca, le divide, le hace vivir con miedo —porque la violencia es siempre fruto del miedo— y le confina mezquino en su escondite, presa de lo que siente y, en el fondo, presa de lo que sucede y le determina». Después indicó la tarea que se abría ante los universitarios: «¡Amigos míos, estamos ante una emergencia: el hombre! Nuestra tarea es despertar de nuevo la identidad del hombre en esta división universal [...] necesaria para el poder. Volver a dar al hombre su identidad. Y su identidad es una relación absoluta, es decir, libre de cualquier determinación. [...] Lo que le construye es la relación con el Misterio». Pero para responder a esta emergencia del hombre, ¿qué es lo que hay que hacer? «¿Tenemos que blandir cimitarras y hacer un ejército? Imitaríamos a los extraparlamentarios». No, volver a dar su identidad al hombre es posible «no por un razonamiento, por una reflexión sobre uno mismo, no; solo percibes lo diferente de una vida por un encuentro,

si te encuentras con una realidad viva. [...] El encuentro es toparse con una diferencia cualitativa», esto es, «con una diferencia que te atrae. [...] Y te vas tocado»³⁵.

Algo semejante le sucedió al padre Aldo Trento cuando conoció a Giussani en aquel mismo 1988. Con once años de edad, en 1958, había dejado su familia y su ciudad natal, Belluno, para entrar en el seminario de los padres canosianos. Para él habían sido años difíciles, bellos y duros. Ordenado sacerdote en 1971, en plena contestación, acabó simpatizando con la extrema izquierda extraparlamentaria de Potere Operario por su insatisfacción y por el deseo de lo nuevo. Fue trasladado a Salerno, donde se dedicó a los hijos de los presos. Entre la organización de una huelga contra la guerra de Vietnam y las clases de religión sobre las teorías pedagógicas de Paulo Freire³⁶, un buen día cuatro jóvenes de Battipaglia, adonde había sido enviado para dar clase de religión en un instituto, le fulminaron con estas palabras: «Profesor, no es así como usted cambiará el mundo; el mundo cambiará si cambia usted, y usted cambiará si se deja amar por Jesús».

Pronto le destinaron a Feltre (Belluno). La angustia no abandonaba al padre Aldo, hasta que en enero de 1987 un amigo le invitó a un encuentro con Giussani, en Padua. Durante la asamblea intervino una joven mujer, viuda y madre de tres niños. Quedó trastocado; al cabo de algunos meses su admiración se transformó en un gran afecto por esa joven viuda, pero —es mejor proseguir el relato con sus mismas palabras— «dadas las condiciones de vida recíprocas todo desembocó en desesperación, que pronto se convertirá en depresión. Y así, el 25 de marzo de 1988, de rodillas, llorando, fui a ver a Giussani. Me acogió como él sabía hacer, porque en su corazón había sitio para cada uno como si fuera único. Me abrazó, me dejó llorar, me dio caramelos, y al cabo de un largo tiempo de sollozos, me dijo: ‘¡Qué bien, por fin empiezas a ser un hombre! Lo que estás viviendo es una gracia para ti, para ella, para sus hijos, para el movimiento y para la Iglesia’». Y cuando el padre Aldo estaba ya en el umbral a punto de marcharse, le hizo volver y le dijo: «¡Sería estupendo que este verano alguien te hiciera compañía!». Y el padre Aldo: «Pero Giussani, ¿dónde podría encontrar a un hombre, un sacerdote, dispuesto a compartir el verano con alguien como yo, con todo lo que hay que hacer?». «Bueno, te llevaré conmigo». «Durante dos meses me tuvo con él, pagándome todo»³⁷.

El padre Aldo recuerda también: «Mientras yo quería contarle todos mis problemas y mis dudas, él me dijo una cosa importantísima: ‘Dios te abraza no *a pesar de* lo que te sucede y *a pesar de* tu límite, sino *dentro de* lo que te sucede, te aferra *dentro de* tu límite’. La postura de don Giussani», afirma convencido el padre Aldo, «es una postura desconcertante, si pienso en el moralismo de muchos sacerdotes de los nuestros. Así pues, él me acogió y me tomó consigo, ofreciéndome siempre su paternidad, su juicio y su amistad». Dos cosas le resultaron evidentes en esa relación: «La vocación sacerdotal y el vínculo con don Giussani»³⁸.

Poco después, el sacerdote de Belluno dejaba su congregación y se unía a la Fraternidad sacerdotal de los misioneros de San Carlos Borromeo, fundada pocos años antes por don Massimo Camisasca (ver aquí, p. 723), al que conoció a través de don Giussani.

En un momento dado, en mayo de 1989, durante un retiro espiritual en Riva del Garda,

Giussani le hizo una invitación al padre Aldo: «Padre Aldo, he decidido, ahora que te estás convirtiendo en un hombre, enviarte a Paraguay». Entre el asombro y la incredulidad, solo consiguió replicar: «Pero ¿cómo es posible? Todos me dicen que sería mejor que ingresara en el hospital de Feltre para tratarme la depresión, ¿y tú me quieres mandar a la misión?». El padre Aldo recuerda perfectamente aquel instante: «Giussani me miró del mismo modo en que Jesús miraba con ternura al joven rico, a Zaqueo, a la Magdalena, a Mateo, y me dijo: ‘Pues sí, te envío de misión porque solo ahora me siento seguro de ti. Te sacarán el billete y yo te acompañaré a Linate’»³⁹. Se marchará a Paraguay el 7 de septiembre de 1989.

El padre Aldo sostiene que la actitud que tuvo Giussani provocó en él un auténtico renacer, como vida personal y como capacidad operativa: párroco de la iglesia de San Rafael en Asunción, será desde 2004 el promotor de una clínica para enfermos terminales encomendada a san Ricardo Pampuri, convirtiéndose, en años recientes, en una de las figuras más representativas de CL en América Latina.

El «caso Lazzati»

En febrero de 1988 explotó lo que iba a ser recordado como «el caso Lazzati». A consecuencia de un reportaje periodístico titulado «Trece años de nuestra historia»⁴⁰ publicado en cuatro partes —entre agosto y noviembre de 1987— en el semanario *Il Sabato*, los periodistas Antonio Socci y Roberto Fontolan se vieron citados en el tribunal eclesiástico de la diócesis de Milán. La iniciativa fue de la asociación Rosa Bianca, promovida a finales de los años setenta por Paolo Giuntella y un grupo de jóvenes comprometidos en el asociacionismo católico —Acción Católica, FUCI, AGESCI, ACLI—, críticos hacia la Iglesia italiana que, «en la estela de las esperanzas suscitadas por el Concilio, no parece aceptar la opción del pluralismo de los católicos comprometidos en política», tal como se leía en la presentación oficial de la asociación⁴¹. La Rosa Bianca estaba vinculada a la Lega Democratica, un movimiento político que surgió al calor de las batallas refrendarias de los primeros años setenta, en particular la del divorcio, y animado por figuras como Achille Ardigò, Luigi Pedrazzi y Pietro Scoppola.

La acusación que se les hacía a los periodistas de *Il Sabato* era que habían enfangado la memoria y la «buena fama» de Giuseppe Lazzati. Socci y Fontolan habían releído la reciente historia italiana descubriendo, entre otras cosas, signos de una «corrosión protestante del catolicismo político»⁴², atribuida al laicismo imperante, cómplice de esa componente del catolicismo italiano conocida bajo el nombre de «católicos democráticos», entre cuyos exponentes figuraba también Lazzati. Para los periodistas de *Il Sabato*, la fecha que marcaba la afirmación pública de la postura católico-democrática (que reivindicaba la autonomía política del creyente frente a la autoridad eclesiástica) era el 12 de mayo de 1974, día del referéndum sobre el divorcio. En aquel asunto muchos exponentes del catolicismo democrático, en nombre de la libertad de conciencia, habían engrosado de hecho las filas de los que apoyaban el divorcio (ver aquí, p. 485).

Era la primera vez que un grupo católico recurría a un tribunal eclesiástico contra

periodistas católicos. El hecho suscitó un amplio eco en frentes opuestos: Giorgio Bocca acusó, en *La Repubblica*, a los autores del reportaje de «violencia intelectual abstracta y esquemática» y de haber obrado sobre la base «de la imaginación, de la invención, de la ‘dietrología’ carente de pruebas» y con «ánimo reaccionario»⁴³, y por otra parte el director de *Il Giornale*, Indro Montanelli, pintó a los autores de la denuncia como «nuevos inquisidores»⁴⁴.

Entre los que consideraron la iniciativa de la Rosa Bianca desproporcionada con respecto al hecho figuró el filósofo Augusto Del Noce, el cual se preguntaba el porqué de una denuncia tan fuerte contra los dos jóvenes periodistas cuando nadie intervenía frente a teólogos que contestaban abiertamente las verdades de la fe y el magisterio de la Iglesia. A Del Noce le sorprendía que precisamente un grupo de católicos progresistas y abiertos al diálogo diera pruebas de intolerancia hacia quienes se habían permitido criticar las opciones políticas de algunos intelectuales católicos. Y además observaba que en la investigación de *Il Sabato* la figura moral de Lazzati no había sido tocada de ningún modo⁴⁵.

El proceso eclesiástico iba a concluir meses después con el compromiso de *Il Sabato* de publicar un artículo «reparador» de la memoria de Lazzati.

En el contexto de esta polémica periodístico-eclesiástica Giussani concedía en marzo de 1988 una larga entrevista a David Seeber⁴⁶, figura de referencia de la información religiosa en Alemania, de la revista teológica *Herder Korrespondenz*. El «caso Lazzati» quedó en el trasfondo, pero ofreció ocasión al periodista para preguntar a Giussani respecto a la llamada «opción religiosa», que había llevado a cabo en los años sesenta la dirección de la AC, para marcar una distinción clara entre el ámbito eclesial y el ámbito político-partidista (con evidente referencia al partido de los católicos, la Democracia Cristiana), y que se estaba renovando en los años ochenta bajo la presidencia de Alberto Monticone (1980-1986), para subrayar la autonomía de las realidades terrenas y de la acción política de los católicos, en el sentido de una pluralidad de opciones. Ya desde la primera entrevista con ocasión de su nombramiento, Monticone había dejado claras sus intenciones, declarando que creía que «la presencia de los intelectuales católicos será más fuerte cuanto más se esconda en la realidad laica de la cultura del país» y que con la opción religiosa «la AC es también una opción laica»⁴⁷. El culmen de esta orientación de la AC se produjo en el Congreso de la Iglesia italiana en Loreto, en 1985 (ver aquí, p. 700): en aquella ocasión resultó evidente la separación entre la «opción religiosa» de la Acción Católica y lo que los medios de la época tradujeron con la fórmula «católicos de la presencia», utilizada para identificar permanentemente a CL. En un artículo publicado en *La Civiltà Cattolica* el padre jesuita Bartolomeo Sorge ponía a los «cristianos de la mediación» frente a los «cristianos de la presencia»⁴⁸.

El periodista alemán preguntó a ese respecto a Giussani: «Usted [...] contrapone una ‘concepción’ extremadamente ‘unitaria’, como cualidad distintiva de CL. [...] Al decir ‘unitaria’, ¿alude sobre todo a la unidad (¿unitariedad?) en la fe? ¿O bien a la unidad entre fe y vida? ¿O se refiere a la completa integración de Iglesia y sociedad en la acción

concreta?». Giussani respondía: «La cuestión decisiva para mí es esta: o la fe es el principio formativo interior de la persona, que determina al individuo en todas sus expresiones vitales, o bien la fe es simplemente una regla de vida abstracta, un apoyo exterior para cierta moral social». Y añadía: «La fe se refiere al sujeto humano por entero, al sujeto en su totalidad. La fe lo transforma en esa ‘criatura nueva’, de la que habla el Nuevo Testamento. El sujeto que ha sido tocado por la fe en su totalidad no puede dejar de comportarse y actuar, en todo lo que hace, a partir del carácter específico típico de la fe. Y nuestra orientación cultural nace de la unidad entre fe y razón. De aquí deriva también nuestra sensibilidad política. Pero esto no quiere decir que los nuestros [nuestros amigos] no puedan tener opiniones diferentes sobre la misma cuestión. La unidad es necesaria cuando se trata de problemas fundamentales para la convivencia humana».

Seeber no logró evitar una pregunta respecto a la acusación de integrismo que se ocultaría tras la concepción y la praxis de la fe que caracterizaba a Giussani, y este respondió: «¿Qué es la fe sino el reconocimiento de la presencia de Dios como centro de la vida? Estar presente significa por tanto hacerse cargo sencillamente de todas las necesidades humanas y plasmarlas conforme a la medida de la verdad, a la medida del amor, a la medida de Cristo». El periodista insistía: «En CL —incluido usted— se habla poco de la autonomía de las realidades terrenas...». Y Giussani: «La autonomía de las realidades terrenas es un hecho obvio, si con ello se entiende que cada cosa debe ser tratada conforme a su naturaleza y a la finalidad ínsita en su naturaleza. Pero no se concilia en absoluto con la fe cristiana si con eso se entiende, en cambio, que existen ámbitos en los que el hombre puede prescindir de su fe...».

Seeber observaba, entonces, que Giussani hablaba mucho de ‘hecho cristiano’, pero parecía carecer de los elementos de «mediación entre el acontecimiento de Cristo y el mundo moderno que es muy diferente». También en este caso Giussani invitaba a distinguir: si realizar una mediación significa «hacer que la interpretación, la comprensión, del acontecimiento de Cristo dependa del momento histórico contingente, entonces esto hace saltar las alarmas. El acontecimiento de Cristo es algo objetivo. [...] Por consiguiente tengo que juzgar a partir de él la cultura de mi tiempo y también mi vida personal». Si, por el contrario, se entiende por mediación que «los cristianos tienen que adentrarse en la cultura de cada época para poder comprender y juzgar hasta qué punto es compatible con el cristianismo, entonces estoy totalmente de acuerdo»⁴⁹.

La diatriba en torno al «caso Lazzati» también fue objeto de atención durante el *Equipe* de los universitarios, que se celebró en Rímini el 28 de mayo de 1988. A lo largo de la asamblea las intervenciones se refirieron repetidamente a ello, hasta el punto de que don Giussani decidió compartir los recuerdos que tenía del profesor Lazzati, desde sus primeros encuentros, en la época en que estaba en el seminario de Venegono: «Yo estudiaba bachillerato y teología, y estábamos en la época fascista. Entonces él era el jefe de los jóvenes de la Acción Católica de Milán, pero era también bastante conocido al menos en el norte de Italia. Y nos entusiasmaba cuando venía». Después de aquella época «le perdí de vista y oí hablar (segundo momento de su figura en mi memoria) de la

acción que ejerció junto a Fanfani y Dossetti en la Asamblea Constituyente para introducir en la legislación italiana ciertos principios. Por ejemplo, el principio de la intangibilidad de la vida, y muchos principios naturales que el cristianismo sostiene, pudieron introducirse gracias a ellos. Por tanto también este segundo recuerdo es altamente positivo».

El tercer momento del recuerdo de Giussani estaba relacionado con el comienzo del movimiento, con la reunión de 1974 en Gressoney (ver aquí, p. 178): «Mirábamos a Lazzati como a un protector». Y «cuando había chicos que tenían la intención de entregarse a Dios, yo les enviaba a verle», porque estaba vinculado con la realidad de los «Milites Christi»⁵⁰.

Las dificultades con el profesor empezaron en la época de uno de los primeros congresos de GS, en el que Lazzati habló de la educación en lo sobrenatural (ver aquí, pp. 178ss): para Giussani el problema era «el método con el que educar a los jóvenes para comprender qué quiere decir» eso, porque si algo que concierne a la vida «se comunica con una metodología que no influye persuasivamente en el gusto cotidiano, en el compromiso cotidiano, esa abstracción no puede sino desembocar, en un momento dado, en una concepción dividida del hombre»⁵¹.

Del periodo de Lazzati como rector, Giussani recordaba que «siempre se había opuesto al movimiento de Comunión y Liberación. [...] Él y yo tratamos de dialogar sobre nuestras diferentes posturas, yo fui a verle y le invité a la *Sala Rossa* del PIME de Milán y él expuso llanamente, pero también cautelosamente, su pensamiento; pero media hora después de empezar interrumpió su intervención porque —dijo— tenía que ir a Roma. Era verdad, pero se interrumpió así una posibilidad de diálogo»⁵².

Con el paso de los años, don Aldo Mauri, ex un extraño consiliario de la Acción Católica, hizo un intento de conciliación, organizando una cena privada con Lazzati y Giussani; la invitación será precedida por estas palabras de Mauri a Giussani, según lo contará este último: «No es posible que vosotros dos, que habéis estado en el origen de todo el movimiento de la Acción Católica —de Milán—, estéis en posturas tan opuestas». Y así recordaba Giussani el episodio: «Intentamos dialogar de nuevo una noche, no recuerdo cuándo, desde las 20.30 a las 2.30 de la noche, en casa de don Aldo Mauri, entonces arcipreste de Sesto S. Giovanni. Cuando estábamos subiendo al coche para volver a casa, dijo Lazzati: ‘Bien, he visto que estamos sustancialmente de acuerdo. Solamente hay *particolar*es (curiosamente en castellano en el original; traducción correcta: detalles, *ndt*)’. Yo le hice notar que entonces no comprendía por qué algunos *particolar*es le empujaban a poner trabas a mis chicos. Lazzati no respondió. Cuando le vi bajar del coche, mientras se encaminaba a su casa, vi su espalda curvada y pensé entonces que aquel hombre había dado toda su vida a Cristo. Fue la última vez que le vi y sentí de nuevo estima por él, esa admiración que siempre tuve por él»⁵³.

Volviendo al diálogo con los universitarios, Giussani dijo que *Il Sabato* había documentado en términos de consecuencias políticas una «diferencia de posturas que es perfectamente concebible en la Iglesia».

Por lo tanto, el trabajo periodístico «no es una acusación a una persona, es una crítica o

juicio negativo sobre una postura, sobre una concepción, cuyo error creo que se puede documentar a través de sus consecuencias», identificables en «una descomposición de la relación entre el hecho cristiano y el hecho humano. O mejor, es como si el hecho humano estuviera cortado en dos a la altura del ombligo, y fuera pertinente en un cierto nivel, el de los valores morales [pero] no lo fuera a la hora de mirar las cosas, de usar las cosas, de la concepción de las cosas, a ese nivel no, para eso están la psicología y la sociología»⁵⁴.

En las mismas semanas de ese *Equipe*, *30Days*, la edición americana del mensual *30Giorni*, publicaba una larga entrevista a Giussani realizada por Alver Metalli. La revista italiana recogió amplios pasajes de ella. El periodista preguntaba cómo explicaría a un lector americano la polémica que se había producido en torno al «caso Lazzati»: «Lo más extraño es que la actitud inquisitorial anacrónica—como ha señalado un periódico italiano— la han asumido no ‘reaccionarios’, sino un grupo de los llamados ‘progresistas’. De hecho, en la polémica que se ha desencadenado, el nombre de Lazzati es objetivamente un puro pretexto. La verdad que pone de manifiesto esta polémica es la tensión entre dos posturas. Por una parte, una concepción en la que la fe no tiene nada que ver con la dinámica con que se afrontan los problemas socioculturales y políticos; y por otra, una concepción para la cual la fe sin cultura se muestra, como ha dicho Juan Pablo II, como una fe ‘no plenamente acogida, no enteramente pensada, no fielmente vivida’ (16/4/1982)». Según Giussani, «una fe que no penetra en la totalidad del sujeto es una fe que no puede evitar volverse abstracta, que no incide en el tiempo y que se reduce a pietismo en la vida del sujeto». Finalmente, a Giussani le resultaba bastante irónico que católicos que se consideraban democráticos, «recurran a un tribunal eclesiástico para intervenir en un debate sobre una valoración histórica, cosa evidentemente desproporcionada»⁵⁵.

Los orígenes de la pretensión cristiana

En marzo de 1988 se publicaba *All'origine della pretesa cristiana*, segundo volumen del PerCorso, en la editorial Jaca Book (e inmediatamente en España, con el título algo modificado, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, Encuentro, Madrid 1988-2010⁴, *ndt*). En su introducción, Giussani indicaba la línea de continuidad que unía este nuevo libro con el anterior (*Il senso religioso*): «Para afrontar el tema de la hipótesis de una revelación y, en particular, de la revelación cristiana, no hay nada más importante que la pregunta sobre la situación real del hombre»⁵⁶. Sería imposible, en efecto, comprender plenamente qué quiere decir Jesucristo «si no apreciáramos bien la naturaleza del dinamismo que hace del hombre un hombre».

Era una convicción que Giussani se había formado desde sus años juveniles, en la época en que leía a Leopardi y su profesor Gaetano Corti le explicaba el prólogo del Evangelio de Juan: Cristo «se presenta, en efecto, como respuesta a lo que soy ‘yo’». En el fondo, él no hace sino comunicar las razones de su misma experiencia. Por eso cualquier lector, para entender esta postura de Cristo, no puede eludir ponerse en juego:

«solo una toma de conciencia atenta, y también tierna y apasionada, de mí mismo me puede abrir de par en par y disponerme para reconocer, admirar, agradecer y vivir a Cristo. Sin esta conciencia incluso Jesucristo se convierte en un mero nombre»⁵⁷.

Giussani conducía en ese libro a descubrir el anuncio cristiano, que representa un vuelco del método religioso tradicional: en efecto, la humanidad, en todos los momentos de su historia, ha tratado siempre de captar el nexo que hay entre su realidad contingente y el significado último de ella. Ahora bien, la pretensión cristiana ha invertido los factores: ya no se asiste al intento del hombre por alcanzar un misterio que está situado más allá de las fronteras del mundo, sino que se está frente a la iniciativa del Misterio que irrumpe en la trayectoria humana, «implicándose directa y personalmente con el hombre». En esta segunda perspectiva, «la relación hombre-destino ya no estará basada en el esfuerzo humano, entendido como construcción e imaginación, como estudio dirigido a una cosa lejana, enigmática, como tensión de espera hacia algo ausente. Será por el contrario toparse con alguien presente»⁵⁸.

En ese punto, y para introducir en la comprensión del contenido del anuncio cristiano, Giussani inventó un relato, destinado a convertirse en uno de los más conocidos suyos: «Imaginemos el mundo como una inmensa llanura, en la que innumerables grupos humanos se afanan bajo la dirección de sus ingenieros y arquitectos, con proyectos de formas dispares, en construir puentes de miles de arcos que sirvan de enlace entre la tierra y el cielo, entre el lugar efímero de su morada y la ‘estrella’ del destino. La llanura está atestada de un sinfín de obras en las que se desarrolla un febril trabajo. En un determinado momento llega un hombre, abarca con la mirada todo ese inmenso trabajo de construcción y, en un momento dado, grita: ‘¡Parad!’ . Poco a poco, empezando por los que se hallan más cerca, todos van interrumpiendo su trabajo y le miran. Él les dice: ‘Sois grandes, y nobles; vuestro esfuerzo es sublime, pero triste, porque no es posible que consigáis construir el camino que una vuestra tierra con el misterio último. Abandonad vuestros proyectos, soltad vuestras herramientas; el destino se ha apiadado de vosotros. Seguidme, el puente lo construiré yo; de hecho, yo soy el destino’». Giussani invitaba a imaginar la reacción de aquella gente ante semejantes afirmaciones: «Los arquitectos en primer lugar, los maestros de obra, los mejores oficiales instintivamente se encontrarían diciendo a sus obreros: ‘No detengáis el trabajo; ánimo, volvamos a la obra. ¿No os dais cuenta de que este hombre es un loco?’ . ‘Cierto, está loco’, respondería como un eco la gente. ‘Se ve que está loco’, comentarían reemprendiendo el trabajo según la orden de sus jefes». Pero algunos «no apartan de él la mirada, están hondamente impresionados, no obedecen como la masa a sus jefes, se acercan a él y le siguen»⁵⁹.

Para Giussani este relato describe lo que sucedió efectivamente en la historia y continúa sucediendo. Por ello, llegados a este punto, «ya no nos hallamos ante un problema de orden teórico (filosófico o moral), sino ante un problema histórico». La primera pregunta a la que debemos respondernos no es: «¿Es razonable o justo lo que dice el anuncio cristiano?», sino: «¿Es cierto que ha sucedido eso o no?», «¿es cierto que Dios ha intervenido?». Giussani hacía notar que la nueva pregunta imponía un cambio de

método: «Mientras que el hombre puede y debe lograr el descubrimiento de la existencia de ese *quid* misterioso, del dios, a través de la percepción analítica de la experiencia que hace de lo real [...], el problema del que ahora estamos hablando, al ser un hecho histórico, no puede comprobarse con la reflexión analítica [...]. Es un dato de hecho acaecido en el tiempo o no: o es o no es, o se ha producido o no se ha producido. O es efectivamente un acontecimiento que ha surgido en la existencia del hombre dentro de la historia, y requiere por lo tanto la constatación que requiere todo suceso, o se queda en una idea. Ante esta hipótesis el método no es otro que el registro histórico de un hecho objetivo»⁶⁰.

Y así, la pregunta de si es verdad que Dios ha intervenido en la historia se ve obligada «sobre todo a referirse a esa pretensión sin parangón posible que constituye el contenido de un mensaje muy claro; se ve obligada a convertirse en esta otra pregunta: ‘¿Quién es Jesús?’. El cristianismo surge como respuesta a esta pregunta». Giussani escribe en este libro que la cuestión religiosa se juega al nivel de esa pregunta: «En cualquier caso, para cualquier individuo al que alcance esta noticia, el simple hecho de que haya incluso solo un hombre que afirme ‘Dios se ha hecho hombre’ plantea un problema radical e ineliminable para la vida religiosa de la humanidad»⁶¹.

Con el cardenal Martini en Caravaggio

En los meses posteriores a la publicación de *All'origine della pretesa cristiana*, durante un encuentro en el que participó a invitación del arzobispo de Milán, se vio lo decisivo que es para Giussani darse cuenta de lo que es la naturaleza humana y de lo central que considera la figura de Cristo como respuesta plena a la dinámica que hace del hombre un hombre.

En vísperas del verano de 1988, el cardenal Martini promovió una peregrinación diocesana de jóvenes al santuario de Caravaggio, e invitó a Giussani a dar su testimonio junto a Oscar Luigi Scalfaro, en aquel momento presidente de la Cámara de Diputados⁶². Fue el 18 de junio de 1988.

Giussani empezó citando una intervención muy reciente del arzobispo, quien había dicho en Leningrado: «Cada vez que se ha rechazado a Dios, que se ha perdido o disminuido su sentido, o se le ha presentado de forma incorrecta, la humanidad se ha encaminado hacia formas más o menos larvadas de decadencia de lo humano y de decadencia de la misma convivencia social»⁶³. Decadencia de lo humano, observaba Giussani, quiere decir que «lo humano se reduce, que el hombre se vuelve mezquino. Y efectivamente, cuando lo que hacemos, o las relaciones que establecemos, responden exclusivamente a nuestro antojo o a una reacción, cuando estos juicios o relaciones nacen del intento (siempre un poco histérico, al fin y al cabo) de afirmar nuestros propios proyectos en la relación entre el hombre y la mujer, en la familia, en el trabajo o en el estudio, en el ámbito cultural o político, el hombre se hace mezquino, es como si estuviera prisionero. Su horizonte se cierra y el tiempo se convierte en juez implacable; lo que hizo y lo que hace empieza a aburrirle».

¿Cómo salir de esta situación desesperante? Para don Giussani el problema es, de forma preliminar pero también esencial, reconocer la presencia de Dios y entrar en relación con Él. Ahora bien, en el caso del cristianismo, esta relación es la que se tiene con personas concretas como consecuencia de un encuentro real y no meramente intelectual. «Nuestra prisión se rompe solamente si el muro se abre y deja entrar al infinito. Por eso su eminencia ha dicho: ‘Quien rechaza a Dios o disminuye su sentido, decae’. Porque la libertad no acepta límites, y solo la relación con Dios carece de confines. Pero ¡cuánto le cuesta al hombre! ¡Cómo admiramos todos los esfuerzos que han realizado los hombres para adherirse a Dios, para imaginárselo, para establecer una relación afectuosa con Él y para expresar estéticamente la emoción que este pensamiento suscitaba en ellos, dando origen a las diversas religiones! En cambio, la Virgen lo tenía a su lado, el Misterio insondable estaba ahí, comía y bebía junto a ella, estaba cerca de ella, ya estuviera despierta o dormida. ¡Qué dimensión tan distinta tenían para ella todas estas circunstancias, pues no podía olvidar en ningún momento la relación que la unía a aquella criatura, antes de nacer, después de nacer, mientras la veía crecer! Cuando Jesús vio aquel funeral por el campo y escuchó a aquella mujer gritar desesperada, y se informó, se acercó a ella y le dijo: ‘Mujer, no llores’. Fue la expresión más grande, más bella de esa ternura a la que ha apuntado el diputado Scalfaro, de esa pasión por el hombre sin la cual, sin sentir la cual, sin caer en la cuenta de la cual, es imposible comprender al Señor».

Giussani revelaba lo que siempre le había impresionado de la historia de la Virgen: «Es la frase que el Evangelio dice después de que el ángel terminó de hablar y María le respondió: ‘Sí, hágase en mí según tu palabra’. ¡Punto! ‘Y el ángel la dejó’ [...]; quién sabe cuántos cientos y cientos de veces he vuelto a ello, imaginándome la terrible situación en que debió de quedarse aquella chica. Porque en cuanto ‘el ángel la dejó’, podía haber dicho: ‘¡Es una ilusión!’, ‘¡Me la he fabricado yo!’, ‘¿Qué quiere decir esto?’, ‘¡Ha sido una fantasía!’». Según Giussani era evidente que «la fe implica un coraje que sostenga la inteligencia. La inteligencia se expresa con un juicio (‘Sí, es así’); pero hace falta el coraje del corazón, ante todo para decir: ‘Es así’, y luego, sobre todo, para permanecer en esta afirmación».

La Virgen, concluía Giussani, «vivió todo el tiempo de su existencia la súplica de lo que Cristo pidió antes de morir: ‘Padre, ha llegado la hora, glorifica a tu Hijo’. Cada uno de nosotros está llamado a adherirse a la figura de la Virgen en su súplica para que venga la gloria de Cristo. Así su vida será una aventura, un camino útil para sí mismo y para los demás»⁶⁴.

En su crónica de la jornada, el vaticanista Domenico Del Rio escribía en *La Repubblica* del 21 de junio de 1988: «Dos veces el arzobispo de Milán abrazó al fundador de Comunión y Liberación. Ocurrió en la avenida y en la plaza del santuario de la Virgen de Caravaggio, durante la peregrinación diocesana del Año mariano, realizada por las asociaciones y los movimientos católicos juveniles. El punto de partida de la larga procesión se hallaba al comienzo de la gran avenida que conduce a la iglesia. Cuando llegó Martini, vio a Giussani en medio de los demás sacerdotes y fue a saludarle.

Este fue el primer abrazo». Cuando llegaron al palco instalado delante del santuario, «el arzobispo y los demás concelebrantes estaban preparados para la misa. Martini se había sentado en el centro. Don Giussani iba hacia el micrófono y empezaba a hablar a los jóvenes. [...] Los dos hombres de Iglesia, que la opinión pública había visto el otoño anterior, en el Sínodo, contrapuestos el uno al otro sobre la naturaleza y el papel de los movimientos eclesiales, se fundían ahora en un abrazo de paz en el altar del santuario mariano. El obispo de la curia milanesa, a quien le había llegado hace algunos meses una denuncia de un grupo de católicos contra *Il Sabato*, [...] se disponía a tener un gesto de fraternidad con el fundador de CL»⁶⁵.

Ratzinger, Von Balthasar, Juan Pablo II

Del 20 al 23 de julio de 1988, Giussani viajó a Paraguay. Se celebraba en Asunción la reunión de los responsables de las comunidades de CL en América Latina. Introdujo el trabajo invitando a prestar atención a tres acontecimientos recientes que exigían la responsabilidad de los asistentes, y que se referían al cardenal Ratzinger, al teólogo Von Balthasar y al Papa.

El primero de estos hechos era la reciente estancia en Chile del cardenal Ratzinger. El 10 de julio, el cardenal se había encontrado con la comunidad de CL en Antofagasta. Por lo que había podido observar, habían sido cuatro los factores que le habían sorprendido y que había apreciado. Vale la pena recoger aquí sus palabras. El primero: «Vosotros sois jóvenes, y expresáis las cuestiones últimas, las cuestiones radicales con la frescura típica de esa edad, y no tenéis miedo de la opinión pública sino que simplemente [...] buscáis la verdad». En segundo lugar, «he encontrado en vosotros una gran voluntad de captar lo esencial. No os conformáis con las cosas penúltimas y superficiales, sino que buscáis realmente el agua fresca en la fuente misma, sin las mediaciones de un grifo cualquiera». Tercero: «Con esta esencialidad se combina [...] una gran voluntad de encarnar la realidad cristiana en una auténtica cultura cristiana. Justamente porque vais a la fuente, a la esencia, tenéis una creatividad capaz de expresar de nuevo lo esencial del cristianismo, en la cultura cristiana de hoy». Por último, «he encontrado como algo determinante en vuestra intención una gran fidelidad al magisterio universal de la Iglesia, al sucesor de san Pedro, el Papa».

Ratzinger definía esto como una «sinfonía de elementos» que le gustaba y que le parecía decisiva para la Iglesia. Y subrayó lo que le parecía más importante: «Constatar que solo nace una nueva cultura cristiana si retornamos a la fuente, si tenemos el coraje de buscar la verdad en su centro. Solo en el ámbito de una gran fidelidad se da la posibilidad de madurar, de que la fe cristiana adquiera nueva fuerza en nuestro mundo»⁶⁶.

En Antofagasta, Ratzinger había hablado también de Von Balthasar, revelando que había reflexionado sobre por qué Giussani y el movimiento habían descubierto «a este gran teólogo, desconocido y poco considerado durante mucho tiempo». Y la respuesta que se había dado era esta: «Me parece que hay una consonancia, una coincidencia entre

sus dotes esenciales y vuestro carisma, porque también él era un hombre ‘de lo esencial’»⁶⁷.

Justamente a partir de esta última referencia de Ratzinger, Giussani introducía el segundo hecho que invitaba a considerar. El 29 de mayo de ese mismo 1988, Von Balthasar había sido creado cardenal (iba a morir el 26 de junio siguiente, a los ochenta y tres años de edad, poco antes del Consistorio del 29 junio durante el cual Juan Pablo II le habría impuesto la birreta cardenalicia) y Giussani le había enviado una tarjeta de felicitación. El teólogo suizo le había respondido desde Basilea, el 6 de junio, con un mensaje de una importancia sorprendente: «Queridísimo hermano, un gran ‘gracias’ por su felicitación. Rece para que mi pequeñísima obra florezca a la sombra de la suya, inmensa. Que Dios le conceda la fuerza de sostenerla hasta el final. Unidos en la oración. Hans Balthasar»⁶⁸.

Apenas supo de la desaparición del gran teólogo, Giussani había hecho publicar el mensaje recibido de Von Balthasar en *Litterae communionis*, presentándolo con estas palabras: «Queridísimos amigos, todos, pequeños y grandes, viejos y nuevos, este último testimonio de nuestro maestro y amigo se refiere a cada uno de vosotros, exactamente igual que se refiere a mí. Sin la entrega de cada uno de vosotros, la ‘obra’ no existiría. Sin la humilde pasión por la gloria de Cristo y de su Iglesia en cada uno de nuestros corazones, la ‘obra’ no sería ‘inmensa’, como dice Von Balthasar. En el dolor, ofrezcamos de nuevo nuestra vida ‘como sacrificio agradable a Dios’: en esto consistirá la obediencia al maestro y el sufragio por el amigo. En el dolor: unidos a los compañeros de viaje a los que Von Balthasar aparentemente ha abandonado»⁶⁹.

Es «impresionante», les decía Giussani a los amigos latinoamericanos, «la reiteración del elogio y del ánimo que ha aportado a nuestra experiencia». Su deseo explícito era que cuantos le escuchaban se dieran cuenta de este hecho: la obra del movimiento, «a la que hemos sido llamados como responsables, de acuerdo con un abandono y una gracia profundos que deben llegar a ser fecundos también para los demás, para otros, es una obra ‘inmensa’»⁷⁰.

El tercer evento que Giussani indicaba a los responsables de Sudamérica era el reciente viaje apostólico de Juan Pablo II a América Latina. El miércoles 11 de mayo de 1988, al encontrarse con los agricultores, los obreros y los mineros de Oruro, en Bolivia, el Papa se había dirigido a los asistentes con estas palabras: «Vengo a traeros un mensaje de esperanza, que no quiere decir pasividad ante las situaciones de miseria que cada día se hacen más evidentes, sino que es compromiso por la construcción de una nueva sociedad fundada en el amor, en la solidaridad y la justicia. [...] Quiero animaros a proseguir en la edificación de la Iglesia, para que cada día sea más testigo del amor divino, instrumento de unidad, sacramento de comunión y liberación integral»⁷¹.

Giussani observaba: «Pocas veces hemos podido experimentar una convergencia de cosas tan grandes», como en estas palabras de Juan Pablo II. «No estaba hablando de CL en un discurso dirigido a nosotros, pero sin duda el Papa ha hecho suya nuestra fórmula proponiéndola a todo el mundo cristiano. [...] Y así pues, nuestra fraternidad, nuestra

amistad, está todavía más obligada a convertirse en un sacramento, esto es, en signo eficaz, vivo, de comunión y liberación integral»⁷².

Todavía marcado por el viaje a América Latina, Giussani volvía sobre estas preocupaciones durante el *Equipe* de los universitarios, que se celebró del 20 al 25 de agosto de 1988. Y lo hacía refiriéndose a la *Redemptor hominis* de Juan Pablo II: «‘Cristo redentor del hombre’ quiere decir que Cristo es quien me permite ser más yo mismo, cada vez más yo mismo, en mi forma de mirar, en mi capacidad cognoscitiva, en mi capacidad afectiva, en mi capacidad de poseer, en mi capacidad constructiva, en mi capacidad de vida. Sin Cristo el hombre no está íntegramente vivo». Y para que estas palabras no se entendieran como algo abstracto, sugería tener presente cómo Karol Wojtyła había madurado esa convicción «en la mina, o bajo la presión de la policía, o bien cuando era profesor en Lublin, ¡o cuando le ordenaron sacerdote!». A la luz de esto añadía: «Imaginaos ahora la gran seriedad con la que aquella noche se le ocurrió esa idea: ‘Bien, escribiré mi primer documento para decir esto: ¡Cristo es el redentor del hombre!’». Giussani quería indicar a los universitarios la tarea que les esperaba: «Lo que nos hace falta es esta personalización, de tal modo que las palabras no caigan como trapos, como pedazos de trapo sucio por el suelo».

Semejante conciencia explica por qué, cuando llegó el décimo aniversario de la elección de Juan Pablo II, Giussani decidió que todo el movimiento rindiera «el homenaje más apropiado para esta gran circunstancia [...] comprometiéndonos en una acción que revalorice, conforme a programas adecuados, la encíclica programática del pontificado, ‘Redemptor hominis’». Esta contenía «el verdadero mensaje del Papa; tanto es así que después de publicarla trataron de matarle»⁷³.

«Ha permitido esta locura desintegradora para llenarlo todo de su misericordia»

En 1988 un grupo de bonzos del monte Koya llegaba a Italia para participar en el Meeting de Rimini, pero antes Giussani quiso que conocieran a los responsables de los universitarios de CL, reunidos en Corvara para celebrar su *Equipe*. El 21 de agosto se los presentaba a todos, recordando que para él había sido tan «conmover escuchar su manera de concebir el misterio último de las cosas, del que deriva —como religiosidad suprema— el respeto de la armonía», que, «imprudentemente pero también valientemente, les invité al Meeting de Rimini. En lugar de tres, han venido diecisiete, con todos sus amigos bonzos. [...] Han venido por la relación que tienen con una amiga nuestra y conmigo»⁷⁴.

Angela Volpe presentó a los tres bonzos y tradujo sus palabras. Empezó el profesor Takagi, rector de la Universidad budista del monte Koya, quien confesó: «Hemos venido muchos de nosotros porque el año pasado tuvimos el placer de conocer a don Giussani. Entre nosotros se produjo inmediatamente una comunión y nos quedamos verdaderamente tocados por esta persona extraordinaria que es monseñor Giussani, que tiene esta capacidad de comprensión respecto a otras personas». Lo que más le había impresionado de las palabras de Giussani era que «el sentido religioso es necesario para

vivir» y que, «aunque el sentido religioso es el mismo para todos, la expresión del sentido religioso es diferente, y este es el significado de las religiones».

Después tomó la palabra Matsunaga, que explicó que «el punto fundamental del budismo *shingon* es reconocer que el hombre es también absoluto, es decir, que puede llegar a ser Buda; y por tanto abrir los ojos quiere decir abrir los ojos a este absoluto que está en él mismo y que está en todo el universo». Por eso en el budismo *shingon* «hay una valoración de lo cotidiano y de todo lo que existe, y por ello no hay que alejarse de lo que existe, sino acercarse a ello».

El tercero en intervenir fue Habukawa, quien empezó recordando un antiguo proverbio japonés: «Cuando llega la mariposa quiere decir que el capullo está a punto de abrirse, y cuando florece la flor quiere decir que la mariposa está a punto de llegar», y comentó: «Nosotros somos un poco como la mariposa. Una de las condiciones necesarias para poder reconocer el absoluto que hay dentro de nosotros es reconocer antes que nada el misterio que hay en la naturaleza, en todo el universo, y esto no depende de nuestro esfuerzo, es necesario un maestro que nos enseñe a hacerlo. En efecto, en el budismo *shingon* es fundamental esta relación entre el maestro y el discípulo».

Siguió un coloquio, al término del cual Giussani dijo: «Con pronta emoción agradecemos a nuestros maestros lo que nos han recordado y hecho sentir hoy. Hay una percepción que me parece el aspecto más inmediato de esta emoción, y es la percepción de una analogía o de una cercanía tal que nos permite repetir las palabras de Rilke: ‘Una pared sutil nos separa’». Después subrayó los tres temas en los que se sentía totalmente de acuerdo con ellos: el primero era «la magnanimidad, la largueza, la amplitud comprensiva del método, del que ha hablado el primer orador»; el segundo era «la relación definitiva con lo absoluto, como ha subrayado el segundo orador». Y el tercero era «lo necesario, lo inevitable que es que exista un maestro, como ha subrayado el tercer orador».

Por ello, resumía Giussani, había ante todo una «estima por todo intento humano de concebir y amar su destino». En segundo lugar, la «pasión por lo absoluto, y por consiguiente la estima por cada detalle de la realidad en cuanto que es parte, que participa de esta pasión por lo absoluto». Y, en tercer lugar, «la necesidad y por tanto el carácter inevitable que tiene, a la hora de hacer un camino, el encuentro con un maestro»⁷⁵.

Giussani había invitado también al *Equipe* de agosto de 1988 al profesor Eugenio Borgna, psiquiatra de fama reconocida. Se conocían desde el verano de 1987. Giussani, a quien María Teresa Ferla —joven psiquiatra y alumna del profesor en Novara— le había hablado de su modo de hacer psiquiatría, había querido ir a esa pequeña ciudad piamontesa para conocerle personalmente. Borgna recuerda: «¿Qué decir de aquel encuentro que se conserva limpidísimo e imborrable en mi memoria y en mis ojos? Él no me habló de sí mismo, de sus maravillosas iniciativas y de sus programas, sino que, con su extraordinaria atención a las diversas experiencias de la vida, quería saber qué modelos de psiquiatría, de teoría, de práctica y de tratamiento estábamos tratando de llevar a cabo en Novara. No puedo olvidar el fulgor de su mirada, el asombro de su

atención, la profundidad y la sencillez vertiginosa de sus preguntas, el interés humanísimo por el destino y por el sentido del dolor y del sufrimiento del alma». Y añade: «Una prodigiosa capacidad de escuchar, de mirar y de intuir la humanidad de quien tenía delante. El profundo conocimiento de los aspectos racionales de la vida se unía, y ya en aquella tarde la cosa me pareció clara, a la conciencia de que, sin la percepción de lo que él llamaba ‘corazón’, no se comprende nada de lo que es la grandeza y la dignidad del hombre».

Aquel primer encuentro marcó el comienzo de una amistad y de una relación frecuente, que desembocó en la invitación al *Equipe* del CLU de agosto de 1988 en Corvara. El 24 de agosto Giussani presentaba al profesor con estas palabras: «Solo tiene un gran ‘defecto’ para la carrera que le correspondería hacer, y es ser un católico claro y convencido. Pero precisamente por ello, obviamente, le hemos invitado a que nos dé su testimonio. [...] Así pues, el profesor contará su experiencia de este acercamiento dramático que es el tratamiento de la enfermedad por excelencia, que es la enfermedad del espíritu (no en el sentido de *pneuma* sino en el de *psyché*). Y nos encontraremos también con la raíz última de la que parte esta posición cultural, que es la fe»⁷⁶.

Borgna recuerda muy bien aquellas palabras de Giussani, considerándolas «de una radicalidad asombrosa. Las palabras con las que quiso presentarme a los universitarios fueron palabras fulgurantes de escucha y de amistad, de generosidad y de comprensión del sentido doloroso que tiene la psiquiatría, del dolor del alma del que se ocupa la psiquiatría, o al menos debería ocuparse. Las palabras que escuché en Corvara me parecieron enseguida palabras que nacían de su *sapientia cordis*, de su cultura inmensa no solo en el campo de la teología, sino también en los de la literatura, la poesía, la filosofía, la música y el arte, en una vertiginosa alianza entre los horizontes de la fe cristiana y los horizontes humanos. Unidos por las exigencias radicales de acogida y de respeto ante el sufrimiento, y el sufrimiento psíquico en particular, el más desconocido y más ignorado, pero uno de los sufrimientos humanos más dignos y más nobles». Borgna confiesa: «Jamás habría imaginado que un sacerdote, un maestro, un profesor de la Católica, el fundador de Comunión y Liberación, se me presentara con esta sencillez maravillosa».

Merece la pena reproducir a continuación un pasaje de la intervención del psiquiatra: «En la relación con un alma que se adapta a la angustia o al sufrimiento», es decir, «en el corazón de toda psicología, o de toda psicopatología, entran en el fondo las cuestiones fundamentales de la condición humana, esto es, el sentido del vivir, el sentido del morir, el sentido del sufrimiento, el sentido de la alegría, el sentido de la solidaridad. Incluso cuando nos enfrentamos con la locura, no nos las tenemos que ver con una inteligencia enferma. En los límites extremos de la locura, la inteligencia mantiene también sus capacidades de articulación, de realización; pero en la locura lo que está dañado, lo que gime, lo que sangra, es el corazón, esto es, la vida afectiva, la experiencia».

Según Borgna, cuando Giussani habla del factor religioso (como algo propio de la naturaleza del yo, que se expresa en ciertas preguntas sobre el significado último de la existencia, del dolor, de la muerte) «remite implícitamente a lo que es el planteamiento

esencial de cualquiera que quiera hacer una psicología radical y humana».

Este, reconoce Borgna, es «el marco radical ideal en el que se sitúa también el sentido humano que tiene el encuentro con la persona que sufre, que nos interpela, que expone, que manifiesta su debilidad y su dependencia pidiendo de nosotros ciertamente no palabras racionales, palabras geométricas, sino a veces un silencio que puede ser infinitamente más rico que las palabras o, en todo caso, una palabra que sepa transmitir algo. A pesar del abismo en el que se hundió Nietzsche, algunas de sus intuiciones radicales llevan su planteamiento más allá de toda su aparente negación de lo invisible, de lo ultraterreno y de lo metafísico; en realidad, en algunas de sus consideraciones Nietzsche capta y toca la vanidad que hay en toda lectura positivista, o sea, materialista, de lo real. Y nos acerca a los nudos esenciales de la vida y del conocer, que siempre son, una vez más, los que ya *El sentido religioso* había precisado y desarrollado. Locura o no locura representan pues realidades humanas que se entrelazan, que se superponen y que penetran también la una en la otra»⁷⁷.

En la síntesis final del 25 de agosto Giussani volvió sobre lo que había oído al profesor. Y, resumiendo el hilo conductor de la lección y del diálogo que se había producido después, volvió a proponer una expresión que le había sorprendido particularmente: «Todos estamos locos». Más allá de las cuestiones específicas, en efecto, «no tenemos ninguna dificultad para comprender que el equilibrio absoluto no lo tiene nadie. De esta falta de equilibrio, de proporción, brota esa inquietud de la que se hablaba, que puede llegar a terminar en la angustia, esa insatisfacción que no es la pureza inocente del deseo de felicidad, de justicia, de bondad, de belleza —que constituye el corazón del hombre—, sino que es precisamente el signo de que este corazón, hecho de deseo de felicidad y de belleza, que vive existencialmente, está como agitado, como renqueante, como dislocado, como si un brazo fuera por aquí y otro por allá, un ojo por aquí y otro por allá».

Esta locura, explicaba Giussani, «tiene una raíz profunda, que en términos cristianos se llama ‘pecado original’». Por ello, «todo lo que hay a nuestro alrededor, todo, incluso los factores que parecen más propicios, familiares y benévolos, tiende a arrancarnos de la conciencia sencilla, de la conciencia de esa identidad entre nuestro yo y la pertenencia a Cristo». Y así «nos abandonamos a la desmemoria, nos hundimos en el escepticismo, nos identificamos con pretensiones que no aguantan ante la más mínima observación seria, como si la novia, el dinero, la carrera, o la afirmación orgullosa, el éxito en los exámenes o la salud, fueran la consistencia de nuestra persona». Pero, continuaba, «no debemos escandalizarnos de la locura que hay en nosotros, sea cual sea el grado que haya alcanzado esa locura. La conciencia de esta dislocación o de esta locura, que es general, hace que sintamos la humanidad ante nuestros ojos tal como la sentían los ojos de Cristo: ‘Se volvió y tuvo compasión de ellos, de la multitud’. ¡Compasión! Y Cristo sollozó por aquel pueblo».

¿Por qué, entonces, no debemos escandalizarnos, no debemos tener miedo ni debemos desanimarnos? Giussani plantó la pregunta en varias fases, con una tensión creciente. Y respondió: «Porque somos acogidos, somos abrazados». «Este abrazo es el abrazo del

Dios que nos crea, que nos ha creado y ha permitido ese misterio del pecado original: ha permitido esta locura desintegradora, esta imposibilidad de llegar a la unidad y a la perfección, lo ha permitido para llenarlo todo de su naturaleza de Dios, es decir, de su misericordia, que es el modo con el que el amor infinito puede hacerse comprensible para una criatura como el hombre». En efecto, «Dios se ha convertido en un hombre para mostrarlo, ha muerto por mí».

Como consecuencia de tales consideraciones, Giussani invitó a los universitarios a caer en la cuenta del valor que tiene su compañía: esta es como «la mano física, la traducción efímera, pero concreta, la documentación breve, brevísima, como una gota de rocío hasta que nace el sol, pero real, a través de la cual se desvela el abrazo de Dios en nuestra vida. La responsabilidad que tiene nuestra compañía es ser testimonio de la gratuidad que gobierna todas las cosas, de la gratuidad como expresión de la naturaleza del ser, de la caridad: el perdón entre nosotros, la ayuda entre nosotros, la recuperación continua entre nosotros, la eliminación absoluta de la extrañeza entre nosotros, quienquiera que seamos»⁷⁸.

Más de veinte años después de aquella reunión, Eugenio Borgna no puede olvidar las palabras de Giussani sobre el misterio del sufrimiento psíquico: «Unas palabras que captaban instantáneamente los aspectos esenciales de las cosas, de las situaciones y de las personas, con una inmediatez fulgurante, y que nos hablaban de esperanza y de compromiso cristiano encarnado en la realidad de cada día». Al pensar de nuevo en todas las ocasiones que tuvo de estar cerca de Giussani, el profesor se considerará siempre marcado por su «admirable testimonio humano y cristiano, que iba hasta el fondo y salvaba cualquier elemento cultural en los horizontes de una fe y de una *caritas* memorables». El recuerdo está todavía vivo: «No puedo dejar de volver a la luz esplendorosa y transfigurada de su sonrisa que comunicaba participación, comprensión, solidaridad y amistad. Cada vez que estábamos con él salíamos cambiados en nuestro modo de vivir la fe y la esperanza en la vida».

«Mi última idea es abandonar la guía de CL»

En el mes de octubre de 1988 se publicó un libro de Saverio Gaeta, que recogía una serie de entrevistas-retrato con diez líderes católicos. La de Giussani recogía una conversación del 31 de julio de 1986, publicada en el diario *Il Mattino* de Nápoles. Gaeta preguntaba si era verdad el rumor según el cual querría dejar a otros la guía del movimiento, y Giussani respondía: «Sí, porque el mayor fruto del compromiso con la experiencia de Comunión y Liberación es hacer sentir como determinante en la vida de nuestra persona el peso de aquello a lo que todo está destinado. Y esto agudiza el deseo de abandonar responsabilidades cuantitativas para adoptar cada vez más intensamente la única responsabilidad, más cualitativa, que es la responsabilidad sobre uno mismo»⁷⁹. El 20 de octubre de 1988 algunos periódicos locales reprodujeron esa respuesta —que por otra parte era de hacía dos años— con titulares efectistas: «Don Giussani va a dejar la guía de Comunión y Liberación» (*Il Giornale d'Italia*), «Giussani: ‘Dejo CL’» (*Il Resto*

del Carlino), «Don Giussani dejará la guía de CL» (*La Gazzetta di Parma*), «Don Giussani piensa dejar la guía de CL» (*L'Arena di Verona*), «¿Deja don Giussani el 'timón' de CL?» (*La Provincia*).

Sorprendido por tanto énfasis, Giussani emitía un comunicado de prensa en el que se leía: «La última idea de monseñor Giussani es abandonar la guía de Comunión y Liberación, especialmente en un momento de actividad tan intensa, de profundización tan fascinante y de lucha contra la mentira de la ideología como el que está atravesando el movimiento. Lo que había sido una alusión confidencial al deseo que tiene cualquier persona reflexiva, con el paso de los años, de centrarse más en la relación con Dios en la que va a terminar el sentido de la vida (confidencia que se hizo la última vez en una entrevista de hace más de un año), está siendo instrumentalizado e interpretado en términos políticos, como una voluntad de dejar mi compromiso»⁸⁰.

Por otra parte, ya en 1986 Giussani se había expresado en esos términos también con Robi Ronza, en el curso de una entrevista para la nueva edición de su libro sobre Comunión y Liberación. Diez años antes el periodista le había preguntado si era verdad que deseaba dejar a otros la guía del movimiento. La respuesta había sido: «Sí, es verdad». Diez años después, aquel deseo no se había realizado todavía. ¿Había cambiado algo entretanto? Su deseo permanecía: «El tiempo no lo ha debilitado, más aún, lo ha vuelto dramático. No quisiera cometer también yo el error de considerar mi papel como algo de mi propiedad». No obstante, frente a la «posible discrepancia entre el valor que tiene la base y la adecuación que pueda tener la *leadership*, la previsión del momento en el que podré retirarme (no de la paternidad, que [...] es ineludible, pero sí de la acción directiva) se me ha vuelto hoy más difícil de lo que era hace diez años. De cualquier modo, me declaro desde ahora muy agradecido a cualquiera que me sepa demostrar que esta actitud mía es más bien fruto de un gusto mío por el poder o de la aquiescencia hacia una situación establecida. Pues en ese caso sabría sacar enseguida las debidas consecuencias, con la gracia de Dios»⁸¹.

Los diez años de Juan Pablo II

El décimo aniversario de la elección de Juan Pablo II, que se celebraba el 16 de octubre de 1988, representó para Giussani la ocasión de reflexionar de nuevo sobre las tres «consignas» que el Papa le había confiado a él y a todo el movimiento a lo largo de esos años. De la primera, que se remontaba a 1979 —«Id confiadamente con la Iglesia hacia el hombre»—⁸², dijo que «el mensaje cristiano no se puede concebir como una afirmación abstracta o desencarnada de la vida y de la historia, sino como fuente iluminadora y creadora de un camino de respuesta a las necesidades del hombre concreto»⁸³. De la segunda misión, confiada en 1982 —«generar una civilización que nazca de la verdad y del amor. [...] ¡Construid esta civilización sin cansaros nunca!»—⁸⁴, observó que esa era la consecuencia lógica de lo que acababa de afirmar: en efecto, si la fe se experimenta como camino de respuesta a las necesidades humanas, «está destinada

a hacer que nazca un tejido de relaciones y de obras como intentos concretos de responder a las necesidades humanas; en ese tejido la trama se sostiene por el reconocimiento de la única verdad que se ha manifestado por gracia y por la posesión común de las realidades y los instrumentos de nuestra propia vida para el camino de todos»⁸⁵.

Con referencia a la tercera consigna, la de 1984 —«Id a todo el mundo a llevar la verdad, la belleza y la paz que se encuentran en Cristo redentor»—⁸⁶, Giussani subrayó que «precisamente porque la primera característica del modo con el que el cristianismo concibe el encuentro con Cristo es la pasión por el ser humano, solo se puede descubrir para uno mismo esta trama gozosa sintiendo unas ganas grandes de que todo el mundo goce de ello»⁸⁷.

El aniversario de Juan Pablo II dio ocasión a Giussani para recorrer también con la memoria la historia de los cinco Papas que habían vivido a lo largo de la historia del movimiento. A su modo de ver, todos tenían en común la preocupación por el hombre y por su salvación, pero tal pasión había asumido en cada uno un rasgo característico, y es lo que más le había sorprendido. Pío XII: «La justicia de Dios para la salvación del hombre». Juan XXIII: «La longanimidad misericordiosa de Dios para la salvación del hombre». Pablo VI: «La dramaticidad del Dios encarnado en busca de la salvación del hombre». Juan Pablo I: «La fidelidad para que la misericordia de Dios pueda obrar la salvación del hombre». Finalmente, Juan Pablo II: «La gloria de la cruz y de la resurrección como prenda de la salvación del hombre»⁸⁸.

El énfasis en la centralidad de Cristo —nota dominante de todo el pontificado de Juan Pablo II— volvía de nuevo durante la Jornada de apertura de curso de los adultos de CL de Milán, el 2 de octubre de 1988. En aquella ocasión, Giussani declaraba: «Es impresionante —como debió de serlo para quienes lo escucharon directamente— oír a Jesús afirmar: ‘Sin mí no podéis hacer nada’ [...]; pues de ahí nace paradójicamente una gran seguridad de ánimo y un gran afecto entre nosotros»⁸⁹. Y para valorar sus palabras retomaba el texto del manifiesto de Pascua de 1988, que contenía un pasaje del *Relato del Anticristo* de Soloviev: «El emperador se dirigió a los cristianos diciendo: ‘¿Qué puedo hacer además por vosotros? ¡Extraños hombres! ¿Qué queréis de mí? Decídmelo vosotros mismos, cristianos, que habéis sido abandonados por la mayor parte de vuestros hermanos y jefes, decidme, ¿qué es lo que más queréis del cristianismo?’. Entonces [...] el *staretz* Juan se puso en pie y respondió con dulzura: ‘¡Insigne soberano! Para nosotros, lo más querido del cristianismo es Cristo. Él mismo y todo lo que proviene de Él, puesto que sabemos que en Él habita corporalmente la plenitud de la divinidad’»⁹⁰.

Y Giussani afirmó: este pasaje «será de ahora en adelante el manifiesto permanente de nuestro movimiento: no hay ningún pasaje literario que pueda expresar mejor que este el sentimiento que nos anima»⁹¹.

Pocos minutos antes de que Giussani subiera al estrado para tomar la palabra, Onorato Grassi le había informado de que había recibido una llamada de teléfono desde California, a propósito del Premio Nobel de literatura Czesław Miłosz, que daba clase en

Berkeley: los amigos californianos de CL se habían acercado a él para invitarle a dar una conferencia en Italia, y le habían enseñado precisamente el manifiesto pascual. Al verlo, el poeta polaco de origen lituano había exclamado: «¿Pero cómo? ¿Vosotros decís estas cosas? ¡Entonces sois gente en la que se puede confiar!»⁹².

Para Giussani, esto es lo que hace a los cristianos distintos de todos los demás hombres: no su coherencia moral, ni sus capacidades intelectuales o sus proyectos para cambiar el mundo, sino únicamente la fe, el reconocimiento de que Dios se ha hecho hombre. Giussani afirmó siempre que todo consiste en Cristo, y que él es la única seguridad de la vida, especialmente cuando los tiempos se ponen difíciles. Por eso el diálogo del *staretz* Juan con el emperador se evocaba como el testimonio desarmado de la única certeza que puede exhibir el cristiano delante del mundo.

Capítulo 27
La verdad nace de la carne
*El reconocimiento pontificio de los Memores Domini
y la Fraternidad de San José
(1988-1990)*

El 8 de diciembre de 1988, día que la Iglesia dedica a la solemnidad de la Inmaculada Concepción, el Consejo Pontificio para los Laicos, «apoyado en el parecer favorable expresado por el Santo Padre», reconocía a los *Memores Domini* como «asociación eclesial privada universal, dotada de personalidad jurídica en el ordenamiento canónico, [...] declarándola a todos los efectos Asociación de Derecho Pontificio y estableciendo que sea reconocida por todos como tal»¹. Lo que el cardenal Ratzinger iba a definir como una de las «fundaciones»² de Giussani, era acogido por la Iglesia como camino seguro por el que un laico bautizado podía comprometerse a vivir la fe siguiendo los consejos evangélicos.

El Decreto de reconocimiento, firmado por el presidente y el vicepresidente del Pontificio Consejo para los Laicos —el cardenal Eduardo Pironio y monseñor Paul J. Cordes respectivamente—, respondía a la solicitud planteada por Giussani. En él se lee que las actas recogen «cartas testimoniales de eminentísimos cardenales, miembros del Sacro Colegio y residenciales, numerosos obispos italianos, de otras naciones de Europa y de otros continentes que solicitan la aprobación pontificia de la Asociación *Memores Domini*»³.

El largo camino que había empezado en 1958 (ver aquí, pp. 284ss) encontraba cumplimiento en una forma que Giussani describía así: «Estas piedras vivas, los que han sido llamados y elegidos, han sido llamados a *demonstrar* con la misma forma visible de su vida [...] *que solo Él es*, es decir, que Cristo es el rey del universo: ‘*Christe, cunctorum dominator alme*’, ‘*omnia in ipso constant*’: todo consiste en Él, todo obtiene su consistencia de Él». Giussani insistía: «Este es el *valor objetivo* que tiene la vocación: la *forma* de su vida juega en el mundo a favor de Cristo, lucha por Cristo dentro del mundo. ¡La misma forma de su vida! [...] Es una vida que por su propia forma proclama: ‘Jesús es todo’. Proclaman esto delante de todos, de todos los que les ven, de todos los que entran en relación con ellos, de todos los que les escuchan, de todos los que les miran [...], están llamados así a ser *profetas*»⁴.

Giussani continuará reflexionando durante todo el mes de diciembre sobre el acto que había realizado la Santa Sede. Y el último día de 1988 escribía al Pontífice para

comunicarle los sentimientos de su corazón. La carta reflejaba su estado de ánimo: «La misma naturaleza de nuestra experiencia de fe se ha encontrado de improviso, con temor y temblor, dentro del corazón profundo que ha enternecido con luz y seguridad su mensaje de Navidad: asombro. Sí, Santidad, la fuerza de nuestra continuidad y el vigor de nuestro método de propuesta es el asombro por Aquel que sigue presente. Nosotros sabemos [que] el hombre no puede reconocer, gozar y usar de sí mismo. Quiero decirle, Santidad, que suplicamos a la Virgen que este destino misionero nuestro se realice con pasión, pero bien. Quiero decirle, Santidad, que queremos alejar ardientemente cualquier error en este esfuerzo que indiquen nuestros pastores. Y quiero decirle, Santidad, que los principales responsables de nuestras fraternidades aman a Cristo por encima de todas las cosas y más allá de cualquier cálculo, y están aferrados a usted, la roca viva: y por esto tienen toda la gratitud y la admiración de mi corazón, justamente por la tenacidad de su testimonio dentro del proyecto evangelizador que su figura persuasiva como cabeza de un pueblo establece en la historia. [...] El mundo tiene necesidad de sentirse pueblo, pueblo guiado»⁵.

Giussani quería que todos tomaran conciencia de que lo sucedido el 8 de diciembre se refería a CL en su totalidad, y no solo a una parte del movimiento. Y lo hacía el 22 de enero de 1989, dirigiéndose a los responsables nacionales en los siguientes términos: «La Iglesia ha realizado otro gesto hacia nuestro movimiento, uno de esos gestos cuyo significado es irreversible, comparable al momento en que reconoció a la Fraternidad». ¿Y qué había hecho la Iglesia? «Ha tomado un carisma subjetivo, que se ha concedido a un caminante de este mundo, y ha dicho: ‘Esto es mío’», es decir, «lo ha convertido en algo objetivo, en camino seguro para cualquiera que lo recorra, en camino seguro para vivir la Iglesia en el mundo, vía para caminar dentro de la Iglesia, vía para vivir la Iglesia dentro del mundo».

De modo que el Grupo adulto estaba llamado a ser, dentro del movimiento, «el vértice expresivo: ejemplo, consuelo y ayuda para todos, pero su valor tiene un contenido idéntico al de la madre de familia que cuida de sus hijos», a fin de que cada uno adquiriera una conciencia más juiciosa y responsable. «No podéis descargar la responsabilidad de vuestra familia o de vuestro trabajo personal sobre nada ni nadie», porque «el carisma al que habéis sido llamados es una responsabilidad vuestra»⁶, una misión para nada fácil, como escribía Von Balthasar: «Cristo es una herida inferida al mundo»⁷. Y Giussani subrayaba: «Una herida que no deja jamás de estar abierta, de hacer daño, de producir dolor, de inquietarnos»⁸. Decía también Von Balthasar que «Cristo es como un agua salvaje que todos querrían canalizar en las turbinas de la historia»⁹. Giussani concordaba con el gran teólogo suizo y añadía: «Haber sido implicados en este carisma supone una responsabilidad para vosotros, una responsabilidad que representa un peso. Cristo está en el origen de este peso, como herida inferida al mundo y como riqueza original que no se puede canalizar en ninguno de nuestros sistemas mentales».

Por eso Giussani lanzaba un desafío a todos los presentes. La pregunta que se hacían los que se topaban con Cristo, «¿Quién eres tú?», tiene que convertirse «en experiencia,

mía y tuya, yo a mis sesenta y seis años y tú a tus veintiséis. Vivir no tiene ninguna otra finalidad. La prueba de esto es que el mundo, si se hace esta pregunta, se aglutina, está en comunión, se vuelve humano. Esta es la misión que incomprensiblemente Dios ha dado a nuestro movimiento»¹⁰.

Y el 27 de enero de 1989 Giussani escribía a todos los miembros de la Fraternidad de CL, subrayando que el reconocimiento de los *Memores* representaba «el culmen y el cumplimiento de la gracia que el Señor nos ha concedido de una fe que es vida y misión». Lo que significaba que «aquello a lo que están llamados representa el corazón de aquello a lo que estamos llamados todos en la familia, en el trabajo, en la vida asociada. Y todos sabemos cuán frágil es el hombre frente al deseo de vivir un amor puro; cuán difícil es la libertad respecto de las cosas que usamos, sin restar nada a la atención apasionada en el uso de la realidad; qué duro es aceptar las condiciones de una vida comunitaria adecuándose lealmente a los criterios y juicios de otros»¹¹.

*«Hay que sufrir para que la verdad no se cristalice en doctrina»
(E. Mounier)*

Tal como se ha visto en el capítulo anterior, 1988 no fue un año tranquilo para Giussani ni para el movimiento. Y así, hablando a los universitarios reunidos en Assago el 27 de febrero de 1989 para el tradicional *Equipe*, leía una frase de Emmanuel Mounier que había elegido para el cartel de Pascua: «Hay que sufrir para que la verdad no se cristalice en doctrina, sino que nazca de la carne»¹².

Había hablado ya de ello con algunos y, de hecho, uno de estos intervino durante el diálogo recordando esa frase. En la asamblea, Giussani interpeló a Carmine Di Martino, invitándole a afrontar la primera cuestión: «¡Responde, Dima!». «De ahí había nacido un largo diálogo con él», recuerda este, «como sucedía algunas veces también en público (una experiencia que al mismo tiempo te apasionaba y te corregía). Se discutía sobre cuál era la cuestión que se planteaba, llegados a ese punto de la vida del CLU. Y yo había contestado con decisión: ‘A mi juicio el paso que se plantea es este: no tanto desde el discurso —como si el discurso fuera equivocado— a la experiencia, sino hacer experiencia de lo que ya ha empezado, no ya como discurso, sino como apego. [...] Y me parece que toda la provocación de Mounier reside en cómo crecer en este apego’. Yo había subrayado la urgencia del ‘apego’, del afecto, interpretando de algún modo la frase de Mounier en el marco de una tensión entre discurso y experiencia, en el sentido de una concreción ‘afectiva’ del discurso». La corrección de Giussani hará reflexionar mucho a Di Martino: «Estoy de acuerdo con lo que dices, pero quisiera añadir que ‘hacer experiencia de este apego’, sin entretenerse en disquisiciones teóricas o en cuestiones de líneas a seguir, implica la razón —¡la razón!—, la razón y el afecto, implica llegar a ser conscientes. El hombre es ese nivel de la naturaleza en el que la naturaleza se convierte en ‘razón’. No existe un afecto humano, lo hemos dicho muchas veces, que no nazca como consecuencia de una razón»¹³.

Durante la comida, después de la asamblea, como siempre ocurría en estas ocasiones,

la discusión entre Giussani y el grupo de responsables continuó sin parar sobre el tema de cuál era el paso que sugería la realidad. Giussani mismo lo indicó al comienzo de la síntesis, haciéndose eco del resultado de la comida: «Al discutir con los amigos mayores, se había formulado primeramente ese paso como la necesidad de que el discurso se convierta en experiencia [...] o, por decirlo con [...] Mounier, que ‘no se cristalice en doctrina’ la novedad que llevamos dentro. Sin embargo, después hemos pensado que, de por sí, no es adecuado como observación ‘que el discurso se convierta en experiencia’, porque el discurso ya se ha convertido en experiencia». Y la primera condición para que se convierta todavía más en experiencia es «un esfuerzo real a la hora de tomarse en serio [...] el discurso, un esfuerzo real a la hora de tomarse en serio [...] el contenido del mensaje que se nos repite»¹⁴.

Por eso, hacia el final de su síntesis, Giussani subrayaba que «la experiencia sin doctrina no construye historia y tampoco construye historia la doctrina sin experiencia. La doctrina sin experiencia establece solamente una línea de gente que pelea (por los puestos o por el triunfo dialéctico). [...] Pero sin doctrina no se convierte en historia ni siquiera la experiencia más impetuosa y más sentida»¹⁵.

En aquella ocasión, Giussani les dirigió a los universitarios una recomendación: «Cada día se nos da para que la verdad nazca de la carne, para que nosotros y los demás vean la verdad en nuestra carne, es decir, en las relaciones que vamos a vivir con nosotros mismos, con los demás y con las cosas». Para Giussani el secreto de una amistad verdadera consistía en las palabras que se habían escuchado durante la asamblea de la mañana: «‘Son amigos los que te preguntan continuamente qué es lo que más quieres’, a fin de que pueda nacer de la carne. ‘Desear’ esta amistad, ‘desear el lugar de esta amistad es quererse a uno mismo’»¹⁶.

En una coyuntura que Giussani describió muchas veces como «difícil» y «nada apacible» para el movimiento, por las razones descritas en las páginas anteriores, en particular respecto a la relación con la política, Giussani comenzó en 1989 el ‘experimento’ de una especie de Escuela de responsables (a la manera de la antigua Escuela de cuadros de GS), de cuya evolución se derivaría posteriormente el notable desarrollo de la primera mitad de los años noventa. Consistió en cuatro reuniones con un millar de responsables de CL provenientes de toda Italia. Giussani advertía la urgencia de una profundización de método, también como resultado de tomas de posición y de dificultades que tenían algunos individuos o grupos dentro del movimiento con relación a temas candentes de la acción en la política, y no solo. Parecía además que estaba brotando una exigencia relativa al futuro del movimiento: llevar a cabo una profundización ejemplar y sintética sobre su concepción y sobre su método, establecer de manera definitiva el camino que estaba recorriendo con miles de jóvenes y adultos. Durante aquellas reuniones se vieron intensamente reforzados los temas del valor del movimiento, de la unidad, del seguimiento y de la pertenencia.

Con ocasión de la Pascua de 1989, Giussani escribía a Juan Pablo II para informarle de que la amistad que se vivía en el movimiento continuaba dando frutos: «A pesar de la tristeza de los tiempos, el Espíritu de Cristo resucitado suscita ‘signos y prodigios’ en los

miles de jóvenes y adultos devotos que, como ha ocurrido en estos días santos, nos siguen. El número creciente de bautismos que conferimos a jóvenes que rondan los veinte años es un signo conmovedor de ello»¹⁷.

El camarero y la naturaleza del cristianismo

En vísperas del verano de 1989 Giussani se reunía con un grupo de amigos de Padua, responsables de una cooperativa que opera en el campo del turismo colectivo. Los que habían puesto en marcha esa obra eran Graziano Debellini e Igino Gatti. Durante la conversación uno de los presentes preguntó por qué Giussani había dicho que le hubiera gustado hacer de camarero. Esta fue su respuesta: «Ser camarero implica una actitud de servicio a la persona individual», no a una humanidad genérica; y esa actitud de servicio «puede intensificarse tratando a una persona tras otra como si fuera la única que te interesa en cada momento». Giussani descendió a los detalles: habló de un «amor a la persona que respete los matices de sus necesidades», y por consiguiente, que tenga en cuenta «sus características, si es posible, al tener que tratar habitualmente con ciertas personas. No se puede tratar a las personas como números de una formación. Al contrario, el sentido de la compañía es el sentido del individuo, de la persona singular, porque la persona es un individuo, no es parte de una imagen colectiva». Y hacía otra sugerencia: «La paciencia se ejerce con un individuo, no con un centenar. Con un centenar se puede ejercer un dominio, pero al individuo se le sirve. A un centenar se le da bazofia; el individuo es quien tiene necesidad de algo, el individuo es el que siente malestar». Giussani veía una analogía entre el oficio de camarero y la naturaleza del cristianismo: en efecto, si este no llega a un nivel de concreción semejante al del otro, «está acabado»¹⁸.

Por eso, en el libro de huéspedes de la *trattoria* ‘Al Laghett’ de Vittorio Gerosa, pegada a la abadía de Chiaravalle (Milán), que Giussani frecuentaba desde hacía años, están escritas estas palabras suyas: «Estoy muy contento y me siento honrado de poder confirmar en una hoja los sentimientos buenos, alegres y gustosos que ‘Al Laghett’ siempre ha suscitado en mí. La humanidad de quienes acogen es siempre igual al placer de los ‘contenidos’: incluso el mejor plato no vale nada si la mano que lo ofrece no es amiga y gentil. De modo que una auténtica nostalgia me recuerda felizmente el limpio y claro salón del ‘laghett’. Enhorabuena a sus amabilísimos, hábiles y estupendos gestores»¹⁹.

«Habukawa me ha enviado cincuenta mil yenes»

La historia del vínculo que se había establecido con los amigos japoneses tuvo una nueva ocasión de profundizarse el 7 de agosto de 1989, cuando Giussani recibió en Milán la visita de un grupo de jóvenes bonzos, venidos de Tokio, de Nagoya y del monte Koya. Al día siguiente, hablando de ello durante unos Ejercicios espirituales en Castelnuovo Fogliani (Piacenza), recordará: «Cuando uno de ellos enferma cada uno de

los otros debe ir a prestarle ayuda, ¡pensad cómo juzgará Jesús al final del mundo, si leéis el capítulo 25 de san Mateo: ‘Tuve hambre y me disteis de comer’! Si uno no puede ir a donde está su amigo para ayudarlo, entonces le manda dinero; y puesto que han sabido que yo he estado enfermo, al no haber podido venir a ayudarme, Habukawa me ha enviado cincuenta mil yenes —quinientas mil liras—; ¡me he quedado boquiabierto! Ahora bien, ante la gentileza de esos seis jóvenes y el afecto humano que tenían, yo pensaba en lo triste que era que no conocieran a Cristo». Por eso añadía: «Cuando me propusieron continuar nuestra relación en el tiempo, yo me decía: ‘Dios mío, ¿cómo lo haré?’, porque yo no puedo dejar de hablar de Cristo».

Para Giussani la necesidad de este testimonio concierne a todos los bautizados y es un signo de los tiempos: en efecto, el cristiano «tiene que llevar la realidad de Cristo, que está presente, a la sociedad». Y recordaba que al final de su intervención en Nagoya había testimoniado que la armonía oculta en todas las cosas se había manifestado como un hombre nacido del vientre de una mujer. Al decir esto, «hice un acto misionero porque lo que he recibido, lo he recibido para llevarlo a los demás. Volver a llevar a Cristo dentro de la realidad es el signo de los tiempos. Llevar de nuevo a Cristo dentro de la vida del hombre, de la vida normal del hombre»²⁰.

Muchos años después dirá Habukawa: «El encuentro de 1987 con don Giussani fue para mí una nueva experiencia mística en la que me vi inserto en lo Absoluto. La experiencia mística es algo que está siempre ligado a la sabiduría y a la racionalidad, y permite que mejore nuestra condición humana»²¹.

Don Stefano Alberto recuerda una de las primeras veces en las que el profesor Habukawa se reunió con Giussani en Milán, en el Instituto del Sacro Cuore: «Era una mañana de verano muy calurosa. El profesor Habukawa salió, bajó las escaleras y después, cuando subió al coche para salir del patio, bajó la ventanilla posterior, sacó por ella todo el busto manteniendo las manos unidas y, mientras el coche se alejaba, no apartó ni un momento su mirada de la de don Giussani, quien, de pie sobre la escalinata, seguía diciéndole adiós». En un momento dado, recuerda siempre el sacerdote, Giussani «se conmovió, se puso a llorar y nos dijo: ‘Si este hombre hubiera vivido hace dos mil años, y se hubiera encontrado con Cristo, sería uno de los apóstoles’»²².

«Y que los muertos de la plaza de Tiananmen resuciten. Resucitarán»

La mañana del 20 de agosto de 1989 Giussani empezaba a hablar delante de algunos cientos de universitarios, reunidos en Corvara para el tradicional *Equipe* de responsables. Y no pudo evitar una comparación entre los jóvenes que tenía delante y los que habían sido masacrados por el ejército chino en la noche del 2 al 3 de junio, como habían relatado las crónicas periodísticas. Sus palabras fueron más que elocuentes: «No podemos comenzar nuestra reunión de este año sin conmemorar, con la mayor emoción de la que seamos capaces, con el llanto de nuestro corazón y con el aprecio inmenso de nuestra inteligencia, a los estudiantes chinos; no podemos empezar esta reunión nuestra, en la que queremos profundizar en el sentido de las cosas, en la capacidad de dar nombre

las cosas, sin recordar a los estudiantes chinos».

Semejante apertura no era en absoluto improvisada. El 18 de abril de 1989 un grupo de estudiantes —que después llegarían a ser miles— había ocupado la plaza de Tiananmen, en Pekín, al grito de «Abajo la revolución, viva la democracia, viva China», reclamando el derecho de colaborar en el futuro de la nación. Después, el 13 de mayo, los jóvenes habían comenzado una huelga de hambre difundiendo una declaración que, a la luz de lo que pasó posteriormente, resonaría como un testamento.

En el *Equipe*, Giussani empezó a leer un fragmento de dicha declaración: «En los mejores días de la juventud tenemos que dejar tras de nosotros todas las cosas bellas y buenas, y solo Dios sabe con qué pocas ganas y con cuánta renuencia lo hacemos. Pero nuestro país ha llegado a un punto crucial: el poder político domina por encima de todo, los burócratas están corrompidos. Es un momento de vida o muerte para la nación. Todos vosotros, que tenéis conciencia, escuchad nuestros gritos. Aunque nuestros hombros sean todavía jóvenes y débiles, aunque la muerte sea para nosotros un fardo demasiado pesado, nosotros tenemos que marchar porque la historia nos lo pide». Giussani hacía un inciso: «Todo sin un rostro y sin un tú; pero incluso sin un rostro y sin un tú, ¿no se ha podido frenar el empuje del sentido religioso!».

Y continuaba la lectura del documento de los jóvenes chinos: «En efecto, ¿qué clase de crimen estamos cometiendo, como todos chismorrear? Solo buscamos la verdad, y por eso nos golpean. La democracia es un ideal de la vida humana como la libertad, o el derecho. Pues bien, para conseguirlo tenemos que sacrificar nuestras jóvenes vidas. ¿Es este el orgullo de la nación china? No queremos morir, queremos vivir; no queremos morir, queremos estudiar. Solo tenemos una esperanza: que esto permita a todos vivir de un modo mejor. Solo tenemos una petición: no olvidéis que el motivo por el que estamos luchando nosotros no es en absoluto la muerte».

Giussani fue voluntariamente provocador: «¿Y nosotros debemos ser menos que ellos?», se preguntaba. Y luego exclamó: «¡No puede ser! Nosotros, que hemos conocido por el anuncio del ángel la encarnación de Dios, ¿tenemos que ser menos que estos? Dentro del cauce de nuestra compañía podríamos repetir palabra por palabra todo lo que han escrito en su manifiesto, sustituyendo la trágica tristeza del anonimato de una nación, de un pueblo, de una generación, la utopía de una convivencia democrática, no por la muerte, sino por la vida. Como han dicho, ‘solo buscamos la verdad y nos golpean por esto’. Nosotros buscamos solamente la verdad y nos golpean por esto»²³.

Giussani había querido iniciar los trabajos del *Equipe* con este recuerdo para reclamar a los universitarios a no regodearse en su vida tranquila, a no huir ante las circunstancias y por lo tanto a no ser cobardes en su compromiso. Sobre todo porque la razón del sacrificio cotidiano tiene raíces profundas. A propósito de esto, invitaba a considerar una frase del filósofo Emanuele Severino, por aquel entonces profesor en la Universidad de Venecia: «Veo que avanza el desierto, pero la mirada que percibe el desierto no pertenece al desierto»²⁴, que comentó con estas palabras: «Esto es lo que nuestros hermanos chinos no podían saber, porque no estaban en el cauce que les conduciría veloces como agua fresca a la desembocadura justa; pero nosotros sí lo sabemos». Más

aún: precisamente esa mirada que no pertenece al desierto «es lo que nosotros mendigamos, esto es lo que queremos conocer y lo que queremos amar»²⁵. Esto es, en definitiva, ser cristianos.

Dos días después, la tarde del 22 de agosto, los universitarios recibían a un estudiante chino de la plaza de Tiananmen, Li Lu, y a una profesora de Hong Kong, Daimon Liu. El joven tenía veintitrés años y estudiaba en la Universidad de Nankín. Contó que desde pequeño estaba inscrito en el Partido Comunista. Cuando supo que comenzaba el movimiento de los estudiantes de Tiananmen, corrió a Pekín, donde jugó un papel importante. Había sido vicerresponsable del comité para la huelga de hambre, y él mismo la hizo durante ocho días en la plaza; era uno de los dos vicerresponsables de todo el movimiento de los estudiantes, además de ser su portavoz. Li Lu dijo que en ese momento era una de las dos personas más buscadas (la otra era una chica), que habían logrado huir; otros diecinueve habían sido arrestados, y de algunos Li Lu sabía que los habían matado. El chico de diecinueve años que había parado los tanques (cuya fotografía dio la vuelta al mundo), y al que él conocía muy bien, había sido arrestado, pero no sabía si estaba todavía vivo. Li Lu había participado en una sesión del subcomité para los derechos humanos de las Naciones Unidas dedicada a los hechos de la plaza de Tiananmen. A los jóvenes de CL y a Giussani les contó que, mientras hablaba allí, los representantes de China se habían levantado gritando que Li Lu era el criminal más peligroso de China, y que no podían aceptar que tomara la palabra. Entonces, el joven declaró que ellos podían decir cualquier cosa contra él, hasta llamarle criminal, pero no podían de ningún modo objetar frente a las cosas que estaba diciendo.

Al terminar su intervención en Corvara, Li Lu cedió el micrófono a la profesora Daimon Liu, comprometida con el movimiento de la plaza de Tiananmen gracias a los estudiantes que habían empezado a manifestarse en Hong Kong. Había comprado ya su billete para ir a Pekín cuando ocurrió la masacre. La profesora dijo que en chino la palabra «revolución» significaba, literalmente, «matar la vida»: «y nosotros creemos en cambio que la vida humana es sagrada: nadie tiene el derecho de quitarle a otro la vida. Nosotros queremos usar medios pacíficos, no violentos, razonables, en esta lucha por los derechos del hombre».

Una vez escuchados los dos testimonios, Giussani dio las gracias a aquellos amigos chinos y a todos los que ellos habían dejado en China, a los que ya sentía también como amigos suyos, deseando que esta amistad se extendiera por todo el mundo. Dos cosas le habían impactado de lo que había escuchado. La primera: «El corazón del hombre es uno —¡uno!— en todos los hombres. Todos los hombres tienen el mismo corazón». La segunda era que «el corazón se desarrolla y se realiza por medio de la razonabilidad»²⁶.

Al final de la velada nocturna del 22 de agosto, con el pensamiento siempre dirigido a los amigos chinos, Giussani observaba: «Sería injusto que no nos volviéramos a ver. Hay algo en la vida del corazón que no nos permite perder una relación jamás, nunca más». Y dirigiéndose directamente al estudiante y a la profesora, les pidió: «Permitidnos rezar una oración a Dios. En pie». Toda la asamblea recitó el padrenuestro, al término del cual Giussani exclamó: «Y que los muertos de la plaza de Tiananmen resuciten.

Resucitarán».

Durante su lección del 23 de agosto, que desarrolló pensando en el encuentro con Li Lu, Giussani leyó un pasaje de un reciente discurso de Juan Pablo II en Escandinavia: «Como todos los jóvenes del mundo, vosotros estáis buscando lo que es más importante y central en la vida. A pesar de que algunos de vosotros viváis distantes de un centro geográfico, y algunos podáis estar lejos de la fe y de la confianza en Dios, habéis venido aquí porque estáis verdaderamente en busca de algo importante en lo que basar vuestras vidas». Según Giussani, había sido magnífico escuchar al amigo chino hablar de esa esencia del hombre que él siempre había llamado ‘corazón’. Pero mientras Li Lu describía el camino que llevaba a la respuesta final, Giussani confesaba que había pensado: «Es como si, llegado un cierto punto, faltara la lógica, desapareciera, [...] es como si la razonabilidad se irradiara desde el corazón y en un momento dado perdiera el control, como decimos en Milán, perdiera la brújula».

Pero el Papa, justamente en aquel discurso, había dado una respuesta: «Hoy, jóvenes amigos, deseo hablaros de la paz y la alegría que pueden encontrarse, no en el poseer sino en el ser, conociendo a una persona y viviendo conforme a su enseñanza. Esa persona es Jesucristo, nuestro Señor y amigo. Él es el centro, el punto focal». Según Giussani, lo único que podía impedir que el sacrificio de los jóvenes en la plaza de Tiananmen y su coraje se redujese a un «énfasis voluntarista, romántico», y que su sed de totalidad se rindiese o se convirtiese en presunción o pura fantasía, es un encuentro, «algo que te golpea y te dice: ‘¡Adelante, vamos adelante!’». El encuentro se produce «con algo ‘extraño’», pero es «algo extraño que tiene un hilo de correspondencia contigo, de correspondencia fascinante con lo que tú eres, una correspondencia absolutamente imprevista. Y es precisamente en este cotejo —por el que tú percibes en la voz que te dice ‘¡Ven!’ tanto un atractivo irresistible como un temor y un sentido de extrañeza que parece insuperable— cuando se dispara a la fuerza una lucha [...] que, en los pliegues más profundos de nuestra relación con lo real, provoca una dramaticidad que no es posible eliminar». Como afirmaba Pavese, cuando escribía: «La poesía [es decir, la realización del yo en su relación con la realidad como cosmos] nace [...] de los instantes en que levantamos la cabeza [uno camina siempre con la cabeza baja, cuando la levanta, mira y ve la presencia] y descubrimos con asombro la vida». Giussani citaba de nuevo a Pavese: «La vida no es una búsqueda de experiencias, sino de nosotros mismos. Una vez descubierto el propio estrato fundamental caemos en la cuenta de que encaja con nuestro destino y se encuentra la paz». Pavese, decía Giussani, «ha sido un altibajo continuo desde este punto de vista: entre puntos álgidos de descubrimiento de lo verdadero y abismos en los que se hundía por todo lo que le rodeaba».

Para Giussani, entonces, el desarrollo de la conciencia de uno mismo «será un encuentro prolongado. ¿Cómo se puede llamar? ¡‘Memoria’!». Y de nuevo recurría a Pavese: «La memoria es una pasión repetida». Y añadía: «Pavese observaba que la riqueza de una obra, de una generación, o sea, de la creación de vida, siempre viene dada por la cantidad de pasado que contiene. Pero el pasado empieza con el encuentro: antes no hay nada. Por eso el desarrollo está en la memoria. ‘El asombro verdadero —decía de

nuevo Pavese— está hecho de memoria, no de novedad’»²⁷.

Il Sabato, las cartas al Papa y la entrevista de Sergio Quinzio

En aquellos mismos días de agosto de 1989, con ocasión del Meeting de Rímini, el semanario *Il Sabato* publicaba un libro blanco titulado *Il gigante e la cascina*, que contenía una crítica a la dirección de la Democracia Cristiana que llevaba a cabo el secretario general Ciriaco De Mita, desencadenando una serie de polémicas sobre la política del partido que implicaron incluso al presidente de la República, Francesco Cossiga. Al final del Meeting apareció en *L’Osservatore Romano* un artículo de opinión sin firma muy duro y crítico con el libro²⁸. Los periódicos, evidentemente, se hicieron eco de la noticia.

Tras leer los titulares de los diarios desde Collevalenza, donde se encontraba para dar un retiro espiritual a los sacerdotes, el 29 de agosto Giussani escribía a Juan Pablo II: «Santidad, sea cual sea el error del que puedan ser acusadas personas de CL en las actividades libremente emprendidas por ellas, en esta precisa ocasión me confío a su caridad para que nos defienda de algún modo del linchamiento al que ha dado lugar el *Osservatore Romano*. ¿Qué pueden pensar los padres de los jóvenes y los 500 sacerdotes con los que estoy empezando el retiro anual? ‘Rayos fulminantes del Vaticano sobre CL’; ‘El Vaticano reprueba a CL’: estos son algunos de los titulares de los periódicos. Y yo, Santidad, ¿qué debo pensar? Más allá de nuestra fragilidad no consigo ver otra cosa en mí mismo y en mis amigos que devoción por usted y tensión por realizar su palabra. Con dolorosa fidelidad»²⁹.

Algunos días más tarde, el 8 de septiembre, Giussani se dirigía de nuevo al Pontífice: «A la vuelta de los últimos Ejercicios, le expreso toda mi gratitud por su saludo y su bendición, que nos ha llegado a través de monseñor Dziwisz [secretario particular del Papa, *nda*], y que ha traído un poco de calma al corazón después de la amarga y generalizada acusación que hemos sufrido»³⁰.

En septiembre de 1989 el biblista y teólogo Sergio Quinzio³¹ recibía de Gaetano Scardocchia, director de *La Stampa* (con quien colaboraba), el encargo de entrevistar a Giussani. El encuentro tuvo lugar en Milán. Y la conversación se publicó en el diario de Turín el 20 de septiembre. El escritor anotaba que se había reunido con Giussani «en su modesto apartamento de la periferia sur de Milán. Se advierte enseguida, al encontrarse por primera vez con este hombre más cerca ya de los setenta que de los sesenta años, una intensa sensibilidad, que se manifiesta al principio en una especie de timidez, de malestar frente al interlocutor, de temor declarado por no expresarse adecuadamente. Por eso no concede entrevistas fácilmente. Pero si el coloquio quiere ser ante todo una confrontación respetuosa y sincera entre posturas distintas de quienes comparten la misma fe, don Giussani se abre a una calurosa y espontánea comunicación». Las convicciones de Giussani, continuaba Quinzio, son «fuertes, claras, precisas, y las comunica con el carisma de quien tiene una serena y conmovida certeza interior, y una

contagiosa ‘pasión por el hombre’».

Al comienzo de la conversación, Quinzio le planteó a Giussani que algunos militantes de CL estaban dejando el movimiento, avanzando la hipótesis de que esto podría suceder porque «no pocos jóvenes, al asumir responsabilidades familiares y profesionales, terminan por no encontrar ya una motivación suficiente en el cálido sentido de identificación con el grupo que les había ayudado en los años anteriores». Giussani hacía notar que, aparte del hecho de que CL estaba creciendo en Italia y en el mundo, su propuesta se apoyaba ante todo en la palabra «razón», y no en una lógica de grupo, conforme a la enseñanza de san Pedro: «En una de sus cartas nos invita a dar razón de la esperanza que hay en nosotros. Yo soy cristiano porque encuentro ahí la respuesta al interrogante que constituye mi yo, que es lo mismo que la ‘razón’, la ‘conciencia’, o también, según la terminología bíblica, el ‘corazón’»³².

El teólogo se refirió, entonces, a un dilema que inquietaba al presidente de las ACLI, Giovanni Bianchi, cuya conciencia de creyente estaba dividida entre el deber de la coherencia cristiana y los compromisos inseparables de su papel como responsable de una asociación que tenía relevancia social y política. Giussani declaró que él vivía una experiencia sustancialmente distinta: «La política es el arte del compromiso, incluso el cardenal Ratzinger ha afirmado recientemente que la política implica compromiso»³³. Quinzio no compartía esa postura, afirmando que «la praxis que se deriva de ella lleva automáticamente a inclinarse desde el testimonio religioso y el compromiso cultural al juego de los intereses de una parte». Para Giussani, por el contrario, tenía justamente razón el cardenal Ratzinger, porque el punto central no era nunca «lo político», sino «el incremento de la educación de la persona y de lo que la favorece. A partir de ahí, se sigue adelante con la prudencia, que percibe lo que es útil y lo que es justo. Si se tienen en cuenta todos los factores, no se cae en el partidismo»³⁴.

Quinzio hablaba de una deriva de *Il Sabato* desde la cultura a la política, y Giussani le respondía que se trataba de un semanario puntero, realizado por jóvenes, cuyas posturas no siempre podían «identificarse con las de nuestra Fraternidad. Juzgar a CL por la realidad del *Sabato* es una operación buscada y no desinteresada. Con respecto a las formas, estoy de acuerdo en que *Il Sabato* debe corregir algunas formas, muchas formas, y proporcionar mejor sus contenidos. Me ha dolido muchísimo que hayan publicado ese ya famoso ‘libro blanco’, del que no comparto ciertos tonos alterados, precisamente en la semana del Meeting de Rímini, que es una fiesta de fraternidad y de alegría, con iniciativas importantes también desde el punto de vista cultural»³⁵.

La citada polémica en torno al libro blanco, que había provocado la intervención de *L'Osservatore Romano*, le hizo decir a Quinzio que «muchos han tenido la impresión de que la jerarquía eclesiástica tiende a ‘distanciarse’ de CL. Esta actitud se atribuye al mismo Pontífice». Giussani decía de Juan Pablo II que «sus simpatías por los jóvenes del movimiento son bien conocidas. El mismo día en que apareció esa nota en el *Osservatore Romano* escribí al Papa, comunicando nuestra pena y mis perplejidades y dificultades: ¿qué debería decirles a ‘mis’ jóvenes, y en particular a los quinientos sacerdotes vinculados a la Fraternidad, que precisamente en aquellos días estaban

reunidos en un encuentro en Collevalenza, en Umbría, y a los cuales tenía que hablar? Me fue posible tranquilizarles inmediatamente con su saludo y su bendición»³⁶.

Quinzio expresaba finalmente temor o sospecha acerca de la naturaleza del testimonio de la fe en el mundo, dando voz así a su personal posición teológica y cultural: «El testimonio de la fe ¿no es quizá el testimonio de la cruz, de la debilidad en la historia del Dios que quiso hacerse carne, y carne crucificada?». Giussani respondía: «Cruz y redención tienden a darse de forma simultánea. Dios demostrará plenamente una presencia que ya está actuando y que se puede percibir, a pesar de los defectos históricos de una Iglesia que, por lo demás, se reconoce pecadora. Estamos en el amanecer de un día que tendrá su mediodía»³⁷.

«El hombre solo aprende mediante un encuentro»

Las preocupaciones de Giussani respecto a la naturaleza del cristianismo se pusieron también de manifiesto en la Jornada de apertura de curso de CL en Milán, el 24 de septiembre de 1989. Recordando una frase de Oscar Wilde —«la instrucción es una cosa admirable, pero es bueno recordar de vez en cuando que nada de lo que es digno de ser sabido puede ser enseñado»—³⁸, subrayaba que «el hombre es una conciencia viviente, es una afectividad viviente; solo puede aprender mediante un encuentro». Por eso el peligro más grave para la vida cristiana de hoy, para el pueblo cristiano actual, es una reducción moralista de la fe. E indicaba que ya san Agustín decía: «Este es el oculto y horrendo veneno de vuestro error, que queréis hacer consistir la gracia de Cristo en su ejemplo y no en el don de su persona»³⁹. La forma de esta presencia —comentaba Giussani— «la ha elegido Él, y la ha metido dentro de mi cuerpo y del tuyo, de mi banalidad y la tuya, de mi mezquindad y la tuya, de lo que hay de efímero en mí y en ti». Por el contrario, «aquellos para los que el poder social, político y económico lo es todo, hablan del cristianismo como ‘valores morales’, para borrar la realidad de una presencia que es la que hace verdaderos y operativos esos valores morales»⁴⁰.

Las citadas polémicas periodísticas de agosto de 1989 parecían no disminuir, por lo que el 29 de septiembre *L'Osservatore Romano* publicó un comunicado de prensa recibido de CL: «El Consejo Nacional de Comunión y Liberación, ante el malestar constatado en el mundo católico provocado por posturas y modos de obrar del semanario ‘Il Sabato’, a fin de salvar sobre todo su libertad y a fin de salvaguardar su naturaleza de movimiento exclusivamente eclesial, ha invitado a sus miembros implicados en la propiedad de la cabecera a renunciar a dicha responsabilidad. Comunión y Liberación subraya, con mayor motivo, que el movimiento no tiene ninguna responsabilidad con relación a la línea, a los contenidos y a las formas expresivas del semanario ‘Il Sabato’»⁴¹.

Pocos días después, el 2 de octubre de 1989, Giussani escribía una carta a los miembros de la Fraternidad de CL para explicar el sentido que tenía aquella nota, interpretada por los medios de comunicación como una reprobación del semanario y de

sus redactores: el comunicado de prensa sobre *Il Sabato* —«enfaticado para fines ajenos a nuestras intenciones— ha querido subrayar el hecho de que los responsables de las diversas obras son exclusivamente los adultos que las llevan a cabo; aun inspirándose en la experiencia de fe de la Fraternidad, sus realizaciones pueden valorarse de diversos modos. Nosotros miraremos siempre estos intentos de desarrollar obras, justamente emprendidos, con los criterios de la fe y con el afecto de la caridad. Muchos no comprenden lo que sigue siendo fundamental en nuestra experiencia: que la fe no puede dejar de abrazar la totalidad de los intereses del hombre, haciendo distintas sugerencias, correcciones e indicaciones. [...] La fe salva por entero la experiencia humana [...]. Me permito volver a subrayar, amigos, que en este momento histórico tremendo, en el que todo parece volverse confuso y es instrumentalizado por el poder, si el movimiento tiene esperanza de constituir una ayuda para la santa Iglesia, es únicamente a través de su unidad. Pidamos al Espíritu, por medio de María, tener el coraje, la inteligencia y la operatividad de dicha unidad»⁴².

Estas preocupaciones se reflejaban precisamente en el contenido de la carta que escribió Giussani al nuevo director de *Il Sabato*, Paolo Liguori. Se publicaba el 11 de noviembre de 1989: «Estimado director, al tiempo que admiro su comprensiva habilidad con la difícil herencia del *Sabato*, permítame expresarle el grave disgusto que me han provocado los tres artículos sobre la cuestión romana», en los cuales, entre otras cosas, se criticaba al cardenal Ugo Poletti, vicario del Papa para la diócesis de Roma y presidente de la Conferencia Episcopal Italiana, por sus intervenciones sobre las elecciones romanas. «En la relación entre cristianos, y de modo particular con las autoridades eclesiásticas, es necesaria una discreción y una devoción propia de la relación entre hijos y padre. Esto implica una supervisión en la elección de cosas y de formas, que en este caso —por ejemplo— a periodistas declaradamente cristianos les habría llevado a preferir aspectos seguramente positivos, como la contribución incalculable del llamamiento a la unidad que ha hecho el cardenal Poletti (a quien, por lo demás, debemos mucha gratitud) y habría permitido a los mismos periodistas estar más alerta sobre las magnificaciones negativas y acusadoras de la prensa y del asociacionismo hostiles a nuestra presencia. Espero, pues, que esta ocasión sirva para favorecer una sensibilidad cada vez mayor hacia la guía y el equilibrio que tiene la Iglesia en nuestra sociedad, que ciertamente usted y yo queremos contribuir a salvar de la confusión»⁴³.

Cortesanos de la historia

La preocupación por la Iglesia se dejó sentir también en el *Equipe* de los universitarios, el 10 de febrero de 1990. Uno de ellos le pidió a Giussani que explicara una frase del filósofo Andrea Emo, que él había citado algunos meses antes: «La Iglesia fue durante siglos la protagonista de la historia, y luego asumió la parte no menos gloriosa de antagonista de la historia; hoy es solamente la cortesana de la historia»⁴⁴. Giussani dijo: «Ser ‘cortesanos de la historia’ significa vivir en la historia sin aportación

creativa alguna que sea capaz de proponer y de construir, algo propio de quien tiene conciencia de sí, de quien tiene una personalidad y, por consiguiente vive con un sentido de la finalidad que tiene todo»; y, por ello, «percibe su tarea en el momento que pasa, en la contingencia histórica, y por consiguiente tiene una generosidad, es decir, un afecto al objetivo que le proporciona generosidad en ese momento». Pero la Iglesia, como tal, no puede ser cortesana de la historia, «porque todo su ser, sea cual sea la traición de sus hijos y de sus jefes, es conciencia del Misterio, del Padre que se ha revelado en el Hijo». Está formada por hombres, y está «toda ella llena de dolor por la necesidad humana, que afronta con la claridad de conciencia y el impulso afectivo de la caridad: por eso, cuando ella es libre, el ser humano está mejor, el enfermo humano está mejor, el peregrino, el viandante humano está mejor»⁴⁵.

Eran semanas de contestación en las universidades, y un joven le contó a Giussani la frase que estaba escrita en una pared de su facultad ocupada: «Lo más tremendo es la normalidad»⁴⁶. Y la contrapuso a una expresión del teólogo Romano Guardini, que Giussani citaba a menudo: «En la experiencia de un gran amor [...] *todo* lo que sucede se convierte en un acontecimiento dentro su ámbito»⁴⁷. «Lo más grande es la normalidad», afirmaba Giussani, porque «en la normalidad se da el paso que te acerca al destino. Y si tienes conciencia del destino, entonces todo se vuelve grande y se alimenta gracias a la grandeza que comunica el destino. [...] ¿Cuál es la verdad que encierra esa frase escrita en las paredes de la universidad? Que el hombre no está hecho para lo banal, no está hecho para el aburrimiento [...] y el sinsentido. El hombre está hecho para un sentido. Si está claro el sentido, si está claro el destino, cada paso que lleva hacia él es grande y se afronta como una aventura. Pero entonces ya nada carece de sentido, nada es pequeño, no hay nada pequeño, en el sentido de inútil, porque todo lleva al gran amor». Y «el hombre se resigna a lo pequeño solamente si lo descubre como paso e instrumento para llegar a lo grande». El presente, que sería en sí mismo «banal (banal es igual a inútil), fuente de aburrimiento, se vuelve algo grande porque permite fluir [...] hacia el destino, hacia la desembocadura. [...] Y el agua permanece pura, transparente [...]; mientras que el agua que no fluye a la desembocadura se estanca hasta pudrirse. Y es esta podredumbre la normalidad de la que vuestros compañeros han escrito: ‘No es tolerable’. [...] Si todo converge hacia lo uno, se ordena a la fuerza; el desorden existe cuando no existe un ‘uno’ hacia el cual, en función del cual, caminar»⁴⁸.

En vísperas de la Semana Santa, el 3 de abril de 1990, Giussani escribía una carta a la Fraternidad: «Vivimos un tiempo en el que el ideal cristiano se exterioriza, reduciéndose a ‘valores sociales’ o ‘valores comunes’ totalmente a merced de nuestro voluntarismo. [...] Para ser ‘buenos’, es decir, para que se produzca ese cambio continuo de nuestro corazón, [...] sabemos muy bien que se necesita el milagro de la bondad de Cristo hacia nosotros o ‘gracia’. Solamente por la bondad que brota de la gracia de Cristo pueden también superar cualquier equívoco el amor entre nosotros y los valores sociales». Giussani recordaba a todos el motivo de su seguridad en el camino: «La atención a cada palabra del Papa, escuchada siempre dentro del marco total de su enseñanza, y vivida siempre en el amor fiel a su figura gigante de amante de Cristo, y de representante suyo

en la tierra»⁴⁹.

Escribirá así a Juan Pablo II por su setenta cumpleaños, el 18 de mayo de 1990: «Con todo nuestro corazón, conmovido por su testimonio en México, decimos ‘¡Aleluya!’ por la gracia de su nacimiento y el milagro de su vida»⁵⁰.

El caballero Fossati. «Cuando ofrezcas al hambriento de tu pan...»

A finales de los años ochenta, Danilo Fossati (1928-1995), titular de uno de los más importantes grupos agroalimentarios italianos, la Star, se dirigió a un empleado suyo, Davide Celora, del que sabía que estaba vinculado a CL, para que le ayudara en una serie de iniciativas de caridad con personas y asociaciones de voluntariado. Celora le dio a conocer algunas obras de caridad presentes en Lombardía. Por esa misma época, Diego Giordani, un empresario italiano que vivía en Barcelona, fundaba con algunos amigos el ‘Banco de Alimentos’, para el aprovechamiento de excedentes alimenticios con el fin de destinarlos a los pobres de la ciudad. Giordani recuerda: «Hablé de ello con Giorgio Vittadini, que propuso a Marco Lucchini, quien trabajaba en el sector de la distribución, que me viniera a ver»⁵¹. En marzo de 1988 Lucchini fue a Barcelona. A su vuelta, recuerda, «comenzamos a pensar en la constitución de una fundación regional semejante al Banco de Alimentos. [...] Gracias a Vittadini conocimos a algunas personas que podían ayudarnos, entre ellos a Davide Celora»⁵². Este habló con Fossati, curiosamente dos días antes de que el empresario llevara a cabo un viaje precisamente a Barcelona para visitar una de sus empresas. Después de conocer a Giordani y nada más volver a Italia, Fossati encargó a Davide Celora la tarea de dedicarse al proyecto de abrir un Banco Alimentare, análogo al de Barcelona: «Su interés fue tal que donó personalmente cincuenta millones de liras para el patrimonio fundacional más otros quince para los primeros gastos de gestión»⁵³. La fundación Banco Alimentare se constituía en noviembre de 1989, teniendo como presidente a Pier Alberto Bertazzi⁵⁴.

Celora recuerda que Fossati «estaba animado por el deseo de dar otro significado a toda su actividad, y esta tensión tomaba la forma de una curiosidad e insistencia en hacer preguntas sobre la experiencia de CL y, sobre todo, sobre don Giussani». Fossati, no obstante, se sentía indigno de conocer a Giussani, por lo que Celora tuvo que insistir a fin de que aceptara conocerle.

Finalmente los dos se vieron en 1990, en Milán, en la sede de Comunión y Liberación, que por aquel entonces se hallaba en la vía Mosè Bianchi. En la conversación estaban presentes también Bertazzi y Celora. Nada más entrar en el despacho de Giussani, tras un primer momento de embarazo, Fossati empezó a hablar del Banco Alimentare. Giussani se puso en pie y exclamó: «Está usted haciendo una gran cosa. Se lo agradezco, porque da la posibilidad a muchos jóvenes y a muchos adultos de aprender a vivir la gratuidad». Y añadió: «Usted debe de tener un corazón bueno como su madre». Lo decía ignorando que la madre del empresario era conocida en Brianza precisamente por su caridad.

«Fossati llevaba dentro de sí una inquietud profunda: le parecía que el bien que hacía nunca era bastante, que nunca estaba a la altura de la caridad que vivía su madre. Y entonces, el gran capitán de empresa, el rico Fossati, se puso a llorar, y cuando logró recomponerse se despidieron, se dieron la mano y salimos del despacho sin palabras. No había nada que añadir: Giussani, por medio de su mirada más que con sus palabras, le había abrazado hasta el fondo por lo que era y no por lo que hacía. Para Fossati fue el abrazo de alguien que no le medía, sino que, simplemente, le amaba». Pronto Celora empezó a escucharle a Fossati repetir esta frase: «Yo haría cualquier cosa que me pidiera don Giussani»⁵⁵.

Giussani también hablará de la conversación con Fossati. El empresario le había confiado, afligido: «No puede ser que haya que destruir productos que están todavía perfectamente comestibles si se piensa en la gran cantidad de personas que, incluso en Italia, pasan hambre. ¡Para mí es una blasfemia!». «Pocas veces me había encontrado con un hombre poderoso que prefiriese dar sin pedir nada a cambio, nunca había conocido a un hombre que diera sin querer aparecer. En Danilo Fossati no se trata solamente de generosidad, sino de una implicación real con las necesidades de los demás. Hasta el punto de que el Banco ha sido su obra. Lo ha seguido desde su nacimiento, nunca públicamente, siempre de puntillas», dirá Giussani⁵⁶.

Aquella primera conversación marcó el comienzo de una relación: de vez en cuando Giussani y Fossati hablaban de su experiencia personal, de su exigencia religiosa, del Banco Alimentare y también de la Italia de aquellos años: las necesidades de la gente, el desempleo, el mundo empresarial. Celora recuerda también que Fossati «había llegado a ser un industrial muy rico y esto le hacía percibir con dolor la distancia entre su condición y la de la gente pobre. Percibía que todo lo que hacía como caridad no le servía como justificación». Por su parte, Giussani insistía en que «lo que hacía, también como empresario, era grande porque construía, para sí y para los demás y, no menos importante, porque daba trabajo a mucha gente»⁵⁷.

El 28 de marzo de 1991 Fossati recibía un sobre. Dentro había una tarjeta escrita a mano por Giussani: «Muy estimado señor Fossati, leyendo la Biblia se me ha presentado este pasaje del profeta Isaías: ‘Cuando ofrezcas al hambriento de lo tuyo y sacies al alma afligida, brillará tu luz en las tinieblas, tu oscuridad como el mediodía (Is 58,10)’. Y enseguida pensé en usted. No es solamente un deseo. Usted esto lo hace siempre; también lo ha hecho con nosotros. Es también una petición humilde y calurosa para que siga haciéndolo: también con nuestra pura y gran necesidad. Con mi devotísimo recuerdo, y con fidelidad en la memoria de Aquel que le apremia»⁵⁸.

Davide Celora recuerda también otro encuentro, esta vez en un bar de Monza: en esa ocasión Giussani le había confiado a Fossati el sueño de que pudiera nacer del Banco Alimentare un gran gesto de educación en la caridad para millones de italianos, algo que pudiera constituir una especie de «fondo común de los italianos» en favor de los más necesitados. Palabras que asombraron no poco a los que estaban presentes en la conversación, porque en esa época, de hecho, solo estaban implicadas en el Banco cinco o seis personas, y todavía no había nacido una actividad organizada propiamente dicha.

Una decena de años después, frente a la imponente movilización popular y las donaciones alimentarias recibidas gracias a la Jornada Nacional de Recogida de alimentos (una cita anual que comenzó en 1997, durante la cual miles de voluntarios piden a los clientes de los supermercados que donen algunos productos alimenticios no perecederos para destinarlos a obras de caridad que asisten a personas y familias pobres), Giussani diría que finalmente había nacido «el fondo común de los italianos»⁵⁹.

Giussani hablaría también de otro encuentro con Fossati: «A mediodía he comido con un gran empresario que tiene un imperio y es un melancólico. No recuerdo cómo decía... ‘Ahora hago todo esto ¿y después? Después viene la muerte’. Continuamos discutiendo y le dije: ‘Mire usted, esta es precisamente la postura típica del hombre grande, del corazón grande, del hombre, del yo grande, que cuanto más hace, más siente su distancia con respecto a la totalidad; cuanto más hace, más distante, lejana e inalcanzable se le hace la totalidad’»⁶⁰. Pero el juicio concluyente sobre aquel hombre, que morirá el 10 de marzo de 1995 a los sesenta y siete años de edad, Giussani lo resumía con estas palabras: «La caridad actúa por puro amor, en el sentido de que da y ya está, sin más apéndices que añadir. ¿Que ese de ahí no me reconoce? No importa, lo hago igualmente. En efecto, ¿qué es el amor, sino querer el bien del otro, querer reconocer la misteriosa bondad de Dios con cada hombre? Esto es lo que yo aprendí escuchando a un empresario esquivo y decidido como Danilo Fossati»⁶¹.

Por qué la Iglesia. La pretensión permanece

«Quien se enfrenta con el hecho de Jesucristo, sea un día después de su desaparición del horizonte terreno, o bien un mes después, o cien, mil o dos mil años después, ¿cómo puede ponerse en condiciones de saber si Él responde a la verdad que pretende ser?»⁶². A este problema, que es el corazón de lo que históricamente se llama ‘Iglesia’, Giussani le dedicó un libro entero, dividido en dos tomos, el primero de los cuales se publicó en mayo de 1990. Formaba parte del tercer volumen del PerCorso, después de *Il senso religioso* (1986) y *All’origine della pretesa cristiana* (1988) (en español, *Curso básico de Cristianismo*, volumen 3, *ndt*). Se llegaba así a la conclusión del programa con el que la Jaca Book estaba dando forma editorial al itinerario de pensamiento y de experiencia de Giussani, que había madurado en él en sus años de enseñanza, primero en el liceo Berchet y luego en la Universidad Católica del Sacro Cuore (donde durante años había utilizado un *Schema di un corso sulla Chiesa*, difundido entre los estudiantes en forma de apuntes). El nuevo libro se titulaba *Perché la Chiesa. La pretesa permane (Por qué la Iglesia. La pretensión permanece*, Encuentro, Madrid 1991, *ndt*)⁶³.

Giussani explicaba su contenido en las primeras páginas: «La palabra ‘Iglesia’ indica un fenómeno histórico cuyo único significado consiste en que constituye para el hombre la posibilidad de alcanzar la certeza sobre Cristo, en ser en definitiva la respuesta a esta pregunta: ‘Dado que yo llego el día después de que Cristo se haya marchado, ¿cómo puedo saber si realmente se trata de algo que me interesa más que nada, y cómo puedo

saberlo con razonable seguridad?». A juicio de Giussani es imposible imaginar un problema más decisivo que este para el hombre, para su vida y para la vida del mundo. Ciertamente, se puede «censurar el problema pero, dada la naturaleza de la pregunta, censurarlo es como responder a ella negativamente». Para Giussani es importante que el hombre contemporáneo, que llega después, «e incluso mucho tiempo después del acontecimiento de Jesús de Nazaret, lo aborde de modo que pueda llegar a obtener una valoración razonable y cierta». En ese sentido, la Iglesia se plantea como la respuesta a esa exigencia.

Recapitulando el itinerario recorrido en los dos libros precedentes, Giussani escribía que si «no estamos comprometidos con ese aspecto inevitable y omnipresente de la existencia que es el sentido religioso [con referencia al primer volumen, *nda*], si ante el hecho histórico de Cristo pensamos que se puede dejar de adoptar una postura personal [ver el segundo volumen, *nda*], entonces la Iglesia solo podrá interesarnos de una manera reductiva: como problema sociológico, político o asociativo, para combatirla o defenderla con relación a estos aspectos». Por otra parte, «*de hecho*, la historia, querámoslo o no, con nuestra ira o con nuestra paz, está atravesada por el anuncio del Dios que se ha hecho hombre». Vale la pena, pues, hacer cuentas con él, a no ser que se quiera degradar la razón, que resultaría con eso «descalificada precisamente en lo que hace más humana y más completa su capacidad de descubrir y establecer conexiones, es decir, el sentido religioso auténtico y vivo»⁶⁴.

La gran premisa para el desarrollo de sus reflexiones es que la Iglesia «no solo es expresión de vida, algo que nace de la vida, sino que *es una vida*». Esto significa, escribe Giussani, que «quien quiera comprobar la veracidad de su opinión sobre la Iglesia ha de tener presente que para comprender realmente una vida, como es el caso, se necesita convivir con ella adecuadamente»⁶⁵.

Merece la pena señalar que toda la primera parte del libro está dedicada a descubrir «los pliegues ocultos que ha asumido la historia de la conciencia del hombre frente al problema que estamos tratando». Giussani identifica tres modalidades.

La primera es la que llama «postura racionalista», según la cual «Jesucristo es un hecho del pasado, igual que lo fueron Napoleón y Julio César», un hecho que puede indagarse a través del estudio de los documentos y las fuentes históricas. Pero al final de semejante investigación «nos encontramos ante cientos de interpretaciones distintas. [...] Por eso Cristo seguiría siendo para nosotros un gran *desconocido*». En este sentido, el racionalismo histórico-crítico «reduce el contenido del mensaje cristiano antes de haberlo tomado en consideración». Y el mensaje cristiano es que «Dios se ha hecho una presencia humana, carnal, dentro de la historia». Desde hace dos mil años, escribe Giussani, la historia de la humanidad «trae hasta nosotros las voces de hombres, mujeres y niños —sin distinción de sexo, edad, posición social o formación cultural—, que afirman como el ángel del relato de Lucas en la mañana de la resurrección: ‘¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?’ (Lc 25,5)»⁶⁶.

La segunda modalidad es la que Giussani identifica como «postura protestante»: se trata de una postura «profundamente religiosa que, como tal, percibe con claridad la

distancia inmensa que hay entre el hombre y Dios». Pero justamente como consecuencia de semejante percepción de la distancia se plantea el problema de la absoluta imposibilidad para el hombre de alcanzar cualquier certeza acerca del anuncio de que Dios se ha hecho hombre. «Fatalmente, al tratarse de un misterio, el hombre es impotente para ello». Según la actitud protestante, «es el Espíritu mismo de Dios el que ilumina al corazón y, por inspiración, hace ‘sentir’ la verdad de la persona de Jesús». El método para alcanzar el hecho lejano de Cristo, «lo que el gran teólogo Karl Barth llamaba ‘contacto por tangencia’», sería, pues, «una relación interior y directa con el Espíritu. Es un encuentro interior». Pero al hacer esto se cae en el subjetivismo, que está expuesto a dos riesgos: ante todo, «¿cómo se puede distinguir si lo que el hombre ‘siente’ es resultado del influjo del Espíritu o es una idealización de sus pensamientos?». En segundo lugar, la actitud protestante lleva a «una infinidad de interpretaciones y soluciones distintas, a una inevitable confusión de teorías». Pero la verdadera objeción a esta postura es que no respeta los datos del anuncio cristiano, sus connotaciones originales, es decir, «un ser divino que se hizo hombre, un hombre que comía, bebía, dormía y al que uno se podía encontrar por la calle. [...] Es decir: el anuncio cristiano es un hecho *íntegramente* humano, con todos los factores de la realidad humana, que son interiores y exteriores, subjetivos y objetivos. La actitud protestante anula esta integridad y reduce la experiencia iniciada a una experiencia *meramente interior*»⁶⁷.

La tercera actitud describe —a juicio de Giussani— el modo más adecuado y razonable con el que el hombre de hoy puede alcanzar certeza respecto a Cristo. Lo llama «perspectiva ortodoxo-católica» porque «tanto la ortodoxia como el catolicismo mantienen la misma concepción. Es la actitud que sostiene toda la tradición» y muestra «coherencia con la estructura del acontecimiento cristiano tal como apareció en la historia». ¿Y cómo se presentó? Como una «presencia integralmente humana», lo que implica el método del encuentro, de toparse con una realidad exterior a nosotros. Esto es lo que sin duda les ocurrió a los que conocieron a Jesús hace dos mil años. ¿Pero ahora? Giussani subraya que «incluso cuando Jesús estaba en plena actividad terrena, el acontecimiento cristiano asumía una forma que no se identificaba solo con la fisonomía física de su persona, sino también con la fisonomía de la presencia de los que creían en Él, hasta el punto de que eran enviados por Él a llevar sus palabras y su mensaje, a repetir sus gestos portentosos, es decir, a llevar la salvación que era *su* persona. La actitud que hemos llamado ortodoxo-católica propone este mismo método para alcanzar a Jesús también ahora, afirmando que se puede constatar si su gran pretensión es real o no lo es, si se trata de Dios o no, si es verdadero o no el anuncio cristiano. El método consiste en meterse en una realidad formada por los que creen en Él. Porque la presencia de Cristo en la historia, su misma fisonomía, perdura visiblemente como forma encontrable en la unidad de los creyentes». Se trata de «un Dios hecho presencia que después de setenta, cien, o dos mil años, llega también aquí a través de una realidad que se ve, se toca y se siente. Es la compañía de los creyentes en Él»⁶⁸.

Después de un *excursus* que recorre la historia —desde la Edad Media al siglo XX—, en el intento de hacer ver las causas de la dificultad que tiene el hombre contemporáneo

para comprender el significado de las palabras cristianas (a la luz de las reflexiones expuestas en *La conciencia religiosa del hombre moderno*, de 1985; ver aquí, pp. 694ss), Giussani pasa revista a los factores constitutivos del fenómeno cristiano en la historia: «La Iglesia se presenta en la historia ante todo como relación con Cristo vivo», y por consiguiente como «una realidad comunitaria sociológicamente identificable», que describe con la imagen, tomada de los Hechos de los Apóstoles, de los primeros cristianos que solían juntarse en el pórtico de Salomón: «Imaginémonos entonces, durante el periodo pascual, cuando los judíos esparcidos por todo el mundo trataban, en la medida de sus posibilidades, de ir en peregrinación a Jerusalén, la reacción de uno de estos peregrinos que, al ir al templo durante algunos días seguidos, notara cada vez que iba la presencia del mismo grupo de gente bajo aquel pórtico. El primer día habría seguido probablemente su camino sin curiosidad y quizá también el segundo, pero llegado un momento determinado le habría preguntado a alguien: ‘Pero ¿quiénes son esos que veo siempre juntos ahí?’. Y le responderían: ‘Son los seguidores de Jesús de Nazaret’. Pues bien, la Iglesia comenzó así literalmente a ‘dejarse ver’ bajo el pórtico de Salomón, a presentar ante los demás un primer brote visible»⁶⁹.

Aquella comunidad se reconocía «invadida por una ‘fuerza de lo alto’». Los primeros cristianos «sentían que tenían una personalidad distinta en el mundo, en la sociedad, que eran diferentes en la manera de concebirse a sí mismos y por su fuerza comunicativa». El tipo de vida que llevaban se caracterizaba por un «interés común», en griego «*koinonia*» y en latín «*communio*». «¿Qué es lo que aquellos cristianos tenían conciencia de poseer en común? [...] Una misma razón de vivir, la razón de la vida, es decir, a Jesucristo»⁷⁰.

Giussani describe así a la Iglesia, tal como nacía en los primeros siglos: «Dentro de aquella realidad tan banalmente humana y tan mísera, [...] existe la certeza de que hay una humanidad nueva, la de Cristo, capaz de transformar cualquier pobre humanidad con tal de que esté dispuesta a entrar en esa ‘carrera’ que describía el apóstol, con tal de que siga un camino según sus propias posibilidades sostenidas por la gracia». Desde el comienzo, en efecto, la Iglesia ha estado sostenida por esta certeza: «Jesucristo puede atravesar victorioso nuestras impotencias con su fuerza y convertirlas en una energía que obre el bien»⁷¹.

Un evento real en la vida del hombre

El tema de la presencia de Cristo en la historia dominó siempre la reflexión de Giussani sobre la naturaleza del cristianismo. Y estuvo presente también durante el *Equipe* de los universitarios de CL, que se celebró en Bruzzano (Milán) el 29 de mayo de 1990, casi al mismo tiempo de la publicación de *Perché la Chiesa*. Giussani habló de ello refiriéndose a los sucesos que en aquellos meses estaban agitando la vida de las universidades italianas, es decir, el fenómeno de la «Pantera», de proporciones reducidas, pero que fue amplificado enormemente por los medios de comunicación, como recuerda Onorato Grassi: «Grupos pequeños y dispersos, cercanos a los centros sociales, que ocupaban sedes, lanzaban proclamas, amenazaban con acciones de castigo

y de perturbación, oportunamente puestos bajo los reflectores y las lentes de aumento de la información. [...] Durante algunos meses la ‘lucha que no sirve para nada pero que divierte’, la repetición obsesiva de proclamas y reivindicaciones abstractas, y el ‘vivac’ en los atrios, condicionaron el clima de las facultades. Algunos trataron también de tomarla con la presencia de los católicos, la única que quedaba todavía tras la disolución de las organizaciones de izquierda». Los universitarios de CL vieron cómo se ponía a prueba el significado de su presencia «dentro de las necesidades y las relaciones normales y cotidianas, en los cursos, con los profesores, trabajando como Cattolici Popolari dentro de los órganos de gobierno de la universidad y discutiendo los proyectos de reforma, comprometiéndose en la CUSL para ayudar en el estudio y proveer de alojamiento a los que venían de fuera de Milán»⁷².

Precisamente en este contexto, Giussani invitaba a reconocer: «Nuestra propuesta, lo que nosotros llevamos al mundo, es este mensaje sencillísimo [...]: Dios se ha hecho hombre y está aquí presente, está presente aquí y ahora, es una presencia. Su presencia implica una realidad material. El anuncio del ángel (‘Tendrá por nombre Emmanuel, Dios con vosotros’) implicó una carne. Su presencia —‘Yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo’— implica una carne, implica una materia, nuestra carne. Por eso es algo que ocupa un tiempo y un espacio, es una cuestión de tiempo y de espacio». Y por eso concluía, «lo que mi ser vehicula, lo que lleva al mundo, es este mensaje: Él es presencia, aquí y ahora, y por eso se identifica —es una presencia humana y por consiguiente se identifica, es observable, constatable, visible, tangible y audible— con una realidad física presente»⁷³.

Pero fue sobre todo en el *Equipe* de Arabba (Belluno) del agosto siguiente donde Giussani profundizó en el tema de la presencia cristiana. Carmine Di Martino recuerda a propósito de esto: «Se publicó un resumen, en forma de cuadernillo, titulado *Promessa compiuta, non menzogna*, como suplemento del semanario *Il Sabato*, y se convirtió enseguida en el instrumento de los universitarios (y más en general de todo el movimiento) durante todo el año. A don Giussani le gustó tanto que no quiso que se hiciera circular otra cosa», como subrayará en el *Equipe* siguiente: «El único texto debe ser el del *Equipe* de agosto. Dije este verano que todo el año había que trabajar sobre ese texto, que parece que se comprende, pero después, la segunda vez que se lee, se comprende que todavía no se había comprendido»⁷⁴. ¿Pero cómo es posible? ¿Qué es lo que era tan importante? Se comprende por su introducción.

Como se ha visto, desde hacía meses Giussani venía centrando la atención en el «verdadero protagonista de la historia [...], que es el sujeto, la persona, es decir, tú, yo» y en la asamblea de Arabba subrayó: «Ayudémonos a ser hombres. No se es hombre en sentido colectivo. [...] El problema es el individuo, el problema es la persona, el problema eres tú». La lección siguiente estuvo centrada por entero en la relación entre la presencia y la persona: «Desde el *Equipe* de 1976, cuyo título era *De la utopía a la presencia*, (ver aquí, p. 505s) hemos recorrido un camino que nos empuja ahora a profundizar y desbrozar la palabra presencia: hay que profundizar en ella y liberarla de lo superfluo. Porque la CUSL es presencia (Cooperativa Universitaria Studio e Lavoro),

la mesa de acogida de los de primero es presencia, la Escuela de comunidad es presencia, el testimonio que se da es presencia; pero hay que desbrozar la presencia de toda esta expresividad, porque la presencia está en la persona, solo y exclusivamente en la persona, en ti. La presencia es un tema que coincide con tu yo. La presencia nace y consiste en la persona. ¡Cuántas veces nos lo habremos dicho!»⁷⁵.

Pero ¿dónde cobra consistencia la persona en una época que la ha vuelto tan frágil y evanescente, expuesta a los vientos de las modas y de la opinión dominante? «Lo que define a la persona como parte activa y como protagonista de una presencia es la claridad de la fe, [...] porque la fe es el aspecto último de la inteligencia, es la inteligencia que alcanza su horizonte último, que identifica su destino». Pero si esta «inteligencia» reconoce el horizonte último y lo toca, continuaba Giussani, «se debe únicamente a algo que ha sucedido, que ha sucedido en nosotros, por medio de una palabra o un mensaje, de un anuncio». Y enseguida añadía: «Tenemos que reconocer que, si se puede decir esto de cada uno de nosotros, es porque hemos sido llamados, elegidos, escogidos. Es ese acto, ese acontecimiento decisivo y supremo de la existencia humana [...], ese evento que se llama bautismo». Giussani sabía que decía una palabra sabida, obvia para aquellos jóvenes universitarios, lo que ponía de manifiesto su falta total de conciencia: «No hay nada más extraño a la jerarquía de valores, de intereses, de estima, de gustos, de deseos que absorben y que ocupan vuestra jornada, que la palabra bautismo. Y no hay nada más radicalmente decisivo que la palabra bautismo»⁷⁶. «Sobra decir la sorpresa que se produjo no solamente en los que provenían de una educación católica», admite Di Martino, «sino también en los demás: tampoco estos, en el fondo, comprendían el bautismo».

Consciente de este déficit, Giussani afirmaba: «Ha ocurrido en nuestra vida un evento real —¡un evento!—: nosotros lo llamamos encuentro. Pero este encuentro es como el florecer de una raíz. Ha ocurrido lo que se llama bautismo, que es el encuentro que Cristo ha hecho con nuestra carne: ha tomado nuestra carne y la ha llevado a la suya». Así pues, bautismo y encuentro, un evento «inicial» y un evento «que completa»⁷⁷.

Con el segundo punto de su lección Giussani afrontaba el centro de la cuestión humana, porque solo en la relación con él se puede reconocer ese evento real en todo su alcance: «Si no caemos bien en la cuenta de esto, todo lo demás se desenfoca; se desenfoca derivando en un pietismo, o bien en un gusto por la liturgia o por la lectura de la Escritura». Para hacerse comprender, Giussani recurría al libro de la *Sabiduría*: «Dios no ha creado la muerte y no goza con la ruina de los vivientes. En efecto, Él ha creado todo para la existencia. Las criaturas del mundo son sanas, en ellas no hay veneno de muerte, ni los infiernos reinan sobre la tierra, porque la justicia es inmortal». Pero ¿cómo compaginar esta afirmación positiva con todo lo que sucedía en la universidad y en el mundo? La respuesta era perentoria: «Sin Cristo esa afirmación no sería verdadera, porque la contradicción termina destruyendo todo lo que uno ha imaginado y construido, hace que se hunda en el remolino de la muerte. No se puede dar razón de estas palabras de la Biblia sin Cristo. Sin Cristo no serían verdaderas, serían una expresión optimista del pensamiento griego, inútil, más aún, cínica, pues resultarían macabramente

contradictorias con lo que es la realidad», o bien «se reducirían a una utopía: la utopía de matriz judía. Estos son los dos tipos de esperanza amarga que dominan la cultura del mundo: el optimismo y la utopía»⁷⁸.

Para Giussani, Cristo no es un pensamiento o una imaginación, sino un evento real en la vida del hombre. Lo habían intuido también filósofos y poetas, y Giussani lo documentaba utilizando una expresión del filósofo Ludwig Wittgenstein: «El cristianismo no es una doctrina, no es una teoría de lo que ha sido y de lo que será del alma humana, sino la descripción de un evento real en la vida del hombre»⁷⁹. Con esta frase, Wittgenstein captaba la esencia del cristianismo, como también por su parte Cesare Pavese, al que siempre citaba Giussani: «En las cosas que pensamos siempre falta lo inevitable, el pensamiento más decidido no es nada frente a lo que sucede»⁸⁰.

Al final de la conversación sobre los contenidos de la lección, Giussani sintetizaba: «Tenemos que resumir toda la lección de ayer en estos dos puntos. El primero se refiere al pasaje de la *Sabiduría*: Dios ha hecho al hombre para la vida; esto sería mentira si no estuviera Cristo. El segundo es que Cristo es el evento nuevo de la vida, porque ofrece el motivo para vivir». Pero todo esto, añadía enseguida, «tiene que convertirse en experiencia personal». Y «esta es la tarea de la vida». Entonces «el problema es único: el filo de la libertad, reconocer a Cristo»; es que todos repitamos, con las últimas palabras del libro del apocalipsis: «Ven, Señor», esto es, que cada uno busque a Cristo con corazón sincero: «La personalidad que se convierte en presencia es la personalidad que empieza a pedir con corazón sincero»⁸¹.

Giussani concluía indicando a los universitarios cuál era el cauce por el que discurría el camino de esa personalización que es la tarea de la vida: «Desde Adán en adelante todo lo que demuestra la obra de Dios, todo lo que demuestra el designio de Dios en el mundo con el hombre, tiene como categoría suprema la persona dentro de un pueblo, la persona en comunión, la persona-en-comunión. Por eso eligió a Abraham para su misión y le convirtió en pueblo; te elige a ti en el bautismo y te hace pueblo, Iglesia, su Iglesia». Por lo tanto, «lo más importante es la fidelidad a lo que hemos encontrado, no como teoría, sino como evento, esto es, la fidelidad a la compañía. El mayor delito no es la traición, el desconocimiento o la incoherencia con lo que se ha visto, con la verdad, sino la traición o el abandono de la realidad en la que se te ha comunicado la verdad, es decir, la traición a la compañía, la traición al evento, no a las palabras, aunque sean teóricamente iluminadoras»⁸².

La Fraternidad de San José

Desde mediados de los años ochenta, Giussani tuvo que hacer cuentas con una situación nueva: fue conociendo a personas que expresaban el deseo de entregar totalmente su vida a Cristo en la virginidad, pero que vivían situaciones familiares o laborales particulares, o bien que estaban en el límite de los treinta y cinco años de edad, condición esta última que no permitía ya entrar en los *Memores Domini*.

Giussani se comprometió, pues, a seguir personalmente a un pequeño grupo de personas, manteniéndose atento a lo que el Señor quisiera generar a partir de aquella circunstancia inesperada.

Pero hacía falta alguien que, de algún modo, colaborara con esta tentativa. Por eso, en noviembre de 1990 Giussani implicó a don Bruno De Biasio (1920-2004; en aquel momento párroco del barrio Dergano de Milán) en el camino de aquella naciente realidad: «Si no hubiera sido por don Bruno De Biasio, no habría hecho nada. Pero entonces con don Bruno nacieron dos pequeños grupos». Durante una reunión que se celebró el 4 de noviembre, Giussani aclaró el objetivo de aquella iniciativa: «Es un ideal muy claro: una ayuda para el camino espiritual de los que quieren, de los que buscan y desean esta ayuda, conforme a cierto tipo de inspiración reconocido como válido por la Iglesia y que asegura una capacidad de persuasión y de ayuda pedagógica que simplifique las cosas lo más posible»⁸³.

Bien pronto el grupo inicial creció numérica y geográficamente (congregando también a personas de Brasil y de África), hasta que tomó el nombre de Fraternidad de San José. Sus miembros son hombres y mujeres que entregan total y definitivamente su vida a Cristo en la virginidad, siguiendo los consejos evangélicos de pobreza, castidad y obediencia, permaneciendo en sus propias circunstancias de vida personales y laborales.

Desde el principio, Giussani imaginaba: «Si estos grupos se multiplicaran, podrían llegar a ser cien, doscientos o trescientos; pensad si llegaran a ser mil [...] en toda Italia, y es muy posible —porque, ante el fenómeno, se despiertan los deseos de quienes nunca lo habían pensado—, se podría invadir Italia, aunque no con el objetivo de invadir Italia»⁸⁴.

Si «los grupos de fraternidad, o los que he llamado ‘Fraternidad de San José’ (digo san José porque es el protector de la Virgen María y del Niño Jesús, es el protector de los que siempre son débiles frente a la sociedad) [...] se multiplicaran, este sería el método para renovar la fe en las parroquias de Italia»⁸⁵. Giussani añadía que la idea de la Fraternidad de San José se le ocurrió pensando «en ciertas personas con determinado temperamento, con un cierto carácter», gente «consciente y denodadamente inserta en el tejido social»⁸⁶.

A continuación anclaba la identidad de la Fraternidad de San José, derivada del carisma de Comunión y Liberación, en tres puntos: ante todo, «tendencia y gusto por la oración, es decir, una elección de vida espiritual, un temperamento espiritual». En segundo lugar, «un compromiso —totalmente dentro de la libertad y por consiguiente también de las posibilidades concretas— de ayuda recíproca, que podrá desarrollarse en una vasta gama de modalidades». Giussani ponía algunos ejemplos: «Puede ser una llamada de teléfono cuando se sabe que uno no está bien, puede ser una compañía que se ofrece por tener tiempo y posibilidades, puede ser también una ayuda económica cuando se reconozca necesaria, es una aplicación de la pobreza».

En tercer lugar, la Fraternidad de San José se concretaba en «una fidelidad al reconocimiento de la presencia del Señor, una fidelidad a la memoria del Señor que se extienda a todo el horizonte del propio afecto [...]. Esta elección, este reconocimiento de

la presencia del Señor como determinante del horizonte afectivo de la vida, hace que se perciba la vida propia con sus fatigas, sus dolores y sus posibilidades activas, como testimonio de Cristo en el mundo, es decir, como exaltación misionera del sentido de la vida. La vida se nos ha dado como vida, se nos ha dado como elección bautismal — porque no hay ninguna diferencia entre el bautismo y esto, es simplemente el contenido del bautismo llevado hasta sus últimas consecuencias—, se nos ha dado todo para que nosotros colaboremos en el conocimiento del misterio de Cristo en el mundo y, por tanto, para que colaboremos en la obra del Padre, en la *opus Dei* en el sentido latino del término. Y la obra de Dios la expresó Jesús al principio del capítulo 17 de san Juan: ‘He venido para que tengan vida. Y esta es la vida: que te conozcan a Ti, único Dios verdadero, y a Aquel a quien has enviado, Jesucristo’»⁸⁷.

Los encuentros en los que participó Giussani a lo largo de 1990 atestiguan la ayuda que ofreció a los que habían decidido emprender este camino. Por ejemplo, durante una reunión del 16 de abril de 1990, una persona le preguntó: «Me he marchado allí [a su pueblo, *nda*] con el deseo de vivir en comunidad lo que he aprendido y aprendo en la compañía vocacional, es decir, a amar la cosa más querida que tenemos. [...] Pero estoy ante una realidad muy distinta, por lo que me cuesta mucho implicarme. [...] ¿Qué hacer para comprender en una situación así qué es lo bueno para mí? ¿Cómo se puede comprender que uno no pierde el tiempo?». Giussani respondía: «El significado de nuestro tiempo no lo puede determinar el comportamiento de los demás [...]. El significado de nuestro tiempo lo da eso que has dicho antes —lo más querido que tenemos es Cristo—, el significado lo determina eso, que es lo que hace soportables e incluso amables y por consiguiente útiles para nosotros mismos y para la gloria de Cristo, es decir, para el mundo, todas las condiciones por las que el Señor deja que pasemos». En efecto, continuaba Giussani, «frente a cualquier circunstancia, la dificultad o el rostro que ella presenta, debe llegar a ser cada vez menos decisivo y determinante para nosotros; lo que debe ser para nosotros cada vez más decisivo y determinante es lo más querido que tenemos, que es Dios hecho hombre, Cristo. De hecho, el Señor permite en nuestra vida las circunstancias con una única finalidad: invitarnos a profundizar en nuestra relación con Él». Giussani concluía: «El niño se apoya en sus padres. A medida que crecemos, que maduramos en la fe, vamos comprendiendo que el apoyo en Cristo — porque es la relación que nos constituye— es el único que no te traiciona, que no carece de nada: ‘El señor es mi pastor, nada me falta’. Entonces todo lo demás se convierte en una ocasión gratuita de alegría o en una prueba que nos hace madurar»⁸⁸.

En agosto de 1995, con ocasión de los Ejercicios espirituales de la Fraternidad de San José, Giussani dibujará la fisonomía de esta realidad, subrayando su pertinencia a la situación histórica que estaba atravesando la Iglesia, «llena de aridez y confusa». Fueron dos las indicaciones que dirigió a los participantes: en primer lugar, «la fidelidad al camino por el que [Dios] nos llama se define y asegura mediante el seguimiento de aquellos a los que la Iglesia ha dado la responsabilidad efectiva en la vida de vuestros grupos». En segundo lugar, «‘Buscad todos los días el rostro de los santos y obtened consuelo en sus palabras’ (Cf. *Didaché*, IV, 2), es decir, seguid siempre los ejemplos que

la convivencia os señala. Y las personas vivas son las más sensibles al misterio de la existencia de Dios, a la esperanza de su encarnación, a la gratitud por el Señor y a la capacidad de gratuidad en la relación con los hombres. ‘Si sigues tu estrella, glorioso puerto alcanzarás sin falta’ (Cf. Dante, *Infierno*, XV, vv. 55-56)».

Alguno de los presentes le preguntó a Giussani por qué ponía tanta esperanza en la Fraternidad de San José, y él: «Por la inmanencia capilar en el tejido normal de la vida de la Iglesia, porque solo con ver la forma de trataros entre vosotros se puede hablar ya de una experiencia misionera: los demás aprenden, se ven sorprendidos, por eso la Iglesia necesita vuestra presencia». A la pregunta de qué riesgos veía don Giussani que acechaban, este respondió: «La reducción más peligrosa es vivir la Fraternidad sin que esté presente toda la responsabilidad de la persona»⁸⁹.

Algunos años después hablará de su papel en la Fraternidad de San José: «El responsable ante el Padre Eterno y ante la Iglesia de Jesucristo soy yo, como realidad propuesta para la vida cristiana que corresponde a la que yo he sostenido con CL. [...] Por eso el responsable último de la Fraternidad de San José soy yo, me siento yo. Hasta que no haya una intervención de la autoridad eclesiástica contraria a la historia, soy yo», y no por un derecho exclusivo que se hubiera arrogado, sino «porque es la aplicación más impresionante, más impresionantemente lógica, más coherente con el principio de que Dios se ha hecho hombre en el mundo para salvar a los hombres, que se hizo hombre en el mundo para mostrarse y para llamar a los hombres. Y salva a la humanidad por medio de un *crescendo* de elecciones, o de predilectos, que por misión, y por consiguiente por medio de esta relación personal que ellos imitan, lo propagan por todo el mundo».

Para Giussani el gran problema de una realidad como la San José es «la metamorfosis personal: se comunica la experiencia cristiana por testimonio, solo por testimonio. Lo que comunica realmente algo es el testimonio [...]; uno vive esa relación conforme a Jesús con una persona, con personas, [...] en el lugar donde se trabaja». El testimonio, en sustancia, es «la pasión con la que se inyecta en el otro nuestro amor a Cristo, pero no porque se quiera inyectar, sino porque quiero ser inyectado yo por Cristo. No se puede comunicar más que lo que se experimenta». Y esto se documenta como amistad: «No habría nacido GS, no habría nacido CL, no habría nacido la Fraternidad, no habría nacido la Fraternidad de San José si no hubiera sido por la amistad que se creó por casualidad entre dos o tres. ¿Por qué está aquí don Bruno? Porque [...] es toda mi memoria del pasado. Un sacerdote que se adhirió, un cura de su ingenio, porque era de las ACLI, sentía todos los problemas de los jóvenes de hace cuarenta años en mi pueblo, en mi parroquia, y fue el primero en entrar, en fiarse de lo que yo decía. Se confió completamente enseguida, sacrificando así la perspectiva de una carrera». A todos los miembros de la Fraternidad de San José Giussani les expresaba su gratitud: «Esta es justamente la participación en la misión que Dios comenzó desde esa nada que soy yo, y que ha hecho pasar a la nada que sois vosotros. Dios es grande, no hay circunstancia de la vida que no quiera, que no demuestre que quiere nuestro bien»⁹⁰.

El club de los poetas muertos

Giussani siempre consideró la educación como un tema decisivo para la vida de un pueblo. Y por esto consideraba fundamental la profesión de profesor. En noviembre de 1990, durante un seminario sobre el tema: «La educación como comunicación de uno mismo», intervino aprovechando sus treinta y cinco años de trato frecuente con miles de profesores: «Una ‘cierta preparación’ no es educativa por sí misma. No existe ningún tipo de preparación que sea educativa por sí misma». Lo que educa a los jóvenes, de hecho, es la «forma viva de relación con lo real» que practica un profesor.

Para Giussani esa observación era el resultado de dos coordenadas. La primera se refería directamente al profesor: «Sea cual sea la materia que explique, el modo en que afronta su objeto y el modo en que comunica esa relación refleja —tanto más cuanto más maduro sea él— el amor que tiene por lo verdadero, no como realidad abstracta, no como valor abstracto, sino como contenido de su destino, como contenido del horizonte para el que está hecha su vida, como contenido de la felicidad por la cual y hacia la cual está en camino». Esta es, pues, la primera coordenada, el hecho de que «el gesto que uno realiza está inscrito inevitablemente dentro de un horizonte que tiene presente con el rabillo del ojo. Si uno está trabajando dentro de una pequeña habitación, pero esa pequeña habitación se ve superada por el tipo de trabajo que está haciendo —por ejemplo, una investigación científica, aunque sea sobre una mosca—, la pequeñez del espacio en el que actúa está en relación con el destino del universo». O bien, si uno está «en una habitación sin ventanas estudiando, por ejemplo, sintaxis griega, realmente se agobiara más que si estuviera en una mesa dentro de una habitación con muchas ventanas alrededor: en este último caso tendría un horizonte que influiría aligerando su estudio, que alegraría, sin darse cuenta, su esfuerzo, que le haría vibrar»⁹¹.

Así pues, la forma de la enseñanza se define por la «conciencia presente del horizonte total de la vida», que es lo que hace del profesor «devoto, adorador del objeto, porque el objeto que debe tratar es la circunstancia en la que emerge de manera contingente el misterio del ser. Por eso tiene una pasión, una preocupación por ser leal y fiel, por ser preciso, una calidez y una vibración que de otro modo no tendría»⁹². Hay también una segunda coordenada: esta ya no se refiere al contenido de la enseñanza, sino al destinatario de esta, «una persona hecha para el mismo destino, para la misma verdad». Pues bien, la relación con el estudiante tiene que apoyarse en esa consideración: «La persona a la que nos dirigimos es una persona *libre*. [...] Que sea una persona libre significa que nuestra primera tarea debe consistir en comunicar, en iluminar la *razón* de lo que decimos. Dar razón es precisamente el brotar, más aún, es el momento en que empieza a brotar la fuente de la razón. Saber dar razón: cuanto más claramente, más ampliamente, más detalladamente, más lealmente, más apasionadamente, más claramente se dé razón, más justa se vuelve la forma, el modo de enseñar». Pero había una advertencia que Giussani invitaba a considerar porque le parecía decisiva en este juego de dos libertades: «¡Sin pretensiones! Porque la libertad implica una capacidad imperfecta de contradicción. Tengo que comunicar sin enfadarme porque el otro no

comprenda, porque *quiera* estar distraído. Se denomina *paciencia* al respeto de la libertad como posibilidad de contradecir lo verdadero, posibilidad que de algún modo está vigente en cada uno de nosotros y por consiguiente también en los chicos que tenemos delante»⁹³.

Giussani había vivido personalmente esta experiencia con su maestra de primero de primaria: «Se llamaba Clotilde, era bajita, llevaba moño, en una clase en la que en invierno había una estufa, porque no había radiadores... Junto al recuerdo de mi padre y de mi madre, ciertamente es el recuerdo más impresionante de relación humana que yo haya tenido en mi vida. Ahora reconozco que en aquella figura convivían todos esos factores»⁹⁴.

Giussani consideró siempre que la relación educativa es altamente dramática, que está continuamente expuesta a malentendidos y reducciones. Con frecuencia, de hecho, había constatado y seguía constatando que surgían comportamientos formalistas o personalistas de los adultos hacia los jóvenes. Y así, no pudo evitar tomar postura frente a un filme entonces reciente que había tenido mucho éxito; una película, decía, «que todos nuestros alumnos han visto, que ha entusiasmado a muchos profesores, y que yo detesto, porque es el símbolo de la educación como expresión de uno mismo», pero en sentido personalista: *El club de los poetas muertos*, del director Peter Weir, que se proyectó en los cines durante 1989⁹⁵. Ambientada en Estados Unidos, a finales de los años cincuenta, la película narraba la historia de un profesor de literatura que a su llegada trastorna la tradición de un austero colegio de Vermont, hecha de orden y disciplina, hasta el punto de provocar el suicidio de un estudiante. El profesor de la película, observaba Giussani, «comunicaba por ósmosis. Pero no comunicaba una experiencia, porque no transmitía sus razones. [...] Todos estaban conmovidos y todos se pusieron furiosos contra los padres que habían provocado indirectamente el suicidio del joven, cuando el asesino había sido el profesor. Los padres se equivocaban, pero era más fácil excusarles, porque defendían un dato, una memoria, mientras que aquel individuo propagaba un sueño»⁹⁶.

Según Giussani, «tal vez el mayor sacrificio para unos padres, el más grande después del de ver morir a un hijo suyo, es ver a un hijo, al que han educado con amor, al que le han dado todo lo que le podían dar, tomar decisiones y caminos o formular juicios distintos de los que ellos consideran justos. Es lo más terrible que experimentamos también con nuestros chicos en clase. Pero para un padre y una madre es cien mil veces más duro». No obstante, en esta actitud anida una posible tentación, que Giussani quería desenmascarar: «El poder sobre las almas: poseerlas para su bien; arrancarles la libertad para asegurar su felicidad». Bien distinta es la perspectiva cristiana: «¡Cristo murió para que pudiéramos mantener la libertad!».

Ahora bien, prosiguió Giussani, «cuanto más fuertemente se desea la libertad de nuestros alumnos, esto es, que alcancen su destino [...] más dolorosa y milagrosamente se profundiza en el respeto de su decisión, en el respeto de sus movimientos. No puede haber para ellos una felicidad que no hayan elegido ellos, un destino que no hayan reconocido y aceptado ellos». Ciertamente, concluía Giussani, «preferiríamos agarrarles

por el cuello y llevarles a donde deben ir. Preferiríamos ir contra su libertad, entendida solo como libertad de elección». Lo único que puede aplacar esta ansiedad y que «nos da paz, es que hay Uno, Otro, que les quiere, que ha establecido una alianza con ellos, dándoles el ser. [...] ‘Y en su voluntad está nuestra paz’». Así que «pongo en las manos de Dios a estos balas perdidas. Estoy diciendo lo que en realidad hacía yo cuando daba clase en el liceo»⁹⁷.

Capítulo 28

«Terremoto vergonzoso para la humanidad»

La guerra de Irak y la peregrinación a Lourdes (1991-1992)

El 2 de agosto de 1990 el ejército iraquí invadía Kuwait. El 6 de agosto el Consejo de Seguridad de la ONU imponía el embargo a Irak y en noviembre autorizaba el uso de la fuerza para obligar a Sadam Husein¹ a retirarse del pequeño emirato del golfo Pérsico, fijando un ultimátum para el 15 de enero de 1991: una alianza militar promovida por Estados Unidos desplegó más de medio millón de soldados en Arabia Saudí. El 16 de enero de 1991 comenzaron los bombardeos sobre Irak y Kuwait y un mes después empezó la ofensiva por tierra. Bagdad caía el 28 de febrero.

En aquellos meses Juan Pablo II suplicó repetidamente que se evitara la guerra; en vísperas del vencimiento del plazo del ultimátum, durante el Ángelus del 13 de enero de 1991 expresó con gran vigor sus preocupaciones: «El corazón de todos nosotros y de millones de personas en el mundo está lleno de angustia y de inquietud ante el peligro inminente de que se desencadene en la región del Golfo un conflicto armado, que todos consideran que puede tener consecuencias desastrosas. [...] En las condiciones actuales una guerra no resolvería los problemas, solamente los agravaría. La solución se puede encontrar en propuestas generosas de paz, por una parte y por otra. Este es el llamamiento que, por mi parte, en esta hora tan decisiva para el destino de los hombres y de los pueblos, siento el deber de dirigir a todas las partes interesadas»².

Eran preocupaciones que Giussani compartía plenamente; el 2 de febrero de 1991, precisamente en los días en que el conflicto era más cruento, habló de «terremoto vergonzoso para la humanidad», de «una acumulación asfixiante de mentira por todas partes, incluidas las partes que tienen la cruz en la mano». A las partes en lucha, continuaba, les ha faltado el «reconocimiento de que todo nos es dado, de que Tú me das todo, de que todo me viene de Ti»³, es decir, un sentimiento de religiosidad auténtica. Por eso no fue escuchado el llamamiento del Pontífice.

¿Había alguna posibilidad de resistir a aquella situación negativa que los hombres se buscaban con sus propias manos? ¿Había alguna esperanza de vivir también en medio de las contradicciones? Giussani no estaba pensando solamente en el conflicto que se estaba produciendo, sino en cualquier circunstancia difícil para el hombre. Su respuesta es afirmativa: se puede vivir también en medio de la contradicción, a condición de reconocer una realidad que lleva consigo una positividad inexorable. De hecho, hablando

a un grupo de jóvenes que estaban comenzando un camino de virginidad, Giussani observaba: «Estás en medio de la tempestad, rompen las olas, pero tienes cerca una voz que te recuerda la razón, que te llama a no dejarte arrastrar por las olas, a no ceder». Justamente cuando todo parece derrumbarse, la compañía cristiana le dice a quien forma parte de ella: «Mira, después resplandecerá el sol; estás dentro de la ola, pero después saldrás a flote y habrá sol». Sobre todo dice: «mira», porque «en toda compañía vocacional hay siempre personas, o momentos de personas, a los que mirar. En la compañía, lo más importante es *mirar* a las personas. Por eso la compañía es una gran fuente de amistad. La amistad se define por su objetivo: la ayuda para caminar hacia el destino»⁴.

El 1 de junio de 1991 Giussani se refería de nuevo a Juan Pablo II, que el 12 de mayo anterior, en Fátima, había hablado de la Iglesia que «atraviesa los siglos, no como una reliquia histórica, sino como una persona viva que se encarna y toma cuerpo en ella»⁵. Para Giussani esa certeza es la fuente de ese hilo de gozo, de esperanza y de alegría que está presente en la vida del cristiano, cualquiera que sea la situación en la que se encuentre⁶.

En un momento en el que el mundo se hallaba inmerso en la confusión por las consecuencias de la guerra, Giussani invitaba a todos los amigos del movimiento a una misión histórica: «Crear un mundo nuevo precisamente [...] con esa amistad activa y creativa»⁷.

Con la misma decisión invitaba a tener bien presente qué es lo que amenaza la fe, lo que obstaculiza esa construcción: «Convertir en dios al poder humano, al pequeño poder en la vida familiar o al gran poder en la vida pública y social»⁸. Con esto no pretendía bloquear la acción de nadie, y mucho menos lanzar acusaciones. Por eso hacía suyo un pensamiento de Charles Péguy, que eligió como frase para el manifiesto pascual de CL: «Y también existían los sufrimientos del tiempo presente bajo los romanos. Pero vino Jesús. Y no perdió sus tres años, no los empleó en gemir y en invocar los sufrimientos del tiempo presente. Él lo atajó (en seco). ¡De una manera bien simple! Constituyendo el cristianismo. No incriminó, no acusó a nadie. Salvó. No incriminó al mundo. Salvó al mundo»⁹.

Giussani tradujo así esas palabras: «El mundo de nuestra persona, el mundo del día de ayer, el mundo de cómo se presenta hoy el día... ¡no nos quedemos en incriminar a nuestro mundo! Tenemos que salvarlo. ¿Cómo? Mirando a Cristo y diciendo ‘Sí, Señor’ *en la obra que llevamos a cabo*». Así, la vida de cada uno se convierte, debe convertirse en «‘la obra’ por excelencia, esto es, en testimonio». Efectivamente, «la misión es aquello a lo que el Señor nos ha destinado»¹⁰, en el sentido en que hablaba de ella Juan Pablo II: «Misión significa sobre todo comunicar al otro las razones de la misma experiencia de nuestra conversión»¹¹. De la misma manera, Giussani compartía las palabras del cardenal Carlo Maria Martini, que en su reciente carta a la ciudad de Milán sobre el tema de la evangelización escribía: «La ‘novedad’ de la llamada ‘nueva evangelización’ no debe buscarse en nuevas técnicas de anuncio, sino ante todo en el

entusiasmo recobrado de sentirse creyentes y en la confianza en la acción del Espíritu Santo que ‘cada día añade a la comunidad nuevos salvados’. [...] Necesitamos volver a sentir la fuerza del mensaje escuchándolo de nuevo en sus fuentes genuinas, viviéndolo en la liturgia, expresándolo en la caridad, testimoniándolo en nuestras relaciones cotidianas. [...] Necesitamos suscitar en el mayor número de bautizados de la parroquia la capacidad y el compromiso para mantener abiertos los canales de las relaciones personales, tanto dentro de la comunidad como en los lugares y ambientes donde uno vive y trabaja».

Según Giussani, esto significa vivir el ímpetu misionero, es decir, como escribía el cardenal, «evangelizar por contagio [...] de persona a persona, de grupo a grupo, de grupo a personas singulares que son contagiadas por la fe gozosa de una comunidad»¹².

Don Francesco Ricci. «El primer y más grande compañero de camino»

«Participo a todos los amigos del movimiento la pérdida de don Francesco Ricci, el primer y más grande compañero de camino»¹³. Eran las palabras con las que Giussani daba la noticia de la muerte del sacerdote de Forlì (en la noche del 29 al 30 de mayo de 1991) que había compartido con él treinta años de vida del movimiento, en particular una pasión misionera que le había llevado por todo el mundo, desde la Tierra del Fuego al este europeo, desde África a Japón.

Se habían conocido en 1962 por una serie de circunstancias absolutamente imprevistas. Testigo de aquellos comienzos fue Claudio Chieffo¹⁴, en aquella época estudiante de bachillerato destinado a hacer una larga carrera de cantautor, quien relataba: «En 1961, cuando yo tenía dieciséis años, no había prácticamente nada en Forlì, excepto un pequeño periódico estudiantil, *Il Termometro*», que agrupaba en torno a la figura de don Ricci a una veintena de chicos y chicas de la ciudad. El sacerdote «estaba insatisfecho de la experiencia de la GIAC [Gioventù Italiana di Azione Cattolica, de la que era consiliario en la ciudad, *nda*] Y buscaba algo nuevo»¹⁵.

De aquel primer núcleo de jóvenes formaba parte también Alessandro Russo (más tarde profesor de Historia y Filosofía), quien recuerda que, entre los invitados a una convivencia de 1961 en Campigna (una localidad de los Apeninos, entre Toscana y Romagna), en el hotel ‘Lo Scoiattolo’, estaba también un estudiante de Milán, Alberto Antoniazzi, presidente de la GIAC (ver aquí, p. 272, nota 42) y redactor del mensual *Milano Studenti*, «al que don Francesco había conocido en Roma en el Centro de Prensa Estudiantil de la GIAC nacional. [...] Aquel periódico nacía de un movimiento dotado de una fisonomía cultural bien precisa y fruto de un planteamiento educativo original y orgánico. Recuerdo que don Francesco me habló de ello largamente durante la vuelta de la excursión que hicimos al Eremitorio de Camaldoli», diciéndome: «Tenemos que saber más de ellos... necesitamos conocer mejor esta experiencia... verdaderamente tiene algo nuevo». Por una extraña coincidencia, «nuestra amiga Grazia Menghi, estudiante de bachillerato de ciencias y participante en la semana [de Campigna, *nda*], dijo que tenía una prima en Milán que formaba parte de aquel grupo, así que la suerte estaba

echada»¹⁶. A su vuelta de la Campigna, Grazia recibía una larga carta de su prima Gabriella Girelli, de Milán, que pertenecía a Gioventù Studentesca y era alumna de Giussani en el liceo Berchet: «Yo estaba en la sección C, mixta, en la que nos tocó como profesor de religión católica un joven sacerdote, don Luigi Giussani. Había entrado impulsivamente, casi desafiando la actitud desencantada de sustancial indiferencia que parecía caracterizar a gran parte de los estudiantes». Gabriella recuerda todavía una expresión que utilizaba Giussani: «Nunca os quedéis tranquilos, no sigáis una idea sino a una persona. Dejaos interrogar por esa persona».

A instancias de su prima de Forlì, la joven logró poner en contacto a don Ricci con Giussani. Chieffo recordaba que, al encontrarse con Giussani, Ricci «se quedó fascinado: tuvo una conversación de tú a tú con él y después se llevó a algunos de los mayores a conocer a don Giussani y a conocer el movimiento de GS». En una convivencia de tres días, siempre en Campigna, con ocasión del ‘puente’ de San José de marzo de 1962, participaron también tres muchachos de GS de Milán: Matilde Visconti, sobrina del director de cine Luchino Visconti, Serenella Carmo y Giorgio Feliciani. «Al final vino don Giussani» contaba Chieffo. «Recuerdo que habló largamente; muchos estaban distraídos, porque había una especie de rechazo de todo lo que viniera de Milán por parte de aquella gente de provincias venida de las parroquias, pero ocho, nueve o diez estábamos muy atentos. Al final, cuando terminó de hablar, yo estaba apoyado de rodillas sobre una silla, me puse a llorar y le pedí que no nos dejara nunca. Y él dijo: ‘No, no os dejaré jamás’. Cuando se lo recordé [muchos años después, *nda*], le dije: ‘Gius, qué pensarías de mí, te reíste...’. Y él me dijo: ‘Estúpido, no me reí, no podía reírme, porque era una petición verdadera’. Pero quién podía pensarlo entonces...»¹⁷.

Alessandro Russo relata la impresión que tuvo inmediatamente después del encuentro con Giussani: «Todos comprendimos, con don Francesco a la cabeza, que aquel era el camino que había que tomar y que, después de muchas intentonas, finalmente habíamos topado con una propuesta cristiana clara, fascinante, metodológicamente bien organizada y modulada con gran precisión educativa»¹⁸.

Otro joven de aquella primera hora era Riccardo Lanzoni (después profesor de Historia y Filosofía). En 1966 tuvo ocasión de acompañar a don Ricci a una reunión de GS en Riccione: «Era una presentación del librito *El sentido religioso* de don Giussani, recién publicado por la editorial Jaca Book [...]. Desde el punto de vista de la orientación del pensamiento, [...] fue ‘el’ libro de don Francesco». A Lanzoni aquel texto le parece tan decisivo que muchos años después debe admitir: «El afecto cultural de nuestra generación está ligado a aquella edición minúscula, con cubierta blanca y roja»¹⁹, de la que recuerda perfectamente esta frase: «El mundo muestra a Dios. Para comprenderlo hace falta una educación del espíritu que depende esencialmente de la libertad»²⁰. Lanzoni subraya que «desde entonces, también en esta posición cultural la sintonía entre don Francesco y don Giussani fue total. A partir de allí se abrió un horizonte que don Francesco exploró incesantemente»²¹, no solo mediante una intensa actividad de publicaciones, sino también viajando por todo el mundo mientras que la salud y las

fuerzas se lo permitieron.

En su última entrevista, de marzo de 1991, era el mismo don Ricci quien contaba el cambio que había introducido en su existencia el encuentro con Giussani: «Yo tenía una sólida preparación intelectual. Filosófica y teológica. Había recibido también una seria formación espiritual. [...] Ya en la Acción Católica, pero todavía más en los estudios, había percibido la limitación de una cierta tendencia a dejar como estantes separados el contenido dogmático de la fe, sus consecuencias morales y todo lo demás. Había una posible grieta que podía convertirse en ruptura. El encuentro con don Giussani fue la respuesta, en el sentido de que me hizo descubrir un método para convertir esos contenidos en vida, en experiencia. Y así todo el gran patrimonio católico, asimilado en los estudios, me lo volví a encontrar como pan que se podía partir, que se podía comer, como algo que se puede vivir, y esto me dio una gran energía personal y también fuerza de comunicación»²².

La amistad con Giussani iba a hacer que Ricci viajara por todo el mundo, desde América Latina hasta Japón. Fue Ricci quien dio vida al Centro de Estudios para la Europa Oriental (CSEO) y quien cruzó el telón de acero para visitar a pequeños grupos de católicos en Polonia y en Checoslovaquia, quien entregó en las manos de Giussani la *Carta a los cristianos de Occidente* que le había dado en 1970 el gran teólogo checoslovaco Josef Zvěřina. Y fue también él quien sugirió a Vittorio Citterich, vaticanista del TG1 de la RAI, tres días antes del cónclave de 1978, que añadiera a las treinta y cinco biografías de los palpables, la del arzobispo de Cracovia Karol Wojtyła. «Vale», le había respondido Citterich, «ya que vosotros, los de Forlì, tenéis línea directa con el Espíritu Santo, hazme dos páginas de biografía para el telediario»²³.

Además de esta frenética actividad intelectual y misionera, lo que asombró a Giussani fue el modo en que don Ricci afrontó la enfermedad y la muerte, como escribe Davide Rondoni: «Estábamos ya hacia el final de su vida terrena y, en una de las ocasiones en que corrí desde Bolonia para acompañar a don Giussani, que venía apostada desde Milán, a la cabecera de su cama, don Francesco permaneció, como solía ocurrir durante aquellas visitas, un rato a solas con don Giussani en la habitación. Cuando salió don Giussani, visiblemente conmovido por la que iba a ser su última conversación aquí abajo, [...] mi madre tuvo la caridad de volver a entrar con don Francesco. Y él, indicando con su cabeza, ya muy cansado y delgado, un manifiesto que el movimiento de CL había publicado con la imagen de un rostro de Cristo, dijo que ahora los ojos de Jesús y los de su padre y amigo don Giussani ‘coincidían’»²⁴.

Hablando de su amigo ya gravemente enfermo, el 23 de febrero de 1991 Giussani relataba una llamada de teléfono que había recibido el día anterior y que le había conmovido: don Ricci le había dicho que «hasta ahora ha sido un aventurero, ahora es un eremita, pero reza y ofrece su vida por el movimiento»²⁵. Y nada más recibir la noticia de su muerte, Giussani declaraba: «Ahora veo con claridad que la única cuestión de la vida es amar a Cristo, que el único sentido que tiene el mundo es dar a conocer a Cristo, que la única creación es cambiar las cosas conforme a la presencia de Cristo. Si hay un ejemplo que Ricci nos ha dado estos últimos años de manera clamorosa, pero más

clamorosamente aún en estos últimos meses, es la fidelidad no formal a la obediencia, la fidelidad a una dependencia»²⁶.

Y de nuevo, hablando a los responsables internacionales del movimiento, a finales de agosto de 1991, afirmó: «Siento que la mayor parte de vosotros no haya podido acercarse a don Ricci en los últimos meses de su vida. Han sido realmente una delicia». Y recordó de nuevo la frase sobre su vida ofrecida por el movimiento, que le dijo poco antes de morir, «con una sencillez y con una obviedad tan grande como grande era el ejemplo de la dramaticidad y del heroísmo, de la caridad que le animaba»²⁷. Y recordó a don Francesco en el lecho de muerte, cuando le decía: «En algunos momentos no logro hacer otra cosa que decir: ofrezco»: esta era la síntesis de su alma²⁸.

En aquel último encuentro, en la habitación del hospital de Forlì, dijo Giussani dirigiéndose directamente a su amigo: «con los brazos abiertos como una invitación que abrazaba a todo el mundo, dijiste: ‘¡Perdón!’ Es la definición humana de Dios»; y se preguntó: «¿Cómo podemos, tan pobres como somos, realizar las dos cosas a las que tú has confiado precisamente tus ultimísimos instantes: rezar y actuar?». Ante todo, reconociendo que «ofrecer es la riqueza de nuestra pobreza. [...] Don Francesco, ¿qué podías decir que resumiera mejor y expresara más sintéticamente lo que tú has sido?». Don Ricci había hablado también de la urgencia de actuar, continuaba Giussani. Pues bien, «en nuestra pobreza, llena de debilidad y de mezquindad, ¿cómo obrar sin que esto se convierta en una pretensión tan inútil que no aparezca como ridícula a nuestros mismos ojos? Con humildad. [...] La humildad nos convierte en pobres mendigos plenamente conscientes de nuestra miseria, a los que se pide [...] que respondan a nuestra necesidad y a la necesidad de los otros. Aun siendo conscientes de nuestros límites, uno comprende que podría abrazar al mundo entero». Don Ricci había sido testigo de esto: «Francesco, has amado al mundo entero, lo has amado yendo por todas partes, como un mendigo de Dios; o mejor: como un mendigo del corazón del hombre para que escuchara la palabra de Dios y recibiese el mensaje grande que te había sido confiado».

Giussani prosiguió su ‘diálogo’ con el amigo, recordándolo a los treinta días de su muerte: «Contigo no he podido hablar ni una sola vez sin que me recordaras este destino bueno, esta presencia amante de nuestra vida. Tú nos has recordado siempre el valor último que tiene la gran presencia, que parece inmóvil pero que mueve todas las cosas. ¡Bienaventurado tú porque has creído!»²⁹.

«De la gracia brota la audacia» (santo Tomás de Aquino)

Del 21 al 27 de agosto de 1991 Giussani guio el *Equipe* internacional de los universitarios de CL en La Thuile³⁰. Se reunían personas procedentes de todo el mundo y por eso la mañana del 22 comenzó diciendo medio en broma: «Siento no ser como el Espíritu Santo y no poder hacerme entender en todas las lenguas». Pero enseguida se puso serio y precisó que «el Espíritu Santo no necesita ninguna lengua para hacerse comprender, solo necesita el corazón, es decir, la libertad». A continuación mostró a

todos una camiseta, realizada por los amigos de la costa este de Estados Unidos para sus vacaciones, que ponía de manifiesto la gran cuestión que quería plantear como tema. La imagen impresa por delante era un bajorrelieve de Andrea Pisano titulado *La navegación*, que representa a dos discípulos remando en una barca, con Jesús a sus espaldas: «¿Cuál es [...] la verdad que se expresa dramáticamente aquí? Que la vida es ‘para’, que la vida es una acción, que no puede estarse quieta, es una tensión, un movimiento. Los dos apóstoles buscan el rostro de Cristo; [...] si, en lugar de Cristo, ponéis ahí lo que queráis, esto no elimina el hecho de que la vida es movimiento, de que no se puede parar»³¹.

Pero lo bonito, observó Giussani con una expresión que provocó la hilaridad de la asamblea, es «lo que está detrás»; en efecto, por detrás de la camiseta los americanos habían reproducido una frase de santo Tomás de Aquino: «De la naturaleza brota el terror de la muerte, de la gracia brota la audacia»³². Y Giussani se paraba en la última palabra: «La audacia implica ante todo afirmar una finalidad, en caso contrario no sería audacia, sería estupidez. Imaginad que uno de vosotros lance su coche a 180 por hora, a cinco metros de un abismo: no sería audacia, sería estupidez. La audacia implica antes que nada un reconocimiento inteligente, la conciencia de un objetivo»³³.

En este punto citó el pasaje del Evangelio que más impresión le producía: «Terminado aquel día, Jesús dijo a sus discípulos: ‘¡Pasemos a la otra orilla!’»³⁴. Y observó que en «este paso, desde donde parecían estar parados a la otra orilla, [...] esa ‘travesía’, es audacia en acción, que afirma algo más verdadero, que afirma una verdad. La verdad de su existencia no era el borde del lago en el que Cristo había saciado el hambre de la gente, era otra cosa. [...] Están allí, enganchados al milagro que acababa de suceder, y Cristo dice: ‘¡Pasemos a la otra orilla!’». La verdad está en otra parte; el origen, la consistencia y el destino del milagro que había ocurrido son otra cosa, no es aquel pan, no son aquellos peces, no es la gloria, o, mejor, el engreimiento de aquella multitud». Pero la conciencia de un objetivo no basta para motivar la audacia: de hecho, «si uno tuviera que remar solo, se le nublaría la vista, se pararía enseguida. El camino se vuelve más sencillo si hay una presencia, podemos decir inmediatamente la palabra, si hay una compañía».

Había un «pero» que Giussani quería subrayar, y lo hizo refiriéndose de nuevo a la imagen de la camiseta: «Aquellos dos, si hubieran bogado diciendo: ‘En tres metros tenemos que encontrar la realidad, en treinta y cuatro kilómetros tenemos que alcanzar la orilla’» habrían sido «estúpidos. ¿Qué sabes tú, que has empezado a duras penas, porque todo en ti te ha movido, te ha lanzado, qué sabes tú de tu destino?». Lo había comprendido muy bien «nuestro queridísimo Giovanni Calzone de Nápoles, cuya muerte es uno de los sacrificios más duros que Dios nos ha pedido»³⁵. Y citó la frase de una especie de diario que mantenía el joven: ya que «todo se da conforme a la medida propia del todo. Hace falta tener una disponibilidad a la inmediata puesta en marcha de uno mismo»³⁶. Giussani comentó: «Aquellos dos, cada instante —mirad cómo remaban— estaban dispuestos a ponerse en marcha, indefinidamente. [...] ‘Al todo no se llega

nunca, el todo no está en nuestra mano»³⁷. Calzone había escrito: «Debemos ponernos en marcha para una aventura en la que no eres tú quien calcula las cosas»³⁸. Giussani exclamó: «¿Hay algo que nos pueda abrazar a todos juntos, los setecientos, como esto? ‘Debemos ponernos en marcha para una aventura en la que no eres tú quien calcula las cosas’».

Y Giussani se identificaba con las posibles objeciones de los presentes: «Está bien la camiseta, está bien la vida como acción, está bien la audacia, está bien el no calcular, pero ¿por qué ponerse en marcha? Amigos, ¿para qué salir? ¿Por qué os habéis puesto en marcha? ¿Sabéis por qué aquellos dos salieron? Porque habían encontrado a un tercero. Os juro que si no hubieran encontrado a aquel tercero, nunca habrían partido, se habrían enrolado durante algún tiempo según el impulso que el vientre materno les hubiera dado, y nada más». Aquí volvía uno de los temas decisivos de toda la reflexión de Giussani: «Ya que el hombre no puede partir más que del presente, el Misterio se ha hecho presente en esta orilla del lago, en donde nosotros comemos y bebemos, en donde procreamos, en donde litigamos, en la que contamos el dinero a final de mes, en la que trabajamos». Pero justamente esto es lo que «desencadena la lucha en el mundo. La lucha en el mundo se desencadena por este mensaje: el Verbo se ha hecho carne. Lo que caracteriza toda la naturaleza de nuestra experiencia como movimiento, la característica de la experiencia de Comunión y Liberación, está en afirmar, hasta, si se pudiera, dar la cabeza (lo que sería más fácil que evitar los pecados), que el Verbo se ha hecho carne y habita, ha puesto su tienda, su casa, entre nosotros, que su rostro se ha vuelto sensible, físicamente sensible, y es nuestra compañía».

¿Qué hace, entonces, la cultura universal «cuando no es apasionada, sincera, humilde y dolorosamente religiosa? [...] Trata de reducir a Cristo a nuestra moral»³⁹. A este intento Giussani contraponía la certeza que expresa Dostoievski: «Mi fe se basa solamente en la divinidad del carpintero de Nazaret, crucificado bajo Poncio Pilato»⁴⁰. Y en respuesta a un cierto Kavelin⁴¹, que insistía en la reducción de Cristo a lugar de principios morales, Dostoievski añade: «No basta definir la moralidad como fidelidad a las convicciones propias. Hace falta también suscitar ininterrumpidamente en uno mismo la pregunta: ¿son verdaderas mis convicciones? Su banco de prueba es uno solo: Cristo. En la vida solo existe una justicia, una única verdad: Cristo. Y por consiguiente una sola tragedia, no genéricamente religiosa [donde cada uno se ahoga en los miasmas de sus imágenes], sino profunda y propiamente cristiana: el deseo de Cristo, la incapacidad de estar con Él y la lucha del arbitrio inquieto contra Él, esto es el contenido propio de nuestra tragedia»⁴².

Pero había un tercer paso que Giussani invitaba a dar, y que consistía en la identificación del enemigo: «El temor, inevitable en cada uno de nosotros. ¿Por qué? Porque cada uno de nosotros viene de la nada. El miedo es el aliento de la nada de la que venimos». Y esto se traduce «en la exaltación de las pequeñeces, de las mezquindades: la mezquindad del abrazo, la mezquindad de la posesión, la mezquindad de la apropiación, la mezquindad de la ira, la mezquindad de la pereza. Es la *fascinatio nugacitatis*, la

fascinación de las cosas mezquinas, de la que hablaba también Pascal. El mundo, el poder, todo el poder exalta esta mezquindad y la convierte en contenido de su cultura. [...] La exaltación que hace el mundo de lo mezquino —del sexo, de la política, del dinero, de la salud— termina siempre en una catástrofe personal (la destrucción del yo) o colectiva»⁴³.

Hay un «diablillo», un «pequeño satanás», decía Giussani, que insinúa una duda: «¿y si no fuese verdad?». Justamente en esta pregunta, siempre subrepticia, que viene siempre de abajo, como un gusano que serpentea por dentro, como una carcoma roedora», el miedo «desvela su aspecto irracional, en contra de lo humano». ¿Por qué es irracional esta tendencia a la duda? «Porque por mucho que te repitas la pregunta ‘¿y si no fuera verdad?’, la positividad de lo real persiste, la positividad curiosa de la vida persiste, el carácter imponente de tus exigencias persiste, el presentimiento de lo verdadero siempre está ahí. [...] Las cosas existen». ¿Dónde está, pues, la deslealtad de la época moderna? En que, partiendo de la percepción del carácter contingente que tienen las cosas, termina por decir que todo es nada. «Montale, [...] siguiendo la cultura dominante en la época moderna, dice que todo es nada, es nihilista. ¿Dónde está el error del nihilismo? En el hecho de que la realidad existe. Así que tiene que suprimir un factor, por consiguiente, para poderse afirmar: esto se llama mentira».

En este contexto, la compañía es, según Giussani, «el antídoto contra el miedo», porque es «una persistencia irreductible. Incluso si yo perdiera la fe y me suicidara, os juro que la compañía permanecería, con otro diferente en mi lugar»⁴⁴.

Algunas semanas después del *Equipe* internacional de los universitarios, el 14 de septiembre de 1991, durante la Jornada de apertura de curso de los adultos de CL en Milán, Giussani leía el texto de una tarjeta que había recibido del cardenal Martini: «Un cordial saludo y recuerdo desde California, y mi bendición para todos tus amigos». Y observaba: «Nosotros queremos ser corresponsables con el pastor que Dios ha puesto a la cabeza de la Iglesia ambrosiana; queremos ser colaboradores y corresponsables en el esfuerzo que él tiene que realizar para llevar todo su peso ante Dios y ante la historia». Por eso invitaba a todos a prestar atención a sus cartas pastorales, «de modo que las valoremos conforme al espíritu que se nos ha dado»⁴⁵. El arzobispo acababa de dar a conocer su nueva Carta pastoral, *Il lembo del mantello*⁴⁶, y Giussani leía un pasaje: «Estamos llamados a encontrar a Dios en el mundo, en las cosas, en los otros, en la historia. Sin embargo esto no será posible si no partimos de la situación inmediata que es la nuestra. En cada situación inmediata, que comporta incluso el más pequeño servicio, tocamos la totalidad del servicio. En cada fragmento tocamos el todo de Dios que se manifiesta»⁴⁷.

El padre Alexander Men. «La santificación de la carne»

A juicio de Giussani, la historia del sacerdote ortodoxo Alexander Men es una documentación de la verdad que contenían las palabras del cardenal Martini: «Hace

algunos meses asesinaron a hachazos a uno de los más influyentes sacerdotes ortodoxos de Rusia de este siglo —el padre Men—, que tenía una marcada simpatía por nosotros, los católicos»⁴⁸. Alexander Men (1935-1990) fue asesinado el 9 de septiembre de 1990, en Moscú, cerca de su casa, cuando se dirigía a la iglesia. En su última conferencia decía: «El cristianismo ha lanzado un reto a todos los sistemas filosóficos y religiosos. Pero al mismo tiempo ha respondido a los anhelos de la mayoría de ellos». En efecto, comentaba Giussani, «todos los sistemas de pensamiento son respuestas rabiosas y erráticas a un anhelo que tiene el corazón de todos los hombres, incluidos los que no tienen ninguna capacidad de construir sistemas filosóficos».

El padre Men decía además: «El punto fuerte del cristianismo consiste precisamente no en la negación [...] sino en la afirmación, en la amplitud y la plenitud de horizontes». Giussani entendía así estas palabras: «En abrazarlo todo. Hasta la muerte queda absorbida por la vida, hasta cada cabello de la cabeza está contado, hasta la palabra que te sale sin que te des cuenta tiene un peso y un valor eterno: no lo perderás nunca». Proseguía el texto del sacerdote ortodoxo: «El cristianismo no es una nueva ética [...] sino una nueva vida. ¿En qué consiste, pues, su esencia? Es la santificación de la carne», lo que significa, subrayaba Giussani, que «también la carne —y cada migaja de instante nuestro es un hecho carnal— tiene un valor eterno». Men añadía: «Desde el momento en que el Hijo del hombre —Cristo— acogió en sí nuestras alegrías y nuestros sufrimientos, nuestro amor, nuestro trabajo, desde aquel momento, la naturaleza, el mundo [...], todo aquello en lo que Él nació como hombre y como Hombre-Dios, nada de todo ello es rechazado, humillado, sino que es elevado, santificado. En el cristianismo se da la santificación del mundo, la victoria sobre el mal, sobre las tinieblas, sobre el pecado. Pero es una victoria de Dios»⁴⁹.

Terminada la lectura, Giussani observó: el cristianismo «no es un conjunto de leyes éticas o una moral nueva, es una vida nueva en la que Dios se hace una cosa sola con nosotros y participa de nuestra cotidianidad». Y pensando en la vida de las personas que le estaban escuchando, dijo: «Por la noche, nos decimos a menudo: ‘hoy me ha ido bien’, o bien: ‘hoy me ha ido mal’. Este juicio tiene que verse determinado por el pensamiento de Cristo; debemos habituarnos a que todos nuestros juicios estén determinados por el pensamiento de Cristo». Entonces las cosas resultarán «ilimitadamente nuevas (en lo bueno y lo malo), aun en su pesadez, aun en su menudez; seguirán siendo feas, pequeñas, acostumbradas, aburridas, repetidas, persuadidas a veces por una emoción que genera una fantasía que luego el tiempo reduce pronto a cenizas, y sin embargo —si nosotros [...] nos habituamos a leer todas las cosas que nos ocurren conforme al criterio de Cristo— resultan nuevas. ¡Es imposible! Pero lo que es imposible para mí no es imposible para Dios»⁵⁰.

El prefacio de la edición en lengua rusa de *El sentido religioso* lleva precisamente la firma del padre Men. En noviembre de 1989 este sacerdote se hallaba en Seriate (Bérgamo), invitado por la asociación Russia Cristiana: «Estábamos traduciendo al ruso *Il senso religioso*. Él leyó el libro y se quedó tan entusiasmado que apuntó rápidos comentarios en aquellas páginas. Cuando nos los dio a leer le pedimos que los

transformara en un prefacio», recuerda Giovanna Parravicini.

Men escribe en ese prefacio: «El libro del teólogo italiano Luigi Giussani es de notable interés para el lector ruso. Se dirige a esos contemporáneos nuestros que están reflexionando con absoluta seriedad sobre el sentido de la vida. A aquellos para los que las cuestiones eternas no son un inútil juego del intelecto, sino el verdadero punto cardinal de la existencia. En una palabra, se trata de un libro sobre lo esencial». Recomienda al lector que «siga el curso de su pensamiento con paciencia, sin prisa y atentamente. No hay que dejar escapar ni siquiera un anillo de la cadena». Al hacer esto se descubrirá que Giussani «con lentitud y precisión nos hace subir los escalones que llevan a la entrada de la Iglesia, y solo al final atraviesa el umbral. Nos acompaña, armado con el método de la razón. Nos invita a no renegar de la razón, gran don de Dios, sino a usar de ella con toda su fuerza para acercarnos a la realidad última».

El sacerdote ortodoxo reconoce como uno de los mayores atractivos del libro de Giussani «su sinceridad y su honestidad intelectual: una especie de transparencia. Respeta al lector y al interlocutor, le introduce con confianza en el laboratorio de sus ideas. Le hace participar en un trabajo intenso y al mismo tiempo gozoso y espléndido: el trabajo del pensamiento, de un pensamiento que necesita del Espíritu»⁵¹.

El padre Berton: «¡El niño lleno de asombro continuaba insistiéndome para que le contara!»

A este periodo se remonta el encuentro de Giussani con un misionero javeriano, el padre Giuseppe Berton (1932-2013), más conocido como ‘Bepi’, que vivía desde 1972 en Sierra Leona, donde había dado vida al movimiento de las casas-familia y había abierto escuelas en Freetown y otras ciudades, acogiendo como hijos a miles de antiguos niños soldado. El padre Berton recuerda: «Me hizo muchísimo bien al enseñarme a no ser teórico, a no partir de presupuestos y teorías, sino a respetar la realidad de las cosas». Conoció a Giussani gracias a Mirella y Marco Pierotti «con los que el Gius se sentía como en casa». Años después revivía todavía los detalles de la escena: «Estábamos en una casa de campo, me parece todavía verme desde fuera como un espectador. Él sentado con sus manos sobre las rodillas volviendo casi con dificultad la cabeza para mirarme a mí, que estaba a su lado en pie, y me decía: ‘Pero mírale ahí’; se paraba y otra vez: ‘Pero mírale’. Y a mí se me escapó decirle: ‘¡Pero mírate tú!’ Y nos pusimos a reír, como si nos hubiéramos conocido desde siempre, y era la primera vez que nos veíamos. No podía ser el hecho de que éramos sacerdotes los dos, y por tanto nos sentíamos a gusto permitiéndonos esa familiaridad, porque él era bastante más mayor que yo, era una personalidad, y yo le debía reverencia y respeto, cosa común y practicada en mis tiempos». Durante la conversación, el padre Berton tuvo manera de descubrir lo que les unía en lo profundo: «El amor por el hombre. Ese amor que le hizo romper a Jesús las reglas de la tradición. Y se lo hicieron pagar. El amor por el hombre se paga... ¡y cómo!».

En cada encuentro, Giussani le pedía que le hablara de lo que hacía en Sierra Leona,

«y ahí estaba yo contándole mi vida, y él ahí, casi como un niño lleno de asombro. Y me hacía polvo, porque yo tenía que preguntarle un montón de cosas a él, que había vivido tantas experiencias. Su humanidad me conquistó y siempre fue para mí un estímulo para perseverar incluso cuando yo hubiera querido que las cosas fueran de otro modo». Sobre todo veía la humanidad de Giussani reflejada en el episodio anteriormente citado (ver aquí, p. 266), «cuando el chaval que le dio una limosna a una pobre mujer cargada de niños, se escandalizó porque ella se la gastó en un pintalabios, y Giussani le dijo: ‘¡Pues claro! Quizá era la primera vez que se sentía mujer’. ¡Cuánto me educó esa frase! Como aquel pobre desgraciado que, sucio y pestilente, vivía y dormía siempre por el suelo y rechazaba la oportunidad de lavarse y cambiarse de ropa, pero quería un cigarrillo. Don Gius me había enseñado a comprender que esa era la caridad que había que hacer».

El padre Berton no logrará casi nunca preguntarle a Giussani todo lo que quería, porque era imposible frenar su curiosidad: «¡El niño lleno de asombro continuaba insistiéndome para que le contara!».

La enfermedad y la obra de Otro

En los últimos meses de 1991 la salud de Giussani se agravó a causa de un problema de insomnio que había empezado a finales de 1988, después de una intervención quirúrgica para quitarle un tumor de colon. En noviembre de 1991 le sobrevino una crisis de hipertensión, más tarde resuelta. No obstante, a partir de esa fecha su insomnio empeoró: Giussani dormía dos o tres horas por noche. Por esto se sometió a nuevos exámenes diagnósticos y visitas neurológicas que empezaron a evidenciar síntomas de párkinson, por lo que desde enero de 1992 empezará a ser tratado con un tratamiento adecuado.

Imposibilitado para participar en el retiro de Adviento de los *Memores Domini*, programados del 29 de noviembre al 1 de diciembre de 1991 en Riva del Garda, Giussani hizo leer y distribuir un texto dictado por él, que era una especie de vademécum para llevar siempre encima. Se trata de una pequeña tarjeta plegada y titulada «Los ocho puntos», con estas palabras:

«1. La vida es razonable, es decir, humana, si se entrega por un objetivo de utilidad para el mundo.

2. La utilidad para el mundo es participar de la salvación que es el misterio de la cruz y la resurrección de Cristo.

3. Esta es la obra de la Iglesia, y la virginidad es la primera forma de participar en ella.

4. En esta, que representa la empresa más alta en el tiempo, nuestra persona está segura por algo muy sencillo: Cristo ha hecho de esa vocación un dato inevitable.

5. No hay ninguna fuente de experiencia de unidad entre los hombres más que la que viven todos los que tienen esta vocación.

6. Cristo ha establecido inevitablemente la forma de dicha compañía. Seguir a esta compañía con toda la mente, con todo el corazón, con todas las fuerzas, es una fuente inigualable de dignidad y de alegría.

7. Cristo, salvador del hombre y de su pecado, es más fuerte que cualquier debilidad nuestra; su llamada (alianza) es más resistente que cualquier incoherencia nuestra.

8. *Veni Sancte Spiritus, veni per Mariam* resume toda nuestra filosofía de la vida y del mundo. No seremos, no somos amigos entre nosotros, si no nos preocupamos todos los días de ayudarnos a comprender esta suprema invocación al Espíritu, que recrea de la nada e incluso del mal la faz de la tierra, y a la Virgen, que es la fuente establecida de toda novedad salvadora»⁵².

Durante algunos meses su precaria salud mantuvo a Giussani (que entretanto había dejado la Universidad Católica por alcanzar el límite de edad) alejado de las reuniones de guía del movimiento. Se reincorporó en el Consejo nacional de CL del 15 de febrero de 1992. Sus condiciones físicas —junto a su preocupación por la guía del movimiento— dictaron el tono y el contenido de su intervención, que Giussani considerará una de las más importantes para toda la historia posterior de CL.

El diálogo fue introducido por Giancarlo Cesana, quien le pidió que retomara algunos juicios que le había comunicado durante una reciente comida: «Me había sorprendido mucho, por lo que se refiere a mi responsabilidad personal, que es la misma de cada uno de nosotros, que lo más importante es poner nuestra vida a disposición de la obra de Otro»⁵³. Para responder, Giussani partió de algunas estrofas del Himno de Laudes que la asamblea acababa de cantar: «Que retorne a nuestro camino y nos inflame su palabra»⁵⁴, (libre traducción nuestra, *ndt*) y dijo: «La cosa más injusta que podemos hacer es permitir que se deprecie la gran gracia que se nos ha dado con el carisma del que se nos ha hecho partícipes: es a través de este carisma como el precio de Su sangre actúa y obra en nosotros». Otra estrofa del himno dice: «A nuestro encuentro concorde un nuevo Huésped se una» (ídem, *ndt*); Giussani invitaba a prestar atención a la palabra «concordia»: «El valor metafísico y ontológico que tiene nuestra concordia radica en la profundidad que asume nuestra unidad por la presencia grande de Cristo», de la que «brota su valor moral: es fruto de una cierta libertad. Nuestra concordia es fruto de la libertad: fruto de Su presencia en su raíz, pero también fruto de nuestra libertad para reconocerla y adherirnos a ella».

De esta alusión y de esta historia nacía «la fórmula moral que resume más intensamente y mejor sugiere la praxis de nuestra vida: ‘El mayor sacrificio es dar la vida por la obra de Otro’. Esta frase es análoga a lo que dijo Cristo: ‘Nadie ama tanto a sus amigos como el que da su vida por ellos’ [cf. Jn 15,13, *nda*]. Pero más profundamente aún —como afirma todo el evangelio de san Juan— esta frase recuerda la misma experiencia de Cristo, que da su vida por la obra del Padre».

Para Giussani la obra de Otro —con mayúscula— «tiene una referencia precisa, histórica; tiene una cronología, una fisonomía que se puede describir e incluso fotografiar», que en su origen tiene «un nombre y un apellido». En caso contrario «se disipa su historicidad, disminuye su concreción» y entonces «ya no se da la vida por la obra de Otro», sino solo «por la interpretación de uno mismo, por sus gustos, por sus cálculos o su propio punto de vista». Y para evitar cualquier equívoco afirmaba: «Este ‘otro’, históricamente soy yo». Pero «al decir esto es como si desapareciera todo lo que

es mi yo (porque ‘el Otro’ es Cristo en su Iglesia); queda un punto histórico de referencia y todo el flujo de palabras, todo el torrente de obras que ha nacido desde aquel primer momento en el liceo Berchet». Según Giussani, perder de vista esta referencia histórica significaba «perder el fundamento temporal de la concordia, de la utilidad de nuestra acción, es como abrir grietas en los cimientos».

Así pues, Giussani llamaba a la concreción absoluta, a la historicidad precisa del carisma que había recibido y que la Iglesia había reconocido. Pero había un segundo punto que le urgía en su corazón. Confesaba tener «un poco de vergüenza por volver a la acción después de meses de ausencia por motivos de salud, y es un fenómeno que quizá se repita, posiblemente se repita, ciertamente se repetirá», porque todos los hombres están destinados a morir. Pero esta vergüenza no le bloqueaba: «La supero fácilmente por la alegría de ver que se convierte en una ocasión con la que Dios descarga en cada uno de vosotros la respuesta que yo he tenido que dar y debo dar para que la cosa tome cuerpo». Y esto, para Giussani, era el aspecto providencial de su situación física, que indicaba su utilidad para todo el movimiento: «No es indiferente lo que me sucede, porque lo que me sucede significa para cada uno de vosotros un llamamiento enérgico a responsabilizarse del carisma, cada uno de vosotros tiene la responsabilidad del carisma»⁵⁵.

Giussani afirmaba: «Cada uno es causa de declive o de incremento de la eficacia del carisma; cada uno, o es un terreno en el que se malgasta el carisma, o es un terreno en el que el carisma da fruto. Por eso este es un momento en el que la toma de conciencia de la responsabilidad de cada uno es gravísima, urgente, como lealtad y como fidelidad». Es el momento de la responsabilidad «con la que cada uno asume el carisma».

Estas preocupaciones le permitían resumir en pocas frases casi cuarenta años de tomar conciencia del don recibido: «La esencia de nuestro carisma puede resumirse en dos cosas: ante todo el anuncio de que Dios se ha hecho hombre (el asombro y el entusiasmo por esto); en segundo lugar la afirmación de que ese hombre está presente en un ‘signo’ de concordia, de comunión, de unidad en una comunidad, de unidad en un pueblo. Podríamos añadir una tercera cosa fundamental para describir definitivamente nuestro carisma: que únicamente en el Dios hecho hombre, por tanto solamente en su presencia y, por consiguiente, solo a través de la forma de su presencia —de algún modo— puede el hombre ser hombre y la humanidad ser humana. Es por consiguiente de su presencia de donde nacen con seguridad la moralidad y la pasión por la salvación del hombre (‘misión’)). Dicho esto lanzaba un llamamiento: «Si estas cosas no las meditáis como María meditaba todo lo que le sucedía, se destruye la obra de Dios, no se sirve a la obra de Cristo».

Giussani volvía sobre su situación personal, «porque la historia del carisma ha nacido físicamente de ella», para subrayar: «Mi historia se disuelve, está destinada a disolverse en la historia de vuestra responsabilidad personal. Cada uno de vosotros es totalmente [responsable], haga lo que haga».

Introducía así una tercera observación: «Hay una identificación personal, una versión personal que da cada uno del carisma al que ha sido llamado y al que pertenece.

Inevitablemente, cuanto más se va haciendo uno responsable del carisma, más pasa a través de su temperamento, a través de esa vocación irreductible en la que consiste la persona misma». Por eso «cada uno puede hacer del carisma y de su historia lo que quiera: reducirlo, hacer de él una lectura parcial, acentuar algunos aspectos menoscabando otros (convirtiéndolo así en algo monstruoso), plegarlo a su propio gusto vital o a sus cálculos, abandonarlo por negligencia, testarudez o superficialidad, dejar que revista acentos en los que nuestra persona se encuentre más a sus anchas, más a su gusto y le cueste menos esfuerzo». Giussani no estaba acusando a ninguno de los presentes. Solo quería que cada uno se diera cuenta de que «el carisma se declina conforme a la generosidad de cada uno. Esta es la ley de la generosidad: *dar toda nuestra vida por la obra de Otro*».

Para Giussani este tercer punto ponía a cada responsable ante una gran cuestión: «Cada uno de nosotros, en todos sus actos, en cada una de sus jornadas, cada vez que se pone a imaginar, cada vez que se propone algo o que se pone a actuar, debe preocuparse de confrontar los criterios de su acción con la imagen del carisma tal como brotó en los orígenes de la historia común», porque esto «tiende a corregir la singularidad de cada versión, la traducción de cada uno, y sirve para corregir y suscitar continuamente». Si esto no ocurre, el carisma se convierte en «pretexto y motivo para hacer lo que uno quiere» y entonces se produce una traición: «Nos transformamos en unos radicales impostores, porque decimos que estamos haciendo Comunión y Liberación y en lugar de eso hacemos lo que queremos nosotros de Comunión y Liberación».

En este punto, subrayaba Giussani, se plantea de nuevo la importancia de lo efímero, porque «Dios se sirve de lo efímero», «hoy por hoy, es la comparación en última instancia con esa persona determinada con la que todo empezó. Yo puedo desaparecer, pero los textos que dejo y la continuidad ininterrumpida —si Dios quiere— de las personas indicadas como punto de referencia, como interpretación verdadera de lo que ha sucedido en mí, quedan como instrumento para corregir y para suscitar de nuevo; se convierten en el instrumento de la moralidad. La línea de las personas indicadas como referencia es lo más vivo del presente, porque un texto puede también ser interpretado; es difícil interpretarlo mal, pero puede interpretarse».

A este nivel de la cuestión no se admitían ambigüedades, hasta el punto de que, a juicio de Giussani, se jugaba en ello la autenticidad de la experiencia cristiana, la que se apoya en el misterio de la encarnación, de un Dios que se ha hecho carne: «*Dar la vida por la obra de Otro* implica siempre la existencia de un nexo entre la palabra ‘Otro’ y algo histórico, concreto, tangible, sensible, que puede describirse y fotografiarse, con nombre y apellidos. Sin esto se impone nuestro orgullo, ese ‘sí’ efímero, pero efímero en el peor sentido del término. Hablar de carisma sin historicidad, no es hablar de un carisma católico».

¿Y en qué se ve si una persona es fiel al carisma de CL y es responsable de él en el sentido que indica Giussani? En el hecho de que, «si todos lo abandonaran, tú lo volverías a hacer todo»⁵⁶.

Desde hacía años, Giussani dedicaba una especial atención al tema del carisma que

estaba en el origen de la experiencia de CL, también a la luz de las preocupaciones expresadas muchas veces por Juan Pablo II sobre los carismas en la Iglesia y sobre el fenómeno de los movimientos eclesiales. Baste pensar en el Sínodo de los obispos sobre los laicos de 1987 (ver aquí, p. 788). Precisamente en su intervención en el Sínodo, Giussani había hablado del carisma en estos términos: «El carisma es esencialmente un don que el Espíritu concede a una persona en una situación histórica particular, para que por medio de la energía que se le ha comunicado, esa persona sea el origen de una particular experiencia útil para la Iglesia. [...] El carisma personal es la contribución que ofrece la persona singular al designio del Espíritu»⁵⁷.

En otra parte afirmaba que el carisma es ante todo «un don del Espíritu que abraza el temperamento y la historia personal y los transforma [...]. El carisma es, pues, la forma histórica concreta (hecha de situaciones culturales temporales, espaciales y temperamentales) por medio de la cual el ofrecimiento que hace el Misterio de sí mismo se ilumina en la mente, se comunica afectivamente y mueve operativamente a una persona». En segundo lugar, el carisma «suscita afinidad: ante la luminosidad, ante el afecto que ese temperamento despierta, otros se reconocen en esa historia personal, comprenden que la fe tiene que ver con la vida, se persuaden, se iluminan, se animan, se reaviva su voluntad y por eso se unen en torno a ese determinado carisma». Es por ello «la forma con la que el hecho cristiano se reconoce en su presencia eficaz, irrefutable y operante en la historia. [...] Una forma persuasiva, pedagógica, operativa; determinada por un encuentro particular adecuado a nuestro temperamento, a nuestra historia personal, tal como la providencia de Dios ha establecido»⁵⁸.

Por qué la Iglesia. El signo eficaz de lo divino en la historia

Al comienzo de 1992 Giussani publicaba el segundo tomo del libro sobre la Iglesia⁵⁹, que concluye el PerCorso. A diferencia de la primera parte de *Por qué la Iglesia* (ver aquí, p. 843), en la que describía los factores esenciales del fenómeno Iglesia, en este último tramo de su recorrido se ceñía a entrar en lo que la Iglesia sostiene que ella es, a fin de que el lector pueda caer plenamente en la cuenta de la conciencia que tiene de sí misma.

Giussani parte de una observación de método que da razón del texto: «No se puede juzgar a alguien si primeramente no se levanta acta del problema que él mismo plantea». La cuestión con la que quiere ajustar cuentas es, pues, esta: «¿En qué términos se ha entendido a sí misma la conciencia del pueblo cristiano, la conciencia de la Iglesia tal y como se ha estructurado en la historia?». La Iglesia, responde, se presenta ante el mundo como «un fenómeno humano que pretende ser portador de lo divino» y por eso su presencia en la historia «replantea con todo su escándalo el problema que Cristo suscitó». La Iglesia, en otras palabras, «desafía a la historia del mismo modo en que Cristo desafió a su tiempo; o, mejor, Cristo continúa desafiando al tiempo por medio de la Iglesia»⁶⁰.

El libro analiza los dos factores que provocan escándalo: «Lo humano y lo divino que

hay en la Iglesia [...] considerados siempre unidos en una misma realidad; distintos, pero juntos, no confundidos pero sí conjuntamente presentes». Al lector se le invita a tener presente que esta es la condición para no eludir el problema 'Iglesia'.

La pretensión de la Iglesia es comunicar lo divino «por medio de lo humano». Este es el primer factor, que Giussani presenta como plenamente consonante con el método elegido por Dios para darse a conocer a los hombres: la encarnación. «El problema de la Iglesia es precisamente este: que Dios *quiere* pasar a través de la humanidad de aquellos a quienes ha aferrado con el bautismo».

Dios se comunica a la humanidad por medio del hombre, a través de una vida humana: «Los primeros que extendieron el cristianismo por el mundo tenían la conciencia clara de ambas cosas, tanto de que lo divino resplandecía en el mundo por medio de lo que decían y hacían, como de que estaban desprovistos de palabras brillantes, sus gestos eran frágiles, sus personalidades inadecuadas y su condición humana mezquina. Pero esto no les hacía ser resignados y aquiescentes, sino gente que estaba fieramente en carrera, cotidianamente en lucha, constantemente tendiendo al don de la salvación». Por lo demás, continúa Giussani, «en la misma vida de las primeras comunidades cristianas se nos recuerda que el encuentro del hombre con Dios —el aspecto mayor del problema de la vida— y la participación en su ser se realiza de manera suma en una circunstancia que podríamos llamar vulgar: una cena normalísima, una sencilla comida corriente. Este era el ámbito en el que se producía la implicación más profunda y misteriosa con el Señor»⁶¹.

Según Giussani, dado que la Iglesia es una realidad humana, «se pueden encontrar en ella hombres indignos, padres incapaces, hijos rebeldes, mentirosos, vividores; y prolongar la lista basándonos simplemente en las largas relaciones de faltas graves que se encuentran en los mismos documentos primeros del cristianismo». Pero si alguien quiere «verificar la anunciada presencia de lo divino en esta miseria humana no puede quedarse en la constatación aturdida de esa miseria y decir: lo divino no puede estar aquí». Tendrá, más bien, que adoptar otro criterio, porque «ninguna clase de miseria podrá anular el carácter paradójico que tiene el instrumento que Dios ha elegido». El hombre que acoge el método adoptado por Dios «se convierte en cristiano y sigue siéndolo, es decir, se convierte en instrumento de lo divino, manteniendo su particular temperamento. Esta afirmación puede parecer una colosal banalidad, pero me veo conducido a ella para indicar el error que consiste no tanto en rechazar esta observación cuanto en la objeción que suele ser su consecuencia». Giussani cuenta para esto en el libro un episodio de su vida: «Cuando entré por primera vez en una clase de bachillerato, como profesor de religión, lo hice sustituyendo a una persona que poseía cierto tipo de cualidades: era alguien excelente, de trato gentil y distinguido, sosegado. Cuando yo entré en el aula y comencé a dar la lección, obviamente a mi modo, con mis rasgos, mis características, ¡fue como si toda la clase se retrajera en el primer momento, enojada, ante lo que parecía casi una insolencia! Evidentemente, ciertas particularidades retrasaron mucho, en aquel caso, la comunicación de la verdad que, no obstante, yo deseaba anunciar». Con frecuencia se oye decir: «¡Ah, si todos los cristianos fueran

como tal o cual!». O también: «¡Si todos los curas fueran como ese!». Según Giussani semejantes frases atestiguan el error al que se ha referido. Y con una analogía explica el sentido de sus palabras: «Un buscador de oro jamás se habría parado ante el fango del lecho de un río en el que esperaba poder encontrar pepitas. Buscaría el oro, y lo que le movería sería la mayor o menor probabilidad de encontrarlo, pero no las condiciones en las que podría llegar a obtenerlo. Es terrible pensar, en cambio, cuán fácilmente se ve al hombre distanciado del problema de su destino, hasta el punto de que renunciaría al oro por causa del fango que lo acompaña. Pero, como decíamos, el problema es de juicio: no se ve que lo que está en juego es el oro de la vida»⁶².

Prosiguiendo con su exposición, Giussani se pregunta cuál es la misión que asume la Iglesia en la escena del mundo. A su juicio es la misma encarnada por Cristo: «La educación del hombre y de la humanidad en el sentido religioso (¡precisamente para poder ‘salvar’ al hombre!), donde por religiosidad, o sentido religioso, entendemos [...] la postura exacta como conciencia, y tentativa como actitud práctica, del hombre frente a su destino». He aquí, pues, el rol de la Iglesia: indicar «la postura óptima para afrontar los problemas humanos. Si se vive con conciencia de nuestra dependencia original, que es la primera y suprema verdad, todos los problemas se sitúan de una manera que facilita más su solución. No es que queden resueltos, pero sí en condiciones favorables para que lo sean». ¿Y cuáles son los problemas a los que tiene que enfrentarse el hombre? Son los que se refieren a la verdad, al amor, al trabajo o a la política. Ahora bien, «si la Iglesia proclamara que su finalidad es ganar la partida en el esfuerzo humano de promoción, de búsqueda, de expresión, haría [...] como esos padres que se hacen la ilusión de resolver los problemas de sus hijos sustituyéndoles». Sería una ilusión, escribe, «porque de ese modo faltaría a su misión educativa»⁶³.

Giussani pasa entonces al segundo factor con el que la Iglesia se define a sí misma, es decir, el divino: la Iglesia afirma que «lleva un valor absoluto en un instrumento que es de por sí falible, imperfecto. Y por eso el cristiano, lleno de límites, puede encontrarse con tener que vivir la experiencia de aportar a alguien, que quizá sea mucho mejor que él, un valor superior a ambos. ¿Tendrá que renunciar a ello, por ser consciente de su indignidad? Jesucristo valora la naturaleza humana hasta en esto. Al pedir a quien le sigue que viva esta dramática experiencia, no hace mas que exaltar lo que la naturaleza, si se observa con atención, requiere imperiosamente. Porque, ¿qué padres que amen sinceramente a sus hijos renuncian a comunicarles algo que vale, con el pretexto de que ellos no lo poseen completamente? Lo que les interesa es lo bueno que su hijo puede efectivamente adquirir, y no tanto la medida de su propia perfección. Y además, reconociendo con sencillez su defecto también ellos se ven llevados a mejorar»⁶⁴.

Todo el libro es, por lo tanto, una concatenación implícita y explícita de preguntas y respuestas. Y así Giussani se interroga acerca de cómo sucede en la Iglesia la comunicación del mensaje divino. Esto se produce en dos modalidades: ante todo, el magisterio ordinario, es decir, la vida de la comunidad cristiana: «Esta es la fuente normal de un conocimiento último seguro: no el estudio teológico ni la exégesis bíblica —que son instrumentos en manos de la autoridad que guía—, sino las articulaciones de

la vida común de la Iglesia unida al magisterio ordinario del Papa y de los obispos que están en comunión con él. [...] Se llama *tradición*. La tradición es la conciencia de la comunidad que vive ahora con la memoria cargada de la riqueza de todas sus vicisitudes históricas».

En segundo lugar, lo divino se comunica a los hombres a través del magisterio extraordinario, que «se identifica en último término con el Papa, cuando este pretende afirmar algo, usando para ello de toda su autoridad. Y esto puede ocurrir bien de manera solemne y clamorosa con la convocatoria de un Concilio ecuménico, que es la asamblea de todos los obispos bajo la guía del obispo de Roma, o con una intervención personal del Pontífice, iniciativa que recibe el nombre de definición *ex cathedra*»⁶⁵.

Giussani pasa a continuación revista a los instrumentos, los «signos eficaces» a través de los cuales alcanza la gracia sobrenatural al hombre en su situación concreta: los sacramentos. Los resume así: Cristo «continúa su presencia y sus gestos de salvación en los momentos más significativos, los fundamentales, aquellos que constituyen los puntos cruciales en la vida del hombre. Está presente en los momentos de felicidad, con el *bautismo* y la *eucaristía*; o de lucha, con la *confirmación*, signo este tan sólido y potente que recuerda al atleta o al soldado (de hecho se usaban aceites y perfumes para robustecer los músculos de los que se preparaban a luchar o competir). Afronta el aspecto frágil del vivir: no solo la fragilidad moral con el sacramento de la *confesión*, sino también la fragilidad física, con la *unción*, óleo santo destinado a los enfermos, cuya función social como personas reconoce siempre, hasta los últimos instantes de la vida. Ha querido hacerse presente ante la exigencia humana de completar el yo y de continuar la estirpe mediante el *matrimonio* y en la familia que este procrea y educa. Ha querido responder a la exigencia humana de que esté presente y resulte operante esa profecía ideal que hace que valga la pena dejar nacer y educar para vivir, y por eso ha creado el *orden*, el sacramento que confiere el sacerdocio. Es verdaderamente el Hombre-Dios que nunca olvida su naturaleza humana, y por eso ha querido dejarnos su compañía en los aspectos fundamentales de la vida, como apoyando en ellos el desarrollo expresivo de nuestra existencia en Él».

El sacramento es, pues, «experiencia de relación con Cristo dentro de un gesto concreto, físico. Esta es la razón de que el catecismo lo llame *signo eficaz de la gracia*: signo, porque la materia recuerda concretamente el aspecto de la vida en el que se comunica Cristo; y eficaz, porque Él transmite verdaderamente su realidad y su poder divino por medio de ese elemento físico».

Por todo esto, el hombre que se hace cristiano, comenta en su libro Giussani, «sigue siendo inepto, incapaz, pecador, pero vive la dimensión comunal que le identifica. El ‘yo’ deja de ser un ‘yo’ desarraigado de un contexto, para ser un ‘nosotros’: sobre cada acto suyo pesa la responsabilidad de todos, e incluso sobre su acto más recóndito pesa la tarea de edificar la totalidad. [...] El poder salvador de Cristo en el mundo, su ‘nombre’ en el sentido bíblico, su capacidad de cambiar el mundo, a la gente, coincide con el sujeto que constituye la comunidad cristiana, la Iglesia, sacramento de su poder».

Después de exponer el factor humano y el factor divino presentes en la Iglesia,

Giussani se dirige hacia la conclusión de su razonamiento: el cristianismo «se dirige a nuestra humanidad tal como esta es», a esa capacidad del hombre que es la experiencia elemental, esto es, a ese conjunto de evidencias y exigencias originales que caracteriza al ser humano: la Iglesia, por así decirlo, «apuesta por el hombre, con la hipótesis de que el mensaje al que sirve de instrumento, puesto a prueba por la experiencia elemental, revelará la presencia prodigiosa que lleva dentro de sí mismo». En otras palabras, el cristianismo se somete a la comprobación del sentido crítico del hombre, es con él con quien «la Iglesia se quiere medir, poniéndose a sí misma a merced de la experiencia humana auténtica». Giussani lleva hasta el fondo este tema, y escribe: la Iglesia «no requiere cumplir mecánicamente cláusula alguna», sino que «confía en el juicio de nuestra experiencia y, más aún, la solicita continuamente para que recorra su camino completamente»⁶⁶.

Giussani termina indicando también el criterio de juicio para valorar la verdad de la propuesta cristiana, lo que el Evangelio llama el «ciento por uno» aquí abajo. Es como si la Iglesia le dijera al hombre: «Conmigo obtendrás una experiencia de plenitud de vida que no encontrarás en ninguna otra parte». Y observa que «la Iglesia se pone a sí misma a prueba sobre el filo de la navaja de esta promesa al proponerse como prolongación de Cristo para todos los hombres»⁶⁷.

La parte final de la exposición está dedicada a los frutos mediante los cuales se puede notar la eficacia de la Iglesia para la vida de los hombres. Giussani identifica cuatro, tal como están formulados en el Credo, la profesión de fe que se afirmó en las liturgias tanto orientales como occidentales a partir del siglo IV, después de los concilios de Nicea y Constantinopla: «Creo en la Iglesia, una, santa, católica y apostólica»⁶⁸.

«El instrumento de la misericordia de Cristo con nosotros»

En 1992 se cumplían diez años del reconocimiento pontificio de la Fraternidad de CL y Giussani escribió a Juan Pablo II el 5 de febrero, subrayando que ese evento le hacía recordar toda la historia que lo había hecho posible: «Y por eso nos llena de agradecimiento por vuestra Santidad, que es el instrumento de esa historia de la misericordia de Cristo con nosotros». Después comunicaba al Pontífice que en el mes de octubre toda la Fraternidad iba a viajar a Lourdes para una peregrinación de acción de gracias: «Sobre todo queremos pedir a la Virgen que se realice para la Iglesia lo que el Papa piensa, vive y sufre, justamente también a través de nuestra humilde y ardiente contribución»⁶⁹.

El 15 de febrero Juan Pablo II le respondía a Giussani: «El 11 de febrero, durante la celebración eucarística con los enfermos, he tenido un recuerdo particular para usted, recomendándole al Señor para que le asista, le consuele y le conceda todas las gracias que su corazón sacerdotal desea. Le manifiesto mi cercanía con la oración y le envío de corazón mi Bendición Apostólica».

Recibida la carta autógrafa del Papa, Giussani la comentó con estas palabras: «Nos consuela y confirma en la fe y en el amor de nuestra vida como servicio a Cristo. [...]

Grande es nuestro reconocimiento a su Santidad por la benevolencia con la que nos ha acogido y nos acompaña»⁷⁰.

El 3 de marzo, Giussani le agradecía personalmente a Juan Pablo II la bendición que había recibido, añadiendo: «Ofrecemos todos los días de nuestra vida y nuestra obra para que la evangelización que su corazón proyecta se verifique también a través de nuestra mísera carne»⁷¹.

De la circunstancia histórica en la que estaba viviendo la Iglesia Giussani habló en abril, entrevistado por Renato Farina para el semanario *Il Sabato*. He aquí cómo describía la situación en que se venía a encontrar un cristiano que pretendiera vivir auténticamente su fe: «Estoy cayendo en la cuenta, ahora que tengo casi setenta años, de la realidad del odio que hay contra los cristianos. Del odio del mundo del que hablaba Jesucristo en el capítulo XV del evangelio de san Juan: ‘Si el mundo os odia, sabed que me ha odiado a mí antes que a vosotros’. [...] Veo los signos de esta persecución». Una persecución sutil, una marginación cultural, comentaba Farina. «¡Pero qué sutileza! Quiero decir realmente una persecución. [...] La ira del mundo actual no se levanta ante la palabra Iglesia, calla incluso ante la idea de uno que se llame católico, o ante la figura del Papa pintado como autoridad moral. Más aún, hay una obsequiosidad formal, incluso sincera. El odio se desencadena —a duras penas contenido, pero pronto explotará— ante católicos que se manifiestan como tales, católicos que se mueven en la sencillez de la tradición», esa que reconoce, ante todo, «a un Dios que se hizo carne, que murió y resucitó, y que vive entre nosotros»; y, en segundo lugar, ante «el hecho de que este acontecimiento no se puede callar, necesitamos anunciarlo; es así de sencillo: para esto han sido elegidos los cristianos, para la misión». Pues bien, «que Dios se haya encarnado, que —peor aún— esto se quiera anunciar, no puede aceptarse, es algo intolerable»⁷².

De la pasión por el anuncio cristiano a los hombres Giussani le habló también al Papa en la carta que le escribió el 18 de abril de 1992 con ocasión de la Pascua: «En vuestra persona, cada vez que la memoria la recuerda y el corazón escucha su palabra, se hallan la certeza y la belleza de Cristo resucitado, que reverdecen en la experiencia de mi fe y me arrastran adentro de ‘le gouffre’ [abismo, *nda*] de la esperanza. Así se renueva esa pasión evangelizadora que percibimos como el núcleo de su corazón de supremo apóstol de Cristo en este mundo pobre y ardiente de espera. [...] El tiempo que pasa estabiliza con seguridad y generosidad la pasión amorosa hacia usted, Vicario de Cristo, una pasión que se despertó enseguida, desde los primeros gestos y las primeras palabras de su providencial historia en el mundo y en el pueblo cristiano actual, que sin ellos seguiría confuso»⁷³.

El 16 de mayo, dos días antes del cumpleaños de Juan Pablo II, Giussani le escribía de nuevo: «Usted ha hecho que nos resulte más claro y fascinante el camino hacia una ‘fe madura’ que tiene su fuente en la acogida del don de la gracia, libre elección personal, y lleva a un compromiso que es ‘ofrecimiento apasionado y organización de la esperanza en la actual realidad social y política’». Le pedía después al Papa su bendición a fin de que «el sello de su sangre derramada ahuyente todo temor y libere un seguimiento sin

límites a su persona, testigo antes que cualquiera del corazón mismo del misterio cristiano, esto es, de Cristo resucitado»⁷⁴.

Juan Pablo II responderá a las dos cartas el 19 de mayo con el siguiente mensaje: «Queridísimo monseñor, por la solemnidad de la Santa Pascua ha querido —como de costumbre— hacerse espiritualmente presente con sus agradecidos votos y deseos, expresados también en nombre de Comunión y Liberación. Le expreso mi vivo reconocimiento por este apreciado gesto suyo y especialmente por el amor que siente por la Iglesia. Gracias también, querido monseñor, por la felicitación que me ha enviado por mi cumpleaños, mientras que le deseo todo bien del Señor para usted y para cuanto desea su corazón»⁷⁵.

El 2 de junio de 1992, Giussani informaba de ello a todo el movimiento: «Como gracia pascual, el Señor misericordioso, que nos ha llamado a su alianza, me ha concedido el don de una carta personal del Santo Padre». Y añadía: «Podéis imaginaros la emoción en particular por el motivo que señala el Papa: la fidelidad apasionada a la cátedra de Pedro, y especialmente por su ‘amor a la Iglesia’. De hecho reconocemos que la consistencia de nuestra persona brota de la pertenencia a ella, y por consiguiente que en esa pertenencia se perfilan los mismos criterios últimos de nuestro modo de sentir al hombre, de nuestra visión del mundo y de nuestro juicio sobre el mundo actual; finalmente reconocemos que de esa pertenencia surge el afecto positivo y enérgico a la vida de los hombres, nuestros hermanos, que se despliega en todo el horizonte de nuestros intereses y de nuestras obras. En el juicio del Papa me ha parecido ver el eco del acento paternal con que el Domingo de Ramos de 1975, justamente en la puerta de San Pedro, Pablo VI me dijo textualmente a mí, que estaba de rodillas y todo emocionado: ‘Ánimo, este es el camino justo: siga adelante así’».

El acto de benevolencia del Pontífice sugirió precisamente a Giussani estas palabras afligidas con las que se dirigía a todos los miembros de CL: «En este momento tan grave para nuestra humanidad y tan grande para la fe, yo os exhorto a una sola cosa: que estéis unidos a quien guía el movimiento; en ello reside la seguridad del camino. No os engañéis creyendo que sois libres en vuestro modo de pensar y decidir, si lo hacéis desligados de esa relación a la que Dios vinculó la luz y el consuelo de vuestro primer ‘encuentro’. Esto es lo que nos da seguridad también para dialogar con cualquiera; es lo que nos permite esa apertura o capacidad de arriesgar razonablemente que hace que nos estimen también algunos de los mejores ‘laicos’»⁷⁶. Volvían aquí las preocupaciones que ya había expresado Giussani a los responsables de CL el mes de febrero precedente, cuando hablaba del carisma y de la necesidad de una confrontación constante con él, con lealtad y fidelidad.

El 20 de junio de 1992, el Papa centraba de nuevo la atención de Giussani. Para celebrar la visita que Juan Pablo II realizaría al santuario mariano de Caravaggio (Bérgamo) aquella misma tarde, publicó un artículo en la primera página del *Avvenire*. «Desde las costas de los océanos a Lombardía, donde quiera que haya un hombre o una multitud, el Papa lleva sus 72 años con la juventud fragante del anuncio de Cristo que colma el deseo del hombre. Su viajar por el mundo expresa más que nunca la misma

prisa que tenía María para correr junto a Isabel: quizá tenía que protegerse, encinta como estaba, y en cambio no pudo quedarse quieta». Pero enseguida introducía un motivo de preocupación, porque «nunca como ahora el mundo había abandonado al Papa en semejante soledad, a pesar de ser un hombre que habla abiertamente. [...] Su mensaje de salvación queda como atenuado en la fábula del gran viajero, o bien sometido al equívoco por el énfasis interesado en ciertos reflejos culturales y políticos desligados [...] de su ‘fuente’». Y sin embargo, continuaba Giussani, en esa soledad «renace Cristo cada vez, y él lo comunica [...]. Y lanza a los jóvenes este desafío. Es como si percibiera que la violencia del poder les golpea y les destruye sobre todo a ellos, abandonados en una amarga soledad, separados de cualquier pertenencia familiar o social que se interese por ellos». Por eso «hay que estar cerca de él, escuchar su acento, mirar su persona de gran amante de nuestro Señor. *Videre Petrum*, se decía y se debe decir. En todo caso necesitamos aprender de Juan Pablo II el gran método. El de hace dos mil años: Jesús vivo, hoy»⁷⁷.

Pocas horas después, durante su encuentro con los jóvenes, Juan Pablo II dirá, entre otras cosas: «¡Aun a costa de ser marginados, no tengáis miedo de quedaros con Cristo! [...] Seguid a Cristo y consagraos a su servicio, allí donde Él os llame y en la condición en que Él os haya puesto. [...] Él, estad seguros, no os abandonará jamás. Queridos amigos, Cristo es el amigo más seguro. Un amigo que no abandona, un amigo que no decepciona». Y poco antes les había recomendado: «Permanecer en Cristo: esto es lo esencial para cada uno de vosotros»⁷⁸.

En Río de Janeiro

Un mes después Giussani estaba en Río de Janeiro, en Brasil, para dar Ejercicios espirituales a los sacerdotes del movimiento de América Latina. Y allí, el 16 de julio de 1992, sonó el eco de las preocupaciones que había expresado en el artículo sobre el Papa. A su juicio, el desafío que lanzaba el mundo a la Iglesia era histórico, y se refería «a la demolición del contenido auténtico del mensaje cristiano». Esto era verdadero también para América Latina, donde la proliferación de las sectas y el crecimiento de una mentalidad laicista y anticlerical erosionaba cinco siglos de evangelización, con la complicidad de algunas décadas de teología de la liberación. Por eso sentía la urgencia de identificar lo que es el hecho cristiano, convencido de que solo un bautizado plenamente consciente del don recibido a través de la fe puede estar a la altura de los tiempos. Lo hacía contando una reciente conversación suya con el arzobispo de Bolonia: «Hace una semana estuve comiendo con el cardenal Biffi. Me dijo que acababa de volver de un debate en la universidad de Bolonia, que no había intervenido ni siquiera cuando decían cosas muy equivocadas», pero «cuando una muchacha se levantó y dijo que la Iglesia estaba en crisis, él se puso en pie de un salto y dijo que la Iglesia no puede estar en crisis, porque la Iglesia es un hecho, un acontecimiento. Es un hecho: o está o no está. [Me dijo]: ‘¿Ves?, el cristianismo no es la exaltación de unos valores morales, sino que es un acontecimiento, es un evento’». Ante esas palabras, Giussani se había

conmovido pensando: «Hace cuarenta años yo entraba en clase diciendo precisamente esto».

A los sacerdotes sudamericanos, implicados diariamente en una obra misionera, Giussani les decía que el episodio que le había contado el cardenal Biffi no afectaba a una cuestión secundaria, «porque toda la metodología de la evangelización es distinta, radicalmente distinta, si parte de esta palabra [acontecimiento, *nda*] o parte del cristianismo como preocupación moral». Y les contaba de otra comida, celebrada pocas horas antes: «Mientras comíamos a mediodía, Vittadini ha dicho una frase que me ha sorprendido, porque hay ciertas frases, ciertas expresiones que es como si alcanzaran el máximo de la claridad; después de ellas ya no hay nada, y por debajo de ellas se comprende que se está mintiendo: ‘Ciertas personas necesitan otras cosas además del movimiento para afrontar la realidad’», es decir, la experiencia de la comunidad cristiana sería incompleta, insuficiente para vivir en el mundo; para afrontar las circunstancias harían falta también otras cosas: análisis, proyectos, estrategias. Giussani conocía bien esta postura, en la que habían caído muchos de GS en el 68, y más tarde de nuevo gente de CL a mitad de los años setenta; por eso señalaba un riesgo permanente del que había que ser conscientes: ese dualismo es «el agujero de un cañonazo que el mundo lanza a los muros de la ciudadela cristiana, y el mundo entra en nosotros de este modo».

En opinión de Giussani la frase de Vittadini representaba un llamamiento a la naturaleza auténtica del movimiento: «La compañía, en la que el Espíritu nos ha hecho encontrar concretamente el mensaje [cristiano], es el modo con el que yo afronto la totalidad de la realidad, y no se necesita nada más». Y llevando la analogía hasta su principio máximo, añadía: «En efecto, ¿qué necesita el hombre para afrontar la totalidad de la realidad? ¡Necesita lo divino! Jesucristo es el modo en que yo, que he sido llamado, afronto toda la realidad: lo divino en lo humano»⁷⁹.

A su vuelta de Brasil, Giussani habló de su viaje en el Consejo internacional de CL el 17 de agosto de 1992, contando que había ido durante años a Sao Paulo, y que cada vez se había encontrado con unos pocos amigos procedentes de diversos lugares: algunos cambiaban y otros permanecían. Pero esto nunca le había desanimado; al contrario, Giussani siempre había visto en ello la confirmación de que «quien puede construir en el mundo la Iglesia de Cristo es el Espíritu de Dios, ¡es el Espíritu de Cristo! Las formas con las que obtiene su objetivo no se pueden prever». Precisamente por eso confesaba que jamás había sentido una sola vez en tantos años que brotara «del fondo de su corazón ninguna objeción a la pérdida de tiempo y dinero que podía parecer la ida y vuelta» a Brasil. Más aún, decía, «seguiría cincuenta años más así porque es justo que yo trate de aportar lo que me ha alcanzado a mí». Por consiguiente no se arrepentía de haber ido tan frecuentemente a Sao Paulo: «Nunca se me ha pasado por la cabeza este problema: ¿no es mejor ir a otro lugar donde sea más fácil conseguir resultados? Siempre he viajado a Sao Paulo tranquilo, porque en la existencia de nuestro movimiento se había producido un signo, un cierto encuentro que fijó nuestra mirada sobre Brasil. Y por eso hemos seguido ese acontecimiento con testarudez, es decir, con fidelidad»⁸⁰. Giussani aludía aquí al encuentro, ya citado (ver aquí, p. 305), con una monja y con un muchacho

de Belo Horizonte, a comienzos de los años sesenta.

Péguy y Finkelkraut. «El acontecimiento, método supremo del conocimiento»

Al día siguiente, 18 de agosto, Giussani volvió sobre la palabra «acontecimiento», refiriéndose a Charles Péguy, «un poeta que canta a esta característica suprema del fenómeno cristiano al que siempre hemos recurrido para obtener inspiración y ayuda en nuestro modo de pensar y de sentir, como si fuera un amigo presente»⁸¹.

En su libro *Notre jeunesse* dice Péguy: «Lo más imprevisto que hay es siempre el acontecimiento»⁸². En efecto, comentaba Giussani, «la gente, toda la gente, incluidos nosotros, lo llamamos ‘casualidad’, [...] porque no hay nada que pose más nuestra imaginación sobre el Misterio, sobre los signos del Misterio, que la palabra ‘casualidad’»⁸³. Giussani completaba la cita de Péguy: «Lo más imprevisto que hay es siempre el acontecimiento. Basta haber vivido un poco fuera de los libros de historia para saber, para haber experimentado, que todo lo que se quiere que brote es generalmente lo que menos sucede, y que lo que no se quiere que surja es generalmente lo que sucede sencillamente»⁸⁴. Para Giussani esto significaba que «se subraya lo fantástico y no se subraya lo que ha sucedido»⁸⁵.

Y para insistir en el tema, citaba a otro francés, el pensador Alain Finkelkraut⁸⁶, que en una entrevista concedida al mensual *30Giorni* en junio de 1992 situaba en el centro de su reflexión la categoría de acontecimiento. Decía el filósofo: «Un acontecimiento es algo que irrumpe desde fuera. Algo imprevisto, y este es el método supremo del conocimiento. [...] Tenemos que volver a dar al acontecimiento su dimensión ontológica de nuevo inicio. Es una irrupción de lo nuevo que rompe los engranajes, que pone en marcha un proceso»⁸⁷; es decir, comentaba Giussani, que «pone en marcha un mundo nuevo, una criatura nueva, una nueva creación»⁸⁸.

Giussani continuaba leyendo a Finkelkraut: «Lo más extraordinario es que, si no se salva el acontecimiento, se pierde completamente el contacto con la realidad»; el filósofo observaba que «toda la cultura moderna, el hombre moderno, el poder moderno, el gobierno moderno, la política moderna, la revolución moderna, han perdido completamente el contacto con la realidad». De este modo «el hombre, al rechazar la realidad tal como se ofrece a nuestros ojos carnales, no intenta ya formarse una razón modelada sobre la imagen del mundo, sino construir un mundo sobre la imagen de la razón. La experiencia queda abolida»⁸⁹. Giussani explicaba que había leído el pasaje de Finkelkraut para aclarar que «el acontecimiento revela el Ser» y tiene un sinónimo: «El concepto de experiencia. Y por ello la experiencia, en cuanto percepción nueva y más rica de lo real, es un acontecimiento: no hay experiencia si no hay acontecimiento».

El cristianismo es el comienzo de un mundo nuevo, explicaba Giussani, que se expresa como unidad entre los que reconocen a Cristo. Y para subrayar la ternura con la que percibía la figura de Cristo, recordaba la conversación que había tenido con un joven enamorado: «¿De qué está hecha tu novia?». «De carne y hueso». «Pero, en última

instancia, ¿de qué está hecha?» «Del misterio de Dios». «Esto es, está hecha de Cristo, porque el Dios vivo que crea al hombre es el Dios que se ha revelado en Cristo. ¿Quién ha hecho que la conocieras? El Señor del tiempo, el Señor de la historia: Cristo. ¿Quién es el que no la alejará ya de ti en toda la eternidad? ¿Quién hace que estés junto a ella para la eternidad? ¡Cristo!». A estas palabras el joven exclamó: «Dios mío, ¡pero este Cristo es más tierno que mi novia!». Giussani: «Es más: es lo que la hace posible»⁹⁰.

Giussani profundizó en este tema los días siguientes, durante el *Equipe* de los universitarios en La Thuile (Valle de Aosta), del 19 al 25 de agosto de 1992. Di Martino tiene un recuerdo muy vivo de aquellas jornadas: «Estábamos todos literalmente con la boca abierta. El tema se manifestó, o por decirlo mejor, explotó en las dos lecciones de Giussani. Se trataba de un momento incandescente de pensamiento, de un momento álgido que orientó el desarrollo de los años posteriores y que constituyó incluso, a mi juicio, el motivo inicial del proyecto de la obra que se iba a titular *Generare tracce nella storia del mondo* (edición española, *Crear huellas en la historia del mundo*, Encuentro, Madrid 1999, *ndt*): una obra que documentaría el nuevo y más profundo nivel de conciencia que se había alcanzado». La categoría central de todo su pensamiento era la de «acontecimiento». La utilizaba para identificar la naturaleza del cristianismo, y con frecuencia unía a la palabra «acontecimiento» las palabras «casual» o «imprevisto», para subrayar su carácter irreductible a cualquier cálculo, poder, posesión o previsión, «pero nunca se había detenido a llevar a cabo una reflexión temática sobre el concepto de acontecimiento y sobre su relación con el conocimiento», observa Di Martino. La entrevista que había concedido Finkelkraut, que ponía en el centro a Péguy y su noción de acontecimiento, y que contenía términos muy cercanos a los que utilizaba habitualmente Giussani, le proporcionó la ocasión. El pensamiento de Giussani era un pensamiento vivo, que se exaltaba al toparse con personas, situaciones y ocasiones, que reaccionaba con sensibilidad agudísima incluso ante las más mínimas señales de provocación. «Él ciertamente no seguía protocolos académicos estándares», subraya Di Martino «porque no tenía tiempo para ello, pero tenía una genialidad siempre dispuesta a desatarse. Y en aquellos días asistimos a esa erupción».

Decía, pues, Giussani: «Un acontecimiento [...] es ‘algo’ que se introduce de improviso: no-previsible, no-previsto, no-consecuencia de factores antecedentes. La palabra que más puede acercarse a ‘acontecimiento’ es en efecto ‘casualidad’; la palabra ‘casualidad’ define algo cuya presencia no se explica a primera vista al mirarla. Un acontecimiento es entonces, podríamos decir, algo puramente y en última instancia casual para nuestra razón, para nuestras capacidades. Más aún, para nuestra capacidad de indagar y dominar, un acontecimiento es tal justamente en cuanto que es inalcanzable, porque tiene algo que se nos escapa»⁹¹.

Y a Finkelkraut, que afirmaba en la estela de Péguy, «Un acontecimiento es algo que irrumpe desde fuera, algo imprevisto, y este es *el método supremo del conocimiento*»⁹², Giussani le respondía, como en un contrapunto: «Conocer es encontrarse frente a algo nuevo, algo extraño para uno, no construido por uno mismo [...]. La palabra acontecimiento es por tanto capital para cualquier tipo de conocimiento». Y ponía un

ejemplo: «Hace muchos años estaba yo paseando por un sendero que sube desde un pueblo de Val Gardena al monte Pana, cerca del Sasso Lungo. Iba delante de mí un joven que continuamente miraba al suelo e iba recogiendo una piedra aquí, otra piedra allá. Después de un poco comprendí: recogía fósiles [...]. Esto es, cuando aquel joven se topaba con una piedra en la que se apuntaba el esqueleto de un fósil, hacía un ‘descubrimiento’: entraba en su vida un *acontecimiento* y le daba a conocer algo más»⁹³.

Pero esto vale también y quizá sobre todo para el conocimiento de uno mismo, del propio yo, que es el punto de mira de Giussani. En aquellos años él denunciaba, de modo cada vez más lúcido y dramático, la gran confusión y el olvido que rodean al yo de cada uno: «La concepción y el sentimiento del yo están trágicamente confundidos en nuestra civilización». Pues bien, «solo un *acontecimiento* [...] puede aclarar y hacer consistente al yo en sus factores constitutivos. Esto es una paradoja que ninguna filosofía ni ninguna teoría —sociológica o política— puede tolerar: que sea un acontecimiento y no un análisis o un registro de sentimientos, el catalizador que permite a los factores de nuestro yo aflorar con claridad y componerse ante nuestros ojos, ante nuestra conciencia, con limpidez firme, duradera y estable»⁹⁴.

Así pues, si es verdad que solamente un acontecimiento puede dar inicio al proceso por el que un hombre comienza a decir yo, es necesario dar un paso más, en el que la palabra acontecimiento aparezca como «única categoría que pueda definir qué es el cristianismo (el cristianismo se reduce *totalmente* a esa categoría)». Y es un paso necesario: «El acontecimiento *cristiano* es en efecto el catalizador adecuado del conocimiento del yo, lo que posibilita una clara y estable percepción del yo, lo que permite al yo volverse operativo como tal yo. Fuera del acontecimiento cristiano *no* se puede comprender lo que es el yo. Y el acontecimiento cristiano es [...] algo nuevo, extraño, que viene desde fuera, y por tanto algo no pensable, que no puede suponerse, que no se puede reconducir a una reconstrucción nuestra, que irrumpe en la vida»⁹⁵.

Pero ¿cuál es la forma característica del acontecimiento cristiano? «Un encuentro humano dentro de la realidad banal de todos los días [...]. El acontecimiento cristiano se manifiesta, se revela, en el encuentro con la ligereza, la sutileza y la aparente inconsistencia de un rostro que se entrevé dentro de la multitud: un rostro como los demás, y sin embargo tan distinto de los demás que, al encontrarse con él, es como si todo se simplificase. Lo ves por un instante, y al alejarte llevas dentro de ti el impacto de esa mirada, como diciendo: ‘¡Me gustaría volver a ver ese rostro!’»⁹⁶.

Desde aquí hasta el final de la segunda lección, Giussani dio pasos, profundizó y desarrolló su discurso hasta llegar al carácter «totalizante» y «católico» del acontecimiento cristiano y a un corolario sobre la «misión».

La impresión que tuvieron los presentes en aquel *Equipe* fue que habían asistido a un momento de fecundidad de Giussani, que habían participado en la feliz puesta a punto de reflexiones y pensamientos que se venían formulando, y que le apremiaban en la conciencia en aquellos últimos años, como recuerda Di Martino: «El mismo don Giussani tenía esta percepción de lo que había sucedido. Me acuerdo con claridad del modo en que me acogió en la casa de la vía Martinengo, antes del habitual almuerzo con

los responsables del CLU, el día en que habían salido los primeros ejemplares, como adelanto, del texto de aquellas dos lecciones, con el título *In cammino* (trad. esp. *En camino*, 30 Días, VI, 62, 1992, pp. 33-48): acababa de releerlo y estaba radiante, entusiasta, como si se hubiera dado cuenta de nuevo de la riqueza de sus contenidos y se hubiera quedado asombrado por ello (con una actitud que yo había visto muchas veces en él). Tenía una gratitud humildísima y profunda por el hecho de que se le hubiera dado comprender y expresar esas cosas». Giussani dio a ese texto un eco muy notable, y lo lanzó con extrema decisión en todos los ámbitos. *In cammino* tuvo bastante eco, sobre todo en el movimiento: la fuerza y la audacia de ciertos conceptos, a partir del concepto de acontecimiento, provocó, de hecho, algún que otro sobresalto, como admitía él mismo: «Semejante paso, puede decirse, ‘no gusta’ inmediatamente, porque hace que entre, da hospitalidad a algo que no corresponde a nuestra imaginación ni a nuestra imagen de la experiencia»⁹⁷.

«Hay una mano que nos lo ofrece ahora»

Carlo Wolfsgruber —que fue alumno de Giussani en el Berchet y uno de los primeros miembros del Grupo adulto (ver aquí, pp. 204s)— recuerda muy bien el texto de aquel *Equipe*: «Aquella intervención nos sorprendió a los del Grupo adulto y por eso le propusimos a don Giussani que la retomara en el siguiente retiro nuestro, que era en octubre». Wolfsgruber recuerda que, aunque le impresionó todo el texto, le llamó sobre todo la atención una frase de Finkelkraut, quien decía que solamente se puede conocer por un acontecimiento. «Y cuanto más la miraba, más tomaba conciencia de ella y más me parecía que emergía ante mis ojos el tipo humano que tiene una experiencia de ese género, es decir, un hombre, no sé cómo definirlo, pobre pero atrevido, un hombre libre, libre, es decir creativo. Me fascinaba muchísimo». Hasta que, durante aquel retiro, a Wolfsgruber le asaltó cierto malestar. «Yo pensaba: solo se conoce por un acontecimiento. Pero yo, que ya sé tantas cosas, ¿cómo hago ahora para conocer por acontecimiento? Resulta que todo el trabajo que he hecho, que además lo he hecho no porque debiera hacerlo, sino por pasión, es al final lo que me impide conocer. Resulta que con todo ese trabajo he construido en torno a mi yo una ‘jaula’, quedándome aprisionado precisamente por el resultado de mi pasión». Y así, durante la asamblea sometió esta problemática suya a Giussani, que le respondió: «Sí, lo que dices es verdad, a menos que lo que ya sabes te lo vuelva a dar alguien presente». Más precisamente, durante su conversación, Giussani le había dicho: «Lo que sabemos o lo que tenemos llega a ser experiencia solo si es algo que se nos da ahora: hay una mano que nos lo ofrece ahora, hay un rostro que viene hacia nosotros ahora, hay una sangre que corre ahora, hay una resurrección que acontece ahora. ¡Sin este ‘ahora’ no hay nada! Nuestro yo solo puede ser movido, conmovido, es decir, cambiado, por algo contemporáneo: un acontecimiento. Cristo es un hecho que me está sucediendo. Así que, para que lo que sabemos —Cristo, y todo el discurso acerca de Cristo— sea experiencia, necesitamos que haya algo presente que nos provoque y repercuta en nosotros: es algo presente como

fue algo presente para Juan y Andrés. El cristianismo, Cristo, es exactamente lo que fue para Andrés y Juan cuando le siguieron; ¡imaginad qué impacto para ellos cuando Él se volvió! Y cuando volvieron a su casa... ¡siempre ha sido así hasta ahora, hasta este mismo momento!».

Pensando de nuevo en aquellas palabras, Wolfsgruber subraya su significado permanente: «Don Giussani mantuvo constante en su respuesta el método: al principio fue un acontecimiento, y de igual modo, la continuidad solo la asegura un acontecimiento»⁹⁸.

De vuelta de los encuentros estivales en las montañas del Valle de Aosta, el 18 de septiembre de 1992, Giussani le escribía desde Milán a Juan Pablo II que aquellos lugares le habían recordado «la historia de su persona, su gusto por la montaña que alimentaba con un amplio respiro la pasión por Cristo y por su misterio entre los hombres». Y después le confiaba al Pontífice: «¡Cuánta energía y cuánta confianza nos dio aquella familiaridad inicial con usted! [...] Hemos querido ser fieles a las palabras de nuestro padre, a los proyectos de nuestro Papa, con una profunda intención ahora llena de aflicción por la lúcida conciencia de la soledad con que el Señor le está poniendo a prueba, debida a la superficialidad y al equívoco mundano en los que se expresa ese peligro laicista del que me habló la última vez que tuve la gracia de verle». Giussani deseaba confirmar a Juan Pablo II que el movimiento era «una porción consciente, apasionado y activo del reino de Cristo en el mundo; me atrevo a decir que somos un trozo del nuevo pueblo de Dios bien convencido, unido, voluntarioso y profundamente amante de su propia fraternidad, de modo que en ella queremos a toda la Iglesia y nos sentimos unidos a ella». Y añadía: «No hay divisiones reales entre nosotros, sino una colaboración de pensamientos y obras que despierta asombro en quien nos conoce».

La carta terminaba con este deseo que Giussani expresaba de manera afligida: «Padre Santo, nosotros le amamos verdaderamente como a Cristo en esta tierra; quisiéramos que todo el pueblo cristiano se estrechara en torno a usted hora tras hora con la pasión y la disponibilidad de una esposa fiel: como la Iglesia con Cristo. Padre Santo, que pueda obrar también en nosotros el sacrificio que le requiere esta gran tarea suya, para que nos convirtamos en ejemplo en todo para alegría de su corazón, al que quién sabe cuánto le pesa el leño de la cruz. Bendiga, Santidad, este confuso pero auténtico y humilde grito de amor»⁹⁹.

Peregrino en Lourdes

El 17 de octubre de 1992 la gran basílica dedicada a la Virgen en Lourdes estaba abarrotada de miembros de CL, congregados de todas partes para la peregrinación con la que Giussani había querido celebrar el décimo aniversario del reconocimiento pontificio de la Fraternidad de CL, desde su mismo nacimiento puesta bajo la protección de la «Señora» que se le apareció a Bernadette. Era un frío sábado de otoño, y el viento azotaba la pequeña ciudad francesa a los pies de los Pirineos. Giussani tomó la palabra y dijo: «¿Qué es lo que puede formar una compañía que tiene la pretensión de transmitir

un mensaje grande para todos los hombres como es la nuestra? ¿Qué es lo que puede unir una compañía como la nuestra, sino este reflejo, esta imitación de la ternura con la que Dios, al crear todo el mundo, lo creó para hacerse compañero suyo?». Esto explica por qué «Jesús, en la agonía de Getsemaní, lo que más deseó fue la compañía de los suyos y mandó incluso a tres que le siguieran de cerca: solamente deseó esto». Giussani se paró un instante en silencio, y luego añadió con tono triste: «Y no lo obtuvo». ¿Por qué sucedía esto? Porque la benevolencia de Dios, su ternura por el hombre «no puede saltarse la libertad del hombre, sino que tiene que atravesarla».

Se trata de algo dramático, continuaba Giussani, que no se le ahorró ni siquiera a la Virgen, quien le dijo al ángel: «*Fiat*, hágase en mí según tu palabra»; y que invadió incluso a la persona de Cristo «cuya carne temblaba frente a la evidencia de su muerte cercana: ‘Padre, si es posible, no dejes que muera. Pero no se haga mi voluntad sino la tuya’».

Dirigiéndose a quienes le estaban escuchando dentro de la basílica, Giussani añadió: «Aquí está el punto en el que nuestra compañía no dice ‘Fiat’, no dice normalmente ‘Hágase tu voluntad’». En efecto, «nuestra libertad, por una parte, se convierte en aflicción, aflicción por uno mismo, tristeza de sí, aburrimiento y hastío de uno mismo y de su tarea en el mundo que le lleva a adormecerse para no sentir», hasta convertirse en un momento dado, «inevitadamente, en traición: [los discípulos] huyeron». ¿Por miedo a qué huyeron sus discípulos? «Todo esto no nace de nosotros: ¡se vuelve nuestro! Sí, esto es verdad: se vuelve nuestro, pero no nace de nosotros; nace de cierta maldad, de una malignidad, de ser malvados, de carecer de amor por nuestra vida: nace del poder del mundo», del mundo como expresión de un hombre que no quiere ser conforme a nadie, que percibe a Dios como una molestia y al hombre Cristo como una presencia a la que ser hostil; y por eso tiene como objetivo «eliminar la influencia que tiene el hombre Cristo, impedir que los hombres le miren, impedir que Cristo les persuada, que resulten abrazados por su ternura incomparable, y le sigan».

Esta conciencia inducía a Giussani a poner en guardia a la gente de la Fraternidad: «Mientras seamos como todos los demás (trabajamos, no fastidiamos a nadie, seguimos las indicaciones de la publicidad, seguimos las indicaciones de los medios de comunicación que son instrumentos del poder, seguimos el poder y decimos: ‘Sí señor’, ‘Sí señores, sí’ a quienes mandan sin darnos las razones y sobre todo, sin esperar nuestra respuesta), seremos elogiados, alabados como cristianos abiertos». Pero cuando la vida del cristiano se convierte en «indicio del mensaje que Cristo vino a traer: ‘Yo creo en Jesucristo, Dios encarnado, muerto y resucitado para salvar al hombre’», entonces se dispara un movimiento de rebeldía por parte de los que confían solamente en el poder de los hombres.

Y sin embargo, de forma paradójica, un tiempo que se ha alejado de Cristo se convierte para Giussani justamente en la gran ocasión para llevar a cabo la misión suprema del cristiano: «No el ser padre y madre, no el ser periodista o ingeniero, no el ser militar u obrero, no alcanzar la victoria en las elecciones o ser esclavo de los patronos. No es esto: nuestra misión es difundir en el mundo el gran mensaje de Cristo».

Y a fin de que quien le estaba escuchando no interpretara sus palabras como una especie de invectiva contra el mundo exterior, contra los demás, recordó: «Dramáticamente, Cristo tiene un primer enemigo que se erige contra él: primero en el sentido inmediato del término: somos nosotros. Esta compañía se disgrega: cada uno huye por el camino de su temor, que reviste de opinión intelectual, que reviste de ‘es imposible’, que reviste de repugnancia instintiva a la que ceder».

No obstante, frente al mar de límites y de fragilidad del que todo el mundo tiene experiencia, Giussani invitaba a reconocer una evidencia todavía más fuerte: «Somos espectáculo para nosotros mismos por este amor que en otro caso sería imposible, imposible para nosotros pero no para Aquel que nos hace madres y padres, hermanos y hermanas, compañeros, de forma que nuestra unidad camine en la historia, a pesar de todo lo que la rodea de hostil y de enemigo, nuestra compañía camine en el mundo llevando el estandarte de la positividad, el estandarte de la bondad, el estandarte de que la bondad es posible, de que hay una voluntad de bondad, una voluntad que llega a construir pequeñas franjas de muro, franjas de construcciones que el tiempo no puede eliminar». ¿Y cuál es el espectáculo? «Que una mujer en su casa, mientras hace sus tareas domésticas, siempre atada a esas paredes, a sus niños, a los quehaceres de todos los días, puede sentirse inmersa en dicha compañía más que quien la guía, una compañía que se sitúa en el corazón como origen y cuyo efecto y resultado es el compromiso».

Giussani continuó su intervención dando testimonio de una certeza inquebrantable: «Sean cuales sean las consecuencias de la debilidad humana, la de nuestros hermanos y la nuestra; sea cual sea el temor por el que nos dejamos vencer y la huida que emprendamos, y sea cual sea la marginación a la que nos someta el mundo, nosotros queremos ser de Cristo: ‘¡Oh Señor, queremos estar contigo!’». Invitaba por ello a intentar identificarse con la figura de la Virgen en su camino hacia el calvario. Aquí las palabras de Giussani se volvían invocación: «Nosotros queremos, oh María, que nos ayudes a pedir a Cristo que se haga una sola cosa con nosotros, que nosotros nos volvamos una cosa sola con Él: que no tengamos temor de nuestro miedo, que no seamos mezquinos en nuestra mezquindad, que nuestra mezquindad no nos haga olvidar su amor. Queremos que el amor a Cristo se ensanche en nosotros como se ha ensanchado en tu corazón».

Comenzó entonces una procesión hasta la gruta de las apariciones. Llegados a ella, Giussani encendió el gran cirio de la peregrinación y dijo: «La cruz es la condición misteriosa de la vida de todos los seres, por el mismo sentido que tiene el mundo: *Ave Crux spes unica*: y sin embargo en ti, oh cruz, está la única esperanza; la luz del mundo es la cruz». A continuación se cantaron algunos cantos y se leyeron algunos textos. Al final, Giussani dirigió un saludo a aquella avanzada del pueblo de CL reunido en Lourdes: «Démonos gracias recíprocamente por la caridad acogedora con la que hemos rezado, caminado y vivido juntos: que esa caridad se convierta en el ideal de cada día. Que el Señor os haga fieles, porque en la fidelidad crece la semilla plantada por Dios»¹⁰⁰.

La misa fue celebrada por monseñor Angelo Scola, entonces obispo de Grosseto, que

durante la homilía comentó el evangelio de la visitación de María a su prima Isabel: «Si al encarnarse en la Virgen el misterio vivificó también la carne de Isabel, entonces el acontecer de ese misterio en la carne es el momento en el que se transforma la existencia de todos, de todos los que quieran aceptar el mismo destino que le tocó a María».

De este modo, continuaba, para todos los que «han sido tocados vale la afirmación grande y dulcísima con la que prosigue el *Magnificat*: ‘Su misericordia llega a sus fieles de generación en generación’. Queridísimos amigos, los miembros de la Fraternidad de Comunión y Liberación pertenecemos a una generación, a un pueblo que le es fiel, es decir, que quiere seguirle humildemente. Por eso estamos aquí hoy: para participar en la alegría exultante de María que vivifica también nuestra carne».

Monseñor Scola proseguía con una invocación: «Que la Virgen María proteja el camino de nuestra gran compañía». Y concluía: «Estoy seguro de que cada uno de nosotros en este momento, aquí, delante de la Inmaculada Concepción, percibe que esta frescura atraviesa todas sus miserias, todas sus traiciones, todos sus dolores, [como] alegría»¹⁰¹.

Al final de la comida, en uno de los hoteles que albergaba a los peregrinos de la Fraternidad, Giussani tomó un café con dos periodistas, Gianluigi Da Rold, del *Corriere della Sera*, y Mario Baudino, de *La Stampa*. Giussani no evitaba la conversación: sorprendidos por sus palabras, al término de la conversación los dos enviados decidieron proponer a sus respectivos directores publicar al día siguiente, domingo 18 de octubre, los apuntes que habían tomado¹⁰². Giussani confirmará más tarde que nunca hubiera imaginado que sus respuestas improvisadas iban a asumir el peso de dos entrevistas, luego consideradas entre las más significativas suyas. Sus palabras resonarán como juicios puntuales sobre el momento que estaba atravesando la sociedad italiana.

Justamente porque habían nacido durante una conversación común, el contenido de las dos entrevistas puede superponerse en parte. Da Rold empezó preguntando a Giussani qué le parecía la situación de Italia y si le producía desilusión o espanto: «Me asusta Italia, me parece sometida a un movimiento profundo de la tierra, un terremoto. Donde quien empuja más solo consigue tirar más piedras que obstruyen el camino. Es una situación civil en la que no hay un ideal adecuado, en la que nada supera el aspecto utilitarista. Un utilitarismo que se persigue sin ningún horizonte ideal. Esto no puede durar. Mi temor es que se desencadenen conflictos sin fin»¹⁰³.

Para comprender cuál era el clima social en el que se insertaban las palabras de Giussani y los juicios que expresaba, será útil establecer con algunas fechas los sucesos de aquel 1992. Era el año de Tangentópolis: el 17 de febrero había sido arrestado Mario Chiesa (director del Pio Albergo Trivulzio de Milán, una institución para ancianos), sorprendido en el momento en que se embolsaba una comisión de siete millones de liras de un empresario de Monza. El grupo «Manos Limpias» —constituido por algunos magistrados de la fiscalía de Milán (entre los cuales estaban Antonio Di Pietro, Piercamillo Davigo y Gherardo Colombo) y dirigido por el fiscal jefe Francesco Saverio Borrelli— protagonizó una serie de investigaciones judiciales que contribuirán a acelerar el final de la Primera República. Las elecciones políticas del 5 y 6 de abril se

desarrollaron en un clima fuertemente influenciado por Tangentópolis y confirmaron una gran caída de los partidos históricos (DC, PDS y PSI), además de la afirmación de dos nuevas formaciones políticas: la Liga Norte de Umberto Bossi y la Red de Leoluca Orlando. El 28 de abril dimitió el presidente de la República, Francesco Cossiga; en su lugar fue elegido Oscar Luigi Scalfaro (25 de mayo). En mayo y en julio fueron asesinados en sendos atentados los jueces Giovanni Falcone y Paolo Borsellino, de la fiscalía antimafia de Palermo. El 3 de julio, Bettino Craxi, líder del PSI implicado en la investigación de Manos Limpias, intervino en el Parlamento de Montecitorio con un discurso que era un acta de acusación dirigida ante todo a sí mismo, pero también a todos los partidos que se sentaban en la Cámara; declaraba, en efecto, que todos «habían recurrido y recurrían al uso de recursos adicionales de forma irregular e ilegal»¹⁰⁴.

En las polémicas de aquel año se vio envuelta también la Iglesia italiana, sometida a repetidos ataques especialmente por parte de la Liga Norte; en particular, el cardenal Camillo Ruini, presidente de la CEI y vicario del Papa para la diócesis de Roma, fue criticado por su llamamiento al compromiso unitario de los católicos en las elecciones políticas.

Pero esta dramática situación no carecía de esperanza. Da Rold, de hecho, anotaba estas palabras de Giussani: «Y sin embargo, de manera paradójica, hay transversalmente, dentro de todas las posiciones políticas, hombres que tienen por el contrario una rara sensibilidad, difícil de encontrar. Es un hecho ocasional y transversal. Esperemos que estos hombres puedan dar lo que tienen. Entonces se lograría taponar y limitar los daños». Da Rold preguntó por qué había sucedido todo esto, cuál era para Giussani — que había atravesado toda una época— el factor que había desencadenado semejante caída, semejante empeoramiento. «A todas estas generaciones no se les ha propuesto nada. Excepto una cosa: la preocupación utilitarista de sus padres». «¿Está hablando del dios dinero?», preguntaba el periodista. Giussani asentía: «El dios dinero o la seguridad de una vida adinerada, una vida sin riesgos. Y hecha solamente de cosas, sin riesgo alguno». Don Giussani se paró un instante y dijo, casi hablando para sí mismo: «Quién sabe si este deseo de hacer menos difícil la vida de los hijos, o de un determinado grupo de personas, conseguirá en cierto momento abrir el horizonte. Es decir, si quienes tienen este deseo llegan a comprender que, para poderlo realizar, necesitan un ideal, una esperanza. Yo creo que se puede esperar esto». Por ejemplo, «ciertos aspectos del islam y del judaísmo son así. Cuando hablaba de transversalidad, estaba pensando sobre todo en ciertos judíos y musulmanes, que parecen más cercanos [...] a una sensibilidad que pueda abrir el horizonte»¹⁰⁵.

Da Rold presionaba: «Usted dice que hay egoísmo y sed de poder. Pero en el fondo Italia es un país de educación católica: la gente iba a misa, iba a la parroquia, hablaba de solidaridad y votaba Democracia Cristiana». Giussani respondía: «Esto era verdad quizás en los tiempos de Rosmini». El periodista trató de intuir el sentido de aquella respuesta: ¿significaba quizá que entre una generación y otra no se habían transmitido los valores? Giussani precisó: «No se ha transmitido el método para captar el núcleo de los valores, su razón última, su génesis. Y las consecuencias que esos valores pueden

tener». Giussani no negaba que todos tuvieran buenas intenciones: «Pero si no se transmite un método para comprender y la razón de los valores...».

El periodista preguntó, entonces, a qué se refería cuando había hablado en la basílica del poder enemigo del pueblo: «Me refería al poder que se adueña de todo, no al poder que sirve. Hay un poder que se constituye y toma forma en torno a intereses parciales, unilaterales: este es el poder enemigo del pueblo, el poder que odia al pueblo». ¿Y qué concepto de pueblo tiene Giussani? «Un ideal de vida humana, o más humana, no puede dejar de suscitar el interés de gente que de algún modo se reconoce amiga y colabora con vistas a un ideal que percibe o supone de mejor humanidad, y trata de encontrar también los instrumentos para realizar ese ideal. Esto es un pueblo»¹⁰⁶.

Por su parte, Baudino escribió en *La Stampa* del 18 de octubre: «Don Giussani habla a su pueblo en la gran basílica subterránea; y sus palabras se acogen como un zurriagazo. En la peregrinación participan cinco mil personas, una flota aérea bajo la enseña de Comunión y Liberación. [...] Él les acogió hablando de nuestro tiempo que ‘se afana en un desierto’ —como escribió ayer en el *Avvenire*—¹⁰⁷, de la necesidad de ‘sentirse un pueblo’. Fue un mensaje fuerte, en absoluto tranquilizador, comunicado con máxima decisión: sois el pueblo, el poder está contra vosotros». ¿Qué quería decir don Giussani? «Tengo la sensación de que precisamente en nuestra época el poder tiene una finalidad: destruir al pueblo». Al final de la jornada, en el texto que envió a Turín, Baudino comentaba: «¿Huir entonces de Occidente? ¿Del occidente cristiano? No era este el mensaje para los cinco mil asistentes, alegres, simpáticos, celebrativos, que llenaban Lourdes con una confianza tranquila, a medio camino entre la acampada y la peregrinación. La Italia intoxicada está lejos, al menos por un día. Don Giussani está satisfecho de ‘su’ pueblo, y su pueblo parece feliz en este día dedicado a la Virgen, al Papa y al fundador de CL. Pero allá en Italia alguien se ha equivocado. Si no, ¿quién ha sido, de qué modo?». Esta fue la respuesta que Giussani le dio en el momento del café: «Cierto cristianismo ha carecido de método»¹⁰⁸.

El grupo de fraternidad del Studium Christi

En 1992 un grupo de sacerdotes de Milán empezó a reunirse con Giussani. Deseaban ayudarse a vivir la vocación a la santidad, propia del bautismo, conforme a su estado de vida, esto es, el ser sacerdotes diocesanos. El promotor de la iniciativa fue don Giorgio Pontiggia¹⁰⁹.

Su primer encuentro con Giussani había tenido lugar en 1965: «Giussani hablaba de la virginidad como jamás había escuchado yo: una posesión nueva de todas las cosas. En aquel preciso momento comprendí que el sacerdocio era mi camino».

La relación entre Pontiggia y Giussani creció en profundidad una vez que el joven fue ordenado sacerdote, y Giussani le propuso asumir la responsabilidad de los miembros de CL presentes en el mundo escolar. Preocupado, hasta el punto de no lograr conciliar el sueño por la noche, don Pontiggia habló de ello con su amigo más grande: «Me dijo que él compartía aquella inquietud, y que no había desaparecido ni siquiera después de

muchos años de contacto con jóvenes y adultos. Me sugirió, por esto, que hiciera como hacía él cada vez que tenía que hablar en público: observaba a las personas que se sentaban delante de él como movidas de algún modo por Dios a estar allí, miraba a una y se dirigía a ella como si estuviese hablando directamente con Cristo». Don Pontiggia atribuía a esta actitud de Giussani la experiencia grande que vivían las personas que se relacionaban con él: «Cada vez que alguien se lo encontraba, aunque fueran solo algunos minutos, ¡cuántos tenían la experiencia de sentirse en el centro del mundo, únicos en su singularidad, como si para don Giussani en aquel momento no existiera nadie más!».

He aquí cómo contaba don Pontiggia las circunstancias en las que empezó en 1992 la iniciativa de un grupo de sacerdotes asociados a la Fraternidad de CL. Todo nació a partir de una constatación negativa: «Los sacerdotes de CL nos reuníamos periódicamente con don Giussani. Pues bien, sucedió que no pudo vernos durante un cierto periodo de tiempo. Y nosotros dejamos de reunirnos. Pero algunos sintieron también, además de la falta de don Giussani, el carácter equívoco de nuestra actitud. Comprendimos que la comunión entre nosotros no era para la vida».

Así pues, aquellos sacerdotes empezaron a verse entre ellos, y apenas fue posible invitaron de nuevo a Giussani. Don Pontiggia recordaba que les hizo tres observaciones: «Sois muchos, pero no tenéis influencia; no sois incidentes porque no estáis unidos; y no estáis unidos por qué no seguís una regla»¹¹⁰. Giussani lanzaba esta provocación durante una reunión el 14 de diciembre de 1992: «La fidelidad a vuestra reunión y la sinceridad al hablar representan un núcleo de riqueza [...] y demuestran la existencia de una bondad activa», pero enseguida hacía notar que «después cada uno obra por su cuenta: recuerda lo que recuerda, aplica lo que quiere aplicar, intenta lo que quiere intentar. [...] Es como si no hubiera un ‘protagonista’».

Según Giussani, durante sus reuniones «se aclara el corazón y el horizonte, pero luego se dispersa, dejando todo lo más algunos restos de los que cada uno se sirve para su parroquia». Y esto sucedía porque faltaba «una mediación entre aquel momento y una existencia sistemática, es decir, con vistas a la tarea. Esa mediación debería llamarse ‘regla’». De hecho, les decía a aquellos sacerdotes que le estaban escuchando, «la unidad no se mantiene por justificación sentimental, sino por una regla». Solo por medio de ella puede un sacerdote «pensar, sentir y actuar por la obra de Otro». En caso contrario, «lo hace para su propio provecho. Seguir una regla es la única manera de no hacer daño a los demás, a la Iglesia, a la diócesis». La regla «establece los cauces, determina el volumen de agua que puede pasar por ellos». Giussani concluía llamando la atención sobre el hecho de que la vida vale solo con esta condición: «Colaboro en la historia si hago la obra de Otro: si hago mi propia obra, estoy acabado. La regla es una compañía guiada hacia el Destino»¹¹¹.

Provocados por estas palabras, aquellos sacerdotes empezaron, pues, a pensar en una regla, pero lo hicieron abstractamente —recordaba don Pontiggia—, tanto era así que cuando hablaron de ello con Giussani no les dejó ni siquiera terminar y exclamó: «La regla es el movimiento; lo que no significa sobre todo ‘hacer’ cosas para el movimiento, sino imitar mi experiencia». Y empezó a detallar: «Por ejemplo, rezar el Breviario como

lo rezo yo, rezar el Ángelus como lo rezo yo; comprender por qué digo que la síntesis de todo es *Veni Sancte Spiritus, Veni per Mariam...*». Don Giorgio se quedó profundamente impresionado y propuso a una treintena de amigos sacerdotes volver estable la relación entre ellos, asumiendo la regla de los *Memores Domini*. Diez de ellos respondieron que sí: «Durante tres años, de 1992 a 1994, cada quince días nos reuníamos con don Giussani. Para él esta fidelidad era reconocer algo nuevo que estaba sucediendo y de lo que nosotros no teníamos ninguna conciencia». El recién nacido grupito decidió darse el nombre *Studium Christi* por imitación: de hecho, la intención era la misma que había movido a Giussani y algunos amigos en sus años del seminario: buscar a Cristo en todas las cosas (ver aquí, pp. 101ss). «El no puso objeción», decía Pontiggia¹¹².

Durante las reuniones periódicas Giussani acompañaba a aquellos sacerdotes a descubrir de qué modo su tentativa podía contribuir a la vida de la Iglesia. Hay un episodio que revela la atención que prestaba a que ese grupo constituyera una oportunidad de ayuda para la vocación de cada sacerdote y no fuera una superestructura organizativa o algo paralelo al compromiso de cada uno en su parroquia, alimentando un dualismo inútil. Lo contaba don Pontiggia: «Un obispo acompañó a un sacerdote del *Studium Christi* a su ingreso en una parroquia perdida y abandonada; al volver, me dijo: ‘No pensaba que estuviera tan desolada, pero me consuela ver la amistad que hay entre vosotros’». Cuando se enteró de esto, «don Giussani nos obligó a establecer un calendario a fin de no dejar solo a aquel sacerdote. Y al vernos poco tiempo después, ¡se lamentó porque todavía no le había asignado un día para ir a ayudar a aquel amigo sacerdote!»¹¹³.

Del grupo del *Studium Christi* formaban parte sacerdotes jóvenes o también otros con largos años de experiencia a sus espaldas. Muchos de ellos debían precisamente al encuentro con Giussani el descubrimiento de su vocación o el haber recuperado las razones de la misma.

Los sacerdotes reunidos en torno a don Pontiggia trataban de seguir la regla que Giussani les había indicado como ayuda para su vida de fe. Pero también en ese caso lo hacían de un modo algo mecánico y quizá sentimental, porque en una reunión del 8 de febrero de 1993 Giussani se apresuró a aclarar cuál era el origen de la regla: «Lo Divino, es decir, el Destino encarnado, una realidad de carne, una realidad existencial a la que mirar, escuchar, seguir y tocar. Cuando Jesús se marchó, se prolongó en la compañía guiada por los apóstoles [...], llegando de este modo a cada hombre que se encuentra con ella: a través de la Iglesia particular, ese trozo de Iglesia que encuentra el hombre ahí donde vive». Si no se llega hasta aquí, observaba Giussani, «todo deriva en un enfoque sentimental incluso en la referencia a Cristo»¹¹⁴. En ese punto citó una frase que había pronunciado el cardenal Ratzinger dos semanas antes, en la presentación del *Nuevo Catecismo de la Iglesia Católica*: «La fe es una obediencia de corazón a la forma de enseñanza a la que hemos sido confiados»¹¹⁵. Esta expresión será un *leitmotiv* durante los años posteriores.

Giussani subrayó que se trataba de una obediencia de corazón, como la de Juan y Andrés o como la de los estudiantes del Berchet que él conoció a mediados de los años

cincuenta. En efecto, si su enseñanza de la religión «había despertado en la gente que había en el colegio atención, interés, persuasión y adhesión, lo primero que hay que salvar es la continuidad de esta obediencia». Giussani puso en ese momento un ejemplo de su historia personal: «Si la forma de enseñanza a la que te han llamado es la de tu padre y tu madre, ante todo es esa la que debes seguir, debes ser obediente a ella. Mi madre se hizo santa a través de esa obediencia, si hubiera abandonado esa obediencia no habría llegado a ser lo que fue»¹¹⁶.

Giussani insistía en que «no obedecer a la circunstancia última quiere decir [...] saltarse un paso que el Espíritu ha seguido». Y ponía un ejemplo de esto: «Si Dante me sorprendió a través de la explicación de monseñor Giovanni Colombo, yo ya no consigo leer a Dante mas que a través de la estética que me inculcó Giovanni Colombo. La antropología, tal como la concibo, no puede prescindir de los acentos con los que me introdujo en ella monseñor Gaetano Corti»¹¹⁷.

Carlo Maria Martini: «Cada vez que hablas, vuelves siempre a la encarnación»

De vez en cuando el grupo del *Studium Christi* invitaba también a sus reuniones —que tenían lugar en un lateral del edificio que alberga al Instituto Sacro Cuore de Milán— al arzobispo Carlo Maria Martini. La conversación del 28 de septiembre de 1995 giró en torno a la introducción del último libro de Giussani, *Il tempo e il tempio. Dio e l'uomo* (recién publicado por la editorial Rizzoli. Y seguidamente en español por Encuentro, *El templo y el tiempo*, Madrid 1995, *ndt*)¹¹⁸. Giussani estaba presente en la reunión. Después de algunas intervenciones tomó la palabra el cardenal. La transcripción de aquel diálogo que nos restituye la viveza de sus palabras: «Y también voy a ofrecer mi contribución. Mientras escuchaba estas tres o cuatro páginas, daba gracias al Señor por haber dado a monseñor Giussani este don de expresar una y otra vez el núcleo del cristianismo. Esto es: tú, cada vez que hablas, vuelves siempre a este núcleo, que es la encarnación, y —de mil maneras distintas— lo propones de nuevo»¹¹⁹. En efecto, Giussani escribe en ese libro: «Dios ha decidido salir al encuentro del hombre haciéndose hombre, para comunicarse así al mundo y a los hombres de cada época. En esto consiste toda la originalidad del cristianismo y su carácter específico respecto a las demás religiones: en que la relación con el Infinito no está establecida, imaginada y concebida por el hombre, sino que está determinada por la presencia, misteriosa y real, del mismo Dios en la historia humana. [...] La implicación de Dios en la vida del hombre se produce siempre a través de un punto preciso, carnal, dentro del tiempo y del espacio»¹²⁰.

Para el arzobispo de Milán, este retorno continuo de Giussani al núcleo central de la encarnación era «un don extraordinario». Y añadía: «Está un poco en la línea de lo que yo intento expresar cuando, en mi última carta pastoral *Ripartiamo da Dio!* invito a las cosas esenciales, a volvernos a confrontar siempre con las cosas esenciales. Esto creo que es un gran don para la Iglesia y para cada uno de nosotros; así que estoy agradecido

por ello»¹²¹.

Algunos meses antes Martini le dirigía a Giussani un pensamiento análogo en una carta que le envió por el quincuagésimo aniversario de su primera misa: «Te has fiado hasta el fondo de la palabra que el Señor te dirigió y has podido así anunciar la buena noticia del Evangelio, empujado por el anhelo de dar a conocer a todos el designio de salvación de Dios para la humanidad, el designio de su eterna misericordia. Esa confianza, que no es obvia en absoluto, ha permitido a tu carisma difundirse y obrar también más allá de Milán y de Italia, llegando a numerosas Iglesias esparcidas por el mundo y a muchas regiones de otros continentes»¹²².

Siempre en el curso de la conversación del 28 de septiembre de 1995, el arzobispo expresaba también su juicio sobre el *Studium Christi*: «Yo confío totalmente en la acción del Espíritu Santo en vosotros, midiendo vuestro corresponder por los frutos que recojo poco a poco. En consecuencia, siento importante para eso estar cerca de experiencias como esta, justamente porque están destinadas a producir fruto, pero como toda experiencia humana —digamos— necesitan ser ayudadas, podadas, porque pueden producir también frutos distintos, si no se cuidan con atención. Cada uno de nosotros es además un poco piedras y espinas, y entonces es cuando hace falta el agricultor, que quite algunas piedras, y elimine algunas espinas». Este era el sentido de su presencia: «Estoy aquí sobre todo para aseguraros esta paternidad. Cuento con vosotros con plena lealtad, con plena sinceridad y disponibilidad, porque la confianza es siempre recíproca; no se dirige, sino que es evidentemente un don, como explica siempre bien monseñor Giussani; estas cosas suceden porque Dios las dona y esto siempre produce asombro; y requiere sin embargo de nosotros un corazón totalmente abierto a las sorpresas de Dios». Y, concluyendo, repetía lo que esperaba de aquellos sacerdotes diocesanos: «Cuento con vosotros: deseo los frutos de esta viña y los deseo como frutos de la única viña que es la única Iglesia, realizada y actualizada en esta Iglesia local».

Apenas terminó de hablar el cardenal Martini, intervino Giussani: «Nosotros queremos estar cada vez más disponibles a lo que nos ha pedido, porque el templo es para nosotros ante todo ‘esta’ Iglesia con ‘este’ pastor». En segundo lugar, «le estamos muy agradecidos y nos sentimos afectuosamente unidos a usted por este acto de paternidad. Se puede discutir sobre mil cosas, pero usted ha aceptado que viviéramos. Aceptar que uno viva en su casa es la caridad suprema, es la apertura suprema». En tercer lugar, «ni siquiera un instante de mi vida ha habido lejanía o distracción de su persona —¡ante todo de su persona!—, por medio de la cual hace presente el Señor la autoridad de la Iglesia».

Pero Giussani tenía un motivo más para estar agradecido al arzobispo: «Lo que le agradezco personalmente es haberme hecho descubrir —nunca había pensado antes así— el ecumenismo. El ecumenismo es para nosotros como el horizonte cultural global de la experiencia que vivimos, y el ecumenismo es la fuente de paz en el mundo. Pero también su intención política sobre el ecumenismo —creo poder decir— es verdaderamente un ejemplo grande y pacificador para nosotros».

Martini le interrumpió: «Te lo agradezco mucho, porque sé que estoy en tu corazón y en tus oraciones, y también me consuela esta mención del ecumenismo, porque el

ecumenismo es algo por lo que también se sufre, ya que es un ideal que está más allá de nosotros, y el Papa, en su última carta, lo ha indicado con mucha insistencia como una perspectiva global; cuanto más conozco lo que poseo, mejor comprendo lo que pueden ser también los dones de Dios distribuidos en torno a mí y trato de caminar con ellos hacia la plenitud. Esto es un camino importante, difícil, por el cual además hay que estar dispuestos a sufrir, pero en el cual es bello sentirse apoyado»¹²³.

En este intercambio de frases entre Giussani y el cardenal Martini resonaba el eco de la parte final de la introducción al libro *El templo y el tiempo*, en torno a la cual había girado la conversación en el *Studium Christi*: «El hombre valora todo aquello que se encuentra solamente si está seguro del camino; entonces cualquier cosa que recoge le resulta útil para construir. [...] Cuando hay claridad acerca de la verdad suprema, del rostro de Cristo, mirándole a Él todo aquello que nos encontramos muestra que tiene algo bueno. Mucho más que una tolerancia indiferente, el ecumenismo es amor al reflejo de la verdad que se encuentra en todo el mundo. Es un factor de paz, de construcción de una morada humana, de una casa que pueda servir además de refugio a la desesperación extrema. Es una potenciación de todos en función de todos»¹²⁴.

Un hecho del presente, un hecho del pasado

El 28 y 29 de diciembre de 1992 Giussani viajó a España para la cita tradicional de Cobacha, huésped de la familia Oriol. A aquellos días de convivencia les atribuirá el valor de uno de los momentos más importantes en la historia de CL, por lo que se refiere a la profundización metodológica en la naturaleza del movimiento. Le acompañaban algunos amigos italianos, estaba presente también el padre Fidel González y, por primera vez, el padre Javier Prades. Giussani planteó como tema la cuestión del acontecimiento cristiano. Desde hacía algunos meses estaba reflexionando sobre el asunto, había hablado de ello sobre todo durante la reunión de responsables de los universitarios de CL en agosto. Y era el contenido que iba a desarrollar en las reuniones periódicas de los responsables del movimiento, en Italia, durante todo el año 1993.

Aquellos días en Cobacha el diálogo fue intenso. Carrón recuerda que «Giussani no estaba en las mejores condiciones físicas, pero no hubo manera de hacerle parar para descansar». Si se leen los apuntes de aquellas conversaciones, el último pensamiento es que Giussani estuviera mal, pues se le ve pertinaz y apremiante fijando los puntos de desarrollo del planteamiento. A propósito de esto dirá Carrón: «Me habría gustado que le hubieseis visto seguir adelante, enfermo y sin embargo con una tenacidad que casi acababa con todos nosotros, que estábamos sanos, para tratar de expresar la novedad cristiana a través de lo que después diría a todos. No se ahorró ese trabajo, ¿y nos lo tenemos que ahorrar nosotros ahora? Me gustaría tener un cinco por ciento de aquella tenacidad con la que él ponía en movimiento toda su capacidad»¹²⁵.

Durante los días de Cobacha de 1992, Giussani retomó las preocupaciones que habían surgido en el citado *Equipe* estival de los universitarios¹²⁶: «Ahora es como si al retomarlo nos urgiera una claridad definitoria y definitiva [...] sobre el cristianismo como

hecho histórico, como evento histórico, o acontecimiento; tanto en su origen como en su contemporaneidad con nosotros. [...] El tema central de nuestra conversación será aclararnos la palabra acontecimiento, desde el punto de vista ontológico y desde el punto de vista de su aplicación al hecho cristiano, porque el método debe derivarse de esta palabra, en donde por método se debe entender la comunicación y la moral. La moral deriva directamente de la ontología de la cosa y el método deriva de la comunicación»¹²⁷.

La mañana estuvo ocupada por un largo diálogo, que continuó durante toda la tarde, sobre el tema de la relación entre el acontecimiento pasado (es decir, la encarnación de Cristo) y el acontecimiento presente (es decir, la compañía de los creyentes)¹²⁸.

En un momento dado, Giussani explicó qué era lo que entendía con el término «carisma»: «El acontecimiento ocurre conforme a una forma determinada de tiempo y de espacio, forma que te habilita para un cierto modo de afrontar la cuestión; que la hace más comprensible, más persuasiva y más pedagógica; se llama ‘carisma’ a esa característica de la intervención del Espíritu de Cristo que provoca el acontecimiento dentro de un tiempo y un espacio, es decir, vinculándose a un cuerpo, y este es el agujero por el que se accede a todo el salón. Es el agujero por el que se ve todo el espacio [...], porque yo solamente puedo servir a Cristo con la nariz que tengo, con la cara que tengo, con el carácter que tengo, con la facilidad para equivocarme que tengo. No se consagran los errores; el carisma no consagra las equivocaciones, ni el carácter, pero a través de ellos...»¹²⁹.

Al día siguiente, 29 de diciembre, la conversación se abrió con una pregunta de Oriol: «¿Por qué nos has dicho lo que nos has dicho, aquí, ahora y a nosotros?». Giussani respondía: «‘Aquí’, porque están los mayores responsables del movimiento en España. Y el primer deber de un responsable es ser consciente de forma más madura de lo que se debe anunciar a los demás y de cómo hacerlo. ‘Ahora’, porque es el momento en que estas cosas salen a la luz, es decir, adquieren luz en mí y por ello pueden ser una sugerencia para el desarrollo de nuestra conciencia, en la comunicación fraterna. El ‘nosotros’ ya está dentro del ‘aquí’ y del ‘ahora’, porque [...] la comunicación fraterna quiere ser una ayuda para una evolución ulterior de nuestro compromiso con el acontecimiento».

Por la tarde, Giussani le pidió a Prades que resumiera el recorrido que se había hecho hasta ese momento. Apenas había comenzado este a leer sus apuntes —hablando del acontecimiento pasado y del presente—, cuando Giussani le interrumpió: «Veamos si os parece justa la primera frase. [...] Nosotros vivimos una cosa impresionante hoy, que nos sorprende»; pero ¿qué es lo que explica el «porqué» de la excepcionalidad del presente? «La excepcionalidad del presente nos obliga a buscar [...] en el pasado lo que lo hace excepcional». Intervino Carrón: «Tú dices en la Escuela de comunidad que nosotros no debemos ir al pasado para adquirir la certeza de Cristo hoy». Giussani confirmaba que no era necesario recurrir al pasado para estar seguros de algo que se está viviendo, y no obstante añadía: «Pero, hoy, ¿qué quiere decir la certeza de Cristo? Quiere decir el encuentro con alguien que te dice: ‘Te anuncio a Cristo’, y Cristo nació hace 2.000 años;

por eso no se trata de ir al pasado para certificar, sino para explicar». En efecto, «la historia y el hecho [de] Cristo explican el valor que tiene la evidencia presente».

De nuevo, Giussani se detenía sobre el tema del carisma: «Son varios los caminos de persuasión que elige el Espíritu; la característica que deben tener estos caminos es que deben ser razonables, todos. [...] De modo que el conjunto de estos caracteres que suscita el Espíritu es justamente un cuadro de lo humano, una exaltación total de la figura del hombre». Don Carrón observó que esto no significaba que no esté todo en un particular carisma, «que falte algo que hay en otro carisma para completar todo lo humano». Giussani estaba de acuerdo: «Todo carisma es carisma porque es un aspecto particular que habilita para la totalidad».

Giussani concluyó la convivencia en Cobacha de 1992 recordando que el carisma de CL subrayaba los aspectos que más repugnan a la razón, tal como se entiende esta corrientemente: «Por el pecado original la razón quiere ser dueña, quiere poseer lo que define, con el fin de arbitrar ella en última instancia, de ser ella dueña en última instancia de lo que afirma hasta la arbitrariedad». Por el contrario, la verdadera naturaleza de la razón es «la obediencia al Padre que nos ha creado»; por eso, la suprema evidencia que tiene la razón es que «solo se puede pertenecer a lo que no se posee (Misterio)»¹³⁰.

Giussani deseaba comunicar a todos la claridad de los pensamientos que habían surgido en los días de Cobacha, en aquellos años tan fecundos de profundizaciones; quiso hacerlo con un libro cuya redacción ocupará un largo arco de tiempo, desde 1992 a 1998, y que verá directamente implicados en la empresa a Giussani, Stefano Alberto y Javier Prades, ayudados por Carmine Di Martino y Onorato Grassi.

En marzo de 1993, Prades escribió a Giussani enviándole el borrador del primer capítulo del volumen que se había pensado hacer, con algunas sugerencias redaccionales para el trabajo posterior, que se concretó mediante sus continuas visitas a Milán, hasta 1997: «En aquellos años me ocurrió que en algunos momentos estaba más tiempo en Italia que en España. Con don Pino [sobrenombre con el que se conoce a don Stefano Alberto, *nda*] y con Giussani trabajamos en una experiencia imborrable de comunionalidad, que se traducía en momentos de trabajo programados a veces, y otras veces completamente imprevistos. Recuerdo una cena memorable en el restaurante ‘Al Laghett’, adonde fuimos juntos después de Pascua. Mientras comentábamos los gestos de la Semana Santa, Giussani empezó a hablar de una manera excepcional; don Pino y yo nos miramos y empezamos enseguida a tomar notas ¡en las servilletas de papel del restaurante! Así recogimos materiales preciosos para lo que iba a ser un capítulo del nuevo libro, el que está dedicado al tema de la misericordia de Dios».

Capítulo 29
«Algo que se da antes»
*Los «libros del espíritu cristiano»,
la justicia y la historicidad de los Evangelios
(1993-1994)*

Después de la gran peregrinación a Lourdes y el viaje a España, el comienzo de 1993 estuvo marcado por una conversación de Giussani con un grupo de responsables de CL, destinada a influir profundamente en la vida de todo el movimiento. Las intervenciones giraron en torno al tema de los jóvenes trabajadores de CL y de su catequesis semanal (la Escuela de comunidad), que desde hacía algún tiempo implicaba a un número creciente de personas en los ambientes de trabajo. Todavía hoy la Escuela de comunidad es para los miembros del movimiento el instrumento fundamental de educación en una mentalidad cristiana.

Giancarlo Cesana subrayó que efectivamente, por lo que él podía ver, esa realidad juvenil tenía «como único instrumento educativo la Escuela de comunidad»; y Giussani precisó: «No único pero sí principal instrumento de desarrollo de algo que está antes». Todo el largo coloquio posterior fue un intento de profundizar en esa afirmación. A los que pedían explicación de ello Cesana les respondía: lo que está antes es «el carisma, es decir, el modo en que ha sido posible para cada uno de nosotros el encuentro en su totalidad. Y todo el problema consiste en la pertenencia a esto».

A continuación llegó el turno de Giussani, quien se explicó provocando la imaginación de los asistentes. Si —hipotéticamente— se reunieran personas que habían animado el movimiento hacía treinta y cinco años, podría producirse esta situación: «Se sentirían amigos, se sienten amigos por un devoto recuerdo. En el presente, la experiencia que tuvieron», esa cosa que estaba antes, al comienzo de todo, «se ha convertido en ‘recuerdo’ devoto».

Giussani concordaba con la afirmación de Cesana: es verdad que eso que está antes es el carisma, «pero dicho así es una palabra que todavía hay que explicar». Mientras que «‘lo que está antes’ debe ser algo que no necesita ser explicado, sino solamente ser visto, interceptado, algo que origina una emoción, que constituye una llamada. Yo usaría más bien la palabra ‘diferencia’: un fenómeno de humanidad diferente». Con esta condición, Giussani admitía que la Escuela de comunidad era el instrumento principal, en el que «lo esencial —más que principal— es darse razón de las palabras», lo que significa: «Experiencia de la correspondencia que hay entre una presencia y las exigencias

estructurales del corazón. Si uno descubre esa correspondencia, entonces siente el reflejo de lo mismo que le había sucedido diez años antes o veinticinco años antes en los pupitres de segundo o de tercero del Berchet, por ejemplo» (ver aquí, pp. 182ss).

Para Giussani el pasado estaba destinado a quedar como un devoto recuerdo, «si no cambia el presente, si no es decisivo en el presente, si no es una respuesta decisiva para el presente». Así pues, la experiencia del carisma es «toparse con una realidad humana diferente, de modo que también uno que nunca hubiera estado en el Berchet ni en la universidad, que hubiera estado entre los hijos del 68, como Aldo Brandirali» (ver aquí, p. 719) lo pudiera reconocer. Es una experiencia sencillísima, al alcance de cualquiera: toparse con una presencia humana diferente, con algo que sucede delante de nuestros ojos.

Continuaba Giussani: «O se renueva continuamente ese impacto, o, si no, no [se] avanza, y se pasa enseguida a teorizar el acontecimiento ocurrido». Tanto es así que incluso después de tres meses del primer encuentro, «si uno no vive el impacto con una realidad nueva, con una humanidad nueva, no comprende los tres meses anteriores: razona sobre los tres meses anteriores, pero no vive su desarrollo».

Esta dinámica le servía a Giussani para explicar por qué es justo afirmar: «Toparse con una realidad humana nueva es una gracia, es siempre una gracia; en caso contrario se convierte en fruto de nuestro pensamiento o en una presuntuosa afirmación de nuestra capacidad crítica». Y sin embargo «un año después, tres años después, veinte años después ¡continúa la misma experiencia! Veinte años después la cosa prosigue si uno parte de ese toparse con una realidad nueva». Pero para que esto suceda, además de la gracia, es necesario ese acto de libertad que Cristo llama «vigilancia», de modo que «con esa sencillez y disponibilidad, uno puede haber cometido errores durante años, pero se recupera mejor que quien haya permanecido impávido, sin hacer nada digno de reproche».

Giussani volvía sobre sus palabras y se preguntaba cómo se produce la continuidad con lo que ha empezado: «Por medio de un impacto siempre asombroso, como si fuera la primera vez». Si no es así, en lugar del asombro prevalecen «los pensamientos que nuestra evolución nos hace capaces de articular, las críticas que nuestra sensibilidad formula a lo que hemos vivido y a lo que vemos vivir, o la alternativa que pretenderíamos imponer».

Al final, como solía hacer, Giussani propuso una síntesis que establecía los puntos relevantes que habían surgido durante la conversación. Los presentó como los factores que constituyen un movimiento: como acababa de observar, el primer factor es «que la persona se topa con una presencia humana distinta. Es un acontecimiento porque corresponde a algo que espero como certeza, como esperanza y como deseo de que el tiempo sea útil». Pero había que prestar atención: «El fenómeno inicial está destinado a ser el mismo fenómeno inicial y original de cada momento del desarrollo». Más aún, precisaba Giussani, «en cualquier momento del desarrollo que nos fijemos, lo principal de ese momento es lo que hubo en el principio: no tal como fue al principio, sino lo que hubo en el principio». Segundo punto: «¿Cómo puedo hacer que resurjan la sorpresa que

experimento en ese impacto, la esperanza que nace de él y el presentimiento que tengo y que me mueve a seguir?».

Para Giussani estaba claro que la Escuela de comunidad constituye el instrumento «explicativo y unificador». Pero se necesita «alguien, o algunos, en los que el impacto inicial se renueve». De este modo, «realizan esta comunicación dando razón de las palabras que usan. Dar razón de cada palabra, como dice san Pablo, hace pasar ‘de la luz a la luz’». Por eso es importante que quien hable en la Escuela de comunidad «comunique una experiencia en la que se renueve el asombro inicial, y no que desempeñe un papel o una ‘tarea’»; al comunicar su experiencia, el que habla «se ensancha a sí mismo al dar las razones de las palabras que utiliza». Por eso se necesitaba pobreza de espíritu, sin la cual, advertía Giussani, es imposible escuchar la explicación, porque «prevalece la objeción de los pensamientos habituales o de aquello a lo que estamos más apegados o que pretendemos nosotros. ‘¿Pero qué se puede aprender de un ignorante?’», decían los fariseos del ciego de nacimiento. Giussani llamaba la atención de los responsables, acostumbrados a hablar mucho y largamente: «Las palabras que yo uso, las uso porque aclaran la respuesta a una necesidad del corazón que tengo, que es como el tuyo y por eso te lo propongo». Pero esto significa «comunicar la experiencia que uno vive con la luz y el calor que proyectan esas palabras, que se ofrecen como correspondencia al corazón que está en busca de su propio destino».

El tercer factor de un movimiento es «todo lo demás», la vida en su integralidad, porque «la palabra, cuyo nexo profundo con el corazón ilumina la Escuela de comunidad, se convierte en sujeto que actúa en el mundo, inevitablemente. Y de ahí nace la obra; porque la obra no es otra cosa que un yo que, en su relación con el ideal, trata de movilizar la realidad conforme a ese ideal»¹.

Un acontecimiento de vida, esto es, una historia

En marzo de 1993, Joseph Ratzinger, entonces prefecto de la Congregación para la doctrina de la fe, escribía la presentación de un libro publicado por el semanario *Il Sabato*, con edición de Carmine Di Martino, titulado *Un avvenimento di vita, cioè una storia. Itinerario di quindici anni concepiti e vissuti* (no hay edición española, *ndt*). El libro recogía algunas intervenciones, conversaciones y entrevistas de Giussani desde 1976 hasta 1992.

El cardenal identificaba en la siguiente frase del libro la intuición fundamental que estaba en el origen de Comunión y Liberación y en virtud de la cual continuaba desarrollándose: «¿Qué es efectivamente el cristianismo? ¿Es quizás una doctrina que se puede repetir en clase de religión? ¿Es quizás una serie de leyes morales? ¿Es quizás un cierto conjunto de ritos? Todo esto es secundario, viene después. *El cristianismo es un hecho, un acontecimiento*»². El punto de partida, escribía Ratzinger, es «la experiencia de la fe como realidad. Es fascinante ver en los textos de este libro —cada uno nacido de un momento particular, que se refleja en todos ellos— la íntima pasión y la razonabilidad de la fe que inspiran a este gran guía espiritual de jóvenes y no tan

jóvenes». De ese modo, añadía, se aclara la alternativa: «El cristianismo no es teoría, ni moralismo, ni ritualismo, sino acontecimiento, encuentro con una presencia, con un Dios que ha entrado en la historia y que continuamente entra en ella»³.

Otra cosa sorprendía al cardenal de las intervenciones más recientes. A su juicio, «aparece con extrema lucidez la experiencia de la extrañeza que experimenta la cultura dominante de hoy día con respecto a la fe. Giussani habla de una especie de Chernóbil espiritual: el organismo parece el mismo y, sin embargo, está amenazado en su interior por las radiaciones destructivas de la mentalidad dominante, es incapaz de ser totalmente él mismo, de pensar por sí mismo, de actuar por sí mismo, de vivir por sí mismo. El autor está bien lejos de todos esos intentos que, con toda suerte de intenciones pacificadoras, quieren apartar el discurso de la gravedad de este momento, favoreciendo solamente con esto la progresiva abstracción del cristianismo. En la medida en que se adapta a las diversas modas, se niega en realidad el contenido propio del cristianismo. Al evitar cualquier choque se vuelve irrelevante, de tal modo que luego se puede decir con razón: no tiene nada que ver con la vida —este cristianismo blando como la cera se las arregla con todo y por eso no se ve por qué nadie tenga que tomarlo en consideración como si fuera una realidad—».

Por el contrario, si se quería comprender lo que significa que la fe es un acontecimiento, una presencia, Ratzinger invitaba a leer «el emocionante capítulo *Un evento. Ecco perché ci odiano*» (ver aquí, p. 343), porque «ahí no se habla de ‘pesimismo’, desilusión, reacción, sino, bien al contrario, del coraje de afirmar la fe como realidad y del optimismo de confiarse a su dinámica, aun cuando se vaya a contracorriente»⁴.

El 18 de abril de 1993 Giussani recibió una carta del cardenal Jean-Jérôme Hamer, teólogo y exprefecto de la Congregación para los religiosos, que le expresaba inmediatamente su acuerdo con la tesis central de la obra: el cristianismo es un acontecimiento. Esta afirmación es «el reconocimiento del carácter radicalmente nuevo e imprevisto que tiene el cristianismo, es un shock, una irrupción. Desarrollad esta convicción mostrando que este acontecimiento se traduce en un encuentro, que requiere una presencia, que se realiza en la contemporaneidad». Según Hamer había en esto «una intuición extremadamente rica, cuyas consecuencias pedagógicas son considerables», susceptible de ulteriores profundizaciones teológicas: habría que estudiar, por ejemplo, «cómo la resurrección de Cristo es al mismo tiempo continuidad y radical superación de la espera mesiánica. Si tuviera tiempo me gustaría desarrollar todo esto. Si os escribo hoy es para daros las gracias, para invitaros a dar su plena medida a esta intuición tan fecunda. Tenéis razón particularmente al interpretar el acontecimiento con las palabras de Péguy: ‘lo no previsible, lo no previsto, que no es consecuencia de factores antecedentes’».

Giussani comentó el contenido de la carta el 27 de abril de 1993, subrayando la referencia que hacía el cardenal Hamer a las consecuencias pedagógicas de la idea de acontecimiento; y sobre todo su invitación a profundizar en el binomio continuidad-discontinuidad: «Por eso, precisamente, es como se decía en Romanos 12: es una

continua novedad, la discontinuidad es continua novedad»⁵.

El libro suscitó un debate vivaz, que durante algunos meses vio confrontarse en las columnas de *Il Sabato* a intelectuales y eclesiásticos, periodistas y políticos. Entre ellos, Emanuele Severino, Sergio Quinzio, don Divo Barsotti, Paolo Flores d'Arcais, Giacomo Contri, don Gianni Baget Bozzo, el ya citado cardenal Hamer, Massimo Borghesi, el padre Raimondo Spiazzi y el padre Piero Gheddo.

Abrió el debate Giacomo Contri, psicoanalista y antiguo alumno de Giussani en el liceo Berchet a finales de los años cincuenta: el libro, declaraba, «no me ha decepcionado por la *razón* que él dice: es decir, que habla de alguien que no decepciona. [...] Muchos conocen la emoción de escuchar a Giussani hablando de Jesús»; Contri subrayaba sobre todo «su insistente fidelidad al *vínculo* Cristo-Iglesia» como rasgo característico de Giussani: «Después de casi cinco siglos, es el camino contrario a Lutero. Teniendo los mismos ojos abiertos de Lutero»⁶.

El teólogo dominico Raimondo Spiazzi sostenía que el mérito principal de Giussani, al que definía como «teólogo-apóstol», era «el redescubrimiento (quizá se pueda decir incluso recuperación), y la nueva presentación a los hombres de hoy, del contenido vital de la idea paulina y patrística del Cristo viviente». Reconocía además que Giussani «ha arrastrado a muchos jóvenes: este libro atestigua que les ha instruido en las ‘pocas cosas’ grandes que verdaderamente valen para la vida, y sobre todo en el reconocimiento de Cristo»⁷.

El filósofo Emanuele Severino encontraba que el libro expresaba «adecuada y felizmente el modo en que la Iglesia entiende la fe cristiana», es decir, que «el cristianismo es ante todo ‘un hecho, un acontecimiento’. La fe cristiana es ‘el reconocimiento de una presencia —de la presencia de Cristo— del mismo modo que yo te veo a ti, que reconozco tu presencia’. Esto es indudablemente la fe cristiana». Pero en este punto, observaba Severino, «creo que monseñor Giussani ya no estará de acuerdo conmigo», porque «nos movemos en las aguas peligrosas del pensamiento filosófico. ¿En qué sentido son ‘vistas’ las cosas? ¿En qué sentido está presente lo que se reconoce?». Admitía, en todo caso, que «una fe que sea solamente ‘doctrina’ y no ese evento perturbador que trastoca la vida, no es la fe cristiana»⁸.

Tras leer el libro, don Divo Barsotti observaba: «Al principio puede parecer fatigoso seguirle; no obstante, cuando sentimos que no nos quiere atentos a una lección suya, sino que nos quiere comunicar su vida, no solo se vence la fatiga, sino que nos convence su palabra. Ya no se sigue un discurso; nos dejamos vincular por la palabra» que Giussani había sentido el deber de «renovar, no por la voluntad de ilustrar mejor una doctrina, sino para vivir cada vez más profundamente el encuentro con Cristo, al que se te invita a seguir»⁹.

Entre los últimos que intervinieron en *Il Sabato* estuvo uno de los representantes más intransigentes del pensamiento laico, Paolo Flores d'Arcais, que resumía así el contenido del libro: «Un hecho, un acontecimiento, un encuentro: Cristo, Dios que se hizo hombre y murió en la cruz para la salvación de todos. Y la presencia actual y tangible de este

evento histórico en la experiencia existencial de quien vive la fe en la Iglesia. Por tanto, el catolicismo en todo su espesor». A continuación subrayaba que Giussani planteaba la obediencia a la Iglesia como «‘criterio supremo de la acción cristiana’ [...] que no puede ni debe conocer distinción entre el plano público y el plano privado: ‘En la concepción cristiana no existe la categoría de lo privado’». Polémicamente, Flores d’Arcais concluía que «en esta pretensión consiste el núcleo irreductible de *integrismo* del catolicismo de don Giussani». Añadía no obstante con agudeza que el sacerdote «da la impresión de saber predicar de modo extraordinario, y de poder implicar a otros, pero solo a quien sienta eventualmente su no-fe como indigencia existencial, negación y ausencia, en resumen, como un vacío que llenar»¹⁰.

La publicación de la obra no provocó únicamente un debate vivaz entre intelectuales y personalidades del mundo cultural y eclesiástico, sino también un fermento y un impulso misionero entre los universitarios. Muchos se comprometieron a leer y difundir el libro, hablando de él y presentándolo en público o en momentos de la vida de las comunidades. Por primera vez se publicaban textos de los debates y síntesis que don Giussani había llevado a cabo en los *Equipos* del CLU. Los universitarios se identificaban con muchas de las etapas de los últimos quince años. Cualquiera se podía reconocer de nuevo en esta o aquella intervención, conversación o entrevista. Era un libro en el que se reproducía el estilo dialógico y directo de los muchos encuentros que Giussani tenía continuamente con grupos y comunidades del movimiento y no solo con ellos. Representaba al mismo tiempo una novedad editorial y una ocasión de agitación dentro y fuera de la realidad de CL, precisamente por poner en el punto de mira el núcleo de la fe.

La muerte de Giovanni Testori

El 16 de marzo de 1993 moría Giovanni Testori, fulminado por un tumor a los setenta años de edad. Desde hacía quince había estrechado una profunda amistad con Giussani. Se siguieron viendo hasta el final, como recordaba el sacerdote en una entrevista concedida al informativo de mediodía de la RAI dos días después de la muerte, el 18 marzo: «El otro día, cuando le vi por última vez, le decía: ‘Si te perdemos, perdemos padre y madre’. Sí, porque ha sido, además de maestro, el comunicador de un verdadero impulso. Era un apasionado de la vida, una pasión que suscitaba especialmente en los jóvenes una voluntad de obrar, una voluntad de compromiso, una voluntad creativa»¹¹.

Giussani rindió homenaje a su amigo escritor en el diario *Avvenire* del 17 de marzo: «Testori ha sido el primer hombre de cultura que nos ha sentido cercanos y partícipes de su naturaleza cristiana. Esta era sensible a la fragilidad humana que se debe al pecado original, y sabía que dicha fragilidad sería una esquizofrenia insalvable y desesperante si no fuera el umbral en el que se presenta, tan insospechada como inconscientemente deseada, la misericordia». La fe, añadía, «le ha rejuvenecido y reanimado sorprendentemente. La misma vehemencia de su naturaleza humana se ha purificado y hecho indómita por una autenticidad sin sombras», hasta el punto de comunicarse «a nuestra timidez e incertidumbre y empujarnos al riesgo de ser una presencia creadora en

el mundo de hoy». Giussani reconocía que Testori había vivido todo esto «dentro de un sufrimiento sin lamentos y totalmente dispuesto a participar en la muerte de Cristo, que es la salvación de esta humanidad que está a merced de la mentira. Mentira que Testori ha denunciado siempre sin presunción y mirando a la gente con un grito de profeta en el corazón»¹².

Fue Giussani quien celebró el funeral de Testori, en Novate Milanese, su pueblo natal, el 18 de marzo, y pronunció la homilía: «¡Gracias! En esta palabra se resume todo —pensamientos, sentimientos— lo que se agita y bulle en nosotros al mirar a tu persona, que, gracias a Dios, ya no nos faltará como compañía para siempre». Era una gratitud sobre todo por los jóvenes «a los que has conocido, en un periodo de desolación, un periodo de soledad y por tanto de desaliento. Has conocido a jóvenes en los que estaba presente el mal del mundo, y de qué modo, igual que en cualquier hombre. Pero tú has sabido descubrir en ellos una emanación de transparencia, como decías un día del cuadro de Cézanne, la *Sainte-Victoire*, esa montaña que sería pesada si no le hubiera dado transparencia una luz excepcional, milagrosa». Testori se había convertido en «padre de aquellos jóvenes, que en su extravío encontraron un punto de referencia, como tú encontraste un punto de referencia en ellos, un punto de esperanza en ellos».

Y gracias también de parte de todos los hombres, continuaba Giussani, «a los que has hablado, de los que has hablado [...], apuntando enseguida al denominador común de todos —para ti el más impresionante: hasta ese punto lo vivías en tu alma—: el dolor. También el dolor banal porque nada es mezquino. Pero sobre todo el dolor agudo que experimentamos frecuentemente por el mal». Giussani tenía un deseo: que ese dolor por el pecado, que fue tan atormentador en la vida de Testori, «pase a nosotros: es un tormento justo, un tormento que purifica de nuevo. Hace daño y purifica, hace daño y hace bien en torno a uno mismo, en un momento como este, tan trágico para nuestra gente, ‘la gente nuestra’, como tú decías».

Giussani se dirigía a su amigo: «No solo has clamado como profeta contra el ataque a la verdad de un pueblo, sino que has suscitado de nuevo en torno a ti luz y calor como un humilde santo». Y después contaba un episodio de la infancia de Testori: «El niño Jesús te había traído muchos regalos, tú se los enseñaste con altanería al hijo del portero y le dijiste: ‘¡Soy el hijo del patrón!’». Y él se marchó llorando. Al verle llorar, tu padre, para quien los obreros eran parte de su carne y de su cuerpo, como su familia, preguntó por qué. Y aquel niño le contó el motivo, de modo que al día siguiente tú, puesto de rodillas por tu padre delante de todos los obreros, tuviste que decir: ‘¡Perdón, perdón!’». Giussani añadió: «¡Qué potente sentimiento tenías de esta palabra: ‘perdón’! Ya no eras un niño, sino grande, grande ante los ojos y el corazón y la conciencia de tanta gente, delante de la sociedad entera, aun cuando no estaba de acuerdo contigo, grande de verdad. [...] Es esto lo que te ha salvado, en la vida, sí, esta palabra te ha salvado».

Y dirigiéndose siempre al amigo desaparecido exclamaba: «La blasfemia fundamental es el olvido, porque si Dios ha creado el mundo, si este Dios, además, se ha convertido en uno de nosotros, olvidar esto es verdaderamente el mayor mal, la blasfemia más grande. Cuántas veces te lo he oído decir: el amor a Cristo, a Cristo, a Cristo Dios». Este

es el motivo último por el que «no te perderemos para siempre, porque nos has ayudado a conocer más a Cristo, y a amar y a trabajar por él»¹³.

«Los libros del espíritu cristiano»

«Si no hubiera conocido a Giovanni Testori quizá tampoco habría conocido a don Giussani, porque fue precisamente Testori quien me invitó a leer su diálogo con Giussani publicado en el librito *Il senso della nascita* (edición española: *El sentido de nacer*, Encuentro, Madrid 2013). De ese libro me ha quedado siempre impresa la definición que daba don Giussani de la nostalgia: ‘...es justamente el sentimiento de un bien ausente’. Desde aquella lectura no he podido abandonar los escritos de Giussani, y me preguntaba qué lecturas habría hecho él para crearse una cultura tan importante». Son palabras de Giovanni Ungarelli, que en 1993 estaba al frente de la editorial Rizzoli Libri. Al encontrarse en Bolonia con el poeta Davide Rondoni, que conocía bien a Giussani, le preguntó si no publicaría este un libro con Rizzoli. Cuando se enteró de ello, Giussani reaccionó estupefacto, pues le parecía muy improbable esa posibilidad. Pero la insistencia de Ungarelli pudo con todo. Era ya primavera, Giussani no tenía tiempo ni forma de escribir un nuevo libro, y así —para no decepcionarle— sugirió recoger algunas intervenciones suyas de los últimos años.

Una vez hecha la selección y entregada a Ungarelli, este leyó el material y envió inmediatamente a la imprenta *L'avvenimento cristiano* (no hay ed. esp., *ndt*) que en pocos meses venderá miles de ejemplares. Conseguido el sí para aquel primer texto y satisfecho de las ventas, Ungarelli decidió dar un nuevo paso; al leer un texto de Giussani en el que decía que hacía falta comunicar experiencias útiles, se preguntó: «¿Y qué medio es más idóneo que una colección de libros?»¹⁴. El primer encuentro con Giussani, recordaba el entonces responsable de la Rizzoli, «fue una agradable conversación que abarcó desde Chesterton hasta Paul Claudel y Leopardi. Y aquel día comenzó la aventura de ‘los libros del espíritu cristiano’».

Ungarelli tuvo que enfrentarse con la dirección general de la Rizzoli: «Había cierta perplejidad en alinearse tan abiertamente con el fundador de Comunión y Liberación». Consiguió, no obstante, convencerlos y así empezó la empresa: «Nos juntamos para hacer esta colección extraordinaria, que creo que es uno de los mejores ejemplos de un editor laico que tiene el deseo de facilitar la comunicación del mensaje católico a un tipo de público que no entra fácilmente en las librerías religiosas. Este fue el motivo que nos llevó a publicar esos libros. Todo su valor consiste en el contenido y la dirección de esta colección»¹⁵.

Llamar a la nueva colección «*los libros del espíritu cristiano*» fue propuesta de Giussani, motivada por este juicio que aparecerá en la primera página de cada volumen de la serie: «Dios se ha hecho hombre. Lo imprevisible se ha convertido en un acontecimiento real: Dios se ha hecho compañero de los hombres, de modo que la vida pueda dejar de ser vana. En su encuentro con este hecho histórico, la razón, la voluntad y la afectividad humanas se ven provocadas a realizarse, a cumplirse en toda la amplitud

de su deseo de justicia, de bondad y de felicidad. El *espíritu cristiano* es la humanidad que tienen las personas asombradas y conmovidas por este acontecimiento»¹⁶.

Respecto a lo que había que publicar fue el mismo Giussani quien entregó, un par de semanas después de su reunión con Ungarelli, un nutrido elenco de títulos. No era fruto de la erudición o de una exhibición de enciclopedismo: eran libros que —de algún modo— habían marcado la formación y la historia de una persona; una persona que había recibido cierto carisma, que se entusiasmaba por una novela, se conmovía por un pasaje literario o por una poesía de Leopardi. Los detalles de aquellas lecturas se habían impreso tanto en la memoria de Giussani que con el tiempo se convirtieron en parte integrante de su propuesta, enriqueciendo el fenómeno de una educación que pasaba también por la sugerencia de ciertos libros. De este modo, seguir a Giussani ha significado y significa encontrarse insertos en un flujo vital que aparentemente no tiene, tal como él mismo admitía, ni principio ni fin, porque no responde a un programa preconfeccionado: las lecturas que él aconsejó son, más bien, como un efluvio; y es como encontrarse dentro de una marea que crece, hecha de *inputs*, presentados unas veces ante miles de personas, comentados otras tomando un café, almorzando o al término de una reunión en la que se había hablado de cosas totalmente distintas.

Y así, los textos que Rizzoli empezó a publicar a partir de agosto de 1993 son una documentación del espíritu cristiano, como subrayaba Giussani, «especialmente cuando las palabras ahondan en los hechos y en los corazones con toda la energía del gran arte. Se trata de novelas, ensayos y textos poéticos que no se encuentran fácilmente y que en todo caso han marcado a quienes se han acercado a leerlos. Porque en ellos se muestra, con diversa genialidad y según diversas perspectivas históricas y psicológicas, un espíritu cristiano empeñado en descubrir y verificar la razonabilidad de la fe dentro de las circunstancias de la vida. Esto es, una humanidad que realiza su pasión por la existencia y su adhesión al drama de la vida con un realismo y una profundidad que de otro modo serían imposibles»¹⁷.

A partir del verano de 1993 fueron saliendo libros ininterrumpidamente. A lo largo de los años se publicarán más de cien títulos, empezando por los dos primeros: *Es medianoche, doctor Schweitzer* de G. Cesbron y *La última del patíbulo* de G. von Le Fort; para continuar con obras de A. Gatti, T. S. Eliot, J. H. Newman, H. Daniel-Rops, E. Mounier, P. Bourget, H. Ibsen, A. Negri, C. Moeller, S. Undset, G. Leopardi, C. Dawson o C. Péguy, por citar solo algunos autores de los primeros años de vida de la colección¹⁸.

Dentro de su propuesta educativa, Giussani atribuía mucha importancia a la lectura y a la necesidad de indicar textos que consideraba particularmente significativos. A propósito de esto, había un episodio que contaba él mismo: a mediados de los años sesenta algunos chicos y chicas que participaban en una reunión con él, le hablaron de algunas lecturas que habían hecho, y que no correspondían a los libros que habitualmente él sugería dentro del camino educativo de Gioventù Studentesca. Aquel detalle le hizo ver a Giussani que en la experiencia original de GS se estaba introduciendo algo ajeno al recorrido que se había seguido hasta entonces.

Este episodio muestra cómo para Giussani vivir el movimiento no era repetir un

discurso, aunque fuera justo, sino participar en un acontecimiento de vida que podía llegar hasta proponer la lectura de ciertos libros y no otros. La recién nacida colección Rizzoli respondía a esa exigencia, como una invitación dirigida a todos para seguir más consciente y críticamente los pasos de una historia.

Entre una novela y un libro de poesía, y tras la primera recopilación de *L'avvenimento cristiano*, Rizzoli empezó a publicar sistemáticamente libros de Giussani. La relevancia del sello editorial favoreció evidentemente su difusión fuera del ámbito del movimiento. Y así se supo que acá o allá había conventos que utilizaban libros de la colección para la formación de las novicias, como por ejemplo *Si può vivere così?* (edición española: *¿Se puede vivir así?*, Encuentro, Madrid 1996, *ndt*) que resultará uno de los libros más vendidos con múltiples ediciones, después traducido a muchas lenguas (ver aquí, p. 955). Se trató de un *tam tam* que, de persona a persona, alcanzó los lugares más impensados.

La curiosidad de Giussani por el encuentro con autores de todas las épocas, y por consiguiente su invitación a leer sus obras, se insertaba en el horizonte existencial que él describía con estas palabras: «Si uno ha descubierto la verdad real, Cristo, va tranquilo a cualquier tipo de encuentro, seguro de encontrar en cada uno una parte de sí [...], descubre siempre cosas nuevas, de tal modo que nunca es una repetición total: uno se ve arrastrado por un asombro totalizador ante la belleza. [...] Esta apertura hace que uno se encuentre en su propia casa con cualquiera que conserve una brizna de verdad, que se encuentre a gusto en cualquier parte»¹⁹.

Refiriéndose a esta aventura editorial, Giussani sostendrá que sugerir a todos la lectura de ciertos libros era «una de las armas más potentes del apostolado, del testimonio de Cristo»²⁰.

«Realizar la unidad en la guía entre España e Italia»

El 4 de junio de 1993, Giussani se reunía en Milán con los responsables españoles de CL. Para profundizar en las relaciones con ellos, les hizo esta observación: «El futuro del movimiento debe expresar la unidad en la guía entre España e Italia. Creo que lo vengo diciendo desde hace tres años: lo vuelvo a decir con más convicción. Colaboración que quiere decir trabajar juntos y no que uno trabaje de una manera y el otro de otra manera diferente. ¿Cómo se puede llamar a esta guía conjunta? Corresponsabilidad: guía corresponsable entre España e Italia. Porque ahora empezamos a llevar el mundo sobre los hombros: el mundo en el sentido literal de la palabra». Para Giussani la reunión en Cobacha de la Navidad anterior había sido un *unicum*: «La reunión más fundamental para el movimiento no sé desde hace cuántos años».

Pasó entonces a subrayar la necesidad de que cada uno fuera obediente a la dimensión institucional del movimiento; para hacerse comprender observó que si, a punto de morir, estableciese que una cierta persona era la autoridad en CL, muchos podrían pensar que otros tendrían más autoridad reconocida, pero esa decisión habría que respetarla porque «no puede haber autoridad reconocida sin obediencia». Pero obediencia ¿a quién? «¡A quien he decidido yo! Es decir: a una institución». Y explicó que «la autoridad

institucional es el cauce por el que debe correr el agua».

Por la tarde volvía sobre el tema de la unidad que quería que se realizara entre España e Italia: «El que yo tenga un impulso afectuoso hacia la gente que tengo en clase, esto es natural, nadie me lo puede negar; el mismo tipo de afecto puede no ser inmediato a este nivel [de un grupo de responsables, *nda*], pero debe llegar a serlo. Si no llega a serlo, quiere decir que no se ha convertido en principio y razón», y entonces se queda en algo superficial, presa fácil del sentimentalismo. Alguno de los presentes apuntó a la necesidad de que Giussani aclarase el sentido de sus palabras, y él contó un hecho que le había sucedido el día anterior: se le presentó una mujer casada, «no me lo esperaba en absoluto... ni siquiera es del movimiento... cincuenta y cuatro años, y me dijo que se había enamorado de otro hombre». Giussani le dijo: «Me alegro de que a los cincuenta y cuatro años vivas todavía como mujer, de que esté todavía viva tu humanidad... de que no te hayas vuelto ruin. No puedes escandalizarte por esto; tienes que sacar fuerzas de la razón, es decir, de tu nexo con la verdad, para que otro tipo de afecto más profundo que el que tenías antes hacia tu marido y más profundo que el que tu instintividad te lleva a sentir ahora, para que ese nexo afectivo más profundo te vuelva a poner en tu camino mucho más útilmente que antes».

En resumen, Giussani quería que los amigos españoles comprendieran una cosa muy clara para él: «Tengo un afecto por vosotros que evidentemente puede no ser originalmente tan impetuoso como el que tengo hacia determinadas personas que conozco desde hace treinta años. Pero no puedo dejar de llegar a tener afecto por vosotros. Como decía Heráclito, la armonía oculta es más potente que la manifiesta. Si no se llega hasta aquí, no se llegará jamás a la verdad de nuestra relación, porque esto la libera de la escoria. La instintividad es como un carro de basura que nos echamos encima. Pero la instintividad se convierte en una ayuda, por analogía o por comparación: porque es del afecto hacia una persona de donde puede venir la sorpresa de lo que quiere decir el amor de Cristo, o el amor a Cristo».

Giussani concluía insistiendo en una convicción que se había vuelto cada vez más profunda en él: «El futuro del movimiento debe estar guiado por el Centro español más el Centro italiano; y esto tenemos que empezar a ponerlo en práctica»²¹.

Las jornadas de Cobacha de la Navidad de 1993, que empezaron el 28 de diciembre, se desarrollaron bajo la influencia de las asambleas de responsables de CL en Milán, que habían tenido lugar todos los meses del año conforme al objetivo establecido por Giussani: «Proyectar un nuevo ‘Huellas de experiencia cristiana’», nuevo respecto al volumen homónimo de los años sesenta. Aclaraba, además, que no se trataba de realizar un libro de filosofía, sino «un texto metodológicamente planteado para educar en la percepción cristiana». Así, si el primer *Huellas de experiencia cristiana* partía de la descripción del problema humano y se había escrito para «educar en el sentido de lo humano», el nuevo libro tenía que partir de una constatación: «Hay cristianos», y de una serie de preguntas: «Pero ¿qué clase de gente son? ¿Qué tienen que ver con la situación de ahora? ¿Tienen que ver con el hecho [del] sentido religioso?». Lo que le importa al hombre, decía Giussani, «es el sentido religioso, tanto es así que nosotros empezamos

con el sentido religioso». No obstante, «la trayectoria que hemos seguido no se comprende todavía hoy. Hemos seguido una cierta trayectoria: sentido religioso, búsqueda del hombre, acontecimiento de la presencia imprevista [Cristo], continuidad de esta presencia en la historia [Iglesia]». Observaba que muchos estaban dispuestos todavía entonces a respetar el sentido religioso, «pero —exactamente como en tiempos de los romanos— si la religión pretende influir en la existencia cotidiana del hombre, si pretende ser la única religión y, por tanto, el único camino para el hombre», entonces «hay que combatirla y erradicarla». Por eso, según Giussani, a la exaltación de la religiosidad por parte del mundo contemporáneo se contraponía «un odio absoluto, que solo puede encontrarse en los primeros tiempos del cristianismo», sobre todo por el dogma moderno acerca de «la imposibilidad de que Dios se comunique al hombre por medio del hombre»²².

La última Cobacha en tierra española será la de diciembre de 1995. A partir de 1996, a causa de sus condiciones de salud, Giussani recibirá a los amigos españoles en Milán.

Con Juan Pablo II en la peregrinación a pie Macerata-Loreto

El 19 de junio de 1993 Juan Pablo II celebró una misa en el Centro ferial de Villa Potenza, en Macerata, a la salida de la ya tradicional peregrinación que se dirigía desde la ciudad de Las Marcas hasta el santuario de Loreto. En esa ocasión estuvo presente también Giussani, que concelebró²³.

En pocas palabras, esta es la historia de este «gesto», ya para entonces habitual, animado y dirigido por Comunión y Liberación. En 1978, un profesor de religión de Macerata que pertenecía a CL, don Giancarlo Vecerrica (más tarde obispo de Fabriano-Matelica), propuso a sus estudiantes una peregrinación a Loreto como agradecimiento a la Virgen por el final del curso escolar. Reunió en torno a sí a trescientas personas, que en una noche de junio se dirigieron hacia la Santa Casa cantando y rezando. La iniciativa, que retomaba una tradición antigua, fue propuesta por Comunión y Liberación y obtuvo la adhesión de las diócesis de Macerata y Loreto. A lo largo de los años el número de participantes irá creciendo hasta los cien mil recientes en la edición de 2013.

Antes de la misa del 19 de junio estaba previsto un testimonio de Giussani, que empezó con una confesión pública: «Cuando estaba en el seminario —yo era todavía pequeño— me chocaba que esta joven mujer hebrea de un pueblecito perdido del gran imperio romano se atreviera a decir: ‘Desde ahora me felicitarán todas las generaciones’». Y se preguntaba asombrado: «¿Pero cómo podía decir con quince o dieciséis años eso con seguridad?». Después invitó a todos los presentes a caer en la cuenta de este hecho: «Nosotros estamos hoy aquí justamente para verificar, una vez más, su profecía, que fue escrita hace dos mil años».

Para Giussani la historia de María era señal de la sobreabundante misericordia de Dios con el hombre, porque el Señor elige «un pequeño punto que humanamente parecería nada y lo hace testigo de algo tan grande como es el designio de su misericordia». Y así Dios empezó a convertirse en «una realidad perceptible, afectivamente persuasiva y con

una fuerte voluntad creativa y de compromiso —porque la fe en Él no solamente no nos hace transgredir nada de lo humano, sino que hace que nos comprometamos en todo con seriedad—. Una seriedad que cuesta, muchas veces, y va unida a una especie de dolor. Con seriedad y pudor abrazamos las cosas que están en el cielo, en el mar, en la tierra, las cosas que ven los padres en los hijos y los hijos en sus padres, o también las que vemos en los amigos o el hombre en la mujer»²⁴.

Después transportó idealmente a los jóvenes peregrinos que le estaban escuchando a la casa de María, no en la vecina Loreto sino en su lugar original, Nazaret, «cuando el ángel le habló —quién sabe cómo ocurriría— y ella comprendió que era Dios quien hablaba, y dijo: ‘He aquí la sierva del Señor, hágase en mí según tu palabra’. *Punto*. ‘Y el ángel la dejó’. *Punto*. Y me paro entre estos dos puntos a contemplar la frase». Luego añadió: «Pensad en qué soledad se encontró aquella muchacha en las nuevas condiciones en que el Señor la había puesto, sin que nadie supiera lo que había ocurrido y sin nada en lo que apoyarse, en lo que apoyar una evidencia humana común». Por analogía, observó que «también en mi vida, en la nuestra, nos hemos encontrado —o nos encontraremos— como si no pudiéramos apoyarnos en nada; como si las manos no encontraran dónde agarrarse y el corazón tuviera que permanecer fiel [...] a un pueblo, a una comunión, a un designio que lo abraza todo, cielo y tierra, aunque estuviera tan solo como Cristo lo estuvo al morir. Porque Cristo murió verdaderamente solo»²⁵.

Al testimonio de Giussani le siguió la misa. Durante la homilía, Juan Pablo II reconoció: la peregrinación de Macerata a Loreto «es una particular manifestación de Iglesia. Es la misma Iglesia, en efecto, la que se hace peregrina en la fe. [...] Por eso estamos juntos. No somos solamente una suma de individuos que caminan». La peregrinación, continuó el Pontífice, «os pone en la estela de una tradición secular del pueblo cristiano de estas tierras, marcadas en profundidad por la devoción a María. Sois herederos de la fe y de la esperanza de vuestra gente. Precisamente en el surco de este antiguo camino del pueblo nació hace algunos años vuestra peregrinación, creciendo año tras año y convirtiéndose en una gran experiencia de comunión eclesial, con la participación de diversos grupos y movimientos, sobre todo de Comunión y Liberación. Es también una circunstancia estupenda para saludar aquí, entre los concelebrantes, a monseñor Giussani». Después invitó a hacer resonar el eco del sí de María en el corazón de cada uno: «Su sí fue necesario para que el Verbo se hiciera carne en su seno, y para que se realizara nuestra redención. Vuestro ‘sí’ es necesario para que Cristo tome posesión de vuestra vida y os haga apóstoles de su amor»²⁶.

«Si no es contemporáneo no actúa en nosotros»

Giussani retomó las palabras del Papa en la mañana del 1 de septiembre de 1993, durante los Ejercicios espirituales para los sacerdotes de CL. Al escuchar a Javier Prades decir, durante una lección: «¡Qué trágica es la vida cuando es ausencia del presente y recuerdo del pasado!», Giussani se sobresaltó. Recordó que durante años se había imaginado la relación con Cristo como un puro ‘acordarse’ de Él: «Pero en esta posición

hay algo de incompleto»²⁷. A Giussani le sorprendió el hecho de que Prades utilizara la palabra «contemporaneidad». Durante los meses anteriores, en línea con una insistencia que caracterizaba el corazón de su propuesta, Giussani había vuelto continuamente sobre Cristo como presente, en estrecha conexión con la insistencia central en el cristianismo como acontecimiento. Lo había hecho, por ejemplo, hablando a los universitarios: «No hay ningún desarrollo si el impacto inicial no se repite, esto es, si el acontecimiento no permanece contemporáneo. O se renueva, o no se avanza, y se pasa enseguida a teorizar el acontecimiento sucedido y a buscar a tientas apoyos sustitutivos de lo que está verdaderamente en el origen de la diferencia». Más aún: «Cristo es el factor nuevo que entró en la historia hace dos mil años, *Cristo es el factor nuevo* que entra en mi jornada de hoy [...]. No se puede estar en relación con Cristo más que ahora. Si no es contemporáneo no actúa en nosotros. El acontecimiento de hace dos mil años es un acontecimiento que continúa. Es un inicio de cada día y de cada hora, es algo nuevo con lo que me *encuentro ahora*, en caso contrario no fue verdadero ni siquiera entonces»²⁸.

Así pues, continuaba Giussani reaccionando al reclamo de Javier Prades a la contemporaneidad de Cristo, «esto transfigura, tiende a transfigurar, a volver más transparente, es lo que tiende a purificar más la relación que tengo contigo, pero también la relación que tengo con cualquier otra persona y con cualquier otra cosa», hasta «incluir dentro de mi mirada a Cristo lo que tengo entre manos: el comer o el beber, el velar o el dormir». Así, insistía Giussani, «Jesús se hace presente por cuanto es la consistencia y el sentido de todas las cosas que suceden».

Bajo este aspecto, la vida se ve definida por la dimensión del ofrecimiento, con dos coordenadas. Decir a Cristo: «Te ofrezco» quiere decir ante todo: «Reconozco, Cristo, que tú eres la consistencia de esta cosa. ¿Es un dolor? Muy bien: ¡Tú eres la consistencia de mi dolor! Y justamente, ya que Tú eres la consistencia de mi dolor, mi dolor se convierte en algo grande, se convierte en parte de tu acción redentora, forma parte de la acción con la que Tú dominas el mundo». La segunda coordenada del ofrecimiento es que «el ánimo sigue adelante», se convierte en petición: «Ya que Tú, oh Cristo, eres la consistencia de esto, ¡muéstrate en esto! Te ruego que te muestres en esto, en este acto mío, en este dolor mío. Y si Tú, Cristo, aceptas mostrarte en este dolor mío, este dolor es una paradoja grandiosa: se convierte, no digo en un consuelo, sino en una alegría; se convierte en argumento y raíz de la paz en el mundo, se convierte en un camino de paz al que conducimos a nuestros hermanos los hombres». Por eso, «voy a la parroquia o voy a mi despacho, leo en el periódico una cosa injusta, o escucho a un sacerdote que tiene una opinión sobre algo que he hecho que me parece que no merezco», y en lugar de reaccionar mal, el cristiano acepta esa circunstancia: «Como Cristo aceptó la incompreensión del mundo: ‘Señor, acepto esta incompreensión y te la ofrezco para que este colega mío pueda comprender mejor lo que he dicho y sea así más afortunado en su vida, para que lo que yo he comprendido, tal como me consuela a mí, pueda consolarle más todavía a él’».

Giussani habló también de una de las tareas principales del sacerdote: la confesión. Ese sacramento es la documentación de que el pecado no puede bloquear la vida del

cristiano: «Dios lo ha permitido, en el designio de Cristo está permitido mi pecado, está contemplado que se dé»²⁹. Refiere, a propósito de esto, una enseñanza que había recibido en el seminario de Venegono, cuando un sacerdote leyó las palabras de Jesús en la cruz tras ser escarnecido por los fariseos «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen»³⁰ y las comentó así: «En el breve margen de su ignorancia construyó su apología». Ante aquellas palabras Giussani se había quedado sorprendido por esta evidencia: Cristo «expresó su amor por aquella gente que sabía lo que hacía: ¡eran los intelectuales de entonces, sabían lo que hacían! Pero lo que sabían no era todo lo que se podía saber. Por eso, en el breve margen de su ignorancia, construyó su defensa ante el Padre, mientras moría»³¹.

Las hermanitas de la vía Martinengo

El 29 de junio de 1993, fiesta de san Pedro y san Pablo, llegaba a su cumplimiento la historia del vínculo entre Giussani y un grupo de monjas de Milán, que había empezado en 1958, cuando algunas eran todavía estudiantes. Así nacía una nueva realidad religiosa. La Santa Sede firmaba el decreto que instituía una Congregación de derecho pontificio: el Instituto de las Hermanas de la Caridad de la Asunción, conocidas también como «hermanitas de la vía Martinengo», por el lugar en el que se encuentra su convento, el barrio de Corvetto, en la zona sur de Milán.

Dado que su historia está profundamente entrelazada con la vida de Giussani, merece la pena que la reconstruyamos. A finales de los años cincuenta, Giussani vivía en la vía Val Maggia, a dos pasos del convento de las Hermanitas de la Asunción, una orden religiosa fundada en el siglo XIX por el padre Etienne Pernet³². Por indicación del padre Romano Scalfi, en noviembre de 1958 Giussani se presentó en el número 12 de la vía Martinengo y tocó el timbre. Quería preguntar si se podía celebrar ahí una reunión semanal con un pequeño grupo de jóvenes que deseaban verificar la hipótesis de una entrega total a Cristo (ver aquí, p. 285).

Giussani se encontró con la superiora, sor Cristilla (Marie Louise Guy). Ante la petición del sacerdote «dijo enseguida que sí», afirma sor Gelsomina Angrisano, la superiora general actual, que al comienzo de los años sesenta formaba parte de los jóvenes de aquel grupo. Sor Cristilla «esperaba que Giussani volviera con calma para concretar la cuestión». Pero, en cambio, al día siguiente ya estaba allí con los chicos y chicas para empezar las reuniones: «Don Giussani no pidió discreción porque comprendió que no hacía falta. De hecho, aquellos chicos estuvieron siempre protegidos no solamente de las miradas de extraños, sino también de las de las mismas hermanas, a las que los lunes por la tarde se les prohibía pasar por ciertos pasillos». Por su parte, a Giussani «le bastaron pocos indicios para comprender que se encontraba ante una presencia de Iglesia que contenía una grandísima historia fundacional». Lo confesaba él mismo durante una conversación muchos años después de aquellos primeros contactos: «La primera impresión que tuve de las primeras de vosotras que vi aquí fue que todos los extraños eran familiares para ellas: no por humanitarismo, sino por una estima y

devoción profundas [...]. Igual que Cristo me ama a mí, tal como Cristo lleva sobre sí el peso de todo mi ser pecador, también Cristo te ama a ti y lleva sobre sí el peso de tu ser pecador»³³.

Giussani recuerda lo que más le sorprendió de la historia de las hermanitas: «La unión espontánea que se producía entre las chicas nuevas que entraban y las monjas ancianas; y yo, desde el fondo de esta iglesia [del convento de la vía Martinengo, *nda*] veía eso; lo veía cuando venía aquí los lunes para la reunión con el grupito de las vocaciones (éramos pocos entonces)»³⁴.

En realidad, las hermanas de la vía Martinengo habían llamado la atención de Giussani bastante antes de que atravesara la puerta de su convento, desde que se había trasladado a la vía Val Maggia: viendo «a una hermanita ir por aquí, a otra hermanita ir por allá, por la plaza Corvetto, por estas calles adyacentes, yo estaba lleno de admiración». Sabía, en efecto, que «iban a una familia para ayudarla, iban a donde había una necesidad humana para ayudar». Giussani admitía: «Me conmovía interiormente, y no sabía todavía que llegaría a conocerlas tan bien y que iba a gozar yo mismo de su caridad, de su magnanimidad»³⁵.

Al conocerlas personalmente, Giussani descubrió que aquellas hermanas continuaban la obra del fundador, el padre Pernet, con el que se sintió «en gran consonancia por la catolicidad elemental que ponía en la base de su concepción de la vida religiosa, o mejor aún, de la vida bautismal», como dice sor Gelsomina, y como confirmaba el mismo Giussani: «La esencialidad de vuestros orígenes puede describirse como la unidad profunda entre misión y vida religiosa». De hecho, para definir la vida religiosa, Giussani utilizaba la frase del padre Pernet: «Vivid con Él como con Alguien al que se ama». Y añadía que, idénticamente, el corazón, animado por aquella frase, iba «al encuentro de las necesidades de los demás para que también ellos vivieran con Él como con Alguien al que se ama»; y esta era su misión³⁶.

Contento por el descubrimiento del carisma del padre Pernet, Giussani propuso a las chicas que participaban en la reunión semanal de la vía Martinengo que conocieran la obra de las hermanitas, yendo junto con ellas a ver a algunas de las familias que cuidaban las religiosas. Sor Gelsomina recuerda que las jóvenes tenían también la posibilidad de ir a estudiar al convento por la tarde, y que esto a don Giussani le gustaba mucho: «La propuesta era confrontarse con la objetividad del convento, que, a través de la desnudez del lugar, del clima de silencio y de la discreción que brotaba de la compañía entre nosotras, expresaba una esencialidad llena de una presencia».

Desde 1966 a 1970 Giussani le pidió a sor Ignazia que leyera textos significativos para el conocimiento de la congregación a quien lo deseara. Estas lecturas tenían lugar durante el tiempo de estudio y de silencio que precedía a las reuniones de la ‘verifica’. En aquellos años sor Ignazia era precisamente el punto de referencia seguro para Giussani dentro de la congregación. Gelsomina recuerda: «A su muerte encontramos un cuaderno en el que había anotado los nombres de las chicas que contactaban con ella para que les aconsejara sobre el camino que debían tomar. La lista va desde 1960 a 1970, cuando ella comenzó a ser maestra de novicias. Es una lista de ochenta y dos personas,

de las que treinta y tres entraron en las Hermanitas». Entre ellas estaba también Gelsomina Angrisano, que en 1993 se convertirá en la superiora general del nuevo Instituto religioso.

En aquellos años, cuando Giussani iba a Roma, pasaba a ver a las novicias en la casa de formación de Genzano, como recuerda todavía sor Gelsomina: «Con este gesto tan amigable y gratuito empezó una compañía de fe para nosotras, ayudándonos a comprender lo esencial de la vida del convento sin permitirnos ‘tropezar’ con detalles llamativos pero de poca importancia». En efecto, frente a objeciones sobre algunas formas que a la vista de aquellas jóvenes parecían incomprensibles, Giussani cortaba por lo sano y ofrecía elementos de método: «Vosotras obedeced. ¿Cómo podéis conocer ahora las declinaciones de la vida religiosa? Obedeced con alegría y las cosas se aclararán a medida que entréis dentro de la forma a la que habéis sido llamadas»³⁷. «Al ayudarnos a nosotras, que acabábamos de llegar al convento», añade sor Gelsomina, «don Giussani ayudaba indirectamente también a nuestras superiores. Que estaban muy felices por ello».

En los años del posconcilio empezó, de algún modo, un cambio. Las Hermanitas tuvieron que hacer cuentas, como todas las demás congregaciones, con la puesta al día de la vida religiosa. «Los cambios eran necesarios, pero implicaban una guía eclesial clara y segura que en aquellos años era difícil encontrar», explica sor Gelsomina.

En aquel momento las Hermanitas tenían una presencia importante en América Latina (en 1963 varias chicas provenientes de GS entraron en el convento de Sao Paulo en Brasil) y allí, en la segunda mitad de los años sesenta, tuvieron que enfrentarse con el impacto de la teología de la liberación. Justamente en esa época el mismo Consejo general de la congregación sufrió su influencia, pero no se rompió por su parte esa maternidad última que siempre había sido su característica y que no hará mella en la certeza de la pertenencia. «Esa certeza se resquebrajó a mediados de los años ochenta cuando», recuerda sor Gelsomina, «al vivir la vida de comunidad y la misión con referencias eclesiales distintas, las discrepancias se volvieron más abiertas. Fue entonces, en el 86, cuando el gobierno de la congregación pidió a todas las personas y comunidades italianas que se nutrieran de la misma alimentación espiritual».

También en aquel difícil momento Giussani insistió para que las hermanas amigas suyas no abandonaran la orden. A la pregunta de sor Gelsomina «Explicame por qué debería permanecer», respondía: «Porque yo soy testigo de la fe con la que te marchaste de tu casa». Así, recuerda todavía la superiora, en la segunda mitad de los años ochenta, ante la decisión —nada clara en absoluto— de lo que tenían que hacer, Giussani «insistía en que la actitud que debíamos tener era sencilla»: obediencia. Lo confirmó en una reunión del 25 de noviembre de 1989, cuando Giussani recordó una conversación de los años sesenta con Giovanni Colombo, en la que le dijo al arzobispo de Milán: «‘Escuche, si usted me manda: *Te prohíbo hacer* [el movimiento de] GS, me liberaría. Pero si usted me dice: *Mira que quizá sea mejor que no lo hagas*, entonces yo no puedo ir en contra de mi conciencia y lo hago’. De este modo se tiene paz en el primer caso y paz en el segundo, porque se obedece en el primer caso y se obedece en el segundo caso»³⁸. Sor

Gelsomina subraya: también en aquellos años de dificultades «la compañía que nos hizo don Giussani era para ayudarnos en el camino hacia nuestra realización y nuestra felicidad. Si a veces sus consejos eran ‘difíciles’, su preocupación no era nunca una ‘perfección moralista’, porque el tema de fondo era siempre nuestra felicidad más auténtica. De hecho, el *sensus ecclesiae* de don Giussani era tal que vivía la ortodoxia católica como coincidencia absoluta con el camino más sencillo y seguro para nuestra vida». Este era el motivo por el que sor Gelsomina y sus hermanas se fiaban tanto de él, seguras de estar siguiendo su vocación originaria y, en último término, a Cristo.

Sin embargo, en el Capítulo de 1987 las diferencias con la Casa Madre parecieron ya inconciliables. ¿Qué hacer? Giussani reunió a sor Gelsomina y algunas otras hermanas para comunicarles que se había reunido con un alto prelado de la curia romana: «Le había consultado sobre la cuestión que nos afectaba y nos contó que, ante su sorpresa, le había aconsejado para nosotras la separación de la Congregación, añadiendo estas palabras: ‘Porque mire, don Giussani, se trata del alma de esas personas’. No obstante, don Gius prosiguió: ‘Me he reservado durante algún tiempo este parecer, pero luego he comprendido que la responsabilidad de la respuesta la ponía Dios en mí’». Y continuó diciéndolo a las hermanas: «Me toca a mí comprender; vosotras... sois vosotras y yo. Y yo digo que necesitamos que llegue una señal». La señal llegó por medio de monseñor Javier Errázuriz, secretario de la Congregación para los institutos de vida consagrada y las sociedades de vida apostólica, que reconocimos como la ocasión «para que nosotras, con su ayuda, comprendiéramos cómo plantear el problema y fuéramos transportadas incólumes a la otra orilla», recuerda sor Gelsomina.

Y de este modo, como ya se ha dicho, el 29 de julio de 1993 un decreto pontificio reconocía a las Hermanas de la Caridad de la Asunción³⁹, un instituto religioso que se refería expresamente al padre Pernet, retomando su inspiración original.

De esta intención declarada hablará Giussani el 3 de julio de aquel mismo año en el curso de una asamblea, subrayando que la tarea insustituible que la Iglesia había confiado a la nueva congregación era la «renovación», la «nueva presentación del carisma del padre Pernet». Pero ¿qué se necesitaba para que el carisma del fundador volviera nuevamente a tener eco? «Se necesita la fe del padre Pernet, se necesita la esperanza del padre Pernet y se necesita la caridad del padre Pernet». Invitó, pues, a las hermanas presentes a hacer un esfuerzo de imaginación: «Si estuviera aquí el padre Pernet ahora, sentado aquí, ahora, ¿cómo hablaría de la fe, de la esperanza y de la caridad?». Ciertamente no repitiendo tal cual las palabras que pronunciaba en la Francia de hace cien años antes, pero «hablaría de los mismos valores, tratando de usar palabras que penetrasen más en la gente de hoy, que llamaran mejor la atención de la gente de hoy». Y Giussani continuó: «Supongamos que viviera todavía una persona que hubiera conocido al padre Pernet hace cien años [...], y que le hubiera oído hablar [...]. Al oírle hablar cien años después diría: ‘¡Pero ya no es el padre Pernet!’». Y sin embargo «es el padre Pernet, pero ya no es aquel. Es él pero no es él. Dice en última instancia las mismas cosas, pero utiliza palabras que esa persona nunca había escuchado antes, hace cosas que no hacía antes». Giussani insistía en que «la fuerza del carisma del padre

Pernet es capaz de crear y de inventar, de reconocer y de adherirse a cosas nuevas, a caminos nuevos, a medios nuevos, [...] a sacrificios nuevos».

Giussani indicó también a las hermanas del nuevo instituto religioso las dos características del carisma del padre Pernet que estaban llamadas a renovar: misterio y obediencia. Ante todo, el «*sentido del misterio* que domina la vida hasta el punto de contar los cabellos de la cabeza, de captar los pensamientos antes de que nazcan y los sentimientos antes de que se formen en el corazón». Pero «el misterio viviente es Cristo, se revela en Cristo, nacido de una mujer». En segundo lugar, Giussani recomendaba prestar atención a la palabra «obediencia», que significa «dar la vida por la obra —es decir, por la presencia activa— de otro. Es el misterio de Cristo que se convierte en presencia activa. Los enfermos a los que va a ver sor Maria son la presencia activa de Cristo». De hecho, concluía Giussani, «el padre Pernet encontraba en la necesidad de la gente, dentro del contexto en que vivía, un motivo para poder hacer que entrara en aquellas casas, en aquellos tugurios, en aquellas barriadas, la obra presente de otro, la obra de Cristo, Cristo obrando. Le hacía entrar allí»⁴⁰.

La justicia

A lo largo de 1993, Giussani se preguntó sobre el tema de la justicia, como ya había hecho en Lourdes anteriormente en octubre. La situación en Italia se había agravado. Tangentópolis había acabado con políticos —los partidos tradicionales se hallaban envueltos en escándalos por la financiación ilícita de sus actividades— y empresarios; algunos incluso se quitaron la vida. Esto explica el sentido de una frase durísima, contenida en la carta del 11 de marzo de 1993 que Giussani dirigió a los miembros de la Fraternidad de CL para reclamarles que tuvieran conciencia de su misión histórica: «Frente al caos total que vive nuestro país no podemos evitar sentirnos provocados a expresar un juicio: una acción que para castigar culpables destruye en un pueblo la conciencia de su unidad y el bienestar alcanzado, tiene, al menos en su modo de llevarse a cabo, algo de injusto. Todo este malestar, del que participamos intensamente, se convierte justamente para nosotros en un llamamiento grave y quizás extremo de Cristo a vivir una auténtica actitud filial con el Padre, a la que todos, de maneras muy variadas, hemos faltado. ‘Si decimos que no tenemos pecado nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros’ (1 Jn 1,8)»⁴¹.

Giussani no se unió al coro de los justicialistas, que vincularon el mal solamente a algunos protagonistas de la escena pública, pero tampoco al coro opuesto, que sobre todo al principio parecía minimizar la gravedad de la situación. Como había sucedido durante el 68, invitó a considerar la mutación social radical provocada por Tangentópolis como una ocasión que los miembros de CL debían aprovechar para su maduración personal, para una toma de conciencia que les permitiera no ser víctimas de la confusión general.

Esta preocupación suya se puso nuevamente de manifiesto el 30 de marzo de 1993, durante una reunión de los responsables de CL: «La cuestión fundamental [...] para que se remedie el desastre es cómo debo cambiar yo y cómo debes cambiar tú. Esto nadie

nos lo podrá impedir nunca»⁴².

La jornada de fin de curso del movimiento en la diócesis de Milán, el 22 de mayo de 1993, se resentía también del clima de aquellos meses: en sus intervenciones introductorias, Giancarlo Cesana y Giorgio Vittadini se refirieron a la confusión que dominaba y al peligro que corría el hombre, entendido como individuo y como colectividad. Cesana habló en particular de una situación que tenía su culmen «en la división mecánica entre honestos y deshonestos». Y Vittadini, de rebote, observaba: «La claudicación ante el enemigo del pueblo, que es la mentira erigida en sistema de defensa y de ataque, la claudicación ante la discordia erigida en sistema de cautela en las relaciones: todo esto tiende a producir en cada uno de nosotros una indiferencia respecto a la realidad, a la realidad como tal y, por tanto, una indiferencia respecto a la vida»⁴³.

Giussani insistía en que se trataba de una «indiferencia mortal hacia todo lo que existe», y en primer lugar hacia nosotros mismos: «¡Cuántas veces nos encontramos con personas indiferentes hacia sí mismas... cuántas veces nos encontramos nosotros indiferentes hacia nosotros mismos! Lo opuesto a la indiferencia con uno mismo es la pasión por lo verdadero. Una pasión por la verdad supone que la realidad tiene un significado, y este significado escapa a cualquier momento, ningún momento lo puede aprisionar: es algo diferente. Lo único que vence la indiferencia respecto a la realidad es una pasión por algo distinto, y por tanto, por el reconocimiento de algo distinto, y por la espera de algo diferente». La indiferencia hacia la realidad, continuaba Giussani, es lo que «un espíritu auténticamente religioso combate más encarnizadamente»⁴⁴.

Al encuentro asistía también un preso que gozaba de un permiso de media jornada, el primero después de diez años de cárcel. Escuchó hablar a Giussani y le confió al amigo que le había invitado: «Dice palabras que están sacadas del corazón y van directamente a la persona. Lo que me escandaliza es que no consigo comprender cómo se puede escuchar estas palabras y no vivirlas». Después atravesó todo el pabellón donde se celebraba el encuentro y fue a confesarse. Cuando volvió a su sitio, le preguntaron por qué lo había hecho, y el preso dijo: «Después de haber escuchado esas palabras no podía hacer otra cosa que participar en esta experiencia»⁴⁵.

En mayo de 1993, Giussani reunió en Milán a un grupo de responsables del movimiento. Los recientes Ejercicios espirituales de la Fraternidad y los de los trabajadores de CL habían suscitado una miríada de preguntas. Giussani quería ofrecer al menos un esbozo de posibles respuestas a algunas de ellas: de los centenares de faxes que habían llegado con otras tantas cuestiones, se seleccionaron setenta y cuatro. El resultado de aquella conversación se tradujo en un cuadernillo titulado *74 preguntas y respuestas*, reunidas por temas: la felicidad, el dolor, el carisma, la Iglesia, etc. La última parte se refería a la moralidad y la justicia de los hombres.

A Giussani se le preguntaba si la afirmación: «No basta la justicia» era comprensible solo dentro de la experiencia cristiana y cómo la podía entender el mundo. La respuesta era que el mundo la comprendía muy bien, porque «la justicia humana solo puede ser parcial: es imposible que tenga en cuenta y considere todos los factores inherentes a la acción que hay que juzgar; ¡es imposible! Hasta el punto de que, paradójicamente,

cuanto más se insiste en la justicia, más injusticia se hace». Esto no significaba desacreditar a la justicia humana «porque el hombre hace todo lo que puede. Pero hace verdaderamente todo lo que puede si es consciente de que no lo puede todo, si lo hace humildemente: esto le da paz y coraje, sin presunción».

Otra persona preguntaba por qué la justicia no bastaba y por qué era necesaria la caridad, y Giussani respondía: «Porque el hombre, debido al pecado original, no es capaz de mantener la justicia plenamente, en la plenitud de sus exigencias. Es la famosa cuestión: la ley es clara, pero el hombre es incapaz de sostenerla, de llevarla a término, hay algo en lo que cae. Somos pecadores». Por eso, continuaba, necesitamos la presencia de «una misericordia, una caridad, una piedad mayor que nos hagan levantarnos de nuevo, tal como hacen el padre y la madre cuando recogen a su hijo caído para que se levante de nuevo». Este acto de misericordia es «el acontecimiento con el que Cristo nos toma, hace que pertenezcamos a él» y nos cambia, decía Giussani; y el cambio consiste en esto: que «Él despierta en nosotros el deseo de seguirle, de imitarle».

Otro preguntaba si se podía ser moral sin cambiar. Según Giussani «la relación con Cristo despierta el deseo de cambiar. De hecho, el primer cambio consiste en el deseo de cambiar. Una frase de san Agustín puede servir de comentario a este apunte: ‘Tu deseo es tu oración; si tu deseo es continuo, continua es también tu oración’⁴⁶. [...] No podemos ser morales sin que exista en nosotros, al menos, el deseo de cambiar»⁴⁷.

El 8 de junio de 1993, Giussani afrontó la cuestión de la justicia desde otro punto de vista, aparentemente extraño a las vicisitudes que estaban diezmado a la clase política: «Lo que el movimiento ha creado desde 1954 es poesía, ante todo poesía. Cuando el fisioterapeuta del hospital de San Rafael vino con su mujer a Caravaggio el Viernes Santo y estuvo tres horas en la iglesia, después de no haber ido desde hace no sé cuántas décadas, al final me cogió por los hombros y me dijo: ‘¡Así que has logrado hacerme estar tres horas en la iglesia!’». Estaba allí por poesía; no era el discurso religioso, no era el razonamiento: era poesía. Andrés y Juan miraban el rostro de Jesús y era poesía, no le miraban por las cosas que decía; las cosas que decía entraban por los intersticios de sus acentos poéticos. En suma: lo que introduce en la verdad es una belleza (*splendor veri*), y es lo verdadero lo que nos capacita para reconocer o vivir la justicia». Pero algunas personas, «al no poder tener sentido de lo bello, no tienen en absoluto el sentido de lo verdadero, ni siquiera saben qué es la justicia, mientras que viven de ella como los antiguos salvajes vivían del hacha»⁴⁸.

La gravedad de la situación fue subrayada en aquellas mismas semanas por una declaración del presidente de la República, Oscar Luigi Scalfaro, que el 8 de julio de 1993 —por sorpresa— intervino en la cuestión de Manos Limpias. Lo hizo durante un seminario de diputados y expertos en derecho, en el aula de los grupos parlamentarios del Congreso: «He reflexionado durante meses», declaraba. «El daño que se hace a la persona al privarla de la libertad es profundo, y por ello tiene que ser proporcionado a la gravedad del hecho y del peligro. La libertad no puede coartarse». Y añadía: «No hay duda de que la cárcel para convencer al procesado de que hable no respeta los derechos inviolables del hombre. La cárcel preventiva debe ser una excepción justificada, no

puede convertirse en regla». Scalfaro insistía en que «un instrumento nacido para proteger a la persona, a veces la mata. Es un dato objetivo»⁴⁹.

Pocos días después la realidad ofrecía una trágica confirmación de las palabras del jefe del Estado. El 20 de julio de 1993 Gabriele Cagliari, detenido el marzo anterior con la acusación de haber pagado «tangentes» (comisiones ocultas e ilegales, *ndt*) como presidente del ENI, fue hallado muerto en las duchas de la cárcel de San Vittore, donde había pasado cuatro meses de cárcel preventiva, ahogado por una bolsa de plástico. El 23 de julio de 1993, el empresario Raul Gardini se disparó en la sien en su casa de Milán. El mismo día, el fiscal jefe Borrelli daba una rueda de prensa en la que, después de haber expresado su espanto por aquel suicidio, de rebatir los ataques que llovían del parlamento sobre la forma de llevar las investigaciones, y tras haber insistido en que los interrogatorios no sufrirían ninguna interrupción, afirmaba que era «muy inquietante que las investigaciones sobre el *affaire* Enimont se vieran señaladas por la marca de una triple muerte»⁵⁰. Antes que Cagliari y Gardini, en efecto, se había quitado la vida Sergio Castellari, siempre en relación con el caso Enimont.

El culmen de las reflexiones de Giussani sobre el tema de la justicia tuvo lugar la tarde del 18 de septiembre de 1993. Quince mil personas entonaban algunas canciones: *Il popolo canta la sua liberazione* y *La nuova Auschwitz* (del cantautor Claudio Chieffo), y después *Povera voce* (de Adriana Mascagni y Maretta Campi). La percepción de la grave situación era tal que el Fórum de Assago (Milán), templo del baloncesto y de los grandes conciertos musicales, parecía cambiar su fisonomía como consecuencia de la presencia de los miembros de CL de la diócesis de Milán, que participaban en la Jornada de apertura de curso.

En la cancha —confundido entre los miles de personas asistentes— estaban también el fiscal de Milán Gherardo Colombo (invitado por una conocida) y el periodista Gad Lerner (amigo de algunos del movimiento), que no ocultaba su asombro por ver en la platea a un juez de Manos Limpias.

Hasta el último momento, Giussani estuvo dudando si hablar delante de tantas personas de aquel particular uso de la justicia que no le convencía, tal como había dicho durante una reunión de los *Memores Domini* dos días antes, el 16 de septiembre: «La falta de reconocimiento del otro se ve por el hecho de que se destruye lo humano, se destroza lo que es humano. [...] (Quién sabe si me convendrá decirlo el sábado o no. Yo he dado siempre un juicio sobre esta cuestión [...], pero el sábado, ¡quién sabe!)»⁵¹. Al final, la consideración de los sucesos de los meses anteriores le convenció para intervenir.

Giussani empezó comentando los tres cantos iniciales. En primer lugar *Il popolo canta la sua liberazione*: «¿Por qué nació este canto entre nosotros? Por amor a la verdad del hombre, a la verdad de la vida del hombre, que encuentra su expresión en la realidad del pueblo [...], esta apasionante realidad humana». *La nuova Auschwitz* habla de un deportado que es obligado a tocar el violín mientras que sus compañeros mueren; Giussani observó que «desde el punto de vista del poder, de cualquier poder —el que se ejerce en lo pequeño o en lo grande— [...] se olvida al pueblo [...]. Hace algo más que

olvidarlo: el poder lo maltrata, todo poder que trata de plegar la humanidad que le rodea a su particular objetivo, inmediato o ideológico, práctico o teórico». Después retomó algunas estrofas del canto: «No es posible ser como ellos. No es difícil ser como ellos. No ha muerto el mal en el mundo y todos nosotros lo podemos hacer». Del tercer canto, *Povera voce*, dijo: «El origen y el destino del pueblo [...] está dentro de la identidad de cada uno», que está contenida por entero en una «pobre voz», ¡que es grande porque «canta con un porqué! [...] Esta es la afirmación dolorida, apasionada y alegre de la positividad de la vida».

Giussani estaba seguro de que si cada uno viviera a la altura de esas tres canciones, «el origen y el destino del pueblo resultarían más claros, alegrarían más la vida, se volverían más capaces de decidir por el bien en la vida». A la luz de esto, resumió su juicio sobre la situación italiana, llevando la atención de todos hacia la llamada cuestión moral que estaba dominando la escena pública: «La moralidad es tratar a las personas y las cosas respetándolas hasta el fondo [...] por lo que son realmente. [...] Si este profundo respeto [...] no se practica, la vida del hombre no puede mantenerse en pie: todo el pueblo sufre por ello, incluso por el error de uno solo (ver pecado original)»⁵².

Cuando esto sucede, observaba Giussani, «al pueblo le envuelve un viento de confusión», según la imagen bíblica de la torre de Babel, «en la que nadie comprende ya verdaderamente al otro ni puede obrar junto con otros». Esto es justamente lo que estaba en el origen del malestar social. En consecuencia, un estado que no fuera respetuoso con las personas, «ni siquiera por un instante puede ayudar verdaderamente a sus ciudadanos. [...] Si los mismos instrumentos con los que el Estado lleva a cabo el intento de hacer justicia actúan también sin respetar a las personas y las circunstancias reales, como hemos visto que sucedía en estos años, el efecto es la destrucción de la conciencia del pueblo, junto a una actitud tan corta de miras y mezquina cuanto proclive a olvidar los errores cometidos por los que ahora acusan de ellos a otros»⁵³.

La moralidad es, pues, como una cumbre inalcanzable para el hombre, por el peligro siempre incumbente de reducirla a moralismo, esto es, a «elección unilateral de valores con el objetivo de mantener el propio provecho (político o de poder) o con el objetivo de tranquilizar y proteger su tranquila vida». Por esto la voluntad de corregir los errores cometidos por otros no puede basarse en la pretensión de arreglar las cosas, sino ante todo en la conciencia de las culpas propias: «Nos lo enseña la misa todos los días, cuando empezamos a decir: ‘En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo’; y luego ‘...por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa’. [...] Solo la conciencia de ser pecadores nos hace estar tan atentos, sensibles, temerosos de equivocarnos, que agudiza, no impide sino que agudiza, la justicia»⁵⁴.

Por eso, concluía Giussani, el que busca verdaderamente una moralidad y una justicia «se siente obligado a mirar a su alrededor en busca de algo distinto, porque no es capaz por sí solo de realizar lo que uno querría en sus momentos mejores. Pero si el hombre mira a su alrededor, ¿quién está, además de él? ¡Dios!»⁵⁵.

En el curso de una conversación en una casa de *Memores Domini*, el 7 de octubre de 1993, que tenía como tema precisamente los apuntes recién publicados de su

intervención en el Fórum de Assago, Giussani aclaró el sentido de la alarma que había querido lanzar: «La identidad de una persona implica que se respete su dignidad. Ponerla en evidencia, es decir, avergonzar sin necesidad a una persona [...] es el error que representan tan bien ciertos magistrados de estos tiempos. ¡Y nadie rechista!». Este silencio se debía al hecho de que nadie había «educado o guiado al pueblo para que salvaguarde y respete la identidad de las personas que lo componen»⁵⁶.

«Un encuentro de gracia con una humanidad distinta»

El 16 de octubre de 1993 se cumplían quince años de pontificado de Juan Pablo II. Y Giussani hablaba de ello en un artículo publicado en *Avvenire*: «¡Qué vacío parecía el mundo cuando se apagó la sonrisa de Juan Pablo II! Pero de aquella manera misteriosa, nos damos cuenta de ello ahora, Dios preparaba a la Iglesia para la llegada de Karol Wojtyła». Y recordaba: «Bien pronto aprendimos a comprender que sus palabras, que todavía balbucía entonces en italiano, y su mirada, ya tan familiar, tenían la fuerza amiga e íntima de Aquel que, en su designio providencial, nos lo había puesto cerca para que le reconociéramos más fácilmente [...] como ‘centro del cosmos y de la historia’».

Giussani constataba que algunos historiadores se centraban ya en hacer periodizaciones. Para él era más justo destacar que todo el pontificado se resumía en la primera encíclica, la *Redemptor hominis*, que le parecía «la *charta magna* del cristianismo del tercer milenio».

Recorría después con pocas e incisivas palabras las encíclicas y los documentos posteriores, que habían iluminado «las profundidades del misterio de Dios y de la Iglesia» y, al mismo tiempo, «los puntos nodales de la existencia humana: desde la familia a las grandes cuestiones sociales, desde el trabajo al dolor físico y moral, pasando por la preocupación por el destino histórico del hombre sobre la tierra». De modo que la *Redemptoris missio* había «desplegado ante el corazón de la Iglesia la tarea suprema de la misión, como camino de la verdad y de la libertad». Las exhortaciones apostólicas *Familiaris consortio*, *Christifideles laici* y *Pastores dabo vobis* habían «puesto nuevamente de manifiesto la esencia del sujeto del pueblo cristiano y de su presencia en el mundo». El nuevo Código de derecho canónico había «dado estructura objetiva a la organicidad de la *communio* eclesial, promoviendo en ella la libertad del laico, esto es, del fiel». El nuevo *Catecismo de la Iglesia Católica* había «fijado de nuevo las grandes certezas de la Iglesia: defensa y sostén de la fe del pueblo cristiano». Y todo esto se había desplegado «bajo la mirada, tierna y dulce, de la Virgen: *Redemptoris mater*». La figura del Papa, según Giussani, documentaba el método con el que «Cristo nos toca y nos cambia a nosotros y a nuestros hermanos los hombres: un encuentro de gracia con una humanidad distinta, con una realidad de personas cambiadas por el encuentro con Cristo conforme al acento de un carisma»⁵⁷.

Pocos días después, el 19 de octubre de 1993, Giussani participaba en el Vaticano en la sesión plenaria de la Congregación para el clero, de la que llegará a ser consultor en enero de 1994. Intervino sobre el tema: «Vida, ministerio y formación permanente de los

sacerdotes». Habló del sacerdote a la luz de las palabras de Cristo: «Como el Padre me ha enviado así también os envío yo a vosotros»⁵⁸. E invitaba a imaginar la Iglesia del siglo I: «Si uno cualquiera, al encontrarse con un apóstol por la Tróade o a bordo de una nave en el Mediterráneo o por los caminos de Roma, y al oírle hablar le hubiera preguntado ‘¿Quién eres? ¿Por qué estás aquí?’, la respuesta habría sido: ‘Soy un enviado de Jesús de Nazaret, soy un enviado de Cristo’»⁵⁹.

Al término de los trabajos de la Plenaria, el 22 de octubre de 1993 Juan Pablo II recibió en audiencia a los participantes y dijo, entre otras cosas: «Configurado al Redentor, cabeza y pastor de la Iglesia, el sacerdote debe tener clara conciencia de ser, de un modo nuevo, ministro de Cristo para su pueblo». Se trata de una conciencia «propia solamente de quien es ‘enviado’, a imitación del Buen Pastor»⁶⁰.

El peligro pelagiano y el peligro gnóstico

El 30 de octubre de 1993 llegaba a los quioscos el último número de *Il Sabato*. A pesar de la generosidad de los lectores y del intento de relanzamiento de la cabecera por parte de la EDIT (sociedad editora del semanario), la ausencia de claras perspectivas económicas obligó a suspender su publicación. Durante quince años había sido un periódico distinto de todos los demás, que había suscitado consensos y provocado polémicas y desencuentros⁶¹. ¿Cuál era el origen de esa diferencia y cuáles las batallas culturales que lo habían convertido en un *unicum* dentro del panorama periodístico? Giussani habló de ello durante el Consejo nacional de CL del 6 noviembre de 1993, refiriéndose al último editorial, que identificaba cinco cuestiones que el semanario había afrontado en el curso de los años: el pelagianismo, la gnosis, la historicidad de los Evangelios, las memorias de los apóstoles y los textos del magisterio.

En primer lugar la polémica antipelagiana, frente a la creciente reducción del cristianismo a valores privados de su concreción humana e histórica: «Hemos vuelto a los tiempos de Pelagio», escribía *Il Sabato*, recogiendo en su tiempo consensos autorizados, empezando por el cardenal Ratzinger, que afirmaba en su intervención en el Meeting de 1990: «Sí, el error de Pelagio está más extendido hoy de lo que pudiera parecer»; y, en la conferencia de prensa posterior a su intervención, añadía: «Precisamente he leído en *Il Sabato* cosas interesantes sobre el error pelagiano»⁶².

La otra gran herejía antigua que *Il Sabato* había percibido que volvía a resurgir entre los cristianos era la gnosis, a la cual se había opuesto con investigaciones periodísticas y entrevistas, sosteniendo que «aquel hombre de carne y hueso, Jesucristo, hijo de una joven de Nazaret, no es un ‘principio’ que difundir (del mismo modo que los principios del deísmo masónico) sino un ‘acontecimiento’ que se puede encontrar»⁶³.

Precisamente en relación con este tema, hablando en una reunión de sacerdotes romanos a invitación del obispo auxiliar de Roma, Pietro Mani, el 12 de mayo de 1994, Giussani dijo: «Agradezco a *Il Sabato* la batalla que ha emprendido sobre el gnosticismo y el cristianismo, porque son temas que no se pueden situar cien años o mil años atrás y

ya está. Se lo he dicho también a su Santidad»⁶⁴.

El tema del peligro gnóstico era un asunto sobre el que Giussani había vuelto muchas veces a lo largo de 1993. Durante una reunión de *Memores Domini*, el 18 de febrero de 1993, describía la diferencia entre fe y gnosticismo: «La fe es la experiencia de una realidad humana presente que contiene algo distinto, diferente; implica la experiencia de una humanidad, de una realidad humana distinta» que se puede reconocer; por el contrario, «el gnosticismo es la pretensión de definir, según la propia capacidad de reflexión, el valor o el contenido de verdad que tiene algo. Debido a esta pretensión, lo que es signo deja de serlo y se reduce a objeto [...], al contenido de una definición propia»⁶⁵ que alcanzar de manera intelectualista.

En una reunión análoga del 17 de junio de 1993 Giussani explicó que la postura gnóstica representa una traición al mensaje cristiano, «una verdadera eliminación de Cristo como hecho histórico irrepetible e inigualable, sin precedentes, sin posibilidad de antecedentes, que no es consecuencia de factores anteriores». En lugar de esa postura, continuaba Giussani, «nosotros construimos nuestra educación precisamente sobre esta base, diciendo que el sentido religioso sería frágil [...] si Dios, el Misterio, no se hubiera hecho hombre y no hubiera gritado en la gran plaza del mundo: ‘Yo soy el camino hacia el destino, porque yo soy el destino’». ¿Por qué, se preguntaba Giussani, «el libro sobre el sentido religioso lo hemos escrito nosotros y no un protestante o un budista? ¿Por qué? Porque nosotros hemos conocido a Jesús y, al mirarle y escucharle, hemos comprendido lo que había dentro de nosotros: ‘Quien te conoce a ti, se conoce a sí mismo’, decía san Agustín»⁶⁶.

La historicidad de los Evangelios y el tesoro de la tradición

Un tercer filón de interés de *Il Sabato*, después del pelagianismo y el gnosticismo, fue la historicidad de los Evangelios, con dosieres, servicios y portadas que enfrentaron a los redactores del semanario con muchos biblistas de Italia y fuera de Italia. Giussani atribuía al juicio contenido en el último editorial de *Il Sabato* la explicación de tanta hostilidad: «El cristianismo es una vida nueva que sorprende al hombre en el presente [...] justamente porque es una historia que empezó hace dos mil años. En un tiempo y en un espacio precisos. Y a quien se encuentra hoy con él le resulta querida toda esa historia»; por lo tanto, el que defiende la historicidad de los Evangelios se pone inevitablemente «en contra de las teologías que reducen el hecho cristiano a mito, a simbología»⁶⁷.

Y además, cuarto y quinto temas, «las pocas cosas grandes que definen la fe de los cristianos», con atención al tesoro de la tradición de la Iglesia, y «los dogmas sobre la gracia de Cristo definidos por los primeros concilios, sin desatender el magisterio actual»⁶⁸, como escribían los redactores en el último número.

De aquellos mismos temas había hablado Giussani algunos meses antes, cuando la clausura del semanario se veía venir, observando que lo que interesaba de *Il Sabato* era

«cuando hablaba de pelagianismo, de gnosticismo, del valor histórico de los Evangelios y de la historicidad del primado de Pedro basada en su presencia en Roma»⁶⁹.

En particular, Giussani habló de la batalla cultural en defensa de la historicidad de los Evangelios refiriéndose a su juventud: estaba en primero de secundaria cuando un profesor del seminario entró en clase con un libro, en el que Deissmann (en esa época uno de los estudiosos más célebres del Nuevo Testamento) databa un fragmento del Evangelio de san Juan, que se había encontrado en Oxirrinco (Egipto), en la época del emperador Trajano (siglo primero d. C.) (ver aquí, p. 56). Entusiasmado por aquel descubrimiento, Giussani propuso a la clase festejarlo: «Todos nosotros, chavales de primero de secundaria, pasamos aquella jornada como una fiesta; repetíamos en el recreo: ‘¡Deissmann, Deissmann!’ y agitábamos los pañuelos que se usaban para jugar»⁷⁰.

Tras la clausura del semanario, a todo el que le preguntaba la razón de la estima que sentía por *Il Sabato*, Giussani le respondía: «Hemos apoyado a *Il Sabato* por Qumrán y lo apoyaríamos otra vez desde el principio por Qumrán, ¡aunque solo fuera por Qumrán!» (ver aquí, p. 938). Y dirigiéndose a los responsables del movimiento, añadía con una punta de polémica: «¡Qumrán es más importante para mi vida como hombre que todos los líos políticos en los que os metéis! El que no se haya entusiasmado por Qumrán considérese como no perteneciente todavía al movimiento»⁷¹.

Desaparecido *Il Sabato*, no se atenuó en Giussani el interés por la historicidad de los Evangelios. Lo documenta, entre otras cosas, su sugerencia de invitar a Julián Carrón (de la escuela bíblica de Madrid, alumno del padre Mariano Herranz) a dar una conferencia en el Meeting por la amistad entre los pueblos de 1994. En esa época, Carrón era profesor de Sagrada Escritura en el Centro de estudios teológicos San Dámaso de Madrid y tenía en su haber numerosos artículos y ensayos científicos. El tema de su intervención fue «Un caso de razón aplicada. La historicidad de los Evangelios»⁷².

Desde las primeras palabras de Carrón se comprendió por qué Giussani deseaba que hablase en el Meeting: «El hecho de la encarnación se comunica hoy, tal como hace dos mil años, por medio de un encuentro humano que nos hace contemporáneos a él, como les sucedió a Juan y Andrés. [...] Este acontecimiento presente [...] solo puede explicarse con un acontecimiento del pasado en el que comenzó esta pretensión [...] estableciendo así una memoria que tiene su significado último en aquel acontecimiento pasado»⁷³.

Después, el sacerdote español aclaró el objetivo de las investigaciones de su grupo de biblistas: mostrar «la posibilidad de que la historia esté abierta a la irrupción del Misterio. En otras palabras: que historia y Misterio no son dos términos incompatibles». He aquí, pues, la utilidad de los estudios sobre la historicidad de los Evangelios: «Reivindicar la posibilidad de la irrupción del Misterio en la historia, tarea tanto más urgente cuanto que la historicidad del cristianismo es una de las cuestiones con las que cierto uso pretencioso y reductivo de la razón, concebida como medida de la realidad, ha creído poder liquidar el cristianismo como acontecimiento»⁷⁴, es decir, como hecho histórico.

Una confirmación posterior del peso que Giussani atribuía al tema de la veracidad del relato evangélico fue su decisión de reunir en un libro —que será realizado con edición de don Stefano Alberto en la recién nacida colección de la BUR «*i libri dello spirito cristiano*»— todos los artículos que habían aparecido entre 1991 y 1994 en el semanario *Il Sabato* y en el mensual *30Giorni*, publicando como conclusión la citada conferencia de Julián Carrón en Rímmini. Se trata de 550 páginas de contribuciones que, a partir de importantes descubrimientos arqueológicos, habían reabierto el debate sobre la historicidad de los Evangelios.

Todo había empezado con un artículo de Antonio Socci titulado: «Marcos vivo. Y enseguida escribió», publicado en el número del 25 de mayo de 1991 del semanario *Il Sabato*. Por primera vez se daban a conocer los descubrimientos de un estudioso del Instituto bíblico de Roma, el jesuita padre José O'Callaghan, que había identificado en un pequeño fragmento de papiro (el 7Q5) dos versículos del Evangelio de Marcos (Mc 6, 52-53), anticipando su redacción a años anteriores al 50 d. C. La novedad consistía en el hecho de que el padre O'Callaghan reconocía el Evangelio como escrito por un testigo ocular de la vida de Jesús y no como la reelaboración de la comunidad posterior a los apóstoles.

El 31 de agosto de 1995, en La Thuile, Giussani dedicó una velada de los Ejercicios espirituales de los sacerdotes a una conversación sobre la historicidad de los Evangelios. Estaban presentes los sacerdotes José Miguel García, Alfonso Simón y Julián Carrón, todos ellos alumnos del padre Mariano Herranz. Al presentarles, Giussani declaró su deuda de gratitud por sus estudios, que le hacían recordar un problema que le angustiaba en sus años del seminario. El entusiasmo que había suscitado el descubrimiento de Deissmann, en efecto, se había visto comprometido en el primer curso de teología: «La cuestión de la historicidad de los Evangelios nos hizo entrar en crisis; las preguntas que se planteaban al profesor eran atenuadas e incluso se consideraban vergonzantes, pues era evidente para todos que no se podía decir nada. [...] Para los que eran serios, por tanto, aquello suponía verdaderamente una crisis. Recuerdo que la semana en que empezó este planteamiento fui dos veces a confesarme con el padre espiritual, por la mañana, por las dudas de fe que me habían entrado. Para mí fue algo brevísimo; pero para todos mis compañeros fue una cosa muy grave, que se ha mantenido durante mucho tiempo. Yo discutía con ellos y, no sabiendo otra cosa, decía: ‘¿Pero te acuerdas de Deissmann?’. [...] Llevaba aquel recuerdo como elemento de seguridad: no conseguía explicar más, valorar bien aquel descubrimiento, pero era un agujero en la trinchera del adversario, y era evidente que prosiguiendo por aquel camino se podía encontrar más». Giussani tuvo que esperar mucho tiempo: «Ese ‘más’ ha llegado muchos años después, [...] me he dado cuenta al conocerles, todos jovencísimos» y al conocer sus investigaciones «científicamente irreprochables»⁷⁵.

Durante aquella noche, Giussani reconocía que el maestro de los biblistas de Madrid, el padre Herranz, «ha logrado unir a sí a estos jóvenes vástagos llenos de fe, de gozo y de inteligencia», porque «la dignidad de la fe [...] depende de lo consciente que es el cristiano de su racionalidad: no debe decir mentiras o cosas en contra de la razón para

poderse abrir paso en el sentimiento de los hombres». Giussani estaba profundamente convencido de ello: «Si se ama a Cristo, [...] es una gran alegría ver que el valor más significativo de la fe es que salva la razón, y que fuera de la fe la razón se hunde, o bien trata de continuar su camino con hipótesis que, si se afirman, se convierten en mentiras»⁷⁶.

Al tomar la palabra, Carrón confirmó el juicio de Giussani: el estudio de la historicidad de los Evangelios «no pretende demostrar la fe, sino darnos razón de ella. ¿Cómo se dan razones? Eliminando las objeciones que la historia moderna ha acumulado en contra de ella». La mayor parte de la investigación histórica moderna, de hecho, «ha estructurado todo un edificio de objeciones contra el cristianismo como acontecimiento histórico; un edificio hecho de medias verdades. El papel de una verdadera investigación es verificar el valor que tienen dichas objeciones y demostrar su inconsistencia». La indagación de la escuela bíblica de Madrid «no parte de la duda, sino de la certeza. Estudiamos estas cosas por amor a la verdad histórica y por amor al encuentro que hemos tenido, por amor a esta historia que nos ha alcanzado. Y cuando encontramos confirmación histórica en esta búsqueda, no podemos sino alegrarnos»⁷⁷.

«Vuestra compañía me importa un comino»

Después de este *excursus* histórico en torno al entusiasmo de Giussani por la historicidad de los Evangelios, podemos volver a los últimos meses de 1993. Entre octubre y noviembre Giussani ahondó en una cuestión que le preocupaba desde hacía algún tiempo y que tradujo con fuertes palabras: «Vuestra compañía me importa un comino»⁷⁸. La expresión salió de su boca durante una reunión de responsables de los universitarios de Milán, el 13 de octubre de 1993. Una vez pronunciada esa frase, se levantó y se fue.

Giussani, recuerda Di Martino, había notado que habían surgido y que persistían en algunos grupos de universitarios ciertos acentos personalistas y una inclinación indebida hacia la compañía, que —de hecho— hacía de ella el término último. Por eso intervino, al captar, como siempre, una deriva interna como signo de la situación cultural y social general. «Era una de las primeras reuniones de la diaconía central del CLU después de la pausa veraniega. Al final de una conversación sin concesiones, dijo aquella frase perentoria».

Giussani habló de lo sucedido al día siguiente, durante una conversación en una casa de *Memores Domini*; los universitarios le habían preguntado por qué les estaba poniendo en guardia con respecto al peligro de la utopía: «¿Dónde estamos afirmando ahora una utopía? Después del 68 estaba la utopía marxista, pero ahora ¿qué utopía tenemos?». Giussani recordaba que había respondido: «La utopía de vuestra compañía. Todos habláis de compañía o —en el mejor de los casos— de la amistad, tal como se habla de forma laica del Estado, del sindicato... Ahora parece, muchas veces, que ponemos nuestra esperanza en la compañía, en una compañía». En este punto exclamó: «¡Nosotros no estamos aquí para crear compañía! Nosotros creamos compañía no para crear una

compañía, nosotros creamos una compañía no para afirmar una amistad, sino para afirmar una presencia, una presencia que está *en* esta compañía. Porque [como el tiempo se había terminado y tenía que marcharme, terminé diciendo de modo brutal] vuestra compañía me importa un comino»⁷⁹.

Desde hacía un par de años, Giussani había dejado la enseñanza en la Universidad Católica, pero no le faltaban ocasiones para reunirse con los universitarios y sus responsables. De sus encuentros frecuentes se llevaba esta impresión: «Estos chicos se reúnen, hacen muchos esfuerzos, hacen de jefes de la comunidad, distribuyen periódicos, ponen mesas en las que ofrecen distintos servicios, ¡menudo esfuerzo hacen estos chicos! Pero nosotros no nos esforzamos por una compañía, no lo hacemos por eso. Y ni siquiera por una cultura que sería como la *crème* de la compañía, la *crème* de la amistad. Yo negaría mi colaboración a una realidad que estuviera dictada únicamente por la idea de compañía, dominada únicamente por el sentimiento de una compañía»⁸⁰.

En noviembre de 1993, Giussani retomó estas preocupaciones en el curso de una conversación con algunos amigos que se publicó en el mensual *Tracce* de diciembre: «En una realidad social como la nuestra la palabra compañía se convierte en sinónimo de utopía, se la entiende como un instrumento al que confiar nuestras esperanzas». Y añadió: «Pero ¿no os dais cuenta [...] de que humanamente hablando es realmente horrible identificar la compañía como el ámbito que mecánicamente te aseguraría el gusto de vivir?». En primer lugar, señalaba Giussani, «es algo ingenuo», porque «no tiene presente la precariedad y la brevedad de la compañía». En segundo lugar, las relaciones humanas «solamente dan verdadera seguridad y gusto como resultado de una tensión dramática en la que se implican la inteligencia y la libertad del hombre». Sus palabras no admitían excepciones: «¡Qué triste sería nuestra compañía si estuviera determinada por una acción alienada, por unas relaciones mecánicas y automáticas!».

Para Giussani la compañía cristiana es algo distinto: «Es una realidad creada por el cambio que la persona verifica en sí misma al conocer a Cristo. Es un cambio de mentalidad del que nace otra manera de ver, de concebir y de juzgar las cosas. Y cambia la dinámica de las relaciones, que se abren de par en par a una capacidad de amar que antes era impensable, a una tarea que tiene un horizonte infinito de bien»⁸¹.

La preocupación de Giussani afloró también durante la asamblea de responsables de CL del 9 de noviembre de 1993. Pero aquí él ligaba su juicio sobre el riesgo que corría la gente del movimiento a la situación cultural general, de la que había quedado completamente eliminado el cristianismo a causa de la afirmación de un principio cultural ateo que había «cambiado a peor. El principio cultural del 68 no era nihilista, el del 76 tampoco era nihilista: era un dejarse la piel en el intento de tomar el poder, de alcanzar la famosa ‘hegemonía’. Y el sujeto de dicho esfuerzo hegemónico, el sujeto que condicionaba a todos era el ideal marxista. Ahora es mucho peor: el clima cultural no es el materialismo marxista, sino el materialismo hedonista. Si hubiese que enarbolar una bandera de la historia de la filosofía habría que hablar de ‘epicureísmo’ en el peor sentido del término», en el cual el principio cultural determinante era, a su juicio, «la divinización de la compañía en todos los sentidos, en todos los aspectos, en cualquier

tipo de asunto: desde el religioso al más carnal. En este vacío total, en este nihilismo que está detrás de todo, ¿cuál es la única posibilidad de satisfacción? ¿Cuándo puede uno encontrar alivio? Cuando va a la discoteca a jugar, cuando participa en una orgía», o bien con el grupo de amigos «con los que va siempre a la montaña el fin de semana; y si faltara la posibilidad de ir a la montaña el viernes, el sábado y el domingo, uno se perdería, estaría desesperado»

Desde este punto de vista, observaba Giussani dirigiéndose a los responsables de CL, por esta «gravísima carencia nuestra está creciendo una realidad de movimiento que es como un cementerio de elefantes. Crece una realidad de movimiento en la que la gente tiene hambre, sed, disponibilidad, sencillez, tiene una enorme capacidad de entrega, pero no tiene maestros, carece de maestros, falta el maestro; falta alguien que tenga en sí mismo el principio cultural justo, adecuado. Por eso, para nuestros chicos, el valor está en la compañía, no porque no acepten a Cristo (se dice tranquilamente, se reconoce tranquilamente a Cristo), pero no se vive la compañía como si Cristo fuera el principio cultural adecuado para su vida, ¡ni siquiera un poco!»⁸².

El 19 de diciembre de 1993 Giussani se reunía con un grupo de jóvenes comprometidos en el camino vocacional de los *Memores Domini*. Y también a ellos les manifestaba su preocupación por un cierto modo autorreferencial de entender el estar juntos: «¿Vosotros confiáis quizá vuestras esperanzas a una compañía porque en ella está una determinada persona o están ciertos amigos con los que estáis de acuerdo? ¿Confiáis vuestra esperanza a una compañía de hombres a la que puede sucederle de todo y que puede disgregarse de un momento a otro?». Y decía: «Cuando cantamos el himno del tiempo de Adviento ‘Elevad la mirada a los cielos’, pienso de nuevo en quien nos lo hizo aprender: fue la primera de las nuestras que murió en Milán, atropellada mientras cruzaba la calle. Es ella quien nos lo enseñó y por eso fue instrumento de una gracia preciosa. No obstante, mi esperanza no residía en ella, sino en Aquel que la tomaba como instrumento. Que Dios la hubiera elegido como instrumento suyo me llevaba a respetarla, a amarla y a ayudarla. [...] Mis esperanzas nunca estuvieron puestas ni siquiera en mis padres: ellos, de hecho, fueron grandes instrumentos de Aquel en el que debía poner la esperanza». Giussani insistía: para un cristiano la esperanza está en Jesucristo y «el instrumento que Él elige puede ser adecuado en un momento dado, y por eso facilita nuestra esperanza; o bien puede presentarse, como ocurre ahora, en este clima terrible de crisis secular, más aún, de crisis histórica, tan perdida, confusa y contradictoria que no podemos hacer otra cosa que decir: ‘¡Señor, ayúdanos Tú!’».

Y llevando su juicio hasta el extremo, puso lo que consideraba el ejemplo más claro: el sacramento de la eucaristía. «En ninguna otra cosa se hace tan presente Jesucristo como en el pan consagrado: más aún, se identifica con él. [...] Nuestra esperanza, sin embargo, no está puesta en las ‘especies del pan y del vino’; la ponemos en Aquel que está realmente presente ‘bajo las especies del pan y del vino’»⁸³.

Pero fue sobre todo durante una conversación que mantuvo el 2 de febrero de 1994 con un grupo de estudiantes universitarios cuando Giussani puso de relieve la pertinencia de su llamada de atención sobre la situación del hombre contemporáneo: «Toda la cultura

de hoy, nacida del intento moderno de afirmar la autonomía absoluta del individuo, ha desembocado miserablemente en la anulación del individuo dentro de la compañía, es decir, dentro de la sociedad, que está dirigida por el poder a través de los medios de comunicación». Existe un equívoco que puede llevar a la compañía a representar «la traición total del yo, en lugar de ser [...] la ayuda que se da al hombre para caminar hacia el destino»⁸⁴. El origen de la compañía, afirmaba Giussani, radica en la iniciativa de Dios, conforme al relato bíblico: «No es bueno que el hombre camine solo hacia su destino, porque no puede conseguirlo; es mejor que tenga alguien que le acompañe. Y Dios creó a la mujer»⁸⁵. Por eso «la relación hombre-mujer, que constituye en sentido absoluto el inicio de la compañía, tiene el fin de ayudar a uno y otra a caminar hacia su felicidad». Pero según la mentalidad actual «la relación entre el hombre y la mujer se concibe exclusivamente como relación sexual; y así todos acaban estando dominados por una obsesión, y se convierten en esclavos de lo que no es sino un aspecto de un fenómeno más grande». Análogamente, «también una compañía de amigos puede dominar al yo, reconduciendo y reduciendo lo que es el hombre a una fisonomía que nos hemos construido nosotros»⁸⁶.

El nacimiento de una compañía auténticamente humana tiene una naturaleza totalmente distinta. Giussani invitaba a sorprender esa diferencia imaginándose que era un estudiante de primero que entraba en la universidad por primera vez: «No conozco a nadie, porque vengo de otra ciudad, estoy solo en la facultad de Farmacia, y me paro a mirar un cartel. Hay otro tipo que mira conmigo; no huele mal, tiene un aspecto que me gusta, nos presentamos y nos hacemos amigos. El hacernos amigos lo provoco yo. Luego, él me dice: ‘¿Conoces a mis amigos?’’. ‘No’, respondo, ‘no conozco a nadie’. ‘Ven’, me dice, ‘te los voy a presentar’. Tenían que ser cinco, pero en ese momento solo hay uno, calvo, flaco, que se ríe todo el rato. Somos tres. Nos ponemos a charlar y uno de ellos dice: ‘¿Habéis visto aquel cartel? Es injusto lo que dice, hagamos un panfleto para rebatirlo’. Pero otro observa: ‘Aquí no es habitual que los estudiantes repartan panfletos’. ‘Seamos nosotros los primeros’, dice el que había empezado, ‘pongamos un cartel cerca de la puerta del rector, en el que se diga: *Las cosas que se dicen en ese cartel son necias. Nosotros sostenemos lo contrario y exponemos las razones para ello*’. Y así realizamos un gesto común. La gente pasa por ahí delante y todos se asombran de nuestro cartel (nunca había sucedido en esa universidad); se convierte en el tema de conversación de los estudiantes cuando van a comer y luego el rector llama a uno de nosotros y le echa una reprimenda. Nos encontramos por la noche y hacemos otro panfleto para el día siguiente, en el que escribimos: ‘Es injusto que el rector se lamente porque expresemos nuestro parecer, que nos dé sus razones en contra, porque, mientras no lo haga, seguiremos exponiendo las nuestras’. ‘Me gustan’, pienso yo, ‘me han gustado’. Luego, según hablamos, me van gustando cada vez más y en poco tiempo se vuelven familiares para mí, expresamos ideas comunes, damos juntos nuestras razones: esto es la compañía. Esta nace del yo y perdura en el tiempo»⁸⁷.

Todo se juega en la persona y en su respuesta al encuentro con otra persona, como mostraba Giussani contando lo que le había sucedido el día de su primera misa: «Subí al

púlpito temblando [...], la iglesia estaba llena y empecé a hablar del Sagrado Corazón de Jesús. Empecé a ver a la gente como dividirse en manchas, como si fueran colores»: un grupo «ampliaba y dilatava la expresión de su rostro, es decir, estaba cada vez más atento», mientras que otro «se retiraba con un aire de desinterés aunque sin darse cuenta». Bajo el efecto de aquella situación, «en los primeros minutos estuve distraído de las palabras que tenía que decir». Pero, «gracias a Dios, de repente se me hizo más clara la hipótesis de trabajo, la explicación de lo que estaba sucediendo. Los que se retraían lo hacían porque mi tono, las armonías de mi voz, la capacidad de mis cuerdas vocales y mi temperamento expresado con el tono de las palabras, con el modo de acentuar las palabras, con el lenguaje que usaba, era áspero, era feo, no gustaba. Mientras que lo que decía, a medida que seguía adelante, a los otros les ensanchaba el corazón». Por ejemplo, «la afirmación ‘El Misterio es el horizonte último del camino de la vida’ la puedo hacer de un modo u otro, pero si es verdadera, es verdadera en el primero y en el segundo caso, es igualmente verdadera, tanto si hablo con énfasis oratorio como si hablo con temblor, con voz pobre».

De la misma manera, decía Giussani después de terminar de contar ese ejemplo, «la gente que tienes alrededor puede tener todos los defectos posibles e imaginables» y sin embargo puede «afirmar una cosa justa como pueden afirmarla los amigos que te gustan. La relación es ante todo con la cosa justa». Esto desenmascaraba el equívoco que podía encerrarse en la palabra «compañía», porque «estamos juntos por la cosa justa, no por cierto agrado o por provecho. Las características del vehículo dejan intacto el valor de lo que se vehicula»⁸⁸.

En muchas ocasiones, Giussani describió el alcance de este reunirse de los cristianos, sorprendiendo su primera expresión en lo que les sucedió a Juan y Andrés cuando salieron de la casa de Jesús el día de su primer encuentro. Lo hizo, por ejemplo, el 30 de agosto de 1994, durante la reunión internacional de los responsables de CL, en La Thuile. Explicó que la compañía es «el fenómeno humano que utiliza aquel acontecimiento para poder *sobrevenir*. [...] Al encontrarse con su hermano Simón, Andrés le dijo: ‘Hemos visto al Mesías’, y le condujo a Jesús. [...] Andrés y Simón se lo dijeron, después, a sus compañeros pescadores, y allí, en la playa, ya no hablaban más que de estas cosas; y al volver a su casa se lo decían a sus mujeres y a sus hijos, luego a sus tíos y a sus abuelos, y así la cosa se fue extendiendo. Y luego pasó a los que vinieron después, como un flujo [...]. Y este flujo, insisto, a través de tantos y tantos siglos, llegó hasta mi madre y de mi madre me ha llegado a mí —a mi madre y a mí—, y de mí a ti, querido amigo, el primero al que tuve la fortuna de decirle en clase: ‘Dios se ha hecho hombre’. Tú lo habías oído cien mil veces, pero aquella vez fue verdad, lo reconociste»⁸⁹.

A finales de septiembre, Giussani recibió una carta de África. La había escrito Gloria Cuccato, una *Memor Domini* que había dejado la casa de Gudo Gambaredo para ir de misión a Kampala, en Uganda. La joven escribía: «Queridísimo don Giussani, el impacto con África ha sido muy dramático por la pobreza y la miseria en la que vive la gente corriente. Nada me es inmediato, y en ciertos momentos he experimentado que me era

imposible estar ante esta gente enferma, sucia, sin el mínimo de condiciones higiénico-sanitarias. [...] Una mañana, mientras me despedía de Rose, me dijo ella: ‘Pídele a la Virgen no tener miedo de la forma con la que Cristo se te va a presentar hoy’. Con estas palabras en el corazón fui con Claudia a la cárcel de menores. Todo me producía horror: el olor, la suciedad, la sarna, los piojos. Y en ese momento me acordé de las palabras de Rose, y comprendí que mi petición coincidía con la postura de mi persona, con mi gesto. Estar allí frente a ellos, compartiendo lo poco que podíamos, coincidía con la petición a Cristo; entre petición y gesto no hay ninguna separación. [...] Gracias a Dios aquí es realmente evidente que la relación entre nosotras en casa es para esto: cada una siente necesidad vital de verse regenerada continuamente por el rostro de la otra, y hay una gran libertad para corregirnos, llamarnos la atención, perdonarnos, consolarnos y sobre todo para jugar y divertirnos juntas. Estoy contenta y en paz porque estoy segura de que esta es la voluntad de Dios y es también mi manera de quererte a ti. Quiero vivir la experiencia que tú vives, cuando, con misericordia y magnanimidad, te inclinas sobre nuestras personas»⁹⁰.

Giussani hizo de aquella carta el contenido de su intervención en la apertura de curso de Comunión y Liberación de la diócesis de Milán, el 1 de octubre de 1994: «La única cuestión es querer, desear el bien. ¿Cómo se podría marchar uno queriendo el bien sin admitir y reconocer que el bien está en el fondo de todo ser, que está presente en cada momento y, más aún, que se ha convertido en sujeto de un acontecimiento en el que [Cristo] murió por nosotros? ¿Cómo se puede querer el bien sin admitir que en el origen de todo, momento tras momento, está el Padre, que lo sostiene todo?»⁹¹. Esto, subrayaba Giussani, describe también la misión histórica del cristiano: «Cada uno de nosotros está llamado a ser ‘reconstructor de casas destruidas’, reconstructor de humanidades destruidas. A nuestra amiga Gloria, [...] la vemos allí, en medio de ese lugar inhóspito, reconstruyendo humanidad. Lo que Jesús hizo repercute allí, se refleja allí, con ella»⁹².

Capítulo 30
«La densidad del instante»
Los cuarenta años del movimiento y los universitarios
(1994)

En el retiro de los *Memores Domini* del 7 y 8 de octubre de 1994 Giussani leía la carta que Giovanni Maspes, uno de los participantes, que se había trasladado a Moscú hacía algunos meses, había escrito a los amigos que había dejado en Italia: «Cuando entré en el avión el 19 de julio comprendí que aquella era una decisión definitiva, para la eternidad. No la eternidad como prolongación del tiempo, sino como densidad del instante»¹.

Algún tiempo después diría Giussani, recordando aquellas palabras: «El origen de nuestro entusiasmo, aquello por lo que hacemos todo, es la gloria de Cristo. Y la gloria de Cristo es algo que pertenece a la historia, al tiempo y al espacio (hablamos de ello con Ratzinger la otra noche). La gloria de Cristo se manifiesta dentro de la historia. Esto es lo que me decía mi padre espiritual en el seminario, el anciano, jorobado y calvo padre Motta: ‘Tened en cuenta que si vosotros no dais forma a vuestros actos, no tratáis de moldear vuestros actos con aquello que os sugiere el recuerdo y la memoria de Cristo, Cristo tendrá menos gloria en el mundo: la gloria de Cristo en el mundo se empequeñece’. [...] Limpiar la mesa sirve a la gloria de Cristo, poner las habitaciones bonitas sirve a la gloria de Cristo. Cada instante es para la gloria de Cristo, como dice Giovanni [Maspes, *nda*]: ‘La densidad del instante’»².

Maspes recuerda a propósito de esto: «No sé cómo terminó aquella carta en manos de don Giussani; sé que se la leyó a todos los *Memores*». En Navidad, Giussani le telefoneó para felicitarle. La cosa se repitió por Pascua: «Uno de los responsables de los *Memores*, medio en broma medio en serio (¡después comprendí que iba en serio!) me encargó la tarea de telefonar a don Giussani cada tres semanas. ‘¿Y qué le digo?’. ‘Cuéntale simplemente lo que haces (en aquel periodo yo no hacía nada en especial, salvo estudiar ruso)’. Obedecí. Ni una sola vez dejé de responder, y era siempre una fiesta».

Un día de 1996, durante la ya habitual conversación telefónica, Maspes recibió una invitación de Giussani: «Ven a verme, pago yo». Cuando llegó a Gudo, el joven le habló de él. Giussani hizo lo mismo: «Él me confiaba también sus problemas de salud, se desahogaba, a veces se refería a personas y hechos de la vida del movimiento o de los *Memores Domini* que yo no conocía, y quería escuchar mi parecer. Luego me invitó a cenar, e inevitablemente, me hizo cantar ‘Ho visto un re’ de Jannacci» (ver aquí, pp. 766-767).

Durante una de aquellas conversaciones, Maspes le preguntó a Giussani: «Pero ¿por qué me quieres tanto, qué he hecho yo de especial?». La respuesta fue tan decidida como inesperada: «Mira, Giovanni, cuando me dieron tu carta yo estaba en un periodo de crisis, y las palabras que escribiste me volvieron a poner en marcha». Casi rebelándose por la desproporción de lo que acababa de oír, Maspes balbució algunas palabras: «Pero, don Giussani, yo solo utilicé palabras que te había oído decir a ti». Sonriendo, «aunque un poco impacientado por mi simpleza», Giussani replicó: «¡De hecho, tú no has comprendido todavía nada de lo que dijiste! Pídele siempre a la Virgen que te haga comprender aquella intuición tuya». Cada vez que vuelve a pensar en aquel episodio, Maspes no puede contener su emoción: «Dan ganas de esconderse solamente de pensarlo, pero don Giussani tuvo necesidad de mí para volver a comprender una cosa que él había dicho» y que el joven simplemente había transcrito.

Durante meses, a cualquiera con el que se encontrara —ya se tratase de *Memores Domini*, estudiantes universitarios, familias o monjes budistas—, Giussani no dejaba de repetirle constantemente la frase de Maspes sobre la densidad o profundidad del instante. Por ejemplo, el 23 de marzo de 1995, dijo ante un grupo de *Memores*: «Incluso comer un pedazo de pan es digno de ser convertido en acto de gloria, en acto que dé testimonio de la gloria de Cristo. Esto es la densidad del instante. Pero la gloria de Cristo es la felicidad de todo el mundo, de todos los hombres; por eso, cuanto más consciente es este acto tuyo, más abrazas a los que están cerca de ti y a los que están lejos, a la gente que vivió hace dos mil años y a la gente que vivirá dentro de dos mil años, al hermano que se sienta a tu lado y al hermano que está en Japón o en la Tierra de Fuego»³.

Y de nuevo, el 30 de junio de 1995, hablando a los estudiantes de la Universidad Católica, Giussani confesó que, después de haber leído las palabras de Maspes, había comprendido de nuevo que «¡no puede haber un instante humano que esté vacío!». Y explicó: «Cada instante es como el detalle de un gran dibujo; sin ese detalle el gran dibujo tendría un agujero, tendría un vacío. Nosotros no realizamos ningún gesto que no esté dentro, en el interior de una conexión universal. [...] Todo acto humano lleva consigo la responsabilidad del universo: o es conforme al bien de todo o va en contra del bien de todo»⁴.

En un encuentro con algunas familias que abrían sus casas a chavales con dificultades, el 29 de enero de 1996 Giussani les invitó a pedir a la Virgen y a los santos una gracia: «Antes incluso de pedirle que cure a nuestros hijos, a nuestros familiares o nuestro dolor de espalda, hay que pedir poder tener conciencia del valor infinito que tiene cada uno de nuestros gestos. Porque cuando yo veía de niño a mi madre, que se paraba un instante, que parecía no estar haciendo nada durante medio minuto, se realizaba lo que dice nuestro amigo Maspes ahora, en esa frase que hemos citado mil veces: ‘La densidad del instante’»⁵.

De nuevo, el 9 de junio de 1996, al verse en Milán con los bonzos del monte Koya, entre los que estaba el hijo de su guía Shodo Habukawa (ver aquí, pp. 778ss), se dirigió a ellos con estas palabras: «Debéis excusarnos porque os queremos como hermanos, porque cualquier cosa que pudiéramos hacer por vosotros la queríamos hacer, tal como

Habukawa haría por mí. San Pablo, nuestra gran figura, dice: ‘Toda criatura es buena’. Maspes, uno de nuestros chicos, ha llamado a este valor que tienen todas las cosas ‘la densidad del instante’». Y casi para subrayar la importancia que atribuía a esta expresión, Giussani le confió al hijo de Habukawa un pensamiento para su padre: «Sus ojos son como la luz que arroja el Misterio último sobre el detalle particular de mi singularidad efímera»⁶.

«¡Durante cuarenta años nunca hemos seguido otro camino!»

En octubre de 1994 se cumplían cuarenta años desde el comienzo del movimiento y Giussani lo recordó con estas palabras: «Todos los días nosotros somos, cada uno de nosotros es todos los días, la bondad de Jesús, su voluntad de bien para el hombre [...]. Nosotros formamos parte de este *leadership* suyo de la humanidad en busca del bien, en busca de la verdad, del amor, de la justicia, de la felicidad. [...] Los que son más fieles entre nosotros saben muy bien que este es, desde hace cuarenta años, nuestro deseo cotidiano, nuestro programa cotidiano, una petición que dirigimos a Dios diariamente, especialmente en el Ángelus, un esfuerzo cotidiano —ascesis— que retomamos con la conciencia de nuestros límites y [...] de un sacrificio que forma parte de la cruz de Cristo. Mi sacrificio es parte de tu cruz, oh Cristo. ¡No podía heredar una nobleza y una gracia mayores!»⁷.

El aniversario le hizo recordar a Giussani los versos de uno de sus autores preferidos, T. S. Eliot: «A través de la Pasión y el Sacrificio salvados a pesar de su ser negativo; / bestiales como siempre, carnales, buscándose a sí mismos como siempre, egoístas y cegatos, / pero siempre luchando, siempre reafirmandose, siempre reanudando la marcha por el camino iluminado por la luz; / a menudo deteniéndose, vagueando, perdiéndose, retardándose, volviendo, pero sin seguir otro camino»⁸. Tras leer el pasaje, Giussani comentaba: «¡Sin seguir otro camino, durante cuarenta años nunca hemos seguido otro camino!»⁹. Insistía: «Decenas de miles de jóvenes, sin seguir otro camino. Siempre en lucha, con la conciencia cada vez más lúcida de nuestra debilidad, de nuestro límite humano». Para él «Cristo es el único que ha introducido en el mundo la vida como lucha por el bien, porque todas las demás concepciones, en mayor o menor grado, son deterministas: el resultado del tiempo es mecánico». En el cristianismo no, porque la vida es «una lucha de la inteligencia que ilumina el esfuerzo de la voluntad»¹⁰.

Para el aniversario, Giussani hizo imprimir una tarjeta que reproduce algunas palabras que él pronunció en el Aula Nervi en 1975, con ocasión del Domingo de Ramos con Pablo VI (ver aquí, p. 546). Al presentar su contenido, subrayó que «no hay ninguna separación entre la materialidad de nuestra existencia, entre el aspecto más material de nuestra existencia y Cristo que está con nosotros, y nuestro espíritu abrazado por Cristo»¹¹.

Algunos días antes, el 16 de septiembre de 1994, Giussani había escrito a Juan Pablo II: junto a la memoria agradecida por el inicio del movimiento, está el «reconocimiento

de vuestra persona [...] ayuda misericordiosamente paternal y pedagógicamente amiga para sostener la fe y el amor a Cristo, hombre y Dios, olvidado por toda la sociedad moderna»¹².

«Una lucha decidida contra el nihilismo»

El 15 de octubre de 1994, día en el que cumplía setenta y dos años de edad, Giussani participó en el Consejo nacional de CL, en Milán. Al margen de las sesiones, se reunió con el senador Giulio Andreotti, que había viajado desde Roma para entrevistarle como director de la revista mensual internacional *30Giorni*.

Italia y el mundo estaban cambiando, la incertidumbre sobre el futuro reinaba por todas partes y Andreotti empezó justamente por ahí: «Escuchamos con frecuencia repetir en todos los campos que estamos en un periodo de transición. Parece como si las posiciones y certezas hubieran cedido el paso a un camino y a una navegación que no se sabe bien en qué dirección va, y cuya meta no se logra identificar. [...] Parece necesario anclarse de nuevo en algunas certezas»¹³.

Reaccionando a estas palabras, Giussani respondía: «Ante todo creo que un cristiano tiene que vivir su vida personal, y llevar a cabo, con todos los instrumentos sociales de los que pueda disponer, una lucha decisiva, una lucha encarnizada contra lo que creo que es el carácter mortal de la cultura moderna, tal como la sufre ahora todo el mundo como mentalidad común: una lucha decidida contra el nihilismo». Giussani había alcanzado esta convicción: la lucha no era ya «contra el escepticismo, sino contra el nihilismo, que es la respuesta última a la que todos ceden, que nos incluye a todos, en ausencia de un apoyo sólido y claro»¹⁴.

Giussani observaba que era necesario caer en la cuenta de que el nihilismo se basa en un engaño: en efecto, «la impostura implícita en la postura nihilista» radica en «que no se puede decir que todo es nada, que a mis espaldas está la nada», que «la última palabra es la nada cuando, por el contrario, las cosas existen». En última instancia, este es el pecado original del mundo moderno: «El hombre pretende tener en sus manos la medida de todas las cosas, las riendas de la realidad, relegando a Dios [...] más allá de las nubes, dejándolo en una cierta expresión de religiosidad, como expresión abstracta, totalmente separada del campo de los intereses y, por consiguiente, de la pasión, del gusto y de la responsabilidad de vivir»¹⁵.

Por eso, por una parte, «es necesario recuperar la evidencia que la realidad nos plantea, que la realidad es: no puede explicarse [...] con la nada»; y por otra parte, «en esta realidad humana, en esta vida humana ha entrado realmente Dios. No solamente [...] con su misteriosa guía paterna, sino que ha entrado como hombre, nacido de una mujer». Giussani deseaba que «el pueblo cristiano, los cristianos, tengan un poco más de claridad y de coraje, de sinceridad ante los demás, de sinceridad consigo mismos, a la hora de ser, de introducir esta noticia, [...] como factor que debe ponerse en juego en la balanza de los problemas humanos y de la situación humana, tal como ella se nos ha presentado, esto es, como acontecimiento antes que cualquier otra cosa. [...] Es un acontecimiento *en*

*el presente histórico»*¹⁶.

Andreotti concordaba con estas últimas palabras y recordaba que al presentar los textos del Concilio, Pablo VI había afirmado: «Nosotros también tenemos nuestro humanismo»¹⁷. Para Giussani la Iglesia tiene un humanismo en dos sentidos: ante todo, «el humanismo cristiano está destinado a representar un factor positivo en la historia, puesto que cuando se vive el cristianismo, es decir, cuando la realidad humana, singular o social, se afronta según los cánones de la fe cristiana, el hombre está mejor y la sociedad va mejor», y esto es lo que «suscita la atención de la gente ante el hecho cristiano: porque un cristiano, un cristiano verdadero con su *aplomb*, llama así la atención de sus compañeros de trabajo, que no pueden evitar decir de vez en cuando: ‘¡Tú eres distinto de los demás!’»¹⁸.

Pero había un segundo aspecto que le apremiaba a Giussani, porque el humanismo cristiano «implica toda una cuestión de método fundamental, tanto en la concepción como en la transmisión del hecho cristiano». Más aún, según él, «es ante todo esta carencia de auténtico método cristiano lo que hace de la gran presencia cristiana en la sociedad de hoy [...] no solamente una presencia extremadamente reducida por lo que se refiere a su potencia, sino que además hace que la presencia cristiana en el mundo de hoy se convierta tendencialmente en una mano tendida a las ideologías, a otras concepciones de la vida, para pedir permiso para existir». Por el contrario, el método de la Iglesia es este: «El cristianismo es siempre un anuncio de Dios hecho hombre, el anuncio de que lo divino está presente y es compañero del esfuerzo humano para concebir la respuesta a sus problemas cotidianos, a sus problemas decisivos, a sus problemas existenciales, a sus problemas históricos»¹⁹.

En el Vaticano se estaba celebrando el Sínodo de los obispos sobre los religiosos. Andreotti apuntó que se estaba produciendo una fuerte disminución de vocaciones; por eso, pensando en Comunión y Liberación, consideraba que la utilidad de los movimientos estaba también en desarrollar un papel complementario a las finalidades de los institutos de vida consagrada. Giussani propuso una profundización ulterior de la observación del senador: fuera cual fuera la misión establecida por Dios para cada uno, el ideal de vida del cristiano es el que indica san Pablo: «Aun viviendo en la carne, vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí»²⁰, lo que para Giussani significaba: «Aun viviendo como todos los demás hombres, aun viviendo las cosas que son comunes a todos los hombres, los mismos problemas que tienen todos los hombres, yo vivo todas esas cosas para afirmar a Cristo, las vivo en el amor de Cristo, con una inteligencia de Cristo llena de afecto por Cristo». Y proporcionaba también un ejemplo: «Dios nos ha dado una figura fascinante e irreductible de esta perfección religiosa humanamente incomprensible en la persona de Juan Pablo II». En su opinión, se trata de un ideal practicable, de una meta que no es inalcanzable: «Así que también para mí, cuando me levanto cada mañana, este es el único objetivo para el que nace el sol y se despliegan las horas, para el que mi sangre y mi cerebro se activan y actúan». De modo que la única característica que califica a los cristianos es que están destinados a «poner

una bomba explosiva en cada problema, y la fe es verdaderamente una bomba explosiva en cada problema. Que Cristo esté presente ante mí cuando como»²¹.

Durante las sesiones del Consejo nacional de CL de aquel mismo 15 de octubre de 1994, una persona habló de «revolución del acontecimiento», de la necesidad de ponerse en las manos de Dios y de que esto provoca cambios en la vida. Giussani interrumpió la intervención para subrayar que el concepto de revolución era muy importante, pero «en el sentido exacto de Romanos 12,1-2: no aceptéis los esquemas de este mundo, sino transformad vuestra mentalidad. Es decir, sacad los criterios de vuestra mentalidad de otra cosa distinta, de otra cosa nueva, [de] el acontecimiento que os sucede».

Otra intervención señaló que «cuando el acontecimiento existe, es tan nuevo que realmente rompe los esquemas con los que nos habíamos movido normalmente». Giussani propuso invertir los términos de la expresión. No: «Un acontecimiento está presente porque existe», sino: «Existe porque está presente». Y explicó que esta segunda formulación «penetra en la profundidad del Misterio dentro de su expresión contingente. Porque está presente en el tiempo y en el espacio, se revela como algo excepcional». Añadió que el acontecimiento «existió también para Lutero, para Zwinglio y para Calvino. Pero el que esté presente —existe porque está presente— es la formulación católica pura, solo nuestra, metodológicamente hablando. Únicamente con esta formulación su presencia no es una afirmación teórica, gratuita, irracional, religiosa, misteriosa». A juicio de Giussani, el punto decisivo consistía en esto: «Nada empieza sino por una experiencia presente, por consiguiente, por un presente experimentado (me parece que es un principio tomista preciso); por lo tanto es en la experiencia, en la contingencia suprema que se llama experiencia presente, como se tienen que percibir, experimentar y encontrar las huellas de lo Eterno»²².

El templo y el tiempo. Dios y el hombre

Estos temas volvieron de nuevo en la lección que Giussani pronunció la mañana del 26 de noviembre de 1994 en el retiro de Adviento de los *Memores Domini*, en Riva del Garda. La «meditación más importante que he hecho en cuarenta años»²³, dirá más tarde. Publicada en un primer momento en la revista del movimiento²⁴, Giussani la convertirá en el primer capítulo de un libro (impreso en julio de 1995 con el título *Il tempo e il tempio. Dio e l'uomo* (ed. esp. *El templo y el tiempo. Dios y el hombre*, Encuentro, Madrid 1995, *ndt*). En el centro de su intervención estaba el tema de la vocación cristiana.

La Iglesia acababa de celebrar la solemnidad de Cristo Rey, que cierra el año litúrgico, y Giussani observó: «El reino de Cristo es como un gran organismo que ha tenido una ley para su ser y para su desarrollo [...] a la que podemos llamar ley de la *elección* o *predilección*»²⁵. Y a continuación desplegó un itinerario de seis puntos para mostrar cómo se había desarrollado esto a lo largo de la historia.

El primer punto se refería a «la elección de la Virgen, la llamada a esta joven de

quince-dieciséis años para que fuese la primera morada de Dios en el mundo, para que crease el primer *templo* de Dios en el mundo, [...] la primera *casa* de Dios en el mundo». Giussani se quedó en silencio un momento y, cuando retomó el hilo, sus palabras sonaron como una oración: «María, tú eres la primera casa de Dios en el mundo, el primer contexto, el primer ámbito, el primer lugar en el que todo lo que había era de Dios, de Dios que venía a vivir entre nosotros. Todo lo que tú eres —¡todo!—, es para Dios, es morada suya». Y la casa de Nazaret fue «la primera extensión de esa casa que es la Virgen». Giussani exclamó: «¡Y pensar, amigos, que tres amigos nuestros han establecido una casa [de los *Memores Domini, nda*] en Nazaret este año! ¿No es acaso esto un signo que debería provocarnos?»²⁶.

Segundo, la realidad de la casa de Nazaret se ha extendido «como el cuerpo de Cristo que se dilata en el tiempo y el espacio, [...] en su continuo nacer dentro del mundo. Es la Iglesia, el acontecimiento que se hace presente en el mundo, que se mantiene presente en todos los momentos, años, meses, días, horas y minutos de su historia»²⁷.

Tercero, «esa gran morada que es la Iglesia se encarna, se traduce en terminales capilares dentro de cada ambiente particular», que pueden ser de dos especies: «La casa de aquellos que están llamados a formar una familia y por consiguiente (¡atención!) a plasmar [...] el instrumento generador del que sale el sujeto de toda la acción histórica, el protagonista del plan de Dios, que es el hombre». Para Giussani la familia es la vocación normal, sin la cual se acabaría la historia.

La segunda modalidad de esos terminales es (además de la vida sacerdotal) el monasterio, el convento o las casas del Grupo adulto. Los que abrazan esta vocación «están llamados a *demonstrar* con la misma forma visible de su vida [...] *que solo Él es*; es decir, que Cristo es el rey del universo: ‘*Christe cunctorum dominator alme*’, ‘*omnia in ipso constant*’: todo consiste en Él, todo procede de Él». Giussani insistía: monasterio, convento o ‘casa’ son un lugar creado para que «quienes habitan en él proclamen delante de todos, en cada instante —pues toda su vida está hecha para esto—, que Cristo es lo único por lo que merece la pena vivir, que Cristo es lo único por lo que vale la pena que exista el mundo»²⁸.

Cuarto, los llamados a la virginidad constituyen por su propia naturaleza la figura del *profeta*: «No te preocupes por serlo, porque ya lo eres; si profesas²⁹ lo eres, si decides ser de Cristo en la virginidad, eres profeta». Giussani consideraba a los llamados a la virginidad «el *milagro de los milagros*». ¿Por qué? «Porque no hay milagro más grande que el hecho de que un hombre entregue toda su vida a Cristo, sacrificando los instintos y tendencias naturales que Dios ha puesto en él, y que él atraviesa y supera al dar su vida a Cristo».

Y para hacerse comprender mejor, Giussani ponía un ejemplo. Dos personas se encuentran: «‘¡Qué guapa eres! ¿Estás casada?’, dice él con ciertas esperanzas. ‘No’. ‘¡Ah!’. ‘Pero no me voy a casar’. ‘¿Qué? ¿Por qué?’. ‘Porque Jesucristo es más grande que todo: me hace amar a todos, hace que me sienta amada como nadie podría hacerlo, hace que lo valore todo, incluido tú, amigo’. Y aquel pobre se marcha un poco —digamos— con el rabo entre las piernas. [...] Pero, además, ese hombre tiene a esa chica

todo el día en la oficina. Y entonces, quizá, lo intenta de nuevo. Y así ‘si *parrà sua nobilitate*’, es cuando se pone a prueba la nobleza de la muchacha, esto es, su fidelidad. La vocación de la que ella le habló la primera vez es un hecho que por fuerza habla de ‘Dios’ o de ‘Jesús’, para poderse explicar; de modo que el otro, al verla, tiene que pensar de nuevo en Jesús y en Dios a la fuerza, aunque, lleno de rabia, quiera dar un vuelco a la situación»³⁰.

Giussani se servía también del arte para explicarse mejor: el *Noli me tangere* del Beato Angélico, que representa a la Magdalena en el sepulcro dirigiéndose hacia Jesús resucitado. «Apenas le ve [...] se abalanza sobre Él. Y Jesús la para con la mano. Se ven las dos manos de la Magdalena y la mano de Jesús deteniéndola: es la imagen que siempre hemos puesto de la posesión virginal, que tiende a la totalidad. Mientras este tender a la totalidad se mantenga a un palmo del rostro del otro, posee verdaderamente, mucho más que si se abalanzara sobre ese rostro; cuando se abalanza sobre el rostro, la mano se torna semejante a la garra de un animal. El otro camino sufrirá la tribulación de la carne, es decir, sufrirá la contradicción permanente de esa sed de posesión que es la constante material de toda relación no virginal»³¹.

Quinto: Giussani se dirigió directamente a los *Memores Domini* y les dijo: «Habéis sido elegidos para ser enviados a todo el mundo (¡y lo bonito viene ahora!) para ser, como profesión de vida —deberíais escribirlo libremente en el documento de identidad— no padres o madres de familia, no administradores o arquitectos, directivos u obreros: vuestra profesión de vida será la *proclamación profética* de todas estas cosas que hemos dicho, con la misma forma de vuestra vida, es decir, la forma de quien no se casa [...] para penetrar en ese fenómeno de sponsalidad total con todos y con todas las cosas, que es la promesa [...] de Cristo»³².

Sexto —Giussani sabía que lo que estaba a punto de decir podría escandalizar a algunos—, la opción de la virginidad es «la llamada a decir que ‘sí’ en última instancia, con independencia incluso de los propios errores [...], como el ‘sí’ de Simón, que nunca recordaremos suficientemente. Todos los días deberíamos representarnos esa escena, ¡pues sucede en nosotros!». Y como si no bastara, añadió que «se puede vivir este carácter ineluctable del ‘sí’ con desmemoria, con reservas, con reticencias e incluso con escepticismo, condenándonos así a ver desaparecer la alegría. O bien se puede vivir, incluso a saltos, con un ritmo sinusoidal —arriba y abajo, arriba y abajo—, pero con una memoria intensa, con una tensión continuamente renovada, asegurando así a la relación que se establece con toda la realidad (con tu padre, tu madre, tus hermanos, tus amigos, tu antigua novia, tu antiguo novio), una creatividad que hace que la realidad sea colaboradora de nuestra alegría». Así, «todo coopera para el bien. Y es san Agustín quien añade: ‘*etiam mala*’; también nuestro mal»³³.

Una semana después, el 30 de noviembre de 1994, Giussani volvió a preguntarse sobre lo que cualifica al cristiano, sea cual sea su estado de vida. Dirigiéndose a los responsables de CL, les dijo: «Nuestra profesión en el mundo, esto es, nuestro papel en la historia del hombre, está definido por el hecho de que hemos sido enviados a llevar un mensaje, a recordar al hombre de todos los tiempos —por consiguiente, también al

hombre contemporáneo— que la presencia del Dios hecho hombre está aquí y ahora: la presencia de Cristo». E insistía: «No hemos sido enviados para mejorar el procedimiento que debe seguir el sindicato para obtener del gobierno mayores salarios o condiciones mejores. No hemos sido enviados para dar un parecer sobre la huelga (si sí o no). ¡No es esa la tarea!». Obviamente, no se trataba de una apología banal del no compromiso; de hecho, Giussani aclaraba: «Que todo lo que le interesa al hombre nos interese también a nosotros cien veces más y de forma más aguda de como lo sienten los demás, es otra cuestión: es una consecuencia que hay que comprobar para confirmar la bondad de nuestra postura. Pero si perdemos de vista el primer punto, esta segunda parte, esta consecuencia, nos tragará a todos y no lograremos realizarla más que tomando prestados del mundo —con un ridículo esfuerzo de una mayor astucia— sus criterios y sus métodos. El mundo es más inteligente, más fuerte, más astuto que nosotros, por lo que nos ganará de cualquier modo»³⁴.

¿Se puede vivir así?

El 1 de diciembre de 1994 Giussani fue a Roma para reunirse, a la mañana siguiente, con Juan Pablo II, que le había concedido una audiencia privada. Y aprovechó para celebrar una asamblea con la comunidad romana de CL y para anticipar los contenidos de su nuevo libro, titulado *Si può vivere così? Uno strano approccio all'esistenza cristiana*, que será publicado por BUR (ed. esp.: *¿Se puede vivir así? Un acercamiento extraño a la existencia cristiana*, Encuentro, Madrid 1996, *ndt*). Acompañaban a Giussani Giancarlo Cesana y Carlo Wolfsgruber: excusándose por la voz ronca, les pidió que le ayudaran durante la reunión. Pero solo tuvieron tiempo para dos intervenciones, porque Giussani, en realidad, era como un torrente en crecida. Tras una breve introducción de don Giacomo Tantardini, responsable de CL en la capital, Giussani describió la naturaleza del texto: se trataba de la transcripción literal de las conversaciones que habían tenido lugar todos los sábados, a lo largo de un año, entre él y un centenar de jóvenes que estaban verificando la hipótesis de entregar su vida a Dios. «Esto último es un detalle interesante, aunque no decisivo. El contenido de las conversaciones se refiere, en efecto, a la naturaleza, al tejido de la experiencia cristiana. Yo creo que quien logre traspasar el impacto un poco duro de las primeras decenas de páginas y adaptarse, cómo decirlo, al estilo del libro, quizá pueda aprender algo. Sobre la fe, la esperanza y la caridad, ni siquiera el catecismo me parece que sirva de mucho ya, porque muchos ya no lo estudian o nunca lo han estudiado»³⁵.

Giussani apuntó también al hilo conductor de todo el libro: «El motivo más querido, más aún, la pasión que lo determina, capítulo a capítulo, es la herencia más inmediata que yo recibí al entrar en un instituto de bachillerato a dar religión. La clase de religión me dio esta intuición y esta pasión: la intuición de que la fe necesita ante todo demostrar su familiaridad con la razón en toda su coherencia lógica, esto es, la intuición del carácter razonable que tiene la fe, de la fe como la cosa más razonable que hay y, por consiguiente, como la cosa más humana que hay [...]; la razón es *exigencia*, pasión y

exigencia de conocer todo, *de la totalidad*. La fe consciente brota de improviso, providencialmente, por gracia, fortuitamente, precisamente de esta pasión por la totalidad en el conocimiento, que es la característica fundamental de la razón»³⁶.

El pasaje siguiente, sacado del libro, permite captar la capacidad que tenía Giussani de hacer que quien le escuchara o le leyera se sintiera contemporáneo de los relatos evangélicos. Son páginas en las que se identifica con los discípulos Juan y Andrés, después de aquella tarde que habían pasado con Jesús: «Se fue cada uno a dormir a su casa: Andrés con su mujer, y Juan con su madre. Fueron a su casa, cenaron en su casa, durmieron en su casa, se levantaron y se fueron a pescar con sus compañeros. Lo que habían visto la tarde anterior dominaba en su cabeza». Giussani observaba: «Entre el día anterior y el mediodía —cuando volvieron a casa con las barcas llenas de pescado y se sentaron allí, en la playa, y seguían contando cosas de la jornada anterior—, entre aquella tarde y el día siguiente había una continuidad: se llama memoria».

La insistencia de Giussani era directamente proporcional a su conciencia de estar diciendo cosas evidentes, pero en absoluto obvias: «Aunque no le hubieran visto durante tres semanas, el deseo que dominaba en aquellos dos era volver a verle, porque estaba claro que era Él, que Él era Él; no sabían quién era, pero era Él. La memoria es la conciencia de una presencia. Es necesario distinguir cuándo comenzó esta presencia de la forma en que continúa. Cuando comenzó se veían sus cabellos y, como había viento, los cabellos se revolvían delante de sus ojos, y Él, instintivamente, se los retiraba de la cara. Pero al día siguiente ya no había viento y no tenían delante aquel rostro; sin embargo, estaba presente, y después de una semana aquella presencia era todavía una presencia, y pasado un mes seguía siendo una presencia; aunque hubieran pasado tres años sin volver a verle, toda su vida habría estado desgarrada por el deseo de ver de nuevo sus cabellos agitados por el viento: era Él, con seguridad absoluta. El último —¡qué abstractos son todos los que quieren ser demasiado concretos!—, el último pensamiento que se les hubiera ocurrido a aquellos dos, aunque no le hubieran visto durante seis meses, habría sido la duda de que fuera una ilusión. Jamás se les habría ocurrido que se tratara una ilusión: si lo has visto así... ¡es imposible que se te ocurra dudar!».

Una experiencia semejante, a juicio de Giussani, no se refería solo a los primeros discípulos de Jesús, sino que ha continuado en el tiempo hasta hoy de la misma manera: «En lugar de Él con sus cabellos al viento, en lugar de verle hablar moviendo los labios, [Cristo] se te acerca ahora con nuestras presencias, que son como [...] las frágiles máscaras de algo muy fuerte que está dentro que es Él, que no soy ni yo, ni tú, ni él, y que sin embargo pasa a través de mí y a través de ti»³⁷.

Giussani tenía la capacidad de conectar los sucesos que narran los Evangelios con la vida actual de sus interlocutores. En el origen de esto se halla una insistencia de tipo metodológico sobre la naturaleza del cristianismo: Dios no ha elegido entrar en relación con los hombres por medio de un pensamiento o un sentimiento infundido en la conciencia de cada individuo, sino que se ha hecho presente por medio de un acontecimiento con el que el hombre se topa en la materialidad de la vida cotidiana: Juan

y Andrés en la ribera del Jordán eran el emblema de esto. Y a través del fenómeno de la Iglesia, el método que marcó el comienzo del cristianismo, hace dos mil años, estaba destinado a perpetuarse para todas las generaciones futuras, hasta hoy.

La audiencia con Juan Pablo II

Después de hablar a la comunidad de Roma, el 2 de diciembre de 1994 Giussani fue recibido en audiencia privada por Juan Pablo II. Algo de lo que se dijeron se puede ver en la carta que Giussani le escribió el 23 de diciembre. En efecto, en esa ocasión, junto con la felicitación de Navidad, le confió al Pontífice cuánto le habían marcado sus palabras: «La invitación que hizo a mi persona y la benevolencia con la que se interesó por la actividad apostólica de tantas personas y grupos de Comunión y Liberación — especialmente de los *Memores Domini*— han dado impulso a una voluntad nueva de amor y a una disponibilidad mayor a la esperanza. Su persona sigue siendo el ideal de nuestra fe. ‘Cristo es joven’ es una llamada a la puerta del corazón de muchos, incluso ya no tan jóvenes»³⁸.

De forma simultánea, Giussani daba noticia del encuentro que había tenido a todos los miembros de la Fraternidad de CL: «Queridos amigos, hace poco tiempo el Santo Padre me ha dado la conmovedora sorpresa de invitarme, para asegurarme a mí y a todos los amigos de Comunión y Liberación su ininterrumpido amor y su oración cotidiana por mí y por la obra que hemos emprendido; así [...] el cuadragésimo año de nuestra historia ha podido gozar por el gesto complacido del padre que ha concedido a la Fraternidad y a los *Memores Domini* el reconocimiento generador de la Iglesia de Dios». Después informaba de que le había pedido a Juan Pablo II, al final de la audiencia: «Santidad, ¿puedo llevar su bendición a todos mis compañeros de camino?». La respuesta del Papa fue: «Mi bendición». Y luego, volviéndose antes de despedir a Giussani: «Y mis saludos».

La carta de Giussani proseguía con un llamamiento que recuerda al de la primera audiencia de enero de 1979: «Amarle, amar este gran signo y esta continuación de sí que Jesús nos ha dado, amarle afectiva y efectivamente ha sido siempre nuestra pasión. [...] Esta es la súplica de nuestra mirada y nuestro corazón ante el portal de Belén. Y es el propósito que ofrece nuestra vida al Santo Padre, impulso común de la gratitud y la fidelidad a él». Al concluir, Giussani dirigía una petición personal a la gente del movimiento: «Tened, por tanto, la caridad de perdonarme y de colaborar conmigo, que vivo entre vosotros para llevar este amor alegre aunque doloroso a Cristo, al Papa, a mi destino y al vuestro».

Al final de la carta hay también un *Post scriptum*: «Con deseos fervientes damos las gracias también a monseñor Dziwisz, fiel servidor del Santo Padre y de nuestra vida de fe»³⁹.

Reconocer a Cristo

Del 9 al 11 de diciembre de 1994 se celebraron en Rímini los tradicionales Ejercicios espirituales de los universitarios de CL. Desde hacía algún tiempo, la edad y la salud obligaban a Giussani a seleccionar sus compromisos para evitar esfuerzos excesivos. No obstante, no quería renunciar al retiro de los universitarios (hasta 1989 daba regularmente dos turnos de Ejercicios, uno para las universidades del norte de Italia y otro para las del centro y sur, y a partir de entonces un turno único para todos).

Giussani decidió estar presente solamente el sábado 10 de diciembre, para dar la meditación de la tarde. Se reunió a primera hora de la tarde con los responsables detrás del escenario del salón de la Feria del Rímini. En un momento dado, empezó a dictar a Di Martino una serie de frases escritas ya en su memoria. De ahí salieron tres folios con el esquema de la lección. A algunas frases se les adjuntó un número, que correspondía a una determinada documentación: algunas cartas que Giussani se había llevado para esa ocasión.

Apenas comenzó a hablar, Giussani estaba incontenible, su lección era una síntesis de todo su recorrido existencial y educativo, «poderosamente condensado y enteramente revivido, allí, delante de nuestros ojos, en un suspiro: desde el sentido religioso al acontecimiento de la encarnación, desde el planteamiento de la pretensión cristiana, hasta la contemporaneidad de Cristo en la Iglesia», recuerda Di Martino.

Giussani retomó un pasaje de Kafka, que había citado don Stefano Alberto al final de la lección de la mañana: «Existe un punto de llegada, pero ningún camino»⁴⁰. Para Giussani, «es innegable: hay algo desconocido (los geógrafos antiguos trazaban casi una analogía entre lo desconocido y la famosa ‘terra incógnita’ [...]). En los márgenes de la realidad que abarca el ojo, que siente el corazón, que imagina la mente, hay algo desconocido. Todo el mundo lo siente. [...] En todos los tiempos los hombres lo han sentido tanto que incluso lo han imaginado. [...] Tácito, en su *Germania*, describía así el sentimiento religioso que caracterizaba a los antiguos teutones: ‘*secretum illud quod sola reverentia vident, hoc deum appellant*’ (esa cosa misteriosa que ellos intuían con temor y temblor, [...] a esto llaman Dios) [...] ante el cual pasan las miradas de una mayoría indiferente, pero también de los de un gran número de apasionados». Sin embargo, para Giussani la frase de Kafka solamente era verdadera desde el punto de vista teórico: «Paradójicamente se podría decir que es cierto teóricamente, pero no históricamente. ¡El misterio no se puede conocer! Esto es cierto teóricamente. Pero si el misterio llama a tu puerta...»⁴¹.

Dichas estas palabras, Giussani introducía la página del Evangelio de Juan que contiene la noticia del encuentro de los primeros discípulos con Jesús. En ese momento, recuerda Di Martino, «se desplegó con una capacidad sugestiva incomparable una de las dimensiones más potentes de la manera en que Giussani nos comunicaba el cristianismo: una identificación total con la experiencia inicial. Mientras recorría la página que narra el primer encuentro de Juan y Andrés con Jesús, don Giussani estaba allí, estaba presente, veía lo que sucedía y nos arrastraba a verlo con él; no hablaba de un pasado lejano, describía lo que parecía tener ante su mirada, entraba en la dinámica de aquellos momentos decisivos para la historia del mundo, mostraba su desarrollo, explicitaba las

razones que debían de estar operando. Nos imantaba, nos hacía entrar en lo que había sucedido».

Los Ejercicios eran uno de los momentos más esperados del año por los universitarios. Participaban en ellos, como siempre, personas de todo tipo, incluso de la última hora o culturalmente lejanas de la fe. Giussani lo sabía y por esto no presuponía nada, todo tenía que ser comprensible sin condiciones previas.

He aquí cómo veía Giussani —proyectando su imaginación dos mil años hacia atrás— al anciano san Juan intentando escribir el primer capítulo de su Evangelio: «Contiene el recuerdo de los primeros que le siguieron. [...] En una página uno de ellos anotó sus primeras impresiones y los rasgos de aquel primer momento en que sucedió el hecho. El primer capítulo de san Juan contiene, de hecho, una serie de apuntes que son precisamente notas sacadas de su memoria. Siendo él uno de los dos primeros discípulos, ya anciano, recuerda los apuntes que perduraban en su memoria. Porque la memoria tiene su propia ley. La ley de la memoria no es una continuidad sin espacios en blanco, como ocurre, por ejemplo, en una creación imaginaria, de ficción. La memoria literalmente ‘toma apuntes’, como hacemos nosotros ahora: una nota, una línea, un punto, y ese punto encierra muchas cosas, de modo que la segunda frase parte ya de las muchas cosas supuestas en el primer punto. Las cosas están más supuestas que dichas; solo se narran algunas como puntos de referencia. Por eso yo, a mis setenta años de edad, releo este pasaje por enésima vez sin ningún síntoma de cansancio»⁴².

Después Giussani empezó a contar, casi como un testigo ocular de los hechos: «Imaginad la escena. Llevaban ciento cincuenta años esperándole. El pueblo hebreo, que siempre, a lo largo de toda su historia, durante dos milenios, había tenido algún profeta, [...] por fin tenía un nuevo profeta: se llamaba Juan el Bautista. [...] Tenía siempre un corro de personas a su alrededor. Entre esas personas estaban también aquel día dos que habían ido por primera vez a oírle [...]. Estaban allí como dos pueblerinos que van por primera vez a la ciudad, desorientados, mirando con ojos asombrados todo lo que sucedía a su alrededor y, sobre todo, mirándole a él. Estaban allí con la boca abierta y con los ojos abiertos de par en par mirándole, escuchándole, atentísimos. De repente uno del grupo, un hombre joven, se marcha, tomando el sendero que bordea el río para ir hacia el norte. Y Juan el Bautista, de improviso, con la mirada fija en él, grita: ‘¡He ahí el Cordero de Dios, el que quita el pecado del mundo!’’. Pero la gente no se movió, porque estaba acostumbrada a oír de vez en cuando al profeta expresarse con frases extrañas, incomprensibles, sin nexo aparente entre ellas; por eso, la mayor parte de los presentes no le hizo caso. Pero los dos que venían por primera vez, que estaban allí pendientes de todas las palabras que decía Juan, que miraban sus ojos y los seguían hacia donde él dirigía su mirada, vieron que se fijaba en aquel individuo que se marchaba, y se fueron detrás de él. Le seguían manteniéndose a distancia, por temor, por vergüenza, pero extrañamente, profundamente, oscuramente y sugestivamente movidos por la curiosidad»⁴³. Giussani leyó el pasaje correspondiente del Evangelio: «Aquellos dos discípulos, oyéndole hablar así, siguieron a Jesús. Jesús se volvió y, al ver que le seguían dijo: ‘¿Qué buscáis?’’. Le respondieron: ‘Rabbí, ¿dónde vives?’’. Él les dijo: ‘Venid y lo

veréis'». Para Giussani esta es «la fórmula cristiana. El método cristiano es este: 'Venid y lo veréis'». Y leyó: «Y fueron, vieron dónde vivía, y se quedaron con Él aquel día. Eran alrededor de las cuatro de la tarde».

Giussani continuaba describiendo la escena: «Uno de los dos que habían oído las palabras de Juan el Bautista y habían seguido a Jesús se llamaba Andrés, y era hermano de Simón Pedro. Se encontró, en primer lugar, con su hermano Simón, que volvía de la playa —volvía de pescar o de arreglar las redes necesarias para la pesca— y le dice: 'Hemos encontrado al Mesías'. No narra nada, no cita nada, no documenta nada: es cosa ya sabida, está claro, ¡son apuntes de cosas que todos sabían! Pocas páginas se pueden leer tan realistas y veraces, tan sencillamente veraces, donde no se añade una sola palabra al puro recuerdo».

Penetrando cada vez más en la trama de aquella historia, Giussani observó: «Pero imaginad a aquellos dos escuchándole durante varias horas y que luego tienen que volver a casa. Él se despide y ellos se marchan callados, en silencio, porque les invade la impresión de haber presentado el misterio, de haberlo sentido. Y después se separan. Cada uno se va a su casa. No se despiden. No es que no se despidan, sino que lo hacen de otro modo: se despiden sin despedirse, porque están llenos de lo mismo. Los dos son una sola cosa, porque están llenos de lo mismo. Andrés entra en su casa, se quita el manto y su mujer le dice: «Pero, Andrés, ¿qué pasa? Estás diferente, ¿qué te ha sucedido?». Imaginemos que él, abrazándola, rompiese a llorar y que ella, turbada, siguiese preguntándole: «Pero ¿qué te pasa?». Él seguía abrazando a su mujer, que no se había sentido abrazada así en toda su vida: ¡Era otro! Era él, pero era otro. Si le hubiesen preguntado: «¿Quién eres?», habría dicho: «Me doy cuenta de que soy otro... Después de haber oído a ese individuo, a ese hombre, soy otro».

Terminado el relato, Giussani exclamó: «Amigos, esto, sin demasiadas sutilezas, es lo que sucedió»; y comentó que para aquellos primeros discípulos de Jesús «era facilísimo mantener, vivir la relación con aquel hombre. Bastaba adherirse a la simpatía que provocaba, una *simpatía profunda*, parecida a la simpatía vertiginosa y carnal que siente el niño hacia su madre»⁴⁴.

Di Martino subraya: «Haría falta ponerse en el lugar de los ocho mil que estábamos allí. Aquel 'facilísimo' constituía una liberación. Y sin embargo no era en absoluto el término de una exhortación sentimental o moral (como se diría hoy: 'Venga, ánimo, créenos también tú, venga, verás qué fácil es'), es decir, no estaba motivado por una simplificación, por una suavización del problema, sino por un máximo de evidencias y de razones».

Giussani continuó estimulando la imaginación de los universitarios, invitándoles a pensar en aquellos hombres: «Imaginaos esto durante un año o dos, imaginad que le hubierais escuchado todos los días, que hubierais sentido esa bondad suya, que hubierais visto ese poder suyo sobre la naturaleza, una naturaleza que parecía estar a su servicio. [...] Aquellos hombres [...] se decían unos a otros: 'Pero ¿quién es este?'. Esta pregunta da comienzo al problema de Cristo en la historia del mundo y hasta el final del mundo». Y sin embargo, decía Giussani casi leyendo cierta perplejidad en los rostros de los

universitarios, «era gente que le conocía muy bien, que conocía a su familia; le conocían como la palma de su mano, le seguían ¡hasta el punto de que habían abandonado su casa! Pero era tan desproporcionado el modo de actuar de aquel hombre, tan inconcebible, tenía tal soberanía, que entre sus amigos surgía espontáneamente la pregunta: ‘¿Quién es este?’»⁴⁵.

En la segunda parte de la lección, Giussani respondió a una pregunta que imaginaba que se estaría haciendo alguno de los ocho mil al escucharle: de acuerdo, para los discípulos fue fácil reconocer a Jesús, porque le tenían delante en persona, ¿pero hoy? Él no dio explicaciones teóricas, sino que prosiguió con su relato: «Aquellos dos, Juan y Andrés, y aquellos doce, Simón y los demás, se lo dijeron a sus mujeres, y algunas de esas mujeres se fueron con ellos. Llegó un momento en que muchas se fueron con ellos para seguirle: abandonaban sus casas y se iban con ellos. También se lo dijeron a otros amigos, que no abandonaban necesariamente sus casas, pero que compartían su simpatía hacia aquel hombre, que compartían su actitud positiva de asombro y de fe en Él. Y esos amigos se lo dijeron a otros amigos, y luego a otros amigos, y más tarde a nuevos amigos más. Así pasó el primer siglo, y estos amigos invadieron con su fe el siglo segundo al tiempo que invadían también geográficamente el mundo. Llegaron hasta España al final del siglo primero y hasta la India en el siglo segundo. Y luego los del siglo segundo se lo dijeron a otros que vivieron después de ellos, y estos a otros, como una gran corriente que se fue agrandando, como un gran río que crecía, hasta que llegaron a decírselo a mi madre, ¡a mi madre! Y mi madre me lo dijo a mí cuando era pequeño, y yo también digo: «Maestro, tampoco yo comprendo lo que dices, pero si nos vamos de tu lado, ¿adónde iremos? Solo tú tienes palabras que corresponden al corazón».

La historia bimilenaria que empezó en el Jordán llegaba a tocar a los universitarios que estaban en Rímini para los Ejercicios espirituales: desde aquella tarde en casa de Jesús, en efecto, «nació un flujo humano, una corriente humana que ha llegado hasta *ahora*, hasta mí. Al igual que mi madre pertenecía a este flujo, yo también pertenezco a él, y al decírselo a muchos amigos, también les hago partícipes a ellos de este flujo». Y así llegó hasta Andrea, un joven que le había escrito a Giussani una carta «que descubrí demasiado tarde», porque había muerto por causa del sida antes de que él la recibiera de manos de Marco Zibardi, amigo de Andrea.

Giussani empezó a leer: «Querido don Giussani: Le escribo llamándole ‘querido’ aunque no le conozco, nunca le he visto ni le he oído hablar. Sin embargo, a decir verdad, puedo decir que le conozco en cuanto que, si he entendido algo de *El sentido religioso* y de lo que me dice Ziba [sobrenombre de Marco Zibardi, *nda*], ‘le conozco por fe’ y, añadido ahora yo, gracias a la fe. Le escribo únicamente para darle las gracias. Gracias por haberle dado sentido a mi árida vida. Soy un compañero del colegio de Ziba, con quien siempre he mantenido una relación de amistad pues, aunque no compartía su postura, siempre me ha sorprendido su humanidad y su disponibilidad desinteresada [...] En esta atormentada vida creo que he llegado a la estación final, llevado por ese tren que se llama sida y que no perdona a nadie. Ahora decir esto ya no me da miedo. Ziba me

decía siempre que lo importante en la vida es tener interés en algo verdadero y seguirlo. Yo he buscado este interés muchas veces, pero nunca era el verdadero. Ahora he visto el verdadero, lo veo, lo he encontrado y comienzo a conocerlo y a llamarlo por su nombre: se llama Cristo. No sé siquiera qué quiere decir eso ni cómo puedo decir estas cosas, pero cuando veo el rostro de mi amigo o leo *El sentido religioso*, que me está acompañando, y pienso en usted o en las cosas que Ziba me cuenta de usted, todo me parece más claro, todo, incluso mi mal y mi dolor. Mi vida, que estaba ya aplastada y estéril, como una piedra lisa por la que todo resbala como el agua, ha cobrado repentinamente un sentido y un significado que expulsa los malos pensamientos y los dolores; es más, que los abraza y los vuelve verdaderos haciendo de mi cuerpo, larvoso y pútrido, un signo de la presencia de Cristo. Gracias, don Giussani, gracias porque me ha comunicado esta fe o, como usted lo llama, este acontecimiento. Ahora me siento en paz, libre y en paz. Cuando Ziba rezaba el Ángelus delante de mí mientras yo blasfemaba en su cara, le odiaba y le decía que era un cobarde, porque lo único que sabía hacer era decir aquellas estúpidas oraciones. Ahora, cuando intento balbucearlo con él, comprendo que el cobarde era yo, porque no veía la verdad que tenía delante, a un palmo de mi nariz. Gracias, don Giussani; es lo único que un hombre como yo puede decirle. Gracias, porque puedo decir con lágrimas en los ojos que morir así tiene ahora sentido, no porque sea más bonito —tengo mucho miedo de morir—, sino porque ahora sé que hay alguien que me quiere, que incluso yo puedo quizá salvarme y que también yo puedo rezar para que mis compañeros de habitación encuentren y vean lo que yo he visto y encontrado. Así me siento útil, fíjese, usando solamente la voz me siento útil; con la única cosa que todavía puedo usar bien, puedo ser útil; yo, que he desperdiciado mi vida, puedo hacer el bien por el simple hecho de rezar el Ángelus. [...] Ziba ha puesto en la cabecera de mi cama una frase de santo Tomás: ‘La vida del hombre consiste en el afecto que principalmente le sostiene y en el que encuentra su mayor satisfacción’. Creo que mi mayor satisfacción ha sido haberle conocido [¡nunca nos hemos visto!] escribiéndole esta carta, pero será aún mayor cuando, por misericordia de Dios y si Él quiere, yo le conozca a usted allí donde todo será nuevo, bueno y verdadero» Giussani releía: «Nuevo, bueno y verdadero como...», se interrumpió, y volvió a leer: «...como la amistad que usted... que...». La emoción le impidió continuar, y por eso pasó la carta a Di Martino, diciéndole que terminara él, y este retomó la lectura: «Nuevo, bueno y verdadero como la amistad que usted ha llevado a la vida de muchas personas y en la que puedo decir que ‘yo también estaba’. También yo, en esta mísera vida, he visto y he participado en este acontecimiento nuevo, bueno y verdadero. Rece por mí; yo seguiré sintiéndome útil durante el tiempo que me quede rezando por usted y por el movimiento. Un abrazo. Andrea»⁴⁶.

«No fue ayer, es hoy»

Cuando Giussani retomó la palabra, dijo con voz fuerte: «Esta carta se ha saltado dos mil años de un plumazo. No fue ayer, *es hoy*, y no es hoy solo para mí, sino que es hoy

también *para ti*, sea cual sea la postura que tengas: ¡Cámbiala, si la tienes que cambiar! Yo me doy cuenta todas las mañanas de que la tengo que cambiar, porque soy responsable de muchas cosas que Él ha puesto en mis manos. Digo solamente que este acontecimiento o esta presencia es una presencia actual, ¡de hoy! Ese flujo humano del que hemos hablado lo llevo yo hoy a tu vida. No hay nada más que Dios, solo Dios, ayer, hoy y siempre. Un acontecimiento grande, decía Kierkegaard, únicamente puede ser *presente*, porque lo que nos puede cambiar no es algo pasado, no es un muerto»⁴⁷.

La lección no había terminado todavía: Giussani leyó otras cartas de Italia, de Novosibirsk y de Kampala, hasta llegar a la «mayor noticia de estos tiempos, quizá la más grande de toda nuestra historia». Se trataba de un hecho que había ocurrido en Brasilia⁴⁸: «El asesinato de Edimar, un chaval del mundo de los delincuentes de Brasilia, que cometió varios asesinatos porque pertenecía a una banda de asesinos. Al comienzo del curso llega a su clase una profesora libanesa perteneciente a los *Memores Domini*, que actualmente está en Brasil. Habla nuestro lenguaje. Edimar se siente profundamente turbado; también él quiere tener los ojos llenos de azul como los suyos, y no oscuros, negros y sucios como los tiene él. Se propone cambiar. El jefe de la banda comprende que hay algo que no marcha e inmediatamente le pone a prueba y le ordena ir a matar a una persona. [Edimar] dice: ‘Yo no mato a nadie más’. ‘Entonces te mato yo’. Y lo mató. Es el segundo mártir de nuestra historia»⁴⁹, después del joven ugandés Francis (ver aquí, pp. 672-675).

Giussani dedicó la parte conclusiva de su intervención a la vida cristiana entendida como vocación, lo que significaba: «Cumplir una misión, desarrollar la tarea que Dios determina para cada uno a través de las circunstancias banales, cotidianas, instante tras instante, que Él permite que atravesemos. [...] Esta es la finalidad para la que Dios ha hecho el mundo: el bien de todo, el bien. Lo contrario del ensayo sobre el mal que ha escrito Bobbio⁵⁰, un ensayo serio y conmovedor, creo yo, por algunas de sus páginas»⁵¹ anticipadas por el diario *La Stampa*⁵². En las semanas anteriores unas inundaciones devastadoras habían sembrado muerte y destrucción en la región del Piamonte, empujando a Bobbio a preguntarse sobre el problema del mal; el filósofo confesaba que no lograba darse una explicación razonable, hasta el punto de reconocer la victoria del mal sobre el deseo de bien y justicia del hombre y sobre Dios mismo entendido como bondad infinita. Giussani era de otra opinión, porque «el designio de un padre es el bien del hijo. El ideal de la vida pasa a ser el bien».

Giussani estaba hablando desde hacía dos horas, pero pidió a los universitarios un último esfuerzo: «Ahora os ruego que estéis atentos estos últimos cinco minutos, porque lo que voy a deciros es [...] la consecuencia más aguda del tema de hoy. Hay una forma de vocación que llama a tomar un camino imprevisto e imprevisible, impensado e impensable para la mentalidad corriente, y que se llama, perdonad si lo digo inmediatamente, *virginidad*»⁵³. Apuntó también al hecho de que los que tomaban ese camino «tienen las exigencias naturales que tienen todos; esta forma de vocación atraviesa las exigencias más naturales tal como se presentan en la experiencia,

realizándolas paradójicamente con un potencial nuevo. En aquellos que tienen esta vida, esta forma de vocación, el *trabajo* se convierte en *obediencia*. [...] Para realizarme a mí mismo, la acción que llevo a cabo no la hago para mí mismo, sino para Otro».

A continuación leyó la carta que le había escrito un joven a su antigua novia, pero primero proporcionó alguna información sobre el asunto: «Después de tres años de noviazgo ella intuyó que su vocación era la virginidad y le dijo que había decidido comprobarlo empezando un periodo de verificación vocacional». El joven le escribió: «Querida, solo quiero emplear unas pocas palabras, pues todo está ya contenido en nuestros corazones para siempre [¡Para siempre! ¡Nada se elimina!]. Estoy conmovido, es decir, asombrado, maravillado por lo que se está cumpliendo en tu vida, o mejor, por quien la está cumpliendo. [...] Te pido perdón, en el sentido de que te pido que me dones tu petición, con la certeza de que me has amado más perteneciendo a los *Memores Domini*». Giussani ponía de relieve que el mismo ideal de todos y para todos es Cristo, «lo único por lo que merece la pena vivir y morir, trabajar, amar a la mujer, educar a los hijos, gobernar y ayudar a un pueblo. Es para todos, pero algunos son llamados al sacrificio de la virginidad justamente para que estén presentes, entre los demás, recordando este ideal que es para todos». Y pensando en la historia que acababa de describir, concluía: «El milagro de los milagros, [...] es decir, el fenómeno que de manera inexorable te obliga a pensar en Jesús, es una chica guapa de veinte años que abraza la virginidad»⁵⁴.

En aquellas dos horas y doce minutos de intervención, Giussani no parecía advertir el cansancio. Fue la lección más larga de todas las que impartió en los Ejercicios del CLU. Ocho mil universitarios le escucharon conteniendo la respiración. Si hubieran podido, todos, uno por uno, le habrían abrazado realmente. Giussani se daba cuenta, titubeaba, estaba conmovido.

Los primeros meses de 1995 pondrán de relieve el alcance que tuvo la lección de Giussani a los universitarios, como recuerda siempre Di Martino: «Después de aquellos Ejercicios se duplicó, en sentido literal, el número de personas que decidieron verificar el camino de la entrega a Cristo en la virginidad».

Las comunidades de diversas facultades pidieron a Giussani poder verle de nuevo: sus palabras habían suscitado una miríada de preguntas y exigían respuestas. Solamente en Milán, entre febrero y junio de 1995, Giussani se reunió con los estudiantes de las facultades de Humanidades, Ciencias, Medicina y Física de la Universidad Estatal, de la Universidad Católica, de la Bocconi, de la Politécnica. Recopiladas en un único volumen, aquellas conversaciones se publicaron con el título *Avvenimento di libertà*⁵⁵ (no hay ed. esp., *ndt*). El libro ofrece un resumen del método que Giussani había practicado durante toda su vida como sacerdote, profesor y educador: el diálogo. No el estéril intercambio de opiniones y de impresiones, sino la relación cotidiana en la que dos personas comparten lo que la vida les ha enseñado. Cuántas veces los chicos oyeron a Giussani afirmar que todo lo que decía lo había aprendido. Durante las asambleas de 1995 no eludió ninguna pregunta de los universitarios, arrastrados de ese modo por una corriente que les condujo paso a paso a tomar conciencia de la profundidad de los

interrogantes que anidaban en el corazón de cada uno y que la realidad cotidiana — estudio, afectos, vicisitudes sociales— suscitaba continuamente. Giussani no anticipaba nunca las respuestas; su esfuerzo consistía ante todo en espolear a los jóvenes universitarios para que vivieran a la altura de sus preguntas; pues sin esto cada respuesta suya habría resultado fácilmente abstracta e impuesta a sus vidas.

Recorrer las páginas de *Avvenimento di libertà* es como encontrarse dentro del flujo de vida en el que Giussani implicaba a los jóvenes, introduciéndoles en una razonabilidad del vivir que él había experimentado desde que tenía su edad y que se había convertido en el contenido de su propuesta educativa. Y es significativo ver cómo en el curso de las asambleas Giussani acompañaba a los jóvenes a caer en la cuenta de la realidad con lealtad y sencillez, sin censurar nada. Di Martino, presente en aquellos encuentros, recuerda que Giussani hablaba lentamente, a veces con dificultad, cada vez más como un padre: «Fueron años de una intensidad completamente especial. A don Giussani, por causa de su enfermedad, se le veía cada vez menos, pero su persona estaba cada vez más presente en la raíz de nuestra personalidad y de nuestra fe».

El Vía Crucis en Caravaggio

El Viernes Santo de abril de 1995 tuvo lugar el tradicional *Vía Crucis* en el santuario de Caravaggio, organizado por los universitarios de Comunión y Liberación de las universidades milanesas. Miles de jóvenes desfilaban en silencio por los senderos entre los campos que rodean el santuario mariano. A pesar de los achaques de su edad, Giussani caminó durante horas detrás de la cruz. Al final Di Martino le acompañó a casa: «Nos paramos a tomar una cerveza a mitad del camino. Aproveché el momento de distensión para preguntarle: ‘¿Cómo puedes mantenerte tan derecho e inmóvil durante toda la tarde?’. Se quedó parado un instante, me miró con una expresión pensativa y desarmada: ‘No lo sé... ¡pero Dios me ha dado una fuerza de otro mundo!’».

Desde 1977 el *Vía Crucis* de Caravaggio formaba parte del «Triduo pascual» de los universitarios de CL de Milán; el día anterior, Jueves Santo, se celebraba en la Cartuja de Pavía. La última vez que Giussani lo dirigió personalmente fue en 1995; a partir del año siguiente, cuando la salud se lo permitía, participaba en la misa del Jueves Santo y seguía el *Vía Crucis* desde dentro de un coche.

La tradición de la Semana Santa de Varigotti de los comienzos de Gioventù Studentesca (ver aquí, pp. 277ss) revivió con toda su belleza y profundidad, implicando a miles de jóvenes en la memoria de la pasión, muerte y resurrección de Cristo.

Año tras año, desde 1977 hasta 1994, Giussani construyó un gesto de rara intensidad y belleza, cargado de realidad. Aquellos días eran un tiempo de memoria cristiana, entendida como conciencia de la presencia: «Se llama memoria porque es una presencia que empezó en el pasado, [...] brotó [...] del seno de María hace muchos siglos, [...] para convertirse en una potente corriente humana dentro de la historia del mundo». En efecto, «si Cristo no fuera un evento contemporáneo no sería Dios». He aquí, pues, la utilidad del Triduo pascual: «Revivimos en estos días esa historia, revivimos la memoria: la

salvación viene de un hombre, *Caro cardo salutis*, de un lugar humano, de una carne»⁵⁶.

A Giussani le sostenía la conciencia de que «no se trata tanto de un pensamiento que seguir ahora, cuanto de un acontecimiento en el que entrar; se trata de una forma de memoria y, como toda forma de memoria, obtiene toda su importancia de la seriedad con la que el corazón se fija en los contenidos de la memoria misma». Sabía bien que las jornadas del Triduo implicaban un esfuerzo y que el decaimiento de la atención estaba siempre al acecho, especialmente durante el *Vía Crucis*, que ocupaba al menos cuatro horas de camino y paradas siempre en pie. Por eso, desde el comienzo hacía una recomendación: «No nos sorprendamos si nos descubrimos distraídos durante algunos minutos; recuperemos la atención apenas nos demos cuenta»⁵⁷.

Era proverbial la capacidad que tenía Giussani de identificarse con los episodios de la vida de Cristo y provocar la misma experiencia en sus interlocutores: «Era esto lo que nos imantaba cuando leía el Evangelio», dice Di Martino, «el Jueves y el Viernes Santos estaban dominados por la identificación de don Giussani, que nos contagiaba también a nosotros». La mañana del Viernes Santo, por ejemplo, él invitaba a esto: «Sigamos a la figura de la Virgen y sus sentimientos durante todo el camino de hoy»⁵⁸.

La preparación del gesto de la Semana Santa asumió cada vez más las características de una construcción que se fue precisando con el tiempo. Giussani invirtió en ella muchas energías. Citaba el Antiguo y el Nuevo Testamento, textos de Péguy, pero también de Miłosz y de otros autores; insertaba en los diversos momentos del Triduo cantos de diversa naturaleza y de distintas épocas, desde el gregoriano a la música de Hildegarda de Bingen, las laudas del Laudario de Cortona y del Laudario Magliabechiano, la polifonía de Victoria, y además composiciones de los siglos XV, XVI y XVII hasta las más recientes, alternando cantos de pueblo, de coro y de solistas; proponía, además, música de Mozart, de Pergolesi, de Allegri, hasta conseguir realizar algo único. Este conjunto de lecturas y de músicas introducía directamente en el acontecimiento de la encarnación, en la memoria viva de Cristo, en el drama de su relación con cada uno y viceversa. Eran muchos los universitarios que participaban por primera vez en los momentos pascuales del CLU, a veces gente extraña al cristianismo o escépticos, pero frente a aquel fenómeno se encontraban casi obligados, como decía a menudo don Giussani, a buscar una explicación, a admitir la existencia de algo irreductible.

Giussani era un apasionado de la búsqueda de la belleza y del cuidado de las formas: no se trataba de algo accesorio, sino de una dimensión esencial de su temperamento y su carisma. Observa Di Martino: «La atención a la forma y la pasión por la belleza coincidían en él con la conciencia y el amor al contenido». Sorprendía la precisión extrema con la que elegía los cantos, que cada año añadía, experimentando otros nuevos. Además intervenía constantemente en corregir y animar las interpretaciones del coro, a las que siempre estaba atento y agradecido. También los solistas eran elegidos uno a uno, ligando ciertas voces a determinados cantos. Era tan fuerte este vínculo, y afectuosa y personal la relación con los solistas, que una vez, cuando Alberto De Maestri, el tenor preferido de Giussani, que habitualmente ejecutaba el *Tatal nostru* (el *padrenuestro* de la

liturgia rumana), decidió no participar en el triduo pascual por motivos de trabajo, Giussani se alarmó y mandó decirle a través de Di Martino: «‘Don Giussani te suplica que vengas a cantar por lo menos esos dos días al año, porque para ciertos cantos hace falta tu voz’. Su criterio último no era la capacidad técnica, sino la intensidad expresiva, dramática, la verdad de la identificación». Giussani ponía el mismo cuidado en la elección de las piezas musicales que acompañaban a las meditaciones: «Hacía falta una determinada versión, con tal o cual director; y buscaba obstinadamente las interpretaciones que estaban más en consonancia con su sentir».

Con frecuencia Di Martino tuvo la oportunidad de acompañar en coche a Giussani a la Cartuja de Pavía y a Caravaggio: «Durante el trayecto se ‘trabajaba’, y en los días anteriores nos reuníamos para preparar las lecturas y los cantos. Las palabras no tenían que ‘explicar’ el acontecimiento, sino que formaban parte de él; los cantos no debían entretener, la música no tenía que distraer, porque eran la concreción misma de la memoria. Lo que dominaba cada detalle del gesto era el sentido potente de la encarnación, la conciencia de Cristo como hecho presente». El trabajo de preparación proseguía hasta el último momento: Giussani limaba, quitaba y añadía. «Daba vueltas y más vueltas con sus papeles, apuntaba, subrayaba, releía, se paraba a pensar. Luego reunía a los lectores (con ellos ya había ensayado y vuelto a ensayar, corrigiendo, enseñando a silabear, a no comerse trozos de palabras) y al director del coro, para una última comprobación de las tareas asignadas, de los turnos, de las entradas. Era un grandísimo director». Y un amante del ritmo: Giussani no quería que pasara ni siquiera un segundo de pausa entre el final del canto y el comienzo de la lectura, y viceversa; debía mantenerse siempre una tensión dramática, se irritaba visiblemente por todas las dudas debidas a la distracción o a la falta de preparación. Durante el desarrollo del acto siempre estaba muy presente en la situación, y con la mirada y rápidos gestos de la cabeza dictaba los tiempos y los ritmos.

Giussani enriqueció progresivamente el Triduo con lecturas y cantos, reduciendo la duración de sus lecciones hasta 1994, cuando estableció la forma definitiva del gesto en un cuadernillo que, desde entonces, volverá a imprimirse cada Semana Santa; se trata de una ayuda para vivir más conscientemente la liturgia del Jueves y del Viernes, con breves introducciones a las lecturas y los cantos. Cuando salieron los primeros ejemplares del cuadernillo, Di Martino y los otros responsables del CLU oyeron cómo Giussani les lanzaba simpáticamente una advertencia: «¡Ay de vosotros si tocáis una coma!»; tanta era la importancia que daba a ese instrumento.

El «sí» de Pedro

Entre 1994 y 1995 Giussani comentó repetidamente un pasaje del Evangelio de Juan, además del prólogo sobre el Verbo hecho carne que le había conquistado en el seminario y del que se refiere a Juan y Andrés. Se trataba del capítulo 21, el diálogo de Jesús con Pedro. Lo hizo también durante los ya citados Ejercicios espirituales de los universitarios de 1994. Por medio de sus palabras, que evocaban el episodio evangélico, nos veíamos

proyectados a la Galilea del siglo I, como si fuera el escenario de un film: «Una mañana estaban en la barca, volviendo ya a tierra, y no habían pescado nada. Cuando estaban aún a varios centenares de metros de la orilla se dieron cuenta de que había un hombre allí, erguido —había preparado una pequeña hoguera y por eso se le veía a cien metros de distancia—, que les interpeló de una forma que ahora no detallo. Juan dijo antes que nadie: ‘¡Es el Señor!’». Pedro se lanza sin pensárselo al agua y en cuatro brazadas alcanza la orilla: y es el Señor. Mientras tanto llegan los demás, pero nadie habla. Se ponen todos en corro, en silencio. Permanecen callados porque todos sabían que era el Señor resucitado: había muerto y se les había aparecido ya varias veces después de haber resucitado. Esta vez había preparado para ellos pescado asado. Todos se sientan y comen. En el silencio casi total que pesaba sobre la playa, Jesús, recostado, miró al que tenía a su lado, que era Simón Pedro. Le miró fijamente y Pedro sintió sobre él -imaginemos cómo lo sintió- el peso de aquella mirada, porque se acordaba de su traición de pocas semanas antes, y de todo lo que había hecho -hasta el punto de que Jesús le había llamado una vez Satanás: ‘Apártate de mí, Satanás, escándalo para mí, para el destino de mi vida’-. Se acordaba de todos sus defectos, porque cuando uno se equivoca gravemente le vienen también a la mente el resto de errores, incluso los menos graves. Pedro se sintió aplastado bajo el peso de su incapacidad, su incapacidad para ser hombre. Y aquel hombre recostado allí a su lado abre le boca y le dice: ‘Simón (imaginaos cómo debía de temblar Simón), ¿me amas?’. Si intentáis identificaros ahora con esta situación temblaréis solo de pensarlo, de pensar en esta escena tan dramática. Y es dramática porque describe muy bien lo humano, lo expone con claridad, lo exalta. Porque el drama exalta los factores humanos, no los aniquila, como la tragedia. El nihilismo conduce a la tragedia; en cambio este encuentro introduce en la vida el drama, pues el drama es la relación que se vive entre un yo y un tú. Entonces, como un suspiro, apenas como un suspiro, Pedro respondió. Su respuesta fue apenas musitada, como un suspiro. No se atrevía, pero...: ‘No sé cómo, pero sí, Señor, yo te amo; no sé cómo, pero es así’». En resumen, se preguntaba Giussani, «¿por qué, después de todo lo que le había hecho, después de su traición, se encontró frente a la pregunta: ‘Simón, ¿me amas?’?». Tres veces. Y a la tercera vez dudó -puede que hubiera también duda en la pregunta- y respondió más extensamente: ‘Señor, Tú lo sabes todo, Tú sabes que te quiero. Mi simpatía humana es para ti; mi simpatía humana es tuya, Jesús de Nazaret’» ⁵⁹.

¿Y qué implicaba esta simpatía humana que despertaba Jesús? «*Observarle*, o ese observarle activo que se llama seguir». Giussani empezó a contar de nuevo que los primeros discípulos, después de haber conocido a Cristo, «volvieron con Él al día siguiente. Y Él volvió con ellos al tercer día, porque vivía en un pueblo cercano. Empezó a ir a pescar con ellos, y por la tarde iba a buscarles a la playa cuando ordenaban las redes. Y cuando empezó a ir de vez en cuando a los pueblos del interior, iba antes a buscarles y les decía: ‘¿Venís conmigo?’’. Algunos iban, otros no; pero al final acabaron yendo todos. Pasaban con Él algunas horas, después algunas horas más, y luego el día entero. Después empezó a pasar fuera también las noches, y ellos le seguían, olvidando su casa... ¡Pero no es que olvidaran su casa! Había algo más grande que su casa, había

algo de lo que nacía su casa, de lo que nacía el amor a su mujer, que podía salvar el amor con que miraban a sus hijos y con que les veían con preocupación hacerse mayores; había algo que salvaba todo esto más que sus pobres fuerzas y su débil imaginación. ¿Qué podían hacer ellos frente a los años de carestía o frente a los peligros con los que se topaban sus hijos? ¡Le siguieron!»⁶⁰.

Capítulo 31
«Una mirada que aprender»
La responsabilidad y una Italia en peligro
(1995-1996)

En el mes de enero de 1995 Giussani se enteró por una amiga de los *Memores Domini*, Cristina Bologna, de una curación inexplicable atribuida a san Ricardo Pampuri (1897-1930), médico de la orden de los hermanos de San Juan de Dios, muerto jovencísimo y canonizado por Juan Pablo II en 1989. El mismo Giussani refirió los hechos tal como se los habían contado: «Una pariente de una amiga nuestra de Coazzano enferma muy gravemente de la médula espinal: trasplantes y autotrasplantes, una de las cosas más graves que haya. Y Laura le dice a esta compañera suya: ‘Hagamos una peregrinación aquí cerca, a san Pampuri’. Daos cuenta de que eligieron a san Pampuri porque estaba más cerca y esto no producía escándalo alguno; si hubiera estado más cerca la Virgen de Caravaggio, habrían ido a Caravaggio. Y van allí, compran una imagen del santo y Laura le dice a Cristina, su amiga: ‘Nosotras tenemos necesidad de lo concreto, así que toca con tu imagen los vestidos de san Pampuri’. Y ella toca con su imagen el gorro de su uniforme de la banda musical. Van al hospital y se la dan a la mujer enferma. Mientras están allí todavía leyendo la oración, llega el médico con el resultado del último examen: ‘Debo de haberme equivocado —dice muy agitado— hagamos un nuevo examen’. Media hora después llegan los resultados ¡iguales que los de antes! Entonces el médico dice: ‘Mirad, tenéis derecho a hablar incluso de milagro. Váyase usted a su casa’. ‘¿Cómo?’. ‘¡Váyase a casa, está curada!’». Comentando el episodio, Giussani exclamó que esto había sucedido «no hace dos mil años para la viuda de Naín, sino ahora». Y añadía: «bajo todo esto se oculta el desarrollo de la jugada más ‘astuta’ que Dios le hace al hombre»¹.

Desde aquellos días de enero, Giussani empezó a recomendar prestar atención a la figura de ese joven santo: «Rezad a san Pampuri, porque san Pampuri es algo espectacular. Pensad que nació en nuestros campos, confundiéndose con todas las cosas que había, era una brizna de hierba como las demás, una flor como las demás, un árbol como los demás, un campesino como los demás, un médico como los demás, un profesional. Rezad algún *Gloria* a san Pampuri —debemos valorar a los santos que Dios nos ha dado entre nosotros, en nuestra época y en nuestra tierra—. Tenemos que invocarle: un *Gloria* a san Pampuri todos los días»². Él mismo dará ejemplo: desde entonces, en efecto, la iglesia de Trivolzio, en la que se conservan los restos de san

Pampuri, se convertirá en una meta habitual; de hecho, él mismo irá frecuentemente en coche desde Gudo Gambaredo, donde vivía entonces.

Giussani hizo que se publicara en el número de *Tracce* de febrero de 1995 la carta de Cristina Bologna, junto a un artículo sobre la figura del santo³. Y de repente el párroco de Trivolzio, don Angelo Beretta, empezó a recibir llamadas de teléfono de todas partes: eran personas que pedían información sobre los horarios de las misas y las posibilidades de rezar delante de la urna del santo: gracias a Giussani, «llegaba gente de toda Italia y de todo el mundo a honrar a san Ricardo», declara don Angelo, que recuerda su primer encuentro en 1995: «Me habían telefoneado para decirme que iba a venir un ‘cura’ a las 11.00 para celebrar misa en honor a san Ricardo, salí a la plaza de la Iglesia y vi que llegaba monseñor Giussani. [...] Tras pocas palabras, parecía que me conociera desde siempre. Celebró la santa misa, y luego vino al oratorio a tomarse un café». Los dos sacerdotes hablaron largamente, «luego me dijo que por qué no compraba una antigua granja que estaba al lado de la plaza y que acababa de quedar deshabitada, para crear un lugar de acogida. Yo estaba perplejo, pero él me animó».

Don Angelo recuerda: «Luego vino otras veces, casi todos los años, a celebrar la santa misa y una vez [...] también para una boda»⁴.

Giussani habló en muchas ocasiones de san Ricardo, subrayando su proximidad a su propia vida: «Dios expresa su presencia en el tiempo, el signo de su presencia, a través del milagro de la santidad. El milagro tiene que venir de algo cercano, de algo que esté dentro de nuestro horizonte. Y así, el lugar en donde nació san Ricardo Pampuri está dentro del campo visual de Gudo: desde el último piso de Gudo [de la casa donde vivía Giussani, *nda*] se ve Trivolzio»⁵.

Y subrayaba de nuevo la cercanía y la normalidad de la vida de Pampuri: «En la historia de la gran amistad cristiana, san Ricardo se revela como un hermano mayor, que indica a nuestra vida, poco evolucionada aunque deseosa de la santidad, la raíz de lo que cuenta, esto es, la pertenencia a Cristo, y el camino que ella abre, el seguimiento a Él. La suya no es una historia clamorosa en cuanto a obras, si bien la extraordinaria participación del pueblo en sus funerales demostró cuánto había trabajado entre su gente y con qué amor»⁶.

Lo que le sorprendía a Giussani era que san Ricardo «no llegó a ser grande por haberse comprometido de forma voluntariosa a afrontar la realidad, cosa inevitablemente destinada a provocar desilusión por el pecado original de nuestros progenitores». Por el contrario, «es para nosotros un testimonio clarísimo de lo que dice san Pablo de sí mismo: ‘Aun viviendo en la carne vivo en la fe del Hijo de Dios’ (Ga 2,20). Y aunque la vida de san Ricardo fue breve, señalará para siempre el destino para el que estamos hechos: reconocer a Aquel que está entre nosotros, el rostro bueno del Misterio que hace todas las cosas, presente aquí y ahora»⁷.

El 9 de diciembre de 1995, durante los Ejercicios espirituales de los universitarios de CL, Giussani volvía a hablar de san Ricardo leyendo la carta que había recibido de una estudiante que, para curar un tumor, se estaba sometiendo desde hacía un año a ciclos de

quimioterapia, pero la situación empeoraba progresivamente. Acogiendo la invitación de Giussani, la joven fue muchas veces a Trivolzio para invocar la intercesión del santo médico. «El 2 noviembre, día de los Difuntos, me citaron en el hospital; después de una larga espera quedó libre una habitación: era inminente el trasplante de médula. No estaba tranquila, sabía que era una operación difícil y dolorosa [...], las enfermeras me pusieron el camisón y me llevaron a cortar el pelo: parecía que todo estaba a punto de cumplirse. Me pasaron mil pensamientos por la cabeza, pero solo uno tomó forma: pedí al Señor que me hiciera partícipe de su pasión, que no desperdiciara nada de mí. Le pedí poder entregar mi vida por usted, don Giussani y por mis amigos. En aquel instante me invadió una calma, una paz sorprendente. Tenía miedo del dolor, de la muerte, que en aquel pasillo del hospital, entre las habitaciones estériles, se intuía aunque no se viera. [...] Deseaba vivir mi anonadamiento no como desesperación, sino como sacrificio. Estaba completamente confiada, podía sucederme cualquier cosa. Pero ya estaba salvada, porque estaba en relación con el Eterno. Cuando pienso en ello ahora, quisiera poder vivir toda mi vida como aquel momento. Miraba mis manos, mis pobres manos que se iban a llenar de pequeños tubos y agujas, miraba el rostro de mi padre, sufriente pero dulce».

La mañana y la tarde transcurrieron entre pruebas de todo tipo, repetidas muchas veces. Y por la noche llegó el resultado, absolutamente imprevisible: no había necesidad de diálisis ni de trasplante, «la médula había comenzado de nuevo a producir sorprendentemente por sí sola. Era como si mi cuerpo, inmóvil y mudo desde hacía más de un año, de repente hubiera vuelto a funcionar como antes. ‘Cosas que suceden, dijeron los médicos. Los tratamientos han hecho efecto finalmente’. ¡No me basta! No me puede bastar una respuesta así. Les miré aturdida e incrédula. [...] Él me ama. Todavía no comprendo lo que puede haber sucedido, o al menos lo sé, pero tiemblo solamente de pensarlo. Y estoy inundada de gratitud»⁸.

Al terminar la lectura, Giussani comentó: «Estas personas, en la historia del hombre y en nuestra historia personal, son objeto de una iniciativa particular, inexplicable para el hombre. Pero una voz lo dice, su misma voz: [...] ‘Él me ama’. [...] El mayor milagro es que somos amados. Es lo que ha sentido nuestra amiga [...]. Sois amados. Este es el mensaje que llega a vuestra vida, lo queráis o no lo queráis»⁹.

«La mirada es una vida que vive, que camina, que desea, que estima, que ama»

A mediados de los años noventa había un pensamiento que volvía una y otra vez a la cabeza de Giussani, desde el día en que Giancarlo Cesana volvió a Milán tras una reunión con el grupo de los responsables españoles del movimiento: «Me estaba hablando de lo que habían planteado, y al final me dice (con su seriedad típica de la Brianza): ‘Entre nosotros no existe una unidad como la que tienen entre ellos, no existe un grupo así —especifiqué—. Entonces me dije: ‘Muy bien, en lugar de hacer el habitual Consejo de Presidencia [la reunión semanal del grupo que guía del movimiento junto con Giussani, *nda*], celebremos la santa misa para que la Presidencia habitual sea la

insólita unidad entre nosotros’».

Al contar el episodio al comienzo de la misa, el 9 de mayo de 1995, Giussani subrayó que esta era la fuerza que salva al mundo: «La participación en la cruz de Cristo es nuestra unidad, y la alegría de Dios es nuestra fuerza si la alegría de Dios se refleja en el rostro de nuestra unidad». Y en la homilía dijo: «Es como si un viento impetuoso que subiera del desierto de las capacidades humanas impregnara las relaciones, arrancase de este dinamismo al sujeto normal o natural, y pusiera en su lugar —no como sujeto, sino como término de la acción— a Otro. Yo soy Otro, yo obro por Otro, yo realizo a Otro: el designio del Padre».

Durante la homilía, Giussani recordó otra conversación reciente que había tenido con Marco Bona Castellotti, profesor universitario e historiador del arte: «Qué eficaz fue cuando —después de una comida en una casa del Grupo adulto—, mientras hablábamos, dijo que a él le había sorprendido el relato de los discípulos de Emaús, porque los dos apóstoles, que volvían a casa con melancolía, no le habían reconocido: el que tenían al lado era Cristo, pero su cara no era la de Cristo, la que ellos conocían como de Cristo, el rostro de carne de Cristo, el conocimiento carnal de Cristo, el conocimiento de un Cristo efímero, de Cristo en cuanto efímero. ¿Cuándo le reconocieron? ¡Al partir el pan! Es un gesto que construye el mundo, una acción que construye la salvación del mundo, que reconstruye el mundo: lo comprendieron por la acción que realizaba, cuando prolongó esa acción —decía Castellotti—. Y yo, que con setenta y tres años de vida no había pensado jamás esto de Emaús, me quedé gratamente sorprendido».

Giussani sacó una enseñanza de este episodio: vivimos el misterio del pueblo cristiano «si la acción que hacemos tiene como fin, como objeto suyo, la gloria de Cristo», por lo que «el factor de ayuda y desarrollo del pueblo cristiano, por tanto, lo que acrecienta el pueblo cristiano» es «la unidad —y nada más— en la conciencia del yo, de tal modo que yo, que te resulto extraño e incluso antipático, entro en la definición de tu yo, y toda la vitalidad de mi pensamiento entra en la vitalidad de tu pensamiento: es una unidad en la conciencia que tenemos de nosotros mismos, en la imaginación de lo que hay que hacer, en la toma de postura frente a lo que sucede, frente al mundo. Es una unidad que dota de piedad a uno y a otro cuando aparece la persecución y que nos invita a la humildad a uno y a otro cuando la gracia de Dios hace triunfar la cruz de Cristo».

Giussani no hablaba de modo genérico, porque estaba dirigiéndose a los responsables que había convocado a misa. Su llamada se dirigía ante todo a ellos: «Es esta unidad lo que falta entre nosotros como ideal esperado, suplicado, deseado y suplicado, programado, recuperado, de modo que aquel al que Dios elige —de hecho— para dar la primera patada a la pelota que debe moverse para entrar ella también en el juego general, dice: ‘En treinta años (la mayor parte de vosotros lleva diez o veinte años capitaneando la flota) ni siquiera uno de vosotros me ha preguntado jamás si su método de vivir el horizonte del movimiento es, a mi juicio, conforme a lo que pretende el impulso original o no’». Y es extremadamente significativo que entre los responsables «nadie haya sabido hacer esta pregunta en treinta años, con lo preocupados que estamos en cambio de estar bien en la acción singular, en la tarea singular que se nos ha asignado (para evitar líos y

fastidios)».

En resumen, concluía Giussani, la falta de unidad es «una invasión de mezquindad que no puede coexistir con las palabras: ‘Sí, Señor, te amo’. San Pedro podía ser el pecador más grande del mundo, pero aquella frase, aquel ‘sí’ valía más la pena que todos los razonamientos que se puedan hacer. Vivamos esta santa misa como petición a Dios para que se verifique esta unidad de manera edificante (¡edificante!) para cada uno de nosotros»¹⁰.

Durante una reunión que tuvo lugar el 21 de mayo de 1995 en Milán, resonó el eco de la preocupación que Giussani había expresado durante la misa de algunos días antes: «Dado que sacamos los motivos de nuestro entusiasmo, de nuestras recriminaciones, de nuestros esfuerzos, de otros lugares y no de la relación con el lugar que es la fuente del carisma, existe una especie de desproporción entre la promesa que es el movimiento por gracia de Dios (y cada vez más por gracia de Dios) y el resultado en el que no participan nuestras manos ni participan nuestros ojos con un mínimo de adecuación personal».

En este punto intervino don Francesco Ventorino, quien afirmó que había tenido que cambiar respecto a la idea que se había hecho de la naturaleza del carisma de CL: «Me ha resultado más evidente que nunca que no se trata tanto de un ‘criterio metodológico’ que aprender y luego aplicar, cuanto de una ‘mirada’ que aprender». Y Giussani: «...más que un a priori hegeliano nuevo». Continuó don Ventorino: «Una mirada no se termina nunca de aprender», porque «el criterio se puede suponer como algo ya aprendido, algo adquirido ya de una vez para siempre; una mirada no se termina nunca de aprender». Tras haber participado en algunas reuniones recientes con Giussani, el sacerdote de Catania declaraba que le había conmovido esto: «La sorpresa de encontrarme frente a un hombre que mira la realidad, que nos conduce poco a poco a mirar las cosas, con una profundidad a la que solos no podríamos llegar nunca». E identificaba también el error: «Yo lo capto en mí, que estoy dentro de esta historia desde hace treinta y cinco años; en un cierto punto hemos considerado ‘suficiente’ el juicio al que habíamos llegado, olvidando que el hombre siempre está siempre en proceso de corrección, pero una corrección ‘en presencia’ de otro».

Sorprendido por la intervención, Giussani dio las gracias a don Ventorino sobre todo por la fórmula que había utilizado, que le pareció nueva en la historia del movimiento: «Mirada y no criterio. La mirada es una vida que vive, que camina, que desea, que estima, y que, de algún modo, ama. El criterio es una pura aplicación mental, de técnica mental, en la que el maestro supremo no ha sido Jesucristo, sino Kant y Hegel (los maestros de todos, desde el este al oeste)». Don Ventorino, de rebote, preguntó: «¿Es justo lo que digo? Porque la mirada te lleva siempre más allá...», es decir, es un factor de cambio continuo. Giussani exclamó: «¡Perfecto!». Y a propósito de ello, recordó el día en que, hacia finales de los años setenta, había invitado a un grupo de adultos del movimiento, algunos de los cuales habían estado con él desde los comienzos, a una colaboración más estrecha en la guía de CL: «Ahora tenéis que ayudarme como al principio, más aún, no como al principio, sino con la madurez que habéis alcanzado dentro del cauce del movimiento. Os pido una conversación periódica en la que juzgar

—conforme a la amistad que hay entre nosotros— cómo guiar este movimiento», porque «hay puntos en el movimiento que son como si se levantase de repente la cima del Mont Blanc por encima de una cadena de montañas plana. Hay puntos que avanzan, mientras nosotros nos quedamos atrás. Por ejemplo, el CLU puede haber dado un paso dentro de la experiencia más largo que el nuestro, más potente que el nuestro». Giussani recordaba: «¡Nunca lo hubiera dicho!»¹¹. Muchos de los asistentes se marcharon de la reunión desilusionados e irritados, ante el pensamiento de que pudiera haber jóvenes que fueran por delante de ellos en la experiencia del movimiento.

Las palabras de don Vitorino volvieron a salir en el encuentro nacional de responsables de CL del 24 de mayo de 1995: para Giussani aquella intervención explicaba «toda la línea de desarrollo de la historia. La historia de CL está hecha por quienes han seguido con fidelidad humilde, y por quienes han cambiado de opinión mirando, dando preferencia al mirar que al razonar o discutir»¹² de manera abstracta o dialéctica.

Con Jean Guitton en Madrid

El 25 de mayo de 1995, Giussani volaba de Milán a Madrid. Estaba inquieto. Tenía que encontrarse con una persona a la que deseaba conocer desde hacía cuarenta años: Jean Guitton¹³, uno de los mayores filósofos del siglo XX, además de pintor. Un amigo que viajaba con él llevaba consigo un pequeño libro del pensador francés, *Nuevo arte de pensar*, y le leyó un pasaje en alta voz: «‘Razonable’ designa al que somete su propia razón a la experiencia»¹⁴. Giussani no estaba en sus mejores condiciones físicas, pero no pudo evitar un sobresalto de alegría. Enseguida se calmó su inquietud y apareció el entusiasmo por la clara correspondencia entre esas palabras y lo que siempre había afirmado él.

«Hace cuarenta años», declaraba nada más encontrarse con Guitton, «a mis primeros estudiantes del liceo Berchet de Milán les sugería que leyeran su libro *Nuevo arte de pensar*. Nosotros empezamos a partir de ahí. Usted fue nuestro primer maestro»¹⁵.

El encuentro había sido organizado por el entonces rector de la Universidad Complutense de Madrid, Gustavo Villapalos, como recordaba el mismo Giussani: «Cuando vino aquí a Milán el rector de Madrid me dijo que Jean Guitton le había telefoneado dos veces porque quería verme, quería conocerme»¹⁶. La cita fue en la Facultad de Bellas Artes de la Universidad Complutense, donde se acababa de inaugurar una exposición de pinturas del filósofo.

«Estoy feliz de verle. Le agradezco mucho que se haya acordado de mi libro», le dijo Guitton. *Nuevo arte de pensar* es «un libro en el que puse toda mi alma. Al final de mi vida esto demuestra que mi trabajo ha sido útil. El encuentro con usted es uno de los mayores acontecimientos de mi vida, un acontecimiento preparado por Dios desde la eternidad»¹⁷, le confió el filósofo que tenía entonces más de noventa años de edad.

Nada más sentarse en el despacho del decano de la Facultad de Bellas Artes, Giussani

le habló a Guitton del movimiento, que contaba con numerosos jóvenes «que estaban en sintonía con algunos de sus pensamientos». «Lo sé», dijo Guitton, «el Meeting, Comunión y Liberación. Fui a Rimini [en 1988, *nda*] con Eugène Ionesco¹⁸. Y Ionesco, en Rimini, fue tocado por la gracia, él que es probablemente el mayor dramaturgo de nuestra época. Tengo un recuerdo extraordinario del Meeting»¹⁹.

Durante una hora, don Giussani y Guitton se contaron muchas cosas recíprocamente bajo la mirada admirada de un grupito de amigos italianos y españoles. Un encuentro verdadero no pasa nunca y permanece para siempre, observaba Giussani. Y Guitton: «Lo eterno ya está presente dentro del tiempo». «Esto está en el centro de todos nuestros pensamientos» le interrumpía Giussani. Guitton retomaba: «Lo eterno no es separable del tiempo y este, en lo que tiene de más puro, estará presente en la eternidad». La voz del anciano filósofo adquiría severidad: «Creo que el tiempo es un don maravilloso de Dios en cuanto nos permite crecer hacia la eternidad. Pero el nuestro es también un siglo de gran crisis de la religión y de la fe». Giussani recordó que Guitton había escrito otro libro, *Cristo desgarrado*, que recorre veinte siglos de cristianismo y en el que «se contiene una idea impresionante: el progreso en el tiempo. Esto hace que lo que hay de verdadero en el mundo se una. Y lo que hay de no verdadero toma lo verdadero que queda, toma lo positivo». Guitton concordaba y explicó: «Hay un desarrollo de la verdad, que al comienzo es como una semilla, pero la semilla está obligada a convertirse en espiga, y la espiga en mies. De este modo la realidad permanece semejante a sí misma, pero progresa continuamente en una operación que yo llamo ‘desarrollo’, que es un crecimiento en el que la verdad no cambia en el fondo; la verdad es una identidad».

Giussani observó que esta idea de desarrollo estaba presente también en uno de sus autores más queridos, el gran converso inglés John Henry Newman, y se le iluminó la cara cuando escuchó responder a Guitton: «Sí, es una idea que tomé precisamente de Newman, una idea que inspiró todo el Concilio Vaticano II». Y Giussani: «Comprendo de qué fuentes ha bebido Juan Pablo II para sus encíclicas». La convicción del filósofo era que el Pontífice «retoma la verdad, la doctrina, y añade algo nuevo. En particular, la idea de volver a ponerse en marcha para una ‘nueva evangelización’ es algo totalmente nuevo. Es una idea genial»²⁰.

«Se comprende toda la energía que le ha llevado hasta aquí y que le acompañará hasta el 2000. Usted es una fuente de sonrisa», dijo Giussani dirigiéndose a Guitton, y este: «Tengo la impresión de estar delante de mi confesor, que me da la absolución. Hay necesidad de sacerdotes como usted, especialmente para los jóvenes». Pero Giussani, casi corrigiendo las palabras de Guitton, dijo: «Los jóvenes no quieren sacerdotes que solamente den la absolución, sino que acompañen». «Tienen toda la razón», confirmaba Guitton, y se preguntó cómo sería el sacerdote del año 2000. «Parte del pueblo que camina»²¹, fue la respuesta de Giussani.

El contenido de la conversación se orientó, entonces, hacia el ecumenismo, otro tema de *Cristo desgarrado*. La idea de Guitton era esta: «Una sola grey y un solo pastor. Como dice Jesús en el Evangelio de Juan. He pasado toda mi vida tratando de convencer a los protestantes. Y con frecuencia entristezco por este hecho: lo que ha ocurrido es que

se han acercado más los católicos a los protestantes que no a la inversa. Cierta ‘nueva teología’ no ayuda en este camino y por eso el pueblo ya no comprende a la Iglesia». Y confió a Giussani que había hablado muchas veces con Pablo VI, «que estaba muy preocupado por la situación de la Iglesia. Los exégetas empezaron oscureciéndolo todo, tratando algunos de ellos de encender alguna luz. Desafortunadamente son más los que oscurecen que los que aclaran». Por eso, añadía Giussani, «¡cierta hermenéutica ha terminado por oscurecer la Biblia!»²². Y a propósito de los pocos que encendían alguna luz, Guitton se quedó positivamente sorprendido cuando Giussani le habló del grupo de sacerdotes de Madrid, guiados por el padre Mariano Herranz, que animaban un grupo de estudios bíblicos único en el mundo y se oponían a la hegemonía indiscutida del protestante alemán Bultmann (ver aquí, pp. 1007s).

Poco antes de su conversación con Guitton, Giussani había conocido precisamente al padre Herranz, en el Hospital General de San Pedro, la casa de reposo para sacerdotes donde se alojaba. Al verle, ya ciego y en silla de ruedas, Giussani —visiblemente conmovido— exclamó: «Por fin puedo traducir su nombre en un rostro y en una persona a la que venerar. Usted ha dado vida al único grupo de estudiosos en el mundo que defiende la tradición de la Iglesia». Asombrado por un saludo así, el padre Herranz le confió a Giussani su deseo: «Que Dios nos conceda todavía cuatro o cinco años para concluir nuestro trabajo».

Entusiasmado por la noticia de la escuela bíblica de Madrid, Guitton dijo: «¡Tienen razón en combatir a Bultmann!». Y Giussani: «Las palabras de Bultmann parecen tener más valor que las del Evangelio». Guitton renovaba su sorpresa: «Es un milagro que en Madrid se estudie el arameo y lo relacionado con Tierra Santa. Un día Madrid se convertirá para Occidente un poco en lo que Jerusalén ha sido para Oriente; creo que en España la llama de la fe se conservará mejor que en otras partes». No llegó a terminar la frase cuando Giussani replicó: «Pienso exactamente lo mismo».

Tras media hora de conversación, Giussani volvía a sus primeras palabras: «Usted ha sido nuestro primer maestro». Guitton le interrumpió: «No diga eso; yo trato de ser discípulo de Cristo». Pero Giussani insistió: «Para ser discípulos de Cristo hace falta encontrar un maestro. Nuestro movimiento, que está presente en cincuenta países del mundo, partió de su *Nuevo arte de pensar*». Guitton dijo que siempre había pensado que lo más importante era el método: «Al final de mi vida me doy cuenta de que lo más difícil es dar un buen método a los jóvenes, a los adultos, a los sacerdotes». «El núcleo de CL está precisamente en la insistencia sobre el método», responde Giussani, esto es, «el método de Dios con los hombres, el método de Cristo».

Después se habló de educación, que Guitton reconocía como «el problema más trágico de Francia». Y Giussani: «¿En Francia? ¡En todas partes! En todo caso, nuestro primer maestro para la educación ha sido usted, profesor». Guitton tenía entre sus manos un ejemplar de *Pourquoi l'Église?*, la edición francesa²³ del libro de Giussani y le dijo: «Encuentro mucha sintonía con su planteamiento del problema Iglesia»²⁴.

Al final de este encuentro privado, el rector de la Complutense acompañó a Giussani a visitar la exposición del filósofo-pintor. Giussani se paró algunos minutos ante el cuadro

titulado *José y María leen al profeta Isaías*, de 1983. Luego dijo: «Guitton tenía ‘presente’ el acontecimiento que retrataba; y su gesto artístico era en sí mismo un acontecimiento».

La exposición «El héroe, el genio y el santo» daba título también a la conferencia que Jean Guitton venía a pronunciar en Madrid a invitación del «Club de debate» de la universidad. En el palco del aula magna de la Facultad de Medicina —llena hasta lo inverosímil— se sentaron Guitton, Giussani, el rector Villapalos y el nuncio apostólico monseñor Mario Tagliaferri, quien dijo: «Es una alegría conocer a dos personalidades como Guitton y don Giussani: se aprende a vivir el tiempo con la vista puesta en lo eterno. Don Giussani ha dado un método para educar a la juventud que construirá el siglo XXI»²⁵.

Al tomar la palabra, Guitton declaraba su fe: «Nuestro destino se juega entre el tiempo y la eternidad. Mi larga vida vale un instante, pero un instante que da testimonio de lo eterno en el tiempo. La vida no es una sucesión de instantes, sino una participación misteriosa en la eternidad divina». Pasó entonces a hablar de la Iglesia, «creada por Cristo hace dos mil años, fundada sobre lo esencial y con una tradición viva que atraviesa el tiempo»²⁶. Y recordando las palabras de Malraux —«El siglo XXI será religioso o no existirá»—, observó que «lo sublime se ha encarnado en lo banal; sin embargo el mundo es ateo y los cristianos están divididos. ¿Qué ha hecho Juan Pablo II? Ha propuesto una nueva evangelización, que será más difícil que la primera. Efectivamente, entonces el mundo era pagano; hoy, en cambio, todo parece contradecir (o negar) en el mundo el anuncio cristiano. No obstante bastará un solo santo»²⁷.

A las preguntas del público dirigidas a Giussani acerca del contenido de su propuesta educativa, este respondió: «Debemos al profesor nuestro primer discipulado, fructífero a juzgar por los resultados. Dos aspectos de su pensamiento han alimentado nuestro esfuerzo de conocimiento, de claridad y de moralidad». El primero es la afirmación de que el hombre razonable somete la razón a la experiencia. Para Giussani esta exaltación de la experiencia está en el origen del concepto mismo de razón. Y se preguntó: la experiencia, en el fondo, ¿qué es? «Es la realidad en cuanto emerge ante los ojos de nuestro conocimiento, la realidad en cuanto es conocida por el hombre consciente que tiene exigencia de sinceridad, lealtad, paciencia y totalidad. No se conoce una realidad sin la búsqueda de todos los factores que la constituyen». Pero en esta búsqueda siempre había algo inalcanzable: «Lo llamamos ‘punto de fuga’, porque la realidad remite siempre más allá hasta que —si la realidad vence a la razón abstracta— el hombre se siente conducido por la realidad misma hasta un punto en el que dice: ‘Debería ir más allá, pero no lo consigo, no puedo’. Pero lo que está más allá de esta frontera pertenece a una definición adecuada de la experiencia, tanto es así que este factor que falta exalta todos los demás: tengo que llamarlo ‘Misterio’». Esta es, según Giussani, «la sugerencia del sentido religioso que todo acto, toda experiencia contiene, como deber de afirmar, en su ser invisible, la presencia del Misterio. Y el hombre se dirige a esto distinto llamándolo ‘Tú’ con temor y temblor. En caso contrario dirá: ‘No se entiende, y resbalará fácilmente hasta llegar a negar la existencia de lo distinto, esto es, cuando la

razón-medida no se somete a la grandiosidad de la experiencia. La realidad que apremia y que sale a la luz en la experiencia es más que lo que la razón puede medir. En este sentido la religiosidad se percibe como algo basado en la evidencia de lo que se ve, de lo que se toca»²⁸.

Pero había un segundo aspecto del pensamiento del gran maestro cuya influencia sentía Giussani que había recibido: «Su insistencia en la palabra ‘método’. Lo que no está de algún modo en la experiencia presente no existe». Hubo un hombre que dijo: «Yo soy el camino», pero «si uno dijo: ‘Yo soy el camino’, el método debe ser idéntico al de hace dos mil años». Era un tema recurrente en las reflexiones de Giussani durante aquellos meses de 1995, y por eso habló de él también delante de Guitton: «Cristo debe poder ser experimentado y, por ello, tiene que ser un acontecimiento presente». Por ello «no es pedagogía cristiana si no se pliega a encontrar en el presente un acontecimiento en el que Cristo actúa, es decir, cambia»²⁹.

En ese momento intervino el rector de Madrid, que formuló a Giussani una pregunta acerca de su método educativo, y este respondió: «La memoria vivida. Esto es, que en el mundo en que vivimos esté presente un hombre —uno, diez o cien mil, no importa— que afirme que Dios se ha hecho uno de ellos. Que tenga el coraje de la palabra y el sacrificio de tratar de cambiar la vida. Y el esfuerzo de plasmar el trabajo conforme al mensaje que llevamos. [...] Si realmente ahora la sociedad ya no es cristiana, como en los primeros tiempos, lo que hace falta es [...] una acción común a la hora de concebir y de afrontar las cosas y, sobre todo, a la hora de sacrificarse, de compartir el tiempo. El milagro es la comunidad cristiana»³⁰.

«Madrid, uno de los acontecimientos más importantes de mi vida»³¹, dijo Guitton al final del encuentro dirigiéndose a Giussani, y este: «Un encuentro que ha valido la pena», aludiendo al sacrificio que había comportado para ambos el viaje a España, para Guitton por el peso de los años y para Giussani por su estado de salud.

El rector Villapalos dirá de la jornada transcurrida con Giussani y Guitton: «Ha sido un evento académico memorable. En él se han conocido dos figuras extraordinarias de este siglo, [...] hombres de una profunda vitalidad en la experiencia de la fe. El paso de ambos ha dejado una huella profunda. Con sus palabras y su testimonio nos han mostrado la esperanza que la Iglesia y la humanidad entera han puesto en los jóvenes de este final de milenio»³².

Cincuenta años de sacerdocio

A la vuelta de España, el 27 de mayo de 1995, Giussani recordó el quincuagésimo aniversario de su ordenación sacerdotal con la celebración de una misa en el Fórum de Assago, en el encuentro de fin de curso de CL en la diócesis de Milán. La conciencia de que el carisma del que era portador no era mérito suyo, sino un don, se hizo patente durante la homilía, que pronunció ante miles de personas engendradas a la fe por el encuentro con él y con su propuesta de vida: «Todo es un milagro: ¡un acontecimiento

que nos llama por fuerza a Dios!».

Con pocas frases recorrió su vida, desde la infancia hasta ese momento: «Milagro es mi existencia: el ser, para mí, el estar aquí, el que yo exista [...], mi padre y mi madre, de los que se ha servido el Señor». Y también, «milagro fue todo el largo camino, bellissimo, de educación en el seminario: doce años de seminario, donde aprendí enseguida a estimar el silencio y la palabra, lo que se intuye apenas como algo sugerido, y lo que se manifiesta de forma clamorosa y patente ante mis ojos. Milagro es la vida educativa que contribuyó al desarrollo de mi persona». Y luego, ordenado sacerdote, «milagro ha sido y es para mí todo este pueblo que me ha obligado a estar más atento, a ser más coherente, más capaz de rezar, más vivaz frente a lo que se aglutinaba en torno a mí; todo este pueblo para el cual y con el cual he deseado y vivido mi vida, y para el cual todas las riquezas [recibidas] [...] tenían que aprovecharse, no podían abandonarse a sí mismas, lo que habría sido una dejadez inconcebible; ese pueblo, por tanto, ha hecho de mi vida ‘vida’: el seminario la hizo consciente y vosotros la habéis hecho más viva».

Pero sobre todo, añadió Giussani, «el milagro de los milagros es Jesucristo, al que abandonarnos en un seguimiento fiel —como niños que son fieles a su madre aunque la hagan desesperar mil veces al día—, al que ser fieles, retomando cada mañana el camino; al que ser fieles también conforme a nuestra pequeñez y a toda nuestra debilidad»³³.

Aparecía aquí de nuevo el tema de la entrega total de sí a Cristo que Giussani deseaba ya en los días de su ordenación sacerdotal, esa disponibilidad para verse privado de todo con tal de convertirse todo él en uno con Él, ‘una sola cosa’ —decía— con Cristo en la cruz.

El fax «inefable» recibido de Madrid

En vísperas de las vacaciones de verano, el 1 de julio de 1995, Giussani convocaba al Consejo nacional de CL. La importancia de la invitación se intuía ya desde sus primeras palabras: «Pido poder intervenir, a pesar del esfuerzo al que obliga mi voz (no solo a mí), porque considero que lo que voy a decir es un punto de vista en el que voy a poner en juego toda mi autoridad y responsabilidad»³⁴.

A continuación leyó un fax recibido de Javier Prades el 29 junio y escrito en nombre de los responsables españoles de CL: «Hemos recibido vuestra carta sobre la importancia de una colaboración más estrecha entre los responsables españoles e italianos respecto a las misiones del movimiento en el mundo. Hemos discutido vuestra propuesta sobre el nombre de Carras para la guía de la Comisión Internacional, y estamos completamente de acuerdo con ella. [...] Para la Diaconía central de España es un motivo de alegría y de gratitud esta invitación a colaborar con vosotros en la guía del movimiento»³⁵.

En la carta del Consejo de presidencia de CL, enviada el 27 junio, se pedía explícitamente a la comunidad española colaborar «como protagonista en la dirección general del movimiento»³⁶ y se proponía el nombre de Carras. En aquellos años su figura era central para toda la realidad de CL en España. Y esto hacía todavía más duro

el sacrificio que se pedía a los españoles.

Apenas hubo terminado de leer el mensaje de Javier Prades, Giussani no lograba contenerse: «La emoción y la conmoción por esta carta —recibida tres días después de haber expedido la nuestra— es realmente inefable para mí, porque aquí se pone en juego evidentemente el misterio de la caridad, que tiene en la unidad su milagro más grande y su mayor signo sacramental».

Prades no captó inmediatamente el peso que su respuesta asumía a ojos de don Giussani, hasta que no conoció su reacción entusiasta: «Al llegar a Milán pocos días después, todos los amigos me decían: ‘¿Sabes que don Giussani ha llegado agitando tu fax delante de todos?’». El sacerdote español recuerda: «Entre nosotros no había sombra de duda: si Giussani lo pedía, no podíamos evitar decir que sí. El que Carras y Jone dejaran España no era cosa menor, vista su paternidad con muchas personas. Para agravar la situación, monseñor Martínez acababa de ser nombrado obispo de Córdoba y se había llevado consigo a Javier Calavia, otro punto de referencia para todos nosotros. Y sin embargo nuestra respuesta fue libre y estuvo llena de confianza».

Giussani había querido abrir el trabajo del Consejo Nacional con la noticia llegada desde Madrid para dirigir una pregunta a los responsables reunidos en Milán: «¿Qué significado tiene esta actitud de España para nosotros? En Italia —decíamos— no existe un ejemplo semejante al de los españoles en pureza, generosidad, humildad, caridad, fidelidad y lealtad». Se refería al juicio que había expresado meses atrás Giancarlo Cesana (ver aquí, p. 975).

Precisamente por la excepcionalidad y la inmediatez de la respuesta, Giussani renovó la propuesta de que «los españoles asuman la responsabilidad del movimiento en su aspecto más delicado y serio, delicado y decisivo, que es la relación con el mundo entero: cuarenta y siete países», que era el número de naciones en las que estaba presente CL en ese momento.

Obviamente, con una elección semejante Giussani no quería agraviar a nadie, precisó, y menos aún negar «la buena voluntad y el gran sacrificio de algunos, especialmente del Centro [el grupo de los responsables últimos del movimiento junto con Giussani, *nda*] (Y esto es un reconocimiento que debo hacer para no ser completamente sectario)». No obstante, invitó a los presentes a reconocer los signos de un modo de ejercer la responsabilidad que podía estar dictado por motivos personalistas reducidos: «Hay un personalismo que explica en última instancia que prevalezca el juicio que se da y las decisiones que se toman. Podéis muy bien concebir vuestra pertenencia a la Iglesia Católica así, pero entonces este no es el lugar donde debéis estar, ¡más aún cuando os sentáis en estas sillas!». Giussani se mostraba muy decidido en su juicio: «No imponemos nada, decimos con claridad lo que siempre hemos dicho de nosotros: si no fuera así, personalmente muchos de nosotros, o al menos algunos de nosotros, o al menos yo, no habría dado ni siquiera una milmillonésima parte de lo que he dado. El personalismo explica el gran espacio que se deja al temperamento de cada uno». A juicio de Giussani, esta actitud expresaba exactamente nuestra carencia respecto a los responsables de CL en España. «En el grupo central español no existe esto: cuando

vamos allí parece que penetramos en otro mar. Por esto Dios les ha bendecido en estos tiempos»³⁷.

Tras la marcha de los Carras a Roma, Prades se convirtió en el responsable de CL en España: «Fueron años de una relación muy amigable entre nosotros, los responsables de España, y de amistad personal con Giussani, de acuerdo a una forma de guía del movimiento excepcional». Recuerda una comida, a caballo entre 1997 y 1998, en una pequeña sala del Instituto Sacro Cuore de Milán, ellos dos solos, cuando escuchó a Giussani dirigirle estas simples y desarmantes palabras: «Oye, Javier, ante todo yo quisiera ser amigo tuyo». Y después de una breve pausa: «Si tú quieres». Prades advertía todo el peso de la responsabilidad del movimiento en España, como si él tuviera que añadir algo; y sin embargo Giussani le decía aquellas palabras. «De este modo, él obtuvo de mí todo, y yo me impliqué hasta el fondo. Desde aquel día, cuando le contaba los diversos trabajos que hacía, porque yo daba clase de Teología en la facultad de San Dámaso y tenía varios compromisos teológicos y culturales, me repitió muchas veces: ‘¡Hazlo todo! Responde a lo que te pide la autoridad’. Puede parecer extraño pero, dentro de una relación que tiene que ver con el Destino, se pueden sostener muchas tareas, muchas más de las que uno cree que puede llevar adelante». De hecho, fueron años de implicación con el Grupo adulto, y también estaban los grupos de fraternidad, los sacerdotes, la participación en los Ejercicios espirituales. Además empezó una relación con un grupo de sacerdotes de Milán, que «dio un tono y un estilo a nuestros sacerdotes», siguiendo una invitación explícita que Giussani le hizo a Prades durante una conversación en su despacho en la sede de CL de Milán: «Vete a hablar con don Pontiggia de estas cosas». Y así, durante un par de años sacerdotes de Madrid participaron en las reuniones del *Studium Christi* en un clima de colaboración y de seguimiento «que dio vida a nuestra realidad de *Studium Christi*, que luego ha caminado por sí misma. Fue Giussani quien la hizo posible y la mantuvo unida al movimiento».

Otro fruto del vínculo, nunca interrumpido, de Giussani con España fue el florecimiento del Grupo adulto (que comenzó en 1991-1992, tras la llegada de Carmen Giussani y, luego, de Mario Saporiti), que en pocos años reunirá a un centenar de personas, hecho sorprendente si se tienen en cuenta los números de CL en España. Prades recuerda también el nacimiento de la Fraternidad de San José (ver aquí, pp. 850ss) en España: «Begoña llevaba años intentando discernir su vocación, se había preguntado acerca del Grupo adulto, pero no encontraba su camino; hablé de ello con Giussani y surgió la posibilidad de que ella fuera la primera de la Fraternidad de San José en España, se lo propuse y ella respondió positivamente. ¡Giussani estaba entusiasmado!»³⁸.

Pensando de nuevo en la larga historia de las relaciones de Giussani con España, que empezó —como se ha visto— en la lejana Navidad de 1974, Javier Prades no podía evitar una constatación conclusiva: «Cada paso de nuestra realidad, el esplendor de los inicios y toda la historia posterior ha sido fruto de la paternidad y de la fidelidad de Giussani, que desde 1996 continuó con nuevas formas». Ya no su presencia física en Madrid o en Cobacha, sino la de muchos amigos de Italia que iban regularmente a

España para participar en momentos educativos del movimiento y del Grupo adulto, o para acompañar la realidad de las obras educativas y sociales. Los protagonistas citados en los años anteriores —laicos y sacerdotes— crecieron, muchos asumieron responsabilidades en la Iglesia española o dieron vida a obras sociales, o simplemente han dado testimonio a través de su propio trabajo. «Siguiendo aquel ‘atrevimiento ingenuo’ que recordaba un famoso texto del movimiento, fueron floreciendo las más variadas iniciativas: la organización no gubernamental CESAL, el colegio Kolbe en Villanueva de la Cañada (Madrid) y el colegio Newman en Madrid, el gesto cultural y educativo EncuentroMadrid, las Familias para la acogida, la presencia de periodistas en varias emisoras de radio y televisión, hasta otras iniciativas, lucrativas y no lucrativas. Y además, ¿cómo no sorprenderse por la belleza de las comunidades que desde Madrid expanden un gusto de vida nueva? Barcelona, Tenerife, Córdoba, Ávila, Sevilla, Granada, Valencia, Mallorca, Murcia, por poner solo algunos ejemplos».

Pero todo esto sería impensable si no se renovase la experiencia inicial, como subraya siempre Prades: «Es otra etapa de la paternidad de Giussani, que pude vivir en primera persona». Sorprende sobre todo el gusto que producía a Giussani ver a los amigos españoles: «Ni una sola vez vi que don Giussani no se alegrara de escucharnos, aunque le sometiéramos también asuntos incómodos; no íbamos solo a contarle cosas bonitas, sino también las dificultades de la vida, de la mía y de la de otros». Concluye Prades: «Desde que le conocí hasta el penúltimo día de su vida, cuando volé a Milán para la última despedida, experimenté la forma de guiar de Giussani: una relación con la totalidad de la persona, razón, afecto y libertad. La realidad del movimiento en España, de hecho, nació y creció porque Giussani se hizo amigo de Oriol y de Carras, de Carrón y de los sacerdotes, amigo mío y de muchos otros. Aunque ya no volvió a Madrid, desde 1997 a 2005 Giussani se mantuvo presente porque su amistad había implicado a nuestra realidad de amigos. Y esta forma de guiar es algo que se ve tan poco en la Iglesia de Dios, que seguramente vale la pena dar testimonio de ello».

A la madre Teresa: «El milagro más bello y conmovedor de la Iglesia»

En julio de 1995, dos estudiantes que estaban terminando quinto de Medicina en la Universidad degli Studi de Milán, Chiara Pierotti y Elisabetta Stacul, partían con dirección a Calcuta, donde iban a trabajar todo el mes de agosto como voluntarias en el convento de las Hermanas Misioneras de la Caridad. Llevaban con ellas una tarjeta de Giussani, fechada el 18 de julio y dirigida a la madre Teresa de Calcuta³⁹. Este es el texto: «Reverenda Madre, también vosotras erais una pequeña semilla oculta y ahora sois el milagro más bello y conmovedor de la Iglesia. Esperamos que la pequeña semilla que les enviamos, arrancada de nuestra tierra, colabore como piedra regenerada por nosotros en la construcción del gran templo de Dios»⁴⁰.

La madre Teresa de Calcuta responderá el 9 de agosto con una carta que contiene estas palabras: «Querido monseñor Luigi, gracias por compartir con vuestro ofrecimiento nuestras obras de amor entre el más pobre de los pobres. Dios ama al mundo hasta el

punto de enviarle... de donarle a vosotros y a mí para ser su amor en el mundo de hoy. El amor de Dios y nuestro amor no es otra cosa que una continua donación, hasta quedar heridos por ella. Mi gratitud y mi oración por usted. Que Dios le bendiga»⁴¹.

Giussani se refería con frecuencia a la figura de la madre Teresa: «Uno se encuentra frente a una persona, frente al otro, como frente al Eterno. Porque el Eterno está *dentro* de la hoja, la flor y el fruto, o el rostro. El ejemplo más bello de nuestros tiempos es la madre Teresa de Calcuta. La madre Teresa ve en los rostros de los que tiene cerca —son los más desheredados, los más desgraciados—, ve al Eterno. Mientras que uno, frente a una cara bonita que ve en el cine, se para en algo que quedará después de medio minuto solamente en la memoria como un fleco y luego desaparecerá también, pero no ve la verdad de lo que dice ver»⁴².

En otro momento, Giussani citaba a la madre Teresa para ilustrar el alcance de la fe en la vida del mundo, subrayando que la pertenencia a Cristo y a su compañía nos hacen «reaccionar frente a la necesidad de los demás sin la pretensión de tener la solución de los problemas (porque uno entiende que es como una gota de agua en el mar), pero con la conciencia de que la salvación tiene un espesor y una dimensión mucho mayores. Por otra parte es lo que repite a menudo en sus encuentros, cuando dice que ‘el amor por los pobres es solo una consecuencia del amor a Cristo’»⁴³.

Giussani recordaba el profundo asombro que le provocó una entrevista de la madre Teresa: «Al entrevistador que le preguntaba: ‘Madre, ¿qué motivos tienen sus hermanas para hacer todo lo que hacen?’, ella respondió: ‘Ellas aman a Jesús y transforman en actos vivientes ese amor. Servir a los más pobres de los pobres no es nuestra vocación, nuestra vocación es pertenecer a Cristo’. ‘Pero a hombres como yo, a estos enfermos —decía el entrevistador—¿qué es lo mejor que les dais vosotras?’. ‘La alegría de ser amados’. ‘Ah, ¿para ellos no es el recibir algo de comer, el ser limpiados?’. ‘No, no es cuestión de recibir. Recogí una vez a un hombre de una alcantarilla abierta y le conduje a la casa de los que están a punto de morir, y él dijo: *He vivido como un animal por la calle y ahora voy a morir como un ángel, amado y cuidado*. Tres horas más tarde murió. Hace pocas semanas recogimos a otro hombre por la calle y le lavamos y limpiamos; luego él se dirigió a una hermana y le dijo: *Hermana, estoy a punto de volver a casa, con Dios. Qué hermoso*. Y murió’». Para Giussani esto era «amor en acción»⁴⁴.

Cuando la pequeña monja murió, en 1997, Giussani la recordará con estas palabras: «La madre Teresa veía en los rostros de los que tenía cerca —los más desheredados, los más desgraciados— la presencia del misterio de Cristo en su humanidad lacerada. Se inclinó durante años sobre los pobres, como quien se inclina sobre Jesús sufriente. Fue su conciencia de mujer y de hermana. El amor a Cristo ha sido la forma y la razón de su protagonismo en este siglo, que hizo de ella como una luz en la noche. La Iglesia y el mundo han reconocido en ella un símbolo de la construcción de la paz. Conscientes de que la paz nace del reconocimiento de Cristo, respuesta exhaustiva a la necesidad del hombre, queremos ser partícipes de este testimonio suyo, agradeciendo a Dios que haya donado a nuestro tiempo trágico —y sin embargo tenso en la esperanza dramática que permanece en su corazón de criatura— a esta santa, signo de la fidelidad de Dios a la

alianza con todos los hombres a través de su presencia excepcional en Cristo dentro de la historia de su pueblo»⁴⁵.

«Manos de cola»

Lo que Giussani veía reflejado en la madre Teresa era una sencillez de corazón, y a ello se refirió durante un encuentro estival con los novicios de los *Memores Domini*, el 3 de agosto de 1995, hablando de los primeros discípulos de Jesús: «Cuando Andrés llevó a su hermano Simón a ver a Jesús, al subir una pequeña cuesta delante de su pequeña casa, Simón, que estaba todo él con sus ojos fijos en aquel individuo que le esperaba, todavía un poco de lejos, [...] cuando se encontró a tres o cuatro metros, y él le miraba de un modo que no iba a olvidar jamás —según le miraba, según le observaba, descubría su carácter, captaba el tipo de personalidad que tenía: ‘¡Nadie me había mirado así nunca!’—. Lo que le dominaba en ese momento era un fenómeno que en el diccionario se define como ‘*asombro* o *estupor*. Hasta el punto de que enseguida se sintió vinculado a él»⁴⁶.

Continuaba Giussani: «El asombro inicial era un *juicio* que se traducía inmediatamente en *apego*. Uno que te ve en la colina septentrional de Bérgamo dice: ‘¡Qué chica más guapa!’, y se pega a ti. Se trataba de un juicio que era como cola: un *juicio que te encolaba*. De modo que todos los días les pasaban manos de cola ¡y ya no podían liberarse! [...] No era un apego sentimental, no era un fenómeno emocional: era un fenómeno de razón, exactamente una manifestación de esa razón que te pega a la persona que tienes delante cuando se trata de un juicio de estima; al mirarla, nace una estima asombrosa que te hace pegarte a ella. No hay en ello sombra de irracionalidad o de cosa forzada: ‘Si nos alejamos de ti, ¿adónde iremos? Solo tú tienes palabras que explican la vida’, le dijo una vez Pedro, con su habitual impetuosidad. Fue a partir de entonces cuando lo hizo más veces, después de entonces; después del sexto capítulo de san Juan lo hizo más veces. Tanto que Jesús le dijo: ‘¡Aléjate de mí, Satanás! Porque tú no quieres que yo haga lo que quiere mi padre, sino lo que tú piensas’. ¡Qué humillación!». Pero el resultado de los reproches de Jesús, ¿cuál fue? Que Pedro «se pegaba todavía más a él. [...] Brotaba en él, afloraba toda una corriente de ternura y adhesión que se explicaba por la estima que tenía por él [...]. Y todo el montón de pecados que había hecho, todo el montón de los posibles pecados que iba a hacer, no contaba para nada: no se quedó pensando en ello ni siquiera dos segundos, ni siquiera se le ocurrió»⁴⁷.

El 30 de agosto de 1995, concluyendo los trabajos de la Asamblea internacional de responsables de CL, Giussani puntualizó las preocupaciones que habían madurado en él durante los meses recién transcurridos en torno a la figura de Jesús, sobre todo en relación con la necesidad de que cada uno viviera con seriedad su propia humanidad; esta última, de hecho, siempre había sido para Giussani la condición indispensable para que Cristo y el cristianismo no fueran entendidos como algo yuxtapuesto a la existencia personal, sin conexión con los interrogantes vitales: «Si Cristo [...] se plantea como una propuesta de liberación, como camino para la liberación, la primera condición para

interesarse por ella y comprender algo de Cristo es sentir lo humano, es tomarse en serio lo humano, es tomarse en serio a uno mismo. [...] La primera condición es admitir, mirar, considerar, dejar espacio a la importancia del corazón, [...] el lugar de las exigencias últimas y constitutivas del hombre».

Es importante destacar que Giussani no toleraba ninguna reducción de la fe a una dimensión meramente espiritualista o moralista: «¡Cristo no está en el cielo entre las legiones de ángeles y en la tierra como índice de los valores morales que hay que respetar! Cristo está dentro de mi relación con cualquier cosa, con cualquier persona, en cualquier caso; Cristo está dentro como criterio último, como sol que debe reflejarse en la relación misma. La relación con las personas y con las cosas es una lente que refleja la presencia, ¡una presencia!». En ese sentido «el Misterio y el signo de él son la misma cosa: el acto, el momento humano y existencial es signo de lo eterno, habla de la relación con lo eterno, remite a lo eterno». En efecto, todo lo que hace el cristiano «lo saca del gran pozo de la presencia de Cristo. Miro a Cristo a la cara, y entonces puedo mirarte a la cara verdaderamente». Es «el triunfo de una mirada que ama», por eso «la mirada al rostro de Cristo es lo que me permite tratar tu rostro con respeto amoroso como nunca habría pensado que pudiera hacer. Y por mucho que lo logre, sé que el resultado será imperfecto, pero todo tiende en mí a la perfección». ¿En qué sentido? «Mientras estoy tratando contigo, amigo mío, te trato y trato contigo pidiendo en el corazón, sin decirlo, sin hacer que lo escuches con palabras expresas: le pido a Cristo poder lograrlo, le pido a Cristo la perfección»⁴⁸.

La comunidad de Roma y el Papa. Unidad y libertad

El 27 de septiembre de 1995, a menos de un año de su último encuentro con ellos, Giussani visitaba de nuevo a la comunidad romana de CL. A la pregunta de don Tantardini: «¿Qué quieres decirle tú a la comunidad de Roma?», respondió con palabras que fueron más allá de cualquier expectativa. Antes que nada quiso que los asistentes fueran bien conscientes de que la comunidad de Roma era «la más significativa, la más ejemplificadora». Y enseguida explicó la razón profunda de ello: «Porque al obispo de Roma le ha confiado Cristo la misión más grande de la historia», esto es, «dar testimonio de Él».

Debido a este vínculo, la comunidad romana tenía «la carga más grave que se pudiera concebir en su historia». A ella se dirigía Giussani como «creyente que se ha vuelto apasionado gracias al carisma, al don del Espíritu» que había recibido; es el mismo don que «a todos los que estáis aquí se os ha dado por medio de un encuentro, a través del acento con el que Giacomo ha venido hablando desde hace veinte o veinticinco años, y todos estamos ligados, estamos conectados —sea cual sea la postura que tengamos ahora— a ese acento».

¿Pero cómo podía llevar la comunidad de Roma la carga del testimonio? En resumen, ¿qué había venido a pedir Giussani? «Que se presente como una unidad ante los ojos de quien la mire, que se pueda oír en su voz el mismo acento último, el mismo contenido de

fe, el mismo motivo de esperanza y el mismo impulso ardiente de caridad». No era una tarea fácil, porque «el corazón y el alma, la mente y el corazón en los que reside esa exigencia de unidad, al mismo tiempo albergan, hospedan una fuga singular, una pretensión de privatización, de posesión privada del pensamiento, de su pensamiento, del origen de su pensamiento, de su corazón, del origen de su propio corazón, podríamos decir, sencillamente, un egoísmo, un egoísmo que impide que evolucione esa apertura y ese abrazo sin límites, cada vez más amplio, que requiere la unidad».

Giussani sabía que la unidad entre los hombres es un hecho «tan imposible que ningún milagro puede compararse a semejante acontecimiento». Pero esta evidencia, más que descorazonar, debía abrir de par en par al reconocimiento: «Hemos nacidos lejos (¡lejos!), hemos estado alejados, tú y yo hemos estado tan alejados que ni siquiera conozco tu cara, ¡y sin embargo somos una cosa sola! Y no es una forma de hablar: literalmente, si mi vida fuera necesaria, la daría por ti y tú darías tu vida por mí. Es una gracia divina» la unidad entre las personas. Y después exclamó: «¡Dios mío, cuánto camino!», pero «camino posible».

Giussani volvía sobre la pregunta que había abierto la reunión: «La unidad de vuestra comunidad es el servicio más grande que Dios puede obtener del don que os ha hecho de su Hijo y del Espíritu de Cristo que os ha creado: os ha creado en ‘esta circunstancia’, os ha abrazado con ‘ese acento’ del que os hablaba antes, y luego os ha juntado de modo que os sostengáis como podáis». La unidad es, en efecto, «un ideal perfecto», pero «se despliega —a lo largo del tiempo que pasa— en mil actos cotidianos imperfectos».

Había una segunda razón que indujo a Giussani a convocar a la comunidad romana de CL: si la primera era la recomendación de la unidad, la segunda era la necesidad de que todos fueran libres para vivir la pertenencia al movimiento: «No hay unidad viva más que en la libertad. La libertad es una característica propia del estar hechos a imagen y semejanza del misterio de la Trinidad». ¿Y qué significa libertad? No es decir: «Hago lo que quiero», sino «la capacidad de adherirse al ser»; la libertad es «una fuente impetuosa de afecto, una fuerza de pertenencia». Es más libre, mucho más libre, uno que pueda decir «Yo pertenezco a», que uno que diga: «Yo no pertenezco a nadie». Más aún, «uno que dice ‘yo no pertenezco nadie’ está en peligro, en peligro de padecer esquizofrenia».

Las últimas palabras, antes de despedirse de los amigos a Roma, expresaban un deseo: «Que el milagro de vuestra unidad se haga visible hasta los confines de la tierra»⁴⁹.

En Bassano del Grappa. Una fe ecuménica

«Le agradecemos vivamente esta invitación que nos honra. Que el fundador de un movimiento como el suyo se interese por una mosca como la nuestra, ha sido algo que me ha sorprendido». «Un diamante es todavía menos que una mosca. Si una mosca es un diamante, es un diamante, ¡eh!»⁵⁰. Este intercambio de bromas entre Sergio Martinelli y Giussani tenía lugar al comienzo de un almuerzo en el restaurante «Al Laghett» de Chiaravalle. Era el 17 de noviembre de 1995 cuando Giussani se reunió con los responsables de «Dieci», el movimiento eclesial fundado en Bassano del Grappa por don

Dídimo Mantiero⁵¹.

Martinelli y Giovanni Scalco, hijos espirituales del sacerdote veneciano, le habían entregado a Giussani el mes anterior el Premio nacional al mérito de la Cultura Católica, que cada año se asigna a personalidades significativas del mundo eclesial y cultural. Antes de Giussani se había premiado al cardenal Ratzinger, al rector de la Universidad Católica Adriano Bausola, al filósofo Augusto Del Noce, al padre Cornelio Fabro, al cardenal Biffi y, el último en orden temporal, al escritor Vittorio Messori.

La noche del 6 de octubre de 1995 el salón «J. Da Ponte» de Bassano estaba abarrotado con mil quinientas personas. El subsecretario de la Presidencia del Consejo de Ministros italiano, Mario D'Addio, acababa de colgar en la chaqueta de Giussani la medalla de oro y este aprovechó para pronunciar un agradecimiento que sonó como un llamamiento: «Me permito recomendaros que viváis vuestra fe, porque siempre es conveniente. Jesús utilizaba un término comercial: ‘Os conviene’. Pero le conviene también a la sociedad en la que estamos. La paz en la vida social, creativa, capaz de apoyarse mutuamente, de compartir sus necesidades, de sacrificar lo que hay que sacrificar, está animada, está solamente alimentada, además de por quienes tienen fe, también por quienes no tienen fe pero quisieran tenerla, por quienes quisieran percibirla como verdadera para poderla abrazar. Por eso termino deseando a estos últimos que la encuentren deprisa»⁵².

El jurado, presidido por el profesor Gianfranco Morra (sociólogo de la Universidad de Bolonia), había premiado a Giussani con esta exposición de motivos: «En la renovación de la cultura católica requerida por el Concilio Vaticano II, la obra de Giussani ha sido extraordinariamente relevante por cantidad y profunda por calidad, pues ha sabido hacer que convergieran la escucha de la provocación de la modernidad y la fidelidad responsable a la tradición».

En su telegrama al premiado, Juan Pablo II deseaba que «se aprecie cada vez más riqueza mensaje de Cristo y precioso apoyo de la fe para un auténtico progreso de la humanidad»⁵³.

La sesión fue introducida por Martinelli en los siguientes términos: «Permítanos [...] decirle que en usted volvemos a ver el rostro y la buena imagen paternal de don Dídimo Mantiero, nuestro padre en la fe. [...] Usted nos lo ha hecho revivir. [...] Le damos gracias de corazón por la ayuda que nos ofrecen los textos de sus Ejercicios y de sus cursos. Ciertamente no es necesario que le digamos nosotros que esto es la cultura católica, porque da una respuesta a nuestro corazón, al fin por el que vivimos, a nuestra exigencia de verdad y de felicidad. Y es una cultura para todos los hombres de buena voluntad»⁵⁴.

Al comienzo de la ceremonia, Giussani estaba visiblemente afectado por la emoción que le había acompañado durante toda la tarde. Para estar seguro de llegar puntual a la cita, había salido en coche desde Milán con muchas horas de anticipación.

Al tomar la palabra, declaró que se trataba de un premio «absolutamente inmerecido». Incluso confesó: «Cuando he visto aquí al doctor Messori, me he avergonzado, no de estar aquí, sino de estar aquí en su lugar, el lugar que él ocupó el año pasado. Estoy aquí

con la conciencia de mis límites». Y atribuyó la asignación del premio a un motivo particular: la «vivísima, cotidiana y numerosísima relación con los jóvenes que mi pasión por la fe me ha permitido y me permite conocer. Creo que esta es la diferencia que se debe subrayar en el motivo del premio: más por las relaciones que he tenido con los jóvenes que por lo que he escrito»⁵⁵.

Giussani respondió durante hora y media delante del público de Bassano a las preguntas de un periodista (Renato Farina), tal como era costumbre. La primera respuesta parecía contradictoria con la naturaleza del premio: «La fe católica no es cultura en el sentido de que no se presenta al mundo como propuesta de una cultura nueva. El objeto de la fe ‘acontece’, es decir, es un *acontecimiento*»⁵⁶. Giussani hizo observar que no pretendía despreciar el fenómeno cultural cuanto más bien situarlo en su justa perspectiva, la que indica san Pablo: «Él —Cristo— murió por todos, a fin de que los que viven no vivan ya para sí mismos, sino para Aquel que murió y resucitó por ellos»⁵⁷. Y Giussani explicó: «Si el hombre vive para sí mismo, el punto de vista del horizonte cultural se identifica con una autonomía, sea real o ilusoria», que termina por volvernos «esclavos del poder de hecho, en última instancia del Estado». Por el contrario, si el hombre vive para la presencia de Cristo, «ante su mirada humana el mundo se vuelve más grande y, al mismo tiempo más minuciosamente imponente, como lo era bajo la mirada de Cristo, que miraba lejos, hacia el horizonte de todos los campos, y al mismo tiempo señalaba la pequeña flor del campo que tenía ante sus pies».

En ese sentido la fe no es cultura; pero sí su fuente en cuanto que se traduce en «principio de una percepción, de un conocimiento nuevo del mundo»⁵⁸.

En el curso de la conversación, Farina observó que, en sus intervenciones más recientes, Giussani había tendido a sustituir la palabra cultura por el término «ecumenismo», y le pidió que lo explicara. La respuesta lo resumía de la manera siguiente: justamente por lo que acababa de afirmar, Cristo «abre el ánimo de par en par a una búsqueda indómita de relación con todas las cosas». Nace así una capacidad de «diálogo sin límites, que se despliega y se afirma como la mejor contribución a una coexistencia creativa, signo de una civilización que vence a la barbarie de esta división descontrolada».

Para Giussani el diálogo ecuménico tendía a aportar paz en cualquier relación, «llevando a cabo un abrazo continuo de lo diferente en un interés activo por el aspecto de verdad que hay en todos —no por una tolerancia en última instancia ficticia, sin reconocimiento apasionado de nada—». Por esta razón Giussani decía agradecer el premio de Bassano como «reconocimiento del corazón ecuménico»⁵⁹ de la experiencia de Comunión y Liberación.

En el salón de Bassano había muchos católicos. Farina le preguntó a Giussani qué misión le gustaría indicarles a ellos. «Me permito, como anciano que está de esa parte, de la parte justa, llamar la atención sobre dos puntos»: primero, «la actividad de un hombre bautizado se define [...] por su pasión misionera. ¿Por qué te ha elegido y bautizado Cristo? Para que tú le des a conocer a los demás». En segundo lugar

recomendó: «¡Haced un milagro!», ese «tan soñado por todos los revolucionarios como humanamente imposible de realizar: la unidad fraterna, comunal, de pensamiento y de búsqueda, de afirmación de la verdad y la eticidad, como intento indomable de plasmar toda la realidad con la que debemos familiarizarnos»⁶⁰.

Durante la entrevista hubo también espacio para una pregunta sobre la política, que para Giussani era «una consecuencia del entrelazarse de las relaciones de los hombres, [...] parte integrante del objeto del riesgo religioso cristiano. La política valora lo contingente, blandiendo sus llamamientos más cercanos y que más implican carnalmente»⁶¹.

Al término de la conversación, el micrófono pasó al obispo Scola, entonces rector de la Pontificia Universidad Lateranense. Lo suyo fue una especie de confesión pública: «Siempre es difícil hablar delante de don Giussani —¡es siempre difícil!—, pero es una dificultad que provoca a la libertad a una confrontación incesante con el deseo de nuestro corazón. Es una confrontación fecunda con su genialidad benéfica, seria, moral y prepotentemente humana», como seguramente le habría ocurrido al público de Bassano. Mientras le oía hablar, monseñor Scola pensaba: «Con don Giussani no se bromea jamás, y siempre se está alegre. [...] Este premio se le ha dado realmente a alguien cuyo corazón de padre es grande, grande de una manera humanamente desmesurada y grande porque te regenera una y otra vez. No se puede ser padre si no se tiene la experiencia de ser hijo en el ‘aquí y ahora’. Y Giussani ha tenido esta experiencia esta noche, la ha tenido en su modo de mirar a Cristo, la ha tenido regenerando nuestra actitud filial, a través de él, con el Padre». Por esa razón, Giussani «es un gran recurso para la Iglesia de Dios, y nos alegramos por ello, y nos vemos impulsados a una entrega seria, que —al menos por lo que a mí se refiere— yo no tendría sin su rostro y su corazón»⁶².

Antes de la ceremonia oficial, Giussani se había reunido con el alcalde y los ministros del «Ayuntamiento de los jóvenes», la singular realidad de formación para el compromiso civil que había nacido de don Dídimo Mantiero (que durante años dará alcaldes y concejales al ayuntamiento de Bassano). Un joven le confesaba su malestar: «Mucha gente viene, frecuenta nuestras actividades y luego desaparece: no sienten que pertenecen al ‘Ayuntamiento de los jóvenes’». Despejando el terreno de cualquier preocupación de carácter asociacionista, Giussani le respondió: «¿Pertenecer al carisma de vuestro fundador os facilita la fe, sí o no?». Y, anticipando su respuesta, exclamó: «¡Sí!». Y después le invitó a tranquilizarse: «Muchos de vosotros no estaríais aquí, ni siquiera recibiríais la comunión. Así que siente tú la pertenencia a este grupo. ¿Que sois dos, o tres, o cuatro... o diez? El número no importa. La cantidad no tiene nada que ver en la relación entre nosotros y el Misterio»⁶³.

El encuentro con Jesús, hoy

Como ya hemos subrayado en otras páginas, Giussani tenía el don de hacer penetrar con sencillez en los hechos del Evangelio. Sus evocaciones del encuentro con Juan y Andrés, del diálogo de Pedro con el Señor, de la historia de Zaqueo o del episodio de la

viuda de Naín siguen siendo memorables. Pero el 10 de octubre de 1995, con ocasión de una asamblea de responsables de CL, Giussani realizó una extraña operación: contó en directo, es decir, justamente como si les estuviera sucediendo a él mismo y a Giancarlo Cesana (que estaba sentado junto a él en el escenario del salón), el encuentro de los primeros discípulos con Cristo. Imaginó que él y Cesana eran dos amigos, padres de familia, que un día se fueron de paseo: «Nosotros teníamos también nuestros amores culturales, culturalmente dignos, merecedores de dignidad, que otros no conocían, mientras que a Kant y a Hegel se les conocía ya desde la enseñanza media. Cuando íbamos con estos equipajes en los que tratábamos de inspirarnos para imaginarnos más a Dios, mientras dábamos una vuelta intercambiándonos nuestras ideas, vimos a un grupito de gente a la derecha (en aquel cruce de allí, ¿te acuerdas?) y nos dijimos: ‘¿Quiénes son esos? ¿Qué están haciendo?’». Así pues, nos acercamos, con *nonchalance*. Y en medio de siete u ocho personas había un hombre hablando».

Giussani continuó imaginando: «Cuando nos estábamos acercando llegaron a nuestros oídos dos o tres palabras: ‘Yo soy la resurrección y la vida’. ¿Qué? Entonces apretamos el paso ¡porque era una expresión un poco extraña! Nos paramos allí, pero, estar allí, oírle hablar, era como una cadena que ataba con fuerza. Y los dos —si te acuerdas— nos quedamos allí hasta tarde, hasta que él dijo: ‘Ahora tengo que irme con mi madre’. ¡Ah! Con su madre. Mientras volvíamos a casa (porque vivíamos cerca) no hablábamos ya, porque las palabras de aquel individuo eran extrañísimas».

La atención de los responsables estaba imantada por el relato de Giussani: «Al día siguiente nos lo encontramos en la plaza. Luego supimos que al otro día iba a estar en la ciudad vecina, en Seregno, al lado de nuestros pueblos. Y después, para resumir, vinimos hasta la plaza del Duomo de Milán y allí había algunos miles de personas». Aquel hombre siguió hablando, «había tenido fortuna: los periódicos habían hablado de él». En resumen, «los dos, después de algún tiempo... habíamos perdido muchas horas de trabajo. Entre nosotros no hablábamos mas que de él. Kierkegaard, Feuerbach, Hegel... —¡bah!— se habían convertido en palabras al viento».

Interrumpiendo su narración Giussani dijo: «Me habéis comprendido: ¡tuvimos un encuentro!». Y a continuación retomó su relato imaginario: «A partir de aquel encuentro —mi amigo se enfadaba siempre porque era un tipo iracundo, daba patadas a veces—, pero un mes después de que hubiéramos conocido a aquel individuo, ¡ostras, veo que ya no pegaba a su mujer! ‘¿Pero por qué no pegas ya a tu mujer? ¿Qué te ha pasado?’, le decían sus amigos. Y él respondía: ‘Ya no, porque una mujer es hija de Dios como yo, tiene un destino eterno como yo’».

En ese punto la imaginación se confundía con la realidad: «Así, según pasaba el tiempo, construimos, nació en nosotros una visión del mundo, una concepción de la persona, una imagen de la historia, un concepto de la finalidad, sobre todo una percepción de que la realidad tenía una sobrerrealidad. En resumen: cambió para nosotros el rostro del cielo y de la tierra, de la mujer y de los hijos, nuestro propio rostro». Giussani estaba describiendo aquí una experiencia real: «Esta es nuestra cultura. ¡Esta es la cultura nueva! Con toda la gama de colores, se trataba de una visión del

mundo —desde el yo hasta lo eterno— que partía del encuentro que habíamos tenido, de un acontecimiento en el que habíamos participado, no de libros que habíamos leído, de ideas que habíamos escuchado o de cosas que nos habían predicado en clase».

El encuentro, concluyó, es siempre un momento «genético», porque marca un nacimiento. ¿De qué? «¿De un trozo de piedra? No, de un sujeto nuevo». Ahora bien, este sujeto nuevo sucede «en un determinado ‘tiempo’ y ‘lugar’, en un determinado punto del mapamundi, en un momento de la historia, de esta historia. Y se incrementa como una personalidad nueva que engendra un pueblo nuevo, una familia nueva y por consiguiente un pueblo nuevo»⁶⁴. Para Giussani esta era la única fuente del movimiento de Comunión y Liberación.

«Un imprevisto es la única esperanza» (E. Montale)

En aquellas semanas Giussani citaba frecuentemente los últimos versos de una poesía de Montale: «‘Un imprevisto’ —este neutro sublime— ‘es la única esperanza. Pero me dicen / que es una estupidez decírselo’⁶⁵, me lo dicen... el poder: periódicos, televisión, libros, escuela». En el *Equipe* de los universitarios celebrado en noviembre de 1995, subrayó que un imprevisto «está fuera de toda regla, de toda lógica, de toda medida; es inmensurable, inconmensurable, es misterio». Por eso, «todos esos signos del Misterio que nos pellizcan para que nos movamos, para que nos levantemos y nos movamos, nos empujan, nos apremian, y es propio de nuestra naturaleza sentir estos impactos interiores, sufrir estos impulsos, esta gran inquietud».

Esta constatación es tan decisiva que para Giussani solamente el encuentro con algo imprevisto puede mantener «el hilo de esperanza que puede permanecer incluso entre las ruinas del mundo entero o en el mundo cubierto de hielo, con los dos últimos seres — hombre y mujer— que esperan en el ecuador la última puesta del sol (como imagina Carducci en su bellísima poesía *Su Monte Mario*)».

Un joven le preguntó cómo se podía evitar esa reticencia que tiene el rostro del cálculo, de la inquietud, y que se insinúa en el camino de quien, no obstante, se reconoce cristiano. Giussani le respondió con una imagen: «Mientras dos hermanos se están repartiendo la herencia y están echando las cuentas con la ayuda de seis abogados (tres para cada uno), que cobrarán más de lo que recibirán los dos hermanos, mientras están allí haciendo sus cálculos, no piensan ni siquiera lejanamente en el yo, ¡pensad en qué clase de lejanía abismal está el yo en ese momento! Y en la ansiedad —bien sea por un dolor que nos atenaza, por una desilusión que hemos sufrido, por un peligro mortal, por una lucha desigual, por un momento de absoluta confusión (ya no sabemos hacer)— el yo desaparece, es como si perdiéramos toda ternura hacia nosotros mismos: ¡está impedida, trastornada!». Y continuó: «¿Cómo se puede reducir al menos esa reticencia? ¡Tú no puedes! Te digo que tú no puedes porque hace tiempo comprendí que yo no podía»⁶⁶.

Esta actitud había provocado una situación crítica general. Giussani habló de ello en los Ejercicios espirituales de los universitarios de CL en Rímini, el 9 de diciembre de

1995 (los últimos en los que participó personalmente; después se conectará algunas veces por vídeo).

Esa situación crítica se produce por un «descuido del yo» que penetra en cada uno. «¿Por qué razón vuestra tierra, nuestra tierra, se deja invadir sin poder frenarlo por la disolución de ese ideal soñador —de esa realidad grande— que es el ser humano?» El origen está en una traición que realiza el mundo de los adultos: «La sociedad no os ama a vosotros, sino lo que puede obtener de vosotros, siempre que sea útil a la ideología de su conveniencia —la conveniencia del poder— o de su instintividad. Por extraño que pueda parecer, lo más trágico es que muchas veces —¡cuántas veces!— vosotros mismos sufrís el que vuestros padres, vuestros mismos padres, no os aman a vosotros, sino a una idea que se han hecho de vosotros, especialmente acerca de la imagen de vuestro futuro, por la fama y el honor que puedan obtener de vosotros, de vuestras *performances*, entre los amigos o en la sociedad y, sobre todo, por el comprensible deseo de obtener de vosotros seguridad y beneficio cuando sean ancianos»⁶⁷.

Giussani continuaba leyendo la situación juvenil: «Fragmentos de amor real podéis encontrarlos, aunque no es muy frecuente, entre los amigos; y de forma más excepcional —lo digo con amargura, pero con una seguridad que pretende desafiaros— en un enamoramiento. La experiencia amorosa, sea como sea, tiene dos polos, dos puntos-límite»: por una parte, «una admiración sin límites por algo que percibís en vosotros y que no habéis hecho vosotros. Imaginaos a un chico verdaderamente enamorado de una chica: siente una admiración sin límites por algo que ve en ella y que no ha hecho ella, que no se ha dado ella; por ejemplo la belleza que conlleva la frescura de cierta edad, belleza que no podéis fijar en la tela que refleja el cuadro del mañana». Por otra parte, «una compasión igualmente desmedida por vuestra desdicha (contexto, circunstancias no favorables, dañinas), por la desdicha que os amenaza, y que nuestra debilidad favorece - esta debilidad sí que es nuestra, sí que es tuya-». «Admiración y compasión; un amor real no puede sino agitarse entre estas dos orillas».

Giussani constataba con amargura: «Los padres y la sociedad bendicen esa debilidad porque, más que sentir dolor por ella; [...] incluso de lo que es más bonito en vosotros sacan una justificación para poseeros, para reteneros en la prudencia o cautela de la que ellos se ponen como medida: ¡una medida que salve lo salvable!». El resultado de esta constatación dolorosa es que, entonces, para un hombre debilitado de este modo, «su padre, su madre, la mujer a la que ama, el hijo que tiene delante de sus ojos, se reducen a cero. Todo —¡todo!— se reduce a nada: es el nihilismo»⁶⁸.

Pero la nada no es el destino último de las cosas, igual que el mismo desconcierto que acababa de describir Giussani no se resolvía en absoluto en un vacío de esperanza; delante de sus ojos él tenía la documentación de esto mismo: «Hay una excepción a esto, como la rama que se ve todavía verde y viva antes de que la llama la reduzca a cenizas: se llama juventud». Giussani parecía contradecirse, dado que había terminado sosteniendo que precisamente ellos eran las víctimas de la sociedad. Pero esta era precisamente la cuestión: el hecho de que ellos fueran las víctimas no quitaba para nada lo excepcional de la juventud que les pertenecía: «¡Sí! Paradójicamente son las víctimas,

pero permanecen -aun siendo víctimas- como una excepción. Aun cuando todo es negativo, ellos viven la necesidad de darse respuesta, de sugerir unos indicios; ellos viven; ellos viven una necesidad, aunque no la conozcan, aunque nadie se lo diga o les ofrezca una esperanza frente a ella».

En este punto dirigió una invitación a los universitarios que le estaban escuchando: «Es necesario que vosotros, jóvenes, os deis cuenta de que en el pasado se pueden documentar y en el presente se pueden ver figuras que tienen la estatura de vuestros deseos». Invitaba, por eso, a considerar la estatura de un hombre como san Pablo, de cuyas cartas citaba amplios pasajes, y también de san Ricardo Pampuri, o de la madre Teresa de Calcuta.

Después recomendaba: «Debéis reconocer estas presencias. Jesucristo ya no es la única presencia en la lejanía de la historia, que puede llegar a parecernos el fruto de nuestra imaginación, sino que es una presencia diez años después de su muerte, cuarenta años después de su muerte, mil doscientos años después, mil ochocientos años después de su muerte, hasta llegar hoy a la Madre Teresa: palabras y hechos, una presencia humana imposible de pensar». Dios se ha hecho familiar en la vida de cada uno; el milagro que se ofrece a nuestra consideración en estas figuras es que somos amados.

De hecho, Giussani decía: «Sois amados. Este es el mensaje que llega a vuestra vida, lo queráis o no, lo comprendáis o no, lo hayáis experimentado ya o tengáis todavía que esperar. ¡Ojalá vuestra petición lo confirme, lo confirme con una respuesta bonita! Jesucristo, en la historia del hombre, es el inicio continuo de este mensaje: ‘¡Sois amados!’». ¿Qué es la vida? Ser amados. ¿Y el ser que llevamos dentro? Ser amados. ¿Y el destino? Ser amados»⁶⁹.

En Bolonia para hablar de la educación del yo

El 15 de noviembre de 1995 Giussani retomaba y desarrollaba en Bolonia sus reflexiones sobre el sujeto cristiano generado por el amor de Cristo y convertido por Él en protagonista de la historia. El rector de la universidad más antigua del mundo, Fabio Alberto Roversi Monaco, le había invitado a pronunciar una conferencia sobre educación. Y le introdujo con estas palabras: «Bienvenido al Aula Magna de Santa Lucía. [...] ¡Esta aula nunca ha estado tan llena! Hay además algunas aulas conectadas por vídeo, y el aplauso con el que ha sido recibido es una muestra de la consideración, el afecto y la estima de que goza usted en la universidad boloñesa, más allá de los que participan en Comunión y Liberación con un compromiso directo, y también en el ámbito del cuerpo docente, ampliamente representado aquí. Son muchas las cartas y las llamadas de teléfono que he recibido de profesores que expresaban su pesar por no poder estar presentes en este acto, y en las que expresaban la estima por usted y el reconocimiento de la importancia de lo que usted ha hecho y hace por los jóvenes, y el deseo de que les exprese a usted y a los asistentes el sentimiento de su participación».

Roversi Monaco habló de una estima por él y de una satisfacción nada formales: «Yo creo que usted ha jugado un papel verdaderamente relevante al transmitir a los jóvenes

valores importantes e inducir a tocar temas que no siempre la universidad ha conseguido tomar en consideración. De ese modo nos ha ayudado de verdad a crecer»⁷⁰.

Cuando tomó la palabra, Giussani dio las gracias al rector Roversi Monaco, dijo, «por la liberalidad y la magnanimidad que tanto le caracterizan, de las que todos hablamos cuando nos referimos a usted, porque me da ocasión para volver a comunicar los valores humanos que evidencia con fuerza la educación cristiana [...] en mi vida».

Su discurso estuvo constituido por una serie de precisiones. La primera se refería a la educación: «La educación confirma hasta llegar a la ‘certeza’ [...] y desarrolla al hombre conforme a su *disposición original*, esto es, perdonad la traducción, al hombre ‘tal como Dios lo ha hecho’, hechura común a todos: si voy a ver a los esquimales, si aterrizo en Buenos Aires, hay acentos de la voz de mi madre que, debidamente pronunciados, adecuadamente traducidos, son idénticos, revelan *algo idéntico*. De hecho, el ‘corazón’ del esquimal, del argentino o del originario de Brianza es identificable como exigencia de verdad, de belleza, de bondad, de justicia y de felicidad»⁷¹.

La segunda puntualización de Giussani se refería al malestar que experimentaba frente a una cultura que niega la «*categoría de lo posible*, es decir [...], que exista en la realidad —más acá o más allá del límite al que la fuerza humana puede llegar— algo que responda, que corresponda a la naturaleza de la experiencia del yo: una respuesta total». Este es, continuaba, «el punto de contradicción entre mi corazón cristiano y el atrevido y apasionado análisis mundano»⁷², tal como lo expresaba el filósofo americano Richard Rorty: «No hay nada en la profundidad de nosotros sino lo que nosotros mismos hayamos metido ahí; ningún criterio que no esté creado por nosotros en el curso de una cierta práctica, ningún canon de racionalidad que no se refiera a dicho criterio, que no sea la observancia de nuestras mismas convicciones»⁷³.

Giussani declaró que no compartía esta hipótesis negativa, porque le parecía bastante más razonable la que, por el contrario, afirma que «el hombre no se hace por sí mismo, la realidad no se hace por sí misma. En caso contrario, haría falta destruir y negar la evidencia de la relación y la familiaridad con un infinito que es la consistencia última de lo real».

El culmen de esta apología del infinito, que se ha presentado con la encarnación de Cristo como respuesta a la situación humana, apareció en el diario *Il Giornale*, que publicaba en vísperas de la Navidad de 1995 una intervención de Giussani: «Nada hay tan conmovedor como el hecho de que Dios se haya hecho hombre para acompañar con discreción, ternura y poder, el camino fatigoso de cada uno en busca de su propio rostro humano». Se trata de un acontecimiento desconcertante que ha introducido en la historia una novedad que «corresponde a las exigencias elementales y originales del corazón humano, de tal modo que brota de ella una experiencia que la razón reconoce conforme a la medida de la plenitud. Negar la posibilidad de tal acontecimiento es, desde el punto de vista de la razón, la suprema irracionalidad»⁷⁴.

«Recemos por esta Italia en peligro»

Pasaron unos diez días, y el 4 de enero de 1996 *La Stampa* de Turín publicaba una larga entrevista a Giussani, con el titular: «Preghiamo per l'Italia in pericolo»⁷⁵. La realizó Pierluigi Battista, quien recuerda: «La entrevista [...] tuvo lugar en el bar del aeropuerto Linate, porque yo venía de Roma». En efecto, el periodista tenía que volver inmediatamente a la capital para redactar el texto de la entrevista; al enterarse de esto, Giussani fue directamente a Linate para ahorrarle el trayecto desde el aeropuerto a su casa. En un aeropuerto abarrotado de pasajeros que volvían de sus vacaciones de Navidad, a Battista le sorprendió que Giussani, «en medio de aquella gran confusión, sin apuntes, sin todos los ritos que habitualmente se producen entre el entrevistador y el entrevistado (‘¿Quiere un café? ¿Nos sentamos?’, algunas chacharas y todo lo demás)», tuviera una «extraordinaria capacidad de ir a lo esencial de las cosas. Es decir, su radicalidad, de forma pausada, para captar el núcleo de la cuestión»⁷⁶.

Battista escribió en *La Stampa*: «Las palabras de don Luigi Giussani. Palabras elaboradas y pulidas con puntillosa precisión, porque las palabras —dice el fundador de Comunión y Liberación al periodista que va a entrevistarle para tratar de comprender su itinerario vital y captar su juicio sobre una Italia sacudida por un huracán de cambios imprevisibles— ‘tienen un valor’. [...] Palabras. Y juicios que entran de lleno en las cuestiones políticas (y también ‘judiciales’) de Italia»⁷⁷.

La primera pregunta se refería al fin de la unidad política de los católicos, con la casi desaparición de la Democracia Cristiana a consecuencia de Tangentópolis y de una crisis interna. «No sé si es bueno», decía Giussani, «es un hecho perfectamente previsto por la autoridad de la Iglesia y previsible por la libertad que tiene la conciencia cristiana. Aunque, si la unidad que tienen los católicos como objeto de fe [...] se realizara también a nivel socio-político, ello sería siempre para la sociedad humana, sea cual sea la postura que uno tenga, un ejemplo confortante». En todo caso, para Giussani la unidad estaba «en función de la Iglesia y no de un partido político o de cualquier alineamiento»⁷⁸.

Battista insistió, preguntando si no se sentiría más seguro con un cristiano en el gobierno, y Giussani respondió: «No. El problema es una dedicación sincera al bien común y una competencia leal y adecuada. Puede haber un cristiano metido de lleno en los problemas eclesiales cuya honestidad natural y cuya competencia dejen dudas. Prefiero que no sea así. Como, a mi juicio, no ha sido ni es así en los casos de De Gasperi, La Pira, Moro y Andreotti»⁷⁹.

Eran los años de las investigaciones judiciales que infligieron duros golpes a la clase política italiana y llevaron a la cárcel a decenas de empresarios. Battista observó que la palabra «justicia» se había convertido casi en un sinónimo de «revolución judicial» y preguntó qué consecuencias se derivaban de esta clase de identificación. Para Giussani era signo de que «una parte exigua de todo el pueblo se erige en maestro iluminado y juez de todos. Es la concepción característica de cualquier intento revolucionario. De esta pretensión deriva la imposición de una ‘clase’ sobre el conjunto del pueblo, la exaltación desproporcionada de un aspecto particular que crea en el pueblo la imagen del magistrado como el ‘puro’ por naturaleza». Se trataba, en otras palabras, de la

«fanatización de una función particular, que hace que fácilmente se olviden las leyes que ha pensado el progreso de la civilización, precisamente para salvar la acción de esa función particular en su relación con la utilidad del conjunto. Pero la exaltación de esta función particular hace que se olviden las reglas: se anulan los derechos de la persona y desaparece casi cualquier sentimiento de piedad, asegurando una idolatría hacia los actores que están en la escena». Pero todo esto, precisaba Giussani, «no anula la necesidad de indagar y castigar a los culpables». Y desde este punto de vista, «el haber llevado a cabo esta tarea, aunque sea de un modo forzado, es la aportación útil que han realizado los exponentes de esta ‘revolución’».

Y sin embargo, apremiaba Battista pensando que interpretaba el juicio último de Giussani, la revolución judicial era en última instancia precursora de graves calamidades, y era verdad que «CL ha invitado a rezar a Nuestra Señora de Loreto y a los santos patronos por la salvación de nuestro país». Giussani aclaraba la razón de su llamada a la oración: «La situación es grave por la pérdida total de un punto de referencia natural objetivo para la conciencia del pueblo, un punto que empuje al pueblo mismo a buscar las causas reales del malestar y salvarse así de los ídolos. Esta pérdida comporta una destrucción inevitable, si es que no está proyectada, del estado de bienestar, cuyo funcionamiento tranquilo se ve totalmente amenazado. ¡Porque recuperarnos, realmente necesitamos recuperarnos!»⁸⁰.

Battista apuntó que, cuando Giussani pensaba en la política, insistía siempre en la idea de pueblo, y le pidió una aclaración. Giussani no ofreció una respuesta teórica, sino que describió a través de una imagen cómo ocurría eso: «Un pueblo nace de un acontecimiento, y se constituye como una realidad que quiere afirmarse en defensa de su vida peculiar contra quienes lo amenazan. Imaginemos a dos familias que viven en palafitos en medio de un río que crece. La unidad de estas dos familias, y luego de cinco, de diez familias, a medida que va creciendo la generación, es una lucha por la supervivencia y en última instancia, una lucha por afirmar la vida. Sin quererlo, afirman un ideal que es la vida. Por eso la gente que dice referirse a un pueblo considera la vida como inexorablemente positiva».

A continuación declaraba al enviado de *La Stampa*: «Por el conocimiento racionalmente comprometido que tengo de la vida del individuo y de la sociedad, estas condiciones de la idea de pueblo tocan la cumbre de su concepción y puesta en práctica en el anuncio del hecho cristiano, en el cual se realiza para nosotros lo que ha caracterizado durante toda su historia al gran *ethos* del pueblo judío y su tensión por cambiar la tierra»⁸¹. Y citó, a propósito de esto, al rabino jefe de Roma Elio Toaff: «En su último libro dice que los cristianos quieren llevar al hombre al cielo, mientras los judíos quieren traer a Dios a la tierra. Pero precisamente por esto nos sentimos hermanos suyos»⁸².

Battista hacía notar que Italia continuaba definiéndose como un país cristiano y, no obstante, CL insistía en decir que los católicos en realidad eran una minoría. ¿Por qué? «Los católicos verdaderos, reales, auténticos, son una exigua minoría. Hablo de los que ponen la contribución esencial de la tradición como principio sintético de su vida y de

las relaciones sociales, sobre todo al identificar el fin último de toda la historia (que viene antes del Apocalipsis) en la construcción dentro de la misma historia de la gloria humana de Cristo, no a través de hegemonías buscadas a cualquier coste, sino por medio de la fuerza enigmática de Dios». Y concluyó: «Esto, por otra parte, es lo que apasiona y lo que debería entusiasmar a todo cristiano auténtico: servir en todo lo que hace a la Iglesia de este Papa»⁸³.

Los encuentros con el director de La Stampa y con el enviado del Corriere della Sera

En la primavera de 1996 Giussani se reunió en Milán con Ezio Mauro, director de *La Stampa*. A la comida asistió también el *art director* del diario turinés, Angelo Rinaldi. Mauro tenía relación con CL desde mediados de los años ochenta, cuando había realizado para su periódico una serie de artículos sobre el movimiento, entre la sorpresa por el fenómeno imprevisto de unos católicos militantes y una lectura de CL como fuerza política. El almuerzo en la vía Martinengo, de Milán, en el convento de las Hermanas de la Caridad de la Asunción, se desarrolló fuera de los esquemas de la política: «Hablamos de todo, pero no de esto. Él me preguntó por mis hijos, por mi trabajo y mis amigos. Sabía cómo pensaba, conocía mis ideas laicas, pero estaba interesado en hablar. Recuerdo cómo miraba»⁸⁴.

Pocos días después de su encuentro, Mauro fue llamado a suceder a Eugenio Scalfari en la dirección del diario *La Repubblica*. El 8 de mayo Giussani le escribía: «El anuncio de su elección como director de *la Repubblica* me ha dado personalmente una gran alegría, que ha tenido valiosa confirmación en la conversación con mis compañeros de viaje acerca de su primer editorial del lunes. [...] Y desde la pasión clara y ardiente por este ‘oculto... Dios Salvador de Israel’, le deseo el milagro de que pueda ser una voz útil para el hombre que vive hoy».

Giussani añadía en su carta una confidencia: «En estos tiempos tristes me sucede a menudo que repito en la oración de la mañana el poema ‘X agosto’ de Pascoli. La esperanza tiene una fuente inagotable, y resiste indómita. Por eso, en el último resquicio de cielo en el que las estrellas lloran sin caerse, mis compañeros y yo, sensibles al Misterio viviente que subyace al curso de la historia, buscamos la fuerza de una amistad. Una amistad en la que se refleja una forma de pensar cauta pero segura, porque afrontando el drama del vivir la esperanza nace en un alma que secunda algún presentimiento noble ante los juicios necesarios y la anhelada belleza»⁸⁵.

A partir de entonces Mauro empezó a publicar en su periódico algunas intervenciones de Giussani, especialmente con ocasión de la Pascua de resurrección y de Navidad, no sin provocar sorpresa en quienes veían aparecer en el diario fundado por Scalfari la firma del jefe de CL junto a la de comentaristas laicos y de izquierda. Daremos cuenta de estos artículos en páginas posteriores.

De Giussani el director de *la Repubblica* subrayará sobre todo esto: «El cristianismo no es una filosofía, ni tampoco una norma de conducta, un conjunto de preceptos. Es un acontecimiento, es decir, algo —decía Giussani— que ha sucedido realmente en la

historia del mundo (esto me hace recordar las palabras de Woland en las primeras páginas de *El Maestro y Margarita* [la famosa novela de Mijaíl Bulgakov, *ndt*]: ‘Tengan presente que Jesucristo ha existido’), que atraviesa el tiempo y el espacio: Belén, hace dos mil años. Se trata, por tanto, de un hecho que influye, que da forma, que cambia la historia del mundo —explicaba Giussani—, no de un sistema de ideas al que recurrir como si fuera un código de normas sociales, culturales o religiosas». Mauro resumía así la lección de Giussani: «Fe, vida y cultura unidas, movidas y guiadas por el ‘acontecimiento’»⁸⁶.

Durante una intervención en los Ejercicios espirituales de la Fraternidad de 1996, Cesana atribuía la novedad de la vida de CL precisamente a la insistencia de Giussani en la naturaleza del cristianismo como acontecimiento, que notaba también, como se ha visto, un observador externo como Mauro: «Terminada la confusión política», decía, «nos hallamos en una condición que nos reclama a lo que somos. No se trata de una fuga ‘religiosa’, sino de la vida, de la concreción de la vida, en la que volvemos a aprender poco a poco las palabras que nos definen. Pensad en todo el esfuerzo editorial que está haciendo el movimiento: los libros que podemos leer y la Escuela de comunidad. Pensad cuánto nos han educado para afrontarlo todo conforme a este punto de vista, y cuánta libertad estamos aprendiendo ahora, ¡y cuánta inteligencia! Por tanto, ‘conciencia crítica y sistemática de la experiencia’: esta es nuestra originalidad, nuestro punto de partida»⁸⁷.

En 1996, Michele Brambilla trabajaba como cronista en el *Corriere della Sera* y escribía también sobre asuntos relacionados con la Iglesia. Y tuvo ocasión de conocer a Giussani en su despacho de la vía Martinengo: «Me quedé estupefacto de ver que aquel anciano sacerdote, encorvado hacia delante por los años y los achaques, estaba —quién sabe desde hacía cuánto rato— esperándome en la acera, delante de la puerta de entrada». Giussani le acogió con su voz ronca: «Es un gran honor recibir su visita». Brambilla logró apenas balbucir que el honor era suyo. Recordando aquel episodio reconoce: «Comprendí en un instante cuán cierto era lo que se decía de él. Que cualquiera que se presentase ante a él —cualquiera, incluso un cronista al que no había visto jamás y que no pertenecía a su movimiento— se convertía de repente, para él, en la persona más importante del mundo, en la ocasión de un encuentro único e irrepetible».

Durante el almuerzo, Brambilla le escuchó decir que el cristianismo es verdad «porque corresponde a todas las exigencias del corazón: de verdad, de belleza, de justicia, de infinito». El periodista probó a replicar que semejante argumentación podía darse la vuelta: «Puesto que el hombre tiene exigencia de verdad, de infinito, etc., se ha inventado una religión que aplaque sus preguntas y su angustia». Ante aquellas palabras, Giussani —que hasta ese momento había permanecido en calma— cambió repentinamente de actitud: «Le vi encenderse. Apretó los puños, luego agitó sus dedos por delante de mi cara y con su voz ronca me dijo: ‘Entonces respóndame a esta pregunta. Si el cristianismo es ilusión y el ateísmo es realidad, ¿por qué quien sigue la ilusión está sereno y logra siempre afrontar la vida, incluso cuando atraviesa un sufrimiento, mientras que el que está en la realidad está angustiado y termina siempre por extraviarse? ¿Cómo es que el que vive en la ilusión resuelve el problema de la vida y

el que vive en la verdad fracasa? ¿Le parece razonable todo esto? ¿Le parece razonable que con una ‘llave’ equivocada se consiga abrir una puerta y con una justa no se consiga?’».

Brambilla recuerda también estas palabras de Giussani: «Que el cristianismo es verdad [...] lo demuestra precisamente la experiencia: el que sigue a Cristo resuelve todos sus problemas; el que le rechaza puede vivir largo tiempo con la ilusión de ser feliz, pero en realidad no hace más que evitar sus preguntas más profundas, y al final se pierde».

El periodista recuerda también que a Giussani le gustaba repetir una poesía de Eugenio Montale, «Forse un mattino»; en ella el poeta imagina que todo lo que le rodea (los árboles, las casas, las colinas) es una ficción, que solamente se trata de un engaño, porque no hay nada más que la nada. «‘Bonita poesía’, decía don Giussani: ‘refleja la angustia del hombre de hoy; bella, pero con un defecto: que lo que dice no corresponde a la realidad, porque los árboles, las casas y las colinas existen; el mundo existe, nosotros existimos. Negarlo puede ser quizá poesía, pero no tiene nada que ver con la realidad’»⁸⁸.

Inclinado sobre el fragmento 7Q5 de Qumrán

Una gran exposición inaugurada en Rímini en la primavera de 1996 documentó que los Evangelios no son sueño ni fantasía, sino el relato de hechos acaecidos que confirman su veracidad: «De la tierra a las gentes». Esta exposición, que trataba sobre los comienzos del cristianismo, estaba destinada a convertirse en la exposición más conocida e importante del Meeting por la amistad entre los pueblos. Entre las piezas expuestas estaba el fragmento 7Q5, descubierto en las cuevas de Qumrán y atribuido por el padre O’Callaghan al Evangelio de Marcos (ver aquí, p. 938). Hay una foto en la que se ve a Giussani en Rímini, con los codos apoyados en una caja de cristal blindada, inclinado sobre ese minúsculo papiro de color ocre que tiene 3,9 por 2,7 cm, con los restos de algunas palabras griegas —en total veinte letras—, escritas con tinta negra. Prácticamente nada. Y sin embargo «está provocando un terremoto subterráneo en la Iglesia. Para los que se dedican a ello es una bomba de relojería neutralizada hasta ahora, y recluida en el círculo restringido de los ‘expertos’»⁸⁹, escribía Antonio Socci ya en 1991. Finalmente ahora estaba a la vista de todos.

Aplaudiendo la iniciativa del Meeting, con ocasión de su inauguración, Giussani subrayó que la exposición renovaba en él «el entusiasmo de joven estudiante de bachillerato frente a maestros tan amantes de la verdad que estaban dispuestos a renunciar incluso a las opiniones dominantes cuando aparecían nuevos descubrimientos más adecuadamente fundados». Dio las gracias «sobre todo a las autoridades israelíes, inglesas, vaticanas e italianas que han hecho posible [...] un hecho cultural sin precedentes». Y explicó las razones de ello: primero, «el instrumento con el que avanza el hombre en el camino hacia la verdad es la razón, utilizada con toda su apertura». Segundo, «la misteriosa situación que sufre la razón, casi como un impedimento para concluir su propia trayectoria de búsqueda de lo verdadero, se resolvió con la entrada en

la historia de un hombre, Jesús de Nazaret». Justamente por esto «advertir el problema de la venida de Cristo» era para Giussani «el culmen de una vida vivida a la luz de la razón». Tercero, «nosotros amamos a Cristo porque en Él la verdad se ha hecho hombre. [...] Un hombre presente». Por esta triple consideración la exposición de Rímini aportaba «una nueva evidencia a la razón y por tanto a la humanidad de la fe».

Giussani aprovechó la inauguración para renovar su estima por «ese grupo de jóvenes estudiosos de la Sagrada Escritura de Madrid que, junto a maestros más expertos, como el padre Mariano Herranz y otros, [...] se han opuesto a la interpretación imperante de la historicidad de los documentos sobre los orígenes cristianos, de Strauss y de Bultmann, y lo han hecho empujados por una pasión por la verdad que, utilizando un método científico, ha puesto de relieve justificaciones tan razonables que son comprensibles hasta para un profano»⁹⁰.

Un último elemento describe el estado de ánimo que tenía Giussani ante el evento riminés: «Tenemos en común con el pueblo de Israel el sentido de una historia a la que pertenecemos por misteriosa elección para una misión. Desde hace tiempo repito que la historia del pueblo judío debe convertirse en conciencia de la historia de nuestra persona, porque en la medida en que no exista esto, no seremos verdaderos cristianos». La exposición «De la tierra a las gentes» era, pues, un «gesto de ecumenismo real, en el que se pone de relieve la importancia que tiene la relación con la cultura y la historia judía, de la que quisiéramos —si fuera posible— sentirnos parte para comprender plenamente su valor»⁹¹.

En Chieti, el descubrimiento del «Tú»

El 15 de mayo de 1996 Giussani se encontraba en Chieti. El rector de la Universidad Gabriele d'Annunzio, Uberto Crescenti, le había invitado a dar una conferencia sobre el tema: «Educación para la formación de la persona protagonista del pueblo y de la historia».

Al presentarle, el profesor Crescenti dijo: «Creo que el reto para la universidad y para la enseñanza en general, en el próximo milenio, será precisamente intentar recuperar el papel central de la formación, es decir, educar a los jóvenes». Giussani, reconoció el rector, «ha llenado una laguna, una carencia de la escuela italiana, y no os oculto que cuando conocí vuestro movimiento gracias a los colegas vuestros que me han invitado a participar en reuniones como esta, he descubierto un movimiento que me ha hecho mucho bien: siempre he salido de esas reuniones con el corazón lleno de esperanza».

Agradecido por las palabras de saludo, Giussani recorrió velozmente el contenido de su libro sobre el riesgo de educar (ver aquí, p. 582), para centrarse en un punto que le apremiaba particularmente. Lo resumió con un título: «El descubrimiento del Tú». Y explicó: «Toda la esencia del hombre, toda la esencia y la dignidad, la pasión... sí, el ardor y la conmoción que el yo del hombre despierta en quien lo mira como si estuviera en un teatro, aparece cuando el yo se descubre diciendo *tú* a otra persona. ¡El tú! Significa una cosa distinta: tú no eres yo». Giussani aclaraba que precisamente a causa

de ese descubrimiento «yo no puedo abusar de ti, no puedo utilizarte, no puedo apropiarme de ti, no puedo robarte, no puedo destinarte a mí, ¡no! Entonces uno cae en la cuenta de lo que quiere decir respeto, veneración, adoración». Después subrayó que «un hombre que no haya vivido un momento así con su mujer nunca habrá amado a su mujer, ¡nunca! Un adulto que no haya amado a su pequeño así, que no haya sentido nunca esta onda dentro de sí, este respeto repentino hacia esa carita a la que podría abofetear o acariciar a su placer, nunca ha amado a su hijo».

Giussani continuaba su razonamiento: «Cuando uno llega a decir ese tú al hombre o a la mujer o al niño o al extraño —porque ya no hay extraño: si uno dice tú, este tú ya no nos es extraño—, entonces comprende lo que es Dios». He aquí, pues, que «el Infinito es ese *Tú* divino que permite estos *tu* humanos. E igual que ese *Tú* hace que surja en mí esta incógnita absoluta, yo, [...] así también hace que surja el tú; yo y tú: es exactamente lo mismo».

Este era, para Giussani, el secreto de una educación digna del hombre: «Yo y tú: razonad sobre estas dos palabras, y comprenderéis adónde puede llegar una ayuda educativa: lo que puede hacer verdaderamente razonable cualquier paso del hombre es un amor, un abrazo, un calor, una eliminación de la soledad, una fuerza frente a todo lo que pueda suceder»⁹².

«La realidad se hace evidente en la experiencia»

Veintiuno de junio de 1996. Giussani se hallaba en el auditorio de los misioneros del PIME en Milán. Iba a ser uno de los últimos encuentros de los responsables universitarios de CL en los que participara personalmente. En la parte trasera del escenario, antes del comienzo de la asamblea, preguntó hasta dónde habían llegado los universitarios en la Escuela de comunidad. Y comenzó el encuentro. Después de los cantos, y al introducir los trabajos, sin previo aviso, ante una platea de quinientas personas le preguntó a Di Martino, que estaba sentado junto a él: «Tú, que eres filósofo, dínos en qué consiste, filosóficamente, desde el punto de vista de la concepción, la diferencia de nuestra postura respecto a la de los demás grupos». Este no logró ni siquiera encuadrar la pregunta, pues le había pillado por sorpresa: «Muy a gusto habría declinado la invitación, pero el modo en que se dirigió a mí no me lo permitía; pocas veces en mi vida me he sentido más desarmado y cohibido. Con don Giussani había que estar siempre alerta, no había un instante de tregua». Di Martino respondió repitiendo una frase que le había escuchado a él: «Tú has dicho otras veces que filosóficamente la diferencia consiste en esta frase: ‘La realidad se hace evidente en la experiencia’». Giussani le interrumpió de golpe: «Escribid esta frase, porque es capital [...], para mí es tan importante como el asombro que experimentaron Juan y Andrés ante la realidad de Jesús»⁹³. Giussani parecía haber acudido allí, con toda la fatiga que supuso aquel día, para decir eso y solamente eso.

¿Y por qué esa frase sobre la experiencia era capital? Porque en ella, observa Di Martino, reside toda la ‘diferencia’ y la fuerza del método, «no solo desde el punto de

vista pedagógico, sino ante todo desde el punto de vista teórico». Para Giussani, en efecto, si la realidad se hace evidente en la experiencia, si «la experiencia coincide con *el hacerse evidente de la realidad*»⁹⁴, entonces, para conocer cualquier cosa, para pronunciarse respecto a cualquier cosa, es necesario partir de la experiencia. El resto es prejuicio o construcción indebida. Esto es justamente lo que constreñía en el planteamiento de Giussani: él no se permitía nada que no pudiera exhibir sus razones a partir de la experiencia y comprometía a los demás a hacer lo mismo. Para aclarar la radicalidad de ese principio, Giussani añadía: «No puedes decir ‘Señor, Dios del cielo y de la tierra’, sin *partir de una experiencia*», lo que significa que, para el hombre, Dios «es realidad si entra en la experiencia»⁹⁵. En caso contrario es una ilusión.

Lo mismo se debe decir de Cristo: «En la medida en que Jesús, como Dios, no se convierte en una realidad, no entra en nuestra experiencia, no podemos reconocerle adecuadamente»⁹⁶. La experiencia es el lugar en el que emerge, en el que se vuelve evidente la realidad de cualquier contenido y de cualquier propuesta.

La fórmula que utilizaba Giussani indica el imperativo, la vía maestra de todo conocimiento adecuadamente fundamentado: partir de la experiencia, hacer habitual la comparación de todo lo que se dice con la propia experiencia, poner en cuestión lo que no se sostiene en esa comparación, sacar de la experiencia todas las evidencias en las que apoyar la concepción de sí y de la realidad. De este modo Giussani quería poner a cada uno en condiciones de tomar postura crítica y autónomamente, liberándole y abriéndole a un camino humano.

¿Se puede (¡verdaderamente!) vivir así?

Esta invitación a un trabajo personal y crítico era una constante de Giussani. El libro que se publicó en el verano de 1996, con un título muy particular: *Si può (veramente!) vivere così?* (¿Se puede (¡verdaderamente!) vivir así?, no hay edición española, *ndt*) era una documentación preciosa de ello. Era fruto de sus conversaciones con dos grupos de jóvenes que habían empezado un camino en los *Memores Domini* análogo al que habían recorrido otros algunos años antes y que se había recogido en *¿Se puede vivir así?* (ver aquí, p. 955).

El mismo Giussani indica su estructura como una revisión completa del texto del año anterior: al tener que empezar con un nuevo grupo de personas, «desarrollé de nuevo los mismos temas: fe, esperanza y caridad», pero el resultado fue imprevisible, casi quinientas páginas «totalmente distintas»⁹⁷.

Y este es el método que había seguido: «¿De qué modo podemos aprender, aunque sea de forma balbuciente, el lenguaje nuevo y verdadero, el lenguaje nuevo de la verdad de las cosas? Dos amigos, a los que se añade la compañía de una persona que está habituada ya desde hace algún tiempo a mirar las cosas de cierto modo, a leer las cosas repitiéndolas, silabeando las palabras más importantes [...], leen juntos, estudian de memoria una expresión que parece difícil pero que es bella. [...] Y hay una palabra que no alcanzan a comprender bien, no consiguen comprender bien cómo ha entrado en el

planteamiento. Entonces van a decirle al que ha hecho el planteamiento: ‘¿Cómo ha entrado?’ Y entre los cuatro lo resuelven mejor que si solo estuvieran los tres»⁹⁸.

Giussani sabía que no estaba inventando nada nuevo, porque era deudor de una tradición antigua: «Esta es la manera en que los medievales concebían el estudio. Los mismos libros lo demuestran: el texto era el pasaje de la Escritura que había que juzgar y estudiar; los márgenes eran tantos y tan grandes que en clase, mientras se leía el texto y cada uno decía su opinión, llegados a un punto todos escribían en ellos el resultado de la discusión que el profesor les había hecho comprender de forma persuasiva. ‘El resultado de la discusión es este: la caridad es un don, don total, gratuito’. Y por eso, en los márgenes de los libros medievales de los universitarios de Bolonia encontramos escrito: ‘La caridad es un don...’: es el comentario a la cuestión, la explicación del texto». Y así, «la verdadera escuela son esos dos, o mejor, esos tres [...] junto a quien es responsable de la forma de hablar, de cómo se expresa y se defiende un concepto que se quiere definir: esta es la enseñanza que hace que las cosas se fijen en la mente y, sobre todo, que ayuda a comprender qué tienen que ver esas cosas con su forma de vivir cotidiana»⁹⁹.

También en este caso volvía la insistencia de Giussani sobre el tema de la experiencia que había afrontado con los universitarios: al hombre «le educa la experiencia, no lo que experimenta. [...] Esto se convierte en experiencia cuando el experimentar es al mismo tiempo juzgado por los criterios del corazón: si es verdaderamente verdadero, si es verdaderamente bello, si es verdaderamente bueno, si es verdaderamente feliz. Basándose en esas preguntas últimas del corazón, en esos criterios últimos del corazón, el hombre gobierna su vida». Y añadía un poco melancólicamente: «Pues bien, hace treinta años, cuando yo empezaba a decir estas cosas, ¿no creía que después de treinta años iba a tener que repetirlas tantas veces para hacérselas comprender a gente que desde hace ya diez años camina por el mismo camino! [...] ¿Cuál es el punto de partida de toda indagación humana, de toda búsqueda de la verdad? El punto de partida es la experiencia. [...] Ahí empieza tu camino, para que estés vigilante, para que seas crítico. La cultura es conciencia crítica y sistemática de una experiencia; una experiencia exige desarrollo crítico y sistemático. Eran las palabras que usábamos tres días después de haber empezado GS»¹⁰⁰.

Y de nuevo, el 4 de octubre de 1996, hablando en una casa femenina de los *Memores Domini*, repetía: «Lo más importante que yo he dicho en toda mi vida es que Dios, el Misterio, se ha revelado, se ha manifestado a los hombres hasta el punto de hacerse objeto de nuestra experiencia. El Misterio se vuelve *incluso* objeto de nuestra experiencia»¹⁰¹.

«Elegidos para participar de la mirada con la que Jesús miraba a los hombres»

En 1996 Giussani invitó a la congregación de las Hermanas de la Caridad de la Asunción a nombrar una representante en la Diaconía, el órgano de dirección de la Fraternidad de CL. Ante la pregunta del porqué de esa implicación, Giussani respondió:

«el Señor, el Espíritu de Cristo, es el principio fundador de todo lo que se produce en la Iglesia, precisamente de la fecundidad de la Iglesia. No hay otra fuente. Porque todo lo que el Padre tiene en sus manos se lo ha dado a Él, al Hijo, y el Hijo hace partícipes de ello a los que quiere elegir, siguiendo la orientación que el Padre le ha dado». Esta es la única fuente de la alegría cristiana, y añadía: «Cristo nos ha elegido, y al elegirnos nos ha dado como dote su Espíritu». Giussani subrayaba que Jesús mismo habla de esto en el Evangelio: «Volvieron sus discípulos llenos de alegría. ‘Maestro, hasta los demonios se nos someten’. ‘No os alegréis de que incluso los demonios se sometan a vosotros, alegraos más bien porque habéis sido elegidos, porque vuestros nombres están escritos en el libro de la vida’»¹⁰². Ninguna otra cosa, ni siquiera un éxito misionero deseado, vale más que haber sido elegidos.

Para Giussani su alegría y la de las Hermanitas debía tener la misma naturaleza, es decir, el hecho de haber sido elegidos y no el resultado de su actividad, por muy significativo que fuera. «¿Elegidos para qué? Para participar de la riqueza de Jesús, de la mirada con la que Jesús miraba a los hombres, del corazón con el que Jesús amaba a los hombres, a todos los hombres». Es la alegría «de esta pertenencia y de esta fe, fruto de la elección de Cristo, de nuestra adhesión y reconocimiento activo, activo como nuestra libertad, que es más deseosa que capaz, y por tanto, es más suplicante que pretenciosa».

Por esto había invitado a las Hermanitas a la Diaconía de la Fraternidad. Efectivamente, subrayaba Giussani, «no existe ninguna participación vivificadora en la Iglesia, en la vida de la Iglesia, en nombre de la fe, de la esperanza y de la caridad, no hay ninguna acción renovadora de la Iglesia si no se adhiere y obedece a una regla», en este caso, la de la Fraternidad, reconocida por la Iglesia. Por eso «nosotros queremos obedecer a esto, porque es un acontecimiento que el Papa ha bendecido y la Iglesia ha reconocido». Ahora bien, insistía Giussani, el fin principal de la participación en la Diaconía es «tratar de aclarar, de profundizar, de hacernos más sensibles y obedientes al milagro que ha tenido lugar. Y el milagro es una unidad entre gente que antes no se conocía». Por todo esto «lo que más valoramos es que exista este punto como ayuda para enriquecer cada vez más, para la gloria de Cristo, esta realidad histórica que él ha suscitado», es decir, el movimiento. Por eso, concluía Giussani, «pedimos y suplicamos que colabore en este momento [la Diaconía de la Fraternidad, *nda*] todo aquel que en el encuentro con nuestra experiencia, comoquiera que se haya producido, haya experimentado un impulso nuevo de vida. Ciertamente, objetivamente, no tenemos a nadie más digno que vosotras para estar en este lugar, porque vosotras habéis sacrificado la vida para dar testimonio de lo que habéis visto y oído»¹⁰³.

Invitado a celebrar el aniversario del reconocimiento pontificio de las hermanas, el 29 de junio de 1997, y después de ver a Giussani el día anterior, el padre Fidel González les repetirá a ellas las palabras que le había confiado: «Diles dos cosas: cuando un carisma se encuentra con otro carisma, no lo excluye, sino que lo abraza, lo potencia, lo vivifica, porque Dios no puede contradecirse a sí mismo. Uno que, por ejemplo, haya encontrado el carisma de san Francisco y después se encuentra con el carisma de CL, vive con una nueva frescura, intensidad y riqueza su carisma original. ¿No ha sido así también para ti,

Fidel? Tú, que eres comboniano y has experimentado estas cosas, puedes explicarlas. Diles que den gracias a Dios cada día por haber conocido en su vida a la gran figura del padre Pernet, y que permanezcan fieles a ese carisma»¹⁰⁴.

Será la propia Santa Sede la que subraye este entrelazado de historias y carismas, con un acta fechada el 17 de enero de 2006, a petición de las Hermanas, que reconoce a Giussani (fallecido un año antes) como cofundador de las Hermanas de Caridad de la Asunción junto al padre Pernet. «Un reconocimiento» declaraba sor Gelsomina «que da razón de los cuarenta años de amistad, increíblemente humilde y gratuita, que don Giussani ha tenido con nosotras»¹⁰⁵. A propósito de esto recordaba la superiora general: «El cardenal Errázuriz, cada vez que nos ve, nos recuerda con mucha alegría que desde el primer encuentro con nosotras había comprendido que la esencia de la fidelidad al padre Pernet, para él clarísima en las personas que tenía delante, se debía al hecho de que le mirábamos con los mismos ojos con que le miraba don Giussani, y le comprendíamos a través de él»¹⁰⁶.

«El inicio continuo de lo que el Señor me ha sugerido que hiciera»

Giussani solía releer los momentos destacados de su vida, extrayendo de ellos significados de orden general. Como sucedió el 26 de junio de 1996, precisamente durante una conversación con las Hermanas de Caridad de la Asunción, en Milán. Pensando en toda su larga experiencia pudo testimoniar: «Lo único puro ha sido el inicio, y el inicio continuo, cada día, de lo que el Señor me ha sugerido que hiciera. Y lo que el Señor me sugería hacer es un intento y una humilde interpretación, contento solamente de poder dar gloria al Señor, de todo lo que se ha hecho y de lo que ha sucedido, hasta el último discurso impresionante del Papa sobre los movimientos en Pentecostés»¹⁰⁷.

En efecto, en la homilía del 25 de mayo de 1996, en la plaza de San Pedro, Juan Pablo II había dicho: «Uno de los dones del Espíritu a nuestro tiempo es ciertamente el florecimiento de los *movimientos eclesiales*, que desde el comienzo de mi pontificado continuó indicando como un motivo de esperanza para la Iglesia y para los hombres. Ellos ‘son un signo de la libertad de formas en las que se realiza la única Iglesia, y representan una novedad segura, que todavía espera ser adecuadamente comprendida en toda su positiva eficacia para el reino de Dios que está obrando en este momento de la historia’»¹⁰⁸.

Giussani envió enseguida un mensaje al Pontífice (28 de mayo de 1996): «Le agradecemos que haya vuelto a proclamar ante la Iglesia con claridad ‘el florecimiento de los movimientos eclesiales’ como motivo de esperanza para la Iglesia y para el hombre. Siéntanos como pequeños discípulos abrazados a usted en la asimilación sacrificada, paciente e inteligente de esta visión de la victoria de Cristo sobre Satanás y sobre el mundo»¹⁰⁹.

Con ocasión de la vigilia de Pentecostés, el Papa había hecho también un anuncio: «En

el marco de las celebraciones del Gran Jubileo, sobre todo en las del año 1998, dedicado de forma especial al Espíritu Santo y a su presencia santificadora dentro de la comunidad de los discípulos de Cristo (cf. *Tertio millennio adveniente*, n. 44), cuento con el *común testimonio y la colaboración de los movimientos*. Confío en que ellos, en comunión con sus pastores y en coordinación con las iniciativas diocesanas, quieran llevar al corazón de la Iglesia su riqueza espiritual, educativa y misionera, como experiencia preciosa y propuesta de vida cristiana»¹¹⁰.

Como consecuencia de ello, el 18 de junio Giussani recibía una carta del cardenal Eduardo Pironio¹¹¹. El presidente del Consejo Pontificio para los Laicos invitaba a Giussani, y con él a todo el movimiento, a participar en la preparación del encuentro mundial de los movimientos que estaba programado para 1998 en Roma. En su respuesta, Giussani indicó como representantes de CL en el grupo de trabajo a dos de sus más estrechos colaboradores: Carras, por aquel entonces coordinador de la Comisión internacional de CL, y don Stefano Alberto, que enseñaba Introducción a la Teología en la Universidad Católica de Milán¹¹².

En aquellos últimos días de junio de 1996, Juan Pablo II, que estaba de visita pastoral en Alemania, fue objeto de críticas por parte de la prensa internacional. Y también algunos periódicos italianos se lanzaron a acusarle, unos por la falta de *mea culpa* a propósito de los presuntos silencios de Pío XII, y, otros por el *mea culpa* a causa de lo «demasiado poco» que habrían hecho los cristianos, pronunciado durante su encuentro con los miembros del Consejo central de los judíos¹¹³. Por ello, el 26 de junio de 1996 Giussani le envió un telegrama, que firmó junto a Cesana: «Santidad, a propósito del escándalo con relación a vuestra toma de posición sobre hechos históricos, le agradecemos el ejemplo de humildad, único en la historia, por el que aceptamos también nosotros considerarnos injustos frente a la historia por la imperfección que implica cada acto nuestro, a fin de que Cristo encuentre menos obstáculo para ser amado por los hombres. Hemos querido telegrafiarle esto porque le queremos, es decir, queremos seguirle y obrar en el mundo por el mismo amor»¹¹⁴.

Capítulo 32
«La vejez ha aparecido repentinamente en mí»
La enfermedad y «Dios todo en todo»
(1996-1997)

El mes de junio de 1996 lo iba a recordar Giussani como fundamental para su vida. Habló extensamente de ello un año después; al reunirse con los monjes benedictinos de la Cascinazza, les reveló que había hecho un descubrimiento: «La vejez ha aparecido repentinamente en mí». Y dijo: «Ahora el Señor se ha fijado en mí, casi me ha aprisionado, casi como a vosotros, y por eso me ha dejado, me deja el signo cotidiano de su benevolencia», porque cuanto menos espacio hay «más posible es comprender que el valor que tiene el tiempo, el valor del uso del tiempo, de la libertad en el tiempo no está ligado a la mucha o poca expresividad personal, a la intensidad psicológica, sino solamente a la relación con Dios». Y continuó: «El Señor me ha hecho comprender repentinamente, y por eso ha hecho que surgiera repentinamente la conciencia de la edad que pasaba [...] a los setenta y cuatro años exactos».

Admitió que hasta hacía pocos años antes la vejez nunca había sido un problema para él, ni siquiera de lejos; de hecho, Giussani se había sentido siempre más joven de lo que era, porque «tomar conciencia implica crecer en el amor, y el crecimiento de ese conocimiento y de ese amor es la juventud, hace crecer la juventud». Pero, en un momento dado, tuvo que rendirse a la evidencia.

Para Giussani esta rendición tuvo una fecha precisa: «Cierta día de junio del año pasado [1996, *nda*] se despertó en mí esta conciencia». En ese periodo Giussani se vio obligado a recibir ayuda para las necesidades cotidianas, y pensó: «¡Cuando somos niños soportamos esto! Es la misma norma», pero qué distancia —cuando se es adulto— en cuanto a la conciencia del hecho. Giussani recordaba el momento exacto: «Cuando estaba realizando lo que el Creador me impulsaba a realizar, precisamente en ese momento me dije: ¡Pero mira, mira qué fin! El hombre termina en nada»; esta consideración, admitía, estaba ligada al hecho de que «el nihilismo es la tentación que subyace de forma brutal a la mentalidad de hoy».

Pocos instantes antes Giussani había estado escuchando a Beethoven, y eso le hizo pensar que también «Beethoven, que escribió la Novena Sinfonía, iba a terminar así, ¡terminó así! La *Divina Comedia* de Dante... Terminan así». Pero al mismo tiempo sentía un movimiento de rebeldía dentro de sí: «Es imposible», pensaba, y enseguida se preguntaba si existía algo que liberara de esta nada: «Y brotó en mí, con una claridad

que era como tocar el rostro de mi madre: el yo. ¡El yo! Cuando digo yo, no soy así»¹, es decir, una nada.

En un lugar distinto Giussani contará con otras palabras esa misma experiencia: «*Corpus quod corrumpitur aggravat animam*, dice la Biblia: el cuerpo que se corrompe grava, pesa en el alma. Pero sobre todo me decía a mí mismo: ‘¡No es posible que yo termine así! ¿Qué es lo que hay más allá de esta fisicidad corruptible? En el fondo, ¿qué es esta realidad mía —¡mía!—? [...]’ El yo»².

Aquella semana de junio, que transcurrió entre pruebas médicas, estuvo llena de descubrimientos para Giussani, como le ocurría desde hacía tiempo; en efecto, «Dios, en estos últimos tres o cuatro años, me ha hecho estar lleno de pensamientos, de intuiciones, más que en toda mi historia personal, en la historia que he tenido». Esa circunstancia le abrió sobre todo el camino para la solución del problema: «El día después, después de pasar toda la noche pensando en estas cosas, comprendí de repente por qué dice san Pablo que ‘Dios es todo en todo’. Si Beethoven, Dante y yo acabamos siendo polvo» y si, por otra parte, Dios es todo en todo «de un modo tan integral, yo ¿quién soy?, mi madre ¿quién es?». Giussani pensaba: «O apariencia, y por tanto nada, como Anquises [una sombra, *nda*] en los brazos de Eneas, o bien parte del todo. Nihilismo y panteísmo son los dos extremos del pensamiento humano. O parte del todo, o nada». Giussani revelaba a los monjes: «Nunca me había hecho este razonamiento conscientemente. Me lo hice el año pasado en junio»³.

«La evidente dificultad que plantea esta pregunta tiene como resultado inmediato que nihilismo y panteísmo parezcan ser la respuesta a una razón que no tiene una conciencia apropiada de sí misma»⁴. «Pero tanto el panteísmo como el nihilismo destruyen lo más inexorablemente grande que hay en el hombre; destruyen al hombre como persona»⁵, destruyen el yo. ¿Quién puede ayudarnos a salir del apuro de esta alternativa entre nihilismo o panteísmo? «Jesús», pensaba Giussani, es decir, «un ser nuevo, distinto de todos los demás». Es «el *leitmotiv* que ha dominado mi alma este año, el año pasado, todo proviene de ahí».

Después de aquel día de junio de 1996 hubo un segundo descubrimiento que Giussani recordará haber hecho a propósito de su límite, que había empezado a experimentar de un modo tan agudo: «Cuando ya no tienes aliento para hablar con espontaneidad, como antes, si quieres hablar suelto a veintitrés mil personas, tienes que escribirlo», mientras que antes «lo que decía era todo espontáneo, y cuanto más espontáneo era más agudo». Hacía un año que había empezado a caer en la cuenta de esto: «El límite es la condición en la que Dios me ponía para darme, para poderme dar, ulteriores intuiciones para bajar o levantar el nivel de la conciencia y de la memoria». Por esto Dios «ahora me ha dicho: ‘Te pongo este límite porque antes, hasta ahora, siempre has hablado, ahora cállate’. No dijo siempre: ‘Ahora cállate’».

Para Giussani esto constituía la segunda enseñanza: si Dios es todo en todo, «lo que tú no consigues hacer, lo hace Él». Por eso, debido a que tenía que viajar a Alemania para hacerse pruebas médicas, en agosto de 1996 renunció por primera vez en su vida a dar

los tradicionales Ejercicios de verano del Grupo adulto: «Un año antes habría dicho: antes me muero»; a todo lo demás habría podido renunciar, pero no a las citas de agosto. «Los ejercicios del Grupo adulto y las Internacionales son los dos momentos cumbre del año; las Internacionales, es decir, esa reunión en la que se toma el pulso de la situación del movimiento y se pone en marcha el estímulo para el año siguiente». Pero ahora era distinto, y aceptó esa condición de distanciamiento.

No obstante, por mucho que le pareciera claro el sentido de todo esto, Giussani no estaba tranquilo y durante algún tiempo vivió «con terror pensar que ya no tuviera nada que hacer». En lugar de eso, cuando pasaron algunos meses, «cambié, evolucioné, con cierto cuidado». Esta evolución se realizó en un primer momento a través de una confirmación de la obediencia: «En la última fase de mi vida quería ser obediente a Dios». Pero eso se concretaba también en la conciencia de la particularidad del momento: «¡Estamos en el final, en el último tramo», y descubrió que esto lo decía «tranquilamente, no solo tranquilamente sino alegremente». Y contó a los monjes que también por eso había tratado de reducir sensiblemente la cantidad de trabajo, pero que cada día llegaba a la noche teniendo que admitir: «¡Ay de mí! Me doy cuenta de que solo he podido hacer un cuarto de hora en lugar de una hora».

Todo parecía desarrollarse como si, a través de los límites que imponía la edad, el Señor le hiciera probar a Giussani la experiencia de una virtud, que en realidad jamás se había cansado de practicar: la obediencia, a la manera de Jesús; *Christus, factus oboediens usque ad mortem*, esto es, Cristo obediente hasta la muerte, aceptando la cruz, «demostró su verdad. ‘Dios es todo en todo’, pero ‘Cristo es todo en todos’. ¿Qué quiere decir? Que Cristo es el hombre en el que se comprende quién es el hombre y quién es Dios»⁶.

Justamente sobre este tema mantuvo Giussani una conversación con la doctora Gudrun Ulm, en la clínica alemana a la que fue en agosto de 1996 para someterse a algunas pruebas: «‘Mire Señora, que Dios se haya hecho un hombre que caminaba, que comía con los demás, es algo que ninguna imaginación humana habría podido pensar, no puede existir la posibilidad de imaginar el cristianismo’. Ella se quedó un momento en silencio y luego dijo: ‘Sí. Sí, esta es la cuestión. Pero ¿cómo saberlo? ¿Cómo saber que tienes a Cristo?’. ‘Sí —repetí sus palabras—, esta es la cuestión. Este es exactamente el centro de nuestro mensaje. Esta es la cuestión clave: cómo saberlo’⁷.

Los amigos españoles. «¡Tenemos que imitarles!»

El 28 de agosto de 1996, durante una conversación con algunos sacerdotes responsables del movimiento en Gudo Gambaredo, Giussani continuó hablando de su condición y de los descubrimientos que estaba haciendo: «En junio me he dado cuenta de que ya no era capaz de tener un día entero libre... con mis fuerzas». De este descubrimiento «nacería un dolor atroz por todos los pecados, los errores cometidos, y los límites, si no quedara inmediatamente sanado por la misericordia; se empieza a entrever la misericordia en el confín del horizonte». Y de toda tu vida pasada, continuaba

Giussani, «lo que salvas es lo que has aceptado que era objeto de misericordia o fuente tuya de misericordia».

En este punto, Giussani confesó a quién le debía la ayuda decisiva para superar el malestar de los meses anteriores: «Estos últimos meses, que iban a ser tan dramáticos para mí, han sido en cambio liberadores gracias a Javier [Prades], Carrón, García y Carras», los amigos españoles. Después exclamó: «¡Ellos son la punta del movimiento! Podría ser que mañana Dios hiciera otra cosa, ¡pero ahora mismo es esto! ¡Tenemos que imitarles! Pidamos a la Virgen que nos ayude a ser como ellos». Y para hacer todavía más explícito lo que pretendía, dijo que quería escribir al arzobispo de Madrid, Antonio María Rouco Varela, pidiéndole un signo de benevolencia: dejar libre a algún sacerdote español «como ayuda para todo el movimiento en el respeto de todas las prioridades diocesanas y de la voluntad del obispo». Mientras estaba en Gudo con aquel grupo de amigos, Giussani pensaba en «el momento en que los españoles guiarán el movimiento»⁸.

De los españoles, Giussani hablará también algunos días después, durante una reunión análoga con un grupo de responsables, sacerdotes y laicos, que tuvo lugar en su habitación de Gudo. Los apuntes de aquella conversación incluyen la siguiente afirmación de Giussani: «La actitud y el comportamiento del grupo español no nos puede dar tregua, no nos puede dejar tranquilos, el grupo español debe sentir la responsabilidad de estar dentro de la guía del movimiento, de la creación del movimiento. Estoy hablando de Javier [Prades], de Carrón, de García y de Carras: son ellos a los que hemos visto en acción». Y esta, subrayaba, ha sido «una profecía mía desde hace al menos cinco o seis años. Todos nosotros encontramos más reposo con ellos y supongo que para cada uno de vosotros será así como lo es para mí: nos encontramos mejor con ellos que entre nosotros».

Enseguida Giussani hacía una constatación: «Los españoles son más capaces de amistad, llegan hasta la amistad, nosotros no»; sin embargo «no es una atracción temperamental lo que les une», y es esto lo que «les ha hecho capaces de aceptar una cosa que venía de Italia» y les ha dado el coraje de adherirse. «El hecho más asombroso de toda nuestra historia es que Nueva Tierra se reconociera en CL (ver aquí, pp. 541-542)». Por eso, la conclusión que debía sacar el grupo de responsables que se sentaba en torno a la mesa de Gudo era una sola: «Cuanto más les sigamos a ellos —desde el punto de vista antropológico y ético—, más capaces seremos también nosotros de llevar el peso», porque «si el Misterio y el signo coinciden, la amistad con el signo es amistad con el Misterio». Después exclamó: «¡Carrón! ¡Piensa en la primera vez que nos vimos! Y mira lo que es ahora». Justo en los días anteriores Carrón había guiado con sus intervenciones la Asamblea internacional de responsables de CL, en La Thuile.

Giussani deseaba que se realizara una amistad, que es «una cuestión de corazón» y no un proyecto que llevar a cabo con las propias fuerzas. Y esto, precisó refiriéndose a sí mismo, «sucede también cuando no te responde la lengua: puedo hablar o no hablar, es lo mismo, es idéntico. Porque yo, en los meses de julio y agosto, no he hecho nada, nada, y sin embargo no me siento humillado, ni siquiera un poco». Y de aquel agosto dijo:

«Una de las visiones más claras que he tenido en este mes es lo que nos decimos con frecuencia: si quitas a Jesucristo, todo termina en nada».

Giussani estaba visiblemente impactado por la familiaridad que había brotado con las personas que le cuidaban: «Puesto que en los momentos peores uno puede tener que verse ayudado en todo... tú ves a las personas que te son fieles, que te dan todo, que se someten a todas las humillaciones posibles e imaginables; mientras que estás agradecido (menos mal que están ellos, que está ella, que está él), ves cómo surgen sus límites... les das las gracias, algunas veces incluso te enfadas, y entonces tienes la tentación de decir: ‘Nadie será nunca un amigo verdadero’. ¡No es verdad! Se puede ser amigos verdaderos expresándose de manera desproporcionada, no perfecta, no exacta». Se trataba de un camino, concluía Giussani: «Si te sirven con humildad, estás tranquilo, si captaran que tengo necesidad de tener el dedo así en lugar de asá, la almohada así en lugar de asá, lo harían. Estamos unidos»⁹.

Su situación física le hacía todavía más sensible a la que tenía el Papa, que el 8 de octubre de 1996 se sometió a una intervención quirúrgica. El resultado positivo, le escribía Giussani el 16 octubre 1996 —al día siguiente de que Juan Pablo II fuera dado de alta en el Policlínico Gemelli de Roma—, «ha devuelto la tranquilidad a todo el pueblo cristiano»¹⁰.

De su propia situación Giussani habló de nuevo el 6 de noviembre de 1996, durante un encuentro en una casa femenina de *Memores Domini*, en Milán. La «condición fatigosa por la que me hace pasar cuando debo hablar por la tarde a una hora como esta, en que mis energías están al mínimo», decía, le estaba procurando una de las satisfacciones mayores que había experimentado en su vida: «Mi reacción fue: ‘¡Fíjate! Esta es una experiencia que anticipa, que inicia la experiencia de la muerte. Entre el ahora y la muerte solo hay una diferencia: ahora se me quita la energía hasta cierto punto, en la superficie; la muerte quita toda la energía’». Pero inmediatamente después, al percibir que se debilitan sus fuerzas, un hombre comprende que «no ha nacido de sí mismo y, desde ese primer momento, ha tenido una energía que no se daba él mismo», por lo que «se reconoce como un niño en los brazos de su madre». Por eso Giussani hablaba de la satisfacción que había experimentado, de «una pacificación que antes yo no podía ni siquiera imaginar». Hasta aquel momento había hablado infinidad de veces de paz y de serenidad, «pero no la sentía de manera tan profunda, sosegada y física»¹¹.

La carta que Giussani escribió a Juan Pablo II a finales de 1996, contenía también una referencia a su condición física: «Santidad, la primera afirmación de los límites de la vejez en mi existencia personal me habría producido un desconcierto profundo y una desilusión, y no en cambio la condición providencial del misterio pascual, si no hubiera podido referirme cotidianamente al milagro presente de su persona, vicario de Cristo. En toda su humanidad intensa y vibrante el amor a Cristo se revela cada vez más luminosamente como petición». Le deseaba, pues, que «en estos tiempos tristes y oscuros todos los hombres puedan reconocer en su persona de sumo Pontífice la luz y el signo para su consuelo y la confirmación de la posibilidad de encontrar la verdad en su camino»¹². Juan Pablo II le responderá el 10 de enero de 1997, agradeciéndole «el

recuerdo que ha tenido para mí», y «por las gentiles expresiones de afecto filial por mi persona y por mi ministerio de pastor de la Iglesia extendida por el mundo»¹³.

«Otra fuente. ¡El movimiento!»

El 12 de noviembre de 1996 Giussani intervino en la asamblea de los responsables de CL en Milán y se abandonó a un *excursus* sobre su larga existencia: pensó en la vida que había pasado con su madre y su padre, y luego «en el tiempo más bonito de mi vida: los doce años del seminario (los volvería a hacer ahora desde el principio, como siempre repito)». Pero después de esto, recordaba, entró dentro de mí «un tiempo, digamos así, de desilusión y de soledad: desilusionado de mí mismo, y solo. Porque ¿cuál podía ser, después de una realidad como la de la familia [...] y como la del seminario?». Hasta que «en un momento dado -me di cuenta mucho después-, brotó en mí, con fuerza otra fuente: el movimiento. ¡El movimiento! Familia, seminario: la aplicación del seminario ha sido el movimiento. Esto me hizo entender, redescubrir, profundizar y finalmente comprender, qué era aquello de lo que habían hablado don Carlo Colombo, don Gaetano Corti o monseñor Carlo Figini». Giussani continuaba su relato: «Comencé a sentir así el movimiento cuando empecé a hablar a otros: no era algo difícil, era imponente»¹⁴.

Este flujo de vida que había invadido a Giussani desde su infancia y que le hizo padre de un amplio movimiento tuvo un comienzo preciso en el tiempo: la encarnación de Dios en Jesucristo. Sin ella, de hecho, Giussani no se explicaría todo lo que veía suceder en el presente. Por esto, con ocasión de la Navidad envió un artículo a *Il Giornale* (que lo publicó como editorial el 24 de diciembre de 1996), en el que subrayaba que esa fecha era el anuncio del acontecimiento «más impensable, más aparentemente irracional, más contradictorio que haya atravesado la historia. Si Dios, es decir, el Misterio solícito y amoroso, crea con sus manos los rasgos de su pequeña criatura, ¿por qué ese mismo Dios no puede [...] establecer con el hombre una relación familiar, de tal manera que este pueda conocerle sobre todo mediante la atención a esa presencia familiar más que mediante el esforzado acercamiento a una realidad enigmática y lejana?»¹⁵.

Giussani se preguntaba qué utilidad aporta el anuncio de la Navidad a la vida del mundo contemporáneo y al hombre que ya no cree en nada: su influencia principal es «el cariz festivo de algo que de otro modo sería repugnante o doloroso. ¿Qué es lo que puede convertir en festiva o gozosa incluso la situación más amarga (cada uno de nosotros puede pensar en este momento en el padre Kolbe mientras baja al pozo oscuro en el campo de concentración donde morirá con los demás, tras ofrecerse libremente a cambio de aquel padre de familia, con una serenidad que nada podía frenar)? ¡Ese acontecimiento que es una compañía permanente! La permanencia hasta el fin del mundo de ese acontecimiento es la existencia de la Iglesia»¹⁶.

Con la Navidad entra en escena la gran presencia, escribía Giussani: reconocerla es ante todo un problema de la razón. Por eso, «paradójicamente, el primer problema que advertimos ante la cultura moderna es que nos sentimos mendigos del concepto de razón, porque es como si se hubiera extraviado totalmente, y entendemos —a la inversa— que

la fe necesita que el hombre sea razonable para poder reconocer el acontecimiento de gracia que es Dios con nosotros»¹⁷.

El resultado de semejante evento lo presentó Giussani en un segundo artículo, que escribió para *L'Osservatore Romano* y que se publicó el 11 de febrero de 1997, con ocasión del decimoquinto aniversario del reconocimiento pontificio de la Fraternidad de CL. Para Giussani la primera consecuencia del encuentro cristiano es el hecho de que «gente que era extraña se hace amiga, personas que tienen hijos, padres, hombres y mujeres, llegan a ser íntimos entre ellos, y se ven, poco a poco, abiertos a un afecto cuya profundidad desconocían antes. Porque el mayor afecto es la pasión por el destino y la verdad propia y del otro, por la belleza, *splendor veritatis* —esplendor de la verdad—, como escribía el papa Juan Pablo II en su encíclica»¹⁸. Para Giussani se trataba del comienzo de una sociedad «definida por un clima distinto, el mismo del que habla san Pablo cuando afirma: ‘Considerad a los demás como mejores que vosotros’»¹⁹. Un clima, pues, en el que se hace posible una estima recíproca, sin pretender que los demás se plieguen a nuestro proyecto.

Por eso, concluía Giussani, cada uno está llamado a ser «reconstructor de casas derruidas. Lo que Jesús hizo repercute también donde estoy yo, donde estás tú cada día. Cada uno de nosotros es, cada día —solamente si se adhiere a él con sinceridad—, la bondad de Jesús, su voluntad de bien para con el hombre que vive en estos tiempos tristes y oscuros: ‘Se volvió y vio una multitud y le dio lástima de ellos, porque andaban como ovejas sin pastor’ (Mc 6,34)»²⁰.

«La savia que reverdece nuestra aridez»

En marzo de 1997 la revista de CL, *Tracce*, publicaba una meditación sobre las estaciones del *Vía Crucis*²¹. Se trataba de una colección de breves intervenciones que Giussani había tenido en el curso de los años hablando a los *Memores Domini*. Era una ayuda que quería ofrecer a todos para identificarse con el misterio cristiano de la Pascua.

Desde el principio, comentando la primera estación, declaraba: «Nosotros [los cristianos, *nda*] nos contamos entre los asesinos de Cristo, como todos los demás, pero lo somos de un modo absolutamente concreto, como es concreta su relación con nosotros». Porque «esta presencia sigue siendo inexorable en nuestra vida, porque nuestra vida le pertenece. [...] Ha cargado con todos nuestros pecados, ya hemos sido perdonados. Él tiene que manifestarse. ¿Cómo? A través de mi corazón que le acoge, que le reconoce. Es algo sencillo».

¿Pero cómo puede el hombre pecador colaborar en aquello por lo que Cristo murió? ¿Cómo puede tomar parte en hacer nuevas todas las cosas? Pidiendo: «Dios mío, ven en mi auxilio». En efecto, «con esta petición comienza a moverse la piedra de la tumba de nuestras acciones vacías. La resurrección parte de este aspecto de impotencia infinita que es la súplica, del reconocimiento supremo de que solo Dios es poderoso [...] por el que cada uno de nosotros vuelve a emprender cotidianamente la búsqueda, el deseo, la

petición, el sacrificio de la pureza»²².

El 30 de marzo de 1997 esta insistencia de Giussani sobre el significado de la Pascua alcanzó al gran público a través de las columnas del diario *la Repubblica*, con un artículo titulado: «Il nuovo inizio dei figli di Dio». Dirigiéndose directamente a Ezio Mauro, escribía: «Querido director, delante de mi ventana veo algunas plantas que están todavía completamente destruidas por el hielo y el frío del invierno. Al observarlas, pensaba que todas las cosas acabarían así si no existiera esa fuerza, esa potencia creadora que las reaviva delante de mí con hojas verdes y nuevas. Esta fuerza misteriosa ha querido manifestarse, volviéndose familiar a nuestro camino de hombres. Así, la potencia de Dios dice a cada uno de nosotros: ‘Yo estoy contigo, quise hacerme hijo de una mujer como lo eres tú, he vivido lo que has vivido tú: fui injustamente condenado, sufrí dolores, me mataron y acepté todo esto para que tú comprendas que yo participo de la fatiga que te he llamado a vivir’».

Giussani volvía sobre la imagen de la naturaleza que entraba en su casa a través de la amplia cristalera de su estudio, en Gudo Gambaredo, en la Bassa milanese: «En estos días todo está renaciendo, pero si un hombre no hubiera visto nunca la primavera, y conociese tan solo la aridez del invierno, ¿podría imaginar cómo, desde dentro, desde este ‘dentro’ extraño y misterioso, pueden cambiar todas las cosas? No alcanzaría a imaginarlo». Esta experiencia sensible le permitía a Giussani establecer una analogía con Cristo: su presencia es como «la savia que desde dentro —misteriosa pero ciertamente— reverdece nuestra aridez y hace posible lo imposible: lo que no es posible para nosotros no es imposible para Dios. De modo que una humanidad nueva apenas esbozada se hace visible para quienes tienen una mirada y un corazón sincero a través de la compañía de los que le reconocen presente, Dios-con-nosotros. Una humanidad nueva, apenas esbozada, como el renovarse de la naturaleza amarga y árida»²³.

Kazajistán, las reclusas y El sentido religioso

El 20 de abril de 1997 Giussani se reunía en Milán con Daulièn, Timùr, Gàlia, Vàssja y Yulija. Son jóvenes de Karagandá, en Kazajistán, que habían conocido allí a don Edo Canetta, un sacerdote de la diócesis de Milán *fidei donum*²⁴. Eran estudiantes de la facultad de Economía y Comercio Exterior, donde el sacerdote enseñaba lengua italiana. De la conversación se conservan las páginas de apuntes que tomaron los chicos, que nos restituyen la vivacidad y la intensidad de aquel diálogo.

Giussani empezó preguntando cómo se habían encontrado durante su estancia en Italia y uno de ellos respondió: «Muy bien, porque en las familias donde estamos nos hemos sentido como hijos». Giussani les explicó que este tipo de hospitalidad no era puramente natural, sino que era «consecuencia de la fe en Jesús. La fe es el motivo por el que la familia es así. La fe nos hace ser abiertos y capaces de hospedar a cualquiera que pueda venir».

Interesado sobre todo en que aquel pequeño grupito de muchachos kazajos no se desanimara, subrayó: «Vosotros tenéis una responsabilidad. Habéis sido elegidos por

Jesús que es el Señor del cosmos y del espacio». Si reconocían y aceptaban esto, «se forma alrededor un clima distinto. Hay más humanidad y desaparece la extrañeza entre la gente». Nos convertimos en hermanos, porque «tu yo se ha vuelto una cosa sola con el yo del Misterio, el yo del Verbo, también a través de mí».

Los primeros jóvenes que había conocido don Edo le preguntaban a este: «Pero tú, ¿por qué has venido aquí?». Él callaba y les invitaba a vivir. Hasta que comprendieron que si don Edo estaba allí, se debía sobre todo a su encuentro con Giussani. Por eso, al conocerles, Giussani reconoció: «Éramos totalmente extraños —más extraños que nosotros, imposible— y en cambio ahora ya no sois extraños. Tu vida está dentro de mi vida, mi vida está dentro de la tuya. Como los miembros en un único cuerpo». Y «como niños pequeñísimos frente a la grandeza de Dios, oímos, escuchamos», tanto que «yo he sido cambiado por vosotros, he cambiado por vosotros. Vosotros, al escucharme hablar [...] habéis cambiado vuestra ‘mens’, vuestra mente, vuestro afecto, el modo de juzgar, de querer».

Uno de los jóvenes reconocía que ya no podía decir «yo», sin tener dentro de la mirada los rostros de los amigos italianos, pero tenía algunas preguntas que dirigirle a Giussani: «¿Qué hago para continuar este camino? ¿Dónde encuentro el coraje? Porque el hombre es débil, y ¿qué hago para eliminar las dudas?». Giussani le invitaba a reconocer un hecho evidente para él: «El sentido de la historia de todos los hombres, Jesucristo, te ha señalado a ti, te ha preferido a ti, te ha elegido a ti para demostrar al mundo que después de dos mil años domina como hace dos mil años». Por eso, igual que «Él te ha hecho encontrarte con don Edo, y te ha hecho conocernos a nosotros, [...], también te mantendrá, te hará mantener la fidelidad a esta relación. Será él quien te permita realizarlo. Tú solo tienes que pedir, todos los días. Y cada vez que te acuerdes, debes pedir que te ayude a serle fiel a Él. Ante todo, pues, la oración». En segundo lugar, «Jesús te pide la fidelidad [...] a la compañía por medio de la cual ha salido a tu encuentro. Porque Jesús extiende su cuerpo en la historia a través de la compañía».

Por esto, concluía, «de ahora en adelante, pedid cualquier cosa que necesitéis, porque somos una misma cosa. [...] Somos el mismo cuerpo, somos hermanos. Si somos una cosa sola entre nosotros es porque estamos unidos con Jesús»²⁵.

De vuelta a su país, los jóvenes organizaron un concierto en la Universidad de Karagandá. Don Canetta informó de ello a Giussani: «Ha sido una sorpresa para todos. No solo por el número de los asistentes —casi cuatrocientos [...]—, sino sobre todo porque todos habían sido invitados personalmente por nuestros chicos y nuestros estudiantes». Contaba que Ajunur, una estudiante que tenía que leer algunos pasajes de Giussani, «por iniciativa suya, antes de comenzar la lectura, nos quiso explicar que no estaba allí simplemente para hacer de lectora, sino para decir algo que era importante para su vida»²⁶.

Algunos días antes de que se marchara a Kazajistán, Giussani se reunió con don Adelio Dell’Oro, también él *fidei donum* de la diócesis de Milán (más tarde obispo de Atyrau, en Kazajistán), y le dijo: «La misión no dependerá de las cosas buenas que sepas hacer, de las iniciativas importantes que pongas en marcha, sino del cambio que permitas

a Cristo realizar en tu vida. La misión será simplemente el resultado de tu cambio. La misión es sencillamente la coincidencia de nuestra presencia con la presencia de Cristo. Entonces la gente, el hombre, se da cuenta de esto y resulta tocado por ello». Y el 28 de junio de 1997 Giussani le escribía una nota: «‘In manibus nostris codices, in oculis nostris facta’ (san Agustín). Gracias, don Adelio, porque has reconocido y vivido con nosotros el ‘método’ de Dios con su criatura, es decir, lo divino en el signo humano; y te has convertido para nosotros en signo presente de lo que Dios ha realizado. Te deseo que la Virgen te ayude a llevar este ‘hecho’ a Karagandá»²⁷.

Siempre en 1997, *El sentido religioso* cruzaba las puertas de la cárcel femenina de Karagandá. En efecto, desde hacía algunos años don Canetta iba allí periódicamente, celebraba misa y con la ayuda de algunos amigos de CL leía el libro de Giussani y la Biblia²⁸. Una reclusa, obligada por reglamento a ocuparse de las recién llegadas, tomó en sus manos *El sentido religioso* y empezó a leerlo con ellas. Don Eugenio Nembrini, sacerdote *fidei donum* de la diócesis de Bérgamo, recuerda la gratitud de aquella mujer «porque había leído un libro que hablaba de la vida, y que podía comprender también ella»²⁹.

Al final de 1997 otras siete reclusas, procedentes de la ciudad de Temirtau, empezaron a leer *El sentido religioso*: «Quizás en el futuro encontremos las respuestas a todas las preguntas que más nos interesan sobre el sentido de la vida, sobre el hombre, sobre su servicio a Dios. Quizás alguna se acerque a Cristo [...]. Por ahora no lo hemos comprendido totalmente, si bien aquí se encuentran preguntas y respuestas muy útiles para cualquier persona. Genja (20 años), Natascia (23 años), Ljena (20 años), Galjia (27 años), Ira (23 años), Lada (27 años), Genja (22 años)»³⁰.

Julia, diecisiete años, de Karagandá, escribía en la revista *Tracce*, en italiano, después de haber empezado a estudiar la lengua tras el encuentro con los sacerdotes que vivían en Kazajistán: «¡Hola a todos vosotros, amigos míos! [...] Los amigos no son solamente esas personas que tú frecuentas o que ves a menudo, sino sobre todo aquellas que tienen un interés común, es decir, algo, ‘un deseo común’ que nos une. [...] Me parece que buscar el misterio de la vida es una sensación maravillosa. Intentamos abrir estos misterios, intentamos elegir para nosotros el camino exacto, intentamos buscar el sentido de nuestra vida. [...] Ahora quiero escribir un poco sobre nuestros amigos Edoardo, Massimo, Eugenio y Lino. [...] Doy gracias al destino porque me ha regalado el encuentro con estos hombres, que se han convertido ahora en mis grandes amigos y me parece que ellos se han convertido en ‘parte’ de mi vida. [...] Nos reunimos tres veces a la semana: el lunes aprendemos italiano, el viernes jugamos al baloncesto con ganas, el sábado leemos juntos el libro de Luigi Giussani *La conciencia religiosa del hombre moderno*. [...] Luigi Giussani da respuesta a preguntas que son muy importantes para la vida. [...] Giussani nos reclama a buscar siempre las respuestas como él las busca»³¹.

Giussani habló de esta carta durante la asamblea internacional de responsables de CL, el 17 de agosto de 1997. Es sorprendente que Julia, decía, «que lleva apenas siete meses con nosotros, escriba una carta que pocos sabrían escribir, ¡son cosas de otro mundo! Esa

chica, vaya a donde vaya, lleva consigo el encuentro que ha tenido, que le ha hecho nacer y renacer. Este es el punto que nos debe animar, reanimar, confortar y darnos seguridad en todo lo que hacemos: la misión es la vocación para la que se nos ha dado la vida»³².

«Dios es todo en todo»

«Es como si nosotros ahora estuviéramos invadidos por las consecuencias extremas de la rebelión racionalista frente al Dios vivo que se ha revelado al hombre. [...] Tenemos que pedir a nuestro Padre que está en los cielos que nos haga profundizar en la conciencia de nuestra fe: ‘¿Quién eres tú, Señor, para mí, para nosotros, para el mundo entero de los hombres?’ [...] Esperamos su ayuda para vencer la aridez del corazón tan favorecida por la mentalidad común»³³. Son las palabras con las que Giussani abría los Ejercicios espirituales de la Fraternidad de Comunión y Liberación, en Rímini, la noche del 18 de mayo de 1997.

Los achaques de la edad y la inseguridad que le producía el párkinson le hicieron tomar la decisión de grabar su intervención en vídeo en la sede del movimiento en Milán. Al término de la grabación Giussani preguntó a los presentes qué tal había ido. Ante la respuesta unánime: «Bien», comentó: «Vosotros no entendéis, no podéis entender. Dios me está dando muchísimo en este periodo, pero me quita la expresividad, y hace bien, porque en caso contrario caería en el orgullo», recuerda Jone, que estaba entre los presentes durante la grabación.

Giussani, pues, estaba en Rímini, pero por primera vez en su vida era espectador de sí mismo, en una pequeña sala detrás del estrado de la Feria. Había veinte mil personas allí presentes, y otros miles estaban conectados vía satélite desde distintos países.

La primera lección llevaba por título «Dios todo en todo», de un versículo de la *Primera carta de san Pablo a los Corintios*³⁴. Especialmente en un tiempo que había concebido la vida de la persona y de la sociedad como si Dios no existiera, Giussani se preguntaba qué era Dios para el hombre. Dios es todo.

Volvían aquí, ordenadas y profundizadas, las reflexiones que habían empezado en junio de 1996. A semejante afirmación, Giussani replicaba en un primer momento con otra serie de preguntas; en efecto, si Dios es todo, «yo ¿qué soy? Tú ¿quién eres? La persona a la que quiero ¿qué es? La patria ¿qué es? El dinero ¿qué es? Mares y montañas, flores y estrellas, tierra y firmamento ¿qué son? [...] Es la percepción del carácter contingente de la realidad». Desde aquí, hacía notar Giussani, «desde la percepción vertiginosa de la apariencia efímera de las cosas, se desarrolla como cesión y negación engañosa la tentación de pensar que las cosas son ilusión y por tanto nada». Estaba describiendo la parábola de una época que ha caído en el nihilismo (como negación de la consistencia del yo) o en el panteísmo (como disolución del yo en la totalidad cósmica). Pero el yo existe, «el único misterio verdadero es, por lo tanto, este: ¿cuál es mi consistencia?». El punto más inatacable por la razón es el yo, el yo como libertad. La libertad «es el verdadero misterio»³⁵.

En la segunda lección, la de la tarde, titulada «Cristo todo en todos», que se inspiraba también en san Pablo³⁶, Giussani trataba de dar una respuesta a la afirmación de la mañana, según la cual Dios es todo en todo. Pero también aquí se desembocaba en una pregunta todavía más radical: ¿Cómo es posible para el hombre razonable conocer a Dios? «Jesús dijo: ‘Nadie conoce al Padre sino el Hijo’»³⁷. Por eso se trataba de imitar a Jesús en su relación con el Padre, con el hombre y con la sociedad, decía Giussani; y subrayó que se trataba de un problema de libertad: libertad para poder adherirse al Dios presente, pero también para volverle la espalda.

Giussani concluía evocando una de las palabras más queridas para él: misericordia, que él describía como «el abrazo profundo del Misterio, contra el cual no puede el hombre —aun el más lejano, el más perverso, el más oscurecido o tenebroso— oponer nada, no puede objetar nada: puede desertar de él, pero solo desertando de sí mismo y de su propio bien. El Misterio como misericordia queda como la última palabra, aun sobre todos los posibles desastres de la historia»³⁸.

Hablando en el monasterio de la Cascinazza, en el citado encuentro del verano de 1997, Giussani recomendaba a los monjes que leyeran el librito, recién publicado, que recogía los textos de sus lecciones: «Son la síntesis que Dios me ha regalado» y que él reconocía haber «pensado, sufrido y deseado»³⁹ tras el descubrimiento del año anterior, cuando cayó en la cuenta de que la vejez había aparecido repentinamente en él.

Esos Ejercicios espirituales son una de las cimas más altas de la reflexión de Giussani, un cuerpo a cuerpo radical con los interrogantes que han atravesado desde siempre y siguen atravesando el pensamiento humano, filosófico y no filosófico. Como se ha visto, Giussani no tenía miedo de pensar, no se echaba para atrás ante las preguntas que brotan de la experiencia humana, de la suya y de la de los demás, y en estas lecciones demostró una audacia ejemplar. No es casual que hablara de ellos como de sus Ejercicios más «reflexivos» (como dirá el 15 de noviembre de 1998, hablando a un grupo de novicios de los *Memores Domini*: «Releed los Ejercicios de la Fraternidad del año pasado, porque creo que son la expresión más avanzada de nuestro modo de concebir la vida, de nuestra forma de percibir»)⁴⁰. Nihilismo y panteísmo representan dos tentaciones permanentes del pensamiento humano ante la cuestión del origen y de la consistencia de las cosas, pero sobre todo ante la realidad del yo: constituyen las versiones opuestas de una misma capitulación de la razón, que, al no lograr afrontar el problema que plantea el ser, la existencia, niega o disuelve lo que se trataría de explicar. Para los miles de participantes en aquellos Ejercicios fue un testimonio excepcional verle afrontar con una profundidad inaudita, vertiginosa, las preguntas que su situación le planteaba como urgentes y que cualquier hombre no puede dejar de sentir como decisivas, frente a las cuales la razón sufre la tentación de reducirlas o de cerrarlas.

Desde aquel momento su participación personal en los diversos gestos y momentos que caracterizan la vida del movimiento resultó cada vez más difícil. Como consecuencia de esto, como ya se vio en Rímini, cambió la forma de la presencia de Giussani. Adelantándose a los tiempos de algún modo, aceptó utilizar todos los medios

que la evolución tecnológica ponía a su disposición.

Siempre que resultaba compatible con su situación en cada momento, seguía por videoconferencia las reuniones más importantes, reaccionaba en directo a lo que oía decir y hacía que todos participaran en la experiencia que «bullía» en él. Sus intervenciones tenían diversa naturaleza y extensión, desde la reflexión articulada al saludo. Su juicio y su testimonio —por medio también de su publicación sistemática en la revista *Tracce*— sirvieron de guía para la experiencia de todo el movimiento. Sus palabras eran esperadas. Era el modo en que Giussani expresaba la responsabilidad que sentía profundamente hacia todas las personas que el Señor le había confiado y el deseo de compartir con ellas intuiciones y descubrimientos.

Y no solo. En esos años tuvo lugar un fenómeno singular: si bien Giussani estaba cada vez más obligado por su estado de salud a no participar físicamente en los momentos habituales de reunión, a no pronunciar lecciones o dar conferencias por el mundo, como solía hacer, no estaba en absoluto «encerrado» en su habitación. Más aún, nunca quizá como en este periodo, también por una estima creciente hacia su persona por parte de figuras destacadas de los más diversos ambientes laicos, Giussani estuvo muy presente en la escena pública: cada vez más frecuentemente las mayores cabeceras nacionales (*La Repubblica*, *Il Corriere della Sera*, *Il Giornale*, *La Stampa*, *Avvenire*, *Panorama*) publicaron sus contribuciones sobre temas de actualidad, sobre sucesos cotidianos, sobre política, o bien sobre las cuestiones últimas de la vida, sobre el cristianismo y sobre la fe.

Don Giussani tuvo, así, una nueva e imprevista vida pública, que expresaba una dimensión que pertenecía a la naturaleza de su temperamento, de su experiencia, de su carisma: una irreprimible tensión por juzgarlo todo, una pasión por darse razón de todo. Con sus intervenciones ponía de manifiesto que la fe es un juicio nuevo sobre todo lo que sucede, un juicio que reacciona ante todo, que tiene algo que decir sobre todo lo que pasa; que sostiene en el hombre la apertura de la razón y el riesgo de la libertad. «Pero ¿qué tiene que ver Cristo con las matemáticas?»: la pregunta de sus años del seminario, la necesidad de responder a ella, nunca se aplacó, más aún, se fue extendiendo poco a poco a todos los pliegues de la realidad.

«¿Cómo será verse tocado por el Ser?»

En junio de 1997 Giussani le preguntó a Jone cómo iba en Madrid el trabajo sobre el contenido de los Ejercicios de la Fraternidad: «Tenedlos en cuenta porque han sido una verdadera iluminación divina», le dijo. A partir de ese momento, Jone fue testigo excepcional del último tramo de la vida de Giussani; empezó a asistirle en su calidad de fisioterapeuta. Quiso serle de ayuda y por esto consultó a la más conocida y autorizada fisioterapeuta del momento, la inglesa Mary E. Lynch-Ellerington, especialista en las técnicas de rehabilitación neurológica y motora en pacientes afectados de párkinson. Tras contactar con ella, la doctora voló de Londres a Milán, donde se reunió con Giussani y le sometió a una sesión de fisioterapia. Al terminar, Giussani dijo satisfecho: «Si una persona experimenta un beneficio tan grande cuando le toca la mano de otra

persona, ¿cómo será verse tocado por el Ser?».

En agosto de 1997 Giussani habló en los Ejercicios de los *Memores Domini*. Jone recuerda: «No se quedó satisfecho, más aún, me dijo que estaba avergonzado de la manera en que se había expresado». Pero luego vio la grabación y comentó: «Después de todo no está tan mal, finalmente estoy en paz, así que hablaré también a los novicios. Soy como la prostituta de la Biblia [Rajab, citada en el libro de *Josué, nda*], Dios se sirvió de ella para salvar al pueblo de Israel: se ha servido también de mis pobres y feas palabras para comunicarse a este pueblo».

Al pensar en las ventajas que le procuraba la fisioterapia, Giussani estaba deseoso de que también otros pacientes pudieran experimentar el mismo beneficio que él. De hecho, en septiembre de 1997, dirigiéndose a Jone, manifestaba lo importante que era el trabajo de los fisioterapeutas, en relación también con la función que desempeñaban los médicos: «Vuestro objetivo es dar a los pacientes una calidad y una dignidad de vida, aunque no puedan llegar a curarse».

Las conversaciones durante las sesiones de fisioterapia abarcaban diversos temas. En noviembre, Jone —que junto con su marido, Carras, se había trasladado a Roma (ver aquí, p. 985)— le informó a Giussani de los encuentros que habían tenido con algunas personalidades eclesásticas: todas habían manifestado un gran afecto por Giussani, y este le respondió con ironía: «Si me conocieran no dirían lo mismo, porque yo soy [solo] un agujero por el cual pasa lo que Otro me comunica». Sorprendido por esta prueba de humildad, Jone le replicó: «Sí, pero hay diferencia entre agujero y agujero», provocando en él una sonora carcajada.

Giussani habló de nuevo de los tratamientos a los que estaba sometido: «Cuando hacemos fisioterapia, todo se produce por medio de pequeños detalles cuya suma constituye un todo perfecto». Jone le dijo que estaba sorprendida por la sensibilidad que empezaba a tener Giussani de su cuerpo, mientras que al empezar no sentía nada. Y este le confirmó: «Ahora tengo una percepción inteligente del cuerpo, me doy cuenta de la grandiosidad que tiene la obra de Dios, que está hecha de detalles casi imperceptibles pero que trabajan en función de la totalidad. ¡Es increíble!». Y durante una sesión en la que Jone le estaba enseñando a realizar movimientos muy complejos para conseguir mejorar su equilibrio, Giussani se quedó estupefacto por las respuestas automáticas que generaba su cuerpo: «Verdaderamente el cuerpo es como el alma: si no se le solicita no madura, se queda encogida y no alcanza el nivel de desarrollo al que está llamada».

La doble dinámica de la influencia racionalista

El verano de 1997 estuvo marcado por una larga intervención de Giussani ante los responsables de CL provenientes de todo el mundo y reunidos en La Thuile. «Las circunstancias por las que Dios nos hace pasar son un factor esencial y no secundario de nuestra vocación, de la misión a la que nos llama», dijo antes de llevar a cabo un *excursus* histórico sobre el drama de los tiempos modernos, marcado por el progresivo «prevalecer de la ética sobre la ontología»⁴¹.

Al comienzo del cristianismo la experiencia cristiana —y la concepción del hombre, de la sociedad y de la historia consiguientes— se comunicaba «a través de ‘hechos’ y estructuras fundamentales: diócesis y comunidades locales, vinculadas entre sí y en relación última [...] con el obispo de Roma. Frente a esta originalidad irreductible, el Estado, es decir, el poder social, comoquiera que se identificara y cualquiera que fuese el método que usara, concebía su relación con la Iglesia como con una institución con autoridad propia». Hasta la Edad Media el cristianismo fue «una sucesión de ‘hechos’ [...] que se leían con el corazón, es decir, con la razón afectivamente comprometida: por eso le podían reconocer y buscar [a Cristo, *nda*] como una realidad presente».

Según Giussani, hasta el Renacimiento «la tradición cristiana tejía la trama de la mentalidad común». Pero el naciente Estado moderno «comprendió desde el comienzo que necesitaba crear una mentalidad distinta de la de la Iglesia, una nueva ‘hegemonía’, tal como ha desarrollado después con más brillantez que nadie Gramsci». Por ello, continuaba Giussani, «el Estado trató de entrar directamente en el proceso de educación y en la enseñanza y, sobre todo, al percibir la actitud refractaria de la Iglesia a su pretensión, trató de golpear a las instituciones, funciones sociales y asociaciones que encarnaban o vehiculaban el contenido propio del mensaje cristiano»⁴².

Ante este estado de cosas, la postura de la Iglesia había registrado, según Giussani, una transformación sustancial: «La actitud de gran parte del episcopado, históricamente, ha ido evolucionando desde una claridad y capacidad persuasiva al proclamar el valor del mensaje cristiano (función que ha salvaguardado en última instancia el Papa), al intento de defender a la Iglesia, especialmente desde el siglo XVIII, subrayando la ética respecto a la ontología, tratando así, en el fondo, de ponerse de acuerdo con el Estado». Esta actitud tenía «una raíz buena, de amor por la afirmación cristiana, de búsqueda de tranquilidad social y de libertad para la Iglesia». Pero, de esta manera, «la comunicación que hace la Iglesia de su mensaje ha ido evolucionando de este modo con una fidelidad *formal* al dogma. [...] Justamente, los hombres de la Iglesia se sentían traspasados por el temor ante la incompreensión que la mentalidad común, la forma cultural que determinaba la mentalidad común, estaba desarrollando contra la visión cristiana». Por eso «se limitaron a la defensa de aquello que los demás podían comprender, que incluso los adversarios tenían que admitir: las virtudes fundamentales, la ética fundamental».

Por eso, y en el mejor de los casos, el mensaje ético de la Iglesia se ha identificado con un reclamo a los diez mandamientos, «pero privilegiando siempre uno u otro de ellos. El acento que se ponía en uno u otro mandamiento lo producía y determinaba la época. Hasta un cierto momento, en torno a los años sesenta [del siglo XX, *ndt*] predominaban en la predicación dos mandamientos: el sexto y el noveno», esto es, los relativos a la esfera sexual: no cometer actos impuros y no desear la mujer de tu prójimo. Posteriormente, «el acento marcado por la cultura dominante [...], es decir, la sensibilidad que se expresó en el 68 por una parte, y clamorosamente en el 89 con la caída del muro de Berlín, por otra, subrayó y subraya en concreto los mandamientos quinto y séptimo»⁴³, la prohibición de matar y de robar.

La reconstrucción del proceso de cambio cultural que hizo Giussani continuaba: una

vez reducida la influencia de los cristianos a subrayar la primacía moral de uno u otro mandamiento, el Estado, «al encontrarse delante un espacio tan libre de resistencia a su acción, entró en él a grandes pasos, apropiándose de los instrumentos necesarios para alcanzar sus objetivos, esto es, los medios de comunicación, la enseñanza, los periódicos. Desde un cierto punto de vista, primero la prensa, y en época más reciente la televisión, y más tarde la escuela». Giussani pretendía apuntar así, aunque fuera de forma resumida, «a la relevancia que tienen las circunstancias en las que Dios nos llama a vivir [...] la fe que nos ha dado y la misión inherente a ella (porque el contenido de la fe es reconocer a Cristo presente hasta la posibilidad de anunciarlo al mundo)».

No escondía la dramaticidad del momento que estaba atravesando el mundo entero: «Lo que está en juego es el hecho más grande que ha penetrado en la historia del hombre y que tiene como finalidad la salvación de todos los hombres»⁴⁴, es decir, el acontecimiento cristiano. En esta situación solo puede quedar como fuente de libertad real «el individuo, la *persona*», o sea, la realidad más frágil que hay. La persona es, en efecto, una realidad efímera, pero está dotada de una dignidad infinita: «El yo humano, hecho a imagen y semejanza de Dios, refleja originalmente el misterio del Ser precisamente en la dinámica de la libertad, cuya ley es el amor»⁴⁵.

Giussani se explicaba así por qué el movimiento de CL había crecido «sin programa alguno, sin ningún proyecto y sin ninguna pretensión: ha crecido de la nada. Lo último que pensábamos era que pudiéramos seguir viviendo a la semana siguiente, que existiéramos todavía. Nacimos con esta, no digo humildad, sino con este sentido realista de nuestra poquedad»⁴⁶, aunque invadida por la fuerza de Dios.

«Un amor a la verdad que está presente en cualquier persona»

La última parte de la intervención de Giussani en La Thuile estuvo dedicada al tema del ecumenismo. La palabra indica «un amor a la verdad, aunque sea un simple fragmento, que está presente en cualquiera». Por eso el cristiano «no ‘tolera’, sino que ama aquello con lo que se encuentra, [...] afirma la esperanza de que el destino llegue hasta él, de que la misericordia lo salve».

Esta postura radica en la certeza en Cristo: «Aunque todo el mundo llegara a convertirse en una tempestad contra nosotros y quedásemos reducidos a doce en la [...] conflagración última del cosmos, Cristo vence. Aun cuando nosotros doce estuviéramos a punto de ser masacrados, porque todo el poder estuviera contra nosotros, Cristo viene y vence al poder (o al anticristo)»⁴⁷.

Y así es como Giussani trazaba su concepción del auténtico ecumenismo: «Quien ha descubierto la verdad real, Cristo, avanza tranquilo en cualquier tipo de relación, seguro de encontrar en cualquiera una parte de sí mismo. Si tiene la verdad, si la verdad le posee, en cualquier otra persona encuentra una parte de sí. La actitud ecuménica católica está abierta a todos y a todo, hasta los últimos matices, atenta a exaltar con toda la generosidad posible lo que tenga incluso una lejana afinidad con la verdad, pero, a la

vez, es intransigente con cualquier posible equívoco»⁴⁸.

Esta preocupación encontró eco también en la carta que Giussani escribió a Juan Pablo II para agradecerle las palabras enviadas al Meeting de Rimini en agosto de 1997: en él «resuena con certeza y decisión la invitación a descubrir en Cristo el carácter positivo de la realidad en una época marcada por el escepticismo y el nihilismo. Hemos escuchado con extrema gratitud los juicios históricos y la propuesta educativa que ha expresado y que son tan correspondientes con la experiencia que vive nuestro movimiento».

En el saludo del Papa al Meeting Giussani percibía la confirmación llena de autoridad de un hecho evidente: «La pertenencia a Cristo el Señor de la historia genera una mirada capaz de valorar cada pequeño fragmento de verdad presente en cualquier posición humana. Es la confirmación del verdadero ecumenismo»⁴⁹.

En el mensaje que había enviado, Juan Pablo II explicaba que el hombre moderno había pretendido dar consistencia a la realidad por medio de su razón, «estableciendo él los límites de lo posible y lo imposible, según los criterios de una autonomía cada vez más presuntuosa». Había rechazado a Dios, alejándolo cada vez más de su horizonte teórico y práctico, obteniendo un resultado paradójico: «El hombre ha dejado de comprender la lógica profunda que subyace a la creación misma y esta se le ha rebelado», ha comenzado a ver cómo la realidad «se le deshace entre las manos», y está «perennemente tentado a decir que la realidad es nada, que no tiene consistencia». Es el nihilismo como «tentación siempre presente, puesto que nace del riesgo mismo de la libertad». Al contrario, subrayaba Juan Pablo II, para la conciencia cristiana afirmar que la realidad es positiva significa «reconocer la verdad de la creación: ‘Dios vio todo lo que había hecho, y era muy bueno’ (Gn 1,31)»⁵⁰.

Las casi Tischreden

A lo largo de siete años, casi todas las semanas (a partir del 8 de noviembre de 1990), Giussani iba a cenar a un pequeño edificio en la vía Monte Rosa de Milán. Era una casa femenina de *Memores Domini*, habitada al principio por nueve personas —cuya edad media era de veinticinco años—, que llegaron a ser con el tiempo unas cincuenta, y por eso fueron distribuidas posteriormente en tres casas. Se debe a una circunstancia fortuita que aquellas conversaciones, desarrolladas en la más absoluta informalidad, se hayan conservado.

Cuando en 1991 María Teresa Landi, una de aquellas primeras jóvenes, se trasladó a Washington por motivos de trabajo, se le enviaron regularmente las transcripciones de los encuentros, para hacerla partícipe de algún modo de la vida de la casa. Así contaba Giussani lo que había pasado: «Cuando una amiga nuestra de la casa de la Coki [con este sobrenombre es conocida por los amigos Raffaella Zardoni, dibujante, *nda*] tuvo que marcharse a Estados Unidos, la Coki me dijo: ‘Mira, hay que poner por escrito lo que decimos, para mandárselo después a ella’»⁵¹.

Y así, desde mayo de 1991 las conversaciones se grabaron y transcribieron. Fueron doscientas reuniones, que a partir de agosto de 1997 se publicaron en una serie titulada

«*Quasi Tischreden*», dentro de la más amplia colección «los libros del espíritu cristiano» de la BUR. En total serán siete libros (en español Encuentro ha llegado hasta ahora a traducir y publicar cuatro de ellos, *ndt*). Las reuniones se recogieron y ordenaron por grandes temas (y no según el orden cronológico de su desarrollo). El título general bajo el que se publicaron todos los libros fue sugerido por Giussani, y era una referencia a los *Discursos de sobremesa* (en alemán *Tischreden*) de Martín Lutero⁵², con este motivo: «Lutero dijo todos sus pensamientos nuevos hablando en la mesa. Todo Lutero está contenido en el registro y la transcripción de los apuntes de sus discursos de sobremesa»⁵³. Teniendo presente la cuestión de Lutero, el «casi» fue introducido por Giussani «por pudor frente al significado histórico de *Tischreden*»⁵⁴.

El primer libro, de agosto de 1997 fue *Tu (o dell'amicizia)* (pendiente de edición en español, *ndt*). En vísperas de su publicación, Giussani precisó: «El tema surgió en la misma conversación, quizá pueda ser una décima parte del tiempo; cuando voy a explicar una cosa, salen otras tres. Como nos sucede a todos, cuando hablamos de Jesús y del Misterio conmovidos... y además están todas las bromas de cuando entro en las casas, cuando me voy a marchar. No es una narración, ni una fábula ni ficción, ni narración fantástica, ni teatro, ni una novela, ni un discurso, ni un ensayo»⁵⁵.

Estas reflexiones se recogen en el texto en cursiva que abre cada volumen, dictado por el mismo Giussani: el desarrollo de las conversaciones «trata el tema descrito, bien de una manera apenas esbozada, bien de modo más extenso; libremente, no con un esquema; espontáneamente, no buscando la lógica o un modo discursivo, exactamente como sucede con la variedad de intereses que confluyen en una conversación informal de sobremesa. [...] Lo más importante en un diálogo de este tipo es aquello que modifica nuestra forma de ser, obrando una simplificación, es decir una facilitación. No hace falta perderse en los recovecos de la dialéctica. La dialéctica se produce porque *tamquam scintillae in arundinetis*, dice la Biblia: los justos —y sus pensamientos— serán como chispas en una rastrojera. Por eso es necesario separar las chispas del enredo de pensamientos que se amontonan en el diálogo. Si no se produjese el diálogo, no habría chispas; pero lo que debe permanecer son las chispas: deben ser atrapadas como un niño atrapa luciérnagas con las manos»⁵⁶.

En esa época, Raffaella Zardoni era la responsable de la casa de la vía Monte Rosa, y habla de aquellas escenas como de «una escuela sin puertas y sin paredes, incluso en sentido físico»; a menudo don Giussani se presentaba en la puerta con amigos, unas veces personas casadas, otras extranjeros, sacerdotes, y otras, estudiantes universitarios: «Era una escuela donde el diálogo nunca tuvo límites o fronteras, que siempre llevó toda la realidad de la vida hasta la profundidad de las palabras»⁵⁷. Giussani decía, por ejemplo: «Pidamos al Misterio del Espíritu que nos haga comprender cómo suceden las cosas, porque [...] todos están ya marcados por los sacrificios que tienen que hacer; si al menos conociéramos, comprendiéramos el porqué de las cosas». Raffaella Zardoni recuerda una frase de Giussani en una de aquellas ocasiones: «Ahora yo me esforzaría por hacer una reflexión analítica; serán vuestras preguntas las que me ayuden a

comprender más, a desvelar este concepto, esta realidad, porque las palabras son el lugar donde se desvela lo real, donde se desvela el ser»⁵⁸.

Las conversaciones tenían como objetivo una comprensión existencial de las palabras que constituyen los términos de estudio, de reflexión y de oración de los *Memores Domini*: a veces se trataba de los libros de Giussani que se habían adoptado para la Escuela de comunidad, o de sus intervenciones durante retiros espirituales o reuniones de CL. «Imaginaos que había que preparar dos páginas, un párrafo del texto de la Escuela de comunidad; uno lo retrasaba siempre: ‘Lo leeré después, lo leeré después’. Luego llegaba don Giussani: y claro, es muy normal, pienso que les pasaría a todos, que uno no se sentía preparado —y no [...] por humildad, sino por realismo—». Por ello muchas veces Raffaella Zardoni empezaba diciendo: «No estoy muy preparada». Y él: «No importa». Ella: «Pero entonces, ¿qué es lo que importa?». Giussani: «Importa estar».

Cada año se unía a la casa alguna joven nueva, o bien llegaban a cenar nuevos amigos, pero Giussani no bajaba nunca la tensión, la atención; siempre entraba en relación con todos. Una vez la responsable de la casa le preguntó: «¿Cómo es posible que todo te interese?». Y Giussani: «¿Cómo puedo no interesarme, si es un trozo de la compañía que Dios da a mi camino?»⁵⁹. Por eso, como dirá él mismo durante otra conversación, «si uno no busca apasionadamente el objetivo de su vida, no comprende que los demás están vivos y buscan una finalidad para su vida, no comprende que los demás viven (¡para él todos son maniqués! No son compañeros de camino, no son carne de tu propia carne), no comprende que todos juntos decimos ‘Tú’»⁶⁰. «Y estos compañeros de camino tienen todos un nombre. Así de misteriosa es la relación con el destino a la que despierta la amistad, a la que la amistad reclama y que la amistad encarna. Igual que cada uno tenéis un nombre o un apellido distinto, también es distinta vuestra influencia sobre los demás, sobre mí, sobre ella, sobre las personas; la influencia es distinta, la relación es distinta, y es Dios quien la establece. ¿Qué es la realidad? ¿Qué es el otro? Es lo que te provoca. ¿Qué quiere decir provocar? Qué te llama a ser tú mismo»⁶¹.

Mario Molteni, profesor universitario de economía y *Memor Domini*, era huésped asiduo de aquellas cenas. De toda la marea de palabras que escuchó de Giussani recuerda el hecho de que «tenían la capacidad de explicar la vida, de entrar en las cosas»⁶² y recuerda una intervención suya en ese sentido: «Lo que decimos no son palabras y reclamamos que pueden ser acusados de alternativa a la experiencia cotidiana del hombre, a la pura experiencia humana; por el contrario, ¡la ponen tan de relieve que echan a patadas los equívocos que anidan en ella!»⁶³. Molteni observa que se trataba de palabras «que describían la experiencia de todos, por lo que todos podían entrar fácilmente en ellas, yendo incluso a buscar lo que podrían tener de no verdadero, de incompleto»⁶⁴.

La noche del 23 de mayo de 1996, por ejemplo, Giussani tenía la intención de desenmascarar un equívoco que estaba brotando. La ocasión se la ofreció una frase que Laura Cioni le había dicho dos semanas antes. Al verla y descubrir en su rostro una expresión preocupada, le había preguntado: «¿Qué pasa, Laura?». Y ella: «Mira, me da

un poco de vergüenza decírtelo, temo que sea una presunción mía, pero ¿no te parece que la mayoría del Grupo Adulto, de los mayores, de los que llevan muchos años en el Grupo Adulto, no te parece que...? A mí me parece que no buscan a Cristo».

Giussani dirigió la misma pregunta a las presentes al tiempo que confirmó el juicio que había escuchado: «Estoy de acuerdo con ella en que la mayor parte de nosotros no busca a Cristo. Con todo el respeto, con toda la devoción, con toda, incluso, la capacidad de emocionarse que queráis, con cierta ternura que a veces se pueda experimentar... pero lo que prevalece es lo que debería ser tan solo un anticipo analógico provisional». Confesó que desde hacía tiempo tenía en su ánimo decirlo. Y esta fue, entonces, su advertencia: «Estemos atentos, porque la presencia de Jesús entre nosotros puede ser el origen de todo un mundo de humanidad, lleno de alegría y de amistad, de razones formalmente indiscutibles y de ayuda formal y también materialmente concreta que está dispuesto a darnos [...], y sin embargo, Jesús podría verse reducido al ‘retrato de una bella mujer esculpido en el monumento sepulcral de la misma’». Y continuó: «Si Jesús viniera aquí en silencio —*softly*— y se sentara en una silla ahí, junto a ella, y todos nos diésemos cuenta de ello en un momento dado, no sé en cuántos de nosotros sería verdaderamente espontáneo el asombro, la gratitud, la alegría... no sé en cuántos lo sería el afecto, conservando al mismo tiempo cierta conciencia de sí. Porque podría ser espontáneo, se podría tener un énfasis entusiasta, si delante de Jesús uno volviera a ser como un niño. Pero ¿y si uno llevara consigo el contenido de la conciencia de todos los días transcurridos, de todos los años que ha pasado en el Grupo Adulto o en la ‘verifica’ o en el movimiento? No sé si no nos sentiríamos hundidos bajo una capa de vergüenza (no vergüenza en el sentido ‘malo malo’, ¡pero en el sentido malo sí!), al darnos cuenta en ese momento de que nunca hemos dicho ‘Tú’ (tal como lo decimos entre nosotros, como se lo decimos a Claudia ahora que finalmente ha vuelto), de que no hemos tratado de evitar el naufragio total de su Yo personal en nuestro yo colectivo»⁶⁵.

Don Stefano Alberto tuvo la oportunidad de acompañar a Giussani a algunas de aquellas cenas; y cada vez veía nacer las palabras en directo: «No nos encontramos ante un tratado sistemático, sino realmente ante el testimonio y la documentación de una amistad que se convierte en el método, en el camino para adentrarse en la verdad». Y no es casual que el primer volumen de la nueva colección de la BUR se titulara, como hemos visto, «Tu» (o *dell'amicizia*): «La primera amistad, la amistad esencial —nos ha recordado don Giussani [...]— es la amistad que caracteriza a la naturaleza misma del Ser»⁶⁶.

El cardenal Scola percibe un doble objetivo en las conversaciones de sobremesa de Giussani, tal como brota de su lectura: «Por una parte favorecer el estudio del interlocutor acompañándole en su asimilación, y por otra, recibir su continua provocación para esclarecer mejor el núcleo y las implicaciones del pensamiento propio del autor. La fuerza del diálogo informal (*cum-versatio*) provoca la intuición sin la cual no hay verdadero progreso en el conocimiento». Se trata de algo semejante a lo que caracterizaba a la enseñanza en la Europa medieval, el compendio, que no es un simple resumen de un libro. «Compendiar un libro significa captar en profundidad su

estructura», es decir, apuntar «a la lógica profunda del pensamiento del autor». De este modo, «el texto que tenemos delante se convierte él mismo en promesa que vehicula una presencia»⁶⁷.

Lo sostenía también un gran teólogo del siglo XX, Romano Guardini —al que Giussani amaba—, al hablar del valor que tiene la lectura: «El libro es una reflexión que permanece también después de haber sido pronunciada: gracias a los signos, que tienen la propiedad de la duración, el lector puede hacer que la palabra se vea continuamente repetida. Naturalmente, de este modo se aclara también lo que la lectura debería propiamente ser: un despertar de nuevo del discurso hablado original»⁶⁸.

El testimonio cristiano, «no hacer, agitarse, sino más bien ser»

En septiembre de 1997 Juan Pablo II fue objeto de polémicas periodísticas. En efecto, aparecieron artículos en la prensa italiana que criticaban la iniciativa del jubileo. Guido Ceronetti habló en *La Stampa* de la «gran estupidez del Jubileo del 2000», y lo calificó como la «amenaza más fuerte» y el «peligro más cruel». Y añadía más leña al fuego: «Un 2000 que es una impostura del calendario (el siglo XXI empieza en el 2001) y un absurdo religioso: si es verdad que ‘el Verbo se hizo carne’, ¿es posible asignar *una fecha* a un acontecimiento semejante? Un simple punto de referencia convencional, para colocar en una bonita sucesión nuestros crímenes humanos, ¿merece tanta parafernalia?»⁶⁹. Eugenio Scalfari no fue menos crítico, y desde las columnas del diario fundado por él, *la Repubblica*, escribió: «Se prevé una invasión de muchos millones de peregrinos, llamémoslos así, con sus coches, sus autocares, sus trenes, sus barcos. La ciudad se verá inevitablemente asediada por esta multitud de visitantes. ¿No la ahogarán? ¿Será vivible para sus residentes habituales? ¿Qué beneficios sacarán de ello los romanos y los italianos? ¿Qué heridas y qué mejoras derivarán de ello para el tejido urbano de la capital?». Scalfari lamentaba el hecho de que «no se haya formado ningún frente del ‘no’, de que no haya surgido ningún comité de oposición [...] porque la Iglesia —¿verdad?— es la Iglesia»⁷⁰.

Provocado por la lectura de estas y otras intervenciones, Giussani escribió un artículo que publicó el *Avvenire* del 12 de septiembre de 1997. Deseaba hacer llegar al Pontífice su cercanía. Escribió que el cristianismo «es un drama que se representa por entero en la historia. [...] Todo él tiene lugar en el tiempo de la historia humana». De hecho, los primeros que se toparon con Jesús por los caminos polvorientos de Palestina, ¿a quién se encontraron? «A un hombre, un joven judío de la estirpe de David, una persona de carne y hueso que les acompañaba en su camino humano: les invitaba a su casa, comía y bebía con ellos, subía a la barca de Pedro el pescador y se conmovía por la muerte de su amigo Lázaro». Precisamente «la humanidad de Cristo —y no su divinidad— fue el punto de partida para todo un fluir de encuentros y de acontecimientos que se ha prolongado en el tiempo hasta el presente. ‘Nosotros creemos en Cristo, muerto y resucitado —ha dicho Juan Pablo II—, en Cristo presente aquí y ahora, el único que puede cambiar y de hecho cambia, transfigurándonos, al hombre y al mundo’».

La genialidad del cristianismo reside por entero en esta afirmación, «como intuyó ese otro auténtico profeta de nuestra época que es Charles Péguy: ‘Lo propio del cristianismo es ese ensamble tan inverosímil de las dos partes: lo temporal en lo eterno y lo eterno en lo temporal. [...] La mística que niega lo temporal es la más propiamente anticristiana’». Y, pensando en el Papa, sometido a continuas críticas mediáticas, Giussani concluía que «en su camino dramático el cristiano vive momentos de dolor, de cansancio, de humillación», pero también «de fiesta, es decir, de alegría. El cristiano vive con una esperanza segura, como en el umbral de su cumplimiento. Esto es lo que ejemplifica el Jubileo»⁷¹.

Una semana después, el 19 de septiembre, Giussani escribía directamente a Juan Pablo II: «Nunca como en este momento histórico difícil para el mundo y para la Iglesia, he sentido tanto a vuestra Santidad como padre y maestro. [...] A través del testimonio transparente de su persona —hasta el sacrificio de toda su persona—, [...] se ha hecho visible, audible, tangible [...] la contemporaneidad del acontecimiento de Cristo». La admiración y la gratitud hacia el Papa agudizaban en él una exigencia: «Esto es: la responsabilidad de ser en nuestra vida un signo de la gloria de Cristo en la historia humana, conforme al designio del Padre que está en los cielos»⁷².

Giussani subrayaba la necesidad de asumir esta actitud responsable ante Dios y ante el Papa en una carta que escribió a todos los miembros de la Fraternidad de CL, el 7 de octubre de 1997: «La mayor responsabilidad de nuestra vida [...] es dar testimonio de Cristo en la fe: dar testimonio ante nosotros mismos y ante el mundo». La presencia de Cristo «se testimonia así de manera concreta en medio de la sociedad a través de la compañía de personas que buscan ese cambio en su vida y en su participación en la vida de la sociedad, que permite experimentar el acontecimiento de Cristo y de su Iglesia, aquí y ahora. Está, porque actúa». Por eso, al comienzo de un nuevo curso, Giussani rezaba para que se multiplicasen los grupos de la Fraternidad, «de modo que el mundo se vea iluminado de forma cada vez más capilar por la morada de Dios entre los hombres»⁷³.

El 28 de octubre de 1997 Giussani intervenía en la Asamblea plenaria del Pontificio Consejo para los Laicos, del que era consultor por nombramiento pontificio (desde 1985). De nuevo su pensamiento se dirigía al Jubileo del 2000: «Al finalizar el siglo XX de la era cristiana, el hombre experimenta posibilidades de acción jamás imaginadas en la historia; sin embargo, este hombre no considera a Cristo como la respuesta exhaustiva a las exigencias que contiene su capacidad de obrar. A semejante humanidad incierta no le basta con repetir las palabras y los principios éticos del mensaje evangélico». El hombre contemporáneo «alberga una expectativa inconsciente, o consciente, espera la experiencia de un encuentro íntegramente humano, es decir, con ‘personas’ para las cuales el hecho de Cristo muerto y resucitado, el acontecimiento del bautismo, sea una realidad tan operante que la vida del hombre, en su persona misma y en la trama social, esté cambiada».

Dirigiéndose a los miembros y a los consultores del dicasterio vaticano, Giussani concluía que la misión de la Iglesia tiene esta única fuente: «La existencia, no ya de

discípulos que repitan palabras mecánicamente, sino de hijos que participen de la naturaleza de su padre [...]. Solo la experiencia filial genera novedad en el mundo. Asimilado a la naturaleza del padre, el hijo colabora en la creación de lo nuevo en el mundo». Así pues, el testimonio cristiano «no consiste en hacer, en agitarse, sino más bien en *ser*, en reconocer con gratitud la *novedad* acontecida en la *propia* vida con el misterio del bautismo»; por eso la misión es «*la epifanía de esta identidad nueva* en el mundo, que espera con impaciencia encontrarse con ella»⁷⁴.

Giussani estaba convencido de que justamente la urgencia de los tiempos obligaba a volver a lo esencial, a lo que constituía la naturaleza y la misión del cristiano en el mundo: el reconocimiento de haber sido elegido para testimoniar que solamente en Cristo encuentra solución adecuada el enigma de la existencia, de un significado por el que merezca la pena vivir. Cualquier otra preocupación —intelectual, organizativa— debía ceder el paso a esta voluntad de testimoniar con la propia vida el cambio que la fe produce en quienes se adhieren a Cristo dentro de la realidad concreta de la Iglesia.

Capítulo 33

«El único recurso está en ese vértice
del cosmos que es el yo»

Spirto Gentil, *el sentido religioso en la
ONU y el racionalismo moderno*
(1997-1998)

Como se ha visto, el interés por la música nació en Giussani gracias a la pasión que su padre le había comunicado desde que era pequeño (ver aquí, pp. 42-44). Pero fue un momento concreto de su juventud el que permitió comprender su valor insustituible para un camino humano: cuando, estando en el seminario, escuchó un aria de *La Favorita* de Donizetti, que le hizo percibir con intensidad la existencia de Dios (ver aquí, pp. 65-66).

Giussani reconoció siempre que el desarrollo de su conciencia religiosa había estado influido por aquel hecho, y estuvo siempre acompañado por la escucha de la música. Una vez ordenado sacerdote, esa sensibilidad suya se transmitió desde las aulas del Berchet a miles de personas —inicialmente jóvenes bachilleres y después estudiantes universitarios y adultos— a medida que fueron compartiendo su propuesta cristiana. Y todavía hoy no hay encuentro, asamblea, reunión de Comunión y Liberación que no empiece con un canto o con la audición de un pasaje de música clásica, como ayuda para asumir la actitud más adecuada a cada momento. La música y el canto son uno de los instrumentos educativos en los que Giussani más insistió, debido a su capacidad de recordar la relación del hombre con su destino y con la realidad.

El patrimonio de sinfonías y conciertos que Giussani apreciaba, y por consiguiente sugería, se fue enriqueciendo con el tiempo y fueron numerosas las ocasiones en las que él presentó y comentó este o aquel pasaje musical. Se trataba, a menudo, de versiones que no se encontraban fácilmente en el mercado discográfico. En particular, Giussani estuvo buscando durante años un disco que había escuchado de joven y del que conservaba un duplicado en cinta magnetofónica. Llegó incluso a prometer bromeando, durante un *Equipe* de los universitarios al comienzo de los años ochenta, una recompensa en dinero a quien lograra recuperar un ejemplar de ese disco: se trataba de una recopilación de cantos rusos, del Coro de la Academia de Estado de Cantos Rusos, que dirigía en los años cincuenta el maestro Aleksandr Y. Svesnikov.

El deseo de encontrar aquel disco puso en marcha algunos intentos de búsqueda que no produjeron resultados. Entre tanto, el éxito editorial de la colección «i libri dello spirito cristiano» (ver aquí, p. 914) hizo que surgiera el deseo de algo semejante también en el

campo musical. Massimo Bernardini, periodista y crítico musical, estableció contacto con Bruno Fedetto, director general de la Polygram Classics (que reúne las marcas Deutsche Grammophon, Philips, Decca y otras). ¿Por qué no hacer algo juntos? Fedetto no escondía sus dudas, fruto de una amarga constatación: en la segunda mitad de los años noventa el mercado de la música clásica estaba en continua disminución; de un disco se vendían menos de mil ejemplares de media. Cuando Giussani supo de esta situación, casi lloró: ese dato era para él un signo más del empobrecimiento de la vida de la gente, de la insensibilidad y de la ausencia de educación a la que se había llegado. Y se preguntó si había alguien que sugiriera todavía cosas bonitas que escuchar. Tras las primeras reuniones, y realizadas las necesarias comprobaciones, en la primavera de 1997 se puso en marcha una nueva propuesta discográfica, nueva no tanto y no solamente por las interpretaciones artísticas que proponía (algunas de las cuales estaban ya descatalogadas), sino sobre todo por el método con el que se presentaban las obras.

El nombre de la colección, «Spirto Gentil», se refería directamente a la experiencia que tuvo Giussani al escuchar el aria homónima de Donizetti. Pretendía ofrecer a todos la posibilidad de acercarse a piezas musicales manteniendo en el corazón el horizonte del sentido último de la existencia y de la historia, suscitando una sorpresa imprevista y haciendo posible experimentar ese *surplus* que toda expresión artística verdadera encierra en sí. Tal como Giussani escribió en el frontispicio de cada CD de la colección, «En la música, en el panorama de la naturaleza, en el sueño nocturno (como escribe en su *Canto Nocturno...* Leopardi), el hombre rinde homenaje a algo distinto, de lo que espera todo: lo espera. Su entusiasmo es por algo que la música, o todo lo hermoso que existe en el mundo, despierta dentro de él. Cuando el hombre lo ‘pre-siente, de inmediato inclina su ánimo a la espera de esa otra cosa: aun delante de lo que puede entender, espera otra cosa; entiende lo que puede entender, pero espera otra cosa»¹.

Giussani no quería proponer un nuevo análisis estético o estilístico de esta o aquella pieza, sino captar la raíz de cualquier tentativa musical, que tiene su origen en la vida misma de los grandes compositores, percibidos como testigos de una búsqueda extraordinaria, de una espera apremiante o de un deseo de paz. A cada CD se le adjuntó un libreto en tres idiomas con una introducción de Giussani, una presentación de la vida del autor y una guía para la audición.

De forma sorprendente, de los primeros CD se vendieron miles de ejemplares, con continuas reimpresiones. Los dos CD que inauguraron la serie y que salieron con ocasión de la Pascua de 1997 fueron el *Stabat Mater* de Pergolesi (por la London Symphony Orchestra, dirigida por Claudio Abbado) y *La Incompleta* de Schubert (por la Wiener Philharmoniker, dirigida por Carlos Kleiber). Sobre el primero, Giussani escribía: «Nos ayuda a percibir la alegría misteriosa, el consuelo paradójico, la certeza llena de vigor y de desafío ante las cosas que ocurren. [...] Pergolesi es como un hermano que sostiene en nuestro camino la fe común, la memoria común, la fidelidad común a la Madre de la que nace en cada momento que alcanza nuestra vida»². De la obra maestra de Schubert decía Giussani: «Si la Virgen hubiera podido escuchar la *Incompleta* de Schubert, ¿qué es lo que habría evocado, o resonado en ella? ¡Con qué compasión grande y sencilla habría

entendido el grito del hombre, que parece como si no existiera, porque está incompleto y no sabe adónde ir! ¡Y cómo se habría dejado llevar con dulzura al segundo movimiento de la sinfonía, por cada acentuación y cada apertura hacia esa posibilidad que no puede depender del hombre, pero que está en el corazón mismo de la promesa de Dios!»³.

Cuando proponía escuchar esta música, Giussani invitaba a identificarse con el compositor y releía los movimientos de las diversas obras sirviéndose de imágenes que materializaban, de algún modo, las notas. Como cuando introducía el tercer CD de la colección: la *Séptima sinfonía* de Beethoven (por la Berliner Philharmoniker, dirigida por Herbert von Karajan) es como «la descripción de una gran fiesta. El primero, el tercer y el cuarto movimiento son un florecer riquísimo, más aún, un fantástico volcán de música, de temáticas llenas de alegría y de gozo [...]. Imaginaos una gran sala llena de invitados que bailan durante una fiesta [...]. En un momento dado, el tipo más excéntrico y raro se cansa de la fiesta, y se va fuera a tomar un poco de aire. Sale de la sala y se detiene delante de una ventana y observa desde fuera todas esas vueltas, esos gritos y esa música: mira todo desde fuera y percibe su absoluta vanidad. [...] De un sentimiento así nace el segundo movimiento [...]. Pero, al terminar el segundo movimiento, es como si se quitara de encima la melancolía y entrase de nuevo para volver a bailar»⁴.

Pocos meses después verá finalmente la luz el CD tanto tiempo deseado: se trataba de los *Cantos populares rusos* con sus grabaciones originales bajo la dirección del maestro Svesnikov, conseguidas gracias a un amigo italiano que estaba en Moscú por trabajo y que obtuvo las indicaciones necesarias para acceder a los archivos de la casa discográfica rusa Melodiya, y gracias a la Deutsche Grammophon, que entretanto había adquirido el repertorio histórico. La cantidad de material que se encontró permitía realizar tres CD, que proponían de nuevo lo mejor de la producción de Svesnikov. Era el homenaje de Giussani a la gran tradición rusa, que amaba desde la época del seminario: «El aspecto que me parece más significativo de los cantos populares rusos es que no son producto de un fenómeno individual, sino que siempre se pueden reconducir a un acontecimiento que tiene como sujeto a la persona en cuanto forma parte de un pueblo. [...] En los pasajes musicales de la milenaria tradición oriental el pueblo es el sujeto de todo, el verdadero protagonista: al escucharlos, resulta evidente la tendencia a producir una voz que cante sola, pero siempre dentro de un coro»⁵.

«¡Escuchad la potencia del Ser!»

El historiador del arte Marco Bona Castellotti, amigo de Giussani desde mediados de los años sesenta, recuerda un episodio relativo precisamente a esos coros rusos que le había contado Pierluigi Bernareggi: «1962, don Giussani, con un gramófono desvencijado, convoca a Bernareggi, Eugenia Scabini y algún otro; les hace escuchar los cantos rusos, y al final de la audición truena: ‘¡Escuchad la potencia del Ser!’». Este concepto, tan vivo todavía hoy en él, se remonta a los comienzos y acompañará toda su vida». Para Bona Castellotti se trata de un rasgo característico del método educativo de Giussani: «Su enseñanza es un amor al ser, lo que incluye también el amor a la belleza,

pero yo diría que es mucho más intenso en él el amor a la verdad, porque para don Giussani la belleza es un concepto de origen tomista: no existe belleza separada de la verdad. Lo que él me enseñó es el amor a la verdad, y en este amor puedo encontrar el amor a lo bello»⁶.

Después de los primeros cuatro CD la apuesta estaba ganada: los datos de venta eran satisfactorios y de este modo, con el paso de los años, la colección llegará a proponer cincuenta y dos títulos, hasta 2009, cuando, agotado el patrimonio de presentaciones escritas por Giussani en el curso de los años, «Spirto Gentil» dejará de proponer nuevos títulos.

La amplitud de las obras que hay en el catálogo demuestra la apertura de Giussani, y es signo del carácter ecuménico de su carisma y de la fe católica, en el sentido en que habló de ello él mismo en agosto de 1997, poco después de nacer la colección: «No es posible encontrar otra cultura que lo defina todo con un abrazo tan unitario, tan potente, sin residuos»⁷.

«Spirto Gentil» incluirá también con el tiempo nuevas producciones sugeridas por Giussani, por ejemplo algunas grabaciones realizadas por el coro de Comunión y Liberación (como los *Responsorios* de Tomás Luis de Victoria y las *Laudas Filipinas*). Justamente durante una conversación con las personas implicadas en el coro del movimiento, Giussani decía en 1994 que «no hay expresión de los sentimientos humanos que sea más grande que la música. ¿Quién no se conmueve ante un concierto de cuerda? ¿Cómo puede alguien ser insensible ante los ‘colores’ de una sonata para piano? Parece lo máximo». Y sin embargo, añadía inmediatamente después, «cuando escucho la voz humana... no sé si os ocurre también a vosotros: pero es todavía más, y ya más no se puede. [...] El canto es la expresión más alta del corazón del hombre»⁸.

Pensando en las masas que llenan hasta los topes los grandes conciertos de los cantautores, Giussani señalaba un riesgo posible, esto es, cuando «el canto, en lugar de ser expresión de un pueblo, se convierte en la repetición obsesiva, sentimentaloides, de la oscuridad y los antojos de los individuos. Seguramente hay muchos escuchando y reconociéndose en esas notas y en esas pequeñas frases. Pero son solo fragmentos. Están colectivamente solos». Es muy distinto «cantar para la comunidad. [...] ¡Hacer un solo no frente a dieciséis mil personas, sino para ellas!». Y dirigiéndose a los miembros del coro de CL, subrayaba: «Vosotros expresáis a esos dieciséis mil, expresáis su conciencia, sois la voz de un cuerpo, de un pueblo, de un destino». Por esto Giussani consideró siempre el coro como «el servicio más útil y gratuito para la comunidad». Tanto es así que, «si una comunidad no tiene coro, quiere decir que no tiene pasión, que algo se ha descompuesto ya en ella». Y ofrecía un ejemplo para ilustrar a qué se refería: «¿Habéis entrado alguna vez en una casa donde haya una joven madre que sea afectuosa? Es imposible que su niño pequeño no cante. Canta, canturrea, saca armonías, quién sabe de dónde: ¡y tiene cuatro años! Es expresión de la alegría y de la tranquilidad que procede de ser amados»⁹.

En una ocasión, una persona del coro le comentó a Giussani que en algunas realidades del movimiento se cantaba mal, y Giussani le dijo: «Es síntoma de que se está

deshaciendo la comunidad». E insistía: «Esta ‘falta de cuidado’, esta falta de amor al canto y a la música es síntoma de una grave decadencia». Nada más alejado de la experiencia de Giussani, desde los comienzos del movimiento en los años cincuenta: «En la primera misa de GS, la primera en absoluto: allí nació el canto del movimiento». Y contaba: «Estábamos reunidos en la Iglesia milanesa de San Gottardo al Palazzo. Y diez minutos antes de la misa me puse a enseñar *Vero amore è Gesù* y *O còr soave*. Moví las manos como hacía mi maestro en el seminario [...], canté, y me siguieron. Cinco minutos antes de la primera misa del movimiento nació el canto del movimiento». Giussani insistió en la coincidencia entre la experiencia de CL y el canto: «El inicio del canto del movimiento es el inicio del movimiento. No hay diferencia. Nace el movimiento y cantamos. Como un niño con su madre. Cuando pertenecemos, brota el canto»¹⁰.

«Donde el Señor está presente siempre»

Después de haberlo solicitado al arzobispo Carlo Maria Martini, Giussani obtuvo autorización para abrir una capilla en uno de los locales de la sede central del movimiento en Milán, donde trabajaban algunas decenas de personas. La inauguración tuvo lugar el 1 de diciembre de 1997. Durante la homilía, Giussani recordó que había buscado tener este lugar «donde el Señor está presente siempre», subrayando que por primera vez en la historia de CL era posible tener «al Señor en la sede», para recordar constantemente la finalidad por la que existe el movimiento: «El significado de la vida, que está entre nosotros, para quienes han seguido a Jesús, es la fe hasta el final. Y lo que hacemos con los demás, la forma en que estamos con los demás, con Jesús, es lo que se ha llamado ‘caridad’. El misterio de Dios se ha revelado, se ha desvelado como caridad». Esto establecía para Giussani «el valor ‘humano’ que tiene este lugar, que no es un lugar entre otros, como los demás: es el lugar cuyo sentido es el destino, donde la razón para vivir se perfila continuamente. El Misterio ha hecho necesaria su presencia ante el hombre dentro de un pedazo de realidad normal para él, dentro de un pedazo de materia llena, eso sí, de Su significado».

Por eso, concluía Giussani, «venir aquí está cargado de razón. No solo de razón, sino también de iniciativas que expresan esperanza, esperanza de crecer, de caminar hacia nuestro destino»¹¹. Son iniciativas que nacían con frecuencia de encuentros imprevistos. Lo ejemplificaría un evento que tuvo lugar en Nueva York muy pocos días después.

El sentido religioso en la ONU

«Un nuevo inicio. Cuarenta años después del nacimiento de CL, se ha presentado en la ONU *El sentido religioso* de don Giussani. Un hecho *imprevisible* —es Dios quien de la nada hace todas las cosas—. El origen de una historia y su desarrollo en el tiempo tienen un mismo método: la experiencia de un *encuentro* en el presente»¹². Este era el título de portada del primer número de 1998 de la revista *Tracce*. Unas palabras pronunciadas por

Giussani nada más ser informado de la presentación que había tenido lugar de su libro, que, exactamente cuarenta años después de su primera edición (más adelante revisada y ampliada, como se ha visto) se publicaba en inglés, con el título *The Religious Sense*, en una de las más importantes editoriales universitarias norteamericanas, la McGill-Queens University Press de Montreal (Canadá).

El 11 de diciembre de 1997, mientras Nueva York se preparaba para las fiestas de Navidad, el auditorio de la Dag Hammarskjöld Library, la Biblioteca de las Naciones Unidas (que lleva el nombre de un secretario general de los años cincuenta y premio Nobel de la Paz), presentaba un lleno histórico. La iniciativa había sido organizada por el observador permanente de la Santa Sede en la ONU, monseñor Renato Martino, y por la Path to Peace Foundation, con el tema: «El sentido religioso y el hombre moderno». En el estrado se sentaban un teólogo corpulento, un monje budista con vestido tradicional, y un músico con ojos de chaval. Eran David Schindler, discípulo del gran teólogo Von Balthasar, director de la edición americana de la revista teológica *Communio* y profesor de Teología fundamental en el Instituto Juan Pablo II para estudios sobre el Matrimonio y la Familia de Washington, Shingen Takagi, profesor budista de la Universidad de Koyasan (Japón; ver aquí, p. 779) y el músico neoyorquino de origen judío David Horowitz.

El saludo inicial fue de monseñor Martino: «En sus escritos monseñor Giussani nos recuerda que la verdad es ese ‘sentido religioso’ que se descubre a través de un ‘compromiso radical de nuestro yo con la vida’. El descubrimiento de este sentido religioso está en el centro de nuestra tradición católica, como ha afirmado el Concilio Vaticano II»¹³. En la sala había embajadores y funcionarios de la ONU. A pocos pasos de distancia, en otras salas, se estaba discutiendo sobre la reforma del Consejo de Seguridad, que debería asegurar nueva autoridad al organismo internacional; parece que no se lograba encontrar la fórmula que satisficiera a todos, tanto a los países ricos como a las naciones pobres: cada uno hablaba «su» lengua y el coro, evidentemente, desentonaba. Pero en el auditorio, donde se tocaban los problemas fundamentales de la existencia del hombre en cuanto tal, parecía verdaderamente que se podía oír una música completamente distinta. También allí, en torno a aquella mesa, había tradiciones y culturas diferentes, había tres hombres aparentemente muy lejanos unos de otros. Y sin embargo se entendían entre ellos: el sentido religioso, que Giussani define en su libro como un conjunto de evidencias y exigencias originales (de felicidad, de verdad, de justicia), es el terreno común sobre el que entablar el diálogo.

David Schindler es una de las figuras más autorizadas de la teología estadounidense. Su intervención fue enseguida a la raíz del problema: «La racionalidad positivista y la libertad consumista, al ignorar el Infinito, niegan el sentido religioso: son formas de ateísmo o nihilismo». Para él la propuesta de Giussani desvelaba que «los problemas culturales de América no son en primera instancia de naturaleza moral, política o técnica, sino religiosa, estética y ontológica: religiosa, porque toda circunstancia de nuestra vida implica un encuentro con el Infinito [...]; estética, porque el reconocimiento de la auténtica diferencia del Otro requiere la percepción de la belleza; y finalmente

ontológica, porque todo nuestro ser está implicado en la relación con toda la realidad»¹⁴.

El monje budista Takagi, miembro del Consejo de las Ciencias de Japón, se apresuró a evidenciar el carácter universal que tenía el planteamiento del problema humano propio de Giussani. Takagi y su colega Habukawa conocían a Giussani desde hacía diez años, esto es, desde que se encontraron con él en Japón en 1987 (ver aquí, p. 778s). Y Takagi habló precisamente de la amistad que les unía, señalándola como ejemplo de auténtico ecumenismo: «La idea de ecumenismo que tiene don Giussani acepta las otras culturas para desarrollar las potencialidades del hombre, lo que no implica la homologación cultural». Y más aún: «Don Giussani afirma que más allá de las diferencias culturales y religiosas, la mente del hombre es por su propia naturaleza fundamentalmente igual»¹⁵.

Y llegó el turno de Horowitz. Suya es la música de los anuncios publicitarios más conocidos de América. Había conocido CL por medio de Jonathan Fields, empleado suyo y compositor como él, y gracias a él había podido leer *The Religious Sense*. Inevitablemente, su atención se centró en una frase: «La atracción que ejerce cualquier belleza sigue una trayectoria paradójica: cuanto más bella es, más remite a otra cosa. El arte (¡pensemos en la música!), cuanto más grande es, más nos abre. No cierra, sino que abre de par en par el deseo: es signo de otra cosa»¹⁶. Y casi en una confesión pública declaraba: «Esta ‘otra cosa’ es exactamente lo que deseo expresar, reconocer y buscar en cada aspecto de mi vida. Es lo que vi cuando era niño en una sinagoga de Brooklyn, en el misterio de los ancianos que recitaban sus oraciones. En Rímini he conocido a un gran rabino, David Rosen, que había venido de Jerusalén para disfrutar de la energía y el entusiasmo del Meeting. El camino para volver a mí mismo me resulta ahora más claro». Y antes de concluir expresó su definición personal del sentido religioso: no es otra cosa que «el camino del descubrimiento»¹⁷.

The Religious Sense no podía tener un «bautismo» más significativo. En la sala de la ONU, justamente debajo de la biblioteca que conserva la memoria de cincuenta años de historia del mundo, se estaba hablando de algunas palabras que marcan la vida y la propuesta educativa de Giussani: corazón, experiencia elemental, razón, método, verdad. Palabras que acercaban y unían las intervenciones de Schindler, Takagi y Horowitz, como reconocía Alberto Pasolini Zanelli, corresponsal en América de *Il Giornale*, que el 14 de diciembre escribía: «Los tres [...] no hablaron entre ellos de sus respectivas creencias, sino que hablaron al mundo de fuera de las cosas fundamentales en las que radican los interrogantes del hombre y sus respuestas y, por tanto, también las creencias»¹⁸.

Una vez acabado el acto, llamaron por teléfono a Giussani, que dijo: «Cuando subía los escalones del Berchet para dar clase de religión, no imaginaba ciertamente lo que iba a suceder. Hoy ha vuelto a suceder algo imprevisible, de la nada, y, sin embargo, ha nacido algo. Es Dios quien lo hace todo. Tenemos que dar gracias sobre todo a monseñor Martino que ha hecho posible este auténtico ‘milagro’ en nuestra vida»¹⁹.

Al día siguiente, 12 de diciembre, bajo el patrocinio de la archidiócesis de Washington DC, Schindler y Takagi repitieron la presentación en la Universidad Católica de

América, en la capital federal.

La Navidad y la Repubblica

El tema de la religiosidad característica de todos los hombres tuvo eco también en el artículo de Navidad que Giussani envió al diario *La Repubblica* y que fue publicado el 27 de diciembre de 1997. Transcribía y comentaba un pasaje de Antonio Gramsci, el fundador del PCI: «Se puede juzgar un periodo histórico por su misma manera de considerar el periodo que le precedió. Una generación que minusvalora a la generación anterior, que no alcanza a percibir su valor y su necesario significado, solo puede ser una generación mezquina y sin confianza en sí misma... La infravaloración del pasado lleva implícita una justificación de la nulidad del presente»²⁰. Giussani observaba que «parece un canon de la Iglesia Católica. Gramsci dice la verdad: la gran alternativa que se plantea en la vida de un hombre o de un pueblo es, en efecto, la que hay entre ideología y tradición. [...] Quien pretenda destruir el pasado para afirmarse presuntuosamente a sí mismo, no estima al hombre ni a su razón. Porque, de hecho, semejante reducción del presente le lleva inexorablemente a ser ‘nada’ (nihilismo), al ceder el hombre a la tentación de creer que la realidad no existe. Y esto es como un veneno que el padre de la mentira inocular en las venas del hombre: una voluntad de negar la evidencia de que algo existe».

Y sin embargo el hombre «no puede negar la evidencia del impulso irreductible que constituye su corazón como tensión hacia la plenitud, la perfección o la satisfacción». Es lo que Giussani llama «sentido religioso»: «Dios se ha ‘movido’ por este yo humano que encuentra dentro de sí, por una parte, límites con los que es connivente, y, por otra, ese grito que hay en su corazón, esa espera que hay en su alma, para liberarlo del hartazgo de sí mismo y del peso del límite con el que se topa en todo lo que hace».

En el curso de su larga experiencia de sacerdote y de hombre, Giussani había madurado la convicción de que «el cristianismo tiene un punto de partida pesimista acerca del hombre —por algo habla de pecado original como del primer misterio sin el cual no se explican en absoluto las contradicciones en las que cae inexorablemente el hombre—, pero termina con un optimismo profundo y comprometedor».

Giussani estaba respondiendo a la doble actitud que ha caracterizado a la modernidad: por una parte, el pesimismo característico del protestantismo, que ve la situación del hombre prejuzgada irremediabilmente por el pecado original, excepto por la llamada a la gracia que salva al hombre desde fuera prescindiendo de su libertad; y por otra parte, el racionalismo, que se ha confiado a la pretensión optimista de la razón de resolver todos los problemas con sus solas fuerzas, prescindiendo de cualquier referencia religiosa. Según Giussani solamente la perspectiva católica admite al mismo tiempo el pesimismo respecto a la naturaleza del hombre y el optimismo respecto a la historia, porque Cristo ha resucitado.

Si hay que explicar la raíz de la postura optimista del cristiano, no hay otra respuesta que la encarnación: «Dios tomó la realidad de un hombre verdadero, un hombre

concebido en el vientre de una mujer, que se desarrolló como bebé, como niño, como adolescente, como joven, hasta convertirse en centro de atención de la vida social del pueblo judío, arrastrando tras de sí a la gente y sufriendo que se pusiera contra él por la actitud de quienes tenían en sus manos el poder, hasta ser crucificado, matado. Y hasta resucitar de la muerte, por una piedad profunda, de padre, hacia la situación desesperante del hombre»²¹.

«La misión en Estados Unidos es como la misión de san Pedro en Roma»

Al comienzo de 1998 los responsables de las comunidades de CL dispersas por Norteamérica se reunían en Pocono Manor, Pensilvania. La asamblea se desarrolló bajo la impacto de las presentaciones de Nueva York y Washington del diciembre anterior (es decir, las de *The Religious Sense*). El 4 de enero, Giussani respondía a las preguntas que había recibido ese mismo día, y lo hacía desde Milán por medio del correo electrónico. Una persona le preguntó por qué había hablado de un nuevo inicio en la historia del movimiento. Y Giussani respondió: «Porque la misión en Estados Unidos es como la misión de san Pedro en Roma. [...] La misión renueva el yo como sujeto, haciendo presente el origen, es decir, el acontecimiento de Cristo, al igual que la naturaleza en primavera hace presente el acto creador»²².

Otro responsable constataba la desproporción que había entre las fuerzas limitadas del movimiento en América y la iniciativa de la ONU. Precisamente esto, respondía a Giussani, en lugar de desanimar, obligaba a caer en la cuenta de que «*todo es gracia*, [...] fruto, ‘milagro’ de la gracia», pero también a estar «abiertos al compromiso que Dios nos pide en la historia», porque «la gratuidad del Espíritu exige gratuidad por nuestra parte»²³.

Y a los intelectuales y obispos estadounidenses más agudos, que veían en la vida de la Iglesia americana una división entre el gran esfuerzo organizativo y la experiencia de fe, Giussani les hacía observar que semejante dualismo nace siempre «cuando el acontecimiento cristiano no se presenta como un encuentro con Cristo en el presente, y por tanto como un encuentro personal, *hic et nunc*. De hecho, el encuentro es un acontecimiento que le sucede al individuo, a la personalidad de uno». Por eso Giussani se despedía de los amigos americanos liberándoles de cualquier ansia organizativa o proyectual, pero también indicando el objetivo de su vida como católicos americanos: «Que todo el mundo, que todos los hombres conozcan a Jesús, que todo sea para la gloria de Cristo. Vosotros, los de EE UU, por la tarea que la historia os asigna, estáis más llamados a esto»²⁴.

Giussani repitió esta convicción acerca de la responsabilidad histórica de CL en América hablando a un grupo de *Memores Domini* el 15 de febrero de 1998: «Ahora en Nueva York [...] podrían estar eufóricos y caer en la ilusión del éxito, tratando así de hacer proyectos y programas... Si lo sucedido en Nueva York hubiera sido fruto de un programa nuestro, si se tratara de un proyecto nuestro, jamás lo habríamos logrado, ni siquiera en cien años. La fisonomía de nuestra responsabilidad [...] es una cuestión de

conversión. Si no se da tu conversión -no hacia mí, sino hacia Jesús que te alcanza a través de mi mano-, [...] no hay responsabilidad. Conversión es algo que cambia desde la raíz»²⁵.

El sentido religioso *en Cuba*

El asunto de *Il senso religioso* en ultramar no se limitó a Estados Unidos. En los últimos días de enero de 1998 ocurrió algo imprevisto. Monseñor Lorenzo Albacete, portorriqueño, profesor en el seminario de la diócesis de Nueva York y uno de los responsables de CL en América, participaba en el viaje apostólico de Juan Pablo II a Cuba (del 21 al 25 enero). Y el 25 de enero, dos horas después de que el Pontífice dejara La Habana, se encontró hablando de don Giussani con Fidel Castro, el líder máximo: durante una recepción ofrecida a los cardenales y a los obispos de Estados Unidos que habían ido a Cuba con ocasión de la visita del Pontífice, Castro preguntó por qué la evangelización obtenía más éxito en África que en Asia. Albacete recuerda: «Intenté explicarle que el sentido religioso refleja el modo con que el hombre afronta la realidad en su totalidad; que expresa exactamente cómo experimenta su propia identidad —la experiencia del ‘yo’—», subrayando que la propuesta cristiana «sitúa el origen de la experiencia de la persona en la presencia de otro» y afirmando que «este Otro había entrado en la historia y en la realidad de las cosas y de las personas, convirtiéndose en un hombre concreto dentro del mundo: Jesucristo. La humanidad de este individuo, Jesucristo, constituye el camino para ‘alcanzar’ el Misterio. Por eso el Papa ha repetido en Cuba que el compromiso y la defensa de lo humano es esencial para la evangelización». Al escuchar estas palabras, dice Albacete, «Fidel Castro pareció sorprendido, ¡probablemente se preguntaba por qué los religiosos con los que había estudiado de pequeño no le habían explicado las cosas de este modo! Le dije que todo lo que habíamos hablado se podía encontrar en los libros de don Giussani, y que le enviaría un ejemplar de *El sentido religioso*»²⁶.

Giussani se quedó asombrado por este relato de Albacete, ya que había seguido aquel primer viaje de un Papa a Cuba con una intensa participación afectiva. El 20 de enero, en vísperas de su partida, le había escrito de hecho a Juan Pablo II que en el viaje que estaba realizando se reconocía un signo más de la novedad profunda que tenía su pontificado: «El Espíritu de Dios ha donado a la Iglesia de Cristo y al mundo entero, en estos siglos oscuros de confusas interpretaciones y de traiciones, vuestra figura impresionante y auténtica de apóstol guía de su pueblo para la nueva evangelización, para que el hombre del mañana *vea y entienda* dónde está verdaderamente su salvación». Por esto, continuaba Giussani, «cada persona perteneciente a nuestra Fraternidad, en cualquier parte del mundo, según la consigna que nos dio vuestra Santidad, *ve* el gesto humanísimo y cristiano de vuestro viaje a Cuba como las primeras luces del alba de un nuevo día para la Iglesia y para el mundo, y *comprende* cómo la gloria de Jesús en la historia del hombre debe convertirse en el alma de toda la vida, a imitación de vuestro rostro de padre y de maestro»²⁷.

Giussani había enviado también el texto de esta carta suya a los amigos de la minúscula comunidad cubana. Estos, al acabar la visita de Juan Pablo II, le escribieron: «¿Cómo permanecer igual después de todo esto? Es imposible vivir como antes, después de haber ‘visto y oído’, después de que la verdad nos haya tocado de un modo tan profundo. [...] Hemos experimentado con singular alegría su cercanía con respecto a nosotros, don Giussani, y a nuestro pueblo; [...] sus oraciones y las de todas las comunidades y de la Fraternidad de CL no nos han dejado solos un instante y están dando frutos abundantes. [...] Usted, querido don Giussani, es hoy más que nunca cubano y hermano»²⁸.

Padua. El incendio de Epifanía

El 6 de enero de 1998, mientras estaba comiendo con una familia de amigos en un restaurante de Chiaravalle, Giussani recibió una llamada de teléfono. La noche anterior, durante la tradicional fogata de Reyes Magos en el Centro Sacchetti de Padua, un montón de leña preparado para divertir a los niños de un grupo de familias del movimiento y de sus amigos se había transformado en una bomba. Debido a la explosión había muerto Massimo Paulon, cocinero de treinta y dos años, y pocos días después morirá también Giulia Vianello, de siete años de edad. Los heridos eran unos sesenta, algunos graves, y entre ellos estaban Igino (conocido también como «Gino») Gatti, don Lucio Guizzo, Daniele Raffaelli y Guido Ferrari.

Todavía sentado a la mesa, Giussani dictó un mensaje dirigido a todas las fraternidades de Italia: «Por medio de la fraternidad de Padua el Señor nos dice algo a todos nosotros». Y como primera reacción ante la trágica noticia que había golpeado a los amigos de Padua, «misteriosa, como es misteriosa la muerte de Jesús», recomendaba ante todo pedir que «por mediación de la Virgen María el Señor ayude a nuestros amigos vénetos». Frente al espanto por lo que había ocurrido, invitaba a reconocer el sentido misterioso de aquella tragedia: «Sin que podamos comprender la forma en que Dios actúa entre los hombres, es un reclamo a nuestra conversión, para que cada uno de nosotros contribuya en su historia a la gloria de Cristo, muerto en la cruz y resucitado. Vivamos por ello todos juntos el dolor de este momento»²⁹. Después pidió a dos de los amigos que se sentaban con él que interrumpieran la comida, y les pidió que fueran a Padua para entregarles en mano esas palabras que le habían salido de golpe. Graziano Debellini, responsable del movimiento en la región del Trivéneto, las recibió «como consuelo sencillo y cercanía de un padre», pero inmediatamente después, «cada vez más conscientemente, como un juicio que penetraba en todo lo que estaba sucediendo de una manera vertiginosa y dolorosa». Aquellas palabras fueron para él y para todos los amigos de Padua «un faro y un punto de inflexión»³⁰.

El 7 de enero Debellini llamaba a Giussani por enésima vez: «Le dije que ya no se podía hacer nada por Gino. Yo estaba destrozado. Y él me dijo: ‘No os preocupéis por Gino. Él vuelve a casa. Lo que quiere el Señor de vosotros en este momento es otra cosa: el cambio de vuestro corazón’».

Años después, Debellini recuerda que aquel hecho tan doloroso sucedió en un momento en que las cosas iban bien, pero «el corazón se había esclerotizado un poco, te sientes dueño de las cosas, quizá de forma involuntaria. El Señor no permitió que esto siguiera así. Quebró nuestras catedrales vacías dándonos nuevamente un corazón y una sencillez de fe. Como dijo Giussani [...] refiriéndose a lo que había ocurrido: ‘El Señor entra en su viña como un tornado en Florida’»³¹.

Aquella circunstancia dolorosa se convirtió en ocasión para reforzar la amistad con Enzo Piccinini, cirujano de la Universidad de Bolonia y uno de los responsables nacionales del movimiento, que desde hacía un año visitaba las comunidades del Trivéneto a petición de Giussani. Avisado de lo que había ocurrido, Piccinini se dirigió inmediatamente a Padua: «Ayúdales como puedas», le dijo por teléfono Giussani. Como cirujano que era, ayudó a los colegas del hospital veneciano a identificar la naturaleza de las lesiones y a preparar las operaciones necesarias.

El comienzo de la amistad imprevista con Piccinini lo recuerda Debellini justamente como un ejemplo del modo que tenía Giussani de moverse en relación con las personas: «Enzo llegó hasta nosotros [...] en un momento en que nuestra relación estaba marcada por las diferencias y los prejuicios. Don Giussani me citó y me dijo: *Acoge a Enzo como me acogerías a mí, acéptale como amigo, de la misma forma en la que tú y yo somos amigos.* [...] Respondí: ‘Es imposible’. Pero don Giussani replicó: *Con Enzo mantengo una completa unidad de corazón, así que te pido que te hagas amigo suyo*». Debellini se resistió durante algún tiempo, y luego obedeció: «Floreció con Enzo una amistad extraordinaria, de tal intensidad que nunca la hubiera podido imaginar. A menudo tendemos a pensar que los verdaderos amigos son los que uno escoge, mientras que los verdaderos amigos son los que nos regala el Señor para caminar hacia Él. De este modo comprendí cuán verdaderas eran las palabras de don Giussani, según el cual amistad y obediencia forman parte de la misma aventura humana, son una misma cosa. No hay amistad sin obediencia»³².

En los funerales de Massimo y Giulia, celebrados el 10 de enero de 1998 en la basílica del Santo (san Antonio de Padua, *ndt*), don Giacomo Tantardini —desde hacía años muy vinculado a los amigos de Padua— leyó las palabras de Giussani sobre el misterio de lo que había sucedido como la primera respuesta a la pregunta de cómo era posible que una niña de siete años y un hombre tan joven murieran de ese modo. En la homilía dijo: «Frente a un sentimiento de este tipo no basta ni siquiera una explicación religiosa, no basta decir que Dios existe. Este dolor es misterioso como lo es la muerte de Jesús. [...] Don Giussani habla de la gloria de Cristo en nuestra historia [...]. Lo que quiere decir que aquellos a los que por gracia Él llama [...] empiezan a tener ya, aquí y ahora, experiencia de su resurrección». Y por esto se puede decir: «‘En la vida y en la muerte’ estamos dentro de ese abrazo»³³.

Pocos días después del funeral, *Il Gazzettino* de Padua recogía el testimonio de los padres de la pequeña Giulia: «La herida sigue abierta, volvemos a empezar poco a poco. Nos ha ayudado mucho lo que nos ha escrito don Giussani: que cada uno de nosotros tiene que contribuir en su historia personal a la gloria de Cristo». Una contribución,

reconocían los cónyuges Vianello, que formaba parte de un proyecto «que no nos pertenece. Nosotros hemos pedido el milagro de que Giulia volviese a vivir, sin embargo es inconcebible y misterioso lo que ha sucedido [...]. Durante estos días hemos aprendido que palabras como ‘mío’, ‘tuyo’, ‘nuestro’, significan lo mismo. Algunos benedictinos de un monasterio cercano a Milán nos han escrito que ‘vuestro dolor es nuestro dolor’. Tenemos que seguir viviendo concibiéndonos en compañía; de este modo, el sentido de impotencia encuentra, no digo una respuesta, pero sí el camino hacia una respuesta»³⁴.

El 9 de agosto de 1998, mientras estaba en La Thuile, Giussani participó en una fiesta por Maria —la primogénita de Debellini (el gerente de la empresa a la que pertenece el hotel que alberga las reuniones estivales del movimiento en el Valle de Aosta)—, que celebraba su cumpleaños. Se cantó en honor de la homenajead a una canción napolitana que decía: «Pasa el tiempo y el mundo cambia, pero el amor verdadero no cambia de camino...»³⁵. Giussani se inspiró en estas palabras para formular su felicitación delante de los padres de Maria y de su amiga Rachele (hija de Gatti): «El amor entre el hombre y la mujer es el amor natural tal como Dios lo ha hecho, pero no permanece si no se encuentra con Cristo, y al seguirle, con esfuerzo, aprende lo que es. Entonces, al aprender lo que es, comprende que no sabía lo que era». Para Giussani, en efecto, «un valor se vuelve verdadero cuando exige la eternidad, por eso una de las cosas más gustosas y encomiables de la vida es encontrar una relación que permanece. Porque permanecer tiene como último objetivo lo Infinito, lo Eterno. Maria está en el origen de esta hospitalidad y amistad. Y en Maria ha quedado impresa la relación que ha tenido conmigo desde muy pequeña: yo la bauticé». Después recordó la historia de Padua, subrayando que en Maria «la amistad inevitable con Rachele», de su misma edad, «ha traducido la relación que su padre ha tenido siempre con Gino». Dirigiéndose, después, a los Debellini, les deseó que tuvieran su misma experiencia: «Que podáis conocer a través del sacrificio —porque sin desgarró nada vale—. Que el Señor os ayude —porque yo he llegado al final y por tanto estoy equilibrado— para que el sacrificio en el que se encarnan inevitablemente los valores se convierta en una experiencia normal de la vida». Estos eran los sentimientos que le había dictado el pensamiento del cumpleaños de la joven, y por esto le estaba agradecido: «Gracias, Maria, por la ocasión que nos das y gracias también a Rachele —¡tienes que saludar de mi parte a tu padre!—. Su padre, ¿lo habéis leído en *Tracce*? ¡Es el milagro más grande, significativo y educativo de mi historia! ¡Porque es un milagro!». En efecto, Gatti había sobrevivido a la explosión que le había provocado heridas gravísimas.

Con ocasión del primer aniversario de la muerte de Giulia y Massimo, Giussani confiará a don Stefano Alberto —invitado a celebrar una misa en la basílica del Santo, el 6 de enero de 1999— un mensaje oral, que el sacerdote repetirá delante de dos mil personas: «Don Giussani me ha dicho que [...] os recuerde la unidad profunda que vive con cada uno de vosotros —‘Yo estoy con vosotros’—, lo que no es solamente el afecto de un padre, sino la expresión de un vínculo concreto que tiene raíces históricas de amistad bien precisas con cada uno de vosotros. Es una predilección que pide responsabilidad». ¿Qué responsabilidad? Era la segunda cosa que Giussani quería

comunicar a los amigos de Padua: «‘Diles por favor que le pido a la Virgen vivir con la misma actitud, con la misma disponibilidad de corazón que tuve cuando supe lo que había sucedido hace un año’. Esto es, vivir esa dependencia, esa apertura que se convierte en súplica al Misterio, al Señor que es todo en todo. Pero ‘Misterio’ no quiere decir algo ambiguo o desconocido, sino algo más grande, infinitamente más grande, que se inclina para abrazar la vida de cada uno de nosotros, para consolar a quien sufre, para animar de nuevo al que está desanimado, para decir: no temas, yo estoy contigo»³⁶.

Don Lucio Guizzo, restablecido después de las graves heridas que había sufrido un año antes, reconoce que con ocasión de la misa de Padua todos los presentes se quedaron impactados por «esa fe grande, totalmente humana, que se percibía dentro de un abrazo y de la ayuda recíproca en todas las necesidades materiales y espirituales. No se puede, por ejemplo [...], entrar en un hospital o en reanimación para visitar a un amigo sin conmoverse también por el dolor de las personas que están allí junto a él... una conmoción que se convierte, de forma discreta, en un interés y una ayuda. El milagro es una humanidad así, y esto es obra del Señor, a través de una historia humana de personas que se quieren y quieren a todos aquellos con los que se encuentran»³⁷.

Pocas semanas después, el 21 de febrero de 1999, Giussani volverá sobre el asunto de Padua, refiriéndose a una frase de san Pablo: «Ninguno de nosotros vive para sí mismo, ninguno muere para sí mismo, porque si vivimos, vivimos para el Señor; si morimos, morimos para el Señor. En la vida y en la muerte, somos del Señor»³⁸. Y a quienes le estaban escuchando les recomendaba: «Recordad siempre esta frase; así podréis también vosotros ser capaces de realizar lo que Igino de Padua hizo el mismo día en que quedó gravemente herido por la explosión de Padua. Me lo contó su mujer inmediatamente después: ‘Mire, leyó en un libro esta frase y me la hizo ver: *En la vida y en la muerte, somos del Señor*’. Era la tarde del 5 de enero de 1998 y dirigiéndose a su mujer le dijo: ‘Esto guárdalo para mi epitafio’»³⁹.

El Sábado Santo de 1999 Giussani invitó a comer a Debellini y a Gatti: «En aquella cita nos encontramos con Enzo y su familia. [...] Don Giussani nos dijo: *Estáis aquí juntos y os habéis hecho amigos porque yo os lo pedí, y esto es algo grande*», recuerda Debellini⁴⁰.

«Hemos llegado como a la orilla arenosa de un desierto humano»

El 4 de abril de 1998 se celebró en Milán el último *Equipe* de los universitarios de CL en el que participó Giussani personalmente (a partir de entonces, intervendrá todavía alguna vez por videoconferencia). Llegó a la reunión apretando entre sus manos una hoja en la que estaba escrita una frase de Leopardi: «Si la felicidad no existe, ¿qué es entonces la vida?». Le recibió Carmine Di Martino. Giussani le agarró del brazo y le dijo: «Nada más empezar, en la introducción, hazme esta pregunta: ‘¿Por qué un movimiento como el nuestro insiste tanto sobre el yo, y por qué solo ahora esta insistencia?’». Di Martino memorizó las palabras. Después de introducir las tareas del

Equipe, propuso la pregunta. Giussani le interrumpió seguida: «Me haces reaccionar un poco inmediatamente cuando dices ‘solo ahora’, ¡porque el comienzo del movimiento estaba dominado por el problema de la persona!» (Di Martino se reía por dentro, porque Giussani no terminaba nunca de sorprenderle).

El mes de agosto anterior había subrayado con fuerza que, en un momento trágico y dramático como el que estaba atravesando la historia, el punto desde el que se podía volver a empezar es el yo, la persona. Pero se había dado cuenta de que a muchos les costaba reconocer esto y quería mostrar que la insistencia en el valor del yo no era un algo extraño, pues se había desarrollado desde el comienzo del movimiento. Tras la inmediata y punzante «exclamación» inicial, Giussani continuó: «Y la persona es un individuo [...] que dice ‘yo’. Durante mucho tiempo fuimos los únicos en sostener -aun con cierta preocupación de exagerar- que el yo es la autoconciencia del cosmos, es decir, que la realidad entera está hecha para el hombre. [...] Dios, al crear el mundo, tenía como finalidad la afirmación de la persona». Por eso «el mundo, el cosmos, tendría significado aunque existiera un solo yo».

La sorpresa de aquella pregunta nacía de la conciencia viva de toda la historia anterior, que Giussani relejó, como solía hacer: «Durante los primeros años, la primera decena de años, antes de que el 68 provocara una fuerte convulsión, poniendo con afán en el punto de mira no tanto el yo cuanto su acción en la sociedad, la conquista del poder, [...] éramos pocas decenas. [...] Después, aquello creció, pero sin que nadie se diera cuenta y, en segundo lugar, sin que ninguno lo entendiera, ni cayera en la cuenta de ello; en tercer lugar, se tomó conciencia por fin de que las cosas acontecían porque no eran nuestras: no podíamos prever una riqueza semejante de recuperación del valor de lo humano, de la persona». A propósito de ello, Giussani recordó una frase de Jesús que repetía continuamente: «¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo si se pierde a sí mismo? O ¿qué dará el hombre a cambio de sí?». No obstante, admitía, esa insistencia «desde el 68 en adelante la utilizamos menos. Ahora, en cambio, la hemos retomado ya que el resultado de la política o de la ‘revolución’ ha dejado ver las consecuencias extremas de una falta de conciencia, de autoconciencia del yo. Si el yo es la autoconciencia del cosmos, el mayor delito que el yo comete es el de no conocerse a sí mismo, cuando, por el contrario, debe ser consciente de sí».

La frase de Jesús, continuó Giussani, «explica por qué lo que decimos, el contenido de nuestra conversación, siempre está centrado en lo humano, en el valor humano que tienen las cosas; y el valor humano no es de la ‘humanidad’, sino del individuo, de la persona. Así, todo lo que comencé a decir en el liceo Berchet de Milán, ya en el primer año dio origen a *El sentido religioso*, después al segundo volumen, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, y finalmente, a los textos sobre la vida de la Iglesia, sobre el valor de la Iglesia. Pero el *leitmotiv* o el destino común de todo este desarrollo ha sido la persona: con el fin de entender a la persona y lo que tiene que hacer la persona».

En cuarenta años de historia del movimiento, aquella insistencia inicial se había desarrollado con todas sus implicaciones, hasta mostrar su plena actualidad, porque «este tiempo en que vivimos ha arribado a una orilla árida e infecunda, estamos en un desierto

humano, donde quien sufre, el sujeto de la pena es el yo: no la sociedad, sino el yo, porque en nombre de la sociedad se matan también todos los ‘yo’ posibles e imaginables». E insistía: «Estamos, decía, como sobre arena, sobre la orilla arenosa de un colapso terrible en la vida social», por lo cual es evidente que «el único recurso para frenar la invasión del poder está en ese vértice del cosmos que es el yo, y es la libertad».

Para no quedarse en la vaguedad Giussani precisó que el único recurso es una recuperación del sentido cristiano del yo: «Digo el sentido ‘cristiano’ no por un prejuicio, sino porque, de hecho, solo Cristo, la actitud de Cristo, la concepción que Cristo tiene de la persona humana, del yo, solo eso explica la experiencia existencial del yo que tenemos. Solo Cristo explica todos los factores que sentimos con fuerza dentro de nosotros, [...] tanto que ningún poder puede ni podrá aplastar al yo, impedir al yo ser ‘yo’».

En este punto de su intervención sacó la hoja citada al comienzo y dijo: «Esta mañana una amiga, que es una excelente profesora, [...] me ha señalado esta frase que Giacomo Leopardi escribió a un amigo francés en una carta de 1823: ‘Si la felicidad no existe, ¿qué es la vida?’ Nosotros aceptamos la vida porque tendemos a la felicidad. [...] Esta mañana me he quedado impresionado, porque Leopardi escribió esta carta en la época del himno *A su dama* [...]: por ello, esta frase completa la descripción de esa gran búsqueda que era la ‘duda’ de Leopardi. [...] Es como un viaje, el de Leopardi, que tuvo una aproximación y que llegó cerca de la solución: cuando estaba a punto de hallarla, la realidad, el influjo de la mentalidad dominante, le ‘venció’. Cedió porque no tenía una compañía».

Relacionando el itinerario leopardiano con el camino del movimiento desde 1954 hasta el presente de los universitarios que se sentaban delante de él, Giussani exclamó: «De todas maneras, la frase de Jesús que cité al comienzo es trágica. Trágico es que haya dejado de escucharla en el movimiento, excepto alguna rara vez citada por otros; en los comienzos, fue precisamente nuestro punto de referencia. ‘¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo si se pierde a sí mismo? O ¿qué dará el hombre a cambio de sí?’. ¡Cumplid vosotros con este reto, realizad vosotros toda la dinámica, desarrollad en vosotros este dinamismo, que hemos profundizado durante años, el dinamismo que surge de la razón principal de nuestra amistad y de nuestra compañía!: el cumplimiento del corazón, de las exigencias del corazón, sin el cual el nihilismo sería la única consecuencia posible»⁴¹.

Todos se quedaron impresionados por aquel imperativo —«Cumplid vosotros este reto»—, que resonó como una consigna apasionada, so pena de la victoria de la nada sobre cualquier deseo y expectativa. Di Martino, testigo en primera persona del clima que se creó en la sala como consecuencia de la intervención de Giussani, recuerda: «Era la consigna de un padre a sus hijos, que miraba al presente y al futuro. Era como decir: os he hecho partícipes del camino para la realización del yo, de una aventura que no termina, ahora os toca a vosotros cumplirlo».

Con ocasión de la Pascua de 1998, el director de *La Repubblica* le ofreció espacio a Giussani para publicar una contribución en la que este expresara sus preocupaciones del momento. Ezio Mauro publicó el artículo el 11 de abril de 1998, con el título «El dios dinero y la muerte de Cristo». Escribía Giussani: «Estimado Director, en mi búsqueda cotidiana de las consecuencias estéticas y, por consiguiente, éticas de mi fe en Cristo, el otro día me encontré de nuevo con un verso de Carducci: '[Cristo,] crucificado mártir, tú crucificas a los hombres'»⁴². Para Giussani era verdad lo contrario: no es Cristo quien crucifica a los hombres, sino que Él subió a la cruz por ellos, «porque a los hombres les atormenta la pena del vivir; pero no saben que esta pena se debe a una raíz de mal que hay en ellos: el pecado, diría el lenguaje religioso; '¡peccato!', dice el pueblo (italiano, *ndt*) con una referencia realista»⁴³.

Por eso la Pascua recordaba que «a Cristo, raíz de la vida, le mata el mal que el hombre hace al hombre. Y puesto que el hombre realiza todos sus actos libres para poder vivir su pretendida 'satisfacción', Carducci llama a Cristo —es decir, al hombre histórico que lleva el nombre de Jesús de Nazaret— 'mentira'»⁴⁴.

Después, Giussani le confiaba a Mauro el *shock* que le producían las noticias periodísticas desde primera hora de la mañana: «Se enciende la televisión a las seis, con Euronews, y en treinta minutos se derrumba cualquier tranquilidad y con ella la esperanza para la vida del hombre. En la pantalla, las noticias de dos chicos americanos que han masacrado a otros en un colegio y de un tiroteo con treinta muertos en un funeral de Georgia». Cada día parece que «hoy en día solo en el deporte se puede encontrar un clamor de multitud que dé un impulso humano a la vida. El deporte, con sus estadios ocupando el lugar de las catedrales antiguas. El único lugar repleto de gente, junto a esas oficinas que expresan el único dios real de la sociedad actual: el dinero».

Y sin embargo, todo el poder actual, continuaba Giussani, «dentro de su impotencia, parece muchas veces incapaz de ofrecer ni siquiera una señal de esperanza para el pueblo. De modo que los hombres, cuando miran al horizonte, y también al cielo, tienen que sentir miedo. Y los más sabios del mundo, los que pasan por inspiradores de la verdad del hombre y del bienestar del pueblo, los gurús, tampoco saben qué hacer. Bobbio (1909-2004, muy influyente filósofo político italiano de orientación socialista liberal, *ndt*) se ve obligado a confesar que todos los ideales, incluido el PCI, se derrumban». Para encontrar un fundamento que sirva para continuar esperando no existe más que la realidad, solo aparentemente paradójica, de Cristo crucificado. Giussani no tenía dudas al respecto: «La única fuente de esperanza es Cristo en la cruz», el cual «indica la existencia de un pueblo que nació hace dos mil años. Un pueblo que recorre los mismos caminos del malestar de todos y que vive en las mismas casas que el resto de los hombres, pero lo hace con alegría en el corazón». La alegría cristiana no le ahorra al hombre, sin embargo, la experiencia de una paradoja: «Aquel que reconoce a Cristo [...] como única salvación para todos los hombres, no puede participar en la vida de los demás sino viviendo con una contradicción: la incoherencia. En otros términos, no puede evitar que la mirada de los demás hombres sobre él le acuse ante todo de incoherencia. Por eso en cuaresma la Iglesia pone en los labios de los cristianos estas palabras: [...]

‘Tiéndenos tu mano porque hemos caído, / Tú, que abriste el Paraíso al ladrón arrepentido’»⁴⁵.

El riesgo de las «tres reducciones» del cristianismo...

Pasaron algunas semanas y en la mañana del sábado 25 de abril de 1998 los miembros de la Fraternidad de CL se hallaban en los pabellones de la Feria de Rímíni para la primera meditación de los Ejercicios espirituales. También este año Giussani prefirió grabar un vídeo, aun estando allí presente durante todo el tiempo de la reunión. Partía de la constatación de una dificultad, ligada al momento que estaba atravesando la sociedad: «Es imposible vivir dentro de un contexto general sin que este nos influya; también nosotros participamos de esa mentalidad que concibe a Dios de un modo abstracto, que lo olvida o incluso lo niega. Así, en la práctica, existencialmente, nosotros llegamos a negar que ‘Dios es todo en todo’»⁴⁶. Semejante negación, además, depende de una irreligiosidad que consiste en una «separación entre el sentido de la vida y la experiencia», producida por un uso estrecho de la razón, esto es, cuando se concibe la razón como medida de la realidad. Pero si se usa mal la razón, se producen tres reducciones que influyen en los comportamientos.

Y describió la primera en estos términos: «En lugar de un acontecimiento, la ideología». Luego explicó: «El punto de partida del cristiano es un acontecimiento. El punto de partida de todo el resto del pensamiento humano es [...] una determinada postura que se asume ‘antes’ de afrontar las cosas, [...] de un modo preconcebido. Por ejemplo, sucede un desastre ferroviario o en una mina: el modo de afrontar estos hechos que interpelan al hombre no nace, la mayoría de las veces, del impacto humano, de lo que siente el hombre como tal ante esos acontecimientos. Sin darse cuenta, [...] el hombre parte de un prejuicio, de tal modo que el periódico de los republicanos o de los liberales dará un cierto tono y en cambio el diario del partido que esté en el gobierno lo enfocará de otra forma».

Pero si el hombre cede a las ideologías, se produce una segunda reducción, la del «signo a apariencia», porque la tentación es agotar la experiencia de una cosa «interpretándola solamente en su aspecto inmediatamente perceptible. No es razonable, pero todos los hombres se ven llevados, por el peso en ellos del pecado original, a ser víctimas de lo aparente, de lo que aparece, porque se muestra como la forma más fácil de usar la razón». Por el contrario, según la concepción cristiana, «Dios ha concebido la relación con la creación como relación con un inmenso ejército de signos: todo es signo de Él».

Giussani introdujo así la tercera reducción, «del corazón a sentimiento», consecuencia directa de la eliminación del valor que tiene el signo. «Nosotros tomamos el sentimiento, en lugar del corazón, como motor último, como razón última de nuestra acción», decía Giussani; en cambio, el factor fundamental de una personalidad humana es el corazón, «no el sentimiento, porque si actúa él solo, lo hace por reacción»⁴⁷. Giussani deseaba la recuperación de un concepto de razón «no cerrada», es decir, una razón «con toda la

amplitud de sus posibilidades: [...] la condición para que la razón sea razón es que el afecto la revista, y de esta manera mueva al hombre entero. Razón y sentimiento, razón y afecto: esto es el corazón del hombre»⁴⁸.

Según Giussani, «al final de un largo recorrido de olvido de ‘Dios todo en todo’, en este último siglo, *el sentimiento religioso* propio de la naturaleza humana se afirma con una libertad absurda, corrompiéndose, en la progresiva *eliminación de la religiosidad propia de Cristo*, esto es, de la religiosidad que de modo admirable tuvo su manifestación en la historia del pueblo judío»⁴⁹.

...y los «cinco sin» del racionalismo moderno

La meditación de la tarde del sábado 25 de abril estuvo dedicada al tema de la fe: esta «nos abre a una ‘mentalidad distinta’ de la que nos invade cada mañana, cuando nos levantamos y salimos de casa (o aunque nos quedemos en casa)». Y refiriéndose a san Pablo, introdujo la fórmula «Cristo es todo en todos»⁵⁰, lo que quiere decir que «el comportamiento de Jesús de Nazaret [...] debe influir en la vida de todos, debe ser imitado». En efecto, la realidad de Cristo, una vez conocida, «era sentida, mirada y tratada, por los que se habían visto tocados por su pretensión, como signo de otra realidad, remitía a otra cosa», a Dios. En este sentido, especificaba Giussani, «la fe en Cristo supera el sentido religioso del mundo y lo aclara», porque reconoce una presencia excepcional: «La fe es, por tanto, un gesto que tiene como punto de partida la razón»; más aún, «la fe es racional, pues florece en el límite extremo de la dinámica racional como una flor de gracia, a la que el hombre se adhiere con su libertad»⁵¹.

Por eso Giussani retomaba un juicio del cardenal Ratzinger, «defensor de la fe en estos tiempos malvados», que afirma en la *Enciclopedia del cristianesimo* (De Agostini, italiana, *ndt*): «Una de las funciones que tiene la fe, y no es de las más irrelevantes, es que ayuda a sanar la razón en cuanto tal, a no violentarla, a no permanecer extraños a ella, a reconducirla a ser ella misma de nuevo. El instrumento histórico de la fe puede liberar nuevamente a la razón como tal, de modo que esta —puesta en el buen camino por la fe— pueda ver por sí misma [...]. La razón no se sana sin la fe, pero la fe sin la razón no es humana [...]. ¿Cómo es posible que la fe tenga todavía algún éxito? Yo diría que porque encuentra correspondencia en la naturaleza del hombre [...]. El hombre tiene un deseo inextinguible de infinito. Ninguna de las respuestas que se han buscado a ese deseo es suficiente. Solo el Dios que se ha hecho finito, para romper nuestra finitud y conducirla a su dimensión infinita, es capaz de satisfacer las exigencias de nuestro ser»⁵².

Giussani subrayó que, a partir de la época moderna, «el racionalismo, al olvidar la verdadera naturaleza de la razón, nos acostumbra a la *confusión entre sentido religioso y fe*, diluyendo de este modo la verdadera naturaleza de la fe» y provocando el «*desconcierto moderno*»⁵³, que documentó por medio de lo que llamaba «los cinco ‘sin’ del racionalismo moderno».

El primero es el de un Dios sin Cristo, considerado como fideísmo: «Es la negación del hecho de que solo a través de Cristo es posible que Dios, el Misterio, se nos revele tal como es». Al negar a Cristo, el racionalismo «vacía [...] el fundamento de toda la experiencia cristiana» y trata de eliminar la «racionalidad de la fe»⁵⁴.

El segundo es el de un Cristo sin Iglesia, o gnosticismo: «Si se elimina de Cristo el hecho de que fue un hombre, un hombre real, histórico, se elimina la posibilidad [...] de comprobar su contemporaneidad, es decir, la verdad de lo que Él dijo de sí mismo. [...] La eliminación de la dimensión carnal que implica cualquier experiencia humana, incluida la experiencia de Jesucristo, lo sitúa a él— y a la Iglesia— en el terreno de la abstracción, reduciéndolo a uno de los muchos modelos religiosos»⁵⁵. A este propósito, Giussani citó de nuevo al cardenal Ratzinger, que escribía: «La identificación de una figura histórica singular, Jesús de Nazaret, con *la realidad misma*, o sea, con el Dios viviente, se rechaza como si fuera una recaída en el mito; se relativiza expresamente a Jesús como uno de tantos genios religiosos»⁵⁶.

El tercer «sin» del racionalismo moderno es el de una Iglesia sin mundo, etiquetable como clericalismo y espiritualismo: «La religiosidad cristiana se desarrolla en el ámbito de reglas concebidas de forma legalista (fariseísmo), con lo que en la práctica nos volvemos adeptos a un poder (civil, político o religioso)», y esto es el clericalismo. En cuanto al espiritualismo, es «la fe yuxtapuesta a la vida; así la fe no es ya razón que ilumina y fuerza que actúa en la vida. Cualquier espiritualismo solo puede hablar de la resurrección de Cristo de manera sentimental: devoción por un recuerdo, no memoria de una presencia. [...] La salvación se concibe ‘escatológicamente’, solo en el último día. [...] Si se confina la salvación al último día, se destruye de hecho la razonabilidad de la fe [...] y, en última instancia, la misma razón de ser de la Iglesia en el mundo [...]. La Iglesia deja de ser así protagonista y se convierte en cortesana de la historia cultural, social y política».

El cuarto «sin» era el mundo sin el yo, es decir, la alienación: «El mundo termina por ser el ámbito de la existencia definido por el poder y por sus leyes». Consecuencia de este estado de cosas es «la pérdida de la libertad [...] y puesto que la libertad [...] es el rostro del yo humano, se trata de la pérdida de la persona humana. Por eso se llama, justamente, alienación».

El quinto y último «sin» del racionalismo moderno es el yo sin Dios, esto es, «un yo que no puede evitar el tedio y la náusea. Por eso simplemente se deja vivir: se puede sentir partícula del todo (panteísmo) o presa de la desesperación (por el prevalecer del mal y de la nada: nihilismo)»⁵⁷.

Giussani aclaraba que este largo recorrido no se refería solamente a los «demás» y que no estaba juzgando al mundo como si el movimiento estuviera libre de los peligros apuntados; más aún, los primeros que debían sentirse interpelados por estas reducciones eran precisamente los que estaban allí presentes: y concluía, de hecho, invitando a los adultos de la Fraternidad a hacer de los cinco aspectos apenas esbozados «motivo de examen de conciencia»⁵⁸.

Capítulo 34
«Jesús me llamó y yo me dejé aferrar por Él»
El 30 de mayo con Juan Pablo II y el trabajo
(1998-1999)

El sábado 30 de mayo de 1998, vigilia de Pentecostés, Juan Pablo II había convocado a los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades en la plaza de San Pedro. Giussani hablará de aquella tarde en la plaza de San Pedro como de la jornada más grande en la historia del movimiento. Además de él, durante el encuentro dieron su testimonio los fundadores de algunas de las más conocidas realidades eclesiales: Kiko Argüello (del Camino Neocatecumenal), Chiara Lubich (del movimiento de los Focolares) y Jean Vanier (de la Comunidad del Arca).

El evento, largamente preparado, estuvo precedido por un congreso mundial de los movimientos. Para esa ocasión, el 27 de mayo, el Pontífice envió un mensaje autógrafo, en el que escribía cuanto sigue: «En varias ocasiones he subrayado que no existe contraste o contraposición en la Iglesia entre la dimensión institucional y la dimensión carismática, de la que los movimientos son una expresión significativa. Ambas son igualmente esenciales para la constitución divina de la Iglesia fundada por Jesús, porque contribuyen a hacer presente el misterio de Cristo y su obra salvífica en el mundo»¹.

La conferencia de apertura se confió al cardenal Ratzinger, que el 27 de mayo leyó el surgimiento de los movimientos en perspectiva histórica, a partir de su experiencia: «Para mí personalmente fue un acontecimiento maravilloso la primera vez que entré en contacto más estrechamente —al principio de los años setenta— con movimientos como el Camino Neocatecumenal, Comunión y Liberación o el Movimiento de los Focolares, experimentando el impulso y el entusiasmo con que vivían la fe y que, por la alegría de esa fe, sentían la necesidad de comunicar a otros el don que habían recibido. En aquellos tiempos, Karl Rahner y otros solían hablar de ‘invierno’ en la Iglesia; en realidad parecía que, después del gran florecimiento del Concilio, hubiese entrado hielo en lugar de primavera, cansancio en lugar de nuevo dinamismo».

Ratzinger recordaba: «Entonces parecía que el dinamismo estaba en cualquier otro sitio; allí donde —con las propias fuerzas y sin molestar a Dios— nos ocupábamos de dar vida al mejor de los mundos futuros. Que un mundo sin Dios no podía ser bueno, y menos todavía el mejor, era evidente para cualquiera que no estuviera ciego. Pero ¿dónde estaba Dios? Y la Iglesia, después de tantas discusiones y esfuerzos en busca de nuevas estructuras, ¿no estaba de hecho agotada y aplastada? La expresión rahneriana

era plenamente comprensible; manifestaba una experiencia que teníamos todos». Pero he aquí, continuó el cardenal, que «de repente apareció algo que nadie había proyectado. El Espíritu Santo, por así decirlo, había pedido de nuevo la palabra. Y la fe renacía en hombres y mujeres jóvenes, sin condiciones y sin ‘peros’, sin subterfugios ni escapatorias, vivida en su integridad como don, como un regalo precioso que hace vivir. Ciertamente no faltó quien advirtiera esto como algo que venía a perturbar aquellos debates intelectualistas y proyectos de construcción de una Iglesia totalmente distinta y hecha a su propia imagen. ¿Y cómo podía ocurrir de otro modo? Cuando irrumpe, el Espíritu Santo desarticula siempre los proyectos de los hombres»².

Giussani había trabajado durante semanas en las palabras que iba a tener que leer delante del Papa en la plaza de San Pedro. Sus condiciones de salud, agravadas por un tumor de próstata, habían vuelto todo más complicado. Durante el mes de mayo había tenido la posibilidad de alojarse en una pequeña villa en medio de las verdes colinas del norte de Toscana. Jone, que era una de las personas que en aquel momento estaban con él, tuvo posibilidad de recoger algunas reflexiones de Giussani sobre aquellos días de convivencia y sobre la inminente cita romana. Un día, después de haber celebrado misa, dijo: «¡Pensar que Jesús ha venido aquí para nosotros cuatro...!». Y poco después: «Jesús está mostrando su grandeza, porque está dando una gran paciencia a la gente que me cuida».

Pensando en el 30 de mayo, Giussani le recordó a Jone el comienzo de la historia del movimiento, ya que era de esto de lo que quería hablar en Roma: «Todo este pueblo empezó de una manera sencilla: Jesús me llamó y yo me dejé aferrar por Él. La gente empezó a reunirse en torno a mí y ha seguido haciéndolo, y esto ha dado lugar a la generación de un pueblo que está regenerando la Iglesia y el mundo».

La inquietud por la cita romana no abandonó a Giussani y le acompañó hasta la plaza de San Pedro, la tarde del 30 de mayo. La fachada de la basílica vaticana estaba cubierta de andamios por las obras de restauración con vistas al Gran Jubileo del 2000. El presbiterio estaba batido por un fuerte viento que hacía volar su sotana y la faja morada de monseñor. Junto a los líderes de los más de cincuenta movimientos eclesiales asistentes, Giussani tomó su lugar al lado del estrado papal, en la primera silla que daba directamente a la plaza. Sentado a sus espaldas, don Stefano Alberto tenía en sus manos una carpeta con algunos ejemplares del texto (corregido por enésima vez a primera hora de la tarde): Giussani estaba preocupado de que cualquier ráfaga de viento pudiera dispersar sus folios, y quiso que durante su intervención estuviera cerca el sacerdote amigo, en pie detrás de él.

Al comienzo de la reunión la plaza escuchó en silencio uno de los cantos que más le gustaban a Giussani: *Povera voce*. Y después todos entonaron el *Ave María splendore del mattino*, dirigidos por Claudio Chieffo, que era su autor.

Nada más atravesar el jeep blanco descubierto el Arco de las campanas, con el Papa a bordo, millares de pañuelos de distintos colores se levantaron sobre las cabezas para saludar a Juan Pablo II. Y mientras el papamóvil subía al presbiterio, pasó al lado de Giussani, y también él le saludó agitando un gran pañuelo blanco.

«Cristo, mendigo del corazón del hombre y el corazón del hombre, mendigo de Cristo»

Después de algunas palabras introductorias del cardenal James Francis Stafford, que presidía entonces el Pontificio Consejo para los Laicos, intervinieron por orden Chiara Lubich, Kiko Argüello y Jean Vanier. El último fue Giussani, que leyó en pie su intervención y quizá por la emoción se saltó algunos pasajes y añadió algunas palabras:

«Santidad, voy a tratar de decir cómo surgió en mí una actitud —que Dios ha bendecido como ha querido— que yo no había podido prever ni mucho menos querer.

1. ‘¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él, el ser humano para darle poder?’ (Sal 8,5). Ninguna pregunta me ha impresionado en la vida tanto como esta. Solamente ha habido un hombre en el mundo que podía responderme, planteando una nueva pregunta: ‘¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo si luego se pierde a sí mismo? O, ¿qué podrá dar el hombre a cambio de sí?’ (Mt 16,26; cf. Mc 8,36ss; Lc 9,25s). ¡Nadie me ha planteado jamás ninguna otra pregunta que me dejara tan cortada la respiración como esta de Cristo! Solamente Cristo se toma toda mi humanidad en serio. Es lo que llenaba de estupor a Dionisio el Areopagita (siglo V): ‘¿Quién podrá hablarnos del amor singular que tiene Cristo al hombre, desbordante de paz?’. ¡Me repito estas palabras desde hace más de cincuenta años! Por esto la *Redemptor Hominis* entró en nuestro horizonte como un resplandor en medio de las tinieblas que envuelven a la tierra oscura del hombre de hoy con todas sus confusas preguntas.

Gracias, Santidad. Era una sencillez de corazón lo que me hacía sentir y reconocer como algo excepcional a Cristo. ‘Señor Dios, en la sencillez de mi corazón te he dado todo con alegría’, dice una oración de la liturgia ambrosiana. Que el reconocimiento sea verdadero es algo que se ve por el hecho de que la vida tiene una capacidad última y tenaz de alegría.

2. ¿Cómo se puede descubrir que esta alegría, gloria humana de Cristo, que embarga mi corazón y mi voz en algunos momentos, es algo verdadero y razonable para el hombre de hoy? Porque aquel hombre, Jesús de Nazaret, es la realidad de la que depende todo lo positivo que hay en la existencia de cada uno de los hombres. Toda experiencia terrena que se viva en el Espíritu de Jesús florecerá en la eternidad. Pero este florecer no se producirá solamente al final de los tiempos; ya comenzó en el amanecer de la Pascua. El Espíritu de Jesús —es decir, del Verbo hecho carne— se torna experimentable para el hombre de todos los tiempos en el cambio radical que produce en quienes se encuentran con Él y, como Juan y Andrés, le siguen. También en mí la gracia de Jesús se ha convertido en una experiencia de fe que se ha desvelado en la Santa Iglesia, esto es, dentro del pueblo cristiano, como una llamada y una voluntad de alimentar a un nuevo Israel de Dios: ‘Con grandísima alegría he visto a tu pueblo reconocer la existencia como ofrecimiento a ti’, continúa la citada oración de la liturgia. He visto así cómo se formaba un pueblo en el nombre de Cristo. Todo se ha vuelto verdaderamente más religioso en mí, hasta tener la conciencia dispuesta a descubrir que ‘Dios es todo en todo’ (1 Cor 15,28). En este pueblo la alegría se ha convertido en factor decisivo de nuestra historia, llenándola de positividad última y, por consiguiente, de gozo. Lo que a lo sumo podía haber parecido una experiencia singular, se convertía en protagonista de la historia y, por

ello, en instrumento de la misión del único Pueblo de Dios. Esto es lo que fundamenta ahora la búsqueda de la unidad expresa entre nosotros.

3. Concluye así el precioso texto de la liturgia ambrosiana: ‘Señor Dios, custodia esta disposición de su corazón’. En nuestro corazón siempre surge la infidelidad, incluso ante las cosas más bellas y verdaderas, de modo que, aun teniendo delante la humanidad de Dios y la original sencillez del hombre, este puede fallar por debilidad o prejuicios mundanos, como Judas y Pedro. Pero precisamente esa experiencia personal de la infidelidad, que reaparece siempre mostrando la imperfección que tiene cualquier gesto humano, nos urge a hacer continuamente memoria de Cristo. Al grito desesperado del pastor Brand, en el homónimo drama de Ibsen (‘Dios mío, respóndeme en esta hora en que la muerte me arrastra: ¿No basta entonces toda la voluntad de un hombre para conseguir una sola gota de salvación?’), le corresponde la positiva humildad de santa Teresita del Niño Jesús: ‘Cuando tengo caridad, solo es Jesús que actúa en mí’. Todo esto significa que la libertad del hombre, que el Misterio siempre implica, tiene su forma de expresión suprema e indiscutible en la *oración*. Por eso la libertad se manifiesta, conforme a su verdadera naturaleza, como adhesión al Ser y, por consiguiente, a Cristo. El afecto a Cristo está destinado a perdurar aun dentro de la incapacidad, de la gran debilidad que tiene el hombre. En este sentido, Cristo, el Misterio, aparece en su relación última con la criatura como *misericordia*. *Dives in Misericordia*. El misterio de la misericordia desborda cualquier imagen humana de tranquilidad o de desesperación; incluso el sentimiento de perdón pertenece al misterio de Cristo. El Misterio y su misericordia queda como la última palabra, aun por encima de todas las negras posibilidades de la historia. Por eso la existencia expresa su ideal último mendigando. El verdadero protagonista de la historia es el mendigo: Cristo, mendigo del corazón del hombre, y el corazón del hombre, mendigo de Cristo»³.

El abrazo del Papa y las palabras secretas

Nada más terminar de decir estas palabras, Giussani se dirigió hacia Juan Pablo II. Le acompañó el profesor Guzmán Carriquiry, subsecretario del Pontificio Consejo para los Laicos, uno de los principales organizadores de la jornada y del Congreso de los movimientos. Subió los cinco escalones que le separaban del Papa; cuando llegó delante de él, se arrodilló. Siguieron algunos instantes de diálogo, mientras que Juan Pablo II, en pie e inclinado sobre él, le escuchó apoyando las manos sobre sus hombros; luego besó en la frente a Giussani y le dio palmadas repetidamente con su mano derecha sobre el hombro. Giussani se levantó de nuevo; antes de volver a su lugar tuvo tiempo para un último apretón de manos.

Después Juan Pablo II se dirigió a la multitud reunida en la plaza de San Pedro: «Es el gran ‘testimonio común’ que yo deseaba [...]. Por su propia naturaleza los carismas son comunicativos y suscitan la ‘afinidad espiritual entre las personas’ (cf. *Christifideles laici*, 24) y la amistad en Cristo, que da origen a los ‘movimientos’. Su nacimiento y difusión han traído a la vida de la Iglesia una novedad inesperada, a veces incluso

desconcertante. Esto ha suscitado interrogantes, malestar y tensiones; a veces ha comportado presunciones e intemperancias por un lado, y no pocos prejuicios y reservas por otro. Ha sido un periodo de prueba para su fidelidad, una ocasión importante para verificar la autenticidad de sus carismas. Hoy se abre ante vosotros una etapa nueva: la de la madurez eclesial. [...] En nuestro mundo, con frecuencia dominado por una cultura secularizada que fomenta y propone modelos de vida sin Dios, la fe de muchos se ve sometida a una dura prueba y no pocas veces sofocada y apagada». He aquí, entonces, continuaba el Pontífice, a los movimientos y nuevas comunidades eclesiales que «son la respuesta, suscitada por el Espíritu Santo, a este dramático desafío del fin del milenio. Vosotros sois esta respuesta providencial. [...] En los movimientos y las nuevas comunidades habéis aprendido que la fe no es un razonamiento abstracto, ni un vago sentimiento religioso, sino una vida nueva»⁴.

De vuelta a Milán, el 3 de junio de 1998 Giussani escribía a todo el movimiento: «¡Os doy las gracias, amigos! Lo que ha sucedido el sábado 30 de mayo ha sucedido porque estáis vosotros, también vosotros, *juntos*. Lo único que obra es este ‘estar juntos’. En efecto, Dios está allí donde hay unidad». El encuentro con Juan Pablo II «ha sido el día más grande de nuestra historia, que ha sido posible gracias al reconocimiento del Papa. Ha sido el ‘grito’ que Dios nos ha lanzado como *testimonio de la unidad*, de la unidad de toda la Iglesia. Al menos yo lo he percibido así: somos una cosa sola». Escribía que se lo había dicho también a Chiara Lubich y a Kiko Argüello, que estaban sentados junto a él en la plaza de San Pedro: «En estas ocasiones, ¿cómo se puede no proclamar nuestra unidad?».

Giussani confió a la gente de CL la percepción que había tenido en la plaza aquel día: «Me sentía tomado entre las manos y los dedos de Dios, de Cristo, que plasman la historia». Y confesó que en los meses anteriores —y el sábado 30 de mayo todavía más— había empezado a entender verdaderamente la naturaleza de la responsabilidad a la que le había llamado Dios: «Es verdadera cuando es para toda la Iglesia, y por consiguiente para todo el movimiento; cuando es una obediencia al hecho de que, como dice san Pablo, ‘ninguno de nosotros vive para sí mismo y ninguno muere para sí mismo, porque si vivimos, vivimos para el Señor, si morimos, morimos para el Señor. En la muerte y en la vida somos del Señor’ (Rm 14,7-8)»⁵.

El doloroso verano de 1998. «Es necesario pasar a través de la alegría»

«En la paz, si alguien la conoce, la alegría y el dolor entran por partes iguales»⁶. Precisamente en aquellos días de finales de mayo y comienzos de junio Giussani estaba llamado a experimentar estas palabras pronunciadas por el anciano Anne Vercors en *La anunciación a María* de Paul Claudel, y tan queridas para él. El entusiasmo por el gran encuentro con el Papa se mezcló con el sufrimiento provocado por la enfermedad.

En efecto, en junio de 1998 Giussani se sometió a una intervención quirúrgica para extraerle un tumor maligno en la próstata, que le impedirá guiar las reuniones estivales del movimiento.

Fue un periodo muy duro para él. Jone recuerda aquellas noches fatigosas: Giussani no dormía y tenía fuertes contracciones en las piernas, lo que obligaba a las personas que estaban con él a una atención constante. Por eso un día le dijo: «Estoy preocupado, porque las personas que me están cuidando están muy cansadas, y a veces tengo la tentación de enfadarme con Dios, y corro el riesgo de que no se cumpla el objetivo que Él persigue». Jone recuerda: «Me quedé impactada por el deseo que expresaba de seguir en cada momento la voluntad del Misterio». En julio, durante una noche insomne, Amabile Lanfredini, la enfermera que le asistía, le oyó decir a Giussani: «¡No puedo más, es demasiado!». Pero un instante después: «No, no, es justo, está bien así».

Aunque no guio los Ejercicios estivales de los *Memores*, Giussani decidió estar presente de todos modos en La Thuile. El 6 de agosto de 1998 no bajó al salón porque no estaba bien y por esto envió desde su habitación un breve escrito titulado: «Saludos y felicitaciones de parte de quien empezó este trabajo que ya no termina». Y esto es lo que escribió: ¡«Qué responsabilidad tendremos si, implicados en el acontecimiento de Cristo, no tratamos de pertenecerle con todo nuestro yo! En el fondo es como si hubiéramos decidido continuar la relación con él superficialmente, sin que cambie nada en nosotros. Pero también ¡qué responsabilidad tiene aquel que Dios ha puesto entre nosotros, dentro de esta historia, con una función educativa: pensad en mí!». Después, refiriéndose explícitamente a su estado de salud, añadía: «Por eso el Señor me ha quitado tantas energías (ya no estoy robusto y lozano, como dice el salmo): para educarme, paciente y misericordiosamente, en comprender la verdad de su proyecto»⁷.

Después de pasar algunos días en una clínica alemana al comienzo de septiembre de 1998 para una serie de pruebas relacionadas con la terapia del párkinson, Giussani fue hospitalizado en el San Raffaele de Milán. Tuvo una crisis respiratoria y contracciones muy dolorosas en una pierna que le duraron cerca de tres horas. Después se durmió. En el duermevela Jone le oyó decir: «Si comprendieran que Otro les ama, que Cristo les ama, la predilección crea unidad y apertura. Es un acontecimiento ontológico, único, irrepetible, es una nueva creación... Jesús de Nazaret».

El 26 de septiembre de 1998, durante la Jornada de apertura de curso de los adultos de CL en Milán, don Stefano Alberto leía un mensaje que le había dictado Giussani por la mañana de aquel día. Quería indicar las líneas y los factores de la imagen cristiana del hombre y de la historia, a partir de un pasaje profético de Jeremías: «Tú estás entre nosotros, Señor, y por tu nombre se nos llama. ¡No nos abandones, Señor Dios nuestro!»⁸. Giussani decía: «En nuestro mundo, en este momento de la historia, cualquier hombre se ve invadido hasta quedar persuadido por la falsa libertad de las opiniones, incluso en contra de sus evidencias más elementales y permanentes. Esto produce una ausencia total de dignidad en la relación con uno mismo y con los demás [...]. Frente a esta cultura radicalmente enemiga del pasado todos tenemos una misión. Y esta llamada nos alcanza a cada uno en cada familia, pueblo, ciudad y nación». Por eso, subrayaba Giussani, «mendigando a Cristo, como dijimos en Roma el 30 de mayo, en presencia de María, madre suya y nuestra, volvamos a ponernos en marcha, porque ‘si no fuera tuyo, Cristo mío, me sentiría criatura finita [san Gregorio Nacianceno, Carmina

II/I, Carme LXXIV, v. 12, coll. 1421-1422, *Patrologia Graeca*, nda]»⁹.

Esta era también para Giussani la fuente de la alegría que se podía experimentar en cualquier circunstancia, incluso delante de un plato de pasta italiana. Como recuerda siempre Jone, después de haber comido espaguetis ‘*aglio olio e peperoncino*’, en octubre, dijo dirigiéndose a los *Memores* de la casa de Gudo Gambaredo: ¡«Qué buenos! Pero yo no podría decir esto si en el origen no hubiera una bondad. Dios nos ha dotado de una capacidad para adherirnos que es el placer, el gusto. Por esto, el que no esté educado en el placer no puede ser libre». Y pensando en toda la gente que le seguía, añadió: «Si las personas, por muy grandes que sean, no pasan a través de la experiencia de la alegría, terminan por no comprender nada».

El 8 de octubre de 1998 los estudiantes de CL de la Universidad Católica estaban reunidos para el comienzo de la Escuela de comunidad sobre *El sentido religioso* de Giussani, libro que la editorial Rizzoli acababa de publicar en una nueva edición. El autor les enviaba un saludo: «Estoy muy agradecido al saber que vais a trabajar el libro que recoge las ideas expuestas en las clases que durante muchos años he impartido, primero en el instituto y luego en la universidad. Cada año, al empezar el curso, repetía a mis alumnos: ‘Yo no pretendo convencerlos a la fuerza, pero lo que no quiero es que nadie rechace lo que digo sin por lo menos haber leído las razones que aportó’»¹⁰.

A continuación pedía que se leyera el libro teniendo presente que «las ideas y los valores solo se comprenden si se comprueban en la propia experiencia personal. Experiencia puede ser incluso un impacto o un sentimiento determinado del que nos demos cuenta, en nosotros mismos, o en la historia de un pueblo o del mundo. La experiencia nos dice cosas que demuestran su verdad».

Deseaba a los universitarios «frescura en todo, sinceridad y un amor por la verdad que podáis compartir», recordándoles: «Mi vida ha conocido lo que es la alegría solo viviendo así». Y concluía repitiendo lo que «santa Catalina, mujer analfabeta y a la vez el mayor genio femenino italiano, decía al último papa que residió en Aviñón: ‘Si sois lo que estáis llamados a ser, prenderéis fuego a toda Italia. No os contentéis con cosas pequeñas: Dios las quiere grandes’»¹¹.

El sentido religioso en Buenos Aires

Al igual que en Milán, en el mes de octubre de 1998 comenzaba la Escuela de comunidad de los grupos de CL en todo el mundo. En Buenos Aires era monseñor Jorge Mario Bergoglio, desde hacía pocos meses arzobispo de la capital argentina (y desde el 13 de marzo de 2013 papa Francisco), quien introducía el trabajo en torno a la edición en lengua española de *Il senso religioso*. Su intervención recorrió los temas más destacados del libro, no antes de haber subrayado lo que significaba para él leer a Giussani: «Al presentar el libro de mons. Luigi Giussani *El sentido religioso* no cumplo con un compromiso protocolar, ni tampoco con lo que podría ser una curiosidad científica ante un enfoque de la exposición de nuestra fe. Ante todo, cumplo con un deber de gratitud. Desde hace muchos años, los escritos de mons. Giussani inspiraron mi reflexión, me

ayudaron a rezar, y, por eso, hoy vengo a dar este testimonio. Me enseñaron a ser un poco mejor cristiano. Mons. Giussani es uno de esos dones imprevisibles que el Señor ha regalado a nuestra Iglesia después del Concilio, haciendo nacer, más allá de todas las estructuras y programaciones pastorales, un florecimiento de personas y movimientos que están brindando milagros de vida nueva dentro de la Iglesia». El arzobispo de Buenos Aires tenía todavía en sus ojos la imagen del encuentro entre Giussani y Juan Pablo II el 30 de mayo de aquel año en la plaza de San Pedro, al que llamó «un acontecimiento objetivamente trascendental»¹².

Para el arzobispo argentino, *El sentido religioso* «no es un libro de uso exclusivo para los que se adhieren al movimiento; tampoco es solo para los cristianos o los creyentes. Es un libro para todo hombre que tome en serio su propia humanidad. Yo me atrevo a decir que hoy día la cuestión que más tenemos que encarar no es tanto el problema de Dios, la existencia de Dios, el conocimiento de Dios, sino el problema del hombre, el conocimiento del hombre y encontrar en el mismo hombre las huellas que dejó Dios para encontrarse con Él».

La presentación del libro tuvo lugar al día siguiente de la publicación de la Encíclica *Fides et ratio* de Juan Pablo II, y monseñor Bergoglio citaba una de sus primeras páginas: «Una simple mirada a la historia antigua muestra con claridad cómo en distintas partes de la tierra, marcadas por culturas diferentes, brotan al mismo tiempo las preguntas de fondo que caracterizan el recorrido de la existencia humana: ¿quién soy?, ¿de dónde vengo?, ¿adónde voy?, ¿por qué existe el mal?, ¿qué hay después de esta vida? [...] Son preguntas que tienen su origen común en la necesidad de ‘sentido’, que desde siempre acucia al corazón del hombre. De las respuestas que se den a tales preguntas, en efecto, depende la orientación que se dé a la existencia»¹³. Justamente por esto, comentaba el arzobispo, *El sentido religioso* «está en línea con la Encíclica: es para todo hombre que se tome en serio su propia humanidad, sus preguntas».

Después, monseñor Bergoglio invitaba a prestar atención a dos paradojas que contiene el libro de Giussani, paradojas en las que declaraba reconocerse. La primera: «En *El sentido religioso* se habla poco de Dios y mucho del hombre. Se habla mucho de sus ‘porqués’, mucho de sus exigencias últimas. [...] Este es el desafío. Frente a la anestesia, a esa tranquilidad barata -sumamente variada- que entretiene, el desafío es plantearnos las verdaderas preguntas sobre el sentido del hombre, sobre su existencia, y dar respuestas a esas preguntas. [...] Para un hombre que haya olvidado o censurado sus preguntas fundamentales y el anhelo de su corazón, el hecho de hablarle de Dios resulta un discurso abstracto, esotérico o una devoción sin ninguna incidencia sobre la vida. Nosotros no podemos ir con un discurso sobre Dios cuando no hemos soplado las cenizas que están tapando el rescoldo de esas preguntas. El primer trabajo es crear el sentido de esas preguntas que están escondidas, enterradas, enfermas quizá, pero están».

Pero había una segunda paradoja que el arzobispo formulaba con estas palabras: «*El sentido religioso* destaca el hecho de que hablar en serio de Dios significa exaltar y defender la razón, descubrir el valor y el método correcto de la razón. No de una razón entendida como medida preconcebida de la realidad, sino una razón abierta a la realidad

en la totalidad de sus factores y que parte de la experiencia [...]. La razón que reflexiona sobre la experiencia es una razón que tiene como criterio de juicio comparar todo con el corazón, pero corazón en el sentido bíblico, es decir ese conjunto de exigencias originales que todo hombre tiene: exigencias de amor, de felicidad, de verdad y justicia». Bergoglio compartía esta imagen de la razón humana, y «no el racionalismo, ese racionalismo de laboratorio, el idealismo o el nominalismo (este último tan de moda), que todo lo pueden, que pretenden poseer la realidad poseyendo el nombre, la idea o la racionalización de las cosas; o, si quieren ir más allá todavía, poseer la realidad en el dominio absoluto de una técnica que nos supera en el momento mismo de su manejo, cayendo así en esa civilización que a Guardini le gustaba denominar ‘la segunda forma de incultura’. Hablamos de una razón que no se reduce ni se agota en el método matemático, científico o filosófico». En efecto, continuaba, retomando *El sentido religioso*, cuando se trata de relaciones entre las personas, «el único método adecuado para llegar a un verdadero conocimiento es una vivencia y una convivencia, una compañía vivaz que a través de múltiples experiencias e indicios permite llegar a la que Giussani llama ‘la certeza moral’, o más lindo todavía ‘la certeza existencial’. [...] A su vez, la fe es, precisamente, una aplicación particular de ese método de la certeza moral o existencial, un caso particular de confianza en otro, en los signos, los indicios, las convergencias, el testimonio de otros; y, sin embargo, la fe no es contraria a la razón. Como todo acto nítidamente humano, la fe es razonable, lo que no implica que pueda reducirse a un mero raciocinio. Es razonable -forcemos la expresión- no ‘raciocinable’».

¿Por qué existen el dolor, la muerte y el mal? ¿Por qué merece la pena vivir? ¿Cuál es el significado último de la realidad, de la existencia, del trabajo, del amor, de cualquier compromiso en el mundo? ¿Quién soy yo, de dónde vengo, adónde voy? Frente a estos interrogantes, observaba el arzobispo de Buenos Aires, «el hombre no puede conformarse con respuestas a medias o parciales, obligándose a censurar u olvidar algún aspecto de la realidad. [...] Dentro de él lleva un anhelo de infinito, una tristeza infinita, una nostalgia -el *nostos algos* de Odiseo- que no se apaga si no es con una respuesta igualmente infinita. [...] La vida sería un deseo absurdo si no existiese esa respuesta. No solo el corazón del hombre, sino toda la realidad, se presenta como un signo». Por otra parte, continuaba monseñor Bergoglio recorriendo las etapas del libro de Giussani, «para preguntarse frente a los signos se necesita una capacidad muy humana, la primera que tenemos como hombres y mujeres, que es el asombro, la capacidad de admirarse, como lo llama Giussani. [...] Solo el asombro conoce». Invitaba por ello a reconocer que «la degradación moral y cultural comienza a darse cuando esta capacidad de asombro enferma, se anula o muere. El opio cultural tiende a anular, debilitar o matar esa capacidad de asombro». Por el contrario, precisamente el asombro «es lo que me lleva a buscar, a abrirme; es lo que me hace posible obtener una respuesta, que no es una respuesta verbal ni conceptual. Porque si el asombro me abre como pregunta, la única respuesta es el *encuentro*: solo en el encuentro se sacia la sed. En ninguna otra parte»¹⁴.

Por el vigésimo aniversario de la elección al solio pontificio, Juan Pablo II publicó la nueva encíclica *Fides et ratio* (15 de octubre de 1998). El diario *La Repubblica* del 24 de octubre publicó una intervención de Giussani: escribía que el Papa había decidido resumir en dos palabras «la génesis y la reproducción continua de la incompreensión que se da entre el cristiano y el no cristiano: razón y fe». Recordaba, después, que él mismo había tenido esa experiencia desde que su entrada en el liceo Berchet le planteó enseguida «la necesidad de hacer comprender lo que era la razón, porque sin razón no hay tampoco fe, no hay humanidad que construya civilización; hay barbarie»¹⁵.

En la encíclica el Pontífice escribía que «la encarnación del Hijo de Dios permite ver realizada la síntesis definitiva que la mente humana, partiendo de sí misma, ni tan siquiera habría podido imaginar: lo eterno entra en el tiempo, el todo se esconde en la parte y Dios asume el rostro del hombre. [...] Fuera de esta perspectiva, el misterio de la existencia personal resulta un enigma insoluble»¹⁶. Suscribiendo estas palabras, Giussani declaraba: «La razón es impotente para abarcar la totalidad de lo real, y por eso se abre a la categoría que representa el vértice máximo de su expresión: la posibilidad. En el horizonte de la razón se alza la súplica del yo creado de que el Misterio mismo se revele. En esto el cristiano participa de la alabanza de la razón y la utiliza mejor que otros»¹⁷.

Giussani recordó que pocos días antes, presentando a la prensa el texto pontificio, el cardenal Ratzinger se preguntaba: «¿Por qué la razón no puede prescindir de la aportación de la fe? [...] La respuesta está en la situación cultural actual», que estaba definida por dos factores: «La separación llevada al extremo entre la fe y la razón; y la eliminación de la cuestión de la verdad —absoluta e incondicionada— de la búsqueda cultural y del saber racional del hombre»¹⁸. En continuidad con estas palabras Giussani observaba: «Wojtyła nos recuerda que la fe es racional»¹⁹.

El Papa afirmaba: Dios «se nos manifiesta en lo que para nosotros es más familiar y fácil de verificar, porque pertenece a nuestro contexto cotidiano, sin el cual no llegaríamos a comprendernos», y «la fe como tal no es una filosofía»²⁰. Según Giussani, esto significa que la fe «no es un fenómeno cultural, no es un sentimiento, ni la adhesión a una corriente histórica»; es «el encuentro con una realidad humana que da a las exigencias originales del hombre una respuesta mucho más realista y llena de humanidad que cualquier otra propuesta alternativa». De hecho, es Cristo quien se hace presente en esa realidad humana.

En *La Repubblica*, Giussani afirmaba que la fuerza de Juan Pablo II tenía esta raíz: «La identidad entre su experiencia humana y el hecho histórico de Cristo. Sus veinte años de pontificado han transcurrido como luces que cruzan por las tinieblas oscuras, bajo un cielo de batalla»²¹.

Pocos días antes, el 16 de octubre de 1998, Giussani había enviado el siguiente telegrama a Juan Pablo II: «Santidad, como una ola de esperanza cierta que hace revivir el desierto humano de nuestra época, su persona, tanto en palabras como en actos, ha proclamado en muchas regiones del mundo la figura de Cristo, verdadero hombre. ‘*Spectaculum facti sumus*’ [‘Presentados como espectáculo’ (1 Co 4,9)]: Usted,

Santidad, realmente nos ha asombrado a todos nosotros. [...] En el alba del tercer milenio de la encarnación del Verbo de Dios estamos junto al Papa, signo humano de la presencia de Cristo, más identificados con la entrega total de nosotros mismos a María, su madre. Y vuestra Santidad es como la primera luz de ese albor que atraviesa la tiniebla oscura»²².

El Papa le respondió con una carta el 15 de noviembre: «Este gesto me recuerda el compromiso generoso a favor del Evangelio y la aportación significativa que usted ha dado a la Iglesia mediante la acción misionera de la Fraternidad, nacida de su corazón sacerdotal. Los numerosos encuentros con los miembros de esta Fraternidad me han permitido constatar los estrechos vínculos de comunión que les unen al Sucesor de Pedro [...] Le animo a seguir con su trabajo apostólico».

El Papa compartía con Giussani la enfermedad de párkinson, y por eso a la gratitud unía «un recuerdo por su persona en mi oración, para que el Señor le sostenga con su gracia, y le conceda saber confiar en su providente amor en cada momento de su vida, extrayendo de esa inagotable fuente la fuerza interior para seguir testimoniando alegría y esperanza». Por ello le confiaba a la protección de la Virgen, «salud de los enfermos»²³.

Crear huellas en la historia del mundo

En aquellos mismos días de noviembre de 1998 vio la luz un nuevo libro de Giussani: *Generare tracce nella storia del mondo* (edición española: *Crear huellas en la historia del mundo*, Encuentro, Madrid 1999). Llegaba finalmente a término el proyecto concebido al comienzo de los años noventa (ver aquí, p. 904) que había implicado en el trabajo de redacción a Stefano Alberto y a Javier Prades. La obra se publicó, por voluntad de Giussani, con sus tres nombres en la portada. El texto recoge las líneas fundamentales de la reflexión sobre la experiencia cristiana desarrollada por Giussani a lo largo de esos años. En la primera página, Giussani introducía una nota de lectura: «Este volumen marca, por tanto, un momento esencial que resume el trayecto recorrido y, al mismo tiempo, se ofrece al lector como ocasión para conocer los contenidos y las características de la propuesta cristiana dirigida al hombre de nuestro tiempo y profundizar en ellos»²⁴.

El recorrido que se había hecho justificaba lo que Giussani llamaba también «Nuevas huellas» por asonancia con el título de uno de sus primeros libros, *Huellas de experiencia cristiana*, de 1960 (ver aquí, p. 273). Un itinerario que Giussani describía así: «¡Nunca he seguido otro camino, durante cuarenta años!»²⁵.

En el libro se presentaban los factores que constituyen la experiencia cristiana. A partir de la definición del acontecimiento cristiano como encuentro, Giussani afrontaba el tema de la permanencia del acontecimiento en la historia y de la generación de un pueblo nuevo, que vive en la historia para colaborar en lo que llama «la gloria humana de Cristo», y tiende a su manifestación definitiva en el día final de la misericordia.

Crear huellas se plantea como una continuación y profundización de un itinerario de educación en la fe que no parte de una abstracción teórica, sino que se desarrolla

dentro de una experiencia en marcha, como es típico de Giussani y recuerda Prades: «Durante la redacción del libro vi nacer un pensamiento propio a partir de lo real captado en la experiencia vivida. Los momentos de encuentro con don Giussani fueron una ocasión para ver una razón en acto, que piensa a partir del acontecimiento de Cristo presente, en relación con acontecimientos vivos y, por tanto, presentes. Siempre estaré agradecido por haber podido experimentar en aquellos años lo que es la génesis comunal de un pensamiento cristiano. No por atribuirme cualquier clase de protagonismo indebido, ya que el origen de estos textos se dio siempre en momentos comunes, sino como reconocimiento conmovido de la potencia que tiene una unidad de concepción, guiada en su planteamiento hasta llegar a los detalles»²⁶.

Y don Stefano Alberto confirma: «Javier Prades y yo colaboramos con don Giussani para reordenar de manera orgánica, en torno a algunas palabras clave, la sorprendente riqueza de contenidos que brotó en las muchas conversaciones que él mantuvo con los responsables del movimiento —aunque no solo— en esos últimos años. A propósito de esto recuerdo una imagen que le escuché describir a don Giussani mismo cuando contaba de un padre que, al final de su jornada de trabajo en el campo, volvía a casa con la canasta cargada y pesada a sus espaldas, y a su hijo, que se apresuraba a su lado, le confiaba también un pequeño manojo de espigas para que lo llevara, haciéndole así partícipe de su obra. Este texto ‘a varias voces’ es un testimonio más de que el ‘pensamiento original’ propio del carisma de don Giussani tiene como dimensión característica una génesis comunal que él siempre vivió y buscó con pasión y gratuidad en el diálogo con todos, desde los más cercanos a los que estaban en apariencia más lejanos»²⁷.

Las cuatro partes en que se divide el libro describen el fenómeno de la fe como parte del acontecimiento de Cristo: «El cristianismo es un acontecimiento. [...] El cristianismo no es una doctrina religiosa, una lista de leyes morales, un conjunto de ritos. El cristianismo es un hecho, un acontecimiento: todo lo demás es consecuencia»²⁸. En efecto, «para que acontezca la fe en el hombre y en el mundo tiene [...] que suceder antes algo que es gracia, pura gracia: el acontecimiento de Cristo, del encuentro con Cristo, en el que se tiene la experiencia de algo excepcional que no puede ocurrir por sí solo». En este sentido «la fe forma parte del acontecimiento cristiano, porque es parte de la gracia que representa el acontecimiento mismo, parte de lo que es este mismo. [...] Al igual que Cristo se me ofrece a través de un acontecimiento presente, también vivifica en mí la capacidad de captar y reconocer su carácter excepcional».

Por eso la fe, «en cuanto ‘reconocimiento’, es un acto de la razón, un juicio, no un sentimiento o un estado de ánimo. La fe representa el pleno cumplimiento de la razón humana. Es la comprensión inteligente del horizonte último que tiene la realidad, el reconocimiento de aquello en lo que consiste todo»²⁹.

Aparece aquí de forma extraordinariamente evidente que, en contra de cualquier dualismo que separe la razón y la fe, Giussani está profundamente convencido del carácter razonable que tiene el acto de fe: «Para el hombre, adherirse a la fe con su libertad significa reconocer con sencillez lo que su razón percibe que es excepcional, con

esa certeza inmediata que produce la evidencia indiscutible e indestructible que tienen ciertos factores y momentos de la realidad, tal como entran en el horizonte de nuestra persona»³⁰.

Giussani introducía después un nuevo objetivo para describir el fenómeno de la fe: «Puesto que es un conocimiento que se deja determinar totalmente por su objeto, la fe es un reconocimiento ‘amoroso’. Es un conocimiento amoroso, sencillo y sin equívocos, que implica un apego. Ese conocimiento amoroso nos obliga a decir, como le hizo decir a san Pedro: ‘Si no creyera a este hombre, tampoco podría creer a mis ojos’»³¹.

El segundo paso que afrontaba Giussani se refería al hecho de que quien ha encontrado a Cristo y le ha reconocido con amor se convierte en una «criatura nueva» a través del bautismo, lo que significa «tener una conciencia nueva, una capacidad de mirar y de comprender lo real que los demás no consiguen tener, y un afecto nuevo, una capacidad de adhesión y de entrega a lo real, a lo diferente de uno mismo, que es inimaginable. La ‘criatura nueva’ significa una inteligencia y un corazón distintos para comer y beber, para velar y dormir, para vivir y morir»³².

Es la misma dinámica que describe san Pablo: «Aun viviendo en la carne, vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí»³³, una de las frases más citadas por Giussani, y que traducía con estas palabras: «Para vivir el cristianismo no se nos pide renunciar a nada, sino cambiar la forma de relacionarnos con todo [...]. ‘Aun viviendo en la carne’, es decir, en la situación tal como es —delante de la chica que me atrae, en la familia en que el padre y la madre están siempre peleándose, metido de lleno en el trabajo doce horas al día, enfermo, incapaz de hacer todo lo que hay que hacer, distraído, desmemoriado—, ‘vivo en la fe del Hijo de Dios’, esto es, pertenezco a un acontecimiento, a un origen que cambia la forma de la mirada: la forma de mirar se convierte en fe. Viviendo en la carne, participo en un acontecimiento que me hace capaz de tener una inteligencia nueva, más profunda y más verdadera, de mis circunstancias»³⁴. Con estos argumentos, Giussani establecía las bases para una superación radical del dualismo entre fe y vida que caracterizaba a buena parte de la realidad eclesial en el umbral del tercer milenio.

En el último pasaje del itinerario que se despliega en *Crear huellas* se ve a un Giussani empeñado en mostrar que la criatura nueva se convierte en un protagonista nuevo en el mundo, con una capacidad de apertura a todo y a todos de otro modo impensable: «¡El apremio que nace de la memoria del amor de Cristo [...] ‘obliga’ a la misión y no nos da tregua! Para el que es llamado y elegido por Dios mediante el bautismo, el oficio de la vida no es tanto ser padre o madre, abogado o profesor. En todo esto su oficio es ser profeta, porque la misión es ante todo profecía, lo que quiere decir ‘hablar delante de todos’»³⁵.

Este apremio es la clave de esa cultura nueva que el libro pretendía documentar: «La cultura es precisamente una manera de ver, de percibir, de juzgar, es decir, de valorar y decidir con respecto a todo. Es el establecimiento de un horizonte último desde el que arranca el acercamiento de la conciencia de nuestro yo a la realidad y que afecta a todas

las cosas que encuentra en su camino. La cultura nueva es una visión del mundo —desde el yo hasta lo Eterno— que parte de un encuentro que se ha tenido, de un acontecimiento del que se participa, de toparse con una presencia, no de algunos libros que se lean o de ideas que se escuchen. Este encuentro tiene un valor genético, porque representa el nacimiento de un sujeto nuevo que aparece en un lugar y en un momento determinado de la historia, cuya nueva personalidad se alimenta y crece por dicho encuentro, con una concepción única e imposible de reducir a cualquier otra, pues recibe de él un *noûs* nuevo, un conocimiento distinto»³⁶.

En consecuencia, el «asombro amoroso» es para Giussani el principio vital de la acción, cuya expresión completa se describe con el término «ecumenismo». Con él «se quiere indicar que la mirada cristiana vibra con un impulso que le permite exaltar todo el bien que hay en todo aquello con lo que se encuentra [...]. El ecumenismo no es, entonces, una tolerancia genérica en la que el otro sigue siendo un extraño, sino que es un amor a la verdad que está presente, aunque fuera un solo fragmento, en cualquier persona. Cada vez que el cristiano conoce una nueva realidad la aborda positivamente, porque en ella hay siempre un reflejo de Cristo, algún reflejo de verdad»³⁷.

El libro termina con un capítulo que tiene un título evocador: «El día de Cristo, día de la misericordia». «En la terrible oscuridad del abandono total al Padre, Cristo, la misericordia del Infinito, ofreció su vida por todos y cada uno de los hombres, incluido Judas, como de forma sugerente, aún dentro de los límites de la visión humana, nos recuerda Péguy. Puesto que Cristo es el protagonista del ‘último día’, el día del triunfo de Cristo será el día de la misericordia. Dan ganas de decir que la palabra ‘misericordia’ debería arrancarse del diccionario, porque no existe en el mundo de los hombres, no hay nada que corresponda a ella. La misericordia está en el origen del perdón, es el perdón afirmado en su origen, que es infinito, es el misterio del perdón»³⁸.

En la perspectiva cristiana marcada por la misericordia «cualquier límite se abre a una realidad infinita. Y así no solo siente el hombre que puede obrar de nuevo: quiere obrar»³⁹. Por esto, continuaba Giussani, «una positividad total en la vida debe guiar el ánimo del cristiano, en cualquier situación en que se encuentre, con cualquier remordimiento que tenga, con cualquier injusticia que sienta pesar sobre él, con cualquier oscuridad o enemistad que le envuelva, ante cualquier muerte que le asalte, porque Dios, que ha hecho todos los seres, es para el bien. Dios es la hipótesis positiva para todo lo que el hombre vive, aunque parezca a veces que las tempestades de la vida venzan dentro de nosotros a esta positividad». En efecto, uno de los mayores pecados que puede cometer el hombre, realmente diabólico, cualquiera que sea su motivo inspirador —«por sus pecados, por la imposibilidad de hacer el bien que desea, de reparar las grietas que el tiempo y las circunstancias han abierto en los muros de sus construcciones»—, es «perder la confianza en Dios». Pero el Señor, «con su misericordia, lo vence todo». Para aceptar y vivir el amor y la misericordia de Dios, el hombre no tiene que hacer «sumas, adiciones de virtudes y perfecciones; debe aceptar, a pesar de lo que es, el designio de Otro, debe estar disponible para la voluntad de Dios». Esta es su vocación: «La vocación es la estrella que brilla en la noche oscura de las

circunstancias»⁴⁰.

En las últimas líneas, Giussani proponía una invocación sacada de la liturgia ambrosiana: «Siguiendo tu designio de amor, el hombre pasa de una condición mortal a una salvación prodigiosa»⁴¹, que comentaba con estas palabras: «La felicidad es el don de la Patria eterna, mientras que la misericordia es la paz del camino. ‘¡Ven, señor Jesús!’»⁴².

Cuando el libro estaba ya en pruebas, a punto de imprimirse, Giussani hizo añadir como introducción su testimonio del 30 de mayo de 1998 en la plaza de San Pedro. Fue un acto de gratitud hacia al Pontífice que había abrazado, confirmado y reconocido canónicamente la utilidad de la experiencia de CL para la vida de la Iglesia y de los hombres.

«El trabajo, el aspecto más árido y concreto de nuestro amor a Cristo»

El 15 de noviembre de 1998, Giussani participaba en Milán en una conversación con un grupo de jóvenes que habían abrazado la experiencia de los *Memores Domini* y que estaban en los años del noviciado. Y partía de una constatación: «Percibo un extravío en la forma de estar ante la realidad, ante del propio destino y, por tanto, delante de Dios, un malestar en el ánimo de la mayor parte de la gente con la que me encuentro, en la mayor parte de vosotros cuando entablo una relación y tomo conciencia de ello [...]. Y lo que me da una claridad mayor al miraros y teneros presentes es que nosotros también lo hemos superado por amor de Dios, por gracia de Dios, en nuestra vida»⁴³.

Giussani continuó describiendo esa situación existencial, y lo hizo citando a Malraux: «No existe ideal por el que podamos sacrificarnos, porque conocemos la mentira de todos, nosotros que no sabemos lo que es la verdad»⁴⁴. Recordaba cuánto le hizo reflexionar la primera vez que leyó esta frase, pero enseguida exclamó: «¡Pero nosotros sabemos lo que es la verdad! ‘Yo soy la verdad y la vida’, dijo un hombre, el único que lo ha dicho en la historia»⁴⁵.

A continuación, Giussani afrontó un tema que los jóvenes presentes advertían como determinante para su vida, y en el que se manifestaban los efectos del desconcierto del que había hablado: el trabajo. Pero sin detenerse en análisis que habrían dejado a aquellos jóvenes más o menos indiferentes, tal como era su estilo, dijo enseguida lo que había aprendido a ese respecto: «Para un cristiano el trabajo es el aspecto más concreto, más árido y concreto, más fatigoso y concreto, del amor a Cristo [...] es un juicio de la inteligencia que arrastra consigo toda nuestra sensibilidad».

Se trata de una frase capital, que describe toda la dinámica de la experiencia cristiana tal como la entendía Giussani: «El amor —no solo ‘el amor a Cristo’— es un juicio, implica un juicio. El juicio es el reconocimiento de la verdad, el reconocimiento del ser. El juicio es la mirada al ser con la percepción de un niño: el resultado es la admiración por la realidad que aparece ante mis ojos. [...] Las certezas nacen de ahí, las evidencias que dan certeza nacen de ahí. De lo contrario, nuestras convicciones serían dictados del

poder, es decir, nacerían de algo extraño a nosotros mismos, que reduce el valor de las cosas y lo cambia según su conveniencia: el poder solo quiere súbditos, esclavos»⁴⁶.

Por eso, continuaba Giussani, «el trabajo nos obliga a ser más cristianos, a reconsiderar nuestro amor a Cristo, a plantearme cómo vivo, a pensar en la utilidad de mi vida y para qué se nos da». Es una cuestión de libertad, subrayaba Giussani, del yo en acción. Y sin embargo muchas veces tenía que manifestar: «Eres pasivo, en última instancia, pasivo y esperas que la compañía te sustituya, esperas que las fórmulas y lo que nos decimos te sustituyan. En cambio no, eres tú el que...»⁴⁷.

Giussani no solía hacer reclamos espirituales abstractos; sus afirmaciones siempre correspondían a cosas o tenían implicaciones muy concretas. Por eso, a partir de la afirmación de que el trabajo era la expresión total de la persona, y de que «lo que hace el albañil al poner ladrillos o el minero al cavar un túnel es relación con Dios», se derivaba que debían ser respetados y «ser objeto de una justicia real y también de amor, y por consiguiente de ayuda». Son trabajadores, añadía Giussani, y «el trabajo es la forma más expresiva de la personalidad humana, de la relación que el hombre tiene con Dios (Jesús define a Dios como el eterno trabajador)»⁴⁸.

Para Giussani es completamente distinto acudir al trabajo con la memoria de Cristo, porque esto hace que brote «una atención a todo, una finura en todos los detalles, una paciencia en el tiempo, un respeto, por tanto, al tiempo que requieren las cosas, y la ausencia de murmuración, uno no se lamenta de las circunstancias desagradables». Más aún, en cualquiera que se acerque así al trabajo se reaviva el «sentido de fraternidad [...] incluso hacia quien le roba la casa, hacia el poderoso, el señor, el jefe».

Giussani concluía que, si no se ama a Cristo, «se soporta el trabajo, se tolera; nos adaptamos a él (‘porque tengo que ganar el sueldo a fin de mes’)»⁴⁹. Por el contrario, el que ama a Cristo trata cualquier cosa de forma distinta, y «todo se convierte en parte de las vestiduras de Cristo, del cuerpo de Cristo que se dilata en la historia. [...] Por esta relación el hombre extiende la mano, toma las cosas y las plasma; y, entonces, los demás, [...] al ver el mundo plasmado de forma distinta se sorprenden y preguntan: ‘¿Qué es esto? No hay ningún lugar del mundo donde exista una *empresa* así!’»⁵⁰.

Para Heinz Galinski. «Nosotros somos judíos»

Cuando Giussani encendió la televisión la madrugada del 21 de diciembre de 1998 y sintonizó el canal Euronews, conoció la noticia de la bomba que había explotado en el cementerio judío de Berlín, y que había dañado gravemente la tumba de Heinz Galinski, una de las figuras más representativas del judaísmo alemán⁵¹. Profundamente afectado, aquella misma mañana escribía una carta a Ezio Mauro (que dio la noticia de la bomba en el diario de aquel 21 de diciembre). Su intervención se publicó en *La Repubblica* con este titular: «Nosotros somos judíos». Giussani recordaba que en 1938 Pío XI comentó las leyes raciales de Hitler, que Mussolini quería introducir en Italia, diciendo: «Nosotros somos espiritualmente judíos»⁵².

Para Giussani la relación entre el cristiano y el pueblo judío estaba perfectamente indicada en aquella expresión papal. La profanación del cementerio de Berlín le recordaba el trágico momento en que los judíos «elevaron un clamor que hicieron escuchar al mundo entero a través del martirio del Holocausto, el absurdo sacrificio que soportaron por todos», hasta el punto de que se había convertido en «pedagogía para todos los cristianos; al ser un estigma doloroso e injusto, la cultura judía más ferviente propone la Shoah como un tema cardinal también para toda la humanidad». Así, continuaba, «para nosotros, los cristianos, hoy es más cierta que nunca la analogía del caso de Cristo con el sentido del Holocausto».

Giussani deseaba comunicar a toda la comunidad judía la deuda que él era consciente de tener frente a la pedagogía divina, que a través del pueblo judío enseña «como supremo factor del bienestar social la concepción bíblica del Dios único», el cual «participa en la existencia concreta del hombre, creando a su pueblo, [...] el que nace de Abraham», hasta el final de la historia, cuando «el mismo pueblo se reunirá en el día de Dios en que se cumplirán las promesas a las que deben corresponder los judíos con su espera fiel. [...] El sujeto de aquel ‘gran día’ tan esperado se identificaba con el término ‘Siervo de Yahvé’ o ‘Mesías’». Por eso un cristiano «no puede dejar de identificar su propia existencia con esta historia».

Pero hay un hecho que marca el punto de discontinuidad en esta conciencia que tiene el cristiano en común con el judío: «Para nosotros el Misterio ha querido intervenir en la tragedia del hombre haciéndose hombre dentro del cosmos. Jesús de Nazaret es para nosotros el cumplimiento de la espera en la que ha vivido todo el pueblo de Israel de forma única en toda la historia del mundo». Giussani no pretendía ofender a nadie, y casi se excusaba de lo que acababa de escribir: «Lo nuestro no es una presunción, sino una comparación estupefacta por el hecho de que se nos haya comunicado a nosotros, pobres hombres, el Misterio de esa persona, de modo que [...] estaremos más felices pidiendo a nuestros hermanos judíos que nos perdonen nuestra certeza, cuando a ellos les toca todavía llevar todo el peso de la historia (*pondus diei et aestum*) en su vida. Pero el esfuerzo de ser fiel en la espera de Dios se traduce también como cruz en la vida de los creyentes»⁵³.

*Los tres aspectos del surgimiento de la criatura nueva.
«Como un injerto en un tronco viejo»*

La novedad introducida en la vida del hombre con la encarnación fue el tema central de dos reflexiones de Giussani en los primeros meses de 1999; en particular, se centró en el tema de la criatura nueva, en continuidad con los encuentros que había tenido en noviembre y en diciembre anteriores.

En su primera intervención, del 31 de enero, con los novicios de los *Memores Domini*, Giussani quiso documentar en qué sentido el cristiano tiene experiencia de «un pensamiento nuevo, un afecto nuevo, un modo de amar nuevo, un construir nuevo, un hacer nuevo todo, ¡todo!». Para ello hizo una lista de tres aspectos en los que se producía

ese surgimiento de la persona, que le parecía que abarcan todo el horizonte de la vida humana, observando los cuales se puede percibir el cambio profundo que realiza Cristo en la experiencia de la persona.

Ante todo, la justicia: «Me han pasado una cita de Nietzsche, de *Así habló Zaratustra*: ‘No me gusta vuestra justicia fría, y en el ojo de vuestros jueces reluce siempre para mí el verdugo con su espada gélida. Decís: ¿dónde se encuentra la justicia que es amor y tiene ojos para ver [...]? Inventadme, entonces, el amor que lleva sobre sí [...] no solo todas las penas, sino también todas las culpas’».

A Giussani no le bastaba la aguda observación del filósofo, según la cual la justicia debe ser amor. En efecto, «cuando la justicia es amor no puede serlo sin caridad, en ningún caso, porque la ley del Estado no puede sustituir ni cubrir toda la relación que la sociedad y el individuo que la refleja, es decir, el magistrado, puede tener con el acusado». No se explicaría en caso contrario el gesto que acababa de realizar Juan Pablo II y que Giussani consideró ejemplar: en el curso de su visita a St. Louis (Estados Unidos) de enero de 1999, el Pontífice había pedido y obtenido del gobernador del estado de Misuri el perdón para Darrell Mease, de cincuenta y dos años, condenado a muerte, que se había confesado culpable de un triple homicidio.

El segundo nivel en el que se manifiesta la experiencia de la criatura nueva es la relación entre el hombre y la mujer, que, «percibida intuitivamente (intuitivamente: con el pecado original escondido dentro) no puede no volverse mezquindad, cerrazón. Por eso nosotros hemos dicho siempre que el amor es en primer lugar —sobre todo, por encima de todo— sentido del destino del otro». Si el hombre no quiere reducir su relación a un nivel puramente intuitivo, animal, «esta gratuidad absoluta es esencial para el amor del hombre y de la mujer» y el que no la tiene se vuelve violento porque «la vida queda dominada y subyugada al imperio del poder».

El tercer aspecto al que se refería Giussani es el trabajo: «El trabajo es el momento en que el amor a Cristo se vuelve más concreto, más potente, pero también más fatigoso»⁵⁴, y cuando Jesús dice: «Mi Padre trabaja siempre, mi Padre es el eterno trabajador»⁵⁵, quiere decir que el trabajo es «la esencia del Ser, [...] la actividad del Misterio. El Padre engendra al Hijo y de ellos procede el Espíritu Santo: es un misterio cuyo aspecto dinámico se llama trabajo. [...] La vida de la Trinidad es trabajo, como es trabajo una madre que engendra a un hijo»⁵⁶.

El 21 de febrero de 1999, conversando con los *Memores Domini* en Salsomaggiore Terme (provincia de Parma), Giussani continuó su reflexión sobre el hombre nuevo que se afirma con el bautismo: «El hombre nuevo es como un injerto en un tronco viejo. Por tanto exige un cambio», que se vuelve difícil, esto es, arduo, «por el hecho de que la novedad se injerta en lo viejo. Por eso debe ser una creación nueva, porque un niño que renazca en el corazón de un viejo, en el corazón de un hombre mayor, significa que mucho desecho, muchas escorias de este viejo deben desvanecerse, se deben eliminar: es el corazón que es creado de nuevo». Y este paso, «al injertarse esta novedad en un tronco viejo, al introducirse en el tronco, se produce despacio»⁵⁷.

«Que yo os encuentre a todos como colaboradores de mi debilidad y de mi buena voluntad»

El 19 de marzo de 1999, la Santa Sede reconocía canónicamente a la Fraternidad sacerdotal de los misioneros de San Carlos Borromeo (ver aquí, p. 723). Ese mismo día Giussani escribía una carta a los seminaristas y a los sacerdotes de la Fraternidad de San Carlos: «Queridos amigos: nuestra certeza es grande, y por tanto también nuestro gozo, en este día en que su Santidad reconoce de nuevo la autenticidad eclesial del carisma de Comunión y Liberación, en el que se basan el método y la finalidad de la Fraternidad Sacerdotal. Nuestra época es similar a la de los comienzos de la Iglesia, cuando la fe se propagaba en el mundo introduciendo en el tejido social tres factores: la unidad, la libertad y la caridad, es decir, una humanidad y una sociedad distintas. [...] Amigos, éramos extraños unos a otros y en la caridad de Cristo nos hemos unido, y ahora permanecemos en la unidad en la que Cristo nos ha insertado. [...] Lo mundano —o sea, el poder— que se opone a lo que es sano y que se desarrolla siempre marchitándolo todo, condenando a todos y dejando a cada uno sin posibilidad de defensa, es el enemigo de este acontecimiento divino». Por eso «el cristiano que se educa en nuestro carisma siente seriamente toda la angustia y la precariedad de cualquier respuesta [...], ofreciendo su presencia como servicio a todos los hombres y originando una trama de relaciones donde la fraternidad de Cristo es toda la ley».

Giussani concluía con una invitación, que era casi como la entrega de la herencia de un sacerdote a futuros sacerdotes: «Queridos amigos, os digo esto porque la vida en Cristo da lugar a una pasión inteligente que pide el despliegue de todas las fuerzas que Dios ha congregado en Cristo para contrarrestar la trágica victoria -hablando en términos históricos- del mal sobre el bien y para vivir el sacrificio, incluso mortal, que puede acompañar a la victoria de la Iglesia sobre el mal. ¡Ojalá os vea a todos crecer como presencias que colaboran con mi debilidad y con mi buena voluntad! ¡Y que Dios pueda ver en nuestra vida la evidencia asombrosa de que lo que el carisma inició en mí resulte potenciado en vosotros por la misericordia! [...] Por dicha misericordia yo siento como un signo de nuestra elección sacerdotal misionera la amadísima figura de don Massimo Camisasca. Con él es grande esa unidad que suplico al Espíritu para la gloria de Cristo en el tiempo, al igual que es grande la seguridad acerca de todo lo que la voluntad del Misterio hará en el futuro»⁵⁸.

Los primeros meses de 1999 Giussani propuso varias reflexiones. Hablando a los novicios de los *Memores Domini*, el 11 de abril de 1999, dijo: «Nosotros no establecemos ninguna relación, no podemos tener ninguna relación si no es dentro, si no está conscientemente dentro del designio de Dios, en el corazón de Dios, en la voluntad de Dios». Por eso, «si Dios nos ha hecho el don de ese objeto o de esta persona, no podemos [...] hacer con ella lo que nos parece, tratarla según el placer o el instinto».

Pero esta afirmación, constataba Giussani amargamente, «¡no vale nada para la inmensa mayoría de la gente! ¡No es nada! Para vosotros, por ejemplo; ¡para nosotros! También nosotros vivimos en esta infame distracción; no, en este olvido. Porque

levantarse por la mañana y acordarse de que toda la jornada es de Otro, y aceptarlo y ofrecerlo, en esto consiste la libertad».

Y así, la realidad que debería resplandecer en el movimiento como un ejemplo para todos podía correr un riesgo terrible: «En el Grupo Adulto, lo podéis comprobar ampliamente también vosotros, no hay nadie que niegue a Dios (¡porque en este caso le echaríamos enseguida!); en cambio, estamos atontados (hay gente atontada, como invadida por el sueño) o somos superficiales (porque el ánimo no está sacudido por el pensamiento sobre el sentido de la vida y por el reconocimiento de que todo lo que te sucede es una invitación a tu relación con el Misterio). [...] Sin embargo, estamos atontados o somos superficiales, porque ignoramos esta cuestión; con estar allí, en casa, ya tenemos suficiente, tenemos la conciencia tranquila. ¡Conciencia tranquila, un cuerno! Si la casa no se convierte en el inicio de vuestra jornada, en un estímulo para vivir la jornada, no os quedará ninguna otra posibilidad o relación que os centre en el hecho de que la vida del hombre es relación con el Misterio»⁵⁹.

Dos semanas después, durante los Ejercicios de la Fraternidad de abril de 1999, Giussani retomaba y profundizaba en los contenidos de un recorrido que había empezado dos años antes en esos mismos Ejercicios de 1997 (cuando habló de Dios todo en todo; ver aquí, p. 1028) y de 1998 (cuando puso el acento sobre Dios y la existencia; ver aquí, p. 1063). En particular, esta vez fijó su atención en la expresión: «Cristo es todo en todos»⁶⁰, y en el tema de la pertenencia. Las dos lecciones de la mañana y la tarde del sábado 24 de abril se conservan grabadas en vídeo.

Giussani leyó pasajes de la *Canzone dell'appartenenza* de Giorgio Gaber: «La pertenencia / no es un conjunto casual de personas / no es el consenso a una aparente agregación / la pertenencia / es tener a los demás dentro de uno». Giussani se preguntó cómo tenía lugar este «tener a los demás dentro de uno», y leyó la última frase de Gaber: «Estaría seguro de cambiar mi vida / si pudiera empezar / a decir nosotros»⁶¹. Para Giussani pertenecer significaba que «un yo, que no existía, ahora existe». Por esto «la pertenencia a Dios es lo más evidente que un hombre naturalmente consciente tiene que admitir (¡'lo debe' admitir, lo puede reconocer!)»⁶².

Ahora bien, si Dios se ha hecho hombre, como afirma el anuncio cristiano, la pertenencia a Dios coincide con pertenecer a Cristo: «El bautismo es el acto con el que Cristo toma una vida, elige y escoge una vida. [...] El bautismo, como lugar donde el Misterio muere por la maldad humana y resucita por la potencia divina que tiene dentro». Lo interesante es que, desde el comienzo, el bautizado «ya no se queda solo en uno, sino que se convierte en *quasi arena in litore maris*, se convierte en un pueblo, 'una realidad étnica *sui generis*' como decía nuestro Pablo VI. [...] La humanidad de Jesús de Nazaret [...] se prolonga [...] en una realidad sensible, visible y tangible: este pueblo, [...] con el que la divinidad invisible invade los espacios que el Padre dona a su Hijo. Esta presencia de la divinidad produce hombres con una mentalidad nueva y una nueva fecundidad. [...] La invasión de la realidad que Cristo lleva a cabo es humanamente inatacable, pero [...] físicamente perseguible». Por eso todo lo que sucedió en la época de Jesús puede suceder de nuevo ahora. Y esto explica por qué el cristiano no puede

experimentar el «gusto por la hegemonía, por la toma del poder, porque este corresponde únicamente a Dios»⁶³.

El fruto de esta «invasión» de Cristo en la vida no es —como tampoco lo fue en los tiempos de Jesús— un éxito mundano, una victoria sobre los demás, sino que «las relaciones son paz, unidad y paz». Vivir la experiencia del padre: Giussani invitaba a todos y cada uno a redescubrir la grandeza de esto, que no es un rol, sino una condición para vivir, fuera cual fuera la forma de la vocación que se abrazara. «Padre y, por tanto, madre, porque es lo mismo; no son dos funciones espiritualmente diferentes; solo se diferencian desde el punto de vista material, pues uno tiene una limitación y el otro, otra». Giussani insistió: «Deseo que viváis la experiencia del padre. Padre y madre: se lo deseo a todos los responsables de vuestras comunidades, pero también a cada uno de vosotros, porque cada uno debe ser padre para los amigos que tiene, debe ser madre para la gente que tiene cerca; no dándose aires de superioridad, sino con una caridad efectiva. [...] Padres y madres de todos aquellos con los que se encuentran»⁶⁴.

Los periodistas, el Sínodo y Crear huellas

En mayo-junio de 1999, dos conocidos periodistas se confrontaron públicamente con el citado libro de Giussani, Prades y Stefano Alberto: Pierluigi Battista, editorialista de *La Stampa* y Ezio Mauro, director de *La Repubblica*⁶⁵.

El 27 de mayo, en el Teatro Nuevo de Turín, Battista citaba un pasaje de *Crear huellas en la historia del mundo*: «El cristianismo es el anuncio de que Dios se ha hecho hombre, nacido de mujer, en un determinado lugar y en un momento determinado del tiempo. El Misterio que está en la raíz de todas las cosas ha querido dejarse conocer por el hombre»⁶⁶. Y lo comentó con estas palabras: «¿Qué se puede añadir al pasaje del libro que os he leído ahora? Habría muchas cosas que añadir, se pueden añadir mil comentarios, pero se comprende que hay una jerarquía de significados y de valor de las cosas que hace que esto sea lo más importante, la cuestión fundamental. Y de este punto fundamental, leído en estas tres líneas, se derivan una serie de consecuencias, no de tipo silogístico, filosófico, conceptual, que pueden reducirse a una idea: qué es verdaderamente importante y qué se deriva de ahí, qué hay en el origen y qué es en cambio secundario, no en el sentido de que sea segundo, sino en el sentido de que desciende de»⁶⁷.

El 17 de junio, en la Sala Pío XII de Milán (la histórica aula de la vía Sant'Antonio de las primeras reuniones de Gioventù Studentesca), le tocó el turno a Ezio Mauro. Para el director de *La Repubblica*, «todo el libro vuelve y desarrolla casi de un modo circular el núcleo que Giussani afirma de manera pedagógica desde las primeras líneas, y luego, por círculos concéntricos cada vez más amplios, desarrolla el hilo del mismo razonamiento añadiendo elementos y ampliando el radio de acción. En el centro de todo está la cuestión del acontecimiento, es decir, en el centro del razonamiento cristiano, en el centro del cristianismo no hay una filosofía, no hay una ideología, sino algo que ha

sucedido», lo que para Mauro significaba «un dato de la realidad [...] perceptible, [...] un dato de la experiencia humana, algo que podemos conocer porque ha sucedido en el tiempo y el espacio. Está situado en la historia, y luego —dice don Giussani— ha cambiado la historia, el resto de la historia. [...] ‘Se hizo carne’, esto es, algo reconocible y reconocido; algo con lo que se puede ajustar cuentas». El periodista observaba que Giussani «saca de ahí un sinónimo, un segundo elemento de lectura: ‘Es un encuentro’. [...] Y un encuentro de conocimiento, porque los encuentros y los acontecimientos pueden ser... deben ser interceptados e interpretados a través del conocimiento». Mauro notaba que, en este punto de su recorrido, Giussani «distingue entre el sentido religioso, que es, según él, según su teoría, la necesidad de dar significado al mundo, y, por el contrario, la fe: la fe es el reconocimiento que se hace del conocimiento que se ha tenido por medio del encuentro, por medio del acontecimiento y, por consiguiente, la decisión, a través de la razón, de adherirse a ella»⁶⁸.

Al final de la presentación de Milán, Giancarlo Cesana, que la había presidido, leyó algunos apuntes que le había dictado Giussani en previsión del encuentro: «Hemos puesto toda nuestra vida a disposición de Dios y de Cristo, y esta disponibilidad se pone en práctica en su *leitmotiv*: Cristo habla del Misterio de modo verdadero. Él forma parte del misterio de Dios. Pero la fe, para ser razonable, debe poderse experimentar con el conocimiento que tenemos nosotros de todo lo que nos importa. Las personas con autoridad a las que seguimos nos hacen caminar así: persuasivos, amigos, como una compañía verdadera. [...] Estamos extremadamente agradecidos y estimamos muchísimo a un director como Ezio Mauro, y por consiguiente a la conciencia evolucionada del hombre moderno cuando ofrece una aportación a este reconocimiento que vivimos nosotros y que otros sienten quizá, con independencia de nosotros, en la verdad que se revela para nosotros ante todo como asombro»⁶⁹.

Tras escuchar este saludo, Mauro escribió y entregó una nota para Giussani: «Querido don Giussani, gracias por las palabras que me ha escrito y por la amistad y atención que me demuestra. He querido venir al debate por usted. Usted sabe con cuánto respeto sigo, desde lejos, su pensamiento. Pido de vez en cuando noticias tuyas al amigo común y queridísimo Angelo [Rinaldi, *art director* del diario *La Repubblica*, *nda*]. Usted ha dejado en él más de una huella, que yo creo entrever, a través de las vicisitudes de la vida, del trabajo y de la amistad. Espero volver a verle pronto. Acuérdesse de mí. Gracias por este ‘encuentro’»⁷⁰.

La publicación del libro tendrá un epílogo en otoño, con ocasión del Sínodo sobre Europa. El 20 de octubre de 1999 el Comité central del Gran Jubileo del año 2000 —representado por su secretario, el obispo Crescenzo Sepe— organizó en el Instituto Augustinianum de Roma (cerca de la plaza de San Pedro) una presentación especial para los padres sinodales. Estaban también allí presentes, para escuchar la intervención del arzobispo de Viena, Christoph Schönborn, dos de los autores: Stefano Alberto y Javier Prades.

Schönborn subrayó que Giussani «ha tratado de expresar la vida cristiana, el hecho cristiano como ‘acontecimiento’. La fe es la respuesta a ese acontecimiento». Después

puso su atención en lo que le había sorprendido de CL desde el principio: «Antes de conocer las ideas [de Giussani, *nda*] he conocido la amistad». Efectivamente, en Friburgo (Suiza), como joven profesor de la facultad de Teología, se había encontrado en 1975 con un colega, don Eugenio Corecco, y un grupo de estudiantes, «una comunidad sorprendente. [...] Antes de conocer los escritos de don Giussani he conocido a algunos de sus amigos, que se han hecho amigos míos, huellas que este sacerdote sorprendente ha generado en la historia de nuestras vidas. ¡Qué bueno era el descanso en aquellas cenas llenas de simpatía, de amistad, de alegría, con la Gioventù Studentesca, en casa de don Eugenio Corecco!»⁷¹.

Corecco había conocido a Giussani a mediados de los años sesenta, convirtiéndose en el principal factor de la presencia del movimiento en Suiza, a partir de la ‘casa de la calle Gambach’ en Friburgo, donde vivía con algunos jóvenes y sacerdotes. Obispo de Lugano desde 1986, murió en su ciudad el 1 de marzo de 1995, después de tres años de dolorosa enfermedad. El día de su fallecimiento, Giussani le recordó con estas palabras: «Desde que la enfermedad, que sería mortal, le atacó, monseñor Corecco cambió mucho. Recuerdo el día en que fui a verle; el mal le acababa de agredir: ‘El tiempo apremia’, me dijo al recibirme. Me sentí tan sacudido que aquella frase se convirtió en tema inspirador de muchas reflexiones para todo el movimiento de CL [Giussani había utilizado precisamente esa expresión de monseñor Corecco como lema de los Ejercicios espirituales de la Fraternidad de CL en 1994, *nda*]. Su dedicación al Papado y a la Iglesia, su sacrificio y su ejemplar modo de aceptar el sufrimiento, la sencillez de su fe —de un gran teólogo como él— produjeron un cambio visible en toda su diócesis. En cuanto a nosotros, desde los comienzos de los años sesenta hemos tenido en monseñor Corecco a un compañero de camino, un amigo con la sencillez de un niño y un seguro maestro de fe»⁷².

Schönborn hizo notar que toda la vida de Giussani siempre había sido «la experiencia de un hombre que nos brinda su amistad y nos saca de la tentación de convertirnos en grupo, en partido, y de falsificar el don de la amistad. ¿Cómo evitar esta falsificación? Don Giussani da una pista para ello: la amistad, ante todo, es *un acontecimiento*, jamás se deja meter en una jaula»⁷³.

Capítulo 35
«Hay una nada que no debe perderse»
La «pretensión cristiana» y el jubileo del 2000
(1999-2001)

El 24 de mayo de 1999 se presentaba en la sede de las Naciones Unidas en Nueva York el libro de Giussani *Los orígenes de la pretensión cristiana*, recién publicado en lengua inglesa por la McGill Queen's University Press de Montreal con el título *At the Origin of the Christian Claim*. Llevaba una introducción del teólogo David Schindler (ver aquí, p. 1049).

En vista de ello, el 21 de mayo Giussani había escrito a los amigos de las comunidades norteamericanas de CL, recomendándoles trabajar a fondo sobre el libro: «Estudiad juntos cada página de este texto: os dará, por obra del Espíritu, la docilidad necesaria frente a un acontecimiento como el de Cristo, ese acontecimiento que es el verdadero sentido de todos los acontecimientos que suceden en el largo y misterioso camino de la historia»¹.

Como había ocurrido con *El sentido religioso*, el evento estaba organizado por el observador permanente de la Santa Sede en el Palacio de Cristal, monseñor Renato Martino. Los intervinientes pertenecían a tradiciones religiosas y culturales muy distintas: el cardenal John O'Connor, arzobispo de Nueva York; el rabino Neil Gillman, director del departamento de teología hebrea en el seminario teológico judío de Nueva York; el embajador musulmán Razan A. G. Farhadi, representante permanente del Estado islámico de Afganistán en la ONU. El pastor luterano Gilbert C. Meilaender, director del Instituto de Ética cristiana en la Universidad de Valparaíso, en Indiana (EE UU), bloqueado por el mal tiempo, envió una intervención escrita.

El texto ofreció una ocasión de diálogo que Giussani consideró como un ejemplo de ecumenismo real. El encuentro se abrió con la lectura de un mensaje suyo: «La pasión por el acontecimiento de Cristo que ha determinado la experiencia de mi vida me hace estar profundamente agradecido a S. E. monseñor Martino y a todas las personas que me están dando esta posibilidad de confrontación, especialmente al cardenal O'Connor». El libro pretendía comunicar «todo el asombro que vibra en el corazón de mi existencia y que ha hecho posible que perciba la racionalidad profunda que me movía como hombre y que constituye también el valor de mi relación con Dios»².

El cardenal O'Connor habló de su amistad con Giussani. Del libro dijo: «Es un texto comprometedor, rico y profundo, escrito por un hombre al que estimo profundamente,

un amigo que sabe construir. Son páginas en las que Giussani ha recogido su trabajo de profundización en la naturaleza y la dinámica de la relación entre Dios y el hombre por medio de la figura de Cristo»³.

Como judío observante que era, Gillman subrayó que estaba entusiasmado por este descubrimiento: «Mi primerísima reacción, al leer los dos libros de don Giussani» —es decir, *El sentido religioso* y *Los orígenes de la pretensión cristiana*—, «ha sido recordar los escritos de mi último maestro, Abraham Joshua Heschel [pensador religioso estadounidense de origen judío polaco, 1907-1972, *nda*]: *El hombre no está solo* y *Dios en busca del hombre*⁴. Notarán sin duda la analogía con los dos libros de monseñor Giussani. El primer volumen trata de la pretensión religiosa en general, el segundo de una particular pretensión, la judía y la cristiana». El rabino señalaba que para ambos «la presencia de Dios está dentro y más allá de todas las cosas y esto es lo que Heschel llamaba el ‘presupuesto ontológico’». En cuanto a las diferencias, Gillman había madurado esta convicción: Giussani quería demostrar que «el cristianismo representa el ejemplo supremo de la entrada de Dios en el reino de la historia humana», mientras que Heschel quería mostrar «el poder perdurable y la relevancia de la pretensión judía, es decir, de la relación de Dios con Israel». Pero, sobre todo, la medida de la distancia la daba lo que Giussani llamaba «el ‘crimen’ —el término es suyo— de lo que la pretensión cristiana afirma: ‘Yo soy la única religión, el único y solo camino’, el único camino hacia Dios»⁵.

El embajador afgano Farhadi observó que Giussani ofrecía una respuesta a la pregunta de si la fuente de la fe es el esfuerzo humano o es Dios mismo quien toma la iniciativa: en el cristianismo es el Misterio mismo quien se da a conocer encarnándose en la historia. Farhadi reconoció que Giussani describía al ser humano comprometido «en el descubrimiento de sí mismo en presencia del Misterio, porque él está de antemano llamado y atraído por la presencia recóndita del Misterio mismo». Y prosiguió: «Permítanme decir que, al tiempo que Giussani permanece sólidamente anclado en una teología cristiana, propone caminos innovadores para dar razón de ello»⁶.

Gilbert Meilaender declaró que compartía el planteamiento de don Giussani: «El acontecimiento que está en el origen de la pretensión cristiana invierte, da nueva forma y reconstruye nuestra comprensión del sentido religioso de la humanidad», porque no es el resultado de una búsqueda, ni la conclusión de un razonamiento. «Es el acontecimiento con el que Dios mismo construye para nosotros el camino hacia él. Según Giussani [...] la pretensión cristiana se refiere a Dios, que viene en busca de nosotros a través de los siglos y pide nuestra confianza. No es un hecho aprisionado en el pasado o algo que pueda alcanzarse por deducción». Por esto, concluía, «todo hombre busca a Jesús. En última instancia, solo a la luz de la respuesta podemos aprender nosotros a pedir. Y esto es lo que Giussani cree que podemos aprender de los orígenes de la pretensión cristiana»⁷.

Concluyó el encuentro monseñor Albacete: «Hoy estamos aquí, en la ONU, exactamente por la misma pasión por lo humano que, a través del carisma de monseñor

Giussani, caracteriza la experiencia del encuentro con Cristo en nuestro movimiento. Deseamos que esta entrega a lo humano caracterice la celebración del bimilenario del nacimiento de Cristo, según las palabras de Giussani que cierran el libro *Los orígenes de la pretensión cristiana*: ‘El destino no ha dejado solo al hombre, el cristianismo es un acontecimiento que fue anunciado a través de los siglos y que nos alcanza todavía hoy. El verdadero problema es que el hombre lo reconozca con amor’»⁸.

Enzo Piccinini. «No había día en que no buscara la gloria humana de Cristo»

En la noche del 26 de mayo de 1999 moría Enzo Piccinini, cirujano y profesor de la Universidad de Bolonia, víctima de un accidente en la Autopista del Sol. El 5 de junio habría cumplido cuarenta y ocho años. Dejó mujer, Fiorisa, y cuatro hijos: Chiara, Maria, Pietro y Anna Rita. Piccinini estaba profundamente unido a Giussani desde el comienzo de los años setenta, esto es, desde que, tras abandonar los movimientos de izquierda extraparlamentaria, se había adherido a Comunión y Liberación convirtiéndose en uno de sus responsables nacionales.

Giussani recibirá la información de lo ocurrido por la mañana temprano. Tras una larga pausa de silencio, invitó a quien le había telefoneado a reunirse con él en Gudo, observando que en momentos como aquel era importante tener al lado a los amigos, no estar solos para llevar todo el peso de la prueba. A lo largo de la mañana un pequeño grupo de personas se reunió en torno a Giussani; algunas procedían de Bolonia. En pocas horas la noticia dio la vuelta al mundo; el cirujano, en efecto, era muy conocido en el movimiento.

Entre las personas presentes estaban también los familiares: su mujer, Fiorisa, y sus hijos Chiara, Pietro y Maria. Anna Rita, la cuarta hija, estaba en clase en un aula de la facultad de Medicina de la Universidad de Bolonia cuando le llegó la noticia. Por esto llegó a Gudo hacia el final de la mañana. Giussani les dijo a Fiorisa y a sus hijos: «Os pido, por caridad, que a partir de ahora nos consideréis como vuestra familia». Anna Rita recuerda: «Me tomé estas palabras al pie de la letra. [...] En los días siguientes no quería volver a Bolonia porque todo me hablaba de Enzo; luego mis amigos me ayudaron y cuando aprobé el primer examen llamé por teléfono a don Giussani, como hacía antes con mi padre. Él me dijo: ‘Ven a verme’»⁹.

Hacia el final de la mañana del 26 de mayo Giussani escribía un mensaje para todos los grupos de CL: «Mientras volvía a Módena, después de su jornada de trabajo de cirujano estimadísimo y tras haber asistido a una reunión con el Centro del CLU en Milán, no se sabe cómo, Enzo se salió de la carretera y perdió la vida en un gravísimo accidente. Lleno de dolor, pido a cada comunidad de CL en Italia y en el mundo que se reúna para celebrar una santa misa en la que rogar a Dios que podamos heredar la misma fe que tenía Enzo».

Esta muerte, escribía Giussani, «es ciertamente el dolor más grave con el que Dios pone a prueba a nuestra Fraternidad en este momento, porque Enzo ha sido un hombre que, desde la intuición que tuvo dialogando conmigo hace treinta años, dijo su ‘sí’ a

Cristo con una dedicación asombrosa, con una perspectiva inteligente e integral, y ha centrado toda su vida en Cristo y en su Iglesia. Lo más impresionante para mí es que su adhesión a Cristo fue tan totalizante que no ha habido día en que no buscara de todas las formas posibles la gloria humana de Cristo»¹⁰.

Y como ya había ocurrido el año anterior con la desgracia de Padua (ver aquí, pp. 1054ss), descubría en aquel hecho una señal por medio de la cual el Señor quería llamar la atención de todos: «¿Qué es lo que nos pide a nosotros el misterio de Dios en semejante prueba de gran sufrimiento? Nos pide que recordemos siempre a Cristo como el sentido de la vida, a todos los niveles y en todos los campos: ‘Cristo es todo en todos’. Por eso, cada vez se vuelve más claro para nosotros, con el tiempo, que la salvación, es decir, la afirmación positiva del ser, implica siempre como condición la cruz: *Ave crux spes unica*. [...] Nuestro amigo Alberto [Savorana, *nda*], al volver de América con la alegría de contarnos a todos la manifestación de la profundidad de nuestro carisma, atestiguada de nuevo en la última gran asamblea de la ONU [ver aquí, p. 1094], al bajar del avión, recibió esta noticia tristísima que le dio Widmer [Pier Paolo Bellini, *nda*]. Ante la contradicción inherente a la historia de todos los hombres pensó: ‘cruz y resurrección’. No sería racional el dolor si no se viera redimido en la afirmación de Cristo». Giussani invitaba a todos a reconocer que esta es «la contradicción que nada en el mundo puede resolver. La posibilidad de tener la paz y la alegría que nos da el misterio de su resurrección reside únicamente en la fe en Cristo». Hay que pedir a Piccinini, concluía, «que nos ayude a recordar todo esto, antes de que el mundo asalte nuestro corazón y destruya en él cualquier positividad y por consiguiente toda esperanza»¹¹.

Durante la homilía del funeral en la basílica de San Petronio, el cardenal Giacomo Biffi lloró «al amigo de los días reposados y serenos» en los momentos de vacaciones veraniegas en Cerdeña junto a Giussani, «y de los días laboriosos y comprometidos; de los días animados y consolados por el mismo ideal de dar testimonio activo de Cristo», exaltando su «patrimonio de extraordinaria humanidad, de riqueza espiritual, de donación sin reservas, de proyectos, de altos propósitos» y subrayando que en él Giussani «había encontrado y reconocido [...] a un intérprete inteligente y un continuador apasionado de su fuerte y original propuesta»¹².

Debe recordarse aquí que Piccinini repartía sus jornadas entre la actividad universitaria y de cirujano, y los viajes por Italia y el extranjero para reunirse con personas y comunidades del movimiento. Era frecuente escucharle hablar en público de sí mismo, de su trabajo y, sin solución de continuidad, de aquel encuentro con Giussani que le había cambiado la vida, como se evidenció la noche del 12 de diciembre de 1998, cuando ofreció su testimonio delante de ocho mil universitarios, durante los Ejercicios espirituales en Rímini. En particular, había centrado en algunos episodios el alcance que tuvo aquel encuentro en su vida de médico y de hombre.

En efecto, Piccinini recordó que había operado al padre de un universitario del movimiento, y habían surgido complicaciones, por lo que había tenido que intervenirle de nuevo varias veces; el asunto había continuado así durante casi un año, hasta que

aquella persona murió. La cosa no le dejó tranquilo. Así que un día, en Milán, al terminar una reunión de responsables, Giussani se topó con Piccinini en un pasillo, se acercó a él y le preguntó: «¿Cómo estás?». Él respondió: «No va mal». Y Giussani: «¿Cómo que no va mal? ¿Qué pasa?». Piccinini dejó escapar un: «No, estupideces. Después de lo que hemos hablado antes en la reunión, son estupideces». Giussani — contaba Piccinini— se paró, «estaba cansadísimo [...]: ‘Pero perdona, Enzo, con todas las estupideces que nos decimos, cuando hay algo que cuenta de verdad ¿no hablamos de ello?’». Yo me quedé clavado y dije: ‘Mira, no quería, pero me ha sucedido esto y me echo un poco la culpa, en resumen, no consigo dormir’. [...] Él me miró y me dio una respuesta que era la que menos podía pensar en absoluto, ni siquiera podía imaginarla. En efecto, Giussani le dijo con una expresión de desilusión: ‘Pero Enzo, precisamente tú [...] ¿te comportas como si Cristo no estuviera?! Es como si todo dependiera de tus manos: ¿cómo crees que puedes seguir adelante así? No harás ya nada de lo que haces, obrarás como todos: buscar lo que menos te hiera, lo que te deje más tranquilo, ya no volverás a arriesgar».

Giussani quiso volver a hablar de ello y por eso dos días después invitó a comer a Piccinini. Le hizo contar de nuevo los hechos, pero el médico estaba a disgusto: «Escucha, Giussani, mira, no quiero robarte tiempo, porque [...] he comprendido. [...] En el hospital hay una pequeña capilla y ahora yo, antes de meterme en la sala de operaciones, voy ahí y rezo una oración y las cosas se ponen en orden. Estoy más tranquilo». De golpe, Giussani le interrumpió: «El problema [...] es que no sabes ofrecer, y ofrecer significa que la realidad no es algo que tienes tú en tus manos, no es tuya, y que todo lo que haces es como si llevara dentro la petición de que el Señor, dueño de esa realidad, se revele, porque es así como vivimos». En caso contrario, continuó Giussani, «dejarás de hacer lo que haces y tendrás miedo de arriesgar». Piccinini debió admitir que era justamente así; desde hacía dos meses, en efecto, les decía a sus dos asistentes mayores: «Muchachos, basta de hacer estas intervenciones: no tenemos necesidad de problemas, yo tengo que hacer mi carrera, cuantos menos problemas tenga, mejor será». Continuando la conversación, Giussani le explicó que ofrecer quería decir que «te pones frente a la realidad con una pobreza que es el modo más verdadero, más auténtico de estar frente a ella: es más seriamente realista, tomas en consideración mejor las cosas, te das cuenta del límite que tienes, si no sabes, preguntas y seguirás preguntando, y no tendrás que defender tu imagen, tu posición»¹³.

«¡Delante de Dios hay que caminar!»

Seguro de haber aprendido la lección, Piccinini volvió a meterse en su trabajo. Sucedió, después, que una amiga del movimiento, Carla Morelli, operada en un hospital de Milán, tuvo complicaciones. Por eso un domingo por la mañana Giussani le telefoneó: «¿Podrías ocuparte de ella?». Estaba hospitalizada en un lugar donde operaban los cirujanos de referencia de Piccinini, y además justamente en aquel periodo estaba preparando la oposición universitaria. Así pues, Piccinini esbozó una breve

respuesta: «Bueno, si es necesario lo haré». Pero Giussani insistió: «¿Estarías dispuesto a llevártela contigo a Bolonia?».

En todas las conversaciones que mantuvo, los cirujanos de Milán trataron de disuadir a Piccinini de todos los modos posibles: «Nosotros la hemos operado: no es operable. No lo hagas, porque se te muere, ¿comprendes? Sácala adelante, tómala a tu cuidado [...], pero no la toques porque se muere»¹⁴. El médico decidió, en todo caso, trasladarla a su instituto, la clínica universitaria del hospital de Santa Úrsula de Bolonia.

Carla Morelli recuerda: «Un día vino, se sentó y me dijo: ‘Carla, no podemos esperar más, los exámenes dicen que no podemos esperar más; si esperamos, te arriesgas a morir. Por lo demás, operar tiene también sus riesgos, no es seguro, pero podría haber una *chance*. ¿Qué piensas?’». La mujer, sin saber lo que le costaba decir aquellas palabras, respondió a Piccinini: «Si hay una *chance*, preferiría la operación»; y él: «Entonces operemos»¹⁵.

El día antes de la intervención, Piccinini llamó a Giussani por teléfono: «Perdona. [...] No te pido que resuelvas los detalles técnicos o que me digas lo que tengo que hacer. [...] Pero [...] necesito confrontarme, necesito una ayuda, un consuelo. [...] Incluso simplemente un consuelo, porque tengo miedo, no estoy tranquilo». Giussani le escuchó y luego le dijo: «No te equivocas, es muy justo. Porque toda la certeza científica no puede darte la seguridad a la hora de intentarlo, como tampoco puede darte la seguridad en la vida. [...] Escucha, los datos hablan así: delante de Dios hay que caminar. Ante los hombres no lo sé, pero no me importa: ¡delante de Dios hay que caminar!»¹⁶.

Antes de entrar en la sala de operaciones, el 3 de julio de 1997, Carla Morelli recibió una llamada de teléfono de Giussani: «Me pasaron el móvil; [...] le dije que tenía miedo y don Gius me dijo que no me preocupara, porque mi vida iba a salvarse, y que rezara a la Virgen, que lo ofreciera a María; y que todos estaban pidiendo el milagro, y que, cuando nos viéramos, estaría más contenta porque Cristo me habría hecho más suya, y que al final íbamos a festejarlo juntos»¹⁷.

La intervención era de las más difíciles; Piccinini estuvo en el quirófano muchas horas. Después de algunos días, llamó a Giussani para comunicarle que las cosas estaban yendo inesperadamente bien. Al otro lado del teléfono, silencio, hasta que oyó decir: «Perdona, pero ¿tenías dudas?». ¿Dudas? «‘Estaba lleno de dudas: tenía dudas hasta en el gorro: era un desastre, he perdido varios kilos’. Y Giussani me dijo: ‘Mira, te lo había dicho...’. Porque me había dicho: ‘Mira, nosotros rezamos a Dios y a san Pampuri, y tú vete a ello’». Al final de la conversación telefónica, Giussani le sorprendió porque le dijo: «Gracias por haber sido instrumento de un milagro»¹⁸.

La historia de la relación de Giussani con Piccinini estuvo salpicada de diálogos de este tipo, que iban desde el trabajo a los asuntos familiares. Como cuando, mientras acompañaba a Giussani en coche desde Cesena a Bolonia, este le preguntó por su familia. Respondió que, sí, que quería a su familia. No contento con la respuesta, Giussani le dijo: «¡Pon un ejemplo!». Pillado de improviso, Piccinini le contó lo que sucedía cuando volvía a casa por la noche tarde, y su mujer dejaba un poco abiertas las

puertas de las habitaciones para oír si se despertaban los hijos: «Enciendo la luz de la entrada, entro poco a poco, me desvisto en el pasillo sin hacer ruido; por las puertas entornadas se filtra la luz que ilumina las camitas en las que están mis hijos. Es difícil de describir, pero me invade una ternura infinita cuando veo sus bracitos encima de la cama. Entonces entro furtivamente, levanto a uno en brazos y algunas veces se despiertan: ‘¡Papá!’. ‘¡Ssshhh! Que si no mamá...’. Les abrazo un poco, les doy besos... [...] En resumen, me parece que les quiero». Giussani no estaba de acuerdo: «No es en absoluto así como se quiere. Mira, la verdadera manera de querer es que justamente cuando esa ternura es intensa, verdadera y te arrastra, te arrastra humanamente, tendrías que dar un paso atrás y decir mientras les miras: ‘¿Qué será de ellos?’. Porque querer es comprender que tienen un destino, que no son tuyos, son tuyos y no son tuyos, que tienen un destino y que es precisamente mirando la dramaticidad que impone el destino en las relaciones y en las cosas, en el futuro y en el presente, como tú les respetarás, les querrás, estarás dispuesto a darlo todo por ellos, no te dejarás chantajear si te obedecen o no»¹⁹.

«La eternidad al acecho dentro de todas las apariencias»

A mediados de junio de 1999 tuvo lugar en Roma un seminario promovido por el Pontificio Consejo para los Laicos (‘Movimientos eclesiales y nuevas comunidades en la solicitud pastoral de los obispos’), un año después del encuentro del 30 de mayo de los movimientos con el Papa. Participaron en él más de cien obispos y cardenales. Respondiendo a una petición de monseñor Stanislaw Rylko, secretario del dicasterio vaticano que había organizado la reunión, el 16 de junio de 1999 el cardenal Ratzinger recordó que sus primeros contactos con los movimientos se remontaban a la mitad de los años sesenta. De Comunión y Liberación dijo: «Conocí en Italia a don Giussani y los suyos. Y también aquí vi que, en el momento de la gran revolución marxista, había otros —en este caso sobre todo jóvenes universitarios— que habían comprendido la revolución cristiana, que no respondían a la revolución marxista [...] con el conservadurismo, sino con la revolución fresca y mucho más radical de la fe cristiana»²⁰.

Del momento que la sociedad estaba atravesando, dijo el cardenal: «En el mundo occidental [...] asistimos a una especie de apostasía de masas [...], se disuelve la casi total identidad que había entre cultura europea y americana, y cultura cristiana. [...] En esta situación tenemos la responsabilidad, con mayor motivo, de que la fe no se retire en grupos cerrados satisfechos de sí mismos, sino que sea una fe que ilumine a todos y que hable a todos. Tenemos que pensar siempre en la Iglesia de los primeros tres o cuatro siglos. [...] Aunque podía parecer que los cristianos, desde el punto de vista numérico, no tenían importancia, los emperadores romanos, que no obstante les perseguían, habían comprendido que allí estaba naciendo una nueva fuerza que lo tocaba todo y que interesaba a todos, que aquel no era un grupo cerrado que podía existir tranquilamente en la general tolerancia de las religiones, sino que era un reto para todos y en definitiva una

voz que afectaba a la criatura humana. [...] Los movimientos pueden ser de gran ayuda gracias a su impulso misionero. Son pequeños, pero saben que los pequeños cambian el mundo. [...] Me parece que este es el verdadero reto y estos grupos —que tienen empuje misionero aun dentro de la pequeñez de sus números— pueden estimularnos a todos nosotros a ser fermento de la vida del Evangelio en el mundo»²¹.

Imposibilitado para participar, Giussani envió una intervención escrita, que partió justamente de la observación apenas citada de Ratzinger y que fue leída en el aula el 18 de junio: «Para quien es cristiano y ama con todo su ser a la Iglesia, [...] ¿cómo puede dejar de [...] comprender que algo no funciona?». Enseguida precisaba que ese algo «no atañe a la naturaleza del don de Cristo. ¡No es un defecto de origen! Se trata, por el contrario, de una reducción de lo que Cristo ha querido obrar entre los hombres, todos debilitados por el pecado original: Cristo vino por esto. La decisión de seguir a Cristo pueden llevarla adelante hombres que consideran su entrega a la Iglesia a la luz del poder terreno, [...] y, de este modo, la ausencia de sentido del Misterio traiciona la naturaleza del acontecimiento mismo de Cristo. De hecho se puede ser fieles a la letra de la tradición sin recibir una educación en un método cristiano que permita conocer los fundamentos de todo lo que hay en la Iglesia».

Exactamente de esta constatación había partido el intento de Giussani con los estudiantes de Milán: «Lo que les decía no nacía de un análisis del mundo estudiantil, sino de lo que me habían dicho mi madre y el seminario. Se trataba, en síntesis, de hablar a otros con palabras tomadas de la tradición, pero asumidas conscientemente y comunicadas hasta en sus implicaciones metodológicas. [...] Lo que yo sentía y veía era algo nuevo, que no había intuido antes más que en los textos de los Padres y de los Papas. El tomar conciencia de ello nacía de una experiencia. Las mismas palabras del Evangelio y de la tradición las leía de un modo nuevo. [...] Yo ‘comprendía’, y otros conmigo, que Cristo estaba ahí, presente».

Retomando de nuevo el juicio del cardenal Ratzinger, Giussani observaba que quien recibía un carisma no podía vivirlo en un grupo cerrado, porque «‘debe’ colaborar con el mandato de Cristo: ‘¡Id al mundo entero!’». A partir del don recibido por un individuo empieza una experiencia de fe que puede resultar útil de algún modo para la Iglesia». Y así el cristiano «desea atravesar la apariencia de cada cosa, en la simpatía profunda por Cristo presente, para afirmar el significado último, para que la relación con todo se vea como signo del Destino e invitación hacia Él.

El cristiano es por ello un hombre que percibe cómo la eternidad está al acecho en cada apariencia»²².

«Una fiebre de vida»

Giussani no pudo participar durante todo el mes de agosto de 1999 en las reuniones de los *Memores Domini* y del movimiento. No dejó sin embargo de hacerse presente con breves pero significativas intervenciones.

Así, al principio del mes, siguió de lejos las lecciones de Julián Carrón en los

Ejercicios espirituales anuales de los *Memores*, que tuvieron lugar en La Thuile. Giussani se conectó por videoconferencia al final de los trabajos, el 5 de agosto, para subrayar lo que le había llamado la atención: «A nosotros Cristo nos interesa más que a todos los demás porque todo lo que dice y todo lo que hace es expresión de una voluntad de respuesta a la vida».

A la luz de la meditación que había escuchado de Julián Carrón, Giussani subrayó que «Cristo es un hombre, un hombre que no se puede escuchar sin una voluntad de vida, que no se puede encontrar sin un gusto por la vida, con el que no se puede estar sin pasión por la vida, sin una ‘fiebre’ de vida. Por tanto, tú tienes que ver con Él, tú. Eres tú el que tiene que ver con Cristo. ¡Pero todo tú!»²³.

Pocos días después subrayaba esta preocupación suya a modo de conclusión de los Ejercicios de los novicios de los *Memores Domini*, el 8 de agosto: «Es demasiado bello hablar, incluso para mí, de la idea que ha subrayado [...] mi amigo Carrón sobre la identificación de Cristo como lo humano; Cristo es el hombre que nos hace hombres, que explica lo humano —al ser la humanidad de Cristo la razón que nos impulsa en la vida, que nos atrae y que nos impulsa—». Bajo el efecto de lo que había escuchado esa semana, dirigió una invitación a aquellos centenares de jóvenes que estaban verificando el camino de una entrega total a Cristo en la virginidad: «Seguidles, estad junto a aquellos que, siendo más grandes o apareciendo de improviso en vuestro camino, os han sorprendido y os han hecho tener un encuentro». Y para que nadie se desanimara pensando que no era capaz de esta fidelidad, dijo: «No hace falta mucho: basta con estar verdaderamente comprometidos con la propia vida, basta con tener cierta sensibilidad [...] atención, un afecto último del alma [...] que tiene que ver con vuestro destino»²⁴.

Giussani faltará también a la reunión de la Asamblea internacional de responsables de CL, siempre en La Thuile. Por eso escribió una nota de saludo, apenado por no poder estar presente: «He esperado todo el año a poderos saludar y conocer uno a uno», pero, confesaba, «creo que Jesús pide a nuestra amistad el sacrificio de poder conocernos. Se lo ofrezco por vuestra vida y por la vida de esa parte del pueblo de Dios que os toca vivir». La última frase aumentaba la percepción del momento difícil que estaba atravesando: «Por tanto, ahora o ‘entonces’ conoceremos lo que nos ha unido en la verdad y en el amor al mundo»²⁵.

En los meses siguientes, con los instrumentos que tenía a su disposición, Giussani consiguió hacerse presente también a los grupos del movimiento. La última semana de septiembre de 1999 envió un fax a la comunidad de Washington DC que le había planteado algunas preguntas al comienzo del curso. Preguntas y respuestas se leyeron durante una reunión que tuvo lugar el 23 de septiembre.

La primera pregunta se refería a la situación juvenil: «Julián Carrón describe el desconcierto de los jóvenes, pero a mí me parece que los jóvenes con los que trabajo hacen carrera, están en orden, seguros de sí mismos, y no tienen necesidad de creer en Dios. [...] ¿Qué es este desconcierto, entonces?». Giussani respondía que el desconcierto es «verdadero, real, trágico»: de hecho, «en cualquier momento de la vida, hagan lo que hagan, en primer lugar, están en última instancia absolutamente inseguros de todo y, en

segundo lugar son ‘esclavos’, como dice san Pablo, siervos del poder».

Otro amigo americano preguntaba qué quería decir ser padres e hijos. Para Giussani significaba «dar la vida a uno conforme a su naturaleza». La naturaleza del hijo, además, «se expresa, se realiza en la felicidad, esto es, en el cumplimiento total de sus exigencias». Y a la pregunta de qué quería decir ser misioneros, respondía: «Que toda nuestra persona nos es dada por Jesús, Hombre-Dios, y que por eso todas las relaciones con la realidad solo pueden ser verdaderas con el deseo y el propósito de dar testimonio de lo que Cristo es también para los demás»²⁶.

Giussani habló de América otra vez en el curso de una entrevista en septiembre de 1999. «¿Qué efecto le produce ver desembarcar al movimiento en el corazón del nuevo Imperio, guiado en apariencia por principios y sugerencias tan distantes y a menudo opuestas a la sensibilidad católica y la tradición judeocristiana europea?», le preguntaba Luigi Amicone. Y Giussani: «Vivir el camino cristiano es una posibilidad para cualquier lugar humano en todo el mundo. Cristo es una respuesta para todos los hombres y la difusión de nuestra experiencia no es obra nuestra, sino que tiene lugar a través de nuestra colaboración». Así, continuaba Giussani, «nosotros ‘desembarcamos en el corazón del nuevo Imperio’ que es América con el deseo de llevar a todos el testimonio de que su vida pertenece, como la nuestra. De modo que el diálogo apasionado se vuelve cada vez más ejemplo persuasivo de amor al espacio de la libertad: y así el encuentro con muchos judíos se convierte en profecía de lo que dice san Pablo cuando afirma que Jesucristo asegura, como el último hecho en la historia, la unidad entre judíos y cristianos»²⁷.

En los meses siguientes, el párkinson obligó a Giussani a hospitalizarse, primero en Alemania para unas pruebas y luego en Milán, debido a un empeoramiento de sus condiciones generales. Una vez recuperado, retomó su actividad a pesar del estado de insomnio persistente y de la presencia de espasmos en sus miembros inferiores.

Como sucedía de vez en cuando, Carmine Di Martino (por motivo de su responsabilidad al frente de los universitarios de CL) veía a Giussani en su casa de Gudo Gambaredo, en la habitación de la izquierda al fondo de la casa, donde en aquel periodo pasaba algunas horas de la jornada, recibiendo a personas, leyendo o escuchando música clásica. Giussani ya estaba obligado a una movilidad reducida, y caminaba con dificultad. Una vez Di Martino entró en la habitación, Giussani tenía una manta sobre sus piernas para protegerse del frío, y el breviario en las manos. Empezaron a hablar. Giussani le hizo partícipe de algunas reflexiones que estaba haciendo, hasta que Di Martino, movido por la admiración frente a aquella inexhausta fecundidad de pensamiento, exclamó: «¡Pero cómo puedes pensar estas cosas?!» Y Giussani: «¡Si supieras cuántos pensamientos tengo, todavía más que antes!». En la expresión de su rostro se sobrentendía algo así: «¡Justamente ahora que hablo con tanta dificultad!». En aquellos meses Di Martino estaba escuchando las grabaciones de algunas intervenciones de Giussani de los años ochenta y por eso le confió toda su renovada admiración ante una característica conocida por todos y que él conocía bien: «‘Gius, ¡qué ímpetu tenías!’ Yo me refería al estilo impetuoso, a la pasión encendida que le llevaba a momentos de

gran impacto expresivo, apoyado en una gran energía». Pero Giussani casi le corrigió: «¡Y qué conceptos tan potentes!».

La apertura de la Puerta Santa y la fragilidad de una semilla

Con una solemne ceremonia en la basílica de San Pedro, la noche del 24 de diciembre de 1999 Juan Pablo II abrió la Puerta Santa con gran esfuerzo, inaugurando así el gran jubileo del año 2000, largamente preparado. Para esa ocasión se distribuyó *Il giornale del Pellegrino*, quincenal del Comité jubilar. Dentro había una intervención de Giussani (que se publicará también en los diarios *Il Giorno*, *Il Resto del Carlino*, *La Nazione*, *Il Giornale*), titulado: «El hombre colmado de dolor y de certeza».

Pensando en el evento de San Pedro, escribía que «el signo de la Puerta Santa abierta de par en par por el Papa proclama al mundo el anuncio de la salvación, el acontecimiento del paso del pecado a la gracia, que también hoy se produce por la fuerza del judío Jesús de Nazaret muerto y resucitado, desde hace dos mil años compañía de Dios para el hombre». Para Giussani el Jubileo proponía con inaudita actualidad el método escogido por el Señor para darse a conocer al mundo: «Se hizo hombre, y lo humano es el modo a través del cual la salvación —el gran misterio de la piedad—, esto es, la realización de la verdad, de la belleza, de la justicia, de la felicidad, se convierte en una experiencia posible para todos los hombres». Por eso la celebración jubilar es para que «volvamos la mirada (*cum vertere*) para fijarla en la persona de Jesús y en su pretensión inaudita de ser la respuesta exhaustiva a nuestra ‘fiebre’ de vida»²⁸. Estaba retomando algunos pensamientos de Juan Pablo II, quien, al anunciar el Jubileo, había subrayado: «El Año Santo es por su propia naturaleza un momento de llamada a la conversión. [...] No obstante, ella es en primer lugar fruto de la gracia»²⁹.

En la estela de esta preocupación pontificia, Giussani añadía: «Para aquellos que se encontraban con Jesús a lo largo de los caminos polvorientos de Palestina, igual que para nosotros que escuchamos el anuncio dos mil años después, la alternativa tiene como forma la actitud que se describe en dos obras poéticas de Karol Wojtyła». La primera es *Pietra di Luce*: «Yo te invoco y te busco, hombre —en quien / la historia humana puede encontrar su cuerpo. / Me muevo hacia ti, no digo ‘Ven’ / simplemente digo: ‘Sé’»³⁰. El otro pasaje, decía Giussani, «describe la figura opuesta a Cristo, al pobre de espíritu; es la imagen del revolucionario o, si queremos, del fariseo evangélico»³¹. Estas eran las palabras de Wojtyła: «¡No os quedéis esperando la caridad! La caridad os humilla. No la necesitáis. Tenéis que comprender que todo os pertenece absolutamente. Nada por gracia. [...] Se lucha por vuestros derechos. Solamente hace falta vuestra ira»³².

Los versos poéticos de Wojtyła describían «la alternativa cultural radical por la que pasa el filo sutil de la libertad». Giussani no tenía dudas sobre la elección que había que realizar: «Para nosotros atravesar la Puerta Santa con el Papa significa ‘ceder’ con sencillez al atractivo del acontecimiento imprevisto que marcó el comienzo de la historia tal como la calculamos desde hace dos mil años, precisamente como le sucedió a

Zaqueo, el día en que Jesús se paró bajo el árbol al que se había subido aquel publicano para verle pasar y le dijo: ‘Baja, porque voy a tu casa’; fue como si Zaqueo le hubiera escuchado decir: ‘Te estimo y te amo’. Era tal el atractivo que suscitaba aquel joven que Zaqueo corrió a su casa y atravesó el umbral como no lo había hecho jamás en su vida»³³.

Estas preocupaciones se manifestaron también el 11 de febrero de 2000, aniversario del reconocimiento pontificio de la Fraternidad de CL, en la carta que Giussani escribió a todos los miembros: «‘Te damos gracias, Señor, porque eres grande’. Cuando de niño oía a mi madre usar esta expresión, el corazón me daba un vuelco. Era la misma voz que, constantemente, les hacía percibir a todos los fieles del pueblo judío la realidad insondable de Dios: justo y misericordioso». Después invitó a rezar una oración que se estaba volviendo cada vez más familiar para él: «A ser posible, recemos junto a toda la comunidad la oración de Dante a la Virgen, suma expresión de la inteligencia y del amor con que Dante vivió la fe, y a la vez expresión de cómo la historia de nuestro pueblo nos ha creado y enriquecido»³⁴.

Para facilitar su rezo, Giussani hizo imprimir una pequeña tarjeta en formato de bolsillo, que contiene el Himno a la Virgen, una imagen de María con el Niño pintada por Gentileschi, y una jaculatoria transcrita a mano por él mismo: *Mater mea, fiducia mea!*³⁵.

En el mes de febrero la comunidad moscovita de CL publicaba el primer número de *Sled*, edición rusa de *Tracce*, la revista del movimiento. Elena Fieramonti y Jean-François Thiry recuerdan que los amigos rusos miraban siempre con interés la edición italiana de la revista, que recibían en Novosibirsk y en Moscú, «y al desconocer por completo o conocer demasiado poco el italiano, nos pedían que les contáramos el contenido de algunos artículos o les tradujéramos pasajes. [...] Estas traducciones ‘caseras’ se difundían en fotocopias que se leían y discutían en los momentos de Escuela de comunidad, y se proponían a los amigos de clase o del trabajo». Hasta que se llegó a la decisión de publicar *Sled*, que en ruso significa «huella». El primer número estaba compuesto por una decena de páginas en blanco y negro. El archivo se envió por correo electrónico a San Petersburgo, Alma Ata y Karagandá, de modo que cada comunidad pudiera imprimir el número de ejemplares que deseara. «La traducción de los artículos», recuerdan otra vez Fieramonti y Thiry, «implicaba a un buen grupo de estudiantes y trabajadores que conocían más o menos bien el italiano (y eran de Moscú, de San Petersburgo, de Alma Ata y de Novosibirsk); luego estaban los que revisaban las traducciones y quienes ayudaban en la maquetación: todos implicados en una obra que era mucho más que un trabajo ‘técnico’»³⁶.

Cuando supo del trabajo que estaba en el origen de la revista, y estrechando entre sus manos el primer número de *Sled*, el 29 de febrero del 2000 Giussani escribió un mensaje dirigido a Juan Pablo II. Quería informar al Papa venido del Este. Aquel nacimiento le hizo recordar el sueño de su juventud, cuando deseaba en Venegono que se recompusiera la unidad de la Iglesia ortodoxa con Roma: «Santidad, nos permitimos enviarle este primer número de nuestra revista *Tracce-Litterae communionis* en lengua rusa, realizado

por nuestros amigos de Moscú. Es la fragilidad de una semilla que nace de lo Eterno y se hunde en los corazones de los jóvenes creyentes. Con afecto de hijos, sac. Luigi Giussani, Alberto Savorana, director de *Tracce*»³⁷.

«*El cristiano no está apegado a nada más que a Jesús*»

Al comienzo de la Cuaresma del Año Santo, el 7 de marzo del 2000, el cardenal Ratzinger presentó un documento vaticano titulado *Memoria y reconciliación. La Iglesia y las culpas del pasado*. Y el 12 de marzo Juan Pablo II pronunciaba una homilía durante la misa de la ‘Jornada del Perdón’: «Cristo, el Santo, a pesar de estar absolutamente sin pecado, acepta tomar sobre sí nuestros pecados. Lo acepta para redimirnos; acepta cargar con nuestros pecados para cumplir la misión recibida de su Padre. [...] Ante Cristo que, por amor, cargó con nuestras iniquidades, todos estamos invitados a un profundo examen de conciencia. [...] Como sucesor de Pedro, he pedido que ‘en este año de misericordia la Iglesia, persuadida de la santidad que recibe de su Señor, se postre ante Dios e implore perdón por los pecados pasados y presentes de sus hijos’ (Bula *Incarnationis mysterium*, 11). [...] ¡Perdonemos y pidamos perdón!»³⁸.

Estas palabras dieron la vuelta al mundo y la prensa internacional habló de *mea culpa* del Papa, suscitando la irritación de algunos ambientes católicos, críticos porque Juan Pablo II atribuiría continuamente culpas a los cristianos. Quien consideró ejemplar la iniciativa del Pontífice fue Giussani, que el 15 de marzo se dirigió a él desde las columnas de *La Repubblica* con un artículo titulado «Esa gran fuerza del Papa arrodillado». Quería responder a las numerosas intervenciones críticas publicadas en el diario: «Ver al Papa pedir perdón por los males que los cristianos han cometido, golpeado como Cristo profeta y humillándose por toda la Iglesia, es algo que me conmueve profundamente». La petición de perdón es «el gesto luminoso que mejor ilustra la novedad del cristianismo». La verdad de la encarnación de Cristo, en efecto, «la llevan consigo hombres de carne y hueso. [...] El Misterio, que de otro modo sería desconocido, se comunica utilizando el factor humano: Dios vino al mundo como un niño en el seno de una joven judía, naciendo en la carne exactamente igual que todos nosotros». Por eso, continuaba Giussani, «ninguna desproporción, límite o error humano puede constituir una objeción al cristianismo, [...] porque ninguna miseria podrá superar la paradoja del instrumento, es decir, el factor humano, que Dios ha elegido para darse a conocer».

Como se puede observar, Giussani se estaba posicionando en el surco de la tradición católica: «La Iglesia es una realidad humana en la que se pueden encontrar personas indignas, gente tosca y que cuenta poco, a veces violenta, hombres frágiles o presuntuosos, padres incapaces e hijos rebeldes. Pero la Iglesia no está de la otra parte, esto es, de la parte de los fariseos y de los sin pecado». En efecto, el cristiano sabe que es pecador.

Por eso, la petición de perdón anunciada por Juan Pablo II era para Giussani «el acto más puro para el hombre que cree en Él y que clama a Dios», como documentan los

salmos de Israel. «El hombre pide perdón para afirmar algo positivo, la bondad de Cristo presente y vencedor en la historia». Y es por esto por lo que el Papa se había arrodillado, «cargando con las culpas de todos y de cada uno. No juzgándolas en nombre de una moral abstracta o de leyes dictadas por los hombres, sino renovando la dinámica propia de la conversión y el perdón, que no es debilidad, sino fuerza que recrea de nuevo lo humano puesto ante la Presencia divina».

Según Giussani, «el cristiano no está apegado a nada más que a Jesús». Y mientras que para todas las ideologías «el hombre está seguro de algo que hace él, a lo que no querrá renunciar ni poner en cuestión jamás», el cristiano sabe que «sus intentos, lo que posee y lo que hace siempre debe ceder ante la verdad». Por eso él es «el único verdadero luchador por la purificación del mundo y por la justicia», y por esto «no se detiene en su esfuerzo por ayudar al mundo a ser mejor o, por lo menos, más llevadero».

En resumen, el Papa arrodillado no le sugería a Giussani una imagen de debilidad. Le recordaba, más bien, «al antiguo Espartaco, que se levanta con toda su estatura humana realizando un gesto de libertad, y que se ofrece como un ejemplo para la felicidad que desea siempre cualquier hombre». Y concluía: «Este Papa renueva en mí y en mis amigos el valor necesario para sostener la esperanza de los hombres»³⁹.

«Una cosa que no es nada, ¡y sin embargo es salvada!»

Mayo, el mes tradicionalmente dedicado a la figura de la Virgen, ofreció a Giussani ocasión para reflexionar sobre el tema de la novedad que entró en el mundo por medio de María, y que los cristianos recuerdan rezando el rosario. Así, el 30 de abril de 2000 escribía en el *Avvenire*: «El rosario es como una síntesis de todo lo que el pueblo cristiano es capaz de pensar y de decir a Cristo».

En efecto, Giussani hacía notar que, en el orden del rosario, los misterios gozosos vienen antes que los misterios dolorosos: «Nos recuerdan el misterio de la novedad —el anuncio del ángel—, la caridad con la prima Isabel, el nacimiento de Jesús, la purificación de la Virgen y el ofrecimiento de Cristo al Padre, la vida aparentemente insignificante de Jesús en Nazaret. Son recuerdos en los que [...] toma cuerpo el atractivo que ejerce Jesús sobre nosotros». En esta perspectiva, los misterios dolorosos son «la condición —humanamente hablando absurda— [...] para formar parte de Jesús, para pertenecer a Él». Y así la alegría final, proclamada en los misterios gloriosos, «adquiere fundamento dentro de la experiencia de nuestra carne».

Por medio del rezo del rosario, lo que dominaba en el ánimo de Giussani era la percepción positiva de la realidad, un ánimo puesto a prueba por su edad avanzada y por la enfermedad: «Sea cual sea nuestro estado de ánimo, que cada día [...] cada uno de nosotros [...] llore de alegría ante la evidencia de que la Virgen, como brote de una novedad redentora, salvará totalmente en su Hijo la existencia a la que hemos sido llamados nosotros. Hay una nada, una nada que no se pierde. Una cosa que no es nada, que podría perderse, y en cambio no, ¡se salva!»⁴⁰.

El 18 de mayo de 2000 Juan Pablo II cumplía ochenta años: a Giussani parecían

faltarle las palabras para expresar, en un artículo en el *Avvenire*, toda su admiración «por el testimonio luminoso de sus ochenta años, vividos con alegría como transparencia del Misterio divino, un espectáculo para los ángeles del cielo y para los hombres en este año jubilar». Giussani veía al Pontífice como un «jovencito» que asumía cotidianamente «la gran tarea del que ha sido ‘enviado’ por el Padre para anunciar a todos que Jesús resucitado es la victoria que vence al mundo, confirmando a los hermanos en la fe». La figura de Juan Pablo II era comparable a la de Jesús cuando se topó con la viuda de Naín: «Vuestra Santidad se conmueve por nuestra humanidad sufriente y a todos y cada uno parece repetirles incesantemente aquel ‘¡mujer, no llores!’ que es un milagro de pasión por el destino eterno de sus hermanos los hombres, resplandeciente para la gloria de Jesús». La oración de Giussani por el Papa era que la Virgen de Fátima estuviera siempre a su lado «tal como le defendió con seguridad aquel trece de mayo de martirio, ofrecido enseguida por la vida de la Iglesia»⁴¹.

«¡Intentad imaginar cuarenta años en los que la vida ha pedido la eternidad!»

Debido a su precario estado de salud, Giussani no pudo estar en Rímini del 19 al 21 de mayo de 2000, para los Ejercicios anuales de la Fraternidad, que por tal motivo fueron predicados por don Stefano Alberto.

Él siguió por videoconferencia las meditaciones y la asamblea conclusiva. Al final pidió la palabra para enviar un saludo fuera de programa. Su habla era muy fatigosa, pero segura al releer una historia ininterrumpida: «Os estoy hablando... llevo todo el día de hoy, ayer, antes de ayer, llevamos toda la vida hablándonos, porque el contenido de nuestros primeros cantos es realmente verdadero, un contenido que ya estaba expresado en esos primeros cantos. ‘Yo no soy digno de lo que haces por mí’. ¡Pensad en cómo, cada día que pasa, se acrecienta en mí el asombro por lo que Dios hace! ¡Y Dios hace hoy porque hizo ayer!»⁴². Y continuó citando la canción de Chieffo: «Ya lo ves, ‘yo no soy digno / de lo que haces por mí, / [...] no tengo nada / para darte’. Pero te digo: ‘si Tú quieres / tómame’»⁴³.

Mientras seguía los Ejercicios, Giussani pensaba en la enorme cantidad de vida y de pensamiento que había marcado la historia del movimiento: «Pensad, por ejemplo, en el himno de nuestro movimiento: [...] ‘Povera voce di un uomo che non c’è, la nostra voce se non ha più un perché’⁴⁴. [...] Si esta voz no tuviese un porqué, sería falaz y estaría vacía. En cambio, debemos gritar e implorar que el aliento de la vida no tenga fin, y debemos también cantar ‘porque la vida existe’. La vida existe y esta es una razón inmensa, sin comparación posible con ninguna otra. [...] Al levantarnos por la mañana para empezar un día frenético, una jornada fatigosa o una jornada libre de compromisos, ‘debemos cantar porque la vida existe y toda la vida pide la eternidad’. [...] ¡Intentad imaginar cuarenta años en los que la vida ha pedido la eternidad!»⁴⁵.

En este punto, citando la traición de Judas, ponía en guardia a los miles de personas reunidas en Rímini: «Nosotros avanzamos en la existencia con una seguridad que

elimina de un plumazo todas nuestras incógnitas y el miedo de que nos puedan faltar las fuerzas necesarias», y sin embargo «permitimos que la oscuridad nos envuelva demasiado a menudo, y sobre todo, prevalece en nosotros la desilusión de la incredulidad más que el deseo de la verdad». Por esto Giussani concluyó su saludo a la Fraternidad con una invitación: «La mirada hacia Jesús en el seno de la Virgen es lo más liberador y grande que podamos concebir. Ayudémonos a caminar cada vez más a la luz de este hecho, para que el amodorramiento de nuestra energía no oscurezca la luz de la verdad»⁴⁶. Con estas palabras estaba describiendo la experiencia de sus jornadas, que discurría entre la percepción cada vez más aguda de la desaparición de sus fuerzas y la igualmente clara evidencia del poder liberador de Cristo en su vida. Que Giussani estuviera dominado sobre todo por semejante seguridad aparecía de forma transparente en la mirada con la que recibía a las personas en su pequeña habitación de Gudo, alegre en última instancia, aunque sufriente.

Entre los numerosos eventos que estaban programados para el Año Santo estuvo también el jubileo de los sacerdotes. El 19 de mayo de 2000 Giussani ofreció su testimonio escrito (*L'Osservatore Romano* publicó un resumen): «Imaginemos que a una persona, en la época de los Evangelios, le hubieran preguntado: ‘¿Has oído hablar de Jesús?’. Y que esta, después, al encontrárselo por las calles polvorientas de Palestina, le hubiera preguntado: ‘¿Cómo te llamas?’. Jesús le habría respondido: ‘Yo soy el enviado (missus) del Padre’». ¿Con qué finalidad? «La gloria humana de Cristo en el mundo; [...] es una cuestión de historia».

Pues bien, continuaba Giussani, hay dos términos que indican la potencia divina, que son los sacramentos y la autoridad: «Nuestra fuerza no proviene de recursos humanos, sino de eso que el catecismo, con una palabra muy humilde, popular, maternal, paternal y fraternal, llama ‘gracia’». Un gesto humanísimo como el comer y el beber se transforma por la energía del Espíritu. Los sacramentos indican «el método con el que el cristiano está presente en la lucha del mundo: viviendo siempre la comunión con Cristo, y siendo cada sacramento la gran piedra sobre la que se apoya con seguridad, con esperanza, el pie del caminante».

El otro término que subrayaba Giussani es la autoridad «como eco de la palabra de los apóstoles, paso de la tradición a nuestro cuerpo y nuestra alma, paso seguro, porque se apoya en la roca de Pedro. Por eso la autoridad es tal en la medida en que está unida a Pedro». Sobre este último punto Giussani era perentorio: «¡No tenemos otro criterio mas que la unidad con el Papa! Cualquier otro criterio sería subjetivismo, personalismo. En la fuente de la ‘roca de Pedro’ está la gran presencia del Dios con nosotros que define cada vez más nuestro yo»⁴⁷. En efecto —dirá en otra ocasión—, ¡Cristo «ha resucitado!»!, y esto es un hecho, un acontecimiento: «Y resucitar significa que ha vencido al mundo —¡ha vencido!—, que también la carne está vencida, esa carne mortal nuestra con sus debilidades y sus proyectos. Amemos esta palabra, ‘acontecimiento’, y metámosla en todas las páginas del libro que es nuestra vida»⁴⁸.

«El Papa, estos millones de jóvenes y yo»

Con ocasión de la Jornada mundial de la Juventud en Tor Vergata, *L'Osservatore Romano* del 13 de agosto de 2000 realizó un número especial, en el que se publicó, entre otras, una contribución de Giussani que retomaba algunas palabras de Juan Pablo II: «Os aseguro con franqueza [...] que la aventura más bella y apasionante que os pueda pasar es el encuentro [...] con Jesús, [...] el único que da un verdadero significado a nuestra vida»⁴⁹, y las comentaba así: «El descubrimiento de la amistad de Cristo entusiasma cuando se es joven; también de viejo puede llenar el corazón de alegría: la juventud, en efecto, es una actitud del corazón»⁵⁰. Giussani citaba de nuevo al Papa, que en el Ángelus del 30 de julio había dicho: «No se puede reducir el cristianismo [...] a doctrina, ni a simples principios, porque Cristo, centro del cristianismo, está vivo y su presencia constituye el acontecimiento que renueva constantemente a las criaturas humanas y al cosmos»⁵¹. Dicha presencia, observaba Giussani, es la Iglesia como «realidad concreta, real, tangible, de personas cambiadas por un encuentro. Un encuentro que suscita un tipo de vida nuevo, más alegre, más humano; es más, verdaderamente humano aun dentro de todos los límites que caracterizan la existencia de toda persona»⁵².

Pero fue sobre todo en el curso de una larga entrevista concedida al semanario *Panorama*, realizada con ocasión de la gran concentración de Tor Vergata, cuando Giussani pudo decir lo que pensaba del Pontífice y los jóvenes. Escribía Alessandro Sallusti, después de recoger sus respuestas: «‘Sí, estoy conmovido’. A pesar de haber conocido y educado a miles de chicos, a pesar de tener con el Papa una relación preferencial y que incluso parece que conoce bien al Padre eterno, todavía logra asombrarse. Es don Luigi Giussani, 78 años, fundador y guía de Comunión y Liberación, uno de los teólogos e intelectuales más importantes del final del siglo»⁵³.

Giussani siguió el Jubileo de los jóvenes a través de la televisión y explicó al periodista la razón de su conmoción al ver al anciano Pontífice en la gran explanada romana: «Me impresiona simplemente pensar en esos centenares de miles de jóvenes, que además son la vanguardia de una muchedumbre aún mayor, venidos a Roma de todo el mundo, probablemente llenos de curiosidad por ver al Papa y estar con él. Pero también me ha conmovido, todavía más, la capacidad que tiene este Papa de entrar en relación con los jóvenes, gastando con ellos incansablemente toda su energía para hablar de Cristo en la vida del hombre». Pero había un problema: «La Iglesia, o mejor, los cristianos, ¡pueden no ser como el Papa!». Por eso Giussani encontraba que Juan Pablo II era «tan humano e insistente en poner en guardia al hombre de hoy sobre el peligro de excluir a Cristo del número de los apasionados por el destino del hombre».

Giussani había conocido a los jóvenes de los años de las ideologías, luego a los de las utopías y ahora a los del cinismo del mercado: ¿Cuál de los tres términos —le preguntaba Sallusti— ha sido el más peligroso? «El de las ideologías, un riesgo presente desde la Revolución francesa en adelante», porque «la ideología exalta un factor de la experiencia, de la vida, del cosmos y de la sociedad humana, sacándolo de sus límites, y lo pone en el lugar del Misterio que hace todas las cosas, [...] determinando la

mentalidad hasta tal punto que se vuelve cada vez más un prejuicio universal». El periodista preguntaba, entonces, si alguien como Giussani, que siempre había subrayado la historicidad del cristianismo, no corría el riesgo de resultar incomprensible ya para los jóvenes de la realidad virtual y de Internet: «La posibilidad de crear y animar un movimiento que supone un reclamo y suscita esperanza y certeza en todos los estratos de la sociedad y en setenta estados del mundo, hasta llegar incluso a los barrios de Nueva York, no es ciertamente un fenómeno virtual, sino algo muy concreto. Si tanta gente nos sigue, me parece que ello demuestra que la fórmula de nuestra propuesta puede entusiasmar también a los que la prensa y la televisión llaman ‘generación virtual’. [...] Por lo tanto, en lo que a mí toca, nada de miedo».

Durante la entrevista hubo espacio también para un paréntesis sobre Tangentópolis y Manos Limpias, que en los años noventa habían cambiado el rostro político y social de Italia; el periodista le pidió a Giussani que trazara un balance sintético de aquel periodo: «Podría ejemplificarlo con la imagen de una grieta abierta en los cimientos de nuestra sociedad, un embrollo en cuya polvareda no se puede reconocer ciertamente el alba de un día más benévolo. Aunque quizá nos haya dejado como herencia el reclamo a cierta honestidad ‘social’; y por esto habría que agradecerles [a los magistrados, *nda*] el esfuerzo que han hecho».

En la parte final de la entrevista las preguntas se hicieron más personales; Sallusti quería saber cómo había cambiado en Giussani, con el avance de la vejez, el modo de ser cristiano y si no había tenido nunca dudas: «El tiempo que pasa produce en la realidad humana que se vive cordialmente, tanto biológicamente como en la conciencia, una evolución. [...] Se alcanza así una certeza más clara acerca de las formas del bien y del mal, dónde está el bien y dónde está el mal. Se robustece también, en consecuencia, la voluntad del uno o del otro». Sallusti planteó, en este punto de la entrevista, la pregunta probablemente más inquietante: sobre la muerte y sobre la eutanasia. ¿Y de la muerte, de la angustia de sentir que el cuerpo se va deshaciendo que hizo hablar abiertamente al gran periodista Indro Montanelli de eutanasia? ¿El no encarnizamiento terapéutico y la genética son realmente inconciliables con la fe? La respuesta de Giussani podía darse por descontada solo en parte: «El no encarnizamiento terapéutico y la genética me parece que son inconciliables con la fe solo si pretenden eliminar o rechazar la obediencia al Misterio de Cristo».

La muerte, explicaba Giussani, es el punto ante el que «todas las ideologías se cuadran o desfallecen, pues establece un límite más allá del cual solo está el Misterio. Es el signo más evidente de que la vida no nos pertenece». Por eso «no podemos disponer de ella como nos dé la gana, y mucho menos imponerle un límite nosotros». Después de todo, «es un insulto a toda razón que esté viva decir: ‘Después de la muerte no hay nada’», porque la vida está sedienta de eternidad.

Sallusti preguntó entonces si no se debía temer a la muerte; Giussani le respondió que no, aunque, «frente a la muerte no se anula el temor al hecho de que nos golpea destruyendo la existencia consciente». Pero «pensar en aquel hombre que dijo ‘Yo soy el camino, la verdad y la vida’ es un punto de apoyo para un horizonte nuevo»⁵⁴. Como lo

documenta un episodio que tuvo lugar en aquellos mismos días del verano.

Giussani estaba descansando en el campo. El 19 de julio de 2000 Massimiliano Galimberti, uno de los enfermeros que le cuidaban, le llevó en coche a visitar el santuario de la Virgen del Carmen de Roveleto di Cadeo, en la vía Emilia al sur de Piacenza, meta habitual de Giussani cuando se hallaba en esa comarca. De vuelta a casa, hacia la noche, inmediatamente después de la lectura del breviario, Giussani le dijo: «Nosotros tratamos a menudo de identificarnos con Cristo frente a las cosas bellas, pero es necesario identificarse con Él también en las dificultades. Si cuando tengo las contracciones pienso en Jesús en el calvario, es otra cosa». El enfermero recuerda que con Giussani «ni siquiera en los servicios más íntimos se podía dar nada por descontado»; en diversas ocasiones no se olvidó de darle las gracias y de subrayar el valor que tenían los gestos que realizaba al cuidarle: «Hacer esto es como decir el padrenuestro, porque, si uno es consciente de que lo que hace en ese instante es responder a una exigencia que Dios le plantea, tener esta conciencia es como decir el padrenuestro, es entrar en relación con Él».

«El carisma es una historia. Por eso no nos separamos jamás, ni siquiera con la muerte»

Giussani volverá el 30 de agosto de 2000 sobre el doble tema de la precariedad de la vida y de la centralidad de la figura de Cristo, al dirigir lo que llamó «unas palabras improvisadas para saludar» a los responsables de CL procedentes de todo el mundo y reunidos en La Thuile. Habló por videoconferencia: «Esto es lo que deseo que os suceda a cada uno de vosotros, a quien está casado, a quien tiene mujer, marido e hijos, a quien se ha entregado al Señor en la virginidad [...], en la fidelidad a las tareas que cada uno ha adquirido ante el mundo: que cada uno tenga esta alegría suprema que puede darse y perdurar incluso en medio de todas las turbulencias y los límites humanos»⁵⁵.

Giussani invitaba a reconocer la naturaleza de la experiencia iniciada a través de él: «El carisma es una historia, todo carisma es una historia. Pues bien, el carisma de los carismas, que es Cristo, Jesús, se dilata en el mundo a lo largo de todos los tiempos, mediante hechos particulares que el Señor plasma». Las palabras de Giussani pesaban como piedras: «Por eso, no nos separamos jamás, ni siquiera con la muerte».

Excusándose por haber tomado la palabra, añadió: «Perdonad mi intromisión, pero no ha sido por presunción [...] porque estamos unidos a cada uno de la compañía, de manera inexorable, inevitable. Nada nos puede separar a unos de otros, como miembros de un cuerpo. Que el Señor bendiga lo que ha empezado en vosotros, que lo bendiga y lo haga permanecer eternamente, porque la eternidad comienza en nuestra unión aquí y ahora»⁵⁶.

El mes de septiembre fue muy difícil para Giussani. Las contracciones en las piernas, que a veces se prolongaban horas, le producían fuertes dolores. Un día, después de que cesaran, Giussani le dijo a Jone: «Pienso que es la manera de participar en la pasión de Cristo, porque también él era un hombre como yo». Y en otro momento, en que no se sabía bien como ayudarle a soportar los espasmos en las piernas, tranquilizó a quien le

estaba asistiendo: «No te entristezcas, porque también esto es positivo». Poco después, ante la insistencia de una persona que le preguntaba cómo serle útil, Giussani exclamó: «Aceptándome como soy ahora». Y a quien le objetaba: «¡Pero tú solamente sufres! Podrías pedirle a Dios que alivie un poco tus sufrimientos», le respondió bruscamente: «¡No blasfemes! ¡Bendito sea Dios, bendito sea su Altísimo Hijo!».

Estas condiciones, aunque dolorosas, no le impidieron a Giussani intervenir por videoconferencia, para un breve saludo, en la Jornada de apertura de curso, ante veinte mil adultos de CL de la diócesis de Milán, el 23 de septiembre de 2000: «El presente puede ser una victoria contundente o engañosa, pero la palabra ‘misericordia’ [...] llega como una ola del mar a la playa, como una orilla serena y llena de la frescura del Ser. [...] Que el Señor nos ilumine y sostenga nuestra esperanza más allá de todos los límites, de nuestros propios límites». Aun dentro de las evidentes dificultades que le producía la enfermedad, Giussani no estaba desanimado: «Según envejece, esta maquinaria que somos muestra sus fallos y con ello manifiesta su límite. Sin embargo, toda limitación es vencida, puede ser vencida por una esperanza justificada, justificada adecuadamente. [...] Hágase en nosotros lo que Dios quiere y sea Él nuestro sustento en las tristezas y en toda aparente incapacidad»⁵⁷.

Y en los ejercicios de los *Memores Domini*, el 8 de octubre de 2000, dirigió una invocación al Espíritu Santo: «Que renueve nuestro corazón antes de que acabe nuestro tiempo y se anule nuestro espacio, que lo vuelva a crear antes de que cese nuestra realidad física»⁵⁸.

El tema de la esperanza puesta en el Señor aparecía constantemente en las conversaciones que mantenía Giussani con las personas que vivían con él. Un día Jone anotó esta frase en una hoja: «La palabra misericordia es el meollo del Misterio. Todo lo demás se puede imaginar, pero la palabra misericordia es imposible de imaginar. Es la esperanza del delincuente que estaba con Jesús en la cruz. Pero tampoco sobre el otro se ha dicho todo, porque el Misterio podría haber tenido también compasión de él».

«Como una casa sobre la que continuamente caen rayos»

Del 10 al 12 octubre de 2000 tuvo lugar en Roma un Congreso internacional con el lema: ‘Los hijos, primavera de la familia y de la sociedad’. El Pontificio Consejo para la Familia, que organizaba el evento en el ámbito de las celebraciones jubilares, confió a Giussani una intervención sobre «Cultura de la vida y cultura de la muerte». Al no poder estar presente envió un texto escrito. Para el hombre contemporáneo, escribía, la realidad, las personas, los deseos y los proyectos adquieren el carácter de una «apariencia que infunde temor. [...] Todo parece tener la nada como nombre común. Y todo parece verse arrastrado por un torbellino que induce a decir: ‘Nuestra existencia es una sombra que pasa’. ¡Qué terrible es esta posición humana que acusa el impacto de una negatividad absoluta y total, sin ningún remedio!». Pero esta actitud, continuaba Giussani, no es conforme a la naturaleza del hombre, sino más bien «el resultado de una deslealtad, es fruto del insinuarse de un factor extraño a la vida humana tal como Dios la

pensó y creó. En efecto, el hombre no nace como una realidad negativa, sino como promesa positiva [...] y solo a causa de una educación incorrecta llega a debilitarse su estructura original, insinuándose la duda de que todo carezca de sentido»⁵⁹.

Por eso la familia adquiere todavía más valor como factor decisivo para una educación que respete la naturaleza de los hijos, aunque haya que admitir que «su poder es reducido y sobre todo frágil en el tiempo. La familia es como una casa, como una habitación sobre la que continuamente caen rayos» que no puede resistir sola. Giussani se preguntaba, efectivamente, qué puede hacer «frente a la fuerza de una sociedad que controla el ambiente familiar por medio de la televisión», la publicidad y la enseñanza. A la luz de este contexto social, «la preocupación educativa de una familia será inteligente y humana en la medida en que se decida a salir de una situación cómoda, incluso merecida, para establecer relaciones que creen una trama social que se oponga al clima social dominante»⁶⁰.

«Instrumento para la gloria humana de Cristo»

Desde que en 1997 Juan Pablo II proclamara el Gran Jubileo, Giussani deseaba abrir en Roma un lugar expresamente dedicado a hacer presente la realidad internacional de CL. Para ello se habían trasladado de Madrid a la capital italiana Carras y su mujer Jone. El 18 de octubre de 2000, el Secretario de Estado vaticano, cardenal Angelo Sodano, inauguraba finalmente la sede del Centro internacional del movimiento, en presencia de obispos y embajadores.

Juan Pablo II envió una carta autógrafa, en la que escribía que CL, «cumpliendo un deseo largamente cultivado por mons. Luigi Giussani, inaugura hoy en Roma un Centro Internacional propio confiado a la guía responsable del prof. Jesús Carrascosa [Carras, *nda*] y de su consorte, la señora Juana Echarri [Jone, *nda*]. [...] La Ciudad eterna, donde está la sede de Pedro, tiene de hecho un significado especial», y por eso —subrayaba Wojtyła—, gracias al nuevo centro CL podrá «ofrecer con renovado empeño su servicio a la sede de Pedro y a la Iglesia entera»⁶¹.

A las palabras del Papa, Giussani respondió con un mensaje que Carras leyó a los presentes: «Espero que el sacrificio de no poder estar presente en la bendición del Centro Internacional confiera mayor validez a la oración a Cristo por la misión que nos ha encomendado». El Centro, recordaba, se había pensado como «signo de la voluntad de servir con todas nuestras energías a la Iglesia, nuestra Madre, en sus estructuras últimas, como parte de su realidad sacramental. Nosotros miramos a la Iglesia así, con la conciencia de que nuestro corazón pertenece a Cristo». Para Giussani se trataba de colaborar con el testimonio del Pontífice: «Al obispo de Roma, de hecho, se le ha confiado la misión más grande de toda la historia: dar a conocer a Jesucristo. ¡Qué conmoción provoca identificarse con la humanidad de Juan Pablo II, que no se cansa nunca de hablar de Cristo, que actúa hasta la médula en la vida del hombre!». La autoridad de la Iglesia, continuaba, no es un simple principio disciplinar, sino antes y todavía más «el lugar de la pertenencia a la unidad que Cristo resucitado realiza hasta la

eternidad». Por eso Giussani concluía poniendo de nuevo en las manos de Juan Pablo II su existencia, «frágil y sin embargo segura de la gracia recibida», a fin de que se sirviera de ella como «instrumento para la gloria humana de Cristo»⁶².

Emilia Vergani. 'Sabia y ardiente'

El 30 de octubre de 2000 una gravísima pérdida sacudía a Giussani y con él a todo el movimiento. Desde el domingo 29 de octubre Giancarlo Cesana se hallaba en Paraguay para participar en el Happening de Asunción (un evento organizado por la comunidad local de CL). Excepcionalmente estaba con él su mujer, Emilia Vergani, que nunca le acompañaba en sus viajes al extranjero. Pero esta vez había un motivo especial: los veinticinco años de matrimonio, que la pareja había decidido festejar de esta manera. Volviendo de visitar las Reducciones de los Jesuitas en Misiones, acompañados por Giovanna Tagliabue, responsable del movimiento en Paraguay, el jeep en que viajaban se salió de la carretera repentinamente, y volcó. Emilia murió por el golpe, mientras que Cesana se fracturó una rodilla. El cadáver se llevó a Asunción, a la parroquia del padre Aldo Trento, y fue velado toda la noche por los amigos de la comunidad.

El día antes del accidente, durante una reunión, Cesana decía, precisamente volviendo con su memoria al comienzo de su matrimonio: «Solo Cristo hace posible que un hombre pueda decirle a su mujer: 'Te amo para siempre'». Y al hablar por teléfono con sus hijos Giovanni, Francesca y Caterina, nada más llegar al hospital de Asunción, encontró fuerzas para decirles: «Mamá estaba contenta, había pasado unos días estupendos; era pura y estaba preparada para encontrarse con el Señor».

Informado de la trágica muerte, el 31 de octubre Giussani escribía un mensaje para todo el movimiento: «Sabia y ardiente: así fue entre nosotros la vida de Emilia junto a su marido, Giancarlo Cesana. El Señor la había custodiado para su marido y sus hijos, y por tanto para todos nosotros. Que de esta manera el silencio, tan natural y profundo en su carácter, se identifique ahora más fácilmente con la espera de la resurrección final de Cristo». Invitaba a continuación a todas las comunidades del movimiento a rezar al Señor: «Que Emilia interceda por nosotros, los que estamos aún en camino, para que participemos de su pureza y de su alegría»⁶³.

En la homilía del funeral, el 4 de noviembre de 2000, monseñor Angelo Scola (que había celebrado la boda de los Cesana y que estaba muy unido a la familia) retomó las palabras de Giussani y observó: «Ha descrito sintéticamente esa figura y ese rostro tan familiar para muchos de nosotros, [...] tan apasionado al participar en la verdad de la tarea de su marido, en la verdad del quehacer de todos aquellos con los que se encontraba, como los chicos a los que siempre ayudó en su familia y, en los últimos tiempos, a través de In-presa», la obra educativa en favor de jóvenes con dificultades situada en Carate Brianza (y que desde su muerte lleva el nombre de Emilia Vergani).

Monseñor Scola contó también las palabras que Giussani le había dicho la noche anterior hablando de Emilia: «Era como un catalizador, es decir, un factor que aparentemente no entraba en la fusión entre los elementos, las circunstancias, las

situaciones que le rodeaban, pero que en realidad permitía una nueva síntesis y abría, poco a poco, nuevas posibilidades, horizontes y espacios, planteando con verdad preguntas auténticas, siempre pertinentes»⁶⁴. Eran preguntas que Emilia dirigía también a su marido y a los amigos responsables con él del movimiento, preocupada ante todo por una cosa: *Speremm desfen no quel che don Giussani el fa*, lo que significa: «Esperemos que no deshagan lo que don Giussani construye». Emiliano Ronzoni, amigo de la familia desde siempre, recuerda cuántas veces, escuchando al marido y sus amigos discutir durante las cenas y las sobremesas en casa, «acalorados, mezclando a veces movimiento, política, estrategias y escenarios nacionales e internacionales, Emilia había acompañado sus reuniones intercalando esa frase. La decía con afecto. Pero era también un juicio. Emilia tenía clara su tarea. Permitir la presencia de Giancarlo. Pero esta era solo una cara de la moneda. Ella hacía su parte. Que ahora ellos hicieran la suya. Porque si se sacrificaba, era solo por ‘lo que don Giussani construye’».

Con el paso de los años, el *speremm* acompañado de un suspiro, se había aquietado, «como si Emilia viera que sí, que aquella compañía crecía y los daños no eran tantos como el bien que se generaba, y que se podía confiar porque participaban en la construcción común» querida por Giussani. Pero «en el último año, como dice su marido, se había vuelto todavía más insistente: ‘A veces me parece que estáis jugando’»⁶⁵.

En las páginas del diario pertenecientes al último periodo de su vida, Emilia había anotado una frase de Giussani: «La conversión es *del yo*, no es de una cosa, de otra, y de otra. Si la conversión es del yo, es un amor. Es un amor distinto»⁶⁶. La frase está acompañada por este comentario: «No se pueden vencer poco a poco nuestros defectos con la voluntad. [...] Ceder ante la evidencia de que otro nos hace diferentes, no obstinarse en resolver cada cosa o en encontrar en el pensamiento el hilo de las cosas. El pensamiento me mata. Necesito comprender este amor. [...] Dios es el lugar del amor incondicional que busco para llenar mi vaso». Y en junio del 2000, pocos meses antes de morir, escribía: «La lucha contra el pensamiento que quiere abarcarlo todo y el afecto que se convierte en imaginación la vence la experiencia de Dios en cada minuto. ¡Qué maravilla es la vida!»⁶⁷.

Después de volver de Paraguay y estar hospitalizado para someterse a algunas intervenciones quirúrgicas, Cesana consiguió ver finalmente a Giussani: «Yo estaba en silla de ruedas», recuerda, «y entró en la habitación también él en silla de ruedas. En un momento dado nos pusimos a hablar de Abraham. Estaban también Vittadini y otros amigos, y yo le dije: ‘Estamos hechos una piltrafa y mira Abraham ¡qué historia tan dramática y atormentada vivió! Pero entonces la fe, el bautismo, ¿qué diferencia introduce en la vida, si luego vivimos así?’. Giussani se quedó callado un instante y, luego, exclamó: «¡Pero está el yo!». Aquella respuesta arrojó una luz completamente nueva sobre todo el asunto, hasta el punto de que Cesana pensó: «Abraham es el origen del yo, es decir, es el origen de un hombre que reconoció que era amado por Dios. A nosotros nos pasa lo mismo que a los demás, nosotros somos como todos los demás, pero somos queridos, hemos sido llamados, nuestro padre y nuestra madre nos han

introducido en esta vida para siempre. Por lo tanto, toda la vida se recorre como un designio sobre nosotros, como algo que se cumple, suceda lo que suceda»⁶⁸.

Giussani hablará de nuevo del dolor que había golpeado a la familia Cesana en enero del 2001, durante una conversación con los responsables de CL: «En estos últimos tiempos, lo que más me impresiona es que un hombre, cualquiera que sea el momento que esté atravesando, incluso el más dramático, cuando no se reciben de la vida nada más que golpes, puede tranquilamente ofrecer todo a Dios. De repente, me acuerdo de haber dicho a miles de personas que hay que hacer la voluntad de Dios y que su voluntad se manifiesta en la existencia concreta. Por tanto, si no ofrecieras a Dios lo que haces, tu vida, [...] no tomarías parte en su vida, en la tarea redentora de Cristo». Así, se preguntaba Giussani, «¿cómo podemos explicarnos que Giancarlo, a pesar de la tragedia que ha sufrido, pudiera encontrar la ayuda y la fuerza necesarias, pudiera hallar lo que le ha sostenido aun en medio del dolor y la falta de esperanza que podía suscitar esta prueba?». Solo porque, y esta es la respuesta, «el acontecimiento es un misterio, pero un misterio al que podemos referirnos para explicar el origen existencial de todo».

Este es el motivo por el que hace falta rezar, ponerse de rodillas y rezar: «*Salve Regina, Ave Regina Coelorum, Ave Domina Angelorum, Jesu Dulcis Memoria*. ¡No es algo sentimental! [...] ¡La oración abate todos los obstáculos, ve más allá de las apariencias! Hay algo más en lo que hacemos, Otra cosa que ilumina todo y lo ordena; todo encuentra en Él su lugar»⁶⁹. Y esto es vivir como cristianos todas las circunstancias de la vida, felices o adversas.

La bomba en las agujas de la Catedral de Milán

Respondiendo por escrito a algunas preguntas que había recibido de estudiantes universitarios como preparación de sus Ejercicios espirituales, que se celebrarían en Rímíni del 8 al 10 de diciembre de 2000, Giussani habló del mal que hay en el hombre y que brota del pecado original, esto es, de la afirmación de que «Dios no es todo en todo. Y todos los pecados del hombre, que derivan de ese, son la pretensión de sustituir a Dios: la ciencia y la posibilidad infinita del hombre de avanzar en los descubrimientos, que se convierten en pretensión de eliminar a Dios». Pero, cuanto más se pretende esto, continuaba Giussani, más «se destruyen el equilibrio y la paz del hombre. Todas las guerras se producen por la sed de poder», que se alimenta de prejuicios: «Vivir con prejuicios y dudas, que van aumentando con la edad, es un delito. La duda se ejerce sobre todo cuando se es joven, pero de este modo la vejez fijará la mirada sobre la nada»⁷⁰.

Una semana después la prensa se hacía eco del hallazgo en la terraza de la catedral de Milán, llena de turistas, de una bomba la mañana del 18 de diciembre de 2000. El reloj, fijado para las tres de la tarde, habría hecho explotar un kilo de pólvora. El arzobispo Carlo Maria Martini declaró que «colocar una bomba entre las agujas del Duomo significa ofender al espíritu de fraternidad que representa la catedral. El Duomo es el corazón de la Iglesia ambrosiana y el símbolo de Milán. Desde este lugar se difunden

palabras de fe, de paz y reconciliación para todos. Es aquí donde toda la ciudad se descubre amiga»⁷¹.

También Giussani hizo sentir su voz; en un artículo que apareció en el diario *La Repubblica* la víspera de Navidad escribía: «La bomba colocada hace unos días en el Duomo de Milán induce a pensar en un ataque al lugar que es fuente ‘de paz y reconciliación para todos’, como ha dicho el cardenal Martini»⁷².

Giussani sostenía que la época contemporánea estaba perfectamente descrita en esta frase bíblica: «Cuando yo digo ‘paz’, ellos dicen ‘guerra’»⁷³. Sin embargo hay un punto en el que la conciencia del hombre puede esperar en paz, y es el reconocimiento de la religión como dimensión de la vida; en efecto, solo ella permite que aparezca el peso justo de la palabra «paz», «porque implica la finalidad última por la que un hombre acepta existir y obrar, [...] el pre-sentimiento, en última instancia, de algo positivo»⁷⁴.

Por el contrario, continuaba Giussani, identificar la finalidad suprema de nuestro obrar «con el poder político, podrá hacer que las personas más comprometidas creen de manera ilusa que es posible realizar lo que los antiguos llamaban pax romana —una tolerancia genérica hacia todos, siempre que la última palabra quedase reservada al poder político; así, se permitía adorar a cualquier dios con tal de que no hiciera sombra a la divinidad del emperador— y que en nuestros tiempos se podría llamar pax americana o paz social»⁷⁵.

El atentado fallido a la catedral, con las consideraciones que había provocado, orientaba no obstante la atención hacia la inminente Navidad. Para Giussani, este hecho proponía de nuevo las dos condiciones sin las cuales no se puede pensar y vivir la paz: «La dependencia de Otro, de su designio y juicio sobre nuestra propia vida —como se puso de manifiesto por primera vez en la historia del pueblo judío—, y la educación en el conocimiento del bien y del mal». Por eso Giussani escribía en *La Repubblica* que la paz «depende de que el hombre admita su incapacidad para conseguir la perfección por sí mismo, mientras reconoce indefectiblemente su deuda con el Ser»⁷⁶.

La tarde de ese mismo 24 de diciembre de 2000, en Milán, ciento catorce *Memores Domini* —hombres y mujeres— realizaban su profesión, ese momento que establece el compromiso para toda la vida de adherirse a los ideales de pobreza, obediencia y virginidad en la entrega a Cristo. Giussani intervino con una sugerencia para todos: «Aprended a gustar de las jaculatorias, [...] en el vacío, en la distracción de otro modo tan extendidos en nuestras jornadas». La invocación que recomendaba era *Veni Sancte Spiritus, veni per Mariam*. Cada vez que la rezaba, Giussani pensaba: «Ven, Espíritu Santo, tú que has creado el mundo y que lo has redimido, que lo has recreado con tu acción contra el mal, tú que has hecho presente en el hombre la posibilidad de combatir el mal; [...] ven a mí a través de la mediación de la Virgen María, por medio de la aplicación del designio de Dios sobre la madre de Cristo».

Con evidente referencia a sí mismo, les deseaba que percibieran su «eco todos los días de vuestra vida, también cuando la vida parezca escapar de vosotros, porque el límite humano lo percibiréis primero vosotros, y luego todos los que entren en relación con

vosotros. Pero vosotros llevaréis dentro del corazón la evidencia de una superación de lo que, en caso contrario, sería una destrucción de todo sentido», y por eso la vida «ya no será nunca la victoria, la posible victoria del mal sobre el bien, de la nada sobre el ser, contra el ser»⁷⁷.

«Me gustaría volver a empezar desde el principio»

Durante los trabajos del Consejo Nacional de CL del 17 de febrero de 2001, Giussani pidió la palabra e intervino por videoconferencia. Dio las gracias a todos los que habían hablado, reconociendo que sin la compañía de los que estaban presentes no habría comprendido las cosas que el Señor le había hecho comprender en aquellos meses. Deseaba llamar la atención, en particular sobre una: se trataba de profundizar más en el tema del acontecimiento, que estaba marcando la vida del movimiento: «El acontecimiento no es un producto intelectual». Giussani encontraba una analogía con la historia judía, que no se podía describir por medio de una lógica, sino que más bien se trataba de la manifestación imponente del Misterio en la historia: «Que nuestro movimiento en la historia, que nuestro carisma sea algo grande en la historia de la humanidad, nos parece ahora como una posibilidad cierta», por lo que, paradójicamente, «me gustaría volver a empezar desde el principio». Cada uno debía reconocer que «todo lo que somos y tenemos lo recibimos del Señor a quien pertenecemos. Y así somos libres, intensamente libres»⁷⁸.

Fueron meses en los que Giussani volvía continuamente sobre esta preocupación, incluso refiriéndose a su situación física, que le mantenía alejado forzosamente de muchas actividades y reuniones. En dos conversaciones posteriores con grupos de los *Memores Domini*, el 18 de marzo y el 10 de junio de 2001, habló del cristianismo como de un acontecimiento que sucede en el presente, también «cuando el aburrimiento acecha o cuando lo que se desea no se puede mínimamente saborear» a causa de la circunstancia en la que nos encontramos. El acontecimiento sucede ahora, subrayaba, y así «también en mis jornadas, incluso en las más negras y nubladas, ¡es precioso!». Con todo el disgusto por no poder estar físicamente presente como antes en la vida de la gente, había querido intervenir —confesaba— «con el deseo de contribuir de nuevo, aunque sea un poco, a la dulzura, la profundidad y la perfección hacia la que debe tender toda nuestra vida»⁷⁹.

Giussani pedía un favor: «Que ofrezcáis algo -algo de lo que os cuesta- también por mí». No tenía vergüenza en hablar de las dificultades que la edad avanzada y la enfermedad le estaban procurando, porque estaba absolutamente seguro de que todo esto no le impedía vivir intensamente: «Aferrar lo positivo en lo que hacemos o vemos que hacen los demás, o que sabemos hay en el mundo, exige una gran fe. [...] Por ejemplo, yo hoy debo aceptar, estos días debo aceptar esta voluntad de Dios ofreciéndole, ofreciéndole lo que me cuesta. Pero la fatiga que me toca vivir no ve su significado último si no se ve iluminada por la memoria», y entonces esta memoria «iluminará paulatinamente todos los momentos de nuestro tiempo y los espacios que utilizamos»⁸⁰.

Como ayuda para que se hiciera habitual este ejercicio de la memoria cristiana, Giussani hizo publicar en el número de mayo de *Tracce* una meditación sobre los misterios del rosario: «Al rezarlo, se nos impone el rasgo más sencillo y escondido de la figura de María». Proponía vivir el rosario «tomando conciencia de lo que la Virgen María es para la vida del hombre y del mundo», esto es, la ilustración «del método que Dios ha elegido: hizo suyo lo que no es nada, utilizó exactamente lo que no es nada» para realizar su designio.

Sus palabras asumieron el tono de una invocación: «Madre generosa, que engendras para nosotros la presencia grande de Cristo, queremos ser consolados, confortados, alimentados, enriquecidos, alegrados por esa presencia que nació de tu carne, y por eso te pedimos que nos hagas participar de tu libertad, de tu disponibilidad y de tu camino»⁸¹.

El atractivo del cardenal

El tema de la preferencia que había que conceder a Cristo antes y por encima de cualquier otra cosa resonó en aquellos mismos meses de 2001 más allá del Atlántico, en el ámbito de la Feria del libro de Buenos Aires, la mayor de Sudamérica, durante la presentación de la edición española del libro de Giussani *L'attrattiva Gesù*⁸². En una de las grandes salas de la Feria, el 27 de abril, se disponía a intervenir el arzobispo de la ciudad, Jorge Mario Bergoglio, a quien Juan Pablo II había creado cardenal hacía poco. Y como ya había hecho en 1998, también en esta ocasión —ante el variado público de la Feria del libro— declaró las razones por las que estaba agradecido a Giussani: «La primera, la más personal, es el bien que este hombre me hizo a mí en la última década, a mi vida como sacerdote, a través de la lectura de sus libros y de sus artículos. La segunda razón es que estoy convencido de que su pensamiento es profundamente humano y llega hasta lo más íntimo del anhelo del hombre. Me atrevería a decir que se trata de la fenomenología más honda y, a la vez, más comprensible de la nostalgia como hecho trascendental. Hay una fenomenología de la nostalgia, el *nostos algos*, el sentirse llamados a casa, la experiencia de sentirnos atraídos hacia aquello que nos es más propio, nos es más consonante con nuestro ser. En el marco de las reflexiones de don Giussani encontramos estas pinceladas de una real fenomenología de la nostalgia»⁸³.

El día antes Giussani le había enviado al cardenal un mensaje que se leyó durante la presentación: «Eminencia, saber que va a participar en un encuentro promovido por mis amigos argentinos me llena de humillación, pero sobre todo me hace desear que sus palabras aporten una luz sobre nuestro intento de vida cristiana, para nuestra santidad y para provecho de nuestros hermanos los hombres con los que nos encontramos. Su presencia, eminencia, nos hace sentir la cercanía del Papa y de toda la Iglesia, nuestra Madre, por la que hemos sido llamados a existir y hemos sido elegidos para engrosar el flujo del pueblo cristiano por el atractivo de Jesús, el hombre-Dios que nos ha alcanzado y convencido. Hasta el punto de que le hemos seguido, con todos nuestros límites y con todo nuestro impulso, ofreciéndole alegremente todo con sencillez de corazón. Sea

maestro y padre para nosotros, eminencia, como les oigo contar a mis amigos de Buenos Aires, agradecidos a su persona y obedientes a usted como a Jesús. Permítame dar las gracias a todos los presentes, que son para mí un signo grande de estima por Aquel que se hace visible, audible y tangible en el mundo a través de la fragilidad de nuestras personas»⁸⁴.

Durante la conferencia, el cardenal Bergoglio subrayó que «*El atractivo de Jesucristo* no es un tratado de teología, es un diálogo amistoso [...] sobre la experiencia cotidiana provocada, fascinada por la presencia y la mirada excepcionalmente humana y divina de Jesús. Es el relato de una relación personal, intensa, misteriosa y concreta al mismo tiempo, de un afecto apasionado e inteligente hacia la persona de Jesús, lo que va a permitirle a don Giussani llegar como al umbral del Misterio, llamar de tú al Misterio».

Continuaba el arzobispo: «En nuestra vida todo empieza con un encuentro, hoy al igual que en tiempos de Jesús. Un encuentro con ese hombre, el carpintero de Nazaret, un hombre igual que todos y al mismo tiempo distinto. Los primeros, Juan, Andrés, Simón, se vieron mirados hasta lo más profundo de sí mismos, leídos en su intimidad, y en ellos se produjo una sorpresa, un asombro que, inmediatamente, les hizo sentirse vinculados a él, que les hacía sentirse distintos. [...] No se puede comprender esta dinámica del encuentro que suscita el asombro y la adhesión si sobre ella no se ha disparado —perdonadme la palabra— el gatillo de la misericordia. Solo quien se encontró con la misericordia, quien fue acariciado por la ternura de la misericordia, se encuentra bien con el Señor».

El cardenal Bergoglio identificó otro elemento decisivo que se desprendía de la lectura del libro: «Frente a este abrazo de misericordia —y sigo con la línea de pensamiento de Giussani— nacen las ganas de responder, de cambiar, de corresponder, brota una nueva moralidad. [...] La moral cristiana no es el esfuerzo titánico, voluntarista, el esfuerzo de quien decide ser coherente y lo consigue, un reto solitario frente al mundo. No. La moral cristiana es simplemente respuesta. Es la respuesta conmovida ante una misericordia sorprendente, imprevisible, ‘injusta’ [...] con criterios puramente humanos, de alguien que me conoce, que conoce mis traiciones y no obstante me quiere, me estima, me abraza, me llama de nuevo, espera en mí y espera de mí. Por esto la concepción cristiana de la moral es una revolución, no es no caer nunca sino levantarse siempre».

Esta concepción de la moral que ofrece Giussani, continuaba el cardenal, «no tiene nada que ver con los quietismos espiritualoides de los que están llenas las estanterías de los supermercados religiosos actuales. Engaños. Y tampoco con el pelagianismo tan de moda en sus diversas y sofisticadas manifestaciones».

Sobre todo, confesaba el cardenal Bergoglio, «uno queda asombrado al leer el libro y admirado frente a una relación tan personal y profunda con Jesús, pero parece difícil para uno. Cuando le dicen al padre Giussani: ‘¿Qué coraje se debe de tener para decir sí a Cristo!’, o bien: ‘A mí me surge esta objeción: se ve que el padre Giussani ama a Jesús y yo sin embargo no le amo del mismo modo’. Él responde: ‘¿Por qué contraponer lo que vosotros no tendríais a lo que yo tendría? Yo tengo este sí y nada más, y a vosotros no os debería costar una pizca más de lo que me cuesta a mí... Decir sí a Jesús’». Bergoglio

observaba que santa Teresa de Lisieux repetía casi textualmente la misma cosa: «Lo digo, porque si no dijera que sí a Jesús no podría decir que sí a las estrellas del cielo o a los cabellos, a vuestros cabellos... [...] Yo no sé por qué, no sé cómo puede ser: solo sé que tengo que decir 'sí'. No puedo dejar de decirlo». «No hay nada más sencillo» y razonable, subrayaba el cardenal, que decir que sí; de hecho, «Giussani recurre en la reflexión de este libro a lo razonable de la experiencia». Por eso «se trata de empezar a decirle Tú a Cristo, a decírselo frecuentemente. Y es imposible desearlo sin pedirlo. [...] Pero lo pide porque muy dentro de él se siente atraído, llamado, mirado, esperado. La experiencia de Agustín: allá desde el fondo del ser algo me atrae hacia alguien que me ha buscado primero». Se trata de la cualidad de Dios, que el arzobispo definía con una palabra típica de Buenos Aires: «Dios, Jesucristo en este caso, siempre nos *primerea*, se anticipa a nosotros. Cuando llegamos, él ya nos estaba esperando».

El cardenal Bergoglio concluía observando que «el que encuentra a Jesucristo siente el impulso de testimoniario o de dar testimonio de lo que se encontró, que es la vocación del cristiano: ir y dar testimonio. El encuentro sucede. Se puede probar que Dios existe pero nunca por la vía del convencimiento vas a lograr que alguien se encuentre con Dios. Eso es pura gracia. Pura gracia. En la historia, desde que empezó hasta el día de hoy, siempre *primerea* la gracia, siempre viene antes la gracia, después viene todo lo demás»⁸⁵.

El Papa en el Areópago de Atenas

El 10 de mayo de 2001 Giussani envió un telegrama a Juan Pablo II, que estaba de vuelta de su último viaje apostólico: «Santidad, hemos seguido por la televisión a vuestra persona mientras se dirigía al areópago de Atenas y a la mezquita de Damasco como peregrino desarmado hacia la tumba del Bautista. Nos conmueve pensar que sois hoy un signo de contradicción y esperanza para todos los hombres, al igual que Jesús, hombre y Dios, el enviado del Padre».

Giussani consideraba este viaje a las raíces de la historia de la Iglesia como un ejemplo clamoroso de la «dimensión ecuménica católica, que consiste en una apertura ilimitada hacia la verdad de todos y hacia todo: porque cada encuentro supone el avance sereno y seguro de la verdad que es Cristo para la vida de todo hombre»⁸⁶. Entreveía, además, en la actitud del Pontífice, una analogía con san Pablo cuando escribía a los cristianos de Corinto: «No debiendo nada a nadie, me he hecho siervo de todos [...] me he hecho todo para todos»⁸⁷.

Pocos días después fue Juan Pablo II quien envió a Giussani una carta en la que ofrecía algunas reflexiones sobre el tema de los inminentes Ejercicios espirituales de la Fraternidad de CL, que tenían como lema: «Abraham: el nacimiento del yo», y que tendrían lugar en Rímini del 18 al 20 de mayo de 2001: «La idea de vocación se manifiesta por primera vez en la historia de la humanidad con la vocación de Abraham. La persona, llamada por su nombre, toma conciencia de su relación con Dios, y puede colaborar libremente en la misión que le ha confiado el Creador. A través de las personas

a las que llama, Dios quiere formar un pueblo para sí, consciente de su tarea y del sentido de la existencia humana». Deseándole a Giussani que el Señor le sirviera «de consuelo y de sustento físico y espiritual», Juan Pablo II escribía que «cuanto más crece la presencia divina en las realidades humanas, más significativo es el papel que desempeña la religiosidad en la historia, haciendo al hombre más hombre y facilitando el reconocimiento de Cristo que llama a todos a la salvación»⁸⁸.

Giussani siguió en directo por vídeo las lecciones de Stefano Alberto y de Julián Carrón. Y el 20 de mayo de 2001 intervino por videoconferencia, confesando: «En estos días he podido seguir vuestro camino tal como el Señor me lo permite ahora, de una manera más limitada y fatigosa que antes. Pero Dios se abre paso en nuestra vida a través de todo». Había una sola cosa que recomendaba hacer: «Implorar a Aquel al que pertenecemos que no nos haya llamado en vano. Cada día somos llamados, cada hora somos llamados, en cada minuto, en cada instante estamos siendo llamados». Pues lo que identifica al yo es precisamente «la conciencia, que es relación con el infinito: por ejemplo, una mujer está cosiendo, [...] o está cocinando en la cocina, y es relación con el infinito»⁸⁹.

Giussani consideraba que el hombre se define por «esta dimensión paradójica entre lo poco que es, la nada que es, lo ‘corruptible’ que es, entre la poquedad que es y la relación con Dios que le constituye». Y recomendaba a todos: «Recemos, recemos, porque esto lo podemos hacer mientras realizamos cualquier otro trabajo. [...] Igual que en una jornada lluviosa el sol atraviesa las nubes, que esta oración despeje las nubes y arroje su luz, irradie su luz sobre todo lo que somos y lo que hacemos». Luego invitaba también a los miembros de la Fraternidad, como había hecho hablando a los *Memores Domini*, a rezar el *Veni Sancte Spiritus. Veni per Mariam*: «Repetid esta fórmula todos los días, a menudo, cuando el Señor os elige para hacerse oír: es un momento en el que todo se unifica y recobra sentido, todo se convierte misteriosamente en una sola cosa. [...] ‘Ven Espíritu Santo’ en cada uno de mis actos, [...] en todos los momentos de mi vida». Y de la segunda parte de la jaculatoria decía: «La Virgen es realmente el toque más potentemente humano y persuasivo que Dios ha creado para su acción sobre el hombre. [...] María es la totalidad del hombre [...] y fue exaltada hasta convertirla en instrumento necesario para la relación con Dios»⁹⁰.

Se trataba de una conciencia que debía madurar. Giussani habló de esta urgencia también el 5 de junio de 2001, interviniendo en la Asamblea de responsables de CL en Milán: «Debemos desear que lo que hemos encontrado se convierta en mentalidad puesto que es tan valioso y totalizante. ¡En mentalidad! Espero, por tanto, que el Señor, manteniendo su preferencia para con nosotros, nos conceda esta madurez, porque es más bonito contemplar una flor -cuando vemos una flor nos asombramos más- que ver una planta verde que aún no se ha desarrollado, que no ha florecido. La fascinación es lo que determina nuestra adhesión: por una fascinación nuestra adhesión corre veloz hacia la totalidad»⁹¹.

En cuanto sus fuerzas se lo permitían, Giussani no escatimaba esfuerzos para hacer escuchar a todos su voz, aunque fuera por breves momentos. Como ocurrió el 2 de

agosto de 2001, cuando habló a los *Memores Domini* reunidos en La Thuile para sus Ejercicios espirituales: «Perdonad si yo también entro de forma explícita en vuestro encuentro. No es inconcebible que pueda hablaros unos minutos si el sacrificio de no estar con vosotros está unido a la alegría de ser de Cristo, de ser suyo, si está unido a un poco de esta confianza, de una esperanza que nació en el corazón y que la fidelidad a la vida de la Iglesia ha agigantado, ha permitido que llegue a ser adulta». Después confiaba un deseo: «Quién sabe si el Espíritu me concederá todavía tener una relación viva con vosotros, o, mejor dicho, si me concederá que la relación viva con vosotros —que durará toda la eternidad— tenga todavía algún aspecto de operatividad directa en la vida de este mundo». Y también: «Quién sabe si el Señor y la Virgen me darán más salud y [...] energía para comunicaros las cosas según una experiencia que crece con el tiempo, ¡que se hace cada vez más grande!»⁹².

«Con el infinito en el corazón»

El 24 de agosto de 2001, coincidiendo con el Meeting de Rímìni, el *Corriere della Sera* publicó una intervención de Giussani, que retomaba el mensaje que Juan Pablo II había enviado al Meeting. El Pontífice escribía: «Dios no está separado del mundo, interviene en él. Él se interesa por lo que el hombre vive, dialoga con él, cuida de él. Todo esto lo testimonia la historia de Israel»⁹³.

Giussani subrayó las palabras del Papa, porque de la historia del pueblo hebreo, decía, «nosotros nos sentimos descendientes: caminando día a día, dentro y a través de una selva de errores y contradicciones que nos igualan con los demás, es más, que ponen de manifiesto que somos como los demás, pero que llevamos algo diferente en nosotros, algo que influye en nuestra vida». Y por eso, continuaba, «estamos tranquilos aun dentro de la tempestad, no como estoicos indiferentes a todo y a todos, sino avanzando seguros en nuestro camino».

Giussani se sentía deudor de la tradición del pueblo de la Alianza desde siempre: «‘Señor, si Tú no caminas con nosotros no nos moveremos de aquí’. [...] ¿Qué es lo que puede asegurar al hombre de hoy la posibilidad de caminar seguro cuando la violencia parece corroer las relaciones y los actos? La conciencia de que la realidad es inexorablemente positiva. [...] En efecto, a la invocación de Moisés responde el Señor: ‘Yo caminaré junto a ti’».

El cristianismo, proseguía Giussani, surgió «para responder al anhelo de infinito que constituye el corazón del hombre. De esta forma el hombre puede caminar: ‘*homo viator*’», consciente de que «Cristo afecta a nuestro yo en su totalidad y por ello todos nuestros actos están influidos, determinados por la relación con Él. Esta es la razón - entre otras- de que la Iglesia, como ha escrito Galli della Loggia en el *Corriere*⁹⁴, sea ‘irreductible’ ante cualquier poder del mundo». Efectivamente, Cristo «insinúa criterios, purifica puntos de vista, sostiene en las desilusiones, sugiere soluciones y, sobre todo, impide la parcialidad, el partidismo, y tiende a reconocer y a afrontar todos los factores de la realidad», de la sociedad y de la política.

Giussani no se unía al coro de los detractores de la actividad política, maltratada por todos durante los años noventa. Invitaba, no obstante, a no atribuirle «la responsabilidad de la salvación». El siglo que acababa de terminar «ha demostrado que esta pretensión se convierte en fuente de parcialidad, de partidismo, de ideología, en ídolo moderno: ‘usura, lujuria y poder’, como decía Eliot».

Volviendo a hablar del Meeting, Giussani confiaba al *Corriere* estas palabras a fin de que llegaran a la multitud que ocupaba esos días los pabellones de la Feria de Rímini: «Para el cristiano fiel al Papa y a la tradición no existe expresión de la vida que no pueda ser plasmada a la luz de la relación con Cristo. En nuestra experiencia esta relación nos apremia a reconocer una verdad que, sin darnos tregua, nos pone frente a todos los problemas, sin pretensiones, sin prejuicios, indomablemente abiertos a todo y a todos, humildes y continuamente capaces de volver a empezar y de cambiar»⁹⁵.

«La misericordia me explica siempre todo lo que sucede»

Pocos días después Giussani habló directamente a los participantes en el Meeting por videoconferencia para enviar un saludo conclusivo, el sábado 25 de agosto de 2001. Una vez más no ocultó el disgusto que le suponía la lejanía forzosa: «He querido estar presente de este modo en vuestro y nuestro Meeting para aliviar un poco la fatiga y la melancolía de no haber podido ir personalmente».

Era un Giussani humanísimo, que no escondía sus sentimientos y que habló de sí mismo con un tono extremadamente confidencial, como si estuviera hablando cara a cara con cada uno de los participantes en el Meeting: «Lo que he llegado a entender en estos meses, un poco duros para mí, es que Jesús es verdaderamente el Señor del hombre que le sigue, es mi Señor», de la misma manera que «Pedro, Juan y Andrés, hace dos mil años, cuando volvían a casa con su mujer, con su familia, a veces decían: ‘Aquel hombre, esa persona a la que sigo, es mi Señor’». Y dirigiéndose a su Señor, dijo: «De la misma forma, durante estos meses, Tú me has mortificado para que yo pudiese decir cada vez con mayor verdad las palabras: ‘Jesús mío’, ‘Señor mío’».

Giussani pensaba en la fórmula que los pastorcitos de Fátima pidieron alternar en el rezo del rosario: «Jesús mío, perdona nuestras culpas, libranos del fuego del Infierno. Lleva a todas las almas al cielo, especialmente a las más necesitadas de tu misericordia». Esto significa que «aquellos niños eran conscientes —hasta donde Dios les iluminaba— de la situación mortal en la que se halla la humanidad. Y de todos nuestros deseos frustrados, y todas nuestras expectativas, lícitas y justas, pero truncadas».

Después llamó la atención sobre la palabra «misericordia», sobre la cual, como se ha visto, meditaba desde hacía tiempo: «La misericordia [...] me explica siempre todo lo que sucede»⁹⁶.

Dos días después, el 27 de agosto, Giussani conectó con el Consejo internacional de CL que se estaba celebrando en La Thuile: «Me duele mucho no poder ir a veros, y sé que algunos os sentís un poco desilusionados al no poder saludaros personalmente». No obstante tenía que admitir que lo único que había que conservar de toda la existencia

transcurrida en el movimiento era este pensamiento: «Todo, literalmente todo en la vida es obra del Señor. Por tanto, tenemos que hacerlo y vivirlo todo como alabanza de Dios en el mundo, como alabanza de Cristo. [...] Os deseo que podáis sentir esto como lo siento yo, aunque ahora me exprese un poco a trompicones». Giussani terminaba con un «¡Adiós! Hasta el año que viene» y con una invitación que dejó helados a los cien responsables del movimiento que estaban reunidos en el séptimo piso del hotel Planibel: «Podríais rezar un réquiem o un *gloria* para dar gracias a Dios por toda la riqueza que nos ha dado: es una riqueza que no tiene igual»⁹⁷.

Capítulo 36

«¡Cincuenta años apostando solamente por la pura libertad!»

*La Zona Cero y su octogésimo cumpleaños
(2001-2002)*

El martes 11 de septiembre de 2001, a primera hora de la mañana, un grupo de kamikazes islámicos desvió el rumbo de algunos aviones en vuelo sobre Estados Unidos. Dos de ellos chocaron contra las Twin Towers, las torres gemelas del distrito financiero de Nueva York, que se derrumbaron causando la muerte de casi tres mil personas. Provocaron otras víctimas un avión que se abatió sobre el edificio del Pentágono, en Washington DC, y un cuarto avión que cayó en Pensilvania. Los atentados fueron reivindicados por Al Qaeda, el movimiento fundamentalista islámico fundado por Osama Bin Laden.

Nada más conocer la noticia —en Milán era primera hora de la tarde—, Giussani telefoneó a Jonathan Fields, responsable de la comunidad de CL en Nueva York. Lo primero que le pidió fue que rezara a san José por la Iglesia universal y por estos terribles sucesos.

Mientras Giussani hablaba, Fields anotó como pudo sus palabras, y después las transmitió inmediatamente a todos los amigos del movimiento esparcidos por Norteamérica. Eran frases sueltas, apuntes de pensamientos que sin embargo permitían comprender la preocupación que había movido a Giussani a telefonar enseguida: «Nosotros debemos mantener firme nuestro juicio y comparar todo con lo que nos ha sucedido, en este momento grave y grande... Tenemos que repetirnos este juicio en primer lugar a nosotros mismos. Este momento es por lo menos tan grave como la destrucción de Jerusalén. Está totalmente dentro del Misterio de Dios... Todo es signo... Recemos a la Virgen... La definición última de la realidad es que esta es positiva y la misericordia de Dios es la palabra más grande. Esto es cierto, hay que permanecer firmes en la esperanza. Gracias a cada uno de vosotros, uno por uno, por estar allí».

Al enviarles la transcripción de la llamada de teléfono recibida de Italia, Fields invitó a los amigos: «Por favor, haced todo lo posible por reuniros para celebrar misa o rezar el rosario».

Las primeras palabras de Juan Pablo II en la audiencia general del miércoles 12 de septiembre estuvieron dictadas por el dolor ante la tragedia que había golpeado a Norteamérica: «Ayer fue un día tenebroso en la historia de la humanidad, una terrible afrenta contra la dignidad del hombre. [...] El corazón del hombre es un abismo del que

brotan a veces planes de inaudita atrocidad, capaces de destruir en unos instantes la vida serena y laboriosa de un pueblo. Pero la fe sale a nuestro encuentro en estos momentos en que todo comentario parece inadecuado. La palabra de Cristo es la única que puede dar una respuesta a los interrogantes que se agitan en nuestro espíritu. Aun cuando parecen dominar las tinieblas, el creyente sabe que el mal y la muerte no tienen la última palabra»¹.

Giussani envió un telegrama al presidente de Estados Unidos, Georges W. Bush: todos los miembros del movimiento católico de Comunión y Liberación, escribía, «quieren expresarle su cercanía en un momento tan doloroso para toda la nación estadounidense —y por consiguiente para todos los hombres— a causa de los trágicos sucesos de Nueva York y de Washington DC, terrible afrenta a la dignidad del hombre».

En el mensaje a Bush, Giussani retomaba las palabras del Pontífice y rogaba a Dios «por su persona y por su pueblo, a fin de que unidos alcancen esa justicia pacificadora de la que tienen sed y el mundo entero necesita, dado el deber histórico que los Estados Unidos de América tienen con relación a todos»².

La portada del número de septiembre de *Tracce* se dedicó a la tragedia americana y proponía una frase escrita por Giussani: «Dios salve al mundo. Si pusiéramos ante Dios todos los pecados de la tierra, cabría decir: ‘¿Quién podrá resistir? Nadie puede salvarse’. Y sin embargo Dios muere por un mundo así, se hace hombre y muere por los hombres. El sentido último del Misterio es su misericordia: una positividad que vence toda presunción y desesperación».

El editorial de la revista retomaba además las primeras reflexiones de Giussani, formuladas durante una conversación con algunos responsables del movimiento: «El atentado terrorista contra Estados Unidos constituye ante todo una sorpresa terrible. Los símbolos del poder mundial han sido abatidos arrastrando consigo a miles de muertos. Como si el poder y la ostentación de la capacidad de construcción del hombre nada pudieran frente a otra capacidad humana, la de destruir y de aniquilar el esfuerzo de la civilización». Y así los occidentales, continuaba el editorial, «distráidos y olvidados de su fragilidad, del mal y del pecado que llevan dentro de sí, se han quedado atónitos ante la televisión, que muestra escenas de ciencia-ficción llevadas a cabo por la intención malvada de los ‘otros’». En efecto, todo lo humano corría un gravísimo riesgo que «ninguna clase de escudo antimisiles puede eliminar. No tanto por cuestiones técnicas, sino por el veneno —los cristianos lo llaman ‘pecado original’—, por la envidia que el hombre lleva dentro contra el bien y contra sí mismo».

El texto proseguía manifestando que «es difícil luchar contra quienes no temen morir y llegan a convertir la muerte y la autodestrucción en una estrategia absurda para afirmarse a sí mismos [...] contra quienes, estando vivos, andan voluntariamente como muertos al haber quemado el sabor de la existencia y de la libertad en la alienación total. [...] Estos, tanto si se entregan a su dios o, peor aún, a otros hombres, no existen, son una nada atiborrada de explosivos que aniquila todo lo que toca». El desconcierto y el dolor por lo sucedido imponían «buscar la justicia con todos los medios que el hombre tiene a su alcance, pero no con la presunción de los hombres, sino más bien conforme a la voluntad

de Dios, de ese Dios que el Papa ha invocado, junto con todos los que se han arrodillado para orar»³.

En la mente de Giussani la consideración del sufrimiento del mundo se asociaba a la de su situación personal: reflexionando sobre el paso de los años y su estado de salud, en aquel trágico mes de septiembre, le confió a Jone durante una sesión de fisioterapia: «Dios permite el sufrimiento a fin de que la vida sea más vida. La vida sin sufrimiento se empequeñece, se cierra».

Estos sentimientos de Giussani se reflejaron también en las portadas de la revista *Tracce* de los meses de octubre y noviembre, que fueron inspiradas directamente por él. La de octubre, con el titular «Cruz y misericordia», proponía una foto del *Via Crucis* de 2001 sobre el puente de Brooklyn, con las Torres Gemelas todavía en el fondo, y esta frase de Giussani (sacada de una meditación sobre los misterios dolorosos del rosario): «Bajo este ‘madero’ se dan cita la maldad del hombre que desoye la llamada del Infinito y los estragos que este delito provoca, de manera que la muerte del Hombre-Dios es compendio y símbolo de todos los males. Porque el mundo vive bajo el poder de la mentira y del mal. Pero, al mismo tiempo, en la cruz se manifiesta el poder irresistible de Dios, de modo que precisamente esa maldad y esos desastres se tornan instrumentos para la redención»⁴. La portada de noviembre era un fotomontaje del cráter de la Zona Cero y de Juan Pablo II abrazado a la cruz pastoral. Tenía como titular: «Ante quien quiere la muerte, la inexorable positividad de lo real». Y proponía estas palabras de Giussani: «Si otros llegan hasta el terrorismo, nosotros tenemos que alcanzar una conciencia que sustente la vida que el Señor ha creado, hasta las últimas consecuencias. Esto es lo que aportan los cristianos al mundo tantas veces sumido en un marasmo incomprensible: la afirmación de una positividad inexorable que siempre permite volver a empezar en la vida»⁵.

El saludo final en la jornada de apertura de curso de CL en Milán, el 22 de septiembre de 2001, aun dentro de la preocupación por los asuntos del mundo, rebosaba una seguridad que Giussani tomó de un pasaje del profeta Jeremías: «Tú estás entre nosotros, Señor, y por tu nombre se nos llama. ¡No nos abandones!»⁶. Y subrayó que esto era resultado, «el resultado más hermoso de una conciencia que se ve recuperada y siempre impulsada por la gracia de Dios durante toda la vida»⁷.

«Una adorada simplificación de todo»

El 14 de octubre de 2001 el ayuntamiento de Desio, pueblo natal de Giussani, le otorgó la ‘Corona Turrita’, el reconocimiento que se tributa a sus ciudadanos ilustres. El alcalde Salvatore Pugliese reconocía en Giussani «al hombre que mejor ha logrado extraer de sus tradiciones la savia humana y católica que permite a las nuevas generaciones afrontar los retos del Tercer Milenio»⁸. Humillado por no poder estar presente en la ceremonia («En estos tiempos [el Señor] me pide también este sacrificio»), envió un mensaje cargado de recuerdos de su infancia: «Una historia a la que le debo todo lo que soy, por

el afecto de los que me han querido, al darme la vida y al introducirme en el mundo que para mí, un niño pequeño, empezaba por las calles y las casas de mi pueblo para extenderse hasta el infinito (pero esto lo he comprendido solo cuando he crecido)»⁹.

Los años vividos en Desio, decía, fueron «una gran dote con la que el Señor me quiso lanzar a la aventura de la vida». Por ello la memoria «no es lamento, sino seguridad de que nada de lo que es humano se pierde»¹⁰.

El pensamiento de su larga vida volvía también el 18 de octubre de 2001, durante la Jornada de apertura de curso de los universitarios de CL en el Palalido de Milán. Giussani recorrió medio siglo de compromiso con los jóvenes, como haría un padre hablando de sí mismo a sus hijos: «Me aventuro a saludaros, porque lo que os voy a decir nace de nuestras conexiones históricas. Y ante todo, nace de la mirada con la que os he mirado cuando todavía no estabais: ya entonces era una mirada llena de pasión por lo que ibais a ser, por aquello que habríais de vivir». Confesó a los universitarios el asombro por un hecho que no creía posible: que esa pasión «pudiera suscitar la iniciativa de tantos corazones, que, tras asumir una actitud de simpatía hacia mi vida, compartieran la mirada afectivamente intensa que he dirigido a sus vidas. De mi vida a vuestra vida».

Giussani les agradecía por tanto a aquellos miles de estudiantes que hubieran reconocido su nombre como parte de ellos mismos. Y el nombre, una vez pronunciado, «¡no se puede olvidar ni arrojar al abismo de la nada! El cinismo que hace falta para no custodiar nuestra ineludible humanidad, ese cinismo propio de vagabundos, no puede ser nuestro. ¡Evitémoslo a toda costa! Es un cinismo propio de vagabundos el que tratan de imponernos como un obstáculo al comenzar nuestra jornada».

A continuación resumió con una frase toda su historia de educador: «Durante cincuenta años he recibido y tratado a personas [...] apostando únicamente por la pura libertad —¡por la pura libertad!—. Procurad cada día que esta libertad pura corresponda a vuestros propósitos, a vuestros criterios, a vuestras acciones, y ello os hará rebosar de paz». Sus palabras se convertían en una oración pública: «Que la abundancia de tu amor, oh, Padre, nos mantenga despiertos. Porque Tú eres el único donde halla respuesta la espera que gobierna estructuralmente todos nuestros deseos, eres el único en quien nuestro ser puede salvarse del naufragio». Giussani terminaba su saludo con un llamamiento: «Os pido de corazón que en vuestra jornada os apoyéis siempre en la oración, en esa avanzadilla que es la petición»¹¹.

Esta preocupación se volvió una auténtica constante en las jornadas de Giussani. Lo atestigua el enfermero Massimiliano Galimberti: «El 19 de noviembre de 2001, después de pasar algunos días en el hospital, Giussani no estaba bien, tenía el rostro cansado y deteriorado, estábamos todos preocupados y hablamos de tratamientos, pruebas diagnósticas, etc. Cuando nos quedamos solos me miró y me dijo: ‘Me gustaría escuchar algo cristiano’. Después de leer las lecturas del breviario de aquel día sonrió y dijo: ‘¡Qué bello es oírle hablar!’».

De hecho, Giussani no renunciaba al pensamiento de una positividad última que hacía que la vida fuera sencilla y humana. Por otra parte, este era para él el significado de la Navidad: «El acontecimiento de Cristo en el mundo es una adorada simplificación de

todo»¹². Volvió sobre este tema en los meses siguientes: «El acontecimiento en que Dios ha hecho que nos ‘precipitéramos’, con el que Dios nos ha aferrado, es lo más humano, lo único completamente, totalmente humano que podemos tocar. [...] Nosotros pertenecemos a este acontecimiento o a esta convivencia. ¡Pertenecemos!»¹³.

«El Papa es realista»

El 24 de enero de 2002 Juan Pablo II convocó en Asís a los representantes de las diversas religiones para una jornada de oración por la paz en el mundo: «Queremos ofrecer nuestra contribución —decía el Pontífice— para alejar los nubarrones del terrorismo, del odio, de los conflictos armados, nubarrones que en estos últimos meses se han vuelto particularmente más densos en el horizonte de la humanidad». Después habló de los dos pilares en los que se apoya la paz: «*Justicia*, en primer lugar, porque solo puede haber verdadera paz si se respeta la dignidad de las personas y de los pueblos». Y además «*perdón*, porque la justicia humana está expuesta a la fragilidad y los límites de los egoísmos individuales y de grupo»¹⁴.

Giussani pidió al director del *Corriere della Sera*, Ferruccio de Bortoli, que publicara un artículo suyo. En su intervención, que se publicó el 3 de febrero de 2002, dijo que había vivido aquella jornada «con emoción gracias al empuje del Papa y a la adhesión de los demás representantes». Frente a la violencia que acecha la vida del mundo deseaba que «la petición de una educación que empiece por los padres, y obtenga un resultado operativo y bueno, pueda encontrar acogida en las manos del Papa», de modo que «la misericordia de Cristo pueda alcanzar los corazones de todos los que creen».

Esta concepción de Dios como misericordia, continuaba Giussani, podía educar a las personas para vivir la caridad, «en un respeto activo de toda alteridad»¹⁵. En el discurso de Asís, Juan Pablo II decía que esa actitud «no lleva a la contraposición y menos aún al desprecio del otro, sino más bien a un diálogo constructivo, en el que cada uno, sin condescender de ningún modo con el relativismo ni con el sincretismo, toma mayor conciencia del deber del testimonio y del anuncio»¹⁶.

Citando otro pasaje del discurso de Asís —«*Rezar no significa evadirse de la historia y de los problemas que plantea*»—¹⁷, Giussani subrayaba que el Papa era realista porque «rezar [...] no es como el último recurso al borde de un mar de hielo donde parece acabar toda búsqueda humana de la respuesta que anhela. [...] La oración, que es petición a Dios, es la avanzadilla del hombre que se lanza desarmado a su lucha cotidiana». Por eso Giussani concluía dando las gracias a Juan Pablo II por el ejemplo que ofrecía «en este lugar de batalla para los cristianos y no cristianos que es el mundo»¹⁸.

Después del encuentro de Asís, el 20 de febrero de 2002 Giussani recibió una carta inesperada. El prefecto de la Casa Pontificia, monseñor James M. Harvey, le escribía: «En mi nombre personal y en nombre de esta oficina deseo expresarle mi gratitud a usted y, a través de su venerada persona, a los numerosos jóvenes de Comunión y Liberación que, con generosa y explícita disponibilidad, han prestado su colaboración

con ocasión de la peregrinación del Santo Padre a Asís». Pero era sobre todo la frase siguiente la que dejó estupefacto a Giussani: «El Santo Padre y los ilustres invitados han apreciado particularmente el servicio gozoso y atento al mismo tiempo, prodigado por tantos jóvenes»¹⁹.

Juan Pablo II: 'No un camino, sino el camino. Cristo'

El 11 de febrero de 2002 se celebraba en el vigésimo aniversario del reconocimiento pontificio de la Fraternidad de CL (ver aquí, pp. 633s). En vísperas del evento, hablando a los responsables del movimiento, Giussani les dirigió una recomendación: «Puesto que todo lo da Cristo y puesto que Cristo está en el origen de todo lo que se pueda hacer ante todo lo que se abre delante de nosotros, amemos a Jesucristo. No amemos a la mujer, no amemos a los hijos si no es por Cristo. Gracias a vosotros que os jugáis la vida, como por lo demás yo también»²⁰.

Para esa ocasión, Juan Pablo II escribió una larga carta: una ayuda autorizada —así la interpretó y la difundió Giussani— para «reconocer la única línea que ha seguido nuestra historia»²¹. En efecto, el Papa recorría los pasos más significativos del itinerario del movimiento, «dar gracias a Dios por lo que Él ha obrado a través de su iniciativa, reverendo monseñor, y la de los que se han unido a usted a lo largo de los años»²².

El primer aspecto que sorprendía al Pontífice era «el empeño puesto en prestar atención a las *necesidades del hombre de hoy*. El hombre jamás deja de buscar: tanto cuando se ve afectado por el drama de la violencia, o marcado por la soledad y el sinsentido, como cuando vive en la serenidad y la alegría, sigue buscando. La única respuesta que puede saciarle apaciguando su búsqueda le viene del encuentro con Aquel que es la fuente de su ser y de su obrar». A la luz de estas observaciones, Juan Pablo II reconocía que «el movimiento [...] ha querido y quiere indicar no *un* camino, sino *el* camino para llegar a la solución de este drama existencial». Y dirigiéndose directamente a Giussani, añadía: «El camino, cuántas veces lo ha afirmado usted, es Cristo. Él es el camino, la verdad y la vida, que alcanza a la persona en su existencia cotidiana. El descubrimiento de este camino sucede normalmente gracias a la mediación de otros seres humanos [...] llamados a ser un eco del acontecimiento de Cristo, a convertirse ellos mismos en 'acontecimiento'».

Y continuaba la carta del Papa: «El cristianismo, antes que ser un conjunto de doctrinas o de reglas para la salvación, es, pues, el 'acontecimiento' de un encuentro. Esta intuición y esta experiencia es lo que usted ha transmitido a lo largo de estos años a muchas personas [...]; más que ofrecer cosas nuevas, apunta a hacer redescubrir la tradición y la historia de la Iglesia, para volver a expresarla en formas capaces de hablar y de interpelar a los hombres de nuestro tiempo». En su carta a Giussani, el Papa subrayaba que la fe aparece como «una auténtica aventura del conocimiento, puesto que no es un discurso abstracto, ni un vago sentimiento religioso, sino un encuentro personal con Cristo, que da nuevo sentido a la vida». Lo documenta «la tarea educativa que en el ámbito de vuestras actividades y comunidades, muchos padres y profesores han tratado

de desarrollar» y «una activa presencia social. [...] La vuestra es también, en efecto, *una historia de obras* de cultura, de caridad, de formación y, respetando la distinción entre las finalidades de la sociedad civil y de la Iglesia, es una historia de compromiso incluso en el campo político, un ámbito que por su propia naturaleza está lleno de contraposiciones, en el que resulta arduo a veces servir fielmente a la causa del bien común»²³.

Juan Pablo II concluía renovando el llamamiento que había dirigido a Giussani y al movimiento con ocasión del trigésimo aniversario de CL («Id a todo el mundo a llevar la verdad, la belleza y la paz que se encuentran en Cristo redentor»; Roma, 29 de septiembre de 1984; ver aquí, pp. 690s): «Al comienzo del tercer milenio de la era cristiana, con fuerza y gratitud os confío de nuevo el mismo mandato. Os exhorto a cooperar con conciencia constante en la misión de las diócesis y de las parroquias, dilatando valientemente su acción misionera hasta los últimos confines del mundo»²⁴.

Fue el arzobispo Stanislaw Rylko, secretario del Pontificio Consejo para los laicos (y desde 2003 presidente del mismo dicasterio), quien entregó en manos de Giussani la carta del Pontífice. Enrico Grugnetti, el enfermero que estaba presente en el encuentro, recuerda: «Había sido una jornada muy dura para el Gius, hasta la llegada del arzobispo. La entrega de la carta fue un momento de gran emoción para todos. Giussani estaba sentado en una silla, con las manos juntas encima de las rodillas, la cabeza ligeramente inclinada y los ojos abiertos de par en par mirando hacia arriba mientras monseñor Rylko leía. Y una sonrisa que intentaba contener, humilde y contento. Poco después me dijo casi en voz baja al menos dos veces: ‘Pero ¿te das cuenta de lo que nos ha escrito el Papa?’».

Carras, que acompañaba al arzobispo, recuerda un momento de aquel encuentro: «Monseñor Rylko le dijo que Juan Pablo II rezaba por él; y don Giussani, conmovido por el gesto del Pontífice, replicó: ‘Dígale al Papa que el impacto de la fe vence sobre todas las dificultades’».

El 22 de febrero de 2002 Giussani escribía a todo el movimiento, pues consideraba que cada miembro debía ser plenamente consciente de las implicaciones que contenían las palabras del Papa: «Se abre ahora para nosotros un nuevo inicio: demostrar, volver a demostrar la verdad evidente de lo que, siguiendo la tradición de la Iglesia, hemos afirmado siempre. [...] ¡Qué trabajo imponente nace de esta carta! ¡Siempre volvemos al principio! Es algo nuevo que debe suceder, un paso extremadamente importante para nuestra historia». Giussani insistía: la carta papal invita a una responsabilidad «en la que cada uno puede participar ordenadamente, con obediencia, o bien puede resistirse. [...] Todo depende de que nuestra fatiga sea una obediencia serena, y por tanto constructiva. [...] Seguir a Cristo, amar en todo a Cristo: esto es lo que debe reconocerse como la característica principal de nuestro camino».

Su llamamiento no se dirigía a una multitud indistinta, sino a cada miembro de la Fraternidad: «La persona es responsable de toda la Fraternidad a la que pertenece, cualquiera que sea su situación actual, de salud o de enfermedad, de alegría o de prueba. [...] Dios entrega a todos la invitación a ser vanguardia para la misión». Y refiriéndose al

pasaje de la carta papal que aludía al compromiso social y político con vistas al bien común, Giussani subrayaba: «El mayor ejemplo en este sentido es el de quienes entre nosotros desempeñan las responsabilidades más importantes, incluido el campo civil, para que pongan de manifiesto la novedad propia de nuestra historia entregándose al servicio que les corresponde. Y dicha novedad no se juzga en primer lugar por el comportamiento moral del individuo, sino por el tipo de responsabilidad que advierte en su servicio a la comunidad en la que Dios le llama».

Sacudido por el renovado mandato misionero de Juan Pablo II, Giussani advirtió que «la fuerza de la misión se convierte en fuerza del martirio (testimonio)». Por eso, continuaba, «encaminémonos libremente hacia el futuro, aunque los demás puedan no aceptar lo que somos. *Pidamos a la Virgen por nuestras miserias y por las del mundo*», conscientes de que en la aventura de cada día «el mayor pecado es que siga habiendo en nosotros cierto desinterés con respecto a la fidelidad de Dios a nuestra historia»²⁵.

Durante el Consejo Nacional de CL del 2 de marzo de 2002 Giussani volvió sobre la responsabilidad del testimonio que implicaba la carta de Juan Pablo II, y que aclaraba la naturaleza de los vínculos que se establecían en el movimiento: «No podemos ser amigos, [...] si no es por Cristo, al que tenemos que confiar [...] lo que somos, lo que hacemos, y lo que tenemos, lo que todavía no somos». Indicó también la actitud personal que había que asumir frente a la realidad: «Ayudémonos a levantarnos todas las mañanas de tal forma que nada nos defina más que la mirada de Cristo»²⁶.

Durante una reunión en marzo de 2002, Giussani volvía sobre el tema del «nuevo inicio» hacia el que la carta pontificia impulsaba a todo el movimiento, advirtiendo que no se trataba de inventar nada: de hecho esta expresión no «significa que nosotros hagamos algo nuevo», porque «el nuevo inicio es el renovarse de la presencia, de una presencia: es una presencia que se impone»²⁷.

El Vía Crucis en la Zona Cero

Del mismo tono fue el saludo que Giussani envió el 10 de marzo de 2002 a los *Memores Domini* de Estados Unidos, al final de su retiro cuaresmal, que él había querido seguir por videoconferencia: «No os conozco uno a uno, pero os amo uno a uno. Es el resultado visible, tangible, humanamente experimentable y cotidianamente vivido del pensamiento de Cristo. [...] Os invito a este ímpetu del corazón que Dios enciende en mí y que, con vuestra ayuda, nos sostendrá mañana y pasado mañana, en el futuro y para la eternidad. [...] Lo que llevamos dentro de nosotros es para el mundo y para la eternidad»²⁸. Esto significa también que la experiencia cristiana no está destinada a quedarse confinada en el interior de un grupo, sino a mostrar su rostro públicamente, en todas partes.

Es lo que sucedió el 29 de marzo de 2002 en Nueva York, donde desde hacía siete años se celebraba el *Vía Crucis* del Viernes Santo, organizado por la comunidad local de CL. El recorrido partía de Brooklyn y, atravesando el puente del mismo nombre, llegaba hasta Manhattan. A la altura del City Hall, el edificio del ayuntamiento de Nueva York,

el alcalde Michael Bloomberg bajó a la calle y dirigió un saludo a la multitud: «Hace seis meses perdimos a cuatrocientas personas, hombres y mujeres que vencieron el miedo instintivo para entrar corriendo en los edificios en llamas y salvar a otras 25.000 personas. [...] Vuestro grupo es un ejemplo del tipo de dedicación que tiene la gente de esta ciudad»²⁹. Esta vez el *Vía Crucis* no terminó allí, sino que prosiguió hasta la Zona Cero, frente al inmenso cráter provocado por el atentado del 11 de septiembre.

Informado de la iniciativa, Juan Pablo II envió un mensaje a los organizadores y a los participantes: «En comunión de oración estaré junto a todos los que se reúnen hoy para el *Vía Crucis* que partirá de la catedral de St. James en Brooklyn y terminará en la Zona Cero, recordando delante de Dios a los difuntos y a todas las personas y familias afectadas por la terrible violencia del pasado 11 de septiembre. [...] La cruz de Cristo se alza como la palabra divina más profunda, que expresa el amor de Dios por la humanidad: cuando somos débiles, entonces somos fuertes (cf. 2 Co 12,10), por la potencia de Cristo. Invoco esta fuerza de amor, justicia, perdón y paz para el pueblo americano y para el mundo entero en la celebración de los misterios de nuestra redención»³⁰.

Giussani hizo saber a los amigos americanos que aquel mensaje era «el testimonio que ha dado el Santo Padre a todo el movimiento y a todo el mundo; potente y magistral testimonio de la positividad de la fe cristiana en este mundo violento y desesperado. Por medio de la cruz de Cristo se yergue la verdad y la fuerza del amor de Dios invencible ‘en la justicia, en el perdón y en la paz’»³¹. En su crónica de aquel día, el periodista de *The New York Times* Andy Newman escribió que las personas «caminaban con la esperanza de que, insertando la Vía dolorosa de Cristo en la geografía de la tragedia actual, fuera posible encontrar un poco de consuelo y un sentido para lo que había ocurrido, ateniéndose a los fundamentos de la fe cristiana: la muerte y la resurrección del Señor»³².

El 21 de abril de 2002 Giussani contó a un grupo de *Memores Domini* que, leyendo el breviario, le había llamado la atención la importancia que tenía algo «que, de por sí, podría no decirnos nada nuevo: es la palabra ‘Ven’», que concluye el último libro de la Biblia, el *Apocalipsis* de san Juan apóstol. Esa palabra es de capital importancia, porque indica que «el hombre está incompleto» y que «ser consciente de ello está en la base de todo».

Aludiendo a su estado de salud —que en esos días era particularmente precario—, añadió: «Lo que el Señor me concede en este tiempo y que el pasaje del Apocalipsis describe [...], es la única explicación que podemos obtener y que, cual viento, puede llevarnos a surcar los mares del mundo con una velocidad sin par». Pero esto sucederá con una condición, que cada uno dé su respuesta: «Sí, ven»; o bien: «No»³³.

El profesor Luigi Minetti, el médico que atendía a Giussani en esa época, recuerda que «ni siquiera en las jornadas en que estaba más agotado físicamente perdía la esperanza de alguna mejora, participando de modo activo en las terapias que una y otra vez se le practicaban». Esto le permitía a Giussani retomar en parte su actividad, como subraya

siempre Minetti: «En cuanto le era posible se dedicaba a la lectura o bien a escribir, se reunía con colaboradores y pequeños grupos de personas, o intervenía por videoconferencia en reuniones del movimiento. Si lo comparamos con los años anteriores, es cierto que su movilidad reducida le impedía salir a menudo de casa, y también era rarísimo que participase personalmente en encuentros públicos. No obstante, yo le veía feliz de estar todavía activo y de poder seguir la vida del movimiento, acompañándola con breves aunque intensas intervenciones». Como ocurrió con ocasión de los tradicionales Ejercicios espirituales, al comienzo de mayo.

«Mujer, ¡no llores!»

Del 4 al 6 de mayo de 2002 Giussani siguió en directo desde Gudo Gambaredo los Ejercicios de la Fraternidad de CL, sobre el tema «Aun viviendo en la carne, vivo en la fe del hijo de Dios», predicados también esta vez por Stefano Alberto y Julián Carrón. El domingo 6 por la mañana intervino por videoconferencia. Sus palabras estaban destinadas a dejar una profunda señal en la vida de los miles de personas que le escuchaban.

Giussani evocó uno de los episodios más conocidos de la vida de Cristo: «Aquella tarde Jesús fue interrumpido... Tuvo que detener su camino hacia el pueblo adonde se dirigía [...] un llanto hondo de mujer, con un grito de dolor que traspasaba el corazón de los presentes, pero que primero traspasó el suyo, que llegó al corazón de Cristo. ‘Mujer, ¡no llores!’’. Jamás la había visto, no la conocía. [...] ¿Qué ayuda podía encontrar aquella mujer en las palabras que Jesús le decía? Cuando volvemos a casa, mientras subimos al autobús o al tren, cuando nos fijamos en el atasco de los coches por la calle o reparamos en el torbellino de cosas que interesan a la vida de miles y miles de hombres, de cientos de miles de hombres... [...] le alcanzó el llanto. ‘Mujer, ¡no llores!’’, como si nadie la conociera mejor, ¡como si nadie la reconociera más intensamente, más completa y decisivamente que Él!».

Ocurrió hace dos mil años, pero ocurre también ahora. Decía, en efecto, Giussani: «Este es el corazón que ilumina nuestra mirada, que la pone ante la tristeza, ante el dolor de todos aquellos con los que nos relacionamos. [...] ¡Qué inimaginable es que Dios —‘Dios’, aquel que hace el mundo en este momento—, al mirar y escuchar al hombre, pueda decir: ‘Hombre, ¡no llores!’’, ‘Tú, ¡no llores!’’, ‘No llores, ¡porque yo no te hice para la muerte, sino para la vida! ¡Por ello te traje al mundo y te rodeo de una compañía grande de gente!’».

Y mirando a través de la pantalla de televisión a los miles de personas reunidas en Rímini para los Ejercicios, Giussani exclamó: «Hombre, mujer, chico, chica, tú, vosotros, ¡no lloréis! ¡No lloréis! Existe una mirada que os penetra hasta los tuétanos y un corazón que os ama hasta la profundidad última de vuestro destino, ¡un corazón y una mirada que nadie puede desviar, o impedir que manifieste lo que piensa y siente, una mirada que nadie puede invalidar!». Y continuó: «La gloria de Dios, la grandeza de Aquel que hace las estrellas del cielo y que pone en el mar, gota a gota, todo el azul que

lo define, es el hombre que vive. Nada puede suspender ese impulso inmediato de amor, de adhesión, de estima y de esperanza en Él. [...] ¡Nadie puede impedir la seguridad de un destino misterioso y bueno! [...] ‘Tú, no te he visto nunca, no sé quién eres: ¡no llores!’», porque la gloria de Dios es «cada hombre que vive: el hombre que vive, la mujer que llora, la mujer que sonríe, el niño, la mujer que muere madre».

Giussani se despedía de su gente confiando en no desear otra cosa: «Nosotros no queremos más que esto, que la gloria de Dios se manifieste ante el mundo entero y alcance todos los rincones de la tierra: las hojas y las flores, todas las criaturas y los corazones de todos los hombres. No nos hemos visto nunca, pero esto es lo que vemos entre nosotros, lo que sentimos entre nosotros. ¡Adiós!»³⁴.

Entre los muchos destinatarios de este mensaje, estaba también en Rímini Alessandro Banfi (periodista de Mediaset), quien al volver de los Ejercicios escribió a Giussani: «Tu ‘adiós’ en los Ejercicios me ha conmovido para mi bien y el de mis amigos. Quería decirte que sigo aquí. [...] Y me he acordado de nuevo de todo lo que a través de ti y del movimiento me ha tocado en la vida: tu inexplicable predilección cuando yo era un chico presuntuoso y aventurado. Tu atención cuando María perdió el primer niño. ¡Y todas las demás veces! Qué gran fortuna hemos tenido en nuestra vida. Una fortuna que cuando se renueva, se impone y lo barre todo. Barre la vejez y el desencanto, la tentación de creer que, como escribe Primo Levi, no se puede perdonar: ‘No conozco actos humanos que puedan borrar una culpa’. Muchas veces en estos años me he devanado los sesos pensando en todos los errores cometidos. Pensamientos que al final me han vuelto peor. Gracias, don Giuss»³⁵.

Antes de la pausa estival, la mañana del 29 de junio de 2002 tuvo lugar en Milán el Consejo Nacional de CL, durante el cual Giussani propuso las reflexiones que le había suscitado la lectura del salmo 63: «Mi alma está unida a ti y tu diestra me sostiene»³⁶. Parafraseándolo, dijo: «En ti se condensan y se ordenan todos los deseos que tenemos, la fascinación que producen en nosotros todas las cosas. [...] Tú eres el ser de las cosas». No obstante tenía que admitir que «todo es contrario a esto, porque todo tiende a deshacerse en circunstancias que, por importantes que sean cuando suceden, son al menos igualmente inútiles cuando se van en silencio»³⁷.

Por esto Giussani encontraba precioso el versículo bíblico, porque describe «la consistencia de Dios: qué es el yo y qué es una sociedad finalmente verdadera, que tenga en sí la fuerza para mantenerse activa y victoriosa sobre todo». Que esa frase del salmo «gobierne todas nuestras jornadas y nuestra comunicación con los demás, con los hermanos, con los hijos, con los seres humanos», recomendaba Giussani, invitando a no olvidar que «la Virgen María es el brotar victorioso de esta humanidad real»³⁸.

«Que la experiencia del Misterio vuelva a la gente-gente»

Mientras se celebraba en Rímini el Meeting por la amistad entre los pueblos, el 22 de agosto de 2002 el diario *Libero* publicó el texto de una conversación que Renato Farina

y algunos amigos habían mantenido con Giussani algunos meses antes, y que el periodista había obtenido el permiso de transformar en una entrevista: «¿No adviertes que tu yo se deshace cuando no mendiga el Ser?», empezaba Giussani, «El Ser quiere implicarnos, toma entre sus manos nuestra confusión, como la madre que escucha la voz del niño, y se comunica a nosotros. [...] Sin Cristo las cosas se desharían en migajas, el yo vagaría perdido»³⁹.

Giussani se estaba dando cuenta cada día más de que «el Ser es Misterio, Misterio existente», pero también de la situación trágica en que vive el hombre que no lo reconoce: «Puesto que el Ser es Misterio no se le puede reconocer si no se le ama. ¡Si no es amado! Porque el amor, ¿qué es? Distanciarse completamente de uno mismo para entrar en un tú. [...] Además, el Ser es caridad. El Misterio que nos hace existir, que nos rodea, que suscita nuestras preguntas y nuestros deseos, y que se propone desde todas partes, es caridad. [...] Te ves envuelto en un torbellino que sucede ahora, y que tiene una historia, pero la historia se reanuda siempre *hic et nunc*. [...] Y de esto nace una civilización. En caso contrario nos barren»⁴⁰.

Si esto no se advierte, proseguía Giussani, esto es, «sin el reconocimiento del Misterio vivificante, el individuo se apaga y muere. Nuestra esperanza, la salvación de Cristo, no puede ser algo que hemos leído y sabemos repetir bien. Un planteamiento más o menos edificante o moralista, porque a esto se reduce con frecuencia el anuncio. Habría que hervir...», pero esto no sucede porque «ya no se ve que la fe alcance a ser principio interpretativo de las cosas». Y también fuera de la Iglesia «ya no se percibe la esencia del camino religioso humano». No obstante, «los judíos más conscientes lo saben: me ha llegado un mensaje del rabino de Nueva York que llama a Comunión y Liberación ‘el resto de Israel’. Yo creo que, si no se produce antes el fin del mundo, cristianos y judíos podrán ser una sola cosa en sesenta o setenta años»⁴¹, dijo, suscitando no poca sorpresa.

En un contexto en el que era como si ya no se esperase nada, a Giussani le gustaría «que la participación de la presencia del Papa en la historia de hoy consuele y anime a los cristianos: bastaría solamente con obedecer y ponerse en movimiento de nuevo, con verse arrastrados por un torbellino, y en cambio...». En cambio, los cristianos con frecuencia «se creen buenos porque una vez comprendieron, y se refieren a la apariencia como si pudieran salvarse con el discurso y la coherencia». Antes que a este género de fieles, Giussani prefería a «muchos que no son cristianos, porque son conscientes del mal y de su incapacidad de seguir el bien que sin embargo presienten». En otras palabras, declaraba preferir «ciertos temperamentos que se agitan en el mundo y esperan una paz que no llega, y los prefiero a esos católicos que se construyen un sistema en donde descansar su supuesta fe y su supuesta caridad. En ellos, Cristo es como una momia y, lo que es peor, creen que le conocen»⁴². Palabras duras, que Giussani sopesaba antes de pronunciarlas.

Entre tanto el mundo estaba en llamas, y había que preguntarse qué tenía que decir Giussani sobre un tema como la guerra. Una mañana, hojeando los periódicos, pensaba en «Bush y en los jóvenes americanos que EE UU ha enviado a Afganistán. Quién sabe cómo se sentirá al conocer las noticias que le llegan de vez en cuando acerca de los que

han muerto. Quizá piense: ‘La muerte de estos jóvenes es culpa mía, porque soy yo quien manda el ejército. Pero para salvar a la nación no tengo más remedio que actuar así contra los talibanes’». Si hubiera tenido oportunidad para ello, Giussani le habría dicho al presidente americano: «No eres tú quien salva a la nación»⁴³.

Frente a todo lo que sucedía, para Giussani la preocupación mayor tenía que ser alcanzar una experiencia renovada del Misterio: «Que con palabras sencillas la experiencia del Misterio retorne a la mayoría, a la gente-gente. El único punto de inteligencia es estar en medio de los hombres. [...] Hace falta un impulso generativo en el que implicar a amigos y enemigos. [...] Nosotros los cristianos somos los únicos que podemos penetrar culturalmente en la masa, no hablando para las élites sino dentro de la gente dispersa, esa que enciende la televisión, que va a la escuela y se encuentra con profesores a quienes no les importan nada los alumnos»⁴⁴.

Giussani pasaba gran parte del día leyendo el breviario, y percibía que estaba lleno de la exaltación de la Virgen, en la que se manifiesta la carnalidad del cristianismo. La figura de aquella joven mujer «se opone también hoy a la negación de todo, a ese nihilismo que caracteriza al mundo posliberal». Descubrir que Dios se encarnó en ella hace que todo se convierta «en parte de ese descubrimiento: la primera página del periódico, el número de cabellos de la persona a la que amas. [...] Y esto me hace estallar de contento. No me asusta mi límite, es la demostración más fantástica de la existencia de Dios, que se manifiesta en negativo, como carencia mía». Sin embargo, para muchos el límite y la crueldad de la naturaleza son una objeción que arroja una sombra sobre Dios. Giussani respondía: «Cuando tu madre te tomó en brazos, y dijo tu nombre, ahí se manifestó el Misterio. ¿Cómo puedes ser tú quien lo mida, quien lo juzgue? [...] Dentro del Misterio incluso la anchoa que se ha comido el atún encuentra su redención. El que ha experimentado el abrazo de Cristo lo sabe; el que no, que no cierre la puerta, que pida a Dios que le revele su rostro»⁴⁵.

La conversación llegaba a su fin, pero hubo tiempo para una última recomendación que Giussani le confió a Farina: «A vosotros los periodistas os pido que seáis conscientes de que estáis en la raíz de la conversión del mundo; probad a ser los potentes provocadores de la vida común de los hombres»⁴⁶.

«La esperanza es una —¡una!—»

El saludo de Giussani por videoconferencia, al cierre del Meeting de Rímini, el 24 de agosto de 2002, llegó a los miles de personas que estaban en el auditorio de la Feria cuando estaban ya de pie al término de la presentación de su último libro, *Dal temperamento un método* (edición española, *De un temperamento, un método*, Encuentro, Madrid 2008). Sin que hubiera sido programada, su intervención fue la ilustración en directo de lo que significaba ese título: «Lo que quiero deciros es casi una revancha, más clara y más profunda, sobre lo que a veces se pueda pensar acerca de la aparente inutilidad de la vida, de la aparente negatividad de nuestros proyectos. [...] La poesía más hermosa que hay es la de Dante Alighieri en el *Paraíso*, el himno a la

Virgen. Un himno al que nadie ha prestado atención durante siglos y que ahora quizá algún que otro devoto discípulo de Benigni recuerde».

Giussani leyó, pues, el Canto XXXIII del *Paraíso*: «Virgen madre, hija de tu Hijo [...] eres fuente viva de esperanza», para subrayar que «la esperanza es la única estación en la que el tren de lo eterno se detiene un instante». Y continuó: «La figura de la Virgen es precisamente la imagen de la esperanza, la certeza de que dentro de las estancias del universo —que dirían los medievales— brota un agua que se oye fluir, que mana día tras día, noche y día». Deseaba a todos que esa fuente viva fuera «cada mañana —todas las mañanas— el sentido de la vida más inmediato, agudo y tenaz que tengamos». Después reconoció: «Somos amigos por esto. ¡Sigamos siéndolo! ¿Cómo seguir siendo amigos? Lo somos solo por esto».

Su avanzada edad no le impedía reconocer un hecho: «Quería decir que, incluso en la decrepitud de mis años, la esperanza es una —¡una!—. [...] Desde hace años me resultan familiares estos pensamientos: espontáneamente me veo como sobresaltado por una alegría que, aunque dure unos instantes, dura instantes que hacen emerger la verdad de toda la vida. [...] Es evidente que no hay nada seguro fuera de esto»⁴⁷.

Estas preocupaciones volvieron también algunos días después, en la dramática intervención que tuvo Giussani durante los trabajos del Consejo internacional de CL, el 27 de agosto en La Thuile: «Espero que el Señor me conceda el gozo de experimentar diariamente, más que antes, lo que significan ciertas palabras. [...] Quizá -mejor, sin 'quizá'- desde este punto de vista, la muerte que se acerca resulta algo provocador. [...] Las palabras cristianas no existían y ahora existen»; por eso todos pueden hablar hoy de fe, esperanza y caridad, pero «aunque se haya recorrido un tramo de camino, solo cuando uno se ve afectado personalmente -es como el silbido de una piedra, de una piedra misteriosa que nos roza-, comprende y dice de verdad: fe, esperanza y caridad»⁴⁸. Testimoniando en primer lugar ante sí mismo lo que decía, Giussani quería que los responsables del movimiento evitaran caer en esa actitud que hace que se repitan las palabras cristianas como algo que se da por descontado, como algo obvio.

La Jornada de apertura de curso de los adultos de CL en la diócesis de Milán, el 21 de septiembre de 2002 en el Fórum de Assago, estuvo marcada por el «gracias a Dios» de Giussani, pronunciado en vísperas de sus ochenta años «delante de todos vosotros, de los que conozco, y de la inmensa mayoría que no conozco todavía, pero con los que estoy destinado a vivir la eternidad. Una eternidad que está presente en cada uno de nosotros y entre nosotros, que día tras día vence la desolación a la que el hombre se abandonaría».

Después dijo dirigiéndose a sí mismo: «Todas las mañanas de mis días, yo me exhorto —siempre lo hice— a pedir a Dios, es decir, a ser como un niño. Porque ser niño significa reconocer al ser que nos aferra por completo y aceptar la posesión que Otro tiene de nosotros». Deseó a todos que «la oración sea, en los confines de nuestro horizonte humano, la avanzadilla de nuestra persona, de nuestra humanidad que va a la batalla, porque la condición de la lucha es inexorable e inevitable en la vida. Es más, para el Señor implicó subir a la cruz. [...] Que ningún error, que ninguna reincidencia en nuestros errores nos detenga. Que no nos detenga, porque Dios es misericordia».

La intervención terminó con una invocación: «¡Virgen María, madre del Hijo, tú que fuiste madre de tu hacedor, asístenos! Nosotros, hijos tuyos, queremos seguirte; nacer de ti, renacer al sabor de tu perfume y de tu rostro. Ayúdanos, madre nuestra, a estar seguros ante la jornada que nos toca vivir: dolor o alegría; dolor y alegría»⁴⁹.

Aquel mismo día Giussani envió un mensaje en nombre de los quince mil miembros de la Fraternidad de CL de la diócesis ambrosiana al cardenal Dionigi Tettamanzi, que el domingo 29 de septiembre iba a hacer su ingreso en Milán: «‘Bendito el que viene en nombre del Señor’. [...] Expresamos el deseo de una profunda comunión en el urgente impulso misionero para llevar a Cristo al hombre de nuestro tiempo. A tal fin entregamos a vuestro corazón de padre nuestras personas, con el único deseo de servir en vos al acontecimiento de Cristo presente, *Redemptor Hominis*. Nos sostiene la humilde certeza de una fe vivida como respuesta razonable a nuestra exigencia de felicidad, que compartimos con nuestros hermanos los hombres. Rezamos a Nuestra Señora de Caravaggio ‘fuente viva de esperanza’, e invocamos el Espíritu Santo sobre la Iglesia, para que efunda sus dones antiguos y siempre nuevos a fin de que hagan viva y penetrante en nuestras familias, y por tanto en todos los ambientes, la auténtica tradición ambrosiana»⁵⁰.

El nuevo arzobispo le respondía el 25 de septiembre con palabras cargadas de afecto: «Quiero darte las *gracias* por el compromiso espiritual y pastoral con el que trabajas en la viña del Señor, anunciando su Evangelio y testimoniando su amor compasivo y servicial a todos. Es un *gracias* todavía más sincero y sentido, cuando pienso en las dificultades, en los esfuerzos, en las desilusiones e incluso en los rechazos que no pocas veces pesan sobre tu trabajo cotidiano. [...] Pidamos juntos al Señor una gracia sencillísima y formidable: que se mantenga siempre viva en nosotros *la alegría de ser sacerdotes*. [...] Me confío a tu *oración* para que pueda cumplir cada día, con humildad y generosidad, la voluntad de Dios para el bien de nuestra Iglesia ambrosiana. Confía también tú en mi oración por ti, por tus familiares y por cuantos se han confiado a tu corazón sacerdotal»⁵¹.

«Para mí todo se ha desarrollado con la más absoluta normalidad»

La percepción del primado de la iniciativa de Dios en la vida del hombre se puso nuevamente de manifiesto en la entrevista que Giussani concedió a Dino Boffo, director del *Avvenire*, el 13 de octubre de 2002. Era el homenaje del diario de los obispos por los ochenta años del fundador de CL. Boffo escribió: «Carisma. Este hombre lo tiene para dar y tomar, y lo reconocen incluso los que se mantienen escépticos ante su mensaje. Y ahora que es anciano y está debilitado, más que nunca es una sola cosa con su carisma, está penetrado y cautivado por él»⁵². A continuación le preguntaba cómo era la vida a esas alturas. Giussani veía que se cumplían en él las palabras de su poesía predilecta de Ada Negri *Mia giovinezza*: «No te he perdido. Te has quedado, en el fondo / de mi ser. Eres tú, pero eres otra: / más bella. / Amas, y no esperas ser amada: ante cada / flor que se abre o fruto que madura / o párvulo que nace, al Dios de los campos / y de las estirpes

das gracias de corazón»⁵³.

Su existencia, le hacía notar Boffo, se había desenvuelto bajo el signo de la urgencia, del tiempo que corre veloz; Giussani deseaba que se hubiera desarrollado «según lo que Dios deseaba de ella». Se podía decir, no obstante, que se había desenvuelto bajo el signo de la urgencia porque «toda circunstancia, o mejor, cada instante, ha sido para mi conciencia cristiana búsqueda de la gloria de Cristo». Y recordaba una frase pronunciada pocas semanas antes por el cardenal Tettamanzi, en la ceremonia de su ingreso en Milán: «Los hombres y las mujeres de nuestro tiempo, aun inconscientemente, nos piden que les ‘hablemos’ de Cristo, más aún, que se lo ‘mostremos’». Y la comentó con estas palabras: «Jesucristo, su gloria humana en la historia, es el único signo positivo en medio del mundo que, de otro modo, sería un moverse absurdo de tiempo y espacio. [...] La vida está llena de nulidad y negatividad, y Jesucristo es el desquite. Esto lo tengo claro». Así que «la esperanza es la certeza por la que se puede respirar en el presente, por la que se puede gozar en el presente»⁵⁴.

El director del *Avvenire* le preguntó si había habido un momento en los primeros decenios de su vida en que Giussani hubiera tenido el presentimiento de todo lo que iba a surgir de su actividad y de su método educativo. Su respuesta fue desarmante: «Todo se ha desarrollado para mí en la más absoluta normalidad, y solo las cosas que sucedían, mientras sucedían, me suscitaban asombro, ya que era Dios quien las obraba haciendo de ellas la trama de una historia que acontecía, y acontece, ante mis ojos. He visto el acontecer de un pueblo, en nombre de Cristo, protagonista de la historia». Conociendo un poco sus vicisitudes, ¿quién se atrevería a decir que la vida de Giussani se había desarrollado bajo el signo de la más absoluta normalidad? Y sin embargo, hacia el final de sus años, no encontraba otra explicación, tan evidente era en él la convicción de que era Dios quien obraba todo a través de las circunstancias de su existencia.

Boffo quiso saber de Giussani cuáles eran la alegría y la dificultad mayores que experimentaba al guiar un pueblo como el de CL. Para responder habló de inteligencia y de caridad: «La mayor alegría y, a la vez, la mayor dificultad en la guía de un pueblo está en pedir sincera y continuamente a Dios, y por tanto al Espíritu y a la Virgen, luz para la propia inteligencia y fuego ardiente para la propia caridad frente a todos los problemas que surgen en el corazón de cada hombre, ante los acontecimientos que el Misterio de Dios permite que sucedan, problemas que se imponen al corazón y al trabajo de cada uno en el lugar en que se encuentra».

¿Cómo reza y cuál es la invocación más frecuente que pronuncia Giussani durante la jornada? «Mi oración es la liturgia y la repetición continua de una fórmula: *Veni Sancte Spiritus, Veni per Mariam*. Todo el cristianismo está ahí. Dante habla en su himno a la Virgen del ‘calor’ del vientre de la Virgen: pensar que desde ahí se proclama el Misterio es verdaderamente lo más misterioso, y solo en la experiencia de una comunión vivida se puede empezar a comprender algo de este inefable misterio de Dios». Precisamente esto es lo que había hecho que Giussani se familiarizara con este descubrimiento: «Yo no he hecho nada, soy un cero. Todo lo hace el Infinito, y nosotros no haríamos nada si no se nos concediera».

Giussani cumplía ochenta años, y para Boffo era inevitable que estuviera pensando en su sucesión: ¿qué espera de quien recoja su testigo? «Espero de la Misericordia de Dios y de la Virgen una persona que responda coherentemente a los contenidos de las últimas preguntas»⁵⁵ que había planteado el periodista.

Giussani también habló de su cumpleaños con Jone. Durante una sesión de fisioterapia le confió: «¿Sabes lo que he comprendido a mis ochenta años? Que la misericordia no es el perdón, sino el amor en el origen. ¿Has leído el *Miguel Mañara*? Cuando Miguel Mañara le confiesa al abad todos sus pecados, en un momento dado el abad le interrumpe y le dice: ‘Basta, ¡esos pecados no han existido jamás! ¡Solo Dios es!’ . Antes, esto me parecía una exageración, pero por fin he comprendido, ¡he comprendido!». Para ser todavía más claro le ofreció dos ejemplos. El primero: «En aquella dramática escena, cuando Judas se presentó ante Jesús en el huerto de los olivos, la primera palabra que Jesús le dijo fue ‘amigo’. No le dijo: ‘Te perdono lo que estás a punto de hacer’. Afirmó primero el amor, para mover la libertad del otro». El segundo ejemplo era este: «Cuando Jesús estaba en la cruz y el buen ladrón le dijo: ‘Acuérdate de mí cuando estés en tu reino’, no le dijo: ‘Has pecado, pero yo te perdono’, sino que inmediatamente le respondió: ‘Hoy estarás conmigo en el paraíso’». Estos dos episodios asumían a los ojos de Giussani este significado: «Él nos ama antes de cualquier mérito nuestro»; por eso le dijo a Jone que «la misericordia es el amor en el origen».

Las felicitaciones del Papa y de Riccardo Muti por sus ochenta años

El 15 de octubre de 2002 y durante los días inmediatamente posteriores Giussani recibió más de dos mil faxes, e-mails, cartas y telegramas de todo el mundo. Empezando por la felicitación de Juan Pablo II, que daba gracias al Señor «por todos los beneficios que le ha concedido Él en estos ocho decenios de crecimiento humano y espiritual». Quería «abrazar en una única mirada estos ochenta años para confiárselos a María, nuestra Madre del cielo, a la que siempre ha indicado a todos como camino privilegiado para encontrar a Jesús y servirle fielmente».

Después recorría idealmente con Giussani los años de su infancia, «pensando en el ejemplo y la ayuda que le brindaron sus padres»; los del seminario, «durante los cuales conoció a maestros que contribuyeron a su formación humana y espiritual»; y después los años de la enseñanza «con el nacimiento y desarrollo del movimiento de Comunión y Liberación» y los de la «rápida difusión en muchos países de la obra de la que es fundador». El Papa se detenía «con singular participación en los años más recientes vividos bajo la prueba de la enfermedad». Por todo esto, escribía, «le agradezco el testimonio de confiada adhesión a la Voluntad divina, que usted no ha dejado jamás de ofrecer al movimiento y a la Iglesia»⁵⁶.

El 15 de octubre Giussani recibió una felicitación muy particular, además de absolutamente inesperada. El maestro Riccardo Muti (en aquella época director musical del Teatro de la Scala) firmaba la Introducción del libreto adjunto al CD titulado «Spirto Gentil», publicado por sorpresa justamente para su octogésimo cumpleaños en la

homónima colección musical: se trataba de una recopilación de las arias de ópera que más le gustaban a Giussani, empezando por una grabación antigua de aria «Spirto gentil» de *La favorita* de Donizetti. Esto es lo que le escribía el maestro Muti: «Querido monseñor Giussani, quiero participar en la celebración de sus ochenta años con mi felicitación. Y decirle simplemente ‘gracias’ por lo que ha dado usted a la música, indicándola a muchos jóvenes como la experiencia que más nos comunica el misterio, como camino para la búsqueda de la felicidad. Es un misterio que no necesita palabras, que nos aferra en lo profundo. ¿De dónde llega? En mí permanece esta pregunta y se la confío a usted, mientras que quiero compartir con usted estos versos de Dante, en el Canto XIV del *Paraíso*, que han marcado mi vida. ‘Y como giga y arpa, en tensión templada / de muchas cuerdas, hacen dulce canto / hasta para quien no entiende notas, // así de las luces que allí aparecieron / cruzaba por la cruz una melodía / que me arrobaba sin entender el himno’. Con afecto. Suyo, Riccardo Muti»⁵⁷. Al ver el primer ejemplar del CD Giussani se quedará conmovido y agradecido de que el gran director de orquesta le hiciera el regalo de unas palabras suyas tan significativas.

El día de su cumpleaños algunos universitarios de Medicina de Milán fueron a Gudo Gambaredo para entregarle a Giussani un simpático regalo que provocó en él una divertida sorpresa: un pequeño scooter —un Si de la Piaggio de color azul—, con la inscripción «Sí de Pedro» en el depósito, y en el portapaquetes una señal de carretera limitando la velocidad a los 80⁵⁸. Durante la conversación en la mesa, uno de ellos, Tommaso Mauri, le planteó a Giussani una pregunta que le había dirigido algunos días antes una amiga que estudiaba en la Universidad de Nueva York: «¿Qué quiere decir vivir y testimoniar lo que he encontrado aquí en la universidad, en clases donde no conozco a nadie y donde los chicos tienen como ideal de relación la indiferencia hacia todo lo que es nuevo?». Giussani le sugirió responderle que «esta es la condición normal, más aún, privilegiada, con la que Dios nos elige». Y añadió: «Dile que se preocupe solamente de responder a lo que Dios le pide en este momento. Dios tiene un punto firme invencible para darnos una responsabilidad: el instante, en su concreción absoluta. Dios nos pide seriedad, verdad y belleza en lo que hacemos».

Giussani había vivido la misma experiencia de soledad, y precisamente en Estados Unidos (ver aquí, pp. 386ss); debido a eso invitó a Tommaso a decirle a Federica, su amiga de Nueva York, estas palabras: «Dile que piense en aquel [don Giussani] cuando fue por primera vez en avión a Norteamérica solo. [...] Imagina ahora que un ángel le dijera a su colega (el ángel custodio de don Giussani): ‘¿Cómo es que estás aquí? ¿Qué has venido a hacer?’. ¿Qué le habría respondido? Que Dios se desvela, que actúa, a través de condiciones concretas imprevisibles, en absoluto previstas».

Giussani le ofrecía otra sugerencia práctica: «Que al comienzo del día, y después en cada momento del día, la oración, el rezo del Ángelus sea pedir a Dios vivir ese momento, el instante presente, cada instante, para el objetivo para el que nos lo da. Lo dices una vez, dos veces, tres veces, y se crea una historia». Giussani le invitaba a no tener prisa, y pensando de nuevo en su historia, dijo: «De este modo, la respuesta del ángel custodio a su colega —‘¿cómo es que estás aquí?’— aparece ahora. Yo he

necesitado cuarenta años para verla. [...] A nosotros Dios nos pide sinceridad en la adhesión con respecto a los objetivos para los que nos ha elegido, en todas las circunstancias»⁵⁹.

El 21 de octubre de 2002 Giussani escribía a mano una nota que *Tracce* reprodujo en la primera página del número especial que recogió una parte de la miríada de mensajes de felicitación que había recibido desde todo el mundo: «A todos los que con un ‘gracias’ sencillo y profundo han embargado mi corazón con su humanidad y su fe, les ofrezco mi testimonio fraternal y renuevo la súplica de que el gran Señor recompense su bondad y su piedad»⁶⁰.

«No doctrina cristalizada, sino eco de un acontecimiento vivo»

A los diez años de la publicación del *Catecismo de la Iglesia Católica*, la Congregación para la doctrina de la Fe y la del clero organizaron un congreso internacional que tuvo lugar en Roma del 8 al 11 de octubre de 2002. Giussani envió una intervención escrita⁶¹.

La contribución partía de una constatación preliminar: para comprender el valor del texto promulgado por la Santa Sede era decisivo compararlo con el nacimiento y la difusión del Evangelio, «que nunca ha sido la mera proclamación de un contenido doctrinal, sino la propuesta de una experiencia de vida, dentro de una comunidad humana, la cual ciertamente albergaba y custodiaba con fidelidad todo el contenido revelado, guiada por la autoridad de los apóstoles». En este punto Giussani se refería al *Directorio General para la Catequesis*, según el cual «los discípulos tuvieron experiencia directa de los rasgos fundamentales de la pedagogía de Jesús, relatándolos luego en los Evangelios»⁶².

El problema de toda catequesis, escribía Giussani, es seguir el método que utilizó Cristo. A propósito de esto recordaba que el cardenal Ratzinger, al presentar en 1993 el nuevo *Catecismo de la Iglesia Católica*, había afirmado: «La fe es una obediencia de corazón a la forma de enseñanza a la que hemos sido confiados»⁶³. Por eso, proseguía Giussani, «el encuentro con Cristo no puede reducirse al resultado de un estudio o de nuestra interpretación, sino que se presenta como una evidencia de nuestra experiencia; el encuentro no es una construcción intelectual, no es una teoría, sino que es un hecho ineludible». En consecuencia, el contenido de la fe «debe ser presentado siempre por un *testigo* y acompañado de una experiencia». De este modo, «a través de la carne del testigo, las verdades del catecismo no se convierten en doctrina cristalizada, sino en eco de un acontecimiento vivo, de un encuentro totalizador que posibilita que el Misterio de Cristo permanezca en la historia»⁶⁴.

Respecto a los contenidos del *Catecismo*, Giussani manifestaba que «la misma estructura del texto muestra la primacía del acontecimiento de la gracia de Cristo, como libre iniciativa divina de la cual se deriva toda la vida moral del cristiano, que aparece entonces como libre respuesta al don de la gracia». Y concluía que «en este mundo

herido por tantas miserias, resulta enormemente eficaz en la propuesta de la fe al pueblo de Dios la proclamación de la inconcebible *miser cordia* del Padre»: en efecto, igual que Jesús se conmovió ante su amigo Lázaro y ante la viuda de Naín, del mismo modo «el Señor se ha inclinado sobre nosotros cuando todavía éramos pecadores y nos ha llamado amigos, amándonos hasta el fin con una sobreabundancia de vida y de perdón que ha dado comienzo a nuestra felicidad»⁶⁵.

El hombre de todos los tiempos necesita que Dios se incline sobre él para poder vivir, como atestigua el grito manzoniano (del Innominado en *Los novios*, de Manzoni, *ndt*): «¡Dios, si existes, revélate a mí!»⁶⁶. Al dirigir un saludo a los universitarios del movimiento, que estaban terminando en Rímini sus Ejercicios espirituales, el 8 de diciembre de 2002, Giussani repitió tres veces la invocación de Manzoni y la tradujo con estas palabras: «¡Haz que te percibamos como parte de nuestra experiencia, de mi experiencia! [...] Tiene que convertirse en petición nuestra, que salga también de nuestro corazón árido, educado tan lejos de la memoria de lo que ha sucedido y sigue sucediendo».

Y concluía con un deseo: «No tengáis miedo aunque estéis escondiándoos o huyendo de lo que os rodea [...] aunque la petición a Cristo [...] parezca no arraigar en vosotros o lo haga a duras penas». Para Giussani «es un cambio lo que identifica la ‘presencia’» de Dios en la vida del hombre: «Así fue para el Innominado de Manzoni en su novela; que así sea también a diario en la novela de nuestra vida cotidiana». Estas últimas palabras fueron recibidas con un largo aplauso que Giussani interrumpió: «Hacéis bien en aplaudirme. No por cómo os he sabido hablar, sino por lo que os he dicho. Lo que os he dicho [...] hoy es lo que os permite comenzar cada día en la medida en que forméis parte de la comunidad, del cuerpo de Cristo real, ‘carnal’»⁶⁷.

Giussani volvió de nuevo sobre el tema de la presencia el 7 de enero de 2003, hablando por videoconferencia a los responsables de CL reunidos en Milán: «Hay algo que se hizo presente en el mundo y nosotros lo ‘llevamos’ encima, como un carro triunfal sobre nuestros pensamientos o en la profundidad dolorosa de ciertos momentos. [...] Es una presencia *diferente* que hace *diferente*, que ‘convierte’ —se dice así— todo lo que hacemos. [...] ¡Que esa presencia nos haga estar presentes con paciencia, con una fidelidad que traspase los errores de tantos momentos, la distracción de tantos días!»⁶⁸.

El 4 de febrero de 2003, las breves palabras que dirigía a los responsables del movimiento eran una oración a esa presencia distinta que es Cristo: «Señor, igual que tú lloraste sobre Jerusalén, tu patria, así nosotros lloramos por tanta fatiga y dolor que permites, que tú permites que corra por las venas de nuestra existencia humana. Tú lo permites, pero ¡también lo sufriste!»⁶⁹.

De estas conexiones por vídeo, Grugnetti, uno de los enfermeros, recuerda: «En sus intervenciones por videoconferencia Giussani contaba lo que descubriría viviendo la vida de cada día, en todas las cosas que le sucedían, en las personas con las que se encontraba, en un salmo o en un canto, pero también en las cosas más banales y pequeñas. Cuando caí en la cuenta de ello me quedé estupefacto, porque vi claramente

que guiaba el movimiento a través de lo que el Señor le hacía comprender en su carne, la misma de la que en cambio yo me escandalizaba a veces».

El párroco de Trivolzio, Angelo Beretta, recuerda la llegada de Giussani a su iglesia, donde se conservan los restos de san Ricardo Pampuri, el 22 de enero de 2003. «Era una jornada muy fría. Celebró la santa misa de pie, rechazando la silla de ruedas que le ofrecían. Distribuyó la comunión a los presentes y con ellos rezó por los enfermos y por diversas necesidades. Al final hablamos un rato, también de la restauración de la granja para el centro de acogida que todavía no habíamos conseguido iniciar. A la salida de la iglesia se entretuvo con algunos que venían a rezarle a san Ricardo»⁷⁰.

En febrero de 2003 Giussani fue hospitalizado durante algunos días en el Niguarda de Milán para ponerle un marcapasos. Esto, junto a un empeoramiento debido al párkinson, «comprometió aún más su movilidad y la posibilidad de reunirse con personas», recuerda el profesor Minetti. Sin embargo, esto no impedía a Giussani tener «un sentido de sustancial bienestar. Durante mis frecuentes visitas le veía absorto en la lectura de la Liturgia de las Horas, intentando escribir un artículo o respondiendo a alguna de las numerosas cartas que recibía». El médico le recuerda «sereno, sonriente, siempre dispuesto a la conversación, sobre todo en torno a los temas que prefería: el valor del hombre y el sentido del Misterio, el yo como finalidad de la creación, salvado y completado por Cristo encarnado; y además un tema que le gustaba mucho, la libertad y la consecuente responsabilidad que comporta para cada uno; el descubrimiento de Dios a través del arte y de la música. En todo caso, en el centro de sus preocupaciones siempre estaba la persona en su singularidad». A propósito de eso, no puede olvidar la curiosidad que un día le entró a Giussani: «Durante una conversación le conté que, según los últimos descubrimientos de la genética y de la biología, de la inmunología y de la neurobiología, se podría afirmar que jamás han existido ni nacerán dos personas idénticas. La ciencia confirmaba, de algún modo, la convicción de don Giussani —existencial y profundamente razonable— acerca del carácter único e irrepetible del yo de cada uno».

Capítulo 37
«Virgen madre, hija de tu hijo...»
El Shuttle y Nassiriya
(2003)

El 1 de febrero de 2003 todo el mundo asistía por televisión en directo a la explosión de la nave americana Shuttle *Columbia*, durante su fase de vuelta a la atmósfera terrestre. En el accidente perdieron la vida los siete componentes de la tripulación. Federico Dendéna, una de las personas que cuidaban a Giussani, recuerda muy bien el hecho: «Estábamos cenando, y mientras comíamos el telediario daba la noticia de la explosión del Shuttle. Una persona que estaba allí dijo: ‘Después de todo les está bien empleado a los americanos, se creen los dueños del mundo’. Giussani reaccionó de golpe diciendo ‘¡No!’ de manera enérgica, e inmediatamente dijo cómo percibía él lo que había sucedido comparándolo con su propia vida». Algunos días después Giussani envió al director del *Corriere della Sera* las reflexiones que le había provocado el trágico suceso, que se publicaron el 9 de febrero con el titular: «Moisés y el Shuttle».

En esta circunstancia, Dendéna percibió con agudeza la postura de don Giussani ante la realidad. Mientras observaba las imágenes del Shuttle cayéndose, a Giussani le surgió una pregunta: «Con todo lo que sucede, ¿es justa la vida? Si no respondiéramos, todo acabaría en desesperación, como si la misma tragedia ocurriese cien mil veces al día, dejando a millones de personas sin salida». Y sin embargo, mientras busca una respuesta que afirme la bondad de la existencia, «el hombre choca con su límite, se ve tan limitado por naturaleza que todo esfuerzo parece inútil».

Por eso, continuaba Giussani, «somos todos como Moisés, que acompañó a los suyos centenares de kilómetros a través del desierto. [...] Todos estamos como en el umbral de una tierra tan deseada como inalcanzable. Y por ello, cualquiera que tenga un aliento de vida se plantea la pregunta acerca de su éxito final». Ahora bien, había una sola explicación razonable de lo que había sucedido: «La cruz de Cristo». Pero el hombre no comprende y entonces se produce «algo imposible, lo más increíble: el hombre pretende juzgar a Dios [...] juzga a Dios como injusto por lo que sucede y no logra comprender». Por el contrario, Dios «puede permitir lo que quiera (es el misterio de Dios, en el que el hombre no puede entrar si Dios no le abre la puerta) y el hombre que juzgue a Dios — por pura presunción— sería causa de una verdadera ruina. ¡La tragedia de Jesús fue esta!», fue por lo que murió en la cruz.

Pero la obra de Cristo es la victoria del bien sobre el mal, que el hombre puede imitar

en cualquier circunstancia en que se encuentre, reconociendo así que «la vida es justa porque se dirige misteriosamente pero con seguridad hacia su destino bueno»¹. Y esto se puede experimentar también ante el peligro de la guerra.

«No a la guerra, sí a Norteamérica»

Desde hacía meses la comunidad internacional vivía bajo la amenaza de un nuevo conflicto en Oriente Medio: por una parte, Estados Unidos (después del 11 de septiembre de 2001); y por otra, Irak, presidido por Sadam Husein, acusado de encubrir y apoyar al terrorismo fundamentalista. El clima era incandescente: ‘explosión’ de los movimientos pacifistas, banderas arcoíris con el lema «PAZ» expuestas en las ventanas de las casas y asumidas como símbolo también en ambientes eclesiales en nombre de un valor fundamental como la paz, pero con acentos fuertemente antiamericanos.

Después de haber intervenido repetidamente para implorar que se evitara el conflicto armado, en el Ángelus del 23 de febrero de 2003 Juan Pablo II exhortaba a reconocer: «Jamás podremos ser felices *los unos contra los otros*; jamás el terrorismo y la lógica de la guerra podrán asegurar el futuro de la humanidad». El Papa llamó también a una jornada de oración (el 5 de marzo) para invocar «la conversión de los corazones y la clarividencia de las decisiones justas para resolver con medios adecuados y pacíficos las controversias»².

Provocado por semejante llamamiento, el 25 de febrero Giussani escribía en el *Corriere della Sera*: «Las partes que se enfrentan ante la perspectiva de la guerra están cargadas de razones y de acusaciones. [...] Quienes están en contra de Irak defienden el poder que tienen, y quienes están en contra de EE UU quisieran conquistar un poder que todavía no tienen. El problema no parece tener más salida que el uso de la fuerza. [...] Lo cual debería, entre otras cosas, llevar también a ciertos líderes de movimientos pacifistas a reflexionar sobre si su actuación no es sino más odio lanzado a la calle».

Para Giussani la solución no era decantarse por uno u otro bando: en efecto, cuando la sociedad llega a determinadas encrucijadas históricas, emerge «la urgencia de educar a los jóvenes y los adultos. [...] Si renuncia a educar en una estima verdadera por el hombre y, por tanto, en una justicia real, la humanidad queda atrapada por los desastres que ella misma se procura. [...] El drama actual no estriba tanto en que EE UU quiera destruir a Irak para sacar provecho de ello, o que Sadam represente una amenaza para Occidente, sino en que ambos carecen de una educación a la altura de la trascendencia que tiene la lucha entre los hombres. Se trata realmente de un problema educativo y el único que habla de ello es el Papa».

Giussani continuaba subrayando que el drama en el que se debatía el mundo lo producía «la rebeldía ante la verdad, la misma que llevó al pecado original y al hombre concreto y a la humanidad entera a sufrir sus consecuencias a lo largo del tiempo». Este es el motivo por el que, frente a lo que estaba sucediendo en el mundo, «no se puede eliminar la figura de Cristo: esta es la clave —¡la clave!— de la verdad sobre el hombre (y quienes destruyen en la historia a la cristiandad, destruyen a la humanidad)».

En una situación en que parecía que nadie quería la paz y en que las formas para obtenerla resultaban evidentemente falsas, Giussani escribía que «hacer la guerra es abominable, es lanzarse a la masacre. Por eso decimos no a la guerra contra Irak que EE UU quiere a toda costa, pero decimos sí a EE UU porque admite la posibilidad de una educación que salve realmente el deseo de paz y de justicia»³.

Y con una imagen que parecía una contradicción en sus términos, decía que «para toda la historia de toda la humanidad, la resurrección de Cristo es como una singular ‘bomba atómica’ que empieza a afectar a la historia y seguirá haciéndolo hasta su culminación. [...] Por eso el final de la historia no estará nunca en manos de los hombres, no hay hombre que lo pueda obtener, sino que permanece en el misterio del Padre»⁴.

La confianza de Giussani en el Señor de la historia, más fuerte que el malestar que le producía la situación internacional, fue palpable durante la Asamblea de responsables de CL del 11 de marzo de 2003, durante la cual intervino por videoconferencia: «Es como si el Señor nos dijera: os hago pasar por este trance porque quiero que podáis comprobar cómo os he amado, como Padre creador, aunque no se puede olvidar cómo intervine en favor de los hombres, aceptando la muerte de mi Hijo. ¡Pero el Hijo resucitó! Para nosotros la historia es la continuidad de la resurrección de Cristo. Todos los momentos de la historia son ya para nosotros la forma en que se cumple el misterio de la resurrección»⁵.

La invasión de Irak por parte de una coalición encabezada por Estados Unidos y Gran Bretaña comenzó el 20 de marzo⁶. Giussani habló de América y de la guerra en la carta que escribió el 4 de abril de 2003 al profesor David Schindler, quien precisamente esos días había organizado en Washington DC un congreso sobre «El riesgo educativo» que reunía a decenas de intelectuales y profesores universitarios provenientes de toda Norteamérica: «Vuestro congreso tiene lugar en días dramáticos para el destino del mundo. Por eso quiero ante todo deciros que participo en las vicisitudes que afectan especialmente a vuestro pueblo. La historia norteamericana es para mí el testimonio de una positividad de la existencia que es un ejemplo para todo el mundo. Vuestra historia enseña que el ímpetu de libertad que hay en cada uno —y del que nació vuestra nación—, si está educado bien, se convierte en un factor que hace más humana la sociedad, abriendo posibilidades de bien para todos».

Pero una sociedad que descuidara la educación de sus jóvenes, como parecía en aquel momento el mundo americano, «se condena a un futuro negativo, cínico y violento, es decir, sin esperanza». Por eso Giussani agradecía que se hubiera elegido el tema educativo para el diálogo de Washington, al que deseaba ofrecer una contribución: «Nosotros os ofrecemos con humildad la experiencia que hemos vivido, con la esperanza de que pueda aportar puntos de reflexión a aquellos de entre vosotros que se interrogan sobre el futuro de la educación en EE UU. Sabemos la gran tarea histórica que tiene vuestro país ante el mundo entero, y por esto nos sentimos cercanos a vosotros, deseando compartir con vosotros el dramático camino hacia el futuro, casi pidiendo llevar sobre nuestras frágiles espaldas un poco de vuestra responsabilidad»⁷.

Al tiempo que la guerra producía víctimas por ambas partes, el 8 de abril de 2003 Giussani confiaba a las páginas del *Corriere della Sera* su inquietud: «Ante las explosiones de las bombas y los incendios de las ciudades, lo que me conduce hasta la verdad de las cosas es pensar en la muerte de Cristo. No puedo darme otra explicación que la de seguir a Cristo que muere en la cruz y ser como Él. Ninguna otra».

Los sentimientos de amor y de paz propios del Papa implicaban un compromiso: «Reavivar la educación necesaria para reconocer la injusticia que anida en toda decisión humana -en el lenguaje cristiano, pecado original- [...] un veneno que tiene su hábitat y su génesis en un misterio. Y es en este nivel insondable para nosotros donde la misericordia de Dios pone remedio» por medio de la cruz de Cristo, «con la que algunos cargan como castigo, penitencia y humildad, dentro de un camino pacificante, y otros como el sinsentido de una rabia ilimitada».

Según Giussani «ante la misericordia, el rostro del soldado americano es idéntico al del soldado iraquí que se encuentra delante del cañón que le destruirá. Son iguales entre sí, ya no están el uno contra el otro. ¡Qué gran misterio!».

Después volvía sobre el tema de la educación, advertido por él como particularmente decisivo para la suerte del mundo: «Cuando un pueblo pasa por un trance penoso o duro de su historia, puede alcanzar un juicio sobre lo que es justo o no en la medida en que se le educa: [...] entonces, siguiendo a sus maestros, puede decir que sí o que no». Y el primer maestro que Giussani indicaba a todos era Juan Pablo II: «Después de haber afirmado que la guerra es un error, puesto que carece de razones adecuadas, y con el fin de advertir a los responsables de que juegan un papel histórico para el futuro del mundo, ha añadido: ‘Dios os juzgará’». Era el motivo por el que Giussani confesaba que sentía «una profunda piedad para con los que han asumido la terrible responsabilidad de emprender la guerra».

El artículo terminaba con un ejemplo de lo que significa afrontar los hechos de la historia de forma cristiana: «Mi madre jamás habría visto como razón a favor de la guerra la que indican los que la apoyan. Pero tampoco habría seguido a quienes se oponen a ella por un cálculo político de signo contrario. Observando a unos y otros, habría llegado a esta conclusión: ‘Recemos al Señor para que Él nos salve’. Y este juicio la habría dejado tranquila -no por indiferencia, sino porque tendría la certeza de que Dios es el Señor de todo, el que conduce todo hacia un destino bueno- en cualquier situación grave de la historia»⁸.

Cristo, única oportunidad para los poderosos que gobiernan el mundo, es también la esperanza para el corazón de cada hombre, especialmente cuando es joven y busca la felicidad. Por eso, al saludar a los bachilleres de Gioventù Studentesca que estaban terminando en Rímini el triduo de la Semana Santa, el 19 de abril de 2003 Giussani les retó: «Cuando intentéis inventar una respuesta a vuestras exigencias haréis un gran estrépito, pero comprobaréis que solo podemos encontrar esta respuesta cuando descansamos nuestra cabeza en el hombro de Cristo»⁹, a la manera de Juan, el discípulo más joven al que representa Giotto en *La última cena*.

Después de la conclusión de la guerra en Irak la situación internacional siguió siendo

muy confusa y el futuro incierto, como si todo pudiera todavía precipitarse en la nada. Giussani continuaba reflexionando sobre lo que estaba sucediendo y empujó su postura hasta un juicio extremo. Lo hizo por medio de un mensaje dirigido a las decenas de miles de personas que participaban en la tradicional peregrinación a pie de Macerata a Loreto, el 14 de junio de 2003. Sus palabras se leyeron al comienzo del camino nocturno: «Cuando nos juntamos, ¿por qué lo hacemos? Para arrancar a nuestros amigos, y si fuera posible, a todo el mundo, de la nada en la que viven los hombres. [...] Que al conocernos [...] uno se sienta como aferrado en lo más hondo, rescatado de su aparente insignificancia, debilidad, maldad o confusión, y se sienta de repente como invitado a las bodas de un príncipe. La Virgen es como la invitación del príncipe». Y así «la vida humana ya no es el vacío de algo que buscan nuestros miembros, ofreciendo razones inexplicables. [...] Que pensar en la Virgen y en el afecto humano que de ella nace y se intensifica con el tiempo, nos haga capaces cada día de una caridad encantadora»¹⁰.

A propósito de la caridad que debía animar las relaciones, Jone recuerda que en aquel julio de 2003, durante una cena con las personas que le cuidaban, Giussani exclamó: «Quizá no comprendamos todo, pero lo que está claro es que el Señor está entre nosotros, ¡y esto es una buena bofetada para el diablo!». Algunos días después, al despertarse, reunió a toda la comunidad de la casa y dijo: «Estamos juntos no tanto por lo que hacemos, sino para ayudarnos a escuchar la voz que está dentro de lo que hacemos. Cuando esto sucede cambia el aire. Es como cuando vas al mar: se respira un aire distinto porque está el mar».

Una revolución grande y sencilla

Después de la peregrinación de Loreto, el 22 de junio de 2003 Giussani escribió una larga carta dirigida a los amigos de la Fraternidad de CL. La imagen de aquella multitud reunida en torno a la Santa Casa le había interpelado profundamente; por esto deseaba comunicar a todos el contenido de las reflexiones que le había sugerido además el rezo cotidiano del *Himno a la Virgen* de Dante. La carta, que le costará algunos días de trabajo —en un continuo añadir, corregir y rehacer— es una de las más intensas y profundas que él escribiera jamás, y por eso la reproducimos aquí íntegramente.

«Queridos amigos: Ahora, después de la peregrinación a Loreto, comprendo que la personalidad de la Madre de Cristo ha jugado un papel decisivo y clarificador para el carisma que la Iglesia ha reconocido como origen de nuestro camino. Os envío unas reflexiones y os pido humildemente que imploréis todos los días al Espíritu que nos conceda, al igual que a los primeros apóstoles, la ayuda necesaria.

Os aseguro mi compañía para que podáis abordar todo interrogante, duda o incertidumbre que pueda surgir, para que nuestro corazón se mantenga fiel.

Virgen madre, hija de tu Hijo, / humilde y alta más que cualquier criatura, / término fijo del consejo eterno.

1) El *Himno a la Virgen* de Dante coincide con la exaltación del ser, con la tensión

extrema de la conciencia del hombre ante la presencia de la ‘realidad’, que no se hace a sí misma, sino que está hecha de un *focus* inefable: en efecto, la realidad es creada. El drama supremo es que el Ser pida al hombre que le reconozca. El drama de la libertad que toda persona debe vivir es la adhesión al hecho de que el yo debe ser exaltado continuamente por un renacer de la realidad, por una nueva creación, que en la figura de la Virgen llega a ser conmoción por el Infinito. La figura de la Virgen es el constituirse de la personalidad cristiana.

El principio fundamental del cristianismo es la libertad, que es la única expresión de la infinitud del hombre. Y esta infinitud se descubre en la finitud que experimenta el hombre. La libertad del hombre es la salvación del hombre. Ahora bien, la salvación es el Misterio de Dios que se comunica al hombre. La Virgen respetó totalmente la libertad de Dios, ‘salvó’ Su libertad; obedeció a Dios porque respetó Su libertad sin oponer un método suyo. Esta es la primera revelación de Dios.

El Ser ‘se coextiende’ a su comunicación total; el Ser alcanza todo lo que le rodea y que creó para sí, y en esta comunicación total de Sí mismo (su coextensión) acontece y te alcanza. Por ello, la virginidad —‘Virgen madre’— coincide con la naturaleza del ser real, según la fórmula de su revelación completa. La virginidad es el ser real. ‘Virgen madre’: virgen, porque eterna. ‘En tu vientre prendió el Amor / por cuyo calor en la paz eterna...’. Por cuyo calor: ¿qué poeta utiliza un término tan concreto? Es de la Virginidad eterna de donde surge la virginidad de la maternidad. Así ‘Virgen madre’ indica la modalidad eterna con la que Dios comunica su naturaleza. Virgen viene antes que madre; virgen es conforme a la naturaleza del Ser, al esplendor del Ser; madre es el instrumento que el Ser utiliza para comunicarse.

Virgen: no existe nada más definitivo y apremiante que haya suscitado Dios, creador de todo, que la virginidad. Será interesante leer los pasajes del Éxodo, del Deuteronomio, de la Sabiduría y de Isaías. La primera cuota de valor de un yo, de lo creado, de toda criatura, el absoluto es la virginidad. La primera característica con la que el Ser se comunica es la virginidad. Es el concepto de pureza absoluta cuya consecuencia arrolladora es la maternidad. La virginidad es maternal, es madre de lo creado. La virginidad es maternidad. En ella se expresa y culmina la consistencia del Ser: la perfección que tiene su punto luminoso en la virginidad, el calor de la virginidad, la riqueza de la maternidad.

La Virgen es el método necesario para tener una familiaridad con Cristo. Ella es el instrumento que Dios usó para entrar en el corazón del hombre. Y Dante es el sumo poeta de nuestra estirpe que hace una teología de María sin parangón. O percibimos cómo el primer terceto de Dante se dilata en el corazón o puede tornarse en una piedra que nos aplasta. El Misterio del que todo procede, en el que se mantiene y culmina lo creado, está en la Virgen. ‘Virgen madre, hija de tu Hijo’: este verso indica el significado pleno de lo creado, en cuanto digno de ser aceptado por el hombre, es decir, ofrecido al hombre. Así apareció en el seno de María el Espíritu creador, la evidencia del Espíritu.

‘Término fijo del consejo eterno’: este verso define las cosas que existen, expresa el poder creador de Dios. ‘Fijo’ no señala un freno a la libertad de María, porque el término

fijo es una sugerencia que viene de lo eterno y que confirma la obra de Dios. Por ello, la primera parte del himno de Dante es la exaltación de lo eterno. Esto es lo que hay que avivar en nuestro ánimo y en el de los creyentes: el amor a Cristo, Cristo que es el consejo eterno. Todo pertenece a lo eterno. Término fijo del consejo eterno: él es el designio último, el primero y el último de la creación. Es un consejo eterno, algo que vibra y que se llama eternidad.

Reflexionando sobre la carta del Papa a la Fraternidad con motivo del vigésimo aniversario, se me ha aclarado la cuestión: el Espíritu Santo es la actuación providencial del término último del consejo eterno, la creación del Espíritu, del genio de Dios que se fija en un punto definido. ‘Consejo’ implica percibir la dimensión infinita, inalcanzable e invencible del Espíritu Santo. Lo cual revela la razón que justifica el método de la encarnación. Sin este paso no comprenderíamos a la Madre de Cristo.

Todo esto se le presenta al hombre como el método supremo de la libertad de Dios: la libertad de Dios es su poder infinito que fija -que establece- la obra del Espíritu dentro de su mirada. *Veni Creator Spiritus, mentes tuorum visita...*

Hay que leer estas cosas con humildad, porque Dios te destina a lo eterno, te hace eterno, te destina a comprender quién eres y esto sucede dentro de los espacios infinitos del tiempo.

2) La persona, el tú de la persona, es el lugar que asegura la nobleza generadora, en la conciencia continua de la gran promesa que domina toda la acción del Espíritu: Dios crea al hombre y le invade mediante el deseo. Nuestro deseo sin fin es la llama de un dinamismo infinito ante una fuente provisional. Dios es la medida de la invasión del deseo, siendo Él la medida del deseo. Solo teniendo presente a Dios uno se percata de que lo que lleva dentro es una fuente inagotable.

Esto significa que el Espíritu suscita en el hombre la palabra, el designio que lo define. Y dicha palabra coincide con un impulso misionero, pues vuelve a los campos de nuestra tierra como desafío provocador.

3) El empeño total de la persona hace ‘uno’ -unicum- lo que de otra manera sería una provisional luz participativa. Es la última, eterna fórmula del Misterio amoroso, el dramatismo vertiginoso en el que el tú, desde las entrañas de todas las cosas, se precipita en un abrazo cósmico.

4) El amor es así la manera de participar en aquello que sería algo meramente efímero. *Spiritus est Deus*, el Espíritu es Dios, pero el Espíritu de Dios es amor: *Deus charitas est* (la esencia de la Trinidad son los tres que se aman). La gran revelación es que la esencia del Ser es el amor. Por lo tanto, toda la ley moral se define con el término caridad.

5) La caridad resplandece como la única forma de la moralidad, que aparece como éxtasis de esperanza, inagotable esperanza. ‘Eres fuente viva de esperanza’. La esperanza se extiende como luz en los ojos y como ardor en el corazón por aquel Ser que constituye la recompensa de la espera humana: no es un premio porque el yo sea bueno, sino porque el yo vive el éxtasis de la esperanza.

La esperanza es una fórmula viva y gozosa, y con su ímpetu y pureza de contenido plasma la imagen de toda la humanidad: la caridad como forma de la moralidad. Como

cuando Jesús se encontró con el joven rico: ‘Anda, vende lo que tienes, y sígueme’; estas palabras dan forma a la moralidad; aquel joven no tenía mucha energía y no le siguió.

Todo lo que sucede es gracia y toda la gracia está en ese Tú en el que acontece el cumplimiento.

6) Desde la misericordia hasta el perdón, y desde la riqueza insondable, la alegría cobra cuerpo en el corazón del hombre como luz sin confines, que prueba la intensidad de la bondad creadora.

7) La ‘música’ humana es el escenario donde todo acontece: el Misterio se convierte en pueblo humano y en ‘coro’ del Infinito. Se realiza así un énfasis de la personalidad cristiana: nos levantamos por la mañana para ir a misa, para que nos cuiden, para ir al trabajo, por los hijos... ¡nos levantamos por un desbordamiento en nosotros mismos del hecho de Cristo!

Mis mejores deseos para vuestras familias y vuestras comunidades»¹¹.

Giussani dudó hasta el último momento si debía hacer partícipes a todos de estas reflexiones suyas, tal como contó él mismo el 28 de junio de 2003, hablando en el Consejo nacional de CL en Milán. Por eso, al ver a monseñor Scola, le preguntó: «Quisiera saber tu opinión sobre la posibilidad de compartir lo que digo en este texto [la carta recién citada, *nda*] y de transmitirlo a todos»¹².

El patriarca de Venecia le respondió con esta nota: «Querido don Gius: tres veces he leído atentamente tu texto. Lo encuentro de una belleza vertiginosa. Es un texto que te pone enseguida contra las cuerdas. Es apasionante y requiere un trabajo de identificación o ascesis que no podrá dejar de suponer un camino largo y duradero. Por ello, me permito, discretamente, sugerirte de nuevo lo que te decía ayer: hay que acompañar a los *Memores*, a los miembros de la Asamblea Internacional de responsables y, paso a paso, a todo el movimiento, en este empeño ascético ingente»¹³.

Tranquilizado por estas palabras, Giussani envió la carta. Y a los consejeros de CL, el 28 de junio, les dijo: «Como dice don Angelo en las líneas que os he leído, se trata realmente de una gran revolución, inmensa, pero, como todas las revoluciones verdaderas e inmensas, es sencilla». Después les dirigió una invitación: «Procuremos recordarnos mutuamente, todos los días, en el misterio eucarístico, signo inconmensurable de lo que ha sucedido y sigue sucediendo».

Casi pidiendo excusas por haber intervenido, concluía: «Me he atrevido a sumar también mi voz a la vuestra; a la fuerza tendrá que introducirse en los días y los momentos que el Señor nos ofrezca». Y dirigiéndose a cada uno de los presentes, añadió: «Amigo mío, seas quien seas, no hay un instante de mis jornadas en que, si pienso ‘¿Qué estará haciendo ahora tal o cual, qué hará esa otra persona, qué pensará ahora?’, no hay un instante en el que Cristo no entre a decidir sobre el corazón, apresurando así el paso con el que tratamos de arrancar del corazón de todos los hombres, y en primer lugar del de nuestros amigos, esa división que ha introducido el pecado original», porque «es algo grande, realmente grande, aquello por lo que vale la pena vivir, aquello por lo que vale la pena que exista la vida. Este año espero que la Virgen nos haga capaces de expresarlo,

de modo que ensanche continuamente nuestro corazón, cualquiera que sea la situación en que nos encontremos»¹⁴.

Durante todo el verano y el otoño siguiente Giussani recibió comentarios a la carta como los que siguen a continuación.

Julián Carrón le escribía: «Una abstracción, algo virtual no hace vibrar a un hombre de esta manera. No le cambia de este modo. Es necesario el Ser para explicar el hecho de esta carta. Fe: reconocimiento de una Presencia presente. Por eso a través de ti —de tu carne— el Misterio del Ser desafía nuestra nada y la vence. [...] Por ello, lo que vemos acontecer en ti delante de nuestros ojos nos permite comprender lo que le sucedió a la Virgen. Partimos siempre del presente. En caso contrario, sucumbimos a nuestra imaginación»¹⁵.

El expresidente de la República Francesco Cossiga observaba que Giussani «continúa con su inteligente, nada abstracta sino pastoral obra de enseñanza teológica, que habla juntamente al corazón y a la mente de la trascendencia y de la ‘carnalidad’ de la revelación y la redención, fuera de cualquier esquema ‘ilustrado’ o de devoción pietista». Mientras que Luigi Accattoli, vaticanista del *Corriere della Sera*, escribía que «a su edad, él no deja de pensar en la humanidad de Cristo y de buscar la familiaridad con él; cada vez que lo hace, busca nuevas palabras para comunicar lo que ha contemplado; [...] se advierte la fascinación y el esfuerzo de quien piensa en algo que no se ha pensado todavía por completo. Por ejemplo, cuando dice que Dios es la medida del deseo». Y Marco Politi, vaticanista de *La Repubblica*, escribía: «¿Qué es lo que distingue [...] al ‘acontecimiento de Cristo’? ¿Qué es lo que lo hace único respecto a los demás? Creo que se trata de esa admirable carnalidad, a la que don Giussani se refiere cuando repite, lleno de asombro, los versos de Dante Alighieri. Asombro que nos invade a todos, aferrados por la potencia del poeta. Es esta carnalidad tan real, tan tangible, tan plena»¹⁶.

El arzobispo de Utrecht y primado de Holanda, Adrianus Simonis subrayaba que las palabras de Giussani «son un himno al núcleo de la fe, de la fe católica cuyo eje es la encarnación. [...] Parece que se confirma la tarea de monseñor Giussani y de sus cada vez más numerosos amigos: regenerar el pensamiento basándose en el evento cristiano. Ha abierto un camino providencial para liberar la fe de su reducción a moral. Solo de este modo la Iglesia puede volver a ser vida entre los hombres y para los hombres»¹⁷.

Desde Estados Unidos, John Mc Carthy, profesor de filosofía en la Universidad Católica de América, en Washington DC, observaba: «Lo que más me sorprende es la humilde audacia de don Giussani, o mejor dicho, su humildad audaz. A él no le preocupa usar el lenguaje pretencioso de la metafísica (‘ser’, ‘naturaleza’). ¡Y con esta seguridad nos habla! Todavía más notable es su atrevida identificación entre ‘ser’ y ‘virginidad’. ¿Qué filósofo o que teólogo ha dicho esto jamás?»¹⁸.

Y Paul J. Griffiths, profesor de teología en la Universidad de Chicago (Illinois), escribía: «Todo es don, inmerecido, sin medida, sobreabundante: nuestro único objetivo como cristianos es adorar al Dador de todo, y solo lo podemos hacer aceptando el don — de la vida, de la inteligencia, del amor, de la belleza— y restituyéndolo a su creador»¹⁹.

También desde Norteamérica, Stanley Hauerwas, teólogo metodista y profesor de Ética teológica en la Duke University Divinity School de Durham (Carolina del Norte), expresaba su gratitud a Giussani por lo que había escrito: «Uno de los problemas más graves que se nos plantean a los protestantes es haber perdido a María como primogénita de la nueva creación de Dios en Cristo. [...] Por eso recibo con alegría las profundas reflexiones de don Giussani sobre María que —como él apunta justamente— ejemplifica el éxtasis de esperanza que hace cristiano a un cristiano»²⁰.

Desde la cárcel de Pisa, Adriano Sofri, periodista y escritor, observaba que «sus pensamientos discurren tan libremente que se asemejan más al agua que cae de una cima antes de encauzarse, que a un canal o a un río que corra en llano. [...] Los últimos puntos son un saludo y una revelación del alma de quien escribe: alegría condensada como luz ilimitada, la explosión íntima del hecho de Cristo»²¹.

Bruno Tolentino (1940-2007), el poeta brasileño más conocido de la época, estaba profundamente asombrado por la carta: «A medida que se hace más profundo el pensamiento de Luigi Giussani, la gracia le conduce cada vez más en dirección al centro vivo, al alma expuesta en el centro mismo del misterio de la encarnación. No hay que extrañarse por tanto de que en los últimos tiempos la meditación giussaniana se haya dirigido con creciente insistencia a la contemplación del vientre abismal de la Virgen Madre»²².

Finalmente, el profesor Nikolaus Lobkowitz, director del Centro de estudios sobre Europa del Este y Europa central, encontraba sorprendente el contenido de la carta: «Un himno, al estilo de los antiguos, como los de Plotino, y cuyo eco familiar resuena ya en los ‘balbuces’ de los místicos cristianos. La grandiosidad de este texto radica en que restituye al Ser la dimensión que le es propia»²³.

«Enamorados del Infinito en cada cosa finita»

Los días 9 y 10 de agosto de 2003 Giussani intervenía dos veces en los Ejercicios espirituales de los novicios de los *Memores Domini* en La Thuile. Sus palabras eran casi una meditación en voz alta: «La frase que más me gusta de las que el Medievo ha formulado y la vida monástica ha valorado es esta: *Oh Jesu mi dolcissime, / spes suspirantis animae, / Te quaerunt piae lacrimae / et clamor mentis intimae*. Oh Jesús, mi dulcísimo Señor, ¡compañero! Sea cual sea la situación en la que nos encontremos, [...] cualquiera que sea la postura de la que partamos, el sentimiento que nos invade es la dulzura, y nada podemos decir con mayor verdad que: *O Jesu mi dolcissime* [...] Jesús, tú eres dulce en mi vida, la dulzura caracteriza tu presencia, porque eres el contenido de la esperanza: ¡Tú eres mi esperanza!».

Giussani continuaba comentando el texto latino: «A ti claman la angustia, el dolor, la insatisfacción, entre los pliegues poco saludables que nuestra vida adquiere. [...] Te buscan mis lágrimas en su estado original. *Et clamor mentis intimae*. Es el grito interior de mi ser». Por eso «todo es triste y todo es bueno, al ser la esperanza una afirmación positiva a toda costa».

Aparecía aquí en Giussani, claramente, una actitud meditativa que hundía sus raíces en la profundidad de su situación física y existencial y que se vio también en su intervención del 10 de agosto: «A medida que damos pasos, el camino huye hacia el horizonte; pero no huye, porque permanece: todo permanece, todo continúa, y nosotros nos sentimos introducidos en el corazón de las cosas con una sugestividad cada vez más clamorosamente clara por una densidad de pensamiento, de acogida, de sentimiento, de afecto, de los que nadie que no haya tenido este encuentro y esta compañía será nunca capaz». Giussani pensaba continuamente en la figura de la Virgen: «Imaginaos [...] los días de la Virgen, los días de María junto a ese Misterio que sentía, percibía, reconocía y abrazaba con todo su ser, que hospedaba dentro de sí. Con el paso del tiempo, al dilatarse infinitamente el horizonte implicado en esa relación, ¡qué significado adquirió para la Virgen! No solo cuando pensaba en él, sino siempre; porque para una madre llevar a su hijo, portarlo, es de alguna manera amar la presencia de todas las cosas, ¡es amar la Presencia!».

Pero a fin de que esa experiencia empezara a abrirse paso en cada uno se necesitaba la paciencia del tiempo, porque precisamente «el tiempo que pasa nos hará enamorados del Infinito en cada cosa finita con la que entremos en relación». Y si es verdad que todo es provisional, al igual que cada paso del camino, es igualmente verdad para Giussani que «sin cada paso del camino se deja de percibir el destino de ese camino».

Como sucedía cada vez más frecuentemente, también en este caso Giussani terminó con una oración a Cristo: «Oh Jesús mío dulcísimo, amigo, hermano, compañero, trataré de arrastrar contigo a todos los hombres que conozca, de arrastrarlos contigo Señor, para que la nada no tenga ningún poder sobre nosotros»²⁴.

«La vida es la conversión de la nada al Ser»

El estado de salud de Giussani le obligó a renunciar a las reuniones del movimiento durante el verano de 2003, aumentando en él el deseo de participar como podía. Logró conectarse por vídeo el 21 de agosto de 2003 al término del Consejo internacional de CL en La Thuile, y pidió que cada uno le tuviera presente en sus oraciones: «Rezad, por favor, a la Virgen, a san José, a san Ricardo [Pampuri, *nda*], para que lleven en su corazón la oración por mí y la pongan ante Cristo [...] a fin de que yo pueda contribuir todavía a que todo el pueblo de nuestros creyentes, amigos, cercanos y lejanos, sea coherente». E insistió en la petición: «Quería pedirlos simplemente que hagáis el propósito de incluirme entre las personas que recordáis en vuestras oraciones cotidianas, que añadáis el recuerdo de mi pobre persona, porque yo soy el que más responsabilidad tiene de todos nosotros».

Giussani daba las gracias a los representantes de las casi ochenta naciones en las que estaba presente el movimiento, reunidos en La Thuile: «¡Echadme una mano!» en una misión que «culminará en una fecha precisa, aunque misteriosamente escondida: el día en que Cristo se mostrará a todo el mundo, resucitado de entre los muertos»²⁵.

Dos días después, el 23 de agosto, Giussani seguía —conectado por vídeo con la

Asamblea internacional de responsables de CL, siempre en La Thuile— las conclusiones de Carrón, que decía: «Estamos llamados a vivir nuestra vida y nuestra fe en un contexto histórico, en el que lo que está en juego es el yo, la persona: no un aspecto de la vida, no un aspecto del yo, sino mi persona, la tuya, el yo. Por ello no es una exageración decir que la lucha es contra la ‘nada’ en el sentido real del término, esto es, contra la destrucción de nuestro yo, la pérdida del yo. Un yo que es tan ‘pequeño’, como lo describe Leopardi: ‘Cuando él [el hombre], al considerar la pluralidad de los mundos, se siente como una parte infinitesimal de un globo que es una mínima parte de uno de los infinitos sistemas que componen el mundo, en esta consideración asombra su pequeñez y, sintiéndola profundamente y mirándola intensamente, se confunde casi con la nada’ (cf. *Zibaldone*, 12, VIII, 1823). Esto somos nosotros. [...] Y cuanto más profundamente lo percibimos y miramos, mejor comprendemos, frente a esta pequeñez, a este ‘casi nada’ [...], cuál es el drama de nuestro yo. No se trata de arreglar una pequeña parte de nosotros, de cambiar algo en la pequeña habitación de nuestra vida; no es una cuestión de decoración: lo que está en juego es nuestro mismo yo. Porque nosotros somos ‘gente que no está en orden’, alcanzada por el Ser».

Y refiriéndose a un pasaje de la carta de Giussani del mes de junio anterior, Carrón añadía: «Que el Ser sea caridad, que exista, quiere decir que yo no me encuentro solo con mi nada, con mi necesidad, con mi debilidad, con mi incapacidad, con mi pecado. Esto nos permite entrever qué quiere decir don Giussani con el término ‘éxtasis de la esperanza’. Todos nosotros podemos volver a casa con esperanza, porque hemos visto que [...] ¡nuestra vida le importa al Ser! [...] Cada mañana podemos empezar el día con el rezo del Ángelus, dejando entrar en nuestra nada este señorío: [...] en nuestra nada, en nuestra distracción, en nuestro mal [...] se nos comunica el anuncio de que el Verbo se hizo carne, igual que a la Virgen. [...] Nos levantamos para esto: para que Cristo domine cada vez más en nuestra vida para la vida del mundo»²⁶.

Tras escuchar estas palabras, Giussani intervino y dijo: «No conocemos ya otra cosa que el sol que ilumina nuestra pobreza, que de no ser así desaparecería inmediatamente en la nada: [...] ¡Cómo agradecemos a nuestro gran amigo Carrón, que haya sintetizado [...] todo un proceso del corazón y de la mente! ¡Cómo debemos agradecerle que haya llevado esta miseria humana al corazón de la definición de lo que es el hombre. Y el hombre no como una teoría abstracta, ¡sino como miseria concreta, como parte infinitesimal y efímera de las cosas! [...] ‘Gloria Dei vivens homo’. *Homo: homo* con toda su pequeñez, con su nada frente al Ser que le hace existir, ¡que le hace ser!».

Después saludó a los responsables provenientes de todo el mundo: «Gracias a cada uno de vosotros que ha sido para mí un hermano, parte de cada paso de mi camino a lo largo de todos estos años, parte de una riqueza tan grande como poco reconocida, ¡no reconocida! Te rogamos, Virgen María, todos juntos, que tu presencia ante la mirada del Ser se traduzca en conversión, porque la vida es la [...] conversión desde la nada al Ser»²⁷.

En la reunión internacional de CL estaba presente también el profesor Archie Spencer²⁸, teólogo protestante canadiense, que en aquellos días había podido conocer a Giussani en la comarca de Piacenza, donde estaba descansando.

Spencer intervino durante una asamblea de La Thuile para testimoniar cuánto se sentía influido por Giussani: «Teológicamente y también en mi experiencia personal», dijo. Habló sobre una hija suya, curada de una grave enfermedad a pesar de que los médicos la daban por perdida: «Llegué a un punto en el que tuve que permitir a Dios ser Dios, dejarle hablar en mi vida, y lo hizo a través de don Giussani. Una noche encontré fuerzas para poder decir: ‘Hágase tu voluntad’. [...] Y empecé a comprender mucho más profundamente qué quería decir alimentar el sentido religioso».

Al haber estudiado a Giussani, Spencer había descubierto que él entendía la libertad como amor a la vida que se nos da en Jesucristo; incluso llegaba a admitir, como teólogo baptista: «Nosotros estamos radicados en él [Cristo, *nda*] a través de la Iglesia, y la Iglesia está orientada hacia el bien. Así pues, no se trata solo de una teoría moral, sino de la presencia de Cristo [...] que desafía la limitación de nuestro ser y nos permite ser libres dentro de esa limitación». Por esto, concluía, «la Iglesia tiene necesidad de CL y también nosotros, los protestantes, tenemos necesidad de vosotros»²⁹.

Desde La Thuile, Spencer se trasladó al Meeting de Rímini para participar en la presentación de la nueva edición del libro de Giussani *Teología protestante americana*. La reimpresión era un acto de simpatía que Giussani había querido realizar en relación con EE UU y la tradición que había marcado su historia, una simpatía que —como se ha visto— ni siquiera la guerra de Irak había podido borrar.

Agradecido por esta iniciativa editorial, al hablar a las diez mil personas que le estaban escuchando en el auditorio de la feria de Rímini, el teólogo protestante añadió algunos elementos al juicio que se había hecho de Giussani: «Sus escritos representan una especie de puente para una mayor comprensión de la fe católica. En el futuro puede ocurrir incluso que las obras de don Giussani representen un itinerario normal que sigan muchos protestantes [...] para retornar a la Madre Iglesia»³⁰.

Se trataba de un juicio sorprendente, pero no tanto como lo que Spencer contó de la conversación que había mantenido pocos días antes con Giussani, al que consideraba un padre en Cristo: «Le expuse mis sensaciones [...], y le dije que sus obras parecían haberme puesto en una situación particular hacia la Madre Iglesia, y le dije que podría también ocurrir que a lo largo de mi vida no consiguiera jamás llegar efectivamente al interior de la Iglesia católica, debido a las circunstancias que han caracterizado mi vida y la de mi familia; pero le dije: ‘Cuando muera estaré fuera, pegado a la puerta’; y don Giussani me dijo: ‘Yo estaré dentro esperando para acogerte en la gratitud de Dios’»³¹.

Por una especie de pudor, Spencer no contó la conclusión del diálogo, que este autor recuerda muy bien por la impresión que le produjo, cuando Giussani se despidió de su huésped con estas palabras: «Nosotros estamos juntos desde siempre, yo soy tú y tú eres yo, tú eres para mí padre, madre y hermano». Las pocas personas que asistieron al diálogo recordarán la intensidad y familiaridad que se estableció enseguida entre los dos, que se veían por primera vez. Hablará de ello el mismo Spencer: «Me parecía estar

conociendo a un viejo amigo que esperaba desde hacía tiempo. Él aceptó de buen grado todas mis preguntas y los comentarios sobre su relación con el pensamiento protestante, mostrando paciencia» y compartiendo «el deseo de una mayor comprensión recíproca como teólogos de distintas comunidades de fe»³².

El 30 de agosto de 2003 fue el mismo Giussani quien concluyó el Meeting con un mensaje que sonaba como una oración. Citó un terceto del *Himno a la Virgen* de Dante: «En ti misericordia, [...] en ti magnificencia...»³³; y dijo: «Somos pobres, pequeños, áridos y a menudo nos extraviados, pero somos tus hijos. Ten piedad de nosotros. ‘Piedad’ es la palabra que, con el paso del tiempo, crece y se afina en nosotros, que tomamos parte cada vez más profundamente en la experiencia de la gran maternidad, de tu maternidad eterna. Que la esperanza como motivo para vivir [...] encuentre en Ti su lugar, su fuente de luz y afectividad».

Por esto, terminaba, «os deseo y pido que vivamos lo más posible en nuestra existencia este misterio que es la relación con la Virgen, aunque hayamos vagabundado, como hago yo ahora»³⁴.

Giussani era bien consciente de la situación en la que se encontraba, pero la desaparición de sus fuerzas no le impedía participar en la vida de su gente, conectándose apenas podía con las reuniones generales del movimiento (Ejercicios espirituales, Asambleas internacionales de responsables, *Equipas* de los universitarios, etc.), sobre todo para ver y escuchar; y cuando lo conseguía hacía llegar algunas breves palabras, a veces incluso solamente un saludo, como para decir: «Estoy presente, no olvidéis que yo también estoy»; o para comunicar una verdad que había descubierto o invitar a todos a rezar a la Virgen por él, por el movimiento y por la Iglesia. El carácter esencial de sus intervenciones hacía precisamente que fueran cada vez más preciosos los momentos en que se mostraba; lo documenta la atención con la que se escuchaban sus palabras, que se retomaban y meditaban como puntos de referencia destinados a marcar el camino de todos y de cada uno.

Obediencia y paz

El 7 de septiembre de 2003 se celebró en La Thuile el *Equipe* de los universitarios del movimiento. Giussani no participaba ya personalmente desde hacía tiempo, pero no faltaba casi nunca una intervención suya en conexión por vídeo. La figura de María era su pensamiento dominante: «La verdad, la belleza, el gusto por la vida, y el amor, la capacidad de amor que el cristianismo ha realizado en el mundo, en este mundo nuestro» son «fruto innegable y constatado cotidianamente, del seno de la Virgen». El cristiano está llamado a llevar esta novedad; y entre los cristianos, continuaba Giussani, «vosotros estáis en condiciones todavía más privilegiadas porque habéis sido llamados [...] a aportar la contribución de vuestra buena voluntad como ayuda para vuestros compañeros y amigos [...] de tal modo que fraternidad, perdón y escucha entren a formar parte del clima propio de una compañía que se reúne por Cristo»³⁵. El resultado de una vida planteada de este modo es el crecimiento en el corazón de una gran paz.

Giussani volvió sobre el tema de la paz —entendida como experiencia habitual del cristiano— con los novicios de los *Memores Domini*, el 28 de septiembre de 2003 en Molveno (Trento). Al escuchar sus reflexiones, Giussani se acordó de uno de los discípulos predilectos de san Felipe Neri, el cardenal Baronio, quien «iba todos los días a poner su cabeza a los pies de la estatua de san Pedro —en Roma, en la basílica vaticana— y repetía: ‘*Oboedientia et pax*’». Giussani les deseaba a aquellos jóvenes que su buena voluntad «favorezca verdaderamente que la paz invada vuestra vida»³⁶.

Pero esta invasión solamente es posible en la obediencia, cuyo contenido se descubre con el tiempo, «como lo descubro yo ahora, después de cincuenta años de sacerdocio». Es una obediencia, confesaba, «como jamás la había concebido antes. La salud, por ejemplo, al tiempo que se va hacia el destino que Dios me ha asignado, es una síntesis de muchas cosas que la obediencia engrandece día a día»³⁷.

Contrariamente a una cierta opinión común, para Giussani el avance de los años y de la enfermedad no era pretexto para dejarse ir, sino que agudizaba en él la percepción de sí mismo, y se convirtió en ocasión para nuevos descubrimientos que tendía a comunicar inmediatamente a los que veía. Conforme a lo que había enseñado siempre, también en esta etapa final de su vida Giussani sacaba de su experiencia criterios y sugerencias que se convertían en indicaciones de método para la gente de CL. Así, hablando por videoconferencia en los Ejercicios espirituales de los *Memores Domini* en Bellaria, el 12 de octubre de 2003, volvía sobre las palabras del cardenal Baronio refiriéndose a su responsabilidad frente a los *Memores*: «Dios me ha elegido como responsable de vuestra vocación. [...] Lo digo para que pidáis a la Virgen que me ayude en la tarea ingente que me ha dado, que su Hijo me ha dado. [...] La obediencia a Dios se vive en la obediencia a quien Él establece como responsable de vuestra vida. Así lo ha establecido —repito—, me ha llamado a mí a ser responsable de vuestra vida, con todos los defectos y las flaquezas que puedo tener; pero es su fuerza [...] la que os salva». Giussani insistía en este último punto: no es la energía de los hombres, sino la de Dios «la que asegurará vuestros pasos [...] a lo largo del camino que Él os señalará a través de mis palabras y de la cordialidad de mi corazón»³⁸.

Y concluyó subrayando que en el ejercicio de tal responsabilidad su punto de referencia era san José, «al que nadie se habría atrevido nunca a pensar como el responsable de Cristo, a no ser que la Virgen le estableciera como responsable de su vida y de la de Jesús»³⁹.

El cristianismo, la realización de lo humano

El 16 de octubre de 2003 Juan Pablo II festejaba el vigesimoquinto año de su pontificado. Carlo Rosella, director de *Panorama*, uno de los semanarios de información más difundidos en Italia, propuso a Giussani escribir una carta al Papa que publicaría en un número especial que estaba preparando. La redacción del texto le ocupó a Giussani algunos días. Dictaba y corregía las frases, con el ansia de perfección incluso formal que imponía la solemnidad de la circunstancia y su vínculo profundo con el destinatario. Al

recibir el escrito y sorprenderse por su intensidad, Rossella lo convirtió en el artículo de portada de la revista, con el titular: «Santo padre. De don Luigi Giussani. El fundador de CL escribe al Papa por los 25 años de pontificado y le dice que...»⁴⁰.

Juan Pablo II, escribía Giussani, «demuestra una estima por lo humano que muy raramente se encuentra en otros personajes destacados de nuestros tiempos. Estos, aun siendo muy poderosos, siguen insatisfechos a pesar de lo que tienen; su inteligencia y anhelo humano se ven de hecho oscurecidos por ese poder que parece colmar y satisfacer su búsqueda». En Wojtyła no era así: durante veinticinco años Giussani había seguido sus asuntos como una continua ilustración de que «el cristianismo tiende verdaderamente a realizar lo humano. Todos sus viajes, como una larga marcha hacia la muerte, han tenido su razón de ser en la evidente unidad que corresponde al genio del cristianismo: ‘Gloria Dei vivens homo’. La gloria de Dios es el hombre que vive [...] ¡Es el hombre realizado!».

La importancia de este Papa radicaba por entero en su testimonio continuo ofrecido al mundo: «Durante un cuarto de siglo ha hablado del cristianismo, y por ello ha entrado en polémica con toda la cultura que se ha formado a partir del siglo XVIII, de manera particular la que se fundamenta en la Revolución Francesa». Giussani estaba sorprendido por el hecho de que, en una época de derrotas, Juan Pablo II hablara insistentemente del cristianismo como «victoria, sobre la muerte, el mal, la infelicidad, sobre la nada que acecha en cada susurro humano. [...] Ante el derrumbe del mundo producido por las ideologías, ha ofrecido una explicación de la fe llena de evidencias racionalmente persuasivas». Y tampoco el atentado de 1981 había doblegado esta convicción del Papa; por el contrario, «su humanidad herida físicamente ha triunfado continuamente en sus afirmaciones positivas y en la fuerza de su reclamo».

Giussani reconocía que el cristianismo del que había dado testimonio Juan Pablo II refleja «la esencia ‘secular’ del mensaje cristiano, es decir la identidad entre humanidad y fe cristiana». En el pensamiento del Pontífice, efectivamente, «lo humano se realiza con un amor real, que no teme a la desesperación»⁴¹.

Nassiriya. «Si hubiera una educación del pueblo, todos estarían mejor»

El 12 de noviembre de 2003 dos kamikazes a bordo de un camión lleno de explosivos se lanzaban contra el cuartel general de los carabinieri italianos que participaban en Nassiriya, Irak, en la misión militar ‘Antigua Babilonia’, que había empezado después del final de la Segunda guerra del Golfo. Debido a la explosión murieron diecisiete militares, dos civiles italianos y nueve iraquíes; los heridos se contaron por decenas. Entre las víctimas estaba el brigadier Giuseppe Coletta, que poco antes había enviado a su casa una postal: «Que os lleguen mis más cordiales saludos desde estos lugares llenos de historia, pero que son infelices por culpa de la pequeñez del hombre»⁴².

El 13 de noviembre la mujer del brigadier, Margherita, aparecía en todos los telediaros: «‘Nuestra vida está contenida aquí dentro’, dijo señalando el Evangelio delante de las cámaras de televisión. [...] Una familia ya golpeada en el pasado por la

pérdida de un niño debido a una enfermedad incurable. La mujer prosiguió leyendo un pasaje de Mateo: ‘Habéis oído que se dijo: Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos y rezad por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y manda la lluvia a justos e injustos. Porque, si amáis a los que os aman, ¿qué mérito tenéis? ¿No hacen lo mismo también los publicanos? Y si saludáis solo a vuestros hermanos ¿qué hacéis de extraordinario? ¿No hacen lo mismo también los gentiles? Por tanto, sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto’»⁴³.

Los funerales fueron celebrados en Roma el 18 de noviembre por el cardenal Camillo Ruini, que pronunció una homilía delante de una multitud inmensa: «Hemos [...] escuchado con íntima emoción las palabras de la esposa de uno de los caídos que, después de haber leído un [...] pasaje del Evangelio, en el que Jesús nos invita a amar también a nuestros enemigos, nos ha dicho con sencillez que ella y su marido habían hecho de esas palabras de Jesús la regla de su propia vida. Este es el gran tesoro que no nos debemos dejar arrebatar nunca de nuestras conciencias y de nuestros corazones, ni siquiera por parte de terroristas asesinos. No huiremos delante de ellos, más aún, les haremos frente con todo el coraje, la energía y la determinación de la que seamos capaces. Pero no les odiamos»⁴⁴.

La noche de ese mismo 18 de noviembre de 2003, a petición del director, Mauro Mazza, Giussani escribía el texto de la ‘Portada’ que abría la edición de las 20.30 del telediario de la RAI. Lo suyo era un grito: «¡Qué horror! ¡Qué vergüenza! ‘Ni el sol te alegra ya / ni te despierta el amor’. El *Pianto antico* de Carducci custodia el misterio de la muerte en el corazón de nuestra historia. Por ello, Dante invoca a la Virgen para que la riqueza de una humanidad nueva, a través de su dolor de esposa y de madre, proclame la victoria del bien:

‘En ti misericordia, en ti piedad, / en ti magnificencia, en ti se aúna / cuanto es bondad en la criatura’».

También Giussani, como millones de italianos, había escuchado a Margherita Coletta, y no dudó en señalarla como signo de esperanza para todos en un día que parecía dominado por el dolor y la rabia: «Así, nos toca en lo más profundo del alma la conmoción por el juicio que ha expresado delante de las cámaras la señora Coletta, esposa del brigada recién fallecido en Nassiriya». La actitud que había asumido la joven mujer había conmovido a Giussani, llevándole a pensar en el canto XXXIII del *Paraíso*: «‘En ti misericordia’, porque el hombre cae sin saber dónde, cómo ni cuándo. ‘En ti piedad’, porque el hombre es débil, contradictorio y mortalmente frágil. ‘En ti magnificencia’, es el comunicarse de una fuerza victoriosa que arroja luz sobre el destino final. ‘Bondad’ es lo que mueve al hombre a obrar». Giussani no escondía su emoción porque «el testimonio de Dante Alighieri ha florecido de nuevo en el dolor de la señora Coletta».

A los espectadores del telediario de la noche Giussani les señalaba también la condición indispensable para una recuperación después de tanta violencia: la educación. «Volvería a brotar el canto de nuestro pueblo si el horizonte de la actividad de la ONU

fuera la educación del corazón de la gente, en lugar del enfrentamiento mortal -como favorecen los que deberían aplacarlo- entre musulmanes y herederos de los antiguos pueblos, ya sean hebreos o latinos. ¡Y esto constituiría la verdadera riqueza de la vida de un pueblo! Si se diera una educación del pueblo, todos vivirían mejor»⁴⁵.

«*Los comienzos de un desarrollo portentoso. La presencia de Cristo a lo largo de los pasos a veces tenebrosos de la vida*»

El *Himno* de Dante afloraba continuamente en la mente y las intervenciones de Giussani. Pero el 29 de noviembre de 2003, durante una noche insomne, Giussani citó de memoria, todo de golpe, un pasaje del *Cancionero* de Francesco Petrarca: «El día se acerca, / y ya no puede estar lejos, / así corre el tiempo y vuela, / Virgen única y sola, / y la conciencia o la muerte punzan al corazón. / Encomiéndame a tu hijo, verdadero / hombre y verdadero Dios, / para que acoja mi espíritu en la paz»⁴⁶.

Lo recuerda Enrico Grugnetti. Aquella noche el enfermero estaba en la habitación con Giussani: «Al día siguiente quería intervenir en el retiro de los *Memores Domini* y estaba preparando su contribución. Expresó el deseo de encontrar un texto que contuviera el pasaje citado, y así empecé a buscar entre sus libros y en Internet. La conexión era más bien lenta y tardé al menos una hora en encontrar e imprimir el texto del Petrarca. Llevé el folio al Gius con cierto orgullo, feliz por haber encontrado lo que necesitaba, y solo cuando le leí la cita me di cuenta de que las palabras eran exactamente las mismas que había pronunciado él una hora antes».

Y así, el 30 de noviembre de 2003, dirigiéndose al retiro de Adviento de los *Memores Domini* en Riva del Garda, Giussani citó las palabras de Petrarca y las comentó: «El fin de la vida se acerca [...] y no está muy lejos este fin; de modo que el tiempo vuela, mostrando la imagen de un presente pasajero. [...] Bien podemos repetir estas palabras, que expresan un pensamiento conmovedor, pero también trágico». El himno continuaba con: «*Virgen única y sola*», y aquí, observó Giussani, «interviene de repente una ruptura que nadie se esperaba. Única y sola: ¡ni única ni sola! Petrarca tenía una devoción llena de admiración por la Virgen, madre de Cristo; pero no sentía su destino victorioso, su destino de reina del cielo y la tierra, no le parecía posible —¡no lo sentía posible!—. Y por eso el único sentido al que se podía reconducir todo el esfuerzo redentor del Señor era ese esfuerzo, lleno de significado, pero amargo, de una vida humana no salvada». Por eso, continuaba Giussani, «se comprenden las últimas palabras del pasaje que me quedaron grabadas desde los dieciséis años»: «*Encomiéndame a tu hijo, verdadero hombre y verdadero Dios*». Petrarca reconocía todavía «la grandeza de Cristo. Era todavía un hijo del Medievo, era un hombre bautizado», pero representaba «el primer paso, el gran paso que conduce a lo humano fuera de la trayectoria justa, fuera del paso exacto, ya sin padre ni madre». Por el contrario, Dante era «el culmen, el fin de una larga trayectoria de doce siglos desde la venida de Cristo». La historia de Petrarca, concluía Giussani, «es la puerta de entrada para todos los hombres que no tienen un sentido seguro en la vida»⁴⁷.

Profundamente convencido de que esta inseguridad se había convertido ya en un clima extendido en la sociedad, el 14 de diciembre de 2003, saludando por videoconferencia a los universitarios de CL al término de sus Ejercicios espirituales en Rímini, Giussani les dirigió una recomendación: «¡*Estad seguros*, estemos seguros de esta alegría! El Misterio se ha hecho hombre descendiendo a nosotros para que nuestra vida se pegue a esta alegría, como un niño que va ‘a hombros’ de su padre que le lleva por los caminos de este mundo. Solo hace falta una cosa, porque esta alegría, ¡es alegría en la medida en que es certeza! Sin esta certeza sería irracional vivir. [...] Verdad y alegría, verdad y seguridad, verdad y compañía, en una unidad que nadie puede creer, excepto aquellos que han acogido la palabra de Jesús, el rostro de Jesús, la presencia de Cristo a lo largo de los pasos a veces tenebrosos —aunque sean tenebrosos— de la vida»⁴⁸.

El 16 de diciembre de 2003 se cumplía el vigésimo aniversario de la muerte de Enrico Manfredini, vinculado a Giussani desde los años del seminario (ver aquí, p. 70). La asociación Cooperación y Desarrollo de Piacenza, que nació en la época en que Manfredini era obispo de la ciudad emiliana, pidió a Giussani un recuerdo sobre el amigo de siempre⁴⁹. Y por eso recordó el comienzo exacto de lo que sucedió, conectándolo con el presente: «Un pequeño recuerdo de nuestra memoria constituye el comienzo de un desarrollo portentoso. Se trata de un momento oscuro, el último momento de un tedioso día de noviembre, en el pasillo del primer piso del primer curso de bachillerato en el seminario menor de Venegono. Todos los compañeros están tratando de divertirse con los habituales juegos ‘colegiales’. Pero tres de aquellos jóvenes parecen inquietos, parecen buscar algo desconocido para los demás». Eran Giussani, Manfredini y De Ponti (ver aquí, p. 82), que se preguntaban: «‘Pero Cristo, ¿qué tiene que ver con las matemáticas?’». Nadie dice nada porque a nadie le interesa. Pero entonces, su vocación, ¿qué razones tiene? La fe, ¿qué representa de nuevo, es más, de definitivo? ‘Hay que hacer algo... Empecemos nosotros a hacer lo que podamos’. De esta forma empezamos a buscar nosotros esos nexos misteriosos entre todas las cosas y entre Jesús y todas las cosas. El tiempo libre se puede utilizar también afrontando un problema ignorado por todos... Aunque no por todos: el ‘formidable’ don Gaetano Corti, profesor de filosofía [...] se pondrá a la cabeza del pequeño grupo, y esto hará que aumente velozmente el número de los inscritos en el *Studium Christi*. El entusiasmo por el objetivo identificado y amado impregnará no solo a toda la clase, sino también los tres años que dure el bachillerato»⁵⁰.

Para Giussani aquel instante marcó el inicio de una historia que ya no se interrumpiría: de hecho «el grupo de los más fieles al estudio del magisterio cristiano [...] se expandió ininterrumpidamente, de modo que en los primeros años del 2000 ya era un gran movimiento católico, desde Alaska hasta Australia, y desde las repúblicas del norte de Europa hasta la Tierra del Fuego argentina»⁵¹.

En vísperas de la Navidad de 2003 Giussani entregó al diario *Avvenire* una reflexión sobre José y María, a los que consideraba en el origen de toda la historia cristiana de la que se sentía hijo: «José no se asombró de que su mujer tuviera un niño, sino de que ‘aquel’ niño fuera de ‘aquella’ mujer, María». Con aquel nacimiento, escribía Giussani,

«se cumple algo muy grande: sin Cristo nada es concebible [...]; con él todo existe, incluso la más pequeña hoja de cada álamo, efímera y sin embargo existente. Sin la recreación que llevó a cabo ‘aquel’ nacimiento no existiría la creación».

Por eso la Navidad es un evento victorioso: «La victoria consiste en que existe el hecho que vence sobre todas las increencias y sobre todas las dudas de los hombres, ¡vence! ¡Y ese hecho es el anuncio de que Dios se ha hecho hombre!». A propósito de esto, Giussani recordaba las palabras conclusivas del mensaje del Papa para la inminente Jornada mundial de la paz del 1 de enero de 2004: «Que cada uno se comprometa a acelerar esta victoria. En el fondo, el corazón de todos anhela esa victoria»⁵², para subrayar que esto valía sobre todo «hoy que todo parece despreciarse con el paso del tiempo y hundirse de manera veloz; lo que se esperaba que pudiese durar no dura más que un sonido veloz, una página de un libro, un vistazo al periódico. Las palabras se disuelven en el aire en breves instantes de emoción —en el caso de que esta no se haya consumido ya en la desilusión del mismo primer instante—, se vuelven como las palabras de un vídeo, al ser la nada el resultado continuo de su efímera aparición. De hecho, de la nada no puede venir más que la nada».

Precisamente por eso, concluía Giussani, «era necesario Cristo, para remediar este final de todo». Y por eso llega la Navidad, «para asegurar al hombre la alegría: el hombre alcanzará la felicidad, que es el objetivo de la vida. ¡La alegría está asegurada! Tener certeza de esto es necesario para vivir, y la certeza existe cuando vivimos en compañía. [...] Cristo es la compañía suprema que Dios brinda al hombre»⁵³.

Capítulo 38
«Llevar a la gente a descubrir que Cristo es una presencia»
La última carta al Papa y los 50 años de CL
(2004)

A partir de la mitad de los años noventa, Giussani había empezado a implicar a Julián Carrón en la guía de algunos momentos centrales de la vida de CL (los Ejercicios espirituales de la Fraternidad, los de los *Memores Domini* y las Asambleas internacionales de responsables). Pero con el tiempo empezó a pedirle más: quería que estuviera en Milán para compartir con él la guía de todo el movimiento.

Ya en verano de 1997, al final de los Ejercicios espirituales de los novicios de los *Memores Domini*, Giussani decía: «Señor, si Carrón asumiese la función que tengo yo, estaría contentísimo»¹.

Por eso, durante años escribió algunas cartas al cardenal de Madrid, Antonio María Rouco Varela, para verificar la posibilidad de tener a Carrón en Milán. El arzobispo comprendía muy bien las razones de Giussani, pero no quería privarse del sacerdote. Lo consideraba decisivo para la vida del Instituto de ciencias religiosas San Dámaso de Madrid, que él dirigía. A menos que «alguien» le dijera que actuara de otra forma.

Recibido el mensaje, Giussani decidió actuar en consecuencia. Aprovechando el quincuagésimo aniversario del nacimiento del movimiento, el 26 de enero de 2004 escribió una larga carta a Juan Pablo II, que terminaba con estas palabras: «En la realidad de la Madre de Cristo, en la justicia de san José, en la esperanza de todos los santos, queríamos humildemente pedir a su Santidad que, entre los apoyos para guiar al movimiento, pida a su eminencia el cardenal de Madrid la ayuda de una figura, nuestro padre Julián Carrón, que pueda recordar lo que Dante dijo de María: ‘En ti misericordia, en ti piedad, / en ti magnificencia, en ti se aúna / cuanto es bondad en la criatura’»².

Carrón informó a su cardenal de la iniciativa que había tomado Giussani. Durante algún tiempo no sucedió nada, Giussani no recibió ninguna comunicación, hasta que el 19 de marzo de 2004 el arzobispo de Madrid comunicó a Carrón que el Papa le había hablado de la petición de Giussani y que estaba libre para trasladarse a Italia, con una condición: que finalizara el curso académico en el seminario de Madrid. Y así, hasta junio de 2004 Carrón repartió su semana entre España e Italia. Pero a partir del verano se trasladó a Milán para vivir junto a Giussani.

Al recordar estos hechos, Carrón confiesa: «Poner a todos de acuerdo, incluido mi cardenal, era verdaderamente difícil. [...] Por esto no me preocupaba demasiado porque

pensaba que nunca se conseguiría [...]. Pero cuando don Giussani decidió escribir al Papa pidiéndoselo a él, empecé a pensar que quizá lo lograría»³.

A quien le pregunta por qué, entre los muchos sacerdotes del movimiento, Giussani fue a elegirle precisamente a él, responde: «Quizá me sentía en consonancia con su experiencia»⁴. Y a otro Carrón le dice: «¡Buena pregunta! [...] He sido profesor de religión como él, he dado clase durante diez años en un colegio de Madrid»⁵.

La carta del 26 de enero de 2004 fue la última que Giussani le escribió a Juan Pablo II: en ella sintetizaba la naturaleza y la historia del carisma de CL, situando el fenómeno del movimiento en el contexto de la Iglesia y del mundo. Por eso la reproducimos aquí íntegramente. En el texto que se publicó en la revista *Tracce*⁶ y en *L'Osservatore Romano*⁷ se omitió la frase citada que se refería a Julián Carrón por voluntad explícita de Giussani, que quería mantener la reserva en este tema por discreción para con los interesados. Giussani trabajó una semana en el escrito en el que implicó toda su persona y la historia que había nacido de él. He aquí, pues, las palabras con las que se dirigió al Pontífice:

«Santidad: este nuevo año está marcado en su comienzo por las palabras que usted pronunció en el mensaje para la Jornada mundial de la paz, en particular cuando habló del cristianismo como ‘victoria’ del amor de Cristo y del compromiso de cada uno para apresurarla, puesto que es lo que anhela en el fondo el corazón de todos.

Por lo que a nosotros respecta, no podemos dejar de sentir el apremio por esta invitación al despuntar el año que marca el cincuenta aniversario de aquel comienzo inesperado, que surgió y se ha desarrollado como un ‘movimiento’ de millares de personas, jóvenes y no tan jóvenes, en el mundo entero, a partir de los primeros encuentros que tuve en octubre de 1954 en el liceo milanés donde pedí dar clase de religión.

Una oración de la liturgia ambrosiana ilumina bien lo que sentimos en estos momentos:

‘Domine Deus, in simplicitate cordis mei laetus obtuli universa. / Et populum Tuum vidi, cum ingenti gaudio Tibi offerre donaria. / Domine Deus, custodi hanc voluntatem cordis eorum’ [Señor Dios, en la sencillez de mi corazón te he dado todo con alegría. Y he visto a tu pueblo reconocer con gozo inmenso la existencia como ofrecimiento a ti. Señor Dios, custodia esta disposición de su corazón, *nda*]⁸. Suplicamos al Señor la fidelidad a nuestra compañía que se convierte en sacramental por su pertenencia a la Iglesia, en la medida en que es reconocida como don precioso y particular del Espíritu.

Siento el deber acuciante de confiar de nuevo a vuestra Santidad la emoción sumamente profunda, vibrante como nunca en mi corazón, que despertó su juicio autorizado y claro sobre nuestra experiencia de estos cincuenta años, cuando en la carta que me dirigió el 11 de febrero de 2002 con ocasión del vigésimo aniversario del reconocimiento de la Fraternidad de Comunión y Liberación, escribió: ‘El movimiento ha querido y quiere indicar no ya un camino sino *el* camino para llegar a la solución de este drama existencial. El camino es Cristo’.

No solo no pretendí nunca ‘fundar’ nada, sino que creo que el genio del movimiento que he visto nacer consiste en haber sentido la urgencia de proclamar la necesidad de volver a los aspectos elementales del cristianismo, es decir, la pasión por el hecho cristiano como tal, en sus elementos originales y nada más. Quizá sea justamente eso lo que ha abierto imprevisibles posibilidades de encuentro con representantes del mundo judío, musulmán, budista, protestante y ortodoxo, desde Estados Unidos hasta Rusia, en un impulso por abrazar y valorar todo lo bello, bueno y justo que hay en cualquiera que viva una pertenencia.

La cuestión capital del cristianismo hoy día, tal y como vuestra Santidad anunció sugerentemente ya en la *Redemptor hominis*, encíclica programática de su pontificado, es identificarlo con un hecho -el acontecimiento de Cristo- y no con una ideología. Dios ha hablado al hombre, a la humanidad, no con un discurso que en último término pueda ser un hallazgo de filósofos o intelectuales, sino como un hecho acaecido del que se tiene experiencia. Vuestra Santidad lo ha expresado en la *Novo millenio ineunte*: «No será una fórmula lo que nos salve, sino una persona y la certeza que ella nos infunde: ¡Yo estoy con vosotros!». Si por algo se caracteriza nuestra pasión educativa y comunicadora es por un continuo reclamo a este *focus* inefable de la experiencia cristiana, en el que muchos no reparan dándolo casi por supuesto, como una premisa obvia.

Dentro del gran cauce de la Iglesia, y de la fidelidad al magisterio y a la tradición, hemos querido siempre llevar a la gente a descubrir -o a ver de manera más fácil- cómo Cristo está presente. Por lo que el camino para alcanzar la certeza de que Cristo es Dios, para no dudar de que es verdad lo que Jesucristo dijo de sí mismo, encuentra su verdadera respuesta en la actitud de los apóstoles, que se preguntaban repetidamente: ‘¿Quién es este?’ cuando su experiencia humana se veía provocada por el carácter excepcional de aquella presencia que había entrado en sus vidas.

En la carta a la Fraternidad, vuestra Santidad escribió también que ‘el cristianismo, antes que ser un conjunto de doctrinas o de reglas para la salvación, es el acontecimiento de un encuentro’. Durante cincuenta años hemos apostado todo sobre esta evidencia. La experiencia de ese encuentro se halla precisamente en la raíz de tantas vocaciones cristianas que nacen entre nosotros -al matrimonio, al sacerdocio, a la virginidad- y del florecimiento de personalidades seculares comprometidas con una creatividad que entra en la vida cotidiana conforme a las tres dimensiones educativas que siempre hemos señalado desde los comienzos: la cultura, la caridad y la misión.

Por ello, no nos sentimos portadores de una espiritualidad particular, ni advertimos la necesidad de identificarla. Domina en nosotros la gratitud por haber descubierto que la Iglesia es una vida que sale al encuentro de nuestra vida: no es un discurso sobre ella. La Iglesia es la humanidad que vive la humanidad de Cristo, lo cual establece para cada uno de nosotros el valor que tiene el concepto de fraternidad sacramental que, aunque sea difícil de comprender en su plenitud, indica evidentemente un espesor distinto de la vida.

Por tanto, me atrevo a entregar en vuestras manos el deseo de poder servir a la Iglesia con nuestro carisma, a través de la inadecuación de nuestros límites humanos. Pero precisamente nuestros límites nos apremian a la responsabilidad de la conversión como

cambio de mentalidad y como humanidad distinta.

En este ser continuamente sacados de la nada al ser, miramos a María, que su Santidad nos recuerda constantemente como el camino y el método para alcanzar una mayor familiaridad con Cristo: como solemos repetir con el Himno a la Virgen de Dante -convertido en oración cotidiana-, ella es ‘fuente viva de esperanza’.

La tensión de cada uno de nosotros hacia el bien es el fin y la conversión que Cristo ha hecho posible. Por eso la conversión a Cristo y, por consiguiente, a su Iglesia es la fuente de una esperanza que incide en la vida concreta y por la que se puede dar la vida, tal como hacen los mártires cristianos.

Pero parece que en los últimos siglos esta fe mira la vida diaria y considera el trabajo humano como algo despojado de valor eterno y de una esperanza fundada. Por ese motivo es preciso que busquemos la gloria del Verbo divino en el enfoque que damos a cada cosa y en el impulso con que las conquistamos, y que la salvación que Cristo ha traído -aunque sea a través de la cruz- irrumpa en la aurora de todos los días.

Santidad, que el verso de Dante ‘eres aquí entre nosotros antorcha meridiana de caridad’ se haga realidad en todas las relaciones que se le concede establecer al pueblo cristiano, bajo la guía de pastores que sepan invocar el Espíritu de Cristo por mediación de María. Nuestro movimiento, que el Espíritu de Cristo ha suscitado y creado en la obediencia y en la paz, inspire fraternalmente a toda la sociedad cristiana, de tal manera que dondequiera que la fe sea proclamada se puedan encontrar vestigios de la santidad de la Virgen (‘En ti misericordia, en ti piedad, en ti magnificencia, en ti se aúna / cuanto es bondad en la criatura’)⁹. En la carta autógrafa enviada al Papa, en lugar de este último párrafo figura la frase citada con la petición relativa a Julián Carrón.

La respuesta del Papa

Juan Pablo II respondió a Giussani el 22 de febrero de 2004, fiesta de la Cátedra de san Pedro: «La Providencia divina ha realizado en este medio siglo una obra que, difundiéndose rápidamente por Italia y por el mundo, ha producido abundantes frutos de bien para la Iglesia y para la sociedad [...] y propone una experiencia de fe capaz de encarnarse en las culturas más diversas; se trata de una experiencia que cambia en profundidad la vida de las personas, porque empuja a un encuentro personal con Cristo. ‘Comunión y Liberación’ es un movimiento que puede considerarse justamente, junto a una gran variedad de otras asociaciones y nuevas comunidades, como uno de los brotes de la prometedora ‘primavera’ que ha suscitado el Espíritu Santo en los últimos cincuenta años. Este medio siglo ha estado marcado por una sufrida contraposición con las ideologías imperantes, por una crisis de los proyectos utópicos y, más recientemente, por una extendida tendencia al relativismo, al escepticismo y al nihilismo, que amenazan con extinguir los deseos y las esperanzas de las nuevas generaciones».

El Papa continuaba deseando que el aniversario «impulse a cada uno a volver a la experiencia original de la que partió el movimiento, renovando el entusiasmo de los orígenes. De hecho, es importante mantenerse fieles al carisma de los comienzos para

poder responder eficazmente a las expectativas y los retos de los tiempos actuales». Y por eso añadía: «Repito hoy lo que os dije hace algunos años: ‘¡Renovad continuamente el descubrimiento del carisma que os ha fascinado y él os conducirá más potentemente a haceros servidores de la única potestad que es Cristo el Señor!’ (Enseñanzas, VIII/2 [1985], p. 660). [...] ‘Vuestro movimiento —decía además [...]— ha querido y quiere indicar no *un* camino, sino *el* camino para llegar a la solución de este drama existencial. El camino, cuántas veces lo ha afirmado usted, es Cristo’ (n. 2, en: *L’Osservatore Romano*, 13 febrero 2002, p. 8)».

Para Juan Pablo II, «esta es precisamente la intuición pedagógica original de vuestro movimiento: volver a proponer, de manera fascinante y en sintonía con la cultura contemporánea, el acontecimiento cristiano, percibido como fuente de nuevos valores, capaces de orientar toda la existencia. Es necesario y urgente ayudar a encontrar a Cristo, para que Él llegue a ser, también para el hombre de hoy, la razón última del vivir y del obrar. Esta experiencia de fe genera una mirada nueva sobre la realidad, una responsabilidad y una creatividad que afectan a todos los ámbitos de la existencia: desde la actividad laboral a las relaciones familiares, desde el compromiso social a la participación en el ámbito cultural y político».

A continuación lanzaba un llamamiento a Giussani y a todo CL: «¡Remad mar adentro! ‘*¡Duc in altum!*’ (Lc 5,4)», explicando que se trataba de una invitación «a hacer memoria agradecida del pasado, a vivir con pasión el presente y a abriros al futuro con confianza, porque ‘¡Jesucristo es el mismo ayer, hoy y siempre! (Hb 13,8)’ (cf. *Novo millennio ineunte*, 1). Que animado por esta conciencia, vuestro movimiento siga anunciando a todos la belleza y la alegría del encuentro con el Redentor del hombre; que proclame con vigor la misericordia divina y recuerde a la humanidad a veces desanimada que no debe tener miedo, porque Cristo es nuestro futuro».

La carta del Pontífice terminaba con esta recomendación: «Con profunda devoción hacia el sucesor de Pedro y los legítimos pastores de la Iglesia y en estrecha unión con los otros movimientos y asociaciones, ofreced dentro de las comunidades diocesanas y parroquiales la aportación original de vuestro carisma, difundiendo y testimoniando el mensaje evangélico. Que la Virgen Santa, maestra y modelo de vida cristiana y ‘fuente viva’ de esperanza, acompañe y proteja siempre vuestro camino. Que ella sea el baluarte al que mirar constantemente»¹⁰.

«Soy un pobre hombre, ¡pero estás tú, Cristo!»

El 27 de marzo de 2004 estaba programado el Consejo Nacional de CL en el colegio Guastalla, a la entrada de Monza. Giussani no estaba en las mejores condiciones y por esto decidió con pesar no participar en las tareas, que iban a durar todo el día. A primera hora de la tarde, durante una sesión de fisioterapia, Gisella Corsico, su secretaria personal, le recordó que el Consejo estaba a punto de terminar y le preguntó si quería ir, aunque fuera solo para saludar a los responsables: «Respondió que sí, y así, tras subir al coche, nos dirigimos rápidamente al colegio Guastalla». Aunque se encontraba bastante

mal, quiso dar personalmente la noticia que había recibido respecto a Carrón.

Testigo de ello es el enfermero Enrico Grugnetti, que le acompañaba: «En aquel periodo el declive físico, causado por la enfermedad, se había hecho todavía más evidente. Pero la alegría por el don recibido del Papa y el deseo de comunicárselo a todos los responsables le dieron al Gius una energía que no tenía desde hacía tiempo. Se vistió, subió al coche y entró en la sala del instituto Guastalla con gallardía. Estaba feliz aquel día». A su llegada la sorpresa fue doble, por su presencia —que no estaba prevista—, pero sobre todo, inmediatamente después, por la noticia que llevaba.

Recibido con un aplauso, Giussani entró y se sentó a la mesa junto a don Stefano Alberto y a Cesana. Empezó a hablar dirigiéndoles una invitación: «Me he atrevido a venir», no creía poderlo hacer, «para rezar un avemaría juntos: para pedir que ofrezcáis el santo rosario de estos días con gratitud, que recéis vosotros y hagáis rezar al pueblo, por una parte, para dar gracias a Dios y, por otra, para suplicar la ayuda necesaria para que nuestra colaboración, al igual que nuestra unidad fraternal, dé un paso, marque un paso en la dirección justa y siga dando fruto». Todos rezaron el avemaría.

Tras retomar la palabra, golpeando repetidamente la mano sobre la mesa, Giussani dijo: hay que dar gracias a Dios «por cómo nos asiste, por la benevolencia con la que demuestra haber acogido nuestra presencia en su grey y en el mundo». Giussani hizo ademán de marcharse, pero luego dijo que quería robar todavía cinco minutos más, ya que había faltado mucho a las reuniones anteriores. La asamblea prorrumpió en risas. Después habló de la misericordia del Señor, por la que siempre se había sentido abrazado: «Él nos ha preferido». Por esto, continuaba, «las preferencias de Dios de alguna manera mandan, nos obligan a dar lo que no daríamos y a pedir y esperar lo que otros nos dan». Giussani formuló también un deseo: «Espero que la Virgen cambie lo que es imperfecto en nosotros y nos dé una compensación, la compensación, ya en este mundo, que hace que la Iglesia sea el jardín de Dios, la casa del Señor».

Después de escuchar la síntesis que hizo don Stefano Alberto del trabajo de la mañana, Giussani intervino de nuevo. Desde hacía tiempo reducía cada vez más la carga de compromisos cotidianos y las reuniones con personas, y también esta experiencia se convirtió en objeto de su comunicación a los consejeros de CL: «Una de las cosas en las que el Señor nos ha ‘entrenado’ más es el sentido de nuestra nada, de que es imposible que nuestra realidad de hombres pueda sostener lo que el Señor hace con su designio. El designio del mundo depende de un nombre: Jesús de Nazaret. Y el designio del mundo es algo que empieza por la mañana cuando uno abre los ojos y termina a duras penas por la noche cuando los cierra». Cuanto más pasa el tiempo, tanto más «siente uno su fragilidad ética, además de física, física y ética: entonces, al ver a las personas que el Señor se digna mostrarle, en primer lugar siente gratitud, y comprende por qué el Señor le da estos padres, le da estos compañeros de camino. Y además, a través de estas personas, el Señor [...] me hace mirar como algo posible —digamos la palabra— ¡la santidad! [...] A medida que pasan los días, cobra cuerpo la evidencia de que somos unos ‘pobres hombres’ ‘Soy un pobre hombre, ¡pero estás tú, Cristo!’»¹¹.

Y llegó el motivo principal de su presencia improvisada en el Consejo de CL:

«Hablando con nuestros responsables de España, en un momento dado, pensé con claridad en Carrón. Una vez que tenía que confesarme, me encontré a este sacerdote español. Y le dije: ‘Perdona, tú tienes que venir a Italia, tienes que venir para el movimiento. Porque si el movimiento se hundiera en Italia, se hundiría en todas partes. En resumen, si vienes a Italia, el movimiento puede tener un futuro muy oportuno y bello’». Porque, continuó, Carrón «es un tipo perfecto desde el punto de vista filosófico y teológico. Nervioso, se podría decir (nervioso como coraza, como una tropa acorazada), perfecto conocedor de la filosofía y de la teología, porque es algo grande ser entendedor de estas cosas. Además, es bueno en el mejor sentido de la palabra, y positivo en todas las cosas que hace».

Giussani informó que había hablado de ello anteriormente con Giancarlo Cesana y don Stefano Alberto —a quienes había confiado la guía del Consejo nacional— y que les había encontrado «perfectamente de acuerdo, coherentes», dijo; «me pareció que recibían esta maquinación mía con sencillez y con fuerza». Luego añadió: «Imaginad todo lo que ha hecho falta para que el Señor consiguiera preparar una gracia que parecía impensable». Contó, entonces, que había escrito al cardenal Rouco Varela y a Juan Pablo II, obteniendo una respuesta afirmativa a su «sueño» de tener a Carrón en Milán. Estaba agradecido al arzobispo de Madrid, «un hombre verdaderamente religioso, católico», que en un momento «tan triste para la historia de España por lo que ha sucedido la semana pasada»¹² había accedido a la posibilidad «de tener entre nosotros a un colaborador directo». A todos los consejeros Giussani les recomendó discreción. Quería evitar, en efecto, cualquier chisme hasta que las cosas no estuvieran definitivamente cerradas.

Al final de la larga intervención de Giussani tomó la palabra Cesana, que le dijo: «Te agradecemos que hayas querido venir tú personalmente a darnos esta noticia, porque esto nos predispone a todos a acoger a Carrón y nos alegra a todos por una comunión que se enriquece». Giussani retomó la palabra: «Espero haber hecho un regalo a nuestra comunidad eclesial, a la Iglesia»¹³.

«La vida es bella»

La primera consecuencia práctica de la decisión de implicar a Carrón en la guía del movimiento fue que Giussani le confió la tarea de predicar los Ejercicios de la Fraternidad de CL, programados en Rímini del 23 al 25 de abril de 2004. Aunque había ocurrido ya en años anteriores, ahora el hecho revestía un significado completamente especial.

El tema de la meditación fue «El destino del hombre». Giussani participó en el gesto conectado por vídeo. Carrón habló de Cristo, compañía hacia el destino, observando que «desde el comienzo de mi encuentro con el movimiento, me impresionó [...] que don Giussani, [...] en su libro *El camino a verdad es una experiencia*, [...] explica que la soledad en la que todos nosotros nos encontramos no es una cuestión sentimental (como pensamos a menudo), sino que la raíz de esta soledad es la impotencia que descubrimos en nosotros. A esta soledad solo responde la autoridad —dice él—, esto es, el que en

medio de todos nos hace crecer. Alguien se convierte en autoridad precisamente porque responde mejor a la verdadera necesidad humana». Carrón precisaba: «Todos nosotros sabemos bien qué es una compañía así, qué es una autoridad así: hemos tenido experiencia de ello a lo largo de los cincuenta años de vida de nuestro movimiento».

Y continuaba la lección de Carrón: «Cristo no vino solamente para desvelarnos el destino, sino para que nosotros realmente pudiéramos caminar apoyándonos en Él, lentamente, pero caminar. [...] El amigo que ama y quiere ayudar al ser humano en el camino hacia su destino, es el que enseña a vivir la verdadera religiosidad, [...] es decir, a vivir lo real en su totalidad, a vivir lo real en la apertura del Misterio, a vivir lo real sin reducciones». Y así Cristo «ha vencido la nada, el mal y el remordimiento por el propio mal»¹⁴.

De Giussani se esperaba un saludo el domingo por la mañana, como conclusión de los Ejercicios; pero a última hora de la tarde del sábado, en cuanto terminó de hablar Carrón, decidió intervenir: «Esta lección de Carrón es lo mejor que me ha dado a comprender el Señor a lo largo de estos años de Ejercicios espirituales. [...] Lo más bello que he escuchado en mi vida, la invitación más clara, más sugerente, a comprender que el sujeto de la gracia que Cristo nos ha concedido es ese pueblo. [...] Porque, creedme, [...] nosotros queremos ser fieles a Cristo. La fidelidad a Cristo es la fidelidad al hecho de que el sentido de la vida existe, se ha desvelado, es relevante y se ha desvelado para cada uno de nosotros; por ello, es asombroso que la condición de la vida sea en cualquier caso positiva. [...] El problema no es una victoria como un reclamo dentro de la muerte, sino que la muerte tenga un sentido dentro del fervor de la vida».

Giussani volvió de nuevo sobre este último tema el domingo por la mañana, conectándose de nuevo con Rimini: «La victoria de Cristo es una victoria sobre la muerte. [...] Todo tiene una dimensión positiva, un bien que lo invade todo de tal manera que, al final -cuando el Señor nos llame- manifestará el atractivo profundo por el que este mundo ha sido hecho. [...] Cualquier contradicción, cualquier dolor encuentran una respuesta positiva en el cauce de esta vida».

Giussani insistió: «La vida es bella», porque «es una promesa que Dios nos hace con la victoria de Cristo». Por eso, fueron sus últimas palabras, «al levantarnos cada día -cualquiera que sea la situación que experimentamos, incluso la más difícil o dolorosa en extremo- hay un bien a punto de nacer en el límite de nuestro horizonte humano»¹⁵. Lo decía un hombre de edad avanzada, obligado a una existencia tejida de privaciones y de sufrimientos. Pero no resignado.

«Hasta el último aliento mi primer sentimiento es la gratitud»

La actitud positiva de Giussani frente a cualquier circunstancia se vio también en las reflexiones que envió al periódico *Lourdes* en mayo de 2004. El santuario mariano es la meta de millones de peregrinos que piden un milagro, es decir, «que Cristo se haga presente y vivo, compañía de Dios para el hombre, de modo que podemos dar gracias por una curación deseada y sobre todo por el descubrimiento de que todo tiene un

destino bueno, que nuestras jornadas están dominadas por una positividad inexorable; y por ello podemos decir con las palabras del anciano Anne Vercors en el texto de Paul Claudel *La Anunciación a María*: ‘Vivo en el umbral de la muerte y una alegría inexplicable hay en mi’»¹⁶.

Giussani sugería a los lectores de la revista que rezaran una oración a la Virgen durante el mes dedicado a ella, con esta intención: «Que podamos ser tan pobres cada mañana como lo fue ella delante del ángel, de tal modo que el comienzo de cada día sea un sí al Señor que nos abraza y hace fecundo el terreno de nuestro corazón, para que se cumpla su obra en el mundo, la victoria sobre la muerte y el mal, tal como nos ha recordado nuestro gran papa Juan Pablo II [...]: ‘[...] *Omnia vincit amor* (el amor todo lo vence). ¡Al final vencerá el amor! Que cada uno se comprometa a apresurar esta victoria, puesto que es lo que anhela en el fondo el corazón de todos’»¹⁷.

Pocas semanas después Giussani retomaba el hilo del pensamiento sobre María. Escribiendo a los participantes en la peregrinación a pie desde Macerata a Loreto, el 5 de junio de 2004, decía que «el destino de cada vida humana tiene su comienzo y su cumplimiento en la Virgen». Por eso no hay motivo para desanimarse, pues «lo que todos los días sería para nosotros un límite, está destinado a ser algo grande como la mirada de la Virgen. María comprendía que el contenido de cualquier condición humana desarrolla y realiza el designio de Otro: no el designio de nuestro corazón, sino el del corazón de Dios»¹⁸.

Su situación física le dictaba estas palabras: «Todo lo que nace se convierte en un ser de gracia incluso cuando lo que sucede es fatigoso. Todo nace y florece en una versión de gracia. Por eso, en la cruz, hasta la resurrección de Cristo, todo se convierte en gracia, es decir, en salvación, paz y alegría». Era el deseo con el que Giussani se despedía del pueblo inmenso que se estaba encaminando hacia Loreto: «Tendréis que redescubrir el conocimiento de esta positividad gozosa que tiene todo, y entonces incluso los esfuerzos para alcanzar cualquier meta afluirán con torrentes de gracia. Ciertamente el dolor, al igual que la vida, no os faltará, pero vuestra existencia será un camino; un camino que, aunque trabajoso, os llevará a descubrir un bien verdaderamente grande»¹⁹.

Para Giussani fueron meses marcados por el sufrimiento: espasmos, contracciones, dolores de estómago y problemas respiratorios. Una tarde de junio, después de horas muy difíciles, Jone le escuchó exclamar: «¡Qué día más duro!». Y enseguida: «Pero si vivo este día con la tensión por atravesar estas circunstancias, viviendo las ocasiones que permite el Misterio, estoy seguro de caminar mejor y más deprisa hacia el destino que veré un día, mucho mejor que si fuera conforme a mis proyectos para vivir este día. Por eso este día es bello, porque es verdadero».

El 21 de junio, día de su onomástica, Giussani estaba en la camilla para una sesión de fisioterapia. Estaba sufriendo, pero logró adormecerse. Cuando se despertó Jone le felicitó y Giussani respondió: «En esta situación ya tengo poca vida, pero hasta el último aliento mi primer sentimiento es la gratitud, porque esta proviene de Él».

«Estoy tan contento como cuando tenía quince años»

La compañía que se había formado en los últimos años en torno a Giussani era una auténtica familia, compuesta por las personas que le cuidaban día y noche, llamadas a participar en los momentos de alegría y en los de gran sufrimiento; compartían su vida, así como él participaba en la de los que tenía alrededor. Eran: Anna María Baldussi, Alba Bigoloni, Gisella Corsico, Federico Dendéna, Maria Grazia Figini, Massimiliano Galimberti, Enrico Grugnetti, Jone (Juana Echarri), Amabile Lanfredini, Angela Levorini, Alberto Mapelli y Luca Zarpellon.

Recuerda Zarpellon, enfermero: «Siempre nos preguntaba por nuestros padres, hijos, hermanos, sobrinos o amigos; se informaba de cómo estaban y cuando se enteraba de que alguno de ellos tenía un problema o una dificultad, hacía cualquier cosa para ayudarlo, se preocupaba como si fuera la persona más cercana a él». Con el tiempo, Zarpellon adquirió esta convicción: «Para don Giussani nosotros, los de la casa, éramos las personas que Dios le había puesto a su lado para acompañarle y ayudarlo en la enfermedad: y él vivía esta compañía cada instante con cada uno de nosotros, de día y de noche, como un continuo sí a Cristo».

Alberto Mapelli, otro de los enfermeros, recuerda que la mirada de Giussani hacia ellos, que vivían cotidianamente con él, así como a cada uno de los que veía, era una mirada de preferencia: «Una noche, mientras estaba sentado a su lado para la cena, me puso su brazo en torno al cuello y dirigiéndose a los demás dijo: ‘Veis, Alberto es como si fuera mi amigo desde siempre’. Yo estaba desde hacía pocos días con él, y aquel gesto, junto a sus palabras, me dejó totalmente cortado, porque me sentí pequeño e indigno al lado de aquel hombre que, sin haberlo merecido, me abrazaba totalmente hasta lo más profundo de mi yo. Un año, por mi cumpleaños, me escribió una nota que decía: ‘Padre Nuestro, que nos llevas a la profundidad del tiempo... ¡Felicidades!’».

A Giussani le gustaba bromear con las personas de la casa, atribuyéndoles por ejemplo sobrenombres a veces inusuales. Un día Amabile Lanfredini se sintió apostrofar bondadosamente: «¡Simio! ¡No, macaco! Pero un macaco que dice: ‘*Veni Sancte Spiritus, veni per Mariam*’». «Incluso con las bromas», dice la enfermera, «don Giussani no dejaba nunca de recordarnos quiénes éramos y qué es lo que definía nuestras personas».

En sus muchos años de actividad profesional, Zarpellon no recuerda haber visto sufrir a ninguna persona como a Giussani. Pero para este último «el sufrimiento, aun siendo grande, no fue un ‘obstáculo’», como pudo comprobar el enfermero después de una serie de noches tormentosas. En un momento en que los calambres le concedieron una tregua, Giussani le dijo: «Estoy tan contento como cuando tenía quince años, y si el Señor no me hubiera hecho vivir lo que estoy viviendo, no estaría tan contento».

Una noche, marcada por fuertes dolores, Zarpellon oyó cómo afloraba de sus labios una invocación, casi un gemido: «Te lo ruego, ¡no me pongas demasiado a prueba!»; entonces «le preguntamos qué podíamos hacer para ayudarlo, y cuando consiguió hablar nos dijo: ‘Estad junto a mí, rezad, ayudadme a rezar al Señor, ayudadme a vencer el mal’, y así empezamos a rezar el rosario».

Zarpellon continúa con sus recuerdos: «La oración a la Virgen, a san José y a san Ricardo era cotidiana. A menudo durante el día, cuando sus condiciones se lo permitían, le llevábamos a dar una vuelta en coche. Durante el trayecto rezábamos el rosario o cantábamos (a él le gustaba muchísimo oír cantar) y siempre, antes de volver a casa, nos parábamos en una iglesia o en una capilla. Una vez llegados allí, si tenía fuerzas y siempre ayudado, entraba dentro y se quedaba algunos minutos en oración, y si no podía, nos decía a los que le acompañábamos que entráramos en la iglesia para rezar una oración por él».

El enfermero añade: «Hubo también días alegres y serenos en los que don Giussani recuperaba enseguida su habitual vivacidad y pasión por cualquier cosa que escuchaba o sucedía: recibía visitas, se apasionaba en las conversaciones cuando estábamos sentados a la mesa, escuchaba atento y sorprendido cuando le contábamos hechos que nos habían ocurrido». Y Grugnetti recuerda: «Uno de los momentos más simpáticos de la vida de la casa, especialmente cuando estábamos fuera de Milán, era la llegada por la noche de Luca y Alberto, o de Massimiliano. Lo primero que les pedía el Gius cuando nos sentábamos a cenar era que le contaran de sus hijos. Las aventuras de Francesco, Marta, Gabriele y los demás se convertían, así, en ocasiones de diversión conmovedoras». Un día le dijo a Zarpellon: «Yo daría la vida por vuestros hijos».

Mapelli confirma: «Efectivamente estaba siempre atento a nuestras familias y nos preguntaba con frecuencia por nuestros hijos. Cada Pascua no les faltaba nunca a nuestros niños el regalo de un huevo de Pascua enorme, siempre acompañado por un pensamiento». Ha conservado los siguientes. Para la Pascua de 2002: «Desde la oscuridad en la que están envueltas las cosas, a las que también aspira el hombre, la fe hace que brote esperanza y alegría». En 2003: «Este día está consagrado al Señor vuestro Dios; ¡no llevéis luto ni lloréis!, porque este día está consagrado a nuestro Señor; no os pongáis tristes, porque el gozo del Señor es vuestra fuerza (cf. Ne 8, 9.10)». Y para la Pascua de 2004, la última de Giussani: «Es importante que la pasión que vivió y que vive Cristo se transmita a nuestro corazón».

Por la noche, cuando Giussani se retiraba a su habitación, las personas presentes en la casa se reunían en torno a él para rezar. «A veces rezábamos el santo rosario. Siempre se decía la oración a san José, a san Pampuri, el *Memorare* y el *Himno a la Virgen*» de Dante, recuerda siempre Zarpellon. A veces, «cuando estaba particularmente cansado, seguía acurrucado en la cama con los ojos cerrados y en silencio; al final de la oración, abría los ojos y daba las gracias a todos». Sucedió con frecuencia que alguien de la casa se sentara junto al lecho y le leyera algunas páginas de un libro: «También ocurría de noche cada vez que no conseguía dormir. Había una lectura predilecta por encima de cualquier otra y eran los tres volúmenes del PerCorso [*El sentido religioso*, *Los orígenes de la pretensión cristiana* y *Por qué la Iglesia, nda*]. Cuando se llegaba al final, se volvía a empezar desde el principio», dice Zarpellon, «no sabría decir cuántas veces leímos *El sentido religioso*». Otras veces, «nos reuníamos en torno a él y cantábamos. Y por la mañana, al despertar —que siempre tenía lugar antes de salir el sol—, pedía que se le acompañara al escritorio donde se sumergía en la lectura silenciosa del breviario».

Gisella Corsico confirma que «mientras le fue posible, don Giussani no dejó nunca la lectura cotidiana del breviario. Cuando no estaba bien, pedía a alguien de la casa que lo leyera para él en alta voz. Y no era raro verle pasar las páginas adelante y atrás en uno u otro momento del día».

Sobre la fidelidad a la lectura del breviario, Federico Dendéna recuerda: «Una noche me pidió que leyera con él las laudes (¡eran las dos de la noche!). Y después siguió con la hora media y las vísperas porque así, dijo, estaba seguro de haberlas rezado por si en la jornada siguiente no le fuera posible. En un momento dado, durante la lectura del breviario, me dijo: ‘De cualquier modo esto es lo que me educa más que nada’. Yo le pregunté: ‘¿Los salmos?’’. Y él: ‘No, el breviario’, señalándolo con el dedo».

Massimiliano Galimberti recuerda de las estancias en Liguria una costumbre casi cotidiana: «Por la tarde salíamos en coche para dirigirnos al santuario mariano de las Porrine, una pequeña iglesia encajada en las colinas, más allá de Sanremo. Subíamos rezando el rosario y cuando llegábamos a la iglesia nos quedábamos fuera, porque ya no podía caminar y raras veces llegó a entrar en ella; entonces rezábamos la *Salve* o el *Memorare*. En una de esas ocasiones vimos entrar a una familia. Cuando retomamos el camino nos dijo: ‘Que la Virgen escuche primero las oraciones de esa madre y luego a mí’». Gisella Corsico recuerda: durante una visita al santuario «don Giussani se dio cuenta de que la pequeña iglesia necesitaba algún que otro arreglo. Desde aquel día se encargó de entregar al anciano párroco donativos para la iglesia, sin revelar nunca su proveniencia al sacerdote, que sin embargo quería conocer el nombre del benefactor». Giussani hizo que se comprara en Milán un rosario de plata «para adornar la imagen de la Virgen que se conserva dentro del santuario».

Son numerosos los episodios que se refieren a Giussani en Liguria durante el último tramo de su vida sacerdotal, tal como otros habían marcado sus comienzos casi sesenta años antes en aquellos lugares marítimos. Amabile Lanfredini recuerda una vez en que, para salir de Milán, preparó las maletas de Giussani, una con su ropa, otra con las medicinas y otra con lo necesario para celebrar misa: «Cuando llegamos a Liguria, me di cuenta de que me había olvidado la estola. Apenas lo supo, don Giussani me regañó y me hizo llamar por teléfono al padre Emmanuel: quería que le diera la dispensa para poder decir misa sin la estola. Al día siguiente se la trajeron desde Milán. ¡Desde entonces nunca la volví a olvidar!».

En Liguria, durante un cierto tiempo, otra meta de los desplazamientos en coche por la tarde era Bordighera: «Cuando era posible», dice Gisella Corsico, «hacíamos una parada en un quiosco sobre el mar para tomar una bebida».

Enrico Grugnetti, además de su tarea profesional, recibió de Giussani otra, ligada a su bonita voz: en casa y durante los desplazamientos en coche le pedía que cantara este o aquel canto. La convivencia con Giussani, en efecto, estaba constantemente marcada por el canto, como recuerda Galimberti: «Siempre pedía que se cantara. A menudo quería que cantáramos los mismos cantos durante largos periodos, a fin de que pudieran imprimirse cada vez más dentro de él (*Povera voce*, las canciones de Claudio Chieffo, y, en los últimos tiempos, *Noi non sappiamo chi era*²⁰). Un día, ironizando sobre mi voz

desafinada, dijo dirigiéndose a Enrico: ‘Esta canción es tan bonita que podría cantarla incluso Max’» (sobrenombre con el que se conoce a Massimiliano Galimberti). Y con el canto, la música: «Durante las noches de insomnio, algunas veces quería escuchar música. Después comentaba de día los pasajes y con frecuencia eran los que salían algunos meses más tarde en la colección ‘Spirto Gentil’». Una noche, Giussani le dijo a Massimiliano: «Hace 60 años que escucho los coros rusos. Siempre he deseado que nuestra compañía se asemejara a ellos».

Enrico Grugnetti dice de Giussani: «Era un hombre del que era fácil ser amigo, íntima e intensamente amigo. Era sincero (siempre), se asombraba de todo, era entusiasta de la vida en cualquier condición, extremadamente generoso, humildísimo y paciente. Nunca he visto a una persona reír con el gusto con que reía el Gius. Nunca he visto a nadie con su enfermedad no lamentarse jamás del dolor (mucho) que experimentaba a causa de ella. Nunca he visto a un hombre gustar tanto de una buena comida como hacía él». En cuanto se lo permitía el párkinson, trabajaba: «Nunca estaba distraído. Nunca he visto rezar a un hombre como rezaba él, atento, sorprendido de lo que leía». Grugnetti conserva una fortísima impresión de Giussani absorto en la oración: «En el último periodo de su vida la oración coincidía con la misma respiración». El aspecto más sorprendente para él, en los tres años que transcurrieron junto a Giussani, fue «su capacidad de hacer participar a los demás de lo que él vivía. La dimensión excepcional de su persona no creaba entre él y los demás una distancia; por el contrario, te hacía gozar más de los cantos o sostenía la conciencia en el rezo del rosario. Te hacía desear vivir la vida como la vivía él». La frase que repitió Giussani más a menudo a Grugnetti, en aquellos últimos meses del 2004, cuando las palabras se le hacían cada vez más fatigosas de pronunciar, era esta: «¡Tienes que rezar a la Virgen! Tienes que rezar todos los días la oración de Dante a la Virgen María». El enfermero recuerda: «Sabía que se acercaba su muerte y me dejaba una tarea simple y esencial».

Dendéna subraya otros datos de la vida cotidiana con Giussani, «desde el simple pasear al rezo del breviario o el rosario todas las tardes, desde charlar a dar una vuelta en coche por Milán o hacia Caravaggio. Repetía con frecuencia: ‘Estoy contento de lo que soy y de lo que tengo’». Lo manifestaba también con el buen humor que expresaba durante la jornada, por ejemplo, «silbando y canturreando alguna canción, o tratando de hacer trampas descaradamente en una partida de cartas para hacer que nos divirtiéramos. Cuando se sentía con fuerzas marcaba él mismo el ritmo de las jornadas, sugiriendo lo que había que hacer. Todo estaba dominado en él por la conciencia del Misterio que hace todas las cosas; nosotros hemos sido testigos de ello».

Lo que más le sorprendía a Dendéna era «su libertad para mirar a las personas tal como son». Una noche, estando en Liguria, Giussani le llamó cada cinco minutos porque no conseguía dormir; era un periodo muy difícil y de noche dormía en total, sumando los diversos intervalos de ‘sueño’, alrededor de dos horas: «Después de la enésima llamada, entré en la habitación muy decidido y fastidiado, porque yo estaba muy cansado (era la tercera noche seguida que estaba de guardia), y por eso reaccioné de aquella manera delante de don Giussani». Después de ayudarlo a sentarse en el borde de la cama,

Giussani me miró y me preguntó qué es lo que no iba bien. «Le respondí que no tenía nada, que solamente estaba un poco cansado. En ese punto me miró y con una dulce sonrisa me dijo: ‘Mira, no se puede comprender el Misterio, porque el Misterio es misterio’. Me sentí como desnudo; Giussani había captado inmediatamente mi estado de ánimo respecto a su salud: yo me quedaba en la apariencia».

Amabile Lanfredini añade otros elementos de la actitud hacia lo cotidiano: «Obedecía con gran humildad a las personas que vivían con él y a las funciones que les estaban confiadas para la convivencia. Y era evidente que de ese modo obedecía al Misterio, porque se veía que, mientras hacía lo que tenía que hacer, se sentía a gusto, estaba sereno; incluso en el sacrificio». Y cuando tenía necesidad de algo (comida, ropa, prestaciones de enfermería, etc.), «lo pedía sencillamente y recibía todo haciendo que siempre te sintieras importante, capaz, cualificada, como alguien que siempre lo había hecho lo mejor posible. Valoraba todo y a todos; por ejemplo, en la mesa se le veía con frecuencia exclamar: ‘¡Nunca he comido un arroz tan bueno!’». Y aunque nosotros supiéramos que no era así, sentíamos que era su forma de decir: ‘Sigue adelante, no te pares’».

Durante el mes de julio de 2004 los días estuvieron también marcados por grandes dificultades. Un día Gisella Corsico, al verle sufrir, le dijo «Gius, ¡qué dura es la vida!», y él le respondió: «La vida que no es vida, es dura». Los dolores crecientes provocados por la enfermedad eran siempre en Giussani el camino para pensar en Cristo. Así, precisamente en aquel periodo, hizo publicar en la revista *Tracce* el texto del canto gregoriano *Iesu dulcis memoria* («Jesús, dulce memoria»), acompañado de una breve meditación suya. Invitaba a las comunidades de CL a cantarlo como recuerdo de un pasado que había producido el presente: «El verdadero gozo de nuestro corazón procede únicamente de [...] este hombre cuya humanidad excepcional se puso inmediatamente de manifiesto, de tal modo que podía ser olvidada rabiosamente, desplazada por nuestra distracción, pero permanecía en el corazón». Giussani deseaba que cada día se dijeran las palabras del canto a Jesús, «en la confusión o en la claridad (no importa el cómo)». Y dirigiéndose directamente a Cristo, lo rezaba así: «Que la Virgen nos ayude a mirar esta presencia tuya, oh Rey, esta presencia tuya, oh Señor, tal como te miraba ella, tal como te mira ella». En efecto, Cristo «es el contenido de la felicidad a la que todo lo que hay en nosotros nos hace aspirar»²¹.

«La oración, un momento de plenitud de la persona»

Al comienzo de agosto se celebraron los tradicionales Ejercicios espirituales de los *Memores Domini* e inmediatamente después los de los novicios. Giussani intervino en ambas ocasiones, el 6 y el 9 de agosto de 2004 respectivamente. Hablando a los *Memores* partía de una constatación: «En el periódico se repiten las noticias de atrocidades y guerras sin remedio posible. Y en un primer momento también nosotros nos hemos atascado, bloqueado». Pero Cristo es el nexo que explica todas las cosas, es «la palabra, con todo lo que implica, entrando en el mar misterioso e inmenso del tiempo

y del espacio. [...] Hay que correr tras ello, perseguir este fuego, este fuego excepcional y extraño. Porque, en caso contrario, ¿quiénes son los amigos, quiénes son los compañeros, quiénes son los amores, quiénes son los odios, quiénes son los imposibles huracanes en el silencio o en la desesperación? Al igual que tantas cosas que ayer estaban y ahora se me escapan.

Tenemos que acostumbrarnos a cumplir aquello para lo que hemos sido hechos. Porque no existe regla posible sin la crucifixión de esa norma que hace de nuestro corazón el centro del tiempo y del espacio, del mundo y de la historia». Y hay una mujer en la que todo esto sucedía, «¡empezó con ella! Existe una mujer, madre. Madre, porque la palabra ‘madre’ encarna hasta el fondo, es un abismo que nos hace intuir hasta el fondo la presencia de algo que está ahí. ‘*Madonna. Mia donna*’»²².

De allí a pocas semanas, concluía, con ocasión de la peregrinación programada por los cincuenta años del movimiento a Loreto, «podremos evocar de nuevo algunos rasgos de todo esto, arcanamente, rabiosamente o con paciencia, o sin espera alguna. Esta palabra: *Madonna*. ¡Quién sabe cómo saldría de casa, como iría por las calles, yendo a hacer la compra para servir! De esta palabra arranca nuestro impulso hacia el ser, nuestra elección del ser, ¡hacia el Ser!». Giussani deseaba a todos: que María «nos obligue a hacer coincidir nuestro existir con nuestro ser»²³.

Y al término de los Ejercicios de los novicios de los *Memores Domini*, el 9 de agosto, después de que hablara Carrón, Giussani se dirigió directamente a él: «Creo que nuestras mismas caras te devuelven y te ofrecen lo que de más hermoso y fascinante, creativo y amigo de la vida, puedas desear. Tú lo has expresado con una fuerza persuasiva -como ahora mi debilidad nunca podría decir-, con un abrazo que nos transmite quién es Cristo». Giussani había querido intervenir para esto: para «sacudir de los cimientos de nuestro corazón esa indiferencia con la que normalmente vaciamos cualquier instante de oración misterioso —misterioso sí, pero vacío—, en lugar de vivirlo como una plenitud de ser. Es la meditación más bella para hacerla objeto decidido de nuestro corazón».

Invitaba por ello a repetir las palabras que se habían escuchado, «en sintonía con nuestro corazón, con ese destino al que estamos ligados, por el que nuestra madre nos dio a luz [...], con un eco que en el valle inmenso de nuestro corazón encontrará resonancia en cada hora de nuestra vida». Y refiriéndose de nuevo a Carrón, concluyó: «Pero tenéis que admitir que he hecho muy bien al elegirle. [...] Gracias, hermano, porque nos seguirás [...] en nuestro camino»²⁴.

«Amor apasionado al misterio del hombre»

La edición de 2004 del Meeting de Rímini, la número veinticinco, se abrió de una manera insólita: después del rezo del Ángelus del 22 agosto en Castel Gandolfo, durante la emisión en directo de la RAI1, Juan Pablo II saludó a los miles de personas que estaban reunidas para seguir la misa de apertura en el auditorio de la Feria de Rímini: «Dirijo ahora mi saludo a todos los participantes en la vigesimoquinta edición del ‘Meeting por la amistad entre los pueblos’ [...]. Saludo en particular, de forma cordial, a

monseñor Luigi Giussani, fundador y guía del movimiento ‘Comunión y Liberación’, que promueve el Meeting». Y refiriéndose al título del Meeting —«Nuestro progreso no consiste en suponer que hemos llegado a la meta, sino en tender continuamente hacia ella»— dijo: «A pesar de los límites y los errores humanos, el cristianismo constituye el mayor factor de verdadero progreso, porque *Cristo es un principio inagotable de renovación del hombre y del mundo*»²⁵.

El Pontífice envió además un mensaje autógrafo, en el que escribía entre otras cosas: «Esta cita ya tradicional, que anima y enriquece de contenidos el verano italiano, llega este año a su vigesimoquinta edición. Es un hito significativo que se sitúa en el contexto de las celebraciones por el quincuagésimo aniversario del nacimiento de Comunión y Liberación, movimiento eclesial que ha surgido del cielo sacerdotal de mons. Luigi Giussani. Dos fechas importantes, que se iluminan mutuamente». Juan Pablo II hablaba, además, de la «violencia con la que el hombre trata de apropiarse de la verdad y la justicia, reduciéndolas a valores de los que él pueda disponer libremente, es decir, sin reconocer límites de ningún tipo». Mientras que el camino que Cristo enseña es distinto: «Es el camino del respeto por el ser humano, que cualquier medio de investigación debe en primer lugar tratar de conocer en su verdad, para después servirlo, no manipulándolo conforme a un proyecto considerado algunas veces con arrogancia como mejor que el del mismo Creador». Para el Papa el tema del Meeting era una invitación a «dirigir al Creador una mirada llena de asombro por la belleza y la racionalidad de lo que Él ha llamado a la existencia y mantiene continuamente en el ser. Solo esta humildad frente a la grandeza y al misterio de lo creado puede salvar al hombre de las consecuencias nefastas de su propia arrogancia»²⁶.

Tras escuchar el saludo del Papa y su mensaje, Giussani escribió a los organizadores de la semana riminesa: «La intervención del Papa relata de manera sorprendente y ejemplar el esfuerzo de un trabajo educativo sobre el pueblo de Dios como amor al hombre, como la preocupación de un padre hacia su único hijo». Juan Pablo II le parecía a Giussani como «un padre dispuesto a intervenir [...] y a recordar que en la evolución del tiempo, en cada momento, se respeta el designio de Otro: como el de un padre y una madre hacia su hijo. Un designio bueno, como el que tiende a definir la tarea suprema de una familia, o la construcción de una realidad que sea humana dentro de los atormentados y fatigosos cambios de la historia»²⁷.

El mensaje, escrito en los primeros días del Meeting, lo leyó la presidenta Emilia Guarnieri el 28 de agosto de 2004, al término de la presentación del libro de Giussani *Una presenza che cambia*, que cerraba la semana riminesa. En la mesa estaban Mario Molteni, el poeta brasileño Bruno Tolentino y Julián Carrón. Este último dijo en el curso de su intervención: «¿A qué confía la Iglesia su mensaje? A la experiencia que nosotros vivimos. [...] Por eso necesitamos ser sencillos, se necesita tu humanidad, se necesita tu yo, con toda tu capacidad de razón y de libertad; es necesario que se confronte esa presencia de Cristo en la Iglesia con las exigencias originales de nuestro corazón; en caso contrario no conocemos lo que es Cristo, y vence la ideología. Por eso el cristianismo, al contrario de lo que piensan muchos, no está en contra del hombre, contra

la afirmación del hombre, contra el hecho de que el hombre esté en el centro de todo; tanto es así que el cristianismo deja en las manos del hombre el juicio último sobre todo. [...] Muchos hombres, a lo largo de la historia, hemos aceptado este desafío; [...] hemos podido experimentar la conveniencia de Cristo para nuestra vida. Esta verificación es lo que nos permite decir hoy, llenos de gratitud —y creo que es el mejor homenaje que podemos hacer al autor de este libro, don Giussani—, con el *staretz* del *Relato del Anticristo* de Soloviev: ‘Para nosotros lo más querido es Cristo mismo, porque en Él habita corporalmente toda la plenitud de la Divinidad’».

Tolentino habló de su primer encuentro casual con Giussani, al comienzo de los años sesenta, en un vuelo camino de Brasil: el avión había hecho escala en la ciudad de México DF, «y allí subió Jean-Paul Sartre con su mujer, porque también ellos iban a Brasil. Y lo primero que hizo Sartre, al subir al avión, fue pedir que se limpiara un poco el aire, pidiendo que saliera ese sacerdote de donde estaba él; y así, echaron a Giussani un poco más lejos». Una vez llegados a Brasil, a Salvador de Bahía, donde el avión hacía escala para repostar, «tuvieron que bajar todos. Primero descendieron los tres sacerdotes que estaban allí y detrás de ellos descendieron las celebridades. A mí me habían pedido —yo tenía veinte años— que hiciera de intérprete para Jean-Paul Sartre y también para su mujer, Simone de Beauvoir. Así que yo estaba allí, y fui el primero en ver a Giussani, en verle con el rostro triste de quien pensaba: ‘Veamos, yo vengo a Brasil a tratar de hacer una cosa que me parece importante, indispensable, urgente, y llega este, esta celebridad, a hacer exactamente lo opuesto’. De hecho, Sartre estaba en el punto culminante de su influencia en el mundo; tres años después se iba a permitir rechazar el Premio Nobel». Así pues, en aquel aeropuerto se vieron «sin intercambiar ni siquiera una palabra».

Antes de que Giussani y Tolentino se vieran de nuevo tendrán que pasar cuarenta años, «como los de Moisés en el desierto», dijo el poeta: «Hoy mismo, un periodista me ha preguntado quién tenía razón en mi opinión: si Sartre, cuando decía que ‘el infierno son los otros’, o bien Giussani, con todo lo que nos enseña. Yo le he respondido que el Gius no nos enseña nada, sino que nos hace prestar atención al otro. Y ciertamente el otro será siempre el infierno si tratamos de instrumentalizarlo»²⁸.

Concluido el encuentro, en la gran pantalla del auditorio de Rímini apareció Giussani, que quería completar de viva voz el mensaje que había enviado para el comienzo de la semana riminesa. Estas fueron sus palabras: «Cada uno de nosotros tiene la conciencia en este momento de convertirse en factor interesante, creador de realidades vivas, promotor de una voluntad de cambio. No sé si todo el sacrificio de mi intervención, en el diálogo de estos días, ha sido más bello o más capaz de impulsar una tensión vivificadora por la vida, un amor apasionado por el misterio del hombre, un amor apasionado por el destino del hombre. Dejo estas palabras como las últimas que en este momento podemos repetir: apasionado calor, apasionado afecto por lo que el hombre puede hacer que exista y que afecte a su historia. Gracias a todos y hasta la vista el año que viene»²⁹.

Fue la última vez que Giussani se presentó por vídeo: «Para don Giussani era un

sacrificio enorme hablar en directo delante de una cámara de televisión, él que siempre había tenido delante de sí los rostros de las personas», dice Gisella Corsico, «pero se plegó a este procedimiento sabiendo que la conexión por vídeo se había convertido en el instrumento para seguir hablando en público a la gente».

«La alegría se despierta en mí cada mañana»

En septiembre de 2004, después de una comida en la que se había hablado de la vida del movimiento en América, Jone exclamó: «¡Qué buenas noticias!». Y Giussani: «La alegría se despierta en mí cada mañana».

En aquel mismo mes de septiembre, del 25 al 30, Giussani fue hospitalizado en la clínica San Pío X de Milán para quitarle un pequeño adenocarcinoma del recto-sigma. A finales de mes Giussani se vio afectado por una bronquitis aguda, que se prolongó dos semanas y que derivó en un brusco empeoramiento de su estado general y de los síntomas del párkinson. El profesor Minetti subraya que, aunque Giussani era puesto a prueba con mucha dureza, «conservaba momentos de gran lucidez, que se expresaban, entre otras cosas, en la atención y la gratitud que manifestaba hacia los que le cuidaban».

Alguien que tuvo ocasión de frecuentar a Giussani en los últimos años de su vida, especialmente desde que se trasladó a un apartamento en el Instituto Sacro Cuore de Milán, fue don Giorgio Pontiggia (que falleció en 2009), director del colegio: «Sabendo que yo vivía al lado, me hacía llamar; yo llegaba y él me leía el breviario —o bien se lo leía yo cuando no estaba bien, y él me explicaba algunos versículos—; en otros momentos pedía que le confesara. ‘Necesitamos acordarnos de Cristo, porque la amistad es acordarse de Él’, me repetía. Mientras yo estaba con él aparecía a veces alguien para saludarle un momento. Y en aquellos breves momentos don Giussani estaba totalmente centrado en esa relación. Al verle, yo pensaba que Cristo no era para él un objeto de devoción o algo abstracto, sino que se le hacía presente por medio de la persona que tenía delante. Era algo fascinante». Don Pontiggia recordaba las veladas que pasaban jugando a las cartas, cuando la salud se lo permitía, o escuchando canciones que entonaba alguno de la casa. Cuando estaba cansado, se despedía casi excusándose: «¡Pero qué rato tan bueno y qué buen vino hemos probado!». Don Pontiggia no recordaba haberle visto triste jamás: «Probado por la enfermedad, sí, cansado, también, pero nunca triste. Especialmente en los momentos más difíciles nos exhortaba: ‘Tenemos que acordarnos de Cristo...’, como si fuera una especie de leopardiano ‘pensamiento dominante’. Puedo decir con seguridad que su mirada a las personas y las cosas estaba dominada por la conciencia de Cristo».

Hay un episodio de los últimos meses de vida que quedó grabado en la memoria de don Pontiggia: «Don Giussani estaba apesadumbrado porque algunos días no conseguía leer todo el breviario; físicamente no lo lograba. Y se sorprendía cuando le decía que rezar es ante todo hacer la voluntad de Dios, como él mismo me había enseñado. Un día me obligó a dirigirme al penitenciario de la catedral de Milán para que confirmara esa afirmación. Yo fui y monseñor Cavalli, así se llamaba, asintió. Cuando le conté a don

Giussani el juicio del penitenciario, le vi contento como un niño».

«Todo lo que es positivo en la naturaleza hallará respuesta»

El 10 de septiembre de 2004, la RAI1 transmitió un programa especial dedicado a los cincuenta años de CL. Lo había realizado Roberto Fontolan, que para esa ocasión había grabado una entrevista con Giussani. El periodista empezó preguntando cómo se explicaba el reconocimiento del que gozaba en el mundo: «He tratado siempre de vivir la vida —tanto en sus exigencias personales concretas como en su posible aplicación— como una respuesta a necesidades reales»³⁰.

En una situación marcada por la confusión y la incertidumbre, Giussani encontraba iluminador un pasaje de T. S. Eliot: «¿Es la Iglesia quien ha fallado a la humanidad o es la humanidad la que ha fallado a la Iglesia?»³¹; y se preguntaba cómo podía un hombre contemporáneo prescindir de esta frase, porque eso significaba que «olvidaría las cuatro quintas partes del mundo».

Fontolan preguntaba si su crítica se refería a la Iglesia o a la humanidad, y Giussani respondía: «A las dos, a las dos». Primero «ha sido la humanidad la que ha fallado a la Iglesia, porque si yo necesito una cosa, y veo que se aleja, voy corriendo detrás de ella. Pero nadie ha corrido tras ella». En segundo lugar, «la Iglesia ha empezado a fallar a la humanidad, a mi juicio, a nuestro juicio, porque ha olvidado quién es Cristo, no se ha apoyado en Él... ha tenido vergüenza de Cristo, de decir quién es Cristo».

Fontolan replanteó la pregunta inicial en otra forma: ¿a qué se debe la capacidad que tiene el movimiento para encontrar e implicar a personas de todo tipo, clase social y cultura? Para Giussani se debe, ante todo, a «un interés coherente y persistente por las relaciones humanas, que se ponía en juego entre los jóvenes de entonces y entre los de ahora; al desplegarse novedoso y maduro de una atención al que es ajeno el cual se convierte en parte integrante del gran juego de la existencia». En segundo lugar, Giussani reconocía que «las personas que íbamos conociendo tenían necesidades muy concretas y trataban de afrontarlas». En efecto, «el hombre es digno de vivir porque admite la vida solo como búsqueda de una respuesta completa y de una conquista que Dios creador ha pensado, ha preparado para él. Al final de una clase, una chica me entregó como si fuera un descubrimiento este canto creado por ella: ‘Pobre voz... nuestra voz canta con un porqué’ (Povera voce, *ndt*). No conozco otra expresión más definitiva que esta: como un reto, por una parte, y como percepción segura, por otra, de que todo lo que es positivo en la naturaleza hallará respuesta»³².

El reportaje televisivo contenía también una entrevista al prefecto de la Congregación para la doctrina de la fe, Joseph Ratzinger, en la que este expresó sintéticamente sus juicios sobre Giussani y sobre el movimiento, al que conocía desde los primeros años setenta: «En un contexto que ha cambiado varias veces, Giussani ha encontrado la continuidad, la identidad de su intención, que es la identidad de la fe católica, es decir, la identidad del encuentro con Jesucristo; se trata precisamente de una identidad dinámica, que le ha permitido contextualizar esta realidad suya de formas adecuadas a los cambios

de los tiempos».

«El punto fundamental para Giussani», subrayaba el cardenal Ratzinger «es que el cristianismo no es una doctrina, sino un acontecimiento, el encuentro con una persona, y que de este acontecimiento del encuentro nace un amor, nace una amistad, nace una cultura, una reacción y una acción en los diversos contextos».

¿Y respecto a las polémicas suscitadas por la realidad del movimiento? «Demuestran que tenía realmente una postura que valía la pena defender y vivir». ¿Y cuál es esta postura? «Yo hablaría de una eclesialidad abierta y viva, fuera de las organizaciones y de las estructuras habituales, pero totalmente radicada en las verdaderas raíces de la Iglesia».

Por un lado, se da «una firme fidelidad a la esencia de la Iglesia católica, esto es, a la estructura apostólica y episcopal de la Iglesia en comunión con el Santo Padre, y por consiguiente a los pastores que constituyen el gobierno de la Iglesia»; y por otra parte, «una espontaneidad, una libertad que ofrece nuevas formas de concretar la fe».

El cardenal concluía con una indicación sintética para las personas de CL: «Deben simplemente seguir viviendo sobre todo una fe muy profunda, muy personalizada y siempre radicada en el cuerpo vivo de Cristo que es la Iglesia, que garantiza la contemporaneidad de Jesús con nosotros. Y, viviendo esto, pueden tener una identidad suficientemente fuerte como para poderse comprometer en diversas actividades. Que no se olviden nunca del pobre, ni de los grandes problemas sociales actuales, pero que tampoco olviden al mundo intelectual de hoy, que al final se vuelve dominante y que no debe ser abandonado a sí mismo, no debe privársele de una luz que lo guíe»³³.

«¡Cristo ‘palpitó’ por primera vez en el útero de una mujer!»

El 15 de octubre de 2004, día de su cumpleaños, el *Corriere della Sera* publicó una entrevista a Giussani, la última de su vida. Escribía Gian Guido Vecchi: «La voz de monseñor Luigi Giussani está ronca y frágil como un suspiro, pero la mirada es siempre la misma, la que los chicos de ‘don Gius’ conocen bien. Son los mismos ojos que en las imágenes en blanco y negro de hace cincuenta años despuntaban por debajo de la boina de aquel sacerdote treintañero. [...] ‘El Gius’ cumple hoy ochenta y dos años y sus chicos celebrarán mañana, con una peregrinación a Loreto, el medio siglo del movimiento que nació en Milán y hoy está presente en 70 países».

Vecchi recogió el testimonio de un hombre que se remontaba a los comienzos del movimiento: «Recuerdo que la elección del Berchet fue absolutamente casual, como una piedra lanzada al aire. Cuando subía los escalones de entrada al liceo, no sabía lo que me iba a encontrar. Allí acudían los jóvenes vástagos del Milán acomodado, que yo no conocía y de los que nadie se ocupaba entonces...».

El periodista preguntó cómo se las arregló a su entrada en el Berchet, y Giussani contó: «El criterio último que adopté en mis clases fue el de exaltar un renovado fervor en esos jóvenes, tratando de comunicarles la fe propia de ese pueblo en el que yo había crecido. En esto pensaba mientras subía aquellos escalones el primer día de clase. Por parte de los

chavales enseguida noté un interés franco y, especialmente en algunos, incluso agitado». De hecho, al oírle hablar, «algunos estudiantes se sorprendían viendo que la religión podía adquirir una vivacidad extraordinaria ante los interrogantes acerca del significado exhaustivo de la existencia, normalmente desconocido para ellos». En aquellos momentos, recordaba siempre Giussani, «yo pedía a la Virgen que me concediera la gracia de poder mostrarles de qué modo la religiosidad alcanza al hombre y le provoca a una profundidad inimaginable de su experiencia humana».

Frente a la desconfianza y las objeciones con las que se encontró desde la primera hora de clase, «partía de un modo de mirar las cosas ‘con pasión’, ‘con amor’, con una apertura que no me dejaba solo, sino que ponía en marcha una relación. No se puede abordar una cuestión de la que depende la vida con una actitud como la que acabo de describir, sin que esto descoloque al otro, le sorprenda. [...] En otras palabras: sin la sorpresa por la realidad como punto de arranque, el hombre se quedaría bloqueado, poco o mucho, en la pura necesidad de hacer —pero ¿hacer qué?— y sentiría como algo inútil cualquier intento suyo».

El periodista quería saber cómo se podía hablar de fe en una Europa cada vez más secularizada: «Ante todo hay que rectificar el planteamiento con el que normalmente se concibe la fe. El inicio nuevo que la experiencia cristiana supone en el ámbito de todas las relaciones no nace de un punto de vista cultural, como si fuera un discurso que se aplica a las cosas, sino que sucede experimentalmente». Giussani insistía: «Es un acto de vida lo que pone todo en marcha. El comienzo de la fe no es una cultura abstracta sino algo que viene antes: un acontecimiento. [...] Es una vida y no un discurso sobre la vida, ¡porque Cristo ‘palpitó’ por primera vez en el útero de una mujer!». «En estos últimos siglos se ha perdido la percepción del cristianismo y de la Iglesia como una vida, y se ha perdido por ello la posibilidad del inicio de la respuesta, la posibilidad de dar respuesta a las preguntas de los jóvenes. Si falta el punto de partida no hay forma de abordar el problema que la naturaleza humana plantea: la necesidad de responder a las exigencias propias de su razón». Por eso, «hablar de la fe a los chicos, pero también a los adultos, es comunicar una experiencia y no repetir un discurso sobre la religión, aunque sea correcto».

«¿Existe una especie de desconfianza mutua entre cultura laica y cultura religiosa?», preguntaba Vecchi. Giussani respondía que, por su parte, «no hay ninguna desconfianza, sino la conciencia fundada de una situación bastante problemática [...] debida a una concepción negativa de lo que es el hombre y a un desarrollo incompleto de su sensibilidad e inteligencia». El hombre está afectado por una especie de «dispepsia existencial», es decir, «una alteración de las funciones elementales que le hace estar dividido». ¿Se puede salir de esta situación? «Lo que hace distinta la percepción del hombre es la dependencia que incumbe a todas las cosas antes de que el hombre parta para cualquier empresa: ‘Dulcísimo, potente / Dominador de mi profunda mente’, cantaba Leopardi». Así, «ante la soledad brutal a la que el hombre se condena a sí mismo como para salvarse de un terremoto, el cristianismo se ofrece como respuesta. El cristiano halla una respuesta positiva en el hecho de que Dios se hizo hombre: este es el

acontecimiento que sorprende y conforta la que de otra manera sería una suerte funesta. Pero Dios no puede concebir su acción para con el hombre más que como un ‘desafío generoso’ a su libertad».

Desde este punto de vista, Giussani sostenía que la objeción moderna de que el cristianismo y la Iglesia reducirían la libertad del hombre «se ve anulada por la relación que, como una aventura, Dios establece con el hombre». No obstante, «a causa de una idea limitada de libertad, hoy es inconcebible pensar que Dios se comprometa en la angosta relación con el hombre, casi negándose a sí mismo. Esta es la tragedia: el hombre parece más preocupado por afirmar su propia libertad que por reconocer esta magnanimidad de Dios, la única que establece en qué medida participamos en la realidad y que, de esta manera, nos libera realmente»³⁴.

Por sus ochenta y dos años Giussani recibió también numerosos mensajes de felicitación. Respondió a todos a través de las páginas de la revista *Tracce*: «Queridos amigos, todos vuestros telegramas, que he recibido por mi cumpleaños, me han hecho sentir que es posible gozar de una alegría tal que incluso llega a doler. Por eso quiero dar testimonio cotidiano de esta alegría viviéndola. Que el Señor nos dé la fuerza de sostenerla y de no renunciar jamás a ella»³⁵.

Amabile Lanfredini recuerda un episodio relativo a ese último cumpleaños: «Don Giussani estaba en su estudio y descansaba en un sofá; al pasar por delante de la habitación, vi a través de la puerta abierta que ya no estaba. Mi sorpresa se convirtió enseguida en inquietud. En aquellos tiempos a don Giussani le costaba mucho levantarse del sofá, y en todo caso siempre necesitaba de alguien que le ayudase. Entré y le vi en pie, apoyado en la librería. Al ver el asombro de mi rostro, exclamó: ‘¡Estaba buscando mi Giacomino!’. Se refería al libro de los *Cantos* de Leopardi».

Con motivo de los cincuenta años del movimiento, Massimo Caprara, exsecretario de Palmiro Togliatti³⁶ y uno de los fundadores del diario *Il Manifesto*, recordó su «encuentro» con Giussani: «La mía fue una conversión *in itinere*, precedida de un largo camino. En los años setenta sucedió algo que me impresionó profundamente: había una persona que decía de nosotros, los comunistas que habíamos roto con el Partido Comunista italiano por su dependencia de la URSS de Breznev: ‘Vosotros no sois comunistas, sois conservadores’. Nos lo decía a los que habíamos luchado toda nuestra vida por no ser conservadores. Decía: ‘La verdadera y única revolución de la historia es el cristianismo’».

Algún tiempo después, Caprara hizo este descubrimiento: «Supe después que quien había dicho aquella frase que me impactó en extremo y me conquistó era un humilde sacerdote que fue profesor en el liceo Berchet de Milán, y que había enseñado a sus alumnos a crear una experiencia nueva. Quise unirme a ellos, pero no volví a verlos; quería ser uno de ellos y hoy me he convertido en uno de vosotros. Aquel sacerdote entonces poco conocido es don Giussani». Caprara recordaba lo que respondía a quienes le preguntaban por qué había roto con el comunismo: «Rompí por don Giussani; sobre todo por aquella verdad [...] que él mismo proclamaba: ‘Vosotros sois conservadores, no sois revolucionarios; el único revolucionario verdadero es Cristo’. [...] Ese amar

‘apasionadamente’ al mundo para poderlo cambiar, para favorecer la justicia. Fui conquistado por esta verdad. No albergo ningún resentimiento, ningún odio hacia mi pasado, un pasado del que no me disculpo. Cuando dejé el PCI, Amendola [Giorgio (1907-1980), diputado del PCI, *nda*] me dijo: ‘Eres uno de los nuestros. No tienes libertad, dependes de nosotros’. Esta pertenencia forzosa me revolvió. Pero yo quería ser lo que don Giussani me había dicho: un revolucionario. No conozco personalmente a don Giussani, nunca le he visto, pero su palabra está viva para mí. Me habla todos los días, nos habla, nos espolea y nos educa»³⁷.

«La seguridad del futuro nos viene de Cristo»

La participación de Giussani en la peregrinación a Loreto por los cincuenta años de CL, programada para el 16 de octubre de 2004, se mantuvo incierta hasta el último momento. Al final tuvo que renunciar al viaje, demasiado fatigoso para él. Así que decidió escribir la que será su última carta a la Fraternidad. Empezó con una invocación: «María, ¡tú eres la seguridad de nuestra esperanza!», que explicaba con estas palabras: «Esta es la frase más importante de toda la historia de la Iglesia; en ella se resume todo el cristianismo»; en efecto, sin la Virgen «no podríamos estar seguros del futuro, porque la seguridad del futuro nos viene de Cristo: el misterio de Dios que se hace hombre. No habría podido ocurrir esto, ni siquiera se hubiera podido hablar de ello, si no hubiéramos tenido a la Virgen. [...] En el seno de María empezó la última historia de la humanidad. Es un milagro, el comienzo del fin del mundo»: la muerte y la resurrección de Cristo constituyen «el anuncio de ese mensaje final en el que fluye el porqué de cada instante del tiempo y del espacio como memoria de lo Eterno». Por eso «para nosotros, la oración a Cristo se identifica cada vez más con la oración a la Virgen». La carta terminaba con la invitación a rezar cotidianamente el rosario como gesto de contemplación del misterio de la Trinidad³⁸.

Aprovechando la peregrinación, Giussani encargó una estampa de recuerdo con una imagen de la «Virgen de los Peregrinos», obra de Caravaggio, y la frase, ya contenida en la carta, pero en este caso escrita de su puño y letra: «*Oh Madonna, tu sei la sicurezza della nostra speranza!*».

Giussani no pudo participar tampoco en la XXI Asamblea plenaria del Pontificio Consejo para los Laicos del que era consultor, sobre el tema: «Redescubrir el verdadero rostro de la parroquia», prevista en Roma del 24 al 28 de noviembre de 2004. Por ello envió una intervención escrita que leyó Giorgio Feliciani, vicepresidente de la Fraternidad de CL. Partía de la constatación de que «el obstáculo más grave para reconocer a Cristo es no reconocer nuestra necesidad humana, no atender a la pregunta que constituye nuestra humanidad»³⁹.

Pero ¿cómo se hace presente hoy lo que sucedió hace dos mil años? «Se hace presente a través de la Iglesia». Y ¿cómo se produce la relación de la Iglesia con la persona? Para responder Giussani citaba un pasaje de Juan Pablo II: la Iglesia, que tiene su raíz en la gracia, a partir del bautismo, «encuentra sin embargo su forma expresiva, su modalidad

operativa, su incidencia histórica concreta en los diversos carismas que caracterizan un temperamento y una historia personal»⁴⁰. Comentando las palabras de Juan Pablo II, Giussani observaba que, «si no se tradujera en una concreción adecuada a mi temperamento y a mi historia, la Iglesia se quedaría en algo abstracto».

Si una parroquia está viva, concluía Giussani, «es un movimiento, en el sentido en que Juan Pablo II dijo: ‘La Iglesia misma es *un movimiento*’»⁴¹. Y por eso un movimiento «no es algo alternativo en ningún sentido a la institución, sino que indica la forma en que la institución cobra vida, es misionera; porque la fe no se nos ha dado para conservarla, sino para comunicarla; no se conserva si no se tiene la pasión por comunicarla»⁴².

«Como las librerías Feltrinelli de antaño»

El 19 de noviembre de 2004 se inauguró la nueva sede del Centro cultural Biblioteca del Espíritu, en la ‘casa Botkin’, un edificio histórico que se levanta en el centro de Moscú. El edificio alberga una sala de exposiciones y conferencias, una librería y un pequeño bar.

Sorprendido por el carácter excepcional que tenía el hecho, que interpretó como un testimonio de ecumenismo real, Giussani sugirió dedicar a ello la portada de *Tracce* del número de enero de 2005, con este título: «La ‘casa del pueblo’. Un nuevo inicio a la sombra del Kremlin». El título tenía una punta de ironía: en Italia (también en España, *ndt*), de hecho, ‘casa del pueblo’ era el nombre que, hacia finales de los años cincuenta, hacía referencia a una gran cantidad de círculos vinculados al PCI y al PSI.

Giovanna Parravicini, una de las animadoras del centro, cuenta lo que sucedió: «La idea de la Biblioteca del Espíritu se le había ocurrido a don Giussani durante una comida en Gudo, hacía años [tras la caída del muro de Berlín, *nda*], cuando le sugirió al padre Scalfi, dado el nuevo clima de libertad que se había instaurado en Rusia, que creara un lugar de libre debate y encuentro, como ‘las librerías Feltrinelli de antaño’. Después, de forma milagrosa, llegaron los amigos: Jean-François, Viktor, Flo, Tanja y muchos otros más, con los que la idea se pudo realizar paso a paso, partiendo de cero, a veces casi sin darnos cuenta ni siquiera de alcance que tenía lo que estaba sucediendo»⁴³.

Giovanna Parravicini reconoce que había aprendido de Giussani y del padre Scalfi desde el comienzo «a estimar a las personas que conocemos, a valorar la vida de la Iglesia que tenemos delante, porque es el rostro de Otro, del Misterio. Así ha nacido, esta es la génesis del ecumenismo que hemos aprendido sin ser teólogos. También la Biblioteca del Espíritu surgió en Moscú en 1993 con esta característica, como una sinergia de personas que querían ayudarse a testimoniar que ‘Cristo es todo en todos’, y que se reconocen juntos, ortodoxos y católicos, dentro de una unidad más grande». En 2003 la Biblioteca del Espíritu festejaba su primer decenio entregando a Juan Pablo II el ejemplar que hacía el número un millón de libros distribuidos en Rusia y en los territorios de la antigua Unión Soviética.

Hasta que en 2004 la biblioteca se trasladó «del pequeño apartamento de la periferia, lleno hasta arriba de libros, donde desarrollábamos nuestra actividad, a un lugar visible

públicamente, con los escaparates dando a la calle para que la gente pudiera conocer más fácilmente nuestra propuesta». En la inauguración, el 19 de noviembre, estaban presentes el presidente del Pontificio Consejo para la Cultura, cardenal Paul Poupard, el representante de la Santa Sede en la Federación Rusa, monseñor Antonio Mennini, y el arzobispo de la Madre de Dios en Moscú Tadeusz Kondrusiewicz. Para esa ocasión llegaron dos mensajes que subrayaban el valor que tenía la iniciativa: los habían escrito el anciano Pontífice y el patriarca de Moscú y de todas las Rusias, Alexis II.

Juan Pablo II expresaba un «vivo aprecio por oportuna iniciativa dirigida a difusión Evangelio y enseñanza tradición apostólica mediante actividades culturales apropiadas destinadas a sensibilizar sobre alto valor mensaje cristiano», mientras que «desea que manifestación sirva para consolidar común compromiso ecuménico discípulos Divino Maestro»⁴⁴.

Alexis II escribía a Jean-François Thiry: «Conociendo la actividad cultural y formativa del Centro cultural que usted dirige, quiero felicitarle con usted por la apertura de la nueva sede en la calle Pokrovka y expresarle mi esperanza de que su colaboración con la Comisión Teológica Sinodal de la Iglesia ortodoxa rusa se desarrolle ulteriormente». Y el metropolitano de Minsk, Filarete, subrayaba que «la actividad de la ‘Biblioteca del Espíritu’ en Rusia ofrece un ejemplo precioso de colaboración abierta entre representantes de nuestras Iglesias», deseando que el nuevo centro se convirtiera en «una casa acogedora en la que, en una atmósfera de confianza y respeto mutuo, puedan encontrarse las tradiciones católica y ortodoxa»⁴⁵.

Capítulo 39
«Recuerda que he obedecido, que siempre he obedecido»
La muerte y el funeral
(2005)

Al comienzo de noviembre de 2004 Giussani eligió las frases para el cartel de Navidad de CL, que cada año proponía a todos como ayuda para vivir de manera más consciente la Navidad. Después de valorar las sugerencias que había recibido, decidió poner debajo de la imagen de la «Virgen de san Juan» de Federico Barocci una frase de Cesare Pavese: «La única alegría en el mundo es empezar. Es bello vivir porque vivir es comenzar, siempre, en cada instante»¹.

Es sorprendente pensar que Giussani se sintiera descrito por estas palabras del escritor: a los ochenta y dos años de edad, en el extremo de sus fuerzas y limitado en sus movimientos, el pensamiento de la Navidad renovaba en él la conciencia de que la vida es bella porque cada momento es un inicio, siempre y en todo caso. Con estas palabras se podría resumir toda la historia de Giussani, que vivió cada instante como aventura de un descubrimiento continuo de sí mismo, de los demás y del mundo. Junto a la frase de Pavese, en el cartel navideño se incluyó también un pasaje del mismo Giussani, que revelaba la razón de su mirada positiva sobre la vida: «La Navidad es el recuerdo de cómo el Señor se ha hecho presente. El Señor nunca pertenece al pasado. Por tanto, la Navidad es el recuerdo del Señor que se ha hecho hombre, fue niño como cada uno de nosotros lo ha sido y lo es»².

La última Navidad. «Todo viene de Él»

Y a la Navidad estuvo dedicada también la última intervención pública de Giussani, a petición del director de la RAI2 Mauro Mazza. Estas fueron las palabras que dictó y que leyó un presentador durante la edición del telediario de la noche del 24 de diciembre de 2004. «¿Por qué viene Jesús? ¿Cómo puede el hombre de hoy estar ante esta noticia? Y la Navidad ¿qué es? Navidad es el amor de Cristo por el hombre.

El Ser nuevo entra en el mundo. El Ser nuevo, según esa novedad de su comunicación a los hombres que no existía antes. Un Ser nuevo entra en el mundo, el mundo del Dios verdadero. Un Ser nuevo para el mundo entero germinó en ese lugar. Todo procede de Él, pero aquí predomina la novedad, una nueva vida. Una criatura nueva vence a la antigua. La creación antigua se opone a la nueva, pero con la Navidad el calor vuelve al

mundo y todo resuena ante la apelación divina, ante el Misterio que viene. Lo imposible, esto es, el Misterio, es inmerecido para el hombre. Sin embargo, aquí prende un fuego, un afecto que lo envuelve todo, un calor que prevalece en el atrio inmenso del mundo, en el espacio eterno.

Aquí surge el presentimiento de una realidad nueva que enardece todo y tiende a darle concreción. Y precisamente por esto suscita una gran devoción».

Continuaba la meditación navideña de Giussani: «Por gracia divina, en el tiempo establecido, el Hijo de Dios se hizo un niño dentro de la historia, asumió las formas y los contenidos de una existencia humana.

En el recuerdo y la memoria de ese hecho, el testimonio del Hijo de Dios aparece cada vez con más fuerza y la impotencia del mal se convierte en la figura dominante de la historia. Y el pueblo de Yahvé nace para renovar el mundo. Así, por todos los días de la vida, queda en las manos del pueblo cristiano la apuesta del poder de Dios en el tiempo, y la petición a la Virgen para que se realice en toda circunstancia»³.

La figura de Cristo estaba también en el centro de las intenciones de la oración que Giussani dictó para las misas que, empezando por Milán el 11 de febrero de 2005, se celebrarían en todo el mundo para conmemorar el XXIII aniversario del reconocimiento pontificio de la Fraternidad de CL: «La Fraternidad es un lugar dentro del cual comprendemos enseguida cuál es el origen de nuestra persona. El encuentro con la Fraternidad tiende a cambiar la vida. Por medio de ese encuentro se realiza lo mejor de nosotros mismos. Acordémonos con frecuencia de Jesucristo, porque el cristianismo es el anuncio de que Dios se ha hecho hombre y solamente viviendo lo más posible nuestras relaciones con Cristo ‘corremos el riesgo’ de obrar como Él»⁴.

Es el último texto que Giussani consiguió dictar. En enero de 2005, de hecho, su situación se agravó, como recuerda el profesor Minetti: «Todo se volvía muy difícil, desde la alimentación a la toma de las medicinas. Le resultaba cada vez más difícil, si no imposible, colaborar con los enfermeros. Al agudizarse los problemas respiratorios, digestivos, urinarios y cardiovasculares, se precisaba cada vez más la asistencia de médicos y enfermeros».

Debido a este empeoramiento de sus condiciones generales, el 15 de enero de 2005 Giussani fue hospitalizado en la clínica San Pío X de Milán.

Una noche Giussani tuvo una crisis respiratoria. Habitualmente, cuando esto ocurría, un enfermero le daba la vuelta sobre un lado y le hablaba con voz calmada para tranquilizarle, o bien rezaba una oración. Grugnetti recuerda: «Lentamente la crisis pasó y el Gius, extenuado, se quedó dormido». Entre los testigos estaba Jone, que recuerda el episodio: «Estábamos en su habitación: Julián Carrón, Gisella, Luca, Amabile, Federico, Max, Enrico y yo. Hacia las 21.00 abrió los ojos y empezó a mirarnos fijamente a cada uno de nosotros; la expresión de su rostro era relajada. Nos miraba continuamente».

Aquel despertar fue una sorpresa para todos, dice Grugnetti: «Ninguno de nosotros sabía qué decir, porque, después de largos días muy duros, el Gius se presentaba a nosotros con un rostro totalmente sereno, y con una mirada intensa nos saludaba uno a uno». Y quizá, leyendo en el rostro de Giussani cierta sorpresa por ver en torno a sí a

aquellas ocho personas, que le miraban asombradas y silenciosas, «con cierta impertinencia por mi parte tomé la palabra y le propuse cantar. ‘Por supuesto’, respondió». Los que estaban presentes cantaron la canción de Claudio Chieffo a la Virgen María⁵; e inmediatamente después entonaron: «Noi non sappiamo chi era, noi non sappiamo chi fu, ma si faceva chiamare Gesù»⁶; y enseguida el enfermero le preguntó si le habían gustado. Giussani respondió: «Han sido bonitas y bien cantadas». Grugnetti continuó: «Sabemos que estás cansado. ¿Prefieres que recemos juntos las oraciones de la noche o cada uno en su casa?». Giussani: «Juntos». Después de los cantos y la oración se adormeció nuevamente, y después de algunos segundos todos abandonaron la habitación.

Jone subraya la impresión que tuvieron en aquellos instantes, «como si él hubiera llegado de otro mundo, fue un momento tan bonito que nadie quería volver a su casa». Y añade: «Era como si Él nos hubiera hecho aquel regalo para prepararnos para los duros momentos que iban a llegar después».

De aquellos últimos tiempos, Giorgio Vittadini recuerda algunas palabras pronunciadas por Giussani: «Nuestra fuerza, nuestro carisma, es la unidad entre Carrón y yo. [...] Seguid a Carrón»⁷.

El domingo 13 de febrero, «en un momento de grave dificultad, don Giussani me gritó sin motivo», recuerda Amabile Lanfredini. «Lloré, pero nadie se dio cuenta de lo que había pasado. Poco después, cuando volvió plenamente a la conciencia, me miró y me dijo: ‘Amabile, ¿qué te pasa? Tienes los ojos brillantes’. Fue el único en la casa que había percibido en mí los signos de un malestar que realmente había tratado de esconder a todos».

Carrón recuerda otro episodio: «Don Giussani me dijo, y a todos los que estaban presentes, que él había vivido por Cristo, que siempre había tratado de hacer su voluntad» y que «ahora quería morir por Cristo». Después «entonamos un canto» y rápidamente después «rezamos a la Virgen con las palabras de Dante: ‘Virgen Madre, hija de tu hijo / humilde y alta más que cualquier criatura / término fijo del consejo eterno’. [...] La rezaba todos los días en los últimos meses, a trozos, a pequeños trozos, y a veces improvisaba un comentario. Otras veces intentaba un terceto antes de ponerse a comer. Cuando estaba cansado, nos seguía con la mirada»⁸.

El profesor Minetti recuerda que la situación de Giussani se precipitó después de que, a causa del párkinson, aspirara algunos fragmentos de comida que no consiguió deglutir: «El hecho le provocó una pulmonía *ab ingestis* con focos múltiples y con fiebre muy alta». Su físico, ya gravemente debilitado, se resintió de manera irreparable.

El 18 de febrero de 2005, informando a todo el movimiento de que las condiciones de salud se mantenían graves, con pronóstico reservado, Julián Carrón dio a conocer el telegrama que acababa de enviar Juan Pablo II a Giussani: «En este momento de gran sufrimiento deseo dirigirle un afectuoso recuerdo, asegurándole mi cercanía espiritual. Elevo fervientes oraciones para que el Señor le conforte y sostenga en la prueba e invoco la protección materna de la Virgen María *Salus Infirmorum*. De corazón le imparto una especial bendición apostólica que extendiendo a cuantos le están asistiendo con tanto amor y

a todo el movimiento de Comunión y Liberación»⁹. Carrón invitaba a continuar rezando por Giussani «acompañados por la infinita paternidad del Papa y agradecidos por los muchísimos gestos de oración»¹⁰.

«Pidamos que su fe, esperanza y caridad se hagan cada vez más nuestras»

Su hermana Livia siente todavía el eco de las palabras que le dijo su hermano el día de su último encuentro: «Recuerda que he obedecido, que siempre he obedecido». «Me lo repitió tres veces», subraya Livia, «la última volviéndose hacia mí mientras me estaba marchando».

El profesor Minetti recuerda: «Hasta los últimos días don Giussani había alternado momentos de sopor profundo con otros de lucidez; durante estos últimos lograba participar activamente en la oración de los que estaban presentes y reconocía a las pocas personas que le visitaban. Hasta que entró en un estado de coma que duró algunos días», y llegó la muerte, que tuvo lugar en su apartamento de Milán, a las 3.10 del 22 de febrero de 2005, por insuficiencia circulatoria y renal a consecuencia de la grave pulmonía que padecía desde hacía algunos días. Tenía ochenta y dos años. Era el día que la Iglesia dedica a la Cátedra de san Pedro y que el breviario recuerda con un pasaje de san León Magno: «Los poderes del infierno no podrán impedir esta profesión de fe, los vínculos de la muerte no la sujetarán, porque estas palabras son palabras de vida. Ellas introducen en el cielo a los que las aceptan»¹¹.

Julían Carrón comunicó la noticia con un mensaje que envió a todo el movimiento la mañana de aquel mismo 22 de febrero: «Seguros en la esperanza de la resurrección, a través del intenso dolor por esta separación, en el abrazo de Cristo le reconocemos más padre que nunca, él que ahora contempla la presencia de Jesucristo, tan querida para él, que a lo largo de toda su vida nos ha enseñado a conocer y a amar como consistencia total de cada cosa y de cada relación. Nos encomendamos todos a la Virgen, ‘fuente viva de esperanza’, y pedimos a las comunidades que celebren la eucaristía. Agradecidos por la vida de don Giussani, pedimos que su fe, esperanza y caridad se hagan cada vez más nuestras»¹².

Carrón concluía citando un pasaje que le gustaba mucho a Giussani: «Las palabras de Möhler alcanzan toda su profunda grandeza y expresan nuestro agradecimiento a quien ahora es para nosotros padre como ningún otro en el mundo: ‘Creo que ya no podría vivir si no volviera a escucharle hablar’»¹³.

En torno a las 6.30 del 22 de febrero, don Stefano Alberto telefoneaba a una de las colaboradoras de Joseph Ratzinger para que avisara al cardenal antes de que las agencias de prensa difundieran la noticia.

Hacia el final de la mañana, el director de la sala de prensa de la Santa Sede, Joaquín Navarro-Valls, informaba de que «los funerales de mons. Luigi Giussani, fundador del movimiento eclesial ‘Comunión y Liberación’, fallecido esta mañana, que se celebrarán el jueves 24 de febrero, a las 15 horas, en la Catedral de Milán, estarán presididos, en

nombre del Santo Padre, por el cardenal Joseph Ratzinger, Prefecto de la congregación para la Doctrina de la Fe»¹⁴.

Poco después del mediodía, Chiara Beria di Argentine, enviada del diario *La Stampa*, recogía de Carrón el testimonio de que Giussani «se ha apagado poco a poco. Había recibido la extremaunción hace algunos días, antes de que sus condiciones empeorasen»; y añadió: «La última vez que le hemos visto consciente [...] tenía el rostro sereno, casi radiante»¹⁵. Y habló de «una mirada profunda, intensa, conmovedora, la mirada de quien ha conocido a Cristo»¹⁶.

Carrón lo repitió en el editorial que escribió para *Avvenire* y que se publicó el 23 de febrero: «Ha sido una mirada de las que marcan. [...] La llevaré en los ojos para toda la vida. [...] Era como si hubiera vuelto de repente desde la otra orilla para decirnos ‘¡Adiós!’’, antes de un largo viaje». A Carrón le resultaba imposible no pensar en la mirada de Cristo a Zaqueo: «Aquella mirada estaba ahí delante de nosotros. [...] Toda la conmoción y la intensidad de la experiencia humana brotan de ahí. Justamente como le sucedió a Zaqueo. [...] Durante toda su vida la humanidad de don Giussani nos ha comunicado el cristianismo como experiencia. [...] La Iglesia es una vida, una experiencia humana tan fascinante que te cautiva. [...] ¿Dónde está el origen del atractivo de don Giussani, de su carisma? En una belleza que encontró y que comunicó».

A partir de las 16.30 del 22 de febrero decenas de miles de personas, procedentes de Italia y de muchos lugares del mundo, visitaron la cámara ardiente, dispuesta en la capilla del Instituto Sacro Cuore de Milán. Esto es lo que escribió desde Milán el corresponsal de *L’Osservatore Romano*, Alberto Manzoni: «‘Perdone, ¿puede indicarme la dirección para ir a la vía Rombon?’. ‘Sí’. ‘Hoy van todos allí. Mire allá en medio de la plaza, hay autobuses que ha puesto la Atm’ (la empresa municipal de transporte de Milán, *ndt*). Es la amable dueña de un quiosco, frente a la estación de Lambrate, la primera ‘encargada de la acogida’ —aunque no oficial— a lo largo del trayecto que nos lleva a donde el cuerpo de monseñor Luigi Giussani está recibiendo la última despedida de miles de personas. [...] En la capilla del colegio se ha dispuesto la cámara ardiente, en la cual prosigue ininterrumpidamente la visita de autoridades y personas corrientes, miembros del movimiento pero no solo, que han encontrado en monseñor Giussani una referencia o —como más a menudo oímos decir a los entrevistados— un ‘padre’»¹⁷.

Mensajes

Fueron centenares los mensajes de pésame que recibió Julián Carrón desde la misma mañana del 22 de febrero¹⁸.

El cardenal Angelo Sodano, secretario de Estado, lloraba la «luminosa figura de maestro sabio y sacerdote generoso que supo testimoniar animosamente fe en Cristo dedicándose incansablemente a difusión anuncio evangélico».

Y el sustituto de la Secretaría de Estado, monseñor Leonardo Sandri, hablaba de él como de un «estimado sacerdote y apreciado hombre de cultura que ha obrado con

intrépida fortaleza para promoción humanismo cristiano con auténtica pasión eclesial».

El cardenal Darío Castrillón Hoyos, prefecto de la Congregación para el clero, escribía: «En don Giussani vemos al amigo de Jesús, al que siempre ha acompañado con el corazón y con la mente, en las interminables peregrinaciones del Verbo Encarnado en nuestro tiempo. [...] Se manifiesta a los ojos de la Iglesia en su adhesión afectiva y efectiva a la roca de Pedro, en su amor y su amistad por el Vicario de Cristo y en su infatigable testimonio de comunión con el sucesor de Pedro [...]. Estoy agradecido a la divina Providencia por haber conocido, hace muchos años, los escritos de don Giussani, que me han abierto horizontes nuevos de pensamiento, y que todavía hoy significan un tesoro para mí».

Y el cardenal Giovanni Battista Re, prefecto de la Congregación para los obispos, recordaba su «testimonio transparente de fe en Cristo y de vida enteramente gastada para difusión del Evangelio en el mundo actual». Crescenzo Sepe, prefecto de la Congregación para la evangelización de los pueblos, escribía: «Don Luigi fue ‘padre’ de la palabra viva porque fue ‘discípulo fiel’ del Verbo eterno. Pero permanece también para nosotros como un icono de la fidelidad a la Iglesia y al Papa, consciente de que no puede existir verdadera evangelización sin una obediencia real y efectiva al Vicario de Cristo».

El presidente del Pontificio Consejo para los textos legislativos, cardenal Julián Herranz Casado, «recordando altas cualidades espirituales humanas y culturales fundador de Comunión y Liberación aseguro oración sufragio Señor resucitado servido y anunciado durante su vida como verdad y vida hombres». Y el cardenal Alfonso López Trujillo, presidente del Pontificio Consejo para la familia, hablaba del «querido don Luigi Giussani, a quien he podido acercarme y apreciar como sacerdote de fe sólida, y cuyo gran trabajo por la Iglesia y la sociedad todos reconocemos».

Del Pontificio Consejo para la promoción de la unidad entre los cristianos, su presidente, cardenal Walter Kasper, daba gracias a Dios «por el testimonio evangélico que ha dado don Giussani [...]. Desde los comienzos de la ‘juventud estudiantil’ a la expansión que bajo su inspiración ha tenido el movimiento, con la multiplicidad de sus iniciativas altamente educativas, durante más de medio siglo, don Giussani ha ejercido una influencia consistente para la afirmación de los principios cristianos en la sociedad. [...] Además ha puesto de relieve el compromiso en la búsqueda de la plena unidad de los cristianos, como dimensión de la vida cristiana».

El cardenal Renato Raffaele Martino, presidente del Pontificio Consejo para la justicia y la paz, escribía que Giussani «deja a la Iglesia de nuestros tiempos una preciosa herencia espiritual: su empeño en hacer llegar al hombre de nuestro tiempo, tantas veces confuso y en dificultad, la propuesta convincente de Cristo como evento de salvación y de liberación para todos los que desean y quieren orientar su vida por los caminos de la verdad y de la esperanza». Y el cardenal Jean-Louis Tauran, archivero y bibliotecario de la Santa Iglesia Romana, escribía: «He podido constatar con alegría los copiosos frutos de su apostolado a través de sus muchos hijos espirituales, a los que monseñor Giussani ha enseñado a mirar al mundo con los ojos de Jesús. Con la seguridad de que todos

nosotros tenemos ahora ya un precioso intercesor en el cielo».

El arzobispo Stanislaw Rylko, presidente del Pontificio Consejo para los laicos, y monseñor Josef Clemens, secretario, hablaban de él como de un «poderoso testigo de Cristo para los hombres de nuestro tiempo», que «ha gastado toda su existencia para afirmar con pasión a Jesús de Nazaret, muerto y resucitado, como acontecimiento presente en la historia del mundo y cuyo signo visible es la comunión de la Iglesia. Siempre animado por un amor filial a la Iglesia y al sucesor de Pedro, él ha educado a generaciones de jóvenes en la conciencia de que solo en Cristo el hombre y la humanidad son más verdaderamente humanos, mostrando toda la razonabilidad de la fe».

Monseñor Pietro Parolin, subsecretario para las Relaciones con los Estados de la Santa Sede, escribía: «La vida de don Giussani ha estado ‘llena’ de aquella plenitud de la que habla Jesús en el Evangelio y que es Jesús mismo; ¡en eso ha consistido el secreto de su irradiación! [...] Que su herencia espiritual siga produciendo abundantes frutos de santidad en el pueblo cristiano».

Joaquín Navarro-Valls, director de la sala de prensa de la Santa Sede, recordaba «todavía con emoción el honor y el placer de una comida que compartí con él hace algunos años, y ese recuerdo me acompañará consolándome en el futuro».

El patriarca de Venecia, cardenal Angelo Scola, escribía: «El dolor por la muerte de monseñor Luigi Giussani dice que la suya ha sido una vida lograda. Ha consumido toda su existencia por el bien más precioso: educar a los hombres en la amistad con Jesucristo tanto en sus afectos como en su trabajo cotidiano. El don que ha hecho el Espíritu en su persona y, a través de ella, a decenas de miles de hombres y mujeres de muy diversas naciones, resplandece ahora, en la esperanza cierta de la resurrección, como una riqueza extraordinaria para la Iglesia santa de Dios y para la comunidad de los hombres. Estoy personalmente agradecido a don Luigi porque en un momento delicado de mi juventud el encuentro con él marcó un giro decisivo en mi vida. Toda muerte que acontece en el Señor Jesús participa de los efectos beneficiosos de su muerte. La muerte de don Giussani se convierte así en la más decisiva de sus enseñanzas: dar nuestra vida por la gloria de Cristo y de los hombres».

El cardenal Geraldo Majella Agnelo, arzobispo de San Salvador de Bahía y presidente de los obispos de Brasil, recordaba que Giussani había sido «un apóstol infatigable, ayudando a muchas personas a vivir más profundamente la fe y el compromiso con la vida de la Iglesia». El cardenal Tarcisio Bertone, arzobispo de Génova, le recordaba como «testigo de la fe y profeta de nuestro tiempo». El arzobispo de Nueva York, cardenal Edward Egan, escribía que «el extraordinario servicio que ha prestado don Giussani a la Iglesia universal es reconocido en todo el mundo. Su presencia y su ejemplo sacerdotal serán largamente añorados». Y el cardenal Francisco Javier Errázuriz Ossa, arzobispo de Santiago de Chile, daba gracias a Dios «por el inmenso don que ha significado don Giussani para la renovación de la Iglesia de nuestro tiempo. [...] Con su vida y su enseñanza, la gran tradición de la Iglesia se ha enriquecido con una vivacidad gozosa y misionera. [...] Su amor por la Iglesia y su lealtad filial hacia el Sumo Pontífice

han sido ejemplares».

El arzobispo de Madrid, cardenal Antonio María Rouco Varela escribía: «Querido Julián [...] estoy muy unido a todos, en el dolor por la separación de una persona tan amada y al mismo tiempo en la esperanza cristiana de la vida eterna, que brota de Cristo resucitado, vencedor del pecado y de la muerte. Aquí está, sin duda, la fuente inagotable del consuelo y de la fortaleza en el camino de los que todavía peregrinamos en la tierra hacia la casa del Padre. Unido a toda la gran familia de Comunión y Liberación en las oraciones por el eterno descanso de don Giussani, y agradecido al Señor por el don de su vida para el movimiento y para toda la Iglesia».

El cardenal Camillo Ruini y monseñor Giuseppe Betori, en su calidad de presidente y secretario de la Conferencia Episcopal Italiana, recordaban «con particular gratitud la enseñanza y el testimonio ofrecido por el sacerdote que ha sabido proponer una experiencia de fe capaz de interpelar al hombre contemporáneo para un encuentro vital con Cristo y la Iglesia y entrar en diálogo con las culturas más diversas. Fundamentalmente su contribución para la formación de un laicado maduro, responsable, profundamente enraizado en la fe católica, comprometido en la construcción de una sociedad auténticamente humana y solidaria».

El arzobispo de Bolonia, Carlo Caffarra, «agradece a Cristo que haya donado a su Iglesia un testigo transparente de su significado para el hombre». Monseñor Renato Corti, obispo de Novara, recordaba: «Desde el primer año de mi sacerdocio lo tuve como profesor de eclesiología en el marco de un año señalado por una fuerte impronta formativa para los sacerdotes nuevos. Después he tenido otras oportunidades para reflexionar sobre su propuesta educativa, encontrando particularmente precioso su acento en el misterio de la encarnación: lo que le llevaba a decir que el cristianismo es una persona. [...] Creo que ha sido una viviente y palpitante ‘memoria’ de Cristo». Y monseñor Rino Fisichella, obispo auxiliar de Roma y rector de la Pontificia Universidad Lateranense, subrayaba que Giussani «ha sido en los tiempos actuales un verdadero apologeta de la fe cristiana y de la verdad de la Iglesia. El inmenso patrimonio de recursos humanos y espirituales que deja este gran hombre constituye una realidad magnífica». Monseñor Vincenzo Paglia, obispo de Terni-Narni-Amelia y guía espiritual de la Comunidad de San Egidio, escribía a Julián Carrón: «Recuerdo todavía los ojos penetrantes de don Giussani y sus palabras llenas de vida en los pocos pero intensos encuentros que he tenido con él. [...] Y queda impresa en mí, como en muchos otros, la imagen de aquel encuentro con Juan Pablo II en el presbiterio de San Pedro después de sus inolvidables palabras sobre el ser mendigos de amor, Jesús primero y después nosotros». Y monseñor Giancarlo Vecerrica, obispo de Fabriano-Matelica, daba las gracias a Giussani: «De ti he recibido a Jesús como presencia y corazón de la vida. Tú me has enseñado a amar a la Virgen María y al Papa, y a vivir la Iglesia como escuela de vida. A ti te debo el florecer de mi sacerdocio y el albor de mi episcopado».

El arzobispo de Bagdad de los latinos, monseñor Jean Benjamin Sleiman, expresaba «estima por el amor de este celoso y generoso ministro de Dios por la Iglesia, su intuitiva y profunda atención a las necesidades del hombre contemporáneo, su

presentación de la fe en un diálogo lleno de coraje, la alegría que ha vuelto a dar a muchísima gente, el sentido de la vida y del compromiso en una cultura afectada por la pérdida del sentido». Monseñor Javier Martínez, arzobispo de Granada, recordaba que «junto a él, en su palabra y en sus gestos, la presencia viva de Cristo y su cercanía se hacían patentes y llenas de atractivo. Don Giussani nos ha enseñado un método [...], nos ha introducido en un modo de vivir la vida cristiana que revela cómo la plenitud —la liberación— se da de hecho [...] en la comunión de la Iglesia. [...] Nunca agradeceremos lo suficiente el don de su paternidad y de su magisterio». Monseñor James Wingle, obispo de St. Catharines (Canadá), declaraba: «Recordando la unidad de la Iglesia que se apoya en el testimonio del apóstol Pedro [...] hacemos memoria del potente testimonio que dio nuestro querido don Gius, con palabras y especialmente con la vida, de dicha unidad, de esta comunión que es la nuestra en Cristo».

El metropolitano ortodoxo Filarete de Minsk y Sluck, exarca patriarcal de toda la Bielorrusia, escribía: «Nos ha entristecido la noticia de la muerte de don Luigi Giussani. Las obras luminosas de su vida dan testimonio de la ascesis de un verdadero cristiano, que ha vivido conforme al sabio consejo del rey David: ‘Espera en el Señor y haz el bien; vive en la tierra y conserva la verdad’ (Salmo 36,3)».

Monseñor Javier Echevarría Rodríguez, prelado del Opus Dei, hablaba del «queridísimo amigo, recordando todas las circunstancias en las que he sido testigo de las expresiones de afecto de su gran corazón sacerdotal. [...] El Señor habrá premiado ya su vida de generosa dedicación al servicio de la Iglesia y de las almas».

El custodio de Tierra Santa, padre Pierbattista Pizzaballa ofm, recordaba que «desaparece una de las figuras más eminentes de la Iglesia italiana de estos últimos decenios».

La presidencia nacional de la Acción Católica italiana subrayaba que «su figura de sacerdote comprometido con los jóvenes hace de él un testigo fiel de Cristo en la historia de nuestro país y de nuestro tiempo. [...] Con el recuerdo de don Luigi, la Acción Católica italiana reafirma su voluntad de que la Acción Católica y Comunión y Liberación estén unidos y sean signo visible de la Iglesia en camino». La presidencia nacional de la FUCI escribía que «su desaparición es una gran pérdida para la Iglesia y para el mundo universitario, donde ejerció un fecundo apostolado».

Kiko Argüello, Carmen Hernández y el padre Mario Pezzi, del Camino Neocatecumenal, escribían: «Al haber oído esta noticia tan importante: ‘El Señor ha llamado a don Giussani a su gloria’, rezamos por él para que Nuestro Señor Jesús, ahora que lo tiene tan cerca en el Cielo, llene a Comunión y Liberación de gracias y bendiciones para ayudar a la Iglesia a evangelizar a los jóvenes del tercer milenio». La fundadora del movimiento de los Focolares, Chiara Lubich, tenía un recuerdo imborrable de Giussani: «Una conversación personal en Milán, en noviembre de 1998, poco después del histórico encuentro de los movimientos con el Papa en la plaza de San Pedro, la víspera de Pentecostés de aquel año. Es una de las pocas veces que he tenido la impresión de encontrarme delante de un santo, una santidad conquistada con no pocos sufrimientos. [...] Me queda en el corazón una inmensa gratitud por su vida gastada sin

reservas al servicio de un carisma que ha introducido en la Iglesia una nueva corriente de intensa vida espiritual, abriendo a miles y miles de hombres y mujeres del mundo el encuentro personal con Jesús y suscitando muchas obras concretas de respuesta a las necesidades de nuestro tiempo».

Andrea Riccardi, fundador de la comunidad de San Egidio, recordaba que «don Giussani no tuvo una vida fácil en el catolicismo milanés e italiano por el carácter rompedor de sus intuiciones (en las que se percibe además el *humus* de la tradición ambrosiana). Su figura se inscribe entre los grandes personajes carismáticos italianos del cristianismo del siglo XX que advirtieron, al mismo tiempo, la debilidad de la presencia de la Iglesia en la sociedad y una gran pasión por comunicar la fe. [...] En una Italia todavía católica, para él, el cristianismo tenía que pasar ‘de la tradición a la convicción’. [...] La experiencia era ‘palabra clave’ en la propuesta de Giussani. [...] Estaba convencido de que del encuentro con Jesús brotaban consecuencias imprevisibles para la existencia humana»¹⁹. Y Salvatore Martínez, coordinador nacional de la Renovación en el Espíritu, escribía que «purificado por los sufrimientos y dispuesto así para el gran abrazo con el Señor, don Luigi lleva hoy a término su anuncio profético en la tierra, que tantos nuevos amigos le ha obtenido a Jesús». El Comité central de Jefes de los scouts y Jefes de las guías de la AGESCI hablaba de Giussani como de un «punto de referencia para muchos jóvenes, ejemplo de generosidad y compromiso religioso ético civil. [...] Pidamos al Señor que dé fuerzas para continuar el trabajo de don Luigi, que es un don de inestimable valor».

Luis Fernando Figari, superior general del movimiento sudamericano Sodalitium Christianae Vitae, escribía que «su reconocido amor por la Iglesia, del que soy testigo, y su vida cristiana permanecerán como estímulo para todos. [...] Igualmente, sus numerosos escritos continuarán siendo fuente de inspiración para los cristianos de hoy y de mañana [...] son una gran herencia [...] y al mismo tiempo un reto que se abre hacia el futuro».

Y Carlo Casini, presidente del Movimento per la Vita, expresaba «gran cercanía recordando encuentros personales don Giussani su fuerte enseñanza defensa vida». Nicolino Pompei, del movimiento Fides Vita, elogiaba a Giussani «por su apremiante amor [...] a Cristo, a su gloria y a su cuerpo contemporáneo, actual y visible: la Santa Iglesia. [...] Siempre estuvo movido por la urgente e innumerable iniciativa para que todo hombre pudiera encontrar y reconocer el acontecimiento de Cristo».

El Presidente de la República, Carlo Azeglio Ciampi, envió el siguiente mensaje: «La noticia de la desaparición de don Luigi Giussani me ha impresionado profundamente. Extraordinario hombre de fe y de cultura, ha dedicado su existencia a la formación de las nuevas generaciones, obrando sobre todo en el movimiento de Comunión y Liberación fundado por él hace más de cincuenta años. Con su acción generosa ha contribuido a promover el recorrido de maduración social y humana de muchos jóvenes que han reconocido en él a su guía espiritual. ‘Apasionaos cada vez más por el misterio del hombre’: es la exhortación que resume su mensaje ideal, una lección de vida que debe seguir inspirando el compromiso común de instituciones y ciudadanos a la hora de

afrontar los desafíos de la sociedad del futuro».

El presidente del Senado, Marcello Pera, reconocía que Giussani «era un apóstol de fe, dispuesto incluso a dejarse martirizar, es decir, a sufrir las críticas, las incomprensiones, las mofas y las hostilidades que no le han faltado, incluso en su mundo, incluso dentro de la Iglesia. [...] Él ha rechazado secundar esa tendencia tan extendida en Europa: relegar e incluso aprisionar la fe cristiana en el recinto de la subjetividad. Ha retado a los creyentes a salir de su torpor, de la inercia, de la pereza. Y ha desafiado a los no creyentes con respecto a la sospecha y la desconfianza»²⁰. Y Pier Ferdinando Casini, presidente de la Cámara de los diputados, recordaba a Giussani como «una de las personalidades más eminentes de nuestra historia reciente. Perdemos con él a un hombre afable, fuerte y valeroso, que ha reivindicado constantemente con la claridad y la fuerza de sus actos, incluso en tiempos difíciles, el valor del mensaje evangélico y el compromiso en la sociedad en nombre de la primacía de la dignidad y de la libertad de la persona humana. [...] Todo el país queda ligado hoy a la enseñanza de rigor y de seriedad de don Giussani con una deuda de reconocimiento que no será fácil extinguir».

Silvio Berlusconi, presidente del Consejo de ministros, declaraba: «Su enseñanza ha sido tan importante que permanecerá y marcará la actividad de todos los que han tenido el gusto y la fortuna de conocerle, de frecuentarle y de escucharle. Era una persona extraordinaria [...] de fe profunda, arrolladora».

El senador Giulio Andreotti subrayaba que «su enseñanza queda como una exhortación a no tener miedo jamás» y que «se debe a él, a partir de Milán, la reacción frente a la pasividad en relación con la fuerte agresividad que se registraba respecto al mundo católico. Con él comenzaba la revancha, siempre en el respeto por todos, pero pretendiendo también el mismo respeto para los católicos. En don Giussani tenemos un reclamo a vivir la fe intensamente»²¹.

Romano Prodi, líder de la Unión, reconocía que Giussani había sido «un sacerdote para los jóvenes y un testigo de la identidad cristiana. Él ha sabido transmitir el entusiasmo de la fe a muchas generaciones de jóvenes, tanto en la forma del testimonio espiritual como en la forma de las obras sociales y civiles. Con firmeza ha recordado a todos que la fe no soporta instrumentalizaciones; ha propuesto dentro del catolicismo nuevas formas de cultura comunitaria». Massimo D'Alema, presidente de los Demócratas de Izquierda (herederos del antiguo Partido Comunista Italiano, *ndt*), escribía: «Con don Luigi Giussani desaparece una gran personalidad, un protagonista de nuestro tiempo. Él ha sabido unir tensión espiritual y participación activa en la vida de nuestro país convirtiéndose en un punto de referencia para muchos jóvenes y muchos italianos». Piero Fassino, secretario del mismo partido, hablaba de él como de «un maestro de fe y espiritualidad que ha educado a generaciones de jóvenes en el compromiso social y civil».

Para Savino Pezzotta, secretario general de la CISL (Confederación Italiana de Sindicatos de Trabajadores, *ndt*), «su compromiso a favor del mundo juvenil ha sido un ejemplo para nosotros de compromiso social y dedicación al rescate y la inserción de los jóvenes en la sociedad». Y Guglielmo Epifani, secretario general de la

CGIL(Confederación General Italiana de Trabajadores, *ndt*), reconocía que moría «una de las figuras más grandes y originales del compromiso social de los católicos. Un hombre de gran fe y religiosidad, atento a captar todos los signos de las transformaciones sociales y económicas del país, con una mirada siempre dirigida a las jóvenes generaciones. [...] La fuerza de su enseñanza y de su trabajo se mantendrá continuamente como referencia para el movimiento fundado por él y para muchos creyentes y no creyentes».

Margherita Coletta, viuda del brigadier asesinado en Nassiriya, escribía que «ahora don Giussani se encuentra ‘cara a cara’ con Aquel que él mismo ha dado a conocer a muchísimos chicos y adultos... dándose por entero a sí mismo hasta el último instante de su vida. [...] La Virgen María sostendrá a todos los que lloran su desaparición».

Grigorij Dogvijallo, vicepresidente del Centro cristiano para la educación ‘Cirilo y Metodio’ de Minsk (Bielorrusia), reconocía que Giussani «ha gozado de la estima no solamente de los católicos y de los miembros de su movimiento, sino también de muchos ortodoxos y representantes de otras confesiones cristianas. [...] Fue verdaderamente un soldado de Cristo, aceptó los desafíos de nuestra compleja época, que ha puesto a los cristianos frente a una elección nada fácil». Y los Jóvenes Musulmanes de Italia, sección de Milán, hablaban de una «figura importante en la promoción de los valores y que tanto ha dado a la juventud italiana cualquiera que fuera su fe».

El amigo japonés Habukawa, secretario general de la escuela budista Shingon del monte Koya, escribía: «Creo que el maestro don Giussani ya ha entrado en el reino de Dios. Ahora la vida del maestro don Giussani ha tomado una forma eterna y se ha convertido en un ser sin límites y así vivirá para siempre entre nosotros. Me appena mucho no poder ir a darle mi último adiós, pero incluiremos nuestros pensamientos por don Giussani en nuestras oraciones desde el lejano Koyasan».

El embajador de Israel en la Santa Sede, Oded Ben-Hur, hablaba de Giussani como de un «gran comunicador de la fe y de la caridad, hombre y sacerdote de altísimas cualidades espirituales generosamente compartidas en la acción concreta».

Y David Horowitz, músico neoyorquino de origen judío, confesaba: «Al conocer a don Giussani me he encontrado con una persona que con su ejemplo y su obra ha tocado y enriquecido [...] mi vida. [...] La hora que Jan [su mujer, *nda*] y yo pasamos con él, el calor de su sonrisa y el tacto de sus manos quedarán en mí para siempre. Nos ha dejado en herencia un mensaje a la vez sencillo y profundo: vive, ama y obra como si toda la creación dependiese de esto».

El rabino David Rosen, director del Departamento de Asuntos interreligiosos del American Jewish Committee, escribió a don Carrón: «‘Por sus obras los conoceréis’ es el reconocimiento más adecuado para su vida, porque su movimiento de Comunión y Liberación (y sus escritos) ha hecho que gente de todos los lugares del mundo y de distintas tradiciones sea capaz de conocer su carisma, y así será también en el futuro». Y recordaba que había recibido de Giussani un mensaje la primera vez que habló en el Meeting de Rimini en 1996: «Me sorprendió mucho aquel gesto suyo. [...] En aquella carta me conmovió que subrayara el vínculo que existe entre el cristianismo y sus raíces

judías». Después de lo cual empezó a leer sus escritos: «Me gustaron mucho [...] he descubierto en ellos a un hombre de gran estatura espiritual»²². Y el rabino Michael Shevack, de Nueva York, escribía: «En el breve periodo en que le he conocido a él y su obra, ha cambiado mi juicio sobre las posibilidades humanas. Me ha hecho creer que era posible llegar a esos jóvenes desilusionados del judaísmo, a condición de saber cómo hablarles y cómo alcanzarles, por medio de la verdad».

Desde el Líbano, Jocelyne Khoueiry, líder de los cristianos libaneses, recordaba a «este gran hombre, este padre que ha sido también para nosotros un gran apoyo espiritual y moral y que ha sabido, por gracia de Dios, agrupar en torno a sí a personas llamadas a la fe y a la misión».

Juvenal Ñique Ríos, intelectual peruano, escribía: «Hoy más que nunca, hoy quizá como siempre, una vida como la de don Giussani es un claro acicate para miles de hombres y mujeres de todas las edades y de todos los pueblos [...]. A través de él se ha iniciado un ‘movimiento’ que nada podrá frenar; este ‘movimiento’ ha entrado en nuestra vida, y nuestras vidas en él».

El rector Lorenzo Ornaghi escribía que todos los miembros de la Universidad Católica del Sacro Cuore «recuerdan con gratitud conmovida su largo y apasionado magisterio en las aulas del largo Gemelli (la ubicación milanese de la Católica, *ndt*), su profunda y original contribución a la cultura, su generosa participación en la vida de la universidad».

Análogamente, el director del liceo Berchet, Innocente Pessina, escribía que profesores y estudiantes «recuerdan con afectuoso reconocimiento su obra apasionada e inteligente, que aquí vio su comienzo, de maestro educador capaz de valorar todos los aspectos del ser humano y de indicar a todos, en el uso cordial de la razón, el significado del estudio y de la cultura».

Artículos

A partir de las ediciones de la mañana, radios y televisiones informaban de la muerte de Giussani y hasta su entierro aparecieron decenas de artículos en los periódicos.

Fabrizio Contessa escribía en *L'Osservatore Romano*: «Para muchos (al menos para mí ha sido así) el encuentro con don Giussani fue sobre todo el encuentro con su acento inconfundible. [...] ¡Qué facilidad para entusiasmar, para atrapar la atención; qué extraordinaria capacidad de irrumpir hasta en lo más secreto del corazón para desvelarte tu deseo de infinito y de felicidad. Y además, esa sencillez inapelable al mostrarte a Cristo, [...] en la obediencia clara y pronta al Santo Padre. Por ejemplo esas palabras repetidas casi obsesivamente (‘acontecimiento’, ‘encuentro’, ‘destino’, ‘compañía’), tan ‘laicas’ y fascinantes, pero también tan oscuras a primera vista. Palabras con las que siempre procuró mostrar la novedad y la razonabilidad del hecho cristiano, en primer lugar a los más alejados y pecadores (es decir, a todos nosotros). Esas palabras [...] las tomaba y, como un genial artista delante del gélido bloque de mármol [...] les devolvía misteriosamente su calor; con su rudo cincel entraba hasta el fondo en ellas para

desentrañar la belleza, incluso dramática e implícita, de su significado»²³.

Filippo Ceccarelli escribía en *La Repubblica*: «La vida como vocación para reconocer la presencia de Dios. [...] Todo era ‘con’ Cristo y ‘en’ Cristo: este es el sentido último del ‘acontecimiento’, el misterio revelado e indomable de la encarnación, tan fuerte que cambia la vida, cabeza, corazón, ojos, mirada, contexto, en resumen, todo. [...] Su vida ha sido plena y feliz como pocas. [...] Los que conocieron personalmente a Giussani conservan recuerdos entrañables. Hasta el final, muy limitado al andar, pretendía ayudar al invitado a quitarse el abrigo. O bien silbaba como un chiquillo. Luminoso, exigente, a veces incluso desconcertante por la rapidez con la que conectaba lo universal con lo particular, la tierra con el cielo. [...] Quizás uno de los pocos que, dejando atrás toda tibieza oratoria y todo servilismo clerical, se atrevió a desafiar a la cultura ilustrada en su propio terreno: la gracia no es contraria a la razón, más bien constituye su pleno cumplimiento. [...] Entre el ‘acontecimiento’ de Cristo y el devenir tumultuoso de la historia corre el hilo que don Luigi Giussani mantuvo estrechamente en sus manos durante toda su larga y feliz vida»²⁴.

En el *Corriere della Sera* se publicaron numerosos artículos; entre otros, de Piero Ostellino: «A mí, liberal y no creyente, don Giussani me resultaba ‘políticamente’ simpático [...]. Para don Giussani, el cristianismo, antes que ser una ‘doctrina que se puede repetir en clase de religión’, antes que ‘un conjunto de normas morales’ y ‘un cierto conjunto de ritos’, era ‘un hecho, un acontecimiento’. Una definición del cristianismo verdaderamente revolucionaria, viniendo de un cura, y por tanto poco catalogable dentro de un esquema meramente eclesial, que también un historiador o un sociólogo de las religiones, un filósofo de la política y de la moral, un laico y un no creyente, habrían podido (podrían) suscribir tranquilamente. [...] Por eso no me asustaba ni siquiera su ‘pregonar’ la fe como afirmación de una identidad fuerte, histórica, civil [...]. Así se explicaba también su laicísima y liberal afirmación según la cual ‘el límite del poder es la religiosidad verdadera, el límite de cualquier poder civil, político y eclesiástico’. El cristianismo, pues, entendido no como ‘proyecto’, sino como ‘experiencia’ [...] se convierte en [...] factor de pluralismo y de experimentación»²⁵.

También en el *Corriere* Paolo Franchi observaba que en 1969 Giussani «lanzó al ruedo a CL. La idea clave de la que toma su impulso el movimiento eclesial (‘el acontecimiento cristiano vivido en la comunión es el fundamento de la auténtica libertad del hombre’) era realmente asombrosa para la época [...] Es imposible una relectura de los años setenta en Italia sin tomar en consideración a Comunión y Liberación. Mucho menos es posible un análisis de su (controvertida) herencia, que comprende también, y de qué manera, un profundo cambio de la naturaleza misma de la cuestión católica en Italia»²⁶.

Francesco Alberoni reconocía en las páginas del *Corriere* que «tras la reforma que partió Europa en dos en el siglo XVI, en la Iglesia Católica han surgido constantemente nuevos movimientos, siempre mirados con recelo desde las curias, los obispos y el clero consolidado, pero que, tras haber desafiado a la institución en nombre de los valores de los orígenes, se han convertido en miembros y brazos. Casi todos los grandes santos de

la Iglesia, como Clara, Catalina, Teresa, Ignacio de Loyola, fueron guías carismáticos de movimientos más o menos extendidos. Y lo mismo vale para figuras como don Bosco, don Gnocchi, José María Escrivá, Padre Pío y don Giussani. Giussani había creado Gioventù Studentesca. Cuando la revolución mundial juvenil, cultural, política y sexual se abatió sobre el mundo estudiantil la desafió transformando su movimiento en Comunión y Liberación. [...] Don Giussani supuso un desafío para la institución tradicional para erigir una institución nueva, más apta para los tiempos. Por eso él es un edificador de la Iglesia»²⁷.

En *La Stampa*, Luigi La Spina observaba que «de los dos sacerdotes revolucionarios de la Iglesia de la segunda mitad del siglo XX ha muerto primero él. Karol Wojtyła, como impone el ejercicio del Papado, prosigue, con fragilidad de hierro, ofreciendo el testimonio de una enfermedad en el punto de mira de todo el mundo. En cambio don Giussani ha podido ahorrárselo a sus chicos que, convertidos hoy en hombres, le lloran como a un padre, quizá más que a un padre. [...] El pésame unánime por la muerte del fundador de CL reconoce el valor del hombre y la fuerza de su mensaje, pero esconde, de forma hipócrita, muchos rechazos. Bien es verdad que el destino de los revolucionarios excluye tanto el aplauso plebiscitario como la indiferencia. Contempla solo la devoción de los adeptos y el respeto de los enemigos. Mientras vivió, don Giussani obtuvo lo primero, pero no siempre lo segundo. Ahora tendrá ambos»²⁸.

Lidia Menapace, intelectual comunista, recordaba en un artículo de *Liberazione*: «Yo daba clase en la Católica de Milán cuando apareció [...] una nueva sigla que se llamaba Gioventù Studentesca (Gs) [...]. Como tenía en mi curso algunos chicos de GS, enseguida me informaron sobre “don Gius”, que no era tan solo un consiliario, era mucho más, era un amigo cargado de autoridad, un cómplice de risas y deportes, alguien con quien solían bromear, en definitiva, una figura de sacerdote muy popular, generoso, cercano, que comprendía el presente y lo vivía como la aventura existencial de su fe. [...] Se mezclaban con todos y estaban abiertos a la aventura del pensamiento y de la investigación más arriesgada; esto era lo primero que les enseñaba Giussani. Recuerdo que pedían clases suplementarias (exageraban un poco, como el mismo don Giussani, que de todos los textos sagrados quizá prefería -imagino yo- el terrible dicho ‘¡Ay de los tibios!, los vomitaré de mi boca’); desde luego, eran cualquier cosa menos tibios. [...] Giussani ha sido un eminente hombre de fe, con una influencia quizá mayor de lo que pensaba (en él era frecuente remitir a lo imprevisto, a lo que sucede sin que uno se lo espere), con una fe intrépida y a la vez capaz, hasta cierto punto, de medirse. [...] El punto al que no se sustraía era la obediencia a la Iglesia: la gran diferencia entre él y don Milani o el padre Balducci era que para él la obediencia era una virtud»²⁹.

El sociólogo Gianfranco Morra observaba en *Libero* que «en octubre de 1954 [...] el cristianismo ‘era como si no existiese’. Giussani mostró que existía y sabía dar un sentido a las preguntas de los jóvenes. No el cristianismo de la teología y de la catequesis, sino el que nace del encuentro con una persona, que no nos dejó un mensaje sino un hecho capaz de transformar y renovar todo [...] Un cristianismo que no se enroca en la defensa del pasado contra la modernidad, sino que muestra la

contemporaneidad de un mensaje que hasta los tibios y los ateos esperan. [...] Don Giussani, célibe por vocación, ha sido un padrazo para miles de niños»³⁰.

En el *Secolo d'Italia*, Gino Agnese subrayaba que «nada de clerical, nada de piadoso ni de convencional, no había nada de obvio en su manera de ponerse ante los alumnos, que quedaban fascinados por el lenguaje conciso, esencial, absolutamente insólito, de su profesor con sotana, que no ocultaba que el cristianismo es un escándalo para el mundo, pues se enfrenta con la moral más común: la moral de los virtuosos a los que no se les puede señalar ningún fallo, digamos la de los fariseos de todos los tiempos. [...] Aquel cura era capaz de advertir la presencia de Jesús, de hacerla percibir y sentir, aquí y ahora; y de hacer que el cristianismo se asumiera no como una doctrina o una creencia, aunque fuerte, sino como un hecho»³¹.

Michele Brambilla escribía en *La Provincia de Como* que la «referencia continua a la razonabilidad de la fe cristiana, junto a un reclamo insistente a la realidad, ha sido uno de los puntales de Giussani. [...] Otro motivo por el que don Giussani —en una época de gran secularización— ha atraído a tantos jóvenes a la Iglesia es que ha insistido en un concepto tan sencillo como olvidado: que el cristianismo no es una doctrina, ni siquiera una religión, sino que es el anuncio de un hecho. [...] Esta concreción, este reclamo a algo que se ve y se toca, es lo que ha fascinado a tantos jóvenes de todo el mundo, porque uno se enamora de una persona de carne y hueso, no de una imagen o de una idea»³².

En *Europa* Pio Cerocchi observaba que «una recuperación justa de este gran sacerdote del siglo XX obliga a muchos, y en particular a la izquierda, a revisar algunos de sus juicios, que afectan tanto al hombre como a la obra que de su enseñanza ha nacido en la Iglesia y en la sociedad. [...] [Giussani] ha sido ‘signo de contradicción’, en el sentido de haber impulsado a los muchos que directamente le seguían y luego a muchos otros, ‘a pensar la fe’. Y no abstractamente, sino ‘implicando’ la vida. [...] En su entrega a Dios, aparece como una referencia que ayuda a interpretar una modernidad que en sus conquistas atisba también el carácter irreductible de sus límites. Esta muerte da que pensar: hay mucho que escribir en la historia del siglo XX. Incluido el capítulo de don Luigi Giussani y de sus estudiantes»³³.

En el semanario *Panorama*, Giuliano Ferrara observaba que Giussani tenía «un rasgo de extrema libertad, que incluso llegaba al azar, y de amor por la experiencia histórica y política, [...] una sólida fe nutrida por una cultura sólida. Y supuso en cierto sentido la salida de la retórica de la crisis. Ahora lo celebran todos con palabras de encomio y comprensión, porque todos sabían en privado que Giussani era el origen de un verdadero fenómeno social y cultural, además de un hombre de gran fe y experiencia religiosa, pero durante su vida fue un deber público olvidar, deformar o atacar su presencia molesta. [...] Sin el espectáculo del ‘credo’, puesto en escena por un simple sacerdote lleno de carisma, las aventuras de la razón no valdrían el precio de la entrada»³⁴.

Avvenire daba voz a algunos historiadores, que concordaban en el mérito que tenía Giussani de haber sabido dar de nuevo a la fe su capacidad de hablar al hombre de hoy.

Giorgio Rumi, profesor de Historia contemporánea, reconocía que «para Giussani, fruto maduro de una tradición cristiana que se remonta al menos a san Benito, estudio, oración y trabajo se entrelazan, y el obrar del hombre es ocasión continua de santificación, nunca de alienación. [...] Tampoco se puede olvidar (entonces yo era un joven profesor de la Estatal y no lo he olvidado) su trabajo inicial en la universidad, cuando el testimonio cristiano era muy difícil, y los chicos de CL sufrían el hostigamiento incluso físico a causa de su apostolado». Y Alberto Monticone, profesor de Historia moderna y antiguo presidente de la Acción Católica, hablaba de él como de «un sacerdote de fortísima personalidad, capaz como pocos de fascinar por la vivacidad y originalidad de su pensamiento. Ha captado y anticipado con gran lucidez las dificultades de la Iglesia y las crisis culturales de una sociedad, la italiana, que se iba secularizando. Ha sabido contrastar todo esto con eficacia y con un estilo personalísimo, obteniendo los mejores resultados en un mundo, el estudiantil, donde había mucha necesidad no solamente de redescubrir la fe, sino también, y más en general, de auténtica vitalidad. Con coraje, y empleando formas no tradicionales, fue a anunciar el Evangelio entre los jóvenes, y aquella primera siembra me parece especialmente memorable». Monticone añadía que «su anuncio, su reclamo al valor de la fe originaria, sorprendieron no solamente a los jóvenes, y estimularon a diversas realidades eclesiales a ajustar cuentas con su planteamiento». Finalmente, el profesor de historia contemporánea Agostino Giovagnoli describía a Giussani como «un hombre que fue a contracorriente, contra las tendencias actuales en la sociedad italiana. Consiguió proponer la fe, haciendo que muchos la descubrieran o redescubrieran, como propuesta existencial de altísimo relieve, y precisamente en tiempos y en lugares en los que se iba afirmando la secularización y un nihilismo incluso desesperado. Es decir, a lo largo del recorrido que va de Gioventù Studentesca a CL, durante el cual la laicización avanzaba también en el mundo católico supo invertir en gran medida el proceso de descristianización que estaba en marcha. Por ejemplo, proponía ser cristianos partiendo de la belleza de serlo, sobre todo a esos jóvenes que, en número creciente, estaban seducidos por la belleza vacía de la modernización y del consumismo»³⁵.

Y estos son algunos pasajes de las crónicas del funeral, que se publicaron en los diarios del 25 de febrero de 2005.

Para Fabrizio Ravelli, de *La Repubblica*, «no es un espectáculo que se olvide, o que la regla del rito pueda contener, el dolor del pueblo que da su adiós a don Giussani. Hoy Milán se ha puesto su traje más triste: el frío que asola los cuerpos, la lluvia mezclada con nevisca que moja la ropa, el cielo cubierto. Pero han llegado a millares [...]. Cuando llega el coche fúnebre se apaga todo murmullo. [...] Y un enorme coro entona ‘Povera voce’ [...]. Hoy el día es suyo, del pueblo de CL: los chicos que dirigen a la multitud, los de orden, las familias enteras, los de ochenta años y los adolescentes»³⁶.

Filippo Gentiloni escribía en *Il Manifesto* que era «impresionante el funeral de don Giussani: una multitud inmensa, dentro y fuera del Duomo de Milán. Varios cardenales y cientos de obispos y sacerdotes. El gobierno casi al completo, con el añadido de los presidentes de las dos Cámaras. Sobre todo, una larguísima retransmisión en directo por

televisión, realmente inusual. ¿A qué se debe la solemnidad de esta celebración? ¿Por qué esta exaltación no solo eclesial sino también civil y estatal [...] Preguntas que hacen reflexionar tanto sobre las relaciones entre Estado e Iglesia, como sobre la situación actual del catolicismo italiano. [...] En lugar de mediaciones, el encuentro personal con Cristo. Los jóvenes posteriores al 68, cansados de todas las ideologías, tanto de las antiguas como de las nuevas, se han reunido en este encuentro sin (aparentes) esquemas. Han encontrado aquí esa valoración de su propia persona que no encontraban ni en las viejas sacristías ni en las nuevas sedes de partido»³⁷.

Gaspere Barbiellini Amidei, del *Corriere della Sera*, subrayaba que «cuando quiere, Milán sabe ser pueblo y expresar con grandeza sus sentimientos. Ayer lo hizo, despidiendo a don Giussani. Estuve en medio de la multitud, en su mayoría joven, pero no solo. La palabra que aparecía con más frecuencia en los comentarios y los recuerdos era: ‘Gracias’. [...] Giussani fue un genio y también el Milán más lejano a él se lo reconocía ayer. [...] Los milaneses que no van a la Iglesia, que no comparten las opciones de CL, ayer por la tarde dieron su adiós al fundador de Comunión y Liberación. [...] El nombre de don Giussani tiene el destino cultural de todo fundador: también la gente que es totalmente ajena a su camino recordará con claridad la originalidad del carisma en el que estos realizadores apoyan sus propuestas. Una parte de la ciudad de Milán que ha ido a despedir a don Giussani es contraria a la lectura política y moral que el movimiento ha realizado y realiza de nuestro tiempo. Pero siente que el fundador deja algo que es patrimonio de todos, la pureza evidente (y contagiosa) de su corazón»³⁸.

También en el *Corriere* Gian Guido Vecchi refiere que «cuando el féretro entra en la plaza apenas caen algunas gotas. En Milán el día es gris y triste; hay treinta mil fieles bajo la llovizna y otros doce mil llenando el Duomo, hay que verles mientras entonan *Povera voce*, la canción que se ha convertido en el himno de CL, ‘toda la vida pide la eternidad / no puede morir, no puede acabar...’, lágrimas y lluvia, nunca la han cantado así. [...] El cardenal Ratzinger, al final, ha querido seguir a don Giussani hasta el Famedio (el cementerio municipal de hombres ilustres de Milán, *ndt*) y bendecir su sepultura»³⁹.

Andrea Tornielli, vaticanista de *Il Giornale*, escribía: «Al final de la misa, el cardenal Dionigi Tettamanzi [...] pronunció también un breve discurso. El arzobispo, que había querido reunirse con don Giussani pocos meses después de su ingreso en Milán y en aquella ocasión se había arrodillado delante del anciano sacerdote ambrosiano pidiendo —él, obispo— su bendición, había visitado a don Gius ya gravemente enfermo hacía una semana y volvió a bendecir sus restos mortales pocas horas después de su fallecimiento»⁴⁰.

En *Gente*, Mario Cervi observaba que «don Giussani (o, con una abreviatura afectuosa, don Gius) no vistió nunca la púrpura cardenalicia y fue nombrado monseñor solamente en edad avanzada. Pero ha merecido en su muerte recuerdos y comentarios dignos de un Papa, o mejor dicho, de un santo. Se han inclinado ante él también sus adversarios (muchísimos fuera y dentro de la Iglesia). En las conmemoraciones se ha advertido una nota unánime: quienes se acercaron a él en vida quedaban fascinados. [...] Don Luigi

Giussani permaneció siempre al margen, o mejor, por encima, de toda mezquindad y miseria»⁴¹.

Bruno Vespa escribía de Giussani en *Il Mattino*: «No era un cardenal, ni un obispo importante. Era solamente un cura, como atestiguaba la humilde casulla blanca dispuesta sobre el féretro. Y sin embargo no recuerdo que un sacerdote, un obispo importante y ni siquiera un cardenal hubieran congregado nunca a los altos cargos del Estado y a decenas de miles de personas en su funeral. Una participación tan masiva e implicada era digna de las exequias de un pontífice. He asistido a las exequias de don Giussani junto a quinientos sacerdotes llegados de todas partes en representación de Comunión y Liberación. Cuando entonaron el canto de entrada tan querido por el difunto ('Povera voce di un uomo che non c'è'), se comprendió que estábamos asistiendo a algo absolutamente inédito. Los laicos que estaban cerca de mí empezaron a responder ('Non è la povera voce di un uomo che non c'è: la nostra voce canta con un perché'). Ampliando la mirada desde el transepto a todo el Duomo, a los miles de personas que estaban sentadas o en pie [...], he visto que respondían casi todos. Porque aquella era la gente de Comunión y Liberación. [...] Es extraordinaria la suerte de don Giussani. Él mismo se habría maravillado del enorme espacio que han dedicado a su muerte esos mismos periódicos que casi le habían ignorado, si no combatido, cuando estaba vivo. [...] Cualquiera —católicos o laicos— que haya salido del Duomo de Milán al atardecer, ha tenido la impresión de que ese féretro ha dado ya nuevos frutos»⁴².

El funeral en el Duomo de Milán

El funeral de Giussani se celebró el jueves 24 de febrero de 2005 en el Duomo de Milán. Asistieron cincuenta mil personas, apretadas en la catedral y en la plaza azotada por la lluvia y el viento. Junto a los cardenales Ratzinger y Tettamanzi y a Julián Carrón, concelebraron cardenales, obispos y quinientos sacerdotes. Por voluntad de su director, Fabrizio Del Noce, la RAI1 concedió a la primera edición del telediario el espacio de la programación de la tarde para retransmitir en directo las exequias.

Cuando el féretro llegó a la plaza del Duomo la gente estaba rezando el rosario. Sobre el ataúd se habían dispuesto la casulla blanca y la estola sacerdotal. Seis *Memores Domini*, entre los cuales estaban algunos de los enfermeros que habían asistido a Giussani en los últimos tiempos, entraron en la catedral llevando el ataúd a hombros. Inmediatamente después, los familiares. El coro entonó el primer canto del movimiento, *Povera voce*.

Juan Pablo II: «Defensor de la razón, ha propuesto la compañía de Cristo»

Al comienzo de la ceremonia, el cardenal Ratzinger bendijo los restos mortales con el agua bendita y el cardenal Tettamanzi los incensó. Después monseñor Rylko, presidente del Pontificio Consejo para los Laicos, leyó el mensaje autógrafo que había enviado Juan Pablo II, quien en esas mismas horas quedaba hospitalizado en el Policlínico Gemelli y

era sometido a una operación de traqueotomía para facilitar su respiración: «He recibido con profunda emoción la noticia de la muerte del querido monseñor Luigi Giussani, sobrevenida al término de un largo periodo de enfermedad que él aceptó con espíritu de sereno abandono a la voluntad divina y de generosa participación en el misterio de la cruz de Cristo». El Pontífice recordaba que había tenido varias ocasiones de encontrarse con Giussani y «admirar su ardiente fe, que se traducía en un testimonio cristiano capaz de suscitar, especialmente entre los jóvenes, una amplia y convencida acogida del mensaje evangélico. Agradezco al Señor el don de su vida gastada sin reservas en la adhesión coherente a su vocación sacerdotal, en la escucha constante de las necesidades del hombre contemporáneo, y en el valiente servicio a la Iglesia. Toda su acción apostólica se podría resumir en la invitación franca y decidida que supo dirigir a cuantos se acercaban a él, a un encuentro personal con Cristo, respuesta plena y definitiva a la espera más profunda del corazón humano».

Y continuaba el mensaje: «Cristo y la Iglesia: aquí está la síntesis de su vida y de su apostolado. Sin separar nunca al uno de la otra, comunicó a su alrededor un verdadero amor por el Señor y por los distintos Papas que conoció personalmente. Manifestó también un gran afecto a su diócesis y a sus pastores». Juan Pablo II reconocía que «defensor de la razón del hombre, don Giussani fue un profundo conocedor de la literatura y de la música, y supo valorar el arte como camino que conduce al Misterio. Seguido por los miembros del movimiento fundado por él, extendido ya en muchos países del mundo, escuchado con respeto incluso por personas de credos distintos y de diferentes responsabilidades profesionales, me gusta recordarlo como maestro de humanidad y defensor de la religiosidad inscrita en el corazón de todo ser humano».

Wojtyła terminaba pidiendo a Dios que «cuantos lo han conocido y se han encontrado con él en su camino, al experimentar las maravillas que el Señor ha realizado en ellos a través de su testimonio, sigan fielmente sus huellas y mantengan viva su intuición carismática»⁴³.

Joseph Ratzinger: «Quien no da a Dios, da demasiado poco»

Conforme a lo que prevé el rito ambrosiano para las exequias de un sacerdote, las tres lecturas estaban sacadas de los Evangelios de la pasión, muerte y resurrección de Cristo con los que la vida del sacerdote se identifica. Correspondió al cardenal Ratzinger recordar a Giussani y los momentos más significativos de su vida. El enviado del Papa y decano del colegio cardenalicio subió al ambón que se asoma sobre el presbiterio y pronunció una homilía que reproducimos aquí íntegramente. Habló sin papeles durante diez minutos, visiblemente conmovido, con la voz marcada por la emoción:

«Queridos hermanos en el episcopado y en el sacerdocio: ‘Los discípulos se alegraron al ver a Jesús’. Estas palabras del Evangelio que acabamos de leer nos indican el centro de la personalidad y de la vida de nuestro querido don Giussani.

Don Giussani creció en una casa —como él mismo dijo— pobre de pan pero rica de

música. Así, desde el comienzo fue tocado, más aún, herido, por el deseo de la belleza; no se contentaba con una belleza cualquiera, con una belleza banal: buscaba la belleza misma, la Belleza infinita; y de este modo encontró a Cristo, y en Cristo la verdadera belleza, el camino de la vida, la verdadera alegría.

Siendo todavía un chaval creó con otros jóvenes una comunidad que se llamaba *Studium Christi*. Su programa consistía en no hablar de otra cosa mas que de Cristo, porque todo lo demás les resultaba una pérdida de tiempo. Naturalmente supo superar después la unilateralidad, pero conservó siempre lo fundamental. Solo Cristo da sentido a todo en nuestra vida, y don Giussani mantuvo siempre la mirada de su vida y de su corazón orientada hacia Cristo. Comprendió así que el cristianismo no es un sistema intelectual, un conjunto de dogmas, un moralismo, sino un encuentro, una historia de amor, un acontecimiento.

Este enamoramiento en Cristo, esta historia de amor en la que consistió su vida, estaba sin embargo lejos de cualquier forma de entusiasmo superficial, de vago romanticismo. Viendo a Cristo supo realmente que encontrar a Cristo quiere decir seguir a Cristo. Este encuentro es una senda, un camino que -como hemos escuchado en el salmo- atraviesa también ‘valles oscuros’. En el Evangelio hemos escuchado precisamente el relato de la última oscuridad del sufrimiento de Cristo, de la aparente ausencia de Dios, del eclipse del sol del mundo. Sabía que seguir es atravesar ‘valles oscuros’, recorrer el camino de la cruz y, sin embargo, vivir en la verdadera alegría.

¿Por qué es así? El Señor mismo tradujo este misterio de la cruz, que es en realidad el misterio del amor, con una fórmula que expresa toda la realidad de nuestra vida. El Señor dice: ‘El que busca su vida la perderá, y el que pierda su vida la encontrará’.

Don Giussani no quería realmente vivir para sí mismo, sino que dio su vida y, justamente por eso, encontró la vida no solo para sí, sino para muchos otros. Realizó lo que hemos escuchado en el Evangelio: no quería ser el amo, quería servir; era un fiel ‘servidor del Evangelio’, repartió toda la riqueza de su corazón, repartió la riqueza divina del Evangelio, de la que estaba penetrado, y sirviendo así, dando la vida, ha dado un hermoso fruto —como vemos en este momento—: se convirtió realmente en padre de muchos y, precisamente por haber guiado a las personas no hacia sí mismo, sino hacia Cristo, se ganó los corazones, ayudó a mejorar el mundo, a abrir las puertas del mundo para el cielo.

Esta centralidad de Cristo en su vida le dio también el don del discernimiento para descifrar correctamente los signos de los tiempos en una época difícil, llena de tentaciones y errores, como sabemos.

Pensemos en el año 68 y los siguientes, cuando un primer grupo de los suyos marchó a Brasil y allí se encontró con la pobreza extrema, con la miseria. ¿Qué hacer? ¿Cómo responder? La tentación más grande era decir: ‘Ahora, por el momento, debemos prescindir de Cristo, debemos prescindir de Dios, porque hay cosas mucho más urgentes; hemos de comenzar por cambiar las estructuras, las cosas externas; debemos primero mejorar la tierra, después podremos recuperar también el cielo’. Era la gran tentación del momento: transformar el cristianismo en un moralismo, el moralismo en una política,

sustituir el creer por el hacer. Porque, ¿qué implica creer? Se puede decir: ‘En este momento es preciso hacer algo’. Y sin embargo, obrando así, sustituyendo la fe por el moralismo, el creer por el hacer, se cae en particularismos, se pierden sobre todo los criterios y las orientaciones, y al final no se construye, sino que se divide.

Monseñor Giussani, con su fe impertérrita e indefectible, supo que, incluso en esta situación, Cristo y el encuentro con Él sigue siendo lo fundamental, porque quien no da a Dios, da demasiado poco; quien no da a Dios, quien no hace encontrar a Dios en el rostro de Cristo, no construye, sino que destruye, porque hace que la acción humana se pierda en dogmatismos ideológicos y falsos.

Don Giussani conservó la centralidad de Cristo y justamente así ayudó a la humanidad con obras sociales, con el servicio necesario, en este mundo difícil en el que es inmensa y urgente la responsabilidad de los cristianos hacia los pobres del mundo.

El que cree debe atravesar también ‘valles oscuros’, los valles oscuros del discernimiento, y también de las adversidades, de las oposiciones, de las contrariedades ideológicas que llegaban incluso a las amenazas de eliminar físicamente a los suyos para librarse de esta otra voz que no se contenta con obrar, sino que encierra un mensaje más grande y también una luz mayor.

Monseñor Giussani, con la fuerza de la fe, atravesó impertérrito estos valles oscuros y, como es natural, con la novedad que llevaba consigo, tuvo también dificultades para encontrar su lugar en el seno de la Iglesia. Cuando el Espíritu Santo, conforme a las necesidades de los tiempos, crea algo nuevo, que en realidad es el regreso a los orígenes, puede resultar difícil orientarse y encontrar paz en la gran comunión de la Iglesia universal. El amor de don Giussani por Cristo fue también amor por la Iglesia, y así permaneció siempre como fiel servidor, fiel al Santo Padre, fiel a sus obispos.

Con sus fundaciones interpretó también de nuevo el misterio de la Iglesia. *Comunión y Liberación* nos hace pensar inmediatamente en ese descubrimiento propio de la época moderna, la libertad, y nos hace pensar también en la fórmula de san Ambrosio ‘*Ubi fides est libertas*’. El cardenal Biffi ha reclamado nuestra atención sobre la casi total coincidencia de esta expresión de san Ambrosio con la fundación de Comunión y Liberación. Subrayando la libertad como don propio de la fe, nos ha dicho también que la libertad, para ser verdadera libertad humana, una libertad en la verdad, tiene necesidad de la comunión. Una libertad aislada, una libertad que sea solo para el yo, sería una mentira y acabaría destruyendo la comunión humana. La libertad, para ser verdadera y, por tanto, también eficiente, necesita la comunión, pero no de cualquier comunión, sino en último extremo la comunión con la verdad misma, con el amor mismo, con Cristo, con el Dios trinitario. Así se construye una comunidad que crea libertad y proporciona alegría.

La otra fundación, los *Memores Domini*, nos hace pensar de nuevo en el segundo Evangelio de hoy: la memoria que el Señor nos dejó en la sagrada eucaristía, memoria que no es solo recuerdo del pasado, sino memoria que crea en el presente, memoria en la que Él mismo se pone en nuestras manos y en nuestros corazones, y así nos hace vivir.

Atravesar valles oscuros. En la última etapa de su vida, don Giussani tuvo que

atravesar el valle oscuro de la enfermedad, del dolor, del sufrimiento, pero incluso aquí su mirada estaba puesta en Jesús y de este modo siguió siendo verdadero en medio del sufrimiento; viendo a Jesús podía alegrarse, estaba presente la alegría del Resucitado, pues también en la pasión está el Resucitado y nos da la verdadera luz y la alegría, y sabía que -como dice el salmo- atravesando este valle ‘no temo ningún mal porque sé que Tú vas conmigo y habitaré en la casa del Padre’. Esta era su gran fuerza: saber que ‘Tú estás conmigo’.

Queridos fieles, sobre todo queridos jóvenes, tomemos en serio este mensaje, no perdamos de vista a Cristo y no olvidemos que sin Dios no se construye nada bueno y que Dios permanece enigmático si no es reconocido en el rostro de Cristo.

Ahora vuestro querido amigo don Giussani ha llegado a la orilla de la Vida y estamos convencidos de que se ha abierto la puerta de la casa del Padre, estamos convencidos de que ahora se realizan plenamente estas palabras: ‘se alegraron al ver a Jesús’, y él se alegra con una alegría que nadie le puede quitar. En este momento queremos dar gracias al Señor por el gran don de este sacerdote, de este fiel servidor del Evangelio, de este padre. Encomendamos su alma a la bondad de su Señor y nuestro Señor.

Queremos también, en este momento, rezar de un modo especial por la salud de nuestro Santo Padre, ingresado de nuevo en el hospital. Que el Señor le acompañe, le dé fuerza y salud. Y pidamos que el Señor nos ilumine, que nos done la fe que construye el mundo, la fe que nos hace encontrar el camino de la vida, la verdadera alegría. Amén»⁴⁴.

Dionigi Tettamanzi: «Esta iglesia ambrosiana se alegra de dar gracias al Señor»

Antes de la bendición final tomó la palabra el cardenal Tettamanzi para «dar gracias al Señor, de forma totalmente particular, por el don de monseñor Luigi Giussani, sacerdote de esta Iglesia milanesa, que ha fundado Comunión y Liberación, movimiento del que ha sido siempre, sin descanso, el alma y la guía apreciada y buscada. Ante todo se alegra esta Iglesia ambrosiana de poder dar gracias al Señor, porque don Giussani nació como hombre y como cristiano, y fue ordenado presbítero en esta Iglesia. Aquí, antes que en cualquier otro lugar, derramó su extraordinaria e incansable pasión de educador, sobre todo de los jóvenes. Primero en el seminario, después en el liceo Berchet y en el ámbito de la enseñanza, en donde asumió la forma de apostolado que la Acción Católica le ofrecía y su misma denominación, ‘Gioventù Studentesca’, culminando su labor educativa como profesor en la Universidad Católica. Justamente en nuestra Iglesia él, con su fe transparente y fuerte y con su indomable pasión apostólica, dio vida al movimiento de Comunión y Liberación, que después ha crecido y se ha desarrollado no solo en Milán, sino también en muchos lugares del mundo»⁴⁵.

En particular, continuaba el arzobispo, «nuestro reconocimiento por su afectuosa cercanía en este momento de luto y de dolor cristiano hacia el Santo Padre, que ha querido hacerse presente enviando al cardenal Ratzinger como representante suyo»⁴⁶.

El cardenal Tettamanzi leyó el mensaje que había recibido del cardenal Carlo Maria Martini: «Me uno al duelo y a la oración de toda la archidiócesis y de todos sus amigos,

encomendando a la misericordia divina al siervo fiel que ha proclamado con incansable amor y entusiasmo a lo largo de toda su vida el misterio del Verbo hecho carne. Que el Señor le acoja ahora, por intercesión de María, en su eternidad de luz, y desde allí quiera él pedir por nosotros que todavía caminamos a través de las sombras y las imágenes hacia la Jerusalén celeste, donde ya no habrá luto ni llanto, sino solo el reconocimiento recíproco y gozoso de los que han amado a Jesús y esperado con alegría su manifestación.

Teniendo que salir en breve hacia Israel, prometo un recuerdo especial del querido difunto junto al sepulcro de Aquel que resucitó para nuestra justificación»⁴⁷.

El arzobispo de Milán concluía dirigiendo una invitación a todos los presentes: «Hagamos nuestra su gran pasión por la misión y dejémonos sacudir y animar por el deseo inextirpable de hacer partícipes a todos aquellos que conocemos de la fortuna de conocer y amar a Cristo. [...] De modo que también para nosotros, como para don Luigi, resulte de algún modo insoportable el hecho de que haya personas que no conozcan la alegría de este Evangelio vivo y personal que es el Señor Jesús»⁴⁸.

Julián Carrón: «Más padre que nunca»

El último en intervenir durante la ceremonia fúnebre fue Julián Carrón. Estas fueron sus palabras:

«El 30 de mayo de 1998, en la plaza de San Pedro, delante del Papa, don Giussani decía: ‘Para mí la gracia de Jesús... se ha convertido en una experiencia de fe por la cual... he visto cómo se formaba un pueblo en el nombre de Cristo’. He aquí hoy el pueblo que ha nacido de la experiencia de fe de don Giussani. Este hecho, este pueblo, mejor que cualquier comentario, habla de la obra que Dios ha realizado a través de él. Por eso hoy estamos todos aquí, para expresar nuestro dolor por su pérdida y gritar delante de todos nuestra gratitud por su vida. La importancia de su persona para cada uno de nosotros es tan grande como el dolor que hoy experimentamos. ¡Queridísimo don Giussani, te llevamos con nosotros, en nuestra memoria, para toda la vida! La fiebre de vida que hemos experimentado junto a ti jamás la olvidaremos. Tu mirada ya no podrá borrarse de nuestros ojos. Esa mirada a través de la cual nos hemos sentido mirados por Jesús. Sí, porque es realmente Él, Jesús, quien da forma a la mirada con la que nos hemos sentido mirados por ti.

En el contacto con su experiencia de fe hemos visto suceder con asombro algo inimaginable, si bien secretamente deseado. La misma vibración humana que recorre el Evangelio la hemos sorprendido también en nosotros. Nos hemos visto obligados a rendirnos a una novedad que nadie podía imaginar antes y, como los discípulos, tantas veces hemos exclamado: ‘¡Nunca habíamos visto nada igual!’ (Mc 2,12). Así hemos aprendido de la experiencia qué es el cristianismo: un acontecimiento. El acontecimiento de un encuentro que proporciona plenitud a lo humano, densidad al tiempo e intensidad a las relaciones, una capacidad de iniciativa y de construcción desconocida en otro lugar.

Sí, es cierto: hemos encontrado a Jesús, y hemos tenido y tenemos la experiencia del ciento por uno aquí. Precisamente por ello don Giussani ha querido siempre apostar todo por nuestra libertad.

Así es como él nos ha enseñado a conocer y a amar a Jesús. No simplemente con un discurso, sino comunicándolo a través de su experiencia, invitándonos a compartirla para verificar su pretensión. Cristo se ha vuelto para nosotros cada vez más fascinante, se ha convertido en la presencia más querida, de manera que cada uno puede repetir: ‘Aun viviendo en la carne, vivo de la fe en el Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí’ (Ga 2,20). Así él nos ha generado en Cristo.

¡Es una verdadera generación, una paternidad! Por ello ya no podremos vivir la relación con Jesús y hacer memoria de Él, consistencia de toda la realidad, sin pensar en don Giussani. Ahora más que antes. Pensaremos siempre en él junto a Él, junto a Jesús, cuando nos levantemos por la mañana, cuando vayamos a trabajar o veamos la puesta de sol, cuando nos relacionemos con la mujer, el marido o los amigos. Nuestra fe en Jesús ha sido y es plasmada por la presencia de don Giussani, por su mirada, por su ímpetu de vida.

Una fe que exalta la razón del hombre, que la concibe como su plenitud, que florece gratuitamente en el culmen de la razón. Una fe que, en obediencia a la Iglesia, se hace mirada y juicio nuevo sobre el mundo, afecto más verdadero al destino del hombre, ya sea próximo o extraño, apertura a toda semilla de verdad e ímpetu de comunicación por el anhelo de que todos conozcan a Cristo.

‘¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él?’ (Sal 8). ¡Que una criatura tan frágil como un hombre, por decir ‘sí’ a Cristo, pueda volverse tan decisiva para miles de personas en todo el mundo no puede dejar de sorprender! A muchos este método puede parecerles desconcertante. Que el sentido de la vida, de las relaciones más significativas, del tiempo y del espacio, de la creatividad y del descanso pase y se comunique a través de la carne, de algo que muere, resulta ciertamente escandaloso para los sabios de este mundo.

Y sin embargo, es un signo de la misericordia infinita del Padre que, para darse a conocer y ser aceptado por el hombre, y así salvarlo, por la fuerza vivificante del Espíritu suscita una preferencia, un carisma, tan poderosamente fascinante como para obtener la adhesión a Cristo. Esta es la realización más capilar del método de la encarnación. Solo el Misterio, convertido en presencia afectivamente atrayente, puede proporcionar al hombre la claridad y la energía afectiva adecuada para acogerle.

Este método implica un renovado asombro ante la iniciativa de Otro. Por eso, como nos ha enseñado siempre don Giussani, la nuestra es una compañía guiada al destino dentro del gran cauce de la vida de la Iglesia. La unidad entre nosotros es el don más precioso que nace de la acogida de esta iniciativa. Pido la gracia, por la responsabilidad que me ha confiado don Giussani, de poder servir a este don de la unidad. Estoy seguro de que si somos sencillos en el seguir sentiremos a don Giussani más padre que nunca.

A la Virgen, ‘seguridad de nuestra esperanza’, confiamos nuestra historia. ‘Veni Sancte Spiritus, veni per Mariam’»⁴⁹.

«¡María, tú eres la seguridad de nuestra esperanza!»

La ceremonia concluyó con la bendición conjunta de los cardenales Ratzinger y Tettamanzi. El coro entonó: «Il nostro cuore non si è perduto, i nostri passi non hanno smarrito la tua strada» (Nuestro corazón no se ha perdido, nuestros pasos no se han equivocado de camino, *ndt*), y luego *Salve Regina, Tu sei un Dio fedele* (Tú eres un Dios fiel, *ndt*) y *Nitida Stella*, todos cantos que le gustaban mucho a Giussani.

Habían transcurrido dos horas y veinte minutos desde el inicio del rito, cuando el féretro atravesó la nave central del Duomo precedido por el cardenal Ratzinger, tocado por decenas de manos que se alargaban desde los lados y despedido con un aplauso que continuó durante más de diez minutos en la plaza batida por la lluvia. El cardenal se paró un momento todavía, y bendijo los restos mortales. A continuación el coche fúnebre se dirigió hacia el Cementerio Monumental de Milán para darle sepultura de forma privada. Siguió al féretro el cardenal Ratzinger, que poco antes, en la sacristía, había decidido acompañar a Giussani hasta el final, el cardenal Scola, los familiares, Julián Carrón y algunos amigos. En la lápida de mármol, puesta en la pared donde se acababa de meter el féretro, figura la última frase escrita a mano por Giussani: «¡María, tú eres la seguridad de nuestra esperanza!».

Epílogo

Sin raíces no puede brotar una flor:
la fecundidad del carisma

El 19 de marzo de 2005, fiesta de san José, se reunía en Milán la Diaconía central de la Fraternidad de Comunión y Liberación para proceder a nombrar al nuevo presidente, sucesor de Giussani. La asamblea eligió por unanimidad, con un solo voto en blanco, a Julián Carrón, con quien Giussani había querido compartir desde hacía un año su responsabilidad de guía de todo el movimiento, llamándole desde España —como se ha visto— con la plena aprobación de su arzobispo, el cardenal Rouco Varela.

Inmediatamente después empezó el Consejo Nacional de Comunión y Liberación. Nada más recitar el Ángelus tomó la palabra Carrón, que comentó así las palabras de la oración a la Virgen María: «Cristo [...] ha entrado en la historia con esta novedad arrolladora que nos arrastra también hoy» y esta historia «nos ha alcanzado —es el primer pensamiento que he tenido hoy— a través de la querida persona de don Giussani. No hubiéramos podido —yo por lo menos, no sé vosotros— decir ‘Cristo’ con intensidad humana, sin él, sin el encuentro con él, sin vernos arrastrados en esta ‘vorágine’ que hoy adquiere todo su alcance, sin experimentar esa preferencia que el Señor ha suscitado en mí y en todos nosotros. Don Giussani nos ha arrastrado a todos juntos con él, haciéndonos experimentar de modo real quién es Cristo: ha sido él, él mismo, en la convivencia con él, compartiendo la vida con él, como Cristo ha conmovido hasta la médula nuestra vida aportándole una intensidad que nunca hubiéramos imaginado».

Por eso confesaba: el movimiento «no ha sido nunca para nosotros la experiencia de participar en una asociación: para nosotros ha sido participar en su fiebre de vida [...], en este torbellino de caridad con el que Cristo nos ha alcanzado». Que Giussani, era el deseo de don Carrón, «siga arrastrándonos con él, ahora que ya el tiempo y el espacio no le limitan, ahora que participa de la soberanía de Cristo que ya hemos empezado a experimentar. Ahora actúa —lo vemos todos los días- más que nunca». Aún dentro del dolor por su muerte, Carrón invitaba a mirar al presente con la seguridad del bien que nos esperaba a todos: «con tranquilidad, seguros, sin miedos ni temores, no porque seamos muy capaces, no porque nos sintamos a la altura, sino por la certeza de que él no nos abandonará nunca, como tampoco nos ha ‘dejado’ a ninguno de nosotros —uno por uno— a lo largo de todos estos años. Cada uno de nosotros sabe hoy mejor que nadie hasta qué punto es verdad que dio toda su vida —¡toda su vida!— por nosotros, hasta el último instante».

En cuanto a sí mismo, admitía: «En todo este misterio se inserta mi pobre ‘yo’, desde que don Giussani ejerció su responsabilidad ante Dios llamándome a Milán». Respondiendo a aquella invitación, continuaba, «durante todos estos meses he sido consciente de responder al Misterio presente. [...] Es como si todo estuviera dentro de un designio misterioso». Después recordaba los últimos meses transcurridos junto a Giussani: «Nos han hecho experimentar su paternidad: todos, arrastrados por el afecto hacia él, hemos sido realmente generados como hijos y hemos tenido que rendirnos a ese designio misterioso que culminaba en él. Yo he sido testigo privilegiado de su enfermedad en estos últimos meses, en los cuales, instante tras instante, teníamos que rendirnos ante el modo como el Misterio lo llevaba a plenitud. Hemos tenido que aprender a obedecer al Misterio en la forma concreta en la que Él ha cumplido la vida de don Giussani»¹.

Después retomó una intervención de Giussani de 1992, al volver después de algunos meses de ausencia por enfermedad («El mayor sacrificio es dar la propia vida por la obra de Otro»; ver aquí, p. 871), observando que «es como si lo hubiese preparado para nosotros ahora. [...] Es impresionante leerlo ahora, porque ahora podemos comprender verdaderamente el alcance de lo que había dicho hace años»². Carrón se refería a ese pasaje en el que Giussani afirmaba: «*Dar la vida por la obra de Otro*; este ‘otro’, históricamente, fenoménicamente, en cuanto apariencia, es una determinada persona, soy yo [...]. Pero nada más ser pronunciada, la palabra ‘yo’ se esfuma, se pierde en la lejanía; porque el factor histórico que puede describirse, fotografiarse, indicarse por su nombre y apellido, está destinado a desaparecer del escenario en el que comienza una historia. Por eso, este es un momento en el que es esencial tomar conciencia de la gravísima responsabilidad que tiene cada uno, como urgencia, lealtad y fidelidad. Es el momento de que cada uno asuma su responsabilidad con el carisma»³.

Durante aquella intervención de 1992, Giussani había indicado también las condiciones para la continuidad de la historia del movimiento: «Yo puedo desaparecer, pero los textos que dejo y la continuidad ininterrumpida —si Dios quiere— de las personas indicadas como punto de referencia, como interpretación verdadera de lo que ha sucedido en mí, quedan como instrumento para corregir y suscitar de nuevo; se convierten en el instrumento de la moralidad. La línea de personas indicadas como referencia es lo más vivo del presente, porque un texto puede también interpretarse; es difícil interpretarlo mal, pero puede ser interpretado»⁴.

Por eso la elección del nuevo presidente de la Fraternidad, comentaba Carrón, «es la primera ocasión que se nos ofrece para manifestar nuestra filiación: con esta votación os habéis demostrado hijos, porque habéis seguido lo que don Giussani indicó como punto de referencia»⁵.

En un retiro de los novicios de los *Memores Domini* del verano de 1997, Giussani había leído una frase de Cristo contenida en el Evangelio según san Juan: «Os conviene que yo me vaya»; y la comentó así: «Es —¿cómo decirlo?— como una confesión para mí, porque también yo me marcharé dentro de poco, me estoy marchando, más aún

(también vosotros, ¡eh!... dentro de cincuenta años también vosotros os estaréis marchando). [...] Cuando carnalmente, visiblemente, hay un cambio, cuando sensiblemente cambia un amigo con el que hemos recorrido un tramo de camino, más aún, que ha recogido toda nuestra fatiga tras la confianza de los comienzos, esto se convierte en una razón negativa para nuestra vocación y pensamos: ‘¿Seremos entonces menos ayudados? ¿Estaremos menos seguros, estaremos menos...?’. Cuando desaparece la realidad contingente que Cristo ha usado para entrar en nuestra vida nos entra miedo. Al faltar la persona por la cual nos hemos adherido a la vocación y que nos ha acompañado, nos da miedo, temor». Como no compartía esta actitud, Giussani prefirió seguir a Jesús, y explicó por qué: «Os conviene que esto suceda. Cuando perdemos el apego a la modalidad con la que la verdad se nos comunica, cuando asumimos, por tanto, con libertad esta pérdida del modo en que se nos han dicho las cosas, entonces la verdad de la cosa empieza a emerger con claridad». Pero esto no conduce a la abstracción y al desapego de la realidad concreta, porque «Cristo nos alcanza, el Misterio nos alcanza a través de hechos sencillísimos, a través de una humanidad, de una realidad humana, pero no depende de que sea capaz de hablar bien o de que os fieis, no depende de que tenga un determinado modo de ser, no depende de esto la seguridad en la que os apoyáis para caminar: depende de Jesús. Habéis entrado en una relación directa con el misterio de Jesús, que gobierna la historia a través de las existencias que Él aferra»⁶.

Por eso, seguía Carrón, «lo que está en juego en el seguimiento de este punto contingente es la relación con Jesús. No me interesa el organigrama, me interesa caminar hacia el Destino, hacia Cristo, porque solo Él es capaz de hacerme experimentar una intensidad de vida que ninguna organización puede darme. Y me interesa tener relaciones verdaderas, leales, no formales, para conocer a Cristo. No me interesa otra cosa, no logra interesarme, aunque pueda ceder por mi mal, pero aquello a lo que debo rendirme como conciencia y como juicio, por la experiencia que tengo, es que no hay nada que interese a mi vida como Cristo»⁷.

Carrón concluía su primera intervención de nuevo responsable de la Fraternidad leyendo una frase dictada por don Giussani a Gisella Corsico, su secretaria particular, en 1991, y leída por ella durante una comida que celebraron con un grupo de amigos en un restaurante cerca de la abadía de Chiaravalle, a las afueras de Milán: «Ha llegado el momento en el que el afecto entre nosotros cobra un peso específico inmediatamente más grande que incluso una lucidez dogmática, la intensidad de un pensamiento teológico o la energía para guiar. El afecto que es necesario que nos tengamos mutuamente tiene una sola exigencia: la oración, el afecto a Cristo. Ha llegado el momento en el que el movimiento camina exclusivamente en virtud del amor a Cristo que cada uno de nosotros tiene y que cada uno suplica al Espíritu poder tener». A Carrón aquellas palabras le parecían como la indicación de la tarea que esperaba a los responsables del movimiento, subrayando por eso que «este es nuestro programa, no hay más. Este es el desafío que tenemos delante: el movimiento camina exclusivamente en virtud del ‘sí’ a Cristo de cada uno de nosotros, de nuestro afecto a Cristo. Que esto crezca será una esperanza para nosotros y para el mundo, para la humanidad entera,

porque seguiremos, al igual que don Giussani, haciendo presente a Cristo en el mundo, mostrando quién es no como una palabra sino como una experiencia». La oración con la que Carrón concluía su intervención en el Consejo nacional de CL se dirigía a María y a Giussani: «Confiemos nuestra historia a la Virgen, ‘fuente viva de esperanza’, y pidamos también a don Giussani —a él, que nos ha amado a cada uno de nosotros y al mundo— que en esta circunstancia histórica, que él mismo definió como de ‘una soledad brutal’, que nos lleve de la mano para nuestro bien y el del mundo»⁸.

Padre Francesco: «Estamos en un cementerio y parece que estamos en un jardín público. ¡Qué alegría!»

En marzo, Carrón recibía, entre otras muchas, una carta de Torremaggiore (provincia de Foggia): un amigo le informaba de que su mujer había ido a Milán y había dicho en casa que quería ir al cementerio, para visitar la tumba de Giussani. Su hija Maria, de diez años, le pidió que dejara en la tumba una pequeña nota: «Querido don Giuss, tengo que darte las gracias por lo que has hecho por mí y por muchas personas. Tú me has dado una familia y amigos. Te pido que reces por mi papá, mi mamá y todos los que quiero, que están apenados por tu marcha al cielo. Gracias, te quiero». En la parte de atrás, la niña había dibujado una flor con este texto: «Sin raíces una flor no puede brotar. Tú eres las raíces y mi familia es la flor que ha brotado». El amigo concluía la carta a Carrón con estas palabras: «Quiero dar gracias a don Giussani porque dando, indignamente, mi vida a lo que me ha hecho amar, la carne de Cristo, me ha devuelto todo lo que amo»⁹.

Desde el día del entierro, el Cementerio Monumental de Milán ha sido meta de una peregrinación continua de personas que se detienen algunos momentos para rezar o para participar en la misa dominical de la capilla.

La decisión de enterrar a Giussani en el Famedio, la zona del cementerio donde reposan las figuras más significativas para la historia de la ciudad, fue tomada por el alcalde de Milán, Gabriele Albertini, basándose en la consideración de que Giussani era «una de las personalidades más potentes y humildes de la posguerra. Lo es no solamente en el ámbito religioso [...] sino también por la dimensión social que representa, por el bien concreto de su mensaje que se realiza en las personas que lo practican»¹⁰.

Espectador privilegiado del alto número de personas que atraviesa cada día el portón del Monumental es el padre Francesco Calvi, el capellán. Paola Bergamini, de la revista *Tracce*, ha recogido su testimonio: «Siempre hay alguien delante de la tumba de Giussani. Su presencia, durante todo este año, ha cambiado la vida en el Monumental, ha llevado al cementerio a muchas personas, a muchos fieles incluso no pertenecientes al movimiento. Personas que preguntan dónde está sepultado y se paran a veces solo unos minutos para rezar una oración». El padre Francesco conocía a Giussani solamente de nombre, pero confiesa haber tenido siempre «una gran atención, un gran afecto por él y por el movimiento, porque sabía que hacía mucho bien. Ahora que veo a tantas personas venir a rezar, mi admiración y mi atención crecen cada vez más».

Desde aquel 22 de febrero de 2005, Giussani «nunca está solo» subraya. «Los sábados

y los domingos, además, es casi imposible pasar. A veces he tenido que dar un rodeo para no molestar. Durante la misa la pequeña iglesia está siempre llena. Llegan autobuses de todas las partes de Italia y viene gente también del extranjero. Llegan, siguen la misa, luego rezan el rosario delante de la tumba y cantan. Entonan la *Salve Regina* [...]. En su mayoría son jóvenes. Muchos chicos y muchos niños con sus padres. Esto me sorprende mucho». Recuerda que dos meses después de la llegada del féretro de Giussani, «el lunes de Pascua, después de la misa, había allí un montón de niños jugando y saltando, y pensé: ‘Estamos en un cementerio y parece que estamos en un jardín público. ¡Qué alegría!’ Recuerdo que tuve que avisarles de que en breve se cerraba el cementerio». Después el padre Francesco piensa en su larga experiencia de capellán del cementerio: «Habitualmente, cuando celebro los funerales de una persona anciana asisten pocas personas, pero si ocurre lo contrario significa que la persona ha hecho mucho bien, como don Giussani. Este bien se derrama todavía y el testimonio no se apaga [...]. El Señor hace que todos saboreemos la amargura de la muerte, pero quien vive bien y está cerca de Él, tiene también el consuelo de su presencia y de su amor, como le ha ocurrido a Giussani».

Son muchos los que dejan en la tumba pequeñas notas con peticiones o con un agradecimiento, a menudo escritos en el momento, en hojas arrancadas de cuadernos o de libretas. «También este hecho me sorprende mucho», observa el capellán, «todas esas notas. Hay quien da gracias, quien pide una gracia particular» —en la tumba hay algunos exvotos por gracias recibidas—, «quien pide simplemente el don de la fe, a veces es una larga lista de nombres de personas confiadas a Giussani para que las proteja»¹¹.

Estos son algunos de los miles de mensajes dejados en la tumba de Giussani¹².

«Don Giuss, ¡guíame tú! Ayúdame a tener una mirada positiva y segura como la tuya, que me permita reconocer siempre a Jesús en las circunstancias que me plantea la vida. Ruega por mí y por mi familia, F. y mis amigos, sobre todo por S., N. y familia y la abuela de A.».

«Hola, don Gius, me confío a ti en el camino del primer año del GA [Grupo adulto, *nda*]. Ruega por mi sencillez».

«Querido don Gius, pido al Señor que no me permita olvidar todo lo que me has enseñado, con gratitud».

«Querido Gius, te confío el niño que voy a tener en pocos meses. Ayúdanos a ser padres, a estar juntos como marido y mujer. Apóyanos en la vida cotidiana, para que todo sea vivido por Cristo. Adiós Gius».

«Queridísimo don Gius, heme finalmente aquí delante de tu tumba para agradecerte todo lo que has hecho. Te pido tu ayuda y tu bendición para mis hijos, para que tú, por la intercesión de María, les obtengas el don de conocer el movimiento y en todo caso que Cristo sea el centro y el significado de su vida, y para que les ayudes en sus decisiones y en sus dificultades tanto físicas como espirituales. Te confío todas mis preocupaciones de madre y te confío también mi vida y la de M., en este comienzo de la jubilación, para que esté siempre llena de amor recíproco, de fe, de alegría como tú nos has enseñado. Gracias».

«Querido d. Giuss, te pido que me ayudes a reconocer y agradecer todo lo que he conocido en mi vida. Ayúdame, te suplico, a amar a los demás y a mirarles como tú has mirado al mundo. Quiero ser gratuito. Ruega por mi madre, mi hermana, mis parientes y mi anciana abuela, mis compañeros de trabajo y por todos mis amigos. Quiero amarles a todos sin pretender nada a cambio. Mi vida es para ellos. ¡¡Un fuerte abrazo!!».

«Querido don Gius, vengo a pedirte hoy la gracia de que se cumpla mi vocación, intercede por mí para que, si el Señor quiere algo distinto de lo que yo deseo, no tenga miedo y le siga. Te confío también a mi amiga J. para que también ella pueda decir sí a Jesús a pesar del dolor y el esfuerzo que le pide. Te ruego por mi nuevo trabajo para que supere mi inseguridad y pueda hacer grandes cosas. Además, haz que mi corazón y mi yo puedan seguir siempre a Jesús».

«Querido don Giussani, te confiamos nuestra Fraternidad, en particular la salud de nuestros amigos F. y C. Te encomendamos también nuestras personas, a nuestros hijos y a nuestras familias».

«Intercede por la curación de mi madre y continúa acompañándome a mí y a mi familia para reconocer y amar la esperanza presente en esta circunstancia tan dolorosa. Gracias por la gracia que a través de ti me ha donado y me dona Cristo».

«Querido don Gius, intercede por mí ante la Virgen María. ¡Siempre te pido las mismas cosas! Pero también Jesús nos lo dijo. También yo puedo decir: ‘Que se haga tu voluntad’. Veo ya los frutos de este abandono. Te ruego mucho —¡siempre siempre!— por D., mi hermana, mi cuñado, que Dios colme su soledad y les conceda el don de la fe. A los que acostumbro, añado hoy también a L. (el milagro de la curación) y toda mi familia. G. para que encuentre un trabajo estable. Protege a todas las personas que quiero y vela sobre mi Fraternidad».

Al término de la misa que se celebró en el Duomo de Milán en el séptimo aniversario de la muerte de don Giussani, el 22 de febrero de 2012, Carrón comunicó que había presentado la petición de apertura de la causa de beatificación y de canonización del sacerdote de Desio. La instancia había sido aceptada por el arzobispo de Milán, el cardenal Angelo Scola.

«Para responder a una exigencia que ha brotado en la vida de muchas personas», declaraba Carrón algunas semanas después, «de poder invocar su intercesión de manera ordenada y correspondiente a la verdadera naturaleza de su carisma, la Fraternidad ha solicitado y obtenido de la autoridad eclesiástica competente la aprobación de una invocación, destinada —¡atención!— a la devoción privada, la única que admite la Iglesia en relación con un Siervo de Dios, tal como es don Giussani»¹³.

Este es el texto de la invocación, impresa detrás de una pequeña imagen de Giussani con el *imprimatur* de su excelencia monseñor Angelo Mascheroni (Vicario episcopal de la diócesis de Milán) el 12 de abril de 2012:

Oh Padre misericordioso, te damos gracias
por haber dado a tu Iglesia y al mundo
al Siervo de Dios don Luigi Giussani.
Con su vida apasionada,
nos enseñó a conocer y a amar
a Jesucristo presente aquí y ahora,
y a pedirle con humilde certeza que
«el comienzo de cada día sea un sí al Señor
que nos abraza, y hace fecundo
el terreno de nuestro corazón,
para que se cumpla su obra en el mundo,
la victoria sobre la muerte y el mal».
Concédenos, oh Padre,
por intercesión de don Giussani,
vy si es tu voluntad,
la gracia que imploramos,
con la esperanza de que pronto
sea contado entre tus santos.
Por Cristo, nuestro Señor. Amén.
Veni Sancte Spiritus.
Veni per Mariam

Ahora le toca una vez más a Dios.

«Dios me ha hecho comprender mejor que ‘todo lo que hiciste, lo que surgió después de entrar en el liceo Berchet, todo lo que nació de ese primer paso [...], todo lo que ha surgido lo hice nacer Yo’, dice el Señor»¹⁴.

Notas

Capítulo 1

- ¹ E. Battaglia, *Un viaggetto di Gigino*, Petrini, Turín 1883, pp. 35-36.
- ² *Ib.*, pp. 5-6.
- ³ *Ib.*, pp. 48-49.
- ⁴ L. Giussani, *L'io, il potere, le opere. Contributi da un'esperienza*, Marietti, Génova 2000, p. 68. (cf. trad. esp.: *El yo, el poder, las obras*, Encuentro, Madrid, 2008², p. 64).
- ⁵ L. Giussani, *L'io rinasce in un incontro (1986-1987)*, BUR, Milán 2010, p. 301. (ed. esp. en preparación).
- ⁶ FRATERNITÀ DI COMUNIONE E LIBERAZIONE, Milán, *Documentación audiovisual*, Ejercicios de Pascua del Centro Charles Péguy, Cadenabbia (Como), 11-13 abril 1968.
- ⁷ Mensaje de agradecimiento por la concesión de la «Corona Turríta», distinción reservada a los ciudadanos ilustres de Desio, *Tracce-Litterae communionis*, n. 10 (2001), p. 42.
- ⁸ Pío XI, «Ai pellegrini di Desio», 30 agosto 1925, en *Discorsi di Pio XI*, D. Berretto (ed), vol. 1, SEI, Turín 1960, pp. 429-430.
- ⁹ Pío XI, «Ai dirigenti delle donne cattoliche», 21 mayo 1931, *ib.*, vol. 2, pp. 545-546.
- ¹⁰ FCL, Massimo Brioschi, Desio (Brianza), 19 agosto 1998, entrevista personal de Renato Mazzocchi.
- ¹¹ L. Giussani, «Preghiamo per l'Italia in pericolo», entrevista de P. Battista, *La Stampa*, 4 enero 1996, p. 5.
- ¹² Cf. A. Cappellini, *Desio e la sua pieve*, Edizioni del Comune di Desio, Desio 1972.
- ¹³ *Il Cittadino*, 23 noviembre 1919.
- ¹⁴ FCL, Massimo Brioschi, Desio (Brianza), 19 agosto 1998, entrevista personal de Renato Mazzocchi.
- ¹⁵ Cf. A. Cappellini, *Desio e la sua pieve*, op. cit., p. 445.
- ¹⁶ Citado en E. Diligenti-A. Pozzi, *La Brianza in un secolo di storia d'Italia (1848-1945)*, Teti editore, Milán 1980, pp. 249-250.
- ¹⁷ *Ib.*, p. 261.
- ¹⁸ Juan Pablo II, *Homilía en la beatificación de Andrea Carlo Ferrari, Louis Zéphirin Moreau, Pierre-François Jamet y Benedetta Cambiagio Frassinello*, 10 mayo 1987, 3.
- ¹⁹ CARTAS LIVIA GIUSSANI, Desio (Brianza), carta manuscrita de Luigi Giussani a su hermana Livia, 22 enero 1944. Copias electrónicas de los documentos provenientes de este archivo se conservan en FCL.
- ²⁰ CARTAS BRUNILDE GIUSSANI, Desio (Brianza), carta manuscrita de Luigi Giussani a su hermana Brunilde. Copias electrónicas de los documentos provenientes de este archivo se conservan en FCL.
- ²¹ FCL, *Archivio storico del Movimento di Comunione e Liberazione* (de ahora en adelante AMCL), *Movimento di Comunione e Liberazione, Raccolta testi Giussani*, b. RG18, «Encuentro con mons. Luigi Giussani Monza, 1º octubre 1984 Cinema Manzoni».
- ²² FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Raccolta testi Giussani*, b. RG19, «D. Giussani. «Il santo: una sfida all'uomo» (11.7.1985) con ocasión de la fiesta de S. María Goretti».
- ²³ L. Giussani, «Per un inizio», *Litterae communionis-CL*, n. 11 (1992), p. I.
- ²⁴ FCL, Renato Farina, memoria escrita para la historia del movimiento de Comunión y Liberación.
- ²⁵ Andrea Costa (Ímola, 1851-1910), político de formación anarquista, precisamente por su unión con Anna Kulischioff se acercó al socialismo, del cual fue uno de sus fundadores en Italia.
- ²⁶ Filippo Turati (Canzo, 1857-París, 1932) político, periodista y abogado, uno de los primeros exponentes del socialismo italiano. También para él fueron determinantes las ideas políticas de Anna Kulischioff.
- ²⁷ Carmelo di Arezzo (a cura del), «L'anima cristiana di Anna Kulischioff cofondatrice del socialismo italiano», *Rivista di Vita Spirituale*, a. 34, n. 3 (1980), pp. 336-368.
- ²⁸ A. Kulischioff, *Lettere d'amore a Andrea Costa. 1880/1909*, Feltrinelli, Milán 1976, pp. 343-345.

- ²⁹ Ib., p. 346.
- ³⁰ Carmelo di Arezzo (a cura del), «L'anima cristiana di Anna Kuliscioff cofondatrice del socialismo italiano», op. cit., pp. 364-365.
- ³¹ Ib., pp. 365-366.
- ³² Ib., p. 367.
- ³³ Ib., p. 366.
- ³⁴ L. Giussani, «Assemblea», en J. Carrón-F. Ventorino, *Parole ai preti*, SEI, Turín 1996, p. 111.
- ³⁵ G. Vergani, *Corriere della Sera*, 30 septiembre 2003, p. 55.
- ³⁶ L. Giussani, *Le mie letture*, BUR, Milán 2002, p. 96. (cf. trad. esp.: *Mis lecturas*, Encuentro, Madrid 2005², p. 89).
- ³⁷ L. Giussani, «Assemblea», *Introduzione alla realtà totale. Il rischio educativo*, Conferencia en la Sala Capitular de la basílica de Santa Maria della Passione, Milán, 20 junio 1985, supl. de *Tracce-Litterae communionis*, n. 2 (2006), p. 7 (trad. esp. sobrepresionada en DVD anexo a *Huellas* 2, 2006).
- ³⁸ L. Giussani, *Dal temperamento un metodo*, BUR, Milán 2002, p. 357 (cf. trad. esp.: *De un temperamento, un método*, Encuentro, Madrid 2008, p. 365).
- ³⁹ L. Giussani, *Realtà e giovinezza. La sfida*, SEI, Turín 1995, p. 44 (cf. trad. esp.: *Los jóvenes y el ideal. El desafío de la realidad*, Encuentro, Madrid 1996, p. 57).
- ⁴⁰ M. B. Tosatti, «Resurrezione», en *Canti e preghiere*, Morcelliana, Brescia 1945, p. 30.
- ⁴¹ L. Giussani, *Dal temperamento un metodo*, op. cit., p. 348. (cf. ed. esp. p. 355s.).
- ⁴² FCL, Bruno De Biasio, Milán, 20 mayo 1998, entrevista personal de Francesco D'Erasmo.
- ⁴³ L. Giussani, «Assemblea», en J. Carrón-F. Ventorino, *Parole ai preti*, op. cit., p. 108.
- ⁴⁴ L. Giussani, *Il miracolo dell'ospitalità*, PIEMME, Milán 2012, p. 92 (cf. ed. esp.: *El milagro de la hospitalidad. Conversaciones con Familias para la Acogida*, Encuentro, Madrid 2006², p. 77).
- ⁴⁵ L. Giussani, «L'avvenimento di Cristo e la sua permanenza nella storia», *Tracce-Litterae communionis*, n. 9 (1994), p. III.
- ⁴⁶ L. Giussani, «Messaggio in occasione del riconoscimento pontificio della Fraternità di CL», *Tracce-Litterae communionis*, n. 3 (2000), p. 4 (cf. trad. esp. en *Huellas*, 2, 2000, p. 4).
- ⁴⁷ L. Giussani, *Il tempo e il tempio. Dio e l'uomo*, BUR, Milán 1995, pp. 55-56 (cf. ed. esp.: *El templo y el tiempo. Dios y el hombre*, Encuentro, Madrid 1995, p. 67s.).
- ⁴⁸ L. Giussani, *Si può vivere così?*, Rizzoli, Milán 2007, pp. 402-403 (cf. ed. esp.: *¿Se puede vivir así? Un acercamiento extraño a la existencia cristiana*, Encuentro, Madrid 2008³, p. 288).
- ⁴⁹ Ib., p. 224.
- ⁵⁰ R. Buttiglione-L. Giussani-L. Negri, *La famiglia*, Quaderni di CL, 15, supl. *Litterae communionis-CL*, n. 3 (1988), p. 44.
- ⁵¹ L. Giussani, *Educazione per la formazione della persona protagonista di popolo e di storia*, supl. *Tracce-Litterae communionis*, n. 8 (1996), p. 8 (cf. 'Educar: formación de la persona, protagonista del pueblo y de la historia', *Litterae communionis-Huellas*, 5, mayo 1997, inserto).
- ⁵² Ib., p. 10.
- ⁵³ L. Giussani, *Agape. Comunione e Liberazione*, Turín, 4 mayo 1980, Coop. Universitaria Studio e Lavoro Pier Giorgio Frassati, *pro manuscripto*, p. 10.
- ⁵⁴ FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Raccolta testi Giussani*, b. RG18, «Homilía pronunciada por d. Giussani en Desio el 15.5.1984 en el funeral de su madre: Angela Gelosa».
- ⁵⁵ L. Giussani, *Le mie letture*, op. cit., p. 96 (cf. ed. esp. p. 89).
- ⁵⁶ L. Giussani, *Dal temperamento un metodo*, op. cit., pp. 311-312 (cf. ed. esp. p. 319).
- ⁵⁷ L. Giussani, «Una presenza nell'ambiente», *Tracce-Litterae communionis*, n. 7 (2005), p. 6 (cf. 'Una presencia en el ambiente', *Huellas-Litterae communionis* 7, 2005).
- ⁵⁸ L. Giussani, *Si può vivere così?*, op. cit., p. 354 (cf. ed. esp. p. 255).
- ⁵⁹ L. Giussani, *Si può (veramente?!) vivere così?*, BUR, Milán 2011, p. 408.
- ⁶⁰ L. Giussani, *L'autocoscienza del cosmo*, BUR, Milán 2000, p. 284 (cf. ed. esp.: *La autoconciencia del cosmos*, Encuentro, Madrid 2002, p. 285s.).
- ⁶¹ L. Giussani, «Intervista a Monsignor Luigi Giussani», de A. Sicari, *Communio*, nn. 98-99 (1988), p. 215.
- ⁶² L. Giussani, «Tu» (o dell'amicizia), BUR, Milán 1997, p. 38.
- ⁶³ FCL, *Documentación audiovisual*, Luigi Giussani en la parroquia de San Martino in Niguarda sobre el tema «La comunicación de la fe en la familia», Milán, 28 febrero 1991.
- ⁶⁴ L. Giussani, *L'attrattiva Gesù*, BUR, Milán 1999, p. 143 (cf. ed. esp.: *El atractivo de Jesucristo*, Encuentro,

Madrid 2000, p. 161).

[65](#) «Spazzacamino», texto de B. Cherubini, música de E. Rusconi, 1930.

[66](#) L. Giussani, «La carne è cardine della salvezza», *Tracce-Litterae communionis*, n. 8 (2002), p. IV (cf. ‘La carne es el quicio de la salvación’, *Huellas-Litterae communionis* 8, 2002).

[67](#) L. Giussani, «La nota della vita», en S. Chierici-S. Giampaolo (eds.), *Spirto gentil. Un invito all’ascolto della grande musica guidati da Luigi Giussani*, BUR, Milán 2011, pp. 241-242.

[68](#) L. Giussani, *L’autocoscienza del cosmo*, op. cit., p. 300 (cf. ed. esp. p. 302).

[69](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Encuentro con don Luigi Giussani en la Università Bocconi, Milán, 4 abril 1984.

[70](#) J. Ratzinger, «Innamorato di Cristo. In un incontro, la strada», Homilía en el funeral de don Luigi Giussani, Catedral de Milán, 24 febrero 2005, *Tracce-Litterae communionis*, n. 3 (2005), p. 20. (cf. trad. esp., Homilía en el funeral de don Luigi Giussani, Catedral de Milán, 24 febrero 2005, Epílogo en A. Scola, *Luigi Giussani. Un pensamiento original*, pp. 81-84).

[71](#) M. Camisasca, *Comunione e Liberazione. Le origini (1954-1968)*, San Paolo, Cinisello Balsamo (Milán) 2001, p. 49 (cf. ed. esp.: *Comunión y Liberación. Los orígenes (1954-1968)*, Encuentro, Madrid 2002, p. 50).

[72](#) L. Giussani, *L’attrattiva Gesù*, op. cit., p. 64 (cf. ed. esp. p. 80).

[73](#) L. Giussani, *Si può (veramente?!) vivere così?*, op. cit., p. 342.

[74](#) FCL, Bruno De Biasio, Milán, 20 mayo 1998, entrevista personal de Francesco D’Erasmus.

[75](#) «La scomparsa di Beniamino Giussani», *Il Cittadino*, semanario católico de la comarca de Monza, 13 abril 1957.

[76](#) CLIG, carta manuscrita de Luigi Giussani a su padre, Venegono Inferior (Varese), 31 marzo 1940.

[77](#) ARCHIVO DE LAS ESCUELAS ELEMENTALES GIULIO GAVAZZI, Desio (Brianza), «Giornale della Classe». Classe prima, curso escolar 1928/29: Registro de las notas de los alumnos (parte V).

[78](#) L. Giussani, *Realtà e giovinezza...*, op. cit., p. 179 (cf. ed. esp. p. 207).

[79](#) Cf. M. Camisasca, *Comunione e Liberazione. Le origini...*, op. cit., p. 50 (cf. ed. esp. p. 51).

[80](#) Cf. ib., nota 72, p. 49 (cf. ed. esp. ib.).

[81](#) L. Giussani, *All’origine della pretesa cristiana*, Rizzoli, Milán 2001, p. 74 (cf. ed. esp.: *Los orígenes de la pretensión cristiana*. Curso básico de Cristianismo. Vol. 2, Encuentro, Madrid 2012⁵, p. 79).

[82](#) ASEG, «Giornale della Classe». Classe seconda, curso escolar 1929/30: Registro de las notas de los alumnos (parte V).

[83](#) ASEG, «Giornale della Classe». Classe terza, curso escolar 1930/31: Registro de las notas de los alumnos (parte V).

[84](#) ASEG, «Giornale della Classe». Classe terza, curso escolar 1930/31: Registro de las evaluaciones o de los exámenes (parte VII).

[85](#) CLIG, recordatorio de su primera comunión, Desio (Brianza), 10 mayo 1931.

[86](#) ASEG, «Giornale della Classe». Classe quarta, curso escolar 1931/32: Registro de las notas de los alumnos (parte V); «Giornale della Classe», Classe quinta, curso escolar 1932/33: Registro de las notas de los alumnos (parte V).

[87](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Tercera escuela de cuadros, Milán, 16 enero 1972.

[88](#) ARCHIVO HISTÓRICO DEL SEMINARIO DE VENEGONO, Venegono Inferior (Varese), Z-IV-7, fasc. 2, carpeta «Giussani Luigi», informe manuscrito del Regio Ginnasio Zucchi, Monza, 25 agosto 1933.

[89](#) L. Giussani, *Avvenimento di libertà. Conversazioni con giovani universitari*, Marietti, Génova 2002, p. 155.

[90](#) L. Giussani, «Un inizio e una storia di grazia», *30Giorni*, n. 5 (1991), p. 38 (cf. ‘Un principio y una historia de gracia’, *30Días* V, 1991).

[91](#) T. Bosco, *Don Giussani*, Elle Di Ci, Leumann (Turín) 1980, pp. 9-10.

[92](#) ASSV, Z-IV-7, fasc. 2, carpeta «Giussani Luigi», carta manuscrita de Erminio Rovagnati al rector del seminario, Desio (Brescia), 12 agosto 1933.

[93](#) ASSV, Z-IV-7, fasc. 2, carpeta «Giussani Luigi», informe manuscrito de Erminio Rovagnati, Desio (Brianza), 23 agosto 1933.

[94](#) ASSV, Z-IV-7, fasc. 2, carpeta «Giussani Luigi», solicitud manuscrita de Luigi Giussani al arzobispo card. Alfredo Ildefonso Schuster, Desio (Brianza), 23 agosto 1933.

Capítulo 2

¹ CLIG, tarjeta de admisión a primero de secundaria firmada por el rector del seminario de San Pedro Mártir en

Seveso, 11 septiembre 1933.

² Colombina era el ama de llaves de don Missaglia, su tío sacerdote, el cual, al morir, había dejado a su sobrina todos sus bienes para restituirlos en becas a favor de los jóvenes de Desio que ingresaran en el seminario.

³ B. Citterio, citado en M. Camisasca, *Comunione e Liberazione. Le origini...*, op. cit., p. 55 (cf. ed. esp. p. 56).

⁴ L. Giussani, *Si può (veramente?!) vivere così?*, op. cit., p. 17.

⁵ Ib., pp. 39-40.

⁶ G. Giacometti, *Ricordi di un vecchio amico, pro manuscripto*, pp. 2-3.

⁷ L. Giussani, *Si può (veramente?!) vivere così?*, op. cit., pp. 39-40.

⁸ Camillo Gori (1922-2011), desde el 8 septiembre 1943, no siendo aún sacerdote, ayudará a los partisanos de la Brigada «C. Berra». Una vez ordenado sacerdote, será profesor de materias literarias y Matemáticas en el seminario menor de Masnago (Varese). Con la autorización del arzobispo Giovanni Battista Montini, a partir de la segunda mitad de los años cincuenta enseñará Física en la Politécnica y en la Universidad Estatal de Milán y luego en la Universidad de Parma, desarrollando también una intensa actividad de investigación.

⁹ FCL, Camillo Gori, Parma, 7 octubre 1998, entrevista personal de Martino De Carli y Mario Grignani.

¹⁰ G. Elli, «Compagni e amici con gli stessi ideali», *Tracce-Litterae communionis*, n. 3 (2006), p. 62.

¹¹ ARCHIVO HISTÓRICO DE LA ASOCIACIÓN ECLESIAL MEMORES DOMINI, Milán, documento ciclostilado titulado «Alla ricerca del volto umano», Ejercicios Estivales de la Asociación Memores Domini, Corvara (Bolzano), 29 julio-3 agosto 1989.

¹² ASAEMD, documento ciclostilado titulado «La Thuile, 29 julio-3 agosto 1995», Ejercicios Estivales de la Asociación Memores Domini, La Thuile (Aosta), 29 julio-3 agosto 1995.

¹³ L. Giussani, *Avvenimento di libertà...*, op. cit., p. 156.

¹⁴ Gustav Adolf Deissmann (1866-1937), historiador y teólogo, autor de obras de exégesis bíblica y sobre el cristianismo de los orígenes, uno de los exponentes más autorizados de la exégesis anticatólica.

¹⁵ L. Giussani, «Conversazione sulla storicità dei Vangeli», en J. Carrón-F. Ventorino, *Parole ai preti*, op. cit., pp. 115, 116.

¹⁶ P. Bigongiari-H. G. Gadamer-L. Giussani-E. Komar, *La sfida della ragione*, Guaraldi, Rimini 1996, p. 78.

¹⁷ B. Citterio, citado en M. Camisasca, *Comunione e Liberazione. Le origini...*, op. cit., p. 56 (cf. ed. esp. p. 57).

¹⁸ FCL, Camillo Gori, Parma, 7 octubre 1998, entrevista personal de Martino De Carli y Mario Grignani.

¹⁹ L. Giussani, *Dal temperamento un metodo*, op. cit., p. 124 (cf. ed. esp. p. 133).

²⁰ FCL, *Documentación audiovisual*, Encuentro de la Fraternidad de CL, Milán, 8 diciembre 1981.

²¹ CLG, carta manuscrita de Luigi Giussani a su padre, Seveso (Brianza), 17 junio 1935.

²² FCL, *Colección documentos don Giussani*, «Encuentro con Luigi Giussani, Milán 29/3/1989».

²³ G. Biffi, «Introduzione», en M. Camisasca, *Comunione e Liberazione. La ripresa (1969-1976)*, San Paolo, Cinisello Balsamo (Milán) 2003, p. 6 (cf. ed. esp.: *Comunión y Liberación. La reanudación 1969-1976*), Encuentro, Madrid 2004, p. 12).

²⁴ «Los modernistas establecen, como base de su filosofía religiosa, la doctrina comúnmente llamada agnosticismo. La razón humana, encerrada rigurosamente en el círculo de los fenómenos, es decir, de las cosas que aparecen, y tales ni más ni menos como aparecen, no posee facultad ni derecho de franquear los límites de aquellas. Por lo tanto, es incapaz de elevarse hasta Dios, ni aun para conocer su existencia, de algún modo, por medio de las criaturas: tal es su doctrina. De donde infieren dos cosas: que Dios no puede ser objeto directo de la ciencia; y, por lo que a la historia pertenece, que Dios de ningún modo puede ser sujeto de la historia» (Pío X, Carta encíclica *Pascendi Dominici Gregis*, 8 septiembre 1907).

²⁵ Cf. ASSV, AA-III-6, Actas de la Pontificia Facultad Teológica (1926-1931), folios de la Adunanza 9-10 septiembre 1926.

²⁶ Cf. A. Rimoldi, «La ‘fabbrica’ del prete ambrosiano», en *Storia di Milano*, vol. XVIII, *Il Novecento*, Istituto della Enciclopedia Italiana, Roma 1996, p. 661.

²⁷ I. Schuster, *Humilitas-Miscellanea storica dei Seminari milanesi*, n. 25, 1928-1938.

²⁸ J. Ratzinger, «Introduzione», en M. Camisasca, *Comunione e Liberazione. Le origini...*, op. cit., p. 7. (cf. ed. esp. p. 11).

²⁹ E. Apeciti, «Questo palazzo della sapienza e della scienza, della preghiera e della disciplina», *Terra Ambrosiana*, a. 46, nn. 3-4 (2005), p. 63.

³⁰ Dell’Orto ha publicado parte de sus estudios sobre el joven seminarista Luigi Giussani en *La Scuola Cattolica*, la revista oficial del seminario. Cf. U. Dell’Orto, «Il chierico Luigi Giussani (1933-1945)», *La Scuola Cattolica*, a. 134 (2006), pp. 45-71.

³¹ ASSV, Ordenados 1945, carpeta «Luigi Giussani», folio con los juicios de conducta.

³² FCL, *Documentación audiovisual*, Asamblea de responsables de CL, Milán, 24 mayo 1995.

- [33](#) L. Giussani, *L'io rinasce in un incontro (1986-1987)*, op. cit., p. 319 (ed. esp. en preparación).
- [34](#) Cf. L. Giussani, *L'avvenimento cristiano. Uomo Chiesa Mondo*, BUR, Milán 2003, p.32.
- [35](#) Ib.
- [36](#) L. Giussani, «Introduzione», en G. Leopardi, *Cara beltà...*, BUR, Milán 2005, pp.7, 25.
- [37](#) U. Dell'Orto, «Il chierico Luigi Giussani (1933-1945)», op. cit., p. 50.
- [38](#) Ib., p. 51.
- [39](#) L. Giussani, *Una coscienza religiosa di fronte a G. Leopardi*, Milán, 1984, *promanuscripto*.
- [40](#) G. Colombo, «Giacomo Leopardi 'anima ferita da la discorde vita'», *La Scuola Cattolica*, a. 65 (1937), pp. 571-595, publicado también por *Vita e Pensiero* en 1938; en esa época Colombo era también asistente de literatura italiana en la Universidad Católica del Sacro Cuore.
- [41](#) L. Giussani, *Una coscienza religiosa di fronte a G. Leopardi*, op. cit.
- [42](#) L. Giussani, *L'autocoscienza del cosmo*, op. cit., pp. 158, 163 (cf. ed. esp. p. 158).
- [43](#) L. Giussani, «Malinconia», en S. Chierici-S. Giampaolo (eds), *Spirto gentil. Un invito all'ascolto...*, op. cit., p. 582.
- [44](#) L. Giussani, «Quel che cerchi c'è», ib., pp. 11-12.
- [45](#) Se refiere a un pasaje de los *Cahiers* de Camus: «No es a fuerza de escrúpulos como el hombre llega a ser grande. La grandeza llega, si Dios quiere, como un día espléndido» (A. Camus, «*Cahiers* III. Marzo 1951-Diciembre 1959», en Id., *Taccuini*, Bompiani, Milán 1992, p. 34).
- [46](#) L. Giussani, *L'avvenimento cristiano...*, op. cit., pp. 31-32.
- [47](#) L. Giussani, «L'eternità in agguato dentro ogni apparenza», *Tracce-Litterae communionis*, n. 7 (1999), pp. I-IV (cf. 'La eternidad al acecho en cada apariencia', *Huellas* 7, 1999); cf. L. Giussani, *Un avvenimento di vita, cioè una storia*, EDIT-Il Sabato, Milán 1993, p. 398.
- [48](#) L. Giussani, *L'autocoscienza del cosmo*, op. cit., p. 164 (cf. ed. esp. p. 165).
- [49](#) J. Ratzinger, «Innamorato di Cristo. In un incontro, la strada», op. cit., p. 20 (cf. trad. esp. en A. Scola, Luigi Giussani, Un pensamiento original, p. 81).
- [50](#) ASSV, Ordenados 1945, carpeta «Luigi Giussani», folio con los juicios de conducta.
- [51](#) L. Giussani, *Perché la Chiesa*, Rizzoli, Milán 2003, pp. 288-290 (cf. ed. esp., *Por qué la Iglesia*, Encuentro, Madrid 2014⁴, pp. 307-308).
- [52](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Reunión nacional de bachilleres que han accedido a la universidad, Rímíni, 3-5 octubre 1983.
- [53](#) ASSV, Ordenados 1945, carpeta «Luigi Giussani», folio con los juicios de conducta.
- [54](#) ASSV, Ordenados 1945, carpeta «Luigi Giussani», folio con los juicios de conducta.
- [55](#) SV, W-II-9, fasc. anno 1943-44, folios «Chierici di teologia, prefetti in liceo».
- [56](#) ASSV, Ordenados 1945, carpeta «Luigi Giussani», folio con los juicios de conducta.
- [57](#) Enrico Ruben Manfredini (1922-1983), seminarista en Venegono, sacerdote desde 1945, preboste de Varese, auditor en el Concilio Vaticano II, obispo de Piacenza y desde 1983, durante pocos meses, arzobispo de Bolonia.
- [58](#) Coloquio en Piacenza con Renato Farina en el verano de 1983, citado en R. Farina, *Don Giussani. Vita di un amico*, PIEMME, Casale Monferrato (Alessandria) 2007, p. 77.
- [59](#) FCL, Giuseppe Rusnigo, Desio (Brianza), 22 diciembre 1998, entrevista personal de Daniele Federici y Renato Mazzocchi.
- [60](#) Angelo Majo (1926-2003), seminarista en Venegono, estrechó con Giussani (cuatro años mayor que él) una profunda amistad, atestiguada por las numerosas cartas recibidas a partir de 1944 y posteriormente recogidas en el libro *Lettere di fede e di amicizia ad Angelo Majo*, publicado en 1997 por San Paolo (ed. esp.: *Cartas de fe y de amistad. Una correspondencia sacerdotal*, Encuentro, Madrid 2010); ordenado sacerdote en 1949, más tarde vicerrector del seminario del Duomo, rector del Collegio Villorosi San Giuseppe de Monza, responsable de la oficina de prensa de la curia ambrosiana y finalmente arcipreste del Duomo de Milán, escritor y editor.
- [61](#) 9 de enero de 1946, en L. Giussani, *Lettere di fede e di amicizia ad Angelo Majo*, San Paolo, Cinisello Balsamo (Milán) 2007, p. 43 (cf. ed. esp. p. 53).
- [62](#) 21 diciembre 1946, ib., p. 53 (ed. esp. p. 63).
- [63](#) A. Rimoldi, «La 'fabbrica' del prete ambrosiano», en *Storia di Milano*, vol. XVIII, *Il Novecento*, op. cit., p. 661.
- [64](#) M. Bocci, «Grandi figure del cattolicesimo milanese del Novecento», en D. Zardin (ed.), *Il cuore di Milano. Identità e storia di una «capitale morale»*, BUR, Milán 2012, p. 230.
- [65](#) CLIG, carta manuscrita de Luigi Giussani a su hermana Livia, 23 mayo 1940.
- [66](#) Santa Teresa de Jesús «de los Andes», *Diario*, Lettera dal Carmelo, 14.

- [67](#) CLIG, carta manuscrita de Luigi Giussani a su hermana Livia, 6 diciembre 1940.
- [68](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Vacaciones internacionales de CL, Corvara (Bolzano), 25-30 agosto 1987.
- [69](#) *Conversazioni con Mons. Luigi Giussani 1992-1994*, grupo de Fraternidad del Studium Christi de Milán (eds), vol. I, *pro manuscripto*, p. 70.
- [70](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Vacaciones internacionales de CL, Corvara (Bolzano), 25-30 agosto 1987.
- [71](#) CLIG, carta manuscrita de Luigi Giussani a sus padres, Venegono Inferior (Varese), 14 octubre 1941.
- [72](#) FCL, *Documentación audiovisual*, «Verifica del valore della Chiesa seguendo le indicazioni della tradizione», curso organizado por el Centro Charles Péguy, tercera lección: «Esperienza di unità», Milán, 19 diciembre 1966.
- [73](#) U. Dell’Orto, «Il chierico Luigi Giussani (1933-1945)», op. cit., p. 62.
- [74](#) «Il seminario di Venegono inferiore», *La Fiaccola*, a. 23, nn. 5-6 (1949), pp. 7-8.
- [75](#) FCL, *Archivio histórico don Luigi Giussani* (de ahora en adelante ALG), cuaderno que contiene apuntes manuscritos de Luigi Giussani en lengua italiana y francesa, 1941.
- [76](#) Giuseppe Zamboni, 1891-1960, docente de Gnoseología en la Facultad de Filosofía de la Universidad Católica del Sacro Cuore de Milán desde 1921 a 1932.
- [77](#) FCL, ALG, cuaderno que contiene apuntes manuscritos de Luigi Giussani en lengua italiana y francesa, 1941.
- [78](#) K. Adam, *Gesù il Cristo*, Morcelliana, Brescia 1964, p. 80.
- [79](#) FCL, ALG, cuaderno que contiene apuntes manuscritos de Luigi Giussani en lengua italiana y francesa, 1941.
- [80](#) L. Giussani, *Si può vivere così?*, op. cit., p. 345 (cf. ed. esp. p. 249s.).
- [81](#) U. Dell’Orto, «Il chierico Luigi Giussani (1933-1945)», op. cit., p. 47.
- [82](#) FCL, Bernardo Citterio, 7 octubre 1998, entrevista personal de Mario Grignani y Martino De Carli.
- [83](#) G. Giacometti, *Ricordi di un vecchio amico*, op. cit., p. 2.
- [84](#) ASSV, AA-III-19, «Verbalis Esami Gradi», f. 46, informe de obtención del grado de bachiller en la Pontificia Facultad Teológica de Venegono, Venegono Inferior (Varese), 8 junio 1943.

Capítulo 3

- [1](#) L. Giussani, «CL: assumere Cristo e la Chiesa come proposta globale di vita», *Terra Ambrosiana*, a. 25, n. 2 (1984), pp. 29-33.
- [2](#) G. Biffi, *Memorie e digressioni di un italiano cardinale*, Cantagalli, Siena 2007, p. 101.
- [3](#) G. Biffi, «Introduzione», en M. Camisasca, *Comunione e Liberazione. La ripresa...*, op. cit., pp. 6-7 (cf. ed. esp. p. 12).
- [4](#) M. Frascchini, «Letteratura e catechesi in Giovanni Colombo», *Annuario teológico 1984*, ISTR-Edit 1985, p. 62.
- [5](#) *Ib.*, p. 64.
- [6](#) G. Colombo, *Letteratura e Cristianesimo nel primo Novecento*, Jaca Book, Milán 2008.
- [7](#) G. Colombo, «La letteratura come sussidio alla Catechesi», *La Scuola Cattolica*, a. 61 (1933), pp. 313-314.
- [8](#) B. Croce, *Estetica*, Laterza, Bari 1909, pp. 73-74.
- [9](#) Cf. M. Frascchini, «Letteratura e catechesi in Giovanni Colombo», op. cit., p. 72.
- [10](#) G. Colombo, «La letteratura come sussidio alla Catechesi», *La Scuola Cattolica*, a. 61 (1933), pp. 482-483.
- [11](#) De una conferencia de 1957, publicada en G. Colombo, «La storia della spiritualità e le scuole di Spiritualità», *Rivista di ascetica e mistica*, XXXIV (1964), vol. 3, pp. 447-448.
- [12](#) G. Zaffaroni, «Gaetano Corti: Il fascino dell’incontro con Dio nella storia», *Annuario teologico 1984*, op. cit., p. 41.
- [13](#) G. Corti, «Alla radice della controversia Kerigmatica», *La Scuola Cattolica*, a. 78 (1950), pp. 284-285, 301.
- [14](#) G. Corti, «Fede e vita», *Annuario teologico 1984*, op. cit., p. 52.
- [15](#) *Ib.*, p. 53.
- [16](#) G. Corti, «La città sul monte. Panorami della Chiesa», *Ib.*, p. 54.
- [17](#) Cf. Benedicto XVI, Carta encíclica *Deus caritas est*, 12: «La verdadera novedad del Nuevo Testamento no consiste en nuevas ideas, sino en la figura misma de Cristo, que da carne y sangre a los conceptos —un realismo inaudito—».
- [18](#) Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologiae*, I, q. XVI, art. 1 y 2.
- [19](#) G. Corti, *Le basi razionali della fede cattolica*, Tipografia Arcivescovile dell’Addolorata, Varese 1953, pp. 77-78.
- [20](#) L. Giussani, «Corti, maestro di CL», *Litterae communionis-CL*, n. 1 (1990), p. 23.
- [21](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Encuentro con don Luigi Giussani sobre la historia del movimiento, Milán,

25 septiembre 1995.

²² L. Giussani, «Tu» (o *dell'amicizia*), op. cit., pp. 18-19.

²³ Cf. L. Giussani, «Quasi un'alba», en S. Chierici-S. Giampaolo (eds), *Spirto gentil. Un invito all'ascolto...*, op. cit., pp. 145-147.

²⁴ FCL, Camillo Giori, Parma, 7 octubre 1998, entrevista personal de Martino De Carli y Mario Grignani.

²⁵ L. Giussani, *Uomini senza patria (1982-1983)*, BUR, Milán 2008, pp. 54-55. (ed. esp. en preparación).

²⁶ F. Bertoldi, «L'atto di fede e il metodo teologico in Carlo Colombo», *Annuario teologico 1984*, op. cit., p. 12.

²⁷ Ib., p. 17.

²⁸ C. Colombo, «Il problema della fede», *La Scuola Cattolica*, a. 74 (1946), pp. 292-313.

²⁹ F. Bertoldi, «L'atto di fede e il metodo teologico in Carlo Colombo», op. cit., p. 19; cf. C. Colombo, «Intorno alla 'filosofia cristiana'», *Rivista di filosofia neoscolastica*, XXVIII (1936), pp. 510-517.

³⁰ C. Colombo, «Lo sviluppo dei dogmi», en *Enciclopedia Apologetica*, Alba 1958, pp. 1073-1113.

³¹ C. Colombo, «Il significato teologico dell'enciclica 'Humani Generis'», *La Scuola Cattolica*, a. 78 (1950), p. 406.

³² Ib.

³³ F. Bertoldi, «L'atto di fede e il metodo teologico in Carlo Colombo», op. cit., p. 27.

³⁴ C. Colombo, «Teologia ed evangelizzazione», *La Scuola Cattolica*, a. 78 (1950), pp. 155, 162.

³⁵ «Dispuso Dios en su sabiduría revelarse a sí mismo y dar a conocer el misterio de su voluntad (cf. Ef 1,9), mediante el cual los hombres, por medio de Cristo, Verbo encarnado, tienen acceso al Padre en el Espíritu Santo y se hacen consortes de la naturaleza divina (cf. Ef 2,18; 2 P 1,4). En consecuencia, por esta revelación, Dios invisible (cf. Col 1,15; 1 Tm 1,17) habla a los hombres como amigos (cf. Ex 33,11; Jn 15,14-15), movido por su gran amor y mora con ellos (cf. Ba 3,38), para invitarlos a la comunicación consigo y recibirlos en su compañía» (*Dei Verbum*, Constitución dogmática sobre la Revelación divina, 18 noviembre 1965, 2).

³⁶ C. Colombo, «Teologia ed evangelizzazione», op. cit., p. 162.

³⁷ G. Colombo, «Un maestro che seppe ascoltare (Dai ricordi di un alunno)», en *Miscellanea Carlo Figini*, editrice «La Scuola Cattolica», Venegono Inferior, Seminario arzobispal de Milán 1964, pp. IX-X.

³⁸ Ib., pp. X-XI.

³⁹ Ernesto Buonaiuti (1881-1946), sacerdote desde 1903, historiador y teólogo, enseñó Historia del cristianismo en la Universidad La Sapienza de Roma. Se adhirió al modernismo, al que defendió repetidamente. Por ello fue excomulgado en 1925.

⁴⁰ G. Colombo, «Un maestro che seppe ascoltare (Dai ricordi di un alunno)», op. cit., pp. X-XI.

⁴¹ G. Colombo, «Ai funerali di Mons. Carlo Figini», en 1963-1976. *Voce e storia della Chiesa ambrosiana. Il magistero pastorale del cardinale Giovanni Colombo*, vol. I, Centro di Documentazione e Studi Religiosi, Milán 1976, p. 345.

⁴² L. Giussani, *Alla ricerca del volto umano. Esercizi della Fraternità di Comunione e Liberazione*, Coop. Ed. Nuovo Mondo, Milán 1996, p. 5 (cf. ed. esp. *En busca del rostro humano. Ejercicios de la Fraternidad de Comunión y Liberación*, Rimini 1996, p. 3).

⁴³ G. Colombo, «Un maestro che seppe ascoltare (Dai ricordi di un alunno)», op. cit., p. XIII.

⁴⁴ Ib., p. XIV.

⁴⁵ *Gioventù Studentesca. Riflessioni sopra un'esperienza*, de 1959; *Tracce d'esperienza cristiana*, de 1960; *Appunti di metodo cristiano*, de 1964 (a todos les concederá Figini el *nihil obstat*) (trad. esp en L. Giussani, *El camino a la verdad es una experiencia*, Encuentro, Madrid 2007²).

⁴⁶ L. Giussani, *Si può vivere così?*, op. cit., p. 282. (cf. ed. esp. p. 206).

⁴⁷ E. Galbiati, *L'Eucaristia nella Bibbia*, Jaca Book, Milán 1999, pp. 170-171.

⁴⁸ FCL, Enrico Galbiati, 27 febrero 1996, entrevista personal de Renato Farina.

⁴⁹ Los ocho cuadernos se conservan en FCL, ALG.

⁵⁰ «Incontro al protestantesimo americano», Meeting por la amistad entre los pueblos, 29 agosto 2003; transcripción en <http://www.meetingrimini.org/detail.asp?c=1&p=6&id=1924&key=3&pfix>, URL consultada el 20 febrero 2012.

⁵¹ L. Giussani, «Conversazione su 'La teologia protestante americana'», *Annuario teologico 1984*, op. cit., pp. 131-135.

⁵² L. Giussani, *Il Movimento di Comunione e Liberazione. Conversazioni con Robi Ronza*, Jaca Book, Milán 1987, p. 29 (cf. ed. esp., *El movimiento de Comunión y Liberación. Una entrevista en dos tiempos (1976/1986) realizada por Robi Ronza*, Encuentro, Madrid 2013³, p. 27).

⁵³ R. Farina, «I seminari segreti del futuro movimento», op. cit., p. 12.

- [54](#) FCL, Enrico Galbiati, 27 febrero 1996, entrevista personal de Renato Farina.
- [55](#) A. Scola, *Un pensiero sorgivo. Luigi Giussani*, Marietti, Génova-Milán 2010, p. 18 (cf. ed. esp. *Luigi Giussani. Un pensamiento original*, Encuentro, Madrid 2006, pp. 19s).
- [56](#) Ib., pp. 48-53 (cf. ed. esp. pp. 47-52).
- [57](#) G. Biffi, «Introduzione», en M. Camisasca, *Comunione e Liberazione. La ripresa...*, op. cit., p. 7 (cf. ed. esp. p. 13).
- [58](#) Giacomo Tantardini (Barzio 1946-Roma 2012), alumno del seminario de Venegono, donde obtuvo la licenciatura en Teología Dogmática, sacerdote desde 1970; licenciado en Derecho Canónico por la Pontificia Universidad Gregoriana; durante muchos años responsable del movimiento de CL en Roma, fue el alma de la revista internacional *30Giorni*.
- [59](#) G. Tantardini, «Memoria di incontri», *30Giorni*, n. 3 (2005), p. 38 (trad. esp. *30Dias*, 3, 2005).
- [60](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Encuentro del grupo de Fraternidad Studium Christi de Milán, Milán, 31 mayo 1995.
- [61](#) FCL, Bernardo Citterio, 7 octubre 1998, entrevista personal de Mario Grignani y Martino De Carli.
- [62](#) M. Camisasca, *Comunione e Liberazione. Le origini...*, op. cit., p. 90 (cf. ed. esp. p. 89).
- [63](#) F. Mandelli, *Profili di preti ambrosiani del Novecento*, vol. 3, NED, Milán 1980, p. 259.
- [64](#) C. Colombo, *La Fiaccola*, a. 31, nn. 1-2 (1957), p. 9.
- [65](#) ASSV, Ordenados 1945, fasc. 2, carpeta «Luigi Giussani», carta manuscrita de Luigi Giussani a Francesco Petazzi, Desio (Brianza), 25 septiembre 1943.
- [66](#) ASSV, Ordenados 1945, fasc. 2, carpeta «Luigi Giussani», carta manuscrita de Luigi Giussani a Francesco Petazzi, Desio (Brianza), 7 julio 1944.
- [67](#) U. Dell'Orto, «Il chierico Luigi Giussani (1933-1945)», op. cit., p. 70.

Capítulo 4

- [1](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Conversación sobre el *raggio*, Fermo (Ascoli Piceno), 26 febrero 1966.
- [2](#) L. Giussani, «Presentazione», en E. Manfredini, *La conoscenza di Gesù*, Marietti, Génova-Milán 2004, p. 11.
- [3](#) Sobre la figura de don Giovanni Rossi véase G. Paolucci, *La casa del popolo. Origini e vicende dell'Opera Cardinal Ferrari*, NED, Milán 1980; y M. Toschi, *Per la Chiesa e per gli uomini*, Marietti, Génova 1989.
- [4](#) FCL, Camillo Giori, Parma, 7 octubre 1998, entrevista personal de Martino De Carli y Mario Grignani.
- [5](#) C. Costamagna, citado en L. Giussani, *Un caffè in compagnia. Conversazioni sul presente e sul destino con Renato Farina*, Rizzoli, Milán 2004, p. 53.
- [6](#) *Conversazioni con Mons. Luigi Giussani 1995-1996*, grupo de fraternidad del Studium Christi de Milán (eds), vol. II, *pro manuscripto*, p. 60. No se trata del Studium Christi de Asís ni tampoco del de Venegono, sino de una iniciativa homónima que nació en Milán, al comienzo de los años noventa, promovida por don Giorgio Pontiggia junto a un grupo de sacerdotes ambrosianos vinculados a Giussani (ver en este libro pp. 896, 1338 nota 109 del cap. 28).
- [7](#) G. Colombo, citado en U. Dell'Orto, «Il chierico Luigi Giussani (1933-1945)», op. cit., p. 55.
- [8](#) Ib., pp. 11-12.
- [9](#) J. Ratzinger, «Innamorato di Cristo. In un incontro, la strada», Homilía en el funeral de don Luigi Giussani, op. cit., p. 20. (cf. trad. esp.: A. Scola, op. cit., p. 81).
- [10](#) FCL, Bernardo Citterio, 7 octubre 1998, entrevista personal de Mario Grignani y Martino De Carli.
- [11](#) B. Citterio, citado en M. Camisasca, *Comunione e Liberazione. Le origini...*, op. cit., pp. 70-71 (cf. ed. esp. p. 71).
- [12](#) FCL, ALG, «Christus», Venegono Inferior (Varese), marzo 1941.
- [13](#) G. Colombo, «Omelia per la S. Messa in memoria di Mons. E. Manfredini», Basílica de San Vittore, Varese 15 enero 1984», en *La Fiaccola*, a. LVIII, n. 4 (1984), p. 14.
- [14](#) *Conversazioni con Mons. Luigi Giussani 1992-1994*, op. cit., p. 70.
- [15](#) Conversación en Piacenza con Renato Farina en el verano de 1983, citado en R. Farina, *Don Giussani. Vita di un amico*, op. cit., pp. 78-79.
- [16](#) L. Giussani, *L'avvenimento cristiano*, op. cit., p. 34.
- [17](#) FCL, Giacomo Biffi, Bolonia, 16 enero 1996, entrevista personal de Giorgio Bruno y Primo Soldi.
- [18](#) L. Giussani, *L'avvenimento cristiano*, op. cit., p. 34.
- [19](#) Ib., p. 59.
- [20](#) FCL, ALG, «Christus», Venegono Inferior (Varese), 31 agosto 1941.

- ²¹ L. Giussani, «Presentazione», en E. Manfredini, *La conoscenza di Gesù*, op. cit., pp. 16-17.
- ²² L. Giussani, «Come si diventa cristiani», *Tracce-Litterae communionis*, n. 9 (2006), pp. 1-2 (cf. ‘Cómo nos hacemos cristianos’, *Huellas* 9, 2006).
- ²³ CLIG, carta manuscrita de Luigi Giussani a su hermana Livia, Venegono Inferior (Varese), 22 febrero 1942.
- ²⁴ CLIG, carta manuscrita de Luigi Giussani a su hermana Livia, 11 noviembre 1943.
- ²⁵ CBG, carta manuscrita de Luigi Giussani a su hermana Brunilde, Venegono Inferior (Varese), 10 febrero 1944.
- ²⁶ Hija de un hermano de su madre, y luego hermana de la orden de María Bambina y enfermera ayudante en la sala de operaciones del «manicomio de Mombello» —ex villa Crivelli—, en el barrio de Limbiate, a lo largo de la Comasina (Milán, *ndt*).
- ²⁷ CLIG, carta manuscrita de Luigi Giussani a su prima Umbertina [Gelosa], Venegono Inferior (Varese), 21 diciembre 1943.
- ²⁸ L. Giussani, *Un avvenimento di vita, cioè una storia*, op. cit., p. 57.
- ²⁹ G. Biffi, *Memorie e digressioni...*, op. cit., p. 72.
- ³⁰ FCL, *Colección documentos don Giussani*, «Encuentro con Luigi Giussani, Milán 29/3/1989».
- ³¹ L. Giussani, «Per un nuovo inizio», *Tracce-Litterae communionis*, n. 11 (2002), p. 115 (cf. ‘Por un nuevo inicio’, *Huellas* 11, 2002). Daniele Comboni (1831-1881), sacerdote misionero en África, fundó en 1867 el Instituto de los Misioneros Combonianos, desde 1877 fue obispo y vicario apostólico del África Central, canonizado por Juan Pablo II el 5 octubre 2003.
- ³² Testimonio enviado al autor (Nairobi, 26 abril 2006).
- ³³ Giorgio Frezzini, misionero en Assis, Manaus, Maués, Parintins, en Brasil, que murió debido a las privaciones y al agotamiento en 1961, a los 37 años de edad.
- ³⁴ ASSV, W-II-9, fasc. año 1942-43, folios «Notas sobre los prefectos del seminario liceal».
- ³⁵ ASSV, W-III-11, fasc. 1, «Circolo Missionario Pio XI. Verbale», folio con fecha octubre 1944 (primer encuentro grupo «S. Giosafat pro unità delle Chiese»).
- ³⁶ SSV, W-III-11, fasc. 1, «Circolo Missionario Pio XI. Verbale», folio con fecha 12 noviembre 1944 (segundo encuentro grupo «S. Giosafat pro unità delle Chiese»).
- ³⁷ L. Giussani, «L’Est dopo la svolta e noi», entrevista de M. Vitali, *La Nuova Europa*, a. 1, n. 3 (1992), pp. 7-8; publicada de nuevo en «Al cuore della grande Russia», *Tracce-Litterae communionis*, n. 4 (2001), pp. 14-15.
- ³⁸ FCL, *Colección documentos don Giussani*, «Homilía de Pentecostés. Credo in Spiritum Sanctum Dominum et Vivificantem», [Venegono Inferior (Varese), 28 mayo 1944].
- ³⁹ ASSV, E-IV-17/5, «Diario del campanaro (22 marzo 1943-29 junio 1952)», folio con fecha 7 octubre 1944.
- ⁴⁰ ASSV, E-IV-17/5, «Diario del campanaro (22 marzo 1943-29 junio 1952)», folio con fecha 12 octubre 1944.
- ⁴¹ CLIG, carta manuscrita de Luigi Giussani a su madre, [14 octubre 1944]. En la carta, Giussani se refiere al diaconado del 1 de noviembre y en el P.S. dice: «mañana 15 c.m.».
- ⁴² CLIG, carta manuscrita de Luigi Giussani a su padre, Venegono Inferior (Varese), 26 octubre 1944.
- ⁴³ U. Dell’Orto, «Il chierico Luigi Giussani (1933-1945)», op. cit., p. 64.
- ⁴⁴ L. Giussani, *Lettere di fede...*, op. cit., pp. 25-26 (cf. ed. esp. p. 36).
- ⁴⁵ A. Majo, «Sacerdoti ambrosiani», entrevista de S. Falasca, *30Giorni*, n. 11 (1997), p. 94.
- ⁴⁶ CLIG, documento manuscrito titulado «I Predica di D. Luigi a Desio. S. Stefano 1944», 26 diciembre 1944.
- ⁴⁷ Giussani la consideraba como «la fórmula más sintética y sugestiva para expresar la autoconciencia de la Iglesia como permanencia de Cristo en la historia. [...] Esta invocación afirma el método que Dios ha elegido y expresa el deseo arrollador de que coincidan la relación con Cristo, que es engendrado en el Espíritu, y la realidad, que es el seno de aquella mujer, [...] la historia de Dios dentro de la historia del mundo» (L. Giussani, *Perché la Chiesa*, op. cit., pp. 309-310, cf. ed. esp. pp. 298s). Esta frase figura en el capítulo conclusivo de los tres volúmenes del PerCorso (*Curso básico de Cristianismo*, en la ed. esp.) de Giussani, añadido en la última edición de Rizzoli del 2003. Los extremos de toda su vida sacerdotal se tocan en esa jaculatoria, con una continuidad sin interrupciones.
- ⁴⁸ CLIG, documento manuscrito titulado «I Predica di D. Luigi a Desio. S. Stefano 1944», 26 diciembre 1944; publicado como «Santo Stefano ovvero dell’amicizia di Cristo», *Tracce-Litterae communionis*, n. 11 (2001), pp. III-VIII (cf. ‘San Esteban o la amistad de Cristo’, *Huellas* 11, 2001).
- ⁴⁹ ASSV, E-IV-17/5, «Diario del campanaro (22 marzo 1943-29 junio 1952)», folio con fecha 2 febrero 1945.
- ⁵⁰ CLIG, carta manuscrita de Luigi Giussani a su padre, Venegono Inferior (Varese), 29 enero 1945.
- ⁵¹ CLIG, carta manuscrita de Luigi Giussani a su padre, [febrero 1945].
- ⁵² CLIG, carta manuscrita de Luigi Giussani, 6 marzo 1945.
- ⁵³ CLIG, carta manuscrita de Luigi Giussani a sus padres, [marzo 1945].
- ⁵⁴ CLIG, carta manuscrita de Luigi Giussani a su prima Umbertina [Gelosa], Venegono Inferior (Varese), 16 abril

1945.

[55](#) CLIG, carta manuscrita de Luigi Giussani a su padre [7 mayo 1945]. «Moralona»: así solían llamar los seminaristas al gran examen de Teología moral.

[56](#) U. Dell’Orto, «Il chierico Luigi Giussani (1933-1945)», op. cit., p. 66.

[57](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Ejercicios de GL, Varigotti (Savona), 1-3 mayo 1964.

[58](#) L. Giussani, *Lettere di fede...*, op. cit., p. 28 (cf. ed. esp. p. 38).

[59](#) ASSV, E-IV-17/5, «Diario del campanaro (22 marzo 1943-29 junio 1952)», folio con fecha 26 mayo 1945.

[60](#) ASSV, E-IV-17/5, «Diario del campanaro (22 marzo 1943-29 junio 1952)», folio con fecha 27 mayo 1945.

[61](#) 3 de enero del 1946, en L. Giussani, *Lettere di fede...*, op. cit., pp. 41-42 (cf. ed. esp.: Id., *Cartas de fe y de amistad*. Una correspondencia sacerdotal, p. 51).

[62](#) S. M. Giraud, *Sacerdote e ostia*, Vita e Pensiero, Milán 1944.

[63](#) L. Giussani, *Si può vivere così?*, op. cit., pp. 119-120 (cf. ed. esp. pp. 94s).

[64](#) Cf. MI 2,7.

[65](#) FCL, *Colección documentos don Giussani*, recordatorio de su primera santa misa, Milán, 26 mayo 1945 y Desio (Brianza), 31 mayo 1945.

[66](#) 20 julio 1945, en L. Giussani, *Lettere di fede...*, op. cit., pp. 29-30 (cf. ed. esp. pp. 39s).

[67](#) L. Giussani, *Lettere di fede...*, op. cit., pp. 32-33 (cf. ed. esp. pp. 42s).

[68](#) 2 septiembre 1945, ib., pp. 34-35 (cf. ed. esp. pp. 44s).

Capítulo 5

[1](#) ASSV, AA-III-19, «Verbali Esami Gradi», f. 118, informe de obtención de la licenciatura en sagrada teología de la Pontificia Facultad Teológica de Venegono, Venegono Inferior (Varese), 18 septiembre 1945.

[2](#) 13 octubre 1945, en L. Giussani, *Lettere di fede...*, op. cit., p. 38 (cf. ed. esp. p. 48).

[3](#) FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Raccolta testi Giussani*, b. RG21, «Encuentro de los responsables latinoamericanos con don L. Giussani. Asunción, Paraguay, 20-23 julio 1988».

[4](#) FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Raccolta testi Giussani*, b. RG21, «Encuentro de los responsables latinoamericanos con don L. Giussani. Asunción, Paraguay, 20-23 julio 1988».

[5](#) CBG, nota manuscrita de Luigi Giussani a su hermana Brunilde, San Brunone [6 octubre] 1945.

[6](#) 2 septiembre 1945, en L. Giussani, *Lettere di fede...*, op. cit., p. 34 (cf. ed. esp. pp. 44s).

[7](#) L. Giussani, *L’attrattiva Gesù*, op. cit., p. 150 (cf. ed. esp. pp. 168s).

[8](#) CLIG, carta manuscrita de Luigi Giussani a su padre, 5 diciembre 1945.

[9](#) L. Giussani, *Lettere di fede...*, op. cit., p. 39 (cf. ed. esp. pp. 49s).

[10](#) Ib., p. 42. (cf. ed. esp. pp. 51s).

[11](#) A su enfermedad se referirá el cardenal Ratzinger: «Don Giussani ha tenido que atravesar el valle oscuro de la enfermedad, del dolor, del sufrimiento, pero incluso aquí su mirada estaba fija en Jesús y de este modo siguió siendo verdadero en medio del sufrimiento; viendo a Jesús podía alegrarse, estaba presente la alegría del Resucitado, pues también en la pasión está el Resucitado y nos da la verdadera luz y la alegría, y sabía que — como dice el salmo — atravesando este valle ‘no temo ningún mal porque sé que Tú estás conmigo y habitaré en la casa del Padre’. Esta era su gran fuerza: saber que ‘Tú estás conmigo’» (J. Ratzinger, «Innamorato di Cristo. In un incontro, la strada», op. cit., p. 21, [cf. trad. esp. en A. Scola, op., cit., p. 84]).

[12](#) L. Giussani, *Lettere di fede...*, op. cit., pp. 45-46 (cf. ed. esp. pp. 55s).

[13](#) Ib., p. 47 (cf. pp. 57s).

[14](#) CLIG, carta manuscrita de Luigi Giussani a su hermana Livia, 16 mayo 1946.

[15](#) CLIG, carta manuscrita de Luigi Giussani a sus padres, Varigotti (Savona), 13 septiembre 1946.

[16](#) L. Giussani, *Lettere di fede...*, op. cit., pp. 49-50 (cf. ed. esp. pp. 59s).

[17](#) Ib., pp. 51-52. (cf. pp. 61s).

[18](#) Ib., p. 53 (cf. p. 63).

[19](#) 7 enero 1947, ib., p. 55 (cf. p. 65).

[20](#) CLIG, carta manuscrita de Luigi Giussani a su hermana Livia, 29 enero 1947.

[21](#) 4 abril 1947, en L. Giussani, *Lettere di fede...*, op. cit., pp. 56-57 (cf. ed. esp. pp. 66s).

[22](#) CBG, carta manuscrita de Luigi Giussani a su hermana Brunilde, Varigotti (Savona), [mayo 1947].

[23](#) L. Giussani, *Lettere di fede...*, op. cit., pp. 47-48 (cf. ed. esp. pp. 73ss).

[24](#) A. Majo, «Sacerdoti ambrosiani», op. cit., p. 96.

[25](#) CBG, carta manuscrita de Luigi Giussani a su hermana Brunilde, Riccione (Rimini), 7 noviembre 1947.

- [26](#) CLIG, carta manuscrita de Luigi Giussani a su hermana Livia, Loano (Savona), 9 diciembre 1947.
- [27](#) CBG, carta manuscrita de Luigi Giussani a su hermana Brunilde, Celle Ligure (Savona), 27 enero 1948.
- [28](#) CLIG, carta manuscrita de Luigi Giussani a su hermana Livia, Venegono Inferior (Varese), 10 diciembre 1948.
- [29](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Ejercicios de GL, Varigotti (Savona), 1-3 mayo 1964.
- [30](#) L. Giussani, «La bellezza che allarga il cuore», en S. Chierici-S. Giampaolo (eds.), *Spirto gentil. Un invito all'ascolto...*, op. cit., pp. 310-311.
- [31](#) L. Giussani, *Si può vivere così?*, op. cit., p. 337 (cf. ed. esp. p. 244).
- [32](#) Ib., pp. 103-104 (cf. ed. esp. pp. 83s).
- [33](#) 15 julio 1947, en L. Giussani, *Lettere di fede...*, op. cit., p. 59 (cf. ed. esp. p. 70).
- [34](#) Pío XII, *Discorso ai partecipanti al convegno indetto dalla presidenza centrale della gioventù italiana di Azione Cattolica*, 20 abril 1946; cf. G. Sale, *Dalla monarchia alla Repubblica (1943-1946): Santa Sede, cattolici italiani e referendum*, Jaca Book, Milán 2003, p. 48.
- [35](#) Cf. G. De Antonellis, *Storia dell'Azione Cattolica*, Rizzoli, Milán 1987, pp. 219-220; cf. G. Formigoni-G. Vecchio, *L'Azione Cattolica nella Milano del Novecento*, Rusconi, Milán 1989, pp. 100ss.
- [36](#) Pío XII, *Discorso ai parroci e ai quaresimalisti di Roma*, 10 marzo 1948.
- [37](#) Luigi Gedda (1902-2000), médico y genetista; creador de los Comités cívicos que movilizaron a miles de activistas para la propaganda en favor de la Democracia Cristiana en las elecciones políticas de 1948; presidente de la Acción Católica Italiana. En su calidad de presidente de los Hombres de Acción Católica, durante la audiencia con Pío XII con vistas a la reunión nacional de septiembre de 1947, Gedda habló del «plan de acción para la próxima consulta electoral de la República italiana y de cómo superar los más de cuatro millones de votos que han obtenido los comunistas en las elecciones para la Asamblea Constituyente» (L. Gedda, *18 aprile 1948. Memorie inedite dell'artefice della sconfitta del Fronte Popolare*, Mondadori, Milán 1998, p. 104). Dando vida a los Comités cívicos, Gedda pretendía ofrecer «una enseñanza fundamental a los católicos italianos comprometidos en asumir un deber electoral: no es suficiente que existan uno o más partidos de inspiración cristiana, sino que es necesario que exista una estructura política no partidaria en cada diócesis, es decir, que exista un Comité Nacional y Comités diocesanos compuestos por católicos auténticos» (Ib., pp. 126-127). Gracias a esta iniciativa «el mundo católico alcanzó [...] un notable grado de convergencia en la cita electoral, incluso entre los diversos componentes culturales que se habían enfrentado anteriormente en su interior sobre las estrategias que asumir ante la vida democrática» (G. Formigoni-G. Vecchio, *L'Azione Cattolica nella Milano del Novecento*, op. cit., p. 100).
- [38](#) CLIG, carta mecanografiada de Luigi Giussani a los reclutas de su quinta, Milán, 12 abril 1948.
- [39](#) CLIG, carta mecanografiada de Luigi Giussani a los vecinos de su casa, Milán, 12 abril 1948.
- [40](#) CLIG, carta manuscrita de Luigi Giussani a su hermana Livia (1948).
- [41](#) 28 junio 1948, en L. Giussani, *Lettere di fede...*, op. cit., pp. 65-66 (cf. ed. esp. pp. 76s).
- [42](#) Ib., p. 68 (cf. p. 79).
- [43](#) CBG, carta manuscrita de Luigi Giussani a su hermana Brunilde, 25 enero 1949.
- [44](#) CBG, carta manuscrita de Luigi Giussani a su hermana Brunilde, Piancavallo (Friuli-Venecia), 21 mayo 1949.
- [45](#) 1 julio 1949, en L. Giussani, *Lettere di fede...*, op. cit., p. 72 (cf. ed. esp. p. 83).
- [46](#) CLIG, carta manuscrita de Luigi Giussani a su hermana Livia, 2 enero 1950.
- [47](#) 2 febrero 1950, en L. Giussani, *Lettere di fede...*, op. cit., p. 78 (cf. ed. esp. p. 89).
- [48](#) D. Tettamanzi, «Homilía en la misa por el vigésimo aniversario de la Fraternidad de CL, 11 febrero 2002», *Tracce-Litterae communionis*, n. 3 (2002), pp. 65-66.
- [49](#) CBG, carta manuscrita de Luigi Giussani a su hermana Brunilde, 25 enero 1950.
- [50](#) 23 julio 1950, en L. Giussani, *Lettere di fede...*, op. cit., pp. 85-86 (cf. ed. esp. p. 96).
- [51](#) 7 febrero 1951, ib., pp. 93-94 (cf. ed. esp. p. 103).
- [52](#) 31 julio 1951, ib., p. 96 (cf. ed. esp. p. 106).
- [53](#) CBG, carta manuscrita de Luigi Giussani a su hermana Brunilde, 4 octubre 1950.
- [54](#) CBG, carta manuscrita de Luigi Giussani a su hermana Brunilde, 6 abril 1951.
- [55](#) L. Giussani, *Lettere di fede...*, op. cit., p. 98 (cf. ed. esp. p. 108).

Capítulo 6

- [1](#) CBG, carta manuscrita de Luigi Giussani a su hermana Brunilde, 8 octubre 1951.
- [2](#) Cuarenta años después algunos de aquellos libros se publicarán de nuevo en la colección BUR Rizzoli «i libri dello spirito cristiano», fundada por Giussani (ver aquí, p. 914); por ejemplo, *Es medianoche, doctor Schweitzer* de Gilbert Cesbron; *Muerte, ¿dónde está tu victoria?* de Henri Daniel-Rops; *La Anunciación a María* de Paul

Claudel.

3 Papeles Luigi Zagra, Milán, carta manuscrita de Iolanda Rizzi a Luigi Zagra, Milán, 11 octubre 2012.

4 ASAEMD, documento ciclostilado titulado «La Thuile, 29 julio- 3 agosto 1995», Ejercicios Estivales de la Asociación Memores Domini, La Thuile (Aosta), 29 julio-3 agosto 1995.

5 FCL, *Documentación audiovisual*, Encuentro con don Luigi Giussani en la Universidad Bocconi, Milán, 4 abril 1984.

6 *Meditazioni per la Settimana Santa*, Roma 1979, *pro manuscripto*.

7 L. Giussani, *Il senso religioso*, Rizzoli, Milán 2010, p. 12 (cf. ed. esp.; Id., *El sentido religioso*, Encuentro, Madrid 2008¹⁰ p. 25).

8 L. Giussani, *Un caffè in compagnia...*, op. cit., p. 81.

9 FCL, *Documentación audiovisual*, Reunión nacional de *maturati* [estudiantes de han pasado la prueba de acceso a la universidad, *ndt*], Rimini, 3-5 octubre 1983.

10 PAPELES LUCIA SQUELLERIO (CLS), Milán, recordatorio de Luigi Squellerio Ferrandi, 1951 (primera versión).

11 CLS, recordatorio de Luigi Squellerio Ferrandi, 1951 (segunda versión).

12 CLS, carta manuscrita de Lucia Squellerio y Luigi Giussani a los padres de Luigi Squellerio, Navidad 1951.

13 A. Sully Prudhomme, «Gli occhi», *Poesia e Prosa*, UTET, Turín 1973, pp. 11-12.

14 CLS, apuntes manuscritos de Luigi Giussani.

15 L. Giussani, *Lettere di fede...*, op. cit., p. 103 (cf. ed. esp. p. 113).

16 L. Giussani, «Commosi dall'Infinito», Carta a la Fraternidad de CL, 22 junio 2003, *Tracce-Litterae communionis*, n. 7 (2003), p. 1 (cf. 'Conmovidos por el Infinito', *Huellas*, 7, 2003).

17 L. Giussani, *Avvenimento di libertà...*, op. cit., pp. 130-132.

18 ASAEMD, documento ciclostilado titulado «Ejercicios Espirituales Novicios La Thuile, 4-7 agosto 1994», LaThuile (Aosta), 4-7 agosto 1994.

19 L. Giussani, «Tu» (o dell'amicizia), op. cit., pp. 52-53.

20 L. Giussani, *Avvenimento di libertà...*, op. cit., p. 168.

21 L. Giussani, *Il senso religioso*, op. cit., p. 150 (cf. ed. esp. p. 156).

22 Publicados de nuevo en L. Giussani, *Porta la speranza. Primi scritti*, Marietti 1820, Genova 1997 (cf. ed. esp.: *Llevar la esperanza. Primeros escritos*, Encuentro, Madrid, 1998).

23 E. Buzzì, «Nota introduttiva», ib., pp. XXIII-XXIV (cf. ed. esp. p. 21).

24 FCL, ALG, cuaderno que contiene apuntes de estudio manuscritos de Luigi Giussani en lengua inglesa de *The Ecumenical Review*, otoño 1948-octubre 1950.

25 FCL, Enrico Galbiati, 27 febrero 1996, entrevista personal de Renato Farina.

26 L. Giussani, «La scuola di Biffi», *Avvenire*, 19 junio 1994.

27 G. Biffi, *Memorie e digressioni...*, op. cit., p. 85.

28 L. Giussani, «La scuola di Biffi», op. cit.

29 L. Giussani, *L'attrattiva Gesù*, op. cit., p. 124 (cf. ed. esp. p. 142). La poesía traducida por Giussani dice: «La tormenta ensombrece el cielo, / remolinos de nieve dan vueltas; / a veces como fiera que aúlla, / a veces como niño que llora, / a veces el techo destartelado / de paja, de repente hace ruido, / a veces, como peregrino atrasado, toca en la ventana» (A. Puškin, «Sera d'inverno», vv. 1-8, en Id., *Viaggio d'inverno e altre poesie*, Mondadori, Milán 1985, pp. 34-37).

30 L. Giussani, *Porta la speranza...*, op. cit., pp. 119-120 (cf. ed. esp. p. 135).

31 Ib., p. 121 (cf. ed. esp. p. 135s).

32 L. Giussani, *Porta la speranza...*, op. cit., pp. 82-83, 85, 88 (cf. ed. esp. pp. 100, 102, 106).

33 L. Giussani-S. Alberto-J. Prades, *Generare tracce nella storia del mondo*, BUR, Milán 2012, p. 157 (cf. ed. esp.: Id., *Crear huellas en la historia del mundo*, Encuentro, Madrid 1999, p. 146).

34 FCL, Antonio Rimoldi, 6 octubre 1998, entrevista personal de Martino De Carli y Mario Grignani.

35 ASSV, AA-I-16/1 y 2, L. Giussani, *Il senso cristiano dell'uomo secondo Reinhold Niebuhr*, tesis de licenciatura del doctorado en teología, relator Carlo Colombo (contrarrelatores Carlo Figini y Giovanni Battista Guzzetti), Pontificia Facoltà Teologica Milanese, Venegono Inferior (Varese) (defendida el 23 de junio de 1954), 2 volúmenes (texto+notas). Las citas provienen de las pp. 13, 22, 44.

36 R. Niebuhr, *Il destino e la storia*, BUR, Milán 1999, p. 66.

37 L. Giussani, «Un mistero di scelta», *Tracce-Litterae communionis*, n. 3 (2001), p. VI (cf. 'El misterio de la elección', *Huellas*, 3, 2001).

38 ARCHIVO DEL LICEO CLÁSICO ESTATAL «GIOVANNI BERCHET», Milán, b. 566. Luigi Giussani, «estado personal».

- [39](#) FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Raccolta testi Giussani*, b. RG23, «Reunión sacerdotes La Verna 1967».
- [40](#) L. Giussani, *Lettere di fede...*, op. cit., p. 105 (cf. ed. esp. p. 115).
- [41](#) L. Giussani, *Porta la speranza...*, op. cit., p. 54 (cf. ed. esp. p. 76).
- [42](#) S. Abbruzzese, *Comunione e Liberazione*, Laterza, Roma-Bari 1991, p. 28.
- [43](#) L. Giussani, *Realtà e giovinezza...*, op. cit., p. 43 (cf. ed. esp. p. 43s).
- [44](#) BG, carta manuscrita de Luigi Giussani a su hermana Brunilde, 15 junio 1953.
- [45](#) CBG, carta manuscrita de Luigi Giussani a su hermana Brunilde [1953].
- [46](#) *Meditazioni per la Settimana Santa*, Roma 1979, *pro manuscripto*.
- [47](#) Giancarlo Brasca (1920-1979), reválida de letras en el liceo Berchet de Milán; licenciado en Filosofía por la Universidad Católica del Sacro Cuore, será su bibliotecario, secretario administrativo y finalmente director administrativo; en 1945 se consagrará en el Instituto secular de los Misioneros de la Realeza de Cristo; implicado desde 1940 en la Acción Católica, será delegado diocesano de los estudiantes desde 1945 y presidente diocesano desde 1958 a 1964; en los años setenta entró en contacto con el entonces arzobispo de Cracovia, Karol Wojtyła, favoreciendo una red de apostolado secreto en favor de los católicos polacos.
- [48](#) G. Brasca, «Recenti esperienze in Lombardia a proposito di 'Gioventù Studentesca'», *Rivista del Clero Italiano*, a. 27, n. 9 (1946), p. 351.
- [49](#) *Il Raggio studenti. Esperienze e Programmi*, Presidenza Diocesana Milanese Gioventù Italiana di Azione Cattolica (ed.), La Favilla, Milán 1944.
- [50](#) FCL, AMCL, *Gioventù Studentesca*, b. GS1, fasc. GS/4, acta que contiene «Reunión del 9 octubre 1952», «Reunión del 14 octubre 1952» y «Reunión del 15 noviembre 1952».
- [51](#) FCL, AMCL, *Gioventù Studentesca*, b. GS1, fasc. GS/4, «Raggio 'Berchet'».
- [52](#) FCL, AMCL, *Gioventù Studentesca*, b. GS1, fasc. GS/4, carta manuscrita de Alberto Perfetti a Piero Canevini, 10 marzo 1953.
- [53](#) FCL, AMCL, *Gioventù Studentesca*, b. GS1, fasc. GS/5, «Organización de Gioventù Studentesca».
- [54](#) Cf. FCL, AMCL, *Gioventù Studentesca*, b. GS1, fasc. GS/5, carta circular mecanografiada de Dino Boati y Pietro Canevini a todos los miembros del Consejo de Estudiantes, Milán, 6 octubre 1953.
- [55](#) CBG, carta manuscrita de Luigi Giussani a su hermana Brunilde, Milán [1953].
- [56](#) FCL, AMCL, *Gioventù Studentesca*, b. GS1, fasc. GS/5, «Consulta 28/11/1953».
- [57](#) FCL, AMCL, *Gioventù Studentesca*, b. GS1, fasc. GS/6, anotaciones para el uso del nuevo Delegado diocesano de estudiantes.
- [58](#) Estas y otras noticias sobre la entrada de Giussani en la oficina de los estudiantes nos las ha proporcionado Canevini, quien, al dejar el cargo de delegado diocesano de los estudiantes, redactó en 1955 veinticinco páginas de anotaciones, destinadas al que le iba a suceder, «para evitar que su trabajo vuelva a empezar desde el principio todo el trayecto de experiencia personal necesario para tratar las cuestiones inherentes a los estudiantes de secundaria con un mínimo de competencia» (FCL, AMCL, *Gioventù Studentesca*, b. GS1, fasc. GS/6, anotaciones para uso del nuevo Delegado diocesano estudiantes).
- [59](#) FCL, Marco Barbetta, Milán, 8 enero 1996, entrevista personal de Giorgio Bruno.
- [60](#) FCL, Marco Barbetta, Milán, 13 febrero 1996, entrevista personal de Matteo Stoduto y Stefano Colombo.
- [61](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Encuentro con don Luigi Giussani sobre la historia del movimiento, Milán, 25 septiembre 1995.
- [62](#) FCL, AMCL, *Gioventù Studentesca*, b. GS2, fasc. GS/6, anotaciones para uso del nuevo Delegado diocesano de estudiantes.
- [63](#) L. Giussani, *Il Movimento di Comunione e Liberazione...*, op. cit., p. 35 (cf. ed. esp. p. 33).
- [64](#) J. Lortz, *Storia della Chiesa in prospettiva di storia delle idee*, vol. II, Paoline, Cinisello Balsamo (Milán) 1987, pp. 622-623.
- [65](#) A. Giovagnoli, «Giuseppe Lazzati e i movimenti ecclesiali», en L. F. Pizzolato (ed.), *Fede e cultura in Giuseppe Lazzati*, Vita e Pensiero, Milán 2007, pp. 265-266.
- [66](#) A. Riccardi, «Chiesa e Stati da Paolo VI a Giovanni Paolo II», *Civitas*, a. 3, nueva serie, n. 1 (2006), p. 18.
- [67](#) FCL, AMCL, *Gioventù Studentesca*, b. GS2, fasc. GS/6, «Año II. Reunión V Gioventù Studentesca Actas».
- [68](#) G. Biffi, «Introduzione», en M. Camisasca, *Comunione e Liberazione. La ripresa...*, op. cit., p. 8 (cf. ed. esp. p. 14).
- [69](#) FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Comunione e Liberazione Educatori/Gioventù Studentesca*, b. CLE3, fasc. CLE/14, «Esquema general».
- [70](#) L. Uboldi, «Noi siamo nel mondo ma non siamo del mondo», *Direttive*, n. 2 (1954), p. 6.
- [71](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Primera Escuela de cuadros, Cesenatico (Forlì-Cesena), 2-3 octubre 1971.

- ⁷² FCL, *Documentación audiovisual*, Primera Escuela de cuadros, Cesenatico (Forli-Cesena), 2-3 octubre 1971.
- ⁷³ M. Bocci, «Grandi figure del cattolicesimo milanese del Novecento», en D. Zardin (ed.), *Il cuore di Milano...*, op. cit., pp. 233-234.
- ⁷⁴ FCL, *Documentación audiovisual*, Primera Escuela de cuadros, Cesenatico (Forli-Cesena), 2-3 octubre 1971.
- ⁷⁵ G. Biffi, «Introduzione», en M. Camisasca, *Comunione e Liberazione. La ripresa...*, op. cit., p. 8 (cf. ed. esp. p. 14).
- ⁷⁶ FCL, *Documentación audiovisual*, Primera Escuela de cuadros, Cesenatico (Forli-Cesena), 2-3 octubre 1971.
- ⁷⁷ L. Giussani-C. Oggioni, *Conquiste fondamentali per la vita e la presenza cristiana nel mondo*, G.I.A.C., Milán 1954, pp. 11-12.
- ⁷⁸ E. Braghini, «Il confessionale, il tram e il cardinale», *Tracce-Litterae communionis*, n. 4 (2004), p. 62.
- ⁷⁹ I. Schuster, «Ai sacerdoti Catechisti nelle Pubbliche scuole», *Rivista Diocesana Milanese*, a. 43, n. 4 (1954), p. 140.
- ⁸⁰ FCL, *Documentación audiovisual*, Primera Escuela de cuadros, Cesenatico (Forli-Cesena), 2-3 octubre 1971.
- ⁸¹ Giuseppe Lazzati (1909-1986), político e intelectual católico, después de haber madurado, al comienzo de los años treinta, la opción de una «consagración seglar», viviendo en celibato, fundó en 1939 junto a algunos amigos un sodalicio de laicos, el Instituto Secular Milites Christi Regis (luego Instituto secular Cristo Rey, «una comunidad de laicos llamados por el Espíritu a consagrarse a Dios en la condición de secularidad propia de ellos», según cuanto se lee en el Art.1 de las Constituciones del Instituto, reconocido por la Santa Sede en 1963). Deportado a los *lager* nazis durante la Segunda Guerra Mundial, miembro de la Asamblea Constituyente en 1946 y diputado desde 1948 a 1953, presidente diocesano de la Juventud de Acción Católica en Milán, rector de la Universidad Católica del Sacro Cuore desde 1968 a 1983. Proclamado venerable, está en proceso su causa de canonización.
- ⁸² FCL, *Documentación audiovisual*, Primera Escuela de cuadros, Cesenatico (Forli-Cesena), 2-3 octubre 1971.
- ⁸³ 21 agosto 1954, en L. Giussani, *Lettere di fede...*, op. cit., p. 106 (cf. ed. esp. p. 116).
- ⁸⁴ G. Lazzati, citado en M. Camisasca, *Comunione e Liberazione. Le origini...*, op. cit., p. 97 (cf. ed. esp. p. 96 n. 26).
- ⁸⁵ FCL, *Documentación audiovisual*, Primera Escuela de cuadros, Cesenatico (Forli-Cesena), 2-3 octubre 1971.
- ⁸⁶ L. Giussani, en *Positio super vita, virtutibus et fama sanctitatis Servi Dei Josephi Lazzati*, Congregatio de Causis Sanctorum, Romae 2000, vol. I B, p. 1003.
- ⁸⁷ Giuseppe Gaffuri, inventor de los cinefórum parroquiales, muerto una noche de 1958 mientras volvía precisamente de una proyección.
- ⁸⁸ FCL, *Documentación audiovisual*, Equipe del CLU, Rímíni, 27-29 mayo 1988; parcialmente publicado como L. Giussani, *Ciò che abbiamo di più caro (1988-1989)*, BUR, Milán 2011, pp. 93-163 (ed. esp. en preparación).
- ⁸⁹ G. Caprio, «Il ‘Cappa Due’ degli studenti», *L’azione giovanile*, nn. 35-36 (29 agosto-5 septiembre 1954), p. 2.
- ⁹⁰ P. Canevini, «Il ‘Cappa Due’ degli studenti», ib., pp. 2, 4.
- ⁹¹ *L’azione giovanile*, op. cit., p. 2.
- ⁹² A. Giovagnoli, «Giuseppe Lazzati...», op. cit., pp. 261-263.
- ⁹³ M. Malpensa-A. Parola, *Lazzati. Una sentinella nella notte (1909-1986)*, il Mulino, Bolonia 2005, pp. 595-596.

Capítulo 7

- ¹ FCL, *Documentación audiovisual*, Encuentro con don Luigi Giussani sobre la historia del movimiento, Brescia, 22 noviembre 1978.
- ² El 27 octubre 1955, en efecto, al término de la sesión ordinaria inicial del curso escolar 1955-1956 del Claustro de profesores del liceo Berchet, el director Yoseph Colombo informó de que Giussani había sido asignado oficialmente al Instituto como profesor encargado (Cf. ALCB, «Actas de las reuniones desde 1931-32 a 1968-69», «Sesión ordinaria inicial del curso escolar 1955-56», con fecha 27 octubre 1955).
- ³ FCL, Pier Luigi Bernareggi, Belo Horizonte (Brasil), 23 marzo 1999, entrevista escrita de Francesco D’Erasmus.
- ⁴ ALCB, «Actas de las reuniones desde 1931-32 a 1968-69», «Sesión ordinaria inicial del año escolar 1954-55», con fecha 27 octubre 1954.
- ⁵ FCL, Pier Luigi Bernareggi, Belo Horizonte (Brasil), 23 marzo 1999, entrevista escrita de Francesco D’Erasmus.
- ⁶ ALCB, b. 566. Luigi Giussani, «Estado de personal».
- ⁷ ALCB, b. 566. Luigi Giussani, fasc. «Actas administrativas», certificado con la firma de Yoseph Colombo che confirma a Luigi Giussani y Adele Bonolis como profesores de religión para el año escolar 1963-1964, Milán, 28 septiembre 1963.

- ⁸ Cf. C. Pinzani, *L'Italia repubblicana*, en E. Ragionieri-C. Pinzani, *La storia politica e sociale*, en *Storia d'Italia*, vol. IV, *Dall'unità ad oggi*, t. III, Einaudi, Turín 1976, p. 2486.
- ⁹ M. Bocci, «Grandi figure del cattolicesimo milanese del Novecento», en D. Zardin (ed.), *Il cuore di Milano...*, op. cit., pp. 222-223, 232-233.
- ¹⁰ S. Abbruzzese, *Comunione e Liberazione*, op. cit., pp. 66-67.
- ¹¹ L. Giussani, *Un avvenimento di vita, cioè una storia*, op. cit., pp. 336ss.
- ¹² FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Raccolta testi Giussani*, b. R21, «Encuentro de los responsables latinoamericanos con don L. Giussani. Asunción, Paraguay, 20-23 julio 1988».
- ¹³ L. Giussani, *Il rischio educativo*, Rizzoli, Milán 2005, pp. 20-21 (cf. ed. esp.: Id. *Educare es un riesgo. Apuntes para un método educativo verdadero*, Encuentro, Madrid 2006⁵, p. 19).
- ¹⁴ Ib., pp. 25-26 (cf. ed. esp. pp. 22s).
- ¹⁵ FCL, *Documentación audiovisual*, Encuentro con don Luigi Giussani sobre la historia del movimiento, Brescia, 22 noviembre 1978.
- ¹⁶ L. Giussani, *Il rischio educativo*, op. cit., pp. 41-42 (cf. ed. esp. pp. 39s).
- ¹⁷ L. Giussani, *Il Movimento di Comunione e Liberazione...*, op. cit., pp. 57-58 (cf. ed. esp. p. 18).
- ¹⁸ FCL, *Documentación audiovisual*, Encuentro con don Luigi Giussani sobre la historia del movimiento, Brescia, 22 noviembre 1978.
- ¹⁹ L. Giussani, *Un avvenimento di vita, cioè una storia*, op. cit., p. 338.
- ²⁰ L. Giussani, *Il Movimento di Comunione e Liberazione...*, op. cit., p. 13 (cf. ed. esp. pp. 10s).
- ²¹ FCL, *Documentación audiovisual*, Encuentro con don Luigi Giussani sobre la historia del movimiento, Brescia, 22 noviembre 1978.
- ²² L. Giussani, «Appartenenza alla dimora come movimento verso l'unità della vita», *Tracce-Litterae communionis*, n. 1 (1997), p. III (cf. 'Pertenenencia a la morada como movimiento hacia la unidad de la vida', *Huellas* 2, 1997).
- ²³ FCL, *Documentación audiovisual*, Encuentro con don Luigi Giussani sobre la historia del movimiento, Brescia, 22 noviembre 1978.
- ²⁴ S. Abbruzzese, *Comunione e Liberazione*, op. cit., pp. 29-30.
- ²⁵ FCL, *Documentación audiovisual*, Encuentro con don Luigi Giussani sobre la historia del movimiento, Brescia, 22 noviembre 1978.
- ²⁶ L. Giussani, «Appartenenza alla dimora come movimento verso l'unità della vita», op. cit., p. III.
- ²⁷ L. Giussani, *Dall'utopia alla presenza (1975-1978)*, BUR, Milán 2006, pp. 62-63 (cf. ed. esp.: *De la utopía a la presencia*, Encuentro, Madrid 2013, pp. 66s).
- ²⁸ L. Giussani, *Il senso religioso*, op. cit., p. 80 (cf. ed. esp. p. 78).
- ²⁹ N. Sapegno, *Disegno storico della letteratura italiana*, La Nuova Italia, Florencia (1949) 1973, p. 649.
- ³⁰ L. Giussani, *Il senso religioso*, op. cit., pp. 80-81 (cf. ed. esp. p. 78).
- ³¹ Adele Bonolis (1909-1980), proclamada Sierva de Dios. Su causa de canonización en la Congregación para las Causas de los Santos está en proceso.
- ³² FCL, Pier Luigi Bernareggi, Belo Horizonte (Brasil), 23 marzo 1999, entrevista escrita de Francesco D'Erasmus.
- ³³ FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Raccolta testi Giussani*, b. RG13, «Don Luigi Giussani Primera lección. El mérito, el valor que tiene la pertenencia a un grupo cristiano en la Iglesia».
- ³⁴ FCL, Pier Luigi Bernareggi, Belo Horizonte (Brasil), 23 marzo 1999, entrevista escrita de Francesco D'Erasmus.
- ³⁵ L. Giussani, *Realtà e giovinezza...*, op. cit., pp. 89-91 (cf. ed. esp. p. 109s).
- ³⁶ FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Raccolta testi Giussani*, b. RG19, texto de lección y asamblea sobre el tema de la laicidad y el laicismo.
- ³⁷ FCL, Pier Luigi Bernareggi, Belo Horizonte (Brasil), 23 marzo 1999, entrevista escrita de Francesco D'Erasmus.
- ³⁸ «...non è povera voce di un uomo che non c'è. La nostra voce canta con un perché». Diálogo con don Luigi Giussani, 19 marzo 1979, Aula Magna della Pontificia Universidad Lateranense, Roma, *pro manuscripto*, pp. 10-11. El libro de 120 páginas, preparado por P. Scazzoso, data de septiembre 1960, y su título es: *Una strada a Dio*, y apareció en la colección «Quaderni della gioventù», editado por la Presidencia diocesana milanese de la GIAC y de Gioventù Studentesca. La cita de Dionisio el Areopagita está sacada de *De divinis Nominibus* 953 A 10.
- ³⁹ FCL, *Documentación audiovisual*, Conferencia sobre Dionisio el Areopagita pronunciada por don Luigi Giussani en el liceo Mazzantini, Turín, 31 marzo 1980.

- ⁴⁰ C. Pavese, «A Rosa Calzecchi Onesti», 14 junio [1949], en Id., *Lettere 1926-1950*, Einaudi, Turín 1968, vol. 2, p. 655. Giussani valorará este episodio en su libro *Il senso religioso*, para explicar que «el sentido religioso es la capacidad que tiene la razón de expresar su naturaleza profunda con el interrogante último, es el *locus* de la conciencia que tiene el hombre de la existencia. Esa inevitable pregunta está en cada individuo, y dentro de su mirada a todas las cosas» (L. Giussani, *Il senso religioso*, op. cit., p. 74 [cf. ed. esp. p. 73]).
- ⁴¹ El contenido de aquellas lecciones, muchos años después, confluirá en los volúmenes del «PerCorso» giussaniano: *Il senso religioso*, *All'origine della pretesa cristiana*, *Perché la Chiesa*, que propondrán de nuevo aquella división. (Hay una edición española de bolsillo que contiene los tres volúmenes del *Curso básico de Cristianismo*, Encuentro, Madrid 2007).
- ⁴² FCL, Pier Luigi Bernareggi, Belo Horizonte (Brasil), 23 marzo 1999, entrevista escrita de Francesco D'Erasmus.
- ⁴³ FCL, Pier Luigi Bernareggi, Belo Horizonte (Brasil), 23 marzo 1999, entrevista escrita de Francesco D'Erasmus.
- ⁴⁴ FCL, *Documentación audiovisual*, Encuentro con don Luigi Giussani sobre la historia del movimiento, Brescia, 22 noviembre 1978.
- ⁴⁵ L. Giussani, *Il Movimento di Comunione e Liberazione...*, op. cit., pp. 27-28 (cf. ed. esp. p. 25).
- ⁴⁶ FCL, Marco Martini, Milán, 8 enero 1996, entrevista personal de Giorgio Bruno.
- ⁴⁷ C. Pavesi, «Quella mano alzata in fondo alla classe», *Tracce-Litterae communionis*, n. 2 (2006), p. 5.
- ⁴⁸ C. Pavesi, «Io, allievo ribelle vi racconto le sfide con Don Giussani», entrevista de S. Filippi, *il Giornale*, 22 febrero 2006, p. 14.
- ⁴⁹ FCL, Eugenia Scabini, Milán, 8 enero 1996, entrevista personal de Giorgio Bruno.
- ⁵⁰ L. Giussani, *Si può vivere così?*, op. cit., pp. 300-301 (cf. ed. esp. p. 218).
- ⁵¹ L. Negri, «Vivere intensamente il presente», *Tracce-Litterae communionis*, n. 6 (1997), p. 20.
- ⁵² L. Negri, «Quella prima ora di scuola», entrevista de P. Bergamini, *Tracce-Litterae communionis*, n. 8 (2002), p. 21.
- ⁵³ M. Fini, «Don Giuss, la grinta, la passione e il fascino», *Il Giorno*, 1 septiembre 1983, p. 3.
- ⁵⁴ M. Fini, en *Si può vivere così*, especial «La Storia Siamo Noi» para los 80 años de monseñor Luigi Giussani, fundador de Comunión y Liberación, de M. Bernardini y G. Clericetti, 5 octubre 2002, RaiTres.
- ⁵⁵ C. Risé, ib.
- ⁵⁶ C. Risé, «Salendo quei gradini col prete di Desio», *Tracce-Litterae communionis*, n. 9 (2004), pp. 24-26.
- ⁵⁷ L. Strik Lievers, «Testimoni oculari», entrevista de M. Crippa, *Tracce-Litterae communionis*, n. 5 (2001), p. 28.
- ⁵⁸ *Si può vivere così*, especial «La Storia Siamo Noi? ...», op. cit., RaiTres.
- ⁵⁹ A. Rizzoli, «Rizzoli: al Berchet ci ha insegnato a capire le ragioni della vita», entrevista de L. Torrisi, *ilsussidiario.net*, 22 febrero 2010, publicado en el sitio web <http://www.ilsussidiario.net/News/societa/2010/2/22/giussani-2-Rizzoli-al-Berchet-ci-ha-insegnato-a-capire-le-ragioni-della-vita/68394/>, URL consultada el 29 mayo 2012.
- ⁶⁰ FCL, *Documentación audiovisual*, Ejercicios del CLU, Rímini, 8-10 diciembre 2000.
- ⁶¹ L. Giussani, «Tu» (*o dell'amicizia*), op. cit., pp. 40-41, 43.
- ⁶² M. Cassola, *Storia d'amore per due voci pari*, Jaca Book, Milán 1977.
- ⁶³ Ib., pp. 24, 29.
- ⁶⁴ FCL, *Documentación audiovisual*, Consejo nacional de CL, Idice San Lazzaro de Savena (Bolonía), 29-30 octubre 1977.
- ⁶⁵ FCL, Guglielmo Spotorno, Milán, 23 enero 1996, entrevista personal de Luigi Amicone.
- ⁶⁶ FCL, Paolo Sciumè, Milán, 3 enero 1996, entrevista personal de Primo Soldi.
- ⁶⁷ Marett Campi (1943-2005), licenciada en Ciencias políticas, que fundó junto a otros la editorial Jaca Book, de la que será directora y en donde trabajará hasta su muerte.
- ⁶⁸ FCL, Giorgio Feliciani, Milán, 11 enero 1996, entrevista personal de Primo Soldi.
- ⁶⁹ G.B. Contri, *Luigi Giussani e il profitto di Cristo*, escrito en la Semana Santa 2005, publicado en el sitio web <http://testi%20contri/giussani%20profitto%20cristo.pdf>, URL consultada el 14 noviembre 2011.
- ⁷⁰ F. Baroncini, «Alla radice di una storia», entrevista de A. Savorana, *Tracce-Litterae communionis*, n. 3 (1997), pp. 13-14.
- ⁷¹ FCL, Angelo Scola, Roma, 23 enero 1996, entrevista personal de Primo Soldi y Giorgio Bruno.
- ⁷² A. Scola, «Giussani e il genio cristiano dell'esperienza umana», entrevista de P. Rodari, *Il Riformista*, 25 febrero 2009.
- ⁷³ FCL, Angelo Scola, Roma, 23 enero 1996, entrevista personal de Primo Soldi y Giorgio Bruno.

- ⁷⁴ R. Ronza, «Prólogo a la nueva edición», en L. Giussani, *El Movimiento de Comunión y Liberación*, Encuentro, Madrid 2010, pp. II-III, texto original en español.
- ⁷⁵ FCL, Robi Ronza, 3 enero 1996, entrevista personal de Primo Soldi.
- ⁷⁶ FCL, Giovanna Rossi, Milán, 3 enero 1996, entrevista personal de Primo Soldi.
- ⁷⁷ «Testimoni oculari», de M. Crippa-S.M. Paci, *Tracce-Litterae communionis*, n. 5 (2001), p. 29.
- ⁷⁸ M. Camisasca, «Una storia da rivivere», entrevista de A. D'Auria, *Tracce-Litterae communionis*, n. 6 (2001), p. 37.
- ⁷⁹ Cf. A. Elkann-E. Toaff, *Essere ebreo*, Bompiani, Milán 1994, p. 40.
- ⁸⁰ L. Giussani, *Che cos'è l'uomo perché te ne curi?*, San Paolo, Cinisello Balsamo (Milán) 2000, pp. 9-10 (ed. esp. en preparación).
- ⁸¹ A. Cremona, «'Fatti, non Parole'. Il bello della vita», entrevista de P. Bergamini, *Tracce-Litterae communionis*, n. 2 (2007), p. 78.
- ⁸² *Si può vivere così*, especial «La Storia Siamo Noi»..., op. cit., RaiTres.
- ⁸³ M. Prada, «Miuccia Prada: 'Cerco il bello per essere felice'», entrevista de G. Riotta, *La Stampa*, 26 febreo 2012, p. 1.
- ⁸⁴ *Si può vivere così*, especial «La Storia Siamo Noi»..., op. cit., RaiTres.
- ⁸⁵ E. Cresta, «Quell'ora al Berchet», *Tracce-Litterae communionis*, n. 4 (2006), p. 120.
- ⁸⁶ *Si può vivere così*, especial «La Storia Siamo Noi»..., op. cit., RaiTres.
- ⁸⁷ *B11. Berchet 1911-2011*, il Saggiatore-Ancora, Milán 2011, p. 45.
- ⁸⁸ M. Camerini Cantoni, «Con simpatia indescrivibile mi sfidò a essere ebrea», entrevista de P. Bergamini, *Tracce-Litterae communionis*, n. 7 (2005), pp. 30-31.
- ⁸⁹ L. Giussani, «Quei gradini... www.liceoberchet.it», entrevista de I. Pessina, *Tracce-Litterae communionis*, n. 6 (2004), p. 58.
- ⁹⁰ L. Giussani, *Un avvenimento di vita, cioè una storia*, op. cit., pp. 336, 338.
- ⁹¹ M. Campi-A. Mascagni, «Povera voce», *Canti*, Cooperativa Editoriale Nuovo Mondo, Milán 2003, p. 210 (ed. esp. *Cancionero*, p. 362).
- ⁹² C. Pavese, «Tu sei come una terra», en Id., *Poesie del disamore*, Einaudi, Turín 1994, p. 56.
- ⁹³ «...non è povera voce di un uomo che non c'è'», op. cit., p. 8.
- ⁹⁴ J. Ratzinger, «Innamorato di Cristo. In un incontro, la strada», op. cit., p. 20 (cf. trad. esp. en A. Scola, *Luigi Giussani...* op. cit. p. 82).

Capítulo 8

- ¹ G. B. Montini, «È giunta un'ora nuova nella vita della Chiesa», en Id., *Discorsi e scritti milanesi (1954-1963)*, Istituto Paolo VI-Studium, Brescia-Roma 1997, vol. I, pp. 61-62, 65.
- ² G. B. Montini, «'Omnia nobis est Christus!», ib., p. 142.
- ³ S. Ambrosio, *De Virginitate*, 16, 99.
- ⁴ G.B. Montini, «'Omnia nobis est Christus!», op. cit., pp. 147-148.
- ⁵ G. Adornato, *Cronologia dell'episcopato di Giovanni Battista Montini a Milano*, Istituto Paolo VI, Brescia 2002, pp. 125, 144, 183, 254.
- ⁶ Ib., p. 29.
- ⁷ FCL, Livia Giussani, Milán, 19 junio 1998, entrevista personal de Massimo Camisasca.
- ⁸ FCL, *Documentación audiovisual*, Asamblea internacional de responsables de CL, La Thuile (Aosta), 26-31 agosto 1993.
- ⁹ ARCHIVO HISTÓRICO DIOCESANO DE MILÁN, Milán, *Archivio della Segreteria dell'arcivescovo Montini* (de ahora en adelante ASAM), b. 231, fasc. 497, f. 2, carta mecanografiada de Felice Bonomini [a Giovanni Battista Montini], Como, 5 octubre 1956.
- ¹⁰ ADM, ASAM, b. 231, fasc. 497, f. 3, carta mecanografiada de Luigi Oldani a Giovanni Battista Montini, [Milán], 26 octubre 1956.
- ¹¹ FCL, *Documentación audiovisual*, Asamblea internacional de responsables de CL, LaThuile (Aosta), 26-31 agosto 1993.
- ¹² L. Giussani, *Il Movimento di Comunione e Liberazione...*, op. cit., p. 26 (cf. ed. esp. p. 24).
- ¹³ P. Gheddo, «Una persona, non una morale», *Il Sabato*, n. 15 (1993), p. 70.
- ¹⁴ «Gli assistenti della G.I.A.C. riuniti a Triuggio», *Direttive*, n. 3 (1955), pp. 21-22.
- ¹⁵ Cf. Mario Victorino, «In Epistola ad Ephesios», Liber secundus, en *Marii Victorini Opera exegetica*, cap. 4, v.

14.

¹⁶ FCL, *Documentación audiovisual*, Primera Escuela de cuadros, Cesenatico (Forlì-Cesena), 2-3 octubre 1971.

¹⁷ L. Giussani, «Università e Universitari», *L'azione giovanile*, nn. 30-31 (24-31 agosto 1955), p. 2.

¹⁸ L. Giussani, «Nella Scuola sii lievito e non polvere», *Le nostre battaglie*, nn. 20-21 (18 diciembre 1955), p. 3.

¹⁹ G. B. Montini, «La giusta psicología», en Id., *Discorsi e scritti milanesi (1954-1963)*, op. cit., p. 356; también en L. Giussani, *Risposte cristiane ai problemi dei giovani*, GIAC, Milán 1955, pp. 47-48.

²⁰ Cf. Lc 24,21.

²¹ L. Giussani, *Risposte cristiane ai problemi dei giovani*, GIAC, Milán 1955; publicado de nuevo en L. Giussani, *Realtà e giovinezza...*, op. cit., pp. 129-147 (cf. trad. esp. en Id., *Los jóvenes...*, op. cit., Encuentro, Madrid 1996, pp. 147-173).

²² G. Biffi, *Memorie e digressioni di un italiano cardinale*, op. cit., p. 129.

²³ A. Caprioli, *Gesù il «Sì» di Dio all'uomo. Omelia nel 4° aniversario della morte di Don Luigi Giussani*, Reggio Emilia, 22 febrero 2009, publicado en el sitio web http://s2ew.reggioemilia.chiesacattolica.it/pls/reggioemilia/bd_edit_doc_dioc_css.edit_documento?p_id=922293&p_pagina=22343&rifi=&rifp=&vis=4, URL consultada el 27 junio 2011.

²⁴ FCL, Giacomo Biffi, Bolonia, 16 enero 1996, entrevista personal de Giorgio Bruno y Primo Soldi.

²⁵ FCL, Enrico Galbiati, 27 febrero 1996, entrevista personal de Renato Farina.

²⁶ FCL, Bernardo Citterio, 7 octubre 1998, entrevista personal de Mario Grignani y Martino De Carli

²⁷ A. Majo, «Sacerdoti ambrosiani», op. cit., p. 96.

²⁸ G. Feliciani, «Prefazione», en L. Giussani, *Porta la speranza...*, op. cit., pp. X-XI (cf. ed. esp. p. 10).

²⁹ Ib., p. 11 (cf. ed. esp. p. 10).

³⁰ FCL, *Colección documentos don Giussani*, «L'unità dei Cristiani nella Chiesa fondata sul primato di Pietro», [Foggia, 4 junio 1986].

³¹ CLIG, carta manuscrita de Luigi Giussani a su hermana Livia [1956].

³² F. Mauriac, *Vita di Gesù*, Arnoldo Mondadori, Milán 1984, p. 61.

³³ P. Favole, «Intitolazione della piazzetta del faro a monsignor Luigi Giussani», Portofino (Génova), 25 septiembre 2008, documento digital conservado en casa del autor.

³⁴ Localizada muchos años después, Giussani hará instalar una gran reproducción de la misma en la sede central de Comunión y Liberación, en Milán, con el siguiente pie de foto bajo la imagen: «Tu sol —pensando— o ideal, sei vero» (es un verso del himno a Giuseppe Mazzini escrito por Giosuè Carducci); en palabras suyas, esa imagen y esa frase eran la síntesis de todo su ideal de vida. Desde el 25 de septiembre de 2008 la placita del faro está dedicada a don Giussani, por decisión unánime del ayuntamiento de la pequeña población ligur, para rendir honor a un hombre y a su propuesta, «que representan un punto seguro de referencia, casi un 'faro ideal' que ilumina el camino» (Giorgio Devoto [alcalde de Portofino], en F. Rossi, «E don Giussani torna al Faro», *Tracce-Litterae communionis*, n. 9 [2008], p. 87).

³⁵ N. Statella, «La settimana di Rapallo tappa fondamentale di G.S.», *L'azione giovanile*, n. 34 (14 octubre 1956), p. 4.

³⁶ G. B. Montini-L. Giussani, *Sul senso religioso*, BUR, Milán 2009, pp. 18-19, 48, 55 (ed. esp.: Id, *Sobre el sentido religioso*, Encuentro, Madrid 2011).

³⁷ *Il senso religioso*, Fonte seniores 1958, GIAC, Milán 1957, texto en cursiva de cubierta (ed. esp.: L. Giussani, *El sentido religioso*, Encuentro, Madrid 1994², Colección Libros de Bolsillo 12, actualmente fuera de mercado).

³⁸ Ib., pp. 49-51, 80, 82-83, 97.

³⁹ En 1966 saldrá una nueva edición de *Il senso religioso* (ed. esp. citada en las dos notas anteriores), enriquecida con nuevos elementos sacados de los apuntes de algunos alumnos de Giussani en el Berchet. Lo documentan, por ejemplo, los cuadernos de Anna Kemeny (a.s. 1959-1962) (FCL, *Colección documentos don Giussani*), los de su hermana Maddalena (a.s. 1961-1964) (Papeles Maddalena Kemeny, Milán) y los de Luigi Tardini (a.s. 1960-1963) (Papeles Luigi Tardini, Milán, cuaderno manuscrito que contiene apuntes de clase de religión dictados por don Luigi Giussani, años escolares 1960-1963). Muchos años después, la estructura de este breve escrito alcanzará una fisonomía definitiva en lo que el mismo Giussani llamará el PerCorso, publicado en varios volúmenes, primero por la editorial Jaca Book entre 1986 y 1992 y luego por Rizzoli entre 1997 y 2003 (en español, el *Curso básico de cristianismo*, en 3 volúmenes, publicados repetidamente por Encuentro desde 1986 hasta la actualidad).

⁴⁰ G.B. Montini-L. Giussani, *Sul senso religioso*, op. cit., pp. 125-126.

⁴¹ FCL, AMCL, *Gioventù Studentesca*, b. GS4, fasc. GS/10, «'Cose Nostre' GS 2 enero 1957».

⁴² G.B. Montini, «La promozione del laicato». Homilía en la Catedral de Milán, 9 junio 1957, en Id., *Discorsi e scritti milanesi (1954-1963)*, op. cit., p. 1468.

- [43](#) A. Tornielli, *Paolo VI*, Mondadori, Milán 2009, pp. 209-211.
- [44](#) G.B. Montini, «Misión e misterio de la Iglesia». Discurso en Roma, con ocasión del Segundo congreso mundial del Apostolado de los laicos, 9 octubre 1957, en Id., *Discorsi e scritti...*, op. cit., pp. 1682-1683.
- [45](#) M. Camisasca, *Comunione e Liberazione. Le origini...*, op. cit., p. 247 (cf. ed. esp. p. 239).
- [46](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Encuentro con don Luigi Giussani sobre la historia del movimiento, Milán, 27 noviembre 1995.
- [47](#) G. B. Montini, «Un instante di pienezza spirituale. Annuncio ufficiale della Missione cittadina in programma per il mese di novembre», 24 septiembre 1957, en Id., *Discorsi e scritti...*, op. cit., p. 1624.
- [48](#) S. Abbruzzese, *Comunione e Liberazione*, op. cit., p. 69.
- [49](#) M. Bocci, «Grandi figure del cattolicesimo milanese del Novecento», en D. Zardin (ed.), *Il cuore di Milano...*, op. cit., p. 233.
- [50](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Encuentro con don Luigi Giussani sobre la historia del movimiento, Milán, 27 noviembre 1995.
- [51](#) FCL, Marco Barbetta, Milán, 13 febrero 1996, entrevista personal de Matteo Stoduto y Stefano Colombo.
- [52](#) E. Apeciti, «Questo palazzo della sapienza e della scienza, della preghiera e della disciplina», op. cit.
- [53](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Encuentro con don Luigi Giussani sobre la historia del movimiento, Milán, 5 febrero 1996.
- [54](#) ADM, ASAM, b. 104, fasc. 55, f. 70, carta mecanografiada de Luigi Giussani a Giovanni Battista Montini, Milán, 19 mayo 1959.
- [55](#) Cf. M. Camisasca, *Comunione e Liberazione. Le origini...*, op. cit., p. 118 (cf. ed. esp. p. 115, n. 2).
- [56](#) G. Feliciani, «Prefazione», en L. Giussani, *Porta la speranza...*, op. cit., p. XIII (cf. ed. esp. pp. 12s).
- [57](#) L. Giussani, citado ib.
- [58](#) G. Feliciani, «Prefazione», ib., pp. XIII-XIV (cf. ed. esp. p. 13).
- [59](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Ejercicios del Centro Charles Péguy, Riccione (Rimini), 1-4 noviembre 1969.
- [60](#) A. Scola, «L'io, l'Avvenimento e il genio educativo», *Tracce-Litterae communionis*, n. 3 (2007), pp. 63, 68.
- [61](#) Cf. Jn 9,1-41.
- [62](#) A. Savorana (ed), «Quell'ora in via Statuto 2», *Tracce-Litterae communionis*, n. 10 (1997), pp. 12-14.
- [63](#) L. Giussani, «Studente!!», *Le nostre battaglie*, nn. 14-15 (1 agosto 1954), p. 4.
- [64](#) F. Ventorino, «Le chiavi del salone», *Tracce-Litterae communionis*, n. 3 (1999), pp. 38-39; cf. M. Camisasca, *Comunione e Liberazione. Le origini...*, op. cit., pp. 232-233 (cf. ed. esp. pp. 226s).
- [65](#) P. Ronconi, «Dare tutto», *Tracce-Litterae communionis*, n. 6 (2004), p. 64.
- [66](#) FCL, Marco Martini, Milán, 8 enero 1996, entrevista personal de Giorgio Bruno.
- [67](#) FCL, Guido Clericetti, Milán, 6 enero 1996, entrevista personal de Primo Soldi.
- [68](#) P. Ronconi, «Dare tutto», op. cit., p. 64.
- [69](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Asamblea de responsables de CL, Milán, 19 septiembre 1995. Attilio Nicora, licenciado en Derecho por la Universidad Católica en 1959, entró después en el seminario mayor de Milán. Fue creado cardenal en 2003.
- [70](#) L. Giussani, «Il tempo della libertà», *Tracce-Litterae communionis*, n. 7 (1997), pp. 86-87 (cf. 'El tiempo de la libertad', *Huellas*, 7, 2007).
- [71](#) Ettore Rodelli era profesor de Lengua y Latín en el liceo científico Leonardo da Vinci de Milán, animador de la ALRI (Asociación para la Libertad Religiosa en Italia), fundada por Gaetano Salvemini (1873-1957, historiador y político liberal-socialista). Entre otras cosas, en los primeros años sesenta la ALRI impulsará una campaña sobre la oportunidad de no valerse de la hora de religión; cf. L. Rodelli, *La religione nella scuola*, opúsculo editado por la ALRI, sacado de *Il Giornale dei Genitori*, nn. 8-9 (1962).
- [72](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Décima semana de los estudiantes de GS (II turno), Varigotti (Savona), 26-30 septiembre 1963.
- [73](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Encuentro con don Luigi Giussani sobre la historia del movimiento, Brescia, 22 noviembre 1978.
- [74](#) FCL, Marco Martini, Milán, 8 enero 1996, entrevista personal de Giorgio Bruno.
- [75](#) El libro se presentó con estas palabras: «La escuela moderna [...] debe [...] enseñar cuáles son y cómo deben usarse los instrumentos del conocimiento para la búsqueda de la verdad [...] Es la antítesis de la escuela confesional, que sostiene la verdad revelada contra la verdad de la razón; que profesa la enseñanza catequética en lugar de la libre búsqueda individual; que educa en obedecer docilmente a las autoridades constituidas, sean cuales sean, con tal de que estén de acuerdo con el Papa». El libro era una invitación a la acción para todos los que no estaban dispuestos a «dejar la escuela en manos de los curas o hacerla caer bajo su dominio» (Carta de Ernesto

Rossi [24 diciembre 1959] a Roberto Morozzo della Rocca, en L. Rodelli, *I preti in cattedra. Dall'asilo d'infanzia all'università*, Parenti Editore, Florencia 1958).

[76](#) L. Rodelli, *I preti in cattedra...*, op. cit., pp. 92-93.

[77](#) Ib., p. 117.

[78](#) Ib., pp. 122, 125.

[79](#) Ib., p. 127.

[80](#) Ib., pp. 127, 130.

[81](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Décima semana de los estudiantes de GS (II turno), Varigotti (Savona), 26-30 septiembre 1963.

[82](#) Gaetano Salvemini (1873-1957), historiador, profesor universitario, meridionalista, de tendencias socialistas y libertarias, se opuso al fascismo y por esto vivió durante mucho tiempo en Londres, París y Harvard, en Estados Unidos.

[83](#) G. Salvemini, *Il programma scolastico dei clericali*, La Nuova Italia, Florencia 1951, p. 7.

[84](#) L. Giussani, *Il rischio educativo*, op. cit., p. 20 (cf. ed. esp. p. 19).

[85](#) Ib., p. 113 (cf. ed. esp. p. 105).

[86](#) Ib., pp. 17, 19 (cf. ed. esp. pp. 17ss).

[87](#) M. Camisasca, *Comunione e Liberazione. Le origini...*, op. cit., pp. 168-169 (cf. ed. esp. pp. 164s).

[88](#) G. Lazzati, «L'educazione nella concezione cristiana», *Fede e Civiltà*, a. 59, n. 2 (1961), pp. 112, 115.

[89](#) L. Giussani, «L'educazione ecumenica», ib., p. 79.

Capítulo 9

[1](#) L. Giussani, «Il metodo», *L'azione giovanile*, n. 10 (21 diciembre 1958), p. 11.

[2](#) FCL, AMCL, *Gioventù Studentesca*, b. GS5, fasc. GS/14, «Cos'è Gioventù Studentesca».

[3](#) FCL, AMCL, *Gioventù Studentesca*, b. GS5, fasc. GS/15, «La persona singola e la scuola».

[4](#) L. Giussani, «Il metodo», op. cit., p. 11.

[5](#) FCL, AMCL, *Gioventù Studentesca*, b. GS5, fasc. GS/14, «Escuela de dirigentes 1959».

[6](#) Juan XXIII, Alocución con la que el Sumo Pontífice anunció el Sínodo Romano, el Concilio Ecuménico y la puesta al día del Código de derecho canónico, 25 enero 1959.

[7](#) Juan XXIII, Carta encíclica *Pacem in terris*, 83.

[8](#) FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Raccolta testi Giussani*, b. RG3, «Escuela de dirigentes G.S. 1959 (segunda lección que dio don L. Giussani, estenografiada el día 8/2/1959)».

[9](#) ADM, ASAM, b. 104, fasc. 55, f. 70, carta mecanografiada de Luigi Giussani a Giovanni Battista Montini, Milán, 19 mayo 1959.

[10](#) L. Giussani, *Il cammino al vero è un'esperienza*, SEI, Turín 1995, pp. X-XI. Obra publicada de nuevo por Rizzoli en 2006 (cf. ed. esp.: Id, *El camino a la verdad es una experiencia*, Encuentro, Madrid 2007², p. 19).

[11](#) Ib., pp. 9-10 (cf. ed. esp. p. 11).

[12](#) Ib., p. 10 (cf. ed. esp. p. 12).

[13](#) J. Guittón, *Arte nuova di pensare*, Paoline, Cinisello Balsamo (Milán) 1986, p. 71. (ed. esp.: Id, *Nuevo arte de pensar*, Encuentro, Madrid 2013).

[14](#) L. Giussani, *Il cammino al vero...*, op. cit., pp. 25, 56, 60, 70 (cf. ed. esp. pp. 23s, 45, 48, 55).

[15](#) Ib., pp. 14-15, 78-79 (cf. ed. esp. pp. 61s).

[16](#) L. Giussani, *Il cammino al vero...*, op. cit., p. 21 (cf. ed. esp. pp. 14-15).

[17](#) Ib., pp. 57-58 (cf. ed. esp. p. 46).

[18](#) Ib., pp. 59, 63-6 (cf. ed. esp. pp. 47, 51-54).

[19](#) Ib., pp. 69-70 (cf. ed. esp. p. 55).

[20](#) Ib., pp. 70-73 (cf. ed. esp. pp. 55-58).

[21](#) Ib., p. 74.

[22](#) Ib., pp. 41-42, 75 (cf. ed. esp. pp. 34s, 60).

[23](#) Ib., pp. 76-77 (cf. ed. esp. pp. 60s).

[24](#) FCL, AMCL, *Gioventù Studentesca*, b. GS5, fasc. GS/14, «Escuela de dirigentes. IIIª Lección».

[25](#) FCL, AMCL, *Gioventù Studentesca*, b. GS5, fasc. GS/14, «Escuela de dirigentes. IVª Lección».

[26](#) Pío XII, Carta encíclica *Fidei donum*, II.

[27](#) FCL, AMCL, *Gioventù Studentesca*, b. GS5, fasc. GS/14, «Escuela de dirigentes. IVª Lección».

[28](#) FCL, Marco Martini, Milán, 8 enero 1996, entrevista personal de Giorgio Bruno.

- ²⁹ L. Giussani, *La legge della Bassa*, suppl. *Tracce-Litterae communionis*, n. 11 (1998), pp. 11-14.
- ³⁰ FCL, *Documentación audiovisual*, Encuentro con don Luigi Giussani sobre la historia del movimiento, Milán, 27 noviembre 1995. Giussani se refiere aquí a *Il senso della caritativa* (Società Cooperativa Editoriale Nuovo Mondo, Milán 2010), el pequeño texto que se sigue sugiriendo a las personas de CL que quieren educarse en la dimensión de la caridad (hay edición en lengua española disponible en las sedes de CL).
- ³¹ L. Giussani, *La legge della Bassa*, op. cit., pp. 11-14.
- ³² G. Adornato, *Cronologia dell'episcopato...*, op. cit., p. 573.
- ³³ ADM, ASAM, b. 104, fasc. 55, f. 55, carta mecanografiada de Giovanni Battista Montini a Enrico Manfredini, Milán, 18 mayo 1960.
- ³⁴ FCL, AMCL, *Gioventù Studentesca*, b. GS9, fasc. GS/24, carta circular mecanografiada de Luigi Giussani y Vanni Padovani, Milán, 18 abril 1961.
- ³⁵ David Maria Turoldo (1916-1992), religioso y sacerdote de la Orden de los Siervos de Santa María, poeta y exponente del disenso intraeclesial, especialmente en los años del posconcilio, en nombre de la renovación de la Iglesia en sentido social.
- ³⁶ L. Giussani, *Dall'utopia alla presenza (1975-1978)*, op. cit., pp. 66-67 (cf. ed. esp. p. 70).
- ³⁷ F. Loi, *Da bambino il cielo. Autobiografia*, redacción de M. Raimondi, Garzanti, Milán 2010, pp. 160, 191-192.
- ³⁸ Lorenzo Milani (1923-1967) nació en Florencia. De familia burguesa, su madre era de origen judío. Trasladado a Milán en 1930, consiguió la reválida clásica en el liceo Berchet al comienzo de los años cuarenta. Al volver a Florencia a causa de la guerra, se convirtió al catolicismo y entró en el seminario. Ordenado sacerdote en 1947, fue capellán en San Donato de Calenzano y en 1954 prior de una pequeña parroquia de montaña, Barbiana, donde fundó una escuela popular para jóvenes, y además una escuela de formación industrial. En 1958 publicó *Esperienze pastorali*, que el Santo Oficio hizo retirar del comercio porque lo consideró inoportuno. En 1966, junto a los chicos de Barbiana empezó a escribir *Lettera a una professoressa*.
- ³⁹ F. Loi, *Da bambino il cielo...*, op. cit., pp. 192-193.
- ⁴⁰ Ib., pp. 160-161.
- ⁴¹ F. Loi, «Loi: era capace di guardare l'uomo dal di dentro», entrevista de F. Ferrari, *ilsussidiario.net*, 22 febrero 2010, publicado en el sitio web <http://www.ilsussidiario.net/News/Cultura/2010/2/22/Giussani-3-Loi-era-capace-di-guardare-l-uomo-dal-di-dentro/68476/>, URL consultada el 14 noviembre 2011.
- ⁴² Alberto Antoniazzi (1937-2004), presidente diocesano de la GIAC de Milán en los primeros años sesenta, ordenado sacerdote en 1965 en Belo Horizonte (Brasil), durante cuarenta años será profesor de teología, formador de seminaristas, coordinador del Plan pastoral diocesano y prorector de la Universidad Católica de Belo Horizonte.
- ⁴³ M. Camisasca, *Comunione e Liberazione. Le origini...*, op. cit., pp. 268-269 (cf. ed. esp. pp. 260s).
- ⁴⁴ FCL, AMCL, *Gioventù Studentesca*, b. GS9, fasc. GS/26, carta mecanografiada de Luigi Giussani a Enrico [Manfredini], Passo di Costalunga (Bolzano), 10 agosto 1961.
- ⁴⁵ Franco Bassanini, licenciado en derecho, desde 1960 a 1962 presidente de la FUCI de Milán, más tarde profesor universitario, diputado y ministro.
- ⁴⁶ FCL, AMCL, *Gioventù Studentesca*, b. GS11, fasc. GS/35, carta mecanografiada de Alberto Antoniazzi a Enrico Manfredini, 17 agosto 1961.
- ⁴⁷ M. Camisasca, *Comunione e Liberazione. Le origini...*, op. cit., p. 270 (cf. ed. esp. p. 262).
- ⁴⁸ R. Farina, «I seminari segreti del futuro movimento», *Il Sabato*, n. 39 (1984), p. 12.
- ⁴⁹ Giussani, *Il cammino al vero...*, op. cit., pp. 83-84 (cf. ed. esp. pp. 67s).
- ⁵⁰ Cf. L. Giussani, *Porta la speranza...*, op. cit., pp. 6-77 (cf. ed. esp. pp. 7-96).
- ⁵¹ L. Giussani, «Cristianesimo aperto», *Fede e civiltà*, a. 58, n. 3 (1960), p. 116; publicado de nuevo en Id., *Porta la speranza...*, op. cit., pp. 61-62 (cf. ed. esp. pp. 76-89).
- ⁵² L. Giussani, *Porta la speranza...*, op. cit., pp. 16-25 (cf. ed. esp. pp. 40-51).
- ⁵³ Cf. ib., pp. 155-162 (cf. ed. esp. pp. 167-173).
- ⁵⁴ G. Rossi, «Lettera ai Rocchigiani», *Rocca*, a. 20, n. 2 (1961), p. 6.
- ⁵⁵ L. Giussani, *Porta la speranza...*, op. cit., pp. 155-159 (cf. ed. esp. pp. 167-170).
- ⁵⁶ Ib., pp. 42-53 (cf. ed. esp. pp. 64-75).
- ⁵⁷ Franco Costa (1904-1977), licenciado en Derecho, sacerdote desde 1931, consiliario central de la FUCI desde 1955 a 1963. Participó en las tareas del Concilio ecuménico Vaticano II. En 1963 fue consagrado obispo y nombrado consiliario general de la Acción Católica Italiana, cargo que mantuvo hasta 1972, cuando fue elegido presidente de la Comisión episcopal para el laicado y presidente de la Comisión Justicia y Paz.
- ⁵⁸ La síntesis de la comunicación de Giussani se publicó en *Universitari e testimonianza cristiana*, ediciones

FUCI, Milán 1961 (Quaderni della FUCI, n. 6), con el título «L'universalità del messaggio cristiano»; publicado de nuevo L. Giussani, *Porta la speranza...*, op. cit., pp. 39-41 (cf. ed. esp. pp. 61-63).

⁵⁹ L. Giussani, *Porta la speranza...*, op. cit., pp. 39-40 (cf. ed. esp. pp. 61s).

⁶⁰ FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Raccolta testi Giussani*, b.RG, «Escuela de cargos 1962».

⁶¹ ADM, ASAM, b. 104, fasc. 55, f. 34, telegrama de Luigi Giussani a Giovanni Battista Montini, Varigotti (Savona), 29 septiembre 1962.

⁶² P. Bergamini (red), «Li vedevo dalla finestra», *Tracce-Litterae communionis*, n. 7 (2007), p. 52.

⁶³ FCL, *Documentación audiovisual*, Semana Santa de GS, Varigotti (Savona), 10-13 abril 1963.

⁶⁴ FCL, *Documentación audiovisual*, Encuentro con don Luigi Giussani sobre la historia del movimiento, Brescia, 22 noviembre 1978.

⁶⁵ ADM, ASAM, b. 104, fasc. 55, f. 40, carta manuscrita de un grupo de madres a Giovanni Battista Montini, Milán, 1 septiembre 1961.

⁶⁶ ADM, ASAM, b. 104, fasc. 55, f. 30, carta mecanografiada de Clelia Bianchi Fiocchi a Luigi Giussani y para conocimiento a Giovanni Battista Montini, 25 noviembre 1962.

⁶⁷ FCL, *Documentación audiovisual*, Encuentro con don Luigi Giussani sobre la historia del movimiento, Brescia, 22 noviembre 1978. De esta misma grabación están tomados también los dos relatos siguientes.

⁶⁸ L. Giussani, «Una presenza nell'ambiente», *Tracce-Litterae communionis*, n. 7 (2005), pp. 8-9 (cf. 'Una presenza en el ambiente', *Huellas* 7, 2005).

Capítulo 10

¹ FCL, Pier Luigi Bernareggi, Belo Horizonte (Brasil), 23 marzo 1999, entrevista escrita de Francesco D'Erasmus.

² L. Giussani, *Porta la speranza...*, op. cit., pp. 163-164 (cf. ed. esp. pp. 174s).

³ FCL, Pier Luigi Bernareggi, Belo Horizonte (Brasil), 23 marzo 1999, entrevista escrita de Francesco D'Erasmus.

⁴ Publicado de nuevo en L. Giussani, *Il cammino al vero è un'esperienza*, Rizzoli, Milán 2006, p. 121 (cf. ed. esp. p. 94).

⁵ FCL, Pier Luigi Bernareggi, Belo Horizonte (Brasil), 23 marzo 1999, entrevista escrita de Francesco D'Erasmus.

⁶ ASAEMD, *Documentación audiovisual*, Reunión extraordinaria del Grupo adulto, Gudo Gambaredo (Milán), 11 septiembre 1975.

⁷ FCL, Giulietta Loreti, Villasanta (Brianza), 27 noviembre 2000, entrevista personal de Anna Ballarino.

⁸ Debe recordarse que el número de personas que participaban en las reuniones era pequeño: en 1968, Paolo Mangini (diez años más joven que Giussani, al que había conocido en Asís al comienzo de los años sesenta, tras lo cual se adhirió a Gioventù Studentesca) informaba de que «han pasado casi sesenta personas por este grupo en tres años» (ASAEMD, *Documentación audiovisual*, Reunión del Grupo adulto, Milán, 3 febrero 1968). Y durante una reunión de aquel año, se habla varias veces de las personas presentes: «Quince» (ASAEMD, *Documentación audiovisual*, Reunión del Grupo adulto, Milán, 17 febrero 1968).

⁹ L. Giussani, *Un avvenimento di vita, cioè una storia*, op. cit., p. 86.

¹⁰ Los apuntes que se citan a continuación provienen del ASAEMD, documento ciclostilado titulado «Note da alcune lezioni di Luigi Giussani-Via Ariosto 16-Milán-1965».

¹¹ ASAEMD, documento mecanografiado titulado «Milano-Via Bagutta 1-12.9.1965».

¹² ASAEMD, documento mecanografiado titulado «Lezione di don Giussani al Gruppo 16. 10. 65».

¹³ ASAEMD, documento ciclostilado titulado «Retiro del 2.11.65: la fedeltà», Encuentro del Grupo adulto, Milán, 2 noviembre 1965.

¹⁴ ASAEMD, documento ciclostilado titulado «Lecciones Enero '65-Junio '66».

¹⁵ ASAEMD, documento mecanografiado titulado «Da una conversazione di Don Giussani G.B.-14 mayo 66».

¹⁶ L. Giussani, *Un avvenimento di vita, cioè una storia*, op. cit., pp. 89-90. Hablando de la fundación del Grupo adulto, el cardenal Ratzinger dirá que hace pensar en la «memoria que el Señor nos dejó en la sagrada Eucaristía, memoria que no es solo recuerdo del pasado, sino memoria que crea en el presente, memoria en la que Él mismo se pone en nuestras manos y en nuestros corazones, y así nos hace vivir» (J. Ratzinger, «Innamorato di Cristo. In un incontro, la strada», op. cit., p. 21.; cf. ed. esp.: p. 84).

¹⁷ ASAEMD, documento ciclostilado titulado «Sábado 18 junio 1966 Consideraciones de don Giussani sobre el año transcurrido».

¹⁸ G. Loreti, citada en M. Camisasca, *Comunione e Liberazione. La ripresa...*, op. cit., p. 174 (cf. ed. esp. p. 185).

¹⁹ ASAEMD, *Documentación audiovisual*, Encuentro del Grupo adulto, Milán, 23 marzo 1968.

- [20](#) ASAEMD, *Documentación audiovisual*, Encuentro del Grupo adulto, Milán, 2 diciembre 1967.
- [21](#) ASAEMD, *Documentación audiovisual*, Encuentro del Grupo adulto, Milán, 20 enero 1968.
- [22](#) ASAEMD, carta circular de Angelo [Di Chiano], Adriano [Rusconi], Paolo [Mangini], Vincenzo [Moretti], Gudo Gambaredo (Milán), 1 noviembre 1968.
- [23](#) A caballo entre 1967 y 1968 empezó también algo similar en la via Rosselli de Milán, donde vivieron Giuliana Contini y Giulietta Loreti. Esta última le dijo a Giussani que una experiencia como la del Grupo adulto solo era posible si una persona dejaba su casa de origen. Loreti recuerda que «nada nació alrededor de una mesa, todo nació dentro de una vida, también porque al comienzo Giussani estaba perplejo, perplejo en sentido positivo; decía: ‘Veamos’», frente a la insistencia de algunos para que la vida del Grupo adulto se convirtiera en algo físicamente identificable (FCL, Giulietta Loreti, Villasanta [Brianza], 27 noviembre 2000, entrevista personal de Anna Ballarino).
- [24](#) M. Campi, *Costruire una casa, costruire la chiesa*, Jaca Book, Milán 1970, pp. 13, 23, 24.
- [25](#) ASAEMD, *Documentación audiovisual*, Retiro de Navidad del Grupo adulto, 22 diciembre 1968.
- [26](#) ASAEMD, *Documentación audiovisual*, Ejercicios de verano del Grupo adulto, Subiaco (Roma), 3-8 agosto 1970.
- [27](#) ASAEMD, *Documentación audiovisual*, Ejercicios de verano del Grupo adulto, Le Pianazze (Piacenza), 1-6 agosto 1971.
- [28](#) ASAEMD, *Documentación audiovisual*, Ejercicios de verano del Grupo adulto, Le Pianazze (Piacenza), 29 julio-3 agosto 1972.
- [29](#) ASAEMD, *Documentación audiovisual*, Retiro de Cuaresma del Grupo adulto, Le Pianazze (Piacenza), 10-11 marzo 1973.
- [30](#) ASAEMD, *Fondo Appunti Casalboni*, Cuaderno 5, apuntes manuscritos del encuentro del primer año, Gudo Gambaredo (Milán), 29 septiembre 1974.
- [31](#) ASAEMD, *Documentación audiovisual*, Retiro de san Pedro y san Pablo del Grupo adulto, Le Pianazze (Piacenza), 28-29 junio 1975.
- [32](#) L. Giussani, *Un avvenimento di vita, cioè una storia*, op. cit., p. 89.

Capítulo 11

- [1](#) L. Giussani, *Il cammino al vero...*, op. cit., p. 42 (cf. ed. esp. p. 35).
- [2](#) ADM, ASAM, b. 104, fasc. 56, f. 6, «El congreso ‘Vivir las dimensiones del mundo’, sala Gonzaga, domingo 31 enero 9.30 horas», parcialmente publicado como «Vivir las dimensiones del mundo», *Milano Studenti*, n. 2 (1960), p. 12. Las citas siguientes que se refieren a este congreso, cuando no se indica lo contrario, provienen de este informe.
- [3](#) Giorgio La Pira (1904-1977), profesor de Derecho Romano en la Universidad de Florencia, miembro de la Asamblea Constituyente en 1946. Junto a Giuseppe Dossetti, Amintore Fanfani y Giuseppe Lazzati dio vida al «grupo de los jóvenes profesores», colaborando en la redacción de los principios fundamentales de la Constitución (como el valor de la persona humana, las libertades civiles y religiosas y el derecho al trabajo); desde 1951, alcalde de Florencia y luego de nuevo en 1960, diputado de la DC desde 1958; intensamente comprometido a nivel internacional en favor de la paz y del diálogo entre los pueblos, fue histórico su viaje a Moscú en 1959, durante el cual intervino en el Soviet Supremo en defensa de la distensión y del desarme; privilegiaba sobre todo la fidelidad a la Iglesia. Proclamado Siervo de Dios, está en curso su proceso de canonización.
- [4](#) ADM, ASAM, b. 104, fasc. 56, f. 9, «Allegato n. 2» [copia de la moción final del Congreso], parcialmente publicado como «Vivir las dimensiones del mundo», op. cit., p. 12.
- [5](#) FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Ufficio Relazioni Pubbliche*, b. URP.ES18, fasc. URP.ES/88, carta manuscrita de Giovanni Battista Montini a Luigi Giussani, Milán 2 marzo 1960.
- [6](#) L. Giussani, «Cristianesimo aperto», *Fede e Civiltà*, a. 58, n. 3 (1960), pp. 112120; publicado de nuevo en Id., *Porta la speranza...*, op. cit., p. 60 (cf. ed. esp. p. 82).
- [7](#) M. Colombo, *Aristide Pirovano. Il vescovo dei due mondi*, Centro Ambrosiano, Milán 1999, p. 135.
- [8](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Encuentro con Marcello Candia sobre la experiencia de Macapá, Milán, 5 mayo 1971.
- [9](#) P. Gheddo, *Il vescovo partigiano. Aristide Pirovano 1915-1997*, EMI, Bolonia 2007, pp. 76, 198.
- [10](#) Antonio dos Santos Cabral (1884-1967), arzobispo de la diócesis brasileña de Belo Horizonte desde su fundación, en 1921, hasta 1967.
- [11](#) FCL, AMCL, *Gioventù Studentesca*, b. GS7, fasc. GS/21, carta mecanografiada de Luigi Giussani a su

excelencia reverendísima [Antonio dos Santos Cabral], Milán, 9 marzo 1960.

[12](#) ADM, ASAM, b. 104, fasc. 55, f. 57, «Circa la G.S.», apunte manuscrito de Giovanni Battista Montini, 6 mayo 1960.

[13](#) ARCHIVO DE LA CURIA ARZOBISPAL DE MILÁN, Milán, carta manuscrita de Luigi Giussani a Giovanni Battista Montini, Milán, 21 junio 1960, con respuesta manuscrita de Giovanni Battista Montini, 1 julio 1960.

[14](#) ACAM, carta manuscrita de Marcello Mimmi a Giovanni Battista Montini, Roma, 14 julio 1960, con nota mecanografiada al pie de Giuseppe Ponzini, Milán, 5 agosto 1960.

[15](#) L. Giussani, *Lettere di fede...*, op. cit., pp. 110-111 (cf. ed. esp. pp. 120ss).

[16](#) CLIG, carta manuscrita de Luigi Giussani, 23 agosto [1960].

[17](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Consejo nacional de CL, Milán, 28-29 enero 1984.

[18](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Encuentro con don Luigi Giussani en la Universidad Bocconi, Milán, 4 abril 1984.

[19](#) ACAM, carta mecanografiada de Carlo Confalonieri a Giuseppe Schiavini, Roma, 18 julio 1961.

[20](#) FCL, Pier Luigi Bernareggi, Belo Horizonte (Brasil), 23 marzo 1999, entrevista escrita de Francesco D'Erasmus.

[21](#) *Gioventù Studentesca in Brasile*, Gioventù Studentesca (eds.), sin fecha, *pro manuscripto*.

[22](#) Publicado de nuevo en L. Giussani, *Porta la speranza...*, op. cit., pp. 11-15 (cf. ed. esp. pp. 35-39).

[23](#) Cf. «Gli studenti milanesi e il Brasile», *Okara*, n. 1 (junio 1962), pp. 35-39.

[24](#) Cf. L. Giussani, «Tu sol —pensando— o ideal, sei vero», *Tracce-Litterae communionis*, n. 1 (1999), pp. I-XII (cf. 'Solo tú —pensándolo—, oh ideal, eres verdadero', *Huellas*, 1 1999).

[25](#) FCL, AMCL, *Gioventù Studentesca*, b. GS12, fasc. GS/36, «Don Giussani presenta al obispo de Belo Horizonte. Nicoletta Padovani responde a las preguntas de un radio: reunión cuatro días antes de partir».

[26](#) FCL, AMCL, *Gioventù Studentesca*, b. GS18, fasc. GS/61, intervenciones con ocasión de la fiesta por la marcha de Pigi Bernareggi, Paolo Padovani y Luciano Di Pietro para Brasil.

[27](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Semana Santa de GS, Varigotti (Savona), 2528 marzo 1964.

[28](#) FCL, AMCL, *Gioventù Studentesca*, b. GS18, fasc. GS/61, «La comunidad de GS en Brasil a la comunidad de GS reunida en Varigotti».

[29](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Semana Santa de GS, Varigotti (Savona), 25-28 marzo 1964.

Capítulo 12

[1](#) ADM, ASAM, b. 104, fasc. 55, f. 26b, carta manuscrita de Giovanni Battista Montini a Luigi Giussani y Giovanni Padovani, [Ciudad del Vaticano, 11 noviembre 1962; fecha y lugar aparecen en el f. 26a, transcripción mecanografiada de este documento].

[2](#) Cf. M. Camisasca, *Comunione e Liberazione. Le origini...*, op. cit., pp. 241-242 (cf. ed. esp. p. 234).

[3](#) ADM, ASAM, b. 104, fasc. 55, f. 26b, carta manuscrita de Giovanni Battista Montini a Luigi Giussani y Giovanni Padovani [Ciudad del Vaticano, 11 noviembre 1962].

[4](#) M. Bocci, «'La Chiesa in quanto tale'. Il Concilio indiviso, da Gioventù Studentesca a Comunione e Liberazione», *Ballettino dell'Archivio per la storia del movimento sociale cattolico in Italia*, nn. 2-3, XLV (2010), pp. 211-213. Cf. L. Giussani, *Il Movimento di Comunione e Liberazione...*, op. cit., p. 133 (cf. ed. esp. p. 137).

[5](#) ADM, ASAM, b. 123, fasc. 499, f. 3, carta mecanografiada de Enrico Manfredini a Giovanni Battista Montini, Milán, 30 enero 1963.

[6](#) ADM, ASAM, b. 123, fasc. 499, f. 15, carta mecanografiada de Luigi Giussani a Enrico Manfredini, Milán, 23 enero 1963.

[7](#) Pasquale Macchi (1923-2006) fue secretario particular de Giovanni Battista Montini, Pablo VI, desde 1954 a 1978, primero en Milán y luego en Roma, y más tarde arzobispo prelado de Loreto.

[8](#) ADM, ASAM, b. 123, fasc. 499, f. 16, carta manuscrita de Enrico Manfredini a Pasquale [Macchi], Milán, 30 enero 1963.

[9](#) FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Ufficio Relazioni Pubbliche*, b. URP.ES18, fasc. URP.ES/88, carta mecanografiada de Giovanni Battista Montini a Luigi Giussani, Milán, 2 febrero 1963.

[10](#) FCL, AMCL, *Gioventù Studentesca*, b. GS12, fasc. GS/38, manifiesto impreso firmado por la presidencia de GS sobre la libertad de educación.

[11](#) ADM, ASAM, b. 164, fasc. 1751, f. 4, carta manuscrita de Luigi Giussani y Giovanni Padovani a Giovanni Battista Montini, Milán, 5 febrero 1963.

[12](#) FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Ufficio Relazioni Pubbliche*, b. URP.ES18, fasc.

URP.ES/88, carta mecanografiada de Giovanni Battista Montini a Luigi Giussani, Milán, 12 febrero 1963.

[13](#) E. Braghini, «Il confessionale, il tram e il cardinale», *Tracce-Litterae communionis*, n. 4 (2004), p. 3.

[14](#) Annibale Del Mare, nacido en Savona en 1914, corresponsal de guerra durante la Segunda Guerra Mundial para la *Gazzetta del Mezzogiorno* de Bari. Tras conocer a algunos soldados italoamericanos, acabada la guerra fundó en Milán un periódico de información con la intención de mantener las relaciones con ellos, *Cronache d'Italia*, que vio la luz en enero de 1948. Llegó a tener más de cinco mil «corresponsales abonados» en todo el mundo. Fueron numerosas sus iniciativas en favor de los emigrados, entre los cuales la «Nave del ricordo Fraterno», que le llevó a expedir más de medio millón de libros a decenas de países de todo el mundo.

[15](#) ADM, ASAM, b. 104, fasc. 55, f. 17, carta manuscrita de Luigi Giussani a Pasquale Macchi, Milán, 23 febrero 1963.

[16](#) ADM, ASAM, b. 104, fasc. 55, f. 16, nota manuscrita de Giovanni Battista Montini.

[17](#) ADM, ASAM, b. 104, fasc. 55, f. 15, carta mecanografiada de Annibale Del Mare a Giovanni Battista Montini, Milán, 14 marzo 1963.

[18](#) ADM, ASAM, b. 104, fasc. 55, f. 14, carta manuscrita de Giovanni Battista Montini a Annibale Del Mare, Milán, 14 marzo 1963.

[19](#) ADM, ASAM, b. 104, fasc. 55, f. 13, carta manuscrita de Annibale Del Mare a Giovanni Battista Montini, Milán, 16 marzo 1963.

[20](#) A. Del Mare, «I moschettieri della fede», *Gente*, n. 12 (22 marzo 1963).

[21](#) *Gente*, n. 13 (29 marzo 1963).

[22](#) Dorothy Day (1897-1980), periodista norteamericana, activamente comprometida en el mundo del trabajo, fundó, después de su conversión al catolicismo, el Catholic Worker Movement. Su causa de canonización está en marcha y Juan Pablo II la proclamó Sierva de Dios en 2000.

[23](#) D. Day, «Un'americana a Milano. Incontro imprevedibile», *Tracce-Litterae communionis*, n. 7 (2006), pp. 62-64.

[24](#) FCL, AMCL, *Gioventù Studentesca*, b. GS13, fasc. GS/44, manifiesto impreso firmado por GS sobre el fallecimiento de Juan XXIII.

[25](#) FCL, AMCL, *Gioventù Studentesca*, b. GS13, fasc. GS/45, carta a Giovanni Battista Montini, 14 junio 1963.

[26](#) FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Ufficio Relazioni Pubbliche*, b. URP.ES18, fasc. URP.ES/88, carta manuscrita de Giovanni Battista Montini a Luigi Giussani, Milán, 16 junio 1963.

[27](#) FCL, AMCL, *Gioventù Studentesca*, b. GS13, fasc. GS/45, carta manuscrita de Cesare [Pagani] a Luigi Giussani, Milán, 27 julio 1963.

[28](#) FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Raccolta testi Giussani*, b. RG25, «Bologna 21 enero 85. Encuentro de los sacerdotes del norte de Italia con don Giussani». En 1977 Giussani insertará su texto sobre la experiencia en uno de sus libros más conocidos, *Il rischio educativo* (ed. esp. *Educare es un riesgo*, Encuentro, Madrid 1986-2006⁷).

[29](#) L. Giussani, *Il rischio educativo*, op. cit., pp. 126-127, 131 (cf. ed. esp. pp. 120s).

[30](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Ejercicios Encargados de GS, Varigotti (Savona), 6-9 septiembre 1963.

[31](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Décima Semana estudiantes de GS (II turno), Varigotti (Savona), 26-30 septiembre 1963.

[32](#) Pablo VI, *Audiencia general*, 17 julio 1963.

[33](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Décima Semana estudiantes de GS (II turno), Varigotti (Savona), 26-30 septiembre 1963.

[34](#) Pablo VI, *Audiencia general*, 17 julio 1963.

[35](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Décima Semana estudiantes de GS (II turno), Varigotti (Savona), 26-30 septiembre 1963.

[36](#) Pablo VI, Carta encíclica *Ecclesiam Suam*, 13.

[37](#) M. Camisasca, *Comunione e Liberazione. Le origini...*, op. cit., p. 258 (cf. ed. esp. p. 250).

[38](#) El tema será crucial para la vida de la Iglesia en los años siguientes. Su actualidad está documentada por el *incipit* de la primera encíclica de Benedicto XVI, la *Deus caritas est*: «En el principio del ser cristiano no hay una decisión ética o una gran idea, sino el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da a la vida un nuevo horizonte y con ello una orientación decisiva» (Benedicto XVI, Carta encíclica *Deus caritas est*, 1).

[39](#) *Conversazioni con Mons. Luigi Giussani 1992-1994*, op. cit., pp. 35-36.

[40](#) L. Giussani, *Avvenimento di libertà...*, op. cit., pp. 78-79.

[41](#) Juan XXIII, *Discurso para la solemne apertura del Concilio Ecuménico Vaticano II*, 1 octubre 1962, 5.5, 6.5.

[42](#) L. Giussani, «CL: assumere Cristo e la Chiesa come proposta globale di vita», *Terra Ambrosiana*, a. 25, n. 2

(1984), p. 32.

[43](#) L. Giussani, en P. J. Cordes, *Segni di speranza. Movimenti e nuove realtà nella vita della Chiesa alla vigilia del Giubileo*, San Paolo, Cinisello Balsamo (Milán) 1998, pp. 103-104.

[44](#) L. Giussani, *Il Movimento di Comunione e Liberazione...*, op. cit., p. 57 (cf. ed. esp. p. 58).

[45](#) L. Giussani, *Da quale vita nasce Comunione e Liberazione*, supl. *Tracce-Litterae communionis*, n. 2 (2010), pp. 16-17 (cf. 'De qué vida nace Comunión y Liberación', cuaderno disponible en sedes de CL, ndt).

[46](#) *Lumen gentium*, Constitución dogmática sobre la Iglesia, 21 noviembre 1964, 3-4.

[47](#) *Ib.*, 48.

[48](#) E. Manfredini, «Comunione: il punto da cui nasce la nostra storia», *Milano Studenti*, n. 1 (1965), p. 9.

[49](#) *Lumen gentium*, op. cit., 9.

[50](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Lección de don Luigi Giussani sobre la *Lumen Gentium*, Piacenza, 10 marzo 1973.

[51](#) Cf. E. Busch, *Karl Barth. Biografia*, Queriniana, Brescia 1977, pp. 327-328. El encuentro al que se refería Giussani se celebró, según esta autorizada fuente, al final de agosto de 1949.

[52](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Lección de don Luigi Giussani sobre la *Lumen Gentium*, Piacenza, 10 marzo 1973.

[53](#) L. Giussani, en P. J. Cordes, *Segni di speranza...*, op. cit., p. 103.

[54](#) *Realizzare il Concilio. Il contributo di Comunione e Liberazione. Atti del Convegno di studio nel ventennale dell'apertura del Concilio Ecumenico Vaticano II. Roma, 2-3 ottobre 1982*, supl. *Litterae communionis-CL*, n. 11 (1982), p. 82.

[55](#) L. Giussani, «Che cos'è Gioventù Studentesca», *Spiritualità missionaria*, supl. de *Fede e Civiltà*, a. 62, n. 6 (1964), pp. 95-96; ahora en Id., *Porta la speranza*, op. cit., pp. 74-77 (cf. ed. esp. pp. 94-96).

[56](#) *Lumen gentium*, op. cit., 1.

[57](#) M. Camisasca, *Comunione e Liberazione. Le origini...*, op. cit., p. 127 (cf. ed. esp. p. 125).

[58](#) M. Bocci, «'La Chiesa in quanto tale'...», op. cit., p. 225.

[59](#) L. Giussani, *Dalla liturgia vissuta: una testimonianza*, Jaca Book, Milán 1973, pp. 3-4 (cf. ed. esp.: Id., *Para vivir la liturgia: un testimonio. Apuntes de meditaciones comunitarias*, Encuentro, Madrid 2007, p. 10).

[60](#) M. Camisasca, *Comunione e Liberazione. Le origini...*, op. cit., pp. 121-122 (cf. ed. esp. p. 120).

[61](#) L. Giussani, «L'educazione ecumenica», *Fede e Civiltà*, a. 59, n. 2 (1961), pp. 79-85; ahora en Id., *Porta la speranza...*, op. cit., pp. 50-51 (cf. ed. esp. pp. 72s).

[62](#) L. Giussani, *Dalla liturgia vissuta: una testimonianza*, op. cit., p. 5 (cf. ed. esp. p. 11).

[63](#) *Ib.*, pp. 5-6 (cf. ed. esp. pp. 11s).

[64](#) *Dei Verbum*, Constitución dogmática sobre la Revelación divina, 18 noviembre 1965, 23.

[65](#) *Ib.*, 25.

[66](#) M. Bocci, «'La Chiesa in quanto tale'...», op. cit., p. 227.

[67](#) *Dei Verbum*, Constitución dogmática sobre la revelación divina, 2.

[68](#) *Realizzare il Concilio. Il contributo di Comunione e Liberazione...*, op. cit., p. 85.

[69](#) L. Giussani, *Un avvenimento di vita, cioè una storia*, op. cit., p. 364.

[70](#) M. Bocci, «'La Chiesa in quanto tale'...», op. cit., p. 204.

[71](#) La entrevista, publicada por primera vez en mayo 1979, se publicó de nuevo como L. Giussani, *Da quale vita nasce Comunione e Liberazione*, entrevista de G. Sarco, supl. *Tracce-Litterae communionis*, n. 2 (2010), p. 17.

[72](#) *Gaudium et spes*, Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo contemporáneo, 7 diciembre 1965, 43.

[73](#) L. Giussani, «La certezza della fede e la cultura cristiana», *L'Osservatore Romano*, 29 octubre 1982, p. 4.

[74](#) M. Camisasca, *Don Giussani*, San Paolo, Cinisello Balsamo (Milán) 2009, pp. 51-52.

[75](#) M. Bocci, «'La Chiesa in quanto tale'...», op. cit., p. 203.

[76](#) R. Farina, en L. Giussani, *Un caffè in compagnia...*, op. cit., p. 87.

[77](#) FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Raccolta testi Giussani*, b. RG20, «'Processo e prospettive a 20 anni dal Concilio'. Tarento, 20 febrero 1986».

[78](#) *Lumen gentium*, Constitución dogmática sobre la Iglesia, 21 noviembre 1964, 1.

[79](#) Pablo VI, *Homilía de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo*, 29 junio 1972.

[80](#) FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Raccolta testi Giussani*, b. RG20, «'Processo e prospettive a 20 anni dal Concilio'. Tarento, 20 febrero 1986».

[81](#) Pablo VI, *Audiencia general*, 23 julio 1975.

[82](#) FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Raccolta testi Giussani*, b. RG20, «'Processo e prospettive a 20 anni dal Concilio'. Tarento, 20 febrero 1986».

[83](#) L. Giussani, *Il Movimento di Comunione e Liberazione...*, op. cit., pp. 57-58 (cf. ed. esp. p. 58).

- [84](#) M. Bocci, «‘La Chiesa in quanto tale’...», op. cit., p. 235.
- [85](#) J. Ratzinger, «Un nuovo inizio che apre porte al futuro», entrevista de R. Fontolan, *Tracce-Litterae communionis*, n. 9 (2004), p. 6 (cf. ‘Un nuevo inicio que abre las puertas del futuro’, *Huellas*, 9, 2004).
- [86](#) FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Raccolta testi Giussani*, b. RG20, «‘Proceso e prospettive a 20 anni dal Concilio’. Tarento, 20 febrero 1986».
- [87](#) L. Giussani, *Lettere di fede...*, op. cit., p. 114 (cf. ed. esp. p. 124).
- [88](#) L. Giussani, «Una presenza nell’ambiente», *Tracce-Litterae Communionis*, n. 7 (2005), pp. 1-2 (cf. ‘Una presencia en el ambiente’, *Huellas*, 7, 2005).
- [89](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Informe a los dirigentes de GS sobre las relaciones GS-AC, septiembre 1964.
- [90](#) L. Giussani, *Dal temperamento un metodo*, BUR, Milán 2002, p. 119 (cf. ed. esp.: Id., *De un temperamento, un método*. Encuentro, Madrid 2008, pp. 127s).
- [91](#) Cf. ADM, ASAC, b. 198, fasc. *Sacerdoti-Giussani Luigi*, carta manuscrita de Renato Riva a Giovanni Colombo, Rho (Milán), 19 febrero 1964.
- [92](#) ALCB, b. 566- Luigi Giussani, fasc. «Congedi», carta manuscrita de Luigi Giussani a Yoseph Colombo, Milán, 31 marzo 1964, con un certificado médico manuscrito adjunto firmado por Renato Riva, Milán, 24 marzo 1964.
- [93](#) ALCB, b. 566-Luigi Giussani, fasc. «Congedi», carta mecanografiada de Ubaldo Valentini (Curia Arzobispal de Milán, Oficina de Catequesis) a Yoseph Colombo, Milán, 31 marzo 1964.
- [94](#) L. Giussani, *Lettere di fede...*, op. cit., p. 115 (cf. ed. esp. p. 125).
- [95](#) ADM, ASAC, b. 198, fasc. *Sacerdoti-Giussani Luigi*, carta manuscrita de Renato Riva a Giovanni Colombo, Rho (Milán), 4 mayo 1964.
- [96](#) ADM, ASAC, b. 198, fasc. *Sacerdoti-Giussani Luigi*, carta manuscrita de Luigi Giussani a Giovanni Colombo, Milán, 4 mayo 1964.
- [97](#) ADM, ASAC, b. 198, fasc. *Sacerdoti-Giussani Luigi*, carta manuscrita de Luigi Giussani a Giovanni Colombo, Milán, 13 septiembre 1964.
- [98](#) Alessandro Maggiolini (1931-2008), sacerdote ambrosiano, luego obispo auxiliar de Milán, obispo de Carpi, y finalmente, de Como.
- [99](#) M. Camisasca, *Comunione e Liberazione. Le origini...*, op. cit., p. 273 (cf. ed. esp. p. 265).
- [100](#) FCL, Eugenia Scabini, Milán, 11 noviembre 1998, entrevista personal de Matteo Stoduto.
- [101](#) FCL, Angelo Scola, Roma, 23 enero 1996, entrevista personal de Primo Soldi y Giorgio Bruno.
- [102](#) L. Giussani, *Il cammino al vero...*, op. cit., pp. 131-132 (cf. ed. esp. pp. 134s).
- [103](#) ADM, ASAC, b. 198, fasc. *Sacerdoti-Giussani Luigi*, carta manuscrita de Luigi Giussani a Giovanni Colombo, 24 junio 1966.
- [104](#) ADM, ASAC, b. 198, fasc. *Sacerdoti-Giussani Luigi*, carta mecanografiada de Giovanni Colombo a Luigi Giussani, 10 julio 1966.
- [105](#) ADM, ASAC, b. 198, fasc. *Sacerdoti-Giussani Luigi*, carta mecanografiada de Giovanni Colombo a Luigi Giussani, Milán, 30 julio 1969.
- [106](#) G. Lazzati, *Laici cristiani nella città dell’uomo. Scritti ecclesiali e politici 1945-1986*, G. Formigoni (ed), San Paolo, Cinisello Balsamo (Milán) 2009, p. 148.
- [107](#) ADM, ASAC, b. 198, fasc. *Sacerdoti-Giussani Luigi*, carta manuscrita de Luigi Giussani a Giovanni Colombo, Milán, 28 octubre 1967.
- [108](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Ejercicios del Centro Charles Péguy, Riccione (Rimini), 1-4 noviembre 1969.
- [109](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Ejercicios del Centro Charles Péguy, Riccione (Rimini), 1-4 noviembre 1969.
- [110](#) ADM, ASAC, b. 198, fasc. *Sacerdoti-Giussani Luigi*, carta manuscrita de Luigi Giussani a Giovanni Colombo, Milán, 26 mayo 1970.
- [111](#) ADM, ASAC, b. 198, fasc. *Sacerdoti-Giussani Luigi*, carta mecanografiada de Giovanni Colombo a Luigi Giussani, Milán, 2 junio 1970.
- [112](#) ADM, ASAC, b. 198, fasc. *Sacerdoti-Giussani Luigi*, carta manuscrita de Luigi Giussani a Giovanni Colombo, Milán, 10 octubre 1970.
- [113](#) ADM, ASAC, b. 198, fasc. *Sacerdoti-Giussani Luigi*, carta mecanografiada de Luigi Giussani a Giovanni Colombo, Milán, 19 abril 1971.
- [114](#) ADM, ASAC, b. 198, fasc. *Sacerdoti-Giussani Luigi*, carta manuscrita de Luigi Giussani a Giovanni Colombo, Milán, 12 junio 1971.
- [115](#) A. Scola, «Un’affezione ancora più accorata», entrevista de R. Fontolan, *Tracce-Litterae communionis*, n. 2

(2008), pp. 24-25 (cf. 'Un afecto aún más vivo', *Huellas*, 2, 2008).

[116](#) A. Scola, «L'io, l'Avvenimento e il genio educativo», op. cit., p. 71.

[117](#) ADM, ASAC, b. 198, fasc. *Sacerdoti-Giussani Luigi*, carta manuscrita de Luigi Giussani a Giovanni Colombo, Lorica di Cosenza (Cosenza), 8 julio 1971.

[118](#) ADM, ASAC, b. 198, fasc. *Sacerdoti-Giussani Luigi*, carta mecanografiada de Giovanni Colombo a Luigi Giussani, 26 julio 1971.

[119](#) ADM, ASAC, b. 198, fasc. *Sacerdoti-Giussani Luigi*, carta manuscrita de Luigi Giussani a Giovanni Colombo, Milán, 21 agosto 1971.

[120](#) G. Biffi, «Introduzione», en M. Camisasca, *Comunione e Liberazione. La ripresa...*, op. cit., pp. 12-13 (cf. ed. esp. p. 18).

[121](#) G. Colombo, «Dichiarazione del cardinale arcivescovo alla riunione della presidenza diocesana di Azione Cattolica», *Rivista Diocesana Milanese*, a. 59, n. 11 (1971), p. 670.

[122](#) G. Colombo, «Consiglio presbiteriale di Milano», *Rivista Diocesana Milanese*, a. 59, n. 12 (1971), p. 744.

[123](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Diaconía de CL, Milán, 29 noviembre 1971.

[124](#) ADM, ASAC, b. 198, fasc. *Sacerdoti-Giussani Luigi*, carta manuscrita de Luigi Giussani a Giovanni Colombo, Milán, 19 enero 1972.

[125](#) ADM, ASAC, b. 198, fasc. *Sacerdoti-Giussani Luigi*, carta manuscrita de Luigi Giussani a Giovanni Colombo, Milán, 18 septiembre 1972.

[126](#) ADM, ASAC, b. 198, fasc. *Sacerdoti-Giussani Luigi*, folio manuscrito con apuntes de Giovanni Colombo, adjunto a la carta de Luigi Giussani del 18 septiembre 1972.

[127](#) ADM, ASAC, b. 198, fasc. *Sacerdoti-Giussani Luigi*, carta manuscrita de Luigi Giussani a Giovanni Colombo, Milán, 24 diciembre 1972.

[128](#) FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Ufficio Relazioni Pubbliche*, b. URP.ES18, fasc. URP.ES/89, carta manuscrita de Giovanni Colombo a Luigi Giussani, Milán, Santa Navidad 1972.

[129](#) Enrico Bartoletti (1916-1976), licenciado en Teología y en Sagrada Escritura, sacerdote desde 1939, rector del Seminario Mayor de Florencia, participó en las tareas del Concilio Vaticano II. Arzobispo coadjutor de Lucca en 1971, desde 1972 fue Secretario general de la Conferencia episcopal italiana. Está en proceso su causa de canonización.

[130](#) ADM, ASAC, b. 198, fasc. *Sacerdoti-Giussani Luigi*, carta manuscrita de Luigi Giussani a Giovanni Colombo, Milán, 13 enero 1973.

[131](#) ADM, ASAC, b. 198, fasc. *Sacerdoti-Giussani Luigi*, carta manuscrita de Luigi Giussani a Giovanni Colombo, Milán, 26 enero 1973.

[132](#) FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Ufficio Relazioni Pubbliche*, b. URP.ES18, fasc. URP.ES/89, carta manuscrita de Giovanni Colombo a Luigi Giussani, Milán, 2 febrero 1973.

[133](#) FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Ufficio Relazioni Pubbliche*, b. URP.ES1, fasc. URP.ES/1, carta mecanografiada de Luigi Giussani a Pablo VI, Milán, 24 enero 1973.

[134](#) ADM, ASAC, b. 198, fasc. *Sacerdoti-Giussani Luigi*, carta mecanografiada [de Jean-Marie Villot] a Giovanni Colombo, Ciudad del Vaticano, 15 marzo 1973.

[135](#) ADM, ASAC, b. 198, fasc. *Sacerdoti-Giussani Luigi*, carta mecanografiada de Giovanni Colombo a Jean-Marie Villot, 23 marzo 1973.

[136](#) ADM, ASAC, b. 198, fasc. *Sacerdoti-Giussani Luigi*, carta manuscrita de Luigi Giussani a Giovanni Colombo, Milán, 18 abril 1973.

[137](#) FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Ufficio Relazioni Pubbliche*, b. URP.ES18, fasc. URP.ES/89, carta mecanografiada de Giovanni Colombo a Luigi Giussani, Milán, 25 abril 1973.

[138](#) ADM, ASAC, b. 198, fasc. *Sacerdoti-Giussani Luigi*, carta mecanografiada de Giovanni Colombo a Antonio Poma, 7 mayo 1973.

[139](#) Pablo VI, *Discurso al Sacro Colegio de los Cardenales*, 22 junio 1973.

[140](#) FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Ufficio Relazioni Pubbliche*, b. URP.ES1, fasc. URP.ES/1, «Telegrama enviado al Papa con fecha 9/7/'73».

[141](#) ADM, ASAC, b. 198, fasc. *Sacerdoti-Giussani Luigi*, carta manuscrita de Luigi Giussani a Giovanni Colombo, Milán, 14 agosto 1973.

[142](#) FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Ufficio Relazioni Pubbliche*, b. URP.ES18, fasc. URP.ES/89, carta mecanografiada de Giovanni Colombo a Luigi Giussani, Milán, 26 agosto 1973.

[143](#) ADM, ASAC, b. 198, fasc. *Sacerdoti-Giussani Luigi*, carta manuscrita de Luigi Giussani a Giovanni Colombo, Milán, 3 noviembre 1973.

[144](#) FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Ufficio Relazioni Pubbliche*, b. URP.ES18, fasc.

URP.ES/89, carta mecanografiada de Giovanni Colombo a Luigi Giussani, Milán, 7 noviembre 1973.

[145](#) ADM, ASAC, b. 198, fasc. *Sacerdoti-Giussani Luigi*, carta mecanografiada de Luigi Giussani a Giovanni Colombo, Milán, 17 noviembre 1973.

[146](#) ADM, ASAC, b. 198, fasc. *Sacerdoti-Giussani Luigi*, carta manuscrita de Luigi Giussani a Giovanni Colombo, Milán, 19 enero 1974.

[147](#) ADM, ASAC, b. 198, fasc. *Sacerdoti-Giussani Luigi*, carta manuscrita de Luigi Giussani a Giovanni Colombo, Milán, 6 octubre 1974.

[148](#) FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Ufficio Relazioni Pubbliche*, b. URP.ES18, fasc. RP.ES/89, carta mecanografiada de Giovanni Colombo a Luigi Giussani, Milán, 19 octubre 1974.

[149](#) ADM, ASAC, b. 198, fasc. *Sacerdoti-Giussani Luigi*, carta manuscrita de Luigi Giussani a Giovanni Colombo, Milán, 24 marzo 1975.

[150](#) ADM, ASAC, b. 198, fasc. *Sacerdoti-Giussani Luigi*, carta manuscrita de Luigi Giussani a Giovanni Colombo, Milán, 27 agosto 1975.

[151](#) ADM, ASAC, b. 198, fasc. *Sacerdoti-Giussani Luigi*, carta manuscrita de Luigi Giussani a Giovanni Colombo, Milán, 20 febrero 1976.

[152](#) ADM, ASAC, b. 198, fasc. *Sacerdoti-Giussani Luigi*, carta manuscrita de Luigi Giussani a Giovanni Colombo, Milán, 4 diciembre 1976.

[153](#) ADM, ASAC, b. 198, fasc. *Sacerdoti-Giussani Luigi*, carta manuscrita de Luigi Giussani a Giovanni Colombo, Milán, 19 diciembre 1976.

[154](#) G. Colombo, «S. Ambrogio, maestro di libertà», en Id., *I discorsi di S. Ambrogio. Un momento della Chiesa di Milano*, Glossa, Milán 1997, pp. 147-149, 153-155.

[155](#) ADM, ASAC, b. 198, fasc. *Sacerdoti-Giussani Luigi*, carta manuscrita de Luigi Giussani a Giovanni Colombo, Milán, 19 diciembre 1976.

[156](#) FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Ufficio Relazioni Pubbliche*, b. URP.ES/18, fasc. URP.ES/89, carta de Giovanni Colombo a Luigi Giussani, Milán, 27 diciembre 1977.

[157](#) ADM, ASAC, b. 198, fasc. *Sacerdoti-Giussani Luigi*, carta manuscrita de Luigi Giussani a Giovanni Colombo, Milán, 22 septiembre 1978.

[158](#) G. Colombo, *I discorsi di S. Ambrogio...*, op. cit., pp. 180-181, 185.

[159](#) ADM, ASAC, b. 198, fasc. *Sacerdoti-Giussani Luigi*, carta manuscrita de Luigi Giussani a Giovanni Colombo, Milán, 23 diciembre 1978.

[160](#) ADM, ASAC, b. 198, fasc. *Sacerdoti-Giussani Luigi*, carta manuscrita de Luigi Giussani a Giovanni Colombo, Milán, 20 marzo 1979.

[161](#) Juan Pablo II, *Discurso a los jóvenes de «Comunión y Liberación»*, 31 marzo 1979.

[162](#) ADM, ASAC, b. 198, fasc. *Sacerdoti-Giussani Luigi*, carta manuscrita de Luigi Giussani a Giovanni Colombo, Milán, 5 abril 1979.

[163](#) FCL, Giacomo Biffi, Bolonia, 16 enero 1996, entrevista personal de Giorgio Bruno y Primo Soldi.

[164](#) F. Bernasconi, *Verità e amore. Biografia del Card. Giovanni Colombo*, Centro Ambrosiano, Milán 2001, p. 47.

[165](#) G. Colombo, citado ib.

[166](#) L. Giussani, *Un avvenimento di vita, cioè una storia*, op. cit., p. 54.

[167](#) G. Biffi, «Introduzione», en M. Camisasca, *Comunione e Liberazione. La ripresa...*, op. cit., p. 12 (cf. ed. esp. pp. 17s).

[168](#) L. Giussani, *Il Movimento di Comunione e Liberazione...*, op. cit., pp. 181-182 (cf. ed. esp. p. 187).

[169](#) J. Ratzinger, «Innamorato di Cristo. In un incontro, la strada», op. cit., p. 21 (cf. trad. esp. en A. Scola, *Luigi Giussani...*, op. cit. p. 83).

Capítulo 13

[1](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Ejercicios de GL, Varigotti (Savona), 1-3 mayo 1964.

[2](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Vacaciones de los *maturati* de GS, Campitello di Fassa (Trentino), 25 julio-10 agosto 1964.

[3](#) Pablo VI, Carta encíclica *Ecclesiam Suam*, III, 24.

[4](#) FCL, AMCL, *Gioventù Studentesca*, b. GS21, fasc. GS/71, «Reunión de los dirigentes de GS, GL, GIAC: preparación del congreso que se celebrará en febrero sobre el tema ‘Situación cultural de Milán’, 1 nov. 1964».

[5](#) Juan XXIII, Carta encíclica *Pacem in Terris*, V, 153.

- ⁶ FCL, AMCL, *Gioventù Studentesca*, b. GS21, fasc. GS/71, «Reunión de los dirigentes de GS, GL, GIAC: preparación del congreso que se celebrará en febrero sobre el tema ‘Situación cultural de Milán’, 1 nov. 1964».
- ⁷ L. Pazzaglia, «Il carisma dell’esperienza», *Tracce-Litterae communionis*, n. 2 (2010), pp. 21-22 (cf. ‘El carisma de la experiencia’, *Huellas*, 2, 2010).
- ⁸ L. Giussani, *Il Movimento di Comunione e Liberazione...*, op. cit., p. 49 (cf. ed. esp. p. 49).
- ⁹ Esta y las siguientes noticias sobre la carrera académica de Luigi Giussani, cuando no haya una nota específica, están sacadas del expediente personal que se conserva en la Universidad Católica del Sacro Cuore, Milán, Dirección de recursos humanos, Serie expedientes de personal docente, posición 3584.
- ¹⁰ Se ha preferido ofrecer en estas páginas un *excursus* histórico de sus años de enseñanza en la Universidad Católica, con especial atención a la estructura de los cursos y al método de enseñanza, dejando para capítulos posteriores la documentación de las relaciones con los universitarios del movimiento a lo largo de los años.
- ¹¹ UC, Dirección de recursos humanos, Serie expedientes de personal docente, posición 3584, subexpediente «Asistente voluntario», declaración mecanografiada de Luigi Giussani, Milán 6 octubre 1965.
- ¹² ARCHIVO DE LA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL SACRO CUORE, *Papeles monseñor Carlo Colombo*, b. 240, fasc. «Correspondencia específica», subfasc. «Don Aceti», carta mecanografiada de Guido Aceti a Luigi Giussani, Milán, 26 septiembre 1966.
- ¹³ AUC, *Papeles monseñor Carlo Colombo*, b. 240, fasc. «Correspondencia específica», subfasc. «Prof. Franceschini», carta mecanografiada [de Carlo Colombo a Ezio Franceschini], Roma, 2 octubre 1967.
- ¹⁴ AUC, *Papeles monseñor Carlo Colombo*, b. 240, fasc. «Correspondencia específica docentes», carta manuscrita de Luigi Giussani [a Carlo Colombo], Milán, 16 octubre 1967.
- ¹⁵ L. Giussani, «Il ricupero dei valori religiosi nel personalismo americano e la filosofia di Edgar Sheffield Brightman», *Filosofia e vita*, a. 8 (1967), pp. 71-85.
- ¹⁶ L. Giussani, «Aspetti della concezione della storia in Reinhold Niebuhr», *Rivista di Filosofia neo-scolastica*, a. 60 (1968), pp. 167-190.
- ¹⁷ L. Giussani, «Reinhold Niebuhr e i fondamenti della sua etica», *La Scuola Cattolica*, a. 96 (1968), pp. 491-507.
- ¹⁸ L. Giussani, *Il Movimento di Comunione e Liberazione...*, op. cit., p. 53 (cf. ed. esp. p. 53).
- ¹⁹ El libro se publicó en Hildephonsiana, la colección de estudios teológicos y religiosos de la facultad teológica del seminario episcopal de Milán, Ediciones La Scuola Cattolica. El libro será reeditado por Jaca Book en 1989; y de nuevo por Marietti en 2003.
- ²⁰ AUC, *Fondo Rettorato Lazzati*, b. 6, fasc. 2, subfasc. 4, nota mecanografiada de Giuseppe Lazzati a Luigi Giussani, Milán, 13 julio 1969.
- ²¹ L. Giussani, *Reinhold Niebuhr*, Jaca Book, Milán 1969.
- ²² AUC, *Fondo Rettorato Lazzati*, b. 9, fasc. 1, subfasc. 2, carta mecanografiada de Pietro Zerbi a Giuseppe Lazzati, Craveggia (Verbania), 9 agosto 1970.
- ²³ AUC, *Fondo Rettorato Lazzati*, b. 9, fasc. 1, subfasc. 2, carta mecanografiada [de Giuseppe Lazzati a Pietro Zerbi], 27 agosto 1970.
- ²⁴ Juan Pablo II, *Discurso en la Universidad Católica del Sacro Cuore*, 8 diciembre 1978, 5.
- ²⁵ L. Giussani, *Guardare Cristo*, supl. *Litterae communionis-CL*, n. 4 (1990), p. 6.
- ²⁶ L. Giussani, «Strumento principe di rievangelizzazione», *Avvenire*, 26 abril 1987, p. 18.
- ²⁷ S. Alberto, «Università. L’insegnamento di don Giussani», *Fraternità e Missione*, n. 5 (2010), pp. 2-3.
- ²⁸ FCL, *Documentación audiovisual*, Encuentro con don Luigi Giussani sobre la historia del movimiento, Milán, 5 febrero 1996.
- ²⁹ FCL, Romano Scalfi, Milán, 8 marzo 1999, entrevista personal de Anna Ballarino.
- ³⁰ Las fotografías se conservan entre los PAPELES PAOLO MANGINI, Buccinasco (Milán).
- ³¹ CPM, carta manuscrita de Luigi Giussani a Paolo Mangini, San Antonio, Texas (EE UU), 22 junio 1965.
- ³² CPM, carta manuscrita de Paolo Mangini a William Congdon, Milán 29 mayo 1965.
- ³³ CPM, carta mecanografiada de Paolo Mangini a William Congdon, Milán, 31 mayo 1965.
- ³⁴ CPM, carta manuscrita de Paolo Mangini a William Congdon, 3 junio 1965.
- ³⁵ ADM, ASAC, b. 198, fasc. *Sacerdoti-Giussani Luigi*, carta manuscrita de Luigi Giussani a Giovanni Colombo, Milán, 14 junio 1965.
- ³⁶ ADM, ASAC, b. 198, fasc. *Sacerdoti-Giussani Luigi*, rescripto de la Sagrada Congregación Consistorial firmada por Carlo Confalonieri, Roma, 2 junio 1965.
- ³⁷ CPM, carta manuscrita de William Congdon a Paolo Mangini, 17 junio 1965.
- ³⁸ CPM, carta manuscrita de Paolo Mangini a William Congdon, 18 junio 1965.
- ³⁹ CPM, carta manuscrita de Paolo Mangini a William Congdon, [21 junio 1965].
- ⁴⁰ Monseñor Lorenzo Albacete (fallecido en octubre 2014, *ndt*), puertorriqueño, era teólogo y escritor, licenciado

en Física y Ciencias del espacio. Protagonista del despertar de la experiencia cristiana en Estados Unidos, era una figura destacada de la cultura estadounidense.

[41](#) CPM, carta manuscrita de Luigi Giussani a Paolo Mangini y William Congdon, San Antonio, Texas (EE UU), 9 julio 1965.

[42](#) ARCHIVO DE LA WILLIAM G. CONGDON FOUNDATION, Buccinasco (Milán), Diario manuscrito de William Congdon, libro IV (1 enero 1965-15 octubre 1965), folios con fecha 18 agosto 1965.

[43](#) L. Giussani, *Lettere di fede...*, op. cit., p. 17.

[44](#) CLIG, tarjeta manuscrita de Luigi Giussani a [Livia Giussani y Bruno] Sironi, San Antonio, Texas (EE UU), 1 julio 1965.

[45](#) PAPELES GIORGIO FELICIANI, Milán, tarjeta manuscrita de Luigi Giussani a Giorgio Feliciani, 28 junio 1965.

[46](#) CGF, tarjeta manuscrita de Luigi Giussani a Giorgio Feliciani, Victoria, Texas (EE UU), 6 julio 1965.

[47](#) CLIG, tarjeta manuscrita de Luigi Giussani a sus sobrinas Cecilia y Margherita Sironi, Victoria, Texas (EE UU), 6 julio 1965.

[48](#) CLIG, tarjeta manuscrita de Luigi Giussani a [Livia Giussani y Bruno] Sironi, San Antonio, Texas (EE UU), 14 julio 1965.

[49](#) ADM, ASAC, b. 198, fasc. *Sacerdoti-Giussani Luigi*, carta manuscrita de Luigi Giussani a Giovanni Colombo, San Antonio, Texas (EE UU), 9 julio 1965.

[50](#) ADM, ASAC, b. 198, fasc. *Sacerdoti-Giussani Luigi*, carta mecanografiada de Giovanni Colombo a Luigi Giussani, 20 julio 1965.

[51](#) CPM, carta manuscrita de Luigi Giussani a Paolo Mangini, San Antonio, Texas (EE UU), 22 junio 1965.

[52](#) FCL, *Colección documentos don Giussani*, carta manuscrita de Luigi Giussani a Emmanuel Braghini, San Antonio, Texas (EE UU), 27 junio 1965.

[53](#) FCL, *Colección documentos don Giussani*, carta manuscrita de Luigi Giussani a Emmanuel Braghini, San Antonio, Texas (EE UU), [10 julio 1965].

[54](#) CPM, carta manuscrita de Luigi Giussani a Paolo Mangini y William Congdon, San Antonio, Texas (EE UU), 9 julio 1965.

[55](#) CPM, carta manuscrita de Luigi Giussani a Paolo Mangini y William Congdon, 19 julio 1965.

[56](#) CPM, carta manuscrita de Luigi Giussani a Paolo Mangini y William Congdon, Long Beach, California (EE UU), [22 julio 1965].

[57](#) CPM, carta manuscrita de Luigi Giussani a Paolo Mangini, Long Beach, California (EE UU), 25 julio 1965.

[58](#) CPM, carta manuscrita de Luigi Giussani a Paolo Mangini, Long Beach, California (EE UU), [27 julio 1965].

[59](#) CPM, carta manuscrita de Luigi Giussani a Paolo Mangini y William Congdon, Long Beach, California (EE UU), 31 julio 1965.

[60](#) FCL, *Colección documentos don Giussani*, carta manuscrita de Luigi Giussani a Emmanuel Braghini, Long Beach, California (EE UU), 1 agosto 1965.

[61](#) Peter Jacobs (1926-2008), de padre judío y madre católica irlandesa, muy conocido en Nueva York por su actividad en favor de los pobres y por su implicación en obras educativas.

[62](#) CPM, carta manuscrita de Luigi Giussani a Paolo Mangini y William Congdon, Nueva York (EE UU), 3 agosto 1965.

[63](#) FCL, *Colección documentos don Giussani*, carta manuscrita de Luigi Giussani a Emmanuel Braghini, Nueva York (EE UU), 4 agosto 1965.

[64](#) CPM, carta manuscrita de Luigi Giussani a Paolo Mangini y William Congdon, Nueva York (EE UU), 9 agosto 1965.

[65](#) CPM, telegrama de Nicoletta [Padovani] a Paolo Mangini, Belo Horizonte (Brasil), 11 agosto 1965.

[66](#) CPM, carta manuscrita de Luigi Giussani a Paolo Mangini, Nueva York (EE UU), 13 [agosto 1965].

[67](#) FCL, *Colección documentos don Giussani*, carta manuscrita de Luigi Giussani a Emmanuel Braghini, Nueva York (EE UU), 20 agosto 1965.

[68](#) AWCf, Diario manuscrito de William Congdon, libro IV (1 enero 1965-15 octubre 1965), folios con fecha 18 agosto 1965.

[69](#) FCL, Paolo Mangini, Buccinasco (Milán), 10 mayo 1999, entrevista personal de Paolo Sottopietra.

[70](#) AWCf, Diario manuscrito de William Congdon, libro IV (1 enero 1965-15 octubre 1965), folios con fecha 30 agosto 1965.

[71](#) CPM, carta manuscrita de Paolo Mangini y Luigi Giussani a William Congdon, Milán, 1 septiembre 1965.

[72](#) ADM, ASAC, b. 198, fasc. *Sacerdoti-Giussani Luigi*, carta manuscrita de Luigi Giussani a Giovanni Colombo, Milán, 2 septiembre 1965.

[73](#) CPM, carta manuscrita de Paolo Mangini a William Congdon, Milán, 4 septiembre 1965.

- [74](#) CPM, carta mecanografiada de Paolo Mangini a William Congdon, Milán, 6 septiembre 1965.
- [75](#) CPM, carta manuscrita de Paolo Mangini a William Congdon, Milán, 6 octubre 1965.
- [76](#) CPM, carta manuscrita de Paolo Mangini a William Congdon, 21 octubre 1965.
- [77](#) R. Scalfi, «Padre Scalfi: vi racconto l'amico Gius», entrevista de D. Agazzi, *L'Eco di Bergamo*, 25 febrero 2005, p. 8.
- [78](#) FCL, Romano Scalfi, Milán, 8 marzo 1999, entrevista personal de Anna Ballarino.
- [79](#) R. Scalfi, «Padre Scalfi: vi racconto l'amico Gius», op. cit., p. 8.
- [80](#) P. Colognesi, *Russia Cristiana*, San Paolo, Cinisello Balsamo (Milán) 2007, p. 15.
- [81](#) FCL, Romano Scalfi, Milán, 8 marzo 1999, entrevista personal de Anna Ballarino.
- [82](#) R. Scalfi, «Padre Scalfi: vi racconto l'amico Gius», op. cit., p. 8.
- [83](#) G. Parravicini, «La Grande Madre Russia. Passione per l'unità», *Tracce-Litterae communionis*, n. 9 (2003), pp. 62-63. Con el paso de los años y la profundización de la amistad —escribe Pigi Colognesi en la biografía del padre de Russia Cristiana—, Scalfi «se acercó y se implicó cada vez más con don Giussani, hasta decidir, en 1970, adherirse a Comunión y Liberación» (P. Colognesi, *Russia Cristiana*, op. cit., p. 102.). Y esto producirá desarrollos tan imprevisibles como deseados (ver aquí, p. 1207).
- [84](#) Cf. L. Giussani, *Il Movimento di Comunione e Liberazione...*, op. cit., p. 56 (cf. ed. esp. pp. 57ss) y M. Camisasca, *Comunione e Liberazione. La ripresa...*, op. cit., p. 23 (cf. ed. esp. pp. 26ss).
- [85](#) G.E. Rusconi-C. Saraceno, *Ideologia religiosa e conflitto sociale*, op. cit., pp. 158-160.
- [86](#) FCL, AMCL, *Centro Culturale Charles Péguy*, b. Péguy1, fasc. Péguy/3, informe sobre la propuesta cultural.
- [87](#) Mario Apollonio (1901-1971) profesor de Literatura italiana en la Universidad Católica del Sacro Cuore de Milán, gran italianista, dramaturgo y crítico literario y teatral.
- [88](#) Ch. Péguy, «Carta a Romain Rolland del 2 agosto 1912», en *Pour l'honneur de l'esprit. Correspondance entre Charles Péguy et Romain Rolland (1898-1914)*, «Cahiers Romain Rolland», n. 22, Albin Michel, París 1973, p. 317.
- [89](#) FCL, AMCL, *Centro Culturale Charles Péguy*, b. Péguy2, fasc. Péguy/5, «Acta de la reunión del consejo del Péguy 10. X. '65».
- [90](#) FCL, AMCL, *Centro Culturale Charles Péguy*, b. Péguy3, fasc. Péguy/12, «Ejecutivo 1 mayo 1967».
- [91](#) L. Giussani, *Il Movimento di Comunione e Liberazione...*, op. cit., pp. 58-59 (cf. ed. esp. pp. 59s).
- [92](#) Ezio Franceschini (1906-1983), filólogo, profesor de Literatura latina medieval, rector de la Universidad Católica del Sacro Cuore de Milán desde 1965 a 1968.
- [93](#) M. Camisasca, *Comunione e Liberazione. Le origini...*, op. cit., p. 281 (cf. ed. esp. p. 272).
- [94](#) G. Colombo, «Scopi e quadri organizzativi dei rami e movimenti di Azione Cattolica», *Rivista Diocesana Milanese*, a. 55 (1966), pp. 533-534.
- [95](#) ALCB, b. 566- Luigi Giussani, fasc. «Congedi», carta manuscrita de Luigi Giussani a Yoseph Colombo, Milán, 29 noviembre 1965.
- [96](#) ALCB, b. 566- Luigi Giussani, fasc. «Congedi», carta manuscrita de Luigi Giussani a Yoseph Colombo, Varigotti (Savona), 31 diciembre 1965.
- [97](#) ALCB, b. 566- Luigi Giussani, fasc. «Congedi», carta manuscrita de Luigi Giussani a Yoseph Colombo, Milán, 17 enero 1966.
- [98](#) ALCB, b. 566- Luigi Giussani, fasc. «Congedi», carta manuscrita de Luigi Giussani a Yoseph Colombo, Milán, 28 febrero 1966.
- [99](#) ALCB, b. 566- Luigi Giussani, fasc. «Congedi», carta manuscrita de Luigi Giussani a Yoseph Colombo, Milán, 9 noviembre 1966.
- [100](#) ALCB, b. 566-Luigi Giussani, fasc. «Congedi», certificado médico manuscrito firmado por Rosanna Viola, Milán, 9 noviembre 1966.
- [101](#) ALCB, b. 566-Luigi Giussani, fasc. «Congedi», carta manuscrita de Luigi Giussani a Yoseph Colombo, Milán, 10 diciembre 1966.
- [102](#) ALCB, b. 566-Luigi Giussani, fasc. «Congedi», documento mecanografiado que atestigua la dimisión de Luigi Giussani de la docencia de religión.
- [103](#) *Autobiografia di un lavoro editoriale*, Jaca Book, Milán 1975, p. 5.
- [104](#) *Ib.*, p. 6.
- [105](#) *Ib.*, p. 7.
- [106](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Vacaciones estivales del Centro Charles Péguy, Spotorno (Savona), 21-31 agosto 1967.
- [107](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Vacaciones estivales del Centro Charles Péguy, Spotorno (Savona), 21-31 agosto 1967.

- [108](#) L. Giussani, *Il Movimento di Comunione e Liberazione...*, op. cit., p. 58 (cf. ed. esp. p. 59).
- [109](#) Grazia Livi, nacida en Florencia en 1930, periodista, ensayista y novelista.
- [110](#) B. Il'in, «Na Tesnom placdarme», («Una estrecha plaza de armas»), *Nauka i religija, (Ciencia y religión)*, n. 10 (1964), p. 80 (traducción nuestra de la traducción italiana).
- [111](#) FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Raccolta testi Giussani*, b. RG4, «II giorno I Incontro».
- [112](#) FCL, AMCL, *Centro Culturale Charles Péguy*, b. Péguy3, fasc. Péguy/11, «Péguy '67».
- [113](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Encuentro de la Sociedad de Amigos de Brasil (SAB), Milán, 22 enero 1967. Poco después la SAB iba a cambiar su nombre en ASSAB, Associazione Amici del Brasile.
- [114](#) FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Raccolta testi Giussani*, b. RG4, «Síntesis de don Giussani 1 febrero 1967».
- [115](#) FCL, *Documentación audiovisual*, excursión del Centro Charles Péguy a Vezzolano, Albugnano (Asti), 26 febrero 1967.
- [116](#) FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Raccolta testi Giussani*, b. RG4, «Pascua 1967. Cadenabbia 23-25 marzo 1967».
- [117](#) FCL, AMCL, *Centro Culturale Charles Péguy*, b. Péguy4, fasc. Péguy/18, «Varigotti, septiembre 67».
- [118](#) FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Raccolta testi Giussani*, b. RG23, «Reunión de sacerdotes La Verna 1967».

Capítulo 14

- [1](#) Benedicto XVI, *Encuentro con el clero de las diócesis de Belluno-Feltre y Treviso en Auronzo di Cadore*, 24 julio 2007.
- [2](#) P. Sequeri, «Contestazione», *Istituto Paolo VI. Notiziario*, n. 54, diciembre 2007, p. 10.
- [3](#) S. Abbruzzese, *Comunione e Liberazione*, op. cit., p. 91.
- [4](#) M. Camisasca, *Comunione e Liberazione. La ripresa...*, op. cit., pp. 32-33 (cf. ed. esp. p. 38).
- [5](#) L. Giussani, «Moralità: memoria e desiderio» (cf. ed. esp.: Id., *Moralidad, memoria y deseo*, Encuentro, Madrid 1983, p. 18) ahora en Id., *Alla ricerca del volto umano*, BUR, Milán 2007, p. 136 (ed. esp.: Id., *El rostro del hombre*, Encuentro, Madrid 19982, *Moralidad...* cit. se encuentra completo en las pp. 155-287).
- [6](#) Giovanni Battista Franzoni nació en Bulgaria, de padres italianos, en 1928; desde 1964 fue abad de la abadía de San Pablo Extramuros, en Roma; participó en el Concilio Vaticano II; fundó la Comunidad cristiana de Base de S. Paolo, asumiendo posturas cada vez más progresistas y marxistas, en polémica con la Iglesia institucional; y se pronunció por la libertad de conciencia con ocasión del referéndum sobre el divorcio. En 1974 fue suspendido *a divinis*; y en 1976 reducido al estado laical por su intención declarada de votar al PCI en las elecciones políticas. Favorable al referéndum sobre el aborto de 1981, en 2006 votó por el Partido de los comunistas italianos.
- [7](#) L. Giussani, «Moralità: memoria e desiderio»; ahora en Id., *Alla ricerca del volto umano*, op. cit., pp. 136-137 (cf. ed. esp., *Moralidad...* cit. p. 18; ahora en *El rostro...* cit. p. 167).
- [8](#) Ib., p. 137 (cf. ed. esp., *Moralidad...* cit. p. 19).
- [9](#) José María González-Ruiz, nacido en Sevilla en 1916 en una familia profundamente católica, sobrino de uno de los obispos más conocidos de España, el beato Manuel González; ordenado sacerdote en 1939, estudió en la Pontificia Università Gregoriana donde se licenció en Sagrada Escritura. Será profesor y escritor durante más de cincuenta años. Sus estudios bíblicos se concentraron en la exégesis de las cartas paulinas. Una obra suya muy discutida fue *El cristianismo no es un humanismo*. Fue uno de los teólogos españoles que participó en el Concilio Vaticano II. Su teología tendrá una influencia notable en algunos ambientes donde primaba una especie de teología de la liberación y el diálogo entre cristianismo y marxismo, apoyando a las organizaciones políticas, sociales y sindicales de matriz marxista y 'católico-marxistas'. Murió en Málaga en 2005.
- [10](#) L. Giussani, *Il Movimento di Comunione e Liberazione...*, op. cit., p. 50 (cf. ed. esp. p. 50). La cosa no quedó circunscrita únicamente a la realidad milanese: los *giesinos* de Cesena, por ejemplo, invitarán al propio González-Ruiz a dar una conferenza en 1968. Al final de los años sesenta, también la FUCI encontrará en las ideas de González-Ruiz una base de apoyo o una confirmación de la opción que se estaba produciendo hacia un cristianismo social, considerado más capaz de incidir en el contexto de la época. En un artículo publicado en *Ricerca*, revista de los universitarios católicos, se lee: «La exigencia de dar una comprensión total al propio testimonio [cristiano] comporta la búsqueda de canales que permitan incidir universalmente sobre la humanidad. [...] Al respecto son iluminadores algunos escritos del teólogo español J. M. González-Ruiz. [...] No hacer la opción por los pobres y los débiles, en resumen, por los últimos, equivale a renegar de la encarnación de Cristo

[...] Ha sido justamente el descubrimiento de un nuevo Cristo lo que ha condicionado nuestras adquisiciones en todos los demás ámbitos, comprendido el de la legitimidad y la función del grupo FUCI» («Intervenciones después de la Asamblea Federal. Lentini», firmado por El grupo FUCI de Lentini, en *Ricerca*, a. 26, n. 3, 15 febrero 1970, p. 3).

[11](#) L. Giussani, *Il Movimento di Comunione e Liberazione...*, op. cit., p. 50 (cf. ed. esp. p. 50).

[12](#) Ib.

[13](#) ASAEMD, *Documentación audiovisual*, Retiro de Adviento del Grupo adulto, Milán, 19 noviembre 1967.

[14](#) L. Giussani, *Il Movimento di Comunione e Liberazione...*, op. cit., p. 54 (cf. ed. esp. pp. 54s).

[15](#) ASAEMD, *Documentación audiovisual*, Encuentro del Grupo adulto, Milán, 13 enero 1968.

[16](#) ASAEMD, *Documentación audiovisual*, Encuentro del Grupo adulto, Milán, 20 enero 1968.

[17](#) L. Amicone, *Nel nome del niente. Dal '68 all'80 ovvero come si uccide una speranza*, BUR, Milán 1982, p. 26.

[18](#) L. Giussani, *Il Movimento di Comunione e Liberazione...*, op. cit., p. 54 (cf. ed. esp. p. 55).

[19](#) C. Chieffo, «Il monologo di Giuda», *Canti*, op. cit., p. 205 (*Cancionero* cit., p. 345). Para Claudio Chieffo ver aquí, pp. 859, 1334 nota 14.

[20](#) L. Giussani, «La lunga marcia della maturità», *Tracce-Litterae communionis*, n. 3 (2008), pp. 57-58, 60 (cf. 'La larga marcha de la madurez', *Huellas*, 3, 2008).

[21](#) Ib., p. 60.

[22](#) Pablo VI, *Audiencia general*, 25 septiembre 1968.

[23](#) L. Giussani, «La lunga marcia della maturità», op. cit., pp. 61-64 (cf. ed. esp. pp. 1 y 31).

[24](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Simposio del Centro Charles Péguy, Milán, 15 mayo 1968.

[25](#) G.E. Rusconi-C. Saraceno, *Ideologia religiosa e conflitto sociale*, op. cit., p. 169.

[26](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Simposio del Centro Charles Péguy, Milán, 15 mayo 1968.

[27](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Simposio del Centro Charles Péguy, Milán, 12 junio 1968.

[28](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Ejecutiva del Centro Charles Péguy, Milán, 26 junio 1968.

[29](#) Pablo VI, *Homilía en la solemne celebración de conclusión del «Año de la Fe», en el XIX centenario del martirio de los Apóstoles Pedro y Pablo*, 30 junio 1968.

[30](#) FCL, *Raccolta documentale don Giussani*, acta de la reunión del Centro Charles Péguy, Milán [23 julio 1968].

[31](#) J. Ratzinger, *Introduzione al cristianesimo*, Queriniana, Brescia 2003, pp. 25-26 (hay trad. esp., Id., *Introducción al Cristianismo*, Sígueme, Salamanca 2002).

[32](#) Ib., pp. 45-46.

[33](#) Ib., pp. 65, 71-72.

[34](#) L. Giussani, *Il Movimento di Comunione e Liberazione...*, op. cit., p. 54 (cf. ed. esp. p. 55).

[35](#) FCL, Giancarlo Ugolini, Rímíni, 24 abril 1999, entrevista personal de Anna Ballarino.

[36](#) PAPELES MARINA VALMAGGI, Rímíni, apuntes manuscritos de la reunión de «Dos días» en Torello, Torello de San Leo (Rímíni), 23-24 julio 1968.

[37](#) FCL, Giancarlo Ugolini, La Thuile (Aosta), 31 agosto 2001, entrevista personal de Alfredo Fecondo.

[38](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Ejercicios del Centro Charles Péguy, Varigotti (Savona), 1-4 noviembre 1968.

[39](#) Pablo VI, *Audiencia general*, 19 junio 1968.

[40](#) ASAEMD, *Documentación audiovisual*, Ejercicios estivales del Grupo adulto, Subiaco (Roma), 29 julio-3 agosto 1968.

[41](#) G. Tantardini, «Memoria di incontri», *30Giorni*, n. 3 (2005), p. 40.

[42](#) FCL, Francesco Botturi, Milán, 5 febrero 2000, entrevista personal de Anna Ballarino.

[43](#) FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Raccolta testi Giussani*, b. RG23, «Raduno Subiaco 1968».

[44](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Jornada de inicio del año del Centro Charles Péguy, Oreno di Vimercate (Monza Brianza), 22 septiembre 1968.

[45](#) Pablo VI, *Audiencia general*, 25 septiembre 1968.

[46](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Ejercicios del Centro Charles Péguy, Varigotti (Savona), 1-4 noviembre 1968.

[47](#) J. Ratzinger, «Innamorato di Cristo. In un incontro, la strada», op. cit., pp. 20-21 (cf. trad. esp. en A. Scola, *Luigi Giussani...op. cit.*, Epílogo de J. Ratzinger, pp. 82s).

[48](#) R. Riesner, «Da nemico a testimone. La ragione di Paolo», entrevista de P. Alfieri, *Tracce-Litterae communionis*, n. 6 (2009), p. 92.

[49](#) Papeles Elena Tagliabue, Carugo (Como), agenda manuscrita de 1968, hojas de fechas 26 octubre y 5 noviembre 1968.

- [50](#) L. Giussani, «La lunga marcia della maturità», op. cit., pp. 57, 60.
- [51](#) Pablo VI, *Discurso a los miembros del Pontificio Seminario Lombardo*, 7 diciembre 1968.
- [52](#) Enzo Mazzi (1927-2011), párroco del barrio obrero Isolotto de Florencia, exponente del disenso intraeclesial en la época del posconcilio. Por sus posturas abiertamente hostiles a la Iglesia institucional, tras repetidas llamadas de atención, será cesado por la curia de Florencia.
- [53](#) ASAEMD, *Documentación audiovisual*, Encuentro del Grupo adulto, Milán, 11 enero 1969.
- [54](#) ASAEMD, *Documentación audiovisual*, Encuentro del Grupo adulto, Milán, 15 febrero 1969.
- [55](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Jornada de inicio del año del CLU, Varese, 8 noviembre 1983.
- [56](#) ASAEMD, *Documentación audiovisual*, Encuentro del Grupo adulto, Milán, 3 mayo 1969.
- [57](#) ASAEMD, *Documentación audiovisual*, Encuentro del Grupo adulto, Milán, 18 mayo 1969.
- [58](#) ASAEMD, *Documentación audiovisual*, Ejercicios estivales del Grupo adulto, Subiaco (Roma), 3-8 agosto 1969.
- [59](#) J. Ratzinger, «Introduzione», en M. Camisasca, *Comunione e Liberazione. Le origini...*, op. cit., pp. 8, 10 (cf. ed. esp. pp. 12s).
- [60](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Ejercicios del Centro Charles Péguy, Varigotti (Savona), 1-4 noviembre 1968.

Capítulo 15

- [1](#) FCL, Angelo Scola, Roma, 28 abril 1999, entrevista personal de Francesco D'Erasmo.
- [2](#) FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Raccolta testi Giussani*, b. RG23, «Il vero problema: ritrovare la verità di una promessa».
- [3](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Consejo internacional de CL, La Thuile (Aosta), 28 agosto 1995.
- [4](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Consejo internacional de CL, La Thuile (Aosta), 28 agosto 1995.
- [5](#) G. Biffi, citado en M. Camisasca, *Comunione e Liberazione. La ripresa...*, op. cit., p. 41 (cf. ed. esp. p. 47).
- [6](#) Muchos años después, el cardenal Ratzinger dirá que el nombre «Comunión y Liberación» hace pensar enseguida «en el descubrimiento propio de la época moderna, la libertad, y [...] en las palabras de san Ambrosio: ‘Ubi fides ibi libertas’. [...] La libertad, para ser una verdadera libertad humana, una libertad en la verdad, tiene necesidad de la comunión. Una libertad aislada, una libertad que sea solo para el ‘yo’, sería una mentira que acabaría destruyendo la comunión humana. La libertad, para ser verdadera, y, por tanto, también eficiente, necesita de la comunión, pero no de cualquier comunión, sino en último extremo de la comunión con la verdad misma, con el amor mismo, con Cristo, con el Dios trinitario. Así se construye una comunidad que crea libertad y proporciona alegría» (J. Ratzinger, «Innamorato di Cristo. In un incontro, la strada», op. cit., p. 21) (cf. trad. esp., Scola, op. cit., pp. 83s).
- [7](#) L. Giussani, «Alle sorgenti del movimento», *Litterae communionis-CL*, n. 1 (1989), pp. 12-13.
- [8](#) FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Raccolta testi Giussani*, b. RG8, «Collettivo del 9/11/69: Grupos de estudio universitarios y bachilleres».
- [9](#) G. Cesana, «Quel che resta del Sessantotto», *Tracce-Litterae communionis*, n. 11 (2007), p. 31 (cf. ‘Lo que queda del 68’, *Huellas*, 11, 2007).
- [10](#) G. Cesana, citado en L. Giussani, *Alla ricerca del volto umano. Esercizi della Fraternità di Comunione e Liberazione*, Rimini 1996, op. cit., p. 43 (cf. ed. esp. pp. 42s).
- [11](#) G. Cesana, «Quel che resta del Sessantotto», op. cit., pp. 31-32 (cf. *Huellas* cit., pp. 12s).
- [12](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Primera Escuela de comunión: «El Cristo global, esperanza para el hombre y para el mundo ya en esta tierra», Milán, 26 noviembre 1969.
- [13](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Segunda Escuela de comunión: «Cristo y el tiempo», Milán, 17 diciembre 1969.
- [14](#) FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Raccolta testi Giussani*, b. RG8, apuntes de la intervención de don Luigi Giussani en un momento de trabajo de CL en la Universidad Católica.
- [15](#) FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Raccolta testi Giussani*, b. RG8, «Síntesis de don Giussani del 20, 5».
- [16](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Jornada de apertura de curso del Centro Charles Péguy, Milán, 4 octubre 1970.
- [17](#) Zeno Saltini (1900-1981) era un sacerdote de Fossoli di Carpi, en la comarca de Módena; provenía de una familia acomodada de agricultores y desde los años treinta se dedicó a actividades de apostolado y de recuperación de chicos descarriados, por medio de la Obra Pequeños Apóstoles (de 1941), en San Giacomo di Roncole, cerca de

Mirandola (Módena), que en 1948 tomó el nombre de «Nomadelfia» (que en griego significa: «Donde la fraternidad es ley») y que llegará a reunir a casi cinco mil personas. En 1951 dejó la dirección al haber constatado que las normas jurídicas canónicas impedían a los sacerdotes compartir con igual responsabilidad la vida de los nomadelfios laicos. Alejado de Nomadelfia por el Santo Oficio con un decreto que no era punitivo por errores doctrinales, sino puramente «administrativo» (en el sentido de un desplazamiento personal), en 1953 obtuvo del Papa la reducción temporal al estado laical para poder volver a dirigir a los nomadelfios, que entretanto se habían trasladado a Grosseto. Reconocida por la Santa Sede como pueblo civil de voluntarios católicos, Nomadelfia fue erigida en parroquia y don Zeno nombrado párroco: en 1962 celebró su «Segunda primera misa».

[18](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Debate sobre la Escuela de comunión del 18 marzo 1970, Milán, 8 abril 1970. Cf. L. Giussani, *Si può vivere così?*, op. cit., p. 379 (cf. ed. esp., p. 272).

[19](#) FCL, AMCL, *Gioventù Studentesca*, b. GS24, fasc. GS/83, «Nomadelfia: tentativa de comunidad cristiana».

[20](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Encuentro con don Zeno Saltini sobre la experiencia de Nomadelfia, Milán, 4 febrero 1970.

[21](#) L. Giussani, «Nomadelfia: una llamada a la ley», *Litterae communionis*, nn. 7/8 (1970-1971), pp. 19-20.

[22](#) ARCHIVO DE NOMADELFIA, Nomadelfia (Grosseto) (ordenado cronológicamente), «Don Giussani: Introducción al Congreso. Lectura del documento de don Zeno: La Iglesia en Getsemaní. Intervenciones varias de los participantes, de don Zeno y de don Giussani», Milán (PIME), 10 octubre 1970.

[23](#) FCL, *Documentación audiovisual*, radio del Centro Charles Péguy sobre el congreso dedicado a Nomadelfia, Milán, 14 octubre 1970.

[24](#) AN, «Segundo consejo del Movimiento», Milán (Centro Péguy), 4 diciembre 1970.

[25](#) AN, «Reunión para el ‘Movimiento del cambiamento di rotta’» en constitución, Milán (Centro Péguy), 11 febrero 1971.

[26](#) L. Giussani, «Defendió los derechos de la humanidad», *Nomadelfia è una proposta*, n. 9 (1990), p. 2.

[27](#) H. Urs von Balthasar, *L'impegno del cristiano nel mondo*, Jaca Book, Milán 1971 (ed. esp. *El compromiso del cristiano en el mundo*, Encuentro, Madrid 1981, reimpreso en 2000, *ndt*).

[28](#) FCL, Claudio Mèsoniat, Lugano (Suiza), 19 enero 2001, entrevista personal de Anna Ballarino.

[29](#) FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Comunione e Liberazione*, b. CL4, fasc. CL/11, programa de conferencias y manifestaciones del Centro Cultural San Babila Incontri.

[30](#) FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Comunione e Liberazione*, b. CL4, fasc. CL/11, «Preprint n. 7: El compromiso del cristiano en el mundo».

[31](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Encuentro para repasar la conferencia de Hans Urs von Balthasar del 22 marzo 1971, Milán, 24 marzo 1971.

[32](#) J. Ratzinger, *La mia vita*, San Paolo, Cinisello Balsamo (Milán) 1997, pp. 108-109. (cf. ed. esp. Id., *Mi vida*, Encuentro, Madrid 1997, pp. 145-146).

[33](#) J. Ratzinger, «Un nuevo inicio que abre puertas al futuro», entrevista de R. Fontolan, *Tracce-Litterae communionis*, n. 9 (2004), p. 5 (cf. *Huellas*, 9, 2004).

[34](#) A. Scola, «Y el Papa le llamaba ‘Obispo teenager’», en E. Corecco, *Siate forti nella fede*, F. Lombardi y G. Zois (eds.), Edizioni Giornale del Popolo, Lugano 1995, p. 382.

[35](#) J. Ratzinger, «Vent’anni della rivista *Communio*. Il coraggio cristiano di rischiare», *Communio*, n. 124 (1992), pp. 11-21; ahora en Id., *La vita di Dio per gli uomini, Communio*, nn. 208-210 (2006), pp. 224-225 (cf. en esp.: *Communio: un programa*, ahora en J. Ratzinger, *Un programa teológico y eclesial*, Encuentro, Madrid 2013, pp. 116-131).

[36](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Reunión de los sacerdotes de CL del norte de Italia, Milán, 8 junio 1992.

[37](#) ADM, ASAC, b. 198, fasc. *Sacerdoti-Giussani Luigi*, carta manuscrita de Luigi Giussani a Giovanni Colombo, Milán, 21 agosto 1971. En 1983 Von Balthasar y en 1986 Ratzinger predicarán los Ejercicios espirituales de los sacerdotes, organizados por CL. Al dar el texto de sus meditaciones para su publicación, Ratzinger recordará que «en el verano de 1986 Monseñor Luigi Giussani, fundador de Comunión y Liberación, me invitó a dar unos ejercicios para los sacerdotes de su movimiento en Collevalezza» (J. Ratzinger, *Guardare Cristo. Esercizi di fede, speranza e carità*, Jaca Book, Milán 1989, p. 7) (hay trad. esp., Id., *Mirar a Cristo*, Edicep, Valencia 1990).

[38](#) L. Giussani, «La comunità cristiana», *Comunione e Liberazione Lavoratori*, n. 1 (1971), p. 3.

[39](#) FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Raccolta testi Giussani*, b. RG13, «Quali sono le condizioni perché la realtà cristiana inizi o sia presente in un luogo». IV Lección de la Escuela de comunión pronunciada en Lecco el 17/5/1971 por don Luigi Giussani.

[40](#) L. Giussani, «Stralci del Convegno Nazionale di CL nel mondo del lavoro», *Litterae Communionis-CL*, nn. 11/12 (1971), p. 41.

[41](#) G. Tagliabue, «1972 Scuola di religione in corsia», *Tracce-Litterae communionis*, n. 3 (2000), p. 34 (cf. ‘1972.

Clase de religión en los pasillos', *Huellas*, 3, 2000).

[42](#) Ib., pp. 34, 38, 39.

[43](#) FCL, AMCL, Movimento di Comunione e Liberazione, Comunione e Liberazione, b. CL5, fasc. CL/14, «Apuntes de los Tres días de Pascua. Valverde 1971. En Sus llagas nuestra curación».

[44](#) 'Cascinazza' es el nombre de un edificio que Paolo Mangini, de la cercana casa del Grupo adulto de Gudo, consideró útil para hospedar a los monjes; Mangini era «la persona que tejió las relaciones entre el mundo monástico benedictino y CL» (S. Massalongo, citado en M. Camisasca, *Comunione e Liberazione. La ripresa...*, op. cit., p. 184) (cf. ed. esp. p. 195).

[45](#) Una primera aprobación llegará diez años después de la fundación, por parte del arzobispo de Milán, Carlo Maria Martini. A esa le siguieron, en 1990, tras el asentimiento de la Santa Sede, la erección a Priorato *sui iuris* de derecho diocesano y la aprobación de las Constituciones.

[46](#) FCL, AMCL, Movimento di Comunione e Liberazione, Raccolta testi Giussani, b. RG13, «Quali sono le condizioni perché la realtà cristiana inizi o sia presente in un luogo. IV Lección de la Escuela de comunión pronunciada en Lecco el 17/5/1971 por don Luigi Giussani».

[47](#) Cf. M. Camisasca, *Comunione e Liberazione. La ripresa...*, op. cit., p. 184 (cf. ed. esp. p. 195).

[48](#) L. Giussani, citado en S. Massalongo, «Una convergenza di indizi», *Tracce-Litterae communionis*, n. 10 (2005), pp. 67-68.

[49](#) Ib., p. 68.

[50](#) FCL, Documentación audiovisual, Agape, Milán, 11 marzo 1972.

[51](#) L. Giussani, Una dimora per l'uomo, supl. *Tracce-Litterae communionis*, n. 6 (1996), p. 5.

[52](#) Ib., pp. 7-8.

[53](#) Ib., p. 9.

[54](#) Ib., p. 10.

[55](#) Ib., p. 12.

[56](#) Ib., pp. 16, 20-21.

[57](#) Ib., p. 23.

[58](#) La transcripción, revisada y corregida, se publicará como L. Giussani, *Dalla liturgia vissuta: una testimonianza*, Jaca Book, Milán 1973 (ed. esp.: Id., *Para vivir la liturgia: un testimonio*, Encuentro, Madrid 2008).

[59](#) FCL, Documentación audiovisual, Ejercicios de los adultos, Varigotti (Savona), 3-5 diciembre 1971.

[60](#) FCL, Documentación audiovisual, Tercera Escuela de cuadros, Milán, 16 enero 1972.

[61](#) FCL, Documentación audiovisual, Semana Escuela de cuadros, Asís (Perugia), 26-31 agosto 1972.

[62](#) FCL, Documentación audiovisual, Diaconía diocesana de CL, Milán, 13 septiembre 1973.

[63](#) FCL, Documentación audiovisual, Consejo nacional de CL, 12-13 enero 1974.

[64](#) L. Giussani, «Testimoniare Cristo dentro la vita di tutti», *Tracce-Litterae communionis*, n. 5 (2000), p. VII (cf. 'Dar testimonio de Cristo dentro de la vida de todos', *Huellas*, 5, 2000).

[65](#) Fernando Tagliabue (1931-1980), sacerdote milanés desde 1954, al comienzo de los años sesenta se adhirió al movimiento de Giussani; durante un breve periodo será novicio con los monjes trapenses del monasterio de Nuestra Señora del Santísimo Sacramento, en Frattocchie, en la campiña romana.

[66](#) M. Camisasca, *Comunione e Liberazione. La ripresa...*, op. cit., p. 195 (cf. ed. esp. p. 206).

[67](#) C. Piccardo, *Pedagogia viva. Cîteaux novecento anni dopo*, Jaca Book, Milán 1999, p. 92.

[68](#) L. Giussani, citado ib.

[69](#) C. Piccardo, ib., p. 171.

[70](#) L. Giussani, citado ib.

[71](#) M. della Volpe, *La strada della gratitudine. Suor Maria Gabriella*, Jaca Book, Milán 1983, p. 105.

[72](#) Ib., p. 106.

[73](#) La carta fue parcialmente publicada sin firma en «Lettere di claustrali», *Litterae Communionis*, n. 9 (1971), pp. 59-60.

[74](#) FCL, Documentación audiovisual, Retiro espiritual para sacerdotes de la diócesis de Rímíni, Rímíni, 20-26 junio 1971.

[75](#) FCL, Documentación audiovisual, Decimoctava Semana de los estudiantes de GS, Pesaro (Puglia), 26-30 septiembre 1971.

[76](#) FCL, Documentación audiovisual, Reunión nacional de los asentamientos de CL, Milán, 19 marzo 1973.

[77](#) FCL, Documentación audiovisual, Jornada de apertura de curso de CL, Milán, 16 septiembre 1973.

[78](#) FCL, Raccolta documentale don Giussani, «Encuentro de Hinojo - 28-30 agosto 1974».

[79](#) *Il libro delle Ore*, Jaca Book, Milán 2006, p. 7 (cf. ed. esp.: *El libro de las Horas*, Asociación Cultural Huellas,

Madrid 2014², pp. 12s).

⁸⁰ L. Giussani, *Tutta la terra desidera il Tuo volto*, Milene Di Gioia (ed), San Paolo, Cinisello Balsamo (Milán) 2000, pp. 11-12 (cf. trad. esp.: Id, *Toda la tierra desea ver tu rostro*, San Pablo, Madrid 2000, pp. 12-13)

⁸¹ En el 2000 Milene Di Gioia preparará, en nombre de Giussani, la edición de un libro en Edizioni San Paolo — titulado *Tutta la terra desidera il Tuo volto*—, que recoge los textos de los himnos de Vitorchiano acompañados por comentarios del mismo Giussani.

⁸² L. Giussani, «Occorre soffrire perché la verità non si cristallizzi in dottrina ma nasca dalla carne», Ejercicios de la Fraternidad de CL, 28-30 abril 1989, pro manuscripto, p. 15).

⁸³ L. Giussani, *Qui e ora (1984-1985)*, BUR, Milán 2009, p. 342.

⁸⁴ L. Giussani, *Tutta la terra desidera...* op. cit., pp. 44-46.

⁸⁵ Ib., pp. 64-65.

⁸⁶ C. Piccardo, «Noi, don Giussani e un carisma che mi lascia grata», entrevista de P. Bergamini, *Tracce-Litterae communionis*, n. 9 (2009), p. 46 (cf. 'Nosotras hemos vivido de él', *Huellas*, 9, 2009)..

⁸⁷ FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Ufficio Relazioni Pubbliche*, b. URP.ES1, fasc. URP.ES/1, carta mecanografiada de Luigi Giussani a Pablo VI, Milán, 31 julio 1973.

⁸⁸ FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Comunione e Liberazione*, b. CL17, fasc. CL/60, intervenciones en el Consejo nacional sobre la unidad del Movimiento.

⁸⁹ L. Giussani, *Il Movimento di Comunione e Liberazione...*, op. cit., pp. 77-80 (cf. ed. esp. pp. 80s).

⁹⁰ FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Ufficio Relazioni Pubbliche*, b. URP.ES9, fasc. URP.ES/43, carta mecanografiada de Enrico Bartoletti a Luigi Giussani, Roma, 17 febrero 1976.

⁹¹ M. Camisasca, *Comunione e Liberazione. La ripresa...*, op. cit., pp. 295-296 (cf. ed. esp. p. 309).

⁹² L. Giussani, *Il Movimento di Comunione e Liberazione...*, op. cit., p. 129 (cf. ed. esp. pp. 133s).

⁹³ Llamamiento de un grupo de católicos, sindicalistas, hombres de cultura y periodistas ante la inminencia del referéndum, en ADISTA n. 352, 17 febrero 1974, publicado en el sitio web <http://www.adistaonline.it/index.php?op=articolo&id=28760>, URL consultado el 6 mayo 2013.

⁹⁴ «Clamor sin justificación. Una entrevista al profesor Giuseppe Lazzati», *Avvenire*, 3 marzo 1974, p. 2.

⁹⁵ E. Puntillo, «Un congreso de católicos 'por una opción de libertad'», *l'Unità*, 5 marzo 1974, p. 2.

⁹⁶ «Polémica entre l'Unità y el rector de la Católica», *Corriere della Sera*, 6 marzo 1974, p. 2.

⁹⁷ L. Giussani, *Il Movimento di Comunione e Liberazione...*, op. cit., p. 130 (cf. ed. esp. p. 134).

⁹⁸ Ib.

⁹⁹ A. Santini, «Los baluartes del integrismo», *l'Unità*, 4 abril 1975.

¹⁰⁰ FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Comunione e Liberazione*, b. CL17, fasc. CL/60, carta del Consejo nacional de CL a las diaconías locales de todas las comunidades del Movimiento, Milán, mayo 1974.

¹⁰¹ L. Giussani, *Il Movimento di Comunione e Liberazione...*, op. cit., pp. 130-131 cf. (ed. esp. pp. 134s).

¹⁰² FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Raccolta testi Giussani*, b. RG14, «Ejercicios Camigliatello julio 1974».

¹⁰³ FCL, *Documentación audiovisual*, Jornada de inicio del año de CL, Milán, 15 septiembre 1974.

¹⁰⁴ Pablo VI, *Audiencia general*, 11 septiembre 1974.

¹⁰⁵ FCL, *Documentación audiovisual*, Jornada de apertura de curso de CL, Milán, 15 septiembre 1974.

Capítulo 16

¹ L. Cioni, «Tu diventa amica di cinque e ne raggiungi cinquanta», *Tracce-Litterae communionis*, n. 9 (2004), p. 30 (cf. 'Si te haces amiga de cinco, podrás llegar a cincuenta más', *Huellas*, 9, 2004).

² M. Camisasca, *Comunione e Liberazione. La ripresa...*, op. cit., p. 67 (cf. ed. esp. p. 72).

³ FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Raccolta testi Giussani*, b. RG8, apuntes de la intervención de don Luigi Giussani en un momento de trabajo de CL en la Universidad Católica.

⁴ Cf. F. Nietzsche, *Così parlò Zarathustra*, Adelphi, Milán 1976, p. 102.

⁵ FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Raccolta testi Giussani*, b. RG8, apuntes de la intervención de don Luigi Giussani en un momento de trabajo de CL en la Universidad Católica.

⁶ L. Cioni, «Vento dell'est», *Tracce-Litterae communionis*, n. 1 (2000), p. 15 (cf. 'Viento del este', *Huellas*, 1, 2000).

⁷ FCL, *Documentación audiovisual*, Ejercicios del Centro Charles Péguy, Riccione (Rimini), 5-8 diciembre 1970.

⁸ FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Raccolta testi Giussani*, b. RG8, «Comunione e Liberazione Asamblea di ascolto n° 2».

- ⁹ L. Cioni, «Tu diventa amica di cinque e ne raggiungi cinquanta», op. cit., pp. 35-36.
- ¹⁰ Aldo Moro (1916-1978), profesor universitario y político, en 1946 miembro de la Asamblea Constituyente en las filas de la Democracia cristiana, varias veces ministro y presidente del Consejo (de ministros, *ndt*), secuestrado y asesinado por las Brigadas Rojas en la primavera de 1978.
- ¹¹ FCL, *Documentación audiovisual*, Encuentro con don Luigi Giussani sobre la historia del movimiento, Brescia, 22 noviembre 1978.
- ¹² FCL, *Documentación audiovisual*, Reunión nacional de los asentamientos de CL, Milán, 19 marzo 1973.
- ¹³ O. Grassi, citado en L. Giussani, *Dall'utopia alla presenza* (1975-1978), pp. 5-6 (cf. ed. esp.: Id., *De la utopia a la presencia* (1975-1978), Encuentro, Madrid 2013, pp. 13s).
- ¹⁴ S. Allevato-P. Cerocchi, *La P38 e la mela*, Itaca, Castel Bolognese (Rávena) 2009, pp. 25-26.
- ¹⁵ M. Calabresi, *Cosa tiene accese le stelle*, Mondadori, Milán 2011, p. 44.
- ¹⁶ FCL, *Documentación audiovisual*, Asamblea internacional de responsables de CL, La Thuile (Aosta), 26-30 agosto 1995.
- ¹⁷ FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Comunione e Liberazione*, b. CL15, fasc. CL/47, «Acta de la Diaconía diocesana 4 abril 1973».
- ¹⁸ FCL, *Documentación audiovisual*, Cuarta Escuela de comunidad, Milán, 20 mayo 1973.
- ¹⁹ O. Grassi, citado en L. Giussani, *Dall'utopia alla presenza* (1975-1978), op. cit., p. 6 (cf. ed. esp. p. 14).
- ²⁰ L. Amicone, *Nel nome del niente...*, op. cit., p. 99.
- ²¹ J.M. Villot, «Pablo VI deplora profundamente la violencia en la Universidad de Roma», *L'Osservatore Romano*, 6 febrero 1975.
- ²² L. Amicone, *Nel nome del niente...*, op. cit., p. 99.
- ²³ O. Grassi, en L. Giussani, *Dall'utopia alla presenza* (1975-1978), op. cit., pp. 6-7 (cf. ed. esp. pp. 14s).
- ²⁴ FCL, *Documentación audiovisual*, Encuentro con don Luigi Giussani sobre la historia del movimiento, Brescia, 22 noviembre 1978.
- ²⁵ O. Grassi, citado en L. Giussani, *Dall'utopia alla presenza* (1975-1978), op. cit., p. 7 (cf. ed. esp. p. 15).
- ²⁶ L. Cioni, «Tu diventa amica di cinque e ne raggiungi cinquanta», op. cit., p. 32.
- ²⁷ FCL, Giancarlo Cesana, Milán, 10 diciembre 2003, entrevista personal de Anna Ballarino.
- ²⁸ FCL, Giorgio Vittadini, Milán, 23 noviembre 2002, entrevista personal de Anna Ballarino y Alfredo Fecondo.
- ²⁹ FCL, Laura Cioni, Milán, 16 enero 2001, entrevista personal de Anna Ballarino.
- ³⁰ L. Cioni, «Tu diventa amica di cinque e ne raggiungi cinquanta», op. cit., p. 36.
- ³¹ L. Giussani, *Realtà e giovinezza...*, op. cit., pp. 31-32 (cf. ed. esp. p. 43).
- ³² G. Cesana, citado en M. Camisasca, *Comunione e Liberazione. La ripresa...*, op. cit., pp. 89-90 (cf. ed. esp. pp. 98s).
- ³³ FCL, Giancarlo Cesana, Carate Brianza (Brianza), 20 diciembre 2000, entrevista personal de Anna Ballarino.
- ³⁴ O. Grassi, citado en L. Giussani, *Dall'utopia alla presenza* (1975-1978), op. cit., pp. 7-10 (cf. ed. esp. pp. 15-16).
- ³⁵ *Ib.*, pp. 8-10 (cf. ed. esp. pp. 16s).
- ³⁶ *Ib.*, pp. 31-39 (cf. ed. esp. pp. 37-45).
- ³⁷ A partir de 2006 la editorial Rizzoli empezó a publicar una serie de libros que proponen las transcripciones de esos encuentros, denominada «L'Equipe» (la edición española de esa serie está en curso. Hasta ahora se han publicado dos volúmenes que cubren los años 1975 a 1981, *ndt*).
- ³⁸ FCL, *Raccolta documentale don Giussani*, «Giuss. Cobacha, 28.12.1992. Mañana».
- ³⁹ FCL, *Documentación audiovisual*, Encuentro del CLU sobre el libro «Un avvenimento di vita, cioè una storia», Assago (Milán), 19 mayo 1993.
- ⁴⁰ G. Cesana, en J.M. García - L. Giussani, *Alla ricerca del volto umano. Esercizi della Fraternità di Comunione e Liberazione*, op. cit., p. 45 (cf. trad. esp. p. 45).
- ⁴¹ L. Giussani, *Dall'utopia alla presenza* (1975-1978), op. cit., p. 65 (cf. ed. esp. p. 69).
- ⁴² FCL, Laura Cioni, Milán, 16 enero 2001, entrevista personal de Anna Ballarino.
- ⁴³ FCL, *Documentación audiovisual*, Reunión de responsables de CL, Milán, 18 mayo 1993.
- ⁴⁴ L. Giussani, *Dall'utopia alla presenza* (1975-1978), op. cit., pp. 50-51 (cf. ed. esp. pp. 55-59). Treinta y cuatro años después, Brunelli, convertido en periodista vaticanista, no pudo evitar descubrir una afinidad con el juicio que expresó el papa Benedicto XVI en su viaje a Portugal, que siguió para el TG2 de la RAI: «A menudo nos preocupamos afanosamente por las consecuencias sociales, culturales y políticas de la fe, dando por descontado que esta fe exista, lo que por desgracia es cada vez menos realista. [...] Solamente Cristo puede satisfacer plenamente el anhelo profundo de cada corazón humano y dar respuesta a sus interrogantes» (Benedicto XVI, *Homilía en la Misa del Terreiro do Paço*, Lisboa, 11 mayo 2010).

- ⁴⁵ S. Allevato - P. Cerocchi, *La P38 e la mela*, op. cit., p. 92.
- ⁴⁶ L. Giussani, *Dall'utopia alla presenza* (1975-1978), op. cit., pp. 51-52 (cf. ed. esp. pp. 57s).
- ⁴⁷ Ga 3,28.
- ⁴⁸ L. Giussani, *Dall'utopia alla presenza* (1975-1978), op. cit., pp. 53-54 (cf. ed. esp. p. 59).
- ⁴⁹ Ib., pp. 66-68 (cf. ed. esp. pp. 69-71).
- ⁵⁰ Ib., pp. 57-58 (cf. ed. esp. p. 62).
- ⁵¹ Ib., pp. 86-87 (cf. ed. esp. pp. 86s).
- ⁵² Ib., pp. 66-69 (cf. ed. esp. pp. 69-72).
- ⁵³ M. Camisasca, *Comunione e Liberazione. Il riconoscimento* (1976-1984), San Paolo, Cinisello Balsamo (Milán) 2006, p. 90 (cf. ed. esp. p. 88).
- ⁵⁴ A. Sofri, «Quello strano '76. Utopia e presenza», entrevista de L. Amicone, *Tracce-Litterae communionis*, n. 7 (2004), pp. 60-61.
- ⁵⁵ F. Alberoni, citado en C. Dignola, «La formula di una presenza», *Tracce-Litterae communionis*, n. 10 (2009), p. 75.
- ⁵⁶ P. Mieli, «Quella storia ci ha salvati e ci salva», de A. Simone (ed), *Tracce-Litterae communionis*, n. 5 (2003), p. 80.
- ⁵⁷ Intervención de Pierluigi Bersani en el Meeting por la amistad entre los pueblos de Rímini, con ocasión de la presentación del libro de L. Giussani *Dall'utopia alla presenza* (1975-1978), Rímini, 26 agosto 2006, publicado en el sitio web www.meetingrimini.org/detail.asp?c=1&p=6&id=3714&key=3&pfix=, URL consultada el 27 octubre 2011.
- ⁵⁸ G. Cesana, citado en R. Fontolan, «Presenza, giudizio, autorità», *Tracce-Litterae communionis*, n. 8 (2006), p. 64.
- ⁵⁹ FCL, *Documentación audiovisual*, Reunión de los sacerdotes de CL del norte de Italia, Idice San Lazzaro de Savena (Bologna), 12 noviembre 1979.
- ⁶⁰ FCL, *Documentación audiovisual*, Consejo de CL, Milán, 11-12 enero 1975.
- ⁶¹ FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Raccolta testi Giussani*, b. RG7, «Asamblea de Responsables de CLL, Riva del Garda, 1-4 enero 1976».
- ⁶² FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Raccolta testi Giussani*, b. RG15, «Escuela de Responsables Collevanza 17/19 septiembre 1976».
- ⁶³ *Verso una vita di fede più matura*, Comunione e Liberazione (ed), Milán 1976, *pro manuscripto*, pp. 8, 10.
- ⁶⁴ L. Cioni (ed.), «È venuto il tempo della persona», *CL Litterae communionis*, n. 1 (1977), p. 11.
- ⁶⁵ 348 Ib., p. 12.
- ⁶⁶ L. Giussani, «La nostra amicizia è segno del mistero che Dio opera nella storia», *CL Litterae communionis*, n. 2 (1977), p. 8.
- ⁶⁷ FCL, *Documentación audiovisual*, Escuela del consejo de CL, Idice San Lazzaro de Savena (Bologna), 11-12 diciembre 1976.
- ⁶⁸ FCL, *Documentación audiovisual*, Centro de CL, Milán, 14 diciembre 1976.

Capítulo 17

- ¹ J. M. Oriol, citado en R. Perrone, «Adelante!», *Tracce-Litterae communionis*, n. 7 (2001), p. 13 (cf. 'Diario de a bordo', *Huellas*, 7, 2001).
- ² FCL, *Documentación audiovisual*, Centro de CL, Milán, abril 1976.
- ³ ARCHIVO DEL MOVIMIENTO DE COMUNIÓN Y LIBERACIÓN EN ESPAÑA, Madrid (España), «Encuentro con Luigi Giussani en Madrid, en marzo de 1978».
- ⁴ AMCLE, «Encuentro con Luigi Giussani, en Las Rozas, en marzo de 1978».
- ⁵ AMCLE, «Puntos esenciales de una experiencia cristiana: Tema desarrollado por Luigi Giussani consiliario del movimiento eclesial 'Comunión y Liberación', en el encuentro celebrado en Las Rozas, los días 23 y 24 de Junio de 1978».
- ⁶ AMCLE, «Encuentro con L. Giussani; en Las Rozas, los días 3 y 4 de noviembre de 1978».
- ⁷ AMCLE, «Mesas redondas 1977: La tentación del cristiano, hoy. Ila mesa redonda: 'El materialismo en la vida' (del 26 al 30 septiembre). Director: D. Carlos Valverde, S. J. Ponencia 10a.: 'Un movimiento cristiano contra el materialismo'», [Madrid].
- ⁸ AMCLE, «Encuentro con Luigi Giussani, en Seminario de Madrid, en abril de 1979».
- ⁹ FCL, Carmen Giussani, Abbiategrasso (Milán), 26 diciembre 2002, entrevista personal de Anna Ballarino.

- ¹⁰ J. Carrón, «Improvvisamente, Cristo» («De repente, Cristo»), *Alfa Y Omega*, Madrid 7 octubre 2010, p. 29. Intervención en la apertura de curso de CL del 2010.
- ¹¹ F. J. Martínez, «Vescovo e amico», entrevista de C. Giussani, *Tracce-Litterae communionis*, n. 5 (1996), p. 41.
- ¹² *Una sorprendente historia de unidad*, Entrevista televisiva de Fernando de Haro a Julián Carrón, DVD adjunto a *Huellas-Litterae communionis* (2010), transcripción de una grabación.
- ¹³ Ib.
- ¹⁴ La historia de aquellos días se cuenta en un librito titulado *Verdad de Dios, Verdad del hombre*, supl. *Huellas-Litterae communionis*, n. 8 (2010), editado por Comunión y Liberación de España; y publicado en Italia como *Verità di Dio, verità dell'uomo*, supl. *Tracce-Litterae communionis*, n. 9 (2010).
- ¹⁵ L. Giussani, citado en *Verità di Dio, verità dell'uomo*, op. cit., p. 34.
- ¹⁶ *Gaudium et spes*, Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo contemporáneo, 7 diciembre 1965, 22.
- ¹⁷ *Una sorprendente historia de unidad*, Entrevista televisiva de Fernando de Haro a Julián Carrón, DVD, op. cit.
- ¹⁸ L. Giussani, citado en *Verità di Dio, verità dell'uomo*, op. cit., p. 7.
- ¹⁹ Ib., p. 19.
- ²⁰ Ib., p. 26.
- ²¹ «Una propuesta», manifiesto de unos universitarios de Córdoba, publicado en *Verità di Dio, verità dell'uomo*, op. cit., pp. 35-36.
- ²² L. Giussani, citado ib., p. 34.
- ²³ J. Carrón, citado en A. Savorana, «Noi siamo ciò che siete voi», *Tracce-Litterae communionis*, n. 8 (2010), p. 78.
- ²⁴ Ib.
- ²⁵ Ib.
- ²⁶ AMCLE, «[Ejercicios Alcobendas. D. Giussani.] Viernes 1 de noviembre de 1985».
- ²⁷ A. Hernández, «Nace Comunión y Liberación», *Diario 16*, 12 octubre 1985, p. 6.
- ²⁸ J. Arias, «Nerviosismo en el Vaticano por las críticas de los jesuitas al excesivo culto al Papa», *El País*, 5 noviembre 1985.

Capítulo 18

- ¹ Virgilio Noè (1922-2011), maestro de ceremonias litúrgicas pontificias; consagrado obispo en 1982, en 1991 cardenal y finalmente arcipreste de la basílica de San Pedro.
- ² FCL, *Documentación audiovisual*, Consejo de CL, febrero 1975.
- ³ Cf. *Anno Santo*, n. 17 (1975), pp. 99-101; véase también el artículo de *L'Osservatore Romano* del 24 marzo 1975.
- ⁴ Pablo VI, Homilía «*Dominica Palmarum*», 23 marzo 1975.
- ⁵ L. Giussani, *Un caffè in compagnia...*, op. cit., p. 100.
- ⁶ «Jóvenes de todo el mundo en la plaza de San Pedro», *L'Osservatore Romano*, 24 marzo 1975.
- ⁷ AUC, Documenti riguardanti l'Università Cattolica del Sacro Cuore, «Audience del 7 junio 1975».
- ⁸ FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Raccolta testi Giussani*, b. RG14, «Intervención en la Celebración del Año Santo 1975 domingo de Ramos. Convención de Comunión y Liberación en Roma. Intervención de don Luigi Giussani».
- ⁹ Cf. C. Chieffo, «La nuova Auschwitz», «L'opera», *Canti*, op. cit., pp. 234-235 (trad. esp. en *Cancionero*, pp. 339s).
- ¹⁰ Pablo VI, Exhortación apostólica *Paterna cum benevolentia*, 8 diciembre 1974.
- ¹¹ FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Raccolta testi Giussani*, b. RG14, «Intervención en la Celebración del Año Santo 1975 domingo de Ramos. Convención de Comunión y Liberación en Roma. Intervención de don Luigi Giussani».
- ¹² Pablo VI, Exhortación apostólica *Paterna cum benevolentia*, 8 diciembre 1974.
- ¹³ FCL, *Documentación audiovisual*, Convención de CL después del encuentro con Pablo VI con ocasión del Domingo de Ramos, Ciudad del Vaticano, 23 marzo 1975. En 1982 Giussani transcribirá a mano la frase «A medida que maduramos...» en un gran cartel, con ocasión del Happening de los jóvenes de Milán, solicitado por Carmen Giussani, que conserva en su cartera un recorte del periódico que daba noticia de ello. En 1984 se publicará en un libro con motivo del trigésimo aniversario, *Comunione e Liberazione immagini di 30 anni*, de E. Ronzoni y M. Vitali, Cooperativa Lavoratori Associati S.a.r.l., Milán 1984. Y luego, será propuesto de nuevo con ocasión de los cuarenta años de CL como estampa de recuerdo aneja a *Tracce-Litterae communionis*, n. 9 (1994).

- ¹⁴ F. De Santis, «Il Papa ha dato ospitalità ai giovani di ‘Comunione e Liberazione’: chi sono?», *Corriere della Sera*, 25 marzo 1975.
- ¹⁵ V.D.A., «I giovani di Comunione e Liberazione», *L'Osservatore Romano*, 25 marzo 1975.
- ¹⁶ L. Giussani, *Un caffè in compagnia...*, op. cit., p. 100.
- ¹⁷ ADM, ASAC, b. 198, fasc. *Sacerdoti - Giussani Luigi*, carta manuscrita de Luigi Giussani a Giovanni Colombo, Milán, 24 marzo 1975.
- ¹⁸ G. Grillo, «Pablo VI y el sentido de la historia», entrevista de A. Savorana, *Tracce-Litterae communionis*, n. 11 (1998), p. 69.
- ¹⁹ Ver aquí cap. 9, p. 1275, nota 35.
- ²⁰ El texto de su intervención se publicará como «Presentación» de un libro editado por Sandro Bianchi, un antiguo *giesino*, con el título *Gli estremisti di centro*, Guaraldi, Rímini 1975.
- ²¹ D.M. Turoldo, «I 99 giusti», *Corriere della Sera*, 29 marzo 1975.
- ²² Pablo VI, *Audiencia general*, 23 julio 1975.
- ²³ P. Gheddo, «Che cosa pensare di Comunione e Liberazione?», *Avvenire*, 1 abril 1975.
- ²⁴ S. Vanni Rovighi, «Comunione e Liberazione», *Corriere della Sera*, 5 abril 1975.
- ²⁵ G. Lattanzio, «Comunione e liberazione», *Corriere della Sera*, 8 abril 1975.
- ²⁶ F. Mussi, «L'integralismo eclettico di Comunione e liberazione», *Rinascita*, n. 18 (2 mayo 1975), pp. 24-25.
- ²⁷ FCL, *Raccolta documentale don Giussani*, «Informe y debate sobre ‘Comunión y Liberación’ (miércoles, 4 junio, 9.15 horas)».
- ²⁸ G. Colombo, «San Ambrosio ayer y hoy. Discurso del Card. Giovanni Colombo, arzobispo de Milán. Milán, Basilica de San Ambrosio, 7 diciembre 1974», *Rivista Diocesana Milanese*, a. 63 (1975), p. 90. En una nota a pie de página los padres pasionistas, que redactaron el texto mecanografiado del encuentro con Giussani, escriben: «Señalamos todo el discurso [de Colombo] por su notable afinidad de conceptos con los que expresó aquí don Giussani».
- ²⁹ FCL, *Raccolta documentale don Giussani*, «Informe y debate sobre ‘Comunión y Liberación’ (miércoles, 4 junio, 9.15 horas)».
- ³⁰ FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Raccolta testi Giussani*, b. RG14, «Retiro para los estudiantes dominicos de Filosofía Turín 6.3.1975 don L. Giussani».
- ³¹ D. M. Turoldo, P. Gheddo, «Può nascere un nuovo partito cattolico?», entrevistas de Spectator, *L'Europeo*, 11 julio 1975.
- ³² R. La Valle, «Questione romana», *Il Tempo*, 1 agosto 1975.
- ³³ D. Fabbri, «Comunione e liberazione», *Il Tempo*, 10 diciembre 1975.
- ³⁴ G. Bocca, «Mi dica: cos'è ‘Comunione e liberazione’? A colloquio con don Giussani, l'ispiratore», *Il Giorno*, 31 mayo 1975.
- ³⁵ M. Fini, «Che cosa vuole Comunione e liberazione», *L'Europeo*, 30 octubre 1975, pp. 22-23.
- ³⁶ L. Giussani, *Dall'utopia alla presenza (1975-1978)*, op. cit., pp. 31-32 (cf. ed. esp. pp. 37s).

Capítulo 19

- ¹ Roberto Formigoni, iniciador del Movimento Popolare, luego vicepresidente del Parlamento Europeo, y más tarde presidente de la región de Lombardía y senador de la República italiana.
- ² G. Agnese - R. Formigoni, *Io e un milione di amici*, Bompiani, Milán 1988, pp. 122-125.
- ³ Cf. L. Amicone, *Nel nome del niente...*, op. cit., pp. 160-166.
- ⁴ FCL, Roberto Formigoni, 17 enero 1996, entrevista personal de Maurizio Vitali.
- ⁵ L. Giussani, *Comunione e Liberazione. Interviste a cura di Robi Ronza*, Jaca Book, Milán 1976; publicado con ampliación en 1987 como L. Giussani, *Il Movimento di Comunione e Liberazione...*, op. cit. (ed. esp.: Id., *El Movimiento de Comunión y Liberación. Una entrevista en dos tiempos: 1976/1986 realizada por Robi Ronza*, Encuentro, Madrid 1987, 2012²).
- ⁶ L. Giussani, *Il Movimento di Comunione e Liberazione...*, op. cit., pp. 118-120 (cf. ed. esp. pp. 121-123).
- ⁷ Ib., pp. 120-122 (cf. ed. esp. pp. 123-125).
- ⁸ Ib., p. 132 (cf. ed. esp. p. 136).
- ⁹ Ib., pp. 132-133 (cf. ed. esp. pp. 136s).
- ¹⁰ U. Munzi, «Pasolini assassinato a Ostia», *Corriere della Sera*, 3 noviembre 1975, p. 1.
- ¹¹ Pier Paolo Pasolini (1922-1975), poeta, novelista, periodista, guionista y director de cine, asesinado en la playa de Ostia en la noche entre el 1 y el 2 noviembre 1975.

- ¹² El hecho está confirmado por Lucio Brunelli: estando reunido con Giussani en 1998 en su habitación de Gudo Gambaredo, le habló de Pasolini y este le dijo que «le estaba escribiendo una carta cuando llegó de repente la noticia de su muerte. En la carta quería preguntarle si podíamos encontrarnos. ¡Qué encuentro habría sido...!». ¹³ P. P. Pasolini, «Il Potere senza volto», *Corriere della Sera*, 24 junio 1974, pp. 1-2.
- ¹⁴ En 1987, durante un congreso de la Democracia cristiana lombarda Giussani dirá: «El panorama de la vida social se vuelve cada vez más uniforme, más gris (pensemos en la ‘gran homologación’ de la que hablaba Pasolini), tanto que entran ganas de describir la situación con una fórmula (que de vez en cuando utilizo con los jóvenes): hay que tener cuidado de que la P (poder) no esté en proporción directa con una I (impotencia), porque entonces el poder derivaría en prepotencia sobre la impotencia que se persigue, precisamente, mediante la reducción sistemática de los deseos, de las exigencias y de los valores» (L. Giussani, *L’io, il potere, le opere...*, op. cit., p. 167, [ed. esp. p. 153]). Y de nuevo, entrevistado en 1987 por don Angelo Scola, dirá: «El poder, no en su ontología y por tanto en su estructural dimensión ética, sino en su actual realidad histórico-política, muestra tener una radical enemistad hacia el sentido religioso. Es esta enemistad lo que yo pretendo criticar. Por otra parte el poder, por medio de los instrumentos de invasión de la conciencia de los que dispone —ante todo los medios de comunicación— no puede dejar de homologar lo más posible al pueblo (como decía Pier Paolo Pasolini) en valores y actitudes que le permitan mantener el *statu quo* y perpetuar su dominio» (L. Giussani, *Un avvenimento di vita, cioè una storia*, op. cit., p. 42).
- ¹⁵ L. Giussani, *Realtà e giovinezza...*, op. cit., p. 84 (cf. ed. esp. p. 102).
- ¹⁶ P. P. Pasolini, «Siamo tutti in pericolo», entrevista de F. Colombo, *Tuttolibri*, semanario de información de *La Stampa*, 8 noviembre 1975, pp. 3-4.
- ¹⁷ Ernesto Pisoni (1920-1992), sacerdote, director del diario católico *L’Italia*; sucesor de don Gnocchi en la dirección de la Fundación ‘Pro Juventute’.
- ¹⁸ L. Giussani, «Un mistero di scelta», *Tracce-Litterae communionis*, n. 3 (2001), p. XI (cf. ‘El misterio de la elección’, *Huellas*, 3, 2001).
- ¹⁹ P. P. Pasolini, *Lettere luterane*, Einaudi, Turín 1976, p. 32.
- ²⁰ L. Giussani, «Nell’incontro con quell’Uomo la percezione del Mistero», *Tracce-Litterae communionis*, n. 3 (2000), pp. III-IV, X (cf. ‘La percepción del Misterio en el encuentro con aquel Hombre’, *Huellas*, 3, 2000).
- ²¹ FCL, *Documentación audiovisual*, Primera Escuela de comunión, Milán, 12 octubre 1975.
- ²² L. Giussani, *Il Movimento di Comunione e Liberazione...*, op. cit., p. 133 (ed. esp. p. 137).
- ²³ L. Amicone, *Nel nome del niente...*, op. cit., pp. 124-125.
- ²⁴ FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Ufficio Relazioni Pubbliche*, b. URP.ES9, fasc. URP.ES/43, carta mecanografiada de Enrico Bartoletti a Luigi Giussani, Roma, 17 febrero 1976.
- ²⁵ FCL, *Documentación audiovisual*, Tercera Escuela de responsables, Florencia, 28-29 febrero 1976. El texto dice: «Los abajo firmantes solicitan formalmente al Presidente del Consejo que se den todos los pasos necesarios ante el Gobierno de Estados Unidos de América a fin de que se haga público el nombre de la organización política que, según el informe Pike [por el nombre del diputado de Nueva York Otis Pike que había dirigido la investigación del congreso de EE UU, *nda*] habría sido creada y financiada por la CIA entre 1969 y 1972» (FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Ufficio Relazioni Pubbliche*, b. URP.ES24, fasc. URP.ES/111, «Testo della Petizione: Petizione popolare per sapere la verità. Al presidente del Consiglio»).
- ²⁶ Cf. P. Mastrolilli - M. Molinari, «Andreotti e la CIA. ‘Qualcuno dei miei mi tese una trappola’», *La Stampa*, 9 diciembre 2005, p. 9.
- ²⁷ Oriana Fallaci voló a Washington en marzo 1976 para realizar una larga entrevista al jefe de la CIA William Colby. A la pregunta sobre los «nombres de los miserables que han recibido en Italia dinero de la CIA», le respondieron que esto era imposible porque «nuestra House of Representatives ha votado que los nombres deben permanecer secretos» (O. Fallaci, *Intervista con la storia*, BUR, Milán 1985, pp. 443-444).
- ²⁸ L. Giussani, «CL: diffamati e aggrediti», entrevista de A. Capasso, *Gente*, n. 14 (1976), pp. 62-65.
- ²⁹ L. Giussani, «Con don Giussani, microfono di Dio», entrevista de R. di Rienzo, *L’Espresso*, n. 16 (1976), p. 10.
- ³⁰ «I servizi segreti americani e Comunione e Liberazione», *La Stampa*, 17 junio 1979, p. 2.
- ³¹ L. Giussani, «Comunione e Liberazione: le idee forza», *L’Osservatore Romano*, 8-9 noviembre 1976, p. 7.
- ³² L. Giussani, «Comunione e Liberazione: aspetti di vita», *L’Osservatore Romano*, 10 noviembre 1976, p. 7.
- ³³ L. Giussani, «Comunione e Liberazione: impegno nel mondo», *L’Osservatore Romano*, 11 noviembre 1976, p. 7.
- ³⁴ FCL, *Documentación audiovisual*, Consejo nacional de CL, Milán, 15-16 enero 1977.
- ³⁵ Cf. S. Allevato - P. Cerocchi, *La P38 e la mela*, op. cit., p. 108.
- ³⁶ L. Giussani, «Vi spiego com’è nata Comunione e Liberazione», *Il Resto del Carlino*, 13 marzo 1977, p. 47.

- [37](#) Nazareno Fabbretti (1920-1997), fraile menor franciscano, ordenado sacerdote en 1943, periodista y escritor, en 1963 dejó Génova a petición del cardenal Giuseppe Siri, contrario a sus aperturismos progresistas.
- [38](#) L. Giussani, «Chi sono quelli di C.L.? Giussani spiega», entrevista de N. Fabbretti, *Alba*, 31 marzo 1977, pp. 18-19.
- [39](#) L. Giussani, «Savonarola dei nostri tempi», *Il Resto del Carlino*, entrevista de R. Gervaso, 30 abril 1977, p. 3.
- [40](#) L. Giussani, *Dall'utopia alla presenza (1975-1978)*, op. cit., p. 101 (cf. ed. esp. p. 99).
- [41](#) Ib., pp. 102-103 (cf. ed. esp. pp. 100s).
- [42](#) L. Giussani, «Il cervello di Comunione e Liberazione», entrevista de G. Russo, *Corriere della Sera*, 14 junio 1977, p. 3.
- [43](#) FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Ufficio Relazioni Pubbliche*, b. URP.ES28, fasc. URP.ES/130, carta mecanografiada de Luigi Giussani a Marco Ce, Milán, 17 marzo 1977.
- [44](#) FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Ufficio Relazioni Pubbliche*, b. URP.ES3, fasc. URP.ES/16, carta mecanografiada de Luigi Giussani a Giovanni Benelli, [Milán], 17 marzo 1977.
- [45](#) FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Comunione e Liberazione Educatori*, b. CLE10, fasc. CLE/35, carta circular mecanografiada de Luigi Giussani adjuntando recorte de la carta de los obispos de la región de Emilia-Romagna publicada en *Avvenire* el 20 marzo 1977, [Milán], Santa Pasqua 1977.
- [46](#) El libro fue publicado por la editorial Jaca Book y traducido a numerosas lenguas; la edición más reciente es del verano de 2005 en Rizzoli, a pocos meses del fallecimiento del autor (ed. esp.: tras numerosas ediciones en formato de bolsillo, Id., *Educare es un rischio*, Encuentro, Madrid 1986-2002⁶, la edición actualmente en venta, por la que citaremos, se encuentra en la colección de Ensayos n. 276, Encuentro, Madrid 2006, *ndt*).
- [47](#) L. Giussani, *Il rischio educativo*, op. cit., pp. 43-44 (cf. ed. esp. pp. 40s).
- [48](#) J.A. Jungmann, S.J., *Christus als Mittelpunkt religiöser Erziehung*, Friburgo de Brisgovia 1939, p. 20.
- [49](#) L. Giussani, *Il rischio educativo*, op. cit., pp. 65-66 (cf. ed. esp. pp. 61s).
- [50](#) Ib., pp. 68-76 (cf. ed. esp. pp. 64-70).
- [51](#) Ib., pp. 83-84 (cf. ed. esp. pp. 76s).
- [52](#) Ib., pp. 87-89 (cf. ed. esp. pp. 80ss).
- [53](#) Ib., pp. 103-114 (cf. ed. esp. pp. 94-105).
- [54](#) L. Giussani, *Il rischio educativo*, SEI, Turín 1995, p. 162 (se trata de una edición que recoge además otros textos de Giussani sobre educación. No hay traducciones editadas en español. Sin embargo esta cita se recoge también en ed. esp. cf. p. 132s, *ndt*).
- [55](#) L. Giussani, «Fede è riconoscere una presenza», *Tracce-Litterae communionis*, n. 11 (2000), p. VI (cf. 'La fe es reconocer una presencia', *Huellas*, 11, 2000).
- [56](#) Ib., pp. X-XI.
- [57](#) L. Giussani, *Il rischio educativo*, op. cit. (1995), pp. 59-65.
- [58](#) Ib., pp. 62-68.
- [59](#) Ib., pp. 84-87.
- [60](#) Pablo VI, «Las palabras de Pablo VI a los estudiantes florentinos de CL iluminan el auténtico ideal de nuestra tentativa: plantear la existencia a la luz de la fe», *Litterae communionis-CL*, n. 2 (1978), p. 34.
- [61](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Reunión de los sacerdotes de CL del norte de Italia, Idice San Lazzaro di Savena (Bologna), 23 enero 1978.
- [62](#) C. Medail, «Cosa può dire un intellettuale?», *Corriere della Sera*, 18 marzo 1978, p. 3.
- [63](#) A. Moravia, «La storia ripete i tragici errori», *Corriere della Sera*, 20 marzo 1978, p. 3.
- [64](#) G. Testori, «Realtà senza Dio», *Corriere della Sera*, 20 marzo 1978, p. 3; véase también Id., *La maestà della vita e altri scritti*, BUR, Milán 1998, pp. 24-26.
- [65](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Reunión de los sacerdotes de CL del norte de Italia, Idice San Lazzaro di Savena (Bologna), 29 mayo 1978.
- [66](#) FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Comunione e Liberazione*, b. CL25, fasc. CL/85, «E noi che speranza abbiamo», [Milán], 10 mayo 1978; el manifiesto se publicará con el título «Un pueblo humillado debe poder ahora despertar de nuevo su esperanza» también en *Litterae communionis-CL*, n. 6 (1978), pp. 7-8.
- [67](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Reunión de los sacerdotes de CL del norte de Italia, Idice San Lazzaro di Savena (Bologna), 29 mayo 1978.
- [68](#) Francesco Cossiga (1928-2010), jurista y profesor universitario, político de la Democracia Cristiana, fue ministro del Interior, presidente del Consejo de Ministros y más tarde del Senado, finalmente presidente de la República desde 1985 a 1992.
- [69](#) F. Cossiga, «Don Giussani, un uomo di libertà», *Tracce-Litterae communionis*, n. 11 (2005), p. 88.

- ⁷⁰ L. Amicone, «Nel nome del niente. Nel nome del padre», entrevista de A. Savorana, *Tracce-Litterae communionis*, n. 1 (1999), pp. 14-18.
- ⁷¹ FCL, *Documentación audiovisual*, Consejo de CL, Milán, 15-16 abril 1978.
- ⁷² L. Amicone, «Nel nome del niente. Nel nome del padre», op. cit., pp. 16-17.
- ⁷³ FCL, *Documentación audiovisual*, Reunión de los sacerdotes de CL del norte de Italia, Idice San Lazzaro di Savena (Bologna), 29 mayo 1978.
- ⁷⁴ FCL, Fiorenzo Tagliabue, Milán, 20 febrero 2004, entrevista personal de Anna Ballarino.
- ⁷⁵ A. Buttiglione, citado en S. Allevato - P. Cerocchi, *La P38 e la mela*, op. cit., p. 140.
- ⁷⁶ FCL, Vittorio Citterich, Roma, 11 mayo 2004, entrevista escrita.
- ⁷⁷ FCL, *Documentación audiovisual*, Consejo de CL, Milán, 15-16 abril 1978.
- ⁷⁸ FCL, *Documentación audiovisual*, Reunión de los sacerdotes de CL del norte de Italia, Idice San Lazzaro di Savena (Bologna), 17 abril 1978.
- ⁷⁹ FCL, *Documentación audiovisual*, Diaconía diocesana de CL, Milán, 17 mayo 1978.
- ⁸⁰ Citterich recuerda la composición de la redacción. Había, al mando, un ‘comité de redacción’ compuesto por el mismo Citterich, Angela Buttiglione, Pierantonio Graziani, Luigi De Fabiani (responsable), Carlo Luna. Muchos eran jóvenes, casi muchachos, todavía en sus primeros pasos profesionales. Algunos en Roma, otros en Milán. «Recuerdo, en Roma, aparte del ‘factotum’ Fiorenzo Tagliabue, Guido Bossa, Antonietta Calabrò, Angiolino Lonardi, Filippo Landi, Alver Metalli, Massimo Franco, Paolo Giuntella y además, en Milán, a Luigi De Fabiani, Guido Folloni, Robi Ronza y también a Giancarlo Gioielli, Roberto Fontolan, Giampiero Beltotto, Giovanni Santambrogio, Alberto Brasioli, Emilio Bonicelli, Renato Farina, Rosalba Ottolenghi. Recuerdo también las primeras colaboraciones ‘externas’, de Giovanni Testori a Irina Alberti, la participación oficialmente ‘externa’ pero interiormente muy intensa y precisa de Rocco Buttiglione, las contribuciones de Nuccio Fava, Gianni Giovannoni y muchos otros» (FCL, Vittorio Citterich, Roma, 11 mayo 2004, entrevista escrita).
- ⁸¹ V. Citterich, «Strumento aperto», *Il Sabato*, n. 1 (1978), p. 1.
- ⁸² L. Giussani, *Dall’utopia alla presenza (1975-1978)*, op. cit., p. 183 (cf. ed. esp. p. 171).
- ⁸³ FCL, *Documentación audiovisual*, Diaconía diocesana de CL, Milán, 5 abril 1978.
- ⁸⁴ Trad. esp.: L. Giussani, *Decisión para la existencia*, Encuentro, Madrid 1988, pp. 73ss. Ahora en *Alla ricerca del volto umano*, op. cit., pp. 124-125 (cf. ed. esp. Id. *El rostro del hombre*, Encuentro, Madrid 1996, pp. 152ss).
- ⁸⁵ FCL, *Documentación audiovisual*, Centro de CL, Milán, 1 junio 1978.
- ⁸⁶ FCL, *Documentación audiovisual*, Reunión de las confraternidades del CLU, Milán, 20 junio 1978.
- ⁸⁷ Testimonio del pastor de la comunidad evangélica Dr. Wolfhart Schlichting, abril 2013.
- ⁸⁸ L. Giussani, *Dall’utopia alla presenza (1975-1978)*, op. cit., pp. 288-309 (cf. ed. esp. pp. 261-279).
- ⁸⁹ L. Giussani, «La fede è chiarezza, coerenza e (anche) grazia», entrevista de F. Dante, *La nostra assemblea*, n. 9-10 1978).
- ⁹⁰ FCL, *Documentación audiovisual*, Reunión de los sacerdotes de CL del norte de Italia, Idice San Lazzaro di Savena (Bologna), 11 noviembre 1979.
- ⁹¹ FCL, *Documentación audiovisual*, Reunión de los sacerdotes de CL del norte de Italia, Idice San Lazzaro di Savena (Bologna), 7 enero 1980.

Capítulo 20

- ¹ L. Giussani, *Un caffè in compagnia...*, op. cit., pp. 97-113.
- ² L. Giussani, «Un altro sì a Paolo VI beato», *Avvenire*, 13 enero 1989, p. 3.
- ³ L. Giussani, «Prefazione», en A. Torielli, *Paolo VI. Il timoniere del Concilio*, PIEMME, Casale Monferrato 2003, pp. 7-8.
- ⁴ L. Giussani, *Un caffè in compagnia...*, op. cit., pp. 109-110.
- ⁵ V. Citterich, citado en AA. VV. *Francesco Ricci. Una passione cento passioni*, Lit. Citienne s.r.l., Forlì 1996, p. 98.
- ⁶ Carta mecanografiada de Carlo Buora al autor, marzo 1999.
- ⁷ El movimiento polaco Luz y Vida tiene sus raíces en las reuniones llamadas Oasis. El primer Oasis (un retiro que duró quince días) lo organizó el padre Franciszek Blachnicki precisamente en 1954. La finalidad era educar a los adolescentes en un estilo de vida cotidiana formado en la vocación cristiana. En 1969 —otra coincidencia— se añadió un nuevo elemento: la concepción de una «Iglesia viva». En 1976 —tercera fecha significativa— el Oasis de Iglesia viva tomó el nombre de Luz y Vida, implicando a decenas de miles de personas. La historia de amistad entre Luz y Vida y CL tendrá su punto culminante al comienzo de los años ochenta, cuando el padre Blachnicki

lance la idea —inmediatamente acogida por Giussani— de organizar un congreso en Roma, abierto a otros movimientos eclesiales, para reflexionar sobre la relación entre institución y carisma, sobre el estatuto eclesial del laico bautizado y sobre las notas de eclesialidad de un movimiento (ver aquí, p. 650).

⁸ L. Giussani, «Alle radici di una storia. Segno e Mistero», *Tracce-Litterae communionis*, n. 3 (2005), pp. 27-28 (cf. 'Polonia. Las raíces de una historia. Signo y Misterio', *Huellas*, 3, 2005).

⁹ FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Ufficio Relazioni Pubbliche*, b. URP.ES1, fasc. URP.ES/2, carta mecanografiada de Luigi Giussani a Juan Pablo II, [Milán], 21 enero 1979.

¹⁰ L. Giussani, «Serviamo Cristo in questo grande uomo», *Litterae communionis-CL*, n. 2 (1979), pp. 2-3.

¹¹ FCL, *Documentación audiovisual*, Encuentro con los bachilleres, Milán, 22 febrero 1979.

¹² FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Comunione e Liberazione Universitari*, b. CLU21, fasc. CLU/83, carta circular mecanografiada de Luigi Giussani, Milán, 22 febrero 1978.

¹³ FCL, *Raccolta documentale don Giussani*, «Peregrinación de los estudiantes universitarios de Comunión y Liberación. Roma, 31 marzo 1979».

¹⁴ Juan Pablo II, *La liberazione di Cristo nella comunione della Chiesa*, supl. *Litterae communionis-CL*, n. 5 (1979), pp. 3-8.

¹⁵ «Oto jest dzien» (Este es el día que ha hecho el Señor), citado ib., p. 7.

¹⁶ L. Giussani, *Siamo stati provocati ad una responsabilità sulla quale sarà giudicata la nostra vita*, supl. *Litterae communionis-CL*, n. 5 (1979), p. 9.

¹⁷ L. Giussani, 'Da quale vita nasce Comunione e Liberazione', supl. *Tracce-Litterae communionis*, n. 2 (2010), pp. 3-4, 20 (ed. esp. *De qué vida nace Comunión y Liberación*. Entrevista de Giorgio Sarco. Cuadernos para la Memoria 2. CL, Madrid 1986).

¹⁸ M. Camisasca, *Comunione e Liberazione. Il riconoscimento...*, op. cit., p. 40. (cf. ed. esp. p. 40).

¹⁹ Ib., pp. 40-41 (cf. ed. esp. p. 40).

²⁰ FCL, *Raccolta documentale don Giussani*, «Transcripción literal de las palabras que nos dirigió el Papa en el patio de San Dámaso el 4 de noviembre de 1979».

²¹ Juan Pablo II, Velada con los universitarios del movimiento de «Comunión y Liberación», 26 enero 1980.

²² FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Raccolta testi Giussani*, b. RG24, «Reunión con los sacerdotes del norte de Italia 18 febrero 1980. Bolonia, 18/2/80».

²³ Cristo redentor del hombre. La Encíclica «Redemptor Hominis» comentada con pasajes del magisterio de Juan Pablo II. Escuela de comunidad, supl. *Litterae communionis-CL*, n. 12 (1979), p. 5; ver también la reunión de Tres días en Gressoney con Lazzati de agosto de 1954 (ver aquí, p. 178s).

²⁴ FCL, *Documentación audiovisual*, Primer Anuncio de Escuela de comunidad del CLU, Milán, 11 marzo 1980.

²⁵ FCL, *Documentación audiovisual*, Anuncio de Escuela de comunidad del CLU, Milán, 18 septiembre 1980.

²⁶ *Documentación audiovisual*, Anuncio de Escuela de comunidad del CLU, Milán, 18 septiembre 1980.

²⁷ El libro se publicó con el título *Il senso della nascita. Colloquio con don Luigi Giussani*, BUR, Milán 1980 (ed. esp.: G. Testori-L. Giussani, *El sentido de nacer*, Encuentro, Madrid 2013) y será el primer volumen de la colección —dirigida por Testori— «i libri della speranza»; publicado de nuevo en G. Testori, *La maestà della vita...*, op. cit.

²⁸ Ib., pp. 369-370 (cf. ed. esp., p. 16).

²⁹ Ib., pp. 379, 384-385, 401, 403, 405, 410, 413-414, 420 (cf. Id., *El sentido de nacer*, op. cit., pp. 29; 35-36; 36-37; 38; 59; 62; 65; 66; 77; 86).

³⁰ Cf. Novalis, *Frammenti*, BUR, Milán 1991, n. 24, p. 41.

³¹ G. Testori, *La maestà della vita...*, op. cit., p. 439 (cf. Id., *El sentido de nacer*, op. cit., p. 112).

Capítulo 21

¹ L. Giussani, *L'opera del movimento. La Fraternalità di Comunione e Liberazione*, San Paolo, Cinisello Balsamo (Milán) 2002, pp. 33-35 (cf. ed. esp. *La Fraternidad de Comunión y Liberación. La obra del movimiento*, Encuentro, Madrid 2007, pp. 32s).

² Ib., pp. 41, 43 (cf. ed. esp. pp. 37, 39). (Utilizaremos poco la traducción correcta, «cofradías», por las connotaciones que tiene actualmente en España, pero es exactamente a esa tradición asociativa seglar a la que se refería Giussani al impulsar las «confraternidades», *ndt*).

³ Ib., p. 43 (cf. ed. esp. p. 39).

⁴ Ib., p. 47 (cf. ed. esp. pp. 42s).

⁵ Ib., pp. 50, 56 (cf. ed. esp. pp. 46, 52).

- ⁶ G. Cesana, «La ‘Confraternità del salvagente’», entrevista de A. Savorana, *Tracce-Litterae communionis*, n. 2 (2007), pp. 28-29 (‘La confraternidad del salvavidas’, *Huellas*, 2, 2007).
- ⁷ G. Feliciani, «Nota histórica», en L. Giussani, *L’opera del movimento...*, op. cit., pp. 16-17 (cf. ed. esp. p. 15).
- ⁸ M. Camisasca, *Comunione e Liberazione. Il riconoscimento...*, op. cit., p. 175 (cf. ed. esp. p. 171).
- ⁹ *Ib.*, pp. 179-180 (ed. esp. p. 176).
- ¹⁰ L. Giussani, *L’opera del movimento...*, op. cit., p. 59 (cf. ed. esp. p. 55).
- ¹¹ Junto a Giussani y al abad Martino Matronola estaban presentes Maria Benedetti, Marco Bucarelli, Rocco Buttiglione, Massimo Camisasca, Giancarlo Cesana, Gianni Dessi, Paola Fabbri, Evelina Menniti, Roberto Perlini, Carla Sargenti y Carlo Wolfsgruber.
- ¹² Bollettino Diocesano di Montecassino, n. 3 (1980), pp. 223-224.
- ¹³ Cf. *ib.*, p. 19.
- ¹⁴ AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Raccolta testi Giussani*, b. RG24, «Reunión de sacerdotes del norte de Italia y Bolonia 2-3/1981 lunes».
- ¹⁵ Juan Pablo II, Discurso al encuentro nacional «Misiones para el pueblo en los años 80», 6 febrero 1981.
- ¹⁶ FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Raccolta testi Giussani*, b. RG24, «Reunión de sacerdotes del norte de Italia y Bolonia 2-3/1981 lunes».
- ¹⁷ Juan Pablo II, Discurso a los secretarios regionales de la Juventud estudiantil católica internacional y a los miembros del comité directivo del Movimiento Internacional de los estudiantes católicos, 16 enero 1981, 3.
- ¹⁸ FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Raccolta testi Giussani*, b. RG24, «Reunión de sacerdotes del norte de Italia y Bolonia 2-3/1981 lunes».
- ¹⁹ Juan Pablo II, Discurso a los secretarios regionales de la Juventud estudiantil católica internacional..., op. cit., 4.
- ²⁰ FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Raccolta testi Giussani*, b. RG24, «Reunión de sacerdotes del norte de Italia y Bolonia 2-3/1981 lunes».
- ²¹ L. Giussani, *L’opera del movimento...*, op. cit., p. 250 (cf. ed. esp. p. 254).
- ²² Cf. *ib.*, p. 35 (cf. ed. esp. p. 33).
- ²³ Cf. E. Neri, *Il Meeting. La storia e i testimoni*, PIEMME, Casale Monferrato 2004, pp. 20-21.
- ²⁴ *Ib.*, p. 10.
- ²⁵ *Ib.*, p. 12.
- ²⁶ L. Giussani, «La compagnia di don Giussani al Meeting», en E. Belloni - A. Savorana (eds.), *Il cuore desidera cose grandi*, BUR, Milán 2010, pp. 351-353.
- ²⁷ O. Clément, *La rivolta dello spirito*, Jaca Book, Milán 1980, p. 35.
- ²⁸ FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Raccolta testi Giussani*, b. RG24, «Reunión de sacerdotes del norte de Italia con don Giussani — Bolonia 12/1/81».
- ²⁹ K. Wojtyła, «Redenzione», de ‘La redenzione cerca la tua forma per entrare nell’inquietudine di ogni uomo’, en *Id. Tutte le opere letterarie*, Bompiani, Milán 2001, p. 159.
- ³⁰ FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Raccolta testi Giussani*, b. RG24, «Reunión de sacerdotes del norte de Italia con don Giussani — Bolonia 12/1/81».
- ³¹ Juan Pablo II, Discurso al congreso «Evangelización y ateísmo», 10 octubre 1980, 6.
- ³² FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Raccolta testi Giussani*, b. RG24, «Reunión de sacerdotes del norte de Italia con don Giussani — Bolonia 12/1/81».
- ³³ El Pontificio Consejo para los Laicos es el dicasterio vaticano instituido por Pablo VI en 1967, con una orden que ejecutaba una propuesta contenida en el Decreto conciliar *Apostolicam actuositatem* sobre el apostolado de los laicos. En la intención del Pontífice estaba destinado a ocupar «un puesto privilegiado en la Iglesia [...] como instrumento insustituible y eficaz para la promoción del laicado en la Iglesia» (Pablo VI, *Insegnamenti IX* [1971], p. 1051).
- ³⁴ *Ib.*, p. 21.
- ³⁵ «Decreto de reconocimiento pontificio de la ‘Fraternidad de Comunión y Liberación’», en L. Giussani, *L’opera del movimento...*, op. cit., p. 231 (cf. ed. esp. p. 235).
- ³⁶ *Ib.*, p. 231 (ed. esp. p. 234).
- ³⁷ Carta del cardenal Opilio Rossi, presidente del Pontificio Consejo para los Laicos a don Luigi Giussani, 11 febrero 1982, en L. Giussani, *L’opera del movimento...*, op. cit., p. 223 (cf. ed. esp. p. 228).
- ³⁸ «Carta del Pontificio Consejo para los Laicos a don Luigi Giussani», en L. Giussani, *L’opera del movimento...*, op. cit., pp. 223-224 (cf. ed. esp. p. 228).
- ³⁹ *Ib.*, pp. 224-227 (cf. ed. esp. pp. 229-231).
- ⁴⁰ FCL, *Documentación audiovisual*, Encuentro de Cuaresma de la Fraternidad de CL, Milán, 7 marzo 1982. La

carta está incluida en el volumen L. Giussani, *L'opera del movimento...*, (*La Fraternidad...*) op. cit.

[41](#) L. Giussani, *L'opera del movimento...*, op. cit., pp. 255-256 (cf. ed. esp. pp. 259s).

[42](#) FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Raccolta testi Giussani*, b. RG24, «Reunión de sacerdotes del norte de Italia: Consideraciones de don Giussani sobre la Fraternidad. 1 marzo 1982».

[43](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Encuentro de Cuaresma de la Fraternidad de CL, Milán, 7 marzo 1982.

[44](#) L. Giussani, *L'opera del movimento...*, op. cit., p. 65, *Raccolta testi Giussani*, b. RG24, «Reunión sacerdotes del norte de Italia, 19 abril 1982».

[45](#) FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Raccolta testi Giussani*, b. RG24, «Reunión de sacerdotes del norte de Italia 19 abril 1982».

[46](#) L. Giussani, «La familiarità con Cristo», *Tracce-Litterae communionis*, n. 2 (2007), p. 1 (cf. 'La familiaridad con Cristo', *Huellas*, 2, 2007).

[47](#) Juan Pablo II, Homilía en Ciudad de México, durante el viaje a la República Dominicana, México y Bahamas, 26 enero 1979.

[48](#) L. Giussani, «La familiarità con Cristo», op. cit., pp. 1, 2, 5, 8 (cf. *Huellas*, 2, 2007).

[49](#) Juan Pablo II, *Mensaje Urbi et Orbi*, 11 abril 1982, 2, 4, 5.

[50](#) L. Giussani, «La familiarità con Cristo», op. cit., p. 9 (cf. *Huellas*, 2, 2007).

[51](#) L. Giussani, *L'opera del movimento...*, op. cit., pp. 66-67 (cf. ed. esp. p. 62).

Capítulo 22

[1](#) Juan Pablo II, Discurso a los responsables de los movimientos de apostolado de los laicos, Pavía, 31 mayo 1980, 2, 4, 5.

[2](#) M. Camisasca - M. Vitali (eds.), *I Movimenti nella Chiesa negli anni '80. Atti del I convegno Internazionale, Roma, 23-27 settembre 1981*, Jaca Book, Milán 1982, pp. 251-252.

[3](#) C. M. Martini, citado en L. Giussani, *Un caffè in compagnia...*, op. cit., pp. 40-41.

[4](#) Ib., p. 41.

[5](#) Ib., pp. 42-43.

[6](#) Ib., p. 50.

[7](#) L. Giussani, «Essere cristiani con letizia fierrezza e impegno», *Litterae communionis-CL*, n. 11 (1981), p. 3.

[8](#) FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Ufficio Relazioni Pubbliche*, b. URP.ES37, fasc. RP.ES/182, informe mecanografiado por puntos, 9 abril 1980. Véase también M. Camisasca, *Comunione e Liberazione. Il riconoscimento...*, op. cit., p. 230 (cf. ed. esp. p. 223).

[9](#) Juan Pablo II, *Ángelus*, 22 marzo 1981.

[10](#) «Si ricomincia da 32», *Il Sabato*, n. 21 (1981).

[11](#) L. Giussani, *Certi di alcune grandi cose (1979-1981)*, BUR, Milán 2007, p. 396 (cf. ed. esp.: Id, *Seguros de pocas grandes cosas (1979-1981)*, Encuentro, Madrid 2014, p. 352).

[12](#) M. Borghesi, «...in quest'era post cristiana», *Il Sabato*, n. 13 (1993), p. 70.

[13](#) L. Giussani, *Certi di alcune grandi cose (1979-1981)*, op. cit., pp. 381-383 (cf. ed. esp. pp. 340ss).

[14](#) Ib., pp. 384-385 (cf. ed. esp. pp. 342s).

[15](#) Ib., pp. 385-402 (cf. ed. esp. pp. 337-357).

[16](#) Monseñor Manfredini se reunió primero con el arzobispo de Milán Carlo Maria Martini, el cardenal Giovanni Colombo y monseñor Giacomo Biffi (obispo auxiliar de Milán), luego con los cardenales Poletti, Siri y Poma, y los obispos Castellano, Bonfiglioli, Lambruschini, Trabalzini, Battisti, Baroni, Silvestri, Giovanni Proni, Amaducci, Mario Zanchin, Angioni, Bruno Foresti.

[17](#) ASAEMD, *Documentación audiovisual*, Retiro de la Dedicación del Templo del Grupo adulto, Rímini, 3 octubre 1981.

[18](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Jornada de apertura de curso de CL, Varese, 12 septiembre 1981.

[19](#) El 4 de octubre los jefes y los cuadros de FIAT se reunieron en el Teatro Nuovo de Turín y desde allí, en marcha silenciosa, atravesaron la ciudad. Será la «marcha de los 40.000», totalmente imprevista, que hará que salte la negociación con los sindicatos sobre la «cassa integrazione» (suma de dinero aportada por el Estado a favor de trabajadores cuyos empleadores hayan disminuido las retribuciones o la actividad laboral por causas múltiples, *ndt*).

[20](#) FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Raccolta testi Giussani*, b. RG7, «Un Lavoro per l'uomo. Lección de don Luigi Giussani a los Jóvenes Trabajadores del Piamonte. Castiglione Torinese, 19 septiembre 1981».

- ²¹ M. Bernardi, «Preghiera per un bambino», citada en «Dire un'esperienza è», *Tracce-Litterae communionis*, n. 11 (2004), p. 21.
- ²² FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Raccolta testi Giussani*, b. RG7, «Un Lavoro per l'uomo. Lección de don Luigi Giussani a los Jóvenes Trabajadores del Piamonte. Castiglione Torinese, 19 septiembre 1981».
- ²³ Juan Pablo II, Carta encíclica *Laborem exercens*, I, Introducción.
- ²⁴ Juan Pablo II, después del *Ángelus*, 18 octubre 1981, 3.
- ²⁵ L. Giussani, «Essere cristiani con letizia fierezza e impegno», op. cit., p. 3.
- ²⁶ «Gli auguri al Papa dei giovani di CL», *L'Osservatore Romano*, 6 noviembre 1981.
- ²⁷ Cf. M. Camisasca - M. Vitali (eds.), *I Movimenti nella Chiesa negli anni '80...*, op. cit.
- ²⁸ Ib., p. 254.
- ²⁹ P.J. Cordes, citado en M. Camisasca - M. Vitali (eds.), *I Movimenti nella Chiesa negli anni '80...*, op. cit., pp. 17 y 20.
- ³⁰ M. Camisasca - M. Vitali (eds.), *I Movimenti nella Chiesa negli anni '80...*, op. cit., pp. 247-248.
- ³¹ Juan Pablo II, Homilía en la Santa Misa para los participantes en el Congreso 'Movimientos en la Iglesia', 27 septiembre 1981, 2-3.
- ³² Ver aquí, cap. 22, p. 650.
- ³³ L. Giussani, «Essere cristiani con letizia fierezza e impegno», op. cit., p. 3.
- ³⁴ FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Raccolta testi Giussani*, b. RG24, [«Reunión de sacerdotes del norte de Italia con don Giuss Bolonia 25 enero 1982 (mañana - prosecución de la asamblea tras la intervención de don Alfonso Poppi)»].
- ³⁵ Juan Pablo II, Discurso a los obispos de Piamonte en visita «ad limina Apostolorum», 23 enero 1982, 5.
- ³⁶ FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Raccolta testi Giussani*, b. RG24, [«Reunión de sacerdotes del norte de Italia con don Giuss Bolonia 25 enero 1982 (mañana - prosecución de la Asamblea tras la intervención de don Alfonso Poppi)»].
- ³⁷ Juan Pablo II, Saludo a los fieles reunidos en oración por Polonia, 14 diciembre 1981.
- ³⁸ Citado en «La Polonia non è ancora morta finché noi viviamo», *Litterae Communionis-CL*, n. 1 (1982), p. 3.
- ³⁹ FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Raccolta testi Giussani*, b. RG24, «Bolonia 25 enero 1982 (tarde). Polonia».
- ⁴⁰ FCL, *Documentación audiovisual*, Encuentro cuaresmal con don Luigi Giussani y Claudia Mori, Seregno (Brianza), 9 marzo 1982.
- ⁴¹ E. Vittorini, «Una nuova cultura», *Il Politecnico*, n. 1, 29 septiembre 1945, p. 1.
- ⁴² E. Vittorini, «Per una nuova cultura», *Il Politecnico*, n. 7, 10 noviembre 1945, p. 1.
- ⁴³ Cf. Jn 10,24.
- ⁴⁴ Mt 16,15; Mc 8,29.
- ⁴⁵ FCL, *Documentación audiovisual*, Encuentro cuaresmal con don Luigi Giussani y Claudia Mori, Seregno (Brianza), 9 marzo 1982.
- ⁴⁶ L. Giussani, «Cristo, la compagnia di Dio all'uomo», *Avvenire*, 14 marzo 1982.
- ⁴⁷ L. Giussani, *Uomini senza patria (1982-1983)*, op. cit., p. 7.
- ⁴⁸ Ib., p. 27.
- ⁴⁹ Ib., p. 57.
- ⁵⁰ Ib., p. 62.
- ⁵¹ FCL, *Documentación audiovisual*, Asamblea nacional de responsables di CL, Milán, 5 junio 1988.
- ⁵² Véanse, a este propósito, los libros de la serie 'L'Equipe', publicada por BUR Rizzoli a partir de 2006, que proponen la transcripción de los diálogos e intervenciones de Giussani a partir de 1975 (8 volúmenes, en curso de publicación en español por Ediciones Encuentro desde 2013, *ndt*).
- ⁵³ B. Scholz, *Un'avventura per sé*, BUR, Milán 2008, pp. 71-72.
- ⁵⁴ FCL, *Documentación audiovisual*, Consejo nacional de CL, Colfosco (Bolzano), 18-21 agosto 1982.
- ⁵⁵ L. Giussani, *Uomini senza patria (1982-1983)*, op. cit., pp. 84-88.
- ⁵⁶ L. Giussani, «Cristo risorsa dell'uomo», *Litterae communionis-CL*, n. 10 (1982), p. 3. Un ejemplo de la voluntad que tenía Giussani de seguir las huellas del magistero pontificio se concretó precisamente en 1982, como recordaba el cardenal Biffi: junto al común amigo Enrico Manfredini, obispo de Piacenza, se unió a Giussani «para promover la iniciativa de difundir las palabras de Juan Pablo II en una edición popular periódica denominada 'La Traccia': los tres advertimos la necesidad de que la preciosa enseñanza del papa polaco fuera ofrecida a la cristiandad más ampliamente y de manera más capilar» (G. Biffi, *Memorie e digressioni di un italiano cardinale*, op. cit., pp. 285-286).

- ⁵⁷ FCL, *Documentación audiovisual*, Encuentro con Giovanni Testori durante el *Equipe* del CLU, Colfosco (Bolzano), 24-28 agosto 1982.
- ⁵⁸ E. Neri, *Il Meeting. La storia...*, op. cit., p. 51.
- ⁵⁹ Juan Pablo II, Discurso a los participantes en el III «Meeting por la amistad entre los pueblos», Rímíni, 29 agosto 1982, 2, 6, 7.
- ⁶⁰ L. Giussani, «Cristo risorsa dell'uomo», op. cit., p. 3.
- ⁶¹ FCL, *Documentación audiovisual*, Vacaciones internacionales de CL, Corvara (Bolzano), 6-12 septiembre 1982.
- ⁶² FCL, *Documentación audiovisual*, Jornada de inicio de curso de CL, Varese, 18 septiembre 1982.
- ⁶³ FCL, *Documentación audiovisual*, Reunión nacional de estudiantes de primero de carrera de CL, Rímíni, 28-30 septiembre 1982.
- ⁶⁴ L. Giussani, «Introduzione», en G. Leopardi, *Cara beltà...*, op. cit., p. 7.
- ⁶⁵ G. Leopardi, *Cara beltà...*, op. cit., p. 55.
- ⁶⁶ L. Giussani, «Introduzione», en G. Leopardi, *Cara beltà...*, op. cit., pp. 20-27.
- ⁶⁷ L. Giussani, «La certezza della fede e la cultura cristiana», *L'Osservatore Romano*, 29 octubre 1982, p. 4.
- ⁶⁸ *Gaudium et spes*, Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo contemporáneo, 7 diciembre 1965, 22.
- ⁶⁹ *Ib.*, 43.
- ⁷⁰ L. Giussani, «La certezza della fede e la cultura cristiana», op. cit., p. 4.
- ⁷¹ *Ib.*
- ⁷² FCL, *Documentación audiovisual*, Jornada de apertura de curso del CLU, Varese, 5 noviembre 1982.
- ⁷³ L. Giussani, *Il Movimento di Comunione e Liberazione...*, op. cit., pp. 157-158 (cf. ed. esp. pp. 162s).
- ⁷⁴ E. Castelli (a cura di), *La difficile Speranza*, Jaca Book, Milán 1986, p. 41.
- ⁷⁵ *Ib.*, p. 42.
- ⁷⁶ *Ib.*, pp. 43-44.
- ⁷⁷ *Ib.*, p. 45.
- ⁷⁸ L. Giussani, *Si può (veramente?!) vivere così?*, op. cit., p. 518.
- ⁷⁹ L. Giussani, *Una presenza che cambia*, BUR, Milán 2004, p. 304.
- ⁸⁰ FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Raccolta testi Giussani*, b. RG24, «Reunión de sacerdotes del movimiento del norte de Italia con don Giussani. Bolonia 24/I/1983 (mañana)».
- ⁸¹ O. Grassi, citado en L. Giussani, *Uomini senza patria (1982-1983)*, op. cit., p. 149.
- ⁸² *Ib.*, pp. 149-204.
- ⁸³ *Ib.*, p. 167.
- ⁸⁴ Cf. Juan Pablo II, Discurso a los participantes en el III «Meeting por la amistad entre los pueblos», op. cit.
- ⁸⁵ FCL, Mauro Grimoldi, Milán, 6 diciembre 2002, entrevista personal de Anna Ballarino y Alfredo Fecondo.
- ⁸⁶ Cf. L. Giussani, *Il senso religioso*, op. cit., p. 139 (cf. ed. esp. pp. 125s).
- ⁸⁷ FCL, Mauro Grimoldi, Milán, 6 diciembre 2002, entrevista personal de Anna Ballarino y Alfredo Fecondo.
- ⁸⁸ FCL, *Documentación audiovisual*, Consejo internacional de CL, La Thuile (Aosta), 28 agosto 1995.
- ⁸⁹ FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Raccolta testi Giussani*, b. RG25, «Reunión de sacerdotes del norte de Italia con don Giussani 19/11/84».
- ⁹⁰ FCL, *Documentación audiovisual*, Encuentro para el XXX aniversario del nacimiento de CL, Macerata, 22 noviembre 1984.
- ⁹¹ FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Raccolta testi Giussani*, b. RG24, «Reunión de sacerdotes del norte de Italia, Idice 28.2.83».
- ⁹² L. Giussani, *L'opera del Movimento...*, op. cit., pp. 160-161 (cf. ed. esp. pp. 152s).
- ⁹³ FCL, ALG, *Secretaría particular Giussani, Correspondencia*, b. SEGR.CORR. 30, fasc. SEGR.CORR/154, carta manuscrita de Luigi Giussani [a Juan Pablo II], Roma, 12 abril 1983.
- ⁹⁴ FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Raccolta testi Giussani*, b. RG24, «[Retiro sacerdotes del norte de Italia con don Giussani] Tarde 11.4.83 (tras la intervención del Padre Vesely)».
- ⁹⁵ FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Raccolta testi Giussani*, b. RG24, «Retiro sacerdotes del norte de Italia con don Giussani lunes 11.4.83 (mañana)».
- ⁹⁶ L. Giussani, *Uomini senza patria (1982-1983)*, op. cit., pp. 235-236.
- ⁹⁷ *30Giorni nella Chiesa e nel mondo*: mensual internacional impulsado por don Giacomo Tantardini con un grupo de jóvenes periodistas romanos, nació en 1983 y desde 1993 fue su director Giulio Andreotti. Suspendió su publicación con el n. 5 de 2012. (Existió una edición en español entre 1987 y 2012, *ndt*).
- ⁹⁸ Pablo VI, Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, 19.
- ⁹⁹ L. Giussani, «C.L. e le sue frontiere», *30Giorni*, n. 6 (1983), pp. 26-31.

- ¹⁰⁰ L. Giussani, *Uomini senza patria (1982-1983)*, op. cit., pp. 300-301.
- ¹⁰¹ Ib., p. 379.
- ¹⁰² O. Clément, *La libertà di Dio*, intervención en el Meeting por la amistad entre los pueblos, 26 agosto 1983, publicado en el sitio <http://www.meetingrimini.org/detail.asp?c=1&p=6&id=928&key=3&pfix>, URL consultada el 11 enero 2012.
- ¹⁰³ L. Giussani, *La libertà di Dio*, Marietti, Génova 2005, pp. 13-41.
- ¹⁰⁴ L. Giussani, *La situación religiosa del hombre de hoy*, CL-Documentación 3, Buenos Aires, 28 junio 1985, *pro manuscripto*.
- ¹⁰⁵ La documentación en la que Giussani apoyó su intervención era un concentrado de historia de la literatura y de tradición de la Iglesia; de hecho, citó por orden a Pascal, Ungaretti, Lagerkvist, Mann, san Agustín, santo Tomás, Bloch, Pavese, Leopardi, Lucrecio, Eliot, santa Teresa de Lisieux, Bernanos, Nietzsche y Claudel.
- ¹⁰⁶ O. Clément, «Un gigante della fede», en L. Giussani, *La libertà di Dio*, op. cit., pp. 7-9.
- ¹⁰⁷ «Don Luigi Giussani, fondatore di CL, nominato monsignore», *Avvenire*, 14 febrero 1984, p. 9.

Capítulo 23

- ¹ Rose Busingye, nacida en Kampala (Uganda), donde vive todavía, es enfermera profesional especializada en enfermedades infecciosas; desde 1992 ejerce su actividad con pacientes afectados por el virus del sida y otras infecciones. Es el pilar del International Meeting Point de Kampala.
- ² FCL, *Documentación audiovisual*, Encuentro con don Luigi Giussani en la Universidad Bocconi, Milán, 4 abril 1984.
- ³ FCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Raccolta testi Giussani*, b. RG18, «[Roma 13 abril 1984 Jubileo de los Jóvenes] Intervención de mons. Luigi Giussani Sobre el tema ‘La libertad’».
- ⁴ L. Giussani, «Monsignor Luigi Giussani, fondatore del Movimento ‘Comunione e Liberazione’», entrevista de E. Trovati, *Il Cittadino della Domenica*, 16 junio 1984, p. 9.
- ⁵ FCL, *Documentación audiovisual*, Consejo nacional de CL, Milán, 5-6 mayo 1984.
- ⁶ L. Giussani, «Una storia, una tensione cristiana, una scelta tra due antropologie», *L'Osservatore Romano*, 29 septiembre 1984, p. 5.
- ⁷ L. Giussani, «Don Giussani: bisogna evitare il divorzio tra fede e cultura», entrevista de L. Accattoli, *Corriere della Sera*, 29 septiembre 1984, p. 6.
- ⁸ L. Giussani, «Udienza con Sua Santità Giovanni Paolo II in occasione del trentennale della nascita di Comunione e Liberazione», *Litterae communionis-CL*, n. 10 (1984), p. 4.
- ⁹ Juan Pablo II, Discurso al movimiento de «Comunión y Liberación» en el XXX aniversario de su nacimiento, 29 septiembre 1984.
- ¹⁰ Ib., 4.
- ¹¹ L. Giussani, «Domanda, perdono, unità», *Litterae communionis-CL*, n. 10 (1984), p. 11.
- ¹² L. Giussani, *L'opera del movimento...*, op. cit., p. 65, *Raccolta testi Giussani*, b. RG24, «Reunión sacerdotes del norte de Italia, 19 abril 1982».
- ¹³ L. Giussani, «Ambiente di vita redenta», *Litterae communionis-CL*, n. 1 (1985), pp. 9-10.
- ¹⁴ FCL, *Documentación audiovisual*, Consejo nacional de CL, Milán, 18-19 mayo 1985.
- ¹⁵ L. Giussani, «I movimenti nella missione della Chiesa», *I quaderni «La Traccia»*, Ímola 1988, pp. 15-16.
- ¹⁶ H. U. von Balthasar, «Introduzione», en L. Giussani, *Alla ricerca del volto umano*, Jaca Book, Milán 1984, pp. 5-7. (cf. ed. esp.: Id, *En busca del rostro humano. Contribución para una antropología*, Encuentro, Madrid 1985-1989³, pp. 7-10).
- ¹⁷ Ib., p. 85. (cf. ed. esp. pp. 104s. Hoy también en *El rostro del hombre*, Encuentro, Madrid 1996, p. 109).
- ¹⁸ Ib., pp. 89-91, 97. (cf. ed. esp. 110ss, 119).
- ¹⁹ Una nueva edición verá la luz en 1994 en la colección BUR de la Rizzoli, con el título *Il senso di Dio e l'uomo moderno* (que incluye además como primera parte la versión original de *El sentido religioso*, de 1966. Exactamente igual en la ed. esp., *El sentido de Dios y el hombre moderno*, Encuentro, Madrid 2005, *ndt*).
- ²⁰ L. Giussani, *Il senso di Dio e l'uomo moderno*, op. cit., p. 79 (cf. ed. esp. p. 89).
- ²¹ T. S. Eliot, «Coros de ‘La Piedra’», en *Poesías reunidas 1909/1962*, Madrid, Alianza 1995, p. 183.
- ²² L. Giussani, *Il senso di Dio e l'uomo moderno*, op. cit., p. 101 (cf. ed. esp. pp. 114s).
- ²³ Ib., pp. 101-102, 104, 106. (cf. ed. esp. pp. 115s).
- ²⁴ Cf. A. Malraux, *La tentation de l'Occident*, Bernard Grasset, París 1926, p. 216.
- ²⁵ L. Giussani, *Il senso di Dio e l'uomo moderno*, op. cit., pp. 108-109 (cf. ed. esp. pp. 122ss).

- ²⁶ C. Pavese, «Letteratura e società - Dialoghi col compagno», *La letteratura americana*, Einaudi, Turín 1968, p. 235.
- ²⁷ Cf. J. P. Sartre, *La nausea*, Einaudi, Turín 1990, p. 166.
- ²⁸ L. Giussani, *Il senso di Dio e l'uomo moderno*, op. cit., pp. 110-112 (cf. ed. esp. pp. 126).
- ²⁹ C. Miłosz, «Consigli», *Poesie*, Adelphi, Milán 1983, p. 116.
- ³⁰ Cf. F. Nietzsche, *La gaia scienza e Idilli di Messina*, Adelphi, Milán 1977, p. 223.
- ³¹ L. Giussani, *Il senso di Dio e l'uomo moderno*, op. cit., p. 114 (cf. ed. esp. p. 128).
- ³² J. Ratzinger, «Prefazione», en L. Giussani, *Il senso di Dio e l'uomo moderno*, op. cit., p. 3 (cf. ed. esp. p. 9).
- ³³ T. S. Eliot, «Coros de 'La Piedra'», op. cit., p. 183.
- ³⁴ L. Giussani, *Il senso di Dio e l'uomo moderno*, op. cit., pp. 119-124 (cf. ed. esp. pp. 135-141).
- ³⁵ Ib., pp. 125-126 (cf. ed. esp. pp. 143ss).
- ³⁶ Ib., pp. 131-132 (cf. ed. esp. pp. 150s).
- ³⁷ J. Ratzinger, «Prefazione», en L. Giussani, *Il senso di Dio e l'uomo moderno*, op. cit., p. 4 (cf. ed. esp. p. 10).
- ³⁸ Seminario de trabajo en la Fundación Konrad Adenauer, Cadenabbia (Como), 22 marzo 1985, apuntes personales del Autor.
- ³⁹ Cf. Juan Pablo II, Discurso al movimiento de «Comunión y Liberación»..., op. cit., 3.
- ⁴⁰ J. Ratzinger, «Quel santo pluralismo che sono i movimenti», *Il Sabato*, n. 7 (1985), p. 15.
- ⁴¹ FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Raccolta testi Giussani*, b. RG19, «Aula Magna de la Universidad de Florencia. 28 marzo 1985. 'La situazione religiosa dell'uomo oggi'».
- ⁴² J. R. Jiménez, *Segunda antología poética (1898-1918)*, Espasa-Calpe, Madrid 1969, p. 228.
- ⁴³ FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Raccolta testi Giussani*, b. RG19, «Aula Magna de la Universidad de Florencia. 28 marzo 1985. 'La situazione religiosa dell'uomo oggi'».
- ⁴⁴ Los Congresos eclesiales nacionales son promovidos por la Conferencia Episcopal Italiana como momentos de reflexión de toda la catolicidad italiana. El primero de ellos tuvo lugar en 1976 en Roma y fue organizado por el entonces Secretario general de la CEI, el obispo Enrico Bartoletti. Desde entonces se han sucedido cada diez años. Después de Roma se celebraron en Loreto (1985), Palermo (1995) y Verona (2006).
- ⁴⁵ Juan Pablo II, Discurso al Congreso de la Iglesia Católica italiana en Loreto, Loreto (Ancona), 11 abril 1985, 3, 4, 6, 7.
- ⁴⁶ FCL, *Documentación audiovisual*, Segundo anuncio de Escuela de comunidad de CL, Varese, 14 abril 1985.
- ⁴⁷ FCL, *Documentación audiovisual*, Reunión de los sacerdotes de CL del norte de Italia, Idice San Lazzaro di Savena (Bolzano), 20 mayo 1985.
- ⁴⁸ Cf. J. Ratzinger, «Quel santo pluralismo che sono i movimenti», op. cit., p. 15.
- ⁴⁹ FCL, *Documentación audiovisual*, Reunión de los sacerdotes de CL del norte de Italia, Idice San Lazzaro di Savena (Bolzano), 20 mayo 1985.
- ⁵⁰ L. Giussani, *Qui e ora (1984-1985)*, op. cit., pp. 318, 337.
- ⁵¹ L. Giussani, *Il miracolo dell'ospitalità*, op. cit., pp. 10-17 (cf. ed. esp. pp. 11-18).
- ⁵² Hb 13,2.
- ⁵³ L. Giussani, *Il miracolo dell'ospitalità*, op. cit., p. 94 (ed. esp. p. 79).
- ⁵⁴ Ib., pp. 90-91 (cf. ed. esp. pp. 72, 84).
- ⁵⁵ Ib., p. 85 (ed. esp. p. 79).
- ⁵⁶ L. Giussani, «Perché affannarsi tanto? È così semplice obbedire al Papa», entrevista de V. Messori, *Jesus*, n. 6 (junio 1985), p. 67.
- ⁵⁷ Ib., pp. 68-69.
- ⁵⁸ Ib., p. 71.
- ⁵⁹ L. Giussani, *Qui e ora (1984-1985)*, op. cit., pp. 425-443.
- ⁶⁰ L. Giussani, *Dal temperamento un metodo*, op. cit., pp. 185-186 (cf. ed. esp. p. 194).
- ⁶¹ FCL, *Documentación audiovisual*, Reunión del grupo de Fraternidad Studium Christi de Milán, Milán, 31 mayo 1995.
- ⁶² L. Giussani, *Il tempo e il tempio...*, op. cit., p. 60 (cf. ed. esp. p. 73).
- ⁶³ L. Giussani, «C'è perché è presente», *30Giorni*, n. 10 (1994), p. 13.
- ⁶⁴ FCL, *Documentación audiovisual*, Consejo nacional de CL, Milán, 15 octubre 1994.
- ⁶⁵ L. Giussani, *L'attrattiva Gesù*, op. cit., p. 123 (cf. ed. esp. pp. 140ss).
- ⁶⁶ FCL, *Documentación audiovisual*, Reunión del grupo de Fraternidad de los sacerdotes de don Luigi Negri, 17 julio 1995.
- ⁶⁷ FCL, *Documentación audiovisual*, Consejo internacional de CL, La Thuile (Aosta), 28 agosto 1995.
- ⁶⁸ L. Giussani, *L'attrattiva Gesù*, op. cit., p. 123 (cf. ed. esp. p. 141).

- ⁶⁹ J. Ratzinger, «Cristo, la fede e la sfida delle culture», *Asia News*, n. 141 (1994).
- ⁷⁰ L. Giussani, *Si può (veramente?!) vivere così?*, op. cit., p. 339.
- ⁷¹ L. Giussani, *L'attrattiva Gesù*, op. cit., p. 123 (cf. ed. esp. p. 140).
- ⁷² L. Giussani, *Affezione e dimora*, BUR, Milán 2001, p. 347 (cf. ed. esp.: Id, *Afecto y morada*, Encuentro, Madrid 2004, pp. 344s).
- ⁷³ L. Giussani, «Il segno dei segni», *Tracce-Litterae communionis*, n. 3 (1998), p. VII (cf. 'El signo de los signos', *Huellas*, 3, 1998).
- ⁷⁴ L. Giussani, *L'uomo e il suo destino. In cammino*, Marietti, Génova 1999, p. 115 (cf. ed. esp. p. 110).
- ⁷⁵ Ib., p. 116 (ed. esp. p. 111).
- ⁷⁶ FCL, *Documentación audiovisual*, Consejo internacional de CL, La Thuile (Aosta), 28 agosto 1995.
- ⁷⁷ L. Giussani, *Si può (veramente?!)...*, op. cit., p. 339.
- ⁷⁸ FCL, *Documentación audiovisual*, Reunión del grupo de Fraternidad Studium Christi de Milán, Milán, 21 julio 1995.
- ⁷⁹ A. Scola, «Un'affezione ancora più accorata», entrevista de R. Fontolan, *Tracce-Litterae communionis*, n. 2 (2008), p. 25 ('Un afecto aún más vivo', *Huellas*, 2, 2008).
- ⁸⁰ Benedicto XVI, Audiencia a los participantes en la Asamblea general de la Fraternidad sacerdotal de San Carlos Borromeo, 6 febrero 2013.

Capítulo 24

- ¹ A. Smurro, «Meeting '85», *Il Sabato*, n. 36 (1985), p. 14.
- ² L. Giussani, «Dio ha bisogno degli uomini», en E. Neri (ed), *Il libro del Meeting '85*, Meeting per l'amicizia fra i popoli, Rímíni 1986, pp. 165-166.
- ³ Juan Pablo II, *Audiencia general*, 28 agosto 1985, 2, 5.
- ⁴ *Dio ha bisogno degli uomini (Dieu a besoin des hommes*, Francia 1950), dirección de J. Delannoy.
- ⁵ L. Giussani, «Dio ha bisogno degli uomini», en E. Neri (ed.), *Il libro del Meeting '85*, op. cit., pp. 167-168.
- ⁶ 1 Jn 4,16.
- ⁷ S. Weil, «Prologo», en Id., *Quaderni*, vol. I, Adelphi, Milán 1982, p. 105.
- ⁸ L. Giussani, «Dio ha bisogno degli uomini», en E. Neri (ed.), *Il libro del Meeting '85*, op. cit., pp. 174-175.
- ⁹ L. Offeddu, «35.000 a prendere appunti», *Avvenire*, 29 agosto 1985, p. 6.
- ¹⁰ M. Blondet, «Ciellini in delirio per don Giussani. 'Sono uno che crede in quello che dice'», *il Giornale*, 29 agosto 1985, p. 5.
- ¹¹ FCL, *Documentación audiovisual*, Reunión de los sacerdotes de CL del norte de Italia, Milán, 30 septiembre 1985.
- ¹² S. Giacomoni, «Don Giussani cita Marx per spiegare Dio e gli uomini», *la Repubblica*, 29 agosto 1985, p. 4.
- ¹³ A. Smurro, «Meeting '85», op. cit., p. 14.
- ¹⁴ ARCHIVO DE LA FUNDACIÓN MEETING PER L'AMICIZIA FRA I POPOLI, Rímíni, documento mecanografiado titulado «Homilía Meeting 85 (desmontaje). Giussani».
- ¹⁵ FCL, *Documentación audiovisual*, Audiencia de Juan Pablo II a los sacerdotes de CL, Castel Gandolfo (Ciudad del Vaticano), 12 septiembre 1985.
- ¹⁶ C. Chieffo, «Parsifal (Canzone dell'ideale)», *Canti*, op. cit., p. 236 («Parsifal, Parsifal, no te detengas, y deja que sea siempre la voz única del ideal la que te muestre el camino. Estaré contigo, he puesto mi mano sobre tu corazón, siempre contigo, como un fuego en tu interior que no muere», *ndt. Cancionero*, Comunión y Liberación, Madrid 2007, pp. 26s).
- ¹⁷ FCL, *Documentación audiovisual*, Audiencia de Juan Pablo II a los sacerdotes de CL, Castel Gandolfo (Ciudad del Vaticano), 12 septiembre 1985; para el texto publicado véase Juan Pablo II, *Discorso ai sacerdoti partecipanti all'esperienza del movimento «Comunione e Liberazione»*, Castel Gandolfo (Ciudad del Vaticano), 12 septiembre 1985. El secretario particular de Wojtyła, don Stanislaw Dziwisz, convertido ya en arzobispo de Cracovia, recordará en 2006 la circunstancia de este encuentro a un grupo de estudiantes de CL que salían para la peregrinación hacia Czestochowa: «Sea alabado Jesucristo. Juan Pablo II, el Santo Padre, os saludaba y saludaba siempre a toda la gente así; también yo lo he hecho para recordar a su persona. Cuando he escuchado esta melodía y los cantos, me parecía estar en el patio del Vaticano, cuando hace años y años monseñor Giussani con otros sacerdotes —no sé si aquí está alguno de ellos— vinieron por primera vez aquí en tan gran número para estar con el Santo Padre» (S. Dziwisz, «Il ricordo commosso di don Giussani», *Tracce-Litterae communionis*, n. 9, 2006, p. 75).

- ¹⁸ Para más noticias sobre el asunto véase A. Brandirali, *Vivere sempre intensamente il reale senza rinnegare e dimenticare nulla. Una testimonianza*, Edizioni di Pagina, Bari 2011.
- ¹⁹ FCL, *Documentación audiovisual*, Jornada de apertura de curso del CLU, Varese, 15 noviembre 1985.
- ²⁰ A. Brandirali, «Avanti, c'è posto per tutti gli ex d'Italia», entrevista de G. Mughini, *Europeo*, n. 44 (1985), p. 22.
- ²¹ L. Giussani, «Ah, i cattivi maestri del '68», entrevista de C. Beria, *Panorama*, n. 1025 (1985), p. 51.
- ²² Citado en FCL, *Documentación audiovisual*, *Equipe* del CLU (Centro ampliado), Milán, 24 junio 1991.
- ²³ L. Giussani, «Chiamati a veicolare la presenza di Dio nel mondo», en *Sulle frontiere degli uomini*, supl. *Tracce-Litterae communionis*, n. 6 (2005), pp. 1314.
- ²⁴ Citado en L. Giussani, *Passione per la gloria di Cristo*, supl. *Tracce-Litterae communionis*, n. 5 (1998), pp. 5-7.
- ²⁵ Juan Pablo II, *Discurso a los sacerdotes que participan en la experiencia del movimiento «Comunión y Liberación»*, Castel Gandolfo (Lacio), 12 septiembre 1985, nn. 3, 4.
- ²⁶ FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Raccolta testi Giussani*, b. RG26, «Apuntes de los encuentros de Giussani con los sacerdotes», folios con fecha 27 enero 1986.
- ²⁷ *Constituciones de la Fraternidad Sacerdotal de los misioneros de San Carlos Borromeo*, art. 2.
- ²⁸ L. Giussani, «Uomini liberi e appassionati alla gloria di Cristo», en *Sulle frontiere degli uomini*, op. cit., p. 16.
- ²⁹ L. Giussani, «Verginità e obbedienza», en *Sulle frontiere degli uomini*, op. cit., p. 24.
- ³⁰ L. Giussani, «Chiamati a veicolare la presenza di Dio nel mondo», op. cit., pp. 13-14.
- ³¹ L. Giussani, «Prefazione», en M. Camisasca, *Compagnia di ventura*, Rubbettino, Milán 1997, p. 6.
- ³² L. Giussani, «Il giudizio che trascina l'affezione», en *Sulle frontiere degli uomini*, op. cit., p. 12.
- ³³ L. Giussani, «L'est dopo la svolta e noi», entrevista de M. Vitali, *La Nuova Europa*, n. 3 (1992), pp. 7-8.
- ³⁴ P. Pezzi, «È come se Cristo mi domandasse: 'Tu mi ami?'», entrevista de A. Savorana, *Tracce-Litterae communionis*, n. 10 (2007), pp. 108, 111 ('Es como si Cristo me preguntase: «¿Me amas?»', *Huellas*, 10, 2007).
- ³⁵ FCL, *Documentación audiovisual*, Consejo nacional de CL, Milán, 8-9 febrero 1986.
- ³⁶ M. Borghesi, «Introduzione», en G. B. Montini-L. Giussani, *Sul senso religioso*, BUR, Milán 2009, p. 34 (cf. ed. esp.: Id, *Sobre el sentido religioso*, Encuentro, Madrid 2011, p. 50).
- ³⁷ L. Giussani, *Il senso religioso*, Jaca Book, Milán 1986, pp. 7-9 (cf. ed. esp.: Id. *El sentido religioso*, Encuentro, Madrid 1986-2008¹⁰, pp. 9ss).
- ³⁸ FCL, *Documentación audiovisual*, Reunión de los sacerdotes de CL del norte de Italia, Idice San Lazzaro di Savena (Bologna), 21 octubre 1985.
- ³⁹ L. Giussani, *Il senso religioso*, de aquí en adelante el original italiano cita la edición en venta en la editorial Rizzoli, Milán 2010, pp. 59, 139-140 (cf. en la ed. esp. vigente en el mercado, de 2008, pp. 71, 145s).
- ⁴⁰ Ib., pp. 146-147 (ed. esp. p. 152).
- ⁴¹ Ib., pp. 150-151, 189 (ed. esp. pp. 156, 195).
- ⁴² Ib., pp. 199-201, 205 (ed. esp. pp. 203-205, 208).
- ⁴³ L. Giussani, *Un evento reale nella vita dell'uomo (1990-1991)*, BUR, Milán 2013, p. 293.
- ⁴⁴ L. Giussani, *Avvenimento di libertà...*, op. cit., p. 19.
- ⁴⁵ FCL, *Documentación audiovisual*, *Equipe* del CLU, Arabba (Belluno), 21-26 agosto 1990.
- ⁴⁶ L. Giussani, *Avvenimento di libertà...*, op. cit., p. 36.
- ⁴⁷ FCL, *Documentación audiovisual*, *Equipe* del CLU, Arabba (Belluno), 21-26 agosto 1990.
- ⁴⁸ L. Giussani, *L'io rinasce in un incontro (1986-1987)*, op. cit., pp. 380-382.
- ⁴⁹ El texto de la lección se publicó en inglés con el título «From which life is C.L. born», en *Communion and Liberation. A Movement in the Church, Litterae communionis-CL*, Documenti 7 (1986), *pro manuscripto*, pp. 3-8, como Introducción a tres discursos de Juan Pablo II («Build the civilization of truth and love», Meeting por la amistad entre los pueblos 1982; «Go into all the world», Trigésimo aniversario del nacimiento de Comunión y Liberación 1984; «Continually renew the discovery of your charism», Ejercicios de los sacerdotes de Comunión y Liberación 1985).
- ⁵⁰ Cf. F. M. Dostoevskij, *I demoni; Tacuini per "I demoni"*, ed. de E. Lo Gatto, Sansoni, Florencia 1958, p. 1011.
- ⁵¹ FCL, *Documentación audiovisual*, Conferencia y debate en el Large Meeting Room de la catedral de St. Patrick, Nueva York (EE UU), 8 marzo 1986; parcialmente publicado en L. Giussani, «Cristo, tutto ciò che abbiamo», *Tracce-Litterae communionis*, n. 2 (2002), pp. I-XII (cf. 'Cristo es todo lo que tenemos', *Huellas*, 2, 2002).
- ⁵² L. Giussani, «Mobilitazione della coscienza. *Repetita iuvant*», *Tracce-Litterae communionis*, n. 7 (2000), p. VI

(cf. 'Activación de la conciencia. Repetita iuvant', *Huellas*, 7, 2000).

⁵³ Ib., p. VIII.

⁵⁴ R. Gagliardi, «Primo maggio a Kiev», *Il Manifesto*, 1 mayo 1986, p. 1.

⁵⁵ L. Giussani, «Senso religioso, razionalità e potere», 29 mayo 1986, Aula Magna de la Universidad de Trieste, *pro manuscripto*, p. 15.

⁵⁶ FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Raccolta testi Giussani*, b. RG20, «Jornada de fin de curso 1986».

⁵⁷ L. Giussani, *L'io rinasce in un incontro (1986-1987)*, op. cit., pp. 181-182, 173-174, 183.

⁵⁸ FCL, *Documentación audiovisual*, Encuentro por el X aniversario del nacimiento de CL en Álcamo, Álcamo (Trapani), 11 octubre 1986.

⁵⁹ L. Giussani, «Prefazione», en V. Regina, *Don Giuseppe Rizzo e l'azione sociale dei cattolici dal 1860 al 1912*, Aracne, Roma 1988, p. 10.

⁶⁰ L. Giussani, *Il Movimento di Comunione e Liberazione...*, op. cit., p. 161 (cf. ed. esp. p. 166).

⁶¹ Ib., p. 162 (cf. ed. esp. pp. 167s).

⁶² Ib., p. 164 (cf. ed. esp. p. 169).

⁶³ Ib., p. 165 (cf. ed. esp. p. 170).

⁶⁴ Ib., pp. 167-168 (cf. ed. esp. pp. 172ss).

⁶⁵ Ib., p. 176 (cf. ed. esp. p. 181).

⁶⁶ La Compagnia delle Opere nació en 1986 como asociación entre empresarios que deseaban valorar sus propios recursos humanos y económicos para concurrir al bien común (en España se constituyó la Compañía de las Obras en 1998, *ndt*). Su actividad se articula en iniciativas que tienen el objetivo de afirmar la centralidad de la persona en cualquier contexto social y laboral y promover una concepción del hombre, del mercado y del Estado inspirada en los principios de libertad responsable, solidaridad y subsidiariedad. En 2012 la CDO estaba presente en Italia con 38 sedes y en el exterior con 16. Las empresas asociadas son más de 36.000, la mayoría de las cuales son pequeñas y medianas empresas, con y sin fines de lucro. La CDO difunde la cultura y el valor de la colaboración a todos los niveles de la vida social y empresarial, para acompañar a los socios en el camino de cambio, crecimiento y desarrollo que toda empresa está llamada a afrontar. El clima de amistad operativa que nace de la relación entre y con los socios se declina en propuestas y servicios específicos en los diversos ámbitos en los que la CDO está presente, entre ellos la formación, la internacionalización, la constitución de redes entre empresas, los servicios para la innovación, los convenios y los instrumentos financieros y el apoyo a las obras educativas y sociales www.cdo.org (en España: secretaria@cdo.es, *ndt*).

⁶⁷ L. Giussani, *L'io, il potere, le opere...*, op. cit., pp. 126-127 (cf. ed. esp. pp. 116s).

⁶⁸ Ib., pp. 91-92 (cf. ed. esp. pp. 85s).

⁶⁹ Ib., pp. 92-93 (cf. ed. esp. pp. 86s).

⁷⁰ Juan Pablo II, *Discurso a los participantes en el III «Meeting por la amistad entre los pueblos»*, op. cit., 7.

⁷¹ L. Giussani, *L'io, il potere, le opere...*, op. cit., pp. 93-94 (cf. ed. esp. pp. 87s).

⁷² Ib., p. 94 (cf. ed. esp. p. 88).

⁷³ L. Giussani, *Il Movimento di Comunione e Liberazione...*, op. cit., pp. 168-169 (cf. ed. esp. pp. 173s).

⁷⁴ L. Giussani, *L'io, il potere, le opere...*, op. cit., pp. 154-157, 159-161 (cf. ed. esp. pp. 141-144).

⁷⁵ Ib., pp. 149-154 (cf. ed. esp. pp. 135-141).

⁷⁶ Ib., pp. 99-102 (cf. ed. esp. pp. 93s).

⁷⁷ Ib., pp. 131-133 (cf. ed. esp. pp. 119ss).

⁷⁸ Ib., pp. 105-108 (cf. ed. esp. pp. 97, 99).

⁷⁹ Ib., pp. 111-112, 115, 117-122 (cf. ed. esp. pp. 102, 107s, 109-112).

⁸⁰ Ib., pp. 136-137 (cf. ed. esp. pp. 125s).

⁸¹ Ib., pp. 136-137, 142-144, 147 (cf. ed. esp. pp. 130-132, 134).

⁸² FCL, *Raccolta documentale don Giussani*, «Reunión CdO-Don Giussani. 4 octubre 1996».

⁸³ Las citas de don Giussani en este apartado provienen de anotaciones de Erasmo e Innocente Figini. La mayor parte de ellas están publicadas en: *La città nella città. Una storia di semplice comunione*, edición de los Amigos de la Asociación Cometa, Associazione Cometa, Como [2007], *pro manuscripto*.

⁸⁴ I. Figini en P. Bergamini, «Vivere per l'opera di un Altro», *Tracce-Litterae Communio*, n. 8 (2007), p. 78.

⁸⁵ *La città nella città...*, op. cit., *pro manuscripto*.

- ¹ L. Amicone, *Sulle tracce di Cristo. Viaggio in Terrasanta con Luigi Giussani*, BUR, Milán 2006, p. 15 (cf. ed. esp.: Id, *Tras las huellas de Cristo. Viaje a Tierra Santa con Luigi Giussani*, Encuentro, Madrid 2009, p. 25).
- ² Ib., p. 34 (cf. ed. esp. p. 43).
- ³ Ib., pp. 45, 48, 50 (cf. ed. esp. pp. 56, 58s).
- ⁴ Ib., p. 55 (cf. ed. esp. p. 63).
- ⁵ Ib., pp. 57, 62 (cf. ed. esp. pp. 64, 68).
- ⁶ Ib., pp. 71, 83-84 (cf. ed. esp. pp. 75s, 87).
- ⁷ Ib., pp. 80-81 (cf. ed. esp. p. 85).
- ⁸ Ib., p. 91 (cf. ed. esp. p. 95).
- ⁹ Ib., pp. 106, 110 (cf. ed. esp. pp. 106, 110).
- ¹⁰ Ib., pp. 123-127 (cf. ed. esp. pp. 123s).
- ¹¹ Ib., pp. 163-164 (cf. ed. esp. p. 160).
- ¹² Ib., pp. 138-139 (cf. ed. esp. p. 136).
- ¹³ Ib., pp. 141-142 (cf. ed. esp. pp. 139s).
- ¹⁴ Ib., p. 153 (cf. ed. esp. pp. 150s).
- ¹⁵ Ib., p. 159 (cf. ed. esp. p. 157).
- ¹⁶ Ib., p. 177 (cf. ed. esp. pp. 173s).
- ¹⁷ Ib., pp. 180-183 cf. (ed. esp. p. 177).
- ¹⁸ ASAEMD, *Documentación audiovisual*, Retiro de la Consagración del Grupo adulto, Verona, 4 octubre 1986, lección de la mañana.
- ¹⁹ FCL, *Documentación audiovisual*, Jornada de apertura de curso de CL, Varese, 13 septiembre 1986.
- ²⁰ L. Giussani, «Rendere presente Cristo nella nostra carne, in ogni ambiente, in ogni realtà umana», *Tracce-Litterae communionis*, n. 3 (2006), pp. 6-7 ('Hacer presente a Cristo en nuestra carne, en cualquier ambiente, en cualquier realidad humana', *Huellas-Litterae communionis* 3, 2006).
- ²¹ Juan Pablo II, *Discurso a los representantes de las diversas Iglesias y comuniones cristianas y de las otras religiones para la Jornada de oración por la Paz*, Asís, Basílica de Santa María de los Ángeles, 27 octubre 1986, 2.
- ²² Juan Pablo II, *Discurso a los representantes de las Iglesias cristianas y comunidades eclesiales y de las religiones mundiales*, Asís, plaza inferior de la Basílica di San Francisco, 27 octubre 1986, 1, 2, 3, 5.
- ²³ FCL, *Documentación audiovisual*, Conferencia sobre «Sentido religioso y poder» organizada por el Circolo Culturale Pro Desio, Desio (Brianza), 3 diciembre 1986.
- ²⁴ C. Chieffo, «Ballata dell'uomo vecchio», *Canti*, op. cit., p. 216 (trad. esp. en *Cancionero*, cit. pp. 321s).
- ²⁵ «Ho visto un re», Letra de D. Fo y música de E. Esposito, 1968.
- ²⁶ FCL, *Documentación audiovisual*, Jornada de apertura de curso del CLU, Milán, 14 noviembre 1986.
- ²⁷ J. Guitton, *Paolo VI segreto*, San Paolo, Cinisello Balsamo (Milán) 1985, pp. 152-153. (ed. esp.: Id, *Pablo VI secreto*, Encuentro, Madrid 2015, pp. 158-159).
- ²⁸ FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Raccolta testi Giussani*, b. RG20, «Encuentro de la Fraternidad de CL de España con don Giussani y don Scola 27-30 diciembre 86 - Cobacha».
- ²⁹ B. Tabacci, «Cammino diverso al comune destino», entrevista de R. Fontolan, *Tracce-Litterae communionis*, n. 4 (2005), p. 46.
- ³⁰ Asamblea de la DC lombarda, Assago (Milán), 6 febrero 1987. La grabación integral del evento está disponible en la dirección <http://www.radioradicale.it/scheda/16535/16560-la-responsabilita-delle-coscienze-il-potere-della-politica-organizzato-dalla-dc>, URL consultada el 26 marzo 2012.
- ³¹ Asamblea de la DC lombarda, Assago (Milán), 6 febrero 1987.
- ³² L. Giussani, *L'io, il potere, le opere. Contributi da un'esperienza*, Marietti 1820, Génova 2000, pp. 165-170 (cf. ed. esp. 151s).
- ³³ A. Banfi, «Senso religioso in politica», *Il Sabato*, n. 7 (1987), p. 3.
- ³⁴ Ib., p. 3.
- ³⁵ F. Vernice, «Così De Mita bocchia la riforma. 'Ho timori per la democrazia...'\», *la Repubblica*, 8/9 febrero 1987, p. 2.
- ³⁶ A. Banfi, «Senso religioso in politica», op. cit., p. 3.
- ³⁷ L. Giussani, «La politica, per chi, per cosa», entrevista de A. Banfi, *Il Sabato*, n. 19 (1987), p. 3; publicado de nuevo con el título «Sussidiarietà per la vita del popolo», en L. Giussani, *L'io, il potere, le opere*, op. cit., pp. 196-203 (cf. ed. esp. pp. 183-188).
- ³⁸ L. Giussani, *L'io, il potere, le opere*, op. cit., pp. 171, 175-176, 178 (cf. ed. esp. pp. 157, 161-164).
- ³⁹ Ib., p. 189 (cf. ed. esp. p. 181, 175).

- [40](#) Ib., pp. 196-197 (cf. ed. esp. pp. 182s).
- [41](#) Ib., pp. 200, 203 (cf. ed. esp. p. 188).
- [42](#) *Enchiridion della Conferenza Episcopale Italiana*, Edizioni Dehoniane, Bolonia, 1991, vol. 4 (1986-1990), nn. 761-769.
- [43](#) L. Giussani, *L'io, il potere, le opere*, op. cit., p. 203 (cf. ed. esp. p. 188).
- [44](#) Giovanni Riva (1942-2012); periodista, escritor, educador, fundador de escuelas y de la editorial Città Armoniosa.
- [45](#) R. Fontolan, «Senso religioso a Levante», *Il Sabato*, n. 29 (1987), p. 17.
- [46](#) Ib.
- [47](#) L. Giussani, «Una chiarezza di fede di fronte al buddismo migliore», *Tracce-Litterae communionis*, n. 5 (1999), p. II (cf. 'Una clara visión de fe ante el budismo más valioso', *Huellas-Litterae communionis* 5, 1999).
- [48](#) Ib., pp. II-IV. Por lo que se refiere a la poesía cf. M. Bashō, *Piccolo manoscritto nella bisaccia*, a cura di L. Origlia, SE, Milán 2006, p. 36.
- [49](#) Ib., pp. IV-V.
- [50](#) Ib., pp. VIII, XII.
- [51](#) Ib., p. XII.
- [52](#) R. Fontolan, «Senso religioso a Levante», op. cit., pp. 16-17.
- [53](#) Ib., p. 17.
- [54](#) R. Fontolan, citado en E. Neri, *Il Meeting. La storia...*, op. cit., pp. 87-88.
- [55](#) S. Habukawa, «Monsignor Giussani è una parte di me», *Tracce-Litterae communionis*, n. 6 (2007), p. 66 (cf. 'Monseñor Giussani forma parte de mí', *Huellas-Litterae communionis* 6, 2007).
- [56](#) «Encuentro don Giussani en el Monte Koya», transcripción del encuentro de Luigi Giussani con los responsables de la Universidad del Monte Koya, [prefectura de Wakayama (Japón), 28 junio 1987], conservada en la Secretaría general de CL, Milán.
- [57](#) S. Habukawa, «Monsignor Giussani è una parte di me», op. cit., p. 68.
- [58](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Vacaciones internacionales de CL, Corvara (Bolzano), 25-30 agosto 1987.
- [59](#) O. Grassi, en L. Giussani, *L'io rinasce in un incontro (1986-1987)*, op. cit., pp. 259-260.
- [60](#) L. Giussani, *L'io rinasce in un incontro (1986-1987)*, op. cit., pp. 300-301.
- [61](#) Ib., pp. 362-366.
- [62](#) Ib., p. 366.
- [63](#) Nikolaus Lobkowicz es una de las personalidades destacadas del mundo intelectual centroeuropeo, y, sobre todo, una de las más intensamente apasionadas por hacer presente a la Iglesia en el mundo de la cultura y de la política. Después de haber enseñado desde 1960 a 1967 en la Universidad de Notre Dame (Indiana, Estados Unidos), en 1967 empezó a enseñar Teoría Política y Filosofía en la Universidad Ludwig-Maximilian de Múnich, de la que será rector desde 1971 durante más de diez años. En 1984 fue nombrado Presidente de la Universidad Católica de Eichstätt, permaneciendo en el cargo hasta 1996. Tras el hundimiento del muro de Berlín se ocupó activamente de la reconstrucción de los países de Europa centro-oriental, fundando precisamente con este fin el Zentral Institut für Mittel und Osteuropastudien (Centro de Estudios para la Europa Centro-Oriental), del que es director.
- [64](#) N. Lobkowicz, «L'amicizia, una virtù. Per una cultura nuova», entrevista de C. Gatti, *Tracce-Litterae communionis*, n. 7 (1996), p. 54.
- [65](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Vacaciones internacionales de CL, Corvara (Bolzano), 25-30 agosto 1987.
- [66](#) N. Lobkowicz, «L'amicizia, una virtù. Per una cultura nuova», op. cit., p. 55.
- [67](#) Cf. *Il Sabato*, 3-9 octubre 1987, p. 39.
- [68](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Conferencia sobre «Conciencia religiosa y mundo moderno», durante el Meeting del Mediterráneo, Atenas (Grecia), 25 septiembre 1987.
- [69](#) S. Giacomoni, «Giussani esporta in Grecia il 'modello' vincente di Cl», *La Repubblica*, 26 septiembre 1987, p. 8.
- [70](#) Ib.
- [71](#) Ib.
- [72](#) FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Raccolta testi Giussani*, b. RG21, «Intervención de don Luigi Giussani en el Seminario de Estudios celebrado en el centro cultural 'KEO' de Atenas en el ámbito del Meeting del Mediterráneo sobre el tema 'Tradiciones religiosas y tiempo presente'», Atenas (Grecia), 25 septiembre 1987.

Capítulo 26

- ¹ L. Giussani, «Il 'potere' del laico, cioè del cristiano», entrevista de A. Scola, *30Giorni*, n. 8 (1987), pp. 38-51. Publicada también en L. Giussani, *Un avvenimento di vita, cioè una storia*, op. cit., pp. 33-66.
- ² L. Giussani, *Un avvenimento di vita, cioè una storia*, op. cit., pp. 33, 35.
- ³ Ib., pp. 38-39.
- ⁴ Ib., pp. 40-41.
- ⁵ Ib., pp. 42-43.
- ⁶ Ib., pp. 43-45.
- ⁷ Ib., pp. 47-48.
- ⁸ Ib., pp. 51-52, 63, 66.
- ⁹ Ib., p. 66.
- ¹⁰ L. Giussani, *L'io rinasce in un incontro (1986-1987)*, op. cit., pp. 289-291.
- ¹¹ Ib., pp. 291-294.
- ¹² Ib., pp. 294-295.
- ¹³ Václav Belohradsky nació en Praga en 1944. Exiliado en Italia desde 1970, profesor de Sociología política en las universidades de Génova y de Trieste. Fue uno de los firmantes del manifiesto del disenso «Carta 77».
- ¹⁴ L. Giussani, *L'io rinasce in un incontro (1986-1987)*, op. cit., pp. 336-337.
- ¹⁵ L. Giussani, *L'avvenimento cristiano. Uomo Chiesa Mondo*, BUR, Milán 2003, pp. 23-24.
- ¹⁶ Ib., pp. 24-25.
- ¹⁷ Ib., p. 25. En una entrevista con David Seeber, de la revista teológica *Herder Korrespondenz*, que se publicó en el n. 3 de 1988 en la p. 124, a la pregunta de si esta afirmación no pecaba de «papolatría», Giussani respondió: «La cuestión es: ¿existe para nosotros un criterio hermenéutico último, objetivo, para interpretar el mensaje cristiano? Si la respuesta es no, somos protestantes; si la respuesta es sí, somos católicos» (traducción nuestra).
- ¹⁸ Juan Pablo II, *Homilía en la concelebración conclusiva del Sínodo de los obispos*, 30 octubre 1987, nn. 7, 5.
- ¹⁹ *CL: l'avanguardia del Papa*, Especial 'TV Tivù', de C. Beria di Argentine, 31 octubre 1987, Canal 5.
- ²⁰ L. Giussani, «Fede ieri e oggi», *Tracce-Litterae communionis*, n. 2 (2008), pp. 1, 8-9 ('Fe ayer y hoy', *Huellas*, 2, 2008).
- ²¹ J. Guitton, *Paolo VI segreto*, op. cit.
- ²² L. Giussani - A. Sicari, «Intervista a Monsignor Luigi Giussani. Riflessioni sul Senso religioso», entrevista de A. Sicari, *Communio*, nn. 98-99 (marzo-junio 1988), p. 212.
- ²³ G. Biffi, citado en G. Dossetti-L. Giussani, *Per la vita del mondo*, Edizioni Dehoniane, Bolonia 1989, p. 66.
- ²⁴ G. Biffi, *Memorie e digressioni di un italiano cardinale*, op. cit., p. 332.
- ²⁵ G. Biffi, citado en G. Dossetti-L. Giussani, *Per la vita del mondo*, op. cit., p. 7.
- ²⁶ Ib., p. 66.
- ²⁷ L. Giussani, «Perché l'uomo viva», en G. Dossetti-L. Giussani, *Per la vita del mondo*, op. cit., p. 72.
- ²⁸ Ib., pp. 68-69.
- ²⁹ Ib., pp. 71, 74.
- ³⁰ Ib., p. 74.
- ³¹ Ib., pp. 74-75.
- ³² Ib., p. 75.
- ³³ FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Raccolta testi Giussani*, b. RG21, «Cobacha 87».
- ³⁴ L. Giussani, «I Movimenti nella missione della Chiesa», *I quaderni la Traccia*, edición del Centro Cultural «la Traccia» de Ímola (Bolonia), Faenza 1988, pp. 5-7, 15-16.
- ³⁵ L. Giussani, *Ciò che abbiamo di più caro (1988-1989)*, op. cit., pp. 32, 63, 69-72, 74.
- ³⁶ Paulo Freire (1921-1997), pedagogo brasileño. Por sus ideas favorables a una conciliación entre marxismo y cristianismo, fue asimilado de algún modo a la teología de la liberación; su libro más conocido es *Pedagogía del oprimido*. En 1986 fue nombrado Secretario de educación en Sao Paulo.
- ³⁷ El padre Aldo Trento contó su historia durante una intervención en el Meeting de Rimini de 2008; cf. A. Trento, «Prendere sul serio la propria umanità», en P. Brizzi-A. Savorana (eds.), *Un'avventura per sé. Si può vivere così*, BUR, Milán 2008, pp. 33-40.
- ³⁸ R. Fontolan, *Cronache dal nuovo mondo. Paraguay, la missione di padre Aldo Trento*, San Paolo, Cinisello Balsamo (Milán) 2005, p. 22.
- ³⁹ Cf. «Prendere sul serio la propria umanità», en P. Brizzi-A. Savorana (eds.), *Un'avventura per sé. Si può vivere così*, op. cit., p. 34; cf. intervención en el Meeting por la amistad entre los pueblos, Rimini 28 agosto 2008.
- ⁴⁰ Se trata de la investigación publicada en los números 35, 36, 38, 48 del semanario *Il Sabato* (1987). En un libro

de 1992, para explicar «las crisis y los fermentos internos del catolicismo [italiano] posconciliar», el cardenal Ratzinger se refirió precisamente a la lectura contenida en «Tredici anni della nostra storia» (cf. J. Ratzinger, *Svolta per l'Europa?*, Edizioni Paoline, Roma 1992, p. 126).

⁴¹ Ver www.rosabianca.org/?page_id=126, URL consultada el 9 noviembre 2011.

⁴² A. Socci-R. Fontolan, «Addio alle leve. Il nuovo potere sale al trono», *Il Sabato*, n. 35 (1987), p. 17.

⁴³ G. Bocca, «In difesa di Lazzati», *la Repubblica*, 9 marzo 1988, p. 10.

⁴⁴ I. Montanelli, «A Milano è tornata l'Inquisizione», *Il Giornale*, 8 marzo 1987.

⁴⁵ Cf. M. Brambilla, «Lazzati, la sinistra va in Paradiso», *Corriere della Sera*, 15 diciembre 1996, p. 33.

⁴⁶ D. Seeber, «Den Glauben im Heute Leben» («Vivere la fede oggi»), *Herder Korrespondenz*, n. 3 (1988).

⁴⁷ A. Bertani, «Monticone: vorrei fare dell'AC un luogo d'ascolto e di incontro», *Avvenire*, 21 noviembre 1980, p. 3.

⁴⁸ B. Sorge, «I cristiani nel mondo postmoderno. Presenza, assenza, mediazione?», *La Civiltà Cattolica*, vol. II, n. 3189 (7 mayo 1983), pp. 243-254.

⁴⁹ D. Seeber, «Den Glauben im Heute Leben», op. cit., pp. 122-123. Traducción nuestra.

⁵⁰ Después de haber madurado, al comienzo de los años treinta, la opción de la consagración seglar, entregándose en el celibato, Lazzati fundó en 1939 - junto con algunos amigos - un sodalicio de laicos denominado «Milites Christi», que en 1969 tomará el nombre de Instituto Secular «Cristo Rey».

⁵¹ FCL, *Documentación audiovisual*, Equipe del CLU, Rimini, 27-29 mayo 1988; parcialmente publicado en L. Giussani, *Ciò che abbiamo di più caro (1988-1989)*, BUR, Milán 2011, pp. 93-163.

⁵² L. Giussani, en *Positio super vita, virtutibus et fama sanctitatis Servi Dei Josephi Lazzati*, Congregatio de Causis Sanctorum, Romae 2000, vol. I B, p. 1004.

⁵³ Ib., p. 1005.

⁵⁴ FCL, *Documentación audiovisual*, Equipe del CLU, Rimini, 27-29 mayo 1988; parcialmente publicado en L. Giussani, *Ciò che abbiamo di più caro (1988-1989)*, BUR, Milán 2011, pp. 93-163.

⁵⁵ A. Metalli, «Il ragionevole ossequio della fede», *30Giorni*, n. 5 (1988), pp. 40-42.

⁵⁶ L. Giussani, *All'origine della pretesa cristiana*, Jaca Book, Milán 1988; publicado de nuevo en Id., *All'origine della pretesa cristiana*, Rizzoli, Milán 2011, p. 3 (cf. ed. esp.: Id., *Los orígenes de la pretensión cristiana*, Encuentro, Madrid 1989-2010⁴, p. 9).

⁵⁷ Ib.

⁵⁸ Ib., pp. 34-35 (cf. ed. esp. p. 39).

⁵⁹ Ib., p. 37 (cf. ed. esp. pp. 40s).

⁶⁰ Ib., p. 38 (cf. ed. esp. p. 41).

⁶¹ Ib. (cf. ed. esp. p. 42).

⁶² Oscar Luigi Scalfaro (1918-2012) se adhirió siendo muy joven a la GIAC (llevará durante toda su vida el distintivo de la Acción Católica) y posteriormente a la FUCI. Magistrado, fue elegido en 1946 para la Asamblea Constituyente; diputado por la Democracia cristiana desde 1948 a 1992, fue también ministro de Transportes y del Interior. Desde 1992 a 1999 fue presidente de la República italiana. Como senador vitalicio se adhirió al Partido democrático.

⁶³ Cf. C. M. Martini, citado en U. Folena, «Russi, l'Europa vi aspetta», *Avvenire*, 16 junio 1988, p. 8.

⁶⁴ FCL, *Documentación audiovisual*, Peregrinación de la Diócesis de Milán en la conclusión del Año Mariano, Caravaggio (Bérgamo), 18 junio 1988. Cf. L. Giussani, «L'energia che occorre alla fede», *Tracce-Litterae communionis*, n. 5 (2008), pp. 4-6 (cf. 'La energía que la fe necesita', *Huellas-Litterae communionis* 5, 2008).

⁶⁵ D. Del Rio, «'Tra noi nessuna guerra' e CI fa la pace con Martini», *la Repubblica*, 21 junio 1988, p. 9.

⁶⁶ J. Ratzinger, «Stimo CL perché punta all'essenziale», *Litterae communionis-CL*, n. 10 (1988), p. 23.

⁶⁷ Ib.

⁶⁸ H. U. von Balthasar, citado en L. Giussani, «Von Balthasar. L'amicizia di un maestro», *Litterae communionis-CL*, n. 7/8 (1988), p. 2.

⁶⁹ L. Giussani, «Von Balthasar. L'amicizia di un maestro», op. cit., p. 2.

⁷⁰ FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Raccolta testi Giussani*, b. RG21, «Encuentro de los responsables latinoamericanos con don L. Giussani. Asunción - Paraguay 20-23 julio 1988».

⁷¹ Juan Pablo II, *Encuentro con los agricultores, los obreros y los mineros*, Oruro (Bolivia), 11 mayo 1988, nn. 1, 7.

⁷² FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Raccolta testi Giussani*, b. RG21, «Encuentro de los responsables latinoamericanos con don L. Giussani. Asunción - Paraguay 20-23 julio 1988».

⁷³ L. Giussani, *Ciò che abbiamo di più caro (1988-1989)*, op. cit., pp. 181-182, 198.

⁷⁴ Ib., pp. 200-201.

⁷⁵ FCL, *Documentación audiovisual, Equipe del CLU*, Corvara (Bolzano), 20-25 agosto 1988; parcialmente publicado en L. Giussani, *Ciò che abbiamo di più caro (1988-1989)*, op. cit., p. 202.

⁷⁶ FCL, *Documentación audiovisual, Equipe del CLU*, Corvara (Bolzano), 20-25 agosto 1988; parcialmente publicado en L. Giussani, *Ciò che abbiamo di più caro (1988-1989)*, op. cit., pp. 165-313.

⁷⁷ FCL, *Documentación audiovisual, Equipe del CLU*, Corvara (Bolzano), 20-25 agosto 1988; parcialmente publicado en L. Giussani, *Ciò che abbiamo di più caro (1988-1989)*, op. cit., pp. 165-313.

⁷⁸ FCL, *Documentación audiovisual, Equipe del CLU*, Corvara (Bolzano), 20-25 agosto 1988; parcialmente publicado en L. Giussani, *Ciò che abbiamo di più caro (1988-1989)*, op. cit., pp. 165-313.

⁷⁹ S. Gaeta, *Cattolici D.O.C.*, EMP, Padua 1988, p. 85.

⁸⁰ FCL, AMCL, *Movimento di Comunione e Liberazione, Ufficio Relazioni Pubbliche, Rassegna stampa*, «Don Giussani no tiena ninguna intención de abandonar CL», comunicado firmado por la Oficina de prensa de Comunión y Liberación, Milán, 20 octubre 1988.

⁸¹ L. Giussani, *Il Movimento di Comunione e Liberazione...*, op. cit., p. 186 (cf. ed. esp. pp. 191s).

⁸² Juan Pablo II, *Discurso a los jóvenes de «Comunión y Liberación»*, 31 marzo 1979, 2.

⁸³ L. Giussani, «Sulla roccia di Pietro», entrevista de P. Colognesi, *Litterae communionis-CL*, n. 9 (1988), p. 11.

⁸⁴ Juan Pablo II, *Discurso a los participantes en el III «Meeting por la amistad entre los pueblos»*, op. cit., 7.

⁸⁵ L. Giussani, «Sulla roccia di Pietro», op. cit., p. 11.

⁸⁶ Juan Pablo II, *Discurso al movimiento de «Comunión y Liberación» en el XXX aniversario de su fundación*, op. cit., 4.

⁸⁷ L. Giussani, «Sulla roccia di Pietro», op. cit., p. 11.

⁸⁸ Ib.

⁸⁹ L. Giussani, *Il miracolo dell'ospitalità*, op. cit., p. 25 (cf. ed. esp. p. 19).

⁹⁰ V. Soloviev *I tre dialoghi e Il Racconto dell'Anticristo*, Marietti, Milán-Génova 2007, p. 190.

⁹¹ L. Giussani, *Il miracolo dell'ospitalità*, op. cit., p. 27 (cf. ed. esp. p. 21).

⁹² Ib.

Capítulo 27

¹ L. Giussani, *L'opera del movimento. La Fraternità di Comunione e Liberazione*, San Paolo, Cinisello Balsamo (Milán) 2002, p. 257 (cf. ed. esp. pp. 262s).

² J. Ratzinger, «Innamorato di Cristo. In un incontro, la strada», op. cit., p. 21 (cf. trad. esp. A. Scola, *Luigi Giussani...*, op. cit. pp. 83s).

³ Estatutos de la Asociación eclesial *Memores Domini, pro manuscripto*, p. 14.

⁴ L. Giussani, *Il tempo e il tempio...*, op. cit., pp. 20-21 (cf. ed. esp. pp. 24ss).

⁵ FCL, ALG, *Secretaría particular Giussani, Correspondencia*, b. SEGR. C0RR30, fasc. SEGR.CORR/154, carta manuscrita de Luigi Giussani [a Juan Pablo II], Milán, 31 diciembre 1988.

⁶ FCL, *Documentación audiovisual*, Asamblea nacional de responsables de CL, Milán, 22 enero 1989.

⁷ Cf. H. U. von Balthasar, *Teodrammatica*, vol. III, Jaca Book, Milán 1983, p. 25 (ed. esp. Id, *Teodramática*, Encuentro, Madrid 1993).

⁸ FCL, *Documentación audiovisual*, Asamblea nacional de responsables de CL, Milán, 22 enero 1989.

⁹ Cf. H.U. von Balthasar, *Teodrammatica*, op. cit., p. 26.

¹⁰ FCL, *Documentación audiovisual*, Asamblea nacional de responsables de CL, Milán, 22 enero 1989.

¹¹ L. Giussani, *L'opera del movimento...*, op. cit., pp. 257-258 (cf. ed. esp. pp. 262s).

¹² E. Mounier, *Lettere sul dolore*, BUR, Milán 2011, p. 40 (ed. esp. Id, *Cartas desde el dolor*, Encuentro, Madrid 2012).

¹³ L. Giussani, *Ciò che abbiamo di più caro (1988-1989)*, op. cit., p. 327.

¹⁴ Ib., pp. 351-352.

¹⁵ Ib., pp. 362-363.

¹⁶ Ib., pp. 364-365.

¹⁷ FCL, ALG, *Secretaría particular Giussani, Correspondencia*, b. SEGR. C0RR30, fasc. SEGR.CORR/154, carta manuscrita de Luigi Giussani [a Juan Pablo II], Milán, S. Pascua 26 marzo 1989.

¹⁸ FCL, *Raccolta documentale don Giussani*, «Encuentro Don Giussani- Sacchetti (junio 1989)».

¹⁹ FCL, *Raccolta documentale don Giussani*, copia de la dedicatoria de Luigi Giussani en el libro de los clientes (1972-1989) del restaurante 'Al Laghett', Chiaravalle (Milán), 14 abril 1986.

- ²⁰ FCL, *Documentación audiovisual*, Lecciones I-II-III en el primer turno de los Ejercicios de la Verifica, Castelnuovo Fogliani (Piacenza), 8 agosto 1989.
- ²¹ S. Habukawa, «Il Mistero genera amicizia (per sempre)», *Tracce-Litterae communionis*, n. 9 (1999), p. 59 (cf. ‘El misterio genera amistad’, *Huellas-Litterae communionis* 9, 1999).
- ²² S. Alberto, citado en A. Savorana-E. Belloni (eds.), *Fatti per l’infinito*, BUR, Milán 2012, p. 144.
- ²³ FCL, *Documentación audiovisual*, Equipe del CLU, Corvara (Bolzano), 19-24 agosto 1989; parcialmente publicado en L. Giussani, *Ciò che abbiamo di più caro (1988-1989)*, op. cit., pp. 430-432.
- ²⁴ «Lo sguardo che vede crescere il deserto, lo sguardo non appartiene al deserto. Sta ‘dall’altra parte’. E in esso è riposta ogni possibilità di salvezza» E. Severino, *Téchne. Le radici della violenza*, Rizzoli, Milán 2002, p. 301.
- ²⁵ FCL, *Documentación audiovisual*, Equipe del CLU, Corvara (Bolzano), 19-24 agosto 1989; parcialmente publicado en L. Giussani, *Ciò che abbiamo di più caro (1988-1989)*, op. cit., p. 432.
- ²⁶ FCL, *Documentación audiovisual*, Equipe del CLU, Corvara (Bolzano), 19-24 agosto 1989; parcialmente publicado en L. Giussani, *Ciò che abbiamo di più caro (1988-1989)*, op. cit., pp. 430-479.
- ²⁷ FCL, *Documentación audiovisual*, Equipe del CLU, Corvara (Bolzano), 19-24 agosto 1989; L. Giussani, *Ciò che abbiamo di più caro (1988-1989)*, op. cit., pp. 481-501. Para las referencias bibliográficas de las citas, véase Juan Pablo II, *Homilía en la Santa Misa en el patio del castillo de Vadstena*, Vadstena (Suecia), 10 junio 1989, 2; C. Pavese, *Il mestiere di vivere*, Einaudi, Turín 1952, pp. 169, 182.
- ²⁸ Escribía *L’Osservatore Romano*: «La identidad misma de este esperado evento año tras año aparece cada vez más comprometida: al tiempo que se vuelven más efímeros los aspectos auténticamente eclesiales, también la parte de sociedad y de política que entra de lleno en la asamblea se resiente de manera cada vez más pesada por visiones y situaciones parciales o incluso distorsionadas. [...] Resulta lamentable además el hecho de que, justamente desde una manifestación como el Meeting —que reúne desde hace muchos años a grupos de jóvenes de todas partes de Italia— alimente, no solo en el plano social y político, un clima de contraposición y facciosidad que, además de no servir a la sociedad, carga con la grave responsabilidad de presentar un rostro desconsiderado e irrespetuoso que ciertamente no congenia con el mundo católico» («Il Meeting di Rimini», *L’Osservatore Romano*, 28-29 agosto 1989, p. 8).
- ²⁹ FCL, ALG, *Segreteria particolare Giussani, Corrispondenza*, b. SEGR. CORR30, fasc. SEGR.CORR/154, carta manuscrita [de Luigi Giussani a Juan Pablo II], Colleva (Perugia), 29 agosto 1989.
- ³⁰ FCL, ALG, *Segreteria particolare Giussani, Corrispondenza*, b. SEGR. CORR30, fasc. SEGR.CORR/154, carta manuscrita [de Luigi Giussani a Giovanni Paolo II], 8 septiembre 1989.
- ³¹ Sergio Quinzio (1927-1996), teólogo y biblista, colaboró con *La Stampa*, el *Corriere della Sera* y *L’espresso*; autor de numerosos libros, en los últimos años de su vida llegó a tener una visión trágica del cristianismo, encerrada en la idea de la «derrota de Dios», a partir de la convicción de que la promesa mesiánica se habría visto frustrada, desde el momento en que en dos mil años de cristianismo nadie ha visto el retorno victorioso de Cristo.
- ³² S. Quinzio, «Giussani: CL e la politica», *La Stampa*, 20 septiembre 1989; puede leerse en L. Giussani, *L’io, il potere, le opere*, op. cit., pp. 207-209 (cf. ed. esp. pp. 192-197).
- ³³ Ib., p. 210 (cf. ed. esp. p. 194). En una obra de reciente publicación, Ratzinger había escrito efectivamente: «La moral política consiste precisamente en la resistencia a la seducción de las grandes palabras en las que se juega con la humanidad del hombre y sus posibilidades. No es moral el moralismo de la aventura, que pretende realizar por sí solo las cosas de Dios. Lo es en cambio la lealtad que acepta las medidas del hombre y cumple, dentro de estas medidas, la tarea del hombre. No es la ausencia de todo compromiso, sino el mismo compromiso la verdadera moral de la actividad política» (J. Ratzinger, *Chiesa, ecumenismo e política*, Paoline, Cinisello Balsamo (Milán) 1987, p. 144). (ed. esp. BAC).
- ³⁴ S. Quinzio, citado in L. Giussani, *L’io, il potere, le opere*, op. cit., pp. 210-211 (cf. ed. esp. p. 195).
- ³⁵ Ib., p. 211 (cf. ed. esp. p. 195).
- ³⁶ Ib., pp. 212-213 (ed. esp. pp. 196s).
- ³⁷ Ib., p. 213 (ed. esp. p. 197).
- ³⁸ Cf. O. Wilde, *Il critico come artista*, Sugarco Edizioni, Milán 1980, p. 30.
- ³⁹ San Agustín, *Obra incompleta contra Juliano*, II, 146.
- ⁴⁰ FCL, *Documentación audiovisual*, Jornada de apertura de curso de CL, Milán, 24 septiembre 1989.
- ⁴¹ «Nota del Consejo nacional de Comunione e Liberazione», *L’Osservatore Romano*, 29 septiembre 1989.
- ⁴² «Carta de don Giussani a la Fraternidad», *CL-Litterae communionis*, n. 11 (1989), p. 5 (cf. trad. esp. en *La Fraternidad...* op. cit., p. 265).
- ⁴³ L. Giussani, «Vi chiedo un po’ più di devozione», *Il Sabato*, n. 45 (1989), p. 4.
- ⁴⁴ A. Emo, «La cortigiana della storia», *la Repubblica*, 22 julio 1989, p. 14.
- ⁴⁵ L. Giussani, *Un evento reale...*, op. cit., pp. 12-13.

- [46](#) Ib., p. 20.
- [47](#) R. Guardini, *L'essenza del cristianesimo*, Morcelliana, Brescia 1980, p. 12 (ed. esp. Cristiandad).
- [48](#) L. Giussani, *Un evento reale...*, op. cit., pp. 21-22.
- [49](#) «Carta de don Giussani a la Fraternidad», *CL-Litterae communionis*, n. 5 (1990), pp. 2-3 (cf. trad. esp. en *La Fraternidad...* op. cit., pp. 267s).
- [50](#) FCL, ALG, *Secretaría particular Giussani, Correspondencia*, b. SEGR. CORR30, fasc. SEGR.CORR/154, carta manuscrita de Luigi Giussani [a Juan Pablo II], Milán, 16 mayo 1990.
- [51](#) D. Giordani, «I primi vent'anni della nostra storia», *Poche parole*, n. 30 (2009).
- [52](#) M. Lucchini, «I primi vent'anni della nostra storia», *Poche parole*, n. 30 (2009).
- [53](#) D. Giordani, «I primi vent'anni della nostra storia», op. cit.
- [54](#) En 2012 eran veintiuna las organizaciones distribuidas por el territorio italiano que, junto con la Fondazione Banco Alimentare Onlus, componían la Red Banco Alimentare. Eran 118 los empleados y 1.657 los voluntarios estables, que con ocasión de la Jornada Nacional de Recogida de alimentos llegan a ser más de 130.000. Desde el punto de vista de la logística y de las estructuras instaladas, se cuenta con 39.051 metros cuadrados totales de depósitos, 11.625 metros cúbicos de bodegas positivas y 1.785 negativas, 252 maquinarias, 80 medios de transporte. En 2012 se reunieron 61.552 toneladas de alimentos y se distribuyeron gratuitamente a 8.818 asociaciones y entidades caritativas.
- [55](#) Nota histórica editada por la Fondazione Banco Alimentare Onlus.
- [56](#) L. Giussani, «Introduzione», en S. Celora, *Le vie del Signore sono infinite*, Roma 1997, pp. 7-9.
- [57](#) Nota histórica de la Fondazione Banco Alimentare Onlus.
- [58](#) FCL, ALG, *Secretaría particular Giussani, Correspondencia*, b. SEGR. CORR6, fasc. SEGR.CORR/18, carta manuscrita de Luigi Giussani a [Danilo] Fossati, Milán, 28 marzo 1991.
- [59](#) Nota histórica de la Fondazione Banco Alimentare Onlus.
- [60](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Diaconía 1 del CLU, Milán, 2 febrero 1994.
- [61](#) L. Giussani, «Introduzione», en S. Celora, *Le vie del Signore sono infinite*, op. cit., p. 9.
- [62](#) L. Giussani, *Perché la Chiesa*, Rizzoli, Milán 2003, p. 9 (cf. ed. esp. p. 17).
- [63](#) L. Giussani, *Perché la Chiesa. Tomo 1. La pretesa permane*, Jaca Book, Milán 1990. El texto se publicará de nuevo en 2003 como «Sezione prima» del volumen *Perché la Chiesa*, editado por Rizzoli (igualmente en español: Id., *Por qué la Iglesia*, sección I, *La pretensión permanece*, Encuentro, Madrid 2004).
- [64](#) L. Giussani, *Perché la Chiesa*, Rizzoli, Milán 2003, pp. 10-11 (cf. ed. esp. pp. 18s).
- [65](#) Ib., p. 5 (cf. ed. esp. p. 13).
- [66](#) Ib., pp. 14, 17-18 (cf. ed. esp. pp. 21ss).
- [67](#) Ib., pp. 21-24 (cf. ed. esp. pp. 28ss).
- [68](#) Ib., pp. 26-27 (cf. ed. esp. pp. 31ss).
- [69](#) Ib., pp. 82, 92-93 (cf. ed. esp. pp. 86, 94s).
- [70](#) Ib., pp. 115, 125 (cf. ed. esp. pp. 114ss, 125ss).
- [71](#) Ib., p. 145 (cf. ed. esp. p. 145).
- [72](#) O. Grassi en L. Giussani, *Un evento reale...*, op. cit., pp. 49-50.
- [73](#) L. Giussani, *Un evento reale...*, op. cit., pp. 92-93.
- [74](#) Ib., p. 239.
- [75](#) Ib., pp. 38, 112, 142.
- [76](#) Ib., pp. 142-143.
- [77](#) Ib., pp. 178-179.
- [78](#) Ib., pp. 185, 149-150.
- [79](#) L. Wittgenstein, *Pensieri diversi*, Adelphi, Milán 1995, p. 61.
- [80](#) C. Pavese en L. Mondo, «Il tormento di Pavese, prima che il gallo canti», *La Stampa*, 8 agosto 1990, p. 17.
- [81](#) L. Giussani, *Un evento reale...*, op. cit., pp. 196, 213, 162.
- [82](#) Ib., pp. 188, 171-172.
- [83](#) ARCHIVO FRATERNITÀ SAN GIUSEPPE, Milán, documento mecanografiado titulado «Encuentro con don Giussani del 4-11-90».
- [84](#) *Conversazioni con Mons. Luigi Giussani 1992-1994*, op. cit., p. 40.
- [85](#) Ib., p. 117.
- [86](#) AFSG, documento mecanografiado titulado «Reunión del Directivo con don Giussani después del encuentro con los Responsables del 22/12/1997», 2 enero 1998.
- [87](#) AFSG, documento mecanografiado titulado «Reunión con don Giussani del 4-11-90».
- [88](#) AFSG, documento mecanografiado titulado «Reunión del 16 abril 1990. Lunes de Pascua. Don Giussani».

- [89](#) AFSG, documento mecanografiado titulado «Ejercicios de verano - 5 agosto 95».
- [90](#) AFSG, documento mecanografiado titulado «Encuentro de los Responsables de la Fraternità San Giuseppe con Don Giussani», Milán, 22 diciembre 1997.
- [91](#) L. Giussani, *Realtà e giovinezza...*, op. cit., pp. 177-178 (cf. ed. esp. *Los jóvenes...* cit. pp. 205s).
- [92](#) Ib., p. 178 (cf. ed. esp. p. 206).
- [93](#) Ib. (cf. ed. esp. p. 207).
- [94](#) Ib., p. 179 (cf. ed. esp. p. 207).
- [95](#) *L'attimo fuggente* (*Dead Poets Society*, USA 1989, en España *El club de los poetas muertos*), dirección de P. Weir.
- [96](#) L. Giussani, *Realtà e giovinezza...*, op. cit., p. 180 (cf. ed. esp. p. 208s).
- [97](#) Ib., p. 182 (ed. esp. pp. 210s).

Capítulo 28

- [1](#) Saddam Husein (1937-2006), político iraquí, presidente de Irak desde 1979 a 2003; destituido en 2003 tras la segunda guerra del Golfo; ejecutado en 2006, como consecuencia de su condena a muerte por crímenes contra la humanidad, sentenciada por un tribunal especial iraquí.
- [2](#) Juan Pablo II, Ángelus, 13 enero 1991.
- [3](#) L. Giussani, *Un evento reale...*, op. cit., pp. 222, 236.
- [4](#) L. Giussani, «Un inizio e una storia di grazia», *30Giorni*, n. 5 (1991), pp. 37-45 (trad. esp.: ‘Un principio y una historia de gracia, *30Días*, 48, V, 1991, pp. 37-45).
- [5](#) Juan Pablo II, *Discurso en el encuentro con los obispos de la Conferencia episcopal portuguesa*, Fátima, 12 mayo 1991, 2.
- [6](#) Cf. L. Giussani, «Appunti dalla Giornata conclusiva dell’anno sociale», *CL-Litterae communionis*, nn. 7-8 (1991), pp. 29-35.
- [7](#) Ib., p. 32.
- [8](#) Ib.
- [9](#) Ch. Péguy, *Verónica*, Nuevo Inicio, Granada 2008, pp. 169, 171; véase también Id., *Lui è qui*, BUR, Milán 2009, pp. 107ss.
- [10](#) L. Giussani, «Appunti dalla Giornata conclusiva dell’anno sociale», op. cit., pp. 34-35.
- [11](#) «Coesenciales», mensaje autógrafo de Juan Pablo II al tercer Coloquio internacional de los movimientos, Bratislava, *Litterae communionis-CL*, n. 5 (1991), p. 20.
- [12](#) C. M. Martini, *Alzati, va’ a Ninive*, Centro Ambrosiano, Milán 1991, pp. 12, 17, 32, 9.
- [13](#) L. Giussani, «Don Francesco il primo e più grande compagno di cammino», *Il Momento*, número especial, 31 mayo 1991, p. 4.
- [14](#) Claudio Chieffo (1945-2007), empezó a componer canciones en 1962, después de su encuentro con don Francesco Ricci y Giussani. Sus 114 canciones hacen de él el cantautor católico más cantado en el mundo. Es una de las figuras más significativas de la música de autor y religiosa contemporánea. Giussani siempre propuso y comentó sus canciones, le llamaba «il fiore di Forlì» y de su música dijo: «Ha penetrado en todos y perdura todavía»; véase, a tal propósito, el cd *È bella la strada*, realizado por la Universal en 2007 —como homenaje del movimiento de CL al cantautor recién fallecido— en la colección musical «Spirto Gentil». El escritor y disidente ruso Andrei Sinyavski declaró que le hubiera gustado componer él *Il popolo canta la sua liberazione*, y el cardenal Giacomo Biffi definió la canción *Stella del Mattino* como la *Salve Regina* del tercer milenio.
- [15](#) FCL, Claudio Chieffo, Seveso (Monza Brianza), 10 abril 1999, entrevista personal de Anna Ballarino.
- [16](#) AA.VV., *Francesco Ricci. Una passione cento passioni*, op. cit., p. 32.
- [17](#) FCL, Claudio Chieffo, Seveso (Monza-Brianza), 10 abril 1999, entrevista personal de Anna Ballarino.
- [18](#) AA.VV., *Francesco Ricci...*, op. cit., p. 33.
- [19](#) Ib., p. 38.
- [20](#) L. Giussani, *Il senso religioso*, Jaca Book, Milán 1966, p. 34 (cf. ed. esp. Id., *El sentido religioso*, Encuentro, Colección de bolsillo 12, Madrid 1981, p. 36).
- [21](#) AA. VV., *Francesco Ricci...*, op. cit., p. 38.
- [22](#) F. Ricci, citado en AA. VV., *Francesco Ricci...*, op. cit., p. 108.
- [23](#) V. Citterich, citado en AA. VV., *Francesco Ricci...*, op. cit., p. 98.
- [24](#) AA. VV., *Francesco Ricci...*, op. cit., p. 105.
- [25](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Consejo nacional de CL, Milán, 23 febrero 1991.

- ²⁶ FCL, *Documentación audiovisual*, Consejo nacional de CL, Milán, 2 junio 1991.
- ²⁷ FCL, *Documentación audiovisual*, Consejo internacional de CL, La Thuile (Aosta), 20-21 agosto 1991.
- ²⁸ L. Giussani, «Francesco Ricci. Il coraggio di offrirsi», entrevista de M. Vitali, *Litterae communionis-CL*, nn. 7-8 (1991), p. 2.
- ²⁹ L. Giussani, «Pregare e agire», Homilía durante una celebración de sufragio por don Ricci, *Litterae communionis-CL*, nn. 7-8 (1991), pp. 5-7.
- ³⁰ L. Giussani, *Un evento reale...*, op. cit., pp. 277-338.
- ³¹ *Ib.*, p. 279.
- ³² «*Nam ex appetitu naturae surgit timor mortis, ex appetitu gratiae surgit audacia*» (santo Tomás de Aquino, *Super Secundam ad Corinthios*, 5, 2).
- ³³ L. Giussani, *Un evento reale...*, op. cit., p. 280.
- ³⁴ Mc 4,35.
- ³⁵ L. Giussani, *Un evento reale...*, op. cit., pp. 280-281.
- ³⁶ G.M. Calzone, *Si prospettano giorni felici*, Marietti 1820, Milán-Génova 2012, p. 17.
- ³⁷ L. Giussani, *Un evento reale...*, op. cit., p. 284.
- ³⁸ G.M. Calzone, *Si prospettano giorni felici*, op. cit., p. 17.
- ³⁹ L. Giussani, *Un evento reale...*, op. cit., p. 291.
- ⁴⁰ Vladimir Soloviev, en un apéndice a los *Tres discursos en memoria de Dostoievski*, defendiendo al gran escritor ruso de las afirmaciones de Leontiev, escribía: «...‘la fe en la divinidad del Carpintero de Nazaret crucificado bajo Poncio Pilato’ era el principio que animaba todo lo que decía y escribía Dostoievski». VI. Soloviev, *Tri reči v pamjat’ Dostoevskago (1881-1883) (Tre discorsi in memoria di Dostoevskij 1881-1883)*, en Id., *Sobranie sočinenij Vladimira Sergieviča Solov’eva, tom tretij. 1877-1884 (Obras de Vladimir Sergievic Soloviev, vol. III 1877-1884)*, San Petersburgo s.d., publicado como copia anastática por el Foyer Oriental Chrétien de Bruselas en 1966, p. 223.
- ⁴¹ Konstantin D. Kavelin (1818-1883), historiador, jurista y sociólogo ruso.
- ⁴² Cf. F. M. Dostoievskij, *Polnoe sobranie socinenij*, en *Opera omnia*, vol. 27, de los *Avtobiograficeskoe - Materiales autobiográficos*, 30 vols., Leningrado 1984, p. 56. Cf. F. Dostoievski, *Dostoievskij inedito: quaderni e taccuini 1860-1881*, Vallecchi, Florencia 1980, p. 408.
- ⁴³ L. Giussani, *Un evento reale...*, op. cit., pp. 292-293.
- ⁴⁴ *Ib.*, p. 293-294.
- ⁴⁵ L. Giussani, «Dalla grazia scaturisce un popolo nuovo», *CL-Litterae communionis*, n. 10 (1991), p. 30 (cf. ‘De la gracia brota un pueblo nuevo’, *CL-Litterae Communionis*, 7, 1991, pp. 11-18).
- ⁴⁶ C. M. Martini, *Il lembo del mantello*, Centro Ambrosiano, Milán 1991.
- ⁴⁷ *Ib.*, pp. 86-87.
- ⁴⁸ L. Giussani, «Dalla grazia scaturisce un popolo nuovo», op. cit., p. 31.
- ⁴⁹ A. Men, citado en L. Giussani, «Dalla grazia scaturisce un popolo nuovo», op. cit., pp. 31-32. Para el texto del padre Men véase la edición rusa del volumen: A. Men, *Mirovaja duchovnaja kul’tura. Lekcii, Žizn’s Bogom*, 2009, pp. 243, 257, 270.
- ⁵⁰ L. Giussani, «Dalla grazia scaturisce un popolo nuovo», op. cit., p. 32.
- ⁵¹ A. Men, «Sulla soglia del tempio», epílogo a la edición rusa del volumen *El sentido religioso* de L. Giussani (L. Džussani, *Religioznoe Čuvstvo. «Put’». Kniga pervaja, «Christianskaja Rossija*», Moscú 2004, pp. 169-170).
- ⁵² ASAEMD, *Documentación audiovisual*, Retiro de Adviento del Grupo adulto, Riva del Garda (Trentino), 29 noviembre 1991.
- ⁵³ FCL, *Documentación audiovisual*, Consejo nacional de CL, Milán, 15 febrero 1992; parcialmente publicado en L. Giussani, *L’avvenimento cristiano*, op. cit., pp. 65-70.
- ⁵⁴ Se refiere al himno «L’aurora risplende di luce», del tiempo *per annum*. Texto y comentario en L. Giussani, *Tutta la terra desidera il Tuo volto*, San Paolo, Cinisello Balsamo (Milán), 2000, pp. 30ss (ed. esp.: Id., *Toda la tierra desea ver Tu rostro. El hombre ante Dios*, San Pablo, Madrid 2000).
- ⁵⁵ FCL, *Documentación audiovisual*, Consejo nacional de CL, Milán, 15 febrero 1992; parcialmente publicado en L. Giussani, *L’avvenimento cristiano*, op. cit., pp. 65-67.
- ⁵⁶ FCL, *Documentación audiovisual*, Consejo nacional de CL, Milán, 15 febrero 1992; parcialmente publicado en L. Giussani, *L’avvenimento cristiano*, op. cit., pp. 65-70.
- ⁵⁷ L. Giussani, *L’avvenimento cristiano*, op. cit., pp. 62-63.
- ⁵⁸ «Comunione è Liberazione», *CL-Litterae communionis*, n. 10 (1987), pp. 15-16.
- ⁵⁹ L. Giussani, *Perché la Chiesa. Tomo 2. Il segno efficace del divino nella storia*, volumen tercero del PerCorso, Jaca Book, Milán 1992 (ed. esp. Id., *Por qué la Iglesia. El signo eficaz de lo divino en la historia*, Encuentro,

Madrid 1993, *ndt*); el texto italiano se publicará de nuevo por Rizzoli —revisado y ampliado en algunas de sus partes por el Autor— en 2003 como Sección segunda del volumen *Perché la Chiesa* (igualmente ocurrirá en España: *Por qué la Iglesia*. Encuentro, Madrid 2004).

[60](#) L. Giussani, *Perché la Chiesa*, Rizzoli, Milán 2003, pp. 153, 156-157 (ed. esp. pp. 151, 154s); a estas ediciones —italiana y española— se refieren todas las citas y notas presentes en este apartado.

[61](#) *Ib.*, pp. 157, 165-166 (ed. esp. pp. 155, 163-164).

[62](#) *Ib.*, pp. 168-169, 171-172 (ed. esp. pp. 166s, 169s).

[63](#) *Ib.*, pp. 195, 201, 204 (ed. esp. pp. 190, 196, 198s).

[64](#) *Ib.*, p. 216 (ed. esp. p. 210).

[65](#) *Ib.*, pp. 224, 226 (ed. esp. pp. 217s, 220).

[66](#) *Ib.*, pp. 242, 248-249, 266-267 (ed. esp. pp. 241s, 247, 259).

[67](#) *Ib.*, p. 268 (ed. esp. p. 260).

[68](#) *Ib.*, p. 274 (ed. esp. p. 265).

[69](#) FCL, ALG, *Secretaría particular Giussani, Correspondencia*, b. SEGR. CORR30, fasc. SEGR.CORR/154, carta manuscrita de Luigi Giussani [a Juan Pablo II], Milán, 5 febrero 1992.

[70](#) Autógrafo de Juan Pablo II y nota de comentario de Giussani, en L. Giussani, *Litterae communionis-CL*, n. 3 (1992), p. 3.

[71](#) FCL, ALG, *Secretaría particular Giussani, Correspondencia*, b. SEGR. CORR30, fasc. SEGR.CORR/154, carta manuscrita de Luigi Giussani [a Juan Pablo II], Milán, 3 marzo 1992.

[72](#) L. Giussani «Un evento. Per questo ci odiano», entrevista de R. Farina, *Il Sabato*, n. 17 (1992), pp. 14-15; publicado de nuevo en L. Giussani, *Un caffè in compagnia...*, op. cit., pp. 123-125.

[73](#) FCL, ALG, *Secretaría particular Giussani, Correspondencia*, b. SEGR. CORR30, fasc. SEGR.CORR/154, carta manuscrita de Luigi Giussani [a Juan Pablo II], Milán, S. Pascua 18 abril 1992.

[74](#) FCL, ALG, *Secretaría particular Giussani, Correspondencia*, b. SEGR. CORR30, fasc. SEGR.CORR/154, carta manuscrita de Luigi Giussani [a Juan Pablo II], Milán, 16 mayo 1992.

[75](#) FCL, ALG, *Secretaría particular Giussani, Correspondencia*, b. SEGR. CORR1, fasc. SEGR.CORR/1, carta mecanografiada de Juan Pablo II a Luigi Giussani, Ciudad del Vaticano, 19 mayo 1992.

[76](#) L. Giussani, «Lettera alla Fraternità», *Litterae communionis-CL*, n. 3 (1992), p. 2 (cf. ‘Carta a la Fraternidad’, *Litterae communionis CL*, 2-3, 1992, pp. 18-24).

[77](#) L. Giussani, «Alla fonte della grazia per la gente di Lombardia», *Avvenire*, 20 junio 1992, p. 1.

[78](#) Juan Pablo II, *Encuentro con los jóvenes de Lombardía en el Santuario de Nuestra Señora de la Fuente*, Caravaggio (Bérgamo), 20 junio 1992, 7, 8, 2.

[79](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Ejercicios de los sacerdotes latinoamericanos de CL, Río de Janeiro (Brasil), 16-17 julio 1992.

[80](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Consejo internacional de CL, Courmayeur (Aosta), 17-19 agosto 1992.

[81](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Consejo internacional de CL, Courmayeur (Aosta), 17-19 agosto 1992.

[82](#) Cf. Ch. Péguy, *La nostra giovinezza*, Editori Riuniti, Roma 1993, p. 123.

[83](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Consejo internacional di CL, Courmayeur (Aosta), 17-19 agosto 1992.

[84](#) Cf. Ch. Péguy, *La nostra giovinezza*, op. cit., p. 123.

[85](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Consejo internacional de CL, Courmayeur (Aosta), 17-19 agosto 1992.

[86](#) Alain Finkielkraut, nacido en París en 1949, filósofo de origen judío, periodista y escritor, enseña Cultura general e Historia de las ideas en el Departamento de Ciencias humanas y sociales de la École Polytechnique.

[87](#) A. Finkielkraut, «Tirerò Péguy fuori dal ghetto», entrevista de S. M. Paci, *30Giorni*, n. 6 (1992), p. 60.

[88](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Consejo internacional de CL, Courmayeur (Aosta), 17-19 agosto 1992.

[89](#) A. Finkielkraut, «Tirerò Péguy fuori dal ghetto», op. cit., p. 60.

[90](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Consejo internacional de CL, Courmayeur (Aosta), 17-19 agosto 1992.

[91](#) L. Giussani, *Un avvenimento di vita, cioè una storia*, op. cit., p. 478.

[92](#) A. Finkielkraut, «Tirerò Péguy fuori dal ghetto», op. cit., pp. 58-61.

[93](#) L. Giussani, *E, se opera*, supl. *30Giorni*, n. 3 (1994), p. 14 (cf. trad. esp. en suplemento a la edición española de *30Días*, n. 81, 1994, Id., *Está, porque actúa*, p. 16, publicado de nuevo en Encuentro, Madrid 1994).

[94](#) *Ib.*, pp. 11-12 (ed. esp. p. 13-14).

[95](#) *Ib.*, p. 15 (cf. ed. esp. p. 17).

[96](#) *Ib.*, pp. 19-20 (cf. ed. esp. pp. 21-22).

[97](#) *Ib.*, p. 59 (cf. ed. esp. p. 61).

[98](#) ASAEMD, documento ciclostilado titulado «Retiro Novicios Tabiano, 22-23 enero 2011.

[99](#) FCL, ALG, *Secretaría particular Giussani, Correspondencia*, b. SEGR. CORR30, fasc. SEGR.CORR/154,

carta manuscrita de Luigi Giussani [a Juan Pablo II], Milán, 18 septiembre 1992.

[100](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Peregrinación a Lourdes con ocasión del X aniversario del reconocimiento de la Fraternidad de CL, Lourdes (Francia), 17 octubre 1992; cf. L. Giussani, «Il vincolo dell'unità», *Litterae communionis-CL*, n. 2 (1993), pp. I-IV (cf. 'El vínculo de la unidad', CL-Litterae communionis, 3, 1993, pp. 21-24).

[101](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Peregrinación a Lourdes con ocasión del X aniversario del reconocimiento de la Fraternidad de CL, Lourdes (Francia), 17 octubre 1992; cf. L. Giussani, «Il vincolo dell'unità», op. cit., pp. I-IV.

[102](#) G. Da Rold, «Don Giussani il potere egoista odia il popolo», *Corriere della Sera*, 18 octubre 1992, y M. Baudino, «Giussani processa l'Italia. 'È un paese intossicato'», *La Stampa*, 18 octubre 1992; publicadas de nuevo en L. Giussani, *L'io, il potere, le opere...*, op. cit., pp. 214-221 (cf. ed. esp. pp. 198-205).

[103](#) L. Giussani, *L'io, il potere, le opere...*, op. cit., p. 214 (cf. ed. esp. p. 198).

[104](#) www.fondazione-craxi.org/pdf_discorsi/Bettino_Craxi_3_luglio1992.pdf, URL consultada el 15 marzo 2012.

[105](#) L. Giussani, *L'io, il potere, le opere...*, op. cit., pp. 215-216 (cf. ed. esp. pp. 198ss).

[106](#) Ib., pp. 216-218 (cf. ed. esp. pp. 201s).

[107](#) L. Giussani, «A riscoprire una coscienza di figli», *Avvenire*, 17 octubre 1992, p. 1.

[108](#) Ib., p. 219.

[109](#) Giorgio Pontiggia (1940-2009) estudió en el seminario de Venegono, ordenado sacerdote en 1970; párroco en Milán y desde los años noventa responsable de los estudiantes y de los profesores de Comunión y Liberación y rector del Istituto Sacro Cuore de Milán.

[110](#) L. Giussani, citado en G. Pontiggia, «Prete per imitazione», entrevista de A. Savorana, *Tracce-Litterae communionis*, n. 9 (2004), p. 94.

[111](#) *Conversazioni con Mons. Luigi Giussani 1992-1994*, op. cit., pp. 1-2.

[112](#) G. Pontiggia, «Prete per imitazione», op. cit., p. 94.

[113](#) Ib., p. 95.

[114](#) *Conversazioni con Mons. Luigi Giussani 1992-1994*, op. cit., pp. 10-11.

[115](#) J. Ratzinger, «Intervención de presentación del Nuevo Catecismo», *L'Osservatore Romano*, 20 enero 1993, p. 5.

[116](#) *Conversazioni con Mons. Luigi Giussani 1992-1994*, op. cit., p. 11.

[117](#) Ib., p. 12.

[118](#) L. Giussani, *Il tempo e il tempio. Dio e l'uomo*, BUR, Milán 1995 (ed. esp. Id., *El templo y el tiempo. Dios y el hombre*. Encuentro, Madrid 1995).

[119](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Encuentro del grupo de Fraternidad Studium Christi de Milán con el cardenal Carlo Maria Martini, Milán, 28 septiembre 1995.

[120](#) L. Giussani, *Il tempo e il tempio...*, op. cit., p. 5 (cf. ed. esp. pp. 7s).

[121](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Encuentro del grupo de Fraternidad Studium Christi de Milán con el cardenal Carlo Maria Martini, Milán, 28 septiembre 1995. En su carta pastoral *Ripartiamo da Dio!* el cardenal Martini hablaba de la «primacía de Dios sobre toda iniciativa humana: Dios es el Padre que ama primero, que se comunica a sí mismo y se dona en Jesús antes aún de cualquier espera humana, el primero en perdonar gratuitamente, Aquel de quien todo viene, todo depende, a quien todo tiende y todo retorna. [...] Es el amor del Padre infundido en nuestros corazones por medio del Espíritu lo que nos permite actuar moralmente siguiendo los ejemplos de Jesucristo, hombre perfecto, justo, honesto, veraz, apacible, sabio y valiente, que da la vida por sus enemigos. Aquí está la raíz de toda moralidad verdadera. [...] La persona humana es el ser conforme a Dios en la creación, hecho para responder con amor al amor de Dios en Jesús y continuar en el mundo la obra inteligente y constructiva del Padre» (C. M. Martini, *Ripartiamo da Dio!*, Centro Ambrosiano, Milán 1995, pp. 16-17).

[122](#) C. M. Martini, citado en «Il primo miracolo è la scoperta del 'tu', cioè dell' 'altro'», *Tracce-Litterae communionis*, n. 7 (1995), p. XIV (cf. 'El primer milagro es el descubrimiento del «Tú», es decir, del «Otro»', *Homilía de la Misa*, en CL-Litterae communionis, 4, 1995, pp. 29-30).

[123](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Encuentro del grupo de Fraternidad Studium Christi de Milán con el cardenal Carlo Maria Martini, Milán, 28 septiembre 1995.

[124](#) L. Giussani, *Il tempo e il tempio...*, op. cit., p. 7 (cf. ed. esp. p. 10).

[125](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Ejercicios de los sacerdotes de CL, Corvara (Bolzano), 30 agosto-2 septiembre 2009.

[126](#) Cf. L. Giussani, «In cammino», *Tracce-Litterae communionis*, n. 2 (2000), pp. I-XX (cf. 'En camino', *Huellas-Litterae communionis*, IV, 2, 2000, inserto).

- [127](#) FCL, *Raccolta documentale don Giussani*, «Giuss. Cobacha, 28. 12. 92. Mañana».
- [128](#) El resultado de aquella conversación se recoge ampliamente en el primer capítulo del libro *Generare tracce nella storia del mondo* (L. Giussani-S. Alberto-J. Prades, *Generare tracce...*, op. cit.) (ed. esp., *Crear huellas en la historia del mundo...*, op. cit.).
- [129](#) FCL, *Raccolta documentale don Giussani*, «Giuss. Cobacha, 28. 12. 92. Mañana».
- [130](#) FCL, *Raccolta documentale don Giussani*, «Cobacha 29. 12. 92. Mañana».

Capítulo 29

- [1](#) FCL, Documentación audiovisual, Reunión de responsables de CL, Milán, 26 enero 1993; parcialmente publicado en L. Giussani, «Qualcosa che viene prima», *30Giorni*, n. 4 (1993), pp. 36-44 ('Algo que se da antes', *30Días*, VII, 73, 1993, pp. 66-72).
- [2](#) J. Ratzinger, «Presentazione», en L. Giussani, *Un avvenimento di vita, cioè una storia*, op. cit., p. 9.
- [3](#) Ib., pp. 9-10.
- [4](#) Ib., p. 11. El cardenal se refiere a una entrevista de Renato Farina a Giussani, publicada en 1992 en el semanario *Il Sabato* (ver aquí, pp. 842-843).
- [5](#) FCL, Documentación audiovisual, Reunión de responsables de CL, Milán, 27 abril 1993. No ha sido posible encontrar la carta del cardenal Jean-Jérôme Hamer, que incluimos aquí tal como la tradujo del francés don Massimo Camisasca durante la Reunión de responsables.
- [6](#) G. B. Contri, «Contro i clerico leninisti», entrevista de P. Baglioni, *Il Sabato*, n. 14 (1993), p. 85.
- [7](#) R. Spiazzi, «Una persona, non una morale», *Il Sabato*, n. 15 (1993), p. 69.
- [8](#) E. Severino, «Dialogo sull'evidenza», *Il Sabato*, n. 16 (1993), pp. 66-68.
- [9](#) D. Barsotti, «Dai valori alla realtà», *Il Sabato*, n. 18 (1993), p. 68.
- [10](#) P. Flores d'Arcais, «Cl. Pregi & difetti», *Il Sabato*, n. 20 (1993), pp. 67-68.
- [11](#) FCL, Documentación audiovisual, Entrevista radiofónica de Fabio Zavattaro a Luigi Giussani, GR2, 18 marzo 1993.
- [12](#) L. Giussani, «Un profeta contro la menzogna», *Avvenire*, 17 marzo 1993, p. 17.
- [13](#) L. Giussani, en G. Testori, *La maestà della vita*, op. cit., pp. 493-496; la homilía se publicó también en *Tracce-Litterae communionis*, n. 4 (1993), pp. 36-38.
- [14](#) FCL, Documentación audiovisual, Salón del libro y de la comunicación religiosa. Conferencia sobre «Un ejemplo de comunicación religiosa», Milán, 10 marzo 1995.
- [15](#) FCL, Documentación audiovisual, Salón del libro y de la comunicación religiosa. Conferencia sobre «Un ejemplo de comunicación religiosa», Milán, 10 marzo 1995.
- [16](#) L. Giussani, en G. Cesbron, *È mezzanotte dottor Schweitzer*, BUR, Milán 1993, p. 1, nota editorial presente en todos los libros de la colección.
- [17](#) Ib.
- [18](#) Dirigida por Giussani hasta 2005, la colección 'i libri dello spirito cristiano' prosiguió bajo la dirección de Julián Carrón (su sucesor en la presidencia de la Fraternidad de CL) hasta 2009, es decir, hasta que se agotaron los títulos sugeridos o aprobados por Giussani.
- [19](#) L. Giussani, *L'uomo e il suo destino...*, op. cit., p. 95 (cf. ed. esp. p. 91).
- [20](#) FCL, Documentación audiovisual, Consejo nacional de CL, Milán, 1 julio 1995.
- [21](#) FCL, Documentación audiovisual, Diaconía de CL España, Milán, 4 junio 1993.
- [22](#) FCL, ALG, *Segretaría particolare Giussani, Vida del movimiento de Comunión y Liberación*, b. SEGR.VITA6, fasc. SEGR.VITA/1 17, «Cobacha (España). Diciembre 93».
- [23](#) L. Giussani, «E l'Angelo partì da lei», *Tracce-Litterae communionis*, n. 7 (1993), pp. 19-20 (cf. 'Y el ángel la dejó', *CL-Litterae communionis*, 5, 1993, pp. 17-18).
- [24](#) Ib., p. 19 (p. 17).
- [25](#) Ib., p. 20 (p. 18).
- [26](#) Juan Pablo II, *Homilía en la Santa Misa en el «centro ferial» de Macerata*, Macerata, 19 junio 1993, 4, 6, 8.
- [27](#) FCL, Documentación audiovisual, Ejercicios de los sacerdotes de CL, La Thuile (Aosta), 31 agosto-3 septiembre 1993.
- [28](#) FCL, *E, se opera*, supl. *30Giorni*, n.3 (1994), pp. 45, 60 (cf. *Está, porque actúa*, Encuentro, Madrid 1994, pp. 47, 62).
- [29](#) FCL, Documentación audiovisual, Ejercicios de los sacerdotes de CL, La Thuile (Aosta), 31 agosto-3 septiembre 1993.

[30](#) Lc 23,34.

[31](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Ejercicios de los sacerdotes de CL, La Thuile (Aosta), 31 agosto-3 septiembre 1993.

[32](#) Padre Etienne Pernet (1824-1899). Impresionado por la miseria material y moral en la que vivían las familias obreras y por su lejanía de la Iglesia en la Francia del siglo XIX, el padre Pernet dio vida a una obra en la que mujeres consagradas se pusieran al servicio de la familia, compartiendo sus necesidades concretas mediante el cuidado de los enfermos y el servicio doméstico, testimoniando así el amor de Cristo presente en la Iglesia y despertando la fe por medio de la caridad. Desde el comienzo fue una obra apostólica, dirigida, como decía el fundador, a «rehacer un pueblo para Dios».

[33](#) ARCHIVO GENERAL DE LAS HERMANAS DE LA CARIDAD DE LA ASUNCIÓN, Milán, documento mecanografiado titulado «Asamblea del Vicariado, Torrazzetta, 9-14 mayo 1991; Lección introductoria de don Giussani, Milán, 9 mayo 1991».

[34](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Asamblea de las Hermanitas de la Asunción, Milán, 25 noviembre 1989.

[35](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Homilía en la Santa Misa de las Hermanas de Caridad de la Asunción, Milán, 10 octubre 1993.

[36](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Asamblea de las Hermanitas de la Asunción, Milán, 25 noviembre 1989.

[37](#) G. Angrisano, «Prefazione», en *Per l'opera di un Altro. Assembleas de don Giussani (1989-1996) con las Hermanas de Caridad de la Asunción, pro manuscripto* para uso interno, Roma, junio 2011, p. 4.

[38](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Asamblea de las Hermanitas de la Asunción, Milán, 25 noviembre 1989.

[39](#) Las actividades principales de la congregación se desarrollan en el ámbito de la asistencia a las familias, tanto en términos de asistencia sanitaria a domicilio, como de apoyo en los ámbitos educativo y laboral. Actualmente forman parte de ella cerca de un centenar de hermanas. En Italia tienen casas en Milán, Turín, Trieste, Roma y Nápoles, y fuera de Italia están presentes en Madrid.

[40](#) ASCA, documento mecanografiado titulado «Asamblea con don Giussani Milán, 3 julio 1993».

[41](#) L. Giussani, Carta a la Fraternidad, 11 marzo 1993, *Tracce-Litterae communionis*, n. 4 (1993), pp. I-III (cf. trad. esp. en *La Fraternidad...* op. cit. pp. 274ss).

[42](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Reunión de responsables de CL, Milán, 30 marzo 1993.

[43](#) G. Cesana, citado en L. Giussani, «Che valore ha oggi la nostra esistenza di cristiani?», *Tracce-Litterae communionis*, n. 7 (1993), pp. II-III (cf. «¿Qué valor tiene hoy nuestra existencia de cristianos?», *CL-Litterae communionis*, 5, 1993, pp. 19-26).

[44](#) L. Giussani, «Che valore ha oggi la nostra esistenza di cristiani?», op. cit., p. IV.

[45](#) Cf. FCL, *Documentación audiovisual*, Reunión de responsables de CL, Milán, 1 junio 1993.

[46](#) San Agustín, *Comentario a los Salmos* (Salmo 37).

[47](#) L. Giussani, 74 domande e risposte, supl. *Tracce-Litterae communionis*, n. 6 (1993), pp. 28-30 (cf. «Hijos, no discípulos. 74 preguntas», supl. *CL-Litterae communionis*, 1993, cuaderno 5).

[48](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Reunión de responsables de CL, Milán, 8 junio 1993.

[49](#) O. L. Scalfaro, citado en F. Grignetti, «Basta con le manette facili», *La Stampa*, 9 julio 1993, p. 3.

[50](#) S. Bocconi - R. Polato, «Enimont: tangenti, morti e misteri», *Corriere della Sera*, 24 julio 1993, p. 4.

[51](#) L. Giussani, *Affezione e dimora*, BUR, Milán 2001, p. 256 (cf. ed. esp. Id., *Afecto y morada*, Encuentro, Madrid 2004, p. 256).

[52](#) L. Giussani, «Di che si tratta», *Tracce-Litterae communionis*, n. 9 (1993), pp. II, IV (cf. «De qué se trata», *CL-Litterae communionis*, 6, 1993, pp. 18-26).

[53](#) Ib., p. IV.

[54](#) Ib., pp. IV-V.

[55](#) Ib., p. V.

[56](#) L. Giussani, *L'attrattiva Gesù*, op. cit., pp. 41-42 (cf. ed. esp. p. 56).

[57](#) L. Giussani, «Cosi ha rischiato il tribolato viaggio di noi 'senza patria'», *Avvenire*, 15 octubre 1993, pp. 1-2.

[58](#) Jn 20,21.

[59](#) L. Giussani, «Vita e spirito nel sacerdote cattolico», *30Giorni*, n. 11 (1993), p. 39 (cf. «Vida y espíritu en el sacerdote católico», *30Días*, VII, 74, 1993, pp. 37-44).

[60](#) Juan Pablo II, *Discurso a los participantes en la Plenaria de la Congregación para el Clero*, 22 octubre 1993, 4.

[61](#) Cf. «Le ragioni della libertà», *Il Sabato*, n. 44 (1993), p. 3.

[62](#) J. Ratzinger, citado en «Le ragioni della libertà», *Il Sabato*, n. 44 (1993), p. 3.

[63](#) «Le ragioni della libertà», op. cit., p. 4.

[64](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Reunión de los sacerdotes de Roma este, Roma, 12 mayo 1994.

- [65](#) L. Giussani, «L'implicazione totalizzante», en Id., *Affezione e dimora*, op. cit., p. 56 (cf. ed. esp. pp. 55s).
- [66](#) L. Giussani, «Senso religioso e fede», en Id., *L'autocoscienza del cosmo*, op. cit., pp. 16-17 (cf. ed. esp. pp. 19-20).
- [67](#) «Le ragioni della libertà», op. cit., p. 4.
- [68](#) Ib.
- [69](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Reunión de responsables de CL, Milán, 23 febrero 1993.
- [70](#) L. Giussani, en J. Carrón - F. Ventorino, *Parole ai preti*, SEI, Turín 1996, p. 116.
- [71](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Asamblea de responsables de CL, Milán, 28 junio 1994.
- [72](#) AA. VV. (ed. de S. Alberto), *Vangelo e storicità*, BUR, Milán 1995, pp. 485-517.
- [73](#) Ib., pp. 485-486.
- [74](#) Ib., p. 488.
- [75](#) L. Giussani, en J. Carrón - F. Ventorino, *Parole ai preti*, op. cit., p. 116.
- [76](#) Ib., p. 115.
- [77](#) Ib., pp. 124-125.
- [78](#) L. Giussani, *Una presenza che cambia*, BUR, Milán 2004, p. 13.
- [79](#) Ib., pp. 12-13.
- [80](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Diaconía del CLU, Milán, 13 octubre 1993.
- [81](#) L. Giussani, *Un caffè in compagnia...*, op. cit., pp. 129-131.
- [82](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Asamblea de responsables de CL, Milán, 9 noviembre 1993.
- [83](#) L. Giussani, «La drammaticità della compagnia», *30Giorni*, n. 6 (1994), pp. 40-42 (cf. 'La dramaticidad de la compañía', *30Días*, VIII, 82-83, 1994, pp. 59-72).
- [84](#) L. Giussani, «L'ideale e la compagnia», *Tracce-Litterae communionis*, n. 5 (1994), p. III (cf. 'El ideal y la compañía', *CL-Litterae communionis*, 4, 1994, pp. 19-26).
- [85](#) Cf. Gen 2,18.
- [86](#) L. Giussani, «L'ideale e la compagnia», op. cit., p. III.
- [87](#) Ib., p. IV.
- [88](#) Ib., p. VIII.
- [89](#) L. Giussani, «L'avvenimento di Cristo e la sua permanenza nella storia», *Tracce-Litterae communionis*, n. 9 (1994), p. IV (cf. 'El acontecimiento de Cristo y su permanencia en la historia', *30Días*, VIII, 87, 1994, pp. 33-48).
- [90](#) Carta de Gloria Cuccato, citada en «Una dimora nel mondo», *Tracce-Litterae communionis*, n. 10 (1994), pp. II-III (cf. 'Una morada en el mundo', *CL-Litterae communionis*, 6, 1994, pp. 17-28).
- [91](#) Ib., p. X.
- [92](#) Ib., pp. XI-XII.

Capítulo 30

- [1](#) L. Giussani, *Dal temperamento un metodo*, op. cit., p. 327 (cf. ed. esp. p. 335 nota).
- [2](#) Ib., pp. 326-327 (cf. ed. esp. pp. 334s).
- [3](#) L. Giussani, *Vivendo nella carne*, BUR, Milán 1998, p. 292.
- [4](#) L. Giussani, *Avvenimento di libertà...*, op. cit., pp. 131-132.
- [5](#) L. Giussani, *Il miracolo dell'ospitalità*, op. cit., pp. 95-96 (cf. ed. esp. pp. 80s).
- [6](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Encuentro con los bonzos del monte Koya, Milán, 9 junio 1996.
- [7](#) L. Giussani, «Una dimora nel mondo», *Tracce-Litterae communionis*, n. 10 (1994), p. XII (esp. cit.)
- [8](#) T. S. Eliot, «Coros de 'La Pieda'», en *Poesías reunidas 1909/1962*, op. cit., p. 182.
- [9](#) L. Giussani, «Una dimora nel mondo», op. cit., p. XII (esp. cit.).
- [10](#) Ib.
- [11](#) L. Giussani, «Una dimora nel mondo», op. cit., p. XII. Véase también L. Giussani- S. Alberto - J. Prades, *Generare tracce...*, op. cit., p. 134 (cf. ed. esp. p. 126).
- [12](#) FCL, ALG, *Segretaria particolare Giussani, Corresponsdencia*, b. SEGR. CORR28, fasc. SEGR.CORR/133, telegrama de Luigi Giussani, en nombre de todos los miembros de CL, a Juan Pablo II, Milán, 16 septiembre 1994.
- [13](#) L. Giussani, «C'è perché è presente», entrevista de G. Andreotti, *30Giorni*, n. 10 (1994), pp. 10-11 (cf. 'Existe porque está presente', *30Días*, VIII, 85, 1994, pp. 10-19).
- [14](#) Ib., pp. 11-12.

- ¹⁵ Ib., p. 12.
- ¹⁶ Ib., pp. 12-13.
- ¹⁷ Cf. Pablo VI, *Alocución en la última sesión pública del Concilio Ecuménico Vaticano II*, 7 diciembre 1965.
- ¹⁸ L. Giussani, «C'è perché è presente», op. cit., p. 14. (esp. cit.)
- ¹⁹ Ib., p. 15.
- ²⁰ Cf. Ga 2,20.
- ²¹ L. Giussani, «C'è perché è presente», op. cit., pp. 16-17 (esp. cit.).
- ²² FCL, *Documentación audiovisual*, Consejo nacional de CL, Milán, 15 octubre 1994.
- ²³ FCL, *Documentación audiovisual*, Asamblea de responsables de CL, Milán, 22 febrero 1995.
- ²⁴ *Tracce-Litterae communionis*, n. 2 (1995), pp. I-XVI ('Dios; el tiempo y el templo', supl. *Litterae communionis*, 1995, 32 pp., Cuaderno 3).
- ²⁵ L. Giussani, *Il tempo e il tempio...*, op. cit., p. 13 (cf. ed. esp. *El Templo...* op. cit., p. 16).
- ²⁶ Ib., pp. 15-16 (cf. ed. esp. pp. 18s).
- ²⁷ Ib., p. 17 (cf. ed. esp. pp. 20s).
- ²⁸ Ib., pp. 19-20 (cf. ed. esp. pp. 23ss).
- ²⁹ En la experiencia de los *Memores Domini*, la «profesión» es el compromiso de adherirse para toda la vida a los ideales en los que la Iglesia ha identificado tradicionalmente la realización de la humanidad verdadera, esto es, la que ha generado la muerte y resurrección de Cristo y continuamente se renueva con el bautismo.
- ³⁰ L. Giussani, *Il tempo e il tempio...*, op. cit., pp. 23, 25-26 (cf. ed. esp. pp. 28, 30s).
- ³¹ Ib., p. 29 (cf. ed. esp. p. 36).
- ³² Ib., p. 30 (cf. ed. esp. p. 37).
- ³³ Ib., pp. 31-32 (cf. ed. esp. pp. 39s).
- ³⁴ FCL, *Documentación audiovisual*, Asamblea de responsables de CL, Milán, 30 noviembre 1994.
- ³⁵ L. Giussani, «Si può vivere così», *Tracce-Litterae communionis*, n. 1 (1995), p. II (cf. 'Se puede vivir así', *CL-Litterae communionis*, 1, 1995, pp. 15-30).
- ³⁶ Ib.
- ³⁷ L. Giussani, *Si può vivere così?*, op. cit., pp. 309-311 (cf. ed. esp. ¿Se puede vivir...? op. cit. pp. 224s).
- ³⁸ FCL, ALG, *Secretaría particular Giussani, Correspondencia*, b. SEGR. CORR30, fasc. SEGR.CORR/154, carta mecanografiada de Luigi Giussani [a Juan Pablo II], Milán, 23 diciembre 1994.
- ³⁹ L. Giussani, Carta a la Fraternidad, *Tracce-Litterae communionis*, n. 1 (1995), p. 1 (cf. trad. esp en *CL-Litterae communionis*, 1, 1995, p. 1).
- ⁴⁰ F. Kafka, «Gli otto quaderni in ottavo», *Confessioni e diari*, Mondadori, Milán 1972, p. 716.
- ⁴¹ L. Giussani, *Il tempo e il tempio...*, op. cit., pp. 39, 42 (cf. ed. esp. pp. 47s, 51).
- ⁴² Ib., p. 43 (cf. ed. esp. p. 52).
- ⁴³ Ib., p. 44 (cf. ed. esp. pp. 53s).
- ⁴⁴ Ib., pp. 45, 48, 50 (cf. ed. esp. pp. 54s, 58s, 59, 61).
- ⁴⁵ Ib., pp. 52-53 (cf. ed. esp. p. 64).
- ⁴⁶ Ib., pp. 55-57, 58-59 (ed. esp. pp. 67s, 69ss, 71s).
- ⁴⁷ Ib., p. 59 (ed. esp. p. 72).
- ⁴⁸ Cf. D. Rondoni, «Edimar, occhi e sangue», *Tracce-Litterae communionis*, n. 8 (1994), pp. 28-30.
- ⁴⁹ L. Giussani, *Il tempo e il tempio...*, op. cit., pp. 63-64 (cf. ed. esp. p. 78).
- ⁵⁰ N. Bobbio, «Gli dei che hanno fallito. Alcune domande sul problema del male», en *Elogio della mitezza e altri scritti morali*, Ed. Linea d'Ombra, Milán 1994.
- ⁵¹ L. Giussani, *Il tempo e il tempio...*, op. cit., pp. 65, 69 (cf. ed. esp. pp. 79, 84).
- ⁵² N. Bobbio, «Il Male, tragico enigma», *La Stampa*, 7 diciembre 1994, p. 21.
- ⁵³ L. Giussani, *Il tempo e il tempio...*, op. cit., p. 69 (cf. ed. esp. pp. 84s).
- ⁵⁴ Ib., pp. 69-74 (cf. ed. esp. pp. 85-90).
- ⁵⁵ L. Giussani, *Avvenimento di libertà...*, op. cit.
- ⁵⁶ L. Giussani, *L'avvenimento cristiano*, op. cit., pp. 51, 56.
- ⁵⁷ L. Giussani, *È possibile vivere come Gesù*, Cooperativa Editoriale Nuovo Mondo, Milán 1995, p. 45.
- ⁵⁸ L. Giussani, *È possibile vivere come Gesù*, op. cit., p. 34.
- ⁵⁹ L. Giussani, *Il tempo e il tempio...*, op. cit., pp. 49-50 (cf. ed. esp. pp. 59ss).
- ⁶⁰ Ib., pp. 51-52 (ed. esp. pp. 62ss).

- [1](#) L. Giussani, «Premessa», en L. Frugiuale, *Una stella nella nebbia*, supl. *Tracce- Litterae communionis*, n. 7 (1996), p. 3.
- [2](#) Ib.
- [3](#) P. Bergamini, «Cercate ogni giorno il volto dei santi», *Tracce-Litterae communionis*, n. 2 (1995), pp. 50-53.
- [4](#) A. Beretta, «Mons. Luigi Giussani: un grande amico di S. Riccardo», *Il Ticino*, 5 marzo 2005, p. 12. El centro de acogida, de descanso y de espiritualidad sugerido por Giussani se inaugurará en 2005, pocos meses después de su fallecimiento; la plaza delante de la iglesia se dedicará a él.
- [5](#) FCL, *Documentación audiovisual*, santa misa en el Consejo de presidencia de CL, Milán, 9 mayo 1995.
- [6](#) L. Giussani, «Prefazione», en L. Cioni, *Il santo semplice. Vita di San Riccardo Pampuri*, Marietti, Génova 1996, p. 7.
- [7](#) L. Giussani, «Nota introduttiva», en R. Cammilleri, *Fra Riccardo Pampuri. Santo e medico condotto*, Mondadori, Milán 1997, p. 5.
- [8](#) Carta, citada en L. Giussani, «Alla ricerca di un volto umano», *Tracce-Litterae communionis*, n. 1 (1996), pp. XII-XIII (cf. 'En busca de un rostro humano', *Huellas-Litterae communionis*, 1, 1996, pp. 17-30).
- [9](#) L. Giussani, «Alla ricerca di un volto umano», *Tracce-Litterae communionis*, n. 1 (1996), p. XIII.
- [10](#) FCL, *Documentación audiovisual*, santa misa en el Consejo de presidencia de CL, Milán, 9 mayo 1995.
- [11](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Consejo nacional de CL, Milán, 21 mayo 1995. La intervención de Francesco Ventorino se publicó en Id., «Non un 'criterio' da apprendere, ma uno 'sguardo' da imparare», *Tracce-Litterae communionis*, n. 7/8 (1995), p. 10.
- [12](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Asamblea de responsables de CL, Milán, 24 mayo 1995.
- [13](#) Jean Guittou (1901-1999), alumno de Bergson, académico de Francia, fue uno de los mayores filósofos del siglo XX. Primer auditor laico en el Concilio Vaticano II, fue amigo personal de Pablo VI: durante casi cuarenta años el filósofo francés recibió las confidencias del papa Montini sobre la Iglesia y el mundo, y precisamente de ese vínculo nacerá uno de sus libros más conocidos, *Paolo VI segreto* (Paoline, Cinisello Balsamo, Milán 1985) (ed. esp. *Pablo VI secreto*, Encuentro 2015).
- [14](#) J. Guittou, *Arte nuova di pensare*, Paoline, Cinisello Balsamo (Milán) 1986, p. 71 (ed. esp. *Nuevo arte de pensar*, Encuentro, Madrid 2013, *ndt*).
- [15](#) L. Giussani, «Un incontro tale che ne è valsa la pena», de A. Savorana, *Tracce-Litterae communionis*, n. 7 (1995), p. 20 (cf. 'Testimonio de un encuentro', *30Días*, IX, 94-95, 1995, pp. 73-75).
- [16](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Consejo nacional de CL, Milán, 1 julio 1995.
- [17](#) J. Guittou, «Un incontro tale che ne è valsa la pena», op. cit., p. 20.
- [18](#) Eugène Ionesco (1909-1994), escritor y dramaturgo francés de origen rumano.
- [19](#) J. Guittou, «Un incontro tale che ne è valsa la pena», op. cit., p. 20.
- [20](#) Ib., p. 21.
- [21](#) Ib.
- [22](#) Ib., p. 22.
- [23](#) L. Giussani, *Pourquoi l'Église?*, Fayard, París 1994.
- [24](#) J. Guittou, «Un incontro tale che ne è valsa la pena», op. cit., p. 22.
- [25](#) M. Tagliaferri, «Un incontro tale che ne è valsa la pena», op. cit., p. 22.
- [26](#) J. Guittou, citado ib.
- [27](#) Ib., p. 23.
- [28](#) L. Giussani, citado ib.
- [29](#) Ib.
- [30](#) G. Villapalos, citado ib.
- [31](#) J. Guittou, citado ib.
- [32](#) G. Villapalos, citado ib., p. 21.
- [33](#) L. Giussani, «Il primo miracolo è la scoperta del 'Tu', cioè dell'Altro», *Tracce-Litterae communionis*, n. 7 (1995), pp. XV-XVI (cf. «El primer milagro es el descubrimiento del 'Tú', es decir, del 'Otro', *CL-Litterae communionis*, 4, 1995, pp. 29-30).
- [34](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Consejo nacional de CL, Milán, 1 julio 1995.
- [35](#) Fax de Javier Prades al Consejo de Presidencia de CL, Madrid, 29 junio 1995, conservado en la Secretaría general de CL, Milán.
- [36](#) Carta mecanografiada de Giancarlo Cesana, Giorgio Vittadini y Paolo Sciumè, en nombre de todo el Consejo de presidencia, a Javier Prades y a todos los amigos de la Diaconía española, Milán, 27 junio 1995, conservada en la Secretaría general de CL, Milán.
- [37](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Consejo nacional de CL, Milán, 1 julio 1995.

- [38](#) Begoña Emperador Cardiel (1957-2000). La joven morirá poco después de haber empezado a ejercer de secretaria de CL, el 27 diciembre 2000.
- [39](#) Madre Teresa de Calcuta (1910-1997) nació Skopje, en los Balcanes; en 1928 entró a formar parte de las Hermanas de Loreto, en Irlanda; su primer viaje a Calcuta tuvo lugar en 1929; en 1937 hizo sus votos perpetuos. En 1946, durante un viaje en tren de Calcuta a Darjeeling, recibió la «inspiración», su «llamada en la llamada», como la definía ella misma; fundó las Misioneras de la Caridad, una comunidad religiosa dedicada al servicio de los más pobres entre los pobres; en 1979 recibió el Premio Nobel de la Paz. Menos de dos años después de su muerte, por la difusión de su fama de santidad y de las gracias recibidas por su intercesión, Juan Pablo II permitió la apertura de su causa de canonización; será proclamada beata el 19 octubre 2003.
- [40](#) C. Pierotti - E. Stacul, «Per far vivere il mondo, cento volte di più», *Tracce-Litterae communionis*, n. 9 (1995), p. 19.
- [41](#) Ib.
- [42](#) L. Giussani, «Tu» (o *dell'amicizia*), op. cit., pp. 81-82.
- [43](#) L. Giussani, citado en L. Amicone, *Sulle tracce di Cristo*, op. cit., p. 95 (cf. ed. esp. p. 100).
- [44](#) L. Giussani, «Perché l'uomo viva», en G. Dossetti - L. Giussani, *Per la vita del mondo*, Edizioni Dehoniane, Bologna 1990, p. 75.
- [45](#) 6 septiembre 1997, L. Giussani en *Tracce-Litterae communionis*, n. 9 (1997), p. 20.
- [46](#) L. Giussani, «L'origine della morale», *30Giorni*, n. 12 (1995), p. 40.
- [47](#) Ib., p. 41.
- [48](#) L. Giussani, «La fede è un cammino dello sguardo», *Tracce-Litterae communionis*, n. 9 (1995), pp. IV-V, X-XI, XI-XII.
- [49](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Encuentro con la comunidad de CL de Roma, Roma, 27 septiembre 1995.
- [50](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Almuerzo con los responsables de la «Scuola di cultura cattolica» de Bassano del Grappa, Chiaravalle (Milán), 17 noviembre 1995.
- [51](#) Don Didimo Mantiero (1912-1991), de Vicenza, ordenado sacerdote en 1937, después de una grave enfermedad ejerció su apostolado entre los jóvenes. En 1941 fundó la «Dieci», una asociación que, a partir del episodio de la Biblia en el que Dios le promete a Abraham salvar a Sodoma si se encontraran en ella al menos diez justos, reunió a personas que se comprometen a ofrecer a Dios un día de su semana para la salvación de la ciudad. En 1962, en una parroquia de Bassano del Grappa, dará vida al «Comune dei Giovani (Ayuntamiento de los Jóvenes, *ndt*)».
- [52](#) L. Giussani, *Una fede ecumenica. Premio Nazionale Cultura Cattolica a monsignor Luigi Giussani*, supl. *Tracce-Litterae communionis*, n. 11 (1995), p. 29.
- [53](#) Ib., pp. 6, 9-10.
- [54](#) S. Martinelli, citado en L. Giussani, *Una fede ecumenica...*, op. cit., p. 7.
- [55](#) L. Giussani, *Un caffè in compagnia...*, op. cit., p. 144.
- [56](#) Ib., p. 145.
- [57](#) Cf. 2 Co 5,15.
- [58](#) L. Giussani, *Un caffè in compagnia...*, op. cit., pp. 146, 148.
- [59](#) Ib., pp. 156-157.
- [60](#) Ib., pp. 162-164.
- [61](#) Ib., pp. 165-166.
- [62](#) A. Scola, citado en L. Giussani, *Una fede ecumenica...*, op. cit., p. 26.
- [63](#) «Una fede ecumenica», de A. Savorana, *Tracce-Litterae communionis*, n. 10 (1995), p. 11.
- [64](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Asamblea de responsables de CL, Milán, 10 octubre 1995.
- [65](#) E. Montale, «Prima del viaggio», en Id., *L'opera in versi*, Einaudi, Turín 1980, p. 380.
- [66](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Equipe del CLU, Milán, 8 noviembre 1995.
- [67](#) L. Giussani, «Alla ricerca di un volto umano», op. cit., p. II.
- [68](#) Ib., pp. II, IV.
- [69](#) Ib., pp. IX, XII-XIII.
- [70](#) L. Giussani, «Il rischio educativo come creazione di personalità e di storia: un tentativo di verifica, 15 noviembre 1995», supl. *Tracce-Litterae communionis*, n. 5 (1996), pp. 7, 9.
- [71](#) Ib., pp. 13-14, 17.
- [72](#) Ib., p. 18.
- [73](#) R. Rorty, *Consequences of Pragmatism*, Minneapolis 1982, p. XLII, traducción nuestra.
- [74](#) L. Giussani, «Dio che si fa uomo è la novità più vera», *il Giornale*, 24 diciembre 1995, p. 8.
- [75](#) L. Giussani, «Preghiamo per l'Italia in pericolo», entrevista de P. Battista, *La Stampa*, 4 enero 1996; publicada

de nuevo en Id., *L'io, il potere, le opere...*, op. cit., pp. 246-253 (cf. ed. esp. pp. 227-233).

⁷⁶ P. Battista, citado en L. Doninelli - G.M. Veneziano, «Un fatto eccezionale», *Tracce-Litterae communionis*, n. 7 (1999), p. 15.

⁷⁷ P. Battista, en L. Giussani, *L'io, il potere, le opere...*, op. cit., pp. 246-247 (cf. ed. esp. pp. 227s).

⁷⁸ Ib., p. 247. Lo afirmaba claramente Juan Pablo II en el congreso de la Iglesia italiana de Palermo (el 21 noviembre 1995) y lo repetía una semana antes de la entrevista a Giussani, el 31 diciembre 1995, con ocasión de la ceremonia del *Te Deum*, la oración de acción de gracias al final del año: «Es de vital importancia, a ese objeto, que la Iglesia italiana conserve y profundice esa unidad interna, fundada en la adhesión integral a la verdad revelada, que felizmente la caracteriza. [...] Todo esto requiere una traducción, mediante el compromiso de los cristianos, también en las estructuras de la sociedad temporal, dentro del respeto por su legítima autonomía (cf. *Gaudium et Spes*, 76). El Estado de derecho, una genuina democracia y una economía bien ordenada no pueden prosperar, en efecto, sino en referencia a *lo que se debe al hombre porque es hombre*, y por tanto a principios de verdad y criterios morales objetivos, y no en cambio a ese relativismo que a veces se pretende aliado de la democracia, cuando en realidad es su enemigo más insidioso (cf. *Centesimus Annus*, 34 e 36; *Veritatis Splendor*, 111). [...] Es evidente, por lo tanto, que para los católicos la atención a los principios y a los contenidos del compromiso social y político está antes que cualquier consideración de método o de alineamiento; y que la misma Iglesia, sin implicarse en opciones de parte, no puede renunciar a proponer con claridad la doctrina social cristiana. Y no se puede ver en esto ninguna forma de integrismo o de menor respeto de la democracia» (Juan Pablo II, *Homilía, «Te Deum» de acción de gracias y primeras Vísperas en honor de María Santísima Madre de Dios en la conclusión del año 1995*, 31 diciembre 1995, 4.).

⁷⁹ L. Giussani, *L'io, il potere, le opere...*, op. cit., p. 247 (cf. ed. esp. p. 228).

⁸⁰ Ib., pp. 248-249 (ed. esp. pp. 229s).

⁸¹ Ib., pp. 250-251 (ed. esp. pp. 231s).

⁸² Cf. E. Toaff, *Essere ebreo*, Bompiani, Milán 1995, p. 40. Como confirmación de estos sentimientos de Giussani, deben recordarse sus mensajes al presidente del Estado de Israel Ezer Weizman y al primer ministro Simon Peres, enviados el 6 noviembre 1995. Giussani escribía junto con Giancarlo Cesana: «Acepte, Señor Presidente, el sentido pésame del movimiento católico de Comunión y Liberación por la trágica pérdida del señor Yitzhak Rabin. La vicisitud histórica del pueblo de Israel es decisiva para todo el mundo. Por eso lo que ha sucedido no ensangrienta solo a los afectados inmediatamente. Nosotros nos atrevemos a sentirnos tan devotos de este pueblo como para formar casi parte de él, si fuera posible. Precisamente de su historia hemos aprendido que Dios, a la vez que pone a prueba a su pueblo, le sigue siendo fiel. Estamos seguros de que el sacrificio del señor Rabin por la paz constituye una fuerte llamada para todos los hombres de buena voluntad. De modo que la mano asesina no podrá frenar el proceso de paz con todos los pueblos de la región mediorienta que ha comenzado y que, por gracia de Dios y por suma lealtad y coraje de los hombres, seguirá adelante» (FCL, ALG, *Secretaría particular Giussani, Correspondencia*, b. SEGR.CORR28, fasc. SEGR. CORR/132).

⁸³ L. Giussani, *L'io, il potere, le opere...*, op. cit., pp. 252-253 (cf. ed. esp. pp. 232s).

⁸⁴ E. Mauro, «La sua novità provocatoria», en «Contributi», *Tracce-Litterae communionis*, n. 2 (2006), p. 15. (cf. «Testimonios», *Huellas-Litterae communionis* 2, 2006).

⁸⁵ FCL, ALG, *Secretaría particular Giussani, Correspondencia*, b. SEGR. CORR26, fasc. SEGR.CORR/123, carta mecanografiada de Luigi Giussani a Ezio Mauro, 8 mayo 1996.

⁸⁶ E. Mauro «Io, laico di fronte a quell'avvenimento», entrevista de A. Savorana, *Tracce-Litterae communionis*, n. 2 (2008), p. 28 (cf. «Un laico ante ese acontecimiento», *Huellas-Litterae communionis* 2, 2008).

⁸⁷ G. Cesana, citado en L. Giussani - J. M. García, *Alla ricerca del volto umano*, supl. *Tracce-Litterae communionis*, n. 7 (1996), p. 5.

⁸⁸ M. Brambilla, *Penso a Dio qualche volta di notte. Incontri con gente famosa*, Ancora, Milán 2012, pp. 25-27.

⁸⁹ A. Soggi, «Marco vide. E subito scrisse», *Il Sabato*, n. 21 (1991), p. 16.

⁹⁰ L. Giussani, en A. Savorana (ed.), «Un fatto culturale senza precedenti, che porta una nuova evidenza alla ragione e perciò all'umanità della fede», *Tracce-Litterae communionis*, n. 5 (1996), pp. 13-14.

⁹¹ Ib., p. 15.

⁹² FCL, *Documentación audiovisual*, Conferencia de Luigi Giussani en la Universidad «Gabriele D'Annunzio» de Chieti-Pescara, Chieti, 15 mayo 1996; parcialmente publicada con el título «Un contributo positivo», *Tracce-Litterae communionis*, n. 6 (1996), p. 27 y en L. Giussani, *Educazione per la formazione della persona protagonista di popolo e di storia*, supl. *Tracce-Litterae communionis*, n. 8 (1986), p. 20.

⁹³ L. Giussani, «Vivere la ragione», *Tracce-Litterae communionis*, n. 8 (1996), p. II (cf. «Vivir la razón», *Litterae communionis- Huellas* 6, 1996, inserto).

⁹⁴ Ib., p. IV.

- ⁹⁵ Ib.
- ⁹⁶ Ib., p. V.
- ⁹⁷ FCL, *Documentación audiovisual*, Reunión del grupo de Fraternidad Studium Christi de Milán, Milán, 25 octubre 1995.
- ⁹⁸ L. Giussani, *Si può (veramente?!) vivere così?*, op. cit., p. 5.
- ⁹⁹ Ib., pp. 5-6.
- ¹⁰⁰ Ib., pp. 82-83.
- ¹⁰¹ L. Giussani, *L'autocoscienza del cosmo*, op. cit., p. 164 (cf. ed. esp. p. 165).
- ¹⁰² Cf. Lc 10,17-20.
- ¹⁰³ FCL, *Documentación audiovisual*, Asamblea de las Hermanas de Caridad de la Asunción, Milán, 26 junio 1996.
- ¹⁰⁴ FCL, testimonio de Gelsomina Angrisano, Muzzano (Bioggio), 12 julio 1997.
- ¹⁰⁵ «Don Giussani reconocido por la Santa Sede cofundador de una orden religiosa femenina», comunicado de prensa de Comunión y Liberación, Milán, 1 febrero 2006, conservado en la Oficina de prensa de CL, Milán.
- ¹⁰⁶ G. Angrisano, «Prefazione», en *Per l'opera di un Altro...*, op. cit., p. 12.
- ¹⁰⁷ FCL, *Documentación audiovisual*, Asamblea de las Hermanas de Caridad de la Asunción, Milán, 26 junio 1996.
- ¹⁰⁸ Juan Pablo II, *Homilía en la Vigilia de Pentecostés*, 25 mayo 1996, 7.
- ¹⁰⁹ L. Giussani, «Gloria di Cristo nella storia», *Tracce-Litterae communionis*, n. 6 (1996), p. 1.
- ¹¹⁰ Juan Pablo II, *Homilía en la Vigilia de Pentecostés*, op. cit., 7.
- ¹¹¹ FCL, ALG, *Secretaría particular Giussani, Correspondencia*, b. SEGR.CORR1, fasc. SEGR.CORR/3, carta mecanografiada de Stanislaw Ryłko y Eduardo Francisco Pironio a Luigi Giussani, Ciudad del Vaticano, 18 junio 1996.
- ¹¹² Cf. FCL, ALG, *Secretaría particular Giussani, Correspondencia*, b. SEGR. CORR26, fasc. SEGR.CORR/123, carta mecanografiada de Luigi Giussani a Eduardo Francisco Pironio, Milán, 22 julio 1996.
- ¹¹³ «Aunque muchos sacerdotes y muchos laicos, como han demostrado entretanto los historiadores, se opusieron a aquel régimen de terror y aunque se activaron muchas formas de oposición en la misma vida cotidiana, todo fue, no obstante, demasiado poco» (Juan Pablo II, *Discurso a los miembros del Consejo central de los Judíos*, Berlín, 23 junio 1996, 4).
- ¹¹⁴ «Telegrama a Juan Pablo II. Milán 26 junio 1996», firmado por L. Giussani - G. Cesana, *Tracce-Litterae communionis*, n. 7 (1996), p. 7.

Capítulo 32

- ¹ ARCHIVO DE LA COMUNIDAD DE LOS SANTOS PEDRO Y PABLO, Localidad Cascinazza, Buccinasco (Milán), «Encuentro con don Giussani - 2 julio 1997».
- ² L. Giussani, *L'uomo e il suo destino...*, op. cit., p. 75 (cf. ed. esp. pp. 72s).
- ³ ACPP, «Encuentro con don Giussani - 2 julio 1997».
- ⁴ L. Giussani, *L'uomo e il suo destino...*, op. cit., p. 17 (cf. ed. esp. pp. 17, 15).
- ⁵ Ib., p. 15.
- ⁶ ACPP, «Encuentro con don Giussani - 2 julio 1997».
- ⁷ Reunión informal de responsables de CL, Gudo Gambaredo (Milán), 30 agosto 1996, apuntes personales del Autor.
- ⁸ PAPELES STEFANO ALBERTO, Milán, reunión informal de responsables de CL, Gudo Gambaredo (Milán), 28 agosto 1996, apuntes personales.
- ⁹ Reunión informal de responsables de CL, Gudo Gambaredo (Milán), 30 agosto 1996, apuntes personales del autor.
- ¹⁰ FCL, ALG, *Secretaría particular Giussani, Correspondencia*, b. SEGR. CORR28, fasc. SEGR.CORR/133, telegrama de Luigi Giussani a Juan Pablo II, Milán, 16 octubre 1996.
- ¹¹ L. Giussani, *Dal temperamento un metodo*, BUR, Milán 2002, p. 134 (cf. ed. esp., Id., *De un temperamento, un método*, Encuentro, Madrid 2008, pp. 142s).
- ¹² FCL, ALG, *Secretaría particular Giussani, Correspondencia*, b. SEGR. CORR30, fasc. SEGR.CORR/154, carta manuscrita de Luigi Giussani [a Juan Pablo II], Milán, 25 diciembre 1996.
- ¹³ Giovanni Paolo II, «Luce e segno del vero nel nostro cammino», *Tracce-Litterae communionis*, n. 2 (1997), p. 1.

- ¹⁴ L. Giussani, «Appartenenza alla dimora come movimento verso l'unità della vita», *Tracce-Litterae communionis*, n. 1 (1997), pp. II-III (cf. 'Pertenenencia a la morada como movimiento hacia la unidad de la vida', *Huellas-Litterae communionis* 2, 1997, inserto).
- ¹⁵ L. Giussani, «Natale, tempo di speranza per l'uomo moderno che non crede più in niente», *Il Giornale*, 24 diciembre 1996, p. 1.
- ¹⁶ Ib. [Maximiliano María Kolbe nació en Polonia en 1894; entró en la orden franciscana, misionero en Europa y en Asia; fundó la revista *Caballeros de la Inmaculada*, de la que se imprimían millones de ejemplares; en 1941 fue deportado al campo de concentración de Auschwitz, donde murió el 14 agosto 1941 ofreciendo su vida a cambio de la de un padre de familia con el que compartía la prisión; beatificado en 1971 por Pablo VI, fue canonizado en 1982 por Juan Pablo II].
- ¹⁷ Ib.
- ¹⁸ L. Giussani, «Un'amicizia che richiama all'altro la presenza di Cristo», *L'Osservatore Romano*, 10-11 febrero 1997, p. 6; publicado también en *Tracce-Litterae communionis*, n. 3 (1997), pp. 87-88.
- ¹⁹ Ib.
- ²⁰ Ib.
- ²¹ L. Giussani, «Egli solo è», *Tracce-Litterae communionis*, n. 3 (1997), pp. II-VIII; Publicado de nuevo en L. Giussani, *Egli solo è. Via Crucis*, San Paolo, Cinisello Balsamo (Milán) 2005.
- ²² Ib., pp. 5-6, 44-45.
- ²³ L. Giussani, «Il nuovo inizio dei figli di Dio», *La Repubblica*, 30 marzo 1997, p. 11.
- ²⁴ Con la encíclica *Fidei Donum* de 1957 Pío XII dio comienzo una colaboración misionera entre las Iglesias: se llama *fidei donum* a los sacerdotes enviados a prestar un servicio temporal de tres o más años en un territorio de misión donde exista ya una diócesis, en comunidades eclesiales con una presencia de presbíteros que no es todavía suficiente para hacer frente a todas las necesidades pastorales. El convenio se establece entre el obispo que envía, el que recibe y el misionero mismo.
- ²⁵ Transcripción del encuentro de Luigi Giussani con un grupo de chicos provenientes de Kazajstán, Milán, 20 abril 1997, por Adelio Dell'Oro.
- ²⁶ E. Canetta, «Il carcere e la domanda di Sandu», *Tracce-Litterae communionis*, n. 7 (1997), p. 18.
- ²⁷ FCL, *Raccolta documentale don Giussani*, nota manuscrita de Luigi Giussani [a Adelio Dell'Oro], 28 junio 1997.
- ²⁸ Cf. E. Canetta, «Il carcere e la domanda di Sandu», *Tracce-Litterae communionis*, op. cit., pp. 19-20.
- ²⁹ R. Piol, «Una presenza attraversa tempi e spazi. Un presente lo testimonia», *Tracce-Litterae communionis*, n. 3 (1997), p. 26.
- ³⁰ «Lettere dal carcere», *Tracce-Litterae communionis*, n. 1 (1998), p. 31.
- ³¹ Carta de Julia de Karagandá, «Ai grandi che ci sanno parlare, ai piccoli che ci sanno ascoltare», *Tracce-Litterae communionis*, n. 3 (1997), p. 27.
- ³² L. Giussani, *L'uomo e il suo destino...*, op. cit., p. 88 (cf. ed. esp. p. 84).
- ³³ Ib., pp. 7-8 (cf. ed. esp. pp. 7s).
- ³⁴ Cf. 1Co 15,28.
- ³⁵ L. Giussani, *L'uomo e il suo destino...*, op. cit., pp. 8, 12-13, 18-19 (cf. ed. esp. pp. 12-19).
- ³⁶ Cf. Col 3,11.
- ³⁷ L. Giussani, *L'uomo e il suo destino...*, op. cit., p. 8 (cf. ed. esp. p. 8).
- ³⁸ Ib., p. 49 (cf. ed. esp. p. 47).
- ³⁹ ACPP, «Encuentro con don Giussani - 2 julio 1997».
- ⁴⁰ L. Giussani, «Natale: motivo della vita come lavoro», *Tracce-Litterae communionis*, n. 11 (1998), p. II.
- ⁴¹ L. Giussani, *L'uomo e il suo destino...*, op. cit., p. 63 (cf. ed. esp. p. 61).
- ⁴² Ib., pp. 66, 69-70 (cf. ed. esp. pp. 63s, 68).
- ⁴³ Ib., pp. 70-72 (cf. ed. esp. pp. 68ss).
- ⁴⁴ Ib., pp. 73-74 (cf. ed. esp. pp. 70ss).
- ⁴⁵ Ib., p. 79 (cf. ed. esp. p. 76).
- ⁴⁶ Ib., p. 77 (cf. ed. esp. p. 74).
- ⁴⁷ Ib., pp. 91, 93-94 (ed. esp. pp. 88, 89s).
- ⁴⁸ Ib., p. 95 (ed. esp. p. 91).
- ⁴⁹ L. Giussani, «Ringraziamento al Papa per il messaggio al Meeting», *Tracce-Litterae communionis*, n. 10 (1997), p. 4 (cf. 'Carta de agradecimiento al Papa por el mensaje enviado al Meeting', *Huellas-Litterae communionis* 10, 1997, p. 12).
- ⁵⁰ Juan Pablo II, «Nell'epoca del nichilismo la positività del reale», *Tracce-Litterae communionis*, n. 8 (1997),

pp. II, IV.

⁵¹ FCL, *Documentación audiovisual*, Reunión del grupo de Fraternidad Studium Christi de Milán, Gudo Gambaredo (Milán), 30 marzo 1997.

⁵² Hacia el final de los años veinte del siglo XVI se reunían en torno a la mesa de Lutero, para cenar, estudiantes pobres que recibían comida y alojamiento; con el tiempo les sustituyeron algunos secretarios de Lutero, pedagogos, y jubilados hospedados en su casa. En 1534 las personas que participaban en aquellas cenas eran más de veinticinco. En 1531 Corrado Cordato (uno de los que se hospedaban allí) empezó a tomar apuntes de lo que decía Lutero. Siguieron luego otros hasta Joannes Aurifaber. Los presentes tomaron la costumbre de intercambiarse las hojas de apuntes, hasta que Antonio Lauterbach, mientras todavía vivía Lutero, empezó a ordenarlos cronológicamente. Fue Aurifaber, último secretario de Lutero, quien decidió hacer públicas aquellas conversaciones y así nacieron las *Tischreden*.

⁵³ FCL, *Documentación audiovisual*, Reunión del grupo de Fraternidad Studium Christi de Milán, Gudo Gambaredo (Milán), 30 marzo 1997.

⁵⁴ Texto editorial de apertura de Luigi Giussani en todos los volúmenes de la serie *Quasi Tischreden* en la colección BUR 'i libri dello spirito cristiano'.

⁵⁵ FCL, *Documentación audiovisual*, Reunión del grupo de Fraternidad Studium Christi de Milán, Gudo Gambaredo (Milán), 30 marzo 1997.

⁵⁶ Texto editorial de apertura de Luigi Giussani en todos los volúmenes de la serie *Quasi Tischreden* en la colección BUR «i libri dello spirito cristiano».

⁵⁷ R. Zardoni, Presentación del libro de Luigi Giussani «Tu» (*o dell'amicizia*), Rímìni, 25 agosto 1997, publicada en el sitio: www.meetingrimini.org/detail.asp?c=1&p=6&id=37&key=3&pfix, URL consultada el 4 septiembre 2012.

⁵⁸ R. Zardoni, citada en A. Savorana, «Indovina chi viene a cena», *Tracce-Litterae communionis*, n. 8 (1997), pp. 41-42.

⁵⁹ *Ib.*, p. 42.

⁶⁰ L. Giussani, «Tu» (*o dell'amicizia*), *op. cit.*, p. 310.

⁶¹ L. Giussani, citado en A. Savorana, «Indovina chi viene a cena», *op. cit.*, p. 42.

⁶² M. Molteni, citado *ib.*

⁶³ L. Giussani, «Tu» (*o dell'amicizia*), *op. cit.*, p. 286.

⁶⁴ M. Molteni, citado en A. Savorana, «Indovina chi viene a cena», *op. cit.*, p. 42.

⁶⁵ L. Giussani, *L'attrattiva Gesù*, *op. cit.*, pp. 148, 149-151 (cf. ed. esp. pp. 166s, 169s).

⁶⁶ S. Alberto, citado en A. Savorana, «Indovina chi viene a cena», *op. cit.*, p. 41.

⁶⁷ A. Scola, *Un pensiero sorgivo...*, *op. cit.*, pp. 56, 57, 69 (cf. ed. esp. pp. 51, 52, 62).

⁶⁸ R. Guardini, *Elogio del libro*, Morcelliana, Brescia 1993, p. 34 (ed. esp. Encuentro, Madrid 2002)

⁶⁹ G. Ceronetti, «Il Giubileo è peggio dell'Olimpiade», *La Stampa*, 11 septiembre 1997, p. 1.

⁷⁰ E. Scalfari, «Roma ladrona senza Olimpiadi», *La Repubblica*, 7 septiembre 1997, p. 1.

⁷¹ L. Giussani, «Perché avrà senso essere lì in quell'ora», *Avvenire*, 12 septiembre 1997, p. 1; para la cita de Charles Péguy cf. Ch. Péguy, *Véronique. Dialogo della storia e dell'anima carnale*, PIEMME, Casale Monferrato (Alessandria) 2002, pp. 120-121.

⁷² Esta misma carta está ya citada en este capítulo, p. 1034, nota 49; L. Giussani, «Ringraziamento al Papa per il messaggio al Meeting», *Tracce-Litterae communionis*, n. 10 (1997), p. 4 (trad. esp. cit.).

⁷³ L. Giussani, *L'opera del Movimento...*, *op. cit.*, p. 271 (cf. ed. esp. pp. 279s).

⁷⁴ FCL, ALG, *Secretaría particular Giussani, Cartas personales*, b. SEGR. PERS2, fasc. SEGR.PERS/28, «Asamblea plenaria del Pontificio Consejo para los Laicos. Ciudad del Vaticano, 28 octubre 1997. Cómo vivir el bautismo como fuente de vocación y misión. Intervención de Monseñor Luigi Giussani»; parcialmente publicada en L. Giussani, «Dal Battesimo all'ecumene cattolica», *Tracce-Litterae communionis*, n. 11 (1997), pp. 70-71 (cf. 'Del Bautismo a la ecumene católica', *Huellas-Litterae communionis* 11, 1997, pp. 41-42).

Capítulo 33

¹ Texto editorial Luigi Giussani que abre todos los libretos que acompañan a los CD de la colección musical 'Spirto Gentil'. Todos los textos de esos libretos están publicados en el volumen S. Chierici - S. Giampaolo (eds.), *Spirto gentil. Un invito all'ascolto...*, *op. cit.*

² L. Giussani, «Il più grande Amen di tutta la musica», en S. Chierici - S. Giampaolo (eds.), *Spirto gentil. Un invito all'ascolto...*, *op. cit.*, p. 525.

- ³ L. Giussani, «Il grido dell'incompiutezza», ib., p. 183.
- ⁴ L. Giussani, «Il tema del destino... come un costante sottofondo», ib., pp. 95-96.
- ⁵ L. Giussani, «La ricerca del destino come epopea», ib., pp. 547-548.
- ⁶ M. B. Castellotti, citado en P. Perego - A. Savorana, «L'amore all'Essere. Radice della passione per il bello», *Tracce-Litterae communionis*, n. 9 (2004), p. 73.
- ⁷ L. Giussani, *L'uomo e il suo destino...*, op. cit., pp. 95-96 (cf. ed. esp. p. 92).
- ⁸ L. Giussani, «La massima espressione», *Tracce-Litterae communionis*, n. 4 (1994), pp. II-III, (cf. 'La máxima expresión', *CL-Litterae communionis* 3, 1994, pp. 40-41); publicado de nuevo en L. Giussani, *Un caffè in compagnia...*, op. cit., pp. 135-136.
- ⁹ Ib., pp. 136-138.
- ¹⁰ Ib., pp. 138-139.
- ¹¹ FCL, *Documentación audiovisual*, Inauguración de la capilla en la sede de CL, Milán, 1 diciembre 1997.
- ¹² En la portada de *Tracce-Litterae communionis*, n. 1 (1998).
- ¹³ A. Savorana, «Incontro imprevedibile (un inizio nuovo)», *Tracce-Litterae communionis*, n. 1 (1998), pp. 13-16. (cf. 'Encuentro imprevisible (un nuevo inicio)', *Huellas-Litterae communionis* 1, 1998).
- ¹⁴ Ib., p. 15.
- ¹⁵ Ib.
- ¹⁶ L. Giussani, *Il senso religioso*, op. cit., p. 160 (cf. ed. esp. p. 165).
- ¹⁷ A. Savorana, «Incontro imprevedibile (un inizio nuovo)», op. cit., p. 16.
- ¹⁸ A. Pasolini Zanelli, «Appuntamento ecumenico con don Giussani negli USA», *Il Giornale*, 14 diciembre 1997, p. 20.
- ¹⁹ L. Giussani, citado en A. Savorana, «Incontro imprevedibile (un inizio nuovo)», op. cit., p. 16.
- ²⁰ A. Gramsci, *Quaderni*, XXVIII.
- ²¹ L. Giussani, «Natale, per dimenticare il nulla», *La Repubblica*, 27 diciembre 1997, p. 15 (cf. 'Navidad, para olvidar la nada', *Huellas-Litterae communionis* 1, 1998).
- ²² L. Giussani, «Dalla fede un incontro. America: un fatto di carisma vissuto», *Tracce-Litterae communionis*, n. 2 (1998), p. II (cf. 'Por la fe, un encuentro', *Huellas-Litterae communionis* 2, 1998, inserto).
- ²³ Ib., p. IV.
- ²⁴ Ib.
- ²⁵ L. Giussani, «Avvenimento e responsabilità», *Tracce-Litterae communionis*, n. 4 (1998), pp. VI, VIII (cf. 'Acontecimiento y responsabilidad', *Huellas-Litterae communionis*, II, 4, 1998, inserto).
- ²⁶ L. Albacete, «Fidel, l'etica e l'ontologia», *Tracce-Litterae communionis*, n. 2 (1998), p. 1 (cf. 'Fidel, la ética y la ontología', *Huellas-Litterae communionis* 2, 1998).
- ²⁷ L. Giussani, «Messaggio a Giovanni Paolo II», *Tracce-Litterae communionis*, n. 2 (1998), p. 12 (cf. *Huellas-Litterae communionis* 2, 1998).
- ²⁸ Carta de los amigos de Cuba, «Cubano e fratello», ib., p. 17.
- ²⁹ L. Giussani, «Messaggio alla Fraternità», ib., p. 24 ('Mensaje a toda la Fraternidad', *Huellas-Litterae communionis* 2, 1998, p. 12).
- ³⁰ G. Debellini, citado en E. Andreatta, *Tracce-Litterae communionis*, n. 2 (1999), pp. 32-34.
- ³¹ G. Debellini, citado en P. Bergamini, «Vent'anni di storia», *Tracce-Litterae communionis*, n. 11 (2002), p. 45.
- ³² G. Debellini, citado en E. Bonicelli, *Enzo. Un'avventura di amicizia*, Marietti 1820, Génova-Milán 2009, p. 51 (cf. ed. esp., Id, *Enzo Piccinini. La aventura de una amistad*, Encuentro, Madrid 2010, p. 50).
- ³³ L. Giussani, «Donna non piangere», *Tracce-Litterae communionis*, n. 2 (1998), pp. 24-25.
- ³⁴ E. Andreatta, «'Giulia, figlia mia, fiore del buon Dio'», *Il Gazzettino*, 20 enero 1998.
- ³⁵ «Passa lu tiempo e lu munno s'avota, ma 'ammore vero no, nun vota vico...» (S. Di Giacomo - M. Costa, «Era de maggio», 1885).
- ³⁶ S. Alberto, citado en E. Andreatta, «Nella predilezione la speranza di un popolo», *Tracce-Litterae communionis*, n. 2 (1999), p. 32.
- ³⁷ E. Andreatta, «Nella predilezione la speranza di un popolo», op. cit., p. 33.
- ³⁸ Rm 14,7-8.
- ³⁹ L. Giussani, «Il fiotto dell'obbedienza», *Tracce-Litterae communionis*, n. 4 (1999), p. XII ('Lo que mana de la obediencia', *Huellas-Litterae communionis* 4, 1999, inserto).
- ⁴⁰ G. Debellini, citado en E. Bonicelli, *Enzo. Un'avventura di amicizia*, op. cit., p. 54.
- ⁴¹ L. Giussani, «Accettiamo la vita perché tendiamo alla felicità», *Tracce-Litterae communionis*, n. 5 (1998), pp. II-VI (cf. 'Aceptamos la vida porque tendemos a la felicidad', *Litterae comuniois-Huellas* 5, 1998, inserto).
- ⁴² L. Giussani, «Il dio denaro e la morte di Cristo», *La Repubblica*, 11 abril 1998, p. 13; para la cita de G.

Carducci, «In una chiesa gotica», v. 53, en Id., *Odi barbare*, Garzanti, Milán 1993, p. 426. Publicado también en L. Giussani, *L'io, il potere, le opere...*, op. cit., pp. 263-265 (cf. ed. esp. pp. 242ss).

[43](#) Ib.

[44](#) Ib.

[45](#) Ib.

[46](#) L. Giussani, *L'uomo e il suo destino...*, op. cit., p. 105 (cf. ed. esp. pp. 100s).

[47](#) Ib., pp. 105-117 (cf. ed. esp. pp. 101-112).

[48](#) L. Giussani, *L'uomo e il suo destino...*, op. cit., p. 117 (cf. ed. esp. p. 112).

[49](#) Ib., p. 118 (cf. ed. esp. p. 113).

[50](#) Cf. Col 3,11.

[51](#) L. Giussani, *L'uomo e il suo destino...*, op. cit., pp. 127, 129, 130, 131 (cf. ed. esp. pp. 121-125).

[52](#) J. Ratzinger, «La fede e la teologia ai giorni nostri», en *Enciclopedia del cristianesimo*, De Agostini, Novara 1997, p. 30.

[53](#) L. Giussani, *L'uomo e il suo destino...*, op. cit., pp. 132-133 (cf. ed. esp. pp. 126s).

[54](#) Ib., pp. 133-134 (ed. esp. p. 127).

[55](#) Ib., pp. 133-135.

[56](#) J. Ratzinger, «La fede e la teologia ai giorni nostri», op. cit., p. 24.

[57](#) L. Giussani, *L'uomo e il suo destino...*, op. cit., pp. 137-142 (cf. ed. esp. pp. 130-136).

[58](#) Ib., p. 143 (cf. ed. esp. p. 136).

Capítulo 34

[1](#) Juan Pablo II, *Mensaje a los participantes en el Congreso mundial de los Movimientos Eclesiales*, 27-29 mayo 1998.

[2](#) J. Ratzinger, «Los movimientos eclesiales y su colocación teológica», en Pontificium Consilium pro Laicis, *Los movimientos en la Iglesia*, Ciudad del Vaticano 1999, pp. 23-24.

[3](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Encuentro del Santo Padre Juan Pablo II con los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades, Roma, 30 mayo 1998. El texto escrito está publicado en el volumen L. Giussani - S. Alberto - J. Prades, *Generare tracce...*, op. cit., pp. III-VII (cf. trad. esp. en Id., *Crear huellas...* op. cit. pp. 11-14).

[4](#) Juan Pablo II, *Discurso con ocasión del Encuentro de los Movimientos Eclesiales y de las Nuevas Comunidades*, 30 mayo 1998, 2, 6, 7.

[5](#) L. Giussani, *L'opera del movimento...*, op. cit., pp. 271-272 (cf. ed. esp. *La fraternidad...* op. cit., p. 281).

[6](#) P. Claudel, *L'Annuncio a Maria*, BUR, Milán 2011, p. 184 (cf. ed. esp., Id., *La anunciación a María*, Encuentro, Madrid 1991, p. 156).

[7](#) ASAEMD, documento ciclostilado titulado «Saluti e auguri da chi ha cominciato questo lavoro che non finisce più», 6 agosto 1998.

[8](#) Jr 14,9.

[9](#) L. Giussani, «Chiamati con il suo nome. In questo mondo storico», *Tracce-Litterae communionis*, n. 9 (1998), p. 1 (cf. 'Somos llamados por Su nombre. En este mundo, en su contexto histórico', *Huellas -Litterae communionis* 9, 1998, p. 1).

[10](#) L. Giussani, «Buon cammino», *Tracce-Litterae communionis*, n. 10 (1998), p. 11.

[11](#) Ib.

[12](#) J. M. Bergoglio, «La gratitudine di Buenos Aires», *Tracce-Litterae communionis*, n. 4 (1999), p. 20 (cf. 'La gratitud de Buenos Aires', *Huellas-Litterae communionis* 4, 1999).

[13](#) Juan Pablo II, *Fides et ratio*, 1.

[14](#) J.M. Bergoglio, «La gratitudine di Buenos Aires», op. cit., pp. 20-22 (cf. trad. esp. cit.).

[15](#) L. Giussani, «La ragione contro il potere», *La Repubblica*, 24 octubre 1998, p. 13 (cf. 'La razón contra el poder', *Huellas-Litterae communionis* 10, 1998).

[16](#) Juan Pablo II, *Fides et ratio*, 12.

[17](#) L. Giussani, «La ragione contro il potere», op. cit., p. 13.

[18](#) J. Ratzinger, «La *Fides et ratio* interpela también a los más sencillos, no solo a los intelectuales», *L'Osservatore Romano*, 16 octubre 1998.

[19](#) L. Giussani, «La ragione contro il potere», op. cit., p. 13.

[20](#) Juan Pablo II, *Fides et ratio*, 12.

[21](#) L. Giussani, «La ragione contro il potere», op. cit., p. 13.

[22](#) FCL, ALG, *Secretaría particular Giussani, Correspondencia*, b. SEGR. CORR28, fasc. SEGR.CORR/133, telegrama de Luigi Giussani a Juan Pablo II, Milán, 16 octubre 1998.

[23](#) FCL, ALG, *Secretaría particular Giussani, Correspondencia*, b. SEGR. CORR1, fasc. SEGR.CORR/1, carta mecanografiada de Juan Pablo II a Luigi Giussani, Ciudad del Vaticano, 15 noviembre 1998.

[24](#) L. Giussani - S. Alberto - J. Prades, *Generare tracce...*, op. cit., p. I (cf. ed. esp. p. 9).

[25](#) Ib., p. 133 (ed. esp. p. 125).

[26](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Encuentro de presentación del libro *Generare tracce nella storia del mondo*, Roma, 20 octubre 1999.

[27](#) FCL, *Documentación audiovisual*, Encuentro de presentación del libro *Generare tracce nella storia del mondo*, Roma, 20 octubre 1999.

[28](#) L. Giussani - S. Alberto - J. Prades, *Generare tracce...*, op. cit., p. 12 (cf. ed. esp. p. 21).

[29](#) Ib., pp. 30-32 (cf. ed. esp. pp. 37s).

[30](#) Ib., pp. 32-33 (cf. ed. esp. p. 39).

[31](#) Ib., p. 33 (cf. ed. esp. p. 39).

[32](#) Ib., p. 74 (cf. ed. esp. p. 74).

[33](#) Cf. Ga 2,20.

[34](#) L. Giussani - S. Alberto - J. Prades, *Generare tracce...*, op. cit., pp. 76-77 (cf. ed. esp. p. 76).

[35](#) Ib., p. 146 (cf. ed. esp. p. 136).

[36](#) Ib., p. 152 (cf. ed. esp. p. 141).

[37](#) Ib., p. 157 (cf. ed. esp. p. 145).

[38](#) Ib., p. 184 (cf. ed. esp. p. 170).

[39](#) Ib., p. 188 (cf. ed. esp. p. 173).

[40](#) Ib., pp. 190, 191 (ed. esp. pp. 175s).

[41](#) Prefacio ambrosiano de la XIX semana del tiempo «per annum».

[42](#) L. Giussani - S. Alberto - J. Prades, *Generare tracce...*, op. cit., p. 192 (cf. ed. esp. p. 176).

[43](#) L. Giussani, «Natale: motivo della vita come lavoro», *Tracce-Litterae communionis*, n. 11 (1998), p. II; véase también Id., *L'io, il potere, le opere*, op. cit., p. 60 (cf. ed. esp. p. 57).

[44](#) A. Malraux, *La tentation de l'Occident*, op. cit., p. 216.

[45](#) L. Giussani, *L'io, il potere, le opere...*, op. cit., p. 62 (cf. ed. esp. p. 59).

[46](#) Ib., pp. 62-63 (cf. ed. esp. pp. 62s).

[47](#) Ib., p. 67 (cf. ed. esp. pp. 63s).

[48](#) Ib., pp. 69-70 (cf. ed. esp. p. 65).

[49](#) Ib., pp. 74, 76 (cf. ed. esp. pp. 69ss).

[50](#) Ib., pp. 78 (cf. ed. esp. p. 73).

[51](#) Heinz Galinski (1912-1992), superviviente de los *lager* nazis, presidente del Consejo central de los judíos en Alemania, la más importante organización judía alemana.

[52](#) Cf. Pío XI, *Discurso a los periodistas belgas de la radio*, 6 septiembre 1938.

[53](#) L. Giussani, «Noi siamo degli ebrei», *la Repubblica*, 2 enero 1999, p. 13; publicado de nuevo en Id., *L'io, il potere, le opere...*, op. cit., pp. 268-270 (cf. ed. esp. pp. 247ss).

[54](#) L. Giussani, «Un uomo nuovo», *Tracce-Litterae communionis*, n. 3 (1999), pp. X, XII-XIV (cf. 'Un hombre nuevo', *Huellas-Litterae communionis* 3, 1999).

[55](#) Cf. Jn 5,17.

[56](#) L. Giussani, «Un uomo nuovo», op. cit., pp. XV-XVI.

[57](#) L. Giussani, «Il fiotto dell'obbedienza», *Tracce-Litterae communionis*, n. 4 (1999), pp. VII-VIII (cf. 'Lo que mana de la obediencia', *Huellas-Litterae communionis* 4, 1999, inserto).

[58](#) L. Giussani, «Unità, libertà e carità», *Tracce-Litterae communionis*, n. 4 (1999), p. 1 (cf. 'Unidad, libertad y caridad', *Huellas-Litterae communionis* 4, 1999, p. 1). Comentando el acta de reconocimiento y la carta de Giussani, monseñor Camisasca escribirá: «Solo desde la conciencia verdadera de la misión histórica, puntual, que Dios confía a su Iglesia puede surgir una respuesta a la pregunta [...]: ¿qué podemos aportar a la historia grande del pueblo de Dios? [...] La única respuesta, la más profunda que consigo dar, es esta: [...] para que el pueblo sea, para que el pueblo cristiano continúe siendo en las actuales condiciones culturales y sociales, una provocación para el hombre. [...] Miro el don de esta comunidad nuestra como un pequeño grano de arena en la playa de la historia, en la inmensa playa que Dios prometió a Abraham» (M. Camisasca, «Sulla spiaggia della storia», *Tracce-Litterae communionis*, n. 4, 1999, p. 35). Algunos años después, el carisma dado a Giussani producirá un fruto, que fue más allá de su misma vida: dos años después de su muerte, en efecto, Benedicto XVI llamará a un sacerdote de la Fraternidad de San Carlos, Paolo Pezzi, de cuarenta y siete años de edad, desde 1991 misionero en

Rusia, para guiar a los católicos de Moscú, nombrándole arzobispo de la iglesia de la Madre de Dios [ver aquí, pp. 726-727]. Y del tronco de la Fraternidad de San Carlos nacerá un nuevo brote: las misioneras de San Carlos Borromeo, reconocidas por el obispo de la diócesis sufragánea de Porto-Santa Rufina, Gino Reali, el 25 marzo 2007.

⁵⁹ L. Giussani, «Ogni cosa: Mistero e segno», *Tracce-Litterae communionis*, n. 6 (1999), pp. V-VI (cf. 'Cada cosa: misterio y signo', *Huellas-Litterae communionis* 6, 1999, inserto).

⁶⁰ Cf. Col 3,11.

⁶¹ G. Gaber, «Canzone dell'appartenenza», del libreto del CD *La mia generazione ha perso* (2001), CGD East West, pp. 11-12.

⁶² L. Giussani, *Cristo è tutto in tutti*, suppl. *Tracce-Litterae communionis*, n. 7 (1999), pp. 29-30 (cf. 'Cristo es todo en todos', Ejercicios de la Fraternidad de CL, Rimini 1999, supl *Huellas*, Cuaderno 3, pp. 31s).

⁶³ Ib., pp. 30-31, 35-36 (cf. ed. esp. pp. 32s, 37s, 39).

⁶⁴ L. Giussani, «Un augurio», *Tracce-Litterae communionis*, n. 5 (1999), p. 49 (cf. 'Lo que os deseo', *Huellas-Litterae communionis* 4, 1999, p. 38).

⁶⁵ «Un fatto eccezionale», *Tracce-Litterae communionis*, n. 7 (1999), pp. 12-16.

⁶⁶ L. Giussani - S. Alberto - J. Prades, *Generare tracce...*, op. cit., p. 5 (cf. ed. esp. p. 15).

⁶⁷ P. L. Battista, citado en G. M. Veneziano, «Contro il neogiacobinismo di ritorno», *Tracce-Litterae communionis*, n. 7 (1999), p. 15.

⁶⁸ E. Mauro, citado en L. Doninelli, «L' 'incontro' del direttore», ib., p. 16.

⁶⁹ L. Giussani, «Un fatto eccezionale», op. cit., p. 13.

⁷⁰ Nota de Ezio Mauro a Luigi Giussani, Milán, 17 junio 1999, transcripción del Autor.

⁷¹ C. Schönborn, citado en A. Savorana, «Tracce per il Giubileo», *Tracce-Litterae communionis*, n. 10 (1999), pp. 15, 14.

⁷² L. Giussani, «Il tempo si fa breve», citado en M. G. Lepori, «Eugenio Corecco. Compagno di cammino», *Tracce-Litterae communionis*, n. 5 (1995), p. 56.

⁷³ C. Schönborn, citado en A. Savorana, «Tracce per il Giubileo», op. cit., p. 14.

Capítulo 35

¹ L. Giussani, «A tutti gli amici della comunità negli Stati Uniti», *Tracce-Litterae communionis*, n. 6 (1999), p. 25 (cf. 'A todos los amigos de la comunidad de Estados Unidos', *Huellas-Litterae communionis* 6, 1999, p. 17).

² L. Giussani, citado en A. Savorana, «Ragione e 'pretesa' cristiana all'Onu», *Tracce-Litterae communionis*, n. 6 (1999), p. 24.

³ J. O'Connor, citado ib., p. 25.

⁴ A.J. Heschel, *God in search of man: a philosophy of Judaism*, Farrar, Straus & Cudhay, Nueva York 1955; trad. it.: *Dio alla ricerca dell'uomo. Una filosofia dell'ebraismo*, Borla, Turín 1969. A. J. Heschel, *Man is not alone: a philosophy of religion*, Farrar, Straus & Young, Nueva York 1951; trad. it.: *L'uomo non è solo. Una filosofia della religione*, Rusconi, Milán 1970.

⁵ N. Gillman, citado en A. Savorana, «Ragione e 'pretesa' cristiana all'Onu», op. cit., pp. 25-26.

⁶ R. A. G. Farhadi, citado ib., p. 26.

⁷ G. C. Meilaender, citado ib., p. 27.

⁸ L. Albacete, citado ib. Véase también L. Giussani, *All'origine della pretesa cristiana*, Rizzoli, Milán 2001, pp. 136-137 (cf. ed. esp. p. 132).

⁹ E. Bonicelli, *Enzo. Un'avventura di amicizia*, op. cit., p. 106 (cf. ed. esp., p. 101s).

¹⁰ E. Piccinini, *Tu sol pensando o ideal, sei vero*, suppl. *Tracce-Litterae communionis*, n. 6 (1999), p. 5.

¹¹ Ib.

¹² G. Biffi, «Promessa e certezza», *Tracce-Litterae communionis*, n. 6 (1999), p. 14 (cf. 'Promesa y certeza', *Huellas-Litterae communionis* 6, 1999).

¹³ E. Piccinini, *Tu sol pensando o ideal, sei vero*, op. cit., pp. 11-12.

¹⁴ Ib., p. 13.

¹⁵ *Volevo essere felice*, DVD, a cura di F. Bisulli - E. Martelli - M. Romagnoli -D. Zanella - S. Zanotti, Itacalibri, 2010.

¹⁶ E. Piccinini, *Tu sol pensando o ideal, sei vero*, op. cit., pp. 13-14.

¹⁷ *Volevo essere felice*, DVD, op. cit.

¹⁸ E. Piccinini, *Tu sol pensando o ideal, sei vero*, op. cit., p. 14.

- ¹⁹ Ib., pp. 15-16.
- ²⁰ Pontificium Consilium pro Laicis, *Los movimientos eclesiales en la solicitud pastoral de los obispos*, LEV, Ciudad del Vaticano 2000, pp. 224-225.
- ²¹ Ib., pp. 254-255.
- ²² L. Giussani, «Comunión y Liberación», en Pontificium Consilium pro Laicis, *Los movimientos eclesiales...*, op. cit., pp. 152-155.
- ²³ L. Giussani, «Con Cristo una febbre di vita», *Tracce-Litterae communionis*, n. 8 (1999), p. II (cf. 'Con Cristo, una pasión por la vida', *Huellas-Litterae communionis* 8, 1999, inserto).
- ²⁴ L. Giussani, «Ogni passo una certezza», *Tracce-Litterae communionis*, n. 8 (1999), pp. 103-104 (cf. 'Cada paso, una certeza', *Huellas-Litterae communionis* 8, 1999, pp. 59-60).
- ²⁵ L. Giussani, «Un popolo e l'avventura delle apparenze», *Tracce-Litterae communionis*, n. 8 (1999), p. 54 (cf. 'Un pueblo y la aventura de las apariencias', *Huellas-Litterae communionis* 8, 1999, p. 40).
- ²⁶ L. Giussani, citado e n A. Savorana, «La festa del lavoro (il lavoro della vita)», *Tracce-Litterae communionis*, n. 9 (1999), p. 35.
- ²⁷ L. Giussani, «Laici, come il Papa e Clinton», entrevista de L. Amicone, *Tempi*, n. 33 (1999), pp. 6-7.
- ²⁸ L. Giussani, «L'uomo colmo di dolore e di certezza», *Il giornale del Pellegrino*, n. 1 (1999), p. 5.
- ²⁹ Juan Pablo II, '*Incarnationis Mysterium*', Bula de Convocatoria del Gran Jubileo del Año 2000, 29 noviembre 1998, 11.
- ³⁰ K. Wojtyła, «Invocazione», en Id., *Pietra di luce*, LEV, Ciudad del Vaticano 1979, p. 16.
- ³¹ L. Giussani, «L'uomo colmo di dolore e di certezza», op. cit., p. 5.
- ³² K. Wojtyła, «Fratello del nostro Dio», en Id., '*Fratello del nostro Dio*' e '*Raggi di paternità*'. *Drammi*, LEV, Ciudad del Vaticano 1982, pp. 91-92.
- ³³ L. Giussani, «L'uomo colmo di dolore e di certezza», op. cit., p. 5.
- ³⁴ L. Giussani, «Lettera per l'aniversario del riconoscimento pontificio della Fraternità di Cl», *Tracce-Litterae communionis*, n. 3 (2000), p. 4 (cf. *Huellas-Litterae communionis* 10, 2000, inserto).
- ³⁵ La invocación, de origen decimonónico, se refiere a la «Madonna della Fiducia», patrona del Pontificio Seminario Romano Mayor (o seminario del Papa), cuya imagen (una pintura sobre un pequeño óvalo de cobre) se venera en su capilla-santuario.
- ³⁶ E. Fieramonti - J. F. Thiry, «Un seme per tutte le Russie», *Tracce-Litterae communionis*, n. 4 (2000), p. 13.
- ³⁷ Carta mecanografiada de Luigi Giussani y Alberto Savorana a Juan Pablo II, Milán, 29 febrero 2000, copia conservada por el autor.
- ³⁸ Juan Pablo II, *Homilía en la Santa Misa por la Jornada del Perdón*, 12 marzo 2000, 2, 3.
- ³⁹ L. Giussani, «Quella grande forza del Papa in ginocchio», *La Repubblica*, 15 marzo 2000, p. 16 (cf. 'Esa gran fuerza del Papa arrodillado', *Huellas-Litterae communionis* 4, 2000).
- ⁴⁰ L. Giussani, «C'è un nulla che non viene perduto», *Avvenire*, 30 abril 2000, pp. 1, 12.
- ⁴¹ L. Giussani, «Lieti del tuo sguardo», *Avvenire*, 18 mayo 2000, p. 4.
- ⁴² L. Giussani, «Una saggezza che scaturisce dai primi canti», *Tracce-Litterae communionis*, n. 6 (2000), p. II (cf. 'Una sabiduría que brota de los primeros cantos', *Huellas-Litterae communionis* 6, 2000, inserto).
- ⁴³ C. Chieffo, «Io non sono degno», *Canti*, op. cit., p. 197 ('No me siento digno', *Cancionero*, p. 163).
- ⁴⁴ M. Campi - A. Mascagni, «Povera voce», *Canti*, op. cit., p. 210 (*Cancionero*, p. 362).
- ⁴⁵ L. Giussani, «Una saggezza che scaturisce dai primi canti», op. cit., pp. II-III.
- ⁴⁶ Ib., pp. III-IV.
- ⁴⁷ L. Giussani, «Le testimonianze di chi ha scelto di offrire la propria vita al Signore», *L'Osservatore Romano*, 19 mayo 2000, p. 4.
- ⁴⁸ L. Giussani, «Avvenimento», *Tracce-Litterae communionis*, n. 7 (2000), p. 1 (cf. 'Acontecimiento', *30Días*, XVIII, 8, 2000, pp. 48-49).
- ⁴⁹ Juan Pablo II, *Discurso a los militares italianos*, 1 marzo 1979.
- ⁵⁰ L. Giussani, «Non un discorso ma una presenza», *L'Osservatore Romano*, 13 agosto 2000, p. 28.
- ⁵¹ Juan Pablo II, *Angelus*, 30 julio 2000.
- ⁵² L. Giussani, «Non un discorso ma una presenza», op. cit., p. 28.
- ⁵³ L. Giussani, «Io, il Papa e questi milioni di giovani», entrevista de A. Sallusti, *Panorama*, n. 34 (2000), pp. 44-49 (cf. 'El Papa, estos millones de jóvenes y yo', *Huellas-Litterae communionis* 8, 2000).
- ⁵⁴ Ib.
- ⁵⁵ L. Giussani, «Parole improvvisate per un saluto», *Tracce-Litterae communionis*, n. 8 (2000), p. II (cf. 'Palabras improvisadas para un saludo', *Huellas-Litterae communionis* 8, 2000, inserto).
- ⁵⁶ Ib., pp. II, IV.

- ⁵⁷ L. Giussani, «Appartenenza», *Tracce-Litterae communionis*, n. 9 (2000), pp. III-IV (cf. 'Perteneencia', *Huellas-Litterae communionis* 9, 2000, inserto).
- ⁵⁸ L. Giussani, «Memor Domini», *Tracce-Litterae communionis*, n. 10 (2000), pp. II, IV (cf. 'Memores Domini', *Huellas-Litterae communionis* 10, 2000, inserto).
- ⁵⁹ L. Giussani, «Cultura della vita e cultura della morte», *Tracce-Litterae communionis*, n. 10 (2000), p. 17 (cf. 'Cultura de la vida y cultura de la muerte', *Huellas-Litterae communionis* 10, 2000, pp. 10-17).
- ⁶⁰ Ib., p. 27.
- ⁶¹ Del Vaticano, 17 ottobre 2000. Ver *Tracce-Litterae communionis*, n. 10 (2000), p. 41.
- ⁶² Ib., pp. 41, 43.
- ⁶³ L. Giussani, «Saggia ed ardente», *Tracce-Litterae communionis*, n. 10 (2000), p. 4 (cf. 'Sabia y ardiente', en 'La realidad, en cambio, es Cristo'. Pasajes del diario de Emilia Vergani, supl. *Huellas-Litterae communionis*, 9, 2001, p. 5).
- ⁶⁴ A. Scola, «Non sia turbato il vostro cuore», *Tracce-Litterae communionis*, n. 11 (2000), p. 15.
- ⁶⁵ E. Ronzoni, «Dai frutti li riconoscerete», *Tracce-Litterae communionis*, n. 11 (2000), p. 17.
- ⁶⁶ L. Giussani, *Vivendo nella carne*, BUR, Milán 1998, p. 128.
- ⁶⁷ *La realtà invece è Cristo. Brani dal diario di Emilia Vergani*, supl. *Tracce-Litterae communionis*, n. 9 (2001), pp. 10-11.
- ⁶⁸ Asamblea durante los Ejercicios de la Fraternidad, abril 2006, en «Si vive per amore di qualcosa che sta accadendo ora», Società Coop. Ed. Nuovo Mondo, Milán 2006, p. 46.
- ⁶⁹ L. Giussani, «Carisma e storia», *Tracce-Litterae communionis*, n. 2 (2001), pp. II, VIII (cf. 'Carisma e historia', *Huellas-Litterae communionis* 2, 2002, inserto).
- ⁷⁰ L. Giussani, «Un avvenimento di libertà», *Tracce-Litterae communionis*, n. 1 (2001), pp. II, IV (cf. 'Un acontecimiento de libertad', *Huellas-Litterae communionis* 2001, pp. 12-13).
- ⁷¹ G. G. Vecchi, «Il cardinal Martini: è un'offesa per la città», *Corriere della Sera*, 19 dicembre 2000, p. 5.
- ⁷² L. Giussani, «Qual è il significato della parola 'pace'», *La Repubblica*, 24 dicembre 2000, p. 15 (cf. 'Qué significa la palabra Paz', *Huellas-Litterae communionis* 1, 2001).
- ⁷³ Sal 119.
- ⁷⁴ L. Giussani, «Qual è il significato della parola 'pace'», op. cit., p. 15.
- ⁷⁵ Ib.
- ⁷⁶ Ib.
- ⁷⁷ L. Giussani, «In un sol corpo», *Tracce-Litterae communionis*, n. 2 (2001), p. 5 (cf. 'En un solo cuerpo, 30Días, XIX, 1, 2001, pp. 56-58).
- ⁷⁸ L. Giussani, «Avvenimento, l'imponenza del Mistero», *Tracce-Litterae communionis*, n. 3 (2001), p. 1 (cf. 'Acontecimiento es el Misterio que se nos impone', *Huellas-Litterae communionis* 3, 2001).
- ⁷⁹ L. Giussani, «Appunti sulla memoria», *Tracce-Litterae communionis*, n. 7 (2001), pp. II, IV (cf. 'Apuntes sobre la memoria', *Huellas-Litterae communionis* 7, 2001, inserto).
- ⁸⁰ Ib., pp. VII-VIII.
- ⁸¹ L. Giussani, «Il Santo Rosario», *Tracce-Litterae communionis*, n. 5 (2001), pp. II, XII (cf. 'El Santo Rosario', *Huellas-Litterae communionis* 5, 2001, inserto).
- ⁸² L. Giussani, *El atractivo de Jesucristo*, Encuentro, Madrid 2000.
- ⁸³ J. M. Bergoglio en S. Premat, «L'attrattiva del Cardinale», *Tracce-Litterae communionis*, n. 6 (2001), p. 33 (cf. 'Un atractivo distinto', *Huellas-Litterae communionis* 6, 2001).
- ⁸⁴ FCL, ALG, *Secretaría particular Giussani, Correspondencia*, b. SEGR. CORR29, fasc. SEGR.CORR/149, telegrama de Luigi Giussani a Jorge Mario Bergoglio, Milán, 26 abril 2001.
- ⁸⁵ J. M. Bergoglio en S. Premat, «L'attrattiva del Cardinale», op. cit., pp. 33-34.
- ⁸⁶ L. Giussani, «Il sacrificio immenso di questo viaggio realizza l'ecumenicità cattolica», *Tracce-Litterae communionis*, n. 6 (2001), p. 86 (cf. 'El sacrificio inmenso de este viaje encarna el ecumenismo católico', *Huellas-Litterae communionis* 6, 2001, p. 22).
- ⁸⁷ Cf. 1Co 9,19-22.
- ⁸⁸ Juan Pablo II, Carta del 25 abril 2001 para los Ejercicios espirituales de la Fraternidad de CL, *Tracce-Litterae communionis*, n. 6 (2001), p. 12.
- ⁸⁹ L. Giussani, «Il tocco di Dio. Veni Sancte Spiritus. Veni per Mariam», *Tracce-Litterae communionis*, n. 6 (2001), p. II (cf. 'El toque de Dios. Veni Sancte spiritus. Veni per Mariam', *Huellas-Litterae communionis* 6, 2001, inserto).
- ⁹⁰ Ib., pp. II-III.
- ⁹¹ L. Giussani, «Un'altra mentalità», *Tracce-Litterae communionis*, n. 7 (2001), p. 10 (cf. 'Otra mentalidad',

Huellas-Litterae communionis 7, 2001, p. 10).

⁹² L. Giussani, «*Veni Sancte Spiritus, veni per Mariam*», *Tracce-Litterae communionis*, n. 9 (2001), pp. II-IV. (cf. trad. esp. cit.).

⁹³ Del Vaticano, 19 agosto 2001.

⁹⁴ E. Galli della Loggia, «L'Occidente da riscoprire. Identità cattolica, Papa e globalizzazione», *Corriere della Sera*, 19 agosto 2001, p. 1.

⁹⁵ L. Giussani, «Con l'infinito nel cuore. Don Giussani: l'uomo d'oggi, la violenza, il bisogno di eternità», *Corriere della Sera*, 24 agosto 2001, pp. 1, 16 (cf. 'Con el infinito en el corazón', *Huellas-Litterae communionis* 8, 2001).

⁹⁶ L. Giussani, «Misericordia sempre mi spiega tutto quello che avviene», *Tracce-Litterae communionis*, n. 8 (2001), pp. 6-7 (cf. 'Misericordia' es lo que siempre me explica lo que sucede', *30Días*, XIX, 9, 2001, pp. 47-48).

⁹⁷ L. Giussani, «Il saluto di don Giussani durante i lavori del Consiglio Internazionale di Cl. La Thuile, 27 agosto 2001», *Tracce-Litterae communionis*, n. 8 (2001), p. 17 (cf. 'El saludo de don Giussani durante el trabajo del Consejo Internacional de Cl. La Thuile 27 de agosto de 2001', *Huellas-Litterae communionis* 8, 2001, p. 11).

Capítulo 36

¹ Juan Pablo II, *Audiencia general*, 12 septiembre 2001.

² L. Giussani, Telegrama a G. W. Bush, en *Tracce-Litterae communionis*, n. 9 (2001), p. 12.

³ L. Giussani, «America», *Tracce-Litterae communionis*, n. 8 (2001), p. 1 (cf. 'América', *Huellas-Litterae communionis* 8, 2001).

⁴ L. Giussani, texto de portada, *Tracce-Litterae communionis*, n. 9 (2001) (Id., *Huellas* 10, 2001).

⁵ L. Giussani, texto de portada, *Tracce-Litterae communionis*, n. 10 (2001) (cf. Id., *Huellas* 11, 2001).

⁶ Jr 14,9.

⁷ L. Giussani, «Il saluto di don Giussani», en S. Alberto - G. Cesana, «Avvenimento. Educazione. Missione», *Tracce-Litterae communionis*, n. 9 (2001), p. 31 (cf. 'El saludo de don Giussani durante el trabajo del Consejo Internacional de CL', La Thuile 27 agosto 2001, *Huellas-Litterae communionis* 8, 2001, p. 11).

⁸ S. Pugliese, «Mia giovinezza», *Tracce-Litterae communionis*, n. 10 (2001), p. 42.

⁹ L. Giussani, citado ib.

¹⁰ Ib.

¹¹ L. Giussani, «Dalla mia vita alla vostra», *Tracce-Litterae communionis*, n. 10 (2001), pp. II-IV (cf. 'De mi vida a la vuestra', *Huellas-Litterae communionis* 10, 2001, inserto).

¹² L. Giussani, «Una adorata semplificazione di tutto», *Tracce-Litterae communionis*, n. 2 (2002), p. 11 (cf. 'Una adorada simplificación de todo', *30Días*, XX, 1, 2002, pp. 46-47).

¹³ L. Giussani, «Noi apparteniamo», *Tracce-Litterae communionis*, n. 5 (2002), p. 11.

¹⁴ Juan Pablo II, *Discurso a los Representantes de las diversas Religiones del mundo*, Asís, 24 enero 2002, 3.

¹⁵ L. Giussani, «La lezione della carità. Per non dimenticare il messaggio del Papa ad Assisi», *Corriere della Sera*, 3 febrero 2002, pp. 1, 13 (cf. 'La lección de la caridad', *Huellas-Litterae communionis* 2, 2002).

¹⁶ Juan Pablo II, *Discurso a los Representantes de las diversas Religiones del mundo*, Asís, 24 enero 2002, 7.

¹⁷ Ib., 6.

¹⁸ L. Giussani, «La lezione della carità. Per non dimenticare il messaggio del Papa ad Assisi», op. cit., p. 13.

¹⁹ Carta de James M. Harvey, Prefecto de la Casa Pontificia, Vaticano 20 febrero 2002, *Tracce-Litterae communionis*, n. 4 (2002), p. 4.

²⁰ L. Giussani, «Don Giussani all'Assemblea responsabili di Cl. 5 febrero 2002», *Tracce-Litterae communionis*, n. 2 (2002), p. 95 (cf. 'Mensaje a la asamblea de responsables', *Huellas-Litterae communionis* 6, 2002, p. 55).

²¹ L. Giussani, «Carta a la Fraternidad, 22 febrero 2002», en Id., *L'opera del movimento...*, op. cit., p. 9 (cf. ed. esp. p. 283ss).

²² Juan Pablo II, «Carta al reverendo monseñor Luigi Giussani, 11 febrero 2002», ib., p. 5 (cf. ed. esp. p. 297).

²³ Ib., pp. 5-7 (ed. esp. pp. 297-300).

²⁴ Ib., p. 8 (ed. esp. p. 300).

²⁵ L. Giussani, «Carta a la Fraternidad, 22 febrero 2002», en Id., *L'opera del movimento...*, op. cit., pp. 9-11 (cf. ed. esp. pp. 283ss).

²⁶ L. Giussani, «Il rinnovarsi dell'origine della questione», *Tracce-Litterae communionis*, n. 3 (2002), p. 1 (cf. 'La renovación del origen', *Huellas-Litterae communionis*, VI, marzo 2002, p. 1).

²⁷ L. Giussani, «Nuovo inizio», *Tracce-Litterae communionis*, n. 4 (2002), p. 11 (cf. 'Nuevo inicio', *Huellas-*

Litterae communionis 4, 2002, p. 7).

[28](#) L. Giussani, «Per il mondo e per l'eternità», *Tracce-Litterae communionis*, n. 4 (2002), p. 23 (cf. 'Para el mundo y para la eternidad', *Huellas-Litterae communionis* 4, 2002).

[29](#) M. Bloomberg, citado en M. Bardazzi, «Carità a Ground Zero», *Tracce-Litterae communionis*, n. 4 (2002), p. 19.

[30](#) Juan Pablo II, Mensaje a los organizadores y a los participantes en el *Vía Crucis* en Nueva York, 29 marzo 2002, *Tracce-Litterae communionis*, n. 4 (2002), p. 14.

[31](#) L. Giussani, en «La positività della fede cristiana... A New York», *Tracce-Litterae communionis*, n. 4 (2002), p. 14.

[32](#) A. Newman, «Il rito del Venerdì santo sullo sfondo dell'11 settembre», *Tracce-Litterae communionis*, n. 4 (2002), p. 21).

[33](#) L. Giussani, ««Vieni!». L'Essere è santità», *Tracce-Litterae communionis*, n. 6 (2002), pp. II, IV (cf. ««¡Ven!», el ser es santidad', *Huellas-Litterae communionis* 6, 2002, inserto).

[34](#) L. Giussani, ««Donna, non piangere!», *Tracce-Litterae communionis*, n. 5 (2002), pp. II-IV (cf. 'Mujer, ¡No llores!', *30Días*, XX, 5, 2002, pp. 62-62).

[35](#) «Lettere», *Tracce-Litterae communionis*, n. 6 (2002), p. 10.

[36](#) Sal 63,9.

[37](#) L. Giussani, «Memoria e presenza», *Tracce-Litterae communionis*, n. 7 (2002), p. 11 (cf. 'Memoria y presencia', *Huellas-Litterae communionis* 7, 2002).

[38](#) Ib.

[39](#) L. Giussani, «Ebrei e cristiani alla fine si riuniranno», entrevista de R. Farina, *Liberio*, 22 agosto 2002, p. 1; publicado de nuevo en R. Farina, *Un caffè in compagnia...*, op. cit., pp. 169-170.

[40](#) Ib., pp. 171-173.

[41](#) Ib., pp. 173-174.

[42](#) Ib., pp. 175-177.

[43](#) Ib., p. 177.

[44](#) Ib., pp. 178-179.

[45](#) Ib., pp. 180-181.

[46](#) Ib., p. 182.

[47](#) L. Giussani, «Fontana vivace», *Tracce-Litterae communionis*, n. 8 (2002), pp. 1-3 (cf. 'Fuente viva', *Huellas-Litterae communionis* 8, 2002, pp. 1-2).

[48](#) L. Giussani, «La carne è cardine della salvezza», *Tracce-Litterae communionis*, n. 8 (2002), pp. II-IV (cf. 'La carne es el quicio de la salvación', *Huellas-Litterae communionis* 8, 2002, inserto).

[49](#) L. Giussani, «La preghiera diventi l'avamposto della nostra umanità in battaglia», *Tracce-Litterae communionis*, n. 9 (2002), pp. II-IV (cf. 'Que la petición sea la avanzadilla de nuestra humanidad que va a la batalla', *Huellas-Litterae communionis* 9, 2002, inserto).

[50](#) L. Giussani, «Il benvenuto di CL al card. Tettamanzi», *Tracce-Litterae communionis*, n. 9 (2002), p. 81.

[51](#) FCL, ALG, *Secretaria particolare Giussani, Correspondencia*, b. SEGR. CORR9, fasc. SEGR.CORR/35, carta mecanografiada de Dionigi Tettamanzi a Luigi Giussani, Milán, 25 septiembre 2002.

[52](#) L. Giussani, «Don Giussani: 'Io sono zero, Dio è tutto'», entrevista de D. Boffo, *Avvenire*, 13 octubre 2002, p. 3 (cf. 'Yo soy cero, Dios es todo', entrevista de Dino Boffo, *30Días*, XX, 11-12, 2002, pp. 50-52).

[53](#) A. Negri, «Mia giovinezza», en Id., *Mia giovinezza*, BUR, Milán 1995, p. 78.

[54](#) L. Giussani, «Don Giussani: 'Io sono zero, Dio è tutto'», op. cit., p. 3.

[55](#) Ib.

[56](#) Juan Pablo II, Carta de felicitación a monseñor Giussani, «Tracce Speciale. Mia giovinezza. Gli ottant'anni di don Giussani. 15 octubre 2002», inserto de *Tracce-Litterae communionis*, n. 10 (2002), p. 3.

[57](#) R. Muti en S. Chierici - S. Giampaolo (eds.), *Spirito gentil. Un invito all'ascolto...*, op. cit., p. 9.

[58](#) Ver la foto, ib., p. 20.

[59](#) «Botta e risposta con don Giussani», *Tracce-Litterae communionis*, n. 11 (2002), p. 49.

[60](#) L. Giussani, «Tracce Speciale», supl. *Tracce-Litterae communionis*, n. 10 (2002), p. 1.

[61](#) L. Giussani, «Il metodo di una presenza», *Tracce-Litterae communionis*, n. 1 (2003) (cf. 'El método de una Presencia', *Huellas-Litterae communionis* 1, 2003).

[62](#) Ib., pp. 105-106.

[63](#) J. Ratzinger, «Dall'intervento di presentazione del Catechismo della Chiesa», *L'Osservatore Romano*, 20 enero 1993, p. 5.

[64](#) L. Giussani, «Il metodo di una presenza», op. cit., pp. 106-108.

⁶⁵ Ib., p. 108.

⁶⁶ Cf. A. Manzoni, *I Promessi Sposi*, cap. XXI-XXII, BUR, Milán 2000, pp. 457ss. La frase fue pronunciada por el mismo Manzoni, según dice la biografía de Carcano: «Cuando estaba en París [...], entró un día en la iglesia de San Roque, con el alma llena de los graves pensamientos que le atormentaban. ‘Oh Dios’, dijo, ‘si existes, revélame a mí’. Y salió creyente de aquella iglesia» (G. Carcano, «Vita del Manzoni», premessa ad A. Manzoni, *I Promessi Sposi*, Fratelli Rechiedei Editori, Milán 1887, p. IV). (trad. esp. nuestra, *ndt*).

⁶⁷ L. Giussani, «Eius dulcis praesentia...», *Tracce-Litterae communionis*, n. 1 (2003), pp. II-IV (cf. ‘Eius dulcis praesentia’, *Huellas-Litterae communionis*, VII, 1, enero 2003, inserto).

⁶⁸ L. Giussani, «Da una memoria una presenza; dalla memoria la Presenza», *Tracce-Litterae communionis*, n. 2 (2003), pp. II-III (cf. ‘De una memoria, una presencia; de la memoria, la Presencia’, *Huellas-Litterae communionis* 2, 2003, inserto).

⁶⁹ L. Giussani, «L’avvenimento come preghiera», *Tracce-Litterae communionis*, n. 3 (2003), p. IV (cf. ‘El acontecimiento como oración’, *Huellas-Litterae communionis* 3, 2003, inserto).

⁷⁰ A. Beretta, «Mons. Luigi Giussani: un grande amico di S. Riccardo», *Il Ticino*, 5 marzo 2005, p. 12.

Capítulo 37

¹ L. Giussani, «Mosè e lo Shuttle», *Corriere della Sera*, 9 febrero 2003, pp. 1, 16 (cf. ‘Moises y el Columbia’, *Huellas-Litterae communionis* 3, 2003).

² Juan Pablo II, *Angelus*, 23 febrero 2003, 1, 2.

³ L. Giussani, «Certi pacifismi, altro odio scaraventato in piazza», *Corriere della Sera*, 25 febrero 2003, pp. 1, 15 (cf. ‘Clamor por la paz, no provocación’, *Huellas-Litterae communionis* 3, 2003).

⁴ L. Giussani, «Certi pacifismi, altro odio scaraventato in piazza», op. cit., p. 15.

⁵ L. Giussani, «Storia come strumento educativo: Cristo in croce e Cristo risorto», *Tracce-Litterae communionis*, n. 4 (2003), pp. II-IV (cf. ‘La historia como instrumento educativo: Cristo en la cruz y Cristo Resucitado’, *Huellas-Litterae communionis* 4, 2003, inserto).

⁶ Las operaciones militares concluyeron con la declaración del presidente norteamericano George W. Bush el 1 de mayo de 2003.

⁷ L. Giussani, Carta a David L. Schindler, 4 abril 2003, en «Educazione e libertà», *Tracce-Litterae communionis*, n. 5 (2003), p. 39 (cf. ‘Carta al profesor David Schindler’, *Huellas-Litterae communionis* 5, 2003, p. 29).

⁸ L. Giussani, «Il Papa ammonisce chi tiene le sorti del mondo», *Corriere della Sera*, 8 abril 2003, p. 12 (cf. ‘En la misericordia se halla la posibilidad de la paz’, *Huellas-Litterae communionis* 5, 2003).

⁹ L. Giussani, «La forza di Dio è la gioia del suo popolo», *Tracce-Litterae communionis*, n. 5 (2003), p. 2 (cf. ‘La fuerza de Dios es la alegría de su pueblo’, *Tracce-Litterae communionis* 5, 2003).

¹⁰ L. Giussani, «Per cosa ci mettiamo insieme? Per liberarci dal male! Chi ci libera è Cristo», *Tracce-Litterae communionis*, n. 7 (2003), p. 105 (cf. ‘Cuando nos juntamos, ¿por qué lo hacemos? ¿Para ser liberados del mal! Quien nos libera es Cristo’, *Huellas-Litterae communionis* 7, 2003, p. 41).

¹¹ L. Giussani, Carta a la Fraternidad, 22 junio 2003, publicada en Id., «Commosi dall’Infinito», *Tracce-Litterae communionis*, n. 7 (2003), pp. 1-3 (trad. esp. en *La Fraternidad...* cit., pp. 285-290).

¹² L. Giussani, «Appunti dall’intervento conclusivo di Luigi Giussani al Consiglio Nazionale di Comunione e Liberazione. Milán, 28 junio 2003», *Tracce-Litterae communionis*, n. 7 (2003), p. 2 (cf. ‘Apuntes de la intervención final...’, *Huellas-Litterae communionis* 7, 2003, pp. 2-3).

¹³ Nota de monseñor A. Scola leída por Giussani al Consejo Nacional de CL del 28 junio 2003, ver «Appunti dall’intervento conclusivo di Luigi Giussani al Consiglio Nazionale di Comunione e Liberazione. Milán, 28 junio 2003», *Tracce-Litterae communionis*, cit., p. 2.

¹⁴ L. Giussani, «Appunti dall’intervento conclusivo...», op. cit., pp. 2-3.

¹⁵ AA. VV., «Commosi dall’Infinito. Per la Sua esaltazione dell’io», *Tracce-Litterae communionis*, n. 8 (2003), p. 16 (cf. ‘Conmovidos por el infinito’, *Huellas-Litterae communionis* 8, 2003, pp. 1-3).

¹⁶ Ib., pp. 16-20.

¹⁷ Ib., pp. 20-21.

¹⁸ Ib., p. 22.

¹⁹ AA. VV., «La Madonna ha rispettato la libertà di Dio. Non vi ha opposto un suo metodo», *Tracce-Litterae communionis*, n. 9 (2003), p. 20 (cf. Comentarios a la Carta a la Fraternidad, cit., *Huellas*, 9, 2003).

²⁰ Ib., p. 16.

²¹ Ib., pp. 16, 18.

- ²² AA. VV., «La Madonna. Il metodo necessario per una familiarità con Cristo», *Tracce-Litterae communionis*, n. 10 (2003), p. 26 (cf. 'Nuevos comentarios a la Carta a la Fraternidad, cit., *Huellas*, 10, 2003).
- ²³ Ib., p. 27.
- ²⁴ L. Giussani, «La presenza nella storia», *Tracce-Litterae communionis*, n. 8 (2003), pp. 1-3 (cf. 'La presencia en la historia', *Huellas-Litterae communionis* 8, 2003).
- ²⁵ L. Giussani, «Poveri e responsabili», *Tracce-Litterae communionis*, n. 8 (2003), p. 46 (cf. 'Pobres y responsables', *Huellas-Litterae communionis* 8, 2003, p. 26).
- ²⁶ J. Carrón, «Il contraccolpo dell'Essere...», *Tracce-Litterae communionis*, n. 8 (2003), pp. 46-47, 50 (cf. 'El impacto del ser', *Huellas-Litterae communionis*, 8, 2003).
- ²⁷ L. Giussani, «La gloria di Dio è l'uomo che vive», *Tracce-Litterae communionis*, n. 8 (2003), p. 47 (cf. 'La gloria de Dios es el hombre que vive', *Huellas-Litterae communionis*, 8, 2003).
- ²⁸ En esa época Archie Spencer era titular de la cátedra 'J. H. Pickford' de Teología en las Associated Canadian Theological Schools y la Trinity Western University de Langey, en British Columbia (Canada), y era ministro baptista.
- ²⁹ A. Spencer, «Un esempio di ecumenismo reale», *Tracce-Litterae communionis*, n. 8 (2003), pp. 55-56.
- ³⁰ A. Spencer, *Incontro al protestantesimo americano*, Rimini, 29 agosto 2003, publicado en el sitio <http://www.meetingrimini.org/detail.asp?c=1&p=6&id=1924&key=3&prefix=>, URL consultada el 4 mayo 2012. El libro presentado era: L. Giussani, *Teologia protestante americana*, Marietti 1820, Génova-Milán 2003.
- ³¹ Ib.
- ³² Ib.
- ³³ Dante, *Paraíso*, XXXIII, vv. 19-20.
- ³⁴ L. Giussani, Saludo de conclusión al Meeting de Rimini, 30 agosto 2003, en cubierta del inserto «Tracce Speciale Meeting», *Tracce-Litterae communionis*, n. 9 (2003) (cf. 'Saludo conclusivo de don Giussani', *Huellas-Litterae communionis*, 8, 2003, p. 45).
- ³⁵ L. Giussani, «Unità e fraternità: la sintesi di ogni giorno», *Tracce-Litterae communionis*, n. 9 (2003), pp. 1-2 (cf. 'Unidad y fraternidad: la síntesis de cada día', *Huellas-Litterae communionis* 9, 2003, p. 1).
- ³⁶ L. Giussani, «Oboedientia et pax», *Tracce-Litterae communionis*, n. 10 (2003), p. 1 (cf. 'Oboedientia et pax', *Huellas-Litterae communionis* 10, 2003).
- ³⁷ Ib.
- ³⁸ Ib., p. 2.
- ³⁹ Ib.
- ⁴⁰ *Panorama*, n. 44, 30 octubre 2003.
- ⁴¹ L. Giussani, «Lettera al Santo Padre», *Panorama*, n. 44 (2003), pp. 39-40 (cf. 'Carta al Santo Padre', *Huellas-Litterae communionis* 10, 2003).
- ⁴² La postal se publicó en «L'urto del cuore», *Tracce-Litterae communionis*, n. 11 (2003), p. 29.
- ⁴³ «La vedova Coletta con il Vangelo in tv: 'Amate i nemici'», *Corriere della Sera*, 14 noviembre 2003, p. 6.
- ⁴⁴ Homilía del cardenal Camillo Ruini, 18 noviembre 2003, publicada en «L'urto del cuore», *Tracce-Litterae communionis*, n. 11 (2003), p. 28.
- ⁴⁵ Publicado también en L. Giussani, «L'urto del cuore», *Tracce-Litterae communionis*, n. 11 (2003), p. 27. En el mensaje para la Jornada mundial de la paz del 1 de enero de 2004, Juan Pablo II escribirá: «Un deber, por tanto, se impone a todos los amantes de la paz, y es el de *educar a las nuevas generaciones* [...] para preparar una era mejor para toda la humanidad». Y también: «Esto es hoy más urgente que nunca, porque los hombres, frente a las tragedias que siguen afligiendo a la humanidad, están tentados de ceder al fatalismo, como si la paz fuera un ideal inalcanzable».
- ⁴⁶ F. Petrarca, *Cancionero*, CCCLXVI, vv. 131-137.
- ⁴⁷ L. Giussani, «Sopra la ruina», *Tracce-Litterae communionis*, n. 1 (2004), pp. 2-4 (cf. 'Sobre la ruina', *Huellas-Litterae communionis* 1, 2004, pp. 1-3).
- ⁴⁸ L. Giussani, «'Gloria dei vivens homo'», *Tracce-Litterae communionis*, n. 1 (2004), pp. 14-15.
- ⁴⁹ *Anche tu insieme*, n. 5/6 (2003); también en L. Giussani, «L'inizio di ciò che accadde», *Tracce-Litterae communionis*, n. 11 (2003).
- ⁵⁰ L. Giussani, «L'inizio di ciò che accadde», *Tracce-Litterae communionis*, n. 11 (2003), p. 112.
- ⁵¹ Ib., p. 113.
- ⁵² Juan Pablo II, *Mensaje para la XXXVII Jornada Mundial de la Paz, 1 enero 2004*, 8 diciembre 2003, 10.
- ⁵³ L. Giussani, «La nostra indistruttibile compagnia», *Avvenire*, 24 diciembre 2003, p. 1 (cf. 'Nuestra indestructible compañía', *Huellas-Litterae communionis* 1, 2004).

- ¹ ASAEMD, *Documentación audiovisual*, Ejercicios Novicios del Grupo adulto, La Thuile (Aosta), 10 agosto 1997.
- ² FCL, ALG, *Secretaría particular Giussani, Correspondencia*, b. SEGR. CORR30, fasc. SEGR.CORR/154, carta mecanografiada de Luigi Giussani [a Juan Pablo II], Milán, 26 enero 2004.S
- ³ J. Carrón, «Un nuovo inizio», *Tracce-Litterae communionis*, n. 4 (2005), p. 3 (cf. ‘Un nuevo inicio’, *Huellas-Litterae communionis* 4, 2005).
- ⁴ J. Carrón, «È morto pregando con i versi di Dante», entrevista de S. Zurlo, *Il Giornale*, 23 febrero 2005, p. 8.
- ⁵ J. Carrón, «Il successore: sereno fino alla fine, quasi radioso», entrevista de C. Beria di Argentine, *La Stampa*, 23 febrero 2005, p. 7.
- ⁶ L. Giussani, Carta a Juan Pablo II, 26 enero 2004, «Santità», *Tracce-Litterae communionis*, n. 4 (2004), pp. 1-3 (cf. ‘Al Santo Padre’, *Huellas-Litterae communionis* 9, 2004, pp. 88-89).
- ⁷ L. Giussani, Carta a Juan Pablo II, 26 enero 2004, «Nella fedeltà al Magistero abbiamo sempre voluto portare la gente a scoprire come Cristo è presenza», *L'Osservatore Romano*, 21 abril 2004, p. 5. (Id.)
- ⁸ Oración del ofertorio de la liturgia antigua de la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús en *Messale Ambrosiano. Dalla Pasqua all'Avvento*, Milán 1942, p. 225.
- ⁹ L. Giussani, Carta a Juan Pablo II, 26 enero 2004, «Santità», op. cit., pp. 1-3; L. Giussani, Carta a Juan Pablo II, 26 enero 2004, «Nella fedeltà al Magistero abbiamo sempre voluto portare la gente a scoprire come Cristo è presenza», op. cit., p. 5 (trad. esp. *Huellas-Litterae communionis* 9, 2004).
- ¹⁰ Juan Pablo II, *Carta al reverendo monseñor Luigi Giussani*, 22 febrero 2004, 1-3 (cf. ‘A don Giussani’, *Huellas-Litterae communionis* 9, octubre 2004).
- ¹¹ FCL, *Documentación audiovisual*, Intervención de Luigi Giussani en el Consejo nacional de CL, Monza, 27 marzo 2004; parcialmente publicado en L. Giussani, «Le preferenze di Dio», *Tracce-Litterae communionis*, n. 6 (2004), pp. 1-3 (‘Las preferencias de Dios’, *Huellas-Litterae communionis* 6, 2004, pp. 1-3).
- ¹² En la mañana del 11 marzo 2004, tres días antes de las elecciones generales españolas, unos ataques terroristas simultáneos en cuatro estaciones de Madrid, entre las cuales la centralísima Atocha, provocaron la muerte de casi doscientas personas y más de dos mil heridos. Inmediatamente atribuida la responsabilidad a la ETA (que lo desmentirá), se abrió camino la hipótesis de que detrás del atentado estaba la mano de los terroristas islámicos de al-Qaeda, decididos a castigar a España acusada de complicidad con EE UU y Gran Bretaña en la guerra contra el islam.
- ¹³ FCL, *Documentación audiovisual*, Intervención de Luigi Giussani en el Consejo nacional de CL, Monza, 27 marzo 2004; parcialmente publicado en L. Giussani, «Le preferenze di Dio», op. cit., pp. 1-3 (trad. esp. cit.).
- ¹⁴ J. Carrón, *Il Destino dell'Uomo*, Cooperativa Editoriale Nuovo Mondo, Milán 2004, pp. 21-24 (cf. ‘El hombre y su destino’, Ejercicios de la Fraternidad de CL, Rimini 2004, pp. 21-24).
- ¹⁵ L. Giussani, «La vittoria è della Pasqua e dell'immortalità...», *Tracce-Litterae communionis*, n. 5 (2004), pp. 1-3 (cf. ‘La victoria es de la Pascua y de la inmortalidad’, *Huellas-Litterae communionis* 5, 2004, pp. 1-3).
- ¹⁶ L. Giussani, «Alla fine l'amore vincerà», *Lourdes*, n. 5 (2004), pp. 14-16.
- ¹⁷ Ib., p. 16.
- ¹⁸ L. Giussani, «La strada della Santità», *Tracce-Litterae communionis*, n. 7 (2004), p. 55.
- ¹⁹ Ib.
- ²⁰ M. Campi - A. Mascagni, «Povera voce»; A. e G. Agape - A. e G. Roscio, «Noi non sappiamo chi era», *Canti*, op. cit., pp. 206, 210 (*Cancionero*, p. 380).
- ²¹ L. Giussani, «La Sua dolce presenza», *Tracce-Litterae communionis*, n. 7 (2004), p. 108.
- ²² L. Giussani, «La Madonna ci costringa a rendere il nostro esistere coincidente con il nostro essere», *Tracce-Litterae communionis*, n. 8 (2004), pp. 1-2 (cf. ‘Que la Virgen nos obligue a hacer coincidir nuestro existir con nuestro ser’, *Huellas-Litterae communionis* 8, 2004, pp. 1-3).
- ²³ Ib., p. 2.
- ²⁴ Ib.
- ²⁵ Juan Pablo II, *Ángelus*, 22 agosto 2004.
- ²⁶ Juan Pablo II, Carta al obispo de Rimini con ocasión de la XXV edición del *Meeting por la amistad entre los pueblos*, 6 agosto 2004.
- ²⁷ L. Giussani, «Appassionato amore al mistero dell'uomo», *Tracce-Litterae communionis*, n. 8 (2004), p. 128 (cf. ‘Un amor apasionado al misterio del hombre’, *Huellas-Litterae communionis* 8, 2004, p. 76).
- ²⁸ Encuentro de conclusión de la XXV edición del Meeting de Rimini, 28 agosto 2004, <http://www.meetingrimini.org/detail.asp?c=1&p=6&id=2211&key=3&prefix>, URL consultada el 20 febrero 2012.

- ²⁹ L. Giussani, «Appassionato amore al mistero dell'uomo», *Tracce-Litterae communionis*, n. 8 (2004), p. 128 (cf. trad. esp. cit.).
- ³⁰ L. Giussani, «...la nostra voce canta con un perché», entrevista de R. Fontolan, *Tracce-Litterae communionis*, n. 9 (2004), p. 11 (cf. '...Nuestra voz canta con un porqué', *Huellas-Litterae communionis* 9, 2004, pp. 8-11).
- ³¹ Cf. T.S. Eliot, *Cori da 'La Rocca'*, BUR, Milán 2010, p. 101 (Id, «Coros de 'La Piedra'», en *Poesías reunidas*, op. cit., p. 183).
- ³² L. Giussani, «...la nostra voce canta con un perché», op. cit., pp. 11-12.
- ³³ J. Ratzinger, «Un nuovo inizio che apre porte al futuro», entrevista de R. Fontolan, *Tracce-Litterae communionis*, n. 9 (2004), pp. 6, 8 (cf. 'Un nuevo inicio que abre las puertas del futuro', *Huellas-Litterae communionis*, 9, 2004, pp. 4-7).
- ³⁴ L. Giussani, «Io e i ciellini. La nostra fede in faccia al mondo», entrevista de G.G. Vecchi, *Corriere della Sera*, 15 octubre 2004, p. 33 (cf. 'El compromiso de Dios ante la soledad brutal del hombre', *Huellas-Litterae communionis* 10, 2004).
- ³⁵ L. Giussani, *Tracce-Litterae communionis*, n. 10 (2004), p. 53.
- ³⁶ Palmiro Togliatti (1893-1964), político, uno de los fundadores del Partido comunista de Italia y líder del Partido Comunista Italiano; miembro de la Asamblea Constituyente en 1946.
- ³⁷ M. Caprara, «Finalmente, con voi, un rivoluzionario vero», *Tracce-Litterae communionis*, n. 9 (2004), p. 38.
- ³⁸ L. Giussani, Nota para el quincuagésimo aniversario del nacimiento de Comunión y Liberación, 16 octubre 2004, *Tracce-Litterae communionis*, n. 10 (2004), p. 42 (cf. trad. esp. *Huellas-Litterae communionis* 10, 2004, p. 32).
- ³⁹ L. Giussani, «La fede ci è data per comunicarla», *Tracce-Litterae communionis*, n. 1 (2005) (cf. 'La fe se nos da para transmitirla', *Huellas-Litterae communionis* 1, 2005, pp. 1-5); un pasaje se publicó el 23 febrero 2005 en *Il Sole 24ore*; ver también L. Giussani, «La parrocchia come movimento», en Pontificium Consilium Pro Laicis, *Redescubrir el verdadero rostro de la parroquia*, LEV, Ciudad del Vaticano, p. 189.
- ⁴⁰ Juan Pablo II, *Discurso a los sacerdotes que participan en la experiencia del Movimiento «Comunión y Liberación»*, 12 septiembre 1985, 2.
- ⁴¹ Juan Pablo II, *Homilía en la Misa para los participantes en el congreso 'Movimientos en la Iglesia'*, Castel Gandolfo, 27 septiembre 1981.
- ⁴² L. Giussani, «La parrocchia come movimento», op. cit., p. 194.
- ⁴³ G. Parravicini, «Casa Botkin. Un nuovo inizio all'ombra del Cremlino», *Tracce-Litterae communionis*, n. 1 (2005), pp. 19-21.
- ⁴⁴ Ib., pp. 21-22.
- ⁴⁵ Ib., pp. 19, 22.

Capítulo 39

- ¹ C. Pavese, *Il mestiere di vivere*, Einaudi, Turín 1952, p. 57.
- ² En la portada de *Tracce-Litterae communionis*, n. 11 (2004) (Id. en *Huellas-Litterae communionis*, 11, 2004).
- ³ Publicado en L. Giussani, «La scommessa del potere di Dio nel tempo», *Tracce-Litterae communionis*, n. 1 (2005), p. 128 (cf. 'La apuesta del poder de Dios en el tiempo', *Huellas-Litterae communionis* 1, 2005, p. 75).
- ⁴ «Intención de don Giussani para la S. Misa», 11 febrero 2005, 23º aniversario del reconocimiento pontificio de la Fraternidad de CL, http://www.clonline.org/articoli/ita/lg_110205int.html, URL consultada el 19 octubre 2012.
- ⁵ C. Chieffo, «Ave Maria, splendore del mattino», *Canti*, op. cit., p. 183 ('Ave María, esplendor de la mañana', *Cancionero*, cit. p. 141).
- ⁶ A. y G. Agape - A. y G. Roscio, «Noi non sappiamo chi era», ib., p. 206 (trad. esp. cit.).
- ⁷ G. Vittadini, citado en J. Carrón, «È morto pregando con i versi di Dante», entrevista de S. Zurlo, *Il Giornale*, 23 febrero 2005, p. 8.
- ⁸ Ib.
- ⁹ FCL, ALG, *Secretaría particular Giussani, Correspondencia*, b. SEGR. CORR1, fasc. SEGR.CORR/2, telegrama de Juan Pablo II a Luigi Giussani, Ciudad del Vaticano, 18 febrero [2005]; publicado también en el sitio http://www.clonline.org/Art_dett.asp?offset=4888&ID=1045, URL consultada el 19 octubre 2012.
- ¹⁰ «Mensaje de Juan Pablo II a don Giussani», comunicado de prensa de Comunión y Liberación firmado por Julián Carrón, Milán, 18 febrero 2005, conservado en la Oficina de prensa de CL, Milán.
- ¹¹ Cf. León Magno, *Discursos*, IV, 3, PL 54,151.
- ¹² «Don Luigi Giussani ha muerto a las 3.10 de hoy, 22 febrero 2005. El funeral se celebrará el jueves 24 de

febrero en la Catedral de Milán», comunicado de prensa de Comunión y Liberación, Milán, 22 febrero 2005, conservado en la Oficina de prensa de CL, Milán.

¹³ J. Carrón, «C'era tutto lui in quell'ultimo sguardo», *Avvenire*, 23 febrero 2005, p. 1.

¹⁴ Comunicado de la Sala de Prensa de la Santa Sede, ver Vatican Information Service, http://www.vis.va/vissolr/index.php?vi=it&dl=3462fefc-05a4-674d-26f14f1fca67f071&dl_a=y&ul=1&ev=1, URL consultada el 5 marzo 2012.

¹⁵ J. Carrón, «Il successore: sereno fino alla fine, quasi radioso», op. cit., p. 7.

¹⁶ J. Carrón, «E morto pregando con i versi di Dante», op. cit., p. 8.

¹⁷ A. Manzoni, «Un 'grazie' corale a don Giussani», *L'Osservatore Romano*, 25 febrero 2005, p. 8.

¹⁸ Los mensajes recogidos aquí, cuando no se indica de otro modo, están publicados en «In memoria», *Tracce-Litterae communionis*, n. 4 (2005), pp. 31-40 (parcialmente en «In memoriam», *Huellas-Litterae communionis* 4, 2005, pp. 27-32).

¹⁹ A. Riccardi, «Il Gius e i movimenti che vivificano e allargano la Chiesa», *Il Foglio*, 24 febrero 2005, p. 2.

²⁰ M. Pera, «Noi laici siamo in debito con Giussani», entrevista de R. Farina, *Liberio*, 24 febrero 2005, p. 9.

²¹ «Andreotti, ha lasciato un'impronta enorme», http://www.adnkronos.com/Archivio/AdnAgenzia/2005/02/22/Politica/DON-GIUSSANI-CORDO-GLIO-DI-CHIESA-POLITICA-E-SOCIETA-CIVILE-PER-LA-SCOM-PARSA-FONDATARE-CL_RIEPILOGO-5_200651.php, URL consultada el 5 diciembre 2011.

²² D. Rosen, «Parlò di ciò che ci unisce», entrevista de G. Bernardelli, *Avvenire*, 25 febrero 2005, p. 11.

²³ F. Contessa, «Una 'povera voce' che faceva irruzione fin nell'intimo del cuore», *L'Osservatore Romano*, 23 febrero 2005, p. 4.

²⁴ F. Ceccarelli, «Il radicale dello spirito», *la Repubblica*, 23 febrero 2005, p. 1.

²⁵ P. Ostellino, «Pluralismo e tolleranza. La lezione di don Giussani», *Corriere della Sera*, 26 febrero 2005, p. 12.

²⁶ P. Franchi, «Fede e politica», *Corriere della Sera*, 23 febrero 2005, p. 1.

²⁷ F. Alberoni, «Il carisma è una virtù sempre in movimento», *Corriere della Sera*, 28 febrero 2005, p. 1.

²⁸ L. La Spina, «Fede e entusiasmo», *La Stampa*, 23 febrero 2005, p. 1.

²⁹ L. Menapace, «Morto Giussani l'uomo dell'obediencia», *Liberazione*, 23 febrero 2005, p. 5.

³⁰ G. Morra, «Missionario nella scuola per opporsi alla barbarie», *Liberio*, 23 febrero 2005, p. 8.

³¹ G. Agnese, «Occhi da pugile, cuore da santo», *Secolo d'Italia*, 23 febrero 2005, p. 1.

³² M. Brambilla, «Quel giorno su un marciapiedi di Milano», *La Provincia di Como*, 23 febrero 2005, p. 1.

³³ P. Cerocchi, «La morte di don Giussani. Segno di contraddizione», *Europa*, 23 febrero 2005, pp. 1-6.

³⁴ G. Ferrara, «Amava Dio, ma senza retorica», *Panorama*, 3 marzo 2005, p. 17.

³⁵ E. Maraone, *Avvenire*, 23 febrero 2005, p. 33.

³⁶ F. Ravelli, «E tra le lacrime della folla l'erede Carrón saluta 'il padre'», *La Repubblica*, 25 febrero 2005, p. 8.

³⁷ F. Gentiloni, «Tutti ai piedi di Cl», *Il Manifesto*, 27 febrero 2005, p. 13.

³⁸ G. Barbiellini Amidei, «La gratitudine di un'intera città», *Corriere della Sera*, 25 febrero 2005, pp. 49-50.

³⁹ G. G. Vecchi, «Milano, in quarantamila per l'addio a 'don Gius'», *Corriere della Sera*, 25 febrero 2005, p. 1.

⁴⁰ A. Tornielli, «Ha distribuito tutta la sua ricchezza», *Il Giornale*, 25 febrero 2005, p. 6.

⁴¹ M. Cervi, «Addio a don Giussani, credeva nella Chiesa dell'entusiasmo», *Gente*, 10 marzo 2005, p. 21.

⁴² B. Vespa, «La forza della fede», *Il Mattino*, 25 febrero 2005, pp. 1, 6.

⁴³ Juan Pablo II, *Carta de pésame por la muerte de Mons. Luigi Giussani*, 22 febrero 2005.

⁴⁴ J. Ratzinger, «Innamorato di Cristo. In un incontro, la strada», op. cit. pp. 20-21 (trad. esp. íntegra en A. Scola, *Luigi Giussani, un pensamiento original*, cit. pp. 81-84).

⁴⁵ D. Tettamanzi, «Uniti nel ricordo grato e orante», *Tracce-Litterae communionis*, n. 3 (2005), p. 22.

⁴⁶ Ib.

⁴⁷ «Messaggio del cardinale C. M. Martini», *Tracce-Litterae communionis*, n. 3 (2005), p. 23.

⁴⁸ D. Tettamanzi, «Uniti nel ricordo grato e orante», op. cit., p. 23.

⁴⁹ J. Carrón, «Più padre di mai. Serviamo il dono dell'unità», *Tracce-Litterae communionis*, n. 3 (2005), pp. 24-25 (cf. 'Más padre que nunca. Sirvamos al don de la unidad', *Huellas-Litterae communionis*, 3, marzo 2005, p. 24).

Epílogo

¹ J. Carrón, «Un nuovo inizio», *Tracce-Litterae communionis*, n. 4 (2005), pp. 1-3 (cf. 'Un nuevo inicio', *Huellas-Litterae communionis* 4, 2005, p.1).

- ² Ib., pp. 4-5.
- ³ L. Giussani, «Il sacrificio più grande è dare la propria vita per l'opera di un Altro», *Litterae communionis-CL*, n. 4 (1992)., ahora en Id., *L'avvenimento cristiano*, op. cit., pp. 66-67 (cf. nueva trad. esp. en *Huellas-Litterae communionis* 4, 2005, p. 1).
- ⁴ Ib., pp. 69-70.
- ⁵ J. Carrón, «Un nuovo inizio», op. cit., p. 5.
- ⁶ ASAEMD, *Documentación audiovisual*, Ejercicios Novicios del Grupo adulto, La Thuile (Aosta), 10 agosto 1997.
- ⁷ J. Carrón, «Un nuovo inizio», op. cit., p. 7.
- ⁸ Ib.
- ⁹ «Fiori di bimba», de P. Bergamini, *Tracce-Litterae communionis*, n. 4 (2005), p. 11.
- ¹⁰ G. Albertini, «Sepolto al Famedio tra i grandi della città», *il Giornale*, 25 febrero 2005, p. 45.
- ¹¹ P. Bergamini, «Non è mai solo», *Tracce-Litterae communionis*, n. 2 (2006), pp. 8-9.
- ¹² Los mensajes citados se encuentran en «Caro don Gius...», *Tracce-Litterae communionis*, n. 2 (2008), pp. 22-27.
- ¹³ J. Carrón, «Non vivo più io, ma Cristo vive in me», supl. *Tracce-Litterae communionis*, n. 5 (2012), p. 71 (cf. 'Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí', Ejercicios de la Fraternidad de CL, Rímini 2012, p. 71).
- ¹⁴ L. Giussani, «Nell'incontro con quell'uomo la percezione del mistero», *Tracce-Litterae communionis*, n. 3 (2000), p. VIII (cf. 'La percepción del misterio en el encuentro con aquel hombre', *Huellas-Litterae communionis* 3, 2000, inserto).

Nota biográfica

- 1922 15 de octubre: Luigi Giovanni Giussani nace en Desio (Milán) de Angelina Gelosa y Beniamino Giussani.
19 de octubre: Recibe el bautismo en la parroquia de los SS. Siro y Materno en Desio.
- 1928 Recibe la confirmación.
Empieza la escuela elemental, que sigue hasta 1933.
- 1931 Recibe la primera comunión.
- 1933 2 de octubre: Entra en el seminario diocesano San Pietro Martire de Seveso, donde cursa los primeros cuatro años del bachillerato inferior (1933-1937).
- 1937 Pasa al seminario de Venegono, donde vive ocho años: completa el último año de la secundaria y cursa los tres años de bachillerato superior (1938-1941) y los seis de teología (1941-1947).
- 1939 Junto a algunos amigos funda el grupo denominado «Studium Christi» y el pequeño periódico *Christus*.
- 1943 Obtiene el bachillerato.
- 1944 Junto a algunos amigos anima el grupo denominado «S. Josafat pro Unidad de las Iglesias».
- 1945 26 de mayo: Es ordenado sacerdote por el cardenal Ildefonso Schuster, en el Duomo de Milán.
Obtiene la licenciatura en Teología y enseña en el seminario menor de Seveso.
Empieza a prestar servicio en una parroquia de la periferia de Milán, los sábados y domingos, que debe abandonar por padecer graves problemas pulmonares.
- 1946 Comienzo de largos periodos de convalecencia, sobre todo en Varigotti, en la costa de Liguria, que se prolongarán hasta 1949.
- 1950 Recuperada la salud, retoma la enseñanza en el seminario; los sábados y domingos presta servicio pastoral en una parroquia del centro de Milán.
- 1951 Empieza a publicar una serie de contribuciones científicas sobre el protestantismo y la ortodoxia.
Por su encuentro ocasional con algunos estudiantes de bachillerato madura

- en él el deseo de dedicarse a la educación de los jóvenes.
- 1953 Se le invita a participar en el Consejo de Gioventù Studentesca, que reúne a los estudiantes de bachillerato de la Acción Católica milanese.
- 1954 Obtiene el doctorado en teología con nota 70/70, magna cum laude, defendiendo una tesis sobre *Il senso cristiano dell'uomo secondo Reinhold Niebuhr*.
Comienza a enseñar religión en el liceo de letras Berchet de Milán. Con el paso de los años enseñará también en otros colegios milaneses.
- 1955 Se le nombra Consiliario Diocesano de *Gioventù Studentesca* (GS).
- 1956 Deja su alojamiento en el seminario y se establece en Milán.
- 1957 Deja la enseñanza en Venegono.
Compromete a toda la GS en la Misión ciudadana, promovida por el arzobispo Giovanni Battista Montini.
En la dirección de GS renueva su propuesta educativa. Compromete a los estudiantes en un gesto de educación en la dimensión de la caridad denominado la «caritativa», en la Bassa milanese (periferia rural pobre de Milán, *ndt*).
- 1958 Se reúne en torno a él el primer núcleo de lo que será más tarde la realidad del Grupo adulto o *Memores Domini*.
- 1960 Realiza su primer viaje a Brasil, para preparar la marcha de los primeros jóvenes de GS, por invitación de monseñor Aristide Pirovano, obispo de Macapà.
- 1963 16 de junio: Recibe la última carta del cardenal Montini, que sale para el Cónclave.
- 1964 Empieza una intensa relación epistolar con el arzobispo de Milán Giovanni Colombo.
Nace el Grupo adulto.
Comienza a enseñar Introducción a la teología en la Universidad Católica del Sacro Cuore de Milán.
Se implica con un grupo de jóvenes licenciados que han dado vida al Centro cultural Charles Péguy.
- 1965 Pasa los meses de verano en Estados Unidos para conocer las formas del asociacionismo parroquial. A su vuelta, deja la dirección de GS, en la que se comienzan a notar los signos de una crisis que culminará en 1968.
- 1967 Deja la enseñanza en el liceo Berchet.
- 1968 Durante los meses de la contestación estudiantil, pone las bases para una recuperación de la experiencia original del movimiento.
- 1969 Aparece por primera vez el nombre «Comunione e Liberazione».
- 1970 Se implica establemente con un grupo de estudiantes de la Universidad Católica.

- 1971 Acompaña el nacimiento del monasterio benedictino de la Cascinazza (Milán).
Conoce en Polonia al arzobispo de Cracovia Karol Wojtyła.
Conoce al teólogo suizo Hans Urs von Balthasar, gracias al cual también conocerá a Joseph Ratzinger.
- 1974 A petición de la Secretaría de la Conferencia Episcopal Italiana, compromete al movimiento en la campaña del referéndum contra el divorcio.
- 1975 Establece una relación de amistad con algunas familias españolas, que serán el comienzo de CL en España.
23 de marzo: El Domingo de Ramos participa con todo el movimiento en la peregrinación promovida por Pablo VI en la plaza de San Pedro y tiene un coloquio con él al final de la celebración.
A invitación de la jerarquía eclesiástica, compromete al movimiento en las elecciones administrativas en favor del voto para la DC.
- 1976 Participa en una Asamblea de responsables de los estudiantes universitarios de CL, que significará un momento crucial en la historia del movimiento.
- 1977 Se reúne en Viterbo con los profesores de CL.
- 1978 Conoce al escritor Giovanni Testori.
- 1979 18 de enero: Es recibido en audiencia por Juan Pablo II. En los años siguientes visitará al Papa con grupos de jóvenes con ocasión de los “cumplemeses” del Pontífice.
31 de marzo: Acompaña a los universitarios de CL a la primera audiencia con Juan Pablo II.
- 1981 A solicitud de la Conferencia Episcopal Italiana, compromete al movimiento en la campaña del referéndum contra el aborto.
El obispo de Piacenza, monseñor Enrico Manfredini, reconoce a los *Memores Domini*.
Junto con el polaco padre Blachnicki, fundador del movimiento Luz y Vida, organiza en Roma el Primer congreso internacional de los movimientos.
- 1982 11 de febrero: El Pontificio Consejo para los Laicos reconoce oficialmente la Fraternidad de Comunión y Liberación, de la que será fundador y presidente vitalicio.
En vísperas del Meeting por la amistad entre los pueblos es recibido en audiencia privada por Juan Pablo II. Estará presente en el Meeting con ocasión de la visita del Pontífice.
- 1983 Es nombrado monseñor por Juan Pablo II, con el título de prelado de honor de Su Santidad.

- Interviene en el Meeting de Rímini sobre el tema «La libertad de Dios».
- 1984 Interviene en el Jubileo de los jóvenes con ocasión del Año Santo de la Redención.
Guía la peregrinación a Roma de CL, con ocasión de la audiencia de Juan Pablo II por el trigésimo aniversario del origen del movimiento.
- 1985 Es nombrado consultor del Pontificio Consejo para los Laicos.
Participa en Ávila en una convivencia de la asociación cultural Nueva Tierra, entre cuyos responsables estaba Julián Carrón. En septiembre Nueva Tierra se adhiere a CL.
Interviene en el Meeting de Rímini sobre el tema: «Dios tiene necesidad de los hombres».
Junto con gran número de sacerdotes de CL es recibido en audiencia por Juan Pablo II.
Acompaña el nacimiento de la Fraternidad sacerdotal de los misioneros de San Carlos Borromeo.
- 1986 Realiza una peregrinación a Tierra Santa.
- 1987 Interviene en la Asamblea de la Democracia Cristiana de Lombardía en Assago (Milán).
Realiza un viaje a Japón, invitado por el alcalde de Nagoya. Conoce a uno de los líderes del budismo japonés, Shodo Habukawa.
Interviene en el Meeting del Mediterráneo, en Atenas.
Participa en el Sínodo de los obispos sobre los laicos como miembro de designación pontificia.
Con ocasión del Congreso Eucarístico de Bolonia conoce a don Giuseppe Dossetti.
Interviene por primera vez en la Asamblea nacional de la *Compagnia delle Opere*.
- 1988 Los *Memores Domini* son aprobados por la Santa Sede, como Asociación eclesial privada universal, de la que será fundador y presidente vitalicio.
A invitación del cardenal Carlo Maria Martini, interviene en la peregrinación diocesana al santuario de Caravaggio.
- 1990 Empieza a acompañar a un grupo de personas en lo que será la Fraternidad de San José.
- 1991 Se somete a una operación para la extirpación de un tumor. Aparecen los primeros síntomas de la enfermedad de Parkinson.
Deja la enseñanza en la Universidad Católica por alcanzar el límite de edad.
- 1992 Guía la peregrinación a Lourdes por el décimo aniversario de la Fraternidad de CL.
- 1993 La Santa Sede reconoce el Instituto de las Hermanas de Caridad de la

Asunción, a las que estaba ligado desde 1958.

Da comienzo en la Editorial Rizzoli la colección «i libri dello spirito cristiano», dirigida por él, que llegará a reunir más de 80 volúmenes.

Concelebra la misa presidida por Juan Pablo II en la peregrinación Macerata-Loreto.

- 1994 Es nombrado consultor de la Congregación para el Clero.
Es recibido en audiencia privada por Juan Pablo II.
- 1995 Implica a los responsables de CL en España en la dirección de la Comisión internacional del movimiento.
Conoce a Jean Guitton en la Universidad Complutense de Madrid.
Empieza a publicar artículos en diarios laicos, como *il Giornale*, *la Repubblica*, y el *Corriere della Sera*.
Recibe el Premio Cultura Católica de Bassano del Grappa.
- 1996 Se somete a una serie de pruebas por el agravamiento de su situación física.
- 1997 Con el *Stabat Mater* de Pergolesi da comienzo la colección musical «Spirto Gentil», dirigida por él y realizada de acuerdo con Deutsche Grammophon y con otras casas discográficas, que incluirá 52 títulos.
Se presenta en la ONU de Nueva York la edición inglesa de *Il senso religioso*.
- 1998 30 de mayo: Interviene en la plaza de San Pedro durante el encuentro de Juan Pablo II con los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades.
Es sometido a una intervención quirúrgica para extirparle un tumor.
- 1999 Con ocasión de la apertura de la Puerta Santa, inicio del Año Santo, escribe un artículo para el periódico del Comité del Jubileo.
- 2000 Con un artículo en *la Repubblica* defiende a Juan Pablo II, criticado por sus *mea culpa*.
- 2001 11 de septiembre: como reacción al atentado de Nueva York, dicta un mensaje dirigido a todas las comunidades norteamericanas de CL.
Se le concede la Corona Turrita de la ciudad de Desio.
- 2002 11 de febrero: Con ocasión del vigésimo aniversario del reconocimiento pontificio de la Fraternidad de CL, recibe de Juan Pablo II una larga carta autógrafa.
Se le concede la Medalla de oro de Reconocimiento de la Provincia de Milán.
15 de octubre: Al cumplirse el octogésimo cumpleaños recibe una carta autógrafa de Juan Pablo II y miles de mensajes de todo el mundo.
- 2003 Con motivo de la guerra de Iraq, escribe dos artículos en el *Corriere della Sera*.
Recibe el Premio Macchi de la Asociación de Padres de las Escuelas

Católicas.

Escribe una larga carta a los miembros de la Fraternidad de CL.

Por los funerales de los militares italianos caídos en el atentado de Nassiriya, firma el editorial del TD2 Rai.

- 2004 Con ocasión del quincuagésimo aniversario del nacimiento del movimiento, envía su última carta a Juan Pablo II.
Obtiene del arzobispo de Madrid que Julián Carrón se traslade a Milán para colaborar con él en la dirección del movimiento.
Se le concede el Sigillo Longobardo de la Región de Lombardía.
15 de octubre: El día de su cumpleaños el *Corriere della Sera* publica su última entrevista.
16 de octubre: Con ocasión de la peregrinación a Loreto por los cincuenta años de CL, escribe su última carta a todo el movimiento.
24 de diciembre: Firma el editorial navideño del TD2 de la RAI.
Al final de diciembre su situación física sufre un rápido empeoramiento.
- 2005 18 de febrero: Informado de que su situación se agrava, Juan Pablo II le envía un telegrama invocando la protección de la Virgen María *Salus Infirmorum*.
22 de febrero: Muere en su vivienda de Milán.
24 de febrero: Celebra su funeral en el Duomo de Milán el entonces Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, Joseph Ratzinger —como enviado personal de Juan Pablo II—, que pronuncia una homilía histórica. Es sepultado en el Famedio del Cementerio Monumental de Milán, donde reposan los ciudadanos ilustres de la ciudad.
- 2008 El féretro de don Giussani es trasladado a una capilla de nueva construcción en el Cementerio Monumental. Desde el día de la sepultura, la tumba es meta de continua peregrinación desde Italia y el mundo entero.
- 2012 22 de febrero: Al final de la misa celebrada en el Duomo de Milán en el séptimo aniversario de la muerte de don Giussani, Julián Carrón, presidente de la Fraternidad de CL, comunica que ha presentado la petición de apertura de la causa de beatificación y de canonización de don Giussani. La instancia ha sido aceptada por el arzobispo de Milán, el cardenal Angelo Scola.

Cronología de las principales obras de Luigi Giussani

Para la bibliografía completa de don Giussani y la historia editorial de sus publicaciones, ver el sitio web www.scritti.luigigiussani.org.

(A continuación de los títulos originales, entre paréntesis, las primeras traducciones al español, fechadas, *ndt*).

Il senso cristiano dell'uomo secondo Reinhold Niebuhr (tesis doctoral inédita, 1954)
Conquiste fondamentali per la vita e la presenza cristiana nel mondo, con Costantino Oggioni (1954)

Risposte cristiane ai problemi dei giovani (1955; 1961) (en *Los jóvenes y el ideal*, pp. 147-173, 1996)

Il senso religioso (1957)

G.S. riflessioni sopra un'esperienza (1959) (en *El camino a la verdad es una experiencia*, pp. 15-55, 1997)

Tracce d'esperienza cristiana (1960) (*Huellas de experiencia cristiana*, 1978)

Il senso della caritativa (1961) (*El sentido de la caritativa*, 1981)

Appunti di metodo cristiano (1964) (en *El camino a la verdad es una experiencia*, pp. 91-149, 1997)

Il senso religioso (1966; 1975; 1977) (*El sentido religioso*, versión primera de bolsillo, 1981)

Reinhold Niebuhr (1969)

Teologia protestante americana. Profilo storico (1969; 1989; 2003)

L'impegno del cristiano nel mondo, L. Giussani - H. U. von Balthasar (1971; 1978) (*El compromiso del cristiano en el mundo*, 1981)

Dalla liturgia vissuta: una testimonianza (1973; 1991) (*Para vivir la liturgia: un testimonio*, 1994)

Comunione e liberazione. Interviste a Luigi Giussani a cura di Robi Ronza (1976; 1987) (*El movimiento de Comunión y Liberación*, 1987)

Il rischio educativo (1977; 1988; 1995; 2005) (*Educare es un riesgo*, 1986, 2006)

Decisione per l'esistenza. Appunti (1978) (*Decisión para la existencia*, 1988)

L'alleanza. Volume uno dagli Esercizi spirituali (1979)

Il senso della nascita. Colloquio con don Luigi Giussani, di Giovanni Testori (1980; 2013) (*El sentido de nacer*, 2013)

Moralità: memoria e desiderio (1980; 1990) (*Moralidad, memoria y deseo*, 1983)

Alla ricerca del volto umano. Contributo ad una antropologia (1984; 1995) (*En busca*

del rostro humano, 1985)
La coscienza religiosa nell'uomo moderno. Note per cattolici impegnati (1985) (*La conciencia religiosa en el hombre moderno*, 1986)
Il senso religioso. Volume primo del perCorso (1986; 1997) (*El sentido religioso. Volumen 1 del Curso básico de Cristianismo*, 1987)
All'origine della pretesa cristiana. Volume secondo del perCorso (1988; 2001) (*Los orígenes de la pretensión cristiana. Volumen 2 del Curso básico de Cristianismo*, 1989)
Perché la Chiesa. Tomo 1. La pretesa permane. Volume terzo del perCorso (1990; in un unico volumen, 2003) (*Por qué la Iglesia, Tomo 1. La pretensión permanece. Volumen 3.1 del Curso básico de Cristianismo*, 1991, in volumen unico, 2004)
Perché la Chiesa. Tomo 2. Il segno efficace del divino nella storia. Volume terzo del perCorso (1992; in un unico volumen, 2003) (*Por qué la Iglesia, Tomo 2. El signo eficaz de lo divino en la historia. Volumen 3.2 del Curso básico de Cristianismo*, 1993; in volumen unico, 2004)
Un avvenimento di vita, cioè una storia. Itinerario di quindici anni concepiti e vissuti (1993)
L'avvenimento cristiano. Uomo Chiesa Mondo (1993; 2003)
Il senso di Dio e l'uomo moderno. La «questione umana» e la novità del Cristianesimo (1994; 2010; 2013) (*El sentido de Dios y el hombre moderno*, 1995)
Si può vivere così? Uno strano approccio all'esistenza cristiana (1994; 2007) (*¿Se puede vivir así? Un acercamiento extraño a la existencia cristiana*, 1996)
Sulle Tracce di Cristo. Viaggio in Terrasanta con Luigi Giussani, di Luigi Amicone (1994; 2006) (*Tras las huellas de Cristo. Viaje a Tierra Santa*, 2009)
Il cammino al vero è un'esperienza (1995, 2006) (*El camino a la verdad es una experiencia*, 1997)
Il tempo e il tempio. Dio e l'uomo (1995) (*El templo y el tiempo. Dios y el hombre*, 1995)
Realtà e giovinezza. La sfida (1995) (*Los jóvenes y el ideal. El desafío de la realidad*, 1996)
Le mie letture (1996; 2008) (*Mis lecturas*, 1997)
Si può (veramente?!) vivere così (1996; 2011)
«Tu» (o dell'amicizia) (1997)
Lettere di fede e di amicizia ad Angelo Majo (1997; 2007) (*Cartas de fe y de amistad. Una correspondencia sacerdotal*, 2010)
Porta la speranza. Primi scritti (1997) (*Llevar la esperanza. Primeros escritos*, 1998)
Generare tracce nella storia del mondo, con Stefano Alberto y Javier Prades (1998; 2012) (*Crear huellas en la historia del mundo*, 1999)
Vivendo nella carne (1998)
L'attrattiva Gesù (1999) (*El atractivo de Jesucristo*, 2000)
L'uomo e il suo destino. In cammino (1999) (*El hombre y su destino. En camino*, 2003)
Che cos'è l'uomo perché te ne curi? (2000)

Tutta la terra desidera il tuo volto (2000) (*Toda la tierra desea ver Tu rostro*, 2000)
L'autocoscienza del cosmo (2000) (*La autoconciencia del cosmos*, 2002)
L'io, il potere, le opere. Contributi da un'esperienza (2000) (*El yo, el poder, las obras*, 2000)
Affezione e dimora (2001) (*Afecto y morada*, 2004)
Avvenimento di libertà. Conversazioni con giovani universitari (2002)
Dal temperamento un metodo (2002) (*De un temperamento, un método*, 2008)
L'opera del movimento. La Fraternità di Comunione e Liberazione (2002; 2011) (*La Fraternidad de Comunión y Liberación. La obra del movimiento*, 2008)
Il miracolo dell'ospitalità (2003; 2012) (*El milagro de la hospitalidad*, 2004)
Un caffè in compagnia. Conversazioni sul presente e sul destino, con Renato Farina (2004)
Una presenza che cambia (2004)

OBRAS PÓSTUMAS

Edición bajo la responsabilidad de la Fraternità di Comunione e Liberazione
Dall'utopia alla presenza (1975-1978) (2006) (*De la utopía a la presencia*, 2013)
Certi di alcune grandi cose (1979-1981) (2007) (*Seguros de pocas grandes cosas*, 2014)
La familiarità con Cristo. Meditazioni sull'anno liturgico (2008) (*La familiaridad con Cristo*, 2014)
Uomini senza patria (1982-1983) (2008)
Qui e ora (1984-1985) (2009)
Sul senso religioso, L. Giussani - G. B. Montini (2009) (*Sobre el sentido religioso*, 2011)
L'io rinasce in un incontro (1986-1987) (2010)
Ciò che abbiamo di più caro (1988-1989) (2011)
Spirto gentil. Un invito all'ascolto della grande musica guidati da Luigi Giussani (2011)
Un evento reale nella vita dell'uomo (1990-1991) (2013)

Las primeras ediciones en español por orden cronológico:

Huellas de experiencia cristiana, 1978
El sentido de la caritativa, 1981
El sentido religioso (primera versión, en edición de bolsillo, 1981. Hoy también en *El sentido de Dios y el hombre moderno*, 2005)
El compromiso del cristiano en el mundo, L. Giussani - H. U. von Balthasar, 1981
Moralidad, memoria y deseo, 1983 (hoy también en *El rostro del hombre. Las dimensiones reales de nuestro yo*, 1995)
En busca del rostro humano, Contribución para una antropología, 1985
Educación es un riesgo, 1986, 2006
La conciencia religiosa en el hombre moderno, 1986
El sentido religioso. Volumen 1 del Curso básico de Cristianismo, 1987
El movimiento de Comunión y Liberación, entrevistas con Robi Ronza (1976-1986), 1987

Decisión para la existencia, 1988 (hoy también en *El rostro del hombre*, 1995)
Los orígenes de la pretensión cristiana. Volumen 2 del Curso básico de Cristianismo, 1989
Por qué la Iglesia, Tomo 1. *La pretensión permanece*. Volumen 3.1 del Curso básico de Cristianismo, 1991 (en volumen único, 2004)
Para vivir la liturgia: un testimonio, 1992
Por qué la Iglesia, Tomo 2. *El signo eficaz de lo divino en la historia*. Volumen 3.2 del Curso básico de Cristianismo, 1993 (en volumen único, 2004)
Está, porque actúa, 1994
El templo y el tiempo. Dios y el hombre, 1995
El sentido de Dios y el hombre moderno, 1995
El rostro del hombre. Las dimensiones reales de nuestro yo (incluye tres traducciones revisadas de *En busca del rostro humano*, *Decisión para la existencia*, *Moralidad, memoria y deseo*), 1996
Los jóvenes y el ideal. El desafío de la realidad, 1996
¿Se puede vivir así? Un acercamiento extraño a la existencia cristiana, 1996
El camino a la verdad es una experiencia (incluye los tres textos *Gioventù Studentesca: Reflexiones sobre una experiencia*, *Huellas de experiencia cristiana*, *Apuntes de método cristiano*), 1997
Llevar la esperanza. Primeros escritos, 1998
Crear huellas en la historia del mundo, con Stefano Alberto y Javier Prades, 1999
El atractivo de Jesucristo, 2000
Toda la tierra desea ver tu rostro (San Pablo, 2000)
El yo, el poder, las obras, Contribuciones a partir de una experiencia, 2000
La autoconciencia del cosmos, 2002
El hombre y su destino. En camino, 2003
El milagro de la hospitalidad, Conversaciones con Familias para la acogida, 2004
Afecto y morada, 2004
Mis lecturas, 2005
La Fraternidad de Comunión y Liberación. La obra del movimiento, 2008
De un temperamento, un método, 2008
Tras las huellas de Cristo. Viaje a Tierra Santa con Giussani, de Luigi Amicone, 2009
Cartas de fe y amistad. Una correspondencia sacerdotal, 2010
Sobre el sentido religioso, de Massimo Borghesi, L. Giussani - G. B. Montini, 2011
De la utopía a la presencia (1975-1978), 2013
El sentido de nacer, Coloquio con Giovanni Testori, 2013
Seguros de pocas grandes cosas (1979-1981), 2014
La familiaridad con Cristo, 2014
Hombres sin patria (1982-1983) (en preparación)
¿Qué es el hombre para que cuides de él? (en preparación)

Imágenes



Los padres, Angelina Gelosa y Beniamino Giussani. (CLIG)



Desio, 1924. Luigi Giussani. (CLIG)



1930. Con su hermana Livia. (CLIG)



Desio. Durante una procesión. (FCL)



Seveso, 1933. Seminario S. Pietro Martire. Foto de grupo de los seminaristas delante de la reproducción de la gruta de Lourdes. (FCL)



Venegono Inferior, seminario arzobispal. Foto de grupo de los seminaristas realizando tareas agrícolas. (FCL)



Venegono Inferior, seminario arzobispal. Foto de grupo de los seminaristas. (FCL)



Desio, 31 de mayo de 1945. Con su familia el día de la primera misa en Desio. (CLIG)



Desio, 31 de mayo de 1945. Con algunos jóvenes el día de la primera misa en Desio. (FCL)



Desio, 31 de mayo de 1945. Montando en la bicicleta que le regalaron con motivo de su primera misa. (FCL)



Milán, liceo clásico «Giovanni Berchet». En la pizarra durante los primeros años de profesor. (FCL)



Portofino, septiembre de 1956. Visita al faro durante la «Semana de los estudiantes». (FCL)



Milán, 1958. Foto de la clase de 1° B femenina del liceo clásico «Giovanni Berchet», curso 1957-1958. (FCL)



Varigotti, octubre de 1958. Rezo de los laudes en la playa durante la «Semana de los estudiantes». (Foto Elio Ciol, Casarsa)



Milán, 1959. En la vía Commenda, delante del liceo clásico «Giovanni Berchet». (FCL)



1960. En la cubierta del Delphic Eagle, el buque mercante que le está llevando a Brasil por primera vez. (CLIG-FCL)



Varigotti, septiembre de 1961. Radio en la torre durante la «Semana de los estudiantes». (Foto Elio Ciol, Casarsa)



Don Giussani, Giorgio Feliciani, Eugenia Scabini y Marcello Candia con Juan XXIII. (FCL)



Milán, 1963. Reunión de GS en la sede de la vía Statuto 2. (FCL)



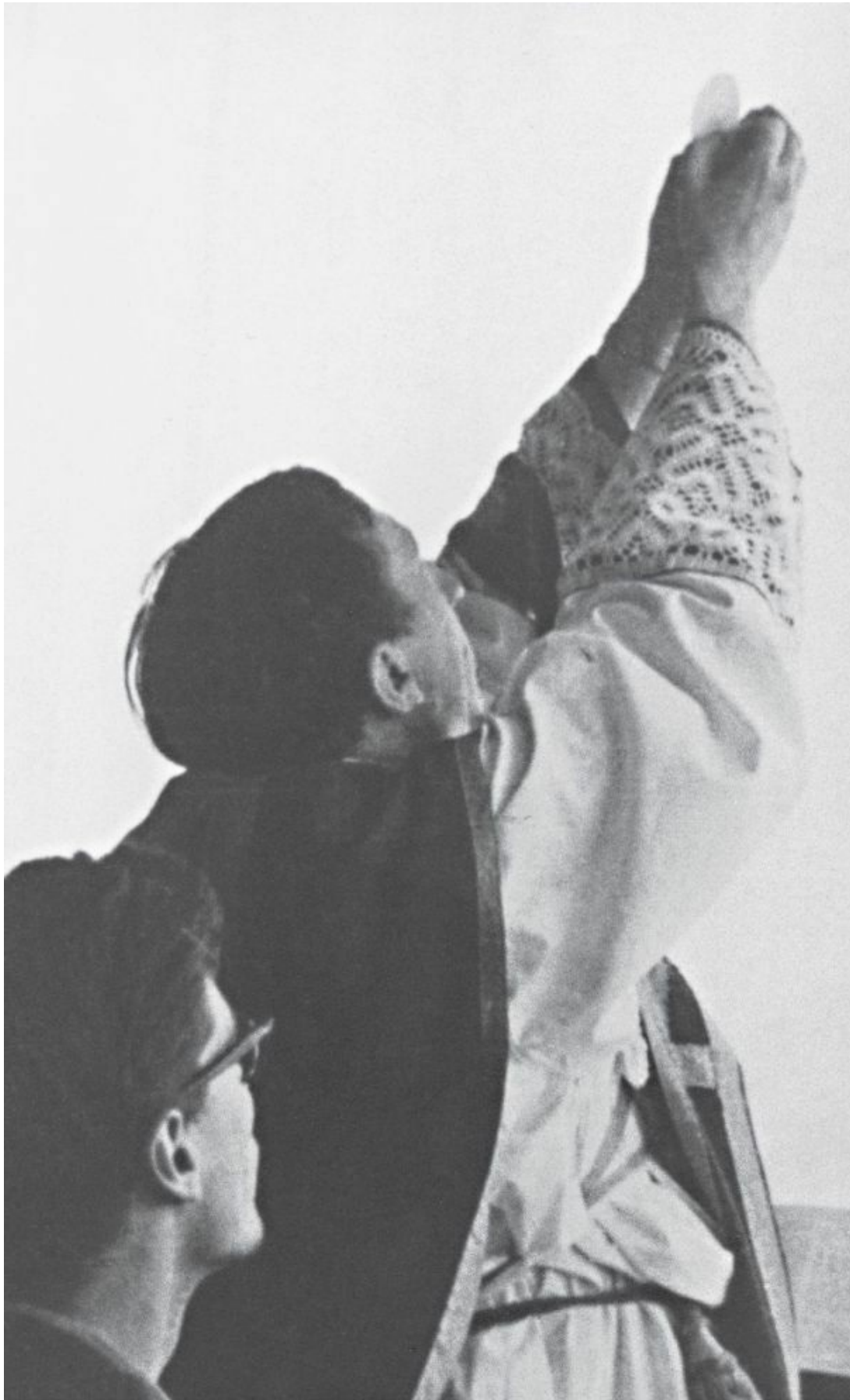
Milán, 2 de junio de 1963. Con el cardenal Giovanni Battista Montini en la inauguración de la exposición de fotografía de Elio Ciol sobre la caritativa en la Bassa. (FCL)



Subiaco, Ermita del Beato Lorenzo Loricato. Don Giussani y el pintor William Congdon conversan con algunos jóvenes. (Foto Elio Ciol, Casarsa)



Aeropuerto de Malpensa, 21 de junio de 1965. Saliendo para Estados Unidos. (Paolo Mangini)



En el momento de la elevación durante la santa misa. (FCL)



Einsiedeln (Suiza), enero de 1971. En la mesa con Hans Urs von Balthasar y Angelo Scola. (FCL)



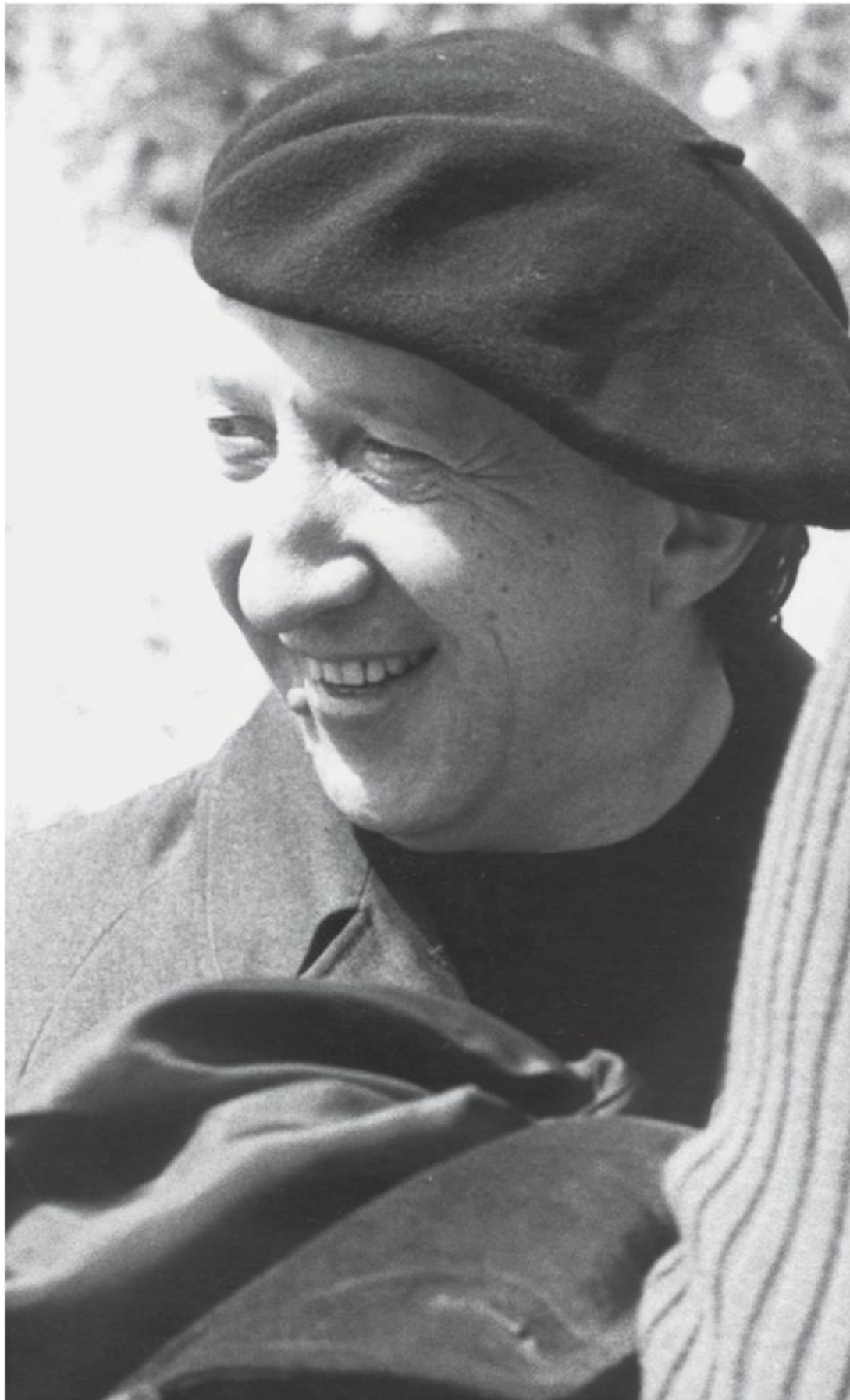
Krościenko (Polonia), 11 de junio de 1973. Con el cardenal Karol Wojtyła y el padre Franciszek Blachnicki, del movimiento «Luz y Vida». (Movimiento «Luz y Vida», Lublin)



Sao Paulo (Brasil), julio de 1974. De izquierda a derecha don Giussani, don Francesco Ricci y don Pigi Bernareggi. (FCL)



Ciudad del Vaticano, 23 de marzo de 1975. Procesión durante el Domingo de Ramos en la plaza de San Pedro.
(FCL)



Varigotti, 1975. Luigi Giussani. (FCL)



Varigotti, 1975. Jugando a las cartas. (FCL)



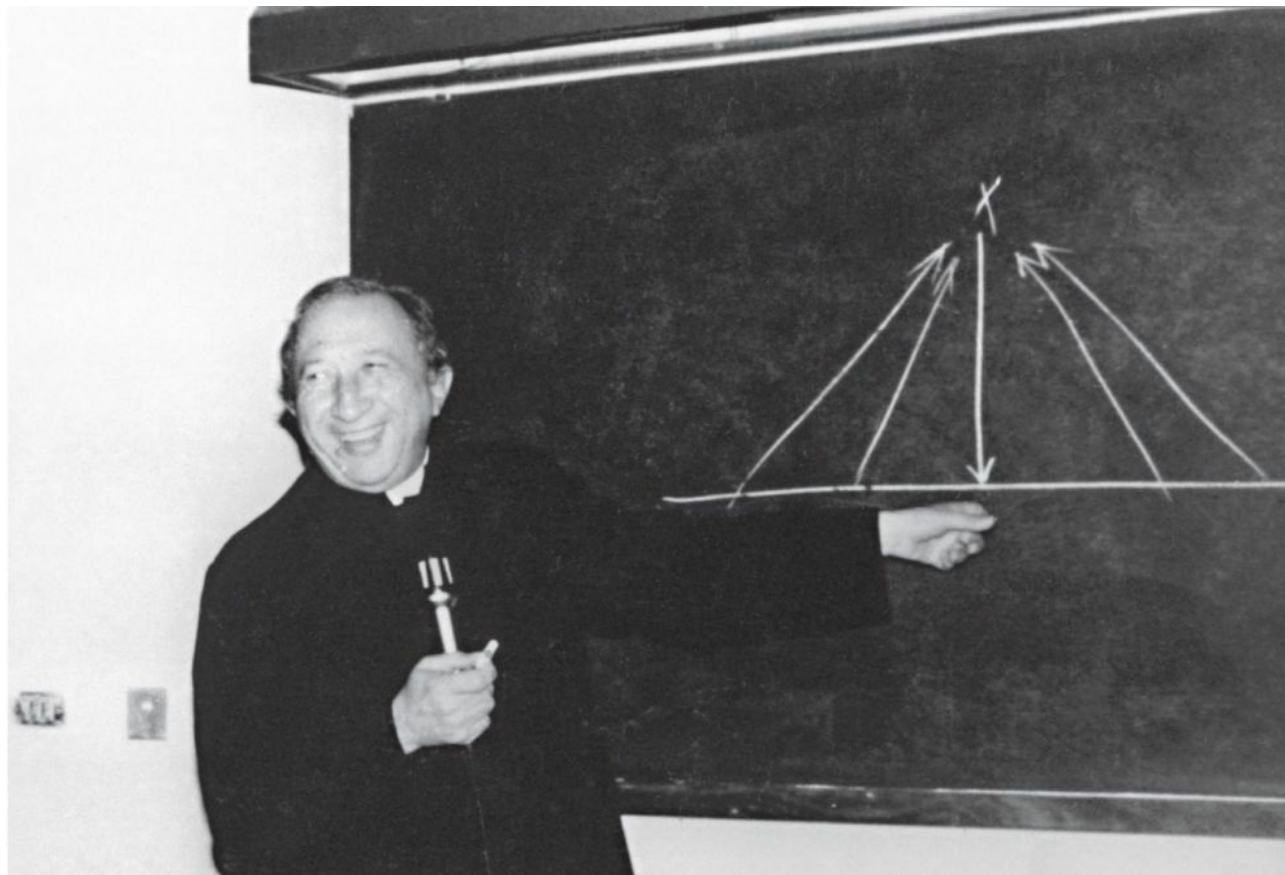
Ciudad del Vaticano, aula Pablo VI, 31 de marzo de 1979. Audiencia de Juan Pablo II al CLU. (Fotografía Felici)



Ciudad del Vaticano, 16 de julio de 1979. Don Giussani saluda a Juan Pablo II en la gruta de Lourdes de los Jardines Vaticanos. (Servicio fotográfico de *L'Osservatore Romano*)



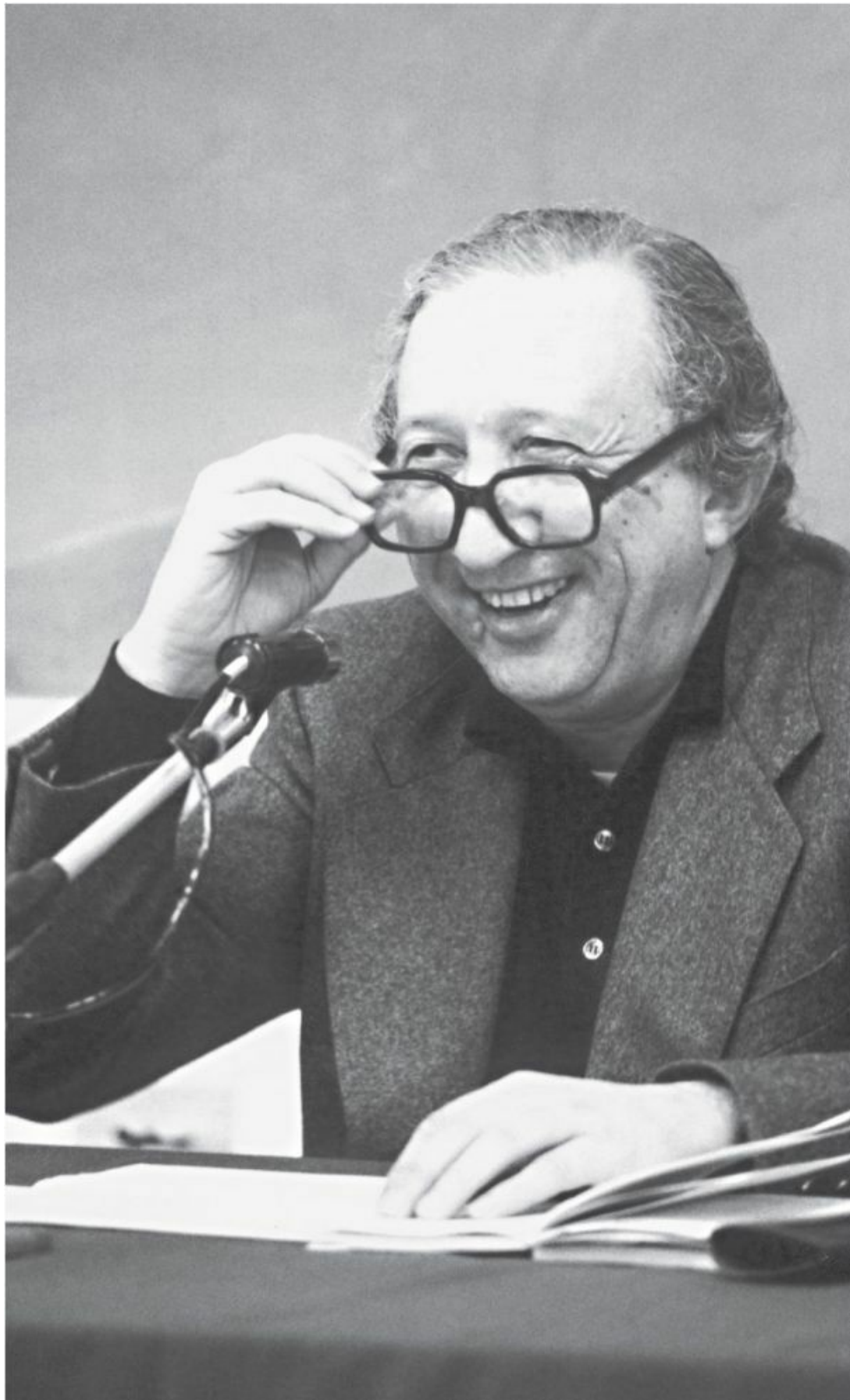
Ciudad del Vaticano, aula Pablo VI, 16 de marzo de 1980. Juan Pablo II y don Giussani durante la peregrinación de GS. (Servicio fotográfico de *L'Osservatore Romano* / Arturo Mari)



Milán, años ochenta. Don Giussani explicando en la pizarra. (FCL)



Rimini, 29 de agosto de 1982. Don Giussani saluda a Juan Pablo II durante la vista al *Meeting por la amistad entre los pueblos*. (Fondazione Meeting)



Milán, 1983. Luigi Giussani. (Ugo Vigliani)



Milán, 24 de marzo de 1983. Conferencia sobre la poesía de Giacomo Leopardi en la Universidad Politécnica.
(Federico Brunetti)



Caravaggio, 1 de abril de 1983. El Vía Crucis del CLU por los campos en torno al santuario de Santa María del Fonte. (FCL)



Castel Gandolfo, 12 de septiembre de 1985. Los sacerdotes de CL recibidos en audiencia por Juan Pablo II al término de los ejercicios espirituales. (Servicio fotográfico de *L'Osservatore Romano*)



Nueva York (EEUU), 8 de marzo de 1986. En la sala de reuniones de la catedral de San Patricio. (FCL)



Tabga, Galilea (Israel), 16 de septiembre de 1986. Durante la peregrinación a Tierra Santa. (FCL)



Nagoya (Japón), 28 de junio de 1978. Con Shodo Habukawa en el monasterio del Monte Koya. (FCL)



Monte Sole, octubre de 1987. Con don Giuseppe Dossetti y el cardenal Giacomo Biffi. (Fotogramma).



Con su madre Angelina. (CLIG)



Milán, Palalido, 27 de enero de 1990. Con el cardenal Carlo Maria Martini durante el congreso «Existe la caridad. Las obras que cambian la vida». (Anna Ascione)



Santa Caterina del Sasso Ballaro, 19 de abril de 1990. Con don Massimo Camisasca y algunos seminaristas de la Fraternidad Sacerdotal de los Misioneros de San Carlo Borromeo. (Fraternità San Carlo)



Lourdes (Francia), 17 de octubre de 1992. Peregrinación por el décimo aniversario de la Fraternidad de Comunión y Liberación. (Anna Ascione)



Cobacha (Extremadura), 30 de diciembre de 1992. Con un grupo de responsables de CL en España. (FCL)



Macerata, 19 de junio de 1993. Juan Pablo II saluda a don Giussani durante la peregrinación Macerata-Loreto.
(Servicio fotográfico de *L'Osservatore Romano* / Arturo Mari)



La Thuile, 29 de agosto de 1994. Con Giulio Andreotti. (FCL).



Madrid (España), 25 de mayo de 1995. Con Jean Guitton en la Universidad Complutense. (FCL)



Assago, Fórum, 25 de mayo de 1996. Con Claudio Chieffo. (Anna Ascione)



Rimini, Palazzo dell'Arengario, 1996. Con su hermana Livia y Enzo Piccinini delante de la urna que contiene el fragmento 7Q5 de Qumrán, en una visita a la exposición «De la tierra a las gentes» en el *Meeting por la amistad entre los pueblos*. (FCL)



Ciudad del Vaticano, plaza de San Pedro, 30 de mayo de 1998. Arrodillado delante de Juan Pablo II con ocasión del encuentro con los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades. (Servicio fotográfico de *L'Osservatore Romano* / Arturo Mari)



San Remo, años noventa. Luigi Giussani. (FCL / Amabile Lanfredini)



Desio, 25 de diciembre de 1998. Con su sobrino nieto Luigi Brenna y su sobrina Cecilia Sironi. (FCL)



Milán, 13 de octubre de 2003. Con Julián Carrón (FCL / Giancarlo Martinelli).



Rimini, 24 de abril de 2004. La intervención por videoconferencia en los Ejercicios Espirituales de la Fraternidad de CL. (FCL / Fabrizio Arigossi)



Milán, Duomo, 24 de febrero de 2005. El cardenal Joseph Ratzinger pronuncia la homilía en el funeral de don Giussani. (FCL / Roberto Masi)



Milán, Plaza del Duomo, 24 de febrero de 2005. Una multitud acude al funeral de don Giussani. (FCL / Aureggi)

A comienzos de los años cincuenta, un joven sacerdote italiano se da cuenta de que la gran mayoría de los jóvenes con los que se encuentra, pertenecientes a una sociedad aparentemente cristiana, manifiestan una gran ignorancia sobre qué es el cristianismo, o viven una fe formal y sin incidencia alguna en sus ambientes cotidianos. Ante esta situación decide abandonar una prometedora carrera como teólogo y empieza a dar clase de religión en un instituto público de Milán. Partiendo de un primer encuentro con cuatro de sus alumnos, pronto reunirá en torno a sí a centenares de chicos y chicas que darán vida a una novedosa experiencia eclesial que, a partir de los años setenta, se conocerá con el nombre de «Comunión y Liberación», en la que participan actualmente decenas de miles de personas de más de ochenta países. El presente libro, escrito por un estrecho colaborador de Giussani, nos permite conocer, a partir de diversas fuentes escritas y de testimonios significativos, pero sobre todo, de lo que el propio Giussani dijo y escribió, quién era y cómo vivió este carismático sacerdote ambrosiano, fallecido en 2005, que hizo de nuevo atractivo el cristianismo a miles de jóvenes y adultos, convirtiéndose en su maestro y compañero de camino, y en un importante referente para la Iglesia de nuestro tiempo.

ISBN EPUB: 978-84-9055-321-3

Índice

Introducción	8
PRIMERA PARTE: 1922-1964	18
1. El nacimiento y la infancia (1922-1933)	19
2. El seminario (1933-1945)	42
3. Los maestros de la «Escuela de Venegono»	67
4. El Studium Christi y la ordenación sacerdotal (1939-1945)	85
5. Los primeros años de sacerdocio y la enfermedad (1945-1950)	106
6. Del confesionario a consiliario de Gioventù Studentesca (1950 -1954)	125
7. El comienzo de la enseñanza en el liceo Berchet (1954)	155
8. Montini, la Misión ciudadana y El sentido religioso (1957-1958)	191
9. La experiencia de GS. Cómo se impuso un método (1958-1962)	219
10. El Grupo adulto, los antecedentes y los comienzos. Excursus histórico (1958-1975)	242
11. El comienzo de la misión en Brasil (1960-1964)	254
12. Montini, la experiencia, el Concilio y Giovanni Colombo	267
SEGUNDA PARTE: 1964-1986	316
13. Desde el viaje a Norteamérica al comienzo de la crisis (1965-1967)	317
14. El 68	351
15. El nacimiento de CL y los primeros años setenta	375
16. La amistad con los universitarios (1970-1976)	417
17. España. Excursus histórico (1974-1985)	443
18. El Domingo de Ramos con Pablo VI (1975)	463
19. La segunda mitad de los años setenta	479
20. El año de los tres Papas (1978)	515
21. El nacimiento de la Fraternidad de CL y el reconocimiento pontificio (1980-1982)	532
22. El atentado contra Juan Pablo II y los primeros años ochenta	546
23. El trigésimo aniversario de CL y el mandato misionero del Papa (1984)	585
24. La segunda mitad de los años ochenta	609
TERCERA PARTE: 1986-2005	645
25. Los viajes a Tierra Santa, Japón y Grecia (1986-1987)	646
26. El Sínodo sobre los laicos y los diez años de Juan Pablo II (1987-1988)	672
27. El reconocimiento pontificio de los Memores Domini y la Fraternidad de	

San José (1988-1990)	
28. La guerra de Irak y la peregrinación a Lourdes (1991-1992)	732
29. Los «libros del espíritu cristiano», la justicia y la historicidad de los Evangelios (1993-1994)	773
30. Los cuarenta años del movimiento y los universitarios (1994)	807
31. La responsabilidad y una Italia en peligro (1995-1996)	830
32. La enfermedad y «Dios todo en todo» (1996-1997)	868
33. Spirto Gentil, el sentido religioso en la ONU y el racionalismo moderno (1997-1998)	891
34. El 30 de mayo con Juan Pablo II y el trabajo (1998-1999)	911
35. La «pretensión cristiana» y el jubileo del 2000 (1999-2001)	934
36. La Zona Cero y su octogésimo cumpleaños (2001-2002)	967
37. El Shuttle y Nassiriya (2003)	988
38. La última carta al Papa y los 50 años de CL (2004)	1008
39. La muerte y el funeral (2005)	1033
Epílogo	1059
Notas	1066
Nota biográfica	1156
Cronología de las principales obras de Luigi Giussani	1162
Imágenes	1166